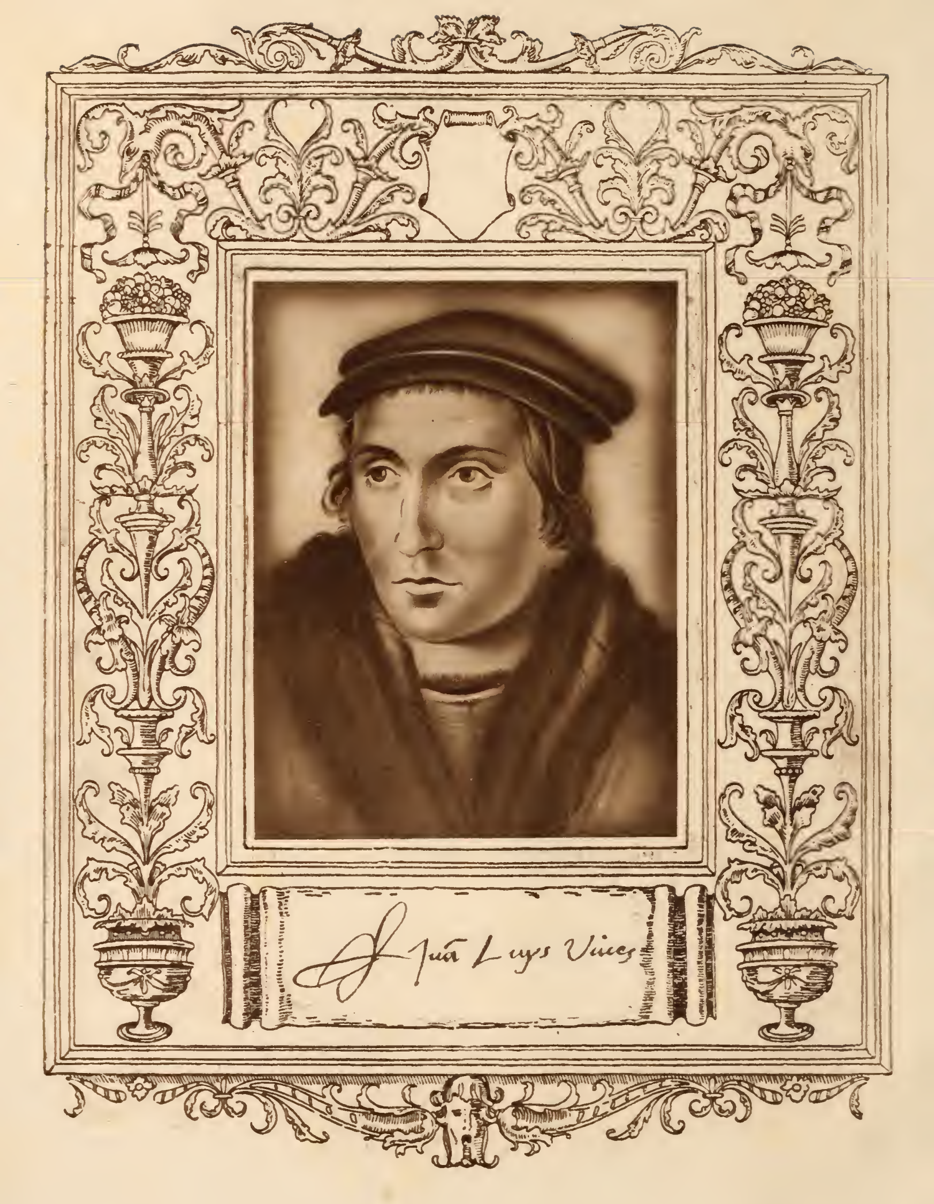
Juã Luys Viues

José C. Nieto
19-IX/67




Juā Luys Viues

JUAN LUIS VIVES

OBRAS COMPLETAS

PRIMERA TRASLACION CASTELLANA INTEGRA Y DIRECTA, COMENTARIOS, NOTAS Y UN ENSAYO BIOBIBLIOGRAFICO

JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO

POR

LORENZO RIBER
de la Real Academia Española

TOMO PRIMERO



M. AGUILAR
EDITOR
MADRID - 1947



Siempre vivas

Divisa del escudo gentilicio de Juan Luis Vives.

SINE QUERELA

Debes vivir de tal manera que no haya cosa en que nadie se queje de ti, y que tú no te quejes de ti mismo ni de la fortuna; que no hagas injuria a nadie ni pienses que nadie a ti te la hizo. Dice Séneca en su libro De la tranquilidad de la vida: «*Debes contentarte de tu condición y quejarte de ella lo menos posible y sacar provecho de toda cuanta conveniencia y ventaja reportare. No existe cosa tan amarga en que no halle buen sabor el espíritu mesurado.* Sin querella: *éste es el lema que he tomado para mí.*»

(Escolta del alma: 155.)

JUAN LUIS VIVES
VALENCIANO

CAPITULO PRIMERO

ORIGENES DE JUAN LUIS VIVES

JUAN Luis Vives, en su *Sueño al margen del sueño de Escipión* (Basilea, Froben, 1521), comienza la carta nuncupatoria a Erardo de la Marca, obispo de Lieja y arzobispo electo de Valencia, con estas palabras:

«¿Para quién será mi parabién primero, reverendísimo padre y príncipe ilustrísimo, por tu plausible designación para la Sede arzobispal de Valencia? ¿Para ti o para mí y todos mis conciudadanos? A unos y otros hay que dar la enhorabuena: a ti, como sea verdad que te toca en suerte una diócesis que así por la condición de tu grey como por la amenidad del sitio no puede menos de serte apacible y gratísima. Aquella población es de suyo alegre y optimista, afable, obsequiosa, obediente; para con sus príncipes y sus magistrados tiene entusiasta adhesión y benevolencia exquisita y un celo increíble para con las cosas de la Iglesia, y ni con pereza ni contumacia ejecuta las órdenes e indicaciones de las jerarquías eclesiásticas. La nobleza que reside en aquella ciudad es, como puede haberla en cualquier otra, numerosa, brillante, magnífica, espejo de cortesía y de humanidad, de cuya familiaridad y trato nunca concebirás ni desazón ni hastío; y por toda aquella región tuerce su camino, como cantó el poeta Claudiano, *el Turia hermoso, entre márgenes de rosas y flores* (1). Tan fértil es su suelo, que me atrevo a decir que no hay en ningún otro ángulo del mundo fruto, ni mies, ni linaje alguno de hierba saludable que no los ofrezca la huerta valenciana en su halda ubérrima. Es su campo el propio asiento de la amenidad. No hay estación del año en que no estén sus prados cubiertos de viciosa hierba y sus enramadas espesas no se muestren vestidas y

(1) *Floribus et roseis formosus Thuria ripis.* CLAUDIANO: *De laudibus Serenæ.*

engalanadas de hoja y flor, de frescor y de verdura y de muy linda variedad de matices. Es puro y transparente su cielo; y es indulgente y manso: ni áspero de hielos rigurosos, ni encapotado de brumas sombrías, ni extenuado ni incendiado de calores fogosos. Esta maravillosa templanza hace que por toda aquella comarca afortunada sea constante la salubridad y firme y robusta la complexión de sus moradores. Los loores de Valencia, que acaso no sean de este lugar ni de este tiempo, requieren espacio mucho mayor que el que pueda o deba darles en una simple carta...» Todo esto es de Luis Vives.

¿Quién hay, aun cuando Luis Vives no lo dijera expresamente, que no adivinara por el acento conmovido de filial emoción que la que describe es su patria, su patria lejana, embellecida por el recuerdo y sobre la cual la tierna añoranza y el púdico deseo extienden su velo mágico?

Fenece el siglo XV. En Valencia de los edetanos, que luego fué del Cid y luego fué de don Jaime *el Conquistador*, que la purgó de la impiedad agarena (por donde siempre será fausta su memoria en aquella ciudad), continúa fecunda y vivaz la bella raza de que la poblaron los hidalgos de Aragón casados con mujeres de Lérida. Valencia ha llegado a su mayor empinación y cumbre. Corre el año 1492, año grávido. Las llaves de Pedro y la espada de Pablo irán a parar en manos de un hijo de Játiva, de Rodrigo de Borja, el Sumo Sacerdote vaticano, con alma y gestos de emperador capitolino. La corte papal habla la lengua de *Tirant lo Blanch*, de los *Furs de Valencia* y del *Llibre dels Consells*. Imperan en España Fernando e Isabel: yugo y flechas. Ha terminado la epopeya de Granada, de cuya caída resonó el mundo cristiano y cuya fama llegó hasta las majadas y a los oídos de los pastores, cantados por Juan del Enzina, que les hace decir:

Levanta, Pascual, levanta:
aballemos a Granada
que se suena que es tomada...
—¡Oh, qué reyes tan benditos!
Vámonos, vámonos yendo,
que ya te voy percreyendo,
según oyo grandes gritos...
¡Qué consuelo e qué conorte
ver por torres e garitas
alzar las cruces benditas!
¡Oh, qué placer e deporte!
Y entraba toda la corte
a milagro ataviada,
que se suena que es tomada.

En el puerto de Palos, las velas de las carabelas colombinas, que remolcarán un orbe nuevo, llaman a las auras con impaciencia e increpan de perezosos a los vientos. Antonio de Nebrija ha disciplinado el idioma y ha publicado su Gramática. Y en la opulenta ciudad mediterránea de Luis Vives y de Blanca March nace el niño Juan Luis el día 6 de marzo (1). Parece que fué teñido en las aguas lustrales como con bella metáfora, el propio Luis Vives se complacerá más tarde en designar al Santo Bautismo, en la valenciana parroquia de San Andrés.

La generación de los Vives valencianos es copiosa y desparramada en diversas direcciones. Ello hace harto difícil puntualizar su genealogía. Por de pronto, aparece bifurcada en dos ramas gentilicias, sobre las cuales los genealogistas no se pusieron de acuerdo. Gregorio

---

(1) *Pridie nonas martii:* el día anterior a las nonas de marzo. Las nonas de marzo ocurren el día 7.

Mayáns y Siscar, el meritísimo erudito que a la mayor gloria de Vives levantó el monumento más perenne que el bronce de sus *Opera Omnia* (1) afirma que Luis Vives pertenece a la noble familia de los Vives de Vergel (¿no será *Verger*, puesto que esta rama procede de Perpiñán, en el Rosellón, que hablaba el mismo idioma vernáculo que Valencia, donde *Vergel* suena *Verger?)*, y de allí se trasladó a ese reino en 1466 si hemos de dar fe al historiador local Martín de Viciana. El erudito genealogista valenciano don José Caruana, barón de San Petrillo, citado por Mariano Puigdollers (2), catedrático de la Universidad Central, indica otra procedencia, que si enflaquece la señalada por Mayáns no esclarece nada y provoca una mayor incertidumbre. Lo que sí nos merece una repulsa instintiva, mientras no existan probanzas más autorizadas que una simple sospecha basada en la identidad de un apellido, es el presunto origen judío de Juan Luis Vives. Nos duele enormemente ver mancillados con esa tacha ancestral al más cristiano de los epigonos del Renacimiento, al autor de las *Meditaciones y las preces*, del *Oficio del Sagrado Sudor de Cristo*, al ferviente y aguerrido apologeta *De la verdad de la fe cristiana*, victorioso debelador de musulmanes y judíos.

Por lo que toca y atañe a su origen materno, la cosa está más clara. Blanca March, madre de Juan Luis, dice Puigdollers, pertenecía a más ilustre ascendencia que su marido y de mayor raigambre valenciana. Ese apellido asoma ya en la propia conquista de Valencia por Jaime I, en la persona de un Jaime March de Gandía, esclarecida por

les accions glorioses
fetes en la guerra
e en las cenagoses
terres de Cullera.

conforme canta el poeta valenciano Jaume Febrer, en sus *Trobes..., en que tracta dels Linyatges y Scuts de Armes dels que assistiren al Senyor Rey En Jaume en la conquista de la Ciutat y Regne de Valencia.* Otros Marchs, con mejor instinto en el transcurso de los años, se decoraron con lauros incruentos: Pedro March, *que fiço assaz gentiles cosas e entre las otras escribió proverbios de gran moralitat*, según el testimonio de don Iñigo López de Mendoza; pero todos fueron eclipsados por la gloria purísima de aquel poeta de la lira ebúrnea, cuya musa, sin carne ni sin sangre, postrada de hinojos como ante una Virgen de ventanal catedralicio, oraba a la amada traslúcida con invocaciones casi litánicas llamándola *Lliri entre carts* y *Plena de seny*. He nombrado a Ausias March, de quien podemos preguntarnos seriamente si ha sido el poeta más grande que haya tenido la lengua catalana de todos los tiempos.

El sitio de la ciudad de Valencia en donde nació Luis Vives, no puede estar más ubicado. Los interlocutores del diálogo *Leyes del juego (Leges ludi):* Borja, Centelles, Cabanyelles, llevan por la topografía de la ciudad, de la Valencia contemporánea de Luis Vives, sus ociosos pasos errabundos. No tienen norte fijo. No saben adónde encaminarse. Pregunta Centelles:

(1) *Ioannis Ludovici Vivis, Valentini, opera omnia ordinata a Gregorio Mayansio.* 8 vol. fol. Valencia, 1782.

(2) *La filosofía española de Luis Vives* (Colección «Pro Ecclesia et Patria»), pág. 51.

—¿Por dónde iremos? ¿Iremos por esta calle a San Esteban, o por aquella otra a la Puerta Real, y visitaremos en su palacio a Fernando, duque de Calabria?

—No—replica Cabanyelles—; no sea que vayamos a estorbar los sabios estudios de ese espejo de potentados.

—Lo más cuerdo será—dice Borja, terciando—que pidamos las mulas y charlaremos cabalgando.

Y observa Cabanyelles:

—No perdamos, por Dios, el uso de los pies y de las piernas; el día es apacible y sereno y el aire es un poco vivo y fresco; más valdrá andar a pie que caballeros en mulas.

—Vayamos, pues—dice Borja—, por San Juan del Hospital a la calle del Mar.

—Tendremos ocasión de contemplar a placer la gala y flor de las bellezas valencianas—responde Cabanyelles.

—Pero a pie, no—dice Borja—; sería para nosotros desdoro y menoscabo.

Y Centelles replica:

—Mayor desdoro y vejamen es que los caballeros estén colgados estúpidamente del juicio que puedan formar mujeres tontas y locas.

Cabanyelles rectifica:

—Vayamos todo derecho por la plaza de la Higuera y de Santa Tecla. ¿Gusta?

—No—dice Centelles—, sino por la calle de la Taberna del Gallo (1); porque en esa calle tengo deseos de ver la casa natal de mi querido Vives, pues, según me han contado, está como se baja a la izquierda, al cabo de la calle, y con este motivo cumpliré con la grata oficiosidad de visitar a sus hermanas...

Este dato es preciso y precioso. Harto sabía el autor de *Leyes del juego* dónde había nacido Luis Vives. Trabajo perdido es buscar hoy en día el albergue donde Luis Vives nació, o, para decirlo con una expresión lucreciana que complacería su humanismo, dónde arribó a las divinas riberas de la luz: *dias in luminis oras.* Nacer en Valencia es llegar dos veces a las divinas riberas de la luz. La modesta casa es ya polvo hace muchos años. A consecuencia de trágicas convulsiones antisemíticas, barrio, calle y viviendas fueron descuajadas de raíz y cimiento; empero, debía de estar no muy lejos de la calle que actualmente debe su nuncupación actual al glorioso polígrafo, situada entre la calle del Mar y la calle de la Paz.

Tal es la condición del humano linaje—dice el sagacísimo biógrafo de Luis Vives y diligentísimo y piadosísimo colector de todas sus obras, su conterráneo don Gregorio Mayáns—, que en la educación y crianza de los hijos más hacen las madres que los padres. Ello tuvo cabal cumplimiento en nuestro Luis Vives, como es de ver en su tratado *De la mujer cristiana*, libro II, capítulo XI. Dice, refiriéndose a su madre, Blanca March:

«Madre ninguna amó con mayor ternura a su hijo que la mía me amó a mí. Y ningún hijo más que yo se sintió menos mimado de su madre. Casi nunca me sonrió; nunca se me mostró indulgente. Y con todo, en un escape y ausencia mía de la casa por tres o cuatro días, ignorante ella de mi paradero, cayó en un gravísimo accidente; y vuelto yo a casa no conocí que mi madre hubiera sentido mi soledad. Así que de ninguna otra persona

(1) Parece que esa calle, en diferentes épocas, tuvo nombres diferentes: *Carrer de Ribelles, carrer del Torn Vell de Santa Tecla, carrer de la Soledat.*

huía yo más, de nadie sentía más desvío que de mi madre, cuando yo era niño. Y ahora, su memoria es para mí la más sagrada de las memorias, y todas las veces que me asalta su recuerdo, dado que no puedo físicamente, la abrazo y beso en espíritu con la más sabrosa de las dulzuras...» Esa mujer fuerte, esa brava Blanca (1) March, evocada con tan recias tintas por el bravo de su hijo, recuerda a aquellas severas matronas romanas, como Cornelia, la madre de los Gracos, o para emparejarla con alguna gran madre cristiana, cosa que a Luis Vives le complacerá más, con Santa Paula, madre de Eustoquio, tan copiosamente loada por San Jerónimo, o con aquella Leta a quien el propio león de Belén, en una preciosa carta pedagógica que Luis Vives tenía muy leída, enseñaba a educar a su hija (2) con reciedumbre varonil, como cumplía a un vástago de los Paulos, prez y lumbres de Roma, y a una niña predestinada a la soledad de Belén y a hacer resonar, sentada en las rodillas de su glorioso abuelo, pagano todavía, el jubiloso *Aleluya* de Cristo que vence, reina e impera.

Con el jugo del pecho de su madre bebió el niño Juan Luis la láctea dulzura de la lengua materna que llevara a las orillas del Guadalaviar el generoso impulso de Jaime *el Conquistador*. Valencia, viuda del Cid, se echó desalada en los brazos de don Jaime:

De cor don Jaume l'estima
com a l'esposa el marit
i aprés de viure prop d'ella
vol en sos braços morir

cantó Jacinto Verdaguer. Tierna y vivaz ha sido la memoria que el gran rey de Aragón ha dejado en ese reino. En una historia anónima, manuscrita, con el título *Historia de España y particularmente de la Corona de Aragón,* consultada por Zurita y Juan Bautista Pérez, y que en los días de Gregorio Mayáns se conservaba en la Real Biblioteca Escurialense, se lee en su nativo idioma, refiriéndose a don Jaime: *Emprés* (*emprendió*) *la conquesta del Regne de València ab ajuda dels tres braços d'Aragó, la qual en breu temps hagué e la major part del Regne en la qual feu venir mil donzelles de Lleida e d'Urgell a les quals donà allí marit. E fet asò feu furs e Leis ab los quals se regeix hui en dia. E creixqué a la Fe Crestiana M. CC. esglesies.* Y a continuación dice ditirámbicamente: *Aquest fou meravellós Rei, qui jamés feu res desplaent a la terra, con jamés feu alguna cosa que no la fés ab consell do la terra.*

Con la fe de Cristo trajo don Jaime a *mi* Valencia, como él dice, el recio idioma nacido en los Pirineos, que en sus labios avaros guardaban las mil doncellas de Lérida y de Urgel, a quienes entregó a hombres de Aragón para que, expulsados los moros y expurgado el viejo fermento, repoblasen la tierra yerma de moradores. De estas uniones nacieron hijos que tomaron el habla de las madres, que es la misma que Valencia usa, dice Vives, ya ha más de doscientos años. Ninguna habla aprenden los muchachos mejor ni con más tenacidad; ninguna se les adentra y graba más en las entrañas que el habla materna. Escrita

---

(1) Aun cuando el onomástico Blanca, en lengua vernácula, suena Cándida o cosa análoga, Mayáns opina que se deriva de Blancardo, Blanchart en francés. El martirologio cristiano registra un santo de este nombre, del siglo VII, a los 30 de marzo.

(2) SANCTI HIERONIMI: *Ad Lœtam, de institutione filiæ.*

en las telas del corazón se llevó Luis Vives el habla de Blanca March, que era la misma de sus apolíneos ascendientes *Pere March, lo vell,* el poeta moralista en lengua vulgar, padre de Oseas o *Ausias March lo jove,* el poeta metafísico, todo luz querúbica y que, como Petrarca, pero aún más puro que Petrarca, cantó el Amor y la Muerte. En su huerto no crecieron jamás las malas hierbas, ni los pen samientos soberanos bajaron de las canas y altas cumbres a manchar sus alas en el cieno:

Herbes no's fan males en mon ribatge
sía entes com dins en mon coratge
los pensaments no'm devallen avall.

¡Cómo en su voluntario destierro y en su hogar de Brujas debía de saberle a mieles a Luis Vives el habla de Blanca March, cambiada con aquellas dos santas mujeres que se identificaron con su vida: Clara Cervent y Margarita Valldaura!

CAPITULO II

LA ESCUELA DE FILOPONO

Una mañana, en Dios y enhorabuena, Luis Vives padre dice a su chico:

—Sígnate y santíguate. Así cumple que lo haga todo buen cristiano antes de salir de casa y comenzar la hacienda del día.

El niño lo hace puntualmente, y reza la oración matutina que debió de enseñarle su madre:

«¡Oh Señor Jesucristo, Sabiduría suma, encamina bien nuestras aviesas mentes; Omnipotencia soberana, fortalece nuestras fuerzas flacas!»

Luis Vives padre toma de la mano al niño Juan Luis y sale en busca de una escuela:

—¡Oye, tú, mi vecino, que eres entendido en materias de enseñanza: ¿cuál es en esa escuela el mejor maestro de párvulos?

—Doctísimo es Varrón; pero Filopono es más diligente. (Filopono es una voz griega de la invención de Vives, registrada en el Diálogo: *Deductio ad ludum:* conducción a la escuela; esta voz suena en romance castellano: Amigo del trabajo.) Varrón tiene muchos alumnos y su establecimiento lleno de rumores y bullicio. Filopono odia la demasiada asistencia y conténtase con reducido número de escolares.

—Mis preferencias son por ese último—dice el padre—. ¡Helo allá, paseando por los soportales del colegio! Hijo mío: éste es el obrador, ésta la oficina donde se forjan hombres, y este maestro es su artista forjador. ¡Dios te valga, buen maestro! Descubre tu cabeza, hijo mío, y dobla tu rodilla diestra, como te hemos enseñado. Tente tieso.

—¡Bien venidos seáis! ¿Tanto bueno por aquí?

—Os traigo ese hijo mío para que de bestezuela lo convirtáis en hombre.

—Pondré en ello empeño y diligencia suma. Y ello será, a fe mía. De animalico lo trocaré en hombre; de torcido lo haré derecho y bueno. De ello no dudes.

—¿Cuánto cobráis por las lecciones?

—Si el chico es aprovechado, muy

poca cosa. Si es reacio y cerril, entonces sale cara mi escuela.

—Sabia y discreta es la respuesta. Nos repartiremos entre los dos ese cuidado: vuesa mercé enseñándolo con interés, y yo, pecuniariamente, compensando vuestro desvelo.

* * *

Ya tenemos al pequeño Juan Luis sentado en los bancos de la escuela del simbólico Filopono. ¿Qué escuela real pudo ser ésta?

Las escuelas que había en Valencia en los días de la infancia de Vives eran tres: la escuela de Valldigna, la de la Avallada y la de «Mestre Tristany», situada esta última en la actual calle de las Comedias, dice un excelente conocedor de la Valencia contemporánea del niño Juan Luis (1). Por el itinerario que debían seguir los escolares para dar con sus huesos en la escuela de Filopono, parece que debía de ser la de «Mestre Tristany». Debía de estar pasada la plaza de Villarrasa, cerca de la calle de la Taberna del Gallo. ¿Era el «Mestre Tristany» personificado en Filopono, aquel viejo maestro de escuela, alto y corto de vista, docto, honrado, trabajador y de cultura no desdeñable, a quien tanto conocía la viejecita del diálogo cuarto: *Euntes in ludum litterarium;* que se traduce por: Camino de la escuela, y que tan bien supo localizar para los muchachos despistados que se lo preguntaron: «Seis años viví al lado; allí mandé a mi hijo mayor y a mis dos hijas. Atravesad esta plaza de Villarrasa, viene luego un callejón, luego la plaza del Señor de Vetana, de aquí doblad a la derecha, a seguida torced a la izquierda, allí preguntad y cualquiera os dará razón de la escuela.»

Puesto que a través de ese laberinto hemos atinado con la escuela, ¿queréis que entremos en ella y veremos su funcionamiento? Filopono dice al nuevo alumno:

—Toma la tablilla del abecedario con la mano izquierda y con esa vara ve señalando las figuras una por una. Manténte derecho. Ponte el gorro debajo del brazo y oye con muchísima atención cómo las iré pronunciando; mírame fijo cómo pongo la boca. Veas luego de imitarme cuando yo te pregunte. ¿Te enteraste? Repítelas una tras otra conforme las voy diciendo. ¿Atiendes?

Luisillo (*Lusillus*):

—Paréceme que bastante.

Filopono:

—Cada uno de estos signos llámase letra. De ellas, cinco son vocales: A, E, I, O, U, y todas están contenidas en la voz valenciana: *oueia* (oveja); métete esa palabra en la mollera. Estas letras, combinadas con cualquiera o con muchas otras, forman una sílaba. Sin vocal no hay sílaba posible, siendo así que a veces forma sílaba una vocal sola. Todas las otras letras se llaman consonantes, porque por sí mismas no suenan si no van respaldadas por una vocal. Tienen el sonido imperfecto y manco B, C, D, G, que sin la E suenan muy débilmente. Las sílabas, a su vez, forman voces o palabras y las palabras forman el lenguaje, de que carecen los animales mudos y tú serás un animalico mudo si no aprendes a expresarte como es debido. Aviva el seso y pon en ello diligencia asidua. Anda, ve a sentarte con tus condiscípulos y aprende la lección que te señalé.

(1) Mariano Puigdollers: *La filosofía española de Luis Vives* (Colección «Pro Ecclesia et Patria»), pág. 61.

Luisillo:

—Un tío mío que por algún tiempo estudió en Bolonia, me aseguró que lo que se estudia en voz alta queda mejor grabado en la memoria; y confirmaba ese dicho suyo con la autoridad de un tal Plinio (1).

Con esa sencilla iniciación en los rudimentos del lenguaje, comenzó su carrera el gran humanista y pensador, pedagogo de Europa, que debía de guardar de su maestro Filopono o, digamos, «Mestre Estrany» muy grata memoria cuando con una transparente desfiguración de su propio nombre: *Lusillus* (el pequeño Luis) se coloca entre los interlocutores del quinto de sus diálogos: *Lectio* (la lección). Este buen recuerdo le duró hasta el penúltimo año de su vida, 1538, cuando las Parcas hilaban ya para él con envidiosa mano los postreros copos.

Salido de la escuela de Filopono, entró Juan Luis en el *Estudi General*, que así se llamaban entonces en las regiones de lengua catalana las universidades. Valencia lo tenía desde el propio amanecer del siglo XVI (22 de enero de 1500). Habíalo recibido de las muy magníficas manos de Rodrigo de Borja, el más ínclito de los hijos que haya alumbrado Játiva, que desde el año 1492 ceñía su frente con la triple diadema pontificia y lucía en la bella y potente diestra que repartió el orbe recién hallado el Anillo del Pescador. Dos años después de la bula pontificia, el 26 de febrero de 1502, el rey don Fernando *el Católico* expidió el oportuno *Exequatur*. En el Estudio General funcionaban cátedras de Teología, Derecho canónico, Derecho civil, Medicina y Cirugía, Poesía y Arte oratoria, Filosofía moral, Biblia, Filosofía natural, Lógica, Doctrina mayor, Doctrinal mayor, Doctrinal menor y de Partes.

¿Quiere el lector que entremos en una cátedra para ver su funcionamiento?

Entremos.

Para entrar en una cátedra de «prima» tendremos que madrugar mucho. A la salida del sol se abren las clases, y el año escolar es el año natural: dura doce meses, sin otra interrupción que los días festivos religiosos, que eran relativamente muchos. Comienza por San Miguel, cuando el padre otoño alza la «su frente galana». La disciplina es rígida y las sanciones son varias, pero perentorias. Los azotes no son una granizada extemporánea, sino un fenómeno cotidiano. El rector ejerce sobre el estudiante jurisdicción civil y criminal.

Los estudiantes usan un traje propio. En un grabado puesto en la portada de la obra de Jaime Gazull, *Lo sompni de Joan Joan*, impresa en Valencia en 1497, hállase representada una escuela o clase donde aparece el profesor leyendo y sentado en un elevado sitial, vestido de «sotana y barret», especie de casquete negro, y enfrente dos mesas largas con sus asientos de madera, donde se sientan los estudiantes delante de libros abiertos, vistiendo lobas y casquetes. Este indumento es obligado: *Sien tenguts anar ab clochis o lobes largues de drap negre, perque entre tots los altres sien coneguts per estudiants*

(1) Este tío suyo fué Enrique March, hermano de su madre, del cual se acuerda con cariño y gratitud en sus *Comentarios a la Ciudad de Dios*, de San Agustín (lib. XIX, cap. XXI), donde dice: «Eso mismo acuérdome haberlo oído de mi tío Enrique March, cuando yo era muchacho, y ese muy culto jurisperito explicábame en mi tierra las *Instituciones del emperador Justiniano*.»

de l'Estudi General. Este hábito les da una cierta especie de inmunidad. Quien dañe o insulte a quien tal hábito vista, será castigado con graves penas, así aflictivas como pecuniarias.

La asistencia a las escuelas es mediante el pago de una cantidad que varía según la asignatura que se estudia. Los *salaris e emoluments* que perciben los maestros y ayudantes nútrense de estas pagas individuales. Los estudiantes pobres recogen limosnas para este fin. Exhiben un permiso del obispo, que les autoriza para la cuestación pública en lugares determinados. He aquí el tenor de un permiso episcopal para mendigar otorgado a un estudiante pobre:

«Nos... al amado en Cristo Pascasio Burguera, escolar de Valencia, salud. Como sea que tú deseas consagrarte al estudio de la ciencia y no puedes por tu pobreza soportar los gastos necesarios, por esto, compadecidos de tu indigencia, para que puedas llevar adelante tu propósito loable, por el sostenimiento de las expensas de tu estudio, te señalamos la parroquia de la Santa Cruz y Puebla de las Mujeres de la ciudad de Valencia y el lugar de Alboraya, en los cuales puedas, con la calderita y el hisopo, esparcir agua bendita para inducir a los fieles cristianos a hacerte bien para sustentación de tus estudios. Por lo cual, mandamos por la presente a los rectores y vicarios de las iglesias parroquiales susodichas que cuando tú te acerques a los dichos lugares te reciban benignamente y te traten con caridad, sin contradicción alguna. Tienen de validez estas letras sólo un bienio. Dada en Valencia a 17 de agosto del año 1413.»

La pitanza obtiénenla los estudiantes pobres en los conventos, a cambio de sus enseñanzas de gramática, o en las casas acomodadas, en donde prestan algún servicio personal. A los que más se distinguen, el Consejo de la ciudad, para ampliar sus estudios o recibir los grados académicos en alguna universidad de fama, los subvenciona con becas que entonces se llamaban *ajudes de costa*.

No fué Luis Vives tan afortunado como en su primera iniciación literaria en la escuela de Filopono, cuando su ingreso en el Estudio General valenciano. Vino a dar para que le enseñase gramática latina en las manos rudas de Jerónimo Amiguet.

Meter al tortosino Amiguet en aquel que tenía que ser vivero de las buenas letras y de las mejores disciplinas y en medio de aquella estudiosa y generosa mocedad, fué meter al cierzo en la floresta, y lodosos jabalíes en las fuentes claras.

El cauto Mayáns lo define con una sola plumada: *Amiguetus fuit homo insigniter barbarus*. Así lo proclaman sus escritos. Publicó varios engendros didácticos, ya en la época de Mayáns rarísimos y por ende *preciosísimos* (1), dice el propio Ma-

(1) A título de curiosidad bibliográfica, copio aquí las obras que no fueron originales, sino versiones del italiano al valenciano, de este bárbaro insigne. *Sinonima variationum sententiarum eleganti stilo constructa, per Hieronymum Amiguetum, Dertusensem, redacta, felici numine inchoant quibus adolescentes eloquentiam assequi parvo tempore valebunt*... Al final de ese esperpento añade: *Expliciunt Sinonima Stephani Flisci, Oratoris clarissimi, ex Italico sermone in Valentinum, per Hieronymum Amiguetum, redacta cum titulis unicuique ordini personarum ascribendis, superscriptionibus, salutatio-*

yáns con intencionada y certera ironía. Lamentó vivamente que hubiera caído en tales manos la mejor espiga de la estudiosa juventud valenciana, Francisco Juan Bardaxí, quien escribiendo a los Jurados Valentinos y al rector de su Estudio General, refiriéndose a los tiempos en que Luis Vives se dedicaba al estudio de la gramática latina, dice:

«La disciplina que en aquellos días estaba más enferma y postrada y la que padecía más era la gramática, que es la primera de todas y que si no se enseña con sencillez y perfección corrompe y estraga en tal manera el ingenio de los muchachos, que se vuelven totalmente flacos, vanos e imbéciles para aprender todas las otras. Y cuando digo la gramática, pensad también que bajo ese mismo nombre incluyo la facultad oratoria. La lengua latina, juntamente con el arte de bien hablar, estaba de tal manera afeada por un tan virulento contagio de barbarismos, que aun a aquellos mismos que afectaban hablar con mayor curiosidad y policía no eran capaces de tolerarlos las más trilladas y vejadas orejas latinas.»

La fama del contagio de la latinidad valenciana se había corrido injustamente a la Universidad salmantina, pues Francisco Sánchez de las Brozas, en la carta nuncupatoria a esa ínclita Universidad, puesta al frente de su *Minerva* (1587) le dice: «Cuando la peste de la barbarie se ha apoderado de casi el orbe todo, sola tú eres afrentada con esa tacha, y sin culpa tuya se te acusa en el extranjero, como si no pudiéramos hallar academia alguna donde se enseñe la verdadera Gramática, indagadora de la pura latinidad.»

Gratitud eterna deben las universidades españolas a Antonio de Nebrija, quien con su Diccionario y su Gramática y sus comentarios a los poetas latinos limpió la latinidad hispana de aquella herrumbre y aquel moho, y les mostró la marmórea serenidad y las claridades apolíneas. Como fuese que maduraba con demasiada lentitud el feliz parto del Diccionario nebrisense con daño notorio de los estudiantes, el lusitano Arias Barbosa estimulaba su publicación con un lindo epigrama que trae Mayáns y que se lee en la edición que aliñó el bachiller Juan de Molina, natural de Ciudad Rodrigo (*Mirobriga*, en latín), impreso en Valencia el año 1533, en la oficina de Francisco Díaz Román:

Cur opus, Antoni, clarum atque insigne recondis?
Cur negat ipse suum pulcher Apollo jubar?
Ille liber, Phœbo similis, fulgebit in Orbe,
Altior illustrans quæ latuere diu... (1)

Antes de Antonio de Nebrija acontecía lo que escribe Lucio Marineo Sículo en su libro *De laudibus Hispaniæ*, cap. XXV: «Comenzó Antonio de Nebrija en Salamanca a explicar los autores latinos, hacia quienes sentían los españoles aversión tan viva, que no era tan fácil

nibus, exitibus in epistolis ponendis et Kalendis, nonis, idibus, per dictum Hieronymum additis. Impressum in insigni Civitate Valentiæ per Christophorum Koffman. Decimo quarto Kalendas Decembrias. Anni MDII.

(1) ¿Por qué recatas, Antonio, tu obra clara e insigne? ¿Por qué el hermoso Apolo esconde sus resplandores? Ese libro, comparable a Febo, brillará en la redondez del orbe, y desde su alta soberanía ilustrará lo que por largos siglos se mantuvo en tinieblas.

convertirlos a su devoción, como a la fe de Cristo los más contumaces y empedernidos judíos. Empero él, con ejemplar e incansable constancia, semejante a los predicadores apostólicos que en los primitivos tiempos de la cristiandad pregonaban el nombre de Cristo, poco a poco iba domeñando y amansando aquellas mentes cerriles con las mieles de la lengua latina.»

Por lo que toca y atañe a la Universidad valenciana, Antonio de Nebrija entró en ella de la mano de Andrés Semper, quien, en la dedicación nuncupatoria de su Gramática latina, dirigida a los Jurados valentinos, afirma sus grandes merecimientos para con ella desde el año 1539, y escribíalo en 1570. Y sigue diciendo: «Nombrado desde el comienzo prefecto de la primera clase, fulminantemente abolí la barbarie entre nosotros tan inveterada y que lo devastaba todo. Obligué a los gramáticos a la prelección de los mejores autores: Terencio, Virgilio, César, Cicerón, de quienes estaban ayunos y por quienes sentían áspera ojeriza; y, finalmente, a los que profesaban la Retórica y eran enemigos cordiales de Cicerón, príncipe de los retóricos, con increíble dificultad y como al redopelo y por la melena, les empujé a su imitación.»

Este empeño heroico tuvo su fruto no demasiado tarde. Alfonso García Matomoros, en su opúsculo *De asserenda hispanorum eruditione*, escribía el año 1553:

«No sólo de este glorioso alumno (Juan Luis Vives) puede Valencia enorgullecerse, porque, desde veinte años acá, ha alumbrado tan bienaventurado parto y muchedumbre así de oradores como de filósofos, que no solamente con su propio esfuerzo consiguió borrar la mancilla de la barbarie crónica contraída en los primeros tiempos, sino que todavía tiene alientos valentísimos para introducir en otras ciudades de España la lumbre de la elocuencia y de todas las artes y disciplinas.»

Acaso no era tan crónica la barbarie en las aulas de Valencia como pretende significar en su fervor panegírico este aguerrido asertor de la cultura española. El franciscano de Gerona Francesc Eiximenis, que escribió a fines del siglo XV (entre los años 1485 y 1486), en la encendida apología que en su tratado político *Regiment de la cosa pública* hace de la ciudad de Valencia y de sus glorias, que va enumerando hasta la treinta y dos, dice a los Jurados de la ciudad de Valencia en el natural idioma de su tierra:

La trenta dues (noblesa) es que aquesta terra ha llenguatge compost de diverses llengues que li són entorn, e de cascuna ha retingut ço que millor li és, e ha lleixats los pus durs e los pus mal sonants vocables dels altres e ha presos los millors. E no res menys, trobarets dins aquesta beneita ciutat qui us pot ensenyar les principals llengues del món, així com són llatí, hebraic e morisc.

Gaspar Escolano, en su libro V de la *Historia de Valencia* (capítulo XXIII), cuenta que Antonio de Nebrija trasladó las letras de humanidades de Italia a España, y que su *Arte de la gramática latina* se introdujo en la Universidad valentina el año 1507 (cuando Vives contaba quince años) con suma contrariedad y repugnancia de Amiguet, quien, con la peor de las intenciones, abusó de la agudeza y despejo de su discípulo y le azuzó para que escribiera una declama-

ción contra Antonio de Nebrija. Pero Vives, según era su cordura y buen seso, no tardó en arrepentirse; descubrió la malicia y vino a mejor entendimiento.

Esta anécdota de Escolano merece la pena de que se la ilustre para enseñanza y provecho del lector. Harto conocidas son de todos los eruditos las *Introductiones latinæ* de Antonio de Nebrija, con comentarios muy doctos, que son muy raras, pues más las escribió para los sabidos que para los que habían de aprender. Esta obra utilísima fué reimpresa en Valencia con una primorosa epístola de Pedro Badía, donde afirma, con absoluta verdad histórica y con certera adivinación, que las letras latinas anduvieron exiladas de Italia, hasta que por Alfonso V, *el Magnánimo*, no tan famoso por la grandeza de sus conquistas como por la gloria de su ingenio, fueron restituídas a su patria natural. En esta edición valenciana, Pedro Badía interpretó las voces que estaban expresadas en la lengua de Castilla, trasladándolas al habla vernácula de Valencia, y en Valencia la acunó en sus prensas Nicolas Spindeler, alemán, y de ellas salió a los dieciocho días andados del mes de octubre del año 1505. Por donde resulta exacta la fecha que señaló Escolano a la admisión de las *Introductiones Artis Grammaticæ Latinæ* del nebrisense en la Universidad valenciana el año 1507. No debe Pedro Badía ser defraudado de la gloria que le cabe por esta hazaña esclarecida, en cuya gestación será razonable creer que tuvo que apurar muchos sinsabores e injusticias cuando buena parte de las invectivas de Vives se ensañan más que en el nebrisense, en Pedro Badía, rival y enemigo de Jerónimo Amiguet. Esta infeliz y precoz arremetida de Vives no aparece; nadie la vió ni la leyó jamás, ni nadie debe hacerle la injuria de echarla de menos. Vives se retractó con la más generosa de las palinodias, haciendo el debido elogio del restaurador de la clásica antigüedad entre nosotros, en cuantas coyunturas se le presentaron. Y si parece demasiado parco el encomio que escribe del *Diccionario* nebrisense en su libro III de su *Arte de enseñar (De tradendis disciplinis)*, donde dice que no está *logrado con la debida exactitud y es más para estudiantes noveles que para estudiantes adelantados*, cumple decir que el mismo Nebrija opinaba lo mismo, según el testimonio de Francisco Sánchez, *el Brocense*, en la dedicatoria de su *Minerva*, donde refiriéndose a Elio Antonio, cuenta esta anécdota expresiva: «Mientras él, en mi lugar de Brozas, donde iba acicalando su Diccionario y su Arte, estaba postrado en cama de calenturas en casa de su hijo Marcelo Nebrisense, condecorado con la cruz de la Orden de Alcántara (comendador de la Puebla), decía entre suspiros, como muchas veces se lo oí contar a mi padre, que le dolía enormemente dejar inacabados y sin la postrera lima su Arte y su Diccionario.»

Nebrija fué varón de muchas almas: amén de gramático, fué crítico, filósofo, cosmógrafo, médico, historiador, teólogo. Con toda razón hubiera podido envanecerse con cualquiera de estos títulos; pero él a todos ellos prefirió condecorarse con el título de gramático, como dice el propio Vives en su libro II: *Causas de la corrupción de las Artes*. Bien hacía Erasmo en desear para ese varón multánime, llegado ya a una veneranda ancianidad, que acumulase la edad de muchos

Néstores en sus heroicos hombros.

Además del insigne bárbaro de Amiguet; fué profesor de Gramática de Vives, en la Universidad valenciana, el leridano Daniel Sisó, evocado más tarde con elogio en su obra primera, escrita cuando aún tenía la leche de la Retórica en los labios: el *Triunfo de Cristo* y la *Oración de la Virgen*. También es razón que supongamos que nuestro Juan Luis estudió en la Universidad valentina la lengua griega, que contemporáneamente con Amiguet enseñaba Bernardo Navarro.

De muy robusta sanidad mental, a prueba de contagios, disfrutaba Luis Vives cuando con el menor daño posible salió de las aulas universitarias valentinas. El recuerdo que le quedó no fué demasiado sabroso. ¡Oh, cuántas veces me susurró a los oídos Juan Dullard aquel estribillo: «Cuanto mejor gramático fueres, serás tanto peor dialéctico y teólogo.» Es admirable que metido como estaba en el atolladero escolástico, y en la flor de su primer bozo, escribiera en pulquérrimo latín sus opúsculos precoces, exentos de solecismos y de barbarismos, demasiado frecuentes en aquella sazón en toda Europa por culpa de los maestros vándalos.

Como más arriba insinuamos, en Valencia cató, colgado de los labios de su tío materno Enrique, agudísimo jurisconsulto, algo de la antigua jurisprudencia y del código justinianeo. Juan Luis Vives había nacido con las alas mayores que el nido; privilegio o servidumbre de los hombres superdotados. No indaguemos inútilmente las razones por que tomó el camino de París. ¿Instinto de ave peregrina? ¿Huída de la peste, que por aquella sazón diezmaba la ciudad de Valencia? ¿Dictado del dedo de Dios que marca su camino a cada uno de los hombres? ¿Temores de una posible reacción contra su presunto origen judaico? Con espíritu de humildad, confesemos que de todo ello no sabemos una palabra. Todo ello son puras suspicacias. El hecho es que a la muy temprana edad de diecisiete años volvió las espaldas a la ciudad de Valencia y tomó la vía *sanza ritorno*, que dice Dante. Juan Luis Vives dejó a sus espaldas a Valencia y su Universidad. Lo que dejaba a sus espaldas, es decir, la Universidad de Valencia, queda descrito en una obra suya tempranísima, y Luis Vives, que tenía de ella un perfecto recuerdo visual, pónelo en boca de su amigo Pedro Iborra:

«El lugar está en el primer acceso de las escuelas, que con harta facilidad tórnase barroso con la lluvia, con el polvo, con el frecuente pisoteo de los escolares; una vez que le hubieres traspasado, te encontrarás con unas escaleras altas que conducen a las estancias más adornadas y a las aulas donde se enseña; lugar muy acomodado para los profesores que en su día es de esperar que habrán de venir. El vestíbulo es oscuro con frecuencia, pero el pórtico no está mal. Al pie de la escalera hay una gran mesa de piedra de color azul, adonde acuden los libreros cuando reciben alguna novedad para exponer los libros a la venta...»

CAPITULO III

CON LAS ALAS MAYORES QUE EL NIDO

En el año 1509, a los diecisiete de su edad, hallamos en París a Luis Vives. No queremos escudriñar los móviles de esa temprana expatriación, que es empeño vano sin más palanca y apoyo que unas frágiles conjeturas. Lo que a bien seguro no le llevó a París fué el amor de la aventura ni seducción femenina alguna que le sonriera y le brindara desde las orillas del Sena con un ramo de lila en flor, como la que cuenta que experimentó, con la anterioridad de poco más de cien años, el picantísimo poeta valenciano Jaime Roig, según queda consignado en el *Llibre de les dones:*

En lo gener,
una polida
galant, ardida,
gentil burgesa.
flor de bellesa
de tot Paris,
un jorn de pris
on jo junyí
e lo guanyí
a sa requesta,
me mostrá festa
e'm feu saber,
son bon voler... (1)

No puede decirse ciertamente del largo camino que separa a Valencia de París, que no hubiera sido trillado por otros pasos como el camino del saber antiguo mencionado por Lucrecio, ni como aquella selva de Dante no asendereada por ningún caminante. En este viaje habían precedido a Luis Vives muchos valencianos. Pero, verdaderamente, ¿valía la pena esta peregrinación estudiosa y era peor lo que dejaba Luis Vives en la Universidad valenciana? Oigámosle. Así se expresa con no disimulado desencanto en el libro III de las *Causas de la corrupción de las Artes:*

«Cosa es que pone espanto que confesando como confiesan los doctores de la Sorbona ser la Dialéctica el instrumento de las restantes disciplinas, en ese París de mis pecados se le consagran dos años enteros; al paso que a toda la restante filosofía, la natural, la moral y la metafísica, se le dedica un año mal contado. Y aun algunos profesores a ese año raquítico le cercenan algún trocito en gracia de la Dialéctica. Muchos son los que durante toda su vida, por más larga que sea, se quedan para siempre jamás en dialécticos.»

Retratada al aguafuerte, con mordedores trazos, queda la Universidad parisiense de los tiempos de Vives, lo que él vió con sus ojos fieles en el diálogo XII de los *Ejercicios de lengua latina,* que va bajo el título *Schola.* Los interlocutores de esa sátira intencionadísima son Tirón y Espudeo; o digamos un estudiante novicio y un estudiante vitalicio. Y dice Tirón:

—¡Qué aula tan elegante y mag-

(1) Por enero. una pulida, galana, atrevida y gentil burguesa, flor de hermosura del gran París, un día de justas en que yo, a su instancia, competí y gané el premio, se me mostró festiva y me manifestó su bien querer...

nífica! Pienso que no la hay más suntuosa en toda la Universidad.

—Acertaste — le responde Espudeo—. Y sépaste, lo cual tiene más importancia, que en ninguna otra son más sabios ni prudentes los maestros, ni los hay que enseñen con destreza mayor. Aquí se aprende muy mucho y en muy poco tiempo. Cada uno de ellos tiene sus clases separadas. Los unos, con hartos sudores y fatigas, inculcan en los muchachos los preceptos gramaticales todo el santo día; otros, explican materias más intrincadas: Retórica, Dialéctica y demás Artes que se llaman liberales o ingenuas porque convienen a las personas de calidad. Entre los estudiantes los hay bachilleres (*batallarii*) y los hay bisoños (*tyrones*), voces tomadas de la vieja milicia. *Batailleur* llámase en francés aquel soldado que ya entró en fuego, que en la lengua del país se denomina *bataille*. Y así fué que, extendiendo ese concepto a la palestra literaria, en esta Universidad comenzáronse a llamar *batallarii*, o digamos bachilleres, aquellos estudiantes que habían presentado conclusiones públicas sobre cualquier punto de las Artes liberales. Estos bachilleres, al recibir licencias para enseñar, toman el nombre de licenciados; más propiamente se les debería llamar *designados*. Remate de su carrera es la investidura del doctorado, que reciben en sesión pública y solemne, cuyo distintivo es un bonete con borla. Este es el título de mayor distinción y el último grado de los estudios.

—¿Quién es aquel personaje que con tan lucido cortejo y precedido de los clavarios camina bajo mazas de plata?

—Es el rector de la Universidad; los que lo siguen, hácenlo por reverencia...

—Y esta vocería, ¿qué es?

—Son los estudiantes que se ejercitan.

—¿Y en qué se ejercitan?

—Se ejercitan en aprender.

—Se ejercitan en berrear. Más que estudiantes parecen pregoneros.

—Los más recios gritadores son los españoles y franceses, y como sea que los hay de opiniones diferentes, disputan con el mismo ardor fanático que si pelearan por sus altares y por sus hogares.

—¡Cómo! ¿Los doctores aquí siguen apreciaciones diferentes?

—Contradictorias, con harta frecuencia... Entremos. Voy a enseñarte la biblioteca universitaria. Hela aquí. Como ves, está orientada a Levante, conforme aconsejan los técnicos.

—¡Oh, cuántos libros y cuántos autores célebres! Griegos, latinos, poetas, historiadores, filósofos, teólogos con sus efigies respectivas...

—¿Quién es aquel del rostro aldeano y narices aplastadas?

—Lee el rótulo.

—Es Sócrates, que dice: *¿Por qué me colocasteis en la biblioteca a mí, que no escribí palabra nunca?*

—Los que están a continuación, que son Platón y Jenofonte, le contestan: *Porque tú dijiste lo que los otros escribieron.*

—¿Cúyos son aquellos libros que están allí arrumbados en aquel montón informe?

—Son el *Catolicón, Alejandro, Hugocio, Papias*... Sermonarios, dialécticas, tratados de Física sofística, autores todos ellos de cuya sanidad mental se duda. Ahí están; llévéselos quien quiera; nos ahorrará de una molesta pesadumbre.

—Necesitaríanse muchos asnos para llevárselos todos.

—Es cosa de milagro que no se los hayan llevado, porque acémilas aquí las hay a barrisco. Algún día darán con sus huesos en ese montón los Bartolos, los Baldos y otros individuos de la misma harina.

—Del mismo salvado, quisiste decir.

—Dime: ¿qué personajes son aquellos de cogullas tan prolijas?

—Bajemos; son los bachilleres, que entran en la sala de las disputas. Entra, callado y reverente; destoca tu cabeza y obsérvalo todo, pues se va a discutir de cosas grandes, cuyo conocimiento importa mucho. Aquel señor que ves solo sentado en elevado sitial es el presidente del certamen y árbitro de la contienda. La pelliza de marta que trae es la insignia de su dignidad doctoral. Es un sabiazo como hay pocos; es el número uno de las oposiciones a la cátedra de Teología, y los más famosos teólogos de grado le ceden la palma...

—¿Quién es aquel otro. macilento y pálido, contra quien todos arremeten?

—Es el mantenedor, que ha de contrarrestar el empuje de todos; el demasiado estudio le ocasionó esa delgadez y esa amarillez; pero es muy fuerte y rollizo en Filosofía y Teología. Calla ahora y escucha. El que habla en este momento es de tan extremada sutileza y adelgaza los argumentos hasta un punto tan inverosímil y con tal arrojo y denuedo cierra contra el competidor, que es opinión general que se le puede comparar con los más duchos en esos menesteres, y hartas veces obliga a su competidor a cantar la palinodia. Repara cómo el uno se esforzó por evadirse y cómo el otro le refutó poderosamente con una razón irrefutable que nadie podrá invalidar; este argumento es el invencible de Aquiles, que apunta a la garganta; no podrá desasirse de él y pronto tendrá que darse por vencido si algún santo no le mete la oportuna réplica en la mollera. ¿Oíste? Zanjada está la cuestión por la habilidad del presidente. Desde ese momento puedes soltar tu lengua y hablarme cuanto quieras. Ese que ahora impugna es un perfecto imbécil, que a pesar de que grita tan recio, el arma con que ataca es un ridículo puñal de plomo...»

Mal podría Luis Vives, en medio de esa algarabía y esa barbarie balbuciente de *Quidificatio*, *Identificatio*, *Realitas*, *Quiditative*, *Ecceitas*, etcétera, cuyos conceptos los profesores parisienses no alcanzaban a expresar con la nítida elegancia antigua ni en paño tan ajado bordar primores tan bellos; mal podía, digo, Luis Vives encontrar al sabio ideal, a cuya rebusca iba en su ilusionada expatriación. Acaso soñó en dar con él en aquel emporio de las buenas letras, según él conceptuaba a París, lodoso del barro del Sena, a quien los antiguos llamaron *Sequana nutrix*, vena nutridora de los ingenios; pero muy de temprano le vino la desilusión.

Bajo el título de *Sapiens* tiene Luis Vives una obrilla festiva y grave a la vez. Un buen día de asueto escolar, Nicolás Beraldo, Gaspar Lax y él se lanzan a la búsqueda de ese sabio hipotético. que. sin duda, debe de hallarse entre los que remataron en la Sorbona sus estudios cíclicos. Dan con un gramático. A su saludo cortés responde con una pedantería en griego. En presencia suya interroga a uno de sus alumnos:

—Dime tú, chaval: ¿en qué mes del año murió Virgilio?

—En el mes de septiembre, mi caro maestro.

—¿Dónde?

—En Brindis.

—Y ¿en qué día del mes?

—El día veintiuno.

—Bellaco, que me haces avergonzar delante de estos señores. Tráeme la férula; arremángate y abre tu mano. ¿Cómo pudiste decir que fué el día veintiuno en lugar del veinte?... Dime: ¿cómo se llamaba el hermano de Remo y cuál tenía la barba?

—Unos dicen, mi caro maestro, que se llamó Rómulo; otros, Romo, y de ahí Roma; pero, por lisonja, luego le llamaron con el diminutivo de Rómulo, que ha sido la denominación que se impuso. Por lo que toca a la barba, estando en guerra no llevaba ninguna barba, pero en tiempo de paz la llevaba prolija, pues así se le representa en los *Titos Livios* impresos en Venecia.

—Dime aún: ¿cómo se levantó Alejandro Magno la primera vez que cayó en Asia?

—Apoyándose con las manos en el suelo y levantando la cabeza...

—¡Uf, qué asco!—exclama Gaspar Lax—. Aquí, Vives, no esperes dar con la ciencia. Abordemos a aquel poeta, puesto que, como dicen Horacio y Estrabón, allá en la más remota antigüedad, la poesía fué el primer balbuceo de la sabiduría.

Y el poeta les contesta con énfasis doctoral:

—Venus y Marte, en la guerra de Troya, fueron heridos gravemente por Diómedes con el auxilio de Palas; sorprendidos más tarde en adulterio por el cojo Vulcano, quedaron presos en unas mallas que fabricó el sufrido herrero. Venus y Proserpina acudieron al arbitraje de Júpiter por resolver cuál de las dos se quedaría con Adonis. Nombrado Calíope juez en ese litigio, dictaminó que medio año lo gozase Venus, y Proserpina el otro medio año... Esa es la sagrada teología de los poetas, y por ello, Ennio nos llamó *santos*, como se lee en Cicerón.

—Aquí—dice Lax—no encontraremos un adarme de verdad; todo son profanidades, y lo humano mezclado con lo divino en sacrílega confusión... Oigamos a los dialécticos.

El dialéctico les propone un logogrifo que no descifraría ningún caldeo. En tinieblas más que cimerianas los sumió el físico a quien interrogaron. Fracasan igualmente con el filósofo, que no les suelta más que monstruosidades. «¿A tan gran demencia llegó la Filosofía, madre de la Sabiduría?», exclama Vives. Lo mismo pasa con el retórico, deseoso no más que de gruesos estipendios. Por azar topan con un astrólogo: En tu cielo, varón instruidísimo, ¿hallaste la Sabiduría? También el astrólogo los defrauda y acuden al matemático.

—Los matemáticos, en París, no cuentan para nada—dice Gaspar Lax.

—Y de los jurisconsultos, ¿qué me dices?

—En tiempos pasados—contesta Beraldo—los jurisconsultos fueron tenidos y llamados sabios; pero, en la actualidad, son la bellaquería, la astucia y el fraude personificados; no hay ley que no haya sido corrompida por su sutileza y mala fe. ¿De qué ley, gran Dios, de qué ley subsiste el sentido en su pureza original?

Tercia Vives en la conversación:

—Oí decir que allá, en los primeros tiempos, se conceptuó que en los médicos estaba encarnada la sabiduría.

—¿Quién sabe?—le replica Lax—. El hecho es que ahora en nada se diferencian del sayón o verdugo, pues unos y otros pueden matar impunemente, y luego, al punto, cobrar su salario lícito y obligado. Si queremos dar con el auténtico sabio no tenemos más recurso que ir a cierto teólogo grave que lleva vida ermitaña en aquel cerro.

Por fin, atinan los desorientados peregrinos de la Sabiduría con el sabio de veras, que no es otro que aquel teólogo montesino que vive cercano del cielo, de donde caían los grandes pensamientos. Les habla con palabras sabias, tranquilas y abundantes. Y les dice:

—Antes que todo temo a Dios, aun viviendo en ese apartamiento sin gloria, lejos del tropel y barahunda de las gentes. Con nadie me enojo; a nadie envidio; no busca riqueza quien se contenta con verduras y agua; como mi manjar es parco, no siento las ortigas de la libídine; a nadie odio, porque amo a Dios y a todos los hombres, y este amor aumenta mi sabiduría...

Esta escena que remata esas correrías de los tres mozos generosos en busca de la escondida

senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han [sido.

recuerda invenciblemente otros pasajes análogos de los libros lulianos en que un ermitaño, hundido en la esquividad de alguna selva, que suena con murmullos de aguas frescas, vive, ni envidiado ni envidioso, a solas con Dios, mezclando los rumores de su oración con la música de una fuente fugaz y el dulce concierto de los pájaros cantores, a quienes dice en las profundidades de Miramar: *Si no nos entendemos por lenguaje, entendámonos por amor.*

En París, Juan Luis Vives, además de Dullard, tuvo por maestro a su compatricio aragonés Gaspar Lax de Sariñena, *varón de ingenio agudo y de memoria tenacísima*, quien, el año 1511, editó en París un tratado *De oppositionibus propositionum categoricarum et de earum æquipollentiis.* Lo dedicó a don Jerónimo de Cabanyelles, caballero del Orden de Santiago, embajador del rey Católico ante el rey de Francia. Este es el personaje que con el nombre de Cabanilles (mejor, Cabanyelles, por más valenciano, y más de la época) a quien introduce Vives en el diálogo *Leyes del juego*, y al cual, más arriba, conocimos y oímos. No tan bien librada como del cariñoso recuerdo de Vives sale la reputación de Gaspar Lax de la severa crítica del asertor y apologista de la cultura hispánica Alfonso García Matamoros, profesor de Alcalá. Y no solamente la de Gaspar Lax, sino aún la de bastantes españoles más, que enumera: Fernando Enzinas, los dos hermanos Coronel (Antonio y Luis), Juan Dolz, Jerónimo Pardo y otros muchos más, para los cuales pedía una expulsión tan radical como la que decretó de París el rey Francisco I con gran aplauso de la opinión, aumento del buen nombre francés y mayor avance de los estudios. «A esos hombres—dice García Matamoros—no les faltó ingenio ni plausible industria; pero tan calamitosa y adversa fué aquella edad, que la feliz disposición de muchos de que a todas luces estaban dotados, no pudiera hallar actividad mejor en que ocupar sus trabajos.»

El pulcro escritor don José Pin y Soler, que tradujo al catalán las *Exercitationes linguæ latinæ*, bajo

el título de *Dialechs* (1), da a entender que durante esa estada trienal en París, «siguiendo los cursos del Colegio de Beauvais, según su diligente biógrafo Van den Busshe, y frecuentando simultáneamente las aulas del Colegio de Montaigu, fundado en 1304 por la reina Juana, esposa de Felipe *el Hermoso*», allá en Valencia, perdía a su padre, que dejó a su mujer heredera de la pobreza que poseía. ¡Hermoso par de esposos cristianos ese de Luis Vives y de Blanca March! Con singular ternura evocó el hijo piadoso la apacibilidad y concordia que siempre reinó en su hogar entre marido y mujer, señalándole como tipo y ejemplar de casados perfectos, en su áureo libro de *La mujer cristiana* (2):

«Blanca, mi madre, en los quince años de su matrimonio, nunca la vi que riñese con mi padre o que contrariase en un punto su querer: una era su mente y dulcemente fundida su voluntad. Tenía dos a manera de refranes que con frecuencia se le caían de la boca. Cuando quería dar a entender que daba entero crédito a alguna cosa, decía: «¡Vaya si la creo! Como si Luis Vives me lo afirmase.» Y cuando pretendía dar a entender que quería una cosa, solía añadir: «Como si Luis Vives la quisiera.» Y yo mismo (sigue diciendo el hijo ejemplar, fruto dulce de aquella sabrosa concordia), a Luis Vives, mi padre, le oí decir en muchas ocasiones y señaladamente al referir aquella anécdota de Escipión Africano el menor, o de Pomponio Atico (yo creo que de entrambos), que nunca tuvo que reconciliarse con su madre; que tampoco él, cosa harto más difícil, con su esposa.

Y como todos se admirasen de estas palabras suyas, siendo así que era proverbial la armonía entre Vives y Blanca, respondió: «Como Escipión no estuvo nunca desabrido con su madre, no tuvo jamás necesidad de reconciliarse con ella.» Feliz aquella mujer que como la mujer fuerte de Salomón o la perfecta casada de fray Luis, fué loada por el coro de sus hijos, y ante cuya presencia se levantó el marido para canonizarla: *Surrexerunt filii ejus et beatissimam prœdicaverunt; vir ejus et laudavit eam.* Esta fué Blanca March.

Parece que a mediados del año 1511, rotas las relaciones entre el rey de Francia Luis XII y el de España Fernando *el Católico*, los españoles estantes en París halláronse en una posición harto incómoda. ¿Fué éste, acaso, el motivo por el cual al año siguiente, o sea el de 1512, inesperadamente encontramos en Brujas a Luis Vives, en la flor y verdura de sus veinte años, verecundo, meditativo:

Sotto biondi capei canuta mente,
frutto senile in su'l giovenil fiore?

¿Quién lo sabe? Lo cierto es que los canales de la ciudad de los puentes innúmeros no fueron para nuestro expatriado los ríos de Babilonia, ni en sus sauces colgó su arpa. Para con la ciudad de su grato destierro, siente un afecto tan tierno como para con su Valencia nativa. A este afecto, Brujas correspondió

(1) Joan Lluis Vives: *Dialechs.*—Traducció catalana ara per primera volta estampada, precedida d'un breu comentari sobre l'autor y el llibre por Joseph Pin y Soler. Barcelona. Llibreria Antigua y Moderna de S. Babra. 1915.

(2) Lib. II, cap. V.

con igual fineza: «Fué muy estimado dellos—dice Calvete de la Estrella en su *Viaje de Felipe II*—y con razón Luis Vives, que fué uno de los varones más señalados en letras de nuestros tiempos...; hízose vecino y morador de Brujas, casándose allí con una doncella.»

En aquellos días, Brujas, Bruselas, Gante, Amberes, Lovaina, la Flandria toda, en fin, era como una prolongación del patrio suelo. En Brujas especialmente, emporio de comercio y plaza de tráfago intenso, residían muchas familias peninsulares dedicadas al intercambio de toda suerte de frutas y productos manufacturados: vinos, maderas, granos, aceites, lanas, tejidos, cerámica, mercancías traídas y llevadas por navíos del Cantábrico o de Galicia, que siéndoles los vientos favorables y propicio el mar, en una semana de Vigo, de Avilés o de Santander surgían en las playas de Ostende, en los muelles de Flesinga o el puerto de Damme, que en el siglo XVI eran las escalas comerciales de Brujas. Hospedóse Vives en casa de los Valldauras, de origen valenciano, afincados allí desde los postreros años del siglo XV. Cabeza de aquella familia era Bernardo Valldaura, casado con la valenciana Clara Servent y padres de tres hijos, uno de ellos llamado Nicolás, y de una hija, Margarita. Esta había de ser su mujer, su preciosa Margarita, cuyo precio fué para él como de perla traída de los postreros términos de la tierra:

Ni la perla oriental ansí es preciada
ni la esmeralda que el Ofir envía
ni la vena riquísima alejada...

En la época en que Luis Vives dirigía a los burgomaestres de Brujas su tratado *Del socorro de los pobres* (año 1526, por el mes de enero), dice que, por espacio de catorce años, si bien no continuos, ha sido morador de Brujas. Los hijos de Bernardo Valldaura fueron sus primeros discípulos. Durante esa su primera estada bienal en Brujas, Luis Vives conoció y contrajo amistad muy estrecha con el famoso médico valenciano Juan Martínez Población, que más tarde fué médico de cámara del rey de Francia. De él hace honorífica mención en sus *Comentarios a la Ciudad de Dios, de San Agustín*: «Afirmo—dice—que en su teoría física es tan exacto, que los físicos antiguos jamás escribieron nada tan claro sobre *determinada enfermedad*, y si lo hicieron, sus libros se han perdido o nos son desconocidos (1).»

También en Brujas, sin que podamos precisar si fué en esta su primera estancia, contrajo muy sabrosa y perseverante intimidad con el rector de su propia parroquia, reverendo Marcos Laurin, y con el joven canónigo Juan Fevin, humanistas de mérito, cuyos nombres asoman muy cariñosamente evocados en la correspondencia que sostuvo con el famoso jurisconsulto Francisco Craneveldt, con quien trabó aquella suerte de fraternidad de almas, que según el Libro Santo es

(1) No faltaron quienes se preguntasen cuál podía ser esa *determinada enfermedad* que Luis Vives deja indeterminada, acaso por reserva pudorosa. ¿Sería la *Psora*, aquella *Psora* que tanto preocupaba a Erasmo y que con tal frecuencia evoca en sus *Coloquios*, cuyo origen, por inconfesable, unos pueblos echaban sobre otros, llamándole los españoles e italianos: *mal gálico*; y los franceses, *mal napolitano*, y los sajones, brabanzones y holandeses, *mal español*, y cuyos estragos pudo ver en su propia casa en la persona de su futuro suegro Bernardo Valldaura?

medicina de vida y de inmortalidad.

No estaba Luis Vives tan enraizado en Brujas que no hiciera de cuando en cuando salidas largas y fructuosas. La sombra del sutil campanario de su parroquia brujense, le era estrecha en demasía para envolverse en ella definitivamente. Alejábase de Brujas con pies involuntarios, con añoranzas íntimas, con los oídos llenos del concierto de sus campanas y las entrañas llenas del creciente afecto de la creciente Margarita...

CAPITULO IV

UNA PASCUA EN PARIS

Año, el de 1514. Mes, el de abril, casi en su justa mitad: dieciséis días andados. Fiesta, la máxima del ciclo litúrgico, o sea Domingo de Pascua de Resurrección. Lugar, la ciudad de París, que ha atraído de nuevo a sus brazos a Luis Vives. Este día marca una fecha decisiva en nuestro excelso polígrafo. La cultura universal podría señalarlo con piedra blanca. En este día quedó concebida su obra primeriza. Desde esta fecha Luis Vives ya no dará paz a la mano ni tregua a la pluma: *calamus scribæ velociter scribentis.*

El y sus compañeros y paisanos Juan Fort y Pedro Iborra, antes del mediodía cumplieron con sus deberes de cristianos. *Hæc dies quam fecit Dominus; exultemus et lætemur in ea.* Están de asueto total, y llevan por la ciudad endomingada sus pasos errabundos. Al separarse han convenido que en el mismo templo donde asistieron a los oficios pascuales de la mañana, asistirán a los oficios vespertinos. Así lo hacen. Pasean de nuevo por las calles de la gran urbe, cerebro de Europa, que siempre fluctúa y no naufraga nunca. En el vestíbulo de la Universidad, el trío paseante da de manos a boca con Gaspar Lax, el de Sariñena, quien, cumplido caballero como es en todo, les significa el agrado que tendría de que cenasen con él. De momento se resisten con visible complacencia, y acaban por rendirse a su insistencia afectuosa. Una vez en su morada, llegan otros valencianos: Miguel Santángel y Francisco Cristóbal, que traen para enseñárselo a Lax un *Libro de horas*, precioso, un *Horario* de aquellos que, para engastarse en los mejores diamantes, destinábanse a las devotas manos de las más hermosas damas y a recrear con sus tintas hechiceras los más bellos ojos; precisamente la misma suerte que Horacio deseaba para sus libros:

Juvat ingenuis oculis legi manibusque
[*teneri.*

Uno de aquellos *Horarios* que la escuela flamenca, con mano morosa y amorosa, se complacía en iluminar prolijamente con tintas vírgenes y frescas y con rosicleres aurorales. Un *Horario*, en fin, como el que el misógino poeta valenciano Jaime Roig puso en las manos hipócritas y bajo las miradas obli-

cuas y traicioneras de una de sus heroínas beatas, que, sin saber letras, fingía leer devotamente:

A totes hores
ses belles Hores
historiades
e ben pintades,
d'or tancadors,
molts giradors,
sovint obría... (1)

Con suma afición contemplaba Vives el precioso códice miniado, con sus ojos ya hechos a las deliciosas tablas flamencas, cuando Lax dice: «Aquí está figurado el triunfo de César, el Dictador. Mucho más valiera esta miniatura si en vez del triunfo de César, hombre no bueno del todo, representara el triunfo de Cristo.» Fingida o real esta anécdota, introducida esta cena como simple recurso literario o habiendo tenido efectividad, lo cierto es que por el *Triunfo de Cristo* Luis Vives comenzó su obra y dió un primer atisbo de lo que había de ser: *Dico ego opera mea Regi.* Dedico mi obra no al dictador de Roma, sino al Rey de la paz. No sé qué atmósfera y fervores de cenáculo debían de alentar en *aquel cuarto alto* del profesor de Sariñena, donde un *pusillus grex* de españoles de Valencia, peregrinos en París, en la noche del máximo triunfo de Cristo, que es la Domínica de Pascua, rememoraban el heroico duelo que sostuvieron la Muerte y la Vida, y que acabó por dar el triunfo al Caudillo de la vida, que reinó después de muerto. ¡Oh noche; oh cena de dioses!, podríamos exclamar con Horacio. ¡Oh *simposio* más que platónico que inició con indefectible y felicísimo augurio por medio de la palabra escrita uno de los más hermosos apostolados con que se puede ennoblecer y decorar la vida de un hombre: comenzó por un venusto y juvenil juego retórico en loor del *Triunfo* de Cristo y de la *ovación* de la Madre de Dios; y poco antes que cerrase los ojos de Vives el sueño férreo de la muerte, a la edad, no madura aún para el sepulcro, de cuarenta y ocho años, dió término feliz a su magnífica y severa apología *De veritate fidei christianæ*, que hubo de ver la luz cuando el aguerrido apologeta no veía ya la verdad por espejo y en enigma, sino que, en el acatamiento de Dios, la veía ya cara a cara. Aquél fué su alfa; ésta fué su omega. Estas dos obras fueron el principio y el fin de Luis Vives, fiel siempre a Dios y a sí mismo. Y entre esas dos riberas, situó una obra ingente, un *mare magnum* de ciencia y de sabiduría. Juan Luis Vives comenzó siendo fiel en lo poco y acabó siendo fiel en lo mucho.

En este punto, la biografía de Vives sufre un eclipse de tres años. No reaparece hasta el año 1517, y decorado, por cierto, con un muy honroso cargo, no en París, sino en Lovaina, elegido preceptor de Guillermo de Croy, sobrino del señor de Chièvres (tres años después duque de Soria y ayo y ministro de Carlos V). Guillermo de Croy, a los dieciocho años, era ya obispo de Cambray, y a los diecinueve, cardenal arzobispo electo de Toledo. Luis Vives no contaba muchos más, pues no tenía más de veinticuatro cuando se le confió la misión de formar la adolescencia y de adoctrinar la inexperiencia del flamante pastor de la Sede de San Leandro y San Ildefonso.

(1) A todas horas—sus bellas *Horas*—muy estampadas—y bien doradas—con los corchetes—de oro y ribetes—atenta abría... (*Traducción de don Lorenzo Mathéu y Sanz, del siglo XVII.*)

Este señor de Chièvres, desaforado protector de los suyos, comido, para decirlo con una expresión bíblica, por el celo de su casa, es el *Señor de Jeures*, de la historia de Sandoval, que Felipe *el Hermoso* dió por tutor a su hijo Carlos y a quien el infante don Carlos, ya rey, a la muerte de su abuelo don Fernando *el Católico* (23 de enero de 1516), conservó como consejero, elevándole a la dignidad de primer ministro cuando él fué proclamado emperador a la temprana edad de diecinueve años. Los españoles guardan de él una memoria rencorosa: no han olvidado sus rapacidades (1), sus maneras altaneras, su insolente nepotismo. Precisamente este nepotismo odioso, ejercido literalmente en la persona de su sobrino Guillermo de Croy, fué una de las causas de los alborotos de Valladolid. No se recata de testimoniarlo fray Prudencio de Sandoval, lamentando que los desafueros y la descomunal privanza que tenía con el emperador, atrajeran sobre su cabeza la tempestuosa ojeriza de los vejados y despojados españoles, que se tradujo en alteraciones alzamientos, y desató las crespas y ceñudas Comunidades.

Dice textualmente fray Prudencio de Sandoval: «Así que las Comunidades se formaron porque se iba el rey, por el gobernador extranjero, por el mucho dinero que se sacaba del reino y *porque dieron la contaduría mayor a Jeures y el arzobispado de Toledo a Guillén de Croy*» (1). Como dije, ese nombramiento nefasto fué una de las causas de los movimientos y bullicios que alteraron el reino; y esos movimientos y esos bullicios lo fueron a su vez del definitivo apartamiento de esa vorágine de codicia, de esa ingluvies devoradora personificada en el *señor de Jeures*, tío de Guillermo de Croy, decorado con la primera mitra de España y con el capelo cardenalicio. El *señor de Jeures* tuvo que volver a los Países Bajos, de donde no debiera jamás haber salido, hecho uno de los hombres más ricos del mundo con los dineros de Castilla; y de allí ya no regresó, muriendo, joven aún, en 1521, en Worms..., se suena que de hierbas.

El encumbramiento de Guillermo de Croy no fué bienquisto más que de sus deudos y de sus amigos. Recibió el capelo de manos de un legado del Papa, en la catedral de Middelburgo, capital de la arenosa isla de Walcheren, en la cercanía de la desembocadura del Escalda. En la vistosa ceremonia, el muchacho cardenal pronunció congratulaciones y discursos en bello lenguaje. ¿Sería temeraria suspicacia pensar que la latinidad de Luis Vives fué la que dió brillantez y realce a las alocuciones de su discípulo, mitrado y purpurado?

Sabemos esa particularidad por el inesperado descubrimiento hecho en la Biblioteca de Nápoles, en 1913, por el integérrimo historiador de la historia de los Papas desde la Edad Media hasta el Renacimiento, Ludovico Pastor, director del Instituto

---

(1) No bastaba a saciar su avaricia todo el oro que venía de las Indias; y llegó a tanta rotura y publicidad, que sin recato se cantaba por las calles de Toledo ese estribillo:

Doblón de a dos norabuena estedes,
pues con vos no topó Jeures.

(1) *Historia del emperador Carlos V, rey de España,* escrita por el maestro don fray PRUDENCIO DE SANDOVAL, obispo de Pamplona, lib. V, cap. II.

Austríaco de Roma. Es un itinerario escrito en dialecto pullés por un canónigo de la catedral de Melfi, cerca de Nápoles, llamado don Antonio de Beatis, capellán del cardenal Luis de Aragón, que asistió a la entrega del capelo (1). Dice:

«Su Señoría Ilustrísima, el Cardenal, mi Señor, llegó a Middelburgo un domingo, acompañado del Prior de Castilla, del Marqués de Pescara, de los obispos de Córdoba y de Badajoz y de muchos señores y gentileshombres españoles o italianos, entre los cuales figuraba el embajador de Nápoles, estante en la corte por aquellos días, y que fué a visitar a Su Alteza.

»El Cardenal, mi Señor, fué recibido con gran benignidad y gentileza, y en compañía del Rey Carlos, de España, asistió al oficio solemne celebrado en la iglesia de los monjes de San Benito, cerca del Palacio. Después de aquella misa del Espíritu Santo, el Prior del convento, con mitra y báculo, cantó en honor del Rey Católico y de Su Alteza, mi Señor Ilustrísimo, quien, conforme le correspondía, había tomado asiento en la pequeña capilla próxima al altar mayor y, levantándose, fué hacia el altar donde el Conde de San Bonifacio de Padua, Camarero y Nuncio Apostólico, pronunció una breve alocución latina y presentó una Bula del Santo Padre al Obispo de Badajoz, quien le dió lectura. Decíase en ella que se concedía la investidura y el capelo rojo al sobrino del señor de Chièvres, Cardenal de Croy o de Cambray, de diecisiete o dieciocho años, monje de San Benito. El nuevo Cardenal pronunció un hermoso discurso en latín, en el que daba primeramente gracias a Dios, luego al Santo Padre, al Rey Católico y al Cardenal, su tío, con visible emoción y lágrimas. Terminada la ceremonia, Su Alteza, mi Señor, con quien estaban además de los señores flamencos y españoles dos Príncipes alemanes, el Margrave de Brandeburgo y un hermano del Conde Palatino, acompañaron al nuevo Cardenal hasta el convento, donde mi Ilustrísimo Señor y el Cardenal, su tío, se quedaron para comer.» Todo esto es de la relación puntual del canónigo de Melfi Antonio de Beatis.

Siendo ya cardenal Guillermo de Croy, él y su maestro Luis Vives visitaron juntos la villa de París, y casi todas las del Hainaut y del Brabante, y trabaron conoscencia con los personajes de mayor celebridad y prestigio.

Estando en Cambray, en días de reposo intelectual, en tiempo del cuaresmal ayuno (eso era el año 1517), cuando la mente vuela más alto, sobre la carne afligida, en la nocturna soledad de su casa y en una total soledad de libros con que recrear su espíritu, *a excepción de cierto libro francés* (es una lástima que no nos diga cuál es), buscó Vives la recreación en sí mismo y en la fecunda actividad creadora de su propio pensamiento. Rezaba el devoto humanista con fervor asiduo los siete salmos penitenciales y saboreaba aquel fruto de sus labios; pero más golosamente que con ningún otro se regalaba con el desabrimiento del Salmo V, que sabe a

(1) Este interesante itinerario fué algunos años atrás traducido al francés. *Voyage du Cardinal d'Aragon en Allemagne, Hollande, Belgique, France et Italie* (1517-18) *traduit de l'Italien d'après un manuscrit du seizième siècle avec une introduction et des notes. Par Madeleine Havard de la Montagne. Préface d'Henri Cochin.* Perrin et Cie. París, 1913.

ceniza. A modo de pasatiempo y como por juego, por cristianizar su pluma más y más—a ese apostolado honesto y santo, pensaba un día u otro consagrarse por entero—, comenzó su interpretación del Salmo V con independencia de los otros. Contentóle la primera página—¿por qué no había de contentarle?—y concibió el propósito de rematar la interpretación de un salmo tan rebosante de sentido, que abarca y contiene en sí el conjunto de toda la religión cristiana. Contentó la interpretación de ese Salmo V, que es el CI del Salterio: *Domine exaudi vocem meam et clamor meus ad te veniat*, también a su egregio discípulo, y le animó a que interpretara los seis restantes. Así lo hizo Luis Vives y le dedicó la interpretación en una nuncupación discretísima, que es un espejo de modestia, de mesura y de buen gusto:

«Increíble fué el gozo que experimenté, mi protector bondadoso, y envidiable el fruto que recogí del pobre afán mío con que compuse esta obrecilla, cuando conocí que había sido de tu agrado, pues a ti solo estaba dedicada. Por lo que toca a las otras amabilidades que me dispensas en tu carta elegantísima, ésas no las admito, sino que las atribuyo a una desmesura de tu cariño para con tu antiguo preceptor, y aun espero que, según es tu ingenio y según es tu erudición, que de día en día se acrecienta, muy en breve esas cualidades que ahora dices admirar en mí sufrirán un total oscurecimiento si se comparan con las tuyas... Y tú, mi muy dulce protector, acepta esta obra con el mismo espíritu con que me la pediste, y del estudio de los oradores y filósofos profanos, como por una escala, encarámate a esas alturas divinas que no arrebatan el espíritu a las perturbaciones y pasiones con demasiada frecuencia indignas de un cristiano, sino que los levantan a tales altezas, a excelsitudes tales, que penetran en la misma morada de Dios e incendian nuestras almas con tan impetuoso fuego de caridad que arden como los propios querubines, que son los espíritus más encumbrados y que más próximos están a Dios. Ese orden es el que reproducís en nuestra eclesiástica milicia vosotros, los que estáis investidos con ese manto purpúreo, símbolo de la caridad perfecta que debéis ostentar en todos vuestros actos y en toda vuestra vida, por manera que así como a todos les superáis en jerarquía, igualmente les superéis a todos en virtud. Cosas son todas éstas que yo sé que tú no ignoras y que practicas con toda probidad; yo espero que antes de pocos meses lo reconocerá el universo mundo. No alabaré aquí tu erudición, la seriedad de tus estudios, tu carácter, tus costumbres, aun cuando podría hacerlo con holganza..., porque no salga algún malévolo, de los que tanto abundan, que piensen que yo adulo a un discípulo. Ese vicio de la lisonja, que es feo en cualquier hombre, es feísimo y pernicioso en grado sumo en un preceptor que debe alabar con suma modicidad y rareza al alumno a quien forma. Todos estos proyectos que maduras de día en día, cuando salieren a luz, serán harto elocuentes pregoneros de tus alabanzas. Ten salud. Lovaina, 1518.»

Estos generosos propósitos que maduraba la aceda juventud del cardenal, no pudieron tener realidad: los truncó una muerte inesperada que le salió de trascantón.

Injerta ahora, perales, Melibeo; alinea [vides.

había dicho, con palabras de Virgilio y con un profundo desengaño, nuestro sesudo Séneca, tan venerado por nuestro Vives, refiriéndose a un amigo filósofo, herido de muerte súbita. Los proyectos del nuevo cardenal no pudieron salir a luz, y se quedaron latentes, como la plata en las avaras minas, las hermosas cualidades del purpurado alumno que, engañando las esperanzas de Vives, habían de relumbrar por todo el orbe. *Post equitem sedet atra cura*, ha dicho Horacio. Detrás del jinete. a las ancas del caballo, va sentada la negra Cuita. La muerte negra cabalgó un día a la grupa del caballo que montaba el jinete vestido de color de llama viva y lo derribó traicioneramente de la silla. De aquella caída murió el cardenal, y en aquel derrumbamiento perecieron las fundadas esperanzas de Luis Vives, en una áurea mediocridad que le pusiera al abrigo de las sordideces de la miseria y de las insolencias del lujo.

Este año de 1518 tuvo en Luis Vives una singular fertilidad: *Bis pomis utilis arbos*. Sabía al tiempo sacarle Luis Vives todo su jugo avariento y apacentar con usura el leve rebaño de sus horas. En las que le dejaba libres el espinoso y delicado empeño de instruir y amaestrar al precoz purpurado, escribió dos trabajitos tan chicos como lindos, dos deliciosos juguetes de humanista que dedicó a Antonio de Berges, generoso y estudioso muchacho de una ilustre familia belga. El uno es la moralizadora *Fábula del hombre*, en la que, a través de una ficción mitológica, Luis Vives viene a decir al hombre ni más ni menos que lo que le dice en su famosa homilía de Navidad el Papa San León Magno: *Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam; et divinæ consors factus naturæ noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire.* El otro opúsculo es la *Prelección a las Geórgicas de Virgilio*, que es una sugestiva introducción al estudio de la obra virgiliana, de esta obra «tan primorosa y afiligranada del más grande poeta latino, acerca de una materia, la más sabrosa, la más fructuosa y la mejor en que puedan ocupar su vida los mortales».

Era la *Prælectio* o, digamos con un latinismo insustituíble, era la prelección una lección previa que facilitaba el estudio de algún texto clásico, y a este excelente sistema de enseñanza fué Luis Vives muy aficionado. De él tenemos, amén de esa prelección primeriza, otras varias consagradas a diferentes autores de sus preferencias: una, al diálogo ciceroniano *De la vejez*, que intituló *Alma del anciano*; otra, al tratado de las *Leyes*, de Cicerón; otra, al también ciceriano tratado *Al cuarto Libro de la Retórica a Herennio;* también otra a los *Convites*, del humanista italiano Francisco Filelfo, y, finalmente, otra a su propio diálogo, rotulado *El sabio*. Prelección a su propia obra primogénita, *Triunfo de Cristo*, fué el opúsculo *La verdad embadurnada* (*Veritas fucata*), que se le agregó tardíamente.

De este año también es la rápida y certera y sintética visión de las diversas direcciones que en busca de la verdad tomó el pensamiento antiguo desde su dudoso amanecer hasta la aparición de sus grandes oráculos. Está dedicada esta obrita al conde Hermann de Nueva Aguila, obispo electo de Colonia.

Muy delicadas estrenas envió Luis Vives, «valenciano, a Juan Briard, teólogo y vicecanciller de Lovaina»,

con el librito *Horóscopo de Jesucristo (Genethliacon Iesu-Christi)*, cuando iban a quebrar los albores del año 1519; en él trabajaba con ilusionado fervor en los días navideños del año que finía:

«Es antigua costumbre, llegada hasta hoy desde los tiempos de los gentiles, que por las calendas de enero los amigos den a sus amigos estrenas indicadoras de la mutua bienquerencia. Pensando yo en esas calendas de enero qué estrenas te ofrecería, mi querido Briard, el más sabio de los teólogos y el más docto de todos mis amigos, entendí por la mejor de las conjeturas que iba a serte grato sobre manera un tema que sería de tu más fina aceptación y en el cual tu competencia sería suma. Por todo ello, reconociéndote a ti como el más autorizado expositor y en cierta manera el intérprete único (¡lejos de esta palabra toda querella; lejos toda envidia de esta palabra!) de las sagradas Letras en esa Universidad, verdad admitida y confesada por todos; tan ajenos estamos de poner en ella recelo ni reticencia de ninguna suerte, envíote esas estrenas insignificantes, esas menudas florecillas cogidas en los vergeles de la religión cristiana. En esos días del natalicio de Cristo, en que no me parecía asaz piadoso consagrar la atención a la profana literatura, con el fin de que la mente que no conoce reposo, como Livio decía, hallase cebo en su propia actividad y por no dejar que el ingenio se enmoheciera en el ocio herrumbroso, reuní todas esas cosillas y de ellas hice un ramillete, porque al menos pareciera que había santificado la celebridad de estas fiestas, aliviándome con ello de todo escrúpulo de conciencia. Y compilé ese *Horóscopo de Jesucristo*, situándolo en la sazón misma en que El nació y en que otros anuncian qué hados inflexibles van a regular y gobernar los sucesos humanos. Pensé en un principio hacer esta obrecilla en verso, como por juego; pero luego, ocupaciones variadas y frías por un lado, y por otro lado mi torpeza y la infelicidad de mi estilo en eso de versificar, me disuadieron muy pronto de mi propósito inicial. Con todo, al fin, meto algunos versillos y son los pastores quienes los cantan. Por ellos entenderás cómo suena y a qué sabe mi versificación, y reconocerás que soy un poeta *cuerdo, sano*, sin aquel grano de locura que a los poetas auténticos se les atribuye...»

Verdaderamente, Vives no tenía un adarme de furor poético ni jamás le picó el tábano divino. Puso en ese lindo juguete toda su buena voluntad, esperando que al menos por ella merecería la bondadosa aprobación de ese su amigo tan estrecho.

También en aquel mismo mes de diciembre y a la luz del portal de Belén, que iba a abrirse bajo el vuelo de los ángeles de la medianoche, evangelistas de la paz a los hombres de buena voluntad, ocupábase nuestro devoto Vives en labrar primorosas piececitas, como un cíclope chico aún que se entretuviese en elaborar meticulosos camafeos. Eran estas piececitas: *Del tiempo, a saber, de la paz en que nació Cristo*, y la *Descripción del escudo de Cristo*. Dedicó estos presentes de fin de año a un hombre de buena voluntad como era el valenciano don Serafín de Centelles, segundo conde de Oliva. De piececita o de camafeo, el primer opúsculo no tiene más que la venusta gentileza y comprensiva brevedad. Otea vastos horizontes y los reduce a una visión sintética

con una mirada aquilina que recuerda la del águila de Meaux, en las postreras páginas de su *Discurso sobre la Historia Universal.* La descripción del *Escudo de Cristo* es una visible imitación (y el propio Vives no la recata) de la heroica descripción que Virgilio hace del escudo que Vulcano, por encargo de Venus, labró para Eneas, y en el cual esculpió en relieve la historia de Roma, y que en embrazándolo y levantándolo sobre sus hombros, el piadoso héroe levantaba toda la gloria y todos los hados de sus nietos.

Quién era ese Serafín de Centelles, lo dice el propio Luis Vives en la dedicatoria de los dos libritos:

«Envíote, paladín hazañoso, estos dos opúsculos míos como a quien en esa nuestra ciudad, a la más encumbrada alcurnia y a las riquezas más crecidas (era el conde de Oliva el más rico de los condes de toda España), agregó la más exquisita erudición. Si todas las personas de calidad siguieran esta senda, no hay duda sino que volverían aquellos dorados siglos de los griegos y de los romanos, cuando unos y otros sobresalían en linaje, en opulencia y en sabiduría, y traspasaron el nombre de nobleza y libertad a las artes en que se distinguían, de donde llamáronse *artes ingenuas y liberales.* Y puesto caso que tú eres como nadie ducho en la ciencia y recuerdo de las cosas pasadas, que es la fuente principal de la sabiduría, y eres a la vez piadosísimo, tomas gran gusto en las cosas de nuestra santa religión, estos libritos que te envío te servirán, mezcladas en sabroso contubernio, la historia y la piedad, a fin de que el fruto de la religión, sazonado con la dulzura de la Historia, penetre muy profundamente en tu espíritu, en leyéndolos...»

No es ésta la única cariñosa y admirativa mención que Luis Vives hace de Serafín de Centelles. En los *Ejercicios de la lengua latina*, publicados en Breda del Brabante el día 2 de julio, festividad de la Visitación de Nuestra Señora, el año 1538 (el conde había muerto el 16 de enero de 1536), en el diálogo *Leyes del juego*, dice Cabanyelles:

«No nos alejemos tanto del casco de la ciudad; más aína subamos por la *Bolsería* al *Tosal*, y de aquí a la *calle de Caballeros* y al palacio de tu familia, Centelles (en tiempos de Mayáns, *casa de don Miguel Catalá*), cuyos muros paréceme que aún lloran a aquel héroe inolvidable, el conde de Oliva.»

CAPITULO V

LUIS VIVES, EN LOVAINA

¡Qué enorme zumbido el de las colmenas estudiantiles de Lovaina en los comienzos del siglo XVI! En los días de Vives, esa tétrica ciudad llegó a albergar más de siete a ocho mil estudiantes procedentes de todos los puntos de Europa. Una vez salidos de las aulas, donde imperaba el latín, sus calles resonaban con todos los acentos de una bulliciosa Babel plurilingüe. La desaparición súbita de Guillermo de Croy, electo en cardenal de Toledo, enseñó a Vives con la dura lección

de la experiencia que lo más cuerdo era no esperar cosa alguna de los grandes de la tierra. *Maldito el hombre que confía en el hombre y en un apoyo de carne reclina su brazo*, había dicho el Señor por Jeremías. Esta misma lección de prudencia pudo Luis Vives leerla en Horacio, moralista y predicador de la dorada medianía, que para mi goce propio, y acaso de los lectores, me place reproducir, por dar alguna amenidad a mi relato, en la cariciosa y ondulante versión de Francisco de Medrano:

Más dulcemente vivirás, Licino,
si ni contino el golfo surcar osas,
ni huyéndolo, a las costas peligrosas
arrimas tu camino...

Más veces bate el viento los crecidos
pinos y caen más presta y gravemente
las altas torres; hiere el rayo ardiente
los montes más erguidos.

Espera en el dolor; en la alegría
teme el ánimo bien disciplinado
otra suerte; que el cielo un día nublado
serénase otro día...

Fuerte en los casos arduos y alentado
te muestra, y sabio él mesmo; en la [serena
bonanza amainarás la vela llena
del favor demasiado.

Recogida con buen tiento la vela túrgida de los soplos lisonjeros del favor, Luis Vives hubo de recurrir a sí mismo y sacar agua del propio pozo y oro de su propia mina. En el mes de febrero del año 1519, cuando Luis Vives contaba no más que veintisiete años, le hallamos enseñando en la Universidad de Lovaina. Seguramente para entrar en ella no hubo de saltar por demasiados estorbos, puesto que en ella tenía muchos y buenos valedores. Las aulas en donde explicaba sus lecciones eran ciertas dependencias del edificio llamado *Les Halles*, que en aquella sazón venía a ser algo así como la Lonja o Casa de contratación. Aquí, a las primeras horas de la mañana, explicaba la *Historia Natural*, de Plinio; y a las últimas de la tarde, en una sala de la casa número 79 de la calle de Diest, y que en 1915, según testimonio del señor Pin y Soler, traductor de los *Ejercicios de lengua latina*, era propiedad de mademoiselle de Ryckman, que vivía en ella, explicaba un curso sobre las *Geórgicas*, de Virgilio, a las cuales antepuso la luminosa prelección que hemos mentado más arriba. Esta casa, en donde Luis Vives enseñó y a la cual alude en el diálogo *Vestido y paseo matutino*, llamábase la *Casa de las dos fuentes*, y ostenta en su frontispicio una lápida marmórea que recuerda el glorioso hecho. La inscripción reza así:

HIC GEMINI—FONTES—GRÆCUS FLUIT
ATQUE LATINUS
SIC. EOS. APELLAT. LUDO. VIVES
VALENT.
IN LINGUÆ EXERCITATIONE
AD PHILIPPUM. HISPA. ET ANGLIÆ
REGEM ANNO 1556.
RENOVATUM 1767.

En la Universidad de Lovaina, Luis Vives se granjeó las más ilustres amistades, que le acompañaron hasta el sepulcro. Las más dulces amistades son esas amistades que envejecen: *Vino nuevo es el amigo nuevo*—dice el *Eclesiástico*—; *se añejará y beberle has con agrado*. En Lovaina conoció a su admirado Erasmo, que le aventajaba en unos cinco lustros. Allí trató y estimó al rector del docto Cuerpo universitario Adriano Dedel, hijo de Floriss Boyens Dedel que más tarde fué obispo de Tortosa, cardenal de Roma, gran inquisidor de España

y Sumo Pontífice, por fin, con el nombre de Adriano VI. Allí intimó con Martín Dorp, aquel *Dorpius* de su correspondencia, de pocos años y mucho saber. En Lovaina, Luis Vives tuvo por oyentes a Antonio de Berges, el belga ilustre, destinatario, como se recordará, de los dos opúsculos: *Fábula del hombre* y *Prelección a las Geórgicas de Virgilio;* al español Diego Gracián de Alderete, futuro traductor a la lengua de Castilla de buena parte de los tratados morales de Plutarco; a Pedro Maluenda, de quien hace honorífica mención en el diálogo más arriba citado: *Vestido y paseo matutino*; al joven Honorato Juan, que más tarde fué obispo; uno de los miembros de la ilustre familia valenciana de los Juan, de la cual, como del vientre del caballo de Troya, salieron tantos varones ínclitos que dieron a su patria prez y renombre. Allí, en Lovaina, escuchábanle otros y otros mozos estudiosos, prometedoras espigas de juventud, españoles, franceses, italianos, brabanzones, ingleses, que formaban su lucido cortejo, algunos de cuyos nombres evoca con simpatía en su diálogo *Juego de naipes* (*Ludus Chartarum*), como los estudiantes Valldaura, que andando el tiempo debían ser sus deudos, por afinidad; otro estudiante, Tamayo; otro que se llamaba Llupiá, probablemente de Cataluña; un Castell, un Manrique, un Guzmán. La estada de Luis Vives en Lovaina coincidió con el apogeo de su Universidad. El famoso humanista Justo Lipsio, que alcanzó a ver su esplendor, todavía tuvo tiempo de contemplar su decadencia, y de ella da testimonio: «Habéis de saber—dice—que Lovaina ha sido un emporio de las buenas letras, digno de pasar a la Historia y al general conocimiento. Dije: «Ha sido.» Por el hado que se abate sobre las cosas humanas, la vemos reducida a la situación actual. ¿Qué sería de ella en la actualidad si no la sostuvieran unos pocos estudiosos? Digo pocos, recordando los días de mi adolescencia. Tengo entendido que treinta y siete años atrás, allí moraban de siete a ocho mil muchachos, consagrados a la devoción de las Musas. Hermoso aspecto el suyo cuando allí acudían bátavos, frisios, menapios procedentes del otro lado del Mosa, germanos de la Alemania de allende, cuando la frecuentaban franceses, británicos, españoles, italianos y aun gentes venidas de las más alejadas naciones de Europa. Toda esta estudiantil afluencia yo la vi, y con esa entusiasta mocedad anduvieron mezcladas mis mocedades.»

En esta misma sazón formaba Vives en la severa milicia de Aristóteles, pero no sin permitirse, como la abeja virgiliana, breves escapadas y excursiones de esta severa disciplina a otras florestas más amenas y a tomillares más ricos de miel. Fruto de estos vuelos ágiles fué precisamente aquella su prelección a la más acicalada obra del Mantuano. Luis Vives, curándose en salud, y saliendo al paso de cualquiera posible reserva mental, se sincera de esta aparente infidelidad al Estagirita con estas palabras: «No es ningún absurdo que el filósofo, de cuando en cuando, se apee de aquella incómoda disciplina y, para recreación del ánimo, busque el comercio con Musas más blandas y risueñas. Yo de mí sé decir que acostumbro hacerlo con alguna frecuencia y con harta audacia, porque profeso aquella filosofía cuyo príncipe escribió acerca del arte poética y dió una interpretación de Homero a su

discípulo el rey Alejandro el Magno.

Desde este su retiro de Lovaina, donde cultivaba sus estudios como quien cría violetas a la sombra, disparó su catapulta contra los bárbaros e indoctos doctores de la Sorbona, que no otra cosa es el panfleto o diatriba *Contra los falsos dialécticos*, en forma de epístola a su conterráneo Juan Fort. Estaba Luis Vives persuadido, según dice en sus comentarios a la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, que esa dialéctica pendenciera y porfiada era inspiración de un genio diabólico, porque lidia siempre contra la verdad y no cede nunca a mejores razones y se huelga de que sobre la verdad triunfe la mentira. A aquellos vándalos que, por no haber leído en su vida a Cicerón, a Lucrecio, a Columela y a Plinio Segundo, sostenían que no se podía, en buena latinidad, tratar de Filosofía o Teología (y aun cuando los hubieran leído tampoco los hubieran entendido), les replicaba: «¿Cómo es posible que la Filosofía, la Teología y las disciplinas restantes no puedan ser explicadas en el elegante y terso estilo clásico ni en lengua que no sea sucia y depravada? ¿Puede decirse desatino mayor? Vive Dios, que si el cielo me concediere no más que diez años de salud regular, raeré de sus mentes ese error, no con argumentos, sino con obras.» Cumplió Vives ese voto, a pesar de su salud menguada, con los siete libros que compuso acerca de la corrupción de las artes (*De corruptis artibus*), con los cinco de su arte de enseñar (*De tradendis disciplinis*) y con los ocho acerca de las artes (*De artibus*).

El disparo armó el revuelo previsible entre los que fueron víctimas de la valiente arremetida; pero le granjeó muy más valiosas adhesiones, y entre ellas la de Tomás Moro, que por carta comunicó a Erasmo la profunda sensación que la lectura de la carta gallarda le había producido:

«Dígote que, así como en Vives no hay cosa que no produzca maravilloso placer en todos, por lo que a mí toca, me produce deleite singular lo que escribió contra los dialécticos; no tanto (aunque también por eso) porque se burla de sus argucias sosas con donosas cavilaciones y las impugna con argumentos poderosos y con razones irrefutables las arranca de cuajo y las derriba al suelo, sino también porque, aparte de esto, allí veo determinados puntos tratados casi con las mismas razones que yo mismo, tiempo atrás, cuando aún no había leído nada de Vives, para mi uso había excogitado. Estas razones en el libelo de Vives no me complacen precisamente por el hecho de que con anterioridad hubieran determinado mi estima (pues suele causar complacencia ver que otro aduce lo que antes se nos había ocurrido), sino porque me felicito de que aquello mismo de lo cual tenía yo una vaga sospecha que no estaba expresado con la debida corrección, ahora me deja el firme convencimiento que no era ninguna necedad el hecho de ver que también le agradó a Vives. Y lo que más me seduce y me deleita sobre manera es que, comprobando que el mismo argumento ocupó el pensamiento de ambos, fué por ambos tratado de tal manera que, aunque por parte suya con mayor extensión y, desde luego, con más elegancia, con todo, en algunos puntos, no solamente aducimos las mismas cosas, sino casi las mismas palabras. Así que me halago a mí mismo con la blanda creencia de que el influjo de una misma inspiración, venida del cielo por una se-

creta fuerza y misteriosa simpatía, estableció relación y concordia entre nuestras almas.» Esto es lo que dice el sesudo Tomás Moro acerca del libro contra los falsos dialécticos.

Desde esa misma Lovaina, y en el propio año 1519, por el mes de abril, nuestro Vives dedicó a Carlos Carendolet, señor de Potel, su lamentación sobre la fuga de Pompeyo (*Pompejus fugiens*) de la batalla farsálica, recién acabada de escribir. Es un extenso soliloquio retórico del más subido y variado patetismo, demasiado declamatorio para mi gusto.

Este Carendolet y el propio Vives iban forjando de consuno la personalidad de Guillermo de Croy para los bellos y grandes destinos que parecía tener delante de sí, si aquel desgraciado accidente de equitación no los hubiera burlado y anulado. Carendolet era el ayo (*pœdonomus*) del cardenal, y Luis Vives era su institutor. Carendolet fué deán de Besançon, y el día 20 de abril del año 1518 tomó posesión, en nombre de su señor, del arzobispado de Toledo, pero cuán en vano.

Un paso más y nos hallamos en el año 1520. Luis Vives continúa en Lovaina. En los postreros días de marzo expide una carta nuncupatoria a Erardo de la Marca, obispo de Lieja y arzobispo electo de Valencia, en la que el valenciano añoroso hace de su ciudad natal aquel elogio emocionado y bellísimo que ya conocemos, no superado acaso sino por el más copioso y entusiasta de fray Francisco Eximenis, el franciscano de Gerona, autor del *Carro de las donas* y del *Regiment de la cosa pública*, en quien su condición de ser peregrino en la ciudad levantina no debía poner reserva ni moderación en el fervoroso encomio: *Quantum potes, tantum aude.* La nobleza belga dominaba más de lo que era razón, y aun razón de buena política, el ánimo de Carlos V, y asignaba las superiores dignidades de la Iglesia de España a jerarcas extranjeros. No por espíritu de pringosa lagotería, en la que en ningún tiempo Luis Vives mojó su pluma, sino por aparejar su ánimo a la benevolencia y darle indirecta y delicadamente una lección de buen gobierno, le envió la prefación al *Sueño de Escipión,* que Macrobio extrajo del libro VI de la *República*, de Marco Tulio, y la adicionó con una *Vigilia* al margen de este *Sueño.* Con la doctrina contenida en este pequeño libro se instruye y forma para la república el príncipe perfecto y acabado. Sus razones válidas tenía Luis Vives para dedicar ambos opúsculos al arzobispo valentino. En su inacabable ingenuidad, en su buena fe incansable, esperaba Luis Vives que el novel arzobispo labraría la felicidad de aquel reino en aquellos días calamitosos. Pero sus esperanzas fueron engañadas. Aquel su generoso deseo no pudo realizarlo el obispo que no llegó a sentarse en su sede; o en frase cruel de Mayáns, *el esposo que jamás vió a su esposa.*

El propio año de 1520 dedicó Vives a Martín Pons, jurisconsulto de Valencia, el tratadito intitulado *Morada de las leyes.* Ilustróse este Martín Pons por su consejo y por su brazo, uniendo en un mismo culto a Minerva y a Marte, como los antiguos jurisconsultos de Roma:

Molto egli oprò col senno e con la mano.

Micer Martín Pons desempeñaba aquel año el cargo de abogado fiscal y patrimonial, y de su boca estaba colgado el senado valentino, en aquel tiempo arremolinado de cres-

pas revueltas civiles y de las alteraciones de la Germanía. En septiembre, Pons fué comisionado para trasladarse a Bélgica, juntamente con Mosén Gaspar Marrades, embajadores del brazo militar a la Corte de su majestad para prevenir a Carlos V, emperador de romanos y rey de España, contra un posible engaño de los síndicos del pueblo. Es de creer que en esta ocasión Micer Pons viese a su famoso coterráneo expatriado; y ello dió a Vives la oportunidad de dedicarle aquel juguetito jurídico escrito en la venerable latinidad de las Doce Tablas, y a Micer Pons acomodó la cláusula final del opusculillo: *Esto es el sentir de Aristóteles en sus libros de la República; a saber: que más felizmente se gobierna una ciudad por un buen gobernante que por la mejor de las leyes.*

Astrado fin, y de ninguna manera merecido, el que tuvo este caballero sin tacha. No pudo Micer Pons con toda su autoridad y prestigio sosegar el torvo oleaje civil en que Valencia bullía y se consumía, desmintiendo aquel trillado pasaje virgiliano, que a las humanidades de ambos, de Vives y de Micer Pons, no podrá menos de ser agradable que lo evoquemos:

«Bien como cuando en un gran pueblo ha estallado una sedición y la plebeya chusma se embravece; ya vuelan teas y vuelan piedras y el furor hace de todo armas; entonces, si acaso ven un varón grave, respetable y pío, callan de súbito y páranse y atienden, arrechas las orejas, y él, con sus razones, se enseñorea de los ánimos y amansa la fiereza de los pechos...»

La gravedad, la piedad, la elocuencia y el consejo nada pudieron sobre las masas amotinadas y el turbulento proceloso hervor de la sangre levantina. El historiador de los movimientos y bullicios de la Germanía, Martín de Viciana, narra así su muerte desgraciada en el ataque a los agermanados de Játiva:

«Martín Ponce, abogado fiscal y patrimonial, encima de un ligero cavallo alazán, iva hecho un León, alanceando los enemigos, y cuando más encendido corría en pos del encubierto, entró por el camino de Cárcer en un callejón, donde cayó en manos de los enemigos, y junto al huerto de Juan Murta cargaron tantos sobre él, que le derribaron del caballo, cortaron la cabeza y le desnudaron. Desta manera feneció este valeroso cavallero en la mesma tierra donde había nacido: fué su ventura tenerla por madre y sepultura. Bien empleada muerte la podemos llamar la de este cavallero, que sirviendo a Dios murió por matar el hereje tras quien mucho había corrido por le alcanzar, y sirviendo al rey de oficial en el consejo y de cavallero en la guerra» (1).

Miguel García, escritor contemporáneo, en una obra inédita aún en tiempos de Mayáns, confirma esta versión de Viciana, y dice en su lengua vernácula: *Morí empero en aquesta pelea Micer Pons, Doctor en Lleis per atènyer lo Encubert, perque passà tan avant que quant volgué no's pogué salvar.*

Por lo que toca y atañe al librito *Morada de las leyes (Ædes legum)*, holgaremos de leer la opinión de Tomás Moro, expresada en carta dirigida a Erasmo de Rotterdam:

«Alguna cosa hay, mi querido Erasmo, en el opúsculo de Vives acerca de la cual, si le conociera

---

(1) MARTÍN VICIANA: *Libro de la ínclita y coronada ciudad de Valencia...* Barcelona. Pablo Cortey, 1566; fol. 206.

personalmente, querría darle mi aviso. Ahora, porque no estoy bien seguro de la disposición con que recibiría de un desconocido una tan molesta oficiosidad, bien puedes tú, cuando se te presente la ocasión, advertirle que la *Morada de las Leyes,* como también su *Sueño* (1) (que, por otra parte, está más despierto y avivado que las vigilias de muchos), contiene puntos abstrusos en demasía que no tienen sentido sino para los que poseen una erudición excepcional, cuando a la cultura convendría que fuesen entendidos por la generalidad. Este inconveniente sería fácil de remediar con una mayor explicación o con la añadidura al margen de brevísimos escolios. Asimismo proyectará un buen golpe de luz sobre sus *Declamaciones* si al menos en una breve página ofrece la síntesis del hecho histórico que constituye su fondo.»

Erasmo, Budeo, Luis Vives en la Europa de su tiempo, encarnaban el triunvirato del saber; pontífices los tres, sin envidia ni querella, de aquellos serenos templos de la doctrina antigua que Lucrecio celebró. A Budeo se le atribuía el ingenio; la copia afluente del decir se atribuía a Erasmo; a Vives se le atribuía el sano y robusto juicio. Esa fórmula es de Andrés Schott, en su *Bibliotheca Hispaniæ.* De esos majestuosos triunviros dijo Francisco Mas, paisano nuestro, que había seguido los estudios de las letras de humanidades en París: «Después de haberme separado de Erasmo, de Budeo y de nuestro Vives, me convencí que en nuestro siglo no había nadie más a quien se pudiera otorgar la palma y la gloria de la verdadera y auténtica elocuencia.» El propio Andrés Schott consagró esta trinidad en un lindo e ingenioso epigrama latino, que en lengua de Castilla suena así:

«Vives, eternamente vivirá, vencedora de la muerte, tu fama, pues vuelas, Vives, por las bocas vivas de los hombres. La caudalosa corriente de Desiderio de Batavia fluye inagotablemente por cauces anchurosos.

»La Galia, madre fecunda de varones doctos, se jacta de su alumno glorioso y hace alarde de Budeo por la genialidad de su ingenio.»

CAPITULO VI

FUGAZ VISITA A PARIS Y TRASCENDENTAL CARTA DE VIVES

Acabamos de mentar el triunvirato intelectual que imperaba en Europa en la primera mitad del siglo XVI: Erasmo, Budeo, Vives. Ahora vamos a conocerlo a través de nuestro cónsul en esa república literaria, que en ella exterioriza toda la bondad y el candor de su pecho, superior a toda envidia y sentimiento mezquino y para quien todos los amigos eran una dilatación de su propia personalidad y como la otra mitad de su alma. Vives escribe a Desiderio Erasmo de Rotterdam

(1) *El sueño de Escipión.*

desde Brujas, adonde llegó la víspera de su breve desplazamiento en París, que había durado dos semanas. La carta es algo anterior a la inesperada desaparición del teatro del mundo del cardenal Guillermo de Croy, donde parecía iba a representar papeles tan brillantes. Y comienza así:

«Iba yo de viaje con el cardenal Croy hasta la frontera de los dominios de nuestro príncipe, mi entrañable Erasmo, más docto que nadie y mejor que nadie con muchísima ventaja, y plúgome entrar en la vecina Francia, y en breves jornadas y pocas etapas llegarme hasta París para ver a los sobrevivientes de mi pasada familiaridad y amistad y granjearme nuevos amigos para, en su presencia, cara contra cara, gozarme con su trato e intimidad y en mi alejamiento con su memoria dulce y con el sabroso solaz de su correspondencia. Pensaba yo que ese viaje iba a resultarme desabrido, porque estaba fresca aún y viva y coleando mi invectiva contra los *seudodialécticos*, y específicamente los de París. Yo daba por descontado que muchas de las personalidades incluídas en aquella clasificación que ahora se llaman *sofistas* me harían sentir su desvío nada suave. Pero la cosa resultó muy al revés de lo que yo me había imaginado con una demasiado aprensiva y meticulosa suspicacia.

»Llego a París, no cansado precisamente del camino, sino encantado de tan agradable jornada, y por un criado notifico a mis amigos que yo estoy allí. Acuden a mí en gran número, y, con cariñosa obsequiosidad, danme el parabién por mi llegada; al día siguiente tráenme otros, y así todos los días, incluso a los *sofistas* más reputados con tan infeliz renombre. En nuestras pláticas, ¿cómo no?, hácese mención de sus estudios y de los míos. Yo tuve buen cuidado de disimular y no decir palabra de mi peligrosa misiva a Fort, y eso que él estaba presente, pensando que esa carta había sido expedida con los agüeros más siniestros. En ese punto Fort no se puede aguantar por más tiempo en el cuerpo lo de la carta de marras. Riéronse todos, y no solamente confesaron que no les desabrió, sino que me debían reconocimiento no pequeño porque la circunscribí a confutar y poner en ridículo verdaderos desatinos. Dijéronme que los ingenios parisienses habían cobrado mucha cordura desde los días en que yo estudié allí filosofía, aun cuando quedaban ciertos rastros y supervivencias y quedaban doctores que se acomodaban con una zafia docilidad a la opinión recibida y al gusto de los oyentes y que no se decidían o no se atrevían a despojarse de un disfraz que hasta hace poco les fué tan favorable y a una comedia que les ganó tantos aplausos. Allende de esto, me dijeron que había en el grupo de los españoles quienes, a su ejemplo, dan gran impulso a los estudios más lucidos; que Juan Población es la más descollada autoridad en las ciencias matemáticas, amén de haber estudiado con fruto buenas letras. Eso mismo ha hecho Francisco Melo; lo mismo Gabriel *Aquilino* (¿no será Aguiló, apellido tan familiar en territorio de lengua catalana?); lo mismo promete que hará Juan Enzina, mozo el más aguerrido polemista en esas materias; está pertrechado de mil artes y recursos, si alguien contiende con él con igualdad de armas, para atacar, para contraatacar, y otros tantos para evadirse, para deslizarse, para escabullirse.

»Dijeron muchas cosas, pero muchas más vi yo en Martín *el Lusitano*, muy próximo pariente de su rey, cuya mención harto merecida pidiera para sí una carta entera. Este, una vez que cató el gusto acedo de aquellos sofismas, cobró tal repugnancia a aquel sabor repelente, que ¿diré yo que se entregó o se sumergió en esotra auténtica y verdaderamente humana condición? Yo creo esto último para borrar con esta golosa dulcedumbre aquella acidez repulsiva de su paladar. Grandes son los progresos que ha hecho en esas disciplinas. Por sospechar que en ellas alguna era mi autoridad, no puedo decir con cuánta amabilidad, con qué simpatía y con qué favor me acogió. Fuera tarea prolija puntualizar qué honores, y de qué hombres los recibí por la bondadosa opinión que se habían formado de mi ingenio. Y ya no son los príncipes solamente y las personas de calidad quienes emprenden el estudio de las disciplinas que convienen a su vida y a su linaje, y ajustan a ellas su conducta y dejan la sordidez para los sórdidos, sino los teólogos más conspicuos de aquella Universidad. Difícilmente creerás cuánta sea su naturalidad y cuánto mejor las interpretan que muchos de los que tú conoces; ignoran algo, es cierto; esa ignorancia les duele; pero no tienen envidia de los que las saben y animan a sus discípulos a que las aprendan.

»Me senté a la mesa con todos ellos, y no pocas veces y con harto gusto. En la mesa, a la tercera palabra, saltaba al punto tu nombre. Ocurrían muchas variaciones acerca de ese tema y prolongábase la sabrosa conversación de sobremesa hasta mucho después que se habían levantado los manteles. Pudiera decirte el nombre de más de diez comensales de esa categoría que te prometen y te prestan todo su apoyo, todo su interés, todo su favor, toda su adhesión entusiasta, y protestan no haber sacrificio que no estén dispuestos a hacer por ti; que sus casas te están abiertas, si allá fueres, y que a tu omnímoda disposición están sus posibilidades, sus familias, sus bienes, sus amigos. Pídente con encarecimiento que allá vayas, que ellos procurarán que los contendientes no suelten sandeces en sus certámenes teológicos. Así está la cosa. Si alguno se aventura a proferir en la Sorbona un argumento urdido con telas de araña, los oyentes arrugan el sobrecejo y protestan y patalean y lanzan gruñidos y le echan de la escuela. Si en las contiendas filosóficas algún *enigmatista* salta à la arena armado y cargado de muchos *sincategoremas* y cuyo vocabulario necesite un intérprete etrusco o un zahorí de la adivinación, ése es sacado luego al punto del campo de la liza con gritos, con silbas, en medio de una batahola imponente.

»No dudo que estas noticias serán de tu agrado por el amor que tienes a los buenos estudios; al menos, yo tuve la gran satisfacción de comprobarlas, aun cuando aquella república no ha logrado arrumbar por completo con toda aquella necrópolis de esfinges.

»Todo esto que te he contado contribuyó al solaz y divertimiento no pequeño que yo tomé en París. O no solamente a mi divertimiento y solaz, sino también al fruto de mi viaje, contribuyó en grado sumo el hecho de que me cupo la suerte de ver y hablar a Budeo, que de antiguo era amigo tuyo y ahora es mío, o mejor, por borrar la palabra envidiosa, ahora es amigo de ambos.»

Parece que entre esos dos triun-

viros de la república literaria existieron determinadas fricciones por piques de erudición, y Luis Vives, varón que había tomado como divisa de su tranquilo apostolado el *Sine querela* consignado en su *Escolta del alma* (*Satellitium animi*), quiso apaciguar la querella y hacer desaparecer toda suerte de resquemor entre esos dos dictadores de la cultura europea o de la cultura occidental, como decimos ahora, y participa a Erasmo la enorme impresión que le causó la conoscencia directa con Budeo:

«¡Gran Dios! ¡Qué hombre aquel, ora se atienda a su talento, ora a su erudición, o a sus costumbres, o a lo que menos vale en el hombre, que es su fortuna, la cual, aun siendo en él esplendidísima, con todo es insignificante y contentible si se la compara con la magnitud y la brillantez de sus otras prendas.

»Comenzó por nacer en noble cuna, y en su estamento goza de una intachable respetabilidad, heredada de su prosapia más remota. Afuera de esto, disfruta de una opulencia de que su cuna no ha de avergonzarse. En ese punto no se le ha de valorar, pues todas sus restantes cualidades, bien así como el sol barre la lumbre de las estrellas, ofuscan esa estrella de su fortuna y de su linaje. Huelgo mucho de escribirte a ti y de Budeo cabalmente, pues los libros que publicó clara y paladinamente publican sus alabanzas, y tú mismo no acabas de admirar y celebrar las virtudes de un hombre tal que yo prefiriera oírlas de ti que contártelas yo mismo. La enorme cantidad de sus lecturas, y cuán reposadas, y cuán iteradas, y cuán digeridas, demuéstranla a saciedad todas las obras que lleva escritas hasta hoy. No hay cosa que él no haya leído y con la atención más despierta. ¿Quién no admirará su memoria prodigiosa? Dirás, a fe mía, que su pecho es una biblioteca: de tal manera en ese rico pecho están catalogados ordenadamente historias, fábulas, antigüedades, todos los saberes, todos los vocabularios.

»Escribe de tal manera el latín, habla el latín de tal manera, que grande fuera su renombre en la época de Cicerón, si en la época de Cicerón le hubiera tocado vivir; y habla el griego con tal perfección, que los mismos griegos no se recatan de decir que está en condiciones de enseñarles su lengua nativa. A la vez que los cinco volúmenes acerca *Del As* le pregonan filósofo peritísimo, nadie va a creer las sobras que retiene si no lo hubiere contemplado de cerca y en el sagrado de su hogar. Hasta qué punto esté empapado de los autores, no quiero que nadie lo crea porque yo lo digo, sino por lo que dicen los maestros en sus juicios críticos acerca de las *Pandectas* y los libros *Del As*. Esta obra hizo bajar la cabeza a todos los Hermolaos, Picos, Policianos, Gazas, Vallas, a la Italia entera, de guisa que con no menor comprensión que verdad escribió Tonstaldo, varón doctísimo, que si Budeo llegaba a anunciar el propósito de escribir su obra acerca del *As*, antes que le sacase a luz, fuera general la rechifla.

»¿Por qué hablar de sus costumbres? ¿Qué no tiene él que no sea en grado soberano y ejemplar: acceso fácil, equidad, humanidad? ¿Y qué diré de su piedad para con los santos y de su bondad para con los hombres? Franco y expedito tenía el camino ese hombre para la más tentadora de las fortunas si se aviniera a separarse no más que el ancho de una uña de aquel su pro-

ceder inflexible y perfecto. Y con todo antepuso la estima de esa su virtud a todas las fortunas prometidas, a todos los halagos seductores. Jamás por jamás, deslumbrado por el esplendor de las riquezas, desvió sus ojos de lo justo y de lo santo. Sabes tú muy bien que todo esto que te digo es verdad y con toda tu elocuencia no lo engrandeces ni hiperbolizas por encima de la realidad (yo no sé si podrías), dado que llega ya a la cumbre, pero ciertamente le das prestigio e impones el convencimiento de que es así. Consideras tú y amas entrañablemente a Budeo. Budeo es el hombre, en esas tierras cisalpinas, preferido por ti a no pocos italianos. Esta es tu opinión; éste es el respeto que te merece y en ese concepto tienes tú su talento y sus estudios...»

En este punto, Luis Vives, empeñado en zurcir las momentáneamente descosidas voluntades de ambos epígonos, quiere soldar la fisura leve y colmar la irritación que no pudo ser más que cutánea, devolviendo a Erasmo la estima grande que Budeo le profesa:

«Has de saber que él, a su vez, piensa lo mismo de ti, no por correspondencia de gratitud, sino porque así piensa realmente. Te proclama príncipe de la cultura en este tiempo; te coloca en el grado más alto de la erudición; se descubre ante tu ingenio, tu doctrina, ante tus obras imperecederas; es celosísimo defensor de tu fama y de tu nombre. Seguid amándoos mutuamente, seguid respetándoos, seguid admirándoos; sois dos cuerpos; pero el alma es una. ¿Qué espectáculo puede ser más grato y más edificante para todos los hombres de letras? Si en nuestra comunicación epistolar se chanceó (como acaso podrá parecerlo a los que no os conozcan) con una pequeña punta de mal humor, en contra de lo que parecía bien en vuestra amistad, harto motivo existió y harta culpa en cada uno de los dos y en el asunto que se debatía.

»Primeramente, cada uno de vosotros buscaba afanosamente por su lado la ocasión de escribir al otro y no siempre en porfía de alabanzas, pues este pugilato de elogios no puede ser perpetuo ni puede ser largo, y en caso que pudiera serlo, cada cosa tiene su medida. Dado que la elocuencia, sin antagonista, es cosa muerta, estuvo bien que al principio os hostigaseis el uno al otro con determinadas punzaditas. ¿A qué se reduce el orador si habla en monólogo y nadie le excita y hostiliza? Forzosamente se entorpecerá y languidecerá. Escribe Cicerón que Cayo Erucio acusó con suma desgana y debilidad a Roscio de Ameria, porque se figuró que no iba a haber quién le replicase. Como hice mención, de vuestras obras no era ciertamente estrecho el terreno de la fricción, puesto que habéis escrito copiosísimamente y con erudición suma y vuestros escritos andan en las manos de todos los estudiosos. Mientras el uno pide al otro la razón de lo que hizo y ambos a dos explanáis los puntos de mira respectivos ligeramente, o aparta de sí o echa sobre el otro aquello que el otro, dado que no lo reprobase, significaba su extrañeza de que tal cosa hubiera podido pasar. Este fué el motivo inicial de vuestra desavenencia; ambos os desabristeis de que el uno no aprobara a ciegas y absolutamente lo del otro en todos sus puntos. En el ínterin salió tu *Apología* (1) enderezada a Fabro,

(1) Tengo la fortuna de poseer la magnífica edición de esa *Apología*, sa-

que tuvo la virtud de irritar un poco más la escaramuza verbal, mientras tú, a Budeo, le pareces excesivo, o finges parecérselo, no sea que continúes atacando a Fabro en tus escritos, y en cambio a ti te parece módico y escaso. De ahí se pasó a aquellos excesos que muchos juzgaron desmesurados, intolerables, atroces, cuando a ti (cosa que a Budeo le satisface completamente) te parece que no traspasaron los límites de la correcta amistad ni tampoco me lo parece a mí, que juzgo el asunto sin pasión, pues uno y otro hablasteis con libertad, confiado cada cual por su parte en la sinceridad de la amistad, y aquellas chanzas y burlerías que para los extraños tienen uñas y dientes, para los amigos son de todo punto inofensivas: no arañan, no muerden, apenas si pinchan; cosquillean simplemente. El espíritu con que se decían, lo que menos deseaba era molestar, y las expresiones, si no tenían miel precisamente, carecían de acíbar. No tenían más que sal urbana y donaires y bromas de aquellos que dicta la amistad, y no una amistad cualquiera, sino aquella otra amistad auténtica y probada como la que medió entre Cicerón y Atico y Bruto, que, a menudo, se hostigaban con cartas de ese mismo tono.

»Por lo que toca a la disposición del ánimo de Budeo para contigo, aun cuando yo sé que lo tienes muy explorado y conocido, me atreveré a darte las más firmes garantías. El propio Budeo me enseñó algunas cartas que dice él le fueron escritas por las Furias (ese nombre les cuadra mejor que el de hombres) que se proponían dividir vuestros ánimos, y de uno que sois querían hacer dos; insinuaban sospechas siniestras y echaban aleve semilla de discordias, sacadas del mismo pecho de Alecto, la más brava y venenosa de las Furias.

»Así las cosas, yo dije todo cuanto me pareció oportuno para que el ánimo de Budeo, si por ventura estuviese inficionado por tanta ponzoña, se amansase y apaciguase; pero ninguna necesidad había de mis recursos persuasivos. Budeo, que para todos los otros tiene una tenacidad ejemplar en la amistad que una vez concibió y que no fácilmente le abandona, ni siquiera provocado por la injusticia, a ti te tiene tan firmemente asido a su espíritu con las raíces del amor y del respeto, que no hay fuerza humana que de él te pueda arrancar. Yo te garantizo por él, como a él se lo garanticé por ti, que vuestra amistad va a ser perpetua y que ella, con toda certidumbre, será muy grata y sumamente provechosa a las letras y a toda suerte de estudios.

»Yo no hubiera osado salir fiador de estos sentimientos recíprocos si no os supiera dotados de una prudencia tal que siempre daréis más crédito a las realidades sólidas que a los livianos rumorcillos, que a los manejos de los intrigantes, que a los dañados consejos de los

---

lida de las prensas de Froben (Basilea, 1517). El motivo de ese desabrimiento entre Budeo y Erasmo, por la fina amistad que el primero profesaba a Fabro (Jacques Lefèvre d'Etables) fué que en la interpretación del verso del salmo VIII: *Minuisti eum paulo minus ab angelis,* que San Pablo aplica a Cristo, Erasmo hizo notar a Fabro que en sentir de San Jerónimo los hebreos leen no *ab angelis,* sino *a Deo.* Los Setenta dieron la primera versión. Este reparo de Erasmo, formulado con alguna viveza, promovió la pelamesa filológica y teológica sobre la cual el temperamento componedor de Vives.

amigos influídos por alguna pasión inconfesable. Pero basta ya de este enojoso asunto. Yo espero que habéis echado tan a nivel y plomo los cimientos de vuestra amistad y con tan buenos auspicios, que por su propia fuerza y estabilidad se mantendrá para siempre y no podrá mellarla ni menoscabarla el embate de ninguna suerte de traidoras baterías...»

¡Qué ánimo cándido el de Luis Vives, tan sin afectación, tan sin lisonja, tan sin suspicacia ni recelo, tan *sine querela*, tan amigo de sus amigos como en esta carta se revela! ¡Y cómo quiere a ambos, a Erasmo y a Budeo, desazonados por una eventual y efímera desavenencia y pique de amor propio literario! ¡Y cómo quiere que en la república literaria, habitada por genios morosos y por temperamentos irritables, reine la paz fecunda, y la concordia, que en frase de Séneca hace crecer las comunidades pequeñas y las asociaciones chicas no de otra guisa que en la colmena concorde se hinchan los panales del don celeste de la miel!

Puesto que Luis Vives nos ha presentado aquí a uno de los triunviros de la cultura de Europa y pintado con tan simpáticas y tan veraces tintas a Guillermo Budeo, no quiero despedirme del sabio autor del *De transitu hellenismi ad Christianismum*, a quien conoció en esa su estada de París, sin referir una anécdota ejemplar contada por el propio Vives, que merece conocerse y para la cual acaso no encontrara yo lugar más adecuado:

«Yo mismo, ha poco tiempo, hallándome en París en compañía de Guillermo Budeo y en su casa, y pasando por el impluvio por donde paseábamos, su mujer, hermosísima, y cuanto por las señas de su cara y de todo su cuerpo y de su gentileza, verdaderamente como de heroína antigua, podía yo conjeturar honesta como la que más y muy prudente madre de familia; luego de haber saludado con la reverencia debida a su marido y aun a mí con toda honra y cortesía, preguntéle si era aquélla su esposa: «Esta, dijo, es mi esposa, que hace hasta tal punto mi voluntad, que no trata con cariño mayor a mis hijos que a mis libros, pues me ve estudiando siempre» (1). Maravillosa alabanza le pareció a Vives aquella alabanza aplicada por Budeo a una esposa ejemplar, a una perfecta casada, y tanto más merecida porque ella no sabía letras.

No quisieron los amigos parisienses de Luis Vives que abandonara la *metrópoli lodosa de Juliano*, en expresión de Menéndez y Pelayo, sin que les dejara algún gaje de su talento; y puesto caso que había interrumpido sus lecciones en Lovaina, gestionaron con él que diese alguna en París. «Plúgome la insinuación—dice Vives, con gracejo—. Y porque la cosa no fuera demasiado seria, escogí un *sueño* en el cual, si llegaba a dormitar algo, no pareciese que me apartaba de la compostura conveniente. Así que echado y durmiendo, de claro en claro y de turbio en turbio, volví a soñar el famoso *Sueño de Escipión*. En despertando de él, hice los aparejos para mi partida. Muchos eran los negocios que me llamaban del otro lado; pero retuviéronme algún tiempo más así los viejos amigos como los amigos recientes, atentos conmigo hasta la molestia, pues con su implacable amabilidad, con tanto agasajo y tanto banquete se re-

(1) *De Christiana femina*, lib. II, cap. V.

crudeció mi achaque. La cosa iba a tirar para largo, si no se me hubiera entregado una carta del cardenal, que me reclamaba con urgencia. Ella leída, me desasí y me desenvolví de todos ellos: de sus desayunos, almuerzos, meriendas, cenas, tortas y pasteles grandes y pequeños. A los cinco días de haber salido de allá, que fué la fiesta de la Santísima Trinidad, llegué a Brujas, en carruaje, y al día siguiente te escribo a ti. Ten salud. Salve, maestro mío.»

No era para Luis Vives empresa baladí esa de acercarse siquiera de puntillas al *Sueño de Escipión*, ya comentado por Macrobio. Macrobio fué un personaje de calidad, que desempeñaba funciones administrativas a los comienzos del siglo v. Era también, según puede conjeturarse de sus escritos, uno de aquellos temperamentos que, no atreviéndose a combatir con ataques frontales al cristianismo, llenaba sus escritos de reticencias calculadas, estremecidas de cóleras sordas e impotentes. No atacará como su contemporáneo Rutilio Namaciano, quien, en su famoso *Itinerario* en verso de Roma a la Galia, al pasar por delante de Capraria, risco salobre perdido en medio de las olas, la maldice con insólita y fanática vehemencia, porque está poblada o, mejor, dice, envilecida y ensuciada de monjes aborrecedores de la luz:

Squalet lucifugis insula plena viris:

porque detrás de los monjes está el cristianismo. Macrobio es más cauto y cobarde. Más que un sabio original, es un mero compilador, cosa que, por otra parte, él mismo reconoce y confiesa. Es un verdadero prontuario de antigüedades. A esa suerte de pacientes acarreadores, a ese linaje de próvidas hormigas la civilización les debe reconocimiento, porque salvaron buena parte de los tesoros de las viejas galeras hundidas. Uno de los tesoros que salvó fué el *Sueño de Escipión*, que Marco Tulio pone como epílogo de su *República*. La antigüedad no nos ha dejado nada más bello ni más religioso que esa admirable ficción ciceroniana. El propio Luis Vives lo confirma expresivamente: «Por lo que toca a este sueño, puedo afirmar sin reserva mental alguna que jamás en ninguna época de la Humanidad se escribió libro—exceptúo siempre, dice él, los libros canónicos de nuestra sacrosanta religión—con una más fuerte condensación de sustancia, de arte, de elocuencia; ninguna porción de cualquiera parte o aspecto de la filosofía falta en ese inmenso libro chiquito..., y todo ello con tanta pureza, tanta elevación y tanta religiosidad, que parece increíble que doctrinal tan puro, que salido de un autor cristiano no podríamos menos de admirarlo y ponerlo sobre nuestras cabezas, proceda de un autor pagano.» Este testimonio es de Luis Vives.

Andar sobre el terreno pisado por Macrobio, tenía sus riesgos y se prestaba a suscitar una rivalidad temerosa. Luis Vives huye de los pasos de su antecesor y llena sus omisiones. Macrobio atinó el recurso de resumir las enseñanzas más altas de la filosofía de su tiempo acerca del mundo y de Dios, y a propósito de la vida futura sentó afirmaciones más precisas y firmes de lo que se acostumbraban aventurar en las escuelas filosóficas de aquel tiempo. El joven Escipión, volviendo en sueño a ver al primer Africano, le pregunta si vive realmente como también Paulo Emilio y los otros

grandes hombres del pasado. «Sí —responde el vencedor de Cartago—; solamente viven aquellos que, libres de la cárcel del cuerpo, levantaron el vuelo hacia nosotros. Eso que vosotros llamáis vida, con mayor propiedad debiera denominarse muerte.» El joven vástago de los Escipiones, tendidos los brazos hacia aquellos varones gloriosos que él admira y ama, no puede menos de exclamar: «Si acá arriba está la morada de la vida, ¿qué hago yo por más tiempo sobre la tierra? ¿Por qué no he de apresurarme a reunirme con vosotros?»

Estas expresiones palpitan de sentimientos casi cristianos. Lo que estorba que no lo sean del todo es que las recompensas de la otra vida no están destinadas a todos los que se las merecen. Del *Sueño de Escipión*, ciceroniano y comentado por Macrobio, se deduce que Dios las reserva exclusivamente a aquellos que *socorrieron, salvaron, engrandecieron a la Patria*, merecimientos asequibles a muy pocos. Por otra parte, esas recompensas que les promete no pasan de ser satisfacciones intelectuales, como las que colmarían las ansias del inspirado cantor de la *Noche serena:*

Cuando contemplo el cielo,
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo,
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo, al fin, con voz doliente:

«Morada de grandeza.
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

»¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que, de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?...»

Asimismo los héroes antiguos contemplaban los astros y penetraban las leyes eternas, por las que el mundo se gobierna y la Naturaleza no tiene secretos para ellos:

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor le sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue al sanguinoso Marte ayrado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro...

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la Tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento;
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de honra y de deleites rodeado...

Este es el cielo de Pitágoras, de Platón y de Plotino, prometido a los héroes y a los patriotas; no el del Evangelio de los humildes ni el del Sermón de la Montaña, a la que todos son llamados. No faltó quien en ese *Comentario* de Macrobio, ba-

jo sus apariencias científicas, viese en el fondo un libro de polémica religiosa, una de aquellas obras cuya finalidad era, con la ayuda de la nueva filosofía, procurar a los viejos cultos aquello que no habían tenido jamás, a saber: una doctrina y unos dogmas para hacerles capaces de sostener, con una fuerza no demasiado desigual, la lucha con la religión nueva y pujante. Evidentemente, Macrobio pensaba que la bellísima invención ciceroniana abriría, a los espíritus atormentados en aquella crisis de la Humanidad, las perspectivas ultraterrenas que estaban deseosas de avizorar, dándoles la certidumbre de una inmortalidad que iban a buscar en el avasallador cristianismo. Luis Vives colmó de doctrina cristiana los vacíos que adrede había dejado Macrobio y arrebató de sus manos la flecha pérfida del parto.

Estas obras de humanidades, las más exquisitas como las restantes, en que Luis Vives andaba metido, cuales eran las *Declamaciones silanas*, habían acrecido extraordinariamente su renombre. Refiriéndose a ellas, Erasmo había escrito a Hermán, conde de Nueva Aguila, canónigo de Colonia, este juicio definitivo:

«Luis Vives, mientras los demás gritan, él *declama* sabia y severamente, restaurador nuevo de un género literario antiguo. Harto sabes tú que esa zona de la erudición, hasta ahora, era echada de menos entre los mismos italianos. Esta gloria resucítala nuestro Vives para su España. Tuvo ella en esa especialidad, amén de muchos otros, representantes insignes, singularmente los Sénecas y Quintilianos; pero los tuvo en Roma, desplazados de su terruño; empero ahora Vives los reivindica para su Valencia en grado tan superior que, fuera de la analogía de sentido de los nombres respectivos, puede la Valencia actual parecer émula de la vieja Roma.

»Pienso yo que tan fácil como es *clamar* es muchísimo más difícil *declamar* como declama Vives. Si crees que debes atribuir alguna autoridad a mi opinión, te diré que procede con tanta destreza, que si borras el título pensarás ser negocio no de esa región ni de ese siglo nuestro, sino venido de aquellos venturosos tiempos de Marco Tulio y de Séneca. Trátase de un argumento imaginario, pero con tal verosimilitud, que creerás ser un asunto real. Estudia entrambas partes, pero con tal equilibrio de probanzas, que parece que antes que aconsejara llevó la persuasión a su propio ánimo. Es observante muy escrupuloso de las normas del arte, r con tanto recato disimula el artificio, que negarás en redondo que aquella materia sea ficticia. En ningún momento se detiene en lugares comunes; en ningún paso se aparta de la causa; creerás que es un hombre que habla en favor de un amigo cuya cabeza está en peligro, sin quitar los ojos de la clepsidra o reloj de agua que mide el tiempo que para hablar se concede al orador. Yo admiro menos su agudeza en hallar y desarrollar las pruebas, porque sé que por espacio de muchísimo tiempo y con harta ventura y fruto se ocupó casi en todas las partes de la filosofía. ¡Tanto le vale, sea cual fuere el lado adonde mirase, su ingenio maravillosamente dúctil! Cuando se entretenía en aquellas disciplinas sutiles en las que la elocuencia es imposible, nadie disputaba con más afilada delgadez, nadie hacía mejor que él el *sofista*. En la actualidad anda

consagrado a disciplinas no tan pendencieras, y con tal devoción está a ellas consagrado, que apenas conozco en ese siglo nuestro a quien me atreva a comparar con él. Y aun cuando concedamos que haya quienes igualen a Vives en el brío de la elocuencia, con todo no hallo en ninguno tan caudaloso raudal de elocuencia unido con tanto conocimiento de la Filosofía. Es un ingenio feliz en plena salud y lozanía. Su memoria no puede ser más rica; su pasión por el estudio, infatigable; sus años, muy verdes todavía.

»De todas estas cualidades nos prometemos cosas grandes, muy por encima de toda vulgaridad. Yo espero que en adelante serán muchos los que imiten este ejemplo hermosísimo; si logran conseguirlo, eso es lo que no sé...»

Todo esto es de Erasmo, quien en otra parte dice:

«Vives, de día en día, se supera a sí mismo; tiene un ingenio prodigiosamente dócil y ágil, hecho especialmente para el género declamatorio.»

Declamaciones tan lucidas y tan encomiadas obligaron a Vives a medir sus fuerzas con el propio Quintiliano o con un ignorado escritor muy digno de hombrearse con el preceptista y crítico calagurritano. La declamación a que hubo de contestar era aquella tan célebre intitulada *Paries palmatus*, cuya equivalencia aproximada puede ser «La pared y la mano ensangrentada». El título es de un muy precoz y muy desesperado y muy español romanticismo. El argumento de la declamación es éste: Un hombre acaudalado y viudo, que tenía un hijo ciego a quien instituyera heredero universal, segundó las nupcias e introdujo en su casa la madrastra, y relegó al hijo al más apartado aposento de la amplia mansión. Ese hombre, una noche, mientras dormía en la alcoba conyugal, fué asesinado y hallado a la mañana siguiente con la espada de su hijo hincada en la herida que le ocasionó la muerte, y la pared desde la cámara matrimonial hasta la habitación de su hijo señalada con las huellas de una mano tinta en sangre. Acúsanse mutuamente el ciego y la madrastra. El declamador asume la defensa del ciego y descarga en la madrastra el infando crimen. El encargo que recibió Luis Vives fué el de defender y expurgar a la madrastra de la abominable sospecha, con una desventaja inicial tan grande (es expresión de Vives) como jamás la tuvo un mirmilón miedoso y enteco en pugna con un hercúleo luchador de Tracia. Quien le metió en esta empresa temeraria fué su gran amigo Tomás Moro. Ese ejemplarísimo amigo de Vives, habiendo explicado a su pequeño hijo Juan y a sus hijas Margarita, Isabel y Cecilia, sóbole digna de tal padre, la declamación de Quintiliano para aficionarles al estudio de la elocuencia, le invitó a que por medio de unas pocas de cartas, impugnase aquella defensa con el fin de que, con la contradicción y polémica, cobrase el arte de aquel discurso relieve más señalado.

Gran sorpresa causó a Vives este honroso mandato y distinción que con ella le dispensaba Moro, y no poca alarma teniendo que contender con todo un Quintiliano, y no escaso desánimo de que se le encargase la parte más flaca, pues la preferente y sólida el declamador antiguo la había tomado para sí, asumiendo la más simpática defensa del ciego. «Y ¿por qué—se preguntaba Vives—no fué el mismo Moro en persona quien le contradi-

jese, con aquel ingenio, con aquel seso, con aquella práctica y aquella elocuencia proverbiales?» De momento, por todos estos reparos, Luis Vives declinó la sugerencia.

Bastante más tarde, Tomás Moro, hallándose en Brujas con una comisión de su rey, insistió personalmente en el ruego, y Vives cargó con el compromiso, haciendo la previa salvedad de que no se le computara mérito alguno si salía del empeño con lucimiento, ni se le cargara culpa si fracasaba en el propósito. A Tomás Moro, pues, y al elevado concepto que tenía de la maestría de Vives en esos torneos declamatorios, debemos una de las más brillantes oraciones forenses consagradas victoriosamente a una causa prejuzgada y estoy por decir que casi perdida.

CAPITULO VII

LUIS VIVES Y SUS "COMENTARIOS A LA CIUDAD DE DIOS"

Empresa gigantesca la que tomó sobre sus hombros aquel Titán pequeño que, como los Sumos Pontífices, se impuso nombre a sí mismo: Erasmo de Rotterdam, con la ambiciosa idea de ofrecer a las inquietudes de la época una edición crítica de las obras de los Santos Padres de la Iglesia:

Ingentes animos angusto in pectore [versat.

Arrestos grandes alentaba Erasmo en su pecho angosto. Comenzó por las obras de San Jerónimo, en 1516; tarea prolija y meticulosa que le llevó ocho largos años, interrumpidos por la preparación y publicación de las obras de San Cipriano. Erasmo podía contar para su intento con un editor de empuje igual, con Juan Froben, de Basilea, y sus prensas magníficas. *Amant alterna Camœnæ.* Las musas aman el trabajo alterno. Las finas manos de Erasmo, embellecidas y enriquecidas de la clásica sortija, con la imagen del dios Término y con la inscripción *Cedo nulli;* aquellas sus bellas manos por él tan preciadas, y tan mimadas por él y por el pincel cariñoso de Holbein, que las inmortalizó, descansaban de la ruda hacienda y del contacto con el áspero latín del doctor dálmata, acariciando las suavidades del doctor africano, rico de hechizo y de unción. Harto pronto pudo ver Erasmo que para estadio tan largo era su respiro insuficiente y quiso agregar operarios a su empresa; puso los ojos en Luis Vives, uno de los tres grandes de aquel siglo, y le encomendó el texto crítico y los comentarios nada menos que de los veintidós libros *De la Ciudad de Dios,* de San Agustín.

Pavorosa labor ésta, que hubiera arredrado y hecho desfallecer las manos (como desfallecieron dos veces las manos de Dédalo cuando esculpía en oro los relieves de las puertas del templo grandioso votado a Febo) desfallecieran, digo, las manos del mancebo valenciano si su pecho no fuera batido por los embates de su corazón heroico, ni

latiera en sus venas el mosto generoso de la juventud, que hace soñar grandes sueños. Para escolano y pedisecuo del gran obispo de Hipona harto sería, y aun para muchos más, el piadoso autor de las *Meditaciones sobre los siete salmos penîtenciales,* curtido en las sutilezas de las *Declamaciones*, maestro en filosofía, doctor en antigüedades, de las cuales todo su pecho rebosaba y que, como aquel personaje de Terencio, si bien en otro sentido, podía decir:

Plenus rimarum sum, hac atque illac [perfluo.

Tan lleno estoy de grietas que por todos lados me desaguo. ¡Agustín y Luis Vives! En sus esferas respectivas bien valía el uno por el otro: árcades ambos, iguales en el cantar y en el responder:

Arcades ambo
et cantare pariter et respondere parati.

Acometió Vives el encargo con un fervor ilimitado. En su ilusionada acometividad, prometió a Erasmo que en dos o tres meses habría dado cima a su empresa. Recordaba haber leído varios volúmenes de San Agustín harto fáciles y no mendosos en exceso. Por otra parte, sus omnímodas y constantes lecturas le habían colmado de adecuada erudición que podría verter en el comentario a caño suelto, y, así, en labor simultánea y sabrosa, ejercitaría el estilo y el ingenio, pero le engañó su juvenil optimismo, y la experiencia le dió una de sus más rudas lecciones. La genial obra agustiniana, amén de ser larguísima, es de una inagotable variedad. Todas las Musas danzan en ella armónicamente trabadas de las manos: Historia, Fábula, Ciencia de la Naturaleza, Retórica, Matemáticas, Geografía, Etica, Teología. El ejemplar que manejaba el inexperto comentarista y filólogo no podía ser más depravado, ni el pensamiento de Agustín podía resultar más adulterado y torcido. El castigo minucioso y concienzudo del texto debía ir acompañado de una certera y semidivina intuición. A cada paso tenía el genial comentarista que adivinar y restablecer la lección genuina a base de lúcidas y pacientes conjeturas.

Con esta tarea esperanzada inauguró Vives el año 1521, pues puso manos a la obra allá por las calendas de enero; pero, de pronto, sobrevínole el más amargo de los duelos y el desplome súbito del caedizo castillo de sus esperanzas cuando acababa de comentar el primer libro:

Souvent femme varie
bien fol est qui s'y fie.

Aún más que la mujer tiene veleidades y crueldades femeninas la Fortuna, la diosa invocada de Horacio, que regía la Ancio deleitosa:

O Diva, gratum quae regis Antium,
præsens vel imo tollere de gradu
mortale corpus vel superbos
vertere funerilus triumphos (1).

Cara de doble haz tenía esta diosa y a la doble cara correspondía la doble advocación de *Fortuna felix*, que era la de los sucesos prósperos, y la de *Fortuna equestris*, que era la de los casos mal astrados. La que se ensañó en Vives fué la fortuna ecuestre, la que le acoceó en la persona de Guillermo de Croy, que, como dije, murió el 10 de enero

(1) ¡Oh diosa, tú que riges la placentera Ancio y eres poderosa para encumbrar a un mortal del ínfimo abatimiento y trocar en funerales las triunfales pompas!

de una caída de caballo y le privó de su mecenas.

Erasmo no pudo menos de lamentarlo sinceramente. El purpurado alumno, en carta a Erasmo, le había significado el aprecio en que tenía a *su Vives.* En aquella sazón, dos Guillermos usufructuaban la amistad y la estima del Roterodamo: eran Guillermo Budeo y Guillermo Monjoyo (de Montjoy). Deseaba el cardenal completar el número simbólico de tres de los afortunados Guillermos. En el copiosísimo epistolario erasmiano anda incluída una carta de Guillermo de Croy, cuyo es este párrafo:

«¿Para qué hablarte de Guillermo Budeo, amor y delicia de las musas griegas y latinas, cuyos loores pregona interminablemente *mi Vives*, y cuyos estudios y obras monumentales, cuyo ingenio, saber, lenguaje y costumbres yo reverencio, admiro, adoro? Al número de esos dos Guillermos quería yo que me sumaras con preferencia a cualesquiera otros personajes, por opulentos que fueran, siempre que les fuesen desemejantes.»

Pero las esperanzas humanas se apoyan en muy flacos puntales y en muros ruinosos. Erasmo se lo comunica a Budeo y le dice: «Ya lo ves, Budeo carísimo; como si nuestros males fueran pocos, la envidia de los hados nos hurtó al más principal de los Guillermos. Feneció, como debes ya de saber, Guillermo de Croy, arzobispo toledano, agostado como una tierna flor, cortada en su propio nacimiento, y a la vez nos enseñó que no hay garantía ninguna de firmeza en las cosas sujetas a los antojos de la Fortuna... ¿Qué podía desear de la Fortuna que no le fuera concedido instantáneamente? Antiquísimo y muy ilustre abolorio; su tío, que goza de tal privanza con nuestro Carlos, que parece que en él depositó el supremo mando; verde edad, pues aún no había cumplido veintitrés años; constitución lozana y robusta; tal cúmulo de dignidades que casi apagaban en él la llama viva de su capelo cardenalicio; admirable modestia y candor de costumbres; generosamente favorecía los buenos estudios y a Erasmo no le desamaba. Es muy para lamentar que nuestro Vives haya perdido a un mecenas tal, como no es fácil que lo halle en lo sucesivo...»

De la ciega polvareda producida por ese derrumbamiento sacó Vives la cabeza impávida y lúcida para continuar sus *Comentarios a la Ciudad de Dios.* En la prefación que puso al comentario ingente de la obra gigantesca, explica puntualmente el drama que para él fué su composición:

«Fácil le será a cualquiera comprender cómo este acontecimiento trastornó la tranquilidad de mis estudios con la desaparición de mi protector único, que me proporcionaba toda la holgura deseable. Y puesto que ninguna desgracia viene sola, yo caí en una enfermedad harto enojosa; así que para atender a mi quebrantada salud, me vi obligado a trasladarme a Brujas, *a mis españoles* (1), entre los cuales mi dolencia sería tratada con el cuidado y el cariño que mi temperamento y mis costumbres requerían. En junio estaba yo convaleciente. Y puesto que se sonaba que a Brujas habían de acudir el César Carlos y el cardenal de Inglaterra, retúvome allí esta circunstancia por espacio

(1) Ha podido localizarse la casa y el huésped que le acogiera. Estaba situada en la *rue du Pont Flamand* y pertenecía al capitán vizcaíno Pedro de Aguirre.

de algunos meses para reunirme con Erasmo y con Moro y verme con Tonstald y Monjoy y con otras doctas personalidades y muchos otros amigos míos, de quienes se decía que allá debían acudir. No había que pensar en escribir en Brujas, carente de una biblioteca cual yo la necesitaba, que me proporcionase materia para mis estudios. Hube de ceñirme a cotejar algunos libros de la *Ciudad* agustiniana con determinados códices antiguos, uno de los cuales me lo dió Marcos Laurín, deán de la iglesia de San Donaciano, de Brujas; otro, me lo procuraron los Carmelitas de esa misma ciudad, y el tercero, que se había enviado a Erasmo desde Colonia Agripina, escrito según es fama de manos de su obispo San Leger. La discrepancia entre estos códices era desconcertante... El más fundamental y lamentable de sus errores y el más sistemático consistía en el empeño de acomodar y torcer a nuestra Vulgata la versión de los setenta intérpretes, manejada constantemente por San Agustín, haciendo una sola de dos versiones incompatibles... Marchados el César Carlos y el cardenal, regresé a Lovaina en las postrimerías de septiembre. Aquí, con mayor tranquilidad y una rica biblioteca, volví con renovado ardor a la usada tarea, y en todo el invierno llegué al libro décimoquinto. Al finalizar la primavera subsiguiente, por tener que saludar a unos amigos que preparaban su ida a España con el César, di paz a mi mano e interrumpí mi accidentado quehacer. Erasmo, mientras tanto, me estimulaba y urgía porque diese término a su encomienda y le enviase mi trabajo. Volví a Lovaina apresuradamente, y con cuanta diligencia pude, en un mes di cima a los cuatro libros últimos, con una buena parte del libro décimoctavo. Y, por fin, llegué al trance de escribir aquella carta nuncupatoria (a Enrique VIII, dedicándole la obra) y este prólogo, con tal cansancio, tanta rotura y quebrantamiento físico por un esfuerzo tan sostenido y tan variado, que no me explico por qué extraño fenómeno tomé una invencible aversión a cualesquiera letras y cualesquiera libros, no de otra manera que el estómago, de puro ahito, repele todos los manjares. Cuando, con un enorme deseo que en mí era una verdadera obsesión de verme libre de aquella inapetencia molestísima, llegué al fin de la jornada, pensé que ni retribución alguna material ni ningún agradecimiento de los estudiosos, ni premio alguno era suficiente compensación de mi trabajo, y respiré al fin de verme suelto y aligerado de una tarea tan espinosa y tan sin amenidad. Tuve que referir fábulas e historias. Tuve que describir regiones y ciudades. Tuve que consultar casi todos los libros de los autores platónicos y de las restantes escuelas filosóficas. Tuve que tocar asuntos de teología, en los cuales fuí más parco que en los temas profanos, por diversas consideraciones. La primera de todas porque no parecía bien que un hombre seglar ni de edad conveniente todavía definiera o disputara temerariamente de cosas santísimas. La segunda, porque la historia sagrada suele ser conocida de los lectores de Agustín y otros escritores de su misma profesión y temple, para que sea menester que yo la repita, y porque en los lugares indicados puede conocerse con mayor extensión y claridad sin que parezca preciso que yo la explane con mayor abundancia de palabras. Con todo, me detuve algún tanto en

explicar algunos de los misterios de nuestra santa religión aducidos por Agustín y dejé de lado otros, porque veía que no era aquel lugar a propósito para explicarlos. Con frecuencia aduje a los autores profanos en calidad de testigos y en confirmación de los dichos de Agustín, porque en ellos tenían su garantía, especialmente en los asuntos profanos, pues se los pidió prestados a ellos. En lo que interesa a nuestra religión nada tienen que hacer los autores paganos. Yo, aun de nuestros autores cristianos hice un uso discreto, porque nadie pensase que quedaba en entredicho la autoridad de Agustín si no se afianzaba en tales apoyos. Parecióme a mí que tenía suficiente autoridad el que Agustín lo hubiera dicho.

»Más a menudo llamé a comparecencia a San Jerónimo, especialmente cuando se trataba de cuestiones de filología o de interpretación, porque este doctor, así en la pericia del griego y del hebreo como en el conocimiento de las Sagradas Escrituras, aventaja con mucho a todos los otros autores cristianos. Tampoco me pasó por las mientes pensar que correspondía a un simple comentarista resucitar aquellas controversias que con tanta bravura y bizarría agitan los teólogos en las escuelas, aun cuando yo, allá en mis tempranas mocedades, fuí imbuído en esa suerte de pendencias, que no pueden ser más ajenas del propósito de las ideas y del temperamento de Agustín, quien las desdeñara con asco y se indignara de verlas mezcladas en su obra, como el joyo en tierra de pan llevar, por cualquier lado del cielo mirara las cosas de los hombres aquel su espíritu tan cuerdo y tan santo.

»Yo me limité a hacer lo que San Jerónimo confiesa haber hecho en sus comentarios de la epístola de San Pablo a los gálatas; a saber: que en gran parte se concretó a la simple exposición de las ideas de los otros. Así también, yo me contenté con explicar a mis futuros lectores lo que los otros habían dicho y opinado, y callé mi sentir personal, siguiendo la añeja práctica de la Academia, ya porque ello me pareció ser lo más pertinente para el comentador de obra ajena, ya también, de una manera especial, porque se me antojaba que iba a parecer mejor en mí seguir más aína lo ajeno que manifestar lo propio y hacer de ello alarde antes que la edad haya puesto en la cabeza la apacible serenidad de unas canas que añaden al criterio autoridad no poca. Y no sin razón. Muchas son las que ahora me parecen verdades ciertas y averiguadas, las cuales, si el cielo me concede larga vida, no sólo, andando el tiempo, me parecerán dudosas, sino quizá falsas en su raíz y en sus cimientos.

»Por ese motivo fué que en numerosos pasajes holgué más deleitar al lector que no enseñarle, y caso de enseñarle algo, más que por severa imposición procedí con dulzura persuasiva, con blandos ruegos y admoniciones. La razón que nos movió a ello fué que el mismo Agustín muy a menudo se derrama con profusión en la interpretación de sí mismo y, dando de lado a todo afán docente, se complace en su propio juego y de cuando en cuando en conducir al lector a panoramas de verdura y amenidad...

»Todo esto que dije tiene, es verdad, sus alivios y sus contentamientos; pero no debo negar que tiene también sus asperezas, sus pedregales, sus barrancas, por donde, no sin sudor, vayas llevando la carga;

sus desfiladeros aleves por donde, no sin peligro de despeñarte, vayas haciendo tu camino y abrumado por el hato a cuestas caigas de bruces en el precipicio. No; no encontrarás ninguna calzada cómoda al pie, ni perspectiva que recree los ojos, ni venta donde reposarte, ni poyo donde sentarte, abatido de cansancio, cuando tienes que cotejar los tiempos y apurar la cronología; cuando tienes que contrastar las discrepancias y aun las contradicciones de los autores y enmendarlos, cuando tienes que buscar y resolver y adivinar dónde se halla el pasaje que Agustín toma de algún autor. Su hallazgo, tras la búsqueda más diligente, es, con frecuencia, más obra del azar que mérito del rebusco inteligente... Agregábase a esas estrecheces y dificultades la falta de autores griegos, que en este país es increíble; ni los tienen tus amigos doctos, ni se venden en las librerías. Cuando Erasmo estaba aquí, ayudábame de su biblioteca. No quiero con ello decir que se tenga que echar de menos gran copia de autores griegos para comentar a San Agustín, que solamente los manejó latinos, y en todo caso los leyó vertidos al latín; pero no deja de ser verdad que de tener yo a mano un ajuar más rico, saliera mi obra más aliñada y completa. No me toca a mí pronosticar cuánto va a ser su rendimiento; en la propia obra no hay quien pueda ser juez desapasionado o, por lo menos, dejar de ser sospechoso. Nadie puede augurar un éxito que está absolutamente en manos y jurisdicción de la Fortuna, ni yo puedo prometerlo. Vivirá, y se leerá, y gustará y aprovechará la obra si el dios genio la favoreciere; si la contrariare, descaecerá y morirá. Yo no puedo hacer más sino formular un deseo, si algo positivo se consigue con un deseo, y es que los lectores experimenten la obra tan útil, en leyéndola, como yo la sentí pesada y abrumadora en escribiéndola. Escribir al margen de un libro de otro es edificar en solar ajeno...»

Prevé Luis Vives que su comentario será tenido por pura gramatiquería en concepto de no pocos. Consuélase de ello, porque eso mismo dirían de la obra de San Agustín si no se lo vedara la majestad del nombre y la reverencia que impone el sublime doctor. Adivina que habrá otros todavía más ciegos y encarnizados que, sin tomarse el trabajo de su lectura, de plano rechazarán la obra y la condenarán, como lo hizo un cierto licenciado en Teología, quien, noticioso de que Luis Vives trabajaba en los libros de la *Ciudad de Dios*, con insolencia y asco la desdeñó por inútil y vana. «¿Qué necesidad tienen—dijo—que alguien los ilustre unos libros que de suyo son harto claros y transparentes?» «Dichoso tú—exclama Vives—, seas quien fueres, para quien son tan claros y perspicuos esos libros de la *Ciudad de Dios.*» Entre los que le oyeron una tan rotunda definición causó, por varios motivos, maravilla; en unos, ocasionó asombro su ingenio; en otros, su imperturbable saber, y en los más, produjo escándalo su impudor desaforado. Ignorante y ayuno de toda ciencia de antigüedad, preguntó a los circunstantes, impávidos de insuficiencia, por qué se atrevía a tal empresa un hombre solo, dado que la obra agustiniana contenía tanta historia, tanta fábula, tanta filosofía, tanta geografía, tanta matemática. Todo eso ¿qué le importa a un teólogo? Ningún interés tiene para él saber quién fué Escipión, quién fué Julio César, quién

Pompeyo, quién Catón; qué ciudad fué y dónde estuvo Cartago situada, o dónde se asentaba Babilonia; si es hierba o si es peña la acelga o la malva; si es mineral o si es madera el imán y el diamante; si es animal o es un metal el tigre y el milano; cuál es el monte que respira fuego: el Etna o los Alpes; si lo que arde en su seno es azufre o es arena. Para hombres así, todo esto se reduce, según el dicho vulgar, a una línea blanca sobre una superficie blanca.

No era para temperamentos cerriles como los de ese bárbaro teólogo que escribía Vives; no apreciaba en un adarme su juicio ni su crítica, ni tenía el menor deseo de agradarles; al revés: pensaba, desagradándoles, haber escrito con mayor competencia y doctrina. Con todo, era muy para lamentar que varones doctos, pero no por ello buenos, emponzoñados por la envidia venenosa y mordedora, pusieran lengua y dijesen mal de los trabajadores probos, en su empeño de inutilizar lo que debía reportar provecho u oscurecer lo que debía dar luz, con lo que acaso conseguían desmoralizar y descorazonar a los ingenios mejores y realizar su propósito de que todos cesasen y nadie hiciera bien. Protesta Luis Vives que no tomará a mala parte las advertencias y aun reprensiones que se le hagan; antes se mostrará muy reconocido a sus monitores que le sugieran mejorías y le reprendan doctamente. No le pesará mudar de parecer, si el estudio o los años le impusieran rectificaciones. Reconoce no tener aherrojadas las lenguas de los hombres y conviene que se expresen libremente en los estudios libres. Hable cada cual de mi obra como bien le pareciere. Si mi obra es mala, por desagradable que sea la verdad, no debo enfadarme con ellos. Si mi obra es buena, en su propia venenosa envidia hallarán su castigo; ese tósigo acabará con ellos. Sólo una cosa pide encarecidamente, y es que si alguno disintiere de su opinión y quisiere decirlo por escrito, se acuerde de la moderación, y sin ultraje, sin mordiscos fieros, tenga a bien enseñarle lo que él ignoró, pues aun cuando el libro mereciere repulsa, no la merece su recta intención ni su tenaz esfuerzo, y promete reconocer ese gran beneficio y le asegura una gratitud imperecedera. De las letras de humanidades no se aparte jamás la Humanidad, y no se pierda nunca aquel tranquilo equilibrio en el que, más que en cualquier otra cosa, las Musas se complacen. Comencemos ya, acaba diciendo, por raer de nuestras costumbres esta feroz y colmilluda acometividad que las Furias envidiosas introdujeron, con que se acosa a quien debería hacérsenos hermano estrechísimo y carísimo por la comunidad de estudios y el culto de las mismas Musas. Digo eso por no mentar el Bautismo común y la caridad de Cristo, porque para los oídos sordos éstos ya son nombres vanos y para los ojos enfermos son trampantojos y sombras sin realidad.

Así, con esta viveza de polémica y con ese grito salido de sus entrañas, termina el prefacio de los *Comentarios* de Luis Vives a la *Ciudad de Dios*, de San Agustín (1).

(1) La portada de la edición que manejo reza: *Divi Aurelii Agustini Hipponensis Episcopi De Civitate Dei libri XXII ad priscae venerandœque vetustatis exemplaria denuo collati, eruditissimisque insuper Commentariis per doctiss. Virum Ioan. Ludovicum Vivem illustrati ac recogniti. Apud Hugonem et Hœredes Æmonis a porta: Anno Do-*

Dijo el poeta antiguo que los libros tienen sus hados. Los *Comentarios* de Luis Vives también los tuvieron, y no benignos precisamente. A los catorce días andados del mes de julio del año 1522, Vives escribía a Erasmo una carta de este tenor:

«Acabé, por fin, con el favor de Cristo los veintidós libros de la *Ciudad de Dios*, cuyos últimos cinco libros que quedaban te los envío con una carta dedicatoria al Rey de Inglaterra, con una introducción acerca de sus intérpretes y comentaristas y al final el opusculillo acerca de los godos; pondránse al principio de la obra, pues vienen a ser una especie de proemio. En el prologuillo toqué de soslayo alguna porción de tus grandes alabanzas, Dios quiera que con la elegancia y el saber y la verdad y nobleza de estilo que yo hubiera deseado. Todo esto lo leerás tú antes de que se imprima, y tu crítica pondrá compostura y templanza en todo; añadirás y cercenarás lo que te parezca, siempre que no atenúes y adelgaces lo que yo digo, pues si así lo hicieres va a quedarse en pura nada. Si algún yerro hubiere no solamente en lo griego y en la ortografía, sino también en la fábula o la filosofía o la teología o el estilo todo, te lo entrego para que lo enmiendes con la seguridad de que a mí me parecerá bien todo lo que hicieres en esta obra, como si lo hubiere hecho yo mismo, y lo aceptaré como un beneficio singular, porque me habrás enseñado lo que yo no sabía y habrás aquilatado mi trabajo. No dudo que añadirán en las márgenes las pequeñas notas, siguiendo mi ejemplo de los dos o tres primeros libros o el suyo, como más prácticos que son en ellos.

»Hecho esto, no será difícil recoger el índice del cual ya te hablé en otra carta. Ya me dirás qué quieres que yo haga del libro de Colonia, puesto que ya no me ha de servir. Si ya no es que este libro haya de reimprimirse con más cuidado, quisiera yo compararlo con los antiguos ejemplares de Agustín; procurarás tú que conozca yo tu voluntad, que para mí será un mandato...»

Y ahora viene la parte penosa de la epístola; la que, en escribiéndola, debían de retroceder sus manos de gran señor. Ya entonces Luis Vives andaba atacado de aquella su crónica e irremediable impecuniosidad, más tenaz que sus tercianas, que sus cefalalgias, que su gota, que acabó con él:

«Por lo que toca al dinero, déjolo a tu arbitrio y al de Froben. Tú mismo sabes cómo no soy yo demasiado codicioso de él. Con todo, hay que vivir en esta época aciaga y en un país donde son grandes los gastos y ruines, por no decir nulas, las ganancias para un hombre consagrado a los estudios liberales. Si Froben enviare algún pico, cuida de que pare en mis manos por un conducto seguro y a la mayor brevedad posible...»

El esfuerzo hercúleo había afectado gravemente la salud de Vives. Al mes mal contado de esa carta, el propio día de la Asunción de Nuestra Señora, volvía Vives a escribir-

mini 1544. Este ejemplar, como casi todas las ediciones extranjeras introducidas en España, estuvo intervenido y fué castrado lamentablemente. En la última página del índice trae esta nota manuscrita: *V. Joannes Abrines De Mandato Domini Inquisitoris.* El doctor Juan Abrines, que lo expurgó, era el confesor de Santa Catalina Thomás, de Mallorca, religiosa del monasterio de Santa Magdalena de Palma, que el año 1930 fué elevada al honor de los altares.

le con un acento de descorazonado:

«Desde que terminé con San Agustín no he tenido día bueno. Toda la semana pasada, y aun ésta, quebrantado el cuerpo y derrotados los nervios de cansancio y debilidad, parece que encima de mi cabeza gravitan diez torres de una intolerable grosor y pesadumbre. Estos son los gajes del estudio; ésta, la recompensa de un trabajo honrosísimo. ¿De qué aprovechan el esfuerzo y las buenas obras? Aquello que me dices de la mujer parida me viene como anillo al dedo. Figúrate que a los cuatro días de haber quitado mano de Agustín, ya me he trazado el plan de un nuevo libro. Tanta verdad es, dirás tú, que el ave halla su pasto en su trabajo; pero, créeme, quiero tomarme dos o tres meses enteros para reponer mis fuerzas intelectuales a fin de que con el descanso y la vacación recupere el brío de mis años mozos como con los barbechos acontece...»

Insistiendo en lo mismo con más acerba displicencia y con más crecida amargura, a los 10 de mayo de 1523, el desmoralizado autor de los *Comentarios a la Ciudad de Dios* escribía así a Erasmo, con una viva brusquedad:

«Para que Froben no se engañe razonablemente, la cosa está así. Francisco desea, antes que el libro salga, veinte florines de oro; a finales de enero dió tres. Esta suma la recibí yo, y también tres libros. Decía que Froben había dado orden de que se me diesen treinta y dos florines de oro, pero que de éstos retiró ocho, que se te debían a ti... No hay nadie, si me queréis creer, que conozca más mi falta de sentido práctico que yo mismo, ni que menos la disimule. Por eso no me da frío ni calor no granjear gloria alguna, porque sé que no la merecí. Séame Cristo propicio si no creo haber conseguido un nombre superior a mis merecimientos; y muchas veces me asombro de que la fama me favorezca con tal generosidad. Por esto es que de aquello que él dijo no estoy desabrido porque en este punto me va mejor de lo que era razón que yo esperase. ¿Qué diría ahora yo si me hiciera de mí mismo un concepto mucho más alto y estuviese convencido de que escribo libros trascendentales, flor y nata de la erudición? Con todo, yo no ignoro que es un favor especial del Dios Genio, y que lo es de la buena suerte que da a las cosas valor e inmortalidad, y que nosotros ponemos los proyectos, pero no los resultados. Por eso es propio del varón sabio, luego de haber dispuesto lo que está en su mano con toda la posible industria y diligencia, demostrarse resignado con lo fortuito, porque en la vida el varón bueno no puede dar otra cosa más que la culpa. Estas consideraciones me consolarían si yo fuese desconocido de todo punto en la verdadera erudición y sabiduría; pero es el caso que en la actualidad soy más popular de lo que muchas veces quisiera, porque no fuesen tantos y tantos los que contemplaran y calibraran mis cortos alcances. Veo ser tanta mi impericia que la vergüenza me obliga a confesarla, porque, en fin de cuentas, lo que los otros han de descubrir prefiero yo anticiparme a confesarlo, y mi culpa será menor. Con todo, empecé yo a escribir impulsado por el entusiasmo de la edad juvenil, y luego porque son muchos los que adolecen del prurito incurable de la pluma; pero yo espero que me curaré del mío, pues así que hubiere publicado el libro que estos días compuse para la reina de Inglate-

rra (1), me acogeré a una larga vacación y me envolveré en un ocio sin gloria...»

Lo que a continuación se sigue explicará acaso el derrotismo que respira esta carta llena de sobrentendidos y de reticencias elocuentes:

«De *San Agustín* sé que vendió (Froben, en la feria de Francfort) numerosos ejemplares, y yo mismo conozco a los compradores. ¿Quién es ese de Londres que miente con tal descaro cuando él mismo me confesó que en pocos días despachó más de treinta cuerpos? Cierto es que Lupset decía que él, en Inglaterra, no vió ningún *Agustín* mío puesto a la venta. En la misma Inglaterra él afirmó haber vendido más de cuatrocientos ejemplares de mi *Sueño* (el de Escipión). Sin duda, pensará que no tiene éxito de venta mi nombre si se le compara con el tuyo o el de Budeo. ¿En dónde está ese otro para que Froben lo asocie a su negocio? Ruin gloria la de los ingenios si no tuviera más cimiento y sostén que el capricho de esos embusteros. Yo, desde ese momento, renuncio a la gloria, y aun a toda suerte de estudios, si tengo necesariamente que pasar por esas horcas. Avergüénzome de mi profesión literaria si no ha de salir libro que no tenga la aprobación de la avaricia de los literatos. De Kempones, de Brectos, de Torrentinos, tantos como quieras, a barrisco. ¡Y a Cicerón nadie le tiene! Nunca Dios inmortal debiera mostrar tanta ojeriza con los estudios que no pueden practicarse sino mediante la ganancia de N. De ese N. pienso yo concentrar toda la antipatía porque, habiéndome evitado varios días en Amberes, en oportunos escondites, no sé por motivo de qué dinero que había sobrado de la cuenta, dije a sus dependientes que estaba harto de aguantar sus escurridizas artes de magia y de burlas con que tan desvergonzadamente hacía escarnio de mí. Adiós gloria si trae consigo tanta servidumbre...»

Después de ese vivo desahogo contra ese embustero y tramposo anónimo señalado con una N. despectiva, Vives vuelve a Froben, y le dice a Erasmo:

«Querría que me escribieras si Froben va a imprimir aquellos opúsculos míos; si no, dímelo francamente en tu carta próxima; los enviaré a otro sitio. Mi egoísmo no es tan desaforado que pretenda yo que salga libro mío de sus prensas con quebranto suyo. No ha merecido él esto de mí. No piense que yo voy a enfadarme con él si no editare mis obras. Haga lo que crea más conveniente a sus intereses. Pero basta ya de roñeces, ¡y contadas a ti!...»

Y pocos renglones más abajo añade:

«Luego de escrito lo que antecede, por cartas de amigos fuí hecho noticioso de que mis opúsculos no fueron impresos por Froben, y N. se arrisca a decir que el libro fué rechazado por Froben, asesorado por ti. Aun cuando no te interese mucho lo que yo pueda creer de todo ello, no obstante, si yo tengo algún crédito delante de ti, quiero que sepas que yo no lo creo, ni tampoco lo creería, aun cuando me lo dijera un hombre de intachable responsabilidad; y mucho menos habiendo salido la versión de N. Dije esto porque te convenzas que N. es todavía el mismo. Mentiría yo si no dijese que experimenté algún desabrimiento; pero acaso fué me-

(1) Refiérese Vives a la *Instrucción de la mujer cristiana.*

nor del que estas cosas acostumbran ocasionar. Tus cartas me habían dado alguna esperanza, pues me escribías que Froben gustosamente publicaría mis opúsculos si N. entraba en la asociación, con lo cual yo entendí que los imprimiría. Ahora toco con las manos que ni yo ni mis cosas tenemos tanta importancia, puesto que en una tan grande variedad y aluvión de libros no hay lugar para un libro tan chico, si no se vende al primer grito del pregonero, aun cuando lo hiciere vendible el prestigio de la oficina de Froben, como yo lo había soñado, y en una Alemania tan espaciosa y poblada, donde ¿qué es lo que no se vende?... Siéntome engañado por la opinión y desconcertado en ese ambiente. Harto sabía yo que no tenía mi localidad en la orquesta; pero pensaba o deseaba haber llegado a la hilera catorce, y ahora reconozco estar en las últimas filas, entre la plebe. ¡Cómo resulta verdad que a las categorías las definen los ingresos aun en esa ciudad! ¿Adónde fué a parar aquello de *clarísimo y en cualquier disciplina doctísimo*? En esto hay que descubrir la mano y los manejos de la suerte; los que menos tienen que ver con la suerte son los más felices...»

A seguida anuncia a Erasmo un viaje inexcusable a España, que no se sabe si quedó solamente en propósito, y promete luego otro viaje, que ése sí se realizó:

«No he podido hurtarme a esa ida a España, para donde pienso partir mañana o pasado mañana. Luego iré a Inglaterra...»

No fué para Luis Vives ese viaje anfibio, en el que cifraba tantas y tan risueñas esperanzas (como el tiempo y el suceso lo demostrarán), más feliz que la publicación de sus *Comentarios a la Ciudad de Dios* y sus dares y tomares con el gran impresor de Basilea. Sobre esa obra tan cristiana se encarnizaron las Furias póstumas. Seis años después de su muerte, ese glorioso título apareció en el *Indice de libros prohibidos: Donec corrigatur;* hasta que se hagan en él las debidas enmiendas. Su propia razón y el tiempo las hicieron sobradamente.

CAPITULO VIII

EL DUQUE DE ALBA, LUIS VIVES Y FRAY SEVERO

Debía de estar escrita en los inflexibles astros la perpetua expatriación de Luis Vives. En dos ocasiones estuvo a punto de volver a su España el terco valenciano que blasonó siempre de su cuna y no olvidó jamás las riberas del río conocido. No pudo Vives tener nunca ningún recelo, aun cuando hubiera proferido el terrible juramento de los judíos que lloraban sobre los ríos de Babilonia, de que, desmemoriado de su patria, su lengua quedase pegada al paladar. Oigamos al propio Vives, estante en Brujas, que cuenta a Erasmo el donoso y picaresco lance digno de un Guzmán de Alfarache, que un fraile dominico le jugó y que para bien suyo y de todos determinó su no vuelta, aun-

que sin mérito alguno del fraile y con harto motivo de muy dura reprensión:

«El duque de Alba ofrecíame una no desdeñable canonjía si yo hubiera podido conocer la oferta por boca de los frailes. Quería el duque, con marcado encarecimiento, que yo me encargase de la enseñanza de los nietos que de su hijo primogénito tiene en España; y como tratase de enviarme a un criado suyo que me hiciese la proposición y me ofreciese doscientos ducados de oro anuales como paga, estuvo a verle un cierto fraile dominico y a pedirle qué órdenes le daba para Lovaina, para donde estaba muy de partida. «Mejor ocasión no se me podía presentar—contestó el duque—. Sí, tengo que darte órdenes: habla a Vives y entérate a ver si con aquella remuneración se quiere encargar de la crianza de mis nietos.» Al mismo tiempo, un noble llamado Bertrán, aquel mismo que te hizo una visita tiempo ha, le da al fraile una carta para mí, en la que me comunicaba todo el negocio. Llega el fraile a Lovaina, habla conmigo más de diez veces y ni me dice una palabra del encargo del duque ni me entrega la carta de Bertrán. El duque, viendo mi tardanza, o quién sabe si prevenido del fraile que yo no aceptaba el ofrecimiento, encarga la educación de sus nietos a ese fray Severo. Ayuno yo de todo esto voy a Bruselas. Allí, Bertrán, se me queja de que su carta no haya merecido contestación. «¿Qué carta?», díjele yo. «¿Que qué carta? Mi carta», me responde. Entonces me cuenta punto por punto la cosa ante muchos testigos que decían haber intervenido en la entrevista en que el duque hizo al fraile aquel encargo; que le dolió mucho que yo hubiera desdeñado aquella oferta; que en adelante mi vida discurriera muy a mi gusto, en familiaridad con él y otros amigos amantísimos; que ya no era posible anular el contrato convenido entre el duque y fray Severo. «¡Bellaca trastada!—dije yo—. ¿Cómo iba yo a desdeñar un ofrecimiento que el duque me hiciera, siendo así que yo siempre había buscado con suma diligencia demostrar al duque mi buena disposición para servirle; que le quedaba muy reconocido por la cariñosa atención que el duque había tenido conmigo y que no lo sentía tanto por el escamoteo de la prebenda como por haber tenido que conocer la pícara jugada del fraile?» Y añade Vives un sí es no es escandalizado: «Si esto lo padecemos de los hermanos (*fratres*), ¿qué no será de los extraños?» No contentos con atacar la erudición, ya apañan nuestros dineros. Dios hará justicia.» Esta carta está calendada en Brujas el día 1 de abril de 1522. Al final de la carta, Luis Vives, inspirado por el enojo y envolviendo en una misma indignación a fray Severo y a los frailes en general, verdaderamente *erasmiza.*

Ha podido establecerse e identificarse la personalidad de este fray Severo, a quien, ante el silencio de Luis Vives, don Fadrique de Toledo, duque de Alba, encomendó la formación humanística de sus nietos y, singularmente, del que había de ser el gran duque, don Fernando Alvarez de Toledo, futuro vencedor de Mühlberg, terror de Flandes rebelada y reintegrador de Portugal a la unidad española. *Mostrador de Catón y Terencio a los nietos del duque de Alba*, le llama el truhán imperial don Francesillo de Zúñiga. Al paso que fray Severo era el maestro de latinidad de quien debía ser el mayor decoro de la Casa de Al-

ba que con tantos se ilustra, su ayo era Juan Boscá (Boscán, castellanizado el apellido), *ciudadano honrado de Barcelona,* que estaba encargado no de su instrucción, sino de su educación «con aquella alta y noble manera de educáción propia de las cortes del Renacimiento», dice Menéndez y Pelayo. Boscán, que debía de ser el tipo del perfecto cortesano español, aun antes de traducir el libro de Castiglione, sacó un discípulo digno de él en el gran duque, a quien la opinión vulgar, extraviada por las seculares calumnias de sus enemigos, se representa tan fiero y hosco y del cual, por el contrario, dice Zapata que era *cortesanísimo* y *que con él iba toda la cortesía de la corte*» (1).

Además de cortesanía debió Boscán de iniciar a su ducal alumno en la afición a la poesía. El propio truhán don Francés de Zúñiga, con su peculiar estilo picante y tan cargado a trechos de sal negra, en su *Carta para la reina de Francia doña Leonor* (2) refiere esta anécdota:

«Diréis al duque de Alba *(don Fadrique*) que su nieto me ha hecho media copla, y como el marqués de Villafranca (*don Pedro de Toledo*) le oyó, dijo a grandes voces a Boscán: Cuánto os debemos la Casa de Alba, pues que a nuestro mayorazgo habéis hecho trovador.»

No era español ese fray Severo, que en este caso, al menos, con su astuta socaliña desmintió la seriedad de su nombre y no hizo honor a la intacta blancura de su hábito. Era italiano; luego diré de dónde. De él cuenta don Francés, escribiendo al marqués de Pescara: «Fray Severo, yendo en una carreta de Valladolid a Simancas, junto al Duero se quebró la carreta y cayó en el río y ahogóse; y dicen muchos que le oyeron decir al tiempo que se ahogaba: ¡Oh infelice marqués de Mantua y nietos del duque de Alba, ya quedaréis sin el Salustio catilinario.» No se ahogó por esta vez fray Severo si fué real el suceso de la quiebra de la carreta y la zambullidura en el Duero, puesto que sabía tan bien de nadar y quedar a flote: *Fluctuat nec mergitur.* Menéndez y Pelayo conjetura que el *Salustio catilinario* era hombre de gran peso (físico), de gran corpulencia, porque el tantas veces citado don Francés dice en otra carta al anterior destinatario:

«Pedrarias está en tierra firme, y fray Severo no la tiene porque pienso que con él se ha de hundir la tierra» (1).

Es sabido que la muy difusa *Egloga segunda,* de Garcilaso, es un panegírico de la Casa de Alba disfrazado bajo velos arcádicos. ¿Cómo se le ocurrió al cándido y venusto poeta del dulce lamentar de los pastores injerir en su Arcadia tan aseada y tan risueña, tan simple y tan musicalizada de zampoñas amorosas y de aguas que corren con sonido, al voluminoso profesor de latinidad, sin tomar la precaución de *arcadizar* su nombre propio y poner en los sinceros labios de Nemoroso nada menos que el elogio de fray Severo?

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,

está Alba de Tormes, de quien dice

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO: *Juan Boscán. Antología de poetas líricos.* Tomo XIII, págs. 44-45.

(2) En el tomo *Curiosidades bibliográficas* (Biblioteca de Autores Españoles), pág. 57

(1) Ibídem pág. 59.

el refrán popular: «Alba de Tormes, baja de muros y alta de torres», y de quien dice Garcilaso que encima de una ladera

Allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con extraña fermosura...

La alusión a la Casa de Alba es transparente:

Allí se halla lo que se desea:
virtud, linaje, haber y todo cuanto
bien de Natura o de Fortuna sea.

Y más transparente aún, puesto que es nominal, es la alusión a fray Severo hecha con una magnífica prosopopeya que recuerda la manera de Dante:

Un hombre mora allí de ingenio tanto,
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.

Nacido fué en el campo placentino,
que con estrago y destruición romana
en el antiguo tiempo fué sanguino,

y en éste, con la propia, la inhumana
furia infernal, por otro nombre guerra,
lo tiñe, lo arruina y lo profana.

El, viendo aquesto, abandonó su tierra,
por ser más del reposo compañero
que de la patria que el furor atierra.

Llevóle a aquella parte el buen agüero
de aquella tierra de Alba, tan nombrada,
que éste es el nombre della, y dél, Severo (1).

Y sigue Nemoroso poniendo a Severo por encima de las nubes:

A aqueste Febo no le escondió nada:
antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fué noticia entera dada.

Este, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales.

La negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte, y aquel día
si quiere revolvello, el mundo atruena

La luna de allá arriba bajaría
si al son de las palabras no impidiese
el son del carro que la mueve y guía.

Si todo esto hacía o se decía que hacía ese físico más o menos teósofo, que debió de ser fray Severo, ¿cómo no dió con sus huesos en las mazmorras y calabozos de la Inquisición?

Hemos de convenir que Luis Vives, el hombre del equilibrio y del juicio, no solía hacer ninguno de estos milagros. El gran duque de Alba hubiera quizá salido perdiendo con el magisterio del sesudo valenciano. Ni menos, Vives hubiera curado a Salicio y a Albanio de mal de amores. Esto, afuera de que no era Luis Vives precisamente el más indicado para formar el espíritu de don Fernando de Toledo, varón más marcial que mercurial, como decía Horacio, más que para las letras hecho para las armas, que le habían de proporcionar tan sonados triunfos. Y hasta ¿quién sabe si el futuro autor del tratado *De la concordia y la discordia*; el que anatematizó todas las guerras diciendo que éstas, entre cristianos, eran grandes crímenes y cuya relación hubiera querido ver raída de los libros didácticos: *No de otra manera debie-*

(1) No está del todo clara la identidad de fray Severo. Herrera, en sus *Anotaciones de Garcilaso,* dice en este pasaje que fué preceptor de don Fernando de Toledo; de esto no cabe duda; tampoco es dudoso que era italiano y nacido *en el campo placentino.* Debió de ser Severo Varini, monje dominico (¿cisterciense?, ¿benedictino?), nacido hacia 1470 en Firenzuola de Arda o de Lombardía, *en el campo placentino,* muerto hacia 1548, muy elogiado de sus contemporáneos por su extensa cultura y profunda doctrina, de que nosotros no podemos juzgar. (E. Mèle: *Bulletin Hispanique,* año 1923, XXV.)

ran contarse las guerras como se refieren los latrocinios: sobriamente, secamente, en su repulsiva desnudez, no encareciéndolas con ninguna suerte de alabanzas, sino recargándolas con toda suerte de abominaciones?; ¿quién sabe, digo, si las enseñanzas del gran pacifista, que con no demasiada irreverencia ni osadía fué llamado *Apóstol de la paz* en un mundo ensordecido de clamores bélicos y atronado de guerras y de opiniones de guerras, hubiera enfrenado en aquel generoso pecho los arrestos y extinguido el impulsivo hervor de su sangre caldeada de juventud y patriotismo? ¿Quién sabe si con el gran duque de Alba formado por Vives otra hubiera sido la historia de España, como Troya sin Helena, como Roma si Eneas no aportara a las riberas de Cartago?

La no disimulada amargura que rezuma la carta de Vives a Erasmo, se explica por las angustiosas estrecheces económicas en que se debatía en aquella ocasión y se debatió en casi todas las ocasiones de su restante vida. «Para su gloria y para la de España—dice Menéndez y Pelayo—fué gran fortuna que no lograse el apetecido cargo. Hombres como él no nacen para la domesticidad por dorada que sea, sino para aleccionar desde su retiro al género humano. Confundido entre los familiares de la Casa de Alba, no hubiera tenido tiempo ni acaso resolución para levantar a la razón humana su imperecedero monumento; no hubiera sido el reformador de los métodos, el padre de la moderna pedagogía, el precursor de Bacon y de la psicología inglesa, el pensador más genial y equilibrado del Renacimiento: cosas todas de más importancia que la educación de un hombre solo, aunque fuese el gran duque de Alba. Ni creo que éste, nacido para la acción guerrera y política, hubiese adelantado mucho con las ideas de aquel gran filántropo cristiano que se pasaba la vida gritando paz y concordia, cuando todo el mundo ardía en sectas y divisiones» (1).

Costumbre muy recibida y solemne en las Universidades españolas del siglo XVI fué la de explicar o comentar *(enarrare)* a la estudiosa juventud los autores clásicos griegos y latinos. Esa práctica venía del siglo anterior. Con su gracejo y donaire habituales, Pedro Mártir de Angleria, milanés protonotario apostólico y del Consejo de Indias, etc., etc., cuenta a don Iñigo López, conde de Tendilla, que fué quien le guiaba por España, una movida *enarración* suya en la Universidad salmanticense, en carta escrita el día 28 de septiembre de 1488:

«Así que llegué a Salamanca, por los pregoneros públicos se anuncia que al día siguiente, a las dos de la tarde, un profesor de letras de humanidad, que se halla de paso, profesará una lección acerca de Juvenal. Erase un jueves, día no lectivo en aquella Universidad, y fué tan grande la concurrencia, que taponó las puertas y no pude de manera alguna penetrar en el aula. Los propios doctores, viniendo en ayuda de aquella especie de alguacil de la república literaria a quien llaman *bedel*, en su empeño de abrirme paso como fuera, apelan a picas y a palos. A fuerza de gritos, de amenazas, de golpes ábrese un camino trabajoso. Los estudiantes me toman en hombros y me llevan por encima de las cabezas. Un fraile capilludo, Gómez de Toledo, consanguí-

---

(1) *Antología de poetas líricos castellanos*, XIII, pág. 50.

neo tuyo por la condesa de Coria, su madre, y Alfonso Acevedo, hijo del arzobispo de Compostela, y otros muchos de no tanta categoría como ellos, son sacados por la multitud víctimas de un desmayo. En el revuelo piérdense innumerables birretes y no pocos sombreros; hay gran rotura de capas. Entre otros, el propio bedel perdió su manteo rojo, que se le había caído. Consulta a los doctores si puede obligarme a que se lo pague yo, puesto que fué por culpa mía; ríense de él. Pero volvamos a lo nuestro. Dado que este día es el mío, yo les pregunto qué es lo que quieren que explique. Interpretando los votos de todos, Marineo Sículo, que profesa aquí Poesía, me señala la sátira segunda de Juvenal. Yo, en mi interior, les envío más allá de los saurómatas a hacer bolas de nieve. Antes de la hora señalada que dije —eran las dos de la tarde—, me personé en la Universidad. Hasta las tres sin alboroto alguno, sin ruido, sin desorden, se me escucha con viva atención, arrechas las orejas. A esa hora, como yo me acusase y me excusase de mi prolijidad demasiada, dos jóvenes oyentes, como entre ellos se estila, comienzan a escarbar el suelo con los pies; otros más viejos se lo reprochan, y suplícanme que continúe. Terminado el punto que me propuse explicar, luego de pedir perdón, me apeo de la tribuna. Los jerarcas de la Universidad me acompañan a casa como a un vencedor de la Olimpíada. Y tú, patrono mío, comienza a pensar seriamente en construir una carroza tirada por una cuadriga para recibir a tu querido mártir, de vuelta de una victoria tan famosa. Por un caminante que declaró que iba a trasladarse a Cuenca recibirás esta ampulosa misiva...»

El propio celebérrimo Antonio de Nebrija no enseñó jamás gramática latina en las universidades, sino que solamente explicó autores clásicos. Es decisivo el testimonio del portugués Francisco Martín en una sesión pública en la Universidad salmanticense en honor de Elio Antonio: «En la Universidad de Salamanca comentó públicamente los libros de los grandes autores; pero nunca explicó los preceptos del arte ni descendió a esas niñeces.» Así queda satisfactoriamente explicado lo que Fernando de Balbas escribió y Mayáns leyó en el *Archivo de Alcalá*, pág. 75:

«El maestro Antonio Nebrija vino a Alcalá a la fama el año 1514, y se presentó al cardenal, mi señor, diciendo que le venía a servir. El cardenal, mi señor, holgó mucho de su venida y se lo agradeció. Siendo yo retor, mandó que le tratase muy bien y le asentase de Cathedra sesenta mil maravedís y cien fanegas de pan, y que leyese lo que él quisiere y si no quisiere leer que no leyese y que esto no lo mandaba dar porque trabajase, sino por pagarle lo que le debía España» (1).

Murió Antonio de Nebrija, llorado de las Letras y de todos los buenos, en julio de 1522, dejando sumida la Universidad de Alcalá en orfandad y duelo muy amargo, y hubo que pensar en quién recogería la gloriosa y pavorosa herencia. Y ésta fué la ocasión postrera que se le ofreció a Vives de regresar a su patria, que él no aceptó por ignorados motivos, a pesar de que para este paso sus amigos, y singularmente Juan de Vergara, le habían tendido un ambicioso y seductor puente de plata. Parece que fué por

(1) MAYÁNS: *Joannis Ludovici Vivis Vita*, tom. I, pág. 56

este tiempo cuando este célebre canónigo toledano, secretario que fué del cardenal Ximénez de Cisneros, colaborador en la Biblia poliglota y catedrático de la Universidad complutense, en un viaje ocasional que hizo a los Países Bajos, conoció y trató a Luis Vives, y cuajó entre ellos la suave y firmísima amistad que atestiguan la respectiva estima y el nutrido y afectuoso epistolario.

Dos meses después del fallecimiento de Elio Antonio, que dejó vaco en las aulas del estudio general de Compluto un escaño de acceso dificilísimo, en el cual la memoria del gran varón y su temible rivalidad habían puesto, por decirlo así, un *Noli me tangere* prohibitivo, el día 5 de septiembre, desde Valladolid Vergara escribía a Vives una carta de ese tenor (1):

«Mis ocupaciones por una parte y por otra la priesa del correo de quien dice tu familiar Nicolás (2) que lleva muy a desagrado las esperas que él le impone, harán que tenga que tratar contigo de un negocio importante en términos breves y atropellados. Cuánto sea mi afecto para ti y cuán grande es el concepto que formé de tu saber y de tus costumbres, pudístelo comprender si las apariencias no mienten ni falla la conjetura por mi personal presencia. Más porque lo experimente en mi ausencia, lisonjéame la idea de que lo recabaré gracias a una oportunidad venturosa que yo celebro que se haya presentado, no menos en interés mío que tuyo. En este asunto se ventila el problema de la subsistencia por lo que toca a ti, y por lo que a mí me atañe, la firmeza en el amor que te tengo, al cual no hay hombre cuerdo que no sienta que debe anteponerse cualesquiera riquezas. No quiero detenerte más; el caso es éste. Antonio Nebrisense, varón de suma gravedad y de erudición soberana, ya colmado de años, colmado de honores, colmado de fama sólida y permamente, pagó el tributo a la naturaleza, con tan profundo pesar de todos los buenos, como si prematuramente fuera hurtado a los honores y a la gloria. Y como fuese que los alcalaínos anduviesen buscándole a ese Antonio famoso, en cuya Universidad profesaba literatura latina con grande y general aplauso, un sucesor no indigno del predecesor, y como fuera que los votos de los mejores, guiados más por el cariño que por el juicio sereno, a todas luces convergían en mi pobre persona, por cierto, cuando yo estaba muy de partida, con un pie en el estribo (pues en escribiendo esto había yo hecho un viaje a Alcalá por determinados negocios de la Corte); yo, que entendí lo que se tramaba, puse luego al punto mi pensamiento en ti, porque me pareces el único de los nuestros que puede igualarse con este cargo de tamaña responsabilidad, pues no es liviana la herencia del ilustre y celebrado profesor. Y así fué que inmediatamente escribí a aquel claustro universitario a quien, luego de haberle expuesto que mi tenor de vida era muy ajeno de tal profesión y de haberle manifestado con copiosos argumentos el juicio que tenía formado de ti y que si había otro en cualquier otra parte, dije que ése eres tú, con la más recia afirmación y más firme certidumbre, y que podrás ser gala y lustre

(1) Publicada por Bonilla San Martín en *Clarorum Hispaniensium epistolæ ineditæ. Excerpta* e *Revue Hispanique*, VIII, pág. 73.

(2) Hermano de la que fué esposa de Vives, Margarita Valldaura.

de aquel cuerpo literario, y de gran provecho y utilidad a la juventud estudiosa y que la realidad no iba a desmentir ese vaticinio mío, y le daba seguridades de que tú aceptarías la proposición si ella era asaz decorosa. Por ende, aun cuando harto sabía que esta suerte de creaciones no fácilmente se difieren entre quienes tienen sus días de votación señalados por la costumbre, con todo yo les rogué con encarecimiento que se avinieran a la pequeña dilación que supondría la obligada consulta epistolar que iba a hacerte; que hicieran esta concesión al aprovechamiento de la juventud, de cuya formación se trataba; que les mereciera esta consideración la memoria del gran maestro, para quien podría parecer injurioso el que no le deparasen un sucesor digno; que lo hicieran en gracia de mis ruegos, cuya valía ante ellos solía tener algún peso. A esa carta mía, aun cuando no recibí contestación alguna, pues no es sobrado el tiempo que pasó, no obstante por lo que me cuentan los amigos que de aquí van y vienen con alguna frecuencia, y por el estado del asunto mismo, me inclino decididamente a creer que mi autoridad ante ellos no será baladí ni desdeñable. Yo, que estaba determinado a no darte soplo alguno antes de conocer la decisión de los complutenses por sus propias cartas; con todo, dada la oportunidad, creí que no estaba fuera de lugar anticiparme algún tanto a comunicarte el negocio sumariamente, bien porque así se te daba mayor plazo para que eches tus cuentas, bien porque ellos no tuvieran ese tiempo por perdido. Ya desde ese momento puedo, en pocas palabras, darte un anticipo de las condiciones cuales yo creo que van a ser para que comiences a sopesarlas. Se te pagarán (según yo pienso) doscientos florines de oro anuales y se te señalará una vivienda decorosa. Tu incumbencia no tendrá nada de pueril o trivial, sino que consistirá toda en la explicación y comento de los buenos autores. Demás de esto, las lecciones extraordinarias te procurarán, si te conviniere, cotidianos emolumentos. Ea, pues, a pensarlo inmediatamente, para que la prolongada espera no les resulte a ellos enojosa, que más enojosa será para mí, por cuya atención esperarán.»

«Pero ¿qué es lo que oigo? Nicolás, tu familiar, tiene fuerte recelo de que no te atrevas a confiarte al mar, por miedo de los recios temporales. ¡Animo, mi bravo filósofo! Si aun en medio de las borrascas desatadas, cuando la combatida antena cruje y rechinan las cuerdas y el gobernalle, no te sería consentido palidecer sin reproche, en tu propio aposento te pones a temblar? En invierno, le digo yo a Nicolás, comprendo que la navegación no te sonría, pero no así en primavera o verano. ¿Y por qué en esos días serenos y en esa bonanza propia de la estación en que anidan los alciones? Afuera, afuera, te diré yo, esas telas de araña que te sacas de ti mismo y en las cuales te enredas; no hace morada en tan cobardes pechos la Filosofía. De esta manera, chanceando, yo dejé a tu hombre seriamente preocupado de endebles temores. Por lo que a ti toca (siempre que escribas que las condiciones te placen) podrás buenamente esperar hasta marzo, y en caso extremado hasta abril, precaución ésta que en tan gran multitud de mareantes son muy pocos los que la toman. Empero, tú (ya lo estoy viendo) te percatarás que debe serte más caro, por muchas razones, ese corajudo

aliento del estoico que el recelo del más bellaco de los embusteros...»

Hasta aquí la carta de Vergara, que contiene otros interesantes extremos que no son de este lugar, pero que interesan grandemente a la historia del erasmismo en España.

El propio año de 1522, en fecha incierta, el claustro de la Universidad complutense expidió a Vives esta comunicación oficial, corroborando el ofrecimiento de Vergara.

«Cuando tras el fallecimiento de Antonio Nebrisense, varón doctísimo, que entre nosotros, con gran aplauso y provecho de nuestra juventud, enseñaba letras latinas, tratábamos de crear un profesor que pareciese digno de suceder con los debidos merecimientos a varón tan insigne, Juan Vergara nos escribió acerca de ti un testimonio sumamente honorífico, y que tú atesorabas tantos caudales de saber y tanta erudición y práctica en las letras de humanidad que, a su juicio, eras el único sucesor suyo posible, y que a este cuerpo literario granjearías decoro y utilidad grandísima a nuestra juventud, y que en gran parte nos aliviarías la pérdida y la soledad que sentimos del profesor inolvidable. Aquel juicio de tan docta personalidad como es Vergara, despertó en nosotros tan alta opinión de ti, cual no podría colmarla sino un varón doctísimo y semejante como el que más al mismo Antonio. Ello hizo que no faltando entre nosotros doctos personajes que pretenden ese cargo, previo el concurso que señala el reglamento para ser admitidos en la Corporación, con todo no nos hemos negado a que por causa tuya (cosa que entre nosotros se hace con extremada rareza, sin previa oposición) conferirte esa profesión extraordinaria y sin competidor alguno. Encargamos, pues, a nuestro Vergara que te escribiera en nuestro nombre acerca de las peculiaridades de esa profesión, de su estipendio anual y los demás requisitos que se te ofrecen. Por todo ello, piensa que todo cuanto te escribiese él es escrito por nosotros, y ten la certidumbre que a todo nosotros le daremos satisfacción y cumplimiento. Va a cargo de tu diligencia el procurar que nosotros no ignoremos mucho tiempo lo que tuvieres a bien resolver acerca de este punto. Ten salud» (1).

No se conoce la respuesta que tuvo esta grata carta y excepcional invitación; pero se presume. No fué, no, a Alcalá, Luis Vives, el perpetuo expatriado.

CAPITULO IX

LUIS VIVES E INGLATERRA

No fué precisamente Luis Vives el primer argonauta valenciano que mostró a sus conterráneos el proceloso camino de Inglaterra. *Vixere fortes ante Agamennona* (Héroes hubo antes de Agamenón); y antes que Luis Vives, medroso del mar, según pudimos saber por la carta de Vergara, hubo otros valencianos «que tuvieron osadía y ciñeron el

(1) BONILLA SAN MARTÍN: *Clarorum Hispaniensum epistolæ...*, págs. 86-87.

pecho con triple lámina de bronce y al piélago sañudo fiaron el quebradizo esquife y no temieron el ábrego impetuoso en contienda con los bravos aquilones», para decirlo con las palabras robustas de Horacio. Con este su deliberado viaje y subsiguiente estada en la isla separada de todo el orbe *(toto divisos orbe Britannos)*, continuó una más que secular y no rompida tradición, estimulada por la propia Inglaterra.

Parece que «en 1418, Enrique V había otorgado cartas patentes a favor de los súbditos de la Corona de Aragón que llegasen allí con sus naves. Los conselleres de Barcelona enviaban en 1441 a un comisionado que tenían en Brujas para que pasara a Inglaterra a comprar lanas; la llamada *Obra de terra,* de Manises, era vendida en Londres o en Bristol, y la esposa de Enrique VI tenía en su oratorio un aguamanil de Valencia. Las naves de Venecia hacían escala en el Grao, de donde pasaban a Flandes e Inglaterra, y el duque de Borgoña llamaba en sus inventarios a la loza valenciana *valenschwere.* Vives pasaba a aquella isla, continuando la tradición de Joanot Martorell, el autor de *Tirant lo Blanch,* o la de aquel personaje, menos conocido, llamado Mosén Vicente Climent, beneficiado de la Zaidía, maestro en Teología por Oxford, poseedor de los Arcedianatos de Huntingdon y Winchester, quien tenía bienes... en el reino británico y dejó en testamento hecho en esta ciudad de Valencia en 1472 a un su criado determinada cantidad en moneda esterlina...» (1).

Como prolegómenos de esa ida de Vives a Inglaterra, debemos situar la conoscencia personal y la mutua amistad de Vives con Tomás Moro, cuajada en Brujas el año 1515, y la dedicatoria en julio de 1522 de los *Comentarios a la Ciudad de Dios,* de San Agustín, al rey Enrique VIII de Inglaterra. En ella le dice:

«El ruin que te ofreciese oro, plata o piedras preciosas; atavíos, caballos o armas, echara agua al mar o trajera árboles al bosque. Tú más cuerdamente piensas que la gloria más pertinente a tu virtud y merecimientos es la que se granjea para la posteridad por medio de libros y monumentos de ciencia...»

Tardó mucho en llegar la contestación del rey, redactada en latín, fechada en Greenwich a los veinticuatro días andados de enero del año 1523:

«Honorable señor y amigo muy querido: Así que llegó a mis manos, ilustrada con vuestros *Comentarios,* la obra *Civitas Dei,* de San Agustín, fué recibida con la gratitud que se merecía. Quédome dudoso de si cumple dar el parabién a quien llegó a ofrecer tan perfectamente, gracias a una sabia labor, obra tan escogida, o a San Agustín, que por tan largos siglos se mantuvo inaccesible y que ahora, por fin, ha sido traído de las tinieblas a la luz, restaurado en su genuina entereza, o en suma, a la posteridad, que podrá disponer y gozar de la enorme ventaja de vuestros *Comentarios.* Desde el momento que os plugo dedicarnos esos *Comentarios* abrigamos para con vos un profundo agradecimiento y os damos las gracias más sinceras, especialmente porque esta amable atención vuestra demuestra un afecto no común hacia Nos. Por esta causa, os certificamos que nuestro favor y nuestra buena voluntad no os faltarán en vuestros negocios, siempre que se nos ofrezca

(1) Felipe Matéu Llopis: *Juan Luis Vives, el expatriado.* Valencia, 1941.

alguna oportunidad para ayudaros. De nuestra Corte, en Greenwich, a los veinticuatro de enero de 1523.»

Demos un pequeño salto atrás. A los quince días de agosto de 1522, escribe Vives a Erasmo desde Lovaina:

«El mes próximo pienso ir a Inglaterra. Si algún encargo tienes que hacerme, escríbeme por N. cuando esté de vuelta de la feria de Francfort. Al mismo tiempo, te ruego que por el mismo me envíes unas letras de recomendación para tus amigos de allá, al menos porque sepan que yo también soy amigo tuyo y hagan más caso de mí. Mi propósito es estarme allá no más de tres meses o a lo más, cuatro. Pienso que de esto ya te hablé en Brujas. Me tomó tal hastío de las escuelas, que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa antes que volver a aquellas sordideces y alternar con la chiquillería.»

Grande era la atracción que Inglaterra ejercía sobre Luis Vives, estante en Lovaina, atracción constantemente estimulada y en continuo desvelo por la presencia de alumnos ingleses en aquella Universidad. Conocemos a alguno: Nicolás Wotton, de quien Luis Vives se prometía grandes cosas, si la desgracia no se cebaba en él, o él mismo a sí propio no se perjudicaba. Cuando, separado de él, no le escribe Wotton, Vives implora sus cartas, y al recibir encomiendas de su parte por la correspondencia de un amigo, Vives le contesta: «Decísme que Nicolás Wotton me saluda; pero lo cierto es que no sé nada de él hace muchos años. Saludadle en mi nombre y recordadle nuestra antigua amistad y camaradería de Lovaina.»

Por el otoño de 1523 encontramos ya a Vives en Oxford profesando dos cursos: uno, de Humanidades, y otro, de Derecho (1). Parece que a fines de este mismo año recibió solemnemente la investidura de *Doctor civilis legis*. Y aún dice el propio autor, corroborado por Vossio, que «el Rey, la Reina y la Corte hicieron algún viaje a Oxford para oír las disertaciones de Vives en el Colegio de Corpus Christi».

Conocemos asimismo a dos discípulos suyos en el colegio de *Corpus Christi*: Ricardo Pate y Antonio Barker. Ricardo Pate era alumno del Corpus Christi un año antes de la llegada de Vives y sobrino del obispo de Lincoln, Juan Longland, confesor del Rey de Inglaterra, a quien Vives escribió una carta que podríamos calificar de apostólica, que más abajo hallaremos, y él, a su vez, llegó a ser obispo de Worcester. Antonio Barker era protegido del confesor del rey. En el epistolario de Vives existen dos cartas dirigidas a Pate, con cariñosas alusiones a Barker. Por ellas nos es dado saber que Pate estaba confiado a la tutela de Barker, y demuestran la diligencia con que Vives fomentaba las relaciones y el contacto con los antiguos estudiantes cuando se hallaban en el extranjero. Estas cartas fueron escritas unos cuantos años más adelante. Ello demuestra principalmente la tenacidad del recuerdo y supervivencia del afecto de Vives. En la primera le dice que al igual que a él, escribe a Tomás Winter (2) con el mismo cariño con que le escribía cuando su purpurado tío gozaba de la privanza del rey de Inglaterra y del florecimiento de

(1) WOOD, en *Athenæ Oxonienses*, citado por M Puigdollers en *La filosofía española de Luis Vives*, pág. 181.

(2) Hijo ilegítimo del cardenal Wolsey, cuya caída se produjo el año 1529

la prosperidad, porque no es voltizo su afecto ni dócil al flujo y al reflujo de la fortuna. El quiere tanto más a un hombre cuanto más le agobia la desgracia, pues las penas son cebo del amor. Le encarece que medite las vicisitudes a que están sujetos los negocios humanos. Desgraciado es el hombre que edifica su ciudadela de ilusiones sobre flacos cimientos humanos, y confía en el hombre inestable y débil. Manifiéstale su dolida estrañeza de que Wotton no le escriba, y le comunica la noticia de que ya *tiene a Tomás* de canciller. «No sé si se acuerda ya de sus amigos pobres—añade—. Yo hace un año que no recibo dinero alguno de Inglaterra.» Y en caracteres griegos consigna: «Mucho me temo que no oigáis decir que me he muerto de hambre.» A seguida le hace noticioso de que Claymond, «ese anciano bondadoso», le envió una carta rebosante de cariño, y le remitió veinte shillings, donativo modesto que le ha colmado de satisfacción, no porque pueda aliviar las estrecheces pecuniarias que sufre, sino porque provienen de un pecho lleno de benevolencia (1).

En la segunda carta (2), Vives escribe a Pate la alegría que tiene de saber su feliz arribo a Francia. Le previene del posible peligro que acaso corran allá sus estudios (¿el que fustiga tan recia y donosamente en su epístola a Juan Fort: *In Pseudo-dialecticos?)*, y le amonesta que no dé motivo de desazón ni disgusto a su tío el obispo de Lincoln. Dícele que se confíe a la segura dirección de Barker, pues conoce su cordura, su bondad y el afecto y adhesión que le profesa, no diferente del que demostraba en toda ocasión y en todo trance apurado a Eneas Acates, prototipo de la fidelidad en la amistad: *Fidus Achates.*

Se tiene asimismo noticia de otro inglés que seguía sus estudios en Lovaina y recibía lecciones privadas de Luis Vives. Llamábase Nicolás Daryngton. Ese mismo Daryngton, escribiendo a su amigo Enrique Golde, refiere (14 de febrero de 1522) que en su viaje a Lovaina anduvo acompañado de otro inglés llamado Blythe, quien, a su llegada a la docta y tétrica ciudad, fué salteado de unas fiebres malignas muy de peligro; y declara que piensa seguir los estudios privados y que no oirá más lecciones que «las de Luis Vives, un sabio español, sobre la cosmografía de Pomponio Mela. De él aprendí que la vida de Julio César fué escrita por Suetonio».

No solamente en los bancos de la escuela, sino en los propios escaños del profesorado, Luis Vives, en Lovaina, alternaba en sabrosa igualdad y camaradería con ingleses. De los tres profesores de hebreo del célebre *colegio de las Tres Lenguas*, fueron ingleses dos de ellos: Roberto Wakefield y Roberto Scherwood. Wakefield era protegido de Tomás Boleyn, conde de Wiltshire. Cuando se promovió la tempestuosa y nefasta cuestión del divorcio de la reina Catalina, Wakefield abrazó la causa de Catalina de Aragón. Insinúa Nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio (Luc., II, 35), que determinadas crisis se producen *a fin de que sean manifestados los pensamientos de los corazones de muchos.* Esa cuestión malhadada constituyó una de esas crisis. En Wakefield pudo más la cobarde domesticidad que el dictado viril de la conciencia. En gracia de su patrono, renegó de la opinión primera y puso su pluma al servicio de la nulidad del matrimo-

(1) Vivis: *Opera,* VII, 141.
(2) Idem, ibídem.

nio. Años más tarde, pero antes de la apostasía, debió de hallarle Luis Vives cuando, en compañía de la reina, visitó el monasterio de Syon (1), donde residía su antiguo comprofesor de Lovaina, que murió en Londres el año 1538, dos años antes que Vives. Roberto Sherwood, el otro profesor de hebreo, ocupó fugazmente la cátedra sólo un mes; escribió unos *comentarios* sobre el *Eclesiastés*, que llamaron la atención del hebraísta español Juan Pineda, a cuyas obras había dado un copioso tiento.

No era Lovaina muy del gusto de los estudiantes ingleses ni aun de los profesores, a juzgar por el poco tiempo que regentaron sus cátedras (Wakefield la ocupó no más de cuatro meses). Ni tampoco de Luis Vives, como habremos de ver. Ahí va una carta de un estudiante inglés, Darington, que dice:

«Lovaina es una ciudad más agradable por el sitio que por sus habitantes. Sus plazas públicas son bellas y sus muros producen buen efecto. Pero la simpatía de este pueble es escasa y los únicos favores que otorga son a cambio de dinero. Sus moradores son muy aficionados a comer y a beber, y creen que su mayor gloria es poseer una garganta ancha y tragadora y que un hombre tiene tanta más hombría cuanta mayor capacidad tiene de beber. Esa gente no deja nunca de escanciar vasos hasta que manos, ojos y lengua se niegan a su normal funcionamiento, y toman a descortesía y consideran un acto de enemistad si no vaciáis el vaso a par de ellos. Los alimentos son de mala calidad, ordinarios, grasientos, pringosos de manteca escurridiza. Una comida sin manteca paréceles cosa monstruosa. Así veo yo la felicidad de esos teutones.» Por otra parte, añade Darington: «Aquí me siento más desembarazado para los estudios que en Cambridge, porque en aquella Universidad se pierde mucho tiempo en visiteo y tertulias» (1).

A principios del siglo XVI se incrementó poderosamente la amigable correspondencia entre Inglaterra y Flandes, y ocasionó una gran corriente de intercambio, no sólo de mercancías, sino también de estudios, fomentado por la concordia, bajo cuyas alas las cosas más chicas se acrecientan, según sentencia de nuestro Séneca, y crea el clima propicio y el benigno temple para la deleitosa convivencia y el fomento gratísimo de toda suerte de buena vecindad. Los respectivos monarcas favorecieron estas fecundas relaciones con su prestación y ejemplo personal. «Dos veces—escribe Vives—visitó a Inglaterra el César Carlos y una vez el rey Enrique estuvo en Gravelinas, de Flandes; ambos a dos sin ejército, sin escolta, sin bagajes, sin armas, casi solos. Y a cada uno de ellos se le antojaba hallarse más libre y exento de cuidados en tierra extranjera que en su propio país. Cuando el César Carlos se encontraba en Inglaterra o el rey Enrique en Bélgica y territorios españoles y deseaban alguna cosa, fuese la que fuese, no tenían sino que abrir la boca y la obtenían sin dificultad. Entre ambos reinos reinaba la avenencia que abre los caminos del ideal. Cuando es la dis-

(1) Situado en Isleworth (Inglaterra).

(1) Estas y otras particularidades están tomadas de *Les relacións de Joan Lluis Vives amb els Anglesos; Anglaterra, per Foster Watson. Barcelona.*—Institut d'Estudis Catalàns. Paláu de la Diputació, 1918.

cordia la que impera, cada cual se recluye avaramente en sí mismo, porque nadie se siente seguro...» Unidas por el triple lazo del amor, del comercio, de la cultura—*Funiculus triplex difficile rumpitur*—, Flandes e Inglaterra, salirse de una de ellas para irse a la otra era como dar un paso y cambiar de estancia en el propio domicilio. Para Luis Vives, trasladarse a Inglaterra no era ninguna extorsión. Allí encontraría dulces y válidas amistades.

Su rey había aceptado complacidamente la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, ilustrada por sus luminosos comentarios, urbanizada y limpia, por decirlo así, de innumerables y feísimas y ciegas erratas, puesta en mejor policía y en orden más lúcido. Y, sobre todo, allende el mar enojadizo, le sonreía la dulce, la blanda, la santa Catalina de España, reina de Inglaterra. Para ella, en luengas noches sin sueño había lucubrado su áureo tratado *Formación de la mujer cristiana*, y deseaba ponerle con reverencia en sus muy espléndidas manos. No era posible engastarle en más rica pedrería.

CAPITULO X

VIVES, EN EL COLEGIO DEL CORPUS CHRISTI

Ya tenemos a Luis Vives en Oxford. El ambiente intelectual en que ha de vivir le es casi familiar, muy semejante al que respiraba en Lovaina. Profesa Literatura latina en el Colegio de Corpus Christi. Fundólo el obispo Fox. He aquí el texto de su fundación, en exceso recamado y metaforicado:

«Hemos fundado y construído en la Universidad de Oxford, con los recursos que la mano de Dios en su bondad nos ha concedido, una suerte de vergel para las abejas, al que hemos puesto nombre de Corpus Christi, donde los estudiantes, a guisa de esos insectos industriosos, fabriquen de día y de noche cera en honor de Dios y miel que instile dulzura en provecho propio y de toda la cristiandad. Por las presentes, decretamos y determinamos que en este vergel residirá siempre un Presidente que mantendrá su autoridad sobre todas las cosas, veinte estudiantes (*fellows*), igual número de otros estudiantes, tres profesores que estarán allí ocupados en su oficio y orden; además, seis servidores de la capilla, de los cuales dos serán sacerdotes, otros dos seglares y sacristanes, o al menos iniciados en la primera tonsura, y coristas los dos restantes...»

Sigue la sarta de las metáforas:

«Las abejas no labran miel de cualesquiera flores sin elección, sino de aquellas que son más dulces y exhalan más agradable fragancia, de la cual conserva resabios la miel misma; y de ahí que las diferencias de miel sean muchas, según la diversidad de las comarcas y la variedad de las flores. No ya Inglaterra, pero ni la propia Atica ni el Hibla mismo, pueden ser producidores de miel si no despuntan las flores engendradoras del néctar. Por ende,

Nos hemos determinado establecer en nuestro jardín de abejas, para siempre, tres hábiles hortelanos para que siembren y planten troncos, hierbas y flores de elección, como también frutos, a fin de que las abejas, cuando salgan del colmenar del *Gimnasium* de Oxford, los puedan libar y recoger, no tanto para que les sirvan de alimento a ellas mismas, sino para producir cosas que redunden en provecho, gracia y honor del nombre inglés y en alabanza de Dios Optimo Máximo.

»*De los tres mentados profesores, el uno ha de ser el sembrador y plantador de la Lengua latina y tomará el nombre de Lector o Maestro de las Artes de Humanidad. Este es el encargado de desarraigar la barbarie y maleza de nuestro jardín y procurar que aquella lengua lozanee y germine en perenne primavera. Comenzará, aproximadamente, a las ocho de la mañana las lecciones públicas en la sala grande del colegio y tendrán una hora de duración o un poco más, y serán dadas todos los días de labor y aun en las medias fiestas de todo el año...*»

Esta era la incumbencia de Vives en el glorioso Centro oxoniense, para lo cual tenía señalados como honorarios veinte libras esterlinas. Los autores que debía explicar eran Cicerón, Salustio, Valerio, Quintiliano. Entre los poetas debían ser estudiados Virgilio, Ovidio, Lucano, Horacio, Persio, Juvenal, Terencio, Plauto, y ante determinados alumnos, Lorenzo Valla, Aulo Gelio, Angel Poliziano. Nuestro «Sembrador y Plantador de la lengua latina» no podía extrañar en Corpus Christi una tarea a la cual ya estaba muy hecho en Lovaina: por la mañana en el *Halles-de-Drap* y a la tarde en su casa de la calle de Diest.

En Lovaina tuvo Vives una acogida cordial. La tradición señala la habitación que le fué cedida a Vives en el Colegio de Corpus Christi: «La más hacia Poniente de todas las habitaciones de aquel convento, en el propio lugar donde se encuentran hoy los edificios de Turner. Su habitación estaba en el piso de arriba, pues los bajos formaban, quizá, la otra parte del convento» (1).

Afirmaron algunos, dice Virgilio, que reside en las abejas alguna porción y como un efluvio de la divina esencia. ¿Qué instinto o inspiración del cielo fué el que llevó a esos insectos a establecer, fundada en la concordia y el trabajo, su república ideal, como Aristóteles ni Platón no la soñaran, al abrigo de una de las tejas de la habitación donde el *Doctor melifluo*, como a Vives le denominó el cardenal Wolsey, enjambraba suaves pensamientos y cuyos labios guardaban una ciencia más dulce que la miel? El Espíritu Santo no se desdeñó de loar la abeja chica, breve entre los volátiles y cuyo fruto es principio de toda dulzura. Luis Vives ya tiene su mitología y su leyenda piadosamente recitada por la memoriosa tradición. Las abejas que encima de su cabeza labraron la pequeña ciudad de cera en aquel ángulo del castillo del saber llamáronse «las abejas de Vives». Diz que este frágil emporio del trabajo y del orden duró desde el año 1523 hasta el 1648: más que no duran ciudades pujantes detrás del cinto de murallas sólidas. La ejemplaridad de esos animalillos civiles y hacendosos es ponderado arreo en sus tratados didácticos.

En ese abejar laborioso, el novel profesor se documentó en materia

(1) P. S. ALLEN: *Pelican*, pág. 160. Diciembre 1900.

viva para la resolución pedagógica que meditaba. En el Colegio del Corpus Christi hay que ir a buscar directamente las fuentes de su *Arte de enseñar* (*De tradendis disciplinis*): las fuentes y las huertas. Asomémonos a esa clausura recoleta y respiremos el ambiente que Vives respiraba y en que maduraba su obra. La fundación consta de cuarenta y siete miembros: un Presidente, veinte estudiantes veteranos o *fellows,* veinte estudiantes bisoños, dos capellanes, dos escribientes, dos coristas. Facultaba el reglamento para la admisión de seis estudiantes de segunda clase, que debían ser nobles o personas conocedoras de las leyes del reino que pudieran prestarle sus servicios técnicos cuando el caso lo requiriere. La edad de la admisión para los estudiantes se fijó entre los doce y los diecinueve años; en este plantel ejercitó Vives sus experiencias, que no dió a conocer hasta el año 1531, fruto de las observaciones de otros muchos. La muchachez de algunos estudiantes explica en parte el hecho de que los tutores del colegio estaban autorizados para infligir castigos corporales. No le repugnaba del todo a Vives esta sana y moderada contundencia. El sagrado libro de los Proverbios dice: *La vara en la espalda de aquel que está falto de cordura.* Y aquello otro: *La necedad está ligada al corazón del muchacho; la vara de la corrección la ahuyentará.* Y, finalmente: *La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho que es dejado a su voluntad ocasionará sonrojos a su madre.* Y Vives, haciéndose eco de esta saludable rigidez, preconizada por el Espíritu Santo, recomienda el castigo templado no solamente verbal, sino también traumático si menester fuere, a fin de que la aflicción física traiga a los muchachos al camino del bien si para ello la razón no tiene fuerza suficiente... Si el muchacho no responde a las amonestaciones, inflíjale el maestro una pena aflictiva, no de manera que le queden huellas tenaces y visibles, pero sí que le produzcan una viva y eficaz escocedura.

En el Colegio del Corpus Christi era el cultivo de la piedad objeto de una asidua diligencia, y las fiestas colendas eran santificadas con muchas y muy devotas prácticas. Todos los miembros del colegio venían obligados a orar por el ánima del obispo Fox, el fundador, y por sus parientes, en sus oraciones particulares, como también por el rey Enrique VIII y la reina Catalina. Toda la comunidad debía asistir a la primera de las tres misas diarias que se celebraba a las cinco de la madrugada. Los sagrados cánticos y las lecturas espirituales debían hacerse «con atención, devoción, piedad, solemnidad, gravedad y conciencia». No debían leerse libros, ni discutir, ni pasear en la nave de la capilla durante las ceremonias y actos de culto y mucho menos murmurar, charlar o meter ruido, sino «que todos y cada uno se esmerará de la mejor manera posible en cantar al unísono» (1).

La piedad fundamental del autor de las *Meditaciones y la vida del cristiano* debía de hallarse en todo su sabor en esta atmósfera de espi-

---

(1) Aun esto del canto convenía con la doctrina de Vives que enseña: «Todos los jóvenes han de recibir una instrucción musical teórica y alguna habilidad musical práctica. Los alumnos practicarán únicamente música buena y pura, la cual, según los pitagóricos, suaviza, recrea y restaura el espíritu cansado del estudiante.) FOSTER WATSON: *Vives on education,* pág. 205.

ritualidad ferviente y tranquila y en ese contacto con lo sobrenatural y en ese paladeo entrañable de las cosas de arriba. No está fuera de propósito recordar que años más tarde, ya consumado el cisma, algunas de las oraciones compuestas por Vives se introdujeron y quedaron incluídas en el, digámoslo así, devocionario oficial *Book of Private Prayers*, reconocido y autorizado por la misma reina Isabel como cabeza visible del protestantismo de Inglaterra.

El Colegio del Corpus Christi está embellecido y engalanado de flores que lo alegran y amenizan. «Al volver de la capilla al *hall*—dice el fundador—*veréis algunas flores melíferas, en las cuales las abejas industriosas pueden alimentar el cuerpo y el espíritu.*» Las refacciones en el colegio serán silenciosas, mientras con seriedad y reverencia se prestará atención a la lectura de una parte de la Biblia hecha por uno de los estudiantes. Dicen las Constituciones: «No trabarán conversaciones, ni comentarán sucesos, ni harán ruido, sino que rumiarán la palabra de Dios leída, como un alimento espiritual.» A Vives siempre le pareció bien esta costumbre de leer en voz alta, muy recibida en Inglaterra, y la halló no sólo en el Colegio del Corpus Christi, sino también en la corte de la reina Catalina y en la casa de sir Tomás Moro, en Chelsea. Inmediatamente después de la lectura diaria de la Biblia, el presidente tenía la obligación de comentar el pasaje leído, cuyo texto se le había facilitado anteriormente para preparar la exposición, so pena de la privación de *commons*, o sea de los emolumentos que percibía por la alimentación de un mes. Terminada la exposición de la lección bíblica, los estatutos permitían entablar conversaciones moderadas con la condición de que fuesen en latín o en griego y acerca de temas atinentes a la virtud o al saber, excepto cuando se leía la Biblia, durante cuya lectura el reverente silencio debía ser absoluto, pues como más tarde había Luis Vives de enseñar *la autoridad de las Sagradas Escrituras, debe grabarse indeleblemente en el corazón de los alumnos, de suerte que, cuando oyeren leer una porción cualquiera, se persuadan que oyen la voz misma de Dios Todopoderoso.* Por un precepto estatutario quedaba prohibido a todos cuantos se sentaban a la mesa del colegio usar otro medio de expresión que no fuese el griego o el latín. Este veto solamente cedía ante la presencia de algún advenedizo o extranjero o en casos muy especiales.

Es probable que fuese Vives el primer maestro del Renacimiento que preconizó el uso de la lengua materna en la enseñanza escolar; no porque la considerase con mayor valor didáctico que el idioma del Lacio, sino porque era el más breve y practicable atajo para aprender el latín. Precisamente su *Exercitatio linguæ latinæ*, o sean los famosos *Diálogos*, fueron escritos por Vives para facilitar ese conocimiento.

Esos placientes estudios a la sombra, esa vida de recogimiento apacible y fecundo, votada toda al cultivo del pensamiento y de la piedad, quedaron interrumpidos bruscamente por la aparición en Oxford y Londres de la peste temida que periódicamente se presentaba a percibir su diezmo fatídico y su contribución mortal. La presencia de la peste significaba el terror pánico, el azoramiento y la alocada dispersión.

Ante la faz amarilla de ese caballo apocalíptico no había cabeza asaz firme ni pecho de suficiente resistencia. Todas las gentes, en su fuga, le mostraban la corva huidiza y la miedosa espalda a las que no siempre perdonaba: *Mors et fugacem persequitur virum.*

El año 1517-18 la epidemia había obligado al rey Enrique y su Corte a abandonar a Londres y a acogerse en Abingdom, no demasiado lejos de Oxford, para hurtarse a su aliento mefítico. La reina Catalina, por su parte, acudió en devota peregrinación a Oxford a visitar las reliquias de San Frideswyde. Con filosófica serenidad desarrollaba Vives su curso el año 1525, cuando (¡pena debió de costarle!) Fox, el rígido fundador, licenció a los *fellows* del Colegio del Corpus Christi y disolvió las clases por causa de la epidemia reinante. Previó Vives en su *Arte de enseñar* el grave inconveniente de esas bruscas interrupciones de las tareas didácticas a que las frecuentes epidemias daban motivo, cuando, al tratar del emplazamiento de los centros docentes, dice que se debe poner atención al temple y sanidad del aire, de modo que los estudiantes no tengan que huir por miedo de una posible epidemia.

Volvamos al régimen interno del Colegio del Corpus Christi. Un capítulo de sus estatutos está dedicado a la observancia de los buenos modales y al apaciguamiento de las disputas. Los miembros del Colegio vienen obligados a mantener en todo y por encima de todo la unión, la consideración mutua, el amor, la paz, la concordia entre ellos, y procurar con todas sus fuerzas cultivar y fomentar estos sentimientos. Deben evitar cualquiera truhanería, toda porfiada pelamesa, toda palabra de ultraje, toda crítica burlona, todo lenguaje villanesco, toda comparación odiosa, adentro y afuera del Colegio, en privado y en público.

Conformes con ese espíritu, todos los escritos de Vives rebosan de esos mismos sentimientos y de exhortaciones a la unidad, al amor, a la concordia, de reprobación de las disputas, las burlerías, las críticas agrias o venenosas, e impone esa tarea a los maestros. «Que los maestros—dice en un pasaje memorable (1)—se apiaden y sean comprensivos para con el género humano, ciego y desamparado entre tantos y tan recios peligros. Recuerden que el Maestro de todos, el Maestro Celestial, dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra; vosotros sois la luz del mundo. Y si la sal se tornare insípida, ¿quién le devolverá el sabor? Y si la luz se apagare, ¿quién podrá ver en las tinieblas?» Eviten, pues, los maestros cualquier contienda entre sí y despójense de todo orgullo; sean buenos, estudiosos, prácticos y vivan su vida en armonía, de manera que puedan ayudarse los unos a los otros, conscientes de que están trabajando para la obra de Dios.»

La indumentaria de los colegiales del Corpus Christi tenía una cierta severidad levítica con sus ropas luengas cosidas por delante como las lobas clericales. Ni en el recinto del colegio ni fuera de él podían lucir medias rojas o de color rubí, blancas o verdes, ni zapatos rematados en punta. Ninguno podía llevar pieles de más valor que las que el presidente conceptuaba conformes con el estado y grado académico de cada uno. Quedaba igualmente prohibido usar terciopelo,

(1) *De tradendis disciplinis*, lib. II. cap. I.

damasco, seda china en el adorno exterior o interior ni en los bordados de camisas ni cuellos. En sus *Ejercicios de la Lengua latina*, Vives trata de la indumentaria de la Corte, y recomienda a los estudiantes reparar en las maneras de los cortesanos, pero no en sus vestidos y en sus arreos, dado que son muchos los que se sirven de la policía y curiosidad en el vestir a guisa de anzuelo o de red para conseguir el favor del rey o los favores de las damas de la corte, siendo así que las maneras externas siguen dócilmente los movimientos del espíritu y acusan la disposición interior.

Un veto tajante prohibía el uso de armas dentro y fuera del Colegio, excepto el arco y las flechas, a guisa de deportes. De dos en dos —*binos* como los discípulos que envió Cristo, o como los frailes menores que Dante encontraba en los caminos medievales haciendo su vía—debían salir siempre los colegiales del Corpus Christi, en prueba de la corrección de su conducta.

No podían participar en cacerías ni mantener en el colegio perros, ni hurones, ni halcones, ni aves de canto: ruiseñores, alondras, mirlos. Estaban prohibidos los juegos de taba, escaques, dados y naipes; las pelotas de madera que podían lanzarse y causar deterioros en las paredes. Vives, más tarde, acepta estos juegos con restricciones que pueden hacerlos inocentes y aun útiles, en el diálogo *Leyes del juego*; para niños le parece bien el juego de tenis.

Los *fellows* o estudiantes veteranos recibían para pago de su mantenimiento un *cheling* por semana, sujeto a un aumento proporcional cuando el trigo se encarecía. Después del yantar no había espacio señalado para la recreación o la siesta, sino que inmediatamente después del hacimiento de gracias y de haber pasado la *love cup*, ó sea la copa de la amistad para aquellos que querían beber, cada cual se separaba para irse a sus estudios. Hacíase una excepción cuando, en determinadas festividades, para reverenciar al Señor o la gloriosa Santa María, su Madre, o algún otro santo, se encendía un fuego y los estudiantes podían quedarse en el *hall* para un recreo moderado de cánticos y otros entretenimientos, «como cumple en sacerdotes y mutua recitación de poemas, cuentos e historias ejemplares y maravillas del mundo».

La vida en el Corpus Christi no podía ser más adecuada al carácter y temperamento de Luis Vives; y parece probable que influyó en sus ideas sobre educación y vida social. De Oxford, como del vientre del caballo de Troya, «salieron algunos de los jóvenes ingleses más enérgicos y de más amplia visión de toda la escala social» (1).

Sabemos, aparte de la explicación de sus lecciones académicas, algunas otras actividades de Vives en esa plácida etapa de su vida oxoniense. Allá, en septiembre del año 1523, por la fiesta del Arcángel San Miguel, *cuando el padre Otoño muestra fuera—la su frente galana*—cuando gozosamente *se coge la alta pera—y la uva como grana—*, en la época más propicia del año para la recolección de los frutos del pensamiento, envía su plan de estudios para niñas a Catalina de España, que se lo había pedido para

(1) Foster Watson: *Les relacións de Joan Lluis Vives amb els Anglesos: amb l'Angleterra*, pág. 100.

su hija María (1), que debía ser efímera reina de España, con esa carta que es un modelo de discreción y de fina cortesanía:

«Mandásteme escribir un breve plan de estudios, el cual pudiese usar su preceptor (Tomás Linacre) en la formación de tu hija María. Obedecí con agrado a quien yo querría complacer en empeños harto mayores si estuvieran a mi alcance. Y puesto caso que le elegiste un institutor, hombre docto como el que más y probo en grado sumo como era razón, me contenté con indicarle la senda con el dedo, como quien dice: él la guiará mientras dure la jornada. Con todo, aquellos puntos que creí habían dejado oscuros o habían omitido los escritores de gramática, los traté con alguna mayor extensión. Yo pido a Cristo que esta pueril pedagogía ayude a tu hija intensa y eficazmente, así para su instrucción como para su virtud.

»Ten salud y sábeme de tu majestad devotísimo y adictísimo. Oxford, a los nueve días de octubre de 1523.»

En Oxford, por esta misma sazón, escribió el tratadito de la deliberación (*De consultatione*), como tema aparte de la Retórica, y lo dedicó a quien le estimuló a que lo escribiera, Luis de Flandes, señor de Praet, consejero y camarlengo del emperador Carlos V, embajador en la Corte de la reina Catalina de Inglaterra y ministro de Justicia de la ciudad de Brujas. También en esa misma época tradujo del griego al latín dos oraciones de Isócrates, el *Nicocles* y la *Areopagítica*, y dedicó la doble versión al cardenal Wolsey, a los quince días del mes de diciembre.

En una carta sin fecha, enderezada desde Oxford a su amigo Héctor Decamio, Vives le explica la reacción que el clima de Oxford produjo en su organismo y su salud, tan quebrada y corta, que acaso le forzaba a aflojar el rigor del estudio cuando con más alientos lo tomaba. Ello no podía ser de menos en un hijo de Valencia, de quien dice el gerundense fray Francesch Eximenis, autor del *Regiment de la cosa pública*, *que si paradis es en la terra, que en regne de Valencia es* (1). Allí se ve *l'aire comunament bell e clar e no espès, ni fumós ni tèrbol* (*així com en França ne en Anglaterra ne en Alemanya), mas clar e bell quasi tos temps en ivern i en estiu e en primavera e en autumne* (2). Dice Vives a su amigo Ducamio:

«Acontecióme que por causa de mis ocupaciones, mi caro Héctor, no contesté a tu carta, y también porque, aparte de buenas palabras y ofrecimientos de servicio, no hallé cosa merecedora de que se te escribiese; así que lo dejé para más tarde, cuando fuera más favorable la ocasión... Soy contento de la seguridad que me das del estado de tu salud. Yo querría poderte decir eso mismo de mí, aunque en mí se realiza aquello que Ulises dice en el

---

(1) Hija única que sobrevivió de Enrique VIII y de Catalina de Aragón, nacida en el palacio real de Greenwich el 18 de febrero de 1516.

(1) Que si paraíso hay en la tierra, en el reino de Valencia está.

(2) EIXIMENIS: *Regiment de la cosa pública*, pág. 23. Barcelona: *Els nostres clàssics*, XIII, 1927: «El aire es por lo regular diáfano y lindo, no espeso, ni luminoso, ni turbio, como en Francia, en Inglaterra y en Alemania, sino claro y bello casi en todo tiempo, en invierno, en verano, en primavera y otoño.»

poema de Homero; a saber: *Que un nuevo espíritu nace cada día con el sol en cada hombre.* Cada día experimento un nuevo estado de salud. El motivo es que Oxford tiene un cielo demasiado húmedo y nuboso; indudablemente es un lugar pantanoso en exceso.»

CAPITULO XI

MARGARITA Y JUAN LUIS, EN SU HOGAR

A los dieciséis días corr dos del mes de junio de 1524, Luis Vives escribía a Erasmo desde Brujas:

«Salíme de Inglaterra el mes de abril no más que por tomar esposa, con orden del cardenal (Wolsey) y de los reyes de volver allá a finales del mes de septiembre, cosa que haré si alguna necesidad o fuerza mayor no me lo impiden, o alguna muy seria enfermedad no me lo estorba. Tan agradecido debo yo estar a esos personajes, que sería imperdonable en mí no secundar su voluntad cuando ellos en tantas cosas secundan la mía. Por las fiestas de la Eucaristía (o sea la solemnidad del Corpus Christi, que el año 1524 cayó a los 26 de mayo) sujeté mi cuello a la coyunda mujeril, que a decir verdad todavía no me resulta pesada ni deseo, por ahora, sacudírmela de mi cuello; en adelante Dios dirá. Hasta el momento lo hecho no me disgusta, y a todos los que nos conocen, la pareja les contenta mucho; y aún me dicen que en muchos años no hubo aquí boda con tan general aprobación.»

Adrede reservé un capítulo aparte para este incidente, que para los restantes mortales acostumbra ser trascendental, y de cuya realización nuestro Luis Vives hace noticioso a su amigo Erasmo con pluma tan fugitiva. Suena un poco a ironía muy del gusto del autor de los *Coloquios*, donde tantas veces asoman los motivos matrimoniales, esto que Vives le dice a los veinte y un día exactos de vida común con su mujer, que no le pesa el yugo todavía ni siente el menor prurito de sacudírselo de su cerviz. Ni le pesa ni le pesará; tenía mujer, como si no la tuviera, según el consejo paulino, ni lo que Xantipa fué para Sócrates fué para el valenciano Juan Luis Vives March, Margarita Validaura y Cervent, de pura cepa valenciana. A los tres años de casado tampoco se arrepentía; daba gracias a Dios porque su mujer no le había hurtado ni una hora de estudio. Entremos en su hogar y conoceremos a sus familiares. Y sea el propio Luis Vives quien los presente:

«Clara Cervent, mujer de Bernardo Valldaura, siendo doncella muy delicada y muy hermosa, traída a Brujas a reunirse con su esposo, de más de cuarenta años de edad, la primera noche de bodas vió vendadas sus piernas y descubrió haberle tocado marido enfermo y pepitoso. Pero no por ello le volvió el rostro ni mostró señal alguna de desencanto o de desamor, cuando

todavía no podía sentirse amada. No mucho después cayó Valldaura en una dolencia gravísima tal que ya para todos los médicos era un caso desesperado. Y ella, con su madre, asistieron al lecho del paciente con tanto cariño y asiduidad, que por espacio de seis semanas ninguna de ellas se desnudó sino por mudarse la camisa, y no hubo noche en que descansasen más de una hora, y a lo más dos, y esto vestidas. y muchas noches hubo que las pasaron de claro en claro. Era la raíz de la dolencia el mal índico, que allí llaman mal francés, cruel y pegadizo (1).

»Aconsejábanle los médicos que no le tocase ni se le aproximase tanto; lo mismo le decían sus deudos; a esto se alegaba que las mujeres de su condición le ponían en conciencia y escrúpulo aquella tan grande abnegación consagrada a un hombre (así decían) fatalmente condenado a morir y ya muerto más que a medias, que había que mirar por su alma, que no había de pensarse en el cuerpo más que para darle tierra sagrada. Estas palabras y consejos no la apartaron del cuidado del cuerpo por atender exclusivamente al de su alma, sino que ella, en persona, intensificó sus servicios, entrando en la cocina por preparar las presas de sustancia que le remediasen; ella en persona le mudaba los paños de rato en rato (pues sufría precipitaciones diarreicas y el pus corría de otras partes de su cuerpo); correteaba todo el día de arriba abajo, sosteniendo la endeblez de su cuerpo con la viril reciedumbre de su alma, incapaz de soportar trabajos tan grandes si la gran fuerza de su amor no le pusiera corazón y bríos. Gracias a estos cuidados, Valldaura superó la crisis. Juraban los médicos que le habían arrebatado de las fauces del Orco las uñas de su mujer. Y no faltó quien dijera con más donaire que cristiandad que Dios tenía decretada la muerte de Valldaura, pero que su mujer se empeñó en no soltarle de sus manos. Comenzó de allí a poco, a causa de un muy ardiente humor que le manaba de la cabeza, a roérsele aquella carnecilla que está dentro de las narices. Los médicos le dieron unos polvos para echar en la llaga a ciertos tiempos, soplándolos con un cañutillo, y como no se hallase persona que no rehusase aquel trabajo tan hediondo, sólo su mujer se lo prestó. Habiéndosele después hinchado de bulbas el asiento de la barba, y como barbero ninguno pudiera ni quisiera rasurarle, su mujer, con unas tijeritas, se lo cortaba cada ocho días con suma destreza. Caído después en una enfermedad muy larga que le duró casi siete años, ella, con infatigable diligencia, le guisó la comida, y eso que él tenía dos criadas y una hija ya grandecilla...»

Esta hija ya grandecilla era Margarita Valldaura y Cervent, nacida el año 1504, destinada por el Cielo a compartir y suavizar la suerte áspera de Luis Vives y a darle la consoladora ilusión de su patria. De doce años aventajaba a Margarita Juan Luis. El Cielo se la dió cuando

(1) Más propiamente, dice Mayáns, debiera llamarse *americano*, pues de aquellas partidas del Nuevo Mundo fué traído a Sevilla el año 1496, según escribe Gonzalo Fernández de Oviedo, testigo ocular en su *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. XIV, donde, entre otras cosas dignas de saberse, dice: *Como la dolencia era cosa nueva, no la entendían ni sabían curar los médicos; ni otros por experiencia consejar en tal trabajo.*

fué ya madura para varón y en la plena nubilidad de sus años.

Jam matura viro, jam plenis nubilis
[annis.

Con íntima y suave complacencia paréceme que Luis Vives vería aplicado a su mujer aquel retrato que con hechicera blanda mano Virgilio, el poeta de sus amores, ese tierno Rafael del paganismo, trazó de Lavinia, la hija del rey latino destinada por los hados al tálamo del piadoso Eneas, que en el Lacio había de introducir la religión:

Tal era el rostro de la bella virgen
y tales las colores que allí tuvo,
cuales se mezclan cuando resplandece
sobre marfil de India roja grana
o cuando a multitud de blancos lirios
se mezclan muchas coloradas rosas.

Nube pari (Cásate con tu igual), dice el refrán antiguo. En el propio *Día de Dios*, como la piedad de nuestros mayores llamaba a la festividad del Corpus Christi, se casaron dos iguales, se casaron dos buenos. La conjunción no pudo hacerse con mejores agüeros. *Pars bona, mulier bona; dabitur viro pro factis bonis*: porción buena es la mujer buena, y se le dará al varón por sus buenas obras. Luis Vives se merecía a Margarita: *Mulier diligens corona est viro suo.* Los brazos de Margarita fueron su más rica y más suave corona.

Volvamos a los loores de Clara Cervent:

«Ella misma, de su propia mano, untaba las llagas de su marido, le vendaba las piernas, que manaban podre; ella las tocaba, las ataba y desataba con tal afición, que hubieras dicho que manipulaba ámbar o almizcle y no cosa de insufrible hediondez; y aun de su mismo aliento, que no había persona que pudiera resistirle a diez pasos, juraba ella que era muy suave, y aun una vez me reprendió muy reciamente porque le dije que hedía. Decía que aquella hedentina era para ella fragancia de manzanas camuesas en sazón.

»Y en todo el tiempo que duró aquella dolencia, como se debían hacer grandes gastos para mantener y curar a un hombre deshecho por tantos males, en una casa donde de muchos años atrás no había entrado ganancia alguna, y menos ninguna renta, ella se desprendió con sumo gusto de sus sortijas, collares de oro, de sus joyas y de sus ropas; ella despojó su aparador de la vajilla de plata porque nada faltase a su marido, contentándose con cualquiera mesa, sólo que a su marido no le faltase nada en sus necesidades y males.

»De esta manera, por la abnegación de su mujer, fué Bernardo Valldaura alargando su vida en un cuerpo cadavérico, o, por mejor decir, en un sepulcro vivo, por espacio de diez años, desde su enfermedad primera. Durante este tiempo, Clara tuvo dos hijas en él, habiendo antes tenido seis, casada a los veinte años, y nunca jamás se le pegó ni a ella ni a sus hijos el mal contagioso de su marido ni ninguna otra suerte de infección, quedando todos ellos muy limpios y sanos.

»En esto se ve claro cuánta sea la virtud, cuánta la santidad de aquellas mujeres que aman sinceramente y con todo corazón a sus maridos, como es su deber, y hasta qué punto Dios, aun en este mundo, se lo agradece y premia. Murió, por fin, anciano y enfermo, o, mejor, no murió, sino que se liberó del tormento continuo, con tan amargo

duelo de Clara, que los que la conocen confiesan no haber visto en su vida marido joven con integridad física, hermoso, rico, haber dejado tanta soledad, tantas lágrimas, tanto luto. Muchos pensaban que más bien se le había de felicitar que consolar; abominaba de ellos la viuda ejemplar, diciendo que tal cual era querría ella que le fuese devuelto su marido, aun a trueque de la pérdida de sus hijos, de los cuales tiene cinco. Y siendo aún hermosa y fresca y de edad conveniente no quiere tornarse a casar, porque dice que no va a encontrar otro Bernardo Valldaura.

»Dejo aquí de hablar de su honestidad, de la cual es vivo dechado; dejo de hablar de la santidad de sus costumbres. De la piedad conyugal hablemos aquí, que jamás viene sola, sino con el honrado cortejo de las demás virtudes. ¿Quién no ve que Clara Cervent no estuvo casada con el cuerpo de Bernardo Valldaura, sino con su alma? ¿Y quién no tendrá por cierto que el cuerpo de él fué su propio cuerpo? ¿Y qué diré más, sino que aun en el día de hoy guarda las órdenes y mandamientos de su marido con tanta reverencia como si viviese todavía, y muchas cosas hace al tenor de sus indicaciones diciendo que así él lo ordenó y mandó. Si tal mujer tuvieras tú, ¡oh Eurípides, cómo alabaras las mujeres tanto como las vituperaste! Si tal mujer tuvieras tú, ¡oh Agamenón, cómo tu patria te contemplara triunfador y alegre del vencimiento de Troya!

»Estos loores no eran de callar cuando tan frecuentemente se encomiendan a la memoria de la posteridad otros mucho menores para renovar y avivar en las casadas el recuerdo de sus deberes. Pero eso es de mujeres plebeyas, dirá la dama linajuda. Primeramente, Clara Valldaura no era de la hez de la plebe: era joven, de hermosura extremada, de delicadeza suma, servida de criadas en quien podía aliviar buena parte de sus cuidados si su conciencia y su responsabilidad se lo hubieren consentido...»

Todo esto es de Luis Vives. En ese hostal del dolor, en este palacio de la más honrada indigencia, en este venerable asilo de la virtud entró Luis Vives de la mano de Margarita Valldaura, sellada con el anillo de la fe mutua. El Dios de Israel, de Isaac y de Jacob negó hijos a su carne. No tuvo la tribulación de la carne que San Pablo pronostica a los casados; pero tuvo la venturosa tribulación del espíritu, la irrestañable fecundidad y sus partos dolorosos y gloriosos. Y Margarita, su discreta y callada esposa, asistía al augusto alumbramiento, favorecía esta incansable actividad del pensamiento pujante que no conocía el reposo ni daba paz a la mano, *mano de escritor que escribe velozmente*. A los treinta y cinco días justos de casado, el día 1 de julio del propio año de 1524, enviaba Luis Vives a la princesa María un grande pequeño libro; a saber: la *Escolta del alma (Satellitium animi)*.

Esa *escolta* invisible de la cual debía rodearse la heredera infantil del trono de Inglaterra a la manera de escolta con armas físicas que protegía su imbele puericia, presenta reunidas, como en un carcaj, un manojo de máximas aceradas, de no más que cinco vocablos, pero riquísimos de doctrina moral práctica, provechosa para todos los trances de la vida. Y a fines de septiembre, cuando ya se le terminaban las vacaciones nupciales (Luis Vives, convidado a la cena evangélica, no

se hubiera excusado de la asistencia con aquel muelle *uxorem duxi* de la parábola), hizo aparecer en Brujas su celebérrima *Introducción a la sabiduría* (*Introductio ad sapientiam*), que con las *Exercitationes linguæ latinæ*, ha tenido la más brillante fortuna, pues las ediciones, unas tras las otras, se atropellan y dondequiera brotan traducciones que aseguran la perennidad y extienden el fruto y la eficacia del librillo inmortal, obedeciendo a aquel precepto geórgico de la multiplicación de los seres vivos, nacidos unos de los otros en inacabable concatenación:

Atque aliam ex alia generando suffice [prolem.

La esposa de Luis Vives le acarreó hermanos políticos. Además de Bernardo, establecido en Italia, y de una hermana, María, avecindada en Bélgica, tenía a Nicolás, el benjamín de la familia y en cuyo tutor se constituyó Vives, tomando el cuidado de sus estudios de Medicina, dándole letras comendaticias para Guillermo Budeo cuando, por razón de esos estudios, hubo de trasladarse a París en noviembre del año 1529.

Con manos de lana, con pies de fieltro, discreta y fiel, Margarita Valldaura, una vez casada, desaparece y entra en una suerte de vida oculta al lado del gran hombre pobre y glorioso. Raras veces asoma su nombre en la correspondencia epistolar de su esposo, cuya creciente obra debía ella contemplar con ademán admirativo, ya que no pudo inclinarse sobre una cuna que centrase sus desvelos y sus cariños; y le cupo la triste suerte de sobrevivirle, heredera de su gloria y de su indigencia y de entregar a la posteridad la más extensa y la más meditada de sus obras en que trabajó hasta la víspera de su muerte. Difunto todavía habló por la voz de su obra apologética *De veritate fidei christianæ.*

¿Y quién duda sino que la viuda ejemplar de Luis Vives practicó aquellas recomendaciones que para las mujeres de ese estado escribió su marido en su libro *Formación de la mujer cristiana?*:

«Así que la buena viuda no debe pensar que su marido es del todo muerto, sino que vive con la vida del alma, que es la verdadera vida, y que mientras le tuviere en su memoria será vivo para ella, pues en nosotros viven los amigos aun estando ausentes y despojados del cuerpo si su imagen viva, dibujada en nuestras entrañas, se renueva cada día con el recuerdo asiduo y en todo momento se conserva en nosotros su vida fresca y tenaz y en cambio murieron de veras si se les entregare al olvido... Así que la mujer venerará la memoria de su marido, no como muerto, sino como ausente; con mayor acatamiento y piedad que con lágrimas. Obre de tal manera y de tal manera viva, que ella sepa que va a agradar a su marido no ya como hombre, sino como espíritu simple y puro y casi divino; propóngasele ante los ojos de su imaginación como un observador y custodio, no ya de sus acciones exteriores, como cuando arrastraba la pesadumbre del cuerpo, sino que ahora está exonerado de él y es espíritu suelto y libre. De tal manera proceda que el marido, allá donde esté, huelgue de haber dejado tal mujer detrás de sí y no se comporte de modo que el alma airada de su marido tome venganza de la esposa deshonesta e infiel.»

CAPITULO XII

LUIS VIVES, EN LA CORTE DE RICHMOND Y GREENWICH

Embarcados sobre el caudal sesgo y apacible del Támesis, de retorno al palacio de Richmond de un viaje a la abadía de Syon, Luis Vives y Catalina de España hablan como un filósofo con otro filósofo. La reina, mujer llena de seso y de cordura, influída acaso por los pensamientos graves en que templaba su espíritu con sus visitas a la austera abadía que erguía su mole a la opuesta ribera del río, le dice al pensador que dedicó a su hija María la *Escolta del alma*: «Yo prefiero una fortuna moderada a una fortuna loca y deslumbrante; ahora, si se me diera opción, escogería la más rahez y abatida de las suertes, porque en medio de la desgracia puede manar la vena del consuelo, al paso que el recto sentir con harta frecuencia suele abandonar a quienes la prosperidad llevó en volandas por los aires.»

Oyó el Cielo tus votos, Catalina; el Cielo los oyó. Serás copiosísimamente complacida. Serás objeto de envidia y objeto de compasión. Sabrás cómo sabe a sal el pan prestado; dos veces te sentarás en el polvo y dos veces, para volver a caer en el polvo, serás puesta en el altar. Esposa y madre y reina, quedarás más vacía que la viuda; morirás en el abandono y a tu muerte vendrán los ángeles a traerte una guirnalda y acompañarte al paraíso por un blanco camino de alas, y allí estarás con Lázaro, que fué pobre, y gozarás del reposo que en vida no tuviste.

Sin que se lo consultase al Cielo, cúpole a la reina de tristes destinos la más astrada de las suertes. Hacía bien en fortificar su espíritu con la estoica robustez de máximas antiguas, como éstas con que decoró su estancia un efímero emperador votado a la tragedia:

Si fortuna juvat, caveto tolli.
Si fortuna tonat, caveto mergi.

La fortuna había de tronar y había de hundirla; Dios lo quiso, pero todavía no cuando la reina hablaba filosóficamente con el filósofo, porque la fortuna, aleve en aquellos días, con descortesía gentil, hacía volar sus cabellos con la cariciosa blandura de un céfiro. Estábale reservado ver el vilipendio y la traición, el desdén y la soledad, el rostro bello del marido sañudo amagando truenos y centellas:

Vultus est illi Jovis, sed fulminantis.

Pero no adelantemos los acontecimientos siniestros que inexorablemente han de venir, y detengámonos un poco más en ese remanso de bienandanza, o mejor aún retrocedamos un poco más arriba, a los primeros tiempos de su matrimonio iterado, que todo hacía augurar que sería más feliz. Cuando Luis Vives, sin el menor asomo de lisonja, que no cabía en su pecho honra-

do, podía ofrecer a la ejemplaridad de los matrimonios cristianos la de ese noble par de esposos. Cuando Erasmo, de no tanta entereza moral como el piadoso humanista valenciano, pero solemnemente en faz del evangelio de San Lucas y como con la mano puesta encima de sus páginas infalibles, encarándose con Enrique VIII que quién sabe si meditaba ya adulterios, osaba decirle en elogio de su mujer:

«¿Cómo ponderaré cual se merece a tu esposa nobilísima, ejemplar único en nuestro siglo, de piedad verdadera, la cual, hastiada de bagatelas mujeriles, consagra buena parte del día a la lección de los sagrados libros, siendo así que son muchísimas las señoras de calidad que consumen y malgastan la mayor parte de su tiempo en afeites, en naipes y en otras vaciedades semejantes? Su conducta les avisa de lo que en ellas sería el atavío más hermoso; para nosotros es un reproche vivo de nuestra pereza o mejor de nuestra ninguna cristiandad, pues a libros profanos consagramos la mayor parte de nuestra vida.»

Y no sólo a libros devotos consagra Catalina su más tensa diligencia, sino también a visitas de monasterios y a devotas peregrinaciones, que ya no merecerían tan entusiasta aprobación de Erasmo. Evoquemos una de ellas, que para Catalina tuvo consecuencias trascendentales.

En el condado de Norfolk hay un pueblecito llamado Walshingam, a orillas de un riachuelo que a poco más de dos leguas rinde su flaco tributo al mar del Norte. Esa manada de casitas aldeanas sestea a la sombra de un antiguo santuario que le da nombre, Santa María de Walshingam, celebérrimo en Inglaterra. Allí se venera un sepulcro al que la tradición señalaba nada menos que como el sepulcro que cobijó muy breves días los despojos mortales de la Santísima Virgen, envidiados del cielo. Enorme era su fuerza de atracción; así es que las peregrinaciones y romerías que a él se encaminaban aventajaban en mucho a las tan celebradas del sepulcro de Santo Tomás Cantuariense.

Si es cierto que la ruina de una obra bella es más bella que la obra bella, no cabe duda que estas ruinas que exhalaban aroma de sueños y que fueron vaso de devoción superan en hermosura al templo que le dedicó el rey Enrique VII, enriqueciéndolo a pesar de su avaricia proverbial, que le hace acreedor a aquel mote aplicado a un avaro emperador antiguo: *Pecuniæ parcus et tenax.*

A este santuario organizóse una devota y muy sonada romería, en que la reina debía participar, para implorar del Cielo favor para las armas inglesas comprometidas en lucha con las del Rey de Francia. El punto de la cita era Norwich, donde la Corte debía hallarse una de las postreras semanas de la primavera del año 1513. Desde Norwich hasta que el monasterio anunciaba su proximidad con el gallardo alarde de sus torres, la comitiva real, acrecida por una gran muchedumbre de pueblo que había acudido a la devoción o al espectáculo, iba a pie, y la reina, en su litera.

Allí la reina se apeó y el cortejo se compuso y organizó procesionalmente. Era de ver, dice una crónica contemporánea, aquella larga cadena de romeros pasar, rezando letanías y salmos penitenciales, por en medio de los azafranares y sembrados de Walshingam; cada pueblo llevaba el estandarte de su blasón y cada gremio la imagen de su san-

to Patrono. Distinguíase entre todos el gremio de los pescadores de arenques, de Yarmouth, con tres redes de oro extendidas en forma de pabellones sobre la imagen de San Andrés, que en la una mano llevaba el aspa y un pez en la otra mano. Alternaban en el canto voces de niños y de mujeres, voces blancas y puras, votos ingenuos, a los cuales gusta Dios de inclinar sus oídos amigables. La reina Catalina iba acompañada de su confesor, de su capellán mayor, del embajador de España, Ruy Gómez de Fuensalida; del anciano marqués de Rutland, deudo cercano de la familia real. Seguíanla, entre otras damas inglesas, damas españolas: doña Elvira Manuel, su camarera; doña María de Salinas, que más tarde fué ladi Willoughly, y cerraban la marcha algunos escuderos y caballeros que de los condados vecinos acudieron para honra y custodia de la reina y más de doscientos jinetes, mercaderes españoles de Londres, que habían acompañado al embajador de España para mayor honor de doña Catalina de España.

Llegada que fué la reina a la aldea de Walshingam, entró breves instantes en casa de ladi Elisabeth Burt, condesa de Clare. Allí depuso el manto real, que fió a las manos de su camarera doña Elvira Manuel, y se despojó de la corona, que dejó en manos de lord Rutland. La descalzaron sus doncellas; cubierta del sayal franciscano esa auténtica Descalza real, sin más adorno en su cabeza que el de su copioso y aurífero cabello, que, como la dama de Aragón, del Romancerillo catalán,

Té la cabellera llarga,
li arriba fins als talóns,

le llegaba hasta los pies y podía envolver en él el esbelto cuerpo, penetró en el templo, donde fué recibida con todo el pertinente ceremonial litúrgico. Celebró misa pontifical el obispo de Ely y predicó un fraile francisco, conventual del convento, guardador del sepulcro venerando, donde la carne virgínea, si en el sepulcro estuvo, no había de ver la corrupción. Discurría la oración sagrada en el más casto idioma inglés y con el acento más puro, cuando el predicador hubo de nombrar a un santo lego español, el beato fray Diego de Alcalá. Y pronunció este nombre con tanta emoción y con tan correcta pronunciación castellana, que el Henares mejor no lo pronunciaría si el río que vió el nacimiento de la reina y la muerte del lego santo sacase el pecho afuera y articulara voces como el Tajo de fray Luis.

A la evocación de su patria y a la magia de la fonética conocida, la bendita reina no pudo contenerse y levantó sus grandes, redondos y serenos ojos y posólos y reposólos en el predicador persuasivo. Aquella voz entera y firme, aquel acento hecho a la dulce lengua de su patria salía de la boca de un fraile joven, demacrado y avejentado por las asperezas y la penitencia, y que, como el viejo Elías, se erguía como el fuego y cuya palabra ardía como una antorcha. Quien hablaba así era el reverendo Juan Forest, el más amado de los confesores de la reina, el más constante de sus amigos y uno de los más ilustres mártires del moderno martirologio británico. Dios lo examinó por el fuego y no halló iniquidad en él. Con un trozo del madero de su cruz le acendró y quedó afinado como la plata (1). Cuando, años más tarde, la

(1) «Un ídolo muy grande de madera (léase una cruz de las que se po-

brava borrasca engendrada en su propia casa arreció y amenazaba tragar a la pobre Catalina, que ya en sus años de virginal viudedad supo de desastres, de amarguras, de estrecheces, de desnudez, de desamparo, de miseria, de desesperación, de todo lo cual salió por un juego falaz de la Fortuna para el más envidiable encumbramiento, personificación viva de aquella Griselda, de la ejemplar historieta del Petrarca, que parecía poder lisonjearse al fin de haber hallado a su Walter en la persona de Enrique VIII, sólo en tres puntales hallaba apoyo y sostén, por no caer en el suelo aquella recia torre combatida: en el cardenal Reginaldo Pole, que la protegía ante el Papa; en nuestro Luis Vives, que la ilustraba con sus consejos; en su padre espiritual, Juan Forest, que la fortalecía con el pan de los fuertes y con vino y óleo evangélicos.

Entre tanto, a su alrededor todo era cobardía y fuga. Fuga, incluso de aquel otro confesor suyo, fray Jorge de Ateca, que a Inglaterra fué con ella; que fué obispo de Landaff y que a la hora de la crisis tuvo miedo, declinó el obispado y cobardemente fué a morir en Calatayud, oscuramente, no lejos de Ateca, su patria oscura. El anónimo autor de la *Crónica del rey Enrico Otavo de Inglaterra* (libros de antaño, IV; Madrid, Alfonso Durán, 1874), es injusto con nuestro Vives, sin duda por deficiencias de información. Dice:

«La bendita señora, conociendo que no había de hallar ninguno que hablase por ella, envió luego a Flandes un hombre con sus cartas para un docto hombre que vivía en Brujas, que se llamaba Luis Vives, el cual tenía gajes de la bendita señora, y escribióle que viniese para la ayudar. Este Luis Vives hubo gran temor y no osó ir, y como la bendita reina viese que no osó ir, dijo entonces: «Gracias sean dadas a Dios; yo confío en El que me ayudará» (1).

Muy otra es la versión que nos da el propio Luis Vives. No era hombre que se arredrase, templado como estaba en la escuela del más recio estoicismo cristiano. Cuando se había convencido de una verdad o de una norma de conducta que se hubiera fijado tras un maduro y severo examen, *si se derrumbara, desquiciado, el orbe, las ruinas le sepultarían impávido.* Ya veremos las serias razones que Luis Vives tenía para negarse a esa petición de la bendita señora de la cual tenía gajes; razones inspiradas precisamente en el propio interés de ella y con la mira puesta en la Historia y en la posteridad. Harto las hubiera comprendido entonces la reina, *si mens non laeva fuisset;* si su muy explicable azoramiento no le hubiera impedido ver claro en la ciega conjura tramada en su contra y a su redonda, por la fea lujuria y la cobarde defección. Catalina de España, en aquel torbellino de polvo, perdió su norte y su buen seso habitual:

---

nían en las salidas de los pueblos y en las encrucijadas de los caminos, que nosotros llamamos *humilladeros*), fué traído a Londres y hecho pedazos, y por un cruel refinamiento de venganza se empleó como leña para quemar al fraile Forest, el cual fué ajusticiado por haber negado la supremacía (del Rey en la Iglesia) y por supuestas herejías.» (HUME, XXXI: *Supresión de los monasterios.*) Estas supuestas herejías anglicanas eran verdades católicas.

(1) Cap. IV, pág. 8.

Entre tanta polvareda
perdimos a don Beltrane...

Pero tornemos de esa digresión y volvamos con Luis Vives al palacio de Richamonte, como escribía Catalina, cuando aún no sabía el inglés, y a sus apacibles navegaciones por el Támesis y a sus visitas al monasterio de Syon, acompañando a la reina.

Dos eran los conventos establecidos en el poblado monástico, llamados de San Saviour y San Bridget, y de ahí el nombre de *Brigitinos*, fundados el año 1415 por el rey Enrique V en sus posesiones de Isleworth. Componían la comunidad cuarenta sacerdotes, cuatro diáconos, ocho hermanos legos y dieciséis monjes. La fundación se extendía media milla a lo largo del Támesis. El monasterio mantenía relaciones constantes con la Corte británica, no solamente por los lazos remotos con que el fundador los relacionara, sino porque la familia real cuidaba celosamente de mantenerlos. Por las Navidades todavía faustas de los años 1509 y 1510, la noble pareja de novios, Enrique VIII y Catalina de Aragón, visitaron el monasterio y la iglesia enriquecida de copiosas indulgencias; y el año 1522 los reyes condujeron a su vástago, la princesa María, que no tenía más que seis años, como en nuevo rito de presentación al templo, a ofrecerla a Syon, precisamente cuando se encontraba en Windsor el Emperador Carlos V; estada tranquila y colmada de atenciones que Luis Vives habrá de recordar como uno de los beneficios de la paz y la concordia entre los príncipes. Las monjas de Syon provenían de las más nobles familias inglesas, que frecuentaban sus rejas y sus locutorios. Tomás Moro era uno de ellos. Aquí tal vez se amplió el círculo de las amistades inglesas de Vives. Priora de este monasterio lo fué desde el año 1513 hasta el de su extinción, en 1539, Margarita Windsor, hermana de sir Andrés Windsor, encargado de la Gran Guardarropía, el cual estaba casado con una hija de lord Montjoy, cuyo nieto, Guillermo, era padre del niño para quien Luis Vives escribió el famoso plan de pedagogía pueril. El monasterio de Syon fué la casa devota preferida por la princesa María, mientras que su madre, doña Catalina, compartía sus aficiones y sus devociones por el monasterio bridgetino con las del convento de franciscanos observantes de Greenwich, especialmente en sus primeros años de vida conyugal. A través de la reina, Luis Vives conocía bien la atmósfera y el ambiente de ambos monasterios.

Aun cuando el palacio de Richemond atesoraba hartos y preciados recuerdos de la familia real inglesa, con todo, Greenwich era por antonomasia la residencia de su Corte. Aquí nació Enrique VIII, el año 1491; un año antes que nuestro Luis Vives. Aquí se veló Catalina de Aragón, en matrimonio confirmado después en boda oficial en la abadía de Westminster, a los 21 de junio de 1509. En el palacio de Greenwich, orilla del Támesis, nació el rey; en la iglesia parroquial de San Alphege, en Greenwich, fué lavado en el agua lustral e iniciado en el primer sabor de la sal cristiana. «El palacio había sido ampliado por su padre con una fachada nueva, con vistas al río, construído en el noble estilo de arquitectura colorada que se conoce con el nombre de *estilo Tudor*. Desde sus torres y terrazas podía ver cómo sus naves de guerra y de paz remontaban el

Támesis y descendían río abajo; podía leer sus nombres; calcular su tonelaje, observar sus tripulaciones y medir con los penetrantes ojos de joven *viking* todas las cualidades de sus maniobras y de su velocidad (1). El casamiento del rey Enrique con Catalina se efectuó en la capilla de palacio, servida de padres franciscanos. Desde ese momento, su historia corre parejas y tiene muchos puntos de contacto con los franciscanos *observantes* de Greenwich, también harto relacionados con Vives. Estos frailes dividíanse en franciscanos originalmente dichos, frailes observantes y frailes grises o menores. Habían recibido en donación del rey Enrique VII las tierras próximas al ala nueva que había añadido al palacio de Greenwich, en el cual aderezó cinco cabañas. Fué voluntad del regio donante que esos hombres, bajo juramento, viviesen abrazados con la pobreza y en obediencia como de esclavos; no debían poseer tierras ni casas, ni pordiosear pan, harina, higos ni sal por los caminos públicos; debían dormir debajo de las arcadas, a la puerta de las casas y acompañar a los leprosos, a los extraviados, a los locos; seguir los campamentos, confesar a los caídos y enterrar a los muertos. Fieles a su voto, eran incomparables enfermeros; maestros de los pobres, conhorte y alivio de los afligidos. Conocían las dolencias, cultivaban hierbas y plantas medicinales en las que el cielo depositó salud. La reina Catalina no sólo oía misa en la capilla de ellos, sino que era hermana de la Orden que comprendía varones y hembras, y a raíz de su carne vestía la jerga burda del hábito, como sir Tomás Moro, que pertenecía a la rama secular de los cartujos, llevaba también su camisa de crines. En la capilla de sus buenos vecinos franciscanos oraba la reina todas las mañanas.

Un buen día, en el convento puesto al abrigo del palacio de Greenwich, estalló un escándalo sensacional, de aquellos de quienes dijo Jesucristo que era necesario que ocurriesen, pero que a quien lo daba más le conviniera colgarle una muela de atahona al cuello y hundirle en el profundo mar. Fué escándalo de pequeños y de grandes. ¡Cómo debieron de sentirlo Luis Vives y la reina Catalina, que no pudieron ignorarlo por la contigua vecindad!

El caso fué que en fecha desconocida del año 1524, uno de los frailes observantes, con desedificación y horror de las almas timoratas, con clandestino pie, abandonó el convento de Greenwich para pasarse al protestantismo. William Roye se llamaba el apóstata, quien, a vueltas de un ignorado paradero, apareció un día en Hamburgo, atraillado con el protestante William Tyndale, autor de una traducción al inglés del Nuevo Testamento, empresa triste en que le ayudó el franciscano desertor. Esta deserción fué muy de cerca seguida de otra, del propio convento, igualmente escandalosa. Esta vez el que quiso perderse en el camino de los malos, pisando las huellas del fraile prófugo, fué Jerónimo Barlow, quien en Estrasburgo se reunió con el observante que le había precedido en la aviesa senda; y ambos a dos, en fea colaboración, escribieron un picante *Diálogo* entre un caballero y

(1) W. D. Montang, Duke of Manchester: *Court and society from Elizabeth to Anne,* vol. I, pág. 116. Citado por Forster Watson: *Les relacións de Joan Lluis Vives,* etc.

un viñatero, donde cada uno de ellos se queja con el otro de las calamidades que le agobian, atribuíbles al clero, centrado en la no recomendable persona del cardenal Wolsey. El ataque que se le dirige es feroz y sangriento. En boca suya ponen esta arrogante confesión: «Quiero subir, quiero subir; quiero encumbrar mi estado tan arriba, que mis honores pomposos no fenezcan nunca.» «Fatuo—le responde como un eco la voz burlona de los libelistas—; cuando menos lo pienses rodarás por el despeñadero.»

Ello fué un certero anticipo, una inexorable profecía. *Fors omnia versat.* Veleidosa, la Fortuna lo revuelve todo. Cuando el caso llegó; cuando en la miseria el purpurado fastuoso experimentó el más amargo de los desabrimientos, que es el recuerdo del tiempo feliz, debió de saltear su memoria el vaticinio cruel y decirse, como el pastor de Virgilio: «¡Cómo se me acuerda que desde la encina hueca me lo avisaron aquellas dos cornejas agoreras!»

Con ser fiero el pronóstico, más fieros eran los grifos heráldicos del cardenal, hijo de carnicero, puestos en cabeza de la diatriba: rojos la clava y el capelo, y gotas de sangre que asemejaban caer de los filos de las seis segures.

Por este tiempo, a los diecisiete días de diciembre del año 1528, Vives había salido de Inglaterra por unos cortos meses, meses de pesimismo y de sombríos presentimientos. Estas apostasías, estas ganancias del luteranismo ejecutadas en personas de tal calidad y dignidad, estas caídas de los cedros y de los abetos, debían de llenarle el pecho de amargura. Harto conocida es su inquina contra las doctrinas de Lutero y la entusiasta felicitación que escribió a Erasmo cuando se enzarzó en lucha con el tudesco Anticristo:

«Luchador te hicieron éstos, quieras que no; pero con tal dominio te impones a tu antagonista, que los espectadores conocen que perdonas a quien pudieras derribar. Y convenía que fuera así, porque no se atribuyesen a sí mismos la victoria cuyo aplauso sería el gemido del mundo.»

El tratado erasmiano *Del libre albedrío* llegó por medianería de Vives al rey de Inglaterra:

«Ayer fué entregado al rey tu libro *De libero arbitrio,* del cual, al tiempo de los Divinos Oficios, leyó algunas páginas y dió muestras de que era de su gusto. Díceme que va a leerlo con toda atención. Me indicó el pasaje que le agradó de una manera especial, y es cuando apartas a los hombres del inmoderado escrutinio de los secretos de la Divina Majestad. La reina también se muestra complacida y embelesada de ese opúsculo tuyo y de aquel pasaje y se congratula contigo. Me mandó que te saludase en su nombre y te diese las gracias, porque, siendo todo un sabiazo y tratando de materia tan soberana, te apeaste tanto de tu habitual elevación y la trataste con esa llaneza tan cautivadora.» La carta está fechada en Londres, a 13 de noviembre de 1524.

El convento franciscano debió de ser para Luis Vives y para la reina Catalina en sus estadas en Greenwich lo que el monasterio de Syon era para ellos en sus jornadas de Richemond. Una visita a Syon constituía un paseo ameno y apacible a campo traviesa de las posesiones de palacio y una breve y deleitosa navegación en la barca que trasladaba los caminantes a la otra vera del Támesis.

En su obra *De schismate anglicano,* publicada en 1585, Nicolás Sandars puntualiza con edificantes pormenores la vida de piedad que Catalina llevaba en sus días ingleses. Acostumbraba levantarse a medianoche para asistir al canto de maitines, de los frailes observantes. A las cinco de la madrugada vestíase por sus propias manos, con toda la posible rapidez, considerando ser tiempo perdido el que gastaba en vestirse. Ya dijimos que pertenecía a la Orden tercera de San Francisco y vestía el hábito penitente debajo del atuendo real. Ayunaba todos los viernes y sábados y tomaba únicamente pan y agua en las vísperas de las festividades de Nuestra Señora. Confesábase todos los jueves y viernes y cada domingo recibía la Sagrada Comunión. Rezaba diariamente el Oficio de Nuestra Señora y asistía todas las mañanas a los Divinos Oficios, que duraban unas seis horas continuas. Después de comer, y en el corro de sus damas de honor, leía las vidas de los santos por espacio de dos horas. Hecho esto, volvía a la iglesia y, por lo regular, en la iglesia permanecía hasta la hora de la cena, que para ella consistía en una colación muy frugal. Oraba siempre hincada de rodillas, sin admitir jamás almohada ni molicie alguna en el pavimento. Esto, en sus días serenos de Greenwich. Y esto mismo en sus días de prueba sombría en la modesta casa de Buckden, después de su divorcio. Testimónialo Nicolás Harsfield en su libro *The divorce of Catharina:*

«Había en dicha casa de Buckden, en Huntingdonshire, una habitación, con una ventana que se abría sobre la capilla, de donde podían oírse los Oficios Divinos. Encerrábase ella en esta cámara apartada gran parte del día y de la noche. Tenía por costumbre orar puesta de hinojos en esa ventana, apoyada en las piedras de la misma.»

La piedad es útil para todo, dice San Pablo. La piedad, que es buena para todas las situaciones, lo fué en todo tiempo para Catalina. En Greenwich, después del 1526; en Buckden, después del divorcio, en 1533.

CAPITULO XIII

CATALINA DE ESPAÑA Y SUS ESPAÑOLES

Catalina nació en Alcalá el año 1485, siete años antes de que naciera Luis Vives, que Granada se ganara y ante los ojos atónitos de Colón emergiera, bañado de aurora, el Nuevo Mundo. Sus primeros años transcurrieron entre batallas y asedios, que no le permitían alejarse mucho de la sombra de su madre y de la seguridad del alfaneque real. En su infantil curiosidad, es harto presumible que a las vistas de la ciudad mágica, todavía casada con el moro, preguntara la niña al ver aquel haz fantástico de torres que bañaban su punta en el terso azul del cielo:

¿Qué castillos son aquéllos?
¡Altos son y relucían!

Y que se le respondiera lo que en aquel tan sabido y en nuestra Es-

paña tan decantado romance respondió Abenamar, el moro de la morería:

El Alhambra era, señora,
y la otra la mezquita;
los otros los Alijares
labrados a maravilla...
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro, Torre Bermeja,
castillo de gran valía...

A las magnificencias de la Alhambra y a las profundas verduras del Generalife, donde las aguas cantan y deliran los secretos ruiseñores, se avezaron muy de temprano los ojos de la princesa, formada en la recia escuela de los campamentos. De niña triscó y retozó a placer por los cármenes granadinos. Profesores italianos, los hermanos Antonio y Alejandro Geraldino, vinieron expresamente de Italia para enseñarle latín, que ella ejercitaba traduciendo las *paráfrasis* de Erasmo sobre el Evangelio de San Juan. El año 1501, cuando Catalina acababa de salir de los quince años:

Quinze ans! O Romeo, l'âge de Juliette!

cuando a la hora incierta el amor ciego no discierne si es la alondra o es el ruiseñor el ave que rompe el silencio con sus trinos, ni si es el amor propiamente el que escala con tramos de seda los balcones de Verona; la princesa española se vela con el príncipe Arturo de Inglaterra. Devorado por el sombrío y asiduo buitre de la tisis, el enteco novio sucumbe a los pocos meses, dejando fría la mitad del lecho, intacta la esposa y frustrada la esperanza del tálamo, sin que conociera ni los dulces hijos ni el galardón de Venus. Sucédense ocho años de soledad, de desdenes, de desamparo, de pobreza, de desnudez, de hambre, que la pobre Cenicienta con gritos patéticos hace llegar, en vano, a los lejanos y distraídos oídos de su padre, llenos de otros rumores, don Fernando *el Católico*. Hasta que, por fin, la Fortuna, con un golpe de su varita mágica, lo trueca todo y sorpréndese de verse casada con el más gentil y apuesto príncipe de la cristiandad: con Enrique VIII, rey de Inglaterra. Ello fué el año 1509. A los catorce años de ese trueque deslumbrador, a saber, el año 1523, llega a la Corte inglesa Luis Vives. Ella y él harán de la Corte, en expresión de Erasmo, «la morada de las buenas letras». Y exclama el gran humanista holandés: «¿Quién no desearía vivir en una Corte como esta Corte?»

En ella se siente Catalina como en una prolongación de su patria, rodeada como está de un nutrido golpe de españoles; los conocemos a todos. Con avara y reticente fidelidad, un legajo del Archivo de Simancas, no descubierto sino hasta hace pocos años, conservó la lista de las damas y caballeros que acompañaron a Inglaterra a la infanta doña Catalina, para quedar a su servicio cuando su primer infausto matrimonio con el príncipe de Gales; *de poca edad y muy flaco y delicado y muy feble y de flaca complexión y que no era para mujer.*

«Dama de honor y camarera mayor, doña Elvira Manuel.

»Para regir la Cámara, Juan de Cuero y su mujer.

»María Mudarra, dueña de doña Elvira, y dos mozas más, para servirla.

»*Damas:* Hija de don Pedro de Mendoza, hermano del cardenal. Doña Francisca de Silva. Doña Beatriz, hija de doña Blanca. Doña María, hija de Salazar. Doña Inés, hija de doña

Inés ama de la señora princesa. Catalina de Montoya y dos esclavos para servir a las dichas damas. *Mozas de cámara:* Hija de Inés Albornoz, sobrina del tesorero Morales; lavandera, la mujer de Andrés Martínez. *Oficiales:* Pero Manrique, mayordomo y camarero mayor. El comendador Alonso de Esquivel, maestresala. El hijo de Pero Manrique, caballerizo mayor y maestro de los pajes. El hijo de doña Francisca de Silva, copero mayor y trinchante; Pasamonte, *secretario.*»

Al servicio de su capilla va un confesor innominado. ¿Cuál será? ¿Fray Jorge de Ateca, que acabó en obispo de Llandaff y que en el tiempo de la tentación y la prueba desertó de su sede y fué a morir cobardemente en el convento franciscano de Calatayud? El capellán mayor es Alixander; capellán y sacristán lo es Pero de Morales, capellán de la reina. Son cuatro los pajes: el hijo de Pero Suares, el hijo de doña Blanca, el hijo de Gamarra, el hijo de Diego de Vargas. Mozos de la capilla lo son Pero Velasco y Juan Sarmiento. Los reposteros son: Medina, Sasedo, Vadillo. *Hombres de cámara:* Zaballos, el de la señora Princesa, un criado de Alixander y un sobrino de Juan de Cuero. *Mozos de espuela:* Morales, Vitoria, Calderón y el sobrino de Perazcona. *Otros oficiales:* Sarmiento, veedor; copero, Salvador; repostero de plata y cerero, Sarabia, y por ayudante de plata, Pedro de Solórzano. *Aposentador,* Lope de Solórzano. *Cocinero,* Hernando de la Vega, con dos servidores. Presentador de tablas, sobrino de Juan de Mora. *Escribano de cámara:* Francisco de Nurueña. *Despensero:* Juan Daza. *Panadero,* Andrés Martínez. *Barrendero,* uno a quien se perdona el nombre, amén de dos escuderos que había de señalar la camarera mayor doña Elvira de Manuel para que acompañasen a la reina y a las damas. Esta interesante y tan individualizada relación está firmada por Manuel de Almazán (1). (*Archivo General de Simancas.*)

En otro documento de la misma extracción, esta lista aparece ampliada por otros nombres de personas que fueron más o menos allegadas de la reina. Se las cita como posibles testigos, que diríamos, de descargo en la causa del divorcio. El documento va encabezado por unos renglones que dicen así:

«Las personas que están fuera de la Corte, que saben las cosas del primero y segundo matrimonio de la serenísima reina de Inglaterra, son las siguientes:

»Catalina, exclava que fué de la dicha reyna, que le hazía la cama; está casada con un morisco que hace ballestas en Valdeyzcarria; ésta se halló cuando la primera vez se juntaron en uno la dicha reyna y su marido Enrico.

»Iten, Catalina Fortes, monja en la Madre de Dios de Toledo, sobrina del tesorero Morales; era camarera de la Reina, que en ella fiava mucho.

»Doña María de Rojas, mujer de don Alvaro de Mendoza; vive cerca de Nájera o cabe Vitoria; ésta dormía en la cama de la Reina después que murió Arturo, primero marido de la Reina.

»Iten, la mujer de Juan de Cuero, que fué camarera de la Reina; vive en Madrid.

»Iten, Formizedo, criado de Alonso de Esquivel, vezino de Sevilla,

(1) *Crónica del rey Enrico Otavo de Ingalaterra,* Madrid, 1874 (*Libros de antaño,* IV), pág. 325, apéndice B.

que fué maestresala de la dicha señora Reina.

»Iten, Tamayo, escribano, ante quien pasó el matrimonio de la señora Reina con el rey Enrrico y dió fee dél, el cual vivía con el embajador, doctor de la Puebla y ahora tiene su asiento en Sevilla con el marqués de Tarifa y fué con él a Jerusalén.

»Iten, se ha de preguntar a fray Diego Hernández, confesor que fué de la Reina, de qué secretario o escribano estaba refrendada o asignada la escriptura de los capítulos que hicieron cerca del segundo matrimonio que se hizo con Enrrico, lo cual él dice que entregó y dió al arzobispo de Cantuaria, canciller mayor y al obispo de Unchestre y al conde de Soroy por mandato de la Reina al tiempo que se veló con Enrrico» (1).

Cuando se verificó el enlace de Catalina con Enrique VIII, en 1509, muchos de estos servidores españoles fueron despedidos, pero bastantes conservaron sus puestos, entre otros, fray Jorge de Ateca, cuya fuga sin honor y cuyo feo desenlace conocemos, su capellán, Francisco Filipo, uno de sus gentiles hombres; Margarita de Vargas, dama de honor.

Catalina se había expatriado cuando contaba dieciséis años; Luis Vives, cuando tenía diecinueve. Aun cuando ni uno ni otro volvieran a España, a buen seguro sentíanse unidos por un lazo de afecto común a la patria de ambos; aquel afecto que Cicerón definió *Caritas patriæ*, que acostumbra ser un afecto inmarcesible. Vives tenía una muy segura información de la crianza que la reina Catalina recibió en España, sin salir de su propia familia, al lado de doña Isabel, su madre:

«La reina doña Isabel, esposa del rey don Fernando, quiso que sus cuatro hijas fuesen diestras en hilar, coser, bordar (1); dos de las cuales fueron reinas de Portugal; la tercera vemos que lo es de España y es madre del emperador Carlos y la cuarta es mujer honestísima de Enrique VIII de Inglaterra» (2).

Más significativo y elocuente es este otro pasaje de la misma obra:

«La edad nuestra vió a aquellas cuatro hijas de la reina Isabel que arriba nombré, tener muy buenas letras y una sólida cultura. De todas partes me cuentan en esta tierra de Flandes, no sin grandes loores y admiración, que la reina doña Juana, mujer del rey don Felipe y madre de ese nuestro emperador y rey don Carlos, haber improvisado la respuesta en latín a los que por las ciudades y pueblos adonde iba en latín le hablaban según es costumbre hacer a los nuevos príncipes. Esto mismo predican los ingleses de su reina doña Catalina de España, hermana de la reina susodicha. Y esto mismo pregonan todos

---

(1) *Crónica del rey Enrico Otavo de Ingalaterra*, págs. 329-30; apéndice B[a].

(1) Catalina de Aragón introdujo en Inglaterra el gusto español de los bordados, que entonces se hacían en sedas negra y blanca y puntos enlazados de lino fino. Esta labor española fué moda hasta el reinado de María, su hija, que fué doblemente española en sus gustos (por su matrimonio con Felipe II). Catalina no dejaba nunca la aguja de su mano, y cuando los cardenales Wolsey y Campeggio le hacían visitas de etiqueta salía a recibirlos con un hilo de seda roja en derredor de su cuello.

(2) *La mujer cristiana*, libro I, capítulo III, pág. 78; Lorenzo Riber, traductor. Colección «Crisol». Aguilar, Madrid.

a coro de las otras dos hermanas que en Portugal sucumbieron a un hado precoz. No hay recuerdo en memoria de hombres de que aventajasen a estas cuatro hermanas mujeres ningunas en pudor sincero, en pureza e integridad de buen nombre, y jamás han existido reinas que atesorasen mayor favor y mayor cariño de sus pueblos ni ningunas que fuesen más amantes de sus maridos ni ningunas que les prestasen más rendidos obsequios de obediencia, ningunas que con estudio y esmero mayor conservasen su propia reputación y de los suyos sin lejos de sombra ni mancilla. A ningunas desplació tanto la fealdad o la ligereza y, en fin, ningunas hubo que reuniesen con exactitud mayor todas cuantas cualidades convienen a la mujer honesta.»

Estos elogios, con ser tan encarecidos, resultan pálidos al lado de esa solemne canonización de la que, a juicio de Vives, pudiera llamarse Santa Catalina de España:

«No quiso Cristo que en esa edad menguada nuestra faltase el ejemplo que pasará a la más luenga posteridad que nos da Catalina, española, esposa de Enrique VIII, de la cual se puede decir con mayor verdad que de Lucrecia lo dijo Valerio Máximo, a saber: que por un error de la Naturaleza a un cuerpo de mujer cúpole en suerte un ánimo varonil. Averguénzome yo por mí mismo y por aquellos varones que tantas cosas leyeron, cuando contemplo a esa heroica hembra que, en medio de tantos sucesos adversos y tristísimos, mantiene tan robusta virilidad de pecho, hasta el punto que en ningún tiempo, ninguno de aquellos personajes a quien la antigüedad famosa y memoriosa dejó encomendados al recuerdo y al culto de la posteridad por la fortaleza y reciedumbre de su espíritu, hayan soportado los desabrimientos y los acosos de la Fortuna encarnizada, con tanta constancia y con una honradez tan inflexible y la hayan gobernado con tan gran dominio cuando se le mostró blanda y risueña. Si una virtud tan increíble hubiera coincidido con aquellos siglos en que el honor era el gaje y el premio de la ejemplaridad, tiempo haría que esa mujer hubiera oscurecido el esplendor y lustre de las antiguas heroínas y se la adorara en los templos como una divinidad descendida del cielo. Si bien, en hecho de verdad, no le faltan templos, pues no se le puede erigir templo mayor y más magnífico que aquel que en cualesquiera naciones le ha constituído cada uno en el sagrario de su pecho por la admiración de sus virtudes. Pero estas virtudes, ahora ya conocidas por todos, algún día serán muchos los que las pregonarán con la merecida puntualidad y loanza» (1).

Esa copiosa familia de españoles, de quienes se consideraba madre, no siempre bien avenidos, ni siempre fieles ocasionaron en todo tiempo a Catalina hartas cuitas, sinsabores y desvelos. En carta dirigida a España en 1505, cuando no era más que desvalida y desairada princesa viuda de Gales, más pobre y vacía aún que las viudas vulgares, pide protección para doña María de Salazar, que perteneció a la servidumbre de la esposa de su suegro Enrique VII y que en aquella sazón estaba agregada a la Corte de Catalina, y con esta misión expide a su criado Juan de Ascucia, a España, a su padre Fernando de Aragón.

---

(1) *De los deberes del marido*, capítulo I. Trad. Riber, págs. 635-36. Colección «Crisol». Aguilar, Madrid.

En otra carta Catalina hace constar que seis señoras españolas que habían venido consigo se habían incorporado a su servidumbre, y pasaba por el penoso aprieto y desairado trance de no tener con qué pagarlas. Quéjase, y no una vez sola, de la frialdad y de infidelidad a sus deberes del embajador español, Puebla, que retiene indebidamente dineros suyos, con los cuales podría enviar a su fiel dama Elvira de Manuel a Flandes para visitar a un afamado oculista que ya curó a la infanta doña Isabel de un mal de ojos. Un pequeño alivio significó para Catalina la llegada, el año 1506, de sus hermanos Felipe y Juana, reyes de Castilla, quienes luego de haber estado a punto de naufragar, visitaron la corte de Inglaterra. Con tan plausible motivo, en esta ocasión doña Catalina y otra señora española, vestidas con trajes típicos, bailaron danzas del país. Singularmente patética es la carta que desde Richemond envía la atribulada doña Catalina a su padre el rey Católico, a los nueve de marzo de 1509. Allá van algunos párrafos harto elocuentes en su turbación y atropellamiento:

«Muy alto y muy poderoso Señor:

»Por una carta que Vuestra Alteza al embaxador escribió, vi cómo está determinado enviar aquí un perlado para que se dé fin a los negocios, por lo cual beso las manos a V. A. Las cosas de acá siempre se empeoran y mi vida se hace incomportable; no puedo hallar ya manera como se sufra... Mi fortuna quiere que los que V. A. aquí envía, al servir, por más suficientes que sean, hayan de estropezar en lo que toca a su servicio. Este embajador (Gómez de Fuensalida) ya creo sabe V. A. cuanto está fuera de la voluntad del Rey de Inglaterra (Enrique VII) y en tanta manera que no le quiere ver ni oír, no porque él no sea fiel, a lo que creo, mas por no le saber tratar, porque así como el Dotor de Puebla tenía demasiada dulzura en lo que cumplía en los negocios para con el Rey, este otro ha tomado sobrado rigor con él y con los suyos, mayormente en este caso donde yo tengo de quedar sujeta a ellos... Por esto yo suplico a V. A. no olvide lo que muchas veces le tengo escrito, que es mandar presto enviar aquí el remedio, como más fuere servido y con determinación de la manera en que V. A. quiere que yo viva, porque por mí imposible tengo poder sufrir lo que hasta agora he pasado y paso, así de los desabrimientos del Rey y de las maneras que conmigo tiene, especial después que su hija se ha desposado con el príncipe de Castilla, que le parece que no tiene necesidad ya de V. A., pues sin su consentimiento esto se ha hecho y piensa hacérmelo entender con muchos desamores... Dios sabe la pena que yo recibo en enojar a V. A. con siempre escribirle tantas desventuras y necesidades; mas, acordándome que como soy su hija, no puedo acabar conmigo de no le avisar para que lo mande remediar como a su estado y servicio pertenece; y asimismo para decirle que mi necesidad es tanta que no sé de dónde me puedo sostener, porque hasta aquí mi cámara se ha vendido, lo que no he podido excusar, ni sé de dónde lo pueda haber, porque el Rey a mí misma, pocos días ha, me dijo, hablándole yo sobre mis necesidades, cómo no era obligado a dar de comer a los míos ni aun a mi propia persona, sino que el amor que me tenía no le daba lugar a que otra cosa hiciese. Por esto verá V. A. de qué manera

estoy cuando con solo el comer se me amenaza, que casi me lo dan por limosna...»

Llegada Catalina a este punto, empiezan a asomar las preocupaciones domésticas que sentía agudamente como ejemplar madre de familia, como se consideraba era de los que trajo de España para su servicio. Y dice: «Una de las cosas que más siento es ver a todos los míos tan perdidos como están, que aunque todos no me hayan servido como debieron, tengo pena por lo que toca a mi conciencia no los poder pagar y despedir a los que me son causa de muchos enojos, especial a Juan de Cuero, que se me hace muy grave de sufrir sus atrevimientos porque es causa de que otros no hagan lo que han de hacer. Y esto téngolo de disimular por la necesidad que a V. A. he dicho...»

Catalina se ha alertado de la callada y violenta conjura que se formó para alejarla de su confesor, el dominico fray Diego Hernández, y le dice a su padre con angustiosa alarma:

«Sobre todo lo que más congoja me da es no poder, en ninguna manera, remediar la necesidad de mi confesor, porque le tengo el mijor que nunca mujer de mi manera creo que tuvo, así en vida y santa dotrina como en muy buenas letras, como a V. A. muchas veces he escrito. Péname mucho no le poder tener como su oficio y mi estado requieren, por mi extrema necesidad, en la cual él siempre me ha servido, y con tanto trabajo y pena, que ningún otro lo cumpliera, y esto con mucha lealtad así en su oficio como en todos buenos consejos y ejemplos...» (1).

El más interesado en apartar a fray Diego Hernández de la vecindad de Catalina es el propio Fuensalida, embajador de su augusto padre:

«En pago desto, no me parece que es razón deje de hacer saber a Vuestra Alteza cuán malamente el embajador se ha habido con él, en lo cual mucho me ha enojado porque en este caso ha ido contra el servicio de Vuestra Alteza.»

Aquí la cuitada doña Catalina apunta un escándalo surgido en su propia casa, ocasión de ese desafecto del embajador por el confesor de la hija del propio rey, so color de servirle:

«La causa ha sido porque el embajador ha tomado tanta afición con este mercader Francisco de Grimaldos que aquí trujo consigo y con una mi criada Francisca de Cá-

(1) No concuerda ciertamente esta apología que de su confesor fray Diego Hernández hace doña Catalina con otras referencias acerca de él que guardan papeles de Estado. El excelentísimo señor duque de Berwich y de Alba, director de la Academia de la Historia e ilustre compañero mío de la Real Academia Española, en una obra diligentísima trabajada de primera mano, ha ilustrado la gestión diplomática de Gutiérrez Gómez de Fuensalida en las Cortes de Maximiliano, doña Juana *la Loca* y doña Catalina de Aragón, y publicado su *Correspondencia*. Y allí dice el perfectamente informado y documentado autor de la espléndida y copiosa monografía:

«Este fraile ignorante era un joven vigoroso, audaz, ambicioso y tan disoluto, que degradado por un tribunal eclesiástico por causa de concubinato y expulsado de Inglaterra, acabó su vida en un convento de España, donde fué encerrado por orden de don Fernando *el Católico*. Dixon le llama ligero de cascos, lenguaraz, ignorante, hinchado de vanidad y orgullo y aficionado a alardear de poderío frente a reyes y caballeros.» Y cuenta esa anéc-

ceres (1), en tanta manera que ellos, al fin, con su favor se hubieron de casar contra toda mi voluntad; mas como estoy de tal manera, húbelo de disimular por la honra y honestidad de mi casa... Por el enojo que esta mujer me ha hecho yo la eché de mi casa y el embajador de Vuestra Alteza la ha tomado en la suya y a su mesa, que aun por lo que toca a su oficio en representar la persona de V. A. no me ha parecido bien hecho... Por lo cual yo suplico a Vuestra Alteza le mande escrebir dándole a entender cómo no es servido ni contento que así se haya.»

Insiste de nuevo Catalina para con su padre que no permita que su confesor se aleje de ella, ya que ella no le da licencia de irse a pesar de que se la pide cada día, hastiado como está de tantas desazones como recibe; temerosa de que no se la tome por su mano si el rey no le fuerza a quedarse y dirigir la conciencia de su hija:

«Yo suplico a V. A. se lo estorbe y escriba al Rey como V. A. ha mandado a este Padre que esté conmigo; que él (el rey Enrique VII), por amor de V. A. le quiera mandar muy bien tratar y favorecer, y a sus perlados les tenga V. A. en servicio su estada aquí, porque la mayor ayuda que para mis trabajos tengo es la buena consolación y esfuerzo que él me da...»

Catalina acucia todavía más su encarecimiento y acentúa más sus penas, amenazando veladamente que tomará una resolución irrevocable: la de entrar en orden:

«Crea V. A. que ya me veo tal que casi como desesperada envío este criado mío a V. A. para suplicarle se le acuerde como soy su hija y lo que por su servicio he pasado... De lo que fuere más servido, luego con este criado me lo mande escrevir, porque sigún me veo temo de mí no haga alguna que ni el Rey de Inglaterra ni V. A., que es mucho más, me lo puedan estorbar, sino que forzosamente por mí haya de enviar para que haga el fin destos pocos días que me quedan sirviendo a Dios, que para mí será el mayor bien que en el mundo me podrá venir, y en guardar a V. A. cuya vida y muy real estado Nuestro Se-

---

dota: Al embajador, en su propia casa se presentó un día el fraile y le dijo: *En esta casa hay malas lenguas que me han infamado y no con lo más bajo de la casa de la princesa* (de Gales, la propia doña Catalina), *sino con lo más alto, y esto no es mengua para mí y por no hazello verdad estoy aquí, que ya me sería ido...* Era público que el fraile andaba livianamente por las calles de Londres sin compañero, pero en unión de tres o cuatro hombres con espadas y broqueles. Llegaron al embajador quejas del escándalo y se decidió a hablar a la princesa, refiriéndole cómo su confesor andaba de mesón en mesón, y de platero en platero, vendiéndole la plata; pero ella se enojó al oírlo y le defendió alegando que lo hacía por orden suya, y acabó por decir que, aunque no fuese sino por tenerlo ella por su confesor, debería considerarle por muy honrado. Sabiendo por la princesa lo ocurrido, fray Diego se ensoberbeció... La princesa estaba ciega... Y al propio rey, su padre, le escribía: *Vuestra alteza sepa que es muy menester remediar esto deste fraile y quitalle de aquí como a persona pestífera...* (Duque de Berwich y de Alba: *El embajador Fuensalida...*, páginas 84-86.)

(1) Esta moza casquileve, de mucha cuenta y harto alegre trato, en relaciones equívocas con el malicioso paje Gamarra, hizo burla del príncipe Arturo, la mañana que siguió a la noche de boda, según consta en el expediente de divorcio, por divulgar secretos de alcoba que no guardó con asaz fidelidad la discreción de la cerradura.

ñor guarde y acreciente, como deseo. De Rixemonte, a IX de Marzo.»

La apremiante misiva trae esta demasiado significativa posdata:

«Suplico a V. A. luego mande despachar a este mensajero y le mande dar para la vuelta, porque aunque lo que fué menester para la ida hube de mandar vender algo de mi cámara y así haga siempre, aun para comer, cuando no me siento bien dispuesta y es tiempo de pescado, porque carne, aunque esté para morir, en casa del Rey no la dará porque tiene por herejes a quien la come.

»Humilde servidora de V. A. que sus manos besa, *la Princesa de Gales.*»

Interesábase vivamente Catalina por las cosas de España y del Nuevo Mundo, que vieron descubrir sus ojos infantiles, y de donde llegaban todos los días nuevas maravillosas. Existe una carta, dirigida a ella el 6 de enero de 1518, escrita desde la ciudad de Santo Domingo *en las Indias del Océano,* expedida por Passamonte, que actuaba allí de embajador de España. Comunícale que le envía un vestido y una cadena de las que usan allí los caciques, y le significa el deseo que tuvo de enviarle algunos loros, pero que, atendiendo a la estación, temió que no iban a resistir el viaje.

De esta mirada retrospectiva en que por ventura nos hemos detenido más de la cuenta, pero que no deja de ser interesante en extremo, situémonos de un salto de aquellos que están permitidos a los historiadores ágiles a la Corte de Inglaterra, cuando en ella estaba ya Luis Vives.

Puede afirmarse que el humanista valenciano conoció allí y trató al médico de Catalina, español, don Miguel de la Sa o Lasao. Muchos de los ingleses que Vives encontró en la Corte real, conocían a España de sus propios ojos. Un lord Bernes era uno de ellos. Fué uno de los primeros escritores ingleses que tradujo un autor español. Este autor fué don Antonio de Guevara y el libro que en parte tradujo fué el *Libro áureo,* publicado en 1529; la versión inglesa es del año 1534. Entre las damas de la reina doña Catalina hay una también Catalina de Guevara; quizá fuera parienta del obispo de Mondoñedo y cronista del emperador Carlos V. Como no podía menos de ser, los ingleses de aquel tiempo comenzaban a interesarse por las cosas de España. Buena prueba de ello, el caso del obispo de Londres, Cuthbert Tunstall, embajador de Inglaterra en España. Tunstall fué amigo de Vives.

Amén de estas personalidades más o menos allegadas a Catalina y a su Corte, no hay duda que debía de encontrarse siempre en la isla una colonia flotante de españoles, más o menos movediza y cambiante, constituída preferentemente por mercaderes y capitanes de naos mercantes que traficaban con Inglaterra, puesto caso que el embajador Puebla creyó pertinente que esos españoles advenedizos pagasen determinados derechos. Juntamente con las mercaderías llegaban las nuevas de España, propagadas por aquellos noticieros, que eran el tipo del Polipragmon o sabedor de todo, creado por Vives en uno de sus más bellos opúsculos políticos: *De la insolidaridad de Europa y la guerra contra el turco.* Este es el título con que va en esta versión el librito *De dissidiis Europæ et de bello turcico.* A lo largo de toda la *Crónica de Enrico Otavo* hállase el rastro de una persona, española según todas las probabilidades,

que estaba en contacto con un gran número de compatriotas de todas las clases y profesiones, que lo observaron todo y al regresar a su patria refirieron historias de pasados acontecimientos cuyos principales actores eran.

Una innata simpatía y afinidad espiritual debió de existir entre Catalina y Luis Vives, el valenciano expatriado, sin domicilio cierto y sede fija. Nadie da dinero por darlo y cuando, como es sabido, Catalina envió caudales a Vives, era porque aprobaba su obra y se interesaba por ella vivamente. Y Luis Vives, por su parte, antes de ir a Inglaterra (mayo de 1523), estaba perfectamente informado de los estudios y las virtudes de su bienhechora munificente. Así lo da a entender el prólogo bellísimo que pone a su libro *De institutione fœminœ christianœ*, que en abril del propio año estaba ya terminado:

«Muéveme la santidad de tus costumbres y tu enardecida afición a los estudios sagrados a escribirte unas cosillas acerca de la formación de la mujer cristiana, punto éste necesario como el que más y en el que nadie hasta ahora puso la mano con el debido detenimiento, a pesar de ser tanta y tan variada la muchedumbre de ingenios y escritores...» Con estas palabras comienza el prólogo de la obra, que tiene su digno y entusiasta remate en estas otras:

«Ofrézcote esta obra, Reina ilustre, como un pintor te haría ofrenda de un retrato donde con sumo y artificioso primor estuviese figurado tu semblante. Así como en aquél verías pintada tu figura muy al vivo, así también en estos libros verás la imagen de tu alma, a saber: lo que has sido de doncella, de casada, de viuda y ahora de casada nuevamente (ventura que pido a Dios dure infinitos años) y cómo te condujiste en todos esos estados a fin de que seas dechado y espejo de vida ejemplar en cada uno de ellos. Pero tú más quieres que sean alabadas las virtudes que no tú, aun cuando nadie puede recomendar ni elogiar las virtudes propiamente femeninas sin que te comprenda a ti en aquel encomio y aquellos loores. Con todo se te habrá de obedecer siempre que sepas que bajo aquellas virtudes significadas y heroicas, las más semejantes a las tuyas se predican por su propio nombre, pero siempre, de callada, la predicada eres tú. No es posible celebrar las virtudes en abstracto sin que a la vez se celebren aquellos sus cultivadores anónimos que en las mismas virtudes mucho se aventajaron. Leerá estas advertencias mías tu hija María, y las reproducirá en sí y se arreglará según el ejemplar doméstico que le ofrecen tu bondad y sabiduría. La copia será exacta, y si ella sola no engaña todas las conjeturas humanas, es fuerza que sea muy buena y muy santa... Así, las mujeres todas, a la vez que por tu vida y tus obras tendrán ejemplo, asimismo tendrán por esa obra que yo te dediqué preceptos y normas de vida. Y de una cosa y otra serán deudoras de tu bondad, porque tan ejemplarmente viviste tú, que yo me sentí movido a tomar la pluma en mi mano.» Esta dedicatoria está fechada en Brujas, por las nonas de abril.

CAPITULO XIV

LUIS VIVES Y MARIA TUDOR

No tenía ciertamente edad María, la hija «nacida de Catalina de Aragón y de Enrique VIII, noble y celebrado par de esposos cristianos» (¡cómo debió de volvérsele amargo a Luis Vives este elogio, cuando pocos años después lo desmintió el escándalo que remató en cisma fundado, no sobre piedra firme, sino sobre un lecho de adulterio!); no tenía, digo, años suficientes María Tudor para leer las virtudes ejemplares de su madre, el año 1523, en el precioso libro de *La mujer cristiana*, que Vives le dedicó. En aquella sazón no contaba más que siete años, y más que leer en el doctrinal de la mujer perfecta debía de silabear el abecedario e ir atando letra con letra. Precisamente a ruegos de Catalina escribió para la niña el gran amigo de su madre un tratadito de pedagogía pueril, en forma de epístola, bajo el título *De ratione studii puerilis*, y lo intituló a *Doña Catalina, reina de Inglaterra, su protectora incomparable.*

Es probable, dice el más grande conocedor de las relaciones de Luis Vives con los ingleses y con Inglaterra, Foster Watson, que el profesor señalado para poner en práctica el sencillo plan dictado por Vives, *ad usum Delphini*, quiero decir, para el uso y mayor provecho de la princesita angloespañola, fué Juan Fetherstone, que todavía desempeñaba el delicado encargo el año 1525, cuando se formó un Consejo para ponerle casa a la princesa, que fué separada de su madre, en los palacios de Richmond y Greenvich, instalándola en Ludlow, en el País de Gales. Parece que Catalina siguió el precepto de aquel gran pedagogo de las primeras generaciones de la alta sociedad romana ganada para el Evangelio, digo el león de Belén, el grande y vehemente San Jerónimo, en sus cartas ascéticodidácticas; a saber: que la primera educación de las niñas debía correr a cargo de sus madres. Antes que las manos de Fetherstone, labraron la infancia de María las manos mansas y dulcísimas de la latina exquisita que fué la postrer hija de los Reyes Católicos, y que, ausente aún, vigilaba su aprovechamiento en esa disciplina con el interés más despierto y cariñoso. Foster Watson cita una carta, por excepción casi única, escrita en inglés, en la que Catalina (1) dice a su hija:

«Por lo que toca y atañe a tus ejercicios en latín, soy contenta que me sustituya el profesor Federston (sic), porque con él, más que conmigo, aprenderás a escribir correctamente. No obstante, yo vería con gusto que de cuando en cuando escribieras al profesor Federston com-

---

(1) La correspondencia cruzada entre Catalina y el príncipe Arturo antes de conocerse personalmente está en latín. Las cartas de Catalina a su padre don Fernando están escritas en castellano. El año 1506 le escribió que le enviase a un fraile observante de la Orden de San Francisco, que debía ser varón de buenas letras, para confesor, porque ni comprende la lengua inglesa ni puede hablarla.

posiciones de tu propia invención, y cuando él las hubiera leído, me las remitiese para poder leerlas yo también. Me ocasionaría una gran complacencia comprobar por mí misma que aprendes bien tu latín y que escribes claro.»

Queda, pues, fuera de duda que Fetherstone era el profesor de la menina, aun cuando Linacre, el famoso latinista, compusiera para ella una gramática latina elemental, escrita en inglés, con el título latino: *Rudimenta grammatices*, y una prefación latina también. Con esta obrita quiere probar la verdad del axioma antiguo; a saber: que el comienzo es ya la mitad del camino. Habla a la princesita cariñosamente y la llama *Anglorum delitiœ atque decus* (Encanto y gala de los ingleses).

Linacre fué gran amigo de Vives, de quien y para quien existe una extensa carta. Aventajaba a Vives en treinta años, y fué mostrador del griego a Erasmo, cuando Vives no había salido aún de la puericia. Ello era en 1497. Había contribuído como el que más a formar el grupo helenístico de Oxford, uno de cuyos principales elementos era Tomás Moro, eventual traductor de Luciano.

Con ambos a dos, con Linacre y con Tomás Moro, tenía Luis Vives suma ilusión de asociarse. Tuvo la suerte de trabar amistad con el primero en la Corte de la reina Catalina, y se le hizo la señalada distinción de consultarles a los dos en común sobre la formación del regio vástago, la gran esperanza de la madre y de la Corona inglesa, ya que era en aquella sazón su reserva y su arrimo único:

In te domus omnis inclinata recumbit.

Entre el inglés Linacre y el español Luis Vives hubo perfecto concierto en todo lo tocante a la crianza de la tierna española-inglesa; lo digo así para hacer honor a un título cervantesco. No le fué dado a Vives gozar de la cara amistad de Linacre, contraída tan a destiempo y para tan breve plazo. En la ausencia sentía la soledad de él y su flaca salud le tenía en muy escocedor cuidado. En una carta, sin lugar ni año, pero probablemente expedida desde Oxford, Vives le dice a Linacre, con ansiedad no disimulada, que hace ya algún tiempo que no tiene noticias suyas y ello le causa una recia preocupación por su salud. Pídele que no le olvide y que no permita que viva en la angustiosa incertidumbre; que si no puede enviarle cartas, al menos le envíe frecuentes encomiendas y saludes por conducto de los recaderos advenedizos: que siente para él una piedad filial desde el punto que conoció que él a su vez, para consigo, abriga entrañas de padre; pregúntale qué es de su gramática y cuáles son sus ulteriores proyectos.

Desgraciadamente, pocos meses después tuvo que notificar su defunción en una carta a Erasmo:

«Linacre se nos fué de este mundo con duelo muy amargo de todos los hombres doctos para quienes abrigaba los mejores sentimientos y de los cuales era favorecedor decidido, pues en él tenía más predicamento y fuerza la opinión y renombre de ingenio y doctrina que la malevolencia mutua, las discordias, que las banderizas y enconadas rivalidades. En la actualidad imprímese su libro de la *Enmienda de la construcción*, donde hace de ti la honrosa mención que te mereces, con tanta abundancia de corazón, que tendrás la evidencia de que no so-

lamente te tenía amor, sino que te prestaba reverencia...»

La casa de Catalina estaba montada sobre el pie de la que llamaban *pietas litterata,* la piedad con letras, el humanismo devoto que tan sinceramente profesaba el autor del *Triunfo de Cristo* y de la *Vida del hombre erudito,* que bajo su pluma equivale a *humanista*; y ello no tanto por explícita confesión como por la implícita adhesión de su estilo, amasado todo él con letras divinas y con letras humanas.

En este comedio y en este ambiente de la letrada Corte de Catalina escribió Vives para la hija de los reyes un opúsculo precioso: *Escolta del alma* (*Satellitium animi*), y le puso un gentil y lindo prólogo, lleno de ingenio y de cortesanía, en forma de dedicatoria, «a doña María, princesa de Gales, hija de Enrique VIII, rey de Inglaterra».

Comienza diciendo ser vieja costumbre entre los príncipes la de ir siempre y adondequiera acompañados de una muy alertada escolta, que mira continuamente a la guarda de su cuerpo y de su vida; costumbre ésta más recibida que sabia y prudente, pues no hace sino denunciar el miedo de que los príncipes están poseídos, miedo, por lo general, inspirado y aguijoneado de su propia conciencia. No hay escolta más cierta y más fiel que la inocencia personal y el amor del pueblo, que jamás nace de la extorsión, ni por las armas y el terror es impuesto. No sin razón fué loado aquel dicho discretísimo de Agasiclo, rey de los lacedemonios, a saber: que cualquier monarca podía reinar sin escolta ni sin ejército si su gobierno era como el gobierno de un padre sobre sus hijos. Dado que una tan añeja usanza no puede quitarse de golpe, tus padres ya cuidarán de que no te falten esos guardas de tu persona. «Yo, empero, a ruegos de tu madre, ilustre y muy santa mujer, rodearé tu espíritu de una centinela tan diligente que te deparará mayor seguridad y protección que cualesquiera soldados armados de alabardas.» Sigue diciendo que esta guardia del cuerpo, sobornada a veces por el dinero, o acobardada por el miedo, o desmoralizada por la molicie y la buena jera, o desertó de su caudillo, como le aconteció a Nerón, o le traicionó como a Galba, o le asesinó como a Pertinax. En cambio, «esta escolta que yo te doy, una vez que se hubiere agrupado en derredor tuyo, cimentada en la lealtad, cuando tu salud ande en ello, ofrecerá la constancia y la firmeza de su pecho a todas las arremetidas, a todos los asaltos, a todas las celadas. Corre mayor peligro el espíritu del empuje y del poder astuto de los vicios, que el que corre el cuerpo de las embestidas, así interiores como exteriores, en tanto mayor grado cuanto más debe uno estimar el alma que el cuerpo. Más arteras y solapadas son las asechanzas de los vicios y más férrea su tiranía y más amarga y espantosa la muerte del alma».

Anúnciale que recibirá un escuadrón de doscientos centinelas o unos cuantos más; no duda que estrechará la más sabrosa y asidua familiaridad con cada uno de ellos, y que ni de día ni de noche, ni en casa ni fuera de ella, se alejará de esa brava compañía ni el grueso de una uña. Si por un momento quedara destituída de esta defensa, estaría ocasionada a que hiciera presa en ella el diablo, que, como San Pedro nos avisa, a manera de león bramador, anda rodeando y buscando a quien tragar. Previene que les

dió el nombre de símbolos o notas distintivas como aquellas con que los príncipes, según costumbre inmemorial, llegada a nuestros días, acostumbraron señalarse. Pero la cosa se extendió más y se vulgarizó, y como de la propia fuente de la necedad manaron y se derivaron aquellas de las que con una estúpida arrogancia blasonan los príncipes de nuestro tiempo, indignas no ya de cristianos, sino de gentiles. Con estas divisas terroríficas amenazan a todos, meten pavor en el pecho de todos y arróganse un poder superior al que se concede al hombre y ponen mayor confianza en su poderío que en Dios.

Harto puede entenderse para quién hablo, y huelga una más puntualizada explicación. La misma ferocidad y salvajía afectan los emblemas de leones, osos, leopardos, serpientes, dragones, molosos, águilas, buitres, espadas, llamas y otros aparejos de terror de este mismo jaez, como si fuera decente y glorioso y principesco poseer una condición análoga; a saber: atroz, rapaz, cruel, sanguinaria. Cuánto más valiera tomar por emblema algo que por su humanidad, por su cortesanía, por su mansedumbre, invitara o atrajera, o por la grandeza y prestigio de su gravedad y excelencia se granjease las simpatías y todas las adhesiones.

Ley es de esta suerte de símbolos o empresas la de encerrar completo un pensamiento con no más de cinco palabras, y cuanta mayor brevedad tienen, tanto más se recomiendan por su gentileza; como aquella del emperador Augusto: *Matura:* Date prisa despacio. La empresa esconde algo de oscuridad y alegoría porque la desvía un poco del sentido natural, si bien no a tanta distancia de él como la que empleó para alejar a los indoctos de la inteligencia de sus dichos Pitágoras, quien los ajenó tanto del significado directo de las palabras en que los formulaba que indujo a los tirrenos a ponerlos en ejecución sin tener cuenta con su sentido alegórico, que no acertaban a comprender. Para evitar este escollo y no dar en ese tropiezo, Vives las ilustró con unas exposicioncillas, breves ciertamente, dada la densidad de su contenido, con el único objeto de que en ningún momento la ambigüedad ni detuviera ni engañara su interpretación. Y acaba el gracioso prologuillo con estas palabras edificantes:

«Yo, por esa escolta, no quiero otra remuneración sino que la ley de Cristo, de la cual ella está tomada, reine en toda tu vida y en todos tus actos, que serán un gran acicate y ejemplo de los actos de las personas particulares, si fueres tú esa princesa ideal, cosa que fácilmente conseguirás con la imitación de tu madre. ¿Qué galardón puede tocar en esta presente vida más excelente y más rico, o de mayor valía para la futura como el de ver que sus rectas amonestaciones y avisos no cayeron en terreno baldío y que, gracias a ellas, se acrecentó la piedad de algunos? Dígnese nuestro Padre Jesús comunicarte alguna porción de su espíritu a fin de que vivas con suma felicidad el más largo tiempo posible y en todos los trances antepongas la virtud a cualesquiera fortunas. En Brujas, al primer día de julio.»

Esta dedicatoria transpira el más tierno afecto por la pueril infanta y la admiración más reverente para con su madre. «Espanta el pensar, dice Forster Watson, que esa niña, educada tan cristianamente llegó a ser la cruel reina María.»

Vale la pena, ya que hemos entrado en esa floresta, coger un ramillete de algunas flores, que será un cordial del alma a la vez que un exquisito recuerdo. Leemos al azar:

Fortuna fallacior quo blandior. La Fortuna es tanto más falaz cuanto más risueña. Y Vives comenta:

«Esta divisa yo se la di al cardenal Croy para el gobierno de su alma. No fué tanto empresa como vaticinio, pues como fuese verdad que la Fortuna se había prodigado con manirrota demasía en él y en su tío, señor de Chièvres, repentinamente a ambos los tragó, pero al cardenal en la flor de sus días, a los veintidós años de edad.»

Magnes amoris, amor. El amor es el imán del amor. No hay cosa que provoque tanto al amor como el amor. De Marcial es esta sentencia: *Marco, eso no se obtiene con palabras; si quieres ser amado, ama.* Existe una cierta natural correspondencia y simpatía instintiva en las cosas, de suerte que no hay persona que profese odio a quien le profesa amor. De esto tratan también ampliamente Platón, Séneca y otros.

Blandum imperium imperiosum. El mando suave se impone. Y en efecto, tiene mayores fuerzas y obliga más fuertemente. Del poeta Ausonio es esta sentencia discreta: El gobierno templado disimula y encubre una gran fuerza.

Nobilitatem non dat unus dies. No es suficiente un día para conferir abolengo. Nadie es noble por nacer de estos o de aquellos padres. Ni la circunstancia del nacimiento que en un día ocurra hace noble a nadie, sino las obras esclarecidas de virtud. El satírico Juvenal encierra este concepto en dos de sus versos (1): *Aunque los viejos bustos de cera por todas partes decoren el atrio, yo te digo que, a pesar de todo, la sola y única nobleza es la virtud.*

Domitrix omnium patientia. La paciencia es la domadora universal. Virgilio dice: «Sea cual fuere la fortuna, hásela de vencer con soportarla.» La fortuna y todas las eventualidades y todas las arremetidas de los hombres se embotan y se quedan romas si chocan con la muralla de la paciencia, como lo demostraron los mártires de nuestra santa religión.

Vive ut post vivas. Vive por vivir después. De tal suerte hemos de vivir que acuciemos el camino para una vida mejor y, por ende, la verdadera vida, pues esta presente, ¿qué otra cosa es sino una jornada y una peregrinación?

Hemerobia vanagloria. La vanagloria es cosa de un día. Escribe Aristóteles que junto al río Hipanis (2) nacen unos insectillos que jamás llegan al día siguiente; por esta razón, se llaman *efemérides* y *hemerobias*, voces griegas ambas, que suenan en castellano: cosa de un día.

Magno vendendum tempus. El tiempo ha de venderse muy caro. (No la explica porque el sentido es obvio.)

Da cæcus; accipe oculatus. Da a ciegas; recibe con mil ojos. Parece bien que el que da no se acuerde del beneficio y que no mire mucho a aquel a quien da, y mejor aún si aparta los ojos porque no parezca que da a entender que reprocha o culpa o que él, a su vez, mendiga alabanza. En cambio, el que recibe

---

(1) *Satyr.*, VIII, 19-20.

(2) Río de la Sarmacia europea, llamado actualmente *Bog*, que desagua en el Ponto Euxino, al oeste de Boristene.

debe mirar no tanto el don como el donante y no olvidar jamás la gracia que se le hizo. Por eso fingieron los poetas que las Gracias eran tres: dos que nunca miraban atrás y la tercera que mira siempre a las primeras.

Ne lingua mente celerior. La palabra no ha de anticiparse a la reflexión. Has de pensar lo que tienes que hablar. Nos fué dada una mente velocísima porque no haya cosa que se le pueda adelantar, si ella no quiere. Ese debe ser el timón de la lengua.

Todas estas sentencias van numeradas y van dirigidas a todos para que cada cual escoja la que más le cuadre. Pero Vives se puso una para sí a fin de gobernarse por ella. Veamos cuál es; ésta, la 155:

Sine querela. Sin querella. Has de vivir con tal miramiento que no des pie porque nadie se queje de ti o tú te quejes de quien sea ni de la fortuna; ni hagas tú injuria a nadie ni creas que se te ha hecho a ti. Séneca, en su libro *De la tranquilidad de la vida*: «Hay que habituarse a la propia condición y quejarse de ella lo menos posible y asir toda cuanta comodidad comporte a su alrededor. No hay trance tan amargo en el cual el ánimo templado no halle consuelo.» Este lema es el mío.

Y por terminar, esta sentencia brevísima, que da a entender lo que pensaba Vives de las masas que ahora, con un nombre griego no recibido en la época de Vives por ninguna lengua romance, se llama *democracia.*

Populo cede, non pare. Cede al pueblo, pero no te hagas su criado. No se ha de admitir pelea con la masa, que es una bestia multicéfala; pero tampoco te has de rendir a sus opiniones.

Cuando la niña María fué ya mujer y reina, en épocas distintas adoptó tres máximas. La primera fué ésta, que no está en la *Escolta*, de Vives: *Caste et suppliciter*: Casta y suplicante; bajo la figura de una vestal en actitud de sacrificio ante un altar. La segunda máxima fué (tampoco está entre las de Vives): *Pro ara et regni custodia*: Por el ara y la salvaguardia del reino, bajo la divisa de una espada erecta encima de un altar. La tercera y más usada fué: *Veritas, temporis filia* (ésta sí que es de Vives): La verdad es hija del tiempo. Es la 90. Vives la ilustra con esta lacónica explicación: «La verdad que harto tiempo está encubierta con el discurso del tiempo existe y aparece, porque nadie fíe en la mentira o porque no piense que la verdad está siempre oculta.» De Cicerón es esta máxima: «El paso de los días borra las fantasías y las invenciones y confirma los juicios o leyes de la Naturaleza.»

No quedó el magisterio del humanista valenciano que la incitaba a seguir el ejemplo de su madre, al menos sin fruto inmediato en la que entonces era niña, así que se fué haciendo mujer. Lo sabemos por un testimonio no recusable, porque estaba relacionado con ambos: con la discípula y el maestro. Es Tomás Udall, que editó en la versión inglesa las *Paráfrasis de los Evangelios*, de Erasmo. Y en el prólogo que pone al Evangelio de San Juan dice:

«Inglaterra nunca será capaz de pagar la gracia con que la muy noble y virtuosa ladi Mary emprende esos meritísimos estudios y ese trabajo penoso de traducir estas paráfrasis de Erasmo sobre el Evangelio de San Juan.»

CAPITULO XV

«MENOSPRECIO DE CORTE...»

Y casi *alabanza de aldea,* si vale el antagonismo que entre una y otra pone don fray Antonio de Guevara, cronista y cortesano del emperador Carlos V. Juan Luis, bienquisto de los reyes de Inglaterra, y, a lo que se entiende, al abrigo de lo que Horacio llamó la férrea necesidad, que hartas veces obliga a hacer cosas que no están en el mapa, no se sentía del todo a gusto en la Corte de Londres. No le contentaba por completo la buena sombra del árbol envidiado al cual se arrimó. Al menos así lo expresa en una carta confidencial a Cristóbal Miranda, su amigo muy estrecho. Que sea el mismo Luis Vives quien nos cuente ese momento de depresión y de baja moral en el más equilibrado de los fiilósofos y más dueño de su malhumor y menos impresionable al juego cruel de la Fortuna:

«Todavía no he respondido a tu carta, que me ocasionó un placer indecible. ¿Y por qué no la respondí? Porque estaba intensamente ocupado en no hacer nada, sumido hasta el cuello en las aguas muertas de la desidia. Ya que en el tiempo pasado, en cualquier situación, solía siempre depararme ocio holgado y fecundo, ahora mismo me excuso del trabajo con otros trabajos imaginarios míos para desechar los ineludibles y serios. Es cosa increíble y que no acierto a expresar cómo nuestra naturaleza viciada ha hecho que en las aulas de los reyes, que son como la cabeza de los reinos y en donde, puesto que de allí dimana el gobierno sobre todo lo demás, sería conveniente que tuvieran su morada y su asiento la prudencia y la sabiduría, cabalmente allí mismo la cordura sea tenida por desatino. A este inconveniente común súmase en mi contra otro privado, no pequeño ciertamente. Consiste en que, aun cuando el espíritu esté deseoso de volver a sus actividades habituales, leyendo, escribiendo o meditando, y reponerse y recrearse con aquel hábito, usanza que se le hizo naturaleza, no se le deja espacio ni lugar para ese sabroso divertimiento. Tengo por aposento una zahurda reducidísima, donde no hay mesa ni apenas silla, cercada por todos lados de otras zahurdas pobladas y asordadas continuamente de tropel, ruidos y grita, tan subidos de punto que no permiten al espíritu el retiramiento dentro de sí mismo, por más recia que sea la voluntad y más poderosos sean sus esfuerzos. A esto se añade que vivo bastante lejos de la Corte, y porque el día no se me vaya en idas y en vueltas, ocasiones hay en que, salido de mi albergue a la mañana, no regreso a mi albergue sino a boca de noche. Enjaulado de nuevo en mi zaquizamí, si por ventura cené, no me paseo en aquellas estrecheces (¿cómo iba a poder pasearme?), sino que en ellas ando revolviéndome como en una celda carcelaria. Ni me es posible estudiar luego de comido. No tengo más remedio que atender a mi salud, especialmente aquí, donde, si enfermare, fuera echado en algún estercolero y no habría quien se dignase mirarme,

como perro ruin y sarnoso. Cuando no ceno, hago como que leer algo, y son muchas las noches que no ceno porque este régimen obligadamente sedentario no me permite la digestión, como cuando salgo a airearme y a estirar las piernas» (1).

Mojó, por excepción, en negra bilis Luis Vives la pluma templada y serena cuando escribía con ese pesimismo y con esas hieles. Cuesta mucho imaginarse que dejarían morir como un can roñoso en algún montón de basuras al gran humanista español, aquella santa y dulce Catalina de España a quien dedicó el precioso tratado de *La mujer cristiana*, poniéndola a ella como ejemplo en cualquiera de los tres estados en que puede perfeccionar su cristiandad una mujer seglar; ni aun, por aquel entonces, el propio Enrique VIII, que sabía tanto latín como los clérigos de Oxford, y que con tanta complacencia había aceptado la dedicatoria de los *Comentarios a la Ciudad de Dios*, por no mentar a sus muchos otros poderosos amigos de Londres.

Se comprende perfectamente que el encerramiento en que deben permanecer las casas inglesas como obligada defensa contra el frío resultara un suplicio para ese levantino, añoradizo de la blandura indulgente y cariciosa del cielo que le vió nacer y del país deleitoso donde frutecen los naranjos y los azahares nupciales perfumean.

En hecho, de verdad, ni eran confortables ni siquiera higiénicos los alojamientos ingleses. Parece que en determinada ocasión el melindroso Erasmo necesitó uno y quiso tomar información de su amigo Andrés Amnonio, que allí residía, y éste le contestó, exponiéndole su propio caso. Se refiere a las casas inglesas en general, y llega a quejarse de la propia casa de Tomás Moro, que con una generosidad tan amplia como su pecho y sus brazos le había acogido en la suya (1), que era de él tanto como de sus amigos: «Decíanme que no parecería bien que yo me alojara en casa de algunos de mis paisanos comerciantes como yo desearía. El desaseo de este pueblo, del cual ya tengo asaz experiencia, es simplemente repulsivo. Alquilar una casa y vivir como fuera mi deseo está muy por encima de mis posibilidades.»

Erasmo insiste:

«Búscame algún colmenar abrigado y tibio donde pueda yo invernar. Desearía que no estuviera demasiado lejos de San Pablo. Me propuse no alojarme en casa de lord Mountjoy, mientras permaneciere allí aquel *cancerbero* (?). Fuera de que no conozco yo en aquel inmueble ninguna habitación adecuada para el invierno, a menos que desaloje yo a mi lord de su propio aposento. Acaso hallarás alguna conveniencia en el convento de frailes agustinos.»

Toda la diligencia que la póstuma

(1) Carta de Vives a Cristóbal Miranda. *Vivis opera*, VII, págs. 201-202.

(1) Esto era en octubre de 1511. Tres casas tuvo y habitó Tomás Moro. Esta a que alude Amnonio era la de Bucklersburg, donde moró los años de su primer matrimonio. Cuando segundó las nupcias, con Alicia Middleton, mudó de casa y se trasladó a la Crosby House. El año 1523 se instaló en Chelsca, donde *si ni el marfil ni el oro resplandecían en los altos artesones*, como en la propia casa de Horacio, tenía tal prestancia y dignidad, que en ella podía acoger a los reyes. En esta casa habremos de encontrar a Luis Vives.

devoción de Vives desplegó para localizar el mísero tugurio que albergó a un hombre tan grande ha resultado baldía. Martín Hume, que en 1659 tradujo al inglés la *Crónica del rey Enrico Otavo de Ingalaterra*, citada ya copiosamente, escrita por un español desconocido, en la misma Inglaterra, ceñida al período 1527-1549, dice que los mercaderes de España que llegaban a la Isla residían, por lo común, desde tiempo inmemorial, alrededor de la Tower Street, a ambos lados de la Tower Hill. Las viviendas de ese distrito londinense parecen corresponder a la descripción que Luis Vives traza de su cuarto tétrico. Por lo menos en una popular institución de este mismo distrito; a saber: el Real Hospital de Santa Catalina, cerca de la Tower, debió de poner Vives los pies, y no pocas veces. Es uno de aquellos establecimientos de beneficencia de que Vives se ocupa en su bellísimo y valiente tratado *Del socorro de los pobres*, publicado en 1526. Este hospital o casa de pobres, desde el año 1516 hasta el año 1536, estuvo regentado por el franciscano fray Jorge de Ateca, que trajo de España. Catalina, cuando su boda con Arturo. Más tarde fué obispo de Llandaff, como más arriba queda dicho, y más tarde, sintiéndose muy desigual a la situación embravecida y fiera creada a su bendita señora por la adúltera pasión de su voltizo y libidinoso marido, desertó de su lado cobardemente; no lo negó, pero tampoco lo confesó delante de Dios y de los hombres, y fué a esconder su cobardía en el convento bilbilitano de donde era hijo. ¿Y quién duda sino que Luis Vives, acuciado por el evangélico *Misereor super turbam*, por la misericordia de los pobres y de los desvalidos, mientras meditaba aquel áureo tratadito que debía enviar a los burgomaestres de Brujas, encauzando y dando sentido y amplitud de función pública a la caridad para con el prójimo, estudió el régimen del hospital de Santa Catalina, al cual le daba tan fácil acceso para con su director su condición de español y de amigo de la reina, con cuyo nombre se decoraba el bienhechor instituto, pudiéndolo comparar con otros establecimientos similares que en Flandes funcionaban?

Cinco años antes de que Vives fuese a Inglaterra, en diciembre de 1518, la reina Catalina y el rey Enrique fundaron en este hospital la Cofradía de Santa Bárbara. Por el distrito donde estaba enclavada la real institución sentían un cariño especial los extranjeros, explicable por la cercanía del Támesis. A fines del siglo XVIII, dice un escritor inglés que era incalculable el número de navegantes de todas las naciones y religiones avecindados con sus familias en aquel barrio. Esto mismo, en menor escala, naturalmente, ocurría a principios del siglo XVI, cuando la dirección de fray Ateca. Aquel barrio era el punto de reunión y de cita de los españoles residentes en Londres.

Foster Watson, el sagaz perseguidor de las huellas de Luis Vives en la urbe que bebe en el Támesis y asimismo conocedor *de visu* de la ciudad que bebe en el Turia, supone que el distrito comprendido entre Tower Street y Tower Hill despertaría y avivaría en Vives el recuerdo jamás extinguido de su Valencia. «Existían—dice—Queenhithe y Billingsgate, donde descargaban las naves portadoras de pescado fresco y en salazón, naranjas, arenques, cebollas, variedad de tubérculos, frutas, trigo y arroz, y estos pequeños puertos con sus muelles debían de

recordar a Vives el Grao, de Valencia. Queenhithe y Bilingsgate estaban próximos a Tower Street, distrito de los españoles. Pero Vives debía de evocar más poderosamente aún los días de su infancia en su ciudad natal cuando pasaba por delante de la catedral de San Pablo, que es para Londres lo que el *Micalet* es para Valencia, y a lo largo de Cheapside, el gran mercado londinense. El mercado de Chepe, de Londres, era más grande que el mercado de Valencia, con sus carnes, con su pescado, legumbres, frutas y toda suerte de artículos y productos. Como en Valencia, en los largos paseos de la gran plaza del mercado londinense, bullían en pintoresco abigarramiento marineros y comerciantes de todas las nacionalidades, y la vida varia y movida que allí tenía su manifestación, debió, a no dudarlo, dar ensanches al espíritu de nuestro filósofo, que allí aprendió a amar más a sus semejantes y a considerarlos a todos, estudiosos o rudos, ricos o pobres, como ciudadanos de una patria común» (1).

¿Cómo se trasladaba Vives desde su alojamiento a la Corte?

En Richmond como en Greenvich, dice el propio autor que tan minuciosa y concienzudamente ilustra las jornadas londinenses del expatriado valenciano, todas las personas que visitaban la Corte iban en barca por el Támesis, puesto caso que los caminos, útiles en verano, en invierno se hacían impracticables. Antes que se introdujeran los coches para las excursiones reales, los palacios del rey y las mansiones de los nobles estaban situados a lo largo o al menos cerca de las orillas bajas del río. Cada gran propiedad tenía su desembarcadero, con un equipo de barcas y botes. Un cuerpo de barqueros formaba parte de la servidumbre de la casa real. Lucían la librea real y las insignias de que los había proveído la Corona, y su misión era la de conducir la real familia por el río adonde se les mandaba (1).

Londres en aquella sazón era una Venecia del Norte. Es fama que el cardenal Wolsey tenía costumbre de ir todos los domingos a la corte de Greenwich. «Tomaba—escribe un testigo ocular—la mayor parte de las veces la embarcación en sus propias escaleras. Iba escoltado de *yeomen* (que es la milicia nacional montada de Inglaterra). Desembarcaba en Three Cranes en el árbol de Vine y de aquí, caballero en su mula, con sus cruces, sus almohadas, su rojo capelo y con el gran sello llevado a caballo delante de él, recorría la Thames Street para llegar a Billingsgate, y allí volvía a embarcarse de nuevo, y de esta guisa llegaba a Greenwich, donde era recibido con solemnidad y nobleza» (2). No era tan largo el camino que tenía que recorrer Vives. Modesto peón de Londres, como Sócrates de Atenas, llegado a Billingsgate, embarcábase allí, y todo derecho navegaba a Greenwich. ¿En batel que hubieran puesto a su disposición el rey o la reina para trasladarse a palacio, o en barquilla alquilada? No se sabe.

¿Quiénes fueron sus compañeros de alojamiento, digamos de pensión,

(1) FOSTER WATSON: *Les relacions de Joan Lluis Vives amb els Anglesos i amb l'Anglaterra*. Barcelona. Institut d'Estudis Catalàns. 1918, pág. 212.

(1) Idem ibídem, pág. 213.

(2) HENRY HUMPHERUS: *History of the Waterers Company* (vol. I, pág. 5), citado por FOSTER WATSON, pág. 213.

en ese duro bregar de Londres? El mismo va a decírnoslo acto seguido, en una carta nuncupatoria enderezada al ilustrísimo don Juan de Borja, duque de Gandía:

«Cuando, años atrás, iba escribiendo el tratado acerca de la formación de la mujer cristiana, poco podía yo pensar que en lo sucesivo no habían de faltar quienes me exhortasen a escribir un tratadillo análogo acerca de los deberes del marido y aún he de confesar que tal idea no me vino jamás a las mientes. Y así fué que por esta no previsión mía mezclé en aquellos libros enseñanzas que indistintamente podían tener aplicación así a la mujer como al marido, pues no esperaba yo que con posterioridad tuviera lugar más a propósito para decir aquellas cosas, aun cuando aquel en que las puse no era del todo ajeno del asunto. Mas puesto que la obrecilla tuvo un éxito más feliz que no me lo prometían mi esperanza ni mi expectación y se ganó lectores numerosísimos y (perdóneseme la inmodestia) siendo muy pocos aquellos a quienes descontentó (1) avivó el deseo de muchos, quienes porfiaron porque yo escribiese con relación al marido lo mismo que había escrito en el segundo libro de mi obra anterior sobre la instrucción de la mujer. Engolfado yo en aquella sazón en un verdadero agobio de ocupaciones absorbentes, hubiera dejado de doblarme a sus deseos, si los que me lo rogaban no fueran tales que yo no les podía negar nada y en especial, puesto que tan honesta cosa me pedían, casi fuera un pecado desoírlos y desairarlos. Entre todos éstos, el más principal y porfiado peticionario fué Alvaro de Castro, hijo de Juan, burgalés, cuando allá en Londres, no solamente morábamos en la misma casa, sino en un aposento común. Este camarada mío, con su afecto y bienquerencia, que por mí eran correspondidos con firmeza, teníame las veces de hermano. A éste, pues, que me lo rogaba con insistencia incansable, no sufrí negárselo en redondo.

»Así fué que conforme me iban ocurriendo, anotaba yo a guisa de minuta o programa del libro a escribir los conceptos que me parecían pertinentes a complacer su deseo tan vivo, y ello hacíalo yo en lengua española, pues en lengua latina no lo entendiera.»

Es muy para lamentar que Luis Vives, al trasladarlo al latín, que en el siglo xvi era el idioma oficial de los sabios, anulara el original vernáculo, que, seguramente, sería el romance de Castilla. Aunque igualmente español era el romance catalán hablado en Valencia—en otros pasajes de sus obras al referirse al habla natural traída a Valencia por don Jaime *el Conquistador* y que ya había producido obras inmortales como *Tirant lo Blanch*, de Joanot Martorell; el *Espill o llibre de les dones*, de Jaime Roig, médico de cámara de la reina doña María, la denomina lengua *gotolana*—no es de creer que en el catalán de mosén Corella o de sor Isabel de Villena escribiera avisos para casados para su joven camarada de Burgos. Lástima grande fué que Vives nos hurtara estos apuntes y ese primer bosquejo en la lengua vulgar de Castilla del elegantísimo tratado *De officio mariti*. No así procedió su contemporáneo y no muy amigo, el mordedor Melchor Cano, purísimo

(1) Uno de éstos fué Erasmo, que ni corto ni perezoso se apresuró a decírselo en forma que debió de vulnerar su finísima sensibilidad.

autor latino en su tratado *De locis theologicis* y castizo autor castellano; ni Arias Montano, el comentarista genial de los libros proféticos y autor del *Liber generationis et regenerationis Adam,* que sin perjuicio de lo primero compuso dulcísimos y sabrosísimos versos castellanos. Ambos a dos fueron *docti sermonis utriusque linguæ.* No podemos decir otro tanto de Luis Vives, de quien sólo se conoce en castellano, que yo sepa, una carta castellana, que irá en su lugar, y un fragmento insignificante de otra, que también transcribiré. En su catalán de Valencia, pérdida dolorosa también, sólo sabemos que escribió un plan de reforma de los estudios, enviada por él a los jurados de la ciudad bajo el título *Del establiment de l'Escola.* También este documento, que tendría importancia doble, nos lo envidió la avara antigüedad, sepulturera incansable.

Parece que, al releer los conceptos cazados al vuelo o venidos espontáneamente a los puntos de su pluma, sintió escrúpulos y los sacrificó con una crueldad que difícilmente le perdonaríamos. Esto parece indicar lo que se sigue de la carta al duque de Gandía:

«Y como todo esto mereciera luego una total e inexorable reprobación mía, parecióme bien aumentarlo y limarlo y enviártelo a ti en su redacción latina...»

Este libro salió más tarde, en 1528.

Este relato interesante nos hace pensar que acaso Luis Vives se cansó del *gurgustiolum angustissimum,* de la estrechísima y asfixiante buhardilla, en que no le era posible dar un paso, sin mesa y casi sin silla, y debió de trocarla por una habitación más amplia donde cabían dos: Vives y Alvaro de Castro.

¿Qué otras amistades mantuvo Juan Luis en Inglaterra? *Ab Jove principium.* En primer término, las de los reyes en la Corte, y, luego, otras contraídas en Oxford, y las que trabó en Chelsea, en casa de sir Tomás Moro. No consta que Vives, aunque muy bien hubiera podido conocerlo, se relacionara con Polidoro Virgilio, que hacía frecuentes visitas a Inglaterra, autor de las *Anglicæ Historiæ,* escritas a requerimiento de Enrique VIII y por él con larga mano favorecido, a la vez que favorecedor de otros ingenios, como de Erasmo, por ejemplo, a quien en cierta ocasión envió un espléndido obsequio en dineros para que se comprase un caballo; colector de *Adagios,* como el propio Erasmo, sin llegar a sus *Chiliades* o millares, pues los *Proverbios* de Polidoro no pasan de los 305, pero más conocido y estimado por su eruditísimo tratado de los *Inventores de las cosas,* Luis Vives le tenía en gran estima. Véase en qué compañía le pone en su *Arte de enseñar* (*De tradendis disciplinis*), hablando de los cultivadores de la Historia: «Muchos que no son historiadores profesionales ayudan mucho para el conocimiento de la Historia, como Cicerón, Séneca, Aulo Gelio, Macrobio y, de una manera especial, Polidoro Virgilio, de Urbino, con su obra *De inventoribus rerum;* San Agustín, en la *Ciudad de Dios;* Plinio y Solino...» No puede quejarse el secretario del duque de Urbino, camarlengo que fué del Papa y colector de primicias (anatas), que con esta misión hacía frecuentes estadas en Inglaterra, y a quien Enrique VIII colmaba de donativos, de la honrosísima aproximación en que Luis Vives le coloca a par de los ingenios próceres.

A quien no cabe duda que Luis

Vives conoció, trató y estimó fué a Nicolás Udall, alumno que fué del Colegio del Corpus Christi, el año 1520, y *fellow* del mismo, en 1524; es decir, durante los años de residencia de Vives en aquel colegio. Udall escribió piezas dramáticas escolares, ampliamente espigadas en Terencio, y representadas en el Colegio de Eton por los alumnos para engañar las luengas noches de invierno; tradujo al inglés *Apotegmas* y las *Paráfrasis del Nuevo Testamento*, de Erasmo. Uno de los corresponsales de Vives le transmitió recuerdos de Udall, que él recibió con complacencia y a los cuales correspondió con esta frase ingeniosa: «Mucho agradecí los saludos de Udall; *ego illi pro salute lignea vel chartacea reddam argenteam:* yo le remitiré una respuesta de plata por sus recuerdos de madera o de papel (?).»

No era difícil en la época de los Tudor entrar en relación con los varones insignes que tenían afinidad de aficiones. La lengua de los estudiosos era la latina, de modo que la diferencia de nacionalidad no era un óbice de mayor monta. Y la población de Londres era reducida: en 1532-33 calculábase en unos sesenta mil habitantes, un tercio de los cuales formaban parte de las parroquias situadas extramuros. Treinta años más tarde calculábase acrecida en unos treinta mil más.

Murió muy verde, como ya sabemos, el egregio protector de Vives, el cardenal Croy, obispo de Cambray y arzobispo primado de España. Acababa de salir de los veintiún años. Esta, al parecer, demasiado aceda juventud para cargos de tanta alteza y responsabilidad pudo parecer a alguien como una maldición divina, según aquello de Isaías: *Et dabo pueros principes eorum* (Por príncipes yo les daré niños, y muchachos con la leche en los labios los señorearán). La fatal caída del caballo arruinó el caedizo bienestar de Vives, y su posición se hizo precaria. Escribiendo Vives a Erasmo el día 10 de julio de 1521, por lo mismo, antes de instalarse en Inglaterra con carácter de estabilidad, le dice que convaleciente como está en Brujas de una pertinaz dolencia, en Brujas se quedará con el fin de poder avistarse con el rey de Inglaterra y con Moro para fijar su ulterior manera de vivir.

Es cierto, pues, que Luis Vives, al menos de una manera eventual, recibió ayuda pecuniaria de la reina antes de establecerse en Inglaterra. Una vez establecido con carácter permanente, cobraba una pensión del rey, otra de la reina, los honorarios que le correspondían como profesor nombrado por Wolsey en la Universidad y el alojamiento gratuito en el Colegio del Corpus Christi.

El importe de la pensión de Vives en la Corte de Enrique VIII consta en uno de los *State Documents* (1): «Honorarios de medio año pagados el día de Nuestra Señora del año 1529 a Luis Vives: libras 10.» Parece, pues, que la pensión anual del rey a Vives era de veinte libras. Si de la reina percibía igual cantidad, dice Foster Watson, Luis Vives percibía una paga decorosa.

Pero sus gastos eran muchos y las exigencias de su situación suponían copiosos dispendios. Sus muchos viajes debían de enflaquecer notablemente su bolsa. Un comerciante inglés, sir Tomás Gresham,

(1) *Treasurer of the Chambers Accounts.* Vol V, fols. 1531-32, pág. 30. Citado por FOSTER WATSON en la obra tantas veces citada.

manifiesta que sus gastos de ir y venir de Amberes a Londres ocho veces al año y el envío de su correspondencia, desde el primero de marzo hasta el veintisiete de julio de 1552 (no eran más baratos en tiempos de Vives), alcanzaron la cifra de ciento dos libras, con un promedio de doce libras diarias. Vives debió de viajar con mayor economía entre Londres y Brujas; pero, en todo caso, eran muy sensibles sus expensas.

Tampoco hay constancia de que Clara Valldaura, la suegra de Vives, y su esposa Margarita continuasen los negocios de Bernardo Valldaura después que éste, por su enfermedad y el fallecimiento consiguiente, estuvo incapacitado de dirigirlos; pero no es descabellada la suposición de que lo hicieran así y que Vives, de cuando en cuando, interviniese en esas relaciones comerciales. Precisamente a los veintiocho de abril de 1525 se concedió licencia a Johanes Ludovicus Vyves, criado del rey, para importar «trescientos barriles de vino de Gascuña y tintes de Tolosa a todas las partes del reino, pagando los derechos correspondientes, a excepción de Calais, y protección para sus naves y sus capitanes y artillería... por tres años. Asimismo, en fecha probablemente anterior, la recibió por exportar trescientas arrobas de trigo.

A los veintisiete de diciembre del año 1524, Erasmo, estante en Basilea, contesta a una carta de Vives en la que éste le había hablado de la gran benevolencia y favor que le dispensaban el rey y la reina de Inglaterra, e incidentalmente da a entender que esta doble protección era insuficiente *para conservar unidos el alma y el cuerpo*. Ello significaba que las pensiones regias no bastaban a satisfacer sus elementales necesidades vitales.

Tampoco tenemos la menor noticia de que su gigantesca labor literaria le produjese ningún beneficio de orden material. En la carta mencionada de Erasmo a Vives del veintisiete de diciembre de 1524, le dice que Froben no quiere imprimir ninguna otra obra de Vives, porque en aquella sazón los únicos libros que se vendían eran los que trataban de la controversia luterana. Vives mismo reconoce esta triste realidad. Dice a Erasmo, en carta calendada en Londres a los trece de noviembre de 1524:

«Estas animosidades en pro de Lutero o contra Lutero han desterrado del pecho de los estudiosos toda otra afición literaria: tan grande y tan avasalladora es la pasión por contemplar esas pugnas.»

CAPITULO XVI

LUIS VIVES, HUESPED DE TOMAS MORO

En Dios y enhorabuena llegó Luis Vives a Londres el año 1523. En este propio año, Tomás Moro, que siempre había modestamente vivido en casas de vecindad, trasladóse a su nueva casa señorial de Chelsea, abierta de par en par a sus amigos estudiosos, convirtiéndose de esta manera en un centro de actividad intelectual. En aquel círculo redu-

cido y apacible, debió nuestro humanista de vivir horas de purísimo goce al sabor de la amistad y de la filosofía. Esta asamblea debía de tener algo de aquella divina asamblea de grandes hombres que Dante, en su viaje al Infierno, halló en un prado de fresca verdura, conversando en calma mientras con palma lenta ordeñaban las barbas filosóficas que en maraña se habían dejado crecer pecho abajo:

Genti v'eran con occhi tardi e gravi
di grande autorità ne lor sembianti:
parlavan rado, con voci soavi.

Filósofos de ojos graves y dulces, con la autoridad reflejada en los rostros, que hablaban espaciadamente en el más casto latín, con una grande y musical suavidad de voces. Era una verdadera academia, en el sentido que tuvo esta palabra, antes que, vulgarizándose, degenerara; academia como aquella prototípica, a la que hacían grata y fresca sombra los plátanos atenienses.

Hellys Heywood, un escritor inglés que conoció personalmente al anfitrión de aquellos banquetes y festivales del pensamiento y a sus concurrentes habituales, en un libro que escribió en Italia y en italiano, rotulado *Il Moro*, y publicado en Florencia el año 1556, dedicado al cardenal inglés Reginaldo Pole, nos da a conocer punto por punto el ambiente de la casa de Tomás Moro en Chelsea. El autor adopta la forma clásica del diálogo. Presenta a seis caballeros, que, luego de haber comido con Tomás Moro, suben una pendiente situada a dos tiros de piedra de la mansión en el jardín de su huésped. Se sientan en la viciosa hierba, *sub tegmine fagi*, a la sombra de grandes árboles coposos, y comienzan a platicar reposadamente. Discuten en paz acerca de la fuente de la felicidad. A seguida, Heywood, a imitación de las descripciones de los retiramientos filosóficos de Fiésole, pinta el hechizo de la posesión de Moro, desde la cual sus invitados siguen con la vista maravillada cómo el Támesis va torciendo su camino entre prados verdeantes y lindos cerros vestidos de bosque. El jardín está siempre en primavera y verdura eterna. En la huerta, la abundancia vertió su cuerno lleno, y la amigable combinación de colores hace de aquel lugar placiente un tapiz vivo, labrado por la espontánea Naturaleza, para deleite y recreación de los filósofos que allá van a descansar y a dialogar (1).

Ya tiene Tomás Moro su *Hoc erat in votis*, su apacible ideal, que también Horacio vió colmado con la granja de la Sabina que le regaló Mecenas:

Este fué mi deseo: un campichuelo
abierto y libre donde un huerto hubiese,
y un manantial vecino de la granja,
y un poquito de bosque no muy lejos;
muy mayor cosa y muy mejor me ha [dado
el cielo; más no quiero, y le regra- [cio... (2)

El gran editor de Amberes Cristóforo Plantino reducía aún más este sano epicureísmo, contento con poseer una casa propia y un jardín:

Avoir une maison commode, propre et [belle,
un jardin tapissé d'espaliers odorants...

Ya tiene, pues, Tomás Moro, para sus amigos y para sí, lo que en todo tiempo desearan los sabios que en el mundo han sido y que en el

(1) Citado por Foster Watson: *Les relacións de Joan Lluis Vives*, etc., página 229.
(2) Horacio: *Satyr.*, II, VI, 1-4.

mundo serán: una senda oculta, una casa propia, abrigo de una vida descansada.

Y puesto que conocemos la finca, es natural que sintamos curiosidad por conocer al dueño. Si no lo conocemos por el pincel de Holbein, vamos a conocerlo por la pluma de Erasmo, que nos da su etopeya y su semblanza física:

«Ni era alto ni bajo, sino bien proporcionado. Su hombro derecho era un poco más alto que el izquierdo, particularidad que se hacía más de notar cuando andaba. Era pálido su color, castaños sus cabellos, rala su barba, azules sus ojos, sus manos rudas y recias, su pronunciación enérgica y distinta; gustábanle todos los manjares; era aguado, pero no imponía a sus huéspedes la ley seca (1). y para que su afición al vino no les ocasionara sonrojo, tenía al alcance de la mano un vaso oscuro que figuraba ser lleno de vino tinto y que en puridad no contenía sino agua clara. De los platos especiales que en la mesa se servían, él escogía no más que una tajada de carne fresca o salada, pan. leche, frutas y, con preferencia, huevos. Muy sencillo en el vestir, no gustaba de la seda, ni la púrpura, ni las cadenas de oro, excepto en las solemnidades protocolarias. Hasta un grado inimaginable, Moro es enemigo de toda ceremonia y de los cumplimientos hueros. No le agrada la corte, porque todas las cortes son un nido de intrigas. En Inglaterra no abundan tanto como en otros países, pero Moro adora la libertad y el libre empleo de su tiempo. Odia los dados y los naipes y, en general, todos los juegos de pasatiempo. Es hombre no cuidadoso en demasía de sus personales intereses, pero celoso en extremo de los intereses de sus amigos. Si mohinos os acercareis a él, no os separaréis de su lado sin que vuestros labios dibujen una sonrisa. Desde su infancia ama el buen humor, buen humor sin bufonadas, y la mansa ironía sin la menor punta de crueldad. El fué quien me exhortó a que escribiera el *Elogio de la locura* (*Encomium Moriæ*), que vino a ser algo así como invitar a la danza a un camello. A todas horas está dispuesto a conversar con las damas y con su familia. No hay quien sea menos esclavo de los prejuicios que él. Observa los gustos y los instintos de los animales. Todos los pájaros de Chelsea acuden a él para comer. Tiene pajareras con toda suerte de volátiles. Si se le presenta ocasión de comprar un simio, una zorra, una mustela u otra bestia cualquiera, rara y curiosa, la compra en el acto y la instala en su bestiario...

»Fuera tarea difícil la de hallar un interlocutor que en sus conversaciones improvise con mayor naturalidad y posea una imaginación más fértil y un lenguaje más atildado. Añádase a esto que tiene un raro ingenio y una memoria que jamás le es infiel. Es hombre de una sólida piedad, sin supersticiones. A hora fija practica sus devociones y eleva a Dios una oración que brota del pecho y no solamente de los labios. Cuando habla de la eternidad con sus amigos, toma la eternidad como materia de contemplación.»

Todos estos rasgos físicos y morales de Tomás Moro están tomados de una carta de Erasmo a Ulrico Hutten. Sorprende el número de puntos de coincidencia y contacto, fáciles de descubrir, entre Tomás Moro y Luis Vives. Esta semejanza se acentúa más con la relación de

(1) Tan aborrecible para Erasmo, excelente catador de vinos.

las costumbres de Tomás Moro, hecha por su nieto Cresacre Moro (1). Dice su nieto, dando ya a la vida de su bendito abuelo, hoy levantado al honor de los altares, un tono como de hagiografía:

«Aun cuando viviera en la corte, en llegando a casa se entregaba a determinadas devociones, hincado de rodillas en el suelo con su esposa, sus hijos y toda la familia; y como a menudo sentía el deseo de aislarse del mundo para reconcentrarse en su propia intimidad, se construyó para él solo una capilla, una biblioteca y una galería conocida con el nombre de *New Buildings* (nueva construcción), a cierta distancia de la casa principal. Los viernes retirábase allí desde la mañana hasta la noche, en memoria y veneración de la amarguísima pasión de Jesucristo, y pasaba todo el día entregado a sus devociones.»

Y ahora, algunos rasgos más de Erasmo que completarán esta venerable y simpática figura de retablo que invita a que le recen:

«Tomás Moro habíase construído una casa cómoda, ni chica en exceso ni tan grande que pudiera suscitar envidia, pero de razonable capacidad... No hay padre tan amante de sus hijos como él. Ama a su anciana esposa como si estuviera en su florida juventud.» Y a seguida el humanista holandés, que tan bien la conocía, pone la famosa descripción del aspecto intelectual de la casa:

«Diríase que era la Academia de Platón; pero no quiero injuriar la casa comparándola con la Academia de Platón, donde no se hablaba más que de números, de figuras geométricas y, de cuando en cuando, de las virtudes morales. La casa de Moro debe considerarse como una escuela o universidad de la religión cristiana, porque no hay en esta casa nadie que no lea o estudie las artes liberales. Su interés especial son la piedad y la virtud; jamás se originan discusiones ni suena una palabra más alta que la otra. Nadie permanece ocioso. El orden y disciplina de la casa son dirigidos por este varón digno, no con órdenes altaneras, sino con la más exquisita y benévola cortesanía. Cada uno cumple con su deber con una alegría sana y una sobria satisfacción. El designaba algunos de sus servidores para laborar el jardín; otros, para cantar; otros, para hacer música, y en su casa no permitía el juego de dados ni de naipes. Los varones vivían a un lado de la casa; las mujeres, al otro. A la noche los reunía a todos para que, concordes, a una boca, rezasen sus devociones, que eran los salmos *Miserere mei Deus, Ad te Domine levavi, Deus misereatur nostri. De profundis,* en sufragio de algún finado, y la antífona *Salve Regina,* y otras devotas oraciones...» (1).

Antes que Vives fuese, digamos, huésped de honor, muy considerado y querido en Chelsea, había tomado por correspondencia parte en los ejercicios literarios de la docta casa, que mereció por su eficiencia didáctica el honroso nombre de «Escuela de Tomás Moro». Estas relaciones por escrito convirtiéronse, para el bien y el provecho de ambos y de la cultura, en relaciones personales. Vives, como Erasmo, hízose un amigo de la familia. En su libro *Redac-*

(1) *Life of sir Thomas More.* Esta vida se publicó tardíamente, en 1828, por el reverendo JOSÉ HUNTER, en Londres.

(1) Carta de Erasmo, sin data, dirigida a Juan Faber

ción epistolar (*De conscribendis epistolis*) supone que una de esas cartas va dirigida a Chelsea y dice: «Cuando escribas a Tomás Moro, o cuando llegue alguien que vaya a verle y le envíes algún recado, no olvides añadir de mi parte el saludo más cordial para él y sus hijos y, de una manera especial, para mi Margarita Roper, a quien desde el momento que la conocí la aprecié no menos que si fuera hermana mía» (1). Vives no olvidó jamás los felices y dorados días que convivió en Chelsea con Tomás Moro y la bella y docta trinidad de sus hijas.

Cuando el año 1523 Vives, ese *anfibio*, como decía Erasmo, que así andaba por caminos terrestres como hendía las olas del mar, puso los pies en la Bretaña y conoció a la familia de Tomás Moro, ésta era aproximadamente la edad de los que la componían: Margarita, la hija mayor, tenía dieciocho años; Isabel, diecisiete; Cecilia, quince; Juan, el único hijo varón, frisaba en los catorce; Moro, padre, contaba cuarenta y cinco, y Moro, abuelo, setenta. Formando parte de la familia hallábase Margarita Giggs, a quien Vives llama parienta. Con todo, Margarita Roper fué la preferida de Erasmo y de Luis Vives.

Expresivas y cariñosas por demás son las referencias que Erasmo da de esta familia ideal, tan íntima y tan abierta, tan concertada, tan concentrada y tan rica de simpatía. El año 1524, Erasmo dedicó su edición del libro *De la nuez* (*De nuce*), de Ovidio, al benjamín de la familia Moro, que contaba (en esta edad no se acostumbra contar) que había nacido quince años antes. Este librito tiene un extraordinario valor pedagógico y una gran eficacia formativa. Con este motivo escribe Erasmo deliciosamente que no se debe creer que no conviene a los niños ni a los adultos jugar con nueces como estas de Ovidio si la redacción se toma como pasatiempo recreativo. Opina que no se debe enviar más que una nuez cuando Juan desearía un nogal entero. Pero Erasmo desearía que esta nuez única que la Naturaleza dispuso divisible en cuatro partes fuera considerada como propiedad común de Juan y de sus dulcísimas hermanas Margarita, Isabel, Cecilia, y que aún hubiera una porcioncita para su venturosa amiga Margarita Giggs. Y a continuación escribe el más cumplido de los elogios. Escribe textualmente:

«Desafíanme a veces en sus cartas con un sentido tan profundo y tan agudo y con una tan pura latinidad, que me cuesta harto trabajo convencer a mis amigos que estas cartas fueron redactadas por ellas mismas, cosa de que tengo yo el pleno convencimiento. No pueden recatar el reflejo de la bella forma de vuestro padre, que os ilumina como un faro. La emulación de tus hermanas sería para ti un activo acicate si entrases en literaria competición con ellas. Tus hermanas, tan pulidas, tan modestas, tan castas, tan sencillas, tan armónicamente concertadas entre sí, que en contemplándolas uno afirmaría con juramento que se halla en presencia de las tres Gracias; y más aún si las observa cuando tañen con destreza tanta los instrumentos musicales o vuelan ágilmente a guisa

---

(1) *De conscribendis epistolis. Vivis opera.* Vol. II, pág. 308. Margarita, la hija predilecta de More, de Vives, de Erasmo y de todos los amigos de la casa, contrajo matrimonio en 1521 con William Roper y siguió viviendo en Chelsea, con su marido y en compañía de su padre.

de abejas alrededor de los tomillares griegos y latinos. Veríaslas entonces cómo toman nota de un modismo que debiera reproducirse, o seleccionan una frase linda para su uso personal, o encomiendan a su memoria fiel alguna donosa historia para contarla luego a sus amigas. Adornan su espíritu tantas hermosas cualidades, que la gracia de su belleza física, con ser tan manifiesta y atrayente, queda relegada a la penumbra de un segundo término. En el estudio adelantan tanto, que parece se propusieron dejar arredro a su hermanito. El orden natural y la cronología les dieron la delantera; es menester, pues, que concentres todas tus energías para alcanzarlas y que acucies tu camino para correr parejas con ellas. Igualarse con tu padre debiera ser la satisfacción más grande que te pudiera deparar la vida. El, por su parte, sé yo que no puede desear cosa mejor que ser superado por ti. Acaso te vuelva a escribir más adelante, cuando se me presente buena ocasión. Y ahora, volvamos a nuestras *nueces.*»

Esta es la bella e ingeniosa carta de Erasmo al niño Juan Moro, esperanza muy dulce de su padre.

Pero quizá la carta más bella salida de la pluma de Erasmo, que tantas y tantas escribió—debe de ser el autor de la cristiandad que haya escrito más—, es la que dirigió a la hija mayor de Moro, Margarita Roper. Erase por las Navidades del año 1524. Aquel año, la discretísima Margarita celebrólas en su hogar, en compañía de su venturoso marido y su padre, radiante de haber llegado a abuelo en plena lozanía, con el nacimiento de su primer hijo, suceso fausto en todos los hogares. Desde Basilea, Erasmo, su gran amigo, no encuentra regalo mejor que enviarle un lindo y oportunísimo comentario de los dos himnos del gran poeta español Aurelio Prudencio, a quien él llama nuestro Píndaro cristiano: del Nacimiento del Niño Jesús y del de su Epifanía, que van en su *Catemerinon* o colección de cantos para todas las horas del día, con estas palabras: *En mitto tibi alterum Puerum multo auspicatissimum Jesum, qui connubii vestri proventum bene fortunabit.* «He aquí que te envío yo con otro Niño el mejor de los augurios; con el Niño Jesús, que prosperará esta primera recolección feliz de vuestro matrimonio.» Y este comentario delicioso del gran poeta hispanorromano fué leído y celebrado en aquel asilo del saber antiguo, en aquel honestísimo gineceo que era la casa de Tomás Moro, mansión venusta de las Musas. La carta rebosante de delicadeza y de ternura, de un autor que no la conocía con demasiada frecuencia, es de este tenor:

«Todas las veces, mi buena Margarita, que me veo puesto a prueba por tus cartas o por las de tus hermanas, con su bondad, agudeza, modestia y franqueza infantil, tan fuerte es la impresión que me dejan, que aun cuando fuesen anónimas conocería que provienen de las hijas de Tomás Moro.

»Paréceme que cantaste para un sordo, sumergido como me hallo en mis estudios, de los cuales me arranqué ahora mismo por ser el día de Navidad. Por esto me propuse enviarte un pequeño obsequio, que me atrevo a esperar que no te será desplaciente (se refiere al comentario de los dos himnos prudencianos) en el día del nacimiento temporal de Jesús (que, nacido de los judíos como una flor de una espina, después fué luz y guía de las gentes),

quien anegará en sus bendiciones tu cristiano enlace y será el verdadero Apolo de tus estudios. Tú cantarás sus alabanzas a tus hijos con tu propia lira, en vez de usar el canto de los paganos. El puede únicamente ser loado a son de bocina o con cuerdas y órgano, pero de una manera más especial y digna, con las varias disposiciones del espíritu en consonancia y armonía con la piedad. Cristo no menospreciará el sabroso concento de aquellos esposos, cuya vida manifiesta tanta pureza, tanta simplicidad, tanto concierto como manifiesta la vuestra, hasta un grado tal que difícilmente se os podrían comparar los religiosos claustrales. Rara es esa ejemplaridad, especialmente en esta época; pero la vuestra no tardará en ser imitada por otros. Asociada a vosotros tenéis a vuestra reina, que es como la Calíope de este coro santo. Quedaos adiós; no sois vosotras, ciertamente, la gloria más pequeña de estos tiempos y de esa vuestra Inglaterra. Saludad en mi nombre a todos aquellos que vuestro corazón os dijere. Basilea, Navidad del año 1534.»

Salvó esta carta preciosa Cresacre Moro, nieto del canciller mártir.

El propio año 1524, tan felizmente inaugurado en el hogar de Tomás Moro con el aumento de un vástago (que luego hubo de ser seguido de muchos otros, pues no en vano se ha dicho que sus hijas eran tan facundas como fecundas), Margarita Roper tradujo al inglés la *Precatio dominica in septem portiones distributa.* Para esta traducción, Richard Hyrde, profesor de las hijas de Moro, probable amigo de Vives, muy instruído en medicina, muy docto en lenguas griega y latina, escribió una carta-prólogo, en la cual reivindica el derecho de la mujer a la cultura. Acaso sea éste el primer escrito feminista en inglés en el cual se pide recia y claramente la educación de las mujeres. Esta carta-prólogo es datada en Chelsea, primer día de octubre del mismo año. Sábese que Hyrde vivía con el *Master Chancellor* del ducado de Lancaster, que era el propio Tomás Moro. De casa de Tomás Moro, y ciertamente inspirado o influído por él, salió el primer alegato en pro de la instrucción de la mujer inglesa. A ese nuevo doctrinal feminista no era tampoco ajeno Luis Vives. El propio Hyrde, por mandado de la reina Catalina, y con cargo a la Real Tesorería, tradujo al inglés la *Instrucción de la mujer cristiana.* En el prólogo que le puso también el novedoso y audaz traductor aboga por lo mismo que abogó en el libro erasmiano vertido por Margarita Roper. Dice:

«¿Qué cosa puede haber más útil y prometedora de fruto que la instrucción de las mujeres, que constituyen la mitad de la Humanidad? Yo me persuado que jamás se escribió ningún tratado sobre esta materia como el libro del maestro Vives, por los consejos que contiene, por las razones que da, por la autoridad que el moralista español tiene y por los ejemplos con que la corrobora.» Esta consideración dice que fué la que le movió a la traducción de la obra. Añade que cuando la hubo terminado, enseñó el manuscrito «a mi especial y buen maestro y educador sir Tomás Moro, a cuyo buen criterio y corrección someto cuanto hago o proyecto hacer, y todo aquello por lo que siente preferencia». Al presentarle el manuscrito Hyrde, Moro le significó la *intención que había tenido él de traducir el libro de Vives,* no obstante lo muy alcanzado que andaba con

sus quehaceres de Estado. Añadió que se felicitaba de que otro le hubiera ganado por la mano, aun cuando estuviera él tan encariñado con el propósito. Tomás Moro vió, por tanto, la traducción de la obra de Vives y la enmendó. Vives estaba, pues, en estrecha relación con lo que se llamó «Escuela de Moro», y si su *Formación de la mujer cristiana* hubiera requerido autoridad ajena, Tomás Moro la hubiera avalado con la suya.

Con una carta de presentación de Erasmo, Hans Holbein, el gran pintor, que había ilustrado el *Elogio de la locura* (*Moriæ Encomium*), entró en la casa de Tomás Moro. Ello fué a fines del año 1526. Trájole de Basilea un retrato de Erasmo, pintado por él. Aderezó Moro para Holbein una habitación en Chelsea, que pronto se convirtió en un Museo de pinturas. Estuvo dos años en la casa, hasta el año 1528, en que dibujó un esbozo de la familia de Moro; y el propio Moro anotó en él, con sus propios nombres y sus edades respectivas, a cada uno de sus familiares. Este esbozo interesantísimo fué llevado por Holbein a Basilea y ofrecido, en nombre de la familia de Moro, a Erasmo, quien escribió una carta de agradecimiento a Margarita Roper por el delicado obsequio. ¡Qué lástima que el veracísimo pincel de Holbein, que salvó para la vida eterna del arte y para la posteridad la verdadera efigie de Erasmo y de Tomás Moro, no reprodujera para inmortalizar el triunvirato insigne, plásticamente, los rasgos fisionómicos del pensador español!

El propio rey Enrique VIII no desdeñó poner los pies en la mansión de Tomás Moro y ser miembro intermitente de su círculo. Cresacre, el nieto de Tomás, refiere esta anécdota:

«Sintió el rey Enrique una tan extraordinaria simpatía por sir Tomás, que a veces se personó inopinadamente en su casa de Chelsea y trababa jocunda y sabrosa plática con él. Gustaba de presentarse cuando no se le esperaba; sentábase a su mesa, y tras el sencillo yantar, paseaban por el jardín una hora aproximadamente, y rodeaba con su brazo el cuello de Moro con la más amigable familiaridad.» No se dejaba Moro envolver ni engañar por esas demostraciones ni por ese amistoso brazo que había de trocarse en lazo mortal. Cuando su yerno, Guillermo Roper, le ponderaba esas muy señaladas muestras de afecto, Moro le respondía: «Mi querido Roper: si mi cabeza pudiera proporcionarle un castillo en Francia (Inglaterra y Francia hacíanse guerra en aquella sazón), no titubearía en derribármela.»

Este presentimiento no le mintió. No fué por un castillo en Francia, sino por otro más feo, inconfesable e hipócrita motivo, como dice un escritor ascético español, que «Tomás Moro, gran canciller de aquel reino, rindió en un cadahalso a un crudelísimo cuchillo la cabeza más docta, la más santa que en hombre seglar conocía Europa» (1).

El rey no solamente visitaba a Moro en Chelsea, sino que, como refiere Cresacre, biógrafo o, mejor, hagiógrafo de su mártir abuelo, «durante una buena parte de veinte años tuvo el rey costumbre, todos los días festivos, después que había practicado sus devociones, de llamar a Tomás Moro y platicar con él de

(1) Luis Muñoz: *Vida y virtudes de la venerable virgen doña Luisa de Carvajal y Mendoza; su jornada a Inglaterra y sucessos en aquel reyno*. Madrid. Imprenta Real, 1632, pág. 107.

astronomía, geometría, teología, etcétera. Otras veces, cuando la noche era serena, se paseaba con él, y ambos a dos discurrían sobre la diversidad de las estrellas y planetas, sus movimientos, sus manifestaciones. Complacíanse a menudo el rey y la reina, después de la cena, en llamar a Tomás Moro para deleitarse con sus sales y donaires.» Desagradábanle a sir Tomás esas injerencias, que limitaban su libertad, y acabó por dejar de acudir a esas, más que honrosas, enojosas invitaciones. Coincidieron, pues, en el hastío de la vida cortesana Tomás Moro y Luis Vives, y recabaron y conquistaron enérgicamente la libertad de su pensamiento y de su conducta, y se volvieron a sus filosóficas soledades, a su Montserrat roquero, como llamaba Goethe a su castillo interior; a su yermo inaccesible, donde, según Horacio, uno y otro pudieron, lejos de los favores de los grandes, proclamar a la faz de los mortales que se pagan de estas hueras distinciones:

Vivo et regno, simul ista reliqui
quœ vos ad cœlum fertis clamore se-
[*cundo* (1).

Que quiere decir: «Desde que abandoné todo lo que vosotros, a fuerza de aclamaciones y alabanzas, levantáis hasta el cielo, yo de verdad vivo y reino.»

Fué muy mucha la afinidad espiritual de Tomás Moro y Luis Vives. ¡Cómo ambos a dos, al amor de la lumbre, debían de engañar las perezosas noches platicando de historia, de filosofía, de buenas letras, de religión, de todo lo que decora y da consistencia a la vida! ¡Oh noches de Chelsea! ¡Oh cenas de dioses! Poderosamente se influyeron y se enriquecieron el uno del otro. Vives aprendió de Tomás Moro a meditar sobre los problemas sociales, que Moro, con pluma de piedad, había tocado en su *Utopía* ya el año 1517. Parece que Moro, que había visitado las tierras de Flandes como embajador, había recibido inspiraciones de Flandes, dice Foster Watson. Y a Flandes devolvió Vives el calor estimulante y el entusiasmo por las mejoras sociales, cuando en Inglaterra, y para la ciudad de Brujas, su otra patria, consciente de las obligaciones que le impuso su carta de ciudadanía, escribió el sensacional tratado *Del socorro de los pobres*, enderezado a los burgomaestres que tenían encomendado su gobierno. La *Utopía* y el *Socorro de los pobres* alientan, en la misma atmósfera de piedad para con los humildes y los desvalidos, de una acuciante solicitud del bien público y de un amor profundo de la Humanidad. En el tratado *De tradendis disciplinis* formula Vives este ideal categóricamente: «Nosotros, los mentores, hemos de aplicar nuestro celo y nuestro desvelo al pueblo, así como anteriormente se aplicaban a los príncipes. Este es el resultado de todos los estudios, y a esta finalidad nos debemos encaminar. Dado que hemos adquirido conocimientos, deber nuestro es utilizarlos y emplearlos para el bien de la comunidad.»

(1) Horacio: *Epist*, I, X.

CAPITULO XVII

EL TRAGICO DESENLACE

A los dieciocho años de casado, en haz y en paz de la Santa Madre Iglesia, con doña Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, Enrique VIII, rey de Inglaterra, con título pontificio de *Defensor de la fe*, sintióse angustiosamente trabajado por el gusano roedor de un escrúpulo. Había leído en el *Levítico* un pasaje que de súbito debió de encenderse en luz nueva y fecundarse a deshora de un sentido inédito, pues no es de creer que el rey teologastro no hubiera reparado en él. El texto del libro bíblico léese en el capítulo XVIII, versículo 16, y reza así:

Las vergüenzas de la mujer de tu hermano no descubrirás; vergüenzas son de tu hermano.

La frase cruda quiere decir en puridad que el hermano no tomará por esposa la mujer de su hermano. Y el meticuloso Enrique VIII había tomado por mujer la esposa de su hermano Arturo, fallecido en abril de 1502, a los cinco meses de matrimonio con Catalina de Aragón, la cual, previa dispensa pontificia, en 1509, contrajo con él segundas nupcias. Y en ella hubo hija e hijos.

¿Sugestión del diablo? ¿Voluntad de la carne? ¿Antojo de varón? Dios lo sabe. Y lo sabe la Historia. Y lo sabe el Archivo de Simancas.

Corría el mes de mayo de 1527 cuando Enrique VIII comunicó al cardenal Wolsey el designio que hasta aquella ocasión había mantenido, avariciosamente guardado en el escrinio de su pecho, de divorciarse por vías canónicas de su esposa, Catalina de Aragón. No le pareció mal en principio al cómodo cortesano que era el representante del Papa en Inglaterra el propósito del rey, y convino con el arzobispo Warram en que ambos realizarían una puntual averiguación acerca de la validez de su matrimonio. El rey fué el primer interrogado. Invitáronle a que razonara la invalidez. La ligereza de este primer paso dado por los más altos jerarcas de la Iglesia en Inglaterra dió motivo al rey para comunicar a la reina (¡cuán denso de historia de la más pesada y sangrienta de las historias fué el 22 de junio de 1527, en que ello acaeció!) «que había sido informado por graves razones de religión y canonistas probos que el matrimonio de ambos era ilegal».

A esta brusca comunicación, el suelo debió de hundirse debajo de los pies de Catalina y hacerse a su alrededor un asfixiante vacío y una oscuridad pavorosa: *Tenebris nigrescunt omnia circum.* En sintiéndose la inculpada esposa, sin mancha y sin tilde, echada del tálamo casto y fecundo, ¿quién duda sino que, como en la fugacidad de un lampo, volvió a ver aquel luminoso día 11 de junio de 1509, día de San Bernabé, en que había subido a él, intacta y velada de pudor, en medio de las aclamaciones de su pueblo? En aquella mañana jocunda, «la gran población de Londres, que no cabía en calles y plazas, llenaba los campos y cubría el Támesis de tiendas y bateles empavesados. Por todas partes, en cifras y divisas, se

veían juntas, como en ramillete, las rosas blancas y encarnadas de York y de Lancaster, y en grímpolas y estandartes se hermanaban los viejos leopardos de Inglaterra con los leones de Castilla y las arpas de Irlanda con las encarnadas barras de Aragón» (1).

La ceremonia nupcial se verificó «con las mayores fiestas del mundo», como dice el cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez, cronista de los Reyes Católicos, en el palacio de Greenwich. Efectuóse según el Ritual Romano prescribe para las doncellas y no para las viudas. Warram, arzobispo de Canterbury y canciller del Reino, bendijo a la virgen esposa y veló a los nuevos consortes según el rito católico. Llevaba Catalina un vestido blanco como las vírgenes, y el rubio y largo cabello suelto sobre su espalda realzaba a la vez la pureza de sus facciones y la majestad de su ademán.

Enojosa materia es esta del divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón, y que ha sido estudiada desde todos los ángulos. A nosotros sólo nos interesa aquí por la parte que toca a Luis Vives.

Esta fiera borrasca no estalló sin que pronósticos ciertos la anunciasen. Vives, que mantenía tan estrechas relaciones de finísima y correspondida amistad con Catalina, la previó, y queriendo conjurarla, pretendió que Erasmo interpusiera su gran valimiento para con el rey y la estima que le profesaba la reina, a fin de conseguir la reconciliación y evitar a los pequeños el gran escándalo. Erasmo, cauto y frío como siempre, contestó a los apremios de Vives: *Negotio Jovis et Junonis absit ut me admisceam* (Guárdeme el Cielo de que yo me mezcle en las querellas conyugales de Júpiter y Juno). Más generoso y más valiente, Vives sacó el pecho afuera, y se arrojó a la pelea, en su totalidad, como una astilla al fuego.

Foster Watson trae (1) una relación detallada de un interrogatorio de Wolsey a Luis Vives, contestado por escrito (2), comenzado a manera de carta: *Ludovicus Vives* a... (No hay ningún nombre.) Dice en esta pieza sensacional «que se le ordenó dar una explicación de sus relaciones con la reina, pero que él considera un ultraje y vejamen insufribles que se fuerce a una persona a divulgar lo que se le confió en secreto, y de una manera especial a un criado que tiene la confianza de su señora, cuya fidelidad al marido está por encima de toda sospecha. Ello rebajaría a quienquiera lo hiciese, aun cuando se tratara de un hecho publicado en las puertas de las iglesias. Pésima sería la ejemplaridad, porque una gran parte de las relaciones de la vida estriba en la inviolabilidad del secreto. La violación de este secreto daría por resultado que todo el mundo se pondría en guardia contra un compañero como un posible enemigo. Pero puesto que a ello se le obliga, informará de cosas que más merecen alabanza que vituperio. El mes de mayo último, cuando Vives pidió permiso al rey para ir a su casa, el monarca le preguntó cuándo pensaba volver. Vives le contestó que volvería cuando al rey le pareciese conveniente. «Después

(1) *Crónica del rey Enrico VIII de Ingalaterra,* apéndice F³, pág. 372.

(1) *Les relacións de Joan Lluis Vives amb els Anglesos i l'Anglaterra,* página 252.

(2) El original autógrafo latino de este importantísimo documento hállase, según Watson, en el *Record Office,* Fetter Lane, Londres.

de la cacería», díjole el rey. Le quiso decir que volviese pasada la fiesta de San Miguel. Vives asintió. Al mismo tiempo, la reina le requirió para que enseñase latín a la princesa durante el invierno. Por complacer al rey y a la reina estuvo de regreso en Inglaterra el 1 de octubre de 1527. La reina, afligida por la controversia que se sostenía acerca de su matrimonio, persuadida de que Vives tenía suficiente saber y habilidad para depararle consuelos morales, empezó a abrirle su pecho como a compatriota suyo que hablaba la misma lengua y a hacerle confidente de su desgracia, porque su marido, el hombre a quien amaba más que su propia vida, se separaba de ella y pensaba casarse con otra, y cuanto más crecida era su pena, más enamorada de él se sentía. Vives le replicó que esa tribulación era una demostración de ser elegida de Dios, porque Dios acostumbra poner a prueba a sus criaturas por aumentar los quilates de su virtud. «¿Puede culparme alguno —pregunta Vives—de haber intentado consolarla?» Durante la conversación hablaron más cordialmente y discutieron y examinaron el proceso. Desconocía la reina lo que el rey había hecho en este punto; sólo había llegado a sus oídos el rumor de que la causa sería transferida a Roma. Deseaba la reina que Vives pidiese al embajador imperial que escribiera al emperador que hiciera todo lo posible porque el Papa la oyese en Roma, pues no siendo así, sin remedio iba a ser condenada sin ser oída. No se sabe si el embajador escribió la carta ni si el emperador la recibió. ¿Quién no admirará la templanza de la reina? Cuando otros, en su lugar, hubieran removido cielo y tierra, ella se contenta con pedir al hijo de su hermana doña Juana que no permita que se la condene sin que se la oiga. Y eso es todo. *No es, ciertamente, por voluntad propia que me injiero en los asuntos de los grandes de la tierra.*

Vives recibió pronto el permiso solicitado para su jornada a Brujas.

Todos estos penosos episodios del proceso laboriosísimo y apasionadísimo refiérelos Vives en una carta sin fecha dirigida a Juan Vergara, «su gran amigo teólogo»:

«¡Radical mudanza en mis cosas inglesas! A buen seguro llegó a tus oídos eso de la desavenencia del rey y de la reina, pues es fábula la más conocida y la más decantada de todo el mundo—*toto notissima cœlo,* como dice el poeta—, y que anda en todas las bocas. Yo me puse de parte de la reina, pues parecióme su causa afianzada en mejores apoyos, y le di toda cuanta ayuda pude con mi palabra y con mi pluma. Esta actitud mía enojó al rey, hasta el punto que dió orden de que se me detuviera en *custodia libera;* detención que duró seis semanas, al cabo de las cuales se me soltó, con la condición de que no pareciera por Palacio. Así que, ya suelto y libre, pensé que lo más cuerdo era volver a casa, y esto fué también lo que me aconsejó la reina por un billete que me envió a hurtadas. Pasados algunos meses, el cardenal Campegio fué enviado a Inglaterra por juez de la causa.

»El rey, con una prisa sospechosa, significó a la reina que se buscara patronos y abogados para su defensa ante el mismo Campegio y el cardenal de Inglaterra. La reina me llamó para que la defendiera. Yo le dije que no le convenía que nadie la defendiera en el Tribunal (1);

---

(1) El Tribunal de Blackfriars, presidido por Wolsey y Campegio, que co-

que le valía más ser condenada sin defensa en absoluto que con sólo un color y simulacro de defensa, puesto que el rey no busca sino un pretexto ante su pueblo porque no parezca que la reina no fué oída; que todo lo demás no le importa un ardite. Enojóse conmigo la reina también porque luego al punto no acaté su voluntad con preferencia a mi razón. Pero es el caso que mi razón pesa en mí más que todos los príncipes del mundo. Y así fué que el rey, por adversario suyo, y la reina, por refractario e indócil, ambos a dos, como de común concierto, me retiraron mi doble pensión anual. Y así es que, desde tres años ha o poco menos, no ceso de maravillarme de cómo y de dónde he podido subsistir, de guisa que no me cuesta nada colegir que es mucho más lo que Dios proporciona de callada que lo que se exprime de los hombres con tanta extorsión y ruido...» (1).

Y si Vives hablaba con tanta libertad a la reina, con una valentía sin par escribió al rey una carta, magnífica de independencia y de firmeza de carácter, carta digna de la inmortalidad, apostilla Gregorio Mayáns, que la pone en cabeza de su epistolario. Es de este tenor:

«*Juan Luis Vives, valenciano, a Enrique, rey de los ingleses, octavo de este nombre*: *Salud.*

»Por espacio de algunos años, rey ínclito, mantuvo tu bondad la plácida comodidad de mis estudios; empero, éste ya es el tercer año que no recibo nada de ti. No parece bien en mí que lleve con desabrimiento el que no se me dé lo que no se me debe, sino que mi obligación es darte las gracias de una largueza por tanto tiempo prolongada. Y, en efecto, yo te las doy y te guardo perpetuamente el más fino reconocimiento, y con todo el ahinco que puedo te suplico que veas siempre en mí un criado agradecido que te desea toda suerte de venturas y de prosperidades.

»De la reina tampoco recibo nada; y con todo, mi más entrañable deseo es veros pasar en perfecta concordia y alegría lo que os queda por vivir en esta breve existencia. Y como no tengo otra manera de demostraros que éstos son, efectivamente, los sentimientos que abrigo para con vosotros, tomé la determinación de escribirte unas pocas palabras acerca de un punto donde reside en gran parte la salud del nombre cristiano.

»Pediste el parecer de las Universidades sobre aquel pasaje del *Levítico*: *El hermano no tomará por mujer la mujer de su hermano.* Yo no sé lo que contestan los sabios consultados; pero sí sé lo que deberían contestar. Lo sé porque acerca de este punto, cuando yo estaba en Inglaterra, escribí un librito a petición del cardenal de York. Como no sé si leíste ese librito, parecióme bien enviarlo ahora a tu majestad (1).

»Empero, allende de la estrecha cuenta que cada uno de nosotros está llamado a dar a Dios, escudriñador de los corazones, yo te suplico, príncipe excelente, que ponderes una y otra vez y con detenimiento

menzó a actuar el día 31 de mayo del año 1529.

(1) La carta a Juan Vergara, que contiene además otras noticias de sumo interés, no tiene fecha; parece contemporánea de la que escribió al propio rey.

(1) Desgraciadamente, de ese librito no se tiene más noticia que la que su autor nos da.

medites en negocio de tamaña importancia, lo que decidieres, lo que hicieres, adónde te encaminares.

»Posees un reino floreciente en grado sumo; tú estás en toda la lozanía de tu juventud y te sientes envuelto en el cariño de los tuyos. ¡En qué trabajos vais a precipitaros tú y tu reino, provocando la enemistad y la guerra con un príncipe, vecino tuyo, poderosísimo y, lo que vale más en las guerras, acariciadísimo por la Fortuna! Cuán pesada e intolerable será para tu pueblo la privación de entrar en los dominios de ese monarca. Si para llevar adelante la guerra te alías con otros príncipes, ¡ay me!, ¿adónde iréis a parar? No sois más que dos o tres reyes en el orbe cristiano. ¡En cuántos aprietos no nos han metido las victorias de los turcos! Y siendo ello así, ¿queréis promover tumultos? ¿Creéis que Dios os protegerá porque no seáis presa suya? No cabe duda que si hacéis la guerra, el daño que ocasionareis al enemigo no os será de ninguna pro, y el perjuicio que a ti te causare te ocasionará muy viva escocedura. ¡Y cuántos cuidados, cuántos desasosiegos, cuántas ansiedades, y a cada momento, cuántos y cuántos peligros! Y, en fin de cuentas, ¿qué iréis a buscar con esta guerra? ¿Una esposa? Pero si ya tienes una con la cual esa que ambiciones no admite comparación ni en bondad, ni en linaje, ni en belleza, ni en el amoroso culto que te profesa. Pero ¿qué buscas en una mujer? No creo yo que sea un momentáneo y sucio deleite. Dices que hijos, posibles herederos del trono. Pero si ya tienes, por la gracia de Cristo, una hija dotada de las más hermosas cualidades. Escogerás un yerno a tu gusto como no lo pudieras hacer con un hijo; al hijo has de aceptarlo tal como lo hizo la Naturaleza; al yerno podrás elegirlo como te pluguiere. ¿Quién puede asegurarte que de esta mujer tendrás un hijo, y que este hijo será varón, y que este varón vivirá hasta la debida madurez y que al abandonar tú la vida pondrás el reino en sus manos? Si cada uno de esos extremos es incierto, ¿cómo puedes estar cierto de todo su conjunto?

»Medita bien qué ejemplo vas a dar y cuán gran escándalo proporcionarás a muchos. Y, finalmente, piensa contigo mismo cuánto combustible de guerra civil habréis acarreado a vuestra Inglaterra, que se alejará de la sucesión legítima que tu nuevo matrimonio hará dudosa. Yo te suplico que uno a uno reflexiones sobre esos peligros y aun otros que, si lo piensas bien, te parecerá que de ellos dimanan.

»Por lo que a mí toca, harto comprenderás que, una vez expuesto mi parecer y aviso, me calle. Lo que me ha determinado a escribir esto es, en primer lugar, el respeto que siento para contigo, a quien, yo lo reconozco y me glorío de ello, estoy sumamente obligado. También mi amor por Inglaterra, que en otros tiempos me brindó tan benignísima hospitalidad. Y, finalmente, el cuidado en que me tiene la quietud del mundo cristiano, tan despedazado y afligido de guerras, que parece no poder recibir ya herida en parte alguna que no sienta la sacudida todo él.

»Yo pongo por testigo a Cristo, juez de los corazones humanos, que no escribí con otra intención ni con otro motivo. Tú, rey muy clemente, leerás y aprobarás esta carta como salida de un pecho que te es muy adicto y que siente hacia ti el respeto más profundo. Haga el Rey de reyes que siempre tomes las deci-

siones que hayan de reportar más felicidad a ti y a tu reino. Brujas, a los trece de enero de 1531.»

Esta patética carta de Vives, escrita con pulso tan firme y sentida con tal conmoción de entrañas, fué, como Vives complacíase en decir, lo que es un canto para un sordo. Es empequeñecer la generosa osadía y el supremo desinterés que inspiraron esta sensacional apelación pensar que es una mendiguez forrada de celo espiritual y patriótico, que con ella lo que pretendía era recuperar las suprimidas pensiones regias. Vives no fué jamás un esclavo del vientre, ni, como al pez, se le había de tomar por la boca. La carta fué un grito en el desierto. No modificó en un ápice la actitud de Enrique VIII para con la reina Catalina, ni al borde del despeñadero le detuvo el amor de su pueblo. Cayó en la fosa que él mismo se había cavado. El mismo labró su perdición, cediendo a una intrusa la mitad de su lecho. ¿Cómo, quien con el sentido tan suspicaz leyera el capítulo XVIII del *Levítico*, no leyó también con el seso avivado y el corazón dócil el capítulo V de los *Proverbios*, de Salomón?:

«Gózate con la compañera de tu mocedad, cierva carísima y graciosa gacela; embriáguente siempre sus amores y recréente siempre sus caricias. ¿Para qué andar loco, hijo mío, tras la mujer ajena y abrazar en tu seno a una extraña?

»Panal que destila miel son los labios de la mujer no tuya, y es su boca más suave que el aceite; pero su fin es más amargo que el ajenjo y agudo como cuchillo de dos filos. Van sus pies derechos a la muerte. Tente siempre lejos de su camino y no te acerques a la puerta de su casa.

»Para no dar tu honor a los extraños y tus días a la cruel...

»Porque no tengas que llorar en tus postrimerías, cuando se consumiere tu carne y tu cuerpo, y hayas de exclamar: No escuché la voz de los que me reprendían y a los que me doctrinaban no incliné los oídos...» (1).

Enrique VIII, ciego por beber las aguas de la fuente ajena, no dió el oído a los consejos del moralista valenciano. No anda muy lejos el placer bestial de la sangre y de la muerte. Y comenzó la orgía de la sangre y de la muerte. Protomártir incruenta de la sevicia y de la lujuria de su marido fué la santa reina doña Catalina de Aragón.

Continúa el rey en su intento de divorcio. Catalina se niega a comparecer ante el Tribunal de Campegio y Wolsey y apela a Roma y a Carlos V. Al cabo, el rey no tanto se despide de su mujer legítima cuanto la arroja de Windsor, el 13 de julio de 1531, y más bien la recluye que no la instala en Hampthill con pobre y escasa servidumbre. Ni siquiera la acompaña su hija. Su desventurada madre siente de ella una agudísima soledad, de la cual se alivia escribiéndole consejos y robusteciendo su ánimo juvenil encargándole que diga a su aya, la fiel ladi Salisbury, que no se llega al cielo sino por el camino de la adversidad. ¿Qué otra cosa había de decir Santa Teresa? Y ese camino fué largo para ella. Hampthill no era más que la primera estación de su incruenta Vía Crucis.

Su único consuelo son los españoles que la rodean y, especialmente, fray Juan Forest, que, inglés y todo, habla como un natural la lengua de España.

Largos años ignoró Catalina la

---

(1) *Prov.*, V, *passim.*

lengua no suya y siempre sintió la dulce necesidad de confesarse en español. Desde Hampthill se niega la reina de nuevo a presentarse ante el Tribunal de Dunstable, en el cual Crammer la condena en rebeldía y pronuncia el divorcio (viernes 23 de marzo de 1533). Lord Mountjoy, el paje perjuro, se encarga de la triste misión de participarle la sentencia de Crammer y de anunciarle que no debía ya llamarse reina desde aquel día, sino princesa viuda de Gales. Catalina, con energía instantánea, rechaza el título vergonzante, pero su salud queda profundamente afectada. Enciérrase en la más resignada domesticidad, hace sus labores de aguja, toma a sus horas los medicamentos, reza su rosario.

Sumida y callada en esta tranquilidad y mansedumbre aparentes, llégale a Hampthill una noticia que le ocasiona una mortal herida invisible: *latet sub pectore vulnus*. Sabe la boda y la coronación de su rival. Y ella se sobrepone a ese aleve golpe, sordo y ciego, y por no sangriento menos mortal.

Prosiguiendo su calvario de Hampthill, Catalina es trasladada a Buckden, castillo inhóspito e insalubre, en el Lincolnshire. Su servidumbre sufre una merma. Se le arranca del lado a su confesor fray Juan Forest, su gran conhorte. Conserva todavía su médico, su farmacéutico, ambos de España, y le quedan todavía tres sirvientes españoles: Felipe, Sebastián y Antonio. De todos ellos se acordará a la hora de las supremas remembranzas. Pero, bendito Dios, ¡cuántas hojas muertas le traen a su apartamiento los vientos inclementes, cuántos anuncios de desastres! El descuaje brutal de los monasterios en todo el haz de la isla de los Santos, primogénita de la Iglesia, reino de Dios y dote de María, que con todos estos nombres fué significada Inglaterra; el martirio de aquellos cartujos que por la escalera de la horca subieron al cielo o murieron ignorados, consumidos del hedor y del hambre de las cárceles, o dieron sus vidas con mayor publicidad e igual constancia con diversas suertes de tormentos; el martirio de las religiosas brigitinas y de los franciscanos de Greenwich, que se acordaban de ella en sus oraciones (5 de marzo de 1535); la degollación del santo obispo Fisher (22 de junio de 1535), acérrimo defensor del vínculo matrimonial y de los derechos de Catalina; el suplicio y descabezamiento de Tomás Moro (6 de julio de 1535), que horrorizó la conciencia universal: el corazón más grande, el pecho más entero, la mente más risueña y clara, el mejor de los amigos de Catalina:

Tantum religio potuit suadere malo-
[rum.

En tan copiosa y en tan generosa sangre sumió el nefasto cisma su cuna adulterina.

Preséntanse en ese castillo Lee, arzobispo de York, y Tonstall, obispo de Durham, para exigir de la reina y de su servidumbre el doble juramento a Enrique como cabeza de la Iglesia y a Ana Bolena como reina de Inglaterra. Bravo sarcasmo, al cual se niegan con entereza así la reina como su adicta servidumbre. Sobre las espaldas de Catalina se abate un nuevo infortunio: nueva prisión, nueva disminución de familia, traslación a sitio más mortífero: Fortheringay, que parece predestinado a ser calabozo y tumba de reinas mártires. Con altivez española, Catalina se niega al traslado cruel; amenaza con que se

desnudará y se pondrá en cama. Es necesario evitar el escándalo de tal violencia. Truécase el Destino. Fortheringay es sustituído por Kimbolton, tan insalubre como él, y allí es trasladada en julio de 1535.

Con motivo de la reducción de la familia y del juramento que se le exigía, Catalina escribe al rey con valentía y ternura:

«Mi médico y mi boticario son mis compatriotas; el rey los conoce tan bien como yo; ellos han permanecido largos años conmigo y han pasado (yo les doy gracias) muchos cuidados conmigo porque yo estoy a menudo enferma, como Su Majestad sabe bien. Y yo necesito su asistencia para la preservación de este mi pobre cuerpo y que pueda vivir tanto tiempo como a Dios pluguiere. Ellos están fiel y diligentemente a su servicio; rezan asimismo diariamente para que pueda durar largo tiempo el reinado de Su Majestad. Pero si prestasen otro juramento que aquel que ya tienen hecho al Rey y a mí (como su ama), no podría yo fiarme a ellos y viviría en adelante en ascuas, sobresaltada por mi vida. Por esto ruego al Rey por su honor y en caridad, por el grande amor que ha existido entre él y yo (y cuyo amor en mí ahora mismo es tan leal hacia él como fué siempre, así Dios me oiga), que no use semejante rigor conmigo, ya que mi súplica es tan razonable.»

Su confesor, el inglés Abel, le fué quitado; los dos españoles, médico y boticario, se quedaron. Pero aquí, en Kimbolton, se le infirió una herida para la cual nada valen ni la ciencia de la Medicina ni las manos más hábiles y saludadoras. Aquí supo que fray Juan Forest, su antiguo confesor, fué no sólo acusado y detenido, sino condenado a la hoguera.

En este punto y hora, Catalina olió su próximo martirio y temió que su hija María fuese involucrada en él. Clandestinamente, y por mano de su fidelísimo y heroico criado Francisco Felipe, expidió a su sobrino el emperador Carlos V un apremiante mensaje conteste de esos temores. La expedición de ese mensajero notificóla al emperador el doctor Ortiz: «Envió (el embajador) un criado suyo, el cual en cinco de noviembre (1535) partió de aquí a Su Majestad con cartas de la Serenísima Reina, las cuales dice Su Alteza que envía como postreras y último testamento..., porque parece que si Nuestro Señor no pone otro remedio de su mano, que serán, ella y la Serenísima Princesa, sentenciadas a martirio, al cual está aparejada Su Alteza a recibir por testimonio de nuestra sancta fe católica, como la recibió el Cardenal Rofense (Fisher) y los otros sanctos mártires...»

El Cielo engañó esos temores y no dió lugar a que fuese puesto en ejecución el aceptado sacrificio. El hierro no era para ella, ni la espada del verdugo había de morder su cuello; pero eso sí: tenía que beber más tétricos ajenjos y hieles más amargas. El alcaide, Bedingfield, el más ruin y siniestro de los carceleros, entró en la estancia de la reina, que, doliente y enferma, se hallaba muy al cabo, para reclamar las joyas y la corona con que se había engalanado en los días felices de su juventud:

Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria...

Algunas de estas preseas habían sido heredadas de aquella mujer heroica y pura, honor y prez de la especie humana; de Isabel *la Católica*, digo, por aquella hija, *la que*

entre sus hermanas, en presencia y costumbres, más semejaba a la reina, su madre (1). No era difícil de adivinar el destino: adornar la triunfante belleza adúltera de Ana Bolena. La corona no la tenía ella: la había confiado a otras manos fieles. Las joyas sí que las tenía, y las entregó con un generoso ademán de sus manos magníficas, pero no sin experimentar aquel sentimiento que hizo exclamar a Dido, al ver la espada sembrada de infinita pedrería que le regalara Eneas:

Dulces exuviae dum fata deusque sine-
[bant...

sentimiento que el dulcísimo Garcilaso, aquel cisne degollado a deshora y que ya en aquella sazón ensayaba su canto melifluo, expresó en estos dos versos, que son dos suspiros melodiosos:

¡Oh dulces prendas, por mi mal ha-
[lladas,
dulces y alegres cuando Dios quería...!

Este amarguísimo rejalgar colmó el cáliz que Cristo da a beber a sus elegidos, el mismo que El bebió y que el Padre no quiso apartar de su boca. Dice el autor de la *Historia del Cisma de Inglaterra,* el padre Pedro Ribadeneyra, que Catalina murió no *sin sospecha de hierbas.* Creo que es el único escritor que lo dice. En aquellos días, no había rey que muriese que no fuese con sospecha de hierbas. Ese postrer ultraje a su dignidad de mujer debió de sentirlo Catalina como dardo inficionado en hierba ballestera.

Al borde mismo del sepulcro, escribió esta carta imperecedera:

«Señor mío y rey mío y marido amantísimo: El amor tan entrañable que os tengo me hace escribiros en esta hora y agonía de muerte para amonestaros y encargaros que tengáis cuenta con la salud de vuestra alma más que con todas las cosas perecederas desta vida y más que con todos los regalos y deleites de vuestra carne, por la cual a mí me habéis dado tantas penas y fatigas y vos habéis entrado en un laberinto y piélago de cuidados y congojas. Yo os perdono de buen corazón todo lo que habéis hecho contra mí, y suplico a Nuestro Señor que El también os perdone. Lo que os ruego es que miréis por María, nuestra hija (1), la cual os encomiendo y os pido que con ella hagáis oficio de padre. Y también os encomiendo a mis tres criadas y que las caséis honradamente, y a todos los demás criados, para que no tengan necesidad, y demás de lo que se les debe, deseo que se les dé el salario entero de un año. Y para acabar, yo os certifico y prometo, Señor, que no hay cosa mortal que mis ojos deseen más que a vos.»

Con este deseo frustrado de sus ojos, los ojos de Catalina se cerraron en el sueño férreo de la muerte, a las dos de la tarde del día 7 de enero de 1536, cuando contaba cincuenta de vida terrenal (2). Be-

(1) MARIANA: *Historia de España,* libro XXIX, cap. XVII.

(1) Cuando nació María Tudor, hija de Enrique y de Catalina, una dama vieja, en la magnífica obra de Shakespeare, trae la nueva al rey, que la mira con ojos interrogativos:

—No es un niño; es una... niña que nos promete niños para más adelante Señor, la reina desea vuestra visita y que vengáis a hacer conocimiento con esa extranjera. Se os parece como una cereza a otra cereza...

(2) *Fœmina tristis et religiosa* llamó Bacon a la reina doña Catalina, como si la corte de Londres, dice el du-

dingfield, el crudo carcelero de Kimbolton, el propio día 7 escribió a la Corte de Inglaterra:

«Esta mañana, a cosa de las diez, Milady viuda ha recibido la Extremaunción, y a las dos de la tarde ha entregado su alma a Dios...»

Esto, el carcelero crudo; pero Shakespeare, el poeta gigante, no despacha así, tan expedita y despectivamente, a nuestra santa Catalina, en cuya boca pone en la suprema lucidez que precede a la muerte:

«¿No? ¿No habéis visto ahora mismo un coro bienaventurado que me invita a un festín? Sus fúlgidos semblantes esparcían sobre mí mil rayos de luz brillante como el sol. Me han prometido eterna felicidad; me han traído guirnaldas que aún no soy digna de usar... Pero lo seré, ciertamente» (1).

Un conocido cuadro de Butts representa a Catalina despertando de ese éxtasis, extendiendo los brazos.

¿Y Luis Vives?

Luis Vives dió a la reina Catalina lo que ella le pedía, lo mejor que le podía dar: la incorruptible sinceridad de sus consejos. En un eclipse de su cordura, Catalina no lo acertó a ver y le hizo víctima de su real enojo, y abrevió para con él su mano larga. Resentido o no, en todo tiempo le mantuvo la más firme lealtad. En el año 1528, cuando no se necesitaba ser augur para anunciar la borrasca que iba a desencadenarse y que había de dar fin a los serenos días alcióneos vividos en Inglaterra al lado de esta ejemplar española inglesa; cuando Vives escribía el tratado *Deberes del marido*, complemento de *La mujer cristiana*, que pusiera al seguro abrigo de su nombre, confesaba su rubor de ver tal firmeza de carácter en una mujer expuesta a tan grande ola de adversidades. Y añadía que si un ejemplar de virtud tan increíble se hubiera mostrado en aquellos siglos dichosos en que el honor era su galardón, se la considerara como divina y descendida del cielo y se le erigieran altares y se le dirigieran ruegos. No eran estos sentimientos en Vives un efímero arranque sentimental. Allí mismo sugiere que el nombre de Catalina es uno de aquellos que han de brillar en el catálogo de los santos.

Aún en 1538, dos años antes de que Vives se sumiera en el seno de Dios, en donde estaba Catalina, que era cuando escribía los *Ejercicios de la lengua latina* destinados a niños, les proponía a Catalina de España como un dechado que la mocedad debía venerar y reverenciar. En el diálogo titulado *La casa (Domus)*, introduce a los interlocutores Jocundo, León y Vitruvio. Visitando la casa, en una de las ventanas del comedor reparan en unas vidrieras pintadas con muy lindos colores y matices. Y pregunta Jocundo:

—¿Qué historia es esta que representan las vidrieras?

Y le contesta Vitruvio:

—Es la fábula de Griselda que Juan Boccaccio compuso bien e ingeniosamente; empero, mi amo ha determinado añadir a la fábula una historia real: la de Godolina de Flandes y la de Catalina de Inglaterra, que hace ventaja a la invención de Griselda...» (1).

---

que de Berwich y de Alba en su citada obra, pudiera infundir alegría a una princesa española que pasó su infancia en los cármenes granadinos.

(1) SHAKESPEARE: *Henriq. VIII*, acto IV, esc. II.

(1) Es la novela décima de la décima *Giornata* del *Decamerone*, que Francisco Petrarca vertió al latín y que

CAPITULO XVIII

ENRIQUE VIII Y LUIS VIVES

El drama que conmovió la Corte de Inglaterra durante las jornadas inglesas de Luis Vives (1523-1528), y que abocó al trágico desenlace de Kimboltón con la muerte de su víctima, la santa reina de Inglaterra, nuestra doña Catalina de Aragón o de España, como complacíase en denominarla el moralista valenciano, apasionó de tal manera nuestra pluma que no tuvo espacio ni lugar para detenerse con el merecido ahinco en el rey de Inglaterra Enrique VIII, figura primerísima del episodio obsesionante.

Es de saber que la vida agriada y triste de la reina Catalina después del 1528, cuando Vives se apartó de la Corte inglesa, y que tan eficazmente impresionó las imaginaciones de las generaciones posteriores y que quedó indeleblemente caracterizada y como fijada y glorificada por Shakespeare en la espléndida pieza teatral señalada como con un estigma con el nombre de su real marido, no fué la vida habitual de sus años felices, iniciados el 1509 con sus bodas segundas con el brillante esposo de su elección y de su amor definitivo, del cual pudiera decirse aquello de *la mort n'y mord:* hasta la tumba y más allá de la tumba, puesto que su amor fué más fuerte que la muerte. En 1509 Catalina, frustrada del marido que no fué marido, tenía veinticinco años y Enrique tenía dieciocho. Durante los años 1509-1528; es decir, desde sus veinticinco a los cuarenta y cuatro, Catalina, criada en la Corte más brillante de Europa; Catalina, celebrada por Erasmo como un «milagro de su sexo», acompañó a su esposo en muchas ocasiones que eran asaz alegres, mascaradas, fiestas, saraos, procesiones, espectáculos. Alguien ha dicho que este período pudiera llamarse, sin ofensa de la verdad histórica, «Epoca de la reina Catalina». Las letras florecieron y Luis Vives fué llamado a la Corte.

Enrique VIII vivía con el boato y la magnificencia de un duque italiano del Renacimiento. Su prócer estatura, su apostura, su gentileza, sus hazañas, le comunicaron el prestigio de un semidiós. En papeles de Estado dícese que en el tenis no tenía igual y en la montería podía cansar siete u ocho caballos en una sola jornada. Cuando se desnudaba para la lucha, acostumbraba quedar muy por encima de cualquier púgil. Montado a caballo era bello como un Dioscuro, fulgente como el propio Cástor. Como

Bernat Metge, el atildado humanista, tradujo al romance catalán y la dedicó a la noble dama doña Isabel de Guimerá, con el título de *Historia de Valter e de la pacient Griselda, escrita en llatí per Francesch Petrarca, e arramançada per Bernat Metge.* Era tan conocida esta novelita ejemplar, que dice su traductor: *La paciencia, fortitut e amor conjugal de Griselda... tant es notoria que ja la reciten per enganar les nits, les velles com filen en ivern entorn del foch.* Esta traducción fué estampada en Barcelona por Evaristo Ullastres el año 1883 y editada por el filólogo mallorquín Mariano Aguiló.

se ha dicho de Carlomagno o de don Jaime *el Conquistador*, pujaba un palmo más encima de la cabeza de los demás mortales. Y como se distinguía por su belleza física, señalábase asimismo por el cultivo de su mente. Protegía a los pintores Quintín Matsys, Gerardo Luke, Jerónimo de Trevisi, Holbein, e intentó ganarse a Rafael y a Ticiano. Construía palacios y navíos. Poseía el latín como los propios clérigos de Oxford. Hablaba corrientemente el francés y muy bien el italiano, y para conversar sabrosamente con Catalina había aprendido el español. Era muy diestro tañedor de vihuela, de arpa y de órgano; musicaba baladas e himnos religiosos y hasta misas. Dícese que uno de los motetes que compuso se canta aún hoy día en la *Christ Church* de Oxford. Siendo monarca tan poderoso, parecía encarnar el tipo del *Cortesano* de Baltasar Castiglione. Todo el goce del vivir del Renacimiento repercutía en ese mozo que, con todo, había sido educado para una cosa muy otra. Se sabe que, al par que a su hermano mayor, Arturo, se le educó para ceñir corona, a Enrique se le formó para que fuese apto para ceñir mitra; esto es, para que fuese arzobispo de Canterbury. Las órdenes sagradas despejábanle el camino de las más tentadoras ambiciones: el ancho camino del cardenalato. En aquella sazón el capelo montaba casi tanto como una corona y solamente cedía a la tiara papal. Y así fué que estudió filosofía y matemáticas, ciencias físicas y teología, aprendida, dicen, en la *Suma* de Santo Tomás de Aquino. A sus dotes físicas y mentales, añadía una llaneza cautivadora. «Tiene una maravillosa simpatía y don de gentes —dice Erasmo—. En las discusiones observa gran comedimiento y templanza. Más que Rey, parece un compañero» (1).

Y así sin duda debió de ser cuando Luis Vives, que no pecaba de cortesano ni lisonjero, se resolvió a dedicarle sus *Comentarios a la Ciudad de Dios*, de los que ya hemos hablado copiosamente más arriba.

Pudo parecer que por aquel lado y por aquellos días de una augusta serenidad, reinando en Inglaterra Enrique y Catalina, noble par de esposos, iban quebrando albores y estaba a punto de amanecer una nueva Edad de oro. Así al menos lo anunciaba Erasmo en carta dirigida al cardenal Wolsey del 18 de marzo de 1518. ¿Y quién duda sino que ese fresco alborear y esos risueños rosicleres influyeron poderosamente en Luis Vives para que se aviniera a trasladarse a Inglaterra y comenzase a ser *anfibio*, como donosamente le decía Erasmo, abandonando temporalmente su nido de Brujas, tan dulce como pobre, revistiendo su pecho de la triple lámina de bronce que se requería para atravesar el canal proceloso y navegar a la Bretaña hosca de cielo?

Es posible que la multiplicidad de dotes que Vives descubriera en el rey ejercieran sobre su nativa e irremediable ingenuidad alguna suerte de fascinación, y en sus adentros resolvió asociarle a su apostolado de paz; y en este sentido orientó sus relaciones con él y su pujante actividad intelectual. Luis Vives se había relacionado con algunas de las más poderosas personalidades de su tiempo: Carlos V, el Papa Adriano VI, con Wolsey y ahora, con la protección y amistad de Enrique VIII, entraba en una

(1) Erasmo: *Carta a Cocleo,* fecha a 1 de abril de 1529.

nueva zona de influencia. Para interesarle en sus miras no fué a Enrique VIII directamente, sino que se valió de la medianería de su amigo John Longland, obispo de Lincoln, como el más indicado para tocar a las puertas de su cristiano pecho.

John Longland había sido educado en el *Magdalen College*, de Oxford, y el año 1521, dos años antes que Luis Vives se avecindase en Inglaterra, había sido nombrado obispo de Lincoln. Con una sana severidad gobernaba aquella diócesis, y esto debió de influir en que el doctor laico que era nuestro Vives (también, como los obispos apostólicos, *potens exhortari in doctrina sana*: poderoso exhortador en doctrina sana), le estimulase a cooperar en su evangélica misión de paz, y le envió una carta fechada en Brujas a los ocho días andados del mes de julio de 1524. La dirección de Europa estaba en aquella sazón en manos de tres mozos: Enrique VIII, treinta y cuatro años; Francisco I, treinta; Carlos V, veinticinco; el más verde de los tres, el más acariciado de la Fortuna, el más amado por la victoria. Demasiada mocedad para tamaños destinos, mocedad y hervores de sangre que traían azorado a Luis Vives, tan joven como ellos, pero cuya aceda juventud estaba corregida por la madurez de la cordura, ya que, como dice el sabio, la prudencia es la verdadera canicie del hombre, no teñida de los muchos años ni ocasionada por el número de los días. Con esta carta al obispo de Lincoln inaugura su predicación pacifista ocho meses antes de la batalla del Parque de Pavía y del prendimiento del rey de Francia, Francisco I. En una ausencia temporal de Inglaterra, de donde embarcaba y tomaba la vuelta de Brujas, a la fin del invierno, con el madurado designio de contraer matrimonio con Margarita Valldaura y colgar bajo un alero de la beguina ciudad su nido de golondrina, como le decía Erasmo por donaire, pensando restituirse de nuevo allá por el otoño venidero, expidió esta carta al confesor del rey. Es una carta confidencial, íntima, sacramental diríamos, o como una confesión hecha a sovoz, con acento sincerísimo, como el que ponía el beato Juan de Avila en su *Epistolario espiritual*, y contiene pensamientos de un subido ascetismo como de Tomás de Kempis o de Juan Gersón o del autor del tratado medieval *De miseria conditionis humanæ*. En esa carta no disimula Vives su miedo al Turco (era su gran obsesión); ese miedo pánico que toma diferentes nombres, según las épocas, pero que en todos tiempos el Este, el ominoso Este, ha proyectado sobre el Occidente: Gog y Magog, Gengis Kan, el Tártaro de Ramón Llull, el Turco y ahora Rusia. Ese miedo en la carta está no más que insinuado, pero con una alarma muy significativa y muy apremiante, cuyas son esas palabras que ahora tienen una pavorosa realidad y una actualidad sombría:

«Próximos están al incendio y al peligro los pueblos que tienen sus confines pegados con el Turco y vecinos sus términos. Los cristianos, que están algún tanto más apartados, apenas tienen una precaria seguridad gracias a aquellos pueblos fronterizos que por la común salvación montan la guardia, como los alemanes, que la deben a los húngaros, y los franceses, que de ella son deudores a los italianos. Hundida esa primera línea, si algunos de los que están más adentro se

consideran seguros, es porque desconocen la naturaleza del incendio o ignoran o no recuerdan no diré yo los casos de añeja memoria, sino de la nuestra, de forma que parecen ser ajenos a su tiempo o peregrinos en su patria. *Desde doscientos años acá, ¿con qué fronteras se ha contentado el Turco? ¿Con aquellas que señalaron los pactos de pueblos y de naciones? ¿Con aquellas que la Naturaleza levantó? No atajaron su carrera los ríos caudalosos, ni las altas montañas la retardaron, ni el mismo mar la enfrenó. Aquella su fogosa avidez de poderío superó, arrolló todos los obstáculos y pasó allende, porque le abrieron vía libre hacia los países cristianos, precisamente las armas y los odios mutuos de los príncipes cristianos.*»

Hemos de decir que por esta vez el Cielo engañó esos miedos. Muy pocos años después que los ojos de Luis Vives, cargados de negros presagios, naufragaron en la noche eterna, nacido en sangre del César Carlos, crecía en la aldea de Leganés, a dos leguas de Madrid, un muchachuelo vivaz que andaba suelto entre los trigales y con una ballesta infantil derribaba pájaros sin dueño o él era derribado a pedrada limpia de los árboles adonde se había subido a hurtar fruta con dueño. Este muchacho, que respondía al nombre vulgar de Jerónimo, era el botón y capullo del vencedor de moros y turcos, del héroe de Túnez y Lepanto, el protagonista de la oda triunfal de Fernando de Herrera. Este muchacho hizo que el gran poeta levantara del suelo la lira de bronce, cuyas cuerdas pudieron sostener la gloriosa pesadumbre de la epopeya, porque en una misma empresa se conjugaron, como canta el gran lírico:

el joven de Austria y el valor de España.

Admírase Foster Watson que Luis Vives, que nació con el Nuevo Mundo, cuyas noticias e incesantes descubrimientos recogía con oído ávido y cuando al caso venía consignaba con pluma diligente, pudiera escribir a John Longland para que se las repita a Enrique VIII, reacio a la paz por él preconizada, razones como las que siguen, tan libres y tan sin miedo:

«Cuentan los navegantes españoles que, en ese orbe nuevo por ellos descubierto, hay ciertas islas que, si entre ellas se produce alguna colisión armada, recaban la honra mayor para el que se adelanta a pedir paz al enemigo, y que es tenido por hombre malo y por enemigo público el que la niegue a quien se la pide, y que soportan con la más viva mala gana a aquellos cuyos enemigos se les hubiesen anticipado a la petición de paz, que, en su sentir, es el más sabroso y el más glorioso de los deberes. ¿De qué nos sirve la cultura? ¿De qué la humanidad? ¿De qué tan numerosas artes que hacen agradable la vida? ¿De qué la prolija formación intelectual y moral? ¿De qué el magisterio de Dios omnipotente si entre tan maravillosas adquisiciones mantenemos los juicios más corrompidos? Aquellos pueblos rudos y bárbaros, sin letras, sin instrucción, sin religión, aprendieron en la sana escuela de la Naturaleza recias y saludables enseñanzas. Mas, para común daño, introdujéronse en nuestra sociedad dos vicios insaciables, desconocidos de los pueblos aborígenes: la ambición y la avaricia, que, llegadas al cabo, hacen que nada baste a nadie, puesto que siempre le falta algo a aquel hambriento abismo de codicia. Y

así es que ya no nos satisfacen riquezas ni nos llenan honores, animalillos como somos a quien para el sostenimiento en vida y para sepultura en la muerte basta media yugada de tierra. Y a pesar de todo, en las alas locas de nuestro pensamiento, rodeamos tierras y mares, alborotándolo todo, trabucándolo todo por servir a nuestras pasiones, sin que ni el número de los que mueren cada día ni nuestros propios achaques nos adviertan nuestra fragilidad, ni hacia qué destino tenemos que emprender la jornada...»

Y añade el propio Foster Watson:

«No carece de valentía hablar así a uno de los líderes de la corte más culta de Europa, regida por un monarca absoluto de los Tudor, y condenarla en nombre de los salvajes del Nuevo Mundo.»

Termina Vives ese vehementísimo alegato con estas palabras finales:

«Perdonárseme debe este desahogo de mi justo dolor por las calamidades de esa edad nuestra en que el pueblo cristiano, desechando todo asomo de caridad evangélica y olvidado de su Cristo, abusa de sus fuerzas en su propia perdición. En ningún otro tiempo estuvo abocado a una crisis tan evidente y angustiosa como la actual, con un enemigo poderosísimo que atisba la ocasión... Vivimos y obramos como hijos que han abdicado de su filiación, por manera que parecemos excluídos de la tutela y del cuidado de Dios, abandonados a nuestra absurda estupidez, cuya obra única son las calamidades y la ruina y la miseria de toda Europa. Y en medio de tantas catástrofes, con los labios honramos al Dios de paz, mientras nuestros corazones están envenenados de sañudo y sangriento odio. Y no los príncipes solos, sino también las personas privadas, las que exteriorizan la mayor y la más estrecha de las amistades, por manera que ahora, con más triste verdad que en cualquier otra época, puede decirse: «Todo hombre es engañoso...» Voy a poner fin, puesto que me dirijo a ti, que no ignoras nada de esto y querrías verlo enmendado. Pluguiera al Cielo que a los mejores avisos no se opusieran en obstáculo tan crecido nuestros propios pecados... Padre mío: ten salud.»

Esta carta que borbotea y hierve de apóstolico celo tuvo un suceso no feliz. *Non bis in idem,* dice el precepto clásico. El celo de Vives, irrefrenable, no le permite su observancia, sino que le impone la oportunidad y la inoportunidad en la instancia apremiante. A los nueve meses de la fecha, a los 12 de marzo del año siguiente, vuelve a descargar sobre el yunque un martillazo más recio y más sonoro. Este segundo golpe va derecho al propio Enrique VIII. La situación, agravándose, había llegado quizá a aquel extremo en que de la maraña surge la solución y la salud brota del desahucio.

¿En qué circunstancias? Tomaremos el agua de un poco más arriba y daremos una pequeña vuelta, que por ventura nos será gustosa.

* * *

Ante una gran pompa de velas hinchadas que en el horizonte se avistaban; allí donde el cielo y el mar se funden en un beso trémulo, preguntábanse los marineros de las islas Medas, viendo avanzar una armada que pasaba de veinte galeras:

—¿Serán, acaso, corsarios?

—No, que son turcos de Turquía.

—No, que son franceses.

—No, que son moros berberiscos...

Y no eran ni una cosa ni otra. A Barcelona acaba de llegar, apresurado el huelgo y la frente sudorienta, un correo enviado desde Blanes, con la nueva cierta:

«Que veintiuna galeras y nueve leños con remos se van acercando. Es la armada del Emperador Carlos V, en que va embarcado, prisionero, el rey de Francia.» Acontecía esto el 17 de junio de 1525. Se apeó el rey galante en la ciudad caballerosa, que respetó su dolor y le hizo olvidar su vencimiento. Alojóse en uno de los más bellos palacios de la ciudad condal, que era la mansión llamada del Huerto del Arzobispo de Tarragona, lindante con la Rambla y formando esquina con la actual calle del Conde del Asalto. Era la más linda y deseable de las cárceles, poblada de naranjos coposos que la alegraban con su color, con su olor y con su verdura. De ese su florido encierro salió para oír misa en la catedral, que estuvo llena de lumbres y llena de pueblo, y se engalanó con los mejores ornamentos, y lució la magnificente custodia que había sido trono del postrero de los reyes de su dinastía: don Martín *el Humano*. Comulgó en la misa; con la virtud que la credulidad popular atribuía a la persona de los reyes de Francia, curó lamparones (*porcellanes*, en la lengua de la tierra) a cuantos enfermos se acercaron al Cristianísimo, haciendo sobre ellos la señal de la cruz y una breve oración (1); a la noche, organizóse un lucido banquete en la galera real, al cual asistió la flor de la sociedad barcelonesa, y a la salida del festín, honrado y embellecido por la presencia de más de veinte damas, organizóse una vistosa cabalgata, iluminada por numerosas antorchas, que fué a pasar por delante del palacio del Huerto del Arzobispo. El rey de Francia estuvo a la ventana, admirando el vistoso desfile. Y reparando en las damas tan ataviadas como hermosas, les dirigió muchas cortesías y requiebros, diciéndoles que la prisión que más sentía era la que ellas le daban.» Este gustoso cautiverio y sabrosos hierros en que las damas barcelonesas tuvieron preso al rey galante, terminaron bien pronto. Al quinto día se acabó la deliciosa prisión. El rey prisionero continuó su viaje a Madrid, como un meteoro triste, dejando un fugaz perfume de madrigales.

Con el prendimiento de Francisco I, rey de Francia, ocurrido el día de la fiesta del Apóstol San Matías (24 de febrero del propio año), terminó el primer episodio de las luchas crónicas que sostuvieron el rey Cristianísimo y el rey Católico; tan crónicas y tan encarnizadas que, partidas en tres episodios, cada uno de ellos duraba el clásico decenio de las epopeyas antiguas. La fiesta de San Matías tuvo para el emperador una significación augural y fué para él un aniversario ce-

(1) Esta credulidad duró muchos años. El poeta festivo de Sevilla Baltasar de Alcázar (1530 † 1606) tiene esta linda letra, llena de travesura y sal volátil, que hace referencia a este presunto privilegio de la Casa de Francia:

Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme cual estoy,
al rey de Francia me voy;
no me preguntes a qué.
Sufriendo las sinrazones
que me hiciste, me han salido
dos bultos tras el oído
que parecen lamparones:
si lo son, yo no lo sé;
mas, por la duda en que estoy,
al rey de Francia me voy;
no me preguntes a qué...

lebérrimo. El día de San Matías había nacido, el año de 1500. El día de San Matías, año de 1525, se había asegurado la posesión de Italia y la hegemonía del mundo por la victoria de Pavía y la cautividad de Francisco I. Coronóse en Aquisgrán de emperador el año 1530, el día de San Matías; así que toda la vida profesó una singular devoción al santo Apóstol que había presidido su nacimiento y sus más prósperos destinos, incoando la brillante serie de sus gloriosos cumpleaños. Hasta el monasterio de Yuste, a cuya puerta quiso dejar todo el ruido de los negocios mundanos en las postrimerías de su vida, le acompañaron el indeleble recuerdo y la dulcísima triple conmemoración. Para ese día había alcanzado del Papa un jubileo plenísimo que se ganaba cuantas veces se entraba a rezar en la iglesia donde él, el emperador, estuviese vivo o enterrado. Y en Yuste aconteció que lo celebrase por última vez. Vistióse de fiesta y se puso el collar del Toisón de oro. A la misa mayor, al tiempo que se hace la ofrenda, adelantóse a ofrecer los escudos y coronas correspondientes a sus años, que en aquel año fueron cincuenta y siete. Dios, que reduce a la medida de un palmo los días del hombre, según el salmista, quiso que aquella oblación fuese la postrera. Sus criados aquel día también se pusieron galanes. Mandó que hubiera sermón, y porque la iglesia del monasterio no era tan grande que cupiese en ella la multitud que se reunió de muchas leguas a la redonda para lucrar la indulgencia plenaria concedida, quiso que hubiera dos sermones, uno en la iglesia y otro fuera. En aquella ocasión el emperador se rejuveneció. Uno de sus servidores escribió: «V. m. no puede pensar cuán bueno está... El día de Santo Matía salió a ofrecer al altar mayor por sus pies; es verdad que ayudándole un poquito...»

Tornando de esta breve y agradable digresión, diré que el epicentro de los movimientos convulsivos de estas guerras crónicas estaba en Italia. El sitio donde por lo común se debatían la ira de los reyes y el estúpido furor de los pueblos era, para decirlo con palabras de Luis Vives, la Insubría y la Galia circumpadana; esto, dicho en términos de humanista; dicho en términos corrientes, la cuenca del Po.

Las guerras nacían unas de las otras, con la increíble fecundidad con que en la mente del contemporáneo autor del *Orlando furioso* surgían las peripecias de grotesco heroísmo, sino que aquí en Italia, teñida *di sanguigno*, los protagonistas eran reales; las huestes, efectivas, y la matanza, verdadera. Luis Vives, con vigorosos trazos, describe la situación a que las guerras endémicas habían conducido a Europa: campos talados; edificios derruídos; ciudades pujantes pobladas de soledad, cubiertas de ceniza y, como mendigas, sentadas en el suelo; hambre y frío; carestía y miseria; flojera y desgana en el estudio; vilipendio de las letras de humanidad; rotura y soltura de costumbres; perversión del juicio, que aprobaba la maldad como si fuese acción loable.

«Afortunado parto de la naturaleza—exclama patéticamente Luis Vives—; dádiva preciosa del Cielo; feliz agüero y prenda segura para todo el orbe cristiano será aquel hombre por cuyo medio, Cristo posando más apaciblemente sus ojos sobre los negocios humanos, devolverá la paz a su pueblo. A ese hombre mortal la Humanidad le será deudora de una inefable sucesión de

bienes. ¡Ojalá a muchas personas privadas a quien Dios concedió generosa voluntad para ese empeño nobilísimo les hubiera dado la facultad correlativa! ¡Ojalá vosotros, príncipes a quien Dios, con mano larga, concedió el poder, por vuestra parte correspondierais y añadierais el querer.»

Y con osado apóstrofe, dirigiéndose a Carlos V, le dice estas graves palabras:

«Cierto es que tú, bien visible y bien alta enarbolaste una bandera que hace que depositemos en ti las mejores esperanzas de la anhelada quietud del mundo. Creemos que ese generoso pecho tuyo alberga, a una, voluntad y poder, y que tú, que puedes tenderle la mano y levantar el nombre cristiano del abatimiento en que se derrumbó, tienes la voluntad y pondrás el correspondiente esfuerzo vigoroso. Declaran tu enorme poderío tantos y tantos reinos, no adquiridos con sangre ni inhumanas carnicerías, sino heredados de tus mayores por un oculto consejo de Dios, que por blandos lazos matrimoniales unió a príncipes tan distantes en dominios y en origen, con el designio de que tú, en esa encrucijada de los tiempos, fueses príncipe tan grande. A tu título de Rey, nombre que de suyo ya es glorioso y magnífico, se agregó la sagrada y augusta dignidad de Emperador, ante la cual se inclinan todas las otras dignidades humanas.

»La suerte de tu nacimiento quedó comprobada por tantas victorias como se te vinieron a las manos sin que las esperases. No sólo fueron quebrantados potentes y temerosos ejércitos, sino que dos de los más temidos Príncipes de la Cristiandad cayeron en tu poder: Francisco, Rey de Francia, y el Papa Clemente VII, que no solamente era el supremo Jerarca de la Iglesia, sino poderoso también en riquezas, en armas, en dominios...»

Pero con estos hechos brillantes, Carlos V no hizo, dice Luis Vives, más que echar los cimientos de hazañas más preclaras. Por aquel tiempo, Carlos V había ordenado la expedición a Italia, y no solamente Europa, sino el Asia también estaban colgadas del éxito de esta campaña y en ella tenían puestos ojos y oídos y, sobre todo, en la persona del rey. ¿Qué va a hacer con tan grandes aprestos? ¿Cuál va a ser el suceso de esta empresa? Aparejos tan copiosos y tan minuciosos, maquinación tan ambiciosa y vasta, conmoción tan radical que *parece que España se descuaja de su propio asiento,* le dice (respondiendo a un fundado recelo de que sea para todo lo contrario), «supongo que no será para un estéril alarde de tu poderío ni para promover un ruido huero; ¿qué cosa puede ser más ajena de estos graves momentos? Ni con el intento de sojuzgar a Italia. Sojuzgar a Italia (es notable esta imagen pintoresca y expresiva) equivale a *pescar una anguila, que por más estrechamente que la aprietes se te escurrirá de las manos por su viscosidad.* ¿Qué empresa puede haber más reñida con tu prudencia política y con tu proceder tan rico de múltiples experiencias? Como si fueras un peregrino (un *turista,* ahora diríamos) curioso de descubrir a Italia y esa tu expedición viniere a resultar un viaje entretenido y de pasatiempo. Nadie duda (el primero que lo dudaba era el propio Luis Vives) que esa expedición transalpina tiene una finalidad sólida, estable, duradera; una finalidad cual la desea el mundo porque la necesita: la paz entre los príncipes fir-

me y permanente; un acuerdo en las opiniones, que, como más útil que es a la Humanidad, yo la considero más difícil que la primera; a saber: la paz entre los príncipes cristianos».

«¿Has pensado alguna vez en lo que estás obligado a hacer tú, a quien compete la restauración de casi todo el orbe que, tambaleándose como está, necesita de un pilar como el que allá, en la mitología, cuéntase de Atlante, a quien, cuando estuvo cansado de sostener en sus hombros el eje del mundo, Hércules se ofreció para hacer sus veces? Yo no sé si con estas columnas de tu imperial escudo quisiste significar que vas a sustituir a Atlante, puesto que en ti remaneció un segundo Hércules. Y ahora, sin fábulas ni alegorías, dígote que trabajos no desemejantes a los hercúleos tendrás que llevar a término feliz si has de responder a las esperanzas y hacer buenos tus principios.»

Todos estos pasajes citados se tomaron de la carta dedicatoria a Carlos V del tratado *De la concordia y de la discordia.*

Parece que coincidieron en París el padre Francisco de Vitoria y Luis Vives, y parece que se trataron. En las obras de Luis Vives yo no he podido rastrearlo; pero el pacifismo de ambos respira mansedumbre apostólica y está impregnado del Evangelio de paz. La Iglesia tiene horror a la sangre. Fué el diablo, espíritu homicida, según San Pablo, enemigo jurado del linaje humano, quien introdujo en el mundo la guerra. La guerra es una obra de la carne. Manifiestas son las obras de la carne, dice San Pablo: enemistades, iras, contiendas, disensiones, envidias, homicidios, todo el enorme conjunto de pasiones inconfesables que entran en el complejo enorme de ese crimen gigantesco. Con tristeza hemos de reconocer que la historia humana, por una lamentable restricción, puede decirse que es la relación de esas matanzas metódicas y colectivas reducidas a lo que se decía el arte de la guerra, espectacular pictórico, arte nacido, poco antes de Luis Vives, en Italia, nodriza de guerras según J. Burckhardt en su *Civilisation en Italie au temps de la Renaissance.* Italia, pues, hizo de la guerra una ciencia y un arte completo y razonable. En Italia tuvo su expresión primera la técnica de la guerra sabiamente conducida. Durante la guerra milanoveneciana (1451-1452) entre Francisco Sforza y Jaime Piccinino, un escritor militar, Antonio Porcello de Pandoni, sigue el cuartel general de Piccinino con el encargo de redactar una relación de los más salientes hechos de armas para don Alfonso *el Magnánimo,* rey de Nápoles. Ese mismo autor no pudo excusarse, a fuer de neutral, de redactar un informe objetivo del ejército milanés de Francisco Sforza, quien le acompañó de fila en fila y le prometió transmitir a la posteridad lo que él había visto. En Italia nació la cosa y el nombre de la cosa; Maquiavelo la bautizó: *Arte della guerra.* De espectacular y pictórico, nosotros hemos visto el arte de la guerra convertido en la ciencia implacable y fría de la destrucción. Luis Vives, este suave pedagogo en Cristo, abominando de la guerra, en su tratado *De tradendis disciplinis,* dice:

«No de otra manera debieran tratarse las guerras que se tocan los latrocinios: sobriamente, secamente, en su repulsiva desnudez, no encareciéndolas con ninguna suerte de alabanzas, sino recargándolas con toda suerte de abominaciones.»

Las bélicas alternativas que registra la Historia, esos encaballamientos alternos de unas naciones sobre otras, destructores todos, tienen expresión eficaz en este pasaje del profeta Joel:

«Los residuos que dejó la oruga se los comió la langosta; los residuos que dejó la langosta se los comió el pulgón, y lo que quedó del pulgón se lo comió el añublo.» *Sanctificate bellum,* clama el mismo profeta: Santificad la guerra; humanizad la guerra. Empresa muy ardua esa de santificar la guerra, porque, originalmente, la guerra es hija del pecado. Empresa dura esa de humanizar la guerra, puesto que es la propia inhumanidad.

De San Agustín es esta profunda sentencia: «No hay cosa más discorde por vicio ni más sociable por naturaleza que el linaje humano.» En nuestros tiempos calamitosos, una vez más la discordia viciosa se ha sobrepuesto a la sociabilidad natural y ha roto aquella unidad que debiera ser la explicación y la confirmación de la venida del Hijo de Dios al mundo, y ha desbaratado la blandura de la paz geórgica soñada por Isaías: «Las espadas se convertirán en azadas y las lanzas se encorvarán en forma de hoces; una nación no alzará el cuchillo contra otra nación ni se ensayará más para la guerra.»

La encarnación del Verbo, según San Pablo, de dos hizo uno y derribó la pared medianera de las naciones y aniquiló las enemistades en su propia carne. Desterró los nombres de bárbaro y de extranjero; mató la *xenofobia* a fin de que la armonía humana fuese imagen de la armonía divina. En la sagrada persona de Jesús fundiéronse todos los pueblos para ser un solo pueblo y un solo cuerpo. Todas las gentes son coherederas, *concorporales* (como dice San Pablo con una palabra felicísimamente audaz), copartícipes de los mismos destinos, de las mismas promesas, de las mismas esperanzas.

La guerra nace, como dice el desterrado de Patmos, de las profundidades de Satanás: *Altitudines Satanæ.* Allá, en aquellas minas negras, se engendra el monstruo abominable y se hincha el parto bestial. Pero los hombres hacen la guerra y la conducen, o creen conducirla, a sus fines; pero en hecho de verdad, son conducidos, son arrastrados por ella como Hipólito, el héroe de la tragedia de Séneca, fué arrastrado y dilacerado por los propios caballos que montaba. Dios, en expresión de Job, coge a los maliciosos en su propia astucia. Es Dios, en definitiva, quien con su dedo marca, como si fuera un agua dócil entre dos riberas, el curso de la Historia.

San Agustín, que vió la guerra tan de cerca, batiendo los muros de su ciudad episcopal de Hipona, sitiada por los vándalos, dice:

«Quien contempla con dolor los males de la guerra, tan grandes, tan horrendos, tan crueles, confiese que es la miseria suprema. Quien la contempla como un espectáculo, quien la hace sin un sufrimiento íntimo y sin que se le conturben las entrañas, es que perdió el sentido de humanidad: *Humanum perdidit sensum.*»

Toda guerra es un enigma. *¿Por qué se amotinaron las naciones y los pueblos trazan planes vanos?* Eso se lo pregunta el salmista y no se responde a sí mismo. Y si, ilustrado con luces del cielo, el real profeta no lo sabía, es lógico que tampoco lo sepan las naciones que se amotinan y rugen. Pero sí; algo

llegan a saber en su propio daño. Llegan a saber que la guerra es absurda, es estúpida, es innecesaria; pero lo saben cuando en holocausto gigantesco han sido sacrificados, como en la última, veintidós millones de hombres, parte no pequeña de la Humanidad.

Había que subir a estas serenas alturas de la Teología para dominar la cumbre en que se sitúa Luis Vives para hacer el juicio de la tremenda actualidad que vivió. Esta generosa teología agustiniana, paulina, cristiana, en fin, alienta, como en la primera, al obispo de Lincoln, en esta segunda requisitoria al propio Enrique VIII. Es una carta que diríamos de política internacional sobre la *prisión de Francisco I, rey de Francia, por el César Carlos*. Este patético documento rebosa amor a Francia. «Alentamos —dice—la esperanza de que no os cebaréis, ni tú ni el César Carlos, en una nación inocente y destituída de defensas, ni asolaréis el más floreciente reino del mundo cristiano, ni arrancaréis ese segundo ojo suyo a toda la Europa. ¿Qué culpa tiene el pueblo, si al rey le plugo declarar la guerra, contrariando, según se dice, la voluntad de todos los miembros de su consejo?»

Esta delicada francofilia que se insinúa con tanta ternura en la carta a Enrique VIII, tiene expresión más explícita y más dramática en otras obras de Vives:

«Treinta años de hacerse guerra perniciosísima para el nombre cristiano; ¡treinta años de guerra casi sin respiro entre Francia y España! El español ha quitado al francés Nápoles, Milán, Navarra, Rosellón; le ocasionó desastres, aniquiló ejércitos brillantes y, a lo último, cautivó a su rey... No; no canto yo aquí las glorias de España; por otra suerte de hazañas querría yo verla celebrada, no por sus armas ni por sus victorias... No tendría yo a España por peor si hubiera resultado vencida, ni la tengo por superior a Francia porque ha salido vencedora. ¿Qué otra cosa ha hecho mi pluma sino abominar de esas furias rabiosas? No va mucha diferencia entre el alabar al guerrero por sus armas o por su inhumanidad o loar a un cristiano por sus triunfos sangrientos o por haber desertado de las bandera de Cristo y pasádose a las del diablo. ¡Quiera el Cielo que algún día pueda ver yo un más noble pugilato entre España, que me engendró, y Francia, que me formó; una contienda tranquila y más digna de hombres cristianos; no verlas enzarzadas en la triste competencia de cuál de las dos acarreará a la otra males mayores, sino trabadas en empeñado certamen: cuál será más instruída, cuál será más prudente, cuál será más humana, cuál será más virtuosa, cuál será más santa! ¡Oh, si yo alcanzara a ver tanta hermosura antes de salir de este mundo! ¡Cómo daré gracias a Dios por haberme hecho nacer en la más venturosa de las edades!»

Luis Vives emigró de esta vida sin que pudiera entonar, como el anciano Simeón, el *Nunc dimittis* de las bellas esperanzas realizadas.

La pesadumbre, la consternación, que dice Luis Vives, se abatieron sobre el reino de Francia por el inopinado prendimiento de su rey, por los veteranos de España y de Alemania, gentes alabanciosas, jactanciosas por tantas batallas ganadas al francés, gentes hambrientas, astrosas, no pagadas, que vencían o morían fanáticamente al grito de *¡Viva el Imperio! ¡Viva el emperador!*, y fueron en todo el mundo es-

tupor y pasmo. La victoria de Pavía produjo una de las mayores crisis que registra la historia de Europa hasta la era napoleónica, dice un historiador. Nosotros podríamos extenderla hasta la guerra cuyos rescoldos humean todavía. Aquella victoria significaba que Italia había caído en poder de España y del Imperio. Ninguna ferocidad deshonró, por entonces, la rutilante victoria militar, ni la persona del valiente rey preso fué víctima de ningún cobarde ultraje. El propio Amadís de Gaula, ni nuestro generoso Tirante el Blanco se comportaran más cortésmente con el rey vencido como lo hicieron los capitanes vencedores.

Cierto es que los soldados le arrancaron las plumas del yelmo y aun pedazos del hábito magnífico y la cadena de la Orden de San Miguel, que llevaba al cuello; pero no por desacato, sino *como por reliquias, para memoria*, dice el historiador de Carlos V, fray Prudencio Sandoval, cuya descripción de la batalla de Pavía es de las mejores que se han escrito. Cuando Lannoy, uno de los héroes de la jornada, reconoció al brillante rey de Francia en el más deplorable estado, cubierto de sangre, apenas reconoscible, conmovido, le besó la mano, recibió de hinojos la espada vencida que Francisco I le ofrecía y, en trueque, le entregó la suya vencedora. Magnífica escena como para otro cuadro de *Las lanzas*.

Correos fueron despachados inmediatamente a España, Alemania, Inglaterra y Roma. Cuando don Ruy Díaz de Peñalosa presentóse al joven Emperador, en Madrid, castillo famoso, y le anunció que el día 24 de febrero, aniversario de su nacimiento, el rey de Francia había caído en sus manos, Carlos palideció intensísimamente, y con lentitud y en voz alta, como para asegurarse de haber bien comprendido, repitió las palabras del mensajero, pesándolas una por una en su desconcertante magnitud: *El rey está preso en mi poder y la batalla está ganada para mí.*

Y calló y bajó la cabeza grávida de pensamientos y se retiró a su cámara. Necesitaba soledad. Se ahinojó y se puso en oración. La idea primera que cruzó su mente fué la de una cruzada contra el Turco. No quiso que se encendieran lumbradas de regocijo; sólo en hacimiento de gracias autorizó que recorriesen Madrid algunas procesiones que fueron a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, y a las que el propio Carlos V, abrumado del pavoroso destino, se sumó personalmente. Jamás Carlos V se reveló más grande que en aquella hora plenísima de su vida. Ante sus ojos se abría un porvenir de una pujanza sin límites. Para él y sus españoles parecía escrito aquel verso de Virgilio:

His ego nec metas rerum nec tempora
Imperium sine fine dedi (1). [*pono;*

También sin fruto visible se quedó este segundo documento. Y Vives volvió a la carga con una tercera apelación. Es un muy grave doctrinal de príncipes y señores, como tantos abundan en nuestra literatura política. Toda ella es política de Dios y gobierno de Cristo. Tiene el tono mesurado de una encíclica papal y está muy robustamente construída. No se le puede quitar nada sin daño del armonioso edificio. Por aquel tiempo se incubaba la paz que... estalló con el Tratado de Ma-

(1) A éstos no les pongo ni límites ni tiempo; imperio les he dado sin fin.

drid; demasiado dura para dictada por el Emperador de Romanos, que debiera haberse ceñido a aquella fórmula clásica de imponer paces, practicada por Roma: *Parcere subjectis et debellare superbos* (Tender la mano a los caídos y derribar al suelo a los erguidos).

Paz humillante en demasía para que el rey *fedífrago*, como se le calificó, es decir, quebrantador de la fe jurada, con aquella fe propia del siglo XVI, tan semejante a la fe púnica, no meditara su quebrantamiento, aun sin la más autorizada y solemne de las absoluciones. La guerra no tuvo más que una momentánea solución de continuidad. Se embraveció de nuevo más amplia y más enconada. La mentida paz de Madrid trajo la sacrílega, la nefanda, la sangrienta orgía del Saco de Roma:

Per me si va nella città dolente...

Esta, digamos, encíclica laica de Vives a Enrique VIII tiene al final una recapitulación patética:

«Aquí tienes, rey glorioso, lo que a mí, el más adicto y apasionado de tu majestad, parecióme que en este trance te debí escribir acerca de la guerra y la paz. Tú recibirás estas advertencias mías con aquella apacibilidad y mansedumbre con que sueles recibir todas mis cosas o, mejor, aquella benevolencia con que escuchas a quienes te avisan, y de la cual no te desprendes en ninguna ocasión, conocida y experimentada, no solamente por tus súbditos ingleses, sino también por las naciones extranjeras. Mis estudios, cuya tranquila holganza tú me procuras (1), no pudieron dejar que pasase en silencio esta oportunidad de escribirte. Solamente añadiré antes de terminar que no conviene en modo alguno que ignores (aun cuando tú lo oyes o lo alcanzas por conjeturas) que las naciones todas, conforme nos lo deja entender la fama y las conversaciones de los hombres, esperan de ti, y casi por su propio derecho te lo exigen, que puesto que mostraste al mundo asomos y esperanzas de paz, des feliz remate a esa paz, trayendo a la concordia a la cesárea majestad de Carlos, por el ascendiente y amistad que con él tienes, no sea que esta flor hechicera de la paz haya mostrado con harto envidiosa brevedad su hermosura y su alegría, sin dar el fruto cierto que nos prometíamos. ¡Ojalá proporciones este gozo sólido a todo el orbe cristiano, para que, devuelta a toda Europa la gloria de la quietud, se te deba a ti solo; y compuestas las discordias entre príncipes, y apaciguados los tumultos y el polvo bélico, podamos trasladar nuestras preocupaciones a la religión, a la piedad, a los negocios específicamente cristianos. Tú mismo ves hasta qué grado el mundo lo necesita. Yo no comprendo con qué otra cosa pueda decorarse más el *Defensor de la fe* o con qué otras obras puedas contraer mayores merecimientos para con Cristo, a quien pido que siempre pienses y hagas todo cuanto haya de redundar en la salud y felicidad tuya y de tu reino.»

* * *

¡Cómo se iban alejando para Enrique VIII, sacrílego rompedor de uno de los siete Sacramentos, esta

(1) Téngase presente que Vives escribía este documento en 1525, años antes del proceso y rompimiento consecutivo del vínculo matrimonial con Catalina, de quien también recibía una pensión

lira de siete cuerdas, consoladora de la Humanidad, aquellos venturosos días en los cuales, cubierto su pecho con el escudo de la fe, manejaba la pluma como una lanza y contestaba al libro de Lutero sobre el *Cautiverio babilónico de la Iglesia* con su vindicación teológica *Assertio septem Sacramentorum*; y el Pontífice que en la Roma donde Cristo es romano ceñía la corona triple, distinguía con el magnífico título *Defensor fidei* al acérrimo teólogo coronado! Rodeábanle la gratitud y las bendiciones de la Iglesia y el amor y la veneración de su pueblo. En ese mismo documento que comentamos, Luis Vives le había comparado con los grandes y amados emperadores Augusto y Trajano, cuya más segura salvaguardia era el merecido afecto de sus vasallos; y decía:

«¡Cuánta y cuán serena placidez convino que hubiese en aquellos espíritus que se sentían asegurados, no con sus lanzas y con sus escoltas, sino con la bienquerencia de sus pueblos! Yo he tomado esta conjetura de ti, a quien más y con mayor frecuencia veo rodeado del tierno amor de los tuyos que de tu propia guardia personal. ¡Cuán raras veces usas de escolta! Y aun las veces que lo haces, háceslo más por alarde protocolario y por seguir la costumbre de tus mayores que porque te persuadas que te es menester, pues de tal manera te rodean que quienquiera puede acercarse a ti, y en tu palacio no te hace servicio mayor la guardia viva que la que está pintada en los tapices que decoran sus paredes. Esto, en definitiva, es ser libre y ser rey; así te saboreas y regalas con el fruto de tu confianza y tu seguridad, por manera que no hay ninguno de los tuyos que no prefiera inferir daño a su cabeza que ocasionarlo a tu pie...» (1).

Las mujeres le derrumbaron el cerbelo. Quebrantó el Matrimonio, Sacramento grande, según San Pablo, en Cristo y en la Iglesia. Desató una fiera persecución; y sangre fué la dote de las concubinas que subieron a su tálamo; consumó el cisma y rompió la túnica inconsútil. Promovió una guerra civil en las conciencias; aquella guerra civil que Luis Vives le auguraba, de repudiar a la santa reina Catalina, su

(1) A título de curiosidad, y porque creo que el texto no es demasiado conocido, voy a reproducir aquí un testimonio paralelo del hecho de que en el amor del pueblo halla su máxima seguridad el rey. Se refiere precisamente al yerno póstumo de Enrique VIII, nuestro Felipe II, que casó con su hija María, y de quien el predicador de sus honras fúnebres, Aguilar de Terrones, dice esto que sigue:

«No hubo en el mundo Rey tan fiado de los suyos como el nuestro [Felipe II] lo fué. ¡Qué de avisos tuvo que se guardase y recatase de los unos y de los otros, de acá y de acullá! ¡Qué seguro y confiado dormía a par de unas ventanas baxas de vidrio junto a la calle! Salíase por essos campos solo, sin guarda y dava audiencias desarmado y solo al Moro que venía, al Turco, al Inglés, a los vassallos contra quien tenía avisos de su mala voluntad, sin nunca creer ni temer que pudiesse ser ofendido.» (*Sermón que predicó a la Magestad del Rey don Felipe Tercero, nuestro Señor, el Doctor Aguilar de Terrones su Predicador, en las honras que Su Magestad hizo al Católico Rey don Felipe Segundo, su padre que sea en gloria en San Hieronimo de Madrid, a 19 del mes de octubre de 1598. Hízole imprimir Barrionuevo de Peralta su amigo, por la copia que dél dió Lupercio Leonardo de Argensola, secretario de la Magestad de la Emperatriz, nuestra Señora, para que todos gocen de tanta doctrina.*)

legítima mujer, tan bella, tan buena, tan amante, que los postreros renglones que trazó su mano moribunda consiguieron enternecer su pecho berroqueño y humedecer el pedernal de sus ojos. Y mereció la condenación que el libro del *Eclesiástico* fulmina contra el rey que fué sabio:

«Cuán sabio fuiste en tu juventud y como un río fuiste lleno de inteligencia...

»Pero te diste al amor de las mujeres y les diste poder sobre tu cuerpo. Y pusiste mancilla en tu gloria y deshonraste tu estrado y trajiste la cólera sobre tus hijos y lamentos sobre tu linaje.

»Cuando el pueblo se dividió en dos y tuvo origen un reino rebelde» (1).

CAPITULO XIX

APOSTOL DE LA PAZ Y DEL CONCILIO

El día 1 de diciembre de 1521, de inesperada muerte, y no sin sospechas de veneno, muere el Papa León X (Juan de Médicis). Un historiador ha dicho: «Otra tumba, otro Papa, otros tiempos. Tras el Carnaval florido y rumoroso, la Cuaresma cenicienta y callada.»

El día 22 de enero del año 1522 sale del Conclave el Papa nuevo, también inesperado: es Adriano de Utrecht, ausente de Roma y estante en España, de donde era regente a nombre del emperador Carlos V; era cardenal y regía la sede de Tortosa. Adriano de Utrecht era de una extraordinaria belleza varonil, de estatura imponente, de modales mesurados y severos y al mismo tiempo llenos de accesible afabilidad. Era sobrio en el discurrir. Había sido profesor de la tétrica ciudad de Lovaina. Era hijo de un carpintero naval y se había formado en la severa escuela de la indigencia. No hablaba italiano, y aun su latín tenía un acento peregrino que lastimaba las delicadas orejas italianas. En Roma siguió llevando la misma vida que había llevado en su patria y en España: vida de santo. «Este Papa—escribían en sus *Informaciones* los embajadores venecianos—se levanta mucho antes de día; reza sus Horas y celebra su misa, y luego dedica una hora a la oración. A seguida manda celebrar la misa a su capellán, y él la oye; después se deja ver y concede algunas audiencias, en las cuales acostumbra ser muy breve por la meticulosa cautela que pone en sus resoluciones. En cualquier asunto, grande o pequeño, sus primeras palabras son éstas: *Videbimus* (Veremos...) El Papa quiere estudiar muchísimo; no se contenta con sólo leer, sino que también quiere componer. Para su mantenimiento, el Papa gasta un ducado al día, que todas las noches, de su propia mano, saca de su bolsa y lo entrega a su mayordomo secreto con estas palabras: «Gastos para mañana...» De su cocina y de la limpieza de su ropa cuida una mujer anciana que ha traído de su país...»

---

(1) *Eccli.*, XLVII. vers. 16-23.

El Vaticano se tornó mudo y silencioso como un convento. En el Vaticano no se vieron ni artistas ni eruditos; no se oyó más música, más sonetos, más diálogos platónicos; dióse paz a pinceles y a cinceles. Este asceta flamenco fué a Roma, guiado por el Espíritu de Dios, a reformar el mundo paganizado y a rehacerlo cristiano. Acostumbraba decir: «Yo quiero proveer a los hombres de iglesias, no a las iglesias de hombres.» Este programa austero no podía menos de contrariar profundamente en aquel siglo de corrupción y de ambiciones. De un prelado de aquellos tiempos se cuenta que al decir él que no quería exponerse a repetir lo que San Pedro dijo al lisiado que le pedía limosna: «Plata y oro yo no los tengo», se le contestó: «Al menos, pudieras decir la segunda parte de la contestación de Pedro: «Pero lo que tengo yo te lo doy; en nombre de Cristo, levántate y anda.» Su radical programa apostólico fué recibido con escepticismo. Creíase que Roma sería más fuerte que él y le paganizaría. Escribía un embajador: «Yo creo que así que habrá bebido de este río Leteo, de este río del olvido que es la Ciudad, enviará a paseo todos estos pensamientos, y, sobre todo, porque *natura non tolerat repentinas mutationes* (La Naturaleza no tolera cambios demasiado acelerados). Ese embajador acertó; no trocaron sus santas ambiciones las aguas del Tíber olvidadizo; pero sucumbió a la empresa gigantesca.

Un año duró esta cuaresma, este cilicio de Roma; Adriano VI murió el 14 de septiembre del año 1523, a los sesenta y cuatro de su edad. Díjose que había muerto envenenado, muerto de hierbas, como entonces se decía. Pero no; el Papa Adriano murió de muchas cosas y, sobre todo, de la guerra que estaba a punto de reanudarse en Lombardía. No es el único Papa que haya sido la primera víctima anticipada de ese crimen gigantesco que es una guerra. Nosotros vimos morir al santo Pío X. Adriano no murió de hierbas; pero el pueblo quiso creerlo así. Una mocedad desbocada tuvo la avilantez de ir a colgar guirnaldas de flores a las puertas de la casa donde moraba el médico pontificio con esta vergonzosa inscripción: «Al libertador de la Patria, el Senado y el Pueblo Romano.» Si fué la libertad que dejó a la patria romana la muerte no llorada de Adriano VI, tardaron muy poco en saberlo los ingenuos romanos que enramaron el domicilio del supuesto envenenador. Se lo notificaron cuatro años después los lansquenetes de Alemania y las feroces huestes de Carlos V.

Adriano VI fué el postrero de los Papas tudescos; mas precisamente el último extranjero de Italia que se haya sentado en la cátedra de Pedro. A fuer de buen alemán, fiel al carácter germánico, como otros grandes Papas de su nación, fué, o quiso ser, un reformador celoso; y con oportunas y radicales reformas intentó atajar los inquietadores avances de la Reforma; pero su generoso intento quedó malogrado. Reposan sus huesos en un noble y bellísimo mausoleo en Santa María *de los Alemanes*. En su sepulcro léense esas palabras descorazonadoras:

PROH DOLOR! QUANTUM REFERT IN QUÆ TEMPORA VEL OPTIMI CUIUSQUE VIRTUS INCIDAT! (1)

(1) ¡Cuánto importa, ay dolor; con qué tiempos coincidió la virtud, aun la virtud de los mejores!

A este Papa, cuyo advenimiento al trono pontificio alentó tan grandes esperanzas, elevó Luis Vives una carta sensacional, fechada en Lovaina, a los doce días de octubre del propio año 1522. La circunstancia de haberle conocido y tratado cuando era deán de Lovaina, y de haberle escrito cuando era obispo de Tortosa, le dió ánimos para dirigirse a él cuando fué Príncipe de los Sacerdotes y Cabeza de la Religión Cristiana. Y lo hace con una impávida libertad, templada por la más sincera reverencia:

«No me impresiona demasiado —dice—la dignidad, por más que sea la más encumbrada de la tierra, aun cuando todos sabemos que hartas veces ha recaído en sujetos indignos. *El mejor de los hombres hace venerable el mejor de los honores*; y entonces los hombres rodean de la merecida reverencia la dignidad cuando ven que recae en una persona tal que, aun cuando no pasase de persona privada, admirarían y respetarían... La vida de Pontífices anteriores ha hecho que pareciese que Tú dignificaste y adornaste la máxima dignidad y el honor más grande que hay en la tierra... Tú, Romano Pontífice, no desdeñarás una carta del mismo de quien no la desdeñó el obispo de Tortosa. No te trocó la dignidad hasta tal punto que haya anulado, ni siquiera disminuído, las excepcionales y soberanas virtudes que siempre hemos loado en Ti, que en Ti siempre hemos admirado y que a tan alto honor te promovieron. Sufrirás, pues, unos breves avisos y amonestaciones mías, que otros, sin duda, te dirigirían con mayor competencia que yo, pero no con amor tan grande...»

Admirable libertad apostólica la de ese cristiano laico que puede tomar para sí aquel versículo del salmo que la liturgia aplica a quienes la palabra que no sufre ataduras hablada en nombre de Dios, fué ocasión y causa de martirio: *De tus mandamientos hablaba yo en presencia de los reyes y de los poderosos*; y *no experimentaba vergüenza ni confusión.*

¿Y qué le decía Luis Vives a su antiguo compañero de Lovaina? Decíale que el mismo día en que el mundo cristiano supo la elevación del cardenal Adriano de Utrecht al pontificado, con la más gloriosa y pura de las elecciones, al paso que algunos sentían una satisfacción indescríptible, él, Luis Vives, que no gradúa la felicidad humana por la opulencia ni el poder, «no tanto gozaba como sufría yo por la suerte del amigo». Gozaba y se felicitaba de que, por fin, fuese otorgado a la virtud alguno de estos premios que se le adjudican acá en la tierra; alegrábase de que se hubiera otorgado a quien no lo ambicionó ni lo procuró y de que la auténtica valía por esa vez se hubiera impuesto a la riqueza, al fraude, a la impostura y al amaño, y «de que te hubiera cabido la suprema honra que merecida tenías; y, sobre todo, de que se te diera ocasión de demostrar, o, por mejor decir, de traer a ejecución y práctica, tu probidad y prudencia, siendo tantas las calamidades que soportamos y tan copiosa la materia de hacer el bien. Y de ahí precisamente nacía mi roedora y solícita preocupación por que tan al cabo llegó la situación de la cristiandad, por una parte trabajada de guerras y por otra alborotada por alteraciones promovidas por hombres perversos, que el restituirla a su condición primera es tarea tan ardua y difícil como hermosa y digna de ser estimulada por los más

acuciados alientos. Hállase el mal tan inveterado y enconado por usanza tan crónica y tan prolija habituación que, persuadido de que al nuevo Pontífice le repugna vivamente, recela con todo que alcance a conseguir su corrección y mejoría».

Dos son las cosas que el mundo pide y espera del nuevo Papa: quieta paz en las armas entre los príncipes cristianos; sosiego en los alborotos entre las personas privadas. Podría Luis Vives, si quisiera, decirle cosas de más gusto y regocijo; pero se las dirá desabridas y de mayor provecho. La vida anterior del Pontífice le obliga de tal manera a satisfacer y colmar esa expectación promovida por su encumbramiento, que ya no le es posible volverse arredro y engañar crédito tan grande como en él depositó el pueblo cristiano, porque, de defraudarle, iba a creer que es la propia soberanía apostólica la que vicia y corrompe las costumbres de quienes a ella se encaraman, dado caso que estragó también al mejor, que parecía estar libre y exento de todo posible contagio.

A continuación abomina de las guerras y describe sus amargos frutos: Llamas, dolores, muertes, asolamientos y toda la conocida serie de males fueron obligada secuela de las guerras de todos los tiempos. «Pero ahora—dice—introdújose un sistema de guerrear inédito, y es prender fuego a todo. Los franceses nos quemaron lo nuestro; nosotros, actualmente vencedores, les quemamos lo suyo; ellos, por desquite, reuniendo buen golpe de gente, vuelven a prender fuego a lo nuestro: alternativas que no pueden ser más del agrado del Turco; nosotros somos los ejecutores de sus deseos. Con perdón de los cristianos, he de decir que yo, al Turco, téngolo por más humanitario, y no querría con tal ferocidad ensañarse contra nosotros; y creo yo que, a buen seguro, tendría la cordura y entendimiento suficientes para no destruir aposta aquello mismo que podría poseer después de la victoria. ¿Qué bárbara nación hizo la guerra con tan ciega inconsciencia que no consintió que la victoria le aprovechase ni a ella ni al enemigo?»

Con encarecimiento especial suplica a Su Santidad que convoque Concilio ecuménico que ponga remedio a la situación de la Iglesia, casi desesperada. Este mismo ruego no pierde Vives ocasión de reiterarlo con los poderosos de la tierra que él cree pueden influir eficazmente en que esta ansia legítima de la cristiandad se vea colmada y coronada. Interesó muy vivamente en ese mismo proyecto al emperador Carlos V. El Concilio se convocó; pero, prevenido por la muerte, no lo pudo reunir Adriano VI, que bajaba al sepulcro once meses después; ni lo vieron los ojos mortales de Luis Vives. Pero su apremiante requisitoria fué haciendo su camino. *Gutta cavat lapidem.* Este concilio tan solicitado fué el Concilio de Trento, convocado por Paulo III, el año 1542, y reunido el 13 de diciembre de 1545. La impresionante epístola remata así:

«Esto es, Beatísimo Padre, dejando aparte muchas otras cuestiones que difiero para otro tiempo y oportunidad, lo que osé escribir a Tu Santidad, no por confianza en mi ingenio o en mi prudencia, ni porque me persuadiera que yo iba a hallar soluciones mejores que la de cualquier otro, sino en la probidad y mansedumbre de tu ánimo; como también por el amor de la concordia pública de Europa, que no puedo menos de deplorar que esté tan

desgarrada y que con tanto daño de todos luche entre sí el pueblo que Cristo, luego de haberlo redimido con su sangre, quiso y preceptuó que se mantuviera unido por el aglutinante de la caridad... No me queda más que hacer sino suplicar que merezca la aprobación de Cristo todo cuanto estatuyeres y haga que todo tenga un suceso feliz.»

Con esta carta al Papa Adriano VI, el año 1522, inició Vives ante los poderes de la tierra su generoso apostolado de paz, a cuyo ciclo pertenecen los documentos que ya vimos dirigidos directa o indirectamente a Enrique VIII de Inglaterra, expedidos en los años 1524 y 1525, al ritmo de los acontecimientos políticos y bélicos de Europa, que les daban palpitante y sangrante oportunidad. La discordia que desgarraba a Europa no remitía y Vives no cejaba en sus predicaciones y clamores, aun cuando, al parecer, se perdiese en la sordera del desierto. Del octubre del año 1526 es su interesantísimo y literariamente muy hermoso opúsculo que rotuló: *De Europæ dissidiis et Bello Turcico*, y que en el texto va bajo el título *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco*. Parecía haber tomado para sí aquella misión de gritar y más gritar que fué intimada al profeta antiguo: *Clama, ne cesses* (Clama a voz en cuello y no ceses; alza tu voz como trompeta). Para ello apeló a todos los tonos. En esta obrecilla deliciosa, si su materia no fuese tan triste, ni tan amargas sus verdades, ni tan elocuentes sus reticencias, ni tan merecidas sus recriminaciones, usa Vives el diálogo, no al estilo de Platón, sino a la manera de Luciano, ese genio antiguo mordedor, a quien con su frecuente trato distinguieron Erasmo y Tomás Moro, en cuyo círculo de estudios era recibido y familiar.

* * *

Ominosos y preñados de amagos eran aquellos días. Más sombríos que los sucesos eran todavía los augurios. Todas las aves volaban hacia el lado siniestro. Los espíritus lúcidos no podían anunciar nada bueno. Hasta los varones de misericordia, aquellos cuyas piedades, según el libro santo, jamás habían de faltar, andaban acuciados por una extraña pugnacidad. *¿Son éstos los belígeros varones?*, podía Europa preguntarse, con nuestro Herrera. La tierra estaba erizada con el casco de Marte. Y Marte, con la gráfica expresión de Luis Vives, es una perra rabiosa; y quien la azuza o la llama a sí no puede evitar las mordeduras. Erasmo había escrito *Pacis Querimonia* (*Querella de la Paz*), que, vertida al romance de Castilla, salió de una prensa sevillana en 1520. Era ya el principio de la alarma más viva de cada vez, que tuvo más viva y más artística expresión en el *Diálogo entre Lactancio y un Arcediano*, de Alonso de Valdés, escrita a raíz del Saco de Roma, y cuyo eco, parecidísimo a la voz, remanece en el picantísimo *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*. La alarma cundía más viva de cada vez. Y cundía el pavoroso avance de Suleimán II, *el Grande*, como una marea irrefrenable. Ya había arrollado a Hungría y apoderádose de Belgrado y asentado su pie en la isla de Rodas, ayudado eficacísimamente, más que por sus propias fuerzas, por las disensiones o el ciego furor de los tres reyes mozos que gobernaban la nave trirreme de Europa.

Consulta de los muertos pudiera intitularse este opúsculo de Juan Luis Vives, que tiene su remoto precedente en la *Odisea* (libro XI, 100-137), y una numerosa y lucida descendencia, que después de pasar por los conquenses ilustres, los hermanos Alfonso y Juan de Valdés, llega hasta los *Diálogos de los muertos*, del fino autor del *Telémaco*. Este diálogo de nuestro Vives tiene una palpitante, una sangrante, una sobrecogedora actualidad en esta hora turbia del mundo.

Tan turbia como esta hora del mundo fué la hora en que a Luis Vives le tocó vivir. *Visión dura me ha sido mostrada*—pudo decir con el profeta Isaías—: *para un prevaricador, otro prevaricador, y para un destruidor, otro destruidor*. También Luis Vives, como ese gran profeta de Israel, pudo lanzar a las tinieblas pavorosas, con desgarradora voz, aquel grito ansioso: *¿Qué hay de la noche, centinela? ¿Qué hay de la noche?*

En su esfuerzo por ver lo que había en la tormentosa y oscurísima noche, convoca Luis Vives este congreso de sombras ante el tribunal de Minos, el férreo y hosco juez del infierno. Allí está Tiresias, el divino adivino, el ciego vidente de la Grecia mítica, a quien Ulises interrogó y que jamás mintió a nadie. Y como las cosas de que se ha de ocupar esta asamblea de espectros son cosas que afectan a los reyes y a los pueblos: *Quicquid delirant Reges plectuntur Achivi;* allí está recién llegada del mundo de arriba el alma cortesana y servil de Basilio Colax, apellido que suena en castellano *adulador de reyes*. Allí está también el alma de Polipragmón, que equivale a decir: *informado de muchas cosas*. Caliente está todavía el cuerpo que dejó en la tierra y trae al infierno y a la reducida asamblea la vivaz y veraz relación de las sangrientas novedades del mísero mundo sublunar. También está allí Escipión, el grande y grave patriota romano, y, amarillas y mustias, como hojas otoñales, un callado bando de pequeñas almas anónimas.

Las guerras, en aquella sazón, nacían unas de las otras, como las cabezas de la hidra. La relación de Polipragmón cobra una energía singular cuando evoca la hórrida mies de hierro de que entonces estaba erizada la triste faz de la espaciosa Europa. Su diligencia y su movilidad de mercader, y su sagaz instinto y su casi ubicuidad, le han hecho conocer una serie de actualidades que los mismos príncipes ignoraban y que por él eran informados. Polipragmón sabe y cuenta el origen de la guerra de Nápoles desde los tiempos de Alfonso de Aragón; la conquista de Constantinopla por los turcos; la expugnación por los mismos turcos, fuertes por las discordias de los príncipes cristianos, de Grecia, de Macedonia, Eubea, de las islas del mar Egeo. ¿Hace tiempo que no se han oído estos viejos nombres, que suenan como escudos homéricos heridos por una lanza? Narra luego Polipragmón la sucesión de las guerras de Nápoles en tiempo de Carlos VIII y Luis XII de Francia; las campañas de Lombardía, donde tan mal la hubieron los franceses; la efímera invasión de Navarra por el rey de Francia; la toma de Fuenterrabía; los polvorosos y ciegos alborotos de las Comunidades castellanas; la Liga Santa; la toma de Rodas por los turcos, que envió al infierno una espesa y absurda lluvia de almas, señaladas las más con cruces blancas y las otras con tatuajes bárba-

ros; la conquista de Belgrado, que es la puerta de Hungría; y la puerta de Hungría, abierta a los enemigos de la Cruz de Cristo, por quien nunca era de esperar y de quien nadie se hubiera atrevido a temer, según un rumor recogido por el propio Polipragmón en sus correrías por el mundo cristiano. Rodas, Belgrado, Hungría. ¿De cuándo acá no volvieron a sonar esos nombres?

Harto se ve que Polipragmón se esfuerza por ser imparcial, por ser objetivo. Pero qué duras verdades insinúa Tiresias, el que a nadie engañó jamás; insinúa más que no las dice. Y aquella tajante sentencia final de Minos: *¿Qué son sino pillaje y latrocinio puro las guerras entre cristianos?* En un verso de Homero, recordado por Tiresias, dícese que en la guerra de Troya andaban empeñados, mitad por mitad, el estúpido furor de los reyes y la furia ciega de los pueblos.

Con acento más patético que el Petrarca, herido en su pecho por blandos dardos de amor, pudiera clamar Luis Vives, vulnerado por el espectáculo de tantas discordias:

I vo gridando: Pace, pace, pace!

Paz con todos, paz universal es la que predica Luis Vives. Aún una cruzada contra los turcos no sabe Luis Vives si merecería la bendición de Cristo; pero, sobre todo, encarece la paz entre los príncipes cristianos. Paz que sería muy factible si *aquellos dos jóvenes* (leed Carlos V y Francisco I), contentándose con sus muy dilatados imperios, pudieran avenirse a vivir en sabrosa concordia. No iba a ser estorbo *aquel tercero* (leed Enrique VIII), que envió socorro a la cristiana Hungría a través de tanta interposición de tierra y de mares, a pesar de su relativa seguridad en la isla separada del orbe. Hizo lo que pudo porque entendió que, si bien en regiones remotas, se debatía algún interés suyo en aquella brava y casi desesperada contienda.

Un cálido acento como de apóstol salido del Cenáculo donde recibió la manda suprema del amor tiene esa evangelización de la paz, predicada por nuestro Luis Vives. Su voz parécese admirablemente a otra voz que tiene el consuelo de oír ese mundo nuestro que suda sangre: la voz de Pío XII, patético, blanco, augusto entre humos, fragores y ruinas.

—¿Piensas que van a hacerlo así aquellos reyes mozos? — pregunta Minos a Tiresias.

—Acaso sí, acaso no; pero lo que sí afirmo es que si no lo hicieren vendrá tiempo, ¡ojalá no pronto!, en que querrán haberlo hecho, ¡ojalá no tarde!

Cuando Luis Vives escribía esto, no dormía, no, como aquel sabio antiguo, sobre la piedra blanca, en medio del enjambre de los sueños. Con esa apelación a la unidad que iba a traer los bienes de la paz, pudo parecer que Luis Vives pedía imposibles y pájaras del aire, como vulgarmente se dice; y, no obstante, la realidad, si bien tardía y perezosa, demostró que no eran sueños irrealizables lo que él preconizaba. Ello se vió cuarenta y cinco años después, el 7 de octubre de 1571, *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros*, como definió Cervantes la naumaquia de Lepanto. El Turco fué atajado. Fernando de Herrera, con bíblico aliento, pudo lanzar al cielo aquel *Tedeum* jubiloso que es su oda triunfal:

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero...

Para esa misión conjugáronse las armas cristianas; y las condujo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan; es, a saber, el Joven de Austria, muerto de muerte temprana, que apenas alcanzó a ver los frutos de la victoria, que eran los de la Liga propugnada por Vives, que tuvo razón antes de tiempo. Don Juan de Austria es acaso el héroe más puro de la Historia de España. Pareció que albergaba en su pecho el alma heroica y juvenil de Alejandro Magno. Acaso una vida más larga y otras victorias no tan limpias hubieran ajado la intacta flor de poesía que embalsama su memoria:

Manibus date lilia plenis.

¡Lirios, lirios a manos llenas, lirios y laureles encima de esta tumba fresca que devoró la más hermosa espiga de la juventud española y libró a la cristiandad del prolijo miedo!

* * *

De este mismo año 1526 es el opúsculo henchido de sana doctrina política *De conditione vitæ Christianorum sub Turca*, a saber: Condición de la vida de los cristianos bajo el señorío del Turco.

Húbolos en aquel tiempo en quienes el odio les había metido en el corazón tanta saña y en los ojos tanta noche, que no tenían reparo alguno, y así lo proclamaban, en tirarse de cabeza en simas tan hondas y en tan bravos remolinos, que de ellos no habían de salir jamás. No es de ahora la cortina de acero; siempre el Este la ha tendido delante del Oeste. Era enorme y alucinante la atracción que el Turco, el negro enigma, ejercía sobre las mentes débiles del momento; y hacia allá tendían como a un paraíso que cada cual se fingía y teñía con los colores de su deseo. Para salir a camino y cortar estas ilusiones escribió Luis Vives ese opúsculo, en el cual aún nosotros podemos encontrar enseñanzas provechosas y establecer curiosos y actuales paralelismos.

«Cristianos hay—dice—tan ignorantes de qué espíritu son, que no solamente desean la matanza y la muerte de uno que otro de sus semejantes y no limitan su enemistad a los enemigos, sino que con un júbilo feroz contemplarían la pavorosa colisión de pueblos, ciudades, naciones y gentes, y se regocijarían de su aniquilamiento. Otros hay tan apasionados de novedades, que no solamente votarían por la mudanza del príncipe, sino por el Turco mismo, o por cualquiera otro rey desalmado e impío, ajeno de nuestra religión, no ya por su vida y su conducta, sino por su nombre y su profesión. Varias son las causas de este ciego y criminal apasionamiento. Los hay que se dejan ir a esas aberraciones, porque bajo un príncipe cristiano (cristiano digo de nombre y filiación) llevan una vida dura e insoportable, oprimidos o por el rey o por los ministros a quienes el rey confió los resortes del gobierno, o por los enemigos que el rey se concitó contra sí, no hallándose con fuerzas para alejarlos de las fronteras de sus dominios. En ello, ambos a una, el príncipe y los vasallos admiten un mal, no liviano. El príncipe, porque no cumple con su deber, y profesándose padre, se conduce como enemigo y da ocasión a tales quejas razonables; y también es de culpar el vasallo cristiano, porque la desordenada atención que presta a las co-

sas de esta vida le aparta de la consideración de las celestiales hasta un punto tal que estropea su propia tranquilidad y la de los otros. El fin a que todos nos encaminamos es la eterna bienaventuranza, y una sola es la senda que a ella nos conduce: la religión verdadera. ¿Qué importa, dada la brevedad de esta jornada, el nombre del príncipe durante cuyo mando la hacemos?

»Al príncipe, sea el que fuere, le debemos obediencia. Es doctrina del Apóstol: Obedeced a vuestros pastores y estadles sujetos; no solamente a los cómodos y blandos, sino también a los zahareños y difíciles. Y quiere la doctrina apostólica no solamente que les obedezcamos, sino que roguemos a nuestro Padre Celestial que gobiernen con acierto el pueblo cuya administración presiden. Hasta los mártires, con San Cipriano a la cabeza, dieron cumplimiento a este mandato.

»Hay personas que se fabricaron un concepto tan estúpido de la libertad desconocida por los romanos y los griegos, que consiste en que cada cual haga lo que le dé la real gana y desesperando de gozarla en el régimen de un príncipe cristiano, sus amores y preferencias van al Turco, convencidos de que éste se la otorgará más franca y holgada que su cristiano rey natural.» «¿Crees tú —pregunta—que la libertad consiste en no pagar nada al erario de la ciudad o al fisco del príncipe? ¿En la abolición de toda clase de pechos? ¿En que no haya magistrados simplemente o que tengan una autoridad tan mediatizada y mermada que no difieran de un ciudadano particular? ¿En que cada cual delinca a su antojo? ¿Dónde se vió jamás tal linaje de libertad? ¿Dónde se oyó que la hubiera de esta suerte?

»¿Qué es la libertad? Yo pienso que la más cumplida libertad consiste en obedecer dócilmente a las leyes y a las autoridades legítimas y portarse como buenos y correctos ciudadanos, y con alegre prontitud y diligencia dar cumplimiento a lo que se mande. Esta es la libertad verdadera y única, la de querer vivir bien y tener el alma limpia de vicios y no doblarse a sus tiranos desapoderados, que son las pasiones amotinadas. Esta es la auténtica y única servidumbre, de guisa que los mismos reyes no pueden llamarse libres mientras sean sus esclavos. A los príncipes, dice el cómico, los debemos amar, si son buenos; y si son malos, los hemos de soportar. Vivir mal y con ajeno atropello no es libertad, sino desenfrenada e impune soltura y libertinaje incontrolado.

»No faltan quienes se dicen cristianos, no por sus prácticas religiosas o por su conducta ordenada, sino porque nacieron en un país cristiano, como se dirían romanos si en Roma hubieran nacido. Sin religión, el hombre no es hombre, sino sencillamente bestia. Para volverle a su ser, primero necesitaríase un ensalmo o, mejor, una droga, como aquella de que disponía Circe la hechicera, que restituyese al semblante y naturaleza humana a aquellos mismos a los que con un hechizo diferente, de hombres que eran, había transformado en bestias.»

Y a continuación Luis Vives evoca los tiempos heroicos del cristianismo, que fueron *cuando aún hervía la Sangre de Cristo*; expresión gráfica que le es muy cara y que parece tomada de las epístolas paulinas:

«Entera y firme en aquella sazón manteníase la fe de los cristianos, y por ende la religión era pura

e incorrupta. Para la Iglesia no había edad ni sazón mejor que la de vivir bajo el poder de un príncipe impío, ajenado en sus creencias de lo que ella cree y hostil a cuanto ella profesa. Una fe tan sólida y tan profundamente arraigada no corría peligro alguno de que nadie que la profesara, aterrorizado del miedo o reblandecido del deleite o seducido por ninguna suerte de esperanzas y ventajas, titubease un punto. Todo lo vencía, todo lo superaba, todo lo arrollaba, todo lo hollaba aquel su amor todopoderoso, y aumentada y afianzada en la caridad arrostraba amenazas, terrores, azotes, tormentos, suplicios, la misma muerte, no de otra suerte como un viejo risco marino resiste el asalto de las olas y las tempestades, por manera que parecía endurecerse y fortalecerse más, como un tronco o como una roca combatida por una paja. Así que el martirio no hizo sino ahondar más los fundamentos de nuestra fe, y aquellas arremetidas que se le dirigían con la dañada intención de aflojarla y arrancarla, eran como los golpes del destral en el tronco de la palmera, que a cada golpe subía un poco más arriba su corona. Ninguna chispita de sangre de mártir caía en el suelo de la cual no pareciera que surgía toda una centuria de cristianos. ¡Tanta era la fecundidad de aquella sangre santa, que a ejemplo e imitación de su Divino Fundador, por amor suyo, generosamente era derramada! Y para conmover a aquellos hombres berroqueños o férreos, cuánta fuerza no tenía ver la constancia de los confesores, de guisa que la dureza era quebrantada por una dureza mayor al contemplar un temple más que humano, celestial, corroborado con el auxilio divino.»

Esta bellísima página es una de las más elocuentes de Luis Vives, estremecida de fervor y de unción. Para un hombre como él, de fe tan segura y tan a prueba de todo ataque y contrariedad, fué un suceso triste la pacificación traída por Constantino, que ocasionó la debilitación de la fe. «Empero ahora, enflaquecida como está la fe, con esa moral cobarde, con esa vida de flojera, amanecerá, sombrío, trágico, nefasto, el día en que un hombre execrable sujetará algún pueblo cristiano al despotismo del Turco o de cualquier otro príncipe ajeno a nuestra fe, de nombre y de profesión, o mejor no amanecerá, sino que introducirá espesas tinieblas y noche profunda. Vosotros que tanto os saboreáis, que hacéis resonar tan reciamente esos magníficos vocablos de inmunidad, de libertad, debéis considerar que para el Turco no estáis a un nivel superior al de las bestias, a las que ceba para su utilidad y provecho, y que no tendréis participación en las ventajas, en los honores, en aquellas cosas que son comunes a todos los ciudadanos, puesto que allí no vamos a estar contenidos en el número de los ciudadanos, pero ni siquiera en el de hombres. No nos consentirá el Trace fiero aumentar en riquezas, crecer en pujanza, decorarnos con honores, subir en dignidad. Cualquier auge nuestro será sospechoso a quien nos es enemigo por su ley, enemigo por su profesión, enemigo por el odio, el suyo personal y actual y el heredado y atávico. No se creerá obligado para con nosotros por ninguna ley, por ningún derecho, por ninguna alianza, por ninguna relación social, por ninguna humanidad, ni aun por la misma Naturaleza, que a todos nos es común. Muestra de lo que nos pasaría bajo su dominio nos la dieron los moradores de Ro-

das, que, si a tiempo no se ponen en salvo, todos a una cayeran en una trampa mortal que les tenía preparada.

»Ojalá el mundo cristiano no tuviera de ello una tan amarga experiencia, y eso que yo digo no fuesen más que conjeturas de mi pesimismo y no muy tristes y muy experimentadas realidades. ¿Qué nación hay o qué pueblo—se pregunta Luis Vives—que haya sufrido tanto y haya llegado a tales extremos de servidumbre como lo que está padeciendo en la actualidad aquella Grecia ínclita por sus ingenios, por sus letras, por sus armas? ¿Qué esclavo hay más reducido a mísera esclavitud que aquella Grecia gloriosa que a la sola invocación de libertad derramó tanta sangre, armó tan aguerridas huestes que no dudaron un punto por amor a la libertad en correr a una muerte indudable y certísima? En tan extensa región no nace hoy día ingenio alguno con más o menos amor a la independencia, o más o menos indócil a la esclavitud, que no piense que lo primero que tiene que hacer es expatriarse de Grecia, como de una mazmorra de la más inmunda de las servidumbres y que no se traslade a Italia o a otros pueblos, llevando consigo, dondequiera que vaya, un documento vivo de lo que hay que soportar bajo el dominio del Turco.

»¿A cúyos oídos no llegó cuán ajeno sea de toda suerte de cultura intelectual el sanguinario escita? Díganos Grecia, que lo sabe, cuál sea la prez de que allí disfrutan las artes y cuál su lozanía...»

Me detuve tanto en este pequeño y vibrante libro de Vives porque si fué actual en los días en que él lo dió a luz, no deja por eso de tener también ahora una actualidad bien viva. No habrá nadie de ahora más ahora, que leyere este librito, tan lleno de sanas alarmas, que allí donde Vives dice el Turco no ponga mentalmente el nombre de otro pueblo, grande, hosco, siniestro, envuelto en nieves y en brumas hiperbóreas, que quizá amasa la tempestad detrás de un telón de acero. ¿Qué meditará, se pregunta Horacio, el belicoso escita de quien el Adria nos separa? Lo que puede meditar el escita es cosa que debe meditar Europa, porque casi ya no nos separa ni el Adriático.

* * *

El tratado *De la concordia y de la discordia* es la teoría de la paz predicada por Vives con tan dramáticos acentos en algunas de sus obras menores que ya hemos reseñado quizá con excesiva amplitud, que no nos da ya lugar ni espacio para entrar en el cuerpo de este severo doctrinal de príncipes y señores. Es una larga y elocuente suasoria de cuatro libros en pro de la concordia, por la cual los pequeños Estados crecen y cobran aumentos las repúblicas chicas, así sean de hormigas como de hombres sociables.

Se mantiene en un tranquilo tono docente y su facundia copiosa discurre como un río sesgo entre márgenes anchas; a veces se encrespa y arremolina, para luego volverse a tender como en la apacibilidad de un remanso. El tratado tiene una soberana nuncupación; está dedicado al César Carlos, en quien se asienta la más grande garantía de la paz, como hijo que es de la Fortuna. En todo el tratado late aquel *Projice tela manu* que Anquises dirigió al otro César, el que saltado el Rubicón

fu di tal volo
che nol seguiteria lingua ne penna (1).

Tan difíciles de seguir por la lengua y por la péñola fueran las hazañas del gran Emperador a cuya sombra ponía su libro Vives, que meditaba pensamientos de paz y no de aflicción. Encarécele asimismo con nuevos ruegos la urgencia de convocar el Concilio *sine quo diutius salvi esse non possumus*, sin el cual no podemos por más tiempo ser salvos, puesto que exigen remedio inmediato opiniones tan descaminadas y torcidas, pasiones tan varias y tan exasperadas, odios tan enconados y tan negros, para cuyo tratamiento es escasa toda destreza y toda prudencia es poca. Jamás en la Iglesia se reunió Concilio que tuviera que curar dolencias tan mortales; por eso mismo, ningún otro de cuyo fracaso se siguiera tan peligrosa crisis o, mejor, tan lamentable calamidad. Si en él se da oído a las pasiones; si hay aceptación de personas; si consigue algo el favoritismo, el ánimo se horroriza de decir y la mente se niega a creer cuán ancha y cuán mortífera herida se infligirá a la religión. El César Carlos tendrá que demostrar agudeza de ingenio, cordura infinita, juicio seguro y mucha actividad y suma vigilancia; tendrá que ver muchas cosas con sus propios ojos y oír muchas cosas por sus propios oídos; recibir copiosas informaciones de personas cuya lealtad, sabiduría y experiencia tenga bien exploradas y vigiladas. Muchas enseñanzas tendrá que aprender en la lección de aquellos libros que cumple que el buen príncipe tenga leídos. Estos libros le proporcionarán un consejo, certero y fiel, no emponzoñado por la adulación ni influído por la coacción del poder.

«Hubo un tiempo—añade Vives—en que yo determiné ofrecerte un tratado algo extenso acerca de esta materia; ahora, empero, dado el apremio de las circunstancias, te lo escribo ciñéndome a un solo aspecto, que es el único que los hombres de hoy requieren, desean, por el que suspiran y del cual ya casi desesperan: *De la concordia del género humano, en cuatro libros.* Muchas ideas introduje referentes a la discordia, con el fin de que por el contraste se entendiera mejor cuánta sea la fuerza de la concordia y cuánta su excelencia. Fuí metiendo en esos volúmenes todas las ideas que a sus tiempos se me vinieron a las mientes sobre tantos y tan varios como eran los asuntos de mis meditaciones, pues no tiene cuento ni fin todo cuanto puede decirse de los bienes de la concordia y de los males de la discordia. En el primer volumen discurrí de dónde y cómo nació la concordia entre los hombres y de qué manera solapada el joyo no bueno, sembrado por el enemigo cizañador, asomó y creció a par de la mies fructífera; a seguida, con cuánta rabia los hombres ejercitan la discordia entre sí y qué bienes dimanan de estos orígenes y estas fuentes, y, finalmente, cuál sea el camino por el que los hombres conserven entre sí la verdadera concordia y paz.

»Parecióme bien dedicarte este tratado a ti, en cuya mano y en cuya voluntad reside la parte más grande y principal de la concordia y de la quietud humanas. Exhorto a la carrera, ya lo sé, a quien a ella va abalanzado; mas eso que escribo no se te dirige a ti solo, sino a todos por tu medianería, así a personas

(1) DANTE: *La Commedia*, par. VI, 62-63

privadas como a príncipes, para que acudan a tiempo a una situación en que todos quedamos envueltos, tan quebrantada y perdida, antes de que sea irreparable el hundimiento, del cual, cosa que Cristo no permita, no puedan ya sacarla por más voluntad y esfuerzo que pongan en el empeño vano. Yo pido a Cristo que siempre te inspire y lleves a ejecución aquellos pensamientos que han de reportar provechos y ventajas a ti, a tus reinos o, mejor, a toda la Iglesia. En tu Brujas, al primer día de julio del año del Señor 1529.»

Brugis tuis: En *tu* Brujas. Nótese cómo Luis Vives tenía a gala de ser vasallo del dueño de los Países Bajos, que también lo era de su España, y no tenía reparo en proclamarlo con ese posesivo delicado. No estaba ausente de España, puesto que vivía en Brujas, bajo el mismo señorío que tuviera si no se hubiese expatriado. En Brujas vivía, pero a la sombra de un mismo cetro (1).

* * *

Quedóle a Vives la mano sabrosa después de haber escrito el copioso tratado *De la concordia del linaje humano*, y aún le quedaron muchas cosas por decir, y añadióle, como un dije de subido valor, el tratadito *De la pacificación*, que venía a ser la puesta en práctica, la efectividad de la concordia predicada. Dedicó Vives el precioso apéndice a don Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, favorecedor de los buenos ingenios. Había sido obispo de Badajoz.

A los mahometanos que allí moraban, admitiólos a la cristiana grey, y en memoria del señalado beneficio (¡mal ejemplo!, exclama Mayáns) decoráronse con el apodo de *Manriques*. Con esta singular hazaña acreciéronse hasta el infinito los *Manriques*, que eran ya tantos anteriormente que andaba de lengua en lengua el proverbio: «Muchos y pobres y mal avenidos, como los Manriques.» Intervino en grandes negocios.

Siendo inquisidor general, el año 1527, reunió en Valladolid una asamblea de treinta y dos teólogos de gran fama para que emitiesen juicio acerca de las doctrinas de Erasmo. Dos meses duró esta reunión y fueron tan continuas las disputas y tan irreducibles las posiciones de los erasmistas y sus impugnadores, que el inquisidor general disolvió la junta, que no cuajó en ningún acuerdo. No puede caber duda que trató el espinoso asunto al sabor del paladar de Vives, que, en carta enviada desde Brujas el día onomástico de su mujer del año 1527, comunicó a Erasmo los nombres de los teólogos concurrentes.

Debe sernos grato el recuerdo de ese Alfonso Manrique, por haber sido hermano del poeta de tan gran nombre y universal simpatía, a saber, el venustísimo poeta Jorge Manrique, autor de las imperecederas *Coplas que fizo Don Jorge Manrique por la muerte de su padre*.

Dejadme, ya que hemos tropezado con este nombre querido que tiene

(1) En una carta dirigida a Guillermo Budeo manifestó Vives, aparte de lo que dice en la nuncupación de la obra al César Carlos, la intención que tuvo al escribir el tratado *De la concordia*. Le dice: *De mi hermano y familiar Valldaura recibirás el libro «De la concordia», escrito por mí, el verano pasado, apenado como estoy por la miseria de estos tiempos; y dado que no puedo poner remedio en tamaños males, por la escasez de mis fuerzas, al menos en papeles doy testimonio de mi ánimo. Esto es lo único que me consuela y me reporta algún reposo.*

un relicario en todos los pechos sensibles, a fin de quitar desabrimiento a esta prosa árida, que rece siquiera la primera de sus estrofas:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer;
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Poco más arriba he dicho que el arzobispo Alfonso Manrique fué favorecedor de los buenos ingenios. Luis Vives nombra a algunos de ellos, paisanos o amigos suyos muy estrechos. Con cotidianas liberalidades se granjeaba la gratitud del teólogo Luis Coronel, del médico Juan Martín Población, de los filósofos Antonio Dávalo y Juan Castell. Su generoso mecenazgo extendíase a muchos más, «pero yo, dice Vives, sólo menté a los míos cuyo recuerdo, por amor de su gran erudición y de su intachable probidad, suelo evocar con el más dulce agrado».

Yo estoy de parecer que Luis Vives no leyó a su hermano de lengua vernácula, Ramón Llull, del cual no hay la más ligera huella en toda la obra de Vives. Pero ¿por qué será que con frecuencia el pensamiento del humanista valenciano concuerda con el del iluminado doctor mallorquín? Los acentos con que Luis Vives pide, implora, exige el Concilio que llegó a reunirse, cinco años después de su muerte, en la ciudad de Trento, parecen reproducir los gritos patéticos con que Ramón Llull invocaba el Concilio de Viena. Ambos a dos, en los respectivos concilios, fundaban las máximas esperanzas y compartían los mismos temores. No quería Luis Vives que la pasión tuviera entrada en las deliberaciones de su soñado Concilio. Y menos quería Ramón Llull que se sentaran en el Concilio de Viena, del Delfinado, ninguno de los siete pecados capitales; invocaba la asistencia de la Caridad, expresándose en enérgicas y hórridas rimas catalanas:

Caritat, venits aìdar
al Concili per lo be far
e al Papa enamorar
e Cardenals aconsellar (1).

Si al Concili va ergull
amb null hom o en ell l'acull
tot hi serà de mal escull,
no hi cal anar Ramón Llull (2).

Este Concilio ecuménico estaba convocado por el Papa Clemente V para el mes de octubre de 1311.

Leyendo el tratado *De pacificación*, no puede menos de recordarse uno de los más bellos capítulos de la utópica novela luliana *Blanquerna*, aquel en que el Apostólico, como Ramón Llull denomina al Papa, reparte el mundo entre los cardenales de su corte y a cada uno de ellos asígnales su respectiva misión, expresada y encarnada en cada uno de los versículos del *Gloria in excelsis*. Al cardenal que personificaba el versículo *Et in terra pax*, denominábase el cardenal *Paz en la tierra*. El cardenal inaugura su ministerio de pacificación impo-

---

(1) Caridad, acude en ayuda del Concilio, para que acarree mucho bien; asiste al Papa para enamorarle y a los cardenales para aconsejarles.

(2) Si al Concilio va el orgullo traído de algún hombre, o se le da audiencia en él, todo se convertirá en escollo y Ramón Llull nada tiene que hacer allí

niéndola en cada uno de los estados de la vida cristiana y en cualquiera de los grados de la escala social: entre dos reyes cristianos enemigos (que acaban por reconciliarse y por fundir en una ambas espadas hostiles y dirigirla contra los infieles, contra el Turco, el gran ideal de Luis Vives), entre un rey y un obispo, entre dos artesanos rivales, entre marido y mujer, entre la carne y el espíritu, entre el corazón y el entendimiento. Procedimiento casi idéntico sigue Luis Vives en su apostolado de pacificación, cuyo oficio, en su máxima responsabilidad, encarna en el Sumo Pontífice. El Sumo Pontífice es quien, con mayor propiedad y exactitud, refleja la persona de los Apóstoles; más aún, la del mismo Cristo. Esto exigen sus riquezas, aun cuando para este caso las riquezas importan poco; esto, su autoridad, que cuenta muchísimo más y es razón que así sea; esto pide su soberanía. Sin un pecado gravísimo no puede desertar del deber estrechísimo de laborar con afán por la paz y concordia de la grey que fué confiada a la vigilancia y a la consoladora mansedumbre de su cayado.

Ocho años duró esta ferviente y desairada predicación de la paz, puesto que no reportó frutos inmediatos. Y Vives dió su misión por finida. Venturosamente, como se ha dicho de algunos otros, muy pocos, Vives era varón de muchas almas. La mies era mucha, acaso más aún que en los días del Padre de familias evangélico, y Luis Vives se contrata para laborar en otras viñas. Ni el rey católico, ni el rey cristianísimo, ni el defensor de la fe, que con sus disensiones traían el mundo perturbado, permitían que fuese una realidad aquella ventura soñada que Salomón trajo a su reino, en el que cada cual podía vivir sentado a la sombra de su parral, al abrigo de su higuera. Como el mísero Melibeo de Virgilio, que vió y sufrió las guerras civiles de Roma, aquellas despavoridas gentes tenían razón sobrada de decir:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus [arva;
nos patriam fugimus.

Nosotros hemos tenido que abandonar los conocidos confines de la patria y los campos que nos fueron dulces; nosotros hemos tenido que huir de la patria. Y el trabucamiento del mundo duró. Los ojos de Luis Vives ya no vieron más que guerras y sus oídos ya no oyeron más que ruidos de guerras.

CAPITULO XX

LUIS VIVES, MORALISTA

Con pluma fugaz, y sólo en la parte que afectaba a la persona de doña Catalina de Aragón, a la cual va nuncupada la obra, hemos tocado *La formación de la mujer cristiana (Institutio fœminæ christianæ)*, escrita en 1523. Complemento natural de este tratado es su libro *De officio mariti*, escrito cinco años después y a los cuatro de su vida de perfecto casado, es, a saber, en 1528. Llegó la ocasión de volver arredro unos cuantos años y ocuparnos más ampliamente de aquel

áureo tratado, al cual esperaba una tan grande fortuna. Luego haremos un breve alto en su correlativo de los deberes del marido, estado en el que el autor tenía alguna experiencia y autoridad suficiente y, sin duda, una gran ejemplaridad.

«¡Válame Dios, que aquí hay cosa nueva! Antes de Lutero y sus gritos, antes de Erasmo y sus avisos, comprendió Luis Vives, el primero del mundo moderno, el interés del problema introducido por la instrucción femenina y el papel asignado a la mujer. El le ha consagrado uno de sus tratados más importantes y cuya vasta difusión demuéstranla el número y la diversidad de traducciones: traducciones en español, en francés, en italiano, en inglés, en alemán.» Esta exclamación jubilosa es del fervoroso y acérrimo vivista Juan Estelrich, sagacísimo y afortunado investigador de cuanta edición del gran polígrafo valenciano han alumbrado las prensas europeas. Con sus copiosos y felices hallazgos organizó en París, de enero a marzo de 1941, una exposición que debió de ser el más fino y el mejor tributo conmemorativo del cuarto centenario de su muerte. Desde el alto asiento de la inmortalidad, Vives, a quien Dios negó los hijos de su carne, debió de contemplar aquella patriarcal multiplicación de los hijos de su espíritu, nacidos unos de los otros en sucesión ininterrumpida. ¡Qué gozo el suyo, según la promesa divina, que al justo le asegura el júbilo en sus hijos: *Jucundabitur in filiis*.

Fué un poeta elegíaco y añoradizo el que dijo que cualquiera tiempo pasado fué mejor, al parecer, de todos cuantos soportan el presente. Y es que el presente agobio y el pasado se volatilizó. A la vela que se aleja, a la nube peregrina, el sol que va a la puesta las baña de oro melancólico. La blonda y triste añoranza sonríe con labios de miel y por doquiera esparce las violetas lánguidas, las flores azules del recuerdo.

Para situar en su época, o más gráficamente, en su propio jugo, el áureo tratado de *La mujer cristiana* no estará por demás que nos asomemos a aquella Valencia contemporánea de Luis Vives, que él, adondequiera que fué, se llevó consigo en los más entrañables amores de su alma. ¿Cómo van las mujeres? Desde luego, más descocadas que ahora. Su peinado es una obra paciente e imponente. Con sus cabellos construyen las más fantásticas bizarrías. No había cambiado el tocado femenino desde el acre apostolado de San Vicente Ferrer, que las fustiga implacablemente. Dice que con sus cabellos se fabrican *campanillas* y tirabuzones que el santo llama graciosamente *ninc, ninc*, y hasta cuernos, que les dan apariencia de vacas. Para elevar estos alcázares encima de sus cabezas, si no tienen suficiente abundancia capilar, la compran. Sabemos de una cabeza femenina que, a manera de yelmo, lucía un *capell* de muy lindos cabellos ajenos. También se embadurnan la cara. Es muy grande el gasto en lo que ni vale ni luce; en volantes y en guantes, y en pebetes, y cazoletas, y azabaches, y vidrios, y musarañas, y en otras cosillas de la tienda que ni se pueden ver sin asco, ni menear sin hedor, como había de decir muchos años más tarde el fray Luis de *La perfecta casada*, que acusa en más de un pasaje la huella de Vives y se inflama en el mismo celo amargo, y se encarniza en idéntica reprobación. San Am-

brosio de Milán se enardecía contra los cabellos adulterinos que las mujeres de su diócesis enrojecían con azafrán, y en mal agüero de lo que les estaba por venir, les daban color semejante al del fuego. Ni más ni menos que las mujeres de Valencia. *Dones trobí ensafranades,* dice el cáustico poeta valenciano Jaime Roig. También se depilan las cejas sobrado espesas y el pelo que les afea el rostro. Usan para esa tarea meticulosa el *pelador,* que era especie de pinzas, y se aplican *agua de serpientes o de lagartos.* «¡Pecado grande!—exclama San Vicente Ferrer—el que cometen esas mujeres con esas vanidades para embaucar a los hombres, no a los maridos, y preguntan: *¿Qué dice la gente de mí?* También se tiñen el pelo. Utilizan lo que llaman *alquena* en valenciano, que no es más que la alheña, especie de acebuche cuyas raíces pulverizadas, deshechas en agua, truecan el color de cabellos, cejas y uñas. Los círculos de los ojos se ennegrecen con antimonio y carbón en polvo, y el carmín de los labios se refuerza con bermellón.»

Y ¿qué olor dejan detrás de sí estas damas? No hay mujer de mediana posición que no tenga en su tocador una *cassoleta de olors e olis.* El perfume corriente es el *mosquet,* que se componía a base de almizcle. En inventarios de boticas de aquel tiempo constan: *perfums de rey, perfums castellans, perfums de rey sotil, perfums blancs.* San Vicente, por este abuso de perfumes, vapuleaba a sus paisanas demasiado bienolientes, pues contiene verdad sobrada la sentencia del poeta Marcial, que dice que quien bien huele, huele mal. *Pónense mosquete, algalia y otros buenos olores,* repite oportuna e inoportunamente el predicador apostólico. Con mayor parsimonia, pero es porque el precio era prohibitivo, usan las mujeres de Valencia el *timiama,* perfume extraído de una muy rara corteza de Indias, y sahuman sus habitaciones con pebete, composición aromática que se quema como el incienso y a la cual se le agregan algunas gotas de *alquermes,* líquido intensamente oloroso.

¿Y cómo se visten esas señoras tan fragantes? *Según el tiempo de agora*—se escribía en época no muy apartada de esta en que ejercía San Vicente Ferrer su tonante apostolado—*ver una mujer es tanto como ver la descripción del mundo: comenzando por los chapines de Valencia, los çapatos de Granada, las calças de Toledo, la camisa de Olanda, el faldellín de Turquía, la basquiña de Italia, el tocado milanés, los cabellos de Arabia...* Son varias las prendas de las mujeres valencianas, cada una con su nombre propio, y los materiales que entran en su confección son riquísimos. El *gipó* es un jubón o chaleco que cubre de los hombros hasta la cintura, ceñido y ajustado al cuerpo. La *cota* es una especie de bata o de sotana con manga; la *gonella* es una túnica o saya que llega hasta el suelo; las *alcandoras,* vestidos de seda blanca, muy holgados, con anchas mangas; la *justinina* o justillo sin mangas, de uso interior; la *almexia,* ropa interior de mucho precio. La capa y el manto en que las valencianas se embozan, órlanse de armiño, martas y otras clases de pieles peregrinas y costosas. Muchos vestidos se confeccionan con telas de oro, plata y seda, y se adornan con bordaduras, azabaches, perlas y otras piedras finas. A las damas que andan así, con tan ricas preseas y divisas, las

llaman *devisades*. Los retablos que quedan de aquella época han perpetuado y confirmado gráficamente las demasías del lujo femenino en el vestir, que hizo precisas severas leyes suntuarias.

Este lujo desmesurado trajo la disolución de costumbres sociales y públicas que ofendió los ojos y tiñó de carmín rubicundo las mejillas de un viajero alemán, Jerónimo Munzer, que se enrojeció hasta los cabellos ante el descoco extraordinario de las mujeres valencianas, en contraste con el hermoso y severo traje varonil, y lo hizo constar con palabras de condenación expresa, y así lo dijo en su latín bárbaro, tan diferente del de Luis Vives:

... *Pulcra veste vestiuntur viri et longa... Mulieres ultra debitum vestite incedunt... In anteriori parte omnes sunt aperte usque ad mamillas et ut quasi papillas arborum videre possis. Et omnes se fucant in facie et oleis aquisque odoriferis se coinquinant, quod malum est* (1). En este punto las mujeres valencianas demostraron una contumacia singular. Al comenzar aquel mismo siglo, no hicieron caso de las acres admoniciones de San Vicente Ferrer, que les decía que pecaban mortalmente las que se adornaban con exceso y se descotaban demasiado *ostendentes mamillas hominibus*. Y así debía de ser, sin duda, cuando combate esta procacidad San Vicente Ferrer, la denuncia el viajero alemán y un notario valenciano, Andrés Martí Pineda, en unas coplas en lengua vernácula, que compuso para un amigo suyo recién casado, le aconsejaba que no permitiera a su mujer una ostensión tan peligrosa:

Faça's de clochetes belles
en los pits closa muralla,
puix lo mostrar les mamelles
es mostrar les meravelles
del regne de Cornualla.

Acaso sin estos precedentes no se explicaría el lector moderno de *La mujer cristiana* la acrimonia que en determinados pasajes pone Luis Vives en la reprensión, y aquel celo exaltado que le equipara a un Tertuliano o a un San Jerónimo, doctores de la Iglesia, que no se distinguen, ciertamente, por su mansedumbre. Valencia, en aquella sazón, oía decir muy mal de sí. Su mala fama estaba extendida por todas las riberas mediterráneas: *Valenza, quella dico di Spagna, è tenuta una gentile e nobilissima città, dove, siccome più volte io ho da mercadanti Genovesi udito dire, sono bellissime e vaghe donne: le quali si leggiadramente sanno invescar gli uomini che in tutta Catalogna* (sic) *non è più lasciva ed amorosa città* (1).

Situad esta ciudad

En el campo deleitoso,
donde con clara corriente,
Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente;

sumergidla en el bellísimo azul de su cielo; bañadla en aquella blandura difusa que desmaya las voluntades; poned ojos vellidos como los de las hijas del Cid en rostros como aquellos de quien dice Horacio: *Vultus nimium lubricus adspici*, y todo ello en el fabuloso país

(1) *Itinerarium hispanicum Hieronimi Monetarii*, 1494-95. *Revue Hispanique*, 1920, núm 113, pág. 30.

(1) BANDELLO, parte prima, *Novella 42*.

de las naranjas de oro y de los azahares nupciales, y comprenderéis cómo, por inmediata e instantánea reacción de su insobornable temperamento ascético, nuestro Luis Vives se dejó ir a una rigidez que ahora, en muchos puntos, nos parece extremada. A su gran amigo Erasmo también se lo pareció y se lo dijo con la franqueza que ponía entre ambos la gran amistad, y no sin una mordedura sutil de ironía:

«Lo que dices me parece muy bien, sobre todo lo referente al matrimonio... Sin embargo, si quisieras moderar ese fervor, serían más suaves ciertas cosas. En lo del matrimonio te has mostrado duro con las mujeres; espero que serás más blando con la tuya. Y de los afeites, dijiste demasiado...»

Pero en aquel siglo XVI no se elevaba solitaria la voz de reprensión de Luis Vives, sino que se oía fortalecida por todo un coro de voces concordes. La formación de la mujer cristiana quiere Luis Vives que, como la formación del perfecto orador en Quintiliano y Aulo Gelio, comience desde la cuna. Y en la propia cuna quiere que tome a su hija la madre cristiana: «Con mayor razón piensa la madre ser suya la hija si no solamente la llevó en su vientre y la parió, sino que también en su infancia primerísima la tuvo de continuo en sus brazos, le dió el pecho, la crió de su sangre, la arrulló en su regazo y recibió con íntimo halago sus primeras sonrisas, y fué la primera que se alegró de oír, en su esfuerzo por hablar, los primeros gorjeos, y la apretó en su seno y rogó al Cielo por ella los mejores bienes...» Y de una escena de lactancia materna que Luis Vives no pudo ver en el cristiano hogar que él constituyó y que a Dios plugo no bendecir con lo que el salmista llama *la herencia del Señor,* traza este cuadro blando con suaves tintas soñadas por su frustrada ilusión paternal:

«El ama, no pocas veces da el pecho a la criatura de mala gana o con enojo; al contrario, la madre siempre lo hace dispuesta y alegre, y si algo hay en su espíritu de encapotado y sombrío, queda desvanecido por la sola vista del hijo. Y se goza y se ríe más cuanto con mayor avidez ve mamar al manojuelo de sus entrañas. Y si el niño comenzó ya a reír y balbucir muy graciosamente, en ondas de alegría apacible queda la madre anegada...»

Paralelo al de Luis Vives es este otro cuadrito de fray Antonio de Guevara, que parece pedir los pinceles de un primitivo castellano para una tabla de la divina lactancia:

«¡Qué cosa es ver a un niño, cuando se quiere reír, cómo cierra los ojitos; cuando quiere llorar, hace pucheritos; cuando quiere andar, anda con pies y manos, y, sobre todo, cuando comienza a hablar, en las unas palabras duda y en las otras, muy graciosamente, cecea! ¡Qué cosa es tan deleitosa al padre verlo y la madre consentirlo, cuando maman los niños, con una mano les descubren los pechos y con la otra mano las estiran de los cabellos, y, sobre todo, con los pies dan coces y con los ojos hacen cocos! ¡Qué cosa es verlos cuando están enojados, que no se dejan tomar del padre, dan de puñados a la madre, arrojan las cosas de oro y después amánsanse con un perro o con un palillo» (1).

Y con mucha mayor acritud, y

(1) FRAY ANTONIO DE GUEVARA: Libro llamado *Relox de principes,* II, 18.

con lenguaje mucho más colorido y suelto, arremete Guevara contra la anticristiana e inhumana costumbre, muy recibida en la sociedad aristocrática de Castilla de su tiempo, de que no solamente las madres negaban el pecho a sus hijos, sino que les negaban su proximidad, enviándolos a criar, y a vegetar y retozar en los burgos podridos, como animalicos monteses:

«Pienso qué piensan las señoras que en concebir los hijos merescen, y en tomarlos en los brazos pecan. No sé cómo lo diga ni sé cómo lo escriba esto que quiero decir, que han venido ya a tanta demencia las señoras y mujeres, de manera que tener perricos en los brazos tienen por estado, y criar los hijos a sus pechos tienen por afrenta. ¡Oh madres crueles, yo no puedo pensar cómo podéis con vuestros corazones a que veáis y tengáis pájaros en las jaulas, monas en las ventanas, perros en vuestros brazos y en las pobres aldeas veáis a vuestros hijos desterrados» (1).

La crianza de la niña que Vives forma, crecida del jugo del pecho de su madre, no tolera ninguna suerte de coeducación: *Omnis masculus sexus absit.* «Cuando su imaginación fresca se abra a la maravilla como una concha bivalva al rocío marino, edúquesela en la afición de las consejas inocentes y de las castas fabulillas. Y cuando sus manecitas sientan el instinto prensil y la avidez de jugar, y la niña no dé paz a las manecitas, *tollantur pupæ!*, no se pongan a su alcance *muñecas, que son como una imagen de idolatría y que les inculcan y agrandan el natural amor de los afeites y los atavíos. Merecerán mejor mi aprobación aquellos trebejuelos fundidos en plomo o en estaño que reproducen en miniatura el ajuar doméstico que abundan tanto en esa Bélgica. Es éste, para la niña, un deleitoso entretenimiento, que, burla burlando, le enseña los nombres y la aplicación que tiene cada uno de estos imprescindibles utensilios.*»

Las letras, el arte de la lana y del lino deben enseñarse a la mozuela a una edad prudente, que Luis Vives deja al buen criterio de los padres, y autoriza su consejo con la pertinente evocación de muchos ejemplos sacados de la cajita de sándalo de su erudición clásica y patrística, con el contemporáneo de aquel cristianísimo gineceo presidido por doña Isabel *la Católica*, «la cual quiso que sus cuatro hijas fuesen diestras en hilar, coser, bordar; *dos de las cuales fueron reinas de Portugal; la tercera, vemos que lo es de España y es madre del emperador Carlos, y la cuarta es mujer honestísima de Enrique VIII de Inglaterra*». Y más ahincadamente insiste Luis Vives cuando trata de la formación literaria de la mujer cristiana en el elogio de esas cuatro perfectas casadas, que no por tener avezadas sus manos a la canastilla de Minerva, tenían las letras en desdén: *La edad nuestra vió aquellas cuatro hijas de la reina Isabel... tener muy buenas letras. De todas partes me cuentan en esta tierra, no sin grandes loores y admiración, que la reina doña Juana, mujer del rey don Felipe y madre de ese nuestro emperador y rey don Carlos, haber improvisado la respuesta en latín a los que por las ciudades y pueblos adonde iba en latín le hablaban, según es costumbre hacer a los nuevos príncipes. Esto mismo predican los ingleses de su reina doña Catalina de España, hermana de la reina susodicha. Y esto mismo pre-*

(1) Idem, ibídem.

dican a coro de las otras dos hermanas que en Portugal sucumbieron a un hado precoz. No hay recuerdo en memoria de hombres de que aventajasen a esas cuatro hermanas, mujeres ningunas en pudor sincero, en pureza e integridad de buen nombre, y jamás han existido reinas que atesorasen mayor favor y mayor afecto de sus pueblos; ni ningunas que fuesen más amantes de sus esposos, ni ningunas que les prestasen más rendidos obsequios de obediencia; ningunas que con esmero mayor conservasen su propia reputación y la de los suyos, sin lejos de sombra ni mancilla; a ningunas desplació tanto la fealdad o la ligereza y, en fin, no hubo ningunas que reuniesen con exactitud mayor todas cuantas cualidades convienen a la mujer honesta.

Y no sin halagar su amor patriótico extiende Luis Vives a unas cuantas claras mujeres de Valencia el magnífico elogio tributado a las cuatro hijas de doña Isabel, en demostración de que las letras sabidas cauta y sobriamente no empecen la honestidad de la mujer, antes la acompañan y decoran:

En mi Valencia yo veo cómo va creciendo en discreción y en años doña Mencía de Mendoza, hija del marqués de Cenete, que si no me engaña la esperanza, será loada en su día. Si las reinas, por ser reinas, sufriesen que después de ellas se hiciese mención de otras mujeres particulares, a este número añadiera yo a doña Angela Mercader Zapata, conciudadana mía, de una increíble rapidez y destreza de ingenio para todo género de letras y a la vez de una singular honestidad y buen sentido. Y a continuación evoca Luis Vives aquel asilo del saber antiguo, aquel honestísimo gineceo, que era el hogar de Tomás Moro, asilo venusto de las Musas. La musa Calíope de este coro melodioso era aquella reina de tristes destinos a quien Luis Vives, con un cariño en que se fundían la admiración a madama y el amor a su patria remota, llamaba Catalina de España. Tomás y Catalina perecieron envueltos en el mismo turbión: ella, para decirlo con una imagen shakespeariana, agostándose como un lirio, inclinando su cáliz seco; el canciller, por amor a Catalina y por su fidelidad a la fe de Catalina, sintiéndose arrancar bárbaramente la cabeza firme de los robustos hombros.

En redondo Vives niega la docencia en la mujer: *Docere mulierem non permitto.* ¿Qué libros debe leer la doncella? Desde luego, no los pestíferos libros de caballería: *no las ficciones ventosas de Esplandián, ni las espumas de Amadís, ni los humos oscuros y espesas nieblas de Tirante, ni los vanos tronidos y estruendos fantásticos de Tristán y Lanzarote, ni los encantamientos mintrosos que en estos libros y otros como ellos falsamente se leen,* como dice en el prólogo de los *Triunfos de Apiano* su anónimo traductor (1), en una edición valenciana contemporánea de Luis Vives. En su sincera indignación, ni aun perdona al propio *Tirante el Blanco,* valenciano, salvado del fuego en el donoso escrutinio hecho en la librería del ingenioso hidalgo, porque el cura halló en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. El anatema de Vives es universal: *También debieran preocuparse* (las leyes y los alguaciles) *de los libros pestilenciales, como son en España Amadís, Esplandián, Florisando, Ti-*

(1) *Triunfos de Apiano Alexandrino Sofista,* por Juan Jofre, impresor de Valencia. 1522.

rante, Tristán, cuyas insulseces no tienen fin y diariamente salen de nuevas; Celestina, alcahueta, madre de maldades, y Cárcel de Amor. En Francia, Lanzarote del Lago, París y Viana, Ponto y Sidonia, Pedro de Provenza y Magalona y Melusina, por fin, hada inexorable. Y en esta Flandes, Florio y Blancaflor, Leonela y Canamoro, Curial y Floreta, Píramo y Tisbe. Otras hay romanzadas del latín, como las infacetísimas Facecias del Poggio, Eurialo y Lucrecia, el Decamerón de Boccaccio; libros todos ellos compuestos por escritores ociosos, desocupados, sin letras de humanidad, dados a los vicios y a las bellaquerías, en los cuales maravíllome que se halle cosa de deleite si las maldades no nos contentasen tanto. Doctrina no hay que esperarla de unos hombres que jamás la vieron de sus ojos. Y ya que se pusieron a contar, ¿qué placer puede hallarse en la narración de unas aventuras que tan neciamente fingen y donde mienten tan descaradamente? El uno, mató él solo veinte hombres; el otro, mató treinta; el otro, traspasado con seiscientas heridas y ya dejado por muerto, al día siguiente se incorpora de súbito, y, restituído a la salud y a sus fuerzas, en combate singular, derriba a dos gigantes, y del trance peligroso sale cargado de oro, de plata, de sedas y de joyas, que apenas las llevaría un galeón. ¿Qué locura no es tomar placer con estas necedades...?

El escritor agustiniano Malón de Chaide amplía esta indignación y enérgica condena, que no es retórica, aunque su lenguaje sea muy lindamente retoricado:

¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar y ya trae una Diana en la faltriquera?... ¿Cómo dirá Pater noster *en las horas la que acaba de sepultar a Píramo y Tisbe en Diana? ¿Cómo se recogería a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? ¿Cómo? ¿Y honesto se llama el libro que enseña a decir una razón y responder a otra y a saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías, y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, y de ahí vienen a ruines y torpes imaginaciones, y déstas a los conciertos y desconciertos con que se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez, y la merecen los malos padres y las infames madres que no supieron criar sus hijas ni fueron para quemalles tales libros en las manos* (1).

Excesivo nos parece, y lo es, sin duda, para un lector equilibrado de hoy día ese celo impetuoso y desapoderado que lleva al brillante y recamado autor de *La conversión de la Madalena* a condenar al blando y venusto Garcilaso, la mejor espiga de la juventud española (como le llamó el padre Nieremberg), ese níveo cisne degollado cuyo canto dulce presagiaba una temprana muerte; varón mercurial trocado a desgana en varón marcial, muerto de muerte purpúrea en la luminosa tierra de Provenza.

El antídoto que opone Luis Vives a las lecturas de los libros pestíferos es de muy dudosa eficacia. *Yo no he oído nunca afirmar a nadie que le contentasen tales libros sino a quien jamás hubiese tocado libro bueno. Yo mismo los he leído alguna vez; ahora, que nunca hallé en ellos rastro ninguno ni de buen sen-*

(1) PEDRO MALÓN DE CHAIDE: *La conversión de la Madalena.* (Bib. de Autores Españoles, XXVII, pág. 279.)

tido ni de buen ingenio. Pues a los que los alaban (yo conozco algunos) entonces los creeré, cuando los loaren después de haber gustado a Séneca, o a Cicerón, o a San Jerónimo, o las Sagradas Escrituras, y cuyas costumbres, a la vez, no sean estragadas completamente.

¡Con qué júbilo hubiera saludado Luis Vives aquella clandestina salida, ochenta y dos años después que él escribiera estas palabras, del ingenioso don Quijote de la Mancha, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, por la puerta falsa de un corral, al campo bañada de aurora, para alancear aquellos vestigios y limpiar el mundo de la pegajosa pesadilla!

Un puro y cálido acento de homilía tiene el capítulo que Luis Vives dedica a la virginidad. Llama virginidad a la integridad de la mente que se extiende hasta el cuerpo; entereza total, exenta de toda corrupción y contagio. Aquí extrae lo mejor de su copiosa erudición patrística. Aboga por ella con los vehementes alegatos de San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y nuestro doctor español San Fulgencio. Son vírgenes las nueve Musas; son vírgenes las diez Sibilas. El sentido del honor es en Luis Vives casi calderoniano: a secreto agravio, secreta venganza. Y cuenta, para posibles escarmientos, la atroz venganza de dos hermanos catalanes ejecutada en una hermana suya, como en los días bíblicos Simeón y Leví vengaron con ferocidad el estupro de su hermana Dina. *De memoria de nuestros padres hubo en Cataluña dos hermanos que, habiéndose percatado que una hermana suya, a quien creían virgen, estaba grávida, disimulando y ahogando su acerbo enojo hasta que hubiese parido, así que hubo dado a luz, la mataron a cuchilladas en el vientre. Y en la misma parte de España, siendo yo muchacho, tres doncellas ahogaron con una toca de lienzo a otra su compañera porque la sorprendieron en flagrante obscenidad.* No propone, ¡qué horror!, a la imitación este fanático culto a la entereza física de la mujer tan bárbaramente practicado en Cataluña. La castidad, para Vives, hace en la mujer las veces de todas las virtudes. Nadie—dice—reclama de ella más que la castidad, la cual, si fuere echada de menos, es igual que si al hombre le faltaren todas. *La mujer*—dice Cristóbal Acosta Africano—*es como la blanca seda, y el hombre, como el grosero y bajo paño, que tocados con el negro cisco del herrero, de necesidad en la blanca seda parescerá más y mayor cualquiera mancha...* (1) Y con anterioridad a Vives, el famoso Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, había escrito: *E sy los ombres, por ser varones, el vil acto luxurioso en ellos algund tanto es tolerado e aunque lo cometan, empero non es asy en las mugeres que en la hora e punto que tal crimen cometen por todos e todas en estima de fembra mala es tenida e por tal havida e en toda su vida reputada; que remedio de bien usar nunca jamás le ayuda como al ombre, que por mal que deste pecado use, castigado dél e corregido le es tenido a loor el enmienda e non le es notado en el grado de la muger, que es perpetuo, e del ombre a tiempos* (1).

Puesto que sin Ceres y sin Baco se enfría Venus—como dijo el clásico latino—, Vives prescribe a la virgen que él forma un régimen de sana austeridad. Su bebida será co-

(1) *Tratado en loor de las mujeres...* Venecia, 1592, fol. 77.

mún y aquella que la Naturaleza da a todos indistintamente, que es el agua clara y pura. Si su estómago no tolerare el agua, tendrá que dársele un poco de cerveza o de vino, el suficiente para digerir el alimento, no para incendiar el cuerpo. Reproduce el aviso de San Pablo: *Bueno es no beber vino ni comer carne.* Y añade esa cautela: *No piense ninguno que condeno los manjares que Dios crió para que usásemos de ellos con hacimiento de gracias, sino que lo que pretendo es quitar a los mancebos y a las doncellas los incentivos del vicio carnal.*

¿Quién sabe si al escribir esas severidades pensaba Luis Vives en la Valencia de su tiempo, atollada en el vicio capital de la gula? Como puede rastrearse por uno de sus *Ejercicios de la lengua latina*, el que va bajo el título de *El convite*, Valencia todavía cultivaba la buena jera que había fustigado con apostólico flagelo San Vicente Ferrer, que resulta ser un auténtico y veraz *costumbrista*, y pinta de mano maestra a su ciudad natal entregada a los placeres de la mesa cuatro o cinco veces al día. De esos abusos pantagruélicos antes de Pantagruel, proviene, según el santo predicador, que decía en su nativo valenciano *que ja a quaranta cinc anys los homens son vells els tremola la barba e les mans; e les dones podrides que beuen lo vinaç que de tres passes les sentireu que els put l'alé e a molts homens també.* Y puesto que cité a un santo moralista valenciano, pláceme evocar a la doncella cristiana, tal como Luis Vives la iba formando, de otro moralista catalán, fray Francisco Eximenis, de Gerona, quien en su *Llibre de les dones*, salido de las prensas de Barcelona cuando Luis Vives tenía sólo tres años y, para decirlo con la tierna imagen del Nebrisense, *era carga muy dulce pendiente del cuello de su padre, y peso muy blando en el regazo de su madre.* También citaré este pasaje en su texto vernáculo: «La doncella ideal debe ser *sancta e honesta de son cos e bona en la sua ànima, ço es, que sia gran oracionera e gran dejunadora e especialment deu recomenar si mateixa al Salvador qui fon princep e font de virtut.*

En el hermoso y vehemente capítulo VIII nos dice Luis Vives cómo quiere él que vaya la mujer cristiana que él educa. Cómo iban, en realidad, en su tiempo, al menos en el reino de Aragón, nos lo dice el moralista franciscano de Gerona, fray Francisco Eximenis, según la versión castellana anónima de su obra, salida de las prensas de Valladolid el año 1542, dos años después de la muerte de Vives:

«...Traen los tocados cofias et velos ligados con unas agujas y alfileres de plata con las cabeças doradas y con prendedores de oro esmaltados con piedras y perlas presciosas y de mucha calidad..., traen vestiduras de los más presciosos paños que pueden: en tanta manera que ay muchas dellas que sin ninguna comparación están mejor ataviadas que no los altares en que se celebra y consagra Christo. De paños de oro y de sedas de grana, de carmesí, de aceytuní y de altibaxo. Y otras vestiduras presciosas, pomposas y sumptuosas de diversas maneras de cortes y hechuras... E con esto siempre procuran que el traje destas sus vestiduras sea el más loco que ellas puedan hallar...; a los pechos, ancho porque les puedan

---

Corvacho o reprobación del amor mundano. Madrid, 1901, pág. 27. (*Nota* 1 bis *de la página anterior.*)

ver gran parte del cuerpo, y en el medio a la cintura estrecho tanto que es maravilla cómo la estrechura no las quebranta y ahoga et las haze rebentar. Y después ponen por las orillas et cortapisas unos pliegues con armiños et martas que no les sirven sino para les estorvar el andar... E dentro traen sus camissas delicadas con las mangas muy anchas llenas de gayas y randas de mucha polideza, curiosas et presciosas para mostrar su delicadez y sumptuosidad. Llevan también las faldas muy luengas arrastrando por tierra el paño et seda de que un pobre necesitado podría ser vestido... Después traen cabellos prestados en las cabeças e por ventura son de mugeres muertas: lo qual las auría de poner espanto y temor de los traer consigo..., se ponen unas bolsas sin dinero por bien parescer: et hinchen los dedos de anillos doblados muy presciosos et curiosamente puestos sin alguna necesidad. Afeytanse la cara, alcohólanse los ojos, alargando con pinturas y colores la ceja y haziendo que paresca más sutil de lo que es. Después, aunque los guantes fueron inventados para deffender las manos del frío del invierno, ellas los traen en el mayor calor del verano, por tener las manos más delicadas con aquellos sebillos y adobos de gran suziedad. Usan diversos cortes en las uñas de las manos, procurando que tengan en diversas partes diverso color... Usan unas bordaduras para el ornamento de sus ropas. E traen las servillas y calçados acuchillados con cintas en los chapines de diversos colores..., hablan con especiales maneras, con hablas muy polidas con delgada voz, con gestos y meneos de la cabeça y boca que estudian para más se afeminar, remirándose al espejo... Procuran verse al espejo lo más que pueden desde los pies hasta la cabeça, abriendo la boca por ver que tanto es lo que muestran los dientes y quál paresce mejor...» (1).

Larga es la cita, pero sabrosa y necesaria para comprender la generosa indignación y el acérrimo celo que hincha este capítulo movidísimo de los arreos femeniles. Aquí apunta a dar contra las mujeres de Valencia: *Libet carissimam mihi patriam reprehendere ut quod reprehendendum est, pudefacta vitet.* La mujer así ataviada no es discípula de Cristo, sino «pobre esclava de Plutón, el rico dios infernal». Y por terminar: ¿queréis que nos asomemos a un cofre de mujer, casi de la época? El arcipreste de Talavera nos lo abrirá:

«Todas estas cosas fallaréis en los cofres de las mugeres: *Horas de Santa María, Syete Salmos, Estorias de santos, Salterio* en romance, nin verle del ojo; pero canciones, dezires, coplas, cartas de enamorados e muchas otras locuras, esto sy: cuentas, corales, aljófar enfilado, collares de oro e de medio partido e de finas piedras acompañado, cabelleras, azerufes, rollos de cabellos para la cabeça e demás aun azeytes de pepitas o de alfolnas, mezclando symiente de niesplas para ablandar las manos, almizcle, algalia para cejas e sobacos, alambrar confacionado para los baños, para ablandar las carnes cinamono, clavos de girofle para en la boca. Destas e otras infinitas cosas fallarás sus arcas e cofres atestados...» Contra estas mujeres fulmina Luis Vives aquel apóstrofe espantable de Isaías contra las hijas de Sión: *Por cuanto las hijas de Sión se ensober-*

(1) *Carro de las donas* (Valladolid, 1542), I y II, *passim.*

becieron y anduvieron estiradas de cuello y guiñando con los ojos y pompeando en su pasear, el Señor les quitará los cabellos a cercén y desnudará su torpeza y tendrán deshonor en lugar de ornamento... con todas las otras temerosas amenazas que se siguen. Menta en esta ocasión Luis Vives a Tertuliano, cuya huella de león líbico acusa con tanta frecuencia aquellas palabras solemnes de condenación de todas las demasías suntuarias y del voltizo y liviano capricho mujeril en el vestir y en el calzar, que es una de las cosas más autorizadas y graves que ha dicho la cana Antigüdad eclesiástica. Pláceme reproducir este oráculo augusto en su bárbara e impresionante latinidad africana: *Veritati nemo præscribere potest; non spatium temporum, non patrocinia personarum, non privilegium regionum, quia Dominus noster Christus qui manet in æternum, veritatem se, non consuetudinem cognominavit; si semper Christus et prior omnibus, æque veritas sempiterna et antiqua res* (1). Quieren decir estas palabras imponentes: «La verdad no puede prescribir ni por progreso del tiempo, ni por aceptación de personas, ni por privilegio de regiones, porque Nuestro Señor Jesucristo, que permanece eternamente, llamóse a Sí mismo Verdad, no Moda. Si Cristo es de siempre y primero que todos, igualmente la Verdad es cosa antigua y no fallecedera.»

La doncella que Luis Vives educa debe vivir en el apartamiento. Ese apartamiento, aun a trueque de parecer arisco o zahareño, no debe ser violado jamás por *aquellas dueñas de tocas largas reverendas,* pintadas

(1) TERTULIANO: *De virginibus velandis.*

de mano maestra por Mateo Alemán, *que suelen ser tales ministros de Satanás con que mina y postra las fuertes torres de las más castas mujeres que por ellas mejorase de monjiles y mantos y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan...* (1). Dice Luis Vives que esa ralea de mujeres carecía de nombre en el vocabulario de los hombres. Ya lo tenía en aquella sazón pero acaso lo ignoraba o, por respeto a sí mismo, afectaba ignorarlo nuestro moralista verecundo. En el año 1499 salió a luz, en Medina del Campo un libro—libro divino, en opinión de Cervantes, si encubriera más lo humano: *Celestina.* Con ese nombre, vivaz como las malas hierbas, había de llamar la posteridad a *aquella mujer que, pagada por el galán con palabras blandas, solicita y empuja a la maldad... Es una cosa diabólica que la doncella evitará como si fuese víbora o áspid... No sufra la doncella su aspecto, que basilisco es o como los catoblepos de Plinio, que con sus agudísimos ojos infiltran ponzoña y matan no más que con la vista...* Huya la doncella de la ociosidad. *Guarte* —había dicho un filósofo antiguo a un mancebo que se paseaba solo—, *guarte, que vas muy mal acompañado.* La ociosa soledad es todavía más peligrosa para la doncella que instruye Luis Vives, que a Publio Siro, el mimógrafo sentencioso tan frecuentado por nuestro filósofo, le pide prestado aquel sesudo aforismo: *Mulier quum sola cogitat, male cogi-*

(1) *Guzmán de Alfarache.* Biblioteca de Autores Españoles, III, parte II, 1, capítulo II.

tat (La mujer, cuando piensa a solas, piensa mal). Ocupada, sin duda, en alguna faena manual o engolfada en alguna lectura santa estaba la Virgen María cuando el celeste paraninfo le trajo aquella embajada, que, según la versión de Vives, pide los pinceles humildes y las tintas recatadas y los hinojos en el suelo de fray Angélico de Fiésole. *La cual se turbó toda porque una voz augusta, ciertamente, pero con recio sonido de varón, rompió aquel adorable y perpetuo silencio donde jamás había oído interpelación de nadie.* Para esa dulce tabla soñada, o para ese fresco virginal: *Yo no apruebo*—dice—*que se pinte a esa Virgen divina con vestiduras de seda o de brocado, ataviada de joyas y de pedrería... No hay cosa que más desdiga de ella. Yo prefiriera verla con aquel vestido llano que acostumbraba usar, para que con mayor viveza se ofreciese a los ojos de nuestra soberbia aquella su ejemplar templanza y buen gusto a manera de callado reproche y materia de reprensión...* En ese capítulo de su obra, la palabra de Luis Vives tiene un suave calor de ascua, y una temblorosa emoción confidencial. En trances como éste, el crepitante ardor de Tertuliano o del dálmata vehemente que era San Jerónimo, que tanto le influyeron, se resuelve en un estilo de láctea mansedumbre, que discurre con apacibles ondas continuas con el copioso estilo fluvial de Plutarco. En momentos así, llenos de unción y de gracia, se asienta en los labios de Vives la áurea persuasión de quien los antiguos hicieron una diosa irresistible y mansa, a saber, la suave Suadela, cuya boca estila miel y leche dulce.

Mas a tiempos se encrespa su estilo, y su palabra se enciende en arrebatada vehemencia, que recuerda al Demóstenes de las Filípicas, o al Cicerón de la Catilinaria, o la elocuencia del Crisóstomo en los días del más bravo oleaje civil de la cristiandad de Antioquía:

¿Osa la mujer impura ir a la iglesia? ¿No se horroriza de introducir el burdel en la asamblea sagrada de las vírgenes y con su descarada faz ensuciar los ojos santísimos y profanar con su voz los oídos purísimos? ¿Te atreves tú, mujer nefanda, a nombrar a Catalina o a Inés o a Bárbara y a manchar sus sagrados nombres con tu boca de albañal? ¿Acaso tú haces gala de alguno de estos nombres y quieres siquiera por el nombre asemejarte a aquella de quien por tus costumbres eres enemiga cordial? Y cuando con ese nombre se te llama, ¿no se te viene a las mientes pensar cuál fué aquella cuyo nombre luces prestado? Y cuando consideras que ella fué purísima, castísima, bonísima, y tú, por el contrario, impura, deshonesta, malvada, las noches y los días, ¿no te van las furias acosando?... ¡Oh tú, la más temeraria de las mujeres!, ¿osas celebrar la Natividad de la Virgen, tú, que mereciste no nacer, y te atreves a mostrar tu rostro desvergonzado a sus ojos vergonzosos?... De veras hablo que no es ahora tiempo de hacer donaires: por pública ley debiera prohibirse que ninguna mujer que públicamente no fuese honesta de su persona se llamase María. ¿Por qué nosotros a ese nombre por el cual nos ponemos en pie, por el cual doblamos la rodilla, no le rendimos tanto honor como a algunos de los suyos los gentiles? En Atenas, porque Harmodio y Aristogitón libraron a la ciudad de tiranos, fué ordenado mediante decreto que no fuesen impuestos esos nombres ni a ningún

esclavo ni a quien ejerciese una profesión poco liberal. Pocos pasajes tendrá la oratoria sagrada de todos los tiempos que rebosen más sincera indignación, y más auténtico celo que este trozo de un moralista laico.

La manera recelosa con que la doncella cristiana debe salir de casa, según Vives, conforme en esto con los santos padres, complacería y tranquilizaría aun al *Celoso Extremeño.* No debe llevar descubierto nada de su cuerpo fuera de los ojos: *Præter oculos, viæ duces* (Permite la exterioridad de los ojos porque son los indicadores del camino). Y deben ser sordas a los requiebros que acaso oigan a su paso.

Es increíble la facilidad con que las mujeres creen las lisonjas que se les dirigen: *Por cuerda y sufrida que sea una mujer, solas dos cosas no puede oír ni la abasta paciencia para sufrir; es a saber, que la tengan por mala de su persona y por fea de su cara: sino que siendo mala quiere que la tengan por buena y siendo fea quiere que la alaben por hermosa* (1). Debe guardarse la doncella de los coloquios a solas con varones. Ni aun en una sala concurrida quiere Luis Vives que se aparten a charlar por los rincones: *¿Qué tienen que decirse solos que los otros no puedan oír, puesto que vayan a hablar de cosas honestas y limpias? Los diálogos sobre cosas buenas no requieren ningún sigilo. Deséase el secreto donde se teme el testigo y es causa de corrimiento la plática a otros comunicada.* Esta misma cautela recomendaba fray Antonio de Guevara en el *Libro áureo de Marco Aurelio: ...Que ninguno pueda hablar a tu hija Lucilla sin que tú los oyas, ni verla sin que tú los veas, ni asconderse sin que tú los halles, ni hacer concierto sin que tú lo sientas; y agora sabes que los que mal se quieren, con la lengua se deshonran y los que de corazón se aman, sólo con el corazón se hablan.*

Al buen callar llaman Sancho, dice Cervantes. El buen callar, dice nuestro Luis Vives, es el más gracioso atavío femenino. De ahí muchos tomaron la ocasión de decir que jamás el secreto ha de fiarse a la mujer, ni aun cuando fuere hermana, madre o esposa. Y uno de éstos fué fray Antonio de Guevara: *...Ni en burlas ni en veras nunca de mujeres deveis confiar cosas secretas, porque a fin de que las tengan los otros en algo, luego descubren cualquier secreto... No perjudicando a las señoras que son discretas y secretas, sino hablando comúnmente de todas, digo que tienen más habilidad para criar hijos que no para guardar secretos...*(1).

Parece que en los días de Luis Vives introdújose en Flandes la invención de las mascaradas carnavalescas. Así refiere su comienzo: *Introdújose no ha mucho una invención que consiste en que hombres y mujeres disfrazados* (personati) *recorren toda la ciudad y se detienen a bailar delante de las casas más dstinguidas, como son las de los próceres o de los ricos o en las que se come o, mejor, se bebe. Y a esta diversión están algunos tan entregados, que dicen no haber pasatiempo más picante que andar al asalto de las casas, así, con el rostro tapado. Ellos ven y conocen a todos, y ellos, a su vez, no son conocidos de nadie, haciendo el mismo*

(1) Fray Antonio de Guevara: *Epístolas familiares.* Madrid, 1595, pág. 271

(1) Idem, ibídem, pág. 195.

juego que los niños pequeños que toman gran placer cuando con las manos puestas sobre la cara piensan no ser vistos por los otros y oyen cómo se les llama...»

Sabroso es en extremo el capítulo que Luis Vives dedica a los amores. Harto poco tendría que decir nuestro severo moralista de los amores a su doncella ideal si fueran como los que cantaba con lira ebúrnea y casi de hinojos su conterráneo Ausias March, el poeta sin carne y sin sangre, y que como Petrarca, pero aún más puro que Petrarca, cantó el Amor y la Muerte. En su huerto no crecieron jamás malas hierbas, ni los pensamientos soberanos bajaron de las canas y altas cumbres a manchar sus alas en el cieno.

Fuego continuo, pero sin humo, llevaba en su pecho, y su calor no se comunicaba fuera:

E port al cor, sens fum, continu foc
e la calor no'm surt a part defora.

Los amores de que debe guardarse la doncella cristiana de Vives son muy otros. De las reuniones y vistas y pláticas con los hombres nacen los amores cupidíneos. En medio de placeres, de convites, de bailes, de risas, de regocijos, tienen asentado su reino Venus y Cupido, el garzón de Venus. De ese amor dice San Jerónimo, con pensamientos tomados de Aristóteles, de Séneca y de Plutarco: *El amor de la belleza es un olvido de la razón muy cercano de la locura, vicio feo y poco conveniente al alma sana; turba el consejo, quebranta el alto y generoso espíritu, y de los grandes pensamientos le derriba a los más rastreros y ruines; hácelos quejumbrosos, irascibles, temerarios, imperiosos con dureza, serviles con blandura, inútiles para todo y, al fin, para el mismo amor. Pues como sea que arda en insaciable deseo de gozar, gasta mucho tiempo en sospechas, en lágrimas, en quejas; concítase el odio de todo el mundo, y él mismo acaba por odiarse a sí mismo.*

Para escarmiento evoca anécdotas de amores desastrados, sacadas de las crónicas de España, que él había leído. El rey don Rodrigo, por el acceso que tuvo con la Cava, hija del conde don Julián, fué causa de la perdición de las Españas, que estaban en auge y flor, y las abandonó a los moros, que las despedazasen y las pisoteasen. No has de dar más oídos al amador que el que darías a un encantador o a un hechicero. Llámate hermosa, agraciada, discreta, bien hablada, noble, y a veces, maldita la cosa que hay en ti de todo ello; pero tú oyes con visible complacencia esas blandas y dulcísimas mentiras. ¿Añadió que eras buena? ¿Añadió que eras honesta? Si se calló esas cualidades, no te dijo nada. Y si se las calló, ¿qué espera de ti? Dice que va a morir. ¿Y tú lo crees? Dile, boba, que te muestre las sepulturas de los enamorados muertos de amor entre tantos millares de ellos. Una damisela francesa de las que acompañaron a España a Margarita de Valois por visitar a Francisco I, rey de Francia, prisionero de Carlos I, oyendo continuamente que los mozos españoles le decían: *De amores muero,* le respondió: *Muérete ya de una vez, por ver finalmente morir a uno de tantos como se están muriendo.* Los remedios que propone a la doncella para desamorar al amador son verdaderamente heroicos y los autoriza con un caso pasado en Barcelona: *Hubo en Barcelona una doncella, la cual, por desamorar a su ga-*

lán, perdidamente enamorado, llevó por algún tiempo debajo de sus sobacos coles podridas. Comió además berzas crudas, y allegándose al galán de muy más cerca, como si quisiera decirle al oído algún secreto, con aquella nauseabunda fetidez se lo quitó para siempre de su lado y le puso en fuga.

Casi con resignación admite el matrimonio Luis Vives para la doncella que ha formado e instruído tan severamente. *La auténtica doncellez* — dice — *ignora la unión sexual y no la apetece.* No es ella quien debe buscar a su esposo; esto es incumbencia de sus padres. ¡Ah de la doncella de Góngora que no dejaba pasar un invierno sin que al padre buscase un yerno! Ni la doncella ha de dejarse ver mientras sus padres andan en aquel gravísimo y delicado negocio; ayúdelos ella con sus oraciones, pidiendo a Dios que le depare un buen esposo, que sea para ella como un ángel, guía de su vida toda. A la conquista del marido no se ha de ir con galanos vestidos ni con mentidos afeites. Tomás de Trujillo, en su libro llamado *Reprobación de trajes...*, publicado en Estella en 1563, dice: *Si algunas personas, en alguna manera pueden andar con un poco de mejoría en las ropas y con alguna ventaja en los trajes, son, a mi parecer, las mujeres... Mas no se ha de entender ser ésta ventaja y licencia tan concedida a todas las mujeres, sino principalmente a las casadas. Y no a todas las casadas, sino a aquellas que pretenden con sus aderezos contentar a sus maridos y con su hermosura agradarlos con intento que no las menosprecien y aborrezcan.* Con esta limitación acaso Luis Vives admitirá los afeites discretos y la mejoría de ropas en esa su doncella ideal que ha llevado intacta, con la frente pura, con la boca virgen, hasta las gradas del altar de Cristo.

Y para esta doncella ideal, ¿no tendrá Luis Vives un marido ideal? Yo creo que luego de haber mojado su frente con el agua del bautismo y ungídola con el óleo de los catecúmenos, entregaría con íntimo gozo esa hija suya espiritual, preparada para ser casada perfecta, al marido perfecto, cuya etopeya traza Plinio el Joven, el venusto patricio romano, que con nuestro Luis Vives tiene tan delicada afinidad:

Se llama Minucio Aciliano. Es de Brixia (Brescia), *de aquella parte de nuestra Italia que todavía retiene y conserva la verecundia, la frugalidad y la aristocrática rusticidad antigua. Tiene su abuela materna, Serrana de nombre, que vive lejos de aquí, en un municipio de Padua; ya conoces tú cómo es de morigerada aquella gente. Y con todo, Serrana es un dechado de severidad, aun para los mismos paduanos. Tiene un rostro afable y franco, en el que la sangre y la vergüenza muestran sus rubores amigables. Todo su cuerpo tiene una prestancia nativa y cierto decoro senatorial. No creo yo que esas dotes físicas deban menospreciarse. Yo pienso que es cosa obligada que un mancebo de esas prendas sea el premio de la honestidad de una doncella.*

* * *

El libro *De los deberes del marido* fué engendrado en Londres, en una fementida buhardilla, y sufrió una penosa gestación. Esto ya lo conté más arriba. Esta obra está dedicada a don Juan de Borja, duque de Gandía, y la carta en que se la adjudica contiene muy interesantes noticias de los valencianos amigos

de Luis Vives. Dícele al duque de Gandía:

«Es el caso que yo tenía bien asentado el propósito de escribir algo para ti que fuese entre nosotros prenda de nuestra cariñosa simpatía, y para los otros, manifiesta declaración de nuestra mutua benevolencia, que a mí no solamente me halaga (pues todo amor es de suyo muy sabroso), sino que me produce un limpio y sano orgullo.

»Así es que yo me considero muy obligado deudor de los que me granjearon esa honrosa y dulce amistad, y con gusto confieso esta obligación mía para con Juan Andrés Estrany, ausente en la actualidad, quien te me presentó o pintó, no cual soy, desgraciadamente, sino cual su afecto me fingía o su buen juicio quería que yo fuese. Y a su vez, por cartas, me hizo una clara y patente apología de tus virtudes. Y con ese retrato tuyo se avenía con peregrina congruencia lo que aquí me contó de ti Honorato Juan, nuestro paisano, mancebo nacido para escalar las más elevadas cumbres, y si vive y persiste en el camino comenzado, va a ser algún día lumbrera de nuestra ciudad. Honorato Juan no hizo más que aumentar con la frecuente evocación y recuerdo la estima que había concebido de ti por las cartas de Estrany. Y ambos a dos, allende de haber encarecido sobre manera tus talentos y tus virtudes, expresaron el favor entusiasta que prestaban a los doctos y estudiosos todos, y hasta qué punto deseaban merecer bien del cultivo de las buenas letras. La prueba mayor de ello es la fundación del Colegio de Gandía, donde se enseñan con toda su pureza y elegancia. Y hasta dónde llega tu buena voluntad para con los doctos todos podemos demostrarlo gráficamente, pues en una carta que me envió Estrany a mí tú escribiste de tu mano y pluma: *El duque de Gandía, devotísimo tuyo y de todos los que son semejantes a ti*; a saber: de todos aquellos que tú crees que me son parecidos. De ese generoso error tuyo no es éste el lugar de desengañarte. Colmaría todas mis ilusiones que te satisficiera esta obra mía acerca de los *Deberes del marido*, como la *Formación de la mujer cristiana*, según me dicen, contentó a la dama muy ilustre que es tu esposa.»

Este don Juan de Borja, a quien dedica Vives el libro de los *Deberes del marido*, es el tercer duque de Gandía, y su mujer es doña Juana de Aragón, quien tomaba tanto solaz en la lectura de *Mujer cristiana*, ambos venturosos padres de San Francisco de Borja.

No está este libro tan exclusivamente dedicado a los *Deberes del marido* que no toque con vehemencia de moralista político las obligaciones de la mujer, y que a cargo de la mujer no imponga al marido una discreta vigilancia. Claro que no se refiere a don Juan de Borja ni a su esposa ejemplarísima, sino a un marido hipotético, cuando dice:

«Tú vigila con la más despierta de las diligencias y no consientas que tu mujer sea la inventora e introductora de moda alguna nueva ni en su vivir ni en su vestir y que por ella sea conocida en la ciudad.» La vanidad femenina, con sus demasías y ostentaciones, puede ocasionar sediciones y alborotos «como en tiempo de nuestros padres aconteció en Barcelona, ciudad de Cataluña, en España, cuando las esposas de los mercaderes, en sazón en que estaba en su mayor florecimiento y auge el comercio con Alejandría, eclipsaban en lujo y suntuosidad de aderezos a las damas de la más empinada

nobleza». No sólo en Cataluña y en Barcelona su *Cap y Casal*, sino también en el propio Reino de Valencia y en su capitalidad, cundió este abuso que Vives quiere que el marido ataje y al cual salieron enérgicamente a camino las *Instituciones forales*, con severas ordenanzas suntuarias (1).

Dedicado como está el libro a un prócer valenciano, le recuerda un sucedido en Valencia que debió de tener gran ejemplaridad, puesto que Vives lo relata como antiguo, pero que aún en su mocedad se publicaba de lengua en lengua: «Hubo antiguamente en Valencia un noble, Carroç de apellido, si no me equivoco, que estaba casado con una mujer casta en verdad, pero no muy favorecida por la fama...» Localiza Vives el sitio con el tenaz recuerdo visual que de su Valencia conservaba: «En aquella bajada al río, en el hipódromo, entre el Real y el monasterio de la Santísima Trinidad.» Esta donosa anécdota local se lee en el capítulo VIII (*De la reprensión y el castigo*), y tiene un muy gustoso sabor local intercalado en aquella su opulenta erudición de cosas griegas y romanas.

No pecaba ciertamente Luis Vives de sensibilidad excesiva; siempre en él la razón impuso su hegemonía; más que corazón tuvo cabeza. Pues bien: el postrer capítulo de los *Deberes del marido* rebosa ternura tanta, que llega a empañar los ojos. Titúlase: *De la esposa de edad avanzada*, y con la pluma mojada en la miel secreta de su pecho honrado dice, entre otras muchas cosas dulcísimas:

«Cuando tu esposa morigerada y buena hubiere llegado a la ancianidad, haz con ella lo que acostumbramos hacer con todo servicio fiel y diligente... No es una jornalera con un salario convenido, sino igual a ti, compañera dada por Dios, unida a ti por el amor y en una comunidad de vida tal que aventaja a cualquier otro linaje de sociedad humana. Fuera de que también es razón que ella, que subordinó por tan largo tiempo sus afectos al marido, ya no sea subordinada suya, sino igual... Ya no hay motivo porque el marido ejerza mando sobre su esposa y se empeñe celosamente en conservar su autoridad que ya no puede mermarse. Por esto el Señor manda a Abrahán que obedezca a Sara, ya anciana, que ya no es esposa, quiero decir que ya no es carne, sino que está como promovida a la condición de espíritu... Admítela de cada día más en tus consejos; comienza a equipararla contigo y consúltala en los negocios pequeños

---

(1) *La dona que's casarà no porte en son matrimoni més de quatre cofrens de roba y joyes en les quals hi puga haver un cubertor y cortines de tafetà, con no sien obrades y no porte lançols... ab vetes d'or o de seda; sino tots blanchs y camises totes blanques y planes... Y en les esposalles y noces ningú done a sa esposada o novia anells o altres joyes que valguen mes de cinch cents sous...*

Ningú porte draps d'or ni d'argent o altres de certa manera en certs forros de pelis; ni porten les dones mes de tres palms de falda ni'n facen los sastres, ni's posin pedres de certa manera, ni's facen ni's compren vels que valguen mes de xixanta sous, ni capells que valguen mes de vint y cinch sous, ni tapins, sino cuberts d'oripell sense flocadura, ni saltiri (Libro de Horas) *que valga mes de cinchcents sous y no porten roba que rossegue per terra.*.

(*Institutións dels Furs y Privilegis del Regne de Valencia.* En Valencia. En la estampa de Pedro de Guete, 1580, páginas 216-17.)

y también en los grandes; invístela de consideración y de autoridad, porque tus hijos, si los tienes, y la restante familia sigan tu ejemplo.

»Id haciendo poco a poco que desaparezca la distinción del sexo y empezad ya desde acá abajo a iniciaros en aquella vida del cielo en que no hay sexo, según nos enseñó el Hijo de Dios: «No toman esposa, no toman marido, sino que se conducen como los ángeles de Dios», espíritus puros e incorruptibles, entre los cuales nadie nace, nadie fenece, por manera que sea necesario el connubio para reparación del linaje humano. Este amor no se funda en ninguna cosa caduca ni sujeta a la muerte... Aunque retirado de los ojos, recatado, sepultado y llorado, este amor sobrevivirá y tendrá vigencia y bríos y será dulcísimo el recuerdo de tal esposa, y toda su memoria será como un perfume oloroso preparado por un perfumista. Por ello, los hijos comunes serán amados; por ello mismo, porque son hijos tuyos y porque fueron engendrados por tal mujer, y los compadecerás por haber quedado huérfanos de la dulzura de tal madre; y a los hijos de ella, si los hubiere de otro marido, tú los tendrás por tuyos, como nacidos de aquella que fué una cosa contigo por el Sacramento del matrimonio y por la ley del amor...

»Si fueres tú quien en esta jornada de la mortalidad la antecedieres, dejarás bien testimoniado y profundamente impreso, así en la memoria de los otros como en la de ella, no tan sólo el amor que le profesas, sino también tu juicio acerca de ella, dándole gracias muy rendidas por la abnegación, por la fidelidad, por la piedad con que se compasó contigo, porque todos entiendan cuán buena esposa fué para ti y ella sienta que fué por ti aprobada su buena voluntad y agradecidos sus servicios, y ya desde aquel momento, en vida aún, saboree el fruto de su bondad, que tendrá su complemento mayor y más verdadero al término de esta vida, en la bienaventuranza que no tendrá fin...

»Puesto que vas a faltarle tú, el pilar de la casa, y queda ella, medrosa e inválida, destituída de ti, que eras su sostén único, déjale a manera de consuelo de su viudez algunos bienes con que pueda sustentarse honestamente, porque no parezca que aquel amargo y funesto día que te arrebató de sus brazos introdujo en su casa vacía todos los males...

»Sea la mujer como sea, de ninguna manera conviene dejarla pobre y menesterosa, conforme lo consintieren tus posibilidades... Mayor peligro corre su fragilidad del lado de la pobreza que del lado de la riqueza. Mas puesto que el moribundo se despide para otros parajes más risueños que los de este bajo suelo, no tome para sí, que ya está muerto, el cuidado de lo que dejare; encomiéndelo a aquellos que lo tendrán bajo su vigilancia. Y no quiera tampoco que su viuda tenga de tal manera clavado en su memoria el recuerdo de su marido, que la mande perseverar en la viudez bajo su nombre, con muy grande incomodidad de ella, a veces, y con muy agudo peligro de su virtud; déjela a su propia determinación y que sea ella misma quien elija, de su propio consejo y del de sus deudos, según las circunstancias lo requirieren, lo más conveniente a su honradez y a la tranquilidad de su conciencia.»

Así, con esta cordura, con esta ternura y con esta unción, termina el precioso libro dedicado al padre de San Francisco de Borja.

* * *

También al ciclo de las obras morales de Luis Vives pertenece el libro *Introducción a la sabiduría*, escrito con alguna antelación, en 1524. Para introducirlos en ese templo de la doctrina, siempre antigua y siempre nueva, que Lucrecio calificó de sereno, toma ese nuevo pedagogo en Cristo a los niños de la mano. No es indiferente la edad para quien debe recorrer tan larga jornada. Dice el sabio Salomón: *Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit: assidentem enim illam foribus suis inveniet* (Quien de temprano la buscare no tendrá que fatigarse; sentada la hallará a las propias puertas de su casa).

Para esos niños madrugadores y exploradores precoces que salen a la hora fresca compuso Luis Vives su *Introducción*. Empieza como un tratadito de aquellos que consiguieron tanta boga, que aun el propio Erasmo creyó que debía escribir uno bajo el título *De civilitate morum puerilium*; empieza como un simple tratado de urbanidad, como una suerte de *Galateo*, de Gracián Dantisco, y llega a las más soberanas cumbres de la Teología. Empieza en una amiga (como llamaban en el Siglo de Oro a la escuela de párvulos) y termina ante el acatamiento del Rey inmortal e invisible de los siglos, de Dios solo sapientísimo, a quien se debe honor y gloria. A un cabo de este curso completo de auténtica sabiduría está el *Conocerse a sí mismo*, y al otro cabo está *Conocer a Dios. Non plus ultra!* Los exploradores mañaneros ya no pueden pasar más allá. El curso está acabado una vez que se exploraron estos dos confines.

Luis Vives, al poner manos a la obra, con el sabio pudo decir: *La deseé y me fué dada la cordura. Invoqué al Señor, y vino sobre mí el espíritu de la sabiduría. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y en sus manos me trajo una riqueza incalculable. Sin engaño la aprendí y sin avaricia la comunico y a nadie escondo sus riquezas* (1). «La *Introducción a la sabiduría* — dice Juan Estelrich, mentado más arriba, *honoris causa nomino*—, es un breviario de moral y de vida práctica, en el cual el estoicismo y el cristianismo andan sólidamente mezclados y conciliados, escrito con una suerte de jubiloso optimismo en ocasión en que el autor se preparaba para contraer matrimonio.» «El deleite hace las obras», decía fray Luis de Granada.

Esta es su sentencia inicial:

«La verdadera sabiduría consiste en juzgar de las cosas con sano criterio, conceptuando que cada una de ellas es tal cual es; no siguiendo lo vil como precioso ni rechazando lo precioso como vil; no vituperando lo que es loable, ni loando lo que merece vituperio.»

En un breve ramillete reuniremos algunos inmortales apotegmas:

«Gran maestro del error es el pueblo.»

«Acostúmbrese cada cual ya desde su niñez a formarse verdaderas opiniones de las cosas, que crecerán con los años.»

«Toda la restante vida depende de la crianza que se diere al niño.»

«Las riquezas, las posesiones, los vestidos aparéjanse no más que para el uso, y no lo facilita la opulencia, sino que lo ahoga, como al navío la carga demasiada.»

«La policía en el vestir, ¿qué otra cosa es sino un instrumento del vicio?»

«Al vestido útil lo excogitó la ne-

(1) *Sap.*, VII, 7, 11, 13.

cesidad; al precioso, el lujo; al elegante, la vanidad.»

«La nobleza, ¿qué otra cosa es sino la casualidad de una cuna afortunada y una opinión introducida por la estupidez del pueblo? Hartas veces se la granjeó con rapiñas.»

«El poder, ¿qué otra cosa es sino una molestia vistosa? Si se supiera el sinnúmero de preocupaciones y ansiedades que comporta y qué piélago de males es, no habría nadie tan ambicioso que no huyese de él como de una miseria insufrible.»

«Y la gloria, ¿acaso es otra cosa, como dijo el antiguo, sino un vano tumor y rumor de las orejas?»

«¿Quién osará dar el nombre de dignidades cuando se confieren a individuos que no tienen pizca de dignidad? Y mucho menos si son solicitadas con amaños, con sobornos, con cualesquiera malas artes?»

«La hermosura física, ¿de qué sirve si el ánimo es feo? Es, como dijo el sabio griego, un huésped deforme en una casa linda.»

«El deleite corporal, como el cuerpo mismo, es vil, es bestial, y con más frecuencia y más vehemencia y mayor duración gózanlo las bestias que los hombres.»

Baste ya. Con este manjar de fuertes, con està medula de león, mantiene Luis Vives a la mocedad que él adoctrina.

CAPITULO XXI

PEDAGOGO DE EUROPA

Hartas veces, quien está llamado a construir, tiene que comenzar por destruir. Dios dijo a un profeta antiguo: *Hoy te di poder sobre pueblos y reinos, de arrancar, arruinar, asolar, de levantar, edificar y plantar*. Con descuajar empezó Luis Vives su tarea ingente de construir un nuevo sistema pedagógico. Su primera arremetida, estoy por decir, su primera salida de Don Quijote, si no pudiera tener una interpretación peyorativa, que está muy lejos de mi intención, porque quijotesca en verdad parecía la tentativa, fué contra los falsos dialécticos de París que anochecían la ciencia con tinieblas cimerianas. Las incidencias de esta primera y definitiva salida (Don Quijote tuvo que salir tres veces) las conocemos anotadas por la propia pluma de Vives. Y puesto que había destruído, tenía que empezar a construir.

Se ha dicho con felicísima expresión que Luis Vives, como pedagogo, es el *segundo Quintiliano*. Voy a decir brevemente quién fué el primero: fué Marco Fabio Quintiliano, español, celtíbero de Calahorra, a quien Marco Valerio Marcial, español españolísimo y casi insolente en su orgullo de serlo (acaso fué él cronológicamente el primero que sintió que ser español es una cosa muy seria), español he dicho, y celtíbero de Calatayud, denominó *moderador de la vaga juventud y prez y decoro de la toga romana.*

La cualidad que más resplandece en este retórico es su honestidad, su insobornable honestidad. Tuvo cátedra abierta de oratoria. No vendió en ella humos vanos, como Sé-

neca *el Retórico,* ni como el cordobés Porcio Latrón vendió color violento, color español, en suma. La desempeñó por espacio de veinte años, con la santidad de un sacerdocio. Y tan buena memoria dejó de sus enseñanzas y de sí, que los que habían oído aquellas lecciones solicitaban de él con cotidiana porfía que las publicase, dándoles la perennidad de las cosas escritas. Al fin, tras aquel ejemplarísimo magisterio vicenal, pudo Quintiliano reposarse en el ocio sedante y ornado que consagró a esta tarea sabrosa, junto a su mujer joven, superior a toda alabanza: *omnem laudem supergressa,* y a dos tiernos hijos, que eran sus dos ojos.

A este suave puerto de reposo llegó Quintiliano a través de lances muy varios. Tuvo fortuna; pero su fortuna fué la fortuna con seso. Hubo de atravesar aquella peligrosa zona de inestabilidad política que en sólo quince años gastó a doce emperadores. Hubo de contener aquel contagio que, autorizado con el gran nombre de Séneca, amenazaba con cubrir las letras romanas de un inmenso tumor vicioso. De donde vino la plaga, vino el remedio. España fué la nueva lanza de Aquiles, que en la herida que abría ponía salud. Lo que Córdoba inficionó, Calahorra lo sanó.

La misma probidad que puso Quintiliano en sus enseñanzas orales, púsola también al darles la redacción definitiva; y aún más recatada si se quiere, más reservada y más púdica. En su hogar tranquilo, morada de la paz estudiosa, crecían sus dos hijos. La reverencia debida a estos dos niños pone en su obra contención y mesura. Harto se adivina que Quintiliano escribe su obra pensando en estos dos manojuelos de sus entrañas.

Este respeto inspira su pedagogía, que ya es casi cristiana:

«Nacido el hijo, conciba el padre las mejores esperanzas de él, pues así pondrá mayor esmero en su formación desde el principio... En los niños asoman esperanzas de muchísimas cosas, las cuales si se apagaron con la edad, colígese que lo que les faltó fué el cuidado, no el ingenio... Ante todas cosas, no sea viciosa la conversación de las ayas. En ellas debe exigirse, sobre todo, las buenas costumbres y de que hablen bien, pues ellas serán las primeras a quienes oirán los niños. Por naturaleza somos retentores tenacísimos de aquellas cosas que en la infancia aprendimos, como las vasijas nuevas conservan el olor del primer licor que recibieron y no fácilmente se destiñe el color primero de las lanas. Y cuando estos resabios son peores, con tanta más pertinacia se nos aferran. Lo bueno, fácil es que se convierta en peor; pero el vicio, ¿cuándo se mudará en virtud?»

De tan lejos arranca Quintiliano la formación del orador perfecto, quien no podrá ser tal si no fuere igualmente *vir bonus,* hombre bueno: «por donde no sólo quiero que en el decir sea aventajado, sino en todas las prendas del alma; porque nunca concederé que eso de vivir bien y honestamente se ha de dejar para los filósofos; como sea cosa cierta que el hombre verdaderamente político, acomodado para el gobierno público y particular, capaz de gobernar con sus consejos las ciudades, fundarlas con leyes y enmendarlas con los juicios, no es otro que el orador».

Un destino así de glorioso soñaba sin duda Quintiliano para los hijos de tantas esperanzas que crecían a su lado, y con el pensamiento en ellos daba forma a sus *Instituciones*

oratorias, cuando le salteó un amarguísimo duelo que estuvo a punto de truncarlas en su precisa mitad. El curso apacible de sus enseñanzas se interrumpe en el proemio del libro sexto para dar lugar a una explosión de llanto irrefrenado. El reposado tono didáctico se trueca en sollozante y patético:

«...Día y noche me apresuraba a concluir esta obra mía, temeroso de que una muerte, que no puedo esperar lejana, la frustrara, cuando la Fortuna de tal manera me anonadó y tan recia y súbitamente, que de hoy más el fruto de mi trabajo a nadie pertenece menos que a mí. Porque experimentando segunda vez el duro golpe de la orfandad, me vi privado del hijo que me quedaba, de quien no solamente había concebido las mayores esperanzas, sino que él era la única de mi vejez. ¿Y ahora qué haré? ¿Qué uso daré a mi actividad que los dioses no bendicen?»

Mientras Quintiliano componía el libro (perdido hasta hoy) *De las causas de la corrupción de la elocuencia*, murió, a los cinco años, su hijo menor; y a punto estuvo de lanzar al fuego de la pira que en el cadáver de su hijo consumía sus propias entrañas aquel parto de su trabajo y de su ingenio. Pero antes, este funeral había sido precedido por la muerte de su mujer óptima, que todavía no había cumplido los diecinueve años; que en aquella edad casi pueril más vulneró su pecho de padre que de esposo. Pero todavía le quedaba su Quintiliano. «No eran solamente flores las que su ingenio manifestaba, sino que ya mostraba el próximo fruto cierto. Juro por mi desgracia, por el doloroso testimonio de mi conciencia, por aquellos manes suyos, divinidades de mi dolor, que descubría yo en él tales muestras de ingenio, de bondad, de amor a su padre, de afabilidad y cortesanía ahidalgada, que de semejantes ingenios se puede con certidumbre pronosticar una muerte temprana, pues la repetida experiencia nos enseña cada día que unos frutos tan anticipados jamás llegan a madurez... ¡Ay vanas esperanzas mías, que tan cruelmente me habéis engañado!... Será una recomendación de mi obra perseverar en ella sin interés ninguno personal y con sólo el designio de que sea útil a los demás, pues tal es mi desgracia, que nada pueda hacer ya si no es para los otros. Todo lo que me pertenece: mi fortuna, mi patrimonio, este libro mismo, todo, pasará a manos ajenas.»

Tal era el pedagogo; tal fué el padre; tal fué Marco Fabio Quintiliano, el romano de Calahorra. Es el más clásico de todos los escritores hispanolatinos. En aquella Roma poblada de españoles, entre las riquezas de Séneca y la pobreza mugrienta de Marcial, Quintiliano sabe conservar el *Ne quid nimis*, el justo medio, el decoro personal, la elegancia impoluta de su toga.

Y ahora que conocéis quién fué el grave profesor romano, árbitro del buen gusto en la Roma de la Edad de Plata, con quién se le compara y cuyas obras, a par de las de Séneca, director espiritual de Lucilio, gustaba Luis Vives de frecuentar y de pedirles prestadas enseñanzas, entremos ya en su imponente obra pedagógica, que es una verdadera enciclopedia. Situado en una encrucijada de los tiempos, entre un siglo que moría y otro que renacía, a una hora dudosa, entre el canto del ruiseñor y el de la alondra, Luis Vives, en su obra, reunió y concilió lo que se iba a hundir y lo que estaba a punto de emerger; vertió vino

añejo en odres recientes y fué como el padre de familias evangélico, que de su alacena saca lo nuevo y lo viejo. Para él pudo ser dicho lo de la esposa del *Cantar de cantares: Los frutos nuevos y los añejos guardé, amado mío, para ti.*

Esta obra, que le debía granjear eterno renombre y constituirle padre y fundador de la moderna Pedagogía, fué puesta por Vives al amparo y a la sombra de Juan III, rey de Portugal y los Algarbes, en una magnífica carta nuncupatoria, con alteza de palabras y soberanía de pensamiento:

«Las claras hazañas de los mayores, al mismo tiempo que a los sucesores acarrean nobleza e hidalguía, les imponen la gravísima obligación de no hacerse indignos de ellas. Parecen no ser otra cosa sino una especie de semilla generosa, conocida a fin de que todos, con conocimiento de causa, sepan lo que pueden prometerse y esperar y aun exigírselo, por derecho propio; selección ésta que vemos que en la cría de reses y plantas practican pastores y labradores, poniendo en ovejas y árboles una cierta señal de distinción y aristocracia, expresión de la confianza que ponen en que lo que de ellos saldrá poseerá por encima de los de su especie una mayor excelencia y virtud. A fe mía, cuando pongo los ojos en los preclaros hechos de tus ascendientes, confiados y depositados en ti solo, veo que te será menester juicio grande y perspicaz, desvelo muy diligente y cuidado asiduo, no solamente para sostener su peso, sino que según lo requieren arreo e imperiosamente las muestras de tu virtud, por transmitirlas a tu posteridad más acrecidas y más brillantes.»

Y a seguida, Luis Vives enaltece la magnífica osadía de los hijos de Luso, sus progenitores, que, salidos de Lusitania, se aventuraron a mares nunca de antes navegados, a explorar tierras vírgenes, a escudriñar en el cielo lumbres nuevas y desconocidas. Primeramente ocuparon las orillas del mar de Atlante, luego de haber echado de allá a los hijos de Agar. Lanzándose más adentro, penetraron más allá del camino del Sol, adentrándose en el mundo que nos es frontero, luego de haber medido con sus remos y recorrido en alas de sus velas el mar Meridional, que está bajo de Etiopía. De aquí en las costas del mar Rojo y en las propias fauces del seno pérsico se construyeron fortalezas, y pasando sobre las puertas del río Indico, en aquel feracísimo asiento de la amenidad que es la orilla de la India toda, buscaron y plantaron su derecho y señorío. Mostráronnos los caminos del cielo y del piélago, cuya existencia la palabra humana no publicó antes jamás, y descubrieron pueblos y naciones, prodigiosos no sólo por sus costumbres y su barbarie, sino también por aquellas riquezas de cuya sed tanto adolece la humana codicia. En una palabra: manifestóse al linaje humano todo su mundo, tan maravilloso y tan grande, que las peregrinaciones de aquellos héroes antiguos que la pregonera fama eleva hasta el cielo, aun para el más ignorante, son incomparables con estotras por lo fantástico de las jornadas, por la aspereza de los caminos, por el descubrimiento de maravillas inauditas, hazañas todas éstas superadas por la evangelización a lo largo y a lo ancho de todo el orbe, con tanta gloria del nombre cristiano y con tanto provecho de aquellos a quienes esta lusíada evangélica sojuzgó, haciéndolos de me-

jor condición por ser vencidos de los portugueses, que los portugueses que fueron sus vencedores.

Y encarándose con el rey don Juan le dice:

—A vosotros, ¿qué pro os reportaron todas estas fabulosas conquistas, así en buscarlas como en conservarlas, sino afanes, trabajos y dificultades? Magnífico dechado a imitar propusisteis a los restantes príncipes cristianos. Estas son las armas que se han de empuñar; victorias como éstas deben buscarse, en las que los vencedores vencen para sí y para Dios, y los vencidos no cesan de bendecir su vencimiento, puesto que las ventajas de triunfo tan copioso revierten a ellos. Guerreábase en aquella Asia misteriosa o en aquella Africa tostada no por la posesión de un campichuelo cualquiera, no por una ciudad pequeñita, con gran aparato bélico y masas de choque formidables, sino por provincias extensas y reinos dilatadísimos; de suerte que la más grande porción del orbe era el premio de la fortuna guerrera. Gratulaciones infinitas han merecido tus mayores, que, partidos de pequeños principios, consumaron tan felizmente tamañas empresas, galardón de tantos sudores y de tan sostenidos heroísmos.

»A ti, que empiezas a poner los pies en esa carrera anchurosa, no tanto se te ha de felicitar como se te ha de exhortar a recorrer con paso ágil el espacio que resta y que mientras corrieres a esas gestas hermosísimas, asientes y afirmes tu planta en las mismas pisadas de aquellos de quienes tienes un ejemplo dentro de las propias paredes de tu casa. Tienes obligación extrechísima de conservar lo que recibiste con las mismas artes con que ellos te lo depararon; a saber: con diligencia, con industria, con mansedumbre, con magnanimidad, con magnificencia, con constancia, con fidelidad, a fin de que así como nosotros te incitamos a que emules la virtud de tus progenitores, la posteridad que tendrá sus raíces en ti se anime y se exhorte a tu imitación. Ese futuro glorioso que entrevemos, fundadamente esperámoslo por algunos de los actos tuyos que aun en esa flor de tu edad ya fueron como un experimento y ensayo de ti mismo, así de las dotes que deben relumbrar en un príncipe, como de incorrupta e insobornable justicia, y aun, si es menester, de justicia severa e inflexible. Con esa conducta conseguiste no ya lo que en otros lugares suele hacerse, a saber: que las leyes y derechos se subordinen a los hombres, sino que los hombres obedezcan y sirvan a las leyes y a la equidad, lo cual les dará la libertad máxima.»

Pondera luego Luis Vives la pendiente del temperamento del rey don Juan, salva de todo narcisismo: *Ne tu tibi admodum placeas* (Que no te complazcas contigo mismo en demasía), y que constituye una prenda y garantía ante todos los suyos, por lo cual a su debido tiempo le exigirán, cual si las adeudara, obras honrosas. Su afán de mecenazgo demuéstralo el favor que dispensa a los literatos y a las letras, a la ciencia y al cultivo del ingenio. No es horra ni anda con las manos vacías esa real benevolencia, como acostumbra demostrarse en la mayor parte de los príncipes que piensan haber cumplido a satisfacción, si alaban al autor o le manifiestan los votos que hacen por su éxito. El rey de Portugal añade la benignidad y aun, según son sus posibilidades materiales, la magnificencia. Testifícanlo París y otras

academias donde tantas huestes escolares son mantenidas de sus magníficas manos; favorece a los que le son semejantes y sirve su propio interés, pues sus favorecidos van a serle de harto provecho. «Por las más poderosas razones, se dice en España que jamás hubo padre de familia más sesudo que el rey don Manuel, tu padre, que no quiso que ninguno de su casa careciese de oficio, ni consintió que ninguno de sus hijos se embruteciera en la holgazanería; a todos ellos, cosa que parece bien en los príncipes, los avezó a la milicia y al estudio de las buenas letras. El rey don Juan entiende muy bien que existe una correspondencia y como mutualidad de deberes entre el príncipe y los eruditos. No hay dos clases sociales que convenga que vayan en más estrecha y amigable inteligencia, y que la una apoye a la otra y se presten auxilio mutuo. Al uno y a los otros concediólos Dios a las colectividades humanas para que miren por su bien y lo procuren: los eruditos, con sus advertencias; los príncipes, con sus órdenes y mandatos, y ambos a dos con la ejemplaridad de su conducta. La erudición necesita quietud y se la da la autoridad del rey, y a su vez el poder real ha menester consejo para tratar tal volumen de negocios que se lo dan los eruditos adoctrinados por la competencia que les han dado sus lecturas. Si falta cualquiera de los dos, el equilibrio se rompe y no pueden cumplir con su oficio respectivo.» Y termina Luis Vives diciéndole al generoso Rey de Portugal:

«Tal será la asociación y tal la correspondencia de deberes entre ti y aquellos cuyo estudio mantienes, que tú ayudarás su instrucción y ellos sostendrán y robustecerán tu poder, y ello será el pago riquísimo de tu liberalidad. ¿A quienes oirás que con mayor honradez te asesoren o cúyos consejos utilizarás más meditados y más leales que los de aquellos que gracias a tu protección salieron tales que merecidamente te pudieron ilustrar en negocio de la mayor trascendencia? Esta gran voluntad tuya, soberana y singular para con las buenas letras y sus cultivadores, me indujo a que sin vacilación te dedicase unos libros que acababa de escribir acerca *De las disciplinas*; es decir, de una materia que todos sabemos que te es agradabilísima. Si buenamente aceptares la pobre ofrenda, ello hará que si mi obra no agradare por su desarrollo, agradará al menos por su dedicatoria. Ten salud. Brujas, julio 1531.»

La dedicación de ese monumento pedagógico y la acuciante y enérgica exhortación que la acompaña, muy cedo rindieron buena cuenta. Este magnífico resultado práctico fué la fundación de la Universidad de Coimbra. Portugal, que había sido la más tempranera de las naciones en lanzarse por los caminos del mar a la azarosa aventura de los descubrimientos geográficos y la más madrugadora en la empresa de las conquistas africanas iniciadas con la de Ceuta (julio-agosto de 1415), andaba rezagado lastimosamente en la empresa de restituir las letras de humanidades en que los otros grandes pueblos de Europa estaban empeñados, y no sin fruto ni sin gloria. A don Juan III le cupo el mérito de este halagüeño despertar. Muy diversamente ha sido este monarca lusitano juzgado por los historiadores, víctimas de sus propias alucinaciones, y en la turbia polvareda de ese apasionamiento ha quedado envuelta su esposa, doña Catalina de Austria, hija póstuma de Felipe *el*

Hermoso y de la infeliz doña Juana, que yendo en pos de los restos de su marido, la echó al mundo en Torquemada, y celosa y avaramente la retuvo cabe sí en Tordesillas, en el más mezquino y ruin de los encierros, hasta que, con su nubilidad, trocó la hórrida visión de la hoz y los páramos del Duero por el espectáculo de las riquezas fabulosas de las orillas del ecuóreo Tajo. De *Idade d'ouro e tempo santo* calificó un cronista portugués ese tiempo del reinado de Juan III y de la reina torquemadina, rociado de tanta y tan odiosa calumnia. Bajo su frente votada al lauro apolíneo meditaba Camoens su argonáutica lusitana; al doméstico calor de la reina, y en su propia cámara de partera, nacía el teatro de Gil Vicente; don Duarte de Meneses y don Juan de Castro ennoblecían con personales heroísmos las campañas africanas; acababa de nacer allá, en aguas asiáticas, Goa, la guirnalda de islas vírgenes, cuya atezada frente bañaría en el agua lustral, bautizándolas en fuego y Espíritu Santo, aquel caballero andante de la fe, montado en una mula coja, que emuló los hechos apostólicos, nuestro primer Quijote a lo divino, salido del castillo de Javier; mientras llegaban mensajes de que allá, del fondo de los incógnitos mares australes, emergía inopinadamente la maravilla de una tierra de inconmensurable grandeza, vacía, intacta de caricias humanas, que de las aguas que la alumbraron había de apellidarse Australia. No era, ciertamente, don Juan III de Portugal una gran inteligencia; y aun en sus mocedades—que las tuvo, y hervorosas, por cuyas consecuencias pasó doña Catalina con una elegante y habilísima comprensión que le granjeó más fino aprecio y mayor consideración de su esposo—se le quiso hacer pasar por bobo con exageración maliciosa. Llegó a conocimiento de doña Leonor, hermana de Carlos V, que, por conveniencias y combinaciones políticas, iba destinada a ser su esposa y luego, por contrarias razones de Estado, hubo de serle a la vez madrastra y cuñada; tuvo ocasión de conocerle y conversar con él en Crato, y admirada de su buen tino y de sus palabras cuerdas, dijo al embajador de España, Brites de Mendoza, que le estaba al lado: «¿Y éste es el bobo?» En su gobierno tuvo atisbos felices y memorables aciertos. El adivinó el porvenir inmenso de la Compañía de Jesús, que estaba entonces en sus pañales. El propio San Ignacio le escribió:

«Su Divina Majestad ha querido que V. A. fuese entre los príncipes cristianos el primero y más principal instrumento de su Providencia para comenzar y llevar adelante las cosas desta Compañía, toda de Vuestra Alteza...» (1).

El propio monarca portugués fué quien envió a evangelizar las inmensas colonias portuguesas a San Francisco Javier, el apóstol más grande de los tiempos modernos. Quien lo conoció muy de cerca; a saber: el embajador español Juan Hurtado de Mendoza, trazó de él a su muerte, acaecida en 1557, esa veraz etopeya:

«Fué don Juan de ánimo franco y bien inclinado, de entendimiento claro y apacible, amigo de religión y justicia y favorecedor de letras... Era embarazado, y en las expediciones tardo, y en las resoluciones poco constante, y aunque entendía competentemente, era un saber de

(1) San Ignacio: Carta 1553. *Monumenta historica*, S. J.; *Ignatiana*, serie 1.ª, tomo V.

sobre haz... Fué desdichado en los sucesos de su tiempo; ni de decir que fué flojo, costoso e irresoluto y que las más cosas que le aconsejaban erraba y de las que hacía sin consejo y por su cabeza era lo mismo. Yo, que le conocía especialmente, sentí de él ser Príncipe de buena intención, y digo que tuvo más cosas buenas que malas» (1).

Una de las cosas buenas que tuvo, y quizá el mejor de sus aciertos, fué, según comencé a decir, la fundación de la Universidad de Coimbra, gracias al celo pedagógico clarividente de Luis Vives y conforme a las indicaciones que hace en la obra imperecedera que le dedicó: *De tradendis disciplinis.*

Atento a las normas del pedagogo valenciano, pronto se percató don Juan III que Lisboa, punto de partida y puerto de arribada de las expediciones marítimas que tan febril e inquieto mantenían a Portugal, no era el lugar más propicio para una institución de cultura que sólo arraiga y medra en el reposo y el silencio. Pensó en establecerla en otro sitio más tranquilo, puesto que el estudio ama la esquividad y el apartamiento:

Scriptorum chorus omnis amat nemus
[*et fugit urbes* (2).

Tales condiciones en aquella sazón no las tenía Lisboa, trepidante emporio del comercio mundial y uno de los polos sobre los que giraba el eje diamantino de la tierra. No era vana y ventosa jactancia la que hinche aquella soberbia estrofa del poeta:

Do Tajo ao China o portuguez impera,
de un polo a outro o castelhano voa;
e os dois extremos da terrestre esphera
dependen de Sevilha e de Lisboa.

Lindo cielo templado y sano tenía Guimeraes, cuna de la Monarquía portuguesa, y de momento mereció las preferencias de Juan III; pero no tardó en enmendar el primitivo propósito. Era excéntrico el sitio por alejado en demasía de Lisboa, cabeza y corazón del reino, y ocasionado a un inconveniente gravísimo, que Luis Vives inculcaba que debía esquivarse en absoluto; era una ciudad casi fronteriza, punto posible de fricción y de colisión en caso de guerra con el poderoso vecino: *Non in regionis limitibus qui solent bello infestari.* Y entonces pensó en los *saudosos campos do Mondego*, cantados por Camoens, como situación ideal para asentar en ellos la Universidad: clima templado y sano, frescura amena, vegas fértiles, alegre vista que alivia la tensión del espíritu; en una palabra, para decirlo con Gonzalo de Berceo:

Lugar codiciadero para omne cansado.

Coimbra, por la ventaja de su situación, era accesible en grado sumo para toda suerte de estudiantes. En 1537, seis años después de la nuncupación que Luis Vives hizo al monarca del libro *De tradendis disciplinis*, implantó la Universidad en los *saudosos campos do Mondego*, fundando las siguientes cátedras: dos, de Teología; tres de Cánones; tres, de Leyes; dos, de Medicina, y una, de Gramática. Las proveyó de profesorado competente, y les señaló una paga, si modesta, decorosa. Rodeó la Universidad de once colegios, y con mano generosa los dotó de limosnas suficientes para el sostenimiento de estudiantes pobres.

---

(1) José March, S. J.: *Niñez y juventud de Felipe II*, tomo II, pág. 45.

(2) El coro de los estudiosos ama la compañía de los árboles y evita el tráfago y el tropel urbano.

Repatrió a los estudiantes portugueses emigrados a Universidades extranjeras atraídos, y quizá seducidos, por el brillo del renombre. Pero donde puso cuidado muy especial fué en la selección de los titulares de las cátedras. Luis Vives, que tenía conocimiento directo de la manera como se elegían los profesores universitarios, precave, en la obra que le dedicó, que la elección en ningún caso deben hacerla los alumnos, quienes, sensibles al favor, a la gracia o al dinero, acostumbran inclinarse no a los más doctos, sino a los más cómodos y populares. No debían ser los sufragios de la masa imperita los que proveyesen las cátedras, sino la responsabilidad, el seso y el consejo de los varones más significados en académica erudición.

De esta manera, nuestro Luis Vives, el pedagogo de Europa, tuvo también en Portugal una influencia decisiva en la organización de los estudios superiores y de las buenas letras humanas y divinas.

Por aquel tiempo celebráronse las bodas del infante don Duarte, hijo bastardo de Juan III (uno de los frutos de su *fervor da mocidade*), con doña Isabel, hija del duque de Braganza. El insigne humanista Manuel da Costa, en tan sonada celebridad, compuso un epitalamio al gusto mitológico de la época, e hizo intervenir en el acompañamiento de los venturosos novios un lucido cortejo de divinidades. En este cortejo apoteósico, el único dios que brilló por su ausencia fué Apolo: «Harto tenía que hacer el crinado Apolo—dice el poeta lisonjero—en la fundación y aderezo de una soberbia morada para las musas lusitanas en los deleitosos campos (1) por donde el Mondego tuerce su camino apacible.»

Como era de esperar, por la excelencia de la obra y por la grandeza del mecenas a quien estaba dedicada, Luis Vives recibió un magnífico testimonio de su munificencia y gratitud. Luis Vives correspondió dejando caer de su pluma unas palabras de cuantioso agradecimiento. A los 17 de junio de 1533 escribe Vives desde Brujas a Damián Goes, que, tras una de sus misiones diplomáticas, regresaba a Portugal, entre otras cosas, estas líneas:

«Me dices que vas a escribirme desde tu patria; con ello me darás un gusto infinito. Deséote una feliz jornada. Ruégote que cuando tengas ocasión, saludes a tu rey (y mío también, por el beneficio que me dispensó) con suma reverencia y obsequiosidad, y que en mi nombre le des gracias muy rendidas por el presente munificentísimo con que el año pasado me regaló, que llegóme cuando tan alcanzado andaba de dineros, que no pudo dejar de parecerme caudalosísimo y de serme agradable sobre manera.»

Entenderá perfectamente esta reticencia final quien recordare lo que ya dijimos o, mejor, lo que ya escribió Luis Vives a su gran amigo el canónigo toledano Juan Vergara, el año 1531:

«El rey Enrique por enemigo y la reina Catalina por indócil y refractario, ambos a dos me retiraron la pensión anua; así que yo mismo estoy maravillado de cómo he podido mantenerme en esos casi tres años últimos, y fácilmente me doy

(1) Tomé estas rápidas e interesantes noticias de un estudio del padre Eugenio Fernández Almuzara, S. J.: *Influencia de España en la Restauración de la Universidad de Coimbra. Vives y Juan III*, publicado en la revista *Hispania*, 1910, núm. 1.

a entender cuánto más es lo que Dios proporciona tan callando que lo que se exprime de los hombres con tan sonora publicidad y ruido.»

La largueza del rey de Portugal no sanó *in radice* la crónica impecuniosidad del sabio valenciano; pero le alivió y confirmó al filósofo en la creencia de una mano larga y de un Dador providente que mantiene las aves del cielo y viste de tintas frescas las anémonas del campo.

Este Damián Goes, que actuó de tercero en este asunto entre Luis Vives y el rey don Juan III de Portugal, fué en aquellos tiempos personaje de muchísima calidad. Encargado de misiones diplomáticas, estuvo en Flandes y residió en Brujas al mismo tiempo que Vives; estuvo en Polonia, embajador del rey de Portugal cerca de Segismundo I, que residía en Vilna; estuvo en Dantzig; regresó a Flandes; estableciόse en Amberes, desde donde mantuvo constante correspondencia con los sabios de Europa, a quienes informaba de los claros hechos de sus compatriotas lusitanos. Fué enviado a Dinamarca y a Suecia; en Roma, haciéndole mucho agasajo, le recibió el Papa Paulo III. Y acabó por sentir la *saudade* de su patria y quiso poner término a sus peregrinaciones y andanzas, posando y reposando el pie en una ocupación sedentaria, el primer cargo literario de su patria en aquella época, a saber: *Custodio general de los Archivos del Reino.* Al sentarse en aquella placidez, pudo pensar que ya tenían fin sus andariegas inquietudes y exclamar, con Horacio, cansado de navegaciones y de caminos terrestres y de ásperas milicias, que de todo esto hubo en la vida de Damián Goes, tan meneada y accidentada:

Sit modus lasso maris et viarum
[militiœque.

Y si conociera los bellos sonetos de Joaquín du Bellay, el segundo de la pléyade ronsardiana, podría acariciar la mente y los oídos con aquellos sedosos alejandrinos:

Heureux qui comme Ulysse a fait un
[beau voyage
ou comme celuy-là, qui conquît la Toison
et puis est retourné plein d'usage et
[raison
vivre avec ses parents le reste de son
[âge.

Pero le esperaban otras andanzas o, mejor, forzadas inmovilidades en los calabozos del Santo Oficio por determinadas osadías doctrinales. Esto ya no lo vió su muy amigo y agradecido Luis Vives. Fué Goes el primero que dió al mundo noticias de Etiopía. Escribió en romance portugués su mejor obra: *Crónica de Don Manuel.* Menéndez y Pelayo le incluye en su *Historia de los heterodoxos españoles.* De esta digresión o *divertimiento* del gran amigo de Vives, volvamos al propio Vives y a su tratado ingente en veinte libros *De disciplinis*

Opus œternum victurum!, obra inmortal y no fallecedera, exclama Mayáns. Salió solemnemente en Amberes de las prensas de Miguel Hilenio. Parece que Vives presentía algo de esa inmortalidad, cuando, como con présago instinto paternal, escribía a su discípulo y compatriota Honorato Juan: *Disciplinœ meœ cœptœ sunt Antuerpiœ excudi.* Como si anunciara una tranquila gestación, prólogo de un feliz alumbramiento.

En esa agua caudal han ido a beber estoy por decir que todos los pedagogos que después de Vives en el mundo han sido. Aun cuando no

le mentasen, acúsase en sus obras la uña del león: «No es fácil comprobar—dice Foster Watson—todo el valor de la contribución de Vives al progreso del pensamiento pedagógico. En su misma época fué reconocido por algunos de los más eminentes pensadores como *el segundo Quintiliano*. El honroso título no se le adjudicó sin razón. Ya en 1520, Vives publicó sus *Declamationes Sillanæ sex* a la manera de Quintiliano y de una *declamación* atribuída a Quintiliano y que harto merece serlo: *Pro noverca contra cæcum*. Por indicación de Tomás Moro, que él tomó por mandato, respondió Vives con una declamación análoga: *Pro cæco contra novercam*. El mismo Erasmo reconoció y proclamó que Vives, bebiéndole los alientos, sorprendió y se apoderó de la manera y del tono de Quintiliano. Lange, su principal exponente alemán, caracteriza *la labor de su vida como la de los espíritus zapadores de primera categoría*. No es demasiado decir que Vives señala en la materia de la educación la línea divisoria entre el pensamiento medieval y el moderno, y que han triunfado aquellos principios más notables en que se separó del medievalismo y de su propia época renacentista por la corriente general de los reformadores educativos desde su tiempo acá. Su optimismo en la visión del desenvolvimiento de la cultura y su difusión es semejante a la de Francis Bacon, posterior en medio siglo más, y es una nueva nota en la historia de la educación, que habrá de volver a oírse en Bacon, en Comenio y en Rousseau. Entre estos grandes hombres ocupa su lugar como educacionista, pero es predecesor de ellos y se han beneficiado más de lo que ellos creyeron de su influjo expansivo. Protestó contra el aristotelismo y la autoridad, y aunque no rompió su conexión con el catolicismo, ningún protestante puso más de relieve que él la necesidad del ejercicio del juicio individual como instrumento para el descubrimiento de la verdad y también como el proceso del desenvolvimiento educativo en el individuo y, por tanto, en la raza. La verdad—dice—está abierta a todos. Lo verdaderamente democrático de su espíritu se aprecia en su insistencia en poner de relieve que el fruto de todos nuestros estudios es aplicarlos al bien común. Vives no limita tampoco su horizonte a la época presente. El conocimiento sólido ha de ser ganado y transmitido para el bien de la posteridad, por la que debemos preocuparnos como lo hacemos por nuestros hijos. En la discusión de los métodos para obtener el conocimiento, Vives es un precursor de Bacon en su exposición y defensa del método inductivo. Y es el antecesor de Rousseau en su demanda del estudio de la Naturaleza como el mejor libro didáctico, y recomienda la silenciosa contemplación de la Naturaleza como el correctivo para los combates metafísicos y dialécticos. Los sentidos son nuestros primeros maestros. La observación de la Naturaleza es una escuela para nosotros...»

Larga es esta cita del fervoroso vivista inglés, que ha estudiado al polígrafo valenciano con *intelletto d'amore*; y todavía voy a prolongarla un poco más con grandes y certeras ideas expresadas con elocuencia y calor eficaz:

«Contra el latín corrompido, Vives fué tan enérgico como Erasmo mismo. Pero Erasmo consideró el latín prácticamente como el único lenguaje posible para la literatura y la educación. Siguió siendo, por

tanto, un medievalista, con la diferencia—una diferencia al fin y al cabo—de que deseaba tener un latín puro, no corrompido. Pero Vives fué más profundo en el sentido de la cuestión. Comprobó que el lenguaje es el instrumento de la sociedad humana. De aquí que el lenguaje particular que haya de usarse, el latín o *la lengua materna*, dependerá primeramente de su eficacia como un medio de comunicación y secundariamente por sus recursos para la elocuencia y el lucimiento. Es verdad que Vives desearía conservar un lenguaje universal como el latín, como un segundo idioma que ha de ser conocido entre todos los escolares, por la comunicación internacional y también por lo que podría llamarse el propósito misional. Pensó que los mahometanos pudieran unir su suerte con los cristianos si hubiera algún lenguaje común a ambos. Esto dió en su espíritu una importancia al árabe y a su posesión que ni el latín tenía...» Todo esto es de Foster Watson. Por este lado, Luis Vives se prende y adhiere estrechamente con su gran conterráneo Ramón Llull, que en sus ansias irrefrenables de apostolado creyó deber suyo aprender el árabe, y en árabe escribió su primera obra, el *Libro de contemplación*, y para que se aprendiese el árabe, vehículo de su apostolado, fundó en Miramar, de Mallorca, el Colegio de lenguas orientales.

No lo podemos asegurar; pero es posible que fuera Luis Vives el primer pedagogo de aquella época que inculcó en los alumnos el estudio de la historia moderna. Hasta aquellos días, no había más historia que la que escribieron griegos y romanos. Luis Vives encarece la lectura de la historia de los pequeños Estados y ciudades, como las de Flandes. Menciona aquellos historiadores que escribieron en lengua vulgar, como Froissart, Monstrelet, Felipe de Commines y nuestro Diego de Valera, autor de la *Crónica de España, abreviada por mandato de Isabel, Reyna de Castilla*. De ellos dice que hay muchos dignos de ser conocidos y leídos no con menor interés que la mayoría de los historiadores griegos y latinos; de manera que aboga con tanto convencimiento por la historia moderna como por la lengua materna. Espántase y se escandaliza de que se llame *Aurea Legenda* la compilación de hagiografías reunidas por el religioso dominico Jaime de Varages, comúnmente conocido por Vorágine, henchidas de fantasías, de invenciones y de piadosas mentiras introducidas por fines de edificación, como si Dios, para afirmar su verdad, necesitase de mentiras humanas. «El hombre que escribió esa áurea leyenda—dice Luis Vives con la osadía de la verdad—tenía la boca de hierro y el corazón de plomo.»

La educación en Vives debe tender a desarrollar el armónico conjunto de la personalidad humana y su formación integral. Nada de enseñanza neutra, que deja las almas áridas y desorientadas. Las escuelas serán establecidas por el Estado; pero deberán ser confesionales; es decir, cristianas. «Que los escolares entren en la escuela como en un templo. Que los maestros enseñen en el espíritu del Maestro único, Cristo, que enseñó para provecho nuestro, no para su personal ostentación.»

Las obras educacionales de Vives, sus *Disciplinas*, tan constructivas, fueron, sin ninguna suerte de escrúpulos, muy ampliamente saqueadas por escritores pedagogos ya desde el propio siglo XVI y el siglo que

de él nació: el XVII. Pero el siglo XVIII le rodeó de una frialdad glacial, luego de despojarle tan a hurto. Ni aun hicieron mención de él los primeros historiadores de la pedagogía en el siglo XIX; a casi todos estos historiadores alemanes y protestantes les interesaba muy poco un educador español, y católico a mayor abundamiento, y silenciaron con envidia el gran nombre de aquel con cuyas luces se ilustraban.

A los maestros, Vives les exige competencia y probidad. Si poseen ciencia, dado que de suyo es expansiva, como todo bien, no la envidiarán a nadie y se gozarán de comunicarla a los demás. Si nadie puede poner mancilla en su conducta, servirán de modelo a sus alumnos. A los maestros aplica Luis Vives las palabras que aplicó Jesucristo a sus discípulos: «Vosotros sois luz del mundo; vosotros sois sal de la tierra. Si la sal se tornare insípida, ¿con qué recobrará su sabor? Y si la luz se apagare, ¿cómo nadie podrá contemplarla?» La misión no ya pedagógica, sino evangélica, del maestro es la de propagar la verdad. Quien propaga la verdad sirve a Dios, de quien procede toda verdad, puesto que El mismo es la Verdad absoluta. Las ideas morales que el maestro debe inculcar en la juventud puesta bajo su formación y cuidado se encuentran ante todo en los libros santos; pero los principios de sabiduría de los filósofos antiguos que alcanzaron alguna lumbre del rostro del Señor tienen también su valor y no deben ni mucho menos desdeñarse. Con esta elevada finalidad, sacándolos de ambas fuentes, reunió y puso en debida gradación, dándoles la obligada brevedad que, según Horacio, deben tener los preceptos:

Quidquid præcipies, esto brevis, ut cito dicta
percipiant animi dociles teneantque fideles;
Omne supervacuum pleno de pectore manat (1),

los altos y soberanos pensamientos que constituyen aquel breviario de la entereza y la cordura que es su *Introducción a la sabiduría*; obra o, mejor, hebra de oro que engarza máximas cristianas y dogmas estoicos provechosos para la vida humana.

Aquí los ánimos dóciles aprenderán cuán ciegos y equivocados son los juicios de la masa sobre los verdaderos bienes y el exacto valor de las cosas. Les acostumbrarán a no pedir a los hombres la recompensa de su trabajo y de sus obras buenas, sino a esperarla de Dios, que escudriña las entrañas y los corazones, y a cada cual le da el galardón proporcionado a sus méritos. Los maestros deberán dar a sus alumnos ejemplo de sacrificio y de vocación docente. No descubrirán puerilmente su amor propio en la ostentación y ruidoso alarde que hagan en torno de su escuela. A un gran número de discípulos mediocres preferirán un corto número de alumnos aplicados, tales como los forjaba *Filopono*, ejemplar y amorosamente entregados a su tarea en la primera escuela valenciana a que asistió *Luisillo*, traído de la recia y honrada mano de su padre. Quiere Luis Vives que las enseñanzas que a sus alumnos procuren sus maestros sean digeribles, puestas al alcance de sus inteligencias; *leche razonable sin*

(1) *Epistola ad Pisones*, vers. 335-37: Tú sé conciso en tus preceptos porque el ánimo los arrebate con docilidad y los retenga fielmente. Del pecho rebosante mana todo lo que sobra.

engaño, leche espiritual como la que recomienda San Pedro en su primera epístola y *como la que apetecen los niños tiernos*; enseñanzas que no estén por encima de sus años, ni más allá de sus fuerzas. La enseñanza no es un arco que pueda manejar cualquier advenedizo, sino que exige en los brazos reciedumbre como aquella que Homero atribuye a Ulises.

No destierra Vives los juegos de la escuela, mientras sean serios, decentes y alegres. Tienen por objeto facilitar el desarrollo del cuerpo y no convertirle en brutal, impetuoso y salvaje. «Los deportes físicos deben ser—dice—para procurar a quien los practica aquel precioso equilibrio que Cicerón pedía al Cielo y que Juvenal plasmó en una sentencia inmortal: *Mens sana in corpore sano* (Una mente sana en un organismo sano).»

Cuando el muchacho o el mozo se ha apropiado los conocimientos fundamentales del saber humano, todavía, si ha de complacer a Vives, debe seguir estudiando y practicar aquel consejo que Séneca da a Lucilio: «Aprender mientras quede una cosa ignorada; es decir, aprender toda la vida.» En resumen, dice un pedagogo moderno: «Si Luis Vives cronológicamente está a la cabeza de los pedagogos, quizá también lo esté por lo que atañe a las ideas.»

* * *

A este grupo de obras didácticas y de reforma de los estudios, dado que no tiene lugar más fijo, debiera adscribirse el tratadito *Redacción epistolar* (*De conscribendis epistolis,* 1523), libro eclipsado por el de Erasmo del mismo título. No era con opúsculos cual este como Erasmo podía temer que Vives le arrebatase la corona de la frente, ni de sus manos finas el bastón de mariscal de las Letras. Es seco y esquinado el tratadito de Vives y reducido a fórmulas y esquemas. De este librito se ocupa Baltasar Gracián (1) en su *Criticón* y le dedica este donoso y equívoco ditirambo:

«...El gran canceller de las Letras, digno presidente de la docta Academia, oídas las partes y bien ponderadas sus eficacísimas razones, dió muestras de pronunciar sentencia. Colmó en un punto el confuso murmullo y fué tanta la atención quanta la expectación; allí se vió todo pedante sacar cuello de cigüeña, plantar de grulla, atisbar de mochuelo y parar oreja de liebre. En medio de tan antonina suspensión que ni una mosca se oía, desabrochando el pecho, el severo presidente sacó del seno un libro enano, no tomo, sino átomo, de pocas más que doze hojas, y levantándole en alto a toda ostentación dixo:

»—Esta sí que es la corona del saber, ésta la ciencia de ciencias, ésta la brújula de los entendidos.

»Estavan todos suspensos, admirándose y mirándose unos a otros, deseosos de saber qué arte fuesse aquella que, según parecía, no se parecía, y dudavan del desempeño. Bolvió él segunda vez a exagerar:

»—Este sí que es el plácito saber, ésta la arte de todo discreto, la que da pies y manos y aun haze espaldas a un hombre; ésta la que del polvo de la tierra lebanta un pigmeo al trono del mundo. Cedan las *Auténticas* del César, retírense los *Aforismos* del médico, llamados así por

(1) *El Criticón,* parte II, crisi XII. Edición crítica y comentada por M. Romera Navarro, catedrático de la Universidad de Pensilvania (Filadelfia), 1939.

lo desaforado, ya porque echan fuera del mundo a todo viviente. ¡O qué lición esta del valer y del medrar! Ni la Política ni la Filosofía, ni todas juntas alcanzan lo que ésta con sola una letra.

»Crecía a varas el deseo con tanta exageración, y más por extrañarse en la boca de un atento.

»Finalmente — dixo — este librito de oro fué parto noble de aquel célebre gramático, prodigioso desvelo de Luis Vives y se intitula *De conscribendis epistolis*: Arte de escrivir... cartas.»

* * *

Pero entremos ya con pie alegre y ágil en los *Diálogos* de Luis Vives, que son algo más que *Ejercicios de lengua latina.* El exegeta más fervoroso y autorizado de las obras del polígrafo valenciano, Gregorio Mayáns, descubre la finalidad que Vives se propuso. «Consideró Vives—dice—que los *Coloquios* de su amigo Erasmo de Rotterdam eran mordacísimos, demasiadamente burlones, algunas veces poco latinos y por dichas razones no convenientes a los niños, a quienes solamente debe darse doctrina provechosa con estilo puro, sencillo y claro, y tal es la de estos *Diálogos*, acomodada a la inteligencia de la tierna edad y escrita con tanta propiedad, que en su género no hay cosa mejor ni aun igual.» Esto dice el eruditísimo editor de *Opera omnia* de Juan Luis Vives, en su censura de la versión de los *Diálogos* por Cristóbal Coret. El título mismo de *Coloquios* con que Erasmo denominó su tan discutida producción atrajo sobre ellos, por su inevitable homonimia, la condenación que lanza San Pablo: *Nolite seduci: corrumpunt mores bonos colloquia mala* (No os engañéis; los malos coloquios estragan las buenas costumbres). El mismo Vives no vaciló en involucrar en esa condenación algunos de los coloquios erasmianos y se lo dijo a él con entereza cristiana. Para neutralizar el estrago posible de los diálogos de su amigo, escribió Vives estos otros suyos. Si fortuna tuvieron los *Coloquios* del dicacísimo pedagogo de Rotterdam, más fecunda y más larga la han tenido los *Ejercicios de la lengua latina* del pedagogo valenciano. Es la obra que con pulso más lento y con más prolijo y mimoso cariño Luis Vives escribió. Es su obra más movida y vivaz y la que se lee con más amor y más sabor. Es la catequesis, es el apostolado del niño a quien la antigüedad, por boca de Virgilio, y en persona de Eurialo llamó venerando: *Venerande puer.*

Hubo un poeta en la antigüedad pagana que tuvo acentos como de profeta. Este poeta es Juvenal. Su musa es una musa vociferante y desgreñada. En su cabeza silban las sierpes verdinegras que tenía por cabellos la Gorgona y en sus fauces ronca el rugido. Y no obstante, este Ezequiel pagano, este hombre de cuya boca ruedan las palabras como truenos, tiene momentos de súbita y entrañable terneza. Uno piensa en un león generoso y pugnaz que escondiera las tajantes uñas en el áspero terciopelo de su garra. Nadie como Juvenal tan vehemente en sus odios lo fué tampoco en la ternura. El que acosó con un flagelo feroz a las mujeres, sintió y expresó mejor que nadie en la antigüedad pagana, incluyendo al mismo Virgilio, el respeto a la niñez.

En este poeta implacable, el respeto es cristiano y la ternura es evangélica. Y es que en el reinado de aquel «pio, felice, triunfador Tra-

jano», bajo el cual el fiero poeta echaba centellas y rugidos, nacía una nueva sociedad. Ya estaba a punto de llegar a madurez y sazón aquel parto bienaventurado y copioso que latía en el seno de las catacumbas. Púdicamente el verecundo Manzoni cantó este alumbramiento en el himno de Pentecostés:

Spose che desta il subito.
balzar del pondo ascoso;
voi già vicine a sciogliere
il grembo doloroso;
alla bugiarda pronuba
non sollevate il canto:
cresce serbato al Santo
quel che nel sen vi sta.

Las esposas que abrían los días de una más dichosa edad y sentían en sus vientres el súbito exultar del escondido peso o estaban ya próximas a desatar el regazo doloroso, no era, no, a la mentirosa y prónuba diosa Lucina a quien elevaban su canto gemebundo, sino que la mies que en su seno maduraban crecía reservada para Aquel que dijo: «Dejad que los niños vengan a Mí.»

No es difícil encontrar paralelismo entre aquel pasaje evangélico de la ternura divina hacia los niños (San Mateo, XVIII, 1-10) y aquel otro pasaje de la sátira de Juvenal (XIV, 38-49), que me complazco en verter de los hexámetros originales, de una vehemencia arrolladora y torrencial, a mi trabada prosa castellana:

«Aleja del umbral en donde crece tu hijo todo aquello que pueda mancillar sus oídos o sus ojos. Lejos, lejos de aquí la mujerzuela que pone precio a su virtud; lejos de aquí el canto trémulo del parásito nocherniego. *Al niño se le debe la máxima reverencia.* Si alguna torpeza maquinares, no te atrevas a hollar el verdor inmarchito de sus años. Si te avilantares a pecar, deténgate la inocencia de tu hijo infante.»

Este texto pagano diríase que es un escolio de aquellas conminaciones evangélicas: «Quien escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en Mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una muela de aquellas que un asno hace rodar, y así fuese echado en lo profundo del mar.» Y aquella reverencia máxima que se debe a la puericia, según el poeta azote de toda suerte de vicios, se aviene muy bien con aquello otro que Jesús dijo a sus discípulos: «Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles, en los cielos, están viendo siempre la cara de mi Padre celestial.»

Nadie en la antigüedad se hizo una tan elevada idea de la familia como Juvenal ni con mayor ternura se ocupó del respeto debido a la infancia, de los buenos ejemplos que hay que ponerle delante y de los espectáculos que a su vista se deben hurtar. «De los ávidos y voraces ojos infantiles que tienen el mismo instinto prensil que tienen sus manos tiernas hay que hurtar la pasión dañosa del juego que el abuelo llevó hasta la vejez y la glotonería insondable de un padre que sabe por sí mismo escarbar las trufas y sazonar las setas y hundir en una mar de salsa los flotantes papafigos. De los oídos infantiles hay que apartar el cruel y sonante vapuleo de los esclavos, si se quiere que con el andar del tiempo esta música no suene a sus oídos más regaladamente que el canto de la Sirena; si se quiere que en su ánimo quede impresa la mansedumbre, la indulgente bondad que sabe perdonar las faltas serviles. Por ventura, el alma y el cuerpo de los esclavos, ¿no son hechos de la misma materia e igua-

les elementos que los nuestros? ¿Cómo tener la ingenuidad de esperar que sea casta la hija de Larga, ella que no puede enumerar la lista de los maridos de su madre sin cobrar aliento trece veces? Así lo requiere la Naturaleza. La ponzoña moral más rápida y activa son los malos ejemplos domésticos, porque se insinúan en los tiernos espíritus con autoridad incontrastable. De esta influencia familiar podrán sustraerse, tal vez uno, tal vez dos de aquellos jóvenes a quienes el Titán Prometeo fabricó con más benigno arte y con arcilla mejor.»

Es verdaderamente de oro aquella sentencia de Juvenal: *Maxima debetur puero reverentia* (Al niño se le debe la reverencia máxima). No lo tuvo, sin duda, en cuenta Erasmo al escribir los *Colloquia*. Los dedicó a la puericia «para hacerla más latina y mejor». Así lo escribe él mismo en la cariñosísima carta nuncupatoria a Juan Erasmo Frobenio, hijo del impresor suizo de este nombre: Froben, niño de las mejores esperanzas. Esta carta encabeza las ediciones salidas de las afamadas prensas de su padre:

«Superó el librillo que te dediqué todas las expectaciones, mi pequeño Erasmo de miel. El libro es amado, es arrebatado, es trillado por las manos de la estudiosa mocedad de tal manera, que tu padre tuvo que imprimirle de nuevo y yo tuve que acrecentarle con nuevos enriquecimientos. Dirías que el librito es también erasmión (voz griega, que significa amable) y que es la delicia de las Musas... Siendo tantos los muchachos que te dan las gracias por haberles dado tú la ocasión de leer los *Coloquios*, sería lamentable y absurdo que por su propia culpa y con tu misma conducta no me dieras a mí las gracias del librillo... Entraste en aquella edad que es la más apta para empaparte bien en las semillas de las letras y la piedad. Que Jesús, Señor nuestro, conserve esta tu edad pura de toda suerte de mancillas y de día en día la promueva a frutos mejores.»

Pedagogía demoledora la de los *Coloquios* erasmianos, cuyas malignas influencias adivinó con su delicado y certero instinto de pedagogo en Cristo nuestro Luis Vives, el más cristiano de todos los hombres del Renacimiento. Fué, como ya dije, para contrarrestar el maligno influjo de los *Coloquios* erasmianos y suplantarlos en las manos tiernas y en los ojos ingenuos por lo que él escribió sus *Diálogos pueriles*.

En ninguna de las obras del polígrafo holandés como en los *Coloquios* el genio de Erasmo se halla en su propio elemento y en su propia temperatura. Su genio, como lo reconoce él mismo, no tenía nada de dramático ni de polémico. Erasmo había nacido para los «juegos» amables, para la ironía sonriente y medio escéptica, para el mariposeo de un pensamiento ágil y tornadizo. Quejábase en la época en que escribió las sucesivas ediciones de los *Coloquios* (1518-1523) de que hasta aquella fecha muy pocas veces había luchado en su propia arena y servido a su talante propio. En los *Coloquios* el genio suelto y errabundo de Erasmo se encuentra a todo placer. La misma forma dialogada le da una libertad y soltura extraordinarias. Por su andadura libre, por la viveza de su paso, los *Coloquios* tienen una muy próxima semejanza con los diálogos de Luciano, y están exentos de toda traba y limpios de todo pedantismo. El tono es sencillo y regocijado. No es una cátedra lo que él levanta, ni un aula lo que abre. Es una simple conversación

en el campo, en la casa, en la mesa, en el coche. En ellos se trata a la ligera, muy burla burlando, de la religión, de la paz, de la guerra. de la amistad, de la vejez, de la educación, de la vocación, de urbanidad menuda, de la superstición de la nobleza, de las peregrinaciones, de la Inquisición, de la fe, de los monjes y de las monjas, del juego de dados, de la caza, de los votos eclesiásticos, de gramática, de humanidades, de fábulas, de duendes, de indulgencias, de higiene; en una palabra, *de omni re scibili*. Sólo una cosa parece salir indemne de este insigne multiloquio, y es la jerarquía eclesiástica. No por falta de ganas, sino por una elemental prudencia que a Erasmo no le abandonó casi nunca. Con los obispos y el Papa no se atreve. Aparecen en los diálogos de tarde en tarde, a distancia y con el debido respeto. Es un tema delicado, un tabú, diríamos ahora, contra el cual nada osa. Y no recata el motivo de una carta: *Nec animus tam impius ut summum Pontificem velim ludere, nec tam stultus ut in eos velim scribere, qui possunt proscribere* (Ni tengo el alma tan impía que quiera hacer escarnio del Sumo Pontífice, ni soy tan necio que vaya yo a escribir contra los que pueden proscribir).

Es infinitamente variado y rico el pequeño mundo de las personas que intervienen en la picante comedia erasmiana: monjes y frailes, doncellas y casadas, gentes de hostal, gentes de mercados, gentes universitarias, hombres del pueblo, humanistas, que todos se interesan por igual en los problemas religiosos y morales de su tiempo. Trabados estos personajes en conversación urbana, siempre amena, intrascendente en apariencia, Erasmo les confía sus propias ideas y se complace en el amable juego de ponerlas en choque y contradicción. En este tranquilo combate de palabras, mansas al parecer, late a veces un conflicto violentísimo, y conceptos que apenas se insinúan tienen un gran alcance. Los *Coloquios* son luchas sin árbitro; son combates en los que no hay en apariencia ni vencidos ni vencedores. Como en la lucha del Vizcaíno y de Don Quijote, quedan en alto las cortadoras espadas. Erasmo dice todo lo que tiene que decir, y declina en los personajes interlocutores la responsabilidad de sus propias ideas. Este recurso le da una absoluta comodidad y una libertad total para expresar sus pensamientos cargándolos en la cuenta de los otros. En el coloquio que va bajo el título de *Puerpera* («La parida») introduce Erasmo un colocutor luterano, Eutrapelo de nombre. A éste le confía Erasmo irresponsablemente que haga la siguiente comprometida descripción de los disturbios religiosos de la época:

«En el destierro está Cristián, rey de Dinamarca, piadoso favorecedor del Evangelio. Francisco, rey de Francia, es huésped de España, no sé hasta qué punto por su gusto. ¡Varón verdaderamente digno de mejor fortuna! Carlos maquina dilatar los términos de la Monarquía. Fernando cuida en extremo de sus negocios en Alemania. El hambre de riqueza ha penetrado en todos los palacios. Los labradores promueven peligros, alborotos, y la muchedumbre de las calamidades no les disuade de su empeño. El pueblo medita la anarquía. La Iglesia de Dios se desgaja en violentas facciones. Por una y otra parte es dilacerada aquella túnica inconsútil de Jesús. La viña de Dios es asolada, y no por un jabalí solo; peligra la autoridad del clero con sus diezmos,

la dignidad de los teólogos, la majestad de los monjes; la confesión titubea, los votos vacilan, se desmoronan las leyes pontificias, la Eucaristía es discutida, es esperado el Anticristo, y en el mundo todo está en trance de parto de no sé qué monstruo. Y, mientras tanto, vencen los turcos y nos amagan con una invasión que no dejará nada por arrasar, si les sale bien la empresa que traen...» Nadie esperaría encontrar la descripción de una tan pavorosa apocalipsis en una visita de congratulación a una recién parida; pero se adivina que Erasmo lo quería decir y lo puso impunemente en boca del oficioso Eutrapelo. A otro de sus personajes, Gerardo, en la viveza de un diálogo, se le escapó una sentencia blasfema sobre la intercesión de los santos. En ella la Facultad de Teología de la Sorbona vió una herejía merecedora de condenación. Inhábilmente, contra su costumbre, Erasmo contestó que aquello lo había dicho Gerardo, no él, y que, por tanto, no se le debían pedir cuentas: *Hoc ibi dicit Gerardus, non ego... quid ad me?* Erasmo finge creer que componiendo pequeñas comedias, en las que cada actor sostiene el lenguaje que conviene a su carácter o que cuenta sencillamente una anécdota sin alcance doctrinal, las leyes del diálogo le eximen de culpa. La única objeción que puede hacerse a la réplica sofística de Erasmo es que un autor de diálogos o un escritor cualquiera, que bajo la responsabilidad de un personaje ficticio quiere exponer sus propias ideas, debe escoger materias que por las leyes de la verosimilitud no le obliguen a decir cosas desedificantes, ya que no escandalosas. Y aun aquella otra, es a saber: que el escritor que pone en boca de herejes lo más fuerte que se puede decir en favor de la herejía, defiende la herejía.

No hemos de entretenernos en espigar en la copiosa mies de los *Coloquios* erasmianos las irreverencias, las procacidades, de los pasajes de muy dudoso gusto que los infestan, no fácilmente perdonables en el atildado alumno de las Musas atenienses; como aquello de que «Sorbona» viene de *a bene sorbendo*, o como aquella otra procacidad que en el coloquio «Ictiofagía» pone en boca de un carnicero y un vendedor de pesca salada, mientras discurren y discuten la doctrina eclesiástica de la abstinencia y el ayuno:

«¡Son tantos los monjes que no se parecen a San Francisco y a San Benito más que por la cuerda o por la lana!» Es muy gorda esta sal y no ática, ciertamente, y con ella están sazonados algunos de los *Coloquios* erasmianos.

Parece que Erasmo se regodeaba con la insana complacencia de buscar títulos escabrosos para sus *Coloquios* que pudieran espantar a las almas timoratas: «Abbatis et Eruditæ», «Adolescentis et Scorti», «Proci et Puellæ», «Virgo pænitens»..., y le agradaba preconizar las más desconcertantes paradojas. Uno de sus más lindos y cristianos diálogos es el que va bajo el título de «Epicureus», y en él se lee esta paradójica afirmación: «No hay mayores epicúreos que los cristianos que viven piadosamente» (1).

¿Quién le había de decir a Luis

---

(1) Con tardío reconocimiento, el traductor del *Enquiridión*, el arcediano del Alcor, dice de Erasmo, que fuera su ídolo treinta años atrás: «Se ovo (hubo) en sus obras y escripturas algo más libre y ásperamente que los tiempos entonces pedían...» El día 13 de septiembre de 1537, el Santo Oficio comu-

Vives, el año 1539, estando ya, como quien dice, en la antesala de la muerte, cuando dedicaba al príncipe don Felipe sus *Ejercicios de la lengua latina*, que el niño enteco y débil, cubierto de luto reciente por la temprana muerte de su madre, puesto so la férula blanda de Juan Martínez Silíceo, con el discurso de los años, había de unir su suerte —su suerte y la de dos grandes pueblos, unión que duró lo que duró su efímera suerte conyugal—con aquella niña María, hija de la tía de su padre, doña Catalina de España, para quien dictó una pedagogía pueril? Así el Cielo lo quiso o así lo quiso la razón de Estado, si no lo quiso el amor (lo diré con Horacio):

cui placet impares
formas atque animos sub juga ahenea
sævo mittere cum joco (1);

el amor, dije, a quien divierte el juego cruel de atraillar con yugo de bronce corazones y almas dispares. Harto temprano la muerte fué a romper el yugo de bronce y la coyunda indócil de los dos grandes pueblos, unidos por esos dos alumnos de gramática latina y de civilidad pueril de nuestro Luis Vives, que no lo vió con sus ojos mortales, ya próximos a naufragar en la mar que es el morir.

La carta dedicatoria de Luis Vives al futuro Felipe II, cuando no tenía más que once años, dice así:

«Muchísimas y muy grandes son las ventajas de la lengua latina para el bien hablar y el recto sentir. Es ella como un arca de toda suerte de erudición, dado que grandes y excelentes ingenios en lengua latina escribieron de todas y cualesquiera disciplinas, a las cuales nadie puede llegar sino por el conocimiento de aquella lengua. Por esta causa no me será pesadumbre ni enojo, en medio de las ocupaciones de estudios de más alto vuelo, también en este punto coadyuvar a los rudimentarios estudios de la niñez. Compuse para familiarizarlos con la lengua latina unos sencillos ejercicios que a los niños, según espero, pueden ser provechosos, y parecióme bien dedicártelos a ti, que si bien eres príncipe, eres niño también, tanto por la extremada benevolencia que conmigo ha tenido tu padre, como porque enderezando tu espíritu a una conducta recta mereceré bien de España; quiero decir, mereceré bien de mi patria, cuya salud se apuntala y estriba en tu bondad y en tu sabiduría. Si bien todo eso que te he dicho lo oirás más a menudo y con mayor elocuencia de Juan Martínez Silíceo, tu preceptor.»

Salido el breve libro de las prensas de Roberto Winter, de Basilea, por el mes de marzo de 1539, brotaron inmediatamente sus apologistas. Uno de ellos y de los más madrugadores fué el alcalaíno Pedro Mota (1), cuya entusiasta recomen-

nica desde Valladolid: «...avemos visto una Determinación o decretación de la Facultad de Theología de la Universidad de París en que dizen que la lección de los dichos *Colloquios* se ha de vedar a todos y mayormente a los mancebos, porque con la lectión dellos so color de adquirir elocuencia, la jubentud se corromperia.» (*La Biblioteca Erasmista*, de DIEGO MÉNDEZ, pág. 109. Editora Montalvo. Ciudad Trujillo. 1945.)

(1) HORACIO: *Carm.*, I, XXXIII.

(1) Este Pedro Mota, discípulo de Antonio de Nebrija, el año 1548 editó en Lyón, de Francia, los *Diálogos*. En 1578 se reimprimieron en Valencia con una modestísima efigie de Luis Vives, que el contemporáneo Pedro de Huete

dación puso Mayáns al frente de la edición de su *Exercitatio*. Dice a los cándidos lectores futuros del librito inmortal que de todas las obras que compuso Luis Vives, honra y prez de España, puede, con todo convencimiento y certidumbre absoluta, afirmar aquello mismo que, según en Cicerón leemos, el sesudo Catón quiere persuadir a Escipión y a Lelio, a saber: que para muchas cosas son útiles los libros de Jenofonte, y les encarga y encarece su lectura con advertencia cuidadosa.

Con todo, algunos libros de Vives acaso no estén indicados sino para lectores de mucha erudición y doctrina; pero que ese libro de coloquios es tal, que no ya solamente a los estudiantes bisoños de latín, sino también a los que en su prolongado ejercicio alcanzaron veteranía, puede acarrear muy ricos aprovechamientos, haciéndoles más doctos y más rápidos para enunciar en latín cualquiera idea que les pluguiere. ¿Quién será tan osado que irá a negar que de la lectura de Terencio, como quien coge flores, se pueden espigar copiosas elegancias? ¿Y quién hay que no vea también que así como en el verde prado y entre la hierba fresca puede esconderse la serpiente—*latet anguis in herba*—puede esconderse una piedrecilla de escándalo, algún incentivo del vicio, como aquel que menta San Agustín en sus *Confesiones*? Es cierto que Vives en esta obra ha hecho un feliz remedo de la purísima frase terenciana «una imagen pintada con el colorido de aquellas mismas voces que eran las más acendradas que vió la floreciente Roma, por manera que parece haber vivido Vives en ella, por aquellos siglos dorados y haber aprendido en la escuela de Terencio». Con el aseo de Terencio, dice Cicerón que elegantizó su celebrada elocuencia, vistiéndola con el impoluto candor de aquella latinidad que esta seductora Sirena de Africa hizo resonar en los teatros de Roma.

Pero la desgracia fué que en esta limpieza y simplicidad fué el propio Terencio quien puso mancilla y en su venustez puso fango. Los *Diálogos* de Vives son una virginal antología de modismos terencianos. Y ninguna cosa hay en ellos, para usurpar una frase feliz de Marcial, que no la pueda leer sin sonrojo el más pudibundo germano delante de la propia estatua de la virgen Minerva ateniense. Nada hay que no lo pueda leer el niño más inocente, a quien, como sabemos, esle debido el mayor de los respetos. Nada hay que no sepa a Cristo, nada que no edifique las costumbres y la más correcta y delicada educación.

Logrado y admirable es el artificio con que Luis Vives sazona la doctrina más útil con el sabroso aliño del deleite, proponiendo a los niños materias que no solamente son de su agrado, sino que están a sus alcances. Ese *vivista* complutense tan entusiasta como es Pedro Mota, exhortó y predicó su lectura y su trato no sólo entre sus amigos y conocidos, sino entre personas de toda calidad. A quienes enseñaban gramática les acribillaba a ruegos y a cartas, pidiéndoles que explicasen el libro a sus discípulos, y que no solamente le leyesen, sino que lo aprendiesen y decorasen. Comenzaron a hacerlo así algunos profesores de gramática, pero a mitad del camino desfallecían; volvían atrás

---

sacó de otra más antigua. Esta versión iconográfica de Vives se ha ido vulgarizando y repitiendo en las sucesivas ediciones valencianas hasta el siglo XVIII.

y tornaban a su *Ascensio*, ese gramático ruin que tanto bien mereció de los dómines rutinarios. Atribuía Pedro Mota ese cansancio y desgana a la exigua remuneración de los maestros, a la escasa compensación con que los alumnos correspondían a los desvelos y afanes de los preceptores y a la enormidad del esfuerzo que había de ponerse en dar vueltas a esa muela pesadísima. Los doctos rehusaban con espanto cargar sus hombros con ese peñón de Sísifo, y, en cambio, los insuficientes, con su casi nulo ajuar de erudición, eran los que asumían esta enfadosa tarea. Para la elección de un maestro no cuenta para nada la erudición que pueda tener, sino la resistencia física, cuán de hierro sea para aguantar ese trabajo, por el error que se padece de creer que para enseñar los rudimentos cualquiera maestrillo sirve. Sigue diciendo Pedro Mota que sus amigos, descorazonados, le decían ser trabajo perdido el que pusiera en anotar al margen aquellas dicciones que no fueran de fácil comprensión o elucidación, cosa que acostumbraban hacer con ciertos autores por comentaristas de la más rica y variada erudición. «Para que yo—dice—asumiera este trabajo con más gusto me refirieron que ellos se inventaron aclaraciones de algunos vocablos que no conocían, porque no pareciera que ignoraban su sentido. No sé si esto me provocó más a risa o a indignación.» «Creía, pues—sigue diciendo el humanista de Compluto—, que mi obligación era complacer los ruegos de mis amigos y servir la común utilidad, y aun cuando andaba metido en grandes negocios, de los que no era fácil desenvolverme, me decidí a registrar con el mayor laconismo posible lo que me pareció más digno de exposición o aquello acerca de lo cual a mí me constaba que muchos tenían sus dudas.» Protesta a seguida que no por un estúpido alarde de erudición de que quizá podría blasonar en otros escritos, sino que, en interés de la ínfima plebe de gramáticos, descendió a esas bagatelas y niñeces principalmente en gracia de aquellos que ignoran el griego o no tienen suficiente erudición. «Si los beneficiados con ese trabajo suyo hallaren deficiencias y echaren de menos muchos puntos que quisieran ver elucidados por nosotros, sepan, a su vez, que yo hice muchas más anotaciones, de las cuales no podía menos de arrepentirme. De ellas no hiciera yo mención si no tuviere por cosa averiguada que por los otros iban a ser interpretadas ridícula y malévolamente. Quédate adiós, lector amable, y dale un beso a ese encanto de libro.»

Juan Luis Vives, el alumno de *Filopono;* Juan Luis Vives, uno de los triunviros de la Europa de su siglo; Juan Luis Vives, que podía parearse con los más grandes, se quiso hacer pequeño para alternar con los pequeños. Y los niños fueron a él, y como quien ama es amado, Juan Luis Vives, que no pudo ver en su hogar a niños hijos de su carne, fué amado de los niños de los otros. Mucha sabiduría se ofrece a los niños en este libro de *Diálogos*. J. T. Freigius, que antes que su editor fué su lector, con aquellos ojos infantiles tan impresionables y fáciles a la maravilla, rodando los años, lo editó para otros ojos infantiles con ilusión infinita. Dice: «Cuando yo era niño, amé a Luis Vives tan entrañablemente, que ni aun ahora siento que mi amor se haya desvanecido en mi espíritu.» Tan cierto es aquel aforismo horaciano:

Quo primum imbuta fuerit recens
[testa diu servabit odorem.

La vasija recién fabricada conservará por largo tiempo la fragancia del licor que en ella primeramente se vertió.

«Ningún libro educativo de Vives —dice Foster Watson—, y podemos asegurar que de ningún otro autor del Renacimiento, fué escrito con una aspiración más directamente práctica que este último libro, para auxiliar a las escuelas. Es un libro de coloquios, que ayuda a los discípulos a aprender a *hablar* latín. Con ellos tiende Vives a capacitar a los niños a adquirir el vocabulario, las frases corrientes de la lengua latina, como para que puedan conversar correctamente sobre todas las incidencias de la escuela y de la vida del hogar.» Horacio, que predicaba la parquedad y la cautela en sembrar el idioma autóctono de vocablos nuevos, autoriza la introducción de neologismos, no oídos por los enfaldados (*cinctutis*) Cétegos, que debían de ser los equivalentes de los puristas y castizos de hoy, cuando fuere preciso revelar desconocidas y misteriosas novedades. ¡Y cuántas novedades no sobrevinieron en el mundo moderno desde Horacio hasta Luis Vives! Con sobrada razón y por necesidad imperiosa, en época anterior a los diccionarios latinos, que en aquellos días no eran más que balbuceos, Luis Vives aprovechó la autorización del sesudo preceptor de los Pisones, cuando se vió en el trance en que se viera ya el propio Lucrecio:

Propter egestatem linguæ et rerum no-
[vitatem,

a causa de la pobreza de la lengua y de la novedad de las cosas, de introducir palabras nuevas:

Conquisita diu dulcique reperta labore;

con prolijo afán buscadas y halladas con esfuerzo sabroso.

Luis Vives fué a buscar esos vocablos en que iba a grabar la imagen y la cesárea majestad de Roma en las riquísimas minas de Grecia. Cuando la voz latina fallaba, Luis Vives se beneficiaba del griego. Con esa cornucopia, con esa poliantea a su disposición, pudo entablar diálogos sobre el hogar (*Surrectio matutina*), sobre la escuela de párvulos (*Deductio ad ludum, Euntes ad ludum* y *Lectio*), sobre la vuelta a casa y los juegos de los niños (*Reditus domum)*, sobre la comida estudiantil (*Refectio scholastica*), sobre la charlatanería (*Garrientes*), sobre un paseo a caballo (*Iter et equus*), sobre la escritura (*Scriptio*), sobre el vestir y el paseo a pie cuando la aurora asoma por los balcones del Oriente (*Vestitus et deambulatio matutina*), sobre la casa (*Domus*), sobre el colegio o escuela de grado superior (*Schola*), sobre el aposento y el estudio nocturno (*Cubiculum et Lucubratio*), sobre la cocina (*Culina*), sobre el comedor de ceremonia (*Triclinium*), sobre los banquetes (*Convivium*), sobre los excesos del beber *(Ebrietas)*, sobre el palacio (*Regia*), sobre la niñez de un príncipe—ese príncipe niño es Felipe II—(*Princeps puer*), sobre el juego de naipes *(Ludus chartarum)*, sobre las reglas del juego y la topografía de la ciudad de Valencia (*Leges ludi*), sobre los órganos del cuerpo humano por defuera (*Corpus hominis exterius*)—uno de sus interlocutores es nada menos que el pintor Alberto Durero—, sobre la educación (*Educatio*) y, finalmente, sobre la preceptiva de la educación, uno de cuyos colocutores es todo un Guillermo Budeo. Estos coloquios

tan variados y espaciados con tan sabia graduación, introducen al niño en el *microcosmos* de la escolaridad y luego en las más anchas regiones de la intelectualidad. A trechos, Vives, en estos diálogos, es un humorista exquisito. Entre niños, el gran sabio se abrevia a la medida de los niños, que es, como dice San Agustín (1), que tan lúcida y profundamente bucea en su infancia, la medida justa para alcanzar la verdad divina, baja a su ingreso, pero en el avance sublime y velada de misterios, pues son tales las escrituras que crecen con los pequeñuelos, y a cuyo entendimiento no llegaba San Agustín, porque huero y finchado de soberbia, se tenía por grande. «Luis Vives, en este librito precioso, alcanza el dificilísimo y justo medio entre la repelente pedantería y la vacua y gárrula inanidad—dice Foster Watson—, extremos que combinaron con demasiada frecuencia en los antiguos textos escolares.»

Juan Estelrich, sin duda el más aguerrido de los *vivistas* actuales, incansable y venturoso explorador de las huellas del polígrafo valenciano ha verificado que en Méjico, ya en el año 1554, salió una edición de estos *Diálogos*. Esta impresión fué debida a uno de sus primeros traductores al romance de Castilla de la *Introducción a la Sabiduría*, el doctor Francisco Cervantes de Salazar, que llegó a la nueva España pisando los calcañares de los conquistadores con las primeras expediciones de misioneros, «llevando consigo por armas la Gramática, el Catecismo y los *Diálogos*, de Vives».

Cervantes de Salazar los comentó y blasona de estar en mejores condiciones que otros comentaristas por el conocimiento visual que tiene de aquellos lugares, cuyas costumbres describe Vives en algunos de sus diálogos. Fuera de esto, adicionólos con otros siete suyos, compuestos *ad modum* de Luis Vives, cuatro que ya llevaba hechos a su llegada a Nueva España y los tres restantes que constituyen una valiosísima descripción de la ciudad de Méjico. Su propio testimonio autógrafo no da lugar a dudas. En el manuscrito de la *Crónica de la Nueva España que escribió el doctor don Francisco Cervantes de Salazar* (1), que desde el año 1723, en un desairado anonimato, yacía en la Biblioteca Nacional de Madrid, catado y desempolvado ya por algún erudito investigador que se lo calló, pero descubierto y dado a conocer por mademoiselle Zelia Nutthall, americanista ilustre, que lo anunció en un Congreso Americanista celebrado en Londres, en mayo de 1912; en un pasaje del capítulo XXIV, libro IV: «De la descripción y grandeza que hoy tiene la ciudad de Méjico después que españoles poblaron en ella», el autor escribió: *Descrebíle interior y exteriormente en latín en unos diálogos que añadí a los de Luis Vives, por parescerme que era razón que pues yo era morador desta insigne ciudad y catedrático en su Universidad y la lengua latina tan común a todas las nasciones supiesen primero de mí que de otro la grandeza y majestad suya...*

En los *Diálogos* de Luis Vives se amamantó la latinidad de Nueva España.

Estos *Diálogos* constituyen el éxito más rotundo y clamoroso de un género que es cierto que tuvo pre-

(1) *Confesiones*, III, cap. V.

(1) Publicado por *The Spanish Society of America*. Madrid, 1914, in 4.°, XXIV-843 págs. Preface de M. Magallon.

decesores, superados todos ellos por Erasmo. A este género literario, al cual Erasmo comunica la elegancia ágil de su estilo, su penetrante agudeza y su interés punzante, Luis Vives comunica su claridad, la jovialidad pueril, la reverencia al niño, la pureza de la doctrina y aquel poderoso sentido práctico que nunca le abandona.

Por el propio Juan Estelrich (1), que hace de ella amplias citas, conocemos el alto concepto que le merece Vives a L. Massebieau, autor de *Les Colloques scolaires au XVI*e *siècle et leurs auteurs* (2): «Con los *Diálogos*, de Vives—dice—, este género renace con gran lustre y toma una nueva fisonomía. Vivos y finos, con una urbanidad aristocrática que contrasta con las burdas maneras de Barland, tienen por protagonistas a niños, porque henos ya salidos del período heroico y ya no volveremos a ver aquellos estudiantes a quienes sus maestros implicaban en todas sus luchas. En ellos, ninguna alusión a las discrepancias religiosas. Está lejos ya el tiempo de la vacilación o de la sumisión regañona. Ha sido preciso tomar partido con madurez y encerrarse luego y acantonarse en la escuela y dejar la defensa de la fe al sacerdote o al soldado; los libros escolares no serán ya libros de controversia. La barbarie está vencida y triunfa el Renacimiento, a condición de purificarse de todo resabio y huella de paganismo.»

Esto es de Massebieau, y Estelrich añade: «Esta es, precisamente, la definición justa de la misión y de la personalidad de Vives. Por esto el estilo de sus *Diálogos*, de una sostenida elegancia, no admite el ornato mitológico sino muy raras veces y con muchísima desgana.» Y sigue diciendo Massebieau:

«Esta transformación, harto previsible, se realiza en parte bajo la influencia de España. Acaso no se ha puesto en ello la atención suficiente: España, a una hora determinada, tuvo la preponderancia a la vez sobre la república de las letras latinas y sobre la Europa política. No hay exageración alguna en decir que en 1539 España domina en Europa por Carlos V y en la república literaria por Luis Vives.»

En apoyo de esta halagüeña y justiciera apreciación suya, examina Massebieau el estado de la política, de las letras y de los espíritus de aquel tiempo: «Carlos V y Francisco I se han situado decididamente de parte del catolicismo. Aparece Calvino (1535); Ignacio de Loyola va a fundar la Compañía de Jesús (1540) en París, precisamente. El Papa Paulo III se prepara a restablecer la Inquisición y a convocar (1542) el Concilio de Trento, que fijará el dogma católico. Lutero, a quien le quedan ocho años de vida, está casi por completo olvidado. Erasmo ha muerto (1536). Tomás Moro ha sido decapitado (1536). Del cuadrunvirato del Renacimiento no quedan más que Vives y Budeo, y ambos van muy pronto a descender al sepulcro. Mas, al paso que Budeo se confina en la erudición, Vives, el reformador de los estudios, el mordaz enemigo de la escolástica, el consejero infatigable de los padres, que de todos lados le consultan sobre la educación de sus hijos, goza en Brujas de la gloria apacible que sus obras le han granjeado por toda Europa.

(1) *La mission de l'Espagne: Au Méxique, sur les traces de Vives.* Collection Occident. Librairie Plon, place de l'Odéon, París, 1941.

(2) París, Bonhoure, 1878, in 8.°

»Flandes es su patria adoptiva, y, sin duda, a Flandes Luis Vives le debe mucho. Esto no embargante, su amor de la medida, su *esprit*, su fina moral, una cierta imponderable sequedad y, sobre todo, su piedad en sabrosa alianza con el cultivo de las letras latinas y su respeto por las lenguas vulgares, en una palabra, todos los rasgos de su talento se explican por el carácter del Renacimiento en su país natal. Al paso que en el Norte, Erasmo, Moselano y Barland se vieron obligados a luchar contra la barbarie frailesca, parece que en España la renovación se verificó sin sacudidas, por un proceso lento y natural. Bajo la mirada complaciente del clero, todo se desenvuelve guardando su categoría y sus límites. Los dialécticos dejan en paz a los profesores de retórica. Los profesores de retórica, en vez de ser clérigos o canónigos, como en Alemania y Flandes, o al menos obligados al celibato, como en París, en España, por lo común, son simples laicos que han tomado esposa. Así Antonio de Lebrija, Venegas, el mismo Vives, por no citar sino los de más fama. No hay interferencia de funciones; existe perfecto acuerdo dentro de la norma.»

Así que, según Massebieau, dice Estelrich y la mayoría de los autores españoles que han tratado de Vives, éste es deudor a su patria de muchos rasgos de su carácter, que claramente se ponen de manifiesto en el diálogo intitulado *Princeps puer*: La niñez de un príncipe, a saber, el infante don Felipe, casadero con María Tudor (la que de niña estudió según el plan de Luis Vives), y debía reinar bajo el nombre de Felipe II.

«En sus diálogos—continúa Massebieau—, con finura y con su poco de mansa ironía, hablan ora los mismos niños o los personajes que en derredor de los niños se agrupan. Vives no olvida que ha vivido en la Corte en la vecindad de los hijos de los príncipes y que en todo tiempo ha sido preceptor de niños de calidad. Toda esa infancia de la nobleza está presidida por el pequeño Felipe, enteco, débil, encorvado sobre los libros. Por otra parte, Luis Vives le da una lección de moral tan hábil como ingeniosa, y le demuestra que más tarde no podrá gobernar si a su hora no estudia, porque nadie puede dirigir una nave sin haber aprendido el arte de la náutica.» Hasta aquí Massebieau, a través de la cita de Juan Estelrich.

La lección de buen gobierno que da Sofobulo, el consejero sabio, al pequeño y avispado Felipe, a quien llama cariñosísimamente *Philippule dulcissime, delitiæ Hispaniarum*: Filipino de miel, delicias de las Españas; recuerda la lección famosa que dió Sócrates a Glaucón, hermano de Platón, que pretendía en Atenas un cargo de elección popular, nada menos que el gobierno de la república. El lance es donoso, y lo refiere Jenofonte en sus *Cosas memorables*, o sea sus recuerdos de Sócrates, cuyo puntual cronista fué.

«En el juego y en otras quisicosas, en cuyos yerros no hay peligro, no te atreves a ser rey por no saber jugar. ¿Y querrás emprender de veras el gobierno de tantos y tan grandes reinos sin saber las condiciones de los pueblos, leyes, gobierno? No te atreves a montar aquel caballo napolitano, fiero, cocero, falso. ¿Piensas tú que hay algún caballo tan zahareño y duro de boca y que desobedezca más al freno que el pueblo y las colectividades humanas, que son un amasijo de vicios, delitos, maldades, pasiones inflamadas, atizadas en perpetua combus-

tión? ¿Ves en este río aquella barquilla? Da gusto y recrea el ánimo navegar entre los prados, bajo las ramas lánguidas de los sauces fluviales; entremos en ella por tu vida; tú te sentarás al gobernalle y serás el piloto. ¿Dices que no, no sea que la barquilla vuelque y eche toda su carga en el río? Si ni aun quieres regir un esquife en un río tan sesgo, tan apacible, tan pequeño, porque no eres práctico, ¿no tienes aprensión alguna de engolfarte en aquel mar, en aquellas aguas, en aquellas olas, en aquella embravecida borrasca de los pueblos, ignorante, sin experiencia? Mira que no te acaezca lo que aconteció a Faetón. hijo del Sol y de Climene, que pidió a su padre que le cediera el fogoso carro, y como no supiera gobernarle, salióse de su órbita y prendió fuego a todo el mundo, por lo cual su padre, enojado, le disparó un rayo y le derribó dentro del río Eridano, que es el Po. Muy bien decía Isócrates que había en la vida dos cosas muy grandes; a saber: el principado y el sacerdocio. Y como ello sea así, en ningûn tiempo ha habido persona alguna que no las apeteciese como a merecedor de ellas, ninguno que no juzgase que las podía desempeñar con el más sabio acierto» (1).

Juan Luis Vives ejerció el apostolado de los pequeños con aquel mismo espíritu que Jesucristo decía: *Dejad que los niños se acerquen a Mí,* o con que aquel otro evangélico pedagogo español, José de Calasanz, tomaba las palabras del Salmo: *Hijos, venid y dadme oídos y os enseñaré el temor de Dios.* Foster Watson, este gran devoto de Vives, que habla de Vives con el labio caldeado y como encendido por un ascua dulce, no halla con quién comparar a nuestro Vives por la unción, por el celo, por la pureza de ministerio sacerdotal con que sazonaba su cristiana pedagogía, sino con el suavísimo y ejemplarísimo pedagogo que dejó detrás de sí lo que San Pablo denominaba *el buen olor de Cristo.* Yo no dudo que, de haberle elevado al honor de los altares, como parecía merecer a los ojos humanos, sería el patrono de las escuelas cristianas si, así como fué solitario y acabó su obra con su vida, hubiera dejado detrás de sí quienes perpetuaran su apostolado: Victorino de Feltre. Feltre es una villa de la Lombardía. Holló los caminos de este mundo un siglo antes que nuestro Luis Vives. Como Platón anduvo siempre con la cabeza rodeada de pensamientos melodiosos, Victorino anduvo siempre en medio de murmullos escolares. Ese canto de alondras era la alborada que más le placía. No siempre resulta verdad lo que de los escolares dice nuestro Aurelio Prudencio:

Doctor amarus enim discenti semper [*ephebo*
nec dulcis ulla disciplina infantiœ est (1)

(1) Véase en estos fragmentos de correspondencia cómo el propio Marineo Sículo comunica al emperador los ejercicios escolares del príncipe niño que había de ser Felipe II:

«El Príncipe lleva su estudio adelante con mucho aumento... Ha cesado siete días a causa de cierta indisposición de viruelas que le ha sobrevenido, lo cual es común a muchos niños en esta villa, pero no es dañosa, porque, bendito Dios, todos estamos muy satisfechos en saber que ya está fuera de todo peligro y sin calentura ni accidente que sea de temer. Sólo se pierde

(1) *Peristephanon,* Himnus IX, *Passio Sancti Cassiani Forocorneliensis,* versículos 27-28.

Todo maestro es desabrido al muchacho que aprende, y no hay disciplina alguna que a la infancia le sea gustosa. En un siglo carnal era opinión común que Victorino de Feltre guardó intacta la continencia y aun la virginidad. No era presbítero y rezaba el oficio divino como los presbíteros. Era consumado y extremado en el conocimiento de las sie-

el tiempo del estudio y éste se cobrará en el tiempo venidero, y su habilidad es tanta, que suplirá toda esta falta... De Madrid, a dos de mayo (1536). De Vuestra Sacra Cesárea Católica Majestad vasallo... El Maestro Silíceo.»

«El estudio del Príncipe, cuanto a la gramática, ha sido algo penoso porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro. Ya, bendito Dios, va mostrando más voluntad y más provecho porque comienza ya a gustar del artificio de la gramática. En lo demás de su salud y virtuosa conversación sé decir que cada día crece y da mucho contentamiento a los que le conversan. La Infanta [María] en el leer se ha detenido más que el Príncipe, aunque el escribir se le da mijor; está muy buena y con toda la gracia, honestidad y virtud que su persona requiere... De Valladolid a XVI de julio (1536). El Maestro Silíceo.»

«...Cuanto al estudio del Príncipe, sabrá V. Magestad cómo ya está fuera del mayor trabajo que hallamos en grammática porque sabe las conjugaciones y algunos otros principios, lo cual tengo en más que la mitad de lo que resta; presto comenzará a oír algún autor y será el primero, si a V. Mt. parece, el Catón; el cual es muy limpio en lo que dice y tiene sentencias muy necesarias para la vida humana, todas llenas de piedad y santas costumbres... De Valladolid a XXVIII de setiembre (1536).»

«...En lo que toca a la enseñanza del Príncipe, digo que en latín va mucho adelantado y antes de medio año, como creo, podrá pasar por sí todos los historiadores que han escrito, por dificultosos que sean, a lo menos con poca ayuda de maestro. En el hablar latín ha harto aprovechado porque no se habla otra lengua en todo el tiempo del estudio y el uso le hará docto en el hablar tanto y más que la lición. El escribir en latín se ha comenzado; tengo esperanza que le sucederá mucho bien. Los días pasados estuvo S. Alteza en Alcalá y visitó a todos los lectores y oyó lo que leían, y puede creer V. M. que a todos los entendió, si no fué al que leía hebraico, y holgó tanto en los oír y entender lo que decían, que ningún trabajo le fué todo el tiempo que los oyó, que serían más de tres horas. De salud está muy bueno, bendito Dios, y muy alegre, porque goza de los días de caza que V. M. mandó se le diesen... De Madrid a XIX de marzo 1540. El Maestro Silíceo.»

«Pues es justo siempre que se ofrece correo dar parte a V. Mt. del estudio del Príncipe... en ésta sólo diré que como de cada día crece en saber así parece crecerle la voluntad a las letras; y prometo a V. Mt. que aunque la caza es al presente la cosa a que muestra más voluntad, no por ello afloxa en lo del estudio un punto y hase de tener a mucho que en esta edad de catorce años, en la cual naturaleza comienza a sentir flaquezas, haya Dios dado al Príncipe tanta voluntad a la caza que en ella y en su estudio la mayor parte del tiempo se ocupa; las cuales dos cosas tomadas templadamente dan salud al cuerpo y aun aumentan las virtudes del ánima... De Madrid a XXVII de junio 1540. El Maestro Silíceo.»

«Los estudios del Príncipe van adelante, como conocerá V. Mt. cuando Dios Nuestro Señor le volviere con mucha salud a estos reynos. Los pasatiempos que tiene después de su estudio son ir a caza algunas veces y correr sortija; muéstrase tan diestro en todo cuanto a su persona conviene; está muy sano, bendito Dios, y en todo lo demás bien aprovechado... De Madrid a XI de octubre 1540. El Maestro Silíceo.»

(José M. March, S. J.: *Niñez y juventud de Felipe II*. Documentos inéditos... Ministerio de Asuntos Exteriores (Relaciones Culturales). Madrid, 1941.)

te artes liberales; y en el griego no menos que el latín. Residía en Mantua (y más que de Feltre gozaba que le llamasen de Mantua); allí todo es virgiliano. Es un manso paisaje verde y como durmiente ese paisaje

tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius et tenera prœtexit arundine [ripas;

ese paisaje, digo, donde el caudaloso Mincio rueda despacioso en rodeos lentos y donde cubrió sus márgenes de cañaverales tiernos. Estaba Victorino al servicio del marqués de Mantua Francisco de Gonzaga, casado con *madonna* Pagola de Malatesta, de la cual hubo una legión de hijos, a quienes adoctrinaba Victorino. Grandes señores de Florencia, de Venecia, de Padua, de Verona, de Vicenza y de todos los principales lugares de la Lombardía enviaban sus hijos a la escuela de Victorino a aprender, no tanto letras como costumbres. De su escuela salieron cardenales, obispos y arzobispos y también señores temporales y gentiles hombres, la flor de aquella sociedad eclesiástica y caballeresca. Victorino admitía también a muchos escolares pobres y los tenía en su casa por amor de Dios y les enseñaba con todo celo. Entre los gastos que le reportaban estos alumnos y las limosnas que distribuía, al cabo del año estaba muy más al cabo de la pensión que le daba el señor de Mantua, que era de trescientos florines. Presentábase al señor y le decía: «Además del salario de trescientos florines, he contraído tantos centenares más de deuda. Es menester que vuestra señoría me ayude a pagarla.» Y el señor de Mantua, que le tenía en aprecio grandísimo, conocedor de la integridad de Victorino, no oponía reparo alguno. «Victorino — añade cándidamente un biógrafo contemporáneo, Vespasiano da Bisticci—no hacía acopio de dineros, como veis.»

No tomó mujer porque no fuese estorbo para sus estudios. Su casa era un sagrario de virtudes, y complacíase en dar a sus escolares esparcimientos honestos. A los hijos de los señores hacíalos cabalgar, y lanzar pesos, y jugar a la pelota o saltar para dar agilidad al cuerpo. Estos pasatiempos se los daba leídas las lecciones y estudiadas y repetidas, que iba leyendo en varias facultades o aulas, según los alumnos. No dejaba nunca perder una hora a ninguno de sus discípulos ni dejaba que saliesen solos, sino acompañados por él o por otros compañeros suyos, y a la noche quería que se recogiesen muy temprano en casa. Con este sistema inculcó en sus alumnos un maravilloso hábito de virtud.

Así debieran ser—dice su biógrafo contemporáneo — todos los preceptores, y que no se limitasen a enseñar la lengua griega y latina, sino también las costumbres, que valen más que cualesquiera otras cosas de la presente vida. «Yo le vi en Florencia y le hablé muchas veces. Era Victorino de chica estatura, delgado, pero alegre, y parecía reírse siempre. Con todo, su aspecto imponía reverencia. Hablaba poco; vestía indumento oscuro y hopalandas que le llegaban hasta el suelo. Tocaba su cabeza con un pequeño capuchón, y en el cuello llevaba una tirilla estrecha» (1).

---

(1) VESPASIANO DA BISTICCI: *Vite di Nomini illustri del secolo XV*. Firenze. Barbera. Bianchi e Comp., 1859.

CAPITULO XXII

BRUJAS Y LUIS VIVES

A la primería de abril del año 1521 Luis Vives llegó a Brujas, enfermo. En este trance halló generosa acogida en los brazos de su compatriota Pedro de Aguirre (1), acomodado mercader, que le hizo cuidar, y en la convalecencia puso a su disposición una casa toda entera para su disfrute personal. Esta casa estaba situada en *Rue du Pont Flamand*, actualmente Rue Saint-Georges.

Todos estos hechos están testimoniados por una nota autógrafa del propio Vives, puesta en un ejemplar del opúsculo *De officio mariti*, que poseía el canónigo Carton, y que fué vendido con su apreciable colección de manuscritos.

Unos meses más tarde, Luis Vives asistió a las fiestas y agasajos que Brujas tributó al primer ministro del rey Enrique VIII, el cardenal Wolsey, y no ciertamente por curioseo desinteresado, pues a los 10 de julio del propio año había escrito a Erasmo: *Me quedaré aquí aguardando al rey* (*de Inglaterra*) *y a Moro, para ver cómo viviré en adelante. Hasta el presente me mantuve y me mantengo con dineros de los reyes.* En este punto—dice Emilio Vanden Bussche (1), conservador de los Archivos del Estado por la provincia de la Flandria occidental—las crónicas y archivos de Flandes hablan mucho de ese Wolsey, hijo de un matarife de Ipswich, que de tan ruines comienzos supo promoverse con sucesivos conatos afortunados a las más envidiables posiciones: profesor de Gramática en la Universidad de Oxford, capellán de Enrique VIII, obispo de Lincoln, de Durham, de Winchester, arzobispo de York y gran canciller del Reino; en 1515, creado por el Papa León X cardenal y legado *a latere* para toda Inglaterra. Intrigante ávido, ebrio de gloria y de ambición, aspirante a la tiara que se había hecho prometer. Del propio Carlos V recibió, el día 7 de agosto de 1521, la invitación de ir a Brujas.

Parece que la colonia española de Brujas se asoció con escaso entusiasmo, para no decir con desgana, harto visible a los regocijos y alegrías oficiales en honor del monarca inglés y su vanidoso privado. Y no carecían de razón. ¿Podrían esos altivos castellanos—dice Vanden Bussche—ver con buenos ojos a un primer ministro, por privado y poderoso que fuera, alternando en plan de igualdad con su glorioso soberano?

---

(1) De él no queda más recuerdo que un epitafio de la iglesia de San Donaciano, que nos dice que Aguirre era capitán, de nación vizcaíno. Tuvo un hijo, Martín de Aguirre, que murió a los 5 de julio de 1558, el cual había casado con Bárbara de Naguerra, de Vizcaya también.

(1) *Jean-Louis Vives: Eclaircissements et rectifications biographiques. Notes sur son séjour à Bruges.* Bruges, Imprimerie Daveluy, 1871.

Parece que Wolsey fué recibido como un soberano auténtico: se le acompañó al palacio imperial, donde Carlos le besó delante de todos los cortesanos. Se le preparó un alojamiento verdaderamente real. A las puertas de sus habitaciones, de día y de noche, montaban la vigilancia guardias armados, y en la antecámara se apretujaban numerosos domésticos. Cargaban su mesa carneros, corderos y caza aderezada por los más primorosos cocineros; los vinos no faltaban. El prelado, convidado campante, que no hacía ascos a la buena jera, hizo sobrado honor a la mesa de su huésped y experimentó síntomas de desarreglos gástricos que atribuyó, en su informe al rey, a los trabajos que le agobiaban (1).

Luis Vives en Brujas se encontraba con muy buena compañía y en relación casi diaria con las personalidades brugenses de mayor ilustración de su tiempo. Frecuentaba las reuniones de la *Ghilde* de San Lucas, en la que contaba con numerosos y probados amigos. Más aún; si hemos de creer a Cornil Breydel, monje de la abadía de Saint-Baron, que años más tarde visitó a Margarita Valldaura, ya viuda, parece que un miembro de esta famosa asociación de artistas, Jan van Wynsberghe, pintó el retrato del gran polígrafo algún tiempo antes de su muerte. No es posible, dice Vander Bussche, que sea éste el retrato que Edmo de Boulonois grabó para la *Biblioteca Belgica*, de Foppens; pero no me atrevo a afirmarlo, porque no poseo ninguna información positiva.

Aquí mismo, Vives tenía estrecha amistad con Pedro Dewite (*Albius*), obispo de Cuba, capellán mayor de la reina doña Leonor. Conocía particularmente a Corneille van Baersdorp, que más tarde fué chambelán y médico de Carlos V, y compuso un sistema curativo basado sobre las doctrinas de Galeno (1). Por este mismo tiempo, cediendo a las instigaciones de Pâquier de Bierset (*Bezelius*), monje benedictino del monasterio de San Lorenzo, *lez-Liege*, publicó Vives su opúsculo intitulado: *De initiis, sectis et laudibus Philosophiœ*, escrito en 1518.

Vives estuvo en Brujas poco tiempo este año de 1521, pues volvió a Lovaina a principios de noviembre, no a últimos de septiembre, como alguien dijo, porque hay constancia de que asistió a la boda de Juan de Mantaca (?) y de Bárbara Pardo, hija de Silvestre Pardo y de Josina o Josefina López, apellidos españoles muy castizos. Este matrimonio se celebró a los 23 de octubre de 1521 en la iglesia de San Donaciano.

Por la primavera de 1522 volvió a Brujas para despedirse de algunos compatriotas que se habían decidido a acompañar a España al emperador y, acaso también, con ocasión de la muerte de su gran amigo y bienhechor Pedro de Aguirre, fallecido hacia el 20 de abril. Entonces abandonó la calle del *Pont Flamand* y se estableció en la calle dicha *Lange Winckel*, cercana al *entrepôt* reservado a los comerciantes españoles. Y por este mismo tiempo dió cima a sus *Comentarios de los*

(1) AUDIN: *Histoire de Henri VIII*, tomo I, pág. 279, citado por VANDEN BUSSCHE.

(1) *Methodus universœ artis medicœ formulis expressa ex Galeni traditionibus, qua scopi omnes curantibus necessarii demonstrantur in quinque partes dissecta.* Brugis. Hubertus Crocus (Crook), 1538, in fol. Arreo en este libro aparece citado el nombre de Luis Vives.

XXII libros de la Ciudad de Dios, de San Agustín, cuyo hercúleo esfuerzo le quebrantó la salud en tanto grado, que de ese quebranto ya no se pudo reponer en toda su vida, como ya sabemos. Por el mes de mayo de 1523 estaba en Brujas todavía, porque a los diez días de este mes está calendada una carta a Erasmo referente al penoso episodio del escaso éxito de venta que tuvo esta obra gigantesca. Y entonces fué cuando, resueltamente, Luis Vives, como por donaire le decía Erasmo, se hizo anfibio, ora nadando hacia Inglaterra, adonde fué llamado por la Corte, ora yéndose a plegar el ala en su dulce nido de Brujas. Casi por períodos iguales repartió Vives sus días en la hosca Inglaterra, cuyo clima ventoso y cuyo aire espeso y húmedo le resulta insalubre, como también el régimen alimenticio, tan diferente del que tenía acostumbrado, y Brujas, la villa de su elección, para con la cual siente el mismo afecto que por su Valencia maternal. Y en este comedio de su promiscuación con Inglaterra, distingue la ciudad de los puentes, datando en ella tres de sus obras: julio de 1524, enero y octubre de 1526.

No ha podido fijarse con exactitud, que yo sepa, la fecha de la ida a Brujas del santo fundador de la Compañía de Jesús. Octavio Delepierre, uno de los predecesores en los Archivos del Estado de Emilio Vanden Bussche, que con una tan feliz y tan piadosa sagacidad descubrió las recatadas huellas por Brujas de nuestro filósofo, que allí tuvo su segunda patria, dice que la primera persona a quien se dirigió Iñigo de Loyola con el fin de obtener recursos para la creación de la orden que meditaba fué Luis Vives. «Vives—dice—admitió a su mesa al Estropeado de Pamplona, sin otro móvil que el de hacer bien a un compatriota, puesto que ignoraba los proyectos de su huésped.» En Oxford, por el tiempo de esos viajes anfibios, Juan Luis topó con Luis de Flandes, señor de Praet, quien le sugirió la idea de escribir un plan de organización de la beneficencia pública. Obediente a esa sugerencia, Luis Vives escribió el áureo tratado *Del socorro de los pobres* y dispensó a Brujas el magnífico favor de dedicarlo a sus burgomaestres. Los burgomaestres agradecieron la fineza obsequiando a Juan Luis con una copa labrada en plata.

Esta obra es una auténtica obra de misericordia, cuyo autor, con harta razón, puede ser incluído en aquel elogio que se lee en el *Eclesiástico* de los patriarcas antiguos: *Estos son los varones de misericordia, cuyas piedades no tuvieron acabamiento*. Los labios de ese varón de misericordia no profanarían, no, aquellas impresionantes palabras de Job:

«Si negué su deseo a los pobres
y defraudé los ojos de la viuda;
si comí a solas mi bocado y el
huérfano no comió de él;
si vi al que pereciera sin vestido
y vi sin ropas al menesteroso;
y sus carnes no me bendijeron,
calentadas del vellón de mis ovejas...
mi espalda se caiga de mi hombro
y mi brazo sea quebrado de mi canilla.»

El tratado *Del socorro de los pobres* lleva una discretísima carta nuncupatoria a los burgomaestres y al Senado de la ciudad de Brujas. Dice así:

«Obligación es—dice Cicerón—del extranjero y del advenedizo no ser curioso en una república ajena. Es verdad; aborrecible dondequiera es la curiosidad por los asuntos extra-

ños, al paso que el cuidado y el aviso amistoso no pueden reprobarse. Bien que por otra parte la ley de la Naturaleza no permite que sea ajeno del hombre lo que a los hombres atañe y la gracia de Cristo ha unido a todos entre sí estrechamente como con un aglutinante celestial muy pegadizo. Empero, dado que algo nos sea ajeno, el negocio presente no es para mí de esta calidad. Yo siento para esta ciudad idéntico cariño que por mi Valencia. No la nombro con otra expresión que la de *Patria mía*, porque catorce años ha que soy morador de ella y aun cuando no con absoluta continuidad, con todo siempre he tenido costumbre de regresar como a mi casa. Plúgome vuestro sistema de administración, la educación y civilidad de este pueblo y la increíble quietud y justicia que reinan aquí y que las demás naciones aplauden y celebran.

»En efecto, aquí tomé esposa; y no de otra suerte querría yo que se procurase el bien de esta ciudad, que como el de una población donde tengo el arraigado designio de pasar el resto de vida que la benignidad de Cristo me concediere. Yo téngome por ciudadano de ella, y para con los otros ciudadanos siento el mismo afecto que si fueran hermanos míos. Las necesidades de muchos de ellos me movieron poderosamente a escribir los medios con que juzgo que se les puede socorrer. Para que lo hiciese, me lo había rogado con anterioridad, en Inglaterra, el señor de Praet, vuestro gobernador, el cual con mucho y con intenso ahinco, como es su deber, piensa en el bien público de esta ciudad.

»A vosotros dedico esta obra, ya porque sois fuertemente propensos a hacer bien y a aliviar a los menesterosos, como lo demuestra la muchedumbre de pordioseros que de todas partes concurren aquí como a refugio prevenido siempre; ya también porque, como haya sido el origen de todas las ciudades, con el fin de que cada una de ellas tenga lugar en donde con dar y con recibir beneficios y con el auxilio recíproco se concertase y creciese la caridad y se afirmase la colectividad humana, debe ser particular desvelo de los administradores de la ciudad cuidar y poner todo su esfuerzo en que los unos socorran a los otros y nadie sufra vejamen ni a nadie le sea gravoso el daño injustamente recibido, y que el más débil perciba asistencia del más poderoso, de suerte que la concordia de la comunidad y de la agrupación de los ciudadanos reciba de la caridad crecidos aumentos de día en día y persevere hasta la eternidad.

»Y así como es cosa deshonrosa para el padre de familia que en su casa, opulenta y abastada de toda suerte de bienes, deje impasiblemente que algún miembro de ella padezca hambre o desnudez, o que vaya envilecido y afeado de andrajos, del mismo modo no parece bien que en una ciudad que no es pobre ciertamente, sus magistrados consientan que determinados ciudadanos vayan acosados de los fieros mordiscos del hambre y la miseria. No toméis a pesadumbre leer esto o, si no tuviereis gusto y holgura, reconoceos al menos obligados a reflexionar muy de asiento este negocio, vosotros, que demostráis tanto interés en informaros del pleito de un simple particular en que estén en litigio mil florines.

»Deseo a vosotros y a la ciudad de vuestra digna gobernación toda suerte de prosperidades y de felicidades.

»Brujas, 6 de enero de 1526.»

Amanecen tiempos nuevos y amenazan cosas nuevas. El tratado *De subventione pauperum*, con no emanar de autoridad tan alta y en un orden de cosas más ceñido, es algo así como la Encíclica *Rerum novarum*, que produjo tan honda y tan mansa revolución y dictó nuevas normas de convivencia social. El *Socorro de los pobres*, de Vives, puso en un nuevo plan las relaciones de los poderes públicos con la pública miseria, y de la caridad, virtud individual, quiso hacer una virtud social y política, y fué por los burgomaestres de Brujas, la patria de su corazón, por donde el ciudadano Luis Vives quiso iniciarla. Es la primera versión moderna de las obras de misericordia y la organización eficaz y práctica del *Beati misericordes* a quienes está prometida la consecución de la misericordia, en el Sermón de la Montaña. En un tiempo en que eran condenadas como proposiciones heréticas la prohibición de la mendicidad, la participación de los funcionarios civiles en la distribución de socorros, su intervención en la vigilancia o administración de los establecimientos benéficos, Vives proclamó con impavidez ser obligación de los gestores de la ciudad conseguir que todos los ciudadanos se presten ayuda mutua; impedir que nadie sea oprimido o lesionado injustamente, persuadir al poderoso a la asistencia del necesitado, a fin de que, por mediación de la caridad, la concordia entre los ciudadanos de día en día tome creces y quede confirmada y sellada para toda la eternidad.

Contra esta valiente y cristianísima obra de Vives, disparó una flecha tardía y aleve, la flecha del Parto que pelea huyendo, el fraile agustino Lorenzo de Villavicencio, de Jerez, que tachó las ideas de Vives sobre la beneficencia de doctrina pestilencial, perniciosa e injuriosa en grado sumo para la dignidad de la Iglesia. No fué parte esa violenta y ciega arremetida para amenguar la inmensa resonancia que tuvo este gran libro pequeño, no solamente en Flandes, sino en toda Europa (1), provocando entusiastas asentimientos y encendiendo reñidas polémicas.

«Es éste un tratado que, habiendo ya más de dos siglos y medio (esto se escribía en 1781) que se escribió, no ha aparecido hasta ahora, obra que adelanta los pensamientos, pruebas y expresiones que contiene; lo que produjo en él este profundo, elocuente y pasmoso ingenio, comprehende perfectamente, de un modo muy practicable, todo lo que es necesario y conveniente en un asunto que en lo espiritual y temporal interesa a todos: pobres y ricos, niños y ancianos, hombres y mujeres, particulares y repúblicas, vasallos y príncipes, eclesiásticos y seculares. Los obispos no pudieran desdeñarse de que se les atribuyera como una de sus más selectas pastorales; los magistrados, como una provechosísima providencia de gobierno; los teólogos, como discursos muy acertados respecto de Dios y de las criaturas en orden a Dios; los oradores evangélicos, como las más bien dispuestas exhortaciones y oraciones para persuadir a la limosna, llenas de Sagrada Escritura de uno y otro Testamento, bien entendido y oportunísimamente aplicada sin que le

(1) El título de la impugnación de fray Lorenzo de Villavicencio es éste: *De Œconomia sacra circa pauperum curam*. Antuerpiœ, 1564, in 8.° Da cuenta de la enorme repercusión del libro *Socorro de los pobres*. M. A. Henne: *Histoire du regne de Charles V en Bélgique*, tomo V, pág. 201.

falte, con templanza y moderación, el adorno de la erudición profana más escogida y del caso; los jurisperitos o, más bien, los jurisperistas, como un papel en derecho público, que comprehende con perfección los de los particulares y los dirige al público con beneficio de todos; los canonistas y los que dan reglas y doctrina para las costumbres cristianas, como el Moral más sólido y bien fundado, abundante de autoridad, razones y reflexiones exquisitas y convincentes que penetran con agudeza hasta el fondo mismo de las cosas.»

Por los pobres, él, Luis Vives, que toda la vida lo fué, sentía una piedad increíble, y hablando de ellos experimentaba una como combustión de entrañas más que franciscana, paulina: *¿Quién hay que desfallezca y enferme que no enferme y desfallezca yo?*, pudiera decir con el Apóstol. Y aquello otro: *Subvenid a las necesidades de los santos, sed solícitos en la hospitalidad.*

En este tratado del *Socorro de los pobres*, abre su corazón a sus hermanos de Brujas para moverles a compasión hacia los pobres. Tenía el conocimiento y el sentimiento de las necesidades de muchos de sus moradores, y había harto detenidamente reflexionado sobre los medios efectivos de aliviar sus miserias. Dos son los libros que contiene el tratado *De subventione pauperum.*

«El primer libro es una justificación de la caridad desde el punto de vista de lo moral—dice Altmeyer (1), citado por Foster Watson—de la caridad considerada como una obligación de la conciencia, como generada por el derecho natural, tanto como una buena obra desde el punto de vista religioso. Vives no vacila en invocar, mezclados como títulos de autoridad, a Platón y la Biblia; Homero y San Mateo; Séneca, Cicerón y Terencio, juntos con San Pablo y los Apóstoles. Porque, como comentador de San Agustín, es el mismo Vives que no había vacilado en colocar en el cielo a Catón, Numa y Camilo y el mismo hombre que por eso había corrido el riesgo del *Indice.*»

La primera parte da una noticia teórica de la caridad como un hecho constitutivo de la vida cristiana individual y en la vida de la comunidad. En la segunda parte de su libro expone los medios prácticos que, tras larga reflexión, se le han acudido para remediar las necesidades de los pobres. En este apelativo, que merece tanto respeto y que les hace participar de la dignidad eminente que tienen los pobres en la Iglesia, según el sermón célebre y el pensamiento soberano de Bossuet, no entran los mendigos.

La mendicidad, en los días de Luis Vives, se ha convertido en una profesión. Las plagas y miserias de la Edad Media, que implicaban frecuentemente, dice Foster Watson, lacras y desfiguraciones físicas, fueron terribles; pero los mendigos estudiaron la manera de imitarlas, y fingían dolencias, heridas y aun los ataques de los demoníacos y de la locura para explotar la sensibilidad de quienes consideraban la asistencia al pordiosero como una obligación de conciencia. Altmeyer, en su obra citada, todavía recarga más las tintas: «Las invenciones imaginativas de Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París* y en la *Corte de los Milagros*, del bibliófilo Jacob, son rebasadas por la realidad. Aquí eran unos gitanos que decían la buena-

(1) J. L. ALTMEYER: *Les precurseurs de la Reforme aux Pays-Bas*, tomo II, páginas 59-60.

ventura y con ello daban un tiento a la bolsa de un corro de crédulos bobalicones; allí, supuestos griegos que se decían arruinados por la toma de Constantinopla; al otro lado, peregrinos que iban quién a la Tierra Santa, quién a Santiago de Compostela, quién a Nuestra Señora de Roc-amador sin más preocupación que la de rodar de hospicio en hospicio, vestir como gentileshombres, procurarse espadas, proveerse de grandes cuchillos, andar con libertinos y en tratos con damas cortesanas.»

En este punto, los héroes de nuestra literatura picaresca, tan copiosa y tan entretenida, eran verdaderos doctores. Ejemplos de esto los hallaremos a barrisco en *Guzmán de Alfarache*, en el quevedesco *Buscón*, en el *Lazarillo de Tormes*, en *La Garduña de Sevilla*, en *Rinconete y Cortadillo*, del propio Cervantes. De Alejo Vanegas, en la *Diferencia de libros que hay en el universo*, es este sabroso pasaje:

«...Debaxo del título de pobreza huyen de la casa que tanto aborrecen, como es el trabajo, porque ellos quieren holgar, e jugar, e borrachear, e decir unos de otros, e apuñearse después de haber hecho jira de las limosnas, de lo qual todo darán buen testimonio los espitaleros e taverneros. Déxome aquí de decir de los bofes ensangrentados y ensebados que se atan en las piernas para que parezcan llagas viejas Tambien me quiero passar que dexan a las espitaleras los çapatos, sayos y las camisas que les dan, por mover con sus carnes desnudas a que les den más, y todo lo venden para comer e beber: Porque más se quieren enforrar por de dentro que guarnecer por defuera, especialmente que el principal tributo que cogen le cobran con el título de la desnudez, a la cual acompaña un temblor e una quiebra de voz flautada que parece tan descaecida y debilitada que parece contra razón poder andar el hombre que de hecho tuviere la voz tan descaecida como falsamente la fingen...»

En sus *Bienes de el honesto trabajo y daños de la ociosidad*, el padre Pedro de Guzmán supone ser típicamente española esta holgazanería tan ingeniosa y tan rica de tretas: *Diremos al español* lo que el Espíritu Santo del perezoso dice: «*Pasé junto al campo del perezoso y todo eran cardos y ortigas...*» Y pudiera continuar lo que en el mismo capítulo XXIV del libro de los *Proverbios* se sigue: *Cardos y ortigas que habían cubierto su haz, y su albarrada estaba destruída. A su vista me puse a reflexionar; aquello fué para mí una lección. Un poco dormir, un poco cabecear, otro poco mano sobre mano, descansando, y sobreviene como un caminante la miseria y la pobreza como un pordiosero.*

Directamente o por reflejo, en aquellos mismos días, tuvo la generosa iniciativa de Vives fuertes repercusiones en España. Varios procuradores en Cortes, en las de Madrid, 1528 y 1534, solicitaron que se prohibiese a los pobres salir de los pueblos de su naturaleza y demandaron el establecimiento de un régimen administrativo acerca de este punto. Consultáronse diferentes letrados, y entre ellos fray Domingo de Soto, y expresó su parecer en un opúsculo que se publicó con el título de *Deliberación en la causa de los pobres*. Opina el célebre teólogo que los pobres fingidos deben castigarse; que los extranjeros, siendo realmente pobres, no pueden en justicia ser expulsados del reino; que la mendicidad verdadera no debe pro-

hibirse. Y refiriéndose ya a la reforma propuesta por Vives, escribe con cierta displicencia:

«Contra esta conclusión no hallo ley ninguna, si no me cuenta por ley *no sé qué ordenación que agora traen de Hipres* (Ypres) *de Flandes*, donde, entre otras cosas christiana y sabiamente ordenadas, traen también no sé si tan bien ordenado que no han de rescebir en su pueblo los pobres estrangeros, sino los que por algún desastre perdieron sus tierras. Empero..., lo que podrían determinar es que nadie es obligado a mantener los pobres estrangeros que vinieron. Empero negarles la puerta que no entren y lo pidan a quien se lo quisiere dar, ninguno que fuere entendido en sagrada escritura o en derechos podría afirmar tal cosa.»

Entró en esta pelamesa un benedictino, fray Juan de Medina, abad del monasterio de San Vicente, de Salamanca, y rebatió eficazmente los válidos argumentos del ilustre dominico, en cierto papel con este rótulo: *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres.* Comenta el agudo contrincante y defiende a la vez unas ordenanzas establecidas en Zamora, a las cuales él no era ajeno:

«Dizen que barruntan que no podrá durar mucho este negocio, andando en manos de seglares. Yo confiesso que parecería muy mejor en manos de personas eclesiásticas y que es negocio propio dellas y más de los perlados. Mas, bendito Dios que no desampara a su Iglesia y despierta su espíritu donde le plaze y hace que los que debieran ser postreros sean primeros y los primeros, postreros. Y, pues, el fervor y diligencia que este negocio ha menester no nace de los hábitos ni de las órdenes ni corona, sino el espíritu de Dios, el qual solo discierne a los christianos de los no christianos, diziendo San Pablo: El que no tiene espíritu de Christo, éste no es de Christo ni pertenece a Christo, puede Dios y ansí vemos que lo hace cada día, que los publicanos y pecadores passen adelante en las cosas del Reyno de Dios a los que están en estado de perfección y de padres y maestros del pueblo» (1).

¡Cómo hubiera complacido a Luis Vives si hubiera conocido ese texto que un teólogo conspicuo de su patria afirmase que Dios no desampara a su Iglesia y que despierta su espíritu donde le place y que precisamente se había servido de él, que no vestía hábito ni tenía órdenes ni corona, para organizar, según el espíritu de Cristo, la caridad de los tiempos nuevos que amanecían entre cerrazones amenazadoras!

Rebosan la más enérgica indignación aquellos párrafos en que Luis Vives condena el flagrante abuso que se había hecho de las rentas de los hospitales y de otros asilos destinados a los pobres por parte de los oficiales, y que no siempre eran laicos, que llevaban la administración, y lo proclama con aquella su impávida independencia que le dicta su incorruptible conciencia cristiana:

Iliacos intra muros peccatur et extra (2).

Se pecó en conventos y se pecó fuera de conventos. Quizá la Iglesia no tuvo la suficiente energía para

---

(1) Estos testimonios están espigados en la obra de Bonilla San Martín: *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*.

(2) Se pecó intramuros de Troya y se pecó extramuros.

evitar la corrupción de sus propios oficiales eclesiásticos que se habían apropiado algunos de los recursos destinados a la asistencia de los pobres. Y para evitar este abuso invocó Luis Vives la eficiencia de la comunidad organizada en el Estado y en la municipalidad, para coadyuvar y completar la actuación de la Iglesia; y para cercenar y atajar posibles extralimitaciones de un lado y de otro, requirió el sentido de la responsabilidad cristiana.

El principal beneficio que puede hacerse es que el uno coadyuve a la virtud del otro, pues por esto quedan mucho más deudores a Dios que las personas a quienes tocó la nobleza, la hermosura, las riquezas, el ingenio o el renombre, aquellos a quienes se dignó el Señor comunicarles alguna participación de su espíritu para conocer y ejecutar lo santo y saludable y lo que a su Divina Majestad complace. Don es éste del cual habla el Salmo 147: *Dios es el que anuncia su palabra a Jacob y su justicia y su juicio a Israel. No hizo tal con otra nación alguna* y *a ninguna otra manifestó sus juicios.* Este es beneficio máximo que Cristo confiere a los que son bautizados en su nombre y en El depositan su confianza. Ministros y dispensadores de este beneficio fueron sus discípulos, y por ello son los máximos bienhechores del linaje humano; y después de ellos todos los sucesores de los apóstoles, no tanto en la dignidad como en el ministerio y las obras. El segundo gran beneficio es la enseñanza, en virtud de la cual un hombre enciende en otro hombre una luz de su propia luz, que no por ello mengua, sino que se acrece. ¡Qué bella y magnífica cosa es ilustrar el entendimiento, que es la más excelsa potencia del alma humana! Protesta Sócrates que no agradecería al que le diese dinero, sino que toda su gratitud la reservaría a quien le diera instrucción. Lo mismo que Sócrates piensa y expresa Job, mendigo y pobre en su montón de estiércol, que a los poderosos que le visitan dice: *¿Acaso os he dicho: Traedme presentes y dadme bienes de los vuestros, o libradme de la garra de mi enemigo o de la mano del poderoso? Enseñadme y callaré, y si alguna cosa ignoré, en ella amaestradme.*

En la escala de la beneficencia, el último lugar se reserva al dinero. Con todo, ayudar con él es generoso y honroso; es rica de miel secreta la limosna, pues Aristóteles y Cicerón dicen que es más bello y sabroso dar que recibir; parecer éste de grandes filósofos paganos, que Dios refrendó en la Sagrada Escritura, donde dice San Pablo, escribiendo a los corintios: *Según la palabra del Señor, reporta más satisfacción dar que recibir.* Dar a los que sabemos que son ingratos ocasiona deleite, no más que porque damos. Es una suerte de participación y remedo de la condición y naturaleza divina ver a otros que necesitan de nuestro socorro y que tienen sus ojos puestos en nuestras manos, de quienes aguardan el auxilio, porque de Dios dice el Salmo: *Yo dije al Señor: Dios mío, eres Tú porque no tienes necesidad de mis bienes.* Y en otro lugar: *Todas las cosas te miran, Señor, y esperan que les des el mantenimiento en tiempo oportuno; abres tu mano y colmas de bendición a todo animal viviente.* No puede subsistir por mucho tiempo aquella república en donde cada uno cuida exclusivamente de sus asuntos particulares y de los intereses de sus amigos, y no se preocupa lo mínimo del pro común. Y ello es igualmente verdad, ora se go-

bierne por la voluntad de uno, que es lo que se llama *Monarquía*, ora sea administrada por unos pocos, que decimos *Oligarquía*, o sea el pueblo en quien resida la potestad suprema y el imperio, que en ello consiste la *Democracia*. Justa es la república y saludable el gobierno, siempre que los ciudadanos y consejos de los que ocupan el poder tiendan a la pública utilidad; pero si cualquier particular arrebaña hacia sí con todo cuanto puede a fuerza de astucia y arte y abuso de poder, entonces el pueblo es tirano de sí mismo y no mantiene por mucho tiempo la libertad y el gobierno, sino que en breve pasa al dominio y albedrío ajeno en calidad de esclavo. De ello son claros escarmientos aquellas dos famosas repúblicas: la de Roma y la de Atenas; y en lo sucesivo, inexorablemente, los ilustrarán más cuantas organizaciones políticas tengan ciudadanos que quieran ser grandes y poderosos ellos por encima de la patria.

Todo el primer libro *Del socorro de los pobres* viene a ser, digámoslo así, la teología de la limosna individual. Rezuma suavísima unción y tiene el color y el acento de una letra pastoral que no desdeñaría ningún santo padre de la antigüedad, cuando aún hervía la Sangre de Cristo; pongamos por caso un San Cipriano o un San Basilio, de los más copiosamente dotados de persuasiva dulcedumbre, vena de leche y de miel. La oración de Luis Vives en ese documento apostólico discurre así como río apacible que se extiende sin murmurio. No dice cosa que sea enteramente nueva aunque lo diga con una elocuencia no oída y con un acento nuevo. En toda esta parte lo divino anda mezclado con lo humano en gracia de aquellos que teniendo llenos de noche los ojos, no sufren el fulgor de la luz indeficiente. La doctrina verdaderamente nueva está en el libro segundo, que da soluciones prácticas al ideal de la caridad y asistencia a los pobres, y que fué la que produjo la turbia tolvanera. El libro promete esta materia, y comienza así:

«Hasta aquí hemos tratado de lo que tocaba y pertenecía a cada individuo; en adelante hemos de tratar de lo cumplidero a la sociedad o digamos de lo que pertenece al poder público y al que lo rige, que representa lo que el alma en el cuerpo...»

A una sociedad cristiana presenta Luis Vives el dechado de una república pagana; a saber: de la república de los atenienses, allá en los viejos tiempos, según resurge en la oración llamada *Areopagítica*, del ático y limpio orador Isócrates. Dice:

«Semejante a lo que queda dicho es el modo con que ellos se portaban entre sí, porque no solamente había este consentimiento y concordia en los negocios públicos, sino también en su vida privada; mostraban unos para con otros tanta prudencia cuanta usan con razón los que piensan con acierto y tienen una patria común. Estaban los pobres tan lejos de envidiar a los ricos, que no tenían menos cuidado de las cosas de éstos que de las suyas propias, persuadidos de que la felicidad de aquéllos era provecho de los necesitados; los opulentos no despreciaban a los pobres, antes bien, considerando que les era vergonzosa la miseria de sus ciudadanos, les socorrían en sus necesidades, dando a unos en arriendo por poca renta campos que cultivasen, enviando a otros por procuradores para sus negocios y proporcionando a otros frecuentes ocasiones de ga-

nancia; y no temían dar en uno de dos escollos, o en el de ser despojados de todo su caudal o a lo menos de alguna parte de él; al contrario, no confiaban menos en lo que les habían dado que en lo que retenían guardado en casa.» Hasta aquí Isócrates, en su *Oración areopagítica.* Y a continuación traza Vives una eficaz evocación del pordioseo a la puerta de las iglesias:

«Hemos visto muchas veces que un solo hombre ha introducido en la ciudad un mal grande y cruel que ocasionó la muerte de muchos, como la peste, las bubas. ¿Qué es esto que en cualquier templo, cuando en él hay alguna festividad muy concurrida y solemne, no se haya de poder entrar sino por entre dos filas o escuadrones de enfermedades, tumores podridos, llagas y otros males cuyo solo nombre horroriza, y que no haya otro camino por donde han de pasar niños, doncellas, ancianos, mujeres próximas a ser madres? ¿Reflexionáis que no todos son tan de hierro que yendo muchos sin desayunarse, porque se van a confesar o por otro cualquier motivo, que no se impresionen de semejante vista y más cuando tales úlceras no solamente se exponen a los ojos, sino que las acercan al olfato, a la boca y casi a las manos y cuerpo de los que van pasando? ¡Tanto impudor hay en el pordioseo...!»

Y sigue Vives con implacable realismo su pintura:

«...No teniendo los necesitados con qué sustentarse, unos se ven casi precisados a declararse ladrones en el poblado y en los caminos y otros hurtan a escondidas; las mujeres que son de buena edad, desterrada la vergüenza, destierran también la honestidad, vendiéndola en todas partes por el precio más vil; las adelantadas en edad se dan al celestineo o tercería, o a la hechicería que suele acompañarle. Los hijos pequeños de los necesitados se educan muy perversamente: padres e hijos tendidos delante de los templos...; ni asisten a misa, ni oyen sermón, ni se sabe en qué ley viven... No demos lugar a que se diga que decayó tanto la disciplina eclesiástica, que nada se administra de balde, que abominando todos el vocablo *vender*, obligamos a *contar* y que el obispo diocesano no reputa por de su pasto y redil ovejas tan sin lana...»

Los remedios que sugiere son:

Los socorros de los pobres deben ser manejados con un espíritu recto, con pulcritud de manos, sin que se pierda de vista el bien del alma. La colecta debe ser convenientemente organizada; deben ser unificados los fondos y unificadas también la dirección y la distribución de la labor administrativa. Los pobres de solemnidad deben ser enviados a su ciudad de origen, provistos del correspondiente viático, al menos hasta la ciudad más cercana. Recomienda Vives lo que ahora llamaríamos el auxilio social, la asistencia domiciliaria, provisión de productos naturales en apoyo del trabajo, cooperación entre diferentes asociaciones para la asistencia de los pobres.

Parcendum teneris! Es un precepto geopónico de Virgilio que puede serlo igualmente pedagógico. Hay que tener un miramiento igual para las plantas tiernas y para la tierna infancia. Los niños de los pobres merecen a Luis Vives una predilección especial. Deben ser acogidos, cuando fuere menester, en un establecimiento u hospital de expósitos, donde se les criará y alimentará hasta la edad de seis años. A esa edad serán transferidos a una escuela pú-

blica, donde aprenderán buenas letras y buenas costumbres. Dirigirá estas escuelas un maestro afable, urbano y educado liberalmente, que transmitirá esa educación y cultura suyas en los toscos discípulos, pues el mayor escollo para los hijos de los pobres es la crianza vil, incivil y sórdida. Con ese maestro, los gestores del procomún no serán escasos. No se limitará a enseñarles lectura y escritura, sino que les inculcará los principios de la piedad cristiana y el criterio que es menester para el exacto juicio de las cosas. Esto mismo cabe decir de las niñas, materia igualmente delicada, si no lo es más. Aprenderán, como los niños, el recto juicio y las prácticas de la piedad, a la cual el femíneo sexo es más propenso. Si revelan condiciones para una cultura superior, debe dejárselas que sigan este camino. Debería iniciárselas en el arte de la cocina y en la economía doméstica; pero, sobre todo, en la modestia, la sobriedad, la cortesía, el sentimiento del pudor, en la castidad robusta, que es la suprema herencia de la mujer. Por lo que cumple a los niños, deben retenerse en la escuela los que revelen especiales aptitudes para los estudios literarios, a fin de que ellos, a su vez, sean maestros de los demás. La escuela debe ser para ellos como un noviciado o un seminario de sacerdotes de la enseñanza.

Por lo que toca y atañe a los pobres que disfrutan de la asistencia oficial o pública, enseña Vives que deben dedicarse al trabajo no sólo para comer su pan y no el ajeno, sino también para poder auxiliar a otros aún más menesterosos que ellos. Deben hacer todo el trabajo para el cual hayan adquirido maestría o demuestren habilidad. Si no tuvieran ninguna disposición específica, trabajos hay que, indistintamente, pueden ser realizados por todos: cavar la tierra, limpiar las calles, arrastrar una carretilla, llevar recados, cuidar de los caballos de alquiler.

Y con los ciegos, con aquellos que, como Milton (y es suya la expresión bellísima), caminan a la sombra de las alas de Dios, ¿qué hará Luis Vives? Como sucede por lo común que la carencia de un sentido corporal, afina y agudiza los otros, cosas hay en que el ciego puede ser útil a la sociedad que le mantiene. Puede aprender a cantar, a tañer instrumentos músicos y aun ejercitar otras profesiones en que poner sus dedos iluminados: tejer cestos, hacer cajas, etc. Las mujeres ciegas pueden coser, pueden hilar... «Vives es el primer escritor moderno—dice Foster Watson—que ha puesto de relieve algo de la significación social del adiestramiento de los ciegos y los sordomudos.»

Tocante a los privados de razón, según Vives deben ponerse en práctica todos los medios posibles para despertarla, si es posible, y para cultivarla una vez despierta. En el manicomio (no se usaba aún este vocablo), en el hospital se deben emplear todos los recursos para prevenir y evitar toda posible irritación, como son: las burlas, las provocaciones, los insultos y, a su vez, animar y aplaudir con toda suerte de aprobaciones y alabanzas los actos conscientes que realicen para estimular su esfuerzo. El trato debe ser diferente para cada uno, según lo requiriere su estado: unos requieren blandura que les halague; otros, severidad que les enfrene, y otros, reclaman instrucción que los ilustre.

A volapié y a galope tendido hemos pasado por las páginas de este libro sensacional en los días en que

se escribió, y sensacional aún para el lector de hoy día. Profundamente humanista Luis Vives, nada humano consideraba ajeno de sí, y mucho menos aquella porción de la Humanidad que sufre y que nada espera, de la Humanidad doliente de todas aquellas dolencias que Virgilio, acompañado de la Sibila, encontró en las primeras gargantas del Orco:

Iuctus et ultrices posuere cubilia Curæ:
pallentesque habitant Morbi, tristisque [Senectus
et Metus et malesuada Fames ac turpis [Egestas... (1)

que forman aquel hórrido concierto que Dante oyó en el umbral del infierno:

Quivi sospiri, pianti et alti guai
risonavan per l'aer senza stelle,
per chi'o al cominciar ne lacrimai (2).

Este infierno, esta ciudad doliente por obra y gracia de la caridad, que Vives predicaba, pudiera aliviarse; pudiera casi trocarse en un trasunto de la Ciudad de Dios. Y Luis Vives la barrunta, bella y lejana, con los ojos de ensueño de un profeta: *Tiende tu mano desde lo alto y líbrame de la mano de los alienígenas, cuya boca promete mentiras y cuya diestra es diestra de iniquidad. Que sean así nuestros hijos, como plantas noveles que crecen mucho en su juventud, y nuestras hijas como columnas angulares esculpidas a semejanza de un templo. Estén nuestros graneros abastados y rebosantes de todo fruto; sean nuestras ovejas mil veces fecundas, a millares multiplicadas en nuestros campos y sean lucias nuestras terneras, y no haya invasión, ni emigración, ni clamores en nuestras plazas. Bienaventurado el pueblo que tiene esto; bienaventurado el pueblo cuyo Señor es Dios.*

El mismo Salmista canta de la ciudad donde Dios mora: *Daré mi bendición a sus viudas y saciaré de pan a sus pobres.* Y en otro lugar y refiriéndose a la misma ciudad: *Puso la paz en tus confines y te harta con la flor del trigo.*

De todas estas bienandanzas es una promesa y como un gaje el socorro de los pobres.

* * *

Un día del mes de febrero del año 392 antes de Jesucristo, en las fiestas llamadas Leneas, en honor de Leneo, dios del vino, unas carcajadas estentóreas hundían las gradas del teatro de Atenas. Quien sacudía así, con aquel reír enorme que llegaba al Olimpo, a la bestia de treinta mil cabezas, era el grandioso poeta cómico Aristófanes con su pieza titulada *La asamblea de las mujeres.* No hay época histórica que no tenga su par. Sin demasiada dificultad, la obra aristofánica pudiera trasladarse a nuestros días. Novedades hay que se caen de puro viejas y cariosas. Dos mil trescientos años ha, bajo la furia de los dardos cómicos y de risotadas inextinguibles, fenecía un conato de implantación de gobierno comunista en Atenas, madre de la política, inventora de la cosa y del nombre.

Las guerras y las derrotas dejaron a Atenas extenuada. Dos partidos, el aristocrático y el demagógico, polarizan la opinión de la ciudad

---

(1) Allí pusieron sus cubiles los Llantos y las Congojas vengadoras; moran allí las pálidas Enfermedades, la triste Vejez; allí el Miedo y el Hambre, mala consejera; allí la torva Escasez...

(2) Allí por un aire ciego, bajo un cielo sin lumbres ni esperanza, resonaban suspiros, alaridos y llanto que también lo pusieron en mis ojos.

fina, hipersensible. Aristófanes está adscrito al partido de la aristocracia, si ya no es su corifeo o conductor. Los demagogos, desahuciados en gran parte de la opinión, estudian no sé qué osadas novedades para reconquistarla. Aristófanes se apodera de ellas y, antes de que tengan concreción política, las lleva al teatro. Es el comunismo integral, soñado por la demagogia, lo que lleva a las tablas aquel azote de los demagogos. Y encomienda su implantación a la «ginocracia», o sea gobierno de las mujeres, que se apoderan del mando con un donoso y afortunado golpe de ingenio y de audacia. Praxágoras, mujer de Blépiros, es el caudillo de la gesta femenina.

A punto de día sale de una casa, con sigiloso y clandestino pie, una mujer disfrazada de hombre, con barba falsa, con un bastón en la mano y una linterna encendida. Es Praxágoras, la jefa. Sale una segunda mujer y una tercera mujer, falsamente barbadas, con un palo en la diestra y vistiendo las prendas sustraídas a los maridos. De todas las casas y de todas las calles salen mujeres disfrazadas de hombres: la mujer del tabernero, y la del sardinero, y la del marinero. Vagan por el cielo vagas estrellas claras, y por las calles de Atenas, figuras oscuras que se reúnen en un punto dado, para irrumpir en el lugar de la asamblea, ocupar todos los asientos, y acordar por sorpresa, y por enorme mayoría, que el gobierno de la ciudad vaya a parar en manos de mujeres.

Atenas, gobernada por hombres, no marcha ni a velas ni a remos. Praxágoras toma la palabra con una voz falsamente viril: «A las mujeres debemos entregar nosotros, hombres, el gobierno de la ciudad, así como les hemos entregado el regimiento de nuestras casas. Voy a demostrar que sus costumbres valen más que las nuestras. Los hombres perseguimos siempre innovaciones, y por ello el Estado anda renqueando, como Esimos, el cojo. Las mujeres, en cambio, son esencialmente conservadoras; hacen su colada a la usanza antigua; hacen sus tostadas sentadas, como antes; cuecen los pasteles, como antes; fastidian a sus maridos, como antes; se comen a hurto las golosinas, como antes... A ellas, pues, nosotros, los hombres, confiémosles el Estado, y dejémoslas buenamente gobernar. Siendo ellas madres, cuidarán de no provocar guerras que puedan arrebatarles los hijos. Por lo que atañe a los víveres, ¿quién mejor que una madre activará las expediciones? Para procurarse dinero, nadie más mañoso que una mujer. En el Poder, no se las engañará, porque ellas han sido siempre las que engañaron, comenzando por sus maridos. Si he logrado convenceros, démosles el gobierno, y el Estado vivirá próspero y feliz.»

Una inmensa ovación acoge estas palabras de Praxágoras. La proposición es aprobada por una votación casi unánime de brazos altos. La asamblea se disuelve y las mujeres, arrancándose el disfraz, acuden a comunicar a los atónitos maridos la radicalísima transmutación operada en el gobierno de la ciudad, en virtud de aquel plebiscito de fantasmas matinales. La flamante «ginocracia» implanta el comunismo en la sede de la democracia. Praxágoras es su verbo, y explana a su marido la bondad del nuevo régimen:

—Es menester que todos pongan sus bienes en común; que todos tengan su porción alícuota y vivan de un fondo mismo. Se acabó el que uno sea rico y el otro mísero; que uno cultive un vasto dominio y otro

no tenga donde hacerse enterrar; que uno tenga numerosos esclavos y otro no sea seguido más que por su flaca sombra. Nadie, de hoy más, trabajará obligado por la pobreza. Todo pertenecerá a todos: pan, salazones, galletas, mantos de lana, vinos garbanzos...

—Y la tierra, ¿quién la cultivará? —pregunta Blépiros, su marido.

—Los esclavos. Tú no tendrás más ocupación, cuando la sombra sea de diez pies (es decir, al caer la tarde) que la de ir a comer.

—¿Y no habrá ya ladrones?

—No se puede robar lo que ya no se posee.

—¿Ni nadie será atracado por la noche?

—No; si se queda a dormir en casa. Mi plan es hacer de toda la ciudad una habitación única. Derribaré tabiques y paredes interiores y con pie igual se pasará de una casa a otra.

—Y las comidas, ¿dónde vas a servirlas?

—De los tribunales y los pórticos haré comedores gigantescos. Todos los ciudadanos serán clasificados y sorteados. Un heraldo dirá a los de tal grupo que vayan a comer al pórtico Basileyon; a los de tal otro, al pórtico vecino; a los del tercero, al Mercado de cereales. Ahora tengo que ir al ágora a recibir los bienes que cada uno de los ciudadanos va a depositar, y a organizar la vida en común, a fin de que hoy mismo tengáis vuestro primer banquete.

Los ciudadanos no son demasiado diligentes en entregar sus bienes. Un escamado dice a un desconfiado:

—¿Tú te figuras que irá cada cual a entregar lo que posee? ¡Qué va! Ello no está en nuestras tradiciones. Recibir es lo que debemos hacer nosotros, y no dar. Por otra parte, es esto lo que nos enseñan los dioses. Fíjate en las manos de las estatuas: cuando las suplicamos que nos otorguen sus favores, ellas, en pie, ofrecen el cuenco de su mano, y éste es ademán de recibir, y no de dar...

Una mujer heraldo hace este pregón:

—¡Ciudadanos, oíd! Pues la cosa es así, apresuraos a presentaros a Praxágoras, nuestra presidenta, a fin de que el azar, cuando sacareis suerte, señale a cada uno el lugar donde debe comer. Las mesas están allí cargadas de cosas buenas aderezadas. Encima de los lechos, pieles y tapices. El vino se escancia en las copas; en fila están los perfumistas; las rajas de pescado en las brasas; las liebres en los asadores; las pastas en el horno; trénzanse las coronas; fríense los hojaldres... Esto es lo que os espera; el repartidor de pan está en su puesto. ¡Ciudadanos, ea! ¡Abrid vuestras mandíbulas!

Un ciudadano ingenuo se dispone a obedecer el pregón imperativo.

—¿Adónde vas?—le dice el policía.

—¡A comer!

—No será, por vida mía, antes que hayas entregado tu hacienda.

Mientras Praxágoras organiza este grandioso banquete hipotético, su marido, el pobre Blépiros, torna a su casa con la cabeza débil y el estómago vacío. En plena ginocracia y en pleno comunismo, su sirvienta se ha emborrachado y se ha bebido su añejo vino de Tasos. Ve venir a su dueño y le saluda enfáticamente:

—¡Oh dueño! ¡Oh afortunado! ¡Oh tres veces bienaventurado!

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Quién más venturoso que tú, que, de todos nuestros ciudadanos, en número de más de treinta mil, eres el único que todavía no ha comido?

Le toma por la mano la muchacha y le hace bailar una danza al estilo de Creta, y mientras danzan mano a mano, ella le canta la apetitosa lista de platos: ostras, cecina, rayas, mustelos, sesos con queso, grivas en miel, mirlos, torcaces, pollo, fritura de mújol, aguzanieves, pichones, liebres, croquetas en arrope...

—Y ahora que oíste la letanía, pronto, pronto, toma una escudilla y vete a comprar caldo..., si quieres comer.

La carcajada llegó a los astros. Aristófanes combatió la Quimera con la ferocidad del ridículo. La comunidad de mujeres que tan bien debía regir en aquel imperio del feminismo ofrece a su musa situaciones de una «vis cómica» insuperable y de un cinismo feroz. Aristófanes es esencialmente político. Es el Shakespeare de la risa. Lo que fué Cervantes, o, mejor aún, el Ariosto, para los delirios caballerescos, lo fué Aristófanes en grado más inmediato y eficaz de los sueños demagógicos. Son sus obras un concierto grandioso en que cantan ranas y ruiseñores, asnos y alondras. Es Aristófanes un torrente vehemente que arrastra fango y estrellas.

Uno de los mitos más caros de la Humanidad es la de una Edad de Oro sepultada, como otra Atlántida, en un piélago de aguas lívidas, sin memoria. «No es posible—dice Séneca—estado mejor para el género humano ni ningún sabio escogería otro más que el que se recuerda haber sido de aquellos hombres en cuyos días (y las palabras que siguen se las prestó a Séneca Virgilio) *cuando colono alguno no mullía el campo ni era cosa lícita señalar en él lindes ni cotos, era común su goce; y la tierra misma, cortés, lo daba todo y producía el fruto que nadie le pedía.* ¿Qué más feliz que aquella generación humana? Fruían en común de los bienes de la Naturaleza» (1). Y esta misma edad, irreparablemente fenecida, era la que invocaba, con estro de profeta del pasado, el hidalgo manchego, allá en el reino de los cabreros, con un puño de bellotas en la mano, que fué el primer pan del hombre: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia...» Cuando en las grandes crisis de la Historia, que en uno de sus extremos tiene esa Arcadia de ensueño, y al otro extremo tiene una sañuda centelleante Apocalipsis, los hombres han querido retroceder a sus primeros días, lo han hecho siempre por caminos de sangre y de demencia.

¡Pobre Luis Vives! Pocas tragedias perdonó a sus ojos aquel siglo ominoso del cual su corazón de carne sólo consiguió con sus latidos medir cuatro sombríos decenios. Aun cuando la tempestad venía de más lejos, en sus días hizo el estallido:

Armorum sonitum tota Germania cælo
audiit; insolitis tremuerunt motibus Al-
[*pes* (2).

Doquier andaban juntos fuero y

(1) SÉNECA: *Cartas a Lucilio*, XC.

(2) La Germania, como en el asesinato de César, a lo largo de todo su cielo oyó sonido de armas, y los Alpes estremeciéronse con insólitos seísmos (VIRGILIO: *Georgicon*, I, vers. 474-75.)

desafuero; muchas guerras por el orbe y muchas y muy feas cataduras de maldades; el arado, sin honra; los campos, yermos, ensilveciéndose; las hoces, corvas, transformándose en espadas rígidas; los pactos, rotos; alzadas en armas las ciudades vecinas, y por la ancha faz de la infeliz Europa, suelto y embravecido, Marte crudo. Y no hay voz de mando que pueda atajar el furor. «Así (volveré a decirlo con palabras caras a Juan Luis), así acontece cuando, desde la valla, lanzadas las cuadrigas veloces devoran el espacio; en vano el auriga tira las riendas, llévanle arrebatados los caballos y es sorda a los frenos la carroza» (1).

Quis furor, o cives? ¿Quœ tanta licen-
[tia ferri? (2).

Porque la guerra es guerra civil; aquella suerte de guerra tristísima en la que, como dice Juan de Mena, ninguno gana corona; como aquella de la que Manzoni cantó:

D'una terra son tutti: un linguaggio
parlan tutti; fratelli li dice
lo straniero: il comune lignaggio
a ognun d'essi dal volto traspar.

Toda la Baja Alemania sudaba sangre. Y Luis Vives tomó la pluma apostólica y escribió, como una encíclica papal, su *De communione rerum* a los moradores de la Baja Alemania (3):

«En otro tiempo, en Alemania las cosas de la religión estaban de tal suerte constituídas, que se mantenían firmes y estables en muy apacible quietud y sosiego, y nadie pensaba ser cosa lícita dudar de las tan generalmente recibidas. Mas alguien avino que se avilantó a discutir algunas, al principio con cierta reserva y miedo, pero luego, al punto, levantó la voz y galleó y con insolencia, no ya para platicar acerca de ellas, sino para negarlas, suprimirlas, rechazarlas blasonando de tanta suficiencia y aplomo, como si fuera un consejero o secretario de Dios, bajado del cielo, o como si se tratase de coser un zapato o un vestido...» Con esa última palabra, Luis Vives señala casi con el dedo al caudillo y protagonista del alzamiento nefando, cópula sacrílega, complejo monstruoso de mística y de barbarie, de teología y utopía, amasijo de placer, de sangre y de muerte. Quien intentó restaurar la Humanidad como se revesa un vestido usado, al frente de sus ferocísimas hordas surgidas de la apacible artesanía que se creían iluminadas del cielo y por ende eran inflexibles, fué el sastre Juan de Leyden, que a

---

(1) VIRGILIO: *Georg.*, I, 510-15.

(2) ¿Adónde va esa furia y esa licencia dada al hierro?

(3) El doctor Wenceslao Fernández-Oliveros, autor de la magnífica monografía *Humanismo frente a Comunismo*, trae esta precisa nota:

«Bonilla y San Martín, en su monografía *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, reproduce la relación del *Diálogo de Mercurio y Carón*, según la cual la *Germania inferior* comprendía Flandes, Brabante, Holanda, Zelanda, Artois, Namur y Hainant, entre otras tierras.» Pero esa enumeración ha de entenderse teniendo en cuenta que ambas Germanias se hallaban situadas exclusivamente a lo largo de la orilla izquierda del Rin. En la toponimia romana se designaba de *Germania superior* la región del curso alto del Rin, o sea el Palatinado y sus aledaños, generalmente. La casi totalidad del territorio comprendido en la antigua denominación de *Germania inferior* pertenecía, pues, a España en tiempo de Vives.»

su viril belleza apolínea, no indiferente para un conductor de masas, unía un fanatismo inexpugnable y una tan imponente reciedumbre que quedó demostrada en su muerte valentísima, digna de una causa mejor: *Dii, meliorem mentem!* Ojalá los dioses que le dieron tal temple de corazón le hubieran dado mejor seso (1).

En los delirios del anabaptismo estaba injertada la utopía comunista, y Munster era su núcleo de fermentación en 1534. Allí estaban los diabólicos atizadores de la revuelta: el panadero de Haarlem, Juan Matthys, heredero del prestigio profético del peletero Melchor Hoffman, muerto en la cárcel de Estrasburgo; allí está Juan de Leyden y otros fanáticos soñadores que predican paz y meditan sangre y envían apóstoles para convocar a las armas a los renacidos en su bautismo. Eso era en enero, y en febrero estalla la sedición de los anabaptistas, erizada principalmente contra los luteranos, ayudados por los católicos, no sin concesiones ni sin contemporizaciones y blanduras, que habrá de explotar la bestia apocalíptica.

Recrudecieron las predicaciones de paz mentida y representaron la sacrílega parodia de un nuevo advenimiento del Espíritu Santo. Parecieron llegados para ellos los días vaticinados por Joel:

Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños y vuestros mozos verán visiones. Y aún sobre vuestros siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días, y haré prodigios en el cielo, y pondré en la tierra sangre y fuego y columnas de humo. Y se cubrirá de tinieblas el sol, y de sangre la luna... Y la ciudad de Munster vió una pentecostés carnavalesca: «Las mujeres saltaban con afanes de volar; echaban profecías los niños de siete años...» La sobria embriaguez del Espíritu que los Apóstoles auténticos sintieron, como se refiere en el libro de sus *Hechos*, en la demoníaca demencia colectiva de los anabaptistas de Munster, fué atribuída a exceso de vino dulce. Con un afortunado y audacísimo golpe de mano se apoderan de la ciudad, echan de ella a las autoridades e implantan la comunidad de los bienes. Lo que no pudo realizar Praxágoras, la mujer de Blépiros, en la grandiosa mofa aristofánica de *La asamblea de mujeres,* se impuso en Munster con la suave persuasión de las armas, todo se puso en común: bienes y personas. Bernardo Rothman presidía las entregas más o menos voluntarias y las aceptaba con las palabras rituales: *Todo es mío como tuyo, y tuyo como mío.*

No hay nada nuevo debajo del sol ni aun en el orden de los sueños. Organizáronse en Munster comidas en común, como las organizó en

---

(1) El año 1535, en que escribió Vives su *De communione rerum,* que fué el del suplicio de Juan de Leyden, grabóse en cobre su figura, donde el efebo, bellísimo como un arcángel satánico, aparece con magnífico atuendo de rey y esta inscripción que se supone puesta en boca suya:

Hæc facies; hic cultus erat cum sceptra tenerem
Rex anabaptison sed breve tempus ego.

(Este era mi rostro; éste era mi atavío cuando tenía el cetro de rey de los anabaptistas; pero por breve tiempo.)

En efecto, fué ajusticiado antes de cumplir los treinta años. Reproduce el cobre y el retrato magnífico ONKEN: *Historia universal,* tomo XXII, pág. 131.

Atenas, miserablemente fracasadas, la mujer de Blépiros, en la sublime farsa de Aristófanes. Se mandó que las puertas de las casas se dejaran abiertas por la noche. Toda puerta es un muro de la propiedad privada; que cada cual entrara en el domicilio que quisiera y a la hora que le pluguiere. Más sencilla era esta medida que la de derribar tabiques, como lo pensó Praxágoras, la dictadora comunista de Atenas. No se avilantaron a decretar la comunidad de las mujeres, porque cada cual tenía la suya y no les complacía verla usufructuada por los otros; pero se estatuyó que cada mujer tuviera su hombre, y como había menos hombres que mujeres, introdújose la poligamia. Cada comida en común terminaba en la plaza pública con una bacanal indescriptible, en que hartas veces el vino se mezcló con la sangre.

Munster, en su gobierno municipal, vió un risible remedo de la ciudad santa del Apocalipsis; encargó el regimiento a doce ancianos que inspiraban sus decisiones en la Biblia, que siempre llevaban abierta en sus manos.

La ciudad rebelde, en su orgiástica luna de miel con el nuevo régimen, fué cercada con muy estrecho asedio. Mathys, su dictador sangriento, *dócil a la inspiración del Espíritu Santo,* ordenó una salida temeraria; capitaneada por él, se convirtió en hecatombe. El sastre sucedió al panadero; Juan de Leyden asumió su espíritu. Dentro del recinto de la ciudad, rodeada por el áspero cilicio y la hórrida mies de lanzas, Juan de Leyden se proclamó rey de *aquella nueva Jerusalén,* y con su imaginación de alfayate se ideó un traje condigno, y se creó un serrallo para su lujuria exclusiva, y por su propia mano descabezó a una de aquellas mujeres infelices, como un arado rompe una lánguida amapola. En el atrio de la catedral, llamado por los anabaptistas, según su estilo, Montesión, tenía sus recepciones; a son de trompeta convocaba a su pueblo y manifestábase, como un nuevo Carlomagno, con el orbe en su mano, coronado por una cruz. Tres bravos asaltos de los sitiadores rechazó la ciudad cercada desde junio hasta octubre de 1534, y hallándose muy al cabo, Juan de Leyden, su precario rey por la gracia del Espíritu Santo, envió veintiocho apóstoles a las cuatro partes del mundo con ofertas de una paz de que él andaba tan necesitado. Algunos de sus apóstoles pagaron con su sangre la inútil misión, y la tierra no se hundió, como él había anunciado a quienes frustrarían aquel apostolado.

La Dieta de Worms, en abril de 1535, arbitró los recursos necesarios para la total extirpación del cáncer anabaptista y comunista de Munster. Munster pidió auxilio a las *comunidades* holandesas, que nada hicieron. Solamente la *fraternidad* de Amsterdam respondió, organizando una expedición de socorro, que no llegó a su destino. Juan de Leyden pensó capitular cuando ya los sitiadores, el día 25 de junio, tomaban al asalto la ciudad precita, que resistió con un entusiasmo fanático. Su rey cayó vivo en manos de las huestes vencedoras. En su muerte, que fué de una inaudita crueldad, que la sensibilidad de hoy no sufre, demostró un temple sobrehumano —*ingentes supra humanum modum vires*—, viéndose arrancar las carnes con tenazas candentes, con un alma fiera como de romano antiguo.

«Así terminó—dice González-Oliveros—aquella pesadilla de Munster. Pero no acabó con ella la idea anabaptista, ni menos su contenido co-

munista, que, más o menos escueto, estaba destinado a perdurar como aspiración de perturbados y pícaros y como vil embeleco de los desheredados ignorantes. Urgía acudir a éstos, para facilitarles una doctrina racional que les permitiera desencantarse del sortilegio comunista.

»Fué la misión que se impuso Vives. Porque era pobre y estaba personalmente libre de toda sospecha de interés en la reputación; porque era sabio y tenía el deber de adoctrinar atajando la corriente de los errores del vulgo; porque era español y se sentía obligado a no consentir, con la palabra ni con el silencio, en la perdición de tierras que pertenecían a la Corona de España» (1).

CAPITULO XXIII

PADRE DE LA PSICOLOGIA MODERNA

Corre el año 1538. Las Parcas, en monótono canto, hilan para Luis Vives sus postreros copos:

Stamina non ulli dissolvenda deo,

estambres fatales que ningún dios ha de romper. Es menester que el filósofo acucie su camino y fuerce sus últimas cosechas. Opima fué la de este año 1538; nada menos que el tratado *De anima et vita*, que le constituyó, en expresión de Foster Watson, *Padre de la psicología moderna.*

Reconozco mi total incapacidad para entrar en el examen de esta obra, de la cual se dice que acaso sea la mejor de nuestro pensador egregio. Quizá sea la que últimamente se ha estudiado más en ese renacimiento y revaloración del ideario vivista en todas sus manifestaciones. No entraré yo en ese huerto cerrado. Por mi pluma será otro el que hablará.

Adolfo Bonilla y San Martín, en su laureado y copioso libro *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, en su apéndice VIII (páginas 719-730), trae una disertación pública en latín del doctor en Filosofía Chr. Gottl. Schaumann, cuyo es este título: *De Joanne Ludovico Vive, Valentino, Philosopho præsertim anthropologo, ex libris eius. De anima et vita.* En esa tesis iré a espigar el obligado manojo que no puedo recoger en el campo de mi insuficiencia. Comienza el doctor Schaumann por lamentar la escasez de tiempo que se le concede para hablar de la alta y profunda personalidad filosófica de Luis Vives y por asertar que ninguna formación humanística sólida es posible sin el estudio asiduo de los viejos autores, como no se le oculta a nadie que haya recorrido la historia literaria desde Horacio a Petrarca y desde Petrarca a Wieland. Nadie que no hubiese bebido el saber en las obras divinas de los viejos escritores, alcanzó la gloria de una doctrina sólida y maciza.

«¡Qué lauro no merecen aquellos que, rotas las cadenas de la supers-

(1) GONZÁLEZ-OLIVEROS: *Humanismo frente a Comunismo*, pág. 112.

tición científica y de las falsas opiniones, siguiendo el ímpetu de su espíritu, dotado de toda su nativa alacridad y nutridos de doctrina sólida, se hacen sus propios guías en la averiguación de la verdad! Este lauro, como el que más, se lo ganó Luis Vives. El siglo de Vives, aun cuando contaba con una legión de ingenios, señaladísimos por su erudición y la cultura de su espíritu, de quienes, y valdrá por todos, basta con pronunciar el nombre de Erasmo, mayor que toda alabanza, con toda la mayor parte del orbe literario manteníase anochecido en las tinieblas de la superstición y adolecía de las horribles sequedades escolásticas. Empero Vives, no bien salido de la muchachez, y a pesar de estar criado al pecho sin jugo de las artes escolásticas, si alguno, apercibido con más elegante doctrina, osaba arremeter contra el alcázar de la filosofía dialéctica, luchaba por ella con el mismo ardor que si combatiera por el altar y por el hogar (1). Pero muy pronto cobró aborrecimiento a los fríos recursos de los escolásticos, y tendió su vuelo a más despejadas y salubres alturas y del espinoso y tenebroso laberinto de la teología y de la filosofía, en cuyos ambages y rodeos muchos andaban desorientados y desesperaban de poderse de ellos desenvolver; puesto en salvo, con su instinto propio y con el de Erasmo, como Ariadna con su hilo, encaminó su paso alegre a las amenas florestas de las buenas disciplinas. En este empeño mucho le ayudó el haberse trasladado a Lovaina, y allí, en aquel emporio de las artes y las buenas letras, ejercitó el cargo de profesor, tuvo oportunidad de cultivarse y pulirse a sí mismo y aumentar su saber, y a la vez de repeler con su consejo aquella barbarie, a favor de la cual quebró su primera lanza, de sanear aquella erudición putrefacta y de restaurar las letras, que estaban casi irreparablemente echadas por los suelos. Tarea ésta ardua y llena de trabajo increíble, pero no desproporcionada a su talento y a su doctrina, como fácilmente comprobará quien hubiere pasado los ojos por los escritos de su juventud; y el testimonio, que en este punto tiene una autoridad decisiva, de Erasmo, que en aquel tiempo, más arriba que cualquier otro, enarbolaba la antorcha de la verdadera erudición; a saber: que en ninguna parte de la filosofía ninguno se aventajó a Vives ni en las buenas letras, ni en la felicidad de la expresión, por manera que en aquel siglo, él (Erasmo) apenas conoce a quien con Vives pueda parangonarse.

»A acrecentar el precioso caudal de su cultura contribuyeron mucho sus conversaciones y la correspondencia de Vives con el autor del *Elogio de la locura*, que aprovechó para granjearse aquella prudencia, a la que, por boca del divino Apolo, se le concede la primacía y acerca de la cual habrán de versar nues-

(1) Alusión al incidente a que en su lugar nos hemos referido cuando Vives, a los quince años, con la leche de la mala retórica en los labios, cediendo a presiones de Amiguet, su profesor de Humanidades, en Valencia, atacó y, naturalmente, no le llegó el dardo pueril—*Sagittæ parvulorum factæ sunt plagæ eorum*—al gran Antonio de Nebrija, que resucitó entre los hispanos el culto de las letras y en las aulas de Salamanca y Alcalá reanimó la lozanía de casi todas las ciencias y artes. De este pecado de su primerísima mocedad fué instantáneo el arrepentimiento. Nadie ha visto jamás la pecadora invectiva del terrible muchacho.

tras alabanzas en este breve parlamento.

»Trabajo le costara la adquisición de tanta prudencia, si Enrique VIII no le llamara a su Corte y no le encomendara la educación de María, su única hija. Y habiendo desempeñado este encargo con suma lealtad y tacto, que se manifestaban en los mayores aprovechamientos de la joven princesa, Enrique se enojó con él porque su entereza moral no quería ni podía aprobar los descarríos de su conducta y la perversidad de sus planes, y no sólo le echó de la Corte, sino que decretó su detención, de la cual se escabulló a la primera coyuntura, llevándose consigo intactas todas aquellas riquezas que no pueden quitar ni mermar siquiera el enojo y la violencia de todo un rey.

»Repasa los escritos de nuestro filósofo, y en leyéndolos te percatarás de que aun cuando a su virtud le fué denegado el premio que se le debía, burló con todo la ojeriza del rey, y perfecto conocedor de cuánta es la distancia que va de las monedas a los altramuces, dejó el oro y la plata de las arcas reales y se llevó consigo el gran tesoro de su virtud y de su hombría, que está por encima de todo.

»Cualquiera sea el escrito suyo que leyeres, allí descubrirás las huellas de la puntualísima diligencia e industria con que manejó las obras de los autores griegos y romanos, hasta un punto tal, que en aquello que toca y atañe a la metafísica (1) creerás oír a Aristóteles y en la psicología, a Platón, amén de las graves sentencias de los poetas más excelentes con que esmalta su discurso para que el ánimo no reciba cansancio ni pesadumbre de la continua atención, espoleándole con versos de Homero y de Virgilio para una agilidad nueva.

»En la explicación de aquellos puntos que demandan un detenido conocimiento de la naturaleza humana, ¿quién negará que es excelente, que es egregio? No creo yo que nuestros Lockes, por lo que toca a la pedagogía, se avergonzasen de las razones que a cada paso se hallan en las obras de Vives. Tenedlo bien entendido vosotros, que porque el peso de la memoria no abrume el entendimiento de los niños y les comunique el hastío del trabajo, les alimentáis de bagatelas y mandáis echar de la biblioteca de vuestro pequeño grandes filósofos como sois; oíd, os repito, lo que manda Vives, muy más acomodado a la naturaleza del ingenio pueril. Dice Vives: «De todo aquello que el maestro enseña, el recipiente y el tesoro viene a ser la memoria, que lo conserva todo. Baldío es el afán gastado en el estudio si no tienes dónde guardar sus acarreos. Si se escapa todo, es igual que si en una tinaja hendida vas a sacar agua, como la fábula lo refiere de las hijas de Dánao. Por esto, la edad pueril es indicadísima para asir lo que se la enseña, por la razón de que su memoria está libre y expedita, sin el estorbo

(1) Causa verdadera extrañeza hallar donde menos pudiera pensarse este testimonio de don Ramón de Campoamor acerca de Luis Vives. Por su curiosidad, lo aduzco:

«Viene al mundo Luis Vives a fines del siglo XV y se inaugura la época del Renacimiento. Ante este docto escritor, todos los demás escritores de la Reforma son unos escribientes. Este gran agitador de la rebelión antiaristotélica, sin ser un económico sembrador de ideas con sistema, ha sembrado no las ideas, sino los sistemas a granel. Y ya que de idiomas hablo, valiéndome de una imagen gramatical, diré que en la

de pensamientos y cuidados. Los más avanzadillos en años traen consigo otros pensamientos que no fácilmente hacen lugar a la doctrina que les llega. Agrégase a esto que para los niños no representa molestia estar sentados, oír, atender, leer, escribir, obrar; por esto su cansancio es menor. En cambio, a los adultos, les fatiga no poco la intensidad de trabajo, etc.»

»El mismo conocimiento cuidadoso de la naturaleza humana demuestran los puntos que toca y estudia Vives en lo referente a las cosas profundamente afectadas y perturbadas por la vana religión. Es prodigioso cómo aparece en esto, limpia de todo linaje de superstición, su mente. Y a pesar de todo—y en ello debes estimar la suma prudencia y cautela de este hombre—en enseñar lo que descubrió la sagacidad de su ingenio, usa de aquella libertad por la cual aquellos que en esos tiempos nuestros afectaron la gloria de una cultura excepcional, hartas veces ocasionaron grave daño a la recta razón. Vives, en cambio, se produce de tal manera que satisface plenamente a todos aquellos que son capaces de indagar la verdad y de soportarla, y, a la vez, a los que son más débiles, no les perturba ni les daña. Para demostrarlo a los lectores con la eficacia de un ejemplo, bastará aducir algunos pasajes de aquellos que, en el mencionado libro, Vives estudió acerca de la naturaleza y origen de los sueños. Luego de haber expuesto varias formas y causas de los sueños, los hay—dice—que tienen sueños fragmentarios perturbados; otros, los tienen continuos y tranquilos; otros, espantosos; otros, placenteros. Las representaciones son puras, claras, cuando la sangre está convenientemente depurada de los humores sucios; verbigracia: allá a la amanecida, hecha la digestión, durante la noche y por esta causa. Los filósofos primitivos tenían esas visiones por verdaderas. Podrán ser los ensueños más compuestos y mejor detallados; pero no por ello serán más verdaderos, del mismo modo que una fábula puede ser más bella y mejor aderezada que otra, siendo así que no es verdadera ni la una ni la otra.»

Y continúa Vives:

«Añeja y enconada cuestión es la interpretación que puede darse a los ensueños, que causan muy agudas torturas a las personas miedosas ansiosas de lo por venir. ¿Hay, realmente, en ellos algún asomo o fondo de verdad que revele lo venidero? ¿Puédese saber con anticipación lo que ha de realizarse por algunas conjeturas de aquello que vimos cuando estábamos sumidos en el sueño?

»Mucho se discutió desde muy atrás, así en pro como en contra, en esa cuestión que ni es difícil ni oscura en demasía. Puede entender-

oración filosófica del Renacimiento Vives es el sustantivo y todos los demás escritores son unos simples adjetivos. Y si no tuviera tan honda antipatía a usar de figuras panteísticas, añadiría que Vives es la sustancia y sus sucesores unos modos: que todos son unas cualidades, cuyo sujeto de inherencia es el talento de Vives. Este Cervantes de la Filosofía hirió de muerte al quijotismo escolástico, que mucho tiempo después fué a exhalar su último suspiro a los pies de uno de los discípulos más prosaicos de Vives, del canciller Bacon de Verulamio.» (RAMÓN DE CAMPOAMOR: *Discurso de recepción en la Real Academia Española*, 1862, página 29. El tema era: «La Metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje.»)

se, o bien que los ensueños son signos o bien que son causas de las cosas presentes, pasadas o futuras. No cabe duda que los ensueños no son causas, así en redondo, sino que son indicios o signos de humedades, como ya dije; son efectos de sus causas y no de otra cosa alguna, y esto, naturalmente. Todas las cosas naturales tienen su meta señalada, a la cual tienden, ya recta ya oblicuamente. No se ha concedido a los animales el soñar, para que, por este medio, se nos revele lo que está oculto y es abstracto, sino que soñamos porque la energía anímica, disponiendo de un órgano adecuado, aun cuando reposa el cuerpo, no sabe estarse quieta.

»Pero el caso es que a veces los sueños resultan verdad. Sí, pero es una pura casualidad, nada más que accidental, y no en virtud de una cualidad natural suya; no de otra manera que aterrados por efecto de alguna pasión o, por el contrario, seducidos por alguna esperanza, soñamos con peligros inminentes o con bienes que nos están reservados. Afuera de esto, cuando el ánimo abriga una tendencia vehemente hacia un objeto solo, éste es el que pasa por el pensamiento del que duerme. Finalmente, como dice Aristóteles muy bien, que como soñamos todos los días tantas y tan variadas cosas, no es de extrañar que excepcionalmente acertemos lo que va a suceder o lo que sucedió ya, pero que nosotros no lo sabíamos, como es fuerza que el que hace frecuentes disparos dé en el blanco alguna vez, aunque no sea precisamente lo que se dice un tirador.

»A veces la inteligencia superior infunde sueños con igual arte y fuerza con que ellos conmueven la fantasía. Aquellos sueños que bajan del cielo a saber de las mentes soberanas sirven para avisarnos de algún bien muy grande, público o privado, como en las Sagradas Escrituras se leen los sueños de Faraón, de Nabucodonosor o de José. Y no desacertadamente en Homero, Néstor ordena que se observe y examine con diligencia el sueño de Agamenón, caudillo del ejército griego, pues los sueños de otros no eran de tanto cuidado. Infunde sueños el demonio nada más que por engañar, acerca de cosas pecaminosas, vanas o superfluas, de guisa que no hay señal más evidente de que proceden de intento dañino cuando nos presentan como juguetes de esas ilusiones provocativas. Del fin puede colegirse la procedencia del sueño, por más que a veces, guiados de natural impulso y cediendo ante un afecto y convicción temeraria, le sospechamos ya celestial, ya hostil a nuestros deseos.»

Cuán grande y cuán sincero fué el amor de nuestro Vives, puede colegirse de muchos pasajes de sus escritos, en los que enaltece su estudio en soberanas alabanzas, con una total convicción que comunica a su discurso vida y ardimiento, que se manifiesta en los elogios que hace de la contemplación en la cual su espíritu se recrea lo mismo que cuando pregona la excelencia de las artes, él, su cultivador fervorosísimo, y al explicar el fruto que se recoge del conocimiento del griego y del latín; él, filólogo de una pieza, ¿y cuán enamorado del saber cuando predica glorias de la filosofía?

Si todo cuanto yo he dicho hasta aquí; si su entereza moral, su gran espíritu de mansedumbre y comprensión maravillosa para con aquellos que le contradecían y repugnaban su sentir, y aquella indulgencia de la cual, como de las otras virtudes, pueden sacarse muchos ejem-

plos de su vida y de sus escritos; si todo esto, digo, no conquista nuestro corazón a favor del filósofo; pero de todas maneras, no podemos menos de admirar a quien fué a la averiguación de la verdad por un camino tan recto, teniendo por guía la razón, que los filósofos más modernos, por boca de uno que vale por todos, y sobre quien a porfía derraman las mayores alabanzas, creen que ahora fué, por fin, hallada. Esto que se hizo por el aviso de Kant, príncipe de nuestros filósofos, a saber: que los fines de las disciplinas filosóficas fuesen regidos con mayor cuidado, las empíricas especialmente; verbigracia, la psicología, la metafísica, y que de la metafísica se extirpara todo lo vano, nuestro Vives no solamente lo advirtió, sino que lo puso en práctica. Su libro *Del alma y de la vida* rezuma antropología, limpia de todo lo que le es ajeno y redactada con tal método, que el más erudito y conocedor de la cosa que quiera tratar, pensará ser así que debía escribirse. De lo que él conoció por sus observaciones y experiencia, describe exactamente la naturaleza del ánimo y las variadas razones de su energía, sus facultades, sus hábitos y recoge con sumo cuidado las leyes a que están sujetas las operaciones del alma; nunca omite demostrar le verdad de sus conclusiones filosóficas, con ejemplos tomados del curso de la vida humana, y deja de lado todo lo vano, todo lo demasiado abstruso, todo lo que está vedado al humano conocimiento. En demostración de este aserto mío bastará ver cómo discurre nuestro filósofo de la esencia del alma y de su sede en el cuerpo. Después de señalar la diferencia que parece haber entre las operaciones del ánimo y de la materia, razona agudamente, y de ahí deduce que la naturaleza del ánimo es distinta de la materia; y continúa:

«De todo cuanto hemos dicho, fácil es colegir qué no es el alma; pero digamos ya por fin lo que es. Pero ello no puede hacerse directamente, puesta y como presentada a la vista la esencia desnuda del objeto, sino vestida y como en pintura, con los colores más propios y adecuados que podamos. El alma tendría que ser observada en sus operaciones, porque no está al alcance de nuestros sentidos, mientras que con todos éstos, así internos como externos, nos es dable conocer sus obras.

»Demuéstrase la bondad del Autor de la Naturaleza para con nosotros con grandes pruebas que brotan de todos lados; puso a nuestra disposición, con la mayor abundancia, todo aquello que nos conviene, y la señal más evidente de no convenirnos algo es el que esté apartado, sea raro y difícil de adquirir.

»No nos importa saber qué es el alma, aunque sí, y en gran manera, saber cómo es y cuáles son sus operaciones. Quien nos impuso nuestro propio conocimiento, no quiso que se entendiera con respecto a la esencia del alma, sino de los actos necesarios para la compostura de las costumbres, a fin de que, rechazado el vicio, vayamos en pos de la virtud.»

¿Puede, acerca de este punto, decirse cosa con mayor prudencia y agudeza? ¿No es verdad que aquí demuestra el mismo acumen ingenioso, el mismo criterio excelente que en lo que dice en el mismo capítulo acerca de la sede del alma?

«El alma—dice—está en todo el cuerpo, lo mismo que cada una de las formas (*effectio*) está en toda

su masa respectiva. Si en alguna de las partes no estuviese el alma, perecería aquélla, como acontece a un miembro encanijado. Por lo demás, ella ve por los ojos y oye por los oídos, de igual modo que el agricultor abre la tierra con el arado, la escarda con el rastrillo, la iguala con el cilindro, la cava con el azadón o pala; en el mismo caso estaría preguntar en cuál de aquellas herramientas estaba con preferencia el labrador. Por eso se ha creído más oportuno preguntar cuál es el instrumento principal del alma.

»Tampoco es muy discreta la pregunta, a la cual contestaremos: el ojo para ver, el oído para oír, como es la principal herramienta del agricultor el arado para arar, la escardilla para limpiar. El instrumento de toda inteligencia y conocimiento es el cerebro, y en el cerebro ciertas emanaciones sumamente tenues y luminosas; mas la fuente de la vida es el corazón...»

Entre aquellas cosas que los kantianos alaban hiperbólicamente como descubrimientos nuevos y casi divinos y que sus adversarios impugnan con una acometividad proporcionada a la hipérbole, ocupa el primer lugar aquello que aquel dios de los filósofos discurre acerca de los argumentos que se han de aducir en pro de la inmortalidad del alma. Es sabido que Kant una y otra vez, y harto copiosamente, enseñó que la fuerza de los argumentos supeditados por la razón especulativa a favor de la eternidad del alma es muy endeble, por no decir que nula; que es de la razón práctica de donde ese dogma trascendental ha de sacar sus argumentos. No es de este lugar exponer más ampliamente mi opinión acerca de este punto. Baste declarar en pocas palabras que yo, aunque no me atreva a suscribir a ojos cerrados las palabras de Kant en este punto concreto, como en muchos otros, no vacilo en añadir mi bola blanca a la sentencia de Kant. Con cuanto mayor detenimiento medité la inmortalidad del alma, y con cuanta mayor diligencia comparé los diferentes argumentos que le asisten, con tanta mayor claridad entendía que eran muy probables los argumentos especulativos y que el ánimo fácilmente se persuade que aquello que rectamente coligió, a fuerza de pensar y de raciocinar, así como tiene una verdad lógica también la tiene real. No obstante, los argumentos prácticos testimonian con claridad mayor la verdad de la cosa; que no tienen en su contra ninguno extraído de la misma fuente, pero que debilitan fuertemente o, por mejor decir, quebrantan del todo la fuerza de las objeciones teóricas. A pesar de todo, aun cuando el uso me haya enseñado que los argumentos morales en favor de la inmortalidad del alma poseen una eficacia admirable para persuadir el ánimo de cualquiera, la de los especulativos, que ningún filósofo prudente sacó a colación para las demostraciones matemáticas, no quita nada a la gravedad. Yo pienso que se ha de agradecer a la bondad de Dios que para el conocimiento de una verdad que a todos nos importa muy mucho conocer haya señalado varios caminos, de los que el uno al uno y el otro al otro, parécele más recto y más llano.

Por lo que toca a nuestro Vives, al cual se endereza todo ese discurso nuestro, tampoco él, en la demostración de la inmortalidad del alma descuidó la razón teórica; pero parece que se afirmó más en argumentos morales. Esto, en fin de cuentas, me fortaleció en mi sentir,

a saber, que con argumentos morales siempre y mayormente cada cual se persuadió, aunque él mismo lo ignorare, de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Merecedor es el capítulo de la inmortalidad del alma, en los libros tantas veces citados con elogios de nuestro filósofo, de que se lea todo entero. Yo solamente voy a transcribir lo que parece venir a mi propósito. Luego de haber aducido copiosos y variados argumentos, llevó su discurso a la conclusión de que, si el alma no fuese inmortal, la providencia de Dios no existiría; sigue diciendo:

«Estas tres verdades andan tan estrechamente unidas en nuestra convicción, que ni pueden disociarse ni es lícito separarlas: la religión, la providencia de Dios y la inmortalidad de nuestra alma. El que intentare atacar una sola de estas tres verdades, si alguno osare atacar alguna de ellas, afectaría los cimientos de las otras dos.

»Si no son inmortales las almas, no habrá premios ni castigos para las acciones buenas y las malas. En el transcurso de nuestra vida vemos tan mezclados y confundidos nuestros actos, que toda ella no es más que un mero fraude. No tiene, pues, Dios cuidado de nosotros. Y si lo tiene, ¿a santo de qué el culto que le tributamos? La religión y la piedad serían vanas y estúpidas creencias. Y vemos, sin embargo, que todos los hombres y las diversas naciones, por bárbaras que sean, ajenas y opuestas a toda civilización humana, se inclinan de suyo a profesar alguna religión, alaban y aprueban la modestia, la moderación, la gratitud, la piedad, la mansedumbre, la paciencia y la equidad; así que no pueden menos de ser buenas estas virtudes y preferidas a sus contrarios. Este hecho no tendría explicación si Dios no fuera testigo y Juez. Ellas son, pues, las que atestiguan que estamos bajo su cuidado y que debemos esperar en otra parte el premio de nuestra virtud. Y si allí está el premio de la virtud y el fin del hombre, allí, de cierto, vivirá el alma.»

En este pasaje que he aducido, aunque se echen de menos los términos kantianos y el orden de las nociones y enunciaciones sea distinto y se haga mención del premio de la virtud en el sentido de que sea un aliciente para el ejercicio de la virtud, que Kant rechaza; con todo, es fácil de ver que los argumentos morales de Kant en pro de la inmortalidad del alma han sido tomados de muy arriba y acomodados a la forma de la demostración; aparece con todo que nuestro Vives tuvo en su mente lo que Kant expuso con más extensión; a saber: que la inmortalidad del alma es exigida por razón práctica.

Pero basta ya. Añadir más ni me viene en gana ni me está permitido. Es suficiente lo dicho para demostrar la soberana prestancia de nuestro filósofo. ¿Quién será que habiendo reflexionado un momento en lo que de Vives hemos escrito vacile en suscribir las alabanzas con que Huldrico de Cook, que cuidó de la edición basileense de su obras, creyó que debía decorarle? (1) ¿Quién

---

(1) «Competían en él—dice—la rapidez de su ingenio inventivo, la sanidad de su mente, su singular destreza y felicidad para desarrollarlo todo, cosa que fácilmente verá quienquiera que lo lea. A esto se añadió un estudio asiduo y un trabajo incansable no en cultivar un solo linaje de doctrina, sino en agotar todo el campo de la Filosofía.» (HULDRICO DE COOK, en su *Carta nuncupatoria* a Daniel Wieland.)

no asentirá al profético anuncio de Conrado Gesner; a saber: que la gloria de la fama de Vives será imperecedera, por todos los que rindan culto a la sabiduría? ¿Y quién, finalmente, no aplicará a la memoria de nuestro filósofo los divinos versos del vate divino?

¡Dichoso aquel que pudo conocer las causas de las cosas y sometió bajo sus pies todos los miedos y el hado inexorable y el estrépito y el tropel del avaro Aqueronte! (1).

CAPITULO XXIV

LA MUERTE

En el diálogo de Vives intitulado *Comida estudiantil* (*Refectio scholastica*) se lee un pasaje que ilustra definitivamente el estado de decadencia física de Luis Vives en los dos postreros años de su vida mortal. La mesa, no tan austera como la del *Dómine Cabra* quevedesco, ha admitido hoy a un convidado: Nepótulo (1). Llega de Flandes:

—¿De qué ciudad de aquella provincia?—le pregunta el maestro.

—De Brujas—le contesta el muchacho.

—¿Dijiste de Brujas? ¿Y qué hace allí nuestro amado Vives?

—Dicen que hace atletismo, pero no muy atléticamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que está en continua lucha, pero con poco entusiasmo.

—¿Con quién lucha, pues?

—Con su mal de gota.

—¡Ah luchador felón que primero tira a los pies!

—Di, mejor, desalmado corchete que aprisiona todo el cuerpo (2).

—Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciese ciego?—preguntaron los discípulos a Jesús, que milagrosamente había de iluminar sus tinieblas.

La génesis de esa podagra que inmovilizó los pies de Vives como con un cepo y le trituraba los huesos como una muela, ¿tuvo un remoto origen inevitable o se debió a desórdenes personales? ¿Expió pecados ajenos o demasías propias el gran filósofo, atado, impotente como Prometeo en el salobre risco caucásico?

El doctor don Gregorio Marañón, en su preciosa obrita *Luis Vives* (*Un español fuera de España*), escrita con tanto entendimiento de amor y con tanta gracia de estilo, diagnostica la dolencia de Luis Vives con gran lucidez y con un cariño tal como no lo pondría en el más querido de sus enfermos. Dice:

«No se es gotoso al azar, como se puede ser tuberculoso o cardíaco, sino por una ley hereditaria que condiciona no solamente la probabilidad de adquirir esa enfermedad,

---

(1) Nombre fabricado por el propio Vives, como tantos otros de sus diálogos; significa *Pequeño sobrino*.

(2) El mal de gota, tan frecuente en aquel tiempo, especialmente en los medios intelectuales, teníase por incurable. Así lo dice Ovidio: *Solvere nodosam nescit medicina podagram* (No sabe la medicina disolver la pedregosa artritis de los pies).

(1) VIRGILIO: *Georgic.*, lib. II, 490-493.

sino también una cantidad considerable de rasgos peculiares del carácter y, por tanto, del pensamiento del presunto gotoso.

»El gotoso nace de un suelo característico que los antiguos llamaban artrítico y los modernos no sabemos llamarlo de otro modo más exacto, porque seguimos ignorando, casi como aquéllos, en qué consiste esa predisposición...»

¡Y si era lejano y si estaba abonado este suelo! Valencia, inmemorialmente, en los placeres de la mesa, en el comer y beber, se mostró descomedida. Y lo fué especialmente en la época foral, la que precedió inmediatamente a la de nuestro Luis Vives, según lo demuestra el erudito canónigo don José Sanchis Sivera, sagaz ilustrador de su historia doméstica. Allí, a la sombra del Micalet, mereciera haber nacido Pantagruel.

No deja de ser un hermoso sueño de Dante, trazado con aquellos eficacísimos rasgos indelebles que le dan calidad de tenacísimo aguafuerte, el retrato de la ciudad medieval que él encarna en su nativa Florencia:

Fiorenza, dentro dalla cerchia antica,
ond'ella toglie ancora e terza e nona,
si stava in pace, sobria e pudica.

Non avea catenella non corona,
non donne contigiate, non cintura,
che fosse a veder più che la persona (1)

Este es un bello sueño que acaso nunca tuvo realidad. ¡Los toques litúrgicos mesurando el paso de las horas; la ciudad casta dentro del cinturón de sus antiguos muros! Ojalá fuera verdad tanta belleza. Las ciudades italianas, en el siglo XIII, hartas veces fueron emporio de los Siete Pecados y un sordo hervidero de odios municipales, que son los más ruines e implacables de los odios.

Y este fenómeno de las ciudades tan bellamente soñadas por los poetas y tan feamente pintadas por los cronistas, es un fenómeno frecuente aún aquí. La lejanía las purifica. La elegía las absuelve. El Tiempo, anciano divino, esparce sobre ellas sus flores y su perdón. Pero el cronista, que las sorprende en un momento cualquiera de su vida íntima, enmienda, empeorándola, la añoradiza y mágica y engañosa visión.

Los valencianos de la época foral comen y beben copiosísimamente. La gula es uno de los vicios capitales predominantes en la Edad Media. Y la Valencia foral abastada de todo, la Valencia que es el propio asiento de la amenidad y que la Abundancia riega con su cuerno lleno no está ni con mucho exenta de este vicio grasiento y perezoso, tan hermano de la lujuria. San Vicente Ferrer, que, como fustigador de los pecados de su época, es un auténtico y veraz costumbrista, pinta de mano maestra a su ciudad natal, obediente y esclava del vientre muchas veces al día. Y dice en su vivaz y colorido lenguaje valenciano:

—*E perquè no almorzariem per lo matí e beure un poc, e aprés, hora de tercia que'ns dinassem e quan vindria el mig jorn que berenassem e puis sopar al vespre?... E així es fa ara que quatre o cinc vegades menjaràn e perço quanta es la nostra vida que ja a quaranta cinc*

---

(1) Florencia, dentro de los antiguos muros,—donde ella todavía tañe a tercia y a nona,—manteníase en paz, sobria y púdica.

No lucía collares, ni corona,—ni mujeres ataviadas, ni cintura,—que fuese más de ver que la persona que la llevaba. (*La Commedia*, «Paradiso», XV, 95 y siguientes.)

anys los homens son vells e'ls tremola la barba e les mans; e les dones podrides que beuen lo vinaç que de tres passes les sentiràn que els put l'alè e a molts homens tambè...

Hay que reconocer que este caro vicio de la gula, que en muchos lugares es prohibitivo, en Valencia es asequible y aun obvio. Su albufera es rica de caza y es pescoso su mar; es sabia su cocina y su repostería es exquisita. Cuando por su excesiva abundancia no puede comer sus productos vegetales en su propio jugo, los aliña y los adoba. Confecciona *citronat, pinyonada, matafalúa, carabassat aleixandrí, llimóns confits, arrops, pomes confites, dragea, neules,* etc. Valencia bebe mucho y bien; bebe *vi blanc e vermell, vi grec de Nápols, vi de melvasía, montonac.* De Valencia era el proveedor y de Valencia era el vino que bebía la reina doña María, esposa de Alfonso V *el Magnánimo,* que estimaba, sobre todo, el vino de *Madona Mercadera,* y que habiéndola en determinada ocasión obsequiado el infante don Enrique con una carga de vino blanco y otra de tinto, luego de haberlas consumido, le escribió: «Vos certificamos que era muy fino e podeis bien creer car ya es espendido, do podeis conocer que somos buena bevedora...» Tan buenos bebedores como su bonísima reina doña María eran todos los valencianos. Y teniendo tanto que comer y que beber, ¿quién se preocupa de otras cosas? Hay que acallar los rugidos del vientre, que dice San Jerónimo.

Valga un caso por todos. El día 25 de octubre del año 1472, hallábase en Valencia el obispo de Sigüenza, don Pedro González de Mendoza, y el cardenal Rodrigo de Borja, que debía ser Papa con el nombre de Alejandro VI, le obsequió con un banquete opíparo. El salón donde se celebraba la fiesta se hallaba decorado con riquísima tapicería de damascos, sedas y *draps de ras.* Presidía el salón un grandioso aparador adornado con rica y variadísima vajilla de plata y una mesa artísticamente alhajada, en la que se destacaba, formada por guirnaldas de hierbas olorosas, la leyenda episcopal del ilustre huésped: AVE MARÍA, GRATIA PLENA. Varios músicos trenzan sutiles melodías. Lávanse las manos los convidados en riquísimos aguamaniles de plata. Sácanse siete grandes coperos llenos de *jengibre,* planta aromática que se mezcla con las salsas y las sazona. Preséntanse siete grandes platos con dos pavos cada uno y muchas perdices; los pavos tienen las cabezas doradas, y de los cuellos de las perdices cuelgan cartelitos con el escudo de los Borjas. Sacan luego cuatro platos, cada uno de los cuales es llevado por cuatro hombres, con grandes pastelones formados de carne de capones, gallinas, pollos, ocas, ánades, palomos, ternera, cabrito y otras viandas, todo mezclado con tocino. Cada uno de estos platos hace su entrada en la sala al son de trompetas y otros instrumentos. Finalmente son servidos dos soberbios platos, que ofrecen el aspecto de un gran montón de verdura, en cuyo centro está un pavo real, con todas las plumas del cuello, alas y cola, con la cabeza intacta, y lanza por el pico un chorro de agua perfumada. Y después de estas viandas, viene la *comida blanca...* ¡Qué rico suelo el de Valencia para la nudosa gota, el luchador felón que tiró a los pies de Luis Vives, el feroz corchete que le encadenó todo el cuerpo!

Menos la mano. La mano de Luis Vives escribía velozmente, afanosa-

mente, dócil a su mente clara y a la pujanza de su voluntad en las postrimerías de su vida. *Dies truditur die.* Un día empujaba a otro día, y un libro de Vives empujaba a otro libro. Los últimos fulgores de su pensamiento, las últimas huellas de sus sarmentosos dedos de artrítico son el tratado *Del alma y de la vida* (jamás voló por aire tan sereno y tan vestido de no usada luz su mente) y *Ejercicios de la lengua latina* (jamás Vives acarició el estilo con más cariño como un primoroso orfebre lento). Esta es su doble cosecha del año 1538. Luego, sobre la noble vida se abate el silencio, del cual no asoma más que una promesa. En el tratado *Del alma y de la vida* promete una obra apologética. Y no quedó defraudada la promesa. Cuando la muerte detuvo su pluma, quedó encima de su pupitre, tibia de la mano que iba a helarse para siempre, su obra *De Veritate fidei christianæ.* Es su predicación póstuma. *Defunctus adhuc loquitur.* Es el último golpe de martillo sobre su yunque de Cíclope. Es su postrer esfuerzo; es su duodécimo trabajo de Hércules.

Toda su vida tuvo Luis Vives una salud ruin. De niño, en su nativa Valencia, postrado de fiebres, y, sin duda, a hurto de la vigilancia de la severa Blanca March, que nunca le rió, con mala boca comió cerezas, que le produjeron una gastritis que le enemistó decididamente con la rica fruta, fresca e innocua golosina pueril. A los veintisiete años apenas osa tímidamente prometerse diez más de vida, en su idea de restaurar las *Artes,* sanándolas de la corrupción. De la fiera pelea que luchó con aquel atleta del pensamiento cristiano, Agustín de Hipona, bajo los muros de la *Ciudad de Dios,* sale Vives apabullado y maltrecho, con una horrible cefalalgia, como si encima de su cabeza gravitaran diez molinos y con una oftalmía pertinaz que le hacía la luz aborrecible. El clima ventoso, brumoso y húmedo de Inglaterra no tiene clemencia para quien abrió los ojos a las claridades mediterráneas y a la blandura del cielo levantino, y su régimen dietético le estraga la salud. Esa misma Inglaterra hostil exporta a Flandes una epidemia de fiebres malignas, que llegan a Brujas, y de esta su patria de elección se expatrían Luis y Margarita, yéndose a Lila, de donde los expulsa la epidemia también, restituyéndose la mujer a su hogar de Brujas y yéndose el marido a París, con su cuñado, Nicolás Valldaura, que allí estudia medicina. Luis Vives, en su tratado *De corruptis artibus,* refiriéndose a la corrupción de la medicina, había escrito estas palabras: «Como sea que a quienquiera su propia salud y bienestar le son entrañables y los tiene por recomendadísimos, acontece que a todo aquel que nos promete mejoría le prestamos oído dócil con tanta mayor atención cuanto más la enfermedad escuece y más nos quema la antorcha del sufrimiento, hasta un punto tal que, decepcionados y engañados, y no una vez sola, volvemos a las andadas, sin acordarnos del fracaso primero, si ya no es que uno, harto de desengaños personales y ajenos, cobró un odio ciego a la profesión y teme mayores peligros de esa arte, desgraciadamente experimentada en sí y en otros, y no son pocos los que de éstos hay; pero son muchos más los otros, porque son casi todos los que a ciegas dan crédito y se entregan confiadamente en manos de quien les promete salud...» Uno de estos casi todos era el cuitado Luis Vives. Aquel gran vivista que se llamó Lorenzo Palmireno, valenciano

como él y casi coetáneo suyo, en su obrilla *El estudioso cortesano*, trae, tomándolo del médico portugués Amato, en sus *Curationum Medicinalium Centuriæ XVII*, este testimonio revelador, si es cierto:

«Juan Luis Vives vivió poco y paralítico, por haber tomado sin orden de médicos, con consejo de menestrales, el agua o decocción del palo que en Indias llaman Gayacán.»

En una carta sin fecha, dirigida a su gran amigo y protector don Luis de Flandes, señor de Praet, le dice Luis Vives:

«Tiempo ha que no recibo carta alguna tuya; pero yo más me precio de tu voluntad para conmigo, que sé que es suma y singular, que de las cartas. Ahora de poco os escribí al César y a ti; tengo vivo deseo de que os fuesen entregadas esas misivas, y así espero que ha sido. A mí, esa podagra mía me ocasiona sufrimientos indecibles; ya trepó hasta mis rodillas, ya alcanza mis manos, ya se llega a mis hombros. ¿Cuándo será el fin de esa tan mísera cárcel? ¡Ojalá, cuando ese fin llegaré, esté yo en gracia con Cristo...»

El postrer bienio de la vida mortal de Vives, tan asendereada y cruzada de caminos, tan inquieta, tan anfibia, parece que se encalma en un remanso apacible, en un tranquilo mar muerto. Su vida profunda que era un río

Non molto ha corso che trova una lama
nella qual si distende e la impaluda.

Juan Luis Vives está en Breda. El antepenúltimo año de su vida lo pasó todo en Breda. ¿Habéis visto alguna vez, en su maravilloso original, el cuadro de *Las lanzas?* Una luz varia, un cielo tierno y alto, una vaga amatista de montañas lejanas, el deliquio de unas tranquilas humaredas, componen la melancólica solemnidad del paisaje holandés, en que se adivina más que se ve la soñada ciudad de Breda en el trance de su heroica rendición. Pues bien: en la misma sinfonía de plata y de zafiro en que habían de mojar sus picas los soldados del marqués de Spínola, bañáronse prolijamente los pobres ojos enfermos de Luis Vives, que harto pronto, con sus dedos fríos, había de cerrar la muerte, y que ya en aquellos días parecían pedir la limosna de un sueño largo en el regazo de la madre tierra y decir, como el Moisés de Alfredo de Vigny:

Laissez-moi m'endormir du sommeil de
[la terre.

El día 2 de julio de 1538, festividad de la Visitación de Nuestra Señora, dió fin Vives a los coloquios que van bajo el modesto título de *Linguæ latinæ exercitatio*, tan modesto que no deja entrever la grandeza del pequeño libro. A fines del mismo año—más concretamente, a los dieciséis días corridos del mes de diciembre—continúa en Breda todavía, pero espera la primavera próxima restituirse a su hogar brugense, a su nido dulce como Erasmo, que no lo tuvo jamás, le decía, quién sabe si con una secreta envidia. Nunca sabe tan dulce el nido como cuando se está pronto a tomar el vuelo de él. Sabémoslo por una carta, fechada aquel mismo día, enderezada a Juan Maldonado. Dícele:

«A ese Santiago Astudillo que me recomiendas aún no le vi porque estoy ausente de Brujas, donde debía verme y donde espero que me verá la primavera próxima. No pien-

so antes poder abandonar a Breda, porque no parezca que dejo abandonada a sus frías soledades a la marquesa en el gran duelo de su viudez reciente...»

¿Quién era esta marquesa anónima que quiere para sí la apacible y consoladora compañía de Vives en su trance amargo, y qué derechos tenía a retenerle avaramente a su lado? La conocemos por modo fugaz y de cuando era una mozuela. De ella había escrito Vives quince años atrás en su *Mujer cristiana*:

«En mi Valencia yo veo cómo va creciendo en discreción y en años doña Mencía de Mendoza, hija del marqués del Cenete, que, si no me engaña la esperanza, será loada en su día.» La esperanza no engañó a Vives, y doña Mencía fué copiosamente alabada por sus letras y su elegante mecenazgo.

Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete y después duquesa de Calabria, era hija mayor de don Rodrigo de Bivar y de Mendoza, primer marqués de aquel título, creado en 1492, hijo natural del cardenal de España don Pedro Gònzález de Mendoza y de doña Mencía de Lemos. Poseedora de una fortuna cuantiosísima, fué casada por Carlos V (1) con el conde de Nassau, en el mes de junio de 1524, cuando ella contaba no más que dieciséis años de edad. Muerto este primer marido en 1538, por causa de cuya viudedad Luis Vives prorrogó la estada en Breda para su consuelo, el propio emperador, que concertó su primer matrimonio, quiso casarla con el hijo del marqués de Mondéjar; pero ella no se avino de momento a segundar sus nupcias. Con todo, tres años después, en 1541, a los trece de enero, casó con don Fernando de Aragón, duque de Calabria, viudo de la reina doña Germana de Foix, viuda a su vez de don Fernando *el Católico*. También para doña Mencía las Parcas hilaron muy cortos estambres. Como al propio Luis Vives, como a Margarita Valldaura, no le fué concedido superar el decenio de la cuarentena. Murió malograda a los comienzos de su otoño, a los cuarenta y cinco años de su edad.

Como Luis Vives se prometía, esta dama egregia fué con harta justicia alabada, por su preclaro ingenio, de dos de los más altos exponentes de la cultura hispánica de aquel siglo: Alfonso García Matamoros y Juan Ginés de Sepúlveda. Para el primero, bravo apologista de la española erudición, la marquesa del Cenete puede competir en talento y saber con las más célebres mujeres de la antigüedad griega y latina, y aun con la propia Aspasia de Jenofonte, que en una asamblea de sabios osó disputar con el mismo Sócrates (1). Y Juan Ginés de Se-

(1) Desde Burgos, a los 25 de junio de 1524, don Martín de Salinas escribía al infante don Fernando: «Su Majestad ha trabajado mucho de llevar a cabo el casamiento del Conde de Nasaot (Nassau), y ha hecho venir en esta cibdad a la Marquesa del Cenete. Fué muy bien recibida de toda la Corte y aposentáronla en la casa del Conde de Salinas con la Reina de Portugal. Es gentil dama y tan muger como si hobiese treinta años...» (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, julio-septiembre 1903.)

(1) El texto de Matamoros dice así: *Prodeat in aciem lectissimus feminarum chorus qui de ingenio et doctrinæ laude cum græcis et latinis generose admodum certet. An non ego jure opponam excellentem Calabriæ ducem Zeneti Marchionam Aspasiæ Xenophontis quæ quondam in conventu eruditorum ausa fuerit cum Socrate inductionibus disputare?* (*Opera omnia*, 1769-1776.)

púlveda, en una carta expedida desde Madrid en agosto de 1540 a la marquesa del Cenete, que deseaba establecer con él correspondencia escrita y conocer sus actividades intelectuales, la llama *Princesa ilustrísima y honra y prez de las mujeres.*

La gentileza física de que hizo gala doña Mencía en Burgos en la víspera de su casamiento, cuando siendo tan niña se mostraba ya tan mujer, degeneró con los años en una obesidad descomunal, que atrajo sobre su persona toda suerte de incomodidades y, lo que es peor, chistes crueles. Copiosamente se cebó en ella la insolente dicacidad del malévolo y lenguaraz don Francesillo de Zúñiga: «Don Rodrigo de Mendoza... tuvo una hija que le sucedió en su casa después, más redonda que Tierra Firme y más ancha que el campo de Josafat, adonde ha de parecer en carnes vivas.» Con nuevo encarnizamiento y con irreverencia igual, dice que «parece colchón de holanda lleno de algodón; Guadiana, cuando sale de madre... Meneándose e queriéndose sentar quebró un estrado e hundió un entresuelo» (1).

En veneno más sutil mojó la punta de su dardo una dama, doña Ana de Castilla, gran señora de Toledo, quien en un corro de envidiosas maldicientes, comentando los humos que decían haber cobrado doña Mencía por su matrimonio con el duque de Calabria y la poca crianza y altanería de su trato, dijo: «No tiene razón, por cierto, porque la vaciaron de vino y la hinchieron de viento.» Refiere esta anécdota Luis Zapata, en *Memorial histórico español*, XI, página 389.

(1) *Crónica*, caps. XXIX y LXXXIV. Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra: *Obras raras.*

Esta su exagerada enjundia le ocasionó una insufrible corrupción y un sinfín de padecimientos molestísimos, que le acarrearon la muerte prematura (1).

Venturosamente no la ha visto así la posteridad. Existe de ella una abundante iconografía. Doña Mencía aparece muy bella en el retrato de Bernardo Van Orley, del Museo de Berlín. También conserva su efigie el Museo de Munich, robusta, pero no gruesa en exceso. Figurémonosla como la presenta el pincel de sus iconógrafos, y no como la desfiguró la enfermedad y la vió la sarcástica mordacidad de sus envidiosos. Veámosla como mereció ser y parecer esta dama ilustrísima, que ofreció a Luis Vives tan regia hospitalidad, que en el trance amargo de su viudez le fué pagada con bálsamo de filosóficas y cristianas consolaciones; que mantuvo trato afectuoso con los más ilustres ingenios de su tiempo; que leyó en el *Arbre de Ciencia*, de Ramón Llull, acaso en su común idioma original; que no desconocía los *Adagios*, de Erasmo, que como la obra luliana figuraban en la riquísima biblioteca reunida por su padre, y que con larga mano favoreció la ampliación de la Universidad valentina, cuyas humedades y cuya roña dejó consignadas Luis Vives en su *Triunfo de Cristo*,

(1) En un *Libre de memories de la Ciutat e regne de Valencia* (Biblioteca Nacional de París (Españoles, 147), citado por el padre José March: *Niñez y juventud de Felipe II*, se lee referido a doña Mencía: *Es cosa certa que cabia en cada calsa de la dita señora duquesa sis almuts de forment y no podia resollar per lo nas, sino per la boca y cada matí les dames li posaven desfiles bañades en aigua ros por tots los doblechs dels brassos y mamelles perque no se escaldas.*

cuando mozo aún le perseguían los no gratos recuerdos de sus estudios universitarios en su ciudad nativa. A doña Mencía dedicó Vives, y en su propio palacio de Breda lo acabó el año anterior de 1537, la *Interpretación alegórica de las Bucólicas de Virgilio*, trasladando a lo *divino* el somo sentido pastoril que ofrecen los versos del divino poeta. ¡Oh, cuántos y cuán altos sentidos insospechados descubrió la cristiana piedad de Luis Vives bajo la envoltura de los amores arcádicos:

O quoties et quœ nobis Galatea locuta [*est!*
Partem aliquam, venti, divum referatis ad aures (1).

Del último año de la vida mortal de Vives no sabemos nada; sólo nos es dado presumir el inexorable crecimiento de su enfermedad, que, como el monstruo Gerión, era tricéfala: gota, cálculos y fiebres, trabajando con encarnizamiento cruel, con saña nocturna, con saña diurna, sobre un organismo agotado. Sobre la piltrafa de su carne, andrajoso vestido de un gran espíritu, no más le quedaba la cabeza, firme como un alcázar, serena como un templo antiguo. Con pies callados, en negro día, la muerte, sigilosa, se acercó a Juan Luis Vives y le selló la frente augusta con su beso frío.

Cum bona sit Christi gratia!

¿Quién duda sino que Luis Vives murió en el ósculo de Cristo? Ello ocurrió el 6 de mayo de 1540. Esta fecha que da el epitafio que copiaremos un poco más abajo no concuerda con el obituario de la iglesia de San Donaciano, en donde recibieron tierra sagrada los despojos mortales. La fecha que da el libro de óbitos, ¿será la del día de su inhumación y no la del día de su muerte? Así lo cree el tantas veces citado conservador de los Archivos del Estado, de Brujas, Emilio Vanden Busschen, en su utilísima monografía.

Depositada quedó *su carne afligida y envejecida, sus huesos quebrantados y humillados*, para hablar con las palabras solemnes de un profeta de Israel, en un nicho construído frente al altar de la capilla de San José, en el templo de San Donaciano. Y como el mismo profeta de las *Lamentaciones*, el gran Pensador creyente pudo decir: *Habitador soy de las tinieblas, como los muertos seculares. Cercado estoy de todos lados sin posible evasión, reciamente aherrojado de cadenas, y cerrados están todos mis caminos, con muros de piedra tajada* (1).

Al otro lado de la tumba, amputada de su dulcísima mitad, cruelmente sangrante por la parte del corazón que se le había adherido, envuelta en llanto y en lutos se quedó Margarita Valldaura, viuda, sola, vacía. La perdonó la muerte porque todavía la quedaba algo por hacer...

Bien sé que no ofenderé los manes del filósofo valenciano si traigo aquí el paralelo de su unión con la honestísima hija de Clara Cirvent con el matrimonio de Séneca y su santa mujer Paulina.

---

(1) ¡Traed, oh vientos, alguna parte de esas castas dulzuras a los oídos del cielo!

(1) En el libro de Fábrica de San Donaciano, a los 9 de agosto del año 1541, quedó consignada esta cuenta: *Pro spoliis perpetui anniversarii magistri Ludovici Vives, XI lib., XII sol., VI din., pro jure sepulture eiusdem.* VANDEN BUSSCHEN, obr. cit., pág. 37.

En la inalterada paz de aquel ejemplarísimo hogar español de Roma estalló una vez una discordia cariñosísima. Sentíase enfermo el filósofo cordobés perpetuamente valetudinario. Aquejábale una fiebre que él creía no ser de su cuerpo, sino ocasionada del lugar, y aderezaba y acuciaba la huída a su finca Nomentana. Paulina obstinábase dulcísimamente en no dejarle marchar, y contra la insistencia de Paulina, que hubiera quebrantado peñas, Séneca mantuvo su propósito, dócil precisamente a la voluntad de su joven esposa, que le encarecía a todas horas el cuidado de su salud. Y el filósofo cordobés escribe a Lucilio:

«Sabiendo yo que la vida de Paulina gira en derredor de la mía, atendiendo yo a la mía, empiezo a mirar por su salud, y fortalecido por la edad para resistir muchos embates, pierdo esta ventaja de la ancianidad, pues me ocurre pensar que en esta mi vejez late una vida joven, que merece toda suerte de miramientos. Así que no pudiendo yo alcanzar de ella que me ame con más fuerza, puesto que ello no es ya posible, consigue ella de mí que yo me quiera a mí mismo más cuidadosamente. Hay que condescender con estos afectos honestos, y de cuando en cuando, por más que algunos motivos nos fuerzan a morir, hay que retener por amor de los nuestros, y aun a pesar de los sufrimientos, al alma que ya está a flor de labios, puesto que el hombre debe vivir, no mientras el vivir es grato, sino mientras es conveniente. Aquel que no considera a su mujer y a su amigo merecedores del sacrificio de quedar más tiempo en la vida y se obstina en morir, es un hombre alfeñicado. Impóngase a sí misma el alma este deber, mientras lo exija la conveniencia de los suyos, y deténgase en su camino, no ya si desea morir, sino aun cuando hubiere comenzado a morir, y haga ofrenda de sí a los suyos. Propio de un alma grande es volver a la vida por ajena causa, y cosa es que han hecho con frecuencia varones egregios.»

¡Qué lástima que el amor de Margarita Valldaura no consiguiera de Luis Vives, como Paulina de Séneca, que se quisiese más a sí mismo, en cuya vida tenía ella sus raíces y en cuyas venas latía la vida de su mujer! ¡Y cómo lamentamos, y con nosotros lamenta la Humanidad, que, para decirlo con las propias palabras de su marido, que conceptuaba ser el sumo de los elogios, que su mujer, ni aun en los primeros días de su enlace, le hubiera hecho perder ni siquiera una hora, que con sus insistencias, aun haciéndole perder algunas horas, no hubiera prorrogado su preciosa vida todos los años que de su edad, a deshora cortada, era dable prometerse y razonable esperar!

Yo me imagino a Luis Vives en la apacibilidad de su hogar brugense, engolfado y náufrago en su riquísima vida interior, enjambrada su frente de pensamientos dulces y fuertes, su cabeza firme, vibrante y envuelta, como una campana, en su propio tañido, ajeno a todo lo que no fuese su propia actividad y su fecunda creación. Y me imagino a Margarita, silenciosa y reverente, las manos de lana, de fieltro los pies, consagrada a las humildes faenas de una casa de pobres. No hacía más ruido su aguja hacendosa que el que hace una araña cuando teje su tela. Allí no se oía más que el leve chirriar, el vuelo dócil de la pluma de ave, que guiaba su marido con pulso febricitante, salpi-

cando las blancas páginas de oscuro rocío, de pequeños y densos garabatitos...

Y esto era lo que le quedaba por hacer a Margarita antes que sonase la hora de acudir a la irrevocable cita de su marido: recoger aquellos garabatitos geniales, aquellas patitas de araña que, frágiles y todo, tienen la solidez de los sillares que constituyen una catedral y la perennidad del bronce de que se hace un monumento.

Dice el Evangelio: *¿Qué mujer hay que teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende su candil y barre la casa y busca con diligencia hasta dar con ella? Y así que la hubiere hallado, junta las amigas y las vecinas y les dice: Felicitaos conmigo...*» Así que la casa de Margarita Valldaura quedó vacía, pero llena y colmada de la presencia del eterno Ausente, encendió su candil y exploró los rincones en busca del tesoro abandonado. Con esa piadosa búsqueda implacable, como quien amontona hojas de las que se lleva tras sí el octubre, reunió la mujer fiel la ingente cosecha final del tratado apologético *De veritate fidei christianæ*. Con mayor y más poderosa razón que la aliñosa mujer de la parábola de San Lucas, Margarita Valldaura puede decir con la más legítima de las satisfacciones, a las generaciones cristianas que por el libro salvado sintieron su fe robustecida:

Congratulamini mihi.

Y con efecto, Margarita Valldaura, la mujer leal, la viuda igual de Luis Vives, se hizo acreedora al más entusiasta y efusivo de los parabienes.

Y ahora sí que ya no le quedaba nada por hacer, más que ir a reunirse con su marido. Y un buen día, con pasos quedos, con golpes tímidos de amor y de esperanza, deslizándose en la sacra penumbra de la iglesia de San Donaciano, la viuda de Luis Vives fué a pulsar la hosca pared taciturna, detrás de la cual dormía su marido, para que, como en vida, le cediera la mitad de su lecho. Ello aconteció el día 11 de octubre del año 1552.

Adosado a un muro, debajo de la ventana de al lado de la puerta lateral de San Donaciano, que daba al burgo, durante muchos años pudo verse una tabla en la que estaban representados Luis Vives y su esposa, con sus respectivas armas y con esta inscripción:

JOANNI LUDOVICO VIVI
VALENTINO
OMNIBUS VIRTUTUM ORNAMENTIS
OMNIQUE DISCIPLINARUM GENERE
UT
AMPLISS, IPSIUS LITTERARUM MONUMENTIS
TESTATUM EST CLARISSIMO
ET
MARGARETÆ VALDAURÆ
RARÆ AUDICITIÆ
OMNIBUSQUE ANIMI DOTIBUS MARITO SIMILLIMÆ SEXUSQUE FEMINEI ORNAMENTO
UTRISQUE
UT ANIMO ET CORPORE SEMPER CONJUNCTISSIMIS ITA HIC SIMUL TERRÆ TRADITIS
NICOLAUS ET MARIA VALDAURA
SORORI ET EJUS MARITO B. M.
MAESTISSIMI POSUERUNT
VIXIT
JOANNES
ANNIS XLVIII, MENSIBUS II, MORTUUS BRUGIS, PRIDIE NONAS MAII M.D.XL.
MARGARETA
VIXIT ANNIS XLVII, MENSIBUS TRIBUS, DIEBUS IX
OBIIT PRIDIE IDUS OCTOBRIS ANNO M D.LII.

Esta es su puntual traducción:

«A Juan Luis Vives, valenciano, varón esclarecido en todos los or-

namentos de las virtudes y del saber en cualquier linaje de disciplinas, como acreditan los gloriosos monumentos literarios que él dejó; y a Margarita Valldaura, dama de rara honestidad y en grado extremo semejante a su marido en todas las dotes del espíritu, prez del sexo femenino, y a ambos unidos como siempre vivieron en alma y cuerpo y aquí entregados a la tierra, a una los dos, Nicolás y María Valldaura, afligidísimos, dedicaron este recuerdo a su hermana y a su marido ejemplar. Vivió Juan cuarenta y ocho años y dos meses, y murió en Brujas a los seis días de mayo de 1540. Margarita vivió cuarenta y siete años tres meses y nueve días. Falleció a los once de octubre de 1552.»

LORENZO RIBER.

Madrid, Colegio Mayor Ximénez de Cisneros, a los 11 de diciembre, fiesta del Papa y poeta español San Dámaso, de 1946.

OBRAS DEVOTAS

TRIUNFO DE CRISTO
(CHRISTI IESU TRIUMPHUS)

OVACION DE LA VIRGEN MADRE DE DIOS
(VIRGINIS DEI PARENTIS OVATIO)

(PUBLICADAS EN UN SOLO OPUSCULO, EN PARIS POR JUAN LAMBERT. ¿1514?)

TRIUNFO DE CRISTO

EPISTOLA NUNCUPATORIA

AL ILUSTRÍSIMO PADRE BERNARDO MENSA, OBISPO DE HELN: SALUD

Conozco a muchos, venerable prelado, que si tuvieran el propósito de dedicarte alguna obra, a buen seguro tendrían empacho de dedicártela de tan pequeño volumen como ves ser esta obrecilla mía. Aun cuando su chico ingenio (como dirían ellos) fuese capaz de excogitar cosa mayor, con todo afirmarían que aquella obra no es digna de persona de tanta calidad, aun cuando la creyeran merecedora del aceite de cedro y de la inmortalidad. Mas luego que hubieren confinado en un tugurio angosto una materia espléndida, viérasles excusarse con toda suerte de rendimientos si no es tal como tu dignidad requiere, dando a entender que no había que mirar al don, sino a la voluntad. Y reproducir a continuación aquellos tópicos del prólogo de Plinio, a saber: *que no había que culpar a los que daban culto a los dioses del ofrecimiento de una mola con sal, puesto que a mano no tenían incienso.* Y a pesar de todo eso, ellos estaban persuadidos que el incienso más macho y más odorífero lo tenían ellos. Yo estoy muy lejos de hacer esto, pues, aparte de que mi opinión es muy otra, soy enemigo de declaraciones previas, y aún querría que eso fuera lo que los otros evitaran con el mayor cuidado, pues esto es propio del hombre libre y

digno, mientras que lo contrario es cosa de ingenios dolosos, engañadores y fulleros.

Yo pienso así acerca de mi *Triunfo de Jesucristo*. El asunto es tal que en él debiera ocuparse el cristiano a quien yo formara, de noche y de día, más que en el estudio y conocimiento de imposturas. Allende de esto, es un tema religioso y digno de todo hombre sin distinción. Si se juzgan dignos de ser leídos y releídos los libros de Tito Livio, de Lucano, de Suetonio (prescindo de momento de los de Quinto Curcio, de Plutarco de Queronea, de Cornelio Tácito, de Trogo Pompeyo y otros de este mismo género), porque cuentan las guerras, los triunfos, los hazañosos hechos de los héroes de Roma, ¿qué no pensaremos de los combates, de las ovaciones y de los triunfos de nuestro Cristo, de nuestro Dios, de nuestro Libertador, de nuestro Padre, que de nosotros mereció tanto bien? ¿Hemos de desecharles? ¿Habremos de tapiar nuestros oídos cuando las oiremos leer, o cerrar nuestros ojos cuando se ofrecieren a nuestra vista como si se tratase de un veneno o de puros delirios? Eso mismo es lo que creo yo que debe hacerse con aquellas bagatelas y necedades. «Pequeño es tu libro, dirás, y me cabe en el puño.» Lo reconozco. Pero ¿por qué no penetras en su interior? Entra en él enhorabuena. Allí están los dioses y las diosas todas. Si deseas abundancia de papel, cómpralo de los bibliopolas en la cantidad que quieras; por lo demás, el papel de buena calidad es muy difícil de conseguir. Aventúranse muchos a escribir así en ecuestre como en pedestre estilo mucho más de lo que se cree que puede ser escrito. Eso está bien. Y los escribientes, al fin de cada año, tienen innumerables cédulas escritas, de las cuales de ninguna manera se vanaglorían (y no deben hacerlo ciertamente) y nuestros escritores parietarios, en las calendas de octubre, embadurnan de versos tontos los corredores y los patios de las Universidades. Dedícote, pues, esta obra porque pienso que conviene singularmente a tu espíritu cristiano y a esta dignidad tuya. Quédate adiós.

París, mes de abril, año del Señor 1514.

TRIUNFO DE CRISTO

Hoy es el día festivo de la Resurrección del Señor, celebrado por los cristianos en todo el haz de la tierra, y ello principalmente porque con resucitar de entre los muertos ese día consumó Jesús la obra de su redención y a todos nosotros nos hizo inmortales, participantes de una vida que no tendrá fin. Habiendo, pues, antes del mediodía, cumplido con la Iglesia yo y Juan Fort, camarada mío, y Pedro Iborra, filósofos ambos de una singular agudeza, convinimos en que en el mismo templo adonde habíamos acudido por la mañana volveríamos la tarde a leer y oír lo que nos restaba de los divinos oficios. Cumplido este convenio lo mejor que pudimos, ruando calles y plazas, en el vestíbulo de la Universidad topamos de manos a boca con Gaspar Lax de Sariñena, profesor nuestro, varón de ingenio sumamente pers-

picaz y de una memoria tenacísima. Saludámosle con cariño, como era nuestro honroso deber, y él nos devolvió el saludo cariñosamente y, cumplido caballero como es en todo, nos significó el gran gusto que tendría en que nos dignásemos cenar con él. Negámonos de momento, pero muy luego nos rendimos a su afectuosa insistencia. Entrados en su morada, llegaron Miguel Santángel y Francisco Cristóbal, valencianos como yo, trayendo un *Libro de Horas* para enseñarlo a Lax. Durante la cena, contemplándole yo con renovado ahinco y tratando de las miniaturas que en él se habían de pintar: «Aquí—dice Lax—está miniado el triunfo de César, el dictador. Mucho más valdría esa miniatura si en vez del triunfo de César, hombre no bueno del todo, representase el triunfo de Cristo Nuestro Señor. Maravillados los otros de que Lax mentase el triunfo de Cristo, y preguntándole yo qué triunfo era éste: «Dejad—dice—un momento de comer y prestadme atención.» Y comenzó a hablar de este modo:

PARLAMENTO DE LAX

Ya pienso que habréis oído muchas veces con cuántos recursos humanos, con cuánto empeño, en la tierra, en el mar y en el aire se llevó a término, y cuánto tiempo duró, la guerra entre Cristo y sus enemigos. Fué una guerra de treinta y tres años, precisamente la edad temporal de nuestro Caudillo. *Milicia es la vida del hombre sobre la tierra.* Mas terminada la brava pelea, yo colijo que por derecho legítimo debe triunfar y apoyo mi creencia en esa razón. La ley del triunfo fué dada por consentimiento y aprobación del Senado y del pueblo romanos, y dice así: *Si el general pusiere fuera de combate en una sola batalla cinco mil enemigos y salvare la mayor parte de su ejército, merezca los honores del triunfo.* Dice Suetonio, y Plutarco lo corrobora, que el dictador Julio César llevó cinco guerras, las cuales, terminadas felizmente, tuvo inequívocamente cinco triunfos: una fué la guerra contra la Galia; la segunda, fué la alejandrina, contra Ptolomeo, aún muchacho; la tercera, la guerra Póntica contra el rey Farnaces Tercero; la cuarta, la guerra africana, y la última, la guerra contra España. Ninguna mención hago de las guerras civiles, porque en las guerras civiles nadie gana corona. Cristo, nuestro eximio Caudillo, hizo su primera guerra contra los demonios; su segunda, contra el mundo; la tercera, contra la carne; la cuarta, contra los judíos, y contra la muerte, la postrera. Y habéis de saber que tuvieron ese desarrollo.

El demonio, así como vió que se armaba contra él un Caudillo insigne, cuyo solo aspecto infundía miedo, a saber, nuestro Caudillo, no sabiendo si era El con quien llevaba guerra abierta, pensó ser mejor sondear con ardides y asechanzas su temperamento y su espíritu, explorándole por defuera y por de dentro. Luego de haberle atacado infructuosamente, abandonó de momento el tiento infeliz. Mas, inquieto y astuto de suyo, iba pensando lo que sería más conducente a su propósito, resuelto a practicar los últimos experimentos. Y así fué que descarga en aquellos que habíase ganado a su causa por una larga familiaridad la misión de averiguar cuanto antes, por técnica, por engaño, fuere como fuere, quién era aquel tan glorioso Caudillo. Si en realidad era aquel con quien tenía

declarada guerra explícita, es de opinión que debe evitarse todo choque y que jamás ha de medir sus armas con El; que se iba a pelear por la respectiva hegemonía y que irremisiblemente él y sus aliados iban a ser vencidos. Ahora que si fuese otro cualquiera (y comenzaba por reconocer que era batallador y animoso, cual ninguno había hallado entre los caudillos bárbaros, y ninguno entre los griegos, y, cosa más seria todavía, ninguno entre los romanos que sojuzgaron al mundo, héroes los mejores y los más probados) se le había de enviar un emisario que le invitase a concertar amistad y alianza con príncipes tan poderosos o, en caso contrario, que no habría más remedio que alzar banderas y trabar pelea encarnizada. Iniciada esta negociación, que, tras muchas y varias y prolijas gestiones, no abocó al éxito deseado, jamás ni los aliados del demonio ni el demonio mismo, tan sagaz que se pierde de vista y que en ello puso a contribución todo su interés y diligencia, llegaron a poner en claro quién fuese. Y no es extraño. ¿Quién le va a conocer si El no quiere que se le conozca? Repugnando El, nadie discernirá jamás quién sea. ¡Oh poder inmenso el tuyo, Cristo Jesús, que puede derribar todos los otros poderes mientras que el tuyo no lo pueden derrocar ni mover un solo paso!

Envuelto y embarazado el demonio en este dificultoso enigma, ni corto ni perezoso exhorta a sus aliados a la lucha inmediata. Por el Espíritu Santo es anunciada esta inminente ruptura de hostilidades, y se fija el día del choque. El divino Mensajero comienza por advertir a su voluntad que se resigne a ser llevada a tamaño conflicto, aun cuando el ala izquierda de su hueste, que de suyo es flaca y miedosa, temía la gran crudeza de aquella pugna. Consolábala en su tristeza el divino Enviado y la animaba y fortalecía en su turbación. Y aun el mismo Caudillo nuestro, hombre, por otra parte, valentísimo y fortísimo, suplica al Padre insistentemente, con pavor y consternación, que no le permita luchar tan atroz pelea. Y por si acaso no podía alcanzar esta gracia, contentábase con lo que dispusiere la voluntad del Padre, no la suya. Y porque no nos parezca a nosotros, mortales desvariados, que la caridad del Padre para con nosotros fué escasa, siendo cosa certísima que es muy mucha y soberana, y por no dar a nadie ningún pretexto de queja, aunque injusta, *no perdonó en manera alguna a su propio Hijo, sino que le entregó por todos.* La designación de las armas y del lugar parecía estar confiada a Pilato, funcionario extranjero; sus servidores andaban armada la mano de azotes, y el juez de campo era él, quien, no habiendo sido judío jamás, era partidario del demonio, del mundo y de la carne, coaccionado por el griterío de la chusma circunstante que le amenazaba con la enemistad de Tiberio César si no se declaraba por aquel partido.

Habiéndose constituídos todos en el monte Calvario, iba a celebrarse allí el juicio del mundo y muy pronto había de ser echado fuera el príncipe de este mundo. Trábase por ambos lados la pelea. La carne comunica muy agudos dolores al espíritu; el mundo le echa al rostro la afrenta de su desnudez y de su suplicio ignominioso; hiérele con dardo aleve la Judea, a quien mucho amaba: *Si es Hijo de Dios*—le dice—, *baje de la cruz y le creeremos.* De la aljaba astuta, de la diabólica fraude salía esta flecha enherbola-

da. Ninguna otra cosa pides, oh Caudillo, con el mejor de los derechos, que la honrada fe de la nación hebrea. Nosotros te prometemos que la vas a tener si te retiras de ese combate. Sobre tu cabeza pende la muerte, cosa entre todas las más terrible, que no podía ser realmente vencida sin que pareciese que se alejaba vencedora. Todas estas circunstancias, así que el demonio ve que no adelantan un punto, colige, con una más fundada y más cierta conjetura, ser aquél el Caudillo cuya muerte sería su victoria futura (como lo cuentan de los Decios y de Codro), y apela a la que fué origen de todo el conflicto. Como este trabajo, a pesar de todo, resultase vano, determinó aguardar, con acuciado afán, el éxito de la campaña, y, al estilo de capitán bizarro, no retirarse de la lucha hasta la resolución final. El mundo, la carne, los judíos, ya habían cejado. La muerte sola luchaba aún a brazo partido. En ese duelo singular, reconociendo el demonio la soberana categoría del Caudillo, cosa que ya había atisbado con anterioridad y que había lanzado una saeta llena de aquella caridad en cuyo fuego ardía con la leyenda *Tengo sed*, cuya causa es el calor, preso de furor y rabia, replegóse dentro de las murallas de su ciudad, expone a sus soldados el peligroso lance, quienes con rugidos y bramidos y estridor de dientes decían y juraban, echándose maldiciones, que, si de buen principio conocieran que el Caudillo era Cristo, jamás hubiera sido crucificado. Mas, a lo hecho, pecho. Lo pasado no es fácil de enmendar, que lo que había que mirar era que el reinado de Satanás no experimentase demasiado daño. Dóciles a esta consigna, los capitanes mandan aproximar a los muros los ingenios bélicos, que se cerrasen las entradas y se bajasen las puertas de bronce. Demás de esto, reforzáronse las guardas de los fuertes, pues se temía que el vencedor de un momento a otro se presentaría para el remate final.

Mas Cristo, nuestro invicto Capitán, así que vió que todos sus enemigos estaban vencidos, y terminada su derrota, dió orden que cesase el fuego, diciendo que *todo estaba consumado*. Hecho esto, recogióse en su alfaneque para recoser y lavar sus vestidos, que de la pelea salían rotos y maltrechos y todavía manchados de sangre fresca, y prepararse galas más adecuadas y vistosas para su triunfo, puesto que del capote y de la lacerna hízose una pretexta, una trábea y una toga con palmas. Mientras tanto, refunfuñando los judíos todavía cuando el espíritu de Cristo temblaba todavía a flor de labio a punto de emprender el libre vuelo, creyendo ya muerto a Cristo (pues para los muertos todos mueren), piden a Pilato que mande sellar el lugar del campamento donde nuestro Caudillo se acogiera y que ponga guardas, no fuese que sus soldados bisoños, que con el andar del tiempo iban a ser aguerridos veteranos, hurtasen su cadáver y asegurasen que aún vivía. Petición necia, a fe mía, pues con la sola desaparición del cadáver, ¿con qué argumento, con qué testimonio podrían probar que vivía el Caudillo? Dejado, pues, en el campamento el embarazo de todos sus vestidos, con expedición mayor fuése inmediatamente al reino de Plutón; hunde las primeras defensas, quebranta las puertas broncíneas, expugna la ciudadela, ciega a todos con su fulgor irresistible y rescata de la esclavitud a aquellos para cuya liberación habíase declarado la guerra.

En los tres días que precedieron a su triunfo, como era costumbre de los triunfadores, no entró en la ciudad; mas, al tercero día, vistiendo El, inmortal, ya la roja toga, exento de toda muerte, triunfador glorioso, con gran pompa entró en la ciudad. Esa ciudad, como ya sabéis, estaba constituída por sus santos bisoños y la Virgen Santísima. La muerte, que creía ser la única que resultó vencedora en aquella pelea, reconocióse más vencida que los otros. *Fué la muerte de la muerte y su mordedura, pues Cristo, resucitando de los muertos, ya no muere, y la muerte no le dominará jamás.* Recogió, pues, el gran Caudillo, vencedor en todo género de guerra, a sus soldados y los devolvió incólumes a su patria, sin haber perdido a ninguno de los que le fueron encomendados. Muy al revés, más bravos, más animosos y ricos que habían salido de sus casas. Por lo que toca a las huestes enemigas, en un solo combate dió muerte a cinco mil; a saber: a aquellos cinco, cada uno de los cuales valía por mil, puesto que podía matar a mil. Saúl (que quiere decir el que abusa) mató a mil, y cinco mil aquellos que de todo hacían verdadero abuso. Ese triunfo de que hablamos no pudo ser estorbado ni diferido ni perturbado por la calumnia, como el de Horacio, el de Paulo Emilio, el de L. Lúculo, el de Metelo y el de otros muchos, porque en el reino de Cristo todo está quieto, bajo el imperio de la justicia y de la paz. Por todo lo cual, reunidos todos los elementos del triunfo, y no habiendo por él estorbo alguno, el León de la tribu de Judá, el León vencedor, triunfó más gloriosa y justamente que el mismo Julio César.

* * *

Habiendo Gaspar Lax dicho todo esto, reanudóse el banquete. Con todo, él rogaba con gran encarecimiento a Miguel Santángel que insistiese en el mismo argumento, puesto que era hombre de no poca erudición en las Sagradas Letras. Y Miguel, que en cosas de éstas no es ni corto ni perezoso, comenzó así:

DISCURSO DE SANTANGEL

Quisiera yo ahora que al discurso mío, en materia tan grande, no le faltasen recursos a la medida de mi deseo y que se me comunicase alguna parte de la dulzura persuasiva propia de la oración, a fin de que saliesen rezumando miel las palabras que voy a pronunciar en materia tan dulce. En esta ocasión, no me gozara con la brevedad lacónica y con la elocuencia parca de Menelao, que en otras ocasiones me contentó, sino que desearía que se me prestase la afluencia de Cicerón o la de Ulises, o el género asiático de oratoria, caudalosa y lujuriante; con todo, si me faltare la elocuencia, procuraré que la sustituya el brío. Cristo, al resucitar de entre los muertos con nuestra vida, penetrante, ágil, en un cuerpo inmortal, con la parte sensual de su alma libre de todas sus pasiones y perturbaciones, inmune del hambre, de la sed, del calor, del frío, del dolor, de la fatiga, en disposición de remontarse a aquel Templo soberano que es como el cerro y el camino que conduce al Capitolio y a la roca Tarpeya; el templo, quiero decir, a quien, con razón, nuestros mayores llamaron Iglesia *triunfante*, puesto que a la de acá abajo la llamaron *militante*, porque Cristo fué el primero que en ella militó y triunfó en ella (lo que nosotros hemos de hacer), iba en una cuadriga, como fué costum-

bre de los viejos caudillos, vestido de púrpura, con un fulgor mucho más vivaz que el de los otros; por lo cual, muchos de los que topaban con ella, se preguntaban admirados: *¿Quién es este que avanza enrojecido con vestidos más rojos que los de un lagarero?*

Cuatro blanquísimos caballos arrastraban la carroza del Triunfador, en donde estaban sentados cuatro hijos: en la Prudencia, el régimen y el estado de la Iglesia militante; en la Justicia, una cierta paz y tranquilidad interna; en la Fortaleza, el martirio, la constancia en las tentaciones, la reciedumbre en la adversidad, la moderación en la prosperidad; en la Templanza, la observancia de la divina ley, la continencia, la modestia, que es la más linda gala de la vida, el sosiego de las perturbaciones del alma; y en todo, el ponderado comedimiento. Unas vírgenes la precedían y la seguían otras, y todas, indistintamente, hacían resonar la voz triunfal: *Santo, Santo, Santo.* Soldados había delante y detrás, puesto que unos y otros habíanse evadido de las huestes enemigas, que clamaban: *Bendito el que viene en el nombre del Señor.*

Al frente de todos iba el portador de la Cruz, que se llamaba el Abanderado; seguíanle los que llevaban los sellos menores; a saber: los clavos, la lanza, los azotes, la columna, la caña con la esponja. Plata y oro acuñados depositólos en tan gran cuantía en el erario, que desde entonces nuestra república no necesitó de dinero prestado mientras duró la guerra ni lo necesitaría tampoco aun cuando hubiese de durar por toda la eternidad. Precedían los símbolos de las ciudades que debeló, y eran, sin duda, efigies del cielo y de la tierra, sobre las cuales, puesto que venció, *toda potestad le fué dada.*

Los que fueron salvados por él seguían la carroza del clarísimo Varón, costumbre que también se observó en otros tiempos de Roma, como hay constancia en el del senador Terencio Culeón, en el del triunfo del *Africano* sobre Aníbal y los cartagineses. Saliéronle al encuentro dos cónsules de la máxima autoridad: el Padre y el santo Paráclito; y a seguida, los senadores Querubines, Serafines y Tronos; y luego los caballeros, desparcidos por el aire, las Dominaciones, las Virtudes, las Potestades y, por fin, la plebe toda, que es la más numerosa: los Principados, los Arcángeles, los Angeles, deseosos todos de contemplar el rostro del Triunfador. Una vez que fué recibido por el Senado y por la plebe, fué saludado por los cónsules con el título de *Padre de la patria;* los despojos, que eran opimos, porque los más ricos magnates estaban detenidos en los infiernos, dedicólos a Dios Optimo Máximo, bien así como Rómulo y Aurelio los dedicaron a Júpiter Feretrio. Al día siguiente, dió un convite a los senadores y al pueblo; a saber: dió su propio cuerpo inocente, inmaculado y santo; pan de Angeles que el hombre comió, sirvióles cálices llenos de vino; del cáliz del Caudillo, bebieron los Senadores de la tierra, discípulos suyos éstos, piadosos, cuyos sucesores nos dan la impresión de aquel antiguo Senado romano, de quien se dijo que estaba compuesto de reyes, y el sucesor del Caudillo es una estampa del Dictador o del Príncipe de Roma.

Añádase a esto que, así como para honor de Furio Camilo, en la Roma recuperada, eleváronse arcos y obeliscos, recuerdo perenne de coli-

sión tan grande para los hombres desmemoriados, y en todos ellos se grabó: *Al que afirmó la Patria*, así también, para el indeleble recuerdo de gesta tan gloriosa, para que el olvido de la posteridad injuriosa no sepultase una proeza llevada con tal arrojo y terminada con tal felicidad, levantáronse templos, arcos, estatuas, columnas, obeliscos; talláronse letras, testimonios y voceros perennes del heroísmo de Dios. En unas se puso: *Al conservador de la Patria;* en otras, *Al Padre de la Patria*, y en otras, por fin (y es el título que más gusta), *Al Salvador y al Libertador de la Patria*. Jamás por jamás la severa elocuencia callará tan grande beneficio: siempre se mantendrá fresca la memoria de cosa tan singular y tan maravillosa. ¡Oh muerte feliz a la cual siguió tan gloriosa supervivencia y gloria tan inmarcesible! La boca se me vuelve agua, como dicen, y gastara en este discurso el día entero y antes me faltara el tiempo que la materia. Por tanto, si alguno de vosotros tiene algo que decir, dígalo, pues yo también luego, si quedare tiempo, volveré sobre esa misma materia.

PARLAMENTO DE FORT

Mas yo—dijo Juan Fort, hombre de buen ingenio y de temperamento verdaderamente filosófico, a saber, enamorado de la sabiduría—, quisiera oír tu oración, mi querido Angel, no de las tinieblas, sino ángel santo, que no daros a oír estas inepcias, aun cuando tú crees bondadosamente que esas bagatelas mías no lo son del todo. No obstante, me anima y avalenta el pensar que teniendo que hablar de asunto tan piadoso, no recelo, aunque vacilo, arriesgarme porque paréceme ver a ese Dios bueno, de quien hablamos, alargar su mano a quienquiera que con espíritu de piedad trata esa materia. Mas, puesto que tú expusiste el triunfo de Cristo, veamos ahora si a ese Luchador y Caudillo nuestro le faltó cosa alguna que realzase sus bélicas proezas. Voy a contaros lo que yo muchas veces pensé conmigo mismo mientras iba leyendo los *Comentarios de las noches áticas*, de Aulo Gelio. El autor es de todos vosotros conocido y aprobado. Ese, pues, entre otros temas muy bellos y de muy exquisita curiosidad, trata de las coronas militares que merecieron gran honor entre los romanos, vencedores del mundo. Yo siento que todas ellas, con mucha mayor propiedad y excelencia, convienen a Jesucristo.

Las coronas triunfales—dice—son de oro, las cuales, por la gloria del triunfo, se remiten a los Caudillos. Llámanse, por lo común, *oro coronario*. Antigüamente, estas coronas fueron de laurel, mas harto pronto comenzaron a hacerse de oro. Triunfó indudablemente nuestro divino Caudillo, como acabáis de demostrar vosotros, y fuéle remitida una corona de oro y otra de laurel. De laurel, sin duda, pues ella ofrece el más saludable de los remedios a la pestilencia de las almas y de los cuerpos, y tiene una fuerza incontrastable contra las tempestades y los rayos diabólicos. El laurel produce aquel aceite, riquísimo de calorías, de una increíble caridad, *puesto que nadie tiene caridad mayor que el que da su vida por sus amigos*. Y debió concedérsele también la corona de oro con mayor razón que a aquel que fué distinguido con tal honor por Aulo Postumio, luego de haber expugnado, junto al lago Regilo, los campamentos de los latinos, como L. Pi-

són refiere. Esta corona es la única que resiste al fuego tartáreo, a la sal del mundo, al picante vinagre de la muerte y, en general, a todos los agentes corrosivos, y aun en el incendio actual de la Fortuna, no pierde un quilate de su valor y dura incorrupta su materia, o, por mejor decir, cuanto más la roen las adversidades, mayores son sus creces en bondad; en vano es que le ataquen la enfermedad, el trabajo y el fuego; antes al contrario, se aviva más su rojo encendimiento por las cosas divinas y hácese, por fin, aquel oro acendrado y purísimo, que no tiene hez ninguna ni la más insignificante aleación de cualquier otro metal ajeno. Y puesto caso que es el más funesto de todos los metales del invicto e insuperable Rey de los siglos, inmortal e invisible, con todo no hay otro alguno más maleable y que se acomode más dócilmente a todos los usos humanos; desmenuzado, con él se hacen peines y brazaletes y collares para el halago de la vanidad humana, y se hace con él el dinero para utilidad del comercio humano; deja que aun los pequeñuelos lo toquen y le palpen: *Dejad*—dice—*que los niños vengan a Mí.* Purificado luego y manipulado convenientemente, como la lana se hila y se teje y persevera el mismo siempre, infrangible, dispuesto a tomar todas las formas que pluguiere darle a sus amigos.

La segunda corona militar, llamada *obsidional,* de los que sufrían cerco o sitio *(obsidio),* concédese al Libertador. Acostumbróse hacerla de aquella grama que crecía en el lugar preciso del cerco. Que nuestro soberano Caudillo la tiene bien merecida, demuéstralo el que dió libertad y soltura a toda alma que padecía el cerco del demonio, del mundo, de la carne, de la muerte dentro de su propio cuerpo. No se contendía por el mando, como cuando los romanos, sueltos y libres, de la opresión de los cartagineses, impusieron la corona de grama en la cabeza de Q. Fabio Máximo. Lo que estaba entonces en disputa era la patria, la fortuna, los monumentos de la antigüedad, la vida y la muerte, en una palabra. Esta misma corona ofrece el alma a Cristo por la reconquistada paz y tranquilidad de todas las pasiones, tejida con la misma grama que nace en el cuerpo donde se le había puesto sitio. La verdadera grama—dice Plinio—crece con lozanía mayor en el lugar donde ha caído sangre humana. ¿Y quién no ve que ella crece mucho, que ella crece muchísimo, si siquiera una gotica de la sangre de Cristo penetra la piel? Veis cómo toco estos puntos a volapié, como quien dice, pues el tiempo nos obliga a decir muy de corrida unas cosas.

La tercera corona llamóse *cívica,* y es la que da un ciudadano a otro ciudadano por quien fué salvado en el combate, en testimonio de la vida y de la salud que de él recibió. Hácese de hojas de encina. Esta corona ofreció a Cristo primeramente el ladrón salvado en la cruz y luego, al punto, los Santos Padres que, sumidos en tristeza, esperaban en el infierno su venida. Recibióla Cristo sin contradicción, puesto que en aquel paso venció a dos enemigos y no perdió el lugar que una vez hubo ocupado. Dios no es como el hombre, veleidoso: es constante siempre y firme en el designio que se ha propuesto; mantiénese el mismo mientras que los cielos y los elementos cambian. Añádase a esto que, habiendo aceptado la cruz desde su propio nacimiento corporal, ejercitado toda su vida en la cruz, terminó su campaña en la cruz. La

antigüedad dedicó una encina a Júpiter Optimo Máximo. Ahora debe consagrarse a Cristo Nuestro Señor, que es mucho mejor que él, mucho más grande que él, otra encina, siempre que fuere buena y grande. En la Edad que llaman Dorada o de Oro, la bellota fué el alimento de los hombres primitivos, como si los justos viviesen entonces de la fe y de la esperanza del vencedor futuro. Pero ahora que la bondad de Dios ha dado a los hombres un pan menos salvaje, el hombre no muere nunca. Las hojas y las bayas de esta Encina nuestra, que son la fe y la esperanza auténtica que nos hacen esperar el fruto y su misma corteza, que es la caridad, que cubre la muchedumbre de los pecados y la savia, que es la buena conciencia, que cata con anticipación la dulzura del galardón eterno, como dice San Agustín, son antídotos contra toda intoxicación espiritual.

Pero también a Cristo se le da la *corona mural y castrense*, puesto que fué el primero en escalar la muralla hostil e irrumpió a viva fuerza en el campamento enemigo. Nadie pudo antes que El derribar a la muerte ni al demonio de su caballo por más dardos que les lanzara, ni siquiera hacerles volver el pie atrás. Ninguno pudo, luchando, abrirse paso y penetrar en sus reales; si entró en ellos fué en calidad de vencido. Mas este glorioso Libertador nuestro se apoderó del enemigo muro, entró a saco en la ciudadela, destruyó e igualó al suelo la plaza fuerte que, era opinión común, estaba fortificadísima y se consideraba inexpugnable. El poder de Cristo no es el poder maligno y violento del huracán terrestre, ni de las aguas, ni de la atmósfera, ni del fuego, todos los cuales, como dice Job, no tienen con el suyo comparación posible. Más que celestial es este poder y divino que con tan grande daño vuestro sentís en vosotros y os produce temblor y que espero que todavía lo vais a sentir más potente y más pesado si no desistís de esa vuestra pertinaz y proterva y más lívida envidia contra nuestro linaje. De oro acostumbró labrarse esta corona mural, puesto que es un metal que comunica alegría al corazón humano. Esa expugnación de la fortaleza odiada, este aventamiento de las tiendas de campaña, aborrecibles, cuánta alegría ocasionaron a los cautivos avecindados en la ciudad próxima, vejada por la cercanía del enemigo, y aun a la posteridad, que, sin recelo, en seguridad y paz, podrán dedicarse a placer a las santas labores de la agricultura. Un pasaje se halla en la Visión apocalíptica de San Juan que dice esto mismo, y voy a citarlo porque su frecuente evocación me da harto consuelo: *Y enjugará* —dice—*Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte ya no existirá más ni el llanto, ni el alarido, ni el dolor, porque todo eso que fué primero ya pasó. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que yo lo hago todo nuevo.* ¡Oh, desde ahora dichosos nosotros los mortales a quienes cupo en suerte preceder al Renovador de ese antiquísimo y cansado y avejentado mundo, al Extirpador de los monstruos y de la peste del linaje humano, al Reformador de nuestros cuerpos, que, después de la gloria del alma inmortal, serán configurados al cuerpo de la claridad de Dios. Yo acostumbré llamar Hércules a ese soberano Triunfador; pero no aquel Hércules violento y furioso, hijo de Júpiter, que la vieja mitología colocó en el cielo porque, habiendo limpiado el mundo y barrídole de

monstruos malhechores, creyóle *filántropo*, o sea bienhechor del género humano.

En último término, concedíase la *corona naval* al primero que transbordaba con armas a una nao enemiga. La nave de todo el género humano simboliza a la Iglesia. De ahí se dice que peligró la navecilla de Pedro, que es la Iglesia. Mas la nave de la idolatría, como armada en corso, reducía a vilísima servidumbre a todos cuantos, con un audaz golpe de mano, podía arrebatar de las naves ajenas; a muchos les seducía con blanduras y con halagos y cantos de sirena y con alucinaciones de falsos oráculos, so prétexto de verdad (que es el más seductor afeite de la mentira). No me interesa decir en este momento si estos oráculos se daban, quién sabe, si por mandato de Dios, porque diesen testimonio de Cristo, u obligados por la fuerza apodíctica de la verdad, confesándola a regañadientes, pues cualquier cosa que hagan o cualquier cosa que digan los malos espíritus, son señuelos y paranceríás y celadas para engañar al hombre.

Nadie, pues, hasta entonces había quebrantado esta potencia marítima; nadie había saltado al abordaje en aquella nave que infestaba todas las tierras y todos los mares con una rabia pirática más enconada que la de los cílices antiguos. Mas aquella nave, comandada por el demonio, fué provocada a combate por Cristo; Cristo desbarató los planes y estratagemas de su capitán, y le impuso perpetuo silencio, y cascada como estaba, más frágil todavía que la famosa barca desmontable de Nerón, cariado el timón, lacias y rotas las velas, hedionda la sentina, podridas las cuerdas, esa nave, al primer choque, pasó a nuestro poder, y el primero que saltó a su bordo con armas, que fué Cristo Jesús, se ganó la naval corona. Y es cosa maravillosa cómo esa nave, vencida y vieja, reparada con madera del Leño divino de la Cruz, provista de menos aparejos, con abundante provisión de Pan y de Vino, salió con viento a placer, gallarda, fuerte e inexpugnable. Ya el día en su declinación, y que en apartándose nos trae una invasión de tinieblas, me avisa que debo poner término a mi parlamento sobre materia tan elevada y tan sin fin. Y lo haré con mucho gusto, porque ahora, por primera vez, hemos tocado ese argumento y no quisiera parecer palabrero en demasía, porque quiero que quede eso como preludio de las cosas que más copiosamente espero que iremos diciendo.

OVACION DE LA VIRGEN, MADRE DE DIOS

Entonces Francisco Cristóbal, que estaba sentado al lado de Fort, un poco más abajo, tomó la palabra.

HABLA FRANCISCO CRISTÓBAL

Veo que vosotros—dijo—, comensales ilustres, esperáis que yo os exponga mi opinión acerca de este mismo punto. Yo creo que después que vosotros habéis hablado de Cristo, me toca a mí con toda razón decir de la Santísima Madre de Dios, no precisamente todo cuanto pudiera yo aducir, en esa ocasión, sino solamente lo que consintiere

la estrechez del tiempo, pues aunque os veo preparados y animados a escuchar, sé que ya habré cumplido abastanza con mi deber si dijere unas pocas palabras; y lo habré cumplido deficientemente, si dijere muchas, porque, tocando el asunto superficialmente, parecería que no quiero entrar en interioridades; y si penetro en lo secreto y vuelvo atrás el pie, dirán que retrocedí empavorecido por el pánico que el mar inmenso me produjo, puesto que, temerariamente, me engolfé en él, ignorando sus dimensiones, y que cuando tomé sobre mí empeño tan ambicioso me olvidé imprudentemente del cauto precepto de aquel buen maestro que se llama Horacio Flaco: *Y pensad con madurez lo que nuestros hombres pueden llevar y la carga que rehusan.* Ya sabéis que Tito Livio de Padua escribió la historia de la segunda guerra púnica, donde refiere que M. Livio Salinator *triunfó* de Asdrúbal, hermano de Aníbal, y que el cónsul Claudio Nerón, colega de Salinator, entró en la ciudad a recibir la *ovación* por el vecindario del propio Asdrúbal; ambos a dos, como también sus respectivos ejércitos, se portaron valerosamente en aquel conflicto, ambos desempeñaban la misma magistratura; pero por cuanto la batalla decisiva se dió en la provincia que Livio gobernaba y que Livio había empeñado en la lucha a sus soldados y no Claudio Nerón, el Senado le concedió a Livio el *triunfo* y a Claudio Nerón la *ovación.* Paralelamente, en esta prolongada guerra de que hablamos, así el Hijo como su Madre Santísima, con hartos trabajos y con muchas penalidades, lucharon bravamente y con resultado feliz contra el enemigo común; luchaban no en interés propio, puesto que podían, no hostigando al enemigo ni siendo por ellos hostigados, vivir en paz y a sus anchas. Peleaban en favor de los sitiados; peleábase en favor de los afligidos. No podía pensarse en salida ni en estratagema militar alguna que tuviera otra finalidad que la liberación de los ciudadanos. Cesen de una vez de aturdirnos con sus mentiras los griegos, de quien los poetas latinos aprendieron a mentir, contándonos y cantándonos la que llaman *Pentesilea,* hija de Marte y de Eutroja, nombre que significa *Sufridora de todo:*

Guía la escuadra de las Amazonas, de broqueles en forma de luna la feroz Pentesilea, y va entre mil, belicosa y ardiente, con banda de oro sobre el extirpado seno y, con ser doncella, osa entrar en liza con varones.

Mas esa Virgen nuestra, Pentesilea con más razón, que acaudilla la hueste de las Amazonas; es decir, mujeres sin senos, y que fué la primera que entró en esa vereda de la virginidad e hizo que fuese en seguimiento suyo una gran muchedumbre de doncellas, sin esperanzas de maternidad, hermanas de los ángeles todas ellas, y de quienes los propios ángeles cantan en el idilio de Salomón: *Nuestra hermana es pequeñita y no tiene pechos;* todas estas—digo—acompañan a la Virgen, Madre de Dios, que es su capitana, adondequiera que fuere, como en el Apocalipsis, aquellas centenas de millares que acompañan al Cordero, que es Cristo, en la montaña de Sión. Mas todas estas doncellas castísimas llevan broqueles en forma de luna, como si con ellos defendieran el pudor y la entereza de su carne, en que dicen que la Luna tuvo sus complacencias. El Caudillo, armado con armas blan-

quísimas en las cuales no quedaba el menor vestigio de mancha, encendido de increíble caridad para con nosotros, métese en la mayor espesura de enemigos y hace en ellos una horrenda carnicería, y a aquella Serpiente, antigua peste del linaje humano, que de continuo acechaba el talón de la Virgen, que acosaba continuamente a la Mujer que parió hijo varón, dejóle cosida de mortales heridas, exhalando casi el postrer aliento.

¡Oh Dios bueno y grande, profeta que eres la misma verdad, que vaticinaste aquella Mujer que quebrantaría la cabeza a aquella cruel y maligna Serpiente! ¡Oh doncella, oh casada, oh viuda, oh madre siempre virgen, aborrecible y temida de nuestro enemigo, y para nosotros dulce y sabrosa más que la leche y la miel! ¡Cuán deleitosa, cuán rebosante de placer está tu memoria! ¡Qué recio escudo eres para nosotros y cuán seguro en ti es nuestro refugio! En medio de la lucha, la Virgen no soportó más dolor que el que le venía de los agudos sufrimientos de su Hijo: *Tu alma, Madre, previó el justo Simeón que iba a ser traspasada por un cuchillo fiero.* Terminados todos estos combates, luego que la Santa Madre fué llamada a la ciudad por los cónsules y los senadores, primeramente porque la pelea hubo lugar en aquella provincia cuya liberación se propuso Cristo y, finalmente, porque no había traído consigo ningún soldado, habiendo, no obstante, portádose con valentía y reciedumbre, se le concedió la *ovación.*

Y puesto que un día yo oí a nuestro Iborra que trataba esa misma cuestión con toda competencia, querría que nos explicase lo que se le alcanza, si tiene holgura y buena voluntad.»

HABLA IBORRA

—Yo no soy—dijo Iborra—ni quiero ser tenido por *hombre de todas las horas,* como los llaman a aquellos que desean ser tenidos por un poco más elegantes, bien así como los antiguos dijeron que lo era Asinio Polión. Con todo esto, yo, en estas circunstancias, paréceme, dicho sea sin inmodestia, que puedo tratar con alguna prolijidad un asunto que ya traté alguna vez; y por ende, si vosotros por ahora no tenéis negocio más urgente, he de deciros que yo tengo holganza total y estoy a disposición vuestra.

—Eso, mi querido Pedro—dijo Francisco—, no solamente ya lo sabíamos de antemano, sino que tenemos averiguado que posees un ingenio cuasi divino y costumbres probadas y aprobadas y una invencible afición al estudio de las buenas letras y, para condensar en una sola palabra, casi todo género de virtud a la manera de los romanos viejos, que eres hombre *frugal.* Yo, por lo que a mí toca, tengo la costumbre frecuente de testimoniar con ese nuestro Vives la admiración que me merece el recuerdo de nuestro común maestro Gaspar Lax. Por experiencia personal, he entendido que ciertas particularidades históricas de la antigüedad más remota, que estaban borradas ya de la memoria de los hombres, él las refiere por el mismo orden con que acontecieron, de forma que da la impresión no de que encomendó a la memoria ansiosa aquellos pormenores menudísimos, sino que las puntualizó por escrito y que las va leyendo en voz alta. De ahí que yo no acabo de pensar ni de comprender su nueva téc-

nica verbal en Quinto Hortensio, ni su recuerdo de los hechos en el ateniense Temístocles, ni de ambas cosas a la vez en L. Lúculo y de todos, en suma, en el poeta Simónides. Pero tú tienes la palabra, Iborra; comienza ya, pues de esto ya trataremos en otra ocasión.

—Sabino Masurio—dijo Iborra—, citado por Aulo Gelio, escribe que los que recibían la *ovación* entraban en la ciudad por sus propios pies y seguíanle no los soldados, sino el Senado en pleno; pero yo afirmo que Nuestra Señora, objeto de la *ovación*, entró en la ciudad no por sus propios pies, sino montada en un hermoso y generoso bruto. Con ello no violó las reglas de la *ovación* ni la costumbre recibida, y más si se tiene en cuenta que son muchos los que dicen que ello está permitido en las *ovaciones*, y se lee que Claudio Nerón, de quien se habló poco ha, entró a caballo en la ciudad de Roma. A buen seguro este caballo alado de la Virgen (como aquel Pegaso mitológico hijo de Neptuno y de Medusa, según leemos en Julio Higino y en Arato) simboliza el menosprecio de todas las cosas humanas y de sí mismo, por el cual, luego de haber conseguido dos alas; a saber: la frecuente meditación de los misterios divinos y su fervor perpetuo, volamos por encima de las cosas terrenales, hechos casi una misma cosa, con Dios, en el inalterable reposo de aquella lumbre inaccesible. *Quien permanece*—dice San Juan—*en la caridad, en Dios permanece y Dios en él.*

Este animal, sólo de ligeras alas, era el que, en la visión del ermitaño San Antonio en la soledad, podía evadirse de las celadas del mundo. Montada en este caballo, la Virgen emperatriz llevaba la corona de mirto al modo y al rito de los triunfadores. Sabéis muy bien que Postumio Tuberto, en la *ovación* de que fué objeto por su victoria Sabina, fué distinguido con esa corona (él fué quien la inauguró) como si se le quisiese coronar con el ramo de Venus vencedora. Aquellos militares que se señalaron por arrebatar a los enemigos una ciudad o haber hecho prisionero a un general, o por haber realizado con fortuna algún hecho bélico, en un lugar donde sea bien visible, acostumbran llevar una distinción que demuestre cuánta fué su industria y su bizarría. Por eso a los valientes se les concedieron trofeos y se les atribuyeron los nombres de las provincias y de las ciudades por ellos debeladas, como a los Escipiones africanos; de los enemigos aniquilados, como a los Drusos. Por esto, Lucio Sila llevaba en un anillo un camafeo que representaba a Jugurta maniatado, y Manlio, el collar de un soldado galo. Nuestra castísima Virgen, que había de ser la primera en triunfar de Venus, para que su gloria irradiase a la posteridad, más esclarecida y famosa por una guerra que eclipsó las de los siglos míticos, se tocó con las insignias de Venus para que los que reparasen en ellas conociesen que Citerea fué vencida y se la despojó de sus atributos y de sus armas. El ramo de mirto es tal que en ninguna estación del año pierde su lozanía, y ni aun en lo más álgido del invierno pierde el verdor de la esperanza y de la fe, y que cuando en todos los discípulos helóse la confianza, en la Virgen no experimentó daño ni mengua ni mudanza.

Dice Cayo Plinio que en el aceite de mirto hay como un cierto sabor de vino. Las contemplaciones y las refecciones de la Santísima Vir-

gen, cuya virtud (no menos que la del aceite) consiste en fortalecer contra el frío de las virtudes extintas, saben a sangre de Cristo, puesto que son de todo punto semejantes. Añade a esto que las varas del mirto mascadas aprovechan, según el mismo Plinio, al caminante de pies magullados por las luengas jornadas. ¿Y qué caminantes o viadores hay, en el más estricto sentido del vocablo, que nosotros mismos que, hallándonos fuera de la patria, a la patria peregrinamos sin tomar aliento ni descanso? ¿Y qué peón hay más peón que nosotros mismos que debemos llevar a cuestas todas nuestras alforjas, todas nuestras cargas, y que con nuestros pies, es a saber, con nuestras buenas obras y con una conciencia inmaculada, debemos seguir el camino derecho? Pues también a nosotros nos va a ser de provecho mascar las hojas de ese mirto; es decir, el amargor inicial de la virtud y de la abstención de la sensualidad. Para este mal no hay medicina mejor que esa vara de mirto brotada de la raíz de Jesé, que mata todo voluntarioso estímulo carnal.

Al encuentro de la Señora que recibía la magnífica *ovación* salieron aquellos dos cónsules y también su carísimo Hijo, elegido pretor de la jurisdicción terrenal de vivos y de muertos. Estos tres, o, mejor dicho, este último, señero y solo, tras los obligados sabrosísimos abrazos y besos, maravillados del temple recio de la Virgen ternísima, mandaron que se sentase en un sitial muy poco inferior al de ellos. Paso por alto la inenarrable alegría de las celestiales muchedumbres, los cantos, los saludos, los aplausos, los vítores y las congratulaciones de todos sin el menor asomo de envidia. Entonces, el Padre universal hablóle de esta manera:

«Enhorabuena, Emperatriz muy esforzada, a quien no veo en mi espejo de lo que está por venir, que nadie supere en aguerrida valentía; nadie emprendió un camino más difícil que Tú y no hay mortal alguno que consumara como Tú su heroica jornada. Por ende cualquiera que, en adelante, evocare con la debida reverencia la piadosa memoria de tus hechos valerosos, ea, intercede Tú por él y Yo, por consideración a Ti, condescenderé con sus deseos.»

Mas ella, que oyendo estas palabras todavía estaba en pie todo el tiempo que peroró el Príncipe del mundo, ocupó un asiento sin par. Más arriba que ella, sólo el Tribunal de Dios; debajo de ella, la creación toda. Mas así que terminó el parlamento, sentóse en un trono de gloria increíble, guarnecido por los ministros celestiales, y en él estará sentada eternamente.

Esto es lo que creí que debía decir acerca de la *ovación* de la Virgen, ya en trance de poner fin, si no me pareciera que debía informaros de lo que, sobre este mismo asunto, disertó, en el nuevo *Estudio general de Valencia*, mi querido Luis, tu antiguo maestro de Gramática, Daniel Sisó. El lugar está en el primer acceso de las escuelas que con harta facilidad tórnase barroso con la lluvia, con el polvo, con el frecuente pisoteo de los escolares; una vez que lo hubieres traspasado, te encontrarás con unas escaleras altas que conducen a estancias más adornadas y a las aulas donde se enseña, lugar muy acomodado para los excelentes profesores que espero han de venir. El vestíbulo es oscuro con frecuencia; pero el pórtico no está mal. Al pie de la escalera hay una gran mesa de piedra,

de color azul, adonde acuden los libreros, cuando reciben alguna novedad, para exponer los libros a la venta. Habiendo Daniel puesto el codo en ella, se le acercaron Miguel Arriguo y el poeta Partenio Tovar, que poco antes había llegado de Sagunto. Yo, que entonces era muy mozo, iba a los alcances de Partenio. Tú, Cristóbal, ya sabes, y ya sabes, Vives, tú que es un hombre noble y serio a la vez que poeta afluente y facundo y, por su nombre, no muy inferior a aquel a quien el emperador Tiberio se propuso para su imitación.

Este, pues, luego de haber hablado de los dos mellizos hijos de Tíndaro; a saber: Pólux y Cástor, con una elocuencia singular y verdaderamente romana, hacía un uso especial de los testimonios de Tito Livio, Trogo, Plutarco, Máximo y de los historiadores más verídicos acerca de las veces que se les vió en las guerras romanas y griegas acudir en auxilio de las huestes para inculcar fe y poner corazón en los que no lo tenían. Eso eran, dijo Daniel, trazas y embelecos diabólicos, y que no era de creer que Cástor y Pólux, por más *Dioscuros* que fuesen, que están en los infiernos sin poder valerse, atormentándose a sí mismos, deseando su propio aniquilamiento y el del linaje humano, trajesen socorro a griegos y a romanos. Pero lo que sí creo firmemente es que nuestro Cástor y nuestro Pólux, que es Cristo, y que es nuestro Padre, en esta guerra implacable que sostenemos nos puede proporcionar las más eficaces ayudas porque no seamos vencidos. ¿Quién, si no le alargaren sus manos ayudadoras, podría subsistir ante las arremetidas de Satanás?

Estas son aquellas dos oliveras y aquellos dos candelabros que el apóstol San Juan vió que estaban en la presencia del Señor; dos oliveras cuyo jugo suaviza la atonía del estómago de la conciencia y lubrifica el vientre y da salida a las heces. El óleo que producen aclara los ojos, así exteriores como interiores, expulsa la fiebre maligna de este mundo y, aplicado convenientemente, comunica al cuerpo humano robusta y larga vitalidad. *¿Está enfermo alguno de vosotros?*—dice el apóstol Santiago—. *Introdúzcanse en su estancia los presbíteros de la Iglesia y hagan oración sobre él y únjanle con óleo en el nombre del Señor.*

Estos dos candelabros, con su luz inextinguible, de noche y de día, iluminan la vereda, o, mejor, el camino real de la verdad para que cada uno lo vea claramente. La leyenda luminosa es una irradiación de aquella lumbre que nosotros, con vocablo griego, llamamos *sindéresis.* Yo os ruego que leáis, al par de las vidas de Atilio Régulo, de Temístocles, de Camilo, los hechos hazañosos de Judas Macabeo, que se refieren en dos libros canónicos. Allí, teniendo que entrar en la batalla Judas Macabeo con los enemigos de Dios, apareciéndole en sueños Jeremías y Onías (Indudablemente, el Hijo del Altísimo y su Madre), uno de los cuales, Onías, que monta tanto como decir *triste para con el Señor,* varón bueno, benigno, de rostro vergonzoso, modesto de costumbres, decente y comedido en el hablar, levanta sus manos a Dios. Esperabas que dijese que las levantó a los astros. Pero es que están por encima de ti los astros todos y ora continuamente por el pueblo santo. Ella, habiendo abrazado a su Hijo, le ruega por su inmensa majestad, interponiendo los grandes trabajos sufridos, en provecho nuestro. Y no creáis

que la Madre haya recibido jamás repulsa alguna del Hijo.

Pero Jeremías, que quiere decir *sublimidad del Señor*, esplendor de la gloria y figura de su sustancia, por quien hizo los siglos, por quien y en el cual son para Dios, Padre universal, la sublimidad, el honor y la gloria, entrega a Judas una espada de oro, que ofrecerá resistencia al más fuerte, y le dice: *Recibe esta espada santa, don de Dios, con la cual derribarás y matarás los enemigos del pueblo de Israel. Esta espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, viva y eficaz, más penetrante que cualquier espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y del espíritu y de los pensamientos y de las voluntades,* lo ataca todo, no teme poder alguno externo, lo espera todo, lo hiende todo, lo supera y lo vence todo. Por esto, todo lo que tenemos que hacer, mandásenos que lo hagamos en nombre del Señor.

* * *

En este punto Gaspar Lax, con su cortesía y afabilidad habitual:

—Ea, Vives—dice—, oigamos ya tus fabulillas, tus chanzas, como las llamas tú.

—¿Serán—dice Vives—de Virgilio o de Ovidio, o, quizá, de Valerio Flaco (pues aposta callo las historias de los griegos, en las que apenas cabe elección), o de aquel viejo loco de Homero, padre de todas las bagatelas? O, mejor, por ventura, ¿serán las fábulas milesias del célebre Apuleyo, escritas con un vocabulario rancio y afectadísimo, que, si comenzare a contarlas, veréis que a aquel hombre le faltó buena materia en qué trabajar mientras las componía? Mas yo no sé si para un cristiano hay asunto de conversación más digno que el que se ocupa del Salvador, de su bondadosísima Madre Virgen, cuya memoria renueva nuestros triunfos. Trate quien quiera asuntos obscenos, que sólo el pudor debió haber olvidado. ¿Quién hay que desee ver llegado el tiempo en que los hombres apartarán sus oídos de la verdad y los aplicarán a escuchar patrañas y delirios seniles?

Ojalá los reyes de esos tiempos fuesen admitiendo preceptores de aquellos que habían de inculcar en su ánimo la imitación de los triunfos de Cristo y de su Madre. Nuestro príncipe Carlos ya tiene a su Adriano. ¡Ojalá su hermano Fernando tuviera la suerte de ganarse a Erasmo de Rotterdam, varón eruditísimo y amigo mío muy probado, que, con toda consideración para los otros, paréceme ser el único que podría forjar aquel gran carácter en un muchacho de tan grandes esperanzas! Pero volvamos a nuestro triunfo. ¿Te empeñas en traer a tu patria un triunfo como el de César, como el de Escipión, como el de Pompeyo, como el que Paulo Emilio, el más celebrado de todos, obtuvo sobre los persas? Deja de querer triunfar de tus conciudadanos; empéñate en emular los triunfos y los honores de Cristo Rey de reyes y Supremo Emperador; póntelos delante de la vista a guisa del blanco de los saeteros, y no apartes tu ojo de él y a él endereza la puntería. Si consigues clavar en él tu dardo, conquistarás una gloria imperecedera.

Mucho más esclarecido es el triunfo y mucho más frecuente el elogio del valor de quien venció a un enemigo terco y provisto de todas armas que el de que derrotó a un enemigo inerme y afeminado. Mayor es la gloria que se reporta con triunfos del soldado romano, del

soldado macedón, del soldado parto que de las imbeles huestes asiáticas o de las persas, voluptuosas, hechas a la servidumbre, o de los muelles sabeos, donde se cría el incienso. Mas quien sojuzgó las pasiones y las cuitas renacientes; quien puso debajo de sus pies la engañosa flor del mundo y las trazas y astucias demoníacas, cuyo poderío no es comparable con ninguno de la tierra, derrota a un enemigo más potente que aquel que tiene que habérselas con la tierra que nunca rehusa la esclavitud (me valdré de las palabras de Catón), que aquel que pelea con hombres a quienes matan las cantáridas y las picaduras de las moscas. Por ende, más glorioso es el triunfo y el honor y la pompa por haber sojuzgado a aquéllos que a éstos. Y añade a esto lo que vale aún más que todo esto. Ese triunfo dura tres días a lo sumo; es cosa pasajera y momentánea; en cambio, aquel otro dura toda la eternidad. Estas y otras cosas semejantes, si tenéis recelo de referirlas a los príncipes, lisonjeros y aduladores, como sois, a buen seguro no temeréis las celadas y las corruptelas, así de las almas como de los cuerpos. Dejad al menos que el tiempo que gastarían en sus amores, lo ocupen en estas lecturas. Mas, por lo que toca a los preceptores honestos y graves que reciben los avisos de su conciencia y sienten el celo de la gloria de Dios, no es necesario que reciban amonestaciones nuestras. Son ellos precisamente los que, encendidos de amor divino, tunden los oídos de los poderosos de la tierra y les meten en los ojos así lo que tienen que leer como lo que tienen que imitar. Entre éstos ocupa el primer lugar aquel gran hombre de quien, poco ha, hice mención, Adriano Florencio, de Utrecht, preceptor de Carlos, nuestro príncipe.

* * *

Dicho esto nos levantamos, y todo el tiempo que restó hasta que lobregueciese, gastámoslo en pasear desde la iglesia de Santa Genoveva hasta el arrabal de San Marcelino.

FIN DEL «TRIUNFO DE CRISTO»
Y DE LA
«OVACIÓN DE LA VIRGEN, MADRE DE DIOS»

LA VERDAD EMBADURNADA

(VERITAS FUCATA)

JUAN LUIS VIVES

VALENCIANO

AL MUY REVERENDO PADRE JUAN DE CROMMAAS, ABAD DE LA IGLESIA DE SANTIAGO, DE LIEJA

Exige sin duda nuestra amistad no diré yo ocasionada, sino también aumentada por nuestras comunes aficiones, por tu bondad, por tu amabilidad y modestia, que recibas de mí alguna prenda y ella, literaria, demostración de nuestro mutuo aprecio. Por esto es que dedico a tu venerable paternidad dos pequeñas explicaciones mías, una de las cuales es *Comentario a mi Triunfo de Cristo*, que ya intitulé *La verdad embadurnada*, por su argumento. Hícela en París para reducir a determinados mozos, entregados a la poesía liviana y no muy limpia, a Musas más castas, a estudios más serios, de fruto más granado y de recato mayor. En este trabajillo no condeno yo las Musas, a cuya fina devoción yo mismo estoy, y aun creo que no hay hombre que las aborrezca por sistema, sino que pretendo retraerles de aquellas otras musas casquihueras, que no tienen más sustancia, que los nombres escandalosos de unos malvados escritores, a quien se puede aplicar aquella sentencia que San Pablo tomó de Menandro: *Corrompen las buenas costumbres los coloquios depravados.*

La otro prelecciončilla versa acerca del *Catón Mayor*, de Cicerón, o sea el *Diálogo sobre la vejez.* Yo la rotulé, por donaire y chanza, con el título de *Alma del viejo*, que harto experimentado tengo yo, por lo que toca a su mucha sabiduría y a su bondad, ser muy semejante a la tuya. En ese opúsculo, yo, de propósito, bajé el tono de mi estilo, aun cuando no ignoro que apenas lo tengo; pero sea como fuere, lo bajé y no aderecé con adobos ni afeites mi oración para expresar en mi dicción misma el frío terruño que es la ancianidad. Ambas cosillas, en su respectiva pequeñez, sé positivamente que te darán harto contento, no tanto por el regalo mismo, que, por otra parte, es exiguo y de escasa monta, como porque es un amigo quien te lo ofrece. No tienes que mirar este don con los ojos materiales, sino con aquellos otros más agudos y certeros del alma, que penetran en la intención y la voluntad del que da y que valen mucho más que los más ricos presentes. Está bueno.

Lovaina, primer día de abril de 1519.

PREAMBULO
DE JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO
A SU
TRIUNFO DE CRISTO
INTITULADO
LA VERDAD EMBADURNADA

Por si acaso hubiera aquí, mis lindos y galanes mozos, algún casquivano, huero, mendaz, no deje de maravillarse este tal de cuál puede ser el motivo por que en ese liceo, en esa academia donde, desde muchos años atrás, los años de su edad, sin duda no se habrá oído nombre alguno cristiano y de que todo resonase con los nombres de Júpiter, de Juno, de Mercurio, de Marte, de Hércules, de Itífalo, de Cupido, de Venus y de otros aún tan ignominiosos como éstos, en que no se oía nada de verdad, sino que todo estaba inficionado de mentira, mientras que ahora nosotros, con tan diligente asiduidad, pronunciamos el adorable nombre de los príncipes, de los caudillos, lumbres de nuestra religión, Cristo y María. Luego de haber oído hablar de la verdad embadurnada, dejará de maravillarse y, avergonzado y corrido (por poca sensatez que tenga), saldrá de esa escuela con las manos a la cabeza.

¿Visteis, mis garridos mozos, alguna vez en vuestra tierra mujeres afeitadas? Son feas por lo común, y queriendo parecer hermosas a los ojos de los hombres, queriendo atraer a sí las miradas de todos y avivar el deseo de cada uno, se embadurnan con antimonio, con bermellón, con cerumen, adornan su cabeza con redecillas y tocados rojos, ciñen su cuello con collar de perlas y sus orejas con pendientes y sus brazos con pulseras y cadenas y sus dedos con sortijas, sus manos con guantes y así compuestas y ataviadas acuden a los espectáculos, a la iglesia, a los sermones, a las bodas, a las tertulias, a los lugares donde los hombres se reúnen. Y de esta manera emperifolladas, muéstranse a los transeúntes en lugares destacados y visibles, en las ventanas, en las pérgolas, en las galerías, en los balcones. Si por acaso pasa alguien que, distraído por otras preocupaciones, no para mientes en ellas, entonces hablan en voz alta con sus vecinas para que se vuelva y las mire, mueven sin descanso el abanico leve y aleve, no sea que por el calor demasiado se derritan los mejunjes, que mantiene adheridos al cutis aquel airecillo fresco; acuden con suma frecuencia al espejo y allí examinan si su tez nativa sufrió algún deterioro para repararlo de nuevo cuanto antes. Llegada la noche, al quitarse el afeite con agua fría, untan toda su cara con no sé qué jabón, pues este nombre dan a aquel adobo, para que al día siguiente esté mejor acondicionado para recibir el diario afeite. Y, por fin, a altas horas de la noche, cuando se acuestan con sus maridos, por causa del mal olor que despide el jabón de marras, las echan del aposento conyugal, mientras que ellos

pasan una noche molestísima, que harto necesitaban para descansar, porque tienen su olfato cargado con aquel hedor y el espíritu lleno de los baldones y maldiciones, de los propios y de los de su esposa.

Esa es la descripción y la pintura de la mujer afeitada, a cuya imagen los malos espíritus (pues apenas puedo llamarlos hombres) embadurnaron el nobilísimo rostro de la verdad. Existió, mientras Dios aderezaba y componía la faz del Universo, tocando con fortaleza de un confín al otro confín y disponiéndolo todo con suavidad, dando forma a lo informe y poniendo orden y estabilidad en el caos, una hermosísima doncella, que ora llamábase Sabiduría de Dios, ora Verdad de Dios, ora Palabra de Dios, ora Dios mismo. Entonces esta doncella, como ahora todavía, era de rostro sereno, abierto, regio, benigno y afable y en él la pluma del escribano que escribe velozmente escribió este lema: *Este es el candor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios;* tiene unos ojos de acumen vivacísimo que todo lo mira, que lo descubre todo; el aliento que sale de sus narices y el respiro que sale de su boca es una evaporación de la virtud de Dios y una emanación de la lumbre del Todopoderoso; robustos y muy recios son sus brazos, vencedores del rey, del vino, de la mujer, y en ellos se destaca esta leyenda: *Estos son los brazos del Dios vivo, robustos, fortísimos, que pueden con todo, que todo lo vencen, que trituran toda falsedad;* y sus manos, muy blancas, sin manchas, sin arrugas; redondos y largos sus dedos; nítidas sus uñas, que dirás que son de ónix. Estas son aquellas manos que crearon el cielo y la tierra, las manos únicas que obran milagros estupendos; ésos son los dedos con los cuales Moisés obraba maravillas en presencia de Faraón; ésos son los dedos de los cuales tenían horror los magos de Egipto; ésos son como los dedos multiplicados de Mercurio, indicadores de los caminos reales; éstos conducen a los justos por las sendas rectas.

Tiene, además, una lengua elocuentísima, que cuando habla hace callar todas las cosas. Sus palabras son de vida eterna y no hay facundia, ni dulzura, ni persuasiva suavidad que las iguale; ésa es la lengua y la pluma del escribano de quien hablaba yo poco ha, que escribe velozmente; la voz es blanca, suave, clara, pausada, alta, dulce, sin aristas, sin aspereza, sin desabrimiento; que enseña lo que cada cual tiene que hacer, a cuyo son treme la tierra, responden el cielo y el suelo y aun las bestias más feroces se amansan siempre y se quedan con un pie suspenso. Sus pies llamáronse el tiempo, porque aún no buscada, viene a nosotros a tiempo. En ellos está escrito aquel pasaje ciceroniano: *El tiempo borra los desvaríos de la opinión.* Linda de ver es su espalda, pero nada tiene que ver con su rostro y con su pecho. Dícese que salió de la boca del Altísimo, primogénita antes que toda criatura. Muy bien sabéis que lo que producen los agentes contrarios es contrario. El demonio, pues, enemigo público de Dios y de los amigos de Dios, engendró a una hija muy mala, opuesta irreconciliablemente a la verdad. Llamáronla unos simulación; otros, disimulación; otros, fraude; otros, impostura; otros, embuste; otros, por fin, más justamente, llamáronla la mentira; no es hembra ni es varón, ni es de nuestra sangre ni linaje, sino que es un monstruo horrendo y formidable, sin pies, sin cabeza, cuerpo hueco, sin consisten-

cia; pegada al ombligo tiene la pierna única, con la cual se movía más despaciosamente que Calípede. De ahí, entre algunos, vino el proverbio vulgar: *Más fácil es de coger el mentiroso que el cojo.* Con el calor de la verdad y con el advenimiento de la luz se liquidaba toda y se desvanecía; sobre su pecho traía impreso el retrato de su padre, con esta inscripción: *Este es el gran mentiroso, y es mi padre.* Y en el pecho del monstruo leíase este elogio: *Perdición de las naciones y de la redondez del mundo.*

* * *

Empero, muchísimos de los nacidos de la sangre de los malos espíritus, que se deleitaban grandemente con aquel cuerpo vano, a la vista de la verdad, turbábanse y horrorizábanse hasta el punto que se erizaban los cabellos de sus cabezas y se ponían rígidos a manera de cerdas; y como estuviese mandado por el Autor y Padre de ellos que todos hiciesen acatamiento a la verdad, que todos amasen la verdad, que todos pusiesen sus ojos en la verdad y la venerasen y la siguiesen, por no mirar de hito en hito y sin interposición de velo alguno, el lampo de su rostro fulgurante de blancura, que acaso con su fulgor deslumbraba y cegaba sus ojos muelles y obtusos, pensaron afeitarle y embadurnarle de mentira; y no aderezada propiamente con este recurso, sino más bien deformada, la hicieron un gran recibimiento. Oíd ahora a la verdad, embadurnada así, que habla, que se queja, que se querella de este modo:

Voy a hablar de cosas grandes y mis labios van a abrirse para predicar rectitud. Mi garganta expresará la verdad y mis labios detestarán al impío. Justos son todos mis parlamentos y ninguna maldad ni perversidad hay en ellos. Yo fuí ordenada desde la eternidad y desde los comienzos antes que se hiciese la Tierra. No existían todavía los abismos y yo ya estaba concebida. Aún no habían brotado las fuentes de las aguas; todavía los montes no se habían asentado en su grave masa; yo era parida antes que los cerros; todavía no había hecho la Tierra y los ríos y los quicios de la redondez del orbe. Cuando preparaba los cielos, yo estaba presente; cuando limitaba los abismos con compás y con ley cierta; cuando pesaba las fuentes de las aguas, cuando rodeaba el mar con sus riberas y ponía ley a las aguas para que no pasasen más allá de los términos señalados, cuando tan a nivel y plomo echaba los cimientos de la Tierra, yo con El lo componía todo y deleitábame día por día, jugando delante de El en todo tiempo.

* * *

Engendróme a mí el Altísimo y Todopoderoso, la única y más hermosa de todas, vestida de sol y la luna debajo de mis pies, pues comparada con el sol, hallóse que yo fuí primera que él. Conmigo están las riquezas y la gloria, la soberana opulencia y la justicia. Si en la vida deséanse las riquezas, ¿quién más rico que yo, cuyas son todas las cosas, que he fabricado yo misma? Juzgada fuí en mi Esdras como la más fuerte de todas las cosas, cuyo brazo derribó y aplastó a los más poderosos y mentirosos espíritus infernales. ¿Quién más copiosamente que yo tiene la ciencia y la doctrina? ¿Y quién con más elocuencia la enseña que yo, que soy la que enseña la disciplina de Dios y la que elige

sus obras? ¿Y qué más, si todas las ciencias me proponen a mí como señal y blanco, y a mí sola me miran y me buscan? De aquí es que Aristóteles, amigo mío muy estrecho, a quien yo enseñé, y muchos otros personajes de mi devoción llamáronme *Verdadera noticia de las cosas y sabiduría evidente*, puesto que no hay en mí (para resumir abreviadamente mis alabanzas, según lo permita el tiempo) ni el más pequeño asomo de vanidad ni de jactancia, que diametralmente están distanciadas de mí; tan verdadera, tan simple como soy yo misma la sencilla y pura verdad, pues el espíritu de inteligencia es santo, único, múltiple, sutil, diserto, móvil, inmaculado, cierto, suave, amante del bien, agudo, que no impide ninguna obra buena; humano, benigno, estable, cierto, seguro, poseedor de toda virtud, previsor en todo lance, que comprende todos los espíritus inteligibles, limpio, sutil.

Habiendo, pues, entre muchos otros, creado mi Padre un animal muy excelente, a quien llamó hombre racional, en él depositó, para imprimir en él su imagen y la nuestra, la memoria, el entendimiento y la voluntad, y quiso que yo fuera el entendimiento, por lo cual mi Aristóteles muchas veces afirmó ser yo demostración del entendimiento y demostró que todas las ciencias y la fe estaban en mis dominios. De ahí que, siendo mi querer el querer del Padre y el querer del Paráclito, quise a los hombres para alternar con ellos, y mis delicias fueron conversar con los hijos de los hombres. Empero de vosotros, mortales, puesto que así me deformáis con vuestros afeites, quejaréme delante del Padre de todo que habéis merecido mal de mí. Mayor aprecio hicisteis de la belleza del afeite que de la mía, puesto que no quisisteis verme pura, en toda mi ingenuidad y mi sinceridad. Y si yo no estuviera persuadida que todo lo sé muy bien, confieso francamente que ahora dudaría si sois vosotros hombres del mismo linaje que mi Padre introdujo en el mundo, y si aquellos antiguos y graves filósofos conocieron vuestro linaje y vuestro carácter, puesto que aseguraron que el entendimiento y la razón del hombre de suyo buscan exclusivamente la verdad. ¡Cómo os traen engañados los demonios, quienes, a pesar de que ellos y yo somos enemigos capitales, me suplantan a mí y os proponen la mentira, que es hija suya, y vosotros os avenís a ello con la más dócil de las resignaciones.

* * *

En vano pudiera deciros yo que vosotros sois nacidos de su sangre, pues nada queréis hablar ni oír de mí si no lo entreveráis con mentiras. ¿Cuándo el hombre se hace más semejante a Dios (como respondió a una pregunta Pitágoras) sino al hablar cosas verdaderas? ¿Y cuándo es más semejante al príncipe de las tinieblas, sino al derramar mentiras, que son las verdaderas tinieblas de los entendimientos? El manjar de los demonios, dice mi Jerónimo, son las creaciones de los poetas; a saber: de los que aprendieron a mentir para sí y enseñan a mentir a los otros, como dice Dión Prusense, cuyo corifeo es aquel desvariado e insano viejo de Homero, que siempre se deleitó en la mentira, como lo demuestra el hecho de que introdujo como protagonista de su *Odisea* a Ulises, fértil de engaños. A ese vago y follón de Ulises, mentiroso empedernido, con perdón de los dioses, los hombres vanílocuos,

que son sus semejantes, llámanle padre y fuente original de los ingenios. No sois capaces (usaré de las palabras de mi caro Boecio) de levantar a la luz de la verdad perspicua los ojos avezados a las tinieblas y sois parecidos a aquellas aves cuya vista la noche ilumina y el día ciega. No sois vosotros legítima progenie de vuestros padres, que a mí, en ese gimnasio augusto, en esa venerable morada mía, cuya flor y decoro era, me rindieron siempre culto puro, sincero, simple, como ellos lo aprendieron de sus mayores y como se esforzaron por transmitir a su posteridad. ¿Quién fué el que os introdujo en esa casa mía, mentirosos como sois, que con vosotros introdujisteis la cordial enemiga mía, la mentira, vosotros, la que, no sabiendo nada de mí, oponiéndome falsedades, queréis dar a entender que sabéis algo?

* * *

Y ese mal yo lo veo exacerbado desde aquel tiempo en que no sé qué poetastros, a guisa de la puerca troyana, ahitos de patrañas de viejas, aquí se establecieron. Cómo recelo que los que vengan detrás de ellos, con instinto siniestro, quieran no ya remedarlos simplemente, sino aun aventajarlos en el mentir, cosa que veo ya que se hace a barrisco, hasta el punto que yo me siento expulsada de mi propio domicilio con cajas destempladas. ¿En dónde estáis ahora, vosotros los filósofos, para quienes este ateneo se fundó, a quienes exclusivamente se aparejó esta palestra? ¿Por qué con más valiente y más enérgico acuerdo no echáis de ese vuestro domicilio a esos poetastros, a esos hombres hueros, y no recuperáis el gobierno de esta nobilísima república vuestra, limpia, floreciente, no contaminada ni profanada por ninguna hez de hombres, y lo ejercéis en paz y justicia, puesto que mi Tulio Cicerón hízome hija de la justicia? ¡Cómo experimento yo ahora ser verdad aquello de Platón, a saber: que eran venturosas las repúblicas si las regían los filósofos! Ojalá tuviese vigencia todavía la autoridad de aquel hombre y de aquel divino Sócrates, quienes echaron de su ciudad a Homero y a esos poetas mentirosos por corruptores de las costumbres públicas, los cuales Heráclito de Efeso creyó que debían ser igualmente excluídos de los sagrados certámenes.

¿Qué mancha visteis en mí, mortales míseros, que no me queréis recibir sin afeite, siendo así que soy la más hermosa de todas, aun con aquel afeite que (¡creedme!) es una corruptela vuestra y no mía? Con ese embadurnamiento, que no sólo es inútil (ninguna mentira es útil), sino que es muy pernicioso. Existiendo muchos géneros de mentira, que no entrañan demasiado mal, esta mentira con que me enmascarasteis es la peor de todas, puesto que trae consigo una nefanda impiedad, en la cual, si algún bien hay, ¿es lícito propinarlo a vueltas de tanto perjuicio? Como si la medicina no pudiera darse sino mezclada con veneno.

Obligado me habéis a usar con vosotros del abanico para ahuyentar para siempre el calor del amor de Dios del afeite de la mentira, pues si ese afeite no se mantuviera con tanto cuidado vuestro, yo, en un momento, lo hubiera disuelto; y eso lo haré, aun cuando vosotros no queráis. Obligásteisme a que, por la noche, me untara yo con un mejunje por el cual yo, luego, a altas horas, a saber: a la hora de la muerte, al irme a acostar, despidiera

un olor fétido, y que vosotros, por ello y por los artilugios del diablo, no podáis en la muerte hallar reposo.

Por todo esto, aprended, pues, a abrazarme, mortales a mí sola, sencilla, pura, que es la cosa más fácil. Sabed que soy sola yo la que habla con la mayor nobleza e ingenuidad. Aprended a no querer oír más que a mí misma, que no hay cosa más sólida, más suave, más dulce: yo seré vuestro abrigo, yo vuestra loriga muy fuerte, yo el escudo que, si fuere vuestra defensa, ninguna cosa os dañará. Yo os conduciré por caminos rectos, y al fin mostrarme he a vosotros yo misma. En ello reside exclusivamente la felicidad y el estado de bienaventuranza, cuyo cumplimiento consiste en la acumulación de los bienes todos.

FIN DE «LA VERDAD EMBADURNADA»

DESCRIPCION DEL ESCUDO DE CRISTO

(CLYPEI CHRISTI DESCRIPTIO)

Al muy ilustre Serafín Centelles,
conde de Oliva.

Parece bien que, puesto que voy a escribir de Cristo, Emperador universal, Señor de los ejércitos, beligerante, victorioso y triunfador, describa antes con mano lenta y amorosa el escudo que embrazó, labrado por ingenio divino, así como Virgilio describe el escudo de Eneas, obra de Vulcano, insigne no solamente por el primor de su manufactura, sino también por sus vislumbres proféticos. Y así fué como a ese Caudillo nuestro, al iniciar sus milicias, Dios, que es la suma bondad y grandeza, le entregó un escudo fabricado de simple cuero. Ese escudo, a la vez que con su macizo volumen sostenía y defendía la universalidad de las cosas creadas, contenía también y reproducía las imágenes y representaciones de todas las cosas. En su envés estaba representada toda la progenie de los patriarcas, a quienes todo acaecía en figura; allí, los dichos y los hechos de los fuertes profetas y de los varones santos; allí el elemento primordial y el origen del cielo y de la tierra. Allí veíase cómo el Espíritu de Dios, sobrevolando por encima de aquel caos inicial, descompuesto, informe, dando estructura al mundo y ocupado en su ornato y tocando de un confín al otro confín con fortaleza, disponíalo todo con suavidad. Y luego aparecía el hombre, levantado a semejanza e imagen de Dios, a quien sólo se le dió conocimiento de la religión y un rostro erguido y que pudiera contemplar el cielo y elevar a los astros su empinada cabeza; a quien sólo atribuyósele mente y razón, mientras que los restantes animales están privados de don tan grande. Entonces aparecía su compañera, la mujer, porque no viviese solo, y la santa y dulce unión de entrambos, por la cual Adán conoció en espíritu que el esposo de la Iglesia había de ser Cristo Jesús. Contempló, a seguida, el pecado del hombre y de los ángeles, por cuya culpa aquéllos fueron despojados de sus vestiduras blanquísimas y éstos ya jamás habían de vestirlas. De ese pecado de origen, como de un manantial perenne, procedían las maldades todas; e inmediatas a ese pecado, las uniones carnales prohibidas y execrables, y el linaje de hom-

bres, bestias, pintadas aves y toda otra suerte de alimañas a los que, con excepción de muy pocos, el diluvio universal raía del haz de la tierra; y luego, la ignorancia de la religión y del Dios verdadero; es decir, su degeneración en bestias, y aquella maldad que no tiene nombre, seguida de la confusión de lenguas, que ajena mucho más a los hombres unos de otros que de las bestias que están a su servicio, siempre que estén domesticadas. En su vecindad aparecía aquel fidelísimo Abrahán, que, dócil a soberanos mandamientos, abandonó a su patria, sus conciudadanos, su raza, su lar, sus propios penates, y que de regreso de la matanza de los reyes, con ánimo piadosísimo, ofreció diezmos a Melquisedec, sacerdote y rey de paz y de justicia.

Seguidamente verías al deseado Isaac, con cuyo nacimiento la casa se hinchó de gozo. Y más tarde vieras al mismo Abrahán apresurándose con firmeza y constancia de alma a inmolar a su hijo, sin que hiciera en su ánimo la menor mella la duda de que sería cabeza de muchos pueblos, persuadido de que algún plan mejor abrigaba la mente divina en torno a la estirpe en quien estaba prometido que serían salvas muchas gentes. En seguimiento del anciano iba el hijo, cargado con el haz de leña, verde de años, pero dotado ya de prudencia senil, sin suplicar a su padre que dejase de ofrecerle en sacrificio porque los designios de Dios tienen un alcance incognoscible y no son investigables sus caminos. Con estas palabras tortura el hijo a su padre indeciblemente, puesto que ve que se le arrebata aquel su hijo tan cuerdo y tan digno de la vida, aun cuando está convencido que más se le reclama que no que se le quita. Mas la divina Bondad hace que el desenlace de esa intriga sea más apacible pues probada y reconocida la fe del hijo, hijo y padre, sin novedad y con gozo nuevo, vuelven a su casa. A continuación figura en el escudo Jacob el elegido y Esaú el rechazado. De Jacob nacen aquellas doce cabezas de muchas gentes y pueblos que nadie podrá contar.

Con sumo placer contempla Cristo al hijo de la carísima Raquel, imagen suya, vendido a los mercaderes de Egipto y honrado en Egipto con una posición preeminente; y el reconocimiento por sus hermanos que allá fueron a pedir trigo, y el viaje de Jacob a Egipto con sus hijos y su casa numerosa por ver a su hijo. Allí el anciano, en el regocijo de aquel encuentro, llora de gozo copiosamente, porque, después de haber pensado que con llanto y tristeza bajarían sus canas al sepulcro, ya se promete que van a descender a él con suma placidez y alegría. Pasados algunos años, los Faraones de Egipto, ignorantes de su estirpe, condenan aquella nación libre y pueblo grato a Dios a una onerosa y amarga servidumbre para exterminar aquel linaje a copia de vejaciones y penalidades. Los unos fueron destinados a las canteras; los otros, a los hornos de cal; muchos cocían ladrillos, molían el yeso, machacaban la arcilla y el barro con paja desmenuzada; los más transportaban a la ciudad el trabajo de sus compañeros; otros, con prolijo afán, construían casas, murallas y otros edificios, urgiéndoles inhumanamente a la faena los arquitectos del rey y los empresarios de las obras, hasta que, compadeciéndose el Señor del linaje de Abrahán, concede Moisés a la tribu de Leví, quien, criado en palacio, es elegido por Aquel que es Caudillo de su

pueblo, el cual, vadeado el mar Rojo a pie enjuto, abruma y engulle los carros de Faraón y todo su ejército en las bravas ondas y en las aguas arremolinadas.

En las selvas, en los montes, en los arenales de Arabia, fué el pueblo alimentado con mantenimientos del cielo; instituyóse y organizóse el sacerdocio y el ministerio de todo el templo, suerte de prenda del templo venidero, que sería más espacioso y mejor; templo del eterno Sacerdocio, no según la orden de Leví ni de Aarón, sino de Melquisedec; templo donde se celebrará el misterio eucarístico bajo las especies de pan y de vino. Después de esto, preveíase para Josué la sucesión de Moisés; entonces estallaron grandes guerras. Concedió Dios a la estirpe de Abrahán aquello que en lejanos tiempos había prometido a los fundadores de la raza, y el colono judío se asentó en Palestina y Siria. La administración primera fué de los jueces; pero después aquel pueblo tornadizo, inquieto y necio, pidió para sí un rey como lo tenían las otras naciones. Se le dió Saúl; luego, entre sus muchos hermanos, fué elegido David, cortado a la medida del corazón de Dios, y por capitalidad fué escogida Jerusalén, la ciudad del gran Rey, y prometiósele que en Jerusalén la casa de David reinaría para siempre, *y los hijos de los hijos y los que de ellos nacerán*, en expresión de Virgilio.

Entonces Cristo contempla a los reyes poderosos, y los pueblos y los profetas, llenos del Espíritu de Dios, que cosas tan gloriosas vaticinaron de su escudo; *a la vez querrá leer las alabanzas de los héroes y los hechos de su Padre y conocer qué cosa sea la virtud*, según palabras también virgilianas.

Cautivo estaba otra vez en Babilonia y de nuevo era rescatado de su merecida esclavonía, por la bondad y la clemencia de Dios. Figurados estaban los fortísimos amigos de los Macabeos, crudelísimamente despedazados por no comer los manjares prohibidos. Todas estas cosas habían acontecido mucho antes para que fuesen descritas en aquel cuero y fuesen los episodios finales del Viejo Testamento.

Vuelve el haz del escudo, pues aquello era lo que debía oponerse a los golpes y al choque pavoroso:

Aquí el linaje antiguo de Cristo, hermosísima sucesión, héroes magnánimos, nacidos en años mejores, como Virgilio cantó.

Aquí todos aquellos predestinados desde los siglos más profundos arreados de níveas vestiduras, y algunos las llevan rociadas y tintas de púrpura. Muéstrase Pedro el primero, elegido cabeza y príncipe de todos los otros por voluntad y llamamiento directo de Dios, gritando insistentemente, ardientemente, a favor de la fe, persuadido que no hay trabajo arduo, que no hay trabajo difícil si se ha de sobrellevar por Cristo. Después de él, el gravísimo San Pablo, que ejercía ministerio asiduo entre los gentiles, a quienes venciera con argumentos incontrastables, ora los atraía a sí con suave y eficaz persuasión, ora con el ejemplo de su vida, y con los milagros hechos ganaba para Cristo, a Quien sólo servía, de nadie adulador, caro a todos, libre y severo, siervo de todos por amor de Cristo y no absteniéndose de reprender al mismo Pedro en favor de nuestra libertad, porque la verdadera piedad no estuviese cohibida por cuestión de manjares. Herodes, enemigo de la Iglesia Santa, degüella a Santiago el Zebedeo porque más plenamente viviese. El mis-

mo emperador romano, el Senado, el pueblo, la plebe, Roma, los que domaron al universo mundo, en vano aguzan las armas contra unos discípulos inermes, y los que vencieron a todas las naciones son vencidos, con la ayuda de la verdad, por doce pobres desarmados. A seguida, los cuerpos de aquellos dos luminares de Roma, por aquel tiempo apagados en la morada de todas las tinieblas, los cuales, después de esta su muerte, disiparon la romana calígine y trajeron la lumbre perenne y esclarecida. A continuación, las incansables peregrinaciones apostólicas a los remotos Garamantes y a los Indos y a Tule, la postrera de las tierras.

Encima de todo esto, Diocleciano Saloneo, después de las aflicciones impuestas al nombre cristiano, vejado, pero no extinguido, por Domiciano, Severo, Maximino, Decio, queriendo él descuajarle radicalmente, el mismo día en que murió Cristo dió orden de que fuesen demolidos todos los templos de la verdadera religión que estaban bajo el señorío romano y que se diese muerte al sinnúmero de cristianos. De las guerras ocasionadas por poderes exteriores se vino luego a las discordias intestinas, a los sañudos embates, que más reciamente que aquéllos batieron las puertas, los cimientos, todo el edificio de la Iglesia. Y luego contempla a Arrio, avilantándose contra Alejandro, antístite de Alejandría, vagueando por encrucijadas, por calles, por templos, por escuelas, por prostíbulos, por mesones, persuadiendo al profano vulgo que el Hijo de Dios era menor que el Padre, que era creado y que su existencia tuvo comienzo. Aquella peste contaminó a muchas personas sagradas; pero cabe ella estaba la medicina de tamaño mal, el glorioso Concilio de Nicea, y la asamblea serena, donde unos hombres inverosímilmente iletrados, pero por lo demás santos y asistidos de divinas luces, vencen con su argumentación a los dialécticos más agudos, a filósofos eximios, a varones dotados con toda la sabiduría del mundo, y los derriban del castillo de sus errores. Aquí el gran Atanasio señala a los cristianos más claramente las normas de su creer. Aquí Eusebio y Teognio, experimentada la accesibilidad, la exorabilidad de aquel muy santo Consejo, y la eficacia del arrepentimiento, fueron de nuevo recibidos en el regazo y en el abrazo de la Madre piadosísima.

Después, Nestorio, como si separase a un hombre de otro hombre o a un caballo de su yunta, de la misma manera separaba a Dios de Cristo o, más claro, separaba a Dios de Dios. ¡Cómo al ver esto lloraba dolorosamente; cómo derramaba lágrimas copiosísimas, considerando cada una de estas calamidades que amenazaban a su Iglesia y a su gente con tan fiero asolamiento! Que muchos eran sus hijos carísimos arrancados de su mesa, de su libertad y que se sujetaban a la esclavitud del más cruel de los tiranos, que luego eran llorados por contumaces enemigos suyos. ¡Cómo se revolvía de hinojos a los pies del Padre Celestial, pidiéndole con ahinco asiduo que no naufragase esa navecilla combatida por tan recio oleaje! *Yo*—decía—, *oh Pedro, rogué por ti, porque tu fe no desfallezca.* Pero leve era esta herida en comparación de las que le infirieron Sergio y Mahoma, acerba peste del linaje humano. Pero levanta sus ojos a más apacibles perspectivas y ve al fortísimo emperador Constantino que por bandera enarbola el Lábaro y mira sus Clavos como amuletos, y

la Cruz, que antes fué suplicio de ladrones, puesta en la frente de los emperadores; luego ve los altares, los templos construídos con tanta magnificencia por el Príncipe piadoso, tan muníficamente dotados y decorados, que la misma cabeza del orbe le está sujeta y, cosa que antes era la suprema ignominia, ya está divinizada y cristianizada. Y el mismo emperador Constantino exhorta al combate contra los enemigos disimulados a los fuertes atletas que surgen con enérgica resolución y a que esgriman las plumas invictas a modo de lanzas y de espadas: aquella trompeta de Jerónimo, tan multilingüe, tan diserta, hombre de veras *polígrafo*; el dulcifluo Cipriano; el agudo y docto Agustín; el facundo Ambrosio; Lactancio, el Cicerón cristiano, y Juan, de boca y de palabra de oro; ambos eruditísimos Gregorios, el Niseno y el Nazianceno; Basilio el Grande y todavía muchos otros, conspicuos tanto por la agudeza de su ingenio y de la variedad de sus saberes como por la santidad de su vida.

Entonces mira con ojos de una placidez de astro a Roma, la señora del mundo, postrada a los pies de su vicario. Aquí ve adorándole a El a Italia, maestra y madre de todos los pueblos, y luego a la heroica y férrea España; luego la noble y la dulce Francia, y luego la robusta Germania y la rica y hermosa Inglaterra; la India fértil en perlas y oro, y luego a otras naciones, esforzándose, y no sin provecho, por llevar a éstas al conocimiento del Dios verdadero. A la otra banda del océano occidental, donde nuestros mayores creyeron que no había más que el vacío y la nada, bullía un mundo nuevo, descubierto en nuestros días, evangelizado inmediatamente y formado en la religión verdadera.

Y después de todo esto, vió al judío pérfido y pertinaz, ya mejorado, pidiendo el bautismo encarecidamente, y se le administró. No desprecia a nadie que se refugie en El; entonces también el Sagrado Libro, donde se lee haber recogido todo cuanto estaba a su diestra y a su siniestra y que se hará un rebaño y un pastor, y el mundo cabrá todo en el cercado y en los apriscos de la Iglesia. Y luego, descollaba El, viniendo en inmensa majestad a juzgar a los vivos y a los muertos; y estaban abiertos todos los libros de las conciencias y manifiestas a cada uno aparecían su buena o su mala vida. Y El, sentado sobre querubines, acompañado por los senadores de la tierra, remunerando a los buenos y castigando a los malos. Y, finalmente, contempla a los felices predestinados a la eterna bienaventuranza, gozando de la vista de Dios, en quien están todas las cosas, donde llevan una vida que no tendrá fin y en la cual no hay asomo de molestia, ni de envidia, ni de tedio, ni de ira, ni de guerra, ni de trabajo; todo en esta vida discurre en sosiego, todo en sabrosísimo concierto y paz, todo en perfecto gozo y alegría, y la viven perpetuamente.

Este es aquel Escudo, cifra de todo el género humano, columna y piedra angular del edificio del universo mundo. Sin esta esperanza y sin este soporte, el orbe todo se derrumbaría, lo mismo que caerían y se arruinarían las paredes si cedieran la base y el fuste en que se apoyan. Ese Escudo es aquella Piedra que, rechazada inicialmente como inútil por los edificadores, poco después constituyóse en la piedra angular de todo el edificio. Este Escudo es aquella columna de nube que protegía en el desierto a la descendencia de Israel. Este Es-

cudo es aquella otra nube en la cual descendió el Señor y en la cual reside el trono de su gloria; pilar de la Iglesia de Dios vivo, cimiento de la verdad, hecha columna del templo de Dios, porque venció. Este Escudo es la palabra de Dios, Escudo ígneo para todos los que esperan en El. Con este Escudo, el hombre que está bajo la protección de Dios omnipotente rodea su pecho contra los miedos veladores de la noche. Este Escudo es el escudo de la fe con que debemos armarnos para extinguir los dardos fogosos que contra nosotros dispara el diablo. Este es el Escudo que recibió aquel golpe acerbísimo que Dios, enojado con nosotros, lanzó contra el mundo, que le hubiera causado herida mortal, pero que vino a dar en El, inocente, óptimo, santísimo, en expiación de nuestra maldad, y le ocasionó la mayor de las aflicciones. Este es el Escudo que el soberano y fortísimo Hijo de Dios, con resolución y alegría, levantó en su hombro y con el cual, en defensa de nuestro linaje, con gran confianza y una inconmovible esperanza de victoria, desencadena su ofensiva contra los demonios.

FIN DE LA
«DESCRIPCIÓN DEL ESCUDO DE CRISTO»

MEDITACIONES

SOBRE LOS

SIETE SALMOS PENITENCIALES

(MEDITATIONES IN SEPTEM PSALMOS PÆNITENTIALES)

(1518)

EMPREMIDO EN LA VILLA DE ENBERES
POR MIGUEL HILLENIO
EN 15 DEL MES DE OCTUBRE
AÑO DEL SEÑOR
DE MILL E QUINIENTOS
E TREINTA E SIETE

Muchas vezes me aveys rogado que leyesse y corrigiesse la traslación que aveys hecho de mis meditaciones. Lo qual yo hiziera de buena gana según lo requería nuestra amistad, si no me impidieran en parte mis dolencias y en parte mis ocupaciones, las quales dos cosas vos no ignorays. Endemás desto tengo en estas correctiones tan ruin condición de ser mal suffrido que más querría yo hazer una obra nueva que corregir la ajena. En la impressión procureys de poner buen corretor para que el empremidor y componedor, siendo flamencos, no cometan en la impressión faltas incorregibles, y que empidan el entendimiento de la sententia.

(De una carta de Juan Luis Vives a Diego Ortega de Burgos.)

JUAN LUIS VIVES

VALENCIANO

A GUILLERMO CROY, ARZOBISPO ELECTO DE TOLEDO Y CARDENAL DE LA IGLESIA ROMANA: SALUD

INCREÍBLE fué el gozo que experimenté, mi protector bondadoso, y envidiable el fruto que recogí del pobre afán mío con que compuse esta obrecilla, cuando conocía que había sido de tu gusto, pues a ti solo estaba dedicada. Por lo que toca a las otras amabilidades que me dispensas en tu carta elegantísima, ésas no las reconozco, sino que las atribuyo a una desmesura de tu cariño para con tu antiguo preceptor, y aun espero que, según es tu ingenio y según es tu erudición, que de día en día se acrecientan, muy en breve esas cualidades

que ahora admiras en mí sufrirán un total oscurecimiento si se comparan con las tuyas. ¡Bravo! Muy bien por tu ingenio; muy bien por la esperanza de tus estudios y de tu virtud. En cuanto a lo que me animas y me ruegas que escriba algo acerca de los seis Salmos restantes, ¿quién podrá negártelo cuando lo pides con tal comedimiento que el descomedido fuera yo si de mí no lo alcanzares? Tuviera yo por pecado no diferir a ese santo deseo tuyo y no obedecer a ese mandato tuyo tan episcopal. Por esto, en las pasadas estaciones litúrgicas, medité y di forma a esas pequeñas consideraciones sobre los seis Salmos restantes, que ahora te envío.

Y como estas seis meditaciones no fueron compuestas a un tiempo, el estilo difiere algo, mas el discurso o razonamiento en cada una de ellas es muy diferente. Es de saber que, conforme se me iba ocurriendo algún concepto, inmediatamente lo ponía por escrito, aun cuando muchas de estas meditaciones están redactadas a manera de oración forense.

La culpa de todo ello es que yo, en aquella ocasión, andaba entre oradores, y en materias profanas hacía frecuentes ejercicios declamatorios en el género judicial; y en dándolas estilo, la pluma se me iba a la vereda acostumbrada. De cuando en cuando me permití alguna diversión y me entregué a mi personal complacencia, espaciándome y campando a placer en determinados pasajes de mayor amenidad; pero no tanto que me olvidase del Salmo que estudiaba ni tampoco me era lícito hacerlo. Y porque tú u otro lector cualquiera (si es que de esta obra otro que tú tiene que ser lector) no se extrañe de hallar algo nuevo o que alguno de los lugares que yo expositė no se acomodan al sentido que él cree que fué el auténtico sentido del salmista, antes que entre en materia debo decir cuatro palabras.

Como el libro de los Salmos está vertido del hebreo, en que David lo compuso, al latín por San Jerónimo, que se ajustó a aquel texto que llaman la *Verdad hebraica*, y después por los Setenta Intérpretes, del griego, que es aquella interpretación latina, llamada Vulgata, que la Iglesia utiliza por lo común, y como exista además el salterio latino traducido del caldeo que de la lengua hebraica vertió a la caldaica, Jonatán, hijo de Abenuziel y no sin inspiración, según creen los judíos, y por lo mismo esta interpretación goza entre ellos de veneración y autoridad muy grande, que casi iguala a la que conceden a la misma *Verdad hebraica*, aun cuando más que traductor ceñido es un parafraste, yo no tengo reparo en declarar que leí todas estas traducciones, no en hebreo ni en caldeo, lenguas que desconozco en absoluto, sino en latín y en griego. Ni he de disimular que muchas veces consulté la llamada *Verdad hebraica* y la paráfrasis caldea.

Confieso, a pesar de todo, que me contenta más la interpretación griega de los Setenta y que casi siempre la sigo, dejando de lado todas las otras; la cual, como dije ya, con excepción de unos pocos vocablos, se conforma exactamente con la latina que todos los días resuena en los templos. No es éste el lugar de explicar el motivo, muy grave por cierto, de esa preferencia. Espero tener ocasión de declararlo en otra parte.

Ni tampoco he seguido con demasiado afán y punto por punto

los sentidos de los comentarios, sino que desarrollé lo que me parecía de interés según mis cortos alcances. Me lo dispensará el benigno lector que considere que las palabras del Espíritu Santo no están atadas a un solo sentido. Por eso a las Sagradas Letras danles el nombre de campo en primavera y germinación perpetua, feracísimo, ubérrimo, porque ellas tienen muchos sentidos, admirables todos y todos verdaderos, en el mismo Espíritu que las dictó. Si al lector no le pareciere bien este título, dejando el nombre de enarración o de exposición, llámelas si le pluguiere *Meditaciones*, como quien dice consideraciones o ejercicios mentales. No he tocado los títulos o las inscripciones de los Salmos que los griegos llaman *epígrafes* porque no pertenecen al texto del profeta. Yo, en un principio, tuve el propósito de poner las palabras del salmista en prosa continua, en la cual el lector no es menester que vaya con tanta cautela y no es fácil que le engañe la variedad de personas interlocutoras. Unas veces hablo yo; luego, el salmista; después, el pecador, y, por fin, cualquier otro. El esfuerzo por discernir quién sea el que tiene la palabra será pequeño y no precisará talento muy agudo.

Ahora, en el umbral de esta obra, ruego con gran ahinco al orador que no pida con ansia el artificio, la elegancia, la brillantez, la copia del discurso, el aliño o primor de las palabras y de las sentencias, ni el dialéctico la agudeza de los argumentos, ni el doloso sofista las expresiones capciosas, ni el teólogo escolástico las argucias y las disputas que son pura sutileza y adelgazamiento. Comienzo por advertirles que no hay en esta obra nada que pueda satisfacer y complacer a quienes no buscan más que eso. Mas el cristiano no mire más que a la intención cristiana. Venga enhorabuena y con benevolencia y reciba con espíritu de piedad lo que se dice, sin buscar el cómo se dice. Y si acaso hubiere alguno que hiciere poco favor a esta obra, no por ella, sino por mí, a ése yo le digo que su composición me acarreó harto consuelo. La recta intención con que la escribí y el propósito santo que me guió a ello me consolarán, me solazarán y me animarán, porque sé que el Señor me tiene preparado un premio cuantioso, tanto más cuantioso cuanto menos experimentaré no recibirlo de los hombres. Las promesas fieles del Señor me harán feliz si en correspondencia de esa obra buena me granjeare la ojeriza de los hombres.

Y tú, mi muy dulce protector, acepta esta obra con el mismo espíritu con que me la pediste; y del estudio de los oradores y filósofos profanos, como por una escala, sube a estas alturas divinas que no arrebatan el espíritu a las perturbaciones y pasiones, con demasiada frecuencia indignas del hombre cristiano, sino que los levantan a tales altezas, a tan empinadas excelsitudes que penetran en la misma morada de Dios e incendian nuestras almas con tan piadoso fuego de caridad, que arden como los propios querubines, espíritus los más encumbrados y que alientan en la más próxima cercanía de Dios. Ese orden querúbico es el que reproducís en nuestra eclesiástica milicia, vosotros, los investidos con la púrpura cardenalicia, símbolo de la caridad perfecta que debéis ostentar en todos vuestros actos y en toda vuestra vida, por manera que así como lo sois en jerarquía, seáis superiores a todos en virtud. Cosas

son todas éstas que yo sé que tú no ignoras y que practicas con toda probidad y espero que antes de pocos meses las conocerá la redondez del orbe. No alabaré aquí tu erudición, la seriedad de tus estudios, tu índole, tus costumbres, aun cuando podría hacerlo con holgura (porque estas mismas cualidades proporcionarían material copioso para tu panegírico), porque no salga algún malévolo de los que tanto abundan que piense que yo adulo a un discípulo mío. Ese vicio de la lisonja, que es feo en cualquier hombre, es feísimo y pernicioso en grado sumo en un preceptor, que debe alabar con suma modicidad y rareza al alumno a quien forma. Todos estos proyectos que maduras de día en día, cuando salieren a la luz serán elocuentes pregoneros de tus alabanzas. Ten salud.

Lovaina, 1518.

MEDITACIONES SOBRE LOS SIETE SALMOS LLAMADOS PENITENCIALES

MEDITACION I

SOBRE ESTE SALMO 6.°

Señor, en tu furor no me reprendas ni me castigues en tu ira.

Ten misericordia de mí, Señor, siquiera porque estoy enfermo; sáname, Señor, porque mis huesos se me desencajaron de las coyunturas.

Y mi alma está perturbada en gran manera; pero Tú, Señor, ¿hasta cuándo?

Vuélvete, Señor, y libra mi alma; sálvame según tu misericordia. Porque en la muerte no hay quien se acuerde de Ti; y en el sepulcro ¿quién habrá que te confiese?

Trabajado me veo en mi gemido; todas las noches lavaré mi lecho; con mis lágrimas regaré mi estrado.

A presencia de tu furor turbóse mi vista; envejecí en medio de todos mis enemigos.

Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad, porque ha oído el Señor la voz de mi llanto.

Ha oído el Señor mi ruego; el Señor ha recibido mi oración.

Avergüéncense y en extremo sean conturbados todos mis enemigos; conviértanse y avergüéncense luego al punto.

Pienso que habrán sido muy pocos los que, así que leyeron las primeras palabras de este salmo, si por ventura tuvieren agudeza y penetración de ingenio, no se hayan, a sus solas y calladamente, maravillado de que el profeta atribuya a Dios furor e ira. Y, en hecho, de verdad no parece lo más conveniente que la majestad de Dios, serena y santa, sufra conmoción y perturbación pasionales, indignas aun de todo hombre que haga profesión de sabiduría. Si las cosas de Dios nos fuesen tan conocidas como nos lo son las humanas, podríamos denominarlas con voces tan propias y tan certeras como denominamos las nuestras, y entonces cada uno de los nombres que diéramos a las cosas no serían ni menos ciertos ni menos claros en hablando de Dios que en hablando de las cosas de los mortales. Mas como quiera que en nuestra actual condición nos imagina-

mos las cosas divinas por comparación y referencia a las nuestras, culpa de eso es que las expresamos con palabras que mal se compadecen con su realidad. Pero, con todo, tenemos que hablar y hemos menester de vocablos que, puesto que no sean adecuados, sean, al menos, aproximados y expresivos. Y bien así como decimos que un juez, por más sabio e íntegro que sea, está irritado y enojado al reprender a los delincuentes y al mandar al sayón y al verdugo que ejecuten contra ellos la ley, porque aun cuando estas disposiciones pueden tomarse sin ninguna perturbación, ni tempestad, ni borrasca, ni aquella ceguera total que envuelve el alma afectada por un movimiento de ira desapoderada, que desquicia de su asiento el buen juicio; pero no es ello posible, sin algún asomo y chispa de enfado, que conmueva el espíritu aun cuando sea muy ligeramente.

Y con efecto: ¿qué hombre hay, si tiene algún fondo y veta de bondad, que vea a los malos obrar mal sin que su espíritu reciba alguna impresión? Esta es la razón por que los más sagaces conocedores de la naturaleza definieron la ira diciendo que era un ansia vindicativa y una reacción espontánea y enérgica del alma demandando el castigo del pecado. Y así Dios, que es la misma mansedumbre y la bondad misma, cuando ve que los malos hicieron un abuso tan prolijo de su paciencia hasta el punto que ya no se les debe soportar más tiempo y cree ser ya llegado el tiempo del castigo de sus maldades, no ciertamente afectado, como nosotros, por una perturbación flaca y pasajera, sino inconmovible en aquella su placidísima y eterna tranquilidad, dícese que está enojado. Y si se diere el caso que tiene que exigir del más empedernido y malvado de los pecadores una penalidad grandiosa, esta resolución tan justiciera y equitativa de castigar al pecador según la enormidad de su pecado, esta voluntad y propósito, aun cuando los inspire una ligera conmoción, toma el nombre de furor, que viene a ser el punto más subido, el frenesí y el paroxismo de la ira. Por esto, el Señor dícese irritado, dícese enfurecido, dícese terrible. Al acercarse a Dios el pecador, en su propósito de enmienda, debiendo responder de tantos crímenes, ni le es potestativo, en pleito tan feo y tan desesperado, usar de ningún proemio para granjearse la benevolencia ni tiene libertad para insinuarse con algún ruego, por cuanto teme que antes de abrir la boca y pronunciar la primera palabra no se vea arrebatado por el furor de la divina Omnipotencia, que arde con mucho mayor rabia que cualquier incendio y penetra muy más profundamente que el más agudo de los cuchillos.

Por esto mismo el profeta, para que todo lo restante resulte más hacedero y asequible y por anticiparse a doblar la rígida vertical entereza de Aquel a quien ofendió, comienza por pedir que remita algún tanto la vehemencia del furor divino. Y a seguida suplica que no le lleve en sus ráfagas antes que haya podido arrepentirse de su maldad y que no le ocasione un terror tan grande que le imposibilite de hacer penitencia por desesperanza de alcanzar perdón. ¿Por qué es que desea un juez exorable, sino porque la esperanza de su placabilidad le confirme y consolide en las penalidades de la penitencia, esperanza que desaparece redicalmente si se atiende no más al furor de Dios y no se mira a su clemencia? Suplica, pues, que se le conceda tiempo y tregua

de expiar sus pecados en la tristeza y en el llanto a que está resuelto a entregarse, pero sólo en el propósito. ¡Oh, cuán grande es el terror del Señor! Tan grande, que aun aquel santo Job, que podía tener muy legítima confianza en la limpieza de su conciencia purísima, cuando se aventura a disputar con Dios, dice: *Retire de mí su vara y su temor no me aterrorice; hablaré y no le temeré, pues, si tengo miedo, no puedo responder.* Saquemos de ahí una conjetura: si la ira de Dios atemoriza al justo, ¿cuánto más vivamente conturbará al malo, que, con su sola conciencia, sin que ninguna otra furia le hostigue, tiene miedo de ella y pesa para ella más que mil testigos el recuerdo exclusivo de los pecados? Mas, muy luego, el salmista aparta la conmiseración de su propia persona y presenta a Dios, Padre de todos, la flaqueza del hijo. Aman los padres las debilidades de sus hijos, abrazan con ciego cariño aquella palidez de las enfermedades y los padecimientos y la compasión acrecienta y multiplica las fuerzas del amor.

«Ten, Padre, misericordia de mí —dice—, porque estoy afligido; cúrame, ¡oh el mejor de los médicos!, porque estoy enfermo y mis huesos están coturbados.» Y no es de maravillar que estén conturbados los huesos de aquel cuyo orden recto está desquiciado. ¿Qué significa esa turbación de tus huesos y ese correrse de sus propios lugares, sino que el orden jerárquico anda revuelto, que el sentido no obedece a la razón, que la carne no obedece al espíritu, que el menor está sublevado contra el mayor y contra el superior el subordinado? ¿Y admírate que en tus huesos lo diestro se haga siniestro, lo anterior se haga posterior y lo que está arriba se despeñe abajo, siendo así que tú, aquello que de suyo es superior, hicístelo inferior y, al revés, lo que debía ser más fuerte tú dejaste que lo arrollase lo más débil? Y en conclusión: ¿por qué es que el pecador siente hasta tal punto sus huesos descoyuntados? Es de creer que en un desquiciamiento de huesos tan doloroso no gozan de mejor salud los nervios ni la carne. Con una sola expresión quiso el profeta decir que sentía el cuerpo todo andar desquiciado. No hubiera sido mucho que toda la fábrica del cuerpo estuviese cascada desde sus cimientos, que la carne disminuyese y luego aumentase, que los huesos estuvieran pegados con la piel, que los nervios se debilitasen y luego recobrasen el vigor primero y que las fuerzas creciesen: todos estos altibajos son corrientes. Mas cuando la enfermedad llegó a los huesos, cuando los huesos sintieron sus acometidas, es indudable que están seriamente afectados los nervios y la carne y que la vida misma del hombre está en peligro. Muy activa es la virulencia del pecado, que en un momento se apodera del exterior y cala en lo más íntimo. Esto, acaso, fuera ya suficiente para manifestar su enfermedad; pero encarece más al decir que también su alma está afectada, porque entendemos que no queda en él cosa sana. Muy poco les importaban a los pocos sabios que en el mundo han sido los achaques físicos, mientras gozasen de buena salud moral.

Aquel filósofo integral que fué Platón estableció en Atenas la escuela llamada Academia, en un sitio no muy salubre, no fuera que el cuerpo retozase de salud demasiada y corriese a perderse y a despeñarse en lujurias y placeres, sin que pudiera enfrenarle y detenerle el se-

ñorío de la razón. De esta manera, este egregio filósofo mercaba la salud mental a trueque de la enfermedad física. Pero es el caso que nuestro pecador está malo del cuerpo y gravísimo del alma. ¿Qué ponzoña es ésta, tan virulenta y eficaz, que simultáneamente invade el cuerpo todo y llega al alma misma? Las mordeduras de áspides, de cerastas, de basiliscos, de sapos, de víboras ni de cualquier otro linaje de sabandijas no inoculan veneno tan maligno; y con todo, él, poco a poco, muy callando, cunde por las venas y por otros escondidos conductos del cuerpo, e inficiona con su humor mortal los órganos vitales: *y se propaga el sordo veneno y roe los meollos el fuego comedor, y con su pus caliente prende fuego en las entrañas*, como dice Lucano en el libro noveno de su *Farsalia.*

Pero decidme, por favor: ¿qué veneno es éste y cuán horroroso y cuán terrible, que tan pronto como penetró en el cuerpo, con dolores extremados, en un minuto inflige al hombre muerte tan amarga? Qué veneno sea, diréllo con una sola palabra; con una sola palabra lo oiréis, para que lo evitéis ahora y siempre. El pecado es la más pestilente dolencia del cuerpo y del alma humana. ¿Os maravilla esta afirmación? La razonaré. Es la muerte de esta suerte de diosa inmortal y hermosísima, y su mancha más inmunda y pegadiza. Y por esto, como para el profeta no hay prisa suficiente cuando su alma tiene prisa, no sea que si el remedio se difiere perezcan a una, de muerte doble, cuerpo y alma, invoca al médico a voz en grito; pregunta hasta cuándo ha de esperar, suplica que el socorro se acelere, quéjase porque su demora le ocasiona prolijos y muy acerbos sufrimientos y duélese y se abrasa quien con tales instancias y con tales acucias ruega que el médico acorra con la medicina.

No obstante, sobrelleva tú, pecador, un poquito de tiempo este dolor que te escuece tanto, a fin de que, en adelante, no tan fácilmente te arrojes en la culpa y con la dilación del remedio paladees el ajenjo de la enfermedad y entiendas hacia qué tropezadero fuiste rodando, a fin de que, sacado una vez de allí, evites los senderos que conducen a tan lóbrega sima. El Señor no te desamparará. Lo que quiere es que lo que la ceguera te hizo hacer, lo contemples tú con los ojos abiertos. No dejará que quede vana su palabra, que prometió trueque tan ventajoso: *Convertíos a Mí y yo os volveré el rostro.* Abre ya, desde luego y poco a poco, tus ojos mediante la penitencia, a fin de que te penetres del trascendente significado de aquellas admirables palabras de nuestro Dios admirable. ¿Piensas, por ventura, que es Dios quien se aparta de ti, cuando eres tú precisamente quien se aparta de El con la suciedad de tu crimen? ¿Cómo tú, que anteriormente, gracias a la virtud, tenías constantemente clavada en El tu mirada y ahora el pecado te hace cambiar de dirección y miras a otro lado, y en fuerza de ello El, a su vez, cesa de mirarte y desvía de ti sus ojos? ¡Valiente excusa! Eso, acaso, hubieras querido tú, cuando pecabas, porque no te viese El, que toma venganza del mal. Y aun no sé si, entre tanto, cuando te avilantas y procedes a pecar, abrigas el secreto deseo de que El no exista, como lo hicieron aquellos filósofos criminales que eliminaron a Dios de su filosofía o le redujeron a tal precariedad que casi no se diferenciaba de su no existencia y a la medida de sus deseos

fabricaron fábulas y sueños, triste alivio de su mala conciencia; fundaron la creencia de la impunidad por manera que a su antojo existiese el placer que halaga; pero no Dios, que castiga las malas obras.

Existe, pues, un Dios único, con exclusión de cualesquiera otros dioses, que es bondad suma y remunerador justiciero de quien esperamos el premio y el castigo. Este te contempla asiduamente no con vista de hombre ni con los ojos fabulosos de Argos o del lince, sino como tu alma se contempla a sí misma, o mejor aún. Y, en efecto: ¡cuántas cosas hay en tu alma que ella no ve! ¿Están, por ventura y en todo momento, a tu disposición los abarrotados almacenes de la memoria? No, puesto que guardas todas sus disponibilidades como en una rica arca de la cual las sacas poco a poco. Pero Dios las ve en su conjunto y sabe todo cuánto tienes, siquiera tú mismo lo ignores. Y mientras El permanece inmutable en su eternidad, tú estás sujeto a mil alteraciones y mudanzas, y con eso sólo tú te separas de El. Y con todo, El no se ha movido de ti el grueso de un cabello. Vuélvete a El, y la distancia que tú provocaste con tu apartamiento se soldará de nuevo con tu aproximación. El está donde estaba. De ti depende que se vuelva a ti, si tú te volvieres a El. Ya, por fin, conoce el arrepentido en qué lugar salvaje y desierto vino a dar, entre qué ladrones vino a caer mientras baja de Jerusalén a Jericó. Oíd la voz lastimera del viandante salteado de bandoleros y cosido de heridas: *¡Lleva ya mi alma!* ¿Qué dice de su alma ese peregrino incauto? Muy malos son esos ladrones que ningún cuidado tienen del dinero, ningún cuidado del vestido, que ellos dicen espontáneamente ofrecer una y otra cosa al caminante; ningún cuidado del cuerpo, pero que infieren al alma la mayor de las violencias.

Por esto el salmista encomienda a Dios no las riquezas de su reino, que eran, como la historia nos hace saber, cuantiosísimas; no la clientela, no la familia, no el cuerpo, sino su alma, que la saque de tan bravos peligros. Y porque no acontezca que al librarla de ese riesgo vaya a dar en otro mayor, sino que su liberación sea total y perpetua, implora la misericordia, porque así como le abandonó la muerte primera, no se siga la segunda muerte, que es el infierno. Y en el infierno, ¿quién conoce a Dios? ¿Quién le confiesa si allí hay un desahucio total de esperanza y, a la vez que con el tormento, una absoluta imposibilidad de evasión? Y así es que el salmista propone a Dios el provecho que se sigue de la vida, como aquel rey Ezequías, nacido de la sangre del mismo David, se vale en su deprecación de ese mismo provecho, y dice: *Porque el infierno no te confesará ni te alabará la muerte, ni los que bajan a la hoya esperarán tu verdad: el que vive, el que vive, ése te confesará, como yo te confieso hoy; el padre notificará a sus hijos tu verdad.*

Harto bien sabía el profeta que el motivo único por el cual el Señor dilataba tanto su venganza contra los pecadores era por darles tiempo a que se enmendasen, conforme está escrito: *Compadécete de todas las criaturas, porque eres omnipotente y haces que no ves los pecados de los hombres, porque esperas su arrepentimiento.* Y por eso mismo, en otro lugar dice el mismo Señor: *No serán los muertos, Señor, quienes te alaben ni todos los que bajen al sepulcro, sino que nosotros que vivi-*

mos, nosotros bendecimos al Señor. Esta es la causa por la cual Dios deja que los malos vivan, porque mientras vivieren, hasta el postrer suspiro pueden ciertamente arrepentirse en un mínimo espacio de tiempo; mas una vez que se hubieren despeñado en el infierno, ya no les queda rastro alguno de esperanza. *¿Qué ventaja,* pregúntase el profeta, *reside en mi sangre si descendí ya a la podredumbre del sepulcro?* Preocupado yo por esos pensamientos, por conseguir una miaja de tiempo, a fin de que, como león, ese divino furor tuyo no me arrebatase en sus uñas y no tuviese quien de ellas me arrancase, sudo, trabajo, gimo, lloro, pido que se me conceda prórroga de algunos días, y cuando pondero la muchedumbre de tu venganza, no proporcionada ciertamente a mis maldades, túrbase no solamente mi vista exterior, sino la vista interior de mi alma. Dime, te suplico, ¡oh Rey de Israel! : ¿cuál es la causa de esta congoja tuya tan grande? ¿Por qué, a solas, en un rincón, estás triste todo el santo día y consúmeste en el llanto? ¿Cuál es la causa por la cual el lucero del alba te encontró llorando y llorando al cabo del día te halló la estrella de la tarde?

Porque con mi contumacia y cronicidad en el pecado encanecí entre vicios, en la sociedad de los malos, con Satanás y otros perversos espíritus, mortales enemigos míos. Y al paso que cada uno de mis crímenes hace que en menos se estime el que le sigue, la multitud de todos ellos hacinada obligaron al pecador a envejecer entre vicios, no sintiendo el peso de las propias maldades. Toda maldad acarrea una maldad nueva que la acompañe y more con ella, y una vez que se ha reunido de ellas toda una hueste, poca importancia tiene la admisión de otra, por manera que lo que en los comienzos, porque no halló oposición alguna, fué una simple ulceración, atrajo luego enjambres de moscas, cuya molestia, no siendo sentida, predispone a no sentir las vivas picaduras de las avispas cáusticas; mas si se apartaren, siente la cesación de los aguijones y el alivio del tiránico hostigamiento. Esto es lo que quiere; esto es lo que pide a voz en cuello; esto es lo que reclama para su liberación, mandando que se alejen todos los que practican la iniquidad; y con la ayuda de la divina misericordia y armado del divino socorro expulsa de su ciudad al déspota que la ocupaba. Admitido has tú también en tu república al tirano que la invadía, sobornado por sus larguezas, y, creciendo en valía, fué mucho más poderoso que tú; y así es que no puedes extraer a quien pudiste introducir. Pondera, pues, a continuación a quién vendes tu libertad y a qué precio la vendes, o, mejor, mira que no la vendas a ningún precio, no sea que te veas obligado a ser esclavo del pecado, que es peor que tú, ni puedas ya, una vez comprometido, recobrar al precio del mismo dinero la libertad que vendiste y tengas que implorar mientras gestionas tu rescate el auxilio de aquel en quien no pensaste en el acto de la venta. *Apartaos de mí*—dice—*todos los obradores de iniquidad:* palabra santa, palabra valiente, palabra de alma grande y elevada, palabra de destruidor de tiranos, palabra de Hermodio y de Aristogitón, palabra de Arato Sicionio, de Trasíbulo, de Dión Siciliano; palabra enérgica digna de los Brutos.

Pero dime: ¿con qué armas te yergues con tales bríos, tú que poco antes yacías postrado en el bajo

suelo, encadenado en la mazmorra, sentado en la lobreguez, en el moho, en la hediondez de la más mísera de las servidumbres? ¿Son tuyas estas armas, por ventura? ¿De dónde las tomaste, si poco antes no las tenías? Y si las tenías, ¿por qué no las conocías? Y si las conocías, ¿por qué no las empuñabas? ¿Por qué por cobardía, por qué por apatía y pereza, preferías servir que mandar? *Oyó*—dice—*mis plegarias el Señor; el Señor despachó mi oración favorablemente.* Reconozco, en cuanto estaba en mi mano, que yo mismo me condené a perpetua servidumbre, que entregué mis armas al déspota ambicioso, seducido por el placer inmediato y descuidado del mal tan grande que en él se disimulaba; pero lloré, pero grité, pero supliqué; imploré a Aquel que es el único que posee el precio más que suficiente, copiosísimo, para ese rescate; que es riquísimo, que es sumamente acaudalado de bondad, pues da socorro de urgencia a quienes se lo imploran de veras; que es munificente y cuya redención es copiosa. Con estas virtudes suyas, puesto que en El no había cosa superior a su poderío, ni mejor que su voluntad, me dió asistencia y levantéme del abatimiento repuesto y fortalecido de mi debilidad, suelto de grillos y de esposas; devolví a mi rescatador el precio que había pagado por el deleite; a saber: la tristeza, y si antes estuve inerme, ahora estoy armado. Igualado ya con mi cruel tirano, empecé a pelear con él, y robusteciéndome con cada uno de estos combates, consigo sobre el tirano cruel e impotente un triunfo glorioso.

Oye la voz del ejército sitiado cuando, habiéndosele enviado socorro del exterior, reconcentrando todas sus energías después del prolijo asedio, con una gallarda arremetida, rechaza, derrota, ahuyenta, persigue al enemigo y grita con algazara militar: *Avergüéncense y contúrbense esos enemigos; perseguidle, cautivadle cuanto antes; derrotad a los que se resistan, coged a los que se entreguen para que sufran de nosotros aquellas mismas penalidades que en su inhumanidad nos hicieron sufrir y nos paguen los sufrimientos que nos infligieron.* ¡Oh alegría auténtica! ¡Oh júbilo verdadero del vencedor que sobrepasa todas las molestias de la campaña soportada; que borra y desvanece todo recuerdo de tan graves esfuerzos, de tantos aprietos padecidos! No habría quien no quisiese luchar si la victoria fuese cierta; pero, puesto caso que es segurísima de todo punto, miremos de no hacer cosa que nos obligue a entrar en una guerra azarosa y a afrontar el riesgo consiguiente. Vivamos contentos, vivamos seguros, si se nos fuere concedido; bástenos con haber luchado una sola vez; no siempre la temeridad es afortunada, y guardémonos de requerir tantas veces las armas y tantas veces arrostrar el peligro del combate, que algún día, por fuerza y muy a costa nuestra, experimentemos (cosa que Dios no permita), cuán amargo sea el definitivo vencimiento.

MEDITACION II

SOBRE ESTE SALMO 31

Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados fueron encubiertos. *Bienaventurado el varón a quien el Señor no hizo cargo del pecado ni en su espíritu hay doblez.*

Porque callé, mis huesos envejecieron mientras todo el día vociferaba.

Porque de día y de noche pesó sobre mí tu mano, revolvíame en mi dolor mientras se me iba hincando la espina.

Manifiesto te hice mi delito y no tuve escondida mi injusticia.

Dije: Aun contra mí, confesaré al Señor mi injusticia y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado.

Por esta causa, orará a Ti todo santo en ocasión oportuna.

Aun en el diluvio de las muchas aguas, a él no se aproximarán.

Tú eres mi refugio en la tribulación que me cercó; regocijo mío, líbrame de los que me rodean.

Entendimiento te daré; instruirte he en esa vereda por donde andas; tendré fijos sobre ti mis ojos.

No queráis ser como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia.

Con cabezón y con freno aprieta las quijadas de aquellos que no se acercan a Ti.

Muchos son los azotes del pecador; mas al que en el Señor espera, la misericordia le rodeará.

Alegraos en el Señor y rogocijaos, ¡oh justos y gloriosos todos los rectos de corazón!

Cristo, que es nuestra vida, dice en su Evangelio que nadie puede ir a El si Dios Padre y Señor de todo lo criado no le atrajere. Es, pues, verdad averiguada que esta gracia no es del que quiere o del que corre, sino de aquel a quien Dios se lo da por su misericordia. La razón de ello, por mucho que la inquiera el flaco entendimiento mortal, no ha de atinarla. Y, con todo, ninguna cosa hace Dios sin una motivación soberana. Los que no pudieron dar con ella, en el colmo de su desvarío, afirmaron que Dios no la tenía, como si fuera asequible la comprensión de aquel fin, mientras subsista la flaqueza de nuestra ciencia y como si la inmensidad de Dios cupiera en las estrecheces del entendimiento humano. ¡Ay míseros de aquellos que, no conociendo la pequeñez de su inteligencia, con menosprecio de Dios, vinieron a despeñarse en el sentir de los réprobos, y por no tener abierto el camino de vuelta a la salud cerráronse a sí mismos todo acceso a ella, con la mayor de las maldades, que es negarse a reconocer la maldad! ¡Oh cuánto más felices son aquellos pequeñuelos, aquellos necios que sin la sabiduría del mundo alcanzaron la divina sabiduría, la cual, sin acepción de personas, está al alcance de los que la imploran, o, mejor, que espontáneamente anda en contorno y busca de aquellos que son de ella merecedores; que ninguna otra cosa saben sino Cristo, y éste, crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los gentiles. Pero ¿por qué dije que ninguna otra cosa saben? ¿Qué otra cosa iban a saber los que saben todas las cosas? ¿Por ventura no lo sabe todo el que sabe a Dios, Hacedor de todo? Cuales son los que arden y rebosan de caridad; los que sienten el aliento generoso y cálido de la esperanza. Estos tales caen ciertamente, porque siete veces al día cae el justo, mas otras tantas veces, mediante la confesión, levántalos el arrepentimiento.

Verdaderamente bienaventurados son aquellos cuyas iniquidades fueron perdonadas y cuyas culpas fueron encubiertas por la caridad, que tapa la muchedumbre de los pecados. Con la sola caridad mueven al Señor a compasión y, según la promesa fiel, alcanzan misericordia los misericordiosos a quienes el Señor no imputa su pecado. ¿Por ventura no son de verdad bienaventurados aquellos que consiguen el perdón de sus maldades antes de que se les

haga reos de las mismas? ¿Qué bienaventuranza puede haber mayor como la que así que pecares se te perdone antes de que se te juzgue, y que del mismo crimen de que otro es reo a ti no se te inculpe nada, habiendo cometido lo mismo? ¿Por qué tú has de ser bienaventurado? ¿Por qué, tú, según el dicho vulgar, has de ser hijo de la gallina blanca? Porque en tu espíritu no hay engaño; porque tú, a imitación de aquel pueblo malo, no honras a Dios de labios afuera, siendo así que tu corazón está distanciado de El; porque no juras de palabra (como dice no sé qué filósofo griego); pero mantienes no jurada la conciencia, y como dice el otro romano, porque no tienes una cosa encerrada en el pecho y tienes otra a flor de labio; porque eres el mismo exterior que interiormente y porque, conforme a la regla del Apóstol, crees de corazón para la justicia y de boca haces confesión para la salud.

Tú, por todo eso, eres bienaventurado; eres un verdadero israelita en quien no hay engaño; tú, que eres tan simple; tú, que eres en confesar tan solo y tan señero. ¡Oye cuán doble, oye cuán copioso pecador sea! Callé—dice—y clamaba todo el santo día. ¿Quién calla? El pecador. ¿Quién clama todo el santo día? El pecador. Parad mientes, ¡oh dialécticos!, en esta contradicción; escuchadla, filósofos. Ese clama todo el día y no clama porque calla. ¿Qué prodigio es éste, Aristóteles? Aquí tienes dos verdades, verdades ambas, que se contradicen. Sin embargo, ya sé lo que todos respondéis: No es un individuo, es una colectividad, es una multitud. Uno es el que clama y otro es el que calla. Dices bien. La conciencia, que es un testigo doméstico de nuestras maldades, y su delator, con sus denuncias asiduas, con sus remordimientos asiduos, con sus rugidos asiduos, llenos de ira y de furor, con una fiereza más que leonina, delata al malvado y al criminal. Pero la carne cómplice calla, oculta los pecados, no dice una palabra de la ley de Dios, no medita nada, se ha endurecido, se ha encallecido a los avisos santos y, a la chita callando, saboréase con su asidua maldad. Esta situación de cisma en el hombre viene a ser como una república partida en dos por una guerra civil, en la que el cónsul inicuo no hace caso de la mediación del buen tribuno del pueblo, ni le oye el dictador cruel, sino que impone al pueblo injustamente una muy pesada servidumbre.

Esta es la ley que San Pablo sentía en sus miembros estar en pugna con aquella otra ley justísima de su conciencia. Así, con la carne hecha podre, la ponzoña atacó los huesos y la caries los consumió, cosa que reconoció, por fin, cuando el pecador se sintió tocado del furor del Señor, no aquel furor definitivo y final que castiga ya sin perdón inapelable, sino aquel otro que, nacido de su afecto de padre, va a despertar a quien estaba sumido en profundísimo y crónico letargo, y le hostiga con aguijón algo más punzante para que, al fin, emprenda su retorno a El. ¿Y pensáis que pueda haber amodorramiento comparable con este sueño del pecador? Ni adormideras, ni beleños, ni la misma agua fabulosa bebida del Leteo tienen mayor y más invencible eficacia soporífera que el pecado; quien una vez lo sorbió, camina no con los ojos cerrados, sino muy abiertos, y estando en función normal todos sus sentidos, anda dormido tan profundamente que se olvidó de Dios,

que es su padre; que se olvidó aun de sí mismo; si lo mirares de fijo, dirás que es cadáver ambulante. Diz que los lirones duermen el invierno todo entero, y que las osas duermen catorce días, sumidas en sueño tan espeso, que ni aun las heridas las pueden despertar. ¿Y pensáis que es más ligero ese sueño del pecador, a quien ni tantos y tan santos avisos, ni tantos ejemplos eficaces, ni la esperanza de la próxima bienaventuranza, ni el temor de la muerte, ni el miedo del infierno le despiertan hasta que el Señor aprieta más briosamente y aplica el cauterio de la caridad para, al menos, restablecer su sensibilidad? Cuando el Señor llega suave en su visitación, no fiero, sino amigable, consigue El solo lo que no consiguieron ni el hierro ni la sajadura que fué preciso aplicar a letargia tan pesada.

Esto es lo que siente el pecador dormido; esto es aquello de que se quejaba aquel santo paciente cuando decía: *Habed misericordia de mí, habed misericordia de mí porque me ha tocado la mano del Señor.* ¡Oh mano topoderosa; cuán maravillosa y cuán variada es la virtud de tu toque. Esta mano es la que de la nada creó el cielo y la tierra; esta mano es la que los sostiene, los rige, los gobierna; esta mano es la que da la vida y la que la quita; ésta es la que fomenta; ésta es la que sana. Y es esta misma mano la que toca con eficacia invencible; ésta es la que con su pavoroso tocamiento despierta a los pecadores de su sueño, es la que en el arrepentimiento vierte el bálsamo de la esperanza y de la consolación; ésta es la mano que para despertar tiene que punzar. Muy bien se expresa el salmista, quien de su propia experiencia dice, con eficacia expresiva que mientras va hincándose en su carne esta espina aguda, él se revolcaba sin reposo en su dolor. ¿Acaso no vemos esto todos? Quien se acuesta en lecho de espinas no hace más que revolverse. Si el que pasea con descuido se siente atacado por la espalda, instantánea e instintivamente se vuelve atrás. Así es que al hombre siempre le llama su propio dolor; tiene los ojos donde tiene el dolor; lleva su mano al miembro que le duele; cuida de su dolor asiduamente; hacia su dolor vuélvese todo cuando el benigno cauterio de ese fuego blando ataja y seca en su cuerpo la supuración infecciosa. Y así como en el punto más subido del estío quiébrase y quémase toda planta espinosa, una vez desvanecida la densa niebla y resuelto en el aire claro el humo espeso en que yacían profundamente adormecidos los sentidos, quédale sólo aquel jugo saludable y vital, templado y fomentado por su calor suavísimo, y la restante ponzoña queda absorbida por el ardor vehemente de aquel cauterio salubérrimo.

Oíd ahora las obras maravillosas de ese despertar del Profeta. Ved cuán diligente es su voluntad de curación; considerad con qué prontitud descubre sus llagas. Es harto sabido, por lo que toca al médico, que es de absoluta necesidad que le descubras tu dolencia. Lo primero que hace, pues, el salmista es descubrir su llaga a Dios, Médico soberano, y pídele que le cure; no oculta un punto más la herida, porque no cunda la infección que, derramándose por el cuerpo todo, lleve al borde del peligro mortal. Oye ahora con pasmo el fruto grandioso de la fe, el copioso esquilmo de la conversión: quedaste sano en el instante mismo en que tu enfermedad te dolió sinceramente y le pediste

la curación: ¡Arriba, arriba, paralítico! Toma tu lecho y anda, y corre siempre camino avante para que tu fortaleza tome bríos de hora en hora. Y por albriciar y hacer esta nueva más alegre, sábete que tan radicalmente fuiste curado por este Médico soberano, que jamás por jamás has de volver a enfermar de esa dolencia de que has quedado limpio. Para siempre quedó perdonada la iniquidad de tu crimen. Esa tu reconciliación con Dios no es como la reconciliación con los hombres, entre los cuales, así que la amistad mal recosida comenzó de nuevo a resentirse, luego al punto vuelven a la memoria todas las pasadas injurias, y las enemistades recientes superan con mucho las enemistades añejas. Esa tu renovada amistad durará todo el tiempo que quieras tú que dure. Y porque sepas lo que ganaste con tu reconciliación, haz cuenta que jamás ha de volverse a hacer mención de esas maldades tuyas, cuyo perdón has conseguido, aun cuando de nuevo vuelvas a enemistarte con Dios. Y cosa que aun habrá de maravillarte más: Aquel que nada puede olvidar, no recordará estos crímenes tuyos en todo el discurso de la eternidad.

Por ventura, no me das todavía entero crédito; pides al Señor un documento que acredite tamaño beneficio. Oye lo que fué dicho por el Espíritu Santo: *Si hiciere el impío penitencia de todos los pecados que cometió y guardare todos mis mandamientos y obrare juicio y justicia, vivirá su vida y no morirá. Yo no me acordaré de todas las iniquidades que perpetró y en la justicia que obró en ella vivirá.*

¿Te maravillas, lo sé. Y sé que preguntas la razón. ¿Cómo puede ser que se olvide de cosa alguna Aquel ante cuyos ojos todas las cosas están manifiestas y desnudas? No preguntes la razón a tan gran maestro. Bástete la autoridad de quien lo dice. Pero tú, mientras tanto, oye lo que el Señor te manda que hagas: *Ve*—dice—*y muéstrate al sacerdote*, aun cuando el salmista, bien que recordando ese precepto del Señor, habíale puesto en segundo lugar, de forma que antes manifestaba su pecado al Señor y luego a su sacerdote. Y no es que piense que lo manifiesta a quien antes lo ignoraba, a quien no lo veía antes; velo Dios, en verdad; ve constantemente los pecados de los hombres El, que es el único que escudriña los rincones y los corazones y todos los entresijos del alma. Esta manifestación no tanto es para Dios como para ti. Así como los que van a mostrar al médico una úlcera retiran el vendaje para verla ellos también, así también, en este caso, pones la herida al descubierto para enseñarte y descubrirte a ti mismo la maldad; para que veas lo que no veías, para que conozcas lo que no conocías: cuánta era tu torpeza, cuánta tu vileza, cuánta tu maldad, y te duela de haberla hecho. Luego debes confesar que la hiciste al sacerdote no como a hombre, sino como depositándola en el divino oído, confesando al Señor tu injusticia.

Continúa, salmista; veamos lo que se sigue; oigamos estas palabras tuyas tan cadenciosas, medidas a manera de verso tan sonorosamente: *Dije: Confesaré contra mí, al Señor, mi injusticia y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado.* ¡Oh nueva verdaderamente saludable! ¡Oh alegrísima embajada que debiéramos llevar siempre en nuestros labios y en nuestro corazón! ¿Quién hay tan pusilánime que desespera? ¿Quién es ese que anda tan mohino y tan encapotado? ¿Quién no salta

de gozo? Ved cuán poca cosa exige el Señor. Admirad la facilidad del Señor; gustad y ved cuánta es su suavidad y su dulcedumbre. No quiere sino que digamos que vamos a confesar contra nosotros nuestra injusticia, e inmediatamente nos perdonará el suplicio del pecado. ¿Quién dice que el Señor es un juez desabrido? ¿Quién dice que es un juez severo? ¿Quién no le llamará mansísimo, padre muy clemente? Gran fuerza es la tuya, confesión. Todavía no comenzó a hacerte el penitente, con sólo que prometa que te hará, y el Señor ya le otorga el perdón del delito. Este es aquel perdón cuya consecución pide el hombre aunque justo, pide el varón aunque santo, cuando se levanta de sus habituales siete caídas, y no deja que la maldad haga mayores progresos: anda a ciegas; es flaco; su camino es resbaladizo en parte, y, en parte, es fragoso y barrancoso; no puede asegurar sus pies; cae, pero luego, y a tiempo mientras el levantarse puede ser provechoso, todavía se incorpora de nuevo. No se resigna en su caída, no quiere tenderse ni revolcarse en el cieno, cuando es somero y superficial, no sea que con el aumento de la lluvia, sea más pegajoso el cenagal y resulten vanos los esfuerzos por desenvolverse de él. Así que se levanta con instantánea reacción, se sacude el lodo, se encarama a las cumbres, y de cada una de las caídas, y de cada uno de los levantamientos hácese un escalón hacia la excelsitud, hasta el punto que aun cuando del mar viniere una borrasca más brava o una más torrencial lluvia del cielo no le puedan causar daño, ni siquiera puedan alcanzarle.

Estas son las primeras advertencias que han de hacerse a los hombres, porque no construyan sus moradas en las vegas, a saber, entre los regalos y las pestilencias, en sitios expuestos al embate de las ondas, sino que, a guisa de pájaros, lleven su vuelo al monte; a aquel monte, digo, desde cuya cumbre Cristo Jesús frecuentemente adoctrinaba a sus discípulos; a aquel monte donde no va a romper la desbocada furia del Océano ni hace riza la mayor abundancia de agua caída del cielo, que toda es llevada de arriba; borrasca y avenida que perjudican a los que moran en los sotos. Contempla El desde empinado miradero cómo los míseros y necios mortales aflígense de tantos males, mientras con uñas y dientes se agarran a los placeres de este mundo. Mas el Profeta, en el monte, en Cristo, en el refugio al cual se acogió huyendo de la calamidad de la aflicción, de las penalidades, saboréase con la fruición anticipada de la felicidad eterna. Aun cuando yo no niego que ella haya escapado el peligro tan absolutamente que no pueda de nuevo rodar despeñándose al hondón y sucumbir a las mayores miserias que mientras ande por ese valle de lágrimas le acechan y rodean. Y por esto es que no seguro del todo antes de la consumación de su carrera, de cuando en cuando eleva al cielo su imploración ansiosa: *Líbrame*—dice—*de todos los peligros que me cercan*, porque nadie piense temerariamente, mientras vive, que ya superó los peligros todos y no le queda riesgo alguno que recelar. No consiente Dios que ninguno se conduzca con una tan descuidada seguridad, que se detenga en mitad de la jornada, sin ímpetu ni bríos, que olvide y deseche toda preocupación, porque ya no teme ningún aprieto. Así es que para acuciar nuestra actividad, para que nuestro espíritu y nuestro ingenio

mantengan toda su vigencia y poderío, nos pincha con sus aguijones la necesidad, que es la única gran maestra de la vida: *El trabajo aguzó el ingenio de los infelices, y la fortuna adversa, con sus apremios, enseñó a cada uno vigilancia*, dice el poeta Manilio en su *Astronomicón.*

Pero avivemos el seso y consideremos con más despierta diligencia las palabras del Profeta: *Líbrame*—dice—*de todos los peligros que me cercan.* Pondera cuán cercana nos está la necesidad y cómo la presiente tan vecina. Puesto que si estuviera lejos le daría una relativa seguridad, dice, *de los peligros que me cercan.* De manera que con sólo bajar del monte, ya los tiene más cercanos, más frecuentes, más crecidos, más apremiantes, y con sólo ladearse a la derecha o a la izquierda, con sólo que avance un paso, con sólo que un paso retroceda, ya da en ellos de bruces. Siempre queda un portillo abierto, siempre queda una brecha para una posible evasión, siempre queda un puerto en la montaña, encaminándonos al cual nos vamos liberando gradualmente y del cual nos viene toda libertad y todo auxilio. Esfuércese, por tanto, en escaparse por allí aquel a quien tiene puesto sitio, aquel a quien ataca y presiona este ejército de la maldad; levántese hasta aquella altura; alce sus ojos a aquellos montes, y en habiendo llegado a su cumbre, álcelos al cielo a fin de que, puesto que alcanzó la proximidad del Señor que mora en las alturas, sea oído con mayor facilidad, impetre refuerzos del Señor de los ejércitos con los cuales pueda vencer y desdeñar toda la presión del enemigo. Estos refuerzos son el entendimiento, el conocimiento del camino por donde anda, la fijeza de los ojos del Señor puestos sobre él firmemente. ¡Santo Dios! Qué trinidad esta de adalides, o, mejor, qué tres ejércitos tan poderosos y tan fuertes para rechazar la ignorancia, para vivir santa y alegremente, aun en medio de las huestes que nos tienen puesto el asedio riguroso.

Los primeros pasos en ese camino de la sabiduría son entender de quién ella es dádiva, reconocer la necesidad que de ella tenemos, saber cómo hemos de conseguirla. Esto es lo mismo que el Sabio dice, y en esto consistía la sabiduria: saber de quién ella es don. *Acudí al Señor y se lo pedí.* Esta fué la causa por la cual aquellos ciegos que pareciéndose sabios a sus propios ojos y con vista más aguda que los linces, aun cuando caminaban en el más grande estallido de luz, vivían miserablemente sumidos en tinieblas cimerianas; vivían, según el dicho vulgar, de tinta de calamares, y eran pura ignorancia y necedad. Puesto caso que ignoraban quién fuese el dador de la sabiduría, pidiéronla a quien no podía darla, a saber, a su propio ingenio, en el cual confiaban exclusivamente. Por esto, frustrados en su deseo, no consiguieron nada y perdieron el gasto y el trabajo. ¡Qué gran realidad es que el Señor condenó la sabiduría de los sabios y reprobó la ciencia de los avisados! ¡Cuán admirablemente sorprendió a los astutos en su astucia y puso a los humildes en sitio descollado!

Aprendamos ahora de quién y de qué manera hemos de pedir la sabiduría. Santiago, el apóstol del Señor, según los preceptos de aquella escuela de la ciencia de Dios, habla así: *Si alguno de vosotros ha menester sabiduría, pídala a Aquel que la da, pídala a Dios, que la da a todos con largueza y no la niega y se*

la dará. Ya sabemos a quién la hemos de pedir; aprendamos la manera de pedirla: *Pídala*—dice—*sin asomo de titubeo en su fe.*

Maravillosa largueza esa largueza del Señor, que puesto a dar con mano larga, no pide más trueque que el de nuestra petición, ni quiere más favor sino que se lo pidamos con una confianza ciega. ¿Quién no se animara a pedir a un potentado riquísimo si supiera de antemano que no iba a tardar tanto en el dar como el pedigüeño en el pedir? Pues con tus mismos ojos ves lo que pides y cuán rico es aquel a quien lo pides y con qué generosidad lo da, y con qué llaneza, y que nunca más ha de reprocharte el don, al revés de lo que los hombres acostumbran, que con tanta pesadez y frecuencia recuerdan a quienes beneficiaron los beneficios que les hicieron, hasta el punto que, según el proverbio vulgar, echan agua en el vino; es decir, aguan la merecida gratitud con aquel chorro de agua fría que es el recuerdo molesto y aquel continuo echárselo en cara. Oye lo que se seguirá así que hubieres alcanzado la sabiduría: Adoctrinado y protegido por el Señor, andarás por este camino de soledad; harás esta jornada camino del hogar, o, mejor, de la patria de la vida; dirigirá sus ojos hacia ti y tú les seguirás como luceros conductores para que, a su luz, por certísima vereda y por atajo muy compendioso vayas haciendo tu vía, sin que te tuerzas a los malos pasos y a los senderos de iniquidad tan numerosos que te aparten de este camino.

Esto es lo que el mismo salmista pedía en otro lugar con estas palabras: *No alejes tu rostro de mí.* Esos son los ojos del Señor, puestos continua y amorosamente sobre los justos. Esas son las lámparas que iluminan los pies de los santos mientras van peregrinando por el mundo, caminando guiados por la fe, desde el destierro a la patria. Esta es aquella antorcha magnífica que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Esta es aquella lucerna de vivísimos destellos que el afligido Job lamentábase de que se le hubiese ido. *¿Quién me diera*—dice—*que yo fuese como en los meses prístinos, como en aquellos días en que Dios me custodiaba, cuando su lámpara resplandecía sobre mi cabeza y a su resplandor yo caminaba en las tinieblas?* Harto entiende aquel para quien aquella luz divina relumbró cuán vil cosa sea ser echado a la inmundicia de estos placeres y cómo ello es hacer el caballo y el mulo, por no nombrar los más viles, los más despreciables animales (con perdón de los oídos delicados), el puerco cenagoso, el asno estúpido, en quienes no hay rasgo alguno de aquel entendimiento que el Señor no negó al pecador arrepentido para que le conozca, en cuyo conocimiento consiste la vida eterna.

Despojaos de estas apariencias de animales, volved a vestiros del hombre, recobrad el entendimiento, conoced la vanidad de todas las cosas y cuánta es su maldad sin el Señor. Conoced hasta qué punto esas riquezas, esas opulencias, esas abundancias, esa gloria son necedad pura, son vanidad huera sin ese entendimiento. El talento más lúcido, la memoria más capaz y más tenaz, el espíritu más amplio y más vigoroso son pura estupidez, si no conocen a su Autor. La filosofía y toda la ciencia del siglo es ignorancia radical, es demencia, es insania, es locura furiosa si ignora a Aquel a quien deberían conocer antes que ninguna otra cosa. ¡Oh verdaderos caballos, oh mulos, oh perfectos as-

nos todos aquellos que con la cabeza derribada al suelo no adoraron, no reconocieron a Dios, Soberano Hacedor de todo! Esta fué la razón por la cual nos cuenta la Escritura que Nabucodonosor anduvo siete años a gatas por el suelo, deformado en bestia, porque ignoraba a su Dios y Señor, porque pensaba que por encima de él no había ningún otro, lo cual es degenerar de hombre en bestia bruta. Antonio, aquel ermitaño santo, mucho antes que aconteciese, había visto a la herejía arriana bajo forma de mulos, puesta a la tarea de derribar altares. ¿Podrían ser vistos bajo una apariencia más apropiada que bajo figura de mulos todos aquellos que se apartan de la religión verdadera, que echan en olvido la ley de Dios? De esos tales que no se acercan a Ti, Tú, Señor Dios, aprieta las quijadas con freno y con cabestro; doméñalos como bestias porque, habiéndolos creado hombres, ellos no entendiendo cuán excelente era su condición, prefirieron la condición de bestias.

Esos son los hombres a quienes habiéndoles Dios atribuído dotes envidiables, así de alma como de cuerpo, en el exceso de su ingratitud las desconocieron y no sintieron de esa soberana distinción ningún reconocimiento. Estos tales fueron comparados a los jumentos insipientes y se hicieron tan semejantes a ellos, que entre unos y otros no hay más diferencia que la de la configuración de sus miembros, y a ellos el Señor, como a jumentos, como a lerdísimos asnos les sujetará no sólo al cabezón y al freno, sino también al látigo recio de su indignación. Pero dejémoslos nosotros en su ignorancia desastrosa y en su ceguera insana. Sea la conclusión de nuestro salmo, como suele ser la de los otros, llena de consuelo y alegría para el penitente a quien, puesto que en el Señor puso su esperanza, en lugar de aquel ejército hostil de quien antes se quejó estar cercado y apretado, ahora, tras su derrota, se verá rodeado de misericordia, de aquella misericordia que le defiende de todos los enemigos, de toda violencia, de toda acometida, de toda aflicción y le mantiene en paz y en quietud muy sabrosa. Por todo ello, alégrense los justos, no en ninguna cosa huera de ese siglo de vanidad, sino en el Señor; y todos los de corazón recto, gloríense en El solo porque le saben y le conocen.

MEDITACION III

EN ESTE SALMO 37

Señor, no me reprendas en tu furor ni me castigues en tu ira.

Porque tus saetas se han hincado en mí y has asentado sobre mí la pesadumbre de tu mano.

No hay sanidad en mi carne, en faz de tu enojo; no hay paz para mis huesos a presencia de mis pecados.

Porque mis iniquidades pujaron sobre mi cabeza y como carga pesada se agravaron sobre mí.

Pudriéronse y corrompiéronse mis cicatrices a causa de mi necedad.

He sido hecho miserable, y encorvado estoy hasta lo sumo; todo el día hasta su fin caminaba entristecido.

Porque llenáronse mis lomos de ilusiones y no hay sanidad en mi carne.

Afligido estoy y humillado en demasía; rugía del gemido de mi corazón.

Delante de Ti, Señor, está todo mi deseo, y mi gemido no se recata de Ti.

Mi corazón está conturbado; me

ha desamparado mi fuerza, y aun la lumbre de mis ojos no está ya conmigo.

Mis amigos y mis allegados se acercaron y se pusieron contra mí.

Y los que cerca me estaban, se pusieron lejos y hacían violencia los que buscaban mi alma.

Y los que me buscaban males, hablaron vanidades y todo el día maquinaban engaños.

Mas yo como sordo no oía y como mudo que no abre su boca.

Y me hice como hombre que no oye y que en su boca no tiene réplicas.

Porque en Ti, Señor, esperé; Tú me oirás, Señor Dios mío.

Pues dije: No sea que alguna vez se gocen sobre mí mis enemigos, y mientras mis pies vacilan, hablaron con orgullo contra mí.

Porque estoy preparado para los azotes y mi dolor está siempre delante de mí.

Pues yo pregonaré mi iniquidad y pensaré en mi pecado.

Mas mis enemigos viven y más que yo se han hecho fuertes y se han multiplicado los que me aborrecen sin razón.

Los que vuelven males por bienes, me detractaban, porque yo seguía la bondad.

No me desampares, Señor Dios mío; no te apartes de mí.

Señor Dios de mi salud, acorre en ayuda mía.

Si el Señor pone miedo en todos los pecadores con la demostración de su furor, ¡a cuántos a quienes no reducen los amorosos avisos del padre retraería del pecado ese miedo tan ruin! Naturalmente, en muchos puede más el temor de los males que la esperanza de los bienes. A esos espíritus tan viles, tan abyectos, tan rotos, en vano será que trates de inculcarles que se ha de corresponder con amor al amor de Dios, que mucho nos ama; que a El, como a un padre, se ha de recurrir y no al demonio, enemigo del género humano, y a sus ministros y valedores, que son los deleites, los engaños del mundo y todo el restante cortejo de maldades. Baldío resultará el esfuerzo que pongas en levantar a la esperanza de los soberanos bienes a un espíritu ya sepultado y hundido en la profundidad del mismo báratro. No persuadirás al dormilón ni al cegajoso que, por propio impulso, miren de hito en hito los deslumbradores rayos del sol, como el cancerbero arrancado de las infernales lobregueces, según cuenta la mitología. El único remedio que le queda a un esclavo así de bajo y de vil, es que, puesto que tiene un alma generosa, que más dócilmente se deja guiar que no arrastrar, es que se le muestren los golpes y los azotes. Vean enhorabuena los cepos; vean la rueda del molino; vean las lóbregas mazmorras.

Penétrese de ese miedo saludable; experimente el divino enojo, conozca el celeste furor; oiga las palabras de amenaza que le habla en su ira, y en su furor le conturbe. Contúrbele con aquel furor que descuaja y disloca los montes y no lo saben aquellos mismos a quienes sepultan en su ruina; con aquel furor que desquicia la tierra y sacude sus columnas y sus cimientos. Mejoren los azotes a ese esclavo bellaco. Este es el furor del Señor, del cual no siente horror sino aquel que no lo conoce, el que no le tiene siempre ante sus ojos, el que por él ninguna vez fué alcanzado. Harto bien sabía eso el salmista, que ya una vez, al principio de otro salmo, pedíale que con él no le ate-

rrorizase; y ahora de nuevo, presa de idéntico pavor, pídele lo mismo. ¿Hay alguno que se admire? ¿Hay alguno que llame cobarde a ese profeta y a ese rey? Si lo hubiere este tal, llámese a sí mismo temerario, que nada considera, que no aprecia nada. Consta que ese nuestro David fué un adalid fortísimo que no cediera en valentía ni a aquellos héroes míticos que fueron Héctor y Aquiles, ni al soberbio Alejandro, ni al osado Aníbal, ni al ateniense Cabrias, ni al espartano Leónidas, ni al más famoso de los caudillos romanos. Pero óyeme, por favor: ¿Acaso esta ira no es temerosa? ¿Por ventura no es espantable este furor? Baja Dios mismo en alas del fuego rapacísimo, sacude la estabilidad de los cielos, disuelve la armazón de los elementos, suelta vendavales furiosos y batallones de vientos metidos en pugna mutua.

Oscurece con niebla densa los resplandores del sol y del día, afloja las riendas del mar, abre los sellados abismos, estremece la tierra que treme del terror demasiado y se resquebraja toda en hendiduras pavorosas. Mete el miedo en el pecho de todos los seres animados, y ni aun las peñas más peñas pueden sufrir el hórrido desconcierto de su gritería. Desempara sus cachorros la leona, huye la oveja de su corderillo; por selvas y por montes vagan las alimañas y la esquividad misma las empavorece más y más. A manadas irrumpen las fieras en los poblados, y el aspecto insólito de las ciudades las confunde y desconcierta. Fugitivas y errantes andan por los arrabales, y con sus bramidos y con sus aullidos provocan dondequiera la confusión, y mientras buscan por dónde salir, más y más en las ciudades se adentran. Una parte del mundo arde en sombrías llamaradas, y lo que el fuego no devora, lo traga el océano, ruge la rabia de los vientos, brama la brava tempestad marina, y por campos y por villas crepita el incendio veraz. Bramidos varios dan los animales; bajo el cielo rueda el trueno ronco, y el fragor horroroso que producen tantos ruidos disonantes asorda los ámbitos todos. ¡Dime, te ruego; oh el más esforzado de los héroes! ¿Qué piensas de todo ese desconcierto? No defienden asaz a sus moradores las cubiertas de las casas y aun en sus abstrusos escondrijos sienten multiplicado el pavor. La triste soledad aumenta el miedo; auméntale la compañía porque el terror del uno se añade al terror del otro.

Este es aquel furor que supera, que quebranta cualquiera temeridad. El Señor, en su furia, no combate cual los hombres, de lejos y con el hierro, contra los cuales nos pueden ser abrigo un río corriente o una muralla levantada y sernos defensa el arma y el escudo, o la fuga acelerada puede proporcionarnos la salvación. Ese furor entra en tu alma y te sorprende inerme y se apodera de ti y no da lugar a ninguna interposición de muro o de coraza. Vayas donde quisieres, siempre le llevarás contigo; más fácil que huir de él te será huir de ti mismo. ¿Y qué más, si ni aun cuando tú, con ánimo grande, quisieres perecer, él te dejará, pues una vez que se hubiere apoderado de ti anulará en tu ánimo toda fuerza e iniciativa de tu voluntad; y aquel brioso espíritu tuyo, que te había dado la bondad de Dios, será abatido por los suelos y atajado en su curso y retardado en su vida con saetas enherboladas, como hacen los cazadores con los jabalíes y con los ciervos? Por eso

el profeta, en otro lugar, comparó su alma al ciervo que, vulnerado, corre a las fuentes de las aguas. De la misma manera vulnerada el alma acude a aquella fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, que es Dios. Aun cuando fuese Dios quien la vulnerase; aun cuando fuese Dios quien la hiriese con su mano pesada, a volapié, como quien dice, y con un golpe rapidísimo, de forma que ni la carne se acardenaló ni levantó tumor alguno, sino que con mano firme y ponderada causó la herida para que penetrase más profundamente. ¡Oh herida grande que traspasó el cuerpo todo, que le afectó todo, que de todo en todo le retiró la sanidad!

Recorre todas las partes, aun las más pequeñas, de tu cuerpo, ¡oh tú, a quien tocó la ira de Dios! Ve si hay alguna sin lesión, sana, entera, vigorosa; ve si los propios huesos conservan su firmeza. Oye la respuesta, tú, temerario que no haces caso alguno del furor de Dios; óyela tú, Epicuro, puerco de los filósofos; óyela tú, Lucrecio loco; tú, que dices de Dios que *ni los méritos le ganan la voluntad ni le alcanza la ira.* Ve lo que dice un escarmentado y da crédito a un testigo ocular: *No hay*—dice—*sanidad en mi carne en faz de tu ira; no hay paz en mis huesos a presencia de mis pecados.* ¿Entendiste? ¿Quieres, acaso, que hablemos en más claro romance? Semejantes a las que tú cometiste son las maldades aquellas que concitaron la ira y el furor de Dios Todopoderoso y fué su tan recio vengador, que no dejó en el ofensor la más pequeña porción sana y aun el mal se les pegó a los buenos con una tenacidad tal, que no les daba punto de reposo. Pero ¿sucedió ello en un sujeto que no lo mereciese? De ningún modo, porque fueron tantas sus maldades que le abrumaron, que le sepultaron con su abundancia. Comenzaron poco a poco a rodearle, y creciendo en número y en magnitud tal que pujaron por encima de su cabeza y le hundieron como en un piélago muy profundo, y hasta tal punto le agobiaron, que oprimido bajo su monstruosa pesadumbre ni gemir, ni suspirar, ni aun respirar podía. Y no fué éste el cabo y fin de tamaño mal, puesto que, rodeado de todas partes y penetrado de tan virulenta ponzoña, comenzó a escurrirse en podre. Gangrenáronse algunas de sus llagas; comenzaron a recrudecerse las partes no bien curadas de los pecados antiguos y a manar pus hediondo. Pero dime, pecador: ¿Cúya es la culpa? ¿Es acaso de Dios, que fué tu médico, que con enérgico vendaje ató tus pústulas y tus rajas y te las había tratado con los más eficaces fomentos? La culpa es de tu insipiente desvarío, puesto que consentiste a ser herido de nuevo, al soltar las bien atadas ligaduras.

Anda, pues, corcovado ruin, con tus heridas frescas y con las añejas, irritadas. Anda bajo el agobio de tus crímenes. Anda, cariacontecido, y tan enfermo y tan lisiado de todos tus miembros. Soporta así ese día que ya declina a su ocaso y ya alumbran la tarde los luceros; es ya el arribo anticipado de la noche hasta que amanezca rutilante el lucero matutino, o, mejor, hasta que muestre el sol su faz lumbrosa. Cuando hubieres tú atravesado esta noche, aun con el mayor de los dolores, convalecerás y será tu juventud renovada como el águila. Mientras tanto, indefectiblemente, en tu camino hacia la salud tendrás que soportar graves luchas en la parte inferior de tu espíritu: acudirá de nuevo a cosquillear tu carne la me-

moria de los placeres usados y te será muy desabrido abandonar a tus antiguos compañeros; a saber: aquellos regalos pecaminosos. Veas, pues, cómo debes conducirte en esa noche oscura de la penitencia. Solicitará tu espíritu y le atormentará una ruin bandada de ilusiones y Satanás afligirá tu carne y aun ella misma, de su propio gusto, se esforzará por deslizarse al camino peor y a la vida acostumbrada; te agitarás con dolor en ese fiero oleaje; abatirás luego este espíritu tuyo ensoberbecido, y entonces, muy sinceramente, te pesará de haber con tus propias manos introducido en tu casa, apaciguada y quieta, una guerra tan feroz, tan atroz y tan sangrienta. Gemirás, suspirarás, te refugiarás en Aquel que siendo todopoderoso nada mejor puede dar ni otorgarlo con mano más larga y más sabrosa que la paz, única riqueza que, al partir de este mundo, dejó a sus hijos en herencia. Oíd ese augusto testamento: *Dentro de poco, ya no me veréis porque voy al Padre.*

¿Qué bienes, tú que los tienes cuantiosos, dejas a tus herederos? Dice: *Mi paz os doy; os dejo mi paz.* Habla ya un poco, ¡oh pecador!, en tu interés propio. Edad ya la tienes. Veamos: ¿Qué le dices al Señor en esa noche de tristeza y de penitencia? ¿A quién van tus pláticas dirigidas? Oigámosle. «¿Qué dice? Bien pudiera, en verdad—dice—, expresarte sin palabras a Ti, Dios mío, que escudriñas los rincones y tienes conocidos todos los entresijos y los laberintos de las intenciones de los hombres, todo cuanto siento, todo lo que mi corazón rebosa, todo lo que apetece mi deseo. Bien pudiera recurrir al silencio y hacer ahorro de todas estas palabras, puesto que te hablo a Ti, que conoces los anhelos, las acucias, los gemidos, los afectos, todos nuestros pensamientos y aun a todos nosotros mucho mejor que no nos conocemos a nosotros mismos. No obstante, quiero, por satisfacción mía, dar suelta en presencia tuya a la plañidera letanía de mis dolores infelices, de mis aflicciones, de mis calamidades y miserias. Harto sé que antes que yo profiera palabra alguna, Tú no las ignoras; pero así y todo, me retiraré contento si me descargare oyéndolo Tú como árbitro. Me complacerá haber hablado al Señor, aun en síntesis compendiosa. Hablaré, pues, yo, cuyo corazón, cuyo espíritu, cuya mente, en fin, están conturbados, cuya razón está debilitada, cuya fuerza de ingenio está apagada del todo. Toda la fuerza de mi cuerpo y de mi espíritu me abandonó, porque me alejé mucho de Ti, que eres el manantial de todas estas energías. ¿Y extráñome de que falte en mi piscina ese bálsamo dulcísimo, si fuí yo quien intercepté con la hez de todos mis vicios el conducto por donde de este venero me llegaba? Extráñeme con mayor razón de que pueda purificarse ese cieno tan lodoso, tan viscoso, tan pegadizo y que pueda yo ser restituído de ese actual descaecimiento y flaqueza de mis fuerzas y mis nervios, de esa total ceguera de mis ojos, los físicos y los interiores de mi alma, a aquel vigor que antes tuvieron. Esa ceguera, puesto que nada veo, llévame a perderme y a precipitarme en fatales despeñaderos.

»Escapáronse de esa charca tan maloliente y tan fea mis amigos todos, y hasta mi esposa, en quien parecía bien que me abrazase y me besase, tuvo asco y horror de mi aliento. Acercábanse, es cierto, a mí mis allegados; pero apartábalos de

mí el olor pestilencial que exhalaba la sentina de mi cuerpo; deteníanse al paso, más la podredumbre de mis pecados viejos era a modo de un grueso muro que estorbaba que pudiesen llegar a mí. Llevaron atrás el pie, instantáneamente, los que más se me habían aproximado de más cerca, ahuyentados por el vaho de las purulentas y hediondas cicatrices y de las heridas frescas ya atacadas de gangrena. De nadie era tan amado que no le ofendiese la repugnante supuración y no le pusiese en fuga la emanación nauseabunda. Insoportable como era para todos, ¡cuántas veces no me desearon la muerte! ¡Cuántas veces no hubieran querido acabar con mi vida! Los unos simplemente porque les era enojosa mi existencia y de todos modos querían mi desaparición, aun cuando hubiera olido a ámbar, a mejorana o a bálsamo; los otros, por verse libres de la desazón que les ocasionara, y éstos eran los que no osaban apartarse ni aproximarse podían. Y así acontecía que aquéllos por odio de mí y éstos por amor propio suyo, buscaban cómo arrancarme el alma tan complejamente asida a mi cuerpo, que se deleitaba en revolverse en su propio cieno con la misma afición que si lo hiciera en rosas y en flores de mucha suavidad.

»Mas yo, en medio de tantas miserias interiores y exteriores, persistía en mi aborrecible vitalidad y con general desabrimiento iba alargando días y días y en ninguna otra cosa pensaba menos que en la muerte. Ellos refunfuñaban y, de cuando en cuando, levantaban la voz y se expresaban sin rebozo. ¿Hasta cuándo nos has de conservar ese trasgo que no se muere nunca; esa cloaca de todas las sordideces y de todas las flatulencias, lleno de esputos, lleno de expectoraciones, de mocos, de excrementos; que huele a chivo, que apesta a letrina, a infierno, gruñón, regañón, insoportable? ¿Vivirá los años de la corneja o los siglos de Néstor? ¡Qué plaga esa vivacidad suya! ¿Durará más que la sarna ese cadáver ambulante? ¿Nos va a tocar otro Matusalén? ¿Vamos a cargar con un segundo Príamo, que nos va a enterrar a nosotros más jóvevenes, que no podemos ya con los malos tiempos que corremos? ¿Por qué no le ahoga de una vez ese tan molesto, ese tan crónico catarro? ¿Por qué, subiendo o bajando, no rueda por la escalera? ¡Ojalá una fiebrecilla expeditiva secase de una vez la sobreabundancia de humor vital de que hace gala ese vejestorio! ¡Pluguiere a Dios que, por el camino que fuese, nos librase de ese suplicio! Algunas de esas maldiciones llegaban a mí; mas yo creía que la respuesta más prudente era la boca cerrada. Yo, con un silencio frío, templaba el calor de esas impresiones. Yo me persuado que ésa fué la razón por la cual la mayor parte de sabios del mundo se fingieron sordos. Ellos, aun cuando tuviesen el oído muy agudo, creían, a pesar de todo, ser más conveniente disimular que hubiesen oído; como asimismo tiene sus ventajas hacer que no se han visto muchas cosas.

»Estando en Utica Catón *el Menor* con su ejército, formado con los restos de las huestes armadas de Pompeyo, que acaudillaba contra César, y estando los soldados más que dispuestos a la rendición, hacía que no oía las voces con que expresaban ese su inequívoco deseo, simulando ser duro de oído aun cuando las expresiones eran tan recias que las oyeran las paredes mis-

mas. Creyó el varón prudentísimo que lo que convenía más hacer era lo que reza el proverbio vulgar: *A palabras necias, oídos sordos.* A ejemplo suyo, yo también, haciéndome el sordo, fingía que no las oía y, en consecuencia, cual si fuera mudo, no tenía contestación para sus dichos. Harto mal hubiera yo representado el papel de la sordera si mi lengua hubiera demostrado la agudeza de mi ingenio; y si aquello que las orejas querían persuadir no haberlo oído, lo hubiera la lengua publicado, acusando la mentira de las orejas. Yo me hacía como aquellos a quienes la Naturaleza saca a la luz, sordos, del vientre de sus madres, que, puesto que no están dotados de audición, no pueden aprender el habla humana; así que se quedan para siempre sordos y mudos. Con ese ardid mío, no tuvieron reproche de sus maldiciones, y yo me consolaba pensando que una hora u otra acabarían de murmurar. Saboreábame yo con mi maldad; mantenía en la inmundicia a mi alma prendida en el torpísimo abrazo del cuerpo; ladrábanme mis cachorros; ¿y a mí qué se me daba, puesto que no mordían? Cuéntase que un caballo, ya jubilado de su larga milicia, fué puesto en un prado de viciosa hierba lleno, en vacación definitiva, a fin de que en su senectud gozase del bien ganado descanso de los trabajos de su juventud. Quisieron unos caminantes que pasaban por allí, más interesados de lo que convenía (pues el prado era suyo; pacía el caballo tranquilamente y no hacía mal alguno), apartarle de su gustoso pacer con algazara y con gritos. A buena hora llegó su dueño, que era un soldado veterano, quien les dijo: «Sois unos tontos de remate, pues a un caballo avezado al estruendo militar, queréis con esas delgadas voces vuestras apartarle de sus sabrosas hierbas.»

»Así yo también, en medio de deleites pecaminosos, con mi duro oído cerrado a toda excitación exterior, no había hecho ningún caso de los reproches de los mozos y no había motivo porque me dejase impresionar por ellos; y si no me ayudara esta esperanza en Ti, hubiérame empedernido en mi dureza como un mármol y hubiérame perdido. Mas entre tan graves enemistades, entre los vicios míos que, de día en día, aumentaban su caudal, no sé qué lucecilla de esperanza brillando en las tinieblas, única supervivencia de tanta y tanta cosa muerta, hizo que, a pesar de que fuese yo mudo, oyeses Tú alguna súplica mía, cuando mi voz interior clamó a Ti. Consiguió que te compadecieses de mí; consiguió que me despertase o, mejor, que, restituído a la vida y a la actividad de los sentidos, comenzase a ver y a oír y a clamar a Ti, porque jamás favorezcas los deseos de mis enemigos, que no muera antes de tiempo, aun cuando sea viejo y cargado de años antes que alcance la canicie auténtica del hombre y la edad de la senectud, que es la vida inmaculada. Esto es lo que suplico; esto es lo que pido; esto es lo que con toda la fuerza de mis deseos y con todo el encarecimiento de mis súplicas ruego, a saber: que de mi descalabro no se regocijen mis enemigos. Ellos, Dios mío, atienden a esta súplica mía, y si la fortuna resbala y se tambalea y mi pie no está seguro, en seguida ya emiten pronósticos fatales; echan a volar siniestros augurios: ya cayó; ya Dios le abandonó; no volverá a levantarse; ya está hecho de él!

»Pero yo ya, Dios mío, abomino

de mi culpa; no rehuso penalidad alguna, deseo reintegrarme en tu gracia y aun cuando el castigo que se me inflija sea grande y me duela siempre, sobrellevaré los azotes. Nada rechazo de todo cuanto te pluguiere para el rescate de tu amistad; todo lo acepto muy de buena gana. Aquí tienes, rendida, mi pecadora voluntad; aquí tienes al reo que confiesa su crimen, absorto en el pensamiento de su maldad, y en la constante solicitud y angustia de cuál será su resultado. Ya abdico de todo; remato cuentas con los regalos, con los placeres, con las riquezas, con los honores, con todas las restantes vanidades y engaños del mundo. De los que poseen estas ventajas mundanales, de compañeros y amigos míos muy estrechos que fueron, yo les declaro enemigos por amor tuyo. Estos son los que me persiguen, los que no devuelven bien por mal, que es lo propio de los mejores y de los más adelantados en virtud; no bien por bien, como lo hacen aun los malos, sino que los peores devuelven mal por bien. La explicación de todo este odio es que yo era seguidor de la bondad, la cual hasta tal punto es aborrecible para los que no la practican, que están dispuestos a cualquiera penalidad antes que dejar de hostilizarla.

»Si atentamente considerares este caso, hallarás que lo que odian no es el hombre bueno, sino la bondad, porque movidos de su egoísmo exagerado aborrecen todo cuanto les es desemejante, y contumaces en el vicio, más quieren odiar a los buenos que, estimulados por su buen ejemplo, imitarlos y esforzarse por superarlos o siquiera igualarlos. En todo tiempo fué indicio de hermoso y generoso espíritu el no consentir que se le aventajase en la virtud. No se entablaba competencia con el rico en punto a riquezas, ni en punto a partidismo con el faccioso, sino con el aguerrido en animosidad, con el modesto en reserva pudorosa, con el íntegro en austeridad, pugilato ése en el cual la derrota no es deshonra, mientras tú no remitieres un punto en el empuje, y donde la victoria es, pues, muy señalada. Y puesto que no es éste el lugar indicado para lamentar cuán odiosa sea dondequiera la virtud, ya desde la envidia del primer hermano, lo será hasta que todo ese mundo descanse de esa actividad que no conoce tregua. ¿Qué es lo que me he propuesto conseguir con tantas palabras? Voy a resumirlo en ultílogo breve. Solamente dos cosas voy a pedir: una, para que lo hagas; otra, para que no la hagas. La primera es que no me abandones en ese agudo conflicto y no te separes de mí el grueso de un cabello, no sea que por flaqueza mía (puesto que tan exiguas son mis fuerzas) caiga derribado al impulso más ligero. La segunda, que Tú, que eres el único Señor de mi salud, entiendas en mi auxilio, que mires por mi bien y que en todo el discurso de esta vida, precedido siempre por tu luz, de tal manera me conduzcas, que llegue por el más compendioso de los atajos desde esas tinieblas a la lumbre eterna de tu bienaventuranza.»

MEDITACION IV

SOBRE ESTE SALMO 50

Ten piedad de mí, ¡oh Dios!, según la grandeza de tu misericordia; y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad.

Lávame más y más de mi iniquidad, límpiame de mi pecado. Porque

yo conozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre a mi presencia.

Contra Ti solo pequé y he hecho mal en tu acatamiento, para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando eres juzgado.

He aquí que en iniquidades fuí concebido y mi madre me concibió en pecados.

He aquí que Tú has amado la verdad y me has manifestado los más inciertos secretos de tu sabiduría.

Rociarásme con hisopo y seré limpiado; me lavarás, y quedaré más que la nieve emblanquecido.

A mi oído darás gozo y alegría y saltarán de júbilo mis huesos humillados.

De mis pecados aparta tu rostro y borra todas mis iniquidades.

Crea, ¡oh Dios!, dentro de mí un corazón puro, y un espíritu recto renueva en mis entrañas.

No me deseches de tu rostro y no quites de mí tu Espíritu Santo.

Restitúyeme la alegría de tu salud y confórtame con un espíritu de príncipe.

Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a Ti.

Líbrame de la sangre, Dios, Dios de mi salud, y enaltecerá mi lengua tu justicia.

Señor, abrirás mis labios, y mi boca pregonará tus loores.

Porque si hubieras querido sacrificio, lo hubiera ofrecido muy de gana; Tú en los holocaustos no hallarás deleite.

Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado; al corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no le tendrás en menosprecio.

Haz bien, Señor, a Sión con tu buena voluntad para que sean reedificadas las murallas de Jerusalén.

Entonces aceptarás sacrificio de justicia, ofrendas y holocaustos; entonces, encima de tu altar, serán inmolados becerros.

DIALOGO

Vives. El Salmista.

VIVES.—Quiero, un rato, trabar plática con el Salmista, a quien veo gemir con tanto dolor en abominación, según colijo, de su culpa.

¿Por qué estás tan triste, ¡oh Rey sapientísimo!? ¿Por qué, vestido de saco, siéntaste en la ceniza y no das tregua a tu llanto? ¿Dónde está aquella púrpura? ¿Dónde el banquete aderezado y la cena opípara? ¿Dónde aquel tropel de bufones que divierten a los convidados? ¿Dónde la risa del rey, que pasa ya de risa y es carcajada? ¿Dónde están los personajes vestidos de brocado y las largas hileras de sirvientes y el grande y jubiloso estrépito de los banqueteantes? ¿Dónde aquellas antorchas y aquellas arañas que de la noche oscura hacen día claro? ¿Y tú estás sumido en las tinieblas y desdeñas y evitas la luz odiosa y la humana compañía? Para ti, tus lágrimas son tu pan y en todo el día no cesa tu voz en sus lamentos, y en tu dolor aullante no hallas cohorte, sino tristeza multiplicada. ¿Quién no se maravillará de esa pena insólita? ¿Quién no se interesará por las causas que la produjeron?

SALMISTA.—Si consintiera la magnitud de mi dolor que yo dijese de él alguna cosa, o el sonrojo de mi pecado me permitiese tamaña osadía, sería fácil, no que disminuyese un punto mi dolor (porque su solo deseo ya sería cosa nefanda), sino que fuesen muchos los que se condoliesen de mi caso y, aumentado

por tantos otros mi dolor, fuera más persistente, como no puede serlo ahora cuando todos se esfuerzan por empequeñecerlo, cuando todos se empeñan en consolarlo. Y aun tú mismo cejarías en tu admiración y no me propondrías por dechado de los otros reyes. ¿Qué interés ha de tener el varón sabio en parar mientes en lo que hacen los necios, sino el de que ellos, a su vez, lo eviten, enmendando en el espejo del vicio ajeno el vicio propio? Y, con todo, mayor debe de ser la atención que presten a la manera de vivir de los sabios para imitarlos. Y si eso que ahora ves en mí te parece desacostumbrado en los otros reyes, no lo es en mí, ciertamente. ¿Por ventura eres tú solo quien, no habiendo morado en Jerusalén, a lo que entiendo, dejaste de oír por cuán gran muchedumbre de adversidades he pasado ya desde mi niñez? ¿Y cómo siempre el término de una calamidad fué el principio de la calamidad sucesiva? ¿No te enteraste que jamás comí mi pan en paz segura? ¿A quién, entre todos los hombres restantes, se puede aplicar aquella amenaza que Dios hizo a Adán; a saber: que comería su pan con el sudor de su rostro? Labrador soy, puesto que Adán es mi dechado desde mi aceda mocedad.

Vives.—Muy bien sabido lo tengo; pero supe también que tú, estos pasados días, viviste regiamente una vida de regalos con tranquilidad y descuido, según decían, en los blandos brazos de tu Bersabé.

Salmista.—¡Ay, ay, que pusiste tu dedo en mi llaga y recrudeciste mi dolor! Sí, sí; yo adulteré, yo maté y ahora soy reo de muerte.

Vives.—¿Reo tú? ¿Y delante de qué juez? ¡Anda, anda! ¿Rey tú y reo de muerte? No sé a punto fijo cuán inicuo ello sea; lo que sí sé es que es cosa de tal modo no usada, que jamás hasta hoy oí novedad semejante. ¿Por ventura, delante de algún otro rey? No es mayor que tú ni tiene más potencia guerrera. Decídelo en buena lid; cuántos miles de cabezas caerán antes de que lleguen a la tuya. Mas por si acaso fuere ante alguno de tus reyes tributarios, ¿no será loco el que dictare sentencia contra ti? ¡Amenázale a ése, intimida a ese tu presunto acusador; acaba de una vez con toda esa cáfila de reyezuelos! Esto se te antoja inhumano; soborna al juez con ese oro de que tanto abundas; ello será más hacedero. Y si fuere tan íntegro este juez y tan abstinente que no pueda el cohecho corromperlo, deja que emita sentencia, y haga lo que hiciere, tú di después que no te avienes con el veredicto; ¿quién te obligará?

Salmista.—No piensas mal del todo si ese negocio fuese tal como tú juzgas. Pero hay otro Juez que está muy por encima de mí, que es muy más fuerte que yo, uno solo de cuyos ministros causaría la destrucción instantánea de todo mi ejército, aunque sea grande, fuerte y aguerrido. Mi Juez es el que me creó, el que me sostiene, el que, si quisiera, no viviera yo una hora más. ¿Adivinaste ya qué Juez es éste?

Vives.—¡Admirable Juez el que me describes; paréceme que no es otro sino Dios. ¡Duro tribunal es, a fe mía!, para los delincuentes. Pero ¿qué? ¿No tienes en tu reino buenos abogados que te defiendan delante de él, que te exculpen del crimen, que lo echen a cuenta ajena, principalmente el homicidio, sobre todo habiendo colocado a Urías en primera línea, con tal astucia que apenas se te puede echar en rostro la más liviana sospecha de

crimen? Yo, si debiera ser tu abogado, lo haría con este alegato: que es el colmo de la estupidez culpar al rey o al caudillo de todos las muertes que ocurren en una batalla. ¿Qué desvarío puede haber mayor? Y por lo que dicen que recibió de ti una orden escrita, ¿acaso no puedes tú destinar a la primera línea a quien a ti te diere la gana, y a la segunda a quien te pluguiere, y a la retaguardia a quien se te antojare? Eso no solamente puedes hacerlo tú, sino también Joab, general en jefe de tus tropas. Tú querías colocar en la línea de choque a los guerreros más valientes, por quebrar contra sus recios pechos el ímpetu del enemigo, del cual depende, en la mayoría de los casos, la victoria. Y eso no con la finalidad de que los enemigos le sacrificasen. ¿Qué cosa más ajena de tu benigna, de tu exquisita humanidad? Y como rey, ¿qué ventaja podía reportarte la pérdida de tan bizarro militar, que él solo, como el suceso demostró, valía por muchos? Y en conclusión: ¿quién pidió jamás a rey alguno que diese la orden de matar a un súbdito, fuese como fuese, y por cualquier motivo? Y si cometió adulterio, ¿qué? ¿Acaso los reyes no son señores de ejecutar en sus vasallos todos sus caprichos y de dar muerte a quienes conceptúan perjudiciales a la república e incómodos a su reinado, y de gozarse con los hijos y las esposas de sus inferiores; de exigir, para los gastos del reino, alcabalas más crecidas que las corrientes; de sonsacar con blandura todo lo que les viniere en talante; así sean vestidos, campos, casas, posesiones o de exprimirlos con astucia calculada, y puesto caso que de otra manera no puedan, en última justicia, echarle uña violenta? Si esto no fuera lícito al rey, yo no sé ver en qué difiere de una persona privada; más aún: bajo el peso enorme y la responsabilidad del reino, el monarca iba a ser más infeliz que sus más infelices vasallos si no tuviera soltura un poco más ancha y bridas más flojas que los demás hombres. ¿Por qué gimes tan a la continua? ¿Por qué suspiras?

SALMISTA.—Porque te veo haciendo acopio de delirios, que, a pesar de todo, no atenúan mi culpa ni mejoran mi causa. Todas esas cosas que dijiste tienen resabios, no de doctrina alguna israelítica ni de majestad real, sino que rezuman gentilidad y puro despotismo. Sin duda, tú, porque eres mozo y ayuno de experiencia, piensas que en el tribunal las cosas pasan como te enseñó el maestro en su escuela. ¡Cuán fácilmente conseguirías tú con esas defensas hacer de la mejor de las causas una mala causa! ¿Ignoras, quizá, que ese juez conoce a fondo la voluntad con que una obra fué hecha? Ninguna fuerza tiene en él la pasión ni le engañan los argumentos más sutiles, ni necesita ni utiliza otros testigos que la conciencia de la propia maldad de los malvados, de quien dice el proverbio con sobrada razón que pesa más que mil testigos.

VIVES.—Pues ¿y qué? ¿El veredicto cierto de ese juicio es la condena? ¿Ocurre que nunca en ese tribunal es el reo absuelto?

SALMISTA.—¡Cómo querría yo que esos sollozos míos que a borbotones salen de mi pecho me dieran unos momentos de tregua y te manifestaría hartas cosas que tú no sabes; pero, puesto caso que no me lo consiente mi dolor, hablaré, como podré, muy brevemente. Dios es espectador y juez de todo cuanto hacen los mortales en las más abstrusas

lobregueces, acompañados de muy pocos y aun de todo cuanto piensan a sus solas, sin testigo alguno, en la soledad más desamparada. Y ese divino Juez es de una equidad tan apurada y exquisita, que no llega a su tribunal acusado alguno si no es de toda evidencia culpable y condenado ya de antemano por su vida desastrada y rota. Nunca jamás hasta la fecha fué acusado en aquel tribunal inocente alguno. Y puesto que es un juez tan íntegro y tan recto, no hay en su presencia acepción alguna de personas ni ninguna suerte de particulares respetos. Tanto montan para él reyes, vasallos, potentados, desvalidos, magnates, pordioseros. Pues hueros son y vacíos de realidad todos estos calificativos, inventados e introducidos por la mentecatez humana, y es tanta y tan inmensa, y tan increíble la grandeza del Juez, que a sus ojos no existe distinción entre nuestras grandezas y nuestras pequeñeces. Los que en aquel tribunal abogan y quieren defender sus crímenes (puesto que en absoluto no los pueden negar), acomodándose a las leyes y al derecho automáticamente, tienen el pleito perdido, porque con pertinacia punible prefieren no reconocer su yerro a pedir perdón de su delito. De ésos son aquellos que fabricaron para su uso palabras de malicia por buscar excusas en sus pecados.

Aquellos otros que con pueriles cavilaciones se persuaden que no hay pecado o afirman que les estaba permitido hacerlos, y ello en consideración de la alteza, o digamos realeza de su persona, como son los ricos, como son los príncipes de la tierra, que cuanto más poderosos son más se lisonjean pensando que tienen libertades más amplias que los inferiores, como si a los ojos del Juez, que es la equidad suma, hubiese superiores e inferiores y no una igualdad absoluta y brutal, se conducen no de otra manera que si el histrión que en la escena hace de rey se convenciera de que, porque representa aquel papel, puede permitirse más licencias que sus compañeros de representación a quienes tocaron papeles no tan lucidos y quisiera azotarlos, vejarlos, matarlos, violar a sus esposas, estuprar a sus hijas y saquearles las casas, creído de su total impunidad. Y si estas extralimitaciones son el colmo de la insania, como saben demasiado aquellos mismos reyes, víctimas de su loco endiosamiento, a quien la lisonja da el nombre de reyes verdaderos, sepan también que no están mejor asentados en su seso cuando se convencen que pueden ejecutar contra los inferiores aquellos mismos desafueros y desmanes que ese histriónico reyezuelo, y que al ponerlos en ejecución, incurren en la más abominable de las maldades. ¡Oh maldad muy grande la mía! Yo, yo fuí algún tiempo juguete de esa locura furiosa de hacer eso. Y aún hay quien piensa ser mi arrepentimiento violento en demasía, siendo así que yo todavía no sé cuál es el resultado que me espera del examen de estas maldades. Pues, como iba a decirte, aquellos que son tan cuerdos que desisten de toda defensa, que, al fin y al cabo, de nada había de aprovecharles y se acogen a las súplicas; los que sin rebozo confiesan su pecado y piden su perdón con dolor sincero, con verdadero arrepentimiento, éstos son absueltos finalmente. ¿Espántaste de que ella agrade tanto al divino Juez? Más debe espantarte que sólo esa actitud doble su vara justiciera y le desarme hasta tal punto que, siendo en hecho de ver-

dad el más clemente de todos los jueces, quiere que se le tenga por tal y por el más benigno de todos.

En ninguna otra cosa deben confiar los reos sino en su clemencia misericordiosísima. Si yo comenzare a explicártela, si te refiriere cuánto la han experimentado en sí las naciones, los pueblos, las gentes, la redondez del orbe todo, y cuánto y cuán increíblemente la tengo experimentada en mí mismo, faltáranme los días y las palabras. En menos tiempo recorriera la historia de los cielos, de los elementos, de la Naturaleza y de todas sus maravillas, que las piedades, que las misericordias de que usó desde que creó el mundo y de que ha de usar por infinitas eternidades, y que no serán más escasas ni más pequeñas que las anteriores. Lo más grande, y lo más admirable, y lo mejor que hay en El es que puede y que quiere apiadarse de todas las criaturas. Por todo ello es que yo ninguna otra cosa taño con cuerdas más dulces y con mano más sabrosa que sus misericordias sin número y sin límite, maravillosas, asequibles, obvias, que descuellan por encima de todas sus obras, gracias a las cuales vinimos, gracias a las cuales dura este mundo universo, y por las cuales, en hacimiento de gracias, nos debemos a nosotros mismos y le debemos todo cuanto tengamos; porque desconocidos para con El como somos, nos deja vivir una sola hora; porque tenemos salud, porque tenemos vigor, porque gozamos; porque para nuestra utilidad y provecho, malísimos como somos, todas las cosas fueron creadas en este mundo. Y si todo el universal linaje humano no se derrumba con toda la fábrica del mundo, ¿a quién se lo debemos sino a aquella misericordia suya, inmensa, divina verdaderamente? Por esto, yo, a esta su misericordia, acomodé este discurso u oración mía de que usaré luego, al punto, en el acto del juicio.

VIVES.—Con sumo contento la oiría, pero recelo causarte más enojo del conveniente.

SALMISTA.—Voy a pronunciarla delante para enseñarte a ti, que eres mucho más joven que yo, porque si te aconteciere algún percance parecido al mío, cosa que no quiera el Cielo, huyas de él cuanto pudieres; pero si vinieres a dar en él, ya estés avisado y sepas cómo te has de defender.

PARLAMENTO DEL SALMISTA

Si me fuera desconocida, ¡oh Dios bueno y todopoderoso!, la grandeza así de tu clemencia como de tu misericordia, en vano sería que yo quisiese actuar ante ti con un conato de defensa o esperase alcanzar el perdón de tamañas maldades mías, que yo ni puedo negar ni puedo cohonestar con color alguno. Pero sabiendo muy bien como sé cuál es el Juez ante quien me presento, de cuyas obras de misericordia guardo recuerdo tan vivo, tantas cuantas son no ya las generaciones, no ya cuantos son los hombres, sino cuantos son los momentos que pasaron desde la creación del mundo y los perdones tan sin cuento otorgados a pecados nefandísimos, pensé que no había razón de que fuese yo el único desahuciado de esperanza ni de que me considerase de peor condición que los restantes mortales. No porque esté yo persuadido que mis crímenes son menores que los de los otros para que se me acreciente la confianza en el perdón, sino porque veo que la medida de tu clemencia abarca crímenes tan monstruosos, que no solamente no

pueden ser cometidos por hombre alguno, sino que ni siquiera puede imaginarlos. Desespere enhorabuena aquel que, ponderando exclusivamente todas las dignaciones que tuviste para con los hombres, se convenza de que sus delitos son mayores que todos aquellos que Tú perdonaste. Pues todo aquel que reflexione no solamente sobre aquello que ya hiciste, sino también sobre aquello que puedes y que quieres, estará destituído de todo seso y ajenado de todo juicio si se entregare a la desesperanza. Sepa este tal (y no es difícil de saber) que aun cuando todo ese mundo se convirtiera en crimen, no superaría tu misericordia, no llenaría, no agotaría, no alcanzaría su suelo no conseguiría que no quedase abierto un portillo a la indulgencia, al perdón, hasta el extremo de que te hicieses inexorable y de que tus oídos ofreciesen a los ruegos dureza más que diamantina.

Pero ¿es que, por ventura, esa tan grande clemencia tuya está reservada y latente y está tu misericordia mano sobre mano, sin saber qué hacer y sin provecho alguno nuestro? Lejos de ti aun la misma sospecha o imaginación de tal impiedad, aun cuando no le des cabal asentimiento. Quien tal creyera, ése no sería digno de experimentar todo cuanto ella puede y hasta qué punto ella nos aprovecha. ¿Hubiese por ventura vivido un instante más Adán, nuestro primer padre, luego al punto que cató la fruta vedada, si inmediatamente no le asistiera bondadosamente la clemencia o la misericordia divinas? Y eso que pecó bajo la amenaza de que moriría, y siendo Tú, Dios, quien de viva voz le ponía la ley y le conminaba con el castigo y viendo y sabiendo él que con la manzana que iba a gustar trocaba la vida por la muerte. ¿Sobreviviera al diluvio el humano linaje? Más bien la violencia de las aguas abrumara y ahogara todos los seres animados y arruinara, a la vez, la fábrica y el orden que regula la existencia del universo por los siglos de los siglos, no de otra manera que este aire respirable envuelve mares y tierras. ¿Hubiera jamás el pueblo judío arrojado de sí la esclavitud de Egipto? ¿Pasara a pie enjuto el mar Rojo? ¿Quedara en su éxodo por el desierto un solo sobreviviente, tras haber violado con tan reiterada contumacia las leyes divinas hasta la apostasía y la idolatría? Si la divina Misericordia se tomara no más que un momento de reposo y hubiese querido cesar no más que un instante en su usada tarea, ¿unos pocos hombres apáticos, inermes pudieran medirse y aun igualarse con unas huestes bravas y aguerridas? ¿Quedaría siquiera una huella de tal pueblo? ¿Vinieran los gentiles que se apartaron del Dios Padre y se echaron en brazos de su enemigo el diablo en cuya servidumbre gimen, si no les hubiera asistido, propicia, favorable, benéfica, la divina Misericordia? Es ella tan grande, tan capaz que lo abarca todo; tan copiosa, tan infinita, que repartiéndose en todos no conoce menoscabo; tan fuerte, que el ejercicio cotidiano no la debilita, no la fatiga, no la trilla, y para con nosotros es tan amigable, tan mansa, tan bondadosa, que, a pesar de nuestras innumerables ofensas, no se aparta de nosotros ni el grueso de un cabello. Y en conclusión: es ella tan accesible y fácil que necesitamos de muy pocos ruegos para granjeárnosla y ganárnosla, o, mejor, a todo momento es ella misma quien espontáneamente se nos brinda y se nos ofrece.

Hasta tal punto es con nosotros indulgente, es tan paciente para con nosotros, que menospreciada, desdeñada, repudiada, todo lo soporta con resignación dispuesta a oír nuestro llamamiento así que se lo dirijamos. Y acude luego al punto no quejumbrosa, no gruñona, no desabrida, no resentida, porque hasta entonces fué objeto de nuestro desdén. ¡Oh misericordia dulce, oh benignidad admirable, oh paciencia clemente, que ni sé cómo adorarla ni sé con qué nombre apropiado denominarla! Entenderte bien querría; pero tú, con tus solares refulgencias, deslumbras y ciegas la tenue candileja de mi mente. Definiríate de buena gana si pudieras ser incluído en término alguno, si entendiere que podía producirse algo que te fuese superior. Con todo, lo único cierto es que cuando te tengo, siento harto poco interés por todas las cosas restantes y que aun cuando no te puedo abarcar, puedo gozarte, no obstante. Tú, santa y perpetua salvadora del linaje humano, larga siempre en dar alivio a los mortales, tienes para los azares de los míseros mortales, como madre que eres, un afecto dulce. No pasa jornada, ni pasa instante, ni pasa momento alguno fugaz, baldío de tus beneficios, con los que por tierra y por mar proteges a los hombres y a los que zarandearon las rachas aborrascadas de esta vida, sin que tú les alargues con tu mano el oportuno salvamento.

A ese asilo, a ese altar, ¡oh mi Dios bueno y todopoderoso!, a esa misericordia tuya mayor que la cual no sé que haya atributo en Ti, yo acudo en carrera desalada. Yo imploro su grandeza; yo, por su grande muchedumbre, te suplico que te apiades de mí, porque, habiéndote compadecido de tantos miserables, no me hagas a mí de suerte peor que la de todos los otros o no provoques la sospecha de que ya estás cansado de hacer beneficio o de que tu misericordia no está a disposición de todos aquellos que la piden y que se acogen a Ti. Cuán ajenas sean de Ti estas dos actitudes, sábenlo todos, aun aquellos que sólo de nombre te han conocido.

Empero, mis enemigos me echan en rostro crímenes monstruosos. Yo, de buen grado, o negaría su comisión, si en este tribunal pudiera ignorarse algo, o aseguraría con imperturbable firmeza que bien cometidos estaban si pudieses Tú, Dios sapientísimo, ser engañado por ningún argumento. Porque ¿qué me queda por hacer sino, dando de lado toda controversia, encaminar todo mi discurso a tu misericordia? Sé que ningún otro recurso es más eficaz para conseguir en este caso la misericordia, como la confesión del delito con displicencia y con sinceridad, puesto que ella sola lava las inmundicias que se le pegaron al alma de la fealdad del crimen. Ea, pues; lávame enérgicamente, copiosamente, quita de mí la iniquidad, purifícame de mi pecado. Reconozco el crimen; confieso el delito tan dolido de haberle cometido, como contento cuando le cometía. Por manera que en la actualidad ninguna otra cosa me desazona más, ninguna otra cosa me es tan aborrecible como aquel pecado y su recuerdo vivo, ni nada que más me angustie y me atormente y me descoyunte más que cuando refresco su memoria y la refresco con muchísima frecuencia, pues la llevo constantemente delante de los ojos.

Harto sabía que lo que más había de contribuir a que Tú no te acordases de nuestras maldades era el que nosotros las recordásemos continuamente. Así que invertí yo aquellas

alforjas de la fábula para que mis errores colgasen continuamente delante de mi pecho, tirándome a la espalda los pecados ajenos. Bien poco me aprovechó llevarlos a la vista con malsana curiosidad, viendo en los ajenos con tanta sutileza, como el águila y la serpiente del Epidauro, y mirando los míos con ojos cegajosos. La principal causa de ello era que, por la estolidez de mi opinión de rey y por la villanísima aprobación de los cortesanos lisonjeros, parecíame que en ninguna cosa obraba yo mal; porque no había ley alguna que prescribiese el castigo de mi delincuencia y porque, colocado por Ti en la mayor empinación de las dignidades humanas, puesto que no estaba sujeto a pena, creíame exento y vacío de culpa. Sin pensar lo más mínimo en Ti, mi Dios soberano, Rey de todos los siglos y de todas las criaturas, yo, efímero reyezuelo de unos pocos vasallos, cometí mi gran pecado; y lo que ahora, cuando lo considero, más me llena de rubor y confusión, es que lo que me ruborizaba de cometer delante de los hombres que no habían de castigarme, lo cometí con toda procacidad en presencia tuya, -tigo y juez, y no tuve empacho de ofender con mi torpeza tus ojos santísimos, yo, que evitaba los ojos sucios de unos ruines hombrezuelos.

Mas, siendo Tú el Juez único mío y el único sabedor de mi pecado, ningún valor tiene que estimes un bledo esas voces de la ruin y necia plebe. Se indigna, desatina como tiene por costumbre. Dice que no se me abre ningún camino de vuelta a tu amistad y gracia; dice que quedaron rotos y desvirtuados todas las promesas y pactos que tenías hechos conmigo. ¿Qué tienes Tú que ver, dime, con esas palabras? ¿Acaso estoy yo sujeto a la multitud de los malévolos y no esa multitud lo está a mí por beneficio tuyo? ¿Pequé, por ventura, delante de ellos? ¿Acaso no podría yo con toda suerte de colores y de excusas y con los argumentos de más nervio hacer la defensa de mi crimen, si tuviera que actuar ante aquella multitud desavenida? Perdóname ahora Tú, que eres el único que puedes, el único contra quien, el único delante de quien, ¡mísero de mí!, he pecado. No vayan a quedar hueras, suplícote una y otra vez, aquellas promesas tuyas tan grandes, tan admirables; a saber: heredero de ese reino, de la edificación del templo, de mi Cristo y otras muchas a cuál más gloriosas. Tampoco queden baldías aquellas otras hechas a todo el humano linaje acerca del perdón de los pecados, con las cuales te comprometiste a limpiarnos de la suciedad de nuestras culpas. Justifícame, pues, en virtud de esas palabras tuyas, límpiame, quítame las manchas, purifícame más y más cuando entrares en juicio con todas tus criaturas. En aquel supremo examen no marques mi frente inmunda con ningún aflictivo sambenito de infamia y mis maldades no puedan hacer que te consideres franco y libre de tus promesas, ni pienses que yo, por mi parte, hice nada para invalidarlas y anularlas. No quieras ser tenido por perjuro por el hecho de que yo sea infiel. Tú no eres como el hombre, veleidoso; no eres liviano, ni tornadizo, como somos nosotros, que fácilmente cambiamos de propósito y mudamos la voluntad primera, como Tú insistes, persistes y te mantienes en ellos. No quieras recargar más aún la gravedad de mi crimen, que harto sé yo ser tanta que no puedo con palabras encarecerla, como sería razón.

Cuando, ¡oh Dios inmenso!, re-

flexiono contra Quién delinquí, yo mismo tengo horror de mis maldades tan abominables y las refiero a la grandeza de Aquel a quien ofendí, ni aun con la más exaltada fantasía puedo imaginar castigos con poder suficiente de expiación. Y si tan de cerca tu clemencia no me asistiese, desesperaría de poder satisfacerte y pensaría que ya está hecho de mí. Seguiré diciendo, con todo, no por atenuar ni desviar mi crimen, sino cual Tú, que nos creaste, sabes cómo fué en realidad. ¿Maravíllase alguno de que nosotros pequemos con tanta frecuencia y con ligereza tanta? Considere de qué orígenes hemos salido a la luz. Y pásmese con mayor razón de que exista alguno que te sea tan caro que por especialísima merced tuya pueda degenerar de las costumbres de los padres y de aquel génesis nuestro, pasando el curso de su vida toda con entereza irreprochable, sin desviarse un punto de la regla, como se dice. ¿Quién no admirara la mansedumbre de los leones; quién la ferocidad de las ovejas, quién la abstinencia del lobo, que no quiere hincar su diente en el rebaño; quién la simplicidad de la raposa, la taciturnidad de los ruiseñores o el concierto canoro de los peces? Hasta tal punto se imponen en cada uno su propio genio, las costumbres de sus padres, la crianza recibida. Mas en nosotros no solamente se han de tener en cuenta nuestros padres, llenos de maldades, sino nuestra propia concepción hecha en el pecado. Y nuestra misma masa física cuando toma forma de cuerpo, cuando pone miembros, cuando se anima y, por decirlo así, cuando se hiñe, satúrase de pecado, como se satura de agua la masa de harina de trigo.

Dije eso para que con mayor motivo se maraville alguno de que nosotros olamos a otra cosa, produzcamos otra cosa, sepamos a otra cosa que a maldades, crímenes y nefandas abominaciones. ¿Quién no lo creerá? ¿Quién no lo sabe, cuando fuiste Tú mismo quien dijiste que las inclinaciones y pensamientos todos del corazón humano ya desde su origen sienten una poderosa propensión al mal? Esta advertencia tuya me da la certidumbre de que en gran parte quedamos excusados a tus ojos, puesto que conoces que todos nosotros nacimos con el instinto del mal, y no ya educados en él, sino hechos: no ya adoctrinados, sino imbuídos. No aprendimos, no, aquellos primeros pecados de nuestro origen, sino que los recibimos con nuestro ser; no les inventamos, sino que se pegaron a nosotros y con nosotros sacamos el resabio de leche agriada en que estaba impregnada la vasija en que fuimos cuajados, en que fuimos formados, y de la cual, acabados de una vez, salimos a la luz de esta vida. Y ello ¡con cuánta miseria! ¡Y con cuánta penalidad! ¡Y con qué llanto amaneció para nosotros y para nuestra madre aquel nuestro día natal! Para que conozcas, sin lugar a dudas, que fué concebido en pecado quien, al penar así, hace que pene, en pariéndole, su misma madre. Dejaré de decir que cuanto más infelizmente se nace se cría más infelizmente, y cómo a lo largo de toda su existencia lleva una vida infelicísima. Y que así como no hay cosa más admirable que el hombre, tampoco no la hay más miserable. Y a pesar de todo, tienes por digno a ese animalejo de alternar y conversar contigo y de concertar con él pactos y alianzas y de mantenerle todas tus promesas, puesto que nada amas tanto como la verdad, dado

que la verdad eres Tú mismo, y de enseñarle los arcanos de tu sabiduría, que el mundo, que la Naturaleza toda, no alcanzan, sino que les ocasionan pasmo. Prolijo fuera enumerar punto por punto todo cuanto enseñaste a los hombres, y que si yo quisiera compendiarlas en ese discurso mío, podríalo hacer tanto como saber todo cuanto aprendió de tu magisterio directo cada uno de los hombres, tarea imposible, porque es infinita.

A pesar de todo, hablaré de mí mismo, y no con espíritu de jactancia—¿qué cosa podía ser más inoportuna?—, sino para demostrarte en la medida que puedo todo el agradecimiento y cómo no me olvidé del honor grandioso que me dispensaste enseñándome, sin medianería de estudio ni de literatura, estupendos misterios de tu divinidad, a los cuales no pueden aspirar tras esfuerzos inmensos y asiduos trabajos y sudores de aplicación y escuela los más grandes sabios del siglo. Pero Tú, de ruin e inculto pastor de ovejas que era, hicísteme rey muy grande y profeta sapientísimo, puesto que me mostraste el adorable misterio de tu Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Y revelásteme que ese Hijo tuyo, siendo Dios, vestiríase de humanidad, y me prometiste que nacería de simiente mía. Y que El, ejercitado en toda suerte de pruebas y trabajos, en todo el discurso de su vida inocentísima enseñará al linaje humano secretos admirables de tu sabiduría. Y después de tormentos inenarrables, padecerá muerte ignominiosa. El, Rey y Señor el más inocente y más santo, que con la efusión de su sangre misericordiosísima nos libra a todos nosotros de las tinieblas infernales y se reconciliará contigo, que eres su Dios, el humano linaje que le era enemigo. Y nacerá una Iglesia nueva, y en una Ley nueva un pueblo nuevo mucho más puro, mucho más santo, mucho más grato que ese pueblo judío de dura cerviz y de corazón incircunciso.

A Ti, pues, Hijo del Padre Supremo; a Ti, Dios futuro, Hijo y Señor mío, por aquella carne que has de tomar de mi linaje, ruégote que te apiades de mis canas, que tengas compasión de este abuelo tuyo y siervo tuyo, llegado muy al cabo de su situación y con su cabeza puesta en peligro. Asísteme, ¡oh Cordero sin mancha!, y lávame con aquella sangre tuya, que será el precio del rescate de ese mundo; purifícame copiosamente con una sola aspersión de aquella sangre que, sellando las puertas de esa ruin morada mía, nada tengan que temer del paso exterminador del Angel. Y eso lo harás Tú con aquel hisopo sin el cual ni en la cristiandad ni en el gentilismo existe la expiación máxima. Harto entiendes lo que digo, Tú, que lees mis pensamientos más íntimos; no obstante, no me reservaré tanto que no exprese con mayor claridad lo que yo quiero decir. Digo, aquel hisopo simbólico, aquel humilde cuerpo tuyo, el cual, por amor nuestro, ofrecerás a los oprobios, a los ultrajes, a las calamidades todas de la vida. Aquel hisopo, digo, que crecerá entre las piedras; a saber: entre tus Apóstoles, asido tenazmente a las raíces de aquella piedra inconmovible que es tu Divinidad sobre la cual asentarás para siempre los cimientos permanentes de tu Iglesia y de la cual fuerza ninguna podrá descuajar aquel hisopo humilde. Aquel hisopo, digo, que en el estío y en el hervor de la más ardiente caridad da a su tiempo frutos sazonados que purgan las impurezas de nuestro pecho, que el frío nos

hizo contraer. Aquel hisopo saludable al estómago, a los intestinos, a los dientes, a las orejas, a la cabeza toda, al hombre todo, que quita la hidropesía, que mata las lombrices, que destierra la palidez, que da a nuestro rostro color de salud y de lozanía.

Rocíame, Señor, con ese hisopo tan salubre, y si con unas pequeñas gotas de tu sangre consagrares las puertas de mi alma, quedaré purificado todo. En esa sangre me sumergiré todo, y lavado en ese baño rojo, saldré más blanco que la misma nieve. Pues así como no hay cosa más negra que el alma tiznada con el hollín de la culpa, así tampoco hay ninguna cosa más blanca que ella, restituída a su pureza, a su candor, a su bondad. Ea, pues, Dios clementísimo: haz que oiga de Ti aquella palabra llena de gozo, rebosante de alegría inmensa: «Perdonados te son tus pecados.» Y levantaréme de esa ceniza, despojaréme de ese saco y de ese cilicio y me acercaré a Ti en hacimiento de gracias. Entonces mis huesos, entonces los meollos de mis huesos, serán inundados de júbilo tanto que saltarán de gozo después que Tú, con amenazas y terrores, los estremeciste, los destrozaste, los desmenuzaste; por manera que no ya con tu presencia, que pone temblor en los espíritus celestiales, ministros tuyos, sino que a tu solo nombre de un prodigioso horror son sacudidos. Y aun yo mismo, en el temblor acostumbrado, me perturbo al considerar la grandeza de tu justicia. Y cáusame el más grande empacho el que, siendo Tú el árbitro de mis maldades, no me haya yo avergonzado. Cuán feliz fuera yo si, mientras cometía mi pecado, por unos momentos siquiera hubieses tomado ojos de carne semejantes a los ojos de los hombres, que no pudieran penetrar muros gruesos, tinieblas espesas donde pudieran ocultarse tantos pecados y tantos solaparse y tantos disimularse. O que ahora, a lo menos, apartases de mis pecados aquellos tus ojos penetrantes, vivacísimos, que no se cierran nunca, que ven todo lo actual, todo lo venidero, todo lo pasado, todo lo posible y que no pueden dejar de verlo, y los mirases como si nunca hubieran sido o tuvieran que ser entre lo solo posible, pues en aquel montón de harto poca monta serían. Pero ¿qué hago yo? Dios no quiera que yo desee sustraer la partícula más chica de tu grandeza; mejor quisiera aumentarla si pudiese. Ni desearía que no hubieses visto mis pecados en el acto de cometerse o que no los mirases ahora que están cometidos; o que no tuvieses cuenta con todos ellos, o careciese de pena yo, que no carezco de culpa. Entre todas las molestias mías, la principal es que, transgrediendo tus mandamientos, hice ofensa a tu majestad, y quien te ofendió fuí yo, que nunca jamás debí hacerlo. Esto es lo que acongoja; esto es lo que me llevaría a poner en mi garganta un lazo corredizo si no me hubieses revelado los abismos de tu clemencia, de tu bondad, de tu misericordia. Esta es la razón por la cual poco ha yo deseaba cosas que acaso ni siquiera sea lícito formularlas. Tú perdonarás mi ignorancia. Pues siendo así que apenas Te conocemos no mucho más que de nombre, acomodamos tus excelencias a nuestras humanas expresiones; temerariamente lanzamos muchas afirmaciones y discutimos con ardor, sumidos en tinieblas cimerianas.

Brava demencia la de aquellos que, siendo unos abortos de hombre amasado de arcilla y lodo, piensan,

¡oh Dios admirable!, como si fueran confidentes y secretarios tuyos, que no hay cosa que no sepan y que no osen afirmar con avilantez impávida. Secretos son tuyos que más vale adorar en silencio que mancillar con palabras. Contra mi querer uso de tantas palabras en presencia tuya que, estando yo callado, ya entiendes lo que yo quiero decir; pero debo hacer, porque Tú lo mandas, alguna concesión al pueblo que no me comprenderá si no dijere lo que siento en un parlamento de alguna extensión. Diré, pues, con las palabras más directas y más propias que podré, lo que fuere más conveniente desear, más conveniente pedir, más conveniente alcanzar, aun a costa de los mayores esfuerzos y de las más crudas penalidades. No puedes menos de ver mis transgresiones. Pero no tomes venganza de mí que las he cometido. No puedes menos de verlas, de verlas tan punibles como son. Sean, enhorabuena, maldades auténticas, pero ya como trocadas de ser y mudadas de color, bien así como mudan de color las ropas teñidas con ligeros tintes. ¿Queréis, espectadores y oyentes míos, que os lo explique más claramente? ¿Queréis verlo más claro, vosotros, espíritus celestiales? Tú, Dios mío, antes que comenzase a hablar, ya sabías lo que diría. Perdóname, Señor mío, y aquellos pecados míos que antes te ofendían, porque exhalaban hedor tan apestado y tenían tan siniestro color y tenían sabor de infierno, en adelante ya no te ofenderán más y perderán aquel sabor, aquel color y aquel olor que antes tuvieron tan mefíticos, tan pestilenciales.

Entonces los mirarás como ya pasados, como los de otros muchos que ya no te ofenden. Tú hiciste que ya no tuviesen virulencia alguna para sus autores, como si nunca hubieran sido cometidos. Así que no te pido que los tengas por no hechos ni tampoco que no los mires, sino que no te ofendan y, por ende, que no me dañen. De esa manera borrarás todas mis iniquidades; no ciertamente porque no hayan sido, sino porque no se cubran con ese impurísimo vestido de iniquidades. Y porque a alguno de vosotros no le parezca que hablo con un exceso de dialéctica, acomodaré mi discurso a las orejas del pueblo y a la oratoria forense. Existieron, sí; existieron, ¡aymé!, existieron, pero ya son idas aquellas maldades mías; no subsisten. Yo no sé si es lícito pedir al Soberano Juez su inexistencia. Con todo, exhalan un hedor tartáreo que es la huella que han dejado detrás de sí. Ese hedor sí que persiste, ese hedor sí que ofende a este Dios, a este Juez benignísimo. Esto sí que con toda certidumbre es lícito pedir; a saber: que Tú, que eres todopoderoso, destruyas esa fetidez y la hagas inexistente; haz, si te pluguiere, que haya sido, pero que ya no sea. Sin él ninguna fuerza tiene mi pecado y quedan canceladas ya nuestras recíprocas enemistades.

Mísero de mí, porque ella es la única detestable causa de mi perdición, porque es ella sola la que me despoja de toda mi fortuna, bienes, vida y, finalmente, de mí mismo. Todas estas ventajas las perdí el día en que me hice, Dios mío, enemigo tuyo. Tú me recibirás de nuevo en tu gracia así que me hubieres admitido en tu reconciliación, luego de haber creado en mí otro corazón, de carne éste, en lugar de corazón de peña que pudo alejarse de Ti; con otro corazón blando, manso, benigno, dócil, en sustitución de esotro duro, ferino, reacio, rebelde y cerril. Y ojalá te pluguiere heñirlo

de otra masa que de esa nuestra, macerada del pecado de todos, y que fuese ella tal que pudiera dolerse suficientemente de tamaño delito y que ningún otro amor prefiriese al amor de Dios. Y puesto, Dios mío, que quieres la verdad, libremente te confesaré que espero, tal es tu bondad de padre para conmigo, me reconciliaré contigo, y a ello enderezaré mis esfuerzos todos. Tengo el propósito firme de no cometer transgresión alguna contra tus leyes; pero me temo no poder resistir esa torcida tendencia de mi corazón y retardar esos malvados esfuerzos suyos y reprimir la malvada naturaleza de ese corazón que me diste del mismo género que aquel terreno de Adán, cuyo sentido, mente, vista, ardor del ánimo, cuyos deseos, cuyos anhelos, cuyo genio, desde su nacimiento y origen, tienden a lo peor y a ello se abalanzan y precipitan con toda la fuerza de su empuje.

¡Oh, si de aquella carne de tu hombre segundo, Hijo mío, Dios mío, Señor mío, quitada una porcioncilla, me hicieres siquiera un corazoncillo! Ese corazón chico que me hicieres no me empujaría con un empellón suyo, como me empuja ahora este corazón terreno a lo más bajo que hay en este mundo, sino que, siendo celeste, remontaríame a su origen a guisa de un ala. Ninguna cosa tendría sabor para mí si no fuese encumbrada, si no fuese celestial. En ninguna otra cosa pensaría que no fueses Tú. No recelaría que fuese estorbo para mí la observancia de tus mandamientos. Tendría un compañero, tendría un auxiliar, tendría un consejero y guía para una vida santa. ¡Oh Paráclito espirado del Padre y del Hijo, Dios único; Espíritu, sin el cual nada nos sabe que no sea la misma rectitud; Tú, que nos dictas a nosotros, los profetas que anunciamos a los mortales las venideras maravillas. A la sombra de ese Espíritu, las gentes conciben de Ti, Dios muy verdadero, cosas que, no entendiéndolas, las admiran con pasmo los entendimientos. Oréame Tú, con algún nuevo aliento de rectitud; infúndeme Tú una mente nueva, firme, fija, fortalecida y corroborada en la virtud y en la santidad, que nada piense que no sea recto, que no sea bueno y que nunca debe caer de aquella bien asentada alteza suya.

¡Oh hijo mío, oh Señor mío! ¡Cómo deseo, cómo anhelo! Ninguna cosa tengo que verdaderamente sea buena, y necesito muchas. ¡Cómo quisiera que restituyeses a Adán ese cuerpo suyo de cuya simiente nació y que Tú, de aquel cuerpo tuyo que me prometiste había de nacer de sangre mía, me fabricases uno nuevo, y que realizases ese milagro inaudito; a saber: que de ese cuerpo Tú me vistieses aquel otro cuerpo cuyos abuelos he de engendrar y recibiese yo mi linaje de mi posteridad! Cuerpo en el cual se albergase un corazón recto, entereza y sanidad de entrañas; un cuerpo cuyo espíritu fuese limpio, sencillo, sincero, derecho, estable; un cuerpo en el cual todo fuese divino. Y si no te pareciere asaz digno de que reciba ese tan grande beneficio tuyo; pero ruégote, Señor, con insistencia muy encarecida, que no me quites el que me diste una vez; no me desdeñes ni me rechaces, ahora que soy rey, Tú, que me tomaste del suelo, pastorcito ruin, y me levantaste al trono y a la púrpura. No me arrojes de tu presencia, constituído como estoy en la cumbre de las grandezas humanas. Tú, que pusiste tus ojos benignos y tus

brazos cariñosos en mí cuando iba en pos del hato. No digas ahora que yo no te agrado, pues antes dijiste ser yo el único de toda nuestra gente que estaba cortado a la medida de tu corazón. ¡Ay cuánto mejor me fuera haber pastoreado el rebaño paterno, sin gloria, pero con gracia a tus divinos ojos, que, luego de haber sido promovido al reino de Israel, caer yo derribado de aquella cumbre aborrecible con una caída tan fea!

Si Tú me rechazas, dime, Señor: ¿Adónde iré, adónde me refugiaré que brille para mí con la más pequeña lumbre de esperanza? ¿Mándasme que vaya a acogerme a la casa de Saúl, que no ceja nunca en sus imprecaciones contra mí, pidiendo al Cielo toda suerte de males, y me llama forzador, pirata, detentador injusto de su reino y de sus posesiones? ¿Iré a mi pueblo, que ya me llama con expresión proverbial ladrón de la oveja y asesino del pastor? ¿Yo, que soy fábula y asunto de malignas y venenosas habladurías en barberías, en tabernas, en ventas y burdeles? ¿A ese pueblo tan ajenado de hacerme bien, que piensa y grita a voz en cuello ser cosa inicua que Tú me lo hagas? ¿Acudiré a algún otro rey de mi vecindad? Pero ¿qué rey hay a quien yo, por orden tuya, no haya hecho guerra? Todos ellos, tradicionales enemigos míos, no esperan más coyuntura que esa de que Tú me excluyas y rechaces. Tan pronto como se percaten de ello, se abalanzarán sobre mí, bramadores, enfurecidos, pensando que no habrá nadie que me defienda, que pueda arrebatarme de sus manos. Yo te pido que no obres conmigo tan cruelmente, que, abatido y suplicante, no me rechaces de tu rostro, en donde está mi refugio y mi salud única. No sea yo el primero en experimentar qué desventura tan grande sea hallar cerrado el acceso a tu rostro. ¿A quién has rechazado, a quién has desdeñado jamás que de muchos azares y calamidades se haya allegado a Ti, con todo su corazón y con toda su alma como a su esperanza única y soberana?

Suplícote, Señor, que te acuerdes de aquellos tiempos tan dichosos en que Tú declarabas ser yo el único que era de tu complacencia; cuando, fuera de escuelas y de maestros humanos, enseñábasme secretos tan profundos de tu Divinidad; cuando hablabas conmigo tan amigablemente; cuando me prometías tantas cosas, cuyo deseo no pareciera ser de un hombre en posesión de su juicio; cuando Tú me decías que te holgabas tanto con aquella cítara que mi mano sabia tañía y gobernaba; cuando todo te agradaba y todo te contentaba por ser mío, como suele acontecer con los amigos que quieren las cosas de sus amigos; cuando yo sólo era tu regalo y tu delicia; cuando yo estaba persuadido que en tanto me dañaría la borrasca de la desventura cuanto juzgaba que iba a tener braveza suficiente para arrancarme de aquella amistad y de aquel abrazo tuyo tan estrecho. ¡Cuántas veces pensé eso mismo en mis adentros, tan callando! Jamás me destetaré de la dulzura de esta tan grande felicidad. Más venturoso soy que lo que pueden colegir o creer los que me ven. He aquí mi reino tan encumbrado, tan próspero; he aquí mi imperio tan espacioso, tan fuerte. Mis enemigos son pocos y son flacos; dentro y fuera, contentamiento y paz festiva. Heme aquí, el más sabio de los profetas, que más cosas lejanas vió porque Dios me las mostraba. He aquí que yo soy el más privado,

el más valido ante Dios, verdadero amigo, íntegro, sencillo, estable, firme, que no se muda nunca. ¿Qué otra cosa puede añadir la imaginación a felicidad tamaña?

¡Oh esperanzas engañosas! ¡Oh pensamientos vanos, oh pretensiones de los pecadores! ¡Oh efímeros goces de los malos! Ahora yo, despojado de todos aquellos bienes, preocupado y solícito, no por la pérdida de la fortuna, no por la gran merma de aquel cúmulo de felicidad, sino por mi propia vida, por mi propia alma, siento el horror de los males más extremos. Temo no ser arrojado de tu faz, yo, que solía ser el más familiar de tus cortesanos. Temo que no me tengas por indigno de congraciarme contigo y que no retires de mí aquel Espíritu Santo tuyo, aquella lumbre, guía de mis caminos, y que, entregado a sentido de reprobación, no le dejes ciego y sumido en perpetuas lobregueces. No ejecutes contra mí, Señor, una hostilidad tan implacable que, apagada aquella lumbre que me diste, no pueda caminar por tus senderos; no quites de mí, te ruego, aquel Espíritu tuyo, inspirador, conductor de todas mis buenas obras. ¡Ay de mí si lo hicieres! ¿Por qué me sacaste del vientre de mi madre? ¿Por qué me acogió, a mi ingreso en el mundo, el aura de la vida? ¿Por qué yo, el día mismo de mi nacimiento, no troqué la cuna por el sepulcro? ¿No sería acaso mejor o bien no nacer o ser cuanto antes eliminado, que no esa pavorosa soledad mía, en medio de remolinos devoradores, huérfano de luz, sin una mano guiadora entre tantas como son las miserias de la vida? ¡Qué acucia tan grande apremia mi corazón! ¡Cuánta ansiedad! ¡Cómo atenúa mis bríos, cómo oscurece la viva agudeza de mis ojos esa tétrica y mortal melancolía, y cómo me desasosiega miserablemente ese triste pensamiento y atormenta mi alma, mi espíritu y mi corazón, hasta el punto que no me dejan momento alguno de respiro la angustia agobiadora y la consternación envuelta en miedo, y que mi alma boga a la deriva en esa brava marea de tristeza y el tedio la trae embrutecida en un total olvido de sí misma.

¿Dónde está ahora aquel tan ágil entusiasmo mío, aquella mi alegría generosa que tantas veces me hizo saltar de júbilo al pensamiento de tu Cristo prometido a mi linaje? ¿Dónde aquellas canciones henchidas de sabiduría, rebosantes de optimismo? Devuélveme, Señor, que te lo pido, aquella alacridad y el gozo de Aquel en quien exclusivamente debía consistir la salvación de los judíos y de todas las naciones. ¡Vuelvan las canciones, retornen las visiones! Profeticemos a los hombres, como fué costumbre nuestra, los sucesos acaecederos. Confírmame en aquel espíritu tuyo generoso, fuerte, pujante, al que nadie puede resistir, por manera que vuelva a aquella mi bondad inicial; y no me pudra nunca, sino que, ungido con la unción de tu espíritu como con óleo de cedro y con bálsamo, persevere en mi fragante entereza y no te cause molestia ya aquel hedor nauseabundo y a los demás hombres participioneros de mi mortalidad séales muy apacible a la vez que muy provechoso. En acercándose a mí, atraídos del buen olor que gana los corazones, yo, con mis acentos más dulces, cantaré las finezas de tu sabiduría y de tu bondad que me hubieres mostrado: cuánta es tu grandeza, cuánta tu inmensidad, cuánta tu omnipotencia y cuánta salud reportaste al linaje humano; de cuánta clemencia usaste

conmigo; hasta qué grado no existe necedad mayor que la de desesperar del perdón de los pecados; qué mal tan grande y tan lastimoso es separarse de Ti y qué bien tan inestimable el de ser amigo tuyo; que el acceso a tu amistad está abierto a todos; que en tu corte no hay más magnates que los buenos ni más villanos que los malos, aunque en su mano está el volver a Ti cuando les pluguiere; pero que vale mucho más el retorno a Ti cuanto antes; que nadie es tan cruel, tan inhumano, enemigo de otro que si supiera qué mal tan grande es ser enemigo tuyo, no concibiera la compasión más viva de aquel que en esa condición estuviere sumido; que no le exhortase, que no le ayudase, que por todos los medios no se esforzase por sacarle de estado tan miserable; puesto caso que se puede tan pronto como se quiere; así que en un impulso de sincero arrepentimiento les pesa de hallarse envueltos en tales lazos y piden humildemente su liberación.

Con estos y otros recursos enseñaré a los inicuos tus veredas. Sé que no será baldía mi enseñanza; no cantaré para sordos; harta experiencia tengo de la ejemplaridad de un rey sobre su pueblo, ora fuere dechado y maestro de error, o de proceder recto. Como fuere el rey, tal será la ciudad toda e inmediatamente. El, con su ejemplo, si fuere bueno, a casi todos les hace buenos, y si es malo, les hace malos, cosa que, por desgracia, es la que más fácil y más frecuentemente ocurre. Sé cuán gravemente delinquen los príncipes malos, especialmente por ese reparo de que, siendo los maestros ellos, muchos son los que aprenden a mal obrar. Y no solamente conciben los príncipes los vicios por sí, sino que los transfunden a los gobernados, y no hacen daño solamente porque son ellos corrompidos, sino porque corrompen y más dañan con su ejemplo que con su pecado. Así es que si yo enseñare, la más pequeña de mis palabras tendrá eficacia mayor que todos los apóstrofes de los profetas y los discursos de los sabios con toda su vociferante gritería. Y aun cuando callare, si viviere bien, serán muchísimos los que, a imitación mía, se harán buenos. Tú colocaste a los príncipes en lugar descollado y eminente, y a las costumbres de ellos acomoda el pueblo las suyas. No hay edictos que así puedan modelar el sentimiento de los hombres como la vida del que los rige. Múdase siempre, como un cuerpo de baile al compás de la orquesta, con las mudanzas y volubilidades de su príncipe, el vulgo tornadizo. Esta será la ejemplaridad de mi conversión. Tendrás en mí, ¡oh Dios bueno!, luego que me hubieres otorgado tu perdón, un pregonero no más humilde de tus glorias y un educador de tu pueblo no menor que cualquier otro profeta.

Volveré a mi prístina vida que te fué tan grata y, provocados e invitados los impíos, así por mis palabras como por mi ejemplo, se convertirán a Ti por tu misericordia, fácilmente y muy de grado. Lo que Tú tendrás que hacer, Señor mío, será perdonarme, otorgarme indulgencia por mis delitos tan nefandos, lavarme, todo manchado como estoy, con la sangre humana que derramé. Y lo que yo tendré que hacer en adelante será enseñar, con mi palabra y con mi conducta de rey, cómo se ha de caminar por tus caminos, cómo de los descarríos ha de volverse a ellos, porque no vayan a perderse y a despeñarse los que marraron la senda.

Entonces, tomando la cítara en la mano y cantando canciones acordadas muy melodiosamente, ensalzaré hasta el cielo esa justicia de tu tribunal templado con tanta misericordia, tan unida indisolublemente y compañera tan inseparable de la clemencia, que entonces juzgas con suma clemencia cuando lo haces con suma severidad y no te separas un punto de la justicia cuando usas de benignidad. Así es que no habiendo en ningún otro lugar justicia mayor ni más verdadera que la que se hace en este tribunal, con todo nunca se juzgó aquí sin suma clemencia y misericordia, ni jamás se pronunció aquí veredicto con implacable justicia, ni sin muy copiosa justicia se perdonó a alguno, ni jamás salió de él condenado alguno con quien no se hubiera tenido la más tolerante de las clemencias. Esa justicia tan clemente, esta tan justa clemencia y misericordia cantarán mi lengua incansablemente y pondré todo cuanto esfuerzo pudiere porque lo oiga todo tu pueblo, sea cualquiera el lugar donde habite y yo ose prometerle, sea cualquiera el lugar donde habitará en la sucesión de los siglos.

Demás de esto, si Tú, con tu sangre piadosísima, no me lavares de ese tan vil y atroz asesinato de un capitán tan esforzado y tan inocente y de esotra sangre con que me poluí y me manché; si Tú no abrieres esa mi boca muda, yo no me atreveré a hacer pregón de tus loores. Harto sé que sólo en los labios de los rectos parece bien la alabanza y que es a tus oídos lleno de dulzura y de deleite el canto de tus excelencias salido de la boca de los justos; sé que lo puro sólo debe ser tocado por los puros. No se atreverán a tocar un lienzo blanco sino los que previamente lavaron sus manos, porque su candor impoluto no se aje con alguna suciedad. Y yo, no lavado, yo sucio, ¿tocaré tus purísimas, tus intactas alabanzas? Ello fuera contaminarlas, más bien. ¡Lejos de mí tal osadía! Tengo un sumo horror de aquel examen, de aquel estrecho interrogatorio, de aquella reprensión, de aquellas amenazas y castigo del pecador. ¿Por qué publicas tú mis justicias y tomas mi testamento en tu boca? *Tú odiaste mi disciplina y te echaste mis avisos a la espalda. Abundó tu boca de malicia y tu lengua aliñaba fraudes.* ¿Quién será tan de diamante que no le hagan mella estas palabras tuyas? ¿Quién tan temerario y tesonero que no le aparten del propósito de ir con intención impía en busca de tus alabanzas, de leerlas con ojos profanados, de pronunciarlas con lengua manchada, de tocarlas con manos impuras y contaminadas? Por eso, Señor, porque retorne a mis costumbres primeras y vuelvan aquellos cantos tan de miel, otorga perdón a mis pecados, abre mis labios a los cantos de tus obras a que por mis culpas estoy ya desavezado, Tú, que por manera tan maravillosa los abriste y los enseñaste en su rudeza y en su novedad.

Heme aquí echado a los pies de tu majestad, implorante de tu misericordia, esclavo de tu poderío. He aquí el sacrificio que te es más apacible: mi corazón de pecador, contrito y humillado, pesaroso de que pecó. No creo que puedas aplacarte mejor que con el holocausto de mí mismo. Si te aplacares con la sangre de los toros o de los becerros; si mis hazañas pecaminosas pudieran lavarse y expiarse con sangre de animales, a miles cayeran delante de tus aras; el humo llenara, el olor de quemado infestara no solamente

la ciudad de Jerusalén, sino toda la Judea de punta a cabo por los incesantes y diarios sacrificios de las víctimas hasta que no quedase rebaño alguno en toda la Palestina, en la Siria toda. Allende de esto, harto sé que poco aprovecha la sangre vertida y el sacrificio de unas reses que ningún mal hicieron, mientras que el que hizo el mal lo contempla complacido y descuidado. Por esto es que a mí mismo me ofrezco en hostia por mi pecado: bien está que llore el que pecó; porque no se ría del azote ajeno, sino que recele pecar sabiendo que la azotaina descargará en sus hombros. Y, finalmente, sé que es un sacrificio por Ti no desdeñado que el corazón de invulnerable bronce que de Ti pudo separarse vuelva a Ti, contrito, ablandado, de carne en suma, desconsolado porque desertó de Ti, que eres su Padre, pasándose al diablo, enemigo capital del linaje humano.

Aquí tienes, ¡oh Juez clementísimo!, a un reo confeso, penitente humilde, abatido, sucio de polvo, cubierto de saco, salpicado de ceniza, seco de ayuno, sumido en aflicción, echado al suelo, suplicante, ovillado a tus pies, alargando a tus rodillas esas manos que fueron a tiempos ejecutoras sumisas de tu voluntad y ahora servidoras de maldades, pidiendo perdón de sus culpas, que es y con mucho para Ti el más aceptable de los sacrificios. Por este sacrificio, Señor, pídote que me perdones; suplícote, por la sangre de tu Hijo, que me rocíes con ella, que con ella me laves; que no me excluyas ni me rechaces de tu rostro. Mira: te pido por favor, Tú, hijo mío también, la blanca cabeza de tu abuelo. Mira mi ancianidad; si mi juventud te fué grata; si mi voz te fué de sumo agrado y profetizó a la Humanidad destinos tan gloriosos; si nada hallabas más aceptable que mi mansedumbre y cuya cítara y cuyo canto tenía la más suave de las consonancias, y cuyas delicias y cuyos solaces todos y cuyo alivio en mis cuidados fueron siempre mi fijo pensamiento en Ti. ¿Cuándo vendrás? ¿Cómo vencerás? ¿Qué milagros obrarás? ¿Qué tormentos padecerás, siendo la misma inocencia? ¿Cómo será de copiosa la redención de todos nosotros? Apiádate, por favor, de la ancianidad de tu abuelo; acuérdate de mi simplicidad. Tenga delante de Ti alguna valía el recuerdo de la amistad pasada. Y si esa amistad, como me decías, en alguna ocasión te fué dulce, perdóname y volvamos a ella. Vuélveme íntegro, santo, simple, lleno de sabiduría aquel espíritu tuyo; devuélveme la alegría de Ti.

Ninguna cosa nueva te pido ahora; no ejércitos aguerridos, ni víctimas gloriosas, no reinos, no opulencias sin cuento. Tú me dabas esto cuando Tú tenías en mí tus complacencias; ahora te pido nada más que mi salud. Me desvié de la senda, ¡oh mi Dios benignísimo!; obré temerariamente, ¡oh Padre de clemencia!; pésame de ello; a tu misericordia pido perdón de mi delito; suplícote que me perdones. Si pocos lo consiguieron, con arrogancia osada te lo pido; si todos te lo pidieron, dame tu socorro, pues me diste esperanza. Si esta sola petición me otorgares, cosa a que accedes con la mayor facilidad, cosa que concedes con el mayor de los agrados, creeré haberlo ya conseguido todo de Ti. Obra, pues, Dios clementísimo, obra con Sión benignamente y no se quede baldía la promesa de la edificación del templo y del aumento y de la expansión de las murallas y de esa ciu-

dad de Jerusalén, tipo e imagen de aquella otra Jerusalén mejor y más grande, cuyo templo, aun cuando sea de piedras y de argamasa, será con todo edificado fuera de esta pobre y vieja sinagoga, en la era de aquel hombre jebuseo, a saber, del pueblo gentil, cuando comenzará el reino de mi hijo, rey de paz, en aquella sabrosa paz desacostumbrada de que el orbe se maravillará, en aquella quietud increíble que seguirá a tempestades tan bravías, en los comienzos de aquel tiempo felícísimo, cuando se iniciarán los siglos nuevos y el alumbramiento de un mundo mejor.

Los muros de esa Jerusalén serán construídos sobre cal y arena de piedras muertas; pero los muros de aquella otra, asentaránse sobre la tuya o, mejor, sobre aquella piedra, que eres Tú, de piedras vivas de bloques cuadrados. Entonces, con entera verdad, en el templo suyo, aceptarás aquel sacrificio de justicia que en ningún tiempo dejará de serte el más grato del cuerpo de este Hijo tuyo, que es el precio del rescate del mundo, vendido y esclavo, y prenda y garantía de su libertad.

Allí te ocasionarán las más vivas complacencias las oblaciones, no de carne quemada de animales, sino de conciencias muy sinceras y muy santas, en las cuales exclusivamente reside toda religión, toda piedad. Tomarás deleite en aquellos holocaustos, en aquellas almas abrasadas en aquellas llamas de caridad que, con el fin de introducirlas en el mundo, bajará tu Hijo muy amado o, si te place, hijo mío también. Ese fuego encenderá aquellas hostias vivas, que son nuestras almas, que no dejará parte alguna cruda, parte alguna si ya no fuere del todo consumida y resuelta en cenizas. ¿Quién es capaz de encarecer cuánto te complace aquel olor de quemado y cuánto más verdadero culto tuyo es que la matanza de víctimas, que aquella perpetua aspersión de sangre, que, por decirlo con una sola expresión gráfica, carnicería y desmenuzamiento de animales? En aquel templo tuyo más santo serán ofrecidos becerros numerosos; pero mucho más preferibles que los nuestros. Y en primer lugar, aquel novillo rojo, con cuya sangre siempre se sacrificará y tendrán felicísima realidad las expiaciones de todos los pecados: el Sumo Sacerdote ofrecido de su propia voluntad a la muerte por librarnos a nosotros de ella, ojeando y ahuyentando con la muerte suya nuestra muerte.

Jamás por jamás será ofrecido sacrificio más grato que el sacrificio de ese becerro, de ese cordero o, por hablar sin velos de metáfora, de ese Dios-Hombre, ni que tenga eficacia más activa. Tomarán muerte a imitación de ese Maestro otros muchos millares de becerros, becerros que se allegarán a las aras no empujados, no arrastrados, sino con voluntad muy generosa; no claudicando, no con pies tardíos, sino con paso ágil y alegre, persuadidos de que la más alta gloria que les pudo caber es constituirse en víctimas tuyas, Dios soberano. ¡Oh templo! ¡Oh siglos de dichosa paz; oh Jerusalén nueva bajada del Cielo, levantada y construída por aquel Esposo suyo, el más hábil de los arquitectos, colmada y rebosante de riquezas y opulencias inauditas, increíbles! ¡Oh pompas, oh triunfos de la ciudad victoriosa, que envías tantos ejércitos, tantos caudillos, tantos soldados a la más apacible y dulce de las guerras! Guerra, digo, muy diferente de las otras guerras, más deleitosa a los veteranos que

a los bisoños; guerra en la cual es la victoria cierta, puesto que a muy poca costa se combate y se vence. ¡Oh, quién me reservase para aquellos tiempos! Viera yo de una vez la gloria, las victorias, la paz, la bienandanza de aquella ciudad: viera las magistraturas, los consejos, el estado de aquella república del pueblo de las naciones del Señor. Viera los sacrificios y las ceremonias de aquel templo, y luego al punto, resignado, contento y henchido de gozo y de seguridad, con hacimiento de gracias iría a la muerte. ¿Por qué he de hablar de la tercera Jerusalén, aquella que fué siempre y será en el cielo, por siglos infinitos, a la cual se va por ésta, de quien ahora hablaba?

¡Oh vocablos, oh razonamientos, oh lenguas todas de hombres y de ángeles! ¿De qué palabras, de qué razones podría valerme para describir siquiera su vestíbulo? Puesto que los bienes que hay en su interior ni el ojo humano los vió ni los oyó jamás oído humano, ni vinieron a las mientes de ningún mortal.

Aparejados están ya desde la eternidad para aquellos hombres bienaventurados que, amándote, ¡oh Dios!, te temerán y te amarán temiéndote. Aquí en la tierra Tú me quisiste príncipe; aquí me quisiste rey; aquí me quisiste jerarca sublimado. ¡Oh, si me admitieses en el padrón de ciudadanía de aquella ciudad no como rey, no como supremo magistrado, no como el primero de los magnates y de su cuerpo de nobleza, sino como ciudadano vulgar, como obrero simple, sin gloria alguna, el último de la cola, morador de cualquier barrio humilde y arrinconado, viviendo la vida inmortal con quietud, con gozo, con la más consumada de las felicidades!

PROEMIO

AL CARDENAL GUILLERMO CROY, OBISPO DE CAMBRAY

En una de mis estadas en Cambray, incomparable patrono mío, durante el ayuno que llamamos cuadragesimal, encerrado en mi casa por la noche sin tener nada con qué recrear mi espíritu, con excepción de cierto libro francés, resolví, puesto que no tenía a mano producción ajena con qué deleitarme, procurarme recreación alguna por mí mismo. Rezaba yo con frecuencia los siete Salmos penitenciales y saboreábame especialmente con el salmo quinto. A modo de pasatiempo, emprendí su interpretación con el intento de proseguirla, si mi intento era afortunado, cuando me lo permitieran mis ocupaciones, y si no, al menos, por dedicar las horas que fuesen a aquel ejercicio honesto y santo. Contentóme la primera página, y estimulado con el ejemplo de otros grandes hombres interpreté aquel salmo independientemente de los otros, sin que en aquella explanación dijese yo todo cuanto hubiera podido. Pues si me dejara guiar del hilo de la explanación, el volumen hubiera crecido sin límite. El asunto es la misma religión cristiana; el tema son las Sagradas Letras, tan consonantes entre sí, tan del mismo color, y sus partes tan bien asidas y coherentes, que si comienzas por cualquiera de sus versículos como si atinares con el cabo de un hilo seguido, todas vienen espontáneamente, unas tras otras. Bastóme cortar algunos de sus extremos y ejercitar mi estilo en ese género literario, al cual un día u otro pienso entregarme por entero.

Entonces, cuando esta ocasión fuere llegada, con el favor del Cielo,

sin el cual no podríamos ni trazar una sola letra ni escribir una palabra sola, extenderemos las velas y nos aventuraremos a mares más espaciosos. No imité a ninguno de aquellos autores que trataron esta misma materia, puesto que a ninguno consulté, y sin duda, seguí un camino muy desviado del de ellos. No me criticará por ello ninguno que sepa que el campo de las Sagradas Escrituras es tan abierto y anchuroso y por ende cruzado por una red de sendas tan intrincadas, y que son tan fértiles sus tierras y su suelo tan generoso, que dondequiera brotan flores y se cosechan frutos. De ahí que sean tantos los intérpretes y los sentidos tantos. Y con todo, esa abundancia no es reprensible.

Unico y múltiple es el Espíritu Santo, que inspira las distintas inteligencias. Quien me desdeñare a mí por intérprete estéril o en algún punto no asaz copioso, acuérdese que él dice esto en ocio estudioso, rodeado de libros, y que se enriquece con los escritos y las invenciones de muchos; mientras yo estoy abrumado de quehaceres, sin auxilio de libros y poco versado en comentarios de las Sagradas Escrituras, y que éstos los lucubré en unas pocas horas hurtadas a deberes más apremiantes. Y si aún esta excusa no tiene para él valor alguno, condene, si así le place, mi diligencia y mi obra, pero al menos, apruebe mi piadoso designio. Débote a ti, patrono mío, esta produccioncilla tal cual es, así porque yo mismo que la elaboré soy tuyo, como también porque nací en suelo de tu jurisdicción y puedes reclamarla por derecho cesáreo. Te la devuelvo, pues, para cancelar de buena fe, como es propio de toda persona honrada, la deuda que contigo tengo.

MEDITACION V

SOBRE ESTE SALMO 101

Señor, escucha mi oración y mi clamor llegue a Ti.

No apartes de mí tu rostro; en cualquier día que me halle atribulado, inclina a mí tu oído.

En cualquier día que te invocare, escúchame con prontitud.

Porque desvaneciéronse como humo mis días, y mis huesos como hornija se han secado.

Ajado fuí como el heno y arideció mi corazón porque me he olvidado de comer mi pan.

A la voz de mi gemido se han pegado mis huesos a mi carne.

He sido hecho semejante al pelícano de la soledad; he sido hecho como cuervo nocturno en su cobijo.

Vigilé y fuí hecho como pájaro solitario en tejado. Todo el día me zaherían mis enemigos, y los que me alababan juraban contra mí.

Porque comía las cenizas como pan y mezclaba mi bebida con mi llanto.

A vista de tu ira e indignación, porque, alzándome, me estrellaste como sombra, mis días han pasado y yo me he secado como heno.

Mas Tú, Señor, permaneces para siempre, y la memoria de Ti va de generación en generación.

Tú, levantándote, tendrás misericordia de Sión, porque tiempo es de apiadarte de ella, porque ya viene el tiempo.

Porque las piedras de ella agradaron a tus siervos y tendrán misericordia de la tierra de ella.

Y temerán, Señor, tu nombre las gentes y temerán tu gloria todos los reyes de la tierra.

Porque edificó el Señor a Sión y será visto en su gloria.

Miró a la oración de los humildes y no despreció el ruego de ellos.

Escríbanse estas cosas a la otra generación y alabará al Señor el pueblo que será creado.

Porque miró desde lo alto de su santuario; el Señor desde el Cielo miró sobre la Tierra:

Para oír los gemidos de los presos, para dar libertad a los hijos de los condenados a muerte,

Para que anuncien en Sión el nombre del Señor y la alabanza de El en Jerusalén.

Cuando los pueblos se junten en uno y los reyes para servir al Señor. A El hablo en el camino de su fuerza: Anúnciame la cortedad de mis días.

No me llames en la mitad de mis días; por generación y generación son tus años.

En el principio, Tú, Señor, fundaste la tierra y obras de tus manos son los cielos.

Ellos perecerán; pero Tú permaneces, y todos, como un vestido, se envejecerán.

Y como ropa de vestir los mudarás y serán mudados; más Tú eres siempre el mismo y tus años no descaecerán.

Los hijos de tus siervos continuarán, y su simiente será establecida ante Ti.

El preceptista profano que forma al orador (he nombrado a Marco Fabio Quintiliano) aconseja que cuando haya de perorar el orador futuro, en una asamblea política o ante el juez, con un exordio adecuado se granjee la benevolencia del auditorio y le haga atento a la oración que va a pronunciar. De no hacerlo así, será vano su esfuerzo; muchas serán las cosas que de balde dirá y clamará, pues o no se le escuchará o no se le entenderá, y de fijo no persuadirá a nadie. Insinúase ese orador formado por el preceptista calagurritano con una hábil entrada en materia, y luego de haber prometido que hablará de cosas sumamente importantes, de cosas nuevas y admirables, de las ventajas de la república o de las conveniencias particulares de cada uno, predispone a su favor al pueblo rudo, se gana anticipadamente el interés y la atención del juez, colgado de su boca, y a seguida inventa o recuerda muchos y auténticos beneficios de los suyos o personales hechos al juez o al pueblo. Declara que en éstos, exclusivamente, tiene puesta su confianza en el buen éxito de su cometido. Quéjase de su desgracia, de su flaqueza, del acecho en que le tienen los poderosos, de ser juguete de la envidia de los malos, y apela a un sinfín de recursos más o menos hábiles, con los que consigue doblar en su favor el ánimo de los oyentes y les prepara para el discurso que va a pronunciar: dóciles y bien dispuestos, como los desea. Teniendo que hablar nuestro santo profeta ante el Juez de vivos y muertos, de poco provecho sería todo el discurso si el Juez no prestara atención y gracias a la persuasión, tornado comprensivo y más benigno, no defiriera a sus peticiones. Con todo, en ese nuestro caso hay que poner mucha mayor habilidad y artificio que en una oración propiamente profana.

Ese Juez nuestro no se deja impresionar por la alteza y la novedad de las cosas, puesto que, antiquísimo como es, para él no existe cosa nueva alguna, ni ninguna grande, puesto que es el mayor de todos, y como arquitecto que es de toda la creación, no existe para él cosa alguna que le maraville. A ese juez no le doblan los halagos que doblan a los hombres. Sólo las súplicas reportan provecho; sólo oye las súplicas;

las súplicas solas le doblan y por eso con súplicas se encara con él el Salmista: *Oye, Señor, mi oración y el clamor de mis plegarias venga a Ti.* No te pido solamente que oigas mi oración, sino también que te dejes vencer de ella y me otorgues lo que con ella te pido. Sé bondadoso para conmigo; muéstrate conmigo reconciliado; ámame y no apartes de mí, como pecador aborrecible, tu rostro mirando a otro lado.» Aquello que uno desprecia u odia, ni cuida de ello ni le mira, especialmente cuando es menor el que es objeto de ese aborrecimiento. Es indecible la vileza en que se le tiene; en cambio, ¡con qué cariñosa fijeza es mirado aquello que es querido! Los ojos siempre se vuelven del lado del amor. Así miró Dios a Abel, porque le era aplacible; así miró sus ofrendas. No miró a Caín, porque le quería menos, ni miró sus dones. Esta semejanza está tomada de nuestros propios sentimientos, que, por la expresión del rostro o de los ojos o por la manera de mirar, indicamos y declaramos los sentimientos de nuestro interior. Dios no mira a quien desama y le ofrece dádivas no gratas; de ésos aparta su rostro como aparta de sus ruegos los oídos.

Por eso el Salmista, al comienzo de su oración tan vehemente, que es ella toda un grito, porque no sean vanos sus clamores, pide a Dios que en cualquier día que fuere atribulado y afectado por la adversidad, incline a él su oído. En el día de la calamidad refúgiase en solo Dios, que es quien la envía y el único que puede quitarla; y en aquel día, cuando tiene que invocar al Señor con un grito más alto, pídele que incline a él su oído benigno. Y por dar a entender que no sólo aquel día tiene necesidad del Señor y a El ha de enderezarle sus clamores, le suplica que en cualquier otro día que le invocare se digne oírle con presteza. En los días malos pedimos que se nos saque de ellos y que los días buenos amanezcan; mas en los días buenos pedimos que no nos los quite y nos torne a los malos.

Todo lo dicho es el exordio de la oración que se sigue, demostrativa de la brevedad de la vida y de la estupenda duración de la eternidad divina, y el paso a lo que continúa diciendo: *Oyeme con prontitud, pues si tu socorro no llegare a marchas forzadas, poco aprovechará llegado a destiempo. Nuestros días hanse desvanecido como el humo. Los días del hombre son parecidos al humo, que, salidos del fuego, despárcelo un soplo delgado; dura un instante y se desvanece al punto, pues si mirares, verásle cómo se disuelve poco a poco; si no lo mirares y luego buscas verlo de nuevo, te preguntarás con extrañeza adónde fué tan apresurado.*

Los días del hombre foméntalos el fogoso calor del estómago; humo son salido de él. Y, por otra parte, es cosa que causa maravilla hasta qué punto ese tiempo tan corto precipita su huída: *Los días huyen sin que freno alguno los retenga,* como dice cierto poeta. Toda hora, con paso fugaz y falaz nos acerca al fin y, víctimas de una lisonjera ilusión de perpetuidad, vamos con presura muriendo por momentos. Si considerares la ida de nuestros días, estarás con la boca abierta viendo cómo vuelan con pies tan alados. Y si volviendo la vista atrás evocas los días que pasaron allende te dolerás de su vuelo rapidísimo. Pues fuera de que el tiempo de la vida es breve para todos, lo más triste es su condición de irreparable. Cortados son nuestros días co-

mo el heno por el segador, y lo que había crecido en unos pocos meses, cae a cercén en una hora brevísima. ¡Cuán gran verdad es que toda carne es heno y toda gloria como la flor del campo! Aquel santo varón, dechado de paciencia, comparó el hombre a una flor; no hay cosa que tenga vida más corta. Aun sin viento que la deshoje, marchítase la gracia de la flor, que, nacida bellísima a la aurora, sécase a los ardores del sol y muere enjuta de savia. Así también nuestro corazón se seca; así nuestros huesos, secos los meollos, tórnanse áridos como tizones.

Pero consideremos con atención más ahincada que esto se aplica al pecador, quien, en todo el discurso de su vida, no pensando en otra cosa sino en hueras vanidades y en vanas obras, pasa sus días sin que le alimente ningún jugo de caridad divina. Siendo así que dice el santo Job: *Vida y misericordia me otorgaste y tu visitación guardó mi espíritu.* El justo no tanto vive de vida como de misericordia, como de fe; no tanto se mantiene de pan, como de la visita y de toda palabra salida de la boca de Dios. Ese es el verdadero pan que sacia más que no harta aquel otro pan material. Al hombre malo se le aridecieron los huesos y se pararon semejantes a las serojas que alimentan el horno, porque en ellos no había jugo ninguno ni buenas obras ni de misericordia. Se secó su corazón y se endureció, porque no había hecho parada en él la dulce y aljofarada visita matutina del Señor. Y el mismo pecador habíase olvidado de comer el pan verdadero; y por eso no vivía, aun cuando a los ojos botos parecía vivir, semejante a un sepulcro, cuidada y nítida su piel, pero en su interior, árido y podrido. Más aún: en su sed anhelante de esas cosas terrenales, acuciado por cuitas voraces y por las furias frenéticas de su corazón; a su carne mustia pegósele un semblante seco.

Aridecida la humedad vital, a su carne flaca y pegajosa se adhiere el hueso. Y este caso ocurre cuando el hombre malvado, espoleado de anhelos y en su pasión encendido por la concupiscencia del mundo, de los ojos, de la carne o de la soberbia de la vida, no toma con tranquilidad su alimento ni se entrega en los brazos del sueño sabroso, no deja que interiormente se haga la digestión, y se adelgaza y cobra malos colores, se intoxica y se enfebrece y con ojos rapaces lima los bienes ajenos y, turbado y deseoso, corre a zaga de las riquezas, corre a zaga de los regalos, corre a zaga de las honras y de la vana aura popular. El pecho de esos tales es como un mar hervoroso en perpetua inquietud. De esos tales es aquella exclamación: *Cansados nos hemos en el camino de la iniquidad.* Gime, suspira amaestrado en la vanidad por el pueblo, gran maestro del error que tiene esas cosas por codiciaderas, por excelentes y dignas de admiración; en su impiedad, el vigor óseo y su virtud ósea se enraizan en las blanduras de la carne regalada.

Mas ese pecador, una vez trocado por el arrepentimiento y la amarga contrición, demuestra de qué manera se conduce entre los pecadores, demuestra todo cuanto hace y llega a la tercera parte del día, y por oculto y maravilloso artificio indica lo que hace entre día, cuando hay todavía luz; lo que hace a la tarde, a la hora del crepúsculo; lo que hace por la noche bajo el velo de las tinieblas. De día, evitando la comunicación con los hombres, señero

y solo en la esquividad espaciosa y por los campos sin camino, a la presencia del Señor, medita sus años antiguos con lágrimas, con llanto, con amargura de su alma y hácese semejante al pelícano, ave solívaga, llorosa, quejosa, gemebunda.

De vuelta a su casa, en lobregueciendo, allí se le ve como al cuervo de noche, a la hora dudosa entre la luz y las tinieblas. Y se le ve entrando en ella; recogido en ella, para los hombres canta y endecha con una triste voz de llanto. Allí dispone y adereza todo aquello que ha menester la flaca condición humana; pero luego, retirándose de todo consorcio y comercio humanos, en la recámara más secreta, llevándose consigo a su esposa y a sus pequeños hijos a quienes forma y educa y hácese como avecica, separada de noche de vecinos y de compañeros, recogida en el nido con su consorte y con sus dulces polluelos. Esta era la causa por qué siendo bueno él no tenía cuasi ningún amigo verdadero, porque son sumamente contados los buenos entre los cuales solamente cuaja la amistad verdadera. Su mayor y más estrecho vínculo es la semejanza en las buenas costumbres. *Aborrecen los tristes al que fuere alegre; los inquietos, al sosegado, y los remisos y flojos, al ligero y diligente*, dice Horacio.

Así que una parte de los hombres eran enemigos suyos declarados y la otra parte sus aduladores y falsos amigos. Aquéllos zaherían todo cuanto hacía; éstos conspiraban y se conjuraban contra él. Para los enemigos no hay conspiración con probabilidades de éxito, porque nos guardamos de ellos; los amigos fingidos y familiares y aun los mismos conciudadanos tienen al alcance de la mano la oportunidad de la conjura. No conspiraban contra los romanos los del Ponto, ni los partos, ni los indos; conspiraba Pisón; conspiraban Léntulo, Cetego y Catilina. En conclusión: los más pestilentes y peligrosos enemigos del hombre son sus familiares.

Y no por otro motivo se conspiraba contra ese amigo nuestro penitente, sino porque se volvía bueno, porque abandonaba el camino de ellos, porque comía la ceniza de la penitencia y el mismo pan cocho en la ceniza con cuya fortaleza Elías caminó cuarenta días y otras tantas noches hasta Oreb, el monte del Señor, y también porque rociaba y diluía su bebida con sus lágrimas por el recuerdo pertinaz de su mala vida pasada y por miedo de la ira de la indignación del Señor, puesto que elevando a los pecadores y sublimándolos en todo honor, abundancia y gloria, luego, viendo que se tornaron más insolentes y soberbios y que los hombres no tuvieron cuidado de sí ni de Dios, indignado contra su insoportable arrogancia y temeridad, derriba a los que se encaramaron y les aplasta y les desmenuza contra la piedra. *Caminan al alto asiento para caer con caída más grave*, como dice el poeta Claudiano.

Esa es la respuesta categórica a aquella ansiosa pregunta de los filósofos profanos. He aquí cómo con unas pocas palabras expresa el salmista lo que ellos pugnaban por expresar con viciosa abundancia verbal. Su pregunta era: Si Dios existe, ¿de dónde proceden los males? Si no existe, ¿de dónde vienen los bienes? Voy a decirte luego al punto de dónde proceden los bienes, de dónde proceden los males, siendo así que existe Dios. Más copiosamente expone y aclara esta disyuntiva el Salmo septuagésimo segundo, en donde propuesto en algunos ver-

sículos este problema da su divina y tajante solución.

Había Dios otorgado al salmista la indulgente prórroga de muchos años, para, si pecaba luego, castigarle con causa mayor. Con paso tardo camina a su propia venganza la ira de Dios, compensando la tardanza con la gravedad del suplicio. Por eso los días del pecador desfilaron veloces como una sombra hueca, sin sustancia ni solidez alguna, trampantojo y simple ficción de vida. Persuádense los necios que las sombras de los cuerpos son cuerpos vivos y buscan y persiguen vaciedades por realidades, como los que en aquella cueva célebre estaban sentados vueltos de espaldas en el *Jámblico* de Platón: harto conocida es esta fábula. Sus días pasan, se esfuman en las pompas, en el fausto, en la vanidad, como una sombra; en ellos la gloria no tiene cuerpo, ni la virtud es sólida y terminante; no piensan a derechas, sino que tienen el espíritu derramado a toda estolidez, cuya vida, semejante a la de la bestia, es perfectamente equiparable a la muerte. Esos tales, como el heno estéril, sécanse harto temprano y no crecen para rendir esquilmo alguno de santidad.

Ese pecador ya convertido, engolfado en la brava borrasca de la persecución, así que comienza a narrar comienza a orar no ciertamente para su liberación personal, sino por la libertad y la paz de toda la Iglesia tan vejada, según aquel mandato: *Pedid lo que puede traer la paz a Jerusalén.* Y de la misma manera que el ciudadano ejemplar antepone el bien público al suyo privado, aun cuando el bien público anda unido indisolublemente con cualquiera bien privado, del mismo modo que por un igual participan todos del mal público, bien así como aquellos que van embarcados en la misma nave. Y de esta lía y hez de la miseria humana, yérguese desde el menosprecio de sí mismo hasta la meditación de las cosas divinas.

El hombre santificado y purificado, para quien las cosas humanas son pura basura, levántase a la contemplación de las cosas soberanas y hácese una sola cosa con Dios, de humano divino, de mortal inmortal, como el mismo Dios, que dura de una eternidad en otra, no sintiendo ninguna mudanza ni volubilidad de tiempo y viendo como presentes lo pretérito y lo por venir. Aun cuando nosotros, en hablando de Dios, hacemos uso indebido del presente y del pasado, puesto que ni una cosa ni otra hay en Dios, sino que todos los tiempos están abiertos y desnudos a sus divinos ojos tan perspicaces, tan atentos a todo lo que tienen alrededor, que nada de lo que fué, de lo que es, de lo que será, ni aun de lo que puede ser puede escaparse a sus miradas. Dios es un ojo que todo lo ve y un oído que lo oye todo. Pero tan clemente, tan benigno, tan benéfico y saludable al universo, que a su favor se deben la duración y persistencia de todas las criaturas y las mismas generaciones humanas, todas y cada una de ellas han percibido innumerables y copiosísimos frutos de misericordia; y de este caudal de su piedad y de estos frutos da cuenta y relación el padre al hijo y el abuelo al nieto y ése a aquellos que nacen de sí. La memoria de las misericordias del Señor, bien consignada en monumentos literarios perdurables, bien entregada por tradición como de mano en mano, de padres a hijos, perdura de generación en generación hasta la consumación del mundo: historial de clemencia inmensa, que nunca

en Ti, ¡oh Dios!, se sentirá ni agotada ni disminuída.

Y puesto caso que eternamente perseveras, levantándote de tiempo en tiempo, no porque duermas, no porque estés echado o sentado, sino porque la gente que te es hostil no siente la fuerza de tu brazo aterrador, ni el pueblo que te está consagrado y tiene puesta toda su confianza en Ti solo no experimenta el socorro y el auxilio de ese mismo brazo que levanta y que sublima; por eso Tú, levantándote, con no más que hacer una de esas cosas, harás la otra: te apiadarás de Sión; a saber: de tu naciente Iglesia combatida con tanta diferencia de persecuciones. Tiempo es ya de ayudarla en su aflicción, pues ya sientes, ya percibes que inundada y todo y casi abrumada por calamidades sin número, promete fruto tan copioso que sus mismas piedras, que sus muros mismos son del agrado de tus santos y de tus ángeles que en el cielo, para siempre, están a tu servicio. Estas piedras son ciertos miembros vivos de esta Iglesia, cuya cabeza es Cristo, y con ellos, a guisa de piedras, es fabricada y constituída. En ellas en grado sumo se complacen los ángeles y en ellas toman deleite increíble, hasta el punto que se apiadan de aquella tierra, de aquel solar sobre el cual está fundada, regado con tan abundosa efusión de sangre santa y deseen y rueguen que ya por fin y de una vez nuestra Madre, virgen castísima y pudicísima, haga su vida en paz y tranquilidad, luego de haber vencido tantos millares de enemigos, luego de haber derrotado y puesto bajo sus pies al vastísimo Imperio romano, y que descuelle y puje su cabeza tu Esposa santa, íntegra, inviolada, señora de las gentes. Si esto hiciere la benignidad de tu brazo, demostrados quedan su poderío y su virtud.

De Ti solo se pasmarán las gentes y temerán tu nombre, en el cual, Ella peleó como con la espada del espíritu, y ni aun los reyes de la tierra admirarán su fausto, sino tu gloria, por cuanto Tú mismo, Hacedor de esa laboriosa máquina del mundo, edificaste a Sión y allí se te vió en la gloria de tu majestad. ¿Y quién podrá verla y vivir para este mundo? Fuego es abrasador y espada más penetrante que cualquier lanza aguda y que cualquier destral de dos filos. Y si permitieres que se te vea en gloria, de esa tu gloria inefable, tendrán horror los príncipes de la tierra; no de sus picas, no de sus dardos, que no pudieron prevalecer contra unos hombres humildísimos y de ínfima condición social; no porque ellos fuesen asaz fuertes ni estuviesen suficientemente defendidos contra aquellas armas, sino porque te fué acepta, porque te fué grata la oración de los humildes y no rechazaste ni desdeñaste tus ruegos. ¡Ved aquí cuánto importa ser oído por el Señor! Ved aquí por qué el Profeta providente pedía al comienzo de su Salmo que su oración fuese oída; puesto que por causa de ellos, cuya oración le es aplacible, El obra tamañas maravillas. Y tanto más temerán tu nombre y tu gloria cuanto más verán que Tú, con lo más flaco del mundo, vencisté lo más fuerte.

Esas tantas y tan grandes maravillas y finezas quedarán consignadas en monumentos literarios no fallecederos y se encomendarán a la memoria eterna en la generación del nuevo pueblo cristiano, quien en santa paz, alejada toda guerra, apartados y rechazados adversidades y errores, respirando, por fin, en libertad, alabará al Señor a pla-

cer y a boca llena, como dicen. Esta es la única libertad; reinar no es otra cosa más que esto.

Consideremos más de asiento y con atención más ahincada esta libertad tan sabrosa, esta tan apacible quietud, ese dominio sobre las gentes y sobre los demonios conseguido por la Iglesia de Dios con sus ruegos continuos, con sus lágrimas copiosas, con sus profundos suspiros y sus gemidos inenarrables. Si a todo ello no diera oídos el Señor, de balde hubiésemos clamado, de balde hubiésemos gemido, vana hubiera sido la efusión de nuestras lágrimas, y nuestros suspiros hubieran sido vanos. Así es que el Señor abajó sus ojos desde el lugar de su elevado santuario, desde el fuego, desde la niebla, desde aquella luz en que habita y acercó su oído inaccesible para oír los gemidos de los cautivos de su Iglesia, ora sean éstos los mártires detenidos en las cárceles, ora los monjes enclaustrados sujetos a los cepos de la disciplina, a los vínculos y cadenas de la inteligencia y de la sabiduría que un sabio y elocuente predicador afirma que son protección de la fortaleza, bases de la virtud, estola de gloria y vendaje de salud. Miró el Señor desde el cielo a la tierra para dar libertad a los hijos de los mártires, pues éstos que por Cristo padecieron muerte, con la convicción de su palabra, con la virtud de su sangre, con el ejemplo y estímulo de su virtud engendraron hijos numerosísimos.

En lugar de tus padres—dícese a la Iglesia—*te nacieron hijos*. Cuando, pues, plugo a Cristo aliviar a su Esposa de persecuciones y guerras, volvió a ella los ojos y acercó la potencia de su brazo para librar y restituir a la libertad a los hijos que los mártires engendran, expuestos a la suerte de sus padres, para que también éstos, más libre, más tranquila, más seguramente alcen en la Iglesia su voz y pregonen las maravillas de Jesucristo, Señor nuestro, y la virtud de su gran nombre, y en la ciudad santa, en la asamblea de los reyes y en la congregación de los príncipes de la tierra, en la Iglesia libre, como ahora, reunidos en la unidad de la Santa Iglesia Católica, y en la comunión de los Santos para obedecer y servir al Señor, aquellos hijos de mártires les enseñan la alabanza del gran Señor, Dios nuestro. Esto hízolo Dios para que también los hijos de los mártires sean testigos, sean pregoneros, anuncien en la Iglesia el nombre del Señor, el nombre de Jesús; publiquen cuanto El, para enseñanza nuestra, obró, dijo, padeció. Y los reyes se congreguen con los pueblos para que sirvan a Cristo Jesús, a quien Dios dió toda potestad en el cielo y en la tierra, por lo cual es Señor de los vivos y de los muertos. Este es la cabeza de esa Iglesia cuyos miembros somos nosotros, que, librada de calamidades exteriores y de interiores persecuciones, puesta ya en la senda de la felicidad, en el camino de la virtud, en el sendero de su vigor y de su fortaleza, y, a pesar de todo, ansiosa todavía, pide con encarecimiento a su Esposo que le pronostique cuán poco durarán los días de esa efímera bonanza, puesto que hecha ya a tantas adversidades en esos momentos de respiro, teme muy en breve volver a la tempestad pasada. También entonces, muy avisada ya la virgen Esposa de Cristo, desde muchos años antes, había sabido que en sus últimos días sobrevendrían tiempos azarosos. Y, por eso, todavía con alguna alarma, con el recuerdo de la herida recibida, pregunta cuándo

será el fin de la tranquila felicidad y suplica que en medio de su carrera de prosperidad no sea de nuevo arrastrada a las cárceles, y que en aquella tan aguda pasión futura se la deje en desamparo y se le consienta exhalar el alma y perecer del todo.

Y eso mismo, hincado de hinojos en el suelo, a los pies de la Majestad del Padre, el Hijo, el Esposo Cristo Jesús, es lo que pide a Dios con lágrimas, con potente grito: que jamás por jamás le falte la fe a la Iglesia. Oíd, por la reverencia que merece, oíd la respuesta que le da el Padre: «*Tu cáliz, Hijo mío muy amado, es el Cáliz del Nuevo y del Eterno Testamento;* acerca de esto, no debe haber en Ti recelo alguno. Yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo.» No es cosa fácil ponderar cuán gran consuelo recibe con estas palabras la Madre dulcísima de todos nosotros, que, pavorida y temblante, suplicábate que no la abandonases en el curso de los días de este mundo; a Ti que no habías jamás de hacerla retroceder a ninguna edad humana, a ninguna generación de las generaciones de ese año tuyo, de ese tiempo creado por Ti. En su principio, Tú, Señor, fundaste la tierra, como en el Génesis nos lo cuenta Moisés, refiriéndonos que Tú, en el principio, creaste el cielo y la tierra; que fundaste la tierra en su estabilidad y que tus manos hicieron el cielo. Por el Verbo tuyo, tu mano y tu potencia consolidaron el firmamento. He aquí la diferencia fundamental entre nuestro Dios verdadero y los dioses mentidos y vanos de los gentiles. Hase fingido que esos inventados dioses fueron introducidos en el cielo, acabado ya muchos siglos antes, y que hallaron edificada ya su casa, que se ganaron por sus propios puños. Pero nuestro Dios, bueno y todopoderoso, habiendo creado una eternidad tras su eternidad prolija, no lo alcanzó por sus méritos, sino que por su bondad se dignó que aquélla fuese la sede de su Majestad infinita. Por eso, con tanta insistencia, el salmista, al nombrar a Dios, añade: *Que hizo el cielo y la tierra.*

Pero ni éstas ni otras de las criaturas salidas de las manos de Dios subsistirían si no las sostuviese contra la injuria de su destrucción el cariñoso cuidado de quien las creó y las gobierna. Y aun cuando la universidad de las cosas pereciese, permanecería el Soberano Hacedor, que no puede dejar de ser. Ciertamente que así como vestimos ropas nuevas que se gastan con el uso y las remendamos y zurcimos, así también ese aspecto del universo envejecerá por su larga duración, comido de moho y caries, perdida su fuerza de puro viejo; fenómeno de depauperación progresiva que puede apreciarse cada día en los productos de la tierra y, por ende, en la vida, en el organismo, en las fuerzas de los animales todos, cosa que, por otra parte, el ángel del Señor mostró al sacerdote Esdras y de la que muchos siglos ha comenzaron los escritores a quejarse. Todo eso son aparejos para su renovación y restauración por el fuego purificador que precederá a aquel gran día de la venida de Jesucristo, como juez. Entonces aparecerá un cielo nuevo y una tierra nueva, puesto que aquel inmenso Dios que está sentado sobre el trono promete que va a hacerlo todo nuevo. Esa palingenesia conocióla por divina revelación, no sólo el pueblo de Dios, sino que, también, algunas mujeres dotadas de espíritu profético la vaticinaron a los gentiles, con harta

aprensión y temor de sus filósofos: *Está en los decretos de los hados que ha de venir un tiempo en el que el mar y la tierra y el alcázar del cielo arderán en combustión inenarrable y crujirá la enorme máquina del mundo.*

Así canta Ovidio en las *Metamorfosis.*

Empero Tú, gran Dios, en esa tan universal mudanza, persistes inmóvil y no trocado y no eres otro Dios ni ninguna otra cosa más que Dios. Tú eres el manantial perenne y puro de toda esencia, no recibiendo nada que no sea esencia y pura esencia y persistiendo en la misma eternamente. Y de ese tiempo presente se ha de usar, como hace nuestro Profeta, porque en toda la eternidad no hay en Dios más que tiempo presente. ¡Cuántos misterios en tan pocas palabras! *Los cielos* —dice—, *como un vestido, envejecerán, y como ropa de vestir, los mudarás y serán mudados.* Este es el tiempo futuro cuando se realizará aquella restauración de los cielos. *Pero Tú*—añade—*perseveras y eres siempre el mismo.*

Y porque no haya ninguno que piense que Dios va a faltar algún día, afirma el salmista su duración sin fin en aquel futuro: *Y no fallecerán tus años. ¿Por ventura tus años*—pregunta aquel afligido Job—*son como los tiempos humanos que o fenecen o pueden fenecer, puesto que manan de un principio corruptible, como es el cielo? ¿Qué cielos poseerán los hijos de tus siervos?* Esta es su porción y su herencia y habitarán en ellos para siempre. Ese es el nuevo pueblo cristiano que sucedió a tus siervos los judíos como el hijo sucede al padre y nuestra Iglesia nueva a la vieja sinagoga: linaje son de aquellos que, nacidos de ellos, en lugar de los padres, nacen cada día los hijos de la Iglesia. Como si el Salmista dijese lo mismo que dijo cierto poeta: *La raza de ellos condenada será para siempre, y lo serán los hijos de los hijos y los que de ellos nacerán.*

Y así como los descendientes suelen ser parecidos a los padres, así también las huestes y escuadrones de nuestra Iglesia militante se asemejan a los oficios y órdenes de los ángeles de la Iglesia triunfante. Por eso, los cristianos son hijos de los siervos de Dios, es, a saber, de los ángeles, espíritus al servicio de la Divina Majestad, a quien asisten diez mil veces cien mil, y a quien sirven millares de millares. Un desenlace y conclusión así de perenne gozo debía tener este Salmo, que va pasando por el pecador, por el penitente, por la Iglesia militante, por la misma majestad de Dios. No más que para contemplarla fué creado el hombre y trabajado por tantas penalidades y por adversidades tantas vive aquí recta, honesta, santamente, para que al final, premiado con tan soberano galardón, en la beatífica quietud, en el goce de unos bienes que ni imaginarse pueden, viva eternidades de alegría.

MEDITACION VI

SOBRE EL SALMO 129

Desde las profundidades clamé a Ti, Señor.

Señor, oye mi voz. Estén atentos tus oídos a la voz de mi deprecación.

Si tuvieras, Señor, cuenta de las iniquidades, Señor, ¿quién subsistiría?

Mas en Ti hay propiciación y por tu ley, Señor, he confiado en Ti.

Confió mi alma en la palabra suya. Mi alma ha esperado en el Señor.

Desde la guardia de la mañana hasta la noche espera Israel en el Señor.

Porque en el Señor hay misericordia y en El hay redención copiosa.

Y El mismo redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

Así la escuela platónica como la estoica afirman que ese mundo universo es la ciudad común de hombres y de dioses. A nosotros, el Espíritu Santo nos ha enseñado que todas esas criaturas inferiores fueron hechas para los cuerpos y todas las superiores para los ángeles y nuestras almas. Cierto es que los ángeles habitan aquel, digamos, más distinguido barrio de la ciudad que está más alejado de todo amotinado movimiento, de todo encrespado alboroto, en fin, de toda miseria. Mas nuestras almas, a manera de esclavas, tienen su morada acá abajo en esas cárceles y hierros de nuestros cuerpos y en esa sombría habitación del mundo, donde toda incomodidad tiene su morada, donde no tanto pueden decir que viven como que están en perpetua aflicción y tortura. Aparte de que nuestro espíritu sufre la pesadumbre y el agobio de esa carga que es el cuerpo, vive aquí confinado en esa tierra a cuya bajeza afluye como a una sentina toda cuanta cosa hiede, toda cuanta inmundicia, toda cuanta sordidez hay en el mundo.

Aquí vientos, aquí nieves, lluvias, escarchas, heladas, relentes, rayos, pedriscos; aquí inviernos, aquí calores, aquí sequías, pestilencias, esterilidades; aquí polvos, aquí lodos, aquí todas aquellas otras molestias cuyo solo nombre ya da grima, y, cosa que constituye el colmo de las desgracias, habiendo Dios, hacedor y padre de todas las criaturas, creado aquí al hombre recto, éste, por impulso propio, se enredó en cuestiones de donde no pudo desenvolverse.

Mas, aun cuando fuimos colocados en sitio azotado de rapaces torbellinos, poblado de nieblas, hórrido de malezas y de barrancos, Dios nos concede un conductor tal, que si le queremos seguir, de manera ninguna podremos descaminarnos. Viviremos bien y felizmente, y por el más cómodo y transitable de los atajos llegaremos a la bienaventuranza, objeto de nuestros deseos más encendidos. Diónos una naturaleza unida a una sesuda razón y con un reflejo de la lumbre de su rostro, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, enciende en nosotros una a manera de lámpara que se llama sindéresis. Si nos dejáramos guiar por ella, si siguiéramos su caudillaje siempre, ni habría razón de que nos quejásemos de ser creados en ese pícaro mundo y libertados de la cárcel y fuéramos restituídos a nuestra ciudad originaria. Aún más, porque no se ofreciese ocasión alguna de excusa; aquella ley misma que El había escrito en nuestros corazones, con voz terminante y clara promulgóla a la faz de todo el mundo. Mas nosotros de tal manera nos retardamos abusivamente en esa hospedería, en esa cárcel, de donde tenemos que salir a toda prisa, que, dejado todo amor y todo cuidado de nuestra patria y de nuestros penates, fijamos allí nuestra residencia, y contra toda ley y todo buen parecer, siendo extranjeros y advenedizos, nos inmiscuimos en los negocios de la hostería y nos conducimos como familiares y domésticos. Y así es que nos encaprichamos con las riquezas tontas, con las honras necias y vanas, y, por ende, perniciosas de aquella cárcel, olvidados por completo de

las riquezas auténticas y los honores permanentes de nuestra verdadera patria.

Esa desatinada preferencia nuestra tómanla por la mayor de las injurias los ángeles aquellos conciudadanos nuestros y Dios, Rey de la creación toda, que gobierna aquella ciudad de la cual somos nosotros, viendo que preferimos a su república no sé qué venta miserable, o, mejor, mazmorra tétrica y horrible, de la cual vamos a salir inmediatamente. Ese retardo, fuere del tiempo que fuere, nos debiera ser aborrecible en grado sumo, por manera que cuanto antes debiéramos correr a volapié, como se dice, a la liberación, a nuestra república, a la patria dulcísima, a nuestro origen. Por eso, bien así como aquello que, con menosprecio de su ciudad nativa, cuidan de pasar e inscribirse en el padrón de vecinos de otra, cuando vuelven a la suya no se les admite, y no es cosa lícita ser ciudadano de dos ciudades a quien con desdén de la suya propia, que era mejor, o no contentándose con ella, pasó a otra más pequeña y peor, así también aquellos que despreciaron aquella ciudad encumbrada y divina de donde desciende nuestro parentesco, de donde procede nuestro linaje, y optaron por avecindarse en esa del mundo, cuando emigran de ésa por la muerte, no se les recibe en las moradas de aquella ciudad celestial sino en la profunda noche tartárea, constituída por las dignidades, los honores y las pagas de ésa, aun cuando ello no se hace no más que de una y sencilla manera. No es equitativo que todos sean medidos a barrisco por la medida de diez pies, sino que se les trata distinta e individualmente. Algunos hay que de tal manera trocaron una ciudad por otra, que no sintieron jamás el escozor de ningún remordimiento ni concibieron el pesar más leve, y, por eso, no reconocieron su crimen ni a Dios, Rey clementísimo de aquella ciudad mejor y el más amante de sus ciudadanos todos, ni jamás abominaron de maldad tan grande. Esos tales, por irrevocable veredicto, expiaron eternamente el castigo de su culpa y quedan *condenados al fuego inextinguible, desahuciados de toda esperanza y ninguna expiación les hará libres.*

Estos son *los que mueren implicados en las lobregueces de la maldad.*

Estos son *los que de cabeza se precipitan en el Tártaro y en el hondón del Aqueronte.*

Pero hay otros a quienes alguna vez se les da un seso mejor, que se arrepienten de la fea deserción, reconocen su crimen y vuelven a mejor fruto y piden a la bondad de Dios el perdón de su delito. Estos, aun cuando lo alcancen, forzosamente tienen que sufrir alguna penitencia con que ellos sean castigados y los otros avisados, escarmentados, porque jamás hagan tal cosa. Si esos delincuentes careciesen de toda punición, sería de recelar que la mayoría, si no todos, abusasen de esta facilidad que Dios, el soberano Monarca, les otorgara. Esa doctrina recibióla del Espíritu la familia israelita y también los filósofos y los poetas, como recibieron muchas otras verdades. Así, por boca de Virgilio, Anquises habla a esas almas y dice:

Son atormentadas con penas y expían el suplicio de inveteradas culpas. Cuelgan las unas expuestas a los vanos vientos; para otras, en un gran lago, se lava la maldad con que se mancillaron, o se les destruye con fuego; cada cual sufre su infernal castigo; luego, somos enviados al espacioso Elíseo y pocos go-

zamos los alegres prados hasta que un período largo, cumplido el orden del tiempo, borró la mancha que se adhirió y deja pura la esencia etérea y el fuego del espíritu simple.

Mas cuando se hallan en aquellas penas purificadoras, bien vale la pena de oír las súplicas que elevan a Dios y que voy a referir, no por los versos de ningún poeta, como los que acabo de transmitir, que son de Virgilio; no por los cantos de Orfeo o de Mercurio o de aquel fullero de Apolo, sino por la divina canción del muy santo rey David, de quien en monumentos griegos se escribió esto que se sigue:

Orfeo, guarda silencio ya; quiebra tu lira, Hermes, y tú, trípode délfico, oculta ya tus oráculos. David, tañendo su cítara con un plectro del cielo, nos manifiesta los secretos de la eternidad de Dios. Significa también las copiosas maravillas de la edad antigua, y a la gloria de Dios canta todas las cosas creadas. Guarda y multiplica a los imbuídos en los misterios sacrosantos; levanta a los caídos o les preserva de caer. Revela el juicio del juez que ha de venir y él mismo enseña cómo purifica el fuego las almas amancilladas.

De estas almas, mientras se van dignificando para ingresar en la asamblea de los espíritus bienaventurados, el divino Profeta, Rey tan estrecho y familiar amigo de Dios, introduce a una de ellas y pone en sus labios esta

ORACIÓN DEL ALMA EN EL PURGATORIO

Salida yo de aquella cárcel del mundo, donde mariposeando entre sombras que yo tomé por realidades, y deleitada en exceso, preferí las vanidades más huecas a toda otra cosa que tuviera efectividad, sustancia y solidez, por tu justo juicio, Dios mío, fuí hundida en ese abismo donde por causa de mi dolor acerbísimo y desacostumbrado comencé a clamar con lastimeros alaridos. Parecióme que allá arriba, en el mundo, entre los hombres, no existe padecimiento tan agudo, tan recio, tan penetrante, tan insoportable, y a cada momento casi causador de muerte. Pues si allá arriba, quienes son amputados, quienes son cauterizados, ¿qué digo?, quienes sufren una punción o un pellizco, o un pisotón, o una apretura ponen el grito en el cielo, ¿cuáles piensas que fueron mis clamores al zambullirme en estos tormentos? Si con ellos se comparan los que sufren los mortales, parecerán pintados, no reales, y los de aquí, cuerpos, y los otros sombra de esos cuerpos. Pero ¿qué lloré? ¿Qué grité? No, aquello de que los hombres en la vida, a la más leve aprensión del mal se quejan contigo como con un menor que ellos y te blasfeman y te maldicen, no como lo hacen los que están sumidos en tu infierno eterno; yo todo lo execré a Ti, a mí, a mis padres... Pero levanto aquella voz de auxilio en los peligros extremos, en las calamidades, en las tribulaciones, en las angustias, Dios mío y Señor mío, para que oigas mi oración y esta voz mía llena de amargura, para que me socorras, para que, cuanto antes, purificada ya, salga volando de ese abismo, para que apliques a ese ruego mío tus oídos tan cercanos de tu misericordia, que no oyen queja alguna a la cual no den asistencia inmediata.

Para que si bien te invoco a gritos de ese lóbrego hondón, de ese ínfimo abismo y desde el mismo centro de la tierra que dista tantísimo del cielo y del asiento y sede de tu

gloria, con todo, Tú, desde el trono de tu majestad, desde aquella luz que habitas inaccesible, que no penetran los clamores de los malos, me oigas, por fin, para que se abrevie la prolija aflicción de esa almita mezquina y que por tu gran clemencia la devuelvas aquella ciudad que perdió por culpa de sus maldades. No es cosa que te convenga, Dios mío, traer a nueva indagación mi culpa ni examinarla con férrea severidad ni castigarla con un rigor implacable. No; no parece bien en Ti una rigidez suma, y es menester que la aflojes mucho, no sea que ese tribunal tuyo santísimo sea llamado amargo y fatal escollo de reos. Si quieres perseguir y castigar uno por uno todos nuestros delitos, no va a haber pecador que baste para tantos suplicios; tendrá que transformarse en muchos pecadores, en pecadores sin cuento si ha de pagarte, ¡oh Dios!, las penas que con toda justicia merecieron sus maldades. No queremos ese rigor tan exacto; no queremos esa justicia tan estricta cuyas obras, como dice el sabio, ¿quién las publicará o quién las soportará? Y si Tú con tu voz intentares increparnos, puesto que de tu palabra apenas podemos oír un leve susurro, ¿quién podrá resistir el trueno de tu grandeza? No digo ya que alguno de nosotros; pero ni aun toda la tierra podrá soportar tu reprensión. ¿Qué dije la tierra? Ni los mismos ángeles podrán resistir un instante tus increpaciones. Pues tiene tanto poder esa palabra tuya para desquiciarlo y descuajarlo todo en su ira, como lo tuvo en su benignidad para crearlo todo. No es con espadas y con lanzas como derruecas lo que no te place, sino que con un aliento de tu boca ocasionas la muerte del impío.

La redondez toda del orbe está pendiente de tu querer que con prudencia suma todo lo gobierna y señorea. Por eso siendo Tú grande, que en tu comparación nosotros todos somos, no ya casi la nada, sino la nada absoluta, no te es decoroso descender a la meticulosa disquisición de todas nuestras bellaquerías ni ensañarte tanto contra nosotros, ni ejecutar en nosotros tu ira y tu poderío para que todos no digamos que demuestras tu pujanza contra una hoja que arrebata el viento o que vas a los alcances de una paja liviana. Haz, pues, bondadosamente lo que hacen los mayores con los menores, los padres con los hijos: castíganos, sí; castíganos en buen hora, pero no tanto como hemos merecido. Haz como hacen los músicos diestros, que no rechazan o rompen luego al punto las cuerdas que desentonan, sino que ora tendiéndolas, ora aflojándolas las vuelven a poner a tono. Pero ¿qué es lo que digo? ¿Estoy en mi juicio? ¿Qué es lo que hago? ¿A quién doy consejos? ¿No es por ventura a Aquel que tiene precisamente por costumbre hacer esto mismo a que yo le exhorto? ¿Habrá existido jamás en el mundo quien haya experimentado, Dios mío, toda la severidad, todo el peso de tu justicia, que no se haya aprovechado de los admirables beneficios de tu benignidad y de tu clemencia? Preséntense todos aquellos que en tu ciudad viven en eterna bienaventuranza. ¿Consiguieron acaso la mínima parte de ella con sus méritos personales? Todos estos merecimientos suyos puestos en balanza, aun con la adición de todos los méritos de todos los vivientes, vencidos serán en peso y en valor por aquella gloria advenidera que será en nosotros revelada. Pero nosotras, las almas que aquí somos atormentadas indeciblemente,

que aquí somos purificadas, ¿quién duda sino que somos desagradecidas superlativamente si no reconocemos tu bondad inmensa para con nosotras? ¿Es que por ventura las penas presentes son asaz proporcionadas a nuestras culpas? ¿Acaso nuestros merecimientos son dignos de aquella muy cierta, futura bienaventuranza?

¿Qué más diré si aun los mismos precitos condenados a suplicios que no tendrán fin, misérrimos sin duda, aun cuando se crean víctimas de un trato pésimo y te llamen juez injusto y cruel, se benefician con todo de tu clemencia increíble? Apenas expían una milésima parte de las penas que merecen, pues es in finitas veces mayor su culpabilidad que su castigo. Es asombrosa la indulgencia tuya para con nosotros y dulcísimo el perdón de nuestros pecados y gratísima y fructuosísima su propiciación y nuestra expiación sumamente fácil. Tuyo es aquel simbólico propiciatorio del Templo labrado en oro primorosamente, encima del cual estaban dos querubines áureos, que se miraban a sí y al propiciatorio, expresión de tu justicia y de tu misericordia con que todo lo gobiernas y pones templanza en todo. Y la misma razón hay para decir que aquellos dos querubines simbólicos son tu sabiduría y tu bondad. Y asimismo aquel propiciatorio es aquella ley eterna que ni fué excogitada por ingenio humano alguno ni fué invención de pueblo alguno; que se anticipó a cualquiera otra ley escrita y a la constitución de toda ciudad. Pero es también aquella tu adorable voluntad mezclada con la razón más soberana y perfecta que rige todo el mundo con la ciencia del mandar y del prohibir, cuya expresión eran los dos querubines encendidos de caridad, para que entendamos que tu ley, así como lo es de toda verdad, lo es también de suma clemencia, de suma benignidad y misericordia, de suma equidad y de caridad suma, la cual cubre la muchedumbre de los pecados y promete el perdón aun de las culpas más execrables. Por esto yo, en tan grande clemencia tuya, en tanta benignidad y en mansedumbre tanta, te sostuve a Ti, a quien, en tu favor, el universo mundo no sostendría.

¡Oh ley sagrada, ley mansa, ley benigna, cuyos beneficios, cuyo auxilio el hombre por sí no osaría ni esperar ni desear si Tú no trajeras contigo la invención y la confianza en la invención! ¡Oh ley admirable! Ora tú seas mandamiento y viva palabra de Dios, más penetrante que cualquier cuchillo agudo; ora tú seas testimonio dado por los profetas, que lo previeron; ora testamento de Cristo, que El sancionó con su sangre; ora voluntad de Dios, y adaptar nuestra voluntad a ella es vivir bien y felizmente; ora justicia de Dios, en cuya comparación todas las otras parecerán que son injusticias, a cuya ley santísima y certísima quien obedece es fuerza que viva justa y legítimamente; ora sea aquella justificación llena de piedad que justifica al impío; ora juicio del Señor que anda siempre templado por la misericordia. O bien seas tú el camino que jamás engañaste a quien entrase por ti, que por muy expedito atajo conduces a la patria a los desterrados, camino que Cristo dijo que era El; o bien la verdad, que es el principio de las palabras de Dios; o bien aquella paz de que dejó Cristo heredera a su Iglesia, paz que supera todo sentido humano. Ora tú seas aquella viña tan amada que reportaste al Señor lozanos sarmien-

tos y vendimia jugosa, cuyo lagar holló sólo Cristo y de los gentiles no hubo quien lo pisase con El; por eso es rojo su vestido y sus ropas como los que pisan en el lagar; o, finalmente, seas tú lo que más y más experimentamos; a saber: la misericordia de Dios, tan amplia, tan copiosa y munífica que, gracias a ella, no morimos todos a una. Sea cual fuere el nombre que se te dé, será ciertamente divino y sacrosanto. Tú eres aquella por la cual únicamente no desesperamos; que en cualquier lugar que estemos nos restaura y nos recrea, en cuya voluntad radica y se eterniza el orden de ese universo.

En ninguna parte del mundo no se hace nada, por grande y por chico que fuere, que no se verifique por prescripción tuya. Más cuerdo será adorarte en silencio, cosa que podemos ciertamente, que emprender su alabanza, lo cual nos es tan hacedero como medir una cosa inmensa con nuestra medida finita insuficiente. No para dar una cabal expresión tuya deseaba el Real Profeta que le fuesen abiertos los ojos, pues no hubiese podido hacerlo si él mismo no fuese Dios, cuya mente tú eres, cuya voluntad tú eres, sino que deseó su iluminación para considerar tus maravillas, tan deleitosas de contemplar, cuánta es su alteza y cuán sin término es su inmensidad y cuán gratas nos son y cuán dulces. En ellas se nos manda no tener desconfianza alguna; que ninguna cosa dejemos de esperar de quien tiene poder y querer de salvar de la muerte cruel a todos los que en El confían. Si no fuera asidua esta meditación mía, quizá hubiere perecido en mi ruindad. Veíate a Ti supremo y a mí ínfima; a Ti todopoderoso y a mí pura impotencia; a Ti Juez justiciero y a mí pecadora y mala, llevada ante Ti o, mejor, contra Ti. ¿Qué esperanza de perdón podía yo tener siendo Tú mismo testigo, acusador y Juez, sin provocación alguna tuya, a quien tenía ofendido mi maldad?

¡Oye tú, oh tierra, esa misericordia inaudita! ¡Oye tú, mundo, esa increíble benignidad! El es acusador, es testigo, es juez de cuya mano no hay fuerza que pueda librarme. Y a pesar de todo, así que comienzo a reconocer mi crimen y a abominarle, díceme que buen ánimo; que será mi abogado, que me perdonará, que no se acordará de mis maldades.

¡Oh misericordia, oh clemencia, oh benignidad, oh ley, oh palabra de Dios que trae prosperidad y salud a nuestro linaje! Esta es la palabra que quiere Dios; ésta es la que pacta con nosotros; ésta la que jura y luego ya no le pesa del juramento. Esta es la palabra que procede de la boca de Dios y que El no anula. Esta es la palabra que es enviada y que regresa nunca manivacía, sino que hace al punto todo cuanto quieres Tú mismo. En esa palabra yo esperé; ella me vivifica en medio de tan acerbos sufrimientos y con ella me regalo y me consuelo. En esa palabra confío que muy en breve me des soltura y me introduzcas en aquellas moradas bienaventuradas. Esa palabra tuya robustece mi confianza grandiosa, esa palabra que mora contigo en las alturas que es manantial de sabiduría, que es engendrada por Ti en perpetuas eternidades; *palabra, ¡oh Padre!, que derramas de tu soberana mente y por la cual nos haces partícipes de tan glorioso reino*; palabra veraz y fiel, que nos dió salud, que precediéndonos, a manera de antorcha, guió nuestras jornadas, palabra que en-

viaste, ¡oh Señor!, a Jacob, palabra salida de Jerusalén; palabra por la cual el Santo de los Santos *descendido del soberano cielo, y Dios, que en forma humana recorrió la tierra,* enseñónos con su ejemplo y nos mandó que en ella confiásemos, porque ofrecido por los culpables el varón inocentísimo fué el primero que reportó victoria del mundo. Y porque con tan vigoroso ataque derrotó en buena lid y puso en fuga al enemigo encarnizado y viejo y hundió en el infierno al déspota malvado y desapoderado que por tantos milenios tuvo sojuzgado al mundo y nos aseguró y fortaleció para usar de nuestra libertad.

Por eso le fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Es príncipe de la paz, es padre del siglo futuro, es origen de un mundo mejor, es Señor del universo. En esta palabra afianzados nos sostuvimos todos; en este Señor hemos esperado todos; en esa palabra también nuestros padres, que estuvieron debajo de la nube y por ende envueltos en oscuridad y en noche, hicieron su vía y plantaron sus tiendas; en esta palabra, fué creado aquel nuevo y más hermoso pueblo, luego de amanecido y avanzado el día; es decir, ya en plena luz, Señor, en esta luz que, en medio de las tinieblas espesísimas, relumbró de súbito en las mentes de los hombres. En estos albores matutinos, que inesperadamente trajeron a los que caminaban a la sombra de la muerte alegría increíble y vida y salud y esperanza y no quedaron frustrados en su deseo. Desparramada la muchedumbre toda, la que iba a la vanguardia y la que iba a su zaga, alzaban una y otra aquellos vítores de triunfo que continuamente, en alterno coro, con voz mayor que la humana, hacen en el cielo resonar los ángeles: *Santo, Santo, Santo.* Y así es desde aquel lumbroso día en que fué creado el primer Adán en la certera y apacible luz y conocimiento de muchas y grandes cosas, a la cual llaman original y nativa justicia; de esa justicia nativa y original, excluyóse él mismo torpemente, arrastrándonos consigo en la fatal exclusión, y hasta que finalice la noche de este mundo oscurísimo en Ti solo está todo refugio y puestos en Ti tenemos todos nuestros ojos, nuestras esperanzas, nuestros anhelos, nuestros votos.

Nosotros también, desde el nacimiento que nos echó a la luz hasta esa noche en que duermen nuestros cuerpos, mientras llega la renovación y restauración del mundo, y aquí, en medio de tormentos tan crueles, en tan continuo y casi intolerable padecer, ¿qué otra cosa nos sostiene sino sola la esperanza? La tenaz esperanza, que, cuando todas las cosas se agotaron ya, es lo único que queda en el fondo. Esa esperanza, si se volatizara con todo lo otro, estuviera hecho de todas nosotras. Pero nosotras, en ese paraje henchido de duelo tan acerbo, no desesperamos; aun en esa noche, como nos mandaste Tú por ministerio de tu Profeta santo, te alabamos, te enderezamos nuestros votos mejores, y elevamos nuestras manos suplicantes a tu santuario; devota elevación de manos que es el sacrificio vespertino. En ese sacrificio de la tarde tu Hijo muy amado, Cordero sin mancilla, levantando sus brazos a la cruz, padeció muerte. Entonces puso fin a su pueblo esclavo de ritos y de exterioridades, para dar, en la postrera edad del mundo, soltura y libertad a aquella asna simbólica atada al altar con recias ataduras. ¡Oh salve, admirable Dios-Hombre,

origen de un mundo mejor! Salve, Rey inmortal de todas las almas deseado; deseado de todos los siglos, cuyo reino no conocerá fin. Y salve tú también, reino de inmensa paz, de quietud, de clemencia divina, asilo de todos los miserables y ara de total seguridad.

¿Y qué, si el mismo Cristo, para redimir ese reino, esclavizado por ajena tiranía, y restituirle a su prístina libertad y confirmarte a ti en ella, no gastó una que otra gotita de sangre, que hubiera sido rescate exuberante para satisfacer cualquiera deuda, sino que, a manera de arroyos, con la licuación de todas sus entrañas, en un ardiente arrebato de su caridad, derramó toda cuanta sangre había en su cuerpo santísimo para que no quedase en él porción alguna que fuese ocasión de que alguno dijese que la había ahorrado? Con tanta y tan seria sinceridad obraba El ese rescate, y con anhelo tan vivo deseaba ver a esa su ciudad libre, que no perdonó ni trabajos ni dispendios porque volviese aquella áurea libertad, libertad verdadera y por siglos de siglos imperecedera. ¿Cuál de los ciudadanos desesperará si su Príncipe le amó tanto que no titubeó en hacer por cada uno de ellos lo que hizo por todos? ¿Es posible que haya alguno tan desagradecido o tan estúpido que, en viendo esto, pueda desesperar de la bondad, de la clemencia, de la asistencia de ese Príncipe? Ea, pues, Tú, Príncipe de la mansedumbre, Monarca de la clemencia, Padre de la indulgencia, Hermano muy amado, Libertador y Salvador nuestro, purifícanos pronto con ese mismo precio a nosotras, pueblo isrealítico, redimido por Ti, y limpias de las heces de aquella mazmorra terrenal, y de aquellas sordideces, y de aquella suciedad, y de aquella infección que contrajimos al revolcarnos en el lodazal cenagoso, y sacudido todo cuanto fango se nos pegó, que con su peso pueda estorbar nuestra ascensión, equilibradas en las dos alas que Tú nos dieres ligeras y ágiles por las regiones de este mundo y por la alma región luciente del cielo, blancas y vestidas de togas blancas, introdúcenos en la asamblea de los espíritus bienaventurados. Y restitúyenos, como por derecho de postliminio, a aquella ciudad nuestra, a fin de que, hechas una sola cosa con los restantes ciudadanos como Tú y tu Padre son una misma cosa, gocemos de la felicidad que jamás ha de fenecer.

MEDITACION VII

SOBRE EL SALMO 142

Señor, oye mi oración; percibe con tus oídos mi ruego según tu verdad; óyeme en tu justicia.

Y no entres en juicio con tu siervo, porque en tu presencia no será justificado ningún viviente.

Porque persiguió mi alma el enemigo y abatió mi vida hasta el suelo.

En parajes lóbregos me colocó como a los muertos seculares y sobre mí angustióse mi espíritu y dentro se turbó mi corazón.

Me acordé de los días antiguos; he meditado en todas tus obras, en las obras de tus manos meditaba.

He tendido mis manos a Ti; mi alma para Ti es como tierra sin agua.

Oyeme pronto, Señor: mi espíritu ha descaecido. No apartes de mí tu rostro y seré semejante a los que descienden al lago.

Hazme oír por la mañana tu misericordia porque he esperado en Ti.

Hazme conocer la vereda por do

ande, porque a Ti he elevado mi alma.

Líbrame de mis enemigos, Señor; en Ti me he refugiado; enséñame a hacer tu voluntad, porque Tú eres mi Dios.

Tu espíritu bueno me llevará a tierra derecha: por causa de tu nombre, Señor, me vivificarás según tu equidad.

De tribulación sacarás mi alma, y en tu misericordia destruirás a mis enemigos.

Y perderás a todos los que atribulan mi alma, porque yo soy tu siervo.

Que es eterna la divina Mente lo sabemos no solamente nosotros, a quien ella misma nos lo enseñó, sino que, por la naturaleza misma, puede ser para cualquier hombre cosa averiguada. Y, en efecto, no pudo haber antes de ella ninguna potencia tan grande que fuese capaz de producirla y engendrarla, sino que más bien fué ella la que, después de la parte eterna de aquella su eternidad, creó otras mentes semejantes a sí y luego creó los cielos, los elementos y la belleza y el aderezo de ese ataviado universo mundo. En la región más pura de la creación, separada de todo amotinado torbellino, en lo más encumbrado de los cielos, había colocado aquellas mentes, desde cuyos asientos inmortales pudiesen contemplar las restantes criaturas y gozar consigo de la eternidad con suma bienaventuranza. Mas la mayor parte de aquellos espíritus, olvidados del axioma antiguo, que advierte que cada uno se conozca a sí mismo, considerando no más que su persona y su faz exterior, con soberana necedad, imaginaron no ser inferiores a Dios, Padre del universo. Y entre esos espíritus del mal prodújose luego al punto una conjuración abominable, con la idea de que el reino del mundo se dividiese entre ellos y Dios por partes iguales y su gobierno estuviera partido proporcionalmente, que una porción de él tocase a Dios y la otra porción a los conjurados, y ambos reinasen en independencia total, al estilo de Quinto Fabio, el dictador prudente, y su temerario general de Caballería Rufo Minucio, o como el hijo legítimo de Micipsa, el bondadoso Adherbal y su bastardo nieto, el cruel Jugurta, o, finalmente, según la sobada mitología, como los tres hermanos hijos de Saturno se repartieron la redondez del orbe; o que gobernasen en días alternos como en Canas el muy noble varón Emilio Paulo y el sedicioso y bellaco Terencio Varrón.

¿En qué sima os vais a perder y a despeñar, espíritus desvariados? ¿Qué es lo que maquina Lucifer, caudillo de esa conjuración nefanda, más fiero que Catilina y más sin alma que el más desalmado de los jayanes que movieron guerra al cielo? El gobierno del mundo no puede ser partido, porque es gobierno de uno solo. Y eso de mandar un día sí y otro no, ¡ay Jesús, qué desvarío! Que todos los días alternos tu Hacedor omnipotente tenga que prestarte audiencia y, ¡cosa horrenda de decir!, se doble a tus caprichos y ejecute tus órdenes execrables. No bien hubo atisbado, Dios Creador y Padre del universo, que ése era el designio de aquellos espíritus malvados, cuando derrocó del cielo al adalid de la loca conjura y a todos sus cómplices con la mayor ignominia, luego de haber entregado sus celestiales asientos a aquellos otros espíritus leales que no se apartaron de su partido santísimo y confirmádoles en sus nuevas sedes por un edicto irrevocable. Y a

esos espíritus les habla Dios de este modo:

«¡Oíd vosotros, nacidos de simiente de dioses!: Puesto que sois nacidos, no podéis ser inmortales ni indisolubles. Con todo, jamás por jamás seréis disueltos ni os agobiarán los hados de la muerte ni fraude alguna más poderosa que mi resolución, que es el vínculo más sólido para vuestra perpetuidad, mucho más que todos aquellos que os unían en el momento de ser engendrados.

»Vosotros, pues, en esa suprema y sempiterna bienaventuranza, vivid conmigo la inmortalidad, y como hicisteis ya, de temprano, continuad obedientes siempre a mi voluntad y a mis mandatos muy justos y muy santos. Por lo demás, para suplir el menoscabo que experimentó esta ciudad, que, habiéndola creado yo completa, ya visteis cómo una gran parte de ella ha merecido la expulsión y su hundimiento en el báratro cavernoso, he dispuesto que una determinada criatura mía constase de dos partes; a saber: de alma y de cuerpo; el cuerpo formaréle de esos elementos, y al alma, no desemejante de vosotros, haréla a semejanza mía, como lo sois vosotros. Este será el seminario y como el vivero de esta ciudad mía. Les llamaré hombres. A esos llamados hombres yo, luego que hubieren cumplido bien su jornada en méritos y paga de una suerte de milicia que ellos llamarán vida, les trasladaré aquí, les daré el derecho de ciudadanía y os los agregaré por compañeros», dijo Dios.

Aquellos soberanos espíritus oyeron alegres estas profecías. Y luego, al punto, existió el mismo hombre, el más hermoso de los animales, animal divino, a quien, así que le vieron los celestiales espíritus, le abrazaron y le besaron como a pariente suyo, puesto que hombres y ángeles son de un mismo linaje. Desde aquel instante no pudieron menos de amar a su futuro conciudadano y de desearle toda suerte de buena ventura y que su nacimiento fuese fausto y feliz y que muy en breve gozasen en paz y buena compaña de la común ciudadanía.

Mas el hombre, tan grato como era a los espíritus buenos, era aborrecible a los malos espíritus, por cuanto veían que había sido creado para que gozasen de la situación que ellos perdieran por su pecado abominable. Y así fué que, en el acto, el diablo le declaró implacable y capital hostilidad y una guerra de exterminio, amenazándole con una crueldad más carnicera y cruel que cualquier Arquidamo Lacedemonio. Y concibió el tenaz e indesarraigable propósito de engañar, de dañar, de perjudicar al hombre, en todo lugar, en todo tiempo, con cualquier recurso, con cualquier ardid, con cualquier fraude, con cualquier astucia, abiertamente, ocultamente, con cualquier derecho, con cualquier ultraje y aun, si pudiere, echarle de aquella ciudad prometida y esperada y arrastrarle y hundirle en las horrorosas mazmorras infernales, para que allí, no menos que él, sufra las penas que no tendrán fin. Este espíritu malo que acosa incesantemente al linaje humano es aquella Ata que, como muchas otras cosas, Homero pidió prestada a las Sagradas Letras y transmitió a la posteridad con sola la mudanza del nombre. Homero, de esa Ata alegórica, hace una diosa demoníaca, enemiga irreconciliable del género humano, en el cual introduce llamas, dolores, guerras, muertes, asolamiento y fieros males; que, como el propio Lucifer, fué derrocada del cielo. Así la canta el divino poeta:

Júpiter, al momento, asió a Ata por sus lindos cabellos, y montado en cólera santa, juró que jamás por jamás la aborrecible diosa volvería a encaramarse a la cumbre del estrellado cielo, porque a todos era dañina. Y no bien lo hubo dicho, en el paroxismo de su enojo, la derriba de su asiento, y caída del cielo comienza a inquietar a los mortales (1).

Y bebiendo en ese mismo manantial sagrado, o tomándolo de las propias confidencias de los demonios, quienes con harta frecuencia comunican, involucrándolos en mal veladas alegorías, esos casos a aquellos con los cuales mantienen relaciones y familiaridad, los egipcios, en sus misterios, dan a entender que Júpiter expulsó y despeñó del cielo a los espíritus impuros, los cuales, con el mayor ahinco posible, se esfuerzan por arrastrar a los hombres a lo más hondo del infierno. Ferécides de Siria cuenta que un gran número de demonios fueron derrotados por Júpiter, cuyo caudillo fué llamado *ofioses*, vocablo griego que vale tanto como *serpentino*. Preparando, pues, el demonio esas continuas artimañas contra el hombre, y tendiendo lazos por donde tenía el hombre que pasar, cayó en la celada, por fin, y violó miserablemente las leyes y los mandamientos de Dios Padre. El diablo, en su monstruoso e insolente regocijo, formula una grave y venenosa querella y la entrega al Padre y Juez de todos, y en una muy amarga acusación declara la culpablidad del hombre. El punto principal de esa acusación consistía en que el hombre no era de mejor condición que el propio demonio había sido inicialmente; que él, que era harto más noble, por un solo crimen había sido expulsado de aquella bienandanza, y que ese hombre, reo de muchas más culpas, debía arrastrar una suerte peor que la suya. No iba a ser Dios un juez equitativo si no aplicaba la misma penalidad a quien cometiera idéntico pecado y no asociaba en el castigo a quien se le asoció en la transgresión. En tal punto comenzó a temer, comenzó a temblar el reo destituído de la justicia y de la verdad, con cuyos recursos, con cuyo apoyo antes fuera tan vigoroso y tan pujante. En tal punto comenzó a llorar y alargar al Juez las suplicantes manos y a reconocer y a abominar de su pecado. Y, al fin, sabemos que comenzó a hablar en defensa propia en estos términos:

AUTODEFENSA DEL ACUSADO

Aunque he sido traído a ese tribunal, ¡oh Padre!, si me es permitido invocarte con ese nombre y si no con el de Señor, reo de tantos crímenes que nadie ignora haber yo cometido, hasta el punto que sin formación de causa confiese llanamente haber merecido la condenación, con todo eso, no es exorbitante injusticia ni confianza exagerada impetrar de tu afabilidad y de tu bondad que, antes que pronuncies la sentencia, prestes oído benigno a unas pocas palabras dichas por mí mismo en favor mío, puesto que no desdeñaste oír la acusación del demonio contra mí. Lo primero que te pido, Padre mío, Señor mío, es aquello mismo que es tu propia característica; a saber: el mantenimiento de las promesas. Y puesto que el adversario imploró tu justicia, yo no la rehuso: implórola tam-

(1) Este pasaje homérico *(Ilíada,* 19) parece que fué puesto en los hexámetros latinos del texto por el propio Vives.

bién. Ratificadas quedan todas aquellas promesas hechas a mí y a mi linaje, respecto de tu Hijo, en quien sólo está depositada toda la esperanza de mi salud. Y aun cuando yo nada hubiese hecho contra mi enemigo, que ahora muestra un súbito e insólito interés en lo que atañe a tu santo servicio, acusándome del pecado que cometiera yo contra Ti; sin embargo, Tú, Padre y Señor, contra cuyas leyes yo, ruin de mí, reconozco haber pecado y a quien incumbía exclusivamente la acusación de mi crimen, no te abajes, yo te ruego, a entrar en juicio con tu siervo, no me persigas como reo de ese crimen, no porfíes conmigo y no te me declares adversario.

Quedas constituído juez; desempeña la función asignada y, de juez que eres, no te conviertas en querellante. Porque si Tú quisieres actuar contra mí, ya no digo yo, que soy la pura nada, pero ni siquiera ser mortal ninguno, ni el cielo, ni la tierra podrán ser absueltos si Tú les acusares ni dejarán de ser condenados luego al punto con acerbísima pena capital. ¿Qué cosa habrá asaz limpia? ¿Asaz inocente? ¿Asaz justa? A tu presencia la luna no resplandece y las estrellas no son puras a tus ojos. Cuánto menos el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, que es gusano de la tierra. ¿Puede el hombre justificarse comparado con Dios, o aparecer limpio siendo nacido de mujer? ¿Será justificado el hombre en comparación de Dios o será más puro que su propio Hacedor? Si hasta sus ministros inmediatos no están seguros y hasta en sus ángeles halla maldad, ¡cuánto más en el hombre, que mora en cabañas de lodo, que se asienta en cimientos terrenales! Siéntate, pues, como árbitro, como juez, no como enemigo, y, según es tu justicia, conoce esta causa y senténciala, toda vez que la temples y la atenúes con algo de aquellas promesas consoladoras que en tu verdad nos hiciste acerca de la inmensidad de tu misericordia para con nosotros. Aun cuando ocioso es ese rogar, puesto que tu justicia soberana y tu soberana clemencia andan tan unidas y tan hermanadas que nunca dejan de ir juntas y son para siempre indivisibles. Y en manera alguna produce en mí la menor perturbación el hecho de que yo perore del crimen cometido a presencia de aquel contra quien se cometió, práctica que entre nosotros fuera inicua, pues muy raro es el hombre que en cosas de su interés inmediato y personal no sea para sí un juez más benigno que para con el reo.

Pero conociéndote como te conozco, ¿qué motivo tengo de temor, siendo así que en tu infinita sabiduría la estricta justicia está suavizada por la clemencia y por la misericordia? Pero lo que más me impresiona y mueve es que me acusa ese demonio que con mayor razón debiera ser acusado por mí con todos los requisitos de la ley. El no cejó en ningún momento de atacarme por todos los procedimientos, ardides, fraudes, blandos engaños de mi consorte, hasta que consiguió empujarme a ese crimen que cometí contra tus mandamientos. Porque viendo que yo había sido sustituído en lugar suyo, ¡oh Padre mío!, por Ti hasta tal punto tuvo envidia de mí y de aquellas dotes hermosísimas con que me habías adornado todo, que no omitió oportunidad alguna de perseguir mi alma, de seducirme, porque de Jerusalén bajase a Jericó, donde, despojado de riquezas tan copiosas, quedara cosido de heridas mortales, y todo ello

porque no fuese yo de mejor condición que no es él. ¿No es ésa razón más que sobrada para que yo le acusase? Por sus arteras agresiones, que me ocasionaron llagas ocultas, vine a despeñarme en ese inextricable sumidero, hundiéndome en ese proceso en que mi salvación corre peligro. ¿Y quién duda sino que el daño debe imputarse a aquel sin el cual no se hubiera producido?

¡Y con qué engaño tan grande me arrebató aquella vida mía, aquella tan grata y tan seductora inmortalidad! ¡Cómo me abatió en el polvo del cual había sido formado! ¡Cómo consiguió que yo, que era puro polvo, pero polvo inmortal, por una fineza tuya, elevado por Ti a una dignidad tan subida que, así como él lo hiciera antes, también yo te desconociese a Ti y a mí, y hecho semejante a las bestias, volviera al abatimiento de mi polvo original! Degenera el hombre en bestia pura cuando te ignora a Ti y a sí. Y no se contentó su insaciable envidia con esa tan fea caída mía, promoviendo la compasión de ese mi enemigo feroz, ni el verme despojado de la verdad, de la justicia, de mi soberanía intelectual, ni tampoco mi privación de la vida eterna. No tuvo él bastante con eso de que yo, es cierto, fuí el autor; pero él fué el que me provocó, el que me impulsó; y no se contenta con menos en virtud de esa acusación que con sepultarme en aquella prisión maloliente, en aquel báratro, asiento de toda miseria, en la detestable compañía de aquellos malvados espíritus cómplices suyos. No le basta con la muerte de ese cuerpo que debía ser inmortal, sino que agencia también muy activamente la muerte del alma, mucho peor que esa muerte primera corporal; no por medios indirectos, que tuvieran escasa eficacia, sino porque, sumergido en el infierno como está, áseme por el pie y tira de él para llevárseme consigo bajo las ondas de fuego, para hundirme en medio de los restantes demonios, muertos desde el principio del mundo, sepultados para siempre jamás en la tartárea noche de quien dijo el poeta *que nadie hasta ahora regresó*, de donde jamás quien se hunda en ellas será devuelto a las sabrosas vitales auras.

Dime tú, el más nefando de los demonios: ¿Qué placer será el tuyo? ¿Qué utilidad vas a reportar de mi sangre si descendiere yo a la corrupción y a esa segunda muerte, mucho peor que la primera? ¿Por ventura, por el hecho de estar yo asociado a tus sufrimientos, se mitigarán tus dolores incansables, tus inmortales tormentos, que por toda la eternidad, por una ley que no será abrogada, por una sentencia que no caducará te fueron destinados? ¿Serán, acaso, menores tus penas o cuando me hubieres hecho participante de tu sufrir atroz experimentarás algún alivio? Nada de eso. ¿Qué pretendes, pues, con este tan encarnizado acoso, con ese odio capital, cuando ni siquiera de palabra te ultrajé? ¿Fuí yo, acaso, quien te derroqué del cielo? ¿Fuí yo quien te sumí en las honduras infernales? No; no fuí yo. Estoy persuadido que lo que te desazona y quema es porque presientes que me has de ver colocado en tu silla. Y de ahí tu afán tan vivo y tan activo porque quede yo frustrado de tan magnífica esperanza y que trueque aquellos gloriosos asientos de la bienaventuranza por tus fementidas zahurdas del infierno. Cuando pienso yo esto, de tal manera mi espíritu descaece, de tal modo mi mente se conturba, hasta tal punto la extremada congoja aprieta mi corazón,

que todo yo tiemblo grandemente y no sé a veces ni dónde estoy ni qué hago, ni ante quién hablo, y me espanto de haber podido decir tres palabras seguidas.

Y si Eneas por haber visto un silvestre mirto que goteaba sangre roja dice de sí mismo, en el libro III de la *Eneida*, a pesar de ser héroe forcejudo su protagonista: *Un horror frío sacúdeme los miembros y el espanto agolpa en mi pecho un coágulo de sangre como hielo. Abrumada mi mente de espanto incierto, me quedé en pasmo, mi cabello se erizó y la voz quedó añudada en mi garganta.*

Y dice Ovidio, en sus *Tristes:*

No de otra manera me pasmé como quien, tocado del fuego de Júpiter, vive y él mismo ignora si vive.

No falta quien por no mudar de dueño, revuelve cielo y tierra y acaba por poner las manos en sí mismo, ejecutor de la propia saña. ¿Quién se admirará de que yo, que hasta hace poco retozaba en ondas de abundancia y de riqueza, sano, exento de peligro, inmortal, en un instante fuí despojado de todas estas bienandanzas y sumido en la más honda de las aflicciones, sienta confusión en la mente y parálisis en la voluntad? Yo, que hasta ahora fuí tal que nadie me aventajaba en honra, en favor, en fortuna, de repente hallo que no retengo ya el más delgado vestigio de mi dignidad primera. Fuerza fué que tú mismo, miserable y diabólico calumniador, te sintieras satisfecho y aun harto con esas tamañas desventuras mías. ¿Qué pareció que me faltaba una vez despojado de mi honor, de mi fama, de mi fortuna? ¿Ni qué lugar o espacio se dejó para una calamidad nueva? Con todo, insiste el mismo enemigo que empezó en su odio más que de madrastra, en su odio más que vatiniano, y busca un nuevo miembro que vulnerar. No se aviene a que mi aflictiva calamidad sea única ni que mi perdición sea obra de una sola desventura. Quiere que yo apure una segunda muerte a través de dolores sin cuento a cada instante; una muerte que mientras minuto por minuto va matando, siempre en el mismo hombre halle algo vivo, algo sensitivo que matar. ¿Qué cosa pudo disuadirme de la desesperación, del nudo corredizo, del hierro letal? Una sola esperanza que, en medio de tantas calamidades, me sostenía y me abrigaba en su seno tibio; por esa sola esperanza arrastro esta vida afligida y miserable: una lucecita que Tú encendiste en lejano oriente, allá en la más espesa de las cerrazones.

Evoco en mi recuerdo y en mi pensamiento cuál era yo cuando acabé de salir de tus manos, cuando, levantado hacia el cielo, inspirásteme el aliento de la vida. Cuán hermoso, cuán gracioso, cuán vistoso interior y exteriormente, rey de la creación, enriquecido de tantas virtudes, de tantas dotes, glorioso en su inmortalidad, pariente y conciudadano de los ángeles. Todo esto me fué arrebatado; es cosa baldía repetirlo. Y a pesar de todo, en un tan grande cúmulo de males, dejó el demonio un resquicio por donde se muestra tu misericordia, y es el poder conseguir que no sea yo colocado en las tinieblas con los muertos desde el mismo origen del mundo. Esto te ruego en súplica de paz y de perdón; esto, una y otra vez, te pido por Ti mismo. No arranques, ¡oh Padre!, de mi seno este sentimiento que es la única esperanza de mis males. Cuando revivo aquel tiempo mejor en que Tú me ense-

ñabas como a hijo muy amado, recuerdo que medité los años eternos, aquellos días antiguos, los días que se iban formando. Nadie ahondó tanto en la meditación de las cosas que creaste, de todos los seres que de la nada sacaste a hermosura tan soberana y tan lucida. Y partiendo de aquí, a la luz de tu magisterio, barrunté las cosas invisibles desde el origen del mundo, las que entonces eran, las que fueron y las que serán. Y me percaté que la fábrica de este mundo que contemplan nuestros ojos no es más que figura y sombra de aquel mundo mejor que sólo veremos con los ojos del alma. Y en ese mundo, el segundo Adán, celeste porque vino del cielo, rescatará a ese primer Adán, terreno porque es de tierra, condenado a hierros y a cárcel pública, y puesto en franquía, le restituirá a la ciudad de su origen y, exento de servidumbre, le llevará consigo en la apoteosis de su triunfo.

Y él irá en pos del Libertador, exultante y gozoso, a quien, como es debido, honrará toda su vida, que durará toda la eternidad. Yo con mi muerte conocí su muerte, o su dormición mejor, que a todos nos librará de la muerte. Por eso tiendo mis manos suplicantes a ese Hijo tuyo, que es lo mismo que eres Tú. De la sangre suya, copiosa y preciosa; de ese afluente manantial tiene sed mi alma enjuta, reducida a polvo árido, seca de toda virtud; de ese rocío fecundo tiene deseo. Concédeme eso cuanto antes, Padre mío, Señor mío; riégame con esa agua tuya saludable, con esa agua del Jordán que limpia al leproso, con esa agua de la piscina de Siloé, que comunica al ciego el uso y el goce del día y de la luz. Si así no lo hicieres, extinguida y aridecida en mí toda vitalidad, descaecido el espíritu que con su tibia humedad alimentaba mi vida, no esperes que pueda sobrevivir un momento más. Luego al punto exhalaré mi alma si tu misericordia no me otorgare la vida, si tu vista no me devolviere y guardare mi espíritu. ¿No reparas cómo la palidez invade mi rostro? ¿Cómo el escalofrío estremece todos mis miembros? ¿Cómo rodea mis ojos la ceguera? Sin ningún respiro, sin ningún suspiro soy como un moribundo, porque mi espíritu abandonóme en mi miseria tan pronto como quebranté tus mandamientos.

A Ti, pues, Padre mío, con encarecimiento sumo te pido y te suplico que no apartes de mí aquella tu increíble misericordia, aquella tu bondad hacia la cual se vuelven con la máxima avidez todas las esperanzas y en la cual todas las criaturas desean con vehemencia reposar sus ojos; aquella bondad tuya que lo vivifica todo. No siendo así, sin ninguna esperanza de perdón para mi pecado (¡se horroriza mi alma de decirlo; aleja de mí este sombrío agüero!), fuera yo semejante a aquellos que descendieron al tartáreo abismo y se sumieron en la noche eterna. De ese modo, ¡engañe el Cielo esos temores míos!, el demonio hubiera sido parte para defraudar tu anhelo de que aquel a quien Tú habías creado y predestinado para ciudadano de tu patria, él, con sus ardides, le enviaría al destierro eterno de donde nunca jamás desterrado alguno será llamado de nuevo a la patria. Pídote yo con ahinco renovado, Padre mío, cuyo poder es tan grande como tu voluntad, que no consientas que se verifique en mí esta desgracia irreparable, sino que más bien, luego al punto, alumbres esta noche mía y las cerradas tinieblas de mi pe-

cado. ¡Amanezca el lucero de la mañana! Restitúyanos el oriente el día que se nos robó! ¡Encienda la bella aurora sus frescos rosicleres! Venga la luz, esa Virgen casta, esa Virgen inmaculada, esa madre fecunda de salud que, exenta de viriles abrazos, nos alumbre el Sol de admirables resplandores que derrame el día alegre, puro y libre sobre el mundo sepultado en la calígine, oprimido y agobiado de tinieblas. Esa alborada, Padre mío, suplícote que la muestres cuanto antes al mundo que suspira por ella. Muéstrale esos jocundos albores aurorales que disiparán la sañuda tristeza del cielo y le restituirán su faz risueña. Concédeme que pueda oír a tu Hijo, que no tendrá piedad de Sí, porque Tú la tengas de todos. Y puesto que El alcanzará que nadie coloque en Ti de balde sus esperanzas, he aquí que yo desde ahora pongo todos mis pensamientos y deposito mis esperanzas todas en Ti solo, confiado ciegamente en la firmeza y en la honradez de tu palabra.

Pequé, mi Dios y Señor mío; crimen muy grande cometí, lo confieso, lo reconozco. Pero yo, en fin, tal como soy, tal como fuí, pecador, inocente, bueno, malo, tuyo, todo estuve dado a Ti. Aun cuando pecaba y me asaltaba el recuerdo tuyo, jamás desesperaba de tu clemencia ni de tu bondad y atrevíame a vivir confiado en tu misericordia. Compadécete de mi ruindad suma; ilumina mis ojos, pues, ciego como soy, no atino mi camino. Enciende otra vez dentro de mí aquella tu lámpara resplandeciente que yo mismo apagué pecando contra tus leyes santísimas; aquella lámpara que me hacía andar a sus reflejos claros, que me mostraba conocidas y francas todas las sendas de mis pasos y me esclarecía no sólo los rincones de las vías públicas y de las encrucijadas, sino también todos los ángulos de mi casa. Y puesto caso que perdí esa guía tan certera por mi negra suerte o, para decirlo más claramente, por mi muy loca culpa, enséñame, te ruego, al menos, Padre mío, las veredas por donde debo llevar mis pies, no sea que mientras ando a ciegas, ignorante de los caminos, llenos como están de escabrosidades, de derrumbaderos, de peligros sin cuento; yo que antes a sabiendas y con los ojos abiertos caí tan feamente, ahora ruede de nuevo en alguna sima barrancosa, de la cual no pueda evadirme y allí en su fondo, solo, ciego e inválido, acabe mi vida lastimosamente.

Y lo que sería aún mucho más lastimoso, en el momento mismo de salir del cuerpo, enviaría al suplicio eterno a esa alma mía que en tus manos solas encomiendo, esta alma mía que siempre levanto a Ti. ¿Quién puede ser tan enconado enemigo mío que esa perspectiva triste pueda ocasionarle solaz, que pueda tomar placer y fruto de tantas y tan grandes calamidades mías, sino que más bien, movido y vencido de compasión, no vierta lágrimas de duelo viendo cómo mi reciente poderío degeneró en tanta aflicción? Con todo eso, si no consigo del diablo que se contente con el despojo de mis riquezas y de mis dignidades, ocasionado por sus extremadas malas artes, consiga al menos que no pida también mi alma. Si no puede reducírsele a que luego de haberme quitado todos aquellos bienes que había acumulado en mí tu benéfico amor de padre, al menos que no desee, para colmo, arrebatarme esa lucecilla trémula y esa esperanza apagadiza. Si su odio no está harto todavía con tantos males como me

agobian, sino que aún porfía en quererme condenado a los eternos suplicios, un refugio me queda, Padre mío, y una esperanza me resta: aquella tu muy antigua bondad y misericordia. Y si ella me queda y no me abandona, como de ello tengo certidumbre, todavía, todavía puedo ser salvo. A esa inmensa misericordia, a ese tan seguro y tan tranquilo puerto, escapado de tan bravas tempestades, a esa única ara de salud acorro y corro, Padre mío.

A Ti, a Ti sólo acudo como a la postrera y más firme esperanza de vida y de salud. Si me rechazares, está hecho de mí; nadie me acogerá. En Ti me refugio para que Tú solo me defiendas y me ampares, puesto que en tu gran bondad, Tú me creaste y dísteme razón, y dísteme el conocimiento de tu majestad soberana, y me hiciste para que fuese ciudadano de tu ciudad. A Ti, Cónsul de esa ciudad, me acojo, porque mires por mi bien; a Ti, Padre de esa patria, porque a fuer de padre te intereses por tu hijo; a Ti, Caudillo, para que socorras a ese soldado tuyo, cercado, y le libres de las manos sangrientas de mi enemigo encarnizado y una vez que le hubieres librado pongas en sus sienes la corona cívica. Y puesto que eres mi Capitán suplícote que me des a conocer tus órdenes, y puesto que eres Rey universal pídote que me manifiestes todas tus leyes. Y puesto que eres Dios te encarezco que me indiques tu voluntad y me des consejo y manera, y me des fuerzas y facultades con que pueda adaptarme todo a tu querer y obedecer tus mandamientos y cumplimentar, gozoso y ágil, tus prescripciones y ejecutar todo esto de tal suerte que te sea grato a Ti, a quien con todo afán quiero complacer. Lejos de mí el punible olvido de los grandes beneficios que me has dispensado. Sé que no existió jamás nadie tan presuntuoso que en sus adentros osase desear de Ti, Dios bueno y todopoderoso, todas cuantas dádivas y dones me conferiste, Padre mío.

Y no se me ha borrado todavía de mi memoria que yo un mal día me despeñé con una ceguera tan cerrada y total que me atreví a contradecir tus preceptos. Favor tuyo es que todavía aliente en mí algún rescoldo de esperanza y que consientas que eleve mi propia defensa a tus oídos; Tú me lo concedes; Tú, que con tu bondad y tu clemencia me animas a esa audacia; Tú, que nos has franqueado esa puerta y ese acceso a la misericordia y al perdón de nuestro pecado; Tú, que nos dijiste que tuviéramos buen ánimo mientras nos arrepintiéramos de él. Y si esta indulgencia tuya trae desabrido a ese enemigo mío; si se queja de que él, de naturaleza más noble que yo, es de peor condición; si te llama injusto juez, con una sola palabra responderé a su acusación: haga él ahora mismo lo que hice yo, que antes había hecho lo que él, y espere él lo que espero yo, lo que suplico, lo que imploro. Oiga lo que yo pido confiado en tu benignidad y clemencia, y pídalo él a su vez y confíe que conseguirá lo que yo confío conseguir. No es razón que el indulto alcance a quien no reconoce haber delinquido y no pide un perdón, persuadido que no lo necesita. En mi desventura grande otórgame socorro Tú, que me infundiste la esperanza del socorro. Asísteme ahora, puesto que te lo ruego, aquella misma misericordia que acostumbra salir al camino de los miserables y de los afligidos, sin que ruego ninguno se adelante a implorarla.

MEDITACION

¡Oh venturoso de mí, bienaventurado de mí, feliz de mí! ¡Oh en buen hora nacidos todos aquellos que en Ti solo ponen la esperanza y la razón de sus cosas, y desventurados aquellos que, apartándose de Ti, fuente dulcísima de todo bien y de toda salud y manantial de toda bienandanza, se descaminan a orillas de infectos, momentáneos y barrosos arroyuelos. ¿Cuál pensáis que es el fruto de mi arrepentimiento y cuánta la dulzura que saboreé de él? Yo juro por Aquel que me ocasionó tan inenarrable gozo, por Aquel que con el gesto de su perdón me hizo tan feliz, que no tengo palabras con que poder explicar la más pequeña porción de mi alegría: tal es mi júbilo, tanto es el contento que me inunda, hasta tal punto me causan gozo todas las criaturas a mí, a quien no ha mucho le desplacía todo, todo le causaba un enojo y un hastío imposibles de decir. No hay deleite en la vida, no hay sanidad, no hay regocijo, no hay cosa dulce, no hay cosa sabrosa que no me lo parezca, ahora que la poseo yo y que fruyo de tantos gustos, que me imagino que estoy fuera de mí. Ni aun me creo vivir esa vida mortal, sino que vivo en compañía de los ángeles, engolfado, sumergido en delicias que los hombres desconocen. ¡Oh Padre mío, Señor mío, Dios mío, Redentor mío, que eres para mí todas las cosas!

Tú, pues, me concederás todo cuanto deseé, tanto más munificamente, tanto más copiosamente, cuanto que Tú eres mejor que nosotros y más amante de nosotros que nosotros de Ti. Aquel Espíritu tuyo, autor de todas las buenas obras; aquella Caridad, aquella Luz, aquel Guía y Caudillo de toda felicidad y de toda salud, a través de ese destierro me conducirá a mi tierra, a mi patria, a mi ciudad; de esta tierra que yace en lobreguez y tinieblas a aquella otra tierra, eternamente esclarecida de tu lumbre; de esa tierra en la cual, según expresión del poeta Virgilio, *el cardo nace y surge agudo y espinoso el ojiacanto, y el joyo estéril, y la infelice avena,* a aquella otra que cría la blanda violeta y el narciso purpúreo; de la tierra que fué entregada toda en manos del impío, a aquella otra tierra cuyo Dueño óptimo eres Tú; de ese áspero pedregal a los prados de la abundancia y de la amenidad; de esa tierra barrancosa, montuosa, fragosa, llena de torbellino y de tumulto, a aquella otra tierra llana y tranquilísima en donde Tú me vivificarás, que aquí estoy muerto y tan firmemente me restituirás a la luz vital que ya no podré morir por fuerza alguna, por ningún ardid, por ninguna celada. Confirmado por el juicio de aquella tu justicia incomprensible a los humanos entendimientos, tan de asiento me situaré en la residencia de mi ciudad, que de ella no podré ser arrancado ni desarraigado, aun cuando toda la redondez del orbe y todo cuanto hay en él conspiren por expatriarme, si ya no fuese que Tú les dieres permisión y consentimiento. Cosa que no debo recelar, puesto que aquellos tus guerreros, así como son eternos, así también son inmutables. Y de esta manera se verificará que de esas penalidades, de esas miserias, de esas calamidades, de las borrascas de esa peregrinación y de esa pesadilla a quien damos el nombre de vida, llamarás mi alma a Ti; a saber: de las tinieblas a la luz, de la noche al día y a la vida de esa muerte.

Y luego, compadecido de mí de

tal manera, confinarás y atarás a ese derrotado enemigo mío a sus moradas infernales, que expiará, por toda la eternidad, el castigo de sus fechorías y ya jamás por jamás echará baldones a tus hijos y tus ciudadanos ni les pondrá celadas ni les vejará con su envidia y con su odio. Y entonces yo, con mis propios ojos, veré la venganza de los males que me ocasionó, y a quien quiso verme mísero y calamitoso seré yo quien le veré tal y me gozaré con esa vista; y seguro ya, en su duelo me reiré. Y admitido yo mismo en tu clientela, a la cual para siempre me entrego con una devoción irrevocable, habitaré aquellas moradas tuyas donde gozaré de muy apacible sosiego y de gratísima tranquilidad y ocio santo, y fruiré de toda suerte de gozos, de toda suerte de contentamientos, por todos lados rodeado de alegría. Adondequiera volviere los ojos, no tropezarán sino con vistas muy dulces y muy gratas. Todo será jocundo; todo, suave; todo, colmado y rebosante de aquel deleite siempre florido e inmarcesible. Cosas todas éstas que están puestas ante tus divinos ojos, Padre mío, y muchas otras, más augustas que éstas y mucho más excelentes, las cuales, puesto que ni las vimos ni las oímos, ni pueden imaginarlas las humanas mentes; por eso tampoco nosotros no podemos ni con palabras explicarlas ni podemos alcanzarlas con la imaginación y el entendimiento. Y con todo eso, nosotros, después de una vida buena y santa llevada acá abajo, en el cielo llevaremos otra mejor y no fallecedera. Amén.

FIN DE LAS
«MEDITACIONES SOBRE LOS SIETE
SALMOS PENITENCIALES»

HOROSCOPO DE JESUCRISTO

(GENETHLIACON IESUCHRISTI)

(1518)

EPISTOLA NUNCUPATORIA

JUAN LUIS VIVES, VALENCIANO, A JUAN BRIARD, TEÓLOGO, VICECANCILLER DE LOVAINA: SALUD.

Es añeja costumbre, venida hasta acá desde los tiempos de los gentiles, que por las calendas de enero los amigos den a sus amigos estrenas, indicadoras de la recíproca bienquerencia. Pensando yo en esas calendas de enero, qué estrenas te ofrecería, mi querido Briard, el más sabio de los teólogos y a la vez el más estrecho y el más docto de todos mis amigos, entendí por la mejor de las conjeturas que iba a serte grato sobre manera un tema que sería de tu más fina aceptación y en el cual tu competencia sería suma. Por todo lo cual, reconociéndote a ti como el más autorizado expositor y, en cierta manera, el intérprete único (¡lejos de esta palabra toda querella; lejos toda envidia de esta palabra!) de las Sagradas Letras en esa Universidad, verdad apodíctica confesada por todos, tan lejos andamos de poner en ella recelo ni reticencia de ninguna suerte; envíote esas estrenas insignificantes, esas menudas florecillas cogidas en los vergeles de la religión cristiana. En esos días navideños en que no me parecía asaz piadoso consagrar la atención a la profana literatura, con el fin de que la mente que no conoce reposo, como Livio decía, hallase cebo en su propia actividad y por no dejar que el ingenio se enmoheciera en la ociosidad, reuní todas estas cosillas y de ellas hice un ramillete, porque al menos pareciera que había santificado la celebridad de estas fiestas, aliviándome con ello de todo escrúpulo de conciencia. Y compilé ese *Horóscopo de Jesucristo,* situándolo en la sazón misma en que El nació y en que otros anuncian qué hados inflexibles van a regular los sucesos humanos. Pensé en un principio hacer esta obrecilla en verso, como por juego; pero luego, ocupaciones variadas y frías por un lado y por otro lado mi torpeza y la infelicidad de mi estilo en eso de versificar, disuadiéronme muy presto de mi propósito inicial. Con todo, al fin, meto algunos versillos y son los pastores quienes los cantan. Por ellos entenderás cómo sabe mi versificación y reconocerás que soy un poeta cuerdo. Una vez que hubieres

leído esa obrilla, sin dificultad me excusarás por no haber dicho todo lo que era menester, dado lo ambicioso de mi tema, pues es arduo él y es mi talento muy rastrero y muy chico y no estoy yo convenientemente versado en ese linaje de estudios tan santos. Por todo ello, no creo yo que por no haber alcanzado la cumbre me sea mengua haberlo intentado; antes espero que esta buena voluntad mía merecerá loa y favor. Y aun cuando ni eso alcanzare, con la esperanza de que merecerá tu aprobación, no me arrepiento de mi empeño. Yo quisiera que pensases que toda mi buena voluntad yo la puse en ese librito. Ten salud.

HOROSCOPO DE JESUCRISTO

Cuando, bien pertrechada la nave, alzamos amarras de la orilla del mar Mediterráneo que baña nuestra Valencia, que, como se mira a Africa, está algo ladeada al Oriente y deja a Occidente el estrecho de Hércules, pasadas en navegación ininterrumpida las islas Baleares, Cerdeña y Sicilia, hicimos proa a la asiática Creta, donde, habiéndonos procurado unas pocas vituallas, sin que mereciera una mirada nuestra el monte Dícteo, ni Gnoso, cuna de Júpiter, y sin prestar atención alguna a toda aquella leyenda de impiedad, vueltos ya los que habíamos enviado a la isla, con viento favorable torcíamos a manderecha por allí donde el Nilo por siete brazos en las aguas marinas se sumerge, cuando he aquí que unos ventosos torbellinos y unos ábregos furiosos y la braveza de la tempestad, obligáronnos a detenernos un poco ante Canopo. ¡Ay de aquella gente mancillada de inmundísimas ceremonias, que no fueran bastantes a purificar todas las periódicas inundaciones del Nilo! Allí, aun cuando como de ello hacían protestas, nos acogieron con cortés y benigna hospitalidad; yo no sé qué sorprendí de astuta y solapada bellaquería en aquella raza artera y mendacísima. Y dada orden a los marineros de comprar aquellos efectos que sabían eran menester para una navegación, ya harto breve, ellos despacharon la comisión con toda diligencia y a nosotros, tomando el camino de la playa, sobre la ruta de Canopo (en ocasión en que allí se celebraban las solemnidades feísimas de Serapis y por eso, aun contra nuestra voluntad, hubimos de ver la subida procacidad de los cantos y de los bailes de Alejandría), al día siguiente, la gente del lugar, en pintoresca variedad de vehículos, nos condujo a Palestina.

Abandonado yo por mis compañeros de viaje implicados en diversos negocios, serena la noche y con un cielo semejante a aquel en que los primitivos astrónomos pudieron estudiar a placer el curso de las estrellas, observaba yo con suma atención cuáles salían, cuáles se ponían, cuáles alcanzaban la zona media del cielo y cómo, a filo de la medianoche, las tinieblas cobraban claridades de día. Nada era en comparación de aquella luz milagrosa, aquel lampo momentáneo, que, por incandescencia de algún cuerpo, fué visto en la Galia, siendo cónsules Gneo Papinio y C. Cecilio, al tiempo que los cimbros y los teutones

pasaron al otro lado de los Alpes, o aquel otro que en Roma se vió brillar, bajo el consulado de Marco Lépido y de Munacio Planco, como refiere Julio Obsequens. Yo, por mi parte, desde la cima de un otero, comienzo a mirar con diligencia, una por una, todas estas maravillas, no bien seguro, ante la novedad de tal fenómeno, si dormía o si estaba despierto. A mí se me antojaba estar despierto; pero aquel espectáculo, que si se presentase con frecuencia fuera causa de regocijo grande para la imaginación y los sentidos del hombre por su tan inesperada novedad, infundióme una suerte de terror pánico. Y antes que nada, evoco las añejas fábulas, puesto que tan poco tiempo hacía que había pasado por aquella región, madre de casi todas ellas: ¿Caería de nuevo, reincidiendo en su primera ignorancia del arte de conducir carrozas, aquel Faetón antiguo, nacido del Sol? ¿O sería acaso el mismo padre Júpiter en persona o alguno de los dioses mitológicos que con su astro propio caería derribado a tierra?

Pero volviendo en mí con mejor seso, iba reflexionando todo cuanto había leído yo en las Sagradas Letras, único y seguro refugio y solaz mío en los adversos lances: *El pueblo de las gentes*—dijo Isaías—*que anda en medio de las tinieblas, vió una gran luz; para los que habitan en la región de la sombra de la muerte amaneció el alba.* Y dijo el Salmista: *De las tinieblas salió para los derechos de corazón la luz: el Señor misericordioso y compadecedor.* Por esto pensé, y no sufrí engaño, si ya sería llegada aquella hora en que verían las gentes al Mesías de todos los siglos esperado, de invisible hecho visible, de impalpable hecho palpable, de supremo hecho ínfimo, de Rey hecho siervo, de Hacedor hecho obra; y que si el universo orbe no le podía contener, cabía con todo en el seno de una doncella virgen. Mientras andaba en mí mismo revolviendo estos grandes pensamientos, descubro por mi buena ventura una cabaña, a duras penas cómoda para el ganado, ruinosa, de ruin adobe fabricada, sumida toda en la apoteosis de aquella maravillosa luz, y de ella salía un dulcísimo concierto que, difundiéndose por todo aquel espacio, henchía mis oídos con su son gratísimo. Como viese yo que hacia ella iban corriendo unos zagalejos, apresuré mi paso por alcanzarles y: «Con vuestra licencia—les dije—, ¿adónde hacéis camino, buena gente?» Y ellos me responden: «A esa cabañuela, por ver al Verbo que se ha hecho hombre. Si quisieres venir con nosotros, verás la Majestad divina, que como nos anunciaron los ángeles, servidores suyos, *se acurrucó en miembros pueriles,* y el Hacedor del mundo es ya porción del humanal linaje.» «¿Qué puedo yo hacer con mayor gusto que contemplar tamaño milagro?», les respondí. Y agreguéme a su compañía. Y ellos, entrando con llaneza suma en la cabaña abierta, empezaron a expresar al Niño, que hacía puchericos, toda suerte de norabuenas. Y aun yo mismo, guiado por la mano de no sé cuál de ellos, transido de miedo y de maravilla, fuí invitado a entrar en el divinizado tugurio.

Allí, lo primero que veo es a José, sumido en estupor, y, luego, a la Virgen, consciente de tan soberano misterio, casta, pura, púdica, envuelta en vergüenza virginal, bañada de rubor tierno, porque a los ojos de toda la angélica milicia y a ella, señera y sola, el Rey de los cielos le había otorgado honra tan encum-

brada, y porque no podía preservar de humanas incomodidades al Dios que en sus entrañas se había hecho hombre; no de otra manera que aquellos que de sí sienten humildemente, si por cualquiera gran monarca, a presencia del ejército o de la nobleza, son objeto de alguna distinción honrosa, tíñese su rostro de vergüenza demasiada, o si, encaminándose a su albergue unos príncipes gloriosos, no tienen en su pobreza con qué recibirlos, como es razón. Veo después cómo en su derredor andan en revuelo aquellos espíritus santísimos, esclavos todos de la voluntad del divino Rapazuelo, y luego al mismo Hacedor de los cielos y la tierra, que no oso mirar sino con los ojos entornados, porque el estallido de tanta y tan gloriosa luz como de El irradiaba, mucho más crecida que la del sol, deslumbraba y ponía noche y ceguera en mis ojos. Y no es ello cosa de maravilla, puesto que aquella infinidad de fulgor es más grande que el sol mismo, hasta un grado que ese nuestro sol que esclarece nuestro bajo mundo dirías que es pintado y cegajoso. Y es que ese sol pide prestado a ese otro Sol soberano todo su esplendor, como del primero lo tiene prestado la luna. Y añádese a esto que me infundía miedo, a mí, hombre pecador, el rostro serenísimo del Divino Infante.

Mas, vuelto yo a la Madre suave y benignísima: «¿Holgaríaste acaso —díjele— Virgen sagrada y dulce, de que yo te vaticinase, leyéndolo en los astros, el horóscopo de ese Hijo tuyo?» Ella, pensando que yo deliraba, mirándome con dulzura (que ésa fué siempre la costumbre de mirar en la virginal Doncella), queriéndome volver rápidamente a mi entendimiento y buen sentido, me atajó, diciéndome: «¿En qué conjunción astral piensas que nació este Niño y bajo la influencia de qué signo?» Contestéle: «Voy a decírtelo: fué vista en el cielo una novedad, apenas comprendida por los astrólogos, en esta noche milagrosa, que por algunos de ellos fué cantada así:

—Era la noche, y allá, bajo la tierra profunda, el Sol, unido al Capricornio, bañaba los astros en su lumbre. Cáncer tendía a su ocaso allá arriba en el estrellado quicio del mundo, que en su vértice trae a Delta; caudillo de los astros era Aries, y la Libra, en su nacimiento, abría sus dos brazos.

No faltan quienes dicen que Marte es un aliado de la muerte y por ello, quien naciere bajo este signo, anuncian ser candidato a la cruz.

Entonces, blanda y cortés, respondióme la Doncella mansísima: «¡Qué inmenso error es el tuyo! ¿Eres, por ventura, tú solo quien ignora que el origen de ese Niño, por uno y por otro extremo, es inenarrable y no lo puede expresar la palabra humana? De su celestial origen, por el cual nació del Padre, ¿a qué viene el hablar, cuando la Naturaleza toda y toda la milicia angelical se pasman de sólo oírlo y a la sola vista de aquella soberana e incomprensible generación abaten sus lanzas y se caen de hinojos en actitud de adoración, porque no puede sostener la visión directa de tan grande majestad? Y por lo que hace a esa generación temporal que contemplas con tus propios ojos, el mismo ángel Gabriel, paraninfo de la gran Nueva, en su embajada de paz no supo explicármela, sino que remitió al Espíritu Santo la ardua respuesta, al preguntarle yo cómo iba a pasar aquel misterio, objeto de su misión: *El Espíritu Paráclito* —respondióme— *vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cobijará a su*

sombra. ¿Y qué más si mi pariente Juan, el Bautista, el mayor entre todos las nacidos de mujer, inspirado por este mismo Espíritu Divino, llegará a decir que él no es digno de desatar la correa de su zapato? Maravíllase la Naturaleza que yo, sin abrazo alguno de varón, sin sensación de dolor alguno, sin la menor lesión de mi entereza, haya dado a luz a un Hijo. Y luego mucho mayor es su maravilla de que por una nueva e inaudita manera de ayuntamiento, el mismo Dios, cuya voluntad y poderío gobiernan ese mundo, asumió un corpezuelo humano, para que creamos ser Dios Aquel que vemos hombre, e Increado al que vemos creado, Inmortal al que con nuestros propios ojos contemplaremos en trance de morir.»

En este punto, yo, apretando mis sienes entre las palmas de mis manos, inclinada la cabeza, en actitud de admiración, a la vez que de miedo por tamaña novedad; «¿Qué cosas son estas—dije—que me anuncias, ¡oh Doncella!?» Y ella respondióme: «Es de saber que se creó un cielo nuevo y una tierra nueva, y nuevos astros, y nuevas órbitas, y nuevas conjunciones astrales, y si quieres saber cuál sea en el cielo la conjunción de los planetas y en qué signos se inspira el horóscopo, óyeme: ¿Quién podrá referirlo mejor que yo, que soy la única mujer que llevé en mi seno al Varón que trajo tales novedades a la tierra? *Pues Aquel para quien no tienen harto espacio la tierra ni las ondas del mar tendido ni el cielo que no se puede medir, vino a buscar albergue en la estrechez de mis entrañas.*

»Allá en la rueda más alejada del suelo, o, mejor, sobre el ámbito de todo el universo (allá arriba donde estuvieron las estrellas y la luna, que porque no son asaz limpias a sus ojos de allá fueron derribadas y donde ahora tienen su asiento los Luceros matutinos que glorifican a Dios con perenne canto) no vistos de antes e ignorados de todos los siglos, subían y bajaban signos y estrellas; porque más arriba, por sólo celestial influjo, es decir, por su soberana voluntad, se mueve Aquel que creó todos los cielos sobre los cuales puso su tabernáculo. Allí (por aclararte con una comparación cosa tan soberana), habiéndose reunido los presidentes de todo el mundo en el más grave de los conclaves, alejaron de su proximidad cualesquiera otras cosas, porque ninguna se informase del gran secreto, y comenzaron a rodear el verdadero Zodíaco que derrama vida sobre toda la creación.

»Amanece primeramente con aquella resolución, en aquel hemisferio, eterna una paz entre Dios y el hombre y fenece entre ellos la guerra encarnizada que se hacían; amanece una edad bienaventurada y el fin para el cual el hombre fué creado; fenece la miseria suma, y queda frustrada una obra deseada por tanto tiempo; inaugúrase la adopción de los hijos de Dios y su participación en el reino de los cielos; fenece la adopción de los hijos del diablo y su participación en las penas del infierno; amanece el conocimiento del camino más seguro y fenece aquel tan ciego y obstinado error de los mortales; quiebran albores y muere la noche negra; nace la alegría y acaba la tristeza; nace el amor y fina la envidia; nace la seguridad y fallece el miedo; nace la risa y se seca el llanto; nace la hartura y termina el hambre; brota la fuente de agua viva y se extingue la sed; nace la salud del alma y tiene fin la enfermedad; nace la virtud y agoniza el vicio;

nace la fortaleza y se encoge la cobardía; la fineza nace y fenece la flaqueza; nace el llanto *de ese hombre* y se acalla vuestro llanto; comienzan los ayunos *de ese hombre* y cancela vuestros ayunos; origínase *su* cansancio y se termina el vuestro; comienzan *sus* trabajos y los vuestros acaban; nace *su* muerte, para que la vuestra no solamente muera, sino que perezca completamente aniquilada, y, por fin, muere *El* y desciende para que vosotros nazcáis y ascendáis. Esto pregonan los luceros que amanecen; esto, los luceros que se apagan.

»En la actualidad existe una conjunción de planetas, como no la hubo desde el principio del mundo; Dios, Monarca soberano de todas las cosas, y el cuerpo de ese Hijo mío y su alma hicieron simultáneamente una conjunción tal que de mi sangre íntegra, pura y casta se cuajase el cuerpo verdadero de un hombre que estuviera exento de toda mancha, que le animara el alma enriquecida hasta el límite de lo posible, de todas sus dotes, inocente, impoluta, pura, sacrosanta, no susceptible de mancilla alguna, sabedora de todo lo actual y de todo lo pasado, présaga de todo lo futuro, cual nunca fué creada, cual no se creará nunca, y, a pesar de todo, doble, no de otra manera que las otras por estar implicadas con el cuerpo, susceptible de ingenio, que gozase de su parte de la razón inmensa y expuesto al oleaje de las perturbaciones elementales y repentinas. Esta, ora sea parte de su alma o le sea connatural, enojaráse contra los mercaderes del Templo y contra la obtusa escuela de los doctores. Esta en la muerte de Lázaro, y a la vista de la ciudad de Jerusalén, votada a la destrucción, se entristecerá y derramará lágrimas, compadecida de su mísero destino. Esta, en el Huerto, intensamente triste, experimentará pavores inauditos. Esta, abrumada de penalidades, llegará a pedir la más acerba de las muertes. Envanézcase la Grecia, enhorabuena, con no sé qué escuela de filósofos, admirables no más que por sus aforismos y la extravagancia de su vida; creo que se denominan estoicos quienes, al dictado de sus antojos, definen que el hombre sabio está exento de todo afecto del alma; pues si es animal, forzosamente tiene que tener movimientos animales y humanos, dado que no puede desnudar a la Naturaleza de su propia forma mientras subsista en ella, y subsistirá en ella mientras viva. A este cuerpo, pues, y a esta alma, de tal manera proporcionales y unidos, Dios, que es la suma Bondad y la Potencia suma, que enteramente reside en el seno del Padre, tiéneles abrazados tan estrechamente como ningún ser creado puede tener a ninguno de los otros seres creados, aun cuando pidierais prestada a las cosas groseras cualquiera semejanza a través de la cual vosotros, con vuestros ojos cegatosos, podáis barruntar estas profundas y augustas lejanías. Y por más que hiciereis, no hallaréis en todo el universo mundo tanta semejanza que no tenga aun muchas más remotas y acentuadas diferencias.

»Está, pues, de tal manera Dios coadunado con esta alma, que con toda razón le llamamos corpóreo, verdaderamente animal, verdaderamente racional, verdadero hombre, verdaderamente pasible, creado, mortal, ponderable, concreto, hambriento, sediento, empavorecido. Y al revés, con toda razón, se le llama incorpóreo, invisible, increado, impasible, creador, inmortal. Dios y

Hombre truecan sus nombres. Dios da al hombre su inmortalidad y El no la pierde. Da el hombre a Dios su flaqueza y la retiene todavía, pero con tal condición, que ni apartándose ni allegándose, sino por su voluntad, desista de ser hombre el que lo era antes; y con todo, Dios no se muda y el que anteriormente fué inmortal, Dios increado, invisible, comience a ser solamente hombrecico mortal, creado y visible; y el que antes fué hombre, ocasionado y expuesto a las aflicciones, a los azares, a las enfermedades, en una palabra, a la muerte, deje él mismo de ser eso y con todo siga siendo el mismo. Y así como el cuerpo por la presencia del alma vive, puede, vige y persiste en su misma esencia y especie, así, asumiéndolo Dios, este hombre es Dios inmortal; aquélla da ser al cuerpo natural, y Dios lo da a esa inaudita *eposasi* que toda ella es hombre para que sane todo el hombre y es toda Dios para que todo Dios permanezca reconciliado con el hombre y El mismo es Hijo de Dios, imagen y sustancia del Padre, y por el mismo por quien hizo los siglos, por el mismo por quien hizo al hombre, también por el mismo restáurase el hombre y los siglos en su lamentable caída.

»Hay más: Dios nunca abandonará a ese hombre, no sea que quien una a sí al hombre para la salvación del hombre, por el hecho de abandonarle, dé lugar a la sospecha de que en adelante ya ninguna cuenta tendrá con los hombres, lo cual es cosa muy ajena de ese beneficio tan saludable a todo el género humano. Sino que como siempre, por virtud de la adopción, hemos de ser hijos de Dios, siempre su Hijo natural será hombre, a guisa de abanderado, que nos confirma en la esperanza de que, subsistiendo el mismo Hijo natural de Dios a la vez que hombre, nosotros nunca desesperemos al menos de la adopción de hijos de Dios. Esto significa la conjunción de esos tres planetas tan grandes; esto dan a entender aquellos tres soles vistos poco antes, los cuales, paulatinamente, coincidieron en un lugar como si la conexión de los tres en esa hipóstasis, la simple divinidad única del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo en la Trinidad soberana, dentro de breve tiempo tuviera que ser difamada ante la posteridad. Ahora tú, con estos ortos y ocasos de los signos y con estas conjunciones de astros errantes y fijos y sus aspectos variados, colige, si puedes, *cuál será este Niño.*»

A eso yo le respondí:

«Aun cuando, ¡oh Virgen sacratísima!, me mostrases a un hombre de ingenio agilísimo y perspicaz en grado sumo, el cual tuviese alguna participación de la divina sabiduría, no pienso yo que pudiera decir, ni medianamente siquiera, toda la grandeza de lo que va a ser este Infante pequeñuelo. Tan lejos estoy yo que nada valgo, ni soy docto en letras de humanidad ni enseñado a nadar, como dice el añejo proverbio, de poder tocar o penetrar con seguridad estos misterios que se hurtan a toda investigación.»

«Con todo—díjome la Virgen Santísima—, porque no te apartes de aquí con las manos vacías y la cabeza huera, oye con toda atención y reflexiona de nuevo lo que te dije antes:

»*Nos ha nacido un Niño y se nos ha dado un Hijo, y encima de sus hombros consolidóse el principado y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz; multiplicaráse su imperio y no ten-*

drá término su paz; se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para confirmarlo y para corroborarlo en juicio y justicia desde aquel día hasta la eternidad. Estas maravillas obrará el celo del Señor de los ejércitos. Ya estás viendo la paz por la cual los antiguos tan anhelosamente suspiraban: *Hágase la paz en tu fortaleza*—decía David—*y darás reposo a mis sienes;* vesla ya, digo, presente y confirmada: *Nacerá en sus días la justicia y la abundancia de la paz, hasta que sea quitada la luna; reciban los montes la paz para el pueblo y reciban los collados la justicia.* ¿Qué significa —dime—la puerta de Jano Quirino, de ese monstruo, por tercera vez hasta nuestros días cerrada por Octavio, como si ya nunca por nunca debieran sostener los romanos bravas guerras ulteriores? De aquí, de aquí nacerá la paz; de esa mísera cabaña de lodo, no de los vastos palacios marmóreos, brillantes de oro y de pedrería, en el Capitolio romano. No, no le llaman a ese portal Real Palacio; pero nace en él el Monarca del pueblo israelita; no se le llama Pretorio, pero nace en él el Pretor de los vivos y los muertos; nace en él el Caudillo y Señor, aquel Dios de los ejércitos que no pone fin a la guerra púnica, ni a la macedónica guerra de los piratas ni a la guerra civil de los quirites, sino que corta en seco la guerra más que civil, la guerra en que no había victoria ni esperanza de ella; en El nace el General que repartirá a sus soldados donativos riquísimos; conviene a saber: la potestad de ser hechos hijos de Dios, de ser hechos dioses, de ser todos hijos del Excelso y, desde luego, también la vida perdurable.

»El les será luz y será para sus pies lámpara inextinguible. El les mostrará, con su personal ejemplo, el camino por donde deben entrar. El será la propia garantía de sus promesas, pues es fiel y todo cuanto promete lo da con la mejor buena fe. El premio que dé será la vida y el estipendio de la bien ganada carrera, que es la vida eterna con gozo que no tendrá fin. El es el camino, el camino que no yerra, la verdad que no engaña, sin el menor asomo de mentira; la vida indeficiente, sin fin ni muerte alguna. El que fué el primer vencedor del mundo dará a los otros confianza y bríos porque ellos también, a su vez, se esfuercen por vencerle. Será suavísimo su yugo y será sabrosa su carga, y hasta tal punto será manso, pío, clemente, misericordioso, que no quebrará una caña cascada ni apagará un pabilo humeante. El será *pan de los ángeles, bajado del Cielo* (por eso nace en un pobre tugurio y en Belén, que se interpreta *casa de pan*), *y el hombre que le comiere no morirá jamás por jamás. El será fuente de agua viva que brota hasta la vida eterna.* El no será ni solamente Hombre sólo, ni solamente Dios sólo, sino *Teántropos*; es decir, Dios y Hombre, por manera muy maravillosa. El no rehusará sufrir todas las penalidades a fin de que, haciéndose agradabilísimo al Padre, nos libre de toda penalidad y trabajo. Este comienza, como ves, por estar echado en el desnudo suelo, llorando, fajado de pies y manos, para que nosotros, alzados del suelo por El, podamos reír, sueltos y libres; El sufre los mordiscos del hielo porque nosotros, helados, nos calentemos; El ayunará porque nosotros nos hartemos; El será odiado para que nosotros, seres aborrecibles, seamos objeto de amor; El será preso para que nosotros que lo

somos corramos sueltos; El enfermará para que sanemos nosotros, enfermos eternos; El será pobre para enriquecer nuestra pobreza; El será despojado de sus vestiduras para cubrir nuestra desnudez; El tendrá sed para que bebamos nosotros, los sedientos; por manjar se le dará hiel, y en su sed será abrevado de vinagre, para que nuestro sustento sea más dulce que la miel y nuestra bebida más suave que cualquier vino.

»Oye a Isaías, el profeta de la verdad, a quien no sabrás si llamarle Profeta o Evangelista, pues no tanto parece anunciar cosas venideras, como ser cronista fiel que relata hechos pasados: *No tiene*—dice—*hermosura ni decoro; vímosle y no tenía figura, y le hemos deseado; vilipendiado y el postrero de los hombres, varón de dolores y sujeto a la flaqueza, y su rostro como escondido y despreciado, por lo cual no se le tuvo estima. Verdaderamente él sufrió nuestras languideces y soportó nuestros dolores, y nosotros le tuvimos como por leproso y tocado de Dios y humillado; mas él fué vulnerado por causa de nuestras iniquidades y fué estrujado por culpa de nuestras maldades; la disciplina de nuestra paz encima de él y por sus heridas cárdenas fuimos curados. Todos nosotros, como ovejas, anduvimos errantes; cada uno desvióse de su camino. Y el Señor puso en él la iniquidad de todos nosotros: ofrecióse porque él mismo quiso y no despegó su labios; como oveja será conducido al matadero y como el cordero en presencia del que lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca.*

»¡Ay, cómo tiemblo ya desde ahora del anuncio del justo Simeón! Nada nuevo me presagiará; yo no ignoro la catástrofe venidera; pero como la fricción de una herida fresca renovará mi dolor; sosteniendo en sus cansados brazos al Infante de dos meses mal contados, enderezará a mí aquel su vaticinio senil: *He aquí que Este está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y en signo de contradicción, y un cuchillo atravesará tu alma para que se revelen los pensamientos de muchos.* ¿Piensas que este Niño, que ahora ves en el suelo, haciendo puchericos, no tiene ningún presentimiento de lo que le va a acontecer? Lo tiene, y muy vivo, y en procesión continua desfilan por delante de sus ojos todos los lances y trances venideros y esa contemplación le causa tormento no pequeño, no de otra manera que al que ha de morir con muy grave género de muerte, y él lo sabe; le es amarguísima la certidumbre y consideración de este paso. Y a mí, que soy su Madre, réstame un consuelo único, que si no lo tuviera no sé cómo podría vivir un día más.» «¿Y qué consuelo es éste?», díjele yo. Y me respondió ella: «Después que ese Hijo mío dulcísimo, por causa de vuestra muerte, habrá padecido muerte, en aquel día, que para mí será el más amargo y negro de mis días, su espíritu descenderá a las moradas infernales; se tenderá en un sepulcro duro, yerto cadáver. Con todo ese cadáver yerto, al primer albor del día tercero, mucho más hermoso que la aurora, se levantará con vida nueva, ya no sujeto a las enfermedades y a los tormentos, y su cuerpo, con el cual volverá, será no ya luminoso, sino más esplendoroso y brillante que el mismo sol, agilísimo y más sutil, cuando querrá, y más penetrante que los mismos espíritus. El será el primero que del sueño se levantará para abrir el camino a los dormidos. El

será la resurrección de todos, y entonces, derrotados, puestos en fuga y muertos sus casi innumerables enemigos, hará la entrada en su patria con el más glorioso de los triunfos.

»¡Cuántos trofeos de ciudades vencidas! Con qué decoro y majestad el Caudillo fortísimo será llevado en sus blancas cuadrigas con el emblema de aquellas tres palabras con que dicen que César comunicó su triunfo en el Ponto. Puso César: *Vine, vi, vencí.* Pondrá El: *Yo vencí al mundo.* Después de esa apoteosis, su reino ya no tendrá fin, puesto que es el reino de todos los siglos: *Porque éste es nuestro Dios por los siglos de los siglos y El por los siglos de los siglos nos regirá; regirá a los rebeldes imperiosamente con vara de hierro y los quebrantará como a vasija de alfarero. Y los mansos que poseerán la Tierra en herencia no padecerán hambre ni sed ni dará en ellos el calor ni el sol, porque quien tuvo piedad de ellos les conducirá y les dará de beber en las fuentes de las aguas.*

»*Estas serán tus artes: imponer la costumbre de la paz; perdonar a los vencidos y debelar a los soberbios.*

»Este es Aquel que ha de venir y en balde esperarán a otro las edades venideras. *Este es el esperado de las gentes,* que, según el vaticinio de Jacob en la hora de su muerte, *ata a la viña su pollino,* y a *la vid,* ¡oh Hijo mío!, *su asna; en vino lavará su estola, y su palio en la sangre de la uva; más hermosos son que el vino sus ojos, y sus dientes más blancos que la leche.* Debajo de las apariencias del vino (misterio creíble, pero no inteligible), se esconderá su verdadera sangre; ligados al cual, como a una estaca (si es que ésta pueda llamarse ligadura y no soltura y soberana libertad), engordaránse los que de ella beban; sacará de sus envolturas a la asna que se va haciendo vieja y bañará en su majestad al pollino suelto, símbolo del pueblo de los gentiles, y por eso pidió *las gentes por heredad suya y por posesión suya los términos de la Tierra.*

»Seas tú el anunciador de su salud al pueblo gentil; lleva a ellos la nueva gratísima que ya es nacido Aquel a quien esperaban; que ya es nacido el que ha de ser padre de muchas gentes; nacido el que encaminará a las gentes a la tierra del cielo; nacido aquel Niño luminosísimo a cuya lumbre andarán las gentes y los reyes al esplendor de su nacimiento; nacido Aquel cuya gloria verán las gentes en un día próximo; que pondrá en ellas una señal, y a los que de las gentes se han salvado, los enviará a los gentiles por el mar, al Africa, a Lidia que empuña flechas, a Italia, a Grecia, a las islas alejadas, a aquellos que jamás habían oído su nombre, y anunciarán su gloria a los gentiles; nacido Aquel que restituirá la edad dorada y el reinado de Saturno, pues *amanece un nuevo orden de siglos y la Doncella vuelve y vuelve el reino de Saturno y ya una nueva progenie desciende de las alturas del cielo.*

»Dicen que un tal Virgilio, poeta de gran renombre entre los romanos, con estos y otros semejantes versos sibilinos prometió muchas grandezas a Salonino, hijo de Polión, cuya hueca vanidad demostró la precoz y repentina muerte del infante.»

En este punto, le dije yo: «¿Cómo quieres, ¡oh Virgen!, que anuncie yo a los gentiles la resurrección de los muertos por la cual ellos sienten tanto horror? ¿Quieres que me

acosen como a un mentecato, que me denuesten los muchachos, que me expulsen los mayores de sus reuniones y corros, como privado de sentido común, y me releguen a las Anticiras para curarme de mi dolencia mental?» «¿Por qué así? —replicó ella—. Con mucha sinrazón lo harían, a mi ver. ¿Por ventura no son ellos los que afirman que por favor de aquel gran bellaco de Júpiter tornó a la vida Arcade, hijo de Calistón, ya hecho pedazos y servida su carne en un banquete? ¿Acaso no cuentan eso mismo de Hipólito, descuartizado por unos caballos, como indica el mismo nombre, por instigación criminal de su madrastra; y de Glauco, hijo de Minoe, y de Pólux, hijo de Tíndaro, por obra de Esculapio? ¿Y aun que otro, cuyo nombre no se reveló, resucitó también luego de haber sido llorado ya y no solamente puesto en la pira? ¿No es Platón el que cuenta que cierto soldado, Hero Panfilio, muerto en acción de guerra al día décimo, volvió a la vida? Pero dejemos todas estas cosas, que para los más son tenidas por fabulosas, y lo son en hecho de verdad. Por cierto que Heráclides, autor de fama entre los griegos, dice que una mujer, a los siete días de muerta, revivió. En la guerra de Sicilia, que en tiempos de mi padre riñóse entre Octavio César y Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, Galieno, el más fuerte de las huestes de César, prisionero de los soldados de Pompeyo, cortado el cuello a cercén y sólo prendido por un hilo, quedó echado en la playa un día entero, y cuando comenzaron a espesarse las tinieblas, con gemidos y ruegos encarecidos, rogó al corro de aldeanos que se había congregado en su derredor que Pompeyo viniese a él, puesto que, regresado de los infiernos, tenía algo muy importante que comunicarle. Pompeyo, que no pudo ir personalmente, envió a muchos de sus familiares, y a ellos les dijo Galieno: *Que a los dioses infernales placíales la causa de Pompeyo y su partido, que le seguía con tanta adhesión; demostración de la verdad de este mensaje ultraterreno era que, cumplida esta encomienda, inmediatamente iba a expirar.*

»Añádese a esto que, en ocasión en que los vigintiviros repartían tierras entre los romanos, en Capua, que es la principal ciudad de la Campania, un difunto que era llevado a enterrar volvió a su casa por sus propios pies. Un suceso análogo tuvo lugar en Aquino. En Roma, un hombre desconocido, contratadas ya las pompas fúnebres, volvió a la vida, y poco después él mismo enterró al mismo contratista de las pompas fúnebres. Con esto se relaciona también lo que escribe Xanto; a saber: que con una determinada hierba que se llama *halin,* un cachorro de león muerto y un hombre muerto por un dragón fueron restituídos a la vida. Y Yuba afirma que en Africa, un quídam revivió por la virtud de cierta hierba. Estas y otras semejantes resurrecciones que no tienen número, hasta qué punto son verdaderas, no es cosa mía el averiguarlo; conténtense con que yo les haya inculcado la convicción de que no es imposible para los muertos el retorno a las auras respirables, como ellos piensan. Si el alma es inmortal, como reconocen sus mejores y sabios filósofos, ¿qué obstáculo hay para que, una vez separado el espíritu, sea admitido de nuevo por el cuerpo como la espada lo es por la vaina? Cuéntase que el alma de Hermotinio Clasomenio, luego de

haber abandonado su cuerpo, anduvo recorriendo muchas regiones y refiriendo cuanto había visto, las cuales no podían ser conocidas sino por quien estuviera presente, estando su cuerpo medio muerto, hasta que, con su cremación, los enemigos que se llamaban Cantáridas, al volver el alma como a su conocido albergue, quitáronle, como quien dice, la vaina que debía recibirla.

»¿Qué cosa hay más semejante a la muerte que el sueño? Y con todo en el cuerpo vive el alma, estando adormilados los sentidos todos. Mas, al levantarnos, somos los mismos que fuimos antes del sueño. Yace tendido el cuerpo de quien duerme, a guisa de muerto, como dice cierto Marco Cicerón, varón consular entre los romanos y, a su decir, el primero de los oradores, padre de ese mismo Cicerón que ahora gobierna el Asia; pero el espíritu alienta y vive, y alentará y vivirá más después de la muerte, cuando habrá salido del cuerpo por completo. ¿A qué vienen esos titubeos o incertidumbres por eso de la vuelta a la vida, cuando vemos esta otra que tantísimo se le parece? Todo el que se va a dormir desnúdase de sus vestiduras, hombre interior que deja todas sus exterioridades y descansa toda la noche entre las sábanas de su cama y al día siguiente vuelve a tomar sus vestidos. ¿Qué mayor analogía que ésta? ¿Qué diré de la semilla que muere antes que reviva en tanta hermosura de hojas, flores y frutos? ¿Qué de tantos arbustos y árboles que languidecen en el otoño, casi se mueren en el invierno y que reviven con la primavera nueva y cobran su mayor lozanía bajo el solsticio? Dime: ¿cuál es más grande maravilla: crear una cosa de la nada o reunir lo creado que se derramó y desperdició, cosa que hacéis vosotros cuando en vuestros estudios, con no sé qué procedimientos, rehacéis o, mejor, compiláis lo que estaba disperso? ¿Pueden resucitar las abejas si se mantienen durante todo el invierno recoletas en su colmena, y luego, refociladas por el sol primaveral, se les rocía con ceniza de higuera durante todo un día, y no puede, tras la helada muerte, resucitar el hombre cuando el mundo, renovado, como por los efluvios de una primavera insólita, calentaráse al sol de justicia?

»*Resucitarán los muertos*—vaticina Isaías—, *y los que están en los sepulcros serán despertados.* Y el Espíritu del Señor, por boca de Ezequiel, promete a los huesos descarnados y áridos, nervios, carne y vida, al tiempo en que este Hijo mío (que ahora contemplas el más clemente y benigno de todos) entrará, Juez justiciero, en juicio con los grandes de la tierra: *En fuego vendrá el Señor, y su carroza será como un torbellino; en indignación se manifestará su furia y su represión en llama de fuego; porque juzgará Dios con fuego y con su espada toda carne, y multiplicaránse los que matare el Señor y habrá de verle todo ojo.* ¿Y qué más, si yo misma, tan allegada a ese Rey (¿qué harán los otros si les queda un átomo de entendimiento y tienen sentido y razón) siento horror de aquel día?

»*Cuando, deshecha la trabazón del mundo, la hora suprema reunirá a todos cuantos siglos fueron y retornará el caos antiguo y los astros irán a romperse contra los astros y no querrá la Tierra que se extiendan más sus riberas, y ahuyentará de sí el mar; irá la Luna en son de guerra a desafiar a su hermano, y*

no sufriendo que la carroza solar recorra el orbe oblicuo, pedirá todo el día para sí, y desquiciada la máquina ingente, turbará la alianza del descuajado mundo.

»Entonces, por los aires, aparecerán a Cristo los justos; entonces los reos más criminales; allí los encarnizados perseguidores; los testigos y el Juez irrefragables; entonces no habrá más abogado que la conciencia y el recuerdo de los méritos y de la buena vida pasada; no habrá elocuencia asaz persuasiva, ni dinero suficiente para el cohecho, ni amor que doble ninguna severidad, ni terror ni coacción que tuerzan la sentencia justa. Padecerán los malos, en castigo de su vida ociosa y torpe, la hostilidad de tormentos innumerables; terror y muerte inmortal perpetuamente matadora. Y para los buenos, en premio de su servicio fiel, un colmadísimo galardón, un gozo tranquilo, una vida sin fin. Que nadie dude que eso que he dicho será indefectiblemente, y que no hay fuerza alguna que pueda impedir que ello sea así; ni el cielo mismo, ni los elementos todos, ni el universo mundo. Esos son pronósticos certísimos, tomados de astros certísimos por una observación certísima. Piénsalos tú uno por uno con muy atenta diligencia, puesto que no dije yo ni la palabra más insignificante que no escondiera algún misterio.»

Habiendo hablado así la Virgen Santísima, yo, lleno de admiración, lancé un gran suspiro, en parte por el gozo del nuevo mundo que se iniciaba, en parte por la maravilla y perturbación consiguientes. También los pastores, vueltos en sí algún tanto después de esas palabras, pues ellos estaban también estupefactos y atónitos por aquellas cosas que contaba la Virgen admirable, y con sus delgadas zampoñas medio rotas cantaron de este modo:

CÁNTICO DE LOS PASTORES A DIOS

Gran Dios, Padre y Verbo eterno salido de la mente del Padre, nacido antes de todo tiempo, engendrado ese día que cierra todas las edades, Espíritu Santo que de ambos procede, y Dios a la vez, que no puede comprender ningún sentido humano, ni entendimiento ninguno, ni fuerza alguna del alma, ni la naturaleza toda, sino que fuiste Tú que a nosotros te mostraste, Maestro soberano, y nos mostraste ser el hermosísimo Autor de este hermoso mundo, y que con tu santa majestad gobiernas el mar, y las tierras, y las plantas, y los animales, y el cielo, y nuestras almas, y todas las mentes, y la creación entera: concédenos, Padre, que ajustemos nuestra vida a tu eterna ley y que nuestra voluntad sea siempre concorde con la tuya.

A CRISTO RECIÉN NACIDO

Salve, santo Niño, pulquérrima prole del soberano Padre celestial, nacido de la Virgen santa, y a la vez Dios soberano, origen de una edad mejor: Tú, que con tu muerte darás libertad al humanal linaje encerrado en cárcel dura; tú nos concederás que podamos ver la patria eterna y llevar contigo una dichosa vida. Rogámoste, Cristo, que nos hagas ser de aquellos a quienes Tú, después de la muerte, llamarás a los tronos de los santos.

A LA VIRGEN, MADRE DE DIOS

Virgen que engendras al gran Dios del trueno y cuyo candor nunca

sufrió mancilla, a quien el Dios-Hombre llama Madre y a quien el orbe todo dará veneración.

Virgen y Madre que con tus actos y con tu vida aventajas todo el linaje nuestro; tú, Virgen, que agradaste sola al Padre Soberano.

Rogámoste, Virgen Santa, con muy rendidas súplicas, que nos ganes la amistad de tu Hijo, porque perdone nuestras culpas y nos deje vivir consigo.

FIN DEL
«HORÓSCOPO DE JESUCRISTO»

DEL TIEMPO
EN QUE NACIO CRISTO

(DE TEMPORE QUO... NATUS EST CHRISTUS)

(1518?)

JUAN LUIS VIVES
VALENCIANO

SALUDA MUY RESPETUOSAMENTE AL ILUSTRE SERAFÍN CENTELLAS, CONDE DE OLIVA

ENVÍOTE, paladín invicto, estos dos opúsculos míos como a quien, en esa nuestra ciudad, a la más encumbrada alcurnia y a las riquezas más crecidas, agregó la más peregrina erudición. Si todas las personas principales siguiesen este camino, no hay duda sino que volverían aquellos dorados siglos de los griegos y de los romanos cuando unos y otros descollaban en linaje, en opulencia y en sabiduría y traspasaron el nombre de nobleza y de libertad a las artes en que se distinguían, de donde llamáronse *ingenuas* y *liberales*. Y puesto caso que tú eres, como nadie, ducho en la ciencia y recuerdo de las cosas pasadas, que es la fuente principal de la sabiduría, y eres, a la vez, piadosísimo, y tomas gran gusto en las cosas de nuestra muy santa religión, estos dos libritos que te envío te servirán, mezclados en sabroso contubernio, la historia y la piedad, a fin de que el fruto de la religión, sazonado con la dulzura de la historia, penetre muy profundamente en tu espíritu, en leyéndolos. El primero trata *De la paz en que nació Cristo*, de cuya muy quieta y muy apacible virtud, ya desde tu verde mocedad, fuiste fervoroso y estudioso, puesto que se ajustaba maravillosamente con la dulzura y mansedumbre de tu carácter. Y aun pienso que debes de ser más y más devoto cultivador de esa virtud, cuanto más estos años tuyos, avanzados y maduros, sienten mayor desgana de los alborotos bélicos que no el ardimiento de la sangre moza. El otro libro contendrá la *descripción del escudo de Cristo*, con cuyas armas, tus armas y las armas de todos los cristianos, deben conformarse. Si alguien mirase no más que el volumen de estos libritos, harto sé que no le van a parecer dignos de tu grandeza. Pero si parare mientes a mi voluntad y a la misma materia de ellos, no pienso que haya nadie que desapruebe esta dedicación mía. Tú mira estas dos cosas últimas y sábete que mi voluntad por tus egregias dotes y por tus excepcionales virtudes te es como la que más devotísima. Ten salud.

DEL TIEMPO EN QUE NACIO CRISTO

Fué conveniente que el Santo de los santos y que el Rey de los reyes, Cristo Jesús, autor de la paz, naciese en un período de suma paz. Describiré primeramente la brava tempestad de guerras que aquejó al mundo, para que luego se admire más la paz que se siguió, concidente con el nacimiento de Cristo, y no tomaré mi asunto de demasiado arriba porque no parezca que más escribo la historia del pueblo romano que la Navidad cristiana. No diré una palabra de las feroces guerras civiles que fueron acaudilladas por los dos Marios, padre e hijo; por Lucio Cornelio Sila, Cornelio Cina, Carbón, Bruto, Norbano, Escipión, Perpena, Octavio, Lépido, Sertorio y Pompeyo. Paso de largo por la guerra servil y la conjuración de Catilina. Nada diré de la luctuosísima guerra civil a muerte entre Pompeyo Magno y Julio César, que envolvió en sus incendios a Italia, España, Grecia, Egipto, toda el Africa, el Asia toda y todo el anchuroso espacio de los mares

Empezaré por el asesinato de Julio César, el dictador, a quien, gobernando incivil y desaforadamente, en el Senado pompeyano cosieron a puñaladas C. Casio, los dos Brutos, Decio y Marco, Cayo Trebonio, Servilio Casca, Tulio Cimbro y muchos otros vengadores de la libertad romana, como si fuese el mismo Pompeyo quien exigiera el castigo de tamañas maldades. De sus heridas brotó un infinito semillero de guerras que vejaron el universo mundo como para acabar con el linaje humano. Despues Antonio, alzándose con la esperanza del principado, habiendo hecho desde la tribuna pública el elogio del difunto César, acució al pueblo romano, enfurecido, sobre los bienes y las posesiones de los tiranicidas, y la ciudad toda sintióse invadida de alarmas y de miedo. El mismo, poco después, en enconada enemistad con Cicerón salió de Roma y sintióse con bríos para ocupar la Galia citerior, desde la cual, como desde una fortaleza, lanzase el grito de guerra civil; y en Módena, puso estrecho cerco a Decio Bruto, que, por mandato del Senado, gobernaba la provincia que antes le había asignado César. Después, maniobrando en contra suya con los senadores y el pueblo, el mismo Tulio Cicerón, el más encendido de todos los patriotas, de una elocuencia verdaderamente arrolladora y con la inmensa autoridad que le granjearon el consulado y el descubrimiento de la abominable conspiración de Catilina, la nunca empañada dignidad de su toga y los muchos a quienes defendiera con su palabra, fué declarado enemigo por el Jurado, habiéndole sido enviados para reducirle a los dos infortunados cónsules Hircio y Pansa; añadióseles C. Octavio, mozo todavía, en calidad de pretor, con aquellas legiones de veteranos, que se pasaron a él, a título de César, su padre. Corrió todo el pueblo, persuadido por el mismo Cicerón, a empuñar las armas, sin excepción de los ex cónsules, a quienes la honrosa magistratura exceptuaba de vestir el capote militar. Y por la espaciosa faz del orbe comenzó el insano

Marte a embravecerse y a echar llamas y arreo estallaron colisiones bélicas, puesto que la Fortuna, que, contrariando su acostumbrado proceder, había tolerado los grandes éxitos del pueblo romano, con ningún otro más poderoso recurso pudo disminuir Imperio tan grande que consiguiendo que volviese contra sí mismo su propia pujanza y afligiese a la República con la orfandad de dos cónsules enérgicos en grado superlativo. Presentada la batalla por Antonio junto a Módena, primero con Pansa y a seguida con Hircio, quedaron apagadas aquellas dos lumbres y derrocados aquellos dos pilares de la libertad. A pesar de todo, Antonio, que de esos choques había salido con suerte, levantado el cerco, dirigióse a la Galia ulterior contra Marco Lépido, con una tal escasez de medios, que el mismo generalísimo vióse obligado a comer cortezas de árboles, y él, que fuera antes hombre dado a todos los placeres, tuvo que tragar, para apagar su sed, agua sangrienta y barrosa. Casi por aquel mismo tiempo Dolabela, en Efeso, con alevosía y nocturnidad, dió una muerte atroz a C. Trebonio, a quien el Senado había puesto al frente de Asia. Por esta monstruosa y abominable hazaña fué Dolabela declarado enemigo público. La persecución y captura de Dolabela fueron encargadas a Casio y a Bruto. La Fortuna, en aquella ocasión, por encauzar por un más breve atajo su amarga y sañuda envidia, saciándola contra el más próspero pueblo de la tierra y porque esa diosa fementida, que sólo se muestra con ahinco contumaz constante en su característica inconstancia, no pudiese ser tachada de no observar sus propias leyes, entregó a aquellos dos varones consulares a C. Octavio, e inspiró a C. Octavio, muy mozo, el designio de pactar una abominable alianza con su malvado enemigo. El mismo acaudilló contra la patria unas legiones alistadas precisamente para socorro de la patria. Y ese muchacho, merecedor más que de nada de ayo y de azotes, llenó la patria y los hogares de alarma y de terror pánico, por manera que ni el mismo Cicerón, que era como su padre, ni su madre Accia, ni Octavia, su hermana, tenían lugar seguro en la ciudad por el desorden que introdujeron en ella sus conatos criminales.

En aquella sazón Decio Bruto, abandonado por el ejército que acaudillaba en Grecia, fué muerto ignominiosamente por unos ladrones, designado ya cónsul del pueblo romano. Aliados con Antonio Lépido, Planco y Ventidio, acrecieron su poderío formidable. Así cuajó aquel triunvirato de Octavio, Antonio y Lépido; es decir, aquella furia mortal, aquella tea, aquella peste de todos los ciudadanos romanos. De esa calamidad había sido anuncio aquel lobo que anduvo suelto y vagó por la ciudad de Roma. Entrados en Roma los triunviros, no tanto estremecieron los espíritus de terror, como los dejaron clavados de pasmo, pues un mal tan grande, como imaginación alguna lo pudo soñar, destruyó toda sensibilidad humana. Colócanse en el foro las listas de las proscripciones y a doble columna los premios que se concederían a quienes prestasen a los triunviros las cabezas de los proscritos. Después de esta atrocidad, no pudo coacción alguna cohibir el duelo público. La ciudad toda se vistió de luto, estalló el llanto dondequiera; los alaridos de las matronas, de las doncellas, de los hombres, de los niños; los ladridos de los pe-

rros abandonados ora doblaban el ánimo de Antonio, el más sediento de sangre, ora le aterraban. Ciudadanos hubo que con la huída quisieron salvarse; pero en balde, porque todos los accesos, todas las salidas: puertas, ríos, puentes, estaban custodiados por patrullas del ejército triunviral, de modo que no existía efugio posible de sus armas, sino por el suicidio, que muchos personajes ilustres arrostraron por sustraerse a la vejación y a la deshonra. Cicerón, dechado y espejo de ciudadanía, en su finca de Formi fué descabezado por Popilio Lenas, a quien había defendido en causa capital. Cumpliéronse. al menos, sus votos de no sobrevivir a la República. Y su cabeza augusta y aquellas sus manos, obradoras de tan gloriosos hechos por orden de Antonio, fueron expuestas en los Rostros. El pueblo, al ver aquellos restos, hízole los funerales debidos con lágrimas y llanto muy sincero:

Entonces vuelven a la memoria los hechos inéditos del cónsul, y el juramento que selló sus manos, y el descubrimiento de la conspiración abortada, y el crimen patricio y Catilina frustrado en sus abominables designios. ¿Qué le aprovechó el favor del pueblo todo, qué sus años colmados de honores y qué su vida irreprochable? Un día solo, un día negro, sumió en la muerte a la gloria del siglo, y el llanto hizo enmudecer de tristeza la lengua del Lacio, la defensa y la salvación única que tenían los cuitados, la más alta cabeza de la patria, el vengador del Senado, del Foro y de las leyes y de la religión y de la toga. Las armas impusieron silencio en aquella voz, oráculo del pueblo, y afearon su rostro y con sangre nefanda mancillaron su canicie y trabaron sus manos honradas, hacedoras de gestas tan ilustres.

Así canta y plañe Cornelio Severo en su poema *De la muerte de Cicerón.*

Y como aquel inmenso Océano de ambición que significaba el triunvirato no pudo saciarse con la proscripción de tantos y tantos personajes, volvióse la crueldad hacia aquel sexo que en todo tiempo estuvo exento de vejación y daño, aun bajo los más desalmados de los tiranos. Fueron proscritas también cuatrocientas mujeres de la más clara alcurnia. ¿Por ventura el mismo sol no pareció horrorizarse de tanta carnicería cuando, por todo aquel año, ofreciendo al mundo una luz enferma, anduvo arrebozado en tétrica y ominosa palidez? Entonces trasladáronse a Grecia potentes ejércitos, porque la misma malévola Fortuna borrase a Casio y a Bruto, sobrevivientes de la vieja y auténtica hidalguía romana. Estaba en armas la Libia, donde preponderaban Cornificio y Lelio, partidarios de Casio. Contra ellos fué enviado Sextio, a quien prestaban auxilio Arabión Régulo y Liccio Romano. En Laodicea, Dolabela sufría el cerco tenaz y duro de Casio, el cual Dolabela, poco tiempo después, por orden de Casio, fué degollado por un tal Marso, esclavo suyo. Casio, tras el asesinato de Dolabela, hizó la guerra a los rodios y a los licios. Los triunviros trasladaban su ejército a Macedonia. Empero, Macrón y Domicio Enobarbo, partidarios de Bruto, y Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo *el Grande*, infestaban el mar con sus osadas piraterías. En la Macedonia, pues, frente a frente las huestes de Bruto y Casio y las de Antonio y Octavio, como si los campos de Tesalia hubiesen bebido demasiado poca nobilísima sangre latina en las guerras de César y Pom-

peyo, nuevamente en pequeñas y repetidas batallas y más tarde en dos batallas campales, regáronse de sangre más copiosa. C. Casio, el primero, en un arrebato de desesperación, se ofreció a un esclavo para que le matase. Bruto, después de él, luego de haber deplorado la siniestra fortuna de la patria, de haber maldecido la maldad de Antonio y lamentado la caída de tan hermosísima República, habiendo puesto a los dioses por testigos de que no había perdonado esfuerzo para restituir el Senado a su prístina dignidad, aun cuando el éxito no favoreció sus honrosos conatos, traspasó aquel su sagrado pecho, émulo de la virtud de su tío y de su suegro. De esta manera, gravitando sobre la libertad romana hados adversos, ciudadanos tan preclaros fueron vencidos por bellacos y ladrones de fortuna.

Pero tampoco en aquella coyuntura, ni Jerusalén, ni Judea, ni toda la Siria gozaban de quietud. Pues Herodes, con ánimo de vengar la muerte de su padre Antipater, irrumpió con su ejército en Jerusalén y mató a Malco, uno de los principales personajes de la ciudad. Después, salido contra Antígono, trabó lucha con él en los confines de Galilea y le empujó en su huída hacia la parte montañosa de Judea. Ese, luego de refugiarse entre los partos, regresó a la Palestina con un bravo puñado de bárbaros, y en medio de la plaza riñó muchas veces y fieramente con los hermanos Herodes y Faselo. Poco después, Faselo e Hircano, por orden de Pacoro, capitán parto, fueron encarcelados. Herodes se salvó a sí y a sus compañas con la fuga, no incruenta por cierto; ardió todo su palacio; buena parte de la ciudad fué feamente destrozada y saqueada por la caballería de los partos, y puesto que a la avaricia de aquellos bárbaros se les antojara harto menguado el botín, afligieron sus arrabales con todo género de pillaje. El mismo Faselo, perdida la esperanza de evadirse de los pesados cepos, quebróse la cabeza a golpes contra la pared y murió. Y a Hircano, Antígono le cortó las orejas porque no volviese a ser apto para el pontificado que antes desempeñara.

A Herodes, partido a Roma y favorecido por el gran interés de Antonio, por un decreto del Senado, se le impuso que reinase en la Judea; de suerte que de regreso allá llevó su ejército a Jerusalén, y mientras duró el estío la tuvo en estrecho cerco; pero llegado el invierno, permitióle algún respiro, pues los soldados ni equívocamente ni flojamente habíanle pedido con reiterada insistencia que se les llevase a los cuarteles de invierno. El mismo Herodes, disuelto el cerco, por no quedarse sin hacer nada, con el primer ataque ocupa a Jericó y trae socorros a su hermano contra Antígono, quien, no mucho después de su liberación, caído incautamente en una emboscada, fué cosido a puñaladas por su enemigo. Herodes, impresionado por la inesperada noticia, desde los reales de Antonio, reunida a toda prisa una parte de su ejército, salió al alcance de sus enemigos y los expulsó de toda la Galilea; lióse después en muchas batallas con Antígono, a menudo con resultado feliz, si no fuera que alguna vez salió del choque con heridas graves. Vuelve de nuevo, a los comienzos del verano, al sitio de Jerusalén con mayores fuerzas que antes a fin de que el terror que causaran aquellos refuerzos la inclinasen a la rendición. Con harta frecuencia Antonio enviaba

socorros a Herodes. Los judíos, con su obstinación característica, se negaban a reconocer a un rey extranjero y ni el ariete, que batía asiduamente las murallas, ni las minas que se habían practicado contra la ciudad adelantaban gran cosa. Mas dentro de aquel año, que por añeja institución de aquel pueblo se llama año del descanso, la ciudad cayó en poder de Herodes. La subsiguiente matanza, que, propagándose, no respetó sexo ni edad, causó estrago muy grande entre los judíos, y esa lamentable catástrofe cambió por completo la fisonomía de la ciudad. El reino de Judea, que tan graves aflicciones tuvo que sufrir antes, se quedó al fin por Herodes definitivamente, después de la ejecución pública de cincuenta personas de calidad, con muy amargo duelo de todo el pueblo. Y éstas eran las cosas que pasaban en Judea.

De los campos sangrientos de Filipos, Antonio se encaminó a Oriente, y de ahí a abismarse en los deliciosos brazos de Cleopatra, que ya no le dejaron hasta la muerte, mientras Octavio empujó sus ejércitos hacia el Occidente y la misma ciudad de Roma. Y porque todo el mundo pudiese ver claramente que una alianza tan infausta y tan malvada no podía ser duradera, empezaron a pulular infinidad de ocasiones de guerras encarnizadas. Fulvia concitó contra Octavio a León Lucio, hermano del triunviro, hombre de suyo muy hermano de su hermano, temerario, revolucionario, y la rivalidad se tradujo en guerra declarada. Octavio compelió a Lucio Antonio, cónsul en aquella sazón, a que se encerrase en Perusa, que es una ciudad de Etruria, quien a lo último, obligado por un hambre fiera, hizo la entrega de la ciudad al mismo rompedor del pacto y autor de la maldad, no se sabe si con aquiescencia de su hermano. La ciudad fué pasada a saco y apuró vejaciones infinitas, y un incendio, por fin, resolvió en humo aquella urbe opulenta en tiempos pasados e insigne por el viejo abolorio de sus moradores; muchos de sus habitantes fueron asesinados. Es decir, allí se realizó puntualmente lo que con voz humana significó un buey que araba un campo suburbano, quien dicen que dijo al labrador que le aguijaba a la labranza *que era por demás que le aguijasen a él, porque dentro de poco tiempo lo que iba a faltar no era el trigo, sino los hombres que habían de comerle.*

No menor fué el descalabro que sufrió Antonio entre los partos, quienes, por manejos de Labieno, fautor del partido de Pompeyo, envalentonados por la discordia civil, traspasaron las fronteras del Imperio, pasaron a Siria a hierro y a fuego, y, muerto el español Decidio Saxa, legado de Marco Antonio, habían ocupado toda la provincia, cuyo ímpetu Antonio frenó por medio de su legado Ventidio, aquel Ventidio, digo, cuyo triunfo y consulado ¿qué otra cosa fueron sino añagazas de la Fortuna? Después, el mismo Marco Antonio, que con filtros poderosos libróse de los amores impúdicos, temerariamente irrumpe en la patria, donde pactada y concluída una paz deshonrosa, que bien poco había de durar, vióse obligado a retroceder, y dando de cabeza en una celada, entregó por su locura el ejército al hambre, a la inclemencia del tiempo y al hierro enemigo. Allí esparcióse abundante sangre romana; el fiero ayuno obligó al ejército a comer hierbas desconocidas (pues habían ya consumido todas las conocidas), entre las

cuales hallóse una especie que, luego de quitar el juicio a quienes la comían, matábales instantáneamente, después de haber vomitado toda la bilis. Y ni en la misma Roma había suficientes abastecimientos con que alimentar al pueblo; de manera que aquellos a quien perdonara la espada, matábales el hambre con sus mordiscos fieros, puesto que Sixto Pompeyo, a quien había sido dado, como a su padre, el almirantazgo del mar, infestándole y bloqueándole con sus piraterías, había cortado todos los aprovisionamientos.

Esta circunstancia ocasionó en la ciudad muchos alborotos; cometíanse latrocinios, no ya de noche sólo, sino también de día claro y en pleno foro; de modo que dirías que no era aquélla la ciudad, madre de las leyes, que devolvió al mundo todos sus derechos, sino una selva poblada de ladrones. Y aun cuando muchas semillas de enemistad cundían entre los triunviros y habían echado raíces muy profundas, no tenían oportunidad para disolver aquella solidaridad hipócrita y a regañadientes. Aquellos hombres del triunvirato, con aquella asociación que tanto duraba y que era tan quebradiza, levantaban una barrera contra los males que les amenazaban del exterior, y el miedo de lo de fuera recosía penosamente, y como fuese aquella avenencia tan precaria y tan mal prendida y conseguía que antes que estallara en abierta disensión y se apelase a las armas, se pusiera un remedio interino a tamaños males. Resuelven granjearse la amistad de Sexto Pompeyo: mentidos eran los nombres de amistad, de paz, de alianza, de tregua, de coalición. Carecían de sinceridad, de solidez, de lealtad, de aquella verdad de los prístinos tiempos romanos. Median todos estos nombres, no por la religión del juramento, ni de la probidad, sino por sus respectivas conveniencias. Duraban hasta el momento en que la razón de la utilidad les aconsejaba una actitud nueva. Ofrecieron, pues, los triunviros la amistad a Sexto para detener algún tanto su coraje avasallador, en espera de la ocasión más cómoda en que lo cortarían en seco. Pompeyo no correspondió con aspereza a esa oferta amistosa. Pero tan pronto como la ciudad se sintió aliviada y recobrada de la escasez, apresuróse Octavio a romper el pacto contra todo derecho y equidad. Que ello fué el colmo de las iniquidades no lo disimuló el mismo Antonio, partícipe de las ventajas que le acarreó y hombre, por otra parte, inicuo hasta la exageración. Después de la ruptura, muchas veces trabáronse en luchas navales; una tempestad desacostumbrada se tragó muchas naves y engulló gran copia de hombres. También por tierra registráronse muy grandes calamidades.

Al fin, Sexto, que siguió fielmente la próspera fortuna de su padre y de su hermano, desposeído de su armada, de su mando y de su dignidad, se fugó al Asia sin honor para morir allí con vilipendio, siendo así que su padre había muerto en Africa y su hermano en Europa, a fin de que toda la redondez del mundo contemplara el derrumbamiento de aquella casa que poco antes había imperado sobre el mundo todo vencido por ella. Preñados de odios mutuos estaban los pechos de los triunviros, y prometían alumbrar una guerra implacable y feroz, y parecía ya claro, como el suceso lo comprobó, que para quien resultase vencido, la derrota sería el fin de todo. No podía el mundo obedecer

a aquellos sus señores, sino que, forzosamente, el mando total y absoluto recaería en el que de los tres fuese el vencedor. Ni cabían tampoco por más tiempo, a una, aquellos tres gladiadores bellacos, manchados con toda suerte de crímenes, en un mundo en que no cupieron ni el suegro clemente ni el yerno, prodigio de templanza. La primera erupción del odio tan concentrado y tan mal disimulado estalló del pecho de Lépido. Afrontó Octavio, auténtico hijo de la Fortuna, aquel conato de rebelión, que instantáneamente quedó dominado y quebrantado. Lépido fué despojado de su dignidad, y de triunviro convertido en persona privada, fué relegado a Circeyos. Eliminado ya uno de los tres, nadie dudaba que muy en breve, entre Antonio y Octavio, sueltos los odios ya, en un gran combate decisivo, iba a resolverse por quién se quedaba la hegemonía. Antonio, en aquella sazón, arrastraba una vida lujuriosísima, consumida en convites y en amores con su Cleopatra, cuando Octavio, que no perdía de vista la pujanza de Antonio, espiando dondequiera la oportunidad de romper aquella coalición, consagrada y corroborada con el común derramamiento de tanta sangre civil, envió a Antonio a su hermana Octavia, esposa suya, sin que abrigase la menor duda de que Antonio la iba a rechazar sacrificándola a su barraganía con Cleopatra, de donde pensaba tomar ocasión, si no verdadera y justa, disfrazada, al menos, de honesto pretexto para la ruptura.

Mientras la esposa, que nada de eso sabía, apresurábase camino de Egipto por reunirse con su marido, Octavio pone en movimiento sus fuerzas contra los dálmatas, resuelto a poner fin a una guerra que por su padre César fué dejada para otro tiempo; los docleatas, los carnos y los nóricos fueron los primeros atacados; después de éstos, los melitinos, y los de Corcira, pasada a hierro toda su juventud apta para las armas, fueron sacados a la venta en una plaza pública; espectáculo lastimoso de ver; inmediatamente después, luchóse fieramente con los salasos, lapites, segestanos, dálmatas y pannones, no perdonando linaje alguno de crueldad. Algunas de estas naciones fueron vencidas completamente y no quedó de ellas ni semilla siquiera; de otras naciones, la mayor parte de las ciudades, fueron arrasadas y pasadas a sangre y fuego con todos sus moradores. Mas estas victorias romanas no fueron sin llanto y sin sangre, porque aquellas naciones, vendiendo caras sus vidas, perecieron, ciertamente, de modo que los vencedores lloraron y los vencidos fenecieron. El mismo caudillo salió con ambos brazos y una pierna magullados por el hundimiento de un puente; más tarde, en el ataque a Setonia, fué herido gravemente por un peñón desprendido. Una vez que se hubo repuesto de este accidente, volvió a Roma para pedir el consulado, con el intento de invalidar a Antonio en su magistratura. A seguida de esto, con el repudio por Antonio de Octavia, matrona discreta e irreprochable, tuvo, por fin, Octavio la tan suspirada ocasión, y reuniendo una gran armada y un poderoso ejército, encamínase al Epiro para salir al encuentro de Antonio. Y canta Virgilio:

...Y de la otra parte, Antonio, retornando con victoria de los pueblos de la Aurora y del litoral bermejo, con el socorro de sus bárbaros y con la variedad de sus armas, arrastra en pos de sí al Egipto y a

la pujanza del Oriente y a los bactras, que son los postreros de la Tierra, y le sigue, ¡oh mengua!, su coima egipciana.

De esta manera, reuniendo fuerzas del orbe todo, esos dos enconados gladiadores detiénense dispuestos a entablar combate junto al Accio, promontorio de la Ambracia. Rompiendo toda amistad de afinidad y todas las leyes de la lealtad, aparejan sus armadas, dispuestos al choque, *a ver a quién harían señor del mundo las discordias civiles.*

Los dos no podían; importaba que fuese uno solo quien, alzándose con el mando supremo, o destrozase a su antojo al mundo todo, o le entregase porque le destrozasen sus nefastos herederos. La Fortuna, como siempre, también en esta ocasión favoreció a su hijo, y rotas las fuerzas de Antonio y Cleopatra, Octavio fuéles a los alcances camino de Egipto. Antonio, abandonado por los suyos, volvió contra sí el hierro. Cleopatra acabó por la mordedura de un áspid a quien ella ofreció el brazo desnudo.

Entonces se demostraron en toda su verdad los numerosos augurios acerca de la grandeza de Octavio. Descalificada la autoridad del Senado, el orden gravísimo de los senadores comenzó a adular servilmente al príncipe, concediéndole el tratamiento de Augusto y consagrándole uno de los meses del año, que era el más próximo de su padre (julio, agosto). Y, por fin, acabó la Naturaleza de parir un rey, cuyo preñado fué tan costoso y tan prolijo. Por aquellos mismos días Judea fué afligida por un terremoto tan fuerte que el derrumbamiento de los edificios llegó a sepultar cinco mil hombres. Los árabes, creyendo que aquélla era la ocasión de atacar a los judíos afectados por tamaña desgracia, avanzaron hasta el Jordán, asolándolo todo. Allí, saliéndoles Herodes al encuentro, luego de haber vencido a los agresores en guerra justa, dió muerte a cinco mil de ellos y obligando a los otros a la rendición, enviólos a su patria, cubiertos de ignominia.

Estaban en armas todavía los bastarnos, mesos, tracios, dacios, sármatas, hispanos, salasios, griegos, la Germania toda, los retos, los nóricos, naciones todas éstas que Octavio domeñó en parte con su caudillaje personal, y, en parte, por el de Craso, Léntulo y Furnio, y, en parte, también, por sus entenados Tiberio y Druso, en cruentas victorias, compradas con copiosa sangre romana. Acercábase al universo mundo la más bella de todas las cosas, la paz, para dar un poco de respiro a las naciones fatigadas de guerras tan sin fin; pero los mortales, avezados a ellas de tan largo tiempo, no podían soportar aún la paz. Se desentienden de ella los germanos, después de la muerte de Druso, por quien habían sido vencidos, reducidos y organizados en provincia romana, y sin trabar combate, degüellan, todos a una, a Quintilio Varo con todo su ejército, que constaba de tres legiones y muchas tropas auxiliares. Y para que una preocupación mayor agobiase el Imperio romano, también traicionaron los ilíricos, lo cual fué como el postrer mordisco de la guerra moribunda, como dicen los entendidos en Historia natural, que dan determinadas fieras bravas. Hay autores que dicen que ésta fué la guerra exterior más carnicera después de las guerras púnicas. Demuéstranlo diciendo que fué necesario que Tiberio Nerón trasladase a la Iliria nada menos que quince legiones, con igual número de tro-

pas auxiliares, y dejar, por el momento, toda actividad bélica por apaciguar a Germania, llegando, muchas veces, a ser desesperada la situación, hasta el punto que Augusto, espantado por la escasez de cereales, llamó repetidamente desde Iliria a Roma a su entenado. Tres años fueron menester, con resultados bélicos alternos, para dominar aquella provincia arisca y sojuzgarla. Y por lo que hace a Germania, no menos de un bienio difícil necesitó el mismo Tiberio en persona para devolverla a su primitiva organización de provincia.

Los partos, según su costumbre, corriéronse hacia Armenia y la ocuparon. Tras algunas escaramuzas en gracia de la buena suerte de Augusto y de la tranquilidad de los tiempos, se replegaron de Armenia, restituyendo a Tiberio las banderas tomadas en los desastres de Craso y de Antonio. Los escitas y los indos, porque nada faltase para la concordia del género humano, fueron recibidos en la amistad del César y del pueblo romano, que pidieron mediante una legación. Alcanzada una increíble paz en el orbe todo, en el mar y en la tierra, apagadas tantas teas de guerra como ardieron, cerróse por tercera vez aquella famosa puerta de Jano bifronte, que, como señal de guerras y de paz, Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo en el trono, había puesto en la parte postrera del Argileto. Atendiendo a todo esto el emperador, puesto que todos los negocios del Imperio transcurrían tranquilamente, mandó, por edicto, que ya no sólo en Roma, sino en todo el universo mundo, obediente al Imperio romano, se hiciese el censo, para que como en compendio y cifra se pudiese conocer su poderío demográfico. Mandó, asimismo, que cada uno fuese a inscribirse en la ciudad de su origen. Presidente de Siria éralo Cirino cuando José conducía a María, desposada consigo, avanzada en su preñez, y con todo, no tocada del marido, camino de Belén, ciudad de la tribu de Judá, distante dos millas de Jerusalén, pues ambos eran de aquella ciudad, puesto que eran de la progenie del rey David.

Ya habían llegado a aquel lugar; ya era llegada aquella sazón en que de consuno todos los oráculos de los profetas anunciaban el advenimiento del Mesías. Miqueas había profetizado esto: *Y tú, Belén de Efrata, eres la más chica entre las numerosas ciudades de Judá; de ti me saldrá quien será dominador de Israel, cuya salida es desde los principios de la eternidad.* Y era, por cierto, conveniente que Aquél, significado como segundo en la estirpe y en la gente de David, y David auténtico, puesto que el primero no había sido más que su avance y su figura, naciese en la misma ciudad que el primero. Ya se habían cumplido aquellas semanas de Daniel y el reino había ya pasado de Judá a Herodes, cuyo padre fué Ascalonita Antipater, y cuya madre, de Chipre, era arábica, lo cual, Jacob, en trance de morir, había anunciado que no se realizaría hasta la venida de Cristo. Erase, pues, ya la plenitud del tiempo de todos aquellos acontecimientos consignados por los profetas y por los santos patriarcas acerca del Mesías venidero, y que aquel Tobías, huérfano de ojos corporales, previó con la mucho más penetrante intuición de su mente. Conoció también el santo Simeón, que, aunque en su última edad, esperaba que en vida suya, que no ignoraba que iba ya a ser muy breve, vería el Ungido del Señor, al cual,

así que le vió en el templo, declaró que ninguna cosa ya debería retardar su muerte. Reinaba la paz, no ya en Roma solamente, sino en toda la Humanidad; paz tan profunda como nunca la hubo en el recuerdo de todos los siglos:

No había trompeta recta ni torcido cuerno; no había yelmos ni había espadas; en ocio estaba el soldado, y las gentes vivían en blanda quietud y en paz exenta de recelo.

Esto dice Ovidio Nasón en el libro I de sus *Metamorfosis*.

Realidad ésta futura para cuando Cristo viniese, según predijeron las Sibilas y los Profetas todos. Y en hecho de verdad, el reino de Cristo por ninguna otra cosa se hace notar sino por la paz, pues El es aquel pacífico rey Salomón, aquel Melquisedec, que es rey de paz; en cuyo reinado profetizó David que nacería una abundancia inagotable de justicia y de paz, pues El es Aquel *que traerá de nuevo los dorados siglos por quien primeramente cesará una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo,* según Virgilio vaticinó.

Nadie, por aquel tiempo, dudaba que el Mesías iba a nacer. Coincidían en un mismo punto y en un mismo lugar los oráculos de los profetas, cuando, sin aquel rompimiento de entrañas que suele ocasionar un increíble dolor a la mujer partera, inofensa la entereza de la materna virginidad, *Cristo Jesús, nuestra salud, nació para todo el mundo de la Virgen, que le había de amamantar, cuyo nombre fué María.* Hasta tal punto el mismo Dios engendrado desde la eternidad nació hombre en el tiempo, hijo de una madre humana. La luz misma siguió al Autor de la luz, y así como la de este cielo y de este mundo, quedaron desvanecidas las tinieblas de la mente humana con insólitas y admirables claridades. A este Creador de todas las cosas, envuelto en velos de carne humana, mejor será venerarle con callado y piadoso recogimiento, que no decir cuál y cuán grande sea con palabras achicadas como nuestras. Aquello podemos hacerlo; pero esto otro únicamente puede hacerlo Dios, que sólo conoce la Divinidad que está muy por encima del alcance de nuestro ingenio ruin.

FIN DE «DEL TIEMPO EN QUE NACIÓ CRISTO»

SACRO DIURNO
DEL
SUDOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(SACRUM DIURNUM DE SUDORE DOMINI NOSTRI IESUCHRISTI)

(1529)

MOTIVO DE ESTA OBRA

En 1529 se declaró en Brujas una epidemia que con anterioridad había hecho grandes estragos en otros países y señaladamente en Inglaterra. Esta enfermedad, considerada como muy contagiosa, fué mortífera hasta un grado sumo. Atacaba con frecuencia a las personas de posición acomodada, sin distinción de edad ni de sexo, y amén de otros síntomas, estaba caracterizada por unos sudores que no había medio de atajar y ocasionaba la muerte a las pocas horas.

Un facultativo de gran fama de la Universidad de Cambridge, John Kaye, médico mayor del rey de Inglaterra, Eduardo VI, es el primer escritor profesional que menciona esta enfermedad. Hace de ella un cuadro acabado, cuyos detalles había recogido asistiendo a la cabecera de los enfermos y moribundos. Se le da el nombre de *Ephemera britannica,* a causa de que no duraba más allá de un día. Otros autores también la han tratado y la denominan *Sudor anglicus, Ephemera anglica pestilens, Sweating Sickness, Morbus sudorificus, Ephemera sudatoria.* Los autores franceses le han dado el nombre de *Suette* En la variedad de estas denominaciones domina siempre la idea del síntoma principal, el sudor y la del previsto desenlace fatal que acompañaba esta dolencia, de triste recordación para la ciudad de Brujas.

A ruegos del preboste de San Donaciano, Juan Carondelet, con ocasión de esta epidemia, Luis Vives compuso y publicó el oficio titulado: *Sacro Diurno del Sudor de Jesucristo* y el *Sermón de nuestro sudor y del sudor de Cristo* (1).

---

(1) Imprimióse en Brujas, en las prensas de Huberto de Croock, el propio año 1529, en 8.°

EMILE VANDEN BUSSCHE: *Jean-Louis Vives.* Bruges, Imprimerie de Daveluy, Lithographe du Roi, 1871, páginas 31-32.

JUAN LUIS VIVES
VALENCIANO

A LA MUY ILUSTRE PRINCESA MARGARITA AUGUSTA, HIJA DEL CÉSAR MAXIMILIANO, ETC.: SALUD

Siendo así que en todas nuestras tribulaciones y en cualquier apremio y enfermedad debemos recurrir a la única medicina del linaje humano, a nuestro Salvador Cristo Jesús, parecióme lo más adecuado, en este tan repentino y horrible mal que invadió la casi totalidad de esa región que tú gobiernas, implorar el remedio del cielo. Si en esa suerte de epidemias pedimos la intervención y el socorro de quien alguna vez las sufrió en su persona, ¿a quién hemos de pedir defensa en ese nuestro actual sudor y aflicción, sino a aquel divino y eterno Médico que por nuestra causa padeció sudor de sangre? Yo querría que en adelante todos los años, piadosamente, rememorásemos y celebrásemos esta memoria, ora la honremos como remedio del mal que nos agobia (y que El, por su clemencia, aleje de nosotros), ora como antídoto porque el mal no nos invada, ora como hacimiento de gracias por haber salido de peligro. Y querría más aún: que en todas las tierras de tu jurisdicción impusieses su obligación. Yo escribí este *Diurno sacro del Sudor de Cristo*; añadí un Sermón; lo dediqué a tu Alteza, puesto que a ningún otro mortal afecta tanto la tribulación de este país como a ti, que lo gobiernas en nombre del emperador Carlos, hijo de tu hermano, que equivale a decir hijo tuyo. A los príncipes no se les puede ofrecer cosa pequeña o indigna de ellos si trata de Cristo, Príncipe de los príncipes. Y si ningún médico titubearía en ofrecerte el recurso natural de curar esa epidemia, ¿por qué he de tener reparos yo en indicarte esotra medicina del cielo, que, al menos, es tan eficaz como cualquiera otra natural? No creas tú que solamente se te confió el cuidado de los cuerpos, sino también la cura de las almas y de las costumbres. Si este sagrado oficio fuere de tu gusto, harás uso de él; si no te complaciere, tienes aquí a otros muy muchos que, en todo lo que les mandares, te servirán con harto mejor juicio que yo y con mayor erudición y piedad. Yo solamente te ofrezco el testimonio de mi afecto y mi deseo, que ojalá sea estímulo para otros. Ten salud.

Brujas, 10 de noviembre del año 1529.

SACRO DIURNO DEL SUDOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PRIMER NOCTURNO

A MAITINES

Invitatorio.

Admítenos, Cristo, en la participación de tus trabajos.

Salmo 94.

Venid, regocijémonos en el Señor...

HIMNO

(Del poeta español Aurelio Prudencio)

Cristo es aquel a quien con voz, con cuerda y con tímpano, el infulado Rey Sacerdote que por todos sus poros y hasta sus meollos absorbía la inspiración celeste, profetizaba que muy luego iba a mostrarse al mundo.

Nosotros cantamos también sus milagrosos hechos probados; testigo es el orbe todo, y ni la misma tierra niega que los vió; ni niega que Dios apareció para enseñar de cerca a los mortales.

Nacido del seno del Padre, antes del comienzo del mundo, Alfa y Omega es denominado. El es el principio y el fin de todo cuanto es, de todo cuanto fué y de todo cuanto habrá de ser en lo venidero.

El lo mandó y fueron creados; El lo dijo y fueron hechos la tierra, el cielo, el mar profundo, la trina máquina de las cosas y todo cuanto vive y vige bajo el alto globo del sol y de la luna.

Revistió la forma de un cuerpo caduco y de unos miembros ocasionados a la muerte, porque el linaje humano no pereciese por el pecado del primer padre, a quien el rompimiento del veto mortal sumergió en el tártaro profundo.

Gloria a Ti, Rey grande, que soportas trabajos como nosotros, con el Padre y el Espíritu Santo, por eternidad de siglos.

Antífona.

¿Qué trabajos son esos que te hacen sudar gotas de sangre?

Salmo 15.

Consérvame, Señor, porque esperé en Ti.

Antífona.

No os maraville este mi sudor de sangre, porque sostengo yo sólo los trabajos de todos los hombres.

Salmo 16.

Oye, Señor, mi justicia.

Antífona.

¿Quién es este que viene de Edom con las vestiduras tintas de rojo?

Salmo 17.

Amaréte, Señor, que eres mi fortaleza.

Versículo.

Y se hizo su sudor.

Responsorio.

Como de gotas de sangre que discurrieron hasta el suelo.

Bendición.

La sangre de Cristo, purísima, límpienos de nuestros vicios y delitos.

LECCION PRIMERA

Hermanos: Desechado todo sueño y toda torpeza pegadiza, con atención ágil, escuchad lo que vamos a decir acerca de la salud y de la vida común de todos, cuya meditación y recuerdo son tan saludables al espíritu de cada cual, como lo son el mantenimiento y la bebida para el sostén del cuerpo. El Unigénito Hijo de Dios y Señor del universo, luego de haber determinado, para la reconciliación con el Padre del humano linaje, constituirse en víctima humana, vistió el cuerpo de nuestra mortalidad con el fin de abolir en sí el pecado de los hombres mediante la semejanza de la carne de pecado; pero para puridad mayor de su naturaleza, quiso nacer de madre virgen, sin concurso de varón, pues no fuera ni lícito ni bienquisto que un hombre fuese padre de Aquel que tenía por padre a Dios, inmortal e invisible, santo y bendito por los siglos de los siglos.

Mas Tú, Señor, apiádate de nosotros.

Responsorio.

¡Oh fuerza del amor prodigiosa! Dios hacerse hombre y el hombre hacerse Dios, misterio que no alcanza la mente ni de los hombres ni de los ángeles.

Versículo.

Esto lo obró la unión del amor, dejando en salvo la sustancia de una y otra naturaleza.

Responsorio.

Misterio que no alcanza la mente ni de los hombres ni de los ángeles.

Bendición.

Los trabajos que Cristo asumió por nosotros haga que nos aprovechen el Padre que se los impuso.

LECCION II

Y así fué que el cuerpo de nuestro Redentor, tomado de la sangre de una virgen en la flor de su pureza y de su terneza, necesariamente tuvo que ser purísimo y ternísimo. Ello hacía que en él la mordedura del dolor, por más pequeña que fuese, le fuera sensible más que no se puede encarecer, infinitamente más que para esos vulgares cuerpos nuestros, corrompidos por el pecado, propensos por la densidad y grosería de la materia a una torpe insensibilidad y a la degeneración en una naturaleza más crasa. Este era el sacrificio indeciblemente grato al Padre: ver al Hijo que, por obedecerle, no rehusaba aspereza alguna, por cruda que fuese. Y precisamente esto acrecienta mi deuda para con Cristo, y manifiesta su amor para con todos nosotros, grande, inmenso, indecible. ¿Qué grandeza tuviera sufrir en su persona aquello que a los otros resulta tan insoportable, llevado sin ningún dolor? Nadie tiene caridad mayor que la de quien ofrece su vida por sus amigos. Y Tú expones tu vida por mí, ¡oh Cristo!, pero no como quien se desnuda de un vestido,

sino con tormentos increíbles. En esto consiste la reciedumbre del amor: en superar y vencer y derrotar todas las asperezas y atrocidades y absorberlas en sí como un fuego vigoroso absorbe las gotas de agua con que se le rocía.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Debió, para vencer, aceptar el dolor de grado. No granjean loa de fortaleza quienes más que el dolor sufrieron la insensibilidad de las heridas.

Versículo.

Sombras de heridas padecen más que heridas reales.

Responsorio.

Más que el dolor sufrieron la insensibilidad de las heridas.

Bendición.

Por tu tristeza, Cristo Rey, condúcenos a la bienaventuranza de tu reino.

LECCION III

Simultáneamente ofreces una eficaz ejemplaridad para las contingencias humanas, a fin de que a mí, hombrecillo raez y de condición ínfima, verdadera bestia de carga, no me pese de sufrir algo por mi Dios y Señor, siendo así que Tú, Hijo suyo y heredero suyo por naturaleza, inocente, inculpado, apuraste tantas penalidades por obedecer a tu Padre. A la terneza del cuerpo del Señor y a su tan delicada sensibilidad agregábase la previsión y conocimiento de lo futuro: veía la ignominia que se le iba a echar encima, la desnudez, los denuestos, la vapulación, los golpes, la cruz amarguísima y atrocísima. Esta presciencia de tal manera acuciaba el miedo de la carne que se contraía y rehuía y temía esas acerbidades tan desabridas de gustar. Su mente se esforzaba por levantar la carne descaecida, en obsequio de la recia voluntad paterna. Asistíale un ángel para consolarle en su aflicción y advertirle de la presencia de la divinidad; empero Cristo, que era hombre, y hombre sin culpa, sobrellevaba las penalidades que había contraído la culpa. Y de ahí prodújose tal consternación en su carne, que en la inminencia de la crisis resolvióse en un sudor tal que el cuerpo todo destiló como gotas de sangre que arroyaron el suelo. La magnitud del peligro que preveía y la delicadeza de su cuerpo descuajaban la trabazón robusta de su constitución.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Cuál debió de haber sido la deuda, con tal rigor demandada, que tuviera que pagarla el fiador con su sangre y con su vida.

Versículo.

Tranquilos están los deudores; el que salió fiador pena y suda.

Responsorio.

Tuvo que pagar el fiador con su sangre y con su vida.

SEGUNDO NOCTURNO

Antífona.

Quien suda en nuestra enfermedad eres Tú, no por convalecer, porque eres la misma salud, sino

porque convalezcamos nosotros, que estamos muy enfermos.

Salmo 38.

Dije: Guardaré mis caminos.

Antífona.

Tu sudor, que bajó a regar la tierra, dió muerte a la serpiente antigua, oculta entre la hierba.

Salmo 40.

Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre.

Antífona.

Este sudor es la nueva medicina y el remedio sempiterno de la enfermedad añeja.

Salmo 56.

¡Apiádate de mí, Dios, apiádate de mí!

Versículo.

La disciplina de nuestra paz encima de El.

Responsorio.

Y sus cárdenas llagas nos curaron.

Bendición.

Quien, con su sudor, sanó la dolencia humana, nos conserve siempre sanos e incólumes.

LECCION IV

¡Cuánta había de ser la crueldad del suplicio que su sola aprensión exprimiera sudor sanguíneo en Aquel que sabía que se le acercaba! Con todo, este sudor sanó la fiebre pestilentísima del humano linaje. Los médicos, en las enfermedades, llaman al sudor *crisis* que suena, examen de la salud, pues mediante él la Naturaleza da a conocer las fuerzas de que dispone contra el enemigo. ¿Qué otra cosa fué el sudor de Cristo sino la demostración de que nuestra enfermedad cejaba? Para perdición del linaje humano, ensañábase en él la vieja serpiente del Paraíso, confiada en su poderío y en su gran astucia; con ella entró en pelea nuestro León poderosísimo. «Ahora—dijo—se ventila la suerte del mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera.» La Naturaleza dió a entender que, ayudada con los recursos de la divinidad, tenía arrestos bastantes para rechazar el enemigo. Con este sudor quedó sano aquel gran enfermo que, en dolencia irremediable, yació postrado cinco mil años; sudor ajeno; sudor de quien jamás enfermó. Verdaderamente llevó El nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores. Levantóse, pues, el género humano, no ya solamente vigoroso y sano, sino también libre y suelto, aun cuando su dolencia no era otra cosa que un miserable cautiverio y una indigna y vilísima servidumbre.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Esto es, en hecho de verdad, hacer de pastor y rey: que uno solo ande solícito por todos; que uno solo lleve el trabajo de todos.

Versículo.

Bien está que el buen pastor dé su vida por sus ovejas.

Responsorio.

Que uno solo ande solícito por todos, que uno solo lleve el trabajo de todos.

Bendición.

Que por los dolores de Cristo consigamos la salud del alma y del cuerpo.

LECCION V

Léese que en el monte de las Olivas, con la muy sagrada savia de su cuerpo, regó el suelo poblado de aceitunos. ¡Oh hierbas, oh florecillas, oh arbustos, oh árboles, oh felicísimo suelo donde se derramó esta savia fecunda! ¿Qué produciréis? ¿Qué gérmenes serán los vuestros? No una rosa que de blanca se tornó purpúrea, tinta, en la fabulosa sangre de no sé qué héroe mitológico; no violetas ni jacintos inútiles, más codiciados por la celebridad del nombre que por su valor efectivo; sino salud, vida, eterna cosecha de hombres bienaventurados. ¿Dónde están aquellos santos que pedían ser rociados, que fuera regada su sequía con esa lluvia suavísima? ¿Dónde están aquellos nosotros aridecidos en el calor del mundo, ganosos de agua, condenados a perecer de sed? Venid a las aguas todos los sedientos, y los que no tenéis plata, recibid sin plata; bebed a placer para recuperar la vida que ya se os huía o que ya habíais perdido.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Debémoste a Ti, ¡oh Cristo!, la vida; debémoste la salud, el remedio, la doctrina, el ejemplo.

Versículo.

¿Cuándo o cómo podremos tributar acción de gracias a quien todo se lo debemos?

Responsorio.

El remedio, la doctrina, el ejemplo.

Bendición.

Dígnese el Médico eterno asistirnos en nuestras enfermedades y dolencias.

LECCION VI

Cesad ya de admirar las Aretusas, los Eurotas, los Alfeos, los Hebros (1), los Meandros y todas las fuentes y todos los ríos que invocan los poetas mundanales. ¿Por qué, míseros e infelices, corréis a la zaga de sombras y abandonáis el cuerpo de las cosas? Todos ellos juntos no aplacan vuestra sed y son insalubres para los enfermos. ¡Dichosos aquellos que estuvieran tendidos bajo esta lluvia que fertilizó la tierra y el cielo! El enfermo hubiera sanado de repente, el muerto hubiera vuelto a la vida, y a quien estuviera vivo no se allegara ni la muerte ni la enfermedad. Pero al menos acerquémonos ahora. Así que llegáremos allá, encontraremos húmedo y fresco aquel riego divino, aquel medicamento, aquella infalible panacea para todas las enfermedades. Tú eres, ¡oh Cristo!, Tú solo eres la vida de tu pueblo, Tú la salud; quien en Ti solo confía tiene todo cuanto se puede apetecer y desear. Sin Ti no hay cosa sabrosa,

(1) Hebro es el nombre del río de Tracia, conocido hoy con el de Maritza.

no hay cosa segura, no hay cosa saludable; fuera de Ti todo es noche y muerte sempiterna. Si alguno ha de ir camino, Tú eres el Camino; si alguno ha de acarrear ciencia, Tú eres la Verdad; si alguno ha de vivir, Tú eres la vida.

Más Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Debemos evitar con cuidado sumo que, deparándonos Cristo abundancia de todo, no parezca que nos faltamos a nosotros mismos.

Versículo.

Sanados, pues, practiquemos obras de sanos, no de enfermos.

Responsorio.

Que no parezca que nos faltamos a nosotros mismos.

TERCER NOCTURNO

Antífona.

Obedezcamos al Padre, tan amado. El nos librará, que es el único que puede.

Salmo 72.

Cuán bueno es Dios, ¡oh Israel!

Antífona.

Enjuga tu sudor, atleta victorioso, y coronado y triunfante, introdúcete en la patria.

Salmo 71.

¡Oh Dios!, da juicio al Rey.

Antífona.

Mi Padre trocará mi trabajo en reposo vuestro.

Salmo 88.

Cantaré las misericordias del Señor.

Versículo.

De la angustia y del juicio fué quitado.

Responsorio.

¿Quién contará su generación?

Bendición.

Quien venció al demonio y al mundo, sojuzgue bajo nuestros pies el reino de Satanás.

LECCIÓN DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

(*Lucas, 22*)

En aquel tiempo, salido Jesús iba, según costumbre, al monte de los Olivos; en seguimiento suyo fueron sus discípulos y, llegado al lugar, les dijo: «Orad, porque no entréis en tentación.» Y lo demás que se sigue.

HOMILIA SOBRE ESTA LECCION VII

En el seno del Padre están la gracia, la paz, la felicidad eterna sin eclipse ni vicisitud alguna. Afuera de El, están el pecado y la miseria. En el seno del Padre estaba el Hijo, cuando salió de El para venir a nosotros y traernos allá juntamente consigo. No podíamos entrar de otra manera; tenía que salir alguien de allí que nos abriese la puerta, cerrada con cerrojo. Pero de tal modo sale y desciende, que vuelve, según costumbre, al monte de la paterna alteza, a la excelsitud

de su Divinidad, en la cual Dios tiene su morada continua. Empero hecho hombre, en los días de la carne y de su aflicción se había apeado de aquella cumbre a la cual volvía de cuando en cuando, pues los discípulos vieron en el monte su gloria, gloria como de Unigénito del Padre todopoderoso. Síguenle los Apóstoles en esta ascensión hasta donde puede la humana flaqueza, porque nunca alcanzarán la bienaventuranza si no siguen al único guía de la bienaventuranza, que es Cristo. Y cuando ya parecían estar firmes en lo alto; es decir, en el monte abundoso y pingüe, sembrado de olivos, el Señor les amonesta que allá arriba se fortalezcan en la oración, no sea que la tentación les derribe. Significales con interés especial que hay que guardarse de las tentaciones, cuando El se ha de apartar de ellos algún tiempo.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Cuézome en el amor del linaje humano y mi sangre se licuó por la aproximación de antorchas ardentísimas.

Versículo.

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que en hallando a mi Amado le digáis que adolezco, peno y muero.

Responsorio.

Por la aproximación de antorchas ardentísimas.

Bendición.

Concédanos Dios que sólo su ira nos sea espantable.

LECCION VIII

Apartóse de los suyos el Señor, pero no lejos: lo que alcanza el tiro de una piedra. Esta piedra, ¿qué otra cosa es sino Cristo? De ella está escrito en el libro sagrado de los salmos: *La piedra que desecharon los edificadores, ésa ha sido puesta por cabeza del ángulo. Por el Señor ha sido hecho esto y es cosa de maravilla a nuestros ojos. Ese es el día que hizo el Señor.* Rechazada fué la piedra por quienes edificaban, pero no según Dios. Tanto tiempo dejó el Señor a los suyos, cuanto duró este lanzamiento de su muerte y de su sepultura; hasta que, por su propio poder, recobró el alma que espontáneamente había dejado por remediar nuestra flaqueza. A la distancia de ese tiro de piedra ora Aquel que en los días de su carne, ofreciendo preces y súplicas con potente voz y lágrimas eficaces a quien pudiera salvarle, fué oído por la gran reverencia que merecía. Pero, con todo, no ora para obligar ni para arrancar a la fuerza, sino que todo lo remite a la voluntad del Radre.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

Cristo propuso, a los que quisieran imitarle, un ejemplo; a los que le imitasen, un premio.

Versículo.

¡Oh bienaventuranza que se brinda a todos cuando en el ejemplo mismo de la imitación ya va incluído el premio del esfuerzo!

Responsorio.

A los que quisieran imitarle, un ejemplo; a los que le imitasen, un premio.

Bendición.

Háganos participantes de su victoria y de su gloria, el que a favor nuestro venció.

LECCION IX

Para que se viera que bajo abatimiento tan grande se ocultaba el reino del cielo, un paraninfo celestial asiste al Soledoso y al Desamparado. Un ángel del cielo baja para confortarle. Viene uno de aquellos que a miles de millares le sirven y diez veces cien mil están a su derecha. Son espíritus todos los servidores de su reino, pues fué derrocada la ciudad de los que no quisieron que reinara sobre ellos. Mas, a la Divinidad verdadera, estaba unido un hombre verdadero y en el hombre verdadero la carne era verdadera; no diferente de esa carne nuestra, carne de pecado, pero sin pecado, puesto que era expiación universal del pecado, mas no sin miedo, sin tristeza, sin los afectos de nuestra mortalidad. Esta carne, pues, al entender que el espantable suplicio no solamente no era quitado, pero ni siquiera diferido, estremecida de repentino y confuso pavor, no pudo retener en sí los humores vitales. Salieron afuera todos los que no pudieron mantenerse dentro del cuerpo y así manó el sanguíneo sudor. Este fué el comienzo de la gran batalla, en la cual luego al punto, con trueco maravilloso, de la debilidad se reveló el poder; de la humillación, la majestad; de la gran consternación, el glorioso vencimiento del enemigo antiguo, poderoso, cruel. Evitemos, hermanos, por lo menos mediante el pío recuerdo de beneficio tan grande, contraer la nota de ingratitud.

Mas Tú, Señor, etc.

Responsorio.

¡Oh naturaleza de la caridad merecedora de nuestras adoraciones, por la cual atrajiste a nosotros el Hijo de Dios y nos elevarás a El, sublimado ya sobre los cielos y sobre los ángeles!

Versículo.

Si somos ahora partícipes de la aflicción seremos también participoneros y consortes del reino de Cristo.

Responsorio.

Sublimado ya sobre los cielos y sobre los ángeles.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Responsorio.

Sublimado ya sobre los cielos y sobre los ángeles.

Versículo.

Este nos lavó con su sangre.

Responsorio.

Que nos hizo más blancos que la nieve.

LAUDES

Antífona.

Pisé yo solo el lagar y de las gentes no hay hombre conmigo.

Salmo 26.

El Señor es mi iluminación.

Antífona.

Lavé mi lecho cada una de las noches y regué mi estrado con mis lágrimas.

Salmo 6.

No me reprendas, Señor, en tu furor.

Antífona.

Salud nuestra en el tiempo de la tribulación.

Salmo 138.

Señor, Tú me probaste.

Antífona.

Con su sangre nos purificó y nos sanó.

Salmo.

Señor, oí tu voz y temí.

Antífona.

Alábente las criaturas todas restauradas por tu sangre.

Salmo 148.

Alabad al Señor los que sois de los cielos.

Capítula.

¿Quién es este que viene de Edom con las vestiduras teñidas de rojo? Este hermoso en su estola que camina en la muchedumbre de su fortaleza.

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

Ved ahí a Aquel a quien los vates anunciaban en los vetustos siglos, a quien prometían los libros verídicos de los profetas; presente está, el Prometido antiguamente; alábenle todas las criaturas.

El agua en las hidrias vertida se torna vino noble; anuncia el maestresala que es vino lo que del cántaro sacó; y quien preside la mesa saborea y pásmase del precioso vino tinto.

Yo mando—dice—que se queden limpios los miembros enfermos ulcerados y las entrañas podridas; y el mandamiento se cumple: la piel tumefacta queda lisa y quedan cerradas las heridas.

Tú con barro milagroso y con el néctar de tu sagrada boca unges los ojos sumidos en tinieblas perennes. Con esta medicina luego vuelve la luz a las cuencas asombradas. Gloria a Ti, Rey grande, que soportas nuestros trabajos, con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos.

Venid a Mí los cansados y sedientos.

En mi sudor hallaréis refrigerio y descanso.

Antífona.

¿Qué cosa hubiera más miserable que nosotros, si siempre nos hubiéramos revolcado en las añejas sordideces?

ORACIÓN

¡Oh Dios, en cuyo único Hijo sacratísimo la aprensión del suplicio inminente resolvióse en sudor de sangre, concédenos que por la participación de su cruz vengamos al consorcio de su gloria! Que contigo vive y reina, etc.

PRIMA

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

Reprendes al viento furioso porque con mal agoreras borrascas revuelve el mar de sus más hondas

profundidades y maltrata la nave vagarosa. El viento secunda sus óddenes y se tiende la ola bonancible.

Furtivamente toca una mujer la orla de su sagrada vestidura; muy luego se sigue la salud; la palidez abandona su semblante, y se detiene el arroyo que fluía sangre continua.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos, con el Padre y el Espíritu Santo, que reinas por todos los siglos.

Salmo 90.

La verdad te circundará con un escudo y no temerás los miedos de la noche.

Salmo 76.

Con mi voz clamé al Señor.

Salmo 3.

¿Por qué, Señor, se multiplicaron los que me atribulan?

Salmo 85.

Inclina, Señor, tu oído.

Capítula.

¡Horrible fuerza la de nuestro pecado! Quien con una sola palabra creó al hombre, ahora no le restaura sin sudor y ciertamente, sanguíneo.

E hízose su sudor.

Como de gotas de sangre que discurrió hasta la tierra.

ORACIÓN

Concédenos, Señor, que así como tu Hijo trabajó por el descanso de los hombres así también nosotros, por el beneficio de sus trabajos, descansemos de toda inquietud. Que contigo vive, etc.

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

En la misma flor de su verdura arrebatado por la muerte, vió Cristo a un mancebo a quien su madre, desolada, conducía a enterrar con supremo planto inconsolable. Levántate, le dijo; el mancebo se levanta y, puesto en pie, es restituído a su madre.

Manda a Lázaro que vuelva a la vida, devolviéndole el aliento cuando hacía ya cuatro días que no veía el sol, escondido en el sepulcro. En su pecho que hedía entra de nuevo el aura vital.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos, con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos.

Antífona.

Como muriéndonos y he aquí que vivimos.

Salmo 93.

Dios de las venganzas.

Salmo 100.

Misericordia.

Salmo 51.

¿Por qué te glorías en la malicia?

Capítula.

Manteneos en la disciplina; Dios se os ofrece como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no reprenda?

Yo a quienes amo, los reprendo y los castigo.

Enmiéndate, pues, y haz penitencia.

ORACIÓN

Haz, Señor, que comprendamos que somos merecidamente castigados por Ti y que seamos memoriosos siempre de tus castigos, para que sean el antídoto de nuestros vicios. Por el Señor, etc.

SEXTA

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

Caminaba sobre el mar tendido y huella la cresta de las olas; el agua profunda removida le da una senda pendiente y la onda no se hiende oprimida por sus pies sagrados.

Avezado a bramar entre cadenas en un antro mortal, un hombre, huérfano demente y acuciado de furores salvajes, sale de un brinco y, suplicante, se postra a sus plantas así que sintió la presencia de Cristo.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos, con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos.

Antífona.

Como castigados y no mortificados.

Salmo 14.

Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo?

Salmo 74.

Confesarémoste, Señor.

Salmo 19.

Oígate el Señor.

Capítula.

Por maestros tuvimos a los padres de nuestra carne y los reverenciábamos. ¿No obedeceremos mucho más al Padre de nuestras almas y viviremos?

Mientras somos juzgados, por el Señor somos reprendidos.

Porque no se nos condene con este mundo.

ORACIÓN

¡Oh Dios, cuyo enojo bien merecido tienen nuestras culpas, interpón a tu Hijo entre Tú y nosotros, a manera de escudo nuestro, en quien, aceptísimo como te es, el furor tuyo se mitigue. Por el mismo, etc.

A NONA

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

Lanzada la peste de mil formas de demonios lúbricos, se adueña de una piara sórdida y como rebaño enloquecido en las aguas negras se zambulle.

Trae uno de sus discípulos unas pocas provisiones; abastanza quedan hartos miles de comensales con no más de cinco panes y dos peces.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos, con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos.

Antífona.

Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré.

Salmo 118.

Bienaventurados los que no tie nen mancha.

Salmo 118.

Retribuye a tu siervo.

Salmo 118.

Ponme ley, Señor.

Capítula.

Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien cree en Mí, aun cuando hubiere muerto, vivirá.

No hay otro nombre sobre la tierra.

En quien sea menester salvarnos.

ORACIÓN

Concédenos, Señor, y haz que nosotros en toda contrariedad, con ánimo firme y confiado, nos acojamos a tu unigénito Hijo Jesucristo, que es la verdadera medicina de todas las enfermedades.

A VISPERAS

Salmo 109.

Dijo el Señor a mi Señor.

Salmo 103.

Bendice al Señor, ¡oh alma mía!

Salmo 117.

Confesad al Señor.

Salmo 107.

Preparado está mi corazón.

Salmo 131.

Acuérdate, Señor.

Antífona.

Todo lo lleva con la virtud de su palabra y obra la redención de los pecados.

Capítula.

El sudor que mana del cuerpo todo del Señor, ¿qué otra cosa simboliza sino los trabajos de la Iglesia, cuya cabeza es?

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

Tú eres nuestro alimento, Tú eres nuestro pan, Tú eres suavidad no fallecedera; no tiene hambre jamás quien sume tu manjar; no hinche el vacío de su vientre, sino que nutre su vitalidad.

Obturado el conducto del oído, impotente para captar los sonidos, al mandato de Cristo remueve el espesor de todo obstáculo, capaz ya de gozar de las voces, y sensible a cualesquiera susurros.

Ceja toda enfermedad, toda dolencia se aleja; habla la lengua que tuvo trabada una parálisis crónica, y ufano el paralítico por toda la ciudad pasea a hombros su camastro.

Y aun porque el propio infierno no careciese de salud, irrumpe, bondadoso, en el tártaro; la puerta rota cede, y arrancados los cerrojos cae el gozne indisoluble.

La puerta dócil para los que llegan, avara para los que vuelven, echado atrás el obstáculo y trocada la ley devuelve a los muertos y queda abierto al tránsito el quicial sombrío.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos.

Y el Señor puso en El
Las iniquidades de todos nosotros.

Antífona.

Máxima debió de ser la tristeza de Cristo, puesto que era de todo el linaje humano. *Magnificat.*

ORACIÓN

Rogámoste, Señor, Padre clementísimo, que la misma sangre de tu Hijo, que repelió todos los achaques del linaje humano, sea medicina de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

A COMPLETAS

Salmo 4.

Cuando yo invocaba.

Salmo 30.

En Ti, Señor, esperé.

Salmo 90.

El que habita en el socorro del Altísimo.

Salmo 133.

Y ahora, bendecid al Señor.

Antífona.

Todas las cosas que son de Cristo tienen fin, para que sus posesiones vayan al reino de todos los siglos.

Capítula.

Si fué conveniente que trabajado y sudado entrase Cristo en su gloria, no nos pese a nosotros de sufrir algún trabajo por la gloria ajena que nos será comunicada.

HIMNO

(*De Aurelio Prudencio*)

A un breve usufructo de la muerte se entregó el Caudillo de la salud para que se acostumbrasen a volver los muertos de antiguo sepultados, disueltas las ataduras de los pecados añejos.

Entonces los patriarcas y gran número de santos en pos del Creador que les precedía y tornaba al mundo, al tercero día, toman sus cuerpos de carne y salen de los sepulcros.

Allí vieras cómo pavesas áridas cuajaban en miembros vivos y cómo la sangre reasumida volvía a calentar el polvo frío, y huesos, nervios y meollos se cubrían otra vez de piel.

Luego, cuando hubo reparado la caída y devuelto a la vida el hombre, vencedor se remontó al arduo trono del Padre, llevando consigo al cielo la gloria ínclita de su pasión.

Gloria a Ti, gran Rey, que soportas nuestros trabajos con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos.

No son proporcionados los sufrimientos de esta vida
A la gloria venidera que será revelada en nosotros.

Antífona.

Siendo tanta la flaqueza de nuestra condición debemos buscar refugio en el Todopoderoso.

Cántico.

Y ahora, Señor, despides en paz a tu siervo.

ORACIÓN

¡Oh Dios, cuyo unigénito Hijo sudó en la noche, concédenos que su sudor de noche y de día nos defienda de enfermedades y nos purifique de delitos.

MISA

INTROITO

El sudor de Cristo, Redentor nuestro, ocasionado por los trabajos de su pueblo, reporta quietud y salud a todos cuantos toca.

Si el Señor no custodiare la ciudad, vigila en vano quien la guarda.

Gloria, etc. *Kirie eleison. Christe eleison.*

ORACIÓN

Con larga mano concédenos, Padre clementísimo, cuyo Hijo unigénito por la salud de los hombres sudó gotas de sangre, que su sudor nos sea remedio para todas las enfermedades del alma y del cuerpo que nos agobian, y antídoto para las que puedan sobrevenir.

EPISTOLA

(*Isaías, cap. 63*)

¿Quién es este que viene de Edom y de Bosra con las vestiduras teñidas de rojo? Este hermoso en su estola y que camina en la muchedumbre de su fortaleza. Yo soy el que hablo justicia y el que pelea para salvar. ¿Por qué, pues, es rojo tu vestido y tus ropas como de los que pisan en un lagar? El lagar pisé yo solo y de las naciones no hay varón alguno conmigo; los pisé en mi furor y los rehollé en mi ira y se salpicaron con mi sangre mis vestidos y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón y el año de mi redención es venido. Miré a mi alrededor y no había quien me auxiliase; busqué y no hubo quien me ayudase y mi brazo me salvó y mi indignación fué mi auxilio. Y rehollé a los pueblos en mi furor y los embriagué de mi enojo, y derribé en tierra todos sus bríos. Me acordaré de las piedades del Señor, alabanza suya por todas las cosas que nos ha dado y por la muchedumbre de sus beneficios a la casa de Israel, que les he hecho según su clemencia y según la abundancia de sus misericordias.

Responsorio.

Si Cristo sudó El solo por todos nosotros, acojámonos a El porque no tengamos que sudar, puesto que El soportó todas nuestras penalidades.

Versículo.

Hostia expiatoria por todo el pueblo, inmolación del sacrificio universal, árbitro de la paz, terminador de la guerra, autor de la vida.

Responsorio.

Reconozcamos al menos tamaño beneficio y esforcémonos por presentarnos en disposición de recibirle.

EVANGELIO

(*San Lucas, 22*)

Salió Jesús y se fué, según costumbre, al monte de los Olivos. Siguiéronle sus discípulos. Y llegado

que fué al lugar, les dijo: Orad para que no caigáis en tentación. Y se apartó de ellos como la distancia de un tiro de piedra, e hincadas las rodillas oraba diciendo: Padre, si es de tu agrado aleja de mí este cáliz; pero, a pesar de todo, no se haga mi voluntad sino la tuya. Y apareció un ángel del cielo, confortándole. Y reducido a agonía, más intensamente oraba. Y vínole un sudor como de gotas de sangre que arroyaba el suelo. Y levantándose de la oración y viniendo a sus discípulos hallóles dormidos por causa de la tristeza. Y díceles: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad para no caer en tentación.

Credo.

OFERTORIO

Acepta, ¡oh Cristo!, nuestras almas y nuestros cuerpos que te ofrecemos, y dado que de suyo no son dignos de Ti, Tú hazlos dignos por tu sangre.

SECRETA

Vivifica, Señor, tu pueblo y asegúrale de las aflicciones que merece y la luz de tu gracia convierta sus almas a Ti, porque no serán los muertos quienes te alabarán, Señor, ni todos los que bajan al infierno, sino que vivificados nosotros por Ti y viviendo por su salud te loamos a Ti y a tu Hijo unigénito con el Espíritu Santo, un solo Dios que vive y reina por todos los siglos de los siglos.

PREFACIO

Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable que nosotros en todo tiempo y en todo lugar te hagamos gracias, Señor santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno. Que por nosotros entregaste a tu unigénito Hijo, y habiendo acumulado en El todas nuestras dolencias y penalidades sudó gotas de sangre en la crisis de su agonía. Y con todo, El no rehusó, por amor nuestro, tamaño suplicio, cuyo solo comienzo y aprensión tales sudores exprimía.

Por El alaban tu majestad los ángeles, etc.

POSTCOMUNION

Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste tomado.

ORACIÓN

Concédenos, Padre todopoderoso que quienes por el sudor de tu unigénito Hijo fuimos recreados, por su muerte vivamos contigo por toda la eternidad.

SERMON SOBRE EL SUDOR NUESTRO Y DE CRISTO

La homilía que voy a pronunciar debe avivar vuestro seso por lo menos tanto como el aviso de que se trata aquí de la salud y de la vida de cada uno de nosotros. Trataré en ella no ya de esta vida, fallecedera muy en breve (con la cual no obstante nos abrazamos tan estrechamente y a la cual amamos con sumo ardor y con un amor único por manera que ninguna otra cosa nos parece más de temer que la más ligera mención que se haga de la posibilidad de perderla), y no será, no, de esa vida efímera que hablaremos. Ya sabéis el motivo por qué ha sido compuesto este *Sacro diurno* y qué ha sido lo que nos ha congregado aquí para celebrar la memoria de Cristo bañado en sudor. Pero os conviene levantar más arriba los ojos; también hemos de tratar de la vida de esa vida y de la salud eterna de esa salud temporal. ¿Qué son las riquezas sin realidad? Una cosa que por su propia ruindád no halla nombre. ¿Qué es el cuerpo sin el alma; es decir, sin su vida? Yerto cadáver, una cosa no sólo abyecta y despreciable, sino también ceniza nauseabunda. ¿Y qué es, en definitiva, el alma sin la sabiduría, sin la virtud? Un monstruo tal que si pudiéramos verle con los ojos corporales, ahuyentaría a los que le mirasen no de otra manera que el basilisco o cualquier otro de aquellos fabulosos venenos del Africa.

Esta alma, depravada y corrompida por el pecado, arrastra consigo a la corrupción al cuerpo sin conjunción de sociedad, sin derecho de posesión, sin naturaleza de derivación. Del alma refluyen en el cuerpo el sentido y la vida; e inmediatamente en su propio domicilio, en la carne que le está sujeta, siente la ley que se dió a sí misma contra Dios, que es quien la gobierna; de modo que así como el alma se demuestra poco dócil a Dios, así también la carne se pone en pugna con el alma, desprecia sus consejos, no hace cuenta de sus mandatos, rechaza su dominio, hace desprecio y mofa de sus clamores. Por ese camino, el hombre todo tórnase como un caballo perezoso y torpe; caballo, dije, y debí decir asno tardísimo y perezosísimo que no oye más aviso que el de las espuelas, de la fusta, del látigo para que cumpla con su deber. El gobernador de ese mundo y el Príncipe universal, que tiene la más viva providencia y el cuidado de aquellos a quienes El, de su propia lumbre, dispensó la lumbre de la razón, con maravilloso artificio o, mejor, con indulgencia de verdadero padre, por varios modos nos avisa y estimula cuando cejamos en el cumplimiento de nuestra obligación; y punge con especialidad aquellas partes que nos apartan del afán de las cosas eternas, pues, como nos lo demostró la parábola evangélica, a los unos les apartó del regio banquete; es decir, de la felicidad celestial, la finca recién comprada; a otros, la yunta nueva; a otros, quier la boda propia, quier la boda ajena.

¿Cómo pudiera retratar más al vivo nuestros vanos cuidados? Los hay que con el ansia de acrecentar

su hacienda no hallan tiempo para ocuparse de las cosas del cielo; los hay a quienes el cuidado del amigo, de la esposa, del hijo, del pariente, de la salud de su propio cuerpo les distrae de poner atención en el fin a que el hombre está destinado.

Jamás piensan ni lo que ellos son, ni lo que es esta vida, ni adónde han de ir a parar en último término; déjanse llevar en desbocada carrera, ignorando adónde se ha de ir o por qué camino, apenas acordándose de sí cuando ya llegan al alcance de la meta. Esto es aquello único que dice haber hallado el varón sabio, a saber, que Dios creó al hombre recto y él se implicó en innúmeras cuestiones. *¿Qué tengo yo en el cielo*, exclama el salmista, *y fuera de Ti, qué quise yo sobre la tierra?* San Agustín explica de esta manera el sentido de ese versículo: *Maravíllase el santo Rey de la necedad y de la vesania de aquellos hombres que con tales bagatelas y con tan fútiles estorbos se dejan prender sobre la tierra, cuando Dios en el cielo les tiene tamaños bienes preparados*. No de otra manera, pues, que un padre cuerdo rompe los bastones, esparce las nueces y los dados, echa las pelotas y los otros chismes a su hijo, víctima de una descomedida afición al juego, porque aquella su huera ocupación y afán estéril no le aparten de otros cuidados más útiles, así también Dios ora amengua, ora suprime radicalmente esos juegos nuestros de las fortunas, de los parentescos, de la sangre, del cuerpo, no menos vanos ni ineptos que aquellos juegos pueriles, pero más nocivos y malvados, para reducirnos por ese camino a aquello que es lo único necesario, cercenando toda suerte de superfluidades.

Una sola cosa es necesaria, dice Nuestro Señor Jesucristo; la que María Magdalena había tomado para sí; la de sentarse junto a los pies de Jesús y penetrarse de su palabra divina; aquella palabra que estabilizó el cielo y la tierra; aquella palabra que muchos reyes y profetas desearon oír y no la oyeron; aquella palabra que quien la oye de buena fe y una sola vez, exclama luego: «¿Adónde me iré lejos de ti? Palabras tienes de vida eterna.» Prendado queda, no por las sirenas, para que le engañen, sino por el mayor bien de los bienes, para que le haga feliz. Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, Padre, y a Aquel a quien enviaste, Jesucristo. ¿De qué otras cosas tenemos necesidad? Superfluas son todas aquellas cosas que turbaban a Marta, cuidadosa y ansiosa del cotidiano alimento y servicio congruente, a la cual si por esa causa deja de oír la palabra y en otros menesteres se distrae y abandona su puesto de vigilancia, se la avisa de su culpa con recias palabras de reprensión. No nos es preciso revolver los monumentos escritos que narran las gestas antiguas, ni pedir a los ancianos qué se hizo en sus buenos tiempos, o los que recuerda la memoria de sus abuelos. Evoquemos las cosas de nuestros días, los propios recuerdos nuestros. En ellos tendremos que registrar muy muchos azotes de Dios, muy atroces todos ellos y que a nuestros padres parecieron inauditos y maravillosos. ¿En qué momento, durante los treinta años últimos, Europa cesó en sus guerras? ¿Qué linaje de bellaquería, de inhumanidad, de crueldad se dejó de aplicar? Con mansedumbre mayor luchara un hombre con una fiera, que con otro hombre, que, ciertamente, es hermano suyo, puesto

que a todos nos hace hermanos nuestro Padre común Jesucristo, que por méritos de su sangre renovó la humana criatura.

Nuestra edad ha visto los últimos ejemplos de crueldad: incendios de ciudades, devastaciones de campos, asolamiento de regiones, envenenamiento de fuentes, niños asados, mujeres con los pechos cortados, hombres torturados con el mayor de los desalmamientos para que sacasen un dinero que muchas veces no tenían; la desaparición del pudor, lo que es peor, su irrisión, el sacrílego menosprecio de las cosas sagradas, del sexo, de la edad, de la salud; todas las cosas vejadas en la promiscuidad, amontonadas, robadas, violadas, heridas y (lo que excede toda indignidad) llevado a cabo todo ello por gentes que mientras perpetraban tales desmanes, invocaban a Cristo y oían cómo le imploraban también aquellos que tales desafueros parecían. Aquella pestilencia turca, con la discordia de los príncipes cristianos por perseguir cada uno sus particulares conveniencias, cebándose paulatinamente en las entrañas del orbe cristiano, con cuánta parte se quedó, arrancándola de nosotros. A tan fieros males, las hambres se sumaron, hasta el punto que, ¡cosa horrible de oír!, los hombres caían en la calle muertos de inanición y entregaban el alma implorando un bocado de pan y no había quien con medio pan pudiese o quisiese salvar una vida humana. Y, luego, para colmo, ciudades enteras fueron igualadas con el suelo por un terremoto, y porque nadie estuviese exento de peligro, por la faz de la espaciosa Europa propagáronse las enfermedades; no aquellas antiguas y conocidas fiebres, pleuresías, infecciones, epidemias, anginas y otras dolencias ya conocidas de los médicos por su propagación, sino otras nuevas, insólitas, asquerosas, abominables.

En primer lugar, el mal de la India, que unas naciones echan a las otras con el nombre que le ponen; pero, ¿qué importa si con ello no echan ni alejan de sí la triste realidad? El enojo de Dios ha hecho que ya no sea privativo de ningún pueblo, sino que es común de todos. ¡Qué fea enfermedad! ¡Qué contagiosa! ¡Cuánto asco, molestia y peligro! ¡Qué infinita difusión! ¿Cuándo se oyó decir que los hombres muriesen de tos? Pues, sí, murieron de ello muchos hará cosa de veinte años en Francia, donde yo estaba entonces. ¿Qué prescripciones, qué obras de médicos no recomendaron en aquellas circunstancias el sudor como la cosa más saludable? ¿Qué noticia alegraba más a los que cuidaban de los enfermos sino que les dijesen que sudaban? ¿Qué síntoma de mejor agüero? Pues bien: en nuestros días, la medicina trocóse en veneno; la salud, en calamidad; la vida, en muerte. Nada más triste, nada más de temer, como que sudase la persona a quien queríamos. Harto sé que Nuestro Señor ejercitó a su Iglesia, cuando ella era mejor y El la quería entrañablemente: la arrojó a la sevicia y a la brutalidad de los príncipes, que la persiguieron con hierro, con fuego, con bestias feroces, con suplicios y tormentos de un linaje nuevo y exquisito. Pero todo esto, entonces, acaecía de manera que más que castigar parecía que Dios dispensaba blanduras y regalos.

Ejercitábase la paciencia de los Santos, corroborábase su fe, aumentábase la confianza en Dios; de hora en hora, de instante en instante,

aquellos pacientes hacíanse más aceptos y más queridos de Dios; corrían desalados a la muerte, corrían gozosos como al más breve paso para la eterna bienaventuranza. ¡Felices ellos, *magnánimos héroes, nacidos en años mejores,* como dice no sé qué poeta del siglo. Ellos eran castigados como hijos por su padre; nosotros somos afligidos como malos servidores por el Señor, tantas veces por nosotros ofendido y enojado. Ellos, como empeñados en una pugna nobilísima, constituían un espectáculo de los ángeles y de los hombres, como dijo San Pablo gráficamente. Nosotros, en cambio, como en una vil y sordidísima tahona andamos moliendo y se nos castiga, haciéndonos de cada día peores y más malos. No nos persigue el tirano enemigo de Cristo, por amor de Cristo; felices seríamos entonces, si así fuese, como en su Evangelio prometió el mismo Cristo; sino que es el cielo, son los elementos todos, son todas las criaturas que nos apremian y nos agobian, irritadas contra los hijos díscolos, contra los esclavos bellacos, contra los vasallos rebeldes, colmados de tantos beneficios y desconocidos a tantos beneficios. En aquellos santos mártires la lucha aguzaba su resistencia y acuciaba su fervor; el fuego acendraba el oro puro. A nosotros, en cambio, las calamidades nos endurecen y ponen callos en nuestro hábito de pecar, por no sentir el azote y perder el fruto de la reprensión divina.

El linaje humano se hace de cada más mísero y peor. ¡Pluguiera al Cielo, hermanos, que nosotros hubiéramos nacido en aquellos tiempos o que estos tiempos nuestros se trocasen en aquellos tiempos! No es que yo desee a la Iglesia una persecución, para lo cual sé que tan pocos hay que tengan la firmeza suficiente, sino que hablo expresando un deseo mío y de algunos otros; pluguiera al Cielo, repito, que esto que digo nos acaeciese! Yo, por mi parte, más quisiera a esa vida que, de buena o mala gana, debo a la Naturaleza, que la Naturaleza a todas horas, armada y amenazante con tantas contingencias azarosas, con tantos peligros, con tantos dolores, me reclama devolverla más a Cristo que a la Naturaleza. ¡Feliz muerte aquella—exclama un orador elocuentísimo—que, siendo debida a la Naturaleza, con acuerdo mejor se devuelve a la patria! ¿Qué otra patria es la nuestra sino el cielo? Y nuestro Caudillo, nuestra libertad, nuestra bienaventuranza, ¿ quién es sino Jesucristo y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo? No me harán feliz ni César, ni Pompeyo, cónsul de Roma; no Temístocles, no Alcibíades, arconte de Atenas; no la misma Atenas ni la ciudad de Roma, en las cuales la mayor parte eran malos y por ende esclavos misérrimos, sino el cielo y la inmortalidad y Dios, manantial de todos los bienes. Vino a nosotros su Hijo; le vimos y vimos su Divina Majestad, no sólo perdonando los pecados, es, a saber, curando las almas, sino también dando remedios activísimos para todo linaje de enfermedades. Ninguna necesidad tiene de drogas ni de emplastos ni de dieta ni de cauterios ni de cirugía, sino de la sola palabra de su boca. Con aquella misma palabra con que había creado al hombre, le iba asimismo restaurando.

Vímosle, no ya restableciendo la salud arruinada y derrotada, sino restituyendo a su entereza y a la vida a un muerto, ya llorado, ya sepultado, ya cebo de gusanos, ya dado a las tinieblas y al olvido: ¿pa-

ra qué queremos otro médico? ¿Qué otros remedios, especialmente en aquellas enfermedades con que El quiere que sepamos que está enojado con nosotros y que nuestras costumbres le desplacen en grado sumo? En ese género de enfermedades ninguna pro nos hace alejarnos de El; refugiarnos en El, eso sí que nos aprovecha. ¡Negros y funestos días aquellos en que los hombres de más ánimo y corazón, dejando en el abandono sus casas y sus familias, emprendían la fuga y no sabían por dónde ni adónde habían de huir! Huían no más que los hombres, de muchos de los cuales yo sé que no hubieran titubeado en entrar en la más reñida y peligrosa batalla; aquellos hombres que muy cerca de sí habían contemplado los estragos y muertes causados por una enfermedad pestilencial; que ellos mismos habían padecido el contagio; que en la Bretaña habían sudado tres veces. ¿Qué significaba, pues, aquel fenómeno? Voy a decirlo: en la guerra, tiemblan los hombres; en las otras calamidades, tiembla la Naturaleza. Aquel terror no era humano, no era natural, era divino. Dios, enojado de tanta contumacia en el delito, no sólo con su indignación embotaba todos los sentidos corporales, sino que también debilitaba y derribaba al suelo los espíritus de temple más vigoroso. ¡Qué miedo! ¡Qué correrías! ¡Qué ansiedad! ¡Qué tinieblas! ¡Qué noche en derredor de los ojos, de las almas, de las mentes! Hasta un punto, que nadie en mejor ocasión hubiera verificado la verdad de lo que dijo cierto estudioso de los secretos de la Naturaleza, a saber: que en ningún animal el pavor produce mayor confusión que en el hombre. El miedo que los aterrorizaba era aquel miedo incontrastable que quita el aliento a los príncipes. Fuga, dondequiera; pero ¿de qué servían si en realidad no eran fugas? No hacían más que llevarse a hombros a sí mismos, de quienes hubieran debido huir, escapándose del mismo refugio. Evitaban las ciudades y las aglomeraciones urbanas; escondíanse en los campos, en las soledades, en los parajes desiertos; pero desiertos, soledades y campos eran tan poblados para Dios que les iba a los alcances como las plazas y los templos y las ciudades más populosas. *¿Adónde me iré de tu espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos allí estás Tú; si descendiere al infierno, allí estás presente. Si tomare mis alas al alba y habitare en lo postrero del mar, aun allí me conducirá tu mano y aun allí tu diestra me tendrá asido. Y dije: «Acaso las tinieblas me ocultarán; mas aun la noche me servirá de lámpara.»*

Cuando Dios nos castiga, cuando nos azota, no nos rechaza de sí, sino que nos llama a sí. ¿Por qué, pues, nos esquivamos puesto que nos llama? ¿Por qué le tememos, cuando nos invita? Cuando se irrita, es porque no confiemos en las fuerzas humanas ni aun en las de la Naturaleza toda, sino en su infinita bondad y en su clemencia de padre. Decidme: ¿quién hay que pueda librarnos de su mano? ¿Quién puede resistir a su voluntad? No los cielos, no los elementos, no los ángeles, no la conspiración del universo mundo, que, creado por su albedrío y voluntad, dura por su misma voluntad, y si El no quiere, no duraría ni un minuto más.

A pesar de todo, hay algunos que dicen que hay que huir de la ira de Dios. Yo convengo en ello y reconozco que así se ha de hacer, y lo aviso y lo exhorto con el interés más en-

carecido, siempre que se entienda razonablemente en qué consiste huir de la ira de Dios y cómo debe huirse de ella. Que nadie piense que va a sustraerse a la ira divina como se sustrae a la humana. El hombre, aun cuando esté constituído en autoridad, poderoso a sus propios ojos y envanecido con títulos de adulación, aun cuando esté irritado, no dará con nosotros si nos escondemos en alguna soledad o en la maraña de algún soto, y si pasamos a reino o jurisdicción ajena no nos capturará, y si nos acoge quien tiene autoridad mayor o iguales a la suya, no se atreverá o no podrá con nosotros. Mas para Dios, este universo mundo, el que veis y el que no veis, es una pequeñísima porción de su reino y de su poderío infinito. *El cielo y la tierra yo los lleno,* dice el Señor. Pensad la manera como incurristeis en su indignación y fácil os será colegir cómo podréis salir de ella. Vuestras culpas y pecados os hicieron enemigos suyos; las virtudes os harán amigos. La violación del divino mandamiento te paró hijo de ira; la observancia de su mandamiento te reconcilia con su Padre: *Vosotros sois mis amigos*—dice Cristo—*si practicareis lo que yo os mando.*

De esta manera, por medio de la piedad, se huye de la ira de Dios, que por medio de la impiedad hemos hostigado. Este es el único camino por donde podemos desviarnos de su ira, es la escapatoria única, a saber: mostrándonos dóciles a sus avisos más que a sus mandamientos. No van a garantizarnos contra su ira ni los parajes, ni las drogas, ni las medicinas, ni los contravenenos, ni aun la Naturaleza toda, tan grande como es, sino la gracia y la paz que conservamos si somos hijos suyos obedientes, imitadores de su Hijo natural, que se hizo obediente a su Padre hasta la muerte, y que perderemos si preferimos criatura alguna a su voluntad. ¿No está, por ventura, puesto en razón que cada uno de nosotros implore y espere el auxilio de aquella cosa que cree ser más excelente? Si para alguno ninguna cosa de la vida vale más que Dios, confíe en Dios, pida y ruegue a Dios que le asista, y, sin duda, le asistirá. Mas si, por el contrario, antepuso a Dios el dinero, o una honra hueca, o una pasión personal, o un hijo propio, espere la salud de esas criaturas que él cree preferibles y más antiguas que Dios. Causa maravilla que el linaje humano, que para todo lo bueno se vuelve de día en día más perezoso e inerte, realice tantos progresos en el mal. Echadas están y ruedan por el suelo todas las artes buenas, todas las buenas disciplinas que serían de provecho para los ingenios y para la sabiduría. Más incultas y en barbecho están hoy en día que en el momento en que fueron inventadas. Y con tus mismos ojos puedes ver cómo, según dice el poeta, *van de mal en peor y volviéndose arredro de día en día.*

Todas las malas artes que los hombres excogitaron para su mutua destrucción se aumentan, se perfeccionan, están en pleno rendimiento. Hállanse siempre maestros de ella; siempre unos discípulos suceden a otros, o, por mejor decir, nacen a porfía con mayores adelantamientos. La ciencia y la piedad, abandonadas con desdén, si no fuesen mantenidas por el esfuerzo y la actividad de unos pocos, andarían ya por los suelos. Tiempo ha que no apareció ningún linaje inédito de virtudes, pero sí se manifiestan cada día nuevos géneros de vicios, de crímenes, de maldades, cuando ya creía-

mos que se había llegado a la meta y que no había lugar ya para una nueva invención. ¿Cuántos siglos hay que nuestros mayores se quejaban de haber llegado al vértice de la criminalidad? Pues bien: el siglo pasado demostró que ni siquiera habíamos subido a la mitad, cuando ya los antepasados decían estar en la cumbre. No obstante, esa contemporaneidad nuestra les demostró que sus quejas fueron precoces en exceso. Apenas habían nacido los vicios cuando ellos los deploraban como llegados ya a su total despliegue. Todos los días nos vemos forzados a ver manifestaciones nuevas de vicios, de improbidades, de maldades, con muy amargo duelo de los buenos. Síguense, royéndolos los calcañares, linajes de plagas desconocidas, enfermedades, digo, que se arrojaron sobre el género humano por los pecados humanos, tan variados como variadas las especies de delitos; la novedad de éstos engendra la novedad de aquéllos, la abundancia, la abundancia; la atrocidad, la atrocidad, por manera que no hay demostración más cierta o evidente de los delitos que la salud de tantas gentes tan afectada por tantas enfermedades.

Hagamos silencio por ahora sobre la peste, el hambre, los temblores de tierra, las guerras. Así como la insaciable lujuria halla su castigo en el mal de la India, así me parece que con ese sudor mortal están vengados dos linajes de vicios, nuevos, desaforados, insaciables, infinitos, a saber: la intemperancia de la gula y la avaricia. Es maravilloso cómo estos dos males, tan diferentes el uno del otro, y estoy por decir que contrarios y antagónicos, en ese tiempo nuestro se dieron un abrazo de reconciliación. Dios creó a todos los animales irracionales con la cabeza vuelta hacia la tierra, humillados a la exclusiva servidumbre de su vientre y de su cuerpo. En cambio, levantó al hombre a la contemplación del cielo, al cuidado de su alma, a la inteligencia de la divinidad, al anhelo de la vida imperecedera. ¿Y cómo es, y hasta qué punto es contrario a la Naturaleza, que mientras los brutos animales, nacidos y dispuestos para el pasto, conténtanse con aquellos alimentos obvios y preparados por la Naturaleza, y con aquella bebida que vemos que dondequiera se ofrece espontánea y fácil, que sólo el hombre, con desdén de los dones saludables de la Naturaleza, o, mejor, de Dios, demande de lo postrero de las tierras y de la última orilla del mar, recursos que no sacian el paladar lánguido y estragado, sino que le irriten, que le pellizquen y le hostiguen y no que le fortalezcan y dé a entender prácticamente que nació con mayor sujeción a la esclavitud del cuerpo que los mismos irracionales, que, como dice el historiador Salustio, *la naturaleza formó inclinados y obedientes al vientre?* No basta que todas cuantas aves vuelan por el cielo, ni cuanto cuadrúpedo domesticado o montés hay en la tierra haya venido a dar en nuestros platos para comida nuestra, si ya no se presentan a nuestra mesa aliñados con variados y, desde luego, nuevos condimentos y con aparato desacostumbrado. El peligro no guarda a los peces; ni tampoco sus crías en lo más remoto del Océano; la fatiga de la caza no defiende las aves; ni la ligereza de sus pies a las liebres; ni sus colmillos defienden a los jabalíes; ni sus astas a los ciervos; ni a las serpientes la ponzoña, todo lo escudriñó la insaciable glotonería humana. Y no contentándose con haber hartado su antojo o la codicia

de sus ojos, buscó hierbas dondequiera y aun del Nuevo Mundo, fuera de los caminos del sol y del cielo y de allí acarreó la pimienta, la canela, la ginebra, el grano del paraíso para sazonar sus manjares. ¿Qué no harían si esos ingredientes fuesen, o baratos, o saludables, en especial como nosotros los tomamos?

¿Qué significa tanta diversidad y contrariedad de viandas, por manera que no comemos por necesidad o placer, sino por puro alarde? Míseros de nosotros, esos alimentos, con sólo verlos, nos satisfacen. Menos se come de uno de estos muchos platos que de uno solo, y se vive con mejor salud con solo uno. No dicen otra cosa los libros de los médicos, sino que la variedad de las comidas es una peste para el hombre, y peste mayor aún la de los condimentos. ¿Qué tienen que hacer en nuestro cuerpo tantas sustancias pimentadas? No cocerán la comida, sino que irritarán el hígado y los pulmones. Y, por lo demás, ¿qué decir de la bebida? Yo estoy persuadido que el agua es salubérrima, bien tomada de su puro manantial o de su depósito bien acondicionado, y que si basta a la bestia, basta también al hombre, que debe tener menos cuidado de su cuerpo. ¿Qué mejor que el agua para refrescar aquellos ardores provocados por manjares irritantes y para aligerar la acumulación de tantas cosas variadas como nos echamos en el estómago? Fuera de nosotros ese furor, y aun el vino, aguado y módico que San Pablo concede a Timoteo por la debilidad de su estómago y de su precaria salud. Nada de eso, sino que se añade fuego al fuego, y la llama se atiza con otra llama. Primeramente, el vino archigeneroso y demasiado fuerte, traído de Creta, de Quíos o de Andalucía, que encendería la misma nieve. Luego vienen los vinos franceses o alemanes que, puesto que son más flacos y créese que tienen menos grados, vícianse con miel, con cal, con azufre, con alumbre y otras cosas repugnantes de decir, para que parezcan más valientes; es decir, para que más pronto se suban a la cabeza y no apaguen la sed, sino que la exasperen, como si, cuando padeces de hidropesía, la sed no se irritase más con la bebida. Doy de lado aquellas cosas que por embriaguez se meten en las copas: queso recién cuajado, leche, frutas, carne trinchada, pececillos, como para demostrar que por nada se afanan tanto como para acabar miserablemente.

Pero hay comarcas donde las vides no prosperan; allí inventaron la cerveza; pero la que fabrican con agua de la laguna y con el agua sucia de toda la ciudad, en la cual desembocan muchísimas cloacas y aun las aguas residuales de la aduana, pruébanla ellos primeramente, la cual si fluye y es pasablemente clara, hacen lo que dicen que hacen los caballos que no acostumbran beber del agua corriente si antes no la han enturbiado con los pies. Así también éstos, artificialmente, engrasan lo que corre y vician lo que es puro con fiemo, con orines y otras cosas inmundas que no se pueden nombrar sin perdón previo. Añaden aquellos ingredientes que hacen a la cerveza no menos válida para embriagar que cualquier vino nacido en dondequiera. Proclámanse felices si se ahitan de aquel género de vino o de cerveza; y en aquella poción procúranse la borrachera. Leemos que sí que existieron borracheras en el siglo anterior, pero de unos pocos, cuyo recuerdo quedó como de monstruos pretéritos. Pero éstos bebían el vino puro, no la peste

pura que los nuestros beben, que, aun bebiendo mucho, creen no haber bebido lo suficiente si no han bebido muchísimo más. Y ¿cuál es la correspondencia de unos con otros de esos bebedores? Pues no separándose sino con el vientre tendido hasta tal punto que estén a punto de estallar; no separándose sino anegados en vino, hasta el extremo que no haya nada en el hombre todo que pueda cumplir su oficio específico; creyendo que no cumplieron con los deberes de la amistad si no han convertido en bestia a quien vino hombre. Entonces, en una siniestra competencia, el beodo despide al beodo, y si no es así no se le conceptúa lo suficientemente generoso y galante convidador. Ya ese reproche de mal convidador témenlo más que al de mal hombre.

Solamente aquel que dejó a todos sus invitados echados debajo de la mesa, roncando ahí toda la noche e incorporándose medio dormidos aún pidiendo más bebida, solamente ése, digo, merece el nombre de anfitrión humanísimo y espléndido; respétanle como a gran hombre y consideran que es la mayor de las distinciones recibir una invitación suya. ¡Oh vergonzosa ceguera de las almas! ¿Tan hermoso es que el hombre salga de su propio señorío, que el hombre se despoje del hombre, que se vista de bestia o, mejor, de tronco o de piedra? ¡Oh gula sin esperanza! Por injerir aquellos tóxicos no rehusan el morir. Pero ¿con qué muerte? Con una muerte llena de padecimiento y de suplicio inacabable. Llegado a ese punto, el cuerpo todo, como reducido inapelablemente a aquel tormento gravísimo, todo él se sacude y tiembla; los ojos se entenebrecen, ensordécense los oídos, rueda en vértigo su cabeza, llénase su cuerpo de agua intercutánea, le atenaza la parálisis, le encadena la gota articular, la epilepsia le derriba; revienta en granos, pústulas y úlceras repugnantes; por manera que no sin razón dijeron muchos que a más hombres mata la gula que la espada. ¿Por ventura hay otro placer alguno que avasalle tanto a los mortales, que no huya de él aun sabiendo que indefectible e inmediatamente irá seguido de un tormento cruel? Pues es de saber que estos infelices, a la misma hora en que salen de las uñas agudas del dolor, recurren de nuevo a la bebida. Si alguno les llama a deberes irrecusables, si piden su ayuda, excúsanse con su salud, muestran pies y manos liados con vendas; mas si se trata de ir a la mancebía o a la taberna, hácense llevar allá en silla gestatoria, puesto que no pueden ir por sus pies, a sabiendas de que van a recaer luego y muy presto en el lecho del dolor y verse obligados a implorar los servicios del facultativo, insufribles a sí, a su esposa, a toda la servidumbre, incapaces para todas las obligaciones de la vida.

Dicen que por todas esas incomodidades no se quieren privar de gusto tan grande. ¿Tanto monta un gustillo tan ruin? Yo no sé ver este gustillo en aquel tan continuo beber. Pase que hasta que se apaciguó el hambre, hasta que se apagó la sed, el deseo de una cosa y otra produzca el placer natural. Pero cuando se satisfizo este apetito natural, ¿qué gusto puede ocasionar la superfluidad? No mayor, a mi ver, como el que se pongan paños mojados en la boca, que en la cárcel es un género de extorsión en el interrogatorio de los presos. Así es que yo creo que a unos les lleva a beber el hábito, porque les invi-

ten a jugar a las cartas; a los otros, la competencia elogiosa, pues esa furia en el beber parece que tiene su puntillo de honra; a los terceros, una especie de obligada cortesía, porque les parece que es falta de urbanidad no beber en la mesa copiosamente. El tiránico señorío de la costumbre introdujo que en el yantar invite a beber el anfitrión y le obedezcan los convidados por manera que sus cenas y sus comidas han perdido ya el sentido social de invitación, que equivalía a un aviso de continencia y de templanza. Monstruosidades son, merecedoras no de un solo nombre: bebidas primero, denuestos luego, locuras al fin y degeneración total del ser de hombre. Que no hay en ello placer, demuéstralo el hecho de que, después de la mitad de la comida, devoran maquinalmente, no comen; engullen, no beben; echan en su estómago cerveza y vino, con la misma indiferencia con que echarían piedras en un pozo. ¿Que van a sentir los que hundieron toda su hombría y toda su dignidad en la crápula de tal forma que ninguna cosa propia del hombre sobrenada en ellos? ¿Iré a creer yo que disfrutan esos tales? No más, a fe mía, que las peñas y los troncos.

Aun cuando cese toda venganza y enojo divinos, y todas esas demasías estén gobernadas por las solas fuerzas naturales, no bastan y sobran para crear todos los días géneros nuevos, gravísimos, execrables de dolencias? ¿Nos maravillamos de que haya hecho su aparición ese sudor mortal? De lo que yo no me acabo de maravillar es de que, desde cien años a esta parte, sin solución de continuidad, no haya vejado y afligido toda esa comarca. ¿Qué furor tan ciego es éste, que va por sus pasos contados a la perdición? ¿Qué es eso de no creerse hombre si uno cada día no se hace bestia? Dejo a un lado las reyertas, las pendencias, las heridas, las muertes que la borrachera registra cada día; las esposas apaleadas, los hijos, la familia inquietada, el patrimonio dilapidado, los matrimonios desunidos, la pérdida de la pudicia, los adulterios, las otras feísimas maldades que el hombre perpetúa en estado de embriaguez y burla burlando, como quien dice. Los magistrados no debieron tener de sus deberes un concepto tal que se creyesen creados no más que para defender el tesoro público. No, no son los burgomaestres meros guardianes del dinero. Son los custodios de la ciudad, en la que lo que más vale son las almas y luego, en mínima proporción, los cuerpos; y en ínfimo lugar, el dinero. Así que el mismo orden de jerarquía que tienen en el orden natural de las cosas, debiéranlo tener en el cuidado, de forma que los prefectos puestos para el gobierno de las ciudades y de los pueblos, deberían desplegar el máximo interés en ejercer el mando sobre ciudadanos buenos. ¿Qué cosa hay más pesada y de mayor enojo que el gobierno de los malos? Luego debieran cuidar que los cuerpos fuesen sanos y robustos en el territorio que administran. ¿Qué administración recta puede haber sobre cuerpos afligidos y arruinados por una mala salud? ¿Qué hombre que esté en su seso no se admirará de que sea entregado a una inhumana y cruel hoguera el que falseó la moneda, y el que falsificó los alimentos sólidos y líquidos ande suelto por esos mundos y aun, si a Dios place, respetado y honrado? ¿Qué tiene que ver la moneda corriente, que pasa de mano en mano, con lo que entra en el cuerpo? A nadie hace

daño la moneda falsa admitida en las tabernas; pero la comida o la bebida, una vez adulteradas y metidas en el cuerpo dañan en aquello por lo cual, con tanta afición, codiciamos el dinero. Y cuando en todo lo que se refiere a las subsistencias, digo en los artículos de comer y de beber, hase de desplegar tal vigilancia porque nada esté viciado o adulterado (como vemos que lo hizo la previsora vigilancia de nuestros antepasados, y se hace todavía en Italia y en España), mayor cuidado y precisión deben ponerse, por cuanto, si bien es cierto que la alimentación nociva daña, pero poco a poco, de modo que antes de que aquellos sus efectos dañosos, enemigos del organismo, puedan desplegar toda su nocividad, se les puede atajar con remedios pertinentes y aquella su virulencia que cunde paulatinamente no difundida aún por todo el cuerpo, puede ser expulsada con reactivos saludables; pero la bebida penetra en las venas muy luego; luego, al punto, se mete en los centros vitales y pugna a la continua para arruinar al pobre hombre incauto y distraído, antes de que se pueda acudir al socorro.

Para obviar todos estos inconvenientes, los magistrados pondrán gran celo, con avisos, con exhortaciones, con su ejemplo, con amenazas, con sanciones punitivas, por no tener subordinados vinolentos, es decir, no ciudadanos, sino piedras o postes fijos en la plaza o en las casas ¿Qué diferencia va entre tener un borracho en la casa, puesto que ya no es tal hombre, que tener una estatua muda de mármol, con la particularidad, a favor de la estatua, que ocasiona menos molestia y no deja de ser menos hombre? También se desvelarán los magistrados porque los obreros no malgasten en el mesón, en una hora, todo cuanto ganaron en una semana de trabajo asiduo, mientras su esposa y sus hijos pequeños mueren de hambre en su casa, y el mismo obrero, si por acaso enfermó, tenga que alargar desvergonzadamente su mano pordioseando por las calles. De tan excesivos y monstruosos placeres, de tanta y tan manirrota profusión de gula, engéndrase una avidez de dinero, hidrópica, inmensa, puro furor y pura rabia, que rebasa ya el concepto de avaricia. Porque como no tienen tasa ni fin los comeres, los beberes, el cargar las mesas de todo cuanto producen la tierra, el mar y el aire; tan prolijo cuidado del cuerpo, según sentencia de los sabios antiguos, ocasiona un total descuido del alma, déjase el espíritu yermo, inculto, erizado de espinas y de mustia esterilidad; regálanse el cuerpo y la carne, se tiene para con ellos una indulgencia viciosa y todo se subordina a sus buenos tratamientos que se imponen con despotismo absoluto. De ahí que la carne multiplica sus exigencias y todo el egoísmo humano pónese de su parte y nada que no sea carne se deja ver ni se manifiesta fuera. Cada uno tórnase idólatra de su carne y aborrecedor de los otros hombres.

Apagado entre los hombres el amor mutuo y exacerbado el egoísmo no ya para con la propia persona, sino para lo que hay de más vil y más aborrecible en cada cual, para darle satisfacción, búscanse dondequiera y acarréanse los instrumentos de los placeres corporales, a saber: el dinero y toda cuanta cosa acostumbró granjear el dinero: ¿de dónde se adquirirá?, ¿de dónde se robará? Eso no hace al caso; por todos lados entran a saco (maniobrando como en campo ene-

migo, no reconociendo ya ningún amigo) y echan mano en lo ajeno, en la hacienda pública, en la hacienda privada, en lo de los amigos, en lo de los allegados, en lo de los parientes, en lo de los hijos, en lo de la esposa, en lo del marido, en lo propio que no se puede enajenar, como es el seso (si es que lo posea todavía), aun cuando el que posee vese obligado a doblegarse a los antojos de su esclava la carne y a ella subordina el juicio, la razón, la industria, el consejo; roban abiertamente a los ricos; despojan a los pobres no de otra manera que los salteadores en el bosque. Y cuanto más opulento es uno y más armado está para repeler y para devolver la injusticia, más seguro está en su latrocinio. *El lobo no come carne de lobo, ni el cuervo come carne de cuervo*, como reza el proverbio. Aquellos infelices que no tienen fuerzas ni medios para alejar de sí o para desviar la injuria, éstos son la pieza más segura de esa partida de caza, como las ovejas de los lobos y las gallinas de las raposas. *El manjar de los ricos* —dice Salomón—*es la sustancia de los pobres*. Eso fué siempre así; pero ahora, en nuestros días, inventóse una tal manera de negociar y de manipular, que los ricos aumenten sus riquezas indefinidamente, y todas se concentran en unas pocas manos, pues cada cual, según sean sus posibilidades, tiende y alarga sus redes hasta donde puede y los pobres en muy corto tiempo no tengan nada, y quien una vez hubiere empezado a despeñarse, no hay fuerza humana que lo pueda detener. No hay moho, no hay gangrena que carcoma tanto como la fiebre de negocios actual, una vez que hubiere comenzado su faena corrosiva.

Los pobres en concepto de los ricos ya no son hombres, sino que están considerados como asnos, como bueyes, y pluguiere al Cielo que por tales les tuvieran. Al asno y al buey, al mediodía y a la tarde, así que descansan de su tarea, se les da el yero; mas al pobre, después de un trabajo seguido y agotador, se le quita la comida y se le obliga a él y a su mujer y a su familia a que se muera de hambre. ¿Quién jamás oyó esa monstruosidad de imponer a la fuerza el hambre y el trabajo? Cristianos, ¿dónde está vuestro Cristo? ¿Dónde la caridad de la ley que profesáis? ¿Dónde la dulzura de la gracia? ¿Dónde el ejemplo de nuestro Dios, de que *así nos amemos unos a otros, como El nos amó*, que dió por nosotros todo cuanto pudo, que se dió a Sí mismo, hasta el punto que no se reservó para sí ninguna porcioncilla que no la empeñase en los tormentos que padeció por causa nuestra? Dejo a un lado las leyes civiles, las costumbres, las instituciones de nuestros mayores, el derecho de ciudadanía, los dictados de la filosofía. De todo eso no sabéis nada. Por eso me avengo a que no sepáis letras y aun que no sepáis nada, puesto que unos creen que esa ignorancia hace noble y otros creen que hace rico. Pero, queráis que no, fuisteis bautizados, se os llama cristianos, profesáis el Evangelio; eso no lo podéis disimular. Yo invoco vuestro bautismo, yo os recuerdo a Cristo, yo os emplazo en el terreno del Evangelio; todo esto está henchido de caridad, cada uno es el prójimo de otro: ¿por qué, pues, cada cual se roe, se come, se consume a sí mismo? Pero vosotros, a los pregones de la avaricia, al tañido de la moneda nada oís; nada veis a la irresistible fascinación del oro.

Ha muerto en vosotros toda humanidad, el respeto de la caridad, la vergüenza de Cristo, el temor de Dios todopoderoso. Todas estas cosas devoró el sumidero de la avaricia, que es una suerte de Caribdis insaciable. Por el dinero, el padre reniega del hijo; el hijo, del padre; el marido, de la mujer; la mujer, del marido. No hay prenda de caridad, no hay nombre alguno de benevolencia que no lo separe, que no lo rompa, que no lo descuaje este orín infecto de la tierra, en que el dinero marca su cuño. Quien tiene vasallos, los desjuga, los sorbe y, cuando puede, los traga. El propietario de un campo exprime y veja a su colono, el colono agota al aldeano; el mercader se ase a quien fuere, como la sanguijuela, y no deja la piel hasta que regüelda sangre, como dice el poeta. Y aún él mismo, para llenarse, no solamente come y devora, sino que expulsa al otro de las hierbas y de los pastos comunes, como el caballo joven y robusto al caballo viejo y achacoso. Ya no es la mercancía sola que pare dinero, sino que el dinero pare dinero, lo cual es contra la Naturaleza, como lo dice a gritos la misma cosa y así lo entendieron los filósofos gentiles. De un tiempo acá que se van buscando nombres para cubrir tan insolente desvergüenza, como si Dios fuese de vista tan roma que, disimulada así, no le identificara. Paulatinamente, tomando bríos el hambre del oro echóse por la borda todo pudor y los nombres quedaron al descubierto: el pan se llamó pan, y el vino, vino. El padre ya no presta al hijo ni un dinerillo sin esperanza de interés y exige que las condiciones del préstamo queden bien claras y puntualizadas en albalanes competentes. Esas cosas que algunos osaron hacer, no faltaron quienes manifestasen el deseo de que fuesen lícitas; de los que manifestaron ese deseo, los hubo quienes declararon su licitud. De esta manera y por esta deplorable gradación, todas las opiniones malas y perversas tienen en los deseos su nacimiento.

¿Cómo entre cristianos puede ser lícito lo que va contra la caridad, contra el Evangelio? ¿Cómo puede ser lícito entre hombres lo que va contra la sociedad civil y contra la Naturaleza? Pero no es menester una prolija refutación, porque menos que de ignorancia, ello es achaque de mala voluntad. La codicia os cierra los ojos o, mejor, os los arranca: Ciegos sois; pero el Señor ve vuestras locuras, vuestros engaños. Sordos estáis; pero el Señor oye el gemido de los pobres y las quejas que dan contra vosotros; el Señor es el vengador de las viudas, el Señor es el tutor de los huérfanos, el protector de los pobres. El nos castigó; El os aterrorizó; pero todavía, como un padre a sus hijos; El os dió ese ominoso sudor. ¿Cómo pudo demostrar más claramente qué era lo que castigaba? Sudan los que están distendidos por la crápula; sudan los que están distendidos del sudor; ¿cómo no queréis que resuden los que se habían comido, los que se habían bebido el sudor, no el suyo, sino el ajeno, el de los pobres, sujetos a toda suerte de injusticias? *Con el trabajo de tus manos tú comerás; bienaventurado serás y te irá todo bien.* Pero vosotros que comisteis los trabajos de las manos ajenas, sois miserables y os parará en mal. El Señor Dios impuso al linaje humano el trabajo a trueque del pan: *Comerás tu pan con el sudor de tu rostro.* Mas vosotros coméis vuestro pan con el sudor del rostro ajeno;

vuestro pan—dije—y no es vuestro, que es ajeno, que es robado y del cual sois poseedores inicuos. Pero vosotros, a todo lo que una vez visteis en vuestra casa, ya le llamáis vuestro, con lo cual expresáis una injusticia intolerable no sólo si alguno lo reclama, sino si alguno osa llamarle suyo; allegáis riquezas que bastan no a un hombre, ni a una época, sino a veinte. Y no se detiene vuestra esperanza en lugar ninguno; la prorrogáis mucho más lejos; la lanzáis como una flecha al infinito. ¿Cuántos hombres se figura ser cada uno de vosotros o hasta qué siglo se figura vivir? ¿Cree, por ventura, que salvará sus riquezas de la muerte o que después de la muerte le van a aprovechar? Ocupado en allegar lo que se han de echar en el cuerpo o en el cofre, jamás se acuerdan ni de la vileza de su cuerpo ni de la vertiginosa velocidad de la vida.

Declara Dios con esta pestilencia que aquel que se ahita, introduce en su cuerpo un veneno al alcance de su mano, y que quien, a través de mares y de montes, acarrea lo que ha de tragar por su garganta se toma un trabajo, una penalidad dura y vana para los gusanos y la podredumbre, no para sí; y a quien, puesto que no ha de nutrir más que a su vientre y alimentar más que a su cuerpo, no le bastan mil patrimonios; tiene deudores de quien no conoce más que los nombres, anda paseando su dinero por tierra y por mares; especula y computa cada día el precio de la moneda y de las mercancías; siempre en sus manos tiene el debe y el haber y el calendario. Tanto hay en su vestuario, tanto en su aparador, de plata, de rentas, de beneficios de los inquilinos, de los colonos, que son barreduras de los bienes de los pobres. Con ello demuestra que para un viaje muy breve se prepara un largo y molesto viático, del cual en los Salmos se lee este elogio: *Y dejarán a los extraños sus riquezas y sus sepulcros serán sus viviendas por toda la eternidad.* Y en las parábolas de Salomón se lee: *No serán de provecho alguno las riquezas el día de la venganza.* Antes al contrario provocarán e irritarán al vengador de los pobres cuando verá en poder de los ricos sus despojos robados injusta y violentamente. Y porque nadie recele que por encarecer la atrocidad de la cosa hable con preferencia de esos dos vicios, demostremos con el testimonio de las Sagradas Letras que estos males están indicados allí, con sus causas, para evitarlos.

El Apocalipsis de San Juan es, a saber, la previa amonestación de los tiempos que han de venir; habla en esta forma: *Y el cuarto ángel derramó su copa en el Sol y fuéle concedido afligir a los hombres con el calor y el fuego; y se escandecieron los hombres con el calor grande.* Y añade el motivo: *Blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas y no hicieron penitencia para darle gloria.* ¿Y qué blasfemia hay más verdadera y mayor que la avaricia, que, según la doctrina de Dios, es idolatría; esto es, servidumbre de los ídolos? Y habiendo en Judea muchos linajes de hombres malvados y facinerosos, ningunos hicieron burla de la celestial doctrina de Cristo, sino los fariseos. Cristo no calló su causa: *Porque eran*—dice—*avaros.* Ese género de maldad no conoce el arrepentimiento, ni hace penitencia; al contrario: de cada día toma bríos, de cada día se fortalece y se endurece: *Para todas las otras cosas* —dice Terencio en una comedia—

con la edad cobramos cordura; pero la senectud acentúa todavía más este mal en los hombres; ponemos en la hacienda mayor mira de la que es menester. Con el decaimiento físico, se excita y se enardece más la sed de poseer, y cuanto menos camino nos queda por recorrer, tanto mayor viático más afanosamente se prepara. Job, poco antes que San Juan, lo había dicho más explícita y detalladamente:

Restituirá el trabajo ajeno conforme a la hacienda que tomó y no tragará ni gozará; por cuanto molió dejó pobres; robó casas y no las edificó; por tanto, no sentirá sosiego en su vientre ni escapará con su codicia. No quedó nada que no comiese; por tanto, su bien no será durable. Cuando fuere lleno su bastimento, tendrá angustia; toda mano del trabajo le acometerá. Cuando se pusiere a llenar su vientre, Dios enviará sobre él la ira de su furor y lloverá sobre él y sobre su comida (1).

¿Qué pintura pudiera expresar tan al vivo esos malhadados tiempos nuestros?

¿Y qué dice San Pablo escribiendo a los Corintios? ¿No declara, por ventura, que aquellos dos crímenes se conjugan y que esa monstruosa conjunción es acribillada y castigada por Dios con la pestilencia y con la muerte? Dice que algunos, en la Iglesia de Dios, no tienen empacho de anegarse y sumirse en la crápula, cosa que es propia de la destemplanza y que al hermano hambriento no le envían migaja de las sobras, cosa que es propia de la más desalmada avaricia. Aquello que el Apóstol, con acentos de indignación, dice ser hecho por unos pocos, hoy día sorprenderíase de hallarlo en casi todos: osan con la más descarada imprudencia embriagarse en la Iglesia, en la reunión con sus hermanos, en los lugares sagrados; y ahitos e hinchados de vino, no sólo miran desdeñosamente al hermano hambriento, sino que hacen burla y mofa de él. ¿Y qué es lo que añade? *Por eso, entre vosotros, hay muchos débiles, hay muchos flacos, y los que duermen son muchos.*

Hay, además, otros vicios que nacen de estos dos, como de dos manantiales. De la misma manera que todas las virtudes están trabadas las unas con las otras por una cierta conexión, como los sabios han declarado, así también los vicios están prendidos unos con otros como las anillas en un collar. ¿Quién podrá deplorar bastantemente la envidia y la soberbia humanas, que casi igualan a las diabólicas? ¿Quién las rabiosas iras y las impotentes y desapoderadas blasfemias contra Dios? ¿Quién los fraudes, las imposturas, de cada una de las cuales no puedo ahora hablar singularmente, por cuya causa el mundo padece cada día tantos males, mientras Dios castiga a los unos con penas presentes, a los otros con el amago y con el peligro y a los terceros, por fin, por el escarmiento de los otros, les advierte que se restituyan a mejor entendimiento y a mejor camino?

Nadie se excuse aquí con el clima, con el ambiente ni atribuya a causas naturales el origen de esa enfermedad. Ello equivaldría a decir, por ejemplo, que el que había sido pasado a cuchillo, había muerto a hierro, no a mano de hombre. Las criaturas todas, el clima, los elementos, la Naturaleza, son instrumentos de Dios tanto como instrumentos nuestros son el cuchillo y las otras herramientas de que nos

(1) Job, XX, 18-23.

servimos. A Dios refiero las acciones; no las sitúo en los instrumentos. ¿Por ventura no constaría en el mismo libro de la salud y de la vida? ¿Por ventura no se nos ha demostrado lo que fomentaban estas enfermedades y no nos han sido mostrados también los remedios de tamaños males? Oíd: en el libro segundo de los *Paralipómenos* aquel rey sabio ruega o, mejor, prescribe las fórmulas de los ruegos: *Si naciere el hambre en esta tierra, y la pestilencia, y el orín, y la ictericia, y la langosta, y el brugo, y los enemigos, luego de haber asolado las cercanías, cercaren las puertas de la ciudad, cuando ya toda plaga y calamidad hubieren precedido al cerco, si alguno del pueblo de Israel rogare al Cielo, tras haber reconocido la plaga y la enfermedad y extendiere sus manos en esa casa, tú le oirás desde el cielo, a saber, de tu morada sublime.* Abandonemos, pues, hermanos, el camino derecho y brevísimo de nuestra infelicidad y miseria inacabable y pasemos al camino de la bienaventuranza eterna; ése es el único remedio. El Señor nos llama; vayamos. Cuanto más cerca estuviéremos de El, más seguros estaremos de sus azotes. Voy a explicar esto con un símil. Así como si uno fuese herido por un bastón muy largo, cuanto más se pegare con el bastoneador menos golpes recibirá; así también, cuando somos heridos por el Señor, cuyo palo es largo en extremo y su mano rebasa los lindes de todo el mundo, cuanto más nos refugiáremos en su regazo, seremos azotados más flojamente y los golpes serán menos escocedores.

Acerquémonos, pues, o, mejor, corramos en carrera desalada hacia El a precipitarnos en su seno no solamente nosotros que aquí en esa Bélgica hemos quedado sobrevivientes y salvos, sino también todas aquellas comarcas adonde no llegó el azote de esa plaga que a Nuestro Señor Jesús, más aplacado ya con su linaje humano, plugo dejar inmunes en esa tribulación tan grande. Y a todos indistintamente, a nosotros y a ellos sírvanos de aviso el escarmiento ajeno y método de aprender el más feliz con los ajenos peligros; seamos cautos. Nunca dejemos de recordar las muertes tan repentinas de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestros padres, de nuestros hijos que a aquellos con quienes poco antes habíamos hablado y trabado conversación sabrosa, breves horas después les dimos tierra sagrada. Ellos perecieron para ejemplo nuestro y para que les encomendemos a Dios. Esa comarca nuestra sea escarmiento de los otros, si no quieren que el azote del Señor pase a ellos también, apáticos en el servicio divino, sordos a las voces cercanas y confiados en el peligro vecino. Esta epidemia comenzó por atacar a los ingleses. Nosotros, tan próximos a los ingleses, separados por un delgado brazo de mar, no nos conmovíamos en su crisis para convertirnos a mejor seso, sino que éramos como aquel asno del poeta, viejo y tozudo, que entrado en la dehesa, aun cuando los muchachos le apaleen y le hostiguen con el aguijón, no se sale de ella porque ya puso callo en los azotes y con el gusto de comer o no siente los golpes o no hace cuenta de ellos. Así también a nosotros, aficionados a las cosas vanas de este mundo, que en breve han de fenecer, no nos movían un punto tan severas y tan vecinas enseñanzas. Volvió a Inglaterra la misma infección el año pasado; y nosotros, ciegos y sordos o, por

mejor decir, rocas berroqueñas, nada sentimos. Clamaba el Señor: *He aquí que estoy delante de vuestras puertas enojado, armado, vengador.* Mil preocupaciones mundanas nos obturaban los oídos porque no oyésemos nada.

Y pasó a nosotros y nos tocó en partes que nos dolían, en la persona de nuestros amigos, de nuestros parientes, en el cuerpo que nos era entrañablemente caro. Siéntanlo las otras naciones antes que las toque; sintamos nosotros y recordémonos del golpe. Muy bien nos hubiera ido si el fiero golpe de esa vara nos hubiera hecho tales que en adelante la temamos por amarga y con memoria humilde evoquemos la indulgencia de quien nos hería, porque no tenga el Señor que volver a reproducir en nosotros la misma plaga. Ninguna cosa hay más saludable que el castigo del Señor; es síntoma fausto y señal de buen agüero, puesto que declara que siente para con nosotros todavía afecto de padre y que tiene cuidado de nosotros como hijos. Así lo atestigua en las Sagradas Letras. En las revelaciones de San Juan, escribe: *Yo a los que amo les reprendo y les castigo.* Y en la epístola a los hebreos: *El Señor castiga a aquel a* quien ama, y flagela a todo hijo a *quien recibe.* Daba gracias a Dios Tobías porque había sido castigado por El. Y el Salmista, recordando que había delinquido antes de que fuese humillado, dice: *Bueno fuiste conmigo porque me humillaste, para que aprendiese tus mandamientos.*

Con todo, hermanos míos, empeñémonos en esa empresa y no levantemos mano de ella, por no ser castigados con frecuencia, porque no tropecemos con tanta reiteración en la misma piedra. Bueno es el castigo, siempre que aproveche. De otra manera, igual sería que se castigara a un hombre que a una roca. En ese caso el castigo truécase en vindicta y punición, de la cual no se volvió a la gracia. La paciencia reiteradamente ofendida conviértese en furor.

Guardémonos, pues, no sea que a quienes no despertaron esos clamores oídos en casa, ni esos aguijoncillos, ni esas puncioncillas, ni esos pellizcos insignificantes nos despierten las cuchilladas y los cauterios. Abrigo muy serios temores, puesto que la obstinación en los delitos nos encalleció, que dentro de un plazo breve sintamos más pesada la mano del Señor, o que también (cosa que es la más triste y la más amarga de todas y todo cuanto haya de ello ominoso, aléjelo Cristo de nosotros), nos rechace en absoluto, apartando de nosotros su castigadora mano saludable, a fuer de desahuciados e indignos de ser corregidos como hijos, hasta que, cuando fuere llegado el día de la ira, seamos castigados como esclavos y, por tanto, como enemigos, y se nos deshérede y se reniegue de nosotros como hijos a quienes, por medio de alguno, puede el padre restituir a la salud, o como un caballo, a quien cuando se lanza a una carrera desapoderada, después que el jinete esforzóse en vano por detenerle, acaba por aflojarle las riendas y apretarle las espuelas. Decidme hermanos míos: ¿Qué pensáis que va a sucederos si tantos avisos, tantas amenazas, tantas reprensiones, tantos castigos, tantos sollozos no aprovechan de nada? ¿Por ventura no teméis que nos acontezca una de estas dos cosas: bien que, en adelante, no experimentemos castigo ninguno del Señor como repudiados por El y que, montados en el caballo

alegórico, flojas las riendas, corramos a la muerte sempiterna, o que experimentemos una plaga arrasadora, que borre de la faz de la tierra a todo hombre por indigno de la vida? Trágica es la opción en cosa de tamaña importancia. A mí no me parecen más ligeros nuestros pecados de ahora que cuando Dios dijo: *Pésame de haber hecho al hombre; voy a raerle del haz de la tierra.* ¡Oh exclamación amarga y terrible! ¿Quién no sentirá su ánimo consternado todas las veces que la recuerde?

Nosotros, hermanos míos, en esta aprensión y miedo general, no coloquemos nuestra esperanza o nuestra confianza en algún socorro humano, pues en balde esperamos de ahí la salud del hombre; no del clima, no de los elementos, no de las hierbas ni de ninguno de los recursos y emplastos que los farmacéuticos enseñan clasificados en sus frascos, sino en Cristo, que es el divino y eterno Médico, que es la medicina y es la salud, que es el asilo, que es el refugio contra los enojos del Padre. ¿Qué otra cosa nos enseña el discurso de toda la historia evangélica sino que El vino a esa guerra nuestra en calidad de pacificador, y para ese enfermo grandioso que es la Humanidad, postrada en cama, vino a su cabecera como el mejor de los médicos descendido del cielo? ¿Qué otra cosa hizo El en toda su vida sino propinar medicamento y remedio eficacísimo para las dolencias del alma, a las enfermedades crónicas y desesperadas, de las cuales los médicos humanos habían levantado la mano, porque el trabajo y el gasto no se perdieron con descrédito de la profesión? Y no solamente para las enfermedades le tenemos como saludador, sino también como caudillo, dechado y consuelo en todos los azares y calamidades nuestras, de forma que en todo nos portemos nosotros, que somos malos, como se porta El, que es óptimo; nosotros siervos, como El, que es Hijo; y, por cierto, unigénito y por lo mismo carísimo: *Cristo*—dice San Pedro—*padeció por nosotros para que sigamos sus pisadas.* Los pobres le tienen a El pobre; los afligidos, a El afligido; los desterrados tienen en El al Desterrado. ¿Quién hay que no tenga su vivienda? Y El careció de ella, siquiera alquilada y ajena, siendo así que vino a su propia casa como Dios venido al mundo, y hombre de la familia de David en Israel, ejercitado y curtido por el hambre, por la sed, por los trabajos todos.

Allegáronse a todos éstos la ignominia y el desdoro, hasta el punto que sus mismos consanguíneos quisieron echarle mano y reducirle a su recelosa vigilancia, y prenderle y atarle como a loco furioso y como salido de su poder, de su mente, de su razón, de su consejo. Aquel que es el poder, y la mente y la razón, y el consejo del Dios Padre, eterno y todopoderoso; afectado y hostigado por tantos y tan atroces denuestos: blasfemo contra Dios, rompedor de la ley, compañero y consorte de los demonios, aquel que veían que habían declarado la guerra a los demonios. ¿Sufre calumnia alguno de nosotros? Grave cosa por cierto (pues ¿qué cosa hay más intolerable que el que sea acusado quien no se lo merece y que el irreprochable sea culpado?). Pero ellos acusán la bondad de Dios y declaran reo a quien el Padre constituyó Juez de los vivos y de los muertos. Y, con todo, la malicia humana no se aquietó con la calumnia: le prendió, le desnudó, le escarneció, le rompió las espaldas con azotes, le

pospuso a un ladrón sedicioso, le clavó en la Cruz, le enterró en sepulcro prestado. ¿Qué otro consuelo buscamos para nuestras desgracias? ¿Qué otro remedio? Venid a sacar agua de esta fuente tan nítida y copiosa todos los que queréis beber o queréis lavaros y purificaros. ¡Qué bien dijo San Pablo: *Puesto que tenemos al Sumo Pontífice que penetró en los Cielos, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos la confesión de nuestra esperanza.* ¿No tenemos por Pontífice a quien no pueda padecer todas nuestras enfermedades y que fué tentado por asemejarse a nosotros, pero sin pecado? *Acorramos, pues, al trono de su gracia, por conseguir misericordia y hallar gracia con el auxilio oportuno.*

Si mereciéndole padecemos alguna adversidad (¿quién de nosotros no mereció los suplicios extremos?), acudamos a El, que padeció por nosotros siendo inocente para darnos socorro y auxilio a nosotros que no lo somos. Y si, por ventura, fuéremos inocentes, acudamos de todas maneras a El, para que nos consuele con la similitud de su ejemplo y para pedirle la similitud del resultado, porque así como a El los suplicios inmerecidos le encumbraron al reino del mundo, que El padeció con fortaleza en acto de obediencia y de servicio a su Padre, así también haga que nosotros los suframos con magnanimidad por El, y que los que somos participantes de sus trabajos, seámoslo también de su premio, no por nuestros méritos, sino por los suyos.

Habéis oído predicar, hermanos míos, que las aguas amarguísimas de Marath, con no más que echar en ellas un madero, se trocaron en dulcísimas. Así también no hay cosa en esta vida que no se nos haga dulcísima, si aquel leño de la Cruz y el suplicio de Cristo se mezclan en ella como condimento que la sazone y le dé sabor. Quitado ese leño de la Cruz, las aguas tornaron a su amargura primitiva y no se las puede ni catar. Y esto, dondequiera, y esto siempre. Mas en las presentes circunstancias y en esta región, todos los que sudamos con tanto peligro, acudamos a quien suda por causa de tanto peligro, que amenaza muy de cerca con una muerte cruelísima y amarguísima. ¿Previste también, ¡oh Cristo!, esta enfermedad tan rara, tan nueva, insólita, inaudita, que debía hacer su tétrica aparición tantos años después de Ti, porque los hombres tuvieran a qué remedio acudir por semejanza del ejemplo? No es de uno u otro día solamente que has de tener cuidado, como acontece a los hombres momentáneos y efímeros, sino de toda la eternidad: toda en su conjunto la ves presente, y la abarcas toda sujeta bajo tus ojos y por toda ella miras con tu providencia inmensa e infinita.

Pero hora es ya, hermanos, que de estos males nuestros subamos a los bienes, y estando para oír las sagradas palabras evangélicas, levantar más arriba nuestro espíritu y disponerlos para una piedad mayor, pues más lo consigue la piadosa contemplación que el escrutinio curioso y soberbio. La narración de San Lucas dice así: *Salido el Señor del Cenáculo, retiróse a un lugar apartado de la frecuencia de los hombres para orar, en un cerro poblado de olivos, como había tenido por costumbre.* Este pasaje demuestra el hábito en la oración, ora ella tenga lugar en el monte, como quien dice, en la soledad, ora después de la cena, a fin de que a la refacción del cuerpo siga de muy cerca la refacción del alma. Y por no recogerse

más profundamente en sí mismo para orar y entregarse por completo y dedicarse a Dios, dándonos de ello ejemplo, separóse de sus discípulos *como un tiro de piedra*, porque no parezca que los abandona totalmente, sino que se aparta de ellos algún trecho y les manda que durante la noche, a solas, sin testigo en la inminencia de la tentación, oren a fin de que, mediante la oración, más cercanos de Dios, se alejen del diablo y eviten sus redes y también para pedirle aquello que se pone al fin de la oración dominical, a saber: que no entren en tentación, porque no saben a punto fijo si saldrán bien de ella. *Y El, postrado de hinojos, oraba*: el espíritu estaba dispuesto con gigantesca alacridad para afrontar una muerte redentora, mas la carne rehusaba un suplicio de atrocidad tamaña.

El espíritu estaba pronto; pero la carne era flaca. Y con todo, en aquel lance pavoroso todo lo remitía a la voluntad del Padre, y nada reservaba a la suya. Sabía que en aquella perturbación y confusión no podía errar siguiendo una voluntad certera, como es la voluntad de Dios. Y por eso dice: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra.* Y porque la carne, transida de miedo, no se considerase abandonada, presentósele un ángel del cielo, porque le consolase, porque le confirmase con la ayuda celestial que se le mostraba. Y, a pesar de todo, la carne (tal es la humana flaqueza), atenta por completo al trance crítico, ya próximo, ya inminente, abatida y consternada en grado sumo, y abiertos sus poros por el terror, humedecióse Cristo y manó de su cuerpo una onda de sudor, que por su densidad más que sudor podía parecer sangre, teñido de color sanguíneo; porque abiertos los poros de cuerpo tan tierno, es de creer que también sudó sangre.

La Divinidad puso su mano debajo de la humanidad caída y derrotada; y así, tomadas nuevas fuerzas, volvió a los discípulos, quienes, ni con el apremio del tiempo, ni con lo avanzado de la noche, ni con el agobio de la tristeza, habían triunfado del sueño. El Señor nos enseña que no se ha de dormir cuando la tentación no ataca; más aún se ha de orar, a fin de que antes que se presente no entremos en ello, ni cuando nos asaltare sucumbamos. ¿Oísteis, hermanos, las palabras del Evangelio? ¿No reparasteis en los misterios que contiene? Innumerables son, no solamente en cada una de sus sentencias y palabras, sino también en cada una de sus sílabas y tildes: *Salido Jesús*, dice: Salido de dónde sino del Padre, de quien se dice: *Alegróse como gigante para recorrer su camino; de lo más soberano del cielo es su partida* y en los vaticinios de Miqueas: *Y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad.* Pero es El mismo quien nos enseña de dónde sale y adónde regresa. *Salí*—dice—*del Padre y vine al mundo y otra vez dejo el mundo y voy al Padre.* ¿Qué otra cosa es el mundo sino el hombre? ¿Y qué otra cosa es el hombre sino el mundo, del cual está escrito: *Vanidad universal es todo hombre viviente.* Y, en efecto, todas las otras cosas van por su camino; nosotros nos hemos salido del camino. Dos cosas hay en nosotros, el pecado íntimo nuestro, pegado y clavado en nuestras entrañas. Por ese pecado quedó viciada nuestra naturaleza, como el aire inficionado por un enfermo, la cual afectada de esta manera acarrea al alma y al cuerpo muchas incomodidades: molestia, miedo, de-

sabrimiento, sed, hambre, frío, calor, cansancio.

Sale Cristo, hermanos míos, de Dios a nosotros para volver de nuevo de nosotros a Dios; se le ha de salir al encuentro para que también nosotros salgamos de nosotros mismos para salirle al encuentro a El. El depone su majestad y su bienaventuranza, y por sus virtudes increíbles se adelanta hasta las incomodidades de nuestra fragilidad. Desnudémonos también nosotros de nuestra malicia a fin de que a través de nuestras flaquezas vengamos a sus virtudes, a su caridad, a su obediencia, a su mansedumbre como El a través de nuestras calamidades fué a sus virtudes, y por ellas, en su camino de vuelta, regresó al Padre, del cual había venido, y nos lleva a nosotros consigo por el mismo camino. Ora el Señor en la cena, no sea que, satisfecho y harto el cuerpo, deje hambrienta el alma, sino que a entrambos no les falte el alimento que les sustenta. Mas, después de tomado el alimento, no ora como nosotros, que, en un convite concurrido, cuando hierven todavía la conversación, la risa, la procacidad, animamos a algún muchacho para que decore unas oracioncillas mal entendidas y peor pronunciadas. Y nosotros, mientras tanto, hacemos otra cosa y no oímos aquellas palabras, sino que cumplimos, sólo por cumprir, lo que creemos pertinente. Ni ¿qué otra cosa podemos hacer, ahogados en manjares y en bebidas, ignorantes de nosotros mismos, en una total conmoción y perturbación nuestra? Sobrio y casto es el convite de Cristo, se despacha muy pronto e invita al hombre a la oración.

Así es como el Señor declara que quiere orar verdadera y seriamente. Sube al monte y se separa de los suyos. ¿Qué significa eso de que el que quiera orar se suba al monte? Significa que la oración no debe versar sobre cosas bajas; que no se deben pedir esas cosas terrenales, caducas y que luego al punto van a perecer. Los que van a orar tienen que subir al monte. Hay que buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, y a seguida, todas las otras cosas se nos darán de añadidura; hay que pedir la paz de Dios, hay que pedir la gracia, hay que pedir la caridad. Lo que se ha de pedir son estas cosas grandes y elevadas. Entonces el alma verdaderamente ora, cuando sube, cuando no ora bajo la depresión y el agobio de las cosas ínfimas. Mas ¿a qué monte subiremos para orar? No a la cumbre estéril de Gelboe, en quien no cae la lluvia ni el rocío porque está maldecida de Dios, sino al monte plantado de olivos, que son indicio de suelo rico y feraz. Nuestra oración, hermanos míos, sea fértil, produzca fruto en nosotros, no sea que pase por nuestras almas como el agua por la peña o por el hierro, que muy poco les humedece; no pasemos a la segunda oración, como si la primera no hubiese obrado en nosotros; deje en nosotros cada oración impresa su huella; récese con toda atención; consideremos lo que decimos; admiremos la grandeza de Dios; reverenciemos su poder; amemos su bondad y la oración primera entregue a la oración que siga el alma vencida y reblandecida, más preparada para la piedad.

Siguen sus discípulos. ¿Qué siguen sino lo que todos nosotros debemos seguir, sino su ejemplo? ¿Cómo, si no, llegarán a donde se proponen ir y a donde Cristo les precedió si no siguen a Cristo, que no solamente es el guía de su camino,

sino el camino mismo? Y el hecho de que les abandone para orar, ¿qué da a entender sino aquello que dice el Profeta: *Sentarse ha y se levantará sobre sí mismo?* Conduce no poco a la cordura el que el hombre de trecho en trecho esté solo, que se recoja dentro de sí mismo, que hable consigo, y que en sí mismo mire quién es, adónde ha de ir, qué deseos son los suyos, qué dirección sigue. Luego hay que pedir al Señor que vierta su luz sobre nuestras tinieblas; que aplique su auxilio a nuestro navío, combatido y casi roto. Al mismo tiempo, nos enseñó cómo hemos de tratarnos con los amigos, cómo debemos tener parientes y afines; cómo debemos poseer las riquezas y las otras cosas de urgente necesidad. Todas estas cosas las tenemos para los usos de la vida; usa de ellas cuando fuere necesario. Mas, cuando oras, cuando a Dios te acercas, cuando de Dios se trata, cuando nos ocupamos en este negocio divino, deja todos los negocios humanos, pero *no más que la distancia de un tiro de piedra*, a saber: hasta un punto que no estorba la obra de Dios a que estás consagrado. *Ora de hinojos*, para enseñarnos cuánta es la reverencia que a Dios se debe, con qué modestia y humildad debemos acercarnos a El, en todo tiempo, ciertamente, pero, de una manera especial, cuando le pedimos y le suplicamos alguna gracia.

La oración de Cristo, ¡qué gran escuela de nuestra oración es! Grande, utilísima, muy provechosa para toda la vida. *¿Qué sea y cómo se ha de orar?* ¿Qué cosa puede meditarse con más fruto? Para que sepamos lo que hemos de pedir a Aquel que en su mano lo tiene todo, que lo puede todo, no sea que en vez de esas cosas útiles y saludables pidamos cosas nocivas y pestilenciales. Nosotros no sabemos cómo hemos de orar, según San Pablo nos atestigua. Maldiciones son hartas veces los que nosotros pensamos que son votos. Deseamos y pedimos a Dios unas cosas cuya consecución sería para nosotros la mayor de las calamidades. Sólo Dios conoce lo que hemos de pedir. *Padre*—dice él—, *hágase tu voluntad.* Lo que en otra ocasión dijo a sus discípulos como mandato, ahora lo confirma con su práctica y nos lo enseña como ejemplo. Nosotros, que ignoramos lo que nos conviene, ¿qué vamos a pedir concretamente? Tú que lo sabes, danos lo que nos conviene. No ignoraba, ciertamente, Cristo, que es la sabiduría del Padre, lo que le convenía. Y si se hacía la voluntad del Padre, ¿no se hacía también la del Hijo, que es una sola cosa con el Padre? Pero entonces, quien oraba era el Hombre y por los hombre; dábanos la instrucción y el ejemplo, porque nuestra imperfección quedase enmendada con la imitación de sus obras. *Hágase*—dice—*la voluntad tuya, no la mía.* Nuestra voluntad, que anda guiada por un ciego, como es nuestra mente, sumida en noche y en tinieblas, anda a ciegas; corrompida por la culpa, es mala. ¿Qué cosa conveniente puede ver una voluntad ciega? ¿Qué cosa buena puede desear una voluntad mala? La voluntad de Dios es sapientísima y óptima; ve lo que es más útil; quiere lo que es bueno. El que se haga nuestra voluntad, equivale a dejar abandonado a un ciego al borde del precipicio. Si en nosotros se hace la voluntad de Dios, serános tan útil como, yendo por una senda difícil, haber topado con un guía conocedor del camino, con un guía bueno y muy nuestro amigo.

Aquello que se añade: *Bajó un ángel del cielo, confortándole*, es el consuelo y el socorro que el Cielo envía a aquellos que someten su voluntad a la voluntad divina y entregan resignadamente los sucesos de las cosas en las manos de Dios, y no quieren en manera alguna anticiparse o adelantarse a El para arrebatarle, como quien dice, con un golpe de mano lo que es suyo en definitiva. Mas el Señor, atento a la atrocidad del suplicio inmediato, *sudó unas como gotas de sangre que caían al suelo.* ¿Hasta dónde te arrastró, ¡oh Cristo!, tu amor para con nosotros, para que sufrieses una muerte cuyo solo presentimiento sacó de Ti un sudor sangriento? Pero este sudor no procedía sólo de la aprensión del suplicio. El horror invadióle todo el cuerpo, producido por otro sentimiento que le acongojaba más que los tormentos preconcebidos y la muerte prevista. Horrorízase el Señor de que sea tan grande el pecado de los hijos de Adán, que tenga que ser expiado por tan gran suplicio del Inocente. ¿Y qué no sería si los propios pecadores tuviesen que expiar por sí mismos la enormidad de su pecado? Duélese con la mira puesta en lo venidero y entristécese porque tan grandes dolores suyos, aquel tan inhumano suplicio suyo, sufrido por todo el género humano, no han de aprovechar a todo el género humano. Impresionábale más la pérdida de una pequeña alma que todos los clavos, que todas las coronas de espinas, que todas las cruces, porque había bajado del cielo precisamente por aquella pequeña alma. No sea para nosotros, hermanos, de tan poco precio un alma cualquiera que nuestro Señor Jesucristo precia tanto.

Y el cuerpo de Cristo, ¿qué otra cosa es sino la Iglesia? El sudor es producido por el trabajo. Pues bien; aquel sudor profético anunció los futuros trabajos y penalidades de la Iglesia, y de él dijo San Pablo: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.* San Agustín da la siguiente interpretación a ese pasaje con estas palabras: *Al orar Cristo Jesús, aun con sudor de sangre, daba a entender que de todo su cuerpo, que es la Iglesia, iban a manar martirios.* De modo que aquella pena que Dios infligió a Adán por su pecado sufrióla Cristo Jesús por un pecado no suyo y *en el sudor de su rostro comió su pan.*

Todos debemos comer nuestro pan con el sudor de nuestro rostro; todos, sin excepción: Adán, nosotros, Cristo. Pan es lo que alimenta el cuerpo y pan lo que nutre el espíritu. Mantiénese el cuerpo con el pan ganado con el trabajo de los brazos, y estoy por decir que sacado a la fuerza, cavando, arando, sembrando, escardando, segando, trillando, moliendo, amasando, cociendo. El pan de nuestras almas es Cristo, y de este pan dice el mismo Cristo: *Yo soy el pan verdadero, que bajé del cielo.* Es aquel grano de trigo que, cayendo a tierra, precisamente porque murió, rindió una mies ubérrima. El pan de Cristo es la obediencia al precepto del padre y el cumplimiento de la tarea asumida, y de este pan dice: *Mi manjar es cumplir la voluntad de Aquel que me envió para que diese cumplimiento a su obra.* Ese pan de Cristo cómenle nuestras almas con el sudor de su rostro, es decir, con su participación en los trabajos de Cristo, en los cuales nos toca una insignificante parte de sudor, siendo así que El, por nuestro amor, sudó

muy copiosamente y muy penosamente.

Pues y nuestro rostro, ¿qué otra cosa es sino lo que es nuestra cabeza, es decir, Cristo? ¿Qué otra cosa, digo, sino el rostro de Dios, de quienes están llenas las Sagradas Letras? Con ese sudor nosotros comemos aquel pan de los ángeles que desde el cielo nos envió, cuando por esta su medicina buscamos remedio a nuestros males, bien por el consuelo de su ejemplo, bien por la renovación de la gracia, mediante su pacificación. Por el mismo sudor, Cristo obedece al Padre y come aquel pan que el Padre le presentó porque le comiese y bebe el cáliz que le escanció porque le bebiese. Todos, pues, obedecemos al edicto divino y con el sudor de nuestro rostro comemos nuestro pan, excepto aquellos que quieren comer su pan con el sudor del rostro ajeno. No podemos, hermanos, aquello que dice el proverbio: *Con dientes ajenos comer la uva agraz;* no podemos mantenernos con sudores ajenos si no queremos inmediatamente después sudar muy triste y muy peligrosamente. No convirtamos el premio del trabajo ajeno en propiedad nuestra, porque aun cuando no haya ningún juez humano, el Señor será el juez y el vengador. En la busca de ese pan que alarga un poco nuestra vida brevísima, trabaje cada uno con sus manos, como nuestro padre Adán. Yo os ruego que oigamos, no a quienquiera del vulgo, sino al Apóstol Doctor de las gentes en la fe y en la verdad. Ponderad cada una de las palabras, escritas por él a la Iglesia de Tesalónica: *Pues aun estando con vosotros os denunciábamos esto: que dan algunos entre vosotros fuera de poco coma. Porque oímos que ansi alguno no quiere trabajar, tam- orden, no trabajando en nada, sino ocupados en curiosear. Y a los tales requerimos y rogamos por Nuestro Señor Jesucristo que, trabajando en silencio, coman de su pan.* Esto dice el Apóstol. Y no basta maniobrar si con tus maniobras llevas a ti el pan de otro. Es tuyo el pan cuando lo hubieres buscado con tu trabajo y le comieres silenciosamente.

Mas el pan celestial, alimento exclusivo del cual vive el alma, también hemos de granjearle con el sudor de nuestro rostro. Si queremos beneficiarnos del sudor de nuestro rostro, que es Cristo, El suplirá lo que nos faltare. El sudor de Cristo es salubérrimo y fragantísimo; el nuestro es pestilentísimo, con un olor infernal. El sudor de Cristo nos sana y nos salva a todos; el nuestro contamina y mata. Mas a ese divino sudor hemos de acercarnos con espíritu de piedad para que seamos hechos miembros suyos y de la salud de la cabeza descienda una participación hasta nosotros. Este sudor secóse ya en El y *le ganó un reino y un nombre que está sobre todo nombre, pues los que de Cristo son tienen término.* Una vez murió por el pecado, por flaqueza; mas, por su poder, vuelto a la vida, ya no catará más el sabor de la muerte.

Cristo, resucitando de los muertos, ya no muere; la muerte ya no le dominará más, pues lo que murió al pecado sólo una vez muere; mas lo que vive, vive para Dios. Pero, para nosotros, este sudor es húmedo todavía, es reciente y activo aún. No son como esas hierbas curativas nuestras que, poco a poco, amenguan su eficacia y con el discurso del tiempo la pierden por completo. En cambio, el sudor divino es el mismo para el común provecho por toda la eternidad y seme-

jante a sí mismo, vivo, eficaz, de actividad inmediata.

¿Y qué significa el hecho de que halló a los discípulos dormidos, sino que la naturaleza de nuestro cuerpo, inclinada incorregiblemente hacia la tierra, tiende a la codicia de aquellas cosas que, nacidas de la tierra, florecen para nosotros de manera efímera, y nos causan halago y luego, harto pronto, tornan a su origen, es decir, a la nada? El Señor, tirando las riendas de ese caballo indolente, le impide que toque con su morro al suelo, le impide que caiga; por poco que se ausente el Señor que le cabalga, por poco que afloje las riendas, el tambaleo es inmediato y el sueño y la ruina. Habíase apartado un momento de los apóstoles y al volver los sorprende dormidos. Hemos de pedir al Señor (como lo hicieron aquellos discípulos que iban a Emaús) que se quede con nosotros, porque anochece. Siempre, mientras andemos por esta vida, es para nosotros un atardecer que nos aproxima a la noche; siempre la noche nos amaga, siempre la noche está por echársenos encima. Quédate con nosotros, Cristo, luz del mediodía, porque la noche nos ataca y nos amenaza con el sueño, porque si pasares de largo nos dormiremos con harto peligro nuestro. Vuelto al Señor, mándales que se levanten; mientras andamos cabeceando y bajamos al suelo la cerviz a la vista y al deseo de aquellas cosas que por ser bajas vemos mejor cuando estamos agachados que cuando estamos en pie, súbese encima de nosotros el espíritu que tiene dominio sobre nosotros y carga con todo su peso encima de nuestro cuerpo. Si la gracia y el auxilio de Dios nos levantare del deseo de las cosas terrenas a la afición de las celestiales, nos sacudiremos de nuestras espaldas el imperio del espíritu maligno que dominaba en nosotros por culpa de nuestra necedad. *Arriba*—les digo—; levantad los ojos a aquellas cosas que quiso que mirarais Aquel que os creó derechos, y *orad, porque no entréis en tentación.*

Esto nos amonesta Aquel que tiene bien examinadas y conocidas nuestras fuerzas y las de nuestro enemigo. *Sabe*, como está escrito en el libro de Job, *que no hay potestad que se compare a la del diablo sobre la tierra, que fué hecho porque no temiese a ninguno y para ver todo lo encumbrado y para ser rey sobre todos los hijos de soberbia.* Conoce nuestra fragilidad y nuestra flaqueza, nos aconseja, nos persuade, nos exhorta a que huyamos y temamos la colisión con enemigo tan fuerte, armado con tanto poderío, apercibido con tantos recursos: *No es la pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y las potestades, contra los directores de ese mundo, de esas tinieblas;* esto es lo que pedimos cada día, si es que nosotros oímos cada día nuestra propia voz: *que no entremos en tentación.* Tanta como es la flaqueza del hombre, no debe exponerse gratuitamente a correr tan recio peligro o ceder al más leve empuje. ¡Huid, hermanos! Resistid con las manos, con los pies, con todo el cuerpo con toda la vehemencia posible, negaos a admitir la tentación; porque por ningún resquicio penetre en vuestro pecho la tentación, que, una vez entrada, cobrará bríos y se fortalecerá y la hará inexpugnable la astutísima serpiente. Evitad, hasta el límite de lo hacedero, la entrada de las tentaciones; cerrad las puertas de los sentidos, de los pensamientos, no os sirva de juego catar el veneno, ex-

perimentar en vuestra garganta el filo de la espada; rogad que ninguna tentación se deslice en vuestra alma; si en ella se hubiere deslizado, entonces orad con asiduidad e insistencia; pedid que no os venza, sino que seáis vosotros quienes la venzáis con el auxilio del Señor y con la confianza de Aquel que nos mandó esperar y confiar, porque así como El venció al diablo y al mundo, así también todos los que se acogieran a tal presidio y tutela vencerán a todos los enemigos en Aquel que es Hijo unigénito de Dios, Rey de reyes, bendito por todos los siglos. Amén.

Brujas, noviembre de 1529.

LA PASION DE CRISTO

(MEDITACIÓN SOBRE EL SALMO 37)

Todo cuanto en esa universidad del mundo creó el Sumo Hacedor que gobierna esa fábrica inmensa quiso que estuviese sujeto a aquellas criaturas que gozasen de fuerza cognoscitiva e intelectiva, cosa que en el mundo todo es la que más vale. Ellas, en fin de cuentas, parecen ser las que deben mandar, y que pueden hacerlo demuéstralo el hecho de que están dotadas de sentido y de inteligencia, tal como acontece en la sociedad humana, donde son dignos del mando y la preeminencia aquellos que descuellan con mayor relieve en agudeza, en seso y en consejo. El ojo es la guía del cuerpo, y la guía del cuerpo es la mente, y la guía de la mente es la sabiduría, que ocupa el primer lugar, y es la reina de todas las otras. Y siendo en Dios esta sabiduría absoluta e infinita, parece justo que sea El quien obtenga el reino del mundo, y lo obtiene en realidad de verdad. Se lo otorgan los buenos, porque es el mejor; se lo reconocen los malos, porque es todopoderoso. Así es que todas las criaturas experimentan su dominio; las que de buena gana y con agrado experiméntanlo manso y suave, como es el dominio del más bueno; las que con enojo y repugnancia experiméntanlo pesado y duro, como que es del más poderoso a la vez que del más equitativo, aun cuando es tan ponderado el equilibrio del poder y de la bondad, que nadie siente el uno sin la otra. No hay cosa tan fácil que no resulte difícil si la haces contra tu voluntad.

Aun cuando obedecen a ese imperio los cielos, los elementos, los vegetales, los minerales en suma; con todo, Dios quiere ejercerlo de una manera peculiar y propia sobre aquellas criaturas que sienten y que están dotadas de razón, de entendimiento, de juicio; quiere mandar a los mismos reyes de la creación. Imperio grande y estupendo ese de que obedezcan a tu mandato los seres mudos e insensibles, de manera que las montañas se trasladen adonde Tú quieras, y se tiendan los mares, que a tu voluntad se levanten los vientos o depongan su braveza. Pero imperio mayor es ese de guiar y arrastrar los espíritus que sienten, que razonan, que gozan de libertad, que son semejantes a la naturaleza divina; que ellos ejecutan tu voluntad, quieran o no quieran: que te vean, que te admiren, que te veneren, que te sigan; si de gra-

do, son ciudadanos tuyos; si a la fuerza, son esclavos tuyos; tuyos, de todas maneras; pero Tú prefieres ciudadanos libres a esclavos, hijos de tu Padre y coherederos contigo. Por eso Tú pensaste que debía buscarse y reducirse al hombre, que se había apartado de tu gracia, ya que de tu poder no podía. Había contraído enemistad con Aquel en cuyo poder siempre debía estar, quisiera o no quisiera. Triste herida la que se había infligido a sí mismo y a aquella ciudad que Tú habías fundado y querías que fuese igual para todos una honestísima libertad y donde nadie fuese esclavo. Y puesto que la amabas verdaderamente y de todo corazón, por eso mismo te dolió tanto más que él con sus propias manos se hubiese fabricado tan gran miseria, y tanto más te compadeciste de él porque harto sabías que había sido seducido por engaños y astucias y que se había engañado a sí mismo. Por eso, creístele digno de que se le restituyese al estado primitivo, y ello mediante un hombre tan agradable a Ti como te había sido aborrecible y hostil aquel que te había ofendido menospreciando tus mandamientos.

Por eso unístete a Ti a un hombre inmune de todo pecado, toda culpa, para ofrecerle al Padre en sustitución de aquel otro culpable y malo, y como para conservar aquel estado en que el hombre era repuesto le fuese necesaria una vida pura e inmaculada, la autoridad de su divinidad sometióse a una ley por la cual viviese santamente; mas sus enseñanzas y sus ejemplos fueron de humanidad y de una humanidad tal, que no porque estuviese unida a la Divinidad quedase por ello exenta de nuestros males. Al contrario, padeció las tribulaciones y los trabajos de nuestra naturaleza más sensiblemente que nosotros mismos. Y no se limitó a cargar sobre sí nuestros pecados e hízose pecado y denuesto y execración para extinguirlos todos con su cuerpo: a saber: todos los que nos eran nocivos, crucificólos en la Cruz con su carne para abolirlos a todos y que muriesen allí con su muerte y aun muriese la muerte misma. *Verdaderamente llevó en su cuerpo nuestros dolores y soportó nuestras enfermedades; vímosle ajeno a la majestad de su divinidad y eclipsóse en absoluto el decoro de su nativo semblante; tuvímosle por leproso y por tocado de la mano de Dios; vulnerado fué por culpa de nuestras maldades; herido fué por culpa de nuestras iniquidades.*

Todos nosotros, como ovejas, anduvimos descarriados. Cada uno de nosotros tomó una vereda muy apartada del camino derecho y Dios puso en El las iniquidades de todos nosotros, y una porción de carga tan grande se le allegó al varón inocente, víctima propiciatoria de los hombres, que, agobiado de su casi intolerable pesadumbre, se le consideró como el ínfimo y más despreciado de los mortales. Nadie había en Jerusalén en aquella sazón tan abyecto que no hubiera rehusado trocar su suerte con la suerte del Hijo de Dios. Hasta un reo condenado por latrocinio, y ya colgado en el leño infame, despreciábale aún más que a sí mismo, con ultrajes y baldones. Y El mismo, en medio de tantos tormentos y de una muerte ignominiosa, sintióse desamparado de aquella virtud que de la Divinidad acostumbraba derivársele sobre su humanidad; rechaza toda idea de muerte El, que era origen y conservación de la vida. Por esto, próximo ya al suplicio, conturbado por indecible manera, confuso y despa-

vorido, con súplica muy encarecida pedía a su Padre que la redención humana se verificase de cualquier otra manera. Y aún en la muerte misma, en el paroxismo de un dolor inimaginable, quejóse del abandono de Dios y con un alto grito encomendó su espíritu al Padre: majada y desangrada su carne, desamparado del mundo, escarnecido por los suyos, escándalo para los judíos, ludibrio e irrisión de las gentes, hasta un punto que no se le reputaba hombre, sino gusano, lía y hez de la plebe, mondaduras, barreduras, basuras, que ni siquiera se hubiesen dignado pisar aquellos a quienes el mundo reputa por personajes. Y El, despreocupado de Sí; pero muy ansioso de los que llevaba a hombros, temiendo no por Sí, sino por su cargamento, pide que caigan sobre Sí la ira y el furor del Señor, confiado de que, siendo como era Hijo tan amado, si asumía los pecados del pueblo, su propiciación sería aceptada.

¿Qué iba a pasarnos a nosotros, esclavos viles e inútiles, cuando en sus carnes, con mano tan poderosa y tan certera se le habían clavado las saetas de la ira de Dios disparadas contra nuestras culpas? Desde la coronilla de su cabeza hasta la planta de su pie, no hay en El lugar sano; todo su cuerpo está molido, quebrantado de hambre, de sed, de calor, de frío, de azotes, de esputos, de bofetones, de patadas, de golpes. No son muchas las llagas, puesto que todo su cuerpo es una llaga. Mas en el cuerpo místico de quien El es cabeza, todo está inválido y afeado con innumerables formas de maldades. Todos nos hemos descarriado del camino seguro y recto; en tantos miles no hay uno solo que sea útil; ninguno que obre rectamente, y entre ellos mismos no hay caridad ninguna ni asomo de humanidad. Los judíos menosprecian a los gentiles; los gentiles, a su vez, menosprecian a los judíos; en unos y otros, arrogancia bien por su claro linaje, bien por sus hechos hazañosos; toda su confianza le ponen en las fuerzas humanas; ninguna mención de Dios; esparcidas arreo por el haz de la tierra las imposturas y los fraudes del demonio que tienen virulenta eficacia. Los judíos, atentos exclusivamente a la ganancia y a la vanidad de los honores, no hacen cuenta de los mandamientos de Dios; los sabios de la gentilidad, muchos de ellos dedicados al estudio de la Naturaleza, traspasaron toda la filosofía a la trivialidad de un aplauso teatral. Y en medio de todo el honor, la gloria, la fuerza, los hechos fuertes y gloriosos se hacían consistir en la derrota y el aniquilamiento de muchas gentes y naciones.

No hay salvación en el linaje humano; no hay paz ni entre el padre y el hijo ni de nadie consigo mismo, puesto que cada uno, por sus pecados, tiene a su conciencia por enemiga. Esto temió Cristo y salió al camino de la justa ira de Dios, al ver la excesiva abundancia de las maldades de la raza humana que El había asumido sobre Sí, suficiente para superarle y abrumarle sin la ayuda de lo alto; y que El iba a ser oprimido bajo su peso, como un haz insoportable, si no le diera fuerzas aquella Divinidad que estaba escondida en su pecho. Crónica era la herida del linaje humano, y curada mal, hedionda de sanie y podre. Y si, parcialmente, por la penitencia, por los sacrificios, por el culto de Dios y la religión, estaba disimulada por la cicatriz o el vendaje, todo esto quedó al descubierto con la eliminación del conocimien-

to y de la obediencia de Dios. Como si fuera poco para el linaje humano haber ofendido al Dios que conocía, si no le ignorasen completamente o le conociesen muy a la ligera y encima le menospreciasen y obrasen de manera que se olvidasen de El, aquellos que dicen a Dios: *Apártate de nosotros, no queremos nada contigo; renunciamos al conocimiento de tus caminos*, y cosa la más rematadamente impía y malvada, torcieron el culto debido a Dios bien a los muertos, bien a los animales mudos y brutos. La suprema y capital ignorancia es ignorar la fuente y el origen de toda la sabiduría; como también el coronamiento de la sabiduría es conocerle a El. Si conservares este conocimiento, no te será desconocido ningún arroyuelo de los que manan de esa fuente. ¿Qué esperanza podía tener el linaje humano en un Dios a quien no conocía ni quería conocer ni en El confiaba, sino solamente en sus fuerzas, en sus brazos, en sus lanzas, en sus proyectiles, en su disciplina militar? Estos eran los gentiles.

Y los judíos asimismo confiaban no poco en la fuerza material; pero confiaban en primer término en el conocimiento de los mandamientos de Dios. Mas como los sabían y no los practicaban, eran mucho más peores que los que los ignoraban. Por estas maldades de los hombres fué herido el Hijo de Dios, enviado por el Padre al mundo, donde, en aquellas cosas que el mundo estima ser las primeras había El de ser inferior a los más ínfimos, a saber: riquezas, posesiones, atuendo, amigos, clientelas, cuna, honores, dignidades. Y ello hasta tal punto que cuando a las zorrillas no les faltan sus cados y a las aves del cielo sus breves nidos, al Rey y al Señor de los siglos le faltó no ya una suntuosa mansión, sino un tugurio donde pudiera cobijarse un hombre. ¡Oh mengua y oprobio eterno para el mundo! Cuando a Tiberio, el más impuro de cuantos hombres han sido, le sobraban camas de oro y de marfil donde echarse sus perros, a Ti, más grande que los ángeles, te faltó un lecho humano. Pero no es ello de maravillar. A Ti lo humano no te abarca; Tú pujas tu cabeza por encima de toda excelsitud terrena. Pasa ya a los ángeles, o, mejor, pasa ya a Dios. Duerme hoy, cuando aún estás entre mortales, en el camastro durísimo de tu Cruz, y de lo más hondo de este valle oscuro, con un salto gigantesco, traspasa más allá de los ángeles. Allí descansarás; allí te sentarás, Señor de ellos y de nosotros y del universo mundo, y tu reino no tendrá término ni fin.

Tú miras con desdén nuestras riquezas; sabes que en la mano de Dios está el darlas, pero no el usarlas; y a los que te quieren imitar ofréceles el gran ejemplo de llegar por su menosprecio a la compañía de los ángeles. Cada cual es lo que se hace a sí mismo. A la fortuna cada cual se la imagina, según sus preferencias, y cada uno, según el dicho de aquel sabio, es el artesano de sí mismo. ¿Quiere aquél verse rodeado y anegado de placeres? Se le colocará entre las bestias. ¿Quiere el otro descollar en riquezas, en poder, en mando? Este otro, poniendo a la fortuna debajo de sus pies, yérguese en un enérgico movimiento ascensional, a la virtud, a la santidad, a la vida divina; remontaráse hasta los hijos de Dios. Así tú, con paso tranquilo y seguro, vas al reino de la eternidad, y al par que desprecias el reino de este mundo, consigues el mismo mundo, los cielos, los ángeles. Allí tus bra-

zos cobrarán vigor, y tal como está escrito, serás ardiente y espléndido bajo los lomos y sobre los lomos; esos lomos que ahora este pueblo tuyo tiene tan quebrantados e inválidos, que anda deslomada toda nuestra reciedumbre. Tú nos diste los lomos ceñidos como símbolo de fortaleza, de continencia, de templanza. Por esta causa, tu discípulo Pedro nos exhorta: *Teniendo los lomos de vuestro entendimiento ceñidos con templanza, esperad perfectamente en la gracia que os es presentada cuando Jesucristo os es manifestado. Como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino como Aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación. Porque escrito está: sed santos porque yo soy santo.*

Nosotros procedemos muy de otra manera: sueltos de lomos y en la incontinencia de vida sobre los cuales concedimos la supremacía a Satanás, como dice Job: la *fortaleza en los lomos*, nos poluímos primero a nosotros mismos, después a nuestro linaje, que por ellos se propaga; de ahí, tomando de nuestras fuerzas una confianza temeraria, a fuer de hijos necios, ningún caudal hacemos de la ciencia del Padre; de donde aquella expresión: *Más ancho es mi dedo pequeño que los lomos de mi Padre*; así, en nuestro linaje, la ignominia; así, en nuestra flaqueza, la decisión, mientras en tanta flaqueza nuestra hacemos alarde de tanta altanería. Esta es tu carne, Cristo; éste es tu cuerpo, que somos nosotros, que no tiene sanidad alguna, al punto que podrías recelar no ser abandonado solo sin el cuerpo, consumido éste, y enterrado ya como muerto y desprovisto de todo sentido, por tu indignado Padre, por la soberbia intolerable en nosotros, bestezuelas de un día. ¿Adónde te arrastra la fuerza de tu benevolencia, ¡oh Príncipe del mundo!, que avoques a Ti una causa tan poco favorable y que Tú admitas sobre tu cabeza purísima tantas maldades, tantas fechorías, tantas torpezas merecedoras de execración, de forma que en causa tan fea y tan triste ninguna disculpa puedas alegar sino la coacción de la amistad?

Pero te honra muchísimo este pretexto y merece que, en atención a él, seas absuelto por cualquier juez, principalmente por Dios, tu Padre, que ignora los motivos por que viniste acá y por que soportas los males de estos vicios nuestros. Sabe que tú nada mereciste, sino que gracias a tu virtud y a tu dignación, el principado merecido de la tierra y de los cielos que se te dará, será concedido a la amistad, al amor, a la benevolencia. Vivan, pues, los tuyos, no porque lo merecieron, sino porque fueron tan afortunados que consiguieron amigo tan influyente; eres oído por tu majestad inmensa. Suban, háganse grandes y descollados estos hombrecillos tuyos, desdeñados y menospreciados antes, puesto que no hallaron más que a Dios que por ellos soportase la humillación y el menosprecio. Y hasta tal punto te abajaste, Rey y Señor de todo el universo, que voluntaria y gustosamente saliste al encuentro de un suplicio acerbísimo, de unas torturas exquisitas, de una muerte ignominiosa, pero no sin crueles y atroces aprensiones de tu alma.

Tu corazón, asiento y cabeza de la sabiduría universal, agitado y sacudido y casi arrancado de su lugar; tus dos mismos ojos, dos puertas generosamente patentes de caridad y misericordia, están cerra-

dos, y bien así como nuestros ojos se apagan por la demasiada violencia de la luz, así ellos también con la intensificación de la fuerza inmensa de tu amor y compasión para con nosotros, fueron quemados, como quien dice, como por un gran fuego. En este punto feneció tu hermosura que ganaba a quienes te miraban a su admiración; en aquel punto, el que está por encima de los ángeles, pareció estar por debajo de ladrones ahorcadizos; los extremos de la Cruz están en tus manos y allí estuvo escondida tu fortaleza; tu cuerpo afligido, golpeado, raptado, arrastrado; tu cuerpo en el cual no había porción que pudiera recibir una herida nueva, alejó y ahuyentó de Ti no solamente aquella multitud harta gracias a un milagro tan grande con alimento muy tasado, sino también a tus discípulos, tratados con indulgente familiaridad y por los cuales oponías Tú tu pecho. Tus consanguíneos y tus afines pasmáronse de muerte tan ignominiosa y no osaron acercarse porque no les mancillase el oprobio de una sangre que era contigo común.

Los subordinados del gobernador y de los Pontífices entregaban a la muerte al Autor de su vida; escarneciéronte los fariseos y los Pontífices y los príncipes del pueblo, por quienes fuiste acusado y entregado a Pilato, como en son de triunfo sobre aquel que descubrirá sus maldades encubiertas y la cruel conjuración de la ambición y de la avaricia y que traspasará a Dios la multitud de ellos arrancada. E hicieron esto así que comenzaste a lucir para el mundo, sol el más brillante y día el más claro para los ojos sanos, para oprimirte del todo antes de que esa luz se esparciese por todo el orbe y apartasen la salud del mundo y no naciese un nuevo pueblo iluminado con lumbre de lo alto y no terminasen ni sus ceremonias, ni su sacerdocio, ni la noche de la ley, sino que, eliminado Tú como heredero, la herencia como derecho de uso continuo revertiese a ellos. En ese empeño triste, del cual nunca desistieron, pusieron interés especial cuando Tú aparecías como reo y ya próximo al suplicio. Empero a Ti más te dolía su situación que la tuya propia. Tú no hacías más que andar por aquel camino que te habían asignado las inflexibles leyes eternas. Y ellos, ciegos por el odio y la envidia, daban con sus pies en la piedra de tropiezo, puesto en Israel a causa de aquellos que con enfermedades del alma se cegaron. Todo el que topare con esta piedra, será quebrantado, y al contrario, si esta piedra diere contra alguno, le lastimará.

Y puesto que en aquel avanzado trance muy poco había de aprovecharles la amonestación, con tu silencio testimoniabas tu dolor y declarabas tu inocencia; y no maldecías a los que te maldecían ni amenazabas a los que te golpeaban, pudiendo con un solo guiño provocar la total perdición de todos, sino que, en el exceso de tu mansedumbre y de tu clemencia, ansioso por tus verdugos y sayones, pediste por ellos perdón al Padre en medio de tormentos grandiosos, en desnudez, en deshonra, colgado en cruz; intranquilo porque el justo enojo del Padre vengase atrozmente la muerte injusta del Hijo en aquellos que estaban ligados con recato tan imperdonable. ¿De esta manera te acordaste de los hombres, olvidándote de Ti? Con ello das a entender que no viniste al mundo por tus conveniencias, sino por las nuestras. Eres juzgado; eres condenado; eres crucificado como si fueras sordo, como si fueras mudo de nacimien-

to, como si no pudieras hacer callar a los calumniadores, ni refutar a los que te cubrían de oprobios. ¡Siendo así, que no más que con tres palabras podrías demostrar ser muy digno de honor y gloria y que, en cambio, aquellos que te clavaban en cruz eran merecedores de mil cruces! Y como Tú no respondes y te avienes a un suplicio que no mereciste en manera alguna, das a entender que eres llevado a la muerte no contra tu voluntad; nadie te quita la vida ni nadie, si Tú no quieres, tiene derecho o potestad sobre Ti. Tú dejas tu vida cuando quieres y la vuelves a tomar cuando te place; no viniste a juzgar ni a condenar a nadie, ni buscas tu gloria. En el cielo tienes a tu Padre, que es quien investiga, quien juzga, quien condena.

¿Qué necesidad tienes de respuesta alguna con tal abogado de tu causa? El responderá por Ti y refutará a tu acusador y examinará los testigos y marcará la frente de los jueces con un hierro candente por la venalidad y corrupción de su juicio; con desusada severidad abrumará y castigará a los demonios autores e incitadores de tu muerte y no permitirá que les sea causa de alegría tu muerte que con tanta diligencia procuraron; y no les serán motivo de satisfacción la insolencia con que se expresaban y las esperanzas buenas que abrigaron, en viéndote como desamparado y rechazado por Dios. Con mucho agrado entregas tu vida por aquel pueblo cuya defensa asumiste; pero queda clavado en lo más hondo de tus entrañas ese dolor; a saber: que con los pecados de los tuyos tus enemigos se crecen y a sí mismos se parecen grandes, y que han dilatado los términos de su jurisdicción si arrastran a muchos a su hechura y al consorcio de su vida llena de torpezas y fealdades y los apartan de sí lo más lejos que pueden y piensan que les eres enemigo si los conservas, como si fuese una mala obra salir al encuentro de la injusticia. Pero Tú, ni aun a esos aborreces, porque de otra manera no podrían subsistir ni un momento más. Ellos sí que te odiaron a Ti, porque el que daña a quien es más poderoso que él, le teme, y el que teme, odia, y puesto que te odian a Ti, ya no pueden amar a nadie más que a sí mismos, que es la mayor de las calamidades. Unense a aquellos que por Ti fueron colmados de beneficios y te correspondían con tanta fineza, que a trueque de su hartura dábante hambre y sed; y por la salud y exención de todo linaje de enfermedades te devolvían azotes y suplicios y te daban una muerte que jamás por jamás mereciste aquellos mismos a quienes Tú les habías dado salud y vida. Ellos, que merecieron la muerte, con tu ayuda fueron restituídos a la vida. Y tú, que de esta manera habías merecido la vida, Autor de la vida como eres, fuiste condenado a muerte durísima apurando tantos padecimientos.

Y todavía no les basta. A suplicio tan vil y tan servil añaden los denuestos y baldones. Desempeñas una misión que te encomendó el Padre, con incorrupta ejemplaridad, superior a todos los azares y al mundo mismo. A los mortales enséñales el camino de tu Padre, sin que te amedrenten ni el poder de los reyes, ni las amenazas de los pontífices, no retardado en lo más mínimo en la carrera que emprendiste; a tus enseñanzas y doctrinas añades un sinnúmero de beneficios a todo el pueblo en general: a los reyes, a los príncipes de los sacerdotes; ninguno de los que quieren aprovechar-

los es excluído por Ti. En el auxilio te experimentan todopoderoso, y en todo lo demás, siéntente lleno de mansedumbre e inocencia, y tan grande que levantas los hombres hasta Dios. No te faltan quienes interpreten tus obras con sacrílega impiedad, quienes piden tu cabeza, y cuando estabas en tal postración y abatimiento, que a los mismos enemigos podías inspirar compasión y lágrimas, acosáronte en tu muerte con ultrajes y sarcasmos. Así llora tu Judea; ésos son los funerales que te hace; abandonado por los discípulos, escarnecido por el populacho, burlado por los gentiles, execrado por los pontífices, a título precario, eres depuesto de la Cruz y depósitado en sepulcro ajeno. Pero no es de maravillar si en tu muerte no tuviste sepultura, cuando consumaste tu vida mortal sin tener un miserable cobijo. Y mucho menos has menester de un sepulcro en que se conserven los restos de tu mortalidad, hasta el tercer día, predestinado al glorioso misterio de tu Resurrección.

Encomiendas tu alma al Señor y en los días de tu carne imploras a Aquel que puede librarte de la muerte y eres oído por la reverencia que mereces: sin lágrimas, sin fúnebres pompas serás enterrado; pero tu precaria muerte, en el porvenir, producirá la admiración de todo el linaje humano y levantará vítores inmensos. Y no te faltará planto ni llanto; la Judea se llorará a sí misma sobre Ti, y ello con lágrimas de veras, derribada y descuajada desde sus cimientos. Lloraremos nosotros también todos los que somos tuyos, porque Tú, no por culpa tuya, sino por culpa nuestra, tomaste sobre Ti tamaño suplicio. Eres exaltado de la tierra, y por eso todo lo atraes a Ti. No rehusaste dar tu sangre y tu vida por el pecado, y por eso verás una muy larga y muy venturosa descendencia. Y trasladado al Cielo, al reino y a la bienaventuranza que mereciste, eres tanto mayor que los ángeles, cuanto aquí abajo pareciste, en tu muerte, menor que los hombres.

Rogámoste, Caudillo y Padre nuestro celestial, que nosotros, progenie tuya por Ti felizmente reengendrada, la cual fué engendrada en la desventura por aquel Adán, que fué el primero de los mortales, que no te armes de saña y de poder contra nuestros pecados por los cuales, con reiteración tan contumaz, en nuestras conciencias y en nuestros pechos, te crucificamos de nuevo. Delincuentes como somos, no nos acoses en tu furor, sino que, manso como eres, nos perdones según la muchedumbre de tu mansedumbre. Reconócenos por tus hijos, pues nosotros nos reconocemos indignos de que Tú nos reconozcas: sana nuestras almas y nuestras conciencias para que ya desde ahora empecemos a catar algún tanto de tu celeste bienaventuranza y a percibir antes de la muerte un anticipo de aquel céntuplo que cobran irremisiblemente aquellos que por tu nombre hubieren renunciado a alguna bagatela por amor tuyo. Esto es lo que te pedimos no por nuestra piedad hacia Ti, sino por tu amor para con nosotros.

Brujas, año 1529.

FIN DEL «DIURNO SACRO
DEL SUDOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO»

EXCITACIONES DEL ALMA HACIA DIOS [1]

(EXCITATIONES ANIMI IN DEUM)

VIDA DEL CRISTIANO

(1535)

BASILEA, ROBERTO WINTER

SEPTIEMBRE, 1540

JUAN LUIS VIVES

AL ILUSTRÍSIMO JUAN BARROS, TESORERO DE INDIAS DEL REY DE PORTUGAL: SALUD

Nos traen tan disipados y tan desperdiciados las preocupaciones y los pensamientos ajenos a la piedad, que cada uno de nosotros hemos de menester con mucha frecuencia dirigir un enérgico llamamiento a nuestra alma, como un soldado desertor que dejó abandonado su destino, a fin de que el hombre se acostumbre a levantar su cabeza al cielo y a su origen. Piense cada uno que para él fué dicho lo que el Señor dijo a Marta: *Cuidadosa estás y con tus muchos quehaceres andas conturbada. Empero, una sola cosa es necesaria.* Todas las restantes ocupaciones que nos traen a maltraer nos las buscamos nosotros; la única cosa necesaria nos la señaló Dios para aquel destino final por el cual el hombre fué enviado a la vida. Habida cuenta de eso, compuse yo tiempo atrás un librillo para mi uso particular. Al tiempo que me pareció que debía hacerle común y publicarlo, hízome muy copiosa y muy honorífica mención de ti mi caro amigo Cristóbal Mirandio. Declaróme la nobleza de tu linaje, tu talento, tu erudición, tu bondad; todo lo cual no me costó mucho colegir de cierto opúsculo escrito en tu nativa lengua portuguesa, y no pude menos de abarcar y de admirar las dotes de tu alma, ejercitadas en negocios tan grandes y tan variados.

Mucho me felicito por esos brillantes ingenios de Portugal y coli-

(1) Muchas de esas *Excitaciones* se pusieron en el *Book of Prayer* del rey Eduardo VI.

jo la prudencia y la bondad de su monarca, amén de muchas otras demostraciones, porque pone al frente de los negocios públicos a tales varones esclarecidos. Díjome de más a más, Cristóbal, la grande afición, y estoy por decir única, que me tenías, atestiguada y en cierto modo confirmada en tus cartas a Andrés Xuárez, hombre que te tiene en muchísimo aprecio. De todos esos extremos, otro será el lugar indicado para hablar; ahora he de limitarme a la angustiosa brevedad de una carta dedicatoria. Por todo eso, ese librito, tal cual es, pero que trata de cosas de la mayor importancia y de la más apremiante necesidad, verá la luz al amparo de tu nombre, y tú no aceptarás esta dedicación sino como una prenda de nuestro recíproco afecto. Ten salud.

Amberes, mes de agosto de 1535.

PREFACIO

Aquella naturaleza omnipotente y santa a quien llamamos Dios, nos arrebata con su grandeza a la admiración y con su bondad nos invita a su amor y nos obliga a la gratitud con los beneficios que nos hace cada día. Demás de esto, nuestro flaco natural y nuestras necesidades no ya cotidianas, sino de cada uno de los momentos, nos inducen a refugiarnos en El, puesto caso que El lo puede todo, dotado como está de una inmensa fuerza y poderío, y no hay cosa que no esperemos de su bondad que tenemos tan experimentada. Así es que ora contemplemos su excelencia, ora nos encendamos en el amor de tanta bondad hacia aquel que primero con su amor nos provocó, ora le pidamos algo necesario, ora correspondamos con hacimiento de gracias a la consecución de algún deseo nuestro, en todos estos casos nuestra alma se eleva a Dios.

Denomínase este movimiento ascensional hacia Dios oración o plegaria, por la cual, bien en silencio, bien con fórmulas orales en la boca, nuestro corazón habla con Dios. Dios, que escudriña nuestros riñones y nuestros corazones, presta oído a aquellas palabras y a aquella nuestra conversación; pero es menester que nuestra plegaria sea sabia y sazonada de sal, porque no hagamos a Dios semejante al hombre, de modo que pensemos que se goza en oír sus propias alabanzas y, como quien dice, sus hazañas, y que es todopoderoso, que creó el cielo y la tierra, que hizo cosas grandes y admirables que nadie podrá nunca comprender con su entendimiento ni abarcar con su pensamiento, cuanto menos expresarlo con palabras sensibles. Achaque es éste propio de los hombres y no ciertamente de los más sabios.

Y con todo, no son pocos los que al orar, si se les pregunta qué hacen, responden: Alabo a Dios. ¿Qué es lo que dices? ¿Piensas por ventura que Dios es algún príncipe vanidoso y que tú eres un adulador suyo, una suerte de parásito, que le lisonjeas y le halagas por conseguir algo de El? Toda deprecación nuestra no es cosa que deba agradecernos Dios, sino que es en interés nuestro, a cuyo provecho se dirige.

La petición refiérese a nuestras necesidades porque sepamos quién es el Dador de todo; la acción de gracias, porque reconozcamos el beneficio y amemos al Bienhechor; la consideración de su bondad y de su amor para con nosotros nos induce a la correspondencia en ese amor; la de su grandeza, a su culto y reverencia; y añade también a amarle, porque aun siendo tan grande se digna poner sus ojos en nosotros y admitirnos a la participación de su grandeza y de su bondad. Así es que cuando le llamas poderoso, cuando hacedor de toda la universalidad de los seres, reverencia su majestad y en tamaña grandeza ama tamaña bondad y benignidad tamaña.

Por todo esto que dije, la oración que se eleva a Dios tiende a que, mediante la contemplación de su grandeza y de su bondad, nazca y crezca en nosotros el amor para con Dios, mezclado y casi templado con su culto y reverencia. Ese amor, puesto que es el camino más derecho y seguro y por ende el único para conducirnos a la bienaventuranza, interésanos en gran manera que vaya acrecentándose de día en día, cosa que se consigue con la recordación y el pensamiento frecuentes e intensos, pues si nos viene a las mientes raras veces y con flojera, el fuego desmayará y acabará por apagarse del todo. Por este motivo, el que prohibió en la oración multiplicar las palabras y hacer una larga exposición de lo que pedimos, ese mismo nos avisa y nos exhorta, a fuer de hijos suyos, que oremos continuamente y con continencia; a saber: con aquel linaje de oración, gracias al cual nuestra alma, mediante la contemplación de la virtud divina, concibe de día en día mayores llamaradas de amor y con vivo y seguros pasos se encamina a su felicidad.

Ninguna cosa hay, pues, más grande ni más útil al hombre cristiano como rogar a Dios. Y ninguna otra cosa se hizo con mayor frecuencia ni con fervor más subido en aquella primitiva y verdadera cristiandad, como dan a entender las epístolas de San Pablo y las homilías patrísticas, que leemos todavía para nuestra edificación, costumbre recibida de aquellos primer rito y primera usanza. Y está fuera de contradicción que hicieron esto mismo en la mesa, en el estudio, en las faenas de la propia profesión y que nada se hizo sin la previa imploración de la Divinidad. Tocante a las razones y maneras para elevarnos a esa contemplación, para levantar esa llama de amor viva, ello requiere más sublime especulación y más grande holgura de tiempo; dejémoslo para otros tiempos. En ese lugar solamente hablaremos de las peticiones. Place a su Divina Majestad que todo lo esperemos de El y que todo se lo pidamos, pues en El está la fuente y el origen de todos los bienes y ninguna cosa puede dañarnos de lo que de El nos viniere, porque es un ser el mejor de todos y el que más nos ama, y puesto que es el más poderoso de todos no hay cosa que no pueda concedernos. No tiene el ángel esa facultad de la omnipotencia, ni el demonio, en aquello que puede, tiene buena voluntad porque es pésimo y enemigo mortal nuestro. Pero el hombre flaco y miserable no tiene poder, y su voluntad es incierta y voltaria.

Manda el Señor que le pidamos no porque se lo agradezcamos al bienhechor, sino porque nos interesa a nosotros aprender a amar a aquel de quien nos vienen los bienes todos. Difiere a veces El la satisfac-

ción de nuestros deseos, porque a los ojos de nuestra ignorancia e irreflexión pierda valor lo que conseguimos a tan poca costa, como fué el pedírselo con no mucho ahinco, sino porque preciemos muchísimo más el don prolijamente deseado y como comprado a carestía, y por ende también a quien nos lo concedió, lo cual nos conduce con fuerza a granjear amor y culto. Por esto, no se ha de desistir luego al punto, ni a las primeras peticiones, si no son atendidas, ha de decaer nuestro ánimo, como si no lo fuéramos a conseguir nunca, sino que esta repulsa inicial ha de servirnos para reaccionar con más ardor y a pedir con renovada insistencia, a ejemplo de aquella vieja tesonera que nuestro maestro propone a nuestra imitación, la cual, con su apremiante asiduidad, movió al juez inicuo de los dioses y de los hombres a que conociese su causa y pronunciase veredicto según sus deseos.

Por todo lo cual, pensando yo conmigo mismo que la oración, especialmente si está aderezada por el amor y su compañera inseparable la confianza, tiene valía ciertamente para que nuestro deseo se realice, expuse en un pequeño comentario la oración dominical, norma de toda plegaria, y de ella derivé algunas preces en las que la petición no fuese, como quien dice, desnuda y pelada, sino que tuviese el respaldo de una consideración de la majestad, de la bondad de Dios o de nuestra flaqueza. Y ello no porque yo estuviese creído que de esta manera convencería más fácilmente a Dios que me concediese el logro de mis deseos. ¿Qué pensamiento de mayor locura o de desvarío que éste? Sino porque yo, con el espíritu purificado y exaltado, me presentase más apto para la impetración. Compuse unas oracioncillas breves, bien porque unas veces nos tienen desperdigados y como descuartizados, ocupaciones honestas, desde luego, e impuestas por Dios, y por culpa de ellas no podemos detenernos en deprecaciones largas; y otras veces esa alma nuestra, agobiada y retardada por la pesadumbre del cuerpo, fatígase y flaquea por una intensidad prolongada en demasía. Imité en ello a aquellos viejos padres que, viviendo en el yermo y en la soledad, consagrados a la obra de las manos, según nos cuenta Casiano, acostumbraban dirigir a Dios unas oraciones brevísimas, a manera de dardos, para foguear el espíritu y volver luego a la obra.

Podrán estas jaculatorias mías hallar lugar entre aquellas oraciones que compusieron hombres de talento y de arte nulos, frías y sin pizca de sabor, sin ninguna dignidad de palabras ni de sentencias en materia de tanta importancia y que, a pesar de todo, son leídas por muchísima gente, engolosinada por el solo título de oraciones que ningún ansia tienen de elevar su espíritu a Dios mientras oran, sino de echar un gran acervo de palabras recogidas de dondequiera, sin gusto ni discernimiento alguno. Yo me persuado que bien poco importan las palabras con que se ora, sino el movimiento ascensional a Dios mediante la oración. Esa última oración es la legítima y la que rinde provecho. No atiende el Señor a la elocuencia o al artificio de quien ora, los cuales, por lo que se refiere a Dios, son harto ruines y caliginosos, sino la pureza de intención con que ora, la cual oye Dios aun antes de que comience a hablar. Con todo, parecen ser las más indicadas para el caso aquellas palabras que infunden en la mente alguna luz acerca de aque-

llo que se pide y avivan el afecto decaído; cosa ésta que yo declaro haber procurado dentro de la brevedad obligada y con toda cuanta energía pude.

Añadí ciertas *excursiones* o ampliaciones o, mejor dicho, no hice más que indicarlas, gracias a las cuales el espíritu caldeado por la oración pudiese espaciarse si quería, mientras soplase aquel blando y restaurador vientecillo de la piedad, el cual, como acontece raramente a la mayoría de nosotros, porque no le llamamos con nuestros deseos ni nos preparamos para recibirle y detenerle, cuando se presentare, no hemos de dejar que pase de largo sin que recojamos de su paso los frutos más copiosos que podamos, obedeciendo al conjuro del esposo del *Cantar de los Cantares*, que no despertemos, para las ocupaciones y cuidados de esta vida, a la esposa sumida en sabroso y saludable sueño, hasta que ella por sí misma se despierte. Así que por tener más copiosa materia de meditación, además de las oraciones, en las cuales la hay, y no poca ciertamente, hallará preparadas estas excursiones a manera de diversiones para espaciarse con ellas. Puse al frente una preparación para la oración, porque para esa tan grande y tan principal obra de piedad, es necesaria una gran pureza de alma para que aproximándonos a Dios de más cerca, seamos oídos, pues en caso contrario, clamaríamos de balde.

Inicialmente compuse yo este opusculillo, para mi uso personal exclusivamente, a fin de que, aparte de la lección de las Sagradas Letras, me sirviese de consuelo en esa áspera actualidad que vivimos, en la cual sucédennos cada día, así exteriormente como en nuestro cuerpo y en nuestra alma, tantas contrariedades, y para pedir la ayuda divina en esa constante e implacable necesidad a que está condenada nuestra vida mortal. Luego parecióme bien generalizar esta obra mía, por si podía ser de provecho a algún otro para un nuevo avance en la piedad, cosa ésa que yo pienso ser una ganancia cuantiosa, porque lo primero que interesa es que tú seas bueno, y lo segundo e inmediato, que hagas buenos a los otros. Tiempo ha que, efectivamente, necesitamos los cristianos todos que andamos a gatas por el suelo de estímulos y de aguijones para levantar nuestras almas, que, abatidas a la vista de las cosas vilísimas que convenía hollar, las codician con tal avidez, que las anteponen a la inmortalidad y a la bienaventuranza.

PREPARACION DEL ALMA PARA ORAR

1. Cuando el alma se ciñe y se apareja a la contemplación de su Divina Majestad, tenga libres y expeditas las alas para tan remontada ascensión, dando de lado a todos los negocios de esta vida y teniendo apaciguado el bullicioso alboroto de las pasiones.

2. En la paz callada tiene su morada el Señor, no en el tropel de los motines y conmociones.

3. Levantado a aquella contem-

plación, no te injieras con imprudencia ni temeridad, no sea que se te rechace con ignominia y con daño.

4. No inquieras las causas de cada una de las cosas comprendidas en la Divinidad, pues ni los mismos ángeles las alcanzan.

5. Aquello mismo que concedemos a los hombres sabios, reconociendo nuestra incompetencia por comprender sus razones y consejos, con cuánta mayor reverencia ha de ser concedido a Dios.

6. Quien escudriña la majestad, será abrumado por su gloria no de otra manera que quien mira el sol sereno con ojos fijos y bien abiertos queda deslumbrado.

7. No queráis saber más de lo que importa saber, sino saber sobriamente.

8. No busques cosas más altas que tú ni escudriñes cosas que sean más fuertes; antes piensa siempre lo que Dios te tiene mandado y en muchas de sus obras no seas curioso.

9. No te es necesario ver con tus ojos aquellas cosas que están escondidas.

10. En las cosas superfluas no escudriñes de muchas maneras y en muchas obras no serás curioso.

11. Muchísimas cosas que están fuera del alcance de los hombres te han sido mostradas; a muchos les engañó su sospecha y en la vanidad detúvose su comprensión.

12. De las cosas divinas ten un sentido reverente; has de recordar que eres un niño y que no puedes barruntar la sabiduría de Dios, puesto que en las cosas muy frecuentemente andas a ciegas.

13. Has de recordar que eres ignorante; que no has aprendido los arcanos de Dios, cuando los de los hombres casi todos te están ocultos.

14. Has de recordar que eres limitado y que tu pecho no puede contener toda la inmensidad de los arcanos divinos.

15. Has de recordar que eres malo y que por eso titubeas y que la malicia, como un peso, te lleva de Dios a ti; del espíritu, a la carne; de la alteza del cielo, a la bajeza del suelo.

16. Has de recordar que eres suspicaz y que por tu propia medida mides a los otros, y con medida humana mides la dimensión divina y muchas veces por la tuya, que es chica y es falseada.

17. Siendo así que si comparas las obras de Dios con su facultad y su potencia, pareceránte pequeñísimas y más fáciles de hacer por El que por ti de pensarlas.

18. Sométete, pues, a la majestad del Omnipotente, a los mandatos del Omnipotente, a los avisos del más amantísimo y generosísimo Bienhechor.

19. Este sea el blanco de tu vida; ve a él por el atajo, ora tengas que poner las riquezas bajo tus pies, ora tengas que ser abatido y derribado, ora te sea obstáculo tu hijo o te lo sea tu padre.

20. Palabra fiel y merecedora que la aceptan todos es que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores.

21. Pensarás de Jesucristo no como si fuese un hombre cualquiera bueno y sabio, sino como la misma virtud, sabiduría y bondad de Dios que el Padre envió para reconciliación y salud de los hombres, para ser su maestro y dechado del linaje humano.

22. La confianza en El será la más firme piedra del edificio.

23. Su vida servirá de antídoto de cualquiera enfermedad o afecto desordenado; su pasión servirá de consuelo y lenitivo en los contratiempos y calamidades de la vida;

su resurrección será prenda de esperanza de los verdaderos bienes.

24. De los santos pensarás que salieron de los azares de la mortalidad y se han unido con Dios y, por decirlo así, son miembros de Dios.

25. A la unión con Dios; es decir, a la suprema bienaventuranza y fin del hombre, se va por el amor de Dios.

26. Pensarás ser cieno todas las cosas de este mundo comparadas con la caridad y la gracia de Dios; dichoso tú si te la granjeares aun con la pérdida de toda cuanta cosa en el mundo puede ser codiciadera.

27. Sin ella no hay nada apacible, nada alegre; con ella no hay cosa amarga ni triste.

28. El pecado es aversión y apartamiento de Dios; esto es, de la fuente de la vida y del bien universal.

29. Huye tan lejos como pudieres del acto pecaminoso, de sus ocasiones, de sus causas, de su apariencia, de su sombra; eso es lo que podrá hacerse luego al punto: acércate a Dios.

30. En la tentación no confíes en tus fuerzas ni, confiado en ti solo, pelees con quien es mucho más fuerte que tú.

31. Sino invoca la ayuda de aquel que dijo: *Confiad; yo vencí al mundo.*

32. De esta manera, desconfiado de ti, acógete a la sabiduría de la Cruz; pero rodéate con la palabra de la fe como con una armadura poderosa.

33. Conócete a ti mismo: cuán flaco de cuerpo, cuán tardo de corazón, cuán torcido de voluntad, cuán servil poseedor de las cosas que tienes.

34. Así que siente de ti mismo, con moderación o, mejor, con bajeza, consciente de tu fragilidad. Esta es la humildad auténtica y no aquella que consiste en el gesto, en el vestido, en la expresión. La verdadera humildad del alma manifiéstase ante el acatamiento de Dios, por manera que, poniendo la mirada en El, entienda claramente que El lo es todo y que tú eres pura nonada o, si eres algo, eres muy poca cosa, una gotita pequeñita desprendida de un piélago inmenso, y que no subsistirás más tiempo que mientras El te conserve.

35. Puesto caso que de Dios proceden todos los bienes y que de ningún otro lado proceden, cuando hicieres algo de bueno levántate a recordar la procedencia de aquel bien y agradécelo a quien se dignó darte fuerzas para bien obrar. Si así no lo hicieres, serás tenido por descuidado del beneficio y, por ende, ingrato.

36. Guárdate una y otra vez de que se te venga a las mientes que puedes ser de provecho a Dios; ni te lisonjees de la obra buena, como si hubieres merecido bien de El. Este pensamiento es pestilentísimo y muchas veces es corrupción de las obras mejores. Para quitarlo, ha dicho Nuestro Señor: *Cuando hubiereis hecho todas estas cosas, decid: Siervos inútiles somos.*

37. Piensa en la intimidad de tu alma, que a Dios ni le puedes hacer bien ni le puedes causar daño. Bueno o malo, para ti lo serás. Ni las buenas obras que acaso hubieres hecho las traigas a tu recuerdo como para pasar cuentas con Dios y reclamar el estipendio. De ahí acaso nazca en ti una confianza vana y perjudicial, como le ocurrió al fariseo del Evangelio.

38. A ti mismo paréceste agudo; tanto peor si no eres también bueno.

39. Boto: no desagrada a Cristo la torpedad, si la voluntad fuese recta.

40. Docto: en balde si no te aprovecha tu doctrina.

41. En vano sabe el sabio si no sabe para sí.

42. Inculto: harta cultura es observar lo que manda Cristo.

43. Tanto sabes, como obras.

44. Animoso: osa, pues, menospreciar las eventualidades que asustan a los otros.

45. Tímido: quién sabe si demasiado audaz, pues te atreves a violar la ley de Dios; esto es, a trabar enemistades con El.

46. Hermoso: por demás, si tu alma fuere fea.

47. Mira que en bello edificio no se albergue un huésped monstruoso.

48. Deforme: Cristo no tiene ojos más que para la hermosura del alma.

49. Sano: ¿a qué, si tu alma está enferma?

50. Enfermo: aviso de que eres mortal.

51. Y siendo mortal irás allá donde ninguna dolencia te alcance y la salud durará para siempre.

52. Gozas de regalos y placeres: con punible mimo tratas a un déspota insufrible.

53. Pónente a prueba los trabajos: así vencerás y sojuzgarás a tu enemigo.

54. Te agobian las tribulaciones: por estas asperezas se camina expeditivamente al alto asiento de la virtud.

55. Robusto eres: ejercita tu robustez para el mayor premio.

56. Inválido: la virtud necesita corazón, no músculos.

57. Veloz: huye, pues, del vicio que te va a los alcances.

58. Tardo: harto rápido eres si tu espíritu trasciende los cielos y llega hasta Dios.

59. Longevo: sólo vive mucho quien vive bien.

60. De vida corta: igual se llega al cielo por el atajo que por el rodeo.

61. No desearás ni temerás para ti ni para ningún otro enfermedades, azares ni muerte; antes espera con igualdad de ánimo lo que Cristo, que tiene cuidado de nosotros, nos depare; y lo que tengas que sufrir súfrelo con resignación, considerando quién es el que nos lo envía y no sin que sea para nuestro bien.

62. ¿Qué pro nos hace la ansiedad por dolencia o por muerte, si no remedia nada? Lo que tenga que venir contra nuestra voluntad, venga en buen hora con aceptación previa.

63. Trabajar debemos toda nuestra vida no por no morir, pues es cosa imposible, sino por no morir mal.

64. Ama a tus hermanos bien porque lo merecen, bien porque son recomendados de Cristo, y deséales y procúrales, con cuanta fuerza puedas, el mayor bien, que es la gracia y el favor de Dios y aquellos medios con que los consigan fácilmente.

65. No quieras la perdición de los malos, sino su enmienda.

66. Por ningún interés ni lucro se ha de mentir ni se ha de adular.

67. No hay que airarse, pasare lo que pasare; contra ninguno nos hemos de enojar ni hemos de denostarle, ni reprenderle agriamente, ni maldecirle, pues todo esto repugna a la natural apacibilidad del hombre.

68. No des interpretación siniestra a lo que es ambiguo o incierto porque ello denuncia una voluntad torcida.

69. No has de sentir ni has de hablar con altanería o con arrogancia, porque es cosa aborrecible a Dios y a los hombres.

70. A nadie hánsele de envidiar

los bienes terrenales que posea, porque es propio de hombre que no considera su fragilidad ni su fugacidad.

71. Si te baldonaren, acuérdate de lo que a Cristo se le echó en cara. El baldón puede equivaler a la aplicación de una medicina, como en el caso del rey David.

72. Si te loaren, esfuérzate por recordar que los bienes que tienes no son tuyos: Dios te los prestó y a El debes agradecérselos.

73. Los males son tuyos; los bienes son de Dios.

74. Y si los hombres admiran hasta tal punto una pequeña gota, ¿qué no harían si se acercaran a mirarse en aquella agua caudal?

75. Vuelve ya y hunde tus ojos en ti mismo; verás cuán chica cosa es el hombre; cuán livianas todas las cosas humanas, indignas de cualquier alabanza.

76. Haz que vengan a tu recuerdo tus caídas frecuentes en la virtud, en el saber, en el ingenio: con este pensamiento, como con un cántaro de agua fría, aguarás la mentida embriaguez de la lisonja.

77. Ni aceptes ni desees en tu vida aquellos cargos cuya ocupación o cuidado suelen apartar del cultivo de la piedad, como los negocios varios e importantes, las gestiones difíciles, graves, escabrosas, enmarañadas.

78. ¿Qué provecho reporta al hombre ganar el mundo universo si sufre la pérdida de su alma?

79. Paréceste noble a tus propios ojos: ¡Oh, si fuese por tu virtud y tu honradez esta nobleza bien ganada! Pero para que sea así, nada merecerás si la virtud fuere ajena.

80. Innoble: no puede ser innoble quien tiene por padre a Dios.

81. De buena fama: no lo eres si Cristo te recrimina.

82. Infame: Cristo ve si lo mereces; procura tú merecer su aprobación.

83. Afectado por una injusticia: ¿quién sabe si te engaña tu excesivo amor propio? Dios es el vengador.

84. Pero tú puedes vengarte a ti mismo: mejor te vengará Dios sin peligro tuyo, y al que te dañó le dolerá más. Pero no desees la venganza a otro, porque no te alcance también a ti. ¿Imaginaste no haber cometido cosa merecedora de venganza?

85. Simpático: Dios es el único y verdadero amigo.

86. Odiado: si por culpa tuya, corrígete; si no, conténtate con la amistad de Dios.

87. Abandonado de los amigos; pero no, si tú quieres, de Dios, que es el más firme de todos ellos.

88. Enfrióse el amor de los amigos de puro desuso. Tanto mejor porque siempre está con nosotros Cristo, que ni se desacostumbra ni se cansa.

89. Amado del poderoso que hartas veces es mal hombre; ¿pero de qué te sirve si no te ama Cristo, que es todopoderoso, soberano, eterno?

90. Aborrecido del poderoso: bien; a los poderosos les domina Cristo.

91. Rico: sí, mira; pero que no lo seas por muy pocos días y pobre y miserable por toda la eternidad.

92. Pobre y harapiento: no necesitas riquezas para mucho tiempo; Cristo no se fija en el vestido.

93. Hambriento: no nos alimenta el pan, sino la palabra de Dios, y harto nutrido estás si lo estás del pan de la doctrina de Cristo.

94. Opulento, poderoso: oyes no más que las voces de los que meten ruido a tu alrededor; no a tu conciencia, que te dice a gritos que eres muy enteco y muy ruin.

95. Pero, en fin de cuentas, ¿qué es lo que puedes? Hacer más mal que bien, causar más perjuicio que provecho.

96. ¿Y para con quiénes puedes? Para con aquellos que si te retirasen su obediencia, nada podrías.

97. ¿Y vale la pena de ser poderoso para con los otros y no serlo para contigo?

98. Apoyado por amistades: no olvides que esos amigos son hombres; esto es, tornadizos y mortales.

99. Pero ¿qué aprovecha la bienquerencia de seres flacos y miserables, si no te quiere bien aquel cuyo amor puede hacerte feliz por toda una eternidad?

100. Tienes parientes y deudos muchos e influyentes; pero, dime: ¿no eres injusto con Dios tú, que teniendo tal padre buscas consanguíneos de quienes gloriarte y que son, a la postre, mortales misérrimos?

101. Se te dan las gracias por un beneficio; si con ellas te gozas, cuánto mejor harás revirtiéndolas a Dios, que todo lo remunera y con muy larga mano.

102. Acuérdate tú a tu vez de darlas a Dios, a quien tanto debes.

103. No se me dan las gracias: mejor se fía en Dios que las da siempre.

104. Guárdate de no hacer tú lo que criticas en otro.

105. Vives en la patria: en el destierro quieres decir, si Dios no te asiste.

106. En el destierro: el destierro no existe donde Dios está, que para nosotros es el todo.

107. En mansión espléndida: tanto peor para ti si ensucias ese lugar con tus maldades.

108. En una zahurda inmunda, en una cárcel: pero de todas maneras en el mundo, que es el templo de Dios y que El llena con su presencia.

109. Morirás: por ese camino irás a aquel lugar que nunca más te dejará morir.

110. Por un camino de tormentos: con tanto mayor gusto tomarás el vuelo hacia la inmortalidad.

111. Si tuvieres todos los bienes, aparte de la gracia de Dios, es peste lo que tienes y no bienes.

112. Quien tiene la gracia de Dios, a ése ningún bien le falta.

113. Si crees tú haberla alcanzado, guarda que no te engríes; pues si sobre ti mismo te levantas la perderás.

114. Tú que estás en pie, mira que no caigas; no juzgues a tu hermano no sea que te hagas peor que él y él mejor que tú.

115. Voy a mostrarte, ¡oh hombre!, lo que te conviene hacer: practicar el juicio y la justicia y andar solícitamente con tu Dios no por su morosidad o dificultad, que es nula, sino por tu fragilidad, que es máxima.

116. He aquí que entre sus santos no hay ninguno inmutable y los mismos cielos no son limpios a sus ojos.

117. Cuánto más abominable e inútil es el hombre que bebe la iniquidad como el agua.

118. Reconoce, pues, ¡oh hombre!, que eres malo y que Dios es bueno y autor de la bondad, si alguna bondad hubiere en ti.

ACCESO A LA ORACION

1. El Espíritu ayuda nuestra flaqueza.

2. Pues nosotros no sabemos como conviene lo que pedimos.

3. Sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables.

4. Mas El, que escudriña los corazones, sabe lo que desea el Espí-

ritu que, según Dios, pide por los santos.

5. Sacrificad sacrificio de justicia y esperad en el Señor.

6. Quien se acerque a rogar a Dios, antes que todo tiene que considerar la majestad de tan gran Monarca, que nos hizo con sus manos que intuye nuestros mismos pensamientos y recuerda lo que nosotros hemos olvidado para compararlos con nuestra bajeza, de manera que con razón podamos decir: *Hablaré al Señor, mi Dios, aunque sea polvo y ceniza y podredumbre que parará en muladares.*

7. Puesto caso que Dios contempla todas nuestras acciones, condúcete de tal manera que seas digno de sus ojos.

8. Acuérdate que no es la lengua que ora, sino la mente.

9. ¿Y qué sucede si la mente está ocupada en otra cosa? Sean cuales fueren las palabras que pronuncies, no oras en absoluto.

10. Vano es el susurro de los labios y, por lo mismo, desapacible a los oídos de Dios.

11. Oraré con el espíritu; oraré con la mente; cantaré con el espíritu, cantaré con la mente.

12. La oración es una plática con Dios; conviene que tengamos muy fijo en El el ojo de nuestra mente, no de otra manera que el ojo del flechador lo está en el blanco para dar de lleno en él; de otro modo irá a dar en un punto distinto del que se había propuesto.

13. Los frutos de la oración verdadera y ahincada en lo que conviene son espléndidos y ubérrimos, pues traslada a nosotros la abundancia de los bienes que deseamos.

14. Si desvías tu mirada de Dios hacia tus pasiones o los juicios ajenos, ¡oh qué pérdida tan grande la que experimentas! ¡Con qué cosa tan vana y baladí conmutas una cosa maciza y perenne!

15. ¡Oh, qué precio tan ruin propones para una obra excelente! Cuando podrías, sólo con que quisieras, conseguirlo muy grande y muy rico.

16. Por eso Nuestro Señor nos manda a nosotros, sus hijos, que cuando alguno de nosotros se dispone para coloquio tan sagrado, se retire en lo más escondido de sí mismo, es decir, en el más abstruso recinto de su pecho, en el más profundo silencio de su alma, en donde no dé entrada a sus pasiones ni tome en consideración el juicio ajeno; allí, en aquel encierro total ore a Dios, conteste de sus pensamientos y de sus deseos. Este que verá que sólo para El se derraman aquellas plegarias y aquellos votos y que no se tiene cuenta ninguna de los oídos y de los ojos de los hombres, remunerará aquella simplicidad de corazón a manos llenas. Si no lo hiciere así, pierde el gran fruto de la oración. Deseaste la aprobación del hombre; ya tienes la paga que deseabas. ¿Por qué esperas o buscas otra de Dios?

17. Huelgue toda otra ocupación y ceda su puesto a una obra, la mayor y más ventajosa que pueda hacerse en esta vida.

18. ¡Afuera, afuera, cuidados viles e indignos de mí: tengo que hablar con el Rey y con el Autor de todo!

19. Apártate, malicia, pues me acerco a la suma Bondad.

20. Vete, odio, pues me acerco al Amor de los amores.

21. Idos, idos, bagatelas, mariposas leves, porque voy a negocios serios, sólidos y permanentes.

22. Presida nuestra meditación una tensión grande con una piadosa reverencia.

23. E informe nuestra petición una inquebrantable confianza, no por nuestros méritos, sino por Aquel que así mandó que lo hiciéramos, con la garantía de estas promesas:

24. Pedid y recibiréis.

25. Todo lo que orando pidiereis, creed que lo recibiréis y se hará.

26. Todo lo que pidiereis en la oración, lo recibireis si creyereis.

27. Si vosotros, siendo malos, sabéis dar dones buenos a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre Celestial os dará un espíritu bueno si se lo pidiereis?

28. Si permaneciereis en Mí y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis todo cuanto quisiereis y se os hará.

29. Con todo, añadamos por precaución aquello que se lee en el apóstol Santiago:

Pedís y no recibís, por cuanto pedís malamente para gastar en vuestros deleites.

PRECES Y MEDITACIONES PARA DURANTE EL DIA

1. AL DESPERTARNOS

¡Oh Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo a quien nadie conoce si no es por dádiva tuya!, haz que a los otros grandes beneficios tuyos para conmigo se añada también este que es el mayor que puede hacerse al linaje humano, a saber: que así como despertaste nuestro cuerpo soñoliento, así también libres mi espíritu del sueño de los pecados y de las tinieblas del mundo, y que puesto que le llamaste del sueño a la vigilia, después de la muerte lo restituyas a la vida; pues sueño es para ti lo que para nosotros es la muerte. Rogámoste encarecidamente por tu benignidad, que en esta presente vida sea el cuerpo compañero y auxiliar de la piedad del alma, a fin de que en la otra vida sea participante de la eterna bienaventuranza. Por Jesucristo, Hijo tuyo y Señor Nuestro, por quien nos concedes todo lo bueno y saludable.

Arriba tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará.

Punto de meditación

Trae a tu consideración la alegría y la bienaventuranza de la resurrección eterna. Pondera también aquel amanecer clarísimo y refulgente y la nueva luz de los cuerpos después de las tinieblas; todas estas cosas están henchidas de gozos.

2. A LA PRIMERA VISTA DE LA LUZ

¡Oh Lumbre la mayor y más verdadera, de donde nace esta luz del día y del sol, que iluminas a todo hombre que viene a este mundo: Lumbre que no conoce noche ni ocaso alguno y siempre es mediodía claro y sereno; Lumbre sin la cual no hay más que tinieblas espesísimas, y por la cual todas las cosas se esclarecen; mente y sabiduría de tan gran Padre ilustra la mente mía, que no vea más que lo tuyo y para todo lo otro sea ciego y que al ir andando por tus caminos no haya cosa alguna que relumbre a mis ojos y que me sea grata!

Ilumina, Señor, mis ojos, porque en ningún momento me adormezca en la muerte, y porque nunca diga mi enemigo: prevalecí contra él.

Punto de meditación

¡Cuánto más vale la luz del alma y cuánto más excelente es el ojo del espíritu que el ojo del cuerpo! ¡Cómo conviene mucho más cuidar de que sea más penetrante la vista del espíritu que la del cuerpo! Las pequeñas bestias tienen ojos físicos; ojo mental no más lo tienen los hombres y aun si son sabios.

3. AL LEVANTARTE

Nuestro primer padre de la alteza de su encumbramiento cayó rodando en el cenagal de la ignominia y en la sima de los crímenes y maldades; mas se levantó de nuevo con la ayuda, ¡oh Cristo!, de tu mano. Así también nosotros, si no somos levantados por Ti, estaremos caídos perpetuamente. ¡Oh Cristo, favorecedor muy indulgente del linaje humano, así como levantas esa carga pesada por puro beneficio tuyo, así también eleva nuestras mentes al conocimiento y al amor de tu alteza soberana!

Punto de meditación

¡Qué mortal caída la de Adán por el pecado y la de cada uno de nosotros desde el alto asiento de la gracia de Dios! ¡Cuán grande el beneficio de Cristo, con cuyo auxilio nos levantamos de la caída cada día y tantas veces!

4. AL DESPOJARTE DE LA CAMISA DE DORMIR

Nacemos vestidos y cargados de la grave y enojosa pesadumbre del hombre terreno, que por su culpa se derribó del lado de la carne. Desnúdanos, ¡oh Cristo!, de ese Adán, viejo y corrupto, quien, curtido por el pecado, inclínase a las pasiones y enfermedades del alma ajenas de Ti, con Eva, la pecadora, que le apartó de la obediencia de tu Padre.

5. AL VESTIRNOS

Vísteme, ¡oh Cristo!, de ti mismo, Adán segundo, que por tu justicia fuiste hecho abogado ante el acatamiento de Dios Padre para despojarnos de todas nuestras concupiscencias y para crucificar el imperio de la carne. Senos Tú, contra ese frío del mundo, abrigo con que nos calentemos. Si Tú nos estás distante, todo, al momento, se nos entumece y se nos muere; pero si estás a nuestra vera, todo se nos torna vivo, seguro, fuerte, vigoroso. Y así como envuelvo mi cuerpo en ese vestido, vísteme todo de Ti mismo, pero, con preferencia, viste de Ti mismo mi alma.

Punto de meditación

Como nos hacemos un solo cuerpo con Cristo, El nos viste y nos gobierna y nos calienta para que debajo de sus alas nos salvemos y reinemos.

6. VESTIDO, AL IR A INAUGURAR EL DÍA

Dios y Señor Jesucristo, Tú sabes, o, mejor, Tú nos enseñaste cuánta sea la flaqueza del hombre y cómo nada puede sin Ti. Si el hombre cree y confía en sí mismo, fuerza es que se despeñe en mil calamidades mortales. Compadécete, Padre, de la fragilidad de tu hijo, séle propicio y favorable para que, ilu-

minándome Tú, vea los bienes verdaderos, y exhortándome Tú, los desee, y guiándome Tú lo consiga: desconfiando radicalmente de mí, a Ti me entrego y me encomiendo todo.

Para que lo piense cada uno en sí mismo al inaugurar las ocupaciones del día

1. Fuí creado hombre de cuerpo terreno, caduco, expuesto a la muerte; de alma celestial, firme, imperecedera.

2. Dotado de mente, es, a saber: de inteligencia, de razón, de juicio, por los cuales entienda el bien supremo, que es Dios: conocido, le ame y úname con El el amor, identifíqueme con El, inmortal, bienaventurado.

3. Pero yo vivo olvidado de bien tan grande.

4. Inclínome a los apetitos del cuerpo.

5. Consumo en cosas vilísimas toda la fuerza de mi mente.

6. Cúbrome de tierra, y de celestial hágome terreno, y de divino hágome bestial.

7. No me falta Dios, que comenzó por llamarme a una parte de su reino y por la mayor de sus bondades fuí lavado en el agua lustral, en la fe y el nombre de Jesucristo. Débole agradecimiento por tan grande e inefable beneficio. Y con todo esto, no tuvo aún bastante, sino que en todo momento ofréceme su lumbre porque vea y prende fuego en mi pecho porque le ame.

8. Y, en cambio, soy yo quien me falto a mí mismo; sordo, ciego, insensible como piedra, nada siento.

9. Ingrato, no hago uso de beneficios tantos y tan grandes; los desdeño.

10. Prefiero lo raez; lo que ha de acabar; en ello me entretengo; ello me tiene ocupado todo.

11. Dios me conduce, pero soy yo mismo quien le rehuyo; alárgame la mano y yo se la rechazo; me lleva a la fuerza y yo rezongo.

12. Entro de cuando en cuando en el buen camino; pero de seguida vuélvome atrás, me canso, déjolo para otra ocasión.

13. Ea, aviva el seso, alma mía, levántate, porque no siempre nos revolquemos en el cieno; toma fuerzas contra la mala costumbre; osa ya menospreciar lo contentible, hollar lo abyecto, desear lo soberano, lo más excelente, lo mejor.

14. Dios llama; oigámosle. Dios guía, sigámosle; a sus propios bienes nos conducirá. Ofrécese a Sí mismo y todo lo que es suyo; aceptémoslo. Enséñanos la senda de los bienes más grandes, no volvamos el rostro; antes, andemos con resolución por ella.

15. Penetrémonos de estas verdades que nadie puede mover, y porque no sean vanos e ineficaces nuestros pensamientos, pongámoslos en inmediata ejecución.

7. EN SALIENDO DE CASA

Fuerza me es andar entre los lazos que extendió el demonio y el mundo, servidor suyo y traigo en mi derredor los aguijones de mi carne: condúceme, ¡oh mi Caudillo certero!, y defiéndeme de los golpes y de las celadas, de suerte que sea lo que fuere lo que me saliere al encuentro, no les dé más valor del que tienen en realidad. Puestos mis ojos en Ti solo y pendiente de tu voluntad vaya avanzando de tal manera, que en tanto tome yo cualquiera cosa en cuanto deba referirse a Ti.

Muéstrame tus caminos, Señor, y enséñame tus senderos.

Digresión a contemplar

¡Cuán vana es la ocupación de los hijos de Adán; cómo andan hechos trozos y desperdicios! ¡Cómo van desmenuzando y disipando aquella mente que les fué concedida para conocer y meditar el Soberano bien, hasta el punto de olvidarse de aquello que es lo primero y lo principal, por manera que los unos para los otros son piedra de tropiezo y lazo de tentación.

8. AL TOMAR EL CAMINO

Peregrinación es esa vida nuestra; del Señor partimos, al Señor nos encaminamos; pero en medio de los remolinos y los despeñaderos que aquel mortal enemigo nuestro puso en nuestro camino, cegados como estamos por el pecado. Alárganos tu mano, ¡oh Cristo, guía verdadero, cierto, vigilante, amigable, fiel! Abre nuestros ojos, alumbra aquella vía regia que al tomarla Tú el primero, de la corruptibilidad de esta vida la allanaste para la inmortalidad de la otra. Tú eres esta vía; condúcenos al Padre por Ti mismo, a fin de que todos seamos uno con El, como Tú y El ya lo sois.

Otra

Padre misericordioso: Tú a los hombres santos que con corazón puro y sencillo son de tu real agrado, envíales ángeles que les guarden, que los conduzcan como hijos mayores y más fuertes a otros hijos de edad y fuerzas más flacas; pues en un mismo afecto paternal abarcas y abrazas a ángeles y a hombres. Así a Tobías, hijo docilísimo de un padre bueno, al emprénder su viaje, enviástele a tu ángel Rafael por compañero de su larga jornada. A nosotros, muy inferiores a Tobías en la virtud, pero que confiamos en tu bondad, envíanos tu santo ángel, quien puesto que confiamos en Ti nos aliente y nos anime y nos conduzca por las sendas que a Ti fueren agradables.

Digresión

¡Cómo andamos peregrinando lejos de nuestra patria, de nuestra casa, de nuestro origen, es, a saber: de Dios! ¡Con cuánta complacencia nos detenemos y nos embarazamos en la peregrinación, es decir, en la miseria, sin acordarnos de los verdaderos bienes.

9. AL IR A TOMAR EL ALIMENTO

Maravilloso misterio el de tu obra, Hacedor y Gobernador del mundo, el que con esos manjares sustentes la vida de los hombres y de los animales. Ciertamente no reside en el pan y en el companage esa virtud, sino en tu voluntad y en tu palabra, por las que vive y subsiste todo. ¡Y cuán grande maravilla es también que Tú, todos los años, proporciones todo cuanto baste para el mantenimiento de tantos seres vivos! Cosa que el profeta santo, en la enumeración que hizo de tus alabanzas, dijo que *todas las criaturas esperan de Ti que les des su mantenimiento en sazón oportuna. Abres Tú tu mano y llenas a todo ser viviente de bendición.* Esas son admirables obras de tu omnipotencia. Rogámoste, Príncipe y Padre munificentísimo, que, pues suministras vida a nuestros cuerpos por los alimentos que crea tu palabra, vivifiques también con tu gracia por esa misma palabra tuya nuestras almas para que seamos dignos de que merecidamente, como un padre lo hace con sus hijos muy

amados, nos nutras con saludables alimentos, hasta que hayamos llegado a la perfección de tu Hijo Jesucristo, en la cual esa mortalidad nuestra se revestirá de inmortalidad y ya jamás por jamás necesitaremos alimento, porque seremos una sola cosa contigo.

Digresión

¡Cuánto poder habernos criado! ¡Cuánta sabiduría defendernos y conservarnos! ¡Cuánta bondad, no mereciéndola nosotros! ¡Cuántas cosas nos dió para que las utilizásemos! ¡Cuán admirable que se les sostenga la vida! ¡Cuánto más admirable prolongar la vida del alma hasta la inmortalidad con sólo un acto de su albedrío!

10. EN LA MESA

Benignísimo distribuidor de tus dones, que los das para que se gocen, dones puros porque eres Tú puro, dones santos porque eres Tú santo, haz que no nos falte tu auxilio y que no abusemos torcidamente de aquellas cosas que creaste para nuestros usos y que no te amemos porque nos los das, sino que les amemos a ellos porque vienen de Ti y temporalmente les necesitamos nosotros que volvemos a Ti: sobria, pura, templada, santamente conduzcámonos entre tus dones, puesto que eres tal, no sea que las cosas que con largueza nos das como medicina de la vida corpórea, las convirtamos nosotros en veneno e instrumento de la muerte del alma; antes al contrario, tomándolos con rectitud de intención y con espíritu de agradecimiento, nos sean saludables para el cuerpo y para el alma.

Punto de meditación

Para el uso se nos dieron, no para el abuso; para que nos aprovechen, no para que nos dañen, no a nosotros solos, sino también a otros por medio de nosotros.

11. DESPUÉS DE LA COMIDA

Con manjares corporales fortificas nuestra vida caediza; obra ésta muy grande, pero más útil y más santa, porque con tu gracia, Cristo Jesús, ahuyentas la muerte de nuestras almas. Mucho te debemos por ese espacio de vida que nos diste, y puesto que con estas dádivas tuyas le prorrogas, vaya a Ti nuestra gratitud en forma de hacimiento de gracias. Con todo, esta vida es el camino para aquella otra vida eterna que te pedimos por tu muerte, a fin de que por beneficio tuyo nos concedas la inmortal bienaventuranza. Ahora dámoste gracias por una dádiva temporal, temporales ciertamente, porque de otra clase no podemos: allá arriba, por la vida eterna te las daremos eternas. Rogámoste que accedas a ese deseo nuestro, Tú que vives con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por toda la eternidad.

12. EN VOLVIENDO A CASA

Ninguna cosa hay, Señor, más semejante a esa santa naturaleza tuya que el espíritu compuesto en sosiego y tranquilidad: Tú nos llamaste del mundanal ruido a aquel reposo tuyo y a aquella paz, como de las borrascas al puerto, paz como no la puede dar el mundo; que supera todo sentido humano. Nos hemos construído viviendas en las cuales acogernos de la inclemencia

del cielo, de la ferocidad de las bestias, del oleaje de la multitud, de los negocios del mundo. Hágase, Padre indulgentísimo, con el mayor beneficio tuyo, que en esa vivienda se recoja nuestro cuerpo de las acciones exteriores para que a nuestro espíritu se ofrezca dócil sin repugnancias ni lucha, para que, al menos, desde aquí, se levante a aquella tu profundísima quietud, y que todo calle y nada turbe y todas las cosas por aquella paz tuya estén apacibles y sosegadas.

La paz de Cristo sea en esta casa y en todos los que habitan esta casa.

Salida del alma afuera

Cuál y cuán alegre será el retorno a aquella morada sempiterna, anegada en suma quietud y en suma bienaventuranza. Allí no hay asomo alguno de molestia. Si alguna cosa alegre y jocunda hay aquí abajo, sombra es en comparación de aquellos placeres.

13. A LA PUESTA DEL SOL

Infelices de aquellos para quien, Señor, tu sol camina al ocaso; aquel sol que para tus santos nunca se pone, sino que siempre está en el fil del mediodía, sereno y reluciente. Aun cuando el mediodía está en su filo, una lóbrega noche pesa sobre los espíritus de aquellos que se apartan de Ti; mas, para los que conversan contigo, a todas horas es día lucidísimo. Tiene nuestro sol, aquí, sus alternativas. Tú, si verdaderamente te amamos, no las tienes. ¡Oh si removieras de nosotros ese obstáculo del pecado a fin de que en nuestros pechos siempre fuese día!

Digresión

No nos causa sentimiento que el sol se ponga, porque sabemos que ha de volver. Así tampoco ha de dolernos que el alma se separe del cuerpo, porque creemos en la certidumbre de su retorno.

14. AL ENCENDERSE LAS LUCES

Cerrazón grande y densísima apremia nuestro espíritu, si no la rasga tu lumbre; antorcha de ese mundo físico es ese sol tuyo; antorcha del mundo espiritual es tu sabiduría, por la cual amaneció la luz de almas y de cuerpos. Después del día, cuando le sucedió la noche, para esclarecimiento de las tinieblas, nos diste los candiles; después del pecado, para remedio de la ignorancia, nos diste tu doctrina que nos trajo tu Hijo, muy fino amador nuestro. Haz, pues, Autor y Maestro de toda verdad, que con una y otra luz veamos aquellas cosas que disipan la ceguedad de los espíritus.

Signada está sobre nosotros, Señor, la lumbre de tu rostro; infundiste alegría en mi pecho. Lámpara de mis pies es tu palabra, y luz para mis caminos.

Digresión

Pondera que lámparas son de esa noche la ciencia y la sabiduría de Dios entregada a los hombres, a cuyo reflejo en esa noche oscura de los cuerpos vean las cosas que les son convenientes, y hasta qué punto es deseable esa doctrina y cuando sobreviniere hay que abrazarla con fervorosa diligencia.

15. AL DESNUDARTE

Ese cuerpo, después del pecado, desquiciado y fofo, paso a paso se disolverá y será reintegrado a la tierra de donde se le tomó. Ese será el fin de esa vanidad que se fabricó e hinchó nuestra estulticia. Disuélveme, Padre mío, como me ayuntaste, para que yo perciba mi disolución y recuerde por quién fuí formado y considere adónde he de ir, porque no se me lleve arrabatadamente a tu tribunal, desapercibido.

Digresión

No nos pesa de abandonar esos vestidos que hemos de tomar de nuevo después de pasada la noche. Así, también, después de la noche de la carrera de los siglos, no nos cause pesadumbre dejar un cuerpo que hemos de volver a tomar.

16. AL METERTE EN LA CAMA

Terminado el día, durante la noche nos entregamos al descanso. De esa misma manera, al término de esta vida, descansaremos en la muerte. Ninguna cosa tan semejante a la vida como un día cualquiera; ni tan semejante a la muerte como el sueño; ni al sepulcro como el lecho. Defiéndenos, Señor, caudillo y defensor nuestro, ahora mientras estamos echados y no tenemos conciencia ni dominio de nuestros actos, de la astucia y de los asaltos de nuestro enemigo encarnizado; y más tarde, cuando hubiéramos terminado la jornada de nuestra vida y seremos más inválidos todavía, no por méritos nuestros, sino por la clemencia tuya, llámanos a Ti porque siempre vivamos contigo y estemos en perenne vigilancia. Mas ahora, durmámonos en Ti: pasa Tú solo y tus beneficios grandes, increíbles, y ni aun durmiendo estemos lejos de Ti: esos sueños conserven puros nuestro dormitorio y nuestros cuerpos y regocijen nuestra alma con aquella tu alegría bienaventurada.

En paz, en El mismo, dormiré y descansaré.

Digresión

Al término de ese día tumultuoso, síguense la noche y el descanso y el lecho y el sueño sabroso que hacen iguales a los más altos reyes y a los súbditos más bajos; así, tras los tumultos y tempestades de esa vida, confiados en las promesas de Cristo, creemos que nos está preparado el puerto manso y el descanso sabrosísimo.

17. CUANDO TE VAS DURMIENDO

Tómame bajo tu defensa, Jesucristo, refugio y fortaleza nuestra; haz que por más que el cuerpo esté adormecido, mi espíritu esté siempre vigilante en Ti, y contemple, gozoso y animoso, aquella feliz y alegre vida del cielo, en la cual Tú eres el Príncipe con el Padre y el Espíritu Santo; mas los ángeles y los santos y puros espíritus son ciudadanos bienaventurados por toda la eternidad.

FIN DE LAS
«EXCITACIONES DEL ALMA HACIA DIOS»

COMENTARIO A LA ORACION DOMINICAL

(COMMENTARIUS IN ORATIONEM DOMINICAM)

(1535)

BASILEA, ROBERT WINTER
SEPTIEMBRE, 1540

PROLOGO

PABLO, Apóstol de Jesucristo, dice que nosotros no sabemos cómo hemos de orar, qué hemos de pedir a Dios y con qué palabras hemos de pedírselo; estamos envueltos en la mayor de las ignorancias, así de la naturaleza de Dios como de nosotros mismos y de las cosas venideras. Así es que, midiendo a Dios por nuestra propia medida, muchas veces acudimos a aquella su infinita Majestad, no de otra manera que a cualquier príncipe terreno, a quien lisonjeamos y adulamos por sonsacarle el objeto de nuestros deseos, deseándole toda suerte de prosperidades, en acercándonos a él y, en despidiéndonos, deseámosle salud a aquel que es fuente de toda salud y de toda fuerza; con todo, no sabemos a ciencia cierta lo que hemos de desearnos a nosotros mismos ni qué cosas son las que nos han de aprovechar. Expresamos con frecuencia unos deseos que habrían de sernos tan perjudiciales que más que oraciones pueden parecer imprecaciones. Pedímosle a Dios talento, erudición, elocuencia, lozanía, gallardía, belleza, salud, riquezas, opulencia, casamiento lucido, poder, hijos, dignidad, siendo así que éstos no son auténticos bienes y para muy muchos fueron perdición y ruina.

Por todo esto, así como lo es de la religión, bien puede ser autor y maestro de la oración, que es una parte principal del culto de la religión, aquel que tiene bien conocida nuestra naturaleza y la de Dios, porque nos enseñe lo que al hombre fuere saludable, lo que a Dios se le ha de pedir, digno de Dios y digno del que lo pide; y aun con qué fór-

mulas congruentes no sólo a Dios (pues El conoce la fuerza y la significación de todas las palabras), sino a la disposición espiritual del que las dice, a fin de que no ignore lo que es de rito que sienta de Dios y de ese conocimiento nazca el amor y se corrobore y confirme. Ese Maestro de la sabiduría celestial o, más propiamente, esta misma celestial y divina Sabiduría, siendo como es nueva su gracia, prescribe a los suyos una fórmula nueva de rogar a Dios. Existían en la ley vieja no pocas fórmulas oracionales, existían los salmos, pero en todas ellas persistía un resabio de la antigua rudeza y unos como dejos y rastros de la antigua oscuridad. Mas el Señor reveló a los suyos una fórmula abreviada, penetrada de novedad purificadora y de una lumbre más que celestial. Esta fórmula contenía tesoros de sabiduría, sacados de aquel libro sellado con los siete sellos que El solo fué hallado digno de que le abriese.

¿Qué necesidad hay de averiguar, por conjeturas, qué oración será ésta? Ella sola vale por las muchísimas dictadas por tal Autor. ¿Qué puede salir de El que no sea extremado y perfecto en todas sus partes? Con todo, si nosotros queremos ponderar la virtud y la excelencia de esta oración, según las posibilidades de nuestro ingenio, lo primero que salta a la vista es su brevedad. Puesto que se señalaba como regla universal, convenía que fuera breve, porque pudiera ser aprendida y retenida por los niños, por los viejos, por los enfermos, por las mujeres sin instrucción, por los ocupados, por los ignorantes, por los tardos de comprensión, por los flacos de memoria, por los perezosos. No contiene palabra que no involucre un sinnúmero de misterios, como dictada por la Divina Sabiduría. Cualquiera que las contemple con atención y piedad verá ser cierto esto que digo, puesto que los profanos que pronuncian esas palabras con frialdad y bostezando y ocupados en otra cosa, ¿cómo pueden penetrar esas profundas reconditeces? No más que en cualquier otra obra de Aristóteles o de Platón o de cualquier otro hombre dotado de genio y de erudición copiosa. ¡Cuántas cosas han escrito los santos y otros grandes ingenios explicando esta oración, y, con todo, no pudieron agotar toda su variedad y muchedumbre de sentidos. Todos los días hállanse de nuevos y jamás se llegará al agotamiento. Es, además, una petición moderada y discreta, digna ciertamente de que la obra la dirija a su autor. Y en efecto, ¿qué cosa se pide en ella al Padre que no osase cualquiera pedirla a un extraño? ¿Qué pedimos al más generoso de los bienhechores que se avergonzara uno de pedirlo al hombre más de diamante?

Si bien lo reparas, ¡qué deseos expresa y cuán provechosos a nosotros y cuán dignos de que sean expuestos a Dios! Los votos y los deseos de todo pecho humano enderézanse al bien como a un blanco que se ha propuesto, y huyen del mal y le desdeñan. En esta oración pedimos al Señor que nos dé bienes y nos quite males. Como disposición previa, el que ora debe pedir con esperanza y confianza aquello que es objeto de sus ruegos; de otra manera, o no pronunciará palabra o lo que es más seguro, pedirá con frialdad y con recelo; ésa es la causa porque muchos no alcanzan lo que desean. Y es de saber que la confianza nace de la consideración de dos cosas: si aquel de quien esperamos algo lo puede hacer y si lo que-

rrá hacer. Su buena voluntad, la paternidad la declara; su poder demuéstralo el que está en el Cielo. Lo primero que se afirma es la paternidad, a fin de que la piadosa advocación de bondad nos atraiga antes que la grandeza nos atemorice y para que tomemos confianza de su voluntad antes que paremos mientes en su potencia. Elevados a la alteza de su poder, inmediatamente nos sentimos penetrados de su majestad y, postrados, veneramos y adoramos la excelencia de su naturaleza. *Santificado sea el tu nombre.* Con esta fórmula damos testimonio de su reino santo y de muy buen grado con los ángeles suyos le rendimos homenaje y pleitesía.

Seguidamente pedimos que nos haga ser de aquel reino. de su felicidad que nosotros confesamos ser del reino de su potencia. Luego de haber venerado su majestad, nos acercamos a su bondad. A ella le pedimos que nos haga tales que con toda verdad y con buena fe santifiquemos el reino del Señor. Y a continuación le suplicamos que El reine en nosotros, solo y señero, y que, abdicando nosotros de esa nuestra voluntad, ignorante, depravada y a nosotros mismos perniciosa, revistámonos de la voluntad suya recta, sabia y a nosotros saludable. Después pedímosle bienes espirituales y bienes materiales, y que no nos deje privados de las cosas necesarias para esa vida. Y aun esa petición de bienes materiales encubre y entraña un sentido espiritual; a saber: que alimente nuestras almas con el pan saludable y santo de su doctrina. Síguese le evitación de males: que seamos libres de los males presentes y que se nos perdonen las ofensas inferidas a Dios no ya solamente de los pecados cometidos contra la ley divina, sino también de la mala voluntad contra el prójimo; que, libres y limpios de ira, de odio, de envidia, seamos semejantes a la divina bondad, porque le seamos más caros y más aproximados en virtud. Luego, pedímosle evitar los males espirituales que hayan de sobrevenirnos en esta vida y que, flacos y débiles como somos, no nos asalte un enemigo tan fuerte y tan poderoso.

Y, finalmente, le rogamos que nos haga libres de los males de esta vida que perturban nuestra alma y del consorcio de quien está destinado al fuego y al suplicio eterno. Nada hemos dejado de pedir de las cosas que nos convengan y claramente hemos dado a entender que ninguna cosa tenemos de nosotros mismos, que todos los bienes, así espirituales como corporales, los esperamos de solo Dios y a El solo los pedimos. Cierto que podemos orar con otras fórmulas como son los salmos y los himnos; pero todo lo que rectamente formuláremos de aquí manará como un arroyuelo desprendido de la fuente. Usaremos otro lenguaje; pero el sentido y la intención serán los mismos en absoluto. Y si nosotros no sabemos de nosotros mismos lo que se ha de pedir, a buen seguro esta oración será la más sabia, como dictada por la misma sabiduría de Dios. Haciéndolo así no hay peligro que oigamos de la boca del Hijo de Dios aquella reprensión que oyeron los hijos del Zebedeo: *No sabéis lo que pedís.* O lo que se lee en Santiago: *Pedís y no conseguís, porque pedís aquello que habéis de gastar en vuestras concupiscencias.* El sabe lo que hemos de pedir. No es posible la equivocación con guía tan certero, ni el engaño con tan gran Maestro.

¿Qué cosa hay más segura que acudir a aquel mismo e invocarle con aquellas mismas palabras con que El nos enseñó y nos mandó que le invocásemos? Es fuerza que seamos oídos, porque son las mismas palabras de quien nos ha de oír; usamos del mismo lenguaje que El nos mandó usar cuando le rogásemos. Hablamos con El con la misma fórmula que nos dió. Añadamos nosotros por nuestra parte solamente aquellas condiciones sin las cuales ninguna oración tiene sabor ni sal; a saber: atención, confianza y un pecho encendido en el divino fuego, hasta el límite de lo posible. Ninguna otra deprecación ha de ser pronunciada ni meditada con la atención y diligencia que ésta: hanse de ponderar cada frase, cada palabra, cada letra, cada tilde. Todas están henchidas de misterios, como lo está el divino Autor que nos las dictó, y lo está toda su vida y sus hechos todos. Ahora vamos a exponer las inspiraciones que El sugerirá a nuestro pecho, porcioncilla muy pequeña de la infinita Sabiduría. Está fuera de contradicción que de tan rica vena muchos sacarán otra doctrina, más copiosa y más excelente. Mas el que nosotros, de ese don de Dios, hayamos sacado algo para el común uso y provecho, será premio asaz grande y generoso de nuestro cuidado y de nuestro estudio.

COMENTARIO A LA ORACION DOMINICAL

1. Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu Nombre.
2. Venga a nos el tu reino.
3. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.
4. El pan nuestro de cada día dánosle hoy.
5. Y perdona nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
6. Y no nos dejes caer en tentación. Antes líbranos de mal. Amén.

PADRE

La razón y la causa de toda denominación de padre a nadie competen con mayor realidad que a Ti, Dios Padre. Los que han engendrado, han alimentado, quienes dan crianza e instruyen y forman las almas, son llamados padres. Y eres Tú, Señor, el Padre de todas las cosas que sacaste a esa hermosura presente, no de alguna materia anterior, como el hombre, sino de la nada absoluta, como ninguno otro puede. Tú mantienes y conservas lo que, sin Ti, inmediatamente volvería a caer en su nada. Tú gobiernas, enseñas, impulsas cada una de las cosas a su propio bien. Tú lo has creado todo y, por lo mismo, eres Padre de todo, pero de una manera especial creaste al hombre, a imagen y semejanza tuya. A todas las otras criaturas las riges y gobiernas como siervas; más al hombre como a hijo.

De la inmensidad de tu abundancia con mano larga hiciste dádivas a los otros seres animados, pero al hombre se las hiciste con mano pródiga; y entre muchísimas otras, la de darle la razón, que es el don más preciado y que vale por todos los

otros. A los otros seres muéveslos con una especie de ciego instinto latente; pero a nosotros nos enseñas y nos instruyes. Arrastras a los otros, pero a nosotros nos conduces con mandamientos, con avisos, con consejos. En todas esas paternidades admiramos tu poder y adoramos tu sabiduría. Pero queda otra paternidad que nosotros contemplamos con agrado dulce, porque nos es más conveniente; a saber: la de tu bondad por la cual nos adoptaste en el número y en la suerte de los hijos por Jesucristo, Hijo de tu esencia y naturaleza omnipotentes. Maravillosa bondad de Cristo, y caridad dulcísima para con nosotros: no quiere que se le tema nì manda que a Ti, Padre suyo, le llamemos Señor Nuestro, que es nombre de poder, sino Padre, que es nombre de amor; calla su grandeza y exterioriza su bondad, que inspira la bienquerencia.

¿Quién de nosotros, luego de haber considerado su naturaleza vilísima y su muy torcida voluntad, osaría llamarte Padre si no se lo mandases Tú? ¿Qué vasallo mal criado y de la peor condición llamaría padre a su rey si no estuviera borracho o loco? Y con todo, ¿cuánta mayor diferencia no hay entre Tú y nosotros que entre un monarca y un súbdito que sólo distan, no por la condición de la Naturaleza, sino de la fortuna? Pero nosotros, puestos por Ti en la Naturaleza, ¡a cuán gran distancia nos separamos de Ti! Tú eres un ser, el Ser supremo, infinito; y nosotros somos pura nada.

Y por lo que toca a la dignidad, nosotros somos esclavos y, cosa por cierto la más humillante, esclavos del pecado, esclavos pésimos, esclavos misérrimos del demonio, como dueño nuestro que es; Tú eres el Señor de todo, constituído en bienaventuranza inalterable. Nosotros, pura ignorancia y tiniebla pura; Tú, la sabiduría y la luz. Fuera cosa de nunca acabar puntualizar todas tus excelencias y todas nuestras infamias. Más grande de lo que puede imaginar la inteligencia humana es la distancia entre Tú y nosotros, así en lo que toca a la naturaleza o a la condición de entrambos.

Ponga, pues, yo fin a esa enumeración, ya que no puedo ponerlo a la realidad. A la confianza de llamarte Padre nos animó tu único Hijo, quien quiso que la dignidad de ese nombre que sólo a El le corresponde por derecho de naturaleza, por un favor suyo especial, nos fuese común, por adopción. ¡Cuánto más de cerca y más verdaderamente eres Padre de todos los bautizados en tu nombre y purificados por la sangre de tu Ungido, a quienes, reconciliados ya contigo y restituído a tu amistad, les diste prenda de la eterna bienaventuranza; a saber: el amor tuyo y una gran confianza en Ti, y, por esta causa, el gozo espiritual ¡Oh cuántas veces, con el mayor provecho nuestro, sentimos y experimentamos esa tu indulgencia de padre cuando con tu antorcha nos haces luz en las tinieblas, cuando precipitándonos desbocados al mal, Tú nos quitas del despeñadero, nos apartas de él y nos trasladas al buen camino y nos estableces en él y en él nos conservas! ¿Qué nos aprovechan las otras paternidades que sólo subsisten en tu nombre? De ellas no tenemos más que lo que tienen los esclavos y los mercenarios, el alimento de uso inmediato. Esa es la paternidad auténtica y de la que con derecho nos podemos gloriar y por la cual ya oteamos la herencia

paterna. ¡Oh candor maravilloso de tu Hijo, que no nos envidió aquella dignidad que es propia y privativa suya.

Y ¿qué no dará ya a sus hijos el padre, que él piense que va a serles provechoso y saludable? Galardón muy rico conseguimos con que Tú te dignases ser llamado *Padre nuestro* y ser nuestro Padre en hecho de verdad. Todo lo otro viene de por sí: el afecto paternal, la crianza y el trato cariñoso de hijos, la perspectiva de la herencia. Estos son ciertamente los dones de padre que recibimos de Ti. Existen otros padres a tu ejemplo e imitación que nos han sido propuestos para emularles en la excelencia de alguna profesión y virtud. También bajo este aspecto Dios es nuestro Padre, a quien Cristo nos enseña y manda seguir y cuya imagen debemos reflejar como un mortal puede hacerlo con un inmortal, como un hombre puede hacerlo con Dios; a saber: mediante la caridad, que es la única que perfecciona las almas, amando no solamente a nuestros amigos, sino también a nuestros enemigos. De esa voluntad nuestra penetrada de bondad nace en nosotros una bienquerencia, que a todos se extiende, para que seamos perfectos y semejantes a aquel Padre que ama todas las cosas y no aborrece ninguno de los seres que existen, que llueve sobre los justos y sobre los injustos, y todos los días hace salir su sol, así para los buenos como para los malos. Por lo demás, ninguno merece el nombre de hijo de esas paternidades si por su parte no se manifiesta hijo digno de tan gran Padre.

Conviene que nos observemos con toda diligencia y que nos conservemos con todo tiento, que no se nos pase ni siquiera por la imaginación algo por lo cual le llamemos Padre indignamente, haciendo ultraje a quien se le llama o se le juzga Padre unos hijos que no merecerían tener un padre humano. ¿Y qué diré si, así como nosotros le llamaremos Padre injuriosamente, tampoco El nos oirá, invocado e implorado con ese nombre, si no tomáremos para con El unas entrañas filiales a fin de honrarle y venerarle como Padre, de palabra y de obra, cuando se ofreciere coyuntura; pero con el corazón principalmente, para amar su bondad, para corresponder a su amor, reconocidos a sus beneficios? Y, en conclusión, para que toda nuestra confianza esté depositada en sólo El, persuadidos de que es el más indulgente y largo de los bienhechores y que todo lo que hace se dirige a nuestro provecho.

De este convencimiento nuestro nacerá aquella disposición, propia de los verdaderos hijos; a saber: obediencia ganosa y ágil a todos sus mandados, que tornará liviano y hacedero cualquiera de sus preceptos, bien porque quien preceptúa es El, bien porque al amor ninguna cosa se le hace difícil. Cuando nos castigare, llevemos su castigo con conformidad, persuadidos de que muy gran verdad, por cierto, es, en fin de cuentas, lo que más nos conviene. Por otra parte, ¿quién llamará Padre a Dios si con sus obras da a entender que no le tiene por Padres? Rogámoste, ¡oh Padre!, que patentices aún más esta paternal indulgencia para con nosotros y nos hagas dignos de que con todo derecho te llamemos Padre; y así como tomaste Tú entrañas de padre para con nosotros, infundas también en las nuestras el afecto de hijos que se corresponde con el que nos tienes.

NUESTRO

Dos palabras son éstas: *Padre* y *Nuestro,* que, recordándolas nosotros, tienen capacidad para arrebatarnos a un increíble amor tuyo. ¿Qué cosa hay mayor que tu paternidad, qué cosa hay más deseable? Si nosotros somos hijos de Dios, es fuerza que seamos también dioses. Si Tú eres nuestro Padre, todos aquellos cuyo Padre eres somos hermanos, y con ese vínculo de parentesco estamos unidos, no ya con los hombres, sino también con los ángeles. ¿Qué he dicho: con los ángeles? Con el mismo Cristo, a quien sólo corresponde decir: *Padre mío.* A El engéndrasle de tu Sustancia; nosotros somos obra de tus manos, a quienes por adopción nos admitiste a la participación y consorcio de aquel nombre. Padre eres y, por lo mismo, has de ser adorado, amado, reverenciado. Los hombres, hermanos todos, nos debemos un amor mutuo, y por ese amor una asistencia mutua y recíproca beneficencia, arroyos paralelos que brotan del manantial de la bondad. Nadie tendrá la cara dura para afirmar que ama si en pudiendo no hace bien cuando la ocasión apremia. Ello equivaldría a decir que el fuego no levanta llama. Por tanto, nadie, con razón y motivo, puede decirte *Padre nuestro* si piensa que todos los otros, hijos de Dios por la misma razón y derecho, no son hermanos suyos o les desdeña por tales. ¿Pero quién habrá de tan gallarda insolencia y de arrogancia tan provocativa que menosprecie por hermanos a aquellos a quienes Dios no les desdeña por hijos, si ya no es que se hubiere olvidado de su condición o de la grandeza tuya o de la propia bajeza?

Ved cómo toda la Ley y los Profetas están contenidos en las dos palabras primeras: *Padre nuestro* Estas dos palabras únicas declaran el piadoso afecto para con Dios, Padre, y para con los hombres, hermanos. Y aun cuando todos estamos unidos por el nudo del amor, ya no somos diversos, sino miembros de un solo cuerpo y, por ende, una cosa misma. Por esto, todo aquello que cada uno de nosotros desea para sí mismo, dispensado por ti, pídelo también para aquel a quien la caridad hácele otro él mismo. El Maestro de todo amor y de toda misericordia, así como soportó los delitos de todos en su cuerpo y los clavó consigo en la Cruz, así también quiso que nosotros tuviésemos la misma recíproca disposición para ayudarnos con auxilios mutuos y que los pecados ajenos los tuviéramos por propios, a fin de que no menos oráσemos al Padre por ellos que por nosotros mismos. A orar por sí oblígale a cada uno la necesidad que nos acucia y urge en cada uno de los momentos; mas a orar por el prójimo exhórtale el fraterno afecto. Las oraciones y las lágrimas más gratas son, no aquellas que exprime el apuro, sino las que saca la amistad, recomendadas por tan sabroso nombre. Ablanda, Señor, nuestros corazones berroqueños; de piedra como son, hazlos de carne; de inhumanos, hazlos humanos, a fin de que, establecida entre nosotros la mutua bienquerencia, llamémoste, y no con nombre mentiroso, *Padre nuestro.*

QUE ESTAS EN LOS CIELOS

Tú eres señero y solo; nosotros no somos. Y si somos de alguna manera, somos en ese mundo en plena borrasca, entre un bullicioso oleaje de toda suerte de calamidades, mi-

serias, embravecidas, recíprocas, perpetuas. Mas Tú eres verdaderamente y estás en los cielos; a saber: en un lugar al cual no se aproxima ningún trabajo ni puede llegar molestia alguna. No invocamos a los padres que engendraron esos cuerpos nuestros que ya salieron de esa vida o están inválidos y que no pueden proporcionarse socorro y asistencia cuando los necesitan. No acudimos tampoco a aquellos que por su cargo o por su función o magistratura pública o por su edad ya provecta, llámanse en sentido extensivo padres y que no menos que los primeros y naturales, son flacos e impotentes. No invocamos al padre Júpiter, o al padre Neptuno, o al padre Baco, o a los otros padres dioses que el enemigo introdujo en ese mundo lleno de tu majestad, que el sólo nombrarlos casi ya constituye un gran pecado, ficciones opuestas a la grandeza de tu bondad y tu sabiduría.

Hay quien piensa que su padre son las riquezas guardadas en el arca o colocadas en posesiones, expuestas a mil azares y peligros. Hay quien cree que es el poder que se asienta en el consentimiento y favor de los súbditos, que es la cosa del mundo más voluble. Otro se imagina que es la privanza de algún personaje principal, mortal por su naturaleza, flaco por su poder, tornadizo por su voluntad. Cada cual se fabrica su propio padre de aquella vanidad en que confía neciamente. Mas nosotros, a quien Tú, según la muchedumbre y la largueza de tus dones, nos llamas y nos invitas a la dignidad de hijos tuyos, con los ojos levantados al cielo, decímoste y te imploramos Padre que estás en los cielos. Tu presencia hinche el universo mundo. Mas la sede de tu reino, por la eminente dignidad del lugar, decimos que está asentada y firme en los cielos. Estos cielos, por su hermosura y por su decoro, por su concierto establecido y certísimo, cantan la sublimidad de tu esencia, la extensión de tu poderío, la inmortalidad de tu naturaleza. ¡Míseros de aquellos que, habiendo conseguido tan gran Padre, todavía tienen ojos para mirar a otros padres de quienes se avergüencen o se gloríen!

Tú te ofreces por nuestro Padre. Silencio, pues, sobre los otros padres que ya están cubiertos de tierra y podridos, o todavía andan a gatas por el suelo, agobiados por la pesada carga del cuerpo, merecedores de compasión. ¡Ciegos de nosotros! ¿Por qué nos jactamos de los padres carnales de quienes nos vino la flaqueza, la malicia, la miseria toda? Mas de Ti, Padre verdadero, nos vino el poder, la bondad, la bienaventuranza. *Todo lo puedo* —dice tu Apóstol—*en Aquel que me conforta*. Y en otro lugar, quejándose de su flaqueza, oye del oráculo de tu Divinidad. *Mi gracia te basta porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona y consolida.* Tú, para nosotros, estás siempre en los cielos, a fin de que sepamos que allá está nuestro Padre y que allí está aparejado nuestro refugio, donde no entra ningún fraude ni ninguna fuerza hostil; todo está quieto y seguro porque allí Tú eres Rey grande y Dios grande. Para muchos aquí, en la tierra, ni eres Rey ni eres Dios; cada cual hace su dios de su pasión o de su capricho. ¡Oh Padre que estás en los cielos, Hacedor de ellos y Monarca sempiterno, óyenos a nos que en el mundo vamos engolfados en las aguas bravas, moradores e inquilinos, no ya de temporada, sino de una efímera momentaneidad!

En los cielos estás, Padre nuestro. En los cielos, pues, está nuestra herencia y nuestra felicidad. ¿Qué buscamos en la tierra sino aquello que la Naturaleza produce espontáneamente: dolencias, cuidados, acucias, penalidades, cruces, tormentos? Son ciertamente esos cielos que en su ámbito lo abrigan todo, el majestuoso asiento de tu realeza. Con todo, tu bondad tiene otros cielos en que tienes también morada. Primeramente, tus santos a quienes Tú, aun estando encerrados en la cárcel de este cuerpo, les dispensas aquella fina merced, De tal manera moras en los que están unidos e identificados contigo por la caridad, que si con ellos se comparan, parece que no estás en aquellas otras cosas sujetas al testimonio de los sentidos. Cielos son aquellos hombres cuya mente, pensamientos, fervor, votos, deseos y toda su misma vida y su conversación toda no está aquí en la tierra, sino en los cielos. Son además cielos tus santos ya en ellos admitidos y que son una sola cosa consigo por la comunicación de tu beatitud, por manera que se juzga que no estás en otras cosas, fuera de ellos.

Demás de esto, cielos son aquellos tus bienes no fallecederos que en el cielo nos tienes aparejados. Allí te buscamos porque allí principalmente estás por nosotros. Allí te amamos y te reverenciamos porque tu bondad, que nos atrae e invita a amarte, propuso que fuesen comunes unos bienes que eran de Ti solo. Allí está tu bondad, garantía de bienaventuranza, fruto de amor. Enséñanos tu Hijo y nos acostumbra a mirar siempre hacia lo alto, a enviar nuestros votos y deseos allá donde están nuestros amores y nuestras verdaderas y propias delicias. A cada cual su propio amor le lleva como en volandas. Infelices de aquellos que cayeron en el amor del mal; felices los que cayeron en el amor del bien. Beneficio grande fué para nosotros el de la doctrina de Cristo, que nos muestra los bienes auténticos y perdurables, en los cuales debemos poner nuestro espíritu y nuestros amores con muy grande felicidad nuestra. ¡Oh *Padre nuestro*, levántanos a tus cielos! Pon en nuestros pechos un encendimiento vivo para desear con toda el alma aquellos bienes, para correr a sus alcances con el entusiasmo más voluntarioso. Aquellos bienes, digo, cuya grandeza y cuya excelencia ni aun con el pensamiento más ardido podemos barruntar.

SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE

El nombre verdadero y conveniente a cada cosa es aquel que declara su fuerza y su natural. ¿Quién te impondrá un nombre congruente, Señor, cuya magnitud de esencia, cuya infinitud de naturaleza trasciende todo entendimiento de hombres y de ángeles? Sin embargo, tenemos nosotros tu nombre en que Tú eres expresado a nuestro pensamiento, por la consideración de tu poder o de tu bondad como Omnipotente, Creador, Inmortal, Rey y Señor del universo, Justísimo, Sapientísimo, Optimo, Bienaventurado, Benéfico, Salvador. Santificado sea, Padre, este nombre tuyo en nosotros, a tal punto que pensemos que no hay cosa más venerable, cosa más santa, cosa más sagrada. Reverenciémosle a El solo, a El solo prestemos sujeción; a los demás, en consideración a éste; a tal punto que al nombre de Jesús, que es salvación nuestra, que es más excelso

que cualquier otro nombre así de este siglo como del venidero, hinquen su rodilla los cielos, la tierra y el infierno. Declárase también a nosotros tu fuerza mediante las criaturas; y por eso es que en las palabras de tu revelación eres piedra, eres fuego, eres paloma, eres luz. Tu memoria, tu recuerdo de todo Tú ocupe siempre nuestro espíritu, por inefable dignación tuya.

Asimismo tu nombre es gracia, favor, albergue y refugio que invocamos para nuestra defensa en situaciones las más duras. Infunde tu luz en nuestros pechos a fin de que siempre te imploremos a Ti solo, de Ti solo esperemos asistencia y socorro; no pongamos ninguna confianza en cualesquiera otras cosas que son caducas, pasajeras, perecederas, mentirosas, sino sólo en Ti, que eres el único que puedes, que quieres, que sueles salvar. Además, tu nombre es auxilio; es camino tu nombre por donde debemos andar los que peregrinamos hacia Ti, que tu bondad fortaleció para nuestra bienaventuranza; es forma de la piedad y es sacramento que mediante la caridad de Cristo nos reconcilia contigo. Y allende de todo esto, es aún disciplina saludable y regla que Tú dictaste a tus santos; y con esta regla, con una increíble bondad y amor te dignas ofrecerte a nosotros como guía de esta jornada y como maestro de vida. Haz, ¡oh Padre!, que todo esto sea santo para nosotros y esto es lo que esperamos con el más concentrado de nuestros deseos, y que ninguna de estas cosas tomemos sino con espíritu de veneración y con pureza de alma. Y ora andemos en estas cosas, ora hablemos de ellas, practiquémoslas todas con seriedad y con muy grande reverencia.

Quien menosprecia estas cosas o hace burla de ellas, que es la más negra de las indignidades, o quien las trata con negligencia o las convierte en vanidades o las hace objeto de risa, ese tal mancha en sí tu nombre santo, que no conoce mancilla o, por mejor decir, se mancha a sí por él, porque no tiene cuenta con tu sabiduría, que en él está entrañada y desprecia tu bondad. Haz, Señor, que de todo punto nos comportemos para con ellas, que ninguna otra cosa sea más santa para nosotros y que mediante ellas, que verdaderamente son santas, también nosotros nos santifiquemos. Haz que amanezca tu luz y muéstrala a nuestros entendimientos para nuestra propia santificación y para la eficaz enseñanza de los otros, pon facundia persuasiva en nuestra lengua; para el buen ejemplo, en nuestras acciones y en nuestras obras; para que nuestra depravada y mala vida no sea causa de que se hable mal entre las gentes de tu nombre admirable y santo, y que no sientan mal de tu piedad los que la miden por la nuestra y sospechen que es torcido porque nosotros torcidamente la profesamos.

Brille de tal manera nuestra luz entre los hombres, que vean nuestras buenas obras y te alaben y reconozcan que eres nuestro Padre que estás en los cielos. Pues si por mediación de las criaturas que en este mundo nos halagan con su buen parecer o por el provecho nuestro, el espíritu se eleva a la veneración de la virtud divina, ¿cuánto más es de creer que lo hacen con mayor ahinco cuando advierten que otros hombres por tu favor son santos y como semidioses? Dicen, o al menos dentro de sí mismos lo piensan cuerdamente: ¡Oh adorable poder de Dios que puede levantar tan arriba a una cosa tan

humilde! ¡Oh bondad amabilísima que lo quiere! Y no seamos solos nosotros en santificar tu nombre; antes, multiplica esa felicidad nuestra en otros muchísimos. Derrama tu luz sobre el linaje humano; alumbra nuestros entendimientos, enciende nuestros afectos para que todos, como es razón, santifiquen tu nombre no de boca, como hacemos nosotros, malos, sino honrando con obras efectivas tu religión, que es la única saludable y santa. Entonces, al fin, al fin, será tu nombre santificado cuando tu Hijo Jesucristo, que es tu gloria, será por todos conocido y, por ende, será de todos amado.

Alléganse a todos estos nombres tuyos otras figuraciones de tu bondad y de tu majestad, como la que relumbra en los ángeles y en los santos, en los príncipes y en los magistrados que Tú pusiste al frente para que rigiesen tus pueblos. Somos tuyos todos, bien porque nos criaste, bien porque nos conservas y tutelas; y que también se muestra en aquellos que nos gobiernan en privado puestos por Ti en calidad de padres, educadores, ayos, maestros llamados por Ti a la formación de nuestros espíritus. Todos estos conviene que les tengamos consideración y reverencia por el solo hecho de que son un reflejo de tu nombre y hacen tus veces. A los buenos les prestaremos la benevolencia que les es debida; a los que nos gobiernan, el honor y la obediencia, a cada uno según su jerarquía, tanto mayor desde luego cuanto más próximo te fuere o más allegado. Quien a estos menosprecia; quien profana esa imagen tuya o, más claro, quien profana tu nombre, éste se ultraja y se daña a sí; pero no a Ti infiere daño ni ultraje.

Así nos lo enseñó Aquel a quien enviaste para amaestrar a los hombres; así nos lo han enseñado todos los que han profesado en su escuela. En Ti, ¡oh Dios!, hanse de alabar y santificar todas estas cosas tan llenas de majestad, porque cualquiera sea el modo con que te presentes a nuestros espíritus, sea pecado no hincarse inmediatamente de hinojos, pues este homenaje se te debe a Ti, de quien proceden todos los bienes, no porque te convenga a Ti, que no lo necesitas, sino porque a nosotros nos importa en grado sumo. La alabanza y la gloria de los nombres humanos es hueca, inane y sin fruto ninguno; no aprovecha al alabado ni al alabador. Mas la alabanza de tu nombre y su santificación son fructuosísimas, porque mediante ellas, el que santifica es santificado y consigue salud inmarcesible y sempiterna.

VENGA A NOS EL TU REINO

Tú solo, Señor, mereces el reino, porque Tú solo reúnes las condiciones idóneas para reinar, sabiduría y equidad. Reina Tú en nosotros; rígenos Tú, porque bajo tu dominio no podemos menos de no vivir con toda felicidad. Tú riges todas las cosas, pero con clemencia tanta que hartas veces los malos y los privados de juicio abusan de ella, y en sus adentros dudan de Ti y de tu reino porque no eres, como ellos, impetuoso e inmediato vengador. Mas Tú, con tu mansedumbre, lo soportas todo, reservando para lo por venir todo cuanto acá abajo anda barajado y equívoco, hasta que tu justicia se convierta en juicio. Manifiesta, Señor, y haz ostensible alguna demostración de tu grandeza y poderío, gracias a la cual, así los malos como los buenos, entiendan

y conozcan tu reino. Los malos necesitan temerte ya que no te aman, y que el miedo les lleve a donde no quieren ir con una invitación suave. Los buenos te lo piden y lo desean por amor de los malos, para que todos, un día, acabemos por ser voluntarios y gustosos súbditos de tu potencia justísima, de la cual no nos podemos escapar aun cuando lo quisiéramos.

Tienes un segundo reino, sempiterno, soberano, apetecible en grado sumo, en el cual comenzaste a admitir a tus hijos desde la creación del mundo. Allí reinas Tú, fuera de toda repugnancia de la carne, fuera de toda contradicción de Satanás, sin solicitación ninguna de esa vanidad por nosotros inventada, que llamamos mundo. Aquí nosotros somos gobernados o, mejor, víctimas de toda suerte de despotismos y vejámenes y nos oprimen el cielo, el suelo, las aguas, el fuego, las bestias, los venenos, los hombres, nuestros cuerpos mismos, nuestras mismas pasiones; estamos, en suma, sujetos a aquellas criaturas a quien su natural y su condición han puesto debajo de nosotros. Todo nos resiste; todo se rebela contra nuestro poderío. De aquel reino soberano tuyo andan lejos todas las miserias de esta vida: hambre, sed, desnudez, trabajo, enfermedad, dolencia, infamia, pobreza, odio, envidia, porfía, guerra, calumnia, vejez, melancolía, miedo, luto, llanto, muerte: todo es alegre y jocundo allí; todo, rodeado y henchido de gozo; dondequiera salud, y paz, y abundancia, y dispuesto y aparejado todo cuanto puede ser objeto de deseo y de apetito.

Rogámoste que llegue a nosotros este reino, en el cual, debelada la muerte y bajo nuestros pies Satanás tendido por la fortaleza de Cristo, una vez que se hubiere reformado ese cuerpo de nuestra mortalidad a imagen del cuerpo precioso y hermosísimo de tu Hijo, con certidumbre y sin zozobra alguna, reinaremos contigo por toda la eternidad. Esos bienes tan inmensos, tan fuera de toda ponderación humana, que ni el ojo vió, ni oyó el oído, ni puede imaginárselos la fantasía o el pensamiento del hombre, son tales que sólo el pensar en ellos, sólo esperarlos a ellos nos mantienen firmes entre tantos asaltos y bravas acometidas y la implacable hostilidad de nuestro enemigo perpetuo; y por este solo pensamiento y por esta esperanza única sobrellevamos con resignación conformada los daños, las incomodidades, las molestias de esa vida. Al recuerdo de aquel reino, se nos envilece todo y se nos vuelve basura todo lo que en ese mundo se precia de muy hermoso o de muy subido valor. Tolerables y aun ligeros se nos hacen los dolores físicos, las pesadumbres morales, y decimos con tu Apóstol: *¡De cuán poca monta son todas las tribulaciones, todas las aflicciones de esta vida, a vista de la grandeza de la felicidad, que será su continuación!*

A ese reino tan glorioso y tan apetecible vase por el reino de esa vida temporal. Si Tú aquí reinares en nosotros, nosotros allá reinaremos contigo por Ti. Entonces Tú tienes muy firmemente establecido tu reino en nosotros, cuando en nuestras almas no domina ninguna atención a los fantasmas y trampantojos de ese mundo, de los placeres, de los dolores, de la muerte corporal; no los engaños ni la astucia del demonio, sino que la sola consideración es asaz poderosa para que lo hagamos todo con tu gracia, porque te amamos más que a

nosotros mismos. Este reino de mansedumbre y de salvación expulsará de nosotros toda suerte de tiranía. Cristo no reinará nunca donde reine Satanás. Si queremos atraer a nosotros el reino de Dios, hay que echar primero el reino de Satanás, reino de la carne, la universal y aparatosa armería de la soberbia: riquezas, honores, dignidades, fama, distinción, gloria.

Libre y franca es la ciudad que se ha de dejar al gobierno de Cristo, que no quiere partir su reino con gentes ajenas, cuanto menos con enemigos. Pero aquel reino a quien miran nuestros ojos, adonde vuela nuestra mente y nuestro entendimiento, es el reino de tu Hijo, porque es tu heredero único o, con mayor verdad, tu consorte. El es quien ha de juzgar con permisión tuya quiénes son dignos de tu reino, quiénes no lo son. Rey es Cristo, pero los demonios le odian y por sugestión de los demonios son no pocos los mortales que le menosprecian y dicen a voz en cuello: *No queremos que éste reine sobre nosotros*. Vendrá un día a las claras para que aun contra su voluntad reconozcan al Rey a quien no quisieron sujetarse de buena gana. Entonces será llegado el tiempo de todas las cosas que en vistas al futuro están en una situación de incertidumbre, e inmediatamente será la fin del mundo, cuando te reintegrará el reino a Ti, Dios Padre, y abolirá todo principado y será abolida toda potestad.

Este reino espera el ansioso deseo de la criatura para librarse de la servidumbre de la corrupción. Este reino desean y por este reino suspiran los buenos, bien porque se verifique la restauración de sus cuerpos, bien porque se remate el vencimiento del enemigo común y se demuestre paladinamente qué hijos tuyos pertenecen a este reino. Este reino imploramos y deseamos para que, al fin, licenciados de esta laboriosa milicia, vivamos con Cristo la pacífica inmortalidad. Vendrá a punto fijo aquel reino, queramos o no queramos; pero, rogámoste, Padre, que venga para nosotros, no contra nosotros. Venga para nosotros Juez amable, no formidable, porque experimentamos la felicidad de aquel reino, no su fuerza incoercible ni su poderío arrollador. ¡Oh, cuán recia necesidad se nos impone de vivir bien nosotros a quien se nos enseñó a desear e invocar ese reino, y de obedecerle de suerte que no esperemos transidos de terror el interrogatorio de nuestras culpas, sino con gozo y esperanza buena, como término final de nuestra jornada, como premio de nuestro combate, como puerto quieto del oleaje y de la tempestad, en el cual nos uniremos con Aquel a quien tanto amamos. Líbranos, ¡oh Padre!, de esa tiranía desapoderada que nuestra maldad puso en nuestros cuellos. Adapta a nuestras cervices el yugo suave de tu Hijo, y pon en nuestros hombros la carga llevadera. Reina Tú aquí, en nosotros, para que nosotros, eternamente, reinemos en Ti.

HAGASE TU VOLUNTAD

Existe en Ti, Señor, una cierta voluntad todopoderosa a la cual ninguna cosa en absoluto puede resistir. Haráse todo cuanto ella mandará, aun contra la voluntad del universo mundo, cuanto menos contra la nuestra flaca de hombrecillos míseros y ruines. Rogámoste y suplicámoste que Tú, con tu gracia, nos asistas, porque nos conforme-

mos con tu voluntad, y todo cuanto tenga que venir porque Tú lo quieres, venga con la aquiescencia de nuestra voluntad. Existe una segunda voluntad tuya que nos manifiestas y declaras con señales inequívocas y evidentes no de poderío, sino de bondad y amor, por la cual quieres que todos los hombres lleguen al fin al que los destinaste. Para este fin nos enriqueciste de entendimiento y conocimiento tuyo, para que te amemos. Enviástenos, para instruirnos, a tu Hijo que nos enseñase esta voluntad tuya y de qué manera podría cumplirse. Hágase en nosotros, Señor, esta voluntad tuya tan santa y tan saludable a fin de que. justificados por la confianza de tu Hijo, por su amor y si es posible también nuestro, nos unamos contigo en un solo querer.

Danos, Padre, una tal disposición que no solamente queramos y deseemos su efecto que en tan gran manera nos conviene, sino también el de tu majestad y sabiduría, y ello absolutamente, sin ninguna excepción. Ni tampoco es lícito ni justo que partamos contigo los sucesos, de forma que unos se verifiquen porque quieres Tú y otros porque nosotros lo queremos. Hágase en todo caso lo que Tú mandas, no ya en nosotros solos, sino en todas las cosas, con la buena voluntad nuestra, en la luz, en la pureza, en el vigor, en los signos del cielo, en la salubridad y destemplanza del aire, en las borrascas, en la mar sesga, en las avenidas de las aguas, en la labranza de la tierra, en las cosechas, en todos nuestros alimentos, en los medicamentos, en cualquier estado de los elementos, en la disposición corporal, en la comida, en el vestido, en la vivienda, en la condición de vida, así privada como pública; en las cosas ajenas, en los que nos quieren mal, en los amigos, en los parientes, en los padres, en la esposa, en los hijos, en la servidumbre, en los subordinados, en todos, en suma, dondequiera y en todo tiempo. Concédenos que todo cuanto te pluguiere se haga en nosotros, no contra nuestro querer, no quejándonos, no repugnando hasta donde nos sea posible. Es, sin duda, muy conveniente que nuestra voluntad y nuestra ciencia, ciega y torcida por malos deseos, siga dócil en todo tu voluntad, que es lo más sabio y lo mejor que pensarse puede. Y sea lo que fuere lo que de nosotros resolvió, aun cuando nosotros pensemos que nos va a ser lo más contrario, nos conducirá a resultados altamente provechosos si no nos negamos a obedecerle. Recíbeme, Padre, que yo lo quiero; no hay tardanza ninguna en mi obedecer. Conduce a donde te pluguiere a quien ya le place, porque tengo la certidumbre que no me conducirás sino a bienes cuantiosos.

ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Para tus ángeles, Señor, nada hay más antiguo ni más santo, nada más agradable tampoco que el imperio de tu voluntad, al cual obedecen con alacridad y presura, que administran y cumplen más pronto de lo que se dice, según reza el refrán. Tu voluntad es que los hombres sean bienaventurados. Esta voluntad tuvo ya su cumplimiento en aquellos santos que gozan de la vida eterna. Plegue a Dios que no se cumpla menos en nosotros, hechos de tierra, que en aquellos espíritus celestiales. Los hay entre nosotros algunos que bien pueden llamarse. no sin razón, celestiales. Son aque-

llos que están dotados de verdadera y sólida piedad, cuyo pensamiento y cuya preocupación sólo están en el Cielo. Y al revés: tenemos algunos, más terrenos que la tierra misma, cuya mente y cuyos deseos están puestos y clavados en las cosas terrenales. Hay también en cada uno de nosotros una mente, descendida hasta nosotros, de aquel alto asiento divino y celestial. Hay también el cuerpo, de quien está escrito: *Fabricó Dios al hombre del polvo de la tierra.*

¡Oh, si con la misma facilidad y el gusto mismo con que los buenos obedecen tus mandatos, también los malos y los hombres terrenales, levantados hacia Ti y como arrebatados por el ardor del amor tuyo, como el vapor lo es por los astros, entendieran tu santa voluntad, y le amasen, y la ejecutasen! ¡Oh, si esta carne despojada del viejo Adán que fué hecho de tierra, se sujetase a tu voluntad con tanta prontitud como aquel hombre interior que manifiesta conformarse y complacerse en la ley de su Dios, pero se lamenta y se queja de que su carne le estorba y embaraza como con esposas y grillos, porque no lleve a la práctica lo que entiende ser bueno y que desea con tan gran ahinco! ¡Oh, si quebrantada y debilitada su carne, dieres soltura y libertad a ese pobre atado de pies y manos, a fin de que apartado ese óbice que contraría y retarda su consentimiento con tu voluntad, no fuésemos nosotros nada más que lo que quieres Tú! ¡Oh Padre! Ojalá de cargados y agobiados de tierra como estamos, nos hicieses hombres celestiales para que tu nombre sea santificado así en el cielo como en la tierra, a fin de que deseemos que venga tu reino, así como en el cielo, también en la tierra; para que queramos que se cumpla tu voluntad en el cielo y en la tierra, para que ya comencemos a ser aquí en la tierra aquello que un día, por munificente favor tuyo, seremos en el Cielo.

EL PAN

Creástenos, Hacedor nuestro, y nos fabricaste de cuerpo y alma. Y una y otro, puesto que viven en nosotros, han menester su alimento indicado. El más antiguo y primordial alimento del hombre, con preferencia a todos los otros manjares, es el pan, o lo que hace las veces de pan. Por ende, la voz *pan* comprende y sobrentiende todo aquello que cubre las inevitables necesidades de esta vida, ya en lo que se refiere al alimento como al vestido que abriga nuestros miembros y los defiende de las injurias del clima álgido o del cielo fogoso, gracias a lo cual convalecemos de las enfermedades o nos suministran fuerza para soportarlas. Todas las otras cosas son superfluas, introducidas en parte por la soberbia, en parte por el placer; y de ahí la vida muelle y regalada. Pedirte esas cosas, que con su busca y la embriaguez que ocasionan infunden en nuestras almas el olvido de Ti, es abominable sacrilegio.

Ninguna cosa trajimos a ese mundo y ninguna cosa podemos llevarnos de ese mundo. Teniendo, pues, qué comer y con qué vestirnos, démonos por satisfechos. ¿Qué necesidad tiene un viajero de alforjas y de impedimenta? Con mayor facilidad y gusto hará esta jornada quien ande libre y desembarazado. Pero ni aun en las mismas urgencias imploraríamos tu socorro, atentos y conformados siempre con tu divina voluntad, cualquiera que fue-

se nuestra situación, si ellas, con su pesadumbre y molestia, vejasen nuestro cuerpo hasta un punto, que distrajeran y arrancaran nuestro espíritu, aun contra su más ahincada voluntad, de tu sabrosa contemplación. Pedímoste, pues, ¡oh Padre!, el pan necesario para esta vida, no el que nosotros, por vanidad y torcimiento de nuestros apetitos hartas veces nos figuramos que lo es, sino aquel pan que sabes que nos es preciso Tú, que nos conoces mucho mejor que nosotros mismos. Este es, por cierto, el pan corporal.

Pero hay otro pan: el pan del espíritu, sin el cual nuestra alma no puede prolongar su vida más que nuestro cuerpo sin aquel otro pan material; a saber: la doctrina de tu Hijo y la sunción de aquella carne y de aquella sangre, mediante la cual amanece tu luz en las tinieblas de nuestras almas y se opera la salud en las enfermedades espirituales y sobreviene la calma en las tempestades y a la servidumbre sucede la libertad y la resurrección sucede a la muerte. Este pan de las almas es más necesario que el pan de los cuerpos. Este pan es el que pedimos preferentemente: Danos este pan, ¡oh Padre!, aun cuando no nos des más que éste, si así te pluguiere. El otro pan, si no nos le dieres, ¿qué peligro, al fin, nos acarrearía? Cierto es que el cuerpo perecería; pero si careciéremos de estotro, perecerá el alma. ¡Y cuánto más grave y más horrible es la muerte del alma que la del cuerpo! Ese cuerpo, mal que nos pese, acabará por morir, como mortal que es; mas el alma, que es inmortal, no puede sucumbir a una segunda muerte sin una muy acerba desventura. Abre, ¡oh Padre riquísimo!, los silos ubérrimos de tu sabiduría; da el oportuno viático a nuestras almas macilentas porque no caigan de cansancio y de inedia en esta jornada de destierro, sino que, restauradas y refociladas, arriben a Ti, que eres nuestra patria, donde no habrá ya ni hambre ni sed.

NUESTRO

Estos dos panes tuyos son porque nos los das y son nuestros sólo para nuestro uso, porque la necesidad es nuestra. Tú no necesitas de ellos, colmado y rebosante como estás de toda perfección y abundancia; ni los ángeles ni los demonios, incorpóreos como son, no necesitan de alimentos corporales. El adoctrinamiento de tu Hijo condúcenos a la bienaventuranza que los ángeles ya consiguieron. Mas los demonios, en la obcecación de su maldad, no admiten lo que les sería en extremo conveniente. *Nuestro* es, pues, el pan corporal porque somos corporales. *Nuestro* también es el pan, viático celeste, porque somos los únicos viadores que vamos día tras día camino del cielo. Da, Padre, nuestro pan a tus hijos pequeñuelos, de que tenemos muy aguda necesidad; si nos le quitares, no podremos continuar la peregrinación emprendida. Este es el pan estrictamente nuestro; porque las superfluidades son de la vanidad, no nuestras; si las retenemos, es claro que malbaratamos su uso, impidiendo que otros se beneficien con nuestras sobras, y por ello, somos unos ladrones robando y sustrayendo lo ajeno. Tú lo creaste todo para todos; lo que hace dueño a uno no es el derecho de posesión, sino la necesidad del uso. Tú, Señor, a nadie debes nada, que con mano asaz larga distribuiste a todos, y nadie te ha dado nada a Ti. Ese pan no nos lo debes a nosotros,

puesto que nosotros nos debemos a Ti. ¿Qué podríamos hacer nosotros para que Tú nos debieras algo?

Pero Tú, para sacudir nuestra holgazanería, no dejas que estemos ociosos. Mándasnos que con el sudor de nuestro rostro comamos nuestro pan; y Pablo, tu apóstol, enseña terminantemente que en tu Iglesia no coma quien no trabaje. Y el Profeta-Rey proclama bienaventurado a quien come el pan granjeado con el trabajo de sus manos. Lo que Tú quieres es que así como se dice nuestro aquel pan que ha sido ganado ayudándonos de nuestra propia industria y trabajo, nuestro es por el trabajo, tuyo es por el don, porque quieres, no porque debes. Ese pan que nosotros podríamos buscar con provechosa sagacidad y con trabajo justo y legítimo, si le sacamos con blanduras serviles, si le acarreamos con ruegos y conmiseraciones, si le exprimimos con odiosidad y pesadez, si le quitamos con fraude, si lo recabamos con astucia, si le sustraemos por añagaza o malas artes o le arrancamos por la violencia no es nuestro, sino que lo hemos robado injustamente. ¿Qué diré de aquel que no puede arrimar su mano a trabajo alguno ni aplicar su espíritu a ningún buen pensamiento, sino que pide el disfrute de los sudores ajenos, apático y haragán como un zángano que explota la diligencia de las abejas laboriosas, peso grave e inútil de la tierra? ¿Cómo todos éstos te piden tu pan o el suyo? Inicuos son y con sus ruegos desean implicarte en la complicidad de su maldad. Mas Tú, ¡oh Padre nuestro!, danos el pan que a boca llena podamos decir que es nuestro, y que el pan ajeno, el pan que hubiéremos robado no nos nutra, no, sino que nos ahogue.

DE CADA DIA

Cada uno de los días es una imagen y cifra de la vida. Con el día alternan la noche y el sueño, que es la cosa más semejante a la muerte. Así es que vueltos del sueño a la vigilia, somos como de la muerte, llamados de nuevo a la vida, llegados a la cual pedimos lo primero de todo el mantenimiento de quien no nos permite la larga privación, la necesidad inmediata que presiona siempre. Lo que pedimos para un día, entiéndase para todo el discurso de nuestra vida terrenal. No solamente en esta deprecación mendigamos del Padre el pasto material, sino la medicina externa e interna, para que cuerpo y alma vivan a una. Ese doble alimento, puesto que cada día somos vejados, desfallecemos cada día espiritual y corporalmente, pedimos cotidianamente que nos sea dado. La interferencia es la noche y el eclipse de luz que sobreviene a nuestras mentes, cuando éstas, de Ti que eres su Dios, descienden a las criaturas por su demasiada estima o por el amor excesivo o por el regalo que causan y se apartan de Ti.

Mas cuando de nuevo por una especialísima lumbre y favor de Cristo son llamadas a Dios, amanecido ya el divino Sol, renace también para ellas el día, en el cual pedimos seguidamente nuestra refacción o, como quien dice, el bien ganado jornal; a saber: la doctrina de tu Hijo, gracias a la cual volvió la luz a nosotros. La paz de Cristo nos restituye de las tinieblas nocturnas a los rosicleres de la aurora. Mas El nos apacienta siempre y sestea al mediodía, lleno de luz y de calor, sin resabios ni residuo ninguno de la precedente calígine o del frío anterior, sin inclinarse al oca-

so nunca. Este es el pan principal, exquisito, soberano, peculiar, sobresustancial; es decir, que excede todas las sustancias que nos sean necesarias; de estas sustancias podemos carecer, pero de ese pan, no podemos. De él, por anticipado, dijo Nuestro Salvador que nos era necesario. Damos, ¡oh Padre!, a entender que ese pan nos es necesario y que sólo a Ti hemos de pedirlo.

DA

Tú solo puedes dar; solo Tú sueles. Y quieres que no ignoremos que es dádiva exclusiva tuya. No por granjearte de nosotros una gratitud que no necesitas, sino porque nos aprovecha a nosotros para conseguir aquello de que tenemos necesidad, saber a quién se lo hemos de pedir y cómo: *Pida*—dice el apótol Santiago—*con fe, sin hesitación alguna.* El amor cierto engendra una confianza cierta que proscribe del espíritu todo asomo de duda. *Danos* este pan, Monarca el más rico y munificiente, que todo lo das con mano larga, de quien exclusivamente hemos de esperarlo todo, no solamente aquel pan espiritual y soberano, muy lejos de Ti, Padre de las almas, sino también esotro corporal, conveniente a nuestros cuerpos. Rompe Tú, Padre, el pan a tus hijos; dánoslo Tú y no seamos nosotros los que le tomemos. Nosotros, inducidos por nuestro juicio o, mejor dicho, por nuestro apetito, ni lo tomamos a tiempo, ni en la cantidad ni en la manera que nos conviene.

Corremos con arrebato a nuestros apetitos, a la avaricia, a la soberbia, al lujo, a las aviesas pasiones del alma. O, dicho más claramente, sin atender a nuestro aprovechamiento lo tomamos para perdición nuestra, no de otra manera que quienes abusan de los manjares o de los regalos. Si Tú nos le dieres, nos le darás en su lugar, a su tiempo y en la medida que nos conviniere; y dado así no podrá menos de sernos muy saludable y muy sabroso. Muchos son los que tienen el pan material y el espiritual; quiero decir mesa abastada y extensa erudición. Pero ese pan no les es de ningún provecho, porque no eres Tú quien se lo das. No con ese manjar se nutrirá nuestro cuerpo ni con el conocimiento de esa doctrina nuestra mente, si no fueres Tú quien se dignare concedérnoslo. La tierra nos produce trigo, los maestros nos proporcionan cultura; pero una cosa y otra ¿qué pro nos hacen? Si no se allegare tu palabra vivificadora, ni el cuerpo se sustentará con el manjar ni el espíritu con la instrucción. Por eso, pedímoste que a esos santos dones tuyos, porque nos aprovechen, se alleguen tu gracia y tu dignidad.

A NOSOTROS

Da, Padre, no a esa carne sucia, que es nuestro esclavo bellaco, dispuesta a disolverse en placeres y regalos hediondos; no a esos ciegos y temerarios movimientos de nuestras almas, que, asiéndose a la ocasión o a la incitación, levantarían muy fieras tempestades en todo el hombre; no a esa mente, finchada de engreimiento que trocaría el antídoto en ponzoña, y la salud en muerte. No nos des tampoco a nosotros de modo que por nosotros pase a los otros, como por una criba, sin utilidad nuestra. Concede, ¡oh Padre!, el más indulgente y próvido, el pan necesario a nuestra alma inteligente, apacible, agradecida,

que reconozca la dádiva y el Dador y que mediante el socorro tuyo reciba el pan que Tú le alargares para su uso saludable. Hombres hay a quienes Tú, como ayos y educadores, les diste la misión de romper y distribuir el pan a nosotros, niños perpetuos; hombres ricos, maestros del entendimiento y formadores de las costumbres. Abra tu munificencia esos inmensos tesoros de tu sabiduría y de tus riquezas; concédeles largas, puras y copiosas posibilidades; auméntales el talento, porque sepan; auméntales el espíritu porque quieran transfundirlo en nosotros que le hemos menester, y aun a nosotros otórganos aquella comprensión que nos haga ágiles y dóciles para recibir sus enseñanzas, y benévolos y reconocidos a los beneficios que nos hubieren hecho.

HOY

Toda esa vida presente ¿qué cosa es sino un solo día? Un siglo largo no tiene más que un día breve, y no es menos éste que aquél. Los elementos del día son la tarde y la mañana, como consta en las místicas Escrituras: *Y de la tarde y la mañana hízose un día.* No otros son los elementos o partes de los meses, de los años, de los siglos. ¿De qué sirve llamar largo al siglo? Nosotros estamos en un día y aun en una muy pequeña porcioncilla de él. Y en ese día del discurso de nuestra vida pedimos ese pan necesario siempre, del cual no puede privarse ninguna edad, ningún tiempo, ningún momento desde la amanecida hasta el ocaso. Tampoco lo pedimos por ese día que se consuma con una carrera y revolución del sol, no extendiendo al día de mañana nuestras acucias y nuestras ansiedades, como nos mandó y nos enseñó que lo hiciéramos tu Hijo, porque el cuidado de nuestro sustento lanza fuera de nuestro pecho el cuidado de la piedad.

¿Qué íbamos a pedir para una fecha incierta? No sabiendo si mañana viviremos, ¿por qué hemos de pedir para el día de mañana? Por la misma razón con que alargaríamos la petición nuestra al día de mañana, podríamos prorrogarla para muchos días y muchos años, y así siempre estaríamos colgados del futuro, sin momento de reposo en el presente. Por eso nos está mandado por la Divina Sabiduría a fin de que el espíritu quede libre de esa ansiedad y ese miedo, se dedique a la práctica de la piedad, que nos contentemos con lo de cada día. Los que deseábamos que viniese tu reino celestial, en el cual habíamos colocado todas nuestras esperanzas y todos nuestros deseos, en espera intensa y solícita de aquel día, ¿para qué querríamos el día de mañana? ¿Qué se nos va con las cosas ventureras de esa vida? Aborrecibles son para el peregrino todos los altos del viaje, porque las prendas de su amor las dejó en la patria.

Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS

A tu alteza soberana debémosle veneración, a tu paternidad le debemos obediencia y obsequio, a tu bondad benevolencia y correspondencia en el amor y por los beneficios y dádivas ricas te debemos reconocimiento; porque eres veraz, te debemos crédito; porque eres muy bueno y muy poderoso, te debemos confianza. Todas las veces que no te prestamos estos homenajes, cuando la ocasión se presenta

y se presenta con muchísima frecuencia, no saldamos la deuda, sino que detentamos una cosa que no es nuestra. Pero ¿quién las salda todas? No hay persona alguna que no tenga muchas deudas y muy pesadas en cada uno de los momentos: *Si dijéremos que no tenemos pecado*—dice tu discípulo amado—, *nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.* El que nos propuso esta fórmula que a todos es común, declara que todos están sujetos a deuda y, por tanto, a pecado. Y si alguno afirmare que a él la conciencia no le acusa de delito alguno, ese tal oiga a otro apóstol: *Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso estoy justificado.* Ruegue ése por sus pecados ocultos y diga con el Salmista: *De los pecados ocultos límpiame, Señor, y de los pecados ajenos preserva a tu siervo.*

Y si a alguno le fueron perdonados todos los pecados, y el sabio no quiere que del pecado que halló propiciación en tu divino acatamiento estemos fuera de cuidado, ruegue a pesar de todo por el semillero vivaz de culpas y de maldades que cada uno de nosotros lleva consigo para que su execrable raíz quede sofocada y no eche renuevos. Y así como Cristo oró por los pecados de los suyos, que El en la mística Escritura llama suyos, pues el amor todo lo hace común entre la cabeza y los miembros, así también nosotros, por las culpas de nuestros hermanos, roguemos al Padre común, puesto que el amor que les tenemos los transfiere a nosotros. Cristo es nuestra cabeza unida a nosotros por el amor; nosotros, recíprocamente, somos miembros, pues una análoga bienquerencia nos estrecha y nos aúna. Cristo, que es nuestro dechado de caridad, séanos también ejemplo de las obras que la caridad inspira. Rogámoste, Señor, que tu bondad sea indulgente con nuestros delitos; si quisieres reducirlos a examen, nadie es capaz de sostener la mansedumbre de tu justicia, cuanto menos su severidad. Acuda en socorro nuestro tu misericordia, pues reconocemos que con toda justicia estamos condenados por nuestras muchas maldades. Purifícanos con el fuego de tu favor, restitúyenos a tu gracia, reconcíliate con nosotros, pues esto y no otra cosa es, en conclusión, el que nos sean perdonadas por Ti todas nuestras deudas.

ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

Sómoste deudores; no te devolvemos lo que es tuyo. Deudores nuestros son los que para con nosotros delinquen, lo mismo que nosotros contigo. Los unos debemos a los otros benevolencia y amor, nos debemos piedad, obsequio, beneficencia, tributo, veneración, mercedes, reciprocidad, y con todo no satisfacemos estas deudas. No faltan quienes nos dañan con pensamiento, de palabra, de consejo, de obra, con su ejemplo, en nuestros bienes, en nuestro cuerpo, en nuestra alma, en los amigos, en el buen nombre. Los unos no nos devuelven lo que es nuestro; los otros, nos lo quitan; ambos a dos son deudores. ¿Qué haremos, Padre, con esos deudores? «Decidme: ¿qué queréis que yo os haga, hijos míos?» Padre, que nos perdones; haznos gracia de nuestras deudas. «Haced también vosotros esta gracia a vuestros hermanos, perdonándoles lo que os deben.» ¿Qué es eso, Padre? No lo acabamos de entender. ¿No queréis,

por ventura, que se tribute reverencia, ni piedad, ni beneficio a aquellos a quienes se deben? «Eso es lo que yo quiero y expresamente lo ordeno, lo preceptúo, lo mando. Pero ¿qué queréis que entienda Yo cuando me rogáis que os perdone vuestras deudas? ¿Rehusáis, por ventura, rendirme culto a Mí, que soy Dios? ¿Amor a Mí, que soy bueno y que os amo? ¿Gratitud a Mí, que cada día os colmo de grandes beneficios?» No es la misma cosa el perdón de los pecados pasados que la licencia de pecar para el futuro. La benignidad de quien hace gracia no ha de ser estímulo de mal obrar, sino invitación a la bondad y al agradecimiento. Acerca a nosotros la lumbre de tu rostro, abre nuestras almas e instrúyelas. El hombre, con relación a otro hombre, puede condonar la deuda y perdonarla, si pensó o intentó o llevó a cabo alguna acción contra él, y puede un enemigo hacerlo con su enemigo y dispensarle la pena, aun perseverando en la voluntad el odio mutuo. Mas perdonar Dios nuestras deudas no significa otra cosa sino la reconciliación con nosotros, readmitiéndonos en su gracia. Paralelamente, perdonar nosotros las deudas de nuestros hermanos es volverlos a admitir en nuestra benevolencia, y si nos queda algún resabio de enojo por la injuria recibida, despojarnos de él y trocar la malquerencia en buena voluntad, deseándoles toda suerte de bienes; pues no sería perdonar atestiguar con palabras el perdón, quedando, en nuestro pecho, el rescoldo de la vieja' malevolencia.

Nosotros te decimos: Vuélvenos, ¡oh Padre!, a tu gracia, de la cual nos ajenamos por el pecado. Y El responde: «Repón tú también a tu hermano en gracia tuya.» Muéstranos el mejor camino para reconciliarnos contigo, con que nosotros nos reconciliemos con nuestros hermanos. ¡Oh amable bondad la tuya, Señor! ¡Oh amor tuyo dulcísimo! En tu lugar repones al hombre y en lugar del hombre te pones a Ti mismo. ¿Qué rey hiciera esto, siendo hombre, con los otros hombres? ¡Qué obvio y llano hiciste el acceso a la paz, al perdón, a tu benevolencia! No en el cielo, no en lo postrero de las tierras o de los mares, sino orilla de ti, ¡oh hombre!, en tu cercanía, dentro de ti mismo. Lo que hicieres al hombre, eso mismo te hará Dios a ti; si aceptares a tu hermano, serás admitido por tu Padre. ¡Qué pequeña cosa se te pide a ti y qué cosa tan grande tú pides en retorno! ¡Cuán poco es lo que das y cuán mucho lo que recibes! Recibe tesoros inmundos; dame, en cambio, a Mí una moneda pequeñita. Dime: ¿qué es lo que pides al Padre? Su favor y su gracia. Pues bien: este mismo Padre a quien tú le pides esto, reclama, en justa correspondencia de ti, favor y gracia para con tu hermano. Dame lodo por oro; dame una chinita vil y yo te daré una margarita de mucho precio.

¡Oh cerrazón, oh ceguera deplorable de aquellas almas que, o no comprenden este trueque, o rehusan hacerlo! ¿No te ruboriza pedir a Dios una gracia que tú niegas al hombre? ¿Qué eres tú en comparación de Dios? ¿Qué es la gracia de Dios al lado de la tuya? Dime, tú, el más loco de todos los ruines: cuando tú hubieres recibido el hombre en tu gracia ¿qué le habrás dado con ello? ¿De qué le aprovechará la insultante ilusión de tu benevolencia? Pero tú, una vez readmitido en la gracia de Dios, y por esa misma causa perdido y muer-

to, antes de la readmisión, quedas restituído a la salud y a la vida. Una senda expedita y cierta muéstranos, ¡oh Padre!, para llegar a tu amor, a saber, que nosotros, purificadas nuestras almas por la paciencia y el amor de nuestros hermanos, se te nos hagamos agradables, porque se te nos hemos hecho semejantes. Tú eres Dios de paz, de concordia, de amor; ninguna cosa aborreces de las que creaste; antes lo fomentas y lo conservas todo. ¡Cuán maravillosamente haces nuestro negocio y el de todos! A todos propones esa fórmula de oración; todos deben usarla, y cada día, por cierto, porque es tuya. De esta manera les unes a todos por el vínculo estrecho de una recíproca innocuidad y amor, por manera que quien persista en el enojo y la malquerencia de su hermano, al pronunciar aquellas palabras venerables no te pide por su salud, sino que brinda su propia cabeza a las maldiciones y a las furias.

¿Y qué más diré si la reconciliación es muy provechosa a quien depone la ira? Levanta el alma a su propia perfección, que solamente por el amor de Dios alcanza. Y, al mismo tiempo, haces bien a los hermanos, para que éstos reciban de nosotros, por Ti, perdón, sosiego, paz, amor, auxilio, y cosa que es la más placentera y suave de todas, apacible y descansada convivencia. Concédenos, Padre mansísimo y placidísimo, que todos borremos de nuestra alma y arranquemos de nuestro pecho todas las ofensas y hagamos de ellas gracia a nuestros deudores, no midiéndolas en la balanza de nuestro amor propio ni ajustándolas a la norma de la carne de forma que tomemos por ofensas las que no nos vienen de una voluntad hostil y que bien poco nos importan, verbigracia, las livianas desventajas de la Fortuna, las palabras poco gratas, o, lo que es peor, los mismos señalados beneficios que se nos hicieron, como son amonestaciones, correcciones, consejos saludables. Añádase a todo esto que no tengamos por deudores los que ninguna cosa nuestra retuvieron ni nos quitaron cosa nuestra, y, muchísimo menos, a aquellos con quienes nosotros estamos en deuda, porque les infligimos algún ultraje; ni aquellos otros con quienes nos indignamos porque no vienen por propio impulso a pedirnos excusa por el perjuicio que de nosotros recibieron y no nos dan las gracias del mal que les hicimos. Son no pocos los que piensan haber recibido injuria porque no obraron al dictado de su capricho. ¡Oh Fuente de luz, disipa con la salida de tu sol este error y estas tinieblas de nuestros corazones; comunícanos espíritu de simplicidad y mansedumbre para conocer a nuestros deudores verdaderos, no para reclamarles la deuda, sino para perdonarla!

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION

Una implacable y atroz y horrenda pelea está entablada contra nosotros: halagos arteros, amenazas barajadas con promesas, terror mezclado con esperanza, para separarnos de Ti, del bien al mal, de la salvación a la perdición, de la muerte a la vida. El demonio, nuestro enemigo encarnizado y contumaz, tiende celadas a nuestra cautela y fragilidad con innumerables engaños y astucias. Extiende muy anchas sus redes en todas direcciones y nos incluye en su cacería. Trae consigo y enséñala a nuestros sen-

tidos esa escena del mundo, confusión y mezcla de ventajas y de desventajas. Y aun nosotros mismos experimentamos en nuestro propio cuerpo las pérfidas cosquillas del deseo, los placeres de la carne, a vueltas de sufrimientos y dolores. Así que, alternativamente, nos halaga con la blandura, nos atemoriza con la aspereza para arrastrarnos a viva fuerza a los que no puede conducir de buena gana, y esto no en un solo lugar o en un solo tiempo, sino dondequiera y en todo momento, con maravillosa habilidad y astucia. Imprevisores, nos presiona esta ofensiva, flacos como somos nos empuja, y locos de remate, sucumbimos a su bien calculada estrategia. Pero, en medio de tantos riesgos, nuestro consuelo único es aquella confianza en que todas las máquinas bélicas, todos los disparos nada pueden contra tu voluntad, se quedan sin eficacia, y aun cuando nos alcancen, perdieron ya su fuerza de hacer mal.

No nos acogemos, pues, como a un refugio, a esos enemigos considerándoles como invencibles, a fin de que, negociando un cobarde armisticio, hallemos relativamente aplacados y mansos a los que no saben qué es mansedumbre. No les tenemos miedo alguno, sino a Ti, que eres el único que lo puedes todo. Ni colocamos la confianza de nuestra salud en la propia rendición, sino en tu ayuda, que debemos implorar con suma insistencia. No dejes que bajemos a la dudosa arena del combate, donde a nuestra fragilidad le espera una derrota segurísima, ni que destituídos de tu auxilio, caigamos, por engaño, en la celada del enemigo, o por depresión cedamos a la violencia. No dejes que vayamos a dar en la tentación o de obrar el mal, o cosa que es casi equivalente, de no obrar el bien. Y si inevitablemente está resuelto que entremos en combate, no te alejes de nosotros el grueso de un cabello, enciende tu luz en nuestras mentes para descubrir adónde van las asechanzas del enemigo y cómo con una sombra que no puede ser más liviana nos invita a conmutar un bien tan grande y tan macizo. Infúndenos reciedumbre porque no nos derribe con su fortaleza. Aumenta en las prosperidades la constancia de una mente equilibrada y sana; aumenta nuestra firmeza si las adversidades nos asaltan. Ilústranos y rodéanos como con una armadura de un amor tan fuerte a Ti que no dejemos que se nos separe de manera alguna. Pero digamos con una análoga seguridad aquello mismo que tu apóstol: *¿Y quién nos separará del amor de Dios, que está en Cristo Jesús?* Con la sólida certidumbre y con la inconmovible persuasión que no hay ni en el cielo, ni en el infierno, ni en la tierra intermedia una potencia tan grande que pueda conseguirlo.

MAS LIBRANOS DE MAL

Muchos son los males en el decurso de la presente vida; pero, principalmente, hase de dar este nombre a aquellos que de tal manera agobian el cuerpo y le oprimen, que extinguen en nosotros tu recuerdo. De este género son las necesidades cotidianas, el hambre, la sed, la desnudez, el calor, el frío, las enfermedades y dolores del cuerpo, bien en nosotros, bien en otros seres unidos a nosotros, por la voluntad. Añádanse a esa serie de males las pasiones exaltadas y salidas de sí; la oscuridad y la ceguera de la mente. Líbranos, Padre, de estos

males que por su violencia desaforada contraen y adelgazan el ánimo o le apartan o le oprimen para que no pueda reposar en Ti su pensamiento, como conviene. Tú eres el solo bueno y todo cuanto hiciste es bueno, porque eres Tú su Hacedor. Mas el enemigo, que te hace perpetua guerra, el demonio, es avieso y malo. Enemigo tuyo es, también lo es nuestro por la razón de que nos tienes por hijos. El no puede hacerte daño por ninguna vía ni procedimiento, pero a nosotros sí que puede, y por varios caminos, y quiere nuestra perdición y a ella está atento continuamente, no desaprovechando coyuntura alguna, pues ninguna ocasión le encuentra dormido.

¿Quién de vosotros podría resistirle con igualdad de recursos? Si por fuerzas va, él es robustísimo, y no se halla en la tierra poderío que se le pueda comparar, como dice Job; si por astucia va, como mañoso y artero que es en grado sumo, fingirá interés y amor para con aquellos a quienes con odio inextinguible deseará ver perdidos irrevocablemente, y en todo momento medita para todos peste mortal, y aún dará a entender que aprueba la verdad y la virtud, que odia muy acerbamente y se declarará profesor y maestro de bondad condenando las malas costumbres, de las cuales él es autor e inspirador; lo que apetecerá con la más grande avidez, significará que merece una indiferencia desdeñosa y que hace todos los esfuerzos para evitarlo; lo que abomina, simulará que lo desea con la más viva afición para cogernos más fácilmente. Uno de sus ardides consiste, recordando tu muy estrecha justicia, en sembrar en el alma un derrotismo incurable y persuadir la desesperación. Y si ello no surte efecto, apela al recurso contrario: encareciendo tu clemencia, infiltrando una confianza temeraria y una apatía estéril. Ponderando la condición y la dignidad de cada uno, esfuérzase por inspirar arrogancia y odio contra tu ley, que es odio contra Ti mismo porque contrarías los deseos de la carne. Y si con esos tapujos y engaños encubiertos no aprovechare un punto, entonces desplegará todos sus recursos de terror: inferirá daños en los bienes, en los amigos, en los cuerpos, en las almas; revolverá, arrebatará, arrastrará, despedazará y, lo que es más de temer que todo, extenderá columnas de humo delante de nuestros ojos, con el fin de atenuar el crédito de lo más verdadero y sembrar la duda en lo más cierto.

¿Quién será capaz de prender a un Proteo tan cambiante y de piel tan varia y revesada? ¿Quién desmadejará asechanzas tan sutiles y tan disimuladas? ¿Quién evitará redes tan estrechas y de tan grande invisibilidad que se escapan a cualquiera vista? ¿Quién aguardará sin temblar tanto y tan dañoso poderío? Nosotros, ¡oh el más grande y el más poderoso de los padres, pequeños, entecos, ignorantes, imbeles, inermes nos acogemos a tu fe y a tu ayuda! Sólo Tú nos puedes proporcionar socorros bélicos, que tienes infinitas veces más fuerza y valía que él; Tú, que eres el más bueno, como él es el peor, y como él es el más fraudulento, Tú eres el más sabio. El es nuestro enemigo capital; Tú eres nuestro más amoroso Padre. Y si tiene alguna fuerza, tiénela porque Tú se la dejas tener, pues todas las veces que a Ti te plugo le atas muy estrechamente, de manera que no puede menearse. *Líbranos, Padre,* del cruel despotis-

mo de ese espíritu malo; de la tiranía que ejercita sobre nosotros por culpa de nuestro pecado; aparta de nuestras cabezas esa su truculencia bestial; aleja sus ataques para los cuales tenemos fuerzas tan desproporcionadas. No permitas que en esa vida mantengamos comercio con él, ni expreso y conocido, ni oculto y solapado bajo forros. *Líbranos* del consorcio de su condición eterna, que es la del precito destinado al fuego inextinguible.

AMEN

Aquí tienes, ¡oh Padre!, esas palabras de comentario, según pudo proferirlas nuestro balbuceo, para que nosotros mismos entendiésemos lo que te pedimos, lo que esperamos, lo que recibimos para que nuestra alma quedase agradecida y enamorada. Nuestra razón de niño afásico utilizó hasta donde pudo hacerlo, la facultad de expresarse mediante palabras. Mas, ahora, derramamos por una sola vez nuestros más entrañables deseos de que apruebes lo que nosotros apetecemos que nos venga de Ti. Suplicámoste que condesciendas con nuestros ruegos, mirando no nuestra indignidad, sino la dignidad de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, a quien como a Hijo único amas con amor único y que quisiste que fuese participante de tu Divinidad y de tu reino eterno, con aquel Espíritu de inefable amor que de vosotros procede, y siendo Tres, sois Uno y el mismo Dios, sempiterno, sin comienzo ni fin.

FIN DEL «COMENTARIO A LA ORACIÓN DOMINICAL»

PRECES Y ORACIONES GENERALES

(PRECES ET MEDITATIONES GENERALES)

(1535)

BASILEA, ROBERTO WINTER
SEPTIEMBRE, 1540

1. POR EL PERDÓN DE LOS PECADOS

Es tan grande el cúmulo y tanta la variedad de nuestras maldades, que es fuerza que desespere quien no se remontare a la consideración de tu bondad. Te hemos ofendido; con nuestras culpas hemos contraído enemistad contigo, que eres todopoderoso, de ninguna cosa necesitado, exento de todo daño, y, no obstante, en Ti reside todo principio de paz y de reconciliación. De ninguna cosa necesitamos tanto como de la medicina de tu indulgencia, porque nada más frecuente en nosotros que la recaída en nuestra enfermedad, y Tú siempre nos ofreces el remedio obvio y asequible. Concédenos, Padre, el más manso y el más aplacable, que reconozcamos nuestros males y la medicina de nuestros males y que la pidamos a Ti solo, como es razón, ya que Tú, rogado de ello, con tanta facilidad y largueza sueles concederla.

Otra oración

¡Oh clementísimo Jesucristo, que habiendo tomado la semejanza de la carne del pecado, llevaste en Ti nuestro pecado, para borrar con la muerte todos nuestros males y luego de habernos purificado restaurar en nosotros una nueva criatura grata a Dios, límpianos de las manchas con que salpicamos cada día el candor que, gracias a Ti, conseguimos, y tornados a la pureza primitiva, consérvenos tu gracia en aquella limpieza que nos hace dignos de ser llamados tuyos de profesión y de nombre!

De mis pecados ocultos, límpiame, Señor, y de los ajenos, libra a tu siervo.

Otra

¡Oh Dios, el mejor y el más indulgente Padre, ruégote que mi malicia no dañe a los otros, sino, más bien, que la ajena bondad a mí me sea de provecho! Tú eres aquel te-

mible Dios celoso que echas la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación para aquellos que te odiaron. Y, al mismo tiempo, eres fácil a los ruegos y rebosas mansedumbre y obras misericordias sin cuento en aquellos que te aman y guardan tus preceptos. Acrézcase tu cuantiosa munificencia con esa nueva bondad y los delitos de mis padres carnales no redunden en mi pérdida personal. Vengan en socorro mío los merecimientos de Jesucristo, Hijo tuyo, puesto que eres nuestro Padre, y no te ensañes conmigo por culpa de aquellos que engendraron ese cuerpo, sino que, por Jesús que me reengendró, te sienta y te experimente aplacado.

Otra

A quienes contemplan su vida pasada, cómo de súbito se les abre delante de sus ojos un báratro insondable de errores, de crímenes, de maldades. No hay nadie que no se avergüence de sí mismo cuando vuelve su mirada a sí y no se horrorice de los pecados cometidos en el discurso del tiempo. ¿Y quién puede salirnos fiador de que la vida presente será distinta de la pasada? Admire y adore tu clemencia, Padre, que por tanto tiempo dilataste tu venganza. Acercámonos a Ti con el pavor metido en nuestros huesos, ¡oh gran Juez!, y con humildad suplicante te pedimos que no se desplome encima de nuestra cabeza la acumulada venganza de todas las pasadas fechorías, sino que las cubra tu afecto para con Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, por cuya gracia nos perdonas el extremado castigo que tenemos merecido.

Si atendieres, Señor, a las iniquidades, ¿quién, Señor, se sostendría?

Digresión

¡Con cuánta mayor diligencia obedecemos a las leyes humanas que a las divinas, siendo así que en éstas es mucho mayor el galardón de la obediencia y la pena de la transgresión! Cuán envejecido está en nosotros el hábito de pecar, que ya ni podemos obrar de otra manera, ni nos damos cuenta de que pecamos. Estamos echados en el cieno, en el muladar, y no hacemos el menor esfuerzo para levantar, al menos, la cabeza, por no podrirnos completamente. ¿Qué padre no sufrirá quebrantando tantas veces sus mandatos? Y, no obstante, Dios nos sufre y disimula los pecados de los hombres a fin de que su bondad y su tolerancia nos conduzcan al arrepentimiento.

2. POR LA FE

Tornóse por el pecado ciego el hombre; pero por la compasión de tu Padre, Tú, Cristo, fuiste dado por guía de ese ciego, por maestro de ese ignorante. Pero el inconveniente más atroz de esta ceguera y de esta ignorancia es que a cada paso tropezamos y vacilamos. Unas veces no comprendemos los mejores avisos de nuestro guía y protector: otras veces, titubeamos y dudamos de la verdad. ¡Mísero ciego!, ¿cómo escaparás de la perdición que te espera si te sustraes a tan buena dirección, si tú no conoces el camino ni tienes confianza en el que te lo muestra? ¡Oh Cristo, verdad pura y sempiterna, dígnate de tal manera infundirte en nuestros pechos, que a Ti y a todas tus cosas, puesto que son las más verdaderas, las tengamos por tan ciertas como las que vemos con nuestros ojos, las que tocamos con nuestras ma-

nos, falaces sentidos corporales en quien tanto confía la carne estulta y bestial; apacigua y sosiega estos movimientos de la carne que nos empujan a la mudanza de aquello que importa ser lo más firme y lo más sólido de nuestro interior! Don de tu lumbre es la fe: infunde esta lumbre, ¡oh suma Bondad de Cristo!, en nuestros corazones tan profundamente que estos cecucientes ojos nuestros, aun cuando lo repugnen, aun cuando se nieguen, se sientan obligados a verla.

Creo, Señor; pero Tú ayuda mi incredulidad. Señor, multiplica en nosotros tu fe.

Digresión

¡Con cuánta facilidad damos crédito al malo, al mentiroso, al ignorante! ¡Y con cuánta dificultad y con cuántas reservas damos crédito a Dios, que es la misma bondad, la misma veracidad, la misma sabiduría! Y creemos al hombre en aquello que ningún provecho nos reporta y no creemos a Dios en lo que toca y atañe a nuestra salvación. El hombre nada puede y Dios lo puede todo; vamos en pos de los sentidos, que tantas veces nos engañaron, y dudamos de Dios, que no puede engañar ni ser engañado.

3. POR LA CONFIANZA EN DIOS

Principio de la ruina del hombre es confiar en sí mismo; comienzo de su dignificación es desconfiar de sí y confiar en Dios. ¡Oh Guía el más certero y más sabio, que a quienes verdadera y confiadamente se entregan a Ti, por un brevísimo atajo les conduces a la bienaventuranza que no tendrá fin!: haz que así como en realidad padecemos ceguera e invalidez total, reconozcamos esa triste realidad; no tomemos para nosotros el cuidado de nuestro propio bien. Veamos hasta tal punto que sólo a Ti te veamos y no tengamos más validez que la de querer andar a zaga de tus huellas y de correr a Ti cuando nos llames y de ser dóciles a la conducción de tu mano y entregarnos a Ti a ciegas y totalmente, a fin de que Tú, que eres el único que sabes por dónde se ha de ir, nos conduzcas por aquel camino en el cual jamás pondríamos los pies por propia voluntad.

Digresión

Así como se nos ofrece el que lo puede y lo quiere todo, nosotros no nos decidimos a seguirle y nos desviamos a aquellas criaturas que ni puedan por su invalidez ni quieran por su malicia. Tengamos confianza en aquel que ofrece, en aquel que da con más gusto que nosotros recibimos. Pondera cuántas veces nos exhorta, nos avisa, nos incita a que le pidamos confiadamente todo cuanto nos convenga. Tanto como le place la confianza le desazona el recelo.

4. POR EL AMOR DE DIOS

De tal manera creaste nuestras mentes, ¡oh Autor de la Naturaleza!, que de su propio impulso tienden a la hermosura y esta tendencia natural se llama amor. ¡Oh si te dignases abrir nuestros ojos por manera que viésemos que Tú solo eres la hermosura verdadera, soberana, absoluta y cabal; y que todas las otras criaturas, aun aquellas cuyo lindo parecer admiramos, son pura fealdad si contigo se comparan! Concédenos, Padre, que nos

penetremos de estas verdades como son en realidad y que las sintamos y que de ello tengamos la más indesarraigable persuasión, a fin de que, desdeñando y teniendo por nonada todas las otras cosas, en Ti solo fijemos y ahinquemos nuestra mente, nuestro espíritu, nuestros pensamientos, nuestros afectos.

Otra, por el amor de Dios

El comienzo de la felicidad es amarte a Ti, que eres la bondad suma; y el colmo y ápice de la felicidad es estar unido a Ti, bondad suma, tan estrechamente que se sea una sola cosa contigo, pues que éste y no otro es el fin del amor. Así es que iniciamos acá nuestra bienaventuranza amándote, y la consumamos en el cielo, identificándonos contigo. ¡Oh Cristo, suma fineza de la amistad!: ojalá nos arrebatase hasta tal punto la llama viva de tu amor, que, absortos y fundidos en ti, como el Padre es una sola cosa contigo, así lo fuéremos también nosotros, y no fuésemos ya nosotros, sino que fuésemos Tú; no hombres, sino dioses en cierta manera, por ser una sola cosa con Dios, que es la suma y perfecta bienaventuranza. Dios es caridad. Y el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios permanece en él.

Vivo yo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí.

Digresión

Es cosa verdaderamente increíble que Dios quiera ser amado por nosotros; que El, que es el soberano Señor y Hacedor del mundo, pida y exija nuestra amistad, hasta el punto que no sin razón exclame el Salmista: *Porque veré tu cielo, obra de tus dedos, veré la luna y las estrellas que Tú fundaste. ¿Qué es el hombre porque te acuerdes de El?* Y nosotros, tardos e insensatos, o no nos acercamos en absoluto a tan sabrosa unión o, perezosos y displicentes, vamos como a la fuerza, en vez de arrebatar toda ocasión, con desdén de cualquiera otra cosa. Quien da amor, dase a sí mismo. Nosotros nos damos a las cosas inferiores y viles que nos ocasionan la muerte o que, cuando menos, nos frustran y nos dejan burlados. Y con Dios partimos una muy pequeña parte de nuestra alma y aun a veces ninguna en absoluto; con Dios, de quien proceden y en quien residen los bienes todos.

5. POR EL AMOR DEL PRÓJIMO

Alumbra, Señor, y adoctrina nuestras mentes para que hagamos de cada criatura su justa estima y que de ninguna otra hagamos más aprecio que de Ti, puesto que nada puede haber mejor que Tú. En el segundo lugar de nuestra estimación esté el hombre, que es lo que más vale de este mundo; amémosle después de Ti, bien porque es semejante nuestro, bien porque es hijo tuyo y por ende hermano nuestro, ora porque está predestinado a ser ciudadano de la patria común y por el afecto mutuo preludiemos ya aquí aquella vida celestial de la que está desterrado el odio y todo está colmado y rebosante de amor y, por ende, de goces.

Digresión

¡Cuánto más digno es que sea amado por nosotros nuestro semejante, nuestro igual, que no cualquier otro ser inferior y muy de-

semejante! ¿Y hasta qué punto debemos amarle? Hasta aquel punto en que Dios manda que no sean pospuestos a la querencia humana el culto y el sacrificio que le debemos. ¡Qué dulce es el amor, y al hombre cuán conveniente! ¡Qué desabrido es el odio y de la mansedumbre humana cuán ajeno!

6. POR LA MISERICORDIA DEL PRÓJIMO

Ablanda, Señor, este corazón nuestro, de manera que las necesidades y tribulaciones de nuestros prójimos nos afecten no menos que si fuesen nuestras o pertinentes a seres de nuestra más afectuosa proximidad, pensando que acaecen a personas las más caras a nosotros; compadezcámonos en ellos de nosotros mismos y en una calamidad común, común sea también el duelo, y la misma causa por la que nos compadecemos a nosotros mismos nos mueva también a nosotros a apiadarnos de aquellos a quienes vemos agobiados por la adversidad. ¡Oh Cristo, suma mansedumbre y misericordia, inspíranos ese espíritu de tu mansedumbre y de tu bondad, a fin de que, así como la compasión que de nosotros hubiste te impelió a tomar pasión y muerte amarguísima, así también la compasión de los prójimos nos impulse a socorrerlos según nuestras posibilidades.

Digresión

¡Cuán contrario a la naturaleza humana es el odiar! Y cuánto más inhumano no compadecerse del prójimo atribulado, siendo así que aun las bestias irritadas y heridas abstienen su diente de bestias vencidas y careciendo de todo sentido de amor y mansedumbre, practican la misericordia.

7. CONTRA LA VANIDAD DEL MUNDO

¡Ay con cuántos trampantojos y apariencias este mundo impostor engaña nuestros ojos débiles y obtusos y cómo nos muestra en la lejanía el espectro de las cosas porque aparezcan grandes y deseables las que en hecho de verdad son pequeñas, hueras, contentibles; y nos presenta como temerosas cosas que no entrañan ningún peligro, y como evitables, las que debieran apetecerse; llama, invita, atrae, acaricia! Y cuando estos ardides no surten efecto, aterroriza, ataca, veja. ¡Oh luz refulgentísima de la Verdad divina!: rasga y disipa estas nieblas, ilumina nuestros sentidos, a fin de que no evitemos sino aquello que te es contrario; es, a saber: lo que francamente nos es nocivo y pernicioso y no vayamos a los alcances sino de aquello que es sólido y grande de verdad y hermoso sobre todo encarecimiento; es decir, a Ti solo, manantial perenne y eterno de toda bondad y bienaventuranza. Toda carne es heno y toda su gloria es como la flor del campo: agostóse el heno y cayó la flor porque el Espíritu del Señor sopló sobre él.

Digresión

¡Cómo a volapié pasan todas las cosas! Ninguna huella dejan detrás de sí, sino hastío y empacho. No reportan fruto; el poco provecho que hiciera a los otros, este mismo provecho te harán a ti. Tal como fué la parte de vida vivida, será la

parte que te queda por vivir, peor de cada día, por degeneración y empeoramiento de los años. No hizo Dios así las cosas, sino que fué nuestra necedad que las torció a usos aviesos.

8. CONTRA EL DESEO DE RIQUEZAS

¿Qué pro pueden hacernos las cosas humanas si no fueres Tú, Padre benignísimo, que las derramares en nuestro seno? Abres tu mano larga y colmas todo ser animado con tu munífica afluencia. ¿Por qué hacemos aparejo de tantas cosas cuando son tan pocas las que habemos menester? ¿Por qué desasosegarnos por un futuro de quien solo Tú eres el árbitro? ¡Oh creador y conservador de nuestra vida; Tú que con una sola palabra nos plasmaste, consérvanos con esa misma palabra! Ilustra nuestras mentes para que, luego de conocer que todo lo de acá abajo es sombra, te deseemos a Ti solo, en quien están todos los tesoros de ciencia y de sabiduría; deseemos tu gracia, que mantiene el universo y propaga nuestra vida.

No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios.

Otra oración

¡Oh ceguera total de nuestras almas! Que deseemos tan solícitamente lo dañoso, que persigamos lo fugaz, que retengamos lo que nosotros hemos imaginado para nuestra perdición, y mientras pensamos andar a la busca de alimentos, ofendemos a Aquel que nos alimenta, a Aquel de quien únicamente está colgada nuestra vida, pendiente no más que de un hilo delgadísimo. ¡Oh Tutor, oh Padre nuestro nutricio; inspira a nuestros corazones el cuidado de la observancia de tu ley y para nuestro mantenimiento la seguridad, puesto que Tú mismo dijiste que tomaste ese cuidado para Ti y mandas que en Ti lo depositemos, sin ninguna suerte de preparación por una eventualidad que para Ti te reservaste exclusivamente.

Otra

Puesto que Tú nos dejaste cuando nos separamos de Ti y nuestras necesidades se multiplicaron hasta la inmensidad porque lejos de Ti todo es invalidez y flaqueza y sin Ti vuelven a caer en su nada originaria, y porque nos sentimos huérfanos de tu asistencia, creció el miedo de la necesidad y la aprensión de la necesidad se acrecentó con el miedo. Llámanos de nuevo y condúcenos a Ti, Padre de toda clemencia, y amparados y fortalecidos con tan gran auxilio, las estrecheces no nos acosarán con sus mordiscos y desaparecerá el miedo de las estrecheces, y sueltos y libres de todo otro desvelo, no tendremos más preocupación que la de conservar, con el mayor ahinco que podamos, la amistad tuya, y Tú ayudarás a esa preocupación nuestra. Si faltares Tú, nada podrá subsistir. Mas en toda contingencia muy luego tu benigna mano acostumbró acudir a nuestros esfuerzos.

Otra

La cotidiana necesidad corporal arrastra a sí el alma a empujones. Envíanos, ¡oh Padre!, de quien sabemos que tiene cuidado de nos-

otros, aquel pan de cada día que tu único Hijo Cristo mandó que te pidiésemos y esperásemos de Ti; concédenos que nos contentemos con lo necesario y que demos de lado lo superfluo, a fin de que ni nos doblegue la férrea necesidad ni nos ahogue la mansa afluencia Y envíanos de tal manera estas cosas necesarias, que no suceda que con ofensa tuya aparejemos aquella muerte más grave y que más evitable nos debe parecer que esotra del cuerpo.

Mejor es para el justo la modicidad que para el pecador las riquezas abundantes.

Otra

¿A qué viene, para vida tan breve, abastecimiento tan largo? Y cuanto menor es la jornada a recorrer, tanta mayor es el ansia con que se le busca o la avidez con que se le agarra. ¡Oh qué gran ocasión se pierde para mí de negociarme con esa herrumbre no mía un tesoro de bienandanza y de inmortalidad! Confírmame, Señor, de fortaleza, y corrobórame a fin de que con grandeza de ánimo ose despreciar las cosas que no me han de granjear ningún provecho y desechar las que me han de acarrear perjuicios. Haz que yo, como Tú me amonestaste, del dinero de iniquidad me procure amigos que me reciban en los eternos tabernáculos. Traslada mi corazón de la servidumbre de los ídolos a tu santo servicio. Servirte a Ti es reinar, mientras que servir a las riquezas es la más abyecta de las esclavitudes. Infunde en mí, en lugar de la codicia de esas riquezas, expuestas a las injurias del tiempo y de los hombres y a toda suerte de crisis azarosas, el deseo santo de las tuyas, cuya posesión, una vez habida, es inviolable y no perecedera.

Si las riquezas vinieren a borbotones, no pongáis vuestro corazón en ellas. No tendrán valor alguno las riquezas en el día de la venganza. Como un duende pasará el hombre y de balde se conturba. Amontona riquezas y no sabe para quién las amontona. Dejará sus riquezas a los extraños y su sepulcro será su morada para siempre.

Otra

¿Qué locura es ésta? ¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que busco? ¿Qué es eso de postergar la vista y la reverencia de Dios, la caridad de los hombres, mi libertad, la tranquilidad de mi alma, la vida, así esta temporal y breve como aquella otra sempiterna para la cual fuí creado por Dios, a esa riqueza herrumbrosa corroída de orín cuyo uso o va a ser nulo en absoluto o desordenado y nocivo? Devuélveme el recto sentido de la visión, ¡oh Padre!, fuente de las luces; da subsidio a mis necesidades y un espíritu que se conforme con mis disponibilidades actuales.

Ninguna cosa trajimos a este mundo y de él no hemos de sacar ninguna cosa. Teniendo con qué mantenernos y vestirnos, contentémonos con ello. Cuantiosa riqueza es la piedad y la conformidad con lo que se tiene.

9. CONTRA LA SOBERBIA

¿De dónde proviene esa pretensión mía? Todo lo externo es incierto, valedero para un disfrute breve. Caduco el cuerpo, averiado, frágil, asqueroso; aviesa el alma; ciega la mente. Todo lo que tengo

mío es malo; si tengo algo bueno, que es muy poco y ojalá fuere efectivo, todo esto es de otro. Consciente de tanta miseria mía, ¿por qué me empino, por qué me antepongo a los otros que ciertamente no son peores que yo? Porque a ello me empuja la carne mancillada por el pecado si Tú no vinieres en socorro mío. ¡Oh Cristo!, Tú, que con tanto poderío eres tan manso y con tanta excelencia tan modesto y tan humilde por tu voluntad, dame una parte de ese ánimo tuyo y de ese espíritu, a fin de que conozca mi dolencia que la malicia exacerbó, y me deje informar por tu ejemplo, puesto que no tengo motivo alguno de enaltecerme; siendo así que Tú, Señor de cielos y tierra, en quien parecía tan bien engrandecerte, te abajaste a la más vil abyección humana.

Otra

¡Oh Padre de toda sabiduría y bondad, que siempre piensas cómo beneficiarnos, mientras que nosotros pensamos cómo ofenderte; al linaje humano, soberbio, zahareño, cerril, dístele en tu Hijo un celestial dechado de moderación y de obediencia; vuelve nuestras mentes a Ti y a tu santo ejemplo, a fin de que nos conduzcamos con tal sumisión nosotros, que somos malos y flacos, como El es óptimo y todopoderoso!

Digresión

Recorra el hombre con su consideración todas sus cualidades, pondérelas y examine su origen, su progreso, su resultado, y entenderá cuán livianas son y cuán indignas de que de ellas nos envanezcamos. Los verdaderos bienes están en el alma, y de ellos ningún hombre puede juzgar, sino sólo Dios. Así que la soberbia nace de las tinieblas del alma; a saber: del embotamiento, de la ignorancia, de la irreflexión y de la temeridad.

10. CONTRA LA ENVIDIA

¡Oh Tú, Dios, que eres el Inventor y el Creador de todas las cosas, Tú, que eres el Distribuidor de tus propios dones, que repartes según la inagotable muchedumbre de tu largueza, que a nadie das menos de lo que se merece ni a nadie menos de lo que le basta! ¿Qué motivo racional tenemos de envidiar los bienes ajenos, cuando Tú a todos das de lo tuyo, y lo das a los que no se lo merecen y a cada uno le das lo suficiente para su bienestar? A los beneficios recibidos añade también éste, ¡oh Padre!, a saber: que nos contentemos con los que nos cupieron en tu distribución y que por ellos te rindamos hacimiento de gracias. Y en cuanto a los que otorgaste a los otros, haz que ni aun en el más recóndito pliegue de nuestro pecho critiquemos y condenemos tu adorable voluntad y tu consejo inescrutable, sino que, con mejor acuerdo, amemos en los bienes de los otros tu munificencia, porque para con todos eres tan benigno y de nada eres menesteroso y de nadie recibes nada ni esperas nada.

Digresión

¡Qué vicio tan vil, tan innoble, tan inútil! Ni el envidioso tiene más ni el envidiado tiene menos. Quien empeora eres tú, cuyas entrañas sientes correr y cuyo cuerpo agostarse, y con todo no tienes la fran-

queza de confesar tu enfermedad. Considera qué es lo que envidias: bienes viles, caducos, efímeros, objeto de lástima más que de codicia.

11. CONTRA LA IRA

Esta complaciente ceguera nuestra a cuán erróneos conceptos nos conduce, hasta el punto de juzgar que se hace injustamente lo que se hace con la justicia más estricta. Rehusamos a los otros el perdón en aquello mismo en que nosotros a cada momento caemos, y a cada momento, necesitados de la indulgencia que negamos, y a fuer de niños mal criados, caprichosos, antojadizos e injustos, tomamos por nuestras manos la venganza, arrebatándola a Aquel que sólo es sabio y justo, a quien por su sabiduría ninguna cosa engaña y por su equidad ninguna cosa desvía de la derecheza. ¡Oh Cristo, dechado de mansedumbre, ejemplo de moderación, fuente de dulzura, rocíanos con alguna aspersión de esa tu lenidad, por la cual nosotros, a imitación tuya, aun cuando cubiertos de baldones, acosados de injurias, manchados de calumnias y de ultrajes, tornemos bien por el mal que se nos hace.

Otra oración contra la ira

¿Qué puede provocar en nosotros la ira sino el mal que se nos hace? Siendo el alma la parte principal de nuestro ser, no hagamos caudal, como si a nosotros no pertenecieran, de aquellas cosas que se nos pueden quitar si se mantiene ilesa el alma; ni pensemos que se nos infiere daño con la sustracción de la fortuna ni con las incomodidades y dolores físicos. ¡Oh Cristo!, Adán segundo que fuiste hecho a semejanza del primer terreno, aun siendo celestial, rae de nosotros ese prejuicio que nos comunicó el pecado del primer padre, infunde en nuestros pechos un juicio tal que solamente aquello que lesiona nuestra probidad lo tengamos por mal, digno de suscitar nuestra cólera.

Digresión

¡Qué vicio tan ajeno de la mansedumbre de la condición humana que parece que el hombre degenera en fiera! ¡Cómo ciega el alma, hasta el punto que no ve nada! Y de ahí, cuántas causas de males trae y cuántos sufrimientos reporta así al que se irrita como a muchos otros, y cuán grande y cuán persistente arrepentimiento de una resolución arrebatada.

12. CONTRA TODOS LOS AFECTOS DESORDENADOS

Tú, Hacedor providentísimo, habías puesto bajo nuestro dominio y señorío los afectos y pasiones de nuestras almas, como esclavos ahorcadizos y aleves. Pero el pecado que nos separó de Ti nos sojuzgó a aquellos déspotas sin alma. Merecidamente perdimos la libertad o, más bien, la hegemonía al apartarnos de Ti, que eres el Señor de todas las cosas, por cuyo favor éramos como reyes. Ahora que volvemos a Ti, recíbenos, Padre mansísimo, y aparta de nuestros cuellos ese yugo tan duro y tan cruel. Restitúyanos tu bondad lo que nos quitó nuestra malicia para que nuestra razón, tan semejante a Ti, repuesta en el trono del hombre total, rija a tenor de tus mandatos todo cuanto en nosotros hay de volitivo

y gustoso, a fin de que, sometida a Ti nuestra razón, experimente que le están subordinados cualesquiera movimientos de su pecho amotinado.

Digresión

El hombre es hombre por su razón, y por sus pasiones es bruto. Quien vive conforme a razón es hombre y hace obras dignas de hombre. Quien vive según sus pasiones es bruto, no usa de razón y hace obras que son ajenas y apartadas de Dios, degenerando en peor y en más vil naturaleza. Llevarás una vida de miserable servidumbre si te pones al mandato de las pasiones, y de una felicísima libertad si las colocas bajo tu señorío. En esto has de trabajar con afán continuo e incansable; a saber: en que el alboroto de nuestras pasiones tenga la menor violencia posible.

13. CONTRA LA CARNE

Atada está la carne al espíritu; lo bruto y lo sucio, a lo racional. En el estado de inocencia la razón daba el predominio al espíritu. Ahora, el pecado hereditario de nuestros primeros padres enfrentó la carne rebelde a la razón, señora y emperatriz. ¡Oh si Tú, Cristo, que eres el único que puedes hacer limpio lo concebido de simiente inmunda, por tu benignidad, nos restituyeras lo que con nuestra malicia nosotros nos quitamos a nosotros mismos, y que o bien la carne cerrera obedeciese ganosa y ágil a la razón recta e incorrupta o que al menos, aun cuando repugnase y rezongase, fuesen mayores las fuerzas de la recta razón y más potente su brío que domase en nosotros y coaccionase lo que no quiere ser conducido ni gobernado!

Digresión

Nuestro cuerpo, que es el más ingrato e indócil de los esclavos, con cuanta mayor blandura se le trata tanto más se torna bellaco y peor. Enmiéndanle los azotes y los tratos duros; si nos rendimos a sus caprichos, nos llevará a la perdición, separándonos de Dios y empujándonos a la tierra y a su podredumbre. ¡Qué vergonzosa es para nosotros aquella lucha en que la razón y la carne, esto es, la señora y la esclava, se traban en pelea, disputándose la soberanía y el vencimiento con alterno resultado. Y no puede la razón aniquilar la audacia de la esclava ni abatir del todo su protervia e insolencia, porque en demasía, y por mucho tiempo, tuvo para con ella una indulgencia contraproducente.

¡Cuánta fealdad y qué sucia y qué indecente la del hombre embrutecido, porque están debilitados y quebrantados los arrestos del cuerpo y del alma. Un placer momentáneo, cuán caramente se compra aquí y cuánto más caramente se paga en la otra vida.

Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta. *El que siembra en su carne*—dice San Pablo—, *de su carne segará corrupción; mas el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna.*

14. CONTRA EL DIABLO

Jesucristo, Señor y Dios nuestro: abalánzase el enemigo sobre nosotros. Si Tú no nos socorrieres, fácilmente nos engañará con su astu-

cia y con sus fuerzas nos derribará y nos despedazará con su sevicia. Mas si, aun cuando fuere de lejos, aparecieres Tú, que rompiste sus bríos, con sólo tu vista le ahuyentarás atemorizado. Dígnate recibirnos en tu defensa, niños como somos, flacos, inválidos, ignorantes, a fin de que no nos destroce esa fiera carnicera y brava. En ese combate llevamos al frente, desplegada al viento, la Cruz, que es tu bandera: la Cruz, que es tu trofeo, porque el enemigo sepa que peleamos bajo tu caudillaje y tus auspicios.

Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor, Dios nuestro.

Digresión

Enemigo nuestro es, finja lo que quiera, simule y disimule lo que quiera, y maquina nuestra perdición. Hemos de guardarnos de él, ora aconseje abiertamente, ora se insinúe subrepticiamente, y hemos de conducirnos con toda circunspección porque por ningún lado se filtre y tome fuerzas.

Vuestro enemigo el demonio, a guisa de león rugiente, anda dando vueltas, buscando a quien devorar; resistidle fuertes en la fe.

15. CONTRA LA TENTACIÓN

¡Qué fortaleza tan flaca y caediza, impugnada y atacada con tantas máquinas bélicas, la nuestra; mas robustecida, oh Cristo, por tu resistencia, permanecerá inexpugnable! También Tú fuiste tentado, y por esto sabes compadecerte de los tentados. Conoces por experiencia qué artillería se dispara; lo que no experimentaste es nuestra flaqueza, pero no por ello la ignoras. No permitas que se nos ataque, puesto que nuestra situación es tan crítica, no sea que se nos derribe. Mas si ello pareciere bien a tu voluntad y de todas maneras hemos de entablar combate, sienta cada uno de nosotros aquella voz de aliento que tu Apóstol oyó de tu boca: *Mi gracia te basta; cuán poderosa sea mi fuerza, demostrada queda en tu flaqueza.*

No nos abandones, Piloto de esa nave, tan agitada y tan cascada.

Hijo, en acercándote al servicio de Dios, manténte en la justicia y en el temor y apareja tu alma para la tentación.

Digresión

No somos fuertes. Por ello, evitemos el combate mientras sea posible. No nos metamos en el peligro, porque somos tan flacos y tan poco luchadores.

¡Cuánta locura no es que un caminante inerme y débil haga su vía sin necesidad entre espadas y máquinas guerreras!

Quien ama el peligro, perecerá en él.

16. POR LA GRACIA DE DIOS

Siendo nuestra naturaleza de suyo frágil y flaca, resulta sobre manera doloroso decir cuán grande herida el pecado le causó y cuánto brío perdió con él y cuánto nervio; no puede levantarse, no puede mantenerse en pie, no puede andar sin tu auxilio y sin tu socorro. Ni tiene efectividad ni tiene importancia lo que piensa o lo que construye el humano entendimiento si debajo no está tu favor que le dé consistencia. Ninguna cosa es eficiente si tu benevolencia no le ayuda; sin ella se derrumba todo al primer impulso;

ella nos purifica de nuestras inmundicias y fortalece nuestra flaqueza y nos da la práctica de todas las virtudes. Rogámoste, Señor, que en cualquiera ocasión nos asista tu gracia, que es el mayor don imaginable y el que más presta y gustosamente otorgas y con mano más larga y más frecuente. Esta gracia haga que a la medida que conocemos que la necesitamos seamos asiduos en pedirla y solícitos en conservarla a copia de buenas obras.

Digresión

¡Cuánta asistencia tenemos en sólo el favor de Dios, en quien están todas nuestras cosas! Baldíos son todos nuestros trabajos si no somos amigos y amados de Dios, puesto que se consumen en cosas sumamente vanas, que no merecen el cuidado más mínimo. Mas nosotros, debilitados y quebrantados por el delito, nada podemos hacer sin el apoyo de la gracia de Dios.

17. POR LA IMITACIÓN DEL HIJO DE DIOS

Por tu Hijo mostrástenos, Señor, cuán grande era el cuidado que tenías de nosotros, dándonoslo como inventor de la salud perdida, reparador de la caída, maestro de piedad y dechado de la vida en la inocencia y pureza de alma, por la paciencia en los tormentos cruelísimos, por la obediencia a tus mandamientos. Concédanos esto tu bondad, que a cada momento nos dispensa tantas larguezas, bautizados como estamos en su nombre e injeridos en su cuerpo místico, que podamos reproducir algún pálido remedo de sus virtudes increíbles y su admirable vida sea ejemplo y norma de nuestros pensamientos y de nuestras obras a fin de que, caminando con firmeza por el mismo camino que El, lleguemos a la misma herencia a que El llegó, y bien así como acá abajo somos miembros suyos, seamos allá arriba coherederos de su reino, particioneros por adopción de aquella felicidad que El posee por naturaleza.

Digresión

¡Cuánta es la bondad de Dios; cuánta su benignidad y su indulgencia para con nosotros! Pues que los ejemplos de los hombres o eran malos o no hacíamos caso de ellos y no es cosa fácil reproducir y expresar la naturaleza divina, Dios tomó la naturaleza humana, proporcionada y pareja de nuestra flaqueza, aparte de muchos otros fines, para que en ella tuviésemos el ejemplo más certero y rectilíneo que no titubeáramos en imitar y fuera maldad sin nombre no imitarle como el mejor y el más ajustado y exacto. No existe contingencia alguna de la vida humana, ora para mengua de nuestra arrogancia, ora para consuelo de nuestros desabrimientos, ora para dirección de nuestras obras, para la cual no hallemos el correspondiente ejemplo y norma en Cristo Jesús.

Venid en pos de Mí los que andáis trabajados y cargados, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis sosiego para vuestras almas.

18. HACIMIENTO DE GRACIAS EN LAS ALEGRÍAS

Si por cada uno de tus beneficios te hubiéramos de dar gracias, ¡oh Cristo Jesús!, sumamente benigno y

benéfico, a ello sólo debiéramos consagrar nuestro cuidado con una tan total absorción que no sería bien que pensásemos en ninguna otra cosa. Todas nuestras alegrías proceden de Ti; de Ti proceden todos nuestros bienes. Concédenos, Señor, que creamos eso firmemente y que lo recordemos con frecuencia; mas por la alegría que en estos momentos pareció a tus adorables consejos otorgarme con tanta largueza, doyte gracias. Ruégote que hagas que esa alegría pasajera no sea remuneración de alguna exigua obra buena mía, sino más bien como una primera cata y leve sorbo de tu alegría sin fin y de tu sempiterna bienaventuranza.

Digresión contemplativa

Si nos regocijan esos contentos, ¿cómo van a regocijarnos aquellos otros soberanos, auténticos, de quien no son esos goces terrenales más que un trasunto y una sombra ruin? Y si tan sabrosas son esas alegrías exteriores, ¿cuál no será la alegría de la buena conciencia no roída por ningún remordimiento? Estas alegrías terrenales son aguadas y perecederas muy en breve; aquella otra alegría es maciza, consistente y dura eternidades. ¿A qué vienen esos transportes de júbilo por cosa tan liviana y que tan pronto ha de pasar, dejándonos en la incertidumbre de lo que vendrá detrás de ella? Guárdate que no te solivianten esos caducos incidentes.

19. POR LOS DONES RECIBIDOS

¿Qué tenemos que no lo hayamos recibido de Ti? O mejor, ¿qué somos, si no es por Ti? ¿Cómo habíamos de aguantarnos si tu mano no nos sostuviese? Tú, hasta ahora, tuviste la dignación de conservarnos; Tú nos colmaste con tus santos dones, así en el cuerpo como (cosa harto más deseable) en el alma. Concédenos, Señor, que no tanto te demos gracias como que te quedemos sinceramente agradecidos, alimentando el recuerdo fijo de tu bondad y de tu munificencia para con nosotros, a fin de que, al no experimentarnos ingratos, continúes multiplicando tus dones en nosotros hasta que, mediante esos venidos de tu mano, lleguemos a Ti, manantial indeficiente de todo bien y de toda bienaventuranza.

Otra

Tus dones, Señor, puesto caso que vienen de Ti, que eres fuente caudalosísima de todos los bienes, aun cuando no llenen el abismo voraz de todas nuestras codicias, no pueden dejar de ser muy cuantiosos. Por esto, infúndenos templanza y moderación porque los recibamos con alegría y los disfrutemos con contento, porque nos los otorgas Tú, con sumo gusto, magníficamente, Padre nuestro munífico; seamos buenos de tus bienes, no sea que los bienes que nos haces nos vuelvan malos por culpa nuestra, como los manjares sanos resultan dañosos a los enfermos, y no oigamos a manera de reproche esas palabras de tu boca: *¿Por qué mi bondad te hace malo y mi benignidad te exaspera?* Sino más bien aquello otro: *Enhorabuena, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, constituirte he sobre lo mucho.*

Digresión

¡Cuántas y cuántas son las cosas que a cada momento recibimos del Señor y las tragamos sin saborear-

las, sin recuerdo grato, y nosotros, en cambio, no damos nada o damos lo menos posible a aquellos a quienes El quiere que se lo demos de lo suyo. Si por estos dones pequeñitos es bueno el Señor, ¿cuánto más no lo será por aquellas grandes dádivas, dignas verdaderamente de El y de nosotros? Pero consideremos la manera como administra su largueza, a fin de que nuestra gratitud sea mayor y más sincera. Me valdré de las palabras de Séneca: *No solamente tiene la voluntad de beneficiar, sino también el deseo; recibir parece el beneficio el que lo hace; da con mano larga como si no lo hubiera de recuperar y recupera como si quien dió no hubiera sido él. Aprovecha y provoca la ocasión en que pueda beneficiar.*

20. POR LAS BUENAS OBRAS

Nosotros, si cediéramos a la sugestión e instinto de nuestra carne, correríamos precipitadamente lejos de Ti; a saber: a los vicios, a los males más extremos. Tú nos levantas cuando nos hemos caído; Tú nos alumbras cuando andamos envueltos en tinieblas, y abres nuestros ojos cerrados y ciegos no escasas veces. Tú nos das corazón y bríos y nos suministras poder para practicar aquello que Te agrada, quiero decir aquello que nos conviene. Don tuyo es éste y a Ti se debe la gratitud. Dámoste gracias y estamos sinceramente agradecidos porque, siendo malos de nuestro propio natural, Tú, por tu bondad, Te dignaste ayudarnos e instruirnos para que hiciésemos algo de bueno. *No porque seamos suficientes para concebir un pensamiento nacido de nosotros como de nosotros, sino que nuestra suficiencia viene de Dios.*

Digresión

Dios nos enseña bondad a nosotros, que somos malos e inclinados al mal; nos avisa, nos conduce, nos aguija, nos impele, nos reduce, nos retrae. ¿Qué padre tiene semejante indulgencia para con su hijo único? ¿Qué podemos arrogarnos en puntos de virtud? ¿Nos hacemos cargo de cuán pequeña es nuestra actuación en ella? Si es casi nula, nos limitamos a no despreciar y a admitir aquellos bienes de que nos colma su largueza. Y con todo eso. estos mismos dones, de los cuales El es Autor y Distribuidor, considéralos como dados nuestros y remunera sus dádivas propias. ¡Cuánto le debemos porque da! ¡Y cuánto más le debemos aún porque aquello mismo que El da, como si fuéramos nosotros quienes se lo hubiéremos dado, lo gratifica con premio tan grande! Y aún merced es de Dios reconocer con ánimo agradecido tamaño beneficio.

21. CONTRA LA HIPOCRESÍA

Todas las obras humanas, ¿qué otra cosa pueden ser sino lo que es cada uno de los hombres; a saber: necio, huero, pueril? ¡Y cuán vanas son si se las compara a aquella eternidad de bienaventuranza con que Tú, Padre munificentísimo, remuneras aquellas mismas obras! Bien lo dice tu Apóstol: *No son condignas de aquella bienaventuranza las tribulaciones de esta vida.* Pero tu bondad y tu amor para con nosotros hacen que hagas alguna estima de aquello que de suyo no la tiene y le señales una remuneración increíble. ¡Oh cuánta es la ceguera de la mente humana y cuánta su locura! ¡Que esas obras nuestras de quien Tú haces tanto caudal

y con las cuales podemos granjearnos el reino de la inmortal bienaventuranza las convirtamos nosotros en granjear cosas momentáneas, inmediatas, viles y vacías, verbigracia: dinero, alabanza, consideración, y que los que, sirviendo sólo a tus divinos ojos, podríamos trabajar con el más crecido de los salarios, sirvamos de balde a los ojos humanos! ¡Oh Cristo, bondad verdadera, sólida, sin simulación, sin ambición, inspíranos una disposición tal que no queramos más aprobación que la tuya ni busquemos otro espectador y juez que Tú de todas nuestras acciones.

22. PARA LAS TRISTES CONTINGENCIAS DE LA VIDA

Esa vida nuestra es una peregrinación camino de la patria desde ese destierro; es, a saber: un viaje hacia Ti, que eres la bienaventuranza, desde este asiento de toda miseria que de Ti está tan alejado. Mas porque no nos detenga el atractivo o la amenidad del camino, estorbándonos de que con toda prisa y por el más breve atajo vayamos a Ti, Tú nos espoleas con aguijones, Tú nos punges con espinas a fin de que deseemos el descanso y el fin de la jornada fatigosa. Las enfermedades, el llanto, el duelo, la tristeza, en suma, las adversidades todas, son a manera de espuelas que aguijan ese caballo perezoso o, más exactamente, ese asno, porque no quiera estarse siempre por el camino. Haz, Señor, que nos olvidemos de la senda y nos acordemos de la patria, y puesto que nos pongas encima la carga de la adversidad, danos también fuerza porque no sucumbamos al peso, sino que lo llevemos animosamente, con la intención siempre levantada y puesta en Ti. Por lo demás, todas las cosas son tuyas; haz de todas ellas sin excepción lo que pluguiere a tu consejo inescrutable. Quitado esto, no consientas que yo te sea enemigo.

Otra

Palabra tuya es que visitas y castigas a los que amas. ¿Qué suerte mejor nos puede caber que el que Tú quieras desplegar para con nosotros un cuidado paternal y nos lo demuestres con demostraciones irrefragables? ¿Qué cosa hay que pueda compararse a tan grande beneficio como el de que te preocupe el ansioso cuidado de nosotros, que por nosotros mismos apenas somos nada, y comparados contigo, la absoluta nada? No menos reconocidos nos sentimos por este beneficio de la adversidad que nos aparta de los vicios, que por las causas de alegría que hacían olvidarnos de Ti y de nosotros mismos con tanta frecuencia. Rogámoste, Padre de clemencia y el mejor de los padres, que con paternal afecto continúes instruyéndonos y amaestrándonos para la virtud; retira aquello que nos empeoraba; envíanos tribulaciones si por ellas, como con medicina drástica, hemos de ser purgados, siempre que tu gracia nos haga reconocer de quién vienen y a qué provecho se enderezan estas admoniciones, no sea que por nuestra ignorancia se pierda fruto tan conveniente.

No son proporcionadas las tristezas de esta vida a la futura bienaventuranza que se manifestará en nosotros.

Digresión

Vuélvete del lado que quieras y hallarás que no hay cosa en esta

vida que no sea enojosa y desabrida, aun las que se llaman placenteras, las que se llaman deleites, posesiones, dinero, riquezas, dignidades, fama, gloria, hijos, placeres. Pedir solaz a estas cosas equivale a lavar lodo con lodo o intentar extinguir un horno encendido con azufre o con aceite. Todo lo de acá abajo es esquinado y espinoso. Descanso cierto y verdadero haylo en Dios, donde todo bien no tiene límite ni término ni mezcla alguna de contrario.

Otra digresión

Nuestro juicio es falso, porque no juzgamos por recta razón, sino por pasión ignorante y aviesa. Y si ha de juzgarse de las cosas por su fin y el uso que se hace de ellas, no son tristes ni son adversas aquellas contingencias que tienen resultados felicísimos o producen efectos saludables, verbigracia: la enfermedad, la pobreza, la quiebra de la consideración social, que nos hacen mejores y más amigos de Dios y, a la postre, desembocan en el mayor de los bienes.

23. PARA TODAS LAS INCOMODIDADES DE LA VIDA

Cierto es, ¡oh Autor de la Naturaleza!, que nos habías creado rectos, simples, sinceros, enterizos; nos habías colocado en un camino muy ancho y muy derecho por donde andar plácidamente y llegar infaliblemente a Ti. Pero nosotros nos desviamos de la senda segura y nos descaminamos y nos metimos en inextricable laberinto de calamidades y miserias. Y puesto caso que nos apartamos de Ti, que eres nuestro único bien, dimos en malos pasos varios y múltiples. Nuestro cuerpo, adelgazado y debilitado, no puede sufrir las más pequeñas y livianas fricciones, y las pasiones irritadas y embravecidas levántanse con súbita aspereza en vigorosa rebeldía contra la razón. A tal punto hemos llegado que no hay perspicacia humana que baste a precaver ni fuerza asaz potente para contrastar el embate violento. Nosotros fuimos quienes nos buscamos males tan grandes y nos los fabricamos con nuestras propias manos. Pero en nuestra culpabilidad a Ti, según costumbre, acorremos porque cures la enfermedad que nosotros mismos nos ocasionamos y por que endereces lo que nosotros torcimos y por que restablezcas lo que nosotros echamos a perder. Nosotros somos destruidores, Tú eres el Constructor; nosotros somos crueles y sañudos contra nosotros mismos; Tú eres manso, misericordioso, clemente. ¡Oh Cristo, Soberano Bienhechor y Reparador de la Naturaleza derrocada, ven en auxilio nuestro y o bien condúcenos otra vez a aquella vereda segura de la cual nos desviamos o bien allana este andurrial escabroso y asperísimo y háznoslo más fácil y practicable.

Mi alma rehusó el consuelo; acordéme de Dios y hube deleite.

24. EN LA ENFERMEDAD

Olvidados de la suerte que espera a nuestra mortalidad, nos adviertes de ella, Señor, por la enfermedad corporal, que viene a ser como un paso adelante hacia el fin; nos enseñas a llevar con paciencia las molestias y nos avezamos a no encariñarnos tanto con este cuerpo que nos ocasiona tantos enojos y tantas desazones. Infunde en nuestro espíritu una tal disposición que, así co-

mo de tu mano recibimos la salud con viva alegría, así también suframos con mansa resignación las enfermedades que nos envías y no estemos menos persuadidos que el santo Job que debemos llevar con buen ánimo las tribulaciones venidas de tu mano, puesto que con gusto aceptamos las prosperidades que debemos a tu larga generosidad.

Digresión

Aflígese, sin duda, y se debilita el espíritu en la enfermedad, mas se confirma y se fortalece la mente con la prudencia y el sano juicio porque, en la invalidez del cuerpo, vuelve a sí misma la que andaba temerariamente derramada con la salud física y como en un remanso la enfermedad obliga a recogerse toda aquella soltura y derramamiento. Asimismo en los sufrimientos corporales hase de pensar lo que se lee en el Apóstol: *Esperamos al Salvador que baje del cielo, Nuestro Señor Jesucristo, el cual transfigurará el cuerpo de nuestra bajeza, configurándolo con el cuerpo de su gloria.*

25. MUJER ENCINTA

¡Cómo resplandecen en todas tus obras, Señor, tu sabiduría y tu poder! Y cuanto más visible y maravillosos se muestran en la formación del hombre, y de qué pequeños principios y cuán grande y cuán admirable animal por la infusión en él de un alma que tiene su origen en el cielo, adonde desea siempre volver como a su patria. Puesto que te dignaste hacer de mí la fábrica de esta obra tan insigne, doyte gracias humildosas y te suplico que, así como me diste la facultad de concebir, me prestes para el crecimiento y perfeccionamiento del nuevo ser las fuerzas necesarias para que mi gestación sea próspera y mi parto feliz. En el principio tu bondad, ¡oh el mejor de los Padres!, nos encomendó la fácil tarea de parir para la propagación del humano linaje; pero nuestro pecado nos la volvió penosa y azarosa. ¡Oh Artífice clementísimo: restablezca tu clemencia lo que el delito corrompió, y o bien amengua el trabajo porque no sea menester tanto esfuerzo, tanta diligencia industriosa o aumenta el brío, el pecho y el corazón con que fácilmente pueda superar el peligroso escollo.

26. POR LA SALUD DEL CUERPO

La verdadera y única salud es que se mantenga sana en nosotros aquella parte de nuestro ser que es la principal y a Ti, Señor, la más semejante; esto es, que hasta el grado posible, por su devoción y su amor, se acerque y se una a Ti, que sólo eres nuestra salud. Pero esta misma alma, por cuanto está unida al cuerpo, siente sus pasiones y se conmueve con ellas. Todas las drogas y medicinas aprovechan por tu mandato y por tu querer; superfluas y vanas resultarán, sin tu condescendencia, autor de ellas y de la creación toda. Tu voluntad es autora única de la vida y de la muerte, de la buena y de la mala salud, que Tú hartas veces nos envías para castigar y cohibir ese cuerpo que se lanza al libertinaje más abyecto como una bestia desenfrenada y brava porque con su lozanía y regalada blandura nos hunde en el olvido de la verdadera salud. Concédenos, Padre, que la recia salud corporal se conjugue con la entereza y sanidad moral; mas si no conviniere que

ese cuerpo nuestro tenga salud, concédenos por lo menos reciedumbre de alma, danos fuerza y robustez para que podamos tolerar la dolencia y que el dolor y la enfermedad del cuerpo no ejerzan en el alma lastimosas repercusiones.

Digresión

Son hartas las ocasiones de insignes obras buenas que dejamos que se nos escapen de las manos sin fruto y sin poner en ello atención y no nos damos cuenta de que vivimos, sino de que hemos vivido. Con estas dilaciones de cada día nos tornamos menos aptos y menos hábiles para las cosas necesarias, bien encallecidos y enmohecidos por la inactividad, bien distraídos y, como quien dice, descuartizados por inútiles ocupaciones.

27. POR LA SALUD ESPIRITUAL

Hubo, Señor, un profeta tuyo que dijo: *Ciega el corazón de ese pueblo, a fin de que viendo no vean y oyendo no oigan.* ¡Oh luz y doctrina nuestra: porque no te apartes de nosotros, porque no nos abandones, condúcenos a Ti de buen grado, arrástranos a Ti de mal grado, que de uno y otro humor estamos con frecuencia la mayor parte de nosotros. Yo, a punto fijo, no sé si somos ciegos o si vemos realmente. Con todo, es cierto que en pleno día, con los ojos abiertos, con los ojos despiertos y muy a conciencia nos precipitamos en una perdición clara y manifiesta. Vamos más allá de lo que nos conviene; condenamos nuestro propio proceder, pero no nos detenemos. ¡Hasta tal punto la carne nos engaña! Nos pesa esta carga pegadiza y el pecado nos separa de Ti. Así es que desprecio y rehuyo lo que veo que es bueno y ando en pos de lo que veo que es malo. ¡Cuánto gemir, cuánto suspirar aguarda a los que siguen caminos tan desventurados! Ríos de lágrimas derramaron mis ojos porque no observaron tu ley. ¡Mísero de mí! ¿Quién me librará de ese cuerpo de muerte? Tu favor, Señor, que a la continua nos dispensas con la larga mano por amor de tu Hijo Jesucristo. ¡Oh Médico!, el mejor de todos, sana Tú, que eres el único que puedes, esta enfermedad mía tan grave y ya casi desesperada.

Digresión

Es un dicho vulgar que la Fortuna no tiene posible comparación con la salud y que más vale carecer de cualquier otro sentido que del de la vista, y que no hay miseria mayor que sentirse huérfano de ojos; y dice bien y con toda razón. Y si la parte verdadera y principal del hombre es el alma y en el alma la mente, por manera que por ella sola merezca llamarse hombre, ¡cuánta no será la salud de la mente, bien instruída, con toda la vigencia de la razón, maciza en el juicio, con rectitud y discernimiento! ¿Qué ventaja tan grande no será mirar con aquel ojo agudo? Mucha, sin duda, puesto que no hay miseria mayor que las nieblas y las tinieblas.

28. POR LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

¡Oh Cristo, el más fino amigo nuestro, oh Esposo por quien es exclusivamente amada la Iglesia y que prometiste que jamás le faltaría tu asistencia, acreciéntala y alé-

grala con fecunda prole, la más semejante al Padre; a saber: a Ti; haz que todos sintamos lo mismo de Ti y en Ti; que seamos en hecho de verdad aquel cuerpo cuya cabeza Tú eres, aglutinados y fundidos en una mutua caridad, encendida por una centella de aquel fuego en que siempre te consumes, Tú que nos amaste hasta el punto de dar por nosotros tu sangre y tu vida! ¡Oh Cristo, Autor y Maestro persuasivo de caridad, de paz, de benevolencia, ablanda el hierro, suaviza el diamante de nuestros pechos, caldea nuestros corazones que el frío congeló y endureció para que mutuamente nos queramos bien y por la reciprocidad de ese afecto conozcan todos que somos discípulos tuyos y ya desde ahora comencemos a reproducir el trasunto y la imagen de aquella vida celestial en donde no existe disensión ni odio alguno, sino paz y amor de todos para todos.

29. POR LA PAZ Y LA UNIDAD DEL PUEBLO CRISTIANO

Forma la Iglesia un cuerpo único cuyos miembros todos preside la cabeza, que es Cristo, unidos por el fundente de la caridad mutua de los miembros entre sí y con su cabeza; misterio grande de la divina bondad. ¡Oh Cabeza, oh Padre nuestro! Tú solo tienes aquellas fuerzas que son necesarias para llevar a realidad los deseos del corazón. Reúnenos puesto que andamos dispersos; une aquellos a quienes separa tanta discordia de opiniones; haz que todos nosotros, que fuimos regenerados por el bautismo de tu nombre y restaurados en novedad de vida, nos unamos en un cuerpo digno de tan gloriosa Cabeza, que es lo mejor y lo más grande que imaginarse pueda: que tengamos una creencia única, un sentimiento único; a saber: que Tú eres un solo Dios todopoderoso y sumamente benévolo para con nosotros; que es hombre, el más manso de todos, clavado en la Cruz por nuestros pecados, Redentor del género humano y Reparador del universo mundo. Calma, Señor, tanta saña y tanta braveza de ondas que asaltan y sacuden esta nave tuya. Despiértate, Cristo Jesús, y sálvanos, porque nos amarga y quiere sorbernos un fiero naufragio: ya que no hay fuerza humana ni habilidad humana ni recurso humano que puedan valernos; ya no hay esperanza de remedio: sólo tu mirada propicia puede serenar y tranquilizar esta borrasca embravecida.

Digresión

¡Qué bien tan grande es la caridad y la unión y la paz; y la discusión, qué calamidad tan grande! De la caridad y de la paz es el autor Dios, y del odio, el diablo en el padre. ¿Qué bienandanza mayor puede soñarse que la Iglesia terrestre sea un reflejo de la concordia de la celestial? Y no hay miseria comparable a la desunión, que es una imagen del infierno.

30. POR AQUELLOS QUE NOS GOBIERNAN

El dechado de todo gobernante eres solo Tú, Señor, porque te imiten y se esfuercen por reproducirte, puesto que eres el mejor de todos y el más sabio y por esta causa ni puedes errar ni hacer otra cosa más que bien. Esclarece, ¡oh Cristo!, con la lumbre de tu caridad y

enciende con el fuego de tu amor a aquellos a quienes en lugar tuyo pusiste para que rigieran tus pueblos como pastores de ovejas, para que, precedidos por esta luz tuya, vean lo que es mejor e inflamados de amor santo lo deseen, y que puestos exclusivamente sus ojos en Ti no vayan a satisfacer sus caprichos, sino tus mandatos y enderecen y ajusten todos sus proyectos al ejemplar que Tú propusiste y para que mientras ellos desempeñan con probidad la función que les impusiste, nosotros, bajo su autoridad, llevemos una vida quieta y tranquila en toda piedad y castidad.

Digresión

Los gobernantes son, en medio de nosotros, lo que es el timón en la nave, lo que es el ojo en el cuerpo, lo que es la mente en el alma. Por eso se les ha de prestar cooperación y se les ha de hacer objeto de los mejores votos y se les ha de desear que sean cuerdos y que acierten en su gestión. Muchas ventajas reportan los príncipes buenos y mucho daño causan los malos. Bajo el gobierno de los buenos príncipes campean la virtud y todas las buenas artes; bajo el mando de los príncipes malos, están postradas y ruedan por el suelo; reinan los vicios, y la maldad se insolenta. Demás de esto, cuán pesada carga sostienen en el gobierno de la colectividad, de la cual han de dar a Dios muy estrecha cuenta, al paso que nosotros estamos descargados de ese cuidado y de ese peligro. Por eso son merecedores de que se les ayude con la colaboración y el consejo y con oraciones, augurio de felices aciertos, a Dios Nuestro Señor para que les sea propicio, favorable y oportuno.

31. AL IR AL SERMÓN

En medio de tanta ofuscación como es la nuestra, por varias maneras nos muestras, Señor, tus luces; pero en ningún tiempo ni lugar tan eficaz y copiosamente como por ministerio de tus Apóstoles y los que les sucedieron en su misión. *La mies es mucha*—Tú dijiste—; *pero son pocos los obreros.* Casi todos ignorantes, ciegos los más y sumidos en oscuridad y son de una escasez aterradora los que enseñan verdaderamente como debe ser. Rogámoste, Señor, dueño de la mies, que envíes operarios a tu mies. Envíanos, Señor, doctores enseñados por Ti, dotados del espíritu de sabiduría y de bondad; que quieran porque son buenos no predicarse a sí ni a sus cosas, y porque son sabios y discretos, sepan hacerlo. Concede a ese predicador que voy a oír alguna parte de los tesoros de tu sabiduría que nos comunique para nuestra salvación. Y en nosotros abre las ventanas de nuestro corazón para dejar paso a tu luz tan saludable y santa y que la semilla buena que cayere en nosotros no la ahoguen las espinas ni la agoste la sed ni la coman las aves del cielo, sino que germine en tierra buena y llegue a ubérrima sazón.

32. POR LOS HERMANOS QUE SUFREN CALAMIDADES

Casi a cada momento experimentamos que esa vida nuestra está henchida de calamidades que a cada uno le provienen o de la carne de pecado, o de su propia malicia, o de la malicia ajena. Muestra también en esto tu indulgencia, ¡oh Padre de toda indulgencia!, para que a nuestros desabrimientos no se

sume la desazón de la tristeza de los amigos. Líbrales de calamidad para que ellos, más tranquilos y holgados, piensen en Ti y nosotros, con este favor tuyo, sintamos el no pequeño alivio que nos cause su liberación. Y si acaso eso no conviniere a ellos o a nosotros (pues sólo Tú conoces lo que conviene a cada uno), dales fuerza en el alma y firmeza en el cuerpo para que puedan soportar más fácilmente las dificultades y asperezas, y físicamente no sean desproporcionados al dolor ni la pesadumbre los desmoralice; y por culpa de ello, bien por impaciencia, bien por desesperación hagan, digan o piensen algo a Ti poco grato y a ellos muy dañoso.

Digresión

La calamidad ajena ha de prevenirnos para la nuestra. A cualquiera le puede ocurrir lo que ocurrió a otro. Estamos expuestos a contingencias análogas los que, estando constituídos por los mismos elementos, discurrimos entre peligros iguales. Por eso hemos de compadecerles y hemos de orar por ellos, acordándonos de nosotros, que sientan a Dios tan bueno para con ellos como quisiéramos sentirlo para con nosotros.

33. POR LOS NECESITADOS

Implicados y preocupados con las necesidades de ese cuerpo, ni aun de Ti pueden acordarse, y al no conseguir lo que desean con tanto anhelo, descaecen y caen en la más negra de las depresiones. Compadécete de ellos, ¡oh Padre de la mansedumbre!, y con tus riquezas increíbles alivia su miseria a fin de que alejada la necesidad que les produce tal agobio, puedan levantar a Ti su corazón y su alma. Cierto es, Señor, que con tu mano tan larga y tan bondadosa provees a las necesidades de todos. Somos nosotros quienes, con nuestra malicia y con nuestra desconfianza y recelo, nos apropiamos y hacemos nuestros los dones que tu bondad y tu munificencia hicieron comunes. Enmienda Tú lo que torció nuestra injusticia; supla tu bondad lo que sustrajo nuestra malicia. Da comida a los hambrientos, bebida a los sedientos, consuelo a los tristes, optimismo a los deprimidos, energía a los débiles, libertad a los cautivos y en los desesperados pon corazón y esperanza. Apiádate, Padre de las misericordias, de tanta miseria. Manantial de todos los bienes y de toda bienaventuranza, aunque no sea más que con una gotica de esa agua tuya, lava y borra las sordideces de tan extremadas miserias.

Digresión

Dios no es deudor de nadie; lo que da a uno, lo da a todos por su conducto. Peor es nuestra convivencia que la de las fieras, puesto que nos apoderamos de los bienes que Dios creó para el común provecho y puso a nuestra disposición y los cerramos con llave y no aliviamos las necesidades que vemos en nuestros hermanos. Ayúdalas tú según tu posibilidad, y a donde tú no llegues ruega al Señor que aporte su asistencia. Compadécete así de la necesidad de los pobres como de la crueldad de aquellos que en medio de tan gran miseria de sus prójimos no conocen la misericordia: unos y otros son miserables y menesterosos de compasión.

34. POR AQUELLOS QUE NOS QUIEREN MAL

Mandástenos, Padre de toda mansedumbre, que orásemos por aquellos que nos desean mal y en cuanto está en su mano nos le hacen. Y eso Tú nos lo encareciste no con palabras solas, sino con tus ejemplos propuestos a nuestra imitación. Rogámoste que nos infundas el espíritu de tu mansedumbre gracias al cual soportemos pacientemente la malevolencia, la maledicencia y el daño efectivo que nos causan como sabemos que lo hiciste Tú y como experimentamos que lo haces cada día; y que ni de obra respondamos a la injuria ni de palabra nos tomemos la venganza ni la deseemos en lo más íntimo de nuestro pensamiento y de nuestro corazón y que tan lejos estemos de toda vindicta, que les procuremos toda suerte de comodidades y les ayudemos hasta el límite de nuestras fuerzas y les deseemos y pidamos para ello todo género de bienes y que te supliquemos a Ti que les des buen uso y todo cuanto sabes que les ha de ser útil y saludable, a fin de que seamos verdaderos hijos tuyos, que no solamente a los buenos y a los que te son gratos, sino también a los malos y que te desplacen otorgas tu beneficencia, para que seamos genuinos discípulos tuyos, que pediste a tu Padre perdón por tus fieros y encarnizados verdugos.

Otra

¡Oh Padre de mansedumbre y de clemencia, que a ninguna criatura odias de las que creaste, que sostienes y sufres los delitos de los hombres y los disimulas en espera del arrepentimiento, pedímoste con ahinco suplicante que a manos llenas concedas a nuestros enemigos lo que sabes que les ha de aprovechar, y primeramente sanidad y entereza mental por la que te conozcan y te busquen con verdadero amor y con todo su corazón; y que a nosotros que somos hijos tuyos nos quieran por amor tuyo y que no les dañe el odio que nos profesan y que al menos no les ocasionemos perjuicio nosotros, ya que malos y flacos como somos, no podemos darles ayuda. No les pierdas, Padre, en castigo del odio que nos tienen; antes sálvalos por nuestras oraciones. Lo que deseamos, Señor, es su enmienda, no su castigo; no les separes de nosotros con el suplicio, sino únelos y unifícalos con nosotros con clemencia, y puesto que todos nosotros estamos destinados a ser ciudadanos de la única ciudad eterna, ya desde acá abajo, mediante el amor mutuo, comencemos a entrar por aquel camino que conduce a ella derechamente.

Digresión

Que la malicia ajena no nos torne malos, y no porque tu prójimo esté desabrido estés desabrido tú también. El que te odia porque eres Hijo de Dios, odia al Hijo de Dios. ¿Qué miseria puede haber mayor? ¡Qué crueldad la tuya si le deseas tal calamidad o te saboreas con ella!

25. POR LOS HERMANOS DIFUNTOS

¡Oh Cristo, el más benigno y el más amigable, que asistes a los que en Ti confían y les eximes de todo peligro y cuya misericordia y bondad infinita excede todas las maldades de los hombres! Si hubiera quien las lanzara en el abismo de tu clemencia, muy luego quedaran consumidas como por un fuego de-

vorador: purifica las ánimas de nuestros hermanos, salidas de sus cuerpos de aquellas manchas que se les pegaron de su paso por esta vida. Con el fuego santísimo de tu caridad disipa aquel frío que las aparta y separa de Ti; enciéndelas, incéndialas con tus llamas vivas, a fin de que, purificadas y limpias, vuelen a toda prisa a Ti y se unan contigo en el beso que dura eternidades.

Digresión

¡Cuán pesada y laboriosa la dilación de la esperanza y la no consecución de lo que deseas! De la misma manera es para ellas muy dura la prórroga de su esperanza y la separación de aquel bien que desean con un anhelo indescriptible. ¡Cómo desean e imploran el sufragio de todos aquellos que se lo pueden dar: ayudémoslas, pues, cuando con otra cosa no podamos, con nuestros votos y con nuestras oraciones.

36. DE LA MUERTE

¿Qué otra cosa hacemos en la vida cada día sino sumar delitos a delitos y agravar maldades con maldades? Cada día que pasa es peor que el que pasó. Con ello no hacemos más que aumentar el cúmulo de ofensas y la indignación contra nosotros. Una vez que nos hayamos evadido de la cárcel de este cuerpo, si nos recibieres en tu compañía, estaremos seguros de la inmortalidad de nuestra salvación; no llegarán a nosotros la enfermedad, la estrechez, el trabajo ni lo que es más de temer: los vicios todos, los cuales andan muy lejos del cielo. Acerca a nosotros, Padre, la lumbre de tu fe, porque no tengamos la más leve vacilación en las cosas de más firme certidumbre; danos tu amor, por el cual se viene allá; mediante este amor, confirma la confianza que a su vez, con mucha frecuencia, da creces y bríos a este amor y nos fortalece en la práctica de las buenas obras. Y puesto que esa nuestra jornada y esa milicia nuestra que tiene señalado tan gran premio se acaba con la muerte y nosotros ignoramos lo que está por venir, Tú, que lo conoces perfectamente, llámame a Ti al tiempo que más me convenga salir de esta vida.

Digresión

El pensamiento de la muerte entenebrece nuestro espíritu y nos oprime porque sólo nos representamos la noche del cuerpo, olvidándonos de la luz del alma y de la resurrección. Pero si considerásemos con fe cierta e inamovible los bienes que la siguen, aquel paso de la miseria a la felicidad nos será más llevadero y hasta deseable, no de otro modo que la medicina que nos restituye la vida y que el alumbramiento por el cual el niño sale a la espaciosa luz de ese mundo de la noche del claustro materno, sumido en lobregueces.

37. POR EL DESEO DE LA OTRA VIDA

Cárcel es este cuerpo nuestro y por cierto oscurísima y tétrica en grado singular: el mundo es destierro, la vida es tribulación y miseria continuada. Donde Tú estás, Señor, allí hay patria y libertad y sempiterna bienaventuranza. Con un pellizco despierta nuestras almas al recuerdo de tamaña felicidad, infiltra en nuestros pechos el deseo de las cosas mejores y, por ende, más codiciaderas; da al alma tran-

quila un primer sabor de tus deleites, que nos dé asco de esos otros sobre los que nos lanzamos con tanto ímpetu. que, en alcanzándolos, nos asimos a ellos con abrazo muy estrecho y los retenemos con los puños cerrados, a fin de que, apartándonos y desdeñando esos placeres tan amargos y tan desabridos, ninguna otra cosa deseemos con tan vivo anhelo como la dulcedumbre de tu familiaridad, que es compendio y cifra de todos los bienes.

Digresión

En la otra vida no tendremos que pensar en uno que otro bien a disfrutar, como en ésta, sino en todos y a la vez los imaginables y los no imaginables, porque gozaremos de Dios que El solo es el universo y el amor nos hará uno con Dios, de modo que seremos como dioses. ¿Cuándo llegará el fin de esa aflicción y el principio de esa alegría? ¿Cuándo cesaré de vivir con los malos, con los aborrecibles, con los enojosos, con los enemigos? ¿Cuándo comenzaré a vivir con Cristo. el más afable, el más bueno y el que me ama más entrañablemente?

38. AL ÁNGEL DE LA GUARDA

¡Cuánto debo a nuestro Señor común, a nuestro Padre, que te me dió para que tú, que ves, fueses guía y luz de mi ceguera, tú que eres sabio ilustrases mi ignorancia, tú que eres fuerte fueses sostén de mi flaqueza, tú que conoces el camino me condujeses por él y, por cierto, a través de tantos peligros y tantos precipicios! ¡Oh cuántas veces me libraste de situaciones críticas. cuántas veces, al despeñarme en la perdición, me tuviste de la mano! Hágote gracias infinitas por todo cuanto haces cada día por mí. Y pídote con el mayor de los encarecimientos que continúes y perseveres en guardarme. Arráncame del mal; devuélveme al bien; cuando yo no quiera, oblígame, y ayúdame cuando quiera, y cuando yo anduviere no me niegues tu impulso y, por fin, condúceme de tal manera que me lleves a la bienaventuranza de que tú ya gozas siempre, a fin de que así como acá abajo fuí tu pupilo o tu protegido, allá arriba sea contigo ciudadano y compañero y tú te goces de que quien estuvo confiado a tu cuidado y tutoría haya arribado a puerto tan feliz.

Digresión

Pensemos lo que somos nosotros mismos, lo que es el mundo, lo que es el demonio; averigüemos la muchedumbre de peligros de que nos libran nuestros ángeles. Nosotros somos ciegos; el mundo es niebla cerrada; el enemigo encarnizado, vigilante astuto, poniendo dondequiera celadas capitales. ¿Quién escapara de tantos peligros si no le condujere quien tiene vista y fuerza? ¡Cuánto cuidado merecemos a Dios, que a disposición del hombre, por caudillo y guía, puso a un ángel que le aventaja, tanto así por su naturaleza como por su condición, que es más excelente y más feliz que el hombre, hasta el punto que en cierta manera el ángel es el sirviente del hombre. ¿Quién pudo concedernos tal cosa sino el amor y de ese amor, la misericordia?

39. ANTE LA IMAGEN DE CRISTO CRUCIFICADO

¿Cúya es esa imagen que contemplo con todo su cuerpo ensangrentado, lívido de cardenales, hin-

chado y azotado, con su cabeza débil derribada al hombro, coronado de espinas que taladran su cráneo, fijo con clavos en la Cruz? ¿Cuál pudo ser su maldad o cuál la sevicia del juez o la monstruosidad de los fieros sayones o la crueldad de su instinto? Buceo en mi memoria y no reconozco quién es: Cristo es. ¿Tú eres el más hermoso de los hijos de los hombres en cuyos labios a manos llenas derramó Dios la gracia? ¿En dónde está tu buen parecer? ¿En dónde la dulzura de tus labios? No la hallo, no la veo. ¿Será porque los ojos de carne no penetran misterio tan grande? Toma los ojos del alma; acércate más a la luz divina y contempla con mayor atención. Este es Jesús Hijo de Dios, el Cordero inmaculado sin mancilla, sin crimen, sin maldad; que tomó la tuya en su persona, para que tú, libre y limpio de pecado, volvieses a la gracia con Dios, y pues yacías derribado al suelo te levantases y, desterrado, volvieses a la patria y fueses participionero del fin para el cual fuiste criado; lo que tú mereciste, El lo llevó; Este te otorgó aquello que tú por ti mismo jamás consiguieras. ¡Oh Redentor mío, oh Vengador, oh Salvador mío! Atráeme a Ti para que memorioso siempre de esta muerte tuya, confiado en esa tu tan grande bondad, y no ingrato para tan indecible beneficio, se me haga participante de tan preciado galardón, para que desagradecido y ajeno de tu cuerpo, no hayas nacido de balde para mí y de balde hayas tomado por tu voluntad sufrimientos tan atroces y una muerte tan amarga.

Otra

Veo tu cuerpo clavado en la Cruz por mí. ¡Oh, si también me crucificases contigo! ¡Oh, si viviese yo, pero no yo, sino que Tú, Cristo, vivieses en mí! ¿Quién me diera que yo también muriese contigo, para contigo resucitar a la vida eterna? Tú morirás por mí; yo por Ti viviría. Crucificada está tu carne. Crucifica, ¡oh Cristo!, contigo el reino de la carne que me señorea, a fin de que, despojado del primer Adán, me transforme en el segundo Adán para la novedad de la vida, abatida y triturada la iniquidad, la incredulidad y toda la tiranía de Satanás. Por tu Cruz, por tu yugo dulce y por tu carga llevadera haz que yo, alegre y gozoso, a zaga de tus huellas, llegue al mismo lugar que Tú: a saber: a Dios Padre, beatísimo e inmortal, de quien ya nada pueda separarnos.

Otra de la Cruz

¡Oh sublimidad de obediencia, que porque plugo al Padre sujetaste tu cabeza a innumerables tormentos y a muerte muy acerba y muy oprobiosa! ¡Oh profundidad de abatimiento, que siendo Rey y Señor del universo te pusiste a los pies de los hombres más abyectos! ¡Oh cenit del abrasado amor y del sol que nunca se inclina a su ocaso: muéstranos dónde paces al mediodía, dónde a tus ovejas las preservas de todo frío! ¡Oh aquilón de rudas asperezas, provocador de recias borrascas cuyas amargas ondas todas rodaron sobre Ti: pluguiera al Cielo que nos transformásemos en esa Cruz, por manera que habitase, ¡oh Cristo!, mediante la fe en nuestros corazones, enraizados y cimentados en la caridad para que pudiéramos comprender con todos los santos cuál sea la longura, y la anchura, y la alteza, y la profundidad de la

Cruz, que exceden la capacidad y toda la sabiduría de este mundo.

Otra

Contemplo una ternísima escena de amor. Tu alteza inclina la cabeza para que podamos ser oídos y lo esperemos; ofreces un beso de paz y reconciliación y eres Tú el ofendido quien nos le brindas a nosotros que te hicimos el ultraje; abres tus brazos para el abrazo; muestras horadadas las manos para darlo todo sin tasa ni medida y para no retener ninguna cosa. Abierto está el costado de tu corazón para recibirnos allá dentro si queremos entrar por la puerta abierta; clavados tienes los pies porque sepamos que jamás te apartarás de nosotros si nosotros no nos alejamos de Ti. ¡Oh Padre y Señor nuestro! Ves no ya la indolencia, sino la dureza de nuestro corazón. No, no nos basta que con tanta blandura, que con tanta dulzura, que con tanta amistad nos atraigas y nos invites; llévanos a la fuerza, arrebátanos, crea en nosotros un corazón nuevo y dócil, puesto que ese nuestro es un puro pedernal, insensible a todo halago, impermeable a toda esperanza de bienes riquísimos.

Digresión para contemplar las aflicciones de Cristo

1. Estuvo el hombre, otro tiempo, unido a Dios por el favor y la gratitud al más grande de sus beneficios. Mas separóse de Dios y aquel lazo quedó cortado por el pecado como por una espada. *Vuestros pecados*—dice Isaías—*os dividieron de vuestro Dios.*

2. Y puesto que nos apartamos del bien, caímos en todos los males, así morales como físicos, y en aquel que es el más grave y más atroz de todos, la enemistad con Dios.

3. Pero la bondad de Dios, compadeciéndose de nuestra extrema y desesperada miseria, nos envió del cielo, medianero de reconciliación y de paz, a Jesucristo, su Hijo.

4. A éste mandólo su Padre que por culpa nuestra sufriese la áspera vida y la amarga muerte que nuestro pecado merecía.

5. Y El, por el fino amor que nos tenía y por su obediencia y amor increíble al Padre, abrazó no sólo con resignación, sino de buena gana ese tan triste y penoso ministerio.

6. Soportó no ya sólo en su cuerpo, sino también en su alma, las mordeduras y acometidas de un dolor y de una aspereza tales, que no se pueden encarecer. Y así, con atroces tormentos físicos y una insondable tristeza de su alma murió, Cordero puro, inmaculado y, para nuestra suerte buena, resucitó, León fuerte y triunfador de la tribu de Judá.

7. Meditemos cada uno de estos misterios para nuestro aprovechamiento, con acción de gracias al Padre y a Nuestro Señor Jesucristo para encendernos de amor por tan inenarrable bondad y por tamaña bienquerencia.

8. No podemos hacer cosa más grata a Dios que ofrecerle las penalidades y los tormentos de su Hijo, meditándolas y reviviéndolas en nuestro recuerdo agradecido.

9. Ese es el Cáliz de salud que nosotros, por los grandes infinitos dones que hemos recibido de El, ofrecemos al Señor, invocando su nombre y su auxilio.

10. Este es el Arco de la alianza entre Dios y el hombre.

11. Este es el Arca y el propiciatorio de la Ley y del Templo.

12. Esta es, sin excesivo simbo-

lismo, aquella serpiente de bronce, en cuya mirada y meditación está la salud para los vulnerados mortalmente; a saber: por todos nosotros, que todos los días andamos y nos revolcamos entre víboras y escorpiones.

13. No discurramos sobre estos misterios ligeramente y de prisa y corriendo, sino ahincando en ellos, deteniéndonos en cada uno de los grados de nuestra bienaventuranza.

14. Lo que principalmente se demostró en El fué la bondad y el amor de Dios, que entregó a su Hijo carísimo por sus enemigos, a su Hijo único por sus esclavos, al mejor de todos por los pésimos y malvados.

15. Y no fácilmente se hará cargo de la excelencia de este don de Dios aquel que no reflexionare que la misma humanidad de Cristo es más cara a Dios que todas las otras criaturas juntas. Eso fácil es colegirlo del aprecio que cada uno tiene de su cuerpo: *Todo lo dará el hombre a trueque de su vida*, según leemos en Job.

16. Ya se puede ponderar cuánta fué la mansedumbre y cuánta bondad y amor para con su Padre y cuánta obediencia, hija de este amor, para que aceptara la difícil misión que el Padre le había impuesto: *Para que el mundo conozca* —dice— *que amo al Padre, y que según fué el mandato de mi Padre, yo le cumplo.* ¡Cuánto amor para con nosotros, pues por nosotros tomó muerte!

17. Nadie tiene amor más grande que el que expone su vida por sus enemigos. ¿Quién no amará tanta bondad? ¿Quién no corresponderá a tal amor?

18. Por todos sufrió el Señor tales tormentos y muerte tan poco merecida: justo como era, por los injustos; siendo Hijo, por los esclavos. Y nosotros, en cambio, ni por nuestros hermanos ni por el mismo Señor a quien debemos tanto, no soportaríamos no digo ya la muerte, sino dolores vivos ni siquiera molestias (pues ni este vocablo siquiera pueden tolerar nuestros oídos melindrosos), ni siquiera una hora de ayuno, ni el perdón de una injuria ni la privación de un gustillo momentáneo, ni la pérdida de un dinero insignificante.

19. Reconciliado el Padre, tenemos en Cristo la salud. Tenemos ejemplo de vida, consuelo en las tribulaciones, doctrina de formación moral. ¿Qué pudo darnos más o mejor? Diga alguno si pudo añadir algo más. A buen seguro no lo encontrará.

20. Si alguno evocare con alguna viveza su pasión y su género de muerte, se horrorizará en su cuerpo y en su alma y los conceptuará por muy dignos de lástima aun en un ladrón, en un sedicioso, en un incendiario; ¡cuánto más en la bondad por antonomasia, de la cual mana la que acaso tenga alguno de nosotros!

21. Pongo a un lado aquellas otras incomodidades que tuvo que sufrir ya desde su mismo nacimiento por todo el discurso de su vida: hambre, sed, frío, calor, cansancio, huída, infamia. Vengamos a aquella noche que precedió el día del gran Misterio.

22. Todos a una y con razón aborrecen y execran el nombre del traidor. ¡Con cuánta pesadumbre y displicencia sufrimos nosotros la traición de un familiar, de un amigo a quien habíamos favorecido! ¡Cómo imploramos para venganza de tan grande maldad la fe de los dioses y de los hombres! Cristo, en cambio, fué traicionado por el dis-

cípulo felón a quien hiciera la misma honra y a quien profesara el mismo amor que a los demás. Y aún le llama amigo, viéndose vendido por él para una tal muerte.

23. El precio ruin de una traición aumenta la atrocidad de la traición. Judas, ¿qué precio le pones al Señor de la Naturaleza? ¿Cuánto pides por él? Treinta dineros, esto es, menos de la mitad de una libra de plata; apenas un cuadrante. Pues bien: El, todo eso que ves, todo eso que tocas sacólo de la nada para tu uso y el de todos y está aparejado por ti no sólo a dar todos los metales preciosos que en sus venas cuece la tierra, sino también su propia sangre y su propia vida.

24. Muy triste es la separación de los amigos, y tanto más punzante cuando asoma y salta el recuerdo de su ausencia en el regocijo de un banquete o de una fiesta. Nuestro Señor Jesucristo, en la celebración de la última cena con sus discípulos, a quien quería con afecto único, hizo memoria de su tránsito, y en comiendo y bebiendo, recuerda cuál era el manjar y cuál era el cáliz que le estaban preparados y predijo el cruel suplicio que le amenazaba y que los discípulos, abandonando al Maestro, huirían, y que entre ellos no había de faltar quien le negaría.

25. ¿Qué sentiría Nuestro Señor en aquella coyuntura, así de los tormentos que preveía habría de apurar, como del miedo, de la fuga, de la desorientación de los suyos a cuya enseñanza consagró tanto tiempo y tanto afán?

26. Vino el miedo de la noche y el horror de las tinieblas.

27. La noche, señalada para el sueño y descanso de todos los animales por la Naturaleza, que es la criada de Dios, fué escogida por los enemigos; ella había de acuciar más y más la sensibilidad del Señor en la inminencia de dolores tan violentos. Hay en todos nosotros, como también en Cristo Jesús, cuerpo y alma. Y en el alma, la parte superior, robusta y fuerte, que se llama mente, y otra más inferior, delicada y blanda, donde tienen su asiento las pasiones anímicas. Tiene El, más que todos nosotros, la naturaleza divina. Esta es más sublime que el universo mundo, omnipotente, sempiterna. También su mente es rectísima y es inconmovible, porque siempre está adherida y asida a la divinidad.

28. Al cuerpo y a la parte inferior del alma, expuesta a los asaltos, embates, golpes y heridas dejóla a Satanás para que los vejase cuanto pudiese. Dióle Dios esa facultad. Soltó aquel odio del demonio insaciable contra Cristo porque se ensañase a su placer en el Cordero. *Esta es*—dijo el Señor—*vuestra hora y el poder de las tinieblas.* De ahí, dolores y tormentos en el cuerpo, y ansiedades, tristeza, pavor, angustia, perturbación, consternación en el alma.

29. Lo que padeció Nuestro Señor más que cualesquiera otros hombres, lo que sintió más que los restantes hombres dalo a entender su caridad para con nosotros y demuestra de cuánto le soy deudor y me acusa de ingratitud si no le estoy reconocido.

30. Y, en efecto, ¿qué proeza hubiera hecho o qué le debería yo si El recibiera en su cuerpo aquellos golpes y aquellas heridas, como cualquiera de nosotros, en un escudo o coraza impenetrable?

31. Mucho y muy grande es lo que debo a Cristo, porque El por mí sufrió muchas y muy grandes penalidades.

32. Débome a mí mismo a Cristo, porque El se entregó a Sí mismo por mí. El que fué comprado, ya no es suyo sino de otro, y tanto más es del comprador cuanto mayor fué el precio que dió por él. Cristo, a nosotros, no nos compró libres, sino que nos rescató esclavos y nos rescató entregándose todo. Pues si somos de El, ya no debemos pensar en lo nuestro, sino en lo suyo. Mas para quien lo considerare atentamente está claro que lo de El es nuestro y que no nos conviene otra cosa sino lo que a El le agrada, lo que manda, lo que preceptúa, lo que impone, todo por nosotros, no por Sí mismo.

33. En la oración del Huerto dice a los tres discípulos que había escogido de los doce: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Este Hombre, más alto que nuestra humanidad, cuyos solaces todos consistían en sus coloquios con Dios, que acostumbraba confiar sus cuitas y sus pensamientos todos a Dios solo, vencido de la inmensidad de su desánimo, anda en busca de sus discípulos, se queja con ellos mansamente y les pide que no se aparten de El. ¿Cuándo se leyó cosa semejante en cualquier otro sufrimiento de Cristo? ¿Por ventura en la sed, en el cansancio, en otras flaquezas de la Naturaleza? ¿Cuándo confió a otro que no fuese Dios las ansias que le acuciaban?

34. Y siendo esto así, ¿cuál pensamos que fué su pavor? ¡Ah, qué terror, qué confusión de espíritu, qué apocamiento, qué ansiedad, qué tedio, qué fiebre! Este solo complejo de padecimientos morales superó todas las otras manifestaciones de dolor físico, por más agudo que fuese.

35. ¿Qué tristeza y angustia espiritual puede imaginarse mayor que la que revienta en sudor de sangre? ¿Oyóse jamás decir de otro cosa semejante?

36. Pero confortado con la embajada del Angel se adelantó a la cohorte de sayones, y fué prendido y atado. ¡Qué indignidad no es que un hombre honrado y bueno, sin reproche en su vida, sea públicamente prendido y atado y sea llevado a rastras al tribunal que le condenará a muerte! Y Nuestro Señor sufrió esto.

37. Ultraje muy feo es ser abandonado en el peligro el padre por los hijos, el señor por sus vasallos, el maestro por los discípulos, el patrono por los clientes. Cristo, en sí mismo, experimentó todos esos ultrajes: abandonado, renunciado, negado con insistencia y precisamente por aquél—testigo de tantos milagros y de la divinidad del Hijo de Dios—que se le mostró y de la cual hizo profesión en el monte de la bienaventuranza: niega con juramento ser su discípulo y que ni siquiera le conoce, condenándole con su prejuicio, cual si fuese un impío, un forajido, de quien no quería ser secuaz ni aun conocido.

38. Fué maltratado, fué arrastrado por la servidumbre proterva y petulante y por la necedad e insolencia de la soldadesca.

39. Preséntanle y no a un juez solo, que esto de por sí ya es asaz odioso. ¿A qué reo no será molesta la vista del juez, y el tribunal no le será aborrecible?

40. Muchos son los que no desesperan de que un juez solo apruebe su inocencia. Pero ¿quién se hará la más pequeña ilusión con tantos jueces y de caracteres tan variados, siendo así que, por lo común, lo que a uno se le antoja bien hecho, es condenado por el otro? Para la absolución era forzosa la unanimidad;

para la condena bastaba que a uno así le pareciera.

41. ¿Qué motivo, dime, hubo en el hombre porque así le aborreciese y le tuviese ya condenado previamente, acosándole con un odio tan grande y tan enconado?

42. Y más tratándose de un hombre de fortuna escasa o, mejor, nula, sin influencia, sin ayuda humana, sin defensa ninguna, ni aun la propia.

43. Latente está su divinidad, afligida su humanidad y El enmudeció como un cordero, conducido al sacrificio, como una oveja en manos del trasquilador.

44. Es arrastrado primero a Anás, después a Caifás, luego a Pilato y de él a Herodes, y de nuevo a Pilato: jueces todos ellos predispuestos inicuamente contra El, o descuidados y desdeñosos de lo baladí de aquel caso.

45. ¿Quién tolerara que el juez descendiera a actuar como acusador, andando a busca de testigos y sobornándoles para que declarasen contra el reo? Tales fueron los pontífices contra Nuestro Señor Jesucristo.

46. Al fin mostró su cabeza viperina la calumnia e hincó el diente instilador de veneno.

47. Todos compadecen a quien es víctima de la calumnia. Cada uno de nosotros revuelve cielos y tierra si por la calumnia se siente corneado.

48. Nuestro Señor Jesucristo calló ante la manifiesta mentira acusadora y el dolor ahogó su voz; pero la obediencia al Padre cohibió la lengua: *Y yo como un sordo no oía y como un mudo que no abre su boca. Y fuí hecho como hombre que no oye y que no tiene en su boca cosa que responder. Puse una guarda en mi boca cuando el pecador se mantenía en pie contra mí; enmudecí y fuí humillado; callé en presencia de los buenos y renovóse mi dolor.*

49. Contribuye mucho así al realce de la belleza y la dignidad de la escena, como a nuestro aleccionamiento en trances difíciles, meditar las respuestas de Cristo Nuestro Señor a los pontífices y a Pilato En medio del confuso y ensordecedor vocerío de los que le acusaban y pedían su cabeza, en medio de tan rabiosas envidias y calumnias, entre golpes y heridas, en la inminencia de suplicio tan atroz y de muerte tan afrentosa, con cuánta moderación habló siempre y con cuánta sabiduría. No le hicieron perder su divina serenidad los escarnios inmerecidos y sin nombre que padecía hasta el punto que saliese de su boca palabra inmodesta, arrogante, dura, insolente, injuriosa. airada. No mermó a los jueces su autoridad ni alardeó de la propia. No le quebrantó ni debilitó tan gran cúmulo de penalidades tanto, que descendiese a súplicas, a lágrimas ni a otra cualesquiera suerte de humillación de palabra o de obra ¡Qué templanza la suya! ¡Qué prudencia en el fondo! ¡Qué circunspección en la forma! Responde lo estrictamente necesario y no dice una palabra de más, sin aspereza ni arrogancia ofensivas, sin depresión sórdida y cobarde. Al interrogatorio sigue el feo expolio, la cruenta flagelación, la coronación de espinas que perforan su cráneo, las bofetadas, los salivazos, la irrisión, el sarcasmo, una cosa encima de la otra y todo simultáneamente y a la vez.

50. Contra el desdén, contra la burla, contra el ultraje, ¿quién hay que no reaccione con viveza, y más si le vienen de un poderoso? Herodes, con su cohorte, con la de los

amigos y con la del pretorio, menospreció al Señor y no hizo el menor caso de que fuese destinado a su reino, y se rió de El, y para afrentar en El la dignidad real mandó que le vistiesen de púrpura, que es insignia de la realeza, para que resultase más envilecido el suplicio de quien con atuendo regio era arrastrado a la Cruz.

51. ¿Quién había oído nunca o había visto que Nuestro Señor pidiese o ambicionase el poder real? ¿Quién le oyó jamás que hablase de él? La envidia que le tenían fué la que inspiró lo que dijeron o hicieron otros.

52. ¡Cuán ajeno fuera de su dignidad y de su propio decoro que hubiese dicho palabra que significase apetencia del reino judaico o de la tetrarquía de Herodes Aquel a quien el Padre dió el principado del cielo y de la tierra!

53. ¡Y a qué intolerable extremo de indignidad no llegó el que fuese preferido al Señor del cielo y de la tierra Barrabás, ladrón, asesino, revolvedor, y que el pueblo judío quisiese salvar a ése y no a Jesús!

54. Pero ¡qué pueblo! Dejo de decir con cuánta indulgencia fué aceptado y tenido por el Padre de Nuestro Señor; pero ¿cómo lo fué por el mismo Cristo?

55. Todos convienen en poner a la ingratitud en la categoría más grande de la maldad, tanto que (como muchos piensan atinadamente) las leyes no señalan pena para esa monstruosidad, porque tan grande es que no puede el hombre castigarla. El castigo se remite a Dios.

56. Así que alguien experimentó en sí a un ingrato, son de oír sus gritos, sus clamores, la violenta explosión de su enojo, sus maldiciones, sus protestas de que jamás volverá a beneficiarle. ¿Y qué beneficio es el que le hizo? Un puñado de dinero dado o condonado, una invitación a comer o a cenar, el regalo de una capa o alguna insignificancia de esa misma pequeñez.

57. ¿Quién es capaz de enumerar los beneficios que el pueblo judaico recibió de Nuestro Señor? Por lo que toca a su cuerpo, fué apacentado con un manjar nuevo y sabroso; bebió vino de exquisito sabor hecho del agua; tantos, como entre ellos, fueron curados de la ceguedad, de la sordera, de la lepra, de la parálisis, de las fiebres, de enfermedades desahuciadas; llamados de la muerte a la vida, librados del dominio y del maltrato horrible de los espíritus del mal. Y éstos eran hijos, hermanos, parientes, amigos de los que pedían para El la Cruz y, por ventura, alguno de esos mismos personalmente, tan amplio era el círculo de los beneficios de Cristo.

58. Y en lo atañedero a su alma, recibieron todos ellos sana doctrina y la auténtica declaración de una ley oscurísima; esclarecidas quedaron sus tinieblas; se les anunció el reino de los cielos y todo esto de balde y con la mejor voluntad, y sólo a los judíos, como hijos y hermanos, pues el mismo Señor en persona jamás predicó a la gentilidad ni quiso que los suyos fuesen a ella antes de su resurrección, porque este beneficio excepcional no pasase más allá de los límites de la Judea.

59. Y la justa correspondencia a todo esto ¿qué será? Que se le ponga en la Cruz, que muera Aquel que dió la vida y la salud a muchos; que se suelte a Barrabás, que viva el ladrón, que siga matando y amotinando la ciudad. ¡Oh mentes ciegas que corren a precipitarse en el báratro de su perdición!

60. Sale Jesús, llevando la Cruz

a hombros, a plantar en la cumbre del Gólgota el trofeo de su victoria imperecedera.

61. Aun para con los ladrones y piratas, que infestaron tierras y mares, que se llevaron cautivos a muchos, que degollaron a muchos, cuando se les lleva al lugar de la ejecución se respeta su flaqueza, se les alivia el cansancio, si tienen sed alárgase a sus labios la mejor bebida que se tiene a mano. Y Nuestro Señor, abrumado de fatiga, es arrastrado, es empujado, es pisoteado; tiene sed y se le propina vinagre.

62. Levántase un cadalso elevado, espectáculo futuro de los ángeles y de los hombres, en el cual se arbolará la salud del humano linaje a fin de que no se recluya en el recinto amurallado de una sola ciudad, sino que pueda ser oteado desde todas las naciones; erígese en lo alto porque se sepa que aquella salud es universal, así para lo alto como para lo bajo, porque lo bajo suba a ella y lo alto se ponga a nivel con ella.

63. Extendidos los brazos, encorvadas y encogidas las piernas, cuélganse en la Cruz y sus manos y pies son taladrados con clavos fieros.

64. ¿Qué entendimiento es capaz de comprender cuánta sea la enormidad y crueldad de esos dolores, con las manos y los pies clavados en el madero, tanto mayor cuanto que todo el peso del cuerpo gravita sobre manos y pies así traspasados?

65. Y a ese cuerpo de tal manera descoyuntado y lacerado acercáronse dolores morales, ni pocos ni pequeños.

66. Escogióse para su suplicio un día festivo, la mayor celebridad de los judíos, a fin de que, mientras éstos celebraran sus fiestas alegremente, a El, el público regocijo le agudizase la aflicción y que en el mismo día que se indulta a los otros, El fuese acusado y atormentado y se le quitase la vida cuando a los otros se les devuelve.

67. Aguardóse el tiempo en que del mundo todo confluían los judíos a la celebración de la Pascua para que el espectáculo de la muerte de Cristo fuese más concurrido.

68. En aquella ocasión ocurría a su espíritu que El, que pocos días antes había sido recibido como Rey y como Mesías, que se le había tenido como gran Profeta y a quien se le había ofrecido la dignidad real, a quien muchos habían adorado, colgaba, desnudo, en el árbol de la execración, puesto en medio de dos ladrones, como convicto del mismo crimen, contemplándole estupefactos sus amigos, confusos y corridos sus parientes y deudos, en pie el discípulo amado, arrasados en lágrimas sus ojos y henchido su corazón de tristeza extremada; y en pie su Madre. ¿Quién podrá decir de cuán gran tristeza estaba transida? Los tormentos del Hijo traspasan como con un cuchillo sus entrañas de madre. El dolor de la Madre renueva el dolor del Hijo, lo intensifica, lo exacerba.

69. ¿Qué más? ¿Qué más puede añadirse a esto? El odio de los pontífices y los fariseos nacido de la envidia y su rabia carnicera no saciada aún con aquellas penas y aquellos tormentos, ya que nada puede añadir a las torturas físicas, añade el baldón y el sarcasmo. *Aquel a quien Tú heriste, persiguiéronle*—dijo— *y encima del dolor de mis llagas añadieron denuestos.* Mas para Cristo, más recio de sufrir era el dolor ante su depravada voluntad que la injusticia de los ultrajes, pues veía que aquellos a quienes amaba (aun cuando fuesen crucificadores y verdugos suyos) iban a perderse con-

servando contra El su cordial enemistad; siendo maldecido, no maldecía; siendo golpeado, no amenazaba; entregábase a quien le juzgaba injustamente.

70. Pendiente está en la Cruz aquel cuerpo, el más exquisito de todos los cuerpos; aquel cuerpo anejo a la Divinidad pende majado, atormentado, golpeado, descoyuntado, ensangrentado; horroroso de ver con sus heridas, sus cardenales, tumores, lividez y llagas. ¿Quién en fealdad tanta reconociera al más hermoso de los hijos de los hombres? ¿Quién en aquel abatimiento reconociera al Rey de los siglos y en ignominia tan grande la gloria del Padre, al Hijo de Dios, al Príncipe del mundo? *Astas en sus manos; allí está escondida su fortaleza.*

71. Y el profeta Isaías dice de El: *No hay buen parecer en El ni hay hermosura. Vímosle y no tenía apariencia y le deseamos. Desechado está y es tenido por el más abyecto de los hombres, varón de dolores, experimentado en flaqueza. Escondimos el rostro de El, le menospreciamos y le tuvimos por nada. Ciertamente, nuestras enfermemedades El las llevó y El sufrió nuestros dolores. Y nosotros le tuvimos como herido y abatido de Dios. Mas El, vulnerado fué por nuestros crímenes y molido por nuestras inquietudes. El castigo por nuestra paz sobre El y sus cardenales son nuestra salud.*

72. Si alguno, con diligencia, considerare cuánto sea el poder atribuído al diablo por Dios desde el comienzo de su naturaleza, ¿acaso no echará de ver que no hay linaje de calamidad y de aflicción que no se abatiera profusamente sobre el cuerpo de Cristo y sobre la parte inferior de su alma? Sin duda, fuera del pecado y de aquellos achaques propios de determinados hombres, no de la Naturaleza.

73. Dios dió soltura al demonio; quedó libre la potestad de las tinieblas, a la cual ninguna hay sobre la tierra que le sea comparable, como dice Job: *Se le permitió ensañarse en Cristo cuanto quisiese y pudiese, y quiso cuanto pudo quien hubiera querido poder mucho más.*

74. Pues así como nada ama Dios *secundum se*, como al hombre Cristo, ni nada más que Cristo ama a Dios, así a nadie odia el diablo tan cordialmente como a Cristo.

75. *Y mostróme el Señor*—dice Zacarías—*a Jesús, gran sacerdote que estaba delante del Angel del Señor y Satán estaba a su derecha para ponérsele en contra.* El flanco derecho de Cristo atacaba Satán; es decir, el bien que más quiere, la Iglesia su Esposa y su reino, que no tendrá fin.

76. Pero de este ataque bien seguro estaba Cristo, rodeado de la muralla del auxilio divino, del cual dice El mismo en el salmo: *Ponía al Señor siempre delante de mí, porque estando El a mi diestra no seré conmovido.* Al flanco siniestro, que se inclina a la parte inferior de la Humanidad, lo infestó el demonio.

77. Y así fué que como en avenida torrencial desbordáronse sobre el Señor trabajos, penalidades, dolores, tormentos, llagas, tedio, desazones, confusión, fiebre, pavor, ansiedad, amargura.

78. Dada por Dios esta potestad al diablo, con razón se queja Nuestro Señor a su Padre de que el espíritu maligno desató contra El todos sus recursos. Tentado fué en todo, por semejanza, sin pecado.

79. Si en cualquiera de nosotros

cayera no más que una parte de estos males tan grandes, ¡qué compasión no tendría cada cual de sí mismo, y cuánta los otros de él! Todos se le acercan y le dan asistencia en la medida que puede cada uno: el uno con efectos, el otro con consejos; el uno con su diligencia, el otro con su deseo y con su voto explícito. ¿Quién de nosotros hay de tan negra suerte o acosado por un odio tan grande de sus paisanos, a quien falten esos solaces y alivios? Y en cambio, ¿quién se dignó dirigir a Nuestro Señor siquiera una palabra de cariño, ya que no por otra cosa, sino para su conorte moral, animándole a sufrir tormentos tan crueles? Sus condolencias fueron los ultrajes, las blasfemias, los sarcasmos, los denuestos.

80. ¿Quién había en toda la Judea tan necesitado y tan pobre, de miseria tan extremada y desesperada, que si se le diera a escoger, trocara su situación con el Hijo del Hombre? Aun el ladrón condenado al mismo suplicio y colgado ya en la cruz y moribundo hace burla de El, olvidado de sí mismo.

81. Dice el viejo proverbio que la cara linda es una callada recomendación. ¿Quién no simpatiza con el buen parecer? ¿Quién no lamenta el agostamiento de la verde edad, a manera de flor hermosísima, que, por el soplo del cierzo o por el pisar de los pies, languidece y se marchita? Es arrebatado Jesús, el más hermoso de los hijos de los hombres, en la más hermosa y verde espiga de su juventud; y porque la compasión fuese mayor en los que la conocían, tan violenta fué la crueldad de los tormentos que no reverberaba ni la gracia de su belleza ni la verdura de sus años.

82. Muere el Señor, por fin, y en medio de los dolores y de los tormentos para cualquier otro intolerables, sufre muerte voluntaria. *Nadie*—dice—*me quita el alma, sino que yo la licencio de grado.* Quiere con ello decir que, con el mismo poder con que la depone, la recobrará.

83. Todo lo restante hasta la resurrección confórmase con su vida antecedente; vivió sin hogar fijo, y en su muerte no tiene sepultura propia, sino prestada. A fuerza de ruegos, José de Arimatea consiguió de Pilato que se le permitiera sepultarlo.

84. Entonces, para confirmación irrefragable de su muerte, fué traspasado con una lanza por un soldado entre las costillas, de donde brotó al punto sangre y agua.

85. De una costilla de Adán dormido fué sacada su esposa. Del costado de Cristo, dormido también —¿qué otra cosa fué su muerte sino un sueño?—, salió su divina Esposa la Iglesia.

86. Rociada fué la Iglesia con el agua y con la sangre del Señor. El agua simboliza la purificación de la Iglesia; la sangre, su participación en los trabajos de Cristo, y por los trabajos, la participación de su reino y de su bienaventuranza.

87. Ese grave e inhumano suplicio de Cristo es la panacea más cierta y probada del sin cuento de las dolencias morales del hombre, siempre que no se le considere como una relación fría de cuanto padeció inmerecidamente un varón justo, sino que se le refiera a nuestro aprovechamiento. Lo que era de El tuvo ya fin: apagóse la humildad de su vida mortal, pero vive su reino sempiterno.

88. Nosotros, en nuestro interior, pensemos de esa manera. No

padeció para sí Cristo, que no mereciera ninguno de estos padecimientos; nosotros fuimos la causa de tamaños tormentos y de muerte tan inmerecida.

89. Pues porque había tomado sobre sí nuestra personalidad y nuestra causa, redundaron en El, limpio de delito, todos los males de los que por nuestro delito nos habíamos hecho acreedores.

90. ¡Oh, cuán poderosas son las fuerzas de la caridad! No sin razón se dice que el amor todo lo vence y que no hay en nuestra alma potencia más avasalladora. ¿Qué cosa hay tan grande, tan ardua, tan horrible, que el amor no la acometa y la supere? Cuando faltaren todas las otras pruebas, baste este amor de Cristo, único, o mejor, callen todos los otros amores.

91. Investigaron los Santos Padres si el Hijo de Dios no se hubiera encarnado, si el hombre hubiese seguido gozando del favor de la Divinidad. No hay acuerdo unánime entre ellos; pero en donde existe unanimidad es en que El no hubiese tenido que sufrir molestias, trabajos, penalidades, angustias, tormentos y muerte muy acerba si nosotros nos hubiéramos mantenido en la pureza y entereza originales.

92. Por ende, fué nuestro pecado el que acumuló en este Hombre inocentísimo una tan alta montaña de males.

93. Aplacóse el Padre por el amor y la obediencia del Hijo, o, mejor, el mutuo amor del Padre y del Hijo redundó en todos nosotros.

94. Verdadera e inequívocamente ámanos, Dios, a todos nosotros, como suele decirse, de buena fe. Y, en cambio, nosotros no correspondemos a ese amor como es debido. Esa nuestra voluntad fría nos separa de su gracia y nos aleja de su acceso. Con todo, la inmensa caridad de Cristo suple el defecto de la nuestra por la confianza en El para que, puesto que nosotros, que no tenemos tanto amor como para poder aproximarnos a Dios, nos acerquemos a El por el amor del Hijo con una adhesión total y con toda la confianza, la gratitud, la benevolencia posibles.

95. Este es el grande y divino mérito de Cristo que se pone en lugar de nuestro mérito; ésta es la solución favorable que nosotros, por nosotros mismos, no podíamos dar. De este amor recíproco del Padre y del Hijo, grande, encendido, imponderable, nació aquella grande y universal reconciliación, por causa de cuyo amor las aflicciones de Cristo fueron muy mayores de lo que merecían y merecerán los pecados de toda la Humanidad, pues el complejo de aquel amor comunica una grande e inmensa dignidad a la persona.

96. Verdaderamente apropiadas, pues, a Cristo Salvador nuestro están aquellas palabras de Job: *¡Oh, si fuesen pesados mis pecados por los cuales merecí enojo y esa desventura que padezco en una balanza, ésa aparecería más pesada, como la arena del mar!*

97. De esta general reconciliación origínanse reconciliaciones singulares en las ofensas que a cada instante cometemos.

98. Canceladas quedaron nuestras enemistades con Dios, y borrada quedó con la sangre de Cristo la escritura de la esclavonía de Adán que Cristo subió consigo a la Cruz y dejó luego en el sepulcro para que de ahí resurgiese el nuevo Adán a la libertad definitiva.

99. Inestimable grandeza la de la redención, de la liberación, del rescate, de la restitución a la patria,

de la reposición en la gracia de Dios, consumada con ese sacrificio único, sí, pero por la infinita excelencia del Sacerdote y de la Hostia.

100. Con esa única aspersión de sangre levantóse el linaje humano de su abatimiento; se despertó el dormido, y el muerto revivió. No es, pues, de maravillar si algunos de los Santos Padres dijeron que a su debido tiempo el cráneo del primer hombre Adán fué enterrado en el mismo cerro donde fué crucificado el Señor, en la misma huesa encima de la cual se plantó la Cruz, y que la sangre de Cristo, al correr, tocó aquel despojo, y que gracias a esta unción y riego quedó sano el linaje humanal que por él había sido vulnerado mortalmente. Pero, puesto que hay otros Padres que lo niegan, no tomemos nosotros partido, sino subamos más arriba del monte, de la huesa, del hueso, que no nos son necesarios, pues en Cristo todo es celestial, espiritual y divino.

101. Pero lo indudable es que, así como por un solo hombre Adán entró la muerte en el mundo, a su vez, por un solo hombre, Cristo se nos fué devuelta la reconciliación y la gracia, y así como la desobediencia de un solo hombre hizo a muchos pecadores, así la obediencia de otro Hombre hizo a muchos justos.

102. ¡Cuán grandes son las dimensiones de los misterios de su pasión y muerte, escándalo para los judíos, locura e irrisión para los gentiles y para los santos amigos de Dios admirable y adorable sabiduría!

103. En ella y por ella conseguimos el perdón del delito inveterado, la purificación de los nuevos, la vuelta a la patria, el acceso al Príncipe y al Padre, esto es, al principado de la eterna bienaventuranza.

104. En ella tenemos doctrina y dechado: *Puesto que Cristo padeció por vosotros*—dice San Pedro—, *os dejó asimismo ejemplo para que sigáis sus pisadas.*

105. A saber: porque cualesquiera que fueren las adversidades de la vida, las soportemos con espíritu más firme y más entero, recordando que las padeció mucho mayores Cristo que no las merecía, por nosotros, para cuyas maldades, ¿qué castigo habría proporcionado y suficiente?

106. ¿Quién llevará con desabrimiento que le sobrevenga alguna de aquellas penalidades que se acumularon en el Hijo de Dios, tales, por cierto, que ninguna de las nuestras se las puede comparar? Nadie puede quejarse de ser tratado con más dureza que el Hijo, heredero único, que no cometió pecado ni en su boca fué hallado engaño.

107. Avergoncémonos de quejarnos de nuestra condición. Avergüéncense los esclavos de no obedecer al Señor en cosas de poco momento, recordando que el Hijo de Dios obedeció en cosas gravísimas, hasta la extinción de su mortalidad.

108. Más bien debemos conducirnos alegremente entre las molestias e incomodidades, pensando que en algún punto nos conformamos con el Señor, que es nuestra Cabeza. Ninguna otra cosa puede parecernos más bella ni más deseable que esa de que poco a poco nos aproxime la semejanza y luego la unión nos haga unos con El. Fácil y rápida es la cohesión de los semejantes.

109. Esta semejanza será tanto más cercana y más conforme si nosotros nos afligimos por causa semejante; verbigracia: por obedecer a Dios, que es nuestro Padre; por las leyes justas impuestas por el superior, por la salvación de las almas,

por defender la verdad y la justicia. Buscóse el pretexto de la muerte de Cristo en la predicación de la verdad y de la religión por aquellos a quienes la verdad era odiosa y aborrecible. Y Cristo prefirió padecer aquellos tormentos atrocísimos a abandonar la defensa de la verdad y de la piedad que a nosotros, en gran manera, nos convenían. Y así fué que por todos estos padecimientos se votó a nuestra salud, a los tormentos y a la muerte.

110. Tenemos que salir con Cristo extramuros de la ciudad si con El queremos ser crucificados, esto es, fuera de toda mira y concupiscencia de la carne y de la vida; hemos de despreciar los placeres, los regalos, las blanduras; hemos de posponer a los propincuos, a los afines, a los amigos; hemos de desdeñar la ambición de los honores y de las riquezas, de las dignidades, del poder. De otra manera, no seremos crucificados con Cristo fuera del campamento, sino que, en el mismo bullicio y estrépito castrense, el diablo nos arrebatará consigo a la cruz. El diablo tiene su cruz harto diferente de la cristiana y ciertamente con lucha, con tormentos, con dolor, con muerte, pero sin victoria, sin resurrección, sin bienaventuranza.

111. Tenemos que pelear con las mismas armas que blandió Cristo; a saber: con las armas del cordero, con la paciencia, con la tolerancia, con la templanza, con la mansedumbre, con la benignidad, con la benevolencia. Con ellas, a imitación de Cristo, venceremos más válida y eficazmente que con la ira, con la porfía, con el denuesto, con el hierro, con la crueldad, con la incapacidad de sacrificio.

112. Tenemos que lavar nuestras estolas en la sangre del Cordero para ser blanqueados en su candor sin mancha. Lavan así sus estolas los que le siguen, y le siguen sólo aquellos que le imitan en sus obras, pues este camino se emprende con el espíritu, no con los pies. Quien dice que él permanece en Cristo, debe caminar así como El caminó.

113. *Esta es la gracia*—dice San Pedro—, *si alguno, a causa de la conciencia que tiene delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Porque, ¿qué gloria es si, pecando vosotros, sois abofeteados y lo sufrís? Mas si, haciendo bien, lo sufrís con paciencia, esto sí que es agradable ante el acatamiento de Dios.*

114. Y con todo eso es tal la fuerza y la potencia de los trabajos y de la pasión de Cristo, cual dicen que reside en el cuerno del unicornio que purifica las aguas pestilentes y emponzoñadas si se pone en contacto con ellas. Pero ¿a qué viene traer aquí ejemplos tomados de otra parte si en la Historia Sagrada tenemos uno del todo pertinente? Echó Moisés un madero en las aguas amargas, que muy luego tornáronse dulces y sabrosas. Así que si ante las incomodidades y daños de esta vida, aun de los que por nuestra culpa contrajimos, llevamos nuestro pensamiento a la meditación y al contacto de la pasión de Cristo, haremos la resolución de padecerlas con entereza, puesto que Nuestro Señor las padeció semejantes. Por este motivo, nosotros tomamos una cierta semejanza con El, y aquellos daños no sólo se nos hacen llevaderos y tolerables, sino que cunden en pingües aprovechamientos. La contemplación de la pasión de Cristo aprovecha, no ya para consuelo, sino para la purificación del alma y el acrecentamien-

to de la piedad, puesto que tú, que inicialmente eras atribulado por pura culpa tuya, empiezas a derivar hacia ti algo de la justicia y de los méritos de Cristo. Y de crucificado que estuviste con el ladrón pasas a la cruz de Cristo y mueres clavado con los mismos clavos que El para resucitar con El.

115. En la pasión del Señor los venturosos de ese mundo tienen una enseñanza viva porque no les engría ni les insolente su felicidad y no hagan de ella demasiado caudal viéndola recusada por Aquel en cuya mano están todas las cosas; porque desconfíen y recelen cuerdamente de su prosperidad y de los negocios que marchan según sus antojos, puesto que ven que les hace desemejantes del Hijo de Dios en esta vida mortal.

116. Sólo una vez y tiempo ha que Nuestro Señor Jesucristo padeció todas las penalidades de los judíos y de los gentiles que hemos dicho; mas de nosotros las padece cada día y a todas horas y más gravemente y por causas más livianas. Nosotros le traicionamos, nosotros le vendemos, y hartas veces por un precio más ruin que Judas. Pero ¿qué precio puede igualarse a Cristo y a nuestra salvación? ¿Qué pro pueden hacer las riquezas a los perdidos y desesperados? Pero si ya no tienen ninguna. Nosotros le abandonamos, le negamos, no por miedo de la muerte, como los apóstoles, como Pedro, sino por un dinerillo, por un gustillo, por una palabrilla, por juego y por donaire, y a veces absolutamente sin motivo alguno, sino por un detestable hábito de mal obrar. Nosotros hacemos burla de El, no haciendo caso de sus mandamientos y su doctrina; nosotros le volvemos la espalda, le escupimos, le damos bofetones. Nosotros le ponemos en la Cruz y crucificado le exponemos al pueblo para ludibrio y befa cuando no nos avergonzamos de contravenir en público sus mandamientos que El sancionó con su sangre y con su muerte. Puesto en cruz le denostamos cuando cohonestamos nuestros crímenes y hacemos burla de las leyes que nos vedan cometerlos, despreciando y maldiciendo a quienes, en nombre y autoridad de Cristo, nos desaconsejan que hagamos tal. Finalmente, para no detenerme en cada singularidad, nosotros, en nuestro interior, le damos muerte y le sepultamos cuando se apaga en nosotros todo el respeto de que le somos deudores.

117. Hay otra consideración de Cristo por parte de cada uno de los hombres. Así como Aquél fué constituído cabeza de toda la creación, así también soldó todos los miembros de su cuerpo con la ensambladura de la caridad, por manera que cada uno era afectado por la pasión de otro.

118. Y no solamente quiso que cada uno de nosotros se hiciese El mismo por el amor, sino que, en lugar de uno, púsose a El mismo, por manera que hemos de pensar que cualquier hombre que veamos es Cristo. Entre amigos, todas las cosas son comunes, y el amor hace de los amigos una sola cosa.

119. Por eso, a cualquiera que vieres de tal manera afligido, que en algún concepto sea semejante a Cristo, persuádete de que ves al mismo Señor y traslada a ése el afecto que debes por tan grandes beneficios, o, mejor, comunícaselo a él que reproduce al mismo Cristo y te lo pone delante de los ojos.

120. Y Cristo recibirá todo cuanto hicieres por ese hombre como si lo hicieres por El mismo, bien para

premio de ese obsequio, bien para satisfacción de la mala voluntad.

121. Si hicieres escarnio de tu prójimo, escarneciste a Cristo; si no lo beneficiares, si no le ayudares, si no apartares de él la injuria en cuanto esté en tu mano, si no le consolares, te has olvidado de Cristo. Si le afligieres, si le vejares, si le golpeares, pusiste a Cristo en la Cruz.

122. Esas crucifixiones morales deben sernos amarguísimas y lloradas con verdadera contrición. Ellas son nuestra ruina, como la primera fué nuestra salud. Conviene temerlas y precaverlas.

123. Y lamentarlas cuando acontecen, y no con lágrimas hipócritas, y poner inmediatamente un cuidado muy celoso para que resucite en nosotros quien por nosotros fué puesto en la Cruz, donde volvió a padecer muerte.

124. Muera nuestra carne en Cristo y viva Cristo en nuestro espíritu. En el frío nada vive, y vive todo en el calor y en la caridad. Vive el amante en el amado y a su vez el amado en el amante. También nosotros, si amáremos a Cristo, que padeció tanto por nuestra salvación; si amáremos al prójimo, que nos representa a Cristo corporalmente, y somos benévolos y benéficos para con él, vivirá Cristo en nosotros y nosotros en El y por El, porque El es nuestra salud y nuestra vida sin fin y nuestra bienaventuranza eterna.

40. ANTE LA IMAGEN DE CRISTO SALVADOR O REINANTE EN EL CIELO

¡Oh Hermano nuestro, oh Hijo natural de aquel Padre de quien somos hijos de adopción por Ti, oh Cabeza de nuestro cuerpo: vémoste, Rey de los cielos; no te olvides, empero, de esta tierra tuya a la cual te hizo bajar el amor inestimable que nos tienes. Tú, desde ese lugar, a nosotros, miembros tuyos, nos das esperanza de que podremos llegar a esa mansión a que Tú fuiste sublimado. ¡Oh fortaleza y defensa nuestra! ¿Quién ya podrá dañarnos, confiados como estamos en Ti? ¡Desventurados los que no te conocen; felices los que siempre te contemplan! Bienaventurados los que te conocieron acá abajo en los días de tu carne mortal; pero más bienaventurados los que en el cielo te ven y te verán reinando en los mejores bienes de tu Padre. ¡Oh amor y delicias del linaje humano, oh nuestra única confianza, tómanos en tus brazos; danos besos e infunde tu espíritu en nuestros pechos; haz, para nuestro consuelo, que tu recuerdo asalte a la continua nuestras mentes. Levántanos de nuestra postración; abre nuestros ojos y levántalos a Ti; abre tu boca para llamarnos; abre nuestros oídos para que te oigamos, a fin de que, habiéndonos propuesto tu vida como guía y norte, enderecemos a Ti todas nuestras acciones, todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos.

Otra

Apartas a Magdalena que no te bese los pies, porque a su juicio todavía no estaba glorificada tu carne y te buscaba vivo entre los muertos y para ella no eras igual al Padre. Por esto no permitiste que se imprimiese en tus pies un beso indigno de tu majestad. Tú ya, para nosotros, Rey eterno de la gloria, resucitaste de la muerte; ya subiste a tu Padre y a nuestro Padre; ya estás sentado a la derecha

de Dios Todopoderoso: consiente que nosotros nos acerquemos más a Ti, o, mejor, acércate Tú a nosotros; bésanos con un beso de tu boca; si de ello te dignares, nos harás dignos de muchos otros besos y abrazos y coherederos de tu reino.

En cualquier momento que Cristo saldrá a nuestro encuentro, haciendo o diciendo o sufriendo algo; si es cosa próspera, ruégale que te admita en ese consorcio; si es adversa, que te saque del trance penoso y te aleje de él.

Digresión

1. Llegó Cristo al reino celestial por la ignominia terrenal.

2. A la majestad eterna, por una momentánea abyección de esa vida efímera.

3. Sublimada fué su carne, porque fué abatida y baldonada y hollada.

4. Así convenía que Cristo padeciese y por este camino entrase en su gloria.

5. Cristo, por nosotros, hízose obediente al Padre hasta la muerte, y la muerte era de cruz; por esto el Señor le exaltó y le dió un nombre que está por encima de cualquier otro nombre a fin de que en el nombre de Jesús hinquen su rodilla el cielo, la tierra y el infierno.

6. Y lo que sube, ¿qué es sino lo que descendió a las partes inferiores de la tierra?

7. Estos misterios contienen para nosotros doctrina y ejemplo, de manera que si queremos subir como Cristo, bajemos con El primero, con la sujeción de nuestra voluntad a la voluntad de nuestro Padre celestial.

8. Así por una obediencia semejante, el Padre de Cristo nos exaltará con Cristo.

9. Seamos crucificados para ser levantados.

10. Muramos para resucitar.

11. Siendo partícipes de sus trabajos, lo seremos de su solaz.

12. Por la carne humillada y afligida llegaremos a la carne gloriosa y reinante.

13. Si Cristo, afligido, fuere nuestro dechado en la vida mortal, Cristo glorioso será nuestro ejemplar en la vida eterna. El que fué imagen terrestre, lo será también celeste. Ve adónde llegó Cristo para que tú no ignores ni dudes ser ése el camino que conduce donde El llegó.

14. Ahora que Cristo hizo su entrada en el cielo, tiene el universo mundo su cabeza, tiene la familia su primogénito, tiene la ciudad su rey, tiene la Iglesia su Pontífice, tiene su medianero y pacificador entre ella misma y Dios.

15. Ahora está asentada y establecida la ciudad, constituído el reino, el templo edificado, puesta por cabeza de esquina la piedra que había sido reprobada.

16. Su reino es el reino de todos los siglos, en cuyos vestidos y en cuyo muslo está broslada la leyenda: *Rey de reyes y Señor de los que señorean.*

17. Y el Padre dice de su Hijo: *Yo le pondré por primogénito, encumbrado más que los reyes de la tierra.*

18. *Para siempre le conservaré mi misericordia y será firme con él mi alianza.*

19. *Y pondré su simiente para siempre y su trono como los días del cielo.*

20. *Y su trono como el sol en mi presencia y como la luna perfecta, la cual será testigo fiel en el cielo.*

21. *Nada podrá el enemigo contra El, y el hijo de iniquidad no le podrá dañar.*

22. *Vestiré sus enemigos de sonrojo, y sobre él florecerá mi santificación.*

23. Y ya entonces nosotros, rechazada toda tiranía y toda violencia hostil, seguros, alegres vivimos bajo el poder de tal Rey, a quien todas las cosas le fueron dadas por el Padre y nadie puede resistir su poderío.

24. Ese es el Cordero degollado, digno de abrir el libro de los misterios, cerrado con siete sellos.

25. Este es el león de la tribu de Judá, vencedor y triunfador de nuestro enemigo.

26. Cristo, resucitando de los muertos, ya no muere, y la muerte ya no le dominará jamás; porque murió por el pecado, murió una sola vez; pero porque vive, vive para Dios.

27. Aquí nos defenderá con su fortaleza, y con su mansedumbre nos abrigará, y con su bondad nos dará la bienaventuranza.

41. CONTEMPLACIÓN DE QUIEN VA A OÍR MISA

Todos nosotros somos deudores a Dios, hijos de ira y de castigo. Cristo pagó por todos y satisfizo al Padre. Este sacrificio tan grande y este beneficio universal incluído en un misterio celebra cada día la Iglesia que, por otra parte, había de serle tan ingrata. También nosotros, con espíritu de piedad y de gratitud, acudamos a la rememoración de tan gran bien y de alegría tanta; pero puros a una cosa tan pura, a fin de que lo santo nos santifique, pero no nos manche. Todo lo que allí verás y oirás es una representación de aquel divino beneficio. ¡Cómo tu alma es excelente, inmortal, creada para la eternidad y la celestial bienaventuranza! Y como a su vez Dios es soberano, omnipotente, infinito, conviene que te persuadas de que todo aquí es excelente y sublime en grado sumo para que penetren en tu espíritu con la más grande dignidad. Saboréate en espíritu con lo que entiendes; acata y reverencia lo que no entiendes, atento siempre a todo y esfuérzate por entender no por curiosidad, sino por amar más ardientemente. El conocimiento es el origen, y la causa de amar el bien, Si Cristo no cesó de hacerte bien ni otra cosa hizo mientras lo obraba, dime: ¿Cuánto cuidado es de razón que pongas en tu propio bien? El te hizo tan gran bien de obra: hazle tú alguno de pensamiento; El, con el efecto; tú, al menos, con el afecto, y en tu tan gran bien sé cooperador de Cristo.

42. AL MISTERIO DEL CUERPO Y DE LA SANGRE DE CRISTO

¡Oh Memorial de una realidad que no nos conviene olvidar nunca y que es de nuestro mayor interés traer siempre delante de los ojos; a saber: la pasión y la muerte de Cristo, con las cuales nos redimió y nos libró de las cadenas de la muerte, restituídos a la primera inocencia, retornados a la vida. Prenda es de su amor para con su Esposa la Iglesia. Nexo de mutua caridad entre Cristo y nosotros que comemos un mismo manjar, no tanto corporal que por ser de materia endeble en breve tiempo termina su acción y se sale del cuerpo, como espiritual, por el cual nuestros espíritus se unen todo el tiempo que quieren. Símbolo del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia, en la cual ya nadie vive para sí. Como en el pan

ya no aparece el grano de trigo que, molido y hecho harina, no forma más que una masa, y de muchos racimos de uva estrujados se hace el vino, tal es la fusión y la unificación de la Iglesia mediante la caridad, de modo que cada una ya no vive su vida individual, sino que en él vive Cristo. La incorporación de nuestro ser con Cristo hácese cuando le tomamos dentro de nosotros. Pone sosiego en el espíritu de cada uno el pensar que no sólo espiritualmente, sino también corporalmente Cristo habita dentro de sí y es salud y vida de cada cual, porque en su pecho recibe la vida. Ese es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que entregó el Padre por amor nuestro y que El mismo ofreció por nosotros.

Es cierto que lo es porque nos lo enseña la fe; nos conviene que lo sea, porque nos lo previene la caridad. De que lo es no hemos de dudarlo más que de la bondad y de la amistad de Cristo para con nosotros. ¡Oh Prenda de una realidad dulce y sabrosa de recordar porque ella nos devolvió la salud verdadera y más cierta. ¡Oh muerte de Cristo, precio del rescate del género humana cautivo, abárcame en tu redención y adopción de los hijos de Dios!

Digresión

1. Después de Dios no hay cosa más cara y agradable a Cristo que la Iglesia su Esposa. Por eso la dejó de Sí y la recomendó una memoria imperecedera, mientras anda peregrina por el mundo, no en objetos externos y ajenos, sino en Sí mismo, pues no quiso que se interpusiese nada entre su Iglesia y El, para recuerdo de su recíproca bienquerencia fuera de Sí mismo.

2. Esta manda es, a su vez, un gran gozo y un perenne consuelo de la Iglesia, la cual, así como consta de cuerpo y alma, no ya sólo espiritualmente, sino también corporalmente tiene a su Esposo, el mismo que está sentado a la derecha del Padre.

3. Cómo está allí Cristo, cómo por nosotros es sumido, es un misterio que excede nuestros sentidos así del cuerpo como del alma. Con todo, no dejes de considerar y preguntarte eso: ¿Qué cosa hay en toda la Naturaleza que no supere y trascienda nuestros sentidos? ¡Cuán breves y reducidos son los límites de nuestro ingenio! No te maravillarás, pues, de que ese misterio esté fuera de los sentidos cuando tan pocas cosas son las que están dentro.

4. Todo en este misterio está henchido de caridad; pero si levantamos ojos y mientes a Aquel que todo lo puede, fe tan grande no nos es necesaria.

5. Si referimos a nosotros las cosas divinas, todo será difícil e increíble; pero si las referimos a Dios, todo será fácil, llano, creíble.

6. La misma institución del sacramento testimonia el amor de Cristo para con nosotros.

7. En la última cena, teniendo Cristo que pasar del mundo al Padre, en medio de aquellos a quienes amaba con la más entrañable de las ternuras, dejó esa prenda de Sí, hincada para siempre jamás en nuestra memoria.

8. Si le comieres como a pan, no sólo no te aprovechará como pan, sino que te dañará; y cuando le tomares como medicina y por tal medicina ni observas el tiempo ni el modo, convertístela en veneno y comes y bebes tu propio juicio, porque entre el cuerpo del Señor y cual-

quier otro alimento, no pones diferencia alguna.

9. Pero si lo tomares como medicina, serás curado; si como salud, serás salvado; toma, pues, antes en tu espíritu que en tu paladar a Cristo.

10. Lo primero es tomarlo espiritualmente que corporalmente.

11. Pero Cristo, que antes en el seno del Padre fuera puro espíritu, llevado de su amor para con nosotros, bajó a la tierra, con vestido de carne, y en su testamento nos legó de sí una manda corpórea. Ese amor nos invita a que le sumamos en cuerpo y en espíritu.

12. También nuestro amor para Cristo nacido del suyo y, por ende, hasta cierto punto, semejante a El, no contentándose con solas cosas corporales, dimana afuera, a los sentidos, y desea inmergirse todo y completamente en el amado.

13. La comunión espiritual invita a ese espiritual convite. Y la refacción corporal enciende y aumenta la refección espiritual por el emocionado recuerdo de beneficio tan grande.

14. Y así como el Hijo de Dios fué siempre espíritu y lo será, si bien temporalmente se vistió de carne, así la comunión espiritual debe ser frecuente, cotidiana, prolongada, casi perpetua para imitar en cuanto esté en nosotros la eternidad de aquella espiritualidad. Mas la comunión sacramental tiene sus tiempos e intervalos.

15. Sumimos, pues, a Cristo corporalmente para significar la unión de los espíritus por la de los cuerpos. Y porque entiendas cuán amigos sois Cristo y tú, puesto que moráis juntos dentro de los límites de una misma sustancia. Así que no amas a quien está lejos de ti, ni siquiera fuera de ti, sino dentro de ti.

16. Veas, pues, de amar y de ser fiel; así retendrás y no de otra manera. Con tales estrenas se deleita ese huésped, y con esos banquetes no se va.

17. ¡Cuán bien recibido conviene que sea el don que viene de un amigo muy estrecho! Y un legado testamentario! ¡Y una recomendación última! ¡Y un recuerdo que se deja para que refresque a menudo la memoria de un amor tan tierno! Si el amigo fué querido, si fué grato, si fué dulce, queridos son y gratos y dulces los recuerdos de aquella amistad y tanto más queridos cuanto más unidos al mismo amigo y cuanto más reproducen su memoria. ¿Y qué diré si es una parte viva del mismo y amable no sólo por el afecto mutuo, sino porque es saludable y apetecible? Cierto es que no podía hallarse o recomendarse un recordatorio mejor y más eficaz que éste, que tiene la máxima duración y no faltará eternamente.

18. Aquí, en el discurso de esa vida, nosotros los mortales sumimos el cuerpo de Cristo, memoria de su mortalidad. En la eternidad venturosa sumiremos la eficacia y el fruto de su resurrección. Cristo, por su mortalidad, pasó a la inmortalidad; por la pasión, a la bienaventuranza; por la humillación, al reino de todos los siglos. Así nosotros también, mediante el piadoso recuerdo de sus trabajos, tomando el sacramento de su cuerpo mortal, seremos trasladados a la vida sempiterna y, unidos e identificados con la Divinidad, nos haremos semejantes a su cuerpo glorioso. Así que estos misterios temporales son a manera de grados para los sempiternos; son imágenes y simulacros, por los cuales entendamos en espíritu nuestra deificación y la consigamos en el efecto, cumpliéndose lo que el mismo Cristo

prometió: *Como me envió el Padre, viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come él mismo vivirá por Mí; quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna.*

43. EN LA COMUNIÓN

Venero el Divino Sacramento y doy gracias por el don que no tiene precio.

Tú sólo puedes purificarme; purifícame porque no me dañe a mí mismo, tomándote inútilmente.

¿Qué cosa puede dañarme ya, con el recibimiento de tal huésped? Cierto estoy que tengo dentro de mí el Cuerpo de Cristo; mas mi confianza hace que tenga a todo Cristo.

44. A LA VIRGEN MARÍA

¡Oh qué gozos, oh qué alegría conversar con tal Hijo! Aquel en cuyo rostro desean mirarse los Angeles, Tú no le miraste solamente, sino que le llevaste en las entrañas, le alumbraste para el mundo y para la salud del linaje humano, le tocaste con tus sagradas manos, le amamantaste con los purísimos raudales de tus pechos, te saboreaste con sus besos, gozaste con sus abrazos; Tú, risueña y radiante, recibiste su primer balbuceo, el balbuceo del Verbo de Dios Padre soberano, sapientísimo, inmortal; te estuvo sujeto, te sirvió; Tú tuviste el derecho de señalar a Aquel a quien sirve el universo mundo aquellos ministerios que convenían al buen orden de tu casa. Por esto, Tú eres más aventajada que los ángeles. A El los ángeles le sirven y El te sirve a Ti, y así como fuiste la primera en la unión y en la familiaridad, así fuiste la privilegiada en el favor y en la gracia. ¡Oh Tú, que con razón eres la más feliz y dichosa del género humano, impétranos de tu Hijo, que también nosotros percibamos algún sabor de aquella felicidad que Tú bebiste con tan largos sorbos para que también converse Cristo con nosotros y con su presencia continua nos defienda y nos alegre.

Otra

Podemos nosotros concebir a Dios espiritualmente y corporalmente podemos concebirle y parirle; pero este privilegio fué sólo tuyo, ¡oh Virgen! Pero el que Tú corporalmente le parieses, demuestra con toda evidencia que ningún otro mortal le engendró espiritualmente con tal excelencia y plenitud. Tú eres, pues, con enorme ventaja sobre todos, esposa espiritual y madre física; la única madre que le das a luz, envuelto en velos de carne humana. ¡Oh auténtica Heroína y Semidiosa, que tienes a Dios por Hijo: alcanza de nosotros por El que, puesto que en cuerpo y en espíritu es tuyo, al menos por alguna participación de sus virtudes sea nuestro.

45. EN LAS FIESTAS DE LOS MÁRTIRES

¡Oh qué combates los vuestros, cuán graves y difíciles! ¡Qué luchas tan atroces, de las cuales salisteis vencedores por la paciencia y la constancia! Por la muerte vinisteis a la vida; quebrado y despedazado quedó vuestro cuerpo, y sucumbió; mas vuestro espíritu valiente, alegre y ágil tomó el vuelo hacia su origen. Ahora contempláis la verdad, de la cual disteis testimonio a costa de vuestra vida y de vuestra sangre verídica. Desenvueltos de las tinieblas entrasteis en la eterna luz.

Ahora gozáis del premio y de la prez de tal triunfo. Dios lo propuso todo como premio al trabajo, y muy justo parece que cada cual consiga aquello por lo cual trabajó con empeño decidido. Felicísima fué vuestra muerte que, todo y siendo inexorable deuda de la Naturaleza, fué dada principalmente en obsequio a Cristo. ¡Oh muy fuertes atletas, oh soldados invictísimos; ojalá vosotros nos alcancéis de Cristo, a quien amasteis tanto, un poquillo de aquella constancia y de aquella paciencia, un poquillo de aquella voluntad resoluta y pronta, y que deseásemos llevar con vosotros así aquella vuestra Cruz pesada y gloriosa como esas otras tan ligeras y tan pequeñas que se nos presentan todos los días en esa seguridad y bonanza de nuestra existencia y que nos abrazásemos con ellos con todo cariño y que las llevásemos con mucha voluntad y sin queja alguna, a fin de que, hasta el punto que se nos conceda, tomemos alguna experiencia temporal de los trabajos y de las penalidades de Cristo y seamos consortes y particioneros en la eternidad de aquel reino que El conquistó con su Cruz.

46. EN LAS FESTIVIDADES DE LOS SANTOS

Bienaventurados los que, sueltos de esta cárcel nauseabunda, alegres y seguros, tomasteis la vuelta de la patria; los que ni sentís ya más las acucias de esta vida ni teméis la infección de Satanás ni por sus varios ardides os instiga a la separación de Cristo; los que ya podéis exclamar con intrépida seguridad: *¿Quién nos separará de la caridad de Dios que reside en Cristo Jesús?* Nosotros aquí, ajetreados por tantos azares, vamos a flote en el bravío oleaje de este peligro agobiador. Vosotros allí, ciertos ya y seguros de vuestra suerte buena, vivís en alegría suma: rogad al Padre celestial con quien estáis unidos indisolublemente que también a nosotros nos llame a donde vosotros estáis y que de buena gana o repugnando nos lleve a que seamos una sola cosa con vosotros y con El.

Digresión

1. La importancia de la amistad de los santos con Dios que acrecienta extraordinariamente el valor de la persona, ¿por dónde puede calibrarse sino por la proximidad de Dios, que es la mayor o, mejor dicho, que es la única en su amistad?

2. La semejanza de los santos con Cristo por muchas vías se presenta al entendimiento; a saber: porque son hijos de Dios, imitadores de sus virtudes; porque llenan ellos los vacíos que faltaban a los amores de Cristo, como dice San Pablo. Es de razón que los trabajos de la cabeza redunden en los miembros y después que la cabeza está afligida, que sus aflicciones se comuniquen a sus miembros.

3. ¡Qué luz de la Iglesia la doctrina salubérrima a difundir! ¡Qué ejemplo para los que la quieran practicar en su vida y sus acciones! A cuántos, con la palabra y la persuasión, a cuántos con el ejemplo de su vida, a cuántos con sus oraciones llevaron a vida más ordenada y los ganaron para Cristo o, para hablar con mayor propiedad, ganaron a Cristo para ellos.

4. ¡Qué consuelo para los hombres en sus adversidades, con sola su presencia y su vista, cuando los pueblos creíanse asentados como en columnas muy firmes y que tenían

en cierta manera al propio Cristo delante de sus ojos!

5. Y no se engañaron en su opinión. ¡Cuántas veces ellos, con sus súplicas, alejaron el golpe de la Justicia divina y alcanzaron para sus pueblos bienes cuantiosos de Aquel ante quien, por su confianza y su amor, eran todopoderosos!

6. ¿Qué puede decirse más conforme con Cristo? ¿O qué imagen suya más expresiva puede verse?

7. Debemos a los santos acción de gracias de tantos beneficios suyos, tan grandes, tan asiduos.

8. Hemos de amar tanta bondad como Dios dispensa por medio de sus santos.

9. En los santos hemos de adorar la semejanza de Jesucristo, Señor y Dios nuestro, o, mejor, el mismo Cristo debe ser en ellos adorado.

10. Admitidos en el Cielo, unidos con Dios y (por decirlo así) deificados, descollaron sobre cualquier otra jerarquía humana.

11. Adoramos a Dios en ellos y a ellos, absorbidos en Dios con gran confianza, les veneramos, porque ya que fueron benéficos en las estrecheces y miseria de esa vida mortal, tendrán mano más copiosa y larga en aquella abundancia de los bienes eternos. Puesto que tales se mostraron siendo hombres, ¿qué no van a ser ahora que son semidioses? A buen seguro que su mejoría de estado, lejos de restringir su largueza, la acrecentó, de manera que ahora, constituídos en aquella bienandanza y libre distribución de tantos bienes, podrán beneficiarnos tanto como quisieren.

12. Y si a la mujer que padecía flujo de sangre, por su veneración del vestido de Cristo fué tan grata al Señor que le dió la salud, ¿cuál pensamos que debe de ser la nuestra para con los santos de Dios, y a El cuán grata y cuán aceptable y cuán poderosa y eficaz para impetrar lo que le pedimos? No es de creer que estuviese más unido ni fuese más apreciado de Cristo su vestido material que un apóstol o que un mártir suyo.

47. DE LOS MÁRTIRES

¡Qué crudeza de tormentos! ¡Qué tortura de cuerpos inocentes! ¡Cuánta sevicia y cuánta brutalidad y qué ministerio tan atroz así de los que lo mandaban como de los que lo ejecutaban! Y en los mártires, ¡qué poca estima de sí mismos o, mejor, cuánto desdén! Miraban a sus cuerpos como si fueran de piedra o de madera, continuamente absortos en espíritu y pensamiento en Cristo, como clavado está en el blanco el ojo de quien apunta en él. Y cuán verídicos testigos de la verdad, afirmándola no sólo con la aseveración o el juramento, sino rubricándola con su sangre y con su vida y con la intolerable aspereza de los padecimientos. Y con todo en estas tan descomunales penalidades, cuya sola evocación produce en nuestra carne escalofríos y horror en nuestras almas, cuán modestamente o, mejor, cuán bajamente sentían de sí mismos. Pensaban en sus adentros aquello que dice el Señor: *Cuando hubiereis hecho todo esto, pensad: Siervos inútiles somos.* Y pensaban asimismo lo que dice su apóstol: *Tú que estás en pie, ve que no caigas; ten un sano recelo.* Así, que con ansiosa solicitud ejercitábanse en la piedad e imploraban el favor de Cristo, sin el cual es vano nuestro esfuerzo y es baldío nuestro afán. ¿Qué se hará con nosotros que llevamos una vida toda sumida en la molicie, en el regalo, en los

placeres, confiados y apáticos; que juzgamos insoportable cualquier desabrimiento que nos acontezca? No hay cosa tan liviana que con su fricción no nos conmueva impacientísimamente. ¿Abonados con qué confianza nos atrevémos a llevar en nuestros labios el nombre de Cristo y llamarle Padre, y esperar la sentencia de su Tribunal? Si no es coronado más que aquel que legítimamente peleare, ¿qué corona pretendemos o esperamos nosotros que no peleamos jamás, que huimos del combate, que le tenemos horror, como a la mayor de las miserias y calamidades? Estos mártires nos edificaron en su tiempo con el valiente testimonio de la verdad y nos edifican cada día con sus ejemplos, enseñándonos a cohibir los ímpetus desenfrenados, arrojados a los vicios en carrera loca y a despertar a los dormidos en la ociosidad y en la desgana de toda obra meritoria y laudable.

48. CUANDO NOS APAREJAMOS PARA EL ESTUDIO

Nosotros no tan sólo moramos en tinieblas espesísimas, sino que las llevamos pegadas con nosotros. Tú, Dios, que eres luz nuestra, ilumina esta triste y ciega noche, para que conozca la verdad que eres Tú, y la siga y la retenga; hazme más sabio y mejor para que transfunda en los otros una porcioncilla de esa luz que me distribuyes. Mas, lo que me enseñares, dame cordura y buen tiento porque no lo malgaste en alarde necio, no sea que mientras vuelvo buenos a los otros yo me vuelva arrogante y malo, sino que lo utilice primeramente en provecho mío y luego en provecho del prójimo, a fin de que yo, especialmente, sienta en mí los efectos de tu beneficio y de tus luces, y luego de mí irradie a los otros a quien Tú me mandaste que les enseñase.

49. EN EMPRENDIENDO ALGUNA OBRA

Nosotros, a quien el pecado sumió en cerrazón oscurísima, imprevisores del porvenir, ignorantes de nuestras propias conveniencias, emprendemos esta obra que pensamos nos será conveniente. ¡Oh inmensidad de la divina bondad, de la luz, de la sabiduría, para quien todas las cosas son conocidas y claras: ruégote con el mayor de los encarecimientos que remuevas de mí todo lo que vieres que es dañoso a mi alma, que es la potísima parte de mi ser, y que me apartes de ello lo más lejos posible, si me muestro dócil a tu inspiración; y si repugno y rezongo, que me arranques a la fuerza. Mas lo que ha de serme de provecho, impúlsame a ello; a tu guiaje confíome todo; ignorante como soy, me encomiendo a Ti, que eres omnisciente, y ciego como soy me encomiendo a Ti, que eres omnividente; y siendo malo y flaco, a Ti, que eres bueno y todopoderoso. Con tal director y con tal guía todo lo haré y todo lo terminaré, como cumple que lo termine.

Brujas, año 1535.

FIN DE LAS «PRECES Y ORACIONES GENERALES»

OBRAS FILOLOGICAS

CARTA DE JUAN LUIS VIVES A JUAN FORT

SOBRE EL

POETICON ASTRONOMICON DE HIGINO [1]

(1517)

PARIS, PASCASIO LAMBERT

JUAN LUIS VIVES
VALENCIANO

A JUAN FORT, BRAVO FILÓSOFO Y CONTUBERNAL SUYO: SALUD

AQUEL Juan Dullard, de Gante, como en su extremado afán, que tú tienes experimentado, de ser útil a cualesquiera estudiosos, hubiera compuesto unos comentarios meteorológicos, entregó a los impresores un libro de Pablo Véneto, cuyo título es: *Del aderezo del mundo*, al que iba adjunta la historia de los cuerpos celestes; obra, a mi parecer, henchida de erudición y de elocuencia, de Higino, el cual fué latino extremado y primoroso como fácilmente lo colegirás de los comentarios de Aulo Gelio. Yo le tengo a ese Higino a par de Arato, que Cicerón trasladó a los metros latinos de su griego original, por uno de los buenos autores en esta ciencia de los astros. Enseñan verdades averiguadas y ciertas y muy dignas de que se sepan y nadie debe excusarse de su lectura y conocimiento. Teniendo, pues, yo en mis días de París que explicar en público a ese excelente Higino, quise fuera entregado

---

(1) Esta carta hállase al final de la primera edición (1517) de Higino, cuya portada reza:
Higinii hystoriographi et / philosophi argutissimi libri / quattuor non solum poeticas et historicas verum et astronomicas / Permultas veritates acriori collectas lima et Laconica brevitate eno / dantes studiase tibi (quicunque es) *extant adiectis nuper multis In / locis ex multorum Poetarum / Hystoriographorum ac pylosopho / rum Libris notis. Cum recente et utili tabula.* PASQUIER LAMBERT. *Veneunt a fidelissimo alme parrhisiorum academie bibliopola paschasio lambert incluso brunello sub divi claudii signo e coqueretici gymnasii regione.*

a mejores prensas y en tipos infinitamente más legibles y gratos a los lectores. Las enmiendas, si las hay, no deben imputárseme, pues me anticipé a declarar que yo no asistí a la impresión ni una sola vez. Mientras tanto, mi querido Juan, lee en tus horas libres a nuestro Higino, que te hará más docto, aun cuando ya eres doctísimo. Deja algún rato, por favor, las cavilaciones sueséticas y las quebradizas sutilezas dialécticas de Gaspar Lax y consagra a Higino tres o cuatro días enteros.

FIN DE LA «CARTA A JUAN FORT»

FABULA DEL HOMBRE

(FABULA DE HOMINE)

(1518)

JUAN LUIS VIVES

A ANTONIO DE BERGES, MANCEBO NOBILÍSIMO: SALUD

Si tienes tiempo, nobilísimo Antonio, de devanear a ratos, he aquí dos opúsculos míos en que podrás hacerlo a placer. No tengo a mano ningún otro envío mejor con que demostrarte el amor que te profeso. De la grandeza de este amor mío juzga por el que tú me tienes. Pienso (si no se engaña Platón, el gran maestro de sabiduría, en su juicio acerca del afecto de Jenócrates para consigo) que tú también correspondes al mío. Tendrás, pues, alguna cosa mía ya que tanto la deseas, y contento y satisfecho con ella no pedirás en adelante cosa mayor, si es que un amigo pueda hartarse con cosas del amigo, por más que sean de burlas. Será, pues, el primer librito la *Fábula del hombre;* es, a saber, del teatro del mundo, en el cual cada cosa desempeña su papel, siendo el hombre el protagonista.

El argumento es antiguo y en él, a vueltas de muchas burlerías y donaires, existe un gran fondo de seriedad, puesto caso que puede demostrarnos, por poco que elevemos nuestro pensamiento, toda la ruindad y vileza de esas cosas que buscamos con tantos sudores y trabajos, tan ansiosa y solícitamente, ciegos y locos; y puede al mismo tiempo darnos mejores amonestaciones. Todo lo que contiene la vida humana, excepción hecha de la virtud, es juego de niños, es ridiculez efímera que luego al punto se desvanece. Es propósito mío, si algún día tuviere tiempo libre, desarrollar en una obra especial y con la debida extensión este tema del que ahora no te anticipo sino un insignificante rasguño. El otro librillo es *Prelección a las «Geórgicas» de Virgilio,* puesto que no es ningún absurdo que el filósofo se apee de aquella su ciencia severa y cejijunta, y descienda para su recreación al blando y apacible trato de las musas, cosa que yo hago con frecuencia y osadía, tanto más cuanto que yo estoy afiliado a aquella filosofía cuyo corifeo, Aristóteles, escribió un *Tratado de poética,* y para Alejandro *el Grande,* discípulo suyo, interpretó a Homero, poeta a quien yo suelo llamar *el Virgilio griego,* como a él le llamo *el Homero romano.* Pero tú, mi carísimo Antonio, esfuérzate por conducir esta tu egregia índole al ápice

de la virtud y repara que esa tu edad juvenil no se eche a perder en la corrupción de la Corte. Con todo yo espero, según es tu natural, que no vas a necesitar de monitor alguno. Ten salud y sigue amándome como desde que comenzaste hasta el presente lo has hecho.

Lovaina, año 1518.

FABULA DEL HOMBRE

Huélgome de comenzar por juegos y fábulas esta disertación mía acerca del hombre, donde el mismo hombre, su protagonista, es juego y fábula. Es fama que tras un opíparo y suculento banquete, al cual la reina Juno invitó a todos los dioses en celebridad de su día natalicio, luego que estuvieron sin cuidado alguno y calentados de la buena jera y del generoso néctar que bebieron, preguntaron a Juno si les había preparado algunos juegos que presenciar después del convite, porque nada se echase de menos en tan solemne día y porque fuese de todo punto completo su regocijo. Y cuéntase que ella, por complacer también este deseo de los dioses inmortales, rogó encarecidamente a Júpiter, su hermano y marido, que, puesto que era todopoderoso, hiciese al punto un anfiteatro y en él introdujera personajes como los hay en las comedias, para que tampoco en aquel aspecto su día natalicio, que ella quería ver sobre manera celebrado, pareciese falto de algo en opinión de los dioses. Entonces, a un gesto imperioso de Júpiter omnipotente, único creador de todas las cosas, brotó ese universo mundo, tan grande, tan adornado, tan vario y hermoso de todo punto como lo veis. Este fué el anfiteatro, en cuya parte superior, a saber: el cielo, están las moradas y asientos de los dioses que lo contemplan y en cuya parte inferior, que muchos llaman media, puso la tierra, esto es, la escena, a la cual saliesen los actores, que son los animales todos y cualesquiera otras cosas. A punto ya todos los preparativos y levantadas las mesas del convite, Mercurio *Braubeta* anuncia ya que están en el escenario todos los personajes que han de actuar, debidamente caracterizados. Alegres salen los espectadores y señálase a cada uno el lugar según su dignidad. Presidía aquellos juegos lúdicros Júpiter, dictador máximo, quien así que vió que estaban presentes todos los dioses dió la señal para el comienzo; y porque ningún actor hiciese lo que a él le viniese en gana, señaló y fijó a la histriónica manada el orden de la fiesta, sin permitirles que se apartasen un punto del programa.

Así fué que tan pronto como oyeron la voz y la señal del soberano Júpiter los que estaban en el escenario, salieron por su orden al proscenio y allá, con tal arte, con tal compostura, tan a la manera de Roscio, representaron tragedias, comedias, sátiras, mimos, atelanas y otras obras semejantes que juraron los dioses nunca haber visto espectáculo tan lindo y que les diera tal contentamiento. Contentísima Juno del placer y deleite de los dioses y casi saltando de alegría, iba pidiendo a cada uno cómo le gustaban los

juegos. Todos expresaban unánime parecer, y que nunca habían visto maravilla tal; nada más digno de ser visto ni más digno de Juno misma, ni del fausto natalicio que celebraban. No cabía en su trono de satisfecha la diosa soberana, esposa del dios sumo, sino que exultante y ligera, recorriendo los escaños de los dioses inmortales, íbales pidiendo, uno tras otro, de todos los histriones cuál era el que les contentaba más. Los más sabios de los dioses dijeron no haber cosa más admirable que el hombre; y a su parecer asintió el padre de los dioses con una inclinación de cabeza, pues con cuanta mayor atención se fijaban en sus gestos, en sus palabras, en los actos todos de su persona, mayor era su pasmo. Felicitábase Júpiter a sí mismo viendo hasta tal punto ser admirado y alabado el hombre, hechura suya, por los dioses todos. Los que estaban cabe él, viéndole complacerse tanto en el Archicómico humano, fácilmente entendieron que aquel personaje era factura suya, y mirándole con mayor ahinco y fijeza reconocieron en aquel hombre un parecido muy notable con Júpiter, gracias al cual, el más boto de los dioses juzgara que había nacido de Júpiter. El hombre mismo, recatado detrás de su máscara, pero que con frecuencia se trasluce y casi de ella se descara, y en muchas ocasiones se demuestra claramente es, a ojos vistas, un divino Jóveo, participante de la inmortalidad del mismo Jove y de tal manera consorte de su sabiduría, de su prudencia, de su memoria, que ya no cuesta mucho conocer que Júpiter le otorgó aquellos dones preciosos de su propio tesoro; es decir, de sí mismo.

Allende de esto, así como él, que es el mayor de los dioses, con su virtud lo abarca todo y lo es todo, veían asimismo los restantes dioses que el hombre era su pantomimo, pues de tal manera se transformaba, que mostrábase bajo la figura de planta, llevando una vida sin ninguna clase de sentido; y luego, tras haberse retirado un momento, volvía a la escena etólogo y etopeo, transfigurado en mil apariencias de bestias: dijeras que era furioso león airado, lobo rapaz y voraz, embravecido jabalí, zorra ladina, puerca barrosa y voluptuosa, medrosa liebre, envidioso can, asno estúpido. Luego de haber representado toda esa fauna fiera, quitándose un rato de la vista de los espectadores, alzado el velo, tornaba a aparecer ahora ya prudente, justo, sociable, humano, benigno, cortés: hombre, en fin; tratábase con los otros ciudadanos, mandaba y obedecía a su vez, cuidaba con los otros de todo cuanto se refería a las costumbres y utilidades públicas y en todo se mostraba ciudadano urbano y compañero leal.

No esperaban ya los dioses que se fuera a mostrar bajo nuevas formas, cuando he aquí que se presenta a los ojos de los dioses reformado y con la misma apariencia divina de ellos, con ingenio más que humano, apoyado todo él en una mente sapientísima. ¡Soberano Júpiter! ¡Qué espectáculo fué éste para ellos! Primeramente maravilláronse de que también a ellos se les hubiese hecho salir a la escena, figurados en aquel admirable cómico, que muchos afirmaban ser el fabuloso y multiforme Proteo, hijo del Océano. Después, tras una ovación frenética, ya no dejaban continuar la representación a aquel histrión genial, sino que pedían a Juno que, descarado de la máscara, fuese admitido en los escaños con los

dioses restantes y que más que actor fuese espectador. Ya ella iba gozosamente a impetrarlo de su marido, cuando, en aquel preciso instante, sale el hombre representando al mismo Júpiter óptimo, máximo, reproduciendo con admirables e inenarrables gestos la efigie del Padre, pujando su cabeza por encima de la de los otros dioses menores, penetrando en aquella alma región luciente, rodeada de tinieblas, que habita Júpiter, rey de los reyes y de los dioses. Así que los dioses le vieron creyeron, en su momentánea turbación y sorpresa, que su señor y padre había descendido a la escena. Mas luego, sosegados ya, levantaban los ojos al trono de Júpiter por ver si estaba sentado allí o había salido enmascarado para representar alguna cosa. Viendo que continuaba en su trono, volvían los ojos al hombre y luego los levantaban a Júpiter de nuevo, pues con tal fidelidad y tal decoro representaba a Júpiter en su actuación, que ora miraban abajo, a la escena, ora miraban arriba hacia el asiento de Júpiter, por no alucinarse con la efigie e inequívoco remedo del histrión. De los mismos histriones húbolos que juraron que aquél no era hombre, sino Júpiter en persona. Esos obcecados expiaron tamaño error con penas acerbas. Pero todos los otros dioses, por reverencia de la imagen fiel del padre de todos, decretaron con sus sufragios para el hombre honores divinos e impetraron del mismo Júpiter, suplicándoselo la misma Juno, que ese mismo hombre, que tan al vivo ha representado las personas de los dioses y del mismo Júpiter, se sentase entre ellos. Concedió Júpiter a los dioses de buena gana aquello que él, por propio impulso y mucho antes, había determinado otorgar al hombre. Así fué, que llamado de la escena el hombre fué introducido por Mercurio en la asamblea de los dioses y declarado vencedor. Recibido en el recinto augusto no por aclamación ni vocerío, sino con un silencio admirativo, descubierto todo el hombre, demostró a los dioses inmortales que era gemela su naturaleza. Esta naturaleza, encubierta por el cuerpo, torna a ese animal tan vario, tan saltador, tan revesado, tan pulpo, tan camaleón, como habían visto en la escena. En aquella ocasión, Júpiter, que fué reconocido y declarado no ya padre de los dioses, sino también de los hombres, congratulábase con apacible y bondadoso rostro, con unos y con otros hijos suyos y por unos y otros hijos fué saludado y adorado como padre, y con gusto aceptó el augusto nombre común con que nosotros todavía, usando de ese grato apelativo, le llamamos padre de los dioses y de los hombres. He de decir que cuando Mercurio entró en las moradas divinas, llevando en sus brazos los despojos de la representación escénica, miráronlos y remiráronlos los dioses con el interes más vivo, admirando y adorando la sabiduría y el arte de Júpiter, puesto que los había hecho no menos bellos que útiles para la eficaz y justa representación.

Alta la cabeza, alcázar y aula de la divina mente, y en ella los cinco sentidos, puestos y compuestos así para gala como para utilidad; las orejas cerca de las sienes, ni colgantes por piel muelle ni tiesas con rigidez de hueso, sino una a cada lado, redondeadas, de un cartílago sinuoso para que puedan recibir los sonidos que vienen de una y otra parte y porque no penetren en la cabeza, deteniéndolos en sus am-

bages laberínticos, ni el polvo, ni las pajuelas, ni los insectos en sus vuelos temerarios. Y en número igual también dos ojos elevados, a manera de centinelas avisados, protegidos por un tenue muro de cejas y de párpados contra el mismo polvo y las mismas pajuelas y los mismos insectos pequeñísimos; espejos del alma y la más linda porción del semblante humano y el vestido mismo de la máscara o, mejor, la máscara misma, tan venusta y tan decente, extendida en brazos y en piernas oblongas que rematan en dedos, tan hermosos, tan aptos para cualquier faena. No tengo holgura para seguir uno por uno todos los miembros, cosa que ya hicieron otros con explicación muy minuciosa. Añadiré solamente que todos son tan congruentes y tienen tal correspondencia entre sí, que si se les quita algo o se les cambia o se les añade, toda aquella congruencia y hermosura y toda facultad de usarlos al momento se pierden. No existe ingenio que pueda hallar una mejor proporción de la persona si ya no es que desee aquello que no fué hacedero.

Así que los dioses vieron al hombre, abrazáronlo como hermano, lo juzgaron indigno de que volviese nunca más a salir en escena y ejerciese un infame arte lucrativo, y no se hartaban de besar su propia imagen y la de su padre. Escudriñaban cosa por cosa, recorrían todos los recovecos de su cuerpo y complacíanse en su contemplación más que con la de cualquier otro espectáculo y, por decirlo con las palabras del poeta, *no les bastaba ver una sola vez, sino que les agradaba detener en él los morosos ojos.*

En él reside una mente capaz de tanto consejo, de tanta prudencia, de tanta razón, tan fecunda que, de suyo, da a luz increíbles partos. Invenciones suyas son las ciudades, las casas, la utilización de los animales, de las hierbas, de las piedras, de los metales; los nombres de todas las cosas, que los más sabios de los hombres admiraron como uno de sus más felices hallazgos. Y luego, lo que no es hallazgo menor, la comprensión en muy contadas letras de toda aquella inmensa variedad de sonidos de la voz humana, con las cuales se escribieron y divulgaron tantas disciplinas, entre las cuales está comprendida la religión, el conocimiento y el culto del padre Júpiter y de los restantes dioses, sus hermanos. Esta cualidad, que no reside en ninguno de los otros animales, sino en éste, es una prueba de aquel deudo que tiene con los dioses. Alléguese a esto que de bien poco le hubieran aprovechado todos los inventos susodichos si, por añadidura, no tuviese como un almacén o tesoro de todas estas cosas donde conservar toda esta divina riqueza oculta: la memoria, prontuario de todo aquello que dije. Y de estas dos facultades, la memoria y la mente, nacen en cierto modo la previsión y la conjetura de lo por venir, centella de aquella divina ciencia sin suelo que contempla todo lo futuro como en flagrante actualidad.

Considerando los dioses estas y otras cosas, insatisfechos todavía, no de otra guisa que los que contemplan en el espejo su propia imagen, gózanse con ella y no les ocasiona cansancio mirarse en ella largamente, así ellos también, viéndose en el hombre tan fielmente reproducidos a sí mismos y a su padre Júpiter, contentábales mucho mirar más veces lo que ya habían visto otras muchas, y buscando unas cosas de otras, preguntábanle cómo

y con qué arte y con qué gesto había figurado en el proscenio las plantas, y las hierbas, y las bestias, y al hombre, y a los dioses, y al mismo Júpiter, rey de los dioses. Habiéndoselo expuesto el hombre, graciosa y elocuentemente, mandó Júpiter que de los relieves del banquete se le sirviera ambrosía y néctar. De buena gana, no pensando ya en espectáculos, hicieron merienda con él muchos de los dioses. Hasta ese punto se gozaban con el huésped fraterno o, mejor, con su conciudadano, quien después de aquel trabajo de los juegos escénicos, refocilado con manjares celestes, vestido con una pretexta de púrpura, como los otros dioses, con una corona en la cabeza adelantóse para ver los espectáculos. Levantáronse de sus asientos en honor suyo los más de los dioses, y otros, con mucho agrado, le cedían su lugar, y aun algunos tirábanle de la veste y deteníanle en su paso porque se quedase con ellos, hasta que el soberano Júpiter ordena a Mercurio, que le conducía, que le colocase entre los dioses principales en la orquesta, los cuales lo recibieron como una fina distinción. Tan lejos estaban los dioses de la más alta jerarquía de hacer ascos y melindres al hombre que hasta hacía un momento había sido histrión. Recibido por ellos con todos los honores e invitado a las primeras filas, toma asiento mezclado con ellos. De allí contempló los juegos, que siguieron con su ritmo acostumbrado, hasta que retirando la luz el mismo Apolo en persona, a ruegos de Juno (porque los mayordomos y restantes servidores, avisados de los cocineros, anunciaban estar la cena preparada), introdujo la noche. Así que, encendidas las antorchas, las hachas, los cirios, las arañas, las lámparas que los astros traían, fueron admitidos a la cena opípara con idéntico ceremonial que al almuerzo suculento. La misma Juno, personalmente, invitó al hombre, y el padre Júpiter asintió, y del *asentimiento de su cabeza se estremeció todo el Olimpo*, y así como había contemplado los espectáculos entre los dioses mayores, así se asentó entre ellos en el convite, volviendo a tomar la máscara que poco antes se había sacado, pues este honor se hizo a la máscara misma, ya que, puesto que tan bien se había acomodado a los usos de los hombres, se la consideró merecedora de la mesa de los dioses y del espléndido banquete, y, comunicándole sensibilidad, pudiese gozar de la eterna alegría del convite.

FIN DE LA «FÁBULA DEL HOMBRE»

INTRODUCCION A LAS «GEORGICAS» DE PUBLIO VIRGILIO

(IN GEORGICA VERGILII)

(1518)

A Antonio de Berges.

No quiero anticiparme a decir muchas cosas que, por ventura, no vendrían al caso, contentándome, por lo que toca a mi trabajo de expositor, con fijarme en tres puntos: en el autor, en su obra y en su materia, diciendo cosas que interesen, agraden y que por su brevedad no ocasionen empacho. El autor de la obra es Publio Virgilio Marón, aquel a quien los latinos conocen con el solo nombre antonomástico de Poeta, y se lo atribuyen, no menos, que los griegos a Homero, quien, si tiene segundo, la estimación unánime le señala Virgilio, pero, más próximo, como decía Domicio Afer, al primero que al tercero. No fueron precisamente los siglos ni la antigüedad quienes le han granjeado tanta admiración y gloria tanta, como a otros muchos, sino su excelso ingenio, la inmensidad de su erudición, sus obras admirables y casi únicas. Y demuestra esta afirmación mía el hecho de que en el tiempo mismo en que vivía era tenido como una maravilla viviente en la misma ciudad de Roma, cabeza en aquella sazón del imperio del mundo y madre y nutriz de las buenas letras. Y esto hacíalo no ya solamente el pueblo, sino los caballeros, los senadores, Polión, Varo, Mecenas, Tuca, Cornelio Galo y el propio emperador Octavio Augusto, cosa que el mismo Virgilio insinúa en una égloga bajo un transparente velo de alegoría. Alegoría rebosa, por otra parte, toda su obra bucólica al decir: *Títiro estaba ausente, y a ti, Títiro, hasta los pinos te llamaban, y hasta las fuentes, y hasta los mismos arbolillos.*

Y si nos vaga recorrer las épocas que le siguieron, no hallaremos edad alguna, comprendiendo la misma nuestra, en la cual Virgilio no haya sido tenido en la máxima veneración. Cayo Julio Higino, conterráneo mío y que casi fué su contemporáneo, escribió comentarios a su obra. Asconio Pediano, que vivió

no mucho después, también publicó algunas cosillas referentes a él. Y a continuación, Ovidio, Propercio, Séneca, Tito Livio, Persio, Quintiliano, Columela, cuán frecuente y honrosa mención hacen de él y con qué unánime y sincero consentimiento de él hablan. Calígula, aunque enemigo suyo, con versos de Virgilio, como con perlas, esmaltaba su conversación. Así lo hizo cuando en la campaña germánica dijo a los que formaban su cortejo:

Durate, et vosmet rebus servate secundis (1).
(*Æneidos*, lib. I, 207.)

Y no es de admirar que ese monstruo envidiara la gloria de Virgilio, porque tuvo envidia de todos los hombres, vivos y muertos, y aun de los mismos dioses. *Las noches áticas*, de Aulo Gelio, asaz indican que en aquellos tiempos suyos, que eran los de Nerva y los Antoninos, no había ningún autor como Virgilio que anduviese más en las manos y en el gusto de todos. Y el émulo de Gelio, Macrobio, ¿qué otra cosa es sino un pregonero de las alabanzas de Virgilio? Y aun cuando, por amor de la brevedad, dejo pasar en silencio muchos esclarecidos testimonios, con todo no puedo resistir la tentación de transcribir aquella dulcísima elegía de Propercio en su segundo libro. Acaso parecerá que le profeso yo tanto afecto como le profesó Propercio, que, por un ligero pretexto, hace una digresión e irrumpe en entusiasta elogio de Virgilio: *Quien ahora suscita las armas del troyano Eneas y las murallas de su ciudad plantada en las orillas latinas. Abridle paso, escritores romanos; escritores griegos, cededle paso. Nace no sé qué maravilla mayor que la* Ilíada. *Tú cantas a Tirsis bajo los pinos del Galeso umbroso y a Dafnis con su zampoña rota y porque puedan corromper a una doncella diez manzanas y un cabrito recién arrancado de las ubres. Dichoso tú que marcas con manzanas amores aldeanos, aunque el mismo Títiro cante a la ingrata. Dichoso Coridón que tenta al intacto Alexis porque le dé las caricias hurtadas a su dueño agricultor. Aun cuando de puro cansancio haga callar a su caramillo, es alabado entre las fáciles hamadríadas. Tú cantas los preceptos del viejo poeta de Ascra: en qué campo verdean las mieses y en qué cerro verdean los agraces. Tú, en tu lira docta, tañes un tal canto como el propio Apolo, con su pólice sabio, lo arranca de las cuerdas.*

Este ditirambo entusiasta es de Propercio. ¿Y qué más, si en todos los tiempos se sacaban las suertes con versos de Virgilio? A Elio Adriano tocóle esta suerte:

Quis procul ille autem ramis insignis olivæ
sacra ferens? Nosco crines incanaque menta
regis Romani primam qui legibus urbem
fundabit, Curibus parvis et paupere terra
missus in imperium magnum (1).
(*Æneidos*, lib. VI, 808-811.)

A Alejandro, hijo de Mamea, en el templo de Venus Prenestina, saliéronle sorteados aquellos dos célebres hemistiquios:

(1) Endureceos y reservaos para la prosperidad venidera.

(1) ¿Y quién es aquél, allá a lo lejos, coronado con ramos de oliva, portador de sagradas ofrendas? Reconozco el cabello y la barba blanca del rey romano que dará el primero leyes a la ciudad y que de la pequeña Cures y de un campo ruin se encumbrará a un imperio soberano?

...Si qua fata aspera rumpas, tu Marce-
[llus eris... (1)

Y como preguntase acerca de las artes que dan consistencia y nobleza a la vida, la suerte que salió fué ésta:

Excudent alii spirantia mollius œra
(credo equidem), vivos ducent de mar-
[more vultus
orabunt causas melius, cœlique meatus
describent radio et surgentia sidera
[dicent:
tu regere imperio populos, Romane,
[memento
(hœ tibi erunt artes), pacis imponere
[morem,
parcere subjectis et debellare super-
[bos (2).

(*Æneidos*, VI, 847-853.)

Y hasta los mismos oráculos de los dioses expresábanse en versos virgilianos. Tal fué la respuesta que se dió a Aurelio Claudio, quien, en el Apenino, consultó el porvenir de su hijo, con aquel verso tan conocido:

His ego nec metas rerum nec tempora
[pono (3).

(*Æneidos*, I, 278.)

Y de su hermano Quintilio:

Ostendent terris huns tantum fata (4).

(*Æneidos*, VI, 869.)

(1) Si alguna vez rompes los ásperos hados, tú serás Marcelo.

(2) Otros con mayor blandura trabajarán el bronce y le infundirán alientos de vida (así lo creo) y del mármol sacarán los rostros vivos; perorarán mejor las causas, y medirán con el compás los movimientos del cielo y dirán el nacimiento de los astros. Atiende tú, romano, a gobernar los pueblos con tu imperio; éstas serán tus artes: imponer las normas de la paz, perdonar a los vencidos y debelar a los altaneros.

(3) A ésos yo no les señalo ni metas ni plazos de tiempo.

(4) A ése, los hados no harán más que mostrarle al mundo.

A Clodio Albino, Apolo de Bayas, le respondió:

Hic rem romanam magno turbante tu-
[multu
Sistet eques, sternet Pœnos Gallumque
[rebellem (1).

(*Æneidos*, VI, 857-58.)

Las fórmulas mágicas, los apotegmas, los dichos sentenciosos de los grandes hombres eran versos virgilianos. César Augusto, habiendo visto en una reunión a una multitud de enlutados, echóles en rostro, con indignación, aquel verso. Ved, dijo:

Romanos rerum dominos gentemque
[togatam (2).

(*Æneidos*, I, 282.)

Adriano solía cantar, refiriéndose a Elio Varo:

Ostendent terris hunctantum fata, ne-
[que ultra esse sinent (3).

Y añadía:

...Manibus date lilia plenis
purpureos spargam flores, animamque
[nepotis
his saltem accumulen donis, et fungar
[inani munere (4).

(*Æneidos*, VI, 883-86.)

Y el viejo Gordiano, con acento

(1) Este, en la turbación de un grande tumulto, detendrá la caída de Roma; jinete, arrollará a los cartagineses y al rebelde galo.

(2) A los romanos, señores del mundo y nación togada.

(3) A ése los hados no harán más que mostrarle al mundo y no consentirán que viva más.

(4) Dadme lirios a manos llenas; dejadme esparcir rosas purpúreas; que al menos acumule estas ofrendas sobre el alma de mi nieto y le tribute este homenaje baldío.

triste, cantaba de su hijo malogrado:

Ostendent terris lumc tantum fata [neque ultra
esse sinent: nimium vobis Romana [propago
visa potens, Superi, propria hæc si [dona fuissent (1).

(*Æneidos*, VI, 869-71.)

Antonio Diadumeno, a su padre Opilio Macrino, que perdonó a unos conjurados, le escribió aquel pasaje virgiliano:

Si te nulla movet tantarum gloria [rerum,
nec super ipse tua moliris laude la- [borem;
Ascanium surgentem, et spes heredis [Iuli
respice cui regnum Italiæ Romanaque
debentur (2). *[tellus*

(*Æneidos*, IV, 271-276.)

Clodio Albino, ya en la escuela, cuando era muy muchacho, y más tarde, ya maduro de edad y príncipe, con harta frecuencia tenía en su boca aquel verso:

Arma amens capio, ncc sat rationis in [armis (3).

(*Æneidos*, II, 314.)

Y repetía: «Tomo, loco, las armas.»

Tétrico, proclamado emperador contra su voluntad, que en la Galia hacía méritos, escribió a Aureliano Augusto aquel hemistiquio:

Eripe me his, invicte, malis (1).

Pero fuera tarea larga andar espigando una por una todas las expresiones que los emperadores tomaban de Virgilio; por eso, pasaré por alto muchas otras. Pero diré que el emperador Alejandro Severo daba culto a Virgilio como a un dios; llamábale el Platón de los poetas y colocó su efigie en el segundo larario con las imágenes de Cicerón y Aquiles, a quien él tenía por dioses.

Considerad también quiénes fueron los hombres que lo comentaron y de los cuales haya sobrevivido algo: Donato, Servio, y antes que ellos Probo Valerio, príncipes de los gramáticos de la lengua latina. Dejo a un lado a Aspero, de quien dice San Jerónimo que escribió comentarios a las obras de Virgilio y de Salustio. Nada de ellos ha llegado a nosotros, sino unos pequeños fragmentos, y eso a través de las citas de Servio. ¿Sois contentos de acercaros a los escritores de nuestra religión cristiana y correros hasta la época actual, que es hez y peste para las letras? ¡Con qué afición maneja a Virgilio San Jerónimo, que no pierde ocasión de interpolar versos virgilianos! ¡Y qué lustre piensa que comunican a su prosa y cuánta gracia y decoro se le allega de aquellas oportunas citas! Y lo propio hace San Agustín, quien nos es testigo de que solían aprenderlos los escolares desde su niñez, porque, embebiéndose el ánimo tierno en las mieles del poeta dulcísimo, no fuera fácil ser borrado de

(1) Sólo le mostrarán los hados a la tierra y ya no permitirán que viva más. Os pareció poderosa en demasía, ¡oh dioses!, la romana estirpe, si hubiese sido esta dádiva permanente.

(2) Si no te mueve nada la ambición de tan altos destinos, ni nada quieres acometer por tu propia gloria, atiende a la juventud de Ascanio y a la esperanza de tu heredero Julo, a quien son debidos el reino de Italia y la tierra de Roma.

(3) Tomo, loco, las armas y no hay asaz razón en las armas.

(1) Líbrame, ¡oh invicto!, de tamaña calamidad.

la memoria. También un autor atildadísimo, que nuestra edad vió, Angel Poliziano, cariño de las musas latinas, no sólo escribió sobre Virgilio aquel prefacio o prólogo de versos, que son una filigrana, intitulado *Rusticus,* y acerca de esa misma obra que ahora llevamos entre manos, las *Geórgicas,* sino que comentándolo dió conferencias públicas. No tengo más remedio que pasar en silencio el cuento sin cuento de todos los otros comentadores, y no porque no se agolpen en mi memoria tantos y tantos nombres que no sé cómo darles salida. ¿Por qué será que tantos hombres, tantos ingenios, de tantas épocas, admiraron, veneraron, dieron culto a nuestro poeta?

Yo, por mi parte, creeré que esa fuerza de simpatía y atracción que Virgilio ejerce sobre las almas viene de que sus versos tienen una eficacia irresistible de enseñar, de deleitar, de conmover. Estas son las virtudes del orador soberano y absoluto, con las cuales no solamente conduce a todos sus oyentes donde le place, quienes le siguen gozosos y embelesados, sino que también se apodera de la voluntad de los reacios y los arrastra o los empuja. Virgilio, cuando narra, nos lleva a un suceso actual y presente que vemos con nuestros propios ojos; hácelo con las palabras tan justas y eficaces, que por pequeña que sea la mudanza que en ellas se introduzca no tienen aquella fuerza ni la energía que puso en ellas el autor. Séame lícito pedir prestado a Quintiliano aquello que dijo del Homero griego, que yo no haré más que acomodar a nuestro Homero romano: «A ése nadie le ganó en sublimidad en las cosas grandes ni en las pequeñas nadie le llevó ventaja en propiedad. El mismo es alegre y alicaído, jovial y grave, admirable en su abundancia y en su laconismo, eminentísimo no solamente en el estro poético, sino en la eficacia oratoria. ¿Para qué hablar de la moción de los afectos? Bajo su influencia él mismo se excita, se inflama, se deja arrebatar del furor poético, centellea, truena, como se dijo de Pericles. ¿Puede decirse algo con mayor fuego de pasión, prescindiendo de los otros libros, que lo que dice Virgilio en el cuarto de su *Eneida?* En algunos de sus pasajes dice San Agustín que no pudo cohibir sus lágrimas, como en el lugar donde Dido dice a Eneas:

«¡Traidor! Imaginaste que podrías encubrir tamaña maldad y salir de mi tierra clandestinamente?»

Y un poco más abajo:

«¡Oh dulces prendas, cuando los hados y el dios lo querían; recibid esta alma mía y hacedme libre de estos afanes.»

Y si por el deleite estético se va, ¿qué se puede imaginar más deleitable que esa obra de las *Geórgicas?* Con ello entro en la segunda parte de mi esquema. Yo pienso que se le puede contar entre los más grandes poetas que en el mundo han sido, siendo así que en sus tres obras, *Bucólicas, Geórgicas, Eneida,* propúsose la imitación de los mayores poetas de Grecia, por no decir hombrearse con ellos. En las *Bucólicas* no pudo conseguir el hechizo de Teócrito, si bien no anduvo de ello muy distante. En la *Eneida* lucha con Homero empeñando todas sus fuerzas, y ora sucumbe a su majestad y a su augusto poderío, ora contiende con pareja reciedumbre e iguala el *epos* griego con el suyo latino, y, aun a veces, le supera, bien venciendo las gracias griegas con la gravedad romana o con una más moderna invención, la rudeza

primitiva. Mas, en las *Geórgicas*, sin disputa, superó a Hesíodo, y en su carrera dejóle muchos estadios atrás. En primer lugar, es una obra tan variada como lo es la Naturaleza misma en las mieses y arboledas, en el ganado, en las abejas, obra, en fin, rebosante de copiosa y muy profunda erudición. Callo las ficciones poéticas, su gran conocimiento del cielo y de los astros, de los vientos, de los climas, de la bonanza, de la serenidad, de los nublados, de la lluvia. ¡Qué nociones más ciertas, qué conocimiento tan vario de la Historia, de la religión autóctona, del derecho y de las costumbres aldeanas, qué amplio conocimiento de los secretos de la Naturaleza!

Fué este singular varón no solamente muy docto de la lengua latina, cosa que para ser poeta creen que ya basta los pedantes de hoy, sino un gran médico, un gran astrólogo, consumado en todas las partes de la filosofía. De esta afirmación mía, si alguna obra suya pudiera ser palmaria demostración, lo es ciertamente esa de las *Geórgicas*. Vea cualquier aprendiz de gramático de acercarse a ese monumento sin gran conocimiento de la antigüedad, sin ninguna ciencia astronómica, sin noticia de la Historia, y, lo que es más necesario, sin mucha posesión de la lengua latina, de las leyes del pueblo romano, de sus costumbres e instituciones. Pero predico en el desierto: nada está tan alto que no lo ose tocar; nada hay tan santo que no lo viole y lo profane la pedantería gramatical. Pero nosotros volvamos a lo nuestro. Sepa, además, que son tres los géneros de oratoria que algunos llaman figuras, elevado, mediano, sencillo, que algunos ven personificados en tres de los héroes que lucharon en Troya: en Menelao, la aguda sencillez y la parca elocuencia lacónicas; en Néstor, el apacible semitono, más dulce que la miel; en Ulises, aquella altanería arrebatada, rapaz más que las avenidas torrenciales, fragorosa de pasión, y la incontrastable eficacia de su elocuencia astuta, copiosa, asiática.

Estos tres géneros Virgilio los modeló en sus tres obras. Nada más simple que sus *Bucólicas*. ¿Qué cosa más movida, más noble y elevada que la *Eneida?* Nuestras *Geórgicas* guardan el templado tono medio, en donde yo, con muchos otros varones doctísimos, siempre creí que es mucho más meritorio que en las *Bucólicas* y en la *Eneida*. Fijémonos en el género de cada una: más entonada es la *Eneida*, si bien, acaso, no alcanzó el punto más alto de la sublimidad. Las *Geórgicas* están en un grado medio y alcanzan y mantienen esa apacible y cautivadora medianía. Yo pienso que son éstas las causas de este fenómeno: que escribió el poema con el mayor cuidado, que lo pulió mucho, que lo elaboró mucho. Todos los días, en levantándose de la cama (así lo cuentan), dictaba de golpe una tirada de versos, que, luego él, con un terco trabajo de todo el día, reducía a muy pocos, pero excelentes, desde luego. Por eso él acostumbraba decir donosamente que hacía como la osa, que pare informes sus oseznos, y que después, lamiéndolos largamente, les daba forma y perfección. Luego, a que corrigió sus *Geórgicas*, lo mismo que las *Bucólicas;* en cuanto a la *Eneida*, tenía el propósito de enmendarla, cosa que, ¡ay dolor!, no pudo hacer. Indícalo el propio apéndice de las *Geórgicas*, puesto al final, como el que ponían colgando los artistas griegos, y que viene a ser un testi-

monio de que el autor aprueba su obra. El apéndice es éste:

«Esto canté sobre labrar la tierra y sobre los ganados y los árboles, en tanto que César, rayo de la guerra, magnífico, fulmina sobre el Eufrates, y, vencedor, da leyes a los pueblos, que, gustosos, le acatan y se abre nueva senda hacia el Olimpo.

»En aquel tiempo la amorosa Parténope me daba mantenimiento a mí, Virgilio, floreciente en estudios de ocio ameno que por juego hice cantar a los pastores y, audaz de juventud, te canté, Títiro, tendido so la sombra de una haya.»

Además, siendo Virgilio labriego, nacido en el campo y con crianza rural, y viviendo en el campo habitualmente, con conocimiento directo pudo hablar de la labranza y de la cría del ganado, como de su propia hacienda, a manera de un *pater familias* diligente, y ello con mayor autoridad que de cualquier otra materia. Y aun cuando todos los otros temas los tocó bien, pero a ése le trató con toda felicidad. En brevísimas palabras voy a despanar el tercer punto de mi programa, a saber: qué vida llevaron aquellos de nuestros mayores a quienes juzgamos los más dichosos, en unos tiempos cuando todavía no se habían inventado los urbanos pasatiempos, es decir, aquel tormento de la vida, y cuando, como dice Germánico, *el furor no había desnudado las espadas fieras y la discordia no era conocida entre consanguíneos.* La justicia alternaba con los hombres y reinaba doquier aquel muy celebrado siglo de oro. Empero, tan pronto como dejamos de morar en el campo y nos encerramos en el amurallado recinto de las ciudades, echamos fuera de ellas a la justicia e introdujimos una no menos maravillosa que miserable caterva de vicios y de males. En aquella hora y punto nacieron la envidia, el dolo, la fraude. Entonces comenzamos a llevar una cosa a flor de labios y otra en el encerramiento del pecho; entonces, los logros abusivos, los perjurios, los homicidios y la restante tragedia de la vida humana, siendo así que no había cosa más santa ni más feliz que la simplicidad de vida agreste ni ganancia de alcances más crecidos. ¿Queréis oír el testimonio de Catón *el Anciano,* es decir, la encarnación de la gravedad romana, a quien los hombres de su tiempo apellidaron el mejor de los oradores, el mejor de los senadores, el mejor de los caudillos? Ese Catón, pues, en el libro *De la Agricultura,* dedicado a su hijo, se expresa así: «Nuestros antepasados, cuando alababan al hombre bueno, de esta manera le alababan: Buen agricultor, buen colono. En habiendo dicho esto de él, persuadíanse de que le habían tributado el encomio más subido. Yo tengo al mercader por hombre valiente e industrioso para procurar ganancias; pero, como dije, expuesto a peligros y calamidades. Mas el campo engendra los varones recios y los más valerosos soldados, ganancia la más respetable y la más duradera y la que suscita menos odiosidades, y jamás son mal pensados los que en aquel afán se ocupan.» Esto es lo que dice aquel anciano, todo cordura y buen seso, que fué el primero que en idioma romano escribió del cultivo de los campos.

Mas por no ser más prolijo de la cuenta en el elogio de la vida rural y por no anticiparme, trastornando el orden, a lo que en el fin del segundo libro de las *Geórgicas* tendré que decir de sus provechos, de su

contentamiento y de su felicidad, lugar que Virgilio trató con una blandura y gracia hechiceras, con un solo argumento cerraré esta plática mía, el cual demuestra harto suficientemente no haber género de vida más deleitoso, más honesto ni más feliz. Los príncipes más poderosos, embargados del hastío que los negocios les ocasionaron, ninguna otra cosa creyeron más conducente, para aliviar el espíritu de aquel empacho, que retirarse al campo. De aquí aquella tan frecuente rusticación de los romanos cuando eran señores del mundo. No quiero aducir en testimonio de lo que digo más que algunos ejemplos, por no verme obligado a citarlos todos. ¿Quién no fué haciendo vida rústica que se iba aliviando y limpiando de aquel tedio y de aquella miseria espiritual que contrajo en la urbe? El mismo Diocleciano, emperador romano (quien, aparte de que odió y persiguió a nuestra religión, fué un príncipe que debe ser contado entre los mejores), hastiado hasta el colmo por la pesadumbre de tan inmenso gobierno, no se retiró al campo para un apartamiento temporal, sino que, depuesta la púrpura y luego de haber consultado con sabios varones cuál era la vida más tranquila y más feliz, por su cuerdo consejo, se fué, como un particular, a vivir vida descansada y deleitosa en el campo de Salona, y allí envejeció y murió plácidamente, y llamado con insistencia, por cartas, por su colega para que se reintegrase al gobierno y cuidado de la república, él pospuso el imperio y el esplendor y la gloria del imperio a unos modestos cigarrales. No plugo a Ciro *el Menor* dimitir el reino de Asia, pero dedicaba la mayor parte del día a la agricultura, cavando el suelo con sus propias manos y plantando árboles como el más primoroso de los hortelanos; y no se corría de que la gente conociese esta sana pasión suya, puesto que él mismo, que por otra parte era un rey cultísimo y espléndido, gloriábase de ello y enseñaba sus labores agrícolas a los embajadores de las naciones extranjeras.

Homero, en su *Odisea*, escribe que Laertes, padre de Ulises, consolábase de la soledad y añoranza de su hijo no con comilonas ni juegos de dados, ni con otra clase de pasatiempos, sino cultivando su tierruca y estercolándola con sus manos. Atalo, el más opulento de los reyes de Asia Menor, luego de haber nombrado heredero de su reino al pueblo romano, él, para no salir ya de él, se acogió al campo deleitoso y aún sobre ello escribió muchos tratados. Cosa es ésta que también hicieron los más grandes príncipes y caudillos: Hierón de Siracusa, Filometor y Arquéalo, reyes; Jenofonte y Magón, cartaginés, capitanes gloriosos, porque entendamos que esta vida era la que les contentaba más. Deyótaro no escribió de esta materia, pero cuidó de que escribiera para sí y, por cierto muy copiosamente, Diófanes, quien transcribió los libros del cartaginés Magón y de Casio Dionisio *el Uticense*. Callo aquellos sabios y esclarecidos filósofos que de esta materia dejaron obras monumentales que Marco Terencio Varrón, en prolijo catálogo, enumera al principio de su tratado *De agricultura*, que también, de paso, será una demostración paladina.

Habiendo Marco Varrón escrito incomparablemente más que cualquier otro latino, ninguna de sus obras llegó a nosotros fuera de su *Tratado de etimología y lengua latina*, manca y truncada de más de la mitad, y, en cambio, esta de la

agricultura sí que nos llegó, ora fuese la naturaleza que conservó esta augusta obra suya, ora la diligencia de los hombres agradecidos a este ejercicio tan útil, que a la vez que consintió que las restantes obras pereciesen, a ésta la salvó con frecuentes transcripciones y copias. ¿Por ventura todos estos argumentos no prueban abundantemente que no hay vida más deleitable, más santa, más dichosa que la vida del campo? No nos cansemos de admirar nosotros que somos descendientes suyos, engolfados en las aglomeraciones urbanas, atormentados por sus cuitas inacabables, que los príncipes más poderosos que los filósofos más sabios, que el pueblo romano, el más cuerdo y recio de todos los pueblos, dueño de la redondez del orbe, aprobaron este tenor de vida y le practicaron; que la primera edad del mundo en su misma cuna y las edades sucesivas del creciente orbe tierno, viviendo esta vida, vieron pasar una existencia, toda inocente y tranquila. Esto es un gran indicio de que su guía fué la Naturaleza, maestra del vivir para aquellos hombres primitivos, pues no pudieron tener otro que les enseñase, sabiendo que la labranza es la inicial y más verdadera ocupación del hombre y su primordial ejercicio, gracias al cual pueda vivir bien y felizmente, cuanto lo sufre nuestra condición de mortales. Vivir vida feliz no es más que ir en pos de la Naturaleza, sapientísima guía de nuestra vida. No disimuló esta verdad el célebre oráculo de Apolo, quien preguntado por Giges, poderoso rey de los lidios, ¿quién era el hombre más feliz?, respondió sin titubear: Aglao Profodio. Aglao Profodio era anciano labrador, que no conocía más vida que la campestre y nunca había traspasado los lindes de su campichuelo. Viéneme ahora en talante añadir aquí no sé cuantos versos sobre este tema de Angel Poliziano: he de confesar que muy pocas veces he leído versos más acicalados y más graves. Hállanse en su *Rústico*, y dicen así:

«Dichoso es y muy semejante a los mismos dioses aquel a quien la resplandeciente gloria no seduce con su afeite mendaz ni los goces malvados del fastuoso lujo, sino que tan callando deja pasar los días y con pobre aderezo pasa en silencio tranquilo la inocente vida. Alejado de la ciudad, tasado en sus deseos, conténtase, benigno, con su propia suerte y satisfecho con un acervo módico, no alimenta esperanzas ávidas ni vanas acucias, descuidado del sitio donde los cetros caen, ni qué amagan las crueles constelaciones y el ominoso brillo de los cometas tintos en sangre. El favor frágil y el populacho, indócil en mantener fidelidad al poderoso, colocan, a quien el aura popular encaramó, en un trono caedizo; ni la púrpura que hace alarde de sus haces vanas le trae bebiendo vientos; no tiene pavor de su propia conciencia ni siente miedo de cualquier ruido ni en su pecho muerde con callado diente la culpa roedora...»

Estas y otras cosas pertinentes canta Angel Poliziano en su *Rústico*. Hasta ahora hablé del deleite y la tranquilidad de la vida del campo. Esperáis que también diga dos palabras acerca de su utilidad. Este punto es inagotable y es difícil que hoy pueda desarrollarle, y estáis viendo que ya dije muchas cosas más de lo conveniente. Pero por todo lo que podría, baste lo que diré; a saber: que la vida humana, sin juegos, sin ocupaciones sedentarias, sin dialéctica, sin retóri-

ca, sin gramática, sin geometría, sin pleitos y controversias jurídicas, sin casi ninguna de las artes puede vivirse cómodamente; pero sin agricultura y sin labranza no se puede vivir en manera alguna. Y éste es el asunto de la obra que vamos a estudiar, a fin de que entendáis cuán provechosa y cuán dulce y necesaria para la vida práctica y hasta qué punto Virgilio, con sus versos, la enhechizó.

No solamente con el poema de tan excelente autor granjearéis fruto y deleite, sino que también su misma materia poética, aunque escrita en estilo terso y sencillo, os ahorrará cualquier suerte de hastío en su lectura; por manera que yo, con frecuencia, acostumbro admirarme de cómo las cosas más triviales, tratadas en estilo humilde, cobran una majestad que impone admiración y reverencia. ¿Qué estilo menos pretencioso que el de Catón, el de Varrón, el de Columela, el de Paladio? Trataron de la cavazón, de los rastrillos, de los arados, de la vendimia, del desterronar, de la segunda cava, de la siembra, de la mies, del abono, del mismo estercolar. Y leyéndolos pensarás que no es posible decir estas cosas con blandura más sabrosa, ni escribirse con más delicada castidad, ni encerrar en preceptos geopónicos mayor gravedad y alteza. También en estos escritores ocurren pasajes en que se tocan temas de derecho civil; verbigracia: de las servidumbres de los predios rústicos, de la delimitación de lindes, del riego cotidiano y del estival, de las fuentes y de los regatos y otros muchos; ¿y quién hay que los entienda sino el que entienda las voces técnicas de la agricultura? Todas ellas tenemos que explanarlas a medida que avancemos en el estudio de esta obra y sacarlas de la más segura y tersa fuente del lenguaje romano. Adentrémonos, pues, con el favor benigno de Dios, en esta obra tan primorosa y afiligranada del más grande poeta latino, acerca de una materia que es la más dulce, la más fructuosa y la mejor en que pueden ocupar su vida los mortales.

FIN DE LA
«INTRODUCCIÓN A LAS «GEÓRGICAS»
DE PUBLIO VIRGILIO»

ALMA DEL ANCIANO

(ANIMA SENIS)

COMENTARIO PREVIO AL TRATADO DE CICERON INTITULADO
CATON EL MAYOR
O SEA EL LIBRO SOBRE LA VEJEZ

(1518)

Al abad de San Jaime.

ANTES que empiece a explanar el *Catón*, de Cicerón, voy a describiros con todo el primor que pueda el *Alma del viejo*, en la forma en que poco ha se me apareció, no menos maravillosa que donosa y apacible. Como desease yo muchas veces, aun cuando no soy viejo, ver el alma de un hombre viejo porque por algún resquicio pudiese yo conjeturar cuál sería yo mismo una vez llegado a aquella edad, si la voluntad de Dios me permitía llegar a ella, y pensando yo conmigo mismo algunas veces en ella con harta seriedad, he aquí que me pareció ver algo así como una sombra, la cual preguntada por mí, respondióme ser el *alma de un viejo*. Yo me explico aquella aparición por el fenómeno que diz que experimentan los sabios, quienes por el ahinco de su atención imaginan ver con sus ojos físicos algo como el espectro de aquellos objetos en que piensan. Empezó, pues, aquella alma a platicar conmigo de hechos remotísimos, ya puestos fuera de la memoria de las gentes, con un vocabulario inculto, hórrido, arcaico como el de Apio, Livio Andrónico, Ennio, Nevio y Plauto. Este lenguaje harto daba a entender que mi colocutor hablaba del otro lado del sepulcro. Yo le pedí que pusiese moderación en aquel léxico anticuado y me refiriese qué eran y qué significaban aquellas pinturas que la paraban tan hermosa.

—Mucho me maravillo—respondió el alma—que ignores todas estas cosas que me preguntas (si es que sabiéndolas no afectas ignorancia), puesto que te jactas de saber tanto y tanto de Aristóteles, cuando todas ellas, en varios y excelentes es-

critos, fueron tratadas por él, siendo, como era, varón de tan altos y tan extensos conocimientos. Pero óyeme y graba tenazmente en la memoria lo que voy a decirte de mí, a fin de que, cuando llegares a la senectud, si los hados y Dios te condujeren hasta allá, puedas hacer experiencia personal de lo que ahora aprenderás de mí.

Soy, efectivamente, el *alma del viejo*, previsora, sagaz, multíplice, aguda, memoriosa, llena de razón y de consejo, a la cual vosotros llamáis racional, y con motivo, porque soy la única, entre tantos linajes y naturalezas de almas, partícipe de pensamiento, del cual carecen todas las restantes.

La parte más baja que ves en mí, y por la cual estoy mezclada con el cuerpo, es aquella por la cual parezco no diferenciarme en nada de los brutos animales. Ahí está el gozo, ahí la tristeza, el miedo, el terror; ahí la esperanza, la ira, la misericordia; ahí la envidia; ahí el apetito carnal; ahí aquel golfo borrascoso de las pasiones; ahí las cuitas voraces del corazón y aquellas que los poetas llamaron *Furias;* ahí, puesto que tengo gran práctica y experiencia de las cosas y fuí hartas veces engañada por ellas, por cuanto el ingenio de los hombres es ladino, vano y falaz, que todo lo interpreta en el sentido peor. Mucha es la malicia. Yo pienso que en el fondo de toda cosa escóndese algo de fraude y de maligno engaño. Soy escéptica por instinto; a nadie admito en mi amistad de golpe; a nadie amo demasiado ni aborrezco demasiado, sino que, según el apotegma de aquel sabio de Grecia, aborrezco como si hubiese de amar y amo como si hubiese de aborrecer. Toda vez que se apagó en mí el ardor propio de la mocedad, eché también de mí los arrestos juveniles; ninguna grandeza me alegra; nada hago por fausto ni por pompa; ni veo juegos, ni veo cómicos, ni veo trágicos, ni veo mimos ni histriones, truhanes, parásitos; ni me asomo a husmear en los corrillos, sino que solamente voy tras de aquellas cosas que son de elemental necesidad para la vida, y eso aun con toda moderación y templanza; parto el comino en dos trozos para dos veces; no sacrifico bueyes, sino pajarillos, y ¡ojalá pudiera satisfacer a los dioses con mosquitos o con moscas, que de mejor gana cazaría.

¿No reparas que así, como en mi vida, tampoco en mi plática hay blanduras retoricadas, ni adornos, ni aguijones, ni bríos, ni nervios, ni la fuerza ni el calor de la edad primera? El mismo entibiamiento de mi sangre o, por mejor decir, su enfriamiento me hace parca, guardosa, avara; y por esa misma causa toda suerte de mujeres es aliñosa en grado superlativo. Añade a esto que mi propia experiencia me enseñó que es empresa difícil la de allegar riquezas y, en cambio, es empeño sumamente fácil su pérdida, su profusión y que a cada paso se presenta esa fatal oportunidad; y al revés, muy raras veces se presenta la ocasión del lucro; sino que, como dice Plauto en su *Aulularia: Si en disanto hiciste alguna ganancia, mira que no te empobrezca el día de faena si no fueres parsimonioso.*

¡De cuantos podría yo hacer mención que en breve tiempo dilapidaron riquezas cuantiosas acarreadas por sí o heredadas de sus mayores, granjeadas con harto trabajo, y con mucho tiempo, aumentadas y conservadas con vigilias tenaces, los cuales ni siquiera se que-

daron con un cuadrante! ¿Qué necesidad hay de más ejemplos en un punto que, si alguno lo ignora, es fuerza que ignore también la convivencia social y la universal experiencia? A ese tal le bastará con advertirle recordándole aquel proverbio tan vulgar entre vosotros: *Tras el avaro guardoso, el heredero manirroto.*

También, por aquella falta de calor que dije, soy medrosa por naturaleza, recelosa y dispuesta siempre a evitar todo lo que ofrezca asomos de peligro y no me expongo a riesgo alguno por pequeño que sea, y mi madre puede estar muy descansada de mí: *La madre del miedoso*—dice el vulgo—*no acostumbra llorar.* Y toda esta frialdad procede del enfriamiento del cerebro; causa es ésta también que hace tímidas a las mujeres. Por esto, cuanto más me inclino a las andas y de más cerca me asomo al sepulcro, tanto más me torno ávida de vida y de sociedad. Persiste siempre el deseo de las cosas ausentes y, de una manera especial, de aquellas que, catadas, no parecieron sabrosas. Ese temor y mi ingénita pusilanimidad me han hecho, más de lo razonable, aficionada a regañar, a quejarme, a demandar en justicia, pues se me antoja que todo el mundo hace desprecio y burla de mis canas, cosa que yo soporto con el mal humor más desabrido. Al mismo tiempo, cuando se alaba una cosa, yo la alabo en exceso, y cuando una cosa es vituperada, yo encarezco el vituperio, delante de aquellos, especialmente, de los cuales yo pienso que reportaré alguna ventaja, y cambio de gesto y de lenguaje (como aquel Guatón de la comedia de Terencio) al menor guiño de un bienhechor. Los paranceros y cazadores remedan el canto de las aves y se proveen de plumas de ave, bien así como los monteros se visten con una piel de ciervo. Desvergonzada soy, porque me persuado que ninguna de las cosas que hago parecen mal y desdicen de mi edad. De ahí que con frecuencia prefiero lo útil a lo honesto. Ya no me queda esperanza porque ya vi por mis propios ojos, según dice Virgilio, cómo *por ley del hado empeora toda cosa y con desvío se vuelve atrás.* Vivo más de recuerdos que de esperanzas, pues la vida que se me reserva es breve y es mucho ya lo vivido, pues la esperanza, como sabes, se nutre del futuro y la memoria rumia lo pasado. Por eso me vuelvo mucho más locuaz que no lo fuí, porque, con el placer que tomo en recordar la vida ya vivida, cuento con perseverancia insistente lo pasado, como pienso que del viejo Néstor lo habrás leído en Homero. Perdieron ya su hervor las pasiones primerizas que como yo mismo han envejecido. A pesar de todo, la avaricia y el ardor de poseer han renacido y se han rejuvenecido en mí, pues como dice en Terencio aquella Mición: Los que somos viejos para todo lo demás somos más sabios por la edad; sola esta falta trae consigo a los hombres la vejez: que todos somos más codiciosos de la hacienda de lo que conviene...

No tengo yo las ubres de la cabra Amaltea de donde se pueda ordeñar, ni como dicen, leche de gallina. Antes la exprimirán de una roca. Despensera soy, no refitolera. Una piedra pómez no es más seca que yo; lamento tener que tirar el agua cuando me lavo. Eso mismo hace mi nieto, aquel Euclión de Plauto, que no te dará aunque se la pidieres el hambre para que la satisfagas; el mismo que con los

ojos arrasados en lágrimas pidió al pretor que le permitiese comerse al milano que se había comido su carne. Mas yo, como había comenzado a decir, soy en sumo grado quejosa, soy cascarrabias, impaciente de todo. Por eso algunos, con un juego de palabras famoso, dijeron que *senium* era el equivalente de *tœdium*, porque soy fastidio y aburrimiento de los otros. Accio dice que la muerte de un amigo es su senilidad, y Turpilio dice que el casamiento es su senectud. Y no sin razón, pues del *senium* viene el *tœdium* y del *tœdium* hácese el *senium*, como del agua se hace el hielo y del hielo, a su vez, el agua. Demostración de ello es que los afectados por el tedio encanecen y se arrugan aun en la flor de la juventud, como en nuestros días sucedió a un tal Jaime Osorio, paisano tuyo, quien, en sola una noche que estuvo en la cárcel contrajo la canicie de Erigino. Y al contrario: ¿por qué es que los mozos con tanto cuidado huyen de la compañía de los viejos, sino porque ellos no solamente son aborrecibles a sí mismos, sino también a todos los otros? ¡Ay, cuán grande verdad es ésta, cuando *viene*, como dice Boecio, *con un raudo cortejo de males la inopinada senectud*! Entonces, como Horacio cantaba, *muchos achaques rodean al viejo.* Y a buen seguro es de esa senectud que decía Ausonio: *Largo tiempo esperada y añorada de deseos malignos.*

Entonces todo se le hace al viejo pesado y enojoso y él se hace enojoso y pesado a todos. Quéjase de todos él y de él se quejan todos; nadie le agrada a él y él no agrada a nadie. Una vejez así es una enfermedad, sin duda. Aquella, aquella es la buena vejez, como dice tu Aristóteles, *que viniendo tardía no trae consigo dolores.* Aquella, aquella es la buena vejez que Ausonio hace parigual de la mocedad agradable al hombre, con un pensamiento tomado de un sabio de Lacedemonia, pues el que presto envejeció y el que envejeció tarde, pero no sin dolor, uno y otro pasan una achacosa senectud. Definieron que la vejez era deficiencia de calor natural y de la humedad vital. Por esto es que los atrabiliarios envejecen más pronto que los sanguíneos y aquellos animales que paren con frecuencia más temprano que los que no se fecundan. Aun cuando los viejos están llenos de humores, son secreciones de la pituita que nada aportan a la Naturaleza, antes al contrario se lo quitan y la obstaculan. Aquella podre a la que el filósofo peripatético llamó vejez, hace nuestro cutis más negro que no lo fué en sus buenos tiempos. Y así como la sangre, en secándose, también se pone más negra, así también comunica negrura a la forma de nuestros cuerpos. La sangre es la que con su calor nativo colora nuestros cuerpos y con suma placidez fomenta la vida. Ello hace que, consumida la sangre poco a poco, el alma misma, que por ella era detenida como por una suerte de vínculo y unión, se escape abriendo el vuelo y se verifique aquella separación del cuerpo y del alma que vosotros llamáis muerte, siendo así que es ingreso en otra vida, exenta no ya de la muerte, sino franca también de las enfermedades.

Ahora, empero, puesto que ya viste esta parte mía inferior, levanta los ojos un poco más arriba y mira aquella otra parte que, si me prestares atención, te declararé en plática breve. Por ella es que me conozco a mí mismo, conocimiento

que es el primer capítulo de la sabiduría. Ella es por la cual, como es razón, soy de todos tenido en aprecio y me consuelo en esa obligada flaqueza de mi edad. Tú mismo ves esa noticia tan extensa de las cosas, mi tan larga práctica, mi prolija experiencia, hasta el extremo de tener callos en ella, como los tienen en las manos los agricultores por el largo contacto con los aperos de la áspera labranza. Merced a todas esas circunstancias he alcanzado la prudencia, la cual, como enseñó Aristóteles, apenas puede lograrse sin la experiencia y el sentido práctico, por lo cual afirma que no es fácil que los mozos sean prudentes. Por eso me llaman sabia, pues así como vosotros juzgáis de los manjares por el paladar, así yo, por el entendimiento, conozco qué son las cosas y cuáles. Y no importa que se sea viejo por las costumbres o por los años; acaso volveremos sobre este punto, si tuviéremos tiempo. No obstante, acostumbra verificarse en las mejores y más sabias de nosotras aquello mismo que dicen haber acontecido a unos pocos griegos, no sé cuáles a punto fijo, y especialmente a mi contemporáneo Sócrates; a saber: que dudemos de todo, que pensemos no saber nada, que no afirmemos en redondo nada, que lo inquiramos todo, dudosas siempre, desconfiadas de nosotras mismas; que toda aseveración nuestra vaya precedida de un *quizá,* que todo lo examinemos con madurez y retengamos siempre aquel asenso que los académicos llaman *epogue;* que ninguna cosa hagamos con precipitación, ninguna con precocidad y sin la debida madurez. Por todo esto es que a nuestro consejo no le va a la zaga el arrepentimiento porque no es apresurado, y se nos tiene por formales y por graves; y el resultado se cuida de demostrar que nosotras hemos visto claro.

He dicho todo esto de los sabios aunque son en extremo difíciles de hallar, *cuando aquel mismo* (de quien dijo Sócrates, como consta en aquel discurso en que Platón le introduce hablando en favor de la muerte) *de tal modo disputa* (diréla con las propias palabras de Cicerón) *que no afirma nada por su cuenta y refuta a los otros.* Dice no saber nada él, sino eso mismo y que por ello se aventaja a los otros que están persuadidos que saben lo que ignoran, mientras que él no sabe más sino que no sabe nada y por eso mismo piensan que Apolo le declaró el más sabio de todos, porque toda la sabiduría consiste en esto: *No pensar uno que sabe lo que no sabe.*

Cierto es que yo mismo cuanto más avanzo en edad tanto más descubro que sé más pocas cosas. Cuando era más joven, ¿qué cosas pensaba yo que no sabía? Ninguna, a decir verdad.

Pero vuelvo a nuestra previsión, nuestra prudencia, a nuestra sabiduría, gracias a las cuales las naciones todas nos constituyeron, a fuer de más aptas, rectoras y gobernadoras de reinos, de provincias, de repúblicas. Mientras el gobierno de las ciudades está en sus manos, gobiérnanse fausta y felizmente. Válgate por todas esta demostración; a saber: que el Imperio romano se extendió a tanta longura y a tan gran anchura, porque sus gobernadores eran, así de nombre (llamáronse senadores) como de hecho, viejos; llamados padres, bien por su función, bien por sus años; varones, dice Salustio, a quien pesaban los años físicamente, pero cuyas facultades mentales estaban en toda su pujanza y lozanía. Mas, cuando se in-

trodujeron en el Senado hombres mozos de costumbres y de edad, batalladores, pendencieros, violentos, revolvedorcillos, ambiciosos, aduladores, furibundos, necios, casquivanos; para acabar de una vez: ineptos para todos los negocios, aptos no más que para las inepcias, aquella república a la cual el buen sentido había levantado hasta el cielo, por la temeridad de ellos se derrumbó y quedó descuajada. *No es con la fuerza física ni con la corporal agilidad como se llevan a cabo grandes empresas, sino con seso, con autoridad, con juicio de los cuales no sólo no acostumbra estar huérfana la vejez, sino que con la vejez suelen aumentarse.* Así opina el Catón ciceroniano, libro *De la vejez,* capítulo VI. Y de análogo parecer es su venerable nieto, el cual, en el libro de la *Guerra de Catilina,* de Salustio, se expresa de esta manera: *No hagáis cuenta que nuestros mayores hicieron por sus armas grande a la república que era pequeña. Si ello fuera así, mucho más floreciente la tendríamos nosotros porque tenemos mucha mayor abundancia de aliados, de ciudadanos, de armas y de caballos que no tuvieron ellos. Otras cosas fueron las que les hicieron grandes, y de las cuales nosotros carecemos en absoluto: en nuestra casa, la industriosa laboriosidad; fuera, el gobierno justo, el desinterés en el consejo y el espíritu no sujeto ni al delito ni a la pasión.* Todo esto es de Catón.

¿Ves cómo el régimen de la república nos toca de derecho? De ahí nos viene la honorabilidad, de ahí la autoridad nos viene, de ahí los dichos de los viejos calificáronse de dichos de los sabios. No hay nadie que no sepa que por ese nuestro poder espiritual se nos debe demostrar respeto y reverencia. Si algunos no lo hacen, véanlo ellos; pero, con todo, saben que debe hacerse, como aquel anciano se quejó en este sentido de los atenienses: *Creían ser gran maldad, merecedora de muerte*—dice Juvenal—, *si un mozo no se ponía en pie en presencia de un anciano.*

Y dice Ovidio en el libro V de los *Fastos*:

Grande fué en otro tiempo la reverencia a la cabeza cana, y la arruga senil era tenida en gran respeto. La Curia no se abrió a nadie antes de la vejez tardía; y es de la edad que el senado tiene su apacible nombre. ¿Quién se atreviera a pronunciar delante de un anciano palabras dignas de rubor? La luenga edad imponía su respeto.

¿Y qué más si el mismo Dios, en el *Levítico, manda ponerse en pie ante la cabeza cana,* y *que la persona del anciano sea honrada*? ¿Y qué de aquello otro que se lee en Isaías: *Habla tú, que eres de edad, pues en ti es cosa decorosa*? Mas por lo que toca a la que llaman parte inferior, o sea aquella zona de las pasiones y turbaciones, tan castigada de achaques como en mí has visto, con todo, en el anciano prudente no introducirá ninguna variación en sus buenas costumbres ni disminuirá su dignidad y su majestad. Comparara yo con esta parte inferior mía, en la cual todo anda entre dos extremos: la parvedad y la demasía; los dos vicios únicos que acechan la virtud, con la misma parte inferior de los jóvenes: allí pasiones absorbentes y en situación de predominio el apetito venéreo; allí mucha ira, mucho odio; allí inconstancia y consejo precipitado; allí ningún recuerdo de los tiempos que han sido, allí esperanzas hueras, ilusiones y trampantojos; allí regocijo descomedido,

júbilo inmotivado, carcajada suelta; allí jactancia; allí el gran alarde de honores mentidos y todas las otras cosas que callo porque no parezca que quiero encubrir nuestros vicios con vuestras necedades. Gobernar y cohibir aquellos vicios es potestativo de los mozos como de los ancianos. Cuando lo consiguen, unos y otros deben ser llamados viejos y unos y otros deben ser llamados mozos y aun muchachos, cuando no lo consiguen. Como también el honor, la reverencia, la dignidad, la majestad y la autoridad y el don de consejo atribúyense no menos a los viejos de seso que a los viejos de días; mas del viejo que es niño en las costumbres abominan las Sagradas Letras, y San Pablo suplica a los corintios que no aniñen su juicio ni su alma.

¡Qué cosa fea, qué cosa ridícula es, como dice Séneca, el anciano elemental, el anciano dos veces niño, como dice Varrón. Merecedores son de reprensión muy recia aquellos que puestos para que sean a modo de faros que iluminen a los pasados y a los que los seguirán, no hacen más que cegarlos y entenebrecerlos, y siendo guías enviados delante para mostrar el camino, llevan a los otros por quebradas, por roquizares, por asperezas y barrancos.

Pero de ese desvío en que nos hemos metido, volvamos a la ruta que me he propuesto seguir. Aún tenía que hablarte de la nobleza del alma del viejo; ahí tienes en cifra lo que quería decir:

No creas que ni el número de los años ni la blancura de las canas confieran a los hombres gravedad ni autoridad, ni por esas exterioridades han de ser juzgados viejos, sino, en primer lugar, por su copiosa y sazonada experiencia, y luego por la serenidad de su memoria, por su tendencia natural a lo bueno y a lo honesto, por la ejemplaridad de su vida, por la seguridad de su consejo y por su justa ponderación en todo. Los que tienen estas cualidades, éstos son sabios verdaderamente, como aquel vate de Tebas en los Campos Elíseos. Todos los restantes, así mancebos como ancianos, vuelan livianos como sombras. A éstos los llamo yo ancianos, y no a los otros; aseguro yo que ellos podrían constituir el senado ideal que imaginó Roma y poblar la ciudad de Gerusia ideada por los lacedemonios. Nombre el de esta ciudad que se tomó de *senectud*, y en ella díjose que era donde más convenía envejecer. También por eso cierto poeta llamó *ancianos* a los estoicos, no por el número de los días o de los años, sino por aquellas cualidades por las cuales deben los ancianos aventajarse a los demás; a saber: consejo, templanza, gravedad, comedimiento, constancia, inmovilidad del ánimo por la virtud. Cualidades todas éstas grandes y admirables que ninguna otra escuela filosófica duda que las reunían los estoicos. ¿Y quien no conoce aquel hermoso verso de Menandro: *Los cabellos blancos son indicio de tiempo, no de sabiduría?* Y dice el libro de la Sabiduría: *La senectud merecedora de reverencia no es la que duró mucho ni la que se computa por el número de los años; las canas son el buen juicio del hombre, y la sazón de la ancianidad es la vida inmaculada.* Y el mismo dice que esa augusta ancianidad es la *corona de la dignidad que se hallará en los senderos de la justicia.* A eso aludió aquel predicador cuando dijo que la *corona de los viejos es la mucha doctrina y que su gloria es el temor de Dios.* Por todo lo cual, la vejez de costumbres puede hallar-

se aun en los niños, como muy razonablemente afirma San Ambrosio, e igualmente la inocencia de los niños puede hallarse en los ancianos.

Y siendo esto así yo compuse a mi hombre de tal manera que haga cuenta que la lujuria es el más feo de los vicios; que no ande en pos de los placeres, que de cada día se torne más apacible y mejor, en acercándose a los arrabales de la juventud, no sea que, como aquel viejo verde de Plauto, tenga que oír este reproche: *Convendría ya que esta tu edad estuviese limpia de esas lacras.*

Y porque sepa también que a él le acontece lo que cuentan del ibis, ave gitana, que, eliminando en su vejez ciertos humores superfluos y purgada de cierta asquerosa flema, exhala de su boca una fragancia como de sustancias aromáticas majadas en el mortero de un perfumista. Así también, ese viejecito mío que renunció al amor y a las otras intemperancias, no cabe duda que huele suavísimamente. Dichosa edad que, en acercándose, expulsa todas aquellas pasiones que en la juventud repruébanse acerbamente. Disminuya enhorabuena los trabajos del cuerpo, mientras acreciente hasta el máximo los del alma. Porque la tarda senectud *no debilita las fuerzas del espíritu ni trueca su vigor*, como dice Virgilio. Ni tampoco porque la vejez inerte ayude su paso con un báculo y como se lee en Ovidio, *alivie sus miembros con cayados, no le pese de sus lentos años seniles cuando adquirió tanto vigor espiritual.* Mírale a él, a ese viejecito mío, y repara luego en mi belleza rutilante aunque tenga *fea la cara y quebrada la color y no semejante a lo que se solía; el pellejo arrugado, en lugar de la buena tez que tuve cuando era mozo, y las mejillas caídas y las arrugas tales, cuales las tiene la mona que ha parido mucho y es ya vieja, rasca en la cara, vieja y arrugada, donde Tabraca descubre sus bosques sombríos.*

Me figuro que habrás visto hermosos y atléticos mancebos; pero dime: ¿igualarías sus fuerzas y su robustez a las mías, por no decir si las preferirías? Pues por lo mismo que yo tengo más prestancia corporal, por eso mis fuerzas y mi hermosura tienen ventaja sobre sus músculos y su piel lucia. Empero, tú y los otros jóvenes como tú, cuán dichosos seríais, ¡oh dioses inmortales!, si a esa lozanía de la edad, a esa fuerza y reciedumbre físicas añadieseis también ese vigor espiritual, esa robustez, esa sabiduría que yo tengo. Con todo no penséis que ello sea difícil de hacer, pues nada es más hacedero que llegar ahí con estudios bien orientados, con costumbres muy compuestas, puesto que los vicios y las virtudes, así en la mocedad como en la vejez, en las costumbres se vinculan, que no en los años.

¿Quién hubo más grave, quién hubo más formal que el más joven de los Catones? ¿Quién más anciano que Escipión Emiliano, aun antes del consulado que desempeñó siendo muy joven? ¿Quién más cruel que Mario y Sila cuando viejos? ¿Qué cosa más fea y más obscena que la lujuria retardada de Tiberio César, viejo chivo? ¿Quién más inepto y majadero que Claudio César, cuando ya era sexagenario, contra quien un grieguecillo insignificante disparó aquel dicho venenoso: *Y tú eres viejo y eres tonto.* No hay duda, pues, que las costumbres no son producto de la edad, sino de la crianza, del hábito del ca-

rácter. Todo esto me sugirió que te lo dijese la descripción que hice de mí mismo. Si deseas más amplios conocimientos y seguir el aviso de Ovidio que dice así: *Acordaos ya desde ahora de la venidera vejez, y de este modo ninguna sazón de vuestra vida pasará sin fruto*; yo te aconsejo que vuelvas a leer *Catón el Mayor,* de Cicerón. En este libro hallarás no solamente consejos dignos del aceite del cedro para el buen gobierno de la vejez, sino también las sólidas enseñanzas y censuras de aquel anciano a quien los hombres de su tiempo llamaron Porcio Prisco, acerca de la constitución de la república que él rigió con las mejores artes, y con qué recursos y con qué maña, como con un timón, navegará salva y feliz. Allende de esta doctrina política, encontrarás en él luminosos conocimientos sobre la inmortalidad del alma, tomados de Sócrates visto y oído por Platón; de la fuga de aquel cosquilleo carnal llamado deleite, cuya insinuante blandura él no sintió jamás; de la agricultura, aquel arte elemental y primitivo, que la buena madre Naturaleza enseñó al linaje humano; de la valencia de las fuerzas y de la salud que él conservó enteras hasta su postrera edad por la gran continencia de su vida y por sus continuos ejercicios físicos; del menosprecio de la muerte, cuyo temor jamás le apartó de ninguna obra, como ni tampoco su pavorosa inminencia truncó sus pláticas serenas. Hallarás todo esto juntamente con mucho conocimiento y memoria de la antigüedad: cuán grande fuere en él (sus orígenes lo atestiguan) veráslo en este libro, en tanto grado que no sabrás discernir si es de Catón por la gravedad de la elocución, por el peso de las sentencias y por el decoro y la dignidad del estilo, o si es de Cicerón por su dulce y suave elocuencia, por la pulida y caudalosa facundia del discurso.

Habiendo dicho esto, el alma del viejo desapareció y yo quedé libre del pasmo que me había producido su palabra.

FIN DEL «ALMA DEL ANCIANO»

ORIGENES ESCUELAS Y LOORES DE LA FILOSOFIA

(DE INITIIS, SECTIS ET LAUDIBUS PHILOSOPHIÆ)

(1518)

Entre todos aquellos que sobre la humana mortalidad pujaron su augusta y divina cabeza es cosa averiguada que sólo la filosofía es el don más grande y mejor que nos dieron los dioses inmortales, que sólo ella puede hacer perfectos a los hombres y conducirles a vivir bien y bienaventuradamente, que es la cifra de todos los deseos. Sumamente difícil de explicar es en qué consiste este don o dádiva o, como hay otros que dicen, esta invención de los dioses. La Verdad, como decía Demócrito, yace escondida y sepultada en el fondo de un pozo profundísimo. De qué manera llegó hasta nosotros, los escritores embrolláronlo y oscureciéronlo, mientras cada uno arrima la gloria de tan grandes principios bien a su propia nación bien a aquella para quien tiene mayores simpatías. Nosotros nos limitaremos a seguir a los autores más aprobados y hacer nuestras las afirmaciones más verosímiles, con lo cual es de razón que se contente todo aquel que considerare un momento la gran oscuridad que es fuerza que envuelva los orígenes de una ciencia puesta tan lejos de nuestra memoria. Existió ya en los primeros tiempos del mundo vuelto a la vida después del diluvio, pues nada ocurre que decir del origen del mundo hasta la universal inundación, ocurrida en tiempos de Noé, cuya reducida historia, en estado de nebulosa y llena de misterios, sacada de las arcanas tradiciones de la nación hebrea, en las cuales destacan aquellas inscripciones que los hijos de Set dejaron escritas en dos columnas, fué trazada y escrita por el mismo Moisés.

Existieron, pues, por aquellos tiempos, como es razón que creamos, algunos grandes hombres que, por beneficio de Dios, desdeñaron esas cosas inferiores como inestables, deleznables y vanas; y poniendo su admirativa atención en las cosas superiores como más nobles y más excelentes que las otras,

se aficionaron a ellas con toda su alma, con una intensidad tal, que dejando a su cuerpo acá abajo como en su domicilio propio y natural, en alas de su mante volaron a aquellas espirituales alturas, viviendo no más que para su pensamiento. Este linaje de hombres tuvo variedad de nombres conforme fueron varios los que los denominaban. Entre los hebreos, llamáronse profetas, a fuer de previsores de lo venidero. Entre los egipcios, llamáronse vates y sacerdotes, simiente y principio de la dignidad real. Tuvieron los celtas a sus druidas, moradores de los bosques y amigos de la muerte, a manera de camino para la otra vida inmortal y mejor. Los brahmanes habitaron Etiopía y habitaron la India los gimnosofistas; es a saber, los sabios desnudos, de cuyo dogma dicen que Budá fué fundador. Por lo que toca a España, si bien el nombre no hace al caso, no faltan graves autores que dicen que en la más remota antigüedad tuvo sabios muy antiguos, consagrados al estudio de la sabiduría con anterioridad a los griegos y a las otras naciones, excepto la hebrea. Los sabios de Persia fueron los magos, el primero de los cuales fué Zoroastro, de quien se dice que rió el día mismo de su nacimiento. Decir magos equivale a decir sabios, como aquellos primeros sabios míticos de Grecia, Orfeo, Museo, Lino Anfión y aun aquellos otros de los tiempos históricos que desde Tales de Mileto hasta Pitágoras de Samos se consagraron al conocimiento de las cosas. Y destacándose entre todos ellos aquellos siete sabios por antonomasia, a quienes, por el oráculo de Apolo, les fué adjudicada la mesa de oro como a los más sabios de toda Grecia, todos los cuales disertaban de la naturaleza de las cosas, si bien con hartas alucinaciones; ellos hicieron avanzar no poco la erudición.

Gorgias, el leontino, en una de las mayores concurrencias de griegos, atrevióse a retarles a todos, sin miedo de ninguno, que le dirigiese cada cual la pregunta que le pluguiere, afirmando que él la contestaría al punto. Esto mismo hizo Hipias en los Juegos Olímpicos. Esta costumbre se generalizó luego entre los griegos. Buena parte del estudio de ellos versaba sobre el conocimiento del cielo por observaciones de muchos siglos, hechas por los primitivos caldeos y egipcios. Uno de ellos fué Vulcano, que alumbró las fuentes de la filosofía, de quien dicen ser hijo del Nilo. También dicen que Lino Eubeo lo fué de Mercurio y de Urania por sus conocimientos astronómicos y porque le cupo la gloria de inventar la lira, puesto que se cree que Mercurio fué el autor de la lira, y Urania, para los púnicos primitivos, es la misma Luna y entre los griegos es la Musa que tiene la incumbencia de cantar los fenómenos celestes. También es fama que el líbico Atlante sostuvo el cielo en sus hombros y que le sucedió Hércules su discípulo, porque aquél, según testimonio de Plinio, fué el inventor de la astrología y de la esfera, y que este discípulo suyo fué el heredero de esta arte inventada, la cual, introducida en Grecia poco tiempo después, adquirió muchos y grandes aumentos. Con referencia a esto se escribe que Endimión fué el primero que descubrió el carácter voltario y tornadizo de la Luna, y por eso se dice que de ella se enamoró. Repudiado en un principio, más tarde, luego de pastorear sus rebaños blancos, si hemos de

dar crédito a la fábula, habiéndose quedado dormido en el Lamio, monte de la Caria, la Luna bajó a besarle y, con todo eso, él no se despertó de aquel sueño.

Tales de Mileto fué el primero que echó de ver la pequeña Cinosura, *en cuya guía se confían los fenices cuando van altamar.* Anunció un eclipse de sol para el año cuarto de la Olimpíada XLVIII, que fué el CLXX de la fundación de Roma. Escrito los cursos del sol y sus conversiones, comparó las respectivas dimensiones del sol y de la luna.

Su discípulo Anaximandro de Mileto conoció que la luna brillaba con luz prestada, enseñó la oblicuidad del Zodíaco, con lo cual abrió las puertas del cielo y colocó el primer reloj de sol ideado por él en una pared de la plaza de Esparta, no sin una viva y general admiración. Dice Marco Varrón que ese curioso artefacto no fué visto en Roma antes de la primera guerra púnica traído por el cónsul Valerio Mesala, de Catina, ciudad de Sicilia. Y, por cierto, que sus líneas no convenían con las horas del hemisferio del Lacio. Fabio Vestal escribe que Lucio Papirio Cursor puso el primer reloj en el templo de Quirino, levantado por un voto de su padre, dictador tras el vencimiento de los samnitas, treinta años antes del consulado de Mesala. Hay quienes atribuyen a Tales el descubrimiento de la astrología náutica. Pero la mayor parte de escritores se decide por adjudicárselo a Feaco de Samos, cuyo conciudadano Pitágoras demostró la naturaleza de la estrella de la tarde y verificó la identidad del Héspero y del Lucífero. Cleostrato descubrió los signos del Zodíaco y primeramente el de Aries, por el cual los entendidos en astrología sacan sus augurios para el año nuevo. ¿Hemos pensado cuánto deleite hay en todo esto? ¿Hemos ponderado cuáles debieron de ser aquellos hombres a quienes con mejor acuerdo llamaríamos dioses inmortales, que muy por encima de nuestras pobres viviendas o, más bien, que empinándose muy por arriba de los elementos de su cuerpo, consiguieron lo que no pudieron conseguir los jayanes de corpulencia descomunal, de quienes hablan las fábulas, mientras que ellos, apoyándose en la fuerza de sus ingenios, penetraron en el mismo recinto del cielo? ¿Y quién duda sino que todo ese ruin mundo sublunar les causó asco, ante los umbrales de aquel divino domicilio, en el cual pudieron barruntar no sólo cómo se gobierna el universo mundo, y lo que está por venir y por qué causas, y entregaron a los que con ellos estaban unidos por solidaridad humana y mortal esas revelaciones sacadas de los propios santuarios de la Naturaleza, a guisa de pontífices, iniciados en sus consejos formidables? ¡Loor eterno a vosotros, intérpretes del Cielo, en cuyas almas cupo la Naturaleza toda y cuya mente grandiosa, sublime, elévase muy por encima de todas las coronas de los reyes y de los emperadores. Sin ellos, vivís vida bienaventurada; mas ellos y todos los pueblos no podrían vivir sin esos descubrimientos vuestros:

Almas felices — exclama el religioso Ovidio de los *Fastos*—, *cuya vocación fué hallar estas sagradas verdades y escalar las moradas celestiales. Es de creer que tales almas, más altas que los vicios y los humanos azares, levantaron sus cabezas. Ni Venus ni el vino quebrantó los sublimes pechos, ni el tráfago del foro, ni el trabajo de la milicia, ni la liviana ambición, ni la gloria*

con su afeite alegre; ni les acució el hambre de riquezas cuantiosas. Acercaron a nuestros ojos los luceros distantes e hicieron esclavo de su mente al cielo. Así, el cielo se escala, no con poner el Osa encima del Olimpo y que la cumbre del Pelias toque los atros soberanos.

A esos purísimos deleites, para que por unos momentos desistieran de recorrer el cielo y para descansar de subida tan ardua y para que al mismo tiempo no careciesen de algún regalo dulce, inventóse la música, que es la ciencia de los sonidos y de la armonía. Es de creer que quien descubrió el concento celeste, fuese quien fuese el inventor de tanta maravilla, se llamase Túbal o se llamase Dionisio, cautivado por la dulcedumbre de aquel concierto, se elevase con vivo deseo a la contemplación de las cosas soberanas. De sus manos salieron las liras, las cítaras, las flautas de las cuales arrancaron sones tan dulces. Así Orfeo, así Lino, así Virgilio:

Entonces el crinado Jopas hace sonar en su cítara dorada los cantos que le enseñó el máximo Atlante: canta la luna errante y los fallecimientos del sol; de dó viene el linaje de los hombres y de las bestias, de dónde la lluvia y los rayos, y a Arcturo y a las Híadas tormentosas y a las Osas gemelas; por qué los invernales soles caminan tan aína a mojarse en el Océano o qué tardanza detiene las noches perezosas.

Y era tan vivo el deleite que tomaban de la música, que casi les arrobaba, sacándoles el espíritu del cuerpo. Cuentan de Pitágoras que tantas veces como se iba a dormir y tantas veces como se levantaba del lecho, acostumbraba, con la música, poner paz y dulzura en su alma, para más soberanamente saborearse con su condición de hombre; costumbre ésa que los pitagóricos, aprendiéndola de su fundador, conservaron largo tiempo. Creyóse que con esta sabiduría inicial, según canta Horacio, los hombres se amansaron y dulcificaron, y de su ferocidad nativa convirtiéronse en domesticados y humanos, y que cautivados por su hechizo, se dejaron prender de sus buenos consejos, y abandonando sus cuevas y sus cabañas, que habitaban separadamente, se reunieron en agrupaciones, y en ciudades, y en sociedad, a la cual, por su propia espontaneidad, tiende el temperamento humano, y de cavernícolas se trocaron en ciudadanos. Por este tan gran beneficio fingió la antigüedad que Orfeo movió las rocas y amansó las fieras.

Y este mismo beneficio dicen que dispensó Anfión, hijo de Júpiter y de Antíope, a quien algunos atribuyen la invención de la cítara, con la aútoridad de Pontico de Heraclea, discípulo de Platón, quien afirma que aprendió esta arte de Júpiter, su padre, aunque Eusebio hace a su hermano Zeto participante de esa gloria. Unos atribuyen esta invención a Lino y los más a Orfeo. Y porque no parezca que ando siempre a caza de fábulas, si bien de ningún modo son indoctas ni ineptas, pasaré a la eficacia de la armonía. Timoteo de Mileto, con sus modulaciones, inspiraba al macedón Alejandro los afectos, unas veces acuciándole si estaba apático y otras veces si estaba enojado y furioso le devolvía al equilibrio. Es fama que Empédocles de Agrigento, con una cancioncilla, sosegó y desarmó a un mozo furibundo que atacaba a un huésped suyo con la espada desnuda. Afirman asimismo ser pura verdad que Apolo, con ciertos sones y

compases de cítara inventados por él, alargó la vida a muchos mortales y les desnudó de su salvajez.

Aun cuando la invención de esa arte tan regalada y tan dulce se contuvo en su origen en límites muy estrechos; con todo, en muy breve tiempo se propagó ampliamente. De la tortuga original llegóse al canto de la voz humana, para lo cual se excogitaron tantas modulaciones y tantos géneros de poemas, tan variados y de tanta suavidad. En ese punto los principales compositores fueron Lino y Antedonio, el primero de los cuales compuso un canto lamentoso, elegíaco, según entiendo. El segundo compuso himnos. No mucho después les sucedieron Pierio, que dedicó muchos cantos a las musas. Filamón y su hijo Tamiris, de quien cuenta la fabulosa antigüedad que compitió con las musas y que puso en verso la guerra de los Titanes. También Demodoco de Corica, que antes de Homero cantó la guerra de Troya y los amores de Marte y de Venus. Mas en la música como los números necesitasen ser multitud, y en la astronomía se necesitasen números y variedad de figuras, aparecieron, por añadidura, unas disciplinas que tratasen de ello y lo enseñasen.

La aritmética tomó su nombre de los números, y la geometría lo tomó de la medida de la tierra. Estas cuatro artes, tan vecinas y tan contiguas, se fundieron en una razón única de estudio y de deleite que llamaron matemática, disciplina que para mí derivó su nombre de *discere* (aprender), porque unos eran los estudios de los primitivos y porque éste es el camino más certero para aprender, pues disintiendo en otros puntos diametralmente las escuelas filosóficas, y balanceándose de un lado para otro, al azar y temerariamente, en este punto todos coinciden en el mismo sentir y señalan reglas, no ya semejantes, sino idénticas. Y aún dicen que esta ciencia primera en que comenzó a ejercitarse el ocioso ingenio humano entrególa a los egipcios para que la aprendiesen Theut, como refiere en el *Fedro* el Sócrates de Platón, juntamente con los signos de las primeras letras. Yo opino que ese Theut, con mayor verosimilitud, es Abrahán, que habiendo, desde la Caldea, pasado a Egipto, enseñóles las letras y esas cuatro matemáticas, las cuales, consignadas monumentalmente por los hijos de Set, que eran los primeros nietos de nuestro padre Adán, en dos columnas, de piedra la una y la otra de ladrillos, por medio de Noé y de Sem pasaron a la nación hebrea. Así es que Abrahán consigo introdujo en Egipto las letras, las disciplinas, las costumbres, las leyes, todas las cuales, a la vez, como también la circuncisión, conforme a la práctica de la familia abraánica, recibiéronlas los egipcios.

Mas, con el discurso del tiempo, los hombres sabios fueron descendiendo poco a poco de aquellas alturas que dan vértigo a esa parte más baja y desdeñada de la Naturaleza, porque en ese huerto del universo mundo no quedara ángulo alguno que su divino e inquieto espíritu, a manera de abejuela oficiosa, no recorriese, ni flor, por menuda y secreta que fuese, en la cual no metiera su aguijón. De ahí vino que la filosofía se definiera: *El conocimiento de las cosas divinas y humanas*. También en esta parte inferior se hicieron agudas e ingeniosas observaciones acerca de los fenómenos que se registran en los vientos y en el mar: lluvias, nubes, nieves, granizos, rayos, meteoros

varios con el restante espectáculo de las noches serenas y las alternativas de la luz y de las tinieblas del calor, del frío, del nublado, del sereno, del flujo y del reflujo del mar, de las tempestades y de las bonanzas.

Entonces, se descendió también a la tierra, en la cual aplicaron su atención a la maravillosa fábrica del mundo, o, mejor, obra de Dios sapientísimo, a quien adoraron, estudiando las virtudes de las hierbas, de las piedras, de los metales, que son tan estupendas que no pueden oírse sin horror o sin pasmo. De ese coto de la filosofía tomó la medicina para sí una buena parte, puesto que diríase que aquellas propiedades fuéronle atribuídas por la Naturaleza, madre benignísima e indulgentísima para curar los cuerpos de los hombres, cosa que, a fe mía, no es tan admirable como saludable a todo el linaje humano, observadas y descubiertas, parte por el instinto de los brutos animales y las fieras, parte por audaz y feliz experimento de los hombres, parte, en fin, por sugestión de Dios, que mostró el camino. Por esto fué que en último término esta arte y su invención fué referida a los dioses. Por los egipcios, es atribuída a Mercurio y a Apis, dioses suyos; por los griegos, a Arabo, hijo de Apolón y Babilón, que algunos piensan que fué Esculapio, aquel Esculapio de quien por haber devuelto a Hipólito a la vida, dicen que murió tocado de un rayo:

Entonces—canta Virgilio—, *el padre todopoderoso, dolido de que un mortal se levantara de las infernales sombras a la luz de la vida, él mismo, con uno de sus rayos, hundió en las estigias ondas al hijo de Febo, descubridor de tal arte y tal medicina.*

Aun cuando no faltan quienes niegan que este Esculapio muerto por el rayo de Júpiter fuera hijo de Apolo, sino otro homónimo suyo, hijo de Valente y de Feónida, hermano de Mercurio Trifonio, cuyo sepulcro era visitado en Cinosuras aun en tiempos de Cicerón. Y Cicerón, por su parte, añadió un tercer Esculapio, hijo de Arispo y Arsinoe, que fué el que primeramente descubrió la purgación del vientre y la extracción dental. En la Arcadia, no lejos del río Lusio, muéstrase su sepulcro y el bosque que tiene consagrado. En esa trinidad de Esculapios, como en otros muchos personajes históricos de nombres idénticos y como en otras muchísimas cosas, introdujeron gran confusión, así la luenga antigüedad como la licenciosa e irresponsable manera de escribir que practicaron los griegos.

Es fama que los hijos de Esculapio Podalicio y Macaón, en la guerra de Troya, restituyeron los muertos a las auras vitales, no por otra razón sino porque a las heridas más difíciles y peligrosas aplicaban remedios instantáneos enseñados por Esculapio, su padre, quien a su vez había sido adoctrinado por Quirón, hijo de Saturno y de Filira, el más justo y cuerdo de los Centauros, de quien veo que Plinio afirma que fué quien descubrió la medicina vegetal y medicamentaria. No tengo holgura ni tiempo para ir a los alcances de esta historia fabulosa y referir este arte a los tiempos de Zoroastro, que fué rey de los bactrianos y cuya insolente pujanza quebrantó Nino; ni de Apis, rey de los egipcios, de quien poco ha hice mención, a quien hacen hijo de Foroneo, rey de los argivos, hijo a su vez de Pitón, aun cuando yo creo que ese que otros dicen ser el mis-

mo Osiris y Serapis es Apolo, identificado con el Sol.

Por más que Pitágoras de Samos, y Empédocles de Agrigento, y Demócrito de Abdera, no estuvieron del todo ayunos del arte de la medicina, ninguno escribió de ella antes que Hipócrates de Coos. Dejo de lado la suposición de que Esculapio, hijo de Apolo, escribió un libro intitulado *Navecilla.* Mas el mismo Hipócrates enriqueció la medicina con maravillosas aportaciones, y, empezando por las heridas, amplió el socorro a las restantes enfermedades y le ilustró con un discurso claro y copioso. Y no es de extrañar, puesto que oyó con suma atención a Georgias Leontino y a Pródico de Quíos, los más grandes retóricos de su tiempo. Siguieron sus pisadas en esa misma arte los famosos Diocles de Cares, inferior a él de muy poco en edad y en celebridad, Praxágoras, Crisipo, Herófilo, que fué el primero que hizo algunas observaciones acerca de la pulsación de la arteria, el crotomata Alcmeón, Eudoxio de Cnido, adscritos todos ellos a la escuela pitagórica. Y todos ellos en su tiempo fueron tenidos en mucha prez y estima y ampliamente subvencionados por grandes príncipes. En pos de ellos vino Erisístrato, nieto de Aristóteles por su hija, quien por sus experimentos fué llamado *empírico,* y a quien Ptolomeo, por haber curado a su padre, Antígono, le galardonó con cien talentos.

Y de esto ¿quién hay que se maraville? Dos son las cosas que con preferencia a todos los bienes del mundo piensan los sabios que deben ser deseadas y aparejadas, es, a saber: *una mente sana en un cuerpo sano.* Con mala salud física, con deficiente salud moral, todo lo restante: opulencia, riquezas, poder, nada cuenta ni pesa nada. Búscanse con desalado afán muchos placeres corporales, pero de ellos no se puede gozar si el cuerpo no está sano; con idéntico afán se buscan los placeres del espíritu, pero tampoco se pueden gozar si el espíritu no está sano. Entonces sentimos lo que esa salud doble tiene de placer, cuando el sentido y cuando la mente, que es su juez, viviente, sincero e insobornable discierne cuánta diferencia va entre una de estas dos cosas y su contraria. Y si con gran empeño y con prolijo cuidado y a través de tantos peligros, y aun de muertes, andamos a caza de riquezas, de placeres y de otra suerte de infinitos pasatiempos, ¿quién duda sino que primero se ha de buscar, y procurar, y acarrear, y retener aún con afán más acuciante y vivo la salud, que si se perdiere la restituye el arte médica, y tras de haberla restituído la consolida y la robustece?

Mas así como el alma es más excelsa, más divina, en una palabra, que el cuerpo, pues en la tierra no hay ser más excelente que el hombre, y en el hombre nada superior al alma, por esto su salud es muy mejor que la salud del cuerpo, y la medicina del alma muy mejor que la medicina del cuerpo. Y si los descubridores de la medicina corporal fueron en la antigüedad tenidos y venerados por dioses, ¿cuáles debemos pensar que son los inventores de la medicina moral y con qué honores es razón que los veneremos? Estos son aquellos que para los negocios familiares y los negocios públicos, para los pueblos y para las naciones, excogitaron y promulgaron leyes muy saludables y santas. Gracias a ellas cada cual vivió perpetuamente en sabrosa quietud y paz, en tranquilidad apacible. A

esta categoría pertenecen aquellos héroes augustos Mercurio, de Egipto; Radamanto y Minos, de Creta, y su contemporáneo *Juan Hispano* (sic); Dracón y Solón, de Atenas; Licurgo, de Lacedemonia; Zelenco, locrense; el cnidio Eudoxio; Numa Pompilio, rey de los romanos, y otros a quien no sabes a punto fijo si llamarles hombres o dioses, como de Licurgo la Sibila Pitia, pues educaron a sus pueblos y gentes con tal prudencia y con tal santidad, por manera que no solamente fueron bienhechores de los suyos por haberles dado leyes, sino que con el ejemplo de su vida, para todos fueron espejo y dechado propuesto a su imitación, mucho más eficaz y mucho más augusto que las mismas leyes. De manera alguna quisieron ellos parecer desobligados de unas leyes con que habían obligado a los otros, antes les dieron una norma más holgada y ancha que la que ellos se impusieron a sí mismos. Hubieras dicho que los sueltos eran los otros y ellos los obligados. Pero ¿con qué sacrificio expiatorio pasaré ante ti, ¡oh madre Teología!, soberana y purísima parte de la filosofía? Pero ¿qué digo parte? Filosofía integral debiera decir, que no te ocupas de cuerpecillos ni de entes caducos, sino que tienes tu asiento en todo el espíritu y toda estás consagrada a todos los espíritus y les limpias y les purificas de muchas manchas y suciedades, y malsanas como están les devuelves a la salud. Los antiguos profesáronte tanta veneración, que fueron muy pocos, y ellos excelentes y animados de una vigorosa robustez, los que osaron tocarte, y no con vocablos conocidos del vulgo, sino con palabras envueltas en misterio, por manera que no tanto te descubrieron como te velaron, como te sustrajeron a la injuria y contaminación del plebeísmo, recelosos de que un impuro pudiera ajar tu pureza luminosa. Así escribió Orfeo; así escribió Museo, así Platón y los otros que trataron de esas cosas divinas. Temieron los otros no poder ahuyentar a bastante distancia de los sacros enigmas a los indígenas, porque bien podría ser que asiese el libro con mano profana algún lector temerario o sacrílego, que revelase los arcanos, que descubriese a la plebe necia los misterios recónditos, y por ello no osando dejar en sus escritos a la posteridad ni siquiera la iniciación de esa augusta doctrina, con palabras cautas, dichas al oído, bajo promesa de sigilo cuasi sacramental, dada y aceptada, se expansionaron en púdicas confidencias. Por esto fué que Platón manda a Dicnisio de Siracusa que tan pronto como hubiere leído una epístola que le escribía tratando de cosas divinas, luego al punto la entregase al fuego, porque jamás pudiera acontecer que fuese a parar en manos poco dignas. Todo esto hacían por la temerosa reverencia que la Teología les inspiraba, la cual, como materia excelentísima y santísima que es, pensaban no ser cosa lícita que quienquiera la tocase a su antojo. ¿Acaso fué una injuria esta reverencial abstención? Pues tú eres la Diosa madre que, mediante la religión, nos separas de los brutos, tú nos indicas la senda verdadera y cierta del vivir bien y bienaventurado y por ella nos conduces; tú nos presentas para que le conozcamos a Dios, quien, por testimonio de la misma verdad, es la única, eterna y felicísima vida; tú, aceptada por nosotros con el alma toda entera, nos levantas sobre nuestra naturaleza mortal, nos unes con los ángeles, nos haces una cosa con el mismo Dios.

¡Oh salve Sabiduría perfectísima, que saliste de la boca del Altísimo! ¡Salve, doctrina de tanta trascendencia, que importó que te aprendiéramos de boca de Dios, pues no hubiéramos podido ni conocerte siquiera, si no tuviéramos tal maestro, y, con todo, era menester que te conociéramos!

Hasta aquí expuse sumariamente aquella parte de la filosofía, investigadora de las cosas. Falta aquella otra parte que se refiere exclusivamente a la expresión y es mucho más moderna que la otra. Está partida en tres, a manera de miembros: Gramática, Dialéctica y Retórica. Esta, que es la mayor de las hermanas, antes que por nadie fué conocida por Empédocles de Sicilia y publicada por los hombres de aquella isla, Corax el maestro y su discípulo Tisias. A ellos, en causa ambigua e intrincada, se refiere aquella exclamación popular que luego pasó a proverbio: *Dé malos cuervos, mal huevo.* Por lo que toca a la Dialéctica, los filósofos anteriores a Aristóteles más descubrieron que podían darse reglas que no las dieron ni explicaron cuáles podían ser, ni su razón ni su procedimiento. El primero de todos ellos fué Zenón de Elea, discípulo de Parménides; pero Aristóteles fué su inventor y su maestro consumado. Platón fué quien primeramente comenzó a observar ciertas normas gramaticales y antes que cualquier otro escribió acerca de ella Epicuro. No cabe duda que estas tres artes, como casi todas las otras cosas, fueron hijas de la observación y comprensión de lo que suele ocurrir en la conversación vulgar. El gramático enseña lo que el pueblo dice con propiedad y rectitud, el sonido con que lo pronuncia, las letras con que lo consigna. Lo que es elegante, lo que resplandece en la oración con lumbres y fulgores, eso es el patrimonio de la Retórica. Lo que es verdadero, lo que es falso, lo que por determinados anejos es probable, lo que es contradictorio, lo que es consecuente; cómo se ha de hallar, cómo se ha de juzgar lo hallado; enseñar esto es la misión de la Dialéctica. Estas tres artes, juntas con las otras restantes de las que hablamos poco ha, forman aquel círculo de doctrinas que compone la noble *enciclopedia.* Todo el contenido de estas artes nobles y humanas está enhebrado como por un hilo que las asocia, según dijo muy bien Platón. De Platón es también aquella división de la Filosofía que Eusebio quiere que la tomase de los hebreos, para que ella también tuviese como tres miembros. El primero debía abrazar la disquisición de la naturaleza de las cosas que hay en el cielo y en el mundo todo; el segundo debía tratar de las palabras y el tercero componer las costumbres de los hombres.

Brevemente y en compendio toqué los comienzos de la filosofía. No con mucha mayor prolijidad hablaré del nombre de la Filosofía, de sus escuelas, de sus glorias. La concisión que hasta ahora observé, voy a guardarla en adelante.

Dícese que habiendo Pitágoras de Samos ido a Filunte, como lo divulgó Heráclides Póntico, preguntando por León, tirano de los fliasios, cuál era el arte en que descollaba más y con qué nombre gustaba más de engalanarse, respondió que no profesaba arte alguno, y por lo que toca al nombre, que era filósofo. Extrañado el tirano de la novedad de este nombre, pues los anteriores, a quienes se asemejaba y con los cuales podía Pitágoras hombrearse, se habían llamado *so-*

fos, que, ni más ni menos, quiere decir sabios; mientras que Pitágoras se había creado aquel nombre para sí, segundó la pregunta pidiéndole qué era aquello de filósofo y cuál era la diferencia entre él y el *sofo*. Ante la nueva insistencia, pensando muy bien que aun en esta vida cualquiera de los mortales podía llegar no más a la sabiduría que a la auténtica bienaventuranza, contestó no haberse atrevido a tocar tan importante y ambicioso nombre como era el de sabio, porque sentía que sus fuerzas no podían satisfacer a tal denominación y que él no era para llevar nombre tan augusto; que por eso se llamó a sí mismo *filósofo*; es decir, amante apasionado de la sabiduría, pero no su compañero, cosa que los antiguos, como sabios auténticos que eran, pudieron creer ser ello cosa que podían profesar, sino que no era más que su cliente y seguidor, uno de los que se contentaban con seguir sus preceptos y obedecer sus órdenes, persuadido de que si lo consiguiere, habría hecho muy mucho. Y así fué cómo, divulgada esta anécdota, en lo sucesivo, el estudio de la filosofía, con un nombre más recatado y vergonzoso, de mayor modestia y de menor odiosidad que el primero de *Sofía*, y el de *filósofos* sus apasionados, que antes se llamaron *sofos*, a secas. Y de este mismo (me refiero a Pitágoras, pues así le llamaban sus discípulos con la socorrida y firmísima razón: *auto efa*—El lo ha dicho—), como filosofase en aquella ribera de Italia que ahora se llama Calabria y entonces se decía la Magna Grecia, con gran frecuencia de discípulos y con la máxima reverencia de las ciudades de aquella región, se dice que fué el fundador de la Filosofía itálica.

Anteriormente, todos seguían la escuela jónica, que tuvo por fundador y corifeo a Tales de Mileto. Mileto está en Jonia, en los confines de la Caria. Mas la escuela itálica fué fundada por Telage, quien la entregó a Jenófanes de Colofón, y de éste a Parménides, y de éste a Zenón de Elea, y de éste a Leucipo de Abdera, quien la puso en manos de Demócrito, conciudadano suyo, quien la trasladó a Nausifanes y Nausifanes la enseñó a Epicuro, en quien esta herejía tuvo su fin. En la fisolofía jónica, Anaximandro fué impuesto por Tales, y él, a su vez, inició a Anaximenes, a quien oyó Anaxágoras, cuyo discípulo fué Arquelao, maestro de Sócrates.

Sócrates fué el primero que aplicó al uso de las ciudades y de los pueblos a la filosofía; que, limitada al estudio del cielo y de los elementos y vagarosa y errante, la incorporó a la vida, para que, ella mediante, aprendiesen los mortales por primera vez lo que convenía y era preciso saber, no fuese que mientras salían cosas por cierto grandes y maravillosas, pasasen ellos desconocidos para sí, lo cual es un desdoro muy grande y contrario a aquel célebre oráculo de Apolo, que es el primer escalón para la sabiduría, considerando ser fea torpeza no ser enseñado de lo que no se puede ignorar sin el mayor de los sonrojos. No le parecía congruente a aquel varón verdaderamente divino que se buscase con vivo afán aquello cuya carencia ningún mal acarrearía y que no se supiese aquello cuya ignorancia es criminal y oprobiosa. Y porque los hombres, prescindiendo de la moralidad, no se aficionasen en demasía a aquellas cosas naturales que más complacen nuestro espíritu, como hasta su tiempo se había hecho don-

dequiera, siendo por unánime consentimiento y aprobación el más sabio de los mortales, a pesar de todo afirmó su ignorancia respecto de todo aquello y no saber, en absoluto, más que esto. Así lo hizo Sócrates para que los restantes mortales, con todo el peso de su autoridad y con su responsabilidad enorme, desahuciando la ciencia de los arcanos de la Naturaleza, se aplicasen totalmente a componer sus costumbres, lo cual, siendo y todo muy hermoso, no es tan hermoso como saludable y necesario. Por esta causa, puesto que este varón divino emitía esta sentencia, fué tenido con mucha ventaja sobre los otros por el más sabio de toda Grecia.

Escindióse más tarde el estudio de la filosofía en varios digamos partidos o facciones, a manera de arroyos emanados de Sócrates, como de un augusto y sagrado manantial. Unos filósofos llamáronse dogmáticos porque enseñaban y aseguraban algo firmemente. Otros, por su lado, que no aseguraban nada, refutaban las opiniones de los otros, cosa que hizo el propio Sócrates, cosa que hizo también la nueva Academia, cuyos jefes fueron Lacisdes y Carnéades. Para ellos comprender las cosas no es posible y, por ende, que nadie, con razón, pueda afirmar o saber nada, ya por la misma dificultad de las cosas, ya por la imbecilidad y niebla cerrada de nuestros entendimientos. Otros, ya quisieron llamarse platónicos, del nombre del maestro; otros académicos, brotados de la misma fuente, del nombre de la Academia que era un gimnasio o escuela en los arrabales de Atenas. De académicos hubo no ya una sola rama, sino tres, como familias, digamos. Algunos son de los viejos, engendrados por Platón y Jenócrates; los menos proceden de Carnéades, que fué un polemista muy agudo y sutil, y los intermedios son hechura de Arcesilao, sucesor de Crates. Toods éstos, aunque de muy lejos, remontan su ascendencia a Platón y a Sócrates, padres de su linaje, continuando sus enseñanzas como por sucesión hereditaria, puesto que de los antiguos provienen los medianos, y de éstos nacieron los modernos. Por esto Cicerón reconoce no tres Academias, sino que las funde en una originaria de Sócrates, tomada por Arcesilao, confirmada por Carnéades. Del mismo Sócrates, padre de esa generación, proceden los estoicos, filósofos no oscuros, a quienes dió nombre la *stoa*, que es un pórtico donde acostumbraban filosofar. Este pórtico fué llamado *Pecil*, notable por una pintura que representaba a Milcíades y la batalla de Maratón, y ennoblecido por aquellos filósofos que comenzaron a llamarse *zenonios* por el padre de aquella familia, Zenón Citieo, émulo rabioso de la rigidísima virtud socrática para quienes no había bien sumo fuera de la santidad, de la inocencia, de la virtud consumada y perfecta, ni había mal extremo ni extremada miseria fuera del vicio. Del sabio estoico hacían una roca insensible por su increíble firmeza y la radical extirpación de sus pasiones. Admirable sabio el sabio, estoico, a mi entender, o, mejor dicho, divino, si es que jamás entre ellos se dió un ejemplar cumplido que refiriese todas sus palabras y sus acciones todas exclusivamente a la virtud. Una vez que la hubiere alcanzado, persuádase de que, por fin, va a vivir bien y felizmente y que no será menos feliz si es atormentado en el ecúleo o en el toro de Fálaris como si pasa la vida disolviéndose en goces y rega-

los. Yo pienso que no hubiera habido más verdadero cristiano que este sabio estoico, una vez que se penetrase de los preceptos de nuestra santa religión. Esta es, al menos, mi opinión, que no sé si será compartida por algún otro.

Enfrente de éstos, y bajo banderas irreconciliables, acampan los epicúreos, que reconocen la paternidad del ateniense Epicuro, quienes, desterrando la Dialéctica para defender la Física, sacan al combate legiones de corpúsculos minúsculos que llaman átomos, y lidiando por implantar la hegemonía del placer, sojuzgan la virtud, que es la más excelente y bella de todas las cosas, y a ella, que es la señora de todo, esclavízanla a servir la fealdad de los deseos brutales. Omitiré otras escuelas filosóficas de no tanta alcurnia y cuya fama ha quedado oscurecida. Comenzaré por la cirenaica, cuyo fundador fué Aristipo, discípulo de Sócrates, y cuyo último seguidor fué el célebre Anniceris, oyente del mortífero Hegesias, que predicó que la muerte no era un mal, sino un bien, provocando con su doctrina muchos suicidios, y a quien Platón se reconoce deudor de su libertad recobrada. Hubo también la escuela elíaca, cuyo fundador fué Fedón; la megárica, de quien fué fundador Euclides; la herila, que se llamó así de Herila su corifeo, todas las cuales desaparecieron quebrantadas y pulverizadas por el empuje victorioso de las escuelas más nobles. Fundó la escuela cínica el ateniense Antístenes, que primero llamóse peripatético y más tarde cínico, cuyo discípulo, Diógenes de Sinope, causó la admiración de toda la Grecia por su increíble y absoluto desdén de todas las cosas humanas. De este estudio salieron alumnos ilustres: Nomio Onesicrito, Crates, el Tebano, cuya esposa, Hiparquia, hermana de Menocles, que en femeniles miembros albergó un alma viril, desdeñando y repudiando las maneras contra toda costumbre y antecedente de mujer, deslumbrada por los claros esplendores de la filosofía, no tuvo ojos para ver la grandiosa suciedad de su marido y prefirió pertinacísimamente la escuela y aquella vida perruna de los cínicos a las blandas y sedentarias ocupaciones de las mujeres y menospreciando a muchos nobles pretendientes, sólo en Crates se complació porque era filósofo. De este Crates fué oyente y seguidor Menipo, hombre nacido para hacer reír, que tenía sal por arrobas, lleno de mordedora dicacidad y de donaires cáusticos contra el vicio, en quien se encarnizaba como perro de presa. Estos últimos estoicos llamáronse también *cínicos* o caninos, apodo que abonaban sus costumbres de que hablé poco antes, y de ellos propiamente nacieron los estoicos, porque Zenón, su fundador, frecuentó las explicaciones de Crates. Asimismo se les llamó varoniles, porque sabían y olían a varones, no a hombres muelles y afeminados. De Jenófanes de Colofón manó la secta cleántica que Eusebio atribuye a la escuela jónica e itálica, aunque Jenófanes, como antes dije, tuvo maestros pitagóricos.

Pero los filósofos míos, cuyo caudillo, sin duda el más sabio de todos los filósofos, es Aristóteles de Estagira, son los *peripatéticos.* Tomaron este nombre, bien porque paseándose en el Licio hicieron filosofía, bien porque la hiciesen yendo y viniendo por el deambulatorio de su propio gimnasio. Estos filósofos son los que, por parecer y consentimiento general, discurren e in-

quieren y más poderosamente que cualesquiera otros filósofos sobre aquellas tres partes de la filosofía. ¿Qué parte de éstas hay que los peripatéticos no hayan tocado, no hayan ahondado y agotado? Si lo que interesa son los arcanos de la Naturaleza y sus secretos más abstrusos, a mano tenemos tantos y tan variados libros de Aristóteles sobre física. Si las fórmulas y las más sutiles razones de la dialéctica y las astutas cavilaciones del sofista más taimado, he aquí sus volúmenes de lógica, arte que en él tuvo su comienzo y su perfección. Si alguien quiere conocer las reglas de la oratoria y el camino y la invención poética, dos obras tiene de retórica y una de arte poética. Si se propone introducir norma y compostura en sus costumbres, preparados están sus veinte volúmenes de materias morales. Si hay que gobernar la república o la casa, para ese fin están escritos los ocho libros de la *República* y los dos del régimen doméstico. Y si alguno me preguntare de qué manera se da toda esta gran diversidad de preceptos: si con avaro laconismo, como algunos hicieron, de forma que no se puede saber casi nada de aquella materia acerca de la cual se dan, o bien metidos en una cerrazón de palabras caliginosas y envueltas en una recia corteza o sumergiendo como en un mar profundo cosa de que tratan para que el ingenio del lector, si no es un ingenio verdaderamente divino, no pueda penetrar en su sentido y en medio de noche tan negra sea menester una gran antorcha (o como decía Sócrates, en piélago tan hondo, Delio, el nadador), que luego de haber dado unos pasos avante no sienta cómo las tinieblas le ahogan, cosa que los antiguos de propia confesión hicieron, por no poder ser comprendidos de todos. Ni una cosa ni otra. Todo es allí copioso, lúcido, transparente. Nuestra torpeza y nuestra poca atención hacen que parezca haber en Aristóteles algunas tinieblas. Aristóteles, comparado con los filósofos anteriores, es más claro que el mediodía.

Venga algún filósofo de los viejos. ¿Quién que no sea un adivino saca el sentido de aquellos enigmas, de aquellos que parecen rompecabezas de los que los niños, por juego, se presentan unos a otros? Verás en ellos vocablos idos a buscar de tan lejos, que no declaran más aquello para que se ponen como los pueriles *anserem canis* o *asinum homo*. Mas, en Aristóteles, ¿qué hay que no esté puesto muy en su punto? ¿Qué hay no expresado por sus nombres verdaderos y precisos? Nuestra desidia, creedme, y nuestra ignorancia de las letras griegas, nos dan la impresión de que Aristóteles, en algunos pasajes, habló con oscuridad. Es mucho más abierto, mucho más claro, mucho más diáfano el griego nativo de Aristóteles que el latín de su intérprete, pues éste, cuando se esfuerza por reproducir cada una de las voces griegas por otras tantas latinas, titubea, invierte, oscurece, confunde la dicción y el sentido. Lo que en griego está dicho bellamente, no siempre puede decirse bellamente en latín con el mismo orden, con la misma figura, con iguales nombres; y al revés. ¿Quién ignora que este fenómeno ocurre en todas las lenguas? Cada idioma tiene sus particularidades y sus figuras respectivas.

Pero, para seguir en lo que iba diciendo de los peripatéticos, nada hay que se refiera al conocimiento de las cosas, a los contentamientos

de la Naturaleza, al bien decir y al bien vivir, a lo que debe mandarse a los otros, a la promulgación de las leyes que no lo haya estudiado y resuelto muy a fondo la escuela peripatética. ¿De dónde proceden —decidme— conocimientos de cosas tan variadas, tanta erudición en todas las artes, sino del caudaloso hontanar peripatético? Todo ello, antes del peripatetismo, andaba flotando a la deriva, lanzado a voleo, sin orden, sin rumbo, indefinido, ilimitado, desperdiciado, disperso. Y ¿quién lo redujo a normas fijas, a formas ciertas, a razonable y justa conexión, encerrándolo en sus propios límites?

Por lo que toca a sus obras y principios filosóficos, voy a usar no de palabras mías, sino de las palabras y del testimonio de Cicerón: *En ellos puede tomarse toda doctrina liberal, toda historia, toda elegancia de estilo. Tanta es la variedad de las artes, que nadie, sin aquel instrumento, puede intentar hacer nada ilustre; ellos han hecho oradores, han hecho capitanes, han hecho príncipes. Y por descender a cosas menores de esa escuela como de una general oficina de las artes, han salido matemáticos, poetas, músicos, médicos, en fin.* Estas y otras muchas cosas de este estilo y parecer, dice Cicerón, en persona de Marco Pisón, en el libro quinto *De finibus* y en muchas otras partes.

Mas las alabanzas de esos hombres y de esta escuela divina no acabarían nunca, y es menester que halle su fin este discurso, que ya pasa del término prescrito. Por eso vuelvo a la misma filosofía y al estudio de la sabiduría, que dijeron ser la contemplación de las cosas divinas y humanas, para que, libre el espíritu de esa cárcel y esos hierros del cuerpo, se espaciase, suelto y a placer, por las entrañas de la tierra, por los altos asientos de la inmortalidad y con los ojos de su mente recorriese la universidad del mundo y no sintiese la pesadumbre de esa mole corporal y porque viviese separado de ella como en el repudio o en el divorcio de dos casados. Por eso Platón llama a la filosofía pensamiento de la muerte que es la separación y la disociación del alma y del cuerpo. Y dicen que no fué en balde que la bondad de Dios la halló y la dió de regalo a los hombres, porque es una criatura tan excelsa, tan sublime, tan recatada, que si El no nos abriera el camino de su acceso, en vano nuestro espíritu se hubiera levantado a ella, aun cuando es vívido, aun cuando es perspicaz, industrioso, diligente. Jamás hubiera el espíritu humano podido atinar con la invención de cosa tan admirable si el Hacedor de todo, como por la mano, no la hubiese introducido en el mismo vestíbulo de su palacio.

Pero veo ya que entré en las alabanzas de la filosofía, que son tan extensas, tan magníficas, tan variadas, que no tengo recelo alguno de que en este punto pueda faltar materia al orador más trabado y corto de palabras; lo que recelo es que no se atine fácilmente el fin y la salida del discurso. Lo que yo haré primero será el que, ciñéndome estrictamente a algunas de las virtudes de la filosofía, no me saldré de la brevedad que me propuse. No habrá nadie que por sí mismo no colija y entienda excelencias mucho mayores de esta soberana dádiva de Dios, que las que yo explicare.

Yo pienso que no se puede, en un breve parlamento, como es fuerza que lo sea el mío, puntualizar con la claridad conveniente los loores

de la filosofía, sino demostrando como en cifra que ella es hermosa, aplacible al espíritu humano, apropiada y, sobre todo, útil y más que cualquiera otra cosa necesaria en todas las circunstancias de la vida. Antes que nada, me interesa hacer constar lo que ningún sabio ignora: que no hemos nacido para el juego ni para ninguna otra suerte de puerilidad, ni debemos vivir siempre entre bagatelas y boberías, sino que la Naturaleza nos engendró para la gravedad y la sabiduría, para aquello, en fin, que no tanto es digno de la carga de nuestro cuerpo como de la excelencia de nuestra mente, que es divina a todas luces. Decidme, pues, si ello es así, como lo es en hecho de verdad, ¿qué cosa puede haber más dulce y más sabrosa para nuestra alma?; ¿qué cosa que acarree más placer que remontarse a aquellas moradas etéreas?; ¿que un hombre pueda recorrer como un morador cualquiera aquellos maravillosos palacios estrellados?; ¿conocer previamente cuándo serán los eclipses del sol y de la luna?; ¿en qué punto del tiempo se realizará el contacto y la separación de los astros?; ¿cuándo las lluvias, los vientos, las nieves, los granizos, los truenos, los rayos, los hielos, los hervores del océano, las borrascas marítimas, el rigor del invierno, el calor del estío, las flores y aquella tan grata hermosura de la primavera? ¿Cuándo la sazón y la recolección de los frutos del otoño, y conocer no sólo el momento en que se producirán, sino las causas que las producirán? ¿Qué cosa más hermosa que ésta? ¿Qué puede imaginarse más digno de admiración? Y que mientras los demás hombres, como las bestias, no levantan sus ojos del suelo, tú solo verdaderamente tienes la frente alta propia del hombre y contemples el cielo y alces el rostro a las estrellas, y mientras los hay que son viles esclavos de la riqueza y la fortuna, tú, exento y libre, seas el espectador tranquilo de este teatro del mundo. ¿Quiere, acaso, el espíritu poco a poco descender a la tierra? ¡Cuánto más deleitable no es el conocimiento de la naturaleza de las aves, de los peces y de los restantes animales, sus instintos fieros o mansos, sus obras? Acostaráse luego a aquella parte de la Naturaleza en verdad digna de admiración; a saber: de las propiedades de plantas, hierbas, árboles, arbustos, flores, ramos, hojas, frutos y raíces. Y luego pasará a las piedras y a los mismos metales; es decir, a los signos y atributos de la humana riqueza, en cuyo estudio conocerá qué cuerpos tan viles son y cuán indignos de sí los que los hombres buscan con los mayores trabajos y desafiando los riesgos más agudos y cómo los reyes de la creación son miserables esclavos y servidores de la herrumbre que nada vale. Entonces comenzará a compadecerse de los buenos deseos de los mortales y a reírse de sus gozos hueros, y será de aquel exquisito linaje de hombres que acudían a los juegos olímpicos no a manera de esclavos cegados por el afán de ganancia o de gloria y como tales se vendían, sino que allá iban para estudiar con la más despierta afición lo que se hacía en una tan nutrida concurrencia y variedad de hombres. Por todo eso que os he dicho, ya veis cuánta utilidad y cuánto fruto se sigue de la filosofía. Veis cómo gracias a ella el hombre, que era un esclavo abyecto de la Fortuna, irguiéndose por encima de la Fortuna, se reincorpora a su ciudad y a la solidaridad de su nacimiento. Y lue-

go, ya no diré aquella conveniencia, sino necesidad de que conozcamos las órbitas del cielo y las estrellas y *los varios desfallecimientos del sol y los desmayos de la luna;* ¡qué luceros nacen, qué luceros se ponen, cuántas y cuáles son sus influencias, puesto que sin ellos ni *pudieran sembrarse ni pudieran las mieses levantarse del surco!* ¿No habéis nunca pensado que sin estos conocimientos no podría nuestra vida observar ritmo ninguno, que iría de un lado para otro, llevada a tontas y a locas, por ignorancia de la partición de los días y las noches, del equilibrado curso de los meses y los años? Nadie sabría cuándo va a ser el invierno; cuándo, la primavera; cuándo, el estío; cuándo, el otoño. Ni aun los mismos labradores sabrían cuándo conviene hacer la siembra; cuándo, barbechar el campo; cuándo, segar la sementera. Harto entendéis que todos estos conocimientos no tanto son convenientes como necesarios. Decidme si quedara hombre alguno con vida sin un conocimiento especial del instinto de los animales: los que pueden domesticarse, los que persisten en su braveza nativa, los que pueden servirse en nuestras mesas, los que con su mordedura segregan mortíferas ponzoñas; aquellos otros cuya rabia y ferocidad importa esquivar y con cuáles y en qué tiempo y por qué causa puede el hombre mantener una paz confiada. Y por lo que se refiere a los vegetales, nada sabríamos de las plantas que son provechosas a la vida humana; cuáles son saludables, cuáles son venenosas, cuáles comestibles, cuáles no, cuáles remedian qué males, el tiempo y el paraje en que se crían y ocasionan la muerte.

Y decidme, por favor: estos conocimientos ¿de qué maestro los aprendimos y qué maestro nos los hace retener sino la filosofía? Y aquello otro, ¡gran Dios!, aquello otro de poner arreglo en las costumbres y en el gobierno público y privado. Sin esto, yo no veo en qué el género humano se diferenciaría de las bestias y de las fieras. Por la filosofía, nuestra vida restituyóse a su humanidad originaria. Ella nos enseña justicia, prudencia, fortaleza y, por añadidura, moderación y templanza, y en dichos y en hechos, seriedad y comedimiento. Esta es aquella Etica que impuso usanzas verdaderamente humanas en las ciudades, en las casas, en el pecho de cada uno, y puso compostura en nuestros espíritus. Sin sus principios y sin sus preceptos, no podrían subsistir ni las cosas privadas ni las públicas, ni sería hacedero reunir los hombres en agrupaciones. Bien así como la medicina para el cuerpo, la ética aplica a nuestras pasiones remedio y cura eficacísima.

Y ahora que hemos recorrido los espacios anchurosos de la naturaleza física, por fin, en alas de estas criaturas visibles hallaremos al Señor invisible del mundo, omnipotente, eterno, inmortal. Así que le conociéremos, con ánimo grande y elevado desdeñaremos todo lo que proporciona a los vanos mortales goces vanos; traeremos sosiego tan grande a nuestra alma que jamás por jamás ya no podrá sentirse sacudida ni afectada por borrasca ninguna; no podrá por ninguna violencia ser movida de aquel su trono de quietud, ni habrá ofensiva de la fortuna asaz poderosa para perturbar la augusta serenidad de aquella paz. Viviremos contentos, viviremos seguros. O no la hay en modo alguno, o ésta es la única norma del vivir bien y felizmente, que el universal linaje hu-

mano tiene siempre en la boca, la que en todo tiempo ha sido blanco de sus anhelos, la razón y el camino que conduce a aquella vida infinitas veces mejor, la vida eterna, en la cual el espíritu de divino origen, que no conoce ni decrepitud ni muerte, suelto de las cadenas de ese cuerpo oneroso, torna con soberana felicidad a su asiento original y a las conocidas estrellas. Váyanse ahora aquellos otros y comparen, si les place, todos sus placeres brutales con el más chico deleite de esta filosofía. Digan enhorabuena que las riquezas son muy útiles a la vida humana, siendo así que sin ellas se viviría mejor y sin los dogmas filosóficos ni vivirse podría. Afirmen, si les viene en talante, que para el hombre hay cosa más necesaria que la filosofía, siendo así que sin las restantes cosas el hombre siempre es hombre; sin la filosofía es una bestia fiera y no un hombre. ¿Y todavía hay quien vacila consagrar a esa sabiduría, a ese bien tan grande y tal que apenas Dios puede dispensar a los hombres dádiva más grandiosa, más excelente, más excelsa, consagrar, digo, toda entera su vida que no le fué dada para que la malgastase y consumiese, sino que se le prestó para una ganancia inmensa? ¿Queda alguno que viendo esto no prefiera vivir en su compañía días muy contados, a vivir sin ella, años larguísimos, acompañado, además, de riquezas cuantiosas y de incalculable poderío? Un día solo vivido bien y con sujeción a sus preceptos, debería anteponerse a toda la inmortalidad.

FIN DE LOS «ORÍGENES
ESCUELAS Y LOORES DE LA FILOSOFÍA»

LA FUGA DE POMPEYO

(POMPEIUS FUGIENS)

(1519)

LUIS VIVES

A CARLOS CARANDOLET, SEÑOR DE POTEL, VARÓN NOBILÍSIMO Y PRUDENTÍSIMO: SALUD

Esa lamentación de Cneo Pompeyo Magno, fugitivo de la batalla farsálica que poco ha escribí, poseído de lástima por la astrosa suerte de personaje tan grande, resolví dedicártela a ti, preferentemente, varón muy ilustre y flor y nata de la cordura, porque hartas veces y copiosamente acostumbras, departiendo conmigo, tratar de cosas que atañen al menosprecio del mundo y al odio de la fortuna, y autorizas tu doctrina con los ejemplos de los varones antiguos y los preceptos de la religión cristiana. Con estos mismos ejemplos y con estos mismos preceptos tú, con creciente afán, te esfuerzas por levantar al cardenal Croy, de quien eres ayo y yo soy preceptor, al encendido amor de Dios y al desdén y menosprecio de las cosillas de este mundo. También quise dedicártela porque tiempo ha que por todos lados ando en búsca de asideros y ocasiones para demostrarte hasta qué punto me tienen cautivado estas tus heroicas virtudes y cuánto admiro tu probidad, tu gravedad y la entereza de tu espíritu. Paréceme que ahora, por fin, di con la oportunidad de brindarte un ofrecimiento que de alguna manera atestigüe la suma veneración que mi pecho te profesa. Creo que esa obrecilla va a resultar provechosa para ti y para los hombres de una y otra fortuna. Y creo asimismo que no va a desplacer a los atribulados, sino que va a ocasionarles harto consuelo cuando se hubieren comparado con los que lo son más que ellos y entendieren que en otros tiempos esas tristes y amargas mudanzas de las cosas no sólo existieron, sino que fueron mayores de lo que acaso lo serán en los venideros siglos. ¿Qué caída vió ninguna edad, como la caída de Pompeyo Magno, cuya grandeza, que anduvo involucrada e implicada en la del mismo Imperio romano y que con sus fulgurantes resplandores había llenado y deslumbrado todas las tierras y todos los mares, no pudo caer sin arrastrar al Imperio en su caída? Y aun aquellos que fuesen mimados de la próspera Fortuna, van a tomar no poco solaz cuando verán pintadas como en una tabla las más

bruscas alternativas de la suerte y aprenderán a no creer en ninguna Fortuna, aun cuando se les muestre risueña y blanda. Muy discretamente lo dice el Cómico: *Cuando halaga, ronda y espía.* En esa lectura se prepararán para la vida, pues como sea que las leyes por que se rigen las cosas humanas son gobernadas a su vez por la veleidad y la inconstancia, soportarán no ya con ánimo igual, sino que también grande y excelso, todo cuanto les acaeciere; y no solamente la Fortuna hosca y cruel, sino también la halagüeña y lisonjera, que hartas veces es más difícil de llevar bien que la brava y sañuda. Ten salud.

Lovaina, abril de 1519

LA FUGA DE POMPEYO

¡Oh soberano Dominador del Universo! ¡Oh Padre de toda la Naturaleza! ¡Oh Entendimiento del Dios Optimo Máximo, que mueves y riges con tu voluntad y consejo las cosas humanas y el orbe todo! ¡En cuántas tinieblas pones el entendimiento humano! ¡Cuánta variedad de azares y cuánta diferencia de sucesos autorizas! ¡Cómo con mayor llanto que risa, cómo con cuánta mayor tristeza que alegría templaste la vida de los hombres! ¡Con cuánta celeridad se nos escapan las prosperidades y con cuánta pertinacia duran entre nosotros las adversidades y con cuánta intensidad nos afligen! ¡Oh entendimiento humano: cuán mal conoces la suerte que te espera y cómo el miedo se anticipa a anunciarte las desgracias, antes que te acontezcan! ¡Oh tú, razón y mente divina, a quien es justo que se subordine nuestra débil y caduca mortalidad! ¿Por qué burlas al linaje humano con tan contrarias y disonantes vicisitudes? Considerando yo las alternativas de mi estado, no tanto se me salen al paso lágrimas y llanto por tamaño cambio y ruina, como risa sarcástica por ver tus juegos, cuales ninguno podría hacer por muy adrede y de propósito que trabajase en ello.

Adoróme el pueblo romano en mi amanecer, como a un nuevo sol salido en su cielo sereno; no por miedo, como a Lucio Sila, ni por la nobleza de mi linaje, como a muchos otros. ¿A quién más odiaban todos, aunque injustamente, como a mi padre, varón óptimo y valerosísimo? Pero, maravillado de mis virtudes nacientes y la feliz índole mía, me abrazó con amor muy grande y me favoreció con su entusiasta adhesión. ¿Qué padre existió jamás que con tan indulgente amor amase a su hijo? ¿Y qué hijo tan piadoso honró tanto a su padre como a mí la plebe, los caballeros, los senadores de Roma? Todos cuantos me vieron; todos cuantos me conocieron por mi renombre y por mi fama, todos me amaron, conquistados por mi modestia, por mi singular y casi divina probidad, que no pudieron mellar en lo más mínimo mis muchas y grandes prosperidades, que suelen quebrantar la más probada reciedumbre. ¿A quién fué encomendada jamás la dirección de mayores guerras? ¿Quién les dió término con mayor rapidez y buenaventura? ¿Por quién tomó más am-

plias determinaciones el senado, no sacadas por ninguna extorsión ni empacho, sino con amor increíble ofrecidas espontáneamente a mis virtudes conspicuas?

Así que ya en mi verde edad hice campañas en calidad de caballero romano. Antes que soldado fuí capitán y aprendí la disciplina militar no por preceptos ajenos, sino más eficazmente por la experiencia de mi propio mando; dos veces fuí triunfador antes que senador. Mis armas y mi tacto no una sola vez, sino varias, y aun muchas, pusieron sosiego en la revuelta Italia, reconquistaron a Sicilia, dominaron a Africa y la sojuzgaron al señorío romano, pacificaron las Españas y el Occidente todo y pusieron fin a las guerras civiles. Después, por la ley Gabinia, sin petición de parte mía, se me concedió el imperio sobre las naciones que bordean el mar espacioso y aun sobre todos sus reyes; libré el mar, que estaba cercado por ellos, a los cuarenta día después que partí de Brindis, y lo devolví abierto a la navegación sin pérdida de nave ni de soldado alguno, y recuperándolo de las manos de aquellos piratas cruelísimos, lo reintegré al Imperio romano. Después, exento ya de toda ley, fuí creado cónsul antes que, por autorización de la ley, pudiese ejercer magistratura alguna. Partido, según la ley Manilia, a la guerra asiática en calidad de generalísimo, con la buena fortuna, que siempre había sido mi compañera fiel, quebranté la fuerza del rey Mitrídates, contumaz e inveterado enemigo de mi ciudad. Yo, en guerra, sojuzgué más naciones que las que otros recorrieron en paz; hice más campañas que las que muchos apenas tuvieron tiempo de leer; no hay género de guerra en que mi edad no se ejercitase, con muy alegres victorias del pueblo romano, con loor y gloria grande de mi patria. Y según es costumbre en los que vencen algunas batallas sagradas, los monumentos de mis proezas, cualquiera parte del mundo mires, allí terminan donde fenece el imperio del pueblo, vencedor del mundo.

De las tres partes del mundo: Asia, Africa y Europa, reporté a mi patria tres triunfos gloriosísimos; por manera que si fuese yo ganoso de muchos calificativos, podríame adjetivar de europeo, asiático, africano; en una palabra: de todo el mundo. A mí, con su voto, me creó cónsul Marco Catón, oráculo de la virtud romana, y todo el senado, con una insólita unanimidad, asintió. La fiesta de la paz, de la cual gozaba el pueblo romano, a mí confesaban todos serme debida. Mi nombre era la medida de mis hechos. En mis manos confióse la República, engolfada y fluctuante en sus mayores peligros y sólo en mí apoyábase toda la fábrica y el peso de su vasto Imperio.

Y ahora yo, que hasta muy poco ha era caudillo tan esclarecido para todo el mundo, como este mismo sol que nos alumbra, ando errante, menesteroso, pobre, desterrado, transido de miedo, sin morada cierta, suplicando a aquellos a quienes, derribados a mis pies, cuando Dios quería, yo mismo levanté del suelo.

¿Qué haces, inmenso Creador y Fundador eterno del universo mundo? ¿Búrlaste de nosotros? ¿Por ventura suceden estas cosas sin grandes causas, aunque a nosotros no se nos alcancen? ¿Qué puedo decir que es eso, ¡oh máximo Rector del Universo!, que no me reciban ahora aquellos que en otro tiempo se tuvieran por dichosos si les enviara yo siquiera uno de mis

esclavos? ¡Oh Príncipe de este orbe!, ¿parécete ello cosa digna? ¿Qué maldad es la mía tan grande que teniendo el mismo Amiclas casa que puede llamar suya, donde tenga sus dioses familiares, su mujer y sus hijos, Pompeyo no tenga una cabaña que pueda llamar suya a boca llena? ¡Oh pajaritos, oh ruiseñores, oh hormiguitas: vosotros tenéis vuestros nidos; vuestras seguras casas soterrañas, apacibles, jocundas, con vuestra pequeña prole, con todas las cosas necesarias para vuestros usos, mientras que Pompeyo, que, poco tiempo ha, era señor del Universo, ahora no tiene ni una casilla adonde pueda enviar a la cuitada de su mujer. ¡Oh mi dulce Cornelia, honradísima, castísima esposa: ¿por qué mereciste tanto mal de los dioses que te obligasen a tomar tu parte de esta tamaña calamidad mía? Nacida en el linaje y en la familia de los Escipiones, llevada por tu matrimonio a la opulentísima casa de Craso, ahora, dejando allá lejos a tu patria, tu casa, tus penates, los sepulcros de tus mayores, veste forzada a seguir, desterrada, al desterrado; fugitiva, al fugitivo; miserable, al agobiado de miserias. ¿Qué inicua y envidiosa suerte; qué genio tan ímprobo y falaz unióte al gran Pompeyo con el señuelo falaz y halagador de honra grande? ¿Quién no te daba el parabién por haberte unido en matrimonio con aquel varón cuyo igual no descubría el sol desde donde nace hasta donde se oculta? ¡Ay mísero de mí; ay infelice! ¡Cómo todas las cosas se trocaron! Más ahora te valiera haber quedado para siempre viuda de Craso o ser esposa de alguno de la multitud de caballeros romanos! ¡Ay de mí, Cornelia mía; cuánto me atribula más tu desgracia que la mía! ¡Varón soy yo en quien no hacen tanta mella los azares de la adversidad! Tú eres mujer y tal mujer, de abolorio muy esclarecido, casta, pudorosa, hermosísima, no solamente expuesta al ultraje, sino entregada a él como en oblación; y siendo tales tus costumbres, aun la más liviana injuria será para ti no llevadera. ¡Ay de mí! ¡Y cuán gran verdad es aquella que cuanto más cerca estuviste del fuego, con más prontitud y fuerza te quemaste en él! Si fueras mujer de alguno de los soldados de mi escolta, nadie tuviera por lícito atreverse contra tu castidad. Ahora, siendo esposa del caudillo de las huestes vencidas, ¿quién hay que no crea serle permitida cualquiera osadía que contra ti se permitiere? Y aun cuando el ejército tenga cuenta con el respeto que tú mereces, con el claro linaje del cual desciendes, y con tus virtudes grandes y ejemplares, César mismo no tendrá a tu cuerpo por la más ínfima de las presas entre todas las otras de toda esta guerra. ¡Ese César (por no decir otra cosa) tan impuro y feo, adúltero de todas las matronas romanas! Si hubiera yo roto pelea con Mario o con Sila, la furia del vencedor hubiérase encarnizado contra los hombres; pero la rompí con César, que piensa no menos haber vencido a las mujeres que a los varones. ¡Oh quién llevase esta embajada al vencedor impío! Vencido has, ¡oh César!, a Pompeyo contra todo derecho y contra toda religión, puesto que moviste guerra contra tu patria, mientras que yo la defendía. Ruégote que no quieras que te sea lícito hacer más que hizo Sila, Mario, Cina. Proscribe, mata a los hombres, pero perdona al imbele sexo mujeril; muestra tu rigor contra aquellos que desenvainaron su espa-

da contra ti; pero perdona a aquellas que, no habiendo contra ti cometido nada, quedaron huérfanas de sus deudos, de sus parientes, hermanos, padres, hijos, maridos y de todas las prendas más caras de su vida. Y si tus armas apuntaban a sola la cabeza de Pompeyo, que así como era mejor que tú en Roma así también te era mayor, ¡he aquí mi cabeza! Yo te suplico que ella sacie esta tu sed de guerra; que no se extienda más ni se propague más esta fierísima matanza: muera Pompeyo, hostia única por todo el Imperio romano. ¿Me buscas a mí? Esconde, pues, tantas espadas desnudas: una sola basta para esta garganta única. Ven, pues, acá tú mismo o señálame lugar donde quieras que vaya: iré sólo, sin armas, con la garganta, con el pecho, con el cuerpo desnudo; despójate de toda humanidad; hiere las entrañas del marido de tu hija Julia; sufre que se mate al padre de tus nietos, a la esperanza de tu linaje; contra mí sólo muestre su fuerza la punta de tu espada. Permanezca entera la República; quede libre por ti la patria tuya, que, siendo libre, te engendró a ti libre. No quieras que te sirva aquella a quien las leyes de los hombres y las leyes de los dioses te obligan a obedecer y también a que admitas del enemigo el consejo sano. No seas tan temerario que quieras vivir entre los Catones, los Escipiones, los Servilios, los Casios, los Domicios, los cuales no solamente te quitarían a ti la vida, sino que aun despedazarían las entrañas de sus padres, por recuperar la libertad. Dime, yo te ruego, porque no es cosa de tratar siempre estos negocios con las espadas y con las armas, sino con palabras y razones como cumple entre ciudadanos:

¿Con qué derecho, con qué ley, con qué ánimo declaras la guerra a aquellos gracias a cuyos padres conseguiste vivir en paz? ¿Con qué razón quieres que te sirvan aquellos la virtud de cuyos mayores hizo que tú fueses libre? ¿Con qué intención armaste a tus legiones (por callar todo lo restante) contra la patria, para cuya salud habían sido alistados (cosa que a ti debe serte más entrañablemente querida que la vida) y por la cual te obligan a morir, si el caso lo pidiese, todas las leyes divinas y humanas? Porque quisiste—dices—que yo viniese a Roma sin ejército. ¿Quién lo quiso? El senado. ¿Quién te había proporcionado a ti el ejército? El senado. ¿Qué injuria tan grande es ésta, que tú tantas veces recuerdas: la de que se te haya pedido lo que se te había prestado? ¿Pensabas, por ventura, que se te había sido graciosamente regalado el ejército y no confiado y prestado temporalmente y por un plazo prudencial, a saber: por el tiempo que le pareciere a quien te lo había prestado? ¿Qué motivo, pues, para quejarte, si te reclama, cuando le parece bien, lo que recibiste con la condición de que lo devolverías cuando quisiera? ¿Y qué más, si ni siquiera el senado no te mandaba que se lo devolvieras, sino que, según la costumbre de los mayores, vinieses sin él, como hombre de paz, a pedir entre hombres de paz una magistratura pacífica, porque no aterrorizases con tus armas a la ciudad apaciguada e introdujeses alboroto en nuestra quietud, a fin de que fuesen libres los sufragios del pueblo? ¿Y que no fueses tú solo quien, a fuer de tirano, te mostrases armado entre los que sin armas estaban, ni pidieses el consulado hasta que te presentases personalmente, cumplidas ya tus fun-

ciones políticas en la provincia? ¿Es iniquidad grande, por ventura, que lo que uno solo pide, nieguen todos a una, siendo así que tú solo tienes por lícito negar muchas cosas que te piden todos? Pero imagínate que todo esto que tú pretendías era justo y que todas las pretensiones del senado eran injustas. ¿No sabes, acaso, lo que los dioses inmortales han mandado, lo que los más sabios de los hombres nos han enseñado y lo que está comprobado y confirmado por parecer sentencia y consentimiento del género humano? No debe nadie romper pelea con su patria ni con sus padres, por injusta que sea la causa que ellos sostengan y por justa que sea la tuya. Aunque yo no sé qué causa mala pueden tener contra aquellos a quienes engendraron. ¿Cómo padecerás tú muerte por la patria como aquellos Decios, almas limpias de toda maldad, como Junio Bruto, como Curcio, tú que declaras guerra a la patria porque te mandó esperar hasta el año próximo para el consulado? ¿Con qué espíritu recibirás el repudio o la derrota, tú que por motivos baladíes crees que se ha de vengar con todo linaje de crueldades una muy pequeña demora impuesta por causas justas en la consecución de tu deseo? ¿Por ventura eres tú más sabio que fué Lelio, a quien nuestros padres llamaron sabio por antonomasia? ¿Eres, por ventura, mejor que ese Catón, que con toda certidumbre es dios disimulado bajo forma humana? Pues aquél una vez sufrió repulsa en el consulado y éste no llegó nunca a ser cónsul, habiéndolo solicitado, y consiguió la pretura, y no por aclamación, y soportó con resignación que Vatinio, hombre indignísimo, se llevase la mayoría. ¿Eres más fuerte tú, eres más noble que Emilio Paulo, *el Macedónico*, que no obtuvo el consulado sino después de haber sufrido tres fracasos? Créeme: tú, ya desde la niñez, te hiciste a la idea de que este reino era tuyo, cosa que Sila, con toda su gran experiencia, anunció siendo ya viejo. Ya mostraste sombra de ello en la conjuración que hiciste cuando eras edil, con los más perdidos y facinerosos ciudadanos. Y su imagen expresa, vimos ya siendo tú cónsul, cuando, sitiado en su casa tu colega, apenas seguro dentro de las propias paredes de su domicilio, todo un cónsul del pueblo romano, tú lo administrabas todo a tu antojo, contra toda costumbre, contra toda razón, contra toda justicia. Ahora, para tu reino, reino tiránico sin duda alguna, ¿qué te falta sino un pañuelo con que se haga tu diadema? Cosa que yo no dudo, según es tu acostumbrada temeridad, que vas a conseguir en plazo breve. ¿A cuál de los mortales, luego de haber visto esto, le agradará vivir con tanto trueque, con una tan radical corrupción de costumbres? Antiguamente, nada había más caro que la patria ni nada más santo que la libertad y la salud pública. Ahora, el más liviano interés privado se antepone a toda la ciudad o, por mejor decir, a todo el orbe. Genicio Cipo Romano, salido de su patria en funciones de pretor y habiendo tenido conocimiento de que trataba de entregársele el reino, no quiso volver a ella por no verla, ya que la había dejado libre, puesta en trance de servirle a su retorno. El pretor Quintio Elio mató a Pico de un mordisco, porque la vida de Pico prometía felicidad muy grande para su casa, pero no tan grande para la república, y su muerte, en cambio, sería ventaja para su patria, pero desgracia para sí. El ateniense

Temístocles injirió veneno por no mover guerra a su patria ingrata, que le había destrozado. Epaminondas, de Tebas, caudillo aguerrido, fácil y animosamente soportó las injurias de sus ciudadanos por no vengarlas con algún daño de su patria. Esto hicieron aquéllos; empero César, por entregar su patria a la insaciable codicia de sus piratas, como los galos, como los germanos, no repara en maldad ni crimen, y para dar de comer al pueblo roba el patrimonio del pueblo, asfixia la libertad, arranca y trabuca la República desde sus cimientos. Creedme a mí todos los que coméis aquel manjar emponzoñado; va a costaros más caro de lo que creéis aquel manjar amargo que César comprará con dinero vuestro y os venderá a vosotros a trueque de vuestra libertad; os dará las entrañas, pero previamente os sacará las vuestras. ¿Por ventura no te parecía a ti, ¡oh Julio!, mucho más hermoso desempeñar un solo consulado en aquella Roma íntegra y floreciente que un reinado duradero entre bárbaras naciones, a costa de la perdición y ruina de tu República gloriosa? ¿Qué hace ahora, ¡oh Júpiter!, tu rayo? ¿Por qué no le arrojas? ¿Es que, por ventura, también tú temes a los mortales? Con ruido fragoroso aterrorizas y pones en fuga las liebres y los tímidos gamos y das en los árboles y en las rocas que no tienen alma. Y dejas incólume a César, ese malvado, ese osado, tea del linaje humano, fuego nefando que debía ser extinguido por ese tu fuego celestial. Tú, porque era benéfico para el género humano y volvía los muertos a la vida, mataste con tu rayo a Esculapio, que prolongaba la vida. Y permites que viva César, pestilencia universal del mundo. ¿No te quedaba ya rayo alguno con que derrocarle en el infierno antes que pasara el Rubicón, para que fuese semejante a Rómulo Silvio, de cuyo linaje se jacta vanamente haber nacido, o de Tulio Hostilio, cuya dignidad ambiciona? Pero, mísero de mí, ¿qué es lo que digo? ¿Para quién echo tan inútiles palabras? Muerto soy yo y murió conmigo, cosa que más que ninguna otra me aflige, aquella admirable y hermosísima libertad del pueblo romano, que, comenzando a sufrir mengua en las guerras civiles de Mario y Cina y luego, reclinándose en mis hombros, cayó conmigo quebrantada y asesinada. ¡Oh Marco Catón, divinidad del cielo descendida! ¡Oh Marco Tulio, varón de prudencia increíble: que yo no obedeciera a vuestros consejos! Y que diese crédito a Domicio Afranio y a Petreyo! Que no te escuchara a ti, Servio Sulpicio, cuando me exhortabas que no precipitase en los azares de la fortuna al pueblo romano todo, rompiendo con César violentamente. Conveníame a mí, cuitado, como más prudente, ceder el paso a la furia de ese energúmeno. Yo no pude menos que templar con mis artes de la paz, que me enseñó la prolija experiencia de la toga, la loca agresividad villana de César. Pero ¿qué hago, dioses inmortales? No hice yo la guerra a César, sino que me esforcé en resistir a la que él había declarado a la patria. ¡Oh necio de mí, ¡oh loco de mí!, merecedor de mayores desastres de los que padezco. ¿En dónde estaba entonces mi sensatez, en dónde mi juicio, cuando favoreciendo la potencia de César tan contra todo derecho, contra toda ley, contra toda razón, contra toda justicia y contra toda equidad, le abría el camino franco para el reino? ¿Qué ceguera fué la nuestra, Marco Craso, cuando,

habiendo avanzado hasta Luca, derribamos a Domicio del consulado? Prorrogamos el mandato de César cinco años para que, por todo aquel quinquenio, reuniese tantas fuerzas cuantas eran necesarias para devastar y asolar toda la República y el mundo todo. ¡Oh, cuánto más afortunadamente, cuánto más honrosamente caíste en Carras, Mario Craso, antes que vieras a tu patria caída! ¡Y cómo moriré sin gloria yo, sobreviviente de la libertad romana! ¡Oh, cuán malamente nos acordamos de los avisos de nuestro prudentísimo maestro Sila. ¡Cuántas veces advirtió que nos guardásemos del mozo mal ceñido! ¡Cómo me enseña la realidad que yo crié un cachorro de lobo, no en mi sola perdición, sino en la de toda la redondez de las tierras! Mísero de mí, ¿quién había de temer que César quisiera la ruina de aquella República, de la cual había recibido tantas honras y había sido distinguido con tantas magistraturas? ¡Oh Dominador del universo! ¿Qué nombre puedo darte que te sea justo y conveniente, pues has permitido que fuese vencida esta causa tan santa y tan honesta? ¿Qué diré, qué hablaré de ti que sé que eres soberanamente justo y que ninguna cosa dispones sin causas muy grandes y sin admirables consejos? Yo no puedo menos de llorar la caída de Imperio tan glorioso. Y con todo, en esta suma tristeza mía, tengo el consuelo de mi conciencia, testigo único de todas mis cosas. Yo puse todos mis esfuerzos en tutelar y defender no sólo con palabras, derecho, leyes, constituciones y costumbres de mis mayores, sino también con mi espada, cuando no lo pude hacer de otra manera. No faltó a mi causa ni mi valor ni mi consejo, sino que a mis esfuerzos les falló el buen suceso. Y si delante de los hombres fuera necesario probar la justificación de esta guerra, yo, dejando aparte todo el santo senado, aduzco en abono mío a Catón, quien, habiendo tomado mi partido, será demostración a toda la posteridad de que mi partido fué el mejor. ¡Oh Marco Catón, espejo de la probidad humana, cercano a los dioses en la virtud y que, si los dioses no repudian el contacto humano, ciertamente entrará a formar parte de la asamblea de los dioses! A ti, a ti, pues fuiste parte en todos mis consejos y sufriste parte de esta tan cruel y tan amarga desdicha, por tu virtud increíble te ruego que pues estás admitido en el concilio de los dioses y eres ya dios, que les signifiques que yo he sido vencido sin merecerlo y que te muestres dios favorable para esa tu patria a quien quisiste entrañablemente. Y a la vez que vuelvas a poner a mi casa en su primitivo estado, si es que ella puede estar en pie con el señorío romano salvo, y si no es ello compatible con su permanencia y con la salud de la patria, sufra ella sola el castigo y quede la patria erguida, toda entera, inviolada, floreciente y para siempre feliz. ¿Qué diré yo ser esto, oh padre y mantenedor de todos los seres? ¿Creeré que es envidia de la fortuna o indeclinable destino de las cosas humanas? Que el Imperio romano, que es el mayor y el más fuerte de cuantos han contemplado todas las edades, en cuya edificación y obra por levantarlo en el estado en que estaba poco ha parecían haber trabado competencia la fortaleza y la fortuna, haya sido derrocado en la sola batalla farsálica y se haya, a una, arruinado con Pompeyo. ¡Oh baldíos trabajos de los hombres verdaderamente dignos de lástima!

¿Es esto lo que Bruto hacía no perdonando ni aun a sus prendas más queridas en aras de la libertad? ¿En esto vino a parar la gesta de Horacio Cocles, defendiendo el puente él solo contra todo un ejército? ¿En esto vino a parar el sacrificio de Mucio, quien puso su diestra al fuego para expiar el castigo de su error? ¿En esto, la hazaña de aquella Clelia, pasando el Tíber a nado, cosa temerosa de hacer aun para varones esforzados? ¿Y todo esto, repito, lo hicieron aquellos héroes para que, al fin, la ciudad cayese en la servidumbre de César, el más impuro de los hombres? ¡Oh! Si en el cielo o en el infierno existe algún sentimiento de los casos y azares humanos, cómo se duelen ambos Decios que votaron sus cabezas a la felicidad de este Imperio y compraron, a trueque de sus vidas santísimas, no la libertad, sino dos batallas. ¡Oh, cuánta tristeza sienten y cómo se lamentan los Curios, los Fabricios, los Coruncanos, los Dentatos que vivieron pobres por enriquecer a la República, de que ahora todo el patrimonio romano sea robado y expoliado por el más nefasto y rapaz de los piratas! ¿Qué sentimiento es el tuyo, ¡oh Escipión Africano!, cuando oyes estar el orbe tan revuelto y tan vejado por el más loco de los hombres; tú, que rompiste de buen grado el duro suelo para que tus conciudadanos viviesen en reposo y quietud? ¿Qué dices tú, Emilio Paulo? ¿Qué haces al ver que aquel tesoro de Macedonia que tú, siendo pobre, no quisiste que fuese tocado y que se pusiese en el tesoro público en tu triunfo esclarecido? ¡Oh Lucio Opimio, si vivieras todavía! ¡Oh Publio Escipión Nasica, qué hombres os mostraría ahora para que tomaseis venganza en ellos: no serían éstos los Gracos, perturbadores de nuestra quietud, sino César, pestilencia de todo el mundo. ¡Qué víctima cada uno de vosotros sacrificaría a Júpiter y al linaje humano! ¡Oh Servilio Hala! ¿Por qué los dioses no te reservaban para estos tiempos nuestros? Mataras no a Espurio Melio, sospechoso de quererse alzar con el reino, sino al mismo César, ya rey. ¡Oh, si tornases a la vida, tú, Papirio Cursor, con aquel ánimo y brío corporal nunca vencido, necesitaras de un ejército para vengar maldad tamaña, porque no querrías tú solo mancillarte con esa su sangre impía! ¡Oh Manlio Torcuato: éste era el galo que te quedaba por matar, por cuya muerte alcanzaras un mucho mayor y más glorioso renombre! ¿Qué harás, pues, tú, cuando vieres el senado lleno de galos, habiendo amenazado con matar a cualquier latino que en él hallases? ¿Qué sentimiento es el tuyo ahora, ¡oh Camilo!, pues ves que César ha movido guerra contra su patria, sin ser de ella ofendido ni provocado, a la cual tú, aunque inicua e injustamente desterrado, quisiste librarla y defenderla? ¡Oh viejo Catón, que no pudiste sufrir al caudillo africano ni a toda la nobleza romana, ¿soportarías que ese despreciable medio macho reinase en Roma? ¡Oh lastimoso espectáculo! ¿Vivirá sujeto a servidumbre el pueblo romano que solía ser antes vencedor del universo y vencedor de todos y cuyos reyes se proclamaban libres de toda servidumbre? ¿Estará sujeto a servidumbre aquel senado del cual comenzó a dar una verdadera idea quien dijo que se componía no más que de reyes? ¿Servirán los que solían ser señores de todo a los bárbaros, a los impuros, perdidos y manchados de todo género de maldades y

flagicios? ¿Recibirán leyes de la veleidad de César, de su iniquidad, de su furor, de la temulencia de Antonio y de su codicia, de la liviandad de Lépido, de la sedición y violencia de Dolabela, aquellos mismos que dieron a todo el orbe las leyes más santas? ¿Qué contento puedes tomar tú, ¡oh Autor y Padre del universo!, de ver una tan pujante República destruída y un tan soberano Imperio, abatido y echado por tierra? ¡Oh supremo Gobernador del mundo! ¿No es posible que sea mísero Pompeyo y salva la República? ¡Oh Mario Catón! ¿No podrás recabar de los dioses, a los cuales estás cercano, que conserven al pueblo romano en su antiguo estado y dignidad y que persevere en sus viejas huellas? ¡Oh Cneo Pompeyo! ¿Dónde está aquella tu buena suerte guerrera acostumbrada; dónde aquellos ejércitos vencedores de Europa, Africa, Asia; dónde aquella disciplina militar; dónde las recias determinaciones tuyas y aquellos ardides y estratagemas con que domeñaste todas las tierras y los mares? ¡Oh compañeros míos: con vuestros consejos y pareceres cuánta perturbación y miseria me acarreasteis! ¡Cómo habéis causado la perdición de todo el orbe! ¡Oh soldados míos, oh senadores y reyes, partícipes de mi adversidad, que en trance tan contrario e inoportuno pedíaisme la batalla: cómo sentí que los dioses me engañaban! ¡Callando entendí que me armaban celadas grandes así a mí como al pueblo romano! ¡Cuán triste agüero fué que habiendo yo nacido y habiendo sido criado entre las armas; yo, que tantas guerras hice e intervine en tantas batallas que yo mismo di y habiendo tantas veces, con el esfuerzo de mi brazo, derribado al enemigo, que me horrorizase aquel día ante las legiones desplegadas! ¡Oh, cómo esperaba que los dioses se condolieran y apiadaran del género humano, estando los dos campos en vista uno de otro antes que se acometiesen! ¡Oh tú, Cayo Crastino, que fuiste el primero en disparar el arma contra nosotros, atorméntente para siempre en los infiernos los suplicios de Sísifo, de Tántalo, de Prometeo, de Ixión, de Sulmoneo y a una los suplicios de todos ellos; a ti, cuyas manos fueron causa y dieron origen a tantas muertes! ¡Oh dioses inmortales, si todavía no tenéis asco y hastío del linaje humano, compadeceos de la romana gente, porque con una sola derrota no caiga en servidumbre total. Compadeceos de mí, que abandoné a Italia por no ver en trabajo a mi patria ni devastada por el pillaje ni abrasada por el incendio, de todo lo cual yo la he librado con mi huída y alejamiento con que yo salvé de una batalla infortunada a tantos miles de hombres, los cuales todos, si yo permaneciera en Roma, sucumbirían inexorablemente. Compadeceos de mí, que a trueque de la salud y felicidad del universo, resígnome a ser desgraciado, señero y solo; y que no quise que mi perdición se conjugase con la perdición del mundo. Si mi modestia, si mi recato, si mi fe y mi lealtad no menos que vosotros todo el mundo los conoce; si amé siempre a mi patria con amor acendrado, si obedecí siempre al senado y a las leyes, mostrad vuestro poder en socorrer a este Imperio tan afligido, y luego muéstrese vuestra divinidad en socorrer a mis cosas, ayudadme y favorecedme, si siempre de las armas volví a la toga; si nunca menosprecié a los que bien me aconsejaban; si soporté fácilmente a los que me hablaron con insolencia; si no qui-

se vengar mi dignidad de la maledicencia procaz de Cneo Pisón, de Léntulo, de Mancia, de Dífilo, de Favonio. No queráis ahora, si en algo yo pequé, tomar de mí una venganza tan atroz; si jamás floreció en mi casa cosa que no fuera pudicicia, parsimonia, austeridad y la antigua usanza de mi patria; si no tuve jamás intención de alzarme con el reino cuya ocupación me era fácil si quisiera: sedme propicios, yo os lo ruego, si la justicia, si las virtudes afectan y enternecen; tened compasión de mí, que siempre las he honrado y acatado. Porque si, como dicen los hombres, la Fortuna tenía alguna envidia de mi tan continua y duradera felicidad, apláquese ya y hágase más mansa, habiéndome visto poco antes acompañado de todo el mundo y viéndome ahora solo y mustio, con hábito tan humilde y tan sin aliño que mis propios conocidos y familiares me desconocen; conténtese con haberme visto servido de reyes cuando Dios quería, y viéndome ahora tomando con mi propia mano el agua barrosa para aliviar como fuere mi sed intolerable; y buscando en mi hambre pan negro para mantenerme, yo, que con mis disposiciones atinadas di en otro tiempo mantenimiento y hartura a todo el pueblo romano y a toda Italia, la cual, si por mí no fuera, hubiera padecido muy grave crisis de inedia. ¿Qué caso, oh Fortuna, no diré mayor, sino igual o parecido trajiste en algún tiempo? Callen los pasados siglos, callen las historias todo cuanto refirieron; callen todo cuanto mintieron los poetas para pasatiempo y deleite de los hombres; calle cuanto añadió a la fábula la antigüedad de la fama en comparación con lo presente. A los unos, el mal vivir les echó a perder; a los otros aniquiláronles las guerras injustas o injustamente ejecutadas; a otros, las envidias de sus mismos ciudadanos. Y a Pompeyo, siendo su vida tan irreprochable, y siendo tanta su probidad, empeñado en una guerra santa en defensa de su patria, contra la voluntad y resistiendo casi la totalidad del linaje humano, derrocóle la amarga crueldad de la Fortuna. Vosotros, ¡oh dioses celestiales!, por cuyas leyes se gobierna el mundo todo, si os pesa de ver el género humano, si os place destruir de una vez todos los siglos, ¿qué necesidad hay de que Roma perezca, luego de apurar tan lastimosa servidumbre? ¿Por ventura no hay otro camino? Dad suelta al Océano, irrumpa sin freno la licencia del mar; incendia con tus rayos, ¡oh Júpiter, la redondez del orbe! Pero el solo pensamiento de esta catástrofe pone terror en mi espíritu. ¡Oh dioses benignísimos y amigos de nuestro linaje! ¿No os acordáis ya de aquel a quien favorecisteis tanto? ¿Ya no me conocéis? Yo soy, yo soy aquel mísero Pompeyo a quien vosotros distinguisteis con tantas y tan grandes mercedes que hacíais creer a los hombres que yo había nacido del linaje vuestro. Yo soy aquel Pompeyo a quien vosotros quisisteis por segundo en la tierra. Yo soy Pompeyo, dechado grande de los azares humanos, ejemplo de la inconstancia y de las blanduras y halagos de la Fortuna. ¿Por ventura el infortunio mío, la palidez de mi semblante y la nieve de mi cabeza por todo el orbe venerada, inmutaron de tal manera mi semblante que ni aun vosotros ya me conozcáis, los que antes me solíais siempre defender, sabiendo que no tenéis cuenta con los cuerpos, sino con el alma? ¿Por ventura vosotros (cosa impía de creer) sois semejan-

tes a los malos poetas, los cuales, habiendo terminado el primer acto muy bien, en el postrero decaen torpemente y en vez de cosechar aplausos recogen silbidos y mofas? ¿Acaso aquella calentura que yo tuve en Nápoles, de la cual casi morí, no había de ser la fin de mi vida, aunque no de mi entendimiento? ¡Oh fea e infausta supervivencia mía! ¡Oh próvida Naturaleza que te apresurabas a quitarme la vida mientras yo estaba en la cumbre de mi situación, antes que se mudase mi fortuna, cuando el morir hubiera sido mi bien supremo y mi suerte buena; ¡Oh votos y ruegos en tan gran número hechos por la salud mía y la salud de todos! ¡Oh, cuánto mejor no me fuera morir entonces y salir de esta vida cuando mi renombre estaba en toda su entereza, cuanta el hombre mortal puede alcanzar, que vivir ahora con tanta deshonra, huído, quebrantado, derribado, perdidos mis hijos y toda mi casa! ¡Oh muerte feliz, que vienes cuando la vida sabe más a mieles! ¡Dichosa muerte la que viene antes de ser deseada! ¡Oh muerte venida en tal sazón, que te lo llevas todo cuando ya no se puede desear algo mayor ni mejor! ¿Que queríais, amigos míos, que por mí os tomáis un interés demasiado agudo, que yo hiciera más en esta vida? O ¿por qué queríais que yo me detuviese en ella más tiempo? ¿Esperabais acaso a que se creara un nuevo mundo, una Naturaleza nueva, a fin de que ganase yo nueva gloria sojuzgando a mi patria? ¿Había igualado yo las gestas de Alejandro Magno, a quien el vulgo me asimilaba? ¿Había igualado yo el esplendor de los hechos de Hércules y del padre Baco? ¿Había yo conseguido que cuanto hay desde el nacimiento del sol hasta su ocaso obedeciese al senado y al pueblo romanos? ¿Qué más tenía que hacer en la vida? ¿Acaso no se había mantenido bastante tiempo la fortuna de mi grandeza? ¿Queríais lo que ha ocurrido, que con la demasiada prolongación de mi vida experimentase por madrastra a la Fortuna, que me había sido antes en todo madre muy cariñosa? Aunque no hay alguno que crea tener yo tan grande cuidado de mí mismo, todavía la ruina y destrucción de tan gran Imperio y la libertad perdida me dan gran pena y me atormentan. ¿Que por haber sido vencido una sola vez haya de ser toda mi posteridad puesta en servidumbre? ¡Oh romanos que después de mí seréis en este mundo, si es que haya algunos, cómo podréis quejaros de nuestra pereza y cobardía, que no pudimos conservar ni defender la libertad para dejárosla y entregárosla a vosotros, cual la recibimos nosotros de nuestros padres y de nuestros antepasados! Los dioses inmortales, si de esto tuvieren alguna conciencia y sentimiento, castíguente, ¡oh César!, según tú mereces, pues fuiste autor de tanto mal y daño y se hayan conmigo de la misma manera que yo me hube con toda la República y con todos los hombres. Entre tantos males como son los que yo padezco, tengo por consuelo muy grande y por testigo a mi conciencia, testigo verdadero de mi ánimo, de mi consejo, de mi determinación, de mi juicio, de mi razón, de mi sentir, de mi causa, de mi voluntad, la cual en esta triste y miserable guerra me esfuerza a morir con gran ánimo y confianza. Y aun cuando, como la verdad y la razón nos mandan, no debamos trabajar en esta vida, allende de no cometer cosa que merezca culpa ni del varón en-

tero se requiera otra cosa sino mostrar la voluntad santa y buena y el consejo de la virtud en todo lo que fuere posible, esforzándonos por no faltar en lo mínimo a la honestidad. Yo no veo qué cosa pueda reprender en mí ninguno. Hice todo cuanto a un mortal le es hacedero. Servido me he de la benignidad de la Fortuna en lo que al bien de mi patria convenía, en cuanto a la modestia y a todas las otras virtudes pertenecía, y en lo que, para ayuda y socorro de los buenos, era mejor. Jamás hubo en mí señal alguna de insolencia. Mi buena ventura fué que me pude afanar siempre para que la Roma de mis amores, en reposo inalterado, en paz olímpica, fuese señora del mundo. Porque no cayesen en la servidumbre de César hice la guerra civil, y en esa ocasión la Fortuna volvióse contra mí, en una de sus veleidades acostumbradas. ¿Qué debo hacer? Por ventura, ¿puedo yo dar a mis cosas un resultado feliz aun cuando haya puesto en esa empresa mi corazón y mis fuerzas tantas cuantas tuve? Esto me tiene maravillado y atónito y no creo haber sido hecho sin gran razón, por más que yo no la alcance. ¡Haber permitido el sapientísimo Gobernador de todo este mundo, justiciero y óptimo, que la causa mejor fuese vencida por la causa peor! Qué razón hubo para esto, Dios lo sabe. A mí, que tengo la conciencia del amor filial mío para con la patria; a mí, que tengo la conciencia de que todos mis trabajos los asumí por la libertad y la salud del género humano, impóngame ahora mi fatal destino perder yo la vida donde le pluguiere; señálemelo, que allá iré no por fuerza, no rehusándolo. Entro yo por este mar solo, fatigado, de todos desechado, por el cual, cuando Dios quería, navegaba yo con flotas y armadas muy grandes, con victorias muy felices, emperador del mar espacioso, con gloria increíble y que de infestado de piratas como estaba yo le hice pacífico y seguro. Y aun cuando sentirá todo el orbe esta fatalidad mía y esa pérdida universal, servirá, al menos, este ejemplo mío para que los hombres aprendan a no confiar demasiado en las prosperidades. ¡Oh príncipe del cielo, oh príncipe del mar, oh príncipe del mundo, según cuyas leyes eternas yo conduje siempre mi vida! Presente estoy yo, Pompeyo, pequeño si atendierais a las riquezas o al poderío; pero si atendéis al alma, consciente de la vida vivida y dispuesto a hacer todo cuanta cosa honesta y justa la virtud le mandare, grande ciertamente, ciertamente valeroso, no más pequeño con mis huestes derrotadas que cuando traje a mi patria tres bien ganados triunfos. Y no mayor entonces ciertamente que ahora en esta tan grande y pública calamidad mía. Aquí estoy ciego, envuelto en tinieblas, errante, sin saber qué camino tome, sin atinar dónde encaminaré mi fuga. No pido de ti victorias y triunfos por haber domado diversas gentes y pueblos; no magistraturas ni funciones nuevas; no mandos ni honores inauditos. Todo esto me lo dabas a mí espontáneamente, tiempo atrás; no pido en mi muerte aquellos plantos y alaridos del pueblo romano; no que el senado, en sus hombros, traiga mis despojos a la pira, ni que recoja mis cenizas, vestido con sus togas, desceñido, descalzo y lacrimoso; no que todo el ejército sin armas cante, dolorido, en mi honor endechas guerreras; no que me lloren todas las matronas; no que ese sol vea al linaje humano encapotado y cubierto

de luto porque yo terminé la vida.

No pido aquella pompa en mi sepultura que requieren mis tres consulados, ni la solemnidad que demandan mis tres triunfos, ni aquellos loores que en hartos lugares se suelen dispensar con declamaciones prolijas; no quiero sepulcro donde se lean los títulos de tantas guerras ni de victorias tantas. Todas estas distinciones recibiera yo si mi suerte me hubiera dejado morir en mi patria libre. Ahora, pues así va, llévame, padre, te ruego, si no a mi vida semejante a la anterior, a lo menos a una muerte digna y congruente con aquella vida. Y si todavía los ruegos de Pompeyo, que acostumbraban conseguirlo todo de ti, tienen a tus oídos algún acceso, al menos encomiéndote a mi santa esposa, cuya honestidad, cuyas lágrimas piadosas me alcanzaron otrora perdón de ti, que contra mí estabas enojado; encomiéndote a mis hijos, esperanza de tan gran linaje y aun mi miserable casa, ¡oh padre clementísimo de todo! Y por lo que a mí toca, concédeme, sea cual sea el género de muerte que me esté reservado, que muera con un ánimo tan grande como el ánimo con que he vivido.

FIN DE «LA FUGA DE POMPEYO»

SUEÑO DE ESCIPION

(OBRA DE CICERON, SACADA DE LAS «SATURNALES» DE MACROBIO)

HABIENDO venido y llegado a Africa, durante el consulado de Anicio Manlio, siendo yo, como sabéis, tribuno de cuatro legiones y capitanías en la hueste, no hubo por entonces cosa más agradable para mí que ir a hablar a Masinisa, rey de nuestra familia y casa, y por justas causas muy amigo. Así que llegué, el buen anciano, abrazándome, se tomó a llorar; y un poco después, alzando al cielo los ojos, dijo:

—Gracias te hago, ¡oh soberano y alto Sol!, y también a vosotros, moradores restantes del cielo, porque antes de que muera veo en mi reino y en mi casa a Publio Cornelio Escipión, cuyo solo nombre en gran manera me recrea. Hincada y arraigada estuvo siempre en mi ánimo la memoria de tan glorioso e invencible capitán.

Dicho que hubo esto, yo le fuí preguntando a él de las cosas de su reino y él a mí de las de nuestra República, de suerte que aquel día se nos pasó en pláticas sabrosas de una parte y de otra. Luego, con real aparato recibidos, seguimos la conversación comenzada hasta bien tarde de la noche. En todo aquel tiempo, el anciano augusto no tenía otro tema sino el del *Africano*, y no solamente de sus hechos, sino también de aquellos de sus dichos de que él se acordaba.

Después de esto, fuímonos a dormir, y como yo estuviese cansado del camino y desvelado del trasnochar, cogióme un sueño mucho más profundo y grande de lo que tenía por costumbre. En este sueño, el *Africano* se me apareció. Yo creo que fué el motivo haber hablado de él antes, porque hartas veces acontece que nuestros pensamientos y pláticas ocasionan, durante el sueño, un caso análogo al que Ennio escribe de Homero; a saber: que pensaba y hablaba muchas veces solo estando despierto. Como digo, el *Africano* se me apareció en una forma que me lo dió más a conocer que su presencia misma. En reconociéndole, tuve un gran miedo. Entonces él me dijo:

—Ten ánimo, Escipión, y no hayas temor alguno, y mira que se te acuerde lo que ahora te diré: ¿Ves aquella ciudad a quien yo sojuzgué al pueblo romano y al presente se prepara para una nueva guerra, como acostumbró hacerlo hasta

ahora, que no puede tolerar la paz y la quietud? (En aquel momento, desde un alto lugar reluciente, claro a maravilla, pintado de astros innumerables, me mostraba a Cartago.) Esa ciudad tú la has venido a combatir como hombre de armas. A esta ciudad tú, en esos dos años próximos, la vencerás y destruirás, siendo cónsul, y por virtud y nobleza alcanzarás el nombre de *Africano,* al cual tú tienes derecho por heredamiento y como por sucesión. Y luego que hubieres destruído a Cartago y hayas triunfado y hayas sido censor y hayas sido embajador en Egipto, en Siria, en Asia y en Grecia, serás por segunda vez elegido cónsul en tu ausencia y después harás una muy dura campaña contra la ciudad de Numancia, destruyéndola y arrancándola del suelo de raíz y cimiento. Pero tu *triunfo* camino del Capitolio coincidirá con un estado de turbación de la República, alterada por los manejos y astucias de mi sobrino, y entonces, ¡oh *Africano*!, será menester que muestres a la patria las luces de tu ánimo, de tu ingenio y de tu consejo. Mas veo que la vía de este tu tiempo y curso, porque así los hados lo dispusieron, es dudosa. Cuando tu edad sea de siete veces ocho cursos cumplidos del Sol, es, a saber: cincuenta y seis años, y que estos dos números siete y ocho (que por diversas razones se han dicho llenos y enteros) habrán acabado por curso natural la suma de los hados y el fin de tus días. A ti solo, y a tu nombre, se volverá toda la ciudad, el senado y todos los buenos y todos los amigos confederados y aliados, y los latinos sólo en ti pondrán sus ojos. En ti solo se asentará firmemente y resplandecerá la salud de la ciudad, y, por decir en breve, es menester que, siendo tú dictador, reorganices la República y la restituyas a su primer estado si puedes, por fin, escapar de las manos de tus cercanos parientes.

Entonces, a este tiempo y a este propósito, como Lelio hiciese una doliente exclamación y de los otros presentes se oyesen gemidos y suspiros no pequeños, con indulgente sonrisa les dijo Escipión:

—Yo os ruego, por mi vida, que no me despertéis de ese dulce sueño; teneos y oíd lo que ahora os diré: Porque estés, ¡oh *Africano*!, más dispuesto a guardar y defender la República, has de saber que a todos aquellos que guardaren, ayudaren y aumentaren la patria les está aparejado en el cielo un lugar cierto donde vivan en perpetua bienaventuranza. No existe en la tierra cosa más agradable ni aceptable al soberano Señor Dios, que gobierna la redondez del mundo, que las agrupaciones humanas unidas por razón y derecho, que tienen el nombre común de ciudades; sus gobernadores y conservadores, de aquí del cielo salidos, al cielo tornarán.

Al decir esto él, turbado como estaba yo, no tanto por el temor de la muerte como por el miedo de la ruindad y asechanzas que de los míos me esperaban, me atreví a preguntarle si él mismo vivía y si vivía también mi padre Paulo y los otros que nosotros pensamos ser muertos.

Y él me respondió:

—Ciertamente viven aquellos que se escaparon y soltaron de los lazos del cuerpo como de una prisión; la muerte real es la que vosotros tenéis por vida. Pero mira a tu padre, Paulo, que viene hacia ti.

En viéndole, mis ojos arrasáronse de agua y comencé a derramar lágrimas copiosas. Pero él, abrazándome y besándome, reprimía lo más

que podía mi llanto. Yo, restañada la fuente de mi ojos, comencé por fin a hablar:

—Pídoos, óptimo y santísimo padre, puesto que esa vida vuestra celestial es la verdadera, que me digáis qué hago yo acá en la tierra. ¿Qué es lo que me detiene para que no vaya yo a esos lugares encumbrados?

—No, no; no es así que se hace; tú no puedes venir aquí sin que primero este Señor Dios, cuyo es este templo que tú ves, te declare libre y suelto de la prisión de tu cuerpo. Cierto es que los hombres fueron creados con sujeción a esta condición y ley; a saber: que tengan cuidado de entretener y guardar este globo que ves en medio del templo y al cual se da el nombre de Tierra. A estos hombres se les dió el alma de aquellos fuegos inextinguibles que llamáis vosotros estrellas y planetas. Ellos, en figura esférica y redonda, provistos de alma, mueven y rodean sus esferas y cielos con una admirable celeridad y priesa. Por todo esto, a Escipión, y a ti y a todos los demás varones piadosos, les es forzado retener sus almas en la prisión del cuerpo y no dejar esta vida sin el mandamiento y licencia de aquel que os las dió, abandonando esta vida inmortal, porque no parezca que habéis rehuído y rehusado la tarea humana que os fué asignada por Dios. Pero tú sé, así como Escipión, como este tu abuelo y como yo mismo, que te engendré, amador de la justicia y la piedad, la cual, debiendo ser grande para con los padres y parientes, para con la patria debe ser más grande. Esta senda, seguida con justicia y piedad, es el camino recto y seguro para llegar al cielo a tener compañía a los que ya vivieron y en la actualidad, libres de la cárcel y de los hierros del cuerpo, son puestos en aquel lugar que ves. Este lugar es un círculo esplendísimo y de una resplandeciente blancura, entre las otras estrellas que llamamos fuegos y que vosotros, a imitación de los griegos, llamasteis círculo lácteo, que tiene albores de leche.

Del lugar de donde yo las contemplaba, todas las otras cosas parecíanme muy lindas; pero mi mayor admiración ocasionábanla unas estrellas que nosotros, nunca, desde acá abajo, hemos visto; estrellas de una grandeza inimaginada. Entre ellas estaba la más pequeña, la más apartada del primer cielo y más cercana de la tierra; es a saber: la Luna, que da lumbre con lumbre prestada de otro. Las esferas y globos de estas estrellas o planetas sobrepujaban en mucho la magnitud de la tierra. Parecíame desde aquella altura la tierra tan pequeña, que sentía empacho de nuestro Imperio romano, que en la totalidad del globo ocupa una parte insignificante. Y como yo tuviese siempre puestos mis ojos en la tierra, absorto en la contemplación de estas cosas, me dijo el *Africano*:

—¿Y hasta cuándo quieres tener tu ánimo puesto en la tierra? ¿No consideras a qué templos eres venido? Tú tienes aquí nueve esferas o, por mejor decir, globos por los cuales todo está juntado y constituído, donde el uno celestial de fuera de todos los otros, contiene los otros todos dentro de sí, comprendiendo y comprimiendo todos los otros el Soberano Dios. En este firmamento están conjuntos y fijos aquellos cursos sempiternos, tornados de las estrellas, y a él están sujetas otras siete esferas movidas por movimiento retrógrado y contrario al dicho cielo. De estas siete.

esferas, la una está ocupada del planeta que vosotros llamáis en tierra Saturno; la que le sigue está poseída de la estrella errática y vaga que se llama Júpiter, la cual es muy favorable y saludable al género humano. A la otra estrella que sigue a ésta la llamáis vosotros Marte, astro que relumbra con el siniestro resplandor del fuego; horrible de ver y pavorosa para los que estáis en la tierra. Tras ésta se sigue el Sol, que está casi situado en el centro de los otros planetas. El es el principal y el moderador de todas las otras claridades y estrellas; él es el alma, es decir, el poderío templado del mundo, y tiene tal grandeza que alcanza a cubrir y alumbrar cualquiera cosa que sea. Después de él, síguenle como por tenerle compañía otras dos esferas, una de las cuales es poseída de Venus y la otra de Mercurio. Al último cielo, que es el más bajo e inferior de todos, está la Luna, la cual hace su curso tomando la claridad de los rayos del Sol. Desde este cielo de la Luna hasta acá abajo no hay cosa alguna que no sea mortal, caduca y sujeta a corrupción, sacando las ánimas concedidas a los hombres por beneficio de los dioses. Desde la Luna para arriba todo es eternal y no puede ser acabado por corrupción. Cuanto a lo que toca a la Tierra, que es el nono globo que ocupa el medio y centro del universo, es, a saber, de toda esta máquina mundana, ella es inmovible y también está situada en lo más bajo de todo, y, naturalmente, a ella concurren todas las cosas graves y pesadas.

Todas estas cosas contemplaba yo con grande admiración, aunque no sin perturbación de mi ánimo. Mas luego que torné a mí, comencé a preguntar qué eran aquellos sones tan grandes y tan dulces que arrobaban mi sentido. El *Africano* me dijo:

—Es éste un son hecho de intervalos no iguales, aunque todavía están distinguidos por debida proporción de las partes excitadas del impulso y movimiento de aquellas esferas celestiales, y para templar y mezclar lo agudo con lo grave, igualmente produce diversos tonos. Y no puede ser que tales movimientos se hagan sin algún ruido y la Naturaleza permite que los extremos de una parte suenen gravemente y de la otra agudamente, por lo cual el supremo cielo donde están las estrellas se hace con sonido muy agudo y sutil. Y el más bajo, donde está la Luna, se mueve con sonido muy grave, porque la Tierra, que es el nono globo, como hemos dicho, es inmóvil y está siempre puesta en lo más bajo de todo y ocupando el medio de todo el mundo. De la revolución de las otras ocho esferas (entre las cuales hay dos del mismo tenor) se producen siete tonos diversos y distintos por intervalos; este número de siete es número y medida de todas las cosas. Imitando este son o tono, las gentes doctas, con nervios y cuerdas sonantes, abrieron e hicieron camino para tornar a este lugar, así como otros, dotados de excelentes y sutiles ingenios, estando en la vida humana y viviendo entre los hombres, pusieron su estudio y diligencia en las cosas divinas. Llenos con este sonido, los oídos se ensordecieron. No hay en vosotros sentido más boto que el oído. Es, ni más ni menos, lo que acontece a los que viven en Catadupa, donde el Nilo cae de unos altísimos montes con grandísima e increíble fuerza, y a causa del gran ruido son todos sordos. Mas aquí,

tan grande es el sonido del cielo todo, por la apresurada y forzosa vuelta, que los oídos de los hombres no lo pueden recibir ni abarcar, ni más ni menos que no podéis mirar el Sol de hito en hito, por su resplandor demasiado, y los rayos de él vencen vuestra vista y sentido.

Yo, aun cuando estaba espantado de todas aquellas cosas, todavía ponía los ojos en tierra y la miraba muchas veces. Y entonces el *Africano*:

—Yo siento—dijo—que aún tienes ojos para el sitio y morada de los hombres; es, a saber: la Tierra; la cual, si te parece pequeña (como en verdad lo es), no pongas en ella tu contemplación y, principalmente tu esperanza, sino en las cosas celestiales, y como cosa caduca que es, menosprecia todo lo mundano. ¿Qué gloria ni honra te pueden acarrear las palabras de los hombres? Ya ves cómo la Tierra no está pobladada sino en partes muy pequeñas, y que en ella no se vive sino en lugares ralos y angostos. Y en esos mismos lugares ves cómo hay, así como manchas, grandes soledades y desiertos; que los unos están lejos de los otros y tan apartados que lo que unos tienen no pueden comunicarlo a los otros; que los unos están oblicuamente puestos; los otros, de través; los otros, derechamente, entre los cuales, ciertamente, vuestras alabanzas no pueden ser oídas. Por ello, no habéis de esperar que ellos celebren vuestra gloria. Tú ves cómo la misma Tierra está como ligada y ceñida de algunas zonas, de las cuales hay dos muy distantes y entre sí diversas debajo de los ejes o polos del cielo de la una parte y de la otra, las cuales son combatidas de tanta frialdad que ves que están heladas. Y la otra, puesta en medio de éstas, muy grande, abrasada y quemada del Sol. Allende de éstas hay dos habitables, de las cuales, la del Mediodía no pertenece nada a vosotros; la otra es septentrional, debajo el Aquilón, en la cual moráis. De ella yo te ruego que mires cuán pequeña es la parte que ocupáis. Toda la tierra que vosotros tenéis, angosta hacia los polos y algo más ancha hacia los lados, no es sino una isla pequeña, cercada del mar, que vosotros llamáis allá abajo mar Atlántico y mar Océano, cuyo nombre magnífico promete grandes cosas cuando se oye, y a pesar de ello, tú ves cuán chico es. Ahora, de todas estas zonas habitables y conocidas, pregúntote si la fama de tu nombre o de cualquiera de vosotros ha podido llegar hasta el monte Cáucaso (que tú mismo ves) o pasar este río Ganges. ¿Quién será que oirá hablar de ti en lo que resta de Oriente o en las últimas partidas occidentales, o en el Septentrión o en el Meridiano? Quitadas ellas, harto ves tú en cuán angostos términos se podrá dilatar y pregonar vuestra gloria. Y aquellos que de vosotros hablarán, ¿qué tiempo piensas que hablarán? Cosa cierta es que, aunque nuestros sucesores no desean más que comunicar a los venideros vuestras glorias y loores individuales que habrán oído de nuestros antepasados; no obstante, por los diluvios y los incendios que hartas veces suceden en la tierra y que es fuerza que ocurran periódicamente, nosotros no solamente no podemos adquirir honra ni gloria que pueda ser eternal y continua, pero ni aun por mucho tiempo duradera.

¿Qué hace al caso que hablen de ti los que en lo sucesivo nacerán si los que con anterioridad nacieron no hablaron de ti palabra? Estos no fueron más malos, sino

muy mejores, principalmente que entre aquellos entre quien vuestra gloria puede ser oída no hay ninguno que pueda alcanzar la memoria de un año. Es de saber que los hombres miden y llaman, por lo común, un año solamente la revolución del Sol, es decir, de una estrella, aunque, a la verdad, cuando todas las estrellas fueren tornadas al lugar de donde salieron una vez, y que por grandes intervalos hayan hecho una descripción de todo el cielo, entonces se puede llamar verdaderamente año donde todo se torna y retorna; el cual no osó decir cuántos siglos puede comprender, de aquellos siglos de cien en cien años que cuentan los hombres.

Porque, así como en el tiempo pasado se vió un eclipse y como un colapso del Sol que parecía que había acabado para los hombres, cuando el alma de Rómulo se encumbró a estos alcázares celestiales; así, todas las veces que el Sol, de la misma parte del cielo y en el mismo período de tiempo volviere a faltar, y que todos los signos y estrellas habrán tornado al lugar de donde salieron, entonces será acabado y cumplido el año; adviértote que de este año aún no está acabada la veintena parte. Por lo cual, si tú tienes esperanza de tornar a este lugar, donde no falta cosa codiciadera a los hombres buenos y virtuosos, ¿en qué aprecio debes tener esa gloria que viene de los hombres, que a gran pena puede alcanzar una muy chica parte de un año?

Si quieres alzar los ojos en alto y contemplar esta eternal habitación y bienaventuranza, no te cebes en las palabras de las gentes ni pongas tu esperanza en tus grandes hechos y en las alabanzas de los hombres; es menester que la virtud, por sí misma y con sus naturales y dulces halagos, te traiga a la verdadera y perpetua alabanza y honra. Los que de ti hablaren alguna cosa ellos mismos lo vean, puesto que es indudable que hablarán; pero todo cuanto digan no pasa los términos estrechos de las regiones que ves, que inevitablemente lo limitarán, y nunca duró perpetuamente referido a hombre alguno, sino que se acaba y disminuye inexorablemente, así por la muerte de los hombres como por olvido de los que vienen después.

Acabó el *Africano* su razonamiento, y yo le dije:

—Si es verdad, *Africano*, que aquellos que cumplen su deber con la patria y la república tienen abiertos y aparejados el camino y el ingreso al cielo, es cierto que yo, aunque desde mi juventud no me haya apartado de la norma de vida que hicisteis tú y mi padre, y que no haya disminuído jamás la gloria que vosotros alcanzasteis, no dejaré con todas mis fuerzas de trabajar y hacer harto más de lo hecho por alcanzar el premio y galardón aparejados.

El *Africano* me respondió:

—Pon diligencia en hacerlo, como dices. Quiero que sepas y entiendas que no tú propiamente, pero que este cuerpo tuyo es mortal; porque tú no eres lo que muestra esta efigie material. El ánimo y el espíritu de cada uno ése es su propio ser y no la figura que se puede mostrar con el dedo. Sábete que tú eres un dios. Si dios es aquel que tiene vigor, vida, vigencia; que siente y tiene memoria, que provee y gobierna y guía el cuerpo sobre el cual está constituído como maestro y gobernador, ni más ni menos que Dios, el monarca soberano, gobierna este mundo. Y así como Dios, que es eterno, guía este mundo, que

de una parte es mortal, así el ánimo inmortal y sempiterno mueve y guía el cuerpo, que es frágil y corruptible, porque la cosa que está siempre en movimiento es eterna, y la que mueve cualquiera otra cosa y juntamente es movida de otra parte, cesando el dicho movimiento, necesariamente ha de tener fin. Solamente aquello que de sí mismo se mueve, porque no es jamás dejado de sí mismo, así jamás su movimiento tiene fin, antes es comienzo. principio y origen de movimiento para las otras cosas que son movidas.

Comienzo o principio es una cosa que no tiene origen, porque todas las cosas proceden de él y él no es hecho de ninguna otra cosa existente. Y a la verdad, si de otra procediese, entonces no sería principio, y pues que no ha tenido origen, cierto es que no tendrá fin, porque si una vez pereciese, no podría otra vez de nuevo producirse de otro ninguno ni de sí mismo podría reparar ni procrear otro, porque es necesario que todas las cosas vengan de este principio. Por esto, el comienzo y origen del movimiento es de aquel que se mueve a sí mismo, de manera que no puede tener primer origen ni último fin. O sería menester que todos los cielos cayesen y que la totalidad de las cosas de este mundo y que toda cosa natural cesase y que ninguna cosa recibiese más movimiento ni vida del impulso del primero y soberano cielo. De manera que puesto que queda claro que tiene ser eternal aquello que tiene movimiento de sí mismo, ¿quién será aquel que querrá negar que tal naturaleza y virtud son concedidas al alma? Todo aquello que es movido de otro se dice que no tiene alma; y donde hay alma, el movimiento es interior y propio y que no lo tiene de otro ninguno. Tal es la naturaleza y la propiedad del alma, que si entre todas las cosas es movida de sí, cierto será que no ha tenido primer origen y que es eterna. Ejercitarla has tú en operaciones y obras buenas y en tener cuidado de la defensa y guarda de la patria, porque el ánimo ejercitado en tal solicitud y cuidado, como son las obras buenas que decía, volverá muy fácilmente a este su domicilio y morada. Y esto lo hará mucho más presto, si cuando estuviere encerrado en el cuerpo estuviere a punto de salirse de él y contemplando las cosas de fuera se apartare muy lejos de él y de las cosas corporales. Las almas de aquellos que totalmente se dieron a los deleites del cuerpo y que se sometieron cobardemente a su servidumbre y que, por influjo de los que obedecen a los deleites y deseos lujuriosos, corrompieron las leyes divinas y humanas, sueltas y salidas de los cuerpos, son traídas de acá para allá alrededor de la tierra. Y no volverán a este lugar, que primero no hayan sido atormentadas y afligidas por espacio de mucho tiempo.

Poniendo fin a esta plática, el *Africano* desapareció, y yo, luego al punto, desperté.

FIN DEL «SUEÑO DE ESCIPIÓN»

SUEÑO AL MARGEN DEL «SUEÑO DE ESCIPION»

(IN SOMNIUM SCIPIONIS)

(1519)

JUAN LUIS VIVES

AL REVERENDÍSIMO SEÑOR DON ERARDO DE LA MARCA, OBISPO DE LIEJA Y ARZOBISPO ELECTO DE VALENCIA: SALUD

¿Para quién será mi primera enhorabuena, reverendísimo padre y príncipe ilustrísimo, por tu plausible designación para la sede arzobispal de Valencia? ¿Para ti o para mí y todos mis conciudadanos? A unos y a otros hay que dar el parabién: a ti, puesto que te toca en suerte una diócesis que así por la condición de su grey como por la amenidad del sitio no puede menos de serte aplacible y gratísima. Aquella población es de suyo alegre, optimista, afable, obsequiosa, obediente; para con sus príncipes y sus magistrados tiene entusiasta adhesión y benevolencia exquisita y un celo increíble para con las cosas de la Iglesia, y ni con pereza ni con contumacia ejecuta las órdenes de las jerarquías eclesiásticas. La nobleza que reside en aquella ciudad es, como pueda haberla en cualquier otra: numerosa, brillante, magnífica, espejo de cortesía y de humanidad, de cuya familiaridad y trato nunca concebirás ni desazón ni hastío, y por toda aquella región tuerce su camino, como cantó el poeta Claudiano, el Turia hermoso entre márgenes de rosas y de flores. Tan fértil es su suelo, que me atrevo a decir que no hay en ningún otro ángulo del mundo fruta, ni mies, ni linaje alguno de hierba saludable que no los ofrezca la huerta valenciana en su halda ubérrima. Es su campo el propio asiento de la amenidad. No hay estación del año en que no estén sus prados cubiertos de hierba viciosa y sus enramadas espesas no se muestren vestidas y pintadas de hoja y flor que siempre nace, de frescor y de verdura y de muy linda variedad de colores. Es puro y transparente su cielo, y es indulgente y manso; ni áspero de hielos rigurosos, ni encapotado de nieblas sombrías, ni extenuado ni incendiado de calores fogosos. Esta maravillosa templanza hace que por toda aquella comarca afortunada sea constante la salubridad y firme y robusta la complexión de todos sus moradores. Los loores de Valencia, que acaso no sean de este lugar ni de este tiempo, re-

quieren espacio mucho mayor que el que pueda o deba darles una simple carta. A mí me impone una reserva pudorosa la consideración de que hablo de mi patria querida con un afecto tan entrañable como el que tengo a mis amores más dulces y no quisiera que ese mi encomio entusiasta fuera sospechoso de jactancia.

Pero también a nosotros, y a la verdad en proporción muy crecida, se nos ha de dar el parabién porque la suerte nos dió tal y tan gran prelado que de él esperamos que gobernará aquella iglesia, con tal acierto y tal eficacia de buen ejemplo, que a los ojos de la posteridad relumbre con mansos resplandores de moderación, de doctrina, de caridad, de santidad en suma. Virtudes son todas éstas que yo no dudo que aumentarás en el gobierno de nuestra Iglesia y ello con la ejemplaridad de tu vida, ya que no es posible que haya para tu clero ni mandato más eficaz ni encarecimiento que más obligue. Pero dígote esto cara a cara, con no menos empacho que te dije lo otro por recelo de que algún maldiciente me acuse en aquello de jactancia y en esto de adulación, con ser una cosa y otra por un igual de una realidad evidente y tangible.

Por todo esto es que yo, como en adivinación de aquellos venideros siglos que tú a nosotros y los unos a los otros, según espero, harán tan felices, tan rebosantes de toda virtud y alegría, burla burlando me entretuve en componer cierta especie de *Sueño*, que sea como introducción y prefacio al *Sueño de Escipión*. Lo completé luego con una *Vigilia mía* al mismo *Sueño de Escipión*. Todo ello constituye un pequeño doctrinal para formación e instrucción del perfecto príncipe. A pesar de que la filosofía toda no ofrece tarea más excelente y divina que esta de dar educación política a un gobernante, yo no busqué para ese tratado rótulos sublimes prometedores de grandes cosas; llaméle *Sueño*, simplemente. ¿Qué nombre más chico que éste? ¿Qué título más modesto? Como si dijere bagatelas, pues como bagatelas doy todo cuanto pasa en ese *Sueño*, sin perjuicio de que algún lector se me enfade. Y lo que viene a continuación llámole *Vigilia*, que equivale a lucubración, título éste que Bibáculo, poeta saladísimo, dió a una obra suya. Y en hecho de verdad, mucho tuve que velar y aun desvelarme en referir el famoso *Sueño ciceroniano*, porque la variada y copiosa sabiduría que contiene pide un intérprete comentarista con el seso bien avivado y despierto y que esté en su cabal y sano juicio.

Entrambas obrecillas mías, con el mejor de los derechos, te las dedico a ti, ilustrísimo príncipe; en primer lugar, porque tú, por tu parte, que no será pequeña por cierto, contribuirás eficazmente a esa Edad de Oro soñada, a esos esperados siglos dichosos que yo, aunque soñando, anuncio al mundo; y en segundo lugar, porque a quien ha de regir la república de nuestra Iglesia, que yo querría ver de todas la más venturosa, desearía proponerle un expresivo dechado y espejo del mejor y más acabado de los príncipes, a cuyo ejemplo se componga y a quien, como haces tú, imite. Ten salud.

Lovaina, a los cinco días de las calendas de abril de 1520.

SUEÑO AL MARGEN DEL «SUEÑO DE ESCIPION» CICERONIANO

La noche pasada, mis jóvenes estudiantes, mientras estaba preparando para vosotros la exposición del *Sueño de Escipión,* he aquí que el Sueño, esa pequeña divinidad volátil, de golpe y voleo me introdujo en su morada y me mostró a Escipión en persona soñando, y me encargó que le pidiera que tuviese a bien contarme puntualmente todo el discurso de aquel sueño tan desvelado y tan meditabundo. Menester sería que os enterase de todo desde su origen y que os describiese el templo de ese leve diosecillo en cuyas aras vosotros sacrificáis con tanta frecuencia y con tanto gusto, porque no ignoraseis el lugar adonde, con ánimo piadoso, acudís sobradas veces a las sagradas funciones. Arrebatóme, pues, el Sueño, como digo, o por hablar con mayor verdad, con mansedumbre y blandura me invitó a que le siguiese. Por veredas muy estrechas y por pasos muy remotos y mudos de toda luz, me condujo a las lagunas Meótidas y sumido en calígine más densa y en tinieblas muy profundas me abandonó en aquel paraje. Hundido en una huraña, sombría e ininterrumpida cerrazón de nubes, de lluvias, de nieves y de nieblas; interceptado por montes elevadísimos y por cavernosos escondrijos soterraños, ni sol, ni luna, ni lucero alguno consiguen filtrar hasta allí sus miradas indiscretas. Cimeria llamábase aquella gente que ignora esas nuestras alternativas de días y de noches. Una es siempre y la misma y semejante a sí la faz del mundo y del cielo, de una perpetua negrura bituminosa. Es fama que allí fijó su sede la más antigua de las reinas, la Noche, que habiendo dado a Erebo, su fosco marido, veintiún hijos e hijas, que se llamaron Amor, Gracia, Trabajo, Envidia, Miedo, Dolo, Fraude, Pertinacia, Pobreza, Miseria, Hambre, Queja, Enfermedad, Ancianidad, Escualidez, Tiniebla, Muerte, Caronte, Día, Eter y Sueño, ese de que hablamos; y como esa misma Noche, hija de la Tierra, obtuviera el reino de su madre, compartió con el Día, su hijo, las restantes provincias de su monarquía e imperio y equilibró el poder y el mando de los dos no como Quinto Fabio y Minucio Rufo, sino como Emilio Paulo y Varrón en la segunda guerra púnica, puesto que ambos van turnando en el poder. Por lo que respecta a sus otros hijos, la Noche los puso al frente de determinadas funciones en las mismas provincias y plúgole que no hubiera ciudad ni villa, ni aldea ni casería, ni casa ni cabaña siquiera en los que aquellos sus hijos no tuvieran jurisdicción y señorío. Dondequiera hay amor, dondequiera hay trabajo, dondequiera hay miedo, dolo, miseria, y penuria, envidia, hambre, queja y todo lo restante, excepción hecha de Lovaina, de donde andan desterrados y lejos envidia, dolo, fraude, pertinacia. Lovaina, como es bien sabido, rebosa toda ella de encanto y de simpatía. La Noche no se reservó más que la región Cimeria y en ella no tiene el Día autoridad ninguna; y con todo, en ella tiene

su parte en el reino y en el imperio su hijo, el Sueño, bien así como Tito Vespasiano compartía el imperio paterno.

En aquel paraje, pues, edificó el Sueño su palacio, labrado de ébano todo él, puesto que a él que es el Sueño y a su madre que es la Noche no les contenta más color que el negro. El portero y el mayordomo son el Descanso y el Silencio, quienes alejan del umbral chirridos, silbidos, susurros, murmullos, todo linaje de vocerío, sonidos y ruidos. Allí no se oye voz alguna humana ni relincho de caballos, ni rugidos de leones, ni ladridos de perros, ni gruñidos de puercos ni berridos de elefantes ni gorjeos de aves. Si por ventura el gallo rompiere aquella taciturnidad y el silencio de aquella noche profundísima, instantáneamente queda consagrado a la Noche y víctima aplacible es inmolado a la callada divinidad; los ánsares no se utilizan más que para los sacrificios, pues éstos son allí las hostias lustrales; allí no hay más ranas que las de Serifo ni otras cigarras que las de Acantia. No hay tribunales allí, ni causídicos, ni abogados, ni querellas, ni litigios, ni rábulas vocingleros, ni celosos gruñones y aun cuando sus moradores beban buen vino, con todo no hay pregonero, y si acaso le hay, con expresivos ademanes publica su bondad y no con bandos destemplados. Y porque no haya quicial que rechine, en morada tan espaciosa no existe puerta alguna, pues no hay allí miedo alguno de ladrones ni hay centinelas ni guardias de noche. No suena allí más que el ruido manso y el blando murmullo del río Leteo, que discurre sobre guijas lisas con una persuasiva invitación al sueño. El vino témplase allí con el agua de este río, pues para los moradores de aquella mansión toda otra suerte de agua es ominosa y, por lo mismo, objeto de general execración.

No dije palabra de los mosquitos. El dios Sueño los admite allí tras los grandes convites cuando el vino y el agua letea lo anegaron todo; pero estos mosquitos son benignos e inermes; carecen de todo cáustico aguijón y con susurro muy delgado rodean, volando, el lecho del Sueño. También este lecho del dios está fabricado del ébano más tenebroso, y en él duerme con su mujer, la Tranquilidad. En una cama próxima duermen sus hijas ya núbiles: la Pereza, la Apatía, la Flojera, la Desmemoria, la Desidia. En una tercera cama, tendido a pierna suelta, yace, con ronquidos muy recios, el Adormecimiento. Es fama que fué rey opulento y bueno antes que Júpiter naciese, y que se alzó con el gobierno con Saturno y con Jano. Ahora, desde que Júpiter comenzó a mover guerras y los griegos abrieron un tribunal contencioso y Servio Tulio acuñó moneda de bronce y Fedón y los lidios la acuñaron de plata y de oro, y los romanos fueron acumulando leyes, y Acursio, Bartolo y Baldo, haciendo glosas, y Cépola, cantelas, y los escoliastas restantes astucias puras y dobleces engañosas, anda desterrado y destronado como otro Dionisio segundo; y ha abierto una escuela y doctorado en el arte de dormir, ha puesto cátedra de sueño y lo enseña a algunos de nuestros trotacalles de Lovaina. De cuando en cuando, el Sueño mismo en persona, bostezando y con los ojos adormilados, se levanta para poner orden en su casa y pronunciar sentencias, no porque haya pleitos ni acusaciones, sino para mandar que cada cual prosiga la faena que hace.

Si acaso se ofreciere ocasión alguna de pleito, no existe hoy en día juez más justiciero que él; no hay para él acepción de personas; sea rey, sea mendigo, esclavo, libre, varón o mujer, niño o anciano, según el respectivo merecer, a todos hace justicia, por manera que quien tiene buena salud y está bien comido, bien bebido, aun cuando fuese esclavo y ruin de condición duerme sabrosamente; y al revés, aun cuando fuere rico o fuere el propio rey, pasa las noches de claro en claro y el tálamo es su potro. Sean quienes fueren, mientras están bajo su techo y jurisdicción, son perfectamente iguales y en aquella morada no hay diferencia entre el feliz y el infeliz.

Ignoro qué pecado debió de cometer Cayo Mecenas contra el dios Sueño. Rogaban por Mecenas, al dios Sueño, Virgilio, Horacio Propercio, todo el coro de los poetas; Asinio Polión, Valerio Mesala, todos los oradores; el emperador Augusto, en fin. Y el mismo Mecenas todos los días ofrecía al Sueño un sacrificio con un blando y melodioso concento de esclavos, lindos tañedores de flautas. A la hora del sacrificio toda la mansión señorial y toda la abyecta y sórdida servidumbre yacía a los pies del Sueño, ahinojada y suplicante. Todos estos extremos de servilismo jamás consiguieron doblar la inflexible justicia del Sueño, y habiendo, por espacio de tres años seguidos, inmolado víctimas sin cuento, ni siquiera una hora pudo hacer las paces con el dios. Y siendo ello así, y no admitiendo a Mecenas el Sueño en su morada, la hermana del Sueño, que es la Muerte, que es bastante más accesible que él y que hartas veces se presenta no llamada, le llevó a empellones a su reino. Esta es la causa por la cual los poetas que se sucedieron, porque no cayese sobre ellos el castigo que afligió a su patrono, de quien todos los otros protectores de poetas tomaron nombre, cantaron con tan devota insistencia las laúdes del Sueño que habían aprendido de sus sacerdotes Endimión de Caria y Epiménides, teólogo cretense. Estos poetas en sus himnos unas veces llaman blando a ese dios; otras, suave; otras, dulce, plácido, benigno, nutricio, don el más grato del Cielo, artífice de maravillas y entonan en su loor aquellos versos que Ovidio grabó en la memoria de la posteridad: *Sueño, descanso de los seres; Sueño, el más indulgente de los dioses, paz del alma, que ahuyentas los cuidados, que regalas los cuerpos quebrantados por las faenas duras, y les reparas para que vuelvan al trabajo.*

Y a continuación le alaban porque es tan manso y tan dulce que a aquellos para quienes se muestra propicio les torna dulces y mansos, y a aquellos otros a quienes tiene en aborrecimiento los vuelve irritables, secos y duros, inhumanos, pendencieros, crueles. Persuadido de esto Catón *el Censor*, aquel dechado de la gravedad y de la cordura romanas, dejaba que sus esclavos durmiesen a su sabor, porque con las vigilias excesivas su genio y condición no se volviesen ariscos y cerriles.

A consecuencia de esto, el Sueño, de toda la Naturaleza creada, se escoge servidores, como es costumbre en nuestras casas grandes, con la finalidad primordial de que sean muchos los que estén ociosos, más por agobio (por honor, estuve a punto de decir) que por necesidad, a quienes si se les pregunta para qué menester están allí, puedan buena-

mente responder que para que la casa no deje de estar llena de tropel y de bullicio, pues no hacen más que entrar, salir, mirar y comer. De estos servidores, ociosos atrafagados, tiene el Sueño muy muchos en su morada espaciosa: tales son los animales todos, con exclusión de las plantas y de los seres que no tienen sensibilidad, como están ausentes de la Corte los que carecen del instinto de la lisonja y adulación. También hay servidores para más secretos menesteres que no se toman vacaciones nunca: de éstos son los niños todo el tiempo que permanecen en el claustro materno, excepto unos instantes muy breves y también los recién nacidos. De los animales restantes los lirones, durante todo el invierno; las osas, catorce días seguidos, después de la concepción del feto; las focas, la mayor parte del año. De éstos se sirve con una relativa familiaridad y les da pingües estipendios; a los otros servidores no hace más que mantenerlos. Y a pesar de esto, no todos tienen habitación en aquellos palacios por más anchurosos que sean, sino que tienen alojamientos dispersos, como vemos en las casas de los próceres y durante todo el día y con harta frecuencia toda la noche van de acá para allá, desocupados, unos hombres con los brazos puestos en jarras, arrastrando unos largos espadones, de semblante fiero, a veces bien atusados y galanes, especialmente si tienen dama a quien sirven, magníficos de palabras y de promesas y de faltriquera tan vacía como sus cascos, henchidos de viento y de locura. Aun cuando se jacten de poder mantener una ciudad entera, a la hora del almuerzo o de la cena, antes dejarán de comparecer a un emplazamiento judicial que desertarán del comedor o de la olla de su amo. Así también el Sueño consiente que su servidumbre esté aposentada dondequiera mientras no falte a la hora del rancho. Algunos de sus servidores habitan en altas montañas o en árboles elevados; otros, en el campo raso; otros, en cuevas y oquedades; otros se fabricaron angostos nidos en manidas soterrañas o en las quiebras de los viejos muros; otros moran en las aguas o en el mismo mar. Bípedos y cuadrúpedos, con los ojos cerrados y roncando, engordan y ceban sueños, y delfines y ballenas les remedan a su vez. Y teniendo tan copiosa servidumbre y tan nutridas clientelas, nunca (cosa que entre nosotros acontece muy raramente) se pone en guerra con ellas.

Si alguno se niega a obedecer sus mandatos, ora sea mortal, ora sea dios, véncele y derrócale luego al punto, tocándole con su vara. Así alguna vez hubo de rendírsele el mismo Júpiter. Así fueron domados muchos monstruos: Medusa, Argos, el dragón que guardaba el vellocino de oro. Con frecuencia el Sueño presta a Mercurio esa varilla mágica, y Mercurio, a su vez, le presta sus talares. Con ese trueque, hartas veces el Sueño, no menos que Mercurio, es mensajero del supremo Júpiter.

Establecido de la manera que dije el régimen doméstico, el dios Sueño se regala con un breve paseíllo, llegándose hasta unas pequeñas huertas de su propiedad, donde la Noche, su madre, sembró todo linaje de hierbas soporíferas y, especialmente, la adormidera de Ceres, su madre, que se riega con agua de Leteo; también, negras lechugas y mandrágoras, y de las legumbres, habas, guisantes, habi-

chuelas. Las lentejas no prosperan allí ni se siembran siquiera. Y si allí se sacrifica un murciélago, inmediatamente se procura que su cabeza no se diseque allí dentro, pues no sé que tragedias truculentas acarreó a aquella casa la cabeza seca de un murciélago. Luego se va a la mesa, a la cual son invitados habituales Baco y Sileno y Marco Antonio, el hijo de Cicerón, y Torcuato y Tricongio y Lucio Pisón, procurador de la ciudad y todos aquellos bebedores que en el mundo han sido y que declararon al agua guerra a muerte. Preside el banquete el Sueño, colocado entre la Vida y la Muerte, pero más ladeado hacia la Muerte que hacia la Vida. Y no es de maravillar, puesto que la Muerte es su hermana melliza, mientras que la Vida no es hermana melliza suya, sino su prima hermana por parte de padre; y por esto, muchos de sus familiares llaman al Sueño muerte breve.

Cuando el Sueño se va a acostar, guárdanle una cohorte de vigilantes, centinelas de estrafalarias apariencias que, con vocablo común, llámanse sueños, pues tal es su nombre gentilicio; distínguense con todo, como los propios romanos, por sus cognombres y prenombres. De ellos, hay uno que se llama Insomnio, cuya función específica consiste en introducir en el espíritu de los hombres goces mentidos y mentidas tristezas, por manera que aquello mismo que durante la vigilia desean o recelan, imagínanse que eso mismo se realizó a la hora del descanso. Ese Insomnio tiene poder especial sobre quienes están enamorados y que se forjan ilusiones, sobre los miedosos que siempre piensan que hay quien les pincha a las espaldas, que huyen de un perseguidor imaginario, que se deslizan entre sábana y sábana no del todo seguros; sobre los avaros, quienes, enriquecidos todas las noches por beneficio del sueño, a la mañana siguiente, por maleficio y como por arte de hechicería del día y de la luz, levántanse tan pobres como se acostaron; sobre todos aquellos a quienes no desplacen en absoluto ni el vino ni la cerveza y se imaginan beber azumbres enteras y que invitan de buen grado a los otros a que beban y son a su vez por ellos provocados mientras están en el alcázar del Sueño.

Otro de sus satélites es el que se llama *fantasma*. Esa voz es griega. Cicerón, que habla un hermoso y muy casto latín, le da el nombre de Visión, porque se presenta a nuestros sentidos en estado de semisueño, cuando ni estamos despiertos del todo ni hemos entregado completamente nuestros miembros a las blanduras del sueño, sino que estamos situados en las comarcas fronterizas de los dos poderosos imperios del Sueño y de la Vigilia. Ese satélite de que hablamos trae siguiéndole muy de cerca a una hija suya, la Pesadilla, que es muy famosa ramera, la cual, cuando abraza a alguno de los ministros o criados del Sueño, le oprime de tal manera que se imagina que gravitan sobre él torres muy grandes y pesadas y que no puede respirar, ni gritar, ni pedir socorro, ni implorar la asistencia ni la fe de los dioses y los hombres.

A esto se añade un pariente, por consanguinidad, de Prometeo, muy pegajoso y muy diestro, que se llama Morfeo, más potente que el mismo Prometeo. Este, con fuego hurtado del cielo, fabricó de lodo a los hombres; pero Morfeo fabrica a los hombres de la nada, y no privados

de habla ni desnudos como a los niños, sino vestidos de seda y de brocados, locuaces. elocuentes, hasta oradores, sin antes haber declamado; teólogos, que jamás estuvieron en Lovaina ni en París, ni pasaron ni siquiera vieron los umbrales de ninguna facultad: a reyes, a príncipes, a mendigos, a siervos y a señores que están en Lovaina háceles banquetear en Roma, y a los que en Roma explican Derecho, háceles bailar en medio de la plaza de Lovaina. Los prestidigitadores mismos no son tan hábiles artistas como ese Morfeo. Muy cerca de Morfeo anda Icelas, gran parencero y cazador. Increíble es el linaje de piezas que cobra todos los días: leones, osos, cabras, gamos, ciervos, puercos monteses, liebres de dehesa y conejos de zarzal. De las aves que sirven para regalo de la mesa, becafigos, perdigones de rastrojo, tordos de olivar, ansarones, pavos, gallinas de cabe el gallo, capones cebados, codornices de reclamo, palomas de encina, zarzales de vendimia y hasta el gitano faisán, en quien se metamorfoseó la diosa Itis; y de las aves que halagan con sus arpadas lenguas: ruiseñores, pinzones, mirlos, garzas y alondras madrugadoras; y de las que remedan nuestra propia habla y el órgano y la voz humana: picazas, papagayos, cuervos, estorninos, cardelinas, urracas; finalmente, de las aves de presa: águilas, buitres, gavilanes, azores, cernícalos, buhos. Si Morfeo hubiera venido una sola vez a Lovaina, jamás iríais ya a comprar pájaros a la plaza de San Pedro. Con todo, es cierto que Morfeo ha estado en Lovaina, pero en viaje de incógnito.

Por terminar, la Fantasía es la guardesa de los sellos de toda cuanta cosa carece de alma y de sentido: ¡cuántos reinos tiene aquí, dioses inmortales! ¡Cuántas riquezas! ¡Cuánto oro, plata, perlas, pedrería! Estas riquezas distan mucho de las que solemos llamar verdaderas, porque éstas, puesto que son reales, engendran dolores reales, sufrimientos no fingidos, y aquellas otras, puesto que son fantásticas, comportan goces fantásticos, mentidos, hueros. Y con todo, los hay quienes prefieren en su estimación esas sombras y esos trampantojos a realidades expresas y macizas. La corte del Sueño tiene su liturgia. sus ceremonias, sus sacerdotes, los exegetas de sus oráculos. Es de saber, pues, que en esta corte pululan muchos agoreros que predicen lo por venir y que por una blanca que depositen en su mano interpretan en los sueños no sé qué luminosas perspectivas y promesas de venideras edades felices. Los que de este gremio adquirieron mayor renombre y gloria son José, hijo de Jacob Anfictión, Tiresias *el Tebano*, Demócrito de Abdera (a quienes yo he visto alguna vez renegando y maldiciendo de las respuestas de sus dioses, jurando que no contenían adarme alguno de verdad, de sinceridad, de certidumbre, que todo no era sino un amasijo de mentiras y de vanidades). El adivino que más certero me pareció siempre es el tebano Tiresias. Este es un viejo de buen humor, a quien la soberbia y rencorosa Juno, porque en un arbitraje no la favoreció, privóle de la vista. Este adivino escéptico, todas las veces que se le consulta, se apresura a decir: *Lo que voy a vaticinar. será o no será.* Así que jamás oí que haya mentido.

En un mismo aposento se alojaban en camaradería profesional numerosos médicos, que de la inter-

pretación de los sueños diagnosticaban acerca de la salud, y ello no del todo mal. Estos sueños eran tan minuciosamente examinados y estudiados con tal meticulosidad, que era cosa de maravilla los diagnósticos que provocaban sin coherencia, sin verdad, sin verosimilitud. No obstante, algunas veces alcanzaban la inequívoca certidumbre de aquellos fenómenos que a menudo, en estado de vela, vemos y tocamos, como el de un perro que soñaba una paliza, y era real esta paliza; y el de aquel hombre que soñaba que caía de la cama y en hecho de verdad caía de la cama. Yo mismo oí contar que Cornelio Rufo, cónsul con Manio Curio, perdió la vista mientras soñaba que se quedaba ciego.

Pero estas coincidencias eran raras; lo más corriente era lo otro. A un grado tal de falacia llegan estos sueños, que no hay cosa, por pequeña y baladí que sea, que no la anuncien y publiquen grande. Y aun de las cosas que son presentes y palpables, no tienen vergüenza de mentir con todo descaro. ¿Oyeron alguna voz? Declaran que truena, que los montes se derrumban, que árboles corpulentos se rajan y se desgajan y que la casa misma se resquebraja y se desmorona en ruinas. ¿Sube al paladar no sé qué resabio de cosa dulce? Dicen que comes todo cuanto azúcar y miel hay. ¿Queda en tu garganta un sabor rezagado del vino o de la cerveza, bebidos el día antes? Aseguran que bebes barriles enteros del fermento de la insípida cebada y azumbres enteras del caldo generoso. ¿Calentáronse más de la cuenta determinadas partes de tu cuerpo? Hiperbolizan que estás en medio de un gran incendio y que vas caminando sobre ascuas vivas.

Llegado a este punto me percaté que en la corte reinaba una gran confusión y disidencia acerca de la interpretación de los sueños, y no ya sólo entre los senadores y los sesudos filósofos y en las esferas ilustradas de los patricios, sino también en las capas de la iletrada sociedad y el pueblo bajo. Elevaba su consulta al senado el cónsul Mario Somnorino, en un corro de cuidados varios indeciso, sentado en un escaño, colocado entre la Esperanza y el Miedo. Y como en aquel barullo e incertidumbre había que emitir dictamen no recibiendo prendas, sino dándolas, conjuró el cónsul a los senadores por los dioses todos que presidían el templo donde el senado celebraba la sesión que cada cual, con toda la firmeza de su convencimiento, expresase su sentir y lo que pensaba del futuro de la República. Invitados en primer lugar a manifestar su opinión los ex cónsules y los que habían desempeñado las más altas y honoríficas funciones, los filósofos pitagóricos Sócrates, Platón y su cortejo de platónicos, los estoicos, dijeron a una voz que aquellos oráculos les parecían la verdad personificada y la santidad misma; que no había vicio en ellos, sino que toda la culpa estaba en nosotros mismos, que nos entregamos al descanso embrutecidos, ahitos de manjares y bebidas y que, debido a ese torpor en que nos sumimos, aquella porción del alma donde la mente y el consejo tienen su sede, amodorrada y sepultada en la crápula, yace ciega del todo y en la incapacidad de ver nada. *Quien se entregare al descanso* (expresaré el sentir de Platón con las palabras de Marco Tulio) *tras una cena moderada y sana y con aquella porción del alma donde residen la mente y el consejo, estimulada y*

levantada, harta del banquete de los altos y soberanos pensamientos, con aquella porción del alma que en el placer tiene su manjar sabroso, ni agotada por la necesidad ni rebosante por la hartura, extremos ambos que suelen embotar la agudeza de la mente, ora falte al organismo alguna cosa, ora le sobre y la derrame afuera. Sosegada y serenada aquella porción del alma donde residen los hervores de la ira, no podrá menos de suceder que, cohibidas aquellas dos porciones temerarias del alma, relumbre aquella tercera porción de la razón y de la mente, y se demuestre vigorosa y ágil para el sueño. Entonces las visiones que en sueños le visitarán serán apacibles y veraces.

A este parecer se acostaron no solamente con los pies, sino con las manos y con las cabezas, de entre los griegos, Alejandro Magno, blandiendo en su mano el rabanillo con que Ptolomeo recobró la salud; las madres de Dionisio, primero, y de Fálaris Agrigentino, alardeando de la grandeza y de la ferocidad de sus hijos; Jenofonte, condecorado y distinguido por una campaña que en sueños anteviera; Eudemo, anunciando la muerte de Alejandro Fereo y el retorno a su hogar y a su patria después de cinco años; Sófocles, magnificado por el aviso de Hércules; Simónides, ufano y alegre por haber dilatado su navegación; Creso, rey de los lidios, llorando la muerte de Atis, el mayor de sus hijos, traspasado por una lanza; Alcibíades, ateniense envuelto en el palio de su amiga; Crisipiano, aquel soñador afortunado que, habiendo hallado un tesoro por los indicios que un huevo le dió, hízose rico bruscamente; Himera, la siracusana, cuya visión nocturna con harto daño suyo experimentó Siracusa ser veraz en demasía, y Arcas, por fin, el célebre filósofo estoico, gloriándose de haber vengado la muerte de su compañero.

De los romanos acostáronse a este mismo parecer el rey Tarquinio, *el Soberbio*, lamentándose de los impetuosos embates de aquel histórico ariete, P. Decio Mucio y T. Maulio Torcuato, que hicieron mención de su victoria sobre los latinos y de la devoción que a la patria profesaron; L. Atinio, hombre de la plebe, de quien no sabrías decir si fué mayor su tristeza por haber perdido el hijo que la alegría por haber recobrado su salud; Cayo Sempronio Graco, abocándose a un hado igual que su hermano Tiberio, contra su voluntad y con la más enérgica repugnancia; Arterio Rufo, caballero romano, hecho pedazos como víctima expiatoria en lugar de un gladiador, renegando de sí mismo por no obedecer a los avisos de los dioses y de los amigos demasiado importunos; la nodriza de Cicerón, jactándose de haber alimentado con el jugo de su pecho a quien fué la salud de la República y verdadero padre de la patria; Calfurnia, esposa de César, el dictador, llorando con toda suerte de alaridos y extremos de mujer a su marido cosido a puñaladas, recogido en su regazo; Cneo Octavio y Accia, padres de Augusto, alzando en hombros a su hijo, señor del mundo; Artorio, médico de Augusto, demostrando que él por un sueño suyo profético salvó al dueño del orbe.

Igualmente, de entre los bárbaros, se sumaron a esa opinión Hécuba, la esposa de Príamo, recordando con rabia que una antorcha encendida le vaticinó el incendio de Troya; Mandane, la madre de Ciro I, llevando por Asia toda sus orines recogidos en una especie de ba-

cín; el mismo Ciro, poniendo en riguroso orden cronológico los años de su vida; Amílcar, el cartaginés, con ánimo muy distinto del que presumiera, cenando en Siracusa cabizcaído y con tristes aparejos; Aníbal, cartaginés también y ya cautivo, echando sobre los romanos la responsabilidad de tantas luchas, de tantos romanos, de tantos ítalos, en parte muertos y en parte prisioneros, y tan vastos asolamientos de Italia. Por su gran número y por su mayor autoridad parecía que estos opinantes estaban en trance de triunfar e íbase ya a dictar un decreto del senado en este sentido, cuando, inesperadamente, Volupio Epicuro, tribuno de la plebe, declara que él está decidido a impedirlo. Con esa inopinada obstrucción, el cónsul procedió a explorar el sentir de los senadores. Así fué que interpelado Aristóteles nominalmente dijo que era muy distinta su opinión; que le parecía que los sueños no entrañaban realidad alguna; que si alguna vez aciertan y anuncian la verdad, ello no demuestra forzosamente que los sueños resulten verídicos, puesto que, como soñamos una noche sí y otra también, no es de extrañar si alguna vez dicen la verdad. Una u otra vez acabará por dar en el blanco el más lego en el arte de tirar, si tira todo el santo día. ¿Y qué más si somos nosotros quienes, arbitrando interpretaciones forjadas a nuestro capricho, conseguimos que parezca que los sueños predicen la verdad?

En este punto, poniéndose en pie Carnéades con un nutrido grupo de académicos, dice: «¿Está permitido, Somnorino, hablar de la República?» La mayoría de los varones consulares empezaron a decir que no estaba permitido debate alguno fuera de la orden del día, porque recelaban que la avasalladora elocuencia de ese hombre confutaría las razones contrarias y llevaría el convencimiento al ánimo de todos, pues era tanta su agudeza polémica y tan incontrastable su fuerza dialéctica, que jamás había defendido opinión alguna que no la impusiera, ni combatido doctrina alguna que no la echase por los suelos. El cónsul, inclinándose a la voluntad de los primates, le mandó que se sentara. Entonces él apela al tribuno Volipio Epicuro, quien por cuanto Carnéades era legado designado para los romanos, le autorizó para decir lo que quisiese. El, contra la voluntad de sus adversarios, habló de tal manera que despojó a los oráculos de los sueños de toda autoridad y casi de todo crédito. En resumen, lo que dijo fué esto: «Si los sueños verdaderos, padres conscriptos, son enviados por los dioses, ¿los sueños falsos quién los envía? ¿Serán, por ventura, las zorrillas, cuyo instinto indeclinable consiste en engañar o, más bien, los sueños verdaderos vienen de Júpiter, divinidad veraz, y los sueños falsos vienen de Mercurio, padre de las mentiras? Y si es cierto que los dioses declaran su voluntad a los que sueñan, ¿cuánto más no estaría bien a su majestad y convendría a su beneficencia manifestarla no a los que duermen y a los que roncan, sino a los que están despiertos y con el seso bien alerta? ¿Y cuánto más congruente no fuera con la bienquerencia que ellos nos profesan no con signos enigmáticos susceptibles de interpretaciones contradictorias, y que necesitan un intérprete especializado, burlar el linaje humano y reírse de él manteniéndole vacilante entre la preocupación y el miedo, en una situación análoga a la en que ahora estás tú,

¡oh Somnorino!, sino notificarle la verdad pura y llana y manifestarle su voluntad de una manera inequívoca?»

Al terminar su discurso, como argumento decisivo, relató el caso de un individuo que en lugar de un tesoro había hallado un carbón. Este infeliz, con su llanto y con sus lágrimas, movió grandemente la piedad del senado y con una ojeriza implacable desautorizó la fe de los sueños. Quejábase de que había soñado que a la mañana siguiente, con infalible certidumbre, iba a encontrar un tesoro. Esta revelación la había tenido no por ambigüedades y tapujos, como hiciera aquel Crisipiano a quien, mediante un ternero cubierto de clara de huevo, se le significó oro disimulado bajo plata, sino directa y explícitamente. Al levantarse con la natural alegría se halló con unos carbones más negros que cualquiera pez. «¿Así os divertís, ¡oh Sueños!, haciendo burla de nosotros y engañando nuestra ingenuidad con todos los recursos de vuestra astucia? Ya había yo comprado en mis adentros y a cuenta del tesoro que me mostrasteis fundos, granjas, huertos, edificios; me había organizado una vida deleitosa y brillante; había destinado ya sus respectivas dotes a cada una de mis hijas y a mis hijos un holgado y jugoso patrimonio; ya me contaba entre los primeros personajes de mi ciudad y aun de toda esa comarca. Ved en qué gran miseria vinieron a parar esas cuentas por obra de nuestros embelecos y embustes. Desde que el mundo es mundo, ¿qué hombre podía decirse derrotado y fracasado si no soy yo, que por un revés grandioso caí rodando de la cumbre de la opulencia y de la dignidad? Decidme, si no: ¿soy yo el único que desde que los hombres tienen memoria, del estado más feliz quedé sumido en el hondón de la más negra de las miserias?»

Este parlamento del villano decepcionado amenguó no poco el crédito de los sueños en la opinión de la mayoría de los senadores. Mas Pirrón y Herilo se quedaron vacilantes e indecisos; no acababan de decidirse por uno u otro parecer; no sabían a punto fijo qué resolución tomar ni a qué partido inclinarse. Resueltos a decidirse por uno de los dos partidos, corrían precipitadamente a sus escaños, pero a medio camino, como si un gancho tirase de ellos, paraban en seco y volvían a su punto de partida; pero no llegaban allá y se quedaban equidistantes de uno y otro punto, esforzándose en vano por unirse a cualquiera de los dos bandos, y esto no una vez sola. Acabado de ver esto, reparo en dos personajes que canturriaban el uno en griego, y era ciego, por cierto, y el otro, en latín, y decían no sé qué de cuervos y de elefantes. Idéntico era el estribillo de uno y otro juglar. Decían: *Gemelas son las puertas del Sueño, de las cuales una diz que es de cuerno, por la cual se da salida fácil a las verdaderas sombras; la otra, reluciente, primorosamente labrada en blanco marfil, pero por ella envían los manes los falsos sueños a la tierra.*

Con esta alegoría daban a entender los dos cantores que si aquellas apariencias y formas volátiles y vagas que se nos muestran en sueños salían por la puerta córnea que admite el esplendor y la luz, todos los sueños serían ciertos, inequívocos, claros, sin posible duda. Pero si, al contrario, salían por la puerta de marfil, cuyas láminas, por más delgadez que tengan, por causa

de su densidad, excluyen toda luz, serían turbios y confusos. Recuerdo que muchos aprobaron calurosamente esa ficción, pero dolíanse de que esos tales cuernos no se hallaban en parte alguna sino en aquel cuerno de la abundancia que contenía sorbos de leche de gallina. Había quienes pensaban que Virgilio se refería a los cuernos de la luna; los que a sí mismos se preciaban de finos e inteligentes no sé qué cavilaban de los cuernos que salen de la cabeza de los maridos. Un etíope, sacerdote de Júpiter Hamnón, pensó que los dos poetas habían aludido al cuerno de Hamnón, que es una de las piedras que los etíopes tienen en mayor veneración, de un lindo color de oro muy parecido al asta retorcida de los carneros, como es el cuerno de Júpiter Hamnón, que ellos piensan ni más ni menos que es un borrego. Tienen los etíopes por verdad averiguada que la piedra de marras hace que las visiones nocturnas tengan realidad y certidumbre a guisa de oráculos.

Mientras esto anda así, despierto el Sueño por el ruido de la pelamesa que se armara, reprende con severidad al Descanso y al Silencio por haber introducido en el palacio a tan gárrula gentuza, y que por ello, antes de que su enojo se exacerbe, le ablanden y mitiguen. El Descanso y el Silencio, echados de hinojos ante el lecho del Sueño, con flébil voz mojada de llanto reconocen y confiesan su culpa. Dícenles que aquella gente son unos sofistas de París que les habían engañado villanamente, porque como no hablaban griego ni latín, ni lenguaje alguno que ellos conociesen (y eso que conocían todas las lenguas humanas y no ignoraban sino la divina), pensaron que ellos serían superhombres o dioses sin duda, puesto que su habla era tal y que no pudieron hacer otra cosa sino rendirles acatamiento y reverencia e introducirlos no en la sala del trono del Sueño, sino en el aposento de los sueños adonde se esforzaban por llegar. A tal punto el Sueño dice: «Básteos haber pecado una sola vez. En adelante sabed que no es aquella lengua humana y mucho menos divina, sino un chirrido intolerable, ahuyentador de todo reposo; échenselos de aquí cuanto antes.» Y recayendo el dios Sueño en sí mismo; es decir, en el sueño, musitó cierta palabra que yo no pude distinguir bien parecida a la voz *cloaca.* Así que se oyó que el Descanso, por encargo del Sueño, mandaba que por todo el novilunio del mes Pirocal (que acontecía ser el día siguiente), no quedase sofista alguno en el palacio del Sueño, originóse un bullicioso tumulto; casi todos los sueños manifestaron su deseo de marcharse con sus compinches y compañeros de juerga. En este punto los sofistas comenzaron a abrazar a sus queridos sueños y a decirles un adiós muy amargo; y los sueños a retener a sus amigos entrañables. ¡Triste espectáculo! Las lágrimas ya corrían mezcladas y no había oído que resistiera el concierto infernal de aquellos llantos. Allí púsose de manifiesto cuán dolorosa y amarga es la separación de los amigos y cómo el descuartizamiento de sí propios. Hubo sueños que juraron por la Noche y el Erebo, y toda cuanta divinidad hay que si no se les dejaba ir libremente con los sofistas derrumbarían las puertas del alcázar. El Sueño, mientras quedasen unos cuantos para cumplir con determinados menesteres, les autorizó para que se fueran a donde se les antojare.

De esta manera el Descanso echó del palacio a los sofistas con gran parte de los sueños. Como consultasen unos y otros adónde irían, respondieron los sofistas no haber cosa que desconociesen más que la tierra que pisaban. En el cielo no había camino, ni sendero, ni vereda, ni atajo, ni aldea, ni caserío, ni cerro, ni río, ni laguna, ni fuente, ni estanque que ellos ignorasen; que todo lo celestial lo conocían ellos al dedillo. Y, en cambio, tenían un virginal desconocimiento de las millas de distancia que separan a San Dionisio de París, ni qué camino se ha de tomar para ir desde el Pequeño Puente a la catedral de Nuestra Señora. Por ende, pedían a los sueños, por Dios y por todos los santos, que se dignasen guiarles. De los sueños, unos se fueron a la Bactriana, a la pesquisa de la piedra Eumétride, muy parecida al pedernal, la cual, puesta debajo de la cabeza del durmiente, hace las visiones infalibles; otros, pasaron al Egipto a la pesca de cocodrilos, cuyo brazo izquierdo tiene la instantánea propiedad de infundir los sueños que quieras y en quienes bien te pluguiere. Otra parte de los sueños, aquellos precisamente que tenían rivalidades clandestinas o paladinas con el Descanso, que era el gobernador del palacio del Sueño, se fueron a buscar la semilla de la escabiosa, hierba muy eficaz para crear conflictos al Descanso y armarle revoluciones.

Ya los sueños habían recorrido la redondez del orbe. Quedaba la isla de Tasos, una de las Cícladas y los pueblos del Atlas, en Africa. Los habitantes de Tasos no querían que los sueños inficionasen a su gente, y por ello plantaron vides inventadas por el Sol, que alejan todos los sueños. Pero la Noche no pudo sufrir tamaño ultraje hecho a los servidores de su hijo, y esta intervención de la Noche ocasionó que las vides se plantasen de día y éstas alejasen los sueños; pero las que se plantaban de noche los fomentasen. A seguida, se tomó la determinación de no ir a los pobladores del Atlas, hombres feroces y a duras penas hombres. Como los sofistas preguntaran con gran encarecimiento qué linaje de hombres eran los tales atlantes, se les respondió ser unas tribus salvajinas, que no vivían a la común usanza humana, que maldecían del sol a su salida y a su ocaso y que no se les designaba por sus nombres propios. «¡Gran Dios—responden—qué clase de hombres! Todos pudieran denominarse *a* y *b*.»

Este fué el éxodo y peregrinación de los sueños, en la cual contrajeron alianzas y amistades con todos los pueblos y con todas las naciones, con excepción de las tribus aborrecibles del Atlas. Y no solamente concertaron asociaciones con los hombres, sino también con la mayoría de las bestias. Manifiestan soñar los perros que duermen con sus ladridos y los meneos de su cola. Por lo que atañe a los hombres de otras regiones que no son los de Atlas, los hay algunos de tan huraño cerrilismo que no quisieron concertar amistades y alianzas con los sueños, los cuales de cuando en cuando se arrepienten de su error y lo expían con penas tardías, sí, pero excepcionales. No se verifica la reconciliación sino a trueque de una multa muy cargosa; algunos de esos recalcitrantes pagan su contumacia con alguna muy grave enfermedad; y otros, en fin, con la muerte misma. Mandaron los sueños a Aristóteles que lo pusiera por escrito para escarmiento de sus enemigos

y que estos papeles se vendieran en todas las ferias.

Compuestas las cosas de esta manera, antes de que el invierno los enterneciese, reinando el otoño, regresaron todos los sueños a su albergue, luego de haber enseñado a cada uno de sus amigos y compañeros el camino que los conduciría más fácilmente. Grande era la alegría en toda la casa con el regreso de aquellos que se preciaban de haber emprendido un viaje en interés de la República. Ese alarde jactancioso habíanlo los sueños aprendido de sus compañeros de viaje los sofistas, a muchos de los cuales habrían dejado en las cercanías de Atenas, en Cinosarge, especialmente a los viejos, pues los mozos estaban tan abrazados y enredados con los sueños, que resultara más fácil separar el calor del fuego que divorciar de sus sueños a los sofistas mozos.

Aun cuando el Descanso había dado orden que ningún sofista penetrase en la alcoba del Sueño, con todo, esos mozos se habían entregado a los sueños con una totalidad tan absoluta que parecían ya no diferenciarse en nada de los sueños, ni en el ingenio, ni en el natural, ni en la apariencia. Un huevo no es tan parecido a otro huevo como los sofistas lo son a los sueños. Y así fué que engañado el centinela por esa identificación, puesto que él no veía más que sueños, y estoy por decir que casi no engañado o no engañado en manera alguna, se fueron colando aquellos mozos. Los ancianos no se pudieron valer de ese ardid porque, aun cuando habían tomado las apariencias y exterioridades de los sueños en sus más notables características, con todo habían dejado al descubierto algunas muy visibles particularidades humanas. En cambio, los jóvenes, más picaruelos, desde la cabeza hasta los pies, interior y exteriormente se habían caracterizado como sueños tan perfectamente, que su semejanza era mayor que la de los Servilios, mellizos célebres, o que los Menecmos, de Plauto, que no alcanzaba a distinguirlos la misma ama que les dió la teta, cuanto menos la madre que los parió. No había manera de discernir si los jóvenes sofistas se habían transformado en sueños o los sueños se habían trocado en sofistas jóvenes.

Ya empezaba a fastidiarme estadía tan larga en la corte del sueño, y el Sueño en persona todo hundido en sopor se había olvidado de mí. Entonces acércome al divino tiranuelo con la más grotesca de las reverencias y pidiéndole paz y perdón, le suplico que tenga a bien mostrarme a Escipión mismo. Sonrió el Sueño con su labio mustio y como divinidad muy humana que es, y cortés y afable sobre manera:

—Ya se te hace larga—dijo—esta tardanza en nuestra casa.

—Con tu venia, buen Sueño—le respondí—, estoy muy a gusto en esa corte tuya; pero me tiene ansioso la mocedad estudiantil lovaniense, que mañana me ha de oír una lección; tú ya la conoces por avispada y despierta en demasía.

—No me digas eso—replicó—; no hay juventud que me sea más acepta ni que me sirva con más viva diligencia. ¡Mira a la derecha—y me enseñó a muchos de vosotros que hacíais señales de anuencia—; pero tú, Insomnio, conduce a ese Vives a tu retrete.

Tomóme el Insomnio y, habiéndome mirado fijamente, reconoció en mí un cofrade suyo:

—¡Hola!—dijo—. ¿No eres tú aquel Vives a quien yo muchas ve-

ces acostumbro persuadirle que alterne y dispute amistosamente, ora con Cicerón, ora con Quintiliano, ya en París, ya en Valencia, ya en Atenas; con Aristóteles, con Platón, con Sócrates?

—El mismísimo Vives en persona—dije yo—. ¡Pero, por favor, llévame a Escipión de una vez!

La estancia estaba abierta; allí, echada por los suelos, estaba una turba innumerable, de la cual se había escogido el Sueño a muchos que compartieran sus juegos, sus libaciones, sus comilonas, sus conversaciones, tales como Ocam, Suiseto, a un tal Gregorio de Rímini, a un Paulo de Venecia, a un Fontibre, a mi conterráneo Pedro Español, a Acursio, Bartolo, Baldo y, especialmente, para sus singulares pasatiempos y regocijos había seleccionado a Juan Escoto, hombre de quien se decía que el Sueño le gustaba hasta la locura. Y decíase asimismo que ese Escoto no sentía ningún asco del Sueño, sino que tenía sumo gusto en alternar con él y trabar con él conversaciones y compartir seriedades, juegos, tristezas, alegrías, pasado, presente y futuro; corretear, competir, luchar, y que el Sueño, en justa correspondencia, le hacía depositario y confidente de lo sagrado y lo profano, lo privado y lo público, y le había confiado y encomendado a los dormilones para que él, como decano suyo, instruyese a los dormilones bisoños en aquel sabroso ejercicio. Y añadíase que, por esta predilección y como privanza, tenían de él una envidia atroz y que estaban al acecho de la ocasión de sorprenderle en falta y desacreditarle. Pero él, doctorado en las trazas y ardides del Sueño, no solamente estaba seguro, sino que, alegre y descuidado, a todos los tenía en menosprecio y, con altanería insufrible, no les recataba su desdén con la mirada, con el gesto agrio y las muecas de la boca. Si algunos más osados le contrariaban, les infundía un terror como si les mostrase la cabeza de la Gorgona, presentándoles fantasmas tan vanos como temerosos, heñidos con las nieblas del país del Sueño, que ni tenían voz ni respiro, ni guiño, ni señal con que declarar lo que querían, si ya no es que hubiera algunos tan afortunados que, disipando aquella calígine y aquellas nieblas, como oponiéndoles la égida de Palas, diosa de la Sabiduría integral, intrépidamente y sin peligro pudiesen mirar cara a cara el espantable trampantojo. Mucho le desazonaban las pelamesas con esos atrevidos. Las disputas de ese jaez suelen terminar a puñadas y a palos. Era aquél un donoso espectáculo; pero yo no tenía tiempo para detenerme en cada una de estas incidencias.

Así es que, mientras iba pasando revista a todas las otras categorías de soñadores, fijé mi atención en uno que por su toga pretexta, por la majestad severa de su rostro, por su corona de encina cívica y por sus dos de lauro militar, por la apostura y prestancia de su cuerpo todo y por otras no leves conjeturas, entendí ser Escipión. Despertéle, y habiéndome preguntado que quién era yo, enterado que yo era un tal Vives, de España, no supo nada de ese Vives; pero al oír el nombre de España, receló algún tanto que no fuese yo algún numantino que fuese a pedirle cuentas de la destrucción de su patria. Yo le tranquilicé y le dije que tuviera buen ánimo, y le pedí que me declarase lo que había soñado. El, muy desabridamente, porque le había dicho yo que tuviese buen ánimo:

—Anda allá—me dijo—con esta palabreja tuya: yo, que nunca temí tantos enemigos armados, toda la caterva de los adversarios enconados de Roma, ¿iba a temer a un pigmeo como tú? Sal cuanto antes de ahí, porque ni sé ahora a punto fijo lo que soñé, ni en este momento me huelga prestar atención a los sueños. Absorbe todo mi cuidado el disuadir el proyecto de ley Papiria y oponerme a los manejos y a los esfuerzos de Graco y de Fulvio.

Pero como yo insistiera con más ahincado encarecimiento, me indicó a un hombre con una gran soltura en su lengua de oro a quien, nacido en Arpino, su padre, siendo muchacho aún, lo trajo a Roma para que hiciese tan copioso acarreo de elocuencia, que le bastara para ocupar un reino. Con estos recursos se consiguió que aquel hombre se impusiera al senado y al foro, y que con el timón de su palabra rigiese y gobernase toda la República. Y siendo este hombre de un carácter voluntarioso y mandón, todos le obedecían gustosamente y arrancaba a viva fuerza lo que quería de sus subordinados, quienes se persuadían de que él lo había impetrado con su discurso y que el auditorio se lo había concedido espontánea y libremente. Este, a fe mía, dije para mi capote, es aquel Cicerón con quien yo, soñando, paso tantas y tantas noches divertidas. Iba cantando entre dientes no sé qué fragmentos de versos, cuyo comienzo recuerdo, pues todo lo restante se me olvidó: *¡Oh afortunada...! Cedan las armas... Principio etéreo...*» Y a continuación, ya en prosa suelta: *¡Oh gloria rutilante de mi consulado! ¡Oh sol que gozaste de esa felicidad...*, y algunas otras exclamaciones más. Al declamarlas, no tenía punto de reposo, sino que, con paso acelerado, apresurábase a ir no sé donde. «¡Cicerón—le dije—, Marco Tulio! ¡Orador! ¡Príncipe de los abogados! ¡Rey del foro!» No merecí mirada alguna suya. Llámole con otros nombres: «¡Cónsul! ¡Catilinicida! ¡Caudillo! ¡Desbaratador de la conjuración! ¡Proscriptor de Antonio! ¡Padre de la patria!» Por fin oyó ese último título, y, vuelto a mí, pidióme de qué país era y de qué partido.

—¿De dónde—dime—, Cicerón, te ruego, te parece que soy? A mí me parece que tu habla tiene no sé qué de romana; pero tu acento tiene no sé qué de peregrino.

—No importa—le dije—, orador de boca rotunda, que por ese desdichado acento mío no me consideres tu conciudadano, pues aún los hoy nacidos en el propio ombligo de Roma tienen un timbre más de godo o de vándalo que de latino o, como tú quieres, con mayor exactitud y patriotismo, que de romano.

—Déjate de eso, por favor—replicó él—, y dime de una vez si eres ciudadano romano.

—No—le respondí yo—, sino valentino.

—En latín quisiste expresar—contestó él—lo que yo había dicho en griego. No ignoro que a nuestra Roma la latina juventud la llamó Valencia. ¿Pero llegaste ahora de Roma directamente? ¿Iniciaron su consulado ya Decio Bruto y Planco? ¿Qué maquinan Bruto y Casio? ¿Qué manejos trae Sexto Pompeyo? Mi hijo, ¿no se prepara a vengar mi muerte? ¿Pide el consulado Marco Antonio, ídolo del pueblo romano? ¿Fusio Caleno tiene la mayoría del senado? ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

No me costó mucho consentir que sin mentira alguna mía persistiese Cicerón en su engaño y escuché, con

halago, aquellas preguntas tan bondadosas que se dignó dirigirme. Para ganarme mayor estimación delante de él, yo le manifesté ser pompeyano; con lágrimas en los ojos y con la voz rota por los sollozos le refiero que Decio Bruto murió; que Lépido, el triunviro, fué hecho cónsul en sustitución de Bruto y que compartía el consulado con el más informal de los hombres, Munacio Planco; que Bruto y Casio disponen de fogueados y poderosos ejércitos; que Sexto Pompeyo ha construído una armada numerosa y fuerte; que su hijo Cicerón mató a Cayo Antonio en los reales de Bruto; que en esos cuatro personajes están fijas el alma, la mente, los ojos y las esperanzas de Roma; que L. Antonio ha sido designado Cónsul con Servilio Isaurico; que Marco Antonio, de día y de noche, está bebiendo en la quinta de Fusio Caleno, y que habiendo ido a refugiarse y a esconderse allí Marco Varrón, que estaba proscrito, fué salvado por Antonio en gracia de su huésped.

Para ver todo esto, Cicerón corrió precipitadamente a la casa de los hados, pues Zenón y Crisipo, oráculos del estoicismo, puesto que Cicerón había tenido con ellos tan bravas disputas acerca del hado y de la adivinación, a fuerza de ruegos habían impetrado de Júpiter para cortar de una vez toda polémica y Cicerón no tuviese más remedio que dar fe de las cosas que vería, y que se le permitiera ver los hados, no tan sólo aquellos que en las entrañas de la tierra tejen y gobiernan las vidas y los estados de los hombres, sino también aquellos otros hados soberanos y celestiales, por cuyos indicios y señales los poetas inspirados cantan así las cosas pasadas como las venideras, que aún están por conocer. Iba yo en seguimiento de Cicerón, si bien con pasos no iguales. El portero, creído que yo era uno de sus servidores, no me echó fuera. En el momento mismo de entrar oigo un grandioso vocerío, denuestos escocedores; la cosa iba a degenerar en cuchilladas y pelea. No puedo expresar cuánto me dolía haber venido yo sin armas y no haber, al menos, llevado conmigo mi espada corta.

—¿Qué pasa?—dije—. ¿Qué pasa?

—Cállate—dijo un quídam—; no seas tan entremetido y tan bullebulle en casa ajena. Es Cloto, que en su casa se ha vuelto loca. Tú, cuando estuvieres en la tuya, derríbala si quieres, pues te será consentido.

—¿Me será consentido?—dije yo—. Ni siquiera estudiar está consentido a determinados hombres.

—No está consentido—replicó— a los grandes e ilustres ingenios, porque por estas antorchas no sean oscurecidas aquellas candelillas; pero a tu ingenio estúpido y tardo, cosa que ellos no temen para el suyo, todo está consentido.

Mas, como había dicho él, padecía Cloto una auténtica crisis de locura, pues esforzábase en convencer a Laquesis que no tejiera nunca hilos desemejantes. Atropos, afectada por su humildad increíble y por el hastío de sus seiscientos y casi cerca de mil años, durante los cuales todo fué tan oscuro, tan sórdido, vano, necio, absurdo, pueril, indocto, inicuo, ruin, quería restablecer aquellos siglos que fueron mil años antes. Muchos mortales favorecían a Cloto; otros muchos, a Atropos. Llevábase esta diferencia de opiniones con gran acaloramiento y disputas y todo aquel pueblo estaba interesado en cuál sería la resultancia final de este famoso lío; muchos

fueron los espontáneos salidos a persuadir y a disuadir: hombres oscuros, hijos de la tierra, de la raza de los pobladores del Atlas, creo yo, sin orden, proletarios, eran partidarios de Cloto y no gritaban otra cosa sino que nada había que mudar, que lo viejo no debía dejarse por la nuevo. Del lado de Atropos se habían puesto los mejores y más ilustres: el apóstol Pablo, Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Hilario, Crisóstomo, Aristóteles, Platón, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Plinio, Séneca, Livio, Quintiliano; en una palabra, toda la aristocracia intelectual, quienes, luego de haber conferenciado detenidamente con Atropos, tomaron por aclamación el acuerdo de encargar a Cicerón el apoyo público de su causa. En agua de rosas se bañaba el gran orador porque él, abogado el más ilustre, había de perorar no en favor de un Gabino cualquiera o de un Vatinio o de un Horestino, sino por lo mejor de las causas. Y así fué que por el camino más breve, Cicerón se fué del consejo al tribunal de los hados, donde, apenas le vieron los partidarios de Cloto, empezaron con murmullos a demostrar su indignación y a llamarle gramático; a este título, merecedor de todos los honores, pero que ellos estimaban ser un denuesto muy grande, añadían otros que realmente eran baldones infamantes, pues tal es el natural de estos hombres que no saben decir sino cosas semejantes a ellos. También, a voz en cuello, gritaban: *Cloto*. Como no pudieron pronunciar esa palabra con la corrección y limpieza debidas (pues todos ellos, una parte no tienen el uso de la palabra, y otra parte son balbucientes, y los restantes, tartamudos), en vez de *Cloto*, pronunciaban *Clodio*. Ese nombre, lanzado tan inoportunamente, produjo en Cicerón un pánico enorme, pensando que se le echaba encima otro proceso miloniano; y llevaba los ojos de un lado a otro para ver si la concurrencia comenzaba a rodearse de armas, y Pompeyo estaba sentado junto al templo de Saturno. En viendo esto los patricios, luego de haberle tranquilizado y animado, pidiéronle que por escrito, según costumbre de los oradores más antiguos, o al estilo de quienes en el senado se expresaban en sentencias y aforismos, o mediante un breve parlamento hablado, tomase la palabra y acabase antes de que se le aplaudiese por segunda vez. Este extremo fué el que Cicerón prefirió, y habiéndose recobrado ya del todo, y reaccionando por completo de aquel pánico primero, y alentándole los otros con palabras estimulantes, que no por ser magníficas dejaban de ser verdaderas, como quien preludia una solemne recitación poética, habló de esta manera:

ARENGA DE CICERÓN A LAQUESIS

En toda República, ¡oh Laquesis!, dotada de una constitución justa y providente, la introducción de buenas costumbres en una ciudad acarrea un doble fruto. El uno, que el estado de la República es mejor y a los ciudadanos más agradable; el otro, que es más firme y duradero. Por esto, en el ordenamiento de esa República nuestra, hemos de poner el máximo cuidado en escoger primeramente lo mejor y luego el más sostenido interés en conservarlo. Veo que dos cónsules promulgaron para ti, Laquesis, y para tu pueblo, sendas leyes que reciamente se contradicen. El clarísimo cónsul patricio Atropos quiere constituir una República y restablecer para el

uso de la posteridad aquellas famosas leyes antiguas; el cónsul plebeyo, Cloto, hombre apoyado por las masas, no permite mudanza alguna y se esfuerza porque ese estado y esa andadura vayan siguiendo sin solución de continuidad.

En primer lugar, diré unas pocas palabras de la causa en conjunto y luego responderé lacónicamente a vuestros berridos, ¡oh buenos getas!, que vitoreasteis a Cloto. Ahora, vosotros, ¡oh partidarios de Laquesis!, no vayáis a creer que lo que digo lo digo por pasión o por espíritu de partido, porque soy plebeyo de nacimiento y fuí educado entre plebeyos y por esto no les puedo querer mal ninguno. Con todo, siempre mis simpatías fueron por la dignidad del patriciado, pues me convencí de que, situado en esta posición, podría agradar y satisfacer a todos; y, en efecto, insistiendo en ese tenor de vida, peldaño tras peldaño, escalé la cumbre del mismo consulado.

Comencemos por evocar aquellos viejos tiempos y establecer su comparación con esos actuales que corremos, pues dicen ser ello propio de los hombres que descuellan por su previsión y prudencia. En aquellos siglos hay mucha sabiduría; en estos actuales, mucha pedantería y una soberana necedad; en aquéllos, todo linaje de erudición; en éstos, uno que otro sofisma pueril; en aquéllos, el conocimiento de las lenguas y de toda la antigüedad, y en este siglo nuestro, a duras penas se sabe lo que se hizo ayer; la lengua latina ni siquiera de vista es conocida, y toda la filosofía y las restantes bellas artes y buenas letras, con lo que constituye su fecundo semillero, los idiomas latino y griego, yacen en tinieblas y en vilipendio. Si se me permite hablar de religión, quiero decir de la religión cristiana que, tras la tiranía de Tiberio César, me persuadí ser la mejor de todas y la única verdadera. En aquellos siglos, brillaba con toda su pureza, y en esos tiempos nuestros está turbia y afeada. En aquellos siglos tenían toda su verdad aquellas palabras de Cristo: *Mi yugo es suave.* Ahora no hay cosa menos suave ni llevadera: tanta es la pesadumbre y los estorbos que se le han añadido; entonces aquella mística asna andaba suelta con su pollino; ahora, el nudo gordiano no es más complicado que sus ataduras. En aquellos siglos dichosos era verdad que se había puesto fin a las ceremonias; y ahora tenemos más que no tuvieron los judíos. Entonces el Evangelio estaba en toda su vigencia y robustez; ahora, a mí no van a persuadirme ni el griego Demóstenes ni L. Craso, de los nuestros, que ese pueblo que vemos, ¡oh Santa Cloto!, sea el mismo que vive a tenor de las leyes y mandamientos del Evangelio; con todo, es verosímil que vive, puesto que alardean de cristiandad, aun cuando algunos crean que es ya bastante para proclamarse cristianos mojar el cuero en aquella milagrosa y luminosa agua lustral. Por todas estas consideraciones, paréceme a mí más claro que el día que alumbra a los mortales que moran en el haz de la tierra que es mucho más conveniente el retorno a aquellos tiempos primeros que la permanencia en estos tan infelices, tan dignos de que se les arranque de la memoria de los siglos todos.

Lo que importa ahora es considerar cuál pudo ser la razón para que vosotros, buenos getas, manifestéis con protestas ruidosas la opinión de que no se ha de tocar nada ni se ha de cambiar nada, pues aun cuan-

do yo no os entendí, no obstante sospecho que eso era lo que quisisteis decir. Pues y vosotros, ¿por qué en el espacio de esos quinientos años lo cambiasteis todo y todo lo revolvisteis de arriba abajo? ¿Por qué os tomasteis aquella licencia y ahora os negáis a conceder una mejor facultad y libertad a los otros? Porque no se produzcan desórdenes, decís. ¿Acaso el mundo que soportó impasiblemente que vosotros le sumergieseis de la luz en las tinieblas llevará a mal que otros, si no mejores, pero ciertamente no peores que vosotros, le rediman de las tinieblas y le restituyan a la luz y para estorbarlo levantará motines? ¿Y qué más, si vosotros mismos estáis viendo que esa situación actual no podéis vosotros mantenerla por más tiempo sin grandes revueltas y alborotos? Estáis viendo cómo Laquesis, aun cuando Cloto la tenga agobiada con sus apremios, propende más al parecer y a la voluntad de Atropos, y no hay ningún laquesio que se avenga a hundirse en aquella cerrazón y embrutecimiento en que vosotros mismos os sumisteis y aun os esforzáis por sumir a la posteridad en tan asqueroso sumidero, porque no sea de mejor condición de la que todos vosotros fuisteis, y aún continuáis siendo. ¿Y qué más aún, si en este punto vale muchísimo más y es mucho más conveniente y aun necesario acostarse al parecer de Atropos que reforzar la opinión de Cloto? Cloto, por cuanto no ha conocido otra situación que la presente, se contenta; con ello quiere su perdurabilidad. Y nada tiene de extraño. ¿Quién puede dar preferencia a lo que ignora? Otro fuera su sentir si hubiera conocido la situación primitiva. Pero Atropos, como la tiene muy explorada y muy conocida y conoce al mismo tiempo la situación actual, que es tan parecida a esta que quieren estos *clóticos*, ¿por cuál de las dos, decidme, por los clavos de Cristo, es más decoroso y conveniente que se decida?

Por lo que toca a aquello que decís, a saber: que la tradición ha de ser preferida a la novedad y lo viejo a lo reciente, si entendieseis lo que esto es, y hubieseis tenido algunos tratos y relaciones con Atropos, jamás profirierais aquella expresión que desautoriza y echa por tierra toda vuestra causa. Viejas son todas aquellas cosas cuyo retorno nosotros anhelamos para bien y gloria eterna de la República; nuevas son todas estas otras sórdidas y viles, cuya persistencia defendéis y que son su ignominia y su mancilla. Y siendo todo esto así, alábote, Atropos, en gran manera, porque en esta ocasión miras con tanto interés por el bien de la República, y te exhorto a que continúes en esa actitud y que procures llevar adelante y con esfuerzo esa ley que proyectaste, sin temor de amenazas ni de gritos. Yo y todos éstos te damos todo nuestro apoyo, nuestra ayuda, nuestro consejo y toda cuanta fuerza tenemos; todo ello te lo prometemos y lo ponemos a tu disposición en este negocio, sin el cual la República no puede mantenerse largo tiempo. Lo que tú, Laquesis, hicieres, querría yo que Cristo lo prosperase y te lo bendijese.

* * *

Este discurso hubiera suficientemente convencido a los getas a mudar de parecer si lo hubieran oído o entendido; pero la mayor parte de los getas no querían oír y se taponaban los oídos como a un conjuro de hechicería; otros protesta-

ban metiendo gran ruido, y otros, por fin, que hubieran oído con gusto todo cuanto se les dijese, pero no lo entendían los pobres, de quienes yo tenía lástima muy grande. Pero ¿qué importaba? No iba a enhechizar ese sortilegio a los desesperados y a los desahuciados, sino a sola Laquesis, en quien está puesta toda esperanza. Pero Cloto, rechazando a todos sus consejeros getas, retiró su proyecto y declaró que si se le dieran unos cuantos días de plazo para deliberar, con unas ligeras enmiendas, se sumaría al dictamen de su compañera Atropos; pero que si, al contrario, quisieran imprimir al asunto un ritmo acelerado en demasía, ella permitiría algunas innovaciones por decreto de los pretores; mas, por lo atañente al decreto del senado, que en general lo prevé todo, ése no se daría antes de veinticuatro años, puesto que había algunos getas tribunos de la plebe que amenazaban con la obstrucción; que los más recalcitrantes y tozudos de ellos abandonarían sus funciones antes de fin de año y que los que iban a quedar serían más dúctiles, puesto que prometieron recatar la determinación del senado. Quejábanse los más de los partidarios de Atropos que durante aquellos cuatro años que faltaban iban a carecer de las ventajas de una organización política mejor ordenada. A estos descontentos, en quienes prendiera el pesimismo más desalentado, Catón *el Censor* los consolaba y los exhortaba con este parlamento.

DISCURSO DE CATÓN «EL CENSOR» AL SENADO

Si por el espacio de un cuadrienio, padres conscriptos, soportáremos el presente estado de cosas, en lo sucesivo lo gozaremos más prolongado y mejor. Todos los grandes y bellos ideales tienen que pasar por trances dificultosos; porque así la Naturaleza lo tiene determinado. Los animales más corpulentos y de más provecta longevidad, tardan más en conseguir su formación total en el útero materno; las flores que por más tiempo han de conservar su lozanía primaveral, salen de sus túnicas más poco a poco; los frutos que han de durar todo el otoño y todo el invierno nunca se cogen agraces. Los animales que en un día mismo son comenzados y terminados fenecen también al día siguiente o al otro, como lo son aquellos animales que se crían a orillas del río Hipanis; las frutas que con una falsa apariencia de madurez alegraron las esperanzas del labrador que no sospechaba tales precocidades, antes que se cojan como un prodigio de sazón prematura caen podridas y el agricultor explica confidencialmente a su vecino que se anticiparon a madurar porque ya estaban dañadas. Tampoco he admirado jamás al niño que es un prodigio de precocidad. Toda maduración demasiado apresurada me es sospechosa. Por todas razones, buen ánimo, padres conscriptos, y seguid por el camino emprendido y no aflojéis en vuestra determinación y consejo, aun cuando yo tengo la más firme certinidad de que la realidad misma seguirá su desarrollo natural hasta el fin. Y no os habéis de maravillar si os parece empeño difícil ese de restablecer aquellas santas y añejas usanzas, y menos os habéis de entristecer. Lo que tenéis que considerar es cuál sea la empresa que acometemos y qué obra nos esforzamos por llevar a término feliz. En piedras berroqueñas queremos que se imprima

esta imagen; confieso que tarea semejante resultaría más fácil en una capa de cera reblandecida y caliente; pero también se borraría más pronto y más pronto se desvanecería. En este nuestro caso vais a ver con cuánta tenacidad quedará adherido lo que una vez se pegó.

Pero, ¡por los dioses inmortales!, vosotros, padres conscriptos, constituís aquel senado que, laborando intensamente a través de guerras tan variadas y de tamañas penalidades, que duraron no ya años, sino siglos, de los más humildes orígenes, crearon aquel viejo Imperio glorioso, el mayor de cuantos han visto hombres nacidos. ¿Y ahora os van a parecer largos cuatro años, aun cuando algunos no fueron desemejantes de éstos? Tenéis que considerar que para establecer ese imperio nuevo serán menester grandes sudores y que no se podrá sin alborotos, tumultos, sediciones, vetos tribunicios, como tampoco pudo carecer de estas contingencias aquel que perdimos antes que alcanzase su grandeza definitiva. Ante la grandiosidad de esa perspectiva hay que tener una dureza inquebrantable, padres conscriptos, y no sufrir el más leve desmayo de la voluntad. ¡Qué vergüenza para vosotros que no capituléis ante Pórsena, tras la ocupación del Janículo, ni ante Aníbal, que puso cerco a la ciudad, ni ante los galos, que no nos habían dejado más que el alcázar, señero y solo; qué vergüenza no sería—digo—dejaros ganar por unos getas humosos que ni llegan a varones, sino que se quedaron en niños! ¿Y qué si ni siquiera os exhorto a la guerra, siempre que a su debido tiempo no os faltéis a vosotros mismos y dejéis que pase la oportunidad? Hasta que Cloto haya mudado de parecer, conservad vuestra dignidad, manteneos quedos, no os paséis a sus filas. Por lo demás, el tiempo mismo traerá la sazón sin el trabajo de arar o de sembrar, y a cambio de esta molestia tan breve, gozaremos de una bienandanza imperecedera.

* * *

Así habló Catón *el Censor*. Inmediatamente se comunicó a los padres conscriptos la noticia de que Laquesis se había dignado conceder a Cloto un plazo de cuatro años para modificar, en los puntos que quisiera, la opinión de Atropos, mientras su sustancia se mantuviese sin tocar, especialmente aquel apartado: *De los juicios más sanos, de los ingenios más claros, de las mejores disciplinas*. Acerca de la intangibilidad de ese artículo, Laquesis juró por la laguna Estigia que no introduciría mudanza alguna, a menos que se formulara en los mismos términos que Atropos le había rogado. A la restante turbamulta de getas se les fijó el mismo día antes que les estuviese permitido sin fraude pronunciarse por otro parecer, con excepción de los condenados por delitos capitales como: *de estupor congénito, de dureza inflexible, de locura incurable*, a quienes el pueblo laquesio no les consentirá pasar a su bando, porque entonces harían a los buenos más daño que antes. Cuando se comunicó a aquel pueblo esa determinación, contábase que uno de aquellos getas condenados que había asistido a la asamblea, dijo a gritos: *Aun cuando nos admitierais, nosotros no nos pasaríamos.* Y apenas lo hubo dicho, tuvo un tal arrebato de locura, que arremetió a los laquesios a mordiscos. Pero luego, al punto, el pueblo entregó este episodio a los poetas trágicos

para que le sumasen al furor de Hércules, Orestes, Alcmeón y otros, porque no quedase solo y fuese deportado a una de las islas Anticiras. El manifestó que prefería tener a Orestes por compañero antes que ir a la Anticira, donde se cría el eléboro.

Oído el decreto de Laquesis, el senado en pleno y el pueblo entero, así el atrópico como el laquesio, tuvieron una alegría gigantesca. Virgilio, tomando la cítara, cantó: *Concordes en la majestad inamovible de los hados, las Parcas:* ¡Tales siglos hilad!, *dijeron a sus husos.*

Y Séneca, picado como por un estro por el aguijón del júbilo, estuvo a punto de volverse loco de la alegría. Demuéstranlo estos versos que repentizó, pues de filósofo que era se hizo poeta instantáneamente: *Ya Laquesis, ceñida de ínfulas su cabeza, aliñada de cabellos, coronadas sienes y frente de pierio lauro, del vellón níveo toma un hilo blanco, que guía con diestra mano, y en alargándose, cobra un tinte nuevo. Sus hermanas admíranse de sus ruecas. La lana burda truécase en precioso metal y siglos de oro descienden en procesión hermosa. No dan paz a la mano; copos felices hilan y gózanse de llenar con ellos sus haldas: ¡son tan regalados de tocar! Cunde la faena por sí sola y sin ningún esfuerzo fluye sedeño el hilo del huso volteante. Febo está allí y las anima con su canto y huélgase de la gloria venidera y alegremente ora menea el plectro, ora les sirve los copos: con su canto las cautiva y engaña y enhechiza su faena.*

Se notificó este acontecimiento al Cielo, adonde, con la venia de Júpiter, subió Cicerón y en donde yo mismo fuí admitido como compañero o satélite de Cicerón. El coro unánime de los astros aprobó esta solución, y para cuando fuese llegado aquel año vigésimo cuarto, tomaron la resolución con el fin de purgar el mundo de aquellas tan inveteradas suciedades, de escombrar y de limpiar la tierra con un aluvión de agua violentísima. Cuando ello aconteciere, ¡ay míseros, ay infelices de aquellos para quienes el agua es un veneno!

Luego que hube contemplado todo esto, viendo ya a Cicerón algún tanto desocupado:

—Ruégote, Marco Tulio—le dije—: ¿qué significa aquel sueño de Escipión que compusiste? Tengo deseo muy vivo de oír de tu boca algo conveniente a ese sueño famoso, si tienes tiempo y voluntad, y eso sin comentario alguno, sin afeite, sin color: claramente, expositivamente, llanamente.

El me respondió:

—No puede haber para mí cosa más grata que habiendo conseguido tanto auge e influencia en la vida de nuestra República, aun después de mi muerte, de los libros que yo dejé, provenga alguna utilidad a nuestros jóvenes, y un acrecentamiento de dignidad no pequeño al nombre del pueblo romano. Esto hace que cuando oigo decir que los monumentos literarios que yo dejé andan en muchas manos y que los hojeáis vosotros y los demás hombres, experimento un placer y un contentamiento increíbles. Así que ni te defraudaré a ti, que me lo ruegas, ni a ningún otro de los mortales que se afanen por granjearse en mis libros la copiosa facundia de nuestro lenguaje, el cual, por obra mía, fué pulido y aumentado cuanto pude, o la filosofía y los preceptos y normas para vivir bien y felizmente; esto lo hice yo

para que no quedase sin oír o ignorado de nuestro pueblo o porque, puesto que siendo nosotros notablemente superiores a los griegos en las artes que dan mayor renombre, sola en ésta quedásemos vencidos por ellos con demasiada ventaja; en cuanto estuvo en mi mano esforcéme por arrancar aquellas riquezas que estaban recónditas y abstrusas en el habla y en la literatura de los griegos y trasladarlas y como naturalizarlas en nuestra ciudad, no fuera que yo, que en todos los otros negocios tanto interés me había tomado por la República, sólo en éste, en que yo precisamente era el más descollado, le faltase mi contribución. Y conseguí, si no me engaño muy mucho, que toda la filosofía existente no quedase envidiosamente encerrada en la cultura griega, a quien yo concedí, si vale la frase, romana ciudadanía. A no haber yo escrito de ella, toda quedara entre los griegos, afásica y muda en lengua latina. En reconocimiento de ese tan grande beneficio, acabo de oír que una taifa de locos, no sé si llamarles hombres o bestias (y son hombres, son monstruos y portentos humanos, dignos de todas las execraciones), sostienen que nada que sea mío es filosofía, sino que todo es pura palabrería gramatical.

—Así es, como tú dices—le repliqué yo—; pero no creo que ignores qué ralea de gente es ésa: no son más que getas, contra quienes poco ha disparaste tu arenga. Su opinión no te ha de molestar en lo mínimo, puesto que ni leen tus escritos ni si los leyeran, los entenderían.

—Por esto mismo—contestó Cicerón, con viveza—su locura me molesta más porque condenan una causa desconocida: ¿qué cosa puede haber más enojosa e insufrible?

—Ten un poco de paciencia, Marco Tulio, por favor, como os recomienda Catón *el Viejo*, pues en breve plazo, como sabes, quedará constituída la República y prosigue en el camino que emprendiste.

—Mientras estaba pensando muy de asiento—continuó diciendo él—en aclimatar la filosofía en nuestra ciudad, no fijé mi atención en los filósofos menores, cuyas doctrinas exprimiese y consignase en lengua latina con vistas a la posteridad, sino a aquellos príncipes que se llamaron Platón, Aristóteles, Zenón, Teofrasto; arroyos todos ellos derivados del augusto y perenne hontanar socrático. Luego de haber yo escrito mucho a imitación de ellos, me propuse no omitir aquella parte que estudia la organización política de un Estado; lugar importantísimo y el más propio de la filosofía y tratado ubérrimamente por aquellos grandes filósofos que dije y por toda la escuela de los peripatéticos. Y así fué que en los primeros tiempos de mi consulado, cuando todavía estaban ocultos los planes de Catilina y se cocía en el mayor secreto aquella tan vasta conjuración y se preparaba guerra civil tan asoladora y se maquinaba la total perdición de la patria; yo, en horas perdidas, las pocas que me permitían perder las inmensas ocupaciones de la República, empecé a escribir de la República. Pensé que no había tiempo más apropiado ni más oportuna sazón, para escribir, leer o meditar de política como aquella ocasión en que, con motivo de habérseme impuesto la investidura de cónsul, yo tenía el deber de entregarme a ella en cuerpo y alma. Y al estilo y a la manera de Platón, como había hecho ya en otros libros míos, introduje como interlocutores a aquellos personajes que yo creí que podían disputar con más autoridad de aquellos puntos

que se debatían; y escogí personajes de aquellos que por escaso tiempo no hubiesen alcanzado nuestra época, por no verme obligado a rozar ni siquiera a aludir a esos tristes tiempos nuestros y a esas nuestras miserias comunes. Concedí, pues, la palabra a Escipión *Africano* segundo y a su amigo Cayo Lelio, que fué llamado *el Sabio*, y a Manlio y a Furio Pilo, varones consulares todos ellos, cuales en lo sucesivo no los produjo la romana metrópoli ni más ilustres por su renombre, ni más graves por su autoridad, ni más pulidos de cortesanía. Desde la fundación de Roma, Escipión no ha tenido igual ni en prudencia, ni en prestigio, ni en honradez, ni en gloria militar. Dióme ocasión para esas conversaciones el hecho de que, durante el consulado de Sempronio Tuditano y Aquilio, el sol se vió doblado; fenómeno éste que presagiaba que salía en el cielo un nuevo sol en lugar de aquel cuya pérdida había de llorar nuestra República. Es de saber que en aquel año mismo se extinguió la noble vida de Escipión, sol de nuestra ciudad, y para aplacarle, por disposición del Consejo y de los pontífices, ordenáronse honras fúnebres que durasen nueve días. Yo finjo que por aquellos días Escipión se retiró a sus famosas huertas con Lelio, con el cual tuvo costumbre de tratar de seriedades y de juegos, de negocios públicos y privados, de asuntos de casa y de fuera de ella; y que a aquellos mismos lugares deleitables acudieron Manlio, Pilo, Tuberón, sobrino del *Africano*, por una hermana suya, y los dos yernos de Lelio, Fanio y Escévola, y que allí trataron acerca de la mejor organización de la ciudad y de cuál sea el mejor ciudadano. Yo distribuí aquellas conversaciones en nueve libros y en nueve días; pero como con posterioridad se me leyesen estos libros en mis fincas de Túsculo, estando presente a la lectura mi muy querido Salustio, no aquel infame adúltero y putañero, que escribió una historia y que por un delito contra el honor fué expulsado de nuestra Orden, sino otro Salustio muy diferente, ciudadano intachable y amigo íntimo de nuestra familia, éste me advirtió que con harta mayor autoridad se podían tratar aquellos asuntos si hablaba yo directamente de la República, sobre todo puesto que yo no era ningún Heráclides Póntico, sino todo un varón consular que en la política había tenido intervención preponderante y participación decisiva. Añadió además, corroborando su pensamiento, que iban a parecer novelescas aquellas atribuciones a tan rancios personajes, y, al revés, que nadie había de extrañarse que en mis libros del *Orador* hiciese hablar a Craso y a Antonio por tratarse de oradores a quienes yo había conocido personalmente, y que es el mismo Aristóteles quien habla por su cuenta en los libros que escribió acerca de la República y de sus más excelente gobernante.

Este razonamiento me convenció y me emocionó tanto más cuanto que yo no podía tocar los grandes movimientos amotinados de nuestra ciudad que fueron posteriores a los tiempos en que yo situaba las conversaciones, lo cual sería un flagrante anacronismo. Yo, por propio impulso, ya lo había hecho, porque no fuese que, metiéndome de rondón en los sucesos contemporáneos, ofendiera a alguno. Todas estas consideraciones me mantuvieron en la ambigüedad durante algún tiempo y tomé la decisión de escribir el *Tratado* en forma de diálogo con mi hermano Quinto; pero a la postre volví

al plan primero, sin otra modificación más que ésta. Como me parecieron los días y los libros demasiados libros y demasiados días, pues no resultaba muy verosímil que aquellos ilustres personajes estuviesen juntos un novenario seguido y que en todo este novenario no mudaran de conversación, reduje el novenario a triduo y los nueve libros a seis, usando en ellos un estilo y manteniendo un tono en el que la brillantez se conjugase con la dignidad, y la erudición casase con el razonamiento. Esto aun cuando vosotros no lo podáis comprobar, puesto que por la injuriosa envidia de los tiempos aquellos seis libros, como muchos otros escritos, así míos como ajenos, no os llegaron; no obstante, del mismo *Sueño de Escipión,* único tesoro que de tantas riquezas como se hundieron se salvó del naufragio y flotando a la deriva llegó a la ribera, podéis formaros alguna asaz firme y razonable conjetura. Y me lisonjeo con la creencia halagüeña de haber allegado tanta sustancia, tanto lustre de sentencias, tanta y tan arcana y tan exquisita erudición como pueden entrañarse en palabras y en artificio de estilo, y de que tiene toda la majestad que requiere la materia tratada y la exigen los tres personajes interlocutores que son ambos Escipiones y Paulo Emilio, personalidades las más ilustres que en cualquier tiempo haya producido nuestra ciudad. Su argumento es éste, expresado en breves palabras:

ARGUMENTO DEL SUEÑO DE ESCIPION

Como tengo por norma no callar el nombre de aquellos de quienes tomé algo, devolviendo el préstamo a quien me lo hizo, no obstante, debo adelantarme a confesar que en estos libros de la República voy a zaga de las huellas de Platón, si bien he aumentado con muchos más arrabales esta ciudad mía, teniendo en cuenta el carácter de los hombres, que es tan variado. Si cada uno de los hombres es un ser de natío tan diverso y multiforme, ¿cuánta no es razón que sea la desemejanza de los genios y caracteres en el linaje humano? Los hay a quienes un miedo servil empuja a la virtud o, mejor, les aparta de los vicios. Otros, de índole más generosa, la siguen por el aliciente de los premios. Y aún hallarás a algunos que son los más nobles y excelsos, que por su propio impulso tienen propensión al bien verdadero y genuino. Atendiendo a esta variedad, Platón, en la República ideal que él organiza, aparta a los hombres de los delitos y crímenes, bajo la amenaza de los tormentos y penas reservados a los malos cuando ya salieron de esta vida. Pero yo levanto el más noble espíritu de los romanos a la esperanza de una felicidad no fallecedera y con recompensa tamaña les exhorto a que labren el bien de su patria y gobiernen y mantengan la ciudad en la más sabrosa de las paces. Platón, de entre los muertos, resucita a un tal Panfilio, militar caído en el campo, para que sus dichos tengan mayor fe, puesto que quien lo cuenta es el mismo que lo vió. Yo introduzco a personajes de la máxima solvencia: a Paulo Emilio y a los dos Escipiones Africanos. Negarles crédito es casi un pecado, y de aquello mismo que durante el sueño se predica a Escipión que le va a acontecer y cuya verdad demostró el suceso arranca la fe que se pretende ganar para lo otro que sigue.

Porque no parezca que por igno-

rancia desvarían los que prometen aquellos bienes advenideros, con la más profunda y abstrusa de las filosofías discuten del curso y de las revoluciones del cielo, de los astros, de la justicia, de la equidad, de todo lo cual, como de una fuente, la recta y verdadera fortaleza recibe todos sus bríos. Y es ello así de tal manera que parece que todas estas cosas no tienen otro destino que el de que se pueda mantener y conservar perdurablemente en su estado lo que es bueno y es santo. De ningún otro arsenal debe sacar sus armas el varón fuerte que de la justicia, de la piedad para con los dioses, para con la patria, para con todo el linaje humano; premio de esta conducta son, no la riqueza ni la gloria, sino aquella vida que acompaña la eterna felicidad. Mas porque los hombres no prefieran parecer buenos a serlo en realidad, colgados de la opinión y habladurías del pueblo, lo cual acarrearía que la ambición les llevara al través, todo el encendido deseo de gloria, soberano aliciente de los espíritus elevados y grandes, según la mente de Escipión, que se instruye y forma para aquella divina virtud, es objeto de una enérgica purificación y a él se le manda esperar aquella gloria verdadera y expresa que se dilata a espacios infinitos y que nunca ha de tener mengua ni caída. Y finalmente, para que, en el caso que se tema la muerte del espíritu, no parezcan vacías y henchidas de vanidad y viento estas promesas tan grandiosas, con claros argumentos demuéstrase la inmortalidad del alma. Y de paso, para que la malsana seguridad y la impunidad de las malas obras no traigan consigo el desdén y el olvido de la virtud, a aquellos espíritus mezquinos incapaces de levantar sus pensamientos a altas y soberanas regiones, y que se contentan con el deleite brutal de los sentidos, se amenaza con fieros tormentos y con penas muy agudas a los hombres embrutecidos, malvados y criminales, con el objeto de que todos en absoluto o sigan de buena gana la virtud o el miedo les aparte de los vicios.

PREAMBULO

No dudo que serán muchos los que, así que vieren u oyeren que voy a comentar el *Sueño de Escipión*, que constituye una parte del libro sexto de *La República*, de Cicerón, pensarán luego al punto que voy a hacer una cosa ya hecha y a tocar un asunto manido, puesto que Macrobio, escritor erudito y no inelegante, escribió dos discretos tratados acerca de este mismo *Sueño*. Esta objeción ya me la hicieron algunos amigos. Cuando a unos y otros yo les haya expuesto el motivo de esta determinación y propósito mío, si no les satisficiere, no me molestará en lo mínimo si, a pesar de conocerlos, persisten en la misma opinión que tenían antes de oírme. La exposición de este motivo aliviará mi conciencia.

Como quisiera yo, según mi manera y mi estilo, tomar pasatiempo y solaz con esta pequeña gran obra de Cicerón, la más elegante y erudita para mi gusto de todas las que escribió, no me dejé paralizar por los grandes comentarios de Macro-

bio. En primer lugar, porque hallo que son muy muchos los escritores que han tenido la osadía de meterse en ese mismo tema que yo, y son copiosos los tratadistas anteriores que lo estudiaron muy de asiento y muy a placer. Y no solamente en esa misma forma expositiva, sino en discursos, en tratados filosóficos y en todo género de obras didácticas. Ocioso fuera aducir casos y ejemplos en cosa tan clara y tan no ignorada de nadie. Y en segundo lugar, porque Macrobio escogió determinados pasajes, en los cuales hizo un jactancioso alarde de exposición y dejó muchos otros para que los tocase la curiosidad ajena. Debo decir, por lo que se refiere a aquellos mismos que él explica, que los hay algunos que pueden tratarse de otra manera y otros que acaso puedan serlo mejor. Y no digo esto por perjudicar la buena memoria de aquel ilustrísimo y doctísimo varón, desafuero que, no estando bien en ninguna ocasión, en la presente sería imperdonable de todo punto. Y no carecería de sospecha de envidia y viniera instantáneamente al pensamiento del lector aquello de Hesíodo: *De alfarero a alfarero*, sino porque el lector sepa que Macrobio, aun siendo un autor documentadísimo y copiosísimo, dejó cosas que se pueden decir en nuevos comentarios de ese *Sueño*.

Hablaré, pues, yo de aquellos pasajes que omitió Macrobio. Los que él estudió, yo los estudiaré de otra manera, unas veces con más holgura y extensión y otras de manera más cifrada y compendiosa. Y porque me anticipé a decir eso, nadie piense que le tomé mucho prestado; confieso sinceramente que casi nada he tomado de él. De haberlo hecho, preferiría, como dice él, confesar ingenuamente de quién me habría aprovechado, a ser sorprendido en delito servil de flagrante hurto. Y, finalmente, de mí y de Macrobio puedo decir, a mi parecer, aquello que de sí y de Homero dice Virgilio: *La Grecia admira sus inmensos campos; más pequeño es el mío; pero está bien cuidado.*

En este empeño no tendré peores jueces que los que no hayan leído a Macrobio o no me hayan leído a mí; porque confío fundadamente que no me negarán su aprobación los otros. Bastará, según pienso por ahora, lo que dije hasta aquí acerca de Macrobio. Desde este momento voy a hablar brevemente de mi modesto comentario. No desmenucé el texto en trozos pequeños como otros intérpretes hicieron, sino en un razonamiento y oración seguida, adentrándome progresivamente en el contexto, en el sentido y en las palabras de Cicerón. Este procedimiento yo lo adopté por ciertas razones que diré luego, pero fué la principal y determinante evitar que estuviese expuesto ese comentario mío a la objeción y reprensión, al fuego cruzado de dos linajes de críticos, uno de los cuales de manera alguna quiere parecer gramático y el otro lo quiere parecer demasiadamente. No puedes citar escritor alguno en ese sistema de comentario, aun cuando trate de los más recónditos rincones de la más esotérica de las filosofías sin que esos filósofos nuestros tan modernos no sentencien ser tu obra inaudita, incógnita y llena de gramatiquerías, y la menosprecien y la desdeñen como a cosa vil hasta el exceso. De esa insolencia prometo hablar en otra parte con toda extensión, y hasta ya di de ello un pequeño avance en otras obras mías. Los gramáticos de nuestro tiempo, como una gran parte de hombres de ésos, adolecen de

menguada sanidad mental. Si pasas por alto alguna cosa que pudiera decirse, aun cuando no sea necesaria (tan malignos y tan crueles estimadores son de todo), llámante intérprete perezoso, dormilón, bostezante, estéril. Si en uno que otro lugar no les satisfaces, dicen a gritos que eres un alucinado; y si en algún otro (puesto que uno solo no lo puede todo) dieres una interpretación equivocada, entonces, ¡oh dioses inmortales!, con qué hiperbólicas expresiones exageran tu traspiés y de un yerro insignificante hacen una culpa gravísima e intolerable. Dado que ello es así, dirás que todos son unos Pericles. ¡Tanto fulminan, tanto truenan!

¿En qué pecho no meten miedo esas pavorosas alharacas y temerosos aspavientos?: *Error que merece un bastonazo; errata que una azotaina borraría apenas; crimen monstruoso que una hecatombe no expiaría; locura que no van a curar todas las Anticiras; alucinación digna de cárcel y destierro, delito merecedor de horca y cruz*; y otras imprecaciones a cuya sola consideración el más templado espíritu se empavorece. Y si por acaso ese gramático de marras se persuadió que él ha estudiado y dilucidado una que otra dicción con alguna más detenida diligencia, pretende haber granjeado mayor gloria que tú con todos tus macizos comentarios, en los cuales consumiste mucho sudor y mucha fatiga y gastaste o malgastaste simplemente tanto aceite. Esas son las gracias envenenadas que se te dan...

Por estas razones, hartas veces compadecí la mísera condición de los comentaristas cuyas obras están sujetas a críticas tan ciegas y tan furiosas.

Yo mismo tuve el propósito de publicar comentarios a muchos libros de Cicerón, Virgilio, Plinio, Quintiliano, que guardo ya concluídos en mi casa, porque me dan grima y asco las locas y furibundas arremetidas de esos anotadores. No bien se publica un comentario, cuando inmediatamente sacan ellos unos imponentes volúmenes de correcciones y anotaciones en que despedazan a colmilladas a los míseros intérpretes y se les reprocha su absoluta ignorancia de todo. ¿Y qué diré si dan con alguna palabreja que ellos recuerdan haber leído poco en alguno de los escritores clásicos? La más dantesca y creadora de las fantasías no puede imaginar suplicios condignos para tan abominable y criminal impiedad; no son suficientes para expiarla todas las penas que padecen en el infierno los Sísifos, los Tántalos, los Ixiones y otros inmortales malhechores mitológicos. ¡Y cuántas alharacas y cuántos aspavientos, oh dioses! *Ese libro, con su acuchidadizo autor, debe ser raído del haz de la tierra y arrebatado del alcance de los hombres; debe ser deportado a una ínsula poblada no más que de fieras o a aquellos desiertos arenales del Africa, que nada crían sino venenos*; siendo así que el vocablo en cuestión o aquel modismo que originó el atroz alboroto en que debiera sumirse el mundo están en Cicerón o en César, o en Livio o en Plinio, o en Quintiliano o en alguno de los escritores de la buena época, y no por cierto una sola vez. Y no es de extrañar, pues no pudo el irascible gramático ni leerlo todo ni leerlo con la debida atención ni fijarse en él y retenerlo en la memoria. Muchas son las cosas que no leyó. ¡Ojalá no sean más que las leídas! A muchas las lee haciendo otra cosa, con escasa atención, con poca

advertencia. Muchas otras se olvidan en parte por ser tan copiosa la multitud de conceptos de palabras, en parte, por culpa del tiempo, que lo borra todo. Pero esta materia la reservo yo para otros volúmenes que espero publicar acerca de la lengua latina, en los cuales demostraré cuánta superstición en nuestros días introdujeron esos neogramáticos en el idioma del Lacio, que está en resuelta pugna con la sana y honrada religión de los viejos autores. Baste ese desahogo para advertir a los gramáticos que, si es posible, no quieran imponer como ley en el habla latina (que tiene más anchas fronteras de lo que ellos piensan) todo lo que ellos no recuerden haber leído. Ahora vuelvo a mi propósito.

Este linaje de comentario a los filósofos no les parecerá tan gramatical y a los gramáticos más retórico, tan pronto como aquéllos le juzgarán digno de ser leído y tan pronto como ésos le considerarán merecedor de reproche como superior a su profesión. Aun cuando no con demasiada particularidad, he tratado cada uno de sus puntos; con todo, no callé nada. El lector, si leyere este librillo mío separado, fácilmente creerá ser una nueva materia creada por mí. Pero si se tomare el trabajo de compararle con Cicerón, entonces comprenderá mi designio, y pienso que redundará en comodidad suya el que, sin el enojo de tanta y tanta interferencia, podrá ser seguida esta lucubración mía y será deudor de algún deleite y provecho, no sólo por la exposición del mismo *Sueño de Escipión*, sino que, acaso también, según espero, por mi estilo, del cual no he de hablar yo en un sentido ni en otro. No es sin cierto sonrojo que he dicho estas cuatro palabras.

Por lo que toca a este *Sueño*, puedo afirmar, sin reserva mental alguna, que jamás en ninguna época de la Humanidad se escribió libro (exceptúo siempre los libros canónicos de nuestra sacrosanta religión) con una más fuerte condensación de sustancia, de arte, de elocuencia; ninguna porción de cualquiera parte o aspecto de la filosofía falta en este inmenso libro chiquito: raciocinio, inducción, entimemas y demás géneros de argumentos en toda su variedad campean en él, sacados de sus propias moradas y como del santuario de la lógica. Todos los recursos de la dialéctica a barrisco están esparcidos, pero con mayor frecuencia y densidad en aquellos pasajes donde se demuestra la inmortalidad del alma. Ex profeso trata de la disciplina moral, así la que se refiere a los afectos privados, llamada *Etica*, como la que se refiere al gobierno de la República, llamada *Política*, con tanta pureza, con tanta integridad, con tanta elevación y tanta religiosidad, que parece increíble que doctrinal tan puro, que salido de un autor cristiano no podríamos menos de admirarlo y ponerlo sobre nuestras cabezas, proceda de un autor pagano.

Y por lo que toca a la Naturaleza, gran Dios, ¡qué maravilla! Partido de aquel primero y soberano cielo, no se precipitó al suelo bruscamente, sino que por grados y pasito a paso, luego de haberlo estudiado todo punto por punto, descendió a la tierra. Y una vez en la tierra, no se plantó y detuvo en una ciudad o en una región determinada, sino que primero la dividió toda y la describió y circunscribió en sus confines y fronteras. Y no pasó por encima de ninguna de las artes matemáticas: recorrió el or-

denado concierto que preside las evoluciones de los astros; algo tocó de la música, lo más notable por cierto, y algo también de la aritmética y geometría, que, por otra parte son abstrusísimas. Y por lo que toca a la dicción, es pecado emitir otro juicio que éste definitivo: Es de Cicerón. Este solo nombre encierra y contiene todo cuanto puede decirse en lo que se refiere al arte y eficacia en el decir.

A ese librillo debiera llamársele *cornucopia* con mayor verdad y razón que a la cabra que fué nodriza de Júpiter, pues ahí está arrojado el contenido de la Naturaleza toda. Así es que Macrobio, varón eruditísimo, aun cuando no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, en la cual trabajó mucho y bien, con harto fruto de la república literaria, digo yo que si Macrobio no hubiera dado más rendimiento que el de conservarnos ese tesoro de toda suerte de erudición, pues gracias a él ha llegado hasta nuestros tiempos, pues de otra manera, juntamente con todo su cargamento, que eran aquellos seis libros ciceronianos *De la República*, o bien pereciera o bien permaneciera oculto ese librillo precioso que yo, a decir verdad, prefiero a los ingentes volúmenes de muchos filósofos, y declaro que es mucho más difícil de entender y de exponer que el conjunto de los ocho libros *De la auscultación física*, de Aristóteles, tan intrincados y tenebricosos. Aquellos que en nuestras escuelas los han oído piensan, por solo ello, ser filósofos consumados, y como tales se venden y hacen pasar ante la gente indocta, tan chupados son sus carrillos, tan rugosa su frente, tan salvajina la barba, y las cejas tan encapotadas. Nadie creerá que yo vaya a escarnecer a Aristóteles (a quien yo, sin excepción, antepongo a los filósofos todos), sino a los seudoaristotélicos. Ni es mi propósito tan ruin y de bajo vuelo que de la desestimación de los otros se le añada a Cicerón alguna nueva loa, pues es odioso en grado sumo este sistema de alabar. Por esto no voy a establecer cotejo con lo que cuenta Platón de Hero Pánfilo, que se lee en el décimo libro de su *República*, a cuyo ejemplo Marco Tulio añadió a manera de colofón este *Sueño* a sus libros de la *República*. Imitó nuestro filósofo a Platón y le siguió paso a paso y traspasó a su filosofía muchas cosas de la de él, en algún punto, con algún cambio y aliño nuevo, y en algún otro punto, traduciéndola al pie de la letra. Y esto que hizo Cicerón en la mayor parte de sus escritos, lo hizo más en éste, que es platónico por los cuatro costados, excepto en su disertación acerca del cielo, donde se inclinó al bando de Pitágoras, y los egipcios, en cuanto al orden de las estrellas errantes y la música y concierto celestes.

Por esta flexión que Cicerón impuso a su doctrina hacia el lado de Pitágoras, yo pedí prestados a Platón mismo y a los platónicos algunos elementos para explicar su doctrina, y me abstuve de manifestar mi opinión personal, sino la de Cicerón o la de Platón, a quien Cicerón sigue. De buen principio lo advierto ahora para que el lector, si acaso yo tratare algún punto *platónicamente* que fuera mejor tratado *aristotélicamente*, no ignore cuál es mi pensamiento. Pienso que esto sucede en las cosas naturales, pues por lo que se refiere a los asuntos morales, no podían ser tratados con respeto más religioso que por Platón y por Cicerón. Yo, porque el fruto fuese más abundante y se extendiese a zonas más amplias, aco-

modé ligeramente sus doctrinas a la nuestra cristiana, sin olvidar, con todo, lo que llevaba entre manos y qué papel había asumido ocasionalmente.

Dicho todo esto a manera de prefación, es hora ya que oigamos hablar al mismo Escipión Emiliano. Será él quien hablará solo, no como habla Cicerón en nuestro *Sueño*, a quien yo introduzco no desconocedor de nuestras actualidades, puesto que vió los hados, sino cómo era poco antes de su muerte, época en que Cicerón coloca sus severas disertaciones. No aludirá a suceso alguno que sea posterior a su tiempo.

Así que, cuando en aquel novenario de honores fúnebres, en el consulado de C. Sempronio Tuditano y C. Aquilio, en los jardines o cigarrales de Escipión, tras un coloquio de dos días, luego de haber disputado copiosamente acerca del mejor ordenamiento de la República, el mismo Escipión y Lelio, que fué llamado *el Sabio*, y Manlio y Furio, y defendida acérrimamente la causa de la justicia por Lelio contra la muy pulida y curiosa oración de Furio, y luego de haber convenido tras prolijas discusiones que en la República teórica mejor ordenada debía ser el de la justicia el primero de los cultos; empezó Lelio a inquirir el galardón y la recompensa así de esta como de las otras virtudes y a manifestar su extrañeza porque no se había dado premio alguno a P. Cornelio Nasica por aquel hecho ejemplar, gracias al cual liberó a la República de la sedición y tiranía de Tiberio Graco. *El Africano*, al ver que aquella averiguación proyectada por Lelio se inspiraba en la previsión corriente y vulgar y no en la divina y perfecta sabiduría, para enseñarles cuáles eran los premios de la buena vida que estaban reservados a los buenos y que él conoció no de mortal alguno, sumido todavía en las tinieblas del cuerpo y en la ignorancia de esta vida, sino de los inmortales ya y ya divinizados Escipión *Africano* y Paulo Macedónico, comenzó a hablar de esta manera:

VIGILIA AL MARGEN
DEL
SUEÑO DE ESCIPION
SACADO DEL
LIBRO VI DE «LA REPUBLICA» CICERONIANA

En el consulado de Lucio, Licinio Lúculo y Aulo Postumio Albino, en ocasión de que Gulusa, hijo de Masinisa, hizo noticioso al senado de que se hacían levas en Cartago; esta incidencia pareció motivo asaz grande y poderoso a Catón, varón consular y censor e implacable enemigo de los cartagineses, para que se llevase la guerra a Africa. En cambio, P. Escipión Nasica, quien era considerado como varón de toda ejemplaridad y que fué cónsul dos veces y censor y más propenso de suyo a la paz, a la misericordia y a la clemencia, era de

parecer que no se había de tomar ninguna medida precipitada ni adoptar ninguna actitud contraria a la fe y a las alianzas. Así en esa ambigüedad e indecisión se pasó todo aquel año con debates entre senadores y el mantenimiento irreducible de la respectiva posición antagónica de aquellos dos jefes políticos. Después, fueron creados cónsules ese nuestro M. Manlio y L. Marcio Censorino. En este año, como los cartagineses no hubiesen obedecido a nuestros legados, sino que con desdén de las órdenes del senado habían trabado pelea con Masinisa, nuestro viejo y grande y más estrecho amigo. Catón persuadió al senado que por medianería de algún magistrado se llevase al pueblo la consulta de si era pertinente declarar la guerra a Cartago. El plebiscito fué afirmativo. Yo, siendo cónsules estos mismos personajes, desde España fuí a Africa enviado por Lúculo, a cuyas órdenes yo mandaba la cuarta legión de infantería, sin otra misión que la de pedir a Masinisa, en nombre de mi jefe, algunos elefantes para la campaña hispánica. Aquel mismo día que yo llegué a su Cuartel general, Asdrúbal, caudillo cartaginés, trabó batalla con Masinisa. En un choque violentísimo fué recibido el caudillo cartaginés por el rey africano. Yo, que había ido en seguimiento de los dos potentes ejércitos recién salidos de la refriega, con la natural alegría, desde un cerro elevado, como de un muy apropiado miradero vi el memorable desfile, que para mí fué el más agradable de los espectáculos; salí al camino de Masinisa vencedor en la baraja sangrienta. Indescriptible fué el júbilo que le ocasionó su encuentro conmigo. no por otra causa sino porque veía en mí al nieto de su amigo, *el Africano*. Este *Africano* fué quien le recibió en la amistad del pueblo romano, y él, en lo sucesivo, así en paz como en guerra, halló en nuestro pueblo un aliado bueno y fiel. No degeneró ciertamente de la virtud de su padre, ese Micipsa que ahora tiene el gobierno de la Numidia. Masinisa, como sabéis, había recibido grandes atenciones y favores de Escipión, mi abuelo, a los cuales correspondía el rey con suma reverencia y afecto muy entrañable.

Así fué, que tan pronto como me vió, abrazándose conmigo muy apretadamente, empezó a llorar por alegría demasiada, y poco tiempo después, levantados al cielo ambos ojos, se desató en hacimiento de gracias al Sol, a la Luna, a Júpiter, a Marte y a los restantes dioses y diosas que habitan y glorifican aquellas moradas celestes, porque antes de emigrar de esta vida gozaba de aquel deleitoso contentamiento que después de la partida de Escipión de Africa deseara con el más vivo de los anhelos: el de ver a algún miembro de nuestra familia y gente, a la cual profesaba un amor tan único y tan tierno, por manera que no solamente a la vista de algún Escipión, sino a la sola oída de este nombre se estremecía de gusto, y como se remozaba y rejuvenecía; tan intensamente estaba grabada en su memoria aquella temprana admiración y amor al *Africano*, varón como no lo produjo mejor la República en tiempo de paz ni más afortunado en lances de guerra, hasta el punto de parecer nacido no más que para la conservación de ese nuestro Imperio. A ese Masinisa, pues, que aun cuando era joven, harto poco preocupado andaba por cuidados juveniles, sino que estaba poseído de muy profundo in-

terés por nuestra República y por los reinos con quienes teníamos alianzas y por nuestras provincias, yo le pregunté cómo andaban los negocios de su reino. Entonces, a mi sabor, me enteré de las injurias que los cartagineses les habían inferido. El, a su vez, me pidió nuevas a mí de nuestro senado y del pueblo. Mientras él me cuenta las incidencias de su guerra con los cartagineses y yo le refiero las contingencias de la nuestra con los hispanos, gastamos lo que nos quedaba de día. A la noche siguiente, fuí recibido con aquellas honras y aquellos agasajos que convenían a un rey victorioso y que él pensaba que convenían al nieto del *Africano*, al hijo de Emilio Paulo. Copiosamente habló en el obligado convite aquel anciano casi nonagenario; pero toda su conversación versó acerca de todo cuanto aconteciera a Escipión. «Nosotros, los viejos—decía—, todos somos parleros, naturalmente, y con gusto contamos nuestros hechos pasados y los de nuestros amigos. Tal finge a Néstor, Homero; tal era nuestro Panecio, tal era Catón.» Mentaba, pues, aquel viejo memorioso y locuaz no solamente los hechos del *Africano*, cuál fué su conducta en la batalla a orillas del Trasimeno, cuando, recién investido de la toga pretexta, en una sola individualidad resumió las personalidades de ciudadano, de cónsul, de caudillo, de senador, de pontífice; contaba cómo renunció la corona de encina civil, porque consideraba que con aquella hazaña inmortal no había hecho más que cumplir con un deber y no haber prestado ningún servicio meritorio; no hizo más que dar vida a quien se la había dado a él. ¿Y qué fué lo que hizo a raíz del desastre de Cannas, al obligar a los mozos nobles a jurar que no abandonarían el suelo de Italia? Recalcaba qué gran caudillo fué en España. Y cómo en Africa fué todo un general. ¡Qué fiel embajador de su hermano! ¡Qué recia mansedumbre la suya en el destierro! Y no se contentaba con referir hechos, sino que también reproducía dichos, como aquél: *Nunca estoy menos ocioso que cuando estoy ocioso.* Y otros muchos como éste.

Andaba ya la noche muy avanzada, y yo, que no soy precisamente un hombre dormilón, sentíame agobiado de un sueño más recio que el de costumbre por el cansancio del viaje y por la prolija vela después de tanto trabajo. Con todo, no parecía que yo, que era mozo, me retirase antes que mi huésped en cuyo reino estaba y cuya ancianidad merecía toda suerte de respetos, se retirase a descansar por su propia iniciativa. Mas ese anciano vencía a todos los jóvenes por su resistencia a los trabajos; era de una admirable enjutez física, de un temple de nervios admirable; cumplía puntualmente con todas sus funciones de rey y nunca en su ancianidad experimentó la más ligera relajación de fervor en aquellas obras que acostumbró hacer de joven. A la postre nos retiramos a descansar. Apoderóse por completo de mí un sueño profundísimo y me sentí anegado en tan apacible sopor que ya no me admiro si durante mi descanso reviví aquellas emociones tan variadas, alegres unas, tristes las otras, en parte maravillosas y espantosas en parte, y que ninguna conmoción me despertase, pues todas ellas estaban muy bien combinadas en la ligazón del sueño y no era fácil su soltura. Pero, puesto caso que estando despierto había hablado del

Africano tan largamente, no era insólito que el *Africano* se me mostrase en sueños. A cada uno de nosotros nos acontece que si estando en vela pensó o habló mucho de una cosa, esta misma cosa se le ocurra durante el sueño, al parecer con su misma presencia física. Una cosa semejante me contaba haberle ocurrido a él, Quinto Ennio, a quien conocí personalmente cuando el venerable poeta era muy andado en años y yo era joven en extremo. Siendo de suyo muy inclinado a la versificación y a la poesía, arte al cual no hacía demasiado honor ese pueblo nuestro, y queriendo él que nuestra lengua no se quedase manca en ese aspecto, pues anteriormente, fuera del liberto Livio, no teníamos poeta alguno, si ya no es que alguien da categoría de poemas a los cantos de los salios y a los libros sagrados de los pontífices y otras cosillas como las que cantaban los faunos y los vates arcaicos, creyó pertinente hacer algo en este sentido. Entregábase Ennio con mucho afán a la lectura de las obras de Homero para aclimatar en nuestra ciudad, si a tanto llegaban sus fuerzas, aquellas riquezas de la Grecia. Releía también los poemas de Livio con mucha frecuencia, porque había de escribir, y con todo me hacía el honor de consultarme a mí, que no había de escribir nada, y me aconsejaba que luego de haberle leído no le volviera a leer, pues no era de tal interés el poema liviano que mereciese una segunda lectura. Esto mismo pensaba de ciertos poemas de Nevio, que por aquella sazón empezaban a darse a conocer.

Y así aconteció que, como por algún tiempo no tenía en sus labios ni tenía en su mente más que la continua obsesión de Homero, soñó una vez que alternaba con Homero en el Parnaso, que es una montaña bicéfala de la Fócida, una de cuyas cumbres, a quien los griegos llaman Titoreón, dicen estar consagrada a Baco, y la otra, a quien llaman Hinfea, afirman estar consagrada a Apolo. Dícese, asimismo, que el monte Parnaso, en su totalidad, es el albergue de las musas. En el subdelirio de su sueño creyó beber copiosamente en aquella famosa fuente Castalia, cuyas linfas diz que infunden bríos y poéticos furores. Fruto y consecuencia de aquel sueño fué que al día siguiente empezó a escribir los *Anales* y aquellos poemas venerables que ahora andan en manos de todos. Este sueño está relatado en aquel poema que comienza: *Parecióme ver delante de mí a Homero*, con toda la larga hilera de versos que siguen.

Casi de idéntica manera parecióme a mí contemplar al *Africano*, con aquel su característico semblante, por manera que conjeturaba ser aquél el de sus estatuas e imágenes que tenemos harta costumbre de ver en el atrio viejo, que de un recuerdo que hubiese sobrevivido a la lejana visión de su persona. No puedo conservar de él memoria alguna, puesto que falleció al año de mi nacimiento, siendo cónsules L. Porción Licinio y P. Claudio Pulcro, y siendo Catón censor, que fué el mismo año en que murió el poeta Plauto, y Aníbal se eliminó a sí mismo, con un brebaje ponzoñoso, en Bitinia, mientras que yo nací bajo el consulado de Tuditano y Apio Claudio. Así que le reconocí como Escipión, y no tanto, porque fuese un aparecido, como por la veneración que sentía por hombre tan grande, se me erizó la piel y empavorecí no poco.

Y él, con voz afable, me habló así:

—Ningún motivo de temor tienes, ¡oh Escipión!; recobra tu ánimo que salido de ti mismo quedó pasmado de miedo. Tranquilízate y encomienda a tu memoria las cosas venideras que te voy a anunciar.

Estaba Escipión en un lugar muy elevado que no solamente era claro de por sí, sino, también, esclarecido por maravillosas lumbraradas. Desde aquella altura, con su dedo índice me señala a Cartago:

—¿Ves—me dice a continuación—aquella ciudad que en la segunda guerra púnica, que Aníbal nos declaró contra todo acuerdo y toda equidad, fué expugnada por mí y obligada a obedecer a nuestra República y a pagar pechos al pueblo romano? Has de saber que ahora trae a su memoria aquellas dos guerras primeras, pues no puede descansar contenta en su paz, nacida para poner a prueba el vigor romano e interrumpir la placidez de nuestro sosiego. A atacarla vienes tú ahora en calidad de tribuno de soldados, es decir, un poco más que de simple soldado. Aun cuando en esa misión te conducirás de tal manera que muchas veces serás salvación de nuestros soldados y sacarás y librarás a Manlio, nuestro cónsul, con todo su gran ejército, de un muy grave aprieto y por este hecho te concederá él y su cohorte la corona de grama, en recordación de la vida y de la salvación recibida de tu seso y de tu valentía, hasta el punto que Catón, hombre de ingenio, el más maligno y mordedor que exista, dirá de ti esta expresión tan gráfica como célebre: *Ese es el único que sabe lo que se hace; los demás que en Africa militan son puras sombras y nada más que sombras*, y ésa misma será la opinión gruesa que se tendrá de ti, de forma que, en contra de las viejas leyes, el pueblo se empeñará en hacerte cónsul. Ese empeño no cristalizará en realidad, pues Marcio, que presidirá aquellos comicios, persistirá en aquel sentir y no consentirá que triunfe la candidatura de un hombre tan joven. Así que serán cónsules Calfurnio Pisón y Hostilio Mancino. Al año siguiente descenderás al campo de la liza, candidato a la edilidad, serás proclamado cónsul por una cuantiosa aportación de sufragios, no ya colectivos y de las tribus, sino individuales, y te será adjunto otro de la plebe, por lo demás, de ahidalgada familia, Livio Druso, al cual, por su meritoria y egregia labor en favor del senado y de la dignidad de los patricios, se le llamará *patrono del senado.* Y como tu elección consular contra la ley de los Anales dará lugar a discusiones enconadas, el pueblo te dispensará de las leyes, y sin previo sorteo se te entregará la dirección de la campaña africana. En este año, por tu grande arrojo y perfecta disciplina militar y genialidad de mando, expugnarás a Cartago y derrocarás y prenderás fuego a la ciudad, que, fundada por los fenicios, en guerra y en paz brilló con gloria muy esclarecida por el largo discurso de setecientos años, y ese incendio durará diecisiete días. Entonces, ese título de *Africano,* que al par que con la herencia pasó a ti a través de mi hijo, que te adoptó, habrá sido ganado por el esfuerzo de tu brazo y de tus armas. Entonces serás llamado *Africano* por tu propio mérito, aun cuando no hubieres entrado en nuestra familia. De regreso en Roma, en el consulado de C. Cornelio Léntulo y L. Mumio Acaico, con general e indescriptible júbilo serás recibido en un triunfo que afirmará y dará defini-

tiva consistencia y robustez y segura certidumbre al Imperio del pueblo romano. Con la destrucción y asolamiento de Cartago no quedará potencia alguna que pueda oponer obstáculo considerable a nuestras armas, que invadirán la redondez del mundo. Mares y tierras ante nosotros se ensancharán; mares y tierras nos obedecerán. Después de todo esto serás nombrado censor con L. Mumio, que destruirá a Corinto. Y aun cuando sea inevitable que ese tu colega te desagrade y se envilezca a tus ojos hasta el punto de que llegues a decir en pública asamblea que tú lo vas a hacer todo, al tiempo de la censura, por la majestad del pueblo romano, tanto si en aquella función se te diere aquel colega como si no se te diere simplemente, tú, no obstante, con alabanza y gloria grandes, desempeñarás la censura con aquel varón de ejemplar austeridad y llenarás el lustro que dure tu cometido con muy insignes dichos y hechos.

Una vez eliminado aquel pueblo, el único que podía causar miedo a nuestra República, nuestro senado y nuestro pueblo, en su mente y en sus planes, invadirán el Imperio del mundo y no tendrán pensamientos que no fueren elevados y nobles: cómo van a dar leyes verdaderamente humanas a todas las gentes y naciones, cómo comunicarán a los pueblos bárbaros y feroces una sabrosa y apacible convivencia social, cómo congregará y unirá en un haz mediante el vínculo de una lengua el linaje humano disperso. Y a ti mismo se te enviará en calidad de legado al Egipto, a la Siria, al Asia y a la Grecia; pues porque Antíoco, el más joven, hijo de Alejandro, rey del Asia, hará guerra en Siria contra Demetrio, y en esta guerra se implicará Ptolomeo Evergetes, rey de Egipto, y serán víctimas de vejaciones Jonatás y otros judíos, aliados y amigos nuestros, llevadas al senado las quejas que esos malos tratos van a provocar, serás enviado tú a aquellas regiones, con el confesable pretexto de ver si con tu autoridad arreglas esas diferencias de nuestros aliados, pero, en realidad, para que con tu gran tino político y notoria sagacidad estudies qué linaje de hombres es el que habita aquellas tierras y reinos, si es guerrero o pacífico, armado o inerme, sencillo o taimado y astuto, rico o pobre, poblado o escaso, para que, fácilmente, pueda conjeturarse con cuántas fuerzas y ejércitos puedan ser expugnadas aquellas gentes, y agregadas a nuestro Imperio y a las leyes romanas. Irás a esa legación acompañado de tu más estrecho amigo Panecio, con el cual conversas de asuntos tan graves, a quien pides consejo aun cuando en manera alguna lo necesitas, que te enseña filosofía y todas las artes bellas y buenas, y con el cual, en frase del poeta Ennio, *compartes afable y cortésmente la gustosa mesa y la sabrosa plática; a quien cuentas francamente lo grande y lo pequeño, y lo puramente jocoso; en cuyo seno depositarías todo lo bueno y lo malo que te aconteciere, y lo descubierto y lo oculto, y todo placer, y todo gozo.*

Partirás asimismo acompañado de cinco esclavos para el servicio de tu cargo y de tu persona, y como morirá uno de ellos, llamarás a otro de tu casa, por no tener que comprarle. Durante tu vida toda serás de una parsimonia tal, unida a una tal gravedad, que nunca comprarás nada ni venderás nada, ni ajenarás cosa, ni cantarás ni danzarás y dejarás a tu heredero treinta libras de plata y dos de oro.

Desempeñada la legación, hallarás

a la República metida y engolfada en una guerra grave y no muy honrosa. Los sedigenses (que es un pueblo de España), escapados de las manos de nuestros capitanes, se acogerán a los numantinos, viejos consanguíneos suyos, que son sus aliados. Está Numancia situada en los Uracos, en una altura arriscada, no desemejante, ni por sus moradores, ni por sus defensas, de Esparta, ciudad de Lacedemonia, sino que Esparta es algún tanto mayor; pero en una y otra, sus hombres son de una pasmosa reciedumbre; ni una ni otra tienen torres, ni una ni otra tienen muros. Esta ciudad, así que hubiera acogido en su recinto a aquellos sedigenses que he dicho, enemigos del pueblo romano, y les hubiere recibido en sus casas y les hubiere protegido y ayudado con toda suerte de recursos y aun con las armas, bajo el mando de un tal Magára, vuestro pueblo le declarará la guerra y por espacio de muchos años los nuestros pelearán allí de tal manera, que a la postre tendremos que retirarnos fracasados con la más humillante e ignominiosa de las derrotas. El resultado será (cosa que no me produce menos horror que vergüenza) que treinta mil de los nuestros serán derrotados y puestos en fuga por cuatro mil numantinos, que nos obligarán a una paz que será mancha duradera y borrón indeleble de nuestra República. Y esto no una vez sola ni con un solo caudillo. En tan apurado trance se recurrirá a ti como al predestinado a eliminar los terrores de la República y a granjear la seguridad de tu patria, y contra tu voluntad se te impondrá a viva fuerza el segundo consulado, aun cuando te excuses con la ley Anal, que prohibe que un mismo hombre acepte una misma función, si no hubieren pasado diez años. Mas, por una admirable unanimidad de la ciudad toda, que así lo manifestará a una voz, otra vez serás exceptuado de las leyes para que, en funciones de cónsul con Cneo Fulvio Flaco, limpies la ignominia y el vilipendio de la patria. Partido a la guerra de España, tendrás más brava batalla con tus soldados que con el enemigo y será tarea muy ardua restablecer entre ellos aquella disciplina militar, auténtica, romana, por la cual nosotros llegamos a domar tantos reyes, tantos pueblos y tantas gentes. Pero no hay empresa de la que no salgan vencedores tu energía y tu consejo y demostrarás que la República romana está mejor asentada en la ciencia y en el tacto de los caudillos que en la valentía de los soldados. Con aquellas mismas legiones derrotadas y puestas en fuga vergonzosa, y que anteriormente no podían sostener, no ya las armas, pero ni siquiera la voz y el terrible aspecto de los defensores de Numancia, tú derrotarás a los numantinos y derrocarás e incendiarás aquella ciudad arisca que sostuvo un cerco de catorce años, defendida con el más inaudito fanatismo por solos cuatro mil hombres y conseguirás un segundo triunfo después del cartaginés, de una gente fierísima, que más que cualquiera otra infligió a los romanos las derrotas más feas.

Ese segundo triunfo tuyo he dicho que será de una gente, pues (cosa que jamás aconteció antes, ni en lo sucesivo acontecerá jamás) entrarás contigo en la ciudad no más que un nombre, pero no ningún prisionero, ni oro, ni plata, labrados ni sin labrar, ni género alguno de botín, ni nada en absoluto más que el simulacro vano de la heroica ciudad vencida.

Y será tan grande la reverencia que tu majestad infundirá en tus

soldados y tan eficaz el ejemplo de tu continencia, que se contentarán con la distribución de seis mil pesos después de la victoria verificada entre todos ellos. Y no es cosa de maravilla, puesto que te verán antes a ti, su jefe, que recibiendo del muchacho Antíoco, rey de Siria, agasajos y dádivas, no las ocultaste como acostumbraban hacer los otros jefes, sino que las hiciste constar en las tablas públicas, con la promesa de galardonar con ellos a los soldados que se distinguieran.

Este será el fin de tus milicias. En lo sucesivo, tu edad y las conveniencias de la República reclamarán tus servicios exclusivamente para la ciudad.

De los doce hijos que Cornelia, mi hija, espejo de probidad y de virtud, engendrará de aquel Tiberio Graco, que fué dos veces cónsul y mereció dos triunfos, y fué censor, aquellos dos de los varones, que sobrevivirán, olvidados de la virtud y de la gloria de su padre y mías, con todo y que pudieron ser así, por la nobleza y autoridad de su linaje, como por su elocuencia y buenas artes y despejo natural en que estuvieron imbuídos y de que estuvieron dotados, grandes e ilustres en la República, y aumentar con sus hechos personales el esplendor heredado de sus mayores, prefirieron aureolarse con una nefasta popularidad, poniendo su afán en alborotar y perturbar la quietud de la República con los proyectos de las leyes agrarias que en nuestra ciudad siempre han sido y siempre serán ocasión de grandes disturbios y calamidades.

Por cierto que el mayor de ellos, Tiberio, será asesinado en el Capitolio para bien de la República por el agnato de nuestra familia Escipión Nasica, pontífice máximo, estando tú en la guerra de España y comprobarás su muerte con aquel verso de Homero: *¡Oh, si pereciera y cualquier otro se ilustrara con hazañas como las suyas!* (1).

Reservada te está una pugna con tu subordinado militar Cayo el menor, mozo activo, valiente, hombre de partido, más vehemente y más apasionado que su hermano. Cayo Papirio Carbón, el colega de ese Cayo en el triunvirato, presentará un proyecto de ley en el sentido de que el pueblo pueda nombrar de nuevo al mismo tribuno todas las veces que le pluguiere. Tú combatirás ese proyecto con un parlamento muy grave y concienzudo. Tú, por persuasión y consejo de Cayo Graco, el tribuno, hombre del pueblo, revolvedor, muy elocuente, para azuzar contra ti una animosidad encarnizada, te pedirá: «¿Qué piensas del asesinato de Tiberio Graco?» Tú responderás que estimas que fué asesinado con razón. Entonces, a su fiero discurso tonitruante de barrumbadas y alharacas, como ningún otro de los suyos, tú le atajarás y sosegarás con la serenidad de tu semblante y la autoridad de tu voz. Pero aquella palabra y juicio tuyo acerca de la muerte de Tiberio Graco calará en el pecho de Cayo Graco, de Carbón, de Fulvio, de Sempronia, tu mujer, hermana de los Gracos y de otros afines más profundamente de lo que alguno pueda sospechar.

Después de todo esto que digo, Cayo Graco, siguiendo las pisadas de su hermano Tiberio, y vivificando con sus restos mortales sus pasiones, defenderá aquella famosa ley agraria promulgada por la vieja ley Licinia acerca de la posesión de quinientas yugadas de tierra, de cien cabezas de ganado mayor y de quinientas de

(1) *Odisea*, I, vers. 47.

ganado menor, dada antiguamente por Licinio Estolón con la adición de un capítulo, a saber: que los campos poseídos injustamente hasta aquella fecha, juntamente con sus frutos, fuesen restituídos a sus verdaderos y legítimos dueños, que su hermano, algunos años antes, sostuvo con tozudez y ahinco; esta ley agraria, digo, será defendida con tal entusiasmo que ese hombre, con Flaco y con Carbón, todo lo revolverá y revolucionará en casa y fuera de ella y se empeñará en entender y juzgar con sus colegas contra todo derecho y toda bondad y toda equidad en las causas agrarias. ¿Quién será capaz de enumerar quién tendrá brío suficiente para soportar todas las asonadas y los alborotos y los bullicios fieros que acarreará a la ciudad aquella tempestad extemporánea? ¿Qué borrascas no sacudirán y zarandearán, no solamente a nuestro pueblo, sino a toda la Italia y casi a todas las gentes y naciones? Tú, Escipión, en el desmandamiento de ese oleaje; tú, en el hervor de esta procela, manifiesta a nuestra patria qué gran timonel eres y cuánta sea tu pericia en el gobierno de esa nave engolfada en la tempestad, pues en ti solo y en tu sabiduría, y en tu talento, y en tu consejo pondrán todos sus ojos como en una estrella bienhechora. Si eres el piloto tú, como aquella Cinosura o aquella Hélice, todos esperarán que parará en bien esa navegación y que evitarán esa furia del mar y esos asaltos airados; a ti acudirán como a la salvación, como al puerto, como al ara única de refugio, no menos auxiliadora que aquellos Dioscuros, hijos de Tíndaro, y en tu seno y en tu fe se echará desalada y confiada toda la República.

Mas yo veo desde este lugar de tal manera ordenada y dispuesta la colocación de los astros, por lo que toca al discurso de tu vida, que cuando hubiere visto consumar siete veces por ocho aquellas evoluciones del sol que vosotros llamáis años, paréceme que entonces tendrás ya lleno el número que los hados te asignaron. Estos dos números, siete y ocho, multiplicados por sí mismos, completan la edad del varón grande, sabio y fuerte que sirvió a la República con suma equidad, entereza y gloria. Ambos números son llenos y absolutos, no por una misma razón los dos, sino por su razón propia cada uno. El número ocho trae consigo aquella solidez maciza de los cubos, sin ninguna vaciedad, sin ningún afeite ni adobo, que se muestra tal cual es directamente, sencillamente, claramente, sin ficción, sin fraude, sin astucia, sin impostura, cual conviene que sea en la República el buen príncipe, que no tiene una cosa en los labios y otra, disimulada, en el corazón. Su pecho debe ser más franco y más blanco, como aquellas togas cándidas (de ahí viene el nombre de candidatura) que nosotros acostumbramos pedir en los comicios. Este color nos avisa, si es que tenemos un adarme de sensibilidad y vergüenza, cuál debe ser nuestro interior. Allende de esto, en el número ocho, está contenida aquella primera y más equitativa distribución de la justicia, de forma que sus frutos y ventajas se distribuyan por todas las partes de la ciudad; pues el ocho se descompone en dos cuatros y éstos en aquellos puntos indivisibles de la unidad que no rehusaría entregarse a los otros, o, si su naturaleza se lo consintiera, serían tales que o lo pedirían o lo tomarían, si a mano lo tuvieran. Esta es la causa por la

cual este número, para los pitagóricos, es el número de la justicia.

El número septenario está lleno de misterios admirables. ¿A quién no maravillará el hecho de que la perfecta plenitud de nuestros cuerpos toda está contenida en septenarios? En el crecimiento dentro del claustro materno, en las costumbres y genio de las edades, en los órganos de los sentidos, de la cabeza, en ambos oídos, en ambos ojos, en ambos conductos de la nariz, en la boca única, todo lo cual, no sin razón, puede parecer que procede de los siete planetas y de las alternativas de la propia luna, todas las cuales están comprendidas en una setena de días. Pero, acaso, todo esto no se ajusta de tal manera al propósito actual como aquello de que este número que llaman *eptas* los griegos está consagrado a Minerva, es decir, a la fortaleza y la sabiduría, virtudes que los mortales vieron cifradas en Minerva; pues es el único número más bajo del diez que no es engendrado por ningún otro, sino por la mónada, ni él, a su vez, engendra a ningún otro, pues quiere la fábula que la misma Palas sea virgen, engendrada en el cerebro del solo Júpiter, dios único, príncipe soberano de todas las cosas. Añádese a esto que se compone de dos números, el ternario y el cuaternario, número hembra éste y número macho aquél. Cierto es que Minerva fué considerada y llamada virgen; es la misma virilidad y fortaleza, templadas y dulcificadas por el consejo, por la razón, por la sabiduría, pues de todas estas cosas dicen ser Minerva la patrona los que estudian letras de humanidades.

Llegado, pues, tú a la cumbre misma de la probidad, de la justicia, de la virtud, de la fortaleza y la sabiduría, cosa que tendrá su realización cuando cumplieres el quincuagésimo sexto año de tu vida en el consulado de Sempronio Tuditano y de Aquilio, la posición de ciertos astros denuncia que tu vida tendrá fin violenta y acerbamente. Habrá entonces en el cielo, no menos que en nuestra ciudad, pugnas entre los astros, y entre los hados habrá disensiones, de lo cual dará testimonio a la tierra aquel doblado sol que aquel mismo año mostrarse ha a los mortales.

No hablo yo ahora de aquellos hados que están en la mente y en la previsión del gobernador soberano de todo este universo mundo, quien, por determinadas causas que se explican unas por otras, está en posesión de la verdad eterna. Estos hados, que no son menos desconocidos de nosotros, que ya estamos establecidos definitivamente en la soberana felicidad de esta alma región luciente y en el conocimiento mas amplio y cierto de muchas y muy grandes cosas, que no son conocidas de vosotros, que moráis en esta baja y ciega región de tinieblas terrenales. Estos hados no los puede evitar ley alguna ni puede mudarlos una tilde. Mas en aquellos otros hados a que me refiero existe cierta ambigüedad y se bifurca dudosamente su camino. Hijos del cielo, son de una constitución tal, que aun cuando sea cosa difícil, pueden evitarse por algún procedimiento. Por esto, hablando en rigor, no debieran llamarse hados, así, categóricamente, sino especie de hados, pues de hados no tienen más que ciertos visos y apariencias.

De esta clase son los hados que en aquel tiempo amagan con que saldrás de esta vida. Pero así como en nuestra ciudad, por la intervención y por esa voz única del tribuno

del pueblo: *Yo pongo mi veto,* quedan derogados los proyectos, y se pone estorbo a las leyes y se introduce confusión en los senadoconsultos y queda retirado todo lo que estaba establecido; así también en aquella república del cielo, el propósito y el consejo firmes de muchos astros por la interferencia o, digamos, entremetimiento de un lucero pequeñito, quedan desvanecidos luego al punto. Entre tanto, aquel Supremo Dictador del mundo manda que se haga de manera diferente de la que determinaron otros funcionarios menores, y esta resolución suya es el hado inflexible, la ley de los restantes hados. Y si por algún beneficio y benevolencia singular para con nuestra República, bien de los astros, bien del Dios óptimo y supremo, aquellos hados entran en aquel camino que presagia tu acabamiento y tu muerte física, sino en otro más apacible y benigno, entonces la salvación y la vida de toda nuestra ciudad quedarán centradas en ti solo, y sólo a ti y a tu socorro acudirán suplicantes el senado y el pueblo romano, y hacia ti y tu nombre, y tu autoridad, y tu consejo, y tu virtud, el senado todo, todos los buenos, todos los vejados y atropellados por las leyes de Sempronio, y todos los pueblos latinos y todos los pueblos aliados que iban a sentir el apremio y el agobio de nuevas colonias y todo nuestro Imperio, en fin, volverán sus ojos, pues no quedará resquicio para la esperanza si tú no les trajeres socorro y salud y no fueres para todos como una divinidad propicia y próspera.

Ahora, por no gastar exceso de palabras, se resucitará el recuerdo de la Dictadura, institución ésta que se introdujo en circunstancias graves y difíciles y en momentos muy críticos, y que cesó después de aquella guerra púnica que yo llevé a feliz suceso final. Esa Dictadura, restablecida, recaerá en ti para que tu increíble y eficiente actividad y virtud, ayudada del poder supremo, detengan y sostengan esa República tambaleante y a punto de caer al suelo, curen sus heridas y sus achaques y, una vez restablecida y vigorizada, la vuelvan a aquella situación primera de dignidad y de quietud, y en ella la corroboren y confirmen, siempre que puedas evitar las manos y las celadas de C. Carbón, de C. Graco, de Sempronia, tu mujer, y de los demás consanguíneos y afines a quienes exacerbará e indignará más y más tu juicio sobre la muerte de Tiberio Graco.»

¿Qué es esta exclamación, mi querido Lelio? ¿Por qué suspirasteis, Manilio y Pilo y los otros? ¿Qué es esto, Tuberón? Mucio, ¿qué es esto? ¿Teméis para mí aquellos acechos y os pesa de que yo, en un momento tan desventurado de la República, me asome a una vida que estará para mí cuajada de peligros? ¿O es que con mejor acuerdo no os congratuláis de que, por fin, gracias a mi abnegación y a mi tacto, sea mejor y no tan agrio ni triste el perfil de la República? Pero vosotros, ambos a dos, no me despertéis con vuestro ruido y con vuestros gritos de ese sueño sabroso. Dejadme que sueñe un poco más. Oíd ya lo que me queda por decir, pues sigue hablando el mismo *Africano,* y a esto vino; y porque yo os lo refiera a vosotros, me volví a sumir en un sueño más profundo.

¿Por qué he de recordar la muchedumbre de males que Tiberio Graco ocasionó a la República? Cuán grande destrucción maquinaba, no huelgo de decirla, pues no quiero desatar y renovar las mal vendadas

heridas. Vacilando los cónsules y mirando con mayor irresolución de lo que importaba por el bien de la República, Escipión Nasica, simple senador, mientras los padres estaban reunidos en el capitolio, acabó con aquella plaga ambulante. ¿Cuál fué, me preguntabas, Lelio, por los dioses inmortales, el galardón de esa brava gesta, con la cual vinculó a su persona para siempre jamás a esa República y mereció bien de toda la posteridad? Un odio del pueblo, indignante; una legación libre, en virtud de la cual se fué al Asia para aliviarse de la presencia de sus ingratos conciudadanos. No tendrá la ciudad nueve palmos de tierra para la sepultura de ese grande hombre que hizo que en un momento dado no quedasen sepultadas, a una, la libertad y la misma República. ¿Qué provecho reporta el hacer bien, si premio de las fechorías son las riquezas y los honores, y de las obras meritorias lo son la descalificación, el destierro, la miseria? ¿No es esto así?

Oíd al *Africano*, al gran maestro: «Para que te muestres más diligente y activo en la defensa y en la tutela de la República y no te desmoralice y te descorazone el caso de Nasica, has de saber que ni esas vuestras estatuas, ni esas magistraturas políticas, ni esos honores, ni esas posesiones, ni esas riquezas, ni esas opulencias son la paga de la virtud y de las obras meritorias. Así lo piensan los que sólo atienden a esta vida momentánea y no ponen su pensamiento en esta duradera por perpetuas eternidades. Todas aquellas otras cosas son fofas y caducas, y el solo embate de la guerra, del incendio, de la inundación, del viento, un soplo sólo las descuaja y las desaparece; y si no, unos pocos años, bastan a disolverlas y las reduce a la nada en exiguo número de días. Sucede muy al revés de lo que piensa la vanidad del pueblo. A todos aquellos que en trances críticos salvaron sus patrias respectivas y las detuvieron en el despeñadero de su ruina o en su indigencia y apuros la ayudaron con su fortuna, con su dignidad, con su justicia, con su paz, con la bondad de sus leyes y de sus ordenanzas, a todos éstos, digo, está reservado un galardón infalible que no son precisamente las estatuas levantadas en sitios urbanos concurridos con el elogio oficial del senado, sino que tienen un lugar cierto y fijo en este cielo, en el cual, lejos de cualquiera veleidad de la suerte, vivirán bienaventurados, no por algunos años, sino por edades imperecederas, con alegría suma e inalterable. El Príncipe soberano del mundo, único Padre todopoderoso, en primer lugar de los otros espíritus, que vienen a ser como dioses menores, y luego del cielo y de los hombres y de ese universo mundo que vemos, con su voluntad y con aquellos sus eternos mandamientos, regula y gobierna esa ciudad del mundo, y no hay en toda esa universidad de los seres cosa tan pequeña y baladí de quien él no tenga cuidado. A esa divina mente, y razón, y ley, y voluntad obedecen tierras, mares, vientos, cielos, espíritus, hombres, seres animados e inanimados; todo, en fin, le obedece. Su templo es ese universo por su propia naturaleza, no en virtud de auspicio ni de semejanza alguna. Por esto es que tienen el deber santa y religiosamente, con rito y costumbre de sacerdotes todos aquellos que entran en él. En todo él está Dios, que lo llena todo, y en él es adorado y reverenciado. No hay en la tierra cosa para El tan aplacible y grata como que los hom-

bres, que son progenie suya, imiten hasta el límite de lo hacedero la virtud y el consejo del Padre, derivando hacia sí alguna porción de aquella ley eterna y de su manera y sistema de gobernar la República; que concierten entre sí asociaciones y agrupaciones, y que las amplíen y que las unan con el vínculo de la justicia que hace buena toda sociedad y la comunica estabilidad y firmeza. Estas agrupaciones llámanse ciudades, formadas y organizadas a ejemplo de esta ciudad divina que nosotros habitamos. Y es cosa de maravilla cómo nuestro Príncipe pone en ellas sus ojos complacidos. Ellas son, al fin, las que quedan, si no inmortales, al menos de incalculable permanencia.

Aquellos que con tanta justicia las rigen y conservan van, no a los infiernos, como fingieron los poetas en su delirio y como sostiene el pueblo, gran maestro del error, sino que vuelan acá, es decir, a su domicilio natural y a su patria auténtica, de la cual fueron derribados a la tierra como a un exilio. Celestial es el origen de nuestras almas; no de la tierra, que aquel divino Procreador del mundo engendró de su mente y de su divinidad. Por esto es mucho más conforme con la equidad que los buenos con gozo inmenso vuelvan a su origen y al lugar de su procedencia, como del ostracismo a la patria, que no que estén confinados y como hacinados en país ajeno, sumamente apartado del suyo propio; quiero decir que sean relegados muy lejos y en un grande apartamiento de su patria. Este alejamiento no sería posible sino con muy dolorosa añoranza y con muy aguda soledad, pues siendo el gusto mayor cuanto más a esa patria suya se aproximan, no cabe duda que la tristeza será mayor cuanto más luenga fuese la lejanía.»

Habiendo dicho esto, aun cuando estaba profundamente impresionado, no por temor de la muerte, de cuyo desprecio tantas veces di gallardas pruebas, sino porque no podía resignarme a que fuesen precisamente los míos quienes me pusieran celadas, y porque me escocía que abrigasen proyectos tan malvados producíame verdadero espanto que a la República se le diese tan mal ejemplo. No podía oír con calma esa hazañosa impiedad, aunque ni yo la concibiera ni contra mí hubiera de ser concebida. Con todo, me vino a las mientes el recuerdo de mi padre, que me engendró, y le pregunté si él, si Paulo, su padre y todos los otros a quienes nosotros decimos muertos, vivían o no.

—Pregunta—díjome—más aína si vosotros vivís. Quienes vivimos somos nosotros, que estamos sueltos y libres de aquellas tinieblas, de aquella cárcel, de la continuada muerte del cuerpo. Vosotros no podéis llamaros muertos en absoluto, pero tampoco vivos totalmente; ocupáis un puesto equidistante entre los muertos y los vivos. ¿Piensas que os quita poco de la vida verdadera esa cargosa pesadumbre de vuestro cuerpo? No lo podéis saber vosotros, que estáis tan sujetos a su opresión, que os quita el sentido de la realidad. Sabémoslo nosotros, que nos desprendimos de aquella carga y que tenemos de las cosas una percepción más aguda, más libre, más certera. ¿Y qué? ¿No ves cómo viene a ti tu padre Emilio Paulo?

Por vuestra fe, ¡oh dioses!, así que hube visto, ¡cómo lloré por afectos encontrados! Contemplaba al gran hombre que me engendró, que me había amado con un amor tan único, que me había educado con tanta pureza y virtud; contemplaba a aquél

héroe, el más fuerte y de mayor y más elevado espíritu que haya tenido en ningún tiempo la República, que me fué padre, ayo, jefe, maestro, que me llevaba siempre en las niñas de los ojos. ¿Con qué transportes de amor y con qué extremos de gozo pensáis que me abrazó y me besó?

—¿Por qué lloras—me dijo—, Publio mío, dulce manojo de mis entrañas? ¿Acaso porque estoy muerto? ¡Pero tú me ves vivo!

Refrené como pude mis sollozos y mi llanto, que no enronquecían y quebraban solamente mi voz, sino que trastornaban mi razón y mi mente de tal modo que ni podía hablar ni sabía qué decir. Entonces dije a mi padre:

—Yo me congratulo en extremo contigo, ¡oh el más santo y mejor de los padres!, por esa vida póstuma y por esa bienaventuranza de que disfrutas, y quisiera estar contigo perpetuamente, pues no puedo ya soportar más la soledad que de ti siento. Por eso querría muy luego venir a vosotros, así para vivir contigo, padre mío, y con mi abuelo Escipión y con nuestros antepasados, como también porque, como poco ha le oí decir, sola esta nuestra vida es la verdadera vida. Fácil me será dar con la muerte, que es, según creo, el camino por donde se viene acá, a vosotros.

—Es cierto, la muerte es el camino; pero no aquella muerte violenta y deliberada que a ti mismo te infligieres, sino aquella otra mediante la cual aquel soberano Señor, que todo lo gobierna y lo regula, te llamare a su seno. Si Lúculo, que es tu jefe, te colocara en un puesto de guardia o en una atalaya o en cualquiera otra posición, ¿te atreverías a abandonarla sin licencia suya.

—No fué esto lo que me enseñaste, padre mío, pues ello fuera romper la disciplina militar, traicionar el ejército y a la patria.

—¡Bravo, hijo mío!—me respondió, todo alborozado—. Asimismo Dios, Caudillo universal, señaló a cada una de las criaturas sus propias misiones, recias en verdad, pues toda vuestra vida es una pesada milicia, pero necesarias y que no pueden abandonarse sin considerable peligro. Están los hombres constituídos por dos principios diversos, y por eso mismo contrarios; a saber: el alma y el cuerpo. Uno de estos dos principios, el alma, está emparentada con la mente, la naturaleza, el ingenio de los astros, cuya forma, aun cuando esa exterior que vosotros veis, como también la celeste, es cóncava, con todo, esa exterior es hinchada y tiene forma de globo, que es su configuración y apariencia de que decimos estar dotados el cielo y esas eternales lumbres que vosotros llamáis astros y luceros, dos nombres, de los cuales el primero es más comprensivo y más capaz que éste; pues cada uno de los luceros es un astro; mas cada uno de los signos celestes no es lucero, sino que es un astro, que Dios, aquel habilísimo Creador del mundo, creó de la más pura porción del éter, que no tiene mezcla alguna de cosa ajena o adventicia y es cálido y brillante y su fuego es saludable y vital consorte de la mente y de la divinidad.

Y así es que, como los astros no cesan de brillar y de moverse y de vivir perpetuamente, y no se extinguen ni agonizan, así también nuestra alma no está quieta nunca, sino que de día y de noche, así esté despierto el cuerpo, así esté dormido, ella, a la continua, piensa, medita, maquina, hace algo y no requiere aquellas interferencias y alternati-

vas de labor y de descanso, puesto que no ha menester descanso quien de la vida hizo una actividad constante y cuyo sostén y mantenimiento son el movimiento y la laboriosidad. La cesación sería su muerte. Pero no cesará nunca ni se extinguirá su existencia, y durará tanto tiempo como la estirpe de los astros, de la cual procede; vivirá y tendrá robusta vigencia, y con aquella su conocida celeridad consumará sus carreras y sus rotaciones, que, sin duda, no van a tener fin.

El otro principio o parte del hombre, de muy diferente naturaleza y de características muy distintas, es pesado, molesto, perezoso, tardío, tomado de la tierra y muy semejante a la tierra de donde se tomó, que perece tantas veces y tantas veces resurge, que tantas veces se ilumina y se enlobreguece tantas veces, que es una mazmorra auténtica, que es una atadura que rodea y aprisiona nuestros espíritus. Estos espíritus se deslizaron del cielo a la tierra con la misión específica, por el plazo de permanencia que a cada uno está señalado en este bajo suelo, de que, a las órdenes de aquel Señor y Autor de la creación toda, hermoseen y protejan esa misma tierra y no consientan que la afrenten la dejadez y el moho. Esa tierra está colocada en el mismo centro de esa ciudad común de los hombres y de los dioses que es el universo mundo o templo, por hablar con más propiedad, pues en él todo es sagrado. Así que el fuego de vuestros espíritus, que es una chispa desprendida del fuego celeste, conserva, alimenta, acrecienta, sustenta vuestros cuerpos y les dota de vida y de sensibilidad.

Ora nuestros espíritus hayan sido enviados a nuestros cuerpos, como embajadores con alguna misión concreta o como soldados como para guardar y mantener una posición de interés militar, o como esclavos echados a empujones en el encierro de una ergástula, es fuerza que se mantengan en aquel puesto, que no debe abandonarse a voluntad. No es lícita la fuga ni el hundimiento de la puerta ferrada ni la ruptura de esposas y de cepos. Has de esperar que el superior legítimo te reclame o te suelte o te licencie, no sea que, como legado que no desempeñó su legacía o como soldado que abandonó su puesto o como desertor cobarde, que es la manera más fea de eludirse, tengas que expiar atroces suplicios, y de aquel lugar que ruinmente abandonaste o rehuiste o evitaste seas empujado (¡ominoso agüero que aleje el Dueño del mundo!) a otro más desapacible, donde apures para siempre jamás las penas merecidas por tu cobardía criminal, y mientras buscas la vida mediante la voluntaria muerte del cuerpo, vayas a parar en otra muerte del alma misma, aun cuando sea inmortal. El suplicio eterno en el infierno, ¿no te parece una muerte asaz efectiva del alma?

Y siendo esto así, deja, Publio mío, de pensar en aquel camino que no conduce al concilio de los dioses, sino que precipita a quien toma aquella vereda a un lugar de tinieblas tétrico, lóbrego, donde todo horror y toda calamidad tienen su asiento. Manténte en el sitio que Dios te señaló. No hagas nada con rebeldía ni con apatía ni con descuido, sino con la mejor buena fe y la industria más diligente; cumple el deber que se te señaló. Y, entre tanto, mientras andas en la tierra, ejercítate en la justicia, que es el lazo y el nudo de la sociedad humana. En esa eximia virtud tiene su base y su consistencia toda la Repú-

blica. Ella fué la que enseñó a los mortales la disciplina de la vida. Y después de la justicia, ejercítate en la piedad, que es su parte principal y es su amiga y compañera indisoluble; la cual sí tiene que ser grande para con los padres y los deudos y los amigos, para con la patria, tiene que ser máxima. La patria abarca y abraza los padres, los amigos, la totalidad de los ciudadanos, y no sólo los que existen en el tiempo presente, sino también a los venideros. La caridad para con la patria comprende todas las caridades y todas las piedades. Por esto es que entre aquellos recios romanos viejos los hubo que por la patria mataron a sus hijos, y otros, con juramento inflexible, se sacrificaron por ella. Imítales tú a esos varones ejemplares en el amor de la patria y en toda otra obra de justicia, si bien no te es preciso salir de tu propia casa para buscar dechados a quien emular, pues a barrisco tienes ejemplos domésticos. Sabes cuánta fué la austeridad, cuánta fué la equidad y cuánta la templanza de ánimo de ese abuelo tuyo que prefirió desterrarse espontáneamente en Literno a producir trastornos y alborotos en su patria. Lo que hice yo, hijo mío, lo sabes tú, que de ello fuiste testigo. Luego de haber enriquecido la ciudad y el Erario con el cuantioso botín de Macedonia, tras el vencimiento del persa, hasta tal punto que desde aquella fecha cesó de pagarse el tributo, ¿qué introduje yo en nuestra casa y en nuestros penates sino el renombre y la gloria? Del inventario de todos mis bienes a duras penas se pudo reunir la suma suficiente para devolver su dote a mi esposa. La magnánima resignación con que sobrellevé la muerte de tus dos hermanos, acaecida dentro de siete días porque por su patriotismo estaban destinados a la invidencia de la Fortuna, ¿qué necesidad hay de encarecerla si la sabéis tan bien como yo tú mismo, el senado todo y aun nuestro pueblo? Con estas virtudes tu abuelo, con estas virtudes yo, con estas virtudes otros, de las demás gentes y pueblos muchísimos, y del pueblo romano innumerables, volvimos a ese nuestro domicilio de donde habíamos salido con tanta dignidad.

Esta es la senda única, no los honores, no las riquezas, no los aplausos huecos, no la soberbia y el fausto, por donde se camina al alto asiento de la inmortalidad ocupado por aquellos que luego de haber pasado con toda inocencia y bondad por esta vuestra vida, viven aquí en verdadera bienaventuranza y moran en aquel círculo que ves, en resplandores apoteósicos, en el concierto de los astros y de los luceros celestes. Este círculo que está cuajado de lumbres y se señala por su claridad por encima de todos los otros, no con la mente sola y el pensamiento se puede abarcar y comprender como los parhelios, como el Zodíaco, como el Horizonte, sino que también lo perciben y notan los ojos corporales. La anchura de este círculo que comienza en aquella constelación que vosotros llamáis Casiopea y llega hasta la cola de aquella otra a quien dais el nombre de Escorpión, y que muchos opinan que su longitud rodea solamente desde el círculo boreal hasta los términos australes, en realidad circuye y ciñe todo el cielo. Con todo, para vosotros no está suficientemente visible, porque está muy distante de los parajes que vosotros habitáis, cuando penetra en las regiones australes y boreales que los griegos llaman *galaxia* y *círculo lácteo* los la-

tinos, de un brillo mate muy parecido a la leche. Aquella gente griega, según su genio y su costumbre, porque no quede cosa que no esté manchada y afeada por fábulas, imaginaron que Juno, sin que supiesen quién era, dió su leche al niño Mercurio. Luego al punto, sabiéndole nacido de Mayo, sustrayéndole la teta con instantánea repulsión, se le vertieron entre los astros copiosos chorros y quedó en el cielo aquel vestigio que vosotros contempláis en las noches serenas. Otros atribuyeron esta conseja, no a Mercurio, sino a Hércules, quien, chupando con avidez la teta de Juno, su madrastra, como su boca chiquita no pudiese recoger todo su raudal, se desperdició por el cielo tanta leche como es la que ahora vemos. Los hay que cuentan no sé qué de Rea y de Júpiter. Todo esto creo yo que fué fantaseado para pasatiempo y regalo de las orejas ociosas. ¿Qué extraño es que esas ficciones fuesen creadas por aquellos cuyo único afán era servir la vanidad y la estolidez de la multitud, cuando muchos filósofos, y aun de los más graves, definieron aquel círculo con no demasiada precisión? Los pitagóricos pensaron si sería aquel camino al cual prendió fuego Faetonte, hijo del Sol, en su caída descaminada. Comienzan por reconocer que todo ello es pura invención, indigna de filósofos tan grandes. Nosotros, admitiendo en su favor ser verdadera toda aquella fábula de Faetonte, si el carro del Sol pudo incendiar en tal grado aquel trayecto de su carrera loca, por donde anduvo sin gobierno, ¿por qué aquella órbita que el Sol recorre ininterrumpidamente por los doce signos del Zodíaco, por qué no está mucho más abrasada y mucho más calcinada? Los seguidores de Anaxágoras y de Demócrito dicen tener resplandor y centelleo aquellos astros que el Sol ilumina con su lumbre. Mas aquellos que no lo tienen consiguen este como resplandor opaco y esa blancura mate de la leche que es la que más se aproxima a la de los luceros. Por esto es que a aquella extensión del cielo que el Sol no alumbra, por la interposición de la sombra de la tierra, la vemos nosotros de noche con esa vaga lumbre láctea. Cómo es ello posible, yo no me lo acabo de explicar. Quizá sea porque la sombra de la tierra no se extiende más allá del planeta Mercurio; quizá porque, cambiado el sitio del Sol, es fuerza que el círculo lácteo mude también de postura. No son, pues, estas causas que ellos adujeron las que producen aquel halo lustroso como de leche, sino aquellas otras que yo aduje, la extraordinaria, la hormigueante densidad, en aquel sitio, de los luceros más pequeños.

Esto fué lo que él me dijo. Yo, por mi cuenta, habiéndome constituído en aquel lugar, empecé a mirar a mi alrededor y a contemplar uno por uno todos los cuerpos celestes y la faz misma del mundo, que desde aquel soberano observatorio me pareció, al fin, hermosísimo. Juzgué que tuvieron razón los griegos al darle el nombre de *cosmos*, que vale tanto como decir aderezado y ataviado, y nosotros el de *mundo*, que equivale a aseado, aliñado, puro. No había obstáculo que estorbase mi vista, ni montaña, ni arboleda, ni bosque, ni niebla o calígine; ni aun la tierra misma, que con su pequeñez no constituía estorbo para que yo, desde aquel miradero glorioso, volviera mi vista hacia el vértice austral; todo estaba ante mis ojos, abierto y franco.

Así que vi aquellas estrellas que, fijas en el hemisferio inferior, no pueden ser vistas por nosotros desde la tierra, y aun aquellas otras que, puestas en el hemisferio superior, no puede columbrar nuestra visión obtusa, siendo así que ellas, que nosotros calculamos ser pequeñísimas, son de una magnitud y volumen increíbles. ¿Quién hubiera sospechado jamás que la más chica de aquellas estrellas es mayor que esa tierra nuestra poblada por tantas gentes y por tantos pueblos? Así vi que era desde aquella atalaya, y como en muchos otros puntos de su doctrina, también en éste falla, a mi entender, Epicuro, que quiso que el sol y las estrellas no fuesen mucho mayores de lo que parecen. Y la tierra misma, muy estrecha y reducida a tal punto que me pesó y me causó vergüenza que yo, que nuestros mayores, que nosotros mismos, por un pellizco de esa tierra tan angosta y tan vil, suscitáramos tantas guerras y tantas revueltas y padeciéramos tantos trabajos y tantas penalidades. Engolfado en esos pensamientos, contemplaba la tierra y ponía mis ojos en Italia, en Sicilia, España, Africa, el Asia Menor, Iliria, Grecia, tan achicadas que yo apenas, en la tierra, las podía distinguir; lamentando que aquellos puntitos microscópicos nos hubieran acarreado tantos males y que todas juntas aquellas tierras no valían la pena de la más insignificante de nuestras guerras.

Entonces me dice *el Africano:*

—¿Aún ahora, Carrillo mío, después de haber visto todo esto, te aficionas a esas humanas ruindades? ¿Aún ahora te reclaman para sí? ¿No piensas contigo mismo a qué lugar viniste, en qué templos tan espaciosos, tan magníficos, tan augustos fuiste introducido, que nadie puede habitar si no estuviere previamente iniciado en los sagrados misterios de la conciencia recta y noble y desdeñosa de todas aquellas vilezas? Aquí todo es sacro. ¿Y tú tienes ojos para aquellas profanidades? ¿Y tú les tienes afición? ¿No te hiciste cargo, por ventura, de qué elementos está constituído ese santo domicilio del mundo y ese templo formado por toda la creación que llena Dios, que es su padre y su dueño, y en el cual se le rinde culto asiduo y sempiterno? Ve aquí cómo la universalidad, formando un cuerpo único, está compuesta y trabada de nueve orbes, o, por mejor decir, de nueve esferas o globos, pues tal nombre recibe en latín esta forma redonda, como la que más les hermosea y conviene, pues ella es la única que contiene todas las figuras, sin asperezas, sin esquinas, sin aristas, sin hendiduras, sin salientes. Con otra configuración no le fuera fácil conservar esta uniformidad del movimiento y esta constancia en sus evoluciones.

El primer globo celeste es el nido más alto, por decirlo así, de toda la Naturaleza, y aun la Naturaleza misma, fuera de la cual no hay nada y dentro la cual está todo. A ese todo ella le abriga y lo calienta en su halda y en sus brazos amorosos: grande y veneranda Divinidad, adornada y cuajada de tantas estrellas, es decir, de tantas almas y mentes divinas e inmortales. Ese globo soberano, esa rueda que huye tanto del suelo con su movimiento se lleva y pone en movimiento detrás de sí todos los otros globos, y provoca las alternativas del día y de la noche, y con su incontrastable y serena eficacia difundida por el universo mundo y distribuída en cada cosa según su respectiva capacidad, regula y modera la Natura-

leza esparcida por el orbe todo. En él y con él andan rodando y dando tumbos en viaje eterno aquellos astros fijos en su quieta estabilidad y no se dan punto de reposo; porque tal es la propiedad y naturaleza de aquellos cuerpos ígneos que viven a condición de que estén en vigor, en movimiento, en actividad, y se apagan si se emperezan o detienen, si resisten al gran empuje, aun cuando no sea más que un momento.

Este globo supremo a quien llaman mundo y cielo comprende aquellos otros siete que aun cuando todos los días son como juguetes de aquella insuperable violencia del cielo, van y vienen por encima de vuestras cabezas, del Oriente al Occidente, y por debajo de vuestros pies, del Occidente al Oriente, y cada uno, con sus propios pasos y su andadura propia, consumen jornadas y caminos tan diversos y por ende tan contrarios; a saber: por encima de vosotros, del ocaso al orto; debajo de vosotros, del orto al ocaso. Esas estrellas, nosotros las llamamos errantes, que ésa es la versión exacta de las que llaman *planetas* los griegos, siendo así que lo menos que hacen es errar y devanear. Fijas son las evoluciones de aquellos cuerpos definidos por ley y razón. Merodean o divagan en el sentido de que cada uno de ellos unas veces se retiran a su tiempo, y otras a su tiempo se adelantan, y otras desaparecen, y otras van a la zaga, y otras aceleran su marcha, y otras la retardan, y en determinados momentos parecen no moverse siquiera, sino que hacen un alto. De ahí resulta que o se agrupan entre sí o se miren oblicuamente, o estén separados unos de otros por largos intervalos; costumbre y manera que dió a los griegos y a nosotros ocasión para que les llamásemos errantes. El más alto de todos y que por esta causa parece el más pequeño, es el que vosotros, los mortales, denomináis Saturno. En el cielo nosotros no conocemos estos nombres. La ociosa ligereza de los griegos, no contentándose con ensuciar con esta suerte de impíos delirios vuestros templos de mármol, se empeñó también en penetrar en estos celestiales, porque no dejase su locura cosa sin contaminar. Ni Saturno, aquel rey de Creta, ni su hijo Júpiter, irreverente con su padre, ni el sanguinoso y crudo Marte, ni Venus, la famosa ramera; ni Mercurio, el no menos célebre ladrón, ni ningún otro de aquella pandilla de bellacos, no digo ya solamente que no son estrellas, sino que no pueden serlo, puesto que las estrellas son de siempre y esos malhechores vinieron poco antes de la destrucción de Troya, ni pueden encaramarse a esos tronos de bienaventuranza, cuya entrada no está abierta sino a los más puros y mejores.

Y si alguno creyere que aquellos varones antiguos a quien nuestro Ennio acostumbraba llamar *Cascos*, y los nuestros, como griegos, quisieron dar a entender algo que desconozca el ignorante vulgo, como piensan tu Panecio y los restantes estoicos, con agrado sufriré que se atribuya la sabiduría a aquellos aborígenes, en gracia de nuestros mayores, y admitiré que *Saturno* sea aquella estrella que se *satura* de años, bien porque, entre los astros vagarosos, consume muchos años antes de que complete sus carreras, a saber: treinta, nada menos, bien porque quisieron que fuera él quien comprendiese el cómputo de los tiempos y por eso se le llamó *Cronon*. Devora, pues, los años que

nacieron de él, porque la edad consume los espacios de los tiempos y se ahita insaciablemente de los años pretéritos. Los griegos llámanle *fainos* también, que vale tanto como decir aparente, porque se manifiesta y se oculta misteriosamente, ora anticipándose, ora retrasándose, ora deslizándose con sigilo y nocturnidad, ora mostrándose de nuevo a la amanecida. Todos los años se esconde no menos de treinta días ni más de cuarenta. Se tiñe de lividez su llama blanca; es de temperamento glacial, maligno y nefasto para las tierras y los cuerpos humanos.

A Saturno le sigue Júpiter, a lo que el pueblo cree; ora ese personaje de Creta sea hijo de Saturno y Opis, ora sea de Arcadia y su padre sea el Eter, ora sea otro, de Arcadia también y su padre sea el Cielo, que reinó en Atenas y enseñó a aquellos pueblos a poner estatuas a los dioses. Ni de uno ni de otro es aquel lucero al cual llaman *Júpiter*, como quien dice que ayuda a su padre (*juvans patrem*). Júpiter y Jove son lo mismo y comparten sin distinción los mismos azares. No cabe duda que ese astro *que ayuda a su padre* por su claro resplandor es benigno y amigo del género humano. Recorre en doce años el espacio y la ruta que le señaló, con inflexible rigidez, el soberano Rector del mundo. *Faetón* llaman los griegos a esa estrella, que equivale a decir luciente. Y añaden esos forjadores de mitos que éste fué el más hermoso de todos aquellos hombres que Prometeo amasó con barro y que por eso se le concedió la inmortalidad. Otros dicen que fué hijo del Sol, quien por impericia en el arte de guiar caballos, caído de su carroza, incendió mares y tierras.

Después de Júpiter, viene aquel rutilante, aquel fogoso, aquel violento *Mavorte* (*magna vertens:* gran trastornador), que por elipsis de algunas letras se quedó en Marte, de quien se cree que con su fuerza y su arrojo preside las guerras, y no sin motivo se le llama gran trastornador. ¿Qué cosa hay que más trastornos produzca que la guerra? ¿Y qué, si digo que de ningún otro astro es menos observable el curso que el de éste? Y decidme: ¿hay cosa más variada, más dudosa, más resbaladiza, más al borde del derrumbadero que la guerra? Algunos dicen que ese astro es el de Hércules, porque mucho se holgó con choques, violencias, raptos, rapiñas, latrocinios y otros desmanes que la guerra ocasiona y por la redondez del orbe sembró todo género de calamidades. Y habiendo él sido tal, ¿quién que no sea loco furioso como el propio Hércules va a creer que pudo llegar jamás a estas santas moradas, asiento de hombres inocentes? No es a través de la sangre derramada ni del estrago del linaje humano como se sube al cielo, puesto que casi exclusivamente la humanidad y la benignidad sean el camino para este lugar. Por esto es por lo que tanto me desagradan aquellos versos que Ennio pone en mi boca: *Si a copia de muertes es dado a alguno encaramarse a los celestiales asientos, a mí sólo está abierta la puerta mayor del cielo.*

Aunque no del todo ignorantemente habló atenuando esa afirmación con una condicional y un asomo de duda. Vino a decir, aproximadamente: Si a fuerza de robos, si a fuerza de hollar todas las leyes y los derechos humanos y divinos está permitido a alguno escalar el alto asiento de la inmortalidad, ¿cómo puede ser que cumpla recta-

mente con el deber que Dios impuso al género humano aquel hombre cuyas obras distan tanto de la Humanidad, a saber: de la misma naturaleza humana? Los hombres fueron introducidos en el mundo para el recíproco provecho, para que den asistencia y socorro a los que de ellos están necesitados: ¿cómo, pues, puede ser hombre aquel que a tantos daña, o cómo puede dejar de ser fiera brava aquel que se puso en guerra con una porción tan grande de la raza humana y le ocasionó tamaña calamidad y estrago?

Yo no maté tantos millares de cartagineses sino en un generoso empeño de defender y conservar mi patria; ellos, ciegos de furor, precipitáronse en la muerte para hacer daño. Mi acucia más viva era conservarlos luego de haberlos reducido a más cuerdo consejo. Ellos, enloquecidos de ira y de odio, se abalanzaron sobre la punta de mi espada, que yo había desenvainado a guisa de muro que protegiese a mi patria, pues de nada había servido otro muro.

Vuelvo a la estrella. *Piroeis* llaman los griegos a esa estrella de volumen tan exiguo y no desemejante de una llama. De su ardor demasiado y de la frialdad de Saturno resulta la templada benignidad de Júpiter, que se interpone entre ambos, que le hacen dios manso, suave y bienhechor. Situado en el centro de las estrellas errantes está el augusto astro, el Sol. Plugo al Padre del universo que fuesen muy grandes la fuerza y el poder del Sol en toda la Naturaleza. De ese astro jamás podrá decirse todo lo que merece que se diga. Dios soberano enciende el Sol, a manera de antorcha, y no solamente para los mortales, sino para el mundo todo y aun para los restantes astros, pues todos le piden prestada su luz, sin excluir aquellos que no carecen de luz propia. Diríase que es el mismo Sol quien gobierna esa concertada danza celeste y que modera y rige esta divina fiesta de la luz. Como quien preside el mundo, tutela tierras, elementos, cielos y tiempos. De él emanan esas alternativas de días y de noches, de inviernos y de veranos, de calor y de frío, de hojas, flores, frutos, y meses y años.

Varones sapientísimos afirmaron que el Sol era el alma, o, mejor, la mente del mundo, omnioyente, omnividente, omniprovidente, que con aquella luz y aquel calor suyo engendrador y salubérrimo beneficia a la Naturaleza toda. Y esto en tal manera, que algunos filósofos griegos se persuadieron que los mortales fueron introducidos en el mundo no por otra causa sino porque viesen y contemplasen el Sol, maravilla de las maravillas de Dios. Falsa es, sin duda, esta persuasión, pero se ha de hacer constar que la inspiró la admiración sentida por aquel astro. Sol le llamamos nosotros, bien porque sea el solo de tantos astros de tamaña magnitud, o porque, cuando ha salido, oscureciéndolo todo, se queda y se muestra él solo, luminoso. Los griegos le designan con muchos y muy variados nombres: llámanle Delio (de *dela*), porque con su lumbre esplendorosa lo esclarece y lo manifiesta todo; llámase Febo, porque todo lo limpia; llámase Nomio, porque todo lo nutre, o, a su debido tiempo, todo lo distribuye. Entre los milesios llámase Ulios, porque todo lo sana. Al Sol invocan nuestras vestales. Apolo se le llama en la Media por varias causas; ya por los rayos que despide y que fingen que son dardos, ya por la mortandad que en la pestilencia ocasiona en los seres

animados. No han faltado estoicos de los tuyos por quienes fué llamado *Apollona*, como si no hubiere otros semejantes a él, sino el único; de ahí proviene, según algunos de los nuestros, que fué llamado Sol.

Debajo del Sol está Venus, no aquella cipriota, nacida de la espuma, asquerosa meretriz; ni aquella otra hija del Cielo y del Día, ni de Júpiter y Dione, ni concebida de Siria y Cirto, llamada Astarté. Cuál de estas Venus mereció la palma de la maldad, no es cosa que pueda decirse fácilmente. Mi opinión es que todas fueron iguales en liviandad y bellaquería. Pero aquella Venus Urania, placer de los hombres y de los dioses, que, a la alborada, esparce el rocío genial, que, no solamente fecundiza los gérmenes de la tierra, sino que estimula el de los animales, y por eso se llama *alma*, que suena en castellano alimentadora; vistosa por su grandeza y su lumbre, tales que a la tarde emula la de la luna y al amanecer la del Sol; va a zaga del Sol, a su puesta, por eso le llama Véspero nuestro familiar amigo Ennio; Plauto le llamó *Vesperugo;* anticípase a la salida del Sol como heraldo del día; los griegos le llamaron *Fósforos*, que suena portadora de luz.

Su claridad es tanta, que el lustre de esa estrella sola ahuyenta la noche y aun a veces no cede a la propia lumbre del Sol cuando sale. Su brillo no es igual, tarde y mañana; pues el de la madrugada es blanquecino y refulge con albores apacibles y el de la tarde es rútilo y fogoso; vésele tal porque de los diurnos ardores del Sol aquella nuestra atmósfera está encendida. De los griegos los hubo quienes personificaron ese astro en Isis, quiénes en Juno, quiénes en Venus. Pero los hubo también que no quisieron que fuese Venus, al paso que otros hay que sostienen que fué un cierto hijo de Céfalo y de la Aurora que compitió en belleza con Venus. ¡Qué precioso tiempo tenían aquellos sutiles greguecillos para perderlo en esas frívolas ensoñaciones!

Vecino de Venus está el lucero que vosotros llamáis Mercurio. Pero nosotros jamás hemos visto por aquí a ese Mercurio, fruto de una bellaquería de Maya, inventor de la palestra, dios de los hurtos, pues no acostumbran los dioses ser fautores de ladrones, y menos es aún aquel cuyo padre fué el Cielo y cuya madre fué el Día. ¿Puede haber obscenidad mayor? Ni aquel bellaco de Trifón, hijo de Valente y de Feronda. Los griegos llamaron a ese lucero Estrilbón: nombre acertado si se le considera derivado del verbo griego que en castellano suena lucir o resplandecer; pero si se quiere que sea hijo de Dionisos y Proserpina, aquel que recibió crianza en Nisa, fundada por su padre recientemente, es un nombre absurdo como los otros nombres, incongruente y pueril. Chico es este lucero si se le compara con el lucero de la mañana, abanderado de la luz, lumbre radiante y viva, de genio versátil y de naturaleza voltaria. Cualquiera que fuere el celeste compañero de viaje que alcanza en su caminata, luego al punto se hace otro él. Esta circunstancia ha dado lugar a la ficción de que Mercurio es el mensajero y el ministro de los dioses, como sea verdad que se presta dócilmente a sus órdenes y a su poderío. Su vecindad del Sol es tanta, que Mercurio está siempre por ella defendida del ataque de la sombra producida por los turbiones de la tierra. Así que nunca puede padecer eclipse, puesto que el Sol echa siempre la sombra a la parte

de la tierra, que se le contrapone, y en esa parte jamás se hallará a Mercurio, compañero tenaz e implacable camarada del Sol.

El último de los planetas es la Luna, de una prodigiosa volubilidad y mudanza, que parece cosa de milagro; su nombre viene de *lucir*. Identifícase con Lucina y con Diana, porque hace las noches como los días, creada por Dios, arquitecto del mundo, para ilustración de las tinieblas. No tiene de suyo luz alguna; es una masa sólida y muy densa, pero lisa, tersa e igual. Ello hace que, como no tiene aspereza ni escabrosidad alguna a la cual pueda asirse, refleje y reverbere todo cuanto esplendor recibe; fenómeno éste que observáis en las espadas y en las armas y metales acicalados. Del Sol, su hermano, recibe toda cuanta luz tiene y nos la transmite a nosotros suave y como femineizada. Cierto que los demás astros van a beber su lumbre en aquel hontanar irrestañable, copioso y puro de claridades inextinguibles, pero no toda la que ostentan. Empero la Luna tiene que beberla toda, pues es oscura de sí, cosa que a vosotros no os es difícil observar, si bien lo reparáis, desde la tierra, cuando el cielo está sereno y la Luna es nueva. Como el Sol y la Luna caminan con desigual celeridad, cuando la Luna está debajo del Sol, unas veces se le anticipa y se separa de él algún tanto, otras veces se le contrapone, otras veces le sigue tan de cerca que se pega a él. Esta andadura desigual da origen a que la Luna se muestre a los mortales de tantas formas y hechuras; pues cuando se verifica la conjunción y la Luna calla aquel su rostro que para vosotros es visible no queda esclarecida y, en cambio, se nos muestra todo resplandeciente el que nosotros vemos desde aquí, por manera que al décimoquinto día, cuando está de todo punto opuesta y contraria al Sol y dista de él seis signos del Zodíaco, la cara que mira al cielo permanece opaca y brilla en toda su entereza la cara que a la tierra mira. El interlunio mayor nunca pasa de dos días. Al tercero día muéstrase a las tierras haciendo gala de una nueva y hermosa faz, y ello desde la puesta del sol, y en aquella noche jamás se ofrece al placer de vuestros ojos por el espacio entero de una hora. Desde ese primer día en que os mostró su rayo verecundo se detiene cada noche con vosotros un rato más largo, hasta alcanzar su gloriosa plenitud, al punto de que con su llenez luminosa, ayuda y corrobora la luz del Sol naciente, y con pasos contrarios a aquellos con que había venido, va retrocediendo hacia la conjunción con el Sol. De ahí proviene que los cuernos de la luna en su creciente miran al Oriente, y en su menguante miran al Occidente, siempre en dirección contraria al Sol. En aquella parte de la Luna en que da la luz solar alúmbrala toda por un espacio mayor que un semicírculo, de modo que parece que sus conos se tocan, puesto que la luz de aquel globo inmenso viene a dar en un globo mucho menor; mas en la otra parte el fragmento iluminado perfila sus límites, que afectan la curvatura de unos cuernos; así les llamáis vosotros vulgarmente, pues entre ellos no penetró aquella luz. Esos cuernos, cuando vosotros pensáis que han desaparecido, entonces nosotros los vemos. No hay tiempo alguno, ni siquiera un momento solo, ni la partícula menor de una hora, en que la Luna no retenga y haga alarde de todos aquellos semblantes con que se os representa a

vosotros cada quince días, siendo simultáneamente cornuda y por gala partida por medio y luego mayor que su mitad y, por fin, ufana de su redondez serena, pero diversamente, en diversidad de lugares, excepto en el caso de que la sombra de la tierra meta en ella una cuña. En esa emergencia, según el informe que os dió Sulpicio Galo, tu compañero de armas en Macedonia, bajo el caudillaje de tu padre, la Luna enferma, y enflaquece, y pierde su brillo.

Por todo esto que dije no acabo de asombrarme de que haya habido quienes no ya dudaren, sino que reciamente afirmaren ser la Luna mayor que la tierra, siendo así que la Luna, en su totalidad, queda comprendida en la zona de sombra que proyecta la tierra, aun extendida tan lejos, que por fuerza, cuanto más se aleja de su base, se hace más estrecha y más delgada.

Este, en fin, es el planeta cuyo mayor apartamiento del cielo le da su mayor aproximación a las cosas caducas y mortales. Cúpole la partija menor de la virtud y prestancia divinas. No tiene luz por sí misma; recíbela del Sol por una merced singular y la priva y despoja de ella la avarienta malignidad de aquella sombra y aquella lobreguez que dije. Debajo de la luna no hay cosa que tenga consistencia; todo es caedizo; todo es presa obvia y fácil de la vejez, de las dolencias, de los vicios, de los azares, de la muerte. Ni aun a falta de agente exterior, su propia naturaleza consentiría que las cosas de ese mundo sublunar fuesen duraderas, cuanto menos eternas. Fueron creadas con tal condición y ley, que a sus tiempos preestablecidos con una inflexible certidumbre, depongan una vida que gozaban de prestado y la devuelvan y retornen a la Naturaleza que se la confió. Sólo el espíritu humano, como sea verdad que fué tomado de la mente de un Dios que es eterno, tiene eterna duración y vive perdurablemente no menos que esas lumbres celestes con las cuales tiene agnación y parentesco. No es posible, ni lo será jamás, que perezca el más pequeño átomo de la mente y naturaleza divina. Todo este cielo, todas estas lumbres quedarían sumidos en luto y lobreguez si alguno de su linaje o de su familia se extinguiera. Y, en cambio, en ese templo del cielo no solamente no hay cosa fallecedera, pero ni siquiera tristeza ni planto, ni lágrimas, ni sentimiento, ni dolor alguno. Achaques de éstos los hay muchos en la tierra, y muy variados e inevitables. Acá arriba nadie llega sino purificado, no sólo de la voluntad de aquellas cosas, sino también de su misma facultad y potestad. También son para ti esas moradas y esos templos, donde tuvimos origen y adonde regresamos conducidos de la mano de la virtud.

Como aquel divino Arquitecto, artífice de fábrica tamaña, quisiera unirla y conectarla con la maciza y bien asentada solidez de la tierra, no pudo hallar enlace más cabal que aquel que por una cierta y adecuada proporción con los elementos que une constituye una unidad. Con ello se consigue el objetivo final, que aquella trabazón y estructura no sea de fácil disolución. Mas, como no se pudiese obtener la conveniente ensambladura entre estos tan antagónicos extremos que debieran concurrir a la unidad, buscáronse dos interferencias, dos medios términos; a saber: el aire y el agua, que están tan convenientemente relacionados y mezclados entre sí, que si de este elevado lugar descendieres

a la tierra, dirás que todo ese intervalo constituye una unidad física que poco a poco se hace tierra. Y si de la tierra te remontares a ese alto asiento, pensarás que el camino ascensional es una unidad física que se torna cielo poco a poco. Tanta verdad es que violentamente ningún cuerpo se une y se acomoda con otro cuerpo de natural disidente. La parte superior del aire, inflamada por el rápido mover y por el hervor del cielo, tiene determinadas apariencias y visos de cielo, pero de cielo de condición inferior y, por decirlo así, como de cielo bastardo. La parte media de la atmósfera no se estimará que sea fuego propiamente, pero tampoco es niebla ni calígine. La parte inferior, por efecto de su densidad, es muy semejante al agua. La cara superficial y aparente del agua más parece aire que no tierra; mas el agua del fondo que está en contacto inmediato con la tierra de tal manera es cieno, que más parece tierra que agua.

Esta es la artificiosa estructura, la primorosa e imponente máquina del universo mundo. Nueve son los globos o esferas: ocho, celestes; la que hace nueve es la terrena; el agua y el aire y ese fuego vecino del cielo que es una parte respirable de la Naturaleza, pero encendida y ardiente, constituyen la región fronteriza del cielo y de la tierra; ocupa sólidamente el centro del mundo que afecta forma redonda y está en la parte más baja. De cualquier parte la mirares, ocupa siempre el lugar inferior. El cielo está encumbrado siempre, sublimado, en el ápice supremo; por esto es que, de dondequiera, de cualquier punto de la tierra, los cuerpos ligeros vuelan y se remontan al cielo, mientras que los pesados por su propio impulso se precipitan y se aplastan contra el suelo, y ello por sus líneas rectas, por sus ángulos iguales; pues no es por los lados de la tierra como los cuerpos pesados van de una parte para otra, porque, de otra manera, llegarían hasta el cielo o quedarían como colgados en ese aire intermedio, y este fenómeno no es posible.

La imponente mole de la tierra, colocada en el centro del universo, se embrutece en el aburrimiento de su invariable quietud, pues el modo de ser del mundo no le deja moverse ni hacia adelante ni hacia atrás, ni a la izquierda ni a la derecha, ni a lo que a vosotros os parece arriba o abajo, porque a cualquier lado se inclinare, subiría; revolverse y rodar sobre sí misma, le conviene muy poco, porque en continuo vértigo de su rotación no podrían afirmar en ella sus pisadas ni los hombres ni los restantes animales. Todo esto parecióme a mí tan grande y tan admirable, que el estupor y la maravilla que me causó su contemplación hízome olvidar de mí mismo.

Habiendo dicho todo esto el *Africano*, y detenídose un poco, ya como animado por su silencio y su quietud (pues harto sabéis que a aquellos de quienes por taciturnidad o por inactividad se apoderó el sueño o el pasmo acostumbra despertarles algún ruido, y a aquellos a quienes produjo modorra la barahunda o el tráfago, despiértales el súbito cese de la batahola), habiendo ya vuelto en mí de aquella admiración profundísima y oído un concento que con él no tiene posible comparación ninguno de los que acarician nuestros sentidos perecederos ni en robustez de sonidos ni en deleitosa suavidad; pedíle *qué tal era aquel concierto.*

—Este concierto es — díjome el *Africanc*—el que producen el movi-

miento y el roce de los cuerpos celestes. Impone la Naturaleza en los cuerpos todos cuando se menean y se frotan la emisión de un sonido, ora sean duros, densos y compactos, como los del hierro, oro, plata, barro, piedra, madera; ora sean blandos y de escasa coherencia, como los acuosos y los aéreos. Y si vuestra propia experiencia os enseñó que este fenómeno se produce en esas delgadas y pequeñas masas vuestras, ¿cuánto más grande y más voluminoso sonido no producirá la frotación de esos cuerpos gigantescos? Este sonido será tanto mayor cuanto más grandes sean esas masas y más acelerado el ritmo de su movimiento y más fuerte la presión mutua con que se refriegan. Estos sonidos, que tienen su origen en cuerpos divinos y en la región más alta y divina e inmortal de la Naturaleza, es pura impiedad creer que sean discordantes, hórridos, desapacibles, descompuestos, rudos, desatinados, cuando vuestras sonajas, vuestros crótalos, vuestros címbalos, vuestras cítaras, emiten sones tan lindos. Pues si el Soberano Hacedor y Fabricador de ese universo mundo puso medida y número sonoroso en esos instrumentos vuestros, tan inferiores, tan viles, tan ruines, y les dotó y les enriqueció con esa suave consonancia y armonía, como la llaman los griegos, ¿habrá dejado esas masas hermosísimas, animadas por mentes inmortales y divinas, sin armonía, sin concento, sin compás, sin aquel equilibrio y proporción y consentimiento? Aun esos mismos cuerpos que arrastráis, amasados de barro, cárceles ambulantes, efímeros y caedizos, no carecen en absoluto de concorde consonancia. Música hay en el corazón, en los pulmones, en el cerebro, en los ojos, en los nervios, en las venas, en todos los miembros y partes del cuerpo, aun cuando esa música tenga su sagrario en el alma y de ahí salga y se espacie por el cuerpo todo.

Todo esto queda muy a la clara demostrado por el hecho de que en un cadáver todo ese concierto, toda esa agrupación sistemática de números y ritmos quedan prácticamente mudos, amortecidos y disueltos. Pero siempre resulta cierto que el ánimo, derribado de esta su soberana mansión y confinado al suelo bajo y vil, cautivo en la mazmorra de su cuerpo, conserva invariablemente esa música movida y acordada que de esta región trajo consigo a ese su postliminio terrenal y la transfunde en el cuerpo y alégranle y excítanle tanto los cantos musicales, que con el vago recuerdo de su casa y de su cuna, imagínase restituído a su primitivo ser, cobrado el tino y la perdida memoria de su origen celeste. Con vehemencia mayor siéntenlo los niños, quienes puesto que su apartamiento de estas moradas es tan reciente, con indecible atención escuchan y admiran la dulcísima y sabrosa alianza de los números concordes. En percibiendo algún son, por más remota que sea la semejanza que tenga con los sonidos divinos, que aquí arriba se avezaron a oír, entonces, como advertidos e impresionados de la añoranza fiel, quedan sumidos en estupefacción y pasmo y no pueden comprender ni discernir en qué hondón oscuro, tan ajeno y tan contrario de su naturaleza, tan insólito y tan perturbado, quedaron sumergidos. Y con deseo tanto más agudo nuestros espíritus se asen al pensamiento y al recuerdo de esta su patria soberana, cuanto más aquellos cantos se asemejan a los concentos celestiales, y cuanto ellos mismos son más generosos y subli-

mes. La música que levanta los ánimos nobles y excelsos, degrada a los espíritus ruines, atollados en la cloaca y en las sordideces de los sentidos y les empuja más y más los deleites asquerosos. En el concierto celestial hay la razón y la medida de toda sinfonía suavísima que puede caber entre la nota más aguda y la más grave. El soberano Gobernador de toda la Naturaleza, el lucero que vierte sobre el mundo los raudales de su lumbre, puesto que vuela en la más precipitada de las carreras, en su ruta vertiginosa, produce el más agudo de los sonidos. La condición natural de cada ser hizo que a la más arrebatada velocidad correspondiera el sonido más agudo, y al revés, que al más tardío y más perezoso movimiento responda el sonido más pesado y más sordo. A tenor de esta ley, la Luna, que es la masa de todas la más lenta, emite el son más bajo. Por lo que toca a la tierra, de quien me apresuré a declarar que era la esfera novena, ninguna cosa particular se me ocurre, porque siendo de suyo indolente, y lerda, y sorda, y muda, clavada y pegada en el centro del mundo y no separándose de ahí ni el grueso de una uña, ninguna contribución puede aportar a esa consonancia y a esa marcha triunfal del orbe, pues carece de todo sonido y aun de toda suerte de rumor. De estotras esferas celestes, aun cuando sean ocho, se originan siete distintas razones y modos diferentes de voces y de sonidos. Desiguales son los intervalos de esos sonidos, pues si fueran iguales la resultante de todos ellos sería una voz simple y desafinada, sin posible armonía, que toda consiste en la variedad de sonidos y en la proporción de los modos trabados entre sí; como de Mercurio y de Venus, engéndrase un modo único y una total analogía de sonido.

Todas esas esferas, siendo, ciertamente, desiguales, por su correspondencia y proporción mantienen una igualdad inenarrable, causadora de aquel dulcísimo concierto imperecedero, señalado por siete voces, mezclado y templado por sonidos diferentes. Como empezaba a decir, en las esferas de Mercurio y de Venus, idéntica es la fuerza del sonido, y el tono es idéntico, y, por eso, única debe decirse que es su voz, aun cuando sea doblada. Las órbitas y las revoluciones de estos planetas indican esta realidad. Mercurio, que está más abajo, recorre y termina su circunvalación nueve días más pronto que Venus. Ambos a dos en su circuito no rodean toda la tierra, sino que solamente merodean por cualquiera de sus lados y tienen sus curvas o círculos en sentido contrario a los demás planetas, es decir, debajo del globo terrestre, que es vuestra baja morada, pues en hecho de verdad siempre está encima de la tierra. Sus órbitas tiran tanto a la banda de los astros como las de los otros hacia el lado del Septentrión. Ello hace que así como las otras estrellas errantes, cuando a mayor distancia y altura están de la tierra, se mueven con pereza mayor, éstas, por el contrario, caminan con más veloz apresuramiento. Las otras andan más aceleradamente, en el ocaso vespertino, y, al revés, esta pareja sideral nunca es tan tarda y adormecida, y al par que aquéllas, así que amanecieron empiezan a reprimir las impaciencias de su movimiento y de su prisa, estas dos avivan su andadura y se espolean a sí mismas y se animan a un rápido viaje. Por todos estos motivos que dije, idénticos son su voz y su sonido. En las otras

estrellas andariegas, cada una tiene su voz propia. Vuestro Platón las llamó las Sirenas del cielo, pues no alcanzó a discernir a qué otras voces podía compararlas sino a aquellas que son las más suaves y más enhechizadoras, hasta el punto que pueden desviar a los mareantes de su rota, y luego de haberles hecho perder el tino, empujarles y precipitarles, cautivados de su dulzura, en riesgos mil y en muerte amarga. Estos sonidos del cielo, de cuyo canto simultáneo surge y se forma una consonante y concorde polifonía, Pitágoras y muchos otros varones prestantísimos, los mayores que en el mundo han sido, los reprodujeron y los expresaron en la ruin medida en que los instrumentos materiales y caducos pueden repetir la música robusta y no perecedera con las cítaras y con las liras, mitigados y cautivados con el halago y la blanda dulzura de aquel concento, y que mientras alternaron con los otros hombres, vivieron con tal santidad y pureza, que atinaron a abrirse un camino suyo propio y avanzando por él regresaron sin rodeos ni desvíos a esos asientos soberanos que es su genuina y verdadera patria. Y a imitación de éstos abriéronse también una senda propia todos aquellos sabios que mientras anduvieron aherrojados en la cárcel de su cuerpo, no se entregaron a afanes y ejercicios materiales ni a placeres, ni a pasiones descaminadas, ni a vicios, ni a maldades, sino a la práctica de aquellas virtudes que, inspiradas y nacidas en aquellos pechos verdaderamente celestiales y en ellos crecidas y cultivadas, parecen tan bien en los vuestros, a saber: las virtudes de la justicia, de la continencia, de la prudencia, de la piedad, de la ciencia, de la sabiduría, que con toda razón merecen el nombre de divinas.

Ya ves cómo esas divinas mentes andan dotadas y adornadas de todas aquellas virtudes. Y esto es lo que nuestros ánimos imitan si no andan atollados en la torpeza de la sensualidad y no degeneraron de este su origen primero esclarecido. Cuanto más excelso y generoso es el ánimo de cada uno y más descollado por la excelencia de su mente, con tanto mayor afán se entrega a la intensa y frecuente meditación de esas moradas soberanas de donde partió e inició su ruda peregrinación, y con tanto mayor fervor se consagra a aquellas virtudes que he dicho; de manera que a la mayor brevedad y con la mayor suma de facilidades está de vuelta acá arriba, por haber tomado el atajo más corto y más expedito.

Este sideral concierto que cautiva y maravilla tus oídos no podéis vosotros percibirlo desde la tierra. Es demasiado fino y demasiado sublime para que puedan captarlos vuestras espesas y torpísimas orejas. Sois vosotros para con él lo que el asno es para con la lira. Mas, a lo que yo creo, no lo oís vosotros por la razón de que siendo la facultad y fuerza de vuestro órgano auditivo muy flacas y adelgazadas, no pueden abarcar esa rica amplitud y esas ondadas de música caudalosa. Vuestros sentidos no pueden percibir y recibir más sensaciones que las que caben en la estrechura de su capacidad. Todo lo otro que no cabe en esa angosta limitación, aun queriendo abarcarlo y sentirlo, no consigue su deseo, y si se empeña en una pretensión vana y en una lucha estéril, acaba en un fracaso lastimoso, con la pérdida de gran parte de su brío o con su extinción y muerte total. Tan vano e infructuoso es su empeño como el que de

quien, filo del mediodía, en cielo sin nubes, se esfuerza por mirar el sol de hito en hito. Si lo hiciere por más largo tiempo del debido, el resplandor demasiado nublará la vivacidad de sus ojos y poco después le cegará, y si persiste en ese deseo tenaz y se entrega a él con alguna frecuencia, acabará por perder y por arruinar su facultad de visión. Y si esto acontece con vuestros ojos, cuya agudeza es tan vigorosa, ¿qué hemos de creer que va a pasar con el oído, que es el más obtuso y el más romo de vuestros sentidos y el más ocasionado y expuesto a toda suerte de descalabros? Anda al descubierto y le tapian y le obturan el polvo, el tamo, las pelusas y toda suerte de volátiles inmundicias; el viento y sus propias pegajosas secreciones le dañan de tal manera, que hartas veces se pierde por esta sola causa. El chirrido de los ruidos desapacibles y la fuerza impetuosa de los violentos no puede este sentido tolerarlos; no de otra guisa que los otros sentidos corporales no pueden sufrir la inclemencia y el empuje y la fuerza excesiva de los objetos de su sensibilidad específica. Los sentidos se vician y se gastan, si aquello que sienten excede su receptibilidad, pero las más veces quedan como desmenuzados y hechos polvo como bajo el peso de un derrumbamiento.

Y prosiguiendo en eso del sonido, que es lo que más camina a nuestro propósito y a nuestro fin, digo que han sido muy muchos los que ensordecieron por la vehemencia insufrible de los estruendos y fragores y que todas las gentes que habitan aquella comarca de Etiopía que se llama Catadupa son sordas por esta razón, exclusivamente. Es de saber que el Nilo, el más noble de los ríos, que separa el Africa del Asia, cuando ha pasado más allá de Meroe de Etiopía, de la cual él hace una isla al bifurcarse, vuelve a recibir todo su caudal en un mismo álveo. Y luego, irritado con tantos islotes y peñascos como se interponen a su paso, abalánzase a una carrera velocísima y con todo el potencial de sus aguas reagrupadas corre con presura irrefrenable a aquella parte de la Etiopía que de este fenómeno, con un vocablo griego, se llama Catadupa. Despéñase el Nilo augusto de aquellos riscos y de aquellos peñascales con inmensos y temerosos fragores de ruina. La población aborigen de aquellos parajes ya una vez, en la antigüedad, había trasladado su ciudad y su asiento a otro sitio por librarse de incomodidad tan grave; pero otros, invitados por la bondad del suelo y la indulgente blandura del cielo, fueron a acomodarse en aquella región. En la actualidad, toda aquella nación carece de oído. Este es el fenómeno que produce el ímpetu sonoroso con que el Nilo rueda. Pondera ahora tú que es razón que haga esta inenarrable polifonía sideral infinitamente mayor que la majestuosa sinfonía del caudal del viejo Nilo. Meditaba yo eso, presa de admiración y, al mismo tiempo, con los ojos derribados miraba la tierra aquilatando y ponderando, en mis adentros, cuán vil, cuán abyecto, cuán sórdido, cuán indigno era todo lo nuestro, no solamente lo que habitamos, sino, también, lo que vemos y lo que hollamos en comparación desigual con lo del cielo.

El *Africano*, recelando que yo todavía continuaba dominado por la callada afición de esas cosas bajas:

—Veo—me dijo—que aún tienes ojos para aquellas moradas humanas y para esa tierra vil, la cual, si te

parece tan grande como la ves, niégote que no seas de ánimo tan apocado y estrecho, que te lo llene aquella cosa frívola y flaca. Levanta tu ánimo y tu mente a esas celestiales realidades; desea, codicia, las que te pueden llenar y henchir, y de todas las otras no hagas más aprecio del que tienen verdaderamente. Esto, como te cupo en suerte un espíritu elevado y generoso, no dudo que, fácilmente, vas a conseguirlo. Uno sola cosa me temo, y es que no con la misma facilidad puedas repudiar y sacudirte aquella tu conocida ambición y deseo de gloria. Esa gloria, puesto que tiene alguna semejanza y analogía con el honor y viste sus apariencias y de ellas hace alarde, es deseada y buscada con afán sumo por varones dotados de ingenio excelente, pero en los cuales, con todo, la virtud no puso la última mano, dejándoles acabados y perfectos.

Empero, todos aquellos que no son esclavos de la riqueza ni de la pasión de mando, ni del poderío, ni de la sensualidad y la vida regalada, a pesar de ello suelen andar enviscados en un cierto blando y pegadizo amor de la gloria y toman a enojo que habiendo desdeñado toda suerte de galardones por los peligros corridos y los trabajos soportados, por los méritos que contraieron y las buenas obras que hicieron, no granjeen su cachito de gloria. Y aún los hay algunos que, muy poco entendidos en lo que es la auténtica virtud y la gloria maciza, mientras con alocado arrebato se lanzan a su conquista y posesión, admiten no pequeños vicios y maldades. Esos deslumbrados, aun cuando han conseguido el renombre y la celebridad que persiguieron con tanta ilusión, no por ello, inmediatamente, han acarreado gloria. La gloria no será jamás hija del vicio; ni es gloria aquello que piensa ser gloria la masa estúpida, la plebe tornadiza y liviana. Piensa, dije, y debo decir, no piensa. ¿Qué pensamiento puede haber, o qué criterio atinado, donde no hay mente que esté sana, y donde toda lengua es ligera y parlera? Falsa es esta gloria, hija de la ficción y de la mentira, imaginaria, sin objeto, simiesca remedadora de la gloria verdadera. La verdadera gloria anda en pos de la virtud, como la sombra acompaña al cuerpo, y se asienta y subsiste en las manifestaciones y voz de aquellos que aquilatan con la más certera de las críticas la eminencia de las respectivas virtudes. La otra gloria, la gloria bastarda, es inconsiderada y ciega, y así como temerariamente, a tontas y a locas, excítanla el aura y los rumorcillos de la multitud, así también se enflaquece y extingue sin que se sepa por qué, y queda ahogada en silencio y en ninguna ocasión puede tener constancia y solidez. Como nacida de la nada, no tiene base ni fundamento en qué subsistir. ¿Dije que no tiene base y cimientos en que se apoye y mantenga? Rectifico: sí que los tiene, pero contrarios a los que debieran ser, verbigracia: de crímenes y de maldades; siendo así que el pilar más robusto de la gloria es la virtud.

Y como ello sea así, cosa difícil es para los varones de excelente índole dotados, luego que se hubieren ejercitado en la virtud como en un campo de batalla, echar en olvido y desdén esa gloria que con ella se granjea; pero no cabe duda que es propiedad del sabio consumado y cabal menospreciar esa gloria misma con todo lo restante humano, o, por lo menos, arrinconarla en los polvorientos desvanes de la desme-

moria. Ese estado de heroica indiferencia es propio de aquel varón que no atiende sólo y se limita a su propia ciudad y a los reducidos términos de su comarca y de su patria, sino que abarca no ya la redondez sola de las tierras, sino también del cielo y de la creación universal.

Ese sabio ejemplar comienza por manifestarse y salir de los oscuros recovecos de una ciudad pequeñuela y como desde una atalaya o cualquier otro paraje elevado, como es este en que nosotros estamos, contempla toda la tierra extendida a sus pies. Ve que aquellas partidas del mundo puestas debajo de ese vértice boreal y de aquel otro austral, por una misma motivación se empedernecen y se ponen rígidas, arrecidas de frío eterno, de nieves, de escarchas, y se entumecen de hielos perpetuos, porque están enormemente apartados y aislados de la rotación del cielo y de su aceleradísimo movimiento y de la órbita del Sol, que son los dos manantiales de todo calor. Estos dos fogosos manantiales queman con sus continuas exhalaciones la región que les está debajo. Esta región no es pequeña, por cierto, pues el círculo signífero del Zodíaco tiéndese oblicuamente en mitad del cielo, y por él, allende y aquende, discurre el Sol, y conforme nosotros lo vemos, en el solsticio, sube hasta Cáncer, y en el invierno caliginoso se abisma hasta Capricornio. Todo cuanto queda encerrado en el espacio de esos dos signos y las metas del Sol, por arriba y por abajo, queda como quemado de la vertiginosa rotación del cielo y la inevitable vecindad solar. Ello hace que aquellas dos orillas extremas colocadas debajo de los vértices del cielo, por el hielo demasiado y por la algidez continua, no puedan ser por seres humanos habitadas ni cultivadas, no pudiendo ni el cielo cobrar mansedumbre ni producir fruto ni mies alguna el campo, no acariciado ni fecundado jamás por ningún beso caliente. Ni aquella su porción media puede ser asiento de ninguna suerte de agrupaciones humanas ni de cultivo alguno, porque así como aquellas zonas están condenadas a la esterilidad y negadas a toda convivencia de hombres, por el frío excesivo, ésta está sacrificada a la inhabitabilidad por el calor demasiado. ¿No podrían los mortales respirar en medio de un fuego tan embravecido ni con aliento tibio refrigerar sus órganos vitales? Morirían de ahogo súbito si en aquellos encendimientos les faltase la respiración. Las regiones intermedias entre la zona tórrida y la glacial, por influencia de los dos agentes contrarios, frío y calor, poco a poco se entibian y se templan con tan ponderado equilibrio que cuanto más te acercares a sus límites últimos, más agudamente sentirás los efectos de la proximidad del calor o del frío, puesto que en el centro está situada la más equilibrada templanza. Esta blandura de clima originó que el linaje de los mortales y de todos los animales restantes y aun toda especie vegetal, pudiera situar y fijar aquí su apacible asiento y su sabroso vivir. Gratas son allí las alternativas de los años y de los tiempos. El campo, a su debida sazón, concibe y fructifica, barbecha y descansa a su vez, recibe fuerza y vigor nuevo para los futuros esquilmos. Con la clemencia del cielo los hombres son fuertes y recios y pueden arar, sembrar, plantar, cosechar y ensilar; todo ello en buena sazón y coyuntura.

Todo esto, y no sin admiración, mira y contempla, como decia yo antes, aquel perfecto sabio, y se per-

cata que son tres los fines a que soléis atender en la gloria deseada: que cunda en la mayor extensión posible; que sea imperecedera; que se gane la admiración y estima de los más y que éstos sean los mejores. Considera la estrechez en que vuestra gloria se debate por ampliarse y ensancharse, y siente profundo desdén por esa angostura infranqueable. Y no puede menos de ser así. Mira cómo la tierra misma no es más que un punto imperceptible, que un átomo puesto y clavado como centro en la redondez de ese mundo. De ese átomo cortado en cinco partes que se llaman cintos o zonas, no más que dos fueron por el Padre del universo concedidas a los hombres para su usufructo, que son aquellas dos a quienes la mezcla dosificada sabiamente de frío y de calor mitiga y hace más benignas. Ve ese sabio perfecto cómo en esas dos porciones pobladas del mundo los hombres se organizaron en agrupaciones y sociedades; fundaron ciudades, villas y aldeas, espaciadas a guisa de manchas en una piel de fiera. Y puesto que la tierra afecta forma esférica, por este motivo unos hombres están en posición oblicua con relación a los otros, y a ellos llámanles los griegos *periecos*, que equivale a *moradores del ruedo*, los cuales habitan en la misma zona, pero en lados opuestos, orientados los unos hacia el Levante y los otros hacia el ocaso, y están sujetos a diferentes hemisferios diversos o, mejor, adversos, y tienen las mismas estaciones. del año y al mismo tiempo. Diferéncianse solamente por la sucesión de los días y las noches, pues para los unos es noche lo que es día para los otros, y viceversa; aunque no siempre, pues no sin excepción ni en cualquier tiempo lo que es día para los unos es para los otros noche, porque si así no fuera, cuando unos y otros simultaneasen el verano, los unos tendrían los días muy breves y los otros los tendrían muy largos; diferencia imposible. Por lo demás, por lo que se refiere a sus respectivas mitades, debe entenderse en el sentido de que es medianoche para los unos lo que para los otros es mediodía. Si alguno quisiere relacionar unos extremos con otros extremos, observada la proporción, o como dicen los griegos la analogía, fácil cosa le será alcanzar lo que buscare.

Otra parte de los hombres están en posición transversal, y llámanse *antecos*. Viven éstos en las zonas pobladas, boreal y austral. Abrígalos el mismo hemisferio. No se ladean los unos más que los otros al levante y al ocaso; con todo, están más cercanos al aquilón o noto éstos más que aquéllos y tienen las mismas estaciones del año, pero no a la vez. Pero las vicisitudes de la luz y de las tinieblas, ésas sí que las tienen a la vez, con la salvedad de que durante el verano nuestro es más largo el día para los boreales y para los australes es la noche más luenga. Lo contrario acontece en vuestro invierno.

Hay hombres, asimismo, que moran en lugar diametralmente opuesto, a quienes llaman los griegos *antípodas*, porque tienen los pies en posiciones contrarias y entre ellos se interpone el punto medio de la tierra, que se llama centro, y el diámetro de la tierra oscila de unos a otros. Con relación a esto, todo en general les está en posición contraria, las regiones del cielo, la sucesión de los días y las noches; el invierno de éstos es verano para aquéllos; la noche de los unos es día de los otros. Diferencias éstas

causadas todas por la evolución diurna del sol, las varias sazones del año, su ascenso y su descenso, y la rotundidad de la tierra.

Conocidas y profundizadas todas estas cosas por aquel varón a quien la sabiduría y la virtud conducen al perfeccionamiento, conoce también que toda aquella región habitable del austro, a la cual los griegos llaman *autóctona*, no puede, en manera alguna, pertenecer a los dominios de su gloria, pues está separada remotamente de vosotros por la parte quemada del mundo, por interminables soledades, por desiertos e insuperables arenales: tierra inhospitalaria que no admite peregrino ni caminante alguno que desde esas regiones vuestras pueda llevar a los moradores de aquellas partidas australes noticia ni conocimiento alguno de vuestros preclaros hechos. Recortada queda, pues, de aquellas dos partes que quedaran para la población humana, una, adonde no puede llegar ni penetrar la fama de vuestra virtud. Resta una sola, por tanto. Y aun de este residuo ruin, ¿quién hay que pueda decir cuán corta es la extensión habitada, y cuántos sean los parajes incultos, despoblados, vastos, interceptados de montañas, de pantanos, de arenas? Y aún hay más; en aquellos mismos que son poblados y frecuentados, ¡con cuán desesperante lentitud, dime, llega y cunde el rumor de las bellas hazañas! Con tantas guerras como tuvimos, con tantos reyes y ciudades, y reinos, y provincias como vencimos y tomamos, a pesar de todo, la fama y el nombre de estos hechos no pudo superar ni traspasar la altura del Cáucaso, esa montaña asiática, ni vadear esa vía fluvial que se llama el Ganges. En el mismo momento en que nuestras armas tienen atemorizados a los egipcios, a los sirios, a los partos, somos desconocidos en absoluto por los indios y los seres. ¿Quién será el osado apóstol que irá a predicar algo de nosotros a pueblos tan fieros, tan ajenos, tan distantes de nuestras costumbres, de nuestra lengua, de nuestro comercio, tan diferentes y contrarios por toda suerte de razones? ¿Quién, por semejante causa, va a oír tu nombre y el sonido de tus alabanzas entre aquellos remotos mortales que ven el sol, al ponerse, o se cobijan so las Osas o los Triones, o están expuestos al mediodía que prende fuego al mundo? ¿Quién llevará tu gloria allí? ¿Quién la referirá? ¿Quién la entenderá? ¿Quién hará de ella aprecio? ¿Quién de ella se maravillará? Cortadas y amputadas esas partes de esa bolita del orbe, ¿qué área os queda, ¡gran Dios!, qué espacio por donde vuestra gloria quiera campar y gallardear? ¡En qué estrechas fronteras se apretuja, oh dioses inmortales! ¡Entre qué límites tan angostos, afanosa, se revuelve y se asfixia! ¡Cuán exigua es la posesión por la que lidia con tanto empeño!

Por lo que toca a la inmortalidad de vuestra gloria (ya que éste era el segundo de vuestros fines), ni la voluntad de los hombres ni la naturaleza de las cosas permiten que la consigáis, no ya perdurable, pero ni duradera tan sólo. Unas veces se pierde por los hombres que no quieren, en parte por odio y en parte por envidia, contar a sus hijos o a sus nietos lo que saben de sus mayores de los beneficios que les hizo cualquiera; o tienen perfectamente olvidado lo que oyeron narrar, o desisten de ello por indolencia y apatía o preocupados por otros mil negocios, no tienen tiempo de hacerlo. Pero, enhorabuena, tengan los hom-

bres esa voluntad; recuerden los claros hechos y tengan holgura y humor de referirlos; a pesar de todo, la Naturaleza, empeñosa y terca en ese punto, no sufre jamás que las naciones y los reinos tengan estabilidad indefinida. Dejo a un lado las guerras, las devastaciones, los asolamientos que acarrean las injusticias y el furor humanos. En períodos prefijados con una certidumbre inamovible, las conjunciones o separaciones de los astros, ora envían largos ríos a la tierra y obligan al océano a romper sus diques y a arrasar yermos y poblados, ora disparando rayos o con su propia fuerza y ardor o con una liviana chispa de nuestros fuegos, caída en pobres serojas que la nutren, provocan incendios grandiosos, como fué aquel que dicen suscitó Faetón por conducir con impericia el carro desavezado. Otras veces, una avenida de aguas avasalladora traga ciudades, comarcas, hombres y todo aquello que estiman los hombres, y a quien dan el mentido y halagador nombre de bienes, cuando de bien es lo que tienen menos. Y otras veces aún, el fuego devora y resuelve en cenizas y humo, con todo esto que dije, la fama y la gloria de cada uno de nosotros. Secas de nuevo las tierras que abrevó la inundación, o aplacado el incendio que, devorándose a sí mismo, se disolvió en pavesas, otros hombres van a cultivar aquellas tierras esquilmadas, ignorantes en absoluto de todos los acontecimientos de que algún día fueron escenario. Ello hace que la memoria de las cosas pasadas, no sólo no pueda ser eterna, pero ni siquiera permanente. ¿Y qué diré del deseo de celebridad que alentáis en las generaciones venideras, siendo ignorados de los que vivieron antes de vosotros, limitación ésa impuesta también a la difusión de vuestra gloria, que también por ese lado queda harto retajada? Los que vivieron antes no fueron menos que los que nacerán después y fueron mejores, sin duda. La fama entre los mejores es el galardón más bello y preciado. Más hay que gozarse (como dice Héctor en el poeta Nevio) de ser alabado por un solo varón que lo haya sido a su vez, que por una infinita muchedumbre de vulgo, carente de todo loor y de todo honor. ¿Y qué puedo yo hacer, si esta breve y ridícula medida nuestra de los tiempos hace que la gloria de algunos hombres os dé la sensación falaz de que tiene alguna subsistencia y duración?

Córrome de decir los rodeos y circunvalaciones del tiempo que vosotros describís, a los que por sus viajes de ida y vuelta llamáis años, anillos, como quien dice. De estos años, los unos tienen veintinueve días, y llámanles años de la Luna, y también meses, por la Luna, que en griego es llamada *mene*. No faltan quienes, así como hablan de la vuelta del año, hablan de la rotación del mes; verbigracia: Plauto, en el *Persa*. Otros, como los egipcios, cuentan el año de dos meses. Este año bimestral fué el año primitivo. Pisón, que fué su rey, lo amplió a cuatro meses. Mucho más tarde se le añadieron tantos días cuantos fueron precisos para que el Sol dejara terminada su carrera. Los árcades cierran sus años en tres meses, y a cada uno de sus años atribuyen sendas partes del año solar: primavera, estío, otoño, invierno. Los hay quienes duplican este número, como los de Caria y de Acarnania. Para los moradores de Alba y nuestros hombres aborígenes, en el reinado de Rómulo, el año volvía a los diez meses, por las calendas

de marzo, fecha en que se renuevan el fuego de Vesta y los lauros curiales y sacerdotales; y por los idus de aquel mismo mes, según costumbre e institución antigua, ofrecéis sacrificios públicos y privados a Ana Perena para pasar prósperamente aquel año y muchos otros sucesivos. Es sabido que los griegos terminan su año lunar a los doce meses; con la añadidura de medio mes, resulta solar el año. De este año decimos nosotros que vuelve porque con él retornan las estaciones y los trabajos: invierno, estío, verano nuevo, otoño, labranza, siembra, sazón, recogida de frutos, frío, calor, buen temple, hielos, nieves, nieblas, tiempo sereno. A continuación vienen los años grandes. Yo pido qué años grandes son éstos. Tan magnífico nombre no puede dejar de prometer algo muy sonado. Para los griegos, son los veinticinco meses para que la andadura de la Luna se acomodase a la carrera del Sol, que vienen a ser dos años intercalados, a cuyo término, en Tebas, celebrábanse en loor de Baco las orgías *trietéricas*, que en castellano suenan trienales. En ese espacio de tiempo doblado que los griegos llaman olimpíadas y los nuestros denominan lustros, celébranse aquellos juegos con aparato y concurso enorme de toda la Grecia, y nosotros hacemos el censo y purificamos el pueblo; dicen que para esto no hay época mejor que ese año grande. Hay otro año que es grande de verdad, al decir de ellos. ¿Y qué duración tiene, en fin de cuentas? La del doble de una olimpíada, ocho años. Este año, que verdaderamente es grande, trae consigo muchas y muy solemnes ceremonias religiosas, celebradas con el mayor boato y pompa. Con este año llegan los festejos *pitios*, dedicados a Apolo; celébranse juegos, bagatelas puras todo eso. ¿Quién lo ignora?

También los caldeos tienen su año grande, que abraza doce de los vuestros. No carecen de otros años grandes asimismo; los llaman lunares, y constan de doscientos treinta y dos meses; aun cuando éstos, no sin razón, fueron llamados grandes años lunares, por cuanto la Luna en aquel espacio de tiempo, pegada al Sol, retorna al mismo punto de donde queremos que haya partido. Si así juzgáramos de otras estrellas, atendiendo a las carreras y circunvalaciones de todas, y midiésemos aquel intervalo, durante el cual, terminados sus cursos respectivos, queda completa definitivamente su conversión, ése sería el verdadero tiempo; ése sería el que podría llamarse verdaderamente *annus vertens*, durante el cual todos los fenómenos, no solamente los que tienen alguna semejanza como en ese vuestro, aun cuando los hay en él muy muchos que son desemejantes, sino los mismos yentes y vinientes. El invierno de ese año es un aguacero implacable, y el verano es un incendio devorador, y en ese año no digo yo cuántos de vuestros años, sino cuántos de vuestros siglos quedan comprendidos y tragados. Apenas me atrevo a declarar, no sea que mi discurso os parezca que no admite crédito, dado que pensáis que un siglo que abraza una centuria de vuestros años es una grande y larga procesión, porque en este espacio no hay vida humana tan provecta que no acabe. Esta es la razón por la cual, en la ocurrencia de los juegos seculares que se celebran cada cien años, el heraldo invita a esa celebridad con una fórmula que el presente año vas a oír si estuvieres en Roma; a saber: *que acudan a unos juegos a los que nunca an-*

tes habrán asistido y a los cuales en adelante no volverán a asistir. Con todo, en ese Año del mundo, aun cuando entre los matemáticos, según inveterada e incorregible costumbre suya, no exista unanimidad sobre cuántos siglos incluye, pues unos los fijan en ciento ocho, otros en cerca de ciento cuarenta, otros en trescientos sesenta, otros en ciento cincuenta. Por terminar, los hay que le señalan la duración de trescientos sesenta y seis. Estos no parecen estar muy fuera de razón. Cada un siglo, todo el globo del Sol y el universo orbe estrellado anda una carrera que vosotros llamáis grado, y como en todo el cielo hay trescientos sesenta y seis grados, es verosímil que en el año grande que decimos quepan otros tantos siglos. Por lo demás, lo que no ofrece duda es que son ciento treinta, poco más o menos, los que rueda el Sol, mientras las estrellas todas, las fijas y las errantes, se dan cita y se detienen en aquellos mismos lugares y signos de donde se nos antoja que partieron. De esta manera se comienza a contar desde aquel año en que el espíritu de Rómulo, fundador de esta nuestra ciudad, luego de cumplida en la tierra su gloriosa y divina misión, vino a esa otra patria mejor y más santa. Rómulo, pues, el año trigésimo séptimo de la fundación de Roma, conforme vosotros contáis, convocada una asamblea junto a la laguna de Caprea para revistar al ejército; levantada de súbito una tempestad de truenos, de rayos, de nubes y de caliginosa cerrazón, el Sol, por la interposición y obstáculo de la Luna, pareció extinguirse a los ojos de los mortales, cuando en realidad no era él quien fallecía, sino nosotros, que quedábamos privados de su luz. Y en esa magnífica apoteosis, el Fundador y Rey y Padre de Roma, en sublime ascensión, penetró en esos asientos inmortales, y jamás, en adelante, le vió la tierra.

Cuando, pues, el Sol, de regreso todas las estrellas a sus sitios primitivos, sufriere ese mismo colapso que en la gloriosa asunción de Rómulo, entonces habrá tenido su cumplimiento ese verdadero Año jubilar del mundo. En ese espacio intermedio, los astros completarán sus carreras, sus conjunciones y separaciones, sus avances y sus retrocesos, sus progresiones y sus regresiones, sus ascensos y sus descensos, hacia adelante y hacia atrás, hacia la derecha y hacia la izquierda. De ese año que digo todavía no se ha cumplido una vigésima parte, pues este año vuestro solar es el sexcentésimo tercero de la fundación de Roma y el quingentésimo septuagésimo, o poco menos de la apoteosis y canonización de Rómulo; pero esa pequeña merma no tiene importancia para el cómputo total. Mas, habiendo en ese año vuestro no más que ciento treinta siglos, tú mismo ves que cinco es la vigésima parte del centenar y que la unidad no es la parte vigésima de treinta. ¡Así es de ancha y de difundida esa ruin gloria vuestra que apenas dura una muy chica porción de un año solo!

Y esa gloria efímera, digo yo, ¿puede preferirse sin una sacrílega impiedad, o sin una procaz temeridad o necedad supina, puede compararse con esa nuestra vida inmortal, en la cual gozamos soberanamente de todo cuanto pueden desear los más grandes y generosos espíritus?

Hablábamos de la gloria. Insistamos en el tema sabroso. En esa alteza soberana, cuya más pequeña porción alcanza mayor anchura que

toda nuestra tierra, es donde se esparce y se derrama la gloria en toda su inmortal vigencia y robustez. Todos los que aquí moramos somos conocidos unos de otros. No hay hombre de cuya virtud y claros hechos no tengan todos noticia puntual y circunstanciada. No hay ninguno a quien todos no conozcan a la clara, sin afeite, sin fingimiento, sin velo alguno. Los que están aquí no son los cuerpos que disimulan las muchas mancillas y defectos de las almas. Todos aquí somos espíritus lúcidos, transparentes, abiertos. Allende de esto, esa gloria es imperecedera, que renueva su inmortalidad, con los cielos inmortales; que jamás fallecerá porque ni los espíritus ni los mismos cielos temen la enfermedad, la caducidad, la muerte, confirmados como están para la eternidad por el mismo Dios, Hacedor de todo. La muchedumbre de esas mentes que conservan en toda su frescura y vigor el recuerdo de los loores merecidos por las buenas obras es incalculable y no hay entendimiento humano que la pueda abarcar ni imaginar. En comparación de su número sin número, los mortales todos, los que pueblan la tierra, los que en los venideros siglos la poblarán, los que la poblaron en edades pasadas, todos a una formarán una suma desdeñable.

Pero ¿qué espíritus son ésos? No espíritus de hombres bárbaros y sin civilidad, no de masas gregarias, no de turbas ciegas, desalumbradas y vesánicas, sino que son mentes de aquellas cuyas alabanzas constituyen el colmo del contentamiento y de la felicidad; mentes las mejores, las más santas, divinas mentes, en fin. Aquí arriba, demás de esas celestes lumbres eternales, animadas de espíritus divinos, están aquellas almas tan grandes, tan buenas y tan puras como fueron las de nuestros mayores los Claudios, los Brutos, los Valerios, los Fabios, los Fabricios, los Decios, los Emilios, los Cornelios, los Curios, los Atilios. Hay aquí también las de los griegos gloriosos, Sócrates, los Platones, los Aristóteles, los Teofrastos, los Zenones, los Arístides, Solones, Codros, Lisandros y Licurgos.

Los hay, en fin, sin cuento posible. Si de todos ellos quisieres contemplar esa vida de inmortalidad que aquí llevan con felicidades y bienandanzas extremadas; si quieres medir y abarcar todo ese cielo y toda esa universidad del mundo y no te encerrares en las geográficas estrecheces de Italia, de España, de Africa, sino que te persuadieres que el universo mundo no es para ti más que una ciudad única y que esos asientos de bienaventuranza son el inicial de tu partida y el sitio adonde debes regresar, con una total dedicación, con una absorción absoluta, te entregarás a la virtud del más heroico temple. Y cuando esa virtud te hubiere limpiado y purificado de la insana afición de la sensualidad y del ansia de la riqueza y del poder, acabará por despojarte del postrer resabio de deseo de gloria mortal y meterá en ti el convencimiento, como así es en hecho de verdad, de que el perfecto sabio no practica el bien por ser alabado, que no espera la huera lisonja ni el aplauso vano de la turba vana que hartas veces se entusiasma de la nada y con mayor frecuencia de cosas malas por ignorancia de las mejores. Esa misma heroica virtud le persuadirá de que no tiene juez más severo y justiciero ni guardián más vigilante y más veraz y escrupuloso testigo, así de todos sus pensamientos como de todas sus obras, que su

propia conciencia, que recibió de Dios, Hacedor y Gobernador de la Naturaleza. Y preciará infinitamente más sus discretos, sus callados e íntimos aplausos, que las ovaciones de las masas vocingleras y el juicio estrepitoso de todo el pueblo. Ante Dios, Dueño y Juez Supremo del mundo, no tienen valía ni audiencia ninguna los juicios y los testimonios de la multitud, sino que da su fe a la sola conciencia. Con no más que su aprobación, los buenos retornan a esas moradas y con su solo reproche y reprobación son de ellas los malos excluídos.

Cuando hubieres dado cima a empresa de tamaño ardimiento, cuando todo te hubieres consagrado a la meditación y al ejercicio de la virtud, conocerás, por fin, que el buen parecer de la honestidad es tan extremado y primoroso, que sola su hermosura, que ningún malo ha visto jamás, sin el aliciente, sin el señuelo de ninguna otra compensación, tiene suficientes atractivos para ganarse el culto y la afición de los corazones. Ese es el honor verdadero y genuino y no adulterado. Esa es la honra absoluta y cabal. Este es el semblante de la virtud y del decoro, acabados y perfectos; el más hermoso de todos, el más digno de alabanza, de admiración, de deseo. Si se le pudiera ver con los ojos de carne, decirse no pueden los amores que encendería; cuando la gloria, que no tiene más apariencia y semejanza de honra que la que la sombra tiene del cuerpo, arrastra detrás de sí tantos y tan tenaces seguidores por caminos llanos y por caminos fragosos, por pasos fáciles y por pasos difíciles.

Allá ellos con el rumor que dejarás detrás de ti entre los hombres: tú no tengas cuenta ninguna con él; cultiva la virtud sola y piensa que ella es el único premio y solaz de todos tus trabajos. Si obrares bien, fuerza será que hablen de ti los hombres, pues no hay poder alguno que pueda disociar la gloria de la virtud, y no hay más breve atajo ni hay vereda más desembarazada y franca para la gloria como la virtud. Si la practicares con tesón, cuanto mayor será el cuidado con que esquivarás la fama, tanto más empeñada y viva será la porfía y la presura con que ella seguirá tus pasos.

Mas aquella gloria que radica y se asienta en el elogio de los hombres, al paso que queda circunscrita como dije, en los límites angostos de esa tierra cuya menguada extensión tú mismo ves, tampoco puede ser duradera, llámese como se llame el que momentáneamente la acaparó, pues se marchita y se mueve con los pueblos, con las naciones, con las ciudades y con los reinos, por varios casos así naturales como fortuitos, y la olvidadiza e ingrata posteridad, descuidada de sus mayores, sepulta su gloria en silencio y en tinieblas, y el tiempo envidioso de todas nuestras cosas, royendo y oscureciendo algo cada día del resplandor de vuestra gloria, en pocos siglos la aniquiló radicalmente.

Habiendo dicho todo esto Escipión, yo, con la mayor modestia que pude, derribado el rostro algún tanto y con humilde blandura de acento, hablé con esta brevedad:

—Cierto es, carísimo abuelo mío, que tan pronto como pude, en edad razonable, conocer y entender tus preclaros hechos, y los de mi padre, y de los otros varones beneméritos de nuestra República, empecé, en interés de esa misma República, a andar a zaga de las huellas que tú

y mi padre dejasteis bien marcadas para alabanza y gloria vuestra, sin tener cuenta con ese tan alto galardón de la virtud. No reparaba yo que estuviera aparejado y reservado premio tan glorioso y divino para quienes fueran tutela de la Patria y mirasen por su salud. Ahora que lo sé de ti y veo por mis propios ojos que aquellas virtudes que ejercitamos en la vida civil conducen a aquellas otras soberanas y perfectísimas que devuelven, con suma presteza, a esas célicas mansiones el espíritu y le restituyen a su claro origen primero, desde ahora, con intensidad doblada, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, daré mi último toque, como espero, a la obra de mi perfeccionamiento, que no con mucho desacierto había comenzado a bosquejar.

Y él, a continuación, habló así:

—Esfuérzate tú a esa obra, con la mayor diligencia que puedas, pues ninguna cuenta debes tener por las cosas mortales, sino por las inmortales, siendo tú inmortal y predestinado a esa vida e inmortal bienaventuranza. No han de causarte la más somera y cutánea impresión, por decirlo así, los azares humanos ni la muerte corporal, puesto que tú no eres cuerpo, sino alma. Ningún hombre es aquello que se muestra y se exterioriza, pues no es la ropa que viste, ni menos es aquel cuerpo suyo de que anda como rodeado y velado. El cuerpo del hombre viene a ser no más que el cobijo en que se abriga o la vasija, o el recipiente, o el involucro, o el cepo, o la cárcel, o cualquiera sea el nombre con que se guste señalarle.

Harto bien se percató de esta verdad aquel sabio, fuese el que fuese, que en la jamba del templo de Apolo puso esta inscripción: *Conócete a ti mismo.* Tanta es la eficacia de este consejo imperativo y tanta la densidad de su significado, que diríase que no le inspiró hombre alguno, sino que deba atribuirse al Dios inmortal. No impone al hombre esta máxima filosófica la obligación de conocer su estatura, ni su rostro, ni sus manos, ni sus pies, ni sus piernas, ni su corazón, ni sus pulmones, ni las restantes entrañas, ni los miembros restantes, órganos todos éstos que, por regla general, conocen mejor los médicos más lerdos que los filósofos más sabios. Lo que impone este aforismo es que el hombre conozca la más principalísima parte de su alma, que es la mente de origen divino, y ponga en ella su frecuente atención, y vea de qué cualidades está enriquecida y de qué virtudes está adornada, cuán adiestrada está por el ejercicio y cuán dispuesta y aparejada a levantar el vuelo y remontarse a estos asientos soberanos y a este su domicilio original. Lo que manda este precepto apolíneo es que pondere y contemple la capacidad de la memoria, de la invención, de la mente, del pensamiento por todo lo cual discierne, juzga, y con la razón recoge, consigue y halla y recuerda tantas cosas y tan maravillosas, que de manera alguna pueden ser obra de estas naturalezas corpóreas y materiales, sino por sola la divina Naturaleza.

Por todo esto, sabe que no sólo eres divino, sino, como tuvo la feliz osadía de decir Eurípides, que eres Dios. ¿Qué tiene tu mente que no sea semejante a Dios? ¿Acaso el tener vigor, el tener sensibilidad, el entender, el recordar, el proveer, el saber, el comprender y abarcar el pensamiento y la inteligencia el mismo mundo y la Naturaleza toda?

Todo esto no ha de considerarse divino, sino grosero, sino mezclado, sino amasado y heñido de tierra y de aquellos otros elementos que forman la bien trabada estructura de la tierra y el cielo. ¿Y qué más? El gobernar, mover, impulsar hacer crecer ese cuerpo a quien presides, ¿no es, por ventura, asemejarse a la providencia de Dios, que lo administra y lo rige todo?

Muy exacta aquella definición de los sabios antiguos, que dijeron que ese todo que llamáis hombre es, a saber: la mente y el ánimo con su cuerpo es un pequeño mundo, y que a su vez, el mundo es un hombre grande. Mortal es tu cuerpo, como semejante que es a la tierra, a la humedad, al aire, al fuego de que está formado y compuesto. De estos cuatro principios y elementos constitutivos del cuerpo, en alternativa perpetua siempre, se aparta algo, siempre se allega algo, y si no totalmente, al menos parcialmente sienten en sí la muerte y la vida, siempre en función y en acto.

Tu ánimo inmortal, tomado de la divina Naturaleza del cielo, es semejante al cielo y con el cielo tiene deudo muy estrecho. Mas tu mente, que sin duda es Dios y templa y gobierna el cuerpo mortal y el ánimo mismo, no de otra manera que aquel Optimo y Máximo Engendrador de la Naturaleza rige así aquellas partes frágiles y caducas del mundo como esas otras estables y eternas. Y así como aquel divino Arquitecto del mundo, cuya deidad rige el universo, no es nacido en el tiempo, sino que es inmortal, también tu espíritu carece de principio ni fin alguno habrá de terminarle. Inmortal es aquella fuerza que actúa siempre, esto es, que a la continua entiende, piensa, siente, tiene vigor, tiene lozanía, que todo eso he querido decir con la voz actuar. Pues habiendo determinados objetos que mueven a otros objetos, los cuales a su vez son movidos por otros, como en ese gran mundo los planetas mueven ciertos elementos y ellos son movidos por aquel impulso inicial del cielo que lo avasalla todo y se lo lleva arrebatado en su vértigo arrollador; también en ese microcosmos, que es el hombre, el calor y la humedad movilizan todo el cuerpo en un impulso vital y saludable y ellos a su vez son movilizados por vuestro ánimo y por vuestra mente. Todo esto que distribuyen a los otros, de otros lo reciben; y si por azar dejan de recibir este beneficio, cesan automáticamente de otorgarle y acaban por marchitarse y perecer. De ese peligro está exento y seguro aquello que de sí mismo recibe el impulso y el movimiento. Y no se ha de temer que a sí mismo se desampare. Si se mueve siempre, es que siempre goza de vigencia y robustez y siempre comunica fuerza, vigor y vida. Es, pues, imposible que muera. Si un día llegase a morir, fuera porque en todo instante se conferiría a sí mismo vida y movimiento, no dando aquello de que por yacer postrado y exánime carecería, luego de haberse resuelto en la nada o en otras especies y formas. Necia es y absurda la afirmación de que alguna cosa tenga movimiento perpetuo y que con todo eso fenezca alguna vez, es decir, que se mueva siempre y que de tiempo en tiempo se detenga, como lo afirman del espíritu algunos filósofos pequeños y plebeyos que con esa tan impía opinión cerráronse a sí mismos la vuelta a esos lugares. El Amo y Gobernador del mundo no permitirá que se les admita en esas moradas a las que desesperaron de lle-

gar. Desesperaron he dicho, y debiera decir desdeñaron o escarnecieron y pensaron no haber mansión alguna reservada para quienes hubieran vivido bien y santamente y que condenaron nuestros espíritus a morir como reos vulgares, no por otra causa, sino porque su mente no alcanzó a entender y comprender la naturaleza del espíritu, suelto y desnudo del cuerpo. La culpa de ello la tienen, no nuestros ánimos, sino sus romos pensamientos y sus obtusas y torpes inteligencias. Aun cuando faltasen todos los otros elementos de juicio, fácilmente les revocara de ese error y de esta ignorancia grosera aquella razón de Platón, príncipe de los filósofos, con sólo que tuviesen alguna punta y acumen de ingenio. Para todos los seres que se mueven, que tienen pujanza, que viven, que sienten, que entienden, que recuerdan, el alma es el origen y el principio de ese movimiento, pues todo ese conjunto de manifestaciones vitales no pueden manar de una fuente inanimada.

No hay cosa que pueda ser engendrada o procreada con anterioridad al principio, pues esa cosa debería llamarse principio, y no aquella otra que es engendrada. La naturaleza y fuerza del principio es ésta; a saber: que, no siendo él engendrado por ningún otro ser, engendra otros de sí mismo. Esto hace que no pueda jamás fenecer porque no tuvo nacimiento. ¿Qué causa de muerte podría hallarse en la eternidad venidera si no la hubo en la eternidad que pasó? ¿Crearánse en lo futuro naturalezas nuevas que antes no hubieran existido? Allégase a esto que si este principio muere, queda cortada en cierne toda esperanza de cualesquiera otros seres, puesto que no habrá cosa que pueda originarse de un principio consumido y extinto ni se hallará cosa que repare y restablezca ese principio que demostramos ser no generable. Es el movimiento, por tanto, el principio y el origen verdadero de la vida, de la potencia, del sentido, por aquello que se da y se dispensa así a sí mismo como a los otros y no goza de ese beneficio ni de prestado ni a título precario. Ese no puede nacer porque es principio ni puede morir porque a lo que es eterno no puede sobrevenirle azar alguno ni de enfermedad, ni de enflaquecimiento, ni ocasión alguna de muerte, pues si ello fuera posible, un día u otro derrumbaríase el firmamento con todo el mundo físico y quedaría sumido en la inercia de la muerte, por cesación y fallecimiento de la soberana mente del cielo. Del impulso de esa mente que en nuestra osada hipótesis se quedaría inoperante y muerta ni el cielo mismo ni toda la restante naturaleza recibirían movimiento, fuerza, vida. Y si es puro sacrilegio el pensar que algún día el firmamento ha de detener su curso, y por esto los dioses me consienten que lo diga, ha de precipitarse y caer en pavoroso derrumbamiento, porque aquellas mentes, unidas con él en vínculo y trabazón indisoluble, nunca dejarán de moverse; no es sacrilegio menor pensar esto mismo de nuestros ánimos, que son de la misma naturaleza y linaje. También es ésta la razón por que nuestros ánimos se mueven y actúan por sí mismos y siempre actúan: no se emperezan, ni vacan, ni descansan, ni en ningún instante hacen alto en su labor, sin que dejen de pensar, de entender, de contemplar, de imaginar, de meditar, de urdir y de maquinar, aun cuando el sueño oprima y grave el cuerpo. Aun en ese tiempo el espíritu no duerme, sino que en vigilia tenaz

hace todas aquellas cosas que dije.

Y todas estas cosas las hará con harta mayor libertad, facilidad, destreza y mucho mejor cuando estuviere aligerado y suelto de la ensambladura y pesadumbre del cuerpo. Todo el tiempo que permanece en esa vuestra cárcel, en esas tinieblas, en esa modorra pegajosa a quien llamáis vida, agobiado por la carga del cuerpo, enturbiado y ofuscado por el vaho y los vapores caliginosos del comer y del beber, hostigado y acuciado por los fogosos aguijones de las concupiscencias y las pasiones, no puede valerse de todo el poder y eficacia de la mente y del pensamiento. Mas una vez que estuviere aquí, cuando no arrastrará la impedimenta de su cuerpo ni tomará pasto material ni le inquietarán las pasiones, pues estará limpio y purgado de todas esas impurezas y exento de todas esas servidumbres, hará aquello que vosotros acostumbrasteis hacer en vuestra vida cuando estáis en toda la entereza de vuestra salud, cuando ni el apetito ni el sueño os hacen sentir su insufrible tiranía y estáis aliviados de cuitas y vacíos de preocupaciones y negocios, así públicos como particulares, y ni la envidia ni la codicia, ni la ira ni el miedo os alampan con sus centellas ni os acucian con sus hierros fieros, entonces es la sazón buena del espíritu para la investigación y la contemplación.

Todo esto lo puso Platón por escrito, y Sócrates, a la sombra del más glorioso de los plátanos, discutió con su Fedro este punto y muchos otros puntos referentes a esa misma materia y con muy copiosa elocuencia con sus amigos aquel mismo día en que aquel su espíritu, santo e inocente, saliendo de esa vida, ufano y alegre, retornó aquí, a la sociedad de los dioses. Tanto calor puso y tanta clarividencia en esa su postrera y suprema lección, que parece no que disputó, sino que vaticinó, como suele acontecer con aquellos que están próximos a la muerte. Todo esto bien lo pudiera yo decir con espinosa concisión a la manera y usanza de vuestros estoicos; pero preferí decirlo más copiosamente, imitando el estilo platónico. De todo lo dicho, según pienso, ha quedado puesto muy en claro que el espíritu ni tiene nacimiento ni tendrá fin. Y si ello es así, como lo es en hecho de verdad, ruégote que no manches ese espíritu tuyo inmortal y divino y, por ende, Dios, con mortales y sórdidos cuidados y con sucias obras. Haz siempre algo y medita algo no digno de un ser ruin y mortal, sino de Dios eterno, y no te domine el interés por las cosas fútiles y bajas, todas las cuales es bien que descuides y desdeñes. Preocúpate por la salud y la defensa de la patria; interés éste el más grato a los ojos de aquel que fabricó la universidad de este mundo, de su Gobernador, de su Dios prepotente, que metió y sembró el espíritu en los cuerpos humanos, porque fuera quien defendiese esa tierra vuestra. Creados fuisteis con un natural y un ingenio aptos para la convivencia civil, expresamente condicionados y formados para morar en agrupaciones urbanas y frecuentar el trato social. Estar en pugna parece con la Naturaleza, y que tomó armas contra la Humanidad aquel que por su provecho particular desatiende y viola el bien público y relaja los vínculos de la sociedad humana. Por ello se hace merecedor de que se le expulse de ella como enemigo y se le niegue a él aquella misma consideración impuesta por la Humani-

dad que él negó a sus semejantes. Varón grande como el que más y dignísimo de los más colmados encomios es el que pospone sus ventajas privadas a las de la patria toda, y, cueste lo que costare, arrostra la muerte por la salvación y el bienestar de la patria.

Por eso, con toda razón y en nuestra ciudad, es respetada y santa la memoria de L. Bruto, Marco Curcio, de los dos Decios, de ambos Escipiones (de mi padre y de mi tío) y de muchos otros más sacrificados en aras del patriotismo y que en ese templo, en sociedad con aquellos mismos a quienes acabo de enumerar, también Codro, también Lisandro y Temístocles y Meneoco y Dion de Siracusa y los Filenos, aquellos gloriosos hermanos cartagineses, y muchísimos más, griegos los unos y bárbaros los otros, que no vacilaron en morir por la patria, conquistaron un alto asiento y una soberana jerarquía. El amor solícito de la patria es tan conforme con la naturaleza humana, que reduce el hombre a su natural estado, y aquella vuestra ciudad y aquellas vuestras leyes humanas, dictadas a imitación de esas por que se gobierna la ciudad celeste o, por mejor decir, bajadas a la tierra por unos varones sabios y verdaderamente divinos, restituyen a sus verdaderos y puntuales observantes a la misma fuente y lugar de donde aquéllas dimanaron. Este es, pues, el más breve atajo del cielo, y se hará tanto más corto y fácil si vuestro ánimo, de cuando en cuando y por algún tiempo, mientras anduviere peregrinando por esa vida mortal pensare en estotra; se aparejare para estotra y no atollare y se hundiere en los deleites de los sentidos, sino que, hurtándose enérgica y frecuentemente del contagioso y pegajoso contacto de la sensualidad y de las pasiones, dé la impresión de que se ha salido del cuerpo y que no se diferencia sensiblemente de un muerto. Aquello que vosotros llamáis muerte, no es otra cosa sino la separación, la disociación del cuerpo y del alma. Entonces el espíritu impondrá sobre el cuerpo su soberanía tan imperiosamente que, empezando por menospreciar y poner debajo de los pies todas las cosas humanas, de todas las cuales se persuadirá que ni atañen ni tocan al varón grande y excelso; pues así es en hecho de verdad, y por lo que se refiere a su cuerpo, de tal manera lo hará suyo, que le tendrá absolutamente a sus órdenes y bajo su completo señorío y le utilizará no como amigo igual, sino como servicial esclavo. Hecho esto, conseguirá el sabio aquella hermosura interior como no pueden mentarla ni imaginársela siquiera los hombres malos, los hombres torpes y lóbregamente suspicaces, y puesto que lo exterior consonará con su interior hermosísimo, sonará allá en las calladas intimidades de ese varón divino un concierto de armonía suavísima: concierto inefable ese concierto que Sócrates deseaba de Dios y pedíaselo con voto muy ahincado. ¿Qué le queda ya por hacer a un hombre tan purificado, tan brillante, tan ágil, sino que (tomadas las dos alas del espíritu, que son el deseo de hallar la verdad divina, el ansia de adquirir el Soberano Bien, puesto caso que en esa vida vuestra todo anda rodeado y encubierto de mentira, de ignorancia tenebrosa, de suciedad, de maldad de crimen, y como decía Demócrito, hundido y enfangado en el légamo de un pozo profundo) con blando vuelo, apoyado en los remos de ambas alas se remonte a la altura, a

fin de que, luego de haber atravesado la espesa y caliginosa capa de aire, irrumpiere y penetrare, diga al cuerpo que dejó en la tierra un adiós irrevocable, sin sentir la más leve añoranza de su compañía ni el ansia más ligera de volver a esa vida vuestra y a ese valle hondo y oscuro?

Pero si, acordándose de los placeres, de las riquezas, de las pasiones o de alguna de las vanidades y malicias de la vida humana, la desea y la reclama, entonces, precipitado de nuevo a la tierra, quiebra sus alas en caída impetuosa. Y si en esas circunstancias, a ese cobarde derribado que en el cieno se complace y se revuelca o cualquier otro atollado en el mismo lodo, inficionado por contagio idéntico, mándale el Emperador del mundo que salga al instante de esa vida, no puede, a la salida de su cuerpo, encaminarse a esos soberanos asientos de la bienaventuranza, bien porque ninguna cosa inmunda y manchada puede entrar aquí por ningún concepto, bien porque la cargazón del cieno terreno, sin ayuda de ningunas alas no permite que los tales espíritus se eleven a la altura, pues los agobia con su peso y los rebate contra la tierra. En derredor de la tierra contra la cual fueron rebatidos y estrellados, flotan a la deriva, a merced del viento, siglos y siglos, expiando su yerro con penas mayores o menores, proporcionadas a las culpas de cada uno; pero en todo caso, muy grandes y muy escocedoras. Mas si tan feos y tan tétricos fueren los crímenes de determinados delincuentes, que no hubiere para ellos expiación proporcionada ni limpieza y purificación posible para suciedades tan crónicas y tan profundas como son los crímenes contra la patria, los padres, los sacrilegios contra los dioses que, una vez perpetrados, no conocieron el arrepentimiento; a esos tales definitivamente desahuciados se les arroja en el Tártaro, de donde no puede ya jamás abrírseles el camino del regreso a ese mundo de los mortales. Con todo, aquellos otros que contrajeron mancillas más ligeras o, si se quiere, manchas mayores, pero tocados de compunción, pidieron perdón con súplicas humildes o con una obra mejor compensaron y resarcieron el daño y la injuria cometidos; esos pecadores penitentes, mediante purgaciones, purificaciones y acrisolamientos, se tornan limpios, puros e idóneos para la sociedad y concilio de los dioses. Los suplicios que apuran en ese tiempo de su purificación son tan recios y tan graves y tan duraderos, que prefirieran en su vida humana cualquier dolor, por más largo y áspero y agrio que fuese, al más liviano de aquellos tormentos que se ven obligados a sufrir después de su muerte. No lo ignoraba aquel gran varón dechado de cordura y de entereza que hubo nombre M. Atilio Régulo, quien no vaciló en volver con una serena impavidez y ánimo constante a un cautiverio penosísimo por guardar la palabra y la fe que había dado a sus enemigos, aun cuando le retenían con sus súplicas sus hijos, sus parientes, los más estrechos de sus amigos, pidiéndole con desesperados encarecimientos que se salvase a sí mismo, puesto que sin mengua de la dignidad podía pasar el tiempo que le quedaba de vejez en descansada vida y en medio de consideraciones y honores en aquella República, la cual había alcanzado los mayores merecimientos, con sus dos consulados y las grandes guerras en que había intervenido y las haza-

ñas personales con que las había ilustrado. Harto bien sabía que tendría que expiar con torturas más insufribles la pavorosa majestad de la fe violada, puesto que la fe es la amiga y la compañera indivisible de la justicia o, por mejor decir, su dulce hermana inseparable.

Y siendo todo ello así, mi carísimo Publio, no tengas prisa por salir de esa vida mortal ni se te antoje larga en demasía. Pasará de vuelo con más ligereza de la que puedes creer. Condúcete en ella como en un albergue pasajero, y compónte y prepárate todo para esotra morada definitiva; para esos penates a los que tienes que venir. En esa fugacísima momentaneidad de tus días no embarguen tu pensamiento ni placeres, ni vicios, ni regalos, ni riquezas, ni maldades que descaminan de la senda cierta que conduce a esta mansión y a estos asientos inmortales. Ocúpate, en cambio, todo tú, en todos aquellos nobles menesteres que hacen expedito y fácil tu retorno a estas sedes; a saber: en ayudar a tu patria, en hacer bien a los tuyos, preferentemente a tus conciudadanos y luego a los mortales todos en el respeto a la justicia, en la práctica de la piedad y de la fe, en armarte y en hermosearte con esas mismas virtudes, sí; pero también con aquellas otras soberanas y divinas que cuando fueron por ti entendidas y comprendidas, ellas, por sí mismas, sin ningún otro aliciente ni estímulo ni aguijón de gloria, te atraerán y te harán su rendido siervo y pondrán su mano última y su postrer toque en la obra de tu perfeccionamiento. Entonces quedarás persuadido de que todo lo tuyo está en ti mismo, y no beberás los vientos por alcanzar otra riqueza que la de tus propias virtudes; ni tendrás otro lenguaje fuera del que hablará tu propia y recta conciencia, con cuyo testimonio elogioso te contentarás y no desearás ninguna otra cosa.

Si todo esto hicieres, según espero confiadamente que lo harás, no sufrirás como los malos en la tierra tormentos y aflicción, encenagado en la hez y suciedad de los vicios. Libre y puro, todo a una, yacerá en el suelo exánime tu cuerpo, y tu espíritu se restituirá a su origen y entrará en la vida inmortal y bienaventurada.

Habiendo dicho todo esto Escipión, y luego de haberme ambos exhortado que jamás dejara caer en olvido todo cuanto me habían dicho, desaparecieron. Yo, espantado de todo cuanto había visto y oído, sentí cómo se quebraba el hilo de mi sueño.

FIN DEL «SUEÑO
AL MARGEN DEL SUEÑO DE ESCIPIÓN»



TEMPLO DE LAS LEYES

(ÆDES LEGUM)

(1519)

A Micer Martín Ponce,
jurisconsulto.

LLEGADO a la convivencia con los hombres, enviado por Dios, que es nuestro soberano Señor (pues los hombres fueron creados para los hombres y no nacimos para nosotros solos, como decía Platón), paso a paso, pie ante pie me encaminé a un paraje extraordinariamente defendido y tan defendido como ameno, del cual decían no haber otro ni más deleitoso ni más grato a Dios en toda la faz del espacioso mundo.

Dábanle el nombre de ciudad, residencia de los consejos y asociaciones humanas, que el derecho agrupa; sede de la justicia y de la paz, de la Humanidad, de la lealtad, de la hospitalidad y de aquellas otras virtudes que los hombres practican en interés de los hombres.

En el centro preciso de esta ciudad inabordable de suyo y muy fuerte que fácilmente podía dar seguridad a la ciudad toda, descollaba una torre muy gallarda y linda de ver y a ella enderezo mis pasos. Deseaba contemplar de cerca aquella fábrica grandiosa labrada con sumo primor, y en caso de que se me permitiera la entrada recrear mis ojos con la contemplación del panorama y de sus defensas, y si alguna novedad contenía que fuese transferible, intentar su reproducción en esa Valencia de nuestros amores.

Así que me hube allegado más de cerca, advierto que la torre, desde sus cimientos hasta su cima, edificada muy a nivel y a plomo, era toda de un mismo color y de una perfecta trabazón, que unas veces parecíame de muy dócil piedra arenisca, otras de mármol durísimo. Allí descubrí casi todas las clases de mármol, labrado por ingenio más divino que humano: mármol pario, carrariense, lucúleo; mármol verde, que llaman de Laconia, el pórtico, que es blanco veteado; el ofito, que es de varios colores; el basalto, el ónice, el alabastro; y, a pesar de ser tantas las formas del mármol, en cada una se veían las especies de las otras, hasta tal punto, que dirías que cada uno de los mármoles reproducía las facetas de todos los otros, y si con cualquier otro de los mármoles comparases un mármol dijeras ser de su mismo color. Y

siendo aquella mansión tan aseada, tan vistosa, era sólida, además, no regalada en demasía ni risueña en exceso, sino áspera y hosca en determinados lugares, y en otros, halagüeña y acogedora. No daba vistas a bosques, a desiertos, a montañas, a soledades; por todos sus lados miraba a la ciudad, miraba a los hombres. Su punta más alta, que verticalmente miraba hacia el suelo, era aquella *eterna Ley divina*, rectora del universo mundo, la sabiduría del mandar y el prohibir, que no es otra cosa que la mente de Dios, que, según razón, obliga o veda; y no solamente tiene una más augusta antigüedad que cualesquiera pueblos y ciudades, sino que es coetánea de Dios, que tutela y gobierna el Cielo.

Pasmado yo de aquella tan linda y tan apacible novedad, en mis deseos de entrar y escudriñarlo todo, tropecé con un portero, abrumado de años, que porfiando con muchos hombres les impedía la entrada. Ese anciano, antiguo de días, transpiraba majestad; pero algo había en él de rancioso y que olía a muy remota vetustez.

Me dirijo a él:

—¿Quién mora aquí, dime, abuelo venerable?

El, despejando su frente y desarrugando el entrecejo, mirándome con mayor fijeza, como si quisiera reconocerme e identificarme, me respondió, en una jerga arcaica contemporánea del rey Numa:

—Oiráslo tú, hijo mío, si lo deseas, pues parécesme ser uno de aquellos que muchas veces suelen tomar pasatiempo conmigo y me muestran afición; y cree que esto que te voy a decir te lo digo con sinceridad y no por adularte: no soy nacido aquí.

—Dices esto—repliquéle—por tu exquisita cortesía, y al par que reconozco haber tomado pasatiempos, no recuerdo haberlos tomado nunca contigo. Lo que quisiera saber de ti, si eres tan amable, es quién mora en esa mansión.

—¡Cómo me refocilo, hijo mío, con la gran abundancia de manjares exquisitos, desde el momento en que tomé la determinación de tratar la sabiduría en la lengua de los descendientes de Quirino y, juntamente con ella, las restantes artes que tengo por costumbre comparar con aquellos fresnos tan finos y tan altos que cimbrean gentilmente sus cogollos. Quiera el cielo antes de morir que consiga restituir a su dignidad y esplendor prístinos aquellas leyes verdaderas, buenas, castizas, excelentes, que por nuestros mayores fueron grabadas en tablas de bronce. Recelo no poco que ello no sea como también que las restantes artes no sean restauradas; al contrario, temo que las mejores leyes no sufran siempre torzones, languidezcan de día en día más y más y sucumban a mortal colapso. ¿Y qué cosa hubo en la antigüedad más pura que estas leyes?

Pero me temo, por la gran semejanza que tienen con Manlio, que aquellos que las tienen sujetas a su acerba tiranía, gente silvestre, montesina, de hablar aldeano, agitada por las furias, loca, en fin, y detentadora de su dignidad, que a ninguna cosa atiende más que a lides y por perfectas nonadas, pero que le sirve a manera de escoba, para arramblar con todo cuanto hay en el mundo, no las quite y las desjugue.

Uno de éstos es Acursio, que fomenta cariñosamente la oscuridad y se sumerge, por decirlo así, en las tinieblas cimerianas. Otro de

éstos es Bártulo, nacido en Sassoferrato, ciudad de Italia, más duro y más estúpido que la peña y el hierro, de donde es nacido. Este engendró a otro que tal: Baldo, discípulo de Bártulo, mal huevo de un mal cuervo. Y, después de éstos, no he de callar a aquel mensajero que nos vino de Arezzo (Angel suena mensajero; esto es, Angel Aretino y el Imolano (Juan de Imola). A todos ellos yo quisiera que Dios me hiciese la gracia de verlos inmolados y con la espina dorsal rota y colgados de un palo alto, como un mástil, antes de que sus puercas letras inficionen las leyes con su roña y su gangrena.

Existen otros (pues de semejantes a éstos hay una verdadera plaga) que con una ferocidad monstruosa, salvajina, montés, ensucian y afean todo derecho, y toda cuanta cosa bella hay, la remueven y la oscurecen. Sus respectivas denominaciones para mí y para todos son tan enojosas e insufribles, que de sólo oírlas pierden el juicio. No me cabe duda que estos hombres fueron aquellos que Deucalión y su mujer introdujeron en este mundo para que turbasen la paz y el ocio de todos los otros. Pero lo que me despedaza y me pone en trance de morir es el hecho de que estos príncipes de las riñas y estos fautores de las discordias con tal preponderancia se imponen en los juicios, que con olvido total de los viejos y útiles legisladores, guardianes y consultores de las leyes, no queda más remedio que aprender y tragarse a viva fuerza a esos borrachos y hueros soñadores. En manos de estos sepultureros están las riquezas, la opulencia; esos gordiflones arréanse con vestidos curiosos, celebran banquetes opíparos, en los cuales no tienen asiento ni la honestidad ni la razón. Y, en cambio, los hombres buenos y tasados en sus ambiciones, mohinos, obligados por el hambre y la pobreza, de una ruin carnicería, acuden a mendigar intestinos de gallina; pero ¿qué digo de gallina? Correosos intestinos de buey, desperdicios de verduras, legumbres tiradas creen estar en gran aprecio, cuando la realidad es que viven en un desdén absoluto y visten andrajos. ¡Ojalá pudiera rogarte a ti y a tus compañeros, que son como tú, que puesto que os agrada la investigación de la ciencia antigua y verdadera y aun consignarla en monumentos literarios, que os desposaseis con ella como con otra esposa y que defendieseis esa casa y os decidieseis a cerrar contra esas huestes devoradoras, atroces, insoportables, desalojándolas muy lejos de la enjundiosa posesión de estos confines, echándoles fuera del recinto a coces y a empellones. Lucida hazaña fuera ésta y no dificultosa, sino muy factible. Tutano y Tutilina (el dios y la diosa) os asistirán en esta empresa, que, llevada a buen término, acabaría con el imperio de las tinieblas. Desde ese momento, ya no había vacilación ni demora alguna para lo verdadero y lo justo. Los mismos enemigos se os entregarían espontáneamente, por poco que fuese el empeño que pusiese en exhortárselo Fugia, soberana diosa de la alegría.

—¡Huy!—le respondí yo—. ¿Qué lenguaje es este que me hiciste escuchar tanto rato? Abuelo, por favor, ¿piensas acaso hablar con la madre de Evandro o con alguno de los adivinos, faunos o aborígenes? Si quieres que te entienda, usa un habla más moderna, pues yo no nací en la sazón en que Eneas fundaba la ciudad de Lavinio, ni fuí de

la cofradía de los sabios, ni camarada de Ticio para entender un idioma tan anticuado y fuera de uso.

—Qué—díjome él—, ¿tan tenebrosamente he hablado? ¿No reconoces aquella castrense algarabía con que nos solemos chancear y decir burlerías y donaires que los otros, en corro, escuchan con la boca abierta, con admiración y aun con respeto? ¿Quieres que hable a tu manera, cuando a mí no me entendiste y dijiste ser mi habla oscura, y en oyéndome hacías muecas y visajes, siendo así que nadie puede escudriñar esta morada de las leyes que no conozca a fondo la tersa y casta latinidad y, al menos, no esté un tanto empapado en ese arcaico tecnicismo? ¿No ves cómo son muchos los que andan rondando de puertas afuera y no llegan a entrar, porque desdeñan ser instruídos por mí, que estoy aquí con este objeto exclusivo de hacerlos idóneos para que entren en esta casa? Pues son tantos, como dice Cicerón, los aspectos de la antigüedad y la primitiva vetustez de los vocablos y los géneros de acciones que ilustran las usanzas y la vida de nuestros mayores, en el vestíbulo, en el atrio, en los pórticos anchurosos, en las estancias, en los comedores, en las salas de estar, en los solares, en las cámaras, en las recámaras, en los corredores, que quien intente ir allá sin conocimiento de las antigüedades, como un asno a la lira, es fuerza que vea su deseo malogrado. Pero pongamos punto final. Voy a responder brevemente a tus preguntas.

Habitan aquí, por callar a los moradores humanos, la justicia, la templanza, la fortaleza, la salud, el amor, la paz, la concordia, la victoria, la lealtad; para los buenos, el consuelo y toda la tranquilidad que desean y para los malos y malvados, el terror, los castigos, las cadenas, las ignominias, los azotes, el destierro, la muerte al acecho; la inocencia que no sufre mengua de los ímprobos y para éstos, retardada y cohibida la audacia, la incolumidad de la ciudad, la vida de los hombres, quieta y feliz. Aquí habita también la religión, la santidad, la alabanza, el honor a los buenos, la gloria, la castidad y el pudor seguros, la consolada orfandad y soledad de los huérfanos y las viudas, puesto que la pobreza desvalida es cubierta de escarnios. Aquí están las bellas artes; aquí, las ciencias; aquí, las tres Gracias de los antiguos; aquí, las nueve Musas; aquí, la virtud; siempre que desee algo fuera de sí misma, tiene su premio infalible, aparejado. Mira, mira hacia arriba y ve en su umbral aquellos versos que están escritos: «Creced, virtudes; florezca la edad fecunda; abierto tienen el campo los ingenios; el favor cierto espera a quien lo merece y, adornándose, la industria con sus propias preseas. Arriba, arriba, artes dormidas que sofocó la ambición. No se reconoce fuero alguno a la envidia, mientras ese templo presida el mundo.»

Con la vigencia de las leyes, todas estas cosas están en vigor; debilitadas y echadas por los suelos, no pueden sostenerse un instante más. Por eso aquel grande y sapientísimo varón que fué Aristóteles, llama a la ciencia civil *arquitectónica* y *dominadora.* Esta ciencia —dice—dispone las disciplinas que debe haber en las ciudades y cuáles cada uno debe aprender y hasta qué punto debe aprenderlas; ella determina — continúa diciendo — lo que cada cual debe hacer y de qué debe abstenerse; Cicerón afirma que él dice eso mismo, pero más audaz-

mente. Pujante y gloriosa la filosofía, reconoce por fuente de todas sus disquisiciones todo cuanto contienen las leyes y el derecho civil. Ello nos da a entender al mismo tiempo que la dignidad es cosa apetecible, también el trabajo justo y honesto es objeto de honores de premios, de lucimiento. Encarnando este sentir en la persona de J. Craso, conjugó su opinión con su autoridad.

Debo advertir, porque no nos engañen los vocablos, que cuando digo ley, con la autoridad de Cicerón, príncipe de la romana elocuencia, no quiero que se entienda otra cosa que aquella fuerza sin la cual ninguna casa ni ciudad, ni nación, ni aun el mismo linaje humano puede subsistir; ni tampoco la Naturaleza, ni tampoco el mundo, pues también el mundo obedece a Dios y a Dios obedecen mares y tierras, y la vida del hombre está subordinada a los mandatos de la ley suprema.

En este punto atajé yo el monólogo para decirle:

—¡Oh el más complaciente de los abuelos: pues aguzaste mis deseos de entrar y hablas en lenguaje mucho más comprensible, dime: ¿Podré yo echar una mirada en los más escondidos reductos de ese templo y en sus sagrarios venerandos y en todos sus misterios y ver todas sus intimidades?

—¿Qué obstáculo hay?—dijo él—. Sí, sí, con más rectitud y más verdad y más claridad que toda aquella taifa de analfabetos.

Entonces soy yo quien le digo:

—Antes de ser introducido, con sumo interés querría hacerte una pregunta: ¿Cómo es que tan noble, tan vistoso y, al parecer, tan robusto edificio, no sea más consistente que una telaraña? Pues esto es lo que acostumbraba decir Solón, uno de los siete sabios de Grecia y muy prudente legislador él de leyes inmortales; dicho que pareció cobrar mayor autoridad con la de Catón *el Viejo*, tan imponente en su gravedad romana. Decían ambos: *Los más pequeños insectos, como las moscas, mosquitos, hormigas y otros animalillos por el estilo quedan presos en sus redes; pero los animales mayores, como perros, gatos, ovejas, caballos y semejantes, rota la tenue estructura, se escapan indemnes.*

El portero, nada encogido por estas palabras, respondió en tono apacible:

—Las leyes, cuya hermana legítima es la justicia, son rectas como ves en este edificio, y son equitativas en todas sus partes; pero adolecen de suyo de mudez y de sordera congénitas: no tienen habla propia, no oyen, no ven. Pero a su servicio están unos hombres que con su habla las hacen hablar y con su vista ven y con sus oídos oyen. Acostumbramos llamarlos jueces que, con otro nombre, denomínanse leyes parlantes; como también hubo quien con razón a las leyes las llamó jueces mudos. Estos personajes, si quisieran acomodarse a la justicia que preside, cuya imagen pintó muy bien Crisipo, el filósofo estoico, se mostrarían graves, intachables, incorruptos, severos, no impresionables por la lisonja, austeros, templados, prudentes, que ni el favor doblará ni intimidará ningún temor humano. No dejarán influirse del odio ni de la amistad, ni del enojo, ni de la sensiblería; no padecerán de dineritis ni consentirán que se les ataque con lanzas de plata. Ya ves cómo a ese cerro en que nuestro templo se asienta no puede subir, como Filipo el mace-

dónico decía, un asno cargado de oro, que dondequiera acostumbra tener paso franco.

Y si se da el caso de algunos jueces, y yo no dudo que son numerosísimos (si es que en buen derecho pueden ser llamados jueces), sensibles a los proyectiles acuñados, que cierren los ojos o se dejen impresionar por las amenazas de los poderosos, éstos son los que se muestran violentos y severos para con los infelices y los desvalidos; mas se ponen a temblar al menor gesto de los grandes y abandonan juicios, derechos, leyes, justicia. Esos son las telarañas en que se enredan los animales chiquitos, y no tan sólo éstos, sino otros poco fuertes, desde luego, si así se les antoja a los grandes. No que ni los derechos ni las leyes sean telarañas, sino que las telarañas son los jueces bellacos y venales. Estos no son verdaderos jueces; es decir, intérpretes y dictadores del derecho, ni son sus custodios y sacerdotes, ni son leyes parlantes. No residen las leyes en la voz de esos hombres perdidos, sino en la norma de la Naturaleza. Quien a ellas acomodare sus juicios, será como aquel juez de Egipto; éste será otro Boquiris, que fué la equidad personificada; éste será auténtico juez; éste será reverenciado como pontífice de la justicia. De los demás no se ha de hacer más caudal que de los que desempeñan el papel o la figura de jueces en una representación escénica o pictórica. De jueces no tienen más que el nombre; pero no la realidad. Expliquen ahora la razón de aquel dicho, el famoso Solón de Salamina o Anacarsis, el errante escita, o el Catón de las Tusculanas. Yo en ellos no veo jueces ni telas de araña.

Así que hubo dicho esto, se detuvo un rato. Yo le dije:

—No sabes, abuelo, cuánto contentamiento me ha dado este desahogo tuyo; dime, por favor: Si alguna vez llegare a penetrar en ese templo, aun cuando ahora no tengo tal intención, ¿con qué guía he de regirme para explorar tantas y tan profundas estancias como veo desde el umbral?

—No creo—me contestó—que el inmortal Estagirita desconociese esta morada, puesto que todo cuanto está aquí consta admirablemente expresado en sus libros *Morales* y *De la República*.

—¿De qué manera?—le pregunté.

Respondió:

—Más allá de estas construcciones que ves, hay una plaza rumorosa del gran ruido y barahunda de los sicofantes, enronquecidos de tanta grita. Allí están en barullo indescriptible jueces con demandantes, demandantes con acusados, acusados con defensores y abogados; éstos con aquéllos otros, y cada uno con todos, sin otra razón que la del dinero; allá van a reunirse todos los que, no admitidos por esa puerta grande, rodean el glacis de ese castillo y se cuelan por una puertecita falsa esperando que por allá llegarán a penetrar en ese auténtico templo de las leyes, del derecho, de la equidad. Y aún he de decirte que hay algunos que, admitidos a visitar esta santa casa y aun a fijar en ella su residencia, subidos arriba algún tanto, dan con ciertos pasadizos y escaleras hurtadas, que aun cuando al principio les parecen conformes con los otros, acaban por torcerse y conducen a aquella plaza que dije, como a una cloaca maloliente, y no fácilmente les retornan a ese palacio, pues para ellos el dinero podrido y fétido les huele tan deleitosamente como la mejorana y el bálsamo y piensan ser

suavísimo el olor del lucro, venga de donde viniere, aun cuando sea de la orina, como se cuenta del emperador Vespasiano, que le puso una contribución al mear. Toman esta dirección engañados por la ambigüedad de los caminos, y allá van a parar. Yo me avine a que se llamase del Supremo Derecho esta avenida, en ocasión en que estábamos festejando, con un banquete y en sabrosa conversación de sobremesa, las fiestas de la diosa Vacuna. Subrayaron algunos muy pronto esa denominación con varios motes: de la suma malicia, de la suma injusticia, y otros, por fin, de la gran cruz. Alegaban que esta avenida estaba harto distante de lo equitativo y de lo bueno, y que por ello no conducía, el que por ella ingresó, a la auténtica morada de las leyes, sino que llevaba a la plaza del barullo y de los pleitos.

Entonces algunos, levantando el espíritu, pedíanme mi opinión acerca de esta morada y de aquella plaza y, cortésmente, me instaban a que dijese algo. Yo les respondí que esa nuestra camaradería era la santa amistad y que aquellos gritos eran el lugar de tormento (*carnificina*) del litigio. Aquí alguno, con una sonrisita: «Mejor hubieras dicho, Abuelo portero, *argentificina*, oficina del dinero.» Recuerdo que los más se indignaban porque ninguno podía entrar allá, aun cuando, vestido y acicalado, que como si hubiera caído en manos de ladrones no se saliese de aquel recinto, desnudo y que rezaba mucha verdad aquel proverbio tan vulgar; a saber: *que no había mejor medicina para los ojos que nunca ver abogado ni causídico;* que ya todo el mundo les llamaba *pescadores,* porque con mil engaños y astucias, con una sutileza sin fin, pescaban todo género de hombres y que así, escamados, les envían a sus casas más lisos y sin pelos que cualesquiera anguilas o murenas; de tal manera quebrados de espinazo, que no es más congrio que esturión. Con todo, lo que más merece lástima, a ellos hartas veces no se la merece bastante. Verdaderos antropófagos, se tragan los hombres enteros, con sus bienes y con sus vestidos. En consecuencia, decían a la primera consulta que se les hacía que debía cerrarse a cal y canto aquella puerta falsa que franquea el paso a la plaza de los pleitos o, si fuere preciso, demoler la plaza misma y desarraigarla de cuajo, y que para ello pedían deliberación. Todavía no se ha tenido este consejo. Lo espero con la mayor de las expectaciones. ¡Cuánto me temo que no se reúna nunca!

Llegado a este punto, hablé yo, y le dije:

—Más cuerdo será, abuelo, que esperemos, pues se me antoja a mí que los humanos ingenios, de día en día más y más, parecen sacudirse las tinieblas que les dejaron sus padres y volver a aquella serena claridad de los abuelos. Pero ¿qué fué aquello que acabas de decir de lo equitativo y de lo bueno? Pues en Aristóteles creo recordar haber leído algo semejante, aunque con una voz griega. «Es—dijo él—la regla y el camino del derecho y las leyes.» ¿Y cuál es ésta—dime—, en fin de cuentas?

A su vez, me dijo él:

—Oye a Celso, aquel anciano que desde el mismo atrio grita a voz en cuello a sus compañeros de casa y mesa y a los jueces todos con gran fuerza: «Vean, provean, miren hacia arriba, miren hacia abajo, miren adentro, estén siempre en guardia, no deliren, no se descaminen de

la senda del derecho y, por tanto, de la ley de la misma ley, lo que es bueno y es equitativo.»

—¿Qué es lo que oigo?—dije yo—. ¿No era cierta mi sospecha de que tú hablabas de la *epiicia* de Aristóteles? ¡Cómo me contentaría hablar contigo largamente, según el sentir de aquel anciano peripatético, de esa equidad y ese bien, y tratar asimismo copiosamente de eso mismo a tenor de las obras en que monumentalizaron su doctrina los que más duchos fueron en derecho divino y humano, si no recelaron que yo, que como ves no hice más que saludar las leyes desde la puerta, no me hiciera notar por las galas ajenas, y *si venía por azar el bando de las aves a reclamar cada una sus plumas propias a guisa de la corneja despojada de los colores hurtados, dé motivo de escarnio y risa*. Así que me aguantaré dentro de mi piel y diré en pocas palabras lo que acerca de eso bueno y eso equitativo siente Aristóteles en el libro V de sus *Morales*, aun cuando lo haré desgarbadamente y sin traer lechuzas a Atenas; pero lo diré con todo si tú no tienes cosa más urgente que hacer.

—Yo—dijo él—, así que me zafé de aquellos rábulas y enfadosos gritadores, no tengo nada que hacer, pues hoy no es día de hacienda y no sé si aun teniendo que hacer, haría otra cosa con más gusto.

Entonces, yo:

—Con el solo vocablo *Epiicia* denomina Aristóteles lo equitativo y lo bueno. La define diciendo *que no es el derecho o la ley escrita y expresa, sino la enmienda de la ley y su interpretación*. Son muchas las cosas que el legislador no puede mandar. Véalas el juez que encarna y mantiene la personalidad de las leyes y dé a la ley la flexibilidad que requiere la naturaleza de la cosa sometida a su juicio, así como los canteros de Lesbos usan aquella su escuadra de plomo, la cual, como es una lámina de metal flexible, se adapta con facilidad a cualquier estructura. No quiera seguir siempre el sumo derecho, que hartas veces es la suma injusticia, sino acomódese a la naturaleza de la norma en conformidad con la cual, como dijiste muy bien, todas las leyes se crearon y formaron. Vea lo que diría el mismo legislador si estuviera presente, y no crea, de buenas a primeras, que la ley es poco recta o inicua, porque la falta, si falta hubiere, no estará en ella ni en el que la formuló, sino en la variedad de la cosa que es tan varia, tan multiforme, tan amplia, que no puede encerrarse ni ceñirse toda en determinados límites. Por eso, con muy buen acuerdo, se dijo ser la norma del derecho lo equitativo y lo bueno, pues esto, en el establecimiento de cualesquiera leyes, fué el propósito capital y la primera intención que tuvieron los legisladores prudentes. Crea un semillero y un hormiguero de pleitos aquella meticulosidad con que algunos la estudian no solamente oración por oración, sino palabra por palabra y sílaba por sílaba y aun letra por letra, empeñados en mantener las leyes con los dientes y no en acomodarlas a lo que constituye la misma vida de la ley; a saber: la norma, la razón, la mente, el sentido, el espíritu, el alma, la vida, que es, en suma, lo equitativo y lo bueno.

Por esto paréceme que Cicerón recomendó con los más subidos elogios, luego de muerto en el desempeño de sus funciones de legado, a Servio Sulpicio: *No será silenciada* —dijo—*aquella maravillosa e increíble y casi divina ciencia en la*

interpretación de las leyes, en la equidad de su aplicación. Todos los hombres de nuestro tiempo que en esa nuestra ciudad tuvieron conocimiento del derecho, reunidos en un solo lugar, no pueden compararse con Servio Sulpicio. No fué más entendido en el derecho que en la justicia. Así que todo lo que provenía de las leyes y del derecho civil, siempre referíalo a la facilidad y a la equidad, y no tanto quería acometer acciones litigiosas como quitar controversias. Esto dice Cicerón en su acción novena contra Marco Antonio. En este pasaje, a mi entender, muy densamente es alabado Sulpicio, como sea que sólo es propio de los ingenios grandes y descollados muy por encima de los otros hallar aquella equidad jurídica, y yo no sé si es de menor importancia que promulgar una ley. Yo, personalmente, pensaría que requiere prudencia mayor, ponderarlo y mesurarlo todo, según los lugares, los tiempos, las personas y las cosas no sólo una vez, como los legisladores hicieron, sino hallarlas y darles cada día nuevas interpretaciones con aquella equilibradísima equidad. Esto es lo que siente Aristóteles en sus libros *De la República,* cuando dice que está más bien gobernada una ciudad por el mejor político que por la ley mejor.

Habiendo dicho esto, preguntóme el portero si gustaba de entrar. Decliné la invitación por entonces, pero con todo, le dejé promesa que en breve, mejorado de la enfermedad, volvería con más tiempo y holgura para visitar a placer aquel templo con el permiso de sus pontífices y para conocer a todos los que en él habitaban, que no es cosa de una o de dos muy cortas horas. El, despidiéndose de mí, se acogió dentro, y cerró las puertas con ambos cerrojos, porque no entrase nadie sin que él lo supiese.

FIN DEL «TEMPLO DE LAS LEYES»

PRELECCION AL LIBRO DE LAS LEYES DE CICERON

(PRÆLECTIO IN LEGES CICERONIS)

(1519)

PERSUÁDOME yo que todos vosotros a una no acabéis de maravillaros de que un filósofo como yo soy, en presencia de tantos jurisconsultos me atreva a comentar las *Leyes* de Cicerón, pues no hay nadie que no juzgue que esa materia y aun cualquiera otra que se refiera a las leyes es propia no del filósofo, sino del jurisconsulto y que es cosa muy distinta un filósofo de un jurisperito y de un leguleyo. Con las pocas palabras que diré, si las oyereis con el oído atento y el ánimo recogido, entenderéis, según espero, lo que tiene que hacer el filósofo en ese terreno acotado: si le está prohibido comentarlas o admitir discusión acerca de ellas o si ni siquiera le es lícito, como piensan muchos, llamarlas por su nombre. En este punto, es fuerza que comience por la división del derecho.

Estáis perfectamente informados de que, originariamente, los derechos y leyes unos son naturales, otros divinos; algunos públicos y civiles y algunos otros militares. Aristóteles, en su primer libro *De la República,* define el derecho natural diciendo que es el que tiene la misma fuerza dondequiera y tiénenle todos impresos en sus corazones y salió con ellos del vientre de su madre; profésanle inmutable todas las naciones y sienten acerca de él de una idéntica manera y no hay nadie de aquella gente que por espontánea convicción no asienta a ese derecho. Y no me espanto de ello, porque es idéntica e invariable en todos los hombres la Naturaleza, a cuyo dictado cada cual se señaló en su corazón aquellas leyes que no admiten variedad. Y es de saber que estas leyes no son ratificadas y aceptadas porque así plugo individualmente a un hombre, ni porque así pareció bien a una asamblea, a una república, ni porque así lo quiso un reino, ni porque así lo quiso el universo mundo, sino porque nacieron con nosotros y con nosotros crecieron, sin desmedro ni asomo alguno de vejez. Metió en nuestros adentros la mismísima Naturaleza que dispone

de fuerzas sutilísimas y que se escapan de todo escrutinio y se hurtan a todo examen, ya en el instante mismo del nacer, la veneración y el culto de Dios y de los santos; inculcónos la afición y el saber de la humana convivencia, a' la cual no puede sustraerse por completo el más cerril enamorado de la soledad, ni aun el mismo Timón, que mereció el apodo de *misántropo* o aborrecedor de los hombres.

Sembró también en lo más hondo de nuestro ser la vergüenza del pecado, la conciencia de la mala vida, que, como los poetas fingieron, hostiga con sus aguijones a las Furias, que a los malvados y a los impíos les maltratan y les acosan. Inspiró la reverencia de los superiores, de los sabios, de los ancianos, de los príncipes, reverencia que el hombre no puede por completo deponer sino con su propia existencia. Callaré, por ahora, la sociedad conyugal del varón y de la mujer, la crianza de la prole que engendraren y todas las otras situaciones semejantes, encuadradas todas ellas en el derecho natural.

Y siendo todo esto así, pienso que no duda ninguno de vosotros que las leyes divinas, públicas, civiles y militares tuvieron su origen en la misma ley de la Naturaleza. Aun cuando yo, personalmente, creo que no hay derecho alguno natural que a la vez no lo sea de gentes, puesto que todo derecho y toda equidad se establece no más que entre hombres. En la sociedad animal, más que derecho propiamente existe una cierta sombra y resabios, así del derecho como de las restantes virtudes.

Con todo, según había comenzado a decir, de aquel congénito e instintivo y universal culto de Dios, origináronse a la callada religiones particulares, pues aun cuando cada cual, sin otra luz ni guía que la de la Naturaleza, sepa que hay un Dios y que se le debe reverencia y afecto, con todo no acierta a discernir si ese Dios es algún hombre o algún animal, o una planta, o una piedra u otra cosa cualquiera que ni tenga sentido ni sea ella sentida. Ignora qué linaje de religión es menester que profese, y con qué observancias, y con qué ritos, y con qué ceremonias. En el establecimiento de una ciudad, aun cuando la Naturaleza, la sociabilidad y la convivencia con los demás ciudadanos les imponen que guarden para con ellos la justicia y la paz, ignora, a pesar de todo, con qué normas y por qué camino conseguirá este fin con la más fácil comodidad. No es cosa demasiado absurda que siendo cierto el fin los medios sean inciertos. Así es como vemos que por lo que hace a la ley natural, a saber: respecto de la reverencia que a Dios se debe y de la defensa de la sociedad, nadie, por lo general, ha de hacer consultas ni tener opción sino de los medios más fáciles y prácticos para llegar a aquel fin. Acerca del fin, como dice Aristóteles, y de las cosas ciertas no cabe elección, ni deliberación, ni consejo.

Propuesto ya este derecho natural (uso indistintamente las voces ley y derecho) a manera de blanco de los tiradores, aquel que atinare a señalar mejor aquella senda, aquella norma y aquella razón, este tal, a boca llena será llamado legislador; a ése habrá que oírle, a ése se le habrá de obedecer, a ése se le ha de asignar la misión de determinar lo que en este punto es lo más conveniente para el género humano. Y, en efecto, ¿qué misión puede haber de mayor rendimiento y utilidad que guiar al hombre camino del fin

para el cual es nacido? Si previamente conociéramos qué cosa sea este fin, entonces, con suma facilidad averiguaremos a quién incumbe su conocimiento y su saber, lo cual, a mi juicio, esclarece cuál de los hombres dictará leyes más atinadas a los pueblos, a las ciudades, a las naciones. Todos los que trataron filosofía, o cuyo ingenio se elevó un poco por encima del vulgo y disertaron de la bienaventuranza en esa vida mortal, a pesar de sus increíbles discrepancias en los demás puntos, en éste convinieron con una impresionante unanimidad, a saber: que sin más luz y guía que la de la Naturaleza, se puede llegar a la virtud y a la felicidad, según puede contenerla nuestra pequeñez mortal. Predicando aquellos filósofos que el vivir conforme a la Naturaleza era el bien último, absoluto y perfecto que llamaron *telos* con una voz griega, y no diferenciándose ésta en su conjunto, no podrían en punto tan claro dejar de reconocer y proclamar que el humano linaje a nadie comprendía inepto e incapaz de la bienaventuranza, pues de otra manera Dios le hubiera creado en vano y parecería haberse inferido una muy grande injuria a sí propio. Hay más: ninguna cosa puede convenir a un individuo de alguna especie que no pueda convenir también a los otros. Por todo esto, se vieron obligados a confesar que aquello que está sujeto a la fortuna, a la osadía o al poder vesánico de los malos no pertenecía a la esencia de la bienaventuranza. Muchos fueron los que opinaron que la decoraba; porque estando todo esto fuera de nuestra voluntad, sujeto a un poder ajeno, pudiera acontecer que no estuviese en nuestra mano obrar nuestra propia felicidad. Repugna a la Naturaleza crear algún hombre privándole de la facultad de bien vivir.

En la investigación de este principio, que es el mejor y el más cierto, muchos se desviaron mientras buscaban el camino para vivir conforme a la Naturaleza, y como no dieron con él, puesto que a unos les pareció que era uno y que era otro a los otros, diferenciáronse también en la manera de vivir. Epicuro, puesto a inquirir la fuerza de la Naturaleza en las mismas bestias, las cuales ve buscar nada más que el placer, coloca en el placer la felicidad de la vida. El primero que sostuvo esta opinión fué Aristipo de Cirene, degenerado de la noble índole y de la moralidad socrática; afianzóla luego en gran manera Eudoxio de Cnido, autorizándola con su frugalidad y su desamor del deleite. Jerónimo de Rodas, viendo que el dolor era a todos sobre manera molesto, sostuvo que su carencia constituía la felicidad del hombre. Casó estas dos opiniones Lucrecio Caro, poeta epicúreo en este pasaje de su poema *De la Naturaleza*:

¡Oh míseros humanos pensamientos!
¡Oh pechos ciegos! Entre qué tinieblas
y a qué peligros exponéis la vida
tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura
no oís el grito de la Naturaleza,
que, alejando del cuerpo los dolores,
dé grata sensación el alma cerca,
librándola de miedo y de cuidado?

Mas Califón, Polemón y Diodoro se negaron noblemente a buscar en las bestias la Naturaleza y fueron a buscarla en los hombres, persuadidos de que no obraba en unos y otros de la misma manera, porque en las bestias estaba fuertemente degenerada. Y así fué que vieron que la naturaleza del hombre entera, bien condicionada, no afectada ni corrompida por la maldad ni por

las dañadas opiniones, era en grado sumo propensa a la virtud y que la Naturaleza, en su rectitud e integridad nativas, con horror se apartaba del vicio como de una peste de las almas y de las mentes (pues la Naturaleza nos engendró para el mejor entendimiento, como muy bien dejó escrito Marco Fabio). Hasta tal punto es verdad ser cosa fácil aprender lo mejor para quienes quieran, que, bien mirado, es cosa que causa maravilla que los malos sean tantos. Así como el agua conviene a los peces y a nosotros la atmósfera nos conviene, así era ciertamente más fácil también vivir según la Naturaleza que contra ella. Por eso aquellos filósofos quisieron que la virtud, en primer lugar, fuese necesaria a la perfección humana, y en el orden de los bienes le declararon la última, combinando cauta y prudentemente la carencia de dolor con el placer de los sentidos. Mas Zenón y los émulos de las doctrinas descubiertas por Zenón, que del nombre de su escuela toman el nombre de estoicos, dogmatizaron que en la virtud honrada y desnuda, sin ningún otro aditamento, contenta exclusivamente de sí misma, consistía la felicidad. Por lo que atañe a las riquezas y los otros que se llaman bienes materiales, en caso de opción deben ser elegidos y ser admitidos si llegaren; pero si no se tienen no deben ser apetecidos.

Con todo, Aristóteles, estudiando la Naturaleza con vista más larga y más aguda que todos los otros filósofos restantes, viendo que no había que buscarla en los brutos que viven para la sensualidad y el vientre, que no tienen entendimiento ni preocupación alguna por lo santo y lo honesto, ni podía encontrarse tampoco pura y clara y en su pureza original en los hombres, porque arreo varían los pareceres humanos, puesto que cada día trae su propia variedad, al mismo tiempo que por ciertas vetas y filtraciones del mal y por la abominable influencia de las opiniones del vulgo, esa misma naturaleza está en los hombres depravada y descaminada y ocasionada a muchos errores y extravíos, entendió que había que ir a buscarla más arriba, donde estuviese libre de toda mancha y de todo contagio, en su entereza, en su sinceridad, en su claridad, en su limpieza, en su puridad intacta. Y así fué que concluyó por afirmar categóricamente que aquello mismo que en los dioses es lo principal y lo que hace que su vida fuese bienaventurada, éste es el fin que en los hombres buscamos, y quiso que los padres, la patria incólume, los amigos, los parientes, las riquezas fuesen un simple acompañamiento y adorno de la felicidad que, según dice Terencio, son bienes para quien sabe usarlos y para quien no los usa rectamente son males.

Explicada quedó anteriormente la sentencia de Aristón, de Pirrón y de Herilo, que no ponían en las cosas selección alguna. ¿Veis cómo la especulación y el conocimiento del fin natural de los hombres incumbe a la filosofía? Lo mismo ocurrirá con todo lo otro que señala normas para ese fin, porque en último término las halla quien las investiga y las inquiere. Y ese investigador afortunado, como el mejor ciudadano que es de esa ciudad ecuménica que contiene todo el linaje humano, pone en medio sus descubrimientos para el provecho común.

Por esto, siendo halladas y promulgadas todas las leyes para vivir bien y felizmente, ¿por qué no ha de ser él quien dé esas mismas leyes, como medios y caminos expe-

ditos para conseguir el fin humano? ¿Ni cómo conducirá a ese fin aquel legislador para quien la virtud y el fin de la virtud, que es la felicidad, son pura incógnita? Acomodará con toda seguridad a ese fin los medios más convenientes y más cómodos aquel que tenga conocido y explorado ese fin mismo en toda su complejidad, no ya superficialmente, sino en su más íntima sustancia.

Demás de esto, tres son las partes de la filosofía que se distribuyen para su investigación las cualidades de la ley buena y su razón de ser. El conocedor de las cosas naturales indaga si la ley es conforma a la Naturaleza; si conviene a las circunstancias de lugar, de tiempo, de las personas para quienes se da: ¿es buena solamente para una parte y para la otra parte es inicua? ¿Es factible lo que manda? ¿Es hacedero lo que prohibe? ¿Cuán útil es, cuán necesaria, cuán apta y conveniente a la actualidad y al porvenir? Eso no podrá averiguarlo sino aquel que haya estudiado con ahinco los caracteres y natural de los hombres y las particularidades de los tiempos y de los lugares. El dirá si es justa y es honesta, cuán congruente con la virtud, cuán antagónica de los vicios. Dirá, asimismo, si contiene algo que, en su expresión, dará ocasión y asidero para cavilaciones, controversias, pleitos, es decir, para esa polilla y destrucción del bienestar y de la quietud ciudadana. El escruta la dialéctica. Los que piensan que desdice de esa tranquila manera de tratar las cuestiones de derecho oigan lo que de Servio Sulpicio, el jurisconsulto más competente de todos los tiempos, dice Cicerón en el libro sobre los oradores ilustres que escribió para Bruto: «Así que diréte, Bruto, que fué grande la aplicación del derecho civil en Escévola y en otros muchos, pero su arte y su pericia en éste fué singular. Ese resultado no lo consiguiera jamás con la ciencia del mismo derecho, si, además de esto, no hubiera aprendido aquel arte que enseñaba a dividir en partes la totalidad del tratado, a explicar lo abstruso con una cabal definición, a explanar lo oscuro con una interpretación feliz; ver antes que todo lo ambiguo, y luego discernirlo y por fin dar la regla apropiada para aquilatar lo verdadero y lo falso, y las consecuencias y las inconsecuencias de lo uno y lo otro. Este fué quien introdujo esa arte que es la más excelente de las artes, a manera de luz, y la aplicó a los casos en que los otros respondían o actuaban de una manera confusa. Paréceme que das a entender la dialéctica, dijo. Así es verdad que la di a entender.» Todo esto es de Cicerón. Transcribí todo este pasaje para que los que creen que aquella filosofía racional que llaman lógica no tiene que ver con el conocimiento de las leyes, se den por enterados de la grandísima utilidad que le reporta y hasta qué punto tiene de ella necesidad:

«Tú eres, pues, ¡oh filosofía!, guía y luz de la vida, tú eres de las virtudes indagadora, tú expulsadora de los vicios. ¿Qué hubiéramos podido ser sin ti, no solamente nosotros, sino la misma vida humana? Tú alumbraste las ciudades; tú reuniste a los hombres desparcidos en comunidad de vida; tú unísteles en viviendas, primero; luego, en casamientos; luego, en comunión de letras y de habla; tú fuiste la inventora de las leyes; tú fuiste maestra de las costumbres y la disciplina.»

Con toda la fuerza de mi derecho osaré, pues, a pesar de mi profesión

de filósofo, disertar acerca de las leyes, mayormente habiendo Cicerón publicado, no sólo como jurisperito, sino como filósofo, aquellos libros de las Leyes, emulando al filósofo Platón en aquellos famosísimos doce libros, como hizo en los libros de la República y con harta frecuencia en otras obras. La diferencia que hay, según Macrobio, entre los libros de ése y los de aquél, consiste en que Platón organizó la República y Cicerón la refirió. Aquél disertó acerca de cómo debía ser; éste contó cómo los mayores la fundaron, aun cuando Cicerón, por boca de su hermano Quinto, dice que puso en sus leyes muy escasas novedades.

Y, con efecto, aquella República romana que se prolongó hasta las guerras civiles, o era la República ideal o se acostaba ella muy de cerca y con harto pocas mudanzas hubiera sido el dechado de la República modelo. Pero, volviendo a los filósofos, los que fundaban las ciudades y las repúblicas primitivas, eran filósofos y como tales se les tenía. Filósofo, sin duda, fué Mercurio Trimegisto, que a Egipto dió sus leyes, y aquel Quinto Mercurio que mató a Argos y por esta causa gobernó el Egipto y dió a sus moradores sus leyes y sus letras. Los egipcios, en justo reconocimiento, como escribe Cicerón en su tercer libro *De la naturaleza de los dioses*, llámale *Thoth*, y con ese nombre distingue el mes primero del año. Filósofo fué también Licurgo de Lacedemonia; filósofos Dracón y Solón, ateniense; Zalenco. locrense; Carondas, de Turia; Eudoxio, de Cnido, formado en la disciplina pitagórica. Y aun el mismo Pitágoras dió leyes a muchas ciudades de la magna Grecia, luego de expulsado Dionisio de Siracusa. De Platón se dice que los tebanos y los árcades le rogaron que diese leyes a sus ciudades. Aristóteles organizó políticamente a sus estagiritas. como escriben que lo hizo Meledino con los pireos.

Vuelvo ahora a Cicerón, cuya disputa en esta obra está distribuída en tres partes. La primera enseña qué sea el derecho congénito, a saber, con el que cada uno nace y que se llama natural; la segunda enseña cuál sea la religión de los dioses inmortales, y la última, cuáles conviene que sean el gobierno y la magistratura en una República modelo y en una ciudad ideal. El derecho principal es el derecho de la Naturaleza; el segundo es el derecho divino, y de ambos a dos, como de sus fuentes, nacen el derecho de gentes y el derecho civil, cuya utilidad explicaré en pocas palabras.

Muchos fueron los filósofos que, dando de mano al cuidado de los intereses privados y públicos, con tal ardor se consagraron a la especulación y a la contemplación, que, retirados a la soledad y apartados de todo comercio con los hombres, arrastrando noches sin sueño y días enteros sin alimento, en total olvido de sí mismos, como puros espíritus albergados en un cuerpo, pero sin relaciones con el cuerpo, existiendo acá abajo, pero viviendo una vida superior, con un afán que no conocía la fatiga, pusieron todo su esfuerzo en investigar la naturaleza de las cosas. Esa noble dirección dada a la vida, no tan sólo es, en mi concepto, la más excelente y bien digna de nuestra alma inmortal, sino que siendo muy útil a los otros lo es aún mucho más al mismo que se la impuso. De Sócrates hacen los hombres tan alto aprecio porque a la sabiduría moradora del cielo la hizo descender y la intro-

dujo en la sociedad humana y la aplicó a los menesteres de la vida. Percatóse muy bien ese varón clarividente, el más sabio de los hombres, como le declaró el oráculo de Apolo, de que él no había nacido egoístamente para sí solo (cosa que tiempo después su discípulo Platón escribió a Arquitas), sino que reclamaba una parte de su nacimiento la patria, otra parte los amigos y otra parte el restante género humano; miró por sí y por su ingenio divino en la averiguación de las cosas; miró por el género humano, del cual mereció tanto bien con los preceptos que le dió para la vida buena y feliz. Yo no veo que exista cosa más útil que ésta ni más indicada, ni que reporte más fruto, ni otra en que el hombre pueda merecer más de los otros hombres. Aquel que indica el camino más certero y más expedito al caminante que de París se dirige a Lovaina, ¿no dispensa a ese caminante el mayor beneficio que puede? Y, por ventura, ¿no es como el que de su propia lumbre enciende lumbre ajena, quien muestra su ruta al pasajero para que con toda comodidad llegue al fin a que se encamina? ¿Y qué es razón que pensemos nosotros de quien muestra, no una senda para llegar a una ciudad, no un camino para arribar a un país determinado, sino la carretera real, la vía regia para alcanzar el fin de toda la vida humana, en vistas al cual plugo a Dios que el hombre fuese creado?

Por todo esto que dije, siendo así que de estos tres libros de Cicerón el primero enseña a cada uno la fuerza y la razón de lo equitativo y de lo honesto, de donde dimanan todos los otros derechos, y el segundo enseña el culto de los dioses, y en él, con sólo mudar los nombres de Júpiter y Juno y otros mitológicos, trocándolos por los adorables de Cristo y de María y otros de nuestra santa religión, parecerá todo dicho por el más cristiano de los hombres, a la par que el tercero enseña las leyes por que se gobiernan los magistrados, la gente de guerra y los restantes ciudadanos; no tiene, en opinión mía, la gentilidad otros más dignos de que se lean, se relean y anden asiduamente en manos de todos. Plinio Cecilio, en su prefación a la *Historia natural del mundo*, aconseja que se manejen de día y de noche los seis libros *De la República*, de Cicerón; los tres libros de *Los deberes*, la consolación por la muerte de su hija, y encarece aún más el aviso diciendo que no solamente deben traerse en las manos cada día, sino aprenderse de coro. Yo me referiré a los libros de *Los deberes*, llegados hasta nosotros; quien los vió y es de otro parecer, convéngase en que es un malvado, y siendo perdición para los otros, lo es aún mucho más para sí.

Yo no voy a negar que hay muchas cosas escritas en esos libros de *Los deberes* (puesto que son mayores) que en los libros *De las leyes*; pero, con todo, las enseñanzas que estos libros contienen no ceden un ápice a lo que aquellos otros dicen. Unos y otros comprenden preceptos respetabilísimos y en ambos hay doctrina muy provechosa para toda la vida. Contaré lo que hartas veces ha pasado conmigo. Es de saber que leyendo yo con mucha frecuencia, y ahinco, y aplicación grande todos los libros de Cicerón y reparando con mucho cuidado en esos tres libros *De las leyes* y en aquellos otros tres *De los deberes*, aquella doctrina que los Santos Padres dejaron a la posteridad consignada

en los más venerables monumentos de nuestra religión sacrosanta, aquello que habló el Espíritu Paráclito por boca de los profetas y, finalmente aquello mismo que Nuestro Señor Jesucristo hizo y enseñó, muchas veces estuve dudando si aquellos documentos habían salido en realidad de la oficina ciceroniana o fueron redactados por un sabio cualquiera cristiano y puestos bajo la firma de Cicerón, como aquellos cuatro libros de Retórica, atribuídos a Herennio. De esa recia y angustiosa duda me sacaron y me libraron la manera y el estilo que es todo ciceroniano y sin equívoco posible los numerosos pasajes citados de sus mismas obras por los más antiguos escritores de nuestra religión sacrosanta. Estoy firmemente persuadido que ninguna sabiduría humana, sin un beneficio e ilustración de Dios muy particular, ha podido conseguir y conocer las cosas que en los libros *De las leyes* y *De los deberes* están escritas.

Ya estoy viendo que a esa introducción mía le falta aquella parte que impuso el ejemplo de los antiguos comentaristas, quiero decir la noticia biográfica del autor. Yo voy a ponerla más por ser costumbre que por ser necesidad. ¿Qué nueva luz y qué gloria inédita puede aportar al nombre de Cicerón un discurso mío o de cualquier otro? ¿Es, por ventura, Cicerón un quienquiera, un desconocido a quien sea posible que esclarezcan más el elogio de los hombres y la fama pregonera? ¿Quién ignora la existencia de ese varón, así more en el postrer linde de la Escitia, en la barbarie última, en la más esquiva de las soledades? ¿Quién no sabe qué hombre fué y cuán gran hombre fué? Referidos a él como en profecía están aquellos versos, no menos verídicos que elegantes, de Silio Itálico: *Resonará su nombre sobre el Ganges y rodará sobre los Indos: henchirá las tierras con el tronido de oro de su voz y con el rayo de su lengua cohibirá las furias de la guerra; y cuando hubiere enmudecido, no dejará en los venideros siglos a ninguno de sus nietos la esperanza de igualarle en facundia rica.*

Mas como quiera que parece que se hace injuria a los grandes hombre si quien se acerca a ellos no refiere sus claros hechos, así para dar relieve y decoro a su valía como para excitar en la posteridad una emulación generosa, diré yo de ese mismo Cicerón unas pocas cosas de las muchas que se pueden decir, y serán tales que no anden en todos los escritos ni sean trilladas por todas las plumas, y lo contaré en estilo algo más lozano y más vivo que no hasta ahora, pues es razón que también mi estilo corra más alegre y gozoso en loor de quien es padre y maestro del estilo. tilo.

Este es, sin duda posible, aquel Marco Tulio, nacido en Arpinas, tres días antes de las nonas de enero, bajo el consulado de Quinto Servilio Cepión y Marco Atilio Serrano. Nació, no en la línea de los reyes de los Volscos, como con mayor poesía que verdad dice nuestro Silio, sino de una familia arpínata, de linaje oscuro y pobre. Con una gran resolución y reciedumbre de su voluntad propuso a su imitación a Porcio Catón y a Emilio Escauro, nacidos en igual fortuna. Cúpole un ingenio como el que Platón finge como tipo del ingenio ideal: con la máxima capacidad para todas las artes liberales, no inepto para ningún género de cultura. Entregóse por completo a la poesía, a la filosofía, a la oratoria, que entonces en Roma estaba

en el mayor predicamento y consideración. De cuanto progresó en ello este su ingenio feliz, será franca demostración el hecho de que a aquellos dos colosos que se llamaron Platón y Aristóteles se les añade un igual: Cicerón. Si Cicerón no hubiera escrito de filosofía, yo no sé si todavía y por cuánto tiempo perseveraría enterrada en las letras griegas. Compite con Demóstenes en el arte y en la gloria del orar y le estrecha tanto en esta contienda, que si no le arrebata la palma, tampoco se la cede. Yo creo que tuvieron el mejor acierto aquellos autores que dicen que Cicerón fué engendrado por la Providencia para que la elocuencia desplegase en él todas sus virtudes y recursos. Espántome de que haya algunos que afirman que en la poesía cuenta poco, movidos acaso, según creo, por aquel versículo: *Cedan las armas a la toga.* No le zahiere tanto Juvenal que se aventure a decir que todos sus poemas son ridículos. ¿Cómo podría decir tal enormidad? Pluguiese al cielo que se hubiesen conservado todas aquellas composiciones métricas, de las cuales él mismo hace mención en las cartas y en varios pasajes de sus obras, como, también, en el propio introito de ese mismo tratado de *Las Leyes.* Entonces le podríamos valorar con mayor conocimiento de causa.

Mas si al rufián, como se dice, se le puede juzgar por los mejunjes y por los adobos, no cabe duda que por aquel fragmento de Arato que se sabe vertido por él y de muchos otros versos originales que inserta en las *Cuestiones tusculanas* y en los libros *De la adivinación,* se colige muy a la clara que Ennio, Lucilio, Lucrecio y los otros poetas mayores, y en bloque todos los poetas menores, con la sola excepción de Virgilio, quedan por debajo de él en la elegancia y la blandura del verso.

Con todo, puesta al servicio de la República aquella gran lumbrera, esclareció sus días negros. A los veintitrés años de edad defendió a Roscio Amerino, acusado de parricidio, osando, en lo verde de su juventud, provocar el poder de Sila, con la libertad de su bisoñez y la novedad de sus primeras armas. Y él mismo declaró en consejo de familia reunido para disuadirle de seguir aquella carrera por no desdorar el antiguo y honrado nombre de Cicerón, que le abrillantaría y le dignificaría y haría más célebre que no lo era el de los Escauros y de los Catulos, que tenían su mismo origen. A ese empeño consagró su heroica tenacidad, su más avivada diligencia, su ambición siempre despierta y siempre activa, en contraste con la de los nobles linajudos que confían no más que en su linaje esclarecido; sana ambición la suya, acompañada por la industria y la sagacidad. Encamínase resueltamente a la conquista de los honores más altos y penetra o mejor irrumpe en ellos con tal arrojo, que diríase que su denuedo corrió parejas con su fortuna. Fué elegido edil un villano pobre, contra todas las violencias en la contienda más reñida en lucha contra el despilfarro y la corrupción manifiesta de la conciencia electoral, a pesar de la brava oposición encarnada en C. Verres, en aquellos días acusado por Cicerón de cohecho en los hermanos Quinto y Marco Metelo, de los cuales este último era designado pretor y aquél designado cónsul, ayudados todos éstos por su colega Q. Hortensio, defensor de Verres, personajes importantísimos de la República. Irrumpió en el consulado un simple

hijo de caballero romano, hombre nuevo, subido en hombros de sí mismo, malquisto de toda la nobleza, siendo sus competidores P. Sulpicio Galba, L. Sergio Catilina, patricios; C. Antonio, Casio Longino, de ilustres familias senatoriales; Q. Cornificio y C. Licinio, sacerdote, personalidades de gran popularidad, y combatiéndole obstinadísimamente y con todo su enorme poder C. César y M. Craso y sus respectivas facciones. En esa brava campaña para su elección, porque fuese menor el afán con que lo trabajaba, fué afectado Cicerón por un gran duelo doméstico, a saber: la muerte de su padre, a quien perdió en aquella coyuntura. Y a pesar de estar rodeado y asaltado de tantas dificultades y estorbos, no solamente fué proclamado cónsul. sino que obtuvo el primer lugar. Hasta tal punto eran conocidas su entereza, su ejemplaridad, su lealtad. A boca llena puede decirse que aquel año, como en muchos otros anteriores, no se dió el consulado al mayor comprador de votos ni al más influyente, ni al más popular, ni al más ambicioso y astuto. sino que en medio de aquella desatada tempestad que aquejaba a la República fué elegido él, que no era el más noble ni el más rico, pero que, por lo demás, era el más prudente y el hombre de gobierno mejor y el piloto más certero para empuñar el gobernalle, y en cuya responsabilidad se había refugiado toda la República. Pareció no que fué el consulado lo que se dió a Cicerón, sino que fué Cicerón quien se dió al consulado. En el ejercicio de la suprema magistratura, su tino y su sagacidad pusieron al descubierto y sofocaron inmediatamente la conjuración de Catilina. Tanta alabanza y gloria consiguió con esta enérgica actuación. que él fué el primero que en una ciudad libre, por un Senado libre fué aclamado Padre de la patria. En este mismo Senado no faltaron quienes mantuviesen la opinión que se le debía condecorar con las coronas cívica y obsidional. El mismo Cneo Pompeyo, en saliendo de Siria, le dió las gracias porque, por dignación suya, iba a volver a ver su patria. Durante su mismo proceloso consulado con solos sus discursos y el soberano poder de su palabra atajó y apaciguó definitivamente la tormenta levantada en derredor de la Ley Agraria por Servilio Rulo, tribuno de la plebe, y que no se podía tocar sin que provocase las más borrascosas alteraciones ya desde veinte años después de la expulsión de los reyes, consiguiendo que las mismas tribus en cuyo interés había sido aquella ley dictada, la abrogasen. Partido luego al Asia. gobernó aquella provincia con admirable espíritu de justicia y con irreprochable pulcritud, y no fué menos feliz en la conducción de la guerra que en la administración de la toga. Reconozco que Cicerón no había nacido para la guerra, quiero decir que era más apto para la tranquilidad de la paz que para el ruido y polvareda de las armas; pero niego que fuera medroso y cobarde, pues obtuvo distinciones en la guerra social, a las órdenes de L. Sila.

En su provincia tuvo que luchar no con un enemigo cualquiera, sino con los partos; salió vencedor; hartas veces se impuso al enemigo con su rapidez y otras buenas dotes de mando; cercó muchas villas y castillos y los tomó al asalto; comenzó por domeñar a los eleuquencílicos y a los tebaranos, ariscas y fieras gentes, agotadas de tanto guerrear. Los que llaman a Cicerón miedoso y huidizo no consideran las condiciones

de los tiempos en que vivió; y los que interpretan mal todas las cosas desdoran con el vejatorio calificativo de ligereza su prudencia, la sabia cautela con que se producía en el foro y su flexibilidad para acomodarse a las circunstancias. Son los mismos que llamaran ciega y obstinada pertinacia a la rígida gravedad de Catón y a su perseverancia incansable en el propósito concebido. A pesar de ello, por esas brillantes actuaciones de Cicerón en su provincia, verificóse en la ciudad de Roma una solemne función de acción de gracias a los dioses en su nombre y en honor suyo y se le proclamó caudillo; dejó de solicitar el triunfo porque la malignidad de los tiempos parecía no consentirlo. A su regreso de Asia encontróse con la ciudad profundamente rasgada por la discordia civil, llena de alborotos y del bullicio de los partidos que se aprestaban a lanzarse los unos contra los otros. En medio de esa disensión y polvareda, acertó a comportarse con tan delicado tacto y prudencia, que, siendo pompeyano como era, no perdió la estima y el favor de César. Después de esto, cuando la República prestó acatamiento al mando y a la voluntad de uno solo, volvió a los estudios de sus años mozos que por tan largo discurso de tiempo había interrumpido. En esa etapa de su vida, escribió aquellos tratados que pueden ilustrar y llenar de dignidad y de decoro toda una vida humana. Y son más esos tratados que los que escribieron muchos otros autores que vivieron toda su vida en ocio inalterable y fecundo. Vuelto luego a sus actividades políticas, se impusieron tanto su autoridad y digamos diplomacia, que pudo, con sus atinadas invectivas inspiradas en el más robusto patriotismo contra el cónsul Marco Antonio, ensoberbecido y pujante con la amistad de César y que maduraba calladamente planes de dominación, hacer que le declarasen enemigo público y que le proscribiesen y echasen de la ciudad, armar contra él dos ejércitos consulares y con éstos las legiones de César, curtidas en su veteranía.

Esta es la síntesis de la vida de aquel varón sapientísimo y casi divino. Llegado a su ancianidad huérfano de todos sus amigos con quienes había vivido siempre en dulce y sabrosa familiaridad, perfectos caballeros todos ellos, Pompeyo Magno, M. Catón, Servio Sulpicio, M. Marcelo, Q. Hortensio, P. Servilio, L. Catulo, P. Léntulo, L. Afranio, M. Bíbulo, L. Domicio, Apio Claudio, P. Escipión, cuando ya su vida no era más que una privación de muerte, dieron cuenta de él las nefandas espadas de Antonio (a las que sucumbieron asimismo los mejores ciudadanos de Roma) en su granja de Formi. Sus últimas palabras fueron: *Moriré en mi patria, que salvé tantas veces.* Este asesinato, como el mismo Cicerón había dicho de la muerte de L. Craso, fué luctuoso a los suyos, acerbo a la patria, inconsolable para todos los buenos. Tales fueron los azares en que, después de su desaparición, la República tuvo que debatirse, que se puede decir que no le fué arrebatada la vida, sino que la muerte le fué dada como galardón. No tuvo que soportar el dolor de ver vencidos y muertos a sus Brutos muy amados, ni a C. Casio, ni a Sexto Pompeyo, ni la República reducida a servidumbre, de cuya libertad y de cuya paz fué tan fanático amante, que prefirió desterrarse a desenvainar el hierro contra ella. Cuando después de la muerte de César le era sumamente fácil alzarse con el gobierno, con

la dictadura, con la monarquía, no quiso ser más de lo que fué antes de César, y en ninguna otra cosa puso tanto empeño como en que su patria perseverase en el antiguo camino de su libertad, pues ello le había acarreado acérrimas enemistades con políticos furiosos: primeramente con Catilina, después con Clodio, últimamente con Antonio, enemistades en que se mantuvo implacablemente y con grandeza de alma. Y ese mismo Cicerón, encerrado en esa sañuda y patriótica hostilidad, creyó que debía deponer las rencillas privadas, pero las públicas nunca. De tal manera se condujo con Antonio, que la República pudo servirle a él, pero no pudo Cicerón; se le pudo obligar a la muerte, pero no a las súplicas.

Mientras así obraba y tales planes meditaba, ese gran hombre nacido para la salud de la República, para librarla de la peste y las calamidades que Antonio la acarreaba, habiéndosele escapado de las manos la República por él durante tanto tiempo defendida y gobernada, se lo llevó el año sexagésimo tercero de su vida. Recogiendo la posteridad esa fecha necrológica, entrególa a los años que se sucedieron, más amplia y más esclarecida. Y seguirán entregándola de cada año más, y no la borrará ningún día sino aquel que pondrá fin a todo el linaje humano.

FIN DE LA
«PRELECCIÓN AL LIBRO DE LAS LEYES
DE CICERÓN»

DECLAMACIONES SILANAS

(DECLAMATIONES SYLLANÆ)

(1520)

ERASMO ROTERODAMO

AL ILUSTRÍSIMO DON HERMÁN, CONDE DE NUEVA ÁGUILA, CANÓNIGO DE COLONIA: SALUD

FUERA en puridad un verdadero milagro, si todo el amor del cielo no se volcara en ti, el hecho de que a todos tus timbres y a todas tus opulencias vaya añadido ese ánimo tuyo tan generoso, gracias al cual alientas el empeño de decorar y realzar tu linaje y tu fortuna con los auténticos y eternos atavíos de la virtud y del saber. Pero una y muchas veces eres feliz porque de tantas y tantas maneras el cielo benigno favorece todas tus egregias empresas. ¡Oh cumbre, sede y morada de Apolo! ¡Oh bosques, consagrados a las Musas, donde, a imitación de Plinio Cecilio, estás continuamente de caza, pero no sin compañía de libros, porque si Delia te favoreciere poco, no obstante con el favor de la Filología puedas regresar a casa, no sin buenas piezas cobradas. Envidiaríate yo esa vida realmente digna de los dioses si no me fueras tan entrañablemente querido, que cualquiera sea la ventura que pueda tocarte, no la considere yo igualmente mía. Y puesto que a tu vez deseas saber lo que aquí pasa, diréte que de cada día arrecia más la batalla de las Musas. Esa gente jamás acaba de ladrar contra los mejores estudios y letras de humanidad. «Y tú—me preguntas—¿qué haces en el ínterin?» Yo, aquel viejo abogado que tú conoces, heraldo y pregonero de la paz y la tranquilidad, ando envuelto en esa bélica polvareda. Esto mismo te significará el libro más indocto y virulento que haya salido de muchos siglos a esa parte.

Martín Dorp, el más apasionado de tus admiradores y devoto de tu nombre, se conduce como todo un teólogo; escabullido de esos alborotos de las facciones, saboréase suavísimamente con el estudio de las buenas letras. Luis Vives, mientras los demás gritan, él declama sabia y serenamente, imitador nuevo de un género antiguo. Bien sabes tú que esa zona de la erudición hasta ahora entre los mismos italianos era echada de menos. Esta gloria resucítala nuestro Vives para su España. Tuvo ella en este género, amén de muchos otros, representantes insignes, especialmente los Sénecas y Quintilianos; pero los tuvo en Roma. Mas ahora Vives los reivindica

para su Valencia en tan alto grado, que fuera de la analogía de los nombres respectivos puede Valencia parecer émula de la vieja Roma.

Pienso yo que tan fácil como es clamar, es muchísimo más difícil declamar, y declamar como declama Vives. Si crees que debes atribuir alguna autoridad a mi opinión, te diré que procede con tanta destreza, que si borras el título pensarás ser negocio, no de esa región ni de ese siglo nuestro, sino venido de aquellos venturosos tiempos de Marco Tulio y de Séneca. Trátase de un argumento imaginario, pero con tal verosimilitud que creerás ser un asunto real. Estudia entrambas partes, pero con tal equilibrio de probanzas, que parece que antes que aconsejara, se persuadió a sí mismo. Es muy escrupuloso observante de las normas del arte; pero como sabes tú que ello es una buena parte del arte, con recato tal disimula el artificio, que negarás en redondo que aquella materia sea ficticia.

En ningún momento se detiene en lugares comunes; en ningún paso se aparta de la causa; creerás que es un hombre que habla en favor de un amigo cuya cabeza está en peligro, sin quitar los ojos de la clepsidra o reloj de agua que mide el tiempo que para hablar se concede al orador. Yo admiro menos su agudeza en hallar y desarrollar las pruebas, porque por espacio de muchísimo tiempo y con harta felicidad se ocupó en casi todas las partes de la filosofía. ¡Tanto le vale, sea cual fuere el lado adonde mirare, su ingenio maravillosamente dúctil! Cuando se entretenía en aquellas disciplinas sutiles, donde la elocuencia es imposible, nadie disputaba con más aguda delgadez, nadie hacía mejor que él el sofista. En la actualidad está completamente consagrado a disciplinas no tan pendencieras; y con tal devoción está a ellas consagrado, que apenas conozco yo en este nuestro siglo a quien me atreva a comparar con él. Y aun cuando concedamos que haya quienes igualen a Vives en el brío de la elocuencia, con todo, no hallo en ninguno tanto raudal de elocuencia unido con tanto conocimiento de la Filosofía. Es un ingenio feliz, en plena salud y lozanía. Su memoria no puede ser más rica; su pasión por el estudio, infatigable; sus años, verdes todavía.

De todas estas cualidades nos prometemos cosas grandes, muy por encima de toda vulgaridad. Yo espero que en adelante serán muchos los que imiten este ejemplo hermosísimo; si van a conseguirlo, eso es lo que no sé. Si quieres bien al reverendísimo señor cardenal Croy, cosa que sé que es así en hecho de verdad, y si quieres bien a todos los favorecedores sinceros de las buenas letras, dale el parabién por gozar de tal director de sus estudios. Saluda de mi parte al obispo Gerardo, a quien deseo llegue el día de ver realizado lo que se le dice a todas horas. Ten salud.

Amberes, año 1520.

JUAN LUIS VIVES

AL MUY ILUSTRE PRÍNCIPE FERNANDO, ARCHIDUQUE DE AUSTRIA

Muy fácilmente entendió la prudencia de los antiguos que el ejercicio de la declamación no solamente era muy útil para todo linaje de estudios, sino también para el gobierno de la cosa pública, ora tuviese que actuar en causa forense, ora en la deliberación de los negocios en la curia, ora en cualesquiera ocurrencias de la vida, para bien

sentir y para bien decir. Esta diligencia aviva el ingenio y agúzale mediante el contraste docto y comedido y le arma y provee de grandes razones para todos los actos de la vida. Así, de sentencias y muy autorizados ejemplos para el cotidiano vivir, se destraba la lengua para poder con facilidad explicar a los otros todo cuanto alcanzó a comprender tu mente y tu pensamiento; pues con todo esto veían que se hacía gran acopio de ciencia y de elocuencia y, gracias a ellas, de influencia, poder y aun riquezas. Por esto nada fué entre ellos tan usual y socorrido como el declamar. Y siendo esto así, yo no me acabo de maravillar de que sean tan raras, por no decir ningunas, las declamaciones que de aquellos tiempos han llegado hasta nosotros. ¿Será acaso que, por incuria de los tiempos, perdiéronse a par de aquella misma afición, por manera que los que no declamaban pensasen no necesitar declamaciones? Pues yo, para mi particular provecho, he resucitado esta parte de los estudios que tanto tiempo ha estuvo interrumpida, por no decir que cataléptica. Apelando al recurso de las prosopopeyas, escribí yo no pocas cosas de éstas, y ahora recentísimamente acerca de la *Dictadura de L. Sila*, argumento ése muy frecuente entre los declamadores de aquella edad, como Fabio Quintiliano lo da a entender, y de una manera más categórica y convincente aquel verso de Juvenal: *Y nosotros dimos un consejo a Sila, a saber: que vuelto a la vida privada, se entregase a un sueño profundo.*

Nosotros, pues, primeramente en persona de Quinto Fundano desaconsejamos a Sila que no dimitiese la dictadura, y luego le aconsejamos que la dimitiese por boca de Marco Fonteyo. Y añadimos posteriormente una tercera, en la cual introdujimos al mismo Sila renunciando la dictadura en una asamblea y dando cuenta de todos sus actos después de las guerras civiles. Y, por fin, por boca de Marco Lépido, añadimos dos declamaciones contra Sila. Se cuenta que Marco Emilio Lépido, que con el favor y el apoyo de Cneo Pompeyo, no solamente fué creado cónsul y en primer lugar, y cónsul con Q. Catulo contra la voluntad de Sila, que arremetió ferozmente contra la actuación de Sila, después de muerto, sino también cuando aún vivía. De este bravo antisilano queda todavía una breve oración en las *Historias* de Salustio, con aquella concisión y estilo ceñido peculiares del gran historiador. Yo había formado el propósito de añadir algunas otras de todo lo que se siguió después, pero tuve miedo del aburrimiento del lector, casi en materia idéntica, puesto que son muy pocos los lectores que puedan tragar las *Veninas* de Cicerón, a pesar de que atraen e invitan con tan apetitoso aliño de elocuencia. No obstante, como fuese que esas *Declamaciones* mereciesen la aprobación de Erasmo Roterodamo y de otros amigos con superlativas alabanzas, resuelto a sacarlas en público bajo su responsabilidad, no tenía cara para dedicarlas a alguno nominalmente, no fuese que de la hermosísima y preciosísima mercancía, por la baratura de su oferta, hiciesen ascos aquellos que desdeñan y escarnecen unas letras que desconocen y piensan que los libros no son sino volúmenes de mucho peso.

Pero como en presencia mía se me hubiesen ponderado con soberanos enaltecimientos tu ingenio, tu aplicación, tu índole, mudé de parecer y formé el propósito de enviarte a ti, príncipe, una obra que trata

de príncipes, a ti, que estás llamado a gobernar pueblos y ciudades; una obra que se ocupa de gobernantes y de gobierno de pueblos y de naciones de toda la redondez de la tierra que entonces el pueblo romano señoreaba. Aquí leerás primeramente las ventajas y las desventajas del principado y del Gobierno; cuán gobernables, cuán felices, cuán duraderos son los imperios moderados, placenteros, no sólo a los que obedecen, sino más placenteros todavía a los que mandan; y, finalmente, cuán desabrido y calamitoso es gobernar a quienes no quieren y rezongan, hasta el punto que es más gustosa la vida privada rodeada de simpatía y aprecio que estarse encaramado y malquisto en el poder. No hay cosa que haga más llevadera y sabrosa la pesadumbre del poder como la buena disposición de los vasallos, la cual comunica firmeza, estabilidad y aun perpetuidad al mando. El miedo cierra temporalmente las bocas de los hombres y pone cautela en las conversaciones. Mas si el miedo se relajare algún tanto o cesare, estallan las voces libres y las críticas crudas y sinceras.

Finalmente, nada debe hacer el príncipe que no se encamine más al bien público que a sus provechos privados. El debe de haberse persuadido a sí mismo que el día que inauguró su mandato, que se incorporó los deseos y las voluntades públicas, por este mismo hecho se despojó de las privadas. Todo esto está indicado veladamente en estas *Declamaciones*. Este doctrinal, que en otras partes se formula con preceptos, aquí lo está con ejemplos. Los signos y buenos augurios de que tú en ese punto ya das muestra, para esperanza de todos, los reservaremos para otros tiempos, en que ya habrás ejecutado claros hechos dignísimos de encomios y de gloria y a nosotros nos proporcionará holgura más fecunda y más sabrosa. Entre tanto, príncipe de la mejor esperanza, pon en práctica los ejemplos de aquellos reyes y príncipes que por amor de su patria y de sus súbditos, por la religión santa y verdadera, se granjearon una gloria maciza e imperecedera. Estas enseñanzas seguirás, no las voces necias ni los juicios insanos de los pueblos. Piensa siempre tú contigo mismo que es menester que quien gobierna a muy muchos esté armado y adornado de grande prudencia y de intachable moralidad. Ten salud.

Lovaina, 1520.

JUAN LUIS VIVES

SALUDA AL MUY ILUSTRE PRÍNCIPE DON FERNANDO, ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, HERMANO DE CARLOS AUGUSTO

No tenía yo, príncipe muy ilustre, el propósito de dedicar estas *Declamaciones silanas* a ningún príncipe en particular, cuando la mayor parte, si no ya todos a quienes se dedica una obra, reciben con rostro amigo el nuevo ofrecimiento y le encarecen con palabras y dicen serles agradabilísimo el don. Y al momento, sin haberle leído ni siquiera mirado, le rechazan y no hay cosa de que menos se acuerden; ni veo yo sitio donde con mayor conveniencia y oportunidad pueda ponerse aquel dicho del poeta satírico: *Es alabada la honradez, pero muere de soledad y frío.* Este recelo me había aguado las ganas de dedicarle. Y hubiera mantenido este propósito y determinación primera si no hubiere averiguado que tú manejas con grandísima afición muchos y buenos libros, y especial-

mente aquellos que enseñan el arte de gobernar ciudades y reinos y la ciencia de la vida buena y feliz. Pruébalo el hecho de que cada día mandas a tu médico, varón discreto y grave, que te exponga algún punto de la formación del Príncipe Cristiano de nuestro Erasmo y no quitas mano de ese libro que instruye al príncipe en la virtud. Esta circunstancia, conocida por mí, modificó mi opinión e hice el propósito firme de dedicarte tal cual es esta obrecilla mía.

Aquí va a saltar alguno, y me dirá: «¿Tienes tú bien conocida la insignificancia de tu obra y no tienes medida la grandeza de aquel a quien escribes?» Sí, tengo harto conocida la una y medida la otra. Por eso entre todos te elegí a ti, príncipe tan grande, porque de tu grandeza alcanzará alguna porción la obra a ti dedicada. Con ello no hice más que seguir la usanza de los escritores antiguos, cuya imitación me he propuesto en todo linaje de estudios. Estos pensaron que en la dedicación de sus libros no tanto se había de atender a lo que se dedicaba, sino a quien se dedicaba. Con sólo el argumento de su obra confiaban que habían de satisfacer a la persona a la cual la dedicaban. Yo te admiro y te venero desde aquel día en que me contó cosas casi increíbles de tu índole, que es ni más ni menos que lo que todos cuentan, verdaderas todas ellas, el cardenal Guillermo de Croy, a cuyos estudios coadyuvo con toda cuanta industria puedo: él ha reproducido en sí ese dechado tan maravilloso que eres tú, y hasta tal punto se ha identificado con él, que de ninguna cosa habla ni oye hablar con mayor gusto que de ti.

A pesar de todo, yo pienso que la materia de esta obra no te será inútil. En esas *Declamaciones* leerás doctrina política copiosísima, estudiada en hojosos volúmenes con gran sabiduría por los antiguos filósofos, ingenios verdaderamente soberanos. No me parece ajena del papel preponderante que sostienes y que, con el proceso del tiempo, será más amplio todavía. Harto ves que la materia conviene a tu augusta profesión.

Ahora mucho debiera yo encarecer tus alabanzas. Reservada queda esa apología para cuando serán realidades esas magníficas y ciertas esperanzas que nos haces concebir. Con perseverancia porfiada insiste en ellas, yo te lo ruego. Acaso también quedará para mí reservado aquel ocio sabroso y fecundo que se necesita para escribir estas cosas que no pueden ser tratadas sino por espíritus libres, en horas libres. Mientras llega ese tiempo feliz, príncipe muy ilustre, aprovecha los ejemplos domésticos como has hecho hasta ahora. Tienes muy fresco todavía el recuerdo de tu abuelo y de tu padre, que ya murieron; tienes a tu augusto hermano Carlos, propuestos a tu imitación. Si insistieres en sus pisadas, no faltarás al honor e igualarás la grandeza con el esplendor de los claros hechos. Ten salud. En Lovaina.

INTRODUCCION

Antes de decir palabra de estas mis *Declamaciones*, debo anticipar unas cuantas cosas acerca de los torcidos juicios y de las bobas opiniones de algunos hombres, si es que en verdad sienten lo que dicen y con su malicia ocultan y disimulan su parecer, quienes recluyen a viva fuerza todo ese estudio de la declamación en el recinto de la gramática y juzgan que no son sino entretenimientos de muchachos. Objetan que si alguno, en otra edad, se ejercita en ello, se divierte no menos puerilmente que si hace bailar un trompo o si juega a nueces. Este parecer quizá sería atendible si aquellos que tal piensan o tal dicen estuvieren algo versados en la práctica de ese estudio o tuvieren una ligera idea de cómo debe comenzar una declamación.

Mas ellos, puesto que profesan odio a todo lo que no tienen, simulan desdeñarlo como cosa que en su edad varonil ya no sienta bien, y dado que piensan ser un habla villanesca el idioma vernáculo de los aldeanos, parlan un latín sórdido y jactancioso, diciendo que ello es propio de gente instruída, no con otra mira sino porque se les tenga por perfectos y acabados en punto a erudición. Ello hace que no puedas hablar de ninguna materia con un poco de policía y elegancia, ora sea del cielo, de los elementos, de Dios, del mundo físico, de la política, de la moral, del derecho, sin que luego digan invariablemente que aquello es pura gramática, que son *líneas blancas tiradas sobre una superficie blanca.* Aun cuando lo digan neciamente, no es falso del todo lo que dicen, pues en hecho de verdad aquello es gramática de la buena; mas la que ellos pregonan y practican, de todo tiene menos de gramática. Esos tales para quienes Plinio, Séneca y todas las obras filosóficas de Cicerón son *gramaticales,* creen que los discursos o declamaciones a duras penas son dignos de gramáticos.

Yo pienso que nadie debe admirarse de ello porque sus espíritus ruines y estrechísimos no tienen capacidad para cobijar aquellos soberanos pensamientos de Cicerón ni para encauzar la excelsa y anchurosa sabiduría que contienen sus discípulos. Y así veo que los más sabios varones que leyeron a Cicerón mucho y por largo tiempo, convienen en aquello que yo mismo sentí y muchas veces lo dije a mis amigos; a saber: que Cicerón se iguala con Aristóteles y con Platón, ambos a una, como dijo Lactancio; que en los restantes monumentos de su ingenio hay erudición y doctrina, pero que en sus oraciones hizo gala y desplegó fuerza y sutileza de ingenio y de consejo; experiencia de gobierno, prudencia y tacto allegados con tantos años de vida pública y recogida en el asiento y la morada de un imperio que señoreaba la redondez del orbe. Esto mismo escribió Quintiliano; esto mismo todos cuantos escribieron oraciones pronunciadas en el foro o declamaciones dichas en las escuelas. Esos para quienes el declamar es cosa tan vil y abyecta, escriban esos hombres ya maduros alguna buena declamación. ¿Se figuran acaso que son ocupaciones de gramáticos o de

los mismos niños eso de dar con argumentos y razones para tratar asuntos civiles, que deben extraerse de en medio de la vida y a fuerza de mucha experiencia y conocimiento profundo de toda la antigüedad? ¿Y cómo colocar los pensamientos que ocurrieren en orden tal que no se estorben y dañen los unos a los otros y que no haya ninguno que no aproveche más a la causa en el lugar en que se le puso, que no trasladado a cualquier otro lugar? ¿Cómo he de admitir yo que la elocución sea cosa de gramáticos, siendo así que es todo lo contrario, dejando a un lado la memoria y la pronunciación? ¿Creerán esos sabios que aquella invención y aquella disposición es ejercicio propio de niños? ¿Y por qué, con mayor razón, no ha de ser cosa de viejos y no de cualesquiera viejos, sino de los más duchos y ricos de seso y de prudencia?

Mas esos que tales cosas dicen, no tan solamente son sapientísimos, sino divinos, divinos más que humanos, quienes, por desdén o por desesperación de alcanzar la ciencia de las cosas humanas y la experiencia de la vida, se hacen la ilusión de que andan y campean y se espacían por el cielo, por los astros, por todo lo que está oculto y arcano en el seno de la Majestad divina, por manera que nadie conoce tan bien su casa como ellos creen conocer todas las cosas. Mas cuando descienden a la política, al gobierno, a la moral, allí, miserablemente, abaten el vuelo y con su desorientación y con sus torcidos juicios hacen reír a los mismos niños. Yo, ahora, no me fijo en si son dignos de reprensión, porque no se acercan a la cosa pública; repruebo solamente que si se acercan parecen ser hombres. De los filósofos antiguos fueron muchos los que se desentendieron de todo cuidado de la cosa pública y privada. Pero de todo el mundo es sabido que si hubieran querido, con soberano lucimiento podían vivir en las ciudades delante de los ojos de los hombres y actuar en el tráfago y brillantez de la vida pública. En muchos de ellos, demuéstralo la vida que llevaron antes, primero que se entregasen completamente a la contemplación de la Naturaleza y a la investigación de la verdad. Y en otros, la prueba está en que, sacados de aquella apacible sombra propicia a los estudios y echados en pleno sol o en la polvareda de los cargos públicos, verificaron aquel dicho: *Que serían felices las repúblicas que se gobernasen por filósofos.* Como no es esto precisamente lo que acontece en los escolásticos de nuestros días, debemos concluir que en los viejos hay algo que falta a los modernos.

Pero todo eso, ¿qué interés iba a tener para mí, que investigo el conocimiento de la antigüedad, las reglas del bien decir, el arte del buen gobierno? Nadie ignora que los antiguos fueron instruidísimos en esas artes, cuando los de ahora están a la misma distancia que los antípodas. No hubo ninguno, estoico, ceñudo y montés o muelle y lánguido epicúreo, que no estuviese imbuído en esas disciplinas que acabo de nombrar, por no mentar a los platónicos y a los aristotélicos, de quienes consta que casi exclusivamente aquellas artes y aquellas reglas han manado. Y, en cambio, esos filósofos nuevos que se profesan aristotélicos o, mejor dicho, peripatéticos, dicen despreciarlas por aquello sólo de que las ignoran y quieren que sean indignas de personas serias y maduras. Pasaré por alto el Derecho civil y la Historia, y me ocuparé de

las *Declamaciones* y del *Arte de bien hablar*. Conceptúan que Aristóteles deshonró sus canas porque ya de avanzada edad abrió por las tardes una escuela de Retórica. Es que son más sabios que Aristóteles; son más serios y están más ocupados que Cicerón, que a los sesenta y dos años de edad, sosteniendo en sus anchas espaldas todo el peso de la guerra con Antonio, declamaba con muchísima frecuencia, a cuya práctica asistía A. Hircio, cónsul designado, y uno y otro salían de aquella escuela para trasladarse al Senado en acto de servicio a la República. Son más íntegros que Séneca, que en su cansada edad, luego de haber estado al frente de todo el Imperio, asistía a las *Declamaciones* ajenas y emitía su juicio acerca de ellas. Y basta ya, para no mentar a Augusto y a los restantes príncipes romanos.

Y si esos hombres se avergonzaron de confesarse más doctos que Aristóteles, más autorizados que Cicerón, más austeros que Séneca, más engolfados y probados en el gobierno de la República que aquellos romanos primitivos, pues serían instantáneos y unánimes el escándalo y la protesta, quedaría al descubierto su malicia. Manifiesten ya su sentir y no confíen en que podrán recatarlo por más tiempo, y confiesen de una vez que tildan de pueriles los nobles ejercicios de la declamación, sin más motivo que su empeño en querer que los hombres no estimen necesaria al varón grave, erudito, prudente, excelso y acabado cosa alguna de que ellos carezcan.

Ahora, puesto que hemos respondido suficientemente cuál convenía al tiempo que ahora corremos, a su torcido y depravado juicio o a su artera y falaz simulación, debo decir cuatro palabras acerca de nuestras *Declamaciones*. Yo, puesto que unos hombres que adolecen de afasia y son más que nada unos aduladores serviles, que no tienen reparo en hacer y remendar las leyes según el dinero que les den, han cercado y aislado el foro y aquellos otros lugares donde los oradores antiguos acostumbraban perorar, quisiera que al menos, y sobre todo, nos dejasen a nosotros las escuelas. No llevaríamos con demasiado desabrimiento que no nos dejaran posesionarnos de todas, si nos concediesen de buen talante una parte de ellas. Pero también en las escuelas no menos que en el foro una taifa de ignorantes ha introducido la pestilencia, y parece que la fatalidad ha querido perturbar el dominio de las letras y arrancarle de raíz y cimiento. Ahora, pues, no nos queda ninguna herencia civil y no nos admiten en las escuelas aquellos que para su ignorancia temen nuestra erudición y para su tiranía temen nuestra libertad; nos gozamos a solas con los relieves de nuestras viejas opulencias, privadamente en nuestras recámaras, a puerta cerrada. Y yo mismo, entre otros, si es que merezca que se me ponga en su número para rescatar y devolver de la oscuridad y ruindad de los tiempos presentes, de los cuales cuasi ninguna cosa me agrada, sino una vaga esperanza de una edad mejor y como un anuncio del paladín venidero; para devolver, digo, el espíritu y la atención a las prácticas de la elocuencia primitiva; como fuese que, aun cuando con otro objeto, recorriera las guerras de Antonio y de Bruto y con lágrimas y llanto hubiese regado el camino de la fuga de Pompeyo, mi ánimo se gozaba en meditar sobre los tiempos de Sila, tomando como puntos aque-

llos de la dictadura silana, que con frecuencia estuvieron en boca de los declamadores antiguos. Aquellos versos de Juvenal: *También nosotros dimos a Sila el consejo de acogerse a la vida privada y de dormir a pierna suelta,* demuestran con suficiente claridad que aquella materia era muy trillada y socorrida en el género deliberativo. Nosotros, pues, en la primera *Declamación,* disuadimos y luego persuadimos, porque parecía que de esta manera podía abarcarse y tratarse mejor el asunto. Hecho esto, introdujimos a Sila, dimitiendo en plena asamblea la dictadura y dando cuenta de todos sus actos después de las guerras civiles. Este argumento, fuera de que está tomado de la Historia, Quintiliano indica que fué con frecuencia explotado por los viejos declamadores. A continuación añadí dos oraciones puestas en boca de Lépido. Se sabe, y queda constancia de ello, que Marco Emilio Lépido, con el apoyo de Cneo Pompeyo, fué elegido no sólo cónsul, sino cónsul primero, con Q. Catulo, contra la voluntad de Sila, y que se revolvió airada y valientemente contra la gestión de Sila no sólo después de muerto, sino que con heroica impavidez le atacó aún en vida. En los libros de las *Historias,* de Salustio, quedó consignada una invectiva corta y ceñida, con aquel estilo peculiar de Salustio. Tenía asimismo formado el propósito de ampliar la obrilla con los sucesos que posteriormente tuvieron lugar; pero temí que no pareciese que me excedía en un mismo argumento. Por lo que toca al método de la *Declamación,* tiene su lugar propio en los libros de Retórica, y puede tratarse con la comodidad y extensión que se quiera. Al menos así yo lo hice en los míos, que en breve espero sacar a luz, ricos de materia y bien abastados de aquellos asuntos que tratan los declamadores de nuestro tiempo.

Con todo, no puedo dejar de avisar a mis lectores que en ese tiempo en que algunos yerran tan pueril y miserablemente que los argumentos que ponemos en las *Declamaciones* no los ponemos porque los juzguemos muy firmes, ni porque estemos conformes con todos ellos, pues nuestra obligación es servir a la causa, y hemos de decir no tu opinión, sino lo que sea pertinente y tenga eficacia persuasiva. Esta es la ley de la Declamación; y si alguno la ignora, cállese la boca, y antes de levantar neciamente tragedias y borrascas, moléstese en aprender y no quiera que su ignorancia lleve a engaño al declamador bienintencionado.

Sabido esto, nadie extrañará ni tomará a mal si de cuando en cuando echare mano de argumentos endebles y de flacas conjeturas y de otros recursos que a alguno le parezcan muy fáciles de desvirtuar. Cansado estoy de saber que siempre se puede decir algo en contrario. Nadie, atento a esto, piense haber menos arte y menos fuerza en la declamación, pues de otra manera no habría discurso no digo ya de Cicerón, sino de ningún otro, en absoluto, que fuere asaz bueno y respaldado por asaz robustos argumentos.

Con todo, como escribimos esto no para analfabetos ni palurdos, sino para los que saben medianamente qué cosa sea el arte oratoria, he de prescindir de todas estas menudencias, inepcias y boberías. Todo lo otro lo dije para responder a aquellos que nos agobian no tanto con su docta pesadez, sino con una cierta autoridad hueca de su nombre, aumentada y confirmada por la ne-

cedad ambiente. Mas aquello que dije; a saber: que yo escribo para los doctos a medias, quiero que se entienda en el sentido de que yo deseo que si no puedo conseguir lectores muy duchos, me conformaré con lectores de cultura mediana. Yo preferiría los muy cultos a cualesquiera otros.

Como sea que yo deseare para casi todas mis restantes obras que se me diera como lector y crítico a D. Lelio Luciliano, varón docto, ciertamente, pero que no puede compararse con Cayo Persio, no obstante, yo, que rehusaría a Persio en alguna otra obra, ahora, en ésa, preferiría que no fuese Lelio, sino Cayo Persio mi lector y mi juez. Yo pienso que en este caso mío serían más ponderados unos jueces de mucho seso y doctrina, conocedores perspicaces de todas las virtudes de la oración, que unos peritos mediocres, quiero decir, que saben latín, pero no son igualmente entendidos y diestros en aquilatar el artificio retórico.

Y, si según una vieja práctica forense, se me permite, antes de hablar, que yo rechace algunos jueces, digo que a los indoctos, ni por asistentes los quiero; a los semidoctos los relego al lugar interior para que no sean más que oyentes, y, en cambio, retengo como jueces a los muy doctos, previo juramento de que van a juzgar honradamente, según su leal saber y entender. Se indignarán y bramarán los semidoctos de que no sean ellos quienes pronuncien el veredicto; a éstos yo más quiero tenerlos por espectadores enojados que por jueces. Lo que escribimos son *Declamaciones*, en las cuales son, ciertamente, necesarias aquella brillantez y aquellas lumbres y galas de dicción de que yo creo no estar del todo desposeído. Mas el arte mismo, de manera principal en una oración forense que se encamina a la victoria, granjea alabanza y aplauso, dignidad y distinción. Pero aquel que pudiere conocer y juzgar del mismo arte, ignore el artificio donde está o cuál debe ser, especialmente cuando yo, cosa que es la principal del arte, le voy a ocultar con tal cuidado que me apartaré en cuanto pueda de la declamación escolástica y me acostaré a las oraciones forenses de los antiguos, de las que se hubiera dicho que nada se sacaba del arte, nada de la escuela, sino todo del foro, de en medio del foro, de las mismas entrañas del discurso (1).

---

(1) No verán con pesadumbre los devotos de Luis Vives que hagamos preceder a sus *Declamacions silanas* la oración del cónsul M. Emilio Lépido, sacada de los libros de las *Historias* de Cayo Salustio, de las cuales sólo quedan fragmentos, uno de los cuales es esta pieza entera. Su inserción no puede ser más oportuna, y contribuye extraordinariamente a la inteligencia de las *Declamaciones* de nuestro autor. No es la primera vez que sale la una a la par de las otras; publicáronse ya en las *Declamaciones* editadas en Basilea el año 1538, en la oficina de Roberto Wienter, en vida y con beneplácito de nuestro autor. Tiene, en efecto, para el asunto una importancia capital, y se colige a las claras que Luis Vives la tuvo bien presente, de las precedentes epístolas nuncupatorias a Fernando, archiduque de Austria.

ARENGA
DEL CONSUL M. EMILIO LEPIDO AL PUEBLO ROMANO

SACADA DE LAS «HISTORIAS» DE CAYO CRISPO SALUSTIO

Vuestra clemencia y vuestra probidad, quirites, que ante las restantes naciones os engrandecen y os ilustran sobre manera, pónenme mucho temor, contra la tiranía de L. Sila, que no os induzca a engaño el dar poco crédito en los otros a lo que en vosotros creéis ser cosa nefanda, especialmente porque su esperanza toda está puesta en el crimen y la mala fe y que él no se considere seguro sino siendo peor y más inestable que vuestro miedo, con el fin de que la miseria les quite a los cautivos la preocupación de la libertad; o si tuvierais la previsión debida, más afán pusierais en aseguraros de los peligros que en vengarlos. Yo no acabo de maravillarme que sus satélites, personajes de gran nombradía y de no menor ascendiente por los claros hechos de sus mayores, ofrezcan su servilismo a trueque de su dominio sobre vosotros. Ambas cosas prefiere hacerlas injuriosamente más que con libertad y según las normas más correctas del derecho, la preclara descendencia de los Brutos, de los Emilios y de los Lutacios nacidos para la subversión de la conquista preciosa que sus mayores granjearon con su virtud. ¿Qué otra cosa defendieron de Pirro, de Aníbal, de Filipo y de Antíoco sino la libertad, su hogar respectivo y que a nadie prestásemos obediencia sino a las leyes? Todo esto, ahora, ese Rómulo cruel tiénelo detentado, cual si fuera presa de enemigo exterior, todavía no ahito con el sacrificio de tantos ejércitos, del cónsul y de tantos personajes de calidad como la fortuna de la guerra había consumido. Ello le ha hecho más cruel, al revés de lo que sucede ordinariamente, dado que a los más, los sucesos prósperos múdanles el enojo en misericordia. El ha sido el único, desde que existe memoria de hombres, que excogitó y dictó vejámenes para los que habían de nacer con posterioridad, para quienes la injuria era más cierta que la vida. La monstruosidad de su fiereza estragó la seguridad de los venideros. ¡Y vosotros, por miedo de una más pesada servidumbre, desistís aterrorizados de la reconquista de la libertad!

Hay que actuar, quirites, y salirle al paso con decisión, no sea que vuestros despojos caigan en sus manos. No más demoras ya; la acción no debe quedarse en deseos, si ya no fuere que esperáis que él, de puro aburrimiento o empacho de la tiranía, va a dimitir con peligro mayor el poder con que se alzó con maldad. Pero él pasó tan adelante que nada tiene por glorioso sino lo seguro, y todo le parece honesto mientras le mantenga en el poder. Así que aquel sosiego y aquella bienandanza aliada con la libertad que muchos hombres honrados preferían al trabajo premiado con ho-

nores, ya no cuentan para nada en estos tiempos. Hay que estar debajo o estar encima; hay que servir o hay que mandar, quirites; hay que tener miedo o hay que hacerle. Pues, ¿qué hay más? ¿Qué cosa humana va en auge o qué cosa divina no está manchada? El pueblo romano, que hasta poco ha tenía el gobierno de las naciones, despojado del mando, de la gloria, del derecho, impotente para pensar, en vilipendio y desdén, ni siquiera tiene el racionamiento de los esclavos. Un hombre solo tiene en su puño la gran fuerza del Lacio y de sus aliados, y unos pocos de sus satélites invadieron y ocuparon el suelo patrio de un pueblo inocente, retribución de sus crímenes. ¡Leyes, justicia, tesoro, provincias, todo en manos de uno!

En conclusión, matanza de ciudadanos y poder sobre la vida. A un mismo tiempo habéis visto hecatombes humanas y sepulcros profanados con sangre civil. ¿Queda ya más recurso que sacudiros la tiranía o morir con valor? La Naturaleza no señaló otro fin aun a los mismos que están cercados de hierro, y no hay nadie que no esté dotado de flaqueza mujeril que aguarde con resignación el postrer trance sin alguna osadía desesperada.

Pero yo, como dice Sila, soy un sedicioso que busco el premio de las masas, y soy provocador de guerra porque reclamo los derechos de la paz. No os salvaréis de otra manera ni estaréis asaz asegurados en el Imperio, si Vecio Picente y el escribano Cornelio no declararen que lo ajeno está bien adquirido; si no aprobareis todas las prescripciones de los inocentes, por causa de sus riquezas; las torturas de tantos varones ilustres; la soledad de la urbe por la huída y la matanza; los bienes de los míseros ciudadanos, como si fuera el botín de la guerra címbrica, malvendidos o simplemente regalados. Y, en cambio, a mí me echa en rostro haber adquirido bienes de los proscritos, que es el más imperdonable de sus desafueros. Ni yo ni ninguno de los otros estuviera lo bastante seguro si hubiéramos procedido honradamente. Todo cuanto yo compré por miedo, pagando su justo precio, restitúyolo desde ahora a sus dueños. Yo no tengo el propósito de tolerar que se haga presa alguna en los bienes de los ciudadanos. Basten ya las que tuvimos que sufrir con los puños cerrados de rabia.

Háyanse acabado para siempre los ejércitos romanos trabados en lucha y las armas de los enemigos exteriores vueltas contra nosotros; háyanse acabado ya de una vez los desmanes y los atropellos, de los cuales Sila hasta un punto tal no se arrepiente, que los cuenta como hazañas gloriosas. Y si tuviera coyuntura, se conduciría aún con mayor avidez.

Yo ya no recelo tanto lo que vosotros penséis de él, como la osadía que tengáis; no sea que, el uno por el otro, esperando un nuevo amo, seáis sobornados, no por sus riquezas, que son fútiles y estragadas, sino por vuestra inactividad. Fuera de sus satélites, tan manchados como él, ¿quién hay que no quiera lo mismo que nosotros? ¿Quién no quisiera verlo cambiado todo fuera de la victoria? ¿Serán los soldados, con cuya sangre se amasaron las riquezas de Tárula y de Escirro, los más ruines de los esclavos? ¿Serán aquellos otros a quienes, en el desempeño de funciones administrativas, fué preferido Fusidio, la rameruela vil, afrenta de todos los buenos? Así es que a mí infúndeme confianza gran-

de el ejército vencedor, que con tantas heridas y penalidades tantas no fué a buscar sino a un tirano, si ya no es que marchó a derribar la autoridad tribunicia, con las armas forjadas por sus mayores, para arrancar de sus propias manos los derechos y la justicia, con una espléndida recompensa: la de que luego de metido en pantanos y en boscajes, hubo de ver para su ultraje que el premio iba a parar en manos de unos pocos.

¿Por qué será que el tirano procede con tanta tropa y con tanto aliento? Porque la prosperidad sirve a maravilla para encubrir los vicios; mas, cuando las tornas se vuelven, el que antes fué temido, es en el mismo punto menospreciado. Si ya no fuere por la esperanza de la concordia y de la paz, nombres con que doró su maldad y su parricidio.

No de otra manera prevé y anuncia el término de la guerra sino luego de haber expulsado del campo la plebe agraria, indignante presa civil, y tener en sus manos el derecho y el juicio de todas las cosas que fueron del pueblo romano. Si vosotros creéis ver la paz y la concordia en esas medidas que son los mayores trastornos y la más cierta perdición de la República, aprobad y acatad las leyes impuestas. Recibid el ocio con la servidumbre y dad a la posteridad ejemplo para engañar al pueblo romano al precio de su propia sangre. Por lo que a mí toca, aun cuando por esta suprema magistratura harto miré por el nombre y la dignidad y defensa de nuestros mayores, con todo no abrigué el propósito de granjear riquezas privadas y parecióme preferible la peligrosa libertad a la resignada servidumbre. Si aprobáis lo que os dije, quirites, no me neguéis vuestra asistencia, y con la ayuda de los dioses corred en seguimiento del cónsul M. Emilio para recobrar la libertad.

ARGUMENTOS

DE LAS DOS PRIMERAS DECLAMACIONES

Lucio Cornelio Sila, de linaje patricio, siendo cuestor de Cayo Mario, durante la guerra yugurtina recibió traicioneramente de Boco, rey de la Mauritania, que era su suegro, a Yugurta, que era rey de Numidia. Maniatado lo llevó a su jefe, Mario, y atribuyéndose todo el mérito de aquella victoria, usó en lo sucesivo el anillo de sellar, en cuya piedra estaba grabado Boco en el acto de la entrega de Yugurta. Este incidente originó rivalidades entre Mario y Sila, que ellos agravaron y aumentaron con las guerras címbrica y social, con hartas demostraciones de mutua malquerencia. Después de la guerra *social*, habiendo Sila sido creado cónsul con Q. Pompeyo y tocádole en suerte la provincia de Asia y la conducción de la guerra contra Mitrídates, rey del Ponto, P. Sulpicio, tribuno de la plebe, por la presión de Mario y por sus muchas promesas, suplicó al pueblo una ley para que la dirección de la guerra contra Mitrídates se confiase a Mario, que en aquella sazón era ya viejo y había desempeñado seis consulados. En virtud de esa ley, promulgada por el partido y la influencia de Mario, éste envió emisa-

rios al ejército de Sila, que invernaba en Nola, para que pusiera a su disposición el mando de aquellas fuerzas. Sila, clandestinamente, fuése al ejército y consiguió que los enviados de Mario fuesen asesinados.

Condujo a Roma a los soldados, animados por aquella hazaña, encendidos y aparejados a cualquier maldad y trabó combate, dentro de sus muros, cerca de las Esquilias, con Mario y los que estaban en favor de Mario. Esta fué la primera refriega civil que tuvo lugar en las calles de Roma.

Quedó muerto Sulpicio, el tribuno; Mario, con un hijo mozo y con muchos de sus partidarios, huyó al destierro. Por manejos de Sila los declaró enemigos el Senado. Sila, al partir de nuevo para la guerra mitridática, dejó por cónsules en la ciudad a C. Cornelio Cina y C. Octavio y les obligó a jurar que en ausencia suya nada innovarían. Juró Cina, en efecto; pero como Sila estuviese fuera de Italia, luego al punto comenzó en el Senado y entre el pueblo a tratar de la vuelta de los desterrados, y como no lo hubiese conseguido y por aquel motivo se suscitasen alborotos, fué echado de la ciudad por Octavio, su colega, y destituído del consulado, en el cual le sustituyó Lucio Cornelio Merula, sacerdote de Júpiter. Cina, exasperado por esa vejación, mustio y harapiento y con muchas lágrimas, fué a implorar protección en su ejército, y llamando de su destierro a Mario, a toda prisa, empujó cruelmente sus legiones a la ciudad, y luego de haber armado a los esclavos, devastó algunas colonias, arrasó algunos municipios, asoló y afligió la ciudad y toda Italia, y sin sufragio alguno del pueblo se creó a sí cónsul por segunda vez y a Mario por séptima.

Aquel mismo año, por el mes de enero, Mario murió. Sila, arregladas las cuentas con Mitrídates, traspasó a Italia sus legiones. En los aparejos de esta guerra, Cina, por su crueldad, fué asesinado por sus soldados con motivo de que contra su voluntad les obligaba a embarcarse para ir a guerrear a Sila en Asia. En su lugar, asumieron la dirección de la guerra Norbano, Carbón, Escipión, Bruto, Sertorio y C. Mario, el mozo, hijo de Mario el viejo y otros caudillos de su partido, en número de quince.

Con Sila se encontraban Cneo Pompeyo, Marco Craso, los Lúculos, los Metelos, los Servilios, los Catulos, los Marcios, los Lépidos, toda la aristocracia, en fin, y numerosas ciudades de Italia. Después de muchas batallas con grandes matanzas de ciudadanos y aliados de una parte y otra, Sila salió vencedor, y aplastada la facción contraria, entró en la ciudad con sus legiones y se le invistió la *dictadura* hasta ciento y veinte años por el temblante y empavorecido pueblo romano.

Era la dictadura la más alta magistratura de Roma, que no solía crearse sino en las más críticas circunstancias de la República, y, según la ley de las Doce Tablas, no duraba más que seis meses. Entonces fué promulgada una ley por L. Valerio Flaco, según la cual todo lo que se le antojase al dictador crease derecho y debiera cumplirse. En el desempeño de esta magistratura, Sila, para vengarse a sí contra sus enemigos y por henchir y colmar la insolencia y la avaricia de sus soldados, expuso al pueblo la *tabla de la proscripción*, desconocida del pueblo romano. El que aparecía en esa tabla de la proscripción estaba condenado a muerte, sus bienes debían aplicarse al fisco del vencedor;

quien diese muerte al proscrito recibía como premio una parte de sus bienes. Sin número fueron los proscritos; los unos porque tenían casas suntuosas; los otros, porque poseían amenos cortijos; otros, porque disfrutaban de un rico y espléndido ajuar; hombres inofensivos que no se habían inclinado a ninguna bandería. En su consecuencia, cada cual mataba a quien quería. Luego cuidaba de que Sila le incluyese en la lista de los proscritos. Aquello fué una increíble orgía de desmandamiento y de crimen. Al año segundo de la dictadura, cuando Sila ya era viejo, viejo sin años, con una ancianidad precoz, hija de una mocedad intemperante, pepitoso, podrido de achaques, y no sintiéndose capaz para la administración de tan grandes negocios, comenzó a pensar en dimitir la dictadura, con el fin de refugiarse en la vida privada y vivir con regalo y sin cuidados lo que de vida le restase. Demás de esto, fué advertido por un sueño, en el cual parecióle ver a un hijo que hubo en su esposa Metela, quien, como también su madre, había ya muerto, que con muchas lágrimas le suplicaba que exonerado de tan agobiadora pesadumbre de negocios, le siguiese a él y a su madre. Esta es la historia. Fundado en ella yo he introducido a dos de los amigos de Sila, Q. Fundano y M. Fonteyo, el primero de los cuales desaconseja dimitir la dictadura y el otro le persuade que la deponga.

DECLAMACION PRIMERA

PUESTA EN BOCA DE QUINTO FUNDANO, ENDEREZADA A LUCIO CORNELIO SILA:

QUE NO DIMITA LA DICTADURA

Es esta materia acerca de la cual deliberamos, ¡oh Lucio Sila!, tan clara de suyo y tan transparente, que no puedo menos de maravillarme que se te haya pasado por las mientes ponerla a consulta o sujetarla a duda, y ello hasta tal punto que yo, a mi vez, estoy a punto de dudar si la has sacado a deliberación por juego y burlería y por tenernos entretenidos. ¿Quién hay, pues, como no esté ayuno en absoluto de tus cosas, que ignore que en manera alguna te conviene renunciar a la dictadûra? Y si tú dices en serio que todavía no sabes a punto fijo lo que debes hacer, no hay duda de que asaz se puede entender de la consulta del día de hoy, que no por imprudencia, ni por ignorancia, ni por error, sino por el hado indeclinable que señorea las cosas humanas, de quien se sabe que nació y se crió con los mismos hombres, no hay persona que esté contenta con su estado presente.

Vas a permitirme, ¡oh dictador!, que con toda libertad te aconseje lo que siento yo, que en los mayores peligros fuí tu compañero fiel, de cuya cooperación espero que no te pesó jamás, como tampoco de mis consejos, y ahora, en la paz, sin el apremio de ninguna necesidad, con el mando firmemente puesto en nuestras manos, con oído complaciente oirás unos momentos lo que estoy seguro que debes hacer, si ya

no es que con tantos años de camaradería, en paz y en guerra, en público y en privado, no tuve tiempo ni luces suficientes para conocer tu carácter. Conocí yo tu mansedumbre y lenidad y la llaneza de tus costumbres; conocí yo que nada que te digan te enoja y cuán comprensivo y dócil te muestras para con los que te dan avisos cuerdos. Y aun cuando estoy persuadido que no puede darse cosa más prudente que tu espíritu, cosa que evidencian tus claros hechos, no solamente para nosotros que te conocemos en la intimidad, sino para el mundo todo, a pesar de ello no tendré empacho de aconsejarte en tus propias cosas. Primeramente porque tú me lo mandaste, y, luego, porque no hay hombre a quien sus asuntos particulares, por efecto de alguna mira interesada, no le den una visión torcida. Este es vicio inherente a su propia condición de hombre, pues no hay hombre que nazca sin él; como también me guardaré muy mucho de decir que es vicio aquel de que hablaba ahora mismo, a saber: que a ningún mortal le parecen sus cosas asaz felices; siempre hay en ellas algún motivo de queja. Por no citar ejemplos infinitos, abundantemente lo demuestra el tuyo, tú que, por otra parte, has sido el más feliz de los hombres.

No eras dictador antes de las guerras civiles; nada más ajeno de nuestros deseos que el que lo fueses; llegaste a la dictadura; eres dictador; la dictadura te pesa y te causa hastío. Nadie hay que no quiera que a sus cosas se añada algo, o se quite algo, o les sobrevenga alguna mudanza. Hicimos una dura campaña en Asia y en Grecia; vencimos, por tu heroísmo, por tus auspicios felices, por tu caudillaje, no solamente los enemigos exteriores, sino, también, a estos conciudadanos y compatriotas, de cuyas manos, enérgicamente, recuperamos la República, para restituirla a su libertad y a la cumbre de su dignidad primitiva, y para que en ella, tú como eres príncipe en virtud, lo fueses en opulencia, en fuerzas, en poderío. Y habiéndose conseguido esto con tantos desvelos, sudores, penalidades, con tanta ciencia militar, con tanta industria, con tanto esfuerzo físico y moral, con tanto favor de los dioses y de la Fortuna, tú ahora, de golpe y voleo, trocada la voluntad, quieres en una resolución momentánea dar a entender que te arrepientes de todo ello y que quisieras que no estuviese hecho.

Por favor, Sila, te lo ruego: piensa mucho lo que haces, dónde te precipitas. Mira que luego no te desazone más el abandono de la magistratura que la hartura de poseerla; que lo que dices ahora no quererlo, luego, cantando la palinodia, vengas a decir ser la cosa que más querías, porque el mando que te cansa y que está en tu mano abandonar, no estará en tu mano el recobrarlo cuando con vehemencia lo desees. Créeme, dictador: reteniendo esta situación única que te dió el pueblo o el Senado, es tuya; pero si se la devuelves, como las aves a quien su pluma remonta al aire o las fieras a quien la celeridad de sus pies lleva en carrera rápida a las selvas, sueltas y vueltas a sus cobijos, no son dueñas de sí. En vano reclamarás después; serán baldías tus corridas e inútiles tus lazos. Soltada la dictadura, si la deseares de nuevo, tendrás que pedirla de rodillas.

¿Esperas, por ventura, que una vez dimitido y retornado a tu condición primera, te van a soportar Lépido, Pompeyo, Craso, los Lúcu-

los, Servilio, los Metelos, y luego de haberte visto su igual, se avendrán a verte de nuevo dictador, es decir, amo suyo? Y si ellos se niegan a reconocerte por segunda vez, ¿dónde estarán los ejércitos para dominar la rebeldía de estos mozos, en la verdura de su edad, de su vigor, con el prestigio que les han dado sus hazañas, con su arrojo, con sus amigos, con sus recursos, cuyo poder apenas tú pudiste acrecentar con el tuyo? ¿Por qué pronuncio estos nombres? No tendrías más remedio que negociar tu retorno con el Senado en pleno, pues todos ellos, una vez libres de tu dictadura, pensarán recaer en la servidumbre si de nuevo te erigieses en dictador, hombre como eres, aparte del Senado, no muy grato a los plebeyos y a los caballeros, a quienes tú les correspondes con la misma antipatía. Por todas estas razones tienes que pensar, recapacitar y ponderar mucho lo que resuelves, lo que haces en cosas en las que no se puede pecar dos veces, y cuando se peca no es sin daño gravísimo, no sea que la resolución precipitada de una hora corta te acarree después arrenpentimiento perpetuo. No es la dictadura un vestido que a capricho te pongas y te quites. Quitártelo podrás hacerlo cuando gustes, pero tomarlo cuando se te antoje una vez quitado, eso ya no será facultad tuya ni estará en tu arbitrio, sino de aquella muchedumbre enloquecida cuyas repulsas y afrentas tantas veces has experimentado. ¿Por qué te apresuras tanto a abdicar al segundo año de una magistratura que se te confirió para ciento veinte años? Esperemos a ver qué traerán esos tiempos, en que ves que a voleo han sembrado tanta semilla de novedades M. Lépido, M. Bruto, Q. Sertorio. Si tú, por amor a la patria, quieres dimitir la dictadura, ten cuenta que no le causes un daño mortal, mientras con no bastante reflexión piensas hacerle un servicio. ¿Ignoras, por ventura, que tú solo, situado en esa magistratura, contienes las mortíferas guerras civiles, que, desaparecido tú o vuelto a la vida privada, estallarían inmediatamente con explosión violentísima? Asaz viviste; asaz honores conseguiste; asaz todo esto para ti; pero no para la patria. Si hasta ahora viviste para ti; si desempeñaste las más altas funciones para ti, vive desde hoy más para la patria, y toda cuanta edad te restare, conságrala a la dictadura por amor a la patria.

Apelo, Sila, en este momento a tu memoria, que es poderosa y tenaz. ¿Qué nos contaste tú? ¿Te acuerdas? Cuando terminada la campaña de Grecia descansábamos a orillas del Aliso, recreando nuestros cuerpos, cansados y maltrechos por tantos trabajos, curando tú y nosotros nuestra salud afectada, ¿qué nos contaste tú entre otras cosas haberte acontecido en el templo de Laverna, la diosa romana de los ladrones y de los malsines? ¿Sabes a qué me refiero? Que por muy sabios adivinos te fué vaticinado que, desempeñando tú la más alta magistratura, se apaciguarían los calamitosos tumultos de la patria. Y a fe mía, en todas las situaciones del pueblo romano sabemos que una dictadura aportó socorro y salud a la aflicción y a la ruina de la patria. En el principio de la bien ganada libertad, maquinando guerra contra esa ciudad, los sabinos, acaudillados por Octavio Manilio y su suegro el rey Tarquinio, con sus hijos, mozos garridos, y aguerridos con pánico tan grande estremecióse la ciudad, que creó a su primer dictador T. Largio, y al año siguiente creó dictador a A. Pos-

tumio, bajo cuya dirección y auspicios fueron vencidos en memorable choque junto al lago Regilo los latinos, que se vieron obligados a obedecer a aquel caudillo y la ciudad quedó libre del miedo real. Tomada Roma por los galos y pillada y asolada, no fué por Furio Camilo liberada antes que fuese creado dictador. Apoyada la República en ese magistrado, surgió de las ruinas más poderosa y floreciente de lo que antes lo había sido. En la segunda guerra púnica creóse la dictadura de Fabio Máximo, dictadura que salvó a ese Imperio, por callar la de Emilio Mamerco, en la guerra de Veyes y la de Papirio Cursor en la de los samnitas y muchas otras que después le siguieron. Nadie ignora que la dictadura es una invención de esa República para conjurar las situaciones críticas y acudir a los casos de gravedad extrema, como son los presentes, en que tú recibiste la dictadura. Y como no han terminado todavía, tú, como si nada debieras a la patria y hubieras nacido para ti solo, tienes prisa en apearte de ella en unas circunstancias caóticas en que, si no fueses dictador, la dictadura tendría que ser vivamente deseada.

Hay más: esa deserción sería más o menos tolerable si al dejar tú la suprema magistratura en medio del arroyo, nadie se había de abajar a recogerla, como una presa abandonada y tirada. Pero tú ves demasiado bien cuántos jóvenes hay en la República de tu poder, fuertes, brillantes, ambiciosos, hombres de partido que apenas huelan que estás dispuesto a resignar el poder cebarán en él sus ojos codiciosos y su alma toda. Una turbamulta necia a quien ni la guerra aprovecha ni la paz satisface, apasionada de novedades revolucionarias, irá en pos del que acaudillará su fanatismo, o si de otra manera no puede, con su adhesión y empuje le alentará. A tal grandeza llegó esa nuestra República, que adolece de su propia mole y no puede apoyarse y sostenerse en sus propias fuerzas, y nuestras costumbres, sumidas en la mayor corrupción y la descomedida y criminal pasión de mando y los dos vicios antagónicos, como Catón decía, la avaricia y el lujo, han conseguido que esta ciudad no sepa obedecer al poder público si quiere, y no quiera si sabe. ¿A quién, como de una mano en otra, pasarías la dictadura? ¿A alguno de estos jóvenes? ¿Al más ambicioso y temerario y facineroso que, reuniendo un ejército, ose desencadenar sobre la patria una cruenta y luctuosa guerra civil? ¿Y que a través de ríos de sangre llegue al lugar donde estás tú, pensando que le está permitido entrar por su gusto en la misma vereda en que entraste tú obligado, empujado, repugnando, rezongando, protestando con una enorme inapetencia; y que él haga, no más que por servir a su sed de sangre, aquello mismo que tú hiciste para salvar a la patria, que iba a perecer inexorablemente bajo los Marios y los Carbones? Cuando eso llegare, tú, en medio de tamaños males, no podrás, aun cuando quieras y por más que hagas, llevar a la patria el socorro y la ayuda eficaces, como en otras ocasiones, porque a ti, debilitado por los años y los achaques, aquellos jóvenes, encarnizados y ciegos en sus insanas y funestas guerras, no te harán caso ninguno. ¿Así, por los dioses inmortales, amas a la patria? ¿Este es el cuidado que tienes de ella, pues la abandonas en borrascas tan bravas y en tan temerosos peligros?

Mandásteme que expresase lo que sentía; no te adularé; hablaré se-

gún mi costumbre; costumbre que ya tienes conocida y experimentada, y te hablaré con tanta mayor libertad cuanto que es tu salud para mí la cosa del mundo que más quiero. Por ella, sin que tu majestad me imponga e impresione lo mínimo, pareceríame cometer un crimen imperdonable si dejare de decir cosa que entendiere que de uno u otro modo te atañe a ti. ¿Quién es, dime, ese desertor de la patria que, estando ella sitiada, se escapa contra el juramento que prestó? Si no eres tú desertor, despojándote de tu dignidad, ¿por qué entregas la patria para que la cerque inmediatamente el enemigo y la saquee y pille? Y si el caso fuere tal que tú (cosa que el decirla sólo ya es un delito) sientes más viva acucia de tus intereses privados que del provecho público, mira que no puedas vivir como particular ni una hora sola, pues tan pronto como el pueblo colegirá que dimitiste la magistratura, cada cual se las compondrá de manera que se creerá igual a ti y ni te cederá la preferencia ni el paso, y de toda cuanta demostración pueda hacer de desdén y de hastío no dejará pasar la oportunidad; no se dignará dirigirte la palabra ni querrá tu convivencia ni tu compañía ni tu saludo; sólo a ti te menospreciará y escarnecerá. En medio de la multitud, no te tratará como a dictador dimitido ni como a varón consular, ni siquiera como a senador, sino que te tratará con la misma desconsideración que a un quienquiera, convencido de que de este modo desahoga la ojeriza que contra ti concibió. ¿Podrás soportar la cara, el gesto, los ultrajes, los ascos de Lépido, de César, de Bruto y de Sertorio, si vuelven de su destierro (cosa que infaliblemente ocurrirá si tú te retiras a la vida privada y Lépido es creado cónsul), y de todos aquellos cuyos parientes, propincuos, afines proscribiste? ¿Tú, que eres un hombre que envejeciste en victorias, en altas magistraturas, en honores, en gloria? ¿Podrás soportar tú, el principal personaje de esta ciudad, varón de altivez increíble, lo que no sufriría el más raez de los plebeyos?

Díganme enhorabuena que soy un tonto de capirote, y que ni de nombre he conocido jamás a L. Sila, si esta grandeza tuya de espíritu (mayor que el Imperio romano todo), tal cual es, puede aguantar el más pequeño de estos ultrajes sin que luego al punto muera de despecho. Entonces, por fin, erguiríaste de esa bajeza, vindicaríaste de tanto desdén, requirirías el alto asiento primero y ese grado de esplendor y de dignidad. Entonces repetirías, no una dictadura, sino dos, si pudieres, a una, obtenerlas ambas. Así como es fácil alabar los ayunos al harto y hacer melindres de unos manjares que reclamará cuando estuviere hambriento, así también a ti, ahora que eres dictador y estás encaramado en esa gloria y claridad de vida, parécete más sabrosa y grata la vida oculta y oscura. Muy otra cosa se te antojaría si catares el amargor y la acedía del oscurecimiento cuyo sentido abolieron en ti tan continuos y tan prósperos sucesos. Los que estamos sanos y robustos no atribuímos valor ninguno a la salud; su importancia nos la hace medir la sola enfermedad. Por eso es que mientras los príncipes no tienen conciencia de su bienandanza, anteponen las riquezas privadas a su poder, que les aproxima a los dioses. No se hacen cargo de cuán gustosa, cuán sabrosa, cuán verdadera es su vida hasta que han hecho experiencia de cuán aceda y acerba es la miseria ajena. Empero a mí paréceme

ser el más sabio y, por ende, el más feliz, el que se allega lo más cerca que puede a la vida y a las virtudes de los dioses. Y buena parte de su felicidad radica en su poder, del cual hasta ahora ninguno se arrepintió; hasta tal punto les parece que no se compadecen mal el poder con la suprema tranquilidad y apacibilidad de vida.

Los hombrecillos, que no saben nada, como ignoran qué cantidad de bien o de mal hay en sus cosas, tienden a experimentar las ajenas pensando que son mejores. Pero los dioses, que todo lo saben, piensan hasta tal punto que la mejor de todas las cosas es el poder, que hasta ahora no hemos visto a ninguno que voluntariamente se despojase del que tiene. Muy al revés. Se nos ha dicho que Júpiter, el rey de los dioses, hizo armas contra Saturno, su padre, por el solo apetito del poder. Si él, el príncipe de este mundo, no creyera que el poder era en grado sumo codiciadero y como el más congruente con los dioses, jamás armara su brazo contra su padre. Y aún vemos más: vemos que él en ninguno de sus numerosos hijos delegó el gobierno del mundo; al contrario, por conservarle emprendió aquella guerra tan cruenta contra los titanes y evitó el lecho y los abrazos de su muy amada Tetis.

Si fueres inmortal, yo desearía que llegases al imperio del mundo; pero naciste mortal. ¿Qué desearían para ti tu padre o tu madre, que te amaron con amor tan encarecido; qué para ti desearíamos todos nosotros, que te amamos tanto como tú puedas amarte a ti mismo, sino aquello mismo que desea el que es de sí mismo más amante, a saber: que seas príncipe de Roma, que es serlo del linaje humano? Y para mí, no sin profunda sabiduría, hombres sapientísimos nos han dicho que esas imágenes que vemos en los templos son semejanzas de los dioses, pero mudas y muertas; más que los reyes y los príncipes también lo son, pero verdaderas, vivas, expresivas. ¡Oh mortal ceguera nuestra! ¿Puede cosa alguna ser más bella, más excelente, más vienaventurada, más divina que allegarse a los dioses con la mayor proximidad que está concedida a los hombres? ¿Acaso tú buscas otra vida, otra felicidad, otra quietud, otro bien, en suma, que el que más se asemeja al de los dioses? Júpiter es el árbitro de nuestra vida y de nuestra muerte. Tú tienes ese mismo derecho. Júpiter recibe culto y adoraciones; adoraciones y culto recibes también tú. El imperio de Júpiter es sobre los restantes dioses; el tuyo es sobre los otros príncipes y reyes. No hay más diferencia que ésta, a saber: que los dioses, conocedores sapientísimos de todas las cosas, saben a ciencia cierta que no hay cosa más bella que el poder, y por eso ninguno de ellos lo dimite espontáneamente; en cambio, nuestra mente, sumida en tinieblas espesísimas, en noche profunda, ciega y errante, no ve ni estima el poder en todo lo que vale.

Pídote, Lucio Sila, por tu salud y por la de tus hijos, que imites lo más encumbrado que nuestra humanidad puede imitar; encarna en tu vida y hazte representación viva de los dioses para llegar también tú a compartir con ellos la soberana felicidad. ¿Quién hay tan ciego y tan sin seso ni cordura a quien todo ese orden y economía de la Naturaleza no adviertan que no hay, no ya solamente en las cosas humanas, sino en el mundo todo, cosa más hermosa que el poder? Dominan a las otras fieras los leones porque son los que tienen más nobleza y prestancia. Por

la misma razón, reina de las aves es el águila. Los hombres, a su vez, son los príncipes de todas las cosas que nacen y mueren, porque entre todas las cosas son los mejores. Y los dioses nos gobiernan a nosotros porque son mejores; y entre los dioses, el óptimo y el máximo es Júpites, a quien los cielos obedecen y también el universo mundo. Por eso entre los mismos hombres, el primero, el máximo, el sumo, el próximo a la divina virtud es aquel a quien los restantes mortales rinden acatamiento. ¿Y qué más, si los mismos dioses, como los más poderosos que son de toda esta universalidad, a aquellos a quienes profesan amor especial los elevan a grandes honores y a un gran poder para demostrar que no pueden dar cosa mejor y más augusta? A Rómulo, padre y fundador de esta ciudad; a Numa Pompilio, que fué su rey; a Junio Bruto, que fué su primer cónsul, y a tantos Valerios, Emilios, Manlios, Fabios, a tus ascendientes los Cornelios, los agrupó en familias, pues sería enojosa prolijidad enumerarlos uno por uno; y, finalmente, a la romana gente, a quien por su virtud amaron más que ninguna otra, exaltáronla al señorío del mundo. Eso no lo ignora el unánime sentir del linaje humano: que son engendrados y nacidos de dioses aquellos que, por una serie de sucesos felices, se alzaron con el poder, como Alejandro en Grecia, y en ese nuestro pueblo, P. Cornelio Africano, el más viejo. Por ventura, aquellos varones ejemplares, que fueron nuestros mayores, con absoluto desdén de las riquezas, del lujo, de los regalos, ¿no trabaron pelea con las naciones todas por el mando y la hegemonía como lo más codiciable y generoso? Curio y Fabricio, cuya memoria en esta ciudad es sacrosanta, héroes sin tacha, que tocaron los astros con su frente, luego de haber renunciado con menosprecio las riquezas, hicieron pública profesión de su voluntad de mandar sobre los ricos.

¿Qué extranjero hay que vaya de paso por esta ciudad que no sepa por qué aquellos romanos viejos, varones celebrados y dignos de toda alabanza, según aquella pura e integérrima disciplina romana, valientemente emprendieron y llevaron a término venturoso tantas guerras con todos los pueblos autóctonos de Italia, con Pirro, con los cartagineses, con Antíoco, con los macedones y ahora, últimamente, bajo tu mando, con Mitrídates, sino para que, establecido y consolidado este Imperio, ellos mismos y nosotros, que somos su descendencia, viviésemos en quietud y en ocio sabroso y fecundo?

Ello te dará a entender que no es tan difícil como tú crees disfrutar de tranquilidad en la cima del poder, pues oigo que me dicen que tú esa idea tuviste con la dimisión de la dictadura. Así que la antigüedad en masa tendrá que ser condenada por impericia e imprudencia, pues en su afán de procurar la quietud a esa ciudad, y pensando dejársela, entrególe la muy enojosa misión de mandar. Víctimas de esa misma recriminación debieran ser todos los contemporáneos que desde el primer instante que una ciudad les confió la gestión de sus intereses repudian y rechazan el cuidado del mando y le dicen un adiós definitivo. Te atribuyo, Sila, tanta prudencia como pueda conseguirla y tenerla cualquier hombre; pero jamás te concederé que seas más cuerdo que toda esa ciudad, la actual y la que sucedió inmediatamente a su fundación, y mucho menos que lo seas más que

todo el linaje humano. Si se lo pides en conjunto, a una voz, todo él te responderá que no hay cosa más bella ni más feliz que el mando y el gobierno. Y si quieres gozar de ocio, de reposo, de placeres, ¿todo esto no se te está permitido tanto siendo dictador como persona privada, cimentada y consolidada la República en el exterior, entregando las magistraturas responsables a aquellos funcionarios cuya prudencia te sea reconocida y cuya lealtad probada y acrisolada? Yo no sé ver por qué dentro de las paredes de tu casa, aliviado de los negocios públicos, no has de poder ser contigo mismo complaciente y regalarte a tu sabor; pues ¿quién mejor que un dictador puede abundar si quiere o usar simplemente de todas aquellas cosas que constituyen el supremo aliciente de la vida? Y esto tanto por lo que atañe a las riquezas, que son el único medio con que se procuran, como porque aquello mismo que en un ciudadano particular se reprende como lujo y demasía, en el príncipe se cohonesta y decora con los nombres de esplendor y magnificencia.

Oigote todos estos días quejarte continuamente de que no tienes fuerzas para carga tan pesada, y lo oigo no sin gran dolor de mi alma. ¿No eres hombre para ese cargo, tú, que confiando tu cabeza a un rey feroz y felón, con tu consejo quebrantaste a Yugurta? ¿Tú, que llevaste refuerzos y ayuda al veterano ejército de Cayo Mario, puesto en apurada situación contra una multitud infinita de hombres semifieras? ¿Tú no eres hombre para ello después de dos consulados, de una dictadura de dos años, luego de haber aplastado las facciones y estando la redondez del orbe sumida en paz profundísima? ¿No eres hombre para el gobierno de la República tú, que venciste a millares de hombres y todo el ejército y toda la pujanza de Mitrídates, rey poderosísimo? Reintegrado a Italia, tuviste que ver con quince generales de las fuerzas de Mario y con otros tantos ejércitos y, lo que es más aún, con esa misma ciudad. Ejemplarmente acaudillaste tantas legiones y con tantas victorias conseguidas restituiste la República a su primitiva empinación y cumbre. Y ahora, después de tan larga práctica y de tantos éxitos, ¿hemos de oírte a toda hora esta cantilena triste: *Yo no soy hombre para esto*? ¿Hasta ese extremo la buena vida debilitó y quebrantó los nervios de tu espíritu? ¿Hasta un grado tal de derrotismo la paz y el ocio te han hecho degenerar? ¿Que tú, expertísimo piloto y viejo lobo de mar, que llevaste al puerto, sana y salva, la alegórica nave del Estado, ahora, en la inalterada bonanza del puerto, sin dificultad ni molestia, no la sepas ni la puedas gobernar? Ahora, por fin, toco con las manos la verdad de aquel dicho lleno de sabiduría política de Apio Claudio que oí contar muchas veces a mi abuelo, que tenía costumbre de repetirlo Escipión Nasica, igualmente aplicable a la colectividad romana que a cualquiera individualidad romana, a saber: Que más sabe administrar el negocio que el ocio; más conducir la guerra que la paz. Si en los comienzos de esa magistratura o antes del total aplastamiento de las facciones, o no avezado suficientemente a esa administración, hubieras dicho que resultaba agobiador ese haz de la dictadura, todos nosotros, compadecidos de tu suerte, acaso te diéramos otro consejo; pero en estas circunstancias, créeme, Lucio Sila, en tanta bienandanza de la ciudad, en paz tan profunda y tan risueña,

a los dos años de dictadura, tiempo sobrado para encallecer las manos puestas al gobernalle de la República, nadie podrá escuchar con ecuanimidad esta confesión de impotencia.

Ruégote yo, Sila, por la salud de estos mellizos, que ninguno de los senadores oiga esta queja. ¡Quién habrá que al punto, con motivada indignación, no te pregunte: «¿Qué es lo que, en estas circunstancias, parece que te hace intolerable la dictadura?»! Todos a una miran con malos ojos el ánimo quebrantado del viejo inerte, atento sólo a sus placeres, rehusando sistemáticamente las funciones propias de los viejos, las magistraturas, los consejos, el gobierno de la ciudad. Y si cada uno de los ancianos, porque se les consiente o porque a ellos se les antoja, dan por buena esta excusa tuya, dimita cada uno sus cargos públicos y entreguemos ese Imperio a los mozos, o mejor a los muchachos, porque lo gobiernen, y nosotros mismos, viejos ya, y por eso mismo vueltos a ser niños, multitud haragana y perezosa, dejémonos gobernar por otros niños. Pero tú dirás: «De tal manera desempeño la dictadura, que me es una pesadumbre insoportable.» Bien; pero esto no es culpa de la dictadura, sino tuya, que te complicas esa augusta función con cuidados inútiles y a la República no necesarios. En una palabra: dado que antes no lo hayas hecho, aprende a hacerte ligeras estas funciones públicas, delegando una parte de su peso en muchos que sean honrados, que te sean fieles, de quienes no es menester que hagas probanza, porque harto experimentada tienes su lealtad. Yo no veo qué cosa haya más fácil que la dictadura, pudiendo, en tu tranquilo retiro, desde la cumbre de la magistratura suprema, contemplar el curso de toda la República, que como un río sesgo y tranquilo sale de sí mismo y se espacia y campea y tuerce su camino con admirable orden, con una marcha hermosísima y muy alegre de ver. De los consejos públicos cuidan los cónsules con el Senado; en las cuestiones y juicios entienden los cuestores, los pretores, los jueces particulares; en las causas menores, los centrunviros; en la vida religiosa, los pontífices y los augures; en la guerra, aquellos a quienes pusiste al frente de las legiones. Para ti solo trabajan todos éstos, y sírvente a ti solo, que puedes gozar, si quieres, en olímpica serenidad, del afán y de la solicitud de todos. No querría yo que fueses ni centunviro ni pretor ni cónsul perpetuo, cuyos trabajos son igualmente perpetuos, puesto que todos los días, con el mismo sol amanecen sus preocupaciones y sus acucias. Y, en cambio, yo desearía la dictadura a aquel a quien yo quisiera dar un ocio eximio y gratísimo con una eximia dignidad.

Y si es cosa cierta que desde los días de la fundación de Roma no hubo dictadura fácil, esta tuya lo es, a la cual no pone estorbo ningún obstáculo de parte de los tribunos ni ninguna intervención en tus órdenes y mandatos. ¡Qué luchas las de los dictadores! ¡Qué peleas tan continuas y tan enconadas con los tribunos del pueblo, cuyas atribuciones no eran mermadas por la autoridad y la majestad del dictador! A ti todo te está abierto, llano, fácil, hacedero, aun cuando quisieres, cosa que yo no te aconsejo, subir al trono. Y eso cuando quedó suprimida aquella magistratura, cuya fuerza era la única que se oponía a la omnipotencia dictatorial. Pero tú persistes en tu queja, por cuanto en la

vida pública tienes que pechar con algunas molestias; pero ¿no piensas tú que son mayores y más duras en la vida privada? Yo quisiera que recordases los tiempos de tu vida privada: ¿No hubo en ella desalientos? ¿No hubo enojos? ¿No fueron ellos mucho más frecuentes que los de ahora? ¿Ni más duraderos? ¿Ni más amargos? Así lo decretaron los dioses inmortales: que ninguna etapa de la vida de los hombres puede estar exenta de trabajos, de fatigas, de ansiedades. Por eso, a fe mía, paréceme que es mucho más honroso y excelente, dado que esta vida no puede, en manera alguna, pasarse en una absoluta tranquilidad, no ocuparse en regalos ni en pasatiempos ni en cosas baladíes, propias de mujercillas y de bestias, sino en negocios de aquellos que son prez y presea de los grandes hombres y de los espíritus elevados. No formó la Naturaleza a las mujeres para cosas graves, como no formó a los varones para las burlerías y juegos y bagatelas. Con vergüenza grande hablo, Sila, de estas pequeñeces, pues no puedo menos de pensar delante de quién hablo y a quién aconsejo, porque no pienses que quiero abrir para ti una de aquellas escuelas griegas de las que funcionan ahora en Atenas, por beneficiosa iniciativa tuya y que tú tienes perfectamente conocidas. ¿Pero es que, por ventura, temes que la dictadura no te concite una grande e intolerable odiosidad, aunque yo soy de parecer que es ello difícil, porque si te conozco bien eres del todo inaccesible al miedo vano? Pero si de todos modos tu recelo es éste, debías recelarlo al comienzo de tu magistratura, cuando las facciones estaban en su auge y las guerras civiles en todo su hervor, y no ahora, después de dos años y hechos y avezados ya los hombres a obedecerte por costumbre continua y arraigada. ¿Dónde están ahora los Marios, los Carbones, los Norbanos, los Domicios, de cuyos ejércitos la ojeriza del pueblo pudiera valerse para su venganza y por cuyo brazo pudiera tomar en ti la represalia de sus proscritos: Pompeyo, Craso, Catulo, Metelo, Lúculo, Mario? Los que están en la verdura de su edad, ¿qué han de ser sino silanos, siendo Sila el dictador? A lo que ahora te voy a decir, por tu salud te lo pido, Sila, aplica todo tu espíritu y toda la fuerza de tu entendimiento: lo que has de temer con mayor razón es que, dimitida la dictadura, no estalle, por fin, el odio acumulado y extendido y no puedas contrastarlo con los recursos de mero ciudadano y con ello te infieras daño no liviano, cuando tus partidarios ya no harán más caudal de ti que de cualquier otro senador y no sé si aun menos. Y puesto que hablamos aquí donde no nos oyen más que las paredes, no hay que hacer impertinentes disimulos. En el consejo, quien adula es un parásito; quien se calla lo que conviene que se diga, si lo hace por ignorancia, es un bobo; si por malicia, es un enemigo. Dime, Sila: ¿Ya se te cayó de la memoria cuántos millares de hombres mandaste proscribir dos años ha? ¿Entiendes que a ninguno de ellos ya no le quedan o padres, o hijos, o hermanos, o deudos, o parientes, o afines, o amigos? El respeto que les impone tu dictadura es la única coacción que les detiene de poner violentamente sus manos en ti, en tus hijos, en toda tu casa, en todos nosotros, que somos tus adictos; y fatalmente lo harán el día que no te eleves más de una pulgada sobre cualquier otro ciudadano? Quedan muchos, muy muchos que albergan en su pecho el alma cruda de

Mario; y tú no lo disimulaste ni te lo tuviste callado; hay quienes, atentísimos a cualquiera ocasión, están con el anzuelo al aire. Todos éstos, no digo ya si dimitieres la suprema magistratura, sino si sacares un pie de la ciudad o con toda seguridad si lo sacares de Italia, volverían a encender pavorosas y vastas guerras civiles. ¿Es increíble lo que digo? ¿Por ventura no lo experimentaste tú, que, proclamado caudillo, tras el vencimiento de las facciones enemigas, en plena felicidad y gloria, apenas con tu potente e invicto ejército dejaste la Italia sosegada, cuando de súbito Cina, el traidor y fementido, y el desterrado Mario, salido de las lagunas, ocupan la ciudad, entréganse a un pillaje feroz y te promueven una tan ruda guerra que para domeñarla y acabar con ella no pudiste prescindir de recurso alguno, del que te proporcionaban tus propias fuerzas, del auxilio de tus amigos, de tu prudencia y de tu consejo, pues estuviste más cerca del peligro que los mismos vencidos? Y esto te aconteció cuando con tan copioso ejército como tenías no buscabas sino guerra. Más nefasta que la guerra iba a ser para ti la misma paz, cuando la Fortuna, complicadamente, te lo concedía todo y con mano larga prosperaba tus esfuerzos. Y ahora, viejo ya, flaco de cuerpo y de alma, ¿inconsideradamente te lanzarás al peligro, a ti y a todos los tuyos e irás a hostigar a tu Fortuna ya inactiva, y quién sabe si envidiosa de tus sucesos, intentando por ese camino (¡el Cielo engañe mis temores!) hacerte mucho más miserable que no fuiste afortunado?

Es buena madre la Fortuna si sabes tratarla hábilmente cuando te favorece, y es implacable madrastra si demasiadas veces, con temerario arrojo, te lanzas al peligro y sucumbes a la tentación de experimentarla. ¿Qué piensas que van a hacer los otros cuando el mismo Pompeyo, aunque sin ambición, aunque silano, puede servirte de ejemplo de cuánta importancia sea la dictadura? Después de la derrota de Domicio en Africa, teniendo que enviarle un sucesor, con la protesta del ejército en masa, que le decía que desacatase el edicto por el cual le llamabas a la ciudad, y que le prometía, en un caso extremo, su leal ayuda y a ti te decía tirano, él en una asamblea, dijo en voz bien recia y alta que antes se suicidaría que desobedecería, no a Sila, sino al dictador del pueblo romano. Hasta ese punto para oídos romanos es sacrosanto el nombre de dictador y sus edictos fueron siempre acatados como oráculos de la divinidad. Valga por muchos otros este ejemplo recentísimo, dejando a un lado los antiguos de L. Quincio, que a la última edad, para abatir el ímpetu de Sempronio Melio, fué creado dictador; Cornelio Cosso, contra los manejos de Manlio, poco después de la toma de Roma; Papirio Cursor y muchos otros, de quienes yo sé que tú has leído y has oído. Aunque fueras Sila tres veces, no siendo dictador, Pompeyo te declarara aquella guerra dificilísima, que tú temiste, futura, cuando eras mozo y decidido, valiente, prudente y cosa que más que ninguna otra vale en la guerra: afortunado. Puras bagatelas te parecieron entonces todos los Marios y los Carbones, y los Norbanos, y los Telesiños; y añade a esa lista, si te place, la misma Grecia con el Asia y todo el poder de Mitrídates. ¿Y qué más? ¿Piensas poder vivir seguro, como un particular en una ciudad en que fueron ejecutados por orden tuya más de cien mil ciudadanos? Ya no digo yo si te retiras

a la vida privada, sino que si barruntan que piensas dimitir la dictadura, no podrás sostenerte. Y así como Quinto Fabio *Cunctator*, refugio y salvación de este afligido Imperio cuya persona encarnaba tanta autoridad y prudencia como no las había en todo el Senado y el pueblo romano, por cuya vigilancia y celo eran regidos, en ocasión en que se llevaba al Senado algún asunto que requiriese discreción, no les dió otro consejo sino que fuese oscurecido por el silencio. Así, yo también tan lejos estoy de aconsejarte que dimitas la dictadura, que ya hasta querría que ese proyecto tuyo fuese ignorado de todos los otros y yo pondré todos los medios posibles porque no salga de esas paredes y llegue a conocimiento de los enemigos, de los extraños o de aquellos que sepan callar y ocultar lo que se les cometió y confió. Si hay secreto alguno que deba permanecer velado en el más santo y recatado de los sigilos, éste lo es en sumo grado.

¿Hasta tal punto, dime, Sila, te cegó la impetuosa irreflexión de abandonar la magistratura? ¿A tal grado te desmemoriaste que ya no recuerdas, que ya no ves que son tantos los hombres agraviados por ti, que no es a ti sólo para quien se pide castigo ejemplar, sino para tus hijos y para todos los tuyos? Horroriza decirlo. Apartad, ¡oh dioses inmortales!, todo lo que tenga de ominoso este agüero: si por guerra franca o por artera celada y armadijo vinieras a caer con toda tu casa en manos de cualquiera de tus enemigos, no con tanta ferocidad Catilina laceró y despedazó a M. Mario como ellos te mataran a ti y a todos los tuyos a través de mil fieros tormentos y mil muertes; tú, su padre, cargado de recias cadenas, verías destrozadas ante tus ojos las entrañas de tus hijos, levantarían a ti sus ojos y con pueriles lamentos y lágrimas copiosas y amargo duelo implorarían tu auxilio. ¿Qué dios te guardaría de furor y de rabia? Esforzaríaste desesperadamente por romper las cadenas y quisieras quebrarlas con los dientes para socorrer a tus hijos, ¡oh Pitio Apolo, y tú, capitolino Júpiter, y tú, Juno, reina, y tú, Belona, y todos los restantes dioses y diosas, conservad perpetuamente fausta y feliz esta familia y esta casa! Pero no; sea vana esta imprecación. Si tú pudieses sobrevivir a tantos males y el furor y la rabia no acabasen contigo, con minuciosa sevicia desmenuzado, morirías mil muertes antes que exhalases el alma y la vida. Y luego, tirados los pedazos de tu cuerpo y de los cuerpos de tus hijos, parte a la salvajina y a la altanería carnicera y parte echada al Tíber, serían derribadas tus estatuas y los monumentos eternizadores de tu fama, derrocados tus penates, extinguidos tu linaje, tu familia, tu mismo nombre. Por el cielo te lo suplico, dictador: ten compasión de ti, mil veces más infeliz en tu retiro, de lo que ahora eres feliz en la magistratura suprema. Pues eres padre, apiádate de tus hijos, afortunados ahora, infortunadísimos luego que tú te acogieres a la vida privada. Compadécete de nosotros, soldados tuyos, caudillo idolatrado, que a todos nos conservas con la autoridad de tu función augusta y a todos nos arrastras contigo a muerte cruel y desastrada con la abdicación de la dictadura. Todas las veces que te vieren los hombres vivo, otras tantas veces volverán a su memoria las calamidades de los suyos, y si no encontraran obstáculo, sin duda alguna las vengarían atrozmente. En cambio, muriendo tú, morirá

también la odiosidad de aquella proscripción; así que estaremos más tranquilos y seguros muerto tú que vivo tú, ciudadano privado. Por todas estas razones, muchas, como ves, y grandes y, sobre todo, graves, soy de parecer, L. Sila, que debes retener la dictadura, que es la garantía de tu salud, de la de los tuyos y de la República. Sin ella yo no sé cómo esta ciudad puede mantenerse; pero lo que sí sé es que en esta ciudad, sin tu dictadura, no nos podemos mantener ni tú, ni tus hijos, ni nosotros, que también somos tuyos. Por lo demás, sea la que fuere la determinación que tomares, quieran todos los dioses prosperarla.

DECLAMACION SEGUNDA

HABLA MARCO FONTEYO DIRIGIENDOSE A LUCIO CORNELIO SILA

QUE DIMITA LA DICTADURA

Cuando ayer se me notificó, L. Sila, poco antes que nos reuniéramos aquí, que Q. Fundano iba a exponer su opinión, pensaba yo que ese anciano de tanta sabiduría y tanto conocimiento de la realidad demostraría su inclinación por la paz, la quietud, la democracia, el patriotismo, el amor de la República y de la libertad de ese Imperio, y que, elocuente y convincente como es, por todo esto abogaría en largo, copioso y grave discurso. Así esperaba yo que sería; de manera que él, en la deliberación de ayer, con sus palabras y, sobre todo, con la autoridad que le distingue y que a mí me parece muy bien que le distinga, acabaría con el asunto definitivamente. Estaba yo tan convencido de ello, que vine resuelto a deslizarme sin abrir boca hacia su sentir o, a lo más, añadir unas pocas palabras para declarar mi conformidad con lo que él hubiera dicho. Pero todas esas esperanzas y presunciones mías me engañaron, puesto que fué de parecer disuadirte, L. Sila, que no hicieras aquello que habías resuelto para granjearte la gratitud y el favor del pueblo romano y la gloria imperecedera de tu nombre, y usó una tal vehemencia de lenguaje que no solamente a nosotros nos impresionó increíblemente, sino, según pienso, también a ti. ¿Quién de nosotros puede oír hablar impasiblemente de tus peligros personales? Mas él exageró tanto tus peligros que a ratos parecíame estar no en esta tu casa, sino entre las peredes ominosas de la mansión de Mario. Esta fué la causa por la cual, con la idea de recogerme pedí un día, por si luego de meditarlo convenientemente en mis adentros hallase que su sentir era mejor, no tuviese reparo en cambiar el mío, allegándome al de una personalidad tan prudente y tan avisada; y en caso contrario, no dudase tampoco traer aquí lo que mi razón, mi discurso y mi larga experiencia política me hubiesen enseñado, sin recelo de que un senador, según costumbre de nuestros mayores, disintiera en el discurso y en el consejo de otro senador, sin mella y sin mengua de

las buenas relaciones mutuas y de la más estrecha amistad personal.

Por todo esto ruégote, Fundano, que no pienses que voy a disentir de ti por algún resquemor o rivalidad o porque no considere que reunes aquellas prendas de autoridad, gravedad, sabiduría, moralidad, a las que no sin gran causa se deba el mayor crédito, sino porque aquellas razones que ayer dijiste, fueron estudiadas con gran ingenio y prudencia; para también estas que yo he de expresar hoy han sido estudiadas no con mayor ingenio ni con mayor prudencia (apenas puede haberla mayor), pero espero que con no menos diligencia ni experiencia. Y al mismo tiempo, ¡oh Sila!, yo te ruego, mientras respondo a la oración de Fundano, que me prestes atención y oigas con recogimiento mi discurso. Conseguiré, sin duda, que no te arrepientas de ese pensamiento que el Cielo te inspiró y por el cual nos vemos reunidos aquí, pensamiento divino, digo, que Fundano, aunque echando la culpa al hado, tildó de voltario e inconsecuente, como si merecieran el calificativo de inconstantes todos los que abandonan un instrumento del cual no necesitan. Tú mismo, Fundano, tú mismo llevarías a mal que alguien te sospechara de inconstante si, teniendo que ir al Senado, te vistieras la laticlavia y vuelto a casa te la quitaras, con toda razón, a mi ver, porque usar diversos trajes según fuere la diversidad de las situaciones no arguye en un hombre ligereza ni versatilidad, sino que todos sabemos ser cosa de discreción y conveniencia social. ¿Está enfermo uno de mis amigos? Tome medicinas enhorabuena. ¿Convaleció ya? No tome medicinas. ¿A eso llámasle tú inconstancia? ¿Hay aquí motivo para quejarte de los hados, de nuestra naturaleza, del veleidoso carácter de los hombres? Deseó Lucio Sila la dictadura para poner remedio a tantos males, para arrancar de la República aquellas calamidades de los Marios, de los Carbones, de los Norbanos. Todo eso por la gracia y la bondad de los dioses se llevó a término feliz; nada queda ya que parezca necesitar de la dictadura.

Llegados a este punto, querría yo, Fundano, preguntarte: ¿Qué buscábamos nosotros con aquella guerra; qué buscábamos con esta magistratura? Tú mismo, y con mucho acierto como en tantas otras cosas, te has contestado: la paz de la ciudad. La ciudad tiene paz. Que tuviese una constitución. Ya tiene la constitución. Que tuviese el primitivo grado y esplendor de dignidad y de imperio. Ya tiene, en su grado y esplendor antiguos, el imperio y la dignidad. Los tiene y los retiene gracias al Cielo y a Sila. Imagínate que nosotros, ahora, venimos a ese estado, desde Asia, ¿pensarás ser razonable que admitiésemos la dictadura? No había razón alguna de hacerlo así. Pues bien: aquello mismo que tú piensas fuera una iniquidad pedirlo o tomarlo, ¿piensas que es justo, una vez tomado, retenerlo? Y si esta dictadura fué aceptada para detener en su ruina la patria que se desmoronaba, mira que no suceda que no lo reconozca nadie, si esa dictadura no se depone cuando la patria no necesita ya de dictador. Atiende, Sila, yo te lo ruego; atiende, que no vayan a creer todos que fuiste dictador para ti, no para la patria, en la cual introduces un pésimo ejemplo de tiranía, pues todas las calamidades de las ciudades y los pueblos nacieron

de buenos principios. Concédese a un hombre bueno algo excepcional, porque la realidad lo exige; pues bien: piensan todos, sin tener cuenta ninguna con las circunstancias de tiempo y de situaciones, que muy bien se le hubiera podido conceder a ellos. Fué una muy dura necesidad de la República el haber sido tú, dictador, como impuestos por la misma necesidad dura lo fueron muchos antes de ti. Si tú no sigues el ejemplo de aquellos dictadores, que liquidada la situación por la cual fueron creados dictadores creían también llegada la liquidación de la dictadura, y te eternizas en la magistratura, como lo quiere Fundano, van a ser muchos los que en circunstancias dispares imitarán una conducta pareja. No hay que temer, no, ¡oh Quinto!, que si Sila dimite la dictadura, en vida, sean a montones los que se echen encima de ella y que tomándola como botín, riñan por ella como perros por un hueso, con grave daño de la República. Mas aína es de temer que si Sila llega a la muerte, investido con la dictadura, unos mozos exaltados, ambiciosos, poderosos, llenos de espíritu de partido, piensen que Sila instituyó en esa ciudad el régimen de dictadura perpetua; es decir, de Monarquía, y lo pretenderán no como beneficio recibido del pueblo o del Senado, sino que a mano armada se alzarán con ella, como premio de la guerra civil y como triunfo sobre el dictador vencido.

Ya ves cómo yo no abrigo los mismos temores que tú y no recelo que en vida suya nadie le arrebató la magistratura ni pienso que con su prestigio y autoridad, vuelto a su privada ciudadanía, va a ser más pequeño obstáculo para las guerras civiles que si estuviese en el auge de su poder exclusivo. Yo aliento la esperanza de que si algún día retornase a su condición de ciudadano particular (que Júpiter haga muy duradera) acaecerá todo lo contrario: Roma se desacostumbrará de soportar a un dictador y que cuando éste hubiere muerto, no habrá nadie tan malvado ni tan osado, ni habrá bellaco tan ambicioso, que quiera ser dictador sin gravísima causa, ni ciudadanos tan indolentes y torpes, ni tan sin prudencia ni seso que consientan que alguno lo sea, si no fuere necesario. Muchos fueron los obstáculos que Fundano mentó que hacen que la dictadura no sea fácil de recoger una vez dimitida. ¿Piensas, Quinto, por ventura, que de tal manera debe ser la dictadura dimitida que tienes que conservar el camino para volver a ella? No ha de ser con esta mezquindad como se debe hacer un beneficio, ya no digo a la patria, pero ni siquiera a un amigo. Con simplicidad y con toda el alma se ama a la patria, y así que se le ha de servir sin simulación y sin afeite. Si quieres ahora que esto sea una ventaja para ella, ¿por qué quieres que yo labre el bien de mi patria con reticencias, con reserva mental, con astucia, con celada y no caballerosa y generosamente? Es una ruin manera de dar, si en el momento mismo que das ya piensas cómo y cuándo recuperarás el don, una vez dado, si resultare un ingrato aquel a quien diste. No apruebo yo aquellas palabras del moribundo Escipión, varón por otra parte casi igual a los dioses: *Ingrata patria.* Yo oso decir que jamás la patria puede ser ingrata; pero si pudiera serlo, yo prefiriera experimentarla tal, antes que demostrarme yo receloso de que ella lo fuese algún día. Todo cuanto

haré yo por ella, pensaré que lo hago por la más agradecida.

Pero dirás que nuestras costumbres ya no consienten un consejo público. Aquí yo apelo a tu prudencia, Q. Fundano, a fuer de hombre tan prolijamente versado en el foro, en la curia, en los negocios, en los honores. ¿Qué otra cosa quieren decir estas palabras (dígolo con gran miedo y gran sonrojo), sino que esta ciudad está necesitada de rey? Como si, no queriendo obedecer a un consejo público, estuviese dispuesta a obedecer a un dictador, lo que sabe que está por encima del dictador y no, como tantas otras veces, que no quiera conseguir lo que desea, con un golpe de mano sedicioso. ¿Qué es eso de que tú por una sola guerra civil sentencias que por los siglos de los siglos se acabaron las guerras civiles? ¿Parécete que ya jamás habrá Marios, porque los Marios ya han sido? Ruégote, Quinto, que no saques tan malos augurios, de esa República. Si le das un Mario, no le quites un Sila. Quiero decir, si piensas que siempre habrá un hombre mal nacido que encienda una guerra civil, cree también que saldrá un héroe, nacido en buen hora, que con recio temple componga y sosiegue lo que se alborotó. Cuán diferente fué el juicio de aquellos antiguos varones, dechados de prudencia que no porque Sempronio Melio, Sempronio Casio, M. Manlio ambicionaron el reino, pensaron al punto que iban a ser muchísimos los que lo ambicionarían, ni tampoco si por la descomedida pujanza de ellos llamáronse dictadores, por eso mismo, no mandaron alguno de aquellos dictadores o a todos que estuviesen encaramados en la magistratura como en un castillo, dispuestos a todo movimiento motinesco y a todo golpe de mano propicio. Siempre abrigaron mejores esperanzas de esta República, que es lo que debemos hacer todos, ni hemos de desesperar en tal grado de la salud del cuerpo de nuestra ciudad, que no puede curarse una llaga purulenta sin que al momento le salga otra o también muchas.

Pero tú me dirás que puede suceder eso que digo; no obstante hay que prevenir que no suceda. No condiciones tan miserablemente la previsión de los dirigentes de las repúblicas, que crean que nada han hecho, si no han obviado todos los peligros, que no solamente acostumbran presentarse, sino que acaso pueden, si así la Fortuna lo quisiere. ¿Quién podrá jamás conseguir esto? ¿Qué genio, qué ciencia, que experiencia? Piérdese en el infinito esa perspectiva, y si uno le quiere ir a los alcances, no tan solamente curará enfermedades que no son o no serán. ¡Con qué afán tan vacío y con qué tan estéril ansiedad dejará sin tocar esos males urgentes y otros que se presentan cada día, corriendo de uno en otro, enloquecido por su innumerable muchedumbre!

Pero parece que quieres, Fundano, que no te tengamos por un buen adivino; esto es, por un buen profeta (el mejor profeta es el adivino mejor). Llevas a mal que no creamos que has tenido buena vista. Admitamos (cosa que alejen los dioses) que el día de mañana van a ocurrir graves alborotos, que crearán la necesidad de un dictador que los ataje. ¿A quién piensas tú que el pueblo romano, con más gusto o más firme garantía, va a confiar aquella magistratura como a aquel de quien sepa que la devolverá como un de-

pósito confiado a su honor, cuando fuere necesario; que hará uso de él todo el tiempo preciso y que lo restituirá cuando la República no tendrá de él necesidad, en una palabra, a aquel de quien sepa que administrará la dictadura para la ciudad, no para sí? Si ahora el dictador actual la resigna y al tiempo de nuestros hijos atraviese la República una borrasca tan recia que se tenga que recurrir a ella de nuevo, ¿piensas que habrá alguno que no la vuelva a depositar en ese Fausto, digo, en ese vástago de la misma familia que pudiendo retenerla la devolvió a la patria y a la libertad del pueblo? Pensarán encomendarla no a ese Fausto, sino a la familia de Sila, que estima más la patria que la suprema magistratura, insistiendo en aquella vieja y ejemplar virtud romana. Cuando conmemoraste, Fundamo, a esos romanos viejos, yo hubiera querido que añadieras también que todos esos mismos romanos viejos se preciaron más de haber dimitido la dictadura que de haberla asumido, de haberla desempeñado que de desempeñarla, de manera que se combatía con no menos ardor por conseguir la victoria como por resignar la dictadura una vez que hubieren cesado las causas que la hicieron necesaria. No pensaban ellos que la dictadura tuviese su caducidad prevista en un plazo cierto y fijado por la ley, sino en la desaparición del motivo por el cual era creada. Así es que vemos a muchos que a los veinte días, a los dieciséis, a los diez de haber recibido la dictadura la renunciaron; verbigracia: Quincio Cincinato, Emilio Mamerco y la casi totalidad de los otros, pues en tan largo espacio y discurso de siglos y en tanta variedad de situaciones apenas hubo uno que otro que consumiese en ella los seis meses de la ley y seguramente ninguno los excedió. Por eso, aquellos romanos viejos a nadie con más gusto entregaban la dictadura que a los varones dictatoriales, a saber: a los ex-dictadores, que sabían recibirla cuando se les entregaba, y recibida sabían administrarla, y administrada deponerla a su debido tiempo, y el pueblo, adoctrinado por anteriores ejemplos, no ignoraba que ellos lo sabían.

De ahí que cuando se entró en sospecha de los manejos monárquicos de Sempronio Melio, en una tan grave alarma de la ciudad (por no nombrar más que aquellos de los que ahora me acuerdo), Cincinato, por segunda vez fué creado dictador, porque a los dieciséis días había resignado la dictadura anterior. En su segunda dictadura, Mamerco, habiendo acordado más la duración del supremo poder censorio por parecerle excesivo para que sobre sí, como sobre cualquier otro particular, pudieran los censores ejercer su juicio y su autoridad, apeó la dictadura inmediatamente, de forma que por los enojados censores que lo eran en aquella sazón fué degradado y hecho villano y pechero con gran indignación del pueblo romano. Y este villano, marcado con nota censorial de infamia porque espontáneamente se desarmó de una magistratura que era escudo y era dardo con que podía abrigarse contra la fuerza de los censores, sus enemigos, no solamente volvió al gobierno, sino que por tercera vez fué creado dictador y luego de tomadas heroicas resoluciones, a los dieciséis días contados, se restituyó a la vida privada. Aquí, Fundano, di en aliñado parlamento cuanto te pluguiere acerca de los dioses mismos,

del poder, de los romanos viejos; todo te lo concederé, mientras tú no me negares aquello único en que todos convienen, a saber: que para ese pueblo en que vivimos, siempre fué el poder más grato, más hermoso, más glorioso después de haberlo desdeñado o abandonado, que después de buscado y retenido. Por todo eso, no pienso, Fundano, que a mí me faltan razones para responder a las tuyas, aunque tan agudas. Y lo voy a hacer no sea que tú, L. Sila, movido por tu piedad para con los dioses y la patria o tocado por algún escrúpulo o por lo que tú creas que fué costumbre de nuestros mayores, trueques tu parecer y abandones la determinación tomada.

Apeló Fundano al consentimiento del género humano convencido de que no hay cosa más bella ni más bienhadada que el poder. Aquí yo te preguntaré, Fundano, si no exceptúas a nadie, absolutamente a nadie de esta unanimidad universal. Si a ninguno exceptúas, mira que no vayamos a creer que tú, hombre prudentísimo, colocas a nuestros mayores no entre los hombres, sino que los encaramas por encima de la condición mortal porque tantas veces abandonaron prematuramente los honores aceptados y espontáneamente los repudiaron, ofrecidos. De eso hablaré un poco más adelante. Y si de ese montón gigantesco retiras alguno, ¿cuáles dejas, por fin? ¿Las masas turbias, la plebe indocta, los pueblos sumidos en errores, en tinieblas? De todos éstos, Fundano, yo no hago más aprecio que el que merecen. No hallarás cosa más liviana, más tornadiza, más necia, por manera que al más ruin de todos ellos le harás ultraje si dijeres que él opina y siente lo mismo que la masa, lo mismo que la multitud. Añade a esto que este consentimiento unánime y universal, a lo que yo entiendo, no ha nacido de la nada. Engáñanse todos por ciertas apariencias de bien, y nadie jamás se ha dejado seducir por un error manifiesto. Los vestigios que la antigüedad dejó a la posteridad, entendidos malamente trabucaron a los hombres el juicio. En el principio, cuando comenzaban a organizarse el poder, los honores, las magistraturas no solían entregarse sino a los más sabios, a los mejores, y los pueblos obedecían sus órdenes. De esta manera, con la obediencia de la multitud, la administración era fácil, y pueblos tan dóciles volvían sabrosos los mandatos y henchidos de una suerte de felicidad que alcanzaba a los mismos que estaban en el Poder. No podían delinquir a sabiendas porque eran buenos, ni pecar por ignorancia porque eran cultos. El consentimiento de toda la naturaleza bajo el gobierno de los dioses óptimos y sapientísimos, hace la función del mando felicísima y facilísima, pues los cielos y los elementos, ganosos y gozosos, obedecen la voluntad y los mandatos de Júpiter, Optimo, Máximo y nosotros mismos nos inclinamos ante aquellas leyes sempiternas; los buenos, los piadosos, los malos, los malvados, los impíos, son juguetes del hado que a su vez es la voluntad de Júpiter Omnipotente, y no se mueve ni se menea cosa alguna en todo el mundo que no sea conforme a las leyes y prescripciones de ese reino mundanal que señaló aquel dios, padre y hacedor de todo, cuando creaba la naturaleza.

Esto nos enseñan los pontífices; esto, las costumbres y las instituciones de nuestros mayores; esto, las

ceremonias; esto, la religión; esto, la liturgia que de una tan venerable profundidad de siglos hemos recibido de nuestros padres más remotos. Este es, pues, el deleite; ésta la felicidad del mando cuando hombres buenos mandan a quienes quieren ser mandados. Cuando esto acontecía con los gobernantes de aquellas patriarcalidades primitivas, pensaron, y con razón, no haber cosa alguna ni más gloriosa ni más feliz que el poder, porque venía a ser como un trasunto o imagen del reino divino donde no gobiernan sino los mejores y los más prudentes y obedecen los súbditos con alegre y gustosa alacridad.

Mas, poco a poco, fueron corrompiéndose las costumbres de los hombres y comenzó a envalentonarse y a gallardear la ambición y muchos, completamente indignos, escalaron la cumbre del poder, y los hombres, en un impulso de su nativa independencia, negaron el acatamiento a quien era peor que ellos. Por esta razón, el principado, de sabrosísimo y dulcísimo que era, se trocó en grave y amargo para los malos caracteres, y para los buenos, en intolerable pesadumbre. Y así fué que aquella idea primitiva de la felicidad del poder, incrustada como un fósil en el espíritu y la mente de los hombres, se quedó así como estaba, cuando la realidad que la inspirara había fenecido desde luengos siglos. El desconocimiento de este hecho es causa de que los particulares, en afanosa persecución de provechos particulares por una parte, no paran mientes en cuán pesado es el poder para quien manda, y, por otra parte, conservan con afición tenaz aquella idea heredada de los regímenes patriarcales de las sociedades primitivas. Abarcan este problema del gobierno en toda su dimensión exacta aquellos que, personalmente, experimentan cuán molesto y oneroso sea mandar a gentes reacias y cerriles, y sienten cómo no puede hallarse cruz igual a la que ellos llevan con el poder y el gobierno.

Y si esa gobernación en algún pueblo rebosa de aburrimiento y de molestias insufribles, sin la buena disposición de los subordinados, en ese nuestro pueblo romano, no solamente es pesado y espinoso, sino erizadísimo de peligros. Otros pueblos pueden estar bien hallados con la servidumbre y soportar tiranos; pero ese pueblo nuestro es el único que no se aviene a ella y rezonga contra la esclavitud. Y piensa ser esclavo si el rey es soberbio y desapoderado, y el cónsul es insolente y violento, y el dictador es cruel y atroz, o, llámese como se llame y sea lo que fuere la magistratura establecida contra las leyes y las costumbres de nuestros mayores.

Entendiéndolo así aquellos nuestros viejos políticos sapientísimos, nacidos y formados en la auténtica disciplina y libertad romanas, como viesen que en ese pueblo nuestro conducía a la popularidad y a la gloria imperecedera no tanto desempeñar honrosas funciones como el que la opinión les considerase dignos de desempeñarlas, sabemos que pidieron las magistraturas con gran reserva y parsimonia y una vez que las pidieron y las alcanzaron, a la primera coyuntura propicia las resignaron y que cuando el pueblo se las ofrecía por el prestigio de sus virtudes y sus claros hechos las rehusaron y rehuyeron con gran aplauso e increíbles alabanzas de toda la ciudad.

¿No será, acaso, por esto que los

hombres se acuerdan y con subidos encomios enaltecen los tres primeros consulados de Quinto Fabio Máximo, aquel anciano venerando, y aun el cuarto, que no queriendo él, y repugnándolo, le fué impuesto contra la ley Anal? ¿No será, acaso, también, porque alejó de sí la continuación del cuarto, al cual se inclinaba el apasionado entusiasmo de los ciudadanos, con la amenaza de dos cónsules patricios? ¿Y qué diré de aquella súplica de vacación en la suprema magistratura que gestionó con toda su enorme autoridad y gravedad porque su hijo no fuese creado cónsul, porque el poder sumo no se estacionase durante tantos años en una sola familia? ¡Cuánto respeto no mereció aquella oración de M. Rutilio, y cuán llena de majestad estuvo! ¡Qué sincera repulsa censoria, porque el pueblo le encargaba la segunda censura, de cuyo cargo, como desaforado que era y más abusivo de lo que convenía a las fuerzas de la libertad, aquellos nuestros mayores pensaron que se debía acortar la vigencia. ¿Por ventura le proporcionaron a Mario, en su hambrienta e insaciable ambición, mayor gloria sus siete consulados, que el consulado último de Emilio Paulo, que se vió obligado a aceptar, no para sí, sino para la victoria del pueblo romano? ¿Acaso hiciera más ilustre al mayor Africano la aceptación de la dictadura perpetua con el perpetuo consulado que se le ofrecía después de la debelación de Cartago y sus proezas hazañosas, y hubiera dejado en esta ciudad una tan respetada memoria como fué la que le procuró la dictadura ofrecida y rechazada? Como con un odio grandioso, de todos los órdenes, Apio Claudio administró durante algún tiempo la censura, él solo, contra lo que determinaba la ley Emilia. Los hombres de aquel tiempo creyeron que fué una de las causas por que se volvió ciego.

Aquí oigo yo no sé qué ejemplo de Mario Curio Dentato, varón de toda probidad, que fué cónsul cuando la guerra que se hizo contra Pirro, que nuestros ancianos suelen aducir, no para la recomendación del poder, sino de aquella antigua austeridad y parsimonia romana. ¿Y cuál es el otro que por aquel mismo tiempo y en cosa igual publicó Fabricio Licinio? ¿Y quién hay que niegue que es más excelente reinar en la pobreza, que en medio de riquezas cuantiosas estar esclavizados y sumidos en la desidia y en la apatía? Y todos ellos, ciertamente, y aun otros, anteriores y posteriores, con tantas guerras que debían llevarse a término con tanto heroísmo y tanta suerte, no pedían para sí el poder y el mando, que vemos que tantas veces rehuyeron y rehusaron, sino para esta ciudad, patria suya, cuya máxima pujanza, inmediatamente inferior a la de los dioses, deseaban, y en ello andaban empeñados con porfía tesonera. También yo, Sila, si ello fuese posible por la edad, exhortaríate con todo encarecimiento que insistieras y continuases en los mismos procedimientos que empleaste en tu vida anterior con las gentes y los pueblos que habías de sojuzgar a este Imperio y a esta República, cuyo destino es dominar las otras repúblicas, pero no que ella esté sujeta a ninguno de los ciudadanos; lo primero conviene a la fuerza de ese pueblo, y lo segundo se requiere por la libertad. Mas cuando ya no es propio de tus años guerrear, ni en este tiempo, reducidos a la impotencia los enemigos, es necesario, concédete a

ti y concede a la patria, en medio de esa tan grande paz, aquello que los antiguos buscaban mediante feroces guerras, a saber: el ocio y la quietud apacible en la libertad. Yo no creeré nunca que ellos estuvieran poseídos de tantas destemplanzas y aguijados por tantas furias guerreras, ni fueran tan pugnaces de suyo que si hubiesen podido llegar a la paz de la ciudad, dando paz a la mano y dando sueño a sus ojos, emprendieran tan graves y peligrosas aventuras bélicas, arrojando al azar de la hoguera campos, casas, fortunas, penates, hijos, esposas, la patria toda, sino que veían que con armas, con sangre y con sudores les era forzoso buscar lo que a las buenas y por otro camino no podían conseguir.

Quietud, paz, ocio fecundo era lo que todos aquellos granjeaban para sí y la posteridad, y por conseguirlo no hubo más remedio que afligir y majar por la fuerza de las armas o arruinar y aun arrancar de raíz ciudades que eran emporios de opulencia. Por nuestra seguridad y nuestro reposo no tiene ya Capua forma de ciudad; Corinto ardió; Numancia está igualada con el suelo; Cartago, trabucada de raíz y cimiento, y todo esto no hecho por unos mozos enloquecidos ni por un insano arrojo militar, ni por espíritu de rapiña, sino por aquel Senado que arrebató de las manos de Aníbal a esta ciudad y aun a toda la Italia, más con su consejo que con sus armas; por Q. Fulvio, Q. Fabio, por M. Catón, por Cornelio Africano, por L. Mummio, varones los más sesudos y más probos de que guarda recuerdo la memoria de los hombres.

Ese ocio seguro y quieto, aquella placidísima tranquilidad a la cual siempre propendió esta ciudad en masa y cada uno de sus ciudadanos y la cual tú, Lucio Sila, tú amaste y buscaste: veamos, por favor, si serán más ciertos, más dulces, más copiosos en la magistratura que en la vida privada. Yo siempre pensé que el ocio verdadero y puro es el que no está interferido por molestias enojosas; que anda unido con la seguridad, que es duradero. ¿Qué ocio puede haber con el espíritu ansioso, si cuando te fueres a sentar irrumpe el litigante que viene a querellarse de una injuria, o el senador, o el funcionario que viene a consultarte un asunto difícil y odioso, o el mensajero que viene a darte razón del mal gobierno de una provincia, que el ejército está descontento, que se incuban rebeliones, que a manera de partos van hinchándose a la callada guerras civiles? ¿Cuál, Fundano, es el dictador que pueda oír con calma estas confidencias alarmantes? ¿Quieres tú que, puesto en aquel horror, pueda fruir de regalo alguno, condescender con sus gustos, divertirse, holgar? Mucho me maravillo que seas tú quien diga eso, tú que alguna vez fuiste cuestor, fuiste pretor y eres senador. Si no hubieras desempeñado cargos públicos, no me sorprendería tu engaño en cosa que nunca experimentaste.

No puedes menos tú, estando en la curia, de preocuparte por el estado de la República; no puedes, siendo pretor, oír y ver impasiblemente al litigador, al actor, al patrono, al testigo ¿y quieres que el dueño del pueblo romano esté sordo como un risco marino, sin oídos, sin ojos, y que no se le dé un bledo de tan inmenso cúmulo de negocios como los que trae consigo la gobernación de un Imperio tan dilatado? Y más aún siendo dictador que se mantiene en la suprema magistratu-

ra y no por la adhesión del pueblo; al contrario, polarizando y concertando en sí la insoportable odiosidad que has confesado tú mismo? ¿Podrá ése, dime, oír sin temblor que este o aquel otro ejército, con su caudillo a la cabeza, ha cometido defección y anda comprometido en una conjura; que esta o aquella nación arma su escuadra y reúne soldados; que este o aquel ciudadano (no pronunciaré el nombre de nadie) sea cónsul, pretor o senador, maquina novedades revolucionarias, trae manejos clandestinos, madura con otros a láteres la guerra civil? Nosotros no oímos estas noticias tranquilamente por mor de Sila. ¿Y oirá tranquilo él las que afectan y comprometen su propia cabeza y la de sus hijos, y la salud, y la vida de toda su familia? Yo no entiendo lo que quiere decir aquello de que en la magistratura podrás dedicarte a ti y a tus gustos no menos que en la vida privada.

¡Qué dictador ideal serías tú, Fundano! Piensa que ya has dicho todo lo que tenías que decir en ese punto y en esa hora. ¿Quieres tú que un dictador duerma de un tirón toda la noche? ¿Y que pase los días en pasatiempos y sabrosas conversaciones con sus amigos? ¿Que a mediodía duerma una siestecita? ¿Y que, a la tarde, salga a dar un ameno paseíto y que alargue hasta altas horas la cena, las charlas y los juegos y las restantes diversiones que recrean y rejuvenecen esta cansada senilidad? ¿Cuándo el dictador tratará los negocios públicos? ¿Cuándo ése, contra quien hay centrada tanta ojeriza, atajará la revolución posible, no sea que esa odiosidad, por apatía y descuido suyo, ocasione grandes males? No ya un dictador de esa República, no ya el dictador actual, pero ni un pastor que tenga a su cuidado veinte ovejas, digo yo que puede vivir con esa desaprensión, y si vive con ella, harto pronto los lobos darán razón de sus veinte ovejas. Retira, Fundano, por favor, de la persona de Sila todo el odio de sus ciudadanos. ¿Y te parece bien que el dictador de los romanos, aun contando con la entusiasta adhesión del pueblo, se conduzca de tal manera que dé a entender que su República no le da más cuidado que si fuera un particular? Es que dices: «Normalizada la República, no tendrá de qué preocuparse.» ¿Puedes tú, Fundano, por ventura, dar normalidad a la República sin que, existiendo en ella un dictador, todo el peso del Imperio no gire sobre él, como sobre el quicio se vuelve la puerta? ¿Para qué quieres que Sila permanezca en la dictadura? Por tener a los enemigos dentro del puño; para que no se infiera ultraje a su familia. Quiéralo el Cielo; yo espero que así será. Y en este momento, Fundano, yo apelo a tu prudencia reconocida. ¿Quieres que Sila esté en la suprema magistratura, pero ciego, sordo, que ni vea ni oiga lo que se hace y le agobie el peso de su ignorancia total? Los funcionarios le informarán. Pues mándame a mí que esté ocioso, cuando no ya a todas horas, sino a cada momento he de oír al senador, al cónsul, al pretor, al cuestor, al legado, aquél de España, el otro de Africa, de Sicilia, de Grecia, portadores de tales informes que ni el zapatero, que nada tiene que ver con ello, dejaría de oír sin grave cuidado. En los pequeños burgos, los que los rigen no conocen el descanso. ¿Y crees tú que lo va a tener aquel que ha de oír y ha de gobernar un Imperio que comprende a todos los pueblos y abarca casi toda la redondez del globo? Hay que acogerse a la vida

privada si queremos esa quietud, en cuya busca andamos, pues en cualquier magistratura, por pequeña que sea, no la hay. Recuerda, L. Sila, por favor, aquel tiempo en que en Alisia vivías vida privada y descansada, libre de cuidados bélicos, ¿piensas que la dulcedumbre de aquel tiempo pueda compararse con la desabrida aspereza actual? ¿O el descanso de entonces con las inquietudes de ahora? ¿O con la molestia y los nudos de hoy la libertad y soltura de antaño? Tú, con harto gusto, te pasas la vida con mímicos y gente de teatro, en toda suerte de juegos y de regalos. Y estos pasatiempos, dime: ¿parecen mejor y más decentes en la vida privada que en la vida pública?

Por ventura tú, Fundano (perdona que mi discurso vaya con tanta insistencia dirigido a ti personalmente), ¿crees que está bien que el dictador romano, que no se permite un donaire o una chanza, pase su vida entre burlas y juegos, convites, histriones y cómicos? ¿Tú piensas que esa vida concuerda y se compadece con las leyes severísimas de Cornelio, leyes que tienden al restablecimiento de las viejas costumbres, a la seriedad de formación de ese pueblo, a perpetuar el recuerdo de la austeridad y parsimonia antiguas? Y eso que yo ahora discuto la decencia de esa conducta, pues harto demostré ya que ella no era en la dictadura ni lícita ni posible, por más empeño que pusiera el hipotético dictador.

Y ahora a ti, Lucio Sila, te lo digo, no pienses que aquel sueño en que viste a tu hijo suplicándote que te aliviases de esos cuidados y acogiéndote a la vida privada, vivieses en quietud el tiempo que te puede quedar, pertenece a la vana categoría de los otros sueños. Jamás, yo no digo nuestros mayores, pero ni tampoco los griegos ya desde la guerra troyana fueron de parecer que del sueño de un gobernante no se debía hacer ningún caudal; jamás le creyeron venido de la nada; pensaron que le enviaba Júpiter, que preside los príncipes y que siempre era mensajero de alguna realidad y certidumbre.

Pero yo no quiero que, sin más apoyo ni confianza que en el sueño, introduzcas novedad alguna. Tú mismo ves qué realidades y sueño se ajustan. ¿Buscas el descanso? Ese es el camino. ¿Quieres vivir tranquilo en adelante? No puedes de otra manera. ¿Quieres librarte de la odiosidad? Sólo lo conseguirás con ese procedimiento.

Ahora únicamente me queda por demostrar, Lucio Sila, cómo, dimitida la dictadura, tendrás odiosidad menor, casa más segura; afirmaciones que tendré que discutir con Fundano, que dice no haber nada que coarte las manos de tus enemigos y las aleje de ti, sino el miedo que impone tu magistratura. Yerra, Lucio Sila, todo aquel que piensa que sobre el pueblo romano tienen mayor fuerza los poderes de excepción o la violencia que el favor, la benevolencia, la amabilidad.

¿Acaso ignora el pueblo que él no solamente está por encima de los cónsules y los dictadores, sino sobre los reyes mismos, y que ante él se inclinó Tulio Hostilio, que fué el más poderoso y fuerte de todos ellos? Temporalmente el pueblo aguanta y sufre aquellos a quienes odia; pero acabada la paciencia, truécase en revuelta y furor. ¿Piensas que no terminará por sacudirse (¡engañen los dioses este agüero!) a Lucio Sila, tan odiado y tanto tiempo soportado, esta ciudad que, avezada a la mansedumbre y domesti-

cidad de la monarquía, echó, por fin, al más ilustre de los reyes, hijo de rey y con tanta prole, cuando en Roma este régimen era legítimo y tradicional? ¿Esa Roma, digo, que no soportó la violenta soberanía de los cónsules y de toda la nobleza? ¿Que tantas veces tomó las armas contra el poder público y tantas veces se separó de él? Y ni aun toleró impunemente a los proveedores de las subsistencias porque a los tres años, sin previas elecciones, se crearon a sí mismos decenviros. ¿Cuántas veces toda la fuerza de protesta de ese pueblo estuvo en el Janículo, cuántas en el Aventino, por una sola libertad? Ese pueblo altivo piensa que en sumo grado perjudica su libertad la demasiada duración de los altos mandos o la idea de que la República está destituída y privada de sus defensores, es decir, los tribunos. Y estas dos cosas, lo diré con toda libertad aquí, donde nadie nos oye, se dan en este tiempo. Por ello, es de temer, Lucio Sila, que no se desencadene una revolución repentina, que no solamente no perdonará tu cabeza, sino que, como una tempestad, arrancará en su fiera acometida de raíz y cimiento tu linaje, tu familia, tu casa, tu nombre mismo. Yo creo que nadie ignora cuán flaco sostén tiene la majestad sin la fuerza. Y esto lo demuestra quizá con demasiada frecuencia este pueblo excitado, que en la paz viste toga y en la guerra viste hierro. No quiero exhumar tantas veces ejemplos viejísimos; me contentaré con los de recuerdo nuestro. Tu colega Q. Pompeyo fué asesinado por el ejército de Cneo Pompeyo Estrabón, al cual, contra la voluntad del ejército, quería quitar el mando; por motivo semejante lo fué el cónsul L. Valerio Flaco por las tropas de C. Fimbria; C. Fabio, pretor en Africa, fué quemado vivo en el mismo pretorio por mandar a quienes no le querían. Y, por ventura, ¿tu ejército abstuvo sus manos de los legados que, porque entregases las legiones a Mario, enviaran el Senado y el pueblo romano? ¿Defendió acaso la majestad del mando y del consulado de la violencia de su ejército a L. Cina, generalísimo y cónsul poderoso? Obedeciste tú a los cónsules Carbón y Mario, y aun cuando ambos a dos fuesen dictadores, ¿tú los obedecieras? ¿Qué diferencia había entre aquellos cónsules, y no diré ya entre los dictadores, sino de los mismos reyes?

No tiene ojos la ira ni los tiene el furor para mirar haces ni dictadores ni magistrados; ni todo el pueblo tendrá mira alguna por tu dictadura unipersonal, puesto que tú no tuviste miramiento alguno para él. De cada día enciende más y más los ánimos de los ciudadanos y despierta contra ti una fiera irritación esta odiosísima magistratura; y esos haces duplicados por cuya orden cayeron tantos ciudadanos, memorial constante de aquella ferocísima conscripción, no tanto son las insignias de tu magistratura como fomento y cebo de ese fuego sombrío que cunde poco a poco y que sólo puede apagarse con la abdicación de la dictadura, como con una infusión de agua fría. Ello será tan grato a los espíritus, que ese reciente beneficio, esa piedad para con la patria, ese nuevo e insólito rasgo de popularidad, borrara el ominoso recuerdo de aquella monstruosidad, si no por completo, al menos en una gran parte. Grabadas quedarán esa modestia tuya, esa moderación de tu espíritu, para siempre jamás y para tu gloria en el recuerdo de todos, y tan lejos estará el pueblo de pedirte cuenta de

los ultrajes hechos, que nunca podrás estar más seguro, convencido de que nunca te podrá pagar un favor tan heroico.

En esto, Sila, créeme, en esto consiste el último acto de la tragedia que suscitará una increíble ovación y te acarreará una gloria suprema e imperecedera. ¿Cuál piensas que va a ser esta ovación estentórea cuando ese hazañoso rasgo tuyo se leerá en los monumentos que se te levanten y en los relatos de ese pueblo, y la fama pregonera publicará por todo el mundo que hubo un hombre a quien el pueblo romano encomendó la dictadura por ciento veinte años y la resignó a los dos años espontáneamente? ¿Con qué vítores y con qué encomios será esta proeza celebrada? ¿Con qué avidez de oídos y con qué espíritu será recibida esa magnánima generosidad cuando, tanto por darte a ti la prez debida como por estimular a los otros con ese ejemplo, los viejos dirán a los mozos que hubo en ti una tan exquisita ciudadanía, tanta y tan humana benignidad, tanta templanza, tanto patriotismo y amor a la libertad, que, habiendo sido tantos años el primer magistrado de Roma, por propia y espontánea decisión te aveniste a ser igual al más insignificante de los ciudadanos?

Aun cuando no es de recelar que te menosprecien los otros, recelamos que no te acarree más ventajas que el ser temido de los ciudadanos, pues tus riquezas, aun como de persona privada, por su magnitud estarán al abrigo del desprecio, aun cuando no puedan ser envidiadas. Y si por acaso fueres despreciado, entonces, por fin, esa inmortalidad en la cual piensas tanto tiempo ha, fuera más amplia, más sincera, más duradera y robusta, puesto que la fama dirá que tú, con igualdad de ánimo, soportaste el desdén, pudiendo hasta el fin de tus días ser adorado por tus ciudadanos. Añade a esto un reducto y una seguridad mayor y más cierta, pues la envidia no puede nada contra aquel que es despreciado y la abyección le libra de toda huella y resabio de odiosidad, hasta tal punto que Dionisio, aquel potentísimo tirano de Siracusa, víctima de los odios de sus ciudadanos, expulsado del reino, apagó la brava y ardiente enemistad que le granjeó su tiranía con su humillación y con sus desdenes, y así aconteció que fué llamado de nuevo a su tiranía, yéndole a buscar en la escuela de niños que abriera en Corinto para sustentarse.

Pero yo no quiero que se te menosprecie, aun cuando lo temamos, aun cuando lo esperemos, aun cuando lo deseemos. Con todo, quiero que te comportes igual a cualquiera de los senadores, pues así te venerarán por la función augusta que desempeñaste, y porque la resignaste te estimarán. Naturalmente, somos propensos a amar a aquellos que no quieren ser superiores a nosotros, aunque puedan. Si tú, con tus actos, no pones en ello la última mano, recelo en gran manera que dentro de poco no experimentes que todo lo que te esforzaste en construir en tanto tiempo y con tanto trabajo se desmorone y hunda. ¿Qué provecho acarrearán, ¡por los dioses inmortales!, tantas hazañas cuantas no más que uno que otro realizó en esta ciudad, si todas las oscureciere el odio que se te tiene? ¿Y si tu pueblo, por la concentrada ojeriza y por causa de aquella proscripción y de esa inacabable dictadura, no quisiera oírlas ni contarlas a la posteridad?

Y si te empeñares en mantenerte en la dictadura, con tan pésimo

ejemplo, harás más daño a nuestro Imperio y a nuestra libertad tú solo que cien Marios a la vez y otros tantos Cinas y Carbones. Nunca jamás ya esta ciudad se verá libre de las rivalidades sañudas de los que pidan el reino perpetuo de la dictadura perpetua que habrá sido fundado por ti. En adelante ya no habrá guerra ni dictador que en la violencia se exceda sin que el pueblo al punto no acose con blasfemias y maldiciones a tus manes, a toda tu familia y a ti, que fuiste el autor de una institución tan malvada y tan impía.

Pero ahora conmemoro acontecimientos futuros, alejados. Vengamos a la actualidad agobiante, la que nos está encima, la que todos ven, aun aquellos a quienes las certeras y firmes conjeturas nacidas de la práctica y la experiencia no les dieron ninguna perspectiva. Si debido a la paciencia de este pueblo te fuere permitido llegar al fin de la vida investido con la dictadura, dejo de decirte con cuánta miseria espiritual llevarás lo que te quede de desastrada ancianidad, sin reposo alguno abrumado de males y cuidados. Dejo de decir que absorbido a la continua por negocios públicos, no podrás dedicarte a ninguno privado ni poner arreglo en la hacienda particular ni preocuparte de tus hijos. Callo lo que ya tiene actualidad. ¿Cuán grande piensas que será el estallido de los odios populares una vez que estuvieres muerto? Cuanto más enérgica fué la represión que les cohibió y les puso freno, con tanta mayor soltura y licencia se desatarán e irrumpirán con mayor vehemencia; se encarnizarán en tu cadáver, que temo no le dejen sepultar o que, una vez sepultado, le desentierren y no te apliquen la ley del Talión y hagan en ti aquello mismo que tú hiciste contra Mario; pondrán mancilla en tu gloria, tinieblas y silencio en tu nombre; derribarán tus estatuas, atacarán tus bienes, tus hijos y tu familia, no sin estrago grandioso, pues hay peligro que no sea abolido tu nombre y los que son de tu linaje no tengan que salir al destierro, como se hizo con todos los tarquinios por odio al rey. Yo sé que nadie va a dudar, si continúas de dictador, que en lo sucesivo, nadie que lleve el nombre de Sila, llegará a ningún honor ni a ninguna magistratura de esa República. Mas si depusieres la dictadura, ese nombre tuyo sonará a los oídos de la posteridad tan popular y agradable como el de los Emilios, Escipiones, Valerios, Fabios, Catones, por la moderación que tuvieron esos romanos viejos, por su amor a la libertad y a sus ciudadanos.

¿Quieres tú, Sila, por unos breves meses de dictadura, echar un borrón tan grande en tu sangre y en tu nombre; dejar a tus hijos, a tus nietos, a toda tu descendencia, como desterrados y peregrinos en esta ciudad donde desempeñaste la más honrosa de las magistraturas? Imagínate que tus hijos y tus nietos te suplican que por gozar un poco de tiempo más de tu magistratura no les cierres el paso a los honores y al alto asiento adonde tú llegaste. que no les hagas de inferior condición a los nacidos de la plebe ínfima, pues ellos pueden recomendarse por alguna virtud suya personal. mientras que los tuyos, con ningún esfuerzo, no podrán sacudirse la agobiante odiosidad de tu dictadura, que, clavada y grabada al fuego en el indeleble recuerdo de los hombres, tantas veces se renovará cuantas oyeren el nombre de Sila. Apresúrate a abdicar de la magistratura ominosa, no sea que te sorprenda en

tu irresolución la muerte, que a todos nosotros, los viejos, no menos afectados de achaques que de la edad, nos amaga en todo momento. Vuelto a la vida privada, dejas estatuas, nobleza, riquezas, amigos, franco acceso a los honores; mas, dictador, no dejas sino odio eterno, que no podrán borrar los claros hechos, ni aun cuando pudieren lo conseguirían, porque no serán admitidos a ninguna gestión pública.

Por todas estas consideraciones, yo soy de parecer que a la primera coyuntura, consultada con los amigos tu determinación, organizada lo mejor que se pueda la República, des al pueblo romano esta alegría nueva e inesperada. Personándote tú en la asamblea y resignando allí la dictadura, no sin gran admiración, aplauso y alabanza de toda la ciudad; yo te garantizo que la recordación de ese gran día traerá el olvido de todas tus ultrajantes violencias, dejará no más que la memoria de tus beneficios, la gratitud de todas las clases sociales y aun de todos los ciudadanos, uno por uno, y de la República en masa, que se habrá recobrado a sí misma, y tú, hijo de la Fortuna, anciano felicísimo, vivirás felicísimamente los días que te resten y dejarás a tus hijos opulentísima la gloria de tu nombre y el grandioso beneficio de aquella jornada y de muchas otras, como una prenda de la República obligada por ellos. Esto es lo que yo pienso. Por lo que a ti toca, yo quisiera que los dioses aprobaran tu determinación, que, sin duda, será la más cuerda.

DECLAMACION TERCERA

PUESTA EN BOCA DE SILA
EN EL ACTO DE RESIGNAR LA DICTADURA

ARGUMENTO

Convencido Lucio Sila por los razonamientos de M. Fonteyo, ante el pueblo romano, convocado en asamblea, da cuenta y razón de todos sus actos, no ya solamente de los de su gestión dictatorial, sino también de su conducta política anterior; disculpa la proscripción que dice que le fué impuesta por la áspera necesidad, y echa la culpa de la guerra civil exclusivamente sobre la insaciable ambición y crueldad de los enemigos; y finalmente, para dar la impresión de que en todo obró con arreglo a la ley, declara su propósito de vivir en lo sucesivo como un simple particular, y que si alguno quiere entablar con él querella, pueda hacerlo con absoluto pie de igualdad, y a continuación dimite la dictadura, en medio de un asombro general.

DECLAMACION

Cuán razonablemente se hubiera portado la Naturaleza con el género humano, quirites, si a todos nosotros nos hiciera tan memoriosos del beneficio como de la injuria, si quedara tan asida y fija en nuestro espíritu y nuestra mente el recuerdo de la salud recibida como es tenaz y duradero el odio que sentimos con el que nos infligió la ofensa o de quien sospechamos que nos la infli-

gió. Vemos todos los días que lo más corriente es no haber cosa más grata en caso de enfermedad que el médico cirujano a quien damos potestad absoluta sobre todos los órganos del cuerpo cuando nos sentimos mal, por ver de recobrar la salud perdida: aplica el hierro, el fuego a todo su sabor y con la más mansa de las resignaciones por parte nuestra; pero, una vez salidos del trance peligroso, para él es nuestra mayor ojeriza, porque no nos acordamos del bienestar presente, sino de la ausencia de nuestra mano o de nuestro pie, cuya carencia nos escuece. Del mismo modo los dioses inmortales, que miras tan bondadosas y cariñosas tuvieron para con muchos otros que fueron bienhechores y filántropos, tuviéronlas especialmente conmigo, si ya no es que se hace un excesivo caudal de algún daño, inevitable a veces, en el mismo beneficio, y si es que deba ser llamado daño y no expresión y reconocimiento de mérito y de beneficio. En aciaga coyuntura, cuando esa República nuestra andaba aquejada de tamañas calamidades y pestes, cuando faltaba muy poquísimo para que cayesen desesperadas estas paredes en ruinas y los muros de la ciudad y los templos de los dioses que se mantienen y perduran enhiestos todavía por el favor del Cielo y por el esfuerzo de mi brazo (permítaseme, quirites, este sano orgullo), ninguno había de vosotros ni de aquellos que entonces vivieron, ni aun todo el Senado en masa, ni el orden ecuestre, ni la plebe toda, que no hubieran colaborado conmigo en su liberación, empeñando, no digo ya la vida de los malos ciudadanos, que ya no existen, sino aun la de algunos buenos, y fueran sinnúmero los ciudadanos ejemplares que con gozosa resolución, como los Decios famosos, hicieran en aras de la patria el sacrificio de su existencia.

Ahora, empero, tiénese por nonada el restablecimiento de la República y su reposición en el primitivo asiento de su poderío y de su dignidad. Y, en cambio, muy viva es la soledad y muy amargo el duelo de los que cayeron. Tan cierto resulta, que es efímero lo que agrada y es inmortal lo que desplace; aun cuando yo pienso que ello es así en los hombres ignorantes y estúpidos, puesto que privilegio es del varón bueno y prudente no dejarse influir por la pasión inmediata y no ceder al momento a las sugestiones de la ira, del odio, del placer, que son malos consejeros, sino que, llamando a consulta a la razón y la prudencia, de la comparación del estado anterior a la situación presente, dar a cada cosa su valor aquilatado por el examen y no afectar olvido de todo beneficio por algún rencor personal, como es costumbre propia de los hombres desagradecidos. Así espero y confío que lo haréis vosotros, de quienes muchas veces oí decir que condenabais y detestabais aquellas célebres ingratitudes del pueblo de Atenas, más ligero que un vilano, que unas veces por ciertas sospechas de culpa o por yerros harto veniales, condenaron al ostracismo o a la muerte a Teseo, Solón, Milcíades, Arístides, Temístocles, Foción, Cimón, Conón, los personajes más calificados de aquella ciudad y los más fuertes adalides, borrada de sus mentes la memoria de tantos merecimientos contraídos para con la República. Pero en vosotros parecerá bien una muy diferente conducta, dado caso que con vuestro consejo, vuestro temple y vuestras armas sujetasteis a vuestro señorío, toda la redondez del orbe, y no incurriréis en la equivocación de opinar ser un

delito execrable comprometer por la salvación de toda la República y de todo el Imperio la cabeza de unos pocos, y no de los buenos ciudadanos, sino de los malos y los forajidos, de los que conspiraron y se conjuraron para la destrucción y el asolamiento de esa ciudad, resueltos a no perdonar la vida de nadie, con el propósito de que en toda Italia no quedasen sino aquellos con vocación y con voluntad de ladrones y con las manos libres para el latrocinio.

Y no solamente fué útil la perdición de las vidas de esos ciudadanos indignos para atajar el hundimiento de la República, que, subsistiendo ellos, no hubiera podido subsistir por mucho tiempo, sino que se impuso el sacrificio más penoso de las de ciudadanos honestos y buenos, patriotas fervorosos e íntegros, y ya no de uno que otro, sino de muchos, puesto que ese Imperio nuestro debe ser eterno y nuestras vidas han de revertir a la Naturaleza en plazos fijados inexorablemente. Harto vemos que así lo entendieron con aquella su divina previsión y que así lo enseñaron nuestros mayores, que no sólo individualmente por no sé qué asomos de sospecha, en pública audiencia, dictaron sentencias de muerte contra Sempronio Melio, Sempronio Casio y M. Manlio, ex cónsules, sino que justicieramente las dictaron colectivas contra cuerpos de ejército, que eran la garantía de la salud de esta ciudad, si por ventura habían delinquido contra la santa y severa disciplina militar. De ahí aquel fiero diezmar las legiones con que muchos preferían que se castigase a una masa enorme de soldados antes que atentar contra el estilo y la disciplina militar, gracias a la cual se había mantenido esta República y había de mantenerse para siempre jamás en la segunda guerra púnica, cuando, después de Trebbia, de Trasimeno y Cannas, cuando se esperaba que Aníbal haría su entrada en la ciudad, en falla los aliados, agotado el tesoro, atrozmente menoscabado el ejército por las radicales ejecuciones, la ciudad casi vacía de los que la moraban; y con todo eso, aquel Senado, inflexible en tan trágica penuria de hombres, que se tuvo que armar a los esclavos, juzgó que no debían ser rescatados con dinero público aquellos ocho millares de soldados que se habían dado a Aníbal después del desastre de Cannas, y más tarde envió a Sicilia, al destierro, a los que habían sido rescatados con dinero particular, hasta que no quedase enemigo alguno en toda Italia. Como se ve, aquellos mayores nuestros no se ciñeron a los tiempos presentes, sino que tenían puestos sus ojos en la eternidad de su memoria y de este Imperio, cuya existencia garantizaba su conservación, y la de su posteridad, que tiene aquí su sede, sus penates, sus casas, sus templos fundados y estables.

En nuestros días, quirites, cuando, por el estado de pasión creado, por las Leyes Agrarias, Tiberio y los C. Gracos con M. Fulvio Flaco, alteraban más o menos la quietud de esta ciudad, Tiberio fué muerto en el Capitolio por Escipión Nasica, Pontífice máximo, con la decidida cooperación del Senado, y C. y Fulvio, con muchos de su facción, fueron asesinados por el cónsul y por el Senado en armas. Y en esta ciudad no hubo lugar para la sepultura de Fulvio Flaco, varón consular, ni para los hijos de Sempronio Graco, nietos del *Africano*; sus cadáveres fueron arrojados al Tíber, y sentencióse haber sido muertos según derecho hombres intachables y nobles,

que, profundamente preocupados por el bien público, no habían cometido más transgresión que la de intentar protestas que creíanse no podían tener efectividad sino con alborotos y perturbaciones. Y yo, ¡oh dioses inmortales!, ¿qué ralea de hombres fué la que suprimí? ¿A quiénes hice guerra por la patria? Ajados están ya los méritos, la alabanza, la brillantez de estas campañas, y del total hundimiento no sobrenada más que la impopularidad rabiosa. ¿He ido yo al encuentro de unos hombres que, trabajando y sacrificándose por el bien del pueblo, sin armas ni guerra, excitaban las diversas capas sociales que se mantenían en quietud, como hacían los Gracos? ¿He combatido yo a quienes querían que una parte de la ciudad fuese más honrada y potente y la otra no tuviese tanta riqueza y tantos bríos como los Gracos, muertos según derecho? ¡Oh tiempos distintos, oh costumbres trocadas! ¿A quién, de hoy en adelante, se le podrá persuadir que sirva a la cosa pública, si en esto parare mientes? ¿No fué un servicio a la República la supresión de los Marios, de los Carbones, de los Norbanos, de los Cinas, de los Damasipos, de los Fimbrias? Yo os ruego, quirites, que continuéis oyéndome con la misma bondad con que hasta ahora me oísteis todo el tiempo que consumiere hablando de la gestión mía, y ello no sin muy grande y muy justo dolor, y deplorando a la vez no menos mi suerte que la suerte común de todos los mortales, y que lo hagáis según es vuestra probidad y vuestra dignación y por la eternidad y la gloria de ese Imperio.

Mario fué aquel anciano, tan necesario al principio a esa República, como al fin le fué nefasto y pestilencial. Muchos eran sus méritos contraídos para con la República, que, de no oscurecerlos y anularlos con los crímenes de sus días postreros, con ningún otro ciudadano esa ciudad estuviera más obligada ni ningún otro en ella, con mejores timbres, fuera ni más ilustre ni más influyente. ¿Veis cómo, hablando de un enemigo, no callo mi honrado e íntimo sentir? ¿Y cómo no amenguo en un ápice su gloria y cómo no enaltezco sus grandes hechos, envenenándolos con maliciosas interpretaciones? Pues tal me mostraré en todo el discurso de esta oración mía: de ninguno apocaré la virtud, de ninguno amplificaré los vicios. Ese solo intento sería ridículo, sobre ser estúpido, porque estando presentes en esta asamblea quienes podrían refutarme y desmentirme, ya que no con gritos y mentises clamorosos, al menos, cosa que no fuera menos vergonzosa para mí y harto más peligrosa, en el secreto de vuestras calladas conciencias.

Digo, pues, que Mario, en sus cuatro consulados, fué el magistrado ideal de esa República; el quinto consulado, no tanto lo recibió, cuanto lo extorsionó. Con todo, en ese varón ejemplar, por sus recientes merecimientos y por sus hechos preclaros anteriores, ninguna cosa parecía digna de tacha. ¡Pluguiera al cielo que ese hombre nuevo, de Arpinas, pobre, se contentara con tantos y tan subidos honores como en este pueblo los tuvieron poquísimos, con ser de ilustrísimas cunas y con haberse esclarecido con hazañas singulares. Al sexto consulado, con ambición increíble, esparciendo por las tribus dineros infinitos, hablando en puridad, lo compró para que todo le fuese lícito en el desempeño de aquella magistratura venal. Y en esa su gestión, no teniendo ya espaldas asaz anchas para fortuna tan

desaforada, tomó nuevos humos y se recreció con nuevos bríos. Empezó a pensar en poderíos fantásticos e intolerables y a soñar en una suerte de tiranía personal. Ciego era quien no entendía que todos sus actos se encaminaban a ese fin. Esta fué la causa por que con tan hambrienta voracidad, con una ambición tan fea, un hombre viejo, que desempeñó tantas funciones, que fué mimado por tantos honores, comprase un consulado que solía ofrecerse, siendo así que él antes había sido comprado por el consulado.

Recordad, por favor, aquellos días misérrimos y dificilísimos, los movimientos sediciosos de Apuleyo, Saturnino y de Glaucia. En ese tiempo la ciudad fué juzgada más infeliz que en cualquier otro tiempo; que al tiempo que los galos la tuvieron cautiva, cuando Saturnino, por incitación de Mario, tras el asesinato de A. Numio, su competidor, creado violentamente tribuno del pueblo, amenazaba a todo el Senado con destierro, con cárcel y con muerte, y el más raez y vil de todos los mortales, C. Glaucia, sentado en su tribunal, conminaba al pueblo con fieros males, con penurias y con sangre, si no juraba leyes perniciosísimas, luego de haber enviado al destierro, a Metelo Numídico, cuya laudable memoria no tuvo jamás par en el Senado, y a quien Mario, por cuanto él le había sacado de la escoria y de la hez y promovido de las tinieblas a la luz, al esplendor y a los honores más encumbrados, para agradecérselo, le privó del agua y del fuego. Muerto cayó, contemplándolo medio foro y entre el estupor del pueblo todo, C. Memmio, candidato al consulado, porque pensábase que con su libertad y con su arrojo saldría a hacer frente a aquellas proposiciones o proyectos de ley. En esa ocasión el pueblo romano, que había visto tantas tristezas y acerbidades, con todo no vió cosa más indignante e intolerable que aquélla. Siguióse la guerra social. A su liquidación, fuimos declarados cónsules yo y Quinto Pompeyo; tratamos entre nosotros de dividirnos las provincias, según costumbre de nuestros mayores; yo le cedo el gobierno de la ciudad y de Italia; él me cede a mí la dirección de la guerra que vosotros y el Senado decretasteis llevar contra Mitrídates. Aquélla es la provincia que me toca a mí por mandato vuestro y por autoridad del Senado. Y ese Mario, no harto todavía con aquellos honores sin fin ni contentándose con tantas guerras como había conducido, alcanzado ya de días y en una edad no apta para la guerra y las funciones políticas, apenas indicada para la paz y la quietud, pide que a sí, persona privada contra todo derecho y toda equidad, pide que a sí se le discierna mi provincia.

¿Con qué compasión, decidme, se vió a aquel hombre septuagenario ejercitándose en el campo con los mozos? ¿Y con cuánto dolor y cuánta pena lo vió el Senado que entendía adónde iba con aquello? ¿Y con cuánta risa la multitud, ignorante de los ocultos designios que abrigaba, vió luchar y correr a un viejo decrépito, que apenas podía caminar y tenerse en pie? ¿Cuál podía ser el maldito objeto de aquella su tan extemporánea y codiciosa pugnacidad? ¿Acaso el oscuro propósito de ahitarse a sí y a sus soldados con el opíparo botín asiático? ¿Por ventura, el de echarme a mí de mi provincia? ¿Quizá el de salir de aquella guerra con aquella fuerza y aquel poderío arrollador que hacía tiempo que maquinaba? Con la repugnancia de todo el pueblo

fortalecido por el Senado, reclamando en contra las leyes, las costumbres, la República toda, fué hallado un tribuno de la plebe, Sulpicio, reducido a la indigencia por su vida rota, y rapaz en el poder vendido a Mario, en absoluto, y con grandes esperanzas de aquella presa venidera. De este hombre yo no quiero decir una palabra más. Todos vosotros, quirites, le conocíais; era un hombre armado de perjurios y de falacias, empringado de maldad y de deleites pegadizos, ardiendo en avaricia por sus infinitas prodigalidades, ahogado en dinero ajeno, temerario, sedicioso, más apto para el trono y la tiranía que para esa República, tal como está organizada, irreverente con los dioses, irrespetuoso con los hombres, que tuvo la avilantez aquí mismo, en el centro del foro, colocadas unas mesas, de sacar a subasta la República, a vista de todo el mundo, con inquilinos, con hijos de libertos, con esclavos; y córrome de decirlo, viéndolo vosotros y permaneciendo quedos esos varoniles brazos vuestros; luego de haberse rodeado para su custodia personal de tres mil ladrones, oprimida y tomada por ellos la ciudad. A esa taifa de forajidos él los llamaba el Anti-Senado; y como hubiese una ley que ninguno del orden senatorial contrajera deudas por un número determinado de millares, ése, al fin de sus días, dejó, a título de deuda, muchos millones, cosa que parece increíble. Con esa cantidad fabulosa intentó comprar la República.

Con su furor este tribuno reunió una pandilla de hombres venales, quienes, encendidos por aquel fuego de su elocuencia, mientras que vosotros erais echados de los comicios y el foro, a nosotros, los cónsules, nos hacían violencia. Cae asesinado el hijo de Q. Pompeyo, yerno mío; se coacciona al Senado; violase la pureza del sufragio; aquellas elecciones sienten la violencia y las armas; deferí, quirites, a las circunstancias, por no provocar una guerra civil, por la que siempre sintió horror mi temperamento, y a la cual no me decidí sino con harto desplacer y por el acoso de la más apremiante de las necesidades, y consentí que la ley se promulgase; permití que se enviasen emisarios de Mario, que era un simple particular, al ejército acaudillado por mí, que entonces era cónsul; no toleraron aquellos aguerridos soldados en campaña ese vejamen, que nosotros aquí, en la paz, no teníamos más remedio que aguantar; no tuvieron miramiento alguno por los enviados de un simple ciudadano y de un tribuno vendido y esclavizado. A mí, su jefe y su generalísimo, el ejército y las mismas legiones romanas y las romanas águilas y la disciplina y el juramento militar me habían impuesto el recio deber de tutelar la dignidad de la función de cónsul y de devolver su autoridad al Senado y la salud y la libertad a todos los buenos ciudadanos y salvar esta ciudad y patria común, y no dejar que quedase despedazada en manos de una sacrílega minoría de malvados y que la pisoteasen pies irreverentes y que la destrozasen armas osadas, y que para ese menester tan delicado como múltiple echase mano del ejército bueno y fiel. Armado así, acerquéme a esa ciudad para liberarla, y mi llegada célebre fué incruenta, feliz y saludable, puesto que, derrotados y huídos los adversarios con el favor del Cielo, tras una ligera escaramuza, recuperé y conservé la República, la libertad, el mando, la dignidad, la patria, la vida y la salva-

ción de todos vosotros, ¡oh quirites! Fueron creados cónsules Cneo Octavio y C. Cina, con el mandamiento expreso de prometer y jurar al Senado que, en ausencia mía, no maquinarían novedad alguna ni promoverían movimiento alguno contra la patria y la libertad, contra la quietud y el sosiego de esta ciudad y de Italia. Concluído este compromiso, cuya ejecución se encomendó y confió a los cónsules y al Senado primeramente, garantizándolo con su fidelidad y con la vuestra, marché a vengar las injurias que Mitrídates nos infiriera y raer la deshonra caída sobre nuestro Imperio. De esta guerra ninguno de vosotros todavía siente pesar. Y yo abrigo la tímida creencia que con mi gestión no me aparté un punto de la gloria de ese Imperio.

Si Cina se mantuviera en su fe jurada, si Cina no preciara más su poder personal que su patria, indudablemente diera yo feliz remate y cima a toda aquella guerra, tomara a Atenas sin pérdida de soldado alguno, vierais al mismo Mitrídates vencido y maniatado delante de mi carroza y hubiera puesto en vuestro poder a aquel que por algún tiempo lo tuvo encima de tantos ciudadanos vuestros. La culpa de que yo no haya llevado esta empresa a término total débese cargar sobre la honradez y el patriotismo de Cina y de los Marios. Cina alza en guerra a toda Italia, llama del Africa a los Marios, introduce en esta ciudad y patria común las enseñas hostiles, mata en pleno foro al cónsul del pueblo romano, colega suyo; sustitúyele en la vacante por Cornelio Merula, sacerdote de Júpiter, varón de suma integridad, y redúcele a la muerte voluntaria que él mismo poco tiempo después, mal de su grado, había también de compartir. Irrumpe en esta ciudad con ímpetu riguroso y todo es truculencia, aflicción, destrucción, incendio. Al año siguiente, sin sufragio alguno del pueblo, sin ninguna autorización del Senado, con evidente atropello de leyes, costumbres e instituciones de la patria, Mario y Cina se crean cónsules a sí mismos.

De ello hablaré en otro lugar; de momento, mi discurso corre apresuradamente a otras cosas que no tendrían explicación si no fuera a ellas paso a paso. Cuando, después de los días del viejo Mario, en el único lugar suyo levantábanse tantos Carbones, Norbanos, Sertorios y aquel Mario joven, cachorro cruelísimo del lobo cruel, y en sustitución de un puñal sólo se requerían tantos puñales contra la República y no tenía fin el asesinato de los mejores y la trituración y la extirpación de toda la libertad y de la dignidad de esta República, corrían todos los buenos a buscar refugio en mí, que en aquella sazón tenía el ejército que podía afirmar y reponer a la patria en la claridad y en el esplendor primitivos, y con voz clara y alta llamábame la patria misma, implorando mi socorro con llantos y gemidos grandes. No pude yo ser insensible a tales y a tan apremiantes llamamientos. Mi conciencia me acusara de impiedad imperdonable para con mi patria, pues habiendo yo recibido de ella la vida, los honores, el ejército y el mando, no la auxiliara yo en aquel supremo agobio suyo, en aquella su crisis extremada, si no le correspondía con mi agradecimiento y no le devolvía sus huestes y sus soldados.

¿No fuera, por ventura, el colmo de la demencia y de la insensatez, por no decir de la más inhumana monstruosidad y del pecho más de hierro, luchar con gentes apartadas

en los lindes más remotos por el honor, la gloria y el imperio de una patria, y dejar que esta misma patria, en su propio asiento y en su propio suelo, gimiese en grave servidumbre, y fuese cruelmente despedazada y atrozmente subvertida, y que apurase los mayores sufrimientos para que fuesen honrados y poderosos unos ciudadanos que luego, al punto, no habían de subsistir? Y así fué que, concertadas con Mitrídates unas condiciones no deshonrosas ciertamente por parte nuestra, pero de ninguna manera tales como las impusiera no apremiado por ninguna urgencia, a saber: que, contentándose con el reino heredado de su padre, desalojase aquellos territorios que había ocupado, y mediante la entrega de setenta naves debidamente aparejadas y una indemnización de dos mil talentos al pueblo romano, reembarcando el ejército a toda prisa, mostré a Italia y a esa ciudad un vago lustre de esperanza en la aflicción y en la derrota. Al primer anuncio de mi llegada se atajó la matanza civil. El miedo detuvo y dejó en alto por el momento el brazo de aquellos en quienes ninguna valía tuvieron el amor de los ciudadanos y el amor de la patria. Con sola mi llegada puse corazón y bríos en aquellos que, presa de un incurable derrotismo, habíanse ya despedido de toda esperanza ulterior de República y de libertad. Ayudábanme en este empeño mío Metelo, Pompeyo, Craso, Hortensio, Filipo, Catulo, los Lúculos, los Servilios; en una palabra: la flor y nata del civismo, amén de muy muchas ciudades de Italia. Recuperamos la patria, quirites, y el Imperio, y la libertad, y la dignidad; arrancamos de sus manos las vidas de los mejores, los penates, los templos de los dioses, los sacrificios, nuestras fortunas, nuestras personas, nuestros hijos, nuestras esposas, de todo lo cual ellos ya habían hecho partijas para la presa, para el placer, para la avaricia, para el pillaje, para todo linaje de sacrilegio, de crueldad y de maldad. Y a pesar de todo, nadie habla hoy de cosas de tamaña trascendencia. Y, en cambio, hablan todos de no sé cuántos aborrecibles enemigos que, a manera de víctimas expiatorias, fueron inmolados a los dioses inmortales por la salud de ese Imperio. La incolumidad de ellos era de todo punto incompatible con la incolumidad de esa República.

Pero alguno dirá: «Eran ciudadanos.» No, quirites; no eran ciudadanos. «Sí que lo eran, puesto que habían nacido aquí.» Como si importara mucho el lugar del nacimiento y no la opinión y la conducta de cada uno. Yo, quirites, creeré más pronto que son ciudadanos aquellos que, nacidos en lo postrero de la Escitia, piensan bien de esa nuestra patria común, que no aquel que, engendrado y crecido en las Carinas o en las Pilas Horacias, o en este mismo foro, o en el propio Capitolio, quiere y pone en ejecución su voluntad, con el más criminal de los propósitos y pierde la libertad, la gloria y el lugar donde nació. ¿Piensas tú que son ciudadanos aquellos que no piensan ser esta ciudad la suya? Si son ciudadanos ésos, ¿por qué es enemigo Aníbal, por qué Pirro es enemigo? ¿Es que con Aníbal y Pirro peleamos por nuestra existencia y no por el Imperio? Pero con esotros el choque no fué por el Imperio, del cual no se hacía la más liviana mención, sino que su ataque directo iba a la fortuna y a la vida de todos nosotros: el robo de los bienes, la huída, el destierro, la sangre, la ma-

tanza civil, el derrocamiento y el asolamiento de la ciudad toda eran el premio previsto y el objetivo de su victoria. Y a ese premio no le consiguieron ni alcanzaron ese objetivo por un amor singular que el Cielo os tuvo, quirites, y también por la fuerza de mi brazo. Pero son muchos los que quedaron desabridos porque sucumbieron los hermanos, los hijos, los parientes, los amigos de algunos. Pero ¿es que queréis vosotros que vuestros hijos y vuestros hermanos sean robados sin daño de nadie? ¿Y que sin daño de nadie echen violentamente las manos sobre la patria? ¿Por qué con mayor cordura no os enojáis con las leyes que prevén castigos para los ciudadanos de esa laya? ¿Y por qué no también con los tribunales que entienden en tales cuestiones? ¿Y con los jueces que condenan? ¿Y con los alguaciles que ponen las condenas en ejecución? Aun cuando no faltan quienes les tienen ojeriza. En estos tales, pesan más las pasiones personales que las leyes públicas; están enfadados con el derecho, con la equidad, con los jueces, y desearían que no los hubiera, mientras quedasen vivo el padre, o el hermano, o el pariente, o el amigo de aquel ciudadano malo y pudiesen defender y conservar lo suyo, no permitiendo que el criminal padezca lo que las leyes preceptúan. Insistirás aún: «Fueron buenos algunos cuya ausencia lloramos.» No seré yo quien lo niegue, y duéleme muy amargamente su pérdida. ¡Ojalá hubiera sido posible discriminarles de los malos! De provecho muy grande me fuera su conservación y un título de gloria muy legítimo. Pero andaban tan inextricablemente confundidos con los malos, que era fuerza que la caída de los malos arrastrase su propia caída y en salvo ellos, los malos no pudieran sucumbir. Amén de esto, para la extirpación de mal tan enconado, fué dolorosamente necesaria la supresión de unos pocos buenos. Comparad ahora, quirites, las lumbres de esa ciudad que apagaron bárbaramente los Marios, y Carbón, y Cina, y Norbano, y Damasipo, y Fimbria, que podrían buenamente quedar en esa República salvos y aun honrados; comparadlos, por favor, quirites, con los que yo, obligado por la más ruda de las asperezas, hube de sacrificar para que no todos pereciéramos de un golpe.

Y porque nadie crea que yo voy a disimular las pestes que dicen mis enemigos (harto sé que los varones prudentes están persuadidos que ello se hizo por amor a la República), primeramente hablaré de mí mismo, a fin de que luego de haber oído a las dos partes, y cuando todo estuviere expuesto suficientemente y quede claro y perspicuo, entonces podáis formar juicio firme de todos y cada uno de sus extremos, ilustrados convenientemente, para vuestra mejor información. Yo no os propondré más que realidades crudas y desnudas.

Aquella victoria inicial mía fué tan sin sangre, que fueron harto contados los que cayeron en la algazara y todos ellos con las armas en la mano. En la refriega segunda, sucumbieron algunos más; y no por culpa mía, quirites, sino por el pertinaz encono de los enemigos, que, con su ciega obstinación, iban a arrancar y descuajar de raíz y cimiento esta ciudad y preferían morir luchando contra la patria, que, salva y entera la patria, continuar ellos viviendo. Y nadie debe escandalizarse ni nadie debe dolerse que mientras ellos se esforzaban por

perder a todos los buenos, yo haya perdido a unos pocos, y pésimos todos ellos, para salvar un número de buenos infinito.

¿Es que queríais, por ventura, que mientras ellos habían irrumpido en el Senado y eran degollados cada día a manera de reses todos los ciudadanos, tras de haberme declarado a mí, contra todo derecho y contra todo bien, enemigo de mi patria, por la cual guerreaba y de la cual tanto bien había merecido, y cuando mis hijos y mi esposa Metela, hija del grande hombre homónimo, apenas tenían paso franco desde esta ciudad a mis reales; contra mí, que regresaba a Italia con victoria y con gloria y con gran número de buenos patriotas, armábanse tantas legiones, tantas fieras huestes, bárbaras en su mayor parte? ¿Queríais que en medio de tantos y tamaños males, empezando por mí y pasando luego a los otros que se habían confiado a mi lealtad y a mi honor, callados y resignados ofreciésemos nuestro cuello a Mario, a Carbón, a Escipión, a Norbano y entregásemos esta patria nuestra a aquellos gladiadores que, ocultando bien sus designios, no tenían más propósito que asolada esta urbe y borrado este Imperio repartirse esta ciudad entre sí, estableciendo cada cual la sede de su reino donde se le antojase: Mario, en Arpinas y en Italia; Escipión, en la Galia; Sertorio, en España; Carbón, en Sicilia; Bruto, en Africa; Norbano, en Rodas y en la Grecia inmortal? ¿Y qué más si yo no había rehusado convivir dentro de unas mismas murallas con hombres tan malvados y tan ambiciosos, mientras ello se hiciere con harta mengua de mi dignidad, pero sin pérdida alguna de la patria? Yo prometí y di fianza de que me pondría, a mí y a mi ejército, en poder del Senado, si se restituía su ciudad, de la cual habían sido con vergonzosa violencia expulsados ciudadanos que en tan peligrosos trances se habían acogido a mí como a un puerto, escapados de tan recia y azarosa tempestad; vinieron a mí como a una ara de salvación, huídos de tan bravos males. Pero Mario, Carbón, Norbano, contra todo derecho de gentes, vejaron y atropellaron como si fueran ladrones y traidores peligrosos los emisarios que yo les envié, que le traían amor, la paz, la reconciliación de los ciudadanos, siendo así que en esta ciudad los embajadores de los galos y los cartagineses, portadores de la declaración de guerra, fueron tenidos por cosa sagrada e intangible.

Predispuesto estaba a echar en olvido todo esto, y considerando la guerra virtualmente acabada, di suelta a Escipión, a quien había cogido prisionero, y le rogué que se dirigiera a Norbano, su colega, y le exhortase a combatir con negociaciones más que con armas; que pidiera cosas razonables y se convenciese de que entre nosotros cualquiera paz era preferible a cualquiera guerra. Todas estas proposiciones, quirites, fueron por ellos desoídas y rechazadas, mas los dioses inmortales favorecieron la causa justa y patriótica, y con visible ostentación de sus soberanas preferencias dieron a entender inequívocamente cuál era el partido que les complacía; los dioses inmortales, digo, a quienes no complace sino lo que es más razonable y más justo. A esta brillantísima victoria mía respondió una impopularidad vasta y encarnizada. Yo la siento y la respiro y duéleme, quirites, como yo no acertaría a expresarlo; pero también he de deciros que jamás

consintiera que mi conciencia me reprochase tamaña impiedad como hubiera sido no salir a atajar sus impíos y abominables propósitos, aun a sabiendas de que tendría que afrontar la envidiosa hostilidad de mis ingratos ciudadanos. Por esto, despedácenme si quieren con sus maldiciones, acósenme con su odio, azucen contra mí las jaurías de la odiosidad; a mí nunca me pesará de haber hecho lo que hice. Yo diré con toda cuanta voz podré, lo mismo que la redondez del orbe conoció por el oído y por la fama, y que lo oigan de mí ciegos y sordos como están mis ingratos ciudadanos. Yo os salvé a todos vosotros, destinados a la muerte; yo salvé esta ciudad, votada al incendio y a la ruina; yo conservé la patria; yo, el Imperio; yo, todo lo que queda hoy día. Vayan ahora mis enemigos, que son los enemigos de este Imperio; vayan enhorabuena ahora con su envidia y con sus lenguas venenosas a roer esta afirmación rotunda mía, afianzada con mis hechos. Ese grande beneficio mío está demasiado alto para que le pueda alcanzar envidia alguna humana y le pueda oscurecer o enflaquecer maledicencia alguna. Seguiré, pues, quirites, por el camino que me tracé.

Así, pues, como tuviera yo que pelear contra tantos capitanes y tantos ejércitos, me fué necesario hacer aquello, sin lo cual no se da ninguna batalla: tornadizo fué Marte; los resultados, inciertos y como hijos de la Fortuna; por ambos lados hubo espadas desnudas; héroes hubo en uno y otro campo; murieron aquellos que a ello fueron empujados por su suerte o por la fuerza del hado indeclinable; muchos de los míos, y del partido contrario, muchos. Después de mi entrada en la ciudad, la depuré no sólo de sus enemigos manifiestos, sino de los encapotados y ocultos. Pero la conscripción me crea una enorme odiosidad y una gran animosidad de mis ciudadanos. Miserable condición, quirites, y servidumbre muy amarga la de gobernar y conservar la República, cuando son todos los que ven lo que se hace y son pocos los que consideran y pocos los que entienden los motivos, la razón, el fin, el resultado que aguarda al propósito. ¡Cuán fácil es, quirites, tratar del gobierno de la República desde su casa, al amor de la lumbre, con los hijos, con la mujer, con los contertulios! ¡Qué apacible administración aquélla! ¡Qué bien, con el timón de la lengua, regimos la nave del Estado, aun en medio de los vientos más enojados y de las ondas más sañudas! Pero ¡cuán otra cosa es aquí, en público, poner las manos en el gobernalle! Aquellos tan diestros y tan maestros en el arte de marear, en la calma, a la sombra, si salieran de ahí al temporal y a los vientos, de cuánta cerrazón se verían rodeados! ¡Cómo todo les parecería nuevo e insólito! ¡Cómo se sentirían presos del descorazonamiento!

Yo quisiera, quirites, que los hombres considerasen y ponderasen hasta qué punto aquella proscripción fué necesaria. En primer lugar, porque ella no alcanzaba más que a pestes y a monstruos, de los cuales esta ciudad quedó expiada y purgada. Después, porque aun contra mi voluntad y con mi enérgica repugnancia, se me hubo de arrancar con la más violenta de las extorsiones, para asegurar y consolidar la lealtad de los soldados que era el único apoyo de la salud de este Imperio y de todos nosotros. ¿Quisierais que yo, negándoselo todo, les hubiera exasperado hasta el frenesí

y que llamasen a Italia a alguno de aquellos infames caudillos (palabras son éstas que manchan mi boca), proclamándole jefe; quien meditando contra todos vosotros pillaje, estrago y muerte os amenazase con su audacia y con impía mano blandiese contra vosotros sus armas y hubierais tenido que hacer la guerra no ya con los ciudadanos, sino con los galos, y aquellos otros que hubieran creído que esta ciudad era ya no asiento y morada de hombres, sino cueva de fieras? Los que me objetan por qué yo, con mi autoridad de caudillo, no ponía freno en mi ejército, son donosos capitanes que de la milicia tienen un concepto harto festivo.

Jamás oí, quirites, a quien mejor mandara que a aquellos que aquí, en el foro, lo discuten todo y os acucian sediciosamente contra vuestros capitanes, como si en nuestro tiempo hubiera habido quien haya mandado a sus soldados con mayor severidad y con rigidez más inflexible que yo. ¿Venciera yo en Grecia? ¿Volviera de aquella campaña ni siquiera uno de aquellos soldados que saqué de aquí si les tratara en filas con mayor blandura de la debida? ¿Qué fué lo que venció allí sino la severidad de la disciplina militar? Porque no se pudriesen en la indolencia y porque el ocio no entorpeciera y enmoheciese sus manos, les ejercité en aquellos afanes que les entrenaban a la campaña y la pelea, y luego de haber endurecido al soldado con aquella prolija paciencia, le saqué al campo dispuesto y pronto a cumplir las órdenes, y le enseñé primeramente a no temer la superioridad numérica del enemigo y luego a vencerle, a desbaratarle, a ponerle en fuga.

Mas en estos tiempos nuestros, aquella disciplina de nuestros mayores, recia y ceñuda, quirites, es más un deseo y un ideal que una esperanza asequible, aquí en esta ciudad y aun en toda Italia. Aquella inolvidable disciplina antigua estaba respaldada por la unanimidad de la ciudad toda. Mas ahora, con tantas discordias civiles, ¿qué soldado pensáis que iba a ser tan dócil que si por ti es tratado con excesiva dureza obedezca tus consignas y no que luego, al punto, vaya a buscarse otro jefe, quien, por corresponder al regalo del caudillo, le consienta robar y cometer impunemente cualquier desafuero? Cuando todavía las guerras civiles se conocían y el santo amor de la patria era más antiguo y entrañable que el santo amor de los hijos, en aquella dichosa edad, el jefe capitaneaba un soldado tal como él se lo hubiera fabricado. Si, por azar, este soldado abandonaba a su general y desertaba de sus banderas y de su patria, no hallaba ese desertor ciudadano en quien refugiarse ni en cuyas manos dejase de expiar el castigo de su maldad; no tenía más remedio que ir con gran peligro y hartas quiebras. Ahora, empero, cuando contra su propia patria los mismos esclavos son concitados por los ciudadanos, es servicio que merece recompensa de servir a su jefe. Y habiendo aquí muchos más capitanes que necesitan soldados, que soldados que necesitan capitán, ¿qué recompensa no estará dispuesto a dar alguno de estos caudillos a aquel ejército que se pase a él con armas y bagaje?

En este punto, quirites, acaso haya alguno que me oponga una callada objeción mental y me pregunte qué es lo que yo hice de los soldados de Escipión y de los otros que se acogieron a mí. ¿Qué es, pregunto yo, lo que les hubiera aconse-

jado aquel venerable fundador de la disciplina militar? ¿Que yo, a los que a mí venían, les hubiera dado esa respuesta: «Volved, soldados, a vuestros jefes; no desertéis de su lado ni abandonéis vuestras banderas ni vuestros reales; requerid las armas contra mí, contra vuestros conciudadanos, contra la patria; adelante en vuestra maldad y en la terca y fiel consigna de degollar a vuestros ciudadanos y asolar a vuestra patria?» ¿Era eso lo que se les había de decir y con esas palabras blandas reexpedirlos, maniatados, a sus jefes? Por ventura, ¿no veis que aquellos soldados, arrepentidos del nefando crimen, volvieron a mejor seso, y aquellas armas que habían recibido contra la patria las emplearon en servicio suyo? Y así fué, que tras de aquella locura momentánea con sus jefes y de aquel su furor efímero, ya, con más sano juicio y razón y con mayor cordura, con cuyo trueque los dioses mostráronse ya más benignos para con nuestra ciudad, vinieron a mí, que por la patria desenvainé el hierro, y convirtiéronse a la unidad de Italia y al más recio y saludable patriotismo. ¡Oh, si pluguiera al Cielo que hubiera podido yo así reagrupar los ejércitos todos en la concordia y en la paz sin la pérdida de ningún ciudadano! De realizarse ese anhelo mío, no tuviera yo el menor recelo, fuese la que fuese la nota de ignominia con que mis enemigos quisieran cauterizarme, por esa espléndida obra buena mía, de que me llamaran traidor, captador y corruptor de un ejército ajeno, puesto que con mi infamia sola hubiera salvado y conservado a tantos ciudadanos. Ya veis, pues, quirites, cómo era forzoso conceder algo a aquellos en quienes radicaba y se afianzada la salud de esa República.

Allégase a esto que todos aquellos que mandé matar eran viciosos e inhumanos, ladrones y parricidas, hombres enfangados en crímenes y maldades. Todos ellos, si no sucumbieran a mis armas, hubieran tenido que sucumbir en el tribunal y en el foro (si es que el derecho y las leyes pueden algo), condenados por su propia vida rota y por unánime veredicto público: los unos, por sus deudas cuantiosas de que no podían desembarazarse; los otros, por bandidajes con que se habían ahitado en aquella perturbación de la República; los otros, por sus estupros y por sus incestos; los otros, por sus latrocinios y matanzas y por la monstruosidad y el número de sus delitos, merecedores todos de pena capital. De buen grado, quirites; yo esperara que fuesen juzgados según ley, si aquella avenida de sangre y de cieno, en tiempos tan turbios y en tanta conmoción y apasionamiento, no tuviera tantos ensanches y ramificaciones como las cárceles no las podían encerrar ni el foro recogerlos, ni presentarse ante los tribunales, ni había jueces en número bastante para dictar las sentencias pertinentes. Y por eso fué que, para atajar ese mal tan extendido y que de día en día aumentaba en virulencia y se propagaba más y más, se impuso perentoriamente que unos hombres ya condenados por la opinión unánime de toda la ciudad, no se escapasen de alguna suerte de juicio, fuese el que fuese, y para que aquella peste y corrupción de la ciudadanía no fuese cundiendo por las venas y las entrañas por más tiempo y nos gangrenase a todos, ¡oh quirites! Y para que el miedo cortase a quienes no podía doblar el amor de la patria, por consejo de las más nobles y principales personalidades de esta ciudad, a los

doce haces de costumbre añadí otros doce. Bien así como para refrenar la licencia desmandada, a los viejos suplicios se añaden otros nuevos, de modo que las leyes se vayan mostrando más severas a medida que aumentan y cunden la insolencia y el libertinaje; de manera, quirites, que a aquellos primitivos y honrados funcionarios les bastaron no ya doce, sino dos haces, puesto que no tenían necesidad de ninguno, cuando todo se mantenía en honradez, en reserva, en su severa corrección, en su generosa índole, en su pura y moderada ciudadanía. Y ni siquiera en estos caóticos tiempos nuestros, esas medidas terroríficas se toman contra los buenos, que acatan las leyes no por miedo ni por ninguna suerte de coacción, sino por su instintiva moderación, por su cinismo, por su propio natural, por su conducta. Estos ciudadanos ejemplares se comportarían con la misma corrección, vivirían con la misma reserva, aun cuando tales leyes no estuvieren promulgadas. Las sanciones de terror van exclusivamente para los malos, a quienes, según son esos tiempos nuestros y la corrupción de las costumbres, no les intimidaran con eficacia suficiente ni cien haces

Mal de mi grado hablaré y revelaré el gran secreto del Imperio, que no conviene que sea por todos conocido. No dudo que en esta asamblea los hay, a quienes, por su propio interés, convenga que esa expansión mía confidencial no se divulgue. Pero a ello me obligan la injusta opinión creada en derredor de mis actos, y esa también injusta y enojosa odiosidad, corolario inevitable de todo suceso feliz y de toda preeminencia política. Decidme, quirites, con la mano puesta en el pecho: ¿Qué significa eso de añadir doce haces? Con esta medida, hácese el mando más duro, más pesado? Como si el dictador, con veinticuatro lictores, pudiera castigar a quienes con doce no podría, o como si todos los ciudadanos no hiciesen para el magistrado las veces de alguaciles y lictores, cuando para la represión y castigo del desmandamiento no bastasen aquellos doce o los seis primitivos que la costumbre de nuestros mayores señaló. El mes en que el cónsul no tiene haces, no más el alguacil le sigue. ¿Queda con ello disminuído su poder? O en el caso en que ciudadanos malos y facinerosos tengan que ser ejecutados, ¿van a faltarle lictores? ¿No ocurrirá al revés, que asumirán la tarea del lictor todos los ciudadanos, sin distinción, y todos aquellos cuyo auxilio solicitare? Por todo esto que digo, las insignias no aumentan un adarme el poder ni agravan la suerte de los buenos, ni aterrorizan a los cuerdos. El poder no prende más que en los malos; él solo cohibe la audacia y acorta las riendas a la osadía licenciosa. Y en cambio, esta medida prevista por la ley es sumamente eficaz para la defensa de la ciudad, pues aquel ilustrísimo personaje a quien vosotros colmasteis de distinciones, y que era muy digno de su ascendencia venerable, Lucio Valerio Flaco, siendo regente, dió una ley a tenor de la cual al dictador le era lícito, sin instrucción de causa, dar muerte al ciudadano que le pluguiera y que todo cuanto hiciese quedaba rato y firme.

¿Hemos de decir que esa ley fué promulgada contra aquellos que de antemano estaban ya condenados firmemente por sentencia unánime del pueblo, y que ninguna necesidad tenían de que se les instruyese una causa, de la cual todo el mundo había formado juicio, una causa que

nadie ignoraba, puesto que sus crímenes eran claros y manifiestos, aun para aquellos que sólo de nombre los conocían? Contra éstos fué dada la ley; pero para que la tergiversación no les valiese, con haces que tomó en esta ciudad aquella sentina de crímenes y maldades, con la más insolente de las procacidades, sin orden ni sin freno, envalentonada por su crónica impunidad, se puso esa expresión tan vaga: *al ciudadano que le pluguiera.* Hízose así, porque donde la ley no ponía traba alguna, nadie la pusiese. De otro modo, pareciera que ninguno estaba incluído y que por su excesiva y cautelosa moderación, la dura ley se quedaba en agua de borrajas.

Con todo, débese decir que esta ley no es nueva, sino que se remonta a la más alta antigüedad. Y así es que vemos recibido y admitido en esa República, por costumbre plurisecular, confirmado y aprobado por el uso, que el dictador viene a ser una especie de regente, creado en las más difíciles circunstancias de la República, de quien, sin provocación ni ofensa, cualquier mandato emanare tiene fuerza de ley ratificada. Con aquella medida, no se introdujo, no, una ley nueva, sino que se remozó una añeja consuetud o, mejor dicho aún, la tradición de nuestros mayores consagrada por la costumbre, y la constitución quedó comprendida y sancionada en una ley justa y escrita. ¿Adónde iba aquello de *sin provocación,* si lo que había determinado no había de ser sancionado? ¿Podría por otra manera existir provocación alguna? La autoridad del dictador, fuera la misma que la del cónsul, con sólo el cambio de nombre. Habiendo Cincinato, dictador, mandado a Servilio Hala, jefe de la caballería, que en nombre suyo trasladase a Sempronio Melio la orden de presentársele, como viese que Melio no hacía caso de la orden del dictador, le traspasó con una lanza que por azar tenía en sus manos y acabó con la vida de un ciudadano romano muy querido del pueblo, contra el cual no existía otra acusación que la de su popularidad exagerada. Habiendo Servilio informado al dictador de aquel suceso, fué felicitado por él en una asamblea pública. Y el pueblo se dió por satisfecho con que aquella muerte mereciese la aprobación del dictador y que fuese ejecutada en interés de la República y no sin su mandato expreso.

Mas yo, ¡por Hércules!, tan de mala gana ordené la muerte de aquellos perdidos de ciudadanos que la sufrieron, que no hubiera muerto ni a uno siquiera si la República, con una relativa incolumidad, pudiera soportar sus crímenes, sus fechorías, sus torpezas, su vida. Que yo, de mi propio natural, soy propenso a salvar no ya a mis ciudadanos, sino a los extranjeros; demostrarlo puede el caso de la misma Atenas. Cercada muy estrechamente y atacada con mucha energía por mí, blanco no solamente de sus tiros, sino también de sus venenosos insultos y ultrajes insoportables, y expugnaba, al fin, por mi esfuerzo y el de mis soldados, muy bien, y por derecho de conquista, pudiera entregar aquella ciudad a mis huestes para que la pillasen y la incendiasen y vender como esclavos a todos los que la moraban. Con todo, la perdoné. Y si yo di órdenes de que no se infiriese vejamen alguno a los habitantes de aquella ciudad, en cuyo asedio yo y el ejército mío habíamos soportado tantos sufrimientos, que su relación sería muy prolija y muy penosa, por no sé qué cultura lite-

raria suya y por el antiguo renombre de sabiduría de que gozaba, ¿cuánto más no hubiera salvado si buenamente fuera posible, a mis conciudadanos, aunque criminales y facinerosos y con muy grande contentamiento mereciera una segunda corona, bien obsidional, bien cívica, con el cariñoso recuerdo de aquella prez y gloria que alcancé cuando, siendo yo legado en la guerra marsica, el ejército, salvado y liberado por mí, me distinguió junto a Nola con la corona obsidional?

Pero, desgraciadamente, yo no pude, sin aquel remedio heroico, libertar y conservar mi patria. Demuéstreme quien quiera que yo pude obrar mejor y conducirme con mayor mansedumbre. Inflíjaseme el suplicio que bien le pareciese; no rehuso ninguno. Harto sé que los enemigos me culpan de la muerte de Lucio Asela, que yo declaré haber sido muerto por L. Belieno, que fué suprimido por orden mía aquel hombre, ídolo del pueblo, y que tenía el favor de sus conciudadanos.

Yo os ruego, quirites, por la majestad de este Imperio, que no queráis formar juicio en negocio de tanta complejidad por el solo hecho que veis: ponderad las causas, sopesad las razones, aquilatad los consejos. No podrá ser tan recia la borrasca de la impopularidad que me haga cambiar de parecer hasta el punto que me pese de haber salvado la patria. No buscaré atenuantes para satisfacer a todos, aun a los enemigos y a los soldados. Pienso que abastanza están satisfechos los buenos y esta sola satisfacción puede y debe bastarme. No recurriré a un discurso largo para desvirtuar mi acusación, para calmar la animosidad. En mi gestión no hay crimen; sea cuanta quiera la ojeriza con que me obsequien mis enemigos, me preocupa harto poco, y puesto que no estuvo en mi mano proceder de otra manera, oíd la realidad en toda su cruda desnudez, desafeitada de todo color que la hermosee.

En voz alta declaro, quirites, que Lucio Asela murió por orden mía expresa y que fué dada no sin motivo. Si no fuera alborotador de la quietud, soñador de revolucionarias novedades, jamás diera yo la orden de su muerte. Hora es ya de que, por los dioses inmortales, cesen los enemigos de insultar mi dolor y mi quebranto. ¿Qué mortal, quirites, entre los mortales todos, sufrió con su pérdida mayor quiebra que yo, que le utilicé como soldado valiente y aguerrido y en muchos peligros fiel, y con quien contaba en mis previsiones como solaz y ayuda para los pasos graves y difíciles que pudieran presentárseme? Pésimamente juzgan a L. Sila todos aquellos que piensan haber llegado a tanta vesania y a tan furiosa locura que vaya a eliminar, sin muy graves e indeclinables razones, tales personas, que eran garantía de su propia salud.

Fué Asela, quirites, un hombre dinámico, emprendedor y valeroso, pero que ya no podía con su insolente fortuna. Dado que yo, en muchas y diferentes circunstancias, le había utilizado como bueno y fiel amigo, llegó a imaginarse no estar sujeto a ninguna ley ni a ningún derecho, sino campear por encima de todos los derechos y todas las leyes. Yo, como tenéis sabido, había dado una ley o, mejor, resucitado una muy vieja de las Doce Tablas: *Que nadie pudiese ser promovido al consulado sin pasar por el escalafón de los honores* y *que nadie reasumiese esa magistratura*

sin que hubieren pasado diez años. ¿Quién de vosotros no elogió esa ley antigua promulgada por los decenviros? Y no menos aceptasteis esta ley como con vuestros sufragios y consentimiento aprobasteis la sabia política de vuestros mayores. A esta ley ahora mismo yo estoy dispuesto a derogarla y a esperar tranquilamente vuestra opinión, manifestada mediante votación libre, contrayendo yo el compromiso previo, ante cualquier hombre, si alguna de las treinta y cinco tribus la rechazare, y no a ella sola, sino cualquiera otra de las leyes cornelias, así las suntuarias como las que se refieren a los sicarios, a las hechicerías, a la religión, a los juicios, a las provincias.

Pedía, pues, Asela, simple caballero romano, el consulado antes de la pretura, antes de la cuestura. Llamé la atención de ese buen amigo mío acerca de tal incongruencia, y le exhorté que no fuese él precisamente el primero que contraviniese las leyes y los decretos del pueblo, porque no pareciese ser, tanto él como yo, quien despreciaba y quebrantaba las leyes dadas por mí mismo, pues todos creerían que cuanto hiciera él lo hacía respaldado y salvaguardado por mi autoridad. El, insolentándose más y más con la familiaridad que yo le dispensaba, no hizo caso alguno ni de mí ni de vosotros, quirites, ni de vuestras leyes y de la costumbre de vuestros mayores. A ese hombre, que se había avilantado a un tal crimen, yo, luego de tratar el asunto privadamente con amigos de ambos, le castigué por no tolerar en esa ciudad ciudadanos de excepción, que pudiesen más que las leyes y que vuestros decretos y mandamientos. Preferí sufrir la orfandad y la carencia de un amigo y de un compañero en las horas heroicas del peligro, a privar a la ciudad de un sosiego que se asienta precisamente en la observancia de las leyes.

Espántome de que mis enemigos anden tan obcecados por la inquina y el furor, que me echen en cara, como un crimen, un acto que, entre los otros míos, redunda en alabanza mía y gloria no común, a saber: que la libertad y vuestra dignidad tuviera en mí más ascendiente y vigor que la más notoria y acendrada de las amistades.

Esta fué mi gestión personal, quirites. Oíd ahora los egregios hechos de aquellos con quienes me obligó a guerrear mi patriotismo. De ellos ya di un rápido avance, necesario para llegar a los míos. Ahora, voy a tratarlos específicamente y más de asiento, con el propósito de que podáis comparar los que vais a oír con estotros que me ocasionan tan grave impopularidad. No voy a revelaros novedad alguna; todo lo que diré vosotros lo habéis visto y lo habéis oído, y mientras yo los iré narrando, vosotros los iréis conmigo repasando. Dejaré de lado muchos, pues ni entra en mis propósitos pormenorizarlos ni siquiera podría, a pesar de toda mi voluntad, bien por su número infinito, bien porque no en todos tuve yo intervención directa ni cada uno de ellos pudo referirse a mi persona. Cada uno de vosotros, mientras dure mi breve y salteada enumeración, podrá recordar y restablecer aquellos que yo omitiere y en los que él tuvo, por ventura, intervención personal.

Y de buenas a primeras comienzo con pasar por alto aquella luctuosa y calamitosa tempestad de Saturnino y Glaucia, suscitada por Mario. Hablé ya de aquella inoportuna y desatinada petición del poder, cuan-

do un simple particular despojaba al tribuno de la plebe y a los cónsules del pueblo romano de la dignidad del mando, de la provincia contra toda legitimidad y toda ley divina y humana. En aquella sazón, harto tuvimos que hacer mi colega y yo por sacudirnos la injusticia, dándole licencia para que se fuese a un destierro voluntario. Al partir yo para la guerra mitridática, ninguna cosa pedí ni concerté con Cina más compromiso sino que no alterase la quietud y la paz de esa ciudad, que no azuzase a una parte de Italia contra la otra y no suscitase una gravísima guerra civil. Y él, olvidándose de su dignidad, olvidándose de sus ciudadanos, olvidándose de los dioses protectores, de la fidelidad y de las alianzas, envidiando a su patria la tranquilidad y el sosiego que yo había creado, comenzó por vejar a esta ciudad, de donde le expulsó la resolución de su colega. Va entonces a alterar y sembrar discordia en toda Italia, luego de llamar de Africa a Mario, quien, enloquecido y exasperado por el destierro, concitando feísima y crudelísimamente y azuzando en guerra las masas serviles contra los ciudadanos, ofrendó los cuerpos libres al bárbaro furor de los esclavos, a su libídine feroz, a la deshonra y al estupro. Pasó primeramente a sangre y fuego a Ostia; luego destrozó y asoló Ancio, Aricia, Lavinio, colonias nuestras y, a la postre, tomó a mano armada esta ciudad y entró triunfalmente en ella, en la cual no dejó de perpetrar linaje alguno de crueldad, como si fuera la patria de los cimbros y de Yugurta.

Yo os pido que recordéis, si podéis hacerlo sin el insufrible dolor y sin la más viva tortura de vuestra alma, cuál era el espíritu de Mario, cuál era su intención, cuál era su catadura. Aun en sus momentos de regocijo, expresaba ferocidad, y en sus horas de expansión, atrocidades y amenazas tremebundas. Sumido en silencio siniestro y mirando fieramente, meditando para esta ciudad perdición y matanza, estaba sentado en el tribunal de Cina. Rogado por los padres conscriptos que suscribiese las condiciones pactadas y entrase en la ciudad, con sarcástica risa, con absoluto desdén del amplísimo orden senatorial y de la patria toda, respondió, irónico y maligno, que a los desterrados no les estaba permitida ni una cosa ni otra. ¡Oh anciano nefasto para esta ciudad! Mientras revolvía en su mente y en su pensamiento tamaña crueldad para con sus conciudadanos, recordaba leyes y derechos, y la costumbre de la ciudad, y la innata templanza de su carácter y su nativa cortesanía, y fingíase bueno y abstinente y ciudadano ejemplar, observador meticuloso de las leyes, no porque se creyera que fuese tal, sino para escarnecer los derechos y las leyes de los mayores y sus usajes, y sus instituciones, y la libertad, y el consejo público, y las jerarquías sociales y la patria toda, y a pesar de que no era sino uno, amenazaba a todos con la destrucción y la muerte. A toda prisa, el pueblo fué convocado por el tribuno de la plebe para que, mediante elecciones por centurias, se diese una ley sobre la vuelta de Mario. Dichosa República esta República nuestra si no se acuerda de sus calamidades. ¡Impía República, si las recuerda y no reconoce el beneficio de su liberación! Mario y Cina, hermanos mellizos en la crueldad, mandan que la soldadesca se precipite sobre la muchedumbre desarmada y que sacrifique y despedace al pueblo no de otra manera que si una manada

de lobos arremetiera contra un pacífico rebaño.

Decidme, os ruego: ¿Valióles a las mujeres el respeto debido a su sexo, valióles a los niños la consideración de su debilidad, a los ancianos la reverencia debida a sus días, a los sacerdotes el prestigio de su ministerio? ¿Defendió, por ventura, al pueblo su libertad, a los caballeros su virtud o su autoridad al Senado? ¿Acaso para con la patria se tuvo ninguna reserva poderosa o algún recuerdo para las leyes de nuestros mayores? En el propio corazón de la ciudad es degollado el cónsul del pueblo romano, colega de Cina, por el mismo Cina, investido con aquellas mismas insignias que nuestros antepasados quisieron que no solamente fuesen venerables, sino sacrosantas; con aquellas insignias que reverenciaron los pueblos más remotos y las más bárbaras naciones y que los mismos reyes adoraron.

Hizo guerra contra mí el cónsul Escipión, a quien, habiéndole yo vencido y teniéndole en mi poder, porque me pareció que llevaba consigo alguna lumbre y majestad del consulado, no me atreví a matarle, ni encarcelarle, ni conservarle bajo mi potestad para su aflicción y afrenta, ni le envié al destierro, sino que le permití que con su hijo fuese libre a donde le pluguiere. De toda esta generosidad mía no queda ya en los espíritus el más liviano recuerdo, y soy un facineroso porque no fuí yo quien de buen grado le ofrecí mi cuello. Es un hecho innegable que Cina, en esa misma ciudad, mató a su colega, que no se metía con él, despreciando y hollando la majestad del supremo mando. Y yo, en cambio, salvé en plena campaña a un cónsul que hacía armas contra mí.

Pero ¿por qué habló Octavio contra quien pudiera parecer motivado el odio de Cina, aun cuando fuera injusto de todo punto, pues en todo lo que hiciera obedecio siempre al Senado y vuestras órdenes? Lo que yo pregunto es: ¿qué había hecho Cornelio Merula, hombre absolutamente innocuo y cónsul sin tacha a aquel malvado pirata? ¿En qué le había ofendido aquel elegido por libre consentimiento de la ciudad, sacerdote de Júpiter, en quien una ofensa verbal es un pecado pavoroso? Y con todo, vióse obligado a abrirse las venas este pacífico y óptimo varón, cuya sabiduría y piedad fué tanta, que no consintiendo la religión y la costumbre de los mayores que un *flamen dial,* que un sacerdote de Júpiter muriese cubierto con aquel su capelo rojo, y cuando ya su conciencia casi del todo había naufragado en las tinieblas de la muerte próxima y casi ya era toda ida con la sangre derramada, conservó hasta el último destello el más delicado sentimiento de religión, y, de la manera que pudo, con sus propias manos descubrió su cabeza. ¡Ni aun a vuestros sacerdotes, ni aun a vuestras aras se perdonó, oh dioses inmortales! A Júpiter, a Júpiter digo, el sostén de esta ciudad y de este Imperio llegaron las salpicaduras de sangre en la morada de tu flamen moribundo. Mísero de mí, que por calumnias importunas de determinados ciudadanos me veo forzado a referir aquellos duelos de la ciudad, con harto dolor vuestro y mío y a renovar aquellas heridas amargas.

Asesinados fueron los dos hermanos C. y L. Julio Césares, asesinado fué Atilio Serrano, P. Léntulo, L. Craso, Marco Antonio, todos ellos ex cónsules. ¡Qué lumbres de la

ciudad! ¡Qué columnas y qué defensas del Senado! De un Senado compuesto de personajes como éstos, con toda razón hubiera podido decir Cineas, aquel famoso embajador de Pirro, *que lo era de reyes*. Y aquello de L. Catulo ¿qué fué, oh dioses inmortales? ¡Cuán doloroso a la patria, cuán sentido por todos los buenos, cuán funesto para la autoridad del Senado! Cuando todo el Senado en masa con el mayor de los encarecimientos suplicaba a Mario la salvación de aquel hombre que tiempo atrás había sido colega suyo, con quien había realizado las más brillantes gestiones y sin el cual no hubiera querido la apoteosis del triunfo y a quien, dado que estuviese muerto, debía, si pudiera, restituir a la vida y devolverlo a la patria, él con su pertinacia ingénita y su obstinación habitual, desairó al Senado en pleno, con menosprecio y desdén de la dignidad del personaje insigne y respondió que tenía que morir irrevocablemente. Para una respuesta así no pueden excogitarse suplicios asaz dignos con los cuales hubiera él debido de exhalar aquel su espíritu hediondo y aquella su alma desalmada. Entonces aquel varón, el mejor que ha visto esa ciudad, hurtándose a la ignominia, cortó su propio aliento tragando carbones encendidos. ¿Quién tendrá holgura para hacer la puntual enumeración de todos los senadores, de todos los caballeros, de todos los plebeyos que fueron inmolados por Mario al ordenar a sus soldados que cosieran a lanzazos, sin más ni más, a quienquiera no le saludase o no contestase a su saludo? ¡Oh consigna digna de ese hombre a quien no importaba qué ciudadanos eran los que morían, siempre y cuando que en su sangre se abrevase y extinguiese la vida toda de esa ciudad! Por esta consigna fueron sinnúmero los que perecieron, entre los cuales el también senador del pueblo romano C. Arcario, amigo de Mario. ¡Oh tiempos funestos aquéllos! ¡Oh madres infelices que parieron para aquella época! ¡Míseros ancianos que fueron reservados para ese día fatal!

Toda la ciudad, quirites, era un ir y venir de matadores y de mandados matar. Penosísima y luctuosísima era la vista de los que huían, de los que se escondían, andando en busca de cualquier covacha, de cualquier escondrijo y de los que andaban a su búsqueda y a su caza, de los que les llevaban detenidos, de los que los asesinaban, de los que los degollaban. La sangre civil corría por todas las calles; echados estaban dondequiera y hollados los cadáveres de los sacrificados, y los que hubieran podido mover a compasión a las mismas peñas, lanzados luego al Tíber desviaron su curso y atenuaron el ímpetu de su corriente. Visteis a los senadores Bebio y Numitorio arrastrados por el foro, con un garfio de los que usan los sayones. Y a Bebio, que sin hierro, a la manera de las fieras, quedó a pedazos en las manos de los verdugos; hasta el punto que la ferocidad salvajina, encarnizada en la persona de un senador, obligó a algunos ciudadanos a dar las gracias a los secuaces de Mario por lo hecho en su caro Bebio.

Síguese un nuevo año, y Cina y Mario, sin el sufragio del pueblo, sin la autoridad del Senado, con indescriptible gemido y llanto de todos los órdenes, apesadumbrada y en duelo toda la ciudad, se crean cónsules a sí mismos, atropelladas y hechas trizas las leyes, el Senado,

el pueblo, la libertad. Mario, el propio día en que inició su magistratura, para comenzar su gestión con el mismo agüero con que se había arrogado el cargo, mandó que fuese despeñado de un risco, para ofrecer un sacrificio a aquel numen sanguinario, que, hecho propicio con víctimas humanas y con sangre romana, le deparara el séptimo consulado, porque había matado tantos millares de hombres. Aquella magistratura que nuestros mayores crearon para la conservación de los ciudadanos, él la inauguró con carnicería de ciudadanos, y en aquel mismo día en que la costumbre había impuesto no hacer ultraje a un esclavo fugitivo, Mario le quiso significar con la afrenta y muerte de un honrado senador romano. Abrumado y contaminado Mario con tan grandes y tan nefandas maldades, muere a los pocos días, vivamente dolido, según dicen, porque no había conseguido aniquilar a los que se habían pasado a mis banderas. Todos los ciudadanos sintieron un inmenso alivio. Y la ciudad misma, como salida y convaleciente de una enfermedad, parecía respirar a todo su placer y que volvía a contemplar la luz fecunda y risueña.

Yo, que ya aparejaba mi regreso para libertar a mi patria, concebí la ingenua esperanza de que, eliminada aquella fuente del mal, los restantes ciudadanos cobrarían conciencia y libertad de ciudadanos. Pero he aquí que por un solo Mario (cuyas maldades, dado que fueran grandes, con todo, andado ya en días el tenaz recuerdo de sus favores y beneficios, de tal manera traía ciegos a los hombres que creían no había desmerecido cuanto había merecido) surgen, inesperada y repentinamente, Norbano, Carbón, Escipión, Bruto, Sertorio, Perpena, Fimbria y Mario el mozo, cachorro crudelísimo de león cruel, hombres todos ellos jóvenes, fieros, audaces, sediciosos, temerarios, crueles, enemigos encarnizados de esta ciudad y de toda Italia. Tan impuros e impíos fueron sus crímenes, que Mario el viejo fué tenido por la propia imagen y traslado de la mansedumbre, y como tal fué deseado. Esto mismo se cuenta de los tiranos de Sicilia, en quienes la exacerbada e intolerable crueldad de los sucesores hacía que los antecesores les pareciesen todos buenos y que fuesen deseados. Mario el viejo destruía la patria que él había salvado y degollaba él mismo a quienes habían impedido que fuesen degollados por los cimbros. Mas estos otros iniciaban su actuación con la ruina de la patria, y no habiendo reportado la salud a nadie, ocasionaban a todos matanza, destierro, sangre y peste; hacían burla del pueblo, tenían a los caballeros en ludibrio, oprimían y ahuyentaban el Senado. Acuden en masa a mí, que peleaba en tierras apartadas por esa República, los principales y los mejores. Parecía que en mis reales había ya una buena parte de Senado. A los que habían quedado en Italia los alentaba la esperanza de mi llegada y esa anhelante expectación única les mantenía y confortaba; mientras ella restase, pensaban no ser llegado todavía la de renunciar a la vida.

¡Ay mísero de mí; ay infelice! Forzado por la Fortuna, sin opción, a cometer, dando de lado a todo otro interés, el enorme crimen de llevar a mi patria socorro inmediato y salud rápida. ¿Qué provecho podía acarrear seguir luchando en tierras lejas por una República que en breve tiempo había de perecer y anularse? Pero eso yo, quirites,

no pude hacerlo en toda su integridad. Si yo hubiera dejado en seguida la empresa que traía entre manos, ni hubiera socorrido a la patria, ni Mitrídates me hubiera dejado partir libremente. Vine, pues, tan pronto como pude, tan pronto como convino, esperado ciertamente y con retraso, pero no tardío del todo, pues todo eso que veis y que ya no existiría yo lo salvé con mi llegada. Aquellos rebeldes no solamente se habían conjurado para la perdición y matanza de sus ciudadanos, porque no hubiese nadie que contraviniese y obstaculizase el mando que ya se habían repartido, sino que también tenían guerra declarada a esos muros, a esas paredes, templos, santuarios, aras, y las amagaban con el incendio y la ruina, puesto que con una clarividencia negativa preveían que mientras quedase en pie el más leve vestigio de esta ciudad, no les sería posible dividirse el mundo y reinar en dondequiera que fuese.

Carbón empezó su obra destructora con el incendio del Capitolio, la más hermosa fábrica de todo el Imperio romano: templo construído por los reyes, dedicado por aquellos cónsules primeros; templo que por espacio de cuatrocientos años fué objeto de la más exquisita devoción y religioso culto; que ni aun cuando los galos tomaron la ciudad fué violado; que tuteló fielmente las reliquias de este Imperio y nos las ha conservado; en aquella ocasión ardió en llamas sacrílegas. Y fué el cónsul precisamente quien le prendió fuego; fuego que debiera ser apagado con su sangre, si con otra cosa no pudiera. Digo esto, quirites, para que entendáis que aquellos impíos, no solamente contra vosotros promovieron su guerra y tomaron las armas, sino contra los muros y los techos sagrados, contra los templos y con el mismo impío furor de los gigantes mitológicos, contra las mismas divinidades inmortales.

Con quince capitanes, enemigos mortales de esta patria común, y con sus huestes numerosas y aguerridas, yo luché. Yo no creo que ellos pudieran ser vencidos por auxilio alguno o por fuerza simplemente humana. Vencidos fueron y sacrificados por la virtud y el auxilio de los dioses a quienes ellos habían declarado guerra. Yo jamás me arrogaría un suceso tan completo y tan feliz ni me halagaré, quirites, con la presunción de pensar que con mi esfuerzo, mis consejos y mi virtud resultaron vencidos tantos enemigos tan encarnizados. Fueron los dioses omnipotentes quienes con la majestad de su poder incontrastable los abatieron y los aniquilaron. Júpiter Optimo Máximo puso en fuga y anduvo a los alcances de aquellos adalides sacrílegos e impíos, incendiarios de su templo, que por tamañas execrables culpas sufrieron penas continuas mientras vivieron y ahora en el infierno las sufrirán por toda la eternidad. Yo no tomo, quirites, tantos humos que llegue a afirmar que por el esfuerzo de mi brazo y las luces de mi mente fueron acabadas felizmente tantas y tan variadas, y tan difíciles campañas.

Yo no dudo, quirites, que muchos de vosotros oyeron decir, pues fueron muchos los testigos presenciales que, cuando la primera guerra contra Mario Postunio, el arúspice que todos conocimos, me exhortó a perseguir a los enemigos con las armas en la mano; que esto declaraba y mandaba Júpiter mediante las entrañas de los animales. Habéis todos igualmente conocido a Lucio

Ticio. Este, estando yo en Asia harto ansioso y preocupado por el éxito final de la guerra mitridática, me anunció y me prometió, de parte de Júpiter, la victoria, que está en su mano y en su poder. Esto mismo me comunicó un soldado veterano, hombre bueno e impecable, de la sexta legión, y añadió que yo recuperaría de manos de los enemigos, a costa de mucha sangre suya, la patria y que restablecería la República. La misma imagen de un dios nos apareció a entrambos en Tarento en ocasión en que yo ofrecía sacrificios, interesado en la conducción de la guerra. Júpiter, por el hígado de un becerro, según interpretación del mismo Postumio, me mandó tener ánimo ganoso y alentado. Bajo su dirección y sus auspicios, no bajo los míos, quirites, recuperamos la libertad y la República. Yo no hice más que prestar mis manos; a los dioses y a Júpiter, en primer lugar, corresponden esa alabanza y esa gloria, puesto que él fué quien apuntaló y detuvo el derrumbamiento de ese Imperio, y por eso, con la sabiduría más grande y con no menor presagio, Rómulo le dió el nombre de *Stator*, que suena Estabilizador. Si algo se me debe a mí es el exiguo reconocimiento que suele testimoniarse a un simple legado o a quien hace una obra por mandado ajeno.

Fué, asimismo, luz y guía de mis actos la misma Belona, a la cual pusieron nuestros mayores merecidamente un trono en la acrópolis, porque ella y el dios Marte, padre del fundador de esta ciudad, que presiden las empresas bélicas, en todo tiempo prosperaron este pueblo y este Imperio. Esta misma diosa Belona, y fueron muchos los que lo oyeron, anunció por boca de un miembro de la familia de L. Poncio, varón de heroico temple, que ella sería en lo futuro ayuda y guía de mis caminos, y dió orden porque me apresurase a venir a la ciudad para librar de las llamas y del incendio el más hermoso templo del mundo, que debía arder la víspera de las nonas de agosto. Y esa predicción, como visteis, tuvo una triste realidad. Mías eran las huestes, fuertes, ciertamente, y aguerridas, pero si se las compara con tantos ejércitos como eran los que estaban conjurados contra la patria, eran flacas y descrecidas. Vencimos, pues, porque luchaban mano a mano a nuestro lado y a nuestro favor la patria, los votos de los buenos ciudadanos, la piedad, la religión, la libertad, la inocencia, el pudor, la fe, la equidad, la buena conciencia, la honestidad y toda cuanta virtud hay, y, en una palabra, los dioses inmortales. En las filas de aquellos parricidas combatían la petulancia, la lujuria, el furor, el fraude, la inhumanidad, el degüello de ciudadanos, la caída y ruina de esta ciudad, la impiedad y todo cuanto vicio, y toda cuanta maldad hay, por manera que todos aquellos bienes, sin ejército y sin armas derrotaron completamente todos estos males y todo el ejército de locos y de impíos, y los dioses inmortales no permitieron que quedase inulta la ofensa hecha a su majestad.

No abusaré, quirites, de esa vuestra paciente amabilidad con que me oís hablar tan prolijamente de las calamidades de esta República. No voy a enumerar los males casi infinitos que a esa ciudad y a esa patria suya infligieron los Carbones, y los Norbanos, y los Marios: el dolor os impediría a vosotros oírlos y a mí me vedaría relatarlos. No atribularé vuestro espíritu con el recuerdo de aquellos tiempos. Quede,

pues, sin decir que Mario el viejo y Cina, sin sufragio del pueblo y sin autoridad del Senado, se proclamaron cónsules para un año, y Cina y Carbón para un bienio. Y si Cina tuviera vida más larga, vosotros, quirites, perdierais el derecho de crear cónsules con vuestros sufragios, pues él hubiera introducido la costumbre de crearse cónsules los que tuvieran más osadía y arrestos.

Después de los días de Cina, Norbano y Carbón impusieron a la fuerza, contra todas las leyes viejas y nuevas, por cónsul a Mario el joven, mozo ignorante y exaltado, que apenas contaba veinte años, desafiando la más agria impopularidad y con la más viva tristeza y llanto de los que recordaban de qué padre era hijo y veían cuán siniestras intenciones abrigaba contra la República y cuánta maldad respiraba y cuánta peste prometía. Y a todos los engañó aquel joven furioso, pues aun cuando no había nadie que no temiese que iba a acarrear a esa República toda suerte de calamidades, superó la general expectación, y en un lapso de tiempo, relativamente breve, resultó mucho más feroz e intolerable de lo que todos recelaban que fuese. Es de saber que, poco antes de que trabara conmigo combate en Sacriporto, quiso ofrecer sacrificios a los mismos dioses, en cuyo honor sacrificaba su padre, es decir, aquellas divinidades crueles, de quienes dije que se gozaban y se aplacaban con sangre y hostias humanas y con cadáveres de ciudadanos romanos. Entonces, para que no se transparentase ninguno de los malvados designios que ya de largo tiempo su ánimo maduraba, ordena al pretor L. Damasipo, satélite suyo y brazo de su furor, que, so pretexto de consulta, convoque al Senado, en un abrir y cerrar de ojos, y pase a hierro a toda la nobleza. Ejecutó puntualmente el buen soldado las órdenes de su jefe y no quedó noble en la ciudad que en aquella hora no sucumbiese a los execrables puñales asesinos. ¡Oh Valerios; oh Cornelios, Horacios, Emilios, Mucios, Claudios, Catulos, Fabios, Manlios que nos entregasteis en depósito esa República tan floreciente, esa República que vosotros, con vuestro sudor, con vuestra sangre, con vuestra vida engrandecisteis y robustecisteis para que fuese santuario de vuestro recuerdo y morada de vuestra posteridad, para que vuestros beneficios deparasen a las generaciones que os sucederían riquezas, honor, gloria y dignidad; ved aquí cómo en aquella misma ciudad a quien tantas veces con vuestros consejos y con vuestras armas habéis librado y conservado; ved aquí cómo un solo muchacho de Arpinas, enloquecido de furor, respirando y anhelando carnicería e incendio, a todos vuestros nietos, no ya como esclavos vilísimos, de cuya matanza la Humanidad no acostumbra abstenerse, sino como una manada de víctimas, con una sola palabra suya los inmola en pública y solemnísima hecatombe y rae del haz de la tierra vuestra descendencia y vuestros nombres!

Degollado fué aquel consular sin tacha, Quinto Escévola, pontífice máximo en tu propio vestíbulo, ¡oh Madre Vesta!, y tu inviolable y sacrosanto fuego a punto estuvo de apagarlo la sangre de tu Sumo Sacerdote, y se hubiera apagado a buen seguro si su exhausto corpezuelo senil pudiera dar sangre suficiente. Nuestros mayores impusieron una multa a Cneo Tremelio, tribuno de la plebe, porque de la boca le cayó no sé qué expresión

poco honorífica contra M. Emilio, que también era pontífice máximo. Empero, a Escévola, quirites, no le valió la reverencia debida a su augusto pontificado, ni su provecta ancianidad, ni el consulado, ni los altos cargos desempeñados, ni su sabiduría acarreada por tan prolija experiencia, ni los muchos y grandes beneficios hechos a esta ciudad, ni el respeto que traen consigo los sacrificios y la religión, ni el lugar mismo adonde se había acogido como a puerto de salud, ni el recuerdo de sus merecimientos para con ambos Marios, el viejo y el mozo. Habéis de saber, quirites, que de Escévola nunca pudo conseguir el Senado que desautorizase con su opinión expresa al viejo Mario, enemigo suyo irreconciliable; y por lo que se refiere a Mario el mozo y a Carbón, quería y esforzábase por que yo y nosotros todos y aquellos que murieron se salvasen todos mediante una transacción. ¿Esta es la gratitud del padre? ¿Éste es el reconocimiento del hijo? ¿Esta fué la obligación que demostraron a los Metelos, a los Catulos, a los Mucios, que tan meritorios servicios les prestaron, y éste es el agradecimiento debido al Senado y el que al pueblo romano debían por tantos consulados conferidos a un hombre nuevo y oscuro? ¿Y en mí fué maldad tamaña, crimen tan sin posible expiación, el hecho de que, mientras tenía en mis manos unas armas que la patria me había dado, no las emplease para perseguir y vengar tantos agravios infligidos a la patria, cohibido por el recelo de una impopularidad muy probable entre ciudadanos ingratos? ¿No debía yo redimirla de aquel inmundo pillaje? ¿No había yo de apuntalarla en la inminencia de su derrumbamiento y reponerla en su estado y empinación primitiva? ¿No era mi deber arrancarla de las manos y de las fauces de los ladrones? ¿No tenía yo la obligación de apagar el incendio que prendía en la ciudad y en toda la Italia? Yo no digo que con tal ejército iba a hacer todo aquello, sino que yo solo, con la ayuda de los dioses inmortales a todo lo que es santo, es justo y es piadoso, derrotara aquellas huestes hacinadas por la conspiración en la maldad, o al menos las resistiera e intentara oponerles no más que mi pecho, como dicen que hizo aquel Cocles famoso en la aurora de la libertad. Pero lo hicieron mejor los dioses inmortales, que en mí y en mi ejército infundieron tal arrojo y tales bríos e inspiraron en los Metelos, en Pompeyo, Craso, en los Lúculos, en Filipo Servilio, Catulo y en todos los pueblos de Italia la idea feliz de aunarse y conspirar conmigo para la dignidad de este Imperio, para la salvación de esta ciudad y esta República y para, a todas aquellas pandillas sacrílegas de sicarios y de ladrones, con el vencimiento y con la fuga, expulsarlas de la vida o, lo que era más inmediato y hacedero, expulsarlas de Italia.

Al entrar en la ciudad, sáleme al encuentro un mal mucho mayor y fué que delante de la puerta Colina, en presencia de todos vosotros que me ayudabais y os interesabais por mi causa y estabais ansiosos por la salud pública, me vi obligado a trabar pelea con Telesino y los samnitas. En este combate, el choque no era con los ciudadanos ni se peleaba por la hegemonía de los malos o de los buenos en esta República, sino de los samnitas. ¿Debía ser esta ciudad cabeza de la tierra y de la redondez del orbe? ¿Debía asentarse aquí el Imperio del mun-

do, o si, derribados o asolados estos techos, estas aras, estos hogares, estos penates, estos templos, estos santuarios, esta ciudad arrancada de cuajo, borrado el nombre de Roma, el Imperio mundial se trasladaría a Samnio? Y aquello que en las Horcas Caudinas, donde las legiones romanas se sometieron al yugo, no se consumó gracias a la unión de esta ciudad, ahora, con motivo de la discordia civil, se consumaría a las puertas de la misma ciudad. Tenía Telesino una más firme confianza en ese resultado que aquel histórico Herenio Poncio, andado ya en días, que en un carro fué llevado a los reales del hijo caudillo, no porque Telesino tuviera tanta ciencia o tanta experiencia como Herenio, o fuerzas iguales que las de Claudio Poncio, hijo de Herencio, sino porque en aquella coyuntura hubo cónsules que, por la salud de la patria, por la religiosa observancia de los pactos espontáneamente, quisieron entregarse y exhortaron al pueblo porque los entregase. Y ahora, en cambio, esos mismos cónsules, para no ver su poder menoscabado en una tilde, estaban dispuestos a despojar a su patria de la hegemonía, a un degüello general de ciudadanos, a entregar esa ciudad y la patria toda a las naciones fieras y bárbaras, para que la asolasen y devastasen, y así lo tenían resuelto. Yo ahuyenté de vosotros, quirites, de vuestras esposas y de vuestros hijos y de vuestros bienes estos siniestros designios de Telesino y de los samnitas; volví contra ellos, contra sus casas y contra sus cabezas aquella antorcha que ellos encendieron para prender fuego a la ciudad; recobré la República; di libertad a mis ciudadanos; conservé este Imperio; arrebaté a la patria de las uñas de la fatalidad. Mas, desgraciadamente, borrada queda ya la memoria de estos grandes servicios; hasta tal punto somos todos benévolos en el temor y pasado el temor, ingratos. Y, en cambio, se recuerda con memoria tenaz la orden que di de matar a aquellos que, metidos en las entrañas y en las venas de la ciudad, chupaban nuestra sangre, enemigos parásitos, a fin de que con una actuación misma, se pagase el premio a legiones tan beneméritas y la República quedase purgada de aquellos ciudadanos perdidísimos, de aquella sentina de maldades, y de este modo, sin miedo y sin ansia, pudiera, desde luego, vivir en sabrosa libertad la República ganada de nuevo para sí misma.

¡Oh muerte, precioso don que otorgó el Cielo a los hombres no para su mal, como muchos creen, sino para el mayor de sus provechos: cuántos y cuántos bienes, en verdad, codiciaderos traes contigo! Los Marios, Cina, Carbón, Norbano, Telesino, empeñados en borrar el nombre romano, y que ya habían conseguido echar los cimientos eficaces de esta hazaña execrable, por el hecho de que murieron, están limpios de odio y piénsase que nada hicieron. Y yo que los dominé y rechacé, que asenté y conservé todo esto que veis que se sostiene y que eliminé a aquellos facinerosos que sacrificaban a los buenos; yo, que suprimí a unos pocos malvados por salvar a todos los buenos, por el hecho de que vivo y discurro ante los ojos de mis ciudadanos, polarizo un odio abrumador y me asfixia una impopularidad, que es la mayor de las iniquidades. También yo pudiera vivir con honra bajo el dominio de Mario, porque mi consentimiento y mi callada aprobación darían robustez a su mando. ¿Quisierais que viéndolo yo y callando,

ellos en breve tiempo hubieran desolado la ciudad y toda la Italia, matando a los unos, suicidándose los otros, otros yéndose al destierro, huyendo de tantos males? En vano yo, quirites, en la urgencia de tantos peligros y de tantas penalidades, sin tener cuenta con mi salud personal, realizara tantas y tamañas proezas, que en la recta conciencia de las personas desapasionadas, edad ninguna oscurecerá y por las cuales a la envidia actual sucederán fama y gloria sempiterna, si en la mayor de sus crisis y en el más agudo de sus peligros no estuviera atento a los deberes que el patriotismo me imponía. ¿Es que las atenciones vuestras para conmigo requerían que yo, que entonces tenía algún poder, dejase desamparada la causa pública? ¿Y quién le hubiera asumido? ¿Algún infeliz de la ínfima capa social? ¿Por ventura la consideración de mis hechos, que yo consagré a la patria en prenda de la piedad que le debía? Yo fuí quien traje a Roma, maniatado, a Yugurta, que después de tan varias batallas no estaba del todo quebrantado y aparejaba feroces contraofensivas, no sin haber expuesto mi cabeza a copiosos peligros en la guerra címbrica.

Todos sabéis quién liberó a Mario cuando estaba cercado; quién fué el que con una honrada y previsora política de abastecimientos impidió que nuestros ejércitos muriesen de hambre y cuánta fué la importancia de aquella victoria. Como digo, todos lo sabéis, no sólo los que tomasteis parte en aquellas campañas, sino los que desde la patria captasteis los verídicos rumores de la parlera fama. Yo domeñé y sujeté a vuestro Imperio gran parte de aquellas gentes que pueblan las salvajes asperezas de los Alpes, que eran una amenaza permanente de Italia y de vuestros dominios. Cómo en Asia vencí a Gordio, y en qué batallas, y cómo, cumpliendo órdenes vuestras, repuse en el trono a vuestro amigo Ariobarzanes, y con qué empuje y con cuánta fuerza y destreza diríalo más largamente, quirites, si pudiera hacerlo sin sospecha de jactancia en acción de tanta gloria mía o no me constase que ninguno de vosotros lo ignora. Recordaría también que antes que a nadie vino a mí, general vuestro, una embajada de los partos y, por obra mía, adoraron vuestras banderas y vuestras legiones. En la guerra social, habiendo los samnitas derrotado y puesto en fuga al ejército consular y sojuzgado a Nola, colonia nuestra, después de dar muerte al pretor L. Postumio y expugnado y ocupado a Esernia, que era también colonia nuestra, luego de matar a M. Marcelo, yo reclamé para mí aquella nación para batirme con ella y, al paso que vengaba las injurias hechas a la República, dar gallarda muestra de mi valor, adquirir gloria verdadera y duradera y que mi patria aprobara mis servicios de buen patriota. Así que en el primer encuentro vencí a los samnitas tan rotundamente que expugné dos campamentos suyos y luego, en muchos choques sucesivos, apremié y aplasté aquel pueblo, y en premio de ello, mi ejército, librado por mí, me distinguió y me decoró con la corona obsidional; domé a los hirpinos y a estos dos pueblos y a muchos otros los restituí, quirites, a vuestro poder. Y a seguida de estos tan claros y hazañosos hechos, con una muy nutrida votación en los comicios, fuí nombrado cónsul, y nadie nunca hubiera podido convencerme de que debía tolerar que Mario el viejo se desmandase contra esta Repú-

blica con una furia tan insana y tan orgiástica.

Siguiéronse a continuación las victorias sobre toda Grecia y aquellas pugnas con Arquelao y con Dorilao, prefectos de Mitrídates: con aquél, junto a Queronea; con éste, cabe Orcómenes. En la primera de estas batallas yo contendí con cien mil infantes bárbaros y con diez mil jinetes. De todo ese número monstruoso, sólo diez mil hallaron salvación en la fuga, siendo así que de los nuestros (cosa, quirites, increíble de decir) solamente echamos de menos a catorce, y aun de éstos, a boca de noche, regresaron a los reales dos rezagados imprudentes, que en el ardor de la batalla se habían alejado más de la cuenta persiguiendo al enemigo. En el segundo choque con Dorilas, luché contra ochenta mil soldados, los más escogidos de todo el reino de Mitrídates, en batalla áspera y difícil, quirites, en la cual, dislocadas y rechazadas nuestras formaciones, comenzaban a perder su cohesión y a desbandarse, hasta que, llamadas enérgicamente por mí, que luchaba en primera línea, reprendiendo acremente a los soldados porque abandonaban a su general, pues yo, quirites, tenía el propósito firme y bien asentado, en caso de no vencer, de sucumbir como bueno en el campo. Los soldados, cohibidos por su propia vergüenza y su ingenuo pudor de romanos, hicieron alto en su fuga, y con multiplicado brío volvieron a la batalla e hicieron a su vez retroceder al enemigo y le pusieron en fuga, y lo único que puso fin a la carnicería fué el cansancio. Entonces erigí yo en ambos propios lugares de vuestras (y si se me permite también a mí lo que a los restantes caudillos se concedió) victorias mías, asimismo, dos trofeos, que traerán su recuerdo a los venideros siglos, monumento glorioso en loor de Marte, de la Victoria, de Venus. Estos triunfos encendían mi ánimo en ardores increíbles, dispuesto a no consentir que aquella ciudad, por la cual yo había consumado esas gestas nobilísimas y que debía ser el archivo imperecedero de tan grande gloria mía, de mi nombre, de mi linaje, de mi posteridad, fuese despedazada, fuese arrancada y descuajada de su suelo por manos de ladrones y de gladiadores, como Cina, Mario, Carbón, Norbano, Telesino.

No soy, quirites, tan descuidado de mí mismo, ni tan menospreciador de los honores, ni tan encogido que vaya yo mismo a borrar, por indolencia y apatía, la memoria de tan altos hechos, y que habiendo yo realizado proezas que la posteridad iba a celebrar con gloria mía muy grande, o por miedo de la vida, o de la envidia, o por no ofender a unos ciudadanos míos que arruinaban a su patria, sea yo precisamente quien las envuelva en tinieblas y en olvido. No era, no, dañar a la patria, depurarla de enemigos interiores. Al contrario, perder la patria hubiera sido dejar impasiblemente que aquella infección, que de día en día iba cundiendo más, adquiriese tantas fuerzas como quisiese, cuantas ciertamente bastaran para desquiciarlo y arruinarlo todo.

Empero, quirites, mi vida y la vida de cada uno de vosotros está por la Naturaleza encerrada y definida dentro de unos límites precisos; y aun cuando en ella no irrumpa fuerza alguna hostil, con todo, la misma Naturaleza, que en tan estrecho campo la delimitó, a su debido tiempo la reclamará, como un acreedor puntual reclama una deuda. ¿Qué puede fantasearse más

bello? ¿Qué puede soñarse más dichoso, que, teniendo forzosamente que morir todos, así el héroe como el cobarde, interesar la vida perecedera, una gloria perdurable? ¿Y aquello mismo que constituye una deuda a la Naturaleza, devolverlo a la Naturaleza con sumo provecho de la patria, con suma alabanza y gloria nuestra? Y ese punto que en todo tiempo debe ser considerado y meditado tan tensamente como sea posible, quirites, entonces parecióme que para mí era deseable; cuando, luego de haber dejado tales obras, cuales mayores ya no las podía esperar en vida, me convencí que ya no me quedaba felicidad más grande que la de hacer a la patria, a la cual se lo había dado todo, entrega generosa de la propia vida, que era lo único que me quedaba. Con todo, era de temer la envidia ocasionada precisamente por mi tan grande virtud y tan acendrado patriotismo.

Yo sé, quirites, con absoluta certidumbre, que aun cuando vosotros no me signifiquéis ningún agradecimiento, me lo significarán, para siempre jamás, estas paredes y estos muros, estos templos de los dioses, todos estos lugares de donde yo aparté el fuego y la ruina y esta ciudad que, por beneficio mío, se mantiene por su propio pie en su propio estado y asiento. Y también la muerte misma que extinguirá la envidia, traerá a los hombres más ecuánimes juicios. Para aquel día, la posteridad comprenderá los méritos que desconocen algunos hombres actuales y a mí me proclamarán salvador de la patria y a ellos reos del más negro desagradecimiento. Y aun los mismos dioses inmortales, cuyos santuarios y altares, entonces quemados, yo restituí y reparé y por cuya inspiración y voluntad y por el singular amor que profesan a esa República, dirán que yo fuí quien a esa misma República le devolví su dignidad y la repuse en su libertad. También los manes de aquellos hombres piadosos, a quienes yo vengué de una muerte ultrajante en sus verdugos execrables, y aun el mismo Quirino, y aun nuestros ascendientes, cuya ciudad y ciudadanos y linajes y monumentos yo salvé del incendio, de la matanza, de la ruina, del pillaje, me darán las gracias por tamaños beneficios.

Y por si acaso, quirites, me espera un hado indigno de mis preclaros consejos y obras, yo no lo rehuso; con ánimo igual lo acepto, sea el que fuere. La conciencia de mis buenas obras será mi monumento en vida y mi solaz en la muerte. Esta conciencia, que es el testigo de la buena vida, jamás permite que el hombre sea infeliz; como la conciencia acusadora no deja que sea el hombre feliz. Y, especialmente, porque mi virtud se adelantó tanto como su memoria. No encerrada ni comprendida en límite alguno, no es posible que muera con el cuerpo. Así es que los enemigos pueden arrebatar la vida, pero no la fama ni el nombre eterno, ni la gloria inmortal; ni pueden arrancarme el íntimo e indestructible gozo de haber salvado la patria, ni pueden arrebatarme esa misma patria que, levantada y confiada por mí, mientras subsistiere (y yo espero que será eterna), sentirá y recordará el gran servicio que le hice. Ni tampoco, en cuanto estuviere en mi poder, daré ocasión al odio justo ni abriré portillo alguno a los maldicientes, ni nadie me acusará luego de haber hecho todo esto y de haber librado a mi patria de la más enojosa de las tiranías, de no dejar a la patria en su cierta y clara libertad y que

yo no expulsé a los tiranos para colocarme en su lugar.

La dictadura, quirites, si fuese un obstáculo para nuestra libertad, ya no sería la magistratura creada por nuestros mayores para los trances más críticos de la República, para las situaciones más vidriosas y extremas. Ese tiempo, si alguno hubo después de la fundación de la ciudad, fué aquel tiempo astroso en que vosotros me conferisteis esa magistratura que yo desempeñé, porque no pereciese esa ciudad, que la halló para las crisis desesperadas. Por lo que a mí toca, todos mis actos indican que yo disfruto de más amplia libertad que cualquier otro de los mortales. Cite alguno, si lo supiere, algún dicho o algún hecho arbitrario o fraudulento en mi dictadura, y estoy dispuesto a sufrir la sanción que fijareis, cualquiera que ella fuese. Reciente mi victoria, Nonio, mi primo, y Servio, mi pariente, candidatos a la pretura, cosecharon de vosotros una derrota. Y respondedme, por favor: ¿Qué opinión manifesté en público acerca de esta repulsa vuestra, sino que me alegraba de que tras dueños tan violentos vieseis el rostro de la libertad no ficticia, sino verdadera y sólida y recogieseis su fruto?

¡Cuántos y cuántos son los que sienten mal de mí, los que me quieren mal, los que me dañarían si pudiesen! Harto lo tengo conocido y averiguado; pero esos tales viven y por mí vivan cuanto quieran. ¡Qué contrasentido, qué locura fuera la mía si habiendo peleado por la libertad de mi patria ella no fuese libre por exclusiva culpa mía! Yo, quirites, soy ciudadano de esa patria común; aquí, en Roma nacido, educado, formado, de nobilísimo abolengo, a saber: de la gente cornelia, que por vuestra libertad hizo cosas grandes. Yo amo con amor de excepción la libertad, la dignidad, la salud, el poder, la gloria de esa República que no morirá. Quiero vivir sujeto a las leyes de nuestros mayores, a sus juicios, a sus costumbres, a sus instituciones. Declaro que a ellas acomodé toda mi vida. Quien las quiera conservar conmigo, a ése yo le ayudaré con mis recursos, con mis amigos, con mi persona misma. Quien quisiere poder más que las leyes y los derechos; quien quisiere imponerse al Senado, esclavizar al pueblo; quien promoviere una guerra civil, tened buen ánimo, quirites, que yo tengo previstas y tomadas todas las medidas para aplastar esta locura. Por todo esto, por entrar yo mismo en el camino que yo fortalecí para que se demuestre que en esta ciudad de ninguna cosa se hace tanta estima como de la libertad, de las leyes, de lo bueno y de lo justo, desde este lugar y este momento, le doy autorización para que reclame de mí todo caudal robado, todo campo requisado, todo asesinato de familiar o amigo o cualquier otro hecho que él crea ser injusto. Dispuesto estoy a responder de todo, en derecho. Y para que pueda hacerse con más libertad y sin riesgo, y porque no se descubra que yo dejé resquicio a la envidia y a la maledicencia, y para que no sea un obstáculo la dictadura, quirites, yo renuncio a la dictadura. Desatad, lictores, esos haces; quebrad esas segures. Soy un simple ciudadano.

DECLAMACION CUARTA

PUESTA EN BOCA DEL CONSUL MARCO EMILIO LEPIDO CONTRA SILA VUELTO A LA VIDA PRIVADA

ARGUMENTO

Pocos días antes que Sila dimitiese su dictadura, se celebraron elecciones consulares, y uno de los candidatos al consulado, entre otros, era Marco Emilio Lépido, personaje patricio, de la nobilísima gente emilia, hombre de admirable libertad y audacia, a quien, por serle aborrecible y odiosa la tiranía de Sila, éste no se avenía a que se le crease cónsul. Pero Pompeyo, que contaba con la entusiasta adhesión de todo el Senado y el pueblo, y ya había alcanzado los honores del triunfo por haber sojuzgado el Africa antes que fuese senador, trabajó con tanto entusiasmo la candidatura de Emilio, que consiguió hacerle cónsul con fuerte mayoría de votos sobre su colega Q. Luctacio Catulo, con muy vivo despecho de Sila. Emilio, pensando que era justo, y conforme con la dignidad y la majestad del pueblo romano, que Sila pagase las penas de tantas maldades, acúsale en presencia del pueblo romano de todos los crímenes que cometió antes de la dictadura y en la dictadura, con la esperanza de que, una vez Sila castigado, los desterrados que habían huído de las armas de Sila iban a volver a recuperar los bienes y las posesiones que habían perdido, pues éste era su deseo más agudo. Mas Sila, aunque retirado a la vida privada, con sus propios recursos y los de Pompeyo, Catulo, Craso y otros nobles, y con el prestigio que le quedó de su magistratura irresponsable, fácilmente se defendió de la enemistad y de los ataques del cónsul. Y no solamente no le pasó nada por la comisión de tantas fechorías, sino que llegó, poderoso y temido, a la muerte, y murió feliz, como siempre él había anunciado, si es que se puede ser feliz con tantos crímenes y maldades, con el sacrificio de tantos ciudadanos y aliados en la guerra y en la paz. Mas él consideraba que iba a ser feliz si quedaban en la impunidad tantos delitos, siendo así que fuera menos miserable si hubiera expiado una parte de sus desafueros.

DECLAMACION

Con razón, quirites, los dioses y las diosas todas y el mismo Rómulo, padre de esta ciudad, me ocasionaran la muerte y afligirían mi familia de infortunio, si, siendo yo miembro de la gente emilia, y que todos los días veo en mi casa las efigies de los héroes más fuertes y esclarecidos, de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo y de mis restantes ascendientes, que son como una prenda que me liga con vosotros y a vosotros os recomienda a mí perpetuamente, no dijese en voz muy alta lo que siento de la República y no defendiese, dado que no pudiera con mi palabra y con la

fuerza del derecho, con mi brazo y con mis armas, vuestra dignidad, vuestra gloria y vuestra libertad. De tal manera fuí adoctrinado y formado desde mi niñez hasta esos mis años, quirites, que pensé que toda la fuerza de mi poder estribaba en la libertad de ese pueblo, en la grandeza de ese Imperio, en la gloria y el honor de mi patria y que los merecimientos de mis mayores redundarían en mi lustre y honra personal, si entrara yo en ese mismo camino de beneficiar a la República que ellos siguieron. Degenerado de aquella virtud, no sólo no fuera ni Emilio ni Lépido, sino ni ciudadano siquiera, puesto que, nacido de tan ilustres mayores, no daba mayor rendimiento que cualquiera otro de la plebe, siendo así que aun los hombres de la plebe se esfuerzan por superar y ennoblecer a sus oscuros progenitores con la luz de sus claros hechos. Por todo esto que dije, quirites, como sea que mi linaje a todas horas me advierte y casi me apremia a ocuparme en vuestros provechos, ahora que a todos mis otros antecedentes se añadió el consulado, y habiendo recibido de vosotros tan señalada distinción, fácilmente juzgará cada uno de vosotros cuál sea la disposición de mi espíritu para con la República.

Aquel día mismo, quirites, en que me acerqué al servicio activo de la República y comencé a valorar lo que representaba mi familia y a lo que esa representación me obligaba, me hice cargo de cuán vergonzoso sería para mí no responder a sus méritos y a su nobleza. Y desde aquella hora en que, mediante elecciones por centurias, fuí elegido cónsul, formé el ahincado e inconmovible propósito de no tener ninguna cuenta con las riquezas, con los honores ni con la sangre ni con la vida, con tal de afirmar y afianzar vuestra libertad que veis oprimida por la arbitrariedad y la violencia de Sila.

Harto veía yo que empresa de tal empuje no era cosa de cualquiera, sino arriscado empeño de cónsul y aun de un cónsul a quien le invitaran al propósito generoso los ejemplos domésticos, y aun de un cónsul, del más noble abolengo, que con el poder supremo conjugase una egregia voluntad, denodado pecho, consejo previsor y riquezas no flacas.

Por todo esto, quirites, me presenté en ese lugar para exhortaros, cuando hubiereis entendido a quien servisteis antes y cuánto atropello y violencia habéis padecido, aun cuando creo que ninguno de vosotros lo ignora, a que conmigo asumáis el cuidado de vuestra libertad y de la República. Tenéis a un cónsul que está ciegamente dispuesto a serlo y en el desempeño de esta recia voluntad a poner no tenue empeño y pulcritud y a salir a desbaratar resueltamente los esfuerzos de esa pandilla y esa hez de ciudadanos apátridas y perdidos y a morir si importare, por la patria y por nuestra libertad. Tened buen ánimo, quirites, y haced ostensión de vuestra virilidad, pues vais a ver, con el favor de los dioses, a esa República, mientras yo fuere cónsul, tan libre como en ningún otro tiempo la vieron nuestros mayores. Tomé ya todas mis previsiones; estoy en la suprema magistratura, son gigantes mis arrestos para con la República, y mi patriotismo es fogoso e incontenible, que no consentirá que por un día más continúe esa ruin y vergonzosa servidumbre a la tiranía de Sila, ni que permanezcan sin vengar sus injus-

ticias y ultrajes indignantes infligidos por él a esa República, para que conozcan todas las gentes y todos los pueblos que a nuestro Imperio obedecen que no son súbditos de un pueblo servil y que ya no es romano, sino que es virilmente y enteramente romano; es decir, libérrimo, como conviene en el que con el esfuerzo de su brazo y de su mente impuso su victoria sobre toda la redondez del orbe.

Yo no acabo de comprender, quirites, cómo puedan resignadamente las restantes naciones estarnos sujetas y obedecernos, como sea verdad que no somos señores y dueños de nuestros destinos. Yo no entiendo cómo siendo ellas libres se pueden avenir a estar a las órdenes de esclavos, y lo que constituye la más vil de las indignaciones: de esclavos de un autócrata violentísimo, de un ladrón repugnantísimo, del más inhumano y perverso de los parricidas.

¡Oh Júpiter santo, que tantas veces tutelaste esa ciudad y tantas veces la salvaste! Mientras amontonaba los cadáveres de los asesinados en el propio foro; mientras ejecutó contra el pueblo libre un nuevo e inaudito linaje de crueldad, no hubo nadie en ese pueblo que osara emitir la voz del hombre libre, siendo así que ni aun en la propia manada de esclavos no faltan nunca quienes hablen con entera libertad a su amo enojado. Pero ése nos trata no como siervos, pero ni siquiera como hombres. ¿Quién hubo jamás que a sus esclavos les tuviera en tan sarcástico ludibrio y que luego de haber matado a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos tuviese la hipócrita jactancia de decir que lo hizo por su bien? Si pensara que eran hombres, no se regodearía con el fiero gozo de ver cabezas y troncos, ni se complacería en jugar con la vida y con la sangre. Pero nosotros estamos desvirilizados, y todo lo sufrimos con paciencia. Hasta tal grado en esa ciudad nuestra cayeron en desuso las costumbres de nuestros mayores y aquella nuestra añeja y no domada libertad. Decidme, por favor: ¿Qué acarreó L. Sila a esa República? ¿Que no se creyó facultado, no digo ya para hacer, sino para pensar? A nadie puede serle lícito, aun actuando sobre esclavos comprados, por más que no nos tenga en mucha mayor estima. No tenía mucha más licencia que la que tiene cualquier ciudadano, pues en esta democracia la libertad es patrimonio común. Si aquel famoso Camilo o los Escipiones, el primero o el segundo, hubieran tenido en esa ciudad más atribuciones que otros muchos, acaso fueran muy pocos los que admiraran cuánto de hazañoso y de glorioso hicieron por la República aquellos varones preclaros. Y es de saber que Camilo recuperó esta ciudad del incendio y las ruinas de los galos, y que los Escipiones rechazaron, vencieron, sojuzgaron a los cartagineses, enemigos los más encarnizados y peligrosos de nuestro Imperio. Pero L. Sila no hizo aquí más que gallardear y señorear y promulgar una ley (con perdón de los dioses) en que erige su capricho en norma de gobierno. ¿No es ésa una monstruosidad horrenda y un pecado sin posible expiación? ¿No equivale esto a la expugnación y toma a mano armada de esta República? Esto, a mi ver, no es más que un tributo a su linaje y a sus mayores. Si alguno hay entre ellos de algún renombre, es aquel tristemente célebre Rufino, ennoblecido más por su ignominia que por su virtud. ¿Quién conoce a aquel Sila que fué flamen

quirinal; y a la restante taifa de Silas, quién los conoce? Pero acaso quiera Sila que se silencien sus ascendientes y se hable de él. Recorramos, si os place, el discurso de esta vida suya y los sucesivos escalones por donde se encaramó a ese tiránico autoritarismo tan calamitoso y funesto para el pueblo romano.

Inquilino en su primera edad, más querido de su madrastra de lo que era debido cuando era muchacho, aprovechando bien sus noches consiguió las heredades de ella y la de Nicópolis, la famosa ramera. Y a continuación, ahitado de comilonas, revolcándose en todos los lupanares, enfangado en placeres y en estupros y empringado con aquellos ungüentos que él primero soportó y luego hizo soportar, regoldando manjares y vino, fué trotero de toda la ciudad. Sabéis que esto no son invenciones mías. Muchos de vosotros le visteis vomitando bocados indigestos y vino maloliente, al mediodía, en pleno foro. Doctísimo muy de temprano en amar y ser amado, conducíase de tal manera que indicio certero de costumbres estragadas era el que uno fuese amigo y familiar de Sila. No había tahur en esta ciudad, ni rufián, corruptor de mozos él o corrompido, no había comediante, ni bufón, ni adúltero, ni hombre malo y vicioso que no le fuesen a Sila íntimos y carísimos. Con esa laya de hombres practicaba sus convites diurnos y sus torpezas nocturnas. Sáqueme alguien a un ciudadano bueno y honrado que le fuese amigo, o a un ciudadano malo y perdido que le sea ajeno. Mentiré si su vejez no atestigua ser como fué su juventud. Mirad su cuerpo triturado por la artritis en todas sus articulaciones y arruinado por mil dolencias. No os será difícil comprender de qué raíces nacen esas ramas y esos frutos. Comprado después por su bella apostura y por dinero copioso, el favor de determinados hombres subió rastreando a la cuestura. Demasiado sabéis cuán desabridamente llevó Mario que a él, varón severo y educado en aquella tétrica escuela castrense de Escipión y mientras conducía una guerra sumamente peligrosa y difícil, que se le diese un cuestor, amollentado por la lujuria y estragado por su vida rota. Con todo, marchó a Africa y capturó con felonía a su rey. Y todo lo de Sila es así. No sin gracejo y agudeza, Norbano decía que más que al león temía a la raposa de Sila. Nuestros mayores advirtieron caballerosamente a Pirro, rey pujante, que guerreaba en el suelo de Italia y que se perecía por el gobierno de esa ciudad, que se guardase del veneno, y a Servilio Cepión porque fraudulentamente mató a Viriato, que era un bellaco perfecto, le infligieron una multa.

Y ése, en cambio, tiene por una hazaña hermosa y gloriosa haber recibido maniatado a un rey inerme, traicionado por otro rey, su suegro; como si de esta proeza no fuera capaz cualquier ladrón o el más cobarde de los esclavos. ¿Qué alabanza hay en conducir a donde se te antojare a un hombre que se te entregó atado de manos? Y, con todo, esto es lo que representa la piedra de aquel funesto anillo que levantó guerra tan grande, que causó tanta mortandad, que pilló tantos bienes de ciudadanos. Y ahora se nos obliga a mirar en el Capitolio, en una estatua de oro, el recuerdo monumental de esta fea acción. No quiero decir el vergonzoso descrédito que nos ocasionó, entre muchas naciones, cuando os echan en rostro que ya no vencéis en pelea franca y con bélico valor, como vuestros

mayores, sino con artimañas traicioneras. Esta es la magnífica victoria de Sila, de la cual volvió a nosotros tan rico, que no sin razón dijo Manlio que no es posible que sea hombre honrado el que, habiéndole dejado pobre su padre, súbitamente allegó riquezas tan insolentes.

Con esas riquezas compró la edilidad, tras la derrota de la pretura, después compró la misma pretura, con cohechos y larguezas odiosas e intolerables. Y como fuese que él con demasiada frecuencia hiciese alusión a *su pretura*, C. César L. F. replicó que con razón le llamaba *suya*, pues la había comprado y pagado con dinero contante y sonante. Partido a Capadocia, vivió en juerga perpetua, y no viene a cuento mentar de qué manera. Vosotros mismos oísteis a los legados de aquellas gentes. Y si P. Censorino hubiera llevado adelante su acusación por cohecho con el mismo arrojo con que la había comenzado, Sila hubiera sucumbido a la merecida condena y nosotros, ahora, tendríamos a nuestra República libre y floreciente. Pero no habiendo Censorino acudido al emplazamiento, él se quedó exento, con gravísimo daño de toda Italia, en franquía para el consulado, para las guerras civiles, para la perdición de esta ciudad. En la guerra social, y vosotros lo oísteis, se jactó de haber vertido mucha sangre de aliados. En esa guerra en que la calamidad recaía exclusivamente sobre Italia, sólo merecen alabanza aquellos jefes que condujeron la guerra con clemencia y prudencia suma y usaron de la victoria con tal templanza, que se demostró que ellos no hicieron más que mitigar el encono de los combatientes y aplacarlos y reconciliarlos en el amor de la República, pues los aliados en aquella guerra no pedían nuestra sangre ni nuestras vidas, ni luchaban para arrebatarnos nuestra ciudad, sino con la única pretensión de ser recibidos en ella.

Vengamos ahora al glorioso consulado, bajo el cual Roma hubo de ver, espectáculo luctuoso, chocar en pugna civil sus huestes y sus banderas. Esa mancha y esa peste estallada aquel año de ominosa recordación durarán grabadas al fuego por siglos imperecederos y serán referidas por la posteridad con gran gemido y pesar, y serán objeto de execración aquellos tiempos en que siendo cónsules L. Sila y Q. Pompeyo, dieron comienzo las guerras intestinas, dándose a las generaciones venideras el abominable ejemplo de hacer chocar huestes armadas por la misma patria. La odiosidad de esta guerra la echa Sila sobre Mario, como si no fuese él que con su furor y demencia arrebatada, con sus injustas y acerbas mordeduras a la gloria de Mario, quien le irritó y azuzó, no a la guerra civil, sino a despojarle de la gloria de aquella provincia y de la guerra. Y como se hubiese dado una ley ¿por ventura no se imponía, Sila (pues tengo comezón de apostrofarte y hablar un poco contigo), obedecer las órdenes del pueblo antes que con tu impío ejemplo introdujeses la primera discordia civil? Pero dícesme que era un bellaco el tribuno de la plebe y que aquella ley era inicua. Que fuese bueno o malo el que la daba, ninguna importancia tenía: era el tribuno de la plebe. Y por lo que toca a la ley, no veo por qué la llamas inicua, pues fué impuesta por el pueblo, si ya no es que aquello que no te conviene tú lo reputas inicuo. ¿Crees, acaso, que el pueblo no tiene autoridad para poner al frente de los ejércitos al general que le pluguiere y enviarle

a sus campañas? Recelo que tú no lo piensas así, pues de otra manera con tu ley no le hubieses quitado ese derecho. Pero, dime: ¿a quién designaba? ¿Acaso a un hombre que no supiese qué era el pelear? Era nada menos que a Mario, que en las acciones de Escipión sobre Numancia, luego de haber dado inequívocas muestras de su valor, quedó de tal manera acreditado que, preguntado el mismo Escipión, en el caso de que le ocurriese a él alguna contingencia desagradable, qué caudillo había de escoger la República, señaló a Mario. Y más tarde, en las expediciones militares de los otros y en su gran mayoría en las suyas propias, venciendo siempre, se había hecho viejo. ¿Que fué un hombre desafortunado en las guerras? Pero si Mario no sólo no fué vencido en ninguna guerra, sino en ningún combate, habiendo intervenido en muchos hechos de armas y desempeñado muchos caudillajes, y siendo el hombre en cuyos brazos, en cuya lealtad, en cuya buena suerte, en cuya lucida fortuna la República se había echado en sus más graves crisis. Si en la guerra címbrica no tuviera él la capitanía, todo eso que ahora es nuestro fuera de los cimbros y de los teutones, por más que aun ahora no quiere Sila que sea nuestro. Lo indudable es que nosotros no estaríamos aquí; quienes estarían aquí serían los cimbros y los teutones.

Pero era viejo, dices. Como si en el caudillo, como en el militar se desearan la edad y las fuerzas físicas, y no con mejor acuerdo el consejo y el arte de mandar. ¿Es que eran jóvenes aquellos antiguos: L. Quintiliano Cincinato, creado dictador contra Sempronio Melio; joven, M. Valerio Corvino, que obtuvo su sexto y séptimo consulado, a punto de remontar los setenta años; joven, Q. Fabio Máximo, cuando asumió la dictadura, en frente de Aníbal, para salvar a la patria del despeñamiento? Mas a ti, Mario, a quien envidiabas, a quien profesabas odio entrañable, ya te parecía viejo y caduco, no sólo en su sexto consulado, sino en el segundo: varón grande en todo linaje de guerra, pues dirigió casi todas las de su tiempo, y por el pueblo que se lo rogaba, creado tribuno de la plebe. No es posible dudar de que tú, con depravada mente y torcida intención, le declaraste a él, o, mejor, a la patria, le declaraste la guerra. De esta bellaca intención tú diste pruebas inequívocas, cuando ordenaste y mandaste que fuesen molidos a pedradas los legados enviados por el pueblo romano. Como el cartaginés y como el galo empujaste hacia la ciudad, para ocasionar la perdición de la patria, unas legiones alistadas para defensa y tutela de la patria. Y, por cierto, que vinisteis por aquel mismo camino por donde vino Aníbal. Como si fuera poco haber dado muerte a los legados, maltrataste a los pretores que se te fueron enviados, y para que la ignominia llegase a su colmo, no faltó sino que no fueran degollados; hiciste menosprecio y burla de una legación que llegaba en son de paz y tomaste la ciudad con una crueldad más brutal que la de los galos. No tuviste otro rayo, no tuviste en aquel tiempo otra tea que aquella antorcha encendida que blandías y con la cual amenazabas que ibas a prenderle fuego, si los ciudadanos, que de todo su poder y con todos los recursos que tuvieron a mano defendieron su libertad y su vida de tus ladrones y de tu temeridad violenta y desapoderada, hubieran dejado que pillases la ciudad y la hacinases de cadáveres. Que a ti, Sila,

esta idea pudiera ocurrírsete y que así hubieras podido manifestarlo y que a pesar de todo todavía vivas, es un pecado tan grande nuestro y un índice tan elocuente de nuestra cobardía, que no somos dignos de vivir, porque lo toleramos, y más indignos todavía de continuar viviendo si seguimos tolerándolo en adelante. Esta monstruosa declaración tuya ni aquellos legendarios Brutos, ni los Fabios, ni los Camilos, ni los Escipiones que amaron a la patria con un amor fanático consintieran que la hiciera impunemente ningún Tarquinio, ningún jefe galo, ni ningún caudillo cartaginés.

¡Qué empachosa vergüenza la mía, quirites, y qué atroz remordimiento el nuestro, que L. Sila, hombre flagicioso y bravo ladrón osara decir que él iba a incendiar la ciudad y que luego se le permitiera que viviese en Roma con toda campechanía y frescura. ¿Frescura, dije? Con la más desapudorada insolencia y en situación de realizar lo que entonces amagó. ¿Tú, parricida; tú, corruptor y hollador de todo derecho humano y divino, luego de haber dicho aquellas palabras, osas pronunciar el nombre de Cornelio? ¿En qué linaje están aquellos dos Escipiones, Publio y Cneo, que porque Asdrúbal no pasase a Italia a reunirse con su hermano, embarazándole el camino con sus cuerpos, cayeron en sus puestos por la patria? Y tú, con arrestos para prender fuego a la ciudad, Cornelio, engendro ruin de aquella *gens Cornelia*, que produjo a los dos africanos, aquellas dos cumbres, aquellas dos lumbres del Imperio romano, uno de los cuales, porque la libertad de la patria no quedase sacrificada por él, él se sacrificó a la libertad de la patria y marchó al destierro voluntariamente, porque de la urbe la libertad no se desterrase un punto. ¿Y tú hubieras prendido fuego a la ciudad, en donde radicaba la casa solariega, no diré tuya (pues tú jamás tuviste domicilio que pudieras llamar tuyo en buen derecho), pero sí, ciertamente, de la familia de los Cornelios, de la cual quieres que parezca que eres engendrado, y en una ciudad en donde estaban tus penates, tus sacrificios públicos y tus sacrificios privados? ¿Tú prendieras fuego a la ciudad cuyo ciudadano eras y que era patria tuya? Si la quemaras, antes fueras quemado tú; dime: ¿de qué ciudad serías ciudadano? ¿Acaso de sus cenizas? ¿Tú ibas a incendiar aquella ciudad, que fundada y asentada por Dios, hijo de Dios, con eternos auspicios, con tanta fuerza suya y con tan señalado amor de los dioses para con nosotros, se remontó a la mayor empinación de poderío humano? ¿Tú, Sila, ibas a incendiar esa patria tuya que no quiso asolar ni el propio Aníbal, enemigo el más encarnizado del nombre romano? Pero es que tú solo fuiste para nosotros más pernicioso y atroz que muchos Aníbales. ¡Oh expresión, recia para quienes la oyeron; afrentosa para nosotros si quedara inulta, calamitosa, según espero, para ti, pues aun cuando murieses, feliz, como te imaginas, y propales jactanciosamente, con todo, en el infierno pagarás las penas de maldades tan nefandas, debidas a los dioses inmortales, y a la patria, y a tus víctimas. Pero oíd lo que resta por decir.

Como viese Mario que Sila atacaba a la patria con ánimo tan sañoso y con tan frenética locura, por no abandonarla, dado que tantas veces la había salvado, arma él a su vez, con apremios de tiempo, a sus amigos y opone un dique a ese furor.

Habéis visto a los ejércitos de Roma trabados en lucha en el propio foro. Y una vez que el viejo luchador, sin suficiente preparación, hubo sucumbido a la desgracia, ese cobarde que vino al cabo con una victoria que no merecía obliga al Senado prisionero y aterrorizado a que declarase enemigos a ambos Marios, al padre y al hijo, y también a Cetego y a otros clarísimos personajes, luego de haber matado previamente a vuestro tribuno de la plebe. Y no es cosa que espante demasiado eso de asesinar a un funcionario inviolable a quien destruye y descuaja toda esa dignidad, rodeada de tanto prestigio y creada por nuestros mayores para patrocinio y amparo del pueblo. Hablaré un poco más adelante de esta herida que se infligió a la República. Así es que para ése nada valió, ni la santidad del poder tribunicio, ni Italia, por Mario salvada dos veces, y ni aun a Mario le valió ese gladiador que por él fué salvado. Y es él, precisamente, quien intenta presentar a Mario como reo de ingratitud para con Metelo. ¡Oh tú, espejo de gratitudes! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué otro ser abortó la Naturaleza más ingrato que tú? Cuestor habías sido de C. Mario, según costumbre de los mayores, y él te estaba en lugar de padre. Mario te había acogido y dado reparo en su casa, mientras ibas huyendo de las armas de Sulpicio. Si Mario hubiera querido entregarte a Sulpicio, que era su amigo, a ti, que eras su enemigo, no viéramos en la República males tamaños. Con tu sola inmolación aplacárase todo el enojo del Cielo contra nosotros. Si Mario pecó en algo por lo cual los dioses enojados le hicieron padecer destierro, cárcel, cadenas, miseria y sordidez, fué en el hecho de salvarte a ti, peste y calamidad de la patria, o, por mejor decir, te echó entre nosotros.

Expulsado fué, pues, Mario, expatriado e indigente de aquella tierra de donde él había expulsado muy fierísimos enemigos y que si no hubiera sido por él, ni el mismo Sila, ni esta propia ciudad subsistiría en este momento. Echado fué con él su hijo, inofensivo en absoluto; ningún mal había hecho aquel ser bueno fundamentalmente a quien tú, con tu rabiosa crueldad, exasperaste.

Por fin, marchaste hacia aquellas minas donde madura el oro, y hacia las presas asiáticas, por las que tan ansiosamente y tan prolijamente habías suspirado y boqueado, para henchir tu propia voracidad y la de tu ejército. Allí, haciendo uso de tus manejos y trazas habituales, luego de haber solicitado a Arquelao para que invadiese el reino y convencídole con un soborno espléndido y más espléndidas esperanzas que entregase el ejército, acabaste con las huestes de Mitrídates, traicionadas y abandonadas por su jefe.

Vuelve Mario, entre tanto, llamado por Cina. No es preciso rememorar la grandeza de los daños que aquél ocasionó. La culpa de tanto desafuero, quien rectamente lo quisiere reflexionar la echará, no tanto sobre Mario como sobre Sila. Este fué el primero que enseñó a luchar a ciudadanos con ciudadanos y a acosar a los ciudadanos enemigos con el hierro fratricida; él había exacerbado hasta la ira y el furor el genio acre del anciano con aquel destierro injustísimo y tan soportable de llevar, puesto que le despojó y privó de todo socorro y auxilio humano, por manera que para conservar su vida y su salud necesitó una asistencia especial de los dioses. Con esta singular benevolencia no

hacían los dioses más que mostrarle su gratitud por haberla merecido, cuando ése, cuando Sila, vencedor por sus armas y por su inhumanidad de tal manera se ajenó las mentes y la opinión de Italia, que una parte de ellas no reconocían el beneficio y la otra parte lo disimulaba.

Esto era lo que nosotros padecíamos aquí. Y él, entre tanto, con nuestro ejército, en Alizia y en los restantes lugares de Grecia, señalados por la belleza y amenidad de su sitio, dando cita allí a esos infames y repugnantes grieguecillos y seleccionando de todo su ejército lo más perdido y raez, compañeros y particioneros de sus anormales liviandades, por el mismo estilo en que había entretenido, marchitándolas, su adolescencia y su juventud, atolló en comeres y en placeres de día y de noche. A la manera griega bebíase a caño suelto con mucho griterío y altercados; todo eran baños y juegos de azar; asistían rameras, cómicos y cómicas. No faltaban algunas matronas nobles, buscadas con sagacidad por los servidores y proveedores de la lujuria de Sila. No había linaje de torpeza y de maldad que pasasen por alto ni él ni su pandilla de disolutos. Era aquélla una monstruosa soltura de todas las impurezas imaginables, hasta el punto que aquellos infames griegos confesaban que ellos mismos, así como en las armas, habían sido también copiosamente superados y vencidos en disolución y en liviandades que no debieran tener nombre. Jamás, en ningún bodegón o taberna clandestina, jamás se vieron juergas como en el propio pretorio de nuestro austero e intachable jefe militar. No tenía fin el asombro de los griegos oyendo que las restantes naciones y pueblos ponderaban con vivas recomendaciones la reserva púdica, la sana austeridad, la frugalidad romanas, en contraste violentísimo con lo que allí, por sus propios ojos, veían hacer a nuestros hombres. Jamás ellos se atrevieran a imaginárselo, ni jamás lo habían oído o leído de los siracusanos, de los sibaritas, de los tarentinos, cuya disolución y licencia eran proverbiales. Y habiendo, al fin, salido con su propósito en lo referente a Mitrídates y pagado a Arquelao el salario indigno de la traición, y permitido que el rey se marchase a Asia, libre, suelto y alegre, henchido e hinchado con la riqueza mitridática, vuelve al suelo patrio a renovar las guerras civiles y a abrir de nuevo las cicatrices de esta ciudad.

¿Qué haces, Sila? — decían los mejores—. ¿Por qué vuelves contra las entrañas de tus ciudadanos las armas empuñadas contra Mitrídates? ¿Por qué dejas que se vaya inulto e impune un rey que con la mayor de las injusticias y la más hazañosa de las felonías en una jornada sola degolló más de ochenta mil ciudadanos romanos, luego de haber dado muerte a nuestro legado, varón consular? ¿Por qué no vengas tan monstruoso ultraje hecho a la patria, como lo requerían la dignidad y las conveniencias de este Imperio y la seguridad y guarda de los ciudadanos que andan por sus negocios por las provincias? ¿Porqué, a vista de tu ejército estremecido de indignación y coraje, contemplan todos con la boca abierta cómo se va tranquilamente y sin daño aquel en quien debieran ejecutarse y ensañarse suplicios de nueva invención, pues los conocidos no eran suficientes: ahito de sangre romana, burlándose de esta República y de los ciudadanos romanos? ¿Por qué no consumas su derrota, luego de haberle vencido en dos ba-

tallas grandiosas y no le conduces, en triunfo, delante de tu carroza? Acudí, corrí, volé, dice, para traer socorro a la patria, y concerté con él una paz cualquiera. Tú, cuando Mario y Cina zarandean esta ciudad, te das la gran vida en Grecia y te manchas y te cubres de crimen y de suciedad, y ahora, cuando Mario murió y está muerto Cina, apaciguadas las guerras, establecida la República, renuevas la memoria de las guerras, despiertas a las que ya dormían, en el mismo proceso de cicatrización, reabres las heridas de la doliente República, y por si quedaba alguna sangre en el afligido organismo de la ciudad, tú te apresuras a extraerle la última gota. Despegado del enemigo al cual habías sido enviado, vienes a nosotros y no dejas que la República tenga un momento de alivio y de convalecencia. Si allí de donde vienes no había enemigo, tenías que buscarlo; todo antes que varear y sacudir a tu patria y a toda la Italia con una nueva y muy grave convulsión bélica y verla ardiendo, asolada, devastada. Por esta misma causa cuánto mejor no fuera que tú en aquella tierra esperases la guerra que decías que se te infería, que no que, a volapié, te trasladases a Italia. ¿Es que no creías que era más ventajoso para ti acaudillar un ejército en aquellas regiones que tú conocías más que tus ciudadanos enemigos; dejando luego allí en aquellos pueblos, y no aquí en tu patria, los daños y las destrucciones que, necesariamente, son la obligada secuela de la guerra?

Tres años mortales se ha guerreado aquí en Italia; tiempo suficiente para conquistar toda el Asia. ¿Qué otra cosa pueden desear nuestros enemigos y ver con mayor fruición como contemplar a nuestras fuerzas vueltas contra sí propias, invencibles, en pugna con los otros pueblos, y consumiéndose y extinguiéndose en lucha consigo mismo? Callo la devastación y la ruina de esta tierra: se ha luchado en Canusio, en Sacriporto, en Fidenas, a las puertas de la ciudad, en muchos otros lugares. En estas peleas cayeron más ciudadanos de los que hay ahora en Roma, más de los que murieron cuando la prisión de Roma por los galos, más de los que sucumbieron en las guerras púnicas, que fueron las mayores que vió esta ciudad. No abrevado a placer ni saciado con tanta sangre civil, tomas la ciudad, más que antes sediento de sangre, como cuéntase de los que padecen hidropesía, cuya sed se recrece tanto más encendida y cruel cuanto con mayor largueza bebieron.

Estas son, quirites, las ilustrísimas hazañas de Sila antes de la dictadura. Con estos merecimientos se alzó con la suprema magistratura y el poder de Roma y se promulgó la ley por nuestro cónsul de cónsules: *Que podía matar impunemente al ciudadano que se le antojase.* Y ello a pesar de que nuestros mayores no quisieron que nadie entendiese en causa capital de un ciudadano romano, sino todo el pueblo, y ello en grandes comicios de los que llaman *Centuriados.* Y aun cuando veis que en esta enumeración que hice existen crímenes que no podrían borrarse ni expiarse con mil muertes, con todo quiero que le perdonemos y le condonemos todas estas deudas atroces, puesto que los que resultaron vencidos tuvieron alguna responsabilidad en esas guerras. A algunos no les pareció injusta del todo esa victoria; mas, lo que se siguió, de todo lo cual Sila es exclusivamente responsable, pues que procedió todo

de su iniciativa, es tan horrendo, tan atroz, tan monstruoso, que todo lo anterior, comparado con ello, parecen bagatelas y niñerías.

¿Qué será, quirites, lo primero que voy a decir? ¿Dónde tomaré comienzo? ¿O qué es lo que debo decir en puridad, cuando se me ocurren tantas cosas que no sé a las que debo dar la primacía y recelo que con la obligada precipitación sean más y mayores las atrocidades que callaré que las que diré?

¿Esperáis, acaso, que yo vaya a puntualizar aquí aquello que ni mis padres ni los restantes mayores vuestros pudieron decir sin terror ni oírlo sin la indignación más viva? ¿Esperáis que me queje y que deplore que algún ciudadano romano fué azotado contra nuestra libertad, a pesar de las leyes Horacia y las Valerias, y Porcia y las Sempronias? ¿Esperáis que os diga el que fué conceptuado más grave atropello suyo, a saber: que fué muerto un ciudadano? Harto sabéis vosotros, quirites, que cuatro legiones de ciudadanos inermes, que pedían y volvían a pedir paz y el cumplimiento del pacto hecho, que imploraban e invocaban el testimonio de Júpiter y de los otros dioses, y la fe de los ciudadanos y de la libertad romana, fueron empujadas al degolladero. ¡Triste de mí, que me fallecen palabras y el dolor me traba la lengua y me causa miedo vuestra paciencia excesiva: cuatro legiones de ciudadanos nuestros están formadas en armas, dispuestas en orden de batalla, apercibidas para la pelea, esperando el son del clarín, y he aquí que con su artimaña habitual las arenga L. Sila para prenderlas en las redes de su astucia capciosa: díceles que entre ciudadanos cualquier paz es preferible a cualquier guerra; adviérteles que él es ciudadano también; que están en el santo solar de Roma en presencia de sus penates, de sus esposas, de sus hijos; les avisa y les exhorta a que salven su vida, si no para la patria, al menos para sus hijos. ¿Por qué decir más? A aquellos infelices se les ocurre que ellos se enfrentan contra ciudadanos, en disposición de recibir o de causar estrago ante los muros y los templos de la patria; determinan que más vale llegar a una avenencia del modo que sea que trabar pelea civil; pactan la vida con Sila, se la concede e inmediatamente les hace deponer las armas. Pensando aquellas legiones que aquella orden era señal de paz y de perdón, conforme observaron siempre nuestros mayores, no ya con los ciudadanos (pues fué por ellos desconocido ese sacrílego furor que no les espoleó jamás), sino con los enemigos vencidos y las ciudades o campamentos tomados, bajo la fe de Sila, echan las armas de las manos y esperan y desean con gozo no disimulado el abrazo de parientes, deudos, afines, amigos y compatriotas. Sila manda a los jefes de sección que mientras él discurseará en el Senado, cuiden de que todos sean muertos. Con diligencia cumplen los jefes el mandato. No con tan inmisericorde ensañamiento mataron a fieras salvajes que hubieran hecho gran daño a la ciudad, como a aquellos ciudadanos innocuos, y mientras unos intentan defenderse, otros pugnan por escaparse y otros son heridos y dan vueltas dentro de aquel cerco de muerte, el llanto y la gritería llegan a los oídos de la mísera ciudad aterrorizada.

¿Quién, en aquella ocasión, no se encendió en despecho irrefrenable? ¿A quién, entonces, no le pesó la vida? El Senado, azorado, creyéndose encerrado en la curia para el

mismo suplicio, distraía su espíritu y sus pensamientos de la oración de Sila y cada uno los volvía a sí, a su casa, a su fortuna, a sus esposas, a sus hijos. Espántome yo que en aquel trance no salieran todos enloquecidos del gran miedo y que no dejaran a aquel parricida con la palabra en los labios, y que cada uno no corriese, como en casos de incendio o de peligro común, a su propio socorro. Y no me extraña pizca que aquel ladrón fiero y férreo pudiera mantenerse en el tono de su oración comenzada, puesto que como veo que fué engendrado por la Naturaleza para perdición de los ciudadanos, ya estaba en aquel entonces curtido en la siniestra experiencia. Oíd, quirites, la explicación de ese hombre y atreveos a negar que por vuestra inmensa cobardía le correspondió por tan largo tiempo el disfrute de la vida: *Teneos quedos, senadores*—dijo—; *son unos pocos malhechores que mandé castigar.* ¡Oh Júpiter! ¿Y tú oíste impasible estas palabras? ¿Qué es, pues, lo que te mueve? Monstruo de Sila: ¿y tú dices pocos a cuatro legiones? Al despedazar, al degollar, ¿tú le llamas castigar? ¿Fuiste tú el inventor de tales denominaciones para tales realidades? ¿A quiénes llamas muchos? ¿A qué degollar y despedazar atrozmente? ¿Y tú, prodigio de maldad, cuando nuestros mayores quisieron que toda la ciudad estuviese atribulada por la ejecución de una sola cabeza, mandas al Senado que se tranquilice, mientras se perpetra el degüello de tantos ciudadanos? No; tú, ladrón procacísimo, no respetaste aquel lugar donde te sentabas ni reverenciaste los templos de los dioses inmortales ni la majestad del orden senatorial ni aquella tu fe perfidísima que diste, haciendo escarnio de la vida de aquellos ciudadanos y del temor de aquellos senadores, buscando expresiones con que demostrases que te importaba un bledo ese Imperio y la vida de todos nosotros, y la lealtad, y los pactos, y los dioses todos. Si hubieras quebrantado así la fe dada a cuatro legiones enemigas, ¿con qué suplicios podrías expiar maldad tamaña? Pero, mediando un degüello general de ciudadanos, que era deber tuyo conservar sin haberlos dado fe alguna, con que quede sobre el haz de la tierra un solo monstruo que se llame Sila, merecedores somos todos de morir.

Negáronse al fuego y a la sepultura los cadáveres de los sacrificados; los verdugos mismos, con garfios, los arrastraron y los echaron al Tíber ignominiosamente. Ya sabéis cuánta fué en aquellos días la redundante crecida del río, no porque hubiera experimentado aumento de caudal, sino porque la mole de cadáveres, a manera de catarata, embarazaba la corriente. Y cuando, llegados rodando al mar tan gran número de cadáveres, chocaron con el agua ensangrentada, aquellos cuerpos se desparramaron por orillas diversas. Por esos mismos días Sicilia y la Galia y Africa, como por los rasgos físicos y el indumento conociesen que eran ítalos, creyeron que la Italia toda, por algún enojo del Cielo, había caído a pedazos.

Y habiendo hablado de estos ciudadanos nacidos aquí, y de ese crimen gigantesco cometido ante los ojos de la ciudad y de los penates de esa urbe, ¿qué oportunidad va a tener el hablar de los prenestinos, de cuya ciudad, luego de sacar cinco mil hombres inermes y luego de haberles dado Cetego garantía, mandó despedazar y desparramar por los campos? Y a seguida, entrando en la ciudad, en un acceso de rabia,

los extermina a todos. ¿De qué crimen eran reos tantos millares de ciudadanos romanos? De uno que ya era suficiente para esa hecatombe colosal, y es que pudieron morir.

Y ése ahora, con la mayor inverecundia, para remate de las feroces burlas de que os hace objeto, jáctase de su hemofobia y encarece su templanza, y cita el caso de Atenas, tomada por él. ¡Ah, de nuestro gran misericordioso! ¡Ah, del filántropo tierno! ¿Por qué una sola partecica de la mansa blandura de tu temperamento no la experimentaron tus ciudadanos? ¿Y qué más querías haber hecho en Atenas?

Omito aquellos otros lugares, anegados en sangre y henchidos de cadáveres; entre Dífilo y Ceramio, digo, sitios separados entre sí, y no por una distancia exigua, y que aparecieron sembrados de cadáveres. ¿Por qué te dueles de no haberlo hecho? ¿Por qué te jactas de haberlo hecho? ¿Acaso porque dejaste allá a alguno para semilla, como dicen, y porque no descuajaste de raíz aquella gente, como descuajaste radicalmente a los antedonenses, larienses, alcenses, de tal modo que apenas sus nombres sobreviven?

Pero ¿por qué refiero los exterminios llevados a cabo en Grecia? Pregunto qué es lo que hiciste aquí, aquí, en Italia. En Preneste no tenías ni ciudad ni fortaleza ante los ojos; nadie azuzaba el instinto de tu crueldad impetuosa. Aquí, en Roma, la vista misma de la patria no te pudo amansar ni mitigar ni aplacarte para tus ciudadanos. Estáis oyendo, quirites, que tal y tal otra ciudad, con sus ciudadanos y los nuestros, fueron arrasadas; estáis oyendo cómo cuatro legiones de ciudadanos fueron aniquiladas ante vuestros propios ojos, y eso que había mediado de una parte y otra una fe cuya no observancia entera y total para con un enemigo es una cosa destestable; y no luego, al punto, aguijados de ira y de furor, me dejáis a media arenga y no corréis a su caza, y no derribáis sus estatuas y monumentos, y no derrocáis su morada y sus penates, y no acabáis con su familia infame, y no tomáis en su persona el castigo, ya que no el condigno (¿qué castigo puede serle condigno?), el posible y practicable?

¿Qué cosa habrá, pues, que os excite? ¿Vuestra misma muerte (¡que no permita el Cielo!) o la espada fiera hundida en vuestro cuello o en vuestro costado? Pero esperáis, creo yo, ¡tanta es vuestra moderación!, y queréis que yo, caudillo y cónsul, arrebate el primero el fruto de aquella gloria. Mi parabién, quirites; no faltaré a mi linaje ni a mi magistratura; no faltaré ni decepcionaré vuestros bríos, siempre que vosotros os impongáis de quiénes sois y traigáis a la memoria de qué mayores sois nacidos. Con todo, quiero terminar ese discurso que emprendí para que entendáis que, desde que existen hombres, no abortó el linaje humano monstruo más nefasto, más ambicioso, más malvado, que ése; y que son pocos los que pudieron imaginarse los males cuantiosos y fieros que éste sólo nos acarreó. Todo eso que dije parecía hecho por él con las armas en la mano, si bien contra todo derecho, contra las leyes, contra lo justo y lo bueno, contra la religión, contra la fe y los dioses todos, pues ése no teme a los dioses ni les estima más que a los hombres a quienes burla y escarnece. ¿Cuántos hay en esta ciudad que sepan que el Capitolio, que él, mintiendo, dijo que había sido incendiado por acción directa de Carbón, ardió por orden y dili-

gencia del mismo Sila? ¿A qué viene hablar del pillaje sacrílego de los suyos, de los templos y de los santuarios en Asia y Grecia? Ese ladrón sacrílego despejó el oráculo de Delfos, nobilísimo en todo el orbe, y luego de haberse oído la voz de la cítara de Apolo en el fondo del sagrario, no de otra manera que Dionisio, el tirano siniestro de Sicilia, Sila hizo objeto de irreverentes donaires a la religión, y con maligno gracejo ridiculizó el numen del mismo dios. El templo de Epidauro, a quien en días sombríos de pestilencia virulenta, esta ciudad, aleccionada por los oráculos sibilinos, acudía a demandar salud, socorro y auxilio del Cielo, ése le despojó de todas sus donaciones y ornamentos. Y no reverenció al mismo Júpiter, padre de todos los dioses y los hombres, cuyo templo en Olimpia es venerado con la máxima devoción en toda la Grecia y frecuentado en la ocurrencia de aquellos famosos juegos quinquenales, lleno de opulencias fabulosas, ése lo saqueó y lo redujo a sus propias paredes. Y no solamente con mano rapacísima, osada y sacrílegamente robó los tesoros que los griegos y los restantes pueblos ofrecieran con exquisita religión, sino también todo aquello que nosotros, desde aquí, enviamos con frecuencia, y aquello que dieron nuestros caudillos, varones austeros y ejemplares, como Flaminio, Atilio, L. Paulo y otros. Yo espero que los dioses inmortales vengarán estos impíos desafueros. Pero nosotros persigamos nuestras injurias, y entonces haremos nuestro negocio y el de los dioses, cuando no dejáremos a ese impío y sangriento y sacrílego parricida que se marche sin castigo. Pero todo eso son asuntos exteriores. Ahora, a las cosas de la ciudad.

Apaciguada la ciudad, no sobreviniéndole ningún enemigo, con excepción del mismo Sila, quien, nuevo Aníbal para esta ciudad e Imperio, le tuvo guerra declarada, sube estos mismos rostros que nuestros mayores decoraron con su gloria y con sus hazañas y que él deshonró con la sangre de la flor de la ciudadanía. Y luego de haber hablado con una prolija ferocidad de sus cosas particulares, como si hablase a esclavos comprados en subasta y no al pueblo vencedor y señor de las naciones, manda que el pregonero cite el nombre de cuarenta senadores y de mil seiscientos caballeros, y a continuación da orden de que se les mate, con la consternación de tan augusta asamblea, que lloraba el duelo de la ciudad. Y para secar las lágrimas de la República y consolar el dolor del pueblo romano, dijo aquellas palabras: *Que él había proscrito a aquellos cuyos nombres recordaba de momento, pero que muy en breve iba a recordar otros a quienes deseaba afligir con la misma punición.* Al día tercero añade a la trágica lista cincuenta senadores más (pues los cuarenta primeros pareciéronle un número harto reducido), entre los cuales quedaron incluídos muchos ex pretores y ex cónsules; luego, del orden ecuestre y de la plebe, señaló hasta cuatro mil. Muchos de éstos, por no sufrir de vivos la ignominia, que muertos de ninguna manera podían evitar, dentro de las paredes de su propia casa, ante los mismos penates, se quitaron la vida. ¿Y qué hacían, quirites, vuestras diestras invictas, cuando aquella bestia salvajina ordenó aquella feroz carnicería, cuando organizó esta sepultura de la República, ese exterminio de la ciudad? Diréis que tenía un ejército. Tenéis razón; pero ahora no lo

tiene. ¿Y por qué las legiones mismas no vengaban las injurias de la patria: hombres recios, armados, aguerridos, ejército vencedor? Porque los soldados solos, sin sus jefes, pueden poco. Y los jefes estaban corrompidos por él. Harto se cuidaba él de poner al frente de las secciones a los ministros de sus crímenes y maldades, iniciados en las mismas fechorías, sujetos hechos a las rapiñas, a los latrocinios, a los perjurios, a los fraudes, a las torpezas, a los estupros, a la crueldad, a la sangre civil. Si no anduviera Sila rodeado de esa escolta infame, en cuya fidelidad podía descansar con toda confianza, jamás hubiera esperado, contra sus propios ciudadanos, poder entregarse a aquella báquica orgía de crueldades que jamás hubiera osado imaginar contra el ejército de los cimbros vencido y cautivado.

Mas vosotros, quirites, tened la bondad de contestarme: ¿por qué no armabais vosotros un ejército? Diréis que quizá el suyo era más potente. ¿Y no se os ocurría que vosotros erais romanos, vencedores de las naciones, pueblo el más fuerte que en el mundo ha sido desde que en el mundo hay pueblo? ¿Por qué no preferíais morir valerosamente a conservar la vida en indigna servidumbre? ¿Y recordar que vosotros vivíais en una ciudad donde, cuando era aquí lícito ser rey, los hubo de vuestros mayores que soportaron con no demasiada resignación, no diré a un rey, pero ni siquiera la institución real? Y es un hecho que esa ciudad inerme expulsó a un rey armado, con un ejército poderoso, si bien el ejército siguió muy luego a sus libertadores. Y esto es lo que hubiera hecho ése si hubieseis tenido la hombría que tuvieron vuestros mayores. ¿Qué otra cosa buscó el ejército todo, con excepción de unos pocos, sino un tirano? ¿Por ventura unas pocas montañas, unas cuantas lagunas, unas escasas yugadas de arenal y desierto son suficiente compensación de la libertad perdida? El premio de la gigantesca proscripción queda en unas pocas manos impuras y manchadas. No cabía duda que las legiones seguirían el empuje unánime de su pueblo, y la esperanza indefectible de la libertad, y hubieran acatado el caudillaje de su ciudad como ahora lo acatan. Verginio e Icilio y otros algunos pocos centuriones conspiraron con la gran masa de ciudadanos para recobrar la libertad contra los decenviros, personajes de la nobleza, asentados firmemente en el poder y conductores de grandes ejércitos. Tan pronto como llegó a los campamentos este rumor, abandonando a aquellos sus caudillos, el ejército pasó inmediatamente a la causa del pueblo y la ciudad. Si vosotros, desde el principio, hicierais ostensión de virilidad moral, la República no sufriera tanto estrago, no vierais la profanación indistinta de lo humano y de lo divino ni el exterminio mutuo y sistemático de los hermanos ni el descuartizamiento de los hijos en los brazos de los padres ni el asesinato de los padres a manos de los hijos. Por todo eso, sabed, quirites, que L. Sila tiene aquel mismo instinto que se dice que poseen las fieras crueles y cobardes, que se encarnizan ferozmente a dentelladas en los humildes y caídos y huyen con el rabo entre piernas de los que les resisten y plantan cara. Mientras estuviereis poseídos de terror veréis y soportaréis vejaciones cada vez mayores; mas así que os acordareis que sois hombres e hijos de aquellos vuestros antece-

sores que depararon a esta ciudad la libertad y el supremo mando, quebrantaráse el brío de Sila y él os será dócil, como es de razón y como debió de haber sido, y no vosotros a él con ese servilismo que ahora os avergüenza.

En la primera guerra civil, luego que él, tras su victoria, hubo tomado la ciudad, no obstante fresca la memoria de la libertad, en la indignación contra un poder tan insolente y malvado, algunos de sus parientes recomendados a vosotros por él, con vuestros sufragios, sufrieron repulsa. Se amansó él con vosotros, quirites, porque veía entonces en vosotros a romanos auténticos, y también por disimulación, en la cual, cuando le conviene, es maestro consumado, y no tuvo reparo en manifestar que le parecía bien y que se complacía en que reconocieseis que existía libertad en su República. Si se hubiere percatado que temíais, ¡oh trágicas elecciones!, con cuánta sangre os hubiera hecho pagar aquella derrota. Ya conocéis cómo vengó, en vuestro miedo, injurias mucho menores.

No faltan quienes digan que soportaron todo aquello por la paz de la República. Sea así. Pero ¿en qué guerra ibais a padecer vejámenes mayores? Aquellos ciudadanos que en Cannas y el Trasimeno cayeron prisioneros de Aníbal, ¿padecieron acaso atrocidades más intolerables que las que nosotros hemos padecido aquí de conciudadanos nuestros? Si hubiéramos salido armados para luchar con él, la patria hubiera vencido a sus enemigos, los dioses inmortales hubiesen ejecutado su venganza en los sacrílegos expoliadores de sus templos y las virtudes todas: la santidad, la fe, la inocencia, hubieran triunfado de sus fechorías, de sus crímenes, de sus torpezas, de sus maldades, que no tienen nombre. Pero, supongamos que hubiéremos sido vencidos; de todas maneras teníamos que morir, pero una sola vez, luego de haber vengado varonilmente nuestra sangre, sobre las armas, en campaña, con decoro y con gloria. Aquí hemos muerto cien veces, dentro de los muros de la patria, en vilipendio, en deshonra no vengados, heridos y rematados vergonzosamente, transidos de miedo, inermes, como una cobarde manada. ¿Acaso no medís la distancia que hay entre la paz y la servidumbre? No es paz aquella que no se afianza en la fe dada ni observa las alianzas y se ceba y encarniza con sevicia mayor que en varones armados en individuos libres aun después que la paz se hizo y pusieron sus armas en el suelo. Esto de ahora es peor que la esclavitud, puesto que los amos, con la compra de sus siervos, no hacen sino colocar ventajosamente su dinero, mientras que nosotros nos dejamos degollar por causa de nuestro dinero y de los bienes que nuestros mayores nos dejaron. Esto de ahora es más que la esclavitud, siendo así que los enemigos exteriores, una vez vencidos por derecho de guerra, son del vencedor, y, en cambio, nosotros, vencedores, por nuestra cobardía, somos de quien se arrogó para sí sobre nosotros la licitud de todo cuanto se le antojare a su crueldad y a su pasión.

No soy yo, quirites, de los que piensan que en determinadas ocasiones haya habido en vosotros tanta indiferencia y tanta cobardía que hayáis sufrido resignadamente lo que jamás hubieran soportado los más viles esclavos, si no hubieseis tenido enfrente un caudillo formidable y si a los plebeyos y los caballeros el terror no les tuviera pas-

mados y paralizados. Buena parte de la nobleza le favorecía, seducida por el señuelo de salir, gracias a él, por su dignidad. Sea ello enhorabuena. Era válida aquella opinión, mientras se luchaba, cuando ambas huestes antagonistas estaban en campaña y sobre las armas, y cuando en Italia, con sus ejércitos, estaban los Marios, los Norbanos, los Carbones, bien que entonces fuesen secuaces y satélites de Sila. Pero en la ciudad misma, desaparecidos los partidos, ¿por qué le sirven como criadas y depositan en sus manos la libertad común, y en premio de sus armas victoriosas y de los bienes ajenos de que violentamente se apoderó, le constituyen en un poder dictatorial que los siervos no tolerarían? ¡Cuánto más cuerdo fuera que vosotros, raza de los Luctacios, Licinios, Claudios, Cecilios, defendierais la libertad y la dignidad de este Imperio, ganada por vuestros mayores, que poner toda diligencia y toda prisa en arruinar y perder esta República, colaborando con aquel ladrón contaminado de crímenes, con aquella borrasca andante, con aquella tempestad arrolladora de la patria? ¡Cuánto más hermoso no sería para vosotros, para vosotros, vástagos de Valerio, Servilio, Marcio, defender vuestra libertad y la del pueblo romano, que servir a su antojo con la más fea de las abyecciones! De ti tengo lástima, Pompeyo, y tengo empacho por ti, porque eres amigo mío el más estrecho, de quien me reconozco por muy deudor, y no tengo reparo en confesarlo. Duéleme que tú, en los comienzos de una brillante carrera de hechos esclarecidos, te detengas y no te esfuerces en vencerte cada día, y de jornada en jornada añadas a las proezas que iniciaste las gestas ínclitas que se esperan fundadamente de ti. ¡Cuán bien hubiera parecido en el conjunto de tus hazañas consumadas en tan verde juventud y en aquel tu triunfo insigne, el primero que un caballero romano reportó desde que Roma fué fundada, el que no te hubieses avenido a soportar ese tirano y a no permitir que esa acerba pestilencia de la República se encone de cada día más vigorosamente en las entrañas y en los órganos vitales de la República! Uno de tus mayores merecimientos, créeme, y uno de tus hechos más ilustres era este de luchar bravamente y con tu acreditada valentía en tantos lances, hasta conseguir la redención de la República, que te debería por este servicio único imperecedera gloria y reconocimiento. Hablaré contigo francamente, como debe hablarse entre amigos; nos hemos engañado; nos has decepcionado a todos en la opinión que de ti habíamos concebido.

¿Y qué ocasión más oportuna se te pudo ofrecer de redimir la República con armas justicieras y de extinguir aquella tea encendida contra la patria, como cuando él, terminada una guerra gravísima, te mandó regresar a Italia? Harto sabíamos que tu corazón estaba hecho, compuesto, nacido para las empresas más hermosas; tenías un ejército victorioso que, no sólo te seguía, sino que te apremiaba para que asegurases tu propia libertad y la de la República, agobiada por el más siniestro y ladrón de los detentadores; tenías de sobra fuerza, ingenio, arrestos, suerte. ¿Qué no esperábamos que ibas a emprender en tu magnífica y acerada juventud, y qué generoso acometimiento que no pudieses y quisieses llevar a cabo? Todo el Senado, todo el pueblo, Italia toda, estaba en pie, soliviantada

por la esperanza de tu regreso. Elevábamos votos al Cielo; no sé qué lumbre parecía haber amanecido sobre nuestras tinieblas de la banda de Africa, como cuando en otros días, para la guerra címbrica, C. Mario llegó de ella, llamado y deseado. Pero tú, al contrario, para dar a entender hasta qué punto estabais todos entregados a él y mediatizados por su capricho, amenazaste con que te matarías antes que hacer armas contra Sila, es decir, antes que suprimir a un tirano que cebaba su instinto cruel en la República, antes que consolarla en su tribulación y llanto, antes que salvar a los ciudadanos, votados al tormento y a la muerte; antes que calmar la amotinada tempestad en que amenazaba naufragar la República agitada y descalabrada; antes que rescatar a la patria de la esclavitud. Allá vosotros; ved cómo habéis de vivir con él y hasta qué grado, en lo sucesivo, podéis vivir salvos y seguros. Yo, por mi parte, créeme, Cneo Pompeyo, con ansia y congoja, por ti y por tu vida, por la reciprocidad de nuestro afecto y por la singular afición que me tienes, por la gran esperanza que la República puso en tus prendas, yo no veo cómo podáis escaparos de la rabia desmandada y desenfrenada de aquella bestia furiosa, si no veláis por vuestra libertad y la libertad común más de lo que ahora lo hacéis. Las dos víboras pésimas, la crueldad y la envidia que su ánimo alberga, no os dejarán incólumes por mucho tiempo; a todos aquellos a quienes no temerá, con su desdén y con su ingénita sevicia, los matará, aun cuando no exista motivo, un hombre que desde su infancia y cuna siempre tuvo su goce en la crueldad, y a aquellos otros que verá que descuellan algún tanto y que ya puede infundirle alguna aprensión, los eliminará la envidia.

Y que esto ha de ser así lo entendió y no lo disimuló aquel mancebo valeroso, digno en todo de sus mayores, C. Metelo. El ha sido el único, quirites, en ese aluvión de tamaños males como aquejan a la República, que alzó la voz clara y libre. Viendo que no se ponía tasa ni fin a la matanza, a la rapiña, a la violación de todo derecho divino y humano, osó enfrentarse con Sila y apostrofarle así en el Senado: «¿Cuándo se acabará, Sila, esa cadena de males? ¿En qué punto y hora se detendrá esa cortadora espada vagabunda? ¿Cuándo envainarás el hierro desnudo, porque sepamos a ciencia cierta que somos salvos los que quisiste que se salvasen?» ¿Qué pensáis, decidme, quirites, que respondió el hombre viejo increpado por el mozo para que se compadeciese de la patria afligida, oyéndolo todo el Senado, que con rostro y con gesto de súplica pedía la no total destrucción de los míseros restos de la ciudad atribulada? ¿Dobló su rigidez, amansó el ánimo duro? *¿Acábese*, dijo? Esta palabra no hay que esperarla de Sila, quirites. Sila es en todo momento igual a sí mismo. *Este incendio durará mientras hubiere leña. Todavía no tengo determinado*—dijo—*quiénes han de quedar y quiénes han de sucumbir.* Con tu venia, orden ilustrísimo, consejo supremo, padres no ya conscritos, sino circunscritos y proscritos, todos a una somos una piara de cobardes, dignos de la esclavitud, dignos de la ergástula. ¿Aquella respuesta dió él y se evadió impunemente de las manos de aquellos a quienes iba a perder? Y en tan grande muchedumbre ¿no hubo uno siquiera que le

pusiese las manos encima, que matase a aquel que había matado a casi toda Italia? ¿Fué acaso porque no muriese, al menos, el que hubiere matado al tirano o porque él solo muriese, única víctima expiatoria por todos? ¿Y esto ocurrió en aquel Senado, donde se hallaron quienes, armados cada uno con una sola espada, intentaron acuchillar a Porsena armado en su propio campamento? Pero Sila salió indemne, para nuestro mal, pues no solamente le dejamos ir, sino que le soltamos contra nuestras propias cabezas y contra toda esa ciudad, pues inmediatamente proscribió a no más pocos que antes y con preferencia a aquellos que no dudaban estar libres y exentos ya de todo peligro e inscribe el número de todos ellos en las tablas públicas para que aquella mancha de nuestro Imperio, aquel monumento de nuestra ignominia, permaneciese siempre conocido y claro para nuestra posteridad y para todas las naciones del globo. Y esas tablas yo, si por algo vale el consulado, si algún poder tiene lo que es justo y lo que es santo, yo no he de permitir que puedan leerse por más tiempo con llanto y gemido general; yo no consentiré que continúe clavado en la pared ese trofeo de Sila sobre la República vencida y sojuzgada.

¿Qué otra cosa es aquella tabla? Ofrecíase al asesino un premio grande. Si alguno ocultaba al proscrito, era reo de un fraude sancionado con pena capital, aun cuando quien intentaba ampararle y ocultarle fuese el hermano a su hermano, el padre al hijo, la esposa al marido por cierta caridad y natural afecto. No había lugar alguno respetado ni respetable; ni la casa, ni los santos, ni los templos de los dioses inmortales, ni las aras, ni el santuario del mismo Júpiter Optimo Máximo, ni el sagrario de la diosa Buena, ni el penetral de Vesta, ni el asilo construído y consagrado desde los días de Rómulo; todo fué violado y mancillado; en los propios brazos de los padres fueron degollados los hijos; las madres, con sus cuerpos, protegieron los cuerpos de los hijos, y unas y otros fueron muertos por la prisa criminal de los verdugos; por los costados de los hijos fueron los padres taladrados; muchos que no habían sido proscritos por hurtarse a los males presentes, o se suicidaron dentro de las paredes de sus propias casas o con la cabeza tapada se precipitaron en el Tíber; otros se refugiaron en los propios sepulcros porque no pudiera averiguarse si eran vivos o muertos, o, según creo yo, porque después de muertos no se les echase insepultos. Hasta allí fué a buscarlos la furia de ese gladiador, violador de sepulcros; todos los rincones registró; dondequiera penetró, todo lo hurgó, y los manes santos de nuestros mayores fueron inquietados en su paz y salpicados de sangre civil. Quieres que parezca ingrata la ciudad, si no considera que fué el mayor de los beneficios la expulsión de los Marios y de los Norbanos, con tanta calamidad y tanta matanza de ciudadanos y casi con la pérdida y ocaso total de la República. Hacimiento de gracias te debemos porque con trabajos hartos, a consecuencia de las colisiones lamentables de las fuerzas civiles, murieron aquellos varones, que ciertamente eran más humanos y mejores que tú. Pero en la paz, ¿a qué viene tan gran multitud de ciudadanos sin proceso alguno, asesinada tan miserablemente y con tanto llanto y alaridos? Habíanse alzado en armas contra ti. Pero ya las habían de-

puesto. ¿Los proscritos son los que hicieron armas? ¿Qué son esos ancianos muertos, esos niños muertos que no podían hacer guerra? Por ventura, las mujeres que proscribiste, ¿lucharon contra ti en campo abierto? ¿Y qué decir si fueron matados por ti unos hombres que ni te conocían ni sabías tú qué cara tenían? Armas harto grandes parecíate a ti y a los servidores de tu pasión y de tu maldad que llevaban los proscritos si tenían casas, campos, cortijos y dineros que robarles. Aquéllas eran sus armas, aquéllos eran los crímenes que habían cometido: que tenían bienes en los cuales tú y los tuyos cebabais los ojos codiciosos y saciabais las manos avarientas; por manera que en ninguna otra ocasión es más verdadero y justo aquel proverbio, a saber: que las riquezas son el premio de la injuria.

Todos oísteis hablar del asesinato de Roscio Amerino, pues asististeis en gran número a la defensa de su hijo Sexto, a quien de momento nadie osó defender por temor a Erucio. Al fin, habló en su defensa un mozo innominado del municipio de Arpinas. Ninguno de vosotros ignora en qué circunstancias fué muerto Q. Aurelio. Habiendo descendido al foro este hombre, todo templanza y todo calma, al ponerse a leer tranquilamente aquella tabla funesta de la proscripción, entre los de otros vió su propio nombre. *Mísero de mí*—exclamó—*; mi finca de Albano me ha proscrito.* Apenas se había vuelto, cuando de repente, herido por una clava, cayó muerto redondo y sus bienes fueron saqueados; hasta los niños saben y cantan a cuántos pusieron en las listas de proscripción las ricas vajillas de plata. Id ahora y estableced en una ley el castigo para quien golpeó a un ciudadano o propinó azotes a un hombre libre; si alguno dió muerte a un ciudadano, promoved un motín y castigadle severamente en comicios por centurias. Viva, viva Sila, o, mejor, reine Sila, que mató muchos miles de ciudadanos romanos, sin oírlos, sin condena jurídica, en una paz más siniestra y feroz que cualquier guerra; que mató a muchos más que los que quedan, sin ningún miramiento por el lugar ni por el tiempo ni por la dignidad; si ya no es que la ley se dió por quien cometió un solo parricidio, y de aquel que los cometió innumerables nada reza, cuando su número, que ni en toda esta ciudad, ni en Preneste, ni en el campo, ni en el río, ni en la Italia toda, tenían cabida, no puede tenerla tampoco en los límites angostos de la ley. Y para que el ludibrio con que nos salpica a todos sea mayor, oísteisle decir en público: *Cúlpeme quienquiera del crimen que se le antojare;* como sea verdad que no hay linaje de crimen que ése no haya cometido e iterado copiosísimamente. Pero de eso hablaré dentro de unos instantes. Empero por pasar a otras cosas (por no estancarme en un solo linaje de hazañas facinerosas, aun cuando a su gran indignidad no habría discurso proporcionado, por más que un momento u otro me será preciso poner punto final), me veo en la necesidad de pasar por alto las proscripciones en todas las poblaciones de Italia, los municipios íntegros condenados a muerte, como Sulmona, municipio antiguo y en todo tiempo fiel a esta ciudad; otros fueron vendidos y esclavizados a aquellos para quienes fué presa nuestra sangre, como Florencia y Terni. Callo, además, lo que pasaba aquí en la ciudad: en pleno foro, a la luz del día, ante los ojos

del pueblo, todo el que quería mataba, según se lo inspiraba el odio, la enemistad, la perspectiva de una herencia, la esperanza de una rapiña provechosa, aun no proscribiendo Sila; multitud ésta mayor que la que veis registrada en las tablas. De una vez Sila concedió a todos soltura y libertad para cualquiera fechoría; y si a alguno le molestaba el haber degollado a un ciudadano sin previa condena, ese tal muy pronto cuidaba que el muerto fuese incluído entre los proscritos por Sila; con la acusación nada se conseguía; las leyes y los juicios estaban en manos de uno solo. Yo, entre otros, puedo dar el nombre de cierto individuo de la nobleza, harto conocido, que luego que hubo muerto a su hermano, pidió a Sila que le proscribiese, y muy luego lo consiguió, pues nada podía negar el tierno y bondadoso pecho del vencedor. Y esto es sólo lo que, contra los que vivían, ejecutó Sila con nefanda y más que montesina ferocidad, dicho de una manera general y en síntesis, pues delito por delito nadie jamás podría individualizarlos. Mas antes de ir a los crímenes que cometió contra los que ya habían muerto, ya los que excogitó para los venideros, responderé a las calladas preguntas de muchos: ¿Por qué causa no ha cejado radical y totalmente su crueldad, sino que parece haberse apaciguado y sufrir intermitencias, puesto que es indudable que de cada día Sila se torna más fiero y más implacable, convencido de que sus crímenes no van a resultar impunes, sino agravándolos y acrecentándolos con nuevos crímenes más tétricos y repugnantes, hasta tal punto su esperanza está puesta en la crueldad y la perfidia?

Hay quienes aducen muchas causas y explicaciones de este fenómeno y piensan que la principal de ellas es el miedo, pues, como dije, con miedo solo no se mejora nadie, antes es un ruin maestro de bondad, pero ciertamente contribuye a poner en la inhumanidad y sevicia una cierta templanza y cauteloso comedimiento. Quizá aquellos que se ponen decididamente a mi lado, bien porque soy de la *gens Emilia*, tan ilustre por sus beneficios a esta República, bien porque soy cónsul o porque estoy animado de tan generoso espíritu que dentro de poco sacudiré de vuestros cuellos la servidumbre y la tiranía, dicen que él, así que oyó que yo había sido designado cónsul, entendió que no sólo no podía, en el año de mi mandato consular, hacer impunemente lo que hizo antes, sino que ni aun lo hecho, siendo yo cónsul, no iba a quedar sin castigo. Así que determinó acomodarse a la nueva realidad y a la mudanza de los tiempos y a cebarse con menos saña en esa ciudad y ejecutar con un poco más de disimulo sus pillajes y sus restantes delitos. Por manera que a esa bestia suelta mi consulado se le atragantó y fué como una especie de freno de su furor. Ojalá, quirites, con el favor de los dioses inmortales y con el vuestro, sea yo digno de esta gloria, a la cual prometo que me consagraré con cuanto ahinco pudiere, pero hasta ahora no me arrogo ningún mérito. Mas todo cuanto averigüé que se hizo entre las paredes domésticas de Sila, donde se cuecen los proyectos de la vida, de la fortuna pública y de la fortuna privada, voy a exponéroslo ahora.

Ese vuestro dictador, quirites, que invadió aquella magistratura, no para la salud de la República, sino para poder, con la autoridad que los mayores le atribuyeron, ensañarse

impunemente contra los ciudadanos, despedazar y perder esta ciudad, cuando ya había determinado y expuesto en el foro a los que quería que matasen y atribuído sus bienes a quienes se le antojara, entonces él, severo y diligente amo del pueblo, iba a sumirse en el más infecto y tenebroso retiramiento de su casa, y allí, con cómicos, con rufianes, con rameras y con toda la hez del vicio y de la prostitución, como ahora continúa haciendo, bebía a caño suelto y disipaba a manos llenas. Allí todo se lleva con griterío e insultos mutuos. En aquella francachela no se admite sino a quien está doctoralmente ejercitado en todo linaje de torpeza. Y cuanto más desvergonzado es uno y cuanto más ducho en disoluciones, más honra se le dispensa y mayores premios se le dan. Toda palabra honesta que se oiga, toda obra recatada y púdica que se vea, conceptúanse como una profanación de aquella orgía delirante. Pues bien: en esa oficina de la lujuria, de la intemperencia, de los crímenes, de la maldad, de la crueldad, introducíanse las cabezas de los muertos a fin de que, ya que el natural horror de la antropofagía les retraía de comer nuestras entrañas y beber nuestra sangre, al menos, contemplándolas, se saciara su instinto canibalesco de alimaña montés. Sila, que sepamos, no traga por su boca ni carne humana ni bebe sangre nuestra; pero por su olfato, por sus ojos, por sus orejas y por todos los conductos y desaguaderos de su cuerpo, cierto es que los devora y que se ceba con ello. Recordad su abominable catadura. ¿Qué otra cosa espira sino sangraza? ¿Qué otra cosa es todo él sino un amasijo de fango heñido con sangre? ¿Qué sino un pellejo ahito de la sangre de míseros ciudadanos y de aliados? Cuando, pues, en el horror de aquellos banquetes, aquellas cabezas recién cortadas, con la lengua y los labios temblantes todavía, goteando aún sangre cálida y líquida, ensuciaban los manteles y los pañizuelos, y los platos, y las copas, y los manjares, y los vinos, entonces él se jactaba de banquetear a todo su sabor. Y con todo, la restante manada, obscena y poluída, aun cuando todos eran facinerosos y harto semejantes a su cabecilla, no podían sobreponerse al horror y a la aversión de monstruosidad tan inhumana.

Hubo uno de sus aduladores que no pudiendo más tomar alimento entre tanta cabeza muerta, ideó la manera de apartarle de tanta matanza, y como no todos tenían demasiado buen humor, tras las muchas lisonjas de costumbre, al presentarles más cabezas de muertos: *Buen ánimo, dictador*—díjole—, *que sigues en tu tarea de eliminar a esos bellacos; pero, dime: ¿no vas a dejar ninguno sobre quienes mandar? ¿Nada le quedará por hacer a Fáustulo? Y tú, Fáustulo, ¿qué haces en la escuela, hijo?* Responde el vergonzoso y tímido muchacho: *Yo también proscribo a mis condiscípulos, pero no se me obedece. Calla* —díjole el otro—, *pues cuando fueres mayor tampoco tus proscritos vivirán demasiado tiempo.* Fausto es, quirites, el hijo pequeño de Sila, que será tan *fausto* para esta ciudad como Sila es *feliz* para todos nosotros. Este hijo bueno y bien educado y formado no degenera de la virtud del padre, pues todo lo que ve que el padre hace en público, él lo remeda en privado y traslada el ejemplo de su casa a la escuela. Tened, quirites, buena esperanza, pues Sila os dejará un hijo, hermano mellizo suyo, que consumará

faustamente lo que su padre comenzó *felizmente.*

Poco antes de ser designado cónsul, yo estaba sentado en el vestíbulo de mi casa y veo a ese nefasto Fáustulo, que pasaba con su ayo. Lloraba el niño de pura rabia, y no sé qué amenazas hacía de matar, de incendiar, de proscribir, y el ayo procuraba aquietarle y consolarle. Yo les llamo a los dos: *¿Qué le pasa a este niño? ¿Dónde cogió esta perra?* Cuéntame el ayo que el niño, en la escuela, defendió con calor las proscripciones de su padre y prometió amenazadoramente que cuando tuviera edad para ello haría lo mismo, punto por punto, ni más ni menos; y que C. Casio, hijo de Quinto, le dió un pescozón, y que Fausto, dolido por la afrenta del golpe tan oportuno y bien situado, amenazó a Casio con la muerte, con el incendio y la ruina de su casa y con la conscripción de toda su familia y sus bienes. Y yo dije para mí: ¡Mísero pueblo romano, qué leoncete se te cría, tan cruel como aquel otro león que, metafórico, el cartaginés Amílcar decía criar, refiriéndose a su hijo Aníbal.

Pero vuelvo a aquellos banquetes truculentos, a aquellas inmundas borracheras que, con desaforada voracidad, se encarnizan en las entrañas del pueblo romano. Sila, pues, viendo ya que la ciudad e Italia eran llegadas tan al cabo, por manera que si seguía proscribiendo se iba a quedar solo él con su jauría de satélites que con él comían y se divertían, mandó cesar la carnicería por algún tiempo, hasta que el barbecho de esta ciudad echase una nueva mies destinada al filo de las hoces; y aun cuando quedaban pocos vivos en quienes ejercitar su rabia, imaginó su crueldad invenciones y escarmientos contra los muertos y su posteridad. Dejó a un lado las burlerías sacrílegas que se permitió contra los manes y las cabezas de los muertos; pasó por alto los ultrajes con que laceró como con dentelladas fieras los cadáveres de los proscritos; derribó el sepulcro de Mario, siete veces cónsul· echó al Anio los huesos del salvador de Italia; fué a hostigar a los manes en su paz y en su descanso, y obligó al mismo infierno a experimentar su crueldad. ¿Qué daño podrían ocasionar a esa República los huesos de Mario? O ¿acaso su exhumación y dispersión le acarrearán provecho? Y, con todo, es el colmo de las ingratitudes querer arrasar la memoria de la salvación y conservación de Italia y el monumento de una guerra afortunada y de una victoria gloriosísima.

Sila, el manso y el benigno, dió orden de que Bebio, partidario de Mario, quedase, sin hierro, despedazado entre las manos de los soldados. Ni lobos ni leones hubieran así destrozado a una suave ovejuela; arrancados y desperdiciados fueron los miembros de aquel honesto senador, quirites. Oíd el motivo porque Bebio, partidario de Sila, por cierto azar, así finó su vida. ¿Os dais, al fin, perfecta cuenta de que habéis servido a quien se gozaba ferozmente con nuestra sangre, con nuestras cabezas y tenía por cosa de juego nuestras torturas más exquisitas? Si te agravió un Marco o un Publio, ¿por este hecho has de implicar en un mismo odio a todos los Marcos, a todos los Publios? O, lo que es más: ¿Decretarás su perdición? Y lo que aún es más monstruoso: Si en algo se faltó contra solo Marco, amigo tuyo, ¿extenderás a todos la venganza? ¿Y qué si los que ofendieron a Marco no son Marcos, como no eran Bebios los

que habían matado a Bebio? ¡Oh monstruosidad jamás oída! ¡Oh inédito escarmiento: que el nombre de un ofendido dañe a su cognombre! Menos extraño sería en el ofensor, como espero que pasará con los Silas. Pero ¿que porque recibí yo daño lo reciba también quien lleva mi mismo nombre? ¿Qué otra cosa es esto sino una inmensa inhumanidad, que con el ciego furor del rayo todo lo derriba y lo destruye? Pero la inaudita y singular crueldad, el increíble desalmamiento y rabia contra M. Mario Gratidiano, ¿se cebaron ostensiblemente sobre el vivo o sobre el muerto, o en toda esta ciudad, como ejemplo imperecedero de atrocidad? ¿Cuál de vosotros, quirites, no lloró y no gimió? ¿Quién pudo sufrir aquel espectáculo acerbísimo y afrentosísimo, del cual nunca jamás se había oído hablar? ¿Quién no apartó los ojos? ¿Qué espíritu no se horrorizó de aquella crueldad tan prodigiosa y tan sin freno? Primeramente, por toda la ciudad fué azotado con varas, quirites, un hombre que había sido pretor y tribuno, que en el desempeño de este último cargo había dado la ley *de pecuniis*, tan acertada y ventajosa, tan grata al pueblo y con toda razón tan aplaudida; un hombre sin tacha, bueno como el pan y de todos nosotros, por su honradez y por su patriotismo, tan querido, que dos veces fué elegido pretor por sufragio, no sólo de todas las centurias, sino de todos los hombres. Luego fué llevado a empellones al sepulcro de Catulo, y allí, al sinventura, sacáronle los ojos, se le cortó la lengua, se le amputaron las narices y los labios, se le arrancaron las manos, se le descoyuntaron las piernas y, deformado así y muerto ya en todas las partes de su cuerpo, contra la voluntad y la obstinación de los hados que todavía no le habían asignado el fin de la vida, fué descabezado y su misma cabeza, todavía llena de alma y de espíritu, desde el Janículo, atravesando la ciudad hasta más allá de la puerta Carmental, fué llevada al templo de Apolo y presentada a Sila.

¿Qué ánimo fué el vuestro, quirites, decídmelo, por favor, en ese caso tan atroz y en tan indigna muerte de un ciudadano ilustre y que no hiciera mal a nadie? ¿Quién no bramó de indignación e ira? ¿Qué recurso garantizaba suficientemente la salud y la vida, cuando a él ni la ciudad, ni su jerarquía política, ni la libertad de este pueblo, ni las altas magistraturas desempeñadas con alabanza suma, ni su poder intangible, ni su doble pretura, ni las saludables leyes que promulgó, ni toda su vida dechado de limpieza y de honestidad no le libraron de una muerte tan poco merecida y tan cruelmente refinada? ¡Oh llanto de aquel día libre; llanto del pueblo romano que confesaba su servidumbre! ¡Oh ánimo de Sila, ajeno y desviado de toda humanidad que mandó que aquello se hiciera! ¡Oh exclamación del tirano que tenía bien tomada la resolución de perdernos a todos! Sois muchos los que visteis lo que Sila respondió cuando le fué presentada la cabeza de M. Mario: «¿Quién es? ¡No le conozco!» ¿Qué pensáis, quirites, qué voy yo a decir, qué voy yo a hacer? Faltáronme lágrimas, faltáronme palabras: gasté todo el vocabulario corriente, y esas fechorías inauditas no pueden ser expresadas con las voces usuales porque los crímenes superan todas las que oyeron nuestros mayores. ¡Oh expresión amarga para todos los buenos ciudadanos y calamitosa, oh Sila,

para ti, tea y furia de la República, si ese pueblo recordare que es romano y quisiera seguir al vindicador de su libertad, al vengador de sus afrentas. Vió el pretor Marco Petorio, quirites, este despedazamiento de un senador, que no hubiera sufrido aun cuando cayera entre leones y tigres y otras bestias fieras enojadas. Vióle aquel hombre bondadoso y apacible cosido a puñaladas y chorreando sangre, y ante la atrocidad del suplicio de su amigo y el horror de todo su cuerpo desfigurado y el derramamiento de tanta sangre, detúvose algún tanto de pura consternación. Este gesto, quirites, le atrajo pena capital, porque sin una conmoción de sus entrañas no pudo contemplar aquella abominable ferocidad y despedazamiento tan ajena de su carácter humanísimo. Mandó Sila que se le ajusticiase cruelmente, porque había sido humano; es decir, opuesto diametralmente a él.

¿Para qué, como ejemplo de crueldad, aducimos casos remotos de la mitología? Todos los Licos, y los Licurgos, y los Orfeos, y los Atreos, y las Medeas, y los Téreos, y los Ayaces y todas esas relaciones espeluznantes que oís en las tragedias, son fábulas, son ficciones y sombras; pero estas otras son reales, elocuentes, innegables. De aquí para sus tragedias, los poetas deben tomar argumentos de atrocidades infrahumanas. Aquí la tragedia se representa al vivo. En las tablas la sevicia, la crueldad se recatan de los ojos de los espectadores; ahórrase el suplicio de la vista; es un heraldo quien lo notifica. Mas vosotros fuisteis obligados a contemplar filo de mediodía, en medio del propio foro o, mejor, en el circo, en el teatro, en las encrucijadas, en las calles, a cada momento una bárbara y fiera inhumanidad. ¡Ay de nosotros, quirites, a quien los hados malignos reservaron para tiempos los más sombríos, en que la compasión tiene pena de muerte y está la guerra declarada no a los ciudadanos simplemente, sino también a la Naturaleza y a la Humanidad! ¡Oh hijos y descendientes nuestros, más infelices que nosotros todavía, si a estos ejemplos de crueldad inauditos que superaron cualquiera capacidad de crédito, instituídos por ese sepulcro tragador de ciudadanos, les dejáramos nosotros sin venganza!

Pero basta ya, quirites, de matanzas y descuartizamientos, pues por la grandeza y vehemencia del dolor o, por mejor decir, del duelo, ni yo puedo decir más cosas ni vosotros oírlas. Desde ahora, comenzad a escuchar lo que ese nuevo Tarquinio maquinó contra la posteridad y contra la imperecedera libertad de ese Imperio. Luego que a nuestros propios ojos, en medio del foro, vendió los bienes de los ciudadanos míseros e inocentes como un botín hostil para que no faltase una tilde a su afrenta suprema, despojó de su patrimonio con la más irritante de las injurias a sus hijos y a sus nietos, y les privó de desempeñar cargos honrosos. ¿Con qué derecho? ¿Por ventura habían empuñado armas civiles estos a quienes antes que cometiesen el crimen les infligiste el castigo, de manera que con toda certidumbre el suplicio es para ellos más seguro que la vida? Y no contento con este desafuero, quebrantó y echó por los suelos la potestad tribunicia, amparo del pueblo, pilar y firmeza de la libertad, de modo que quedó definitivamente cerrada para el pueblo la razón y el procedimiento para recobrar la libertad si algún día le cautivasen el deseo y el recuerdo de su apacible

dulzura. Resérvome otro tiempo para hablar de estas cosas.

Y con todo esto, quirites, ese desalmado miserable, todos vosotros le oísteis, tuvo la avilantez de decir: *Acúseme quien quiera del crimen que le pareciere.* ¡Ah, quirites, cuán avergonzado estoy de que Sila haya abusado hasta ese punto de nuestra mansedumbre y lenidad, haya insultado nuestra paciencia, haya experimentado cuánta servidumbre somos capaces de sobrellevar y padecer. ¿Qué nos falta ya para hundirnos en el último grado de la ignominia y de la esclavitud? ¡Oh Sila, Sila; cuánto agradecimiento debes a los dioses inmortales! ¡Cuán merecidamente eres feliz por haber nacido aquí y en esos tiempos! De haber nacido en otro lugar o, si quieres, aquí, pero en tiempos de nuestros mayores y hubieses cometido el más pequeño de estos crímenes (que carecen de número y no hay razón que pueda calcularlos) perdieras la vida a través de tormentos infinitos; pero ahora no solamente vives y vives para nuestro mayor vilipendio, sino que en premio de tan impías fechorías, fuiste proclamado dictador, y osas salir en público y mostrar al pueblo romano ese rostro desapudorado y procaz. ¿No tienes comedimiento de insultar los oídos y los sentimientos de esa ciudad? *Acúseme quien quisiere* —dices—*de algún presunto crimen.* Mas aína sé tú mismo, torbellino y borrasca de la patria, tú, virus e infección de la República, sé tu mismo quien des el linaje de crimen, de fechoría, de maldad, de crueldad, de impiedad que hubieres cometido, en el cual, durante tu vida toda, no te hayas ejercitado y encenagado; cita alguna de las leyes, bien de las antiguas, bien de las nuevas y excelentes forjadas por ti, contra la cual no hayas pecado mil veces. Y aún diré que deberían de presentarse y promulgarse muchísimas otras de novísimas para vengar tus delitos. La ley Porcia y las leyes Sempronias consideras tú que tienen poca fuerza, pues ellas precavían que no fuese azotado con varas el cuerpo libre de un hombre romano.

Dime: Aquella ley tuya *de los parricidas* y *de los sicarios,* ¿a quién condena si a ti te deja libre? Tu ley empieza diciendo: *El que matare a un hombre.* Este es el primer capítulo. ¡Por la fe de los dioses y por vuestra propia fe, quirites! Sila, en su propia ley osa decir: *Quien matare a un hombre;* cuando él acabó crudelísimamente con cien mil ciudadanos romanos. Dice el segundo capítulo: *Aquel que con mala intención provocare un incendio.* Tú prendiste fuego al Capitolio. Y Sulmona, municipio antiquísimo y fidelísimo, ¿por qué ardió por orden tuya? El tercer capítulo reza: *Quien anduviere con armas para un homicidio o para un robo.* Leyendo esto creerías que debe de ser algún Fabricio, o un Curio, o un Máximo el que legisla, y no aquél que con sus pillajes, ya no hurtos, asoló y agotó toda Italia, cuyas armas tienen cercado el Senado y la asamblea del pueblo romano con un terror enorme, porque tú escojas para la muerte y la presa el más inocente, con tal que sea el más rico. Tu ley, pues, agradecida y clemente para quien la dicta, no te castiga. Pero por terminar, ¿qué penalidad es la de esta ley? Para los libres, el destierro. Pero más a placer campa Sila fuera de Roma, que en Roma, a quien odia. Dad orden de destierro contra ese hombre que estaba contento de ir por sus propios pies al destierro cuando amenazaba con prender a su patria. Pero aquella *lex de vi*

(ley de la violencia) no te alcanza a ti porque no la hiciste a uno que otro ciudadano, sino a la República y a la patria común. *De lesa majestad* tú no cometiste delito alguno: violaste la santidad del Senado con el degüello de tan ilustrísimos ciudadanos, y acabaste casi por completo con el orden ecuestre. Y de la plebe, ¿qué proporción quedó? ¿Esto no es crimen de lesa majestad? Mataste legados contra el derecho de gentes; despojaste pretores y les multaste, asesinaste cónsules y otros magistrados. ¿En dónde está la majestad si ahí no está? ¿Qué crimen existe, en fin, de que tú no temes ser acusado? ¿Qué es esa tu amodorrada e insensible conciencia, que no se siente hostigada y acuciada por los aguijones de tantas maldades, y que no esté decaída y pasmada, como herida por un rayo? Pasmada y decaída sí lo está; pero Sila tiene experimentado que en estos tiempos la audacia y la ferocidad pueden más que la inocencia.

Paso de largo aquellas leyes menores en que tus disoluciones y carnalidades tendrían su sanción; la *suntuaria*, que tú dictaste; la *de furtis* (de los hurtos), que es mucho más antigua; la Calpurniana, de los cohechos; la Escatinia, cuyas transgresiones perpetradas por ti conoce Fusidio y muchas otras nuevas *de los sacrilegios, de los juegos de azar*, de los adulterios, para ti debieran darse, pues de aquellas antiguas, anteriores a las Doce Tablas, o que vinieron después, tú no puedes citar una contra la cual no existan infinitas fechorías tuyas, si ya no fuere contra aquella ley venerable, que fué promulgada en los comienzos de la libertad, bajo el consulado de Vetusio y Virginio, que trata de la potestad tribunicia, que consagra a Júpiter la cabeza de aquel que pegare y en algún modo maltratare al tribuno del pueblo y envía la familia al templo de Ceres y manda que se vendan los hijos y las hijas. Esta ley, si hubiera tenido alguna vigencia, tú no vivirías y la República no quedara huérfana de tantos y tan buenos ciudadanos como perdió. Tú, por implacable hostilidad contra esa clase social, no contento con dar muerte a sus tribunos, pusiste todo tu empeño en arrancar, de fundamento y raíz y extirpar aquel poder, única salvaguardia de la libertad y de la salud del pueblo. ¡Oh abúlica plebe romana, digna de la esclavitud, si no vengare este odio que Sila le profesa, de que hace alarde continuo y que no disimula ni en palabras ni en hechos.

¿Por qué hablar del reino? Existen viejas leyes que sancionan severamente a aquellos que, no digo ya se alzaren con el reino de Roma, pues para los que lo desearen y ambicionaren (en este crimen incurrieron algunos personajes ilustres, consulares, incluso), sino los que tuvieren sus proyectos referentes a ello. Pero si aquí no hay rey ni tirano inhumano, no veo por qué los célebres Dionisios y Fálaris fueron tiranos. Cierto es que ellos excogitaron muchas medidas despóticas contra sus pueblos, que ejecutaron muchos desafueros cruel y desapoderadamente; pero jamás les vino a las mientes la idea de vejar, atormentar, perder a sus enemigos como éste vejó, atormentó y perdió a los suyos, y esto en aquella ciudad a la cual, si nos restara un adarme de vergüenza, quirites, o una centella de seso y de valor, o no la llamaríamos libre o demostraríamos que lo es y preferiríamos morir con honra que con deshonor y con una muerte fea perder la libertad que

nuestros mayores nos legaron. Pero decidme: ¿Con qué objeto fué promulgada aquella ley? Por aversión a una monarquía enojosa, a un rey soberbio. Pensad, por favor, y traed a la memoria si fué peor aquel rey, hijo de rey, en aquel tiempo en que reinar en Roma era lícito, que este nuevo Tarquinio que padecemos después que la libertad, desde hace tantos años, está confirmada. Jamás aquel Tarquinio vendió las ciudades o los bienes de los aliados o de los ciudadanos; y, en cambio, la subasta de ése la visteis todos establecida en el foro; aquél aumentó la riqueza y el ornato de la ciudad; éste la despojó y la afeó. Sabemos que fueron muy contados los suplicios y las matanzas de Tarquinio contra los ciudadanos romanos. Cuántos mató ése, es cosa de vergüenza y de asco recordarlo tantas veces.

No quisiera yo que aquí estuviera presente algún advenedizo para que, si fuese posible, esta ignominia nuestra, tan grande, no pasase a las naciones extranjeras y a vuestras provincias; pero no es posible; no hay en la redondez del orbe quien no sepa lo que hemos padecido estos años. Y con el fin de demostrarse y confesarse ese nuevo Tarquinio, más áspero que no lo fué aquel antiguo, el primer día de la dictadura, salió en público con veinticuatro haces, siendo así que aquél sólo tuvo doce, como los tuvieron los dictadores, como los tuvieron los cónsules habidos desde la fundación de esta ciudad. Este alarde de insolencia lo hizo él para dar a entender sin posible engaño que él iba a mandar sobre este pueblo como sobre una grey de esclavos vencidos y cautivos.

En cosas baladíes, ¡cuántas tragedias promovéis! En cosas de suma gravedad y atrocidad, ¡cuánta cobardía! Un embajador modesto es reclamado con cierta desconsideración; recibió alguna ciudad a algunos míseros y atribulados, aliados suyos, enemigos vuestros que huían de vosotros; todo es suspicacia y alarma; algún pueblo hace levas, pero no se sabe contra quién. Esto, esto es lo que se vindica con la guerra, con las armas, con la sangre, con la vida. Por eso arruínanse ciudades antiguas y se trabucan muy pujantes naciones. Esta fué la ruina de Numancia, de Cartago, de Corinto. Fué objeto de malos tratos un aliado, o un campichuelo fué devastado por alguna incursión, o un mercader o un marinero cualquiera ha recibido algún quebranto en sus intereses. Para esto se dan armas, por esto se declaran guerras, por esto esa ciudad y toda Italia abocan a una crisis de gravedad extrema. Por estos motivos desdeñables, hiciéronse dos guerras púnicas, y las sostenidas con los samnitas, con los tarentinos, con Pirro, con Antíoco, con los etolios, con Filipo y con muchos otros. Estos agravios son merecedores de vindicta y de guerra. Y, en cambio, ¡viva Sila! ¡Viva y decóresele con premios, con honores, con magistraturas! O, mejor, reine Sila, quien ha sido el único que cometió tantas maldades y tantas hazañas tan facinerosas contra esta República y todos los aliados, cuales todos los enemigos juntos de ese Imperio jamás las desearon, ni siquiera las pensaron jamás.

Los hay que piensan que él ha salido incólume por la reverencia y la majestad que trae consigo la dictadura. ¡Oh preclaro e inmortal maestro del pueblo, que enseñó a nuestras juventudes aquellos tres vicios pestíferos: la lujuria, la avaricia, la crueldad. Digo en primer lu-

gar que ni las leyes ni la equidad consentían no que fuese dictador, pero ni siquiera ciudadano. Era un desterrado, aun cuando habitase aquí, bajo la pesadumbre y el agobio de tan inauditas maldades. Luego, con qué buen derecho fué nombrado dictador por el vicecónsul, yo no lo disputo, siendo así que, según costumbre de nuestros mayores, suele ser el cónsul quien le nombra. La vieja ley lo es de las Doce Tablas: *Que el dictador no prorrogue su mandato más de seis meses.* ¿Qué otra cosa era sino dar un reinado perpetuo, eso de crear para ciento veinte años un dictador que podía hacer lo que se le antojase? ¿Quién había en aquel tiempo tan estúpido a quien se le escondiesen el engaño y el ludibrio en que se tenía a toda esta República? ¿Qué diferencia hay entre un rey y un dictador, cuyo antojo debe considerarse como una ley justa y equitativa. ¡Oh vicecónsul santo y amantísimo de la libertad, de la patria, digno de los antiguos Valerios, que expulsaron a los reyes! ¿Qué piensas tú, Flaco, que será el ser esclavo si esto es ser libre? ¿Cuánta diferencia va entre esta ley tuya y aquellas leyes de tus mayores? Aquéllas arrumbaban a los reyes, a los tiranos, a los magistrados que se excedían en sus atribuciones y robustecían la libertad del pueblo. La ley tuya quita la libertad, introduce y confirma a un rey y a un tirano. ¿Y no te venían a la memoria aquellas leyes, las Valerias, las Duilias, promulgadas el mismo año, al tiempo mismo que fueron escritas las Doce Tablas? Quien creare a un dictador sin provocación, sufra azotes y pena capital. ¡Y tú ves cada día en tu propia casa el busto del que promulgó la ley Valeria!

Finalmente, quirites, si todos vosotros prestabais acatamiento y reverencia a aquel dictador, que era el único que os despreciaba y se mofaba de vosotros y de la patria toda y de los dioses inmortales; pero, al menos, cáigasenos la cara de vergüenza de que haya podido llegar a su casa y acogerse a la vida privada impunemente y que no haya sido despedazado por las manos de algún osado patriota que deseara para sí la gloria del tiranicidio y una estatua, como la que tiene aquel famoso L. Bruto. Pero ahora, aun cuando todos los otros se muestran irresolutos, no pienso yo, quirites, faltar a mi deber patriótico en la presente magistratura.

No espero yo juicios que él desprecia, no requiero leyes por todas las cuales está convicto y condenado, ni la conducta ejemplar de nuestros mayores que a los malos ciudadanos, sin formación de causa por simples sospechas los ajusticiaron, no sólo cuando desempeñaban funciones de gobierno, como en otro tiempo Servilio Hala, jefe de caballería, y más recientemente L. Opimio, siendo cónsul, sino, también, cuando eran simples particulares, como Nasica, todos los cuales recibieron alabanzas de los mejores, y aquellos que fueron muertos, sentencióse que lo habían sido según derecho. Ejemplaridades de ésas abundan, y a mí me basta con ser cónsul que tengo el deber de mirar por el bien de mi patria y de mis ciudadanos. Esto me pide la suprema magistratura, esto la seriedad de este Imperio, esto la República me pide, me exige, me requiere, me suplica. No consentiré que la vista de las estatuas y los monumentos de ese enemigo público de la patria provoquen un día más suspiros, gemidos y tristeza, no menos que si estuviesen dedicados a Pirro o a

Aníbal. No toleraré que de hoy más se llame feliz quien bebió tanta sangre nuestra, quien hozó en tantas entrañas; quien pilló y dilapidó los bienes de los ciudadanos, vejó y asoló a Italia; trituró y pisoteó nuestra libertad; ni que permanezca incólume una familia que se hizo poderosa con los males de todos nosotros; ni que haya quien lleve el nombre de Sila, porque ese nombre tan nefasto para esta ciudad nos debe ser más aborrecible que el de los Tarquinios, si ya no es, quirites, que alimentéis la ingenua esperanza de que un buen día se va a convertir P. Sila, calumniador de ciudadanos, comprador del botín civil en que nació y creció, autor de hurtos, o que Fáustulo Sila degenerará de las proscripciones y de la sevicia paterna, pues que ya en la escuela aprende, no a escribir, sino a proscribir. Ya sé, quirites, que de este momento he contraído inmensa y capital enemistad con L. Sila, mas puesto que la contraje por la República, felicítome de que ello haya sido así y con no menor ánimo y deliberación la llevaré por la salud de todos a las postreras consecuencias.

No sé a punto fijo lo que él amenazaba en su discurso, si alguno, acordándose de la libertad en que nació y de la esclavitud que soportáis, os advertía del vilipendio escocedor. Pero yo, quirites, a todos sus arrestos, que son muy frágiles y muy flacos, creados por vuestra cobardía, que les dió apariencia de algún valor, declaro desde este lugar, donde todos me pueden oír y entender, que los desprecio, por amor a la República. No faltará a la República un ejército que, acaudillado por mí y cooperando y ayudándome vosotros, defienda la libertad, la vida, la fortuna, la religión, los intereses públicos y privados, que no consentirá que seáis esclavos de nadie, que os restituirá la dignidad con el imperio, la libertad con las riquezas y la gloria. Asistidme, quirites, con el favor del Cielo, los que queréis vuestra libertad, intacta, y la conservación de vuestras vidas, fortunas y salud común y vengadas las injusticias privadas y públicas; los que creéis que es más honroso mandar con honestidad que servir con desdoro. Prestad vuestra colaboración contra la violencia y el latrocinio, a vuestro cónsul que os exhorta a ello, por el honor, por la paz, por la quietud. Seguid no a un simple particular, que en ese empeño glorioso no fuera mengua alguna, sino a vuestro cónsul M. Emilio Lépido, pues con vuestro veredicto tomaréis el merecido castigo de aquel malvado y abominable parricida, de aquel sacrílego expoliador de templos, que oprimió nuestra libertad, que bebió vuestra sangre, que os robó vuestra fortuna, que afligió y casi borró de la faz de la tierra la República toda, y vosotros, cosa que vuestros mayores hicieron hartas veces, en enérgica reacción, os afirmaréis a vosotros mismos, no solamente para la libertad, sino también para la vida en este mundo, que es de todos.

DECLAMACION QUINTA

CONTRA LA ACTUACION DE SILA YA MUERTO PUESTA EN BOCA DEL CONSUL MARCO EMILIO LEPIDO

ARGUMENTO

Sila, consumido por una repugnante pediculosis, que llaman *ptiríasis* los griegos, no bastándole baños ni paños, ni hombres que de día y de noche se sucedían en el servicio, y le limpiaban la podre de piojos, puesto que aquellos parásitos inmundos le inficionaban los manjares y la bebida, afectado por un increíble asco de la vida, habiéndose enojado más de la cuenta contra un puteolano, y desgañitado de tanto gritar, roto el flaco armazón de su cuerpo, por fin, en Puzzoli (que es una ciudad de la Campania) dió suelta a su alma escelerada. Así que lo supo el cónsul M. Lépido, trató de impedir que se le enterrase en público con alguna pompa. No lo consiguió, pues el otro cónsul Catulo y Cneo Pompeyo, empeñados en lo contrario, lograron que en una litera de oro y con gran aparato y solemnidad fuera sepultado en el campo Marcio, lugar en donde fué costumbre inhumar a los reyes. Aquí yo introduzco a Lépido perorando contra la actuación de Sila, especialmente aquella que constituía un ultraje para los ciudadanos y los órdenes senatorial y ecuestre. Había Sila promulgado muchas leyes en odio del pueblo y de los proscritos. En odio del pueblo y de los caballeros, a saber: que *no más que del Senado pudieran elegirse los jueces*, y estotra: *que los tribunos de la plebe no tuviesen potestad de dar leyes* y que *el que hubiese sido tribuno no pudiera pedir otros honores*. Esto, en puridad, no era sino adelgazar y romper el poder tribunicio, que se introdujo para amparo de la plebe, de quien era Sila enemigo capital. Y contra aquellos mismos a quienes él proscribiera que *sus hijos fuesen privados de los bienes paternos* y que en Roma *no pudiesen pedir ni ejercer cargos honrosos*. Esta disposición pareció indignísima al pueblo romano, puesto que aquellos mozos y niños eran de todo punto inocentes. Lelio porfiaba en que los juicios fuesen comunes al pueblo, al orden ecuestre y al Senado; que el poder tribunicio volviera a su estado primitivo; que volviesen los desterrados y les fuesen devueltos los bienes, y que les pagasen su precio los que los habían comprado de Sila; que los hijos de los proscritos fuesen repuestos en sus patrimonios. En conseguir esto ponía Lépido mucho afán y, sin duda, esto que pedía era lo justo; pero esto, en aquellas circunstancias, parecióle al Senado una medida imprudentísima, porque les pareció que sería refrescar las heridas de la República, y por ello pensaron que aun siendo injusta aquella situación, era preferible no tocarla mientras la doliente República se restablecía en difícil convalecencia. Lépido, por este desaire, enfadado con su colega Catulo y la mayoría del Senado, al expirar su

consulado fuése de procónsul a la Galia Ulterior, provincia que le tocó en suerte, y empezó allí a hacer sus aparejos para mover guerra a los silanos y condujo el ejército a la ciudad, contra el cual, salidos Catulo y Pompeyo, con soldados recogidos a barrisco, trabaron combate. Lépido fué vencido junto al puente Milvio y se refugió en Cerdeña. Los vencedores, templadamente, volvieron a la ciudad. Entonces, Roma e Italia descansaron algún tanto de guerras y asolamientos. Este movimiento no se pone entre las guerras, pues no pasó de modesto alboroto.

DECLAMACION

El día de ayer, quirites, se nos hizo noticiosos de que L. Sila había muerto en Puteolo. De la muerte de ese hombre, no tanto me alegré como me dolí. Alégrome de que el trabucador de nuestra libertad, el parricida de sus ciudadanos, el ladrón de nuestras posesiones y de nuestros bienes, el menospreciador y enemigo de los dioses y de esta República, haya sido raído de la faz de la tierra, con el beneficio más grande que nos pudiera dispensar el cielo. Pero me duele que él haya salido de la vida antes por su lado natural que por el merecido suplicio que recibiera de vosotros. Una muerte cualquiera, ocasionada por la decadencia física, no es ningún castigo de la maldad, sino el desenlace final de la flaqueza. Y, a pesar de todo, convenía que aquel que puso toda su voluntad en afligir, vejar, destruir a todo ese pueblo y en gran parte se había salido con su propósito perdiera cabeza y bienes en manos de ese mismo pueblo, memorioso de su libertad y de su virtud, para escarmiento de la posteridad, porque en lo sucesivo los malos ciudadanos no tuviesen un maestro que les enseñase a pillar impunemente esa ciudad, a asolar, devastar, despedazar, destruir, aniquilar con monstruosa crueldad a ese pueblo y a toda la Italia; a arrebatar y a retener como botín los bienes de míseros e inocentes ciudadanos, de aliados, de naciones extranjeras y gentes peregrinas con la más fea y más ávida de las avaricias. Ahora es de temer que no sean muchos más los que prefieran contemplar e imitar lo que Sila hizo contra vosotros que lo que vosotros hicisteis contra Sila.

Empero, puesto que de hoy más no tenemos autoridad alguna sobre la vida de Sila, entreguémosle a la justicia y al juicio de los dioses inmortales, cuya majestad ofendida violó tantas y tantas veces impía y sacrílegamente. Nosotros, en cambio, mostremos nuestra prudencia, nuestro consejo, nuestra virtud para con aquello que podamos, a fin de que esa República nuestra, lastimada y tambaleante, con algún oportuno remedio nuestro mejore y se robustezca, y a los míseros y afligidos ciudadanos les aportemos algún socorro y auxilio, algún rayo de esperanza en su tenebroso abatimiento, y enjuguemos las lágrimas a esa patria llorosa y postrada y le devolvamos toda la luz que pudiéramos y su antigua dignidad y su perdida alegría. Ya no hay enemigo, ya no hay tirano que nos embarace de hacer esto, si ya no fuere que surjan de nuevo, por repentina generación de los restos de Sila, quienes poniendo los pies en sus propias pisadas, tengan los mismos apetitos que él sació y se entreguen a idénticas maquinaciones. Si hubiere de esos tales, yo, con toda viveza, les

aconsejo y les advierto solemnemente que no lo intenten, ni esperen llevar al cabo sus depravados designios. El pueblo romano ya es muy otro: tiene otras ideas, otra voluntad, otro espíritu; todos los buenos han hecho un haz y como una liga santa, para más pronto perder la vida ellos y sus hijos y sus esposas, que soportar aquellos desemejables desafueros cuya relación y cuya existencia ocasional constituirán el más grande oprobio de este Imperio. Y ya no digo que no serán los hombres, y menos los hombres libres, y más si son romanos, quienes padecerán lo que ni las fieras ni estas paredes ni estos muros habrán de tolerar.

Por eso alabo grandemente a los buenos, porque ellos, al fin, dejáronse impresionar por el recuerdo de la interrumpida dulcedumbre y, por ende, de la perdida libertad. Mas por lo que se refiere a los malos (puesto que me propongo traerles a mejor entendimiento y a una cordura mayor), yo, el cónsul, desde este mismo lugar, en nombre del pueblo romano, exhórtoles una y otra vez y les ruego con todo encarecimiento que desistan de fraguar males para esta ciudad y la República y que no esperen para lo futuro premios de sus maldades, tales como los que, con tristeza infinita y con muy amargo duelo, vimos estos años. Decídanse a colaborar con nosotros y súmense al afán común y a la voluntad del pueblo y subordínense a la autoridad del Senado.

De ahí recogerán honores verdaderos y ciertos; de ahí cosecharán copioso fruto de sus trabajos, de ahí les provendrán ingentes abundancias y riquezas sólidas y duraderas. Yo les prometo y les garantizo en nombre del pueblo romano que ellos acabarán por ser pretores, cónsules, generales, que querrán más tutelar la libertad común que el mando arbitrario y la tiranía, sea de quien fuere. En cambio, a todos aquellos que se mantuvieren en un propósito tan desvariado e impío, yo les pronostico, sin equivocación posible, que van a sentir y experimentar la libertad, la fortaleza, el poder, la magnanimidad, la constancia del pueblo romano, la prudencia, la autoridad, la gravedad del Senado, la serenidad incorruptible de los jueces, el rigor indeclinable de la sentencia. Amén de todo esto, comprenderán que este pueblo ya no es aquel que se acomodó a ser esclavo de Sila y de unos pocos tan criminales como él, y de los satélites y ministros de sus maldades y caprichos monstruosos, sino aquel otro que por salvar su libertad expulsó a los reyes, que con las armas en la mano recabó los tribunos del pueblo, que con su fortaleza sojuzgó la redondez del orbe. Esténse, pues, quedos los malos; y los que quieren ya ser libres, oigan lo que parece que se debe hacer a los varones más sabios y fuertes, que de día y de noche se preocupan del bienestar y libertad de esta ciudad, para establecer o, mejor dicho, para restablecer la República.

Opinamos, quirites, que los actos de Sila deben ser anulados, no todos, sino aquellos que aquel portento de maldad llevó a cabo en daño de la República, en mengua de vuestra libertad y quietud, en menoscabo de nuestras fortunas, en perdición de ciudadanos. Muchas son las leyes Cornelias, quirites; muchas son las disposiciones de Sila *de los sicarios, de los gastos, de los abastecimientos, de las provincias;* también, *de la potestad tribunicia, de los juicios, de los proscritos.* Unas

pocas palabras diré aún de las primeras; luego descenderé a las últimas, acerca de las cuales en el día de hoy he de pronunciar en favor de la República un discurso digno de un cónsul, con toda libertad y sumo miramiento de vuestras conveniencias y aun de toda Italia. Y esa oración he de pronunciarla yo con la responsabilidad de mi magistratura, con el recuerdo de aquel de quien recibí este beneficio, con el orgullo de pertenecer a la *gens Emilia*, que me une a vosotros con una obligación indisoluble y que a través de mi persona os hizo entrega de sus méritos como prueba entre ella y vosotros de un afecto recíproco, por manera que ni un emilio puede dejar de amar a la patria ni la patria puede odiar a un emilio. Por todo esto, quirites, en este momento, yo pido a Júpiter Optimo Máximo, fundador y conservador de esta ciudad y de este Imperio; pido a la particionera de su tálamo y a la copartícipe de su reino, la reina Juno, a las armipotentes divinidades de Palas, Marte, Quirino, padre sagrado de esta ciudad y los restantes dioses y diosas inmortales, gracias a cuyo auxilio y singular amor para con nosotros esta República, afligida y herida de muerte, pero que de todas maneras todavía queda en pie, sin que consiguiera hundirla ni la violencia de Sila, ni la brava tempestad, ni la saña de todo aquel océano amotinado contra ella; yo les pido, digo, paz y venia y les suplico que tengan a bien que el día de hoy haya amanecido precisamente para detener a la República en su caída, para socorrer a los míseros y acabados ciudadanos. Y a vosotros, quirites, yo os ruego que con vuestra benevolencia habitual me oigáis a mí, que soy vuestro cónsul y voy a hablaros de vuestro bienestar, de vuestra libertad, de vuestra honra, de vuestra gloria, de la tranquilidad, de todos vosotros, y si aquello que yo os dijere os pareciere inspirado por el patriotismo, por la dignidad de ese Imperio, por la salud, la paz, el amor y la concordia de los ciudadanos, con entereza decidida, sin dejo alguno de miedo, declaréis vuestro libre sentir y vuestro recio querer, otorgándome vuestros sufragios.

Aquellas leyes Cornelias, quirites, *de los gastos y de los sicarios*, no merecen mi total reprobación, afectan de alguna manera a la moralidad pública y al regimiento de la ciudad, y ojalá todas sus otras leyes fuesen como éstas. Lo que me subleva es que para el autor de esas leyes fuera su pueblo cosa tan vil y tan desdeñable y objeto de tanto ludibrio que tuviese por pura nonada faltar no solamente a unas leyes autorizadas por la vejez con una suerte de santidad, sino a las suyas propias, infringiéndolas con crímenes sin cuento; que a todos vosotros os tuviera por esclavos, siendo así que sus propios amos guardan para con sus esclavos honrados alguna suerte de respeto. Nuestros antepasados, quirites, reservaron sus más acres y severas sanciones para aquellos que quebrantaban más sus propias leyes que las ajenas. Nos han contado que Licinio Estolón, en virtud de su propia ley referente a cosas agrarias, fué condenado a muerte por el tribunal del pueblo. Pienso que todos nosotros vimos el juicio de Quinto Varo, tribuno del pueblo. Pero Sila, ese santo y grave moralizador de nuestras costumbres, observó con una templanza y moderación ejemplares su propia ley *suntuaria*. El texto de aquella ley creyéranlo dictado por algún Fabricio, algún Coruncanio o por un

Curio, o por un Pisón. ¿Con cuánta risa pensáis que fué festejado en la intimidad de aquel garito que tenía en su casa Sila por aquella inmunda laya de tragones y de bebedores la apología que hizo de la templanza y de la frugalidad ese doctor y autor de toda lujuria y de toda demasía; ese intachable legislador, luego de haber engullido y devorado todos los bienes del pueblo romano, una parte en comeres y en beberes, y disipado y desperdiciado la otra parte en larguezas de manirroto? ¿A qué viene ahora mentar aquello que hizo en secreto, si tuvo la escandalosa publicidad de que todos vosotros fuisteis testigos? Dejo a un lado, quirites, aquel banquete en honor de Hércules, el cual, aun cuando constituyó una infracción flagrante de la ley suntuaria, con todo, porque era opinión común ser aquello un acto religioso en loor de un dios inmortal, podía hallar fácil excusa aquel tan insolente despilfarro. ¿Recordáis todavía cuánta profusión de manjares y de platos, y cuántas pipas de vino fueron echadas al Tíber?

Yo no criticaría que Sila hubiera hecho todo esto, si por culpa de aquella orgía en el gastar no hubiera perecido una multitud incalculable de ciudadanos y sus hijos no hubiesen muerto de hambre, de pobreza y menester. Yo jamás creeré, quirites, que exista un dios tan implacable enemigo del género humano que quiere ser propiciado y aplacado con tamaña calamidad y pérdida de hombres. En mi creencia, todos los dioses son benéficos y filántropos. Me importaría un ardite que Sila en persona y toda su casa y su familia se hubieran echado en el río de cabeza, antes de ello me alegraría, puesto que no hubiera sido tan pródigo de las haciendas, de la sangre, de las entrañas, de la vida de los cuitados ciudadanos. Como si fuera cosa baladí dilapidar el patrimonio de los ciudadanos y repartirlo con largueza insensata a poseedores injustos, quiso Sila que el río y el mar tuviesen su partija en aquel botín. ¿Pensáis, quirites, por ventura, que se haya podido hacer un voto religioso, como es debido, y prometer a Hercúles el sacrificio de una cena, con daño nuestro, siendo así que Hércules consiguió la inmortalidad con su ayuda a los mortales? Ese dios, mientras anduvo peregrino por el mundo, en ninguno de sus trabajos puso tanto esfuerzo y tanto corazón como en asegurar para cada uno el disfrute tranquilo de su propiedad. Y ése, en cambio, de sus latrocinios y sus rapiñas sacrílegas, separó una parte para Hércules cuando para ese dios no hubo gente más aborrecible que los ladrones, que los usurpadores de las fortunas ajenas.

Pero yo quiero que, en realidad, fuera litúrgico aquel convite. De los gastos fúnebres existe un artículo en la misma ley Cornelia. Decidme, por favor, quirites: ¿qué moderación hubo en el funeral de Metela, aun siendo repudiada? También hay un artículo sobre las cenas privadas.

Yo no tengo reparo en afirmar que ni a Sardanápalo, ni a Jerjes, ni a ninguno de aquellos reyes asianos o de los sibaritas o de los sículos, enfangados en el inmundo sumidero de la gula, que les costase tan caro un banquete público, como a ése le cuesta todas las noches una cena privada; todo ello pagado con los pillajes y despojos de los buenos ciudadanos, como si fuese un botín de los cimbros o de Mitrídates.

Con todo, la ley es buena, dicen. Séalo en buena hora; pero ello la

hace tanto más indignante cuanto que él, con tal desvergüenza y cinismo, menospreció y escarneció una ley buena y, encima, suya. ¿Aun cuando qué necesidad o conveniencia había en dictar una nueva ley suntuaria, cuando las había tantas y tan buenas, las unas, tradicionales y las otras harto recientes?

Por lo que toca al número de los convidados, ahí está la ley Orquia, promulgada en el consulado de Publio Cornelio Léntulo y Marco Bebio Pánfilo. Por lo que atañe al número de comensales y a los gastos del convite, ahí está la ley Fania, dada veinte años después de la ley Orquia. Algo más reciente es la ley Didia, que comprende, no solamente a los ciudadanos. sino, también, a los aliados. Esta ley irroga penalidad y multa a los que asistieren a cenas y a comidas costosas más de lo razonable.

A mayor abundamiento, ahí está la ley Licinia, harto fresca dictada por Licinio Craso, personaje muy rico, acerca de las calendas nonas, ferias y otros disantos y festividades, y también acerca del linaje de los manjares, la cual, por su gran utilidad y la meticulosa descripción de la frugalidad, muestra orden, sin esperar los veintisiete días reglamentarios, aprobó por senadoconsulto.

Y siendo referentes a los mantenimientos todas estas leyes, ¿qué quería con su ley nueva ese Numa anacrónico sino demostrar de que todas las leyes, los ritos, las costumbres ancestrales, los ejemplos, las instituciones hacía burla; que esquivaba por sistema su cumplimiento. que lo menospreciaba, que se lo ponía debajo de los pies, que irritaba las buenas leyes viejas para violarlas y mancharlas con la insolencia más ultrajante? Y es buena, ciertamente, la ley Cornelia al reproducir aquellos puntos que tomó de nuestros mayores en lo referente a los gastos; mas todo lo pertinente al precio de las viandas, no sé yo ver qué bondad ni qué provecho tienen. ¿O por qué no más aína la corrupción de las costumbres? Con la minuciosa enumeración que hace de los manjares, de los aliños, de los adobos, de los companages, de los pescados, de las carnes exquisitísimas, con todos aquellos requisitos que anteriormente esta ciudad desconocía de todo punto, con todo aquel cieno de Grecia y de la muelle Asia que él introdujo en esa ciudad, no tanto parece comedir la gula como excitarla con aquellas picantes y variadas irritaciones del paladar, por manera que se la debe denominar no ley de frugalidad y tasa, sino de incentivo del ingluvies y de curso completo de guisos culinarios. Yo, quirites, dentro de poco, voy a dar una ley cibaria, que a todos será no menos grata que útil, aun cuando vosotros la juzguéis práctica y aun necesaria para asentar las buenas costumbres y deleitosa y fácil de observar.

Y eso de que Sila, quirites, haya promulgado una ley *de los sicarios*, ¿para esta ciudad paréceos que es cosa más de risa que de indignación? Dió una ley que nadie matase a otro; aquel cuya funesta tabla de proscripción todavía veis, aquel que mató a tantos miles de ciudadanos romanos, sin citarlos, sin acusarlos, sin oírlos, sin condenarlos. Prevé la ley que nadie lleve hierro para matar a otro. Pienso que esta precaución fué porque nadie pudiese tomar de él venganza. ¡Oh Sila, maestro y espejo nuestro, hombre de paz, a quien desplacen no medianamente el hierro y la agresión! Cuando tú dabas la orden de armar el

brazo de tus satélites y de tus verdugos contra ese pueblo, ¿hacíaslo cumplimentando tu propia ley? Si de algo hubiera servido, quirites, como era razón, aquel discurso que pronuncié en vida de Sila, y el pueblo romano, con harta honra suya, hubiera recobrado su dignidad, no quedaran impunes maldades tan increíbles para aquel monstruo de ferocidad, para aquel gladiador doblado de sepulturero.

Y la ley *de provincias*, ¿de qué sirve sino para que no estén en vuestra mano vuestras provincias, vuestro Imperio? Fué costumbre vuestra, quirites, encomendar al resultado de unas elecciones por centurias la provisión del gobierno de las provincias. Entre tanto, las adjudicó el Senado. Esta concesión se hizo a los padres conscriptos por el respeto que inspiraban, y porque como la mayoría de los que se envían a provincias son de nuestro cuerpo, mejor podíamos nosotros conocerlos que no la masa de votantes.

Pero el derecho de dar el mando y el caudillaje del ejército pertenece totalmente al pueblo, porque no parece bien que nadie sea general sino aquel a quien el pueblo eligiere y mereciere la aprobación de quien ha de militar a sus órdenes, fuera de que del supremo poder que reside en el pueblo, descienden todos los poderes de la administración privada. Y finalmente, porque el caudillo debe ser elegido, en comicios auspiciales, con el solemne ceremonial practicado por nuestros mayores. Mas Sila quiere que un decreto del Senado sea suficiente para obtener una provincia o un caudillaje militar sin previas elecciones por centurias o por curias.

Pero esto, en determinadas circunstancias, puede subsistir sin mengua considerable de vuestra libertad, y quede ratificado en buena hora todo lo que en cualquier otro sentido se determinare con la conformidad de los órdenes, pues yo no quiero de manera ninguna en la actualidad promover en la ciudad ninguna alteración, sino socorrer, según el consentimiento y sentir de los mejores, a los míseros y consternados ciudadanos y restablecer vuestra libertad y fortalecer la República. Por eso yo, cónsul del pueblo romano, no consentiré que persistan un día más adheridas parasitariamente a la República aquellas otras leyes *de la potestad tribunicia, de los juicios, de los proscritos*, ni jamás tampoco las consentiréis vosotros, quirites, que constituís la unanimidad y el consentimiento de la mejor y la más vigorosa ciudadanía.

Tengo el más ardiente deseo de oír de boca de nuestros enemigos la contestación a estas preguntas: ¿Con qué derecho se disminuyen las atribuciones de los tribunos del pueblo? ¿Por qué se derrueca de su propio alcázar la única garantía de la libertad de este pueblo y se quiebra y escinde su exclusiva salvaguardia? ¿Es que existe alguno que piense que este pueblo es libre en verdad si se le quita la tutela más segura de la libertad y su pilar más firme? Si este pueblo es libre, no verbalmente tan sólo, sino también en realidad, ¿por qué se le retira ese magistrado antes del cual la libertad no pudo tener existencia? A los dieciséis años después de la expulsión de los reyes, introdújose el poder tribunicio, siendo cónsules A. Verginio Tricosto y T. Vetusio Cesorino. Entonces el pueblo comenzó verdaderamente a ser libre, pues anteriormente, bajo los cónsules, no tanto se le había dado la libertad

como se le había escamoteado. ¿Cuál fué, pues, el motivo por el que L. Sila, contrariando todas las leyes, echó al suelo esa columna en la cual se apoyaba toda la fábrica de la libertad común? Veía ese hombre, que para todo lo que es malicia y perversidad tiene unos ojos de lince, veía ese engendro de la Naturaleza nacido expresamente para oprimir a ese pueblo, para alzarse con sus bienes, para pillar el patrimonio público y privado de la República, que así como no podía proporcionarse a ese pueblo libertad sin tribunos, tampoco se le podía quitar y arrancársele de las manos, con tribunos. Y habiendo concebido el monstruoso propósito de vejar, pillar, despedazar y arrancar de raíz y cimiento a esa ciudad y a toda Italia, y que no era posible esta faena mientras quedase libre la voz de un tribuno, atacó a la cabeza de puente, a la ciudadela de la libertad, y se esforzó por expugnarla para ahogar nuestra libertad, desprovista de defensas y tutelas, para echarse luego encima de nosotros, desamparados e inermes, sin muro y sin antemuro, y tras de habernos vejado a capricho, perdernos a su antojo.

Pero es el caso, diréis, que seguimos viendo tribunos del pueblo. Esto precisamente, quirites, es lo más de lamentar y más de doler, pues si no vierais tribuno alguno vuestro, echáraislo de menos; pero en balde otras tantas veces os desazonaríais ni vuestros espíritus sentirían la punzada del recuerdo de los buenos tiempos pasados. Pero ahora todas las veces que dais con ellos, todas las veces que entra por vuestros ojos aquel poder deformado, gemís vuestra libertad alampada, postrada, borrada. Tenéis, sin duda, quirites, tribunos del pueblo; pero que, según la ley Cornelia, no pueden volver ya a desempeñar en lo sucesivo función política alguna. ¿Qué tribuno bueno y fuerte vais a hallar? ¿Quién querrá asumir una autoridad que, siendo sagrada, inhabilita y mancha para las otras funciones también sagradas a los que vistieron sus atributos? Tenéis tribunos del pueblo, sí, quirites; tenéis tribunos del pueblo a quienes se despojó del derecho de dar leyes. Y este artilugio, ¿qué otra cosa es que haberos dejado tribunos para vuestra tortura, para que todas las veces que los viereis os hiriese el recuerdo de la libertad perdida? Si no puede legislar el tribuno del pueblo, ¿qué será lo que podrá? Si no se atreve, si no le es lícito dar aviso al pueblo de sus conveniencias, ¿qué voz de hombre libre y digna de aquella magistratura podrá u osará emitir? ¿Qué poder será ese poder? Un nombre huero y ridículo, sin sustancia ni contenido. ¿Barruntáis ya, quirites, el escarnio cínico de que Sila os hizo objeto? ¿Entendéis cómo aquel lodazal hediondo, aquella cloaca impurísima de maldad, os odió, os menospreció, os burló?

Mas yo, quirites, que soy vuestro cónsul, yo, hoy mismo, conseguiré que no duren más tantas maldades, fraudes tan impíos, engaños tan abominables como estos en que estáis cogidos como moscas. Si queremos que nos sea devuelta aquella luz jocunda de vuestros mayores, aquella libertad alegre y radiante, no ficticia, sino real y duradera, apóyese esta libertad en los mismos cimientos de entonces, alúmbrese y diríjase por el mismo lucero; devuélvansenos tribunos tales como ellos los tuvieron, depositarios y custodios de la libertad no enmascarada ni fingida, sino auténtica e insobornable. Y si no pudiéremos conseguirla por las buenas, vayamos a

rescatarla por el mismo procedimiento que ellos autorizaron y utilizaron, a saber: por las armas. Con todo, yo espero que los dioses inmortales otorgarán a todos los ciudadanos la conveniente cordura para querer que la patria no solamente sea libre en hecho de verdad, sino confirmar y consolidar esta libertad con las debidas garantías y tutelas.

Y por lo que toca, quirites, a la ley *de los juicios*, oíd cómo Sila impuso que, mediante ella, sólo unos contados senadores dominen en esta República y ejerzan el reinado y la tiranía. Tiberio Graco, quirites, que se preocupó tanto y tanto de nuestras ventajas y de nuestra dignidad, dió una ley por la cual quienes debían juzgar eran los caballeros. Juzgaron veinte años con aplauso e irreprochable integridad, con incorrupta admiración de todos los ciudadanos y aliados, sin envidia y sin querella de nadie. Pareció excesivo en la República este poder de una sola clase y se proyectó otra ley, y ciertamente fueron los tribunos del pueblo quienes la proyectaron, con el apoyo y el favor entusiasta del Senado, de la nobleza y del pueblo todo, que por sufragio popular, todos los años, se creasen quince jueces de cada tribu para que juzgasen aquel año. De esta manera repartiéronse las judicaturas entre el Senado, los caballeros y el pueblo por una ley justísima; de arte que de lo que era común el pueblo todo, no una parte de la ciudad, daba sentencia y juicio. Esta ley fué promulgada por el tribuno del pueblo, Marco Plancio Silano, siendo cónsules Cneo Pompeyo, hijo de Sexto, y Lucio Porcio Catón, al año segundo de la guerra itálica. Hasta esa infame victoria de Sila, hecha de lágrimas y sangre, la ciudad toda juzgó de toda la ciudad, con severidad templada, no una parte de la ciudad de la totalidad de ella. ¿Y a qué viene ahora ese nuevo reinado de jueces que Sila, vuestro enemigo, confirió al Senado? Yo, quirites, pertenezco a esa categoría, y todos mis antepasados pertenecieron a ella; pero vuestra libertad me es más entrañable y es más antigua para mí. Ella puja por encima de todas las clases, porque ella encarna la salud misma de la patria. No se admitió que juzgase sólo el orden ecuestre, siendo así que es un orden honorable en grado sumo, intermedio entre el Senado y el pueblo, y en el cual muchos son de familias senatoriales y muchos de familias plebeyas, y tienen deudos en el Senado y muchos en la plebe, muchos más que la plebe en el más encumbrado de los órdenes o que este orden en la plebe. Así que todos fueron jueces de todos.

¿Cuál de vosotros está pesaroso de aquellos juicios? ¿Oímos, por ventura, queja alguna de los ciudadanos, queja alguna de los aliados? ¿Quién se quejó de nuestros juicios en las provincias? Y, en cambio, en estos postreros años, ¡con cuánta torpeza e infamia se juzgó, con cuánta ignominia, con cuánto soborno! ¿Cuál fué el sentir de todos vosotros y de las restantes naciones? ¿Cuál vuestro ánimo? ¿Cuál vuestra opinión de nuestro orden senatorial? ¿Cuál vuestro callado pensamiento? Cuáles vuestras libres y paladinas manifestaciones y pláticas acerca de la audacia y cinismo intolerable de los jueces, corroborados y garantizados en una crónica impunidad?

«¿Qué es, pues, lo que se ha de hacer?», preguntará alguno. A mí, quirites, y es opinión mía personal, paréceme que lo que enseña y prescribe la misma Naturaleza. Si solos

los caballeros fuesen llamados a juzgar, acaso pensara que lo equitativo sería que solos los caballeros entendiesen en las cosas de los caballeros, si solos los senadores, de los senadores solos, y lo mismo pienso de la plebe, porque no pareciese ser poco congruente con nuestra libertad que el orden ecuestre juzgase del orden senatorial o la plebe de los caballeros o el Senado de la plebe. Mas cuando los senadores, los caballeros y los plebeyos entienden en acusaciones criminales y son llamados al foro, ¿por ventura no es razonable y conveniente en grado superlativo a la libertad común que, no los senadores solos, ni los caballeros solos, presidan en el foro y en los juicios, y que en ellos, como en un reino, establezcan su poderío desapoderado y cruel? Pero del Senado y del orden ecuestre y de la plebe se eligen los jueces más escrupulosos e íntegros, como ya se hizo antes, con el sumo y unánime consentimiento, no sólo de los órdenes respectivos, sino de todos los hombres.

Voy ahora a la proscripción de L. Sila, en la cual ya no lloraré y lamentaré, quirites, la cruel y monstruosa carnicería de nuestros ciudadanos, el amargo y misérrimo espectáculo de tantas matanzas, de tanto derramamiento de sangre romana, pues vuestra indecisión, que os ocasionó tantos estragos estos años próximos pasados, tuvo la culpa de que Sila no expiase las merecidas penas antes de su muerte. Pero acaso ya sea demasiado tarde para estos reproches y lloriqueos. Ahora tratamos de aplicar algún remedio a la República lisiada y lastimada con una herida enorme. Hablaré primero, por tanto, de la presa y robo de los bienes y las fortunas civiles, luego de los desterrados y, en último término, de los hijos de los proscritos.

Poned, por favor, delante de vuestros ojos, quirites, aquel espectáculo tan lloroso y tan luctuoso de Sila arengando tras el vencimiento de la ciudadanía, cuando, rodeados de sus armas y temblantes y consternados, esperabais suspensos y ansiosos lo que iba a decir, lo que iba a hacer y cuál sería la jactancia final de sus gestas truculentas. En la última parte de su discurso anunció la proscripción de tantos y tantos miles de ciudadanos, parte del orden senatorial, parte del ecuestre, parte del plebeyo. ¡Oh férreos hados del romano pueblo! ¡Cuán lleno del enojo de los dioses todos amaneció aquel día execrable para esta República y para toda Italia! Amaneció, dije, y debí decir que trajo consigo tinieblas duraderas y una noche casi sin fin. ¡Oh jornada nefasta con mayor motivo que la cremérica, que la de Cannas! ¡Ay mísero de mí! ¿Qué significa este verbo? ¿Qué quiere decir proscribir? Ninguno había en la asamblea enorme que entendiera aquel vocablo, acarreador de tantos duelos; pero el suceso inmediato harto expresivamente enseñó lo que esta voz significaba. Equivalía, quirites, como entendisteis muy luego y lo entendisteis con tanta desolación, con tanto gemido, con tanto daño de todos nosotros; equivalía este verbo, *proscribir*, a decir que quedaba adjudicado a una muerte atroz el cuerpo de un ciudadano romano, que sus bienes se atribuían a algún satélite y ejecutor de las maldades y las pasiones de Sila. A muchos ciudadanos mataron los Marios, los Cinas, los Carbones; pero con todo, la muerte imponía fin a la crueldad; los bienes intactos, íntegros, dejábanse para los hijos y los herederos. Estos Marios, estos Cinas, estos Carbones

mataban en el primer ímpetu y coraje de la batalla no más que a los que pertenecían a otra facción, a los que querían resucitar la guerra y podían abrigar siniestras maquinaciones. Mas ese nuestro ínclito vencedor, no contento con degollar a tantos millares de ciudadanos que habían hecho armas y las habían depuesto bajo la fe de la no represión que se les había dado solemnemente, aun en la paz, mandó matar gente infinita no militante en partido alguno e irrumpió con mano rapaz en sus bienes y en sus posesiones. Ninguna otra cosa pedían los Marios y los Cinas que restituirse a su patria; ése, en cambio, buscaba todo cuanto podía cebar su lujuria y todo cuanto podía tragar aquella vorágine, aquella sima de avaricia, no ya de sólo su adalid y capitán, sino de su cohorte pretoriana, que era un asco de hombres, ensuciados en toda suerte de mancillas, y los mataba, no porque le hubiesen hecho guerra (asesinábanse muchos hombres amigos de la paz y del sosiego), sino porque tenían bienes que podía robar y que podía devorar su avaricia hambrienta, que no conocía saciedad.

Visteis en medio del foro, en pleno día, la señal de la subasta puesta a ojos de todos y cómo se hacía almoneda de los bienes de los ciudadanos inocentes. ¿Con qué ley? ¿Con qué derecho? ¿Con qué equidad? ¿Qué se pretendía con la almoneda? *¡Vendo mi presa!*, dice. ¡Oh Júpiter! ¡Oh antepasados nuestros! De los presentes no digo nada, pues todos somos esclavos. Pero ¿será verdad, ¡oh mayores nuestros!, y tú, Júpiter, fundador y custodio de esta ciudad, será verdad que esto se intentó y se llevó a efecto impunemente delante de vuestros ojos? ¿Qué botín puede haber de ciudadanos no condenados, inocentes, con la ciudad intacta? Ninguno, a fe mía, si nosotros hubiéramos recordado que esta ciudad se llamaba Roma y que nuestros mayores fueron los Brutos, los Valerios, los Escipiones, los Emilios, los Luctacios, Claudios, Cecilios, Calfurnios, Licinios, Servilios, los Catones. A cualquiera de éstos, si un adivino les hubiera anunciado que iba a suceder eso que vemos, ¿cuál pensáis que hubiera sido su respuesta? Aquella del dicho viejo: *Esto no puede ser, salvos los buenos y el Capitolio.* Pero buenos no los había casi, y el Capitolio había ardido. En una palabra: fué tan nutrido el número de los proscritos llevado a las tablas públicas, porque de otra manera no podía saber la posteridad que reinó en estos tiempos en esta República una indignísima esclavitud, tanta cuanto los esclavos fugitivos pudieran jamás soportarla pacientemente en las ergástulas. ¿Qué hacen en las tablas públicas los nombres de los proscritos? ¿No entendéis que aquella mancha queda para eterna infamia, no sólo de nuestra libertad, sino de esta ciudad nuestra, para monumento y recordación perenne de nuestro vilipendio? Pero añádese el elogio justo: porque se alzaron en armas contra la patria.

Primeramente yo pregunto a esa bestia carnicera: ¿qué es alzarse en armas contra la patria? Si esto es pelear contra sus conciudadanos, los silanos, ¿qué hicieron? Si no lo es, hacer guerra contra el consentimiento del Senado y del pueblo; pregunto: ¿de qué Senado? ¿De qué pueblo? ¿Del pueblo que está en la ciudad? ¿Cúyos eran los legados, cúyos eran los pretores que tú atropellaste? ¿Cúyas las haces que tú rompiste? Dos veces tú, furia impía, dos veces hiciste contra la patria guerra

sangrienta y asoladora: antes que partieses a Asia, y después que de Asia volviste.

Pero alguno dirá: «Hacer guerra a la patria es combatir en campo abierto contra los buenos ciudadanos.» Como si el mismo Sila en persona, hombre el peor y el más malvado, no ya de los bípedos, sino de los cuadrúpedos, fuera mejor que los Marios, o que Norbano o Escipión, o que los soldados y aliados de estos capitanes fuesen más fieros y perversos que aquella pandilla de bellacos, de rameras, de esclavos, de farsantes, de truhanes de Sila. ¿Qué es, en fin de cuentas, hacer guerra a la patria? ¿Es hacerla a Sila, enemigo común de los dioses, de la patria, de todo el humano linaje, de la misma Humanidad? Como si entre una facción y otra hubiese más diferencia que el hecho de que a los secuaces de Mario les falló el éxito. Aunque si de las consecuencias queremos razonablemente y con infalible conjetura colegir quién se alzó en armas contra la patria, queda más claro que ese sol que quien declaró guerra a esa ciudad fué Sila, no los Marios. Estos querían que la patria se salvase y en ella ser ellos los príncipes. Sila, en cambio, hizo todo cuanto pudo por arrasar y hundir la patria y la Italia toda, y en lo que de ella quedase, como en una sentina, derivar toda la hez y toda la infección de hombres perdidos, recogidos de todo el orbe.

Por lo que toca al motivo, no diré una palabra más, constando que fueron muy contados entre los proscritos los que hubiesen empuñado armas o siquiera hubiesen visto en toda aquella guerra luctuosa, sino las que tú introdujiste para la perdición de la República. ¿Y qué más si constituyen un cuento sin cuento aquellos que luego de haber matado cada cual a sus respectivos enemigos, o ni tan sólo enemigos políticos ni personales, sino poseedores de extensas posesiones, o de mansiones suntuosas, o de vajilla de plata labrada, que habían despertado su codicia y deseaban tenerlas ellos, pedían a Sila que les incluyese en las listas fatídicas de los proscritos, y lo conseguían? A todos estaba permitido perpetrar cuanto delito y cuanta fechoría le viniera en gana, y, en cambio, a nadie estaban consentidas la moderación y la inocuidad. ¿También estos muertos habían hecho armas contra la patria? ¿Y qué diré de las mujeres, de los ancianos, de los niños, que bien por su sexo o por su edad no podían empuñar armas, a quienes diste muerte? ¿También éstos habían hecho armas contra la patria? En hecho de verdad, lo único que combatía en favor de tu avaricia y de tu rapacidad eran los bienes que todos ellos poseían.

Pero adelante. Mienta en buen hora con aquella su cara dura y con su cinismo insolentísimo, que todos ellos hicieron armas contra la patria. ¿Por qué razón y costumbre de nuestros mayores, y contra lo estatuído en las leyes romanas acerca de los juicios de los ciudadanos, los condenas tú? Tres veces tienen que ser acusados los ciudadanos por el magistrado antes que se les imponga castigo. Y aun cuando alguno no se persone en el foro y en el juicio, no obstante, delante de su propia casa el nomenclador, en voz alta y clara, le llama a juicio. Tú ni citas, ni acusas, ni conoces sus nombres, ni sabes si son blancos o negros. ¿Con qué razón, pues, tú, a un ciudadano, de quien ignoras la conducta, el linaje, la vida y aun el rostro, y no estás enterado de ninguna otra cosa más sino de su for-

tuna y de sus haberes, le condenas a muerte e inmediatamente ordenas la ejecución? La cuarta acusación debe ser a los veintisiete días. Tu proscripción es mucho más expedita, apenas de tres horas, en el término de las cuales un ciudadano es condenado, es ejecutado y sus bienes pillados. Síguense luego los comicios y el libre sufragio del pueblo y el mismo pueblo, que cuando se trata de salvar a un ciudadano es sensible y fácil y muchas otras concesiones en gracia de la generosidad y para aplacar al pueblo. Mas todos estos recursos y dilaciones enderezadas a la compasión o atañentes al derecho del pueblo piensa Sila que son puras y ridículas chocherías seniles. La misericordia es de quien no tiene nada que se le pueda robar. Si llevas vacía la bolsa y no tienes más que lo puesto, tranquilo y cantando puedes esperar a Sila, como al salteador en el camino. Pero si tienes algo, ese algo lucha acérrimamente contra ti y no tienes escape posible. De arte que si no tienes nada, vives en la miseria; si tienes algo, vives en el peligro. En el procedimiento judicial hay un artículo, el primero precisamente, que dice que la pena capital no debe unirse con la pena pecuniaria. ¿Qué hacemos? Todo, quirites, queda muy preciso. Muy al revés legisló ese tirano, que a nadie condenó a pena capital sino a aquel de quien esperaba haber dinero y de cuyos bienes, despojados sus hijos, habían de parar en sus manos. ¿Cuándo se hizo cosa semejante? ¿Cuándo se oyó? ¿Dónde se vió? ¿Dónde se ha leído?

Muchos han sido condenados en esa ciudad por execrables e indignantes crímenes; sufrieron la última pena y fueron asoladas sus viviendas, como la de Melio, Casio, Vaco, Manlio, y en estos últimos tiempos, la de Fulvio Flaco, colega de mi suegro, que traía manejos con Cayo Graco; pero sus bienes, si no todos, ciertamente en su mayor parte, conserváronse para sus hijos si los tenían; si no los tenían, concediéronse a sus hermanos y a los restantes herederos a quienes correspondían en derecho. Y si a algunos otros se les quitaron los bienes como a los decenviros y a unos cuantos más, no se adjudicaron a nadie, sino que fueron dedicados a los dioses inmortales o se aplicaron al Erario, que es el patrimonio común del pueblo. ¿Qué cónsul hubo jamás, qué dictador, qué tribuno de la plebe, qué caudillo que dijese ser suyos los bienes de los condenados? ¿Y qué más? Los más antiguos municipios Terni, Espoleto, Florencia, Preneste, Sulmona, ¿no fueron acaso de ese carnicero? ¿Cúyos pueden ser los municipios, sino del pueblo romano? ¿Quién los puede enajenar sino el pueblo, y eso por razones muy especiales? Y el dinero que por ellos se cobra, ¿de quién puede ser sino de los dioses o público, quirites, que equivale a decir vuestro? Pero ese bellaco, a unos municipios les prende fuego, a otros los vende y se cobra él el capital y lo malbarata en demasías porque a él le había dejado aquellos municipios su padre, sicario menesteroso, a su madrastra, bruja amiga de hacer favores?

Pero en este punto, quirites, no voy a hablar de los municipios, pues los míseros ciudadanos me apremian y me llaman la atención sobre sí; y mi patriotismo no me permite detenerme en otras cosas y entretenerme hablándoos de otros negocios. Cáusame un tormento indecible ver a tan grande multitud de ciudadanos que de opulenta y feliz

que era, de repente, sin ninguna culpa suya, por la sola crueldad de un solo hombre fatal, se haya trocado en necesitada e infelicísima. Pero estos bienes, ¿a quién se dieron? A unos pocos bravos ladrones, satélites suyos, empringados en todo linaje de parricidios y de sacrilegios, a los ciudadanos más perdidos, a la hez de la esclavitud. A éstos, quirites, Sila, con mano larga, regaló casas, fortunas, granjas, campos, cortijos, bienes de ciudadanos míseros e inocentes. El decretó que el premio de las armas civiles sería la expulsión del pueblo de sus bienes rústicos. Decía a todo el que le quería oír que no era posible el establecimiento de la República si todos vosotros, echados de los paternos fundos heredados, propiedad vuestra tradicional, no rompieseis el suelo con la reja; y que esos bienes como paga de la guerra se diesen, ¿a quién?, a Tarula y a Escirro, hez y lía de la esclavonía, pues es vergonzoso y asqueroso que a un ejército se le tiente con el señuelo de un botín para acabar con burlarle como a todos nosotros nos burló. ¿Quién de aquella inmensa almoneda compró cuanto quiso y al precio que quiso? O más claramente: ¿quién no metió mano en ella, sin pagar nada, bajo los ojos de Sila complacientes?

Yo os voy a citar los nombres de algunos ilustres personajes a buen seguro: Veccio Picente, adeudado hasta la coronilla, de avarienta e insaciable rapacidad, de irrestañable prodigalidad en el lujo. Otro que tal: P. Cornelio, secretario de su pariente, que en la almoneda escribió a su nombre todo cuanto se le antojó, calumniador de los ciudadanos inofensivos, comprador de los bienes de los proscritos. ¿No fué él quien detentó honores debidos a los héroes y negados a los militares? Fusidio, rameruela inmunda, vergüenza de los buenos. Y al valiente y sufrido ejército, ¿qué se le dió en premio de la victoria? Arenas estériles, breñales durísimos, charcas y gándaras pestilentes, cuya rotura y cultivo requería trabajo más agrio que la misma áspera milicia. Esos no quieren que esto se toque, porque no se alboroten los soldados; pero ¿qué soldado hay que no quisiera verlo todo mudado, fuera de la victoria? No temo yo, quirites, ninguna algarada soldadesca si a los viejos propietarios se les devuelve lo suyo y a los mismos soldados se les coloca en tierras mejores y más fructíferas. Yo, antes, temo que las aguerridas milicias no toleren por más tiempo esa injusticia tan vil. Y aún diré más: diré que de la actitud de ese ejército nace en mí la más grande confianza de que conspirará a nuestro lado con la República, con la patria, con la libertad. Por la fe de los dioses inmortales, ¿qué otra cosa ha ganado ese bravo ejército a través de tantas penalidades y tantas heridas, sino un tirano, un destruidor de su libertad? ¿Cuál de ellos no pensáis que se arrepiente de haber puesto tanto esfuerzo en un tan triste y tan infeliz resultado como el de que L. Sila, luego de haber ocupado y oprimido con su cooperación la patria, haya deshonrado la ciudad con tanta carnicería, haya mermado y roto el poder tribunicio, que aquellos nuestros heroicos mayores conquistaron y recuperaron con las armas? ¿Cuál de aquellos soldados, quirites, rápido en la acción, honesto e intachable en su vida, veis prosperado y enriquecido? Todo se dió a los cómplices en la furia insana, a los satélites, a los sicarios, a los verdugos, a los servidores de

su maldad, a los secundadores de sus antojos libidinosos, a los tahures, a sus compañeros de francachelas, a los amadores de escondrijos, a los farsantes, a los histriones, a los bufones, a todos aquellos, por fin, que no estimaban en una paja, si se les pagaba por ello, padecer y obrar todo cuanto le venía en gana a su amo.

¿Sacó, por ventura, Roscio tanto dinero de la representación de comedias? ¿O de sus mimos, Solex, el bailarín, que danzaba tan primorosamente como una mujer? ¿O de sus cantos en las bacanales, Macrobio, menos que hombre y el peor de los hombres? ¿No se sacó más dinero de aquel tragadero, de aquel remolino sorbedor de Lucio Sila, quien él solo pudo devorar todos los bienes de todo ese pueblo, que son infinitos, y él solo regoldarlos y vomitarlos, para quien no existían demasías en el robar ni suficiencias en el despilfarro, a quien no pudieron saciar ni llenar las posesiones y las fortunas de toda Italia ni el patrimonio público y privado de todo el pueblo romano, ni aplacar ni mitigar la carnicería de tantos ciudadanos. Y no es ello cosa que asombre cuando aquella Caribdis insaciable tenía a su vera otros océanos con capacidad para absorber en un instante todo ese Imperio en toda su anchura, y todavía deseosos y famélicos, anhelantes de otro mundo, si otro mundo hubiera en alguna parte, todo lo confundieran en el pillaje, todo lo alteraran, todo lo afligieran con asonadas y motines. Por éstos, está en el destierro tanta multitud de ciudadanos romanos. De ella decía Sila que si no anduviera, mísera, pobre, menesterosa, expatriada, echada de sus viejos solares y de sus tierras heredadas, no era posible organizar la República, a saber: que la ciudad no iba a permanecer por más tiempo incólume y en pie, si no se le arrancaba de cuajo de su propio suelo y no se la echaba, postrada y agotada, a otro mundo. Estos templos de los dioses, estas casas, esta curia, este foro, estos muros habitaríanlos unos esclavos fugitivos, extraídos de Asia y de Grecia, y un exiguo puñado de ciudadanos, hombres manchados y contaminados, semejantes en todo al mismo Sila, al punto que llamarles ciudadanos es una gran vergüenza de la ciudad. Paréceme, quirites, que todos estos edificios gimen y lloran la soledad de aquellos de sus habitadores, por cuyos mayores fueron fundados y construídos. ¿Y no os parece también a vosotros que estas mansiones gritan y plañen, cuando ven que sus propietarios legítimos andan acosados por luengas tierras y que los inmorales compradores de sus bienes, los desalmados parricidas, los siniestros sicarios y gladiadores, gavilla de hombres perdidos, están todos aquí? ¿No pensáis que las mismas piedras, insensibles, se lamentan y plañen cuando en vez de aquella tan antigua y tan santa norma de vida romana, en vez de aquella frugalidad, de aquella inocente simplicidad, de aquella ejemplaridad religiosa que acostumbraron ver antes, ahora en su recinto ven cómo se cometen latrocinios, parricidios de ciudadanos, negocios infames en que andan comprometidas las vidas y las fortunas de cada uno de nosotros; ven cómo allí dentro se practica todo género de lujuria y de desorden, cómo se revuelve sacrílegamente todo lo sagrado y lo profano, que ninguna cosa hay asaz limpia, asaz respetable para sus monstruosas suciedades? ¿Adónde mandó Sila que fuese a habitar el

pueblo romano? ¿En qué colonia confinó a la casi totalidad de ese Imperio? *¡Al destierro!*, ordenó. ¡Pobres de nosotros! ¿Quieres que Roma esté en otra parte que en Italia y en el Lacio? ¿Cuál será la tierra que podrá recoger y sustentar la estirpe de aquellos que con el esfuerzo de su brazo domaron a todas las gentes y a todas las naciones?

¿Esta es la recompensa que ese torbellino, esa procela de la República da a aquellos nuestros mayores por su prudencia increíble, por su esfuerzo imponderable; dos cosas por las cuales esto que ahora vemos de tan chicos principios lo hicieron tan grande; ésta es la recompensa: que su descendencia despojada de su dignidad, de su libertad, de su honrado patrimonio, yerre dispersa y desperdiciada por todo el orbe, sin misericordia de nadie, pobre, irremediablemente triste, necesitada del socorro ajeno, oprimida su patria, detentadas sus posesiones por los enemigos del nombre romano? ¿Y yo, cónsul romano, he de soportar que pese tamaña injusticia sobre el pueblo romano? ¿Que yo haya nacido bajo tan gran enojo de los dioses todos, que siendo, quirites, cónsul por vuestra bondad no pueda arrancaros de la servidumbre y restituiros a la libertad? ¿Que a vosotros que con una iniquidad que pide la venganza del Cielo habéis sido lanzados a unas gentes las más fieras y las más bárbaras, a las cuales Sila, con insensata largueza, entregó vuestros bienes, no pueda devolveros a vuestros pueblos, a vuestros hogares, donde todos vuestros mayores nacieron y se formaron? Puedo quedarme solo y, cónsul y todo, ser abandonado de mis ciudadanos si a ese extremo de cobardía fuesen capaces de llegar, pero, pase lo que pase, yo ofreceré, yo entregaré mi vida por la patria, por mi pueblo, como en otro tiempo los Decios, el padre y el hijo. Mario y Cina, si accidentalmente vencieron, ensañáronse con un júbilo feroz contra aquellos que les habían arrostrado con las armas en la mano y en una ocasión en que sus soldados, ciegos del enojo, desnudas las espadas, no pudieron comedirse ni poner templanza en su ira, fueron muertos algunos inocentes; pero ¿qué bienes y cúyos se vendieron en aquella victoria? ¿Quién fué puesto en almoneda? ¿Quién fué proscrito? No eran tan cínicos aquellos ladrones, no habían aprendido tanta maldad como Sila, industriado de los maestros griegos, de los asiáticos, de los más bárbaros y alejados de toda humanidad, para que él ejecutase en sus ciudadanos (¡vergüenza da decirlo!), en el pueblo romano, lo que en las fieras no se haría, y fuese él, el santo y el severo, el maestro cruel del pueblo y doctrinase a los contemporáneos y a la posteridad.

Tres son, quirites, los principales y pestíferos vicios, las maldades capitales, que amenazan a esta urbe con la ruina y la perdición (¡aparte Júpiter el ominoso agüero!) y pueden acarreárselas: el lujo, la avaricia, la crueldad. Esta trilogía fatal, antes desacostumbrada entre nosotros, casi desconocida y no oída, importóla Sila consigo desde Asia en esta ciudad, y como en escuelas abiertas, instruyó públicamente en ella a todos los jóvenes, ancianos, varones, hembras. Y no es de extrañar que para alimentar este monstruo tricéfalo fuese menester que tantos ciudadanos romanos fuesen muertos, tantos expatriados y tantos bienes robados y dilapidados.

Hablemos ya de los hijos de los

proscritos. Decidme, quirites, por favor, si alguno de vosotros oyó decir o sabe si hubo tiempos en que se pensó que los hijos, ya no digo de los buenos padres, condenados con la más indignante de las injusticias, sino de padres malvados, sufriesen castigo, dado que los pobrecillos ninguna culpa personal tenían. Pero ¿por qué hablo de padres buenos? Demos que también los padres cometieron algún crimen: ¿por qué razón el crimen de uno no queda liquidado con la vida y la pena de uno? ¿Por qué son tantos los inocentes que expían la transgresión cometida por uno? Los hijos son de muy baja edad o simplemente muchachos, quirites, los cuales, al tiempo del menester, debieran ser socorridos con los fondos públicos. ¿Por qué esos infelices, engendrados en mal hora, mediante un latrocinio tan cobarde como cruel, son privados y despojados de sus bienes? ¿De dónde recibirán alimento; de dónde educación? ¿Por dónde llegarán a una edad y a un estado en que puedan ser útiles a la República? ¿Qué remedio les queda, sino que en aquella edad tierna y desvalida, sin ningún socorro ni alimento, se consuman y mueran de desnutrición? ¿O si por algún beneficio de los dioses, llegaren a la edad adulta, alteren esa ciudad con conjuras, sediciones, hurtos, parricidos, alborotos, y fuera de la ciudad, por mar y tierra, se entreguen a piraterías? Estos desafueros son para los padres mucho más sensibles que mil muertes. Traed, os pido, por los dioses inmortales, ¡oh quirites!, a vuestras mientes, por un instante, a vuestros hijos: ¿No querríais mil veces más morir que dejar a vuestros hijos destituídos de toda protección y amparo? ¿Por qué hacemos las guerras? ¿Con qué palabra mágica acostumbran los capitanes encender nuestro entusiasmo y espolear nuestra marcialidad hasta un límite increíble, sino diciéndonos: *¡Acordaos, soldados, de vuestros hijos!* ¡Pero ese Sila, esa furia sorda e implacable, cuán al revés nos arengó! *Olvidad, quirites, a vuestros hijos*, dijo. No quiere que de ellos se haga más mención que si no hubiesen nacido o no hubieran de nacer. ¡Oh bramido más pavoroso que toda proscripción! Los padres pueden soportar con virilidad los casos adversos; pero no se pueden resignar a que sus hijos los soporten.

¿Es que, Sila, cuando ejecutabas tanta inhumanidad contra los hijos ajenos, no te acordabas de los propios? Y ese pensamiento, ¿no te movía a la compasión, puesto que la fortuna y la desgracia y todos los azares humanos son comunes y que alguno se encontrase para tus hijos tal como eras para con los ajenos? A aquellos mismos, cuya edad merece el perdón del enemigo victorioso, tú, Sila, siendo ciudadanos suyos los castigas, y no ya solamente a aquellos que por su tierna muchachez no podían mal hacer ni contraer culpa alguna, sino, también, a aquellos que todavía no han nacido. ¿Qué es este nuevo e inaudito linaje de crueldad? ¿No están engendrados aún y ya les está señalado un castigo, y siendo incierta la vida, es demasiado cierto el castigo? Esto no puede ser efecto sino de la desaforada rabia de Sila, superior a toda templanza y a toda credulidad y de un odio inexorable contra ese pueblo. No quedó saciado y harto con la muerte, que es el término obligado de la existencia y de los males, ni con los tormentos que aconseja la ira, sino que, también, para con los que habían de nacer, imaginó males y miserias, con todos

los cuales no quedó amansada ni apaciguada su salvajina y rabiosa crueldad, sino que más se irritó y se recrudeció. Carezcan de su patrimonio. Recio es; pero todavía no hay bastante. No soliciten honores los ciudadanos romanos nobles nacidos de padres, abuelos, bisabuelos, trisabuelos, de antepasados ciudadanos romanos nobles también que los tuvieron. ¿Quiénes, en fin de cuentas, serán los que los han de solicitar? Ladrones y parricidas, Fusidio, Tarula, Escirro, sacados de la última barbarie, para que fuesen magistrados los que jamás habían sido ciudadanos, para que poseyesen regias opulencias quienes tenían cárdenas aún y molidas las espaldas por los azotes. Si ya no fuere que esto no es otra cosa que un trueque de honores para que un pretor advenedizo obtenga la jurisdicción urbana. ¿Y qué? ¿No solicitaron honores, y no los desempeñaron los hijos de Apio Claudio, decenviro, y M. Cornelio Maluginense, y Q. Fabio Vibulano y los restantes decenviros? ¿No los solicitaron también los hijos de otros que fueron condenados, no porque hubiesen tomado las armas, sino porque habían apetecido el reino y la tiranía en una ciudad libre?

En nuestros días, cuando los secuaces de Mario, vencedores, tomaron la determinación de ensañarse en sus enemigos con una venganza atroz, ¿quién mentó para nada que los hijos fuesen desposeídos de sus patrimonios y echados de sus hogares, y que no pudiesen solicitar funciones honoríficas ni desempeñar las que el pueblo, con sus sufragios, había otorgado a sus hijos? Y eso que eran villanos y cerriles aquellos revolucionarios y no sabían griego. ¡Cuánta mayor doctrina y más larga vista la de quien vió cómo la posteridad podría sentir el peso de la victoria. Que no pidan honores, dijo, los inocentes, los más moderados, los mejores ciudadanos romanos; pídanlos los tracios, los misios, los frigios, los cares; enriquézcanse cuanto les plazca, dominen despóticamente esa ciudad de que se apoderaron; pídanlos aquellos a quienes, por odio a ese pueblo, Sila reclutó entre las naciones más cordialmente enemigas de ese Imperio y que echó, armados y enfurecidos contra unos ciudadanos inermes, y les dió derecho de ciudadanía y que con su caudillo a la cabeza, se cebaron en la sangre y en las entrañas de esa República.

En este punto, alguno me preguntará: «¿Qué te parece que se ha de hacer para remedio de tamaños males?» A mí, quirites, y a cualquier persona honrada y decidida, paréceme que lo que se ha de hacer es esto. En primer lugar, y con toda urgencia, restablecer la potestad tribunicia, que es el refugio y el sostén de la libertad común, derribada, y de vuestros hijos, de vuestras esposas, por todos vosotros, yo os ruego, quirites, y pongo por testigo el Cielo, que con diligencia muy atenta consideréis en la intimidad de vuestra conciencia lo que él dice y lo que digo yo y qué es lo que más conviene a ese Imperio, qué remedio se nos ofrece para mitigar los males de esa ciudad doliente; sopesadlo, ponderadlo y luego decidid. Ea, ¿qué es lo que ésos dicen? Que va a sufrir sacudidas esta República, es indudable; pero, con todo, si ello es conveniente en todo tiempo, lo es singularmente en el que corremos, en el cual la ciudad, si se estabiliza en una calma podrida, existe el peligro que no se desplome por su misma flaqueza. Vale la pena de considerar si surgirán esos previstos mo-

vimientos haciendo lo que yo aconsejo o lo que quieren éstos.

Vamos por partes y por pasos atentados. Por lo que toca al deseo del poder tribunicio, ¿quién piensa que o las tribus urbanas ahí en la ciudad, o las rurales en el campo, o los soldados en aquel su cuartel, o, mejor, cárcel miserable, podrán aguantarlo por más tiempo y olvidarse de su libertad, que toda estriba y se contiene en el vigor de aquella magistratura, la cual, si queda enfiaquecida y triturada, inevitablemente dejará de existir la libertad pública? ¿Estamos aquí todos seguros? ¿No hay nadie que recele que si tardamos en devolver al pueblo la despierta garantía de esa magistratura, el pueblo no se adelante a tomar sus precauciones y vaya por ella por el mismo camino de la violencia que sus mayores?

Pasemos a los juicios. ¿Qué ciudadano existe ya en la ciudad, sea del orden que fuere, que pueda sufrirlos, fuera de aquellos que sin miramiento ninguno de la religión y del juramento, con el impudor más procaz y el más descarado cinismo, con las más torpes corruptelas, no enriquezcan sus propias casas? ¿Son sordos hasta tal punto que no oigan los gritos y las quejas de los ciudadanos y de los aliados?

Y de los expatriados, ¿qué diremos? Siendo tantos y tantos, personajes de absoluta honestidad, ciudadanos romanos, ellos mismos, de por sí o reuniendo fuerzas de otros lados, o bien solos, pues con ellos puede formarse un ejército razonable, ¿no es de temer que van a recuperar la patria y los bienes por el mismo procedimiento de violencias, con la ventaja de que volverán con armas más justas que aquellas con que fueron expulsados? Por eso opino, con vuestra venia, que se les deben devolver las fortunas y las propiedades y que esa restitución debe ser íntegra, pues todo ello van a reclamarlo en son de guerra, y con las armas, en breve tiempo, las tomarán a viva fuerza.

Mas aquí veo que vacila el curso de mi oración y aun el de mi voluntad y de mi celeridad avivada, curso con que me apresuro a traer auxilio a la patria y socorro a los ciudadanos inocentes. Piénsase que serán muchos los que van a censurar y a combatir este proyecto. Sí, los habrá más o menos, pero serán aquellos que, contra las leyes todas, no las antiguas solamente, sino también las Cornelias, dictadas por el propio Sila, no tanto cultivan como ocupan y detentan espacios rústicos infinitos, luego de haber echado de ellos a sus legítimos dueños; ¿con qué derecho? Los compraron. Yo también, quirites, es muy cierto que compré, porque de otra manera no podía estar seguro y salvo en aquella tiranía crudelísima ni reservarme para mejores tiempos. Yo también compré, porque si no hubiera comprado, fuera sospechoso a Sila de que con harta reserva mental condenaba sus inmensos latrocinios, y si no hubiera comprado, automáticamente, mis bienes fueran vendidos y yo asesinado. Pero ahora, al precio que pagué, lo restituiré todo a sus auténticos propietarios. ¡Ojalá, siguiendo mi ejemplo, hagan lo mismo todos los que compraron! Pero es demasiado cierto que esta determinación duele enormemente y vivamente les escuece a aquellos que compraron los campos con engaño o se los apropiaron con violencia, o los recibieron en pago de servicios y oficiosidades inconfesables. Luego al punto voy a declarar, porque no lo ignoréis, quiénes y cuáles son és-

tos. Que se provea y premie al ejército con tantas propiedades del Estado, esparcidas por rota por los suelos; luego, ampliar los juicios de toda la ciudad a toda la ciudad; la repatriación de los desterrados y de los expulsados injustamente y reposición en sus hogares; devolución, hasta donde sea factible, de los propietarios legítimos en sus campos y heredades, y que a los soldados se les provea por otras vías; que aquella mancha indeleble de la República, la infame tabla de la proscripción, monumento de deshonra, trofeo de Sila sobre ese pueblo vencido, sea lanzada al fuego y al olvido, si el olvido, ¡ay dolor!, fuera posible; que los hijos de los condenados por Sila, luego de recobrar como es justo los bienes que les pertenecen, puedan solicitar y desempeñar funciones públicas honoríficas. Y no voy, quirites, a cometer la incongruencia de pedir que esto sea lícito, pues nunca dejó de serlo, pues las leyes de Sila, dadas contra la República por el camino de la crueldad (dadas, digo, pues ni fueron presentadas ni él consultó al pueblo), no pueden ni deben tener fuerza ni vigencia ninguna. Cuando él las publicaba, ¿a quién daba cuenta? ¿A quiénes llamó a consejo? A aquellos buitres que, luego de haber sorbido toda nuestra sangre, hombreaban de hartarse de nuestras entrañas, de nuestra vida, de nuestros bienes. ¿Y esto es dar leyes que contienen la salud y la vida de los ciudadanos y de todos los aliados? ¿Permitiréis que se introduzca y se consolide en una ciudad libre ese irritante abuso de que el vencedor solo, con uno que otro de sus esclavos, en su casa, cuide de que se labren en bronce las leyes que se le antojaren, de la vida y la fortuna de los ciudadanos, y por este hecho diga que han sido promulgadas, y que las ratifique y ordene su ejecución?

Por todo esto, quirites, yo no os pido más sino que se cumplan todas estas cosas que dije, que a la vez que satisfacen cumplidamente los deseos de los mejores ciudadanos, provocan la oposición de algunos; pero son exclusivamente aquellos que en aquella cerrazón de la dictadura silana y en aquella casi perpetua noche de la República ocuparon tanta cantidad de campo y de bienes cuanta su sola codicia constituye más cínico impudor, cuya injusticia permanente amenaza con originar graves alborotos.

Por todos los dioses inmortales, por la salud y vida de ese Imperio, todo el orbe, o que pueden adquirirse con fondos públicos, es lo más hacedero, lo más práctico, lo más agradable a ellos y a nosotros, quirites. No será expulsado de los campos que se le dieron el ejército vencedor; pero habiéndosele lanzado como a empellones, brutalmente, como a una cárcel, a páramos estériles y malignos, a hórridos pedregales, a gándaras donde el paludismo tiene su asiento, nosotros les sacaremos y rescataremos de allí y les enviaremos a campos dignos de manos recias y curtidas, fértiles, amenos, deleitosos, benignos, donde pasen una vejez honorable, cual la merece tan laboriosa mocedad, tranquilamente y con cumplida satisfacción. Estos soldados, si no quedan exentos y libres de aquellas ergástulas por nuestra resolución y nuestra obra, ellos las quebrantarán, y lo que nosotros no quisiéremos darles, ellos se lo tomarán con mano fuerte y percibirán la paga de tantas y tan duras milicias. No pienso yo, quirites, que el ejército sea de temer con estos mis planes, sino por la esforzada tenacidad de aquellos que se empeñan

en que dure y permanezca aquella tan inicua y monstruosa gratificación general hecha por Sila, y en ello ponen todo su afán y todas sus trazas y manejos. Quiénes son éstos, ya los conocéis, quirites.

Combatiente de primera fila es P. Sila, pariente propincuo de L. Sila y hermano e igual, quien gallardea de haber reunido asaz dinero para comprar la dictadura y de haberse alzado con propiedades rústicas suficientes para alimentar la conjuración, quien cada día, antes de salir al foro, en su casa, con su mujerzuela y sus compinches, echaba sus cuentas acerca de lo que le rendiría la almoneda de aquel día, y L. Cornelio, escribano de L. Sila, quien de tal manera escribió, que de escribidor bien pudiera ascender a proscribidor. Añádase, a tantos monstruos como hemos visto durante estos años, ese otro monstruo, P. Antronio, originario, pienso, de Antrona, ciudad de Magnesia, que dió lugar a aquel refrán griego que alude indistintamente a los burros grandes y a los hombres necios, que, ambas cosas a la vez, es ese pregonero de buenos costados, a quien Sila sacó de aquel antro que es la escuela de gladiadores, porque es fama que con un solo golpe ataca a un hombre en sus partes vitales, y sabe acabar con él muy diestramente. Está L. Catilina loco, el más furioso que nació jamás, que no contento con haber matado cruelmente a Q. Celio, M. Volumnio, L. Tantasio, y de haber despedazado a M. Mario, ciudadano inofensivo, benemérito del pueblo romano, ante nuestros ojos, dió muerte también a Catulo, marido de una hermana suya, exquisito hombre de paz, y luego pidió que le pusiera en la lista de los proscritos a Sila, que no le podía negar nada, porque Sila nunca había negado nada a nadie, mientras no fuese cosa honesta y respetable. Aun cuando también entonces alguna concesión debía hacerse al digno caudillo de los sayones galos, por más que éste no tenga tanto que dejar, como busca lo que ha de robar, pues a su lujo desaforado no le basta, según dicen, toda esta ciudad con todo su mantenimiento y su vestido.

Todos conocéis a Veccio Picente, que os pidió, quirites, la pretura, y no habiéndola alcanzado, fué nombrado por Sila medidor en el foro de Cornelio. En este cargo, como por su escasa pulcritud y su rapacidad excesiva los veteranos hubiesen puesto las manos en él y viese la cosa mal aparejada, echando la medida de diez pies, a una hora intempestiva de la noche, acudió al garito de Sila. Decíale con gran insistencia que no podía soportar por más tiempo vivir apartado de él y allí lo midió a su medida todo, y si vosotros quisierais medirlo con vuestra medida corriente de diez pies, os dolerá que tan excelente medidor no fuera nombrado edil. Quinto Fusidio, Fe de apodo, harto conocido cabe el Jano medio, asegura con juramento que no dejará un solo pie de aquel campo tan extenso que dice haber recibido, cuando era pretor, en paga de sus trabajos. En esta magistratura hizo una buena y cauta obra corrompiendo las tablas de los jueces, y no demasiado contra la voluntad de los jueces, pues nada se había de hacer de balde, si ya no es que él se atreve a negar lo que a todos es manifiesto, a saber: que en retribución de un estupro, como si fuese una dote, se le fueran asignados aquellos campos. Y siendo así que un hombre económico y fiel a su palabra se pudiera sacudir las deudas que le agobiaban, optó antes por perder su crédito que su dinero; empe-

ñó su palabra, pero retuvo el dinero.

No puedo pasar en silencio a Tarula por no parecer que envidio a Sila este honor. Habiéndole puesto en la presidencia en aquellas francachelas de Grecia, luego de haber ganado el campeonato de la bebida a los más bravos bebedores griegos, quiso Sila nombrarle jefe de caballería, porque los jinetes no tuvieran mejor capitán que el pueblo, y así lo hubiera hecho si pudiera eximir de las leyes a quien ley ninguna había obligado jamás, éste, por esa jefatura ecuestre, dijo contentarse con cinco mil yugadas de tierra en el Venafro y la Campania.

Y no he de pasar por alto a Q. Fundano, consejero de L. Sila, quien, consciente de tantas maldades como había cometido, el mismo día que Sila dimitió su dictadura se quiso ahorcar, y como sus amigos se lo impidieran, se abstuvo de hacerlo, con la condición de que al primer estallido de la reacción estuviese preparado en Ostia un bajel en que fugarse. No abrigaba la menor duda, como era razonable y justo, que, reintegrado Sila a la vida privada del pueblo romano, por su mano se tomaría el castigo del mismo Sila y de todos los *a làteres* de aquella fatalidad y aquella furia suelta. Pero ahora, recrecido en su altivez y fiereza, amenaza con defender los campos que detenta, dado que el pueblo romano es tan manso, o, mejor dicho, tan miedoso.

En este número está también un cierto L. Luscio, farolero de Sila, sicario pobre y menesteroso antes de la victoria y después de la victoria, opulento centurión, pues posee más de cien millones esa sanguijuela de la sangre y de los bienes civiles. A ése, Sila le puso al frente de las piaras de invertidos y de rufianes, pero con esta condición, a saber: que no les dejase y les traicionase como Turpilio, su tío. Este se hizo cargo de la guarnición de nuestros soldados en Beja y se comprometió a cuidar de ella y conservarla, de buena fe, como dice, mientras no se le ofrezca tanto dinero como T. Turpilio recibió en Numidia, de Yugurta. Ocupa un campo extensísimo, recompensa de su capitanía y prefectura. No contento el buen pastor con la explotación de su ganado, en común con Sila, obtuvo también el premio de su intolerable temeridad y audacia, puesto que el propio foro, a la luz del sol y a ojos de todos, para dar muerte a los proscritos de Sila, no dudó en echarse sobre un grupo de ciudadanos, y tras de haber malherido a algunos ciudadanos inocentes, no incluídos en la proscripción, a aquellos otros heridos de muerte, pero que alentaban todavía, arrastrándolos por los pies, los precipitó en el Tíber. Su pariente cercano M. Fonteyo, ciudadano no malo en el fondo, suele darle este aviso: *Mi caro Luscio, con perdón sea dicho, tú posees esas grandes extensiones de tierra, contra todas las leyes, incluso contra la ley de tu amo.* Si dijo contra la ley Cornelia, no seguramente contra la ley Luscia. Ruégoos, quirites, que salga aquí ese Luscio, si es que es capaz de abrir los ojos, y, salido de aquel amasijo de tinieblas, quiero decir, el garito de Sila, puede aguantar la luz del sol e ilústrenos acerca de lo que es esa ley Luscia, tan liberal, de los campos y de los bienes de los ciudadanos.

Yo no conozco personalmente a Escirro, gladiador de muchas palmas, según dicen, y que es fama que en Tesalia fué ventero y posteriormente en Efeso y Trales sostuvo muchos combates como retiario, pero conozco y conocemos todos cuan-

tos campos tiene de bravos caballeros romanos.

Síguese la manada histriónica: Roscio, el cómico, a quien Sila hizo caballero romano porque bailó con mucho primor en un banquete. Este farsante, luego de haber representado comedias, muy de gana acomodaba su persona a las tragedias. Sorex, divertido actor de mimos, a quien Sila, en estado de beodez, concedía cabezas y propiedades de ciudadanos. También anda con ellos no sé qué Macrobio, no menos devoto, según se dice, de Afrodita que de Baco. Pienso haber cometido alguna omisión. Pero éstos son los principales poseedores.

¡He aquí con qué pandilla, con qué linaje de hombres tendremos que habérnoslas nosotros y el pueblo romano! Negocio áspero y difícil; choque tremebundo, si es que llega a haberlo, que tendrá que afrontar el cónsul y todos los buenos romanos, con los pérfidos, con los estólidos, con los hueros, con los pródigos, con los esclavos borrachos, con los malos histriones y con toda aquella docena, o catorce a lo sumo. Yo digo que a esos tales, si les mostrare no ya las tropas y las banderas del pueblo romano, sino un solo edicto enérgico de un pretor bueno y resuelto, todos, a fe mía, van a caer de rodillas. No creo yo que de la nobleza haya alguno tan loco ni de mente tan insana que ni quiera ni siquiera intente contrariar y oponerse al justo despecho del pueblo romano, o combatir el bien de la patria. Y mucho menos cuando ven que yo, nacido de familia nobilísima, he asumido y defiendo la causa del pueblo y, por ende, de toda la República; además de que con esta actitud nuestra mantiene la dignidad y recobra la libertad. Dicen que mi colega está poco impresionado y no demasiado ofendido. Acaso recuerda lo de su hermano y de M. Mario y toda aquella tragedia. Si puedo, le reconciliaré con la República; si no puedo, despreciaré su enojo, y hostil como se muestra a la libertad y al bien público, le pondré en situación que no pueda hacer mal si no quisiere hacer bien. La voluntad de Cneo Pompeyo, quirites, la tengo muy conocida y comprendida; animada y excitada siempre para vuestra utilidad y para mi dignidad, y con una ejemplar lealtad y benevolencia para con todo ese Imperio. Nacido y educado como está, cuando diere él esa muestra de su entereza y virtud, ni podéis ni debéis dudar cómo se conducirá para con el cuidado y la libertad de la República. Y eso máxime en esas circunstancias, puesto que si tenía alguna amistad con Sila, no sólo quedó disuelta con la muerte de Sila, sino que quedó rota y descuajada por su injustísimo y feísimo testamento. Fué el testamento de Sila, quirites, semejante a su vida toda y de todos sus actos: blando y lisonjero para los enemigos, y para los amigos, severo, agrio, desabrido, cruel. Cuantioso fué el legado que dejó a aquellos que le profesaban odio venenoso.

A Pompeyo, mozo esclarecido, sencillo e integérrimo y en quien su propia salud no menos que la de la República se sostuvo siempre, le preterió con la mayor desvergüenza y la más negra ingratitud. Y no es de maravillar. Si a aquella execrable y maldita furia le hubiera tocado vivir más largo tiempo, a ese joven de tantos merecimientos contraídos con la República, le despojara, ya que no de la gloria militar (puesto que de ella no podía), pero con toda certidumbre de su dignidad y de todas sus riquezas y, al fin y al cabo,

le privara de la misma vida. Nadie desconocía las perversas intenciones que abrigaba aquella tea incendiaria, aquella peste de la patria, para la perdición y el exterminio de los mejores; una gran parte de ellas las vemos ya lamentablemente cumplidas. Por lo que toca a Pompeyo, tened buen ánimo, quirites; yo me atrevo a prometeros por él, para vosotros y para la República toda suerte de bienes. Y digo esto por los desterrados, y por los que fueron campos suyos. Y pensad, quirites, que he dicho eso mismo por los hijos de los proscritos. ¿Cuántas pensáis que serían cada día las alteraciones que se producirían en la ciudad en favor de aquellos niños y de aquellos mozos? ¿Cuántos motines no se irían a suscitar si no les eran devueltas las heredades que les dejaron sus mayores, sus patrimonios y sus bienes con que puedan sustentarse, y a la vez que con los bienes la esperanza de las funciones honorables y el favor posible de los comicios que Sila les arrebató con la mayor iniquidad y con una injuria que no tiene nombre?

Y yo les pregunto, quirites: ¿de dónde son de temer los peligros? ¿De dónde los movimientos amotinados? ¿De aquella parte en donde están cinco o seis sembradores de perdiciones vastas y de armas civiles, o de aquella otra donde están la justicia, la equidad, la mansedumbre, la benignidad, la plenitud del amor y de la concordia, donde se apaga el tizón de toda guerra y se apacigua toda la animosidad y se acalla la tempestad y se serena la borrasca bélica? Atended, por favor, quirites, y considerad una por una todas las cosas que os he dicho, porque no quiero obligaros a que admitáis la totalidad por uno o dos detalles que os plazcan. Persevere siempre íntegra la fuerza y la vigencia de la ley Cecilia y Didia. No hay nadie que busque y procure tanto vuestra libertad como yo. Dígoos todo esto con espíritu de cónsul, con fe de cónsul, con afecto de cónsul.

¿No se restablece el poder tribunicio? Esta sola causa, ya mucho tiempo atrás, en gente sosegada y recta como eran nuestros mayores, motivó dos guerras civiles. Oyense excitaciones a las armas, a la sedición, a la guerra; muchos amenazan, si no se les hace justicia, con que van a barrer la iniquidad y que en lugar del poder tribunicio van a crear algo más grande y más recio que no pueda quebrantarlo ni derrocarlo cualquier tirano vencedor. Yo les restituyo lo que ellos piden una y otra vez con toda la razón. Y decidme: ¿con sólo este hecho yo no sosiego aquellos aún tan excitados y soliviantados? ¿Yo no cierro todas las bocas? ¿No apaciguo a los malavenidos con la República y no devuelvo al pueblo romano aquella apariencia y aquella realidad de la libertad antigua? ¿No se hacen extensivos los juicios? ¿Vibrará la ciudad de indignación? Es una cosa inicua, indignante. Porque durante todos estos años se juzgó con tan fea injusticia, piensan los ciudadanos en motines y alientan en una atmósfera cálida de revolución. Los hago extensivos. ¿Con esta medida no descuajo la sedición? ¡Que no vuelven los expatriados! Esto es como la trompa bélica que convoca a la guerra civil; puesto que los desterrados fraguarán planes e intentarán volver a la patria con las armas dado que con las armas fueron expulsados. Yo les traigo. ¿Por ventura no acallo yo el sonido y el estruendo de esta trompa militar? ¿No debilito su fuerza y

les arranco las armas de las manos? ¿No vale más dar espontáneamente lo que por la fuerza se ha de tomar y hacer que el que lo recibió cuente en el número de los beneficios lo que contra tu voluntad te había de arrancar por extorsión? ¡No se devuelven las propiedades rústicas! Es inevitable que del pleito de las fincas rústicas se pase a las manos. Devuelvo sin quebranto de nadie. ¿Acaso no mitigo este problema tan agrio y quito toda ocasión de guerra? ¡No se permite a los hijos de los proscritos solicitar funciones honoríficas; ¡No se les devuelven los bienes! Los niños, en parte, ya no son tan niños; muchos ya son mozuelos, crecerán y, cosa que tiemblo de decir, atizarán en la ciudad un incendio gigantesco. Todo les es lícito a los armados cuando se les niega lo justo. Yo consiento que soliciten honores; yo les devuelvo los bienes. Y lo que dije de las fincas rústicas, ¿por ventura no apago esta brava llama con agua de justicia y de templanza?

¿Son esta opinión y voluntad mía, quirites, o son la voluntad y el sentir de ellos lo que acarreará poca quietud, ocio sabroso, libertad y salud a la República? Ya veis cuán justas, cuán equitativas, cuán razonables, cuán saludables, cuán necesarias son estas medidas que os aconsejo. Ya veis cómo ése es el único remedio para la República exasperada y casi desahuciada; fuera de éste, no hay otro. Plegue al cielo que sea feliz y fausto y próspero para mí, y mi colega, para vosotros, quirites, y para toda la República ese decreto: *Senatus populique romani quiritium, velitis, quirites, jubeatis*. Reponed en primer lugar en su antigua jerarquía de dignidad y de derecho el poder tribunicio y que tenga la misma facultad, poder, derecho, potestad y libertad que tuvo antes del consulado de Sila y Q. Pompeyo. Ordenad, a continuación, que los juicios sean comunes a todos los órdenes y que los jueces sean designados por vuestros sufragios libres, en comicios por centurias, de todo el pueblo, quince de cada tribu, que durante el año de su mandato conozcan y juzguen de los asuntos, lides, controversias, crímenes, cuestiones entre ciudadanos, aliados, estipendiarios, de gentes y naciones extranjeras, como prevé la ley Plancia judicial. A seguida, llamad a los que Sila mandó al destierro y que se les devuelvan las propiedades, pagando el precio mismo que por ellas pagaron sus compradores. Colocad, finalmente, a los hijos de los proscritos en sus bienes, fortunas y patrimonios y que en los comicios se tenga cuenta con ellos. Y todo esto se ejecute, contra toda fuerza, dolo o fraude, toda vez que sea sabido, ratificado, aceptado y mandado por el pueblo. Y que la cabeza de aquel hombre, cualquiera sea su sexo, su edad, su condición, libre, esclavo, magistrado, persona privada sea consagrada a Júpiter y que sus bienes, y su familia, y sus hijos y sus hijas pasen al arbitrio y poder del pueblo romano y de los quirites.

FIN DE LAS
«DECLAMACIONES SILANAS»

LA PARED Y LA MANO ENSANGRENTADA

(PARIES PALMATUS)

(1521)

DECLAMACION DE MARCO FABIO QUINTILIANO

ARGUMENTO

Un hombre que tenía un hijo ciego, a quien instituyera heredero universal, introdújole en la casa una madrastra y relegó al hijo al más apartado aposento de la mansión. Ese hombre, una noche, mientras dormía en su alcoba con su mujer, fué asesinado y hallado al día siguiente con la espada de su hijo clavada en la herida que le ocasionó la muerte, y la pared desde la alcoba marital hasta el apartamiento del hijo, señalada con las huellas de una mano ensangrentada. Acúsanse mutuamente el ciego y la madrastra.

DECLAMACION

EN FAVOR DEL CIEGO CONTRA LA MADRASTRA

Si el más inocente de los mancebos, ¡oh jueces!, quisiera valerse de la espectacularidad aparatosa de la más triste de las calamidades, pudiera alegaros en descargo suyo que juntamente con la vista perdió toda la temeridad de sus pensamientos; pero como sea verdad que prefiere demostrar su inocencia, más por su conducta que por su desgracia, no quiere hacer ni a su piedad ni a su conciencia el grave ultraje de que se piense que si no perpetró el parricidio debe agradecérselo a su ceguera. Por donde no pide que le conceptuéis desgraciado, si no resultare también inocente; no pide que aliviéis a un afligido, sino después que hubiere probado ser más infeliz por la pérdida del padre que por la pérdida de los ojos. Estimad a ese mozo por aquellas mismas prendas morales por las que le estimaríais si gozara de vista, por su conducta, por su recato, por su piedad. Todo esto si se pusiere en claro, como se prometerá, no habrá acusación que le amedrente. Ni nos causa temor alguno el hecho de que la más malvada de las mujeres remedó nuestra calamidad dejando la pared ensan-

grentada. Cuanto más diligente fué, cuanto más solícita anduvo en que no se la cogiese, tanto más dió a entender que no le faltaron ojos. Le quedamos reconocidos, porque con demasiada precipitación echó las sospechas a nuestra parte. Más difícilmente se probara que el crimen no fué del ciego, si todo no hubiera sido hecho para que pareciese que nadie lo pudo hacer sino el ciego. Por donde, jueces, creo no hacer mal con esperar que despertará nuestras sospechas lo que con tan poco tino se fingió contra la desgraciada ceguedad.

Primeramente; el largo y espacioso pasillo de la casa, desde la alcoba nupcial, que estaba en el centro, hasta el aposento del mozo desgraciadísimo, con tal profusión quedó señalada con huellas de sangre, como si el parricida recelara no ser sorprendido. Además, fué con preferencia escogida para el crimen la noche, porque es el tiempo en que el marido no puede hallarse sin su mujer. También; en un crimen en que nadie utiliza sino arma ajena, adrede se dejó la espada del mozo, para que a la madrastra no le faltara prueba. Y, finalmente, consumóse con un solo golpe el delito para achacarlo a las manos de quien no las podía tener seguras.

Y con todo, a pesar de tantas circunstancias increíbles, la madrastra sólo invoca el testamento del padre y dice que aquél fué el precio aparente del parricidio, a fin de que, entendidas las cosas al revés, quede probado que el padre fué muerto por aquella razón misma, por la que no mereció serlo.

Yo no tengo inconveniente en reconocer la acusación si pensáis que es una verdadera acusación. Este joven es el heredero único de su padre. Ese testamento, si pudo ser conocido en la casa, en vida del infortunadísimo anciano, harto sabéis quién debió tomarlo a mala parte. Eso que ella dice que el hijo era aborrecible al padre, hemos de aceptarlo como acusación arbitraria de la madrastra y se figura probarlo con decir que no fué el hijo quien se benefició del testamento secreto de su padre, sino la ceguera. En este lugar, con harta astucia, se esfuerza por disimular su despecho. El padre, que confinó al hijo ciego en el rincón más escondido de la casa, retiró de los ojos de la madrastra el placer, pues pareciendo que ésta había entrado en una casa vacía, imaginándose que un hijo ciego equivale a una orfandad, ideó el cariñosísimo anciano la traza por la cual ese infeliz morase para el padre en la misma casa y para la madrastra fuera de ella. Recibió el secreto que había de pedir. Para averiguar con qué ánimo el anciano lo hizo, podéis interrogar el testamento. Yo no creeré que el más grave de los padres hiciera alarde de sus últimas voluntades para declarar heredero a su hijo; no es cosa que se le haya de imputar. Más de creer es que esa hembra, bien por algún indicio, bien por suspicacia femenil, sorprendió los arcanos del marido e instantáneamente renunció a todas las ventajas del matrimonio, pues como ames por el dinero, el dinero es el fin y el sepulcro del amor y de la esperanza.

Había tenido siempre el mozo en su aposento una espada al alcance de la mano, ora fuese antes de que cayera en tal desgracia, ora fuese porque constituye un consuelo y conorte de la mísera ceguedad poseer un objeto propio de los que ven. Es un hecho cierto que jamás el padre le había temido ni jamás la madrastra le había reconvenido por ello. Arri-

mada estaba allí a vista de todos; la casa toda conocía el arma perfectamente. Demasiado sabéis con cuánto mayor descuido guarda el hierro que la buena conciencia, y también hasta qué punto, fuera de todo recelo, es la espada una herramienta sin uso. La inocencia hace que el hierro pueda quitarse aun a quien va con los ojos abiertos. Sea, pues, que alguno de sus esclavos fuera corrompido; sea que a la madrastra no le faltase atrevimiento para quitársela, cosa que podía hacer aun en presencia del entenado, sin posible duda, y ello señala certeramente quién sea el autor del crimen, que todo aquel que lo ha de abandonar prefiere en el asesinato usar de hierro ajeno que de hierro propio.

Examinad, jueces, si los restantes hechos pudieron tener efectividad. Se dice que el ciego, sin rector, sin guía, de aquel rincón secreto de la casa y, como quien dice de otra casa, por un camino vacío, a través de tantos portales, que debieran serle otros tantos tropiezos, a través de la servidumbre que montaba la guardia, anduvo a tientas con el hierro; que entró luego en el dormitorio de su padre, que no se ladeó a una parte ni a otra, sino que todo derecho, como suelen guiar los ojos, se acercó al lecho poco a poco, con pies de fieltro; que no topó con la cama ni llegó a ella antes de lo que creía. Vosotros, jueces, deducid de la realidad el ruido en que suelen perpetrarse los crímenes: el anciano dormido a quien buscaba el asesino ciego, despertárase antes de que se diera con él. Añaden a esto circunstancias mucho más increíbles: que mató al padre, que perdonó a la madrastra, que consumó el parricidio con un golpe solo, cosa que apenas suele acontecer a quienes guían su mano por los ojos. Ninguna fué, por tanto, la virtud de la vista; un hombre que debía dar el golpe, al azar, harto afortunado si daba en alguna parte del cuerpo, acierta en un órgano vital y entiende que ha ocasionado la muerte.

El oficio de los ojos, jueces, es comunicar lo que han hecho las manos. La única seguridad de un agresor ciego es herir muchas veces. Declara la madrastra no haber sentido ruido alguno de golpes, y eso que dormía al lado del marido, y no se explica cómo pudo ser ello, indicio éste de muy gran turbación. Si el padre había muerto de un solo golpe y su mujer no estaba despierta, ¿para qué había de dejar la espada en la herida el parricida, que se consideraba seguro? Todo lo restante es, jueces, sospechoso en demasía y de maligno y burdo fingimiento: la espaciosa pared y el tan largo trayecto de la casa mostraron huellas de sangre que parecía haber dejado allí la mano asesina al regresar de su feroz proeza. ¡Oh, qué bien imitan los ojos lo que quieren! Espántome, si se me quiere creer, de que el entenado pudiera haberlo hecho todo en aquella noche. Dícese que, según el deseo de la madrastra, dejó en la herida la espada, que no podía negar que fuera suya. Y, luego, por toda la superficie de la pared, ¿qué otra cosa hizo sino escribir que el parricida era él y que llevó consigo hasta su habitación la sangre del padre y dejó la pista para que se le descubriese? ¿Hizo todo esto uno que debía encerrarse en la más rotunda negativa? ¡Mis parabienes, joven! Si no pudiste admitir aquel parricidio sino para dejar una demostración de tu ceguera, tuviste imprescindible necesidad de la inocencia.

Yo me propuse desarrollar la defensa de ese mancebo desventurado, defendiéndole, en primer lugar, como si en realidad fuera culpable; a seguido, cuando comenzaré a estar seguro de su inocencia, entonces iniciaré la acusación de la madrastra. Veréis al uno y a la otra con sus conductas y sus razones respectivas y será más fácil el camino que debe recorrer nuestra conciencia escrupulosa, y aunque vayan involucrados dos juicios, con todo, vosotros entenderéis como si no fueran más que uno. Procederé, en primer lugar, como si el mozo gozare de vista; como si su impetuosidad instintiva no estuviera frenada por debilidad física alguna, y os preguntaré por sus antecedentes: ¿qué fué lo que con anterioridad hizo de perdido, qué lo que hizo de malo, qué lo que hizo de impío; qué maldades perpetró que dieren el presagio del parricida?

La inocencia va por grados apartándose del hombre, y la audacia, por no titubear en los empeños máximos, va despacio y por largo tiempo ensayándose y cobrando fuerzas en los menores. No hubo nunca nadie que comenzara por allí donde es increíble que haya llegado. No tendrás más remedio, mujer, que manifestar los grandes odios que mediaban entre ese mozo y su padre y cuán violenta fué la disensión entre las infinitas prendas de amor de esos dos nombres sagrados: padre e hijo. Créeme, mujer, aun en interés tuyo. Si es fácil para un hijo matar a su padre, más fácil es a la esposa matar a su marido.

Hablaré ahora del achaque de la ceguera, de la lastimosa ceguera. Toda la temeraria agresividad del espíritu queda quebrantada en la desgracia corporal y debilítase y se enfría el ímpetu pasional que no es servido por la idoneidad de los miembros; los destituídos de posibilidad encuentran refugio en la sola tristeza. Aquel semblante sumido en noche perpetua y forzosamente miedoso no concibe una maldad, a la que se llega no más que por la guía de los ojos. Piensa en sus titubeos y tropiezos; pondera la dificultad de la ida y de la vuelta. Es fuerza que se mantenga inocente aquel cuya detención es la más fácil. Guárdanse siempre los miserables por no dejar de inspirar compasión, y quien ha perdido los ojos esfuérzase por no haberlos perdido con motivo. ¿Qué otra cosa aprende la ceguera sino es pedir con humildad y blandura? Los ojos son los fomentadores de todo odio; sus chispas encienden en los pechos humanos ese furor y no es liviano el enojo que prende en los ánimos la vista de aquel a quien aborrece. El ciego es desgraciado en demasía para ser aborrecible, y es tímido en extremo para que pueda odiar. Demás de esto, a los hijos desnaturalizados frecuentísimamente les sugirió la idea del parricidio, lo que veían, pues los vicios entran en nuestra alma por el camino de los ojos. A los unos púsoles en las manos el hierro contra la sangre de los padres la lujuria o el lujo; el lujo, que es el crimen de los que ven; a los otros, el amor de una rameruela pedigüeña sin saciedad; el amor del que los ojos son heraldos. Un ciego infeliz ha dado muerte a su padre. Decidme: ¿a quién alargará su mano con más seguridad? ¿En qué hombros se apoyará con menos peso? ¿Quién castigará con más severidad los ultrajes del servicio? ¿Quién amparará con respeto mayor una desgracia tan expuesta? Entre felices, otro es el orden de los deseos; el hijo ciego desea que el padre le sobreviva.

Quiero ahora saber cómo explica la mujer el desarrollo de hazaña tan difícil. El ciego maquinó el parricidio. ¿Con quién? ¿A qué ojos se confió para que le guiasen por toda la casa? ¿Qué lazarillo eligió quien vivía sepultado en la soledad de su aposento? Consigo, consigo me figuro yo que delibera; se basta a sí mismo; habla con un hombre expeditísimo. ¿Para qué iba a buscar un cómplice de su conciencia? Todo lo puede averiguar por sí mismo, primeramente, cuando es de noche; después, enterarse con solicitud si toda la familia está dormida; andar a tientas con firmeza y seguridad y volver el rostro ansioso del lado donde apunta su temor. ¡Ah, de cuán poco sirve en situaciones de miedo tener los mismos ojos! ¿No se dijo el mozo para sí: «Tengo el decidido propósito de matar a mi padre; pero, a quién seguirán esas manos? Saldré solo de noche, pero ¿cuándo llegaré? ¿Piensas que vivimos puerta por puerta? Entre padre e hijo media toda la casa. ¿Cuánto va a durar el merodeo? Un tiempo que no puedo calcular.»

Ceguedad incauta, ¿qué es lo que haces? Acaso habrá terminado la noche. ¿Y qué, si ambos están despiertos? ¿Y qué, si sólo lo está la madrastra? ¡Ea, adelante! Encontraré el portal, moveré la puerta sin ruido; entraré en la habitación del dormido, heriré a mi padre descansando; un solo tajo bastará; no estará en vela la madrastra; saldré tranquilamente, y regresaré, sin que nadie se entere. Estos son los deseos, pero de quien tiene ojos. Un ciego desesperaría, aun cuando la noche le prometiera tantas hazañas.

Llegado aquí me es forzoso preguntar por qué razón el joven usó preferentemente de su propia espada. Sin duda se le vino a las mientes que la había de dejar, pues si hubiera dejado otra, desconocida, pudiera dudarse quién fué el homicida; pero el ciego ingenuo utilizó la suya a fin de que, aun escapado, quedase cogido y convicto por su propia espada. ¿Por qué, preguntas, tenías la espada en tu cuarto? Porque siempre la había tenido allá, porque jamás había de usar de ella. ¿Por ventura tuve yo la espada a punto para el parricidio durante tantos años y por espacio de todo ese tiempo fuí inocente?

Yo, que estaba armado de espada y de resolución, ¿dejaba que pasaran tantas noches? Yo, con anterioridad, ¿hice la espada de marras tan familiar a tus ojos? Yo, antes, ¿la di a conocer a todos los esclavos? ¿No estuvo colgada en mi habitación como testigo de mi limpia conciencia, allá en medio, a vista de todos, con descuido tal que pudiera ser sustraída con suma facilidad? No, no la ocultó la conciencia turbada; tan conocida era en la habitación, como la propia ceguera de su amo. Quien se previene de un arma para un crimen, la hurta a la vista de manera que a sus tiempos pueda negar que es suya. Poned ante nuestros ojos el acto del parricidio y comprenderéis la dificultad. Concedo gustosamente que salido de su habitación consiguiera engañar a los esclavos que le había dado su padre; llega a atinar con la cámara del anciano; la pared faltó de súbito y se quedó sin apoyo la mano del asesino; cedieron las puertas con un silencio cómplice. Entra, ¿y qué hace entrado? ¿Rodea todo el espacio de la cámara pegado a la pared, o se coloca en medio y blande su mano armada en medio de las tinieblas? He aquí que toca el lecho del padre, y puesto en pie, siente la respiración de los cónyuges dormidos.

¿Cómo sabía adónde va a dirigir el hierro? ¿A cuál de los dos herirá con preferencia? Palpa con tiento la cabeza y el pecho que se le ofrecen; busca el camino más breve para acabar con una vida que apura sus últimos minutos. ¡Cuán pesado el sueño de quien de nada de esto se da cuenta!

Pero dirás tú, mujer: «Tampoco lo sentí yo.» Con eso entiendes cuán mala es tu causa, cuya defensa es única e increíble: ¿así se hiere a tu marido en tus brazos y tú no te das cuenta de nada? ¿A tu lado consúmase el hado de un hombre y tú te callas como si tu hijo entenado te hubiera primero matado a ti? Así que ¿no fué herido aquel hombre que murió degollado? Al menos a ti, cuando no otra cosa, hubiérante despertado aquellos borbotones de sangre caliente. Pero ¡cuán en evidencia queda la conciencia de tu crimen, que, queriendo dar a entender que el padre fué muerto por el entenado, te fuerza a declarar que nada sentiste! Basta ya; he vencido; soy inocente. De veras, sí, cuando tendida en el mismo lecho, cuando por ventura abrazaste a la víctima, ¿manifiestas un sopor tan increíble? ¿Por qué, pues, estás tú salva? ¿Qué suerte fué la que sustrajo tu sangre de manos tan airadas? Sin duda alguna dormías; cierto será que no sentiste nada. ¿De esta guisa te dejó el entenado que no temía ser descubierto? ¿Hubo alguien que matara a su padre y perdonara a su madrastra? ¿Tuvo arrestos para cometer la más facinerosa de las hazañas y no fué capaz de una maldad menor? ¿Violó los más sagrados deberes de la Humanidad y no osó nada contra un pecho, nido de víboras y de odios? Es increíble; está por encima de todo crédito no matar a la madrastra a quien podíase culpar de haber dado muerte al padre.

¿Qué dices, joven? ¿Y tú no desfalleciste en derredor de aquella sangre? ¿Dirigióte más blandos ruegos aquella alma? Perdiste, pues, la oportunidad: no había sentido nada, era de noche, reinaba silencio, sobraba tiempo para la carnicería del otro. Tú, si fueres capaz de perpetrar un parricidio, ¿matarás al hombre no más que porque te fuera lícito matar a la madrastra? Yo no veo por qué se quiera dar a entender que se dejó a la mujer por la sola razón de que pareciese haber sido ella la autora de tamaña atrocidad. Astuta habilidad es ésta, pero que inmediatamente quedará desautorizada por estotro argumento. ¿No obedece a un mismo designio perdonar a la madrastra para que sustituya a la rea, y abandonar la espada que le descubrirá a él? Muy muchas veces me veo en la precisión de valerme del argumento de la ceguera, y también en este lugar en que se ha de tratar del famoso golpe. A fe mía, si hubiera entrado un agresor dotado de vista. llevando en la mano un candil no tan certeramente descargara el tajo mortal, que aun cuando no le desviara la oscuridad, con todo el miedo y las voces de la conciencia le retardaran y le hicieran inseguro. Raras veces acontece que el verdugo despache a su víctima de un solo golpe, aunque él mismo le componga la cerviz y su mano ejercitada ejecute una vez más el homicidio como una práctica de su triste función. Si, pues, el ciego descargó su mano con tal seguridad que dió en el órgano de la propia vitalidad, yo no acabo de maravillarme que habiéndolo querido con el padre, no matara también a la madrastra. El parricida, fuera de su sombría resolución, ninguna otra fuerza

tiene; el primer golpe es indeciso; reacciona él; avergüénzase él; todavía no está demasiado lejos de la inocencia; no hay más sino que el segundo golpe sea más recio.

Ahora quiero preguntar. ¿Cuál fué el motivo por que el joven abandonase la espada? Sin posible duda fué porque no quiso que su madrastra quedase infamada; despojóse de toda defensa y tácitamente se confesó reo. Dejó el hierro en la herida; si no había matado aún, heriría de nuevo; si entendía ya que el crimen estaba consumado, llevárase consigo el cuerpo del delito.

Pero ¿por qué conjeturo yo una cosa que queda tan clara? Si queréis saber, jueces, quién fué que dejó la espada, pensad a quién favorecía el hallazgo de la espada. Pero es que también la pared quedó señalada con las huellas de una mano sucia de sangre. Ponderad, jueces, antes que todo, que no es inhábil, precisamente, ni lerdo total, que siendo ciego se esfuerce por explicar una fechoría que para los ojos es difícil. ¿No se le ocurre, pues, que al apoyar en la pared la mano ensangrentada, no deja detrás de sí las huellas del parricidio? Cuando podía limpiar con su vestido la mano de que se hacía guiar y así deslizarse sin dejar vestigio, iba ensangrentando toda la pared, y en dondequiera dejaba rastro de su desgraciado padre. ¿Qué iba a pasar al día siguiente? ¡Qué odiosidad hubiera despertado! No pensaba en el amanecer, sino que disponía el indicio cierto, indubitable, sin error, que la madrastra seguiría hasta su aposento, hasta su puerta misma.

¡Oh extraño caso! ¿Y la sangre no se acabó antes? En esta ocasión me valdré de la naturaleza del mismo hecho. Hallóse la pared toda rubricada con palmadas de sangre, de la siguiente forma: abrió toda la mano; alargó cuidadosamente todos los dedos; gastara, pues, toda la sangre en las manchas primeras. Imagínate una mano ensangrentada; o si quieres, para complacerles, empapada y húmeda de sangre; imagínate la extensión del camino a recorrer; mide el espacio de la pared (muchas veces tendremos que volver a esa secreta interioridad de la casa). Es lógico que la parte más vecina del dormitorio del padre tenga más sangre; la que sigue, más poca; la última, nada, porque cada contacto con la pared la disminuye o acaba por secarse del todo en la mano del que camina con pasos atentados. ¿Y cómo se explica que cerca de una y otra estancia parece que comienza allí el vestigio ensangrentado? Por ambos extremos muestra la pared los garabatos de la mano enrojecida. ¿Cómo pudo llevar la mano lo que iba dejando? Fué la madrastra que hizo esto; fué la madrastra que con seguros ojos aderezó esta trágica decoración; ella llevó la lastimosa sangre en su mano, que a cada paso iba mojando y renovando. Toda la pared está con esas marcas de la mano; hay distancia; queda algún espacio vacío; la huella es entera siempre; el ciego hubiera arrastrado las manos.

Decidme ahora: ¿de dónde tanta sangre en la mano? De toda herida borbotea y se derrama la sangre, cuando sigue el camino reciente que el hierro abrió, y cuántas veces sucede que estorba su salida el arma misma que la ocasionó y queda disimulado el horror de la muerte. Por lo demás, cuando la mano por que se abre parte de la palma, se pliega sobre la empuñadura del arma; mientras la retiene, permanece cerrada, y por la fuerza la cara que queda manchada es la exterior. Y el

caso es que esa pared tuya muestra la huella de la palma adonde la sangre no pudo llegar. A vosotros toca, jueces, comparar y ponderar todos estos datos. ¿Por qué no ha de ser más sagaz el juez en el descubrir que el reo en el proyectar? Yo creo que ello se explica porque el uno solamente piensa por sí y el otro piensa por ambas partes.

Defendí la causa de ese joven sin ventura; ahora quiero examinar cómo está cogida la madrastra con pruebas harto más ciertas. Prescindo de aquel tópico, de todos tan vulgar y trillado, que consiste en la comparación de las personas. Otro diría que el marido y la mujer no consagrados por la bendición de los hijos no andan unidos con vínculos físicos excesivamente fuertes. Yo, con preferencia, diré: Quedó defraudada, mujer, tu expectación; habías entrado en una casa que se te antojaba vacía y sin heredero; te habías hecho la ilusión de que ese mancebo infeliz sería echado de la casa desde el momento mismo que quedaran cumplidos los ritos nupciales; que su padre, alcahuetado por tus blandos abrazos, le apartaría de su lado, desterrado y pobre, y vedaría a los delicados ojos de su esposa la vista de aquella suprema desventura. Y ocurrió al revés; te hallaste con un anciano amante y devotísimo de su único vástago, y por ello desesperaste ya de todos los afectos que pudiera abrigar para contigo. Infeliz en grado sumo es todo marido que da a su hijo una madrastra, porque a su nueva mujer le parecerá que no puede amar a ambos.

Ante todo, pregunto: ¿dónde fué asesinado el marido? En su cámara. Esta cámara, poco antes, ¿no debiera haber sido prohibida al entenado? El anciano fué muerto en su propia cámara. ¿Tan poco fué el miedo que el asesino tuvo de la esposa? ¿Atrévome a entrar con la idea de matar en el secreto santuario del matrimonio y en la intimidad del tálamo nupcial? ¿A quién buscaré? ¿Dónde se deja al marido inocente de su esposa? ¿Quién eligió la nocturnidad para el crimen? La noche es el tiempo tuyo, ¿y qué si a esto se allega la ocasión pecaminosa? No debes venir de la parte más apartada y secreta de la casa, ni debes recorrer todo el sagrado recinto del hogar; no tienes qué pensar cómo con mano sigilosa vas a hacer girar silenciosamente el gozne de la puerta, que con su chirrido puede despertar la alarma; estás tendida a par de la víctima, y tienes expedita la horrenda hazaña, aquí mismo, con sólo que alargues la mano; no tienes por qué temer ser descubierta; la servidumbre duerme muy lejos y está rodeado de religioso secreto el genio del lugar; tienes oportunidad de dar el golpe cuando quieras, y puedes saber cuándo está dormido. Noche, espada, marido descuidado ¿qué cosa más delicada que este crimen? Sabemos que el anciano fué muerto cuando tú quisiste.

Dice: ¿Cómo llegó a mi poder la espada de mi entenado? Vacilo en contestar. Difícil es de rebatir ese argumento. ¿Quién me va a creer si yo dijere *es que el ciego perdió la espada?* Sus cuencas hundidas en perpetua noche no la supieron guardar. Parecerá que finjo a tiempos y que lamento un suceso evidente en demasía. En hecho de verdad, siempre la mano estuvo asida a esa empuñadura, y de día y de noche constituyó su preocupación. No quiero que te precies de astucia genial; no engañaste al truculento y horrible ladrón; nuestras costum-

bres te ofrecieron la oportunidad, pues el hecho de que con un solo golpe se acabó con el anciano hace que la sospecha se oriente hacia ti. Tú puedes acomodar el cuerpo para la herida mortal mientras finges que le abrazas; tú, con cariciosa mano tentar el pecho, dónde el pulso asiduo denuncia la actividad de la vida; dónde se cobija la muerte instantánea, sola tú, mujer, puedes matar de un solo golpe.

Voy ahora a las huellas de la pared ensangrentada, con las cuales, asaz y abundosamente te vamos apretando en nuestra defensa del joven. Estas son las postreras reservas que tengo contra ti. Cuando tu marido era asesinado en la propia cámara, demasiado sabías que no te quedaba ninguna otra defensa y evasiva sino hacer algo que se pareciese a la ceguera y por esto esparciste la sangre por aquella parte donde querías que se le buscase, porque al día siguiente toda la indignación producida por el crimen horrendo siguiera las manchas y huellas de sangre que tú habías preparado. Infamas al ciego; tomaste consejo de su desgracia; muy bien sabías que a falta de guía de ninguna manera podía entrar sino dirigiendo sus pasos por las paredes, que son siempre las mismas. Y así te hiciste la ciega, y porque no faltara detalle a esa obra maestra de impiedad, jugaste con la sangre de tu marido. Toda esta compostura y simulación fué cosa de tiempo y de seguridad, como si la maldad se trasladara al ingenio. ¿Será ahora delincuente el muchacho porque su espada quedó en la herida, porque la pared amaneció ensangrentada? Cuán fácilmente y en cuán breve espacio se truecan los destinos de la causa, cuanto se descubrió que el autor del crimen era el mismo que lo anotaba en la cuenta del otro.

Pero la mujer insiste: «Tuvo ése motivos para el parricidio, porque enojado su padre le relegó al postrer rincón de la casa.» Mujer, ¿quién sabe si esa pretendida afrenta era lo más deseable para el entenado? Es un favor que se le hace a la ceguera cuando se la abriga en el secreto.

¡Oh singular y preclara piedad del mejor de los ancianos! ¡Con qué cariño retiró aquel vástago suyo desventurado, y con cuánta diligencia apartó de los ojos de su gozosa esposa y con cuánta delicadeza miró por la vergüenza del hijo huérfano de luz. «Si fueras más venturoso—le dijo el padre—, sería yo quien te cedería la casa toda; empero ahora, dado que eres infortunado, ocupa aquella parte donde nadie te vea, donde me acercaré yo solo; te rodearé de siervos fieles; no habrá nadie que oiga tus gemidos, que con insano gozo se saboree con tu tristeza lastimosa; no importa que te acucie nuestra conminación; el secreto que se otorga a la ceguera, se le otorga para menos sentir la ausencia de los ojos. ¿Habrá nadie que no pueda ver a su hijo ciego y se contente con la leve venganza de asignarle la más quieta, la más repuesta, la mejor parte de su casa? Yo entendía que ese apartamiento equivalía a una renuncia, a una expulsión?» ¡Y resulta que el anciano, enojado, mantiene a su joven hijo en el ruedo apasionado de sus brazos y le prohibe la salida del hogar! Dime, por favor: El dueño que por una casa intermedia tiene separados a dos de sus moradores, a ti, entera, sana, y a él, ciego infeliz, expuesto al ultraje, fácil a la injuria, ¿con quién está enfadado: con su hijo o con su mujer? «No quiero joven—dice—. que disfrutes de la

parte más amena de la casa ni que los bien labrados y relucientes artesones alegren y recreen tus ojos. ¿Quién se enoja con un ciego con tan ciega estupidez, que vaya a pensar que es cosa que le importa la parte de la vivienda que se le señala por habitación? Mas aína es a ti a quien te aparta, son tus ojos los que aborrece; es a ti a quien dice: «Basta ya; posee tú la mayor parte de la casa; piensa que está ausente; deja para el desgraciado algún rincón de la casa paterna.» El padre que a su hijo, que está bajo una madrastra, le señala una parte secreta de la casa, confiesa tácitamente a su mujer que no puede abdicar de su paternidad.

Mi acusada pasa ahora a otro linaje de defensa, a saber: que ella no tuvo motivo para matarle. Una vez descubierto que el hijo es heredero de todos sus bienes, ¿qué otro puede ser el que tenga prisa para entrar en su posesión? El hijo beneficiado no tiene temor alguno de que su padre se arrepienta del testamento; se le dejaba heredero de todos los bienes; luego no estaba el padre enfadado con él cuando le señalaba una parte secreta de la casa. No pueden valerte los extremos contradictorios; lo mismo podrías objetar si el presunto reo estuviera desheredado. Elige el que quieras de los dos. Si supo que el heredero era él, debió amar más al padre; si lo ignoraba, de la muerte del padre no iba a esperar nada.

Falta no más examinar cuál de vosotros dos siente más aguda la soledad del muerto. Pienso yo que a ti te aflige ese duelo más gravemente y más insufriblemente te agobia ese luto; a ti, que muy luego trocarás ese velo que tan pronto envejeció y cambiarás ese lúgubre vestido de circunstancias con nuevas galas nupciales. Y a su vez ese joven que, si compara su actual mala suerte con la pasada, empezó ahora a ser de veras ciego, ¿qué no perdió con la muerte de su padre el cuitado? Alentaba en él un amor filial grande; los ojos de su padre eran sus ojos; los esclavos bellacos no podían hacer burla de sus tinieblas infelices. Y desde ahora, ¡dioses buenos!, cuántos ultrajes tendrá que apurar. Se fundieron en uno la ceguera y la soledad. ¿De qué te aprovecha ahora, mancebo sin ventura, esa herencia tan cacareada? ¿Qué valor tiene el dinero en tu mano? ¿Qué los goces de la vida? ¿Qué otra ventaja te acarrean, si ya no es la fácil ocasión del despojo? ¡Con cuánto celo guardaban todo esto los ojos de tu padre! ¡Con qué facilidad puedes ser engañado, con qué facilidad puedes ser despojado, cuán pronto puedes quedar reducido a la miseria! La muerte del padre te desheredó. ¿Qué te aguarda de hoy más sino tristeza inacabable y maldición de la vida? El mísero, después de haberlo perdido todo, perdió las lágrimas también, y en su dolor no le ayudan los ojos. Empieza ya la espada a tener algo que hacer contigo. Vedle cómo busca, vedle cómo busca el hierro, y dice: «Devolvedmele ya; limpio y virgen fué mientras solas mis manos le tuvieron. Si es necesario morir, me arrojaré sobre él.» De esto quejábase hace tiempo ya esa vida infeliz que me pesaba tanto. Mis fuerzas, ¿dónde están? ¿Dónde están mis bríos? ¿Dónde mi diestra tan recia en otros tiempos? Yo no pienso tener la suerte de que una sola herida pueda acabar conmigo también.

DECLAMACION DE LUIS VIVES

CON QUE CONTESTA A LA DECLAMACION DE QUINTILIANO

LA PARED Y LA MANO ENSANGRENTADA

PROLOGO

La primera pregunta y la más justificada que asaltará la mente de quien esto leyere será la siguiente: ¿Qué presunción es esta de atreverse a responder a la *Declamación* de Quintiliano y a contender yo, que soy un hombre de flaco ingenio, de erudición mínima, de facundia embarazada o, mejor, de afasia total, nada menos que con un varón cuyo talento y cuyo saber y cuya elegancia o majestad en el decir, muy merecidamente admiraron todos los siglos desde que escribió; con una desventaja inicial tan grande como jamás la tuvo un mirmilón miedoso y enteco en pugna con un hercúleo luchador de Tracia? Ciertamente, tanto como es grande y arrolladora la fuerza de la voluntad, es razonable que se excuse este atrevimiento mío. Con emprender este trabajo no hice más que doblegarme a la amistad, y no de cualquier amigo, sino de Tomás Moro, que yo pienso que fué hecho y dotado por la Naturaleza para el culto ardiente y santo de la amistad. No se contenta él con amar sólo, que muchos creen que es requisito suficiente para la amistad (y en hecho de verdad es lo sustancial en las relaciones humanas, y del verbo amar se forjó la voz de amistad), sino que al más entrañable y sincero de los afectos añade consejos, desvelos, ayudas, cuando los amigos los han menester. En punto a los consejos, no es posible que los halles ni más prudentes ni más eficaces; en los desvelos no los hay más fieles ni más diligentes; en el favor, no puede haberle más benigno. Y estas cualidades las tiene tan accesibles y tan obvias, que no sólo defiere a los justos ruegos, sino que les sale al camino, y en cierto modo se les anticipa. Tratándose de un amigo mío tan grande, de cuya benevolencia recabé tantos provechos, mucho me temo que alguno vaya a creer que mi amistad es correspondencia interesada y servil. Empero me tranquiliza la convicción que tengo que el mayor lustre de esa amistad es el que Tomás Moro me conceptúe no indigno de esa particularísima benevolencia traducida en generosa efectividad. Ese, pues, ejemplar amigo mío, habiendo contado a su pequeño hijo Juan Moro y a sus hijas Margarita, Isabel y Cecilia, sóbole digna de tal padre, la primera *Declamación* de Quintiliano, para aficionarles con mayor placer y sabor al estudio de la elocuencia, me invitó amablemente a que, por medio de unas pocas de cartas, respondiese yo a aquella *Declamación*, con el fin de que con la contradicción, o digamos polémica, cobrase el arte de aquel discurso realce más señalado.

Muchas causas de extrañeza ha-

llé en este honroso mandato. La primera, la elección con que me distinguió con hacerme aquel encargo. Luego, que precisamente fuese contra Quintiliano, que con su arte y su facundia, en una causa de menor cuantía, como decían ellos, había puesto superior elevación, y también que a mí se me señalase la parte más flaca de la controversia, pues la preferente y más sólida la había tomado Quintiliano para sí, con asumir la defensa del ciego. Y finalmente, y ésta es la principal, que no fuese el mismo Moro en persona que le contradijese, con aquel ingenio, con aquel seso, con aquella práctica y aquella elocuencia suya proverbiales. Con cuánta mayor destreza y éxito más feliz lo hubiera podido hacer él, creo yo que no hay nadie que lo ignore, sobre todo si ha leído mis modestos libros. (Las obras de él, ¿quién hay que merezca y se precie del nombre de docto y estudioso que no las haya leído? De ello puede ser una probanza irrefutable aquella *Declamación*, con la cual el mismo Moro responde al *Tiranicida* de Luciano, por callar sus restantes obras; así que, de momento, decliné la sugerencia.)

Bastante más tarde, con motivo de haberle enviado su rey a Brujas, porfiando en su ruego y encareciéndole más, excusándose en sus ocupaciones absorbentes, por haber añadido el rey el cargo de tesorero al primitivo de consejero real (pues quiere aquel monarca, espejo de ciencia política, que la de un varón tan benemérito se consagre más a los negocios del gobierno que al ocioso estudio de las letras, aun cuando habrían de rendir provechos riquísimos a los contemporáneos, y especialmente a la posteridad), cargué con el compromiso.

Me he limitado, pues, a apuntar, de una manera esquemática, los argumentos con que creía que podría contestarse a Quintiliano, para que aquellos muchachos agudísimos, vivos retratos de su padre, ellos, por sí mismos, los sacasen y de los lugares indicados los desarrollasen con sus propias luces. Este es el programa de este opúsculo, que no tiene más valor que el de la indicación.

Ahora voy a decir unas pocas palabras acerca de la dicción.

Reducida la República romana al poder y señorío de un autócrata, la elocuencia se resintió, al perder, a par del pueblo, la añeja libertad. Así es que empezó a cohibirse en círculos cada vez más estrechos y a cargarse, como quien dice, de cadenas. Una parte no pequeña fué a refugiarse en las escuelas, de modo que ya no se declamaban causas reales que tendrían su expresión en el foro, como en los días de Cicerón, sino causas imaginarias, que se sabía que nunca iban a tener realidad.

Allí buscábase, no el triunfo, sino el aplauso, y no la persuasión, sino el alarde de la doctrina y el ingenio. Para conseguir esto, inventáronse breves sentencias de algún contenido y de mucha agudeza y gran número de lugares comunes, tomados de la filosofía y de los rincones de la literatura, tratados unas veces con alguna extensión, en puro alarde de saber. El cuerpo de la oración acostumbraba ser pomposo y desenfadado, compuesto para apacible entretenimiento. Muchas oraciones de éstas hay llenas de lumbres, primores y aliños poéticos, como la que se lee en el mismo Quintiliano, bajo el título de *El matemático*, de la providencia y vida de los hombres, y en *Las abejas del pobre*, acerca de su industria ingeniosa, y en otros declamadores de aquel tiem-

po *De la naturaleza del océano*, como refiere Séneca. Allende de esto, parecíales que la brevedad contribuía a la gracia, y por no hallar cosa baldía, anotaban una por una todas las particularidades, como también todo cuanto se decía entre los que todavía habían de declamar. Y como estas declamaciones tenían lugar en reuniones de eruditos, todo era erudito y no les provenía peligro alguno de la oscuridad, en la cual algunos iban a buscar loa y renombre de ingeniosos. No solamente no disimulaban el artificio, sino que hacían de él ostentación, porque de ahí sacaban la recomendación primera de su oratoria peculiarísima.

Tales son estas *Declamaciones* de Quintiliano. Método es éste de pensar que, puesto caso que el mismo Quintiliano lo reprueba en sus *Instituciones oratorias*, no faltaron quienes sostuvieron no ser auténtica esta obra suya. Con todo, abogan por su autenticidad, así el título antiguo de estos libros y un gran número de críticos doctos, amén del diligente lector de Quintiliano Lorenzo Valla y Rodolfo Agrícola, varones de grave y exacto juicio. Yo, por mi parte, no sé ver qué cosa haya en estas declamaciones indigna del talento y de la elocuencia de Quintiliano. Pero sobre este punto, de momento, no tengo humor para disputar. Sean de quien fueren, no cabe duda que son de algún ingenio de aquel siglo de Quintiliano, pues esto acúsalo la dicción. Y en hecho de verdad, el autor de esas declamaciones debió de ser un hombre agudísimo y elocuentísimo. Si a esas declamaciones se refiere Filelfo, cuando dice que saben a barbarie, cúlpese a su paladar, atacado de desabrimiento e inepcia.

Mas por lo que toca a mí, porque mi impericia no se agravase con la verbosidad demasiada, desfogándome contra tal autor y su declamación breve, y que por eso sería mucho más molesto, en pocas páginas condensé lo que quería, por manera que en muchos pasajes no anduviese muy lejos del altercado, y como ya dije del comentario largo un poco más de lo debido, como sabemos que acostumbró hacerlo Casio Severo, pues no tendría fin la declamación si me propusiera dar extensión a los argumentos. Acomodé el estilo a aquella fórmula escolástica de declamación, no fuese que el adversario, que me aventaja en muchas y grandes dotes, gracias a aquella su florida y jocunda manera, comparada con la mía, hiciera más fría y más desgarbada mi oración, si mantuviera yo aquel género forense de decir, según mis fuerzas y posibilidades. Preferí, pues, insistir en aquello por lo cual satisfacía a aquella escuela, delante de escolares y jueces y tratando de un tema escolar. Y así como no quiero que no se me compute mérito alguno si lo consigo, así tampoco quiero cargar con la culpa, si fracaso. Mérito y culpa corresponden enteramente a Tomás Moro, que a ello me obligó.

DECLAMACION

EN FAVOR DE LA MADRASTRA CONTRA EL CIEGO

Siente, ¡oh jueces!, la más desventurada de las mujeres, la gran multitud de dificultades que de todas partes la agobian: ve en su tálamo nupcial y casi en su regazo, y casi en sus propios brazos, que fueron su nudo más dulce, a su marido asesinado, y no osa quejarse ante vosotros, sin que el más criminal y

más cruel de todos los reos la salpique con la más impía de las sospechas, porque le parece que es poco todavía el luto, las lágrimas, la noche oscura, el lamento, la soledad, el duelo perpetuo en que la ha sumido. Rendida a tanta pesadumbre, destrozada por males tamaños, ni aun osara abrir su boca en público si la fuerza de ese dolor insufrible no hubiera triunfado de todos los estorbos y el parricida se hubiese granjeado, con el pretexto de ceguera, no ya la compasión, sino un derecho mejor que el nuestro. ¡Cuán hacedero es convencer de una miseria que se ve, y aun callando, servir de aviso a los otros, que piensan que también ellos pueden padecer idéntica suerte triste! Cuán miserables sean las viudas, eso los hombres no podemos experimentarlo y siempre hemos de aprenderlo por lo que nos cuentan los otros o nosotros lo podemos colegir. Sólo juzgan con toda verdad y conocimiento y miden la magnitud de la pena que se cierne sobre las viudas aquellos que, pensando que todos los amores de la esposa gravitan sobre su marido, comparan la muerte del marido a la muerte de un hijo único y dulcísimo; y como este dolor el vulgo no puede sopesarlo, créese ligeramente que no merece compasión la viuda, desposeída de ayuda y amparo, desfigurada por la orfandad, por el duelo y por el luto.

Créese ser ciego el que carece de vista. En esa comparación, jueces, donde se ve que el dotado de vista actúa contra uno que no ve, es fuerza que el ánimo atraiga los ojos a su propia miseria y a sospechar maliciosamente que están engañados, porque es fácil que el que ve engañe al ciego. Y así, como para los que ven las cosas desde fuera parece que el que ve está en situación de privilegio, así también se piensa que, aun recibiendo injuria, es él el que la hace. Alléguese a esto que la desolada viuda no se oye decir otro nombre que el de madrastra, nombre odioso, según oísteis que el adversario a cada momento lo repetía. Aun cuando para las personas cuerdas y de sano juicio no es menor la antipatía que los entenados sienten para con la madrastra, sino que las más veces les es menos fácil exteriorizarla, bien porque temen a los padres, bien porque así se lo han éstos prevenido. Mas la persona de la madrastra bien poca importancia tiene en esta causa en uno u otro sentido, pues movida y acuciada por la acerbidad del dolor, hubiera acusado a sus hermanos y a sus padres si creyera que habían tenido parte en este crimen. Y ni los males suyos ni los ajenos la harán torcer de esta conducta que se impuso, hasta que vea vengada la indigna muerte de su carísimo esposo. Confiada, pues, viene aquí, primeramente en su propia conciencia, luego en la verdad del hecho, que se demostrará aun contra la conspiración del silencio, y, finalmente, en vuestra sabiduría e integridad, que no se dejarán impresionar más por la desgracia de ninguno ni por los nombres que para el vulgo traen consigo favor u odio, que por la fuerza de los hechos.

Esa viuda quiere vindicar a su marido y pide que en esta causa no la abonen ni el sexo ni la viudez ni el luto mientras el malvado parricida no se aproveche de una ceguera que no le estorbó para perpetrar el parricidio. Y por lo que a ella toca, jueces, con sólo que yo hable en favor suyo y contra el hijastro, ya quedará satisfecha, con el convencimiento de que ha cumplido con su deber imperativo de vengar al

muerto. Lo otro correrá a cargo de vuestra conciencia incorruptible, jueces, que habéis de dictar sentencia jurada. El veredicto que diereis quedará como ejemplo para la ciudad y la memoria de los venideros.

Pero yo, antes de recalcar la maldad del hecho criminoso, diré unas pocas palabras de la sospecha que el entenado se esforzó en sacudirse de sí, echándola sobre la viuda, por manera que yo no sé si es más indignante el hecho de que un hijo haya matado a su padre, o que el parricida culpe a una inocente, a la cual, de aquel crimen no le vinieron más que lágrimas, duelo y soledad. Tarea fácil será exculpar a la inculpada viuda. Ojalá lo fuese tanto convencer al reo. Yo, jueces, os suplico que ante vuestra conciencia tenga todo su valor aquella pregunta sentenciosa del pretor Casio: *¿A quién reportó ventaja?* Examinemos la posible causa que impeliese a la esposa a dar muerte a su marido, y cuál pudo mover al mozo a la nefanda comisión del crimen. Pero de ese extremo hablaré poco después. Del primero voy a hablar de seguida.

Entró la mujer en la casa del marido, hombre (según no niegan ellos mismos) complacientísimo, con su esposa, joven (como veis) fresca y delicada. Su marido había instituído heredero a su hijo ciego, y fué muerto por su mujer, según calumnia de sus enemigos: ¿con qué miras interesadas? No le toca ninguna parte de sus bienes; viuda, desolada, triste, sale de la casa en la cual poco antes entrara novia ufana, enamorada, alegre. Si la muerte del marido había de hacerla más rica, siquiera de un sestercio, pudiera parecer aquella miseria premio suficiente para una tan grande maldad. Por esto, esa esposa atropella y viola todos los derechos divinos y humanos; implícase en un crimen que no tiene nombre; se acarrea luto, tinieblas, sospecha ante los jueces de delito tamaño y peligro de pena capital. Y todo esto, ¿de balde? ¿Quién lo va a creer, especialmente de una mujer a quien vosotros atribuís sutileza de ingenio que llega a la hipocresía? ¿Dónde se vió eso jamás? ¿Dónde se realizó? ¿Qué mortal fué acosado jamás por tantas destemplanzas, por tantas furias, que no sólo gratuitamente, sin con quebranto certísimo de fortuna y reputación, con riesgo evidente de su salud y de su vida, quisiera ser malo? Este proceder no se persuadiría a aquellos cómplices y compañeros de Catilina, los cuales, aun cuando no tuviesen ocasión alguna de obrar mal, lo obraban, aun cuando ellos, por Hércules, no gratuitamente, sino con el resultado de que sus manos no se anquilosasen en el ocio y perfeccionasen su arte. A tus manos viene toda la herencia. ¿Y pensabas tú, que tan cordialmente me odiabas, ser amado por mí con tal ternura que iba a matar a mi marido para que tú más pronto pudieras gozar de los bienes de tu padre y que a mí no se me dejase nada, sino extremados males? Veamos, jueces, ¡por los dioses!, cómo una infeliz mujer es acusada por un hombre elocuentísimo. Te defraudó la expectación, mujer, que esperabas, que inmediatamente después de tu entrada, el mozo sería expulsado. Harto comprendéis, jueces, hasta qué punto es difícil en una causa mala hallar buenos argumentos, aun los más socorridos de los defensores.

Imaginaos que mi defendida le responde con esas palabras. En primer lugar: «¿Por qué hubiera espe-

rado yo que el amor de un hijo único podía pasársele al padre repentinamente? No soy tan ignorante de los sentimientos paternos que espere yo que de una vez pueda arrancársele a un padre todo el amor para con su hijo.» Pero *era ciego.* Al revés. La ceguera del hijo no amengua el amor de los padres, como ninguna otra enfermedad, sino que lo acrecienta, pues crece más pujante el amor cuando lo nutre a sus pechos la misericordia. Pero bien está; yo quiero que sí que hubiese esperado; yo quiero que sí que hubiese pensado; siento que mi expectación quedó defraudada; al menos, gozaré de mi marido; si por el testamento no me está permitido, gozaré de sus bienes con él, no pudiendo sin él, y preferiré vivir casada en la opulencia, a cubierto de los ultrajes y calumnias del entenado que viuda en la pobreza y expuesta al odio del hijastro. Al menos hubiera procurado que, preñada de él, todo el amor del padre se encauzase hacia el fruto de mis entrañas, y con mis carantoñas consiguiera desviar el testamento otorgado a favor del entenado, a favor de nuestro hijo.

Y si acaso este procedimiento resultara largo en demasía, con toda seguridad, a fuerza de halagos y blanduras, hubiera conseguido que no fueses tú el heredero universal y yo quedara admitida a una participación de tus bienes y fuera un consuelo de la viudez la ganancia dejada por la fortuna. Y no menos endebles son aquellas preguntas impertinentes. *¿Dónde fué muerto el marido? ¿Cuándo? ¿Cómo?* Y todo aquello que se siguió: *En el dormitorio fué muerto el marido, y por la noche.* ¿Esto parécete extraño en otro que no en su esposa? Lo admirable es que no fuese preciso ser muerto por el ciego, aquí, en el Tribunal y a la luz del día.

Difícil resulta para el que va a matar recorrer tan gran espacio en una mansión grandiosa. Otro tanto más difícil es para el que ya mató, con la acucia del remordimiento de la maldad perpetrada, ir al aposento del ciego y volver, como si la viuda no tuviera que recorrer el mismo espacio que el ciego, si de su habitación fué al cuarto del entenado y luego se volvió a la cama, consumado el parricidio. Los mismos ruidos que tú quieres que iban a delatar el ciego, hubieran delatado a la mujer. *El crimen se perpetró a hierro.* No necesita la mujer que quiere matar al marido de hierro alguno, ni ajeno ni suyo. Estas son armas de hombres, no de mujeres; no conocen su uso, y más las estorban que no las arman. No sabe manejar un espadón tan grande una muchacha delicada, y menos de noche; y aun cuando intente clavar el hierro mortal, no tiene ni fuerzas ni destreza. Otras son las armas más indicadas para las mujeres. Si el crimen se cometiera por hierbas, por asfixia, por un cuchillo de cocina, mucho temiera yo por mi defendida. De espada de mucho peso sólo se valen los que pueden blandirla y a ello se avezaron. ¡Por Hércules! Ya no digo yo que ella pudo traspasar a hierro el pecho de un hombre, sino que, tierna y medrosa muchacha como es, sufriría verle herido por otro. *En la pared se descubrió la huella de una mano ensangrentada.* ¿Tú dices que eso no puede pertenecer al ciego? ¿Y por qué a la mujer? ¿Puede el que ve hacer en la oscuridad cosa que el ciego no pueda? Sin luz, de nada sirven los ojos. *La sangre se seca pronto y su rastro queda entero.* Yo digo: *Está averiguado que el ciego volvió con*

las manos ensangrentadas. Tú dices a gritos: ¿Cómo se averiguó? ¿Quién lo atestiguó? Y eso tuyo: *El rastro queda entero,* ¿qué testigo lo dijo? Da lectura a las declaraciones de los testigos.

ARGUMENTO DE LA DECLAMACION

Oís, jueces, que esto él lo añadió de su propia cosecha: pero ved al mismo tiempo cuán fácil es que el abogado confíe en la bondad de la causa. Concedemos también esto que podríamos negar para que conozcáis cuán flacas son las deliberadas añadiduras con que decora su causa, para mejorar su derecho a fin de que, por este detalle, os sea fácil la conjetura de todos los otros. ¿Qué es lo que tú dices? ¿Existen doquiera huellas intactas? ¿Acaso por humedecer su mano en sangre volvió la mujer a la habitación del crimen? ¿Es que la sangre puede llevarse en la mano, por ejemplo, como un pan sin que corra o se seque? Ni menos sangre había en la mano del ciego que la que hubiera habido en la de la mujer, pues quien por el tacto buscaba el testimonio que suele exigirse de la vista, metió toda la mano en la herida donde solemos poner la mirada. ¿Y qué más, si la sangre es un humor flúido, y para salir le basta un resquicio muy delgado, como los que suele haber entre dedo y dedo? Pero *con el vestido*—dices—*se hubiera enjugado la mano.* Ahora te defenderé yo, mozo, en vez de tu defensor. No eras tan lerdo, no eras tan mentecato, que en tu propio vestido escribieras con la propia firma de tu mano que tú habías muerto a tu padre. Harto sabías que la pared es de todos, aun de los extraños entrados en la casa, y en cambio, que el vestido era de ti solo y que, por ende, en ti sólo recaería el indicio o, a lo más, en tu criado, y más fácilmente se correría hasta ti por la pesquisa que en él se hiciere.

No encogió la mano—dices—, *sino que la marcó toda ancha.* ¿Cómo dais a entender que os faltan mejores y mayores conjeturas cuando os refugiáis en menudencias tan sutiles? Si la hubiera encogido el ciego, hubiérala encogido también la que está dotada de buenos ojos, pues ambos, en la oscuridad, tienen por guía a la pared en que se apoyan. Mas el ciego, por no hacer ruido, anda con la mano abierta, y por eso aprieta blandamente y deja la huella impresa toda, recelando que será mayor el indicio si encoge la mano, pues al no apoyarla firmemente, sospecha que no va a dejar rastro sangriento alguno; así que al asentar las manos con detenimiento, hubo harta sangre hasta la puerta. Y si la esposa tuvo tanta holgura que pudo imprimir su mano en la pared, con toda comodidad y con cuanta insistencia quiso, ¿qué locura no fué la suya, no tratando de cargar la sospecha contra alguno de sus esclavos en vez de hacerlo sobre su hijastro? ¿Es que iba a resultar más creíble que el padre fué asesinado por su hijo ciego que por un esclavo de buena vista? ¿Acaso fuera más fácil de convencer del crimen a un hombre libre sin tormentos o se le condenaría luego de defendido, que a un siervo sujeto a tortura y sin patrono? Y dando por descontado que ella no cometió la fechoría, jamás había de acusar a su entenado si indicios muy poderosos no le delatasen a él y exclusivamente a él. Del posible daño de su hijastro no iba a percibir ni más gozo ni mayor provecho que del que a sus esclavos se infiriese, pues no le ocasionó ven-

taja mayor el que su marido fuese muerto por el entenado o por el siervo. En ambos casos, iba a quedar sumida en la desgracia y la vida nunca más después de tamaño infortunio iba a reservarle alegría ninguna. Y aun cuando pienso que la más desventurada de las viudas ya está, ¡oh jueces!, bien exculpada a vuestros ojos, con todo me esforzaré para que aparezca pura como el lucero del alba, cuando hubiere demostrado que el padre fué asesinado por su hijo; cosa ésta que Marco Fabio sostiene que no pudo perpetrarla ese mozo, y yo voy a demostrar que no solamente pudo, sino que quiso muy deliberadamente.

¿Cómo pudo, dices, un ciego sin lazarillo, sin guía, de aquel tan escondido retrete, que casi era otra casa, de un caserón grandioso, por pasillos largos y vacíos, a través de tantos embarazosos portales, pasar con el hierro en el puño entre tantos esclavos en alerta? ¿Y que luego de haber entrado en la cámara de su padre no topase con un lado ni otro, sino que, caminando a derechas, como suelen hacerlo los que ven, se acercase a tientas a la cama y no tropezase con ella y llegase antes que no creía? Ese es el montón de todas tus pruebas: consumada la hazaña con un solo golpe, dejada la mujer tranquilamente dormida al lado de su marido, parécete que tu victoria y triunfo son rotundos y totales. ¿Me permites que entre en cada una de tus conjeturas? ¿O prefieres que en todas a la vez? ¿Quieres que con una palabra sola desmorone el castillo de naipes de tus argucias?

Pudo la mujer hacer esto a oscuras; púdolo hacer el ciego también. ¿Cuántas veces quieres que te diga que en donde no hay luz ninguna diferencia existe entre el ciego y el que ve? Dígolo porque entiendo que si el ciego no pudo hacer todo aquello, la mujer tampoco pudo hacerlo. Esto, aparte de que el ciego, avezado como está a una oscuridad perpetua, por cuanto goza de un oído más sensible, se rige en la noche más fácil y certeramente que el que, por tener buena vista, está acostumbrado a la luz. Por donde vemos que los ciegos recorren largos y laberínticos espacios sin tropiezo alguno, mientras que los que ven, si cierran los ojos o se les quita la luz, se desorientan en el gran embrollo. Así es que el ciego, no ya solamente el que alguna vez vió, como el ciego de marras, sino el que lo es de nacimiento, andará mejor de noche por la casa en donde nació y creció que la propia servidumbre que en ella moró mucho tiempo, y ¡cuánto mejor que la esposa que acababa de entrar en ella! Pues allí mismo donde el que tiene vista, sin luz, hubiera tropezado y caído, el ciego no halló ni óbice ni demora. Tiene sus pasos contados el ciego cuando se detiene en algún punto; sabe lo que anduvo, sabe lo que le queda por andar; siendo así que quien ve no sabe, en una estancia oscura, adónde se ha de dirigir e ignora el camino que lleva andado.

Examinemos ahora, uno por uno, todos los extremos:

Un ciego sin lazarillo, sin guía: menos necesita el ciego de lazarillo y guía en un punto por donde caminó una vez, que el que tiene ojos alertos. *Por una estancia vacía,* dices. En una casa que tantas y tantas veces rodeó, donde tantas y tantas veces anduvo tanteando, ¿qué motivo de extrañeza tiene esto para el que ve cómo los ciegos andan miles y miles de pasos? ¿Quién hay

que, yendo de viaje, no topó con ciegos sin lazarillos, ni guía, ni conductor alguno, los unos yentes a la ciudad, vinientes de la ciudad los otros? Añades: *sin tropezar en los umbrales*, en que suelen tropezar, más que los propios ciegos, los mismos que ven, porque, confiados en sus ojos, no acostumbran mirar dónde ponen los pies. Espántome de que hayas sido tú quien de tu cosecha hayas añadido aquello de *esclavos en vela.* ¿Los esclavos en vela hubieran detenido al ciego noctámbulo y no hubieran detenido a la mujer noctámbula? ¿De qué les hubieran servido los ojos?

Lo admirable de verdad es esto: *que entrado el mozo, privado de vista, en el aposento de su padre, no se ladeó a una parte ni a otra, sino que derechamente, como cuando guían los ojos, se acercó a la cama con sigilo.* ¿A qué viene ahora ese acordarte de los ojos? Como si en la oscuridad se adelantare camino abriendo mucho los ojos o mirando de hito en hito y más ahincadamente. No es extraño que todo esto lo hiciera así el ciego, perfecto conocedor del lugar tanto tiempo por él habitado, pues cada día lo hacen los ladrones que jamás entraron en el lugar de su fechoría. Así, los que tienen vista como los que de ella carecen, en la oscuridad se guían por las manos, que los ciegos saben mover con más tiento y destreza, porque tienen mayor familiaridad con el lugar y la costumbre les hizo más prácticos.

Que el parricidio se perpetrara de un solo golpe, si increíble es en un ciego, igualmente increíble será en uno que ve, aun al filo de mediodía. No es oficio de los ojos cortar el cuello por su nudo y articulaciones, sino obra de ingenio, de práctica, de atrevimiento o de casualidad. El ciego que iba a cometer el parricidio, antes probaba en sí mismo dónde, con un solo golpe, causaría la muerte instantánea, y así fué que apoyó la mano en el mismo sitio donde la tenía acostumbrada y la dejó marcada más reciamente que si tuviera vista, pues el tacto de la mano izquierda le servía de ojos. E hincó el hierro muy profundamente, como no bastaran las fuerzas de mujer o mejor de doncella, flacas fuerzas, desde luego, ni tampoco suelen hacerlo los que tienen vista, sino exclusivamente los ciegos, los cuales, como no ven la herida que causan, piensan que no la van a causar si no cargan mucho la mano y esperan que la herida dudosa la harán mortal con la fuerza y la acometividad. De ahí la expresión proverbial que a los golpes fuertes les llama golpes de ciego.

Ni pienso yo que deba indagarse: *¿Cómo pudo saber si era de noche? ¿Si la servidumbre dormía?* Lo primero, conócenlo por los ojos los que ven, y los ciegos adivínanlo por el silencio, por su propio discurso, por la cuenta que tienen de los tiempos y, en último término, si no se fían de sí mismos, pueden preguntarlo. Mas, por lo que hace al descanso y sueño de la servidumbre, percíbenlos más aguda y sagazmente los ciegos que los que ven, porque la Naturaleza, todo cuanto les quitó privándoles de ojos, se lo compensó comunicando a los demás sentidos otro tanto de acumen y sensibilidad agudizada, hasta el punto que ellos oyen a los que entran, mientras que no sienten su entrada los que ven y les tienen vueltas sus espaldas y reconocen a los que se acercan quedamente. ¿Qué hombre dotado de vista hay que haga eso en la oscuridad? Y así es que más finamente percibe el ritmo y el susurro de la

respiración de quien está dormido el que no tiene ojos que el que los tiene.

Que la esposa quede desamparada no sé si lo aduces más como argumento en favor tuyo que como motivo de dolor. ¡Pluguiera al Cielo —exclama— que me llevara conmigo mi marido, pues ahora no me agobiara la aflicción de tantas y tantas calamidades como se me echan encima de todas partes! ¡Y cuánto mejor ello hubiera sido, mozo, para ti! Ahora no tendrías quién te hiciera reo; aquella misma, acaso, que tú reservaste para descargar en ella tu culpabilidad. ¿La conservaste, quizá, para esa odiosidad? ¿O desconfiaste por ventura de poder matar a la chita callando a la que dormía al otro lado de la cama, por la dificultad de llegarte a ella y consumar la fechoría en silencio? O ¿quién sabe (y es esto lo que yo más creo), te faltó brío y resolución, quebrantado ya y debilitado por el remordimiento de crimen tan enorme que te obligó a dejar en la pared la huella de tu palma ensangrentada y a dejar olvidado el hierro y a descuidarte de ti mismo? Harto estoy ya de refutar pruebas tan livianas. Hora es de que pase a la acusación; pero antes de hacerlo, debo decir unas pocas palabras del sueño de ambos cónyuges, ninguno de los cuales, al perpetrarse el nefando y monstruoso crimen, se despertó. El anciano quedó muerto antes que se sintiese atacado. Dormía en la parte anterior del lecho y el acceso a él era fácil sin que la esposa lo sintiese. Conocida era del hijo toda la disposición de aquel lugar, y por la misma postura de la cama, que el ciego podía explorar con sus manos, entendió dónde estaba la cabeza, dónde el cuello, dónde el sitio en que debía descargar el golpe para ahogar en la misma herida toda voz, todo grito, todo estertor. Al otro lado dormía la mujer, a quien su conciencia inocente había sumergido en sueño profundo. ¿Y por qué no había de roncar recio? ¿Por qué tenía que estar pendiente de lo que oiría, de lo que sentiría, si no la inquietaba ni la hostigaba la conciencia con ninguno de sus aguijones? ¿Es que estaba de guardia en algún campamento? No en todo momento los cónyuges están abrazados; no siempre se tocan; acaso dormían vueltos de espaldas, como es frecuente, y la herida de la garganta echó la sangre a la parte contraria y el cuerpo mismo del mísero anciano impidió que su propia sangre llegara a su esposa amantísima, harto descuidada de tanto duelo y de tristeza tanta.

¿Os habéis convencido, jueces, de que el crimen pudo ser cometido indistintamente así por un ciego como por persona dotada de buenos ojos? Fáltame sólo demostrar que el ciego quiso. Si me oyereis con la misma atención bondadosa como tan largo rato ha ya que lo estáis haciendo, os daré motivo para que dejando a salvo vuestra conciencia escrupulosa y la santidad de vuestro juramento, podáis cumplir con las leyes y desempeñar con religiosa diligencia la función que tenéis encomendada.

Traed a vuestra memoria, jueces, lo que pienso yo que no ignora ninguno de nosotros: que todas las enfermedades y achaques físicos afectan y debilitan el espíritu y la mente en mucho mayor grado si son afecciones de los órganos sensorios, porque éstos son como las puertas del alma o, mejor, como sus heraldos; y más que ninguno de ellos lo es el órgano de la vista, cuya relación con el alma es estrechísima e

increíble la simpatía que entre ellos concertó la Naturaleza. Aquel que no ve lo que se hace, es fuerza que se sienta privado de una porción no pequeña del ánimo, de la mente, del juicio. Y por esto son de ver tantos ciegos tan amargados de espíritu como afligidos de cuerpo. De ahí aquel desabrimiento suyo, aquel característico mal humor, el hastío de todo y las quejas inacabables. Los míseros, si no lo son por encima de su miseria, imaginan sufrir una injuria insoportable, y con más acritud se encandilan de enfado los ciegos, que los demás hacen burla de su ceguera y se dejan llevar de las impresiones perturbadoras con mayor vehemencia que los que ven, porque gradúan los aspectos y pasionos no según la realidad, sino según la opinión de la cual, como de su fuente más rápida y copiosamente que de la realidad, manan las pasiones y se acrecen tanto y tanto, que hartas veces no las tomamos de las cosas, sino que nosotros mismos nos las creamos. Por este motivo vemos que los ciegos reaccionan tanto más velozmente y más sin freno cuanto menor es el conocimiento y la percepción de las cosas. Los niños se impresionan por causas ligerísimas o, mejor, sin causa alguna, créanse ficticia e instantáneamente alegría, miedo, capricho, tristeza, angustia, gozo. Los más entrados en años, cuando más imprudentes son y más ignorantes de la verdad, tanto más se dejan arrebatar por sus pasiones incontroladas. Empero sólo aquellos se llaman sabios, y lo son en realidad, que tienen a las pasiones bajo su personal vigilancia y a sí mismos bajo su propio señorío. No son los ojos, pues, los que engendran las pasiones, sino que nacen dentro y aún me atreveré a decir que las neutralizan, porque los que ven las cosas mismas juzgan de ellas con mayor entereza y certidumbre. Feliz ceguera si limpia de odio el espíritu humano. ¿No hay nadie, pues, que odie a quienes conoce sólo de oído? ¿Y aquel Apio, que con sus ojos perdió a todos sus enemigos? La ceguera sería un mal deseable si los vicios no tuvieran otro acceso al alma que por la aduana de los ojos. ¿Quieres saber cuál pasión quitan los ojos? La vergüenza, cuyas puertas para el alma son los ojos, y por esto los cierran o se los tapan aquellos que sienten corrimiento, como los niños que no tuvieron más maestro que la Naturaleza.

¿No habéis oído jamás aquel proverbio tan sabido: *El pudor está en los ojos?* Menos vergüenza hay en las tinieblas y en la noche, como ciega que es. Espántome de que fuese un hombre de ingenio quien forjó aquel pequeño apotegma: *El ciego es desgraciado en demasía para que se le aborrezca y es tímido en exceso para que aborrezca él.* No pongo reparo en el primer miembro del refrán; mas, por lo que afecta a la segunda parte, cuánto pagarían los tiranos para que resultase verdadera, a fin de que, a una, causasen terror y se conciliasen amor. ¿Quienes, ¡gran Dios!, sintieron más odio que los que temen? No hay padre más legítimo ni más prolífico del odio que el miedo. Quien no sabe esto, ¿qué sabe de la vida?

Con este complejo de odio, jueces, pensaba ser el hijo único de un padre célibe y que en sus manos podían venir a parar y a reunirse después de los días del padre toda la casa y todos sus bienes; que mientras fuera él hijo único, todas las ilusiones, todas las complacencias de su padre en él se posarían. Con esa creencia bien metida en su espíri-

tu impotente y enteco, así que se percató que en la casa había entrado una madre nueva, pensando que el padre había ajenado su afecto de él, comenzó a implicar en un odio común al padre y la madrastra, y en su ánimo, ya de suyo débil, poseído de pasiones fieras y tiránicas, maquinaba trazas para saciar su odio entrañable. En el ínterin no se le oculta que su padre, marido novel con su esposa reciente, se goza con ella, como es costumbre, que se da todo a ella y se le ordena el apartamiento en el más retirado retrete de su casa; que no se le admite a la mesa, que de día en día son más raros sus tratos con el padre y más breves los coloquios y menos asidua y obsequiosa para con él la servidumbre. Ponderad, jueces, hasta qué punto estas chispas y centellas inflamaban su espíritu débil para osar cualquiera fechoría. Por todas estas circunstancias concentró una tan grande cantidad de odio, como no le pudiera aguantar un espíritu sano y equilibrado. Después de esto, ya no pensó cosa risueña y apacible, sino revolver en su mente y pensamiento atrocidades, inhumanidad, matanza, estragos.

¿Pregúntasme, Quintiliano, por qué gradación pasional llegó ese vuestro ciego al odio y al parricidio? Yo te pregunto, a mi vez, por qué ascensión siniestra llegó al crimen la viuda, como si no hubiera tenido prioridad la osadía horrenda de ninguno de los dos. No voy a escarbar en la vida y milagros de ese ciego; yo tengo ya bastante con ese crimen; si consigo ponerlo en evidencia, le hago gracia de todos los restantes. Pero ¿parécente pocos y pequeños estos escalones? ¿Qué le falta ya a quien se encaramó por esa cuesta, si en su empuje ascensional llegó a la cumbre de la maldad? Sólo el ánimo es la sede de las virtudes y los vicios, y la práctica del bien y del mal no ha menester manos: es incorpórea; la maquinación de las fechorías monstruosas se asienta en el ánimo callada y oscuramente; concebidas allí, allí crecidas y sazonadas, cuando están en su punto se exteriorizan. Señalaremos en gracia tuya el primero y el segundo escalón que condujo al hecho consumado. Averiguó directamente por su padre o por algún esclavo de la servidumbre, pues eso no fué difícil de inquirir, que él había sido nombrado heredero único, y al odio ardiente prendido en sus entrañas añadiéronse sin freno alguno de pudor dos consejeros pésimos, a saber: la esperanza y el miedo, que se lo llevaron al redopelo y por la melena, como quien dice, fuera de todo linde de derecho, de religión, de piedad. Receló que si su padre vivía largo tiempo y la nueva esposa tuviera hijos de él, podría ocurrir que, mudado el testamento, fuese nombrado heredero el hijo de ambos, bien por carantoñas de la madre, bien (lo que es harto creíble) porque el padre se sintiera a ello más inclinado. El varón que se decide a dar una madrastra a un hijo desgraciado, procura, si es posible, engendrar hijos más derechos, y, caso que tenga a un heredero ciego, preferiría tenerlo con buena vista. Y, al contrario: si la madrastra no pariera, al menos, por sus obsequiosas y finas amabilidades, alguna parte de la herencia iría a parar en manos de ella. De este prejuicio no podía el mozo librarse con la muerte de la madrastra, y por eso no aparejaba ningún atentado contra ella, pues muerta ella, el padre se casara con otra, y muerta ésta, con una tercera, es-

poleado continuamente después del entierro de cada una por la misma idea que le había llevado al primer casamiento.

Allegábase a estos temores cavilosos una gran esperanza que empujaba al precipicio a aquel espíritu endeble, nada señor de sí. Si su padre moría luego, ocurriría indefectiblemente que él solo tendría toda la fortuna; la viuda retornaría a los suyos; retornaría él a su casa, sería dueño de todo, toda la servidumbre estaría a su disposición, todos le atenderían, todos observarían sus gestos para complacerle y cumplirían sus órdenes con toda diligencia y puntualidad. Yo no sé si esta consideración le empujó a la comisión del crimen con más fuerza que el mismo odio o el propio temor. Cuando más desmedrado es uno, tanto más necesitado está del auxilio ajeno y se procura las más poderosas ayudas, que espera alcanzar con el número y asiduidad de servidores. Si, pues, se reconoció por heredero o averiguó que no había ninguno todavía, le movió la esperanza, y si se percató que había otro, dejóse arrebatar de la desesperanza y en lugar de lo mejor está escaparse de lo peor. Se marchará la madrastra, a quien odia; morirá su padre, a quien por su boda conceptúa de injusto y por su testamento culpa de cruel. Muchos piensan ser preferible carecer de padre en absoluto que tenerlo poco afectuoso y paternal.

Pero quizá oyó de boca de su padre que el heredero era él, con el intento de consolar la ceguera de su hijo en los comienzos del nuevo matrimonio, exhortándole a sobrellevar con ánimo fuerte su desgracia y prometiéndole esta escasa y relativa compensación, y porque no se descorazone por haberle metido en la casa una madre nueva, le comunica su nombramiento de heredero. ¿Qué otro aparejo queréis para la inmediata comisión del crimen? Casi ya le tenéis cogido por la mano. Así que la primera noche que al ciego le pareció oportuna, cuando creyó que todo estaba en su punto para la fechoría, requiere una espada y sale, dispuesto a simular que iba a otra cosa, si se le sorprendía; como no se le sorprendió, consumó la hazaña. La espada de que echó mano era su propia espada. No le era posible utilizar la ajena. Todos pueden cometer un crimen con ajeno hierro, con excepción del que no ve, pues no puede tomarlo él por sí ni se atreve a pedirlo prestado sin suscitar muy peligrosas sospechas de que quiere hacer de él algún mal uso. Cualquier otro que tuviera que servirse de una espada para asesinar a un anciano, utilizaría la de quienquiera antes que la del hijo, que la de un ciego, en quien más difícilmente que en cualquier otro puede recaer la sospecha de haber dado muerte a su padre.

La madrastra no repara esa espada en poder de su entenado, y si reparó en la espada, ¿quién iba a sospechar que un hijo, y ciego por añadidura, iba a asesinar a su padre? De esto, jueces, bien podéis colegir la inocencia de esa mujer y la perfecta tranquilidad de su conciencia, pues jamás ante el padre mentó esa espada a su hijo, porque con anterioridad al hecho no esparció simiente alguna de sospecha de lo que proyectaba; y esa buena mujer, midiendo a los demás por su propia conciencia, pensaba que todo estaba en paz, aun entre los dotados de buena vista. ¿Ni como ella hubiera podido empuñarla estando de contino presente los criados del ciego? Jamás se le dejaba solo. Y si

alguno de esos sirvientes fué sobornado, harto más fácil era al siervo vendido comprar una espada nueva. Pero ni tampoco ningún otro usara la espada del hijo para matar al padre y el hijo no podía valerse de espada ajena. Maravíllaste tú de que el hierro quedase hincado en la herida, y yo, en cambio, me espanto de que el ciego y todo se quedase en aquel lugar. Las Furias, que con negras antorchas ardientes acosan a los parricidas, despójanles de sentido, de juicio, de razón, de consejo; les aguijan siempre; les trabucan de seso y arruinan su firmeza mental. Y con todo, no dudaba de que iba a regresar con el hierro cuando iba; pero consumada la proeza abominable, perturbado y desorientado ni se acordó de la espada ni de sí mismo. Ora le faltasen fuerzas para extraer el hierro de la herida, o la resolución, o el acierto o todo esto a la vez por obra de las Furias vengadoras de su padre muerto, atolondrado y temblante dejó la espada y volvió a su estancia, apoyándose en la pared que acaso no tocó cuando iba. Quien tuvo tiempo para marcar la pared con el rastro de su palma ensangrentada, hubiera más pronto puesto sospecha donde más autoridad y crédito había que tener.

Comparad ya, jueces, entre sí a uno y a otra y poned delante de vuestros ojos quién tuvo mayor motivo para matar al anciano: la mujer, con toda libertad en la casa, o el ciego, apartado en un rincón; la esposa gozando de su marido y de todos sus bienes y el ciego que desde ese momento es dueño de todo; que fué poco accesible al trato y raro en asistir a la mesa, acompañado de uno que otro criado ruin; la esposa, que no ha de aumentar sus haberes en un adarme si luego, al punto, su marido muere, y el ciego, que va a ser heredero universal y amo y señor de todo; en la esposa, no más que una fundada esperanza, si llega a concebir, de que el ser que alumbrare será el heredero, o que, con el discurso de los años, el anciano mudará el testamento; en el ciego, miedo avasallador de que todo esto no se realice. Si la ceguera sola exime de la pena del crimen truculentísimo a quien no fué parte para retraerle del parricidio, advertid que no introduzcáis en la ciudad tan desmoralizador ejemplo, que los criminales no titubean en lanzarse a la delincuencia más feroz si les halaga la esperanza de que podrán mostrar su miseria a los jueces. De este modo, no será condenado nadie más que aquel que con el dedo no pudiere mostrar por qué razones se le debe considerar como un infeliz y nada más que como un simple infeliz.

Por lo que toca a la mujer, jueces, ni la absolución del asesino de su marido la hará más desventurada ni le va a proporcionar ningún alivio la condena del hijo de su malogrado consorte. Tan cierto es que la afectó y traspasó más la herida a que sucumbió su marido que a su propio marido. «Pluguiere al Cielo —exclama— que hubiese perecido yo en persona, la más desgraciada de todas las viudas, con la muerte del más tierno de los maridos. Encima de mí se volcó un alud inmenso de luto y de lágrimas amargas, hasta un punto tal, que mis males no tienen ni remedio ni fin. Y lo que más me duele es el agobio de la acusación, como si no hubiera asaz de sordidez en el delito ni asaz de angustia en la viudedad temprana. Más miserable que todas las que perdieron a sus maridos, pues el mío fué me arrebatado de entre los brazos. ¿Quién me consolará? ¿Quién se

pondrá a mi lado? ¿A quién no alejará la sospecha o el agüero tan astroso? No sé si acusarte más a ti, el ciego más criminal, porque me vas matando a cada momento, que porque de un golpe y de una vez mataste a mi marido.» Reproduzcamos aquella noche funeraria: yo, para matarme, me ayudaré de tus manos. ¡Oh tú, mancebo felicísimo, si te sales de ese juicio! Mataste a tu padre impunemente; te alzaste con la herencia, hiciste a tu madrastra digna de compasión. ¡Oh crudelísimo mancebo, no tanto porque matando a tu padre le libraste de las muchas miserias de la vida, sino porque me reservaste a mí para las tinieblas, para la soledad, para un duelo inextinguible, para una vida más desabrida y aborrecible que cualquiera muerte.

FIN DE «LA PARED Y LA MANO ENSANGRENTADA»

PRELECCION A LOS «CONVITES» DE FRANCISCO FILELFO

(PRÆLECTIO IN CONVIVIO FRANCISCI PHILELPHI)

(1521)

HARTO sabéis, varones óptimos, cuán fácil es que cada uno se satisfaga a sí mismo, y cuán difícil que complazca a todos. El motivo primero y principal es el natural amor propio de cada uno; ello hace que tiene su previa aprobación todo cuanto haga o todo cuanto diga; para el galán será siempre muy bello todo cuanto haga su dama. Y lo segundo, es tanto más difícil cuanto que son diversas las costumbres de los hombres y muy diferentes sus temperamentos, que casi nunca coinciden en una misma opinión. Por esta causa las mismas cosas no merecen la simultánea aprobación de la generalidad. Para los unos es cosa bellísima la guerra, que para los otros es cosa la más detestable, y profesión de forajidos. Los hay que opinan que aventajarse en las letras es algo envidiable y divino. Otros, a su vez, como los epicúreos, dicen que no hay bien sumo fuera del placer, que Sócrates y todo el estoicismo y Platón afirman ser la peste más exquisita y el más blando enemigo de los cuerpos y de las almas. Brotaron tantas y tan variadas y contradictorias opiniones entre los filósofos, que los unos se dejan convencer por la demostración, y muy al revés los otros. Sócrates dice en el *Fedro* que para los espíritus contenciosos no hay demostración eficaz.

¿A cuento de qué viene ese largo preámbulo acerca del vario sentir de los humanos? Pues para que entendáis desde el primer momento que como pensaba que la retribución que me prometían mis oyentes no correspondía a mi trabajo y a la disciplina que profesaba, creí que más valía romper bruscamente el hilo de la lección que, descorazonado por la mezquindad de la paga, no sacar a colación cosa que les contentara, cosa que les proporcionara solaz. Con ello, quizá, no satisfice a muchos, pero me di gusto a mí y aún espero que a las personas cuerdas. ¿Quién hay que no vea que es

preferible no explicar sencillamente, que no que las explicaciones que dé el profesor, sin aliciente alguno, salgan tan frías que a nadie muevan al estudio, ni siquiera a sí mismo, que es lo que más importa?

Una vez que os he expuesto, varones óptimos, las causas de la otra lección y de ésa, antes que comience a disertar de los *Convites*, de Filelfo, os anticiparé qué autor pretendió él emular y de qué manera. Y para que la empresa me sea mucho más fácil, abusaré un rato de vuestra benevolencia, que hará más dócil vuestra gentil atención.

Aulo Gelio, que para sí tenía todas las aprobaciones, mirando por su inmortalidad y por su propio deleite, a la vez que por procurar provecho a sus hijos, como dice él, y a los otros, según la medida de sus posibilidades, reunió en una obra sola las primicias, digámoslo así, o fugaces libaciones de los saberes todos; a veces desató algunos nudos de las disciplinas más abstrusas, cuyo estilo y cuyas palabras casi textuales siguió en estos tiempos Pedro Crinito, varón docto a todas luces, y a ese libro le dió por título: *De la honesta disciplina.* También Angel Poliziano, que por esto llamó a su libro: *Miscelánea.*

No mucho más tarde imitó a Gelio Aurelio Macrobio; expuso las cuestiones de las mejores disciplinas, y así como Gelio no quiso poner en ellas clasificación, Aurelio Macrobio las clasificó en siete libros de *Convites saturnales*, fingiendo que fueron unas fiestas celebradas entre varios amigos y que la materia se trató entre plato y plato. Yo pienso que fué a ese autor a cuya zaga anduvo Filelfo principalmente por alardear de su erudición ante la posteridad. Omití hablar de la simposia o, digamos, banquete de Platón, que como narra Marsilio Ficino, instauró Lorenzo de Médicis, padre de León X, bajo cuyo pontificado vivimos, porque todo él discurre de una manera uniforme y es siempre semejante a sí mismo, puesto que todo él no se ocupa más que de un tema, que es el del amor. En el *Timeo*, del mismo Platón, aun cuando tiene el preludio de los *Convites*, nada dice haberse puesto a la mesa; no hay convidados imaginarios. Introdúcese a Timeo, maestro de Platón, contestando a las preguntas de Sócrates sobre la naturaleza del mundo superior e inferior y del principio de todas las cosas. Con prolijidad de palabras explica Timeo el origen de las cosas que Moisés, en el libro del *Génesis*, ciñó en brevísimo compendio. En aquel libro acumuló Platón la mayor parte de la filosofía de los antiguos; pero puso mucho más de la teología hebrea y egipcia. ¡Dichoso Platón, que gozaste del conocimiento de ambas filosofías!

Vuelvo ahora a Francisco Filelfo, que, como dije, tomó por modelo a Macrobio en sus *Saturnales*. Expondré cuál sea la materia que trata en ese libro.

Las abejas, esos insectos tan celebrados por los vates, llevando su vuelo por encima de florestas variadas, del linaje de flores infinito, elaboran un fruto muy dulce que buenamente los hombres pueden imitar, como Fabio Quintiliano dice. Y en hecho de verdad, son numerosos los buenos autores, como todos saben, que las proponen a nuestra imitación para que también nosotros labremos un panal dulcísimo. Vuelan (y de ello no hay duda) por muchos huertos y selvas de varia lección aquellos que, acuciados por

el afán de saber, libaron flores de plantas variadas y, por ende, las obras que producen son tanto más dulces que la miel de las abejas cuanto el dulzor espiritual aventaja a la dulcedumbre física. Habiendo querido, pues, ese Filelfo que vamos a comentar parecerse a una abeja melífica, deleitado por una gran variedad de lecturas, con toda elocuencia dió a luz ese libro. En él quedan resueltos muchos problemas de la más abstrusa filosofía natural y moral y un gran conocimiento de la astrología. ¡Qué gran caudal de ciencia de la antigüedad, ¡dioses buenos!, y cuánta historia conservada de los inventos y de las disciplinas! Por donde algunos pensaron que no indebida ni ineptamente ese libro tomó el título: *Del origen y del incremento de determinadas ciencias.*

Esto es lo que tenía que decir de nuestros *Convites* antes de acabar, porque no me ocurriera que se me echase en rostro lo que ayer, estando con uno de mis familiares. Como hubiese éste leído las cédulas donde nuestra lección estaba apuntada, empezó a reírse muy mucho. Y yo de esta su risa empecé a molestarme y le pregunté de qué reía. El, moderándola un poco, díjome: «Todos los que leyeren estos apuntamientos van a pensar que profesas filosofía natural y astrología, siendo así que en aquel libro no comentas sino gramática.»

A tales palabras yo comencé a mirarle más de fijo y a ponerme a tono con su cara de risa: «¿Tanto bueno?—le dije—. ¿Piensas, por ventura, que toda la filosofía natural consiste en quisquillosidades *suiseticas*, en cavilaciones quebradizas de puro sutiles acerca de la intensidad y remisión de las cualidades, del movimiento uniforme, del movimiento uniformemente deforme y diforme diformemente y que todo el asunto es diformemente diforme como tú?» No niego que la cosa ha sido tratada por soberanos ingenios y que no vale la pena que en ella se pierda demasiado tiempo; mientras él aseguraba ser la otra filosofía muy mejor. Yo me avine a que él opinase de esa manera, porque la materia que en esa obra va comprendida está escrita con elocuencia y coherencia oratorias, pero que en ese punto andaba harto lejos del buen camino. ¿Quién no sabe que con soberana elocuencia escribió su filosofía Platón, cuyo lenguaje quisiera para sí Júpiter, si hablara idioma de hombres? ¿Quién ignora que Aristóteles fué orador aventajadísimo y que, como atestigua Cicerón, compuso todas sus obras bañándolas en un copioso río de palabras de oro? ¿Quién no tuvo noticia de Teofrasto, que quiere decir: habla de dioses? ¿Quién no la tuvo de Jenofonte, musa o abeja ática? ¿Y qué diré de los autores latinos? Con delgadez suma discurre Cicerón en la natural filosofía tocada en sus *Cuestiones académicas.* Inmensamente trata de la filosofía moral en las *Leyes*, en los *Deberes*, en los *Fines de los bienes*, en las *Cuestiones tusculanas.* Los tres libros llamados de la *Naturaleza de los dioses* contienen la divina filosofía, a saber: la religión. A esos tres libros hay que añadir uno de la *Adivinación* y otro del *Hado.* Escipión el menor habla de la ciencia de los astros en el libro sexto de la *República*, y todo ello con tanta elocuencia, que dirás ser obras auténticamente ciceronianas. Y en ese libro último, con tanta eficacia discursiva y con tanta majestad de dicción, que creerás que su

oración se iguala con los astros de quienes habla. ¡Cuántas cosas no escribió Boecio en toda suerte de disciplina donde no aparece rastro alguno de barbarie ni aspereza alguna de estilo, todo en lenguaje aliñado y sabroso! Omito ahora al barbado San Jerónimo, y a Ambrosio, y a Aurelio Agustín, que se propusieron ataviar la divina filosofía con elocuencia avasalladora. Pero estoy viendo que esa nuestra prelección se alarga más de lo justo. Veamos ya lo que dice el filósofo.

FIN DE LA
«PRELECCIÓN A LOS «CONVITES»
DE FRANCISCO FILELFO»

PRELECCION
AL CUARTO LIBRO
DE LA
RETORICA A HERENIO

(IN QUATUOR RHETORICORUM AD HERENNIUM)

(1522)

Que las bestias a quien los hombres llamaron irracionales conciben en su mente muchas ideas, ni más ni menos que los hombres, no hay hombre cuerdo que lo haya dudado jamás; pero que no pueden exteriorizarlas con palabras y que algunas de ellas, muy pocas, ciertamente, sólo alcanzan a significarlas con determinados signos, vémoslo también, pero con harta dificultad. Por eso, los griegos las llaman *áfonas* (sin voz), porque sólo a los hombres que tienen uso de razón fué dada el habla. Los animales restantes carecen de vocalidad. Por ello, grande es la prestancia y la perfección del hombre, porque mediante voces, con suma expedición puede comunicar a los otros hombres todo cuanto quiere: a esa acción la llamamos hablar. De ahí viene que también a los teólogos no les cuesta nada conceder que aquellos espíritus puros denominados ángeles hablan entre sí cuando el uno comunica al otro lo que tiene en su ánimo. Por esto, nosotros también nos esforzamos por comunicar a los otros, mediante el lenguaje, nuestros afectos y deseamos, recíprocamente, mover los suyos. La acumulación verbal, descompuesta y desmañada, no solamente no conseguirá su propósito, sino que, al revés, será un tormento para quien la oyere.

Con todo, ese hablista ideal que queremos formar, que con adecuadas galas y atavíos tratará uno por uno todos los asuntos, como si los paseara por unas huertas geniales, asiento de la amenidad, llevándolas de la mano, traerá las mentes humanas por todos los afectos y ejercerá la soberanía de cualesquiera ánimos y voluntades, dóciles a sus palabras y a sus razonamientos, sin ninguna suerte de resistencia ni de repugnancia. Marco Tulio Cicerón, porque, al perorar, volvía el ánimo

del Senado del lado que quería, fué por muchos aclamado rey, como si su discurso lo gobernase todo, imperiosamente. En manos de Demóstenes, por su elocuencia, muchas veces estuvieron la guerra y la paz de los atenienses y de Filipo. Agamenón, aquel glorioso caudillo de los griegos, no desea diez Aquiles, ni diez Ayaces, sino diez Néstores, abrumados de años, que vivían la tercera edad de los hombres y de cuya boca, según el testimonio de Homero, manaba una oración más dulce que la miel. En todas las edades, los varones elocuentes fueron tenidos a fuer de hombres completos en la máxima estimación. Se ha dicho para la emulación de los hombres venideros que entre los romanos muchos se encaramaron a los honores más altos en hombros de la sola elocuencia. A ver a Tito Livio, aquel manantial de láctea elocuencia, según refiere San Jerónimo, llegaron algunos personajes nobles de lo postrero de las tierras de España y de las Galias. Entre los hebreos, grande es el aprecio del libro de Isaías por cuanto entraña una elocuencia maravillosa. ¡Grande es, ¡oh elocuencia!, tu prestigio, pues siempre pudiste mucho y aún ahora es mucho lo que puedes.

¿Quién hay tan rudo y tan aldeano que no se deje prender en el hechizo de un atildado razonamiento? ¿Quién no reverencia a los hombres que tienen el don de la palabra bella? ¿Quién no se deja convencer por una tal oración, cuya principal eficacia estriba en concitar los sosegados afectos y en sosegar o reprimir las pasiones exaltadas? La mayor parte, o, mejor, casi todos los literatos de nuestro tiempo que quieren parecerse a oradores se engalanan afectadamente con florecillas de dicción y hacen que su palabra corra con sonido. A esos tales yo acostumbro llamarles retoricastros y simiescos aprendices de orador, siendo así que el lenguaje en el orador debe ser el corriente que entienden todos; debe ser ciudadano romano auténtico, no con prestada ciudadanía. Según una anécdota que cuenta Quintiliano, tratando de ese punto, una mujer vieja llamó a Teofrasto forastero, porque hablaba con marcado acento ateniense. Por esa consideración, el orador que yo formare descollará sobre los otros, si distingue con qué tono y con qué arte debe hablar en un asunto grave, y cómo en un asunto mediano, y cómo en un negocio baladí, y aun con qué palabras y con qué procedimiento el ánimo debe ser soliviantado o abajado, y así en todo lo demás.

Por lo cual, en esta hacienda que nos hemos impuesto, porque no sea que discurriendo por tan grandes mares librescos, no encontremos jamás dónde reposarnos, surjamos en el puerto, desde luego, e intentemos codificar los preceptos de ese arte hasta donde nos sea posible. Arduo empeño, ciertamente, y hasta ahora no intentado, cuyo camino más ancho nos lo abrirán las declamaciones que intercalamos. A nuestra voluntad no le faltará el laborioso esfuerzo, según espero, y una copiosa lectura de buenos autores, cosa de primerísima importancia, y dará el toque definitivo a esa obra e invención nuestra el soberano Perfeccionador de toda empresa. A El ya desde ese momento, y a la Santísima Virgen, su Madre, les suplicamos que no permitan que esa obra nuestra ni esa tarea en que ahora ponemos nuestras manos redunde y se tuerza jamás para la perdición de

ninguna alma, y si consiguiéremos en la elocuencia algún adelantamiento, Ellos hagan que se consagre a embellecer la verdad, a persuadir el bien, a desaconsejar el pecado. Y a vosotros, buena gente, os ruego con mucho ahinco que si alcanzareis alguna elocuencia, no abuséis de esa preciosa dádiva de Dios: predicad la virtud, apartad a los hombres de la matanza y de la ferocidad salvajina, que es lo que ahora necesitamos con una urgencia increíble. Ponga en todo su regimiento y su templanza la sabiduría, que, como dice Cicerón, cuando anda divorciada de la elocuencia, la elocuencia no hace cosa de provecho. Y porque no parezca que nuestra oración carece de aquellas tintas y afeites de buen gusto (que yo no sé por qué algunos, con un vocablo arrinconado de pura decrepitud, llamaron colores de los retóricos), que diríase que comunican intensidad y eficacia a lo que se dice, explicaremos en comentario fugaz el cuarto libro de la *Retórica a Herenio*, y así que le hubiéremos terminado, enseñaremos el arte, importantísimo a juicio de todos, de las pasiones con que iniciamos nuestra profesión.

FIN DE LA
«PRELECCIÓN AL CUARTO LIBRO DE LA
«RETÓRICA A HERENIO»

PRELECCION
AL OPUSCULO
A LA REBUSCA DEL SABIO

(PRÆLECTIO IN SAPIENTEM)

(1522)

Todos los que escriben de lo corrompidas que están las costumbres y hacen su puntual pintura, obedecen al propósito de que se enmienden de ellas los viciados y que los jóvenes las eviten. Es éste el celo santo de la virtud concedido en primer lugar a los hombres serios. Por eso, en la antigüedad, la lengua de los filósofos andaba suelta, y ellos eran tenidos por más graves y severos, por cuanto hacían profesión de la verdad. Paréceme a mí que más beneméritos son de la vida humana los satíricos que los panegiristas, aun cuando aquéllos, en el *Catón* ciceroniano, parecen enemigos, y éstos, porque son lisonjeros, parecen amigos. Los satíricos, por lo común, dicen la verdad; los panegiristas, a fuer de lagoteros, no la dicen nunca. Agréguese a esto que los que ante los vicios de los hombres guardan un silencio receloso, dan a entender que del linaje humano no se les da un ardite, y acaso no van del todo descaminados, puesto que ven que valor ninguno tiene la verdad, que el placer avasalla y la resistencia es nula. Si alguno busca la sabiduría o la inteligencia, hallará en su lugar la torpeza del sentido y partos del entendimiento abortivos y monstruosos. Con todo, y a pesar de los pesares, había que erguirse enérgicamente contra esa corrupción porque no cundiera con mayores bríos, y para que una vez que los mortales habíanse apartado de la vida salvaje y bestial y su naturaleza les inclinaba al estudio, estuvieran en franquía para acercarse a la sabiduría, más hermosa de la cual ninguna cosa hay en Dios, y comparada con el sol, le lleva ventaja. *El primer peldaño de la sabiduría*—dice Horacio—*es carecer de ignorancia.*

¿Cuál pensamos que es la causa de que habiendo tenido Atenas tantos sabios y tenido tantos Roma y tantos nuestra religión cristiana, ahora, en nuestros tiempos, haya tan pocos o ninguno? Pues porque en aquellas ciudades libres era permitido que fuesen libres las lenguas que arremetían contra la maldad y la hacían pedazos; porque estaba

permitido a la Iglesia naciente en los comienzos de su crecimiento reprender con celo a los pecadores, de manera que aquellos a quienes el temor de Dios no les mejoraba, al menos les retrajese del pecado la vergüenza del mundo, por baladí que fuese este motivo. Es de saber que esa época nuestra pulula de insignes lagoteros y aduladores que, con sus pringosas lisonjas, fomentan la bellaquería. ¿Quién no la increpa? Pero ¿quién no la practica? Hasta el punto que ellos debieran ser los primeros en experimentar el látigo de Lucilio. Añádase a esto que los maestros de la verdad y de la sabiduría eran para los otros espejo, dechado y guía y luz de su camino, y, corriendo en pos de mentiras, de bagatelas, de puros delirios, acarrearon tinieblas inmensas. Y ello hizo que creyesen que los cuerpos reales eran sombras, por manera que si alguno afirmara haber visto un cuerpo sólido, se hubiera hecho escarnio de él. Ahora, pues, acerquémonos a ellos, como por juego, y veamos hacia de qué lado se inclinan. Si se ladearen de la parte del bien y limpiaren, aclarándola más, de demencias su vida, no habrán menester avisos míos ni yo, en ningún caso, me constituiré en monitor suyo, aunque vengan a buscarme y a pedírmelo. Si me doy cuenta de que estas cosillas que les voy a decir no les aprovecharon, entonces descubriré toda su vida y a todo el mundo daré a conocer, en un más largo discurso, sus vanidades, si bien he de decir que he resuelto no cejar en este empeño mío hasta vencer o perecer en la demanda.

A LA REBUSCA DEL SABIO

DIÁLOGO FESTIVO Y GRAVE A LA VEZ, INTITULADO «EL SABIO», EN EL CUAL, BUSCANDO AL SABIO POR CADA UNA DE LAS VARIAS DISCIPLINAS, CENSURA LAS COSTUMBRES DE AQUELLOS QUE LAS PROFESAN, Y POR FIN, EN BREVES TRAZOS, HACE EL BOSQUEJO DE LA VERDADERA SABIDURÍA

Interlocutores: NICOLÁS BERALDO, GASPAR LAX Y JUAN LUIS VIVES.

BERALDO.—Muchas veces oí al español Luis Vives discurrir con el rigor y la competencia a que nos tiene acostumbrados, como admirador que es, y de los buenos, de la filosofía, acerca del sabio, y le oí decir que prefería él ser un sabio mediano a ser el más rico de todos los mortales. Dichoso él si persevera en ese mismo deseo. Pero helo que viene hacia nosotros. Voy a preguntarle si halló ya al sabio que busca: ¡Hola, mi querido Luis; muy buenos días!

VIVES.—Muy buenos días, mi caro Beraldo.

BERALDO.—Dijéronme que ya diste con tu sabio, y, por cierto, consumadísimo.

VIVES.—¡Cómo quieres tú chancearte conmigo, o cómo quiso burlarse de mí el que tal te dijo! Tanto monta asegurar que el fuego hiela o que las fieras se han trocado en hombres. Los sabios, mi querido Beraldo, son raros, o no los hay en absoluto, que es lo que ya voy creyendo.

BERALDO.—Pues parece que había de resultar fácil en este emporio de las buenas letras hallarlos en gran

número si los hubieras buscado. Los hay que han terminado ya sus cursos cíclicos y en ellos parece que debe de estar oculto un tesoro de sabiduría.

VIVES.—Si tú me señalaras con el dedo a quien hubiera rodeado toda la Enciclopedia, no desconfiara yo de hallar al hombre en cuya búsqueda ando.

BERALDO.—¿Quieres, puesto que tenemos asueto, que, recorriendo todas esas aulas, busquemos a tu hombre? Se nos agregará Gaspar Lax, de quien me atrevo a afirmar (si no crees que es el cariño que me hace decir esto) que se aproxima muy de cerca a esa categoría. Y en hecho de verdad (y por callar otras cualidades), ¿quién afronta con mayor igualdad de ánimo los azares humanos que él, cuyo rostro se mantiene el mismo en las prosperidades y en las adversidades? Saludémosle, que ya llega.

BERALDO y VIVES.—(*A una*).—Buenos días, querido Gaspar.

GASPAR.—¡Muy buenos días! ¿De qué hablabais? ¿Adónde ibais?

BERALDO.—Ya sabes tú hasta qué extremo ese nuestro Vives corre a los alcances del sabio, y está persuadido que le hallará si da con el hombre que esté perfectamente impuesto en el círculo de las disciplinas todas. Ahora vamos a buscarle, y espero que nos harás el mayor de los placeres aceptando ser guía nuestro, como hombre que eres digno de toda consideración y respeto.

LAX.—De ningún modo os guiaré, sino que me limitaré a acompañaros. Mas dejándonos de cumplimientos, vamos ya, si os place. Interroguemos antes que a nadie a ese gramático, porque muchos varones doctos, no sin motivo, contentáronse harto con este nombre.

VIVES.—Ni a mí me pidas nada de eso; antes bien: examina a quien te plazca.

LAX.—Bendígate Dios, varón bueno, grave, omnisciente y digno de respeto universal.

GRAMÁTICO.—*Kaire, o antrope!*

VIVES.—¿Qué ha dicho, mi caro Beraldo? Con grandes y ambiciosos títulos, nuestro Gaspar le acometió, pues harto tiene conocido el fértil ingenio de esos hombres que se despachan con prefacios sublimes.

BERALDO.—Pues dijo, sencillamente: *Ave, homo!*

VIVES.—¿Reparaste con qué estoica parsimonia?

GASPAR.—Querríamos, noble maestro, que delante de nosotros trataras un rato de las cosas literarias que traes entre manos, si tienes holgura y buena voluntad.

GRAMÁTICO.—Holgura, sí, tengo. Por lo demás, ardua cosa es la que me pedís, pero no me negaré a ello, porque de mi propio natural soy accesible. No soy yo, como vuestros filósofos, inexorable. Dime, muchacho, ¿en qué mes del año murió Virgilio?

MUCHACHO.—En el mes de septiembre, mi caro maestro.

GRAMÁTICO.—¿En dónde?

MUCHACHO.—En Brindis.

GRAMÁTICO.—¿Y en qué día del mes de septiembre?

MUCHACHO.—El día veintiuno.

GRAMÁTICO.—¡Bellaco, que me haces avergonzar delante de esos señores! Tráeme la férula, arremángate, abre tu mano. ¿Cómo pudiste decir, y delante de mí, que fué el día veintiuno en lugar del veinte? Contéstame inmediatamente. Parad mientes, varones graves, en ese sabidillo muchachuelo: Salustio, en el proemio de su *Guerra de la conjuración de Catilina,* escribió

Omnies homines u *omnes homines*.

MUCHACHO.—Todos convienen en que escribió *omneis*; pero yo pienso que acaso debió de escribir *omnes*, y que se ha de escribir *omneis*, contra la costumbre de los calcógrafos, por *ei*, y no con sola una *i*.

GRAMÁTICO.—¿Cómo se llamaba el hermano de Remo y cuál tenía la barba?

MUCHACHO.—Unos dicen, mi caro maestro, que se llamó Rómulo, otros Romo, y de ahí Roma; pero, por lisonja, luego le llamaron con el diminutivo Rómulo, que fué la denominación que se impuso. Estando en guerra, no llevaba ninguna barba; pero en tiempo de paz, la llevaba prolija, pues así se le representa en los *Titos Livios* impresos en Venecia.

GRAMÁTICO.—¿Y cómo se levantó Alejandro Magno la primera vez que cayó en Asia?

MUCHACHO. — Apoyándose con las manos en el suelo y levantando la cabeza.

GASPAR.—¿Qué cosa más necia que ese literato? Aquí, Vives, no esperes dar con la ciencia. Anda, noramala, majadero, que así desenseñas a los chicuelos. Mas abordemos a ese poeta, puesto que, como dicen Horacio y Estrabón, allá en la antigüedad la poesía fué el primer balbuceo de la sabiduría.

POETA.—Venus y Marte, en la guerra de Troya, fueron heridos gravemente por Diomedes con el auxilio de Palas; sorprendidos más tarde en adulterio por el cojo Vulcano, quedaron presos en unas mallas que hizo el divino y sufrido herrero. Venus y Proserpina acudieron al arbitraje de Júpiter, por ver cuál de las dos se quedaría con Adonis. Nombrada Calíope juez en ese litigio, dictaminó que medio año lo gozase Venus Proserpina otro medio año. Licaón, mientras quiere hacer prueba del poderío de Júpiter, es convertido en lobo; luego, Arcade fué trasladado entre los luceros con el nombre de Arctofilacte. Esa es la sagrada teología de los poetas; por ello, Ennio nos llamó santos, como se lee en Cicerón.

GASPAR.—¿Qué vanidad mayor que la de ese poeta? ¿No veis con qué nerviosa rapidez menea los párpados? Pienso si adolece de movilidad mental. Llamémosle *poeto*, no poeta. Pluguiera al Cielo que disminuyera ese interés por las fábulas, porque una tan recia peste no cundiese ya más. Aquí no encontraremos un adarme de verdad; todo son profanidades y lo humano con lo divino mezclado en confusión caótica. ¿Cómo vas a hallar aquí al hombre que buscas si se reduce a eso la poesía, que fué dada a los hombres para dirigirse a Dios y celebrar sus obras con la mayor dulzura que pudiera atraer y engolosinar a los hombres? Quédese adiós ese consanguíneo del demonio que no sabe abrir boca sin que mienta. Oigamos ya a nuestros dialécticos, en quienes, puesto caso que su oficio es discernir lo verdadero de lo falso, sospecho que encontrarás al hombre sabio.

DIALÉCTICO.—Supongamos que hay dos asnos, dos hombres y tres ángeles. De la mitad de un asno con la mitad de otro asno hágase un tercer asno; dos ángeles con un hombre posean un binario de aquellos asnos, puesto que el primero está unido con el tercero y copulativamente los otros dos ángeles con el otro hombre, según el binario de los asnos: en este caso te demostraré la copulativa ser posible y ser imposible de forma y de forma de la acepción de los términos.

GASPAR.—¡Huy, huy! ¿Quién va a descifrar ese logogrifo si ya no fuere un matemático o un caldeo? ¿Por qué se me antojó que escribían lógica pura, si escribían adivinación? ¡Oh cabezas hueras, tanto más cuanto que, despreciando verbalmente todos en absoluto esa cosa fútil, todos acaban por abrazarse con ella. Vi yo en mis buenos tiempos que todos, por lo regular, trataban de la verdadera dialéctica, valiéndose de enunciaciones muy breves, en virtud de las cuales con harta facilidad entendían todos al que respondía si no era docto intensivamente; ahora, oscurecida la buena lógica, veo que no echan a volar enunciados inteligibles, sino que buscan el arte de adivinar. Por eso a los bachilleres de aquel tiempo yo los llamo maestros en artes, y a los de este tiempo los llamo maestros inútiles. Pero vayamos ya a los físicos, si tenéis gana de ello. ¡Dios os guarde, escudriñadores de los misterios de la Naturaleza!, quisiéramos, si no os fuere enojo y pesadumbre, saber de vosotros por qué vías se alcanza y se aumenta la sabiduría.

FÍSICO.—Hay quien dice que la sabiduría se adquiere por aditamentos de unos grados a otros, subsistiendo siempre los precedentes; hay quien dice que en cualquier punto de la adquisición se adquiere una nueva y se destruyen todas las anteriores; hay quien dice que por la mezcla con un contrario; y hay, por fin, quien afirma que es por la radicación en el sujeto.

VIVES.—Alégrome mucho, y creo que al fin hemos dado con el hombre omnisciente, con el hombre sabio; pero ruégote, filósofo doctísimo, que me esclarezcas esa doctrina con ejemplos congruentes.

FILÓSOFO.—Cuando me haya explicado acerca del calor o de la blancura, entender en qué consiste la sabiduría será coser y cantar. Tomemos una materia cualquiera de un pie de longitud; yo la divido en partes proporcionales en proporción múltiple sesquitercia. La primera parte proporcional sea algún tanto caliente o blanca; la segunda, en óctuplo o un poco más blanca o un poco más caliente; la tercera, en milécuplo; la cuarta, en sesquiáltero y todas las otras en proporción de la primera sobre el cuadriparciente. Esto supuesto, ya puedes colegir lo caliente que está toda aquella materia.

VIVES.—Monstruosidades son eso, que no disciplinas ni ciencia. ¿A tan gran demencia llegó la filosofía, madre de la sabiduría? Esperaba yo que de ese filosofastro aprendería alguna ciencia; pero, por lo que veo, nada voy a sacar sino un calor grandioso, abochornador, si no salgo de aquí, y si vuelvo todo eso al revés, voy a arrecirme y helarme de frío. ¿Quién irá a buscar ahí sabiduría y ciencia de tanto calor, de tanto albor, de tantas partes proporcionales? Pero, ya que tengo un hermano, moreno muy anochecido, voy al menos a preguntarle acerca de la blancura, por no irme con las manos vacías. Hola tú, filósofo, ¿cómo se contrae la blancura?

FILÓSOFO.—Del agente por adición de grado a grado.

VIVES.—¿De qué agente?

FILÓSOFO. — Del agente natural, ¿qué sé yo? Del *a* o *b*; dale el nombre que quieras.

VIVES.—A, a, a: me enseña el abecedario, como si yo no lo supiera. En vez de blancura me da letras. ¡Oxe, afuera! De esas majaderías haga participantes a sus majaderos, no a mí. Ahora toco con las manos

ser verdad lo que acostumbraba yo decir a mis amigos: los filósofos parisienses tienen toda la filosofía entre los dientes, los labios y la lengua; en la mollera no tienen ni pizca.

GASPAR.—Ahí está un cierto retorista que enseña el cuarto libro de la Retórica a Herennio y el arte de la patética. Acostémonos a aquel orador.

VIVES.—No es ese orador como lo quieren Cicerón y Quintiliano. Si lo fuera, adornaríase con una ciencia maravillosa. Yo, como sabéis, me introduje de cuando en cuando en su propio terreno y les garantizaba que, en breve plazo, les impondría en el arte de mover todos los efectos que creía yo poseer a la perfección. Pero, ¡santo Dios!, ¡cómo me engañaba! Decía yo que iba a enseñarles cómo se granjearían el favor y la benevolencia, que yo nunca pude recabar de ellos, pues al pedir la retribución de mis trabajos, como si les hubiera amagado con un puñal, todos se escabulleron. Pero no hay inconveniente en que yo oiga a ese retórico.

RETÓRICO.—Enseñaba yo en cierta universidad a muchos mancebos, en un aula pública, ese arte de la palabra. Había conmigo un hablistán idiota, necio total. Persuadióles que él era un retórico extremado, y en cambio, yo jamás pude convencerles de que sabía algo, así que no gané blanca. Mas vosotros, puesto que veis mi saber, gratificadme con buenos estipendios.

GASPAR.— ¡Ay, ay! No pudo él convencer a los mancebos a quien llama locos, él, que es más loco que ellos, de que era instruído, siendo así que para ello bastan las más pequeñas apariencias, y ¿nos persuadirá que nosotros, pobretones, le demos buenos dineros? De los hombres ricos y opulentos que abundan ciertamente, a duras penas cobra uno, y aun algunas veces hay que enviarles el alguacil. ¿Y extorsionará a esos pobres menesterosos? A los mozos ricos y adinerados, ¡mirad qué requetebién enseña!, no pudo detenerlos en su aula. Aprenda antes a mover los afectos y enseñe después. Por eso calculo yo que en ese que se desconoce a sí mismo es por demás buscar la sabiduría. Pero por allí pasa un astrólogo y podemos interrogarle. ¡Buenos días, infalible pronosticador!

ASTRÓLOGO.—Más veraz, desde luego, que las Sibilas y los oráculos, que son creaciones de los poetas. ¡Buenos días! Y que Capricornio, con Júpiter en ascenso, presida vuestros caminos. ¿Qué me queréis?

GASPAR.—En tu cielo, varón entendidísimo, ¿hallaste la sabiduría? Traemos ahí a un tal Vives, quien es cosa de maravilla lo poco que de ella cató, siendo así que está engolosinado con sus mieles, y no puede saciarse de ellas por manera alguna.

ASTRÓLOGO.—Muchos antiguos dijeron que sabio era Mercurio; dijeron otros que también el Sol, y por eso le llamaron alma y mente del mundo; pero yo leo los astros; no haré cábalas; voy a daros un signo bajo el cual podáis con suma facilidad alcanzar la sabiduría.

VIVES.—¡Dichoso tú, que tal sabes! No sin razón Virgilio y Ovidio os llamaron felices.

ASTRÓLOGO.—Cuando la Luna y la Cabeza del Dragón hacen conjunción con Júpiter, cualquiera cosa pidieres a Dios la conseguirás, así pidas riquezas, así pidas sabiduría, así pidas casamiento ventajoso.

GASPAR.—Si no me estuviera mal, cómo te azotaría ahora de buen gra-

do en tu propio domicilio. ¿Osas vender al pueblo esas mentiras para cobrar una moneda ruin? ¿Por qué tú, en aquella hora generosa de la conjunción, no le pides al Cielo que te haga rico y la roña no te obligará a mentir tan descaradamente?

VIVES.—Vayamos a los matemáticos (si tienes corazón para ello, caro Gaspar, maestro mío), que son duchos en Geometría, Aritmética, Música, Astronomía y Perspectiva.

GASPAR. — Los matemáticos, hijo mío, en París no cuentan para nada.

VIVES.—En tan famosa Universidad, ¿no son conocidas ciencias tan prácticas en las que debieran estar sumamente versados?

GASPAR.—Debieran, sin duda; pero no todos hacen lo que deben. Según el reglamento de aquella Universidad, están obligados a asistir a sus respectivas lecciones; pero un abuso nuevo desterró la usanza vieja. Si no se retorna al uso antiguo no veo yo cómo los profesores parisienses pueden llamarse doctos, en realidad de verdad. Creen ya cumplir con la ley discurriendo cavilosamente de puntos, de líneas, de superficies. ¿Son éstos divisibles o indivisibles? Y de los jurisconsultos, ¿qué?

BERALDO. — En pasados tiempos fueron tenidos y a boca llena llamados sabios; pero en la actualidad son la bellaquería, la astucia y el fraude personificados; no hay ley que no haya sido corrompida por su sutileza y mala fe. ¿De qué ley, gran Dios, de qué ley subsiste el sentido en su pureza original?

VIVES.—Oí decir que allá, en los primitivos tiempos, los médicos fueron tenidos por sabios.

GASPAR.—Pero ahora dícese que en nada se diferencian del sayón o verdugo, pues unos y otros pueden matar impunemente, y luego de haber matado, cobrar su salario, legal y obligado. Pero no esperes poder hablar con ellos, pues andan enredados en tantos negocios, que no se bastan a sí mismos. No tenemos más remedio que ir a cierto grave teólogo que lleva vida ermitaña o solitaria en aquel cerro. ¡Guárdete el Todopoderoso, Padre grave, y si te salteare tentación alguna, esté Él contigo porque no caigas en ella!

TEÓLOGO.—Y el ángel bueno de Dios conduzca vuestros pasos, hijos míos, por los caminos que placen al Altísimo. Paréceme que el Señor viene con vosotros, pues sois tres los que os congregasteis en su nombre, como espero.

GASPAR.—Y en nombre de Dios suplicámoste, padre bueno, que nos reveles lo que piensas de la sabiduría, porque te llene el Paráclito con su gracia.

TEÓLOGO.—¿Por ventura no os dije yo con gran acierto que os habíais congregado en nombre del Señor, puesto caso que buscáis a la Sabiduría, es decir, al Hijo de Dios? De ella, ya que la noche se nos viene encima, os diré en pocas palabras lo que siento. La sabiduría, si es que hay hombre alguno que se pueda acercar a ella, es más preciada que cualquier tesoro y que cualesquiera otros bienes mundanales. No la compra ninguna bolsa henchida de dineros ni la vende la blanda y muelle elocuencia, sino el temor de Dios y la conciencia recta. *El principio de la sabiduría*—dicen el Padre y el Hijo sapientísimos—*es el temor de Dios*. Por lo demás, Dios le comunica grandes acrecentamientos, y también la auténtica caridad de los hombres, que la fomenta y la lleva a la perfección. Y con toda certidumbre la alcanzamos cuando con-

templamos al Hijo de Dios, que es la verdadera Sabiduría y le conocemos como somos conocidos. No radica, pues, en el cuidado y el incremento de la hacienda, como muchos creen, sino en la primorosa compostura de las almas. Por eso cuando el oráculo de Apolo fué consultado acerca de quién era el sabio: *No el rico*—respondió—, *sino Sócrates, que tenía un ruin ajuar, pero un alma grande y aderezadísima.* Y aún diré más: cuando caemos en los apetitos del lucro y de las otras cosas temporales, acuciados por las cuitas que nos roen el corazón, que son como las Furias antiguas, nos volvemos locos y furiosos. *El alma en reposo*—dice Aristóteles—, *es decir, el alma limpia y exenta de la vorágine de las pasiones, y no el cuerpo sentado y atento al estudio, hácese más sabia y más prudente.* Y eso hasta el punto de creer que no existe la sabiduría en las cosas del mundo, a aquella sabiduría mundana me refiero que se corrompe, que perderá Dios con los sabios que la poseen, y que es ignorancia pura a los ojos de Dios. Y a las almas en las cuales mora y acerca de las cuales versa la sabiduría, yo, con Sócrates, las llamo ultramundanas y ultraterrenales.

VIVES.—¡Qué pasiones tan moderadas y tan bien gobernadas tienes, padre mío!

TEÓLOGO.—Antes que todo, temo a Dios, aun viviendo en ese apartamiento, sin gloria, lejos del tropel y estruendo de las gentes. Quien a Dios teme, ¿cómo puedes imaginar que cometa mal alguno? Con nadie me enojo; a nadie envidio; no busca riqueza quien se contenta con hortaliza y agua; y como mi manjar es parco en extremo, no siento los ardores de la lujuria; y no es vano mi contentamiento, porque el temor de Dios me penetra todo; gózome en el verdadero temor de Dios; a nadie odio porque amo a Dios y a todos los hombres, y este amor aumenta mi sabiduría. Haciendo esta vida paréceme que sumerjo mi entendimiento en la sabiduría y que de ella tomo como un baño, pues locura es desearla consumada y perfecta, que no creo yo que haya sido dada a ningún mortal. Esto es lo que os tenía que decir en pocas palabras acerca de la sabiduría, prometiéndoos discurrir más copiosamente y más a placer acerca de ella si me visitareis con alguna frecuencia. Entre tanto, yo os amonesto, que dando de mano a todas esas cosas baladíes y efímeras del mundo y desoyendo cualesquiera voces de esa plebecilla voltaria, os esforcéis por alcanzarla con toda vuestra alma. Si os afanareis en hacerlo, seréis muy queridos de todos los hombres y de Dios, que es la Suma Bondad y el Poder Sumo. Quedaos adiós, mancebos generosos.

FIN DE LA
«PRELECCIÓN DE «A LA REBUSCA
DEL SABIO»

AÑADIDURAS A SUETONIO

(IN SUETONIUM QUÆDAM)

(1522)

A JERONIMO RUFFALD

Que Suetonio es acéfalo, como Quinto Curcio lo es, como lo son algunos discursos ciceronianos, como lo es Cornelio Tácito, recién hallado, colígese por dos razones principales. En primer lugar, porque no acostumbra el biógrafo de los doce Césares omitir los orígenes de la gente y familia del César, cuya vida comienza a contar. Pues bien: guarda silencio absoluto acerca de la *gens* Julia, aun cuando sea ilustrísima y merecedora de honorífica mención. Colígese también de ese brusco comienzo que traen los códices antiguos: *A la edad de dieciséis años,* callando el nombre de César, lo cual da a entender que habló de él antes. Por esto nosotros, dado que no existe esperanza de que algún día salga a luz el deseado principio, en gracia de la juventud estudiosa, hemos suplido y colmado la laguna, con cuanta industria y sagacidad pudimos, por la lectura de los escritores antiguos. Si el día de mañana una feliz casualidad restituyere lo que falta de Suetonio, no será demasiado sensible la pérdida de este trabajillo mío. Remedé la frase de Suetonio y su puntualidad y dotes de observación. Si a alguno no le satisficiere, harto poco será el daño que le hará este corto papel mío y brevísimo el tiempo que habrá gastado en la lectura de este juguetito nuestro. Y si a alguno le contentare, yo soy contento de su contentamiento; mas si le desplaciere, pídole perdón de mi osadía. Te lo dedico a ti, Jerónimo Ruffald, el mejor de mis discípulos y por ello el más querido. Quédate adiós.

Lovaina, año 1522.

DE LA VIDA DE CAYO JULIO CESAR

LA «GENS» JULIA

Tiénese por indudable realidad que la *gens* Julia provino de Julo, hijo de Eneas, el cual, abandonado Lavinio, puso los cimientos de Albalonga, en la cual asimismo reinó. A raíz de su muerte, como el reino latino hubiera pasado a Ascanio, hijo de Lavinia y de Eneas, el cuidado de las sagradas ceremonias de la gente latina y troyana, perpetuóse en la raza de Julo, de la cual los Julios han salido. A éstos, con algunas otras nobilísimas familias del Lacio Tulo Hostilio, rey de Roma, después de haber destruído a Alba, los trasladó a Roma y los adoptó entre los padres. Más tarde pretendieron magistraturas y honores; conviene a saber: *entre los patricios*, a los cuatrocientos y dos años de la fundación de la ciudad, siende Cneo Julio decenviro, uno de los diez encargados de redactar un código de leyes para la República en la primera elección de esa magistratura. Luego de haber alcanzado honores y dignidades de todo género, se detuvo en el patriciado y en el orden senatorial, con posibilidades económicas mediocres, sin ninguna gran personalidad que la señalase o ilustrase con hechos preclaros.

FAMILIA DE LOS CESARES

En la *gens* Julia, hubo la familia de los Césares. La razón de ese cognombre no está clara ni consta quién fué el primero que así se denominó, pues antes de César *el Dictador* y de su padre y de su abuelo hubo otros Julios Césares, como aquel que en la segunda guerra púnica fué enviado por el Senado al cónsul Crispino para la proclamación de un dictador. La lengua romana acostumbró dar el nombre de *Césares* a los nacidos de madre a quien se le hubiese abierto el útero o con cabellera crecida, o que tuvieran ojos garzos. Algunos cuentan de un elefante muerto en Africa a quien llaman César los indígenas, y que con este motivo el cognombre de César aplicóse al abuelo del *Dictador*; empero los que dicen esto son de muy escasa autoridad, a saber: Esparciano y Servio, pues no una rama sola de estos Julios tuvo ese cognombre, sino también otros y muchos de aquella misma gente antes que él. Con anterioridad al *Dictador*, fueron cónsules Sexto Julio César con Lucio Marco Filipo; al año siguiente, L. César con Rutilio Lupo. Antes de éstos no se conoce César ninguno ilustre ni que hubiera desempeñado en Roma la suprema magistratura. Muchos años después, de esta familia alcanzó el consulado L. César, hijo de Sexto, hermano del primo hermano de L. Julio César, padre del *Dictador*. Este no llegó más que a la pretura, muerto en Pisa, una mañana, mientras se le calzaba, sin ninguna enfermedad conocida.

NACIMIENTO Y CRIANZA DE CESAR

César nació en Roma, en el consulado de C. Mario y Lucio Valerio Flaco, cuatro días antes de los idus

del mes *quintil*, que después de su muerte, y por esta causa, fué llamado *julio*, por la ley Antonia. Educado al lado de su madre, hija de C. Cota, y de su tía Julia, esposa de Mario, de donde le vino a ese patricio el entusiasmo por el partido del pueblo y el odio a Sila. Enseñóle letras latinas y griegas y los preceptos del bien decir M. Antonio Guifón, de nación galo, que siendo de gran ingenio y de memoria prodigiosa, y encima de esto, de costumbres apacibles y de simpatía natural, enseñó gramática griega y latina, amén de retórica, en el propio domicilio de L. César, padre, y que por ello consiguió muchas ventajas para los suyos por la liberalidad de sus discípulos, pues jamás concertó con ellos la paga. Fué César de una docilidad maravillosa y hecho aposta para la elocuencia. Su lenguaje latino pulióse en su propia casa con el trato con su madre, Aurelia, que hablaba el romano castiza y elegantemente, como las Mucias, las Lelias, las Cornelias y otras matronas de la alta sociedad, cuyas familias produjeron oradores insignes.

FIN DE LAS
«AÑADIDURAS A SUETONIO»

QUIENES FUERON LOS GODOS Y COMO GANARON A ROMA

(1522)

Puesto caso que San Agustín tomó de la cautividad de Roma la ocasión de escribir la *Ciudad de Dios* para responder a los que culpaban de aquel desastre a la religión cristiana, no será fuera de propósito tomar el agua de más arriba y explicar qué suerte de hombres fuesen los godos, cómo llegaron a Italia y ganaron a Roma.

Lo primero que hallo asentado firmemente es que a los que la edad anterior había llamado *getas*, los llamó *godos* la edad que la siguió, corrompedora de éste, como también de no pocos vocablos primitivos. Así, los poetas Rutilio y Claudiano, cuando hablan de los *godos*, los llaman *getas*, invariablemente. Lo mismo hace Orosio en su *Historia: Los getas*—dice—*que ahora se llaman también godos, de quienes dijo Alejandro que debían evitarse, y Pirro sintió horror y César los dejó de lado, luego de haber abandonado y asolado sus propios y nativos solares, con todas sus fuerzas reunidas, invadieron las provincias romanas.* San Jerónimo, en sus *Comentarios al Génesis*, dice que los *godos* fueron llamados *getas* por la antigua erudición. Los *getas* son unos pueblos que habitan las orillas del Danubio inferior, como testimonian Estrabón, Pomponio Mela, Plinio Segundo y otros autores, y poseen en su mayor parte aquella anchurosa región inculta y rigurosa, y llegan por un lado hasta la Escitia, y por otro, hasta la Tracia, donde está Tomos, aldea ilustrísima por el destierro del poeta Ovidio, quien dice que mora entre *getas*, y no una sola vez, en sus *Tristes* y en el *Ponto*; se asoman al Mediterráneo y se corren hacia la Germania y las fuentes del Danubio. Estrabón, en su libro VII, dice que se llaman *dacos*, y antiguamente, *davos*, mientras que los griegos, a los que estaban más cercanos al Ponto, llamáronlos *getas* y dicen que uno y otro pueblo hablan una misma lengua. Si bien Plinio parece insinuar que entre estos pueblos no hay más diferencia sino el distinto nombre que recibieron: los que los griegos llamaban *getas* no eran otros que los que los romanos llamaron *dacos*. Yo, por lo que a mí toca, en este caso concreto seguiré a Estrabón.

Los *getas* son una nación bárbara y fiera, de corpulencia y ánimo descomunal, despreciadores de la muerte, porque están persuadidos que las almas vuelven, según escribe Pomponio Mela o que, puesto caso que no vuelvan, no mueren, sino que emigran a moradas mejores. Cualquiera de esos extremos sea verdad, hay que reconocer que la muerte es más apetecible que la vida. Es fama que en tiempos posteriores, los *getas* tomaron el nombre de *ostrogodos*, y los *dacos*, *visigodos*, habida cuenta de su posición geográfica, puesto que los unos se ladean más hacia Occidente y los otros más hacia Oriente. Con todo, los autores, así los modernos como los antiguos, con harta frecuencia confunden esas denominaciones. Se suena que esa nación ya en época remota, cuando Roma estaba en su máximo florecimiento, en tiempo de la guerra mitridática, irrumpió en la provincia romana y que L. Lúculo, que en Asia era general en jefe y acaudillaba un poderoso ejército, la echó de la Misia tras haberle infligido una seria derrota. Y añaden que más tarde estos godos, gobernados por Baerebisto, luego de haberles avezado a los trabajos y a la disciplina militar, salidos de sus fronteras nacionales, sojuzgaron muchas otras naciones, y luego de haber pasado el Danubio con un ejército grandioso, devastaron la Tracia, la Macedonia y la Iliria, metieron gran terror en los romanos pechos. Mientras Roma organizaba contra ellos una poderosa expedición armada, Baerebisto murió. Augusto envió contra ellos aproximadamente diez legiones, y quebrantó su poderío tan radicalmente, que redujo sus doscientos millares de soldados a solos cuarenta mil, y poco faltó para sojuzgar toda aquella nación al poder romano. Pasados algunos años, traspadas las fronteras romanas, derrotaron a Opio Sabino, varón consular, luego de haber aniquilado su ejército; y ellos, a su vez, no fueron derrotados decisivamente, después de varias batallas de suerte alterna, sino por Cornelio Fusco, reinando Domiciano. El emperador Trajano guerreó contra ellos con mucho brío y gloria grande. Ocasionalmente, Antonio Caracalla, cogiéndolos de sorpresa, les causó brava derrota. En tiempos de Gordiano, con muchísima frecuencia, desbordaron sobre territorios de Roma; Gordiano el menor, con no demasiado esfuerzo, los expulsó de la provincia.

Gente fiera e inquieta, mal contenta de su solar nativo, buscaba a la continua ocasión para invadir los ajenos. Y así fué que siendo emperador Filipo Vostrense, que fué el primero de los príncipes romanos que abrazó públicamente la religión cristiana, después de muchas matanzas y asolamientos, con un ejército de más de trescientos mil hombres hizo irrupción en las vecinas Tracia y Misia. Para expulsarlos de allá, fué enviado Decio, que la llevó al cabo con flojedad y con suceso no muy próspero, dejando la empresa inacabada. Disimuló Decio este fracaso al suceder a Filipo en el principado. Más tarde, Galo el padre y el hijo Volusiano, con determinadas condiciones desventajosas, hicieron con ellos paz, que los godos no observaron duradera, envalentonados por la apatía y estupidez de Galieno; no contentándose con la Tracia y la Misia, intentaron el ataque contra la misma Asia Menor, vejaron y pillaron la Bitinia y vueltos a Europa asolaron la Tracia y la Macedonia. Macrinio se opuso al reflujo hostil de los que se retiraban por la

Acaya, y los venció y los puso en fuga y, tras una persecución encarnizada, los acorraló de nuevo y los recluyó en sus bases de partida. No se mantuvieron en ellas demasiado tiempo, si bien en el ímpetu de su nueva arremetida vinieron a dar en manos de un adalid valentísimo, héroe cuya suerte no fuera menor que su virtud, si la vida en un caudillaje pudiera ser más duradera. Claudio era su nombre, quien en parte aniquiló y en parte cautivó trescientos mil de ellos. Por fuerza tenían que ser inagotables los recursos humanos de esa nación, pues no muchos años después, en el reinado de Aureliano, volvieron a las armas y en el primer choque fueron desbaratados a orillas del Danubio. Tan rotunda y definitiva fué la derrota que les infligió Flavio Constantino, que, por muchos años, viéronse forzados a una obligada quietud, pues tal era su estilo de hacer guerra, que vencían con gran daño de los enemigos y eran vencidos con no menor daño propio. Estas fueron las hazañas de los *getas* mientras tuvieron moradas fijas.

En tiempos del emperador Valente, los hunos, que son también escitas, pero más zahareños y más esquivos al comercio humano, situados más a la parte de los montes Rifeos, cerrados entre el Tanais (el Don actual) y los masagetas, a viva fuerza expulsaron a los godos de la región donde tenían su asiento, la cual, aun cuando, por la rigurosa destemplanza de su cielo, no era asaz cómoda para habitación y sociedad de hombres, con todo, la tenían por la más deleitosa y salubre los hunos, raza de hombres nacidos y criados fuera de las vías y de la carrera del sol. Reducidos los godos a esa violenta expatriación, huérfanos de patria, de vivienda, de lares, de penates, ellos que estaban hechos a invadir las fronteras ajenas, fueron obligados bien a afrontar con valor la muerte, bien a lanzarse a la posesión de un suelo ajeno y a pegarse a él, quienes no tenían ninguno propio. Determinados historiadores dan a entender que no fueron los *getas*, a quien llamamos *ostrogodos*, los que se lanzaron sobre la campiña romana, sino que los visigodos, alarmados por el desastre de sus aliados y afines, pensaron cambiar de sitio, recelando tener que pasar lo mismo que los ostrogodos, mientras iban hinchándose como una marea las huestes de los hunos, que asolaban las regiones vecinas.

Esta circunstancia aconsejó a los visigodos la determinación de enviar legados al emperador Valente, que en nombre de su pueblo pidieran para habitarla la Misia, al otro lado del Danubio, prometiendo, en nombre de todos, abrazar la religión cristiana y ser buenos y fieles tributarios de los romanos y defender con todas sus fuerzas y con las armas en la mano aquellos confines del pueblo romano de las incursiones de los restantes escitas. A vista de estas condiciones, el emperador Valente envió a Lupicino y a Máximo en calidad de duumviros para el reparto de las tierras entre los visigodos. Mas como estos duumviros tratasen aquella gente con avaricia y crueldad, los godos comenzaron por sufrir y disimular la injuria, por no producir en el momento de su entrada en una región peregrina ninguna innovación, pensando que una vez se hubiesen henchido de riquezas ambos emisarios, pondrían fin a sus crueldades y rapiñas. Ellos, empero, mientras con calculada malicia administran y re-

parten los abastecimientos, provocan un hambre espantosa, que ocasionó la muerte de los duumviros y del propio emperador. Los godos, viéndose como bestias salvajes alanceados por las fieras embestidas del hambre, tomando las armas amotinadamente, dan muerte despiadada a los duumviros y a sus escoltas y con las armas en el puño andan sueltos por toda la Misia y saltan a la Tracia próxima, a la cual hicieron pechera suya. Aquí les salió al encuentro Valente; trábanse en brava lucha, en la que fueron derrotados los romanos y puestos en fuga, no sin grande estrago y carnicería. Herido el emperador, cayó vivo en poder de los enemigos, y por la ferocidad que había puesto en ellos tanta sangre derramada, lo quemaron vivo y, en flecha, dirígense a Bizancio, y no hallando en el camino ninguna resistencia, ponen sitio a la ciudad, la cual, por espacio de algún tiempo, por obra y consejo de Dominica, esposa de Valente, sostuvo el asedio con sus propios recursos, luego de haber confirmado en la lealtad al emperador los ánimos de los ciudadanos, con sus grandes larguezas. Mas tarde, roto el asedio por el esfuerzo de Valentiniano, hermano de Valente, los visigodos se volvieron atrás.

Valentiniano adoptó al español Teodosio, llamado de España expresamente, y le dió participación en el gobierno del Imperio. Teodosio infligió a los godos graves derrotas y aplastó su poder y les obligó a pedirle de rodillas la paz. Diósela Teodosio con agrado. Habiendo Atalalarico, rey de ellos, ido a Bizancio a visitar a Teodosio, postrado en cama, él, a su vez, cae enfermo y muere algunos meses después.

Los godos, todo el tiempo que Teodosio fué emperador, militaron bajo sus órdenes y no reconocieron otro rey ni caudillo sino el que les señalaba el emperador de Roma. Entre tanto, Teodosio, príncipe, sin disputa el mejor en la guerra y en la paz, muere en Milán, siendo cónsules Baso y Filipo; deja dos hijos: Arcadio y Honorio, y una hija, Gala Placidia; pone a Arcadio al frente de Bizancio y del Imperio oriental y a Honorio al frente del Imperio occidental y de la ciudad de Roma. Puesto caso que eran muy mozos, les señaló en testamento tutores y preceptores, Rufino a Arcadio; y a Honorio, Estilicón, hombre malvado y de torcidas intenciones, de la índole de aquellos cortesanos que con grande sutileza se suelen deslizar en las más íntimas estancias palaciegas.

Estos dos tutores, siendo los príncipes de una edad harto expuesta a la injuria, abusando de su situación para aumentar sus riquezas y acrecer su desmesurado poderío, comenzaron a sacar no ya grandezas privadas, sino en encaramarse al mando supremo, concibiendo dañados planes. Rufino ambicionaba el reino para sí, y Estilicón, para su hijo. Mientras uno y otro, cada cual por su lado, maduraban estos consejos, era menester, para traducirlos a la realidad, crear un estado de guerra, a fin de que con el consiguiente trastorno, disimuladas sus arteras intenciones, pudieran apoderarse más fácilmente, impresionados por el terror bélico, del ánimo mozo de los príncipes, concediendo plenos poderes a sus próximos consejeros, y en cuyas manos habían puesto todos los resortes de la administración, porque no ignoraban que en la paz, como en cielo sereno y tranquilo, podían ser descubiertas y castigadas sus sombrías intenciones.

Atentos a estas miras, uno y otro

hostigan a los godos, nación propensa en grado sumo a toda suerte de novedades y movimientos revolucionarios y a provocar conflictos bélicos con el señuelo de un copioso botín para que hagan la guerra al príncipe respectivo. Los godos, pensando llegada la ocasión de llevar a buen fin aquel empeño, o con aquella guerra meditada, abrigando la esperanza de volver a sus casas con una presa no desdeñable, toman las armas, y luego de haber creado un rey de su nacionalidad, de nombre Alarico, de la ilustre familia de los Baltos, salen de sus confines, no sin grande terror de los pueblos colindantes. Con éstos, poco después, se une Radagaso con doscientos mil godos más. Como no hubiese tierra alguna con suficientes recursos para el mantenimiento de hueste tan infinita, los jefes dividieron la gigantesca expedición en diferentes ejércitos, y marchando en distintas direcciones, por la Panonia, por la Iliria y por el Nórico, asolando y quemando todo cuanto se les presentaba al azar del camino, penetran en Italia. Rufino, poniendo en ejecución prematura e imprudente sus designios, fué por sus soldados asesinado en Tesalónica. Estilicón, con más astucia, recatada sus intentos. Radagaso, con su hueste, iba avanzando por la Etruria, hacia la ciudad, y a lo largo y a lo ancho de su camino por dondequiera pasase ponía fuga y terror. Azorada y alocada la ciudad de Roma, opone a la avenida torrencial unos capitanes mercenarios. Radagaso, con imprudencia visible, dispuso sus reales y su ejército, comprometiéndose en lugares desventajosos; cortados los abastecimientos, su inmenso ejército moría de hambre, y él, reconociendo desesperada su situación, mientras por caminos aviesos con unos pocos de los suyos intenta fugarse, fué interceptado y muerto por los soldados romanos y el alud godo, soldado por soldado, fué vendido a precios vilísimos.

Tras esta sensacional derrota de los godos, Alarico llegó a Italia, arrollándolo todo en una marcha más terrorista aún que la de Radagaso. A este anuncio Estilicón, que se hallaba en Bizancio, echó por delante una parte de sus ejércitos con la misión de alcanzar la retaguardia de los godos, para impedir que realizase algún estrago mayor y continuara devastando los campos, y él, bordeando el mar superior, con fuerzas de infantería y caballería, estableció contacto con el enemigo. Ambos ejércitos acamparon en las cercanías de Rávena. Los godos, a caballo de la vía Polentina, tenían superioridad numérica, pero en pericia y disciplina militar no podían en manera alguna compararse con el ejército romano. Estilicón, con militar astucia, venció en muchos combates a los godos y, a la postre, los empujó y los metió en un callejón estrecho, donde tranquilamente pudiera acabar la guerra, si quisiere; pero tenía resuelto estarse con su ejército hasta que sus paisanos los vándalos hubiesen llegado a la Galia, pues tenía la certidumbre de que aquélla sería la ocasión de proporcionar el Imperio a Euquerio, su hijo.

Así fué que hostigando al enemigo con ligeras escaramuzas, iba dando tiempo al tiempo. Alarico, que por ciertos ocultos resquicios olió sus intenciones, fué a contarlo a Honorio, y con aquel a manera de presente, con el cual creía que Honorio usaría consigo de mayor benignidad, y por los mismos a quienes enviara a descubrir a Honorio el plan maligno de Estilicón, pidió

para su multitud una parte de la Galia, comprometiéndose a vivir según las leyes romanas y que no sería poca la ventaja para el Imperio y sus guerras y que no cederían a cualesquiera otros provinciales ni en obediencia para con los mismos romanos.

El emperador, amenazado con aquella espada de dos filos, prefirió admitir a los godos en una porción de su Imperio a procurarse para sí y para los suyos la catástrofe por la felonía de Estilicón, pues no fué Alarico el primero quien trajo a noticia de Honorio la maldad que Estilicón iba madurando. Y con todo no consideraba del todo seguro eliminar en cualquier tiempo a un hombre que le era suegro por sus dos esposas, poderoso y rico por encima de lo que consentía su condición de hombre privado. Envía, pues, con los emisarios de los godos letras a Estilicón para que cuanto antes haga que los godos lleguen a la Galia. Este mensaje fué para Estilicón inoportuno y desabrido, pues veía que se le iba frustrando tan magnífica esperanza y sospechaba que sus proyectos quedaban desenmascarados. Quedóse indeciso por unos momentos su ánimo acerado y fiero, y, por fin, decidiéndose por lo que más seguro le parecía, respondió que estaba resuelto a obedecer las órdenes de su príncipe. Mas, porque no todo el negocio se le escapase de las manos, soborna con judaicas riquezas a un tal Saulo, quien, siguiendo muy de cerca las pisadas de los godos, arteramente dió muerte a unos cuantos miles de ellos, con el fin de llevar al rompimiento de la alianza a un pueblo como el godo, fácil a la irritación.

Saulo, un día de domingo que los cristianos santificamos, según un viejo precepto de nuestra Religión, mientras los godos devotamente oían la santa misa, arremete de súbito contra ellos, y en el primer choque da muerte a algunos. Los godos, sorprendidos, apresuradamente, como podía hacerse en aquella alarma inesperada, consultan entre sí si había que apelar a las armas, pues por reverencia del día del Señor sentían escrúpulo de empuñarlas, de derramar sangre humana, de hacer carnicería de hombres. Mas, puesto caso que los judíos no cejaban en la atroz matanza, cada uno resolvió el caso por sí, sin aguardar la resolución general, tomando las armas para su defensa, y habiéndose ya reunido un número considerable de gente armada, Alarico, formando su hueste a toda prisa, contiene con harta facilidad aquella ralea de cobardes; luego, con un pequeño esfuerzo más, los godos derrotan a los judíos y los ponen en fuga, y quejándose de haberse visto obligados a quebrantar el derecho divino por los violadores de todo derecho, invocando al mismo Cristo, por cuya jurada divinidad aquel pacto por una y otra parte había sido sancionado y cuyo día santo, contra su voluntad, habían afeado y profanado con sangre, con muertes y con estrago, rojos de ira, se encaminan a través de Italia, banderas al viento, a la propia ciudad de Roma. Había licenciado Estilicón algunos soldados, que, no habiendo guerra, de nada le servían, y que ahora, ante el terror presente, fuéle forzoso reclamar del emperador, a la vez que un suplemento de tropas para salir al encuentro de los godos y neutralizar su poderoso empuje.

Honorio, puestos al descubierto los designios de Estilicón, envíale una gran cantidad de soldados, dando a sus capitanes la orden secreta

de que, provocando la debida oportunidad, den muerte a Estilicón y a su hijo. Los capitanes, comunicándose el propósito entre sí, y señalado el día para dar valeroso cumplimiento a la orden del príncipe, atacando por diversos puntos a Estilicón y a su hijo, les dan muerte juntamente con algunos de sus partidarios y amigos, que preparaban un golpe de fuerza, en Roma, en el foro de la paz. Con todo esto, el príncipe, imprudente e irresoluto, una vez eliminado el caudillo, no cuidó de poner un sustituto en su lugar, yo creo que con el intento de que ningún otro, por haber conseguido igual poder, maquinase iguales proyectos. Y así fué que su ejército, sin jefe alguno principal, lamentablemente derrotado por los godos, a fuerza de desastres, penetróse de un profundo terror del nombre gótico. Los godos, en la superioridad e insolencia de su victoria, llevan a Roma sus banderas sañudas, y tras un largo y estrecho asedio, la toman, la saquean más con alboroto y pillaje que con matanzas y estupros y otras feas hazañas que en las ciudades expugnadas suele cometer la licenciosa y desenfrenada soldadesca. Alarico, a punto de entrar en la ciudad, había dado dos severos y tajantes edictos: uno, que se abstuviesen de toda matanza humana y violación, cosas ambas que a él profundamente le desazonarían; otro, señalando para sus infractores pena capital, que nadie causase daño a quienquiera se hubiese refugiado en los templos de los dos principales Apóstoles o profanase aquellos mismos templos. Fué Roma tomada por los godos el año de su fundación, 1164, el día primero de abril, siendo cónsules Flavio y Varrón. Bien poco detallan los historiadores la manera como Roma fué tomada. Bautista Egnazio declara tomar del griego Procopio cómo ello fué, y dice que le causa extrañeza que él, a sabiendas, pasase de largo aquel pasaje interesante, o si dió con un códice mutilado, poca advertencia puso en aquella laguna del texto. Yo no he tenido aún la suerte de ver a Procopio; tendré que fiarme de Egnazio, escritor diligente y bien enterado, según puedo colegir de sus escritos. Escribe, pues:

«Iba ya para dos años que Alarico tenía sitiada a Roma, y Honorio, que estaba en Rávena, o no podía socorrerla o no se atrevía. No preocupándose un punto de la salvación de la ciudad, asesinado Estilicón, no había puesto general alguno al frente del ejército que contrastase el empuje de los godos. De ahí les vino a los godos la idea de poner sitio a la ciudad, ya que el soldado romano o no existía o llevaba la guerra con desgana. Como el asedio resultaba infructuoso, y no pudiendo tomarla a la fuerza, el enemigo bárbaro recurre a una estratagema: simula una ida a su patria, y elige trescientos mozos muy apersonados, de gran prestancia física y moral para obsequiar con ellos a los príncipes romanos, luego de haberles dado instrucciones porque con sus buenos oficios se capten el aprecio de sus dueños, y que un día fijo, allá por el mediodía, cuando sus amos holgaren en sueño, en ocio, corran a toda prisa a la puerta Asinaria, y luego de haber dado muerte con imprevisto asalto a sus guardias, abran la puerta, que luego al punto ellos estarán allí. En el ínterin, los godos, como difiriesen la vuelta, dando a entender que les faltaban tales y cuales cosas, aquellos trescientos mozos, asiendo gentilmente la ocasión, el día que se fijó abren la puerta a los suyos. En-

trado el godo, con más afrenta que daño devasta toda la ciudad.

»Hay quienes piensan que la puerta se abrió a los godos por obra de Proba, dama ilustre y opulentísima, de pura compasión por la plebe romana, que a manera de bestias, por calles y plazas, se caía muerta de hambre y de enfermedades. Dos circunstancias son harto notables: una, que Alarico dió un edicto que a cualquiera que se hubiere acogido al asilo de los templos de los santos, singularmente de San Pedro y San Pablo, no se le hiciese ninguna violencia, lo cual fué observado con delicada puntualidad; y la otra, que cuando se notificó a Honorio, estante a la sazón en Rávena, que Roma se había perdido, entendiólo él del atleta galo, apodado Roma, y se maravilló en grado sumo que tan pronto pereciese aquel con quien poco antes se había copiosamente divertido.» Todo esto es de Egnazio.

De todas estas calamidades, los maldicientes e impíos paganos echaban la culpa a la Religión cristiana, diciendo que jamás Roma fuera tomada si hubiera conservado el culto de los dioses recibido de los mayores y entregado a la posteridad, como si por la misma causa, a saber: por violación del derecho humano, siglos atrás, cuando todas aquellas locuras impías estaban en plena vigencia, los galos no hubieran tomado la ciudad y reducídola a escombros; como si muchos emperadores cristianos no la hubieran administrado ejemplarmente y como si esta declinación del Imperio y su evidente decadencia hacia su ruina, no hubiese comenzado ya en tiempo de los emperadores gentiles. Y como si Honorio no hubiese perdido a Roma por la misma desidia y apatía por la que Galieno perdió el Egipto, el Asia y la Galia, al anuncio de cuyas pérdidas él hizo muy tristes donaires y chanzas. Pues contra esos hombres que, aun en el caso de no ocurrir calamidad alguna, fueran enconados enemigos de nuestra santa Religión, escribió San Agustín, en veintidós libros, la *Ciudad de Dios*, en defensa de la Religión cristiana, contra sus murmuraciones y quejas que rezuman furia impotente y sacrílega impiedad.

Lovaina, 1521.

FIN DE
«QUIÉNES FUERON LOS GODOS
Y CÓMO
GANARON A ROMA»

LA VERDAD EMBADURNADA [1]

(VERITAS FUCATA)

(1522)

Interlocutores: LUIS VIVES, JUAN VERGARA.

VIVES.—¿Sabes tú por qué motivo se discutía entre ellos con tan brava porfía?

VERGARA.—Muy de otra manera te admiraras si lo supieras.

VIVES.—Cuéntame, punto por punto, toda esa discusión a fin de que yo participe de esta pasión tuya, y ya que somos homónimos, sintamos las mismas simpatías.

VERGARA.—Voy a contártela, puesto que me lo pides. ¿Conoces acaso la Verdad?

VIVES. — Mandaréte callar si el cuento no consiste sino en averiguar si yo conozco la Verdad.

VERGARA.—¿Por qué así?

VIVES.—Porque ni los mismos filósofos se han puesto de acuerdo hasta ahora en qué consiste o dónde reside la Verdad. Hago caso omiso de los más modernos, que, con bagatelas, que se quiebran de puro sutiles, se andan preguntando: ¿La Verdad de la enunciación es otra cosa que la misma enunciación? Unos lo afirman y otros lo niegan. Si ello es así, hizo muy bien Pilato, que, habiendo preguntado a Cristo Nuestro Señor ¿qué era la Verdad?, sin aguardar la respuesta se fué al punto, pues de quedarse hubiera tenido que soportar una ingrata disputa acerca de los *complejos significados* de la Verdad. Con todo, de los filósofos antiguos, los unos pensaban que eso de la *Verdad* era un nombre huero y vacío de realidad en ese mundo subluar y otros la relegaban como a un mal esclavo huído en el fondo de un pozo o en la ciega incomodidad de una cárcel. Los había quienes opinaban ser una a manera de moza casquivana que, según era su humor, ora salía y se mostraba, ora se hacía la huidiza y se escondía y nos hacía varias y donosas jugadas. No faltaron los pródigos de la *Verdad*, para quienes todo rebosaba verdad, que se metía en los ojos y en los demás sentidos y que así como para el rey Midas todo cuanto tocaba se le volvía oro, así todo

(1) Tardíamente, ese lindo y agudo opúsculo se incorporó en la obra total de Vives. Se le echa de menos en la edición de la *Opera fere omnia*, de Basilea. Mayáns lo reintegró a la suya, gracias a la fina obsequiosidad de don Manuel de Roda, ministro de Gracia y Justicia del rey don Carlos III, que puso a su disposición un ejemplar, quizá único, impreso en Lovaina el año 1522, en la oficina de Teodorico Martí.

cuanto caía debajo del dominio de los sentidos trocábase en verdad pura y simple. Ojalá Pilato hubiese querido detenerse un poco más, o se hubiese dignado Cristo Señor Nuestro responder a la pregunta y sabríamos, por fin, qué es la *Verdad.* ¿Quién lo hubiese explicado mejor que la misma Verdad personificada?

VERGARA. — ¿Luego Cristo es la *Verdad?*

VIVES.—Sin duda alguna.

VERGARA.—¿Por qué decías, pues, que no conocías la *Verdad?*

VIVES.—¡Como si conociéramos a Cristo, en cuanto es *Verdad!*

VERGARA.—Ahora tú te remontas a soberanas regiones; yo te hablo con sencillez y según el lenguaje común. ¿Jamás oíste el nombre de *Verdad?*

VIVES.—El nombre lo oí muchas veces, puesto que es el más socorrido y el que más suena en el foro, siendo así que es extremada la penuria de su realidad.

VERGARA.—Esa misma *Verdad* fué a la casa general y pública del linaje humano, acompañado de su marido, el Miedo, y su hijo, el Odio.

VIVES.—¡Huy!; para tan buena madre, tan bellaco de hijo!

VERGARA.—¿Y por qué no dices: para mujer tan decidida, marido tan apático?

VIVES.—Diríalo si tú no te hubieses adelantado.

VERGARA. — Bueno estaba que un dialéctico de París no se anticipase y no diese lugar a réplica.

VIVES.—Ea, pues, continúa, hombre de monólogos, pues voy a interumpirte rarísimas veces.

VERGARA.—Andaba la *Verdad* con arreo sencillo, asequible, aldeano; con una expresión de tristeza en el rostro transpirando severidad, de guisa que hubieras asegurado que acababa de dar a luz al Odio, pues hartas veces riela su tétrico semblante y pone en sus ojos y en su frente suavidad y blandura. Andaba en seguimiento de ella una gran turba de filósofos, por caminos derecheros los unos, por senderos desviados los otros, pero todos decían a voz en cuello que la seguían, por manera que muchos que contemplaban el espectáculo echábanse a reír, puesto que, proclamándose seguidores, tomaban direcciones diversas y aun contrarias. Ninguno protegía su flanco, pues su marido caminaba un poco delante de ella y su hijo seguíala unos pasos detrás; a ése le rodeaban viejos judíos y cristianos. La misma *Verdad* caminaba a ratos por sus propios pies y a ratos por pies ajenos. Llevábala en una silla gestatoria un añoso anciano, pero era verde y cruda su senectud, era profunda su gargantez y hambrienta, férrea su dentadura, no desemejantes de Saturno ni su faz ni su nombre; llamábase *Cronos*, como el dios se llama también *Cronos.*

En el pórtico de enfrente paseábase lo *Falso*: un hombre, como el mismo nombre suena, falso del todo para con los otros, desde luego, pero principalmente contra sí mismo; ente absurdo, ora hembra, ora varón (yo le creí hermafrodita), con atuendo asaz elegante, cortesano sin duda, y aun diré que palatino. La estola de oro bajada hasta los pies, de seda el capillejo o chapeo, el velo de Malta, de color de llama; la mitra, cuajada de perlas; las guedejas, ajenas y compradas; pesadas sus arracadas de tanta pedrería; de oro vario el collar, vistoso por un lindo camafeo. Llevaba en sus brazos grandes brazaletes y manijas labradas con sumo primor. Su cara, feí-

sima por otra parte, embadurnada de afeites y mejunjes; sus labios brillantes de alconcilla; negras sus cejas de antimonio, y todo cuanto podía verse de su cuerpo revocado de albayalde. Cubiertas iban sus negras y tartáreas manos por guantes de Andalucía; desnudos sus hombros, absurdamente distintos del semblante; flacas sus piernas, por lo cual era cosa más fácil alcanzarle en su huída que a los mismos cojos. Ejercitaba su memoria, aun cuando infeliz y con fallos frecuentes.

Acompañaban ese absurdo engendro la mentira, el perjurio, la astucia, el fraude, el aleve dolo, la adulación, no pocos villanos, muchísimos ciudadanos, hombres criados exquisitamente, nobles lucios, ricos en gran número, casi todos los áulicos, pues incluirlos a todos sin excepción, no sería justo, puesto que es odioso decir que a todos, si bien cada uno de esos hombres, tanta es su modestia que se considerarán excluídos por el *casi*. Llevaba con gran desabrimiento y enojo que se le llamase por su nombre: *Falso;* quería hermoseada esta apelación con algún disfraz. Ese cortejo—puesto que el vulgo, con un mimetismo servil, se acomoda y se acicala en el espejo y al gusto del gobernante—, todos rechazando los nombres propios, se decoraban y cohonestaban con nombres ajenos. Así que la mentira llamábase descuido, el perjurio llamábase aseveración de la verdad, la astucia, prudencia; a la lagotería oí llamarla urbanidad y buena educación, y unas veces quería parecer amor y otras admiración; profesábase consanguínea de la verdad. Los villanos oían con sumo gusto si alguna vez se les llamaba hidalgos; y los ciudadanos, con agrado no menor que se les llamase caballeros; por lo que toca a los palaciegos, aun cuando sean hijos de boyeros, es peligroso no llamarlos muy nobles. Son harto fáciles en requerir la espada.

Todo lo contrario ocurría en el pórtico de la *Verdad;* allí todo estaba a la vista, todo abierto, todo simple, todo cierto, sólido, y porque más se pareciese a lo verosímil, todo era de verdad. Lo verdadero era verdadero: la rusticidad, rusticidad; las hoces, hoces; los higos, higos. A veces, sobre la excesiva diafanidad que los dejaba al desnudo, promovíanse disputas entre los cínicos y otros filósofos de otras escuelas. Así que la *Verdad* se paró, mandó que alguno de su corte dirigiese la palabra a la concurrencia. Adelantóse a hablar Demóstenes. Esquines le interrumpe con alboroto grande. Murmullos en la multitud. Compónese Cicerón; comienza a palidecer y a temblar; maravíllanse todos y lo interpretan como una acusación de su conciencia. No sé quién sacó un documento donde afirmó, y no una sola vez, que él no perseguía más que lo verosímil; fueron llamados los filósofos, pero ninguno pudo hablar por el ruido ensordecedor de los contrarios, pues no bien alguno comenzaba a hablar, cuando, luego al punto, contradecíanle clamorosamente los de las otras escuelas, sin ningún respeto por la señora *Verdad* con tal de satisfacer sus pasiones, y preferían que no fuese loada la verdad, que no que lo fuese por un hombre de otra facción.

Por voz de pregonero da orden la Verdad que se retiren todos los gentiles y que tome la palabra algún cristiano. Este, consultado el caso con los judíos primitivos, de uno y

otro Testamento, a saber: las Actas auténticas de la misma *Verdad*, empezó a perorar un gran panegírico y tocó puntos innumerables. Prolijidad sería explicar en pocas horas lo que él dijo en muchas que no lo parecieron. Reunió bastante más loores que no Plinio en el panegírico de Trajano. Mostróseme poco después el esquema del discurso. Los puntos que desarrolló aproximadamente son éstos:

Referente a lo anterior a la *Verdad*, dijo que el Padre era su Señor y su Hacedor, nacido antes que el mundo naciese. Así estaba relatado en las Actas de la Sabiduría.

Que había salido de la boca del Altísimo, hija primogénita de Dios, mayor que todas las restantes criaturas.

Que Ella es la palabra de Dios.

Que no sólo la palabra, sino el principio de las palabras de Dios; que sus ojos todo lo ven y que no hay cosa que le engañe.

Que su semblante, salvo una severidad generosa, irradia afabilidad; que con su dulzura enamora; que con su humanidad invita.

Que no hay cosa más facunda, más atractiva, más eficaz, más cierta.

Que es péñola de escribano, que escribe velozmente.

Que es una voz pura, blanda, suave, recia, matizada, sonora; que jamás suena cosa horrible, áspera, triste. Al órgano de esa voz suya sonorosa muévese la tierra, responden los cielos y los elementos; las más bravas bestias quedan a su canto desarmadas y se detienen a su embeleso.

Que en sus brazos tiene tanta robustez, que fácilmente derriba al tirano, a la mujer y al vino.

Que causa maravilla que sea esposa del Miedo.

Que de pies a cabeza, toda es igual y proporcionada.

Que sus manos inmaculadas participaron en la fabricación de esa máquina del mundo: brillantes sus uñas, que dirás que son sardónicas de mucho precio, que es admirable la firmeza de sus dedos obradores de prodigios.

Que esto Moisés lo demostró y obligó a que así lo confesasen los magos de Faraón.

¿No ves cuán abundoso caudal pueden proporcionar a la elocuencia estos loores, singularmente si es un artista de la palabra quien los canta?

La *Verdad*, satisfecha con esas alabanzas, soberanas sin duda, pero que no dejan de ser verdaderísimas, empezó a hablar de aquellos que deambulaban en el pórtico de enfrente y con el afecto maternal que siente para con todos, puesto que sus delicias son conversar con los hijos de los hombres; a ciertos grandes varones, y especialmente a Platón, dióles el encargo de que les exhortase a que, abandonando lo *Falso*, con su impurísimo y feísimo cortejo, se pasasen a la *Verdad*. Hízose entonces escarnio a la *Verdad*, que, a pesar de proclamarse reina, no poseía siquiera una chapa de oro y en su vestir no se distinguía de las sirvientas.

En este punto, como fuese que Homero comenzase a echar versos a voleo y a ciegas, agudos los unos y los otros, según más tarde lo oí contar a Platón, que ni tocaban el cielo ni la tierra, Platón empezó con él a discutir la cosa con versos, pues en su juventud se había señalado mucho en aquel arte. Enojado Homero, intímale que se retire cuanto antes. Platón declaró terminantemente a Homero y a los poetas restantes que

no había para ellos lugar alguno en la República que fundaba; República ideal, en que sólo los sabios tendrían cabida. Acudió a la pelamesa Heráclito de Efeso, y, entre otras muchas, dijo cosas que ni el mismo Homero entendió, y luego, un poco más claramente, afirmó que, si mandaba él, no permitiría que ningún poeta acudiese a los sagrados certámenes. Platón volvió con las manos vacías.

A la noche siguiente hubo bullicio grande y gran excitación en el albergue de lo *Falso*, pues decían que habían obrado impía y sacrílegamente, echando con tanta afrenta al embajador de la *Verdad*, que ella es auténtica reina y señora de las mentes humanas, que para ella nacieron, no para lo *Falso*. Que lo *Verdadero* es el mejor y más sabroso pasto de las almas y que la *Verdad* profesa a la Humanidad toda un amor único. Al día siguiente acuden todos a una reunión tumultuosa; piden que se envíe una comisión que trate de poner reconciliación y paz entre los príncipes *Verdadero* y *Falso*. Los entendidos dicen que no puede haber amistad ni inteligencia entre ánimos tan discordes. Con todo, para apaciguar la exaltada concurrencia, acuérdase enviar un emisario con estas proposiciones: Que los *Falsianos* están resueltos a recibirla en su reino y posesiones si, por alianza primeramente y luego por afinidad, quiere unirse con *Falso*, su rey; no siendo así, no hay avenencia posible; que los hombres de orejas y educación tan delicadas no pueden sufrir las asperezas y rudezas de la *Verdad* sin ofensa de insolencia, especialmente llevando una sóbole tan insoportable. Aprueba estas proposiciones la adulación y los que en su tiempo fueron tenidos por poetas. En cuanto a los que debían enviarse, había disidencia.

Homero, a quien el unánime consentimiento designaba para esta misión, empezó a poner muchas excusas: en primer lugar, la de su ceguera; luego la de su pobreza, a continuación la de su provecta edad, a seguida la de sus absorbentes ocupaciones en componer poemas y celebrar a los príncipes y por su pelea del día anterior, en la que poco faltó para que viniesen a las manos; que Platón tenía valimiento muy grande en las filas de los partidarios de la *Verdad*; que si Marco Tulio, con tan larga práctica en el gobierno de la República, y con aquel su proverbial patriotismo, rehusó una embajada de paz tan honrosa, tan provechosa y necesaria a la República, que con tanto encarecimiento el Senado le ofrecía, porque en el campamento de Antonio tenía a Ventidio y a Saxa, que estaban enojados con él, ¿qué pensaban que iba a hacer un hombre de su condición y de su nula experiencia política? A duras penas ese razonamiento, que en su mayor parte se recitaba en verso, pudo ser captado por las orejas, y mucho menos por los ánimos de aquel gallinero alborotado. Entonces, impuesto silencio por un heraldo, el prefecto de la ciudad habló así:

—Suficientemente la honra de esta embajada y el bien público debieron de persuadirte a la aceptación gustosa de esta embajada que la patria te impone si se quitan estos estorbos que te apartan de ella. Así que aplica tu espíritu y tu mente sublime y divina a fin de que, aquello que tú hubieses hallado por ti mismo, si en ello pararas mientes, ahora lo oigas de un hombre que

en ingenio y en doctrina te es incomparablemente inferior, si bien admirador tuyo apasionadísimo como los tienes, y no pocos ciertamente, por toda la redondez del orbe, y ello por razones muy justas. Te contestaré, pues, por el mismo orden con que has hablado, y ello con mucha brevedad, pues harto se te alcanza que ni el lugar ni el tiempo sufren discursos más largos. Te excusas con la ceguera. Está bien. Ella jamás te retrajo o te fué estorbo para ninguna empresa, por más grande que fuese; tienes un lazarillo que te guía y se te dará por compañero a Hesíodo, el de Ascra, hombre de Beocia, que por su aspecto y su lenguaje aldeano no es muy desemejante de la *Verdad.* Tu pobreza: no hay cosa más grata que la pobreza en aquel reino adonde te enviamos; no hallarás allí muchos que sean más opulentos que tú; traerás contigo por cartera el escriño o cofre del rey Darío, mueble el más precioso que se halló en toda el Asia, a saber: la ancianidad que todos los seguidores de la Verdad tienen en sumo aprecio. En ella dicen que se complace su príncipe. El canto de tus versos, ¿de qué andanzas tuyas te ha estorbado? También quizá en esa legación tuya, en medio de aquellos maestros que hacen profesión y alarde de saberlo todo, aprenderás algo que pueda comunicar a tus poemas un lustre nuevo. Y aún diré más: es menester que vayas allá, tú, que por ansia de saberes navegaste tantos mares, visitaste tantas ínsulas y abordaste tan remotísimas naciones. Platón el Ateniense, cuya enemistad recelas, es un hombre, a lo que cuenta la fama, facilísimo de aplacar y reconciliable en grado superlativo. Te engañas tú, que piensas ser tanta su influencia en el reino de la *Verdad.* Yo te diré, para que lo sepas, que pocos días ha, según referencias de unos fugitivos, fué acusado por unos judíos de hurto y de sustracción de fondos públicos. Así que sus riquezas han sido reciamente cercenadas y sufrió su crédito gran merma y fué declarado prevaricador por aquellos hombres que, en el reino de la *Verdad,* después de los cristianos, son los que tienen más poder y valía; hallarásle más preocupado por ese percance suyo personal que por sus sentimientos de hostilidad para contigo. ¿Y qué me dices si de buena gana se agrega a ti a ver si la coyuntura de esa embajada depara algún remedio a su apurada situación? Finalmente, tú no debiste pronunciar el nombre de Marco Tulio, hombre que empezó siendo meticuloso y luego se encarnizó en las enemistades privadas con más pertinacia de lo que a la República convenía—citó como testigos a Salustio Crispo y a Asinio Polión, quienes, con juramento, afirmaron que así era—. Por esas causas y razones, yo opino que tienes que encargarte de esa embajada. En el desempeño de esta misión yo ruego a Calíope que todo redunde en bien de esa nuestra ciudad.

Por aclamación tomó la asamblea el acuerdo de que Homero fuese allá y trasladase a la *Verdad* el encargo que le había hecho la patria, haciendo votos porque el resultado de la embajada fuese fausto y feliz. Homero, pues, acompañado de Hesíodo y de dos lazarillos, Luciano y Apuleyo, emprendió el viaje. Luciano dijo a Apuleyo que él, en cierta ocasión, se había convertido en asno. Apuleyo oyó con regocijo esta donosa invención y rióse y contó a quien quiso oírle que él también se

había convertido en asno; en primer lugar, a Marciano Capella y a Sulpicio Apolinar y a Bautista Pío y a Felipe Beroaldo. Homero, en medio de una grande y ansiosa expectación de uno y otro pueblo, llegó al domicilio de la *Verdad*. Entrado allá, invocadas las Musas, según rito, cuando pensó que tras muchos cantos su misión estaba asaz preludiada, abordó el tema y lo expuso todo según las órdenes recibidas. Dión de Prusia, confundido en la concurrencia, dijo a voz en cuello que con un tal embajador no había acuerdo posible; que todo él era un amasijo aliñado y compuesto de falsedad y mentira y que era muy extraño que no trajese consigo a Ulises, que no hizo más que mentir. La *Verdad* dió orden de que a coces se echase del local de la asamblea a aquel perturbador, pues ella, con tal de insinuarse e infiltrarse en tan grande multitud como la que moraba en el reino de lo *Falso*, no rehusaba condición alguna mientras fuese honrosa y tolerable; así que quería de todas maneras que hubiese convenio. Interrogado Homero por la *Verdad* cómo podía cuajar la afinidad, puesto que lo *Falso* había sido infecundo siempre, respondió que ello únicamente podría ser si admitiese el atavío y el afeite de lo *Falso*, que ése era el pacto con su augusto príncipe; que aquélla era no ya afinidad, sino propincuidad y deudo muy estrecho; que él tenía en su poder todo aquel embadurnamiento y afeite y que él era diestro como el que más en el afeite y en el retoque engañoso. Así que entendió que la *Verdad* desdeñaba y hacía ascos de aquel adobo tan ajeno y tan reñido con su sinceridad, empezó a disertar sobre las ventajas del afeite en versos, griegos por cierto, pero que yo repetiré en prosa suelta y en latín, como me propuse.

Comenzó diciendo que con aquellas envolturas la *Verdad* será para muchos más admirable cuanto más rara; pues de la rareza acostumbra nacer la admiración. Demostró esto con el ejemplo de muchos ilustres varones cuya vida, para que gozase de mayor autoridad y veneración, discurrió lejos del comercio humano, como Pericles en Atenas y Tiberio César en Roma. Dijo luego que si alguno, alzado el velo, llegase al cuerpo mismo de la *Verdad*, le sería más grata, como conseguida a fuerza de trabajo, y más querida, como comprada por precio no ruin. El mundo es ansí. Muy pronto hieden las mercancías regaladas, y a muchos objetos lo que les da estimación es cabalmente su precio elevado. La *Verdad* dijo que de mejor gana se mostraría desnuda; que sin más atavío que el de su casta desnudez valdría mucho más en el aprecio de los hombres y que en su propio ser natural, percibido rectamente por el ingenio humano, sería a todos infinitamente más grata y despertaría amores increíbles. Homero replicó que él no dudaba que la cosa era así como la *Verdad* decía; pero que, por lo demás, él conocía las costumbres y el carácter de su pueblo, que él era portador de aquellas proposiciones, cuyo repudio haría casi imposible la transacción. En el consejo de la *Verdad* resolvióse que se imponía una más amplia deliberación y el negocio se remitió al día siguiente.

A la caída de la tarde fué enviada a Homero una cena opípara y se dispensaron soberanas honras al talento maravilloso, y fué conducido por todas las estancias del palacio

de la *Verdad*, y una por una, en larga conversación, le fueron explicadas por los guías todas las singularidades. Homero rogó a los que le guiaban que le llevasen a la República de Platón, donde Platón le amenazó con que no le permitiría la entrada. No distaba mucho; era un campo de soledad y aburrimiento, puesto que no tenía más vecinos que Sócrates y Platón; y esto que era muy ambiciosa su fábrica, ideada por Sócrates, asentada por él en sólidos cimientos de mármol. El diseño de ese edificio grandioso era obra exclusiva de Platón, quien, a la entrada, había puesto una mesa petitoria en vista a los transeúntes para los gastos de la obra. Dicen que para las calendas griegas inminentes se van a levantar los muros y las casas. Así que Homero vió el estado de las obras, rióse de las amenazas de Platón y a su vez amenazóle con que él jamás se establecería en ciudad tan desolada. Pero en voz baja se advirtió a Homero que desalojase de allí a toda prisa antes de que Sócrates saliese de sus redes, erizado de espinas porque no se le cogiese o se le pinchase, especialmente cuando aun los más linces, a duras penas, pueden escabullirse de estos peligros.

VIVES.—No puedo menos de interrumpirte y dirigirte una pregunta. Dime: ¿Cómo pudo Homero tratarse con Luciano y Apuleyo y hablar a Platón y tener noticia de Cicerón, de Pericles y Tiberio César, siendo así que vivieron a tantos siglos de distancia? Mira que no nos vayas a contar una novela poco creíble.

VERGARA.—¡Necio! ¿No leíste análogos anacronismos en Homero y Virgilio? Todos estos personajes se conocieron después de muertos o muchos miles de años antes de que viniesen a la vida, como creyeron Pitágoras y Platón. ¿Osarás tú contradecir la opinión de tan grandes filósofos, cuya autoridad te coaccionará, ya que no sus razones? Pitágoras no aducirá más que su *Conócete a ti mismo*, y te objetará Platón que él es el dios de los filósofos.

VIVES.—Ya veo adónde la fábula camina.

VERGARA.—¿Dónde estaba cuando me interrumpiste?

VIVES.—Cerca de la República de Platón, casi al final del día.

VERGARA.—Así era; la noche estaba cercana. Se advirtió a Homero que la noche se echaba encima, y conducido a un albergue público, agregáronse a su cena Empédocles, Lucrecio, Varrón, Lucano, Silio Itálico, Juvenco, Sedulio, Ausonio, Prudencio, Arator, Próspero. Varrón estaba gruñón y no cesaba de murmurar que los convidados excedían del número de las Musas. Entendiéndolo Ausonio y sospechando que se quejaba de él, propuso algunos enigmas o adivinanzas acerca del número de las Musas, que nadie pudo descifrar; así, de momento, quedó excluída la queja de Varrón. Para regocijar el banquete, Apuleyo dijo unas cosas acerca del *Asno*. Luciano contó algunas de sus andanzas que ni él mismo ni ningún otro vió, oyó o creerá. En el espacio de aquella noche, la *Verdad* resolvió consigo misma muchos pensamientos y trató mucho con sus más íntimos consejeros acerca de ese afeite o disfraz: que para la *Verdad* era una cosa aborrecible, pero que ella temía la obstinada afición de los ánimos de los otros, que no sin gran pesar dejaría a un lado a tan gran número de hombres. Y así fué como se resolvió aceptar la propuesta de la embajada con determinadas con-

diciones: no admitir ni rechazar el disfraz o afeite en absoluto. Se llamó a Homero y se le comunicaron las condiciones que había de traer al reino de lo *Falso*.

Primera condición.—La fama pública, que es un monstruo de muchas cabezas, libre, licenciosa, desbocada, sin freno, descomedida, gran maestra de errores, inventará, fingirá, compondrá, arreglará, retocará en la *Verdad* todo cuanto se le antojare y hasta donde se le antojare. Los creadores, los inventores y los soñadores, que en griego se llaman poetas, si lo pusieren por escrito, no quedarán incursos en responsabilidad ni fraude. El que alguno de ellos finja e invente todo cuanto contare, parecerá pura ineptia y se dirá que más que poeta es un mentiroso o un impostor.

Segunda condición.—Como sea verdad que antes de la celebración de las Olimpíadas, cuyo origen se remonta a los cuatrocientos años antes de la destrucción de Troya, y a los treinta antes de la fundación de Roma, siendo Esquilo arconte de Atenas, los historiadores lo daban todo confuso, mezclado, revuelto, y estaba permitido disfrazar y encubrir los sucesos con libertad excesiva, siempre que el fondo y como el núcleo quedase reservado a la *Verdad*; aquello que dejaron consignado los grandes autores y quedaba admitido por la opinión y consentimiento público, no sin alguna profanación y desdoro, iba a ser modificado y alterado por los poetas que los sucedieron; y por esto no es silbada ni pateada la fábula virgiliana de Dido; primeramente, porque pasó antes de las Olimpíadas; luego, porque ya Ennio la había divulgado; además, porque ya estaba aceptada por la opinión común y por la fama. Muchos eran, con efecto, los que creían que Eneas coincidió en Africa con Dido, y que después de su aparatoso suicidio, su hermana Ana fué a Italia, la cual, luego de ahogada en el río Numicio, trocó su nombre de Ana en Perenna, a la cual, por los idus de marzo se le ofrecen sacrificios todos los años y para siempre.

Tercera condición.—Los sucesos que tuvieron lugar después de las Olimpíadas se quedarán íntegros para la *Verdad*, si ya no es que se les quisiere añadir algún toque ligero para darles hormosura o gentileza, placer o utilidad, con fines morales. Por esta discreción es alabado Virgilio, quien, habiéndose tomado mucha licencia y soltura en las cosas de Eneas, así que llegó a los romanos fué observante puntual y escrupuloso de la verdad, como es de ver en los libros sexto y octavo de la *Eneida*. Y con razón. Con más religiosa fidelidad escribieron Lucano y Silio que Valerio Flaco. A pesar de ello, introdujeron aparecidos y les dieron habla y vaticinaron novedades advenideras y fueron profetas de lo pasado; mezclaron episodios inventados con hechos históricos que comunican al poema gracia y hechizo y fundamentalmente no restan verdad a la narración.

Cuarta condición.—Estará consentido mezclar verdad con invención, siempre que fuere en cosas ocurridas antes de las Olimpíadas y que ya se saben y se dicen falsas y se podrá fantasear sobre ellas.

Quinta condición.—Puesto que es razón que se hagan amplias concesiones a la mejoría de las costumbres, todo cuanto se refiere a la moralidad o a algún provecho de la vida quedará libre a los escritores, hasta el punto que se podrá dar rienda suelta a la fantasía y a la invención de apólogos; se podrán

escribir comedias nuevas, donde se pinten las pasiones humanas, y componer diálogos que tienen gran semejanza con las comedias.

Sexta condición.—En todo tiempo, en toda edad y a todo linaje de escritores estará permitido envolver la *Verdad* en enigmas, en parábolas, en traslaciones que tienen un campo anchísimo.

Séptima condición.—Quienquiera que escribiere de cosas tocantes a las artes y a la erudición, ora fuere en metro, ora en lenguaje desatado, respetará en toda su entereza la *Verdad* de las artes, según su criterio, si ya no es que se vista de metáforas; si agregare corolarios o aditamentos, téngase obligado por las anteriores condiciones.

Octava condición.—Si en la compostura y afeite de la *Verdad* no existe verosimilitud ni congruencia ni decoro, la obra disonante, absurda, ridícula, que de ahí naciere, debe ser pateada, debe ser silbada, debe ser rechazada inexorablemente.

Novena condición.—Si alguno, para su propio esparcimiento, tuviere el propósito de ir a zaga de lo *Falso*, sin tener cuenta con la moralidad ni la utilidad práctica, porque no le falte cortejo a ese príncipe, se le toleraría la compañía siempre que se distinga por alguna insignia visible; déseles ciudadanía en alguna villa milesia, amena y regalada; vayan con ellos risas y donaires; vayan con ellos las dos esposas de Vulcano y vivan con Luciano, Apuleyo y Clodio Albino. No permitimos que actúe Arístides, poeta procaz, libidinoso, impuro, si persiste en su empeño, y ello con todo derecho, siendo así que con harta frecuencia sea reo del mismo crimen Apuleyo, hombre, por otra parte, respetable y magistrado de la ciudad.

En este punto, por presión de un grupo de cristianos y de filósofos, alborotados por el nombre de Arístides, añadióse, no una condición, sino una exhortación, a saber: que en la próxima sesión del Senado se derogase la ley de Catulo, formulada en cuatro artículos, semejantes a aquellos con que en la antigüedad Faleuco cantó a Ceres:

Es razón que sea casto el poeta piadoso en su persona; pero no es menester que lo sea en sus versos; sólo entonces tienen sal y gracejo si son de amoríos y un poquillo descocados.

Alléguese a esto que no se canten los que sean vanos y sin utilidad práctica, sino que conjuguen el provecho y el placer.

Décima condición.—Si por ventura alguno afeitare, dijere, hiciere contra lo que prescriben esas condiciones, ni en el reino de lo *Verdadero* ni de lo *Falso* se le tenga consideración alguna, sino que se le eche de todos los liceos, palestras, colegios, escuelas, universidades sin autoridad, sin honor, sin nombre, sin renta, sin centuria, sin vecindad ni ciudadanía; y que esto que queda convenido sea aprobado con la fórmula que acostumbraron nuestros mayores: *Quien hiciere fraude, sea víctima del fraude.*

Dióse orden de que estas cláusulas fuesen transcritas por escribanos públicos, en parte por Terencio Varrón, en parte por Quinto Horacio Flaco, en parte por Celio Lactancio Firmiano. Se mandó además que tú también trascribieses algunas.

VIVES.—¿Yo? ¡Guarte que no tenga asaz de gravedad y peso lo que escriba yo, hombre de ingenio menos que mediano, de erudición nula, filósofo casi académico!

VERGARA.—Podrán no tener peso

por escritas por ti, sino por mandadas de la *Verdad*.

VIVES.—¿Imaginas tú que de buen grado van a mantenerse en esos límites los poetas, linaje de hombres vagabundos y licenciosos?

VERGARA.—¿Qué mayor anchura y libertad que la contenida en estos límites? Dentro de ellos pueden campear a sus anchas, correr, divagar, peregrinar como les viniere en gana. No es más espaciosa la pradera de San Jaime donde te hallé paseando con aquellos dos gentiles y apuestos mozos.

VIVES.—Te refieres a Nicolás Voconio y Jerónimo Rufaldo. ¡Qué ingenios, mi querido Vergara! Cómo van a ser la gloria y el orgullo de su siglo si, cosa que Dios no quiera, la fortuna no es con ellos injusta o ellos no lo son consigo mismos.

VERGARA.—Soy contento de que ingenios tan prometedores sean formados por ti.

VIVES.—Si yo no puedo alumbrar algún parto grande y glorioso, exhortaré al menos a que otros le alumbren y haré lo que hacen aquellas mujeres, agotadas de los copiosos alumbramientos o estériles acaso, que se hacen comadronas, ya que no pueden ser parteras, y, como dijo Horacio: *Haré el oficio de la amoladora, que no corta ella, más hace que el hierro corte; no escribiendo yo nada, enseñaré los deberes y el oficio del escritor; de dónde toma la materia; de qué modo se forman y se nutren los poetas; qué es lo conveniente y qué no lo es; adónde el acierto, adónde conduce el error.*

VERGARA.—Pero eso ya mira a otra cosa y tú empiezas a devanear. Así que me voy.

VIVES.—¡Qué cuerdo y qué cauto! Porque no te mate a pesadumbre, pues no estoy dispuesto, como la sanguijuela horaciana, a soltar la piel hasta que esté ahito de sangre. Pero no deberías tomar esta precaución si supieras cuán pronto dejará de soplar para mí el viento del Parnaso.

VERGARA.—Déjate de Parnasos, de Helicones y Pierios y otras pedanterías. ¿No ves que es ya hora de cenar y tú te vas a tomar de más arriba tus boberías, de forma que, atiborrados de bagatelas, tenemos vacío y hambriento el estómago?

FIN DE
«LA VERDAD EMBADURNADA»



ORACION AREOPAGITICA
NICOCLES

(DISCURSOS DE ISOCRATES)

JUAN LUIS VIVES
INTERPRETE

(1523)

JUAN LUIS VIVES

A TOMÁS, CARDENAL WOLSEY, ILUSTRE CANCILLER DE INGLATERRA: SALUD

AÑEJA cuestión es la que, por diversas maneras, ejercitó con muy varias conclusiones muchos ingenios y trocó el gobierno y administración de muchas Repúblicas, si resulta preferible y más aconsejable que el pueblo sea árbitro y dueño de sus destinos o que el regimiento de la colectividad resida en el cuidado y providencia de un solo gobernante. Muchas fueron las resultancias que se apuntaron en uno y otro sentido, ingeniosas y acertadas, según el que las profería, siendo muy dignas de señalar las que, en dos célebres discursos, formuló el ateniense Isócrates, uno de los cuales trata del *Gobierno por el pueblo* y el otro del gobierno de un hombre solo, o sea de la *Monarquía.* ¿Quién con superior criterio y con mayores luces podría con su sentir definitivo zanjar la crónica disputa más que tú? En primer lugar, por ese feliz talento tuyo y esa rica memoria y esa copiosísima erudición, dotes todas ellas de las que no pocas veces, en nuestras pláticas y disertaciones, tuve yo buena muestra, ni oscura ni baladí; y luego, por esa tu tan prolija experiencia y ejercicio de la gobernación de la cosa pública y administración del reino. Eres todo un canciller de Inglaterra, que es una función pública y como una magistratura popular. Afuera de esto, te confió y encomendó los negocios de la monarquía el mejor de los príncipes. Por esta razón yo te envío a ti, el más autorizado censor de estas materias, dos famosas oraciones, no porque desconozca yo tu opinión de que es saludable todo gobierno en el cual el bien público se antepone al privado y que es pernicioso todo aquel que procede al revés, y que si no falta prudencia y le asisten toda suerte de virtud y miramiento del pro común, es preferible el mando

y administración de uno solo, a ejemplo del gobierno de la fábrica de este mundo, en el cual la universalidad de sus elementos es gobernada por uno solo, pero el más justo, el más sabio. el mejor y que refiere todas las cosas creadas, no a su propio interés, sino a la salud de todos aquellos seres que gobierna. Sé que ése es tu sentir; pero así como en los antiguos tiempos era una suerte de desacato acercarse a la divinidad con las manos vacías, asimismo pensé yo no serme permitido allegarme a ti sin algún presentillo, significativo de mi agradecimiento. En primer término, porque los grandes príncipes están en lugar de los dioses, que son favorecedores y benéficos; después, porque me lo enseñaste tú. de cuya proximidad nunca me alejé sin alguna dádiva. Con agudeza y discreción dijo Publio Siro: *Frecuentar el beneficio es enseñar a devolverlo.* No pude corresponder con el mismo género de don. ¡Cuán insignificante soy yo para competir contigo en oro y en plata! Pero lo triste del caso es que tampoco corro parejas contigo en erudición; con todo, no me dejo vencer en ánimo y en voluntad.

Interpretarás, pues, esos pobres papeles míos como un signo certísimo de que no se borró en mi pecho la memoria de tantos y tan grandes beneficios, y los aceptarás como un anticipo de que el día de mañana te enviaré una obra proporcionada y de mi propia minerva; porque en la actualidad, agobiado de trabajos y de preocupaciones, y especialmente por el cargo público de profesor de Oxford con que me obligaste y me decoraste, ni tuve espacio ni lugar para dar a luz parto mío ni de aderezar parto ajeno de alguna extensión. Sólo me limité a traducir estas dos oraciones de Isócrates, obra que, si en rigor no puede decirse que sea mía, tampoco es ajena en absoluto, pues le enseñé a hablar latín; y los preceptores, para con sus discípulos, ocupan el lugar de los padres; le enseñé a hablar latín, como digo, no con la brillantez que permite la facundia del idioma del Lacio, sino hasta donde mis escasas facultades de expresión pudieron alcanzar la elocuencia del retórico ateniense. Ya que no otras veces y en otras cosas, al menos en esta ocasión emulé su aticismo, porque no devolví con redundancias lo que él dijo en oración breve y ceñida, ni repetí con asiática pompa lo que él expresó con ática concisión, aun cuando no conté las palabras, que es propio de un servilismo ruin y estúpido, sino que con honradez proporcioné al lector el sentido fiel. No es obra indigna de tu grandeza si, quitándolos de mí, pones los ojos en todo lo demás; digo en el propio Isócrates, en su elocuencia o en el asunto que es Atenas, el Areópago, y el rey Nicocles.

Fué Isócrates un retórico ateniense, contemporáneo de Platón, de cuya escuela, como del vientre del caballo troyano, salió la nutrida y brillante cohorte de ingenios que en Grecia conquistaron tan gran nombre por su elocuencia y desempeño de los cargos públicos. Abonan su elocuencia los discípulos y los monumentos literarios que su ingenio nos legó. Hay en ellos una excepcional blandura y suavidad de estilo y una magistral habilidad de composición, ligada a cadencias y a número, para su ornato. Cicerón no se recata de confesar que de aquellas opulencias salió más ataviado y

más rico. Y así es como Isócrates fué tenido en el máximo aprecio y honor por los pueblos todos y alcanzó sin foro, dentro de las paredes domésticas, una gloria cual la consiguieron muy pocos de los que salieron al sol y saltaron a la arena. Consta que las oraciones, harto breves por lo común, que dejó escritas fueron pagadas con una fuerte cantidad de oro por grandes príncipes, como por Artemisa, reina de Caria, y por Nicocles, rey de Salamina. Fué tan fervoroso patriota, que derrotada la pujanza de los atenienses junto a Queronea por el rey Filipo de Macedonia, al primer aviso del desastre llegado a Atenas murió de pena, siendo ya de una extrema ancianidad.

Ya sé que no ignoras que el pueblo ateniense, así en Grecia como en todo el universo mundo, fué celebérrimo por su saber y por sus hazañas, y tanta la antigüedad y nobleza de su origen, que no refieren su linaje sino a sí mismos. Por eso, con una voz griega, llamáronse *autóctonos*, que suena lo mismo que aborígenes, como lo fueron los más antiguos habitadores del Lacio y como César testifica que hubo algunas tribus en Bretaña.

En un principio, los atenienses vivieron en régimen monárquico, hasta Codro; a éste, suprimido por sus enemigos del Peloponeso, luego de haberse ofrecido espontáneamente por la salud de la patria, sucedieron, escogidos de su posteridad, los arcontes, a saber: príncipes que mantuvieron su dignidad por diez años. Este linaje de principado duró doscientos veinte años, a saber: hasta Erixia, detrás del cual todo el derecho y el mando de la colectividad pasó a poder del pueblo. Habíales ya dado Dracón leyes escritas con sangre, como dice el adagio. Pero, en este tiempo, Solón, uno de aquellos siete sabios a quien tanto venera Grecia, dictó nuevas leyes, corregidas y aliviadas aquellas truculencias de Dracón, y estableció el Areópago o Consejo Supremo, situando su domicilio en aquel lugar de la curia donde se dictó sentencia capital contra Marte, acusado ante aquellos atenienses antiguos de haber descabezado a Halirrotio, hijo de Neptuno; por esto, precisamente, fué llamado *Areópago*, que monta tanto como decir *Colina de Marte*, pues existe en Atenas un conato de cerro. El Senado era perpetuo y no constituído para un tiempo determinado, como aquel Consejo que se llamaba de los quinientos ancianos o de nueve Tesmotetas: entendían en asesinatos, incendios, brujerías. Por esta razón los hay que afirman que fué llamado Areópago, porque era creencia común que Marte presidía los delitos de sangre.

En esta oración, Isócrates expone cuáles fueron las costumbres de los areopagitas y danlo a entender aquellas expresiones antiguas: *Más santo que un areopagita; más serio que un areopagita; más íntegro que un areopagita.* El mismo nombre sólo de *areopagita* es sinónimo de juez sin tacha, pues nadie fué admitido en aquel Consejo cuyas costumbres no fueren ejemplares y que hubiere dado hartas pruebas y señales de su honradez inmaculada. Y no hay memoria de hombres (cosa que merece la más grande admiración) que haya sido hallado ninguno que, si tenía un vicio congénito, así que era elegido para el Areópago no lo lanzase fuera de sí. Tanta era la virtud de los otros que ninguno perteneciente a aquel cuerpo

que contrajese un vicio irremediablemente, que no experimentara el intolerable bochorno de verse manchado él solo, entre tan pura limpieza. Entre ellos había la costumbre de que un heraldo, todas las veces que un orador se aparejaba para actuar en causa, advertíale que no se pusiera patético. Por eso los juicios celebrábanse por la noche, porque la vista, así del orador como del reo, no excitara algún movimiento pasional que pudiera desviar alguno de los jueces de la rectitud de la justicia.

Nicocles es de saber que fué rey de Salamina, isla del mar de Grecia, célebre por aquel combate en que el ateniense Temístocles aplastó el poderío naval de Jerjes, rey de los persas. El propio Isócrates escribió para ese mismo Nicocles un segundo discurso acerca de la administración del reino.

A tus manos van, pues, areopagita como eres, una *Oración areopagítica* y un *rey Nicocles;* al canciller del reino y al orador elocuentísimo va Isócrates, y al protector, el protegido Vives. Haga Cristo que todos tus pensamientos y tus actos todos redunden siempre en la prosperidad y en la salud de tu patria y del orbe cristiano.

Oxford, 15 diciembre 1523.

ORACION AREOPAGITICA

O SEA, DE LA ANTIGUA REPUBLICA DE LOS ATENIENSES

Pienso que los más de vosotros vais a preguntaros con asombro con qué intención haya venido yo a este sitio para hablar de la salud pública, como si la ciudad estuviera abocada a un grave peligro o sus cosas estuvieran al borde de un despeñadero, y como si no poseyera más de doscientas trirremes, y tranquila en su casa no tuviera el dominio del mar afuera de que tiene aliados en grande número que nos asistirían luego al punto que las circunstancias lo demandasen, amén de muchísimas más fuerzas a sueldo que ejecutarían con rapidez las órdenes que les diéramos. Asegurados con todos estos elementos, puede quienquiera con toda razón persuadirnos un firme optimismo, alejados de todo peligro visible y que, en cambio, son nuestros enemigos quienes tienen mucho que temer y mirar muy seriamente por su lado. Por todo eso, yo no dudo que, bien ponderados y sopesados todos estos factores, no vais a hacer mucho caudal de este mi acercamiento a vosotros y que es grande vuestra esperanza de que con todos esos recursos vais a ocupar toda la Grecia.

Yo, por mi parte, y disintiendo de vosotros, temo muy mucho, y precisamente por esto, puesto caso que veo que aquellas ciudades que se creen en la más feliz de las situaciones acostumbran administrarse pésimamente y cuanta mayor es la confianza en sí mismas en que se asientan, más graves son los riesgos en que incurren. La razón de todo esto consiste en que jamás tocan a los hombres solas prosperidades o adversidades solas, sino que siempre traen detrás de sí un apéndice perpetuo. Pisando el calcañar

de la opulencia y el poderío van la necedad y el lujo; en pro de la indigencia, de la modestia, de suerte que no es definible fácilmente, que es más conveniente para los hijos dejarles abundancia y escasez, porque a la vista está que de la escasez, que parece la herencia peor, nace, por lo regular, una mejor norma de vida, al par que por culpa de aquella que aparentemente es preferible, la moral empeora; abona esta afirmación mía la conducta de muchísimas personas privadas, a saber: de aquellas en quienes son más de ver estos contrastes y con claridad mayor en nuestros sucesos y en los de los lacedemonios.

Por lo que a nosotros nos es atañedero, después que los bárbaros hubieron derruído esta nuestra ciudad, como el miedo acuciase nuestra diligencia y nuestro cuidado, escalamos la hegemonía y el principado de toda la Grecia. Y, al revés, tan pronto como nos persuadimos que era incontrastable nuestra pujanza, ¡cuán poco nos faltó para ser presa del enemigo! Allá en la antigüedad, los lacedemonios, osando salir de míseros aldeorros con su espíritu de sacrificio y su sobriedad y disciplina militar, proverbiales, pusieron bajo sus pies todo el Peloponeso; empero sus sucesores, andando el tiempo, insolentándose con su dominio del país y de su mar, viéronse abocados a los mismos peligros que nosotros.

¿Quién habrá, pues, si ya no fuera loco de remate, que luego de conocer estas mudanzas y considerando que en un instante sucumbió la máxima potencia confiara en la presente fortuna? Y, con todo, es de saber que nuestra República, en la actualidad, es mucho más pobre que en aquellos tiempos, en parte por el odio de los griegos contra nosotros, en parte por la renovación de la enemistad que los reyes de Persia nos profesan, causas ambas que en tiempos pasados afligieron a esta ciudad, y que por ende ignoráis vosotros qué borrasca tan grande os amenaza. Yo no sé a cuál de estos factores debe atribuirse la culpa, si la República no os da cuidado alguno o si os lo da, el hecho de que perdisteis el sentido de la realidad.

¿No sabéis que fuisteis vosotros los que asolasteis las ciudades de Tracia? ¿Y que derrochasteis en balde más de mil talentos en reunir un ejército extranjero en trances provocados por el odio griego y la guerra de Persia? A esto se agrega que os visteis obligados a mantener a los tebanos, que os eran enemigos, eliminando a vuestros mismos aliados. Y por estos hechos, con perdón del Cielo, como si hubierais recibido mensajes de la buena administración de la República, ya por dos veces hicisteis procesiones y rogativas en derredor de los templos. ¿Por qué con tanta pereza y parquedad consultamos a quienes merecen bien de la República? Por eso, muy merecidamente hacemos y padecemos todo esto. ¿Qué pueden hacer a derechas todos aquellos que tomaron disposiciones desatinadas en asuntos de tanta trascendencia patriótica? Si en algún punto se erró, ello se enmienda, o por el desarrollo mismo de los negocios, o por favor de la fortuna, o por la virtud de algún hombre, y, no obstante, vuelven de nuevo a caer en las mismas dificultades. Fácil será ello de entender a quien quiera por la experiencia que tenemos de lo que nos aconteció. Sojuzgada a nosotros la totalidad de Grecia, así después de la batalla naval de Conón, como después de la guerra conducida por Timoteo, no pudimos, ni momentáneamente si-

quiera, conservar aquellas ventajas que luego al punto se nos fueron de las manos y se nos diluyeron por culpa de nuestra imprudencia.

¿Cómo puede ser de otra manera, si no tenemos método alguno de administración de nuestra ciudad que nos dé el uso expedito de las cosas, ni nos preocupamos un punto por tenerlo? ¿Quién hay que no sepa que no se procura ni se crea la felicidad del pueblo por la fábrica maravillosa de las murallas ni por su densidad demográfica, sino por sabios y comedidos gobernantes? El alma de la ciudad no es otra cosa que su administración, que no tiene en ella menos valencia y bríos que la prudencia en el cuerpo. En hecho de verdad, ella es la que atiende a todo alentando a una lo que ha de ser de provecho y evitando lo que ha de ocasionar daño. A ella le conviene que leyes, oradores y simples ciudadanos sean semejantes y que cada cual obre en la proporción que le alcanza. Perdida ella y torcida, ni se nos ocurre nada, ni nos preocupa lo mínimo su reintegración.

Acusamos a los jueces y nos quejamos de que nunca bajo un régimen popular la República anduvo más alcanzada; empero en los negocios, y cada uno de nosotros en sus planes personales, anteponemos nuestra prudencia a la prudencia de nuestros mayores, para hablar de la cual aquí estoy. Yo tengo por verdad averiguada y por cosa cierta que puedan conjurarse y ojearse los males que nos amenazan y los males que nos agobian si ponemos nuestro empeño en restaurar la constitución democrática de la ciudad dictada por Solón, el político de mayor popularidad, y restablecida por Clístenes, el que echó a los tiranos, puesto que no es de creer que exista nadie nunca jamás que imagine otra con más entusiasta adhesión del pueblo y que reporte a la ciudad mayores provechos.

Sea de ello la única y máxima prueba el hecho de que los que vivieron bajo su régimen realizaron hechos hazañosos y se cubrieron de gloria en el concepto de todos los pueblos, y que por esto, toda Grecia, con imponente unanimidad, les entregó el mando. Empero aquellos que aman entrañablemente el estado de cosas actual, con antipatía general y tras de haber sufrido frecuentes y grandiosos descalabros, ¡qué poco no faltó para verse empujados y reducidos al último extremo! ¿Quién será el que loe o quiera un sistema de gobierno que con anterioridad nos acarreó tamaños males y ahora, de año en año, nos trae tan a mal traer? ¿No es de temer que la cosa vaya tan lejos que, metidos en un trance difícil, nos veamos despojados a la vez de la República y de la ciudad? Mas para que podáis, no ya oyendo en general, sino asimismo en particular, juzgar y elegir lo que os pareciere útil, deber nuestro será prestar atención a lo que dijere y será deber mío ceñirme a la brevedad tanto como pudiere.

Los que allá en la antigüedad gobernaron vuestra República introdujeron un cierto linaje de administración que no sólo nominalmente, sino en realidad era popular y moderadísimo; pero en hecho de verdad pareció muy otro a los que en él vivían. No era tal la educación política que daban a sus ciudadanos que fuesen a creer que la destemplanza fuese la popularidad ni que fuese libertad la desobediencia a la ley, ni que la procacidad de la lengua sin freno fuese la ecuanimidad de las leyes, ni que considerasen que constituyera la felicidad el libertinaje desaforado e impune; em-

pero la moderación y la ordenación de la República templaban su gobierno de tal manera, que ese linaje de delitos el Poder público los castigaba con penas aflictivas y los recargaba con todo el peso de la odiosidad y por este procedimiento fácilmente hacía a los ciudadanos buenos y comedidos.

Entre otras cosas, para el gobierno ejemplar de la ciudad contaban con una ayuda de la mayor importancia y consistía en que como haya dos especies de igualdades, una que iguala con el mismo rasero a todos los ciudadanos, sin reconocer diferencia alguna, y otra que pondera la dignidad de cada uno, como ellos no ignorasen ser ésta la más útil, repudiaron por inicua aquella primera que, aplicando a buenos y a malos igual medida y considerándolos dignos de las mismas consideraciones, retuvieron esta otra, según la cual los premios se otorgan según los merecimientos, y los castigos según las delincuencias, y la introdujeron y la impusieron en esta ciudad. Así fué que no distribuyeron las magistraturas a tontas y a locas, sin selección, sino que al frente de cada una de las funciones públicas pusieron a los mejores y, singularmente, a los más capacitados. No tenían la menor duda de que los ciudadanos serían tales como fueran los mismos gobernantes. Afuera de esto, creyeron que la elección de los magistrados era de la incumbencia del Poder público, sin confiarla al azar, pues a menudo se da la pícara casualidad de que la administración de la ciudad va a parar en manos de los partidarios de novedades y desean que los bienes del pueblo pasen al dominio de una oligarquía. Por eso es razón que la potestad de elección de los más templados esté en manos del pueblo para que ponga a su frente a aquellos de quienes sabe por información y conocimiento directos que son partidarios del poder compartido.

El motivo de esa gran connivencia de la ciudad y de la ausencia de pretensiones alrededor de los honores, era que cada cual estaba atento a su tarea y practicaba la sobriedad. No había uno que, con descuido de lo suyo, acechase lo ajeno ni que derivase un adarme del tesoro público al bolsillo privado. Todo al revés: cada cual distraía de sus bienes lo que a la cosa pública convenía cuando se presentaba el caso ni nadie tenía indagado con mayor interés cuánto le debía revertir de su cargo público que de sus bienes privados. Por ello abstenían sus manos del dinero público, hasta un punto que resultaba en aquella sazón más difícil dar con quienes ambicionaran magistraturas que en estos menguados tiempos nuestros, con quienes no las pretendan con ruines pordioseos. Tenían bien asentado en su conciencia que un cargo público no era un negocio, sino que era un servicio, ni en los propios comienzos de su función administrativa iban a rastrear y a oler si sus antecesores habían dejado vaca alguna ocasión de logro, sino si con la presura de dejar la dignidad habían dejado algún asunto pendiente de resolución.

Finalmente, para decirlo de una vez, estaban íntimamente persuadidos que el pueblo era quien debía presidir como dueño y señor a los mismos magistrados y castigar a los que delinquieran, y decir la última y definitiva palabra en los asuntos sujetos a controversia. Pensaban, además, que aquellos ciudadanos que por sus posibilidades económicas podían vivir en la ociosidad,

debíanse a los intereses públicos tanto o más que a sus intereses privados; que a los que así lo hicieran se les tenían que dispensar alabanzas honoríficas y ellos habían de contentarse con esa paga. Y, en cambio, a los culpables de mala administración, no se les debía perdonar crimen tan grande, sino acribillarlos de multas y penas aflictivas. ¿Qué podía hallarse de más estable y equitativo que una República así que les encomendaba el gobierno fortísimo de los ciudadanos al paso que a los gobernantes les imponía el predominio del pueblo amo y señor? Y siendo tal la constitución de la ciudad, muy fácil es de colegir que la vida de cada día iba para ellos discurriendo según la rectitud y la ley, porque es fuerza que aquellos que de tal modo habían organizado y establecido su gobierno coadyuvasen a él, cuyas partes eran, de esa manera misma.

Comenzaré por decir que por lo que toca y atañe a los dioses inmortales, porque es religioso y justo que empecemos por aquí que no a ciegas y al voleo, ni atropelladamente, ni por celo fanático, ni por tenacidad, ni cuando les daba tal antojo para un solo sacrificio, se inmolaban trescientos bueyes, ni se apartaban jamás de los sacrificios establecidos por la liturgia antigua, ni celebraban las fiestas en que se debía banquetear con aparejos demasiados, sino que en el sacro recinto de los templos ofrecíanse sacrificios con los dineros de la colecta verificada entre los particulares y con cuidado sumo guardaban esta ritualidad, no aflojando un punto en lo que tocaba a la liturgia tradicional recibida de los padres, ni añadiendo una tilde a la usanza de los mayores. No creían ellos que la religiosidad consistiera en los grandes gastos, sino en no introducir mudanza alguna en lo que como de mano en mano sus padres les habían transmitido. Así que en todo lo cumplidero a la religión y a los días festivos no lo trasladaban a otra fecha temeraria y desatinadamente, sino a la comodidad más oportuna, según la conveniencia de la región y a la recolección de los frutos.

Muy semejante a lo que ya se ha dicho era la manera como vivían, pues esa su envidiable conformidad y consentimiento no solamente afectaban a los negocios públicos, sino que también, en la vida privada, los unos mostraban para con los otros tanta prudencia como es razón entre quienes tienen el mismo sentido de la rectitud y gozan de una patria común. Y los humildes estaban tan lejos de envidiar a los poderosos, que no tenían menos cuidado de las casas de los magnates que de las suyas propias, convencidos de que la bienandanza de aquéllas era asimismo bien suyo. Ni los ricos, a su vez, desdeñaban a los pobres, sino que pensando que para ellos era motivo de empacho su indigencia, subvenían a sus necesidades entregándoles a los unos campos a cultivar con muy corta renta, enviando a los otros a agenciar sus negocios y a todos, en fin, dándoles ocasión y oportunidad de ganancias. Y no tenían el menor recelo de tropezar en ninguno de los dos escollos, ni de verse desposeídos de todos o de alguna parte de sus bienes; diré más aún: no confiaban menos en la posesión de lo que con mano larga dieron que en lo que tenían en sus arcas a muy buen recaudo.

Harto bien sabían que quienes presidían los juicios no acostumbraban hacer uso abusivo de la equidad ni del bien, sino acatar y obedecer las leyes ni buscar ocasión en

las porfías ajenas de irrogar daño alguno, antes acostumbraron demostrar mayor enojo contra aquellos que habían perdido los bienes por las injusticias que habían hecho, no desconocedores que los contratos de mala fe solían perjudicar más a los pobres que a los ricos. Y, efectivamente, si éstos cesan de adquirir el daño se limitará a una pequeña merma en las rentas; en cambio, aquéllos, es decir, los pobres, reducidos a dificultades de subsistencias, es fuerza que se vean empujados a una extrema necesidad. Y siendo éste el parecer y sentir de todos, no había nadie que ocultase la riqueza ni nadie que rehusara pedir prestado, puesto que no era más displicente y ceñudo el aspecto del acreedor que el del deudor. Por manera que aquellas dos cosas que más desean conciliar las personas más cuerdas, las habían ellos conseguido a una; conviene, a saber: ser útiles a los ciudadanos y consolidar sus propias fortunas. Ello hacía que los ciudadanos entre sí alternaban con la mayor de las holguras, pues estaban en seguridad los bienes en posesión de aquellos a quienes habían tocado en derecho y éstos eran comunes y a disposición de quienes los necesitasen.

Acaso no faltará quien reprenda este discurso mío porque levanto hasta el cielo los hechos de aquellos tiempos y no señalo las causas por que se conducían con tal honradez y con tales miramientos se trataban y gobernaban con tal pulcritud su República. Yo ya creo haberlo dicho, pero me esforzaré por dar una explicación más copiosa y más clara. Nuestros mayores no tuvieron muchos ayos que cuidaran de su crianza pueril, y así que habían comenzado a contarse entre los varones les estaba consentido hacer lo que quisiesen; pero, eso sí, sus mocedades eran cuidadas con mayores desvelos que sus niñeces. Hasta tal punto nuestros abuelos preocupábanse de su regimiento, que lo habían encomendado al consejo del Areópago, consejo en el cual no podía entrar sino quien, nacido en la nobleza, hubiera dado pruebas señaladas de virtud y de modestia, razón ésta por la cual este consejo nuestro, sin controversia posible, va a la cabeza de cualesquiera otros consejos de Grecia.

Cualquiera podrá valerse de indicios por lo que atañe a los tiempos anteriores y aun a los nuestros, puesto que todavía se vive en el mismo loable tenor de vida. Verás a algunos indeseables en todo lo demás, que tan pronto como fueron admitidos en el Areópago, y como si hubieran echado en olvido su naturaleza, más se desvelan por avenirse a obedecer las leyes de aquel lugar que las usanzas confirmadas por las costumbres; no hicieron más que meter miedo en los malos o dejar un recuerdo de su modestia. Y ese orden areopagítico, como decía, lo establecieron expresamente para la formación moral. Empero, quienquiera que sea el que juzgue que por esto sólo aquí se forman los hombres mejores, porque están promulgadas leyes cuidadosísimas para salvaguardia de la virtud, muy grande es, a mi parecer, su yerro, porque de ser así, ¿qué obstáculo habría para que luego al punto no fueran semejantes a ellos todos los de Grecia, no habiendo cosa más fácil que comunicar entre ellos mismos las tablas de las leyes? Pero no por ello automáticamente con este don se transmitiría una sola virtud, puesto que es hija de cotidiana práctica y experiencias constantes. Así que necesariamente,

en fin de cuentas, son semejantes en costumbres los que han tenido una misma crianza y habituación de vida. Y ¿qué decir, si del hecho de que en una gran ciudad, por la abundancia de leyes con cuidadosa diligencia sancionadas, se toma demostración de que los ciudadanos son de mala índole y de formación perversa? Y en hecho de verdad vense obligados los magistrados a acumular leyes sobre leyes cuando a los vicios que irrumpen por todos lados opónense las leyes como estorbos. Lo que importa es que los que miran, según se debe, por el bien de la República no llenen los pórticos con las tablas de las leyes, sino inculquen y aun claven la equidad en las conciencias, puesto que la ciudad es gobernada idealmente, no con decretos, sino con buenas costumbres, porque los mal educados y mal adoctrinados ningún acatamiento ni respeto guardan a las leyes por más rígidos que sean sus preceptos, al paso que a los que tienen la debida formación política bástales lo admitido y recibido por las buenas usanzas. Entendiéndolo ellos así, no fué ciertamente su primer cuidado el castigo que aplicarían a quienes vivieran mal, sino preferentemente con qué medios podrían conseguir que los ciudadanos no concibieran voluntad de ejecutar cosa merecedora de castigo. Esta creyeron que era su función, la que mejor parece en los gobernadores de ciudades, pues pensar en punición es crear un enemigo, no educar un ciudadano.

Así que todos los ciudadanos eran su desvelo, los mozos especialmente, en quienes veían embravecerse y predominar las tempestades de las pasiones y que sus ánimos andaban envueltos en muchas concupiscencias, y que por esto mismo tenían imperiosa necesidad de una recta formación, hasta el punto de creer que sus deleites todos consisten en ambicionar trabajos honestos y honrosos. Este es el ideal de la edad que sigue de aquellos que hidalgamente educados avezáronse a altos y soberanos pensamientos; pero no todos pueden reducirse a prácticas idénticas, siendo tanta la diferencia que existe en lo que toca y atañe a la vida. Por esto fué por lo que, según las facultades de cada cual, establecieron la razón y el método de vivir de cada uno; a los más pobres relegáronlos a la agricultura y al comercio, porque no ignoraban que de la haraganería es hija la indigencia, y de la indigencia, la mayor parte de los vicios. Eliminado, pues, lo que de los vicios es origen, entendían descuajar también lo que de ellos provenía. Por lo que se refiere a aquellos a quienes sobraban posibilidades económicas, obligábanlos a practicar la jineta, las luchas gímnicas, a la caza, la filosofía, pues ya estaban amaestrados por la experiencia; con estas ocupaciones los unos señalábanse y se hacían personajes, y los otros apartábanse de un sinnúmero de vicios.

Y no por eso conducían su política de tal manera que poco tiempo después descuidaran las leyes que acerca de ella habían dado, pues dividida la ciudad en tribus y el campo en poblados, les era fácil vigilar la vida de cada uno. A los que vivían vergonzosamente citábanles a un consejo público, y este consejo. a los unos los amonestaba y a los otros los amenazaba y a los terceros los castigaba, según veía era menester. No les pasaba por alto que dos son las razones que nos incitan a la maldad o de la maldad nos apartan. En quienes no paran mientes en los delitos ni se les infligen

penas ni sufren juicios severos, irremisiblemente los caracteres buenos de suyo se depravan; pero donde no es fácil a los delincuentes el engaño, ni una vez cogidos tienen esperanza de perdón, allí raramente las malas costumbres toman valencia y bríos. Considerándolo ellos, con estos dos resortes obligaban a sus subordinados con su estímulo y con su castigo. Y tan lejos estaban de que se les escapase un malhechor, que aún parecían presentir a los que maquinaban delincuencia.

Ello quiere decir que la juventud no se iba embruteciendo en la ociosidad de los juegos de azar, ni oyendo muchachas flautistas ni en las tertulias esas donde se pasa el día, sino en los ejercicios prescritos, admirando y alternando con aquellos que en el respectivo género de disciplina eran conspicuos de veras. Evitaban con tal cuidado la plaza pública, que cuando había necesidad de pasar por ella andaban corridos y llenos de sonrojo, haciendo demostración de su íntima modestia. Contradecir y ultrajar a un anciano teníase por desacato más grave que en la actualidad golpear a los padres. Poner los pies en la taberna, beber en ella, no hubiera osado hacerlo el esclavo menos frugal. Ajustábanse todos a la seriedad, al decoro, al comedimiento; nadie se abajaba a bufonear a los festivos, a los mordaces, a quienes en estos tiempos nuestros llamamos ingeniosos, ellos los vejaban con los calificativos de ruines y de bellacos.

Y que nadie vaya a pensar que yo siento radicalmente mal de los hombres de este siglo, pues no creo yo que tengan ellos la culpa de lo que está pasando. Yo conozco a muchos que lamentan que aun a ellos mismos la moda les haya dado licencia y soltura tan excesivas. ¿Qué persona cuerda los reprenderá? Aquellos, aquellos tienen que ser reprendidos que, poco antes de nosotros, han tenido el gobierno de la ciudad. Estos iniciaron la inobservancia de las costumbres tradicionales; éstos minarán la autoridad del consejo público, que, mientras estuvo en su vigor, no había en la ciudad tanta abundancia de castigo, de crímenes, de tributos, de escasez ni de guerra; sino que vivían en quietud en su propio suelo, y fuera de él todo era paz jocunda, porque se hacían a sí mismos amables a los griegos y temibles a los bárbaros, pues a los unos los habían conservado, y de los otros habían hecho escarmientos con tal parsimonia, que fácilmente podrían volver a congraciarse, siempre que no hubiesen de sufrir ninguna suerte de perjuicio.

Por estas razones vivían con una seguridad tal, que los campos, con sus aperos de labranza, estaban más aliñados y aderezados que las propias casas urbanas, y eran muchos los ciudadanos que ni aun en los días festivos concurrían a la ciudad, prefiriendo pasarlos en sus privadas heredades a gozar en la ciudad de los bienes comunes Y por lo que cumple a los deportes, a cuyos espectáculos algunos acudían, no era con ligereza ni con insolencia como los contemplaban, sino con seriedad y compostura. Ni tampoco se les pasaba por las mientes que la felicidad consistiera en las pompas ni en la pretensión de conducir un coro ni en cualquier linaje de ostentaciones, sino en una conducta grave y moderada, ni en defraudar a nadie de ninguno de sus derechos.

De todo lo cual cumple colegir que en los tiempos aquellos se vivió bien de todas veras y la República gozó de una administración tranquila. Mas en esos fementidos tiem-

pos nuestros, ¿qué hombre cuerdo hay que no se desazone, viendo que algunos de los ciudadanos, ora tengan lo necesario para su mantenimiento, ora no lo tengan, intervienen en los sorteos de los juicios, que piden que se les permita sostener las tripulaciones de los navíos griegos, dando bailes durante el verano, con palios de oro e invernando en lugares que causa vergüenza y asco nombrar y que de ese modo en esa República se den casos absurdos y repugnantes que ocasionan a la ciudad recios empachos? Nada de esto ocurría en el viejo Areópago, puesto que alejaba de los pobres la escasez, mediante varios socorros y ventajas que les proporcionaban los ricos, y de los mozos apartaba la molicie mediante ejercicios físicos y el desvelo sumo que por ellos se tomaba, y de los gobernantes de la República ojeaban la avaricia mediante castigos, y de los malos alejaban los vicios, por la poca esperanza que tenían de que pudieran permanecer ocultos, y de los ancianos la desidia, encargándoles funciones públicas y la vigilancia de la juventud. ¿Qué República podía hallarse más excelente que ésta, que con prudencia tanta había organizado todos sus negocios? Pienso que ya he hecho en su mayor parte la pintura de aquella República primitiva. Lo que dejé de decir, es fácilmente conjeturable con pensar que fué semejante a lo que dije.

Llegados a este punto, oído lo que yo expuse, no dudo que algunos me alabarán con grandes encarecimientos y comprenderán que fueron felicísimos nuestros mayores que vivieron en una ciudad como ésta, aun cuando no os digan que vosotros debéis observar la misma conducta y que resulta más cuerdo que vosotros en la situación actual viváis en incómoda postura, que no desear una República más rígida en que pudiéramos obrar mejor. Y aún los hay que me asegurarán que, aconsejando yo lo mejor, se me recele por enemigo del pueblo y que busco los medios por reducir la ciudad a la riqueza de unos pocos. Si yo platicara de cosas nuevas o desconocidas y al tenor de ellas os hubiera impuesto el mandamiento de elegir el Senado o para crear jueces, como soléis hacer con pulcritud suma, con la misión de anular los poderes del pueblo, con harta razón fuera sospechoso yo de ese crimen.

Pero, hasta el momento, no dije tal; me limité a parlar de cosas que ninguno de vosotros desconoce y que ya con anterioridad conocíais de sobra, porque son antiguas y porque son de nuestra patria, que a menudo acarrearon prosperidad y salud a nuestra ciudad y a toda la Grecia. Agréguese a esto que fueron excogitadas y establecidas por varones tales, que el consentimiento unánime espontáneamente declarará haber sido los más populares de cuantos existieron. Por todo lo cual acaeceríame a mí solo, desde que hay memoria de hombres, la más injusta de las desgracias si por haber evocado aquella ejemplarísima administración de nuestros mayores se me tomase por un revolucionario deseoso de subversiones. ¿Y qué más si, porque en todo cuanto hasta ahora dije, arremetí contra el poder y la ambición de unos pocos y con todo no aprobé cualesquiera igualdades o mandatos del pueblo, sino sólo lo rectamente establecido y no a ciegas ni sin elección, sino con prudencia y cautela?

Harto presente tenía yo en mi memoria que nuestros mayores dieron a ese estado de cosas la preferencia sobre cualesquiera otros es-

tados, y que, por este motivo, con discreción suma se condujeron en su ciudad los lacedemonios, porque eran intensamente populares, pues en la elección de magistrados y en sus actos de cada día, y, en una palabra, en su vida toda, la igualdad y la paridad tuvieron entre ellos más aprecio y valía que en cualesquiera otros mortales; cosas ambas que así como las repele el mando de unos pocos, del mismo modo las abrazan estrechamente y les dan cobijo los que son auténticamente populares. Para las otras ciudades, si uno reparase en ello, hallará que el gobierno del pueblo resulta más ventajoso y útil que un gobierno de oligarcas. En nuestra ciudad, si alguno se tomara el trabajo de comparar esa administración que merece general repulsa, ya no digo con aquella que voy exponiendo, sino con aquella que hubo bajo el gobierno de los Treinta, no podrá menos de juzgar que es bajada del cielo. Y aun cuando algunos hayan dicho que estaba fuera de ese instituto, yo no puedo dispensarme de señalar la distancia que entre ambas media, porque no haya nadie que piense que puntualizo con excesivo rigor los desaciertos del pueblo, y que paso por alto lo que acaso obraron con prudencia y honestidad. Hablaré, pues, de este punto y no largamente, y aun así no será inútil a los que me oyen.

Después que perdimos en el Helesponto nuestras naves y la ciudad conmovióse de aquel descalabro, ¿quién dejó de ver que los ancianos, así como eran partidarios a cuál más del gobierno del pueblo, así también estaban fanáticamente dispuestos a soportar la fortuna que fuere, antes que aceptar las condiciones de paz que nos brindaban los lacedemonios? Pensaban ser cosa que de modo alguno podía sufrirse el que nadie viera sometida a esclavitud la ciudad que poco antes era la cabeza de Grecia. A esos los vimos excluídos de toda suerte de pactos, y, en cambio, vimos a los que eran partidarios del dominio de unos pocos apresurándose a derribar los muros y avenidas con la servidumbre. Cuando el pueblo era amo del gobierno, nos sobraban arrestos para defender las fortalezas ajenas; empero así que aceptaron el régimen de los Treinta, inmediatamente todo lo nuestro pasó a manos de los enemigos y los lacedemonios nos tuvieron sojuzgados, y, en cambio, cuando de vuelta los desterrados tuvieron la gallardía de empuñar las armas por la libertad y Zenón venció en naval batalla, se le enviaron legados que devolvieron a nuestra ciudad la hegemonía del mar. ¿Quién no se acuerda de esa hazaña de nuestros contemporáneos? Fué, pues, el gobierno del pueblo por el pueblo quien engalanó a esa ciudad nuestra con el prestigio de los sacrificios y de las sacras ceremonias, de guisa que aún hoy día los extranjeros que acá llegan conceptúanla digna, no ya del principado de Grecia, sino de todas las naciones. Empero, los Treinta, teniendo todos esas glorias por nonada, despojaron a muchísimos ciudadanos, y por tres ruines talentos entregaron las bases navales, en cuya construcción la ciudad había invertido no menos de mil talentos. ¿Y, pues, qué? ¿Se les loará por su clemencia? ¿Puede darse absurdo mayor? Digno de loa fué el pueblo cuando la concedía. Ellos, empero, por decreto público, cuando tomaron a su cargo el cuidado de la ciudad, degollaron sin formación de causa mil y quinientos ciudadanos y obligaron a refugiarse en el Pireo

a más de cinco mil. Mas, al regreso de los populares, luego de recuperar la patria por las armas, eliminaron radicalmente las principales cabezas del mal, y a los demás los recibieron con tal templanza y cortesía, que no fueron de peor condición los que los echaron que los echados.

Otra señal, la mayor de la equidad y moderación del gobierno del pueblo. En ocasión de que los que se habían quedado en la ciudad hubiesen pedido a los lacedemonios un préstamo de cien talentos para sitiar los que habían ocupado el Pireo, demandado consejo en una asamblea del pueblo, para su pago, como opinasen algunos que lo equitativo era que fuesen aquellos que habían pedido el préstamo a los lacedemonios quienes les devolviesen la cantidad prestada, y no los sitiados, el pueblo mandó que fuese pagado por todos en común. Este rasgo del pueblo de tal manera aglutinó la mutua concordia de los ciudadanos y levantó la moral pública, que los lacedemonios, que unos pocos días antes nos imponían un gobierno de oligarcas, vinieron acá a implorar de nuestro pueblo que no los desdeñásemos, a raíz del descalabro que los tebanos les infligieron. El resultado de ese paralelo es, en definitiva: Treinta sujetos y otros que por aquel tiempo gozaban de gran poder, tenían bien asentada la voluntad de mandar a los ciudadanos y obedecer a los enemigos, y los otros partidarios del gobierno del pueblo por el pueblo, el dominio de los enemigos y la convivencia con el pueblo en igualdad de derechos.

Por dos razones he mentado yo todo esto; la una, por no demostrarme partidario de la oligarquía y de la avaricia, sino de una República honesta y justa; la otra, por dar a entender que el régimen democrático, aun cuando esté constituído mal e imprudentemente, con todo no acarrea calamidades demasiado grandes, y en lo que se administra bien, aventaja a las restantes colectividades, así en la justicia como en hacer placiente la vida de los ciudadanos. Acaso alguno se preguntará con extrañeza qué interés tengo yo en aconsejaros otro régimen para esa ciudad nuestra, realizadora de tan claras hazañas, y por qué motivos encarezco yo ahora el gobierno del pueblo con alabanzas tan crecidas, cuando en otras circunstancias, trocado mi parecer, le acuso y reprendo a sus titulares.

Lo que yo condeno con toda cuanta vehemencia puedo son las personas privadas, cuyas fechorías son muchísimas y cuyos beneficios son bien pocos, y pienso que son infinitamente peores de lo que lo sufre la ciudad. Cercanos a éstas pongo para su reprobación a aquellos a quienes sus padres llevan tan escandalosa ventaja en hechos gloriosos, y no andan muy lejos aquellos que fuera de una vida rota y perdidísima ninguna otra cosa notable llevaron a efecto. A esos tales yo les quisiera persuadir y aconsejar que sean desemejantes consigo mismos y rompan toda concomitancia con el pasado. Este es mi parecer; es mi convicción, que no debemos nosotros cobrar humos y que no nos hemos de contentar con ser más que otros hombres míseros o desatinados, sino más aún, enojarnos con nosotros mismos y llevar con pesadumbre que nuestros mayores nos dejen tan atrás en loores y en gloria.

Proponernos debemos a nuestra imitación su moralidad y su espíritu de disciplina, especialmente porque es menester que seamos los mejores de los mortales. Esto que digo no es la primera vez que lo digo en

este lugar; muchas veces lo dije y a presencia de muchos; porque deténgome a pensar que la Naturaleza así lo ha querido, a saber: que unos lugares sean mejores que otros para determinadas cosas; los hay que son más indicados para las mieses, otros para el arbolado, otros para la ganadería. Empero esa nuestra región produce y cría hombres, no solamente hábiles e industriosos para las artes y los negocios, sino, también, señaladísimos por su heroico temple y sus restantes virtudes, como lo demuestran las añejas guerras con las amazonas, con los tracios, con todos los del Peloponeso; las peligrosas borrascas de la Persia, en las cuales, en parte solos y en parte con los peloponenses, derrotados los bárbaros por mar y tierra, cosecharon copiosa alabanza de reciedumbre, y es cierto que nada de esto hicieran, si no les tocara en suerte un temple excepcional.

Pero no vaya nadie a pensar que tienen su participación en esta gloria aquellos en cuyas manos anda ahora la República. La realidad es muy otra. Este mi discurso tiende todo a la recomendación de aquellos que no son infieles a la gloria de sus mayores, y a la repulsa de quienes por su pereza y sus vicios desdoran y envilecen la nobleza de su abolengo, en lo que nosotros tenemos nuestra parte de responsabilidad si queremos confesar la verdad sinceramente. Teniendo como tenemos para suerte nuestra el genio de este lugar, con todo no hacemos de ello ningún caudal ni sacamos provecho alguno, sino que nos enredamos en la ignorancia de lo que es recto, en el confusionismo, en las torcidas pasiones. Si yo me lanzare para el realce de las glorias de nuestros mayores a la severa crítica de los vicios de este siglo, harto me temo que no vaya a salirme mucho de la materia que me propuse. Por lo demás, de todas estas cosas ya hablé en otras ocasiones, y todavía hablaré más en lo sucesivo si se da el caso de que no haya tenido la fortuna de meteros en el pecho la resolución de poner un día u otro corrección y mejoría en las costumbres.

Por lo demás, si añadiere algunas pocas cosas a lo que me había propuesto decir al principio, daré mi discurso por terminado y cederé la palabra a los que deseen expresar su opinión en este mismo asunto. Nosotros, ciertamente, si seguimos gobernando la ciudad como empezamos, no veo a qué vienen las consultas; tendremos guerra y seremos vencidos y sufriremos toda suerte de penalidades e iremos tirando y pasará lo que ya pasa y lo que en años anteriores pasó. Mas si introducimos un cambio en la República, allegándola al sistema que tuvo vigencia en tiempo de nuestros mayores, las cosas rodarán para nosotros como rodaron para ellos, pues no puede ser de otra manera, sino que, con la misma política, los negocios anden por el mismo estilo o muy semejante.

Valdría muy bien la pena que, de la comparación de los preclaros hechos suyos con los nuestros, deliberásemos y resolviésemos por cuáles nos convendría más optar. Haced por recordar primeramente en qué disposición estuvieron los griegos y, en su consecuencia, los bárbaros, para con nuestra ciudad primitiva, y cómo en la actualidad lo están para con la nuestra. Los griegos, todos habían concebido de nuestros antiguos una opinión tan entrañable y tan firmemente asentada en sus pechos, que los más de ellos, por espontáneo impulso, se habían confiado a su lealtad. Y los bárbaros, por

la cuenta que les tenía, se metían tan poco en los asuntos de Grecia, que no hacían caudal de que con sus gandes navíos navegasen a Fasélide de Panfilia, ni con sus soldados de a pie vadeasen el río Alis: tal era la quietud que guardaban respecto de nosotros. Mas ahora, las cosas para nosotros han llegado a tal situación, que los griegos nos odian y los bárbaros nos desprecian. Por lo que se refiere al odio de los griegos, habéis oído a los mismos capitanes, y con qué ánimo está contra nosotros el rey de los persas, harto lo dió a entender con las cartas que nos ha enviado.

Añádase a todo esto que antiguamente por su buena constitución política, conformábanse los ciudadanos a la virtud de tal guisa, que consigo mismos guardaban paz y quietud y en caso de invasión enemiga, fuertemente unidos, la vencían fácilmente. ¡Y cuán al revés lo hacemos nosotros! No amanece día sin que los unos a los otros, recíprocamente, no nos ocasionemos injuria y daño. Y hemos abandonado hasta tal punto nuestra organización militar, que no tenemos ánimo ni para salir de exploración si no media la paga. Y lo que está por encima de todo es que en aquellos tiempos no había ningún ciudadano a quien faltase lo necesario ni para la ciudad era desdoro tender la mano de mendigo a los transeúntes. Empero ahora son más los pobres que los que tienen hacienda; a los cuales es de toda justicia absorberlos si convencidos de que la República les era ajena ni nada tenía que ver con ellos, no tienen otra preocupación sino ver cómo mantendrán día a día su miserable vida.

Y ésta es la razón por la cual os hice este discurso, porque pienso que nosotros vamos a reportar la salud, no solamente a esa ciudad, sino a toda la Grecia, siempre que imitemos los hechos de nuestros mayores. Ahora, vosotros, luego de haber ponderado maduramente lo que os expuse, resolved lo que creáis que va a ser más provechoso a la ciudad.

NICOCLES O EL AUXILIAR

HABLA EL REY NICOCLES

No faltan quienes critiquen el arte de hablar y acosen de dicterios a los seguidores de la sabiduría, pretextando que ellos se entregaron a esos estudios no por amor de la virtud, sino por codicia de la ganancia. De buena gana a esos tales que sienten así yo les preguntaría por qué sin razón dicen mal de los que se preocupan por el bien decir, cuando tan encarecidamente los recomiendan quienes se esfuerzan por el bien obrar. Si les ofende eso del mercantilismo y del lucro, comprobamos que mayores ganancias se siguen de los actos que de las palabras y de las letras; afuera de que es absurdo, caso que no lo sepan, que nosotros no damos culto a los dioses, o practicamos la justicia, o nos ocupamos afanosamente en granjear otras virtudes para vivir más pobremente que los demás, sino por todo lo contrario, para vivir con mayor abastanza y desahogo. Por este motivo, no son de culpar aque-

llas actividades por las que alguno, en alianza con la virtud, resulta ganancioso. Los merecedores de reproche son aquellos otros cuya actuación es delictiva, como también son de reprender los que con su palabra defraudan y no hacen de ella un uso honesto.

Yo, por mi parte, no tengo reparo en confesar mi asombro porque aquellos que abundan en este mismo sentir no calumnian por un igual las riquezas, el vigor, la fortaleza, pues si están desabridos con la elocuencia por culpa de los oradores falsos y mendaces, por igual motivo debieran condenar todos los bienes restantes, porque existen pruebas sobradas que por su medio delinquieron muchos y ocasionaron a otros daños muy graves; pero no es equitativo que se condene la fuerza porque el que la poseía abofeteó a un transeúnte, o a la valentía, porque le mató. Hay más: los delitos de los hombres no se han de imputar a las cosas mismas; los reprensibles son los hombres, que hacen de los bienes un empleo abusivo y perjudican a sus conciudadanos con aquello mismo con que pudieran beneficiarles en alto grado. Empero, no se hace así, pues éstos. quitada de las cosas esa distinción, tienen el pecho sañudo y roído de rencores contra todo linaje de disciplina y de elocuencia y es su pecado tan grande cuanto su propia ignorancia les hace declarar su ojeriza contra aquel don que de todos los de la vida humana es causador del mayor número de bienes, pues por ninguna otra dote natural nos diferenciamos de los brutos animales. ¿Y qué más, si les somos inferiores en fuerza, en celeridad y en otras cualidades?

Así que, simultáneamente, con esa facultad de mutua persuasión y de explicación de lo que queremos que nos infundió la Naturaleza, nos despojamos de la vida salvajina y, agrupándonos en colectividad, hemos fundado las ciudades, hemos hallado las leyes, hemos inventado las artes. Para acabar de una vez, diré que en casi todas las cosas excogitadas por el hombre, nos hemos valido de la palabra como de un auxiliar preeminente. El lenguaje ha sido el que dictó las leyes de lo justo y de lo injusto, de lo torpe y de lo honesto, sin cuya delimitación no pudiera cuajar ni subsistir la comunidad humana. Con la palabra reprendemos a los malos, y loamos a los buenos con la palabra. Por el ministerio de la palabra adoctrinamos a los rudos y tomamos experiencia de los cuerdos, porque el hablar como cumple nos da la mejor prueba de la solidez del juicio. Hay más: la palabra verdadera, sincera, equilibrada, retrata la buena mente y la lealtad del pecho. Gracias a la palabra, disputamos en las controversias, consultamos lo que desconocemos, puesto que de las mismas pruebas con que testimoniamos nuestro crédito cuando los otros hablan, nos valemos cuando respondemos a lo que se nos pregunta. Y no deja de ser cierto que damos el nombre de oradores a los que tienen aptitud para hablar a las masas y tenemos por enterados y prudentes a quienes entre sí mejor tratan sus negocios.

Si hemos de dar un juicio sintético acerca del poder de la palabra, solamente diremos que ninguna de las adquisiciones de la ciencia humana existió sin el soporte de la palabra. La palabra es la guía de todos los actos y de todos los pensamientos, y cuando más cuerdo fuere uno, con tanta mayor cordura y más a propósito se vale de la pala-

bra. Por eso, los que no tienen reparo en lanzar su anatema contra los eruditos y seguidores de la sabiduría, contraen la misma responsabilidad y hácense reos de la misma culpa que los que tiran piedras a las imágenes de los dioses. Yo estoy tan lejos de su manera de pensar, que aún manifestaré mis simpatías por aquellos lenguajes que nos proporcionan una utilidad la más insignificante; y conceptúo hermosísimos y dignísimos de un rey, y en especial de mí mismo, los que se refieren a las funciones públicas y privadas. Y así es que yo guardo la mayor admiración para con aquellos que adoctrinan a los príncipes sobre la manera de servirse de sus vasallos y a los vasallos acerca del modo como deben conducirse para con los príncipes, porque veo que son los príncipes los que hacen a las ciudades prósperas y gloriosas.

Por lo demás, ya oísteis de labios de Isócrates las disposiciones que atañen a la administración del reino y aquellas otras que determinan lo que precisa que hagan los que viven bajo el poder real; voy a hacer un esfuerzo ahora por explicarlas no con la vana confianza de vencer a Isócrates en elocuencia, sino porque lo que mejor parece en mí es que yo os hable de ello, pues si, no habiéndoos yo declarado mi pensamiento y mi voluntad, cometierais vosotros algo contra mi íntimo sentir, no sería justo que yo me enojase con vosotros. Mas luego que os hubiere advertido de lo que os conviene hacer, entonces, con razón sobrada, podría yo ejecutar mi enojo en quien no me prestara obediencia.

Yo pienso que éste es el camino más expedito para mi exhortación, a saber: que no sólo recordareis lo que yo os dijese, sino que lo pondréis en práctica también, si no solamente os trajere el convencimiento, e inmediatamente después de haberos dado la lista de los preceptos, os dejaré con la boca abierta, como se dice, sino que os expusiere al mismo tiempo cuán razonable sea que os intereséis por el régimen actual de la ciudad, no ya por necesidad y porque hemos de vivir en ella continuamente, sino también por otras causas. La primera de todas, porque hace ventaja a cualesquiera otros regímenes; luego, porque yo obtuve el principado no ilegítimo, no quitado a otro, sino por conductos irreprochables, así de mis mayores como de mi padre y de mí mismo. Si alguien ponderare todas estas razones, no es dudoso que él mismo se haría reo de un grave delito no atendiendo mis avisos y no cumpliendo mis mandatos.

Por lo que toca y atañe a la forma de gobierno republicana, en la que el poder reside en el pueblo, pienso que debo comenzar por decir que a todos en general va a parecerles cosa recia que no se establezca distinción alguna de dignidades entre los buenos y los malos, sino que es lo más justo y lo más natural que se marque una separación entre unos y otros y que los que son desemejantes reciban premios semejantes, sino que se dé a cada uno lo que se merece. Pues bien: el gobierno, sea oligárquico o popular, busca la igualdad de todos aquellos que constituyen la República; esto merecería la aprobación general si las cosas estuvieran de tal manera establecidas que el uno no pueda aventajarse al otro en honor o en dignidad. Esta ecuación a nadie favorece más que a los malos. En cambio la monarquía y el gobierno de uno solo, de tal manera hace la distribución, que el mejor es el que

se lleva más rica parte, y el que se le avecina más en el mérito es el que más se le aproxima en el galardón; el tercero le sigue en tercer lugar, y así sucesivamente, según cada cual ha merecido. Acaso no en toda República pasa la cosa así; pero ésa es la intención y el fin de la República. Por todo lo cual, no existe ningún agudo justipreciador que, ponderados debidamente la conducta y el genio de los hombres, no anteponga a la forma republicana el gobierno monárquico.

Y en hecho de verdad, ¿qué varón prudente querrá participar en el gobierno de una República en la que su propia honradez no le ensalce más que a cualquier otro del vulgo, pues por más bueno que sea resulta desconocido? Tanto más excelente y justo es el gobierno de uno solo, cuanto es más hacedero complacer la opinión de un solo hombre, que dar satisfacción a tanta variedad de temperamentos y de juicios. Pienso que con esto queda claro cuánto más ventajoso es por la justicia, por la celeridad, por la facilidad el mando de uno solo.

En ciudad gobernada por el pueblo, donde los cargos no son más que anuales, pónense al servicio de la República los que ignoran totalmente el arte de gobernar. Empero los reyes, dado que su dignidad es permanente, aun cuando sean algo tardos de ingenio, con la experiencia se tornan muy cautos y prudentes. A esto se agrega que los magistrados en la República no tienen gran cuidado de los hombres, de aquellos concretamente que piensan no tener la misma dignidad ni poder que ellos mismos. El monarca, en cambio, no omite nada, porque sabe que a él le incumbe el cuidado de todo. Hay más: los que viven en régimen de República, demasiado a menudo, con sus pretensiones de honores, causan estrago y riza en el bien público. Los reyes, en cambio, como no tienen ninguna pretensión del principado, puesto que ya lo poseen, administran cada uno de los asuntos de la mejor manera que saben.

Además de esto, los magistrados populares dejan de lado muchos negocios de la República. La primera razón de ello es que consagran la mejor parte del tiempo a los asuntos privados; luego que así que se entra en consejo, más frecuente es verlos en discordia que deliberando en concierto. Los reyes, en cambio, ni tienen consejos a plazo fijo ni tiempos señalados, sino que así de noche como de día pueden estudiar y tomar la resolución pertinente, por lo que toca a los asuntos públicos, y no es fácil que pueda escaparse ocasioncilla de proceder en perjuicio de los vasallos. A estos inconvenientes se allega que los magistrados populares se profesan mutua animosidad y quisiera cada uno de ellos el desgobierno de la ciudad perpetrado por los magistrados que precedieron y los que sucederán con el dañado fin de que les resulte de la gestión desastrosa de aquéllos un prestigio mayor. Mas los reyes, que son amos y señores vitalicios, mantienen siempre invariablemente el mismo interés cariñoso, y lo que tiene capital y máxima importancia es que de los funcionarios populares, los unos aplícanse al servicio de la República como a cosa que no les va ni les viene; los otros, porque esperan que de su gestión pública saldrá con aumentos y creces su hacienda privada, y en el caso que de toda la masa se destaque el más audaz, a éste es a quien llaman a consejo, mientras que los reyes se valen como consejeros de los que

más descuellan por el buen sentido y les colman de honores grandes, así a los que por su elocuencia se señala como a los que se distinguen por su actividad y destreza en el desempeño de la gestión encomendada.

Y ya no es sólo en la administración de los negocios de la paz que la monarquía aventaja a los gobiernos populares, sino que en trance de guerra, todo resulta más hacedero y llano al rey que a la República, como, por ejemplo, hacer levas y utilizarlas; en ocultar lo que en un momento dado conviene que quede oculto o en manifestarlo cuando cumpla hacerlo así, a fin de que unos por las buenas cumplan lo mandado, y otros lo cumplan por las malas cuando el patriotismo lo impusiere.

Si alguno no diere crédito a las palabras, délo enhorabuena a los hechos. ¿Quién ignora cuán grande es el Imperio de los persas? Pues bien: este Imperio fué promovido a su actual grandeza no por la ciencia de los sabios, sino por la unanimidad de la obediencia de los súbditos a un rey único.

Allende de esto, Dionisio Siracusano, habiendo recibido lo restante de Sicilia, vejada y asolada, y aun su patria sujeta a estrecho cerco, él no sólo liberó a Siracusa de los peligros presentes, sino que la enalteció por encima de todas las ciudades griegas. A esto se añade que los cartagineses y lacedemonios, de quienes es fama que tienen las Repúblicas mejor organizadas entre todos los griegos, en tiempos de paz viven bajo el gobierno de unos pocos y en tiempo de guerra manda sólo el rey. También cumple tomar ejemplo de la ciudad de Atenas, que, muy por encima de todas las otras, es irreconciliablemente hostil a la monarquía. Pues bien: todas las veces que Atenas envía al frente de batalla a muchos capitanes, la campaña anda mal; mas con la unidad de mando enmiéndanse los errores iniciales.

¿Cómo podrá demostrarse con evidencia mayor que por estos ejemplos hasta qué punto la monarquía es preferible a la República? Vosotros mismos veis por vuestros ojos cómo bajo un régimen estable se mantiene el máximo poderío, y aun entre aquellos que son regidos convenientemente por unos pocos en tiempos normales; pero cuando se emprende una campaña, todos obedecen a uno solo, llámese generalísimo, llámese rey y que aun aquellos que profesan a la monarquía un odio atroz, cuando envían a muchos al campo con igualdad de poderes les deparan desastres enormes. Y si es permitido sacar a relucir ejemplos de la antigüedad, es fama que los dioses inmortales reconocen la soberanía de Júpiter. Si ello es verdad, aparece claramente que los dioses inmortales mismos juzgan preferible el gobierno monárquico al gobierno popular. Esto, si antes pudo ser dudoso, ya no lo es desde el momento que por el testimonio implícito de los dioses que obedecen al mandato de Júpiter es preferente el gobierno de uno solo al gobierno de muchos. No es cosa fácil de averiguar ni de explicar cuántos y cuán varios sean los sistemas de gobierno republicano; baste ya lo que dijimos hasta el presente.

Por lo que a nosotros toca, debemos decir con mayor brevedad de lo que hasta ahora hemos empleado cuán convenientemente obtuvimos la soberanía y con mayor verdad lo que está a la vista de todos. ¿Quién no oyó decir alguna vez que Teucro, fundador de nuestra nobleza, luego de haberse adjuntado los

ciudadanos de mayor calidad, enderezó acá su rumbo y que para ellos puso los cimientos de esa ciudad y entre ellos distribuyó la región? ¿Y que mi padre Evágoras, desaparecidos por azares diversos los otros príncipes, luego de superar los riesgos inevitables, tomó las riendas del poder? Y al poder dejólo tan firmemente establecido para la posteridad, que en adelante ya no sufrimos más la hegemonía de los fenices, sino que el reino volvió a aquella familia que de mucho tiempo atrás acostumbró tener el gobierno de esa isla.

Réstame ahora decir cuatro palabras de mí mismo, como lo prometí, con pudorosa reserva, sí, pero con absoluta verdad, apelando a vuestra conciencia para que entendáis que tenéis un monarca tal, que no ya por sus progenitores, sino por sus méritos, de ninguna manera es indigno de esa jerarquía y aun acaso de otra mayor, si ello es posible. Estoy persuadido de que la justicia y la templanza ocupan, en sentir de todos, el primer lugar entre todas las virtudes, dado caso que esas virtudes no solamente nos son útiles por sí mismas, sino que, considerando la naturaleza de las cosas y la fuerza y práctica de los negocios, hallaréis que lo que está lejos de esas virtudes infiere a los hombres daños gravísimos, mas lo que por ellos está influído y templado es indecible cuánto ayudan a la vida humana.

Y si precisamente por esas virtudes admiramos a algunos de nuestros mayores, yo creo que a mí no se me debe excluir de ese callado homenaje. Yo querría que en este momento, especialmente, ponderaseis mi sentimiento de la justicia, pues habiendo venido el reino a mis manos exhausto de dinero, en primer lugar, agotadas del todo las posibilidades del Tesoro y luego perturbados todos los negocios, por manera que debían ser objeto de la máxima vigilancia y cuidado, y habiendo yo entendido que algunos en esas circunstancias, por los medios que fueren, estaban atentos en exceso a sus intereses y utilidades privados y obligados a admitir cosas que contrariaban la personal honradez, yo no me dejé sobornar por ninguna de esas cosas, cumpliendo con religioso escrúpulo todos y cada uno de mis deberes de rey, sin omitir nada de lo que cumplía al incremento y al bien de la ciudad. Y para con los ciudadanos usé de clemencia tal, que, bajo mi gobierno, nadie vió destierros ni muertes ni secuestro de bienes ni ninguna otra calamidad. Y como por culpa de la guerra que entonces se había declarado nos estaba cerrada la Grecia y por todos lados se nos despojaba, con todo, yo remedié muchos de esos daños, entregando a los unos otro tanto de lo que habían perdido y a los otros una buena parte; recuperé a fuerza de pedirlo lo que a otros había sido robado, y con otros, por fin, vine a reconciliación hasta donde pude buenamente.

Allende de todo esto, como fuese que los moradores de esa isla estuvieran conmigo agriamente desabridos y el rey de los persas, so color de amistad, abrigara algún plan maligno contra nosotros, suprimí ambas molestias, mostrándome amigable para con el rey y dando a mis vasallos lo que era justo. Tan lejos estoy de codiciar el señorío ajeno, cuanto otros hay que, como tengan vecinos algún tanto débiles, andan al acecho de ocasiones para ponerles el pie encima. Yo, al revés, rechacé una región que se me ofrecía,

pensando que valía más poseer en justicia mi propio suelo que detentar injustamente otro mucho más dilatado.

Pero ya estoy viendo que no hay necesidad alguna de hacer hincapié en cada una de esas particularidades, especialmente porque, en general, puedo decir, luego de proclamar en voz alta que a ningún mortal inferí injuria, que muchos de mis ciudadanos y aun de los restantes griegos fueron colmados de beneficios, de donativos y regalos mayores que bajo el reinado de los restantes reyes que me antecedieron. Parece bien en quienes blasonan de justos y desean que se les tenga por desinteresados que puedan publicar de sí estas magníficas alabanzas cuando la ocasión se presentare.

Por lo demás, por lo que afecta a mi templanza, referiré algo más que lo que visteis. Teniendo entendido que todos los hombres aprecian en grado sumo a sus hijos y a sus esposas y que es muy recio su enojo si se les infiere ultraje o violencia, y que hartas veces ello origina grandes males, y que han sido muchas las personas, así privadas como públicas, y de la más alta categoría, que por ese motivo se perdieron; yo, en todo tiempo, con tan delicada cautela evité este avispero de tamañas desgracias, que, desde que asumí el reinado, no me acerqué a mujer alguna, excepto mi esposa, porque sabía muy bien que merecían la aprobación y aplauso de todos aquellos que, sin menoscabo de los bienes ajenos, de sus bienes privados se procuran satisfacciones legítimas. Así que en todo tiempo puse el más tenaz empeño en conseguir una doble finalidad: la de ponerme muy fuera del alcance de toda sospecha, y la otra más principal de proponer mi conducta por espejo y modelo a mis vasallos, por haberme enseñado la experiencia que la masa corre desaladamente a todo aquello porque ve que los reyes tienen pasión. Además, pensé que convenía que los reyes fuesen deudores a las personas privadas de ser tanto mejores cuanta mayor ventaja les hacen en dignidad, y que cometen la mayor y más aborrecible de las incongruencias aquellos que, mientras obligan a sus vasallos a vivir honestamente, a pesar de todo no se les muestran ellos ni más correctos ni más comedidos.

Finalmente, como viera yo que los más de los hombres sufren con razonable conformidad cualesquiera asperezas y lances duros y que la pasión que se siente por los hijos y la mujer es poderosísima e indomeñable, aun en los temperamentos mejores y más templados, hasta el punto que no pueden a ella sobreponerse, puse en este punto ahinco especial en mostrarme moderado y en ello me esforcé no sólo por aventajarme al vulgo, sino también a las personas de virtud más reconocida e ilustre. Demás de todo esto, condené la execrable maldad de aquellos que habiendo tomado esposas para toda la vida, no satisfechos aún con sus calaveradas de solteros, aun con sus mismos devaneos les daban un trato pésimo, y si recibían de ellas alguna sinrazón era muy grave su enojo. Y al paso que en todo el complejo de relaciones sociales mostrábanse sumamente amables, eran ásperos con sus esposas, para con las cuales conviene que los maridos sean los más mansos y tratables posible, dado que ellas se mueven en lo más secreto de nuestra vida y son copartícipes de la mayor y mejor parte de nuestras cosas. De este modo acontece que, sin darse cuenta, en la propia intimi-

dad de las alcobas alimentan sediciones y en pos de sí dejan disensiones.

Parece bien en quienes administran el reino con rectitud y constituye una honra suya singular mantener en la concordia las ciudades que gobiernan, sino también cada una de las casas y todos los lugares habitados, porque todo esto son medidas de justicia y de buena política. Por lo que se refiere a los hijos, no soy del mismo parecer que casi todos los demás reyes, y pienso no ser cosa conveniente tener a los unos de mujeres de condición modesta y a los otros de damas de más alta categoría, para dejar a éstos como bastardos y a aquéllos como legítimos. Yo pondré el mayor empeño en que todos sean para mí de igual nobleza por línea paterna y materna, refiriendo el linaje, por el lado de los mortales, a mi padre Evágoras, por el lado de los héroes; a los Eácidas, por el lado de los dioses inmortales, a Júpiter, y a ninguno de los que yo engendrare, en cuanto yo se lo podré comunicar, faltará la gloria de esta sangre. Y aun cuando sean muchísimos los acicates que me acucian a insistir en esas pisadas, ninguno más poderoso y eficaz que el ver que la fortaleza, la fortuna y otras cualidades que merecen la aprobación del vulgo residen en muchos malos sujetos, al paso que solamente los varones buenos y excelentes se precian de poseer la justicia, la sabiduría, la templanza y el gobierno de sí mismos. Por todo ello, llegué al convencimiento de que la hermosura suma consiste en que a trueque del menosprecio total de cualesquiera otras cosas, consiga aquellas virtudes que no pueden serle comunes con los malos, puesto que son excelentísimas, solidísimas, lo más grandes que ser pueden y dignas en grado superlativo, de singulares y soberanos encomios.

Por todas estas consideraciones ejercité la continencia y la justicia con mayor celo que las otras restantes virtudes, y las antepuse a los placeres y regalos, no solamente aquellos que provienen de las obras que no tienen aprecio alguno, sino también a aquellos deleites más subidos, que provienen de la gloria granjeada por el valor.

El examen de las virtudes no debe inspirarse sólo de su naturaleza respectiva, sino calibrarse por estotro procedimiento preferente: en las estrecheces económicas estudiamos la justicia, en el poder estudiamos la moderación, en la juventud estudiamos la fuerza. En todas estas ocasiones yo di pruebas brillantes de estas tres virtudes. Mi padre me dejó necesitado de dinero y yo practiqué la justicia de no ocasionar quebranto a ninguno de mis súbditos; a los comienzos de mi reinado, gozando de una libertad sin límites, me experimentasteis más austero que cualquier otra persona privada. Ambas cosas las hice en una edad que en la mayoría de los hombres acostumbra ser poco instruída en las cosas de la vida y hacer escaso empleo de la prudencia y del consejo.

Desistiera yo de decir todas esas cosas si hablara a otro auditorio, no porque la alabanza me sea indiferente y la rehuya, sino porque acaso mis palabras no hallaren crédito en él. Empero en vosotros tengo el testimonio y la confirmación de lo que digo. Por esto, puesto que es razón que se alaben y admiren aquellos a quienes la Nautraleza acondicionó para la virtud, más lo merecen aquellos otros que con la virtud se abrazaron por resolución y

propósito, pues quienes obran bien por azar y no deliberadamente, también por azar, se apartan de la virtud. En cambio, los que ya, adultos y llegados a mayor edad, arraigan en su pecho el invariable convencimiento que la virtud es el mayor de los bienes, no hay duda que toda la vida perseveran en aquel propósito. Os hablé tan difusamente de mí mismo y de otros muchos, conforme visteis, con el fin de que en adelante no quede pretexto alguno que os sea estorbo para poner en ejecución con gozosa prontitud todo cuanto yo os mandare u os aconsejare.

Os mando, pues, que cada cual desempeñe la función que tuviere asignada con diligencia y con fidelidad; faltando cualquiera de estos dos extremos, es inevitable que la administración de los negocios marche mal. No omitáis, pues, un punto de lo que os dijere, pues cada uno de ellos viene a ser como una parte de un organismo que sin él no puede subsistir. Así es que en cada uno debéis poner tanto cuidado como conviene que lo consagréis al conjunto

Todo cuanto sea mío tenedlo en la misma consideración que si fuere vuestro y no creáis que sea exiguo bien la honra que se granjean aquellos que con buena fe administran nuestras cosas.

Abstened vuestras manos de lo ajeno para poseer con mayor seguridad vuestra fortuna propia.

Importa que a los otros os demostréis tales cual deseáis que yo sea para con vosotros.

No os apresuréis a enriqueceros con mayor afán que el que pongáis en ganaros buena reputación, no ignorando que entre los griegos y entre los bárbaros a aquellos que son loados por sus virtudes se les confían los mayores bienes.

No creáis jamás que los emolumentos que se buscan con procedimientos injustos constituyen riquezas; pensad que crean peligros.

No se debe pensar que el recibir sea lucro y el dar sea daño, pues cada uno de estos resultados debe estimarse por la virtud, no por sí mismo.

No os sea enojoso ninguno de mis mandatos; todos los que se me muestran los más útiles, recaban de mí provechos más abundantes.

Ninguno de vosotros juzgue que su conciencia me está oculta, pues aunque físicamente no presencio vuestros actos, pensad que en espíritu estoy presente siempre. Si este pensamiento tiene alguna valía en vuestros ánimos, os comportaréis más cuerda y comedidamente.

No ocultéis cosa que poseáis, que hagáis, que meditéis, sabedores de que el miedo es compañero inseparable de todas aquellas cosas que deseáis ocultar.

No alternéis artera o solapadamente con los ciudadanos, sino con tal simplicidad y franqueza que a nadie le sea fácil calumniaros por más que se lo proponga.

Sopesad cada una de vuestras acciones y persuadíos que son malas aquellas que me queráis ocultar y que son buenas todas aquellas que si llegaren a mis oídos, por esas mismas os conceptuaré mejores a vosotros.

No calléis si entendiereis que algunos sienten mal de mi gobierno, sino reprendedles agriamente, y pensad que son reos del mismo crimen los delincuentes y aquellos que los encubren.

Tened por afortunados no a aquellos que si delinquieren no son detenidos, sino a aquellos otros que no cometen delito alguno, y que éstos son acreedores a un galardón por el

merecimiento y los otros a un suplicio por la transgresión.

No celebréis juntas ni reuniones sin aprobación mía, pues tales asambleas, caso que en las Repúblicas no sean inútiles, no deja de ser cierto que en las Monarquías son peligrosas.

No sólo debéis absteneros de toda falta, sino también de aquellos ejercicios que, inevitablemente, traen adherida alguna sospecha.

Convenceos de que mi amistad es segurísima y sólida en extremo; respetad el actual estado de cosas y no os apasionéis por novedades y mudanzas, pues no debéis ignorar que esos cambios acarrean la muerte de las ciudades y el descuaje y la ruina de las casas privadas.

Ninguno de vosotros vaya a pensar que los reyes se tornan cómodos o incómodos más de su propio ser que de las costumbres de los súbditos, pues han sido muchos los monarcas a quienes los vicios de sus vasallos les obligaron a gobernar con mano más dura de lo que lo sufría su propio temperamento.

Confiad no tanto en mi mansedumbre como en vuestra virtud, y meteos en la mollera que mi seguridad, en fin de cuentas, es vuestra defensa, pues tales como fueren mis cosas, serán las vuestras.

Mostraos dóciles y obedientes a mi mando y llevad con ánimo igual las costumbres del rey y observad las leyes que yo os hubiere dado.

Contribuid al esplendor y a la magnificencia de las funciones públicas de la ciudad y de todas aquellas que yo ordenare.

Exhortad a los mozos a la virtud no solamente con avisos, sino demostrándoles prácticamente, con la ejemplaridad de vuestra conducta, cómo conviene que sean los buenos ciudadanos.

Enseñad a vuestros hijos a vivir en paz y sosiego bajo mi régimen, y acostumbradles a ello, pues si antes hubieren aprendido a obedecer al mando, con mayor competencia podrán ejercerlo después; y si resultaren ponderados y fieles, tendrían participación en nuestra fortuna; empero si salieren malos, acarrearán peligro a la suya.

Pensad que entregaréis a vuestros hijos la más rica y estable de las heredades si les dejareis mi benevolencia.

Tened por los más desventurados y miserables de los hombres a los que no guardan fe a los que la tienen en ellos. Es irremediable que hombres de esa calaña vivan en un perpetuo derrotismo, no más confiados en sus amigos que en sus enemigos, temerosos siempre de todo.

Envidiad no a los ricos, sino a quienes la conciencia de ninguna mala acción les remuerde; y aquella, y no otra, es la más sabrosa de las vidas que se pasa toda en afectos tranquilos.

No creáis que la malicia pueda ayudaros más que la bondad; pensad que no en balde fueron impuestos los nombres y que toda cosa es tal cual ha sido el nombre que se le impuso.

No tengáis envidia de aquellos a quienes yo promoví a los más altos puestos, sino esforzaos con vuestro trabajo y diligencia por situaros a la misma altura. Es conveniente que améis a quienes yo amo, que es la manera de conseguir vosotros de mí lo que alcanzaron ellos.

Pensad en mi ausencia lo mismo que decís en mi presencia. Declarad vuestra buena voluntad para conmigo más con obras que con palabras.

No hagáis a los otros aquello que,

si los otros os lo hicieran, llevaríaislo con desabrimiento.

Aquello que en vuestras conversaciones reprendéis, no lo pongáis jamás en ejecución y obra.

Esperad, que a vosotros va a suceceros aquello mismo que de nosotros pensáis.

No os contentéis con alabar a los buenos: imitadles también.

Pensad que mis palabras son ley, en cuya observancia debéis empeñaros, y sabed que los que hicieren lo que yo quisiere, tendrán la facultad de vivir como quisieren ellos

La suma y compendio de todo lo dicho sea esto: del mismo modo que pensareis que deben ser vuestros súbditos para con vosotros, tales es razón que seáis vosotros para con mi gobierno.

Si así lo hiciereis, huelga ponderar con mayor abundancia de palabras la grandeza de los frutos que se seguirán. Pues si yo continuare siendo como hasta aquí habéis experimentado y vosotros seguís siendo en lo sucesivo obedientes como hasta el momento a mis mandatos, en breve tiempo vais a ver a fe mía vuestras fortunas con aumento y creces, con decoro y honra mi reinado y próspera y feliz la ciudad toda.

Y como a la vista de tales bienes no debiera rehusarse fatiga alguna y ningún peligro debiera parecer temeroso, con todo, sin ninguna suerte de molestia, con sola la justicia y la fidelidad, podéis vosotros dar realidad fácil a todo ese bello programa que os expuse

FIN DE LA
«ORACIÓN AREOPAGÍTICA»
Y
«NICOCLES»

INTERPRETACION ALEGORICA
DE LAS
BUCOLICAS
DE VIRGILIO

(INTERPRETATIO ALLEGORICA IN BUCOLICA VIRGILII)

(1537)

PROLOGO

ANTIGUAMENTE los poetas griegos fueron tenidos en mayor aprecio y honra entre los naturales de su nación dados al estudio de las letras, que los poetas latinos entre los latinos; de suerte que los más preclaros ingenios griegos compusieron comentarios a las obras de Homero, como, verbigracia, la más parte de los filósofos, entre los cuales, Aristóteles, en mi sentir, es el príncipe de todos ellos. Los nuestros, en cambio (no hago mención de aquellos que existieron en aquella edad en que del estudio de la poesía no se hacía estima alguna, hombres rudos que jamás dejaban de sus manos el arado o la lanza, sino de aquellos que, en siglos más cercanos de nosotros, consagraron sus vigilias a la filosofía y estudios más graves), estuvieron tan ajenos de las apacibles Musas, que tenían por afición vitanda su culto, como si ellos hubiesen de caer rodando de aquella enriscada cumbre de la sabiduría, si en estos otros estudios más dulces y sabrosos pusieren corazón y ojos una vez sola. Lastimosamente defraudáronse a sí mismos de un no pequeño deleite estético y de un gran regalo intelectual, por el hecho de tener cerradas sus orejas a aquel concento dulcísimo de la poesía. La culpa de esa triste abstinencia anda repártida entre aquellos ingenios sordos y absurdos, los tiempos en que vinieron y las ideas y prejuicios dominantes. Mas yo, creyendo con fe ciega en la autoridad de Aristóteles, autor de tal afirmación, no tendré reparo ninguno en templar la severidad de mis estudios con esos asuetos agradables y en comentar las musas festivas, como lo acabo de hacer con Virgilio, en

cuyas *Bucólicas* sorprendí sentidos mucho más elevados de lo que sospecha la generalidad de los gramáticos.

Porque si debajo de ellas no se esconde algún sentido más recóndito que el que las palabras ofrecen a primera vista, Virgilio no necesitara tres años para su último pulimento, especialmente porque casi todo lo pidió prestado a Teócrito de Sicilia.

Agrego a esto que su autor las componía para los mayores ingenios romanos, Cornelio Galo, Asinio Polión, Varo, Tuca, el mismo emperador Augusto, los cuales, con tan liviana materia pastoril, si no entrañaran sentencias más altas, difícilmente se aficionaran a esas obras rústicas con la familiaridad que mantenían con los escritores griegos y latinos que trataron tan graves sujetos. Y como fuese que Virgilio intentase un favorable acceso a los grandes talentos romanos y quisiese granjeárselo con ese opúsculo, es de creer que con el pretexto de esos juguetes pastoriles cantó veladamente muchas de sus alabanzas y de sus cosas dignas que se conociesen, las cuales, adivinadas, deleitarían muy mucho al lector, como las imágenes elegantes y primorosas, disimuladas bajo la grotesca apariencia de Silenos.

Allégase a todo esto que los asuntos mismos en muchos lugares indican con harta transparencia que su sentido no es el directo, sino el figurado. Yo no me acabo de admirar que Servio Honorato no admita más alegoría que la de la pérdida de sus tierras, puesto que el sentido alegórico es indudable en muchos otros pasajes. Pues bien: yo resolví tomarme el trabajo de hacerlo notar, para poner estas alegorías al alcance y uso de aquellos que en la lectura de Virgilio hallan contentamiento y solaz (¿y quién no los hallará?) y porque los ingenios más aventajados tengan un pasto conveniente y se encaramen más arriba del simple sentido de las palabras. Allende de esto declararemos la intención que tuvo el poeta y demostraremos que en cosas tan baladíes no iba a malograr tantos y tan hermosos versos, y que aquellos temas que Teócrito, en un siglo más rudo, cantó en sentido pastoril, Virgilio los trasladó a los romanos y casi se los hizo suyos, infundiéndoles un sentido más digno de orejas eruditas. No dudo que en determinados versos yo adaptaré una alegoría en que el poeta nunca pensó, fuera de las otras muchas en que indiscutiblemente pensó al escribirlas; ello no será ingrato ni inútil al lector. Hicieron esto mismo antes de nosotros en la explanación de Homero escritores griegos, y en latín Donato, que esclareció las sentencias de Terencio y de ese poeta nuestro.

EGLOGA PRIMERA

MELIBEO.—Tú aquí, Títiro, so el abrigo de una tendida haya con tenue avena ensayas pastorales cantos. Nosotros abandonamos los lindes de la patria y los campos amenos; nosotros de la patria hemos huído; tú, Títiro, indolente en la ociosa sombra, enseñas a las selvas a resonar el nombre de la hermosa Amarilis.

TÍTIRO.—¡Oh Melibeo! Fué un dios quien me dió esta holgura, pues como dios él será siempre para mí; muy muchas veces con sangre bañará su ara un tierno recental de mis apriscos. El, como ves, ha permitido que mis vacas vagabundearan y que yo mismo, con zampoña agreste, cantara lo que me viniera en gusto.

MELIBEO.—Cierto; no te envidio este bien; antes me maravillo; tan grande es la turbación que arreo se muestra en nuestros campos. Vesme a mí mismo ahora con qué aflicción guío mi hato de cabrillas; apenas puedo llevar ésta, Títiro. Pues que aquí mismo, en una espesura de avellanos, malparió y dejó, ¡ay!, abandonados encima de una desnuda peña a dos gemelos, esperanza de mi rebaño. Acuérdome que muchas veces, si no fuera mi mente obcecada, me predecían este siniestro las encinas tocadas del fuego del cielo. Mas, dime ya, Títiro, este dios cuál sea.

TÍTIRO.—Yo, necio de mí, había pensado, Melibeo, que la ciudad que llaman Roma era semejante a esta nuestra, adonde con frecuencia tenemos costumbre de llevar los primales los pastores ovejeros. Así también yo pensaba que los cachorros se asemejaban a los mastines y los cabritos a sus madres, y así yo acostumbraba a lo pequeño emparejar lo grande. Pero esta ciudad, de tal manera pujó su cabeza sobre las otras ciudades, cuanto suelen levantarla los cipreses en medio de los endebles viburnos.

MELIBEO.—¿Y cuál fué la causa tan grande de que vieses a Roma?

TÍTIRO.—Fué la libertad que, tardía y todo, volvió sus ojos a quien nada hizo por ella; después que al rasurarme me caía la barba como nieve; no obstante, me volvió sus ojos y vino a mí tras largo tiempo. Desde que nos tiene Amarilis, me ha abandonado Galatea; pues, lo confesaré, mientras me tenía Galatea, ni veía esperanza de libertad ni había cuidado de mi dinero. Y ni por más que de mis apriscos saliese mucha víctima gorda y para la ciudad ingrata hiñera copioso queso, jamás traía a mi casa la mano llena de moneda.

MELIBEO.—Admirábame yo por qué acongojada invocabas a los dioses, Amarilis, y para quién dejabas colgados los frutos en el árbol. Títiro estaba ausente, y a ti, Títiro, hasta los pinos te llamaban y hasta las fuentes, y hasta estos mismos arbolillos.

TÍTIRO.—¿Qué había de hacer? Ni me era hacedero salir de servidumbre ni conocer en otra parte a dioses tan propicios. Allá vi, ¡oh Melibeo!, a aquel joven en cuyo loor todos los años nuestros altares humean doce días. Allí él, primero que ninguno, a mi ruego dió esta respuesta: *Paced, como solíais, mozos, vuestras vacas; poned los toros bajo el yugo.*

MELIBEO.—¡Dichoso viejo! Quedarán, pues, tus prados asaz espaciosos para ti, aunque el desnudo pedregal los cubre todos y el pantano con sus juncos cenagosos. El pasto extraño no causará dolencia a las ovejas grávidas ni les hará daño el pegadizo mal de la grey vecina. ¡Dichoso viejo! Aquí, entre los conocidos ríos y las sacras fuentes, gozarás del frescor opaco. Aquí, el seto de la linde vecina, do siempre las abejas, cual del Hibla, pastan la flor del sauce, muchas veces te adormirá sonando blandamente. Aquí, al pie del alto risco, el leñador dará su canto al viento. Ni, mientras tanto, las torcaces roncas, que son tu cuidado, cesarán sus arrullos, ni desde

el elevado olmo cesará la tórtola en su llanto.

Títiro.—Antes será que los ligeros ciervos pacerán por el cielo y a las orillas echarán los mares los desnudos peces; antes será que, trocados sus lugares naturales, el desterrado parto beberá en el Araris o la Germania en el Tigris que del pecho mío, borrado, desaparezca su rostro.

Melibeo.—Nosotros, pero de aquí iremos, unos, a los sedientos africanos; a la Escitia, otros, y al raudo Oaxes o a los britanos, profundamente separados de todo el orbe. ¿Y qué? ¿Cierto ha de ser que tras largo tiempo no veré los patrios confines, ni la punta pajiza de mi pobre tugurio, que es todo mi reino, después que hayan pasado más cosechas? ¿Tendrá un soldado impío estos tan cultivados novales? ¿Tendrá un bárbaro estas mieses? ¡He aquí adónde llevó la discordia a los míseros ciudadanos! ¡Para esos sembramos nuestros campos! Injerta ahora perales, Melibeo; y pon cepas en orden. Idos, idos, cabritillas mías, hato feliz un tiempo; ya no, cual antes solía tendido en la verde gruta, de lejos os veré colgadas del risco cubierto de maleza. Canción ninguna cantaré, ni bajo mi cayado, cabritillas, cogeréis amargo sauce ni cantueso en flor.

Títiro.—Aquí, no obstante, podrías descansar conmigo en esta noche en cama de hojas verdes; tenemos frutas en sazón, castañas tiernas y abastanza de queso. Y ya las cimas de las caserías humean lejos y de los montes altos caen las sombras cada vez más largas.

INTERPRETACION, POR LO COMUN, ALEGORICA DE LA EGLOGA PRIMERA

Tú aquí, Títiro, so el abrigo de una tendida haya...—Con esta égloga el poeta expresa su gratitud a César Octaviano. Comienza haciendo mención de su bienandanza; puesto que es un linaje de agradecimiento reconocer el bien recibido; luego, gratitud completa de quién lo recibió. Todo esto dícelo Virgilio por boca de una tercera persona y con este recurso evita una cierta especie de jactancia, pues añadiendo él mismo luego otros, hácelo por provocación, so pena de aparecer malévolo o ingrato, si del todo lo hubiese callado o lo hubiera dicho con no harta convicción. La felicidad y bienandanza a que se muestra agradecido consiste en que, mientras todos son presa de pánico, él está quieto y tranquilo, seguro en el peligro, cosa que da a entender eso de estar tendido. El sitio mismo indica no solamente la paz del espíritu, sino también el contentamiento, al abrigo, a la sombra de un árbol ancho y coposo, producidor de bellotas que fueron el primer pan del hombre. Y a la vez, toca incidentalmente el hecho hazañoso del cual se dice en *Meris*: *Cierto que la oí cantar allí donde comienzan los cerros a abajarse.* Es señal evidentísima de placer cantar canciones, no henchidas de gemidos y de quejas, sino de amores, mientras que los otros, a fuer de desterrados, buscan otra patria luego de abandonar la antigua y natural. Y Títiro, sumido en ocio sabroso, descansa a la sombra.

Los amenos campos...—Dícelo por contraste por acentuar la miseria, como aquello otro virgiliano:

Y muriendo recuerda los dulces cam-
[pos nativos.

Amarilis...—Amarilis es Roma o, acaso, Octaviano, a quien cantaba con avena feble, es decir, en verso bucólico.

¡Oh Melibeo! Fué un dios...—Todavía Octaviano no era tenido ni adorado como dios, cuando Virgilio cantaba esto; por esto dice, *para mí*, pues si ya entonces lo fuera, estaría de más aquel pronombre enfático que, por otra causa, púsose no sin gran motivo. Dios es el hombre que ayuda y asiste a otro hombre, dice Plinio, y la antigüedad hizo dioses de los seres bienhechores, aun cuando fuesen brutos animales, como los egipcios; de los gatos, perros, bueyes y del ave ibis, y los griegos a los inventores de las cosas útiles: a Minerva, halladora de la oliva; Baco, producidor del vino; Esculapio, inventor de la Medicina.

Fué un dios quien me dió esta holgura...—Demuestra el poeta su reconocimiento, y con ello quita todo motivo de envidia a su propia felicidad y holganza. Si fué un dios quien se la otorgó, a ese dios hase de mostrar la gratitud, y no envidiar a Virgilio, sino, más bien, congratularse con él. ¿Quién va a condenar una dádiva de Dios o envidiarla? ¿Ni por qué se ha de aborrecer a quienes el Cielo favorece?

Muy muchas veces, con sangre, bañará su ara un cordero tierno de mis apriscos...—No solamente en mi espíritu, y por gratitud, Octaviano será dios para mí, sino también por culto y ceremonias. Cosa de gentiles es esto, y no deben imitarlos los cristianos, impiedad que cometen muchos de nuestra religión que, a míseros y a flacos mortales, atribuyen el incomunicable nombre de Dios y casi también su culto.

El ha permitido que mis vacas vagabundearan...—Vuelve a la enumeración de los beneficios. ¿Qué no me devolvió él cuando lo arrasaba todo el torbellino de la guerra? Me devolvió mi fortuna, quiero decir mis campos y mis vacadas y también la libertad, pues permitió que pastasen por donde les pluguiere; devolvióme el cultivo del espíritu, devolvióme las musas y el canto no de aquellas hazañas gloriosas que él consumó, sino, según era mi placer, el canto pastoral y agreste. Tú mismo lo ves, y esto me excusa de más amplia relación.

No te envidio este bien...—Adelántase a la sospecha de que no parezca que envidia tanta bienandanza Melibeo, que está sumido en tamaña miseria; pero hácele constar su extrañeza de que pudiese escapar de la común calamidad.

Vesme a mí mismo con qué aflicción guío mi hato de cabrillas...—Yo no solamente estoy en consternación, sino que soy expulsado de mi patria con mi ruin hacienda y familia, y, para despertar mayor conmiseración, dice que va a desterrarse con la carga de una hija y de su espoca recién parida de dos mellizos, esperanza de la propagación de su linaje. Si alguien ha menester tranquilidad y reposo, son las mujeres parteras y los niños recién nacidos. Demuestra el paternal afecto que les tiene aquello de que son la esperanza de su linaje, lo cual agrava más su pérdida, y por eso el trance de la expatriación es más laborioso y violento. Esta amplificación de la miseria encarece aún más la felicidad de Virgilio, y, por ende, las alabanzas de Octavio, y

vuelve a afirmar más explícitamente que es muy mucho lo que debe a Augusto e intensifica la expresión de su gratitud, porque él se alegre de la gran estima en que se tienen sus beneficios y piense que en buenas manos los colocó y se mueva a beneficiar más aún a hombre tan reconocido. Invita a que le den más el que confiesa haber recibido.

Muchas veces me predecían este siniestro...—Intenta apartar la odiosidad que con su sevicia pudo haberse concitado el César, descargándola en los hados y la voluntad de los dioses, que dice que le fué significada por un prodigio.

Si no estuviese mi mente obcecada...—Mía es la culpa, que pude obviar este mal si hubiera querido obedecer a los avisos celestiales; pero estaba sordo a las voces inequívocas de los dioses.

Las encinas tocadas del Cielo...—Fuera posible esquivar tamaña calamidad si tan pronto como vieron las encinas alampadas, esto es, a los Brutos, a Casio y a los otros asesinos de César proscritos y vencidos, en cuyo partido militaban los moradores de Cremona, se hubieran alejado del contacto de la vecindad, como de cosa apestada, o se hubieran reconciliado con el vencedor con alguna embajada o con alguna súplica.

La ciudad que llaman Roma...—Respuesta de pastor. Preguntado acerca de César, responde de Roma con largos rodeos, pero con agudeza y habilidad. Pondera la grandeza de Octaviano, enalteciendo a Roma, gobernada por él. Expresión rústica es ésta, como si Roma no fuera por ellos conocida, sino de oídas y de una manera vaga, como para los labriegos, las ciudades que están algún tanto alejadas, por más grandes y famosas que sean, les son desconocidas, pues no sienten curiosidad ni deseo de ver cosas extrañas.

Semejante a esta nuestra...—Como son ignorantes e inexpertos, todas las cosas mídenlas con su propio rasero.

A donde con frecuencia tenemos costumbre...—Pensaba el villano inculto que la ciudad, por antonomasia llena de nobleza, de capitanes, de héroes, sede y cabeza del Imperio, era semejante a la ciudad pastoril y algo así como un aprisco grande, y que el ingenio, la elocuencia, la urbanidad, la educación del pueblo de Roma eran parecidos a los del pueblo de Mantua.

¿Y cuál fué la causa tan grande de que vieses a Roma?...—Locución aldeana y villanesca, y pregunta congruente a la extrañeza del pastor. Los pastores y los labriegos son fáciles a la maravilla porque ignoran las causas de las cosas.

La libertad...—Palabra mágica, que llega a las majadas y penetra y se adueña aun de los pechos simples de los villanos. Para Octaviano no había halago mayor que decirle que le era deudor de la libertad, por sacudirse la callada sospecha de que la había quitado a todos. Declara el poeta haber recibido la libertad y la hacienda multiplicada de la bondad de Augusto; pero, como era razón, antepone la libertad.

Volvió los ojos (la libertad) *a quien nada hacía por ella...*—Y era así, efectivamente, pues por sí mismo jamás la consiguiera; la consiguió por obra de Augusto.

Después que al rasurarme me caía la barba como nieve...—Era joven Virgilio cuando escribió las *Bucólicas;* no había cumplido los tres dieces. Nació en el primer consulado de Pompeyo y Craso y de esta fecha hasta el triunvirato van veinticuatro años. El triunvirato duró diez

Esto de la barba de nieve es una hipérbole poética; tan largo le pareció ese período en que vivió sin libertad y sin dinero, que se le antojó haber llegado a viejo. También la palabra *Candidior* (blanca a par de nieve), puede referirse a la libertad, hermosa, vistosa, buena. Esta versión es aceptada por muchos.

Pues lo confesaré...—En Mantua ni podía ser libre ni rico, aun cuando diese no pocas muestras de talento y erudición, no más pocas que en Roma; pero ningún aprecio se hacía de la virtud y de las bellas artes entre quienes, como no las entendían, las desestimaban.

Admirábame yo porque, acongojada...—Sentido difícil, pero demostrativo del favor de los romanos para con Virgilio. Maravillábame que tan importante fuese que toda Roma invocase por ti los dioses para que te fuesen propicios, a saber: Augusto y los próceres, y que los frutos quedasen en el árbol, a saber: que nadie pusiese mano en los bienes del poeta.

¿Qué había de hacer?...—Esto parece dar a entender que Virgilio, siendo en Mantua muy querido de todos, ninguna necesidad tenía de marchar a Roma; por eso responde: ¿Qué había de hacer, sino ir a Roma? ¿Qué cosa más conveniente o más hacedera? De otro modo yo no consiguiera jamás la libertad ni hubiese conocido a los dioses, a saber: los próceres romanos, tan asequibles y tan favorecedores de los ingenios.

Allá vi, ¡oh Melibeo!, a aquel joven... —Tanta trascendencia tuvo aquel viaje a Roma. Allí vi al glorioso joven Octaviano, por cuya salud todos los años doce veces las aras echan humo. Joven era entonces Octaviano, a saber: de veinticinco años o unos pocos menos. Llamábanse adolescentes los que tenían aquella edad.

A mí él, primero que ninguno, a mí ruego dió esta respuesta...—El, espontáneamente, no rogado por ninguno de los magnates romanos.

Paced como solíais...—Seguid en los estudios iniciados y perfeccionadlos bajo mi impulso y patronazgo.

¡Dichoso viejo!...—Con tal impulsor y protector, durarán siempre los monumentos de tu ingenio. O simplemente debe entenderse de los campos en alabanza de César. Llámase anciano, para mayor honra de la persona, porque viejos son los pastores que se introducen; y a eso se puede referir aquello de *me caía la barba como nieve.* O quizá también eso de viejo sea nombre de dignidad en los reinos de los pastores, equivalente a rabadán, o mayoral, o dueño, o padre.

Aunque el desnudo pedregal...—En sentido directo y sin velo alguno de alegoría, hase de entender que los campos de Virgilio tienen resguardo por todas partes: por un lado, el monte; por el otro, el pantano; pero bastantes para sí y su ganado, y que no va a tener necesidad de ir a buscar ninguna cosa fuera para su sustento y el de su grey. Añade luego que de ese reparo le proviene una gran ventaja, porque los daños de la vecindad no llegarán a aquellos animales que suelen vagar errantes, como las reses y las abejas.

El pasto extraño no causará dolencia a las ovejas...—Protegido por tales patronos, aun cuando a los vecinos se les despoje de sus campos, tú no sufrirás perjuicio ni tendrás que recelar merma alguna en la reputación de tu talento, puesto que te favorecen los apoyos de toda erudición.

Dichoso viejo...—Descripción de

los goces campestres que proporcionan los ojos, los oídos, el sueño tranquilo y sabroso; como también el producto de las crías.

Aquí, entre los conocidos ríos...—Contribuye a la felicidad aquello de envejecer en la patria o en los lugares donde estuvieres avezado, según aquel lindo idilio de Claudiano: *Feliz aquel que pasó su vida en los paternos campos,* etc.

Antes será que los ligeros ciervos... Es un nuevo encarecimiento de su gratitud para con Octaviano.

Que del pecho mío, borrado, desaparezca su rostro...—Aquel rostro amigable con que me restituyó la hacienda, me dió la libertad y me infundió el optimismo.

Nosotros, pero de aquí...—Después de la expresión de su gratitud sigue la lástima que le inspiran los otros por si puede de alguna manera doblegar el ánimo de César y volverle propicio para con los otros munícipes suyos.

Los britanos, separados de todo el orbe...—Antiguamente llamábase orbe el continente europeo que el Océano baña. Separadas del orbe dícese que están las islas del Océano, no las islas del mar Mediterráneo, como las Baleares, Sicilia, Cerdeña, las Cícladas y todas las otras. Gran calamidad era la que no se podía reparar con trasladarse a una tierra cercana, sino que ciudadanos romanos tenían que buscar asiento fuera del mundo romano.

¿Tras largo tiempo no veré los patrios confines?...—Afecto natural de los desterrados y de los prófugos el de agarrarse a la esperanza de tornar a ver algún día la patria dulce que dejan; y en volviéndola a ver, se admiran y se alegran. Lo mismo acontece a la vuelta de viajes de tierras luengas.

Después que hayan pasado unas cosechas...—Rústica manera de decir de los villanos que no cuentan por Olimpíadas, como los griegos, ni por cónsules, como los romanos, sino por la rotación de las estaciones. Claudiano dice: *Lleva cuenta del año por cosechas alternas, no por consulados.*

¿Tendrá un soldado impío estos tan cultivados novales? ¿Tendrá un bárbaro estas mieses?...—Motivo de brava indignación es el que un soldado, bárbaro e impío, se adueñe violentamente del fruto del trabajo de un labrador pacífico.

He aquí adónde llevó la discordia... Las guerras civiles públicas no sólo en Roma, la cabeza del Imperio, sino también las guerras domésticas en cada uno de los municipios. Esa sentencia corresponde e interpreta muy bien la indignación.

¿Para ésos sembramos nuestros campos?...—Eso traen con frecuencia los azares humanos, a saber: que disfruten de nuestros sudores los que no lo merecen por ningún concepto y que nosotros quisiéramos menos.

Injerta ahora perales...—Todo este pasaje alienta pasión y lástima. Mueven a compasión los males que nos agobian y los bienes que perdemos. Demuestra el vaivén de las cosas humanas y la ignorancia en que estamos de lo por venir. ¡Para ésos sembramos nuestros campos! Esto, que es común a todos y a cada cual según su estado y condición, es un activo despertador de la misericordia. Fácilmente nos impresionan aquellos males que pensamos pueden llegar a nosotros.

Idos, idos, cabritillas mías...—Es emotiva la despedida de los seres queridos, aun para los que la oyen o la ven.

Ya no, cual antes solía..., os veré...—Tan penoso era para el pastor

abandonar aquel bienestar y aquella vida a la cual estaba acostumbrado desde la niñez, como a César abandonar su imperio. Todo esto cántalo Virgilio, por el motivo que más arriba insinuamos, para interesar a Augusto en la malandanza de sus munícipes mantuanos.

Aquí, no obstante, podrías descansar...—Bondad y hospitalidad aldeana e invitación a un banquete, de lo que cortés y generoso el campo da. Manifiesta su buen corazón para con el desgraciado e invita a Octaviano a sentir misericordia como él. Dijo que la noche se venía encima, y el descanso con ella. Con lo cual insinúa que no está lejos el término de aquellas desventuras y de aquellos males.

EGLOGA II

ALEXIS

El pastor Coridón ardía en fuego por el hermoso Alexis, delicia de su señor, y no le quedaba ya esperanza. Sólo que entraba asiduamente en la enramada de unas hayas de sombrosa copa, y allí, en mal formado verso y en vano afán, a montes y a bosques enviaba estas querellas:

—¡Oh cruel Alexis! ¿Ningún cuidado tienes de mis cantos? ¿Nada de mí te condolece? Al fin, forzado me ha de ser el morir. Busca ahora el ganado la sombra y la frescura; ocultan los lagartos verdes ahora las cambroneras, y Testilis, en la violencia del calor, para los cansados segadores, maja cebolla y serpol y fragantes hierbas. Y, en cambio, para mí, cuando voy a zaga de tus huellas, bajo el sol quemante, resuena en los arbustos la ronca canción de las cigarras. ¿No me hubiera sido mejor sufrir las iras molestas de Amarilis y sus desdenes altaneros? ¿No sufrir a Menalcas, aunque él sea denegrido, por más que tú seas blanco? ¡Oh lindo garzón, no fíes del color demasiado! Cae a la tierra la blanca flor de la alheña y se recogen los cárdenos jacintos. Soy para ti, en menosprecio, ¡oh Alexis!; ni quién sea yo inquieres: cuán copioso en ganado, cuán abastado de leche como nieve; mil corderas mías pacen errantes por los montes de Sicilia; no me fallece en verano leche nueva ni me fallece leche nueva en el tiempo frío. Canto lo que solía Anfión Dicteo si alguna vez llamaba sus ganados en el Acteo Aracinto. Ni tampoco soy tan feo como dicen; que poco ha me he visto en la ribera, cuando sesgo y sin vientos estaba el mar; no temeré yo a Dafnis ni el juicio tuyo, si nunca es la imagen engañosa. ¡Oh, si solamente me fuera permitido morar contigo en los incultos campos y habitar las cabañas humildes y flechar los ciervos, y al verde malvavisco empujar la manada de cabritos! Juntamente conmigo en los boscajes, con tus cantos, remedarías a Pan. Pan fué el primero que sabiamente enseñó a juntar con cera muchas flautas; Pan guarda ovejas y guarda rabadanes. Ni te pese tampoco de ajar con la zampoña el labio tierno. Para aprender a tañerla, Amintas, ¿qué no hacía? Tengo una flauta de siete voces diferentes que tiempo atrás me la donó Dametas y me dijo al morir: «Eres ahora el segun-

do que la tienes», dijo Dametas, y el bobo de Amintas me la envidia. Tengo también dos corzos que encontré en un vallejo y, no sin peligro, salpicada su piel de manchas blancas, que enjugan cada día dos ubres de oveja; y los tengo guardados para ti. Ya hace tiempo que Testilis porfía en llevármelos, y, al fin, los llevará; porque a ti mis dádivas te hieden. ¡Vente acá, hermoso niño! Ven, que las ninfas te ofrecen lirios en canastos llenos; para ti, la blanca náyade, cogiendo violas pálidas y adormideras en capullo, narciso y flor de eneldo bienoliente, te hace una guirnalda, y luego añade casia a otras blandas hierbas y realza el suave carándano con el color de la caléndula pajiza. Y yo mismo cogeré membrillos pálidos vestidos de su flor y bozo, y cogeré castañas de injerto, que eran del gusto de mi Amarilis; ciruelas de cera añadiré: también este fruto tendrá su honor. Y a vosotros también os cogeré, ¡oh lauros!, y aun a ti, ¡oh mirto próximo!, porque sembrados en vecindad, mezcláis fragancias suaves. Coridón, rústico eres; ni Alexis estima tus dones, ni, si a dones contendierais, Jolas no te cedería. ¡Ay, ay! ¿Qué quise, ruin de mí? Perdido de amor, metí el Austro en la floresta y en las fuentes claras metí barrosos jabalíes. ¿De quién huyes, oh desatinado? También dioses habitaron selvas; también las habitó el dardanio Paris. More Palas en los castillos que ella construyó; pléguennos a nosotros las selvas ante todo. La torva leona persigue al lobo; el lobo persigue la cabrilla y la ligera cabrilla persigue el cantueso en flor, y Coridón va en pos de ti, Alexis. A cada cual le arrastra su afición. Mira cómo los bueyes llevan colgados del yugo los arados y, apartándose, el sol dobla las sombras crecientes. Y a mí el amor me quema. ¿Qué límite hay para el amor? ¡Ah Coridón, Coridón! ¿Qué locura te ha tomado? A medio podar dejas la vid en brazos del olmo frondoso. ¿Por qué, con mejor acuerdo, no te resuelves a tejer con mimbres y torcible junco alguna cosa que el uso ha menester? Puesto que éste te desdeña, no dejarás de encontrar otro Alexis.

EXPOSICION ALEGORICA DE LA EGLOGA II

Cornelio Galo fué un famoso poeta de aquel tiempo que Augusto César trajo a la administración de la cosa pública y al ministerio de la guerra. Ambicionaba Virgilio, como el que más, una estrecha familiaridad con él. Y de él dice en la égloga décima: *Galo, cuyo amor por horas se acrecienta en mí tanto cuanto el álamo verde se empina en primavera.*

Pero traíanle embarazado los negocios que Augusto le confiaba y aun la familiaridad del mismo príncipe, que se lo llevaba consigo adondequiera que fuese. Y acaso, acaso, sentiría una puntita de desdén para con Virgilio, cosa que el poeta parece insinuar en algunos pasajes, porque Galo era todo un gobernador de provincias y todo un ministro del Ejército, mientras que Virgilio

era aldeano, aunque poeta. Ningún aprecio hacían aquellos romanos de la profesión de poeta, que empezó a merecer algún honor en tiempos de Augusto, porque este príncipe tomaba en ella harto contacto, como en España la poesía vernácula alcanzó consideración y prez en el reinado de Juan II, rey de Castilla. Acerca de estos amores y de estos deseos, de que no podía gozar, compuso esta égloga querellosa. Significa el comienzo y la invitación a la amistad, pues aun cuando Galo con el tiempo se hizo muy familiar amigo de Virgilio, es de creer que de buenas a primeras, y cuando todavía nuestro poeta no había revelado su gran genio, ese personaje, tan principal y tan instruído, sintiera un cierto menosprecio de clase para un villano oscuro recomendado no más que por una tenue aureola de poeta.

Hermoso...—¿Qué cosa hay más hermosa que el perfil del alma, como dicen los estoicos, y un amigo para su amigo, y un docto para un docto, candoroso y sincero? ¿De otro modo un alfarero tendría envidia de otro alfarero, según el viejo dicho de Hesíodo?

Delicia de su señor...—Entre pastores, el señor es aquel cuyo es el ganado, como en el convite el señor es el que lo da. Así que, a estilo le pastores, llamó señor al príncipe Octaviano, no ciertamente por voluntad suya, pues prohibió que le llamasen señor en serio y en broma, sino por costumbre rústica. Galo fué muy privado y amigo de Augusto, pero luego le retiró la amistad, como se dirá en la égloga X.

Y no le quedaba ya esperanza...—Porque los negocios que le encomendara Octavio le traían ausente de sí mismo, ocupado en guerras y en la administración de la República.

En la enramada de unas hayas...—Con frecuencia le requería con largos viajes, en idas a Roma y a otras ciudades.

¡Oh cruel Alexis!...—Traían distraído a Galo los negocios de su príncipe y no hacía gran caso de las llamadas del poeta.

Busca ahora el ganado la sombra y la frescura...—En la paz profunda que goza Italia, en esa quietud y seguridad general, yo solo vivo inquieto, deseoso de gozar de tu presencia y tú haces guerra a los otros, entre los cuales paréceme que milito yo y me la haces a mí, no correspondiendo a mi afecto.

¿No me hubiera sido mejor?...—Para el goce de la familiaridad, más me conviniera amar a algún amigo no tan encumbrado, con quien alternar y trabar pláticas y estarme a placer con él. No hay cosa de más gusto que la paridad entre amigos.

Sufrir las iras molestas de Amarilis...—Indignación se llama esta figura, producida por amor apasionado e impaciente. «Más me valiera—dice—tener amigos remolones, irascibles y ariscos, exentos del aguijón del deseo, y disfrutar de su vista y conversación; yo me hubiera sabido acomodar a sus costumbres y ellos no hubieran menospreciado mi humildad.»

Aunque él sea denegrido...—Aunque él sea zafio, rústico y pobre, y tú, por el contrario, instruído, urbano, rico, influyente.

¡Oh hermoso garzón!...—No pongas demasiada confianza en las dotes de la Fortuna, de las cuales las que son grandes, hartas veces se derruecan y sólo las medianas y las pequeñas permanecen. Así también las amistades de los grandes con frecuencia se rompen y disuelven y, en cambio, es duradero el afecto entre

gentes medianas. ¿Quién desea una amistad de la cual nunca pueda gozar por su grandeza? Necesaria es la igualdad en la amistad porque un amigo goce a placer de su amigo.

Soy para ti en menosprecio...—Acaso mi ingenio no te contenta. Pero pregunta a quienes acerca de este punto puedan ilustrarte cuál sea mi erudición y mi cultura en todas las disciplinas del espíritu, y explica esas dotes y esa bienandanza con metáforas de riquezas pastoriles como lo requiere el tema que se ha propuesto.

Canto lo que solía...—No sólo profeso las letras de humanidad, sino que compongo también poemas al estilo antiguo y que con ellos pueden parangonarse, como es fácil de ver. Gran gloria es para los poetas vivos poderse igualar con los pasados, a quienes superan no pocas veces.

Ni tampoco soy tan feo...—Aunque hijo de padres rústicos, pero no de costumbres villanescas que merezcan desdén; ni tampoco he de avergonzarme de mis partes físicas, por manera que te haya de ocasionar empacho si tengo que alternar con más o menos familiaridad con la flor y nata de la sociedad de Roma.

Poco ha me he visto en la ribera... Tuve tratos con Octaviano, Mecenas, Polión, Tuca, Varo, y su juicio me enseñó experiencia.

Cuando sesgo y sin vientos estaba el mar...—En la proximidad de la paz, cuando en silencio las armas todas se habían recogido a sus casas, depuesto el hierro insano, sosegados los alborotos, porque se muestre que ellos, con toda calma, pudieron formar criterio de mí. Pues así como el semblante del agua quieta recibe y devuelve la imagen, así también el juicio reposado juzga rectamente, cosa que no acontece en el motín y la barahunda. Lindamente llamó a Italia, mar, y vientos a los remolinos de las guerras.

No temeré yo a Dafnis...—Sería algún poeta acicalado y atusado por su contacto con la ciudad.

Ni el juicio tuyo...—Si es que tienes humor y holgura de conocer los poemas de cada uno de nosotros.

Si nunca es la imagen engañosa...—Si no me seducen sus juicios.

¡Oh, si solamente me fuera permitido!...—Nada falta ya sino que no rechace a un ingenio nacido y criado en un escenario rural y un poema en que cantan pastores. Esta materia y este género de vida tienen sus hechizos y es tema sabroso celebrar la caza y el pastoreo. La experiencia le enseñará cuánta dulcedumbre contiene.

Con tus cantos remedarías a Pan... No son dioses los que nos faltan, porque el hombre no se corra de lo que Dios juzgó no indigno de sí y tengámosle nosotros por autor e instituidor de esta vida, defensor y compañero nuestro.

Ni te pese tampoco...—Inequívocamente da a entender que ése es Cornelio Galo, que compuso un poema pastoril. También Galo hizo experiencia de la musa campestre, pero no de la vida campestre.

Para aprender a tañerla...—Acaso algún poeta de no pequeña fama e ingenio, aficionado a los temas bucólicos, pero fracasado en el intento.

Tengo una flauta de siete voces... Gran ventaja en ese género poético es tener no una sola caña o zampoña, sino siete unidas y compactas desiguales entre sí. Resulta de suma habilidad tañerlas melodiosamente todas a una. Si en una sola ya la pericia es laudable, ¿qué no será en siete a la vez y desiguales?

Me la donó Dametas...—Ese Dametas es Teócrito o el que en este género fué su sabio maestro e iniciador.

«Eres ahora el segundo que la tienes», dijo Dametas...—No por el juicio de quienquiera fué Virgilio considerado el segundo, sino por el de quien sin disputa fué el primero.

El bobo de Amintas me la envidia...—La sucesión de este principado se lo envidia Amintas, necio de veras, que ambicionaba lo que le negó la Naturaleza o su propio descuido, envidioso de aquellos a quienes el Cielo lo concedió o se lo granjearon ellos mismos con su personal industria.

Tengo también dos corzos... y no sin peligro...—Dos poemas, las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, compuestos con gran cuidado y con harta dificultad, que tenía el propósito de dedicar a Cornelio Galo. Ese presente, que no hacía a Galo excesiva ilusión, dice que lo va a dedicar a Polión o a Mecenas, que se lo piden.

Enjugan cada día dos ubres...—Significa la laboriosa composición de la obra, como si quisiera dar a entender que agotan el doble afán del padre, el diurno y el nocturno.

¡Ven acá, hermoso niño!...—Encarece en sumo grado los placeres del campo para que se le comunique el deseo de vivir en él; significa la dulcedumbre de la poesía rural y de la vida agreste, la cual, puesto que es natural, es mayor y más duradera que la de la ciudad, donde se vive artificialmente, o, mejor, a la vida urbana se le pide lo que de suyo nace en el campo.

Violas pálidas...—Deleite hay en el color y el perfume de las flores; sabor hay en las manzanas, castañas, ciruelas y otras frutas. Las flores son cosa de la poesía bucólica; los frutos, de la poesía geórgica.

Coridón, rústico eres...—Cornelio Galo es melindroso. El hombre de la ciudad hace ascos al hombre del campo; el poderoso, al modesto; el rico, a los obsequios aldeanos y humildes. El dirigirse la reconvención a sí, como a una tercera persona, encarece y acentúa el apasionamiento.

Si a dones contendierais, Jolas no te cedería...—¿Qué vas a traer, en suma, tú para conquistar a Alexis, que él no lo halle más abundante y mejor en Roma, y aun en el mismo César, por más que tengan que ser cantadas lás guerras y las gestas de los grandes héroes? Es de saber que Augusto escribió poemas y uno de ellos fué la tragedia *Ayax*, de quien Suetonio cita un verso.

¡Ay, ay! ¿Qué quise, ruin de mí?... Tómome un trabajo vano; derramo versos donde no hay orejas; echo flores al paso del viento, porque se las lleve; inútilmente pierdo el tiempo y dejo pasar muy bellas ocasiones de otras amistades, mientras persigo ésta con un exclusivismo ciego.

¿De quién huyes, ah desatinado?... Al demente, en estilo rústico le llama desvariado; quizá porque, en realidad, está loco quien se cree superior a los dioses: huyes del hombre rústico y del verso rústico. Pues en esas dos cosas hallaron a veces deleite los grandes príncipes y los héroes.

El dardanio Paris...—Héroe casi igual a los dioses; hijo de tan gran rey como era Dárdano, de muy lindo parecer, a cuyo arbitraje se sometieron tres diosas; si no puedes imitar el ejemplo de los dioses, muévate el ejemplo de un hombre.

More Palas en los castillos que ella construyó...—Canten otros las bélicas hazañas en odas entonadas o jáctense de las proezas que hicieron

ellos o sus ascendientes. A nosotros ni el origen ni la vida rústica nos parecen cosas de que nos tengamos que avergonzar ni nos pesa de nuestra resolución de cantar temas pastoriles y agrestes. Y desea que ese propósito persevere en él, como dirá Virgilio en las *Geórgicas: Agrádenme los campos y la fluvial dulzura con que rueda el agua en el fondo de los valles; ame sin gloria los ríos y las selvas.*

La torva leona...—Sentencia general tomada de ejemplos por el procedimiento que los dialécticos llaman *inducción*, la cual, con la estudiada gradación, resulta más elegante. El sentido es: Haz conmigo, Cornelio Galo, como te pluguiere: puedes huir, puedes desdeñarme; yo, a pesar de todo, no sé por qué impulso misterioso, me siento arrastrado a quererte y no cejaré en este afecto, sea la que fuere la conducta tuya para conmigo. Es una fuerza instintiva la que me empuja a ti como la leona al lobo, el lobo a la cabritilla, la cabritilla al cantueso; cada cual a lo que siente que conviene a su naturaleza.

A cada cual le arrastra su afición... El propio contento o, digamos, el placer, propuesto como fin, arrastra el alma, pues el fin es el motor de la acción, primero en el propósito y último en la ejecución, pues en la ejecución se detiene.

Mira cómo los bueyes llevan colgados del yugo los arados...—Todas las cosas, animadas, inanimadas, el cielo mismo, toman descanso. Sólo el deseo de amor no conoce sosiego mientras no goce de la cosa deseada. Tal es la vida de los hombres, hasta que vaya a unirse y a hacerse una sola cosa con Dios.

¡Ah Coridón, Coridón! ¿Qué locura?...—A la grandeza del amor llamóla Virgilio demencia, porque olvidóse de sí mismo y está fuera de sí; los filósofos le dan el nombre de furor. Conjetura que es demencia, porque deja las cosas a medio hacer y deja pasar la ocasión de terminarlas, persigue inutilidades al tiempo preciso en que pudiera aparejar cosas que podrían un día serle de provecho.

¿Por qué con mejor acuerdo?...—O toma asunto para una obra más ligera o resuélvete por aquellos temas que en la actualidad están en favor y boga.

No dejarás de encontrar otro Alexis...—Tú amarás a Galo, puesto que a ello te lleva la inclinación de tu ánimo; pero al fin y al cabo, si no fueres correspondido por él, encontrarás a otro en quien hallarás correspondencia.

EGLOGA III

PALEMON

Interlocutores: MENALCAS, DAMETAS, PALEMÓN.

MENALCAS.—Dime, Dametas: ¿cúyo es este ganado? ¿Es, por ventura, di, de Melibeo?

DAMETAS.—No es sino de Egón; el propio Egón, poco ha, me lo ha encomendado.

MENALCAS. — ¡Ay ovejas, rebaño siempre infeliz! Mientras él sirve a Neera, recelando que yo no le sea

preferido, este guardián de la manada ajena, dos veces por hora, ordeña a las ovejas, y deja las madres secas y los corderos descrecidos.

Dametas.—Advierte que estas cosas no se han de dar en rostro a ningún hombre. Nos conocemos, y sabemos quién te... Los chivos te miraban de reojo y las ligeras ninfas se rieron cuando estabas en aquella gruta.

Menalcas.—Entonces debió de ser, si no me engaño, cuando me vieron cortar la arboleda de Micón y con hoz dañina cercenar sus tiernos majuelos.

Dametas.—O aquí, junto a aquellas viejas hayas, cuando quebraste el arco y la zampoña de Dafnis, que tú, perverso Menalcas, sentías que se las hubiera dado en don; y si no le dañaras, te murieras.

Menalcas. — Los dueños, ¿qué no harán si osan tanto los ladrones? ¿No te vi yo, ruin, sustraer con insidias el chivo de Damón, a pesar de los muchos ladridos de Licisca? Y mientras yo gritaba: «¿Dónde va ahora aquél? Títiro, recoge el hato», tú te escondías entre los carrizos.

Dametas.—¿Es que, vencido por mí en el canto, no había de entregarme el cabrón que con los sones de mi flauta yo había ganado? Si no lo sabes, el cabrón era mío. Damón mismo lo reconocía, pero decía que no podía dármelo.

Menalcas.—¿Tú le ganaste a cantar? ¿Es que has tenido jamás flauta unida con cera? ¿No solías tú, ignorante, esparcir con estridente caramillo un son ingrato por las encrucijadas?

Dametas.—¿Quieres, pues, que entre ambos compitamos, vez a vez, lo que puede cada uno? Yo apuesto esta becerra (no rehuses; dos veces viene al tarro y alimenta dos crías con sus ubres). Tú, dime: ¿cuál es la apuesta de la porfía?

Menalcas.—No osaré del rebaño apostar nada contigo. Allá, en mi casa, tengo a mi padre; tengo a mi injusta madrastra; y ambos, dos veces al día, cuentan el ganado, y uno u otro cuenta los cabritos. Mas yo, pues que puedes permitirte una locura, y tú mismo confesarás que es mucho mejor mi apuesta, pondré dos vasos de haya, obra extremada del divino Alcimedonte; en ellos torneaba con primor; hay una vid flexible y vístelos una pálida hiedra con sus corimbos extendidos. En medio hay dos figuras: Conón y... ¿quién fué el otro que describió a compás el orbe todo y a los segadores dijo su tiempo y lo dijo a los labradores encorvados? Aún no acerqué mis labios a ellos, sino que los guardo en mi vasera.

Dametas.—Y a mí también me hizo Alcimedonte otros dos vasos, y de blando acanto cercó las asas y puso en medio a Orfeo y a las encinas que le seguían; tampoco a ellos acerqué mis labios y guardados los tengo en la vasera; si los comparas a la vaca, no hay por qué encarecer los vasos.

Menalcas.—Hoy ya no te me escapas; saldré a cualquier partido me llamares. Oiga nuestra porfía solamente aquel (¡veslo!) Palemón que viene. Yo haré que luego a ningún otro desafíes.

Dametas.—Empieza, pues, si algo tienes; en mí no habrá tardanza ni de nadie huyo. Vecino Palemón, danos oído, que no es cosa baladí nuestra contienda.

Palemón.—Cantad, pues, que en blanda hierba nos sentamos. Y ahora todo campo es frutecido, y es frutecido ahora todo árbol. Ahora las selvas son frondosas y es más placiente la sazón del año. Comienza

tú, Dametas, y tú sigue detrás, Menelcas. Cantos alternos cantaréis; aman las musas los alternos cantos.

DAMETAS.—De Jove es el principio, musas; todo está lleno de Jove: él tiene providencia de las tierras, él pone atención a mi canto.

MENALCAS.—Y a mí Febo me ama y de continuo en mí tiene sus dones: lauro y jacintos de arrebol suave.

DAMETAS.—Una manzana me ha tirado Galatea, la traviesa moza; corre a los sauces y desea que la vea.

MENALCAS.—Y a mí de buena gana se me ofrece Amintas, dulce fuego mío; y ya de mis mastines no es más conocida la misma Delia.

DAMETAS.—Ya tengo los presentes que a mis amores he de hacer, pues descubrí el lugar adonde dos torcaces hacen nido.

MENALCAS.—Diez cidras escogidas, del color del oro, todas las que pude, envié a mi niño silvestre; mañana le enviaré otras diez cidras.

DAMETAS.—¡Oh, cuántas veces y cuántas cosas platicó conmigo Galatea! Llevad alguna parte, vientos, a los oídos de los dioses.

MENALCAS.—¿Qué importa, Amintas, que me desdeñes, si mientras tú acosas jabalíes yo me quedo guardando las redes?

DAMETAS.—Envíame a Filis, Jola, que hoy es la fiesta de mi nacimiento; cuando por las mieses sacrifique una ternera, entonces vente tú mismo.

MENALCAS.—A Filis amo más que a ninguna, pues que lloró en mi partida y díjome un largo «¡Adiós, adiós; gentil zagal! ¡Oh Jola!»

DAMETAS.—Funesto es el lobo al ganado; a la madura mies lo es la lluvia; sonlo al árbol los vientos, y a mí lo son las iras de Amarilis.

MENALCAS.—Dulce es el agua a la sementera; el madroño, a los cabritos destetados; a la preñada oveja, el lento sauce, y a mí, Amintas, y nadie más que Amintas.

DAMETAS.—Aunque rústica, Polión, ama mi musa; apacentad, Piérides, para quien os lee, apacentad una becerra.

MENALCAS.—También Polión compone versos nuevos; criadle, Piérides, un toro que a cuerno hiera ya y con los pies levante arena..

DAMETAS.—Quien bien te quiera, Polión, llegue allá donde se huelga que llegases; mieles le manen y la áspera zarza le produzca amomo.

MENALCAS.—Quien no aborrece a Bavio, guste, Mevio, de tus canciones; este mismo atraílle zorras y ordeñe chivos.

DAMETAS.—Los que flores cogéis y cogéis fresas nacidas al ras del suelo, huid, ¡oh mozos!, huid de aquí; la aterida sierpe escóndese en la hierba.

MENALCAS.—No dejéis las ovejas apartar demasiado, que no es nada segura la ribera. El carnero mismo seca ahora sus vellones.

DAMETAS.—No pazcas par del río las cabrillas, Títiro; seré yo mismo, cuando sea el tiempo, quien las lave a todas en la fuente.

MENALCAS.—Recoged, zagales, las ovejas; si el calor seca la leche, como fué poco ha, en balde apretaremos las tetas con la mano.

DAMETAS.—¡Ay, ay, en prado grueso qué magro está mi toro! Amor es peste a ganado y ganadero.

MENALCAS.—No es mal de amor el mal de estos corderos, y están en huesos apenas. No sé yo qué mal de ojo es el que mira mis recentales.

DAMETAS.—Dime en qué tierras (y te tendré por el gran Apolo) no se ven más de tres brazadas de cielo.

MENALCAS.—Dime en qué tierras

nacen las flores con los nombres inscritos de los reyes y tendrás sólo a Filis.

PALEMÓN.—No es mío, entre vosotros, sentenciar tales contiendas; digno eres tú y digno es éste de la becerra y todo aquel que teme los amores dulces o los cata amargos. Cegad ya, mozos, los regatos, que asaz los prados han bebido.

INTERPRETACION ALEGORICA DE LA EGLOGA III

Virgilio consiguió el favor de Augusto, de Polión, de Mecenas, de Galo y de otros magnates, y tuvo la desgracia de que muchos doctos le envidieran aquel favor. Esta égloga es la expresión de la callada rivalidad entre Virgilio, disimulado bajo el nombre de Dametas y de cierto poeta envidioso, solapado bajo el seudónimo de Menalcas, quien, ante aquellos próceres romanos, enaltecía la autoridad y el prestigio de Virgilio, pero anteponiendo sus méritos.

Dime, Dametas...—Es imitación de Teócrito hasta el punto de imitar sus mismas palabras. Comienza por hostil insinuación y casi desdén. Menalcas quiere dar a entender que Dametas no es el dueño del ganado, sino un simple pastor mercenario. ¿Cúyo es, pregunta, ese poema pastoral? ¿De Melibeo, por ventura? ¿De un poeta oscuro, verbigracia: de Mevio o de Darío? No, dice, sino de Egón, nombre con el cual significa a algún poeta insigne, a saber: Galo o Cina.

¡Ay ovejas, rebaño siempre infeliz!...—Infeliz es toda bucólica, porque viene a parar en ingenios indignos, pues mientras Cina, y Polión, y Galo, y otros que en ese género poético son de mucha autoridad y son sus árbitros indiscutibles, se disputan la gracia y el favor del príncipe y del pueblo, ese advenedizo y arribista halló medio de colarse en él y tañe la zampoña pastoril sin sal y sin gracia, y a fuer de ladrón despoja a ese arte de su venusta gentileza, y a tontas y a locas echa al ruedo versos baladíes.

Estas cosas no se han de dar en rostro a ningún varón...—Eso de varón es título y ejecutoria de dignidad, puesto que se refiere a la fuerza y reciedumbre del alma o del cuerpo, como lo demuestra Cicerón en su *Filípica II*: *Aquella causa necesitaba de todo un varón.* Así que a sí mismo se llama varón, como si el otro no fuese todo un varón. Recuerda lo que de ti se puede decir, porque en el decir mal no seas tan intemperante.

Entonces debió de ser, si no me engaño...—Este pasaje parece ser irónico, con aquel género de ironía que se halla también en Cicerón. Lo que aquí dice Menalcas refiriéndose a sí, quiere que lo entiendan no de sí, sino de Dametas, su rival. Repróchasme, le viene a decir, mi poema desaliñado y descompuesto, ¿que harías si cantara yo un tema bueno y nuevo en verso rudo y desdichado como tú? Micón había escrito acerca de los árboles; por eso Virgilio seguía tratando temas agrestes, según creían sus enemigos, en verso malo e indocto; cantaba también los majuelos tiernos; es a saber: las actualidadades de Augusto y del pueblo romano.

O aquí, junto a aquellas viejas ha-

yas...—Reprende Dametas a Menalcas como si hubiera calumniado a algún buen poeta, enviándole el favor que se granjeó y los obsequios que se le hicieron, con rabia grande y con odio envidioso.

¿Los dueños qué no harán, si osan tanto los ladrones?...—El dueño se refiere al siervo, y entre los pastores, al ajeno y al mercenario. Aquí, para encarecer la atrocidad de la pendencia, a los dueños opone los ladrones, que están más bajos aún que los mercenarios. ¿Que no se atreverán a hacer y a decir los dueños, cuando los ladrones y bellacos perdidos osan esto?

¿No te vi yo, ruin?...—Dícele que es ladrón y plagiario de griegos y latinos, con la protesta de los otros poetas que le reprueban el hurto.

¿Dónde va ahora aquél?...—Se expresó bien a la manera villanesca y tiene gran energía despectiva el pronombre *aquél*.

Tú te escondías entre los carrizos...—De tal manera te ocultabas, que no engañabas del todo, pues los carrizos ni son altos ni tan espesos, que puedan ocultar a nadie.

Es que vencido por mí en el canto...—Deja el poeta de cargar la culpa en el adversario y contesta al odioso reproche de hurto y esto a la manera pastoril, mediante interrogación, afirmando no ser él inferior a los poetas antiguos, muchos de los cuales fueron por él vencidos en el canto, sustrayéndoles la prez y gloria del arte con la elegancia de sus metros.

Si no lo sabes, el cabrón era mío... La gloria de ese poema, que tú dices haber yo hurtado, mía es; si lo ignoras, ganada en buena lid por mi ingenio. Y no niegan esto los otros poetas, pero les impide darme esa franca atribución el prejuicio de la antigüedad o la opinión recibida del vulgo, pues el pueblo no hace demasiado caudal de los nuevos escritores; juzga del mérito por los años, como dice Horacio.

¿Tú le ganaste a cantar?...—Reticencia inopinada por la indignación. Nunca has tenido tú aquella copia de erudición ni te avezaste a flautas más entonadas, sino que dotado de una pericia vulgar y trivial en eso de cantar, sin más auditorio que el villanesco de Mantua, echabas menguadas cancioncillas. Son muy para notar, en este pasaje, cada una de las palabras que tienen sabor muy acentuado de denuesto: solías tú, hombre indocto, no cantar, sino berrear la cantinela ruin y lastimosa que te había venido a las manos, no entre aquellos que estaban capacitados para juzgar, sino en los corros de mujeres, de niños, de labriegos, y esto no con zampoña en que se necesita cierta habilidad, sino con caramillo, que suena no con suavidad y blandura, sino con chirrido tal que no hay oreja que lo sufra.

¿Quieres, pues, que entre ambos?...—No acabaría nunca el torneo de baldones y denuestos; hemos de contender en erudición y empeñar una apuesta.

Yo apuesto esta becerra...—Yo, a quien tú motejaste de pastor mercenario, empeño esa becerra, porque sepas que tengo peculio. Di, tú: ¿qué apuesta es la tuya?

No osaré del rebaño apostar nada contigo...—Virgilio dice que va a contender con la apuesta de una res, en nobleza de argumento y elevación de canto. Menalcas le dice que él no puede apostar gaje de tanto valor; pero que de buena gana contenderá apostando copas labradas primorosamente; es decir, en brillantez, artificio y graciosa novedad; todavía, dice, no acerqué a

ellos mis labios, sino que las guardo escondidas.

Describió el orbe a compás...—Muy bien, dijo, a compás, pues los matemáticos con compás trazaban sus figuras en el polvo.

Y a mí también me hizo Alcimedonte...—Dice, con esta perífrasis, que no le falta elegancia ni donaire, ni primor, ni venusta gentileza y que acerca de este punto, no rehuye la competencia con Menalcas; pero todo esto no es nada si se lo compara con cosas de sustancia, pues el brillo y el acicalamiento de las palabras son las flores, como quien dice; pero la sustancia es el fruto.

Oiga nuestra porfía solamente...—Que nuestra contienda no sea sin juez, porque luego que te haya vencido, no niegues o tergiverses tu derrota; que haya un juez: ese mismo rudo Palemón, si no hay otro; tan grande es mi confianza.

Cantad, pues, que en blanda hierba nos sentamos...—Muy lindamente está descrito el tiempo y el escenario del poético certamen: reina abril florido y el espíritu no solamente tiene toda su tranquilidad, sino también toda su agilidad y rapidez.

De Jove es el principio, musas...—Comienzo consagrado, autorizado por añeja liturgia. Por Júpiter comenzaban todos los discursos, como leemos en muchos viejos autores, y en el libro décimo de la *Eneida*. Este comienzo da solemnidad al poema. Esta fórmula solía anteponerse a todo parlamento, según leemos en memorias antiguas. ¡Cuánto más cuerdamente obraban los paganos comenzando con la invocación de su mentida deidad, que los que entre nosotros, los cristianos, ni siquiera se acuerdan de nombrar al Dios verdadero! ¿De dónde van a tomar las musas más justo y adecuado comienzo que de Júpiter, que es su autor y su padre? ¿Y de quién los humanos ingenios? De Dios, que es su Creador y su Defensor.

Todo está lleno de Jove...—Verso de Arato: Júpiter lo hinche todo con su providencia constante; de otro modo, el mundo no subsistiría. Y puesto que El lo llena todo, ¿por dónde se puede comenzar mejor?

El tiene providencia de las tierras...—Por voluntad y por dignación suya el campo se barbecha y se cultiva.

El pone atención a mi canto...—Yo sé que él tomó un especial interés por mis poemas, pues él fué quien inspiró ciertos sublimes arrebatos y dió vuelo a águilas más altas. Por eso yo experimento que él presta oídos a mis cantares.

Y a mí Febo me ama...—Según es obligado en los poemas amebeos, con réplicas alternas. Menalcas opone Febo a Júpiter, el hijo al padre, al dios máximo un dios menor; pero que de una manera especial preside a los pastores (como pastor que fué) y a los cantores, porque es guía y caudillo de las musas. Alusión clara a Augusto, a quien siendo mozo, por las proezas que realizó, creyósele hijo de Apolo; y la generación posterior ya le llamó Apolo, sin ambages. Eso lo dice Suetonio.

Febo, de continuo en mí tiene sus dones...—Colige Menalcas ser amado de Febo, porque le obsequia con dones aplacibles, a saber: laurel y jacinto, que sabe que le agradan. Agradables son a Dios los que le honran con sacrificios aceptables, es a saber: hechos con pureza de espíritu.

Una manzana me ha tirado Galatea...—Con velada y gentil delicadeza, Virgilio quiere dar a entender sus juegos y sus pasatiempos deliciosos con Augusto; tírale una manza-

na, indicio de muy cariñosa familiaridad; corre a ocultarse en el saucedal, pero no con tal disimulo que no quiera que vea dónde se esconde, porque entre con él en la enramada. Todas estas circunstancias son expresión de jocoso buen humor entre amigos. Muchas y grandes demostraciones de bienquerencia tuvo con Virgilio César Octaviano, pero de momento las recató. Con todo, ahora demuestra cómo puedo continuarlas y volver a él.

Y a mí de buena gana se me ofrece...—A estos amores opone otros amores de alguno de los nobles romanos, dando a entender que le es familiarísimo; de manera que es más conocido de sus perros que la propio luna, diosa de la montería.

Yo tengo aparejados los presentes que a mis amores he de hacer...—No sólo manifiesta ser amado, sino que con dones cultiva la amistad y que tiene escogida la materia poética para merecer de día en día más y más el favor de Augusto.

Diez cidras escogidas, las que pude, envié a mi niño silvestre...—Es, a saber: dones agrestes, cantares rústicos y que en breve le va a enviar otros. *Por esas diez cidras del color del oro,* hay quien entiende las diez Eglogas. Averígüelo quien sepa, que yo no me decido por esta interpretación.

¡Oh, cuántas veces y cuántas cosas platicó conmigo Galatea!...—Significa sus coloquios secretos con Augusto, llenos de benévola confianza, que él querría fueran conocidos de los próceres romanos, porque hiciesen más caudal de quien merecía de César tanto aprecio.

¿Qué importa?...—Búrlase Menalcas de ese jactancioso alarde de favor de César. ¿Qué importancia tiene que Augusto te profese una discreta simpatía si no te aplica a grandes y gloriosos empeños, sino que permite que te vayas volviendo viejo en el retiro y en la oscuridad?

Envíame a la Filis, Jola...—Permíteme, Augusto, que yo convide a ese banquete natalicio, es a saber: a un rústico festín, a Polión, para dedicarle esa obra pastoral. Por lo que toca a ti, serás invitado cuando sacrificaré una ternera por la recolección, esto es, cuando serás cantado con un poema de arte mayor.

A Filis amo más que a ninguna... Da a entender que también ama a Polión, y que llevó la separación con desabrimiento y que la tristeza le arrancó lágrimas y que la despedida fué larga, como acontece entre amigos: el llanto, la despedida inacabable y el adiós, adiós repetido y el epíteto de gentil, son indicios muy ciertos de querencia.

Funesto el lobo es al ganado...—No sólo ama a Mecenas y a Polión, sino que los venera, y para él no había aflicción mayor que saber que su ánimo estaba ajenado de él.

Dulce es el agua a la sementera... Para él no hay gusto más sabroso que gozar de su conversación y su presencia.

Aunque rústica, Polión ama mi musa...—Abiertamente y sin alegoría nombra a Polión y dice que le agradan sus poemas bucólicos. Criad, ¡oh musas!, para Polión que con tanto placer lee poemas que vosotras inspirasteis, y con ellos se saborea, criad una becerra, proveedle de gracias y donaires, bien en verso atado bien en lenguaje suelto.

También Polión compone versos nuevos...—No sólo se regala con los poemas bucólicos, sino que compone versos en dulce estilo nuevo y con argumento nuevo, con los cuales derrotará a sus enemigos y a sus émulos les corneará con la fuerza y la agudeza de su inspiración, y

esparcirá arena con sus pies, y levantará polvo para miedo de sus rivales, a fin de que los indoctos teman tanta braveza y gallardía y nuble sus ojos la polvareda. Asinio Polión fué hombre muy docto y de juicio penetrante, pero de carácter displicente y zahareño, émulo de Cicerón, gran enamorado de los arcaísmos. Escribió muchos discursos y tragedias; fué el que dijo que Tito Livio tenía resabios de *patavinidad* y que Porcio Latrón, en su latín hispánico, era elocuente. De él prefiere muchas más cosas Séneca en sus *Declamaciones.*

Quien bien te quiera, Polión...—Para demostrar a Polión sus buenos deseos, anhela para sus amigos la bienandanza de la edad dorada, cuando todo era bien en la tierra.

Quien no aborrece a Bavio...—Menalcas, ya montado en cólera porque Virgilio tantas veces había alardeado de la amistad de Polión, varón de muy rico ingenio, hace mención de Bavio y de Mevio, dos poetas infelices, como si Virgilio se les pareciese. De soslayo, roza a Polión, porque es natural que nos sean antipáticos los amigos de nuestros enemigos, sólo por ese motivo, aun cuando personalmente fueren buenos y amables, y le azota con sus menguados laureles para irritarle más. Y así como Dametas había pedido para él abundancia de cosas suaves, Menalcas le desea cosas baladíes y ridículas, como quien gusta de los versos de poetas sin gracia y sin sal y le dice que ponga bajo la coyunda raposas atrailladas y que ordeñe machos cabríos: esto va para Virgilio y Polión, cuyo talento poético encarecían mutuamente, como tronco de mulos que se rascan el uno al otro.

Los que flores cogéis y cogéis fresas...—Los que os dedicáis a las buenas letras, huid de ese poeta venenoso.

No dejéis las ovejas...—Arrio, el centurión, se había alzado con los campos quitados a Virgilio. Cuando Virgilio regresó de la ciudad con el decreto de César, que mandaba a Arrio salir de aquellas tierras, el centurión, montado en cólera soldadesca, tiró la espada y arremetió contra Virgilio, quien, en su huida desalada, como el militar no cejase en la persecución, se arrojó de cabeza en el Mincio y, a nado, ganó la otra orilla.

No pazcas par del río las cabrillas, Títiro...—Avisa que su jornalero y todos los mantuanos se conduzcan con cautela y se soslayen al peligro; que con el tiempo él hallará oportunidad para gestionar con César eficazmente la restitución de todas sus fincas; que no será menester la influencia de tribunos ni de legados, sino que él lo pedirá a quien puede ordenarla.

Recoged, zagales, las ovejas...—Dejad de prometeros grandezas y de esperar vanidades. Lo más seguro será que recojáis el hato y conservéis con diligencia lo que os quedó, porque si se desencadena otra borrasca guerrera, como la que ya tuvo fin, no se pierdan todos vuestros ahorros.

¡Ay, ay, en prado pingüe!...—No creo que el poeta quiera significar que siendo tanta la protección de Augusto, fuera difícil su situación, al contrario, que ya está contento y satisfecho con lo que tiene. Así que no es más que un ataque al adversario: Espántome que siendo tan bienquisto de los potentados, con tanta erudición y con tan general aplauso pazcas un ganado tan flaco y tengas una hacienda tan corta. El amor, es decir, la confianza excesiva en sí mismo y la complacencia

de su propia persona, perjudican al poeta y a sus intereses. También el sentido alegórico puede ser estotro. Maravíllome de que con un ingenio tan fértil compongas poemas tan insignificantes; sin duda, el inmoderado amor de ti mismo te quitó el juicio, o deliras, cautivo de otro amor, por manera que el amor produce el doble y lamentable resultado de perturbar tu ingenio y estragar tu obra.

No es mal de amor el mal de estos corderos...—Muestra Menalcas el hato de Virgilio, pues a estos—dice—que no están gordos ni demasiado bien cuidados, el amor no les hace daño; no es de creer que tú faltes en aquello mismo que me reprendes, ¿pues qué será? Dice, por burla, ser cosa de encantamiento, de modo que el motivo que Virgilio adujo también puede aplicarse al otro.

Dime en qué tierras...—Basta de riña, que lleva trazas de nunca acabar; propone una cuestión para el común vulgo insoluble para desorientar al adversario, porque vencido se retire. Es un enigma tomado de las fábulas, como que se dirige a un antagonista ignorante, cosa que hacen los pastores si de personas instruídas oyeron algo que les produjo novedad.

Y te tendré por el gran Apolo...—Los dos contrincantes se encarnizan el uno contra el otro. Menalcas nada ambicionaba más que la gloria del talento; por eso Dametas le dice: Consigue de una vez lo que tanto deseas, y serás para mí Apolo en persona. Virgilio, en cambio, captaba el favor y la benevolencia de los romanos. Por eso le dice Menalcas: Y tú gózate con tu Filis (en otro lugar la llama Amarilis), sin contradicción, pues yo te la cedo.

Teme los amores dulces o los cata amargos...—Premio grande merece todo el que cuerdamente temió los favores de los príncipes y el aura popular, o soportó con entera dignidad sus desdenes o sus odios.

EGLOGA IV

POLION

¡Elevemos un poco nuestro canto, musas sicilianas! No todos se contentan de florestas ni de humildes tamariscos. Si cantamos las selvas, sean dignas de ser oídas por un cónsul.

Llegada es ya la postrera edad del cumeo vaticinio. Nace el gran orden de unos siglos nuevos. Ya retorna la Virgen y retorna el reino de Saturno; ya del alto cielo nos es enviada una nueva progenie. Favorece tú, casta Lucina, al Niño que ahora nace, por quien primeramente cesará una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo: ya el Apolo tuyo señorea. Iniciarse ha bajo tu consulado, honor del siglo nuestro; bajo el gobierno tuyo comenzarán los grandes meses su carrera. Si quedan algunos vestigios de la maldad nuestra, deshechos ya, librarán las tierras del eterno miedo. Recibirá la vida de los dioses y con los dioses verá mezclados a los héroes, y él, a su vez, por ellos será visto y regirá con las virtudes patrias la sosegada redondez del orbe. Para ti. Niño, sin cultivo la tierra derra-

mará a haldadas sus primeros dones: hiedras tortuosas con bácar, por doquiera, y colocasia con risueño acanto. Y las cabritas mismas, de su grado, llevarán a casa distendidas sus ubres, y de los grandes leones no serán medrosos los rebaños. La misma cuna brotará por ti suaves flores. Morirá la serpiente y la engañosa hierba ponzoñosa morirá; doquiera nacerá el amomo asirio. Pues cuando ya podrás leer las loas de los héroes y los hechos de tu padre y conocer qué cosa séa la virtud, de blanda arista doraráse el campo, suavemente, y la rubia uva estará colgada de las zarzas incultas y las recias encinas sudarán rocío de miel. Mas todavía habrá rastros del daño antiguo que manden dar naos a Tetis y cercar con muros las ciudades y hendir los surcos en la tierra. Un nuevo Tifis habrá entonces, y habrá otro Argos que transporte la flor y espiga de los héroes; habrá también otras guerras, y por vez segunda irá a Troya el gran Aquiles. Desde este momento, cuando te habrá hecho varón la edad ya firme, abandonará el mar el marinero, ni mercancías trocará el pino velero: toda la tierra dará de todo. No sufrirá rastros el campo ni la viña la hoz, y ya el robusto labrador soltará el yugo del cuello de los toros. No aprenderá la lana a mentir colores varios, sino que en los prados el carnero mismo teñirá sus vellones, ora del suave rubor de la púrpura, ora del color gualdo del reseda; la escarlata de suyo vestirá el cordero en el propio pasto. Concordes, en la majestad inamovible de los hados, las Parcas: «¡Tales siglos corred!», dijeron a sus husos. Emprende, que el tiempo es ya llegado, los grandes honores, caro vástago de los dioses, aumento grande de Júpiter. Mira la máquina del mundo cómo tiembla en su convexa pesadumbre; mira las tierras, mira el mar tendido y la profundidad del cielo. Mira cómo todo se alegra por el siglo que ha de venir. ¡Oh, si me fuese reservado el linde extremo de una luenga vida; oh si me quedase tanto aliento como será menester para celebrar tus hechos! Que no me vencerá a cantar el tracio Orfeo, ni Lino me vencerá, aunque a éste lo asista su madre y a aquél su padre le sustente, Calíope a Orfeo y a Lino el hermoso Apolo. Y el mismo Pan, si compitiera conmigo, y la Arcadia fuese juez, la misma Arcadia a Pan proclamaría por vencido. Comienza a conocer, niño pequeño, con tu risa a tu madre, que diez meses causaron molestias luengas a tu madre. Comienza a sonreír, niño pequeño, que al niño que a su madre no sonríe ni el dios le admitió a su mesa ni la diosa le acogió en su tálamo.

INTERPRETACION ALEGORICA DE LA EGLOGA IV

Polión, o el comienzo de una nueva era... — Asinio Polión guerreó con los ilirios. Al tiempo que tomó a Salona, su capital, nacióle el hijo a quien, por esto, llamó Salonino. Habiendo Virgilio leído en los oráculos de las Sibilas que por aquella época nacería un niño milagroso que iba a renovar el mundo, acomodó el vaticinio al hijo de

Polión, pues no pensaba que nacería en otras gentes, por causa de la grandeza del Imperio romano; mas el vástago murió en agraz y en la mayor terneza de su pámpano. Otro hijo tuvo el mismo Asinio Polión, heredero de su familia, que se llamó Asinio Galo. Así que todo esto se refiere a Cristo, y ésta será la interpretación que le daré, y vindicaré para el Señor lo que es suyo. Callen los impíos, pues el sentido directo del texto virgiliano, sin alegorías de ninguna clase, no consiente que lo que aquí se dice pueda entenderse de nadie más que de Cristo.

Musas sicilianas...—Por causa de Teócrito de Sicilia, a quien imita especialmente en el género bucólico, para ese poema invoca las musas sicilianas.

Elevemos un poco nuestro canto... No a todos place la materia pastoril, que es humilde de suyo.

Si cantamos las selvas...—No es de extrañar que en tono agreste cantemos materia elevada, pues las mismas regiones forestales hartas veces son provincia romana, dignas de que las gobierne un cónsul. Escribe Suetonio que a Cayo Julio César, en su consulado, le fueron asignados como provincia selvas y collados.

La postrera edad del cumeo vaticinio...—De las Sibilas traté con extensión en el comentario de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín. La venida de Nuestro Señor Jesucristo fué un suceso de tal volumen, que en los consejos de Dios convino que fuese profetizada a los judíos y a los gentiles para que los antecesores la esperasen, los contemporáneos la admitiesen y la posteridad la creyese. Así es que tal como entre los judíos hubo profetas, así entre los gentiles hubo Sibilas, llamadas así porque eran sabedoras de los consejos divinos. Conjeturaba Virgilio que estaba al llegar ese tiempo, porque muchos de los metros sibilinos estaban compuestos con tal artificio, que en las primeras letras o en las postreras designaban la persona o el tiempo como Cicerón enseña en sus libros *De divinatione* y en el historiador eclesiástico Eusebio se lee el vaticinio de la Sibila acerca del Juicio Final, de la misma manera. San Agustín lo cita en el libro XVIII de la *Ciudad de Dios.*

Ya retorna la Virgen...—Acaso alguna de las Sibilas vaticinó algo de la Virgen María. Con todo, aquí Virgilio refiérelo a la Virgen Justicia, o quizá a la gran justicia de Cristo y al siglo de oro, que también describe el profeta Isaías, capítulo IX: *Y será en los postreros días,* y lo demás que se sigue.

El reino de Saturno... bajo cuyo cetro vivíase con suma quietud y paz, en la igualdad de todos, sin soberbia, sin envidia, sin querella, como debía vivir el pueblo que obedecía los mandatos de Dios.

Ya del alto cielo nos es enviada una nueva progenie...—Un cristiano no explicaría con palabras más grandes y eficaces el descendimiento del Hijo de Dios a nosotros vestido de nuestra mortalidad y de nuestro barro.

Ya el Apolo tuyo señorea...—A Diana le vino el nombre de Lucina porque protege los alumbramientos; Apolo es hermano suyo. Ruega a Diana que prodigue su asistencia al infante que nace, en el reino de su hermano Apolo. Augusto fué tenido por hijo de Apolo, y más tarde fué llamado Apolo simplemente.

Bajo tu consulado, ¡oh Polión!...—Asinio Polión fué cónsul con Cneo Domicio Calvino, al tiempo del triunvirato, que fué el año de la funda-

ción de Roma, 714 y 37 antes del nacimiento de Cristo.

Bajo el gobierno tuyo...—El pecado original será borrado por la virtud de Cristo, como en el bautismo por la confianza en El. Muy bien expresó los *vestigios de nuestra maldad,* pues el pecado de origen es un vestigio o rastro que nuestros primeros padres transmiten a la posteridad.

Librarán de miedo...—La confianza en aquel que es Dios excluirá todo temor de castigo por la culpa, propia y personal y la otra hereditaria.

Del eterno miedo...—¡Cuánto consuelo en esta expresión! Ese temor inacabable no dejaba un punto de reposo ni un momento de respiro a la mísera humanidad. En este mismo sentido lo interpreta San Agustín en la *Ciudad de Dios.*

Recibirá la vida de los dioses...—Ese Niño vivirá la vida divina y verá a sus héroes y a sus semidioses, a quien El hará tales; y El, a su vez, será visto por ellos, no sólo con sus ojos corporales, sino también (visión mejor y más bienaventurada) con los ojos del alma. De ellos se dijo: *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis.*

La sosegada redondez del orbe...—Expresión frecuente en los libros poéticos de la Biblia y en otros sagrados es ésta: *Todo lo puso el Padre en manos de su Hijo, y el Padre lo sujetó todo al Hijo.*

Para Ti, Niño...—Describe el transcurso de la Iglesia de Cristo, esto es, del reino de Cristo en la tierra. El reino de Dios en el Evangelio, entre otras significaciones, significa también a Cristo. En la Iglesia naciente, sin cultivo previo, sino por obra del Espíritu de Dios, nacieron dones de muy dulce y suave fragancia, tantos Apóstoles, discípulos, mártires, *buen olor del Señor en todo lugar.*

Y las cabritas mismas de su grado...—Fructuosísima fué esa temprana floración de tantos santos que nunca salían sin regresar con muchas ganancias para el Señor.

De los grandes leones no serán medrosos los rebaños...—Ni tampoco la grey de Cristo temerá a los príncipes y a los reyes, por más que rujan y amenacen. Entre ellos reinaba una concordia ejemplar: reinaba la paz, sin ningún veneno de envidia o de sabiduría.

Cuando ya podrás leer las loas de los héroes...—En la edad subsiguiente, formada en la doctrina de Dios, en los ejemplos de Cristo, en la disciplina de los Apóstoles, extenderáse la piedad muy a sus anchas, no para producir donecillos y cosas menudas, sino para recoger la mies, la vendimia, la miel; entrarán en la Iglesia los judíos y una gran muchedumbre de gentiles; irán amarilleando poco a poco las tiernas espigas de la gentilidad y en la cambronera de la humana contumacia se recogerá la uva suave y de la ignorancia berroqueña manará la líquida dulzura de la miel.

Todavía habrá rastros del engaño antiguo...—No podrá penetrar el cristianismo tan radicalmente en el pecho de los hombres que no remanezcan todavía resabios de los errores añejos de difidencia, avaricia, enemistad, guerra, crueldad, ambición, arrogancia. De ahí nacerá la afición de navegar y de trocar mercaderías con espíritu de lucro; de ahí se cercarán de muros las ciudades por rivalidades y recíproco recelo; de ahí los afanes de la agricultura. Todas estas cosas no son malas en sí; lo que las hace malas es la pasión que ponemos en ellas.

Un nuevo Tifis habrá entonces...—

Volverán las viejas calamidades de la navegación y de la guerra, origen de tantos males en el linaje humano.

Cuando te habrá hecho varón la edad ya firme...—La Sibila dice esto bien de la bienaventuranza eterna, bien de los perfectos cristianos, en cuyo espíritu reina una calma increíble y una auténtica edad de oro; las cosas naturales no se pondrán al servicio de las pasiones, sino de las necesidades inevitables, como San Pablo tejía lana de cabras y los padres del yermo roturaban la tierra; ni tomarán demasiada solicitud por esas cosas viles, sino *que su conversación estará en los cielos,* contentándose para su mantenimiento y vestido con lo que a mano tengan. Esto hará que haya abundancia de todo, pues cada uno tomará lo que le baste simplemente para su uso, no para sus descomedidas avideces.

¡Tales siglos corred!...—Esto dijeron los hados satisfaciendo los deseos de los hombres, o bien lo mandaron inexorablemente, pues *el reino de Cristo es el reino de todos los siglos* y no tendrá nunca fin, pues el hado no es más que la voluntad y el mandato de Dios.

Concordes en la majestad inamovible de los hados, las Parcas...—Acaso parecerá sutileza excesiva si digo yo que, por estas Parcas concordes en la majestad y voluntad de los hados, la Sibila quiso insinuar el misterio de las tres Personas en la Divinidad. Pero no; no toquemos esto ni nos aventuremos en esa dirección, no sea que nos abolle el vocerío del escándalo y las llamadas de socorro de los impíos y de los querellosos.

Emprende, que el tiempo es ya llegado...—Anhela que dé comienzo su gran obra, y dice que el tiempo apremia a ello, ora este tiempo sea el que la Sibila anunció, ora la ocasión u oportunidad de llevar a término las gestas esperadas.

Caro vástago de los dioses...—Nada más claro puede referirse a Cristo, prole amada de Dios y aumento del Padre. ¿De qué mortal se puede decir que sea incremento de Júpiter? ¿Quién puede dar incremento a Dios? Pero Cristo, Dios, hijo de Dios, gloria es del Padre, porque es su sabiduría y su virtud.

Mira...—Tiempo es del remedio, cuando todo se hunde y amaga la crisis final al género humano postrado y afligido; éste es el tiempo de que hablaba ahora mismo.

Mira cómo todo se alegra por el siglo que ha de venir...—Por manera que no sólo los hombres, sino también los ángeles y las mismas cosas insensibles se alegran del advenimiento de Cristo, pues, como dice San Pablo, *toda la universidad de este mundo libraráse de la esclavitud de la corrupción.*

¡Oh, si me fuese reservado!...—Infinitas e inefables son las obras de Cristo; fuera menester una vida harto larga para explicarlas. ¡Ojalá viviera tanto tiempo como pregonare tus obras! O quizá desea para sí la longevidad para poner por escrito esta materia. Pero ¿tanta confianza tienes en tu ingenio? Responde.

No me vencerá a cantar...—En cantar esta materia no me van a vencer ni Orfeo, ni Lino, ni Pan. ¿Qué valen por sí mismas las cosas que cantan? La confianza está puesta en la materia, no en el ingenio.

Aunque a éste le asista su madre... Aun cuando fueren ayudados Orfeo por su madre Calíope, que es una musa, y Lino por Febo, que es el Dios de los cantos.

Y el mismo Pan...—No se olvidó

de las conveniencias y el decoro poético. Para un pastor tiene más categoría Pan que Calíope y Febo. Así que ya llegó a lo sumo; parece que ya no cabe añadidura después de haber nombrado al dios de los pastores.

Arcadia..., en donde nació, en donde se crió, donde recibe culto de tal modo que hasta con un juez apasionado contra él y favorecedor del otro, confía vencer. Gran cosa es, dice Plinio, ser aprobado por un juez hostil.

Comienza a sonreír, Niño pequeño...—Todo lo por venir es cierto e indubitable; pero desde ese momento comienza a alegrar a tu madre con tu risa y con tu tristeza no le des enojo. Hartos achaques sufrió en sus diez meses de preñado. Estos meses son meses lunares, no civiles.

Al niño que no sonrió a su madre...—Los gramáticos disputan largamente acerca de estos versos. También yo los comenté prolijamente en la *Ciudad de Dios*, de San Agustín. Aquí, en dos palabras, diré mi parecer. Yo creo que por el dios de la égloga debe entenderse el dios Genio para quien la mesa se aderezaba, y por la mencionada diosa debe entenderse a Juno, para quien se preparaba un lecho cuando el lactante era destetado. Significa que hay peligro para la vida en la tristeza pueril porque no les protegen los dioses tutelares de la infancia. Y en nuestro caso, el suceso respondió a la creencia. El niño en cuestión, tema ocasional de la égloga, murió de muerte temprana. Dios no quiso que viviese el infante a quien un poeta de tanta autoridad aplicó lo que la profetisa había dicho del Hijo de Dios. Yo sospecho que estos dos versos últimos los añadió Virgilio después de la muerte del hijo de Polión.

EGLOGA V

DAFNIS

MENALCAS, MOPSO.

MENALCAS. — ¿Por qué no, Mopso, pues nos hallamos juntos, maestros ambos, tú en tañer la leve flauta, yo en cantar versos, no nos sentamos a la sombra de estos olmos y estos avellanos?

MOPSO.—Tú eres el mayor, Menalcas; es justo que yo te obedezca, ora nos acojamos a las sombras inciertas que los céfiros menean, ora, con mejor acuerdo, entremos en esta gruta. Mira cómo hermosea la boca de la gruta, con sus claros racimos, una vid silvestre.

MENALCAS. — En nuestros montes sólo Amintas compite contigo.

MOPSO.—¿Qué mucho, si él mismo disputaría a Febo la palma en el canto?

MENALCAS. — Comienza, Mopso, tú el primero, celebrando bien los amores de Filis, bien los loores de Alcón o las riñas de Codro. Comienza; guardará Títiro los cabritos mientras pazcan.

MOPSO.—Mas diré estos versos que no ha mucho escribía en la verde corteza de una haya y anoté sus alternancias con la música. Tú manda luego que contienda Amintas.

MENALCAS.—Cuanto el blando sauce cede al pálido olivo, cuanto la humilde valeriana al rosal de fuego, otro tanto, a mi ver, te cede Amintas. Pero déjate de unas cosas, puesto que entramos en la cueva.

MOPSO.—Las ninfas lloraban muerto a Dafnis de cruel muerte (vosotros, avellanos, y vosotros, ríos, sois testigos de las ninfas), mientras la madre, abrazada al lastimoso cuerpo de su hijo, llama a los dioses crueles y crueles a los astros. No hubo por quien fuesen conducidos los bueyes, tras el pasto, a beber en los ríos fríos; y bestia ninguna probó agua corriente ni viciosa grama. Y aún los montes fieros y las selvas proclaman, Dafnis, que gimieron por tu muerte los leones africanos. Enseñó Dafnis a uncir al carro los armenios tigres; Dafnis, a conducir las danzas báquicas y a enramar, con blanda hoja, los livianos tirsos. Cual la vid honra al árbol, como las uvas a la vid, como los toros a la torada, como las mieses a los campos fértiles, así tú eres decoro de los tuyos. Después que los hados se te arrebataron, la misma Palas abandonó los campos y el propio Apolo los abandonó. Donde muchas veces confiamos a los surcos lucio trigo, nace el joyo estéril y la infelice avena. Por viola blanda y por narciso rojo, el cardo nace y surge agudo y espinoso el ojiacanto. ¡Esparcid hojas por el suelo; poned sombra en las fuentes, oh pastores! Que Dafnis quiere que se haga esto. Y hacedle un túmulo y grabad estos versos en el túmulo: *Dafnis fué en las selvas; ahora, a las estrellas encumbrado; de hermosa grey pastor muy hermoso.*

MENALCAS.—Tal es tu canto para el gusto mío, ¡oh divino poeta!, cual al cansado el sueño sobre hierba; cual apagar en el corriente río la sed con agua fresca. E igualas no sólo a tu maestro en el tañido, más en la voz también. ¡Mancebo venturoso! Detrás de él, ahora serás tú el otro. Pero nosotros, de cualquier manera, vez a vez, y cual fuere nuestro canto, al cielo encumbraré a tu Dafnis. Dafnis al cielo encumbraré, que a mí también me ha querido Dafnis.

MOPSO.—¿Hay don que, a mi juicio, valga tanto? Mereció el mancebo ser cantado y ha tiempo ya que Estimicón me encareció los versos.

MENALCAS.—El blanco Dafnis, admirado, mira el umbral desusado del Olimpo y ve bajo sus pies nubes y estrellas. Y así, corre por selvas y por campos una ágil alegría; la sienten Pan y los pastores, y las vírgenes Dríades la sienten. Y ni el lobo medita celadas al rebaño ni la tendida red las pone al ciervo. Ama el reposo el bienhadado Dafnis. Los montes no tocados y leñosos, clamor jocundo envían a los astros, y ya las mismas peñas y los árboles mismos de concierto cantan: «Es dios, es dios aquél, Menalcas.» ¡Sé a los tuyos bondadoso y venturoso! He aquí cuatro aras; he aquí dos para ti, ¡oh Dafnis!; los otros dos altares, para Febo. Cada un año, en cada altar, te pondré una copa espumosa de reciente leche y una crátera de olio pingüe; y, sobre todo, regocijando con mucho vino los convites, a la candela, si fuere en tiempo frío, y a la sombra, si fuere en el estío, escanciaré vinos ariusios, nuevo néctar. Cantarán para mí Dametas y Egón Liccio, y Alfesibeo remedará la danza de los sátiros. Esto tendrás perpetuo siempre, y cuando culto solemne daremos a las ninfas y los campos purificaremos. Mientras amare el jabalí los sotos y el pez los ríos, y mientras pacerán tomillo las abejas y rocío las cigarras, siempre

subsistirán tu honor, tu nombre y tus loores. Como a Baco y a Ceres, asimismo a ti, todos los años, dirigirán sus votos los labriegos, y tú también les obligarás a sus votos.

MOPSO.—¿Qué dones te daré por un tal canto? Pues no tanto el silbo del Austro que se avecina ni la costa batida por la onda musical ni el sonoroso río que tuerce su curso por los valles pedregosos me deleitan.

MENALCAS.—Antes te haré don de esta flauta frágil. Esta fué la que cantaba: «En fuego ardía Coridón por el hermoso Alexis.» Esta me enseñó: ¿Cúyo es este ganado? ¿De Melibeo, por ventura?

MOPSO.—Y toma tú mi cayado, que por más que me lo pidiera con ahinco Antígenes (y merecía entonces ser amado), jamás se lo llevó: es muy vistoso, Menalcas, con sus lindos nudos y su regatón de bronce.

EXPLANACION ALEGORICA DE LA EGLOGA V

Así como Virgilio, en la égloga anterior, cantó el nacimiento del Salvador con los versos de las Sibilas que aplicó con no mucha conveniencia al hijo de Polión, nacido en Salona; ahora, en esta égloga V, canta la muerte y la ascensión del Señor con otros versos sibilinos, que él aplica a Julio César, so el nombre pastoral de Dafnis. No faltan quienes dicen que el poeta llora la muerte de un hermano suyo; pero este verso es auténticamente sibilino: *Las ninfas lloraban muerto.* Y lo es aquel otro: *El blanco Dafnis, admirado, mira el umbral del desusado Olimpo.* El poeta mezcla algo suyo, por ignorar su verdadero alcance, para que el vaticinio viniera bien a aquel a quien iba enderezado.

En nuestros montes compite contigo sólo Amintas...—Puesto que Mopso había dicho que era lo mejor cantar en la sombra verde de la gruta, el viejo Menalcas se chancea con el joven Mopso y le dice que él no se atreverá a tal cosa; que a Mopso nadie en la tierra le gana a cantar, ni entre los pastores de aquella comarca quien compita con él, excepto Amintas. Amintas era un mozo de la misma edad que Mopso, y su competidor.

¿Qué mucho, si él mismo disputaría a Febo la palma en el canto?... Impresionó muy desagradablemente a Mopso el recuerdo tan inoportuno de su antagonista; pero responde con mesura, como era de razón contestando a un anciano. No merece mucha loa la competencia, sino la victoria; quien quiera puede contender con Hércules, pero no derrotarle.

Comienza, Mopso, tú el primero... Aquí el pastor viejo habla ya seriamente y le indica materias dignas de ser cantadas: las impaciencias del amor, la excelencia del arte, el amor de la patria.

Tú manda luego... — Dícelo con desabrimiento: cuando yo haya cantado esto, verás que mi canto es tal, que te avergonzarás de haber mentado a Amintas. El adverbio luego (*deinde*) indica enojo.

Cuanto el blando sauce...—Menalcas advierte que Mopso está desabrido; por eso le significa que lo dijo por donaire y broma y que le estima mucho más que a Amintas.

A mi ver...—Con ese inciso reticente: *judiclo meo* (a mi ver) demuestra que no hay en ello adulación, sino que éste es realmente su criterio, expresado de buena fe. Es razón que Mopso se conforme con este juicio, puesto que se consideraba molestado.

Las ninfas lloraban muerto a Dafnis...—Introduce el nombre de Dafnis, ora fuese Dafnis un cierto hijo de Mercurio, mancebo lindísimo, ora fuese un labrador de Sicilia, rico de tierras y ganados, a quien algunos atribuyen la invención del poema bucólico. Dice, pues, alegóricamente, que la Naturaleza toda se condolió de la muerte de Cristo, y en primer término las ninfas, es decir, los espíritus celestiales.

Vosotros, avellanos...—El Cielo y las criaturas inferiores, con sus temblores y su desquiciamiento, demostraron hasta qué punto los seres superiores afectáronse por la muerte del Criador.

Mientras la madre, abrazada al lastimoso cuerpo de su hijo...—Inmediatamente después de los dioses, pone a Roma, madre muy próxima a la divinidad.

Llama a los dioses crueles y crueles a los astros...—Esto dice, a la manera de los gentiles, abominable para vosotros. Los paganos, cuando una cosa no les sucedía a la medida de su deseo, llamaban a su Júpiter zahareño y cruel; en cambio, nuestro Dios, que es el verdadero, toca de un confín a otro confín fuertemente y todo lo dispone con suavidad.

No hubo por quien fuesen conducidos los bueyes, tras el pastor...—Consternación de rabadanes; esto es, de los Apóstoles de Cristo, y cesación temporal de la predicación evangélica en la muerte de Cristo. No hubo quienes enseñasen ni quien quisiera oír, porque el pánico puso desvarío en su razón.

Dafnis, gimieron por tu muerte los leones africanos...—Aun los mismos leones, fieras las más fieras y más ajenas a todo sentimiento de humanidad, condoliéronse de la muerte de Cristo, a saber: una gran multitud de judíos y de gentiles, como el Centurión, como Pilatos y los asistentes a la crucifixión, que de vuelta a Jerusalén herían sus pechos.

Y aun los montes fieros...—Con los bramidos de los leones, los montes y las selvas resonaban tanto, que de lejos los hombres podían oírlos. Los avellanos y los ríos atestiguaron el duelo de las ninfas, cosa que de otra manera no podríamos saber, pues no vivimos en su compañía, y los montes y las selvas atestiguaron el de los leones, puesto que éstos huyen de nuestro comercio y sociedad. Acaso sea ello una alusión al quebrantamiento de las peñas, a la apertura de los sepulcros y a los temblores del suelo.

Enseñó Dafnis a uncir al carro los armenios tigres...— Cristo, el fundador de una religión nueva y eterna, sujetó a la coyunda los cuellos indómitos y cerreros de los tigres y los acostumbró a llevar el yugo.

A conducir las danzas báquicas...—Servio dice que esto pertenece a la historia, puesto que César fué el primero que introdujo en Roma el culto del padre Liber. No recuerdo yo haber leído en ningún otro autor cosa que a esto se parezca ni es verosímil, pues antes de Augusto se celebraban ya en Roma fiestas en loor de Baco. Yo seguiré en el sistema de interpretación que me propuse. Recuerda Virgilio de una manera especial el culto de Baco, porque los antiguos creyeron que pertenecía a la purgación de las almas

y que le llamaron *Liber* porque aliviaba el espíritu de cuidados y de molestias.

Cual la vid honra al árbol...—Cristo es la Cabeza del mundo y la gloria de las almas.

Después que los hados se te arrebataron...—Eso no se ha de entender en el sentido de que después de la muerte de Cristo el mundo se quedó en puro campo de soledad, pues a seguida añade: «Esparcid hojas por el suelo», sino en el sentido de que a raíz del suplicio de Cristo cesó la doctrina celestial y la formación de la piedad, y momentáneamente el espíritu de los Apóstoles se quedó como pasmado, y en lugar de la confianza cundió el miedo y la deserción, y la huída de la vida, y de la salvación. A esto hace referencia lo que sigue:

Donde muchas veces confiamos a los surcos lucio trigo...—A los Apóstoles, que fueron los primeros que se formaron en la doctrina de Cristo, se les confió la semilla de la eterna bienaventuranza, para que ellos la percibieran y la transmitieran a los otros. Ellos echaron las primeras flores y espigas, que degeneraron harto pronto de la semilla y de la mies de las primeras recolecciones.

Esparcid hojas por el suelo...—Después de la resurrección de Cristo síguese una universal renovación y reflorecimiento, y mostróse una nueva alegría a los pastores, a saber: a los Apóstoles a quien hizo el Señor pastores de su grey.

Y hacedle un túmulo...—Es decir, el recuerdo perenne de la muerte de Cristo que la Iglesia tiene siempre delante de sus ojos. ¿Qué otra cosa es un túmulo sino un memorial de la muerte?

Y poned estos versos en el túmulo...—A saber: la inscripción puesta en la Cruz, que es su gran elogio.

Dafnis fué en las selvas...—No escribáis como para todos los otros muertos: Aquí está enterrado. Vive El no solamente en la tierra, sino que también se le conoce en el coro de los astros, amado de los hombres y de los ángeles.

Ahora a las estrellas encumbrado... El Hijo de Dios descendió del Cielo para hacerse hombre; y una vez hecho hombre de la tierra subió al Cielo. Cristo-Hombre comenzó por la tierra a ser conocido y luego se remontó al cielo.

De hermosa grey, pastor muy más hermoso...—Este pastor, el más hermoso de todos los pastores, el más puro, el más bueno, no admite en sus pastos y en su reino sino a los hermosos, a los puros, a los buenos. Y es precisamente El quien les hace tales si a El se confían para que los reforme y los refunda. A esto se refiere aquel versículo del Salmo XV, en donde el Señor mismo habla así: «La suerte de mi heredad cayó en lugares excelentes, pues mi heredad se hermoseó sobre mí.» Tocáronle en suerte a Cristo los ángeles y los santos; éstos son el rebaño del pastor más hermoso de los hijos de los hombres, en cuyos labios la gracia puso su miel y su dulzura.

Tal es tu canto para el gusto mío... Si el poema del asesinato de César, por otra parte tan amargo para los amigos de Octaviano y que hizo a muchos tanto daño, a nadie aprovechó, tan agradable fué al pastor, ¿qué no será para nosotros el recuerdo de la pasión de Cristo, de la que redundó en el linaje humano salud imperecedera?

Iguales no sólo a tu maestro en el tañido, mas en la voz también... Porque Mopso, en un acceso de eno-

jo por la desafortunada mención de su rival, había dicho: «Tú manda luego que contienda Amintas»; ahora Menalcas, con desdén del émulo, le declara igual a su maestro, Esta alabanza desarruga el ceño a Mopso, pues aquella primera: «Cuanto el blando sauce...», podría parecer inspirada y dicha para apaciguar su enojo; ahora, hecha la prueba de tu canto, es más veraz y justificada.

¡Mancebo venturoso!...—Exclamación, hija, no ya de la aprobación del canto, sino de la admiración.

Pero nosotros de cualquier manera...—Hasta tal punto aprueba el canto de Mopso, que dice que él no es capaz de cosa igual; pero que, de todos modos, va a tomar su vez y cantará.

Encumbraré a tu Dafnis...—Tuyo, porque primero fué mencionado y alabado por ti, o porque tú eres más amigo de Octaviano, su heredero.

A mí también me ha querido Dafnis...—No creo que ese pasaje pueda referirse a Virgilio, que creo que no llegó a conocer a Julio César ni a verlo siquiera. Era niño Virgilio todavía cuando fué asesinado, ni vió ni oyó nada de Virgilio Cicerón, que sólo dos años sobrevivió a César. Es, por tanto, una invención gratuita aquello que escribió no sé quién en una *Vida de Virgilio*, como otras tantas invenciones irresponsables recogidas en los mentideros públicos, de que Cicerón exclamase: «Esta es la otra grande esperanza de Roma.» Así que bajo la persona del anciano Menalcas se aplican a Virgilio; pero es dudoso cuál de los dos sea Virgilio.

¿Hay don que a mi juicio valga tanto?...—La respuesta mansa—dice el sabio—quebranta la ira. Mopso, ya más aplacado y más blando, responde a lo que le había dicho: «Pero nosotros de cualquier manera.» No dudo, le viene a decir, que tu canto será muy bueno por ser la materia tan excelente y porque previamente me la alabó Estimicón, que es muy buen juez en este punto. Para mí será un gran regalo y un gran premio el oírla.

El blanco Dafnis...—Antes cantó la Sibila la muerte de Cristo; aquí canta su gloriosa ascensión a los cielos y la eterna permanencia de su reino. La humanidad de Cristo sublimada en el cielo se goza de ver cómo todas las cosas le están sometidas, lo que sabemos ya por las Sagradas Letras.

Bajo sus pies, nubes y estrellas... Es decir, todo lo celeste y todo lo terrestre.

Por selvas y por campos una ágil alegría...—De la ascensión de Cristo a los cielos provino un júbilo indecible; en primer término a los apóstoles, por haber recibido directamente el Espíritu Santo, y después a los hombres todos. Dice: *En subiendo a lo Alto condujo cautiva a nuestra cautividad, distribuyó dones a los hombres.*

Y ni el lobo medita celadas al rebaño ni la tendida red las pone al ciervo...—La paz de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento de los superiores con los inferiores, de los fieros con los mansos, de los astutos con los sencillos, igualándolo todo la caridad y poniendo en todo seguridad y defensa.

Ama el reposo el bienhadado Dafnis...—La caridad es un peculiar precepto de Cristo, y su herencia es la paz.

Clamor jocundo...—El Espíritu Santo está difundido en nuestros corazones por Jesucristo, dice San Pablo. Henchidos de ese júbilo, conocemos quién sea Cristo Jesús y con-

fesamos que es Dios. Pues nadie dice: «Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo.» Y en el Evangelio se lee: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque la carne y la sangre no te lo reveló sino mi Padre que está en los cielos.* Mas los montes (es a saber: los príncipes de la Iglesia y sus doctores), las peñas (esto es: la medianía de los fieles) y los árboles (es decir, la multitud del pueblo) todos, de concierto, reconocen y adoran claramente la divinidad de Cristo.

Menalcas...—Esto va para aquel que se aflige y llora la muerte de Cristo. Y, en cambio, ¿tú qué lloras?, o, mejor, ¿por qué estás tan contento? Dios es El. ¿Qué buscas? ¿Al Dios viviente búscasle entre los muertos? Dios es y eternamente vive. Por ello vuelve al corazón la alegría y la inquebrantable esperanza de la gloria sin fin, como lo pide el verso inmediato para confirmar el vaticinio y ratificar lo que nosotros nos prometemos de El a tenor de sus órdenes y de sus mandatos.

¡Sé a los tuyos bondadoso y venturoso!...—Muy bien dice a los tuyos, a los que tienen puesta su confianza en Ti, a los que a Ti se agregan hasta el límite posible y acuden a tu patrocinio como a un asilo; haz que sean francamente tuyos todos aquellos que te imploran.

He aquí cuatro aras...—Acaso Virgilio, a fuer de gentil, añade esto de su propia cosecha, y se extiende a su placer en la mención de Apolo, bien por su poema pastoral, bien porque es el dios de todos los poetas o por César Augusto. En el caso de que este inciso sea de la Sibila, simboliza la adoración de la Humanidad de Cristo en Dafnis y de la Divinidad en Apolo; por esto, con referencia a Dafnis, dijo aras, y con relación a Apolo dijo altares, pues dícese que éstos son propios de los dioses nativos, mientras las aras lo son de aquellos que de mortales que eran se elevaron a la categoría de dioses; fuera de que Cristo es el mismo Febo, esto es, el sol de justicia y de verdad.

Y, sobre todo, regocijando con mucho vino los convites...—El sacrificio de Cristo celébrase no como el de un muerto: con tristeza, con silencio y duelo, sino con alegría y júbilo, como de quien vive y reina, eterno medianero de nuestra paz y de nuestra gracia ante el acatamiento del Padre.

Esto tendrás perpetuo siempre...—El sacrificio de Cristo y su culto en la Iglesia no tendrá fin sino cuando lo tuviera el linaje humano y el mundo físico. *Este es*—dijo—*el Cáliz del nuevo y eterno testamento.* Y San Pablo dice: *Todas las veces que comiereis aquel Pan y bebiereis del Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que viniere.*

Como a Baco y a Ceres...—Cual a los dioses más necesarios en la vida y sin los cuales los hombres no pueden hacer vida larga, así también a Ti se enderezarán votos. Tú no puedes menos que ellos, pues así como ellos condescienden con estos anhelos, así también lo harás Tú.

Esta flauta fué la que cantaba: En fuego ardía Coridón por el hermoso Alexis...—De este pasaje podrían algunos colegir que Menalcas era Virgilio; pero no parece que sea así, pues no acostumbra Virgilio anteponer a otro el personaje que asume: *Tú eres el mayor Menalcas.* Y aquella alabanza: *Iguales no sólo a tu maestro en el tañido, mas en la voz también,* aprópiase a Virgilio mejor. Acaso son dos los otros pastores, prescindiendo de la persona de Virgilio.

EGLOGA VI

SILENO

Fué mi Musa la primera que acertó a cantar en verso siracusano, y no se corrió de morar en las selvas. Mientras cantaba reyes y batallas, Cintio tiró de mi oreja y me hizo este advertimiento: «Conviénele al pastor pacer ovejas gordas, Títiro, y decir versos campestres.» Ahora yo (pues siempre sobrarán quienes, ¡oh Varo!, deseen decir tus loores en levantado verso y cantar las tristes guerras) ensayaré tonos agrestes en feble caramillo. Mandado soy. Pero si alguno ya, si alguno hubiere que lo leyere, de mi amor prendado a ti, ¡oh Varo!, nuestros tamariscos te cantarán, a ti te cantará el bosque todo. Ni a Febo cae más en grado cosa alguna que la página que al frente lleva el nombre de Varo. Dad comienzo, Piérides.

Cromis y Mnasilos, dos mozos, vieron en una cueva a Sileno, que yacía en sueño, y, como siempre, hinchadas las venas del vino que bebió el día pasado; caídas de la cabeza, por el suelo, tiradas lejos, estaban las guirnaldas y colgado del asa ya gastada, un cántaro pesado. Dan sobre él los mozos (pues hartas veces el anciano les burlara con la esperanza de su canto), y le aprisionan con su guirnalda misma. Eglé llega y se asocia y presta ayuda a los medrosos; Eglé, la más hermosa de las náyades, y al ya despierto pinta la frente y sienes de moras como sangre. El, riendo del engaño: «¿Para qué fin me atáis, zagales?—dice—; soltadme ya. Asaz teníais con haberme podido ver. Oíd los versos que queréis; los versos a vosotros, que a ésa yo la satisfaré con otra cosa.» Y comienza luego al punto.

Vieras entonces conmoverse en ritmo los faunos y las fieras, y las encinas duras menear las copas a compás; ni tanto el rupestre Parnaso con Febo se recrea, ni tanto el Ródope y el Ismaro admíranse de Orfeo.

Pues que cantaba en qué manera habíanse juntado en el gran vacío las simientes de la tierra, del aire y del piélago y del fuego puro; cómo de estos primeros elementos todo tomó principio, y cómo la tierna redondez del orbe poco a poco se iba cuajando; cómo empezó el suelo a endurecerse y a retirarse a su lecho el mar y cómo las cosas iban tomando su propia figura, y cómo la tierra se pasmaba de ver lucir un nuevo sol, y cómo del vuelo de las nubes altaneras caía el agua en largos hilos, y cómo empezaban a crecer las selvas, y cómo por los montes ignorados los raros animales vagabundeaban. Canta luego cómo Pirra tiró los pedernales, canta el reinado de Saturno, los buitres del Cáucaso y el hurto de Prometeo; y a esto añade en cuál fuente fué abandonado Hilas al paso que los marineros le llamaban por manera que resonaba: «¡Hilas! ¡Hilas!», toda la ribera. Y consuela a Pasifae, venturosa, si vacadas no hubiera, con el amor del toro blanco. ¡Ay!, ¿qué demencia te tomó, doncella desdichada? Las hijas de Preto hincheron los ejidos con prestados mugidos, pero ninguna siguió tan afrentosos ayuntamientos, aunque para su cuello hubiera temido el ara-

do y muchas veces en la frente tersa hubiera buscado cuernos. ¡Ay virgen infeliz, ahora tú andas por la montaña errante! Y él, recostado el nevado lado en el blando jacinto, bajo una negra encina, rumia amortecidas hierbas o, por ventura, sigue alguna vaca en la grande vacada. ¡Cerrad, ¡oh ninfas, ninfas Dicteas!, cerrad ya las salidas de los bosques; si acaso encontraré, obvias a mis ojos, las vagas pisadas de mi toro; tal vez algunas vacas lo devuelvan a los fortinios establos, tras haberse prendado de hierba verde o haber ido en pos de los rebaños.

Entonces canta a la doncella que admiró la fruta de las Hespérides. Y luego, cómo las hijas de Faetonte se vistieron de musgosa corteza amarga y álzanse del suelo, súbitos, los álamos. Canta entonces a Galo, errante en la ribera del Permeso, y cómo una de las nueve hermanas le guió a las montañas de la Aonia y cómo todo el coro de poetas se puso en pie ante el varón de Febo, y cómo el pastor Lino, de cantar divino, ornados sus cabellos de flores y de apio amargo, estas cosas le dice: «Acepta, ea, que te las dan las musas, estas flautas que fueron del anciano Ascreo, con que él solía, a su tañido, hacer bajar del monte los inflexibles fresnos. Canta con ellos el origen de la Grinea selva, que no haya otro bosque de que se precie más Apolo. ¿Qué diré aún de la Escila de Niso, a quien pregonó que blanca y ceñidas las ingles de monstruos aulladores, vejó las naves duliquias, y en la hondura del ponto, ¡ay!, destrozó con sus marinos canes a los aterrorizados navegantes? O ¿en qué manera narró los miembros de Tereo transformados, los manjares que le aderezaba Filomela, y los dones que le preparó; por qué caminos emigró al desierto y, antes, con qué alas voló sobre su casa la infelice? Todas las cosas que tiempo atrás, cuando cantaba Febo, oyó el Eurotas bienaventurado, y quiso que los lauros las aprendiesen, canta Sileno asimismo: (Los valles heridos las cantan a los astros), hasta que el Véspero obligó a contar y a recoger las ovejas en los apriscos y fué avanzando por el embelesado Olimpo.»

EXPLICACION ALEGORICA DE LA EGLOGA VI

Esta égloga trata de misterios abstrusos, a saber: de los comienzos de las cosas y de la teología gentílica. Encarece la virtud de las musas, que lo saben todo; celebran a los dioses, a los héroes, a los grandes hombres Galo y Varo; penetran en las intimidades de la Naturaleza.

Su nombre indica su afán por explorar y conocer por qué tienen la ciencia de todas las cosas. Ridícula es la opinión de los indoctos, que creen que la misión de las musas se limita a versos y cancioncillas. Es de la esfera de la influencia de la musa el conocimiento de las cosas divinas y humanas, lo cual declara Virgilio en su libro II de las *Geórgicas*:

«Ténganme a mí las Musas sobre cualquiera otra cosa dulces, cuyos

ritos celebro y en cuyo gran amor estoy prendido; muéstrenme ellas los caminos del cielo y muéstrenme los astros, los varios fallecimientos del sol y los desfallecimientos de la luna; de dónde el temblor viene a las tierras; con qué fuerza, rotas sus vallas, los profundos mares se entumecen y después se recogen en sí mismos; por qué los soles invernales se apresuran tanto a mojarse en el Océano o qué retardo detiene las perezosas noches del estío.»

Sabemos que los Silenos fueron dos: uno muy viejo, pegajoso e instructor de Baco; el otro muy posterior a él, sabio, contemporáneo de Ciro, cuya es aquella sentencia a Creso, rey de los lidios: *Lo mejor es no nacer*; y *cercano a esto, morir muy pronto.* Baco es dios de los poetas como Apolo. El Parnaso, monte en dos cumbres dividido: la una estaba consagrada a Febo; la otra, a Baco. Demás de éstos, los vates se coronaban bien con hojas de laurel, que era el árbol de Febo, bien con hojas de hiedra, que estaba consagrada a Baco. Por Sileno, maestro de Baco, es razón que se entienda la misma Musa por quien fué enseñado el dios de los poetas, Baco. Por todo esto se ha dicho que esta égloga rebasa la materia pastoral.

Fué mi Musa la primera que acertó a cantar verso siracusano...—Yo, a este verso, lo entiendo así: Nuestra Musa, que es la que preside el campo, fué la primera que se dignó cantar en verso teocriteo y consagrarse a temas agrestes.

¡Oh Varo!, deseen decir tus loores...—Quintilio Varo, capitán del ejército que infligió graves derrotas a los germanos, a lo último sufrió de Arminio, germano, un desastre de gigantescas proporciones, en el cual él se suicidó, no sufriendo ya vivir después de tamaña ignominia. Cuando ello sucedió, Virgilio ya había muerto.

Si alguno hubiere que lo leyere, de mi amor prendado...—¡Con cuánta modestia habla Virgilio de sí mismo, como si viniere a decir que no merecen lector sus cosas, si no interviniere una benévola simpatía para conmigo!

A ti, ¡oh Varo!, nuestros tamariscos...—Serás celebrado mientras este poema bucólico mío tuviere un lector.

Ni a Febo cae más en grado cosa alguna...—En ninguna suerte de poema infunde Febo su favor, su gracia y su venusta gentileza como en aquel que se le dedica, cantando, a Varo.

Cromis y Mnasilos...—Dos mozos que despiertan de su modorra a las Musas de su tiempo dormidas, entumecidas de letargo.

Hinchadas las venas del vino...—Así era de razón que se mostrase el compañero y pedagogo de Baco, como también aquel gran poeta de quien se dice en la sátira de Horacio:

Por las alabanzas que hizo del vino, Homero es acusado de vinoso.... como también Ennio y otros. De ahí el añejo proverbio: *Si fueres aguado, no harás poema que valga maldita la cosa.*

Que bebió el día antes...—De Marcial es la frase: *Heder a vino de ayer.*

Tiradas lejos había las guirnaldas...—Siglo descuidado del lustre que se debe a la poesía y a las letras de humanidad. Ninguno había que anhelara ser coronado. El sentido de ese verso es que nada había junto a él sino las guirnaldas que habían resbalado de su cabeza. A eso

pertenece lo que dice luego: le atan con sus mismas guirnaldas; porque no tenían otra cosa con qué maniatar al anciano.

Hartas veces el anciano los burlara con la esperanza del canto...—No hay que cejar en el empeño de atesorar erudición; si fracasa el primer conato, hanse de inventar otros. Todo lo vence el ímprobo y porfiado trabajo.

Y le aprisionan con su guirnalda misma...—La misma consideración de que la erudición goza avivó en los ingenios el deseo de detener las Musas en su poder y despertarlas de su amodorramiento, los unos, por codicia de gloria; los mejores, por codicia de saber. Las guirnaldas son el hermoso distintivo de la doctrina, ora sea la hermosura del conocimiento, ora el deseo de sobresalir.

Egle llega y se asocia...—A aquellos espíritus varoniles recios se unen otros femeninos y muelles, quienes, en sus investigaciones científicas, buscan lucros o cosa parecida.

Y presta ayuda a los medrosos... Es decir, a los que no estaban seguros y tranquilos de que Sileno no se desembarazase de sus ataduras.

Pinta la frente y sienes con moras como sangre...—Los mozos ligan y detienen a Sileno; pero la desenvuelta moza se burla de él y le ofrece a la burla de los otros. Los ingenios bien nacidos, con su trabajo y con su esmero, aliñan las Musas, y las detienen en su compañía; mas los hombres viles y las ruines almas las deforman y deshonran y las tratan de tal modo, que las exponen a las irrisiones del vulgo.

Ya despierto...—Los mozos le estimulan a que cante; la pícara doncella, cuando está despierto, le burla. La erudición que los caracteres excelentes acicalan, los espíritus degenerados la malbaratan y traducen a los placeres y al dinero.

El, riendo del engaño...—Quéjanse muchos de que la doctrina es fugaz y no puede retenerse fácilmente. La culpa está en nosotros, que no queremos ejercitarla; no en las cosas, que siempre están disponibles y a nuestro alcance.

Asaz teníais con haberme podido ver...—Bastante es que hayáis una vez topado con las Musas; no huirán en lo sucesivo, sino que se os ofrecerán fáciles y gustosas.

Oíd los versos que queréis...—Vosotros, varones, recibiréis la instrucción que eligiereis; ése será el galardón de vuestro trabajo; mas para el ánimo afeminado, el dinero será el precio de su desvelo.

Vieras entonces conmoverse en ritmo...—A todos contenta y alegra la erudición servida por la elocuencia. El mito de Orfeo no es más que esa conjugación feliz, y a ella asigna Cicerón la invención de las ciudades.

Los faunos y las fieras...—La erudición domestica y amansa los ingenios cerriles y salvajes.

Y las encinas duras menear las copas a compás...—Alusión a lo que dice de Orfeo Cicerón en su discurso *Pro Archia poeta*: Las selvas y las soledumbres responden a la voz y con frecuencia las bestias feroces se impresionan por el canto y se detienen con una pata en alto.

Ni tanto se recrea con Febo...—Cierto es que Febo y Orfeo cantan con mucha mayor suavidad; pero hay más ciencia y conocimiento de la Naturaleza en el canto de Sileno, y por esto, deleite más subido y sutil.

Pues que cantaba en qué manera...—Cantaba el misterioso y pujante comienzo de todas las cosas y sus orígenes más abstrusos, sacados

del más recóndito sagrario de la filosofía. Huelga aquí toda explanación alegórica. La misma materia es harto grande de suyo y digna del más noble de los tonos.

Canta luego cómo Pirra tiró los pedernales...—Tras la formación del mundo, Virgilio sigue, punto por punto, el curso de la vida de los dioses, de los héroes, de los hombres; no disuena esto del principio, sino que todo es coherente y trabado.

Pasifae venturosa si vacadas no hubiera...—Quizá este sentido se quede algún tanto oscuro. El poeta introduce a Pasifae, consolándose con el amor del toro joven, de modo que las palabras que siguen son de la misma Pasifae: *¡Ay desdichada doncella!*, con las cuales se consuela de la ausencia del toro y maldice su furiosa pasión. Ese apóstrofe a sí misma, en segunda persona, es altamente patético, como aquel que ya vimos en la égloga segunda: *¡Ah Coridón, Coridón!, ¿qué locura te ha tomado?* Luego vuelve a la primera persona: *Si acaso encontraré obvias a mis ojos*; esto es, si intenta venir acá, si endereza a mí sus pasos, *cerrad*—dice—*cerrad ya las salidas de los bosques porque no venga.* Por ventura vendrá, bien en busca de verde pasto, bien en seguimiento de alguna vaca. Si viniere, empujadle bosque adentro para que el furor de ese amor tan feo se mitigue con su ausencia, en vez de irritarse con su vista.

Canta entonces a Galo...—Nada hay en todo este poema ni más venusto ni más dictado por el aliento de las Musas. Gran alabanza esta de Cornelio Galo, que también fué poeta, de quien ya habló anteriormente en *Alexis* y más tarde cantará en *Galo.*

Errante...—Ocupado en estudios de sabiduría, con su ingenio vagando a placer, por los santos lugares de las Musas.

Cómo le guió a las montañas de la Aonia...—El estudio de una disciplina conduce poco a poco al conocimiento de las otras.

Y cómo todo el coro de poetas se puso en pie ante el varón de Febo...—Las mismas Musas maravilláronse de su ingenio, y así que lo vieron y lo conocieron comenzaron a amarle y se le demostraron fáciles, benignas, corteses y amigables en grado sumo.

Como el pastor Lino de cantar divino...—Llámale divino al cantar, bien porque sea su música extremada, bien porque ese mismo héroe es hijo de Calíope, o porque tuviese intuición profética, como quiere Servio.

Canta el origen de la Grinea selva...—La selva Grinea está en la Jonia, consagrada a Febo. De este bosque y de lo que en él ocurrió, a saber: del vaticinio de Mopso y de Calcante, como también del mismo dios Apolo, escribió un poema Euforión de Calcis. Galo, con harta felicidad, trasladólo del griego al latín, más fiel al argumento y al movimiento y color del poema que a la servidumbre de la letra, por manera que se lo hizo tan suyo como Virgilio su *Eneida* o sus *Bucólicas*, donde imitó a Teócrito y a Homero. Retengamos esto, que nos servirá mucho en la égloga décima. «Por eso —dice—con estas flautas que te dan las Musas celebra el origen y las glorias de la floresta Grinea, como si tú fueras su autor y su inventor, con mayor propiedad que el propio Euforión; con lo cual sucederá, si tú cantas y celebras aquel bosque, que teniendo Febo otros templos y otras selvas, de ninguno reportará más gloria ni más placer que de éste, así celebrado y prestigiado por ti.»

Todas las cosas que tiempo atrás

cantaba Febo...—Queda en duda si aquello mismo que cantó sean de aquellas cantilenas de Febo, de forma que la conclusión sea que Sileno cantó estas y las restantes cosas que acostumbró Febo modular o si, aparte de lo ya dicho, cantó todo lo mismo que cantó Febo, cuando, siendo pastor, apacentaba el rebaño de Admeto. Esto es la interpretación que a mí más me sonríe.

El Eurotas bienaventurado...—Bienaventurado porque gozaba de aquella voz divina.

EGLOGA VII

MELIBEO

CORIDÓN, TIRSIS.

MELIBEO.—Acaso, debajo de una encina que sonaba con un manso ruido, habíase sentado Dafnis, y de consuno, allá habían empujado sus hatos Tirsis y Coridón: las ovejas, Tirsis, y Coridón, las cabras no ordeñadas: ambos de edad florida, de Arcadia ambos y en canto iguales y en respuesta prestos. Allí, en tanto que yo me empleo en amparar del frío los brótanos noveles, desmandado se me fué el cabrón, padre del rebaño, y yéndole a buscar, veo a Dafnis. Mas él como me vió: «De prisa ven aquí—me dice—¡oh Melibeo! Tu chivo está en salvo y tus cabritos, y si te vaga, descansa aquí, a la sombra. Vendrán aquí a beber por ellos mismos los novillos del prado; el Mincio, aquí vistió los verdes márgenes con espadaña tierna y suenan los enjambres en la sagrada encina.» ¿Qué había de hacer, si no tenía a Alcipes ni a Filis que encerrara en el aprisco los corderos destetados, y Coridón y Tirsis tenían gran contienda? Tuve en menos mis veras que la competencia de su juego. Comenzaron, pues, a contender, vez a vez, ambos: que el canto alterno contenta a las musas. Coridón cantaba así, y así cantando replicaba Tirsis.

CORIDÓN.—Libétridas ninfas, amor mío; o concededme como a Codro el canto (pues sus versos son próximos a Febo) o, si no, todos los podemos hacer cual él, de este sagrado pino colgará mi zampoña sonora.

TIRSIS.—¡Oh pastores de Arcadia, ornad con hiedra al poeta que ahora se levanta y que se rompan de envidia los ijares de Codro; o, si se excediere en la loanza, ceñid su frente de bácar, que al vate futuro no le empezca la lengua maldiciente.

CORIDÓN.—El pequeño Micón te ofrece, Delia, esta cabeza de jabalí cerdoso y estos cuernos ramosos de un ciervo vivaz; si le es hacedero, en pulido mármol te pondrá una estatua y meterá tus piernas en un coturno de grana.

TIRSIS.—Asaz tendrás con esperar, ¡oh Príapo!, cada un año, un gran cuenco de leche y estas tortas: guardián eres de un pobre huerto. Ahora de mármol te hice, según el tiempo; pero si la cría aumentare mi rebaño, tú serás de oro.

CORIDÓN.—¡Oh hija de Nereo, Galatea, para mí más sabrosa que el tomillo hibleo, cándida más que los cisnes y más hermosa que la hiedra blanca!, tan pronto como tornen del pasto las vacadas, ven también tú, si de Coridón eres cuidadosa.

TIRSIS.—Antes yo te parezca más

amargo que la hierba de Cerdeña; más áspero que zarza; más vil que el alga que la mar echó, si este día de hoy no se me hace más largo que todo el año... Si vergüenza tenéis, idos, pacidos, idos a casa ya, los mis novillos.

Coridón. — Fuentes musgosas y hierba más que el sueño blanda, verde madroño que os abriga con su sombra clara, defended el ganado del solsticio, ya vino el tostado estío; ya en el sarmiento lento hínchanse las yemas.

Tirsis.—Aquí hay hogar y teoso pino; aquí siempre grueso fuego y del asiduo hollín negras son las puertas, y así nos da pesadumbre el Bóreas frío como al lobo el hato numeroso o la ribera a los hinchados ríos.

Coridón.—Está yerto el enebro; enerizados los castaños están; por todo el suelo los frutos desgajados de su árbol están aquí y allí; todo ríe ahora; mas si el hermoso Alexis de estos montes se ausentara, veríamos los ríos agostarse.

Tirsis.—El campo seco está; por malicia del aire muere la hierba de sed; Liber niega a los collados las pampanosas sombras; mas si vuelve mi Filis reverdecerá el bosque en hoja nueva y en leda lluvia el copioso Júpiter descenderá del cielo.

Coridón.—El álamo es gratísimo a Alcides; la vid a Baco; el mirto a la hermosa Venus, y su laurel a Febo. Filis ama el avellano; mientras el avellano ame Filis, ni el mirto la vencerá ni el laurel de Febo.

Tirsis.—En las selvas, el fresno es hermosísimo y el pino lo es en los huertos; el álamo, en los ríos, y el abeto, en los montes altos. Mas si contino, Lícidas hermoso, vienes a verme, se te rendirá en las selvas el fresno y en los huertos el pino.

Melibeo.—De esto me acuerdo y de que, aun vencido Tirsis, competía en vano. Desde aquel día, Coridón para mí es Coridón.

EXPLANACION ALEGORICA DE LA EGLOGA VII

Estante en Roma, Virgilio finge asistir a una contienda de dos poetas, uno de los cuales es de creer que fuese favorito suyo; verbigracia, Galo, o Varo, o Asinio Polión, a quien encumbra con su exaltado elogio, para deprimir al otro que acaso fuera uno de sus contrincantes.

Aquí en tanto que yo me empleo en defender del frío los brótanos noveles...—Mientras estaba entregado al culto y al estudio de las musas apacibles, perdí la mayor parte de mi patrimonio; por esa causa vine a Roma.

Veo a Dafnis...—Quiere Virgilio que aquí se entienda por Dafnis a alguno de los amigos de César, hombre de letras que le dió buenas esperanzas de las tierras que perdiera; por eso le invita a oír el certamen musical y a arbitrarlo segura y descansadamente.

Tu chivo está en salvo...—No ya lo que perdiste, sino lo que aún posees, todo está a buen recaudo; todo esto y mucho más.

Y si te vaga, descansa aquí a la sombra...—Si puedes permanecer algún tiempo fuera de casa y no tienes allí negocio que requiera tu pre-

sencia personal, huelga un poco aquí, a la sombra (alegoría de Roma), haciendo vida descansada, lejos de pleitos y porfías.

Vendrán aquí a beber...—Todos los negocios afluirán aquí donde tendrán solución. Aquí estará el príncipe en persona y todos los capitanes del ejército, y también el mismo Ario, centurión, que te expulsó de tus dominios; todo lo hallarás de nuevo y la tramitación irá como una seda y se terminará a tu gusto.

El Mincio...—Por disimular la alegoría, nombró al río de Mantua, localizando la escena allí.

¿Qué había de hacer?...—Indecisión y perplejidad; no tenía en casa quien vigilara mi hacienda.

Coridón y Tirsis tenían gran contienda...—Y, por cierto, contienda entre verdaderos poetas, digna de ser oída y vista, que bien valía la pena de aflojar algún tanto en el cuidado doméstico, pues más podía interesar a Virgilio prestar atención a aquellos certámenes o, digámoslo así, juegos florales literarios entre los poderosos de Roma, que vigilar su censo rústico.

Libétridas ninfas... —La inspiración lírica baja del cielo, por eso siempre invocan los poetas a los dioses y a las musas.

Amor mío...—En otro lugar dice: *Herido por un amor grande.* De ahí nace la divina locura que arrebata el alma sobre las fuerzas de su naturaleza, acerca de la cual Platón discurre en su *Ión*, diálogo que versa sobre el furor poético.

Concededme como a Codro el canto...—Ajústase en la composición al ejemplo de algún poeta muy grande y aplaudido.

Sus versos son próximos a los de Febo...—Febo es el dios de las Musas. El pastor dice con mesura lo que hiperbólicamente dijo de Homero Silio Itálico: *En el canto igualó a las Musas y en el honor a Febo.* Y de Virgilio, Propercio dice: *Tal brota el canto de tu docta lira, cual la templa el Cintio con su sabio pólice.*

Y si no todos los podemos hacer cual él...—Si el Cielo no nos lo concedió, pues según el dicho resabido, los poetas nacen, no se hacen. Para la poesía es menester una cierta disposición de ingenio, de manera que hartas veces los poetas más grandes son los más ineptos para la vida práctica. En consecuencia, poco valen la diligencia y el estudio, si la naturaleza no te ha hecho para eso.

Pastores, ornad con hiedra...—Coridón invoca el auxilio divino. Tirsis comienza por un denuesto y por un ataque directo al contrincante de quien tiene envidia.

Esta cabeza de jabalí cerdoso...—¡Con cuánta mayor cordura y sencillez Coridón, con el sentido religioso de los campesinos, continúa honrando a los dioses! Mucho mejor y más convenientemente se conduce Coridón que Tirsis.

Meterá tus piernas en un coturno de púrpura...—Porque, cazadora como era, tenía que andar por bosques y selvas, entre malezas y tremedales.

¡Oh hija de Nereo, Galatea!...—Después de los dioses, torna a sus amores de Augusto, que desea que vuelva a Roma cuanto antes así que hubiere puesto fin a la guerra y distribuído su ejército por el campo.

Si de tu Coridón eres cuidadosa... Si nos amas a los que somos los principales amigos tuyos.

Antes yo te parezca más amargo que las hierbas de Cerdeña...—Dice que no solamente desea la vuelta de Augusto, como Coridón, sino que no puede sufrir más tiempo su ausencia.

Este día de hoy se me hace más largo que todo el año...—Este día de tu ausencia anhela la noche del reposo de tráfagos y de guerra, a fin de que pueda gozar del trato y del favor del César.

Idos, pacidos, id a casa ya...—Los villanos no distinguen el tiempo por las horas, sino por señales que les son familiares, por el estío, por la siega; el mediodía, por la siesta del ganado; el véspero, por la vuelta del hato a casa. Quisiera, pues, que su rebaño estuviese ya de retorno del pasto, porque supiese apetecer la noche, todo a la manera rústica, como si los signos fuesen las causas de las cosas.

Si vergüenza tenéis...—Costumbre aldeana también: hablan con sus caballos, con sus bueyes, con sus mastines, como si estuviesen dotados de habla humana, y los amonestan y los alaban y los reprenden y los envían y los vuelven a llamar.

Fuentes musgosas...—De los amores vuelve a su manada, que desea ver defendida de los amigos de Octavio, en el fervor de la distribución de tierras y de represalias militares.

Aquí hay hogar y teoso pino...—Pide que se le ampare del calor, puesto que aquí dice estar seguro del frío; que tiene holgada posición y cuenta con la amistad de los poderosos y no teme ninguna calamidad ni azar adverso alguno; que está despreocupado de ello y que a todo lo tiene por nonada.

Está yerto el enebro...—Con la presencia de Asinio Polión todo está seguro, quieto, floreciente; todo alegre en la Insubria y en la región de Padua, cuyo gobierno desempeñó; pero que si él se alejare, se van a secar los mismos ríos. *Está yerto el enebro,* dice. Paz a los árboles. No se halla quien ose coger los frutos que espontáneamente caen al suelo. Si se marchare Polión, luego al punto se seguirán ruina y tristeza.

El campo seco está...—Coridón va de la presencia a la ausencia; de la alegría a la tristeza. Tirsis, al revés, trata de la llegada de César Augusto, como si por la presencia de Polión los campos no lozaneasen y todo estuviese apaciguado, sino con la de Octavio, a quien da a entender bajo el nombre de Filis.

El álamo es gratísimo a Alcides... Unos dioses se contentan con determinadas cosas y las favorecen, lo cual les comunica honra y valor; pero en tanto, mientras Octavio tome gusto en la poesía, más prez tendrá ella que las restantes artes. O también puede decirse de Polión: Unos se deleitan más en un género de poesía y otros en otra, pero mientras Polión amase el género bucólico, ningún otro se le antepondría, aun cuando mereciere la aprobación de los dioses mayores.

En las selvas, el fresno es hermosísimo...—No recata su desprecio de los árboles, porque su contrincante le había alabado los árboles y da a entender que él prefiere el honor de los poderosos que le acaten y le visiten.

De esto me acuerdo y que aun vencido Tirsis...—Coridón venera a los dioses; Tirsis hostiga al enemigo. Coridón inspírase en la piedad; Tirsis, en la rabia. Coridón invoca a una diosa casta; Tirsis, a un dios obsceno. Coridón canta alegrías; Tirsis, pesares. Tirsis desea egoístamente; Coridón se ofrece con desinterés. Merecida es, pues, la victoria de Coridón.

EGLOGA VIII

EL HECHIZO

DAMÓN, ELFESIBEO.

La musa de Damón y Alfesibeo, pastores, que, contendiendo en el canto, oyó, admirada, la novilla, de la hierba olvidada, de cuyo verso se quedaron las linces espantadas y los mudados ríos reposaron sus cursos con sosiego, diré la musa de Damón y Alfesibeo.

Tú, ora ya sobrepujes los peñascos del gran Timaro, ora cortes la ribera del mar Ilírico, ¿cuándo será llegado aquel día en que yo pueda celebrar tus hechos? ¿Cuándo será que pueda llevar por todo el orbe tus versos solos, dignos del coturno de Sófocles? De ti tomó principio y en ti fenece. Acepta estos versos comenzados por mandamiento tuyo y permite que en torno de las sienes trepe esta errante hiedra en medio de los lauros vencedores.

La fría sombra de la noche no había aún huído del cielo cuando es gratísimo al ganado el rocío en tierna hierba; recostado al tronco rollizo de un olivo, así empezó Damón:

Nace, lucero, ya y previene el almo día, en tanto yo me quejo de mi prometida Nisa, que trocó por otro mi amor, inmerecido amor, y en la hora postrimera de mi vida invoco a los dioses bien que en su testimonio no halle provecho nunca.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh
[flauta mía!

Ménalo tiene un bosque sonoroso; en Ménalo, los pinos son cantores siempre, y oye siempre amores de pastores, y oye a Pan, que fué el primero que no dejó que fuesen mudas las zampoñas.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh
[flauta mía!

A Mopso se da Nisa en casamiento. ¿Qué no esperamos ya los amantes? Unirse han ya los grifos con los caballos, y en la siguiente edad vendrán al agua los medrosos gamos con los perros.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh
[flauta mía!

Astilla, Mopso, nuevas teas, que a ti la esposa es conducida; echa nueces, marido; Véspero deja para ti el Eta. ¡Oh tú, casada con un varón digno, que a todos los demás tienes en nada, mientras mi flauta te es aborrecible y te lo son mis cabras y te lo es mi sobrecejo montesino y mi barba en cierne, y crees que ningún dios tiene cuidado de los mortales!

Versos menalios conmigo entona, ¡oh
[flauta mía!

Pequeña, y con tu madre (y yo por guía), te vi en nuestro huerto coger frutas cubiertas de aljófar matutino; ya entonces yo tenía doce años; ya, desde el suelo alcanzaba las ramas quebradizas. Cuando te vide, ¡cómo me perdí! ¡Cómo, en pos de sí, me llevó preso un falso engaño!

Versos menalios conmigo entona, ¡oh [flauta mía!

Ahora sé qué es amor. En breñas duras, o el Timaro, o el Ródope, o los extremos Garamantes le dan el ser; rapaz, no de linaje nuestro ni de sangre nuestra.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh [flauta mía!

El cruel amor enseñó a la madre a mancillar sus manos con sangre de sus hijos. Cruel tú también, madre. ¿Fué la madre más cruel, o fué el rapaz malvado? Fué malvado el rapaz, y también tú fuiste cruel, ¡oh madre!

Versos menalios conmigo entona, ¡oh [flauta mía!

Ahora, ya el lobo de las ovejas huya; lleven naranjas las encinas duras; el olmo florezca de narcisos; la corteza del tamarisco sude ámbares; compitan con los cisnes las lechuzas; Títiro sea Orfeo; Orfeo, en los bosques; Arión, entre delfines.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh [flauta mía!

Abísmese en el mar el mundo todo. Vivid, ¡oh selvas!, que yo del alto risco despeñado iré rodando hasta las ondas; ten este postrer don del que se muere.

Cesa, zampoña, cesa ya en los menalios [versos

Esto, Damón; vosotras, Piérides, referid lo que Alfesibeo ha respondido, porque no todos lo podemos todo.

Alfesibeo.—Trae agua, Amarilis, y con una venda blanca cerca estos altares; enciende pingües verbenas e incienso macho; experimentaré si por arte de magia podré trastornar los sentidos al amante. No falte aquí sino el canto.

Traed conjuros míos, de la ciudad a [casa, traed a Dafnis.

Los conjuros pueden hacer bajar la luna del cielo, y Circe, con conjuros, transformó los compañeros de Ulises; con conjuros, en el prado revienta la aterida sierpe.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a [casa, traed a Dafnis.

Lo primero, te cerco estos tres lizos de tres en tres y de color diverso; y tres veces traigo en efigie alrededor de estos altares, que el número de tres al dios agrada.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a [casa, traed a Dafnis.

Amarilis anuda con tres nudos, de tres en tres, los lizos de colores; anúdalos ahora, Amarilis, y di: Son vínculos de Venus los que anudo.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a [casa, traed a Dafnis.

Así como este barro se endurece; así como esta cera se torna blanda con uno y mismo fuego, es de este modo el amor de Dafnis. Esparce salsamola e, impregnado de betún, enciende el laurel frágil. El crudo Dafnis me abrasa y yo, en este laurel, prendo fuego a Dafnis.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a [casa, traed a Dafnis.

Tal sea a Dafnis el amor, cual el que tiene la novilla cuando, cansada de buscar a su toro por los bos-

ques, sobre las verdes ovas, junto al río, reclina su costado, extraviada y olvidada de retornar en la tardía noche; tal amor tengas tú y yo no tenga cuidado de que cures.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a
[casa, traed a Dafnis.

Dejóme, tiempo atrás, estos despojos, caras prendas entonces, aquel pérfido, que yo ahora, en el umbral mismo, te doy, ¡oh tierra!, que a Dafnis me deben estas prendas.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a
[casa, traed a Dafnis.

Meris me dió estas hierbas, estas ponzoñas recogidas en el Ponto (nacen muy muchas en el Ponto); con ellas hartas veces yo vi a Meris trocarse en lobo y esconderse en las selvas; vi hartas veces salir ánimas del hondo del sepulcro y vi pasar las mieses al campo ajeno.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a
[casa, traed a Dafnis.

Saca, Amarilis, las cenizas fuera y échalas luego en el corriente río, por la espalda, y no las mires. Con ellas yo acosaré a Dafnis; no cura él de dioses ni de conjuros cura.

Traed, conjuros míos, de la ciudad a
[casa, traed a Dafnis.

¡Mira, en el altar prendió llamas temblantes de grado suyo la ceniza misma, mientras yo me detuve! Cierto, no sé qué parabién es éste, e Hilax ladra en el umbral. ¿Lo creeré? ¿Acaso los que aman no se fingen sueños ellos mismos?

Cesad ya, mis conjuros, cesad, que viene
[de la ciudad mi Dafnis.

EXPLANACION ALEGORICA DE LA EGLOGA VIII

Dos pastores cantan; enójase el uno porque la alabanza, y la honra, y los premios de las Musas se confieren a los indignos y no merecedores; el otro, porque repara que honradamente y con buenas artes no puede conseguir el favor y la gloria: búscalos con manejos, habilidad y astucia. En uno y en otro, Virgilio hace lo suyo, pues hostiga a los poetas malos y reprende muchas veces el craso juicio de nobleza.

De la hierba olvidada...—Ese poema, a par del poema órfico, impresiona y sojuzga a los brutos irracionales; con todo, es querelloso y no consigue sus deseos.

Contendiendo..., no a fuer de rivales, como se verá en la égloga inmediata, sino amistosamente, para exhalar sus respectivos suspiros amorosos.

Tú, ora ya sobrepujes...—Esto va para Polión, que gobernó la Iliria, cuyo camino atraviesa la región véneta desde la Galia paduana, y por allí fué enviado a conducir la guerra. Los versos están llenos de gracia y de donaire, muy superior a las campestres galas y atavíos.

Solos dignos del coturno de Sófocles...—No sólo pueda celebrar tus bélicas proezas, sino tu ingenio y tus Musas. Es de saber que Polión escribió tragedias.

De ti tomó principio y en ti fenece...—Ese poema pastoral mío que

se comenzó por tu mandato, terminará en el acto cuando te pluguiere.

Acepta estos versos...—Consiente que esta gloria de las musas se enumere entre tus triunfos y ser celebrado como caudillo invicto y poeta excelente.

Nace, lucero, ya y previene el almo día...—Invoca la luz contra tantas tinieblas de prejuicios; por el nacimiento de la aurora quiere significar que se inició ya el comienzo del cambio de opiniones.

Y a los dioses..., es decir, los próceres, los purpurados de minerva crasa.

En la hora postrimera de mi vida...—Desesperación por indignidad y luego por impaciencia.

Versos menalios conmigo entona, ¡oh flauta mía!...—El Ménalo es un monte de la Arcadia, sitio de muchos y buenos poetas y manida de Pan, dios de los pastores y creador del poema bucólico.

¿Qué no esperaremos ya los amantes?...—¿Quién hay que no espere conseguir cualquier cosa? Cuando a Mopso, pastor salido de la nada, se le da una ninfa elegantísima; es decir, cuando la honra aneja a la erudición y el favor se otorga a un ingenio espeso y desaliñado, ¿qué será lo que no conseguirá cualquiera sin valor, sin méritos, mientras lo pretenda?

¡Oh tú, casada con un varón digno!...—¡Oh fama, y gloria, y temeraria aura popular! Con razón caes en los más indignos, porque desdeñas a los dignos y eres para con todos caprichosa. Nada hay más tornadizo que la pública alabanza; ni nada más absurdo ni nada más necio.

Mientras mi flauta te es aborrecible...—El pueblo se pasa de grado a los peores; es decir, a los que más se le asemejan, mientras odia a los buenos que en nada se le parecen; verbigracia: el caso del pueblo romano, que de Catón pasó a Vatinio en las elecciones para la pretura.

Y te lo son mis cabras...—Mientras te causan odio las cosas simples, verdaderas, sólidas, provechosas, mas tú sólo vas en pos de las falsas y especiosas.

Y crees que ningún dios tiene cuidado de los mortales...—De tal manera juzgas, procedes de tal manera que parece no reverencias ninguna divinidad celestial, de guisa que muchos coligen de tu conducta que no existe providencia divina porque tú transfieres a los malos los premios de los buenos y vejas a la inocencia con calumnias, con penalidades, con suplicios. Pues bien: demuéstrase la providencia en que te casas con un marido tal como mereces; en que, por tu majadería, vas a dar en daños innumerables y en tu imprudencia eres de los dioses castigado.

En nuestro huerto...—El primer amor de los estudios y de la gloria.

Yo entonces tenía doce años; ya, desde el suelo, alcanzaba las ramas quebradizas...; es decir, ya podía fantasear algo en literatura.

Ahora sé qué es amor...—Llamamos amor a todo deseo del alma, ora sea de dinero, ora de honra, de gloria, de función pública, de deleite carnal. Cuando esa tiranía se apoderó del alma, se causa y se padece mucha fealdad, mucha crueldad, mucho servilismo para conseguir lo que deseas. La pasión, como un déspota cruel, veja y atormenta el espíritu.

No de linaje nuestro...—No es de humanidad de hombres, sino de monstruosidad de bestias.

Abísmese en el mar...—Arrebato de desesperación y odio contra todo lo humano, como aquel de Timón, que fué apodado *misántropo*, que suena: aborrecedor de los hombres.

EGLOGA IX

MERIS

LÍCIDAS, MERIS.

LÍCIDAS.—¿Adónde, Meris, te llevan los pies? ¿Vas, quizá, a donde va el camino? ¿A la ciudad, acaso?

MERIS.—¡Ay Lícidas! Hemos vivido para llegar a ver cómo el venedizo poseedor de nuestro pobre campo, cosa que nunca recolábamos, nos dijera: «Esto es mío, colonos antiguos. ¡Oxe, afuera!» Vencidos, tristes ahora, pues la Fortuna lo trastorna todo, le enviamos estos cabritos (¡mala pro le hagan!).

LÍCIDAS.—No obstante, yo había oído decir que desde allá do comienzan los oteros a abajarse y formar blandas laderas hasta el río y hasta las viejas destronchadas hayas, a favor de sus cantos todo lo habría guardado para sí vuestro Menalcas.

MERIS.—Oiríaslo que así se decía; mas nuestro canto, entre las armas fieras, vale, Lícidas, tan poco como es fama que valen las palomas caonias en la presencia súbita del águila, y si ya desde la encina hueca la agorera corneja no me advirtiere que no reincidiese en nuevos pleitos, ni este tu Meris fuera vivo, ni el mismo Menalcas viviría.

LÍCIDAS.—¡Ay! ¿Cae maldad tal en hombre alguno? ¡Ay! ¿De consuno contigo, Menalcas, todo solaz se nos arrebataría? ¿Quién cantara las ninfas? ¿Quién de hierbas con flor sembrara el suelo? ¿Quién daría a las fuentes verde sombra? ¿Quién haría estos versos que, sin que lo supieras, yo de ti retuve, mientras ibas a Amarilis, mis amores? «Títiro, en cuanto vuelvo (el camino es breve), mis cabras apacienta, y, una vez pastadas, llévalas al agua; al llevarlas, ten cuenta no enojes al cabrón que arremete con su cuerno.»

MERIS.—O estos otros, mejor, que, no acabados aquí, cantaba para Varo: «Los cisnes, Varo, con sublime canto, tu nombre encumbrarán a las estrellas, si sobrevive mi Mantua, mi Mantua, ¡ay!, sobrado vecina de Cremona, la ruin.»

LÍCIDAS.—Así los enjambres tuyos huyan los tejos de la Córcega; así, pastadas de cantuesos, tus vacas ensanchen sus ubres. Comienza, si algo tienes por cantar. También a mí las Piérides hiciéronme poeta; también sé versos yo y vate me dicen los pastores. Pero yo no les doy fe, pues parece que no canto cosas todavía dignas de Vario ni de Cinna, sino que grazno como el ánsar en medio de los cisnes melodiosos.

MERIS.—Esto mismo, Lícidas, hago yo; y callado conmigo mismo me embebezco por si podría acordarme; no del todo malos son los versos: Ven aquí, Galatea. ¿Qué pasatiempo hallas en las ondas? Aquí, las rosas de la primavera; aquí, cabe los ríos, produce el suelo flores varias; aquí, el álamo blanco hace sombra a la cueva y la vid trepadora teje pámpanos umbrosos. Ven aquí; deja que la mar insana golpee las orillas.

LÍCIDAS.—¿Y aquello que yo te oí cuando cantabas so la noche serena? Recuerdo el son, si olvidé los versos.

MERIS.—Dafnis, ¿por qué contemplas el nacimiento de los viejos signos? Mira cuál sale y sube el astro de César Dioneo, astro con que las mieses gozarán de fruto, astro con

que en los oteros soleados se cubrirá de su rubor la uva. Injerta, Dafnis, los perales, pues que tus nietos cogerán las pomas. La edad se lo lleva todo, hasta el ánimo; siendo mozo me acuerdo que solía, cantando, enterrar días enteros. Ahora tantos cantos se me olvidaron y hasta la voz misma abandona a Meris; vieron a Meris los primeros lobos, mas estos mismos versos muchas veces te ha de cantar Menalcas.

LÍCIDAS.—Con achaques alargas mi deseo; tendido y mudo, en honor tuyo está el mar, y ¡mira! El viento acalló todos sus soplos. Y a medio camino estamos justamente, pues que comienza a mostrarse el sepulcro de Bianor. Aquí donde las ramas más espesas podan los leñadores, Meris, aquí mismo cantemos. Aquí descarga los cabritos; ya llegaremos a la ciudad. Pero si temes que el venir de la noche os acarree lluvia, vayamos cantando nuestra vía, que el canto alivia el camino. Porque cantemos yendo caminando, yo te aligeraré de esta carga.

MERIS.—No digas más, zagal, y hagamos ahora lo que urge. Entonces será el canto más sabroso, cuando aquél habrá tornado.

EXPLANACION ALEGORICA
DE LA EGLOGA IX

Esta égloga es de la época en que Virgilio andaba gestionando la restitución de sus tierras. Toda, de punta a cabo, es alegórica, y la alegoría es asaz transparente.

No obstante, yo había oído decir... Es una descripción de los campos del poeta, análoga a la de la égloga primera.

Si sobrevive mi Mantua...—Sálvese Mantua.

También a mí las Piérides hiciéronme poeta...—Siento en mí poéticos alientos, no tanto por emergencia natural como por inspiración divina.

No canto todavía cosas dignas de Varo...—Yo no me considero poeta aun cuando el vulgo así lo diga, porque se me antoja que mis cantos no merecerían la aprobación de Varo y Cinna. Cinna fué un poeta que escribió un poema, *Esmirna*, que tuvo en prensa durante treinta años, como refiere Quintiliano. Pero parece que fué muy del gusto de aquel siglo, pues muchos e ilustres gramáticos escribieron comentarios sobre él, a todos los cuales venció Catón *el Gramático*, como dice Suetonio en sus libros gramaticales. De obra tan extensa no quedan más que dos versos, que Servio cita en el primer libro de las *Geórgicas*.

¡Ven aquí, Galatea!...—Estos versos son del Cíclope a Galatea, tomados de Teócrito. Por alegoría pide Virgilio a Augusto que torne a Italia de la guerra marítima, pues muchas veces, bajo el nombre de Galatea, figuró a Augusto, como en la égloga tercera: *¡Oh, cuántas veces y cuántas cosas me habló Galatea!*

Dafnis, ¿por qué contemplas el nacimiento de los viejos signos?...—Ninguna necesidad hay para arar, sembrar, segar, observar desde ahora las antiguas y acostumbradas salidas y puestas de los astros como del Carnero, de las Cabrillas, de la

Corona, del Can; basta por todas ellas la estrella de Julio César, ni es menester que imploremos otros númenes fuera del numen fausto y propicio de Augusto, bajo el cual todo nos saldrá prósperamente. Y puesto a hablar del nacimiento y óbito de los astros, muy atinadamente advirtió que él cantó de noche y en noche serena, pues es cuando mejor se observa el curso de los astros, como hicieron los asirios y los egipcios.

Mira cuál sale y sube...—El astro de César salió y avanza en su curso.

Tendido y mudo, en honor tuyo está el mar...—Exhórtale al canto y a que se dedique al culto estudioso de las Musas, puesto que Italia está en paz, porque durante la guerra acciaca, que Octaviano llevó contra Antonio, aun cuando era civil, Italia gozaba de quietud en la zona donde gobernaba César. No eran estorbo las guerras a nuestro poeta para que cantase, sino el despojo de sus campos.

Estamos a medio camino...—Creo que este inciso es de carácter local y que, en efecto, el sepulcro de Bianor estaba a mitad del camino, entre la finca de Virgilio y Mantua.

No digas más, zagal...—En la urgencia de los negocios familiares, dejémonos de cantilenas. Cantaremos más a placer cuando Virgilio regrese a su casa con las tierras recuperadas o cuando Augusto volviere a Italia, cuya presencia personal nos devolverá el culto de la poesía.

EGLOGA X

Secunda, ¡oh Aretusa!, este trabajo mío, que ya será el postrero: diré breves cantares a mi Galo y que la misma Lícori los lea. ¿Quién negará jamás versos a Galo? Así, cuando discurres bajo las ondas de Sicilia, la amarga Doris no inficione tus aguas. Comienza ya; digamos los amores solícitos de Galo, mientras desbrozan los pimpollos tiernos las chatas cabritillas. No cantamos a sordos: las selvas responden a toda voz de canto. ¿En qué estabais, ninfas náyades, o en qué nemoroso apartamiento, cuando de no merecido amor Galo moría? Pues no fueron los yugos del Parnaso, ni fueron los del Pindo los que os detenían, ni fué la Aganipe Aonia. Le lloraron los lauros y hasta los tamariscos le lloraron; y yacente al pie de la desierta peña, le lloraron el Ménalo pinoso y hasta los riscos del Liceo frío. Las ovejas están a la redonda (no me pese a mí de ellas, ni tampoco a ti, divino poeta, te pese del ganado, que el bello Adonis cabe corrientes aguas apacentó ovejas). Y vino el ovejero; vinieron tardos los porquerizos de varear bellotas hibernizas; Menalcas vino calado de lluvia.

Y todos preguntaron: «De dónde este amor?» Y vino Apolo, y Galo dice: «¿Qué es este frenesí? Lícoris, tu gran cuita por nieves y armas hórridas va a zaga del amor de otro.» Y vino el dios Silvano, con silvestre corona en su cabeza, sacudiendo cañas en flor y grandes lirios. Y vino Pan, el dios de Arcadia, a quien nosotros vimos todo rojo de bermellón y de sangrientas bayas de yezgo: «Y cuándo darás fin a tu tormento? De estas cosas—dice—amor no cura. El cruel amor no se harta

de lágrimas; ni la grama, de riego; ni de cantueso, las abejas; ni las cabras, de rama de acebuche.» Y respondió él, mohino: «No obstante, cantaréis, ¡oh Arcades!, a las montañas vuestras este caso; Arcades, maestros primos en cantar. ¡Oh reposo sabroso el de mis huesos, si un día vuestra flauta canta mis amores! ¡Y ojalá fuera yo uno de vosotros, o guarda de ganado, o viñadero de la uva madura! Si, por lo menos, yo tuviera a Filis o a Amintas, o cualquier otro amor, ¿y qué, si Amintas es fosco? Foscas son las violetas (y el arándano es fosco), conmigo entre los sauces, bajo la lenta vid, se recostaría; Filis cogería para mí guirnaldas, y Amintas cantaría. Fuentes frías aquí; aquí, Lícoris, prados blandos; aquí, un bosque; aquí, contigo la vida traspasara... Ahora el insano amor del crudo Marte me tiene bajo armas y entre hierros y enfrente de enemigos enconados. Tú, lejos de la patria, (¿quién me hiciera creer tal?), ves las nieves alpinas y el Rin gélido, sola, ¡ay!, y sin mí. ¡Ah, que los fríos no te dañen! ¡Ah, el áspero hielo no agriete la terneza de tus plantas! Iré allá y con la avena del pastor siciliano cantaré los cantares que en verso calcídico compuse. Es fijo mi propósito; prefiero padecer en las selvas, entre manidas de alimañas y entallar en los árboles tiernos mis amores. ¡Crecerán los árboles tiernos y vosotros creceréis, amores míos! Y, en tanto, mezclado con las ninfas, exploraré el Ménalo o cazaré impetuosos jabalíes, y no habrá rigor de fríos que me vede que rodee los valles con ventores. Ya se me representa andar por breñas y por bosques rumorosos; y puedo en cuerno de Partia lanzar cidonios dardos, ¡como si ésta fuera medicina de mi amor o supiese aquel dios condolerse de los males de los hombres! Ya ni las Hamadríades ni los mismos versos me placen; ¡idos de mí, las selvas! Trocarlo no pueden mis trabajos; no pueden, ni si en el rigor del frío me abrevara en el Hebro, ni si pisara las sitonias nieves en el invierno acuoso, ni si cuando en el alto olmo se muere la árida corteza, bajo el fuego de Cáncer, yo guiara ovejas de Etiopía. Todo lo vence Amor, y nosotros rindámonos a Amor. Bastante será que el poeta vuestro, Piérides divinas, haya cantado esto; mientras, sentado, con malvavisco dócil teje una canastilla; mayores cantos haréis vosotros a Galo; a Galo cuyo amor por horas se acrecienta en mí tanto cuanto el álamo verde se empina en primavera. Levantémonos; suele dañar la sombra a los que cantan. Es dañina la sombra del enebro; las sombras son dañosas a las mieses.

Id hartas, que anochece; idos hartas
[a casa, cabras mías

EXPLANACION ALEGORICA
DE LA EGLOGA X

Cornelio Galo fué de grande y habilísimo ingenio y poeta insigne. Amigo de Augusto, fué elevado a la prefectura de Egipto. En el desempeño de esta función de gobierno se le acusó de determinados manejos a espaldas de Augusto, y se suicidó. Esta trágica muerte suya es la que

llora Virgilio bajo el velo de unos amores desgraciados.

Y que la misma Lícoris los lea...—Augusto, tan querido de Galo.

¿Quién negará jamás versos a Galo?...—A tan gran personaje, a tan gran amigo, a tan gran poeta.

¿En qué nemoroso apartamiento?... ¿En dónde se dedicaba Galo al culto estudioso de la poesía? Si persistiera en él y no se dedicara tanto a granjearse la amistad de los poderosos y no se hubiera encaramado al alto cargo que le acarreó la muerte.

¿En qué estabais, ninfas náyades..., que no acudisteis a socorrer al poeta moribundo?

Pues no fueron los yugos del Parnaso...—Galo se había apropiado toda la cultura griega. No le fué estorbo, por tanto, el conocimiento de las letras y poesía de Grecia para perseverar en unos estudios comenzados bajo agüeros tan felices.

Le lloraron los lauros y hasta los tamariscos le lloraron...—A todos dolió la muerte de Galo. Le lloraron los laureles, esto es, los poetas y las personas cultas; los tamariscos, es decir, la plebe; las peñas, es, a saber, la ínfima clase social, los más lerdos y los más ignorantes.

Las ovejas están a la redonda...—El género bucólico a que consagróse.

No me pesa a mí de ellas...—Ese género no fué tratado tan despectivamente por mí que me arrepienta de que viniera a parar en mis manos.

Ni tampoco a ti te pese... ni te avergüences de ello, aun cuando sea tan grande tu autoridad en esta materia y seas en ella tan admirado que con razón se te pueda llamar divino.

Y vino el ovejero...—Describe el pasmo general del pueblo y de la aristocracia ante el caso de la muerte de Galo. A todos parecía increíble que Galo maquinara algo contra la voluntad de Augusto: tal personalidad y tanta prudencia y tanta privanza con Augusto o que Augusto quisiera perjudicar a tan fino amigo.

Galo, ¿qué es este frenesí?...—El oráculo de Apolo había prevenido a Galo a esperar con grandeza de ánimo cualquier evento y que Augusto César estaba ajenado de él por manejos de los que le querían mal. Y esto es lo que le dice; que oyó las malignas insinuaciones de los enemigos de Galo que le querían perder.

¿Y cuándo darás fin a tu tormento?...—¿Cuál será el término de esa ansiedad y esa tristeza? El amor de la supremacía en el príncipe es ciego y si se le persuade que alguno intentó mellarla, es implacable su enojo y no hay satisfacción que baste.

Ni la grama de riego, ni de cantueso las abejas...—El sentido es: así como la hierba no se harta de agua; así tampoco el amor se sacia de llanto.

Y respondió él, mohino...—Mohino y cariacontecido por haber perdido el amigo y la vida y ya decidido a morir recomienda a los que le quieren que guarden su recuerdo, único resto de tan envidiable fortuna.

¡Y ojalá yo fuera uno de vosotros!... ¡Oh, si yo hubiera permanecido fiel al estudio y en la penumbra de la vida privada! Quedárame sabio, o si no hubiera podido esto conseguir, seguidor e imitador de los sabios.

Si por lo menos yo tuviera a Filis... Fueran dos las coronas que tendría: la honra del talento y el placer del canto.

Fuentes frías, aquí...—Y las cantaría y celebraría las glorias de Augusto: Ven, Augusto, para el júbilo de toda Italia; ven al triunfo y al fruto de tus victorias.

Ahora el insano amor...—De este modo hubiera yo vivido en sabrosa paz y quietud. Ahora, caído en desgracia de Augusto, vivo entre enemi-

gos capitales, que son los que me fabricaron esta calamidad y en medio de armas que amagan mi cabeza y mi vida.

Tú, lejos de la patria...—Tú que cambiaste de afectos para conmigo, separándote de tu acostumbrada humanidad y benignidad, de la templanza y moderación romana.

¿Quién me hiciera creer tal?...—No puedo yo creer maldad tamaña; pero así lo cuentan.

Ves las nieves alpinas...—Trocádote has en bárbaro implacable, no contra los otros para con los cuales eres muy clemente, sino sólo contra mí. Acerca de la clemencia de Augusto, consulta el libro de Séneca *De la clemencia.*

¡Ah, que los fríos no te dañen!... Ya no me preocupo de mí, sino de ti, no sea que trocado y maleado ese carácter tuyo tan clemente y tan apacible, que de amado como eres, te hagas aborrecible.

Cantaré los cantares que en verso calcídico compuse...—Escribiré a Augusto mi resolución de volver a la vida privada, de morar lejos de las ciudades y del tráfago mundanal, en los estudios y en las soledades.

Prefiero padecer en las selvas entre manidas de alimañas...—Mitigar la soledad muy aguda del César, que no me abandona jamás, sea cual sea el lugar donde me acogiere.

Entallar en los árboles tiernos mis amores...—Confiar a la poesía mis amores, que crecerán a par de mis poemas.

No habrá rigor de fríos que me vede...—El veneno de la envidia y de la mentira no inficionará mis deleites puros.

Como si ésta fuese medicina de mi amor...—Es ironía: como si con eso pudiera yo remediar el caso mío o mi amor para con Augusto.

Ya ni las Hamadríades...—La inconstancia y la voltaria veleidad de las pasiones amotinadas, que desdeñan lo que desearon y luego al punto desean lo que condenaron poco antes.

Trocarlo no pueden mis trabajos... No pueden trocar su pasión de dominio y su recelo sombrío de que nadie se alce con el mando o lesione o mengue su dignidad y autoridad. A esa sed insaciable no hay cosa alguna que la pueda sosegar.

Mientras sentado...—Mientras está engolfado en el sabroso cultivo de las letras. Es lo mismo que dirá en los versos finales de las *Geórgicas: floreciente en estudios de ocio ameno.*

Con malvavisco dócil teje una canastilla...—Ejercita el estilo sencillo y no entonado en exceso, como que trata de cosas pastoriles.

Mayores cantos haréis vosotros a Galo...—Humildes y pequeños de suyo son éstos. Pero si aspiráis a una gran obra y le añadís el genio de que no ha de carecer el libro que quiera vivir, se compondrán cantos más nobles en loor de Galo. O estos cantos humildes con vuestro favor, le parecerán muy grandes a Galo, deseoso de que sus amores sean cantados por la flauta de los poetas pastorales.

Galo, cuyo amor...—Virgilio, amigo sincero y constante, no disimula que después de muerto ama a Galo, a quien en vida había tenido tan tierno afecto. Y lo que todavía es más: que la soledad que siente de él se le va aumentando, no ya por días, sino por horas.

En Breda, del Brabante, año 1537.

FIN DE LA
«INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA
DE LAS «BUCÓLICAS DE VIRGILIO»

CENSURA
DE LAS
OBRAS DE ARISTOTELES

(CENSURA DE ARISTOTELIS OPERIBUS)

(1538)

ARISTOTELES

Plinio Segundo, en su libro séptimo de la *Historia Natural,* pregunta cuál se considera haber sido el ingenio mayor de todos aquellos de quienes quede memoria, o por sus propias obras o los ajenos testimonios. Y esa palma tan ambiciosa parece conferirla al poeta Homero, dócil en este punto al juicio de Grecia, que le llama manantial de los ingenios. En cambio, a mí, mirando la cosa más de hito en hito y examinándola más de asiento y con más aguzada atención, paréceme no haber existido ingenio más sobresaliente que el de Aristóteles. Quien leyere sus obras con atención y diligencia concebirá una gran admiración de ver cómo de los últimos principios saca las más escondidas y profundas conclusiones de todas las cosas y con qué agudeza refuta las conclusiones ajenas y con cuánta fortaleza robustece y corrobora las suyas, con qué orden las va exponiendo una por una y, parsimonia muy recomendable en la exposición de las artes, con cuánta avaricia de palabras. No hay cosa en él, ni vaga ni baldía; todo es lleno y es macizo. Jamás deja que bostece el lector ni que se distraiga en otra cosa. De Aristóteles se puede decir con entera razón aquello que fundadamente se atribuye al ateniense Lisias, el menor, a saber: que se desmoronaría la fábrica toda, quitando, como si fuera una piedra, una sola palabrilla, por insignificante que fuere. ¿Y quién no admirará aquellos axiomas universales que él excogitó y formuló en todo argumento y materia, tan numerosos, tan verdaderos, tan de siempre, en los que siglos que vinieron después apenas pudieron introducir alguna pequeña creación? Los filósofos antiguos, antes de Aristóteles, escribieron poco y confuso. El primero de todos que escribió mucho y con elegancia, doctrina y tersura fué Platón, pero con poco acomodo para la docencia y para la discencia.

En cambio, todas las obras de Aristóteles tienen orden y forma de exposición didáctica. Jamás existió

destreza igual para la enseñanza de las artes. Todo en él está redactado en forma de preceptos y fórmulas concretas, con aquella brevedad y con aquella gravedad de palabras que la memoria muy fácilmente las asimila y las retiene y cómodamente las aplica al uso requerido. No hay escritor griego alguno que utilice palabras tan adecuadas que parecen nacidas por espontánea generación de las materias que trata. No anda a caza de frágiles primores ni de melindres de dicción con que entretener al lector y engañarle con vano deleite para que luego se vaya con el oído halagado y las manos vacías. Su oración rebosa de fruto ubérrimo y de conocimiento de cosas que harto merecen ser sabidas. No capta la gracia momentánea y leve, sino que acarrea el provecho duradero. Y de ahí que un autor tan grande no se acomode a cualquier gusto ni reclame a un lector quienquiera. Las obras de Aristóteles quieren no sólo a un lector de ingenio agudo, sino profundo, sólido, sano, circunspecto; quiérenle atento, diligente, imbuído en varia lección y en extensos conocimentos. Si faltaren estas condiciones, nada parecerá más áspero, más desabrido, más árido que los libros aristotélicos, como algunos juzgan de él, bien por ignorancia, o por la flaqueza de sus ingenios, que no pueden soportar el peso de tanta doctrina, bien así como a los ojos cegajosos son molestos la luz del sol y el esplendor del día, que para los ojos sanos y resistentes son la cosa más gozosa y jocunda. Con todo, así como Aristóteles lo hallaba casi todo, tampoco podía acicalar y pulir él solo todas las nuevas invenciones. Habíalas algunas que por su misma novedad él no las tenía suficientemente exploradas y averiguadas. Allegábase a esto el temperamento del autor, recatado, cauto, temeroso de reprensión, lo cual le inhibía a trechos de manifestar claramente lo que sentía, y de ahí, las frecuentes ambigüedades y oscuridades de sus obras.

DE SUS LIBROS

Los libros aristotélicos durante mucho tiempo permanecieron ignorados, en la biblioteca de su discípulo Teofrasto, que, habiendo ido a parar en manos de unos herederos sin instrucción, quedaron luengos años sumidos en las tinieblas y el abandono, hasta los tiempos de Sila, el dictador que compró aquella biblioteca y encomendó a Tiranión el gramático la redacción del catálogo y la buena ordenación de los libros, como afirman Plutarco de Queronea y Estrabón. Desde aquella fecha anduvieron en manos de todo el mundo, pero no convenientemente apreciados, por la dificultad de su contenido, que pocos penetraban, hasta que Alejandro Afrodiense, diligente lector de Aristóteles, en la época de los Antoninos, comentó muchas de sus obras. Entonces Aristóteles comenzó verdaderamente a ser leído y comprendido y a andar en las manos de los hombres, capacitados del provecho copioso que se seguía de su atenta lectura. Mas no todos los monumentos de su saber, aun los que Sila descubrió, llegaron a nuestros días, como se deduce de los que son citados por los escritores de la antigüedad. Marco Tulio, en el segundo libro *De la naturaleza de los dioses*, aduce el argumento de Aristóteles, del cual él colegía la providencia de Dios, de la consideración de la hermosura y del orden del universo mundo. Pues bien; este

argumento no se encuentra ni se lee en el Aristóteles que tenemos. El mismo Cicerón atestigua haber visto unos libros de Aristóteles *De la naturaleza de los dioses*. El gramático Servio cita a Aristóteles cuando dice que algunas divinidades mueren. Isidoro, no el arzobispo hispalense, sino otro más antiguo, y Clemente, en los *Estrómatas*, afirman que Aristóteles hizo mención de unos dioses locales, patronos de ciudades y de reinos. Paso por alto lo que Laercio cuenta de la bibliografía de Aristóteles, que hace llegar a la fabulosa suma de cuatrocientas obras de indudable autenticidad, y separa los libros muy diferentemente de nosotros. Pero así como no tenemos todo lo de Aristóteles, así también algunas obras apócrifas andan autorizadas con su nombre, desgracia que con Aristóteles comparten casi todos los autores de gran fama. Vamos a hablar ya de cada uno de sus libros.

PERI HERMENIAS

Este título equivale a *De la interpretación*, porque en él el filósofo interpreta lo que es el nombre, lo que es el verbo, lo que es la oración. Esta es misión pura y simple del gramático. Con todo, Aristóteles lo explana en una obra dialéctica, porque la gramática todavía en aquel tiempo no se había inventado. Esta gramática, que ahora usamos, pues en la antigüedad los hombres primitivos, al conocimiento de las letras, de las sílabas, a la escritura correcta y legítima y a la pronunciación genuina y propia de cada lengua comprendíanlo todo bajo el nombre de gramática ya desde el siglo de Homero. Así que Aristóteles desempeña la función del gramático en la primera parte de esa obra. Uno es el libro *De la interpretación*, no dos. Mas aquella disputa de los futuros indefinidos que se llaman contingentes es perpleja y difícil, y tanto más cuanto que Aristóteles disputa consigo mismo, se pone a sí mismo objeciones y las resuelve, como un diálogo sin interlocutores, confundiendo todos los signos de diferenciación. Con todo, si se pone en las distinciones atención diligente, más claro resultará todo el tratado.

CATEGORIAS

Esta obra está tomada de la filosofía primera que se llama *metafísica*. Pero éstas se tratan allí como realidades, más en las *categorías*, como voces que las significan; por eso se llaman *categorías*, que equivalen a decir afirmaciones, como vulgarmente se interpreta esa palabra, que es sumamente difícil de decir en latín. Son determinados modos o razones mediante los cuales denominamos, consignamos, configuramos, revestimos las primeras esencias, a saber: las singularidades de las cosas, o cualquiera otra palabra que más guste o que sea más ceñida y justa. Decimos que Sócrates es un ser animado, que es blanco, que es alto, que es casado, que vive en Atenas, y cosas de este jaez; pero estas denominaciones dependen de las realidades, y como es tarea ardua separar y segregar las cosas, también lo es separar estas categorías. Con todo, mucho se aprovechó desde Aristóteles y mucho camino se anduvo con una sola jornada.

PRIORIDADES ANALITICAS

Después de explicar las definiciones y las maneras ajenas de definir

y de juzgar, Aristóteles señala las reglas para que se unan y formen el raciocinio. Llámalas analíticas, es, a saber, resolutivas, porque distribuyen en sus partes los raciocinios y demuestran de qué elementos constan. El *todo* fácil es de conocer por cualquiera por más que sea rudo; mas, conocer de qué elementos se compone y en cierto modo se fabrica, y enseñarlo, es propio del hombre docto y del técnico. Nada pudo excogitarse más cómodo y práctico para todo género de ciencia y de arte que las fórmulas del silogismo, y, a su vez, nada más enojoso que las que allega y relaciona entre sí acerca de lo necesario, posible, imposible y contingente; con acumen muy grande, sin duda, ¿quién lo negará? Pero inútilmente.

POSTERIORIDADES ANALITICAS

Dos elementos hay en el silogismo, como en el hombre el cuerpo y el ánimo. En el cuerpo está la materia y la disposición y el orden de las partes; en el ánimo está la fuerza y la vida y la acción. En los analíticos anteriores, Aristóteles legisló sobre el cuerpo del silogismo, a saber: sus partes y su nexo y composición, y por eso se llaman prioridades; mas en los posteriores analíticos, a saber: de sus interioridades y reconditeces, trata del alma del silogismo, de la demostración, de la fuerza, de la eficacia de la razón. Antiguamente, muchos libros analíticos andaban bajo el nombre de Aristóteles; pero todos los otros fueron rechazados, y sólo se admitieron estos cuatro como auténticos por la lógica de su discurso y por la manera y fisonomía de su preceptiva peculiar.

TOPICOS

Es decir, el lugar de donde se sacan los argumentos. La obra está repartida en ocho volúmenes, de varia y copiosa erudición y de observación de cosas diversas. Pero como era él el primero que los producía todos, no pudo publicarlos ni limarlos todos a la vez. Así es que amontonó y puso a pie de obra un abundante y rico material para labrar un magnífico edificio. No a todo el mundo será labor fácil sacar de la lectura de esos libros, por más atenta y cuidadosa que sea, la manera de hallar los argumentos. Los dialécticos quedan en deuda con los retóricos que esclarecieron esta oscuridad y enseñaron cuál debía ser el uso que había de hacerse de esta materia, cosa que Cicerón hizo en sus *Tópicos* a Trebacio. Avidamente los retóricos madrugaron por ocupar esta parte de la invención dialéctica, como coto ajeno. Pero esta transgresión no es reciente, como muchas otras, sino cometida frecuentemente por los estoicos, que tienen fama de ser los dialécticos más acerados.

ELENCOS

La voz *elenco* tiene muchas significaciones, pero en este lugar tómase por *refutación*. Son dos libros, para precaverse de las capciones sofísticas y porque en el discurso por ignorancia recojamos y admitamos cosas falsas por verdaderas. Esa obra comenzóla Platón en el *Eutidemo*. En ella se ponen al descubierto algunas tretas del disputador capcioso.

Mas Aristóteles, tomando, como suele, la materia de su primer principio, púsola en orden y la redactó en fórmulas. Con todo, los latinos

han de guardarse de un posible engaño, con adaptar con poca congruencia los ejemplos de la lengua griega a la latina. Toda la dialéctica queda agotada en estos libros, en el hallazgo del argumento y en el criterio del hallazgo.

FISICA

Estos libros, en griego, están intitulados con un rótulo que quiere decir *De la audición física*, de modo que parece que Aristóteles no compuso estos libros, sino que los dictó a sus oyentes o que, con toda certidumbre, ellos tomaron notas de lo que él iba explicando. El tratado principal es del movimiento, porque habiendo de tratar de los cuerpos de la naturaleza, cuya esencia conócese por su acción, muy congruentemente se empieza por el movimiento, que por las acciones corpóreas es el que está más expuesto al conocimiento de los sentidos y por ende partiendo primeramente de la primera y más simple, y por los movimientos subiendo a los que mueven y son movidos, hasta que llega al principal motor que persevera inmóvil.

DE LA GENERACION

A la generación y a la corrupción Aristóteles las llama movimientos, como si fueran aumentos y disminuciones. A continuación del tratado del movimiento local, era lógica la inquisición de las causas que procreaban o destruían los cuerpos naturales.

Estos libros son dos, ciertamente menos enrevesados que los físicos y escritos con mayor aliño. Indudablemente, son auténticos.

DEL CIELO Y DEL MUNDO

A seguida del movimiento y la generación, trata de la esencia y de las cualidades de los cuerpos naturales, y ello en ocho volúmenes, cuatro que se ocupan *Del cielo y del mundo* y cuatro *De los meteoros*. En los cuatro primeros trata de la composición del universo y de los cuerpos superiores, que son los celestes, o que están clavados en el cielo.

DEL MUNDO

Bajo el nombre de Aristóteles léese un pequeño libro, con el título *Del mundo*, de cuya autenticidad son muy muchos los que dudan. Cítanle como aristotélico la más parte de los escritores griegos, como Temistio y como San Justinio, mártir, filósofo también y más antiguo que él; el cardenal Besarión, y entre los nuestros, Juan Pico de la Mirándola. No hay duda que es una obra peripatética; pero ni el tratado ni el estilo parecen ser de Aristóteles. El primero lleva una dedicatoria y un prólogo que no se hallan entre las obras genuinas de Aristóteles, pues Aristóteles, o no dedica la obra o, si la dedica, no pone prefación alguna para aquel a quien la dedica. Hay que decir que el prefacio consabido no tiene la característica gravedad aristotélica. Allende de esto, inscríbese *A Alejandro*, de quien aun cuando fué discípulo suyo y monarca tan grande, ninguna mención hace en sus obras. Si alguna obra debiera dedicarle, parece que debiera ser el tratado *De los animales*, para cuya composición Alejandro dió ochenta talentos. Su dicción en hartos pasajes es más cuidada y retoricada que de costumbre, y estoy

por decir que más amenizada, que no las propiamente aristotélicas, puesto que se desmanda a determinados primores poéticos. Con todo, es obra digna de que se lea y atribuída con razón a la escuela peripatética. Lucio Apuleyo la vertió al latín, y púsola como obra original entre las suyas, con el título *De Cosmografía.*

DE LOS METEOROS

Este título equivale a decir: *De los fenómenos que se verifican allá arriba,* como son rayos, lluvias, nieves y accidentes análogos. Son cuatro libros, en los cuales trátase asimismo de las aguas, de la tierra y de los metales; pero la obra tomó nombre de la primera materia de que se ocupa. Es un tratado completo de filosofía natural, sobre la cual parece que no queda cosa por decir.

DEL ALMA

De los cuerpos y de los seres inanimados harto se habló en los libros anteriores; mas en estos tres libros de efectividad vital, que se llama *alma,* Aristóteles inquiere sus causas y sus razones. En el primer volumen rechaza casi en su totalidad las opiniones de los antiguos acerca del alma. No es de extrañar que en materia tan importante y abstrusa, en aquellos siglos rudos, se tuvieran ideas absurdas. En el segundo libro, habla de la vida vegetativa y de los sentidos, doctamente, como es su costumbre, y con mayor amplitud que en otras muchas cosas, y aun diré que con mayor difusión, si es no es viciosa. El tercer libro, que trata de la mente agente y pasible, es algo pobre de sustancia. Los trataditos del sentido y de lo sensible, de la memoria y del recuerdo de la mocedad y de la vejez, de la respiración, de la vida larga y breve, del sueño y de la vigilia, de la interpretación de los sueños vienen a ser apéndices de los libros *Del alma,* materias éstas de que se había propuesto tratar bajo aquel título.

METAFISICA

Este título viene a significar: *De aquello que viene después de lo natural,* pues en los libros anteriores, cuya materia se limita a la Naturaleza, estudia íntegramente sus procesos y simulacros, como si fueran estatuas o materia plástica fundidas por algún fundidor. Pero en ese tratado se muestran más detalladamente cada singularidad que hay en la cosa o alrededor de la cosa, principios, partes, causas, cualidades, acciones. Los libros son doce. Si con ellos agotó Aristóteles el tema que se propuso, es cosa que no se sabe. Citan estos libros el verso de Homero, que se lee en el primero de la *Ilíada,* a saber: *que no es buena la multiplicidad de príncipes, que el príncipe no debe ser más que uno.* Este verso parece indicar que pone un límite a la inquisición de la naturaleza divina. Estos libros, en hartos pasajes, son oscuros y difíciles no tanto por la manera de tratarlos como por la ignorancia de las cosas de que tratan, a las que, puesto que están puestas en lo más escondido y abstruso de la Naturaleza, son pocos los ingenios que las pueden penetrar. Hay quienes piensan que a esos libros se refiere la queja, y como la reprensión de Alejandro a Aristóteles, porque publicó y vulgarizó unos libros que le habían sido leídos a él particularmente en la escuela. Aristóteles se exculpó con

el rey diciéndole que aquellos libros publicados estaban como no publicados, que nadie los iba a entender sino quien oyera su explicación directa de labios del mismo Aristóteles. Refiriéndose a esa anécdota, léense unas cartas griegas de Alejandro a Aristóteles y correlativamente de Aristóteles a Alejandro, que yo creo que son puras ficciones, aun cuando no ignoro lo que dice Temistio, a saber: que las obras publicadas de Aristóteles resultan más oscuras que las explicadas por él en su casa a sus discípulos. Y no es ello nada extraño. ¿Quién hay que escriba con más claridad y diafanidad que no enseña? Esta es la meta de toda la filosofía natural; de ahí, el afán de la mente humana. Divídese en dos partes como en una bifurcación de dos caminos: el uno trata del estudio de las fuerzas y de la eficacia de los cuerpos naturales, en el cual está incluído el arte de la Medicina; el otro trata del estudio del espíritu para formarlo, en el cual está incluída la filosofía. De ambas materias existen libros y enseñanzas aristotélicas.

DE LOS ANIMALES

Veintidós son los volúmenes sobre la *Historia de los animales*, que estudian la generación, las partes, el ingenio, las fuerzas y sus acciones, materia ésta la más sabrosa y práctica. A estos libros llámanles los griegos *de los ochenta talentos*, que fué la crecida cantidad que Alejandro gastó para las observaciones pertinentes, a saber: en la compra de bestias y salario de aquellos que debían traer a Aristóteles cada una de las acciones de las bestias, observadas y comprobadas con la más exacta diligencia. En esta obra, el estilo, puesto que se trata de historia, es más holgado y adornado, y no solamente es más extenso el conocimiento de muchas cosas, sino que es más afluente la copia verbal y que no a todo el mundo es demasiado inteligible.

PROBLEMAS

A las disputas que van bajo el título de este libro, Aristóteles llámalas *Enciclias*, que suena lo mismo que *Circulares*, bien porque tuvieron lugar en círculos y escuelas de oyentes, que interrogaban al maestro y anotaban lo que él respondía, como Horacio llama *escritor cíclico* al circunforáneo que recitaba sus obras en los círculos, o porque trátase de aquellas cosas que los griegos llaman *Encíclicas*, circulares, que son los temas cotidianos acerca de la vida práctica, de los cuales los ancianos y padres de familia acostumbraron tratar en sus tertulias o reuniones. De ahí, se llamaron *enciclopédicas*, que no son precisamente aquella conexión de disciplinas de que hablan Platón y Quintiliano, sino aquellas otras de que trata Plinio en su prólogo a la *Historia natural*. Es evidente que esa obra no fué escrita por Aristóteles, sino que son los apuntes de sus explicaciones tomados y reunidos por sus discípulos. Hay allí muchas repeticiones que el autor mismo no hubiera dejado nunca, si hubiera ordenado sus explicaciones y les hubiera dado redacción literaria, pero que las dejó al diligente colector, que puso más cuidado en recoger que juicio en el disponer. Muchas son las razones frías, frívolas, diluídas, ajenas de la gravedad y agudeza del talento aristotélico. Otras, hay oscuras y enojosas, pues todo son dudas, sin ninguna afirmación. Aquello que ocu-

rría en el curso de la conversación, como es costumbre, flaco, inane, ambiguo, consignábase con no menor afán por los oyentes ávidos que lo claro, grave, sólido. Así resultó una obra, excelente desde luego, pero desigual, desordenada y contradictoria.

LIBROS MORALES

En el otro camino de la disciplina, que trata *De las costumbres*, mucho es lo que Aristóteles escribió con criterio equilibrado y con admirable sabiduría. En lo que hay que poner compostura es en las costumbres públicas, de toda la ciudad o en las privadas. En las privadas están las costumbres domésticas, a saber: de la familia, y luego las personales de cada cual. Ocho son los libros que tratan de las costumbres públicas bajo el título de *Política*; de las domésticas, trata el libro *Económico*; de la moralidad personal, la *Etica*, las *Grandes morales* y las *Morales a Eudemo*. Así como en los libros de Física y Dialécticos usó de muchos ejemplos matemáticos sacados de la geometría y aritmética, en estos libros morales toma ejemplos en los poetas e historiadores: una cosa y otra hízolas con sumo acierto. Al tratar de aquellas disciplinas contenidas en fórmulas fijas, concretas y permanentes, como son los preceptos dialécticos y físicos, lo más cómodo y eficaz es tomar ejemplos de aquellas cosas que son fijas e inmutables, y en este aspecto, las de superior categoría son las matemáticas. Mas, en las cosas de moralidad que se refieren exclusivamente a la conducta de los hombres, lo más congruente es proponer ejemplos tomados de la vida, de los cuales la Historia los sugiere sin cuento, como también utilizar aquellas sentencias y apotegmas de quienes estudiaron la vida con toda diligencia y las anotaron y acuñaron, como son los poetas y los oradores. En muchos pasajes, los libros morales de Aristóteles resultan oscuros y son muy difíciles de entender por la rápida alusión y como indicación fugacísima de tantas anécdotas, y dichos de poetas y oradores antiguos y aun de proverbios y sentencias vulgares. Pero ello no es imputable al filósofo, como si adrede hubiera querido enlobreguecer sus enseñanzas. ¿Qué otra cosa hubiera querido él expresar con mayor claridad que sus preceptos morales para bien de todos? La culpa la tiene la injuria del tiempo, que nos envidió y hurtó una gran parte de aquellos escritos, de donde Aristóteles los tomara, y en aquellos que nos dejó, por desidia nuestra, introdujo tinieblas grandes. Todos aquellos casos que Aristóteles nota y nos indica como con el dedo, eran archiconocidos de los eruditos de aquel siglo y, en su mayor parte, también por el vulgo, sabidos y trillados. El estudio de las matemáticas era tan cultivado y corriente en la escuela de Platón, que nada que se refiriese a esa disciplina podía serles desconocido. Así es que de allí se sacaban las semejanzas y las comparaciones para toda disertación y disputa como de un arsenal conocidísimo y familiarísimo.

ETICA

La voz griega *Etor* significa la disposición, o compostura, o conformación del ánimo donde tienen su origen las costumbres. Significa igualmente las costumbres, pues al decir costumbres, damos a entender los actos exteriores y simultáneamente aquella disposición del ánimo de que acabo de hablar. Aristóteles, en esos

diez libros, enseña cómo ese hábito debe ser recto, total, decente, congruente con la naturaleza humana, en fórmulas asequibles y como con una especie de diseño y esquema de las virtudes. Van dirigidos estos libros a su hijo Nicómaco, que le nació de Herpilis, y no faltan quienes sospechen si son del mismo Nicómaco. El más conspicuo de todos ellos es Cicerón, que apunta sus sospechas en el libro quinto *De los fines*. Auténticos del mismo Aristóteles y del mismo argumento tenemos otros libros que se intitulan *Grandes morales*, y, además, el tratado moral enderezado a Eudemo, por manera que parece pura superfluidad que tantos tratados sobre el mismo asunto hayan sido escritos por el mismo autor. A mí, por mi parte, paréceme que no hay cosa más *aristotélica* que esta obra, por su léxico, por lo bien tejido y coherente de su dicción, por la brevedad de sus sentencias, por el peso y agudeza de sus argumentos, por el orden en los preceptos que preside la obra de arte, que, si son en realidad de Nicómaco y no de Aristóteles, el hijo es una tan fiel y viva expresión del padre, que es lo más semejante que puede haber a él mismo.

GRANDES MORALES

Estos libros y los enderezados a Eudemo tocan el mismo asunto que la Etica. Con todo, a Eudemo se le dicen determinadas cosas con mayor detenimiento y más específicamente, puesto que, en *Grandes morales*, se dicen más en general, que por eso se llaman *Grandes morales*. Con una parte del libro segundo de los *Grandes morales* y el séptimo a *Eudemo* se compuso el librito titulado *De la Fortuna*, como notó Juan Francisco Pico de la Mirándola.

ECONOMIA

Este vocablo equivale a *Administración de la hacienda doméstica*. Más extensamente trató esta materia el ateniense Jenofonte; pero Aristóteles más agudamente y con más nervio de estilo, porque no puso tanto cuidado como aquél en la ganancia, y mucho más en el deber de toda la familia y en la tranquilidad doméstica.

POLITICA

Este libro, dividido en ocho volúmenes, rebosa de conocimientos utilísimos, tan sabrosos como provechosos de saber: de la ciudad, de su régimen, lo que cada cual debe hacer, cómo se debe mandar, cómo se debe obedecer. Hácenlo difícil tantas formas de leyes y de Repúblicas cuyas historias en gran parte se han perdido.

RETORICA

En los días en que Isócrates, con gloria muy grande, enseñaba Retórica en Atenas, Aristóteles, movido por un sano espíritu de emulación, él también, en las primeras horas de la tarde, daba preceptos retóricos a sus discípulos, repitiendo aquel famoso dicho: *No parece bien que Aristóteles calle, mientras Isócrates habla.* Algunos hay que dicen que esto no se refiere a Isócrates, sino a Jenócrates, a quien Platón había puesto al frente de la Academia. No tiene Aristóteles los donaires y primores ni los aliños y copetes de la oración isocrática; pero por lo que toca al arte de decir, parece que nada puede decirse fuera de lo que dijeron los antiguos, si se le compara con los preceptos aristotélicos. El primero,

o uno de los primeros, que hizo esta observación fué Georgias Leontino, y aumentaron este linaje de ejercicios Platón e Isócrates. Mas Aristóteles, tomando esta disciplina de su primer origen, de tal manera la ascendió a lo sumo, que parece no faltar una tilde, explicada como queda la invención, la disposición, la elocución, la gran muchedumbre de sentencias que se mezclan con el razonamiento y la exquisita prudencia provista de gravísimas advertencias para la práctica forense y civil. Aristóteles debe ser considerado como el inventor de la Dialéctica, bien así como de la Retórica. La dificultad de esta obra es la misma de sus obras morales y consiste en la frecuente alusión a dichos de poetas y de historiadores, en los ejemplos y proverbios, en las sentencias, vulgares y trilladas en su tiempo y que hace ya tiempo cayeron en desuso y en olvido. Estas obras retóricas están dedicadas a Teodectes, discípulo de Aristóteles y uno de aquellos que fué loado por el verdor y la robustez de su memoria. Los tratados retóricos acerca de los preceptos civiles, dirigidos a Alejandro, no me parece que sean de Aristóteles.

FIN DE LA
«CENSURA DE LAS OBRAS
DE ARISTÓTELES»

OBRAS MORALES

FORMACION
DE LA
MUJER CRISTIANA
(INSTITUTIO
FŒMINAÆ CHRISTIANÆ)

(1523)

PROLOGO

DE LOS LIBROS DE JUAN LUIS VIVES SOBRE LA FORMACIÓN DE LA MUJER CRISTIANA, ENDEREZADOS A LA SERENÍSIMA SEÑORA DOÑA CATALINA DE ESPAÑA, REINA DE INGLATERRA, ETC.

Muéveme la santidad de tus costumbres y tu enardecida afición a los estudios sagrados a escribirte unas cosillas acerca de la formación de la mujer cristiana, punto éste necesario como el que más, y en que hasta ahora nadie puso mano con el debido detenimiento, a pesar de ser tanta y tan variada la muchedumbre de ingenios y de escritores. ¿Qué otra cosa hay en tal grado necesaria para aficionar a la virtud la voluntad de todas aquellas que han de ser inseparables compañeras nuestras en cualquiera condición de vida? Firme es entre buenos la amistad y entre malos no duradera. Y no sin razón dice Aristóteles que aquellas ciudades en donde la formación de las mujeres es desatinada, andan privadas de una gran parte de felicidad. Y, en efecto, no hay cosa de tanto enojo como tener comunidad de vida con el malo. Y eso que, con toda razón, se dice de la convivencia civil, con acierto mayor puede decirse de la sociedad doméstica. Así que Jenofonte y Aristóteles, dando preceptos acerca del gobierno de la casa, y Platón acerca del gobierno de la República, algunos dieron pertinentes a los deberes de la mujer. Tertuliano, San Cipriano, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San Fulgencio discurrieron acerca de las vírgenes y de las viudas, más atentos a persuadir un determinado género de vida que a formarlo; todo es extremarse en los loores de la castidad, empeño magnífico por cierto, digno de sus encomiadores y de su gran santidad; pero fueron harto escasos en el dar preceptos y

normas de vida, pensando ser tarea preferente exhortar a lo mejor y alargar la mano a lo más alto, que humillarse a puntualizar lo más rastrero. Empero nosotros, dando de lado a esas exhortaciones, a fin de que cada cual haga la conveniente elección de estado, más por la autoridad de ellos que por opinión nuestra, nos proponemos formarlas prácticamente para la vida. Así que en el primer libro, tomándola desde su primera edad, la llevamos hasta el matrimonio; en el segundo, desde el estado de casada hasta el de viuda, enseñándole lo que nos parece más oportuno para llevarse bien y felizmente con el marido por todo el tiempo de su matrimonio. En el postrer libro se instruye a la mujer viuda.

Y puesto que no se pudo proceder de otra manera, en el primer libro quedan dichas muchas cosas que a casadas y a viudas atañen. Y muchas cosas en el segundo atinentes a las solteras. Y en el tercero, algunas que son de aplicación general. Digo esto porque no piense la doncella que debe leer no más que el libro primero, y el libro segundo la casada, o la viuda el tercero. Yo pienso que los tres deben ser leídos.

Acaso en ellos fuimos más breves de lo que algunos hubieran querido; pero si alguno considerase atentamente el motivo de nuestra determinación, entenderá que no fué tomada de balde. Y, efectivamente, en la preceptiva no debe ser la breveda la última de las consideraciones, no sea que la verbosidad demasiada agobie la atención de los lectores más que no les instruya. Allende de esto, los preceptos deben ser tales, que pueda uno aprendérselos de coro y retenerlos fácilmente en la memoria, puesto que no conviene ignorar las leyes por las cuales debemos regular nuestra vida. Esto mismo han declarado Cristo y los Apóstoles que siguieron sus normas, a saber: Pedro, Pablo, Santiago, Juan, Judas, quienes nos enseñaron los preceptos de la religión como de origen divino, y pocos y breves los entregaron al mundo. Y con efecto, ¿quién podrá observar aquellas leyes que ni siquiera tienen los que en ellas encanecieron? En atención a esto, ni quise alargarme en los ejemplos que en gran número aduje, ni me permití digresiones por los lugares comunes de las virtudes o los vicios, anchuroso campo donde espaciarse, que en todo el tratado se me ofrecía y casi me invitaba porque el libro tuviese una extensión razonable y no solamente pudiese leerse sin fatiga, sino que aún pudiera releerse con provecho. Para esto, así como son muchas las instrucciones para la formación de los varones, es cierto que la formación moral de las mujeres puede lograrse con poquísimos preceptos, porque los varones actúan en casa y fuera de ella, en los negocios privados y en los públicos: las normas para tantas y tan diversas actividades requieren prolijos volúmenes. En cambio, el cuidado exclusivo de la mujer es la pudicicia. Toda vez que se hizo de ella adecuada exposición, parece que ya queda instruída suficientemente. Por esta consideración es tanto más execrable el crimen de aquellos que tienden a corromper esta única virtud de las mujeres, como si te propusieses apagar la menguada luz que le queda al tuerto.

Los hay quienes escriben feos y sucios poemas. Con qué propósito confesable pueden cohonestar ese su triste empeño, yo no lo sé ver, si ya no es que, corrompida su alma

por la maldad y el venenoso pus que exhala, no puede segregar sino veneno con que causen la muerte a todo lo que está en vecindad. Dicen que están enamorados; yo lo creo; pero también son ciegos y locos, como si tú no pudieses gozar tu dama sin que, al mismo tiempo que a ella, corrompas y contamines a todas las restantes. A mí se me antoja que nadie jamás con mayor motivo fué desterrado que Ovidio Nasón, si es verdad que lo fué por su *Arte de amar*.

Los otros poetas eróticos cantaron lujurias criminales; mas este artífice primoroso (¡con perdón del Cielo sea dicho!) redujo a fórmulas y preceptos a la liviandad misma, mereciendo el título execrable de doctor de la impureza, de corruptor público de las costumbres de la ciudad.

Yo no dudo que a algunos les parecerá que doy preceptos más ásperos y severos que razonables. Si esos descontentadizos leyesen en qué minuciosidades hacen hincapié los Santos Padres, cuán celosos fiscales son de todas y de cada una de ellas, y con qué energía, y con qué ceño, y con qué severidad, me conceptuaran a mí demasiado blando e indulgente. Pero la cosa es así: la senda de la virtud paréceles a los buenos muy holgada y muy amena; y al revés, la de los vicios, paréceles estrecha y barrancosa. Para los malos no es agradable la senda por do caminan; ni asaz ancha, ni asaz cómoda la de la probidad. Y siendo ello así, hay que acercarse al parecer de los buenos y creer que más aína se engañan los malos en su juicio que los buenos en su unánime sentir. Pitágoras y los que le siguieron en la descripción de la letra Y, una vez superadas las asperezas primeras del camino de la virtud, dicen que en toda la restante jornada se abre muy ancho y muy fácil. Platón, abundando en el sentir de Pitágoras, nos persuade que escojamos la mejor manera de vivir; la costumbre nos la tornará la más agradable. Nuestro Señor Jesucristo, en su Evangelio, calificó de angosta la senda del reino de Dios, no porque así fuese en realidad, sino porque son pocos los que entran en ella: no sea que alguno piense que es vano aquel dicho suyo: *Mi yugo es suave y mi carga ligera.* Y que es huera igualmente aquella promesa suya, a saber: que no hay nadie que por amor suyo deje alguna cosa, que no reciba mucho más aún en esta vida. ¿Y qué sentido tiene esta promesa si no se refiere al placer y a las delicias de la virtud?

Yo ya sé a quiénes estas instrucciones mías van a parecer demasiado severas y rígidas: a los mozos, a los ignorantes, a los lujuriosos, a los perdidos, que no pueden sufrir ni siquiera la vista de una mujer honrada; a los que, como los caballos ociosos y bien cebados, relinchan al olor de todas las yeguas. Desabrirán también estas instrucciones mías a las doncellas necias. vanas. insulsas, que gustan de ser miradas. de ser galanteadas, y que querrían que sus vicios fuesen aprobados por el número sin número de los pecadores, como si la conspiración de la canalla vil pudiese cambiar la naturaleza de las cosas. No constituye novedad que los malos odien a los que les amonestan bien. En el mismo tema que el de mi libro, Teofrasto, luego de haber escrito muy duras verdades acerca del matrimonio, azuzó contra sí la jauría de las meretrices, y salió una tal Leoncia, concubina de Metrodoro, la cual vomitó contra un varón tan señalado en ciencia y en elocuencia un

libro sin seso, sin vergüenza. Esta procacidad pareció tan indignante, que, como si ya no quedase esperanza alguna de enmienda, dió origen a aquel proverbio: *Elegir un árbol para ahorcarse.* San Jerónimo, en una carta a Demetríade, consigna un caso que le sucedió a él, y escribe lo que sigue: *Hace cosa de unos treinta años que escribí yo un libro acerca de la observancia de la virginidad, en el cual me vi obligado a ir contra los vicios, y para instrucción de la virgen a quien iban dirigidas aquellas amonestaciones, manifestar las asechanzas del diablo. Aquel lenguaje mío ofendió a muchísimos, porque, pensando cada cual que iba contra él lo que yo decía, no me oyó con agrado, como amonestador, sinó con repulsión, como recriminador de su conducta.* Esto dice San Jerónimo.

Y en este aprieto me veo. ¿Qué linaje de hombres voy a ofender con mis santas instrucciones? Agradar a los malos no carece, por decirlo así, de reprensión y de culpa.

Estarán por mí los varones graves y cuerdos, las doncellas castas, las matronas honestas, las viudas prudentes y todos aquellos que verdaderamente y con toda el alma son cristianos y no de solo nombre. Todos ellos sienten y saben no haber cosa más llevadera y suave que los mandamientos de nuestra santa religión, de los cuales nunca jamás permita Cristo que apartemos nuestro pensamiento ni nuestra conducta el grueso de un cabello. A las mujeres buenas les advertí muy blandamente cuál era su deber; a las restantes, a trechos las reprendí con alguna viveza, porque he visto que las solas enseñanzas aprovechan poco a las que se oponen a quien las guía, y al redopelo y como por la melena se las ha de traer a donde es razón. Por ello les hablé con alguna claridad para que, viendo representada como en una pintura la fealdad de sus costumbres, se avergonzasen y dejasen de hacer cosas que dan empacho, y al mismo tiempo para que las mujeres se felicitasen de estar tan lejos de aquellos vicios e hiciesen un esfuerzo nuevo por apartarse más y más, y se acogiesen en las recámaras más íntimas de la virtud. En contadas ocasiones, conformándome con el consejo de San Jerónimo, preferí poner a prueba la vergüenza con la verdad, siempre con la reserva de no decir cosa de que debiera sonrojarme, que es lo más feo que puede ocurrir a un predicador de la castidad. Con esta cautela en algunos puntos, abunda mucho más lo que se ha de sobrentender que lo que se explana. Aquello que no se compadecía con las costumbres generalizadas yo lo sustenté y lo corroboré con grandes autoridades, porque no pudiera derribarlo el empuje del sentimiento general.

Ofrézcote esta obra, reina ilustre, como un pintor te haría ofrenda de un retrato donde, con sumo y artificioso primor, estuviese figurado tu semblante. Así como en aquél verías pintada tu figura muy al vivo, así también en estos libros verás la imagen de tu alma, a saber: lo que has sido de doncella, de casada, de viuda y ahora de casada nuevamente (ventura que pido a Dios dure infinitos años), y cómo te condujiste en todos esos estados, a fin de que seas dechado y espejo de vida ejemplar en cada uno de ellos. Pero tú más quieres que sean alabadas las virtudes que no tú, aun cuando nadie puede recomendar ni elogiar las virtudes propiamente femeninas sin que te involucre a ti en aquel encomio.

Con todo, se te habrá de obe-

decer, siempre que sepas que bajo aquellas descolladas y heroicas virtudes, las más semejantes a las tuyas, se predican con su propio nombre; pero siempre, calladamente, eres tú la predicada. No es posible celebrar las virtudes en abstracto sin que a la vez se celebren aquellos sus cultivadores anónimos que en las mismas virtudes mucho se aventajaron.

Leerá estas advertencias mías tu hija María y las reproducirá en sí, y se arreglará según el ejemplar doméstico que le ofrecen tu bondad y tu sabiduría. La copia será exacta; y si ella, sola, no engaña todas las conjeturas humanas, es fuerza que sea muy buena y muy santa, como nacida de ti y de Enrique VIII, noble y celebrado par de esposos cristianos. Así, las mujeres todas, a la vez que por tu vida y tus obras tendrán ejemplo, asimismo tendrán, por esa obra que yo te dediqué, preceptos y normas de vida. Y de una cosa y otra serán deudoras de tu bondad, porque tan ejemplarmente viviste tú, que yo me sentí movido a tomar la pluma en mi mano. Ten salud.

Brujas, nonas de abril de 1523.

LIBRO PRIMERO

DE LA FORMACION DE LA MUJER CRISTIANA QUE TRATA DE LAS DONCELLAS

CAPITULO PRIMERO

DE LA CRIANZA DE LA DONCELLA EN SU NIÑEZ

Fabio Quintiliano, en su *Institución del orador,* piensa que hay que empezarla en la misma cuna, persuadido que no debe perderse tiempo alguno enderezado a la consecución de aquel fin y a la práctica de aquella tarea que asumió. ¡Con cuánto mayor y más temprano cuidado debe emprenderse la institución de la doncella cristiana, de manera que no solamente formemos y pongamos compostura en sus crecimientos, sino que iniciemos su crianza, desde la leche misma, que yo querría, si fuere ello posible, que fuese la materna! Y eso mismo aconsejaron Plutarco, Favorino y los más grandes moralistas de la antigüedad. De esta suerte, se hará mayor aquel ingénito afecto entre la madre y la hija, si ninguna porción del nombre de madre se le sustrajere para traspasarla a otra, pues también las amas de cría acostumbraron ser denominadas madres. Con mayor razón piensa la madre ser suya la hija, si no solamente la llevó en su vientre y la parió, sino que también en su infancia primerísima la tuvo de continuo en sus brazos, le dió el pecho, la crió de su sangre, la arrulló en su regazo y recibió con íntimo halago sus primeras sonrisas y fué la primera que se alegró de oír, en su esfuerzo por hablar, los primeros gorjeos y la apretó en su seno y rogó al Cielo por ella los mejores bienes. Todas estas cosas infundirán en la hija una piedad tan grande para con su madre, que le será mucho más cara aquella madre en cuyo amor se empapó prolijamente cuando su cora-

zón era todavía informe y tierno. ¿Quién es capaz de ponderar hasta qué punto en los hombres engendran y aumentan la querencia, siendo así que aun las mismas bestias, casi por completo desprovistas de toda suerte de amor para cualquiera otra especie animal, aman a quienes las alimentaron y criaron y con qué correspondencia las protegen y las defienden y no rehuyen exponerse por ellos a la muerte? Demás de esto, yo no sé de qué manera acontece que juntamente con la leche sorbemos no ya el amor, sino también una cierta inclinación a costumbres determinadas. Y esto mismo hace, como dice Favorino, citado por Aulo Gelio, que hartas veces no acabamos de maravillarnos cómo los hijos de unas mujeres que son espejo de toda honestidad no salen a sus progenitores ni en su parecido físico ni en su fisonomía moral. No sin una profunda razón nació aquel apólogo sabido de todos los niños: a saber: *de aquel otro niño que criado con leche de puerca se zambulló en el cieno.* Por eso Crisipo, varón de agudísimo ingenio, preceptuó que las amas de leche debían elegirse entre las más cuerdas y más morigeradas. Precepto es éste que también nosotros seguiremos e impondremos a aquellas madres que no tuvieren posibilidad de criar a sus hijos a sus propios pechos. Ni quiero tampoco que se ponga un esmero mayor en buscar nodriza para un varón que para una hembra. Quintiliano ya tuvo harto con decir: *Hay que mirar que no sea viciosa el habla de las nodrizas, porque el acento que en la lengua del infante se asentó, con suma dificultad se quita.* No tuvo el preceptista antiguo igual solicitud por lo que toca a las costumbres, que más frecuentemente toma el muchacho en otra parte que en su propia casa; y con todo, adujo el aviso de Crisipo, referente a las amas, como si él abundase en el mismo sentir. Por lo que toca a la doncella, puesto que no la queremos tan docta como honesta y buena, todo el cuidado de los padres debe tender a que no se le pegue cosa alguna de deshonestidad ni vicio; que ni por los sentidos corporales ni a través de quien la nutre penetre en ella asomo ninguno de fealdad. La primera persona que oirá, la primera persona que verá, será el ama, y todo aquello que en ella aprendiere de niña, aquello mismo persistirá en reproducir cuando ya fuese enseñada y cautelosa. Y por esta razón, San Jerónimo, que asumió la formación espiritual de la hija de Leta, no quiere que su ama sea aficionada al vino, ni amiga del regalo, ni dada a la garrulería.

CAPITULO II

DE LA RESTANTE NIÑEZ

Luego que la niña fuere destetada y comenzare a hablar y a andar, todos sus pasatiempos sean con muchachuelas de su edad, y esto en presencia de su madre o de su ama o de alguna buena mujer madura de años que ponga templanza en aquellos juegos y modere aquellos esparcimientos del ánimo pueril y los encamine a la honestidad y virtud. Lejos esté de ellos todo varón y no se avece la mozuela a participar en los divertimientos de los muchachos, pues quiere la Naturaleza que el afecto nuestro se aferre con mayor tenacidad en aquellos con quienes compartimos las horas y los pueriles pasatiempos. Este afecto es más tenaz en la mujer, la cual de

suyo es más propensa al placer que no el varón. En aquella edad que todavía no discierne el bien ni el mal, no se le ha de enseñar ni aun la existencia del mal, y en sanas opiniones tiene que ser imbuída el alma inexperta y virgen. Pestilencial es la opinión de aquellos que quieren que sus hijos no ignoren ni el bien ni el mal, pues así (acaban por decir) con mayor conocimiento practicarán la virtud y escaparán de los vicios. ¡Cuánta mayor cordura no es y cuánto mayor provecho no reporta no solamente no obrar el mal, sino ignorarlo, y cuánta mayor ventura no acarrea! ¿Quién, al menos hablando, no oyó decir que todos nosotros fuimos condenados a miseria y servidumbre en aquel instante preciso en que aquellos primeros autores del linaje humano conocieron lo que era bien y lo que era mal? En hecho de verdad, merecedores son, aquellos padres que no quieren que sus hijos carezcan del conocimiento y de la experiencia del mal, de que los tengan realmente, y cuando les pesare porque lo obraron, recuerden que de sus propios padres lo aprendieron. Palabras deshonestas ni lascivas, ni gestos poco decorosos ni de mala crianza, guárdese de aprenderlos ni aun cuando ignora su malicia, porque los repetirá y ejecutará cuando fuere ya crecida y sabe lo que hace y lo que dice. Y con harta frecuencia acontece que aquellas expresiones y movimientos a que se habituaron suéltanlos por descuido y sin parar mientes en ello; y aun a veces, repugnando y con empeño de retenerlos, se les escapan sin querer; y ello ocurre con tanta mayor frecuencia cuanto peores son, puesto caso que por esta misma razón con mayor tenacidad los retiene el ánimo de los hombres. Guárdense los padres de aprobar en ellas ningún hecho indecoroso ni con risas, ni con palabras expresas, ni aun con el gesto, ni, cosa feísima, lo acojan y autoricen con besos ni con abrazos, pues la niña pondrá un ahinco singular en repetir aquello mismo que piensa que fué muy grato a sus padres. Todo, en la primera mocedad, sea casto y puro, al menos por la gracia de las costumbres que de aquella iniciación infantil toman, por decirlo así, el bosquejo primero. Pláceme aquí transcribir un bello pasaje de Cornelio Tácito acerca de la índole de los romanos viejos:

Tiempos hubo en que cada cual criaba a su hijo nacido de mujer casta, no en el aposento de una nodriza comprada, sino en la falda y regazo de su propia madre, cuyo loor principal era mirar por la casa y estar al servicio de los hijos. Escogíase alguna mujer allegada, mayor de edad, a cuya conspicua y probada moralidad confiábase la prole de toda la familia, en cuya presencia no era lícito ni decir lo que era feo de decir ni obrar lo que no parecía honesto de obrar. Así que esta dueña, digna de todo respeto, templaba con una suerte de santidad y de verecundia no solamente las aficiones y las costumbres de los niños, sino también sus propios esparcimientos y juegos. Con este procedimiento sabemos que presidieron la crianza de sus hijos, y sacaron de ellos varones egregios, Cornelia, madre de los Gracos; así Aurelia, madre de César; así Accia, madre de Augusto. Su disciplina y su severidad encaminábanse a que el carácter de cada cual, sincero e íntegro, no torcido aún por malicia ninguna, instantáneamente, con toda la generosidad de su pecho, abrazase las artes que son honra y decoro de la vida.

Así habla Tácito. Por donde se evidencia con qué método y con qué trazas aquellos romanos viejos llegaron a conseguir aquella gloria y claridad de virtudes que ahora no pueden mirar de hito en hito nuestros ojos. Y eso lo dice Tácito de los varones. ¿Cuánta pensamos que fué la diligencia que se puso en la crianza de las hembras? Apártense, pues, de los juegos y pasatiempos que aquella edad necesita, todo cuanto pueda dañar la sana y recta crianza; ninguna obscenidad se cuele en su espíritu ni se inficione con el amor de la parlería demasiado. Antes bien, ya desde entonces y como por juego, medite lo que más tarde habrá de serle de gran provecho. Edúqueselas en la afición de las consejas y castas fabulillas, arrebátenseles de las manos las muñecas, que son como una imagen de idolatría y que les inculcan y agrandan el natural amor de los afeites y de los atavíos. Merecerán mejor mi aprobación aquellos trebejuelos fundidos en plomo o en estaño que reproducen en miniatura el ajuar doméstico que abundan tanto en esa Bélgica. Es éste para la niña un deleitoso entretenimiento que, burla burlando, le enseña los nombres y la aplicación que tienen cada uno de esos imprescindibles utensilios.

CAPITULO III

DE LOS PRIMEROS EJERCICIOS

En la edad en que la muchacha pareciere apta para las letras y el conocimiento de las cosas, comience por aprender aquellas que al cultivo del alma pertenecen y las que conciernen al régimen y gobierno de la casa. No señalo edad concreta alguna. Pensaron los unos que debía principiarse a los siete años, como Aristóteles, como Eratóstenes; pensaron los otros que a los cuatro o a los cinco, como Crisipo y Quintiliano. Por lo que a mí toca, yo dejo totalmente esta determinación al criterio de los padres, los cuales se aconsejarán en la calidad y porte de la doncelluela, siempre que no le perjudique la sobrada indulgencia que les hace tratar a los hijos con tan mimosa blandura, y tan exagerados temores abrigan para con ellos, que los apartan de todo trabajo por miedo de que contraigan alguna dolencia. Estos tales, mientras piensan aumentar y afirmar su fortaleza física, los debilitan y quebrantan. Mucho daña a los hijos varones el regalo de sus padres, que les brinda una licencia sin freno para un sinnúmero de vicios y los mete en ellos suavemente; pero daña mucho más a las hembras. La hembra, especialmente, no se siente cohibida más que por el miedo. Si este miedo no existe, toda coerción natural queda relajada, y si tiene propensión al mal, en él se precipita y no sale buena si ya por su propio carácter y temperamento no fuere tal, como contadas son las que pueden hallarse. Aprenderá, pues, la muchacha, al mismo tiempo que las letras, a traer en sus manos la lana y el lino, dos artes que aquella famosa edad dorada y aquel siglo innocuo enseñaron a la posteridad, convenientísimas a la economía doméstica, conservadoras de la frugalidad, de la cual conviene sobre manera que sean las mujeres curiosas guardadoras. No descenderé a otras menuderías porque no parezca que ando a la persecución de pequeñeces indignas de mi propósito. Pero a mí no me agrada que la mujer ignore aquellas artes en que se ocupan las manos, aun cuando

fuera princesa o reina. ¿Qué otra cosa preferente o mejor hará cuando hubiere dado recaudo a los quehaceres de su casa? ¿Estarse hablando con varones o con otras mujeres? ¿De qué cosas hablará? ¿Hablará siempre? ¿No se callará nunca? O tal vez pensará; pero ¿qué cosas pensará? Veloz es el pensamiento de la mujer y tornadizo por lo común, y vagaroso y andariego, y no sé bien adónde le trae su propia lubricada ligereza.

La lectura es lo mejor, y yo, antes que todo, lo aconsejo; pero aun cansada de leer, yo no tolero verla ociosa. Ni por ello remedará a aquellas mujeres de Persia, zambullidas en medio de los escuadrones de sus eunucos, en conciertos y en banquetes y en deleites constantes y perpetuos que, por evitar el empalago, trocaban por otros, y el fin del uno era el comienzo del siguiente, y con todo no llegaban a conseguir que ni aun esta renovada variedad colmase de satisfacción y regocijo a su alma; siempre en cada una de ellas quedaba por satisfacer algún deseo y dejaba el cansancio en todas, y aquel su gusto primero ocasionábales un rápido hastío; entonces reproducían los placeres que condenaron, y luego esquivábanse con sumo ahinco de aquellos que juzgaron que más les habían de gustar, así que no satisfaciéndoles uno por completo, desdeñábanlos a todos. Y con efecto, no es éste el verdadero pasto del alma. Por eso siempre su alma andaba desalada en pos de variaciones, como quien recorre una propiedad ajena. Mas cuando es honesta la obra y la conciencia es recta, la actividad más bien restaura que no fatiga, y el cansancio que de ella resulta es placentero y no sentimos el paso de las horas que en tan sabrosa tarea consumimos, y no hay cosa que aconseje tanto el descanso como la tensión de un pensamiento fijo, y no quisiéramos cambiarla aun cuando estuviese en nuestra mano. San Jerónimo quiere que Paula, matrona nobilísima del solar de los Escipiones y los Grecos, y que aún mostraba en su abolorio y genealogía a aquel famoso Agamenón, rey de reyes, tome la rueca, se ponga el cestillo en el regazo, ruede el huso y con sus dedos saque el hilo. Y el mismo santo manda a Demetríades, de alcurnia y de riquezas iguales, traer la lana entre manos, torcer el estambre con su dedo; le manda que cosa; le manda que labre. En todos los tiempos fué el lanificio la ocupación y el arte de la mujer honesta. Todas las mujeres romanas, en casándose, traían a casa del marido huso y rueca con su lana correspondiente y la prendían y coronaban con ella el dintel de su nueva morada, y ello era un rito observado con suma religión; y luego se ordenaba a la recién casada sentarse encima de una piel lanuda porque aprendiese lo que había de hacer en casa. Hecho esto, decía a su marido estas palabras: *Donde estuvieres tú, Cayo, allí estaré yo, Caya.* Esta Caya Tanaquil fué etrusca, nacida en lugar encumbradísimo, mujer tan aliñada y económica como no la hubo jamás, esposa del rey Tarquino Prisco, que al lanificio aplicó su máximo afán y cuidado y por ello obtuvo culto como diosa y a su estatua se le añadió el huso, en señal y memoria de su honestidad y de su industria laboriosa. Solíase asimismo, con muchísima frecuencia, lanzar a manera de vítor y aclamación el grito: *¡Talasio! ¡Talasio!*, como quien dice: *¡Cestica! ¡Cestica!*, donde la lana se coloca porque la novia fuese avisada de cuál iba a ser su tarea ulterior. De-

dicarse a ella era dar demostración de mujer hacendosa y recatada. Habiendo los mozos regios, hijos y deudos de Tarquino, ídose a Roma con toda prisa en ocasión de que sobre cena, cual suele acontecer, habían promovido plática y porfía acerca de las mujeres casadas, hallaron a todas las nueras del rey, en compañía de sus honradas dueñas, en banquetes y danzas y regocijo; mas a Lucrecia, a gran hora de la noche, sorprendiéronla entre sus criadas, desveladas, sentada en el gineceo, laborando lana, y por unánime consentimiento otorgáronle el loor y la palma de la perfecta casada. Reducido todo el imperio del pueblo romano y sojuzgado al poder de Augusto, él mismo quiso que su hija y sus nietas avezasen sus manos al lanificio. Lo mismo hizo el emperador Carlomagno. Terencio, pintor de la vida humana, describiendo qué tal ha de ser la doncella pudorosa y parca: *Sostiene*—dice—*su vida hilando lana y tejiendo.* Salomón, en el encomio de la mujer santa, dice de ella que buscó lana y lino y los labró con la industriosa destreza de sus manos. No creo yo que haga mucho al caso que sea más lana que lino; lino y lana son necesarios para los usos de la vida, y ambos constituyen una muy honesta ocupación de mujeres. De Ana, esposa de Helcana, dícese que hizo con sus propias manos unas tuniquillas cada año a su hijo Samuel. Penélope, la castísima reina de Itaca, tejiendo y destejiendo, engañó aquellos veinte años eternos que duró la ausencia de su marido. Las reinas de los macedones y del Epiro tejían y cosían de sus manos las ropas de sus maridos, de sus hermanos, de sus hijos, de sus padres; de las cuales Alejandro Magno mostró algunas, hechas por su madre y sus hermanas a las reinas de Persia. Los que escribieron las cosas de España dicen que entre las españolas antiguas se solía proponer en público certamen un premio a la que más hubiese hilado o tejido, el cual se adjudicaba un día determinado y hacíase exposición de las obras, y era gran honra de la mujer haber mostrado en ellas mucha diligencia. Y aun el día de hoy dura esta competencia de la laboriosidad en muchas honradas mujeres y hácese ostensión de este afán en el trabajo, y aun entre las damas del más encumbrado abolengo la ociosidad es infamante. La reina doña Isabel, esposa del rey don Fernando, quiso que sus cuatro hijas fuesen diestras en hilar, coser, bordar; dos de las cuales fueron reinas de Portugal; la tercera vemos que lo es de España y es madre del emperador Carlos, y la cuarta es mujer honestísima de Enrique VIII de Inglaterra. Allende de esto, aprenderá nuestra doncella el arte de la cocina, no de la cocina tabernaria, sórdida, de manjares inmoderados para el consumo de muchos, como hacen los cocineros públicos, ni para el placer refinado, ni para la gula, sino aquel arte de cocina sobria, limpia, templada y frugal con que aderece la comida a sus padres y hermanos mientras permanece en su doncellez, y, una vez que estuviere casada, a su marido y a sus hijos, porque así granjeará no poca estima de los unos y de los otros, si no lo dejare todo a manos de mozas, sino que ella misma, con las suyas propias, la sazonare y la aliñare, la cual será más agradable a sus padres, a su marido, a sus hijos, servida por ella que por sus criados, y tanto más si estuvieren enfermos. Nadie haga ascos del nombre de cocina, que es una oficina imprescindible sin la cual no

convalecemos. estando enfermos, ni vivimos estando sanos. Ni desdeñó la cocina el rey Aquiles, hijo de rey y el más aventajado de los héroes, pues habiendo venido a él Ulises y Ayax y Fénix a contratar la amistad entre él y el rey Agamenón, él en persona, rodeado del aparejo del convite, entró en la cocina y aderezó los manjares, acogiendo a aquellos príncipes óptimos y amigos suyos muy estrechos con un sabroso y sobrio convite. Importa también mucho esto a la frugalidad y al aseo, pues estando presente la señora o la hija de familia todo se hace con más aliño y limpieza y con mayor cuidado y con dispendio menor. ¿Qué es este amor tan extremoso de las manos o ese asco tan grande de la cocina que ni pueden poner los pies en ella ni sostener siquiera la vista de aquellos alimentos que ha de tomar el ser que más quieren en el mundo, el padre, el esposo o el hijo? Sepan los que tales ascos hacen que más se ensucia la mano con darla a ajeno varón que con tiznarla de hollín, y que está más feo que la vean en el baile que no en la cocina, y que es cosa más soez y vil manejar con destreza los dados o los naipes que no las viandas, y que menos bien parece en una mujer honesta catar en la mesa el vino escanciado, por varón ajeno, que componer una tisana y ofrecerla al propio. Yo querré que mi mujer sea ducha en este arte, con el cual obligue a cualquiera edad las voluntades de todos los suyos; con el cual, no ya con mayor limpieza y aliño, sino con más pequeña costa, vayan a la mesa las viandas. Yo he visto aquí, en Flandes, y en España, y en Francia, muchos haber convalecido de graves dolencias por los guisados de mano de sus esposas, hijas o nueras, a quien después de sanos tuvieron en un aprecio infinitamente mayor que antes. Y al revés, he visto también mujeres aborrecidas de sus maridos, y nueras de sus suegros, e hijas de sus padres por decir que no conocían el arte de guisar. Y yo me he llegado a persuadir que el motivo principal porque en esta Bélgica los hombres frecuenten tanto y se estén tanto tiempo en tabernas y mesones es el descuido y la pereza de las mujeres en cocinar los manjares, que les obliga a tener horror de su propia casa y a buscar en otro sitio el bienestar que no encuentran en ella.

CAPITULO IV

DOCTRINAL DE DONCELLAS

Veo que la instrucción de la doncella requiere mucho más cuidado de lo que el vulgo cree. El cuerpo humano, de suyo ya desde su origen, tiende al mal y a él va por su propio instinto, como declaran las Sagradas Letras. Y a ello le impelen todavía los malos, que dondequiera le salen al camino, y que son o maestros o autores de maldad. A cualquiera parte te volvieres, malas palabras y malas obras se te meten por los ojos. Perecemos a manos de nuestro propio carácter, inclinado al mal; perecemos a manos de tantos malos ejemplos, de tamaña conspiración contra el bien, y, por encima de todas las demás, nos inflige la más acerba de las heridas la hostilidad irreducible del demonio. Y si el bien no tiene valedor ninguno, ni avisos ni preceptos de sabiduría y de recto vivir, ¿qué le quedará al hombre mísero que le detenga en el despeñadero de la maldad? Medrados estaríamos si el conocimiento de lo recto no tuviera defen-

sa posible contra tantos males que le acometen, y menos aún si, privados y desposeídos de buenos consejos pudiéramos ser salvos. Neciamente dije que obraban aquellos padres que quieren que sus hijos conozcan el bien y el mal; y no pecan menos aquellos otros que no les consienten conocer ni el bien ni el mal. Pluguiera al Cielo que en medio de tantos hombres malos pudiéramos pasar la vida ignorantes de toda maldad. Pero el bien, si no lo enseñares, puede ignorarse; mas el mal, por más que lo ocultes, no puede disimularse; en dondequiera está y se manifiesta y no se aviene a mantenerse en su escondrijo. Son muchos los que recelan de las mujeres letradas, como si su malicia natural fuese incrementada con el aditamento de una erudición astuta; como si también por ese hecho mismo no debieran ser sospechosos los varones si una erudición artera se conjuga con un temperamento depravado. Mas la doctrina que yo querría que fuese propuesta a todo el linaje humano es la sobria y la casta, la que instruye y hace mejores; no aquella otra que arma y que acucia a las malas pasiones del alma. ¿Cuáles son, concretándome ya a la mujer, aquellos preceptos de la vida y aquellos dechados de probidad cuyo conocimiento, si es dañoso, no veo cómo no pueda no resultar provechosa su ignorancia? Y pues qué: ¿quieres que tu hija sepa al dedillo el mal y esté ayuna del bien? ¿Sabrá lo que encamina al crimen e ignorará lo que aparta del crimen? ¿Tan inicuo concepto tienes de la ciencia del bien que imaginas que va a serle nociva, si no le es nociva la ciencia del mal? Cuando hiciere invasión en ella el vicio al cual se avezó, ¿qué defensa le procurará la honestidad que de todo en todo desconoce? Y si te contenta este parecer, ¿por qué las llevamos a los sermones? ¿Por qué personalmente las amonestamos? ¿Por qué las castigamos y las avisamos de lo que es mejor? Más valdrá, yo creo, relegarlas al campo y debilitar y oprimir su talento, si alguno tienen, y trocarlas, de seres humanos, en bestias: así, a distancia mayor estarán de toda doctrina. Pregúntase el filósofo Aristóteles por qué los flautistas y juglares, que por afán de un jornal andan cantando por ferias y romerías, a quien el vulgo de los griegos llamaba *dionisíacos*, entregados siempre a los placeres, nunca llegaron a hacer obra buena, sino que pasaron toda su vida en completa rotura de costumbres. Y responde que ello obedece al hecho de que sumidos constantemente en regalos y en comeres y en beberes, jamás oyeron los preceptos de la filosofía que enseñan el bien vivir, y como en su vida no vieron jamás hacer otra cosa, no saben vivir de otra manera de como siempre lo han oído, visto y practicado. Nada oyeron, en efecto; nada vieron, a nada se habituaron sino al placer muelle, bestial, entre músicas desgarradas, entre gentes que bailan, que besan, que ríen, que comen, que beben, que vomitan, que se entregan a inmoderados regocijos. Echada toda preocupación de cordura y de costumbres, forzado es que expresen esto mismo en sus costumbres y en su vida toda. No es fácil que halles mujer mala si no es la necia, la que ignora o no considera qué bien tan grande sea la honestidad y cuán grande maldad comete si la pierde y por cuán torpe y liviana y momentánea ficción de placer trueca esta riqueza inapreciable y a cuán grande escuadrón de males da entrada, echando fuera de

sí la castidad; ni examina cuán vana, cuán loca, cuán bestial cosa es el placer del cuerpo, por el cual no se debería mover un dedo de la mano, cuanto más arrojar lejos de sí el tesoro más avaricioso y bello que en la mujer puede hallarse; cuánta vanidad y liviandad sea el prolijo afeite, la pulidez, el acicalamiento, el atavío costoso; y cuánto peligro hay en atraer a sí los ojos y los deseos. La doncella que por su natural virtud, o por efecto de su buena índole o, simplemente por sus letras, hubiere aprendido a poner ojo en estas y otras consideraciones semejantes, imbuído y fortalecido su pecho con estos santos avisos, nunca doblegará su alma a la admisión de torpeza ninguna; y si a pesar de tantos preceptos de honestidad como la retraían de ella, a pesar de tan santos consejos y de tantas exhortaciones inclinare su ánimo a ella, puede colegirse cuán perdida iría si nunca hubiera oído palabra alguna de recomendación de la honestidad. Y si nos holgara echar a andar de nuevo por las pisadas de las edades antiguas, apenas hallaremos mujer docta que haya sido impura. Y al revés: la mayor parte de los vicios de las mujeres de este siglo nuestro y de los siglos anteriores, que es doloroso reconocer que son más entre cristianas que no en la gentilidad y barbarie, hijos son de la ignorancia, porque jamás leyeron ni oyeron aquellos egregios loores y avisos de los Santos Padres acerca de la castidad, del apartamiento, del silencio, de los adornos y arrequives de la mujer. Si de ellos hubieren tenido noticia o barruntos, no fuera posible que el desmán llegase a tanto extremo e insolencia como vemos. Sus razones y su autoridad hubieran ahogado los vicios en su propio manantial o los hubieran cohibido en sus expansiones. Objetará alguno, por ventura, espigando en una que otra mujer de la más remota gentilidad, que Safo, suma poetisa, no amó a Faón con la castidad suficiente, y que Leoncia, aquella que escribió contra Teofrasto, fué amiga de Metrodoro, y que de Sempronia, docta en las lenguas griega y latina, dice Salustio que no amó su pureza con demasiada integridad. Pero es que yo, a trueque de estas tres mujeres, puedo contar un sinnúmero de ellas, a quienes la instrucción elevó a las virtudes más ejemplares; mujeres no ya solamente de las nuestras, sino aun de las naciones bárbaras. Pero antes que esto haga, diré algo de estas tres que cité. Autores tengo del mayor renombre que sostienen que Safo, aquella Safo de Lesbos, doctísima en metros líricos, no es la misma que se perecía por los amores de Faón, sino otra Safo, tan grande en erudición como en continencia de vida. Además, Leoncia no fué a Metrodoro ya culta, sino que fué en su casa donde se instruyó, si bien esta cultura no era la que conviene para cimentar la moral, pues era fundamentalmente epicúrea, que todo lo gradúa por el placer; y de ahí le vino su ojeriza contra Teofrasto, acérrimo enemigo del placer. La cultura de Sempronia no fué aquella cultura que nosotros de buena gana concedemos a la mujer buena, de doctrina moral que enseña a bien conducir la vida. No había en ella más que un cierto cuidado en el aliño y primor del lenguaje, en el cual no apruebo que se ponga un trabajo excesivo. La misma respuesta puede darse por lo que atañe a Safo. Ahora que si sacamos al campo nuestras escuadras saldrá Cornelia, madre de los Gracos, la cual, siendo dechado de honestidad, ense-

ñó a sus hijos por sí misma; saldrán las Lelias, las Mucias; saldrá Porcia, la de Bruto, que bebió copiosamente en el raudal de la sabiduría de su padre Catón; saldrá Cleobulina, hija de Cleóbulo, uno de los Siete Sabios, que vivió tan entregada a las letras y a la sabiduría que, desdeñando todo deleite carnal, se mantuvo virgen. Siguió su ejemplo la hija de Pitágoras, que después de la muerte de su padre resucitó su doctrina y rigió su escuela y tuvo a su cargo todo un coro de doncellas. De esta misma secta y doctrina fué Teano, nacida en Metoponto, que tuvo aliento profético y resplandeció de singular castidad. San Jerónimo dice que fueron diez las Sibilas, y todas ellas vírgenes. Leemos que fueron vírgenes asimismo Casandra y Criseida, sacerdotisas de Apolo y de Juno. Esta prerrogativa fué, por lo general, común a todas las mujeres proféticas. Pitia, la que daba las respuestas en la isla de Delos a quienes iban a consultar el oráculo, no fué sino virgen. Y virgen fué Fenionoe, la cual se dice que inventó el metro heroico. Valerio Marcial da a entender que Sulpicia, esposa de Caleno, consignó por escrito los preceptos de la vida conyugal de que previamente ella había dado ejemplo en su vida:

Lean—dice—*a Sulpicia todas las doncellas que desean agradar a sólo su marido; lean a Sulpicia todos los maridos que desean agradar no más que a su esposa. Amores castos y píos enseña ella; burlas y gracias, y delicadezas, y a cuyos versos, quien les diere su valor justo, dirá que no fué más santa ninguna otra mujer casada.* Consta que en aquella edad no hubo marido más feliz que Caleno con Sulpicia, su mujer. Hortensia, hija del orador Hortensio, en tanto grado se igualó con su padre en el arte de bien decir, que, mujer venerable y honestísima, por constitución de la República hizo un discurso ante los triunviros en defensa del sexo femenino; oración que leyó la edad siguiente no solamente con admiración y loa de su facundia femenil, sino como dechado a imitar, como los propios discursos que nos dejaron escritos Cicerón y Demóstenes. Corina de Tanagra, doncella prudentisima, en la flor de su mocedad, venció cinco veces en certamen poético al propio poeta Píndaro. De Erina de Teos, contemporánea de Platón, que sucumbió al hado antes de los veinte años, es fama que en la majestad de la epopeya se igualó con Homero, siendo así que Homero es a Apolo equiparado. Edesia, de Alejandría, parienta del filósofo Siriano, fué tenida por un milagro de su tiempo en saber y pureza de costumbres. Eunomia, virgen cristiana, como se lee en San Jerónimo, hija de Naciario *el Retórico*, es igualada a su padre en elocuencia. Paulina, mujer de Séneca, formada en la doctrina de su marido, emuló asimismo sus costumbres. El mismo Séneca se duele que su madre, Helva, por una rigidez excesiva de su marido, fuese imbuída ligeramente en los preceptos de la sabiduría y no formada en ellos sólidamente. Pola Argentaria, esposa de Lucano, que, muerto su marido, enmendó la obra de la *Farsalia*, dícese que ayudó a su marido al componerla y colaboró con él. Fué mujer esclarecida en linaje, riquezas, hermosura, talento y honestidad. De ella, la musa Calíope, en Estacio, habla a Lucano en estos términos:

No sólo te daré las glorias de los versos, sino que con las teas nupciales te entregaré una esposa culta, en quien se refleje la hermosa lum-

bre de tu genio, cual te la diera Juno benigna o la halagüeña Venus, ornada de hermosura, de pureza, de blandura, de riquezas, de linaje, de donaire, de decoro.

Cinco hijas tuvo Diodoro *el Dialéctico*, señaladas en letras y castidad, cuya puntual historia compuso Filón, maestro de Carnéades. Zenobia, reina de los palmirenos, supo a la perfección letras griegas y latinas, y escribió una historia, cuya increíble continencia, así de ella como de algunas otras mujeres, tocaremos en el libro siguiente. ¿Por qué hablar de las cristianas? ¿Hablaré, por ventura, de Tecla, discípula de San Pablo, discípula digna de tan gran maestro? ¿O de Bárbara, enseñada por Orígenes Adamancio? ¿O de Catalina de Alejandría, hija de Costo, que venció disputando a los filósofos más grandes y más ejercitados? De ella tomó su nombre Catalina de Siena, virgen doctísima, que nos dejó insignes monumentos de su ingenio, en los cuales resplandece como perla oriental la limpieza de su alma santísima. No envidiamos nosotros a la gentilidad sus profetisas, puesto que tenemos en una misma casa cuatro doncellas poetisas, hijas de Felipe. En los días de San Jerónimo, todas las santas mujeres fueron muy sabias. Ojalá pudieran medirse con ellas en erudición algunos viejos teólogos de estos tiempos. Escribe San Jerónimo a Paula, a Leta, a Eustoquio, a Fabiola, a Marcela, a Furia, a Demetríades, a Salvina, a Heroncio. A otras mujeres escribe San Ambrosio; a otras, San Agustín; a otras, San Fulgencio, admirables todas por su ingenio, por sus letras, por su vida. Valeria Proba, que no tuvo más amor que el de su marido, compuso los *Virgiliocentones* en loor y gloria de Nuestro Señor Jesucristo. De Eudosia, mujer del emperador Teodosio, el segundo, dicen los cronistas que no fué menos esclarecida por el saber y bondad que por el Imperio. A ella se le atribuye el *Homerocentón*, que anda en todas las manos. Y en las manos de todos andan asimismo las epístolas y libros de erudición de Hildegarda, virgen germánica. La edad nuestra vió aquellas cuatro hijas de la reina Isabel, que arriba nombré, tener muy buenas letras. De todas partes me cuentan en esta tierra, no sin grandes loores y admiración, que la reina doña Juana, mujer del rey don Felipe y madre de ese nuestro emperador y rey don Carlos, haber improvisado la respuesta en latín a los que por las ciudades y pueblos adonde iba en latín le hablaban, según es costumbre hacer a los nuevos príncipes. Esto mismo predican los ingleses de su reina doña Catalina de España, hermana de la reina susodicha. Y esto mismo predican todos a coro de las otras dos hermanas que en Portugal sucumbieron a un hado precoz. No hay recuerdo en memoria de hombres de que aventajasen a estas cuatro hermanas mujeres ningunas en pudor sincero, en pureza e integridad de buen nombre, y jamás han existido reinas que atesorasen mayor favor y mayor afecto de sus pueblos, ni ningunas que fuesen más amantes de sus esposos, ni ningunas que les prestasen más rendidos obsequios de obediencia; ningunas que con esmero mayor conservasen su propia reputación y la de los suyos sin lejos de sombra ni mancilla; a ningunas desplació tanto la fealdad o la ligereza, y, en fin, ningunas hubo que reuniesen con exactitud mayor todas cuantas cualidades convienen a la mujer honesta. En mi Valencia yo veo cómo va creciendo en discre-

ción y años doña Mencía de Mendoza, hija del marqués de Zenete, que si no me engaña la esperanza, será loada en su día. Si las reinas, por ser reinas, sufriesen que después de ellas se hiciese mención de otras mujeres particulares, a este número añadiera yo a doña Angela Mercader Zapata, conciudadana mía, de una increíble rapidez y destreza de ingenio para todo género de letras y, a la vez, de una singular honestidad y buen sentido. Y luego haría mención de las tres hijas de Tomás Moro: Margarita, Isabel, Cecilia, y de su parienta Margarita Gigia, quienes, no contentándose su padre con que fuesen honestísimas, procuró juntamente que fuesen doctísimas, porque pensó que de esta manera serían castas con mayor verdad y firmeza. Y en este punto no se engañaba aquel varón sapientísimo ni los que están en lo mismo que él, pues el estudio de las letras tiene esta condición: primeramente, ocupa el alma toda del hombre, y luego eleva el entendimiento a la contemplación de la soberana hermosura tan eficazmente, que aparta del espíritu todo pensamiento de torpezas; y si por si acaso se deslizare en él algún pensamiento de este linaje, o instantáneamente lo rechaza la conciencia, bien pertrechada con los preceptos y consejos de bien vivir, o no presta oídos a una cosa de tanta abyección y suciedad, puesto que tiene ella misma otros deleites purísimos sólidos y sobre manera decorosos que le tienen enhechizada la voluntad. Por eso es que yo pienso que a Palas, diosa de los ingenios y de las artes, y a todas las musas, las imaginó vírgenes la antigüedad. Y no del deleite sólo huirá con horror el pecho consagrado a la sabiduría, como la nieve huye del carbón y huye de las manchas el aseo, sino que también se despegará de las bagatelas y pasatiempos livianos, a los cuales se arriman los frívolos ánimos de las doncellas, como son los bailes, los cantarcicos y otros juegos de esta calidad, peligrosos e insulsos. *Jamás* —dice Plutarco—*se deleitará de bailar la mujer inclinada a las letras.* Pero ¿cuáles son esas letras, me preguntará alguno, en qué habrá de formarse la mujer y en cuyo influjo se habrá de empapar? Ya toqué ese punto al principio de esta disputación: sus estudios deberán ser en aquellas letras que forman las costumbres a la virtud; los estudios de la sabiduría que enseñan la mejor y más santa manera de vivir. Del bien hablar no tengo ningún cuidado; no lo necesita la mujer; lo que la mujer necesita es probidad y cordura; ni parece mal en la mujer el silencio; lo que es feo y abominable es no ser cuerda y vivir mal. Pero, desde luego, yo no reprobaré en este sexo la elocuencia que Quintiliano y San Jerónimo, que siguió sus pasos, demuestran que fué alabada en Cornelia, madre de los Gracos, y en Hortensia, hija de Hortensio, y en Eunomia, hija de Nazario. Si es posible hallar alguna mujer que sea, a la vez, buena y docta y que enseñe, a ésa yo la preferiré; pero si ello no es posible, escojamos a un varón o de mucha edad o de virtud muy probada; que no sea soltero, sino que tenga mujer, y no fea, y a quien ame; así sentirá menos afición por las ajenas. No debí omitir estas particularidades, puesto caso que en la educación de la mujer el pudor reclama para sí el principal, y estoy por decir el único cuidado. Cuando se le enseñare de leer, tome en sus manos aquellos libros que ponen compostura en las costumbres, y cuando se le mostrare a escribir,

no le den versos ociosos, propuestos a la meditación, ni cancioncillas ligeras o vanas, sino algún dicho grave o alguna pequeña sentencia sabia y santa, tomada de las Sagradas Letras o de los escritos de los filósofos, la cual, escrita muchas veces, se ahinque con más apego en la memoria.

El tiempo que ha de estudiar yo no lo determino ni en el varón ni en la hembra, con la salvedad de que es más razonable que el varón se pertreche con mayores y más variados conocimientos, que luego habrán de ser de harto provecho a sí y a la República, utilizándolos en su propio bien y difundiendo y propagando esta su erudición en muchos otros. Yo quiero que la mujer se limite exclusivamente a aquella parte de la filosofía que se concretó a la formación y al mejoramiento de las costumbres. Y esto apréndalo para sí sola o, a lo más, para los hijos pequeños todavía o para sus hermanas en el Señor. Pues no parece bien que la mujer regente escuelas, ni alterne con varones, ni hable en público, y mientras enseña a los otros vaya, total o parcialmente, ajando la verdura de su pudor, acabando por sacudírsela del todo. Si es ella buena, le está mejor quedarse sentada en casa y de los otros desconocida. En las reuniones esté con los ojos bajos, vergonzosa y callada, de forma que la vean, sí, algunos, pero no la oiga nadie. El apóstol San Pablo, vaso de elección, formando con preceptos santos la Iglesia de los corintios: *Callen*—dice—*en la iglesia vuestras mujeres, pues no les está consentido hablar, sino estar sujetas, conforme al mandamiento de la ley divina. Si alguna cosa quisieren aprender, pregúntenlo en su casa a sus propios maridos.* Y escribe así a su discípulo Timoteo: *Aprenda callando la mujer con toda sujeción; enseñar ella yo no lo permito, ni que tenga autoridad sobre el varón, sino que esté en silencio.* Adán fué formado primero; después, Eva; y no fué Adán el seducido: fué la mujer la seducida y traspasó el mandamiento de Dios. Así que, puesto que la mujer es un ser flaco y no es seguro su juicio, y muy expuesto al engaño (según mostró Eva, madre de los hombres, que por muy poco se dejó embobecer del demonio), no conviene que ella enseñe, no sea que una vez que se hubiere a sí misma persuadido de una opinión falsa, con su autoridad de maestra influya en sus oyentes y arrastre fácilmente a los otros a su propio error, puesto que los discípulos de grado van en pos de quien les enseña. No se me escapa que algunas mujeres, como acontece también con los varones, están mal dotadas para aprender las letras. No hay que abandonar el cuidado de estas mujeres. Les has de decir de palabra lo que no puedes por escrito y aprendan de otras mujeres doctas, sus iguales, ora en el acto de leer, ora al dar referencia de lo que hubieren leído.

CAPITULO V

QUÉ AUTORES DEBEN LEERSE Y QUÉ AUTORES NO

San Jerónimo, escribiendo a Leta sobre la crianza de su hija Paula, le da este precepto: *Nada aprenda a oír, nada aprenda a hablar, sino lo que conduce al temor de Dios.* Está fuera de toda contradicción que lo mismo diría si debiera dar consejo acerca de las lecturas. Prevaleció la costumbre, peor que cualquiera otra gentílica, de que no lean

más que libros en romance que en romance son compuestos, así los varones ociosos como las mujeres desocupadas; libros que no tratan de otro sujeto que de armas y de amores. De estos libros pienso que no hay más que decir, si hablo entre cristianos. ¿Cómo encareceré debidamente cuán gran perdición ello sea, puesto que es ponerle al fuego pajas y leña seca? Pero estos libros se escriben para los ociosos. Como si el ocio no fuera ya por sí mismo suficiente cebo de todos los vicios y fuera menester añadirle astillas con que este fuego poderosamente se apodere del hombre todo y le envuelva todo en sus llamas. ¿Qué tienen que ver las doncellas con los lances de la guerra, si ya es mancilla nombrar la guerra en su presencia? Oigo decir que en determinados lugares es costumbre que las doncellas nobles vayan a contemplar con suma avidez justas y torneos, y que ellas son las que disciernen quién es más valeroso y esforzado. Y que, a su vez, los justadores tienen más temor y más aprecio del veredicto de ellas que de los varones. No es fácil que sea recatado el ánimo que ocupó sus pensamientos en lanzas y músculos y reciedumbre varonil. ¿Qué lugar seguro puede tener entre las armas la medrosa e inerme castidad? La mujer que en ellas piensa empapa poco a poco su pecho de ponzoña, de la cual son indicio clarísimo esta afición y estas palabras. Mortal es esta infección, y no sólo he de denunciarla, sino destruirla y enterrarla porque no ofenda a otras con su olor o las manche con su contagio. Y no siendo lícito que un cristiano empuñe armas sino en una angustiosa e inevitable necesidad, ¿será lícito que una mujer contemple juegos de armas, y que, puesto que no las blanda en las manos, las acoja en su pecho y en su alma, que es cosa infinitamente peor? Además, ¿qué haces leyendo amores ajenos? Poquito a poco, insensiblemente, vas bebiendo ponzoñas sutiles y venenosos alicientes, y aun a veces, a sabiendas y deliberadamente. Y no faltan algunas, a quienes ya no les queda seso por perder, que se entregan a esa suerte de lecturas para cebarse a sí mismas placenteramente con aquellos pensamientos y razonamientos amorosos. A esas tales no solamente les valiera más no haber aprendido letras nunca, sino haber perdido los ojos por no leerlas y los oídos por no oírlas. ¡Cuánto mejor no les sería, sordas y ciegas, como dice el Señor en el Evangelio, entrar en la vida eterna, que, con ambos ojos y con ambas orejas, ser condenadas al fuego eterno! Una mujer así no sólo entre los cristianos es torpe, sino que aun entre gentiles fuera sucia y abominable. Por donde no me acabo de maravillar de los predicadores y pregoneros de la palabra de Dios cuando en cada uno de sus sermones se encarnizan, con acento y gesto trágicos, contra insignificantes pequeñeces. No me acabo de maravillar cómo no increpan a los padres cuerdos que permiten tal cosa a sus hijas, a los maridos que las dejan hacer, y cómo todos se callan mientras que las mujeres con tales lecturas se van avezando a la maldad. Deberían las leyes humanas y los funcionarios del Estado no sólo mirar en los pleitos y causas particulares, sino también en las costumbres públicas y privadas. Así que convendría que una prohibición legal arrancase de boca del vulgo los cantares libidinosos y sucios. ¿Es que en la ciudad no puede

cantarse cosa que no sea fea y que ningún hombre honrado pueda oír sin que se ruborice y ningún hombre cuerdo sin que se indigne? Se ha llegado a tal extremo, que parece que los que componen tales cancioncillas no tienen más afán que corromper las costumbres públicas de la juventud no de otra suerte que los que emponzoñan las fuentes públicas. ¿Qué uso es éste, que ya no se tiene en aprecio ninguna canción que esté limpia de torpeza? Todo esto estaría bien que cuidasen las leyes y los alguaciles. También debieran preocuparse de los libros pestíferos, como son, en España, *Amadís, Esplandián, Florisandro, Tirante, Tristán,* cuyas insulseces no tienen fin y diariamente salen de nuevas; *Celestina,* alcahueta, madre de maldades, y *Cárcel de amor.* En Francia, *Lanzarote del Lago, Paris y Viana, Ponto y Sidonia, Pedro de Provenza* y *Magalona y Melusina,* por fin, hada inexorable. Y en esta Flandes, *Florio y Blancaflor, Leonela y Canamoro, Curial y Floreta, Píramo y Tisbe.* Otras hay romanzadas del latín, como las infacetísimas *Facecias del Poggio, Eurialo y Lucrecia,* el *Decamerón,* de Boccaccio, libros todos ellos compuestos por escritores ociosos, desocupados, sin humanidades, dados a los vicios y a las bellaquerías, en los cuales maravíllame que se halle cosa de deleite si las maldades no nos contentasen tanto. Doctrina no hay que esperarla de unos hombres que jamás la vieron de sus ojos. Y ya que se pusieron a contar, ¿qué placer puede hallarse en la narración de unas aventuras que tan neciamente fingen y donde mienten tan descaradamente? El uno mató él solo veinte hombres; el otro mató treinta: el otro, traspasado con seiscientas heridas y ya dejado por muerto, el día siguiente se incorpora de súbito y, restituído a su salud y a sus fuerzas, en combate singular derriba a dos gigantes, y del peligroso trance sale cargado de oro, de plata, de sedas y de joyas que apenas las llevaría un galeón. ¿Qué locura no es tomar placer con estas necedades? Allende de esto, su argumento es nulo, fuera de algunas palabras sacadas de los más abstrusos escondrijos del sagrario de Venus, que guardan para decirlas a tiempos, para impresionar y debelar el pecho de la dama a quien sirven, si por ventura resiste con cierta constancia. Si para esto se leen tales engendros, mejor fuera escribir libros de alcahuetería, con perdón de los oídos piadosos, porque en otros asuntos, ¿qué agudezas pueden proceder de un escritor ayuno de toda arte buena? Yo no he oído nunca afirmar a nadie que le contentasen tales libros, sino a quien jamás hubiese tocado libro bueno. Yo mismo los he leído alguna vez; ahora que nunca hallé en ellos rastro ninguno de buen sentido ni de buen ingenio. Pues a los que los alaban (yo conozco algunos) entonces los creeré cuando los loaren después de haber gustado a Séneca, o a Cicerón, o a San Jerónimo, o las Sagradas Escrituras, y cuyas costumbres, a su vez, no sean estragadas completamente. Porque las más de las veces la causa de alabar tales libros es que en ellos contemplan como en un espejo sus propias costumbres y huélganse de que les sean aprobadas. Finalmente, aun cuando fuesen cosas agudísimas, aun cuando fuesen cosas placenteras, con todo, yo no quisiera este placer endulzado de veneno ni que mi mujer fuese por ellas hostigada a mal obrar.

Por cierto que es de reír la locura de los maridos que permiten a sus mujeres que con la lectura de tales libros sean malas con mayor astucia. ¿Y qué decir de los escritores ineptos e ignorantes, cuando Ovidio prohibe a quien huye de las costumbres viciadas tener tratos con los más discretos y doctos poetas eróticos griegos y latinos? ¿Qué puede decirse de más jocundo, de más dulce, de más suave, de más agudo, de más aliñado y pulido en todo género de elocución, que lo dicho por los poetas Calímaco, Filetas, Anacreonte, Safo, Tíbulo, Propercio, Cornelio Galo, de cuyo ingenio y de cuya inspiración se admiró toda Grecia, toda Italia, la redondez toda del orbe? Y, con todo, Ovidio manda a todo hombre que los eche de sí con palabras, en el libro II *Del remedio del amor:*

Dirélo de mala gana: no toques a los poetas amorosos. Impío conmigo mismo, ataco mi propia hacienda: huye de Calímaco, que no es enemigo del amor, y con Calímaco, tú, poeta de Coos, eres nocivo también. Cierto que Safo me hizo a mí más tierno para con mi amiga; ni la musa anacreóntica sugirió asperezas. ¿Quién pudo leer impunemente los poemas de Tíbulo, o los tuyos, Propercio, cuya pasión única fué Cintia? ¿Quién pudo, sino mal ferido de punta de amores, salir de la lectura de Galo?

Y a la postre, manda también que a él mismo se le evite.

Y mis versos también tienen no sé qué que les da parecido con el de todos éstos.

Sí que tienen ciertamente este son los versos ovidianos, y por esta causa fué enviado por un buen príncipe a un destierro merecidísimo entre los getas. En este caso, harto se hace admirar la severidad de aquel siglo o de aquel príncipe. Vivimos en una ciudad cristiana. Y en ella, ¿quién hoy en día iba a enojarse ni siquiera ligeramente contra un autor de versos semejantes? ¿Quién no le profesara amistad? ¿Quién no le diera favor? Expulsa Platón de la República de hombres buenos que él soñó a los poetas Homero y Hesíodo. Y éstos, ¿qué deshonestidad tienen en comparación con el *Arte de amar*, de Ovidio, que por nosotros es leída, frecuentada, trillada y aprendida de coro?

Maestros hallarás que la leen a sus discípulos; otros, que la glosan, ilustrando el nefasto camino del mal. Augusto, que desterró a Ovidio, ¿hubiera retenido en la ciudad a esos exegetas de Ovidio? A menos que creamos ser cosa peor escribir torpezas que explanarlas y depositar en los corazones vírgenes de la juventud tales semillas de deshonestidad. Al destierro va quien falsifica pesos, quien corrompe medidas; es quemado vivo quien adulteró la moneda, quien falseó un testamento. En cosas mínimas, ¡cuánto alboroto! Y, en cambio, el corruptor de la juventud es acatado en la ciudad y proclamado maestro de sabiduría. La mujer ha de arrojar de sí todos estos libros con la misma enérgica repulsión que si fuesen víboras o escorpiones. Y si alguna hubiere a quien de tal manera traiga entontecida la lección de estos libros que no los quiera soltar de las manos, no sólo se le han de quitar bruscamente y a viva fuerza, sino que si con desabrimiento y mala gana hojea los libros mejores con que los libros vanos fueron sustituídos, miren sus padres o miren sus amigos que no leyendo ni los unos ni los otros se vaya desavezando de las letras, y

si ello es hacedero, las desaprenda radicalmente, pues mejor es carecer de una cosa buena que hacer de ella mal uso. La mujer honesta ni tomará jamás en sus manos tales libros ni manchará sus labios con canciones sucias, y en cuanto esté en su mano trabajará por conseguir que las otras sean semejantes a ella, empeñando en esta empresa su ejemplo personal y sus buenas advertencias, añadiendo, si para ello tuviere autoridad, mandatos expresos e imperativos.

Acaso pregunte alguno cuáles libros deben ser leídos. Por lo que hace a unos cuantos, son conocidos de todos, a saber: los *Evangelios*, los *Hechos de los Apóstoles*, así como sus *Epístolas*; los libros históricos y morales del Testamento Viejo, San Cipriano, San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Hilario, San Gregorio, Boecio, San Fulgencio, Tertuliano, Platón, Cicerón, Séneca y otros semejantes. Sobre algunos autores, tendrán que ser consultados varones doctos y sensatos. La mujer no seguirá a ciegas su propio juicio; ni con un tinte ligero de cultura admitirá lo falso por verdadero, lo pernicioso por lo saludable, lo insulso y lo necio por lo grave y aprobado, y si deseare saber más, será para vivir más rectamente. En el juzgar será meticulosa. En las dudas, no será tajante ni resolutiva: antes mantendrá aquel sentir, que verá aprobado por la autoridad de la Iglesia o por aquiescencia de los mejores. Y recordará siempre que no fué sin motivo que San Pablo prohibió a las mujeres el ministerio de enseñar y de hablar. Y no carecerá de poetas la mujer a quien contentaren los metros.

A mano tendrá a Prudencio, Arator, Próspero, Juveneo, Paulino, que no ceden en mucho a los antiguos. Hallará, sin duda, en estos autores cosas dignas de ser leídas, verdades sutiles y altas y llenas, causadoras de mayor y más seguro placer, caricioso cebo del alma. Todas estas cosas, a la vez que son provechosas a la vida, empapan el alma y la mente en el deleite más exquisito. Así que en los días festivos, asiduamente, y en los días de hacienda, de tanto en tanto, hanse de leer o de oír aquellas verdades que elevan el alma a Dios, que ponen sosiego en el pecho cristiano, que comunican mejoría a las costumbres. Lo mejor será, antes que salgas para el oficio divino, leer en tu casa el Evangelio y la Epístola de aquel día, con una ligera exposición del texto sagrado, si la tuvieres.

De vuelta en tu casa y reintegrada al cuidado de la cosa familiar, con ánimo apacible y tranquilo. tómate un rato de solaz en las lecturas que te recomendamos más arriba, si supieres leer, y si no, óyelas. Haz de esto mismo en los días feriados, sobre todo si no te lo impiden otras obligaciones domésticas y, especialmente, si tuvieres libros a mano, y mayormente si entre fiesta y fiesta media un intervalo mayor del acostumbrado. Sobre todo, guárdate de creer que la Iglesia tiene ordenadas las fiestas para jugar y bailar o para mantener conversaciones ociosas con tus vecinas o iguales, sino para que en tales días, más intensamente y con ánimo más reposado, pienses en Dios, medites la suma brevedad de esta nuestra vida y la eternidad de la vida celestial.

CAPITULO VI

DE LA VIRGINIDAD

Virtud tan grande es la virginidad y tan admirable, que de ella no pueden ni deben ser escasos los loores. Con todo, nosotros seremos fieles a la brevedad que nos propusimos, puesto caso que no olvidaremos que somos preceptores de ella, no pregoneros. Llamo virginidad a la integridad de la mente que se extiende hasta el cuerpo; entereza total, exenta de toda corrupción y contagio. No hay género de vida más semejante a la vida que se lleva en el cielo que esta vida de la virginidad. Allí, abrogada toda ley de la carne, seremos como los ángeles de Dios, sin estímulo carnal alguno; allí ya no habrá bodas ni de varones ni de mujeres. ¿Qué cosa hay en toda la creación más pura que las mentes angélicas, más libre de la tiranía del sexo y del vicio carnal y de la servidumbre del cuerpo? ¿Qué otra cosa alcanza una expresión mayor de todo esto que decimos que la virginidad? Por lo demás, la parte más principal de esta purísima entereza radica casi totalmente en el alma, manantial de todas las virtudes. Pues nuestro cuerpo terreno y sucio no es más que un esclavo de nuestra voluntad y no le mira Dios ni cura de él porque le es ajenísimo, sino que mira sólo al alma, que, por su naturaleza, le es igual y en cierta manera tiene deudo con El. Así que los que, con el alma contaminada, conservan el cuerpo intacto, se arrogan neciamente o el título o la gloria de la virginidad. Por ello es que el Señor llama fatuas a las vírgenes que no de otra manera son vírgenes que si estuvieran muertas o pintadas. ¿Qué es lo fatuo sino aquello que no conserva su sabor nativo? Acaso, acaso será virgen para los hombres, que con sus ojos de carne no ven más que la carne; pero no lo será para Dios, que con el espíritu ve el espíritu. ¿Y qué si ni aun para los hombres es virgen? Aquel profano declamador anónimo dictamina que sin estupro no es virgen la que desea el estupro. Si una mujer admite en su persona el contagio del varón, pierde a una el loor y el nombre de la virginidad. La que prostituyóse a los demonios, ¿cómo podrá llamarse virgen de Cristo? ¿Qué relación hay entre Cristo y Belial? ¿Qué relación entre un Dios purísimo y un alma impura? No sin razón las Sagradas Letras llaman a la fornicación apartamiento de Dios, porque nuestra alma prostituye y entrega al adulterio la castidad, que sólo a Dios es debida. Muy bien dice San Fulgencio: *Esfuérzase el diablo por arrancar la virginidad de la carne con el concurso del hombre; mas la virginidad del corazón afánase por quitarla por sí mismo.* Por ello hay que aplicar más poderosos auxilios donde aprieta un peligro mayor. Con toda diligencia ha de ser fortificada el alma porque no quede violada en el cuerpo virginal, porque allí queden todas las riquezas, porque allí se mantenga firme e inexpugnable toda la hermosura de la integridad. La Hija del Rey, en el salmo 44, aunque ataviada con franjas de oro y vestida de variedades, vuelve toda su gloria a sus adentros. *Esta es la Iglesia universal,* de la cual dice San Agustín *que está desposada con un solo varón, Cristo, como San Pablo escribe a los corintios. ¡De cuánto honor, pues, no son dignos los miembros de aquélla que, aun en su misma carne, guarda este tesoro, y lo guarda con absoluta fide-*

lidad, y que imita a la madre de su Esposo y de su Señor, pues también la Iglesia es madre y es virgen.

Así se expresa San Agustín. Y San Fulgencio escribe que, merecidamente, el nombre de virgen viene de virtud. *Esposo es de las vírgenes el Hijo Unigénito de Dios. Hijo también Unigénito de la Virgen, y fué fruto, gala y premio de la santa virginidad, y corporalmente le parió la santa virginidad, y la santa virginidad espiritualmente se desposa con El, por quien la santa virginidad es fecunda, a fin de que persevere intacta; por quien es concebida, a fin de que permanezca hermosa; por quien es coronada, a fin de que reine eternamente gloriosa.* Tanto es lo que dice San Fulgencio. ¡Oh feliz condición de vida, que ya desde ahora, en este mismo cuerpo mortal, imita y promete lo que hemos de ser en la eternidad; que en Cristo tiene a su padre, a su esposo, a su hijo, a fin de que no haya cosa en él cuyo derecho no pertenezca a la Virgen. Pero tú, que esposa eres de Cristo por la entereza del alma, veas cómo con vigilancia más despierta debes mirar por su conservación más que por la de la entereza del cuerpo. Para conservar esta entereza tienes que poner mucho afán; pero para conservar la otra, mucho más, o, por hablar mejor, todo. Con todo el hermetismo que puedas, cierra ojos y oídos, por donde entran las máquinas con que le combate el demonio; gobierna tus pensamientos y consérvalos bajo tu poder, porque no expugnen el castillo de tu alma, engolosinados y traicionados por alguna perversa dulcedumbre. Y no es cosa baladí la virginidad física, en quien todos ponen los ojos y que aun de los hombres impuros merece toda reverencia, de tal manera que no injustamente fantasearon los poetas, a saber: que la Majestad descendida a la tierra asiste a las vírgenes no de otra guisa que a los reyes y a los magistrados. Y entre los mismos dioses de los gentiles, por otra parte sucísimos, quieren que Cibeles, a quien ellos llaman madre de los dioses, hubiese sido también virgen. Diana fué tan cariñosamente querida de los dioses porque se votó a perpetua virginidad. Tres cualidades eximias elevaban tanto a Minerva a los ojos de los hombres: la virginidad, la fortaleza, la sabiduría, y fingíase haber nacido del cerebro de Júpiter, que ellos juzgaban ser el máximo y principal y padre de los dioses y de los hombres, de donde nada podía nacer que no fuese puro, casto, sabio, grande y maravilloso. Y de tal manera creían andar conjugadas la sabiduría y la virginidad, que a la virginidad y a la sabiduría consagraron el mismo número septenario. Pregonaron entonces también ser vírgenes todas las Musas que presiden las manifestaciones todas de la sabiduría. En el templo de Apolo Délfico, la mujer sapientísima que, llena de divino soplo, anunciaba a quienes la consultaban lo advenidero, en todo tiempo fué virgen, y llamábanla Pitia, vulgarmente. San Jerónimo afirma que las Sibilas, que Varrón cuenta hasta el número de diez, fueron vírgenes todas. En Roma hubo un templo dedicado a Vesta, servido por vírgenes, a quien llamaban Vestales. A su presencia poníase en pie todo el Senado y cedíanles el paso los magistrados todos, y todo el pueblo romano las tuvo en el mayor de los honores. Siempre la castidad fué sagrada y venerada, y con mayor razón la virginidad aun entre ladrones, sacrílegos y facinero-

sos, y aun entre las mismas fieras anduvo segura y reverenciada. *Tecla*—dice San Ambrosio—, *por el venerando prestigio de su virginidad, trocó la naturaleza de las bestias.* Hay en la virginidad tanto poder de admiración, que hasta los mismos leones la admiran. ¿Cuánto crees que será la cuantía y el precio de una cosa que muchísimas veces libró a las mujeres y las defendió de caudillos, de tiranos, de temerosos ejércitos? Leemos que con harta frecuencia unas pobres mujeres raptadas fueron soltadas y puestas en libertad por una soldadesca insolentísima no más que por el respeto del nombre virginal, a saber: porque habían afirmado ser vírgenes. Consideraron ser cosa nefanda, por una brevísima y momentánea sombra de deleite, disminuir tan grande bien, y prefería cada uno que otro fuera el autor de la execrable hazaña, más que él mismo. ¡Oh criminal doncella, indigna de la vida, que de grado se despoja de un bien que temen arrebatar unos soldados avezados a todo linaje de desmanes y ante el cual se detienen sobrecogidos los mismos galanes, ciegos de ardor, locos de la amorosa furia! No hay amador tan perdido que si acontece ser virgen aquella por cuyo amor perece, no avive su seso, no despierte, no abra los ojos, no considere lo que va a hacer y piense si no será mejor mudar el intento. Hasta tal punto temen todos quitar un tesoro de tan gran precio, que luego ni ellos pueden retener ni pueden devolver cuando ellos, a su vez, no pierdan nada. La mala doncella no tiembla de perder aquello que, una vez perdido, no puede recuperar en manera alguna, siendo así que este sumo bien se pierde para ella sola. Y si valen por alguna cosa los afectos, como es propio que valgan muchísimo, sobre todo los honrados y justos, a cualquier lado que se volviere la doncella que perdió su pudor, todo lo hallará por su culpa entristecido, mustio, lamentoso, lloroso y contra ella misma enojado y hostil. ¿Cuál no es el dolor de sus parientes, que todos se sienten deshonrados no más que por la torpeza de la doncella? ¿Cuál no es su tristura; cuáles las lágrimas de sus padres y de los que la criaron? ¿Estos son los gozos que les devuelven por tantos sudores, por tantos trabajos? ¿Este es el premio de la crianza que dieron? ¿Cuál no es la abominación de los familiares? ¿Y las hablillas de los vecinos, de los amigos, de los conocidos, que execran a coro la doncella malhadada? ¡Cuánta irrisión! ¡Cuánta fábula de sus compañeras vírgenes! ¡Cuánta la aversión de las amigas! ¡Cuánta fuga de su lado y cuánta soledad, cuando no hay madre que, no ya a sus hijas, sino también a sus hijos, no los aparte del contagio de una tan mala y tan impura cabeza! ¡Y qué, si hasta los propios galanes, en el caso que los tenga, se alejan también, y los que antes le simulaban amor, ahora no recatan su odio! Y aun a veces, con motes inequívocos, califican su desliz de forma que no acabo de maravillarme cómo a una doncella que ve todo esto pueda serle grata la vida, o cómo puede simplemente vivir sin que sucumba a su propia vergüenza. ¿Y para qué mentar los odios y la irritación de todos, sabiendo que muchas hijas fueron degolladas por sus padres, y hermanas por sus hermanos, y pupilas por sus tutores, y consanguíneas por los de su misma sangre? Hipómenes, príncipe de Atenas, como supiese que su hija había sido corrompida por un seductor, la ence-

rró en un establo con un caballo muy bravo, sin darles de comer, hasta que el caballo, rabiando de hambre y por su natural ferocidad, la hizo pedazos por alimentarse. En Roma, Poncio Aufediano, habiendo averiguado que el maestro de sus hijos proporcionó en tercería su hija a Fanio Saturnino, mató al pedagogo y a la hija. Publio Atilio Filisco sacrificó a su hija, contaminada de feísimo estupro. Hallóse en la misma ciudad de Roma un L. Verginio, centurión que prefirió perder a su hija, entera, que conservarla corrompida, por donde, porque no se viese forzada a satisfacer la lujuria de un decenviro, puesto que de otra manera no podía, con el puñal y con la muerte hizo libre a Virginia, su única hija muy amada. De memoria de nuestros padres, hubo en Cataluña dos hermanos que, habiéndose percatado que una hermana suya, a quien creían virgen, estaba preñada, disimulando y ahogando su acerbo enojo hasta que hubiese parido, así que hubo dado a luz, ante los ojos de la partera, la mataron a cuchilladas en el vientre. En la misma parte de España, siendo yo muchacho, tres doncellas ahogaron con una toca de lienzo a otra su compañera porque la sorprendieron en flagrante obscenidad. Llenas están las historias de ejemplos, llena está la vida, y no es de maravillar que padres y hermanos hagan esto, y que el amor entrañable repentinamente se vuelva en aborrecimiento, cuando ellas mismas, arrebatadas de amor abominable y cruel, desechando de su pecho toda piedad, aborrecen a los padres, quieren mal a los hermanos, desaman a sus hijos, cuanto más a sus amigos y familiares. Y quisiera yo que pensasen que todo lo dicho no va contra las doncellas solas, sino contra las casadas también y las viudas, y, en suma, cualesquiera otros estados de mujeres. Entre ya en sí misma la mujer y pondere toda su maldad. Ella misma temerá de sí y se tendrá en horror, y no descansará ni de día ni de noche, acosada siempre con el azote de su conciencia y perseguida con las antorchas de las Furias, que arden en llamas negras. De nadie será mirada con atención que no recele ella que tiene algunos barruntos de su crimen, y que su vista le avivó el ominoso recuerdo; nadie hablará en voz baja que no piense ella que hable de su caída. No se hablará delante de ella de malas mujeres que no sospeche que va por ella misma. No oirá el nombre de quien la corrompió, por más que se aplique a otro, que no tema que tiran a ella de través. No se hará en casa ruido oculto que no se espante de que su crimen va a ser descubierto y ella va a ser castigada. Tendrá que ser esclava de todos aquellos de quienes sospechare que sospechan; tendrá que andar cohibida y humillada, no sea que si dijere algo con alguna libertad o se portare con alguna arrogancia, inmediatamente se le eche en cara su baldón. Vivirá consternada siempre, vivirá muerta siempre, o, mejor, no vivirá, sino que se la privará de la muerte física, mientras a cada momento morirá de muerte moral. ¿Qué reinos querrías haber comprado con este tormento perpetuo? El mismo tormento pasan los hombres de mala vida; pero las mujeres lo pasan mucho más agudo, por cuanto a los ojos de todos son más feas las faltas de las mujeres y su natural es ser más vergonzosas. Y en hecho de verdad, si alguien lo mira con atención, merecedoras son de todos estos males, y aun de males peores, las

mujeres que con poca diligencia guardan el recato. Al hombre muchas cosas le son necesarias; verbigracia: la prudencia, el bien hablar, la ciencia política, la memoria, el talento, el arte de vivir, la justicia, la liberalidad, la magnanimidad y otras cosas que sería prolijo enumerar.

Si le falta alguna de éstas parece menos de culpar, con que tenga algunas. Empero en la mujer nadie busca la elocuencia, ni el talento, ni la prudencia, ni el arte de vivir, ni la administración de la República, ni la justicia, ni la benignidad; en suma: nadie reclama de ella sino la castidad, la cual, si fuere echada de menos, es igual que si al hombre le faltaren todas. La castidad en la mujer hace las veces de todas las virtudes. Guardián perezoso y apático es aquel que no basta a custodiar una sola cosa que tiene confiada y depositada en su fidelidad, recomendada con toda suerte de ansiosos encarecimientos, singularmente si nadie se la ha de quitar contra su voluntad ni poner mano en ella si no se lo consintiere. Si la mujer reparare en ello, soy cierto que prestará mayor atención y será más cauta guardadora de su castidad, la cual sola, si estuviere en salvo, seguras están todas las otras, y perdida ella, el perdimiento es total. *¿Qué puede, ¡hay dolor!, haber salvo en la mujer perdida su castidad?*, exclamó Lucrecia, a pesar de que su alma era limpia en un cuerpo maculado. Por lo cual, sepultando el hierro en sus entrañas, como dice Quintiliano, tomó venganza de la fuerza que padeció, para que lo más presto posible su alma pura se departiese del cuerpo corrupto. Yo no propongo a la imitación este hecho, sino la robusta firmeza del propósito y porque creas que nada queda a la mujer, perdida la pureza. Quita a la mujer la hermosura, el linaje, la riqueza, la gracia, la elocuencia, la agudeza del ingenio, la destreza en las artes que le competen, y añádele la castidad; todo se lo diste por acumulación. Y al revés: dale con la mano llena todas aquellas dotes y llámala impura; con este solo adjetivo la despojaste de todo: quedó desnuda y aborrecible. Hay otras dotes, así físicas como morales, que ayudan a la mujer al cuidado del pudor, de las cuales hablaré seguidamente.

CAPITULO VII

DEL TRATO QUE LA DONCELLA HABRÁ DE DAR A SU CUERPO

Aunque hablar del cuerpo no parecía conveniente a nuestro propósito; mas, puesto que los afectos del ánimo no los imponga la inclinación del cuerpo, con todo, si no se les gobierna, con toda seguridad se vician, tendré que decir algunas cosas acerca del cuidado que la doncella debe tener de su cuerpo. Primeramente yo tengo por bien avisar a los padres lo que Aristóteles prescribe en la historia de los animales, y es que guarden con el máximo cuidado a sus hijas en los comienzos de la pubertad y las aparten de toda ocasión y comercio con varones, que en aquella edad tienen más que nunca acentuada propensión al deleite. Y por su parte, las mismas doncellas, si en cualquier otro tiempo, señaladamente en éste, deben sustraerse a toda ocasión o de ver, o de oír, o de pensar en cosas que contengan torpeza. Y a ello tendrán que dedicarse por toda la restante edad, y antes que se casen practicarán con alguna frecuencia los ayunos, pero no tales que debiliten el

cuerpo, sino que le refrenen y cohiban y apaguen los encendimientos de la mocedad, pues que éstos son los verdaderos y santos ayunos. La comida sea ligera y no buscada ni cálida en demasía. Piénsese que aquella nuestra primera madre, por un bocado fué echada del Paraíso, y que muchas doncellas, acostumbradas a manjares delicados, porque no los tenían en casa, fueron a buscarlos afuera, con naufragio de la castidad. Su bebida será común y aquello que la Naturaleza da a todos indistintamente, que es el agua clara y pura. Dice Valerio Máximo que el uso del vino fué antiguamente desconocido de las mujeres romanas, porque no cayesen en algún caso de deshonra, porque siempre acostumbró andar cercano de Liber, padre de la intemperancia, el primer acceso a la Venus prohibida. Si su estómago no tolerare el agua, tendrá que dársele un poco de cerveza o de vino, el suficiente para digerir el alimento, no para incendiar el cuerpo. Esta sobriedad no sólo será provechosa para refrenar el retozo y la lozanía de la juventud, sino que le aprovechará para su salud y su robustez. Leemos en San Jerónimo, escribiendo a Furia:

Todos los médicos y los demás que trataron de la naturaleza de los cuerpos, y especialmente Galeno, en los libros que intuló: De las cosas que ayudan a la salud, *dicen que los cuerpos de los niños, y los de los mancebos, y los de los varones de edad perfecta, y los de las mujeres, están hirviendo con el calor natural que dentro de sí tienen, y que son dañosos para estas edades los manjares que lo acrecientan, y que aprovecha mucho a la salud tomar cualesquiera cosas frías, así en la comida como en la bebida; como, por el contrario, aprovechan a los viejos llenos de flema y frialdad los manjares calientes y los vinos añejos.* Y por esto nuestro Salvador: *Mirad por vosotros*—dice—, *no carguéis por ventura vuestros corazones con comer y beber demasiado y con los cuidados de esta vida.* Y dice el Apóstol: *El vino en quien está la lujuria.* Y no es maravilla que el que fabricó el vaso de nuestro cuerpo, Cristo, sintiese esto de él, pues aun el Poeta cómico, cuyo fin es conocer las costumbres humanas y pintarlas, dijo: *Sin Ceres y sin Baco se enfría Venus.*

Lo primero, pues, que debes hacer, si lo sufre la flaqueza del estómago, es que bebas agua hasta haber pasado los años de la mocedad, porque de su naturaleza es frigidísima, y si tu debilidad no lo puede llevar, oye con Timoteo el consejo de San Pablo: *Bebe*—dice—*un poco de vino por la flaqueza de tu estómago y frecuentes enfermedades. Y luego guárdate en los manjares de todo lo caliente. Y no hablo de solas las carnes, sobre las cuales el vaso de elección profiere su parecer. Bien es no beber vino ni comer carne. Más aún digo: que en las mismas legumbres nos hemos de guardar de todas las cosas que hinchan y son pesadas.*

Y un poco más arriba había dicho:

¿Qué necesidad hay de jactarnos de nuestra castidad, que no puede subsistir ni dar crédito de sí sin sus compañeras y allegadas que son la abstinencia y la templanza? El Apóstol quebranta su cuerpo y le sujeta al imperio de su alma por miedo de no observar él lo que manda a los otros. Y siendo ello así, ¿piensa la mujer moza estar segura de la castidad, estando hirviendo su cuerpo con los muchos manjares? Mas no piense ninguno que porque digo esto condeno los manjares que

Dios crió para que usásemos de ellos con hacimiento de gracias, sino que lo que pretendo es quitar a los mancebos y a las doncellas los incentivos del vicio carnal. No hierven con tantos ardores los fuegos del Etna, ni la tierra de Vulcano, ni el Vesubio, ni el Olimpo, como las medulas y tuétanos de los mancebos y doncellas llenos de vino e inflamados de manjares.

Todo esto es de San Jerónimo, y yo lo copié porque se supiera cuál era el sentir de aquel gran maestro y educador de la conciencia, el cual, escribiendo asimismo a Salvina, le dice preferir el peligro de la salud del cuerpo al de la salud del alma, y añade: *Mucho mejor es que duela el estómago que no la conciencia; mucho mejor es mandar al cuerpo que servirle; que vacile el paso, que no titubee el pudor.*

San Gregorio Nacianceno, varón santísimo y maestro de San Jerónimo, quiere que la virgen formada por él mate la hambre con pan y la sed con agua. San Hilario, como estuviese en el desierto apenas sosteniendo su vida con un pasto tenuísimo, y sintiéndose, con todo, acuciado por la carnalidad, afligía su cuerpo con ayunos y decía: *Yo te domaré, carne mía; yo te domaré porque pienses antes en comer que en retozar.* Esto es lo que dicen los discípulos de Jesucristo, los amigos de San Pablo, todos ellos puestos en templanza y casta religión, puesto caso que saben muy bien que los manjares de los santos que Dios enviaba desde el cielo eran delgados y simples, que satisfaciesen a la Naturaleza y no contentasen los apetitos. El profeta Eliseo se sostenía a sí mismo y a los hijos de los profetas con hierbas agrestes, y manda que con harina se endulce el manjar acedo, no con miel ni con azúcar. Y manda él mismo que sean agasajados con un banquete de pan y agua aquellos soldados que él había cegado en Samaria. San Juan Bautista, destinado a precursor de Jesucristo y pregonero del inminente amanecer, mantiénese en el yermo con langostas y miel agreste. Habacuc, por mandamiento del Angel, lleva a Daniel, que estaba en Babilonia, la flaca pitanza de unos segadores. Del cielo se envió a Elías, para su refacción, un pan cocho entre cenizas y un vaso de agua. Como si del cielo no pudiera enviarse pan candeal y perdices y capones o francolines o codornices, como en pasados tiempos fueron enviados a los hijos de Israel con tanta facilidad como este ruin alimento. Pero este mantenimiento es el que los Santos han menester, que retenga el alma en el cuerpo, mas que no la ahogue. ¿Y qué diremos de los filósofos, qué de los maestros en la sabiduría del mundo? Todos preceptúan a una voz que se tomen viandas llanas y simples, no adobadas con exquisitez, porque la mente sea sobria y el cuerpo continente. Sócrates, padre de la filosofía, con su templanza en el comer y beber, alcanzó que ni él ni su familia fuesen atacados de ninguna dolencia peligrosa ni grave. Escribe Tácito que Séneca, el filósofo estoico, en medio de la mayor opulencia, satisfizo a la Naturaleza con frutos salvajes y agua clara, por donde llegó a tal extenuación y delgadez del cuerpo, que cuando le abrieron las venas por mandamiento de Nerón apenas destilaron sangre. ¿Qué tal pensamos que fué la mesa de Jenócrates, el cual, siéndole por sus discípulos puesta escondidamente en su yacija Friné, dama cortesana de la mayor hermosura, sobado por ella prolijamente y de muy varias maneras es-

timulado al ayuntamiento carnal, no tuvo más conmoción que si fuera una estatua? Platón, en sus leyes, quita el vino a los mancebos. Cicerón, en su libro *De los oficios*, enseña que todo el comer y cuidado del cuerpo debe referirse a la salud y fuerzas corporales y no al deleite. *Y aún más*—dice—: *si queremos parar mientes en cuán grande sea la excelencia y la dignidad del hombre, entenderemos cuán fea cosa es desmandarse en los placeres del cuerpo y vivir con delicadeza y regalos, y cuán honesta cosa sea vivir con templanza, con parquedad, con austeridad, con moderación.* Esto dice Cicerón. Ovidio Nasón, dando remedios contra el amor, enseña que todo hombre que quiere vivir castamente debe templarse también y abstenerse de aquellos manjares que preparan nuestros cuerpos a la carnalidad, y lo que primero se ha de desechar es el vino y poner en la mesa aquellos otros que en nuestros cuerpos la extinguen. Y esto mismo que digo de los manjares que de sí propios son calientes, quiero que se entienda de todo ejercicio corporal y de todo deporte que calienta y altera las entrañas, como son cremas, olores, conversaciones y vista de hombres; todas estas cosas dañosas son a la castidad y nos inflaman con criminales encendimientos. La cama de la doncella no será blanda ni delicada en demasía, si bien limpia, para que descanse con placidez, no con regalo. Y este mismo precepto debe extenderse al vestido, que no sea exquisito ni precioso en exceso, sino limpio y sin mancha alguna. Yo no sé hasta qué punto la limpieza del ánimo gózase con la limpieza del cuerpo, y al contrario, el ánimo regalón y desmedrado y enteco huelga con vestidos de seda y de holanda, y si su vestido no es tal, tiénelo por áspero, por duro, por insufrible. San Gregorio Nacianceno veda a sus vírgenes el oro, la seda, las joyas: *¡Cuán locos somos si creemos que aquellas palabras de Cristo Salvador Nuestro, a saber: «He aquí que los que visten con molicie en los palacios de los reyes están...», querían significar que los que viven en la corte de los reyes visten con blandura. No conoce la religión de Cristo palacios ni reyes de esta suerte, de quienes El mismo dice*: Los reyes de los gentiles tienen señorío sobre los vasallos, y los que sobre ellos tienen tal poder son llamados bienhechores; pero entre vosotros no es así, sino que el mayor de vosotros hágase como el menor, y el que acaudilla sea como el que sirve. Si Nuestro Señor condena la soberbia en los mismos reyes y en los mismos reinos, ¿cómo iba a aprobar los instrumentos de la soberbia? Absolutamente quiere Cristo que los suyos recuerden que son cristianos, y no mundanos aquellos a quienes fué dicho: *Vosotros no sois de este mundo.* Santa y severa es la religión cristiana, cuyo yugo, así como es llevadero, dulce y suave a las almas que en él hallan reposo, así es pesado y molesto para los regalos del cuerpo, con los cuales está en lucha continua. Mundo es aquello que odia a los cristianos porque no son del mundo.

Sea en la virgen no largo el sueño, mas no tan corto que dañe a su salud, por la cual yo miro tanto, que quiero que la tenga mejor la doncella que practica esa nuestra austeridad, que las que van bebiendo los aires en pos de los placeres, cuyas esclavas vemos cómo andan ajadas y mustias y quebrada la color. A todo esto débese añadir alguna labor y ocupación honesta, conveniente a la doncella, de las cuales enu-

meraré algunas, porque nunca jamás entra tan fácilmente el engaño del demonio en el pensamiento de la mujer como cuando la halla ociosa, ni en ninguna otra ocasión ejercita con más rapidez sus artes la tentación carnal, no ya en la mujer, sino en el hombre, que tiene más firmeza y constancia que no ella. Nacida es nuestra alma y está dispuesta para alguna actividad, así que el trabajo la alimenta, la fortalece, la deleita, al par que la ociosidad la disuelve, y la pereza la derrota, y ya no pueden hacer nada, y es fuerza que vayan rodando por el deslizadero del placer pecaminoso, y aun den en maldades más graves, cuando les falta faena mejor en que se ocupen. Aquel Ovidio, famoso en tercerías de amores, dice que Egisto, no más que porque era perezoso, se aplicó a corromper a Clitemnestra, mujer de Agamenón, y aun a matar al propio Agamenón. Así que uno de los principales remedios del amor es que la flecha de Cupido no nos coja ociosos y desocupados. *Si apartares el ocio*—dice—, *frústrase el arco de Venus y caen extintas y sin luz sus fogosas hachas.*

Crece el amor y echa raíces muy profundas si en el sujeto de tu amor piensas mucho y con frecuencia. San Jerónimo persuade a Demetríades que evite la ociosidad radicalmente. Y para ello le manda que así que hubiere cumplido con el oficio divino, tome la lana y se disponga a tejer, a fin de que, alternando en estas tareas, nunca los días le parezcan largos. Y quiere que ella no dé paz a su mano, no porque tuviera necesidad de ello, porque era una de las más principales y más ricas señoras de Roma, sino que, con la ocasión de aquel trabajo mental o manual, no pensase en otra cosa que en lo que toca al servicio del Señor, y cierra todo este pasaje con estas palabras:

Una cosa te quiero decir con toda llaneza y sinceridad, y es que, aun cuando dieres toda tu hacienda a los pobres, ninguna cosa habrá de más estima en los ojos de Cristo que lo que tú hicieres con tus propias manos o para tus menesteres o necesidades, o para dar ejemplo a las demás vírgenes y ofrecerlo a vuestra abuela y madre.

Así habla San Jerónimo. Y en verdad que es así. La mujer que es o está ociosa o (si a los dioses place) está ocupada en juegos y en fiestas, no merece el pan que come en la iglesia de Dios, en la cual San Pablo, máximo pregonero de Cristo, pregona a grandes voces, como si fuera una ley: *Quien no trabaja, no coma.* Común es al género humano esta pena, infligida por Dios a nuestros primeros padres por aquella su primera culpa: *Con el sudor de tu rostro comerás tu pan.* Y está fuera de contradicción que esos ricos que no están sujetos a esta universal penalidad, siendo así que no pecaron menos que los otros, les está aparejada otra, si no más grave, pero no menos pesada. Y dado caso que hasta aquí he amonestado a la mujer que debe ocupar sus manos y su mente en algún ejercicio honesto y en santos pensamientos y conversaciones, porque con el ocio no venga a resbalar en alguna acción deshonesta, ¿adónde pensaremos que irán a parar aquellas que por pasatiempo juegan a los dados o a los naipes? Esta ocupación, que en el hombre es fea, en la mujer no podrá menos de ser detestable. ¿Qué podrá aprender, qué podrá pensar la mujer jugando a los naipes? Fuerza será que relaje su espíritu y sea arrastrada a la avaricia, a la cual de suyo está propensa, y luego al perjurio

por culpa del dinero, y si en el juego intervinieren varones, a oír expresiones ofensivas de los oídos de la mujer honesta. ¡Cuán fea cosa es ver a una mujer que, en vez de cestilla, maneja el tablero, y en vez del huso, hace rodar el dado, y en vez de la espátula o el *Libro de Horas*, revuelva la baraja. No hay hombre que tenga alguna centella de entendimiento que no huélguese más de verla ociosa que tan mal ocupada. Ni hay quien no reniegue de ella, que aprendió oficio tan ruin, y del truhán que se lo enseñó y de los que se lo consintieron con la más viva indignación y el más infamante de los calificativos.

CAPITULO VIII

DE LOS ATAVÍOS

Decirse no puede cuán grande espacio media entre el atavío que vemos en las mujeres de hoy y aquel que los Santos, todos a una voz, prescriben a la mujer bautizada, en lo cual no hacen más que seguir a los príncipes de los Apóstoles, pilares de la Iglesia, cuyos son estos breves mandamientos acerca de los adornos de las mujeres, los cuales inspiraron a los Santos Padres larguísimas homilías. San Pedro habla así: *El adorno de las mujeres no ha de ser por de fuera, con los rizos del cabello ni con dijes de oro ni gala de vestidos, sino en el hombre interior escondido en el corazón, lejos de las miradas de los hombres, porque si tuvieren el alma incorrupta y pura, en sosiego y paz, serán magníficamente hermosas y ataviadas ante el acatamiento del Señor.* Y Pablo, a su vez, dice estotro: *Las mujeres vestirán hábito honesto, con mesura y templanza, y no con las trenzas compuestas ni con los cabellos cargados de oro y de perlas, ni con vestiduras preciosas, sino como conviene a las mujeres que profesan cristiandad con buenas obras.* Esto dicen los Apóstoles, que por cierto no han menester de más palabras. Con todo, es preciso explanar estos preceptos con mayor extensión, singularmente para quienes se han de gastar muchas palabras antes de que se dignen oír. Yo las desmenuzaré por separado y atacaré uno por uno sus desatinos. Primeramente, hablaré de los afeites. Acerca de ello yo querría que me dijesen qué pretende la doncella con embadurnarse la cara con albayalde y arrebol. Si es por agradarse a sí, es loca (¿qué cosa más cara o más grata a cada cual que ser ella misma?); si por agradar a los hombres, es mala. Tú tienes un solo esposo, que es Jesucristo; por agradarle a El adorna tu alma de virtudes, y El, que es el más hermoso de los hijos de los hombres, pondrá un beso en tu frente. Pero si por ventura buscares a otro marido que sea humano y quieres conquistarle con el afeite, primeramente te haré ver cuánta sea tu fatuidad, y más tarde, cuánta tu impiedad. Paréceme que al desear con afeitarte conquistar un marido, te haces una especie de máscara; cuanto le atrajiste tapada le alejarás descubierta. Ruin vida te auguro si el marido viene a ti por el solo afeite; cuando te lo hubieres quitado, ¿cómo podrás serle grata? A menos que no te laves nunca aquella costra. Si así, emplastada, te acostares, así, emplastada, te levantarás; así en privado andarás emplastada, así en público. Demás de esto, ¿para quién no resultará molestísimo el cuidado del afeite si ha de permanecer intacto siempre, y cuán expuesto está

a ser motivo de irrisión si por rociarse de agua o por el sudor o por el calor se escurre el albayalde o el arrebol y muestra algo de la tez nativa? Ninguna cosa en la mujer bella puede haber más deforme. Celebrábase en Grecia un convite con harta concurrencia de mujeres. Una de las diversiones de los banqueteantes, entre otros juegos que se habían introducido, consistía en que cada uno de los convidados, cuando le llegaba el turno, mandase a todos los demás lo que le viniere en talante. Llegó la vez a una doncella de insigne beldad y de muy donoso ingenio, y como hubiese reparado en que la más parte de mujeres asistentes andaban embadurnadas con albayalde y arrebol y con otros adobos, por avergonzarlas: *Yo mandaré*—dijo—*una cosa muy sencilla, que seré yo la primera en hacer, y es que cada una de nosotras pase las manos mojadas por su rostro y a seguida lo seque con un lienzo.* Ella fué la primera de ejecutar su propio mandamiento. Mas como no traía ningún afeite, de aquella fricción salió más hermosa; pero todas las otras, que iban estucadas, sacaron unas caras absurdas y ridículas. Por la chacota que entonces se les hizo, en lo sucesivo se abstuvieron de todos estos cosméticos, y contentándose de su cara natural, desdeñaron la cara comprada. ¿Quién tendrá por hermosas a aquellas mujeres que saben estar embadurnadas de pintura? Aun las mujeres hermosas de verdad pierden el mérito y loor de su hermosura si se las ve pintadas. Todo el donaire, toda la gracia atribúyense al artificio, no a la Naturaleza. ¿Y qué mas, si la tez tierna se estraga y se arruga precozmente y se envejece todo el rostro, y el aliento hiede, y se carian los dientes, y de todo su cuerpo sale una agrura de mal olor así del albayalde, como del azogue, como de las aguas destiladas y jaboncillos y unturillas con que se preparan la cara como un retablo para la pintura del día siguiente? ¡Cómo con toda razón Ovidio las llamó ponzoñas! Y jocosamente pregúntase Juvenal: *Aquella cara que se unta con tantos mejunjes y con tantas mudas, y se aplica tantas sopas de centeno cocido, ¿diremos que es una cara o es un divieso?* Cada una de estas cosas pudiera yo singularizarlas habiendo nacido yo en una ciudad cuyas mujeres, en este punto, tienen en las otras gentes mala fama; y en mi sentir, muy merecidamente. No tengo más remedio que reprender a la tierra de mis amores, porque avergonzada evite lo que es motivo de reprensión. A esto se allega que si no has de casarte sino albayaldada y arrebolada, mejor será que no te cases nunca que casarte con ofensa de Cristo y con un marido loco, a quien más le agrada la pintura que tú misma. ¿Qué puedes esperar de un marido de esta calaña, a quien contenta más la costra blanca que la esposa buena? ¿Quién llegó jamás a tal grado de mentecatez que, teniendo que comprar un esclavo o un caballo, prefiere que se le muestre engualdrapado que desnudo y con la apariencia misma que le dió la Naturaleza? Y eso que hacemos en los siervos y en las acémilas, ¿no lo haremos en las esposas? Dióte Dios cara humana, a semejanza de su Hijo, y no te la dió desnuda, pues inspiró en ella el espíritu de la vida para que relumbre en ella como un rayo de Aquel que es la verdadera vida de todas las cosas criadas. ¿Por qué me le cargas de sordideces y cieno? Si el Apóstol San Pablo prohibe que el varón cubra su cabeza porque es imagen de Dios, ¿qué

piensas que diría de la imagen de Dios en el rostro de la mujer afeada con aquel lodo? San Jerónimo, contra Helvidio, porque nadie piense que lo dice por burla o por donaire, escribe: *Esta se pinta al espejo, y a despecho de quien la ha formado, esfuérzase por ser más hermosa que no nació.* Y dice en una carta a Furia: *¿Qué hace el albayalde y el arrebol en el rostro de la mujer cristiana? De los cuales el uno miente el carmín de las mejillas y los labios, y falsifica el otro la blancura del rostro y del cuello, y ambos a dos son fuego de la juventud, incentivo de la carnalidad, señas inequívocas de alma impura. ¿Cómo puede llorar por sus pecados la mujer a quien las lágrimas alteran el rostro y aran su faz? Ese afeite no es de Cristo; velo del Anticristo es. ¿Con qué avilantez levanta al cielo un semblante que el Creador no reconoce?* Todo esto lo dice San Jerónimo. Oye ahora al santísimo mártir San Cipriano: *Los arreos y galas de los vestidos y engaños de los afeites no convienen sino a las prostitutas e impúdicas mujeres, en quienes no hay atavío precioso más que en aquellas en que el pudor es vil.* En las Sagradas Escrituras, con que el Señor quiso que fuésemos adoctrinados y avisados, aparece descrita la ciudad ramera arreada y ornada con más curiosidad y lindeza que no conviene, condenada a perecer con sus acicalamientos y por culpa de sus acicalamientos. Ahora, cuánta es la ignorancia de la verdad y cuánto el desvarío del alma, querer aquello que en todo tiempo dañó y daña aún y pensar que tú no vas a perderte por aquello mismo porque conoces que los otros se perdieron. No hizo Dios a las ovejas del color de la púrpura o de la grana, ni nos enseñó a teñir sus lanas con zumos de hierbas o con sangre de mariscos, ni menos nos enseñó a hacer collares de piedras preciosas y perlas con que se cubriese el cuello que El hizo con sus manos y se tapase lo que El formó para mostrar aquello que fué invención del diablo. ¿Por ventura en ningún tiempo quiso Dios que se infiriesen heridas en las orejas con que se atormentase la pobre niñez inocente, no sabedora de los males que le quieres hacer con colgarles de las cicatrices y agujeros granos preciosos, ya que no por su peso, siquiera por su cuantía; invenciones todas ellas de los ángeles prevaricadores y apóstatas, cuando, de tumbo en tumbo, rodaron a la Tierra precipitados del Cielo? Ellos enseñaron a alcoholar los ojos con un círculo negro, y a inficionar las mejillas de mentirosa rojez, y a trocar el cabello con tintes adulterinos, y a desterrar toda verdad del rostro y de la cabeza con toda suerte de corrupciones. Y por cierto que en este lugar, el temor que me sugiere la fe y la caridad que me junta con todos, me obliga a que avise no sólo a las vírgenes y a las viudas, sino a las casadas también y, universalmente, a todas las mujeres, que de ninguna manera conviene ni es lícito adulterar la obra de Dios y su hechura añadiéndole o color rojo o alcohol negro o arrebol colorado o cualquiera otra compostura que mude o corrompa las figuras naturales. Dice Dios: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra.* ¿Y osa alguna mudar en otra figura lo que Dios hizo? Las manos ponen en el mismo Dios cuando lo que El formó lo procuran ellas reformar y desfigurar, como si no supiesen que es obra de Dios todo lo que nace y obra del demonio todo lo que se muda de su natural. Si algún gran

pintor retratase con colores que emulasen la realidad, las facciones y rostro de algunos con toda la demás disposición de su cuerpo, y acabado ya y perfeccionado el retrato, otro quisiese poner las manos en él para reformarlo con más pericia, grave fuera la injuria inferida al primer artista y muy justa su indignación. ¿Y piensas tú no ser castigada por una osadía de tan malvada locura, por la ofensa que haces al divino Artífice? Porque, dado caso que por la alcahuetería de los afeites no vengas a ser con los hombres deshonesta y adúltera, habiendo corrompido y violado lo que hizo en ti Dios, convencida quedas de peor adulterio. Eso que pretendes hermosearte, eso que procuras adornarte, impugnación es que haces contra la obra de Dios y prevaricación que haces contra la verdad. Tu Señor dice: *No tienes poder para tornar blanco o prieto uno de tus cabellos:* ¿y tú pretendes ser más poderosa por sobrepujar lo que el Señor tiene dicho con pretensión osada y con sacrílego menosprecio? *Enrojas tus cabellos y en mal agüero de lo que está por venir les comienzas a dar color de fuego y pecas, ¡oh nefanda maldad!, en tu cabeza, esto es, en la más noble parte de tu cuerpo.* Esto dice San Cipriano.

Causa vergüenza, tras tantas autoridades de los doctores cristianos, traer aquí testimonios de los gentiles. Uno solo añadiré de Licurgo, varón sapientísimo, legislador de los lacedemonios, quien, habiendo ordenado que las mujeres fuesen acatadas y estimadas por sus virtudes y no por sus atavíos, prohibió en la ciudad todo linaje de afeites y desterró de Esparta a todos los fabricantes de cosméticos y atavíos, a fuer de corruptores de la virtud y de toda honrada artesanía. El Señor, por boca del profeta Oseas, nos muestra a la mujer que se apartó de él por ir en pos de sus enamorados y no en seguimiento de su Señor, haberse aliñado y puesto arracadas, collares, zarcillos. Malditos son todos estos atavíos, como Tertuliano dice, sin los cuales no pudo describirse la mujer maldita y prostituta. Si te arreas y acicalas para Dios y para los hombres buenos, asaz eres hermosa cuanto eres buena; y, por el contrario, no agradarás al demonio y a los hombres malos si no quitares mucho de tu nativa lindeza y, por ende, de tu virtud. ¿Para qué sirven las orejas horadadas que enteras con su ternilla creó la Naturaleza? ¿Y por qué la moda no ha de agujerear las narices también? Pues esto precisamente se hace entre gentes bárbaras. ¿Y por qué ni aun los dedos o los labios, puesto que una gema radiante ciñe cada una de las articulaciones? ¿De qué te aprovecha traer a cuestas tan gran carga de oro que parece haber sido reunido para hacer alarde de fuerza? ¿Por ventura créeste más hermosa o más sabia bajo el peso de tanto metal? Nada de eso. ¿A qué viene hablar de bondad? ¿Acaso puede ser buena la mujer simuladora que quiere que se la crea otra de la que es? ¿Y qué, si a mí me parecen, por mi gusto, más hermosas aquellas mujeres en las cuales la belleza de la cara resplandece en un rostro mediocre? El brillo de la compostura oscurece el bien parecer del rostro. Ninguna cosa hay tan grande que por comparación con otra mayor no disminuya y, en cierto modo, no decrezca. Si tanta es la brillantez del ornato, fuerza es que lo sea con mengua de la nativa beldad. Lo que con el afeite agrade la mujer, atribúyase al afeite, no a la hermosura. Muy dis-

cretamente habló aquel romano que era el primero de su ciudad y habitaba en una vivienda modestísima: *Prefiero ser yo el adorno de mi casa que no que mi casa sea adorno mío, y no quiero que en mi casa haya cosa digna de ser vista que no sea yo.* Asimismo, parecen más hermosas aquellas mujeres en quien un discreto y honesto afeite recomienda un ingenio bueno y una belleza amable que no quedan abrumados por otro más fastuoso y curioso en demasía. Parece bien en el varón el ornato de la gravedad, y en la mujer, la gala de la honestidad. Pues qué, ¿pensáis que ni hubo mujeres hermosas en realidad y que por hermosas fueron tenidas y amadas de sus maridos en aquella dichosa edad y siglo rudo y primitivo en que todavía la malicia no había tomado tanta insolencia y brío? Yo pienso que las hubo en mayor número y cuyo agrado fué más duradero cuando la belleza no era temporera, sino definitiva, esto es, natural, y no la deponía la mujer con su vestido. Y siendo así que aquel afeitarse tan prolijo no contribuye a la lindeza ni a la virtud, ¿a qué viene? Dilo tú misma: *Pareceré más rica y por esto seré más respetada.* ¿Este pensamiento, esta respuesta, son de un pecho cristiano? Con un oro inútil agobias tu pescuezo, mientras niegas una monedilla a tantos pobres como en tu proximidad hambrean. Despojas a los vecinos y quizá también a tu familia, a tus hijos y quién sabe si a tu mismo marido, porque el brillo de tanto oro y tanta pedrería deslumbre y embauque a tanto necio como te mira bobamente. ¿Tantos son los que van desnudos porque tú sola andes vestida? ¿Esta es caridad cristiana? ¿Esto juraste en el baustismo con las palabras de la liturgia? ¿De esta manera renunciabas al demonio y a sus pompas? ¿Es que, por ventura, no retienes tú las pompas de Satanás más pegajosamente, más prolijamente que los mismos gentiles? Mírate toda, de pies a cabeza, y te reconocerás seguidora de Satanás. Tú, comiendo en tu casa hasta la hartura manjares exquisitos, regüeldas capones, perdices, faisanes, pasteles delicados, guisos, adobos, tenues hojaldres, todo adquirido a muy artero precio, todo allegado en medio de tanto muerto de hambre. Tú andas en ocio, en juegos, en músicas y en fiestas entre tantos sudores y tantas penalidades de tus vecinos; tú paseas y rúas calles, arrastrando sedas y brocados; en medio de tantos haraposos y entre tantos mendigos andas relumbrando de oro, de plata, de pedrería. ¿Acaso eres así discípula de Cristo pobre, y no con mayor motivo esclava del rico Plutón? Yo no te quiero ver sucia y andrajosa, pero tampoco con vestidos inventados para ostentación y soberbia. Imita a Aquel con cuyo nombre merecidamente te glorías de ser nombrada; esto es, imita a Cristo. Imita a su madre, frugal y sencilla, a la cual, por su humildad, adoran ahora los hombres como a Señora, y los infiernos la temen, y los cielos la acatan, cuyas vestiduras por de fuera eran de paño burdo y vulgar, pero por dentro eran hermosísimas, de oro y de piedras preciosas, bordadas y esmaltadas. No puedes a la vez andar dorada exterior e interiormente. Escoge lo que prefieras: el cuerpo de oro o el alma de oro. No puedo tocar una por una todas las particularidades de esta materia, que son infinitas y todas ellas vicios. Con todo, diré de los olores. Así como el ánimo recto, formado en la Humanidad, no aprueba la inmundicia y el

mal olor y no rechaza los perfumes discretos que recrean los espíritus cansados o les excitan en sus languideces y aun les curan si acaso adolecieren (pues aquella María de Betania derramó sobre la cabeza del Señor una unción de nardo fiel y precioso, con cuya fragancia llenóse toda la casa, y ello no desagradó al Señor), así también reprueba estos olores tan demasiados, cebo y regalo de este cuerpo que cuanto con mayor mimo se le trata, con tanta mayor insolencia se rebela contra el alma y no se contenta con menos que con tiranizar a todo el hombre y le arrastra a las más bajas pasiones, donde tienen su sede los regalos. Eso que voy a decir es un dicho de San Jerónimo a la virgen Demetríades: *Estos mancebitos peinados con sus coletas que traen los cabellos a ondas y perfumados, y esas pieles que echan olor de excremento de rata exótica, de quien dijo el Arbitro: «No huele bien quien siempre huele bien; evítelos la virgen como si fueran pestes y ponzoña de la castidad.»* En Marcial hay un versito análogo: *Más que por bien oler, quiero nunca oler.* Plauto dice, en su *Moxtelaria: Bien la mujer huele cuando nada huele.*

Responderá acaso alguna de esas fastidiosillas que a las argucias y sutilezas del ingenio les da nombre de sabiduría: *Hay que hacer alguna concesión al linaje, a la nobleza, a las riquezas, al público.* Dime pronto cúya eres tú que esto dices: ¿cristiana o gentil? Si eres gentil, yo no disputo contigo; si cristiana, sábete, engreidísima mujer, que Cristo no conoce esas distinciones, hijas de una arrogancia diabólica y no de la modestia de un alma sinceramente cristiana. Porque contiene verdad se volvió viejo aquel dicho: *No hay más soberbio animal que la mujer arreada y compuesta.* No son esos arreos y composturas adornos del cuerpo o de la Naturaleza, sino que son incentivos y combustible de tu insolencia. Ninguna cosa—dice Tertuliano—puede hacer caducar la verdad; ningún espacio de tiempo, ninguna influencia de personas, ningún privilegio de ninguna región, porque Nuestro Señor Jesucristo, que persevera eternamente, llamóse a Sí mismo la verdad, no la moda. Y tú dices que hay que hacer alguna concesión a los usos introducidos, a la costumbre imperante y avasalladora. Pídote: ¿a la costubre de quiénes? Si es a la costumbre de los hombres sabios y buenos, me conformo; pero si es a la costumbre de los necios, ¿quién les ha de conceder algo sino los mismos necios? ¿Y qué, si como Quintiliano dice doctamente, sólo el consentimiento de los buenos debe llamarse costumbre de vida? ¿Introdújose por azar alguna mala costumbre? Seas tú la primera en su abolición y siempre será tuya esta gloria: otras habrá que sigan tu ejemplo; y así como acontece que los malos confirman la mala costumbre, también los buenos la extirparán y en su lugar introducirán una buena. Porque si siempre tuviéramos que obedecer y condescender con la costumbre, nunca jamás los siglos mejorarían y siempre irían de mal en peor, porque siendo factible introducir una costumbre pésima, no lo sería desterrarla. ¿Cúya es, dime, esta costumbre de que te jactas? ¿O de dónde es tomada? De las mujeres gentílicas. ¿Por qué, pues, con esta costumbre no retienes la gentilidad? O si el nombre de cristiana te contenta, ¿por qué no te contentan también las costumbres congruentes con este nombre? Aquella mujer es gentil y hace

aquellas cosas porque no conoció a Dios ni la templanza de la vida. Tú, que conociste a Dios y en su bautismo fuiste lavada, ¿qué haces más que ella? ¿En qué paró aquello de protestar que renunciabas a Satanás y a todas sus pompas, si en contienda de vanidades con una mujer pagana no sólo la igualas en el amor de la pompa, sino que la superas? ¿Y qué si yo dijere que en tu emulación con las mujeres gentílicas lo haces, no con aquellas matronas de la antigüedad, tan religiosas y severas, sino con estas otras más modernas, más cristianas, disueltas en el lujo, encenagadas en torpezas y maldades? ¿Pluguiese ya a Dios que te parecieses a una de aquellas primitivas y honestísimas matronas de Laconia, de las que siendo una de ellas reina y esposa de Licandro, habiéndole Dionisio de Siracusa, para ella y para sus hijas, regalado unas muy riquísimas estolas, las desdeñaron con estas palabras: *Más aína nos serán desdoro que gala.* ¡Ojalá fueses como una de aquellas romanas viejas, a quien aunque Pirro, rey de los epirotas, les envió por Cinea, su embajador, muchos presentes de oro, plata y vestidos de holanda y seda, ninguna se halló tan cuidadosa, o tan codiciada del lujo, o tan perdida de seso y de tal desfachatez de cara que quisiera recibirlos! Quinta Claudia, virgen vestal, padeció sospecha en su pudor porque se remiraba en el aliño de su persona algo más de lo conveniente. Hubo en Roma una ley, llamada Opia, promulgada en la segunda guerra púnica, en la cual estaba ordenado que ninguna mujer romana pudiese traer en su persona más de media onza de oro ni vestir más de un solo color. La cual ley o estatuto duró hasta que la ciudad fué invadida del boato y demasías asiáticas. Entonces las mujeres, como furiosas y desatentadas, lanzáronse a una manifestación pública pidiendo licencia para traer libremente lo que se les antojase. Porque tal no se hiciera, el cónsul, Marco Catón, varón gravísimo, disuadiólo en una oración llena de elocuencia y de saber. Aconsejaron lo contrario dos tribunos de la plebe en otra oración, que Sivio transcribe huera, ciertamente, y más del agrado de las orejas de la necia muchedumbre que de los hombres cuerdos. Pero al fin las mujeres, con su importunidad y tesón, triunfaron en aquella enconoda porfía, de suerte que se les soltó las riendas de su locura y que cada cual obrase al dictado de su propio antojo. Por donde pronosticó Catón cuántos males se seguirían, y en ello, como en otros dichos suyos, fué muy certero adivino. ¿Quién podrá explicar cuánta sea la mengua del pudor en esta competición del lujo, cuando se visten unas en competencia de las otras y que a la una se le salta el ojo y le viene el alma a los dientes que se le quiere salir por no sufrir la vergüenza de ser aventajada por su rival?

Así que las mujeres se ven compuestas y ataviadas, entonces no caben en sí, y quieren salir y quieren mostrarse y huelgan de alternar con varones; y éste es el escollo y el naufragio de su pudor. Dice Plutarco que fué costumbre patria en Egipto que las mujeres no usasen calzado porque se quedasen en casa. De la misma manera, si quitas a la mujer la seda, el brocado, el oro, la plata, las joyas, las piedras preciosas, con gran facilidad la tendrás recluída en su casa. En el mismo autor hay dos sentencias sobre los atavíos: una, es de Sófocles, el trágico, y otra, de Crates, el filósofo.

El primero, del atavío rico, dice: *Mezquina de ti, no parecerá este adorno, sino deshonra y clara acusación de tu locura.* Y Crates dice que adorno es aquello que adorna, y adorna aquello por lo cual la mujer es más honesta. Y tal no la torna el oro, ni la esmeralda, ni la púrpura, sino todo lo que le da ser de gravedad, de comedimiento, de pudor. Demócares define el atavío de la mujer diciendo que es la parsimonia en el hablar y la templanza en el ornato, y éste es también el sentir de Sófocles. Entre los griegos corría este dicho usado, acuñado en forma de aforismo: *El atavío de la mujer no es el oro, sino las costumbres.* Aristóteles, el más talentudo de los filósofos, prescribe a las mujeres que hagan de las galas un uso más parco que lo que les permiten las leyes suntuarias. Y las exhorta a considerar que ni la jactancia del vestido, ni la prestancia de la hermosura, ni la abundancia del oro valen tanto para la honra de la mujer como la modestia en su atuendo y el cuidado que ponga en vivir con honestidad y decencia. En este sentir coincide toda muchedumbre de los sabios del siglo. Ninguno hay entre ellos que no condene esta elegante exquisitez del lujo, nacida de la más hueca de las necedades, porque la mujer cristiana se avergüence de seguir a los gentiles, no a aquellos graves varones sapientes, no a aquellas irreprochables y honestísimas matronas, sino el error de los necios y el ejemplo de las locas. Confieso que a mí no se me ocurre con qué pretexto han de cohonestar las mujeres sus destemplados atavíos si no es con el exclusivo de parecer más hermosas por atraer más poderosamente a los machos. Pues esto mismo, a las mujeres paganas daría vergüenza el confesarlo. Dirélo en cristiano: por embaucar más fácilmente y prender en lazos más estrechos las almas de los varones. *No procede de una conciencia pura*—dice Tertuliano—*el insano afán de agradar por el embeleco de la hermosura, que sabemos que es el natural aliciente del placer.*

Crisóstomo no cuenta en el número de las vírgenes a las doncellas absorbidas por el afán de acicalarse y repulirse. ¡Cuánto menos las tendrá por tales si lo hicieren con la aviesa intención de inflamar a los que las miran con insanos encendimientos! Tú, pues, a una, serás esclava de tu soberbia y extenderás en tu cuerpo las redes de Satanás por pescar las almas de los incautos que en ti pusieren sus ojos. ¡Oh mujer no cristiana, sino sierva y seguidora del diablo!, dirá de ti con atroz conminación la sentencia del Señor, enojado. Dios habla así por Isaías: *Por cuanto las hijas de Sión se ensoberbecieron y anduvieron estiradas de cuello y anduvieron guiñando con los ojos y pompeando en su pasear, el Señor les quitará los cabellos a cercén y desnudará su torpeza y tendrán deshonra en lugar de ornamento. En aquel día quitará el Señor el atavío de los calzados, y las lunetas, y los collares, y las ajorcas, y los zarcillos y manillas, las crespinas, y las cofias, y los partidores del pelo, y el atavío de las piernas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan de la frente, y las ropas de remuda, y las manteletas, y las gasas, y los alfileres, y los espejos, y los lienzos delicados, y las cintas, y los sombreros; en lugar de cazoletas y buen olor tendrán hedentina, y por cinto tendrán sogas, y tendrán calvez por cabello encrespado, y por fajas cilicias.* Todo esto dice el Señor de las

mujeres. Y dice de los varones que por culpa de ellas se dieron a cosas viles e indignas, como esclavos inertes: *Tus más gallardos varones caerán también a cuchillo, y tus valientes, en batalla; y se entristecerán y llorarán las puertas de tu ciudad, y la misma ciudad desolada se sentará en el suelo.* Esto dice el Señor Dios, terrible en sus enojos. Y su santo mártir Cipriano habla de esta manera: *Hay algunas ricas y colmadas con abundancia de bienes que hacen alarde de su opulencia y porfían que deben gozar de sus riquezas, puesto que las tienen. Sepan primeramente que es rica aquella que es rica en el Señor, y que es abundante aquella que en Cristo abunda. Sepan que son bienes auténticos aquellos bienes que son espirituales, celestiales, divinos, que permanecen con nosotros en Dios con posesión perpetua. Por lo demás, si tú te arreas con más gasto del que conviene y andas en público haciéndote notar, y atraes a ti los ojos de la juventud, y arrastras detrás de ti los suspiros de los mancebos, y cebas el deseo libidinoso, y andas sembrando centellas por las calles, de manera que aunque no perezcas tú eches los otros a perdición, y te presentas como cuchillo y ponzoña de los que te contemplan, no tienes disculpa, como si en espíritu fueses pudorosa y casta. Acúsate el descocado afeite, el arreo impúdico, y no puedes ser contada entre las doncellas y vírgenes de Cristo, puesto que vives mal y puedes ser requebrada de amores. Llámaste rica y virgen; pero no parece bien en la virgen sacar a plaza sus riquezas, siendo así que dice la Escritura divina:* ¿Qué pro nos hizo la soberbie? ¿O qué bien nos produjo el despilfarro? Pasó todo aquello como una sombra. Llámaste abundante y rica y piensas que tienes que gozar de lo que Dios quiso que poseyeres. Gózalo muy en hora buena, mas sea en bien de tu alma; gózalo, pero en cosas de virtud; gózalo, mas en las cosas que Dios te manda, que Dios te enseña. Experiméntente rica los pobres; siéntante abastada los menesterosos; da al Señor tus bienes a logro, da de comer a Cristo. Esto dice aquel santo mártir. Y más extensamente dice San Fulgencio: *Tal sea el vestido de la sagrada virgen que dé testimonio de la íntima castidad. No se busque ningún pulimento en el vestido del hombre exterior, no sea que el hombre interior ande manchado en su hábito. La virgen que afecta el adorno del vestido corporal, despoja su alma del esplendor de sus virtudes, y no posee la verdadera castidad la que prepara cebo y armadijas a los que la miran, y no guarda a Cristo la debida fe la que se afana más por agradar al pueblo que a su esposo. Fuerza es que, indeclinablemente, la que a los ojos de los hombres siembre apetitos, siegue indignación a los ojos de Dios. No diga, pues, la virgen cuando se acicala:* Ningún mal harán el vestido y la joya. *Así es, pero por ellas entrará el malhechor y el sugeridor de la voluntad perversa.* Hasta aquí, San Fulgencio.

En materia que tan poco me compete, y confirmada con tan prolija experiencia, de grado apelo a la autoridad de los Santos Padres, porque esas damas remilgadas y relamidas que tienen por aldeana y bobalicona a la que vista cristianamente, les den un crédito mayor. Y no hay bastante con lo que dicen algunas: *Bástame mi conciencia, que merecerá mi aprobación ante Dios.* Basta si no dañas al prójimo, si para él no fueres piedra de escándalo y de tropiezo. Quiere el Após-

tol que nuestra modestia sea notoria a todos los hombres, no ciertamente para gloria nuestra, sino, como dice el Señor, porque los hombres vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos. Y el mismo Apóstol, por no ofender al hermano, promete que jamás catará carnes; y tú, por no prender a tu hermano en el lazo, ¿no te avendrás a abreviar tu escote y a no poner una cara ajena encima de la propia? ¿En dónde está tu caridad para con el prójimo, a quien presentas no ya tu vestido, sino la ostentación de tu vestido? Con harta religión dice Tertuliano: *A la pudicicia cristiana no le basta con ser, sino también con parecer.* Tanta debe ser su plenitud que desborde del corazón al vestido. ¿Acaso no recuerdas que tu madre Eva ocasionó la perdición de su esposo? ¿Y quieres tú rivalizar con ella en esa triste hazaña? ¡Cuánta mayor cordura no sería que vosotras, con perpetuo vestido de luto, llorareis el pecado de vuestro sexo, que no que irritaseis la pasión de los mozos con la esplendidez del atavío! Cuando tú con tus lazos hubieres hecho algunos esclavos del diablo, ¿cómo podrás sacarlos de ellos si quisieres? ¿Cómo de la esclavonía de Satanás podrás volverlos a la libertad de Cristo? ¿Con qué expiaciones expiarás maldad tan nefanda? Y en medio de tan gran peligro juegas descuidada, no tanto del látigo ajeno como del tuyo. No faltan quienes objeten: *Precisamente con este nuestro acicalarnos evitamos el escándalo, no sea que otras que andan más atusadas y con más aliño vayan a pensar que son reprendidas por nuestra mediocridad, puesto que no nacimos en más bajo lugar ni poseemos menos bienes.* Dejad que ellas, según el consejo de Nuestro Salvador, puesto que son ciegas y guías de ciegas, prefieran ser ofendidas que no provocadas. Si ellas se escandalizan de vuestros bienes, ¿por qué no vosotras, con mejor acuerdo, os escandalizáis de sus males? Ellas se ofenden porque vosotras os adornáis según el precepto de los Apóstoles; vosotras os ofendéis más porque ellas se atavían según el querer y los preceptos del demonio. ¡Excelente fuera este celo por el prójimo si porque él no se ofendiese, tú te perdieras a ti y a él! Dirá por ventura alguna: *Pues ¿qué mandas? ¿Quieres que las mujeres sean desaseadas y desapuestas y sucias?* No, yo no quiero tal, ni mi doctrina es tan torpe, ni a mí jamás me agradó la suciedad. Yo quisiera la observancia de la ley apostólica que puse al principio de este tratado. Los apóstoles no mandan que las mujeres anden sucias, ni desmelenadas, ni andrajosas, sino que en ellas desaprueban la desmesura en el adorno y aconsejan que se contenten de un vestir llano y simple. También la simplicidad tiene su aseo, mucho más puro que la demasía, bien así como es más fácil mantener limpio un vaso pequeño que no un ajuar numeroso y grande. No vestirá seda, sino paño; no vestirá holanda, sino lienzo corriente; no resplandecerá su ropa, pero no asqueará; no causará maravilla, pero tampoco repulsión. Ajuar mujeril llámase el conjunto de todos aquellos utensilios y productos de tocador que significan aseo, no artificio ni opulencia. Yo no sé ver para qué sirve el uso de oro, plata, joyas y perlas y otros costosos atavíos, si por ventura no se mira más a la virtud de algunas piedrecillas que a la ostentación, como los corales y esmeraldas, puesto que sea cosa averiguada que

en aquellos minerales pequeñitos la Naturaleza entrañó aquellas propiedades que dicen poseer. Pero, no obstante, ¿será verdad que cada una de las mujeres, por causa de sus virtudes secretas, busca estas chinitas preciosas y no por pura vanidad, porque se la tenga por más rica? Mucho menor es el uso de las sedas, en las cuales, porque el uso las estraga en poco tiempo, se pierde su valor y la economía doméstica no puede soportar el gasto. Así que la doncella que yo eduque no se adobará la cara, sino que se la limpiará; no se embadurnará de jabón, sino que se lavará con agua clara; no se enrubiará los cabellos ni se los teñirá porque cambien de color, pero no los tendrá sin peinar, desgreñados y llenos de caspa, y guardará la cabeza de sudor y de suciedad; no se deleitará con olores delicados, y mucho menos con el hedor. Mirarse ha en el espejo no por estarse allí todo el día atusándose y pintándose meticulosamente, sino porque no haya en el rostro y en el tocado ningún detalle ridículo e indecente que no pueda verse sino por medio del espejo; entonces allí se compondrá de manera que nada haya en su cara que pueda afear su castidad y modestia. Y por terminar, pensará la mujer cristiana que fué dado para ella aquel consejo que Sócrates acostumbraba dar a sus discípulos, a saber: que se mirasen en el espejo: si eran lindos, porque se preocupasen de no tener el alma fea, y si eran feos, porque compensasen la fealdad corporal con la hermosura del alma. Entre todas estas cosas, considere siempre la mujer honesta que la belleza física a la mayoría de las que la poseían arrastrólas a una arrogancia intolerable y que a la mayoría de los hombres que en ella se embobaban los empujó a tristes y abominables apetitos que fueron perdición común de unos y de otras. Y de ahí vino que muchas mujeres dechados de honestidad pusieran todo el cuidado posible en cuidar esta belleza, a fin de parecer menos hermosas de lo que eran en realidad, por no ser tragadas por aquellas vorágines que más arriba he indicado. Esto que dije de los arreos y atavíos a tenor de la moral cristiana, conviene a todas las mujeres, y de un modo especial a las doncellas, que yo no sé por qué razón ha prevalecido la costumbre de que se ataviaran y compusieran con un esmero mayor que las mujeres casadas. Yo, en cambio, pienso ser más honesto que una que otra vez la mujer casada, si así pluguiere al marido, se muestre con mayor pulimiento que la doncella, sea cual fuere su linaje o su posibilidad. La mujer casada aféitase para su marido. La virgen, en cambio, es toda de Cristo, para quien debe engalanarse, pues no es propio de ella pedir ni desear marido, como diré en su lugar. Por esto dice el Apóstol: *La mujer no casada y la virgen, piensan en las cosas del Señor para ser santas, así en cuerpo como en espíritu; mas la que está casada, piensa en las del mundo y en cómo agradará a su marido.* Y aun pienso que es amonestación superflua la de advertir que la mujer no se ha de vestir de hombre ni se ha de poner ropa alguna de varón, porque la conducta contraria fuera inequívoco indicio de que en pecho femenino se alberga osadía de varón e insigne y descarada desvergüenza. La diferencia del vestido conserva el pudor, padre nutricio de la pureza. Tenemos que oír al Señor, que con estas palabras veda en el *Deuteronomio*: *No se vestirá la mujer vestidos de varón ni el varón*

usará vestidos de mujer. Abominable es a los ojos del Señor el que hace este trueque. Quiso la Naturaleza que fuese muy notoria la diversidad de los sexos en los cuerpos de los animales. Y si es cierto que cubrimos con recato nuestro cuerpo y apartamos aquella diferenciación con velos pudorosos, como es razón que así sea, de la vista de aquellos con quienes topamos, pero que también los vestidos lleven consigo las características de aquella diferencia, menester es que nosotros no confundamos aquella en que la Naturaleza puso distinción. Y por todo esto, quien torna el vestido promiscuo, con toda razón es llamado por el Señor abominable, pues que intenta una cosa contraria a la ley natural, que introduciría en la convivencia social un sinnúmero de peligros. Mas eso no lo intenta ninguna mujer, sino aquella que, juntamente con el pudor, echó de sí la honestidad, y a ésa, nuestros avisos no la aprovecharán ni para ésa los escribimos.

CAPITULO IX

DEL RETRAIMIENTO DE LA DONCELLA

Tan firmemente está asentado en este bajo mundo el reinado de Satanás, y a causa de esto existe una tan vasta conspiración en favor del mal y el pueblo es tan obstinado defensor de sus propios vicios, que nadie puede asomar su cabeza en público sin que, instantáneamente, a través de los sentidos, asalte el alma todo lo que desquicia la virtud y la piedad. Como dijeron sapientísimamente los maestros del humano vivir, por los sentidos todos, como por boquetes y ventanas, irrumpe la muerte en el alma, brutal o cautelosamente. Por esta causa, hay que ejercer una vigilancia continua en la custodia del alma y pensar que es milicia la vida del hombre sobre la Tierra, en expresión de Job, a fin de que aquel profeta, luchador acérrimo, estemos en pie sobre nuestra atalaya e hinquemos nuestra planta encima de la fortaleza.

No muchas veces, pues, abra la doncella esas tan peligrosas puertas de los sentidos, y cuando aconteciere que las tiene que abrir, hay que poner guardias de vista y mucha cautela, no sea que el enemigo se lance por ellas impetuosamente, si le falleciere fuerza, o astutamente se infiltre por ellas, si le faltare prudencia. Rara debe ser la salida de la doncella en público, puesto que poco es lo que tiene que hacer fuera de casa y corra peligro su honestidad, riqueza de muy subido precio. Y no solamente cuando saliere vaya en compañía de su madre, sino aun cuando se estuviere quieta en casa, y esta obligación debe imponerse también a las madres. San Jerónimo aconseja a Leta que cuando tenga que ir a su granja suburbana, no deje a su hija en su casa urbana. Y le dice: *No sepa ni pueda vivir la niña sin ti, y cuando estuviere sola, tenga miedo.* Quiero que se entienda este consejo en este sentido, a saber: que si la madre hubiere de estar algún tanto ausente, llévesela consigo. No siendo así, no es menester que la hija constantemente acompañe a la madre, singularmente si ella va a convites, o a bodas, o reuniones de varones, o a algún lugar análogo, ora fuere por un cumplimiento inexcusable, ora por complacer a su marido, que acudiere a un sitio donde no convenga llevar a su hija doncella. Haya en casa alguna honrada dueña, guardiana y garante de la honestidad,

puesto que no hay peste mayor ni más perniciosa que la que en la propia casa se cría y se fomenta. ¿Y cómo te librarás de ella si no la expulsares radicalmente? ¿Qué aprovecha preservar el leño de toda injuria exterior si por dentro le roe la carcoma? Yo conocí a una mujer de toda probidad que, teniendo encomendada la custodia de las doncellas, por amarlas con ternura, dejaba que sus hijos jugasen con ellas peligrosamente, y no osaba reprenderlos y apartarlos de la ofensa de la castidad. Mírese mucho que la tal dueña a quien la doncella se confía no tenga en casa varones, hijos o hermanos, amigos de bullicios y juegos o a quienes ella no ose contrariar ni defender con energía el depósito que se le confió. Sea la tal dueña no ya casta solamente, sino que su mismo continente y gravedad de su prudencia, de sus costumbres, de su conversación, la haga respetable y ejemplar; cuya mirada y cuyo ceño, y no tan sólo su voz, todos recelen y obedezcan, aun los hermanos de mayor edad. Y ella misma, en la guarda del puesto que tiene confiado, pórtese con resolución, de tal manera, que con su sola presencia todo se considere seguro en la casa honrada; y se ha de arrojar de ella tan lejos como se pueda toda persona que con su ejemplo provocare a la lascivia y al deseo. Aquella mujer que, pagada por el galán, con palabras blandas solicita y empuja a la maldad, carece de nombre en el diccionario humano, puesto que es una cosa diabólica, que la doncella evitará como si fuese víbora o áspid, y que debería expulsarse de la ciudad como una general perdición. No hay palabras para poder decir de cuántos males esas mujeres son causa. No sufra, pues, la doncella ni siquiera su aspecto, que basiliscos son o como los catoblepos de Plinio, que, con sus agudísimos ojos, infiltran ponzoña y matan no más que con la vista. Y no crea nadie que haya en ello encarecimiento alguno mío. Y aún hay alguna de esas celestinas de tan satánica habilidad, que muchas veces conquistan con sólo mirar, sin auxilio de razonamiento. Y aún hay otras que se valen de hechizos y encantamientos, de cuyas maneras de proceder ojalá fuesen más raros los ejemplos. Y qué decir si las hay que con el solo saludo, o la sonrisa, o el guiño, a guisa de serpiente, mancha a la doncella a quien miró, especialmente entre aquellos que conocen el arte diabólico de la mujer, por no decir cuánta infección y cuán inextirpable contrae la casa en la que alguna vez pusiere los pies. Corra, pues, la doncella a su madre como a un sagrado refugio y cuéntele los manejos de la celestina; o de tal manera se le ha de esquivar y rechazar, que entienden los que lo vieren, que en ella temes una peste. Haciéndolo así, por la obra te aprovecharás a ti y por el ejemplo a las otras doncellas, a quienes enseñarás hasta qué punto deben temerla. Al poder público tocaría ejercer vigilancia sobre las viejas pobres, porque al censor de la pública moralidad le constasen sus medios de vida, pues en faltándoles, con toda seguridad se hacen alcahuetas, y luego, al punto, hechiceras. Acerca de las compañeras, tal es el precepto de San Jerónimo: *No quiero que la doncella quiera más a una que a otra de las mozas de servicio, con quien ande en secretos a la oreja; todo lo que dijere a una, sépanlo todas. Conténtese con una amiga no afeitada, ni hermosa, ni bulliciosa, ni requebrada, ni que con líquida garganta module*

dulces cancioncillas, sino que sea grave, descolorida, desafeitada y con un dejo de tristeza. El mismo santo expresa idéntico sentir en su carta a Demetríades. En las doncellas de compañía conviene precaver que ninguna de ellas te cause daño, ni por su porte, ni por sus palabras, ni por la ligereza de sus juegos y meneos. No tengas ninguna suerte de relación con las mozas que gustan de ser miradas, que huelgan de ser cortejadas, que se alaban de tener un lindo galán, o rico, o apuesto, o noble y traen los billetes de amores que les escribieron y los muestran a sus amiguitas, y les cuentan sus hechos, y les repiten sus dichos: *Hizo eso, me dijo eso, se me acercó así, me alabó así.* Oxe, afuera esas amigas, aun cuando fueren vecinas, aun cuando fueren ricas o tuvieren contigo parentesco o afinidad o consaguinidad; y aun cuando fueren hermanas tuyas, niega tú que lo sean: mordidas están por el diablo, perro rabioso, y rabiaron ellas también; no hay título tan estrecho que obligue a su trato y conversación. Y más cuando la hermana es ahogada por la hermana, y el hermano por el hermano, y el hijo por la madre.

Holgará, pues, nuestra doncella con la escogida compañía de otras doncellas de su igual, entregándose ora a juegos honestos y de buena crianza, ora a buenas lecturas, o a santas conversaciones que la lectura les sugiera; nada cuente de bailes ni de convites y otra suerte de placeres livianos, no sea que las doncellas que lo oyeren se impresionen de aquellas mentidas apariencias de deleites. Y, sobre todo, absoluta ausencia de varón. Y cuando las compañeras la dejaren sola en su aposento y recámara, no esté sin hacer algo, pues es cosa de harto peligro estarse ociosa y principalmente cuando se esté sola. De una doncella así, desocupada, dice Ovidio que más segura puede estar en medio de una multitud. Y tampoco es del todo seguro engolfarse en pensamientos, aun cuando, al principio, fueren honrados y santos. Inquieto y alado es el pensamiento de la mujer y no es fácil fijarse en un sitio. Con un paso muy corto se desliza de la bondad a la maldad. Y ha parecido a algunos que Publio Siro, el mimógrafo, dijo con toda razón: *La mujer, cuando piensa sola, piensa mal.*

La Magdalena, que, sentada cabe los pies del Señor, oía su divina palabra, no sólo gozaba de la contemplación de las cosas celestiales, toda transpuesta y arrobada, sino que continuaba en esta misma ocupación dulce, ahora leyese, ahora oyese, ahora orase. Haga esto mismo no ya sólo la doncella que yo instruyo, sino cualquiera otra mujer, pues que en muchos lugares de este libro hablamos a todas las mujeres en general. Lea, pues, en su aposento sola o sola rece en los días de fiesta, y en los días de hacienda haga lo mismo o trabaje en algo de sus manos. No hay duda sino que el Angel halló a la sacratísima Virgen María haciendo algo de esto cuando le trajo la divina embajada, la cual se turbó toda, porque una voz augusta ciertamente, pero con recio sonido de varón, rompió aquel adorable y perpetuo silencio, donde jamás había oído interpelación de nadie, y por esto llámanla *alma* los hebreos, que quiere decir virgen escondida. Esta es aquella de la cual dice Isaías: *He aquí que la virgen escondida concebirá y parirá a Dios y hombre.* Luego en su casa a nadie dará entrada ni cabida la doncella sino a quien su padre mandara

con expreso mandamiento. Luego, poco a poco, comenzará a aliviar en las faenas domésticas a su madre, a la cual, juntamente con el padre, debe querer, después de Dios, sobre todas las cosas de este mundo. Los cuales, si mandaren a su hija labores de lana o de lino, o cualquier otro trabajo manual, no solamente lo hará sin pesadumbre, sino también con mucha diligencia y agrado. Y ello lo hará con tanta mayor prisa y esmero si aquel trabajo ha de dar a sus padres alguna parte de su mantenimiento. Entonces se tendrá por la mujer más dichosa y pensará que, en parte, paga lo que debe a quienes tanto hicieron por ella y les devuelve el beneficio de los alimentos que de ellos recibió. Cuando la doncella hubiere dado cobro a todos los quehaceres domésticos y tuviere espacio de retraerse sola y de orar, empléese toda en Dios, y conságrese a El, y venere a Cristo y a su madre, y pídales perdón y paz. Y considere entonces que ella es virgen cristiana y esposa de Cristo, imitadora de la Virgen, y piense que no es nada la virginidad del cuerpo sin la limpieza del alma; que si ésta tiene, ninguna cosa hay tan limpia, ninguna a Dios más acepta. Recuerde, pues, que sigue las pisadas de la Madre Santísima del Señor, y que lo primero que debe hacer es trasladar en sí aquella virtud suya, entre todas la más excelente, aquella su modestia y templanza de ánimo que vulgarmente llamamos humildad, la cual se halló tan grande en ella, que, habiendo Dios puesto en ella los más ricos y soberbios bienes, nunca jamás hubo en su alma punto de soberbia ni cosa que le diese engreimiento. Virgen nobilísima, que contaba catorce reyes y otros tantos caudillos de Israel en su ascendencia, nacida de padres riquísimos, enriquecida con los dones de los Magos, hermosísima, discretísima, doctísima y sapientísima. Y, no obstante, en medio de todas estas singulares excelencias, ¡cómo mantenía el equilibrio de su alma y tenía de sí una muy modesta opinión! Ya sabedora del celeste parto y madre inminente de un Hijo tan glorioso, no se desdeñó de servir a su marido artesano ni de visitar a una parienta y prestarle asistencia y servicio en su avanzada gravidez. ¿A qué persona se antepuso? ¿A quién jamás tuvo en menos, a pesar de su linaje, de su lindeza, de su ingenio, de su dignidad? ¿A quién no se pospuso ella, virgen más que los ángeles cuya Reina estaba destinada a ser? Por eso yo no apruebo que se pinte a esta Virgen divina con vestiduras de seda y de brocado, ataviada de joyas y de pedrería, como si con estas cosas se hubiera complacido mientras vivía entre los mortales. Y aun en determinados lugares la imagen de la Virgen tiene su ajuar y ropas de temporada, siendo así que muchos mortales carecen de las cotidianas. No hay cosa que más desdiga de ella. Yo prefiriera verla con aquel vestido llano que acostumbraba usar, para que con mayor viveza se ofreciese a los ojos de nuestra soberbia aquella su ejemplar templanza y buen gusto, a manera de callado reproche y materia de reprensión, y las ricas aprendan en ella, y en ella las pobres se consuelen, y éstas cobren ánimo y aquéllas pierdan tufos, y unas y otras se reduzcan a una norma justa y moderada, por manera que ni las opulentas desesperen ni confíen en exceso las menesterosas, sino que entre ellas quede establecida una especie de igualdad. La doncella que yo educare seguirá, pues, el ejemplo de tan gloriosa Virgen, no con áni-

mo fingido y simulado, sino sincero y resoluto; no sea que, bajo una máscara de virtud, se críe un vicio más tétrico y pernicioso, y el veneno se solape debajo de una apariencia de remedio y la dolencia se disimule debajo una piel entera y sana, y que, por lo mismo, así forrado y paliado, mejor se defiende contra la salud. No haya, pues, en la mujer ningún disfraz o fingimiento por el prurito de parecer buenas, y no esperen poder engañar o cambiar la naturaleza. No tiene igual valor lo simulado que lo sincero. Las cosas fingidas o envueltas en tapujos son desmedradas y flacas, y o bien acaban por destaparse ellas mismas, o una mano brusca las descubre. Sea, pues, la doncella de hecho lo que muestra en apariencia: humilde, bien criada, vergonzosa, honesta; tal le conviene ser y tal le conviene parecer. Y con esta postura y concierto entrará ya más adentro en la gracia de la Divina Madre, a quien representará con mayor ejemplaridad en su vida y entrará también más adentro en la gracia de Cristo, que reconocerá en ella una digna esposa suya. Y comenzará a rogar primeramente para sí porque se le aumente en la piedad y en el propósito de la santa pureza y en las restantes virtudes. Y después rogará por sus padres, por sus hermanos, por sus hermanas, por sus deudos y por todos los demás por los cuales será conveniente que ruegue. Sus plegarias serán en extremo apacibles a Dios y eficaces para impetrar lo que se pide, como procedentes de un corazón purísimo e integérrimo y genuinamente cristiano. Yo querría que ella entendiese lo que reza, ora se expresare en lengua que conoce, o lo que dijere en latín le sea previamente declarado por otro. Y no piense que la adoración consiste en el murmullo y movimiento de los labios, sino en el alma y el pensamiento que de estas cosas viles levanta su vuelo a las celestiales y divinas. Esto se nos exhorta a hacer en la misa, cuando se dice: *¡Arriba los corazones!*, y nosotros respondemos: *Tenémoslos en el Señor*. Y en diciendo esto, son muchísimos los que mienten, puesto que tienen el suyo apegado y clavado en cualquiera cosilla sórdida, ínfima, de este mundo, y no deja que se levante aquel cuidado mismo que le derribó. Cristo dice ser adoradores verdaderos aquellos que en espíritu adoran al Padre y que ésa es la adoración que más le agrada y las oraciones que le son más aceptas. Mire, pues, que su mente, que su alma no hagan disonancia con las palabras. Diga interiormente lo mismo que exteriormente. Y aún diré más: exteriormente calle cuanto quiera o exprese otras cosas mientras en sus adentros clame al Señor y pueda decir con la Esposa: *Yo duermo, pero mi corazón está despierto.*

CAPITULO X

DE LAS VIRTUDES DE LA MUJER Y DE LOS EJEMPLOS QUE DEBERÁ IMITAR

En los libros que la mujer leyere u oyere aprenderá las virtudes de su sexo en general. Y con efecto, parece muy concertado que la mujer esté dotada de toda manera de virtudes; pero algunas virtudes particulares le son más necesarias que otras. Esto mismo ocurre con los vicios, que, siendo feos todos, no obstante, hay algunos que son en ella abominables y dignos de toda execración. Virtudes hay que son más particulares de las casadas,

otras de las viudas; pero yo voy a hablar de todas las que pertenecen a todo género y condición de mujeres. Lo primero de todo sabrá la mujer cristiana que la principal virtud de la mujer es la castidad, la cual, única y todo, suple todas las restantes virtudes. Si la tuviere ella, nadie busca las otras, y si faltare ella, ninguno se satisface de las otras. Y así como los filósofos estoicos opinaban que la totalidad de los bienes conteníase en sólo saber y todos los males en sólo no saber, por manera que al sólo sabio proclamaban rico, libre, rey, ciudadano, bello, animoso, bienaventurado, y, al contrario, al necio, sólo por ser necio, llamábanle pobre, esclavo, desterrado, peregrino, feo, desechado, cobarde, miserable. Eso mismo hemos de pensar de la castidad en la mujer, a saber: que la sola casta es hermosa, donairosa, dotada, noble, fecunda y toda cuanta calidad exista mejor y valiosa; y al revés, que la mujer impúdica es piélago y abismo de los males todos. Compañeros inseparables de la pudicicia son el pudor y la templanza. Parece que del pudor tomó nombre la pudicicia, por manera que no es púdica la que no es sensible al pudor. El pudor es una suerte de velo que se pone sobre nuestra cara, pues cuando la Naturaleza y la razón hubieron vestido el cuerpo y la carne del pecado por la vergüenza de la primera culpa y dejaron la cara al descubierto y desnuda de estas envolturas nuestras, no le negaron su velillo, quiero decir, el pudor que le cubriese con agrado y ejemplaridad de los hombres, que entienden que se recata una gran probidad debajo de aquella delgada cobertura. No hay hombre alguno a quien no contente verla vestida así y que no aborrezca a quien se la quita y se descara. *Avergonzóse*—exclamó en el teatro un padre refiriéndose a su hijo—, *avergonzóse; salvo está.* Y aquel varón sabio dijo a un mancebo ruborizado: *Enhorabuena, hijo; éste es el color de la virtud.* Y si esto se dice de los varones, ¿qué es razón que pensemos de las mujeres, qué de las tiernas doncellicas? Abomina el Señor de la mujer impúdica con estas palabras de execración: *Se te ha hecho una frente de ramera; descarádote has.* Hasta un punto tal pensaron que la vergüenza no sólo embellecía nuestro semblante, sino que le era necesario; que las voces *rostro, cara, frente,* vinieron a ser sinónimas de verecundia y de pudor. De ahí nacieron ya en los siglos primitivos aquellas expresiones: cara dura, rostro tierno, que significan el descaro o el sonrojo. De la verecundia nacen el comedimiento y la templanza, en el pensar, en el decir, en el hacer, de forma que nada hay ni en los afectos, ni en las palabras, ni en los hechos descomedido, arrogante, insolente, liviano, melindroso, petulante; nada que sea jactancioso, nada que sea descomunal. Crea que no merece honores y no los solicite; esquívelos más aína, y si se le echaren encima, ruborícese de ellos como de una distinción inmerecida. Ninguna cualidad le haga insolente, ni la hermosura, ni la gracia, ni la alcurnia, ni las riquezas, sabiendo que son breves y perecederas, y que a la soberbia le está reservado un castigo perdurable. La sobriedad fomenta la continencia, así como la embriaguez la arruina. Nadie ignora la acostumbrada secuela de la crápula. La sobriedad va acompañada de la economía y de la frugalidad, que en el gobierno doméstico son de la incumbencia de la mujer, según, y no sin razón, declararon Platón y Aristóte-

les. El varón allega y la mujer custodia y guarda. Por eso al varón se le dió la animosa iniciativa que fué quitada a la mujer, porque lo que el varón acarrease valerosamente, la mujer lo retuviese meticulosamente.

Esta templanza del cuerpo se derivará también sobre el alma, y ello hará que las pasiones no anden revueltas y como borrachas ni se desmanden a desbaratar el sosiego de la virtud, sino que sea practicable y fácil el bien obrar y el bien saber. Conságrese la mujer a cosas de piedad, y contentándose de lo poco, bástele lo que tuviere a mano. Harta granjería es, según el Apóstol, la piedad con la bastada suficiencia, y no andar buscando lo peregrino y lo ajeno donde tiene su origen la envidia, y la emulación, y la curiosidad en las cosas que no le tocan.

Parece bien sobre manera la devoción en el sexo femenino. ¡Qué monstruo de fealdad es la mujer ajena de religión, merecedora de aversión y de aborrecimiento, y de la cual se debe huir como de una aparición ominosa! Muy recia y muy frecuente pelea tiene la mujer que sostener con la envidia, la cual, encajando mal con las mujeres hasta el ridículo, yo no sé cómo se apega a ese sexo con tantísima pertinacia. Empero la que fuere templada y se contentare con lo que basta a satisfacer las necesidades de la naturaleza, no tendrá por qué envidiar a otra ni le dará pena el cuidado de la casa de otro. Mas la mujer que fuere pudorosa y templada, y la que fuere sobria, jamás se dejará vencer de la ira, ni se entregará al mal decir, ni será arrastrada a ninguna sevicia ni inhumanidad. Pues como sea que conviene que el linaje de las mujeres sea manso de suyo, por cuanto es débil y fuertemente necesitado de auxilio ajeno, ¿quién sufrirá en la mujer el desmandado enojo y la crueldad? ¿Y que desee perder aquello que, si menester fuese, no pueda conservar? ¿Y que retenga en el rencoroso pecho la memoria de la injuria en espera de la ocasión de la venganza? Merecería esta tal verse en tan mala ventura que, agobiada y quebrantada con la multitud y grandeza de sus males, confesase derribada al suelo su vencimiento, y que se dejase de pensar en enojos y venganzas y demás locuras, preocupada no más que de su salvación; lo que hartas veces, por justo juicio de Dios, vemos que acontece a muchos, no sin la aprobación de aquellos a quienes era conocida su fiereza y su encono. Establécese como una porfía entre las bestias feroces y la incauta mujer poseída de la soberbia, de la ira, de la envidia. La causa es porque a su espíritu liviano y flaco toda ofensa se le hace muy grave e insufrible, merecedora de una venganza atroz. Cosas baladíes y pequeñísimas ofrécense como montañas gigantescas y pétreas a los ojos necios y viciosos, ofuscados de niebla y de humo. Así que si ella no se desvela por evitar tan fieros enemigos con arte o por vencerlos con acometimiento, peligro muy grande pasa de ser por ellos devorada y de padecer tormento inacabable en esta vida y en la otra. Creo que quedó asaz claro que la castidad es la reina entre las virtudes de la mujer; que van en seguimiento suyo dos compañeras inseparables; que la sobriedad nace del pudor, y que de aquellas dos se origina el restante coro de virtudes femeninas, y se fabrica y compone la armonía y concierto de todas ellas, a saber: la humildad, la mesura, la frugalidad, la moderación en el gas-

to, la diligencia en los quehaceres domésticos, el culto de la religión, la mansedumbre, las cuales virtudes todas que yo mismo explicaré en otros lugares con alguna mayor extensión, arreo las hallará tratadas muy de asiento por santos sabios varones. Dibujada contempláis la imagen de la honestidad, la cual es de tanta hermosura y de prestancia tanta, que si pudiera verse con los ojos corporales, como escribió Platón en su *Fedro*, admirable fuera el amor de sí, que incitaría, y no hay hermosura de cosa alguna criada de las que prendan y enamoran nuestros ojos, como los cautivaría y se los llevaría tras sí la honestidad si se nos descubriese y mostrase claramente.

Luego al punto escogerá nuestra virgen de lo que oyere o de lo que leyere algunos santos ejemplos de vírgenes cuya imitación se proponga, y a las cuales desee asemejarse, y ponga un no entibiado afán por conseguirlo. Y el primer ejemplo que ha de tener siempre delante de los ojos es el de aquella Reina de la virginidad, María, Madre de Cristo, Dios y hombre, cuya vida no sólo las vírgenes han de tener por espejo, para componer su vida, sino también las casadas y las viudas, puesto que se hizo toda para todas para provocar y atraer a todas al ejemplo de su castidad y de las otras soberanas virtudes. Para las vírgenes se hizo virgen humildísima; para las casadas, casada castísima, y para las viudas, viuda llena de religión. Ella fué la primera que hizo senda por este camino de la santa virginidad, no acostumbrado en ninguno de los siglos anteriores, con gran ánimo y propósito de piedad muy firme. Ella fué la primera que en el matrimonio, fuera de toda costumbre humana, sin uso de carne, llevó vida angélica, habiendo tomado en su compañía no un marido, sino un custodio de su virginidad. Las cuales cosas, puesto que eran milagrosas, con milagro mayor, con pasmo de la Naturaleza toda, parió su Hijo al mundo. Y después que fué viuda, porque toda su vida estaba colgada del espíritu, y viviendo en el cuerpo se había encumbrado sobre la condición natural del cuerpo, halló en un solo Dios un Hijo obedientísimo, y un Esposo castísimo, y un Padre indulgentísimo; con lo cual, pues por Dios lo había menospreciado todo, en Dios lo encontró todo.

Pero ¿qué hago, Virgen divina? ¿Qué empresa es la que acometo? ¿La de celebrar tus infinitas alabanzas? Pero llevar adelante este empeño ni es de mi cortedad, ni de mi escasez de palabra, ni de la estrechez de este libro. Menester es una holgura espaciosísima, una facundia ejercitadísima y eruditísimo y soberano ingenio. Imitad a esta Virgen todas vosotras que queréis conservar la castidad entera. Seguidla vosotras, mujeres casadas que tenéis voluntad de agradar a vuestros maridos y cumplir el juramento que prestasteis. Miradla bien vosotras, viudas, pues en ella encontraréis consuelo del marido muerto, consejo por criar la prole y ejemplo eficacísimo para ordenar lo restante de vuestra vida. Siguieron infinito número de vírgenes cristianas el ejemplo que esta Virgen nos dejó, según lo había profetizado el Salmista diciendo: *En seguimiento de ella serán traídas las vírgenes al rey*, cuyas obras no sólo aprovecharán a las presentes, sino que también sus ejemplos harán mucho bien a las venideras.

Ni callan tampoco las historias a las vírgenes gentílicas, ennoblecidas por la sola castidad, cuyo catálogo,

sacado de las historias griegas, no tuvo ningún reparo San Jerónimo de traerlo en su disputa contra Joviniano, persuadido de que en este punto no poco suelen moverse los hombres con la eficacia del ejemplo, pues no parece demasiado difícil de hacer aquello que una vez fué hecho. Adujo San Jerónimo ejemplos de muchas mujeres que antes quisieron perder su vida que su castidad. No seré yo quien haga al doctor gravísimo y santísimo el agravio de pasar en silencio, por superfluos, los casos que él citó ni mucho menos lo haré con palabras que no sean las suyas, como si yo fuera a decirlas mejor, sino que las transcribiré como él las puso. Escribe, pues, así:

Como los treinta tiranos de Grecia hubiesen muerto a Fedón, en un convite, mandaron venir a ellos a las hijas del muerto, doncellas, y las hicieron desnudar en carnes, a modo de rameras, y revolcarse en el pavimento ensangrentado con la sangre de su padre, y agitarse en meneos impúdicos, las cuales, disimulando algún tanto la realidad de su dolor, viendo borrachos a los convidados, como si salieran a obedecer a la necesidad de la naturaleza, se abrazaron estrechamente entre sí y se precipitaron en un pozo por conservar su virginidad a trueque de la muerte. La hija doncella de Democión, uno de los principales areopagitas, oída la muerte de Leóstenes, su prometido, que había movido la guerra lamíaca, se mató, asegurando que, aunque su cuerpo no hubiera sufrido contacto de varón, no obstante, si se le obligaba a tomar otro marido pareceríale ser un segundo, adulterino, puesto que mentalmente estaba casada con Leóstenes. Los esparciatas y los mesenios tuvieron gran tiempo recíprocas amistades, tanto, que para determinados sacrificios y fiestas establecieron un canje de doncellas. En uno de estos periódicos intercambios aconteció que, habiendo intentado los mesenios escarnecer a cincuenta vírgenes de los lacedemonios, ninguna, en un número tan grande, consintió en el estupro, sino que todas, de buen grado, murieron en aras de su castidad. Por este desafuero se encendió una áspera y muy prolongada guerra, que, al cabo, ocasionó el asolamiento de Mamertia, ciudad capital de los mesenios. Aristóclides, tirano de Orcomeno, amó de corazón a la virgen Estinfálida, la cual, como muerto su padre se hubiese refugiado en el templo de Diana y estuviese abrazada con su estatua tan reciamente que no se la pudo arrancar, quedó allí mismo cosida a puñaladas. Cuya muerte causó tan grande conmoción en toda la Arcadia, que airadamente le declaró la guerra por vengar el asesinato de la doncella virgen. Aristómenes Mesenio, hombre muy justo, vencidos los lacedemonios y celebrando de noche unos sacrificios, llamados entre ellos fiestas hiacintinas, *les robó quince doncellas del corro de las bailadoras, y, huyendo con ellas toda la noche, salió de los confines de los espartanos, y como algunos de su compañía quisiesen hacer de ellas escarnio, pidióles con todo cuanto encarecimiento pudo que no hiciesen tal cosa, y, al fin, dió muerte a algunos que no le obedecían, quedando los restantes cohibidos por el miedo. Rescatadas más tarde por los suyos, las doncellas, viendo que se hacía recaer sobre Aristómenes la responsabilidad de la matanza y era condenado a muerte, nunca quisieron volver a su tierra hasta tanto que, postradas a los pies de los jueces,*

vieron absuelto a aquel defensor de su pureza. ¿Con qué palabras se deben loar las hijas de Escedaso, en Leuctras, de la Beocia? De ellas es fama que, en ausencia de su padre, acogieron a posar en su casa a dos mancebos caminantes, quienes, tomados de vino, forzaron de noche las doncellas. Ellas, no queriendo sobrevivir a la pérdida de su honor, se mataron la una a la otra. Justo es no callar las doncellas Lócridas, las cuales, durante un milenio, como cada año, según costumbre, fuesen enviadas a Ilión, jamás ninguna de ellas trajo de allá ni mala reputación ni fama de doncellez violada. ¿Quién podrá dejar de decir de las siete vírgenes de Mileto, las cuales, devastándolo todo el ímpetu de los galos por no sufrir deshonra alguna de los enemigos, escaparon del vilipendio con la muerte, dejando ejemplo a las doncellas todas de que para las conciencias honradas más vale la honestidad que la vida? Nicanor, que venció a Tebas y la igualó con el suelo, fué vencido a su vez por el amor de una sola virgen cautiva. Deseando el matrimonio con ella y sus abrazos voluntarios, cosa por la que parece que una esclava debería optar, experimentó que para las almas castas tiene más valor la virginidad que el reino. Muerta con su mano propia, su amador la recogió en sus brazos, llevándola y plañéndola. Cuentan los escritores griegos de otra virgen, tebana también, la cual, corrupta por un soldado de Macedonia, disimuló algún tiempo su despecho, y más tarde degolló, encontrándole dormido, al violador de su virginidad, y con el mismo cuchillo se mató después a sí misma, demostrando que, perdida su castidad, no quiso vivir ni tampoco quiso morir antes de haberse vengado a sí misma. Todos estos ejemplos trae San Jerónimo, porque si hay algún hilo de vergüenza en el mundo, tengan empacho las mujeres cristianas, las cuales, debajo de Cristo castísimo, Hijo de castísima madre y en la Iglesia, vaso insigne de castidad, no la guardan con el recato debido, siendo así que unas mujeres gentílicas, que rendían culto al espurcísimo Júpiter y a Venus impudicísima, prefirieron la castidad a las cosas más queridas del mundo. ¿Para qué traer aquí ejemplos de santas vírgenes para mover a las que no se esconden de vergüenza de oír el renombre de castas ganado por mujeres de la gentilidad? ¿A cuál de ellas propondré como dechado, ofreciéndosenos tantos millares de ellas? ¿A Tecla, por ventura, o acaso a Inés, o quizá a Catalina, o quién sabe si a Lucía, o preferentemente a Cecilia, a Agueda, a Bárbara, o a Margarita, o a Dorotea, o, por fin, al ejército de las once mil vírgenes, todas las cuales, todas, cosa admirable, antes quisieron morir que ofrendar sus cuerpos a la brutalidad de los enemigos de su virginidad? Apenas hallarás en dos varones esta unanimidad en el propósito santo que se mantuvo tan firme y tan fijo en once mil vírgenes tiernas. ¿Qué cifra contendrá el número de aquellas que, con heroica resolución y de su propio grado, consintieron en ser degolladas, muertas, mutiladas, ahogadas, lanzadas al mar en defensa de su castidad? Las cuales, no queriendo poner manos en sus vidas, con maña la buscaron, hallándose su castidad en peligroso trance. Como Drusila, virgen de la primera nobleza de Dirraquio, la cual, viendo que su vencedor cruel amenazaba su castidad, pactó con él que si dejaba su entereza a salvo le daría a conocer una hierba con cuyo zumo. si se untaba

con él, sería inviolable a todo hierro. Aceptó la condición el soldado. Ella, de una huerta próxima, arrancó una piedra, la primera que le vino a mano, y le invita a probar su virtud en su misma persona, y fregándose con ella la garganta, *Hiere aquí*—le dijo—*para hacer experiencia, pues es cosa probada.* El soldado la hirió y mató a la doncella. ¿Y qué diré yo, si el mismo San Jerónimo parece no condenar el suicidio en la mujer si es salvaguardia de su castidad? Y San Ambrosio, en el libro tercero *De las vírgenes*, a este caso de conciencia opone el ejemplo de Pelagia, diciendo que no hay más que afirmarlo, ante el hecho del martirio de una virgen de quince años que con su madre y sus hermanas se precipitó en un río. Eusebio, en su *Historia eclesiástica*, cuenta que Sofronia, dama muy noble, viendo que su marido, prefecto de la ciudad, no tenía suficiente resolución en defender su castidad de la pasión de Maximino, se recluyó en su cámara, y con una espada se abrió el pecho, y con todo, la Iglesia, con general asentimiento, adscribióla entre el número de los mártires. Todos estos ejemplos de castidad léense en la Iglesia; ¿y osa la mujer impura ir a la iglesia? ¿No se horroriza de introducir el burdel en la asamblea sagrada de las vírgenes y con su descarada faz ensuciar los ojos santísimos y profanar con su voz los oídos purísimos? ¿Te atreves tú, mujer nefanda, a nombrar a Catalina, o a Inés, o a Bárbara, y a manchar sus sagrados nombres con tu boca de albañal? ¿Acaso tú haces gala de alguno de estos nombres, y quieres siquiera por el nombre asemejarte a aquella de quien por tus costumbres eres enemiga cordial? ¿Y cuando con ese nombre se te llama no se te viene a las mientes pensar cuál fué aquella cuyo nombre luces prestado? Y cuando consideras que ella fué purísima, castísima, bonísima, y tú, por el contrario, impura, deshonesta, malvada, ¿las noches y los días no te van las Furias acosando? ¿No te aterrorizan? ¿No te persiguen con sus teas encendidas? ¡Oh tú, la más temeraria de las mujeres!, ¿y osas celebrar la natividad de la Santísima Virgen, tú, que mereciste no nacer, y te atreves a mostrar tu rostro desvergonzado a sus ojos vergonzosos? ¿Y quieres que ella te mire y te oiga, abrumada como estás de maldades? Ella, que mientras vivió en su cuerpo mortal ni vió ni oyó a varones, aun cuando fuesen buenos? ¡Cuánto mejor te sería nunca venir delante de ellas porque no vengaran en ti la injuria de su sexo ni llamarte como ellas porque no tomasen en ti el castigo de su nombre profano! De veras hablo, que no es ahora tiempo de hacer donaires; por pública ley debiera prohibirse que ninguna mujer que públicamente no fuese honesta de su persona se llamase María. ¿Por qué nosotros, a este nombre por el cual nos ponemos en pie, por el cual doblamos la rodilla, no le rendimos tanto honor como a algunos de los suyos los gentiles? En Atenas, porque Harmodio y Aristogitón libraron a la ciudad de tiranos, fué ordenado, mediante decreto, que no fuesen impuestos esos nombres ni a ningún esclavo ni a quien ejerciese una profesión poco liberal.

CAPITULO XI

CÓMO SE HABLA FUERA DE CASA

Menester será que salga de casa la doncella alguna vez; pero ello será tan de tarde en tarde como fue-

re posible, por muchas razones. Primeramente, porque cada vez que la doncella sale en público sufre un juicio, estoy por decir que capital, de su hermosura, de su modestia, de su discreción, de su pudor; porque ninguna cosa hay tan frágil como la honra y buen nombre de la mujer ni más expuesta a la injuria, que, no sin razón, puede parecer que está colgando de un hilo de araña. Ello procede de que todas las cualidades que acabo de decir échanse de menos en la mujer, y nuestros juicios son maliciosos y suspicaces, y como dice Ovidio: *Todos nosotros somos una turba crédula para el mal.*

Muchísima verdad es, como dice Cicerón, que ninguna cosa hay más volátil que un mal dicho; ninguna se suelta con mayor facilidad, ninguna se acepta más rápidamente, ninguna se derrama en más partes. Y si una vez, por opinión de los hombres o por malas lenguas, se pegó una tilde en la fama de una doncella, ordinariamente dura para siempre, y no hay agua que la lave si no hace grandes extremos de muy esmerada bondad y cordura. Hablas poco en sociedad, se te tiene por grosera; hablas mucho, se te reputa casquivana; hablas indoctamente, eres obtusa; hablas doctamente, eres maliciosa; te cuesta el responder, eres soberbia y mal criada, respondes fácilmente, vas a caer con pocos vaivenes; guardas sosiego y compostura, eres disimulada; haces ademanes, eres boba; miras, allá va el alma, donde van los ojos; ríeste con otro, aunque muy otra sea la intención con que te reíste, hecho está: te embobaste con aquel hombre; te complace lo que te dice, no serás conquista difícil. ¿Qué más diré? ¡Cuántas ocasiones de maldades y crímenes acechan a la doncella en la vida de sociedad! Salió Dina, hija de Jacob, por ver a las mujeres de la ciudad, y allí, luego al punto, topó con quien la colmó de oprobio y deshonor, y una vez deshonrada, fué causa de que todos los varones de Salem, con su rey y su hijo, fueron degollados por Simeón y Leví; de manera que bien parece que no con injuria dijo el poeta trágico ser gran maldad que las doncellas se dejen ver en público. ¡Cuánto mejor sería quedarse la doncella en su casa que afrontar esas tan varias y tan inicuas censuras y peligros tan ciertos! Para ninguna otra ocasión tiene toda su vigencia aquel refrán griego: *Vive desconocido.* Por eso, Tucídides pensó que, en fin de cuentas, aquélla era la mujer más buena en cuya alabanza o vituperio están las lenguas menos ocupadas. Retraída debe estar la mujer y ser conocida de pocos. Indicio es de castidad no entera y de reputación menoscabada ser conocida de los más. ¿Y qué si su nombre es cantado por la ciudad y es ella conocida por alguna nota que la caracterice, blanca, o prieta, o chata, o patituerta, o corta de vista, o chica, o grande, o gorda, o manca, o balbuciente? Convino ser estas circunstancias desconocidas en la mujer honrada. ¿Jamás la mujer buena ha de sacar el pie del recinto de su casa? Gran daño, a fe mía. ¿Siempre, pues, hay que estar metida en casa? Esto es, como interpretan algunas mujeres vanas y deseosas de ver y de ser vistas, ¿en la cárcel, en la mazmorra? Es menester salir alguna vez, si lo impusiese la necesidad o el padre lo mandare. Mas, con todo esto, antes que saque el pie de casa, aperciba su alma cómo si saliese a un combate. Recapacite lo que tendrá que ver, lo que tendrá que oír, lo que tendrá que decir. Consi-

dere que a cada paso le van a salir como de tras cantón cosas que comprometerán y turbarán su honestidad y el sosiego de su conciencia. Contra todos estos dardos del demonio que de todos lados se le dispararán, ponga delante de su pecho el escudo y fortalézcale de santos amonestamientos y ejemplos; a saber: con el propósito firme de castidad y la voluntad intensísima y fija en Cristo. Y no ignore que va derechamente a la vanidad y a los engaños e ilusiones del diablo y que tiene que poner cuidado sumo por no ser por ellos embaucado. Y debe pensar que todo lo que por de fuera viere no es más que algo así como un paso cómico de la vida humana, del contagio de cuyos vicios, puestos delante de sus ojos, ella no sólo se ha de conservar inmune, sino que se ha de esforzar por enmendar los propios, y que desde aquel instante mismo en que de Dios volverá sus ojos a los hombres, bien por loarlos o ser por ellos loada, apártase de Cristo y adultera. Si viere cosas buenas, ámelas por Dios; si viere cosas malas, húyalas por Dios. Guárdese de componerse de tal forma, de andar de tal forma, de hablar de tal forma, que sea para con los hombres algún armadijo del diablo. No solamente ella debe no pecar, sino que debe esforzarse lo más que pueda por no ser a los otros ocasión o aliciente de pecado, pues si no lo hiciere así, será miembro del diablo, cuyo instrumento es, y no miembro de Cristo. Dicen los escritores sagrados que la Santísima Virgen fué de tal modestia y compostura en su rostro y en toda su persona, que si unos ojos menos honestos la miraban, quedaba extinguido aquel fuego instantáneamente, como si echaran en el agua un tizón ardiendo, o como si una emanación de continencia y de templanza que de dentro le irradiaba amortiguase los perversos deseos de quienes la miraban y los convirtiese a su propia naturaleza. Con estas y otras semejantes reflexiones apercibida, salga de casa con su madre, si la tuviere o pudiere, y si no, con alguna mujer honesta, viuda o casada o doncella de vida probada, de pocas y castas palabras, de recato santo. Canta Homero que la casta Penélope asistió a la reunión de sus pretendientes, pero no sola, sino acompañada de dos dueñas muy graves, aun cuando estaba en su propia casa, y se hallaba entre los pretendientes su hijo Telémaco, ya mancebo en aquella sazón. San Pablo no quiere en manera alguna que la mujer ande con la cabeza desnuda. Por lo que toca a lo restante del cuerpo, ordena San Jerónimo que la doncella, en saliendo afuera, no traiga los pechos ni la garganta al aire, ni revolviendo el manto se descubra el pescuezo, sino que recate su rostro y ande descubierto apenas uno de sus ojos, necesario para ver el camino; no desee mirar ni ser mirada, ni vuelva ni revuelva las miradas acá y acullá, ni cuide de averiguar quién habita en esta casa, quién en la otra, la doncella que apenas debe conocer a sus vecinos. El mismo San Jerónimo quiere que en la doncella todo esté recatado, excepto los ojos, guías de su camino. Yo no veo qué honestidad ni qué pudor puede haber en el mostrar de la garganta (aunque esto sea tolerable); pero descubrir el pecho y los senos y mostrar las espaldas hasta el punto que muchas desnudan los hombros, cuán feo sea esto, lo ven, como se dice, hasta los ciegos, siendo así que de los que lo miran los hay quienes tienen el ver tal cosa por abominación, al paso que otros más mo-

vidos que viendo aquella insólita parte del cuerpo descubierta enciéndense como si se les prendiera fuego. ¿Por qué pensamos que se inventaron las mangas largas y los guantes? ¿Porque las manos se guareciesen en forros blandos y perfumados? No era tan ingeniosa para el lujo la austera antigüedad. Cierto, introdújose esta invención mirando a la necesidad y porque las manos, cuando no estuvieren activas, permanecieran tapas con el fin de que nada se viese del cuerpo, esclavo vilísimo y maliciosísimo, y que el rostro ninguna otra cosa ostentase sino probidad y verecundia. Leemos que las doncellas de Mileto, antiguamente, llegaron a tales extremos de locura, que a cada paso se ahorcaban, y que para este mal no se hallaba remedio alguno; decretábanse penas horribles porque tal no se hiciese, y no se hacía ningún caso de esas penas. ¿Qué pena más atroz que la muerte que ellas mismas de grado se tomaban? Poníanles guardas: entre las manos de las guardas hallaba el espíritu la salida. Al cabo se decretó por pregón público que la mujer que se matase a sí misma fuere arrastrada desnuda en medio del día por las calles. Esta pena sola las detuvo: que no se las viese desnudas, por más que muertas. ¡Oh vergüenza increíble, merecedora de ser perpetuamente pregonada! Quienes no hacían caudal de la muerte, que es el postrero de los males, eran cuidadosas del pudor, aun en el cuerpo muerto. Así, aquella furia suicida se contuvo y se apaciguó. ¿Y qué más diré sino que la Naturaleza universal, madre providente, miró por el pudor de la mujer? Cosasa admirable de decir. Dice Plinio, en su *Historia natural*, que los cuerpos de los varones echados al mar van la boca arriba, y los cuerpos de las mujeres van la boca abajo. ¿Será que la Naturaleza mira por el pudor de las mujeres y ellas descuidan el suyo? En su andar, no vaya la mujer muy presurosa ni tampoco muy espaciosa. Y cuando se encontrare en reuniones de hombres, vista y atavíe su rostro todo y todo su cuerpo con toda la modestia que pudiere, no nacida de insana ostentación, sino de un pecho humilde y sinceramente cristiano, puesto que ésta es, en fin de cuentas, la modestia sólida y duradera y la que, con su buena fe, las granjea la simpatía de los que las miran. Añádase el pudor a la honestidad, cifra y gala de todas las restantes virtudes. Conserve los ojos bajos y no los levante sino raras veces y con comedimiento y con recato, sin mirar a nadie intensamente y de hito en hito. Si los varones estuvieren separados y miran del lado de las mozas y cuchichean entre sí, no vaya a creer que es a ella a quien miran, ni es ella de quien hablan. Pues acontece con harta frecuencia que determinadas doncellas que fabricaron de sí mismas una muy lisonjera opinión de hermosura o de lindeza, piensan que en ellas se posan todos los ojos y que a ellas se dirigen todas las conversaciones. Así que si algún varón las mira, aunque en hecho de verdad no piense en lo que hace, pensando que se emboba en la contemplación de su hermosura, se sonríen, y porque no parezca que es esto lo que las hace sonreír, salen con alguna trivialidad que ellas creen ser apropiada para hacerlas reír. Cosa es de ver alguna vez que en un corro de mujeres donde se reunieron unas veinte o treinta, si alguno pone los ojos en ellas, todas se echan a reír, dando a entender que ríen de algún hecho

o algún dicho, que maldita la gracia que tiene; y cada una de ellas está convencida que ella sola, por su extraordinaria y maravillosa belleza, atrae las miradas y la admiración, en lo cual demuestran a las claras cuánta sea su ligereza y su desvarío. Mi doncella ideal descuidará su gentileza, ni pensará que sea linda, ni se reirá por dichos insulsos o frívolos, ni se holgará de ser mirada con intensidad, como si fuere escollo y fábula de la juventud, siendo así que debiera hacerla llorar que el más excelente y valioso de todos sus bienes sea atacado y combatido por tantos enemigos y por tantas máquinas guerreras, y no sabe si podrá resistir tan obstinados asaltos, y deplora que su rostro sea a modo de tea incendiaria que inflama los corazones mozos a feos y prohibidos pensamientos. Y puesto que tratamos de la risa, indicio el más seguro de ánimo liviano y suelto, guárdese de reír desatadamente, que parezca que el cacareo sacude su cuerpo todo y que no puede volver a recobrarse del ahogo; y de no hacerlo por motivos irracionales o insulsos, como, verbigracia, porque uno sea calvo, o patizambo, o tartamudo, o que pronunciare invertida una palabra; ni por causas livianas, verbigracia: por llevar el sombrero al revés o el calzado cambiado o desatado, o roto el cinturón, o porque en su nariz se puso una mosca, o porque un gato pasó por el escaño. Y lo que debe evitar sobre manera es que su risa, o mejor el escarnio, sea motivado de desgracia ajena, puesto que los azares humanos son comunes a todos y se ignoran las causas de donde provienen. Señal es de ánimo atroz e inhumano retozar o insolentarse en las humanas calamidades, sin considerar ni mostrar reverencia alguna de aquellos incógnitos y, por otra parte, admirables y adorables consejos de la divina Mente, que en la brevedad de esta vida terrena a los unos los hace desgraciados y a los otros felices, según le pareció a aquella justísima sabiduría del Dios eterno que lo gobierna todo. Y no hay por qué amonestarla que no corresponda con su sonrisa al mozo que la sonríe, como quiera que esto no lo hace sino la mujer desvergonzada o loca. Ni consienta ser pellizcada ni tocada menos honestamente; múdese disimuladamente o váyase simplemente si de otra manera no puede evitarlo. No dé cosa alguna a hombre ni tome del hombre cosa alguna. Aceptar una dádiva, dice un sabio, es vender la libertad. Y parece que no sin razón dicen en España y Francia: *La mujer que toma, a sí misma se vende; la mujer que da, a sí misma se da.* Por tanto, la mujer honesta ni dará ni recibirá. No quiero que sea parlera mi doncella, ni aun entre doncellas sus iguales, pues entre varones admírome que haya algunos tan desatinados que lo aprueben. Aquella usanza o costumbre ya me parece que está harto autenticada y recibida por buena; a saber: que en los sufragios de los muertos (que se hacen allá a Todos Santos, y en Valencia el Jueves Santo), que redunde en su loor que las mujeres hablen erudita y elocuentemente con los varones, y esto, durante muchas horas. Decidme, por favor: ¿qué hablará la niña boba con el mancebo tan ignorante de las buenas artes como doctorado en las malas? ¿Qué hace el fuego arrimado a la estopa? Yo pienso que no van a hablar de Cristo o de la Santísima Virgen, o de poner arreglo a su alma. ¿Cuál puede ser el tema de tan largo razo-

namiento? ¿Por ventura uno y otra, ardiendo en el mismo fuego, no se sentirán forzados a hablar, quieras que no, del incendio que les abrasa? A estas tales, llámanlas mujeres de palacio o áulicas. Que son áulicas, harto se ve: áulicas, de muchas aulas o palacios de hogaño, morada de todos los vicios y cortes de Satanás. De ellas se apartará no sólo el cristiano, sino también el gentil que tenga un adarme de buen seso. Pero no todas ellas son impuras, dicen ésos. Lo primero, no lo sé; y luego, aun cuando son puras de su cuerpo, de su alma no lo son; prostitutas, ya que no de su cuerpo, al menos prostitutas de su alma. A esas tales nada les falta para la impureza sino la ocasión del lugar, porque siempre están a la vista de muchos y tienen trato con muchos.

Aquella que no dió porque no tuvo oportunidad, aquélla dió, dijo Ovidio. Sabiamente dijo Aurelio Agustín: *Nosotros, por medio del oído, penetramos en la conciencia; pero no formamos juicio de las cosas que nos están ocultas.* Si tú no usas más vocabulario que el de la ramera, ¿con qué cara me pides que yo te crea vergonzosa? No me viste, dices, echada con hombre. Tampoco te vi ejercer el oficio de meretriz. Mas, criterio que aplicamos a todas las cosas de este mundo, ¿no quieres que tenga vigencia en ti el de juzgar de lo interno por lo externo? Pídesme que crea que contiene agua la tinaja de la cual veo manar vino. Pero ¿por qué disputamos con esa gente? ¿Qué hombre de bien y de seso aprueba estos descarríos? ¿Quiénes les alaban sino los que de la castidad no conocen ni la sombra, los que quisieran que, de ser ello posible, todas las mujeres hiciesen feria de su cuerpo para hallar de seguida en quién hendir su infinita bellaquería, los cuales, encenagados hasta las orejas en maldades y en crímenes, ya no tienen ojos para ver sus propios vicios ni conocen los ajenos? Desnúdense primero de todas las tinieblas de su torpeza que les ciegan, y entonces les creeremos cuando juzguen de cosas de virtud. En las severas mujeres de la antigüedad romana, formadas en aquella austera escuela de la castidad, dice Cornelio Tácito que la cortés afabilidad no merecía todas las aprobaciones. Refiere Plutarco que Postumia, sacerdotisa de Vesta, fué acusada de incesto no más que por su reír demasiado suelto y por sus coloquios con varones libres en demasía. Absuelta de tal acusación, Espurio Minucio, pontífice máximo, amonestóla reciamente que se abstuviera de conversaciones no convenientes a una vida irreprochable. Que una muchacha y un hombre hablen largamente a solas y sin testigo, cualquiera fuere este lugar, ni aun cuando fueran hermanos, es una libertad que no debe sufrirse. Muchos ejemplos se pueden traer, viejos y nuevos, de muy feas hazañas a que los mismos hermanos se atrevieron, por ocasión de la soledad. Así Amón, hijo del rey David, corrompió a su hermana Tamar; así Cauno, a su hermana Biblis. Jamás quiso San Agustín morar con su hermana. Decía que era mortal ver a la mujer, peor hablarle y pésimo tocarla. Una hermana del abad Pión estaba enferma; rogado de ir a verla antes que muriese, resolvióse a deferir con el deseo de su hermana, pero con los ojos vendados y guiado por un lazarillo; habladas unas pocas palabras, luego a la hora se volvió de la misma manera que había ido. Ni seré yo quien consien-

ta que jueguen y retocen hermanos con hermanas ni primos con primas, aun cuando fueren castos y de probada continencia; ni que las besen, ni las manoseen, ni las pellizquen. ¿Qué otra cosa es esto sino caldear a la doncella y arriscarla, por manera que si los mozos se desvergonzaren y se descomidieren en alguna petición, ellas, calentadas, vengan a pensar algo irreconciliable con el pudor? Y ni aun en una sala concurrida querré yo que se aparten por los rincones. ¿Qué tienen que decirse solos que los otros no puedan oír, puesto que vayan a hablar de cosas honestas y limpias? Los diálogos sobre cosas buenas no requieren ningún sigilo. Deséase el secreto donde se teme el testigo, y es causa de corrimiento la plática a otros comunicada. Ni conviene tampoco que se traben demasiadas conversaciones entre varón y doncella mozos, aunque otros intervinieren, si ya toda la conversación no fuese tan honesta y tan pura que no pueda causar ninguna sospecha de obscenidad. Los hay que en la maldad son tan ingeniosos y sutiles que envuelven lo que dicen en palabras ambiguas y oblicuas, de tal forma que no es difícil de que coja la intención y el doble sentido aquella a quien tales dobleces se dirigen. Su ambigüedad hace que puedan negar lo que quisieron decir, y que se pasan de listos y malintencionados los que refieren a la torpeza lo que ellos dijeron con ánimo sincero y simple; y tiénense estos tales por muy agudos, si ayunos de todas las artes buenas, con aquellos artilugios consiguen ser eficaces y diestros en el mal obrar. Este proceder no arguye talento, sino torcida artimaña, la cual, como dice Séneca, es más pegadiza que la enfermedad y el sueño. Y no se ha de medir el talento por las trazas y las falacias, si ya no es que en el ingenio damos la preferencia a los diablos sobre los santos ángeles, siendo así que uno solo de estos espíritus bienaventurados es más agudo y sabio que todos los espíritus infernales juntos. En resumen: importa siempre mantener el menor comercio posible con los hombres; hanse de cambiar con ellos poquísimas palabras, y aun éstas, llenas de modestia, de pudor, de discreción. No por ello serás juzgada niña menos hablada, sino más discreta. Y si se hubiere de dar sentencia de tu conducta, prefiero que parezcas a los malos poco instruída que a los buenos poco honesta. Dime, por Dios: ¿cuántas palabras lees de María en toda la historia de los Evangelios? Entra a ella el ángel y cumple la embajada de tan gran misterio en pocas palabras, y aun éstas llenas de sabiduría y santidad. Visita a Isabel y abre su boca para magnificar a Dios. Pare su Hijo, que es Dios; es celebrada de los ángeles; adorada de los pastores, calla, escuchando y confiriendo en su corazón todo lo que decían los otros. Es adorada de los Magos, que de tan lueñe allá habían ido, y ¿qué lees haber ella dicho? Otra, por ventura, les preguntara de aquella tierra, de sus riquezas, de su astrología, de la estrella. Ella, como conviene hacer a la doncella, se queda siempre tan callando. Ofrece su Hijo al templo; otra preguntara a Simeón que de El mismo vaticinaba, que le puntualizase más algún extremo o le diese razón de aquello que le decía. Vuelve sus razones el buen anciano del Hijo a ella, y dice: *He aquí que Este es venido para ruina y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción; y un cuchillo de dolor traspasará tu*

alma porque se descubran los secretos de muchos corazones. Otra mujer hubiera preguntado cuándo, cómo, dónde; de ella, nada leemos que dijese. Pierde a su muy amado Hijo en Jerusalén; y habiéndole buscado tres días y encontrádole al fin, con cuántas palabras le interpela: *Hijo, ¿por qué hiciste eso con nosotros? Tu padre y yo, acongojados, te andábamos buscando.* Siendo ya crecido, en las bodas, no le dice otra cosa sino: *Hijo, no tienen vino.* Junto a la Cruz está del todo muda, como si no tuviera lengua; no pregunta nada a su Hijo: a quién la deja, qué le manda en trance de morir, porque no había aprendido de hablar entre los hombres. Imitad vosotras, vírgenes; imitad, mujeres todas, a esa Vírgen parca de palabras y maravillosa de saber. Teano de Metaponto, profetisa y doctísima virgen, decía que el callar era el más gracioso atavío femenino. Y esto mismo plugo a Sófocles, puesto que el silencio sazona muy sabrosamente la castidad y la prudencia. Y, por acabar, aquella será para mí la más elocuente de las mujeres, que, cuando tenga que hablar a varones, bañare con espontáneo carmín todo su rostro, su ánimo se turbare y las palabras no le vinieren a la boca. ¡Oh singular y eficacísima elocuencia! Cata, hija, que tú no eres abogada, ni actúas en el foro, de modo que con tu no hablar dañes tu propia causa o la de tu cliente. Calla, pues, tú con tanta audacia como otros hablan. Así defenderás mejor la causa de tu honestidad, la cual, ante jueces ecuánimes, mejor se muestra servida con tu callar que con tu hablar. Refieren los escritores antiguos que un mancebo, en Roma, traído ante los jueces, sobre cierto caso que le imputaban no ajeno al pudor, con los ojos puestos en la tierra y con el más pertinaz de sus silencios, recomendó con muchísima mayor fuerza su pureza a los ojos del pueblo romano, que no lo hubieran hecho los oradores más elocuentes con prolijas y aliñadas oraciones. Pero tornando a las mujeres: Santa Susana se libró de la acusación de adulterio mejor con su silencio tenaz que con un razonamiento meditado. Oigamos a San Ambrosio: *Susana calló y venció a sus enemigos, pues en presencia de Daniel, su juez, no se defendió con razones ni se patrocinó con la elocuencia; pero callando la lengua en la santa mujer, hablaba por ella la castidad.* Y el mismo, en el libro III *De las vírgenes*, así se expresa: *Yo prefiero que falte el habla a la mujer que no que le sobre. Si a las mujeres, aun en las cosas de Dios, se las manda callar en la iglesia y que si alguna cosa quieren saber se lo pregunten en casa a sus maridos, ¿qué pensaremos está mandado a las vírgenes, en las cuales el pudor es atavío muy rico de su edad y el callar es ornamento muy preciado de su pudor?* Esto dice San Ambrosio. Así, no solamente la doncella se conducirá entre hombres, sino que también entre mujeres será modesta su conversación y muy parca, no sonante, no arrogante con dejos de ánimo varonil, sin mezcla alguna de juramento, el cual, si en los hombres es cosa fea, no podrá en la mujer dejar de ser culpa muy grave. Tan ajeno me parece de la naturaleza que la mujer jure como que vista traje de armas. Tampoco no haga la voz quebrada ni requebrada; ni ponga atrocidad, ni crueldad, ni severidad, ni tristeza, ni hastío, en su semblante, ni le muestre variable, ni expresivo de melindre y de desdén; no derramado ni suel-

to, pues todo ello es indicio infalible de que su alma es espejo de ese rostro. Hay algunas mujeres tan locas y de tan poco seso que, hallándose con otras mujeres, no se dejan cosa en el buche, ni suya ni ajena, que todo no lo publiquen y echan sin pizca de reflexión todo lo que les viene a la boca. De ahí, el prurito de mentir. Cuando les faltan verdades y las exageraciones creadas por ellas, que de un cuervo hacen ciento, y de un hombre muerto, mil, y de un perro mediano otro mayor que un elefante de las Indias, de tal manera que ninguno sabrá reprender a la tal que todo lo dice al revés ni calificar ese su frenesí ridículo. Con chiflas y burlas la reciben todos; a mí me basta haberlo señalado para su más grave reprensión. Otras obran de otra manera; por cuanto se les antoja que van a parecer ineducadas si callaren, o poco amigas si no derramaren en el seno de otras los más delicados secretos que debieran callarse siempre, aunque les vaya la vida. Las hay que piensan no faltar en ello; las hay también en quienes la charla se anticipa al pensamiento, y mucho antes de pensar lo que habrán de decir o de calcular la conveniencia de decirlo, soltaron ya lo que debiera callarse, y antes que se diesen cuenta de que hablaban, ya se habían desmandado en el hablar. Muchas adolecen de la vanidad de revelar los secretos más abstrusos sólo por darse el tono de que se les juzgue merecedoras de confiárseles negocios de tanta monta. ¿Quién va a confiarte, cuitada, sus propias intimidades si experimentó tu ligereza en las intimidades ajenas? De ahí muchos tomaron la ocasión de decir que jamás el secreto ha de fiarse a la mujer, ni aun cuando fuere hermana, o madre, o esposa. Pero que este vicio es privativo de algunas mujeres y no del sexo en general, demostráronlo algunas mujeres, dechado de constancia, que ni aun atormentadas descubrieron lo que sabían; como fué aquella discípula de Pitágoras, que porque necesidad alguna la obligase a hablar se cortó la lengua con los dientes y la escupió en la cara del tirano Cayo; las mujeres milesias, las cuales, por muchos días, todo el tiempo que fué necesario, con toda firmeza y prudencia, tuvieron escondido el acuerdo de sus maridos acerca de Marsella. Escribe Cornelio Tácito que Epícaris, sabedora de conspiración de Pisón, fué sometida a los tormentos más crueles y al propio descuartizamiento porque la descubriese. El primer día, ni con azotes, ni con fuego, ni con la rabia sobreexcitada por no ser tenidos en poco por una mujer, jamás pudieron sacar de ella palabra de lo que sabía. El segundo día, llevándola a los mismos tormentos sentada en una silla, porque no podía tenerse en sus pies por estar toda descoyuntada y hecha pedazos de los tormentos pasados, se quitó por el camino una faja que traía a los pechos, y poniéndosela a la garganta, se colgó de un cabo de la silla, y con el peso del cuerpo dió salida a su extenuado espíritu. Los atenienses mandaron que cada año se hiciese memoria de Lena, amiga de Aristogitón, el que expulsó de Atenas a los hijos de Pisístrato, la cual, atormentada bárbaramente por los tiranos para que dijese dónde estaba su amigo, tenazmente callada y con ánimo denodado y valiente pasó por todos los tormentos. Si esto hicieron las mujeres malas, ¿qué deben hacer las buenas? Allende de esto, debe la doncella evitar toda curiosidad de lo que

acaece en casa ajena y cohibir todo deseo de indagarlo y escudriñarlo todo y no querer averiguar ni saber más de lo que buenamente le interese. No hay que porfiar ni reñir en público, no digo ya por triquiñuelas, pero ni aun en cosas de mucha monta. Más vale sufrir menoscabo en la fortuna que en el nombre y en la vergüenza, cosas ambas de soberano aprecio. De las fiestas, de las romerías y convites no sé qué tengo que decir a las mujeres cristianas, siendo estas costumbres tan recibidas como lo parecen en la gentilidad, por manera que sería tenido por loco el que no se dejare llevar allá de buen grado, con el asentimiento de todo el mundo, como si él solo con el acompañamiento de unos pocos intentase contrastar la corriente torrencial y arrebatada de tantos pueblos. Oigan, pues, a los gentiles las que no quieren escuchar a un cristiano. Ovidio, en su criminal *Arte de amar,* dice de los espectáculos públicos: *A mirar vienen para ser miradas. Allí el casto pudor halla su quiebra.* Juvenal, en su famosa sátira, dice que ni en los teatros, ni en los bailes, ni en las fiestas concurridas se encuentran aquellas mujeres que puedan agradar al varón honesto y sesudo y cumplir con sus deberes matrimoniales. Y atestigua el mismo Ovidio que los convites son las armas de Venus y Cupido. Y en hecho de verdad, ¿qué salvaguardia puede haber del pudor allí donde la doncella es flechada por tantos ojos, y tantos rostros están vueltos hacia ella, y ella a su vez mira a tantos? Fuerza es que arda, y si ya no fuere de piedra, que ella se caldee de su propio fuego. Al fuego ardiente añádese en los convites el más poderoso atizadero: el comer, el beber, el charlar, los donaires blandos, las miradas procaces, los tocamientos, los pellizcos, a todo lo cual da Baco desaforada licencia. En medio de todo esto, ¿qué alma quedará pura, entera, no manchada por ningún pensamiento libidinoso? El vulgo embelesado piensa que las doncellas no pecan de ninguna otra manera que acostándose con varón. Empero tú, que eres bautizado por el Evangelio de Cristo, ¿cómo lees u oyes aquellas palabras de Cristo en el Evangelio, donde dice que de cualquiera palabra ociosa se ha de dar cuenta el día del Juicio? Pues entre mozos y doncellas, en estas reuniones y francachelas, cuán grande revuelo hay no ya de palabras ociosas, sino de flechas mortíferas que hacen loables la suma corrupción de nuestras costumbres. Recuerda también aquel otro dicho del mismo Dios: *Quien viere la mujer de su prójimo y la codiciare, ya ha cometido adulterio en su corazón.* ¿Piensas, por ventura, que ello no fué dicho también de la mujer que puso en el varón los ojos deseosos? En el siglo hubo quien dijese: *No es casta, aun sin estupro, la mujer que desea el estupro.* Y Menandro dice que *los malos coloquios corrompen las buenas costumbres,* versículo que consagró San Pablo insertándolo en una de sus epístolas. En fin de cuentas, debes persuadirte no ser cristiano espiritual, sino pagano carnal, y estoy por decir que bestia, si no entendieres que la fuente y minero de las virtudes y los vicios están dentro en el alma, y que no importa lo que cada uno fuere en el cuerpo, sino en la conciencia. Atrévome a decir que después de los años de la pubertad son harto pocas las doncellas que de estos convites y concurrencias con varones vuelvan con

el alma virgen, como fueron. Las unas préndanse de la apostura que en cierta manera las ata y esclaviza; las otras, se embelesan del talento; las otras, cautívanse de las riquezas; las otras, de la elocuencia; las otras, de la agilidad. En las tertulias de varones la doncella halla tendidas como por un parancero todas estas armadijas; y parece harto difícil cosa no dejarse prender al menos por aquellas a las que tiene más acusada propensión. ¡Cuánto mejor es no amar el peligro por no perecer en él, según el consejo del sabio! Mi sentir es, o como creo, el de Cristo, que las doncellas deben quedarse en casa y abstenerse de salir en público, si no fuere por asistir a los divinos oficios, y eso tapadas con mucho recato, fuera de la vista de los hombres, costumbre que San Juan Crisóstomo escribe que solía observarse en su tiempo, porque ni ofrezcan lazo ni vayan a dar en él. Con bodas, con tertulias de varones, con banquetes, debe ser nulo o rarísimo sobre manera el comercio que con ellos tenga la doncella cristiana. Asista enhorabuena la mujer a mil reuniones y convites; en ninguno de ellos ni oirá ni verá cosa por la cual torne a su casa mejor; y en todos ellos verá muchísimas por las cuales vuelva peor. Son no pocos ciertamente los que se dan esta traza de acudir a esos concursos y allí decir o hacer algo que trae daño a la probidad. Mi sentir respecto de las doncellas podrás colegirlo del hecho de que yo tampoco quiero que asistan a convites los mancebos, ya porque ello es empecible a la salud de los adolescentes, ya porque todo banquete, tal es la soltura y desenvoltura de las costumbres actuales, es semillero de muchos vicios, siquiera sea sobrio y templado. Muchas torpezas contempla allí el mancebo; muchas maldades aprende aun entre los graves ancianos. Y qué diré lo que aprende entre varones y mujeres, donde encendido por de dentro y por de fuera el espíritu de la lujuria, aunque medie la coacción del pudor, salta toda barrera y se muestra insolente y torpe, como es; y no valen las riendas, y se lleva consigo al conductor. ¿Y qué pasará si, encima, se le aguija con espuelas? Entonces. no hay ni mesura, ni recato, ni respeto ninguno del pudor.

CAPITULO XII

DE LAS DANZAS Y BAILES

Digamos también algo de aquella diversión a que con mayor gusto se entregan las más de las mujeres y que con suma diligencia cuidan los padres que se les enseñe porque bailen primorosamente. No quiero ponerme aquí a tratar de la *quironomía* o arte de accionar, y del juego de la palestra antigua, que Platón y la mayoría de los estoicos dijeron ser útil a los muchachos de condición libre, y Cicerón y Quintiliano de todo punto necesaria al orador, la cual no era otra cosa que una cierta educación del gesto y del meneo de todo el cuerpo para que todo se moviese con decoro y proporción, arte que, como muchas otras bellas artes, cayó en desuso. Al arte de la danza voy. Yo la llamo no ya sólo baile, sino también palestra moderna en que se camina con blandura, pues en una y otra cosa hay parecida maldad o, por mejor decir, idéntica, puesto caso que ni la palestra ni la quironomía no son practicables sino con cier-

tos saltitos cortos y quebrados y que no mucho se levantan. Vemos, pues, que la danza fué repudiada por la gravedad romana y también por los griegos, que no fueron de tanta austeridad y abstinencia como los romanos viejos. El orador Demóstenes, atacando ante todo el pueblo de Atenas el cortejo de Filipo, rey de los macedones, ningún agravio más escocedor pudo echarles en cara sino decir que ellos eran quienes no dudaban estando borrachos de ponerse a bailar, y que los varones buenos y prudentes que no toleraban los bailes, los habían desechado de sí. No se lee que hubiese bailado nunca ninguna de aquellas matronas romanas antiguas que fueron espejo de castidad. Escribe Salustio que Sempronia cantaba y bailaba con más primor del que parece bien en una mujer honrada. Cicerón, en su defensa de Murena, cuenta que le zahirió Catón porque en Asia había danzado. Tan grave era esta acusación que no se atrevió a defenderle directamente de ella como de cosa bien hecha, sino que la negó en redondo y con toda firmeza. *Casi nadie*—dice—, *si ya no se volviere loco, se entrega al baile cuando no está bebido, ni a sus solas, ni en un banquete moderado y honesto. El baile acostumbra ser el final obligado de todo convite a deshora, en ameno lugar, con afluencia de deleites. Necesidad es que el baile sea como el colmo de todos los vicios. Y nosotros, en cambio, tenemos academias de baile en nuestras ciudades cristianas; en las mismas ciudades donde existen públicas mancebías. Hasta tal punto nos vencen los gentiles en gravedad de costumbres. Y es de saber que ellos no conocieron esta modernidad de bailes inmoderada, jactanciosa, tea de lujuria, llena de impúdicos tocamientos y besos. ¿Para qué tantos besos? Pienso que por remedar a las palomas, aves de Venus, como creían los antiguos. Tiempos atrás, sólo a los próximos parientes era el beso permitido, y ahora, mal pecado, se da a cualquiera en Francia y en Inglaterra. Será que eso lo hace el bautismo a fin de que todos, si a Dios place, parezcan ser hermanos. Harto querría yo saber a qué viene el besarse tantas veces. Como si por otra señal no pudiera darse a conocer la amistad o el afecto profesado a las mujeres. Con el beso se inicia la torpeza que no quiero explicar. A mí se me antoja una costumbre fea e importada. Pero vuelvo a mis bailes. ¿Para qué esos saltos de las doncellas, ayudándoles los hombres con la mano debajo del brazo para que se levanten más arriba? ¿A qué propósito estar danzando toda la santa noche sin jamás cansarse ni hartarse? Y si se les dice que vayan diez pasos a pie hasta la iglesia próxima, dirán que no pueden ir sino cabalgando o bien en coche. Recuerdo haber oído contar que habiendo llegado a esas nuestras partes de Europa algunos indígenas traídos de lo más remoto y abstruso del Asia, luego de haber visto bailar a unas mujeres, huyeron aterrorizados, diciendo que eran víctimas de un nuevo e inusitado linaje de alferecía. Y, en efecto, ¿quién no creerá atacadas de locura a las mujeres que bailen si antes no vió jamás bailar? ¿Quién no las creerá mentecatas viéndolas mover, al son de una membrana o una cuerda, las manos, la cabeza, el cuerpo todo con un gran despliegue de mímica? Verlas a ellas en el baile es otra gracia. ¡Cuán grande es la continencia que llevan, con qué mesura andan! Las unas, es-*

tán sentadas y miran a las bailadoras, y éstas, con qué gesto, con qué denuedo y compás tan medido andan danzando. En lo cual harto podemos ver su poco seso, porque se empeñan en ejecutar con todo primor una cosa que no puede ser más necia; toda su atención va desde la cabeza a la punta de los dedos de los pies, donde a buen seguro, mientras se danza, es más necesaria que en el cerebro o en el corazón. ¿De cuál de las santas mujeres se lee haber nunca danzado en su vida? ¿Qué matrona hay de esas mujeres graves a quien la experiencia enseñó la cordura, que o no disimule saber ella ese arte, o que, invitada a salir al ruedo, no lo excuse, o, mejor, lo tome a desaire y ofensa? Sea como sea, de todos modos no ignora ser aquello pura locura, por más que la haga con gusto. Fuera de que esas mujeres ejemplares no acostumbran frecuentar esos corros donde se danza, si ya no fuere por obligado cumplimiento, y allí de tal manera se compasan que bien dejan ver que se detienen allí de mala gana y su gesto y su rostro expresan el desdén que les inspira y su no aprobación. En tales reuniones y corros, ¿qué guardas puede tener su pureza, con la vista de tantos varones, y atacados sus ánimos por las puertas de los ojos, con las artes del más sutil y astuto enemigo nuestro? Acerca de la danza, un santo varón pronunció sentencia definitiva; dijo que prefería en los días de fiesta arar y cavar que bailar. San Ambrosio, escribiendo a su hermana sobre esta materia, dice: «Debe la alegría de la buena conciencia procurarse no con comeres desordenados ni excitarse con nupciales conciertos; donde la honestidad está insegura, es de temer la tentación; la danza es la postrer compañera de la molicie. De ella deseo yo que anden alejadas las vírgenes de Dios. Pues nadie, dijo uno de los doctores seculares, baila estando en su seso; sólo baila el que desatina. Y sí, según la sabiduría del siglo, son promotoras del baile o la borrachera o la locura, ¿qué pensamos que proveen sobre este punto, con ejemplos, las Sagradas Escrituras, cuando Juan, heraldo pregonero de Cristo, degollado por antojo de una bailarina, demuestra que más daño hizo el atractivo de un baile que la demencia de un sacrílego furor? Con regio fausto aderézase el convite funeral, y enviando a ver cuándo mayor era la concurrencia en la sala, instigada por aguijones secretos, sale la hija del tirano a danzar delante de los hombres. ¿Qué pudo aprender la hija de una madre adúltera sino la ruina del pudor? ¿Hay, por ventura, en el mundo cosa que tanto incline a la carnalidad como descubrir con desatentados movimientos aquellas partes del cuerpo que o la Naturaleza escondió o las veló la vergüenza; halconear con los ojos, rodar la cerviz, esparcir los cabellos por los hombros? Con razón, de estos denuestos se va a parar en la injuria de la Divinidad. Y bien considerado, ¿qué honestidad puede haber donde se danza, donde se mueve bullicio y ruido? Entonces el rey (refiere la Escritura), *sumamente complacido, dijo a la muchacha que le pidiera lo que quisiese.»* Hasta aquí son palabras de San Ambrosio.

Introdújose no ha mucho una invención que consiste en que hombres y mujeres disfrazados recorren toda la ciudad y se detienen a bailar delante de las casas más distinguidas, como son las de los próceres, o de los ricos, o en las que se come, o, mejor, se bebe. Y a esta

diversión están algunos tan entregados, que dicen no haber pasatiempo más picante que andar al asalto de las casas así con el rostro tapado. Ellos ven y conocen a todos, y ellos, a su vez, no son conocidos de nadie, haciendo el mismo juego de los niños pequeños, que toman gran placer cuando con las manos puestas sobre la cara piensan no ser vistos por los otros y oyen cómo se les llama. Mas debajo de aquella máscara se filtran muchas maldades. La primera es la descomedida curiosidad de las mujeres, que se perecen por averiguar lo que ocurre donde sea: quiénes banquetean, con qué orden, con qué aderezo, con qué esplendidez y aparato. De ahí nace la envidia, la habladuría, la detracción, la difamación. Imagina uno recibir a un amigo con la cara tapada, y recibe a un enemigo, y enemigo capital que entra para espiar por dónde hará más daño; y si es cosa fácil echar fuera al enemigo descubierto, no lo es tanto excluirle con el rostro velado. Entonces suéltanse las bridas a la procacidad femenil, pues a donde si fuese conocida correríase de acudir y bailar, no tiene ningún reparo en hacerlo enmascarada y, por ende, no se tiene respeto ninguno de la edad, de la dignidad, de la fortuna, del buen nombre. Y no se limitan solamente a oír obscenidades y truhanerías indignas de sí, sino que se lanzan a decir intrépidamente lo que ni siquiera osarían pensar si fuesen conocidas. Todo lo arrasa la máscara, que viene a ser una especie de tiniebla echada delante de los ojos de los espectadores. Así, poco a poco, avézanse al impudor de tal forma, que el menoscabo que la vergüenza sufrió so la máscara, échalo fuera y demuéstralo fuera de la máscara. Aun en Francia, en Alemania, en Inglaterra, donde los pueblos viven con llaneza mayor y el trato social es menos astuto, origínanse esos males de no poca consideración. En España, en Italia y en otras regiones en las cuales por la mayor agudeza de los ingenios abunda la sutileza y la socarronería, hay que recelar que tal linaje de pasatiempos no dé ocasión a grandes maldades, que si hasta ahora fueron pocas en realidad, aunque las hubo, hase de tener en cuenta que es nueva la invención y no demasiado introducida. Preferible es dejar a cada cual que imagine qué males pueden ser éstos, a explicárselos, no sea que más parezca haberlos enseñado que reprendido.

CAPITULO XIII

DE LOS AMORES

De las reuniones y vistas y pláticas con los hombres nacen los amores. En medio de placeres, de convites, de bailes, de risas, de regocijos, tienen asentado su reino Venus y Cupido, el garzón de Venus. En éstos se prenden y se enriscan los ánimos humanos, y señaladamente los de las mujeres, en las cuales el placer señorea con desapoderada tiranía. Mísera doncella si de aquel corro sales lastimada: cuánto mejor te fuera haberte quedado en casa o haberte quebrado una pierna del cuerpo que una pierna del alma. Esforzaréme, con todo, por ayudarte, si todavía no estás presa, porque no lo seas; y si ya lo estás, te socorreré, por librarte de la atadura. En primer lugar, dejo de aducir todo cuanto fué dicho por los filósofos, por los santos, por los sabios todos contra el amor cupidíneo. Callo asimismo todo

cuanto escriben aquellos otros que expresamente parece quisieron hacer la apología del amor. ¡Cuántos baldones no le echan! Llámanle tirano, duro, áspero, tétrico, cruel, feo, malvado, execrable, autor e inductor de los mayores males. Con pensamientos tomados de Aristóteles, de Séneca y de Plutarco, dice San Jerónimo: *El amor de la belleza es un olvido de la razón, muy cercano de la locura, vicio feo y poco conveniente al alma sana: turba el consejo, quebranta el alto y generoso espíritu y de los grandes pensamientos le derriba a los más rastreros y ruines; hácelos quejumbrosos, irascibles, temerarios, imperiosos con dureza, serviles con blandura, inútiles para todo y, al fin, hasta para el mismo amor. Pues como sea que arda en insaciable deseo de gozar, gasta mucho tiempo en sospechas, en lágrimas, en quejas; concítase el odio de todo el mundo y él mismo acaba por odiarse a sí mismo.* Esto dice San Jerónimo. ¿Quién podrá acabar de decir cuántos perjurios, cuántos engaños, cuántas muertes, cuántos estragos, cuántas destrucciones de ciudades, de gentes, de regiones ha ocasionado este amor? ¿Por qué me pondré a contar yo aquí cómo por culpa de Helena fué asolada Troya y tantos ejércitos como allí fueron sacrificados? ¿Y guerra tan grande como la que se encendió entre los lacedemonios y los mesenios por las doncellas que se robaron? ¿Y cómo, al fin, el mismo Imperio de los lacedemonios fué tan seriamente averiado junto a Leuctras, lugar de Beocia, por el tebano Epaminondas, en venganza, como dice Plutarco, de la injuria y fuerza que fué hecha a las hijas de Eccedaso, y por la poca cuenta que hicieron los magistrados lacedemonios de la queja de su padre? El rey don Rodrigo, por el acceso que tuvo con la Cava, hija del conde don Julián, fué causa de la perdición de las Españas, que estaban en auge y flor, y las abandonó a los moros que las despedazasen y las pisoteasen. Adán aterró y afligió al linaje humano por el amor de Eva. Clama el poeta y dice: *¿A qué no obliga el oro?* Con mayor razón debería gritar: *¿A qué no obliga el amor tirano?* Obligó a David, dechado de mansedumbre, a exponer al inocente Urías a muy recios peligros por gozar más sin recelo de los vedados abrazos de Betsabé. Enloqueció a Salomón, el más sabio de los reyes, hasta la idolatría. Debilitó a Sansón. A Medea hízole despedazar a su hermano y matar a sus hijos. Forzó a Catalina a matar a su propio hijo por entronizar a Orestila en su hogar vacío. Aborrecen a sus padres y a sus parientes las doncellas, si ponen obstáculos a su amor. Las hubo quienes con hierbas suprimieron a sus madres, que les dieron el ser y la crianza, por huir con sus enamorados. Mesalina, esposa del emperador Claudio, vivo él y partido para Ostia, a dieciséis millas de Roma, sin hacer mención alguna de divorcio. públicamente, en pleno día, tuvo la avilantez de casarse en Roma con Cayo Silio. Me callo todo cuanto la Augusta hacía en privado: lo que hacía era amasar la tormenta bajo la cual ella y Silio y todos los cómplices del nefando enlace era forzoso que desaparecieran. ¿Fueran capaces de hacer tal ni los Orestes, ni los Ayaces, ni ninguno de aquellos héroes míticos de quien sabemos que eran acosados por las Furias? Ni en tigres, ni en leones, ni en lobos, ni en osos pudo jamás notarse tal frenesí. Fué la conciencia de la mal-

dad, aguijada por el estro, la que les empujó a aquellos extremos, que no puede pensar la más aguda de las vesanias. En suma: si esa pasión tan monstruosa y atroz, pudiera verla alguno con sus ojos corporales, no de otra manera se aterrorizaría y horrorizaría que si repentinamente se le atravesara en el camino la más embravecida de las fieras, de la cual se alejaría con terror. Si tú no estuvieres picada todavía del veneno de ese alacrán, debes meditar contigo misma aquel verso del Mímico: *El amor tómase de grado y déjase de desgrado*. Que en tu mano está admitir el amor; pero cuando le hubieres dado entrada, ya no eres dueña de ti, sino que eres esclava suya; que no te es hacedero echarle fuera cuando se te antojare; él sí que podrá y podrá lanzarte de su propio domicilio; así que si no apartares de ti a ese huésped cuando se personase en tu casa, será él quien te apartará. Tienes que resolverte a hacer lo que luego tendrás que padecer si no lo hicieres. Pues es de saber que el amor, por dominar y ampliar más y más su señorío en nuestra alma, y perturbarlo todo, y revolverlo, y mezclarlo por arriba y por abajo, lo primero que hace es cegar el entendimiento o desalojarle, a fin de que cuando no vea nada o esté muy lejos, no pueda conocer lo que pasa en su misma casa y se le permita libremente al capricho del amor, trastornarla y revolucionarla. Atroz veneno éste, que nos priva de la vista y cuando nos tiene ciegos nos arrastra por mil barrancos y por otros tantos precipicios, y las más de las veces nos hace rodar a un sumidero, donde hallamos la muerte. No hay maldad tan inhumana ni traición tan fiera, tan no usada, tan no oída, que no seamos capaces de cometer si con ello hemos de obedecer o de complacer al amor déspota: engañar a los amigos, matar a los parientes, degollar a los padres, desmembrar a los hijos, todas esas fechorías son ligeras si las inspira el amor; ni para él se hace grave asolar el suelo patrio, destruir el linaje humano.

En medio de tanta barahunda, ¿qué memoria se puede tener de lo santo, de lo pío, de lo justo? Dios, la religión, la buena conciencia, todo ello bagatelas son para quien de sí mismo está olvidado. Quien estuviere en su sano juicio, al pensar esto, y no esforzarse por no caer jamás en ese frenesí y en esa total ceguera, merecería incurrir en ella para siempre y no hallar ni fin ni medida en sus males, sino que de día y de noche fuera acosado por aquella antorcha de Cupido, y que no comiese, ni durmiese, ni viese, ni descansase, y que, a pesar de ser hombre, no desempeñase ninguna función humana. Esta pasión, cuando desenfrenadamente se lleva arrebatados los ánimos de los mortales todos, con desenfreno mayor se lleva los de las mujeres, por cuanto son mucho más impresionables que los de los hombres, y, por ende, conviéneles precaverse con mayor circunspección, que, sin saberlo, no injiera la ponzoña. Pues hartas veces, improvisadamente, se apodera de aquellas que, conducidas al peligro y puestas en ocasión, están bien seguras de no ser invadidas por ningún nocivo movimiento del alma. Al amor, así que se deslizó en ellas sigilosamente, tan suave, tan halagüeño como es, le abrazan y le fomentan, ignorando qué mortal y pavorosa pestilencia se les entró solapada debajo de aquella risueña blandura de rostro. Así que, en la primera ocasión en que se insinúe,

se le ha de oponer aquella enérgica resistencia que aconseja el mismo Ovidio, doctor en amores. No dejes crecer los niños de Babilonia, sino, según te avisa el Salmista, da con ellos en la piedra y desmenúzalos en la firmeza de la religión de Cristo Jesús, quien, en el Sagrado Cántico, dirige a las vírgenes esta amonestación: *Cazadnos las raposas pequeñitas que talan los viñedos.* Y con tanto mayor interés persuade su captura si la viña muestra ya en la flor la esperanza del fruto cierto. El amor, como muchas otras cosas, con el tiempo crece y cobra fuerzas. *Yo vi*—dice Ovidio—*una herida que en sus comienzos fué sanable, que, por haber sido diferida largo tiempo su curación, ocasionó la muerte con su demora.* No se ha de dar más oído al amador que el que darías a un encantador o hechicero. El se acerca muy mansico, muy halagüeño y comienza por lisonjear y alabar a la doncella; dícese prendado de su hermosura y acaba por confesar que muere del amor demasiado. Sabe el artero galán que la vanidad de muchas huélgase extraordinariamente de las lisonjas. Así el parancero engaña al ave con la liga y con el reclamo. Llámate hermosa, agraciada, discreta, bien hablada, noble, y, a veces, maldita la cosa que hay en ti de todo ello; pero tú oyes con mucho agrado esas blandas y dulcísimas mentiras. ¡Necia, que piensas parecer tal siendo así que no lo eres! Pero demos que lo eres. ¿Añadió que también eres buena? ¿Añadió que eres honesta? Si se calló esas cualidades no te dijo nada, y si no se las calló, ¿qué espera de ti? Y si espera, claro está que mintió. Mas dime: ¿cómo te habló? Dice que estas prendas tuyas le tienen cautivo. ¿Y que más? Dice que va a morir si no alcanza gozar de ellas. De ahí aquellas lágrimas. Mira ya tú de no ser presa de estas palabras y ambos a dos perezcáis juntos. Jura que morirá y que ya (si a los dioses place) se está muriendo. ¿Y tú te lo crees? Dile, boba, que te muestre las sepulturas de los enamorados muertos de amor entre tantos millares de ellos. Atormenta el amor a veces, pero no mata. Y si él muere, cuánto mejor es que muera él que no que mueras tú o que perezca él solo que vosotros dos juntos. ¿A qué viene ahora el explicar aquí que ésta es la cantilena socorrida y común de todos los galanes, de arte que todos se la saben de coro, cuando muchas veces el amor no les roció con una sola gota? Cacarean esto por seducir. Una muchacha francesa de las que acompañaron a España a Margarita de Valois, por visitar a su hermano Francisco, rey de Francia, prisionero de Carlos I, oyendo continuamente que los mozos españoles decían: *De amores muero*, con repentina viveza respondió a uno de ellos: *Muérete ya de una vez para ver, finalmente, morir a uno de tantos como se están muriendo.* Si el galán goza de ti hasta la hartura, te demostrará cuánto te quiso. Si te amara él a ti, esto es, tu alma, jamás te aborreciera ni se empalagara. Pero puesto que sólo se moría por el cuerpo y por tomar de ti un efímero deleite, por ello fué que, marchito el cuerpo, se enfrió aquel hervor, y harto del goce, tomó hastío de la fácil abundancia.

No son raros los ejemplos ni es menester alegar los antiguos. No hay hombre que tan poco alcance de las cosas del mundo que no haya visto u oído decir de seiscientos mil hombres que, luego de haber abusado de muchachas, las echaron las

más de las veces en una mancebía, porque jamás las tuvieron verdadero amor, y que otros que las quisieron bien, trocado el amor grandísimo en odio capital, apuñalaron o degollaron a sus amigas. No hay ciudad alguna donde no se oigan todos los días sucesos de éstos, por manera que mayor maravilla me causa la furiosa locura de las doncellas que, no mal de su grado, se precipitan en un tan grande mar de males. Dime: ¿de dónde en las ciudades tantas mancebías nombre con que me manché la boca? Pero no debía yo callarlo cuando San Jerónimo no titubeó en pronunciar palabras semejantes. ¿De dónde tantas cantoneras y de ellas algunas de linaje honrado? ¿De dónde tantas sifilíticas y bubosas, mozuelas tiernas y hermosísimas, en hospitales y en sanatorios? ¿De dónde tantas mujeres que andan por las calles pordioseando, amarillas, enfermas, mancilladas de feísimos contagios, sino de esos ejemplos? Si ningún respeto de la virtud, ni de la probidad, ni de la honra, ni de la religión basta a moverte; si ningún ejemplo de las santas vírgenes basta a reducirte ni a retraerte del mal camino, dóblente al menos los casos de esas infelices que, sin duda alguna, te aguardan si persistes en la senda por donde ellas entraron. Te engañará tu enamorado o porque solió siempre engañar, o porque éste es el galardón del amor ilícito, o porque eso le aconseja su hartura de deleite. Aprovecharánte muchas de las cosas que dijimos al tratar de la guarda de la pudicicia, a saber: que no sean en ti origen y cebo del amor ni el régimen alimenticio, ni la ociosidad, ni el trato y comercio con varones.

En los diálogos de Luciano, sofista, Venus pregunta a su hijo Cupido por qué, puesto que acribillaba a dardos a Júpiter, a Neptuno, a Apolo, a Juno y aun a ella misma, y, en suma, a los dioses todos, no asaeteaba también a Minerva, y a las Musas, y a Diana. *Minerva*—contesta el rapaz alado—, *al verme venir me ojea, ataja las ocasiones y me resiste. Las Musas son venerables y dignas de acatamiento, ocupadas de continuo en ejercicios honestos; ellas, con su respetabilidad y con su atención puesta en la tarea, se escabullen del amor. Diana anda por selvas y por soledades, y como no tiene tratos con persona humana, se exime del amor.* Una gran parte del amor insinúase por los sentidos, aliméntase luego con pensamientos tiernos y toma bríos y volumen.

Mas cautiva está la doncella. Hay que buscar remedio a la llaga antes que la obligue a perpetrar lo que para siempre tendría que llorar. Lo primero que has de lamentar es haberte precipitado en aquella sima a sabiendas y con los ojos abiertos. Ni hay que dar oídos a los que dicen que no estuvo en su mano no admitir el amor. Esto dicen unos hombres que buscan en la necesidad excusa para su yerro, como si hubieran caído en él mal de su grado; unos hombres que ignoran la Naturaleza y la fuerza del amor. Has de meditar aquel otro versillo del Mímico, Publio Siro: *El amor se puede escapar, pero no se puede arrancar.* Este pequeño verso indica claramente que el amor no entra a viva fuerza, sino que del mismo modo que, poco a poco, fué cundiendo se ha de apartar también su poco a poco. No consentirás, pues, los devaneos de tu pensamiento ni que ande distraído a su placer, porque si le dejares suelto, se tornaría a revolver en aquel

punto mismo. Existen mujeres de gran cordura que echan de sí las cuitas de amor con otras cuitas, como se saca un clavo con otro clavo. Así que éstas, con un afán ardiente, entréganse en cuerpo y almo a alguna hacienda, la cual, absorbiendo toda su atención, excluye toda otra suerte de cuidados y de cavilaciones, y o bien urden una tela con mucha esperanza de ganancia, o con avidez suma aprenden a bordar, o a leer, o a escribir, o, tal vez, letras latinas, todo lo cual, bien por el actual aliciente o por el provecho ulterior, les ocupa el espíritu y las entretiene. Y, con toda seguridad, cuando estuvieren un poco más quedos los aguijones y aliviada el alma de su peso y violencia podrá ver con alguna mayor claridad, revolverás y pensarás en tus adentros cuántas cosas por amor hiciste con bobería, con ceguera, sin seso, sin sentido; cómo en cuitas inútiles y necias gastaste un tiempo tan precioso, durante el cual perdiste las mejores ocasiones; con qué fuego ardiste, qué muchedumbre de cosas pensaste, dijiste, hiciste, en parte con tontería, en parte con locura, en parte también con impiedad; en qué gran semillero de maldades te precipitaban con obcecación y cuán gran beneficio fué habérsete restituído los ojos y la voluntad de la enmienda. No es ello pequeña merced de Dios y no es poca la gratitud que le debes. Entonces vuelve a tu tarea. Guárdate de ver a quien bien quisiste y de querer saber de él; si asaltare tu pensamiento, retuércelo a otra cosa, ora con la lectura, ora con la oración, o con alguna plática, o también con alguna cancioncilla honesta, o con algún otro pensamiento alegre, siendo puro y casto. Allende de esto, si aquel a quien amas tuviere alguna tacha o alguna deformidad, ponlas con obstinación delante de tus ojos y no lo que pudiere tener de bueno o de hermoso. No existe mortal tan acabado que no tenga en sí algo que puedas reprender; esto sea lo que te ocurra cuando pensares en tu amado. Considera cuántos y cuán grandes males se encubren debajo de la apariencia de la virtud, y muchas cosas perniciosas hallamos paliadas bajo la cara de honesta. La belleza física hace a los hombres soberbios y desdeñosos; la nobleza, insolentes; la riqueza, temerarios; la fuerza, fieros y crueles. Repasa en tu memoria no lo que te dijo que te contentó, sino lo que acaso pudo disgustarte. No es posible que tú no recuerdes haber él hecho o haber dicho algo tonto, frívolo, necio, feo, ruin, abominable, perverso, criminal, malvado. De esto que descubrió colige lo que debe ser aquello otro que oculta con el mayor de los disimulos. No hay hombre que no esconda todo cuanto puede sus vicios y no haga ostentación de sus cualidades y virtudes. De aquí procede que las virtudes siempre son menores de lo que asemejan y los vicios mayores de lo que aparentan. Añade a esto que también nos engañan las afinidades de los vicios y de las virtudes, como sea verdad que cada uno afecta parecer mejor que no es, y nosotros, neciamente, pesamos las virtudes al peso falso de la común opinión. Y así es que al manirroto le llamamos liberal, y al temerario, valiente, y elocuente al palabrero; ingenioso al vano de cascos. Con todo esto son embaucadas las doncellas que no tienen asaz discernimiento para juzgar y juzgan del hombre por lo que ven con los ojos corporales embarnizado y pintado por fuera, y que es obvio a

todo el mundo, principalmente no habiendo ninguno que, en acercándose a la amiga, no tome la investidura de hombre el mejor de todos, de hijo de la fortuna, porque no se crea que le falta a él cosa que en cualquier mortal parezca deseable para granjearse el afecto. De esta manera se imponen a las doncellas incautas, y so una delgadísima exterioridad de bien, envuelven abominables sumideros de males, bien así como el pajarero disimula la liga con el alpiste y el pescador el anzuelo con el cebo. Todas estas cosas debe mirar la doncella antes que llore con tardía penitencia y empiece a tener cordura cuando ya de nada le aprovecha. Si te despojares del amor de una manera radical, entonces, como restituída a la salud y recobradas todas tus luces, conocerás que, como otros beneficios sin cuento, también habrás de agradecer éste a Dios, que te sacó del número de las vírgenes locas y te repuso en la compañía de las vírgenes cuerdas. ¿Qué santa mujer cristiana o qué mujer gentílica que haya sido tenida por medianamente honesta y buena amó jamás a otro hombre que a su marido? Ni desees tampoco tú ser amada con este linaje de amor ni con tus malas mañas atizarás en los hombres un fuego que, siendo tan próximo, se propagaría también a ti. Gloríanse algunas de tener algunos amadores a cuyo enardecimiento consagran todo su afán. Empero éstas, que cazan a cuenta del diablo, con el señuelo de su belleza, de sus arreos, de sus palabras, a sí mismas no menos que a sus amadores, tienden sus redes y se hacen más difícil la custodia de su pudor, siendo tantos los que le asaltan y le impugnan. Con harta dificultad retienen aquello en que tantos ponen empeño de robarles. Lo que dice el hijo de Sirach: *Quien hacia arriba lanzare una piedra, sobre su cabeza caerá; el que cava una hoya, caerá en ella. Quien pone un tropiezo a su prójimo, topará con él; quien pone lazo a otro, en el lazo quedará cogido.* ¿No ves, bellaca, que con tus engaños le metes en la celada del diablo y que en la celada del diablo caerás tú con él y recibirás la paga de tu abominable servicio? Arderá él por vencido del diablo; arderás tú por vencedora para el diablo. Uno y otro merecéis, por el pecado común, salario espléndido. El salario del pecado, como atestiguó el apóstol, es la muerte. La ley de Cristo, que es la fórmula del amor mutuo, pospone al alma de nuestro prójimo no ya el vestido y todos los bienes eventuales, sino también el mismo cuerpo, y la sangre, y la vida de cada uno de nosotros. Todos los viadores de este destierro nos encaminamos a la prometida felicidad del inmortal seguro. Tanto como conviene holgarnos cuando con nuestro ejemplo, con nuestros avisos, con nuestros estímulos fuimos de provecho a nuestro prójimo, tanto nos debe pesar de que por nuestra culpa se vuelva peor. Si abomina el Señor de aquel por quien el escándalo viene, ¿qué será de aquel que, a sabiendas y concienzudamente, pone estorbo en los pies del prójimo caminante en el cual tropiece con caída grave? No menos lamentará la mujer buena haber dado a alguno sazón y ocasión de pecado, que si por ella hubiese sido muerto. ¡Cuánto más ligera culpa es cortar el cuello que cortar el alma; separar la cabeza del tronco que el alma de Dios. Morirá el cuerpo sin el alma; pero, no obstante, seguirá viviendo el alma; pero sin Dios, ni vive el cuerpo ni el alma. Por ende, con di-

ligencia suma cuidará la mujer de devolver a la cordura a aquel a quien sacó de juicio; primeramente, tan ahincadamente como pueda, con palabras y buenos consejos; si resultaren poco eficaces, con el apartamiento propio y con el desahucio del amante; hablará con él muy raramente, y muy raramente se dejará ver de él. Amortiguará en sí propia aquellos encantos en que quedó prendido: la hermosura, el donaire, el arreo, el lenguaje lisonjero; tomará la resolución de no adornarse con aquellas galas que causen la ruina del hermano; de no ser instrumento del diablo para la ofensa de Dios. No puede razonablemente ser llamado cristiano el que, comprometiendo en la empresa su propio cuerpo, no procura la salvación del alma de su hermano. Leemos en historias paganas que un mancebo de belleza eximia, viendo cómo unas doncellas ardían en amor suyo, con un cuchillo afeó su cara. ¡Oh ejemplo para las mujeres todas; oh joven digno de memoria ilustre! Eso lo hizo un hombre; eso lo hizo un gentil. Y la doncella y la mujer cristiana no se quitará ni un pelo de su tocado, ni de sus palabras, ni de sus galanteos, con los cuales mata a su hermano y viola la majestad de Cristo. Y ni aun entre las mujeres faltan ejemplos de su propio sexo, si tienen la gallardía de imitar lo mejor. Hubo en Barcelona una doncella, la cual, por desamorar a su galán, perdidamente enamorado, llevó por algún tiempo debajo de sus sobacos coles podridas. Comió, además, berzas crudas, y, allegándose al galán de muy cerca, como si quisiera decirle al oído algún secreto, con aquella nauseabunda fetidez se lo quitó para siempre de su lado y le puso en fuga.

CAPITULO XIV

DEL AMOR DE LA DONCELLA

Ahora, puesto que las almas humanas tienen aptitud y propensión para amar, voy a enseñarte unos santos y puros amores, que destierren de tu pecho el amor perverso y adulterino. Ya tienes a quien primeramente estás obligada a amar, a Dios, que es tu Padre; a Cristo, que es tu esposo. Tienes a su Madre, que es hermana tuya, la Virgen Santísima; tienes a tu semejante, la Iglesia de Dios; tienes los nutridos coros de las muy santas vírgenes, cuyas almas en el cielo son bienaventuradas, y cuyos nombres en la Tierra son sagrados. Tienes a tus padres, que te engendraron, los cuales están en lugar y cuenta de Dios, que con tantas fatigas te criaron, que te educaron con tanto amor y cuidado, a los cuales has de amar, y acatar, y ayudarles cuanto en ti fuere. Ten siempre sus mandamientos por sagrados y obedéceles con humildad y mansedumbre, sin demostrar ni en tu alma, ni en tu rostro, ni en tu gesto el desabrimiento más ligero, pensando ver reproducida en ellos la verdadera y cierta imagen de Dios, Padre y Hacedor de todas las cosas. Tienes a tu alma, encomendada a ti por la voz de la misma Naturaleza; tienes en los otros las virtudes y las almas entregadas a Cristo. Tienes a los que te quieren salva e incorrupta; tienes, finalmente, la alegría eterna, la felicidad soberana y jamás fallecedera. Estos son los verdaderos y no torcidos amores. El amor corporal es ficticio, remedo hipócrita del amor puro, que debiera llamarse pasión con mejor acuerdo. Si todas estas cosas amares de buena fe, no tendrás en menos a Dios que al hombre, ni a Cristo, tu esposo, al enamorado ga-

lán; ni a la Virgen Santísima la celestina inmunda, ni a la Iglesia de Dios el lupanar, ni a la compañía de las santas vírgenes la taifa de las damas cortesanas, ni a tus padres a los extraños o, mejor, enemigos, ni a tu alma tu cuerpo, ni a las ajenas virtudes los vicios propios, ni a las almas siervas de Dios las almas esclavas del demonio, ni a aquellos que desean tu salvación y tu entereza los que quieren tu perdición y mengua, ni al deleite efímero la alegría perdurable, ni la miseria de los infiernos a la cabal bienaventuranza del Paraíso. Así que mayor valía tendrán delante de ti los mandamientos de Dios que las persuasiones del hombre engañoso, y antes preferirás creer en la doctrina de Cristo que en las palabras del embaucador artero, y seguirás antes a donde te guiare la Santísima Virgen que la sucia tentación, y tendrás en más a quien ella te hiciere amigo que al que te proporcione la alcahueta, y no infringirás las leyes de la Iglesia por observar las del burdel, y querrás antes ser admitida en la grey de las Catalinas, Ineses, Claras, Margaritas, Bárbaras, Teclas, Aguedas que entre las deshonestas y malas mujeres, cuyos nombres están tan lejos de la noticia de los hombres como su vida de la de Dios; y unos y otra harto conocidos del diablo, que las asienta en su registro. Ni dejarás a tus padres por seguir a los enamorados, ni les causarás desabrimiento indeleble por dar al fraudulento galán un gustillo efímero, ni preferirás el bienestar de tu cuerpo al de tu alma, ni el goce corporal al remordimiento, ni holgarás de escuchar antes cosas de maldad que obras de virtud, ni creerás más presto al satélite del diablo que al ministro de Cristo, ni te confiarás a quien te quiere echar a perder, sino a quien te quiere salvar, y escogerás antes gozar de cumplida y perfecta alegría en el cielo que libar un sorbo de mentido goce acá en el suelo, fugacísimo él y tan mezclado de acedía, que con mayor razón debiera llamarse ajenjo y acíbar. Entonces sentirás más el horror de aquella miseria que no tendrá fin, que no captarás el deleite de este mundo, si con este nombre de deleite ha de significarse, y revolverás en tu mente aquella sentencia del varón sabio: *Momentáneo es lo que deleita; eterno lo que atormenta.* ¿Qué entrada puede hallar el amor profano en ti, defendida y confiada en tantos y tan grandes amores: de Dios, de Jesucristo, de María, de la Iglesia, de las vírgenes, de tus padres, de ti misma, de la eterna bienaventuranza? No será tan osado y temerario que no recele atacar una morada, rodeada y fortalecida con tantas centinelas, Cupido, el diosecillo procaz que a las Musas cata cortesía y les tiene acatamiento. Y si se atreviese a disparar su flecha contra ti, resurtirá contra él su propio dardo, pues no encontrará en mi doncella lugar ninguno vulnerable.

CAPITULO XV

DE CÓMO SE HA DE BUSCAR EL ESPOSO

El humano linaje mortal en cada uno de sus miembros hácese perpetuo con la sustitución de la prole. Y porque la sóbole fuese santa y pura, instituyó Dios el matrimonio, y siendo obra de El, podemos obedecer a la Naturaleza sin pecado. Por eso dice San Pablo que el que entrega a un varón su hija doncella no hace mal ninguno en el Señor. Y

ciertamente, cuando para la mujer se busca un hombre, consorte de todas sus fortunas en público y en privado, y compañero indivisible e inseparable, de manera que sólo la muerte de uno u otro puede separarlos, el tiento que ha de ponerse en ese negocio es mucho mayor del que los hombres piensan, puesto que es uno de aquellos en los cuales, como decirse suele, no se puede segundar el yerro; quieras que no, hay que arrostrar las consecuencias; por todo lo cual, tiene que ponerse el cuidado más meticuloso en que no se yerre. La verdadera virginidad no conoce ni apetece el ayuntamiento sexual, ni siquiera piensa en ello, exenta y libre de toda influencia suya por beneficio del Cielo. Por eso mismo, la doncella, mientras sus padres proveen acerca de su condición, remita todo este negocio en ellos, los cuales no le desean un menor bien del que ella se desea a sí misma, en virtud de aquel caluroso afecto natural encendido en sus pechos, y a quienes la edad y la experiencia comunican mayor alcance de visión. ¿Cómo podrá la doncella, recluída entre las paredes de su casa, conocer el carácter y las costumbres de los maridos posibles porque haga elección o, radicalmente inexperta, conocer lo que le convenga? Léese en el poeta Homero que Nausicaa, advertida en sueños por Minerva que fuese a lavar unas ropas en la inminencia de su casamiento, ella pidió a su padre, Alcinoo, la carroza por ir a lavar al río, pretextando, no obstante, otro motivo, puesto que tuvo vergüenza de mentar el matrimonio. Esta púdica reserva fué imitada por Virgilio en el libro duodécimo de su *Eneida,* donde introdujo al rey Latino y a su mujer, la reina Amata, hablando con Turno sobre el casamiento de su hija Lavinia, a quien solamente atribuye lágrimas y rubor, no palabras, dando a entender con ello que no parece bien en la doncella hacer uso de la palabra cuando el padre y la madre deliberan acerca de su matrimonio. Fué una añeja costumbre romana, entre aquellas matronas, dechados de pudicicia, que el día que llevaban la novia a la casa de su marido no entraba ella de sí misma ni pisaba con sus pies el lindar, sino que las que la acompañaban la alzaban en peso, como si forcejease por no entrar y a la fuerza penetrase en aquella morada, donde iba a perder el decoro de su virginidad. ¿Cómo puede simular ese recato pudoroso la doncella que se perece por casarse y pide que la casen cuanto antes? De Rebeca, San Ambrosio hablaba así: *No es propio del pudor virginal elegir al marido, sino que, ya desposada con el marido, delibérase acerca del día de la marcha. Y no sin razón dejó de poner dilaciones, pues era justo que se apresurase en ir al marido. Por ende, queda en claro de dónde se tomó aquello de Eurípides, que muchos tanto te admiran. Dice el poeta en la persona de una mujer que, a pesar de todo, quería abandonar el marido y era pedida para nuevas bodas: «De mis esponsales cuidará mi padre, porque esto no es cosa mía.» Observad, pues, doncellas cristianas, ese pudor que causó maravilla en los filósofos gentiles.* Todo esto es de San Ambrosio, que ni aun a las viudas las consiente resolver por sí mismas su situación. En la oración de Sara, hija de Raquel, hállanse estas palabras: *Harto sabéis, Señor, que jamás deseé varón y conservé limpia mi alma de toda concupiscencia; nunca me mezclé con los que se entregaban a juegos, ni con los que andan con li-*

viandad fuí particionera. Oigamos ahora cómo dice que recibió a los maridos que sus padres le entregaron: *Consentí*—dijo—*en recibir al varón con temor vuestro, no con deseo mío.* La doncella, pues, mientras sus padres andan ocupados en aquel negocio, ayúdelos con ruegos y oraciones. Pida a Cristo, con purísimo afecto, que le dé un esposo que no la aparte, ni la aleje, ni le estorbe en el ejercicio de la piedad, sino que más aína, la invite, la exhorte, la ayude y, según el oráculo del apóstol, *santificada sea la mujer infiel por el marido fiel.* Los padres mismos, en este negocio delicado, no solamente han de dejarse guiar del natural afecto que sienten para con sus hijos, sino inspírense también en la inclinación de su hija, de manera que hagan para ella la misma elección que harían para sí, si fuesen ellos los que iban a casarse. Pues muchos padres, o imprudentes o malos, pecan en ese punto, persuadiéndose de que el que piensan será para ellos un yerno cómodo, será un excelente marido de su hija. Así que, con demasiada frecuencia miran las solas riquezas, o la sangre, o la condición social, o la influencia política del yerno, que piensan van a serles útiles, y ni ponen ninguna atención en las conveniencias de la hija, que tiene que convivir con él dentro de las paredes de una misma casa. Estos tales, enemigos son, que no padres o, por decirlo más gráficamente, mercaderes de sus hijas, a quienes venden donde mejor salen pagados. No es el matrimonio un nudo que pueda desatarse. Si tienes que enviar a tu hijo a cenar a uno o a otro sitio, averiguarás primero quiénes son los otros convidados; si tiene que emprender algún viaje, quiénes serán sus compañeros de camino; si admites en tu casa a un dependiente o a un criado, te informarás quién sea, de dónde, qué deudos tiene, qué costumbres, qué cualidades. ¡Con cuánta diligencia te informas de todas estas particularidades, siendo así que no son más que efímeras aproximaciones temporales, y, en cambio, a tu tierna hija, virgen, ignorante e inexperta en todo, que confía exclusivamente en ti, que en tus manos deposita todas sus esperanzas y sus deseos todos, que no tendrá más compañero de por vida que el que tú le dieres, ni otra fortuna, ni otra suerte que la que tú le depares, no dudas en agregarle a quien no querrías por criado, tan desacostumbrado con su compañía como un oso, un lobo o un puerco montés. No sin razón los franceses tienen aquel proverbio, a saber: que *no nació en buen hora quien no es casado en buen hora.* Y si ello se dice del varón, ¿con cuánta mayor razón debe decirse de la mujer, para la cual con tanta diligencia y esmero se debe proveer que le toque un buen marido, mucho más que al varón una mujer buena? ¡Cuánto más fácil es mandar al malo que obedecerle! Dos son las cosas a las que, en el matrimonio, se debe atender: la convivencia y la descendencia. El primer capítulo involucra la vida y el trato familiar, la costumbre cotidiana. La primera preocupación ha de ser la economía y régimen de la casa, si bien sea la más ligera; la segunda, del cuerpo del marido; la tercera, de la sóbole; la cuarta y más principal, de las costumbres y del carácter. De todas hablaremos en particular. Pero, entre todas estas cosas, con preferencia hase de procurar que exista entre el presunto marido y la doncella una cierta igualdad o, mejor aún, una cierta semejanza, que es el la-

zo más sabroso que traba las almas y las conserva unidas dulcemente. Parece ser esto lo que recomienda Pitaco de Mitilene, que fué uno de los más celebrados sabios de Grecia. Preguntándole un mancebo, a quien dos mujeres pretendían, una que le superaba en linaje y en riquezas, y la otra le era en todo igual, a cuál uniría su suerte, aquel sabio le mandó acercarse a un corro de muchachos que estaba jugando y decían a gritos: *Toma tu igual.* Con esto le dejó avisado que esto mismo tenía que hacer. Muy pequeña y rastrera es, si se estima en su justo precio, la preocupación del sostenimiento del cuerpo; pero la inevitable necesidad hizo que, si no era la principal, tenía que ser al menos la primera. Si solamente has de reunir para la dote de tu hija todo cuanto hace falta para el mantenimiento de la familia, traspasa todo este cuidado en la búsqueda y elección de tu yerno, cómo es física y moralmente. Si ha de contribuir él con alguna aportación, tienes que mirar no cuántas sean sus riquezas, sino cuáles fueren sus trazas e ingenio, bien por allegar lo que no posee, bien por conservar lo que ya tiene. Nunca son tantas las riquezas que si no las sabes defender o retener, no se agoten en muy breve tiempo. Temístocles, príncipe de Grecia, a uno que le pidió consejo acerca de este punto, respondió preferir él hombre sin dinero que dinero sin hombre. Quien no tiene oficio o profesión lucrativa ni posee dinero, créole yo más indicado para la esclavitud que para el matrimonio. El matrimonio no debe carecer de patrimonio, por manera que parezca que una es la contribución de la mujer, a saber: sus virtudes matronales y la facultad de dar hijos, y otra es la aportación del marido, a quien incumbe el sostenimiento de la casa. De las artes de adquisición algunas deben ser radicalmente evitadas, a saber: todas las malas artes, como las que fabrican el aumento con dineros dados a logro. Debe huirse también de los oficios crueles e inhumanos, como son los de verdugos, corsarios, soldados mercenarios que, por una paga ruin, prestan sus manos al degüello de hombres, al asolamiento de los campos, a la quema de edificios; desafueros todos ésos que son el colmo de la ferocidad. Otras profesiones hay que son deshonrosas, como en dondequiera son consideradas las de venteros o mesoneros, terceros, rufianes, o cuya bajeza no descenderemos si no queremos incurrir en la misma tacha. Las riquezas inmoderadas, muy superiores a las nuestras, hacen a los maridos insolentes y desdeñosos con sus mujeres, de quienes abusan no como esposas legítimas, sino como criadas, y esta insolencia se exacerba aún más si a la opulencia se agrega el poder o lo ilustre del linaje. En lo físico, vemos la belleza, la edad, la salud. Exiguo y momentáneo bien es la hermosura. La fealdad no debe impedir el matrimonio, si no faltare todo lo demás, a menos que sea pronunciadísima y monstruosa. Más atendible es la edad, que ni sea menor de lo que exige la autoridad de padre de familia, que debe gobernar a esposa, hijos, servidumbre; ni debe ser tan avanzada que no le proporcione fuerzas para desempeñar sus obligaciones domésticas, y, sobre todo, tal que en los primeros años de la vida conyugal, pequeños los hijos todavía, pague el tributo a la Naturaleza, dejando a su esposa sumida en viudedad y privados ella y sus hijos huérfanos de la paterna ayuda. Y mayor es

todavía la cuenta que debe tenerse con la salud, ya porque los deberes domésticos y familiares reclaman hartas veces un director sano, ya en atención a la esposa y a los hijos, a quienes comunica su enfermedad, si es contagiosa. Y esto, con mayor diligencia debe cautelarse si la dolencia es secreta y deshonrosa, y de aquellas que los médicos llaman hereditarias. ¿Y qué diré si se trata de algún linaje de insania mental o de locura, que, como prolija experiencia, nos demuestra se transmite a la posteridad? Con todo, y a pesar de todo lo dicho, ya más arriba insinué que el más vigilante cuidado y la diligencia más sagaz deben consagrarse a la índole, carácter y costumbres del marido que se busca. Este es el único criterio con que debe el hombre estudiarse; ésta es su única medida de estimación. Ni en la parte física ni en la fortuna hay elemento alguno del cual pueda formarse juicio seguro de un hombre: ni las riquezas, ni las posesiones, ni el abolengo, ni el poder, ni la influencia, ni la dignidad, ni las clientelas, ni belleza, ni salud, ni edad, ni entereza, ni prestancia, ni las contrarias cualidades; nada sin excepción, fuera del ingenio, en quien tienen su asiento la agudeza, la ambición, las virtudes o, en su defecto, el embotamiento, la rustiquez, los vicios. En el curso de la vida conyugal, muchas molestias se interponen y hay que tragar hartos desabrimientos. Lo pregonaba San Pablo, diciendo de los casados que sufrirían tribulaciones de la carne. Muchas ocurrencias pueden agriar esta condición de vida; pero una sola cosa puede sazonarla y endulzarla: la suerte de tener un marido bueno y prudente. La mujer buena, como dijo el sabio, es una merced singular hecha por Dios al hombre, a trueque de sus obras buenas. ¿Y qué no es para la mujar el marido bueno? Si ya no es que juzgamos más gustoso y más feliz tener un buen criado que un buen dueño. ¡Oh locos padres, oh doncellas locas y desatinadas, que buscáis antes maridos hermosos, o ricos, o nobles que buenos y cuerdos! Con ello no hacéis más que aumentar los cuidados, las zozobras, las molestias que inevitablemente el matrimonio trae consigo. Desastrosos son los matrimonios que concilió sólo el dinero o que añudó el placer, como el de Helena y Paris. Helena codició las asiáticas opulencias y Paris el deleite de la hermosura sin par. Y, al revés, concertado, apacible y feliz fué el matrimonio de Ulises y Penélope, puesto que el marido era sobrio y sabio, y la mujer, aliñosa y casta. Si alguno de un número determinado de hombres tuviera que escoger a un compañero de viaje, ¿no le tendrán todos por loco de atar si escogiera de mejor grado al rico, o al bien vestido, o al vistoso y bello, prefiriéndole a uno animoso y alegre, parlero y donairoso, que, yendo de camino, hace las veces de vehículo, como reza el añejo adagio; o, prefiriéndole a otro, prudente y previsor, que pueda aliviar la pesadumbre del camino y en sus posibles peligros serle eficaz ayuda? Y si la vida no es otra cosa sino un viaje, brava locura es a ese viaje, colmado de todas partes de tantas y tamañas incomodidades, agravarle aún más con conyugales discordias. Cásate con un hombre hermoso; a ése, la hermosura le hará fastuoso; cásate con uno rico; a ése, la riqueza le hará desdeñoso; cásate con un noble, la nobleza le hace insolente, y, por fin, la soberbia, nacida de dones fortuitos, no consentirá

que cuaje entre vosotros la concordia fundada en la buena fe. Si por amor de la hermosura te casas con un hombre hermoso que no tiene cordura, ni probidad, ni pizca de sal, como dice el viejo dicho (bien así como suele acontecer que en las moradas elegantes vivan los huéspedes más ruines), con este prejuicio debieras desear casarte con un retablo primorosamente pintado o con una estatua de mármol bien labrada. Si quieres, por sus riquezas, a un necio opulento, ¿por qué, mejor aconsejada, no te casas con una estatua de oro? Si, por la nobleza de su sangre, prefieres al aristócrata sucio, intemperante, ¿por qué, con ese criterio, no te casas con la estatua de Escipión o de César? ¿Y cuánto mejor no les sería convivir con las imágenes, pinturas y estatuas que con un hombre bellaco e intolerable? Muy impropiamente equiparé a objetos materiales a los hombres malos, que mejor comparados están con asnos, puercos, osos y lobos. Yo pensé un tiempo que era conseja la coyunda carnal de Pasifae con el toro; mas ahora se me ha hecho verosímil, después que he visto algunas mujeres que no se despegaban de unos hombres cuyo carácter era peor que el de las bestias, a saber: sucios, borrachos, atronados, estúpidos, imprudentísimos, fatuos, bestiales, sanguinarios, que tienen menos de hombre que cualquiera fiera; que huían con horror de los hombres cuerdos y templados. No sin propósito, uno de los nuestros, en una sátira en lengua vulgar, atacó a esa ralea de mujeres diciéndoles que en el escoger tienen el instinto de las lobas, las cuales, de los muchos lobos machos que las siguen, escogen al más vil y maloliente, y de ahí tomóse el refrán que a las mujeres les da el nombre de lobas. Los hombres no tan fácilmente se dejan cazar por la hembra en quien no descuelle alguna cualidad, bien de fortuna, o de belleza, o de talento. Con frecuencia veréis mujeres que quieren a algunos no por más, sino porque no hay en ellos cosa que sea digna de ser amada, con lo cual demuestran que no hacen ningún caudal del seso, de la razón, del consejo, de la cordura; que nunca se guían por ellos, que siempre van empujadas por su alma enferma, carente de razón o, mejor, de la razón enemiga. Es indecible qué porción tan grande de nuestra juventud nos echan a perder estas que no sé si llamar mujeres o carroñas pestilenciales, pues no puedo acordarme de tan lastimosa pérdida sin una sensación de asco. Andan los mancebos incautos y ayunos de mejor consejo muy puestos en servir y agradar a las doncellas a quienes aman y a quienes desean, y ven que no por otra vía pueden alcanzar lo que quieren sino apartándose de toda profesión de honestidad, posponiéndolo todo a la tiranía del amor. Así que los amores de esas mujerzuelas son muy parecidos a las drogas de Circe. aquella bruja de quien dícese que trocaba los hombres en inmundos animales. De la manera que los muchachos entregados a juegos y niñerías, a quienes su edad no les consiente ocupación más alta ni mejor. sólo profesan admiración a los que tienen mucha destreza en aquellos juegos, y ningún aprecio hacen de los estudios de los sabios, porque, ni aun por conjetura, pueden formarse idea de ellos, asimismo las mujeres entregadas a las delicias, a los placeres, a los amores, a las locuras, piensan que son los más sabios de todos los que están sumidos en las mismas vanidades que

ellas y saben más que ellas de lo que ellas alcanzan a saber. Empero todo cuanto indica discreción y seso lo tienen por bagatela y por locura y lo rechazan con asco y con visajes. Aman, respetan, admiran a los necios y a los locos; les estiman sabios y les publican tales a cada cantón; en cambio, de los sabios auténticos hacen mofa y huyen de ellos y los proclaman mentecatos e insulsos, no de otra manera que los que arden de calentura rechazan lo que sabe a miel como inficionado de hiel, y a los puercos les hiede más la mejorana que el cieno. Mas si supieran el bien que pueden hacer a muchos, si mejorasen su criterio depravado, yo no les tengo en tan mal concepto que no crea que en sus resoluciones y en toda su vida no pudieran ser mucho más cuerdas. Y aun me atrevo a decir que en los mancebos y jóvenes no tienen tanta eficacia para la virtud los buenos avisos y amonestaciones de todos los predicadores, de sus padres, de los magistrados, como la cordura y los consejos cuerdos de las mujeres a quienes aman. Tiene la máxima autoridad todo lo que dijere o hiciere aquel a quien amas, a quien te afanas por agradar, y dice Plutarco en su *Vida de Licurgo* que esto mismo sintió el legislador de los lacedemonios. Recuerdo que muchos años atrás, cuando yo era muy mozo, se me contó que hubo una ciudad de España en la cual la mocedad aristocrática, por culpa de su ociosidad y de su opulencia, se lanzó a una tal competencia y porfía de lujo, que de nada se ocupaban sino de convites, de bailes, de amores, de juegos y otros regocijos, que no les añadían ninguna cordura, ni prudencia, con harta aflicción de los ancianos, que de tales comienzos auguraban a la República grandes desastres. Muchos de ellos, de día y de noche, consultaban entre sí acerca de los medios con que atajar el desenfreno de aquellos mozos, puesto que preveían que, muertos ellos, el gobierno de la ciudad iría a parar a manos de los más perdidos de los hombres. Uno de ellos atinó a darles el más saludable y eficaz de los consejos. Habiendo advertido que aquellos mozos estaban enamoraduchos y que en gran parte dependían del capricho y de los juicios de aquellas mujeres, insinuó en los restantes viejos la idea de que cada uno, sin rodeos ni atenuaciones, declarase a sus hijas, a sus nueras y a todas aquellas mujeres cuyo cuidado tenían, en qué aprieto se hallaban las cosas de la ciudad, la cual, de floreciente y feliz, caería en la mayor miseria y perdición tan pronto como aquellos hombres desatinadísimos tomasen su gobierno, y que las mujeres que entonces, por causa de la opulencia, tenían una vida descansada y regalona, con la ruina de los negocios, hundidas en la escasez y en la penuria, serían forzadas a llevar una vida aperreada y durísima. Sólo un remedio había para este mal, y era el que ellas, cuyas censuras escuchaba tanto aquella juventud, les estimulasen a la práctica de la prudencia y al interés de la cosa pública. Ello sería negocio llano si a todos aquellos bailadorzuelos, parleruelos, bufonzuelos, banqueteadores, jugadorzuelos, con inequívoca demostración de asco, les rehuían y les rechazaban, y que, en cambio, admitieran con cortesía y benevolencia a los serios, a los templados, a los sobrios que demostrasen tener su corazoncito; que a ésos les alabasen como futuro amparo y tutela de la patria y vituperasen a los otros, por malos y por

perdidos, de ningún valor y futura deshonra y perdición de su patria. Plugo a los ancianos aquel consejo, que se comunicó y se recomendó con encarecimiento sumo a las mujeres, las cuales, en tan grande crisis, lo aprobaron, y con toda discreción lo llevaron a la práctica. En poco tiempo la mocedad fué otra, radicalmente cambiada; de lo más derrotado y perdido, hiciéronse varones sesudos y duchos en la administración pública y privada. Y aquella misma ciudad cobró nuevo auge y florecimiento mayor bajo el gobierno de aquellos mozos del que había alcanzado bajo la dirección de los ancianos, y brillaron más que sus mayores los jóvenes, así por su talento como por su hábil administración. ¡Mezquinas!, ¿qué tenéis que hacer con esos maridos cargados de oro y vacíos de seso? ¿Es que tú prefieres vivir sumida en perpetuo aburrimiento, envuelta siempre en sedas y brocados, a vivir alegre, vestida de lana o de cáñamo? ¿Prefieres ser odiada, ser azotada en vestido de púrpura, a ser amada, a ofrecerte a los dulcísimos abrazos del marido bajo un paño de color prieto? Si prefieres aquello, ten lo que deseaste y no te quejes de que te sucedan aquellos azares que tú te tomaste con tu mano, a sabiendas y deliberadamente, si bien con imprudencia y con ceguera. ¿Y qué decir de aquellos muchos maridos de quienes sabemos que por sola instigación de su locura llegaron hasta el asesinato de sus mujeres inocentes? Justina, nobilísima virgen romana, siendo la más hermosa y acabada doncella que hubo en la Roma de su tiempo, habíanla sus padres entregado en matrimonio a un marido rico, sí, pero necio y furioso, quien sólo de verla tan hermosa entró en sospechas. A la noche, la propia noche nupcial, viéndola inclinada para descalzarse, viéndole el cuello tan blanco, arrebatado por la furia de los celos, degolló a la tierna muchacha y esposa reciente. A esta hazaña feroz refiérese el conocido epitafio (1):

Aquel que la suerte me dió por marido,
con hierro tajante y diestra rabiosa,
con duro semblante y cara dañosa,
tranza mi cuello de golpe, herido.

Derrueca mi cuerpo por tierra, tendido,
a tiempo que el cándido pie descalzaba,
a do el dulce lecho de entrambos estaba,
do el nombre de virgen hubiera perdido.

Ser muerta sin culpa ni justa razón
a Dios de los Cielos doy yo por testigo;
padesce por suerte del hado enemigo,
con mano no fiel, mi fiel corazón.

¡Oh padres que a hijas tenéis afección,
a quien el casar de aquéstas se inclina:
tened por ejemplo la triste Justina,
guardad vuestras hijas de loco varón.

Si es recto el precepto de Platón según el cual los maridos, como agricultores diligentes e industriosos, deben mirar a qué suelo confían la semilla generosa porque no degenere por vicio del suelo, con cuánto mayor miramiento debe atenderse a la mujer, es decir, al campo mismo, pues si se comunicara sentido a la semilla y al suelo, no cabe duda que una y otro lo pedirían bueno, pues de la mezcla de la facultad de ambos se engendra la mies: pero, no obstante, con mayor esmero y ansiedad mayor que la misma tierra, por cuanto la mies recibe la más grande parte de su vigor, de la semilla más que del suelo; ni la yegua generosa admite sino al bri-

(1) Transcribo la versión del famoso epigrama según la trae Juan Justiniano: *De cómo se ha de buscar el esposo* (cap. XV). *Introducción de la mujer cristiana.* Zaragoza, 1535.

dón lozano. Es deseo común que la descendencia saque el parecido de los padres. ¿Desearás tú, esposa, hijos semejantes a un padre de esa suerte? ¿O tú, suegro, nietos iguales? ¿Qué dislate no es procurarse por yerno a quien, si alguno le deseare nietos parecidos, los abominara como una execración? ¡Cuánto más gallardamente se condujo Arístides Locrense, familiar de Platón, a quien, pidiéndole Dionisio segundo una de sus hijas para esposa, respondióle que con mayor gusto la vería muerta que casada con un tirano! La convivencia consiste en el trato asiduo y en la comunicación de cualesquiera fortunas. ¿Qué tratará, qué le dirá el marido estúpido, ignorante radical de toda cosa? ¿Qué cruz no será oír el rebuzno perpetuo de un asno? Y tanto más acerba será esta cruz cuanto mayor sea tu discreción, bien así como suele decir que no hay tormento mayor para un hombre cuerdo que andar atraillado con un hombre fatuo. El Apóstol San Pablo no tolera que las mujeres hablen en la iglesia, ora sea por enseñar, ora sea por aprender, sino que, si alguna cosa desearen saber, que lo pidan en casa a sus maridos. ¿A quién vas a exponer las dudas, mísera de ti, que tuvieres acerca de la piedad o acerca de la vida? ¿A la gentileza, al abolorio, a la riqueza que deseaste en un marido loco? ¿Quién se encargará de la formación de la familia, quién de la crianza de los hijos? En la prosperidad se impone la moderación; en la adversidad, el consuelo, y en una y otra, el consejo sesudo y eficaz. ¿Quién te dará estas cosas si tienes a un marido desprovisto totalmente o siquiera pobre de todo juicio, de toda razón? Si cobras las costumbres del marido malo, te tornas mala; si las contradices, te haces mal vista. ¡Qué pelamesas, qué odio eterno! Por evitarlo, te allanas a la semejanza o a la aprobación de las maldades. La Iglesia, al prohibir que una mujer cristiana tome un marido pagano o hereje, o, al contrario, que un marido fiel conjugue su suerte con una mujer infiel, hácelo con la mira de que el uno no se inficione del contagio del otro. Y considera, por otra parte, qué sabroso platicar con un marido ilustrado y prudente, puesto que no es posible hallar concierto más suave que la comunicación con un hombre así, y tanto más si está dotado de facundia. ¡Qué crianza la de los hijos, qué gobierno el de la familia del varón prudente, cuán ajustada a la realidad, cuán asentada en la estabilidad, cuán ejemplar en la honestidad! Si alguna cosa deseares aprender, tienes el maestro a mano; si necesitares de consejo, bien sea para conducirte con cordura en la prosperidad o en la adversidad con reciedumbre, a tu alcance está el manantial de donde sacar agua copiosamente, y no solamente esto, sino también, por añadidura, mandatos, avisos, exhortaciones y consuelos; todos aquellos recursos, en fin, cuya necesidad se presenta en cada momento en medio de las tempestades de esta vida. Con un hombre bueno, ¡cuánta mansedumbre! ¡Cuánta paz y tranquilidad! ¡Cuántos crecimientos en la piedad, ayudándote a ello el marido, no tan solamente con sus mandatos y con una cierta sana filosofía y persuasión verbal, sino con la vivaz eficacia de su propio ejemplo, por manera que experimentarás que no fué un marido lo que te cupo en suerte, sino un ángel enviado del Cielo, luz y guía de tu vida toda! Esta es la verdadera, la auténtica e indestructible tranquili-

dad; un anticipo, un sorbo de la esperada felicidad eterna. Por causa de ese marido anegará el Señor en sus bendiciones a la esposa, a los hijos, a la familia toda, a los afines, a los deudos. Por Abrahán dió el Señor un hijo a Sara; por Isaac, dos mellizos a Rebeca. De la generación de los justos tiene Dios el cuidado, como testifica El mismo en sus oráculos, y no ciertamente en un solo lugar; El mismo, que tantas veces perdonó maldades muy graves a la gente israelita, en atención a Abrahán, a Isaac y a Jacob. *La generación de los justos*—dice el Salmista—*será bendecida.* Y dice el mismo Salmista en otro lugar: *Fuí mozo y envejecí, y no vi nunca al justo desamparado ni a su linaje pordioseando el pan: todo el santo día ejercita la misericordia, y su descendencia será en bendición.* Demás de esto, dice en los *Proverbios*, Salomón: *Quien camina en la justicia sin reprensión dejará a sus hijos bienaventurados.* En la convivencia de la sociedad humana, ¿qué recomendación puede con ésta compararse? ¿Esposa de un marido óptimo? ¿Hijo del mejor de los padres? Evandro, rey de los arcades, la primera vez que vió a Eneas, abrazóle en memoria de su padre, Anquises:

¡Con qué gozo te reconozco y te recibo, oh tú, el más esforzado de los teucros! ¡Cómo recuerdo las palabras de tu padre, y la voz del gran Anquises, y aun su mismo rostro!

¿Y qué diré de los suegros? ¡Cuánta ayuda y defensa se acarrean si son buenos los yernos y observantes de los deberes filiales que les impone la piedad! Mas si fueren malos, perdidos, necios, fraudulentos, arrogantes, malvados, ¡a cuántos enemigos dan entrada! Porque enemigo es el yerno malo, y no afín; pero el bueno, no tanto es yerno como hijo. La suegra de Pedro fué librada por el Señor de una recia calentura porque su yerno intercedió por ella. Tanto le valió tener tal yerno, que Cristo no desdeñó allegársele por compañero y discípulo. De Rut leemos en el libro que lleva su nombre que habiendo vuelto su suegra Noemi desde la tierra de Moab a su Judea natal, anciana ya, sin marido y sin hijos, fueron en seguimiento suyo sus dos nueras, moabitas; una de ellas, Orfa de nombre, volvió a su tierra y a su gente; mas Rut anduvo constante en pos de su suegra, a quien consoló con sus palabras y alimentó con su trabajo y alentó con su cariño. Así que Noemi halló en Rut la piedad de la hija y la solícita diligencia del hijo. Verdaderamente viuda y sin amparo quedara la anciana si no le hubiera tocado en suerte una nuera mejor para con ella que Orfa lo fué; mas porque tuvo a Rut no pudo por completo parecer privada de hijos ni ser llamada con el nombre que ella quiso, a saber: Mara, que quiere decir *amargada.* Más aún: habiendo Rut, de su matrimonio con Booz, parido a Obed, se congratularon las mujeres vecinas con Noemi, no como si le hubiera nacido un nieto de su hija o de su hijo, sino como si los hijos nacidos hubieran sido siete, pues así se expresaban las que iban a darle el parabién: *Bendito sea Dios, que no permitió que faltase sucesor en tu familia y quiso que subsistiese su nombre en Israel. He aquí que ya tienes quien consuele tu alma y nutra tu senectud. De tu nuera ha nacido quien te amará y más te vale que si tuvieras siete hijos.*

Hasta aquí hemos tratado de la persona del esposo. Ahora, brevemente, diré cómo se le ha de bus-

car y cómo se le ha de condicionar. No obstante, comenzaré por decir que el matrimonio, con extremada frecuencia, cambia a los hombres tan radicalmente, que aquel mismo que, siendo soltero, merecía el desdén general, una vez marido se demostró tal, que todos lo desearan para su hija; bien así como otros, una vez casados, empeoraron. Mientras se prevé la colocación de la hija doncella, hay algunos que piensan ser conveniente que a las muchachas núbiles se las vea con frecuencia, que se muestren en público vestidas y arregladas con elegancia y esplendidez, que alternen y platiquen con varones, que sean parleras, diestras en la danza y en el canto, y aun a veces mantener amoríos con aquel que se destinan para esposo, pues así ocurre que más fácilmente hallen sus conveniencias. A esta creencia desatinada pudiera contestársele en general con las cosas que hasta aquí he venido diciendo; pero yo contestaré a cada uno de sus extremos, con el fin de satisfacer cumplidamente no sólo a las personas discretas, sino también a las ignorantes e inexpertas. ¿Cuándo y dónde hubo jamás un varón prudente que pensara desatino tal, sabiendo que nunca debe obrarse el mal para que de ahí venga el bien? Principalmente, cuando el mal presente es cierto y el bien hipotético que puede seguirse ni es cierto ni es acostumbrado. Si por otra vía no debieras casarte, ¡oh doncella!, más que por ésta, aviesa, y por estas corruptelas del alma y por esos peligrosos trances de la honestidad, más te vale no casarte, o contentarte con tener por esposo único a Jesucristo, antes que casarte primero con el diablo para casarte luego con un varón, o, mejor aún, tener dos maridos a la vez, adulterino el segundo, con quien te uniste posteriormente, quiero decir, el hombre. Expliqué antes cuáles eran los peligros y cuáles los males que había en todo ello. Así que confío que mi parecer merecerá la aprobación de todos aquellos para quienes ocupa el lugar principal y primero el amor de Cristo y de la piedad.

Hablemos ahora con aquellos otros que, malvada e impíamente, tienen las cosas del mundo por más antiguas que las de Cristo. Advierto que dos son las dotes de mayor valía que la mujer puede aportar a su marido: la entereza de su cuerpo y la integridad de su fama. Nadie hay que delire hasta tal punto, nadie hay tan esclavo de la hermosura, de las riquezas, del linaje; nadie tan impuro y tan roto de costumbres, que no soporte a una esposa que reúna estas dos cualidades preciosas, como no hay nadie que la soporte si estas cualidades le faltan. Pues bien: ¿qué doncella guarda más íntegramente su castidad y su buen nombre: la que se mantiene encerrada en su casa o la que frecuenta sus salidas en público? En casa, ninguna ocasión de maldad; fuera de casa, innumerables ocasiones, nacidas unas de las otras y multiplicadas fabulosamente, como las cabezas de la Hidra. De la doncella casera y retraída nadie habla; de la que en público es vista, todos, y en estas conversaciones con suma facilidad queda salpicada de cieno, según quienes son los que de ella se ocupan. Y el cieno para ninguna persona es tan pegadizo como para una doncella, y para nadie tampoco es tan difícil de lavar. ¿Cuál de las dos es más admirada de los hombres? ¿En cuál ponen con más respeto los ojos y cuál conceptúan más honesta: aquella a quien ven raras

veces o nunca, o aquella otra con la cual tropiezan a cada esquina, hasta causarles enojo? Y no creen cosa fácil que guarde como es debido su entereza la que tan a menudo sale a la plaza. A buen seguro, para resolver la situación de la doncella, más conducente y práctico resulta oír de ella que no verla, dada la diversidad de caracteres y juicios de los hombres. La doncella que viene a vistas no puede menos de decir o hacer algo que desagrade, o bien al que la ha de tomar, o bien a alguno de los que le aconsejan, o a alguno a quien se otorga mucho crédito. Esto sólo basta para dirimir muchos matrimonios proyectados que estaban a punto de cuajar, realizándose aquello que, y no sin razón, el pueblo dice: *Los matrimonios que mucho tiempo se conciertan, raras veces se ajustan.*

Hablemos ahora de los vestidos y afeites. Si por todo eso te casas, ¿no prevés que va a tomarte en aborrecimiento cuando te viere sin eso? Más aún: es fuerza que depongas alguna vez esa máscara en tu casa y que trates llana y simplemente con tu marido. ¿Dejamos, por ventura, de saber que, así como nos contenta mucho más aquello en que hallamos algún bien no esperado, nos causa mayor desazón lo que nos defrauda de bienes esperados? Si pareces hermosa a tu marido por ir bien ataviada y pintada, y con todo no lo eres en realidad, teniendo formado él un alto concepto de tu hermosura, es fuerza que te cobre odio cuando se vea engañado. Cuanto más que puedo yo nombrar en esa región de Brujas, y aun en la mía de Valencia, a muchas doncellas ya avanzadillas de edad, que se quedaron solteras por ir pomposas y atildadas en demasía. *Toda la dote*—dicen—*se ha de hundir en una saya o en un collar.* Este atavío es gravoso al marido, en la casada, y al padre, en la doncella. Por eso entra en la casa aquella contrariedad característica al nacimiento de una hija, porque los padres ya desde entonces echan sus cuentas de lo que les va a costar. Añade a esto que las demasiado apuestas y arreadas quedan sospechosas de ligereza y de vanidad, y, en cambio, de la que viste llanamente piensan ser económica, discreta y grave, y cual todo casado querría que fuese su mujer. Por lo que toca a aquellas que huelgan de conversar con varones, ¿quién no las envuelve en alguna sospecha siniestra? Narran las historias que Atalanta, hija del rey Jasis, la cual, desdeñando las delicadezas y regalos de la ciudad, se dió a la vida silvestre y a la caza y fué la primera que asaeteó aquel jabalí de Calidonia tan nombrado, conservó la virginidad en el áspero deporte; pero no han faltado declamadores que pusieron su integridad en balanza y disputa, arguyendo que con frecuencia en aquel salvaje apartamiento andaba vagando con varones mozos. De la castidad de la doncella no hay rumor adverso, por delgado que sea, que, como mancha de aceite, no se esparza luego y cunda más y más, pues auméntase con las habladurías del vulgo, siempre incrédulo del mal. Finalmente, ¿cuál es el marido de tan buen estómago que tolere con paciencia a su mujer avezada a conversar y trabar pláticas con los hombres? ¿Quién no prefiere aquella que con sólo su esposo se siente a gusto y se explaya y no con un escuadrón de hombres, en donde el uno la solicita por su apostura; el otro, por sus riquezas; el otro, por su esplendidez; el otro, por su talento; el otro, por su elocuencia;

quién, por su nobleza; quién, por su robustez física? Que sean parleras las doncellas, esto es, gárrulas (¿qué es la parlería en la doncella sino pura garrulidad?), arguye liviandad de alma y malicia de ingenio, de suerte que quien la hubiere de tomar pensará que se casa con una víbora, no con una mujer. Los galanes, en cara, alaban a la doncella de decidora, danzadora, graciosa, burlona; llámanla franca, alegre, bien criada; todos por engañarla y corromperla, ninguno por tomarla; todos creen que de una tal van a hacer rápida conquista. Ninguno holgara de tomar por mujer a quien ve que se presta tan asequible a los otros. Aprueban en su presencia lo que ellas hacen, porque esa alabanza las complace. ¡Pobres de ellas si, quitado el velo, oyeran poco más tarde lo que ellos dicen entre sí! Entonces se percatarían de la sinceridad con que las alabaron y cómo las sonrieron, y cómo con palabras y con gestos las incitaron, y comprenderían que al llamarla festiva, entendían lasciva; al llamarla parlera, entendían gárrula; al llamarla graciosa, entendían ligera más de alma que de cuerpo; al llamarla bien criada, entendían decir desvergonzada, y al llamarla cortesana, entendían petulante y procaz; dijeron que era sencilla y sin engaño, y entendieron llamarla boba, ignorante del decoro femenino. Pero ¿es que estas tales mujeres hallan con quien acondicionarse? Reconozco que sí, que algunas se acondicionan por el cuidado y la providencia de sus padres o de sus parientes, o por la imprudencia y fatuidad de los maridos. Pero ¡cuántas más son las que no encuentran con quien acondicionarse! ¡Cuántas más se casan, y con maridos mejores y con auspicios más felices, sin necesidad de seducir con recursos de lenocinio a los maridos, los cuales, en sintiéndose cogidos, matan a sus mujeres a malos tratos y ruin vida. Nunca conseguirás un marido obsequioso y bueno a quien hayas embaucado con artimiñas y embelecos. En suma, si alguno es o tan loco de remate, o tan sucio y depravado, que prefiera una mujer de éstas a otra, amiga de la sociedad, de la gravedad, llana en el vestir, callada, déle enhorabuena su hija, el vecino; yo no le daría la mía, pues es fuerza que ame la ligereza y los vicios quien los antepone a la gravedad, a la honestidad y a las restantes virtudes.

Algunas cosas me quedan por decir del amor, el cual engaña miserablemente a la mayoría de las doncellas y las precipita en mil azares. Debe, pues, guardarse la doncella no dar a entender, ni por señas ni por palabras, que ella tenga ninguna voluntad al mancebo a fin de casarse con él. Porque si le demostrares amor antes de que sea tu marido, ¿qué va a sospechar él, sino que con la misma facilidad vas a amar a otro más que a él, a quien amó antes de tiempo? No creerá que va a ser amado él solo, porque no es menor el motivo por que ames a los otros, y cuando con él estuvieres unida con legítimos lazos, vas a amar también a otros, tanta es tu propensión a los amores. Disfracen otros esto que voy a decir con los colores que quieran: la que ama al que no es su marido, si tiene algo con él, en su cuerpo es loba, y si no tiene nada con él, lo es en su alma. Y no hace nada al caso que sea uno u otro el que ama, cuando no es su marido a quien ama. ¡Loca de ti!, ¿nunca oíste decir que muchas mujeres seducidas por estos amores prematuros rindieron su vo-

luntad a quienes esperaban serían sus maridos? ¿Y que éstos, una vez que hubieron hartado sus deseos, las dejaron burladas y desdeñadas? Y esto con mucha razón, pues no merecen que las tomen por esposas aquellos hombres a quienes declararon ellas mismas poder ayuntarse con quien no era su marido legítimo, pues no habrán de faltarles arrestos para hacer una cosa semejante con otros galanes antes del casamiento, y después del casamiento con otros adúlteros. No amanece día sin que en cada lugar ocurran sucesos de éstos. Y no hay mujer tan apartada y ayuna de lo que pasa en el pueblo a quien no lleguen noticias de éstas. Oigo decir en esta tierra donde vivo haber sido desechados por determinadas doncellas ciertos pretendientes por el único motivo de que no había mediado entre ellos ningún galanteo, pues decían no ser posible con maridos de esta suerte una gustosa y apacible convivencia, no habiéndolos antes del matrimonio ni conocido ni amado. Ello dicen ser frecuentísimo en Creta, como si el amor no pudiera concertarse en el matrimonio. ¿Qué necesidad hay de zaherir con palabras tales ánimos? La que no viere que ello es deshonestidad es porque ella es deshonestísima. ¿Tú no puedes, pues, querer a tu marido porque se unió contigo, por las leyes de Dios, por el mandamiento de Dios, y siendo, como quien dice, el mismo Dios el padrino de tu boda, sino porque te avezaste a su amor antes de las nupcias santas y legítimas, y caldeada con su conversación y trato, llevas el deseo al hecho matrimonial? Otro tal hacen las rameras, que por esta causa aman a sus hombres, y, ciertamente, tú no eres muy desemejante de esas damas cortesanas. Y así acontece, como por punición divina, con esas doncellas: que toda la llama del amor que convenía ardiera en el matrimonio, arda antes del casamiento, y que en los primeros abrazos de las bodas pierda bríos y se apague. De ahí vino aquel refrán: *Los que se casan por amores, siempre viven con penas y dolores*, puesto que suele acaecer en muchos que, extinguido aquel ardimiento amoroso, sucede el odio más enconado, cosa que da a todo el pueblo materia de fábulas y grandes habladurías cuando se entera que aquellos enamorados furibundos, a los tres o cuatro días de luna de miel han reñido violentamente y venido a las puñadas y a los palos, y que cuando aún el pan de boda estaba sobre la mesa aderezada, hicieron divorcio. Y no es de maravillar; no puede durar el fuego que carece de pabilo ni el amor que no se alimenta de buenas costumbres, puesto caso que, como dice Cicerón, *entre malos no hay amistad firme*. Si con amoríos no pueden concertarse casamientos ni con tan frágiles nudos atar aquel gran afecto santo, pensar debe cada uno cuánto menos cumple hacerse la tal alianza por vía de contiendas, riña, pleitos, odios mutuos, como cuando la mujer, por vía de justicia, pretende a un hombre por marido, o, al revés, un hombre pretende por esposa a una mujer. En toda mi vida leí, vi ni oí cosa más desvariada ni absurda que querer traer por la fuerza a quien ha de tenerte compañía toda su vida y vivir contigo indisolublemente, el cual, si no te tuviere buena voluntad, habrá de darte ruin vida. ¡Como si el amor pudiera imponerse obligatoriamente! El amor no se saca por fuerza, sino que brota por sí mismo, ni será amigo jamás quien con íntima repugnancia fué

llevado a una situación en donde se le tenga cohibido.

¡Oh, cuán gran locura es inaugurar con odio el sacramento del amor sagrado! Por cierto que no querría yo retener a un esclavo mío contra su voluntad, cuanto menos a mi mujer. Y no solamente digo que no se ha de secuestrar al varón que muestra repugnancia y mala gana, sino que tampoco la mujer debe tomar marido que no vaya de buen grado y deseoso al casamiento. Ni conviene que el padre o los curadores de la doncella rueguen ni trafaguen, ni parece bien que la doncella se ofrezca espontáneamente, sino que debe ser el varón quien la pida en matrimonio. Así se haría si el dinero no lo midiese y gobernase todo. Ahora la mujer cásase con el dinero, y con el dinero se casa el hombre, como con no menos donaire que verdad dijo Séneca: *Con los dedos tomamos las mujeres.* Por eso es que tan a menudo vemos tan tristes e infelices casamientos, cuando una y otra de las partes se tiene por casado con la hacienda, no con la persona, y cada uno se abraza estrechamente con el arca, el marido teniendo a la mujer como por manceba, y la mujer al marido como amante, sin más aliciente que el cebo del placer, y para todo lo restante, el uno al otro aborrecible y odioso. Los que se unen por las riquezas habitan juntos, pero no viven juntos; los que por el deleite y la hermosura, experimentan cómo con su desaparición el amor conyugal se desvanece. Mas aquellos a quienes aunó un amor auténtico y sincero, estas dos personas hácense una sola alma, que es la natural eficacia del verdadero amor. Los que quieren conservar las cosas de la Naturaleza enteras y puras y no corromperlas con sus podridos juicios, dicen ser el casamiento una unión o nudo de amor, de bienquerencia, de amistad, de caridad, de piedad, de todas las suavidades, de todas las dulzuras, de los más caros nombres que le rodean y sustentan. Por eso no engañan a quien va a ser su compañía inseparable con falaces embelecos ni le arrebatan ni arrastran a viva fuerza, sino que le toman y le conducen, y ello abierta y simplemente, con pureza, con llaneza y libertad, porque ni uno ni otro, o entrambos juntos, no se quejen de haber sido capturados, engañados o forzados con daño mutuo. Y hácese entre ellos aquella santa y feliz concordia, que es la más dulce sazón del matrimonio.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS CASADAS

CAPITULO PRIMERO

DEL MATRIMONIO

No hay lugar aquí de tratar de los loores o vituperios del matrimonio ni hay que tocar acerca de él las añejas cuestiones; verbigracia: si el sabio debe tomar mujer, ni aquellas otras que nuestros autores cristianos suscitaron sobre el matrimonio, el celibato, la virginidad, ni aquellos puntos de que disputó San Agustín y los restantes escritores de

nuestra santa religión, Sé que no han faltado quienes arreciaron contra la institución matrimonial, y ya no sólo los herejes, como fueron los maniqueos, los cuales totalmente imponían su abstención, cuyo error fué desechado y anatematizado; mas aún los gentiles, quienes de ciertos males particulares sacaron una condenación general de todo el sexo, siguiendo la costumbre, demasiado vulgar, según la cual, por determinadas particularidades conocidas, pronunciamos un veredicto absoluto de toda una nación, y así quedaron difamados: los cartagineses, de perfidia; los cílices, de latrocinio; los romanos, de avaricia; los griegos, de liviandad. Debieran las matronas honestas odiar y perseguir a las malas mujeres como a pública mácula de la estimación y honra de todas ellas.

Y no hubo nadie que osara vituperar agriamente el sexo femenino, que no dejase de reconocer que la mujer buena es una cosa óptima, de muy buen agüero y de suma prosperidad, y, como dice Jenofonte en sus *Económicas*, a saber: *que la mujer es gran parte de la felicidad del varón*. El sabio Teógenes dice que no hay cosa más dulce que la buena mujer; Sixto, en sus *Sentencias*, la llama gloria del varón; Eurípides, el trágico, quien, exacerbado por dos esposas poco honestas, hinchó sus tragedias de denuestos y maldiciones contra las mujeres y con un vocablo griego fué llamado *ginófobo*, o sea aborrecedor de las mujeres, con todo, no titubea en afirmar que no hay contentamiento en el mundo que igualar se pueda con el de los bien casados. Y el poeta Hesíodo, enemigo capital de las mujeres, dice que así como no hay cosa más infeliz que el hombre a quien tocó una mujer mala, no lo hay más feliz que el que consiguió una buena.

Aquel famoso rey Salomón, a quien las mujeres enloquecieron, y de sapientísimo que era hízose insipientísimo, como abominando sus propias fechorías, muchas veces se deja arrebatar impetuosamente a la reprensión de las mujeres; pero lo hace de tal manera, que con frecuencia parece harto claramente de qué mujeres habla. En los *Proverbios* escribe que la mujer necia y audaz se verá necesitada de pan, y que la mala esposa así consume a su marido, como al leño la carcoma. Y en el mismo libro de los *Proverbios*, qué espléndido y glorioso pregón y elogio hace de la mujer buena, de la cual dice: *Señalado será en las puertas su marido cuando se sentare con los ancianos del pueblo; fortaleza y buena gracia es su vestido y reirá hasta el día postrero. Su boca abrió a la sabiduría y la ley de piedad estuvo en su lengua. Levantáronse sus hijos y la proclamaron muy bienaventurada y su marido la alabó. Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú subiste sobre todas*. Estas y otras cosas dijo el muy sabio rey, las cuales veo ser aprobadas con unánime consentimiento por todos los hombres de mayor cordura. Por lo demás, yo no me meto en lo que algunos hombres ingeniosos han disputado, o, mejor, por vía de ejercicio declamado, acerca del matrimonio; no obstante, todos los otros hombres letrados y sabios enseñaron que el hombre se debía casar, cosa que practicaron ellos mismos. Primeramente, aquellos siete sabios de Grecia fueron casados todos, y después lo fueron Pitágoras, Sócrates, Aristóteles, Teofrasto, los Catones, Cicerón, Séneca, porque vieron que ninguna otra cosa es tan conforme a la Naturaleza

como la unión de marido y mujer, por la cual el género humano, que individualmente es mortal, en su totalidad se hace eterno, y con ello restituyes a la posteridad lo que recibiste de tus mayores, como agradecimiento a la Naturaleza. Aristóteles, en sus *Libros morales*, aconseja al ciudadano que tome mujer no sólo por respecto de los hijos, sino también de la vida en común, que es la primera y más estrecha de las uniones. Y así es, en hecho de verdad.

De aquella comunicación y amistad universal que nos contiene a todos como hermanos, hijos del Padre de todas las cosas, Dios, y con la cual la misma Naturaleza, que en casi todos los hombres es idéntica, y que nos liga con un mutuo afecto, son harto más estrechas las que establecen entre los que participan de unos mismos sacramentos, se rigen por las mismas instituciones humanas y un mismo Derecho civil. Sentimos mayor propensión para con nuestros connaturales que para con los extranjeros, y de los connaturales amamos más a los deudos, y de éstos, los que más nos están ligados por los vínculos de la sangre, y de los que con vínculos de sangre nos están ligados, ninguno más cercano que la mujer, la cual, así que la vió el primer padre del linaje humano, proclamóla hueso de sus huesos y carne de su carne, y cuando todavía no había padres ni madres en el mundo, con todo, puso ley como por palabras de la misma Naturaleza, diciendo: *Por amor de ésta dejará el hombre a su padre y a su madre y estará unido con su mujer y serán dos en una sola carne.* ¿Quién dirá que el matrimonio no es cosa sacratísima, pues Dios lo instituyó en el Paraíso, cuando el linaje humano conservaba toda su pureza e integridad y no se había mancillado aún con culpa alguna; lo escogió en su madre, lo santificó con su presencia, y en la ceremonia y celebridad de unas bodas quiso hacer el primero de sus milagros y mostrar un barrunto y señal de su divinidad, por dar a entender que El había venido por salvar a aquellos que habían sido perdidos, por los que de aquel modo estaban unidos y de quienes nacían por estar unidos de aquel modo? Pero aquí no escribimos loores del matrimonio, que varones de la mayor facundia lo han tratado en discursos grandilocuentes. Aquí sólo tratamos de formar a la mujer cristiana.

CAPITULO II

QUÉ ES LO QUE DEBE PENSAR LA MUJER QUE SE CASA

La mujer, al contraer matrimonio, debe pensar en su origen y comienzo y revolver en su pensamiento una y muchas veces las leyes que lo regulan, y así debe ella prepararse para, una vez que se haya penetrado bien de tan gran misterio, cumplir con lo que es obligado. El Príncipe y Hacedor de esta inmensa obra, que es Dios, cuando hubo introducido al hombre en la tierra, creyó no ser conveniente dejarle solo, y le dió una compañera semejante a él y animada con el mismo soplo, muy parecida a él en alma y cuerpo, con la cual pudiese conversar y vivir a su placer, y, a la postre, viniera la procreación de los hijos, si les viniere voluntad de ello, puesto que el matrimonio no tanto fué ordenado con vistas a la prole como para una cierta comunidad de vida y sociedad indisoluble; ni el nombre de marido es nombre de carnalidad, sino de unión para todos los

menesteres de la vida. Dios presentó la mujer al varón, lo cual no es otra cosa sino que Dios mismo fué autor, hacedor y padrino de las bodas, y por eso Cristo, en el Evangelio, llama a los casados unidos por Dios. El varón, luego que vió a la mujer hecha a su forma y semejanza, comenzó a amarla con exclusión y le dijo: *Este hueso es de mis huesos y esta carne es de mi carne; ésa será llamada virago, porque está tomada del varón; por ella el hombre dejará padre y madre y venirse ha con su mujer y serán dos en una sola carne.* Cuando se dice en una sola carne hase de entender que se harán una misma cosa. Por carne se entiende hombre, según la propiedad de la lengua hebraica. De manera que los que antes fueron dos, fundidos en el matrimonio, se hacen uno. Este es el admirable misterio del matrimonio: que de tal manera se unan los cónyuges, se amen y se mezclen, que de los dos se hace uno, lo cual se verificó en Cristo y en su Iglesia, como enseña el Apóstol San Pablo. Fuerza ninguna podría lograr esta unificación, sino una fuerza divina. Menester es, pues, que sea una cosa muy santa esa en que Dios interviene tan particularmente. Por todo lo cual piense la mujer que al acercarse a ese sacramento no va a saraos o a juegos o a convites. Más arriba tiene que poner los ojos. Dios es el áuspice, la Iglesia es la madrina. Por esta causa, la unión que con tales padrinazgos se concertó y se fijó, no permite Cristo que por ningún mortal sea deshecha y de uno haga dos, que de dos fueron hechos uno, diciendo en su Evangelio: *Lo que Dios ayuntó, no lo separe el hombre.* Y si esa separación es un crimen, por manos humanas no puede ser desatado el nudo que Dios estrechó con las suyas propias, ni ningún otro debe intentar abrir lo que cerrado está con la llave de David, que tiene sólo el Divino Cordero inmaculado.

Ya desde el principio prepárate, pues, ¡oh mujer cristiana!, a unir a ti con el amor a aquel a quien Dios unió con el sacramento, para que esa coyunda te sea llevadera y fácil. Ni tampoco quieras que el vínculo se desate o se afloje y no te envuelva a ti y a tu consorte en una molestia de que no os podríais desasir y en una miseria que no tendría término. Una gran parte de este negocio está en tu mano. Tú puedes con tu recato, con tu modestia, con tu obediencia y mansedumbre, ganar a tu marido y vivir felices y contentos. Y al revés, con tus vicios del alma y del cuerpo, hacer que sea duro y áspero para ti, y a ti y a él fabricarle una molestia y un tormento que ni la misma muerte acabará. Serás perpetuamente una esclava en la tahona, trabajarás, rodarás la muela, llorarás, te afligirás maldecirás el día que te casaste, renegarás del día en que naciste y abominarás de tus padres, de tus consanguíneos, de todos los que entendieron en ese matrimonio infernal, si hicieres con tu mala condición que tu marido te tome odio. Y, por el contrario, en tu casa, llena de regocijos, serás dueña, gozarás, saltarás de júbilo, bendecirás el día en que te casaste, y a los que te juntaron con tal marido, si con tus virtudes y con tu humildad, y con tu cordura ganares su voluntad y le hicieres todo tuyo. Como dice el sabio poeta Mímico: *La mujer buena, obedeciendo al marido, le manda.* Plinio *el Joven*, teniendo a la mujer tal como él la quería, hacíase a su vez para con ella toda afabilidad y dulzura, y en una carta suya da gracias a Híspula, tía de su mujer, en

nombre de ella y en el suyo propio: *Yo*—dice—, *porque me la diste; ella, porque me recibió de tu mano, como si me escogieras a mí para ella y a ella para mí.* Sobre todo, la cabeza y parte principal, y aun no sé si diré sola de las leyes connubiales, es aquella palabra divina: *Serán dos en una carne.* Este es el quicio del matrimonio, el vínculo de esta santísima conjunción. Es preciso que la mujer enderece todos sus pensamientos, palabras y obras a ese blanco para guardar con suma pureza y rectitud las santas leyes del matrimonio y vivir con todo contento y bienandanza. Esto debe revolver siempre en su ánimo la mujer casta y honrada. Para cumplir con esta ley y para exteriorizarla y hacerla patente en todas sus obras meditará de día y de noche, teniendo por cosa cierta que ninguna virtud le faltará si sólo esta ley observare; a saber: que considere ser una misma cosa con su marido y viva de tal manera, que a las claras se demuestre que lo es y lo sea en realidad. Y, por el contrario, que no tendrá virtud ninguna si tal no fuere.

Muy semejante es este precepto al otro, que Cristo hartas veces dijo ser el único que dejaba a los suyos: *Que se amasen los unos a los otros.* El sapientísimo inspirador de los afectos humanos no ignoraba que cualquiera que fuese la alianza que se concertara con ese aglutinante no había menester de ningunas otras leyes, edictos, estatutos, convenios ni pactos; que todo discurriría en sabrosísima paz y concordia; que no se originarían riñas, pleitos ni querellas, pues no hay persona alguna que envidie, o se enoje, o injurie, o promueva contiendas, o desee anteponerse al ser a quien ama; piensa de él lo que de sí mismo y no le desea menos ventura que a sí mismo y considera que todo lo de él es suyo y que, a su vez, todo lo suyo es de él; que él es su *alter ego* y que su *alter ego* es él. ¡Oh fuerza de la palabra divina, digna de toda adoración! Muy abreviadamente habló el Señor; solas tres palabras dijo, y con ellas expresó todo cuanto los mortales con larguísimos proemios no tanto explican como trabajan y se esfuerzan por explicar con su balbuceo y con su afasia. Yo no doy ninguna otra ley al matrimonio; ésta sola es bastante; ésta sola comprende todo cuanto puede excogitar el humano ingenio o puede explicar la lengua mortal más elocuente. Crea la mujer, no a mí, sino al primer padre del linaje humano, Adán, o antes obedezca al mismo Cristo, el cual manda en su Evangelio que sean los dos una sola persona humana, y dice: *Lo que Dios unió.* La mujer que de tal manera vive, que piensa ella y su marido ser una sola cosa, ésa cumple perfectamente todos sus deberes de esposa santa. Relevados quedábamos del trabajo y del afán de escribir con este único mandamiento de Dios si tan profundamente se hubiere impreso en el entendimiento de las mujeres, que pudieran y quisieran entenderlo fácilmente y retenerlo y ponerlo en ejecución; pero porque se ahinque con más fijeza y arraigue más firmemente, habrá que repasarlo y revolverlo de muchas maneras y ponerlo ante los ojos bajo varias formas, e insistir en él pacientemente para que con mayor facilidad pueda ser comprendido y retenido. No obstante, tenga presente en todo momento la mujer cristiana que todo lo que dijéremos será aquello mismo, como el hombre es siempre el mismo, aunque muchas veces cambie de vestido.

El día de la boda (puesto que es

el comienzo de una vida nueva, cuyo suceso es incierto) ninguna necesidad hay de bailes ni de danzas, ni de aquel estrépito de banquetes y de descomedidos regocijos, no sea que acontezca lo que dice el Sabio: *La risa se mezclará con el dolor y el llanto moja el calcañar del gozo.* Con mejor acuerdo debiera inaugurarse el nuevo estado con súplicas y con oraciones para que le dé faustos sucesos Aquel en cuya mano está el poder darlos. Cuando se ha de emprender algún viaje largo, azaroso, incierto, nadie llama al flautista ni invita a sus amigos a un baile, sino que implora el favor divino porque acabe bien y felizmente aquella empresa. ¡Con cuánta mayor solicitud y con cuánta mayor devoción debería esto hacerse el día de la boda, que para uno y otro de los cónyuges es como su día natalicio, bien para su felicidad, bien para su desventura! ¡Admirable cosa es hasta qué punto pervierte el seso de los hombres el diablo, consejero e instigador de todo ejemplo pésimo, que en los antídotos todos que nos dió la bondad de Dios contra la ponzoña mezclamos nosotros una tan grande dosis de veneno, que se nos vuelvan mortíferos, y que de allí mismo, donde cabía esperar la salud, nazca la perdición! Hicimos en el bautismo profesión solemne de renunciar a las pompas de Satanás, y precisamente vamos al bautismo con una pompa imponente. Permitido está el matrimonio para remedio de la concupiscencia, y nosotros hacemos del matrimonio la ceremonia más provocativa. Muy gravemente duélese San Juan Crisóstomo de que en el mismo día nupcial el alma de la tierna doncella sea por todos lados atacada por tantas máquinas infernales. Con harta cordura nos conduciríamos si en medio de tan deshecha tempestad y bullicio de pasiones pudiéramos empuñar con firmeza el timón de nuestra conciencia, porque, al menos, entre vientos tan bravos surgiéramos salvos en el puerto.

CAPITULO III

DE DOS COSAS PRINCIPALES QUE HA DE TENER LA MUJER CASADA

Entre las virtudes de la mujer casada es menester que tenga dos de suma importancia y que descuellan por encima de las otras. Si no le faltaren, estas dos virtudes pueden hacer el matrimonio firme, estable, perpetuo, fácil, ligero, dulce, preñado de ventura buena. La falta de una de ellas lo hará flaco, enojoso, desabrido, insoportable, misérrimo. Estas son: castidad y amor entrañable al marido. La primera se debe traer de la casa paterna; la segunda, tomarla al pisar el umbral de su marido, por manera que, dejados sus padres, sus parientes, sus deudos, esté persuadida que todo eso que dejó va a encontrarlo todo junto en su marido. En una y otra virtud refleja la imagen de la Iglesia, que es castísima y guarda tenacísimamente a Cristo, su Esposo, una fidelidad sincera, a pesar de que la solicitan dentro de sus puertas tantos adúlteros, como son los herejes bautizados, fuera de ellas la combaten tantos gentiles, como son los turcos y judíos. Y con todo, jamás la inficionó la mancilla más leve, pensando y sintiendo que en Cristo, su Esposo, tiene puestos todos sus bienes. La castidad en la mujer casada debe ser aún mayor que no en la mujer soltera, porque si de casada la manchas y corrompes (¡lo que no quiera el Cielo!), mira a cuántos

ofendes con un mismo pecado y cuántos jueces ensañas contra ti. Primeramente ofendes a dos, cuyo valer en tu estimación conviene que exceda todo precio: el uno es Dios, autor del matrimonio, que os unió, y en cuya divinidad y nombre santísimo juraste la pureza del tálamo; el otro es tu marido, próximo a Dios, a quien te consagraste por entero, en quien violas todos los amores y todas las piedades, pues tú eres para él lo que fué Eva para con Adán: hija, hermana, compañera, esposa. Añade a esto que eres otro él y tu infidelidad equivale a poner las manos en ti misma. Disuelves la unión más estrecha de todas las uniones, desatas el más sagrado vínculo que existe entre los hombres y quiebras aquella fe que muchos que la dieron a sus enemigos armados guardaron con la pérdida cierta de su vida. Y tú la quebrantas con tu marido y con aquel pecho que debiera serte más caro que no el tuyo propio. Ensucias a la Iglesia limpísima, que prestó sus manos para enlazar las vuestras; dirimes una sociedad civil; violas las leyes y ofendes a la patria; hieres a tu padre con azote amarguísimo; golpeas a tu madre, a tus hermanas, a tus hermanos, a tus próximos parientes, a tus afines, a tus deudos; eres para tus iguales dechado y ejemplo de maldad; marcas con hierro de vergüenza a todo tu linaje y, madre dementísima y fierísima, pones a tus hijos en tanto aprieto, que ni pueden oír el nombre de su madre sin sonrojo, ni el de su padre sin recelo. Ataste a ti misma con perjurio y sacrilegio, pues por el sacramento y por el voto vuestros cuerpos están consagrados a Dios. Además, fuera de la mancha puesta en tu sangre, traspasas la herencia de sus dueños legítimos a los extraños; pones en peligro a los hermanos de que se mezclen incestuosamente con sus hermanas. ¿Cómo más gravemente pecan o con más tétrica fechoría se contaminan los que asuelan su patria, los que quitan las leyes y la justicia, los que degüellan a sus padres, los que barajan y revuelven lo sagrado con lo profano?

¿Qué dioses, qué hombres piensas que te pueden ser propicios? A ti, los ciudadanos; a ti, las leyes; a ti, el Derecho humano; a ti, la patria, los padres, los parientes, los hijos; a ti, el marido te condenan y te castigan. En ti vengará Dios atrocísimamente su majestad ofendida y conculcada. Y porque no lo ignores, sábete, ¡oh buena mujer!, que si tienes la castidad y la pudicicia, la tienes entregada y depositada bajo fe, encargada por tu marido, que te la confió; por todo lo cual es el colmo de la iniquidad dar contra la voluntad de su dueño lo que te es ajeno, de suerte que a todos los otros males añades el hurto. Una cierta mujer casada de Lacedemonia contestó a un mancebo que le pedía una cosa fea: *De grado te la diera si me pidieses cosa mía; mas lo que pides fué de mi padre mientras fuí doncella, y ahora, después que me casé, es de mi marido.* Donosa y aguda respuesta, a fe, y aviso prudente para las mujeres casadas. Y no es menos donoso el caso ocurrido con una mujer de la Insubría, la cual como amase ternísimamente a Marfidio, su marido, y un galán pretendiese de ella favor torpe y encareciese el feo ruego invocando la vida y la salud de Marfidio: *Pero es el caso que Marfidio*—dijo ella—*prefiriera morir cien veces a que yo cometiese una sola vez lo que me pides por su salud; pídeselo a él mismo.*

El Apóstol San Pablo dice, adoc-

trinando a la Iglesia de Dios: *La mujer no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido.* Esta tajante sentencia, que aparta de la mujer toda suerte de siniestra torpeza, es de tanta importancia y tanto de guardar, que San Agustín no aprueba en la mujer casada el voto o el propósito de continencia si el marido no lo aprueba. San Jerónimo o quien sea el que le escribió la carta, varón ciertamente docto y santo, reprende a Celancia, ejemplar madre de familia, porque, sin consultar a su marido, hizo voto de perpetua continencia. Ni aun para el bien de la continencia tiene la mujer facultad sobre su cuerpo; colija ahora cada uno la que tiene para el mal. Repruébase la continencia sin conocimiento del marido. ¿Qué será el adulterio contra la voluntad del marido? Oye qué palabras usa San Agustín: *También me enteré de otra cosa que me desazona e intranquiliza no poco; conviene a saber: que tú comenzaste a practicar el bien de la continencia sin consentimiento y avenencia con el marido, siendo así que lo prohibe en absoluto la autoridad del Apóstol, que en ese punto concreto no solamente subordina la mujer al marido, sino también al marido a la potestad de la mujer. La esposa*—dice—*no tiene poder sobre su cuerpo, sin el marido. Y, por el contrario, el marido no tiene poder sobre su cuerpo, sino la mujer. Pero tú, como olvidada de la alianza nupcial y sin parar mientes en ese pacto y en ese derecho, temerariamente votaste castidad a Dios. No carece de riesgo prometer lo que está bajo la potestad de otro, y no sé cómo pueda ser agradable a Dios el que uno solo ofrezca lo que a dos pertenece.* Así habla el santo doctor, y en este parecer es común el acuerdo de todos los escritores sagrados. Y si San Agustín reprende tan acremente a una matrona honestísima por una santa resolución que no estaba en su sola mano el tomar, ¿cuáles fueran sus palabras si las aplicara a una mujer mala en una cosa feísima?

Y porque entiendas por cuán grave crimen tiene Dios y tienen los hombres al adulterio, sábete que Cristo, como mandase en el Evangelio a todos que retuviesen a sus esposas, no los deja ninguna vía para que las pudiesen dar de mano y desechar, con la sola excepción del adulterio. De manera que ha de sufrirse la borracha, la iracunda, la gastadora, la haragana, la golosa, la mentirosa, la vagabunda, la de flaca salud, la rencillosa, la maldiciente, la fatua, la loca; sólo la adúltera puede ser desechada. Graves son estos vicios, pero pueden sufrirse; pero no guardar la fidelidad del tálamo, es intolerable. Homero, entre las más fieras abominaciones que pueden infligirse a los hombres, pone como la principal que sus mujeres den parte de sí a los maridos ajenos. El santo Job pide a Dios que si hubiere acechado a la puerta de su amigo, eche sobre su cabeza esta imprecación: *Enamorada de otro sea mi mujer y encima de ella se encorven otros.* Es decir, aquella maldición que está en pugna con la naturaleza y razón del matrimonio, que se afianza en el amor mutuo. Desde el momento en que una mujer da entrada en su pecho a otro hombre que no sea su marido, cobra a su marido un tal miedo que le odia con el más capital de los odios; jamás se le pone delante que no se empavorezca y no se horrorice, como si con sus negras teas las Furias la acosasen, como las fábulas relatan.

Existen, además, otros dos bienes con que la Naturaleza galardonó al matrimonio, a saber: la prole y la hacienda familiar. También estos dos bienes vicia y corrompe el adulterio, pues, como decía poco ha, torna la prole dudosa y daña la economía doméstica, puesto que la mujer, enajenada por el adulterio, descuida su casa y, olvidada de sí misma, no puede querer la fortuna de aquel cuya vida tiene en aborrecimiento; ni aun a sus mismos hijos ama. Y con efecto, ¿qué no dará la mujer a aquel a quien prostituyó su persona y sacrificó su honestidad; es decir, su más avariento tesoro? ¿Negará dinero, negará un reino, si le tuviere, o la muerte de sus hijos, a quien no se negó a sí misma, a quien entregó su conciencia? Livia, hermana de Germánico, una vez que hubo hecho entrega de su pudor a Seyano, hombre de más de mediana edad, ruin, impuro, no pudo negarle la muerte de Druso, su marido, hijo de Tiberio César, heredero de tamaño imperio, mozo de gran prestancia y gentileza, generosísimo, muy valiente; ni tampoco la muerte de los hijos que había tenido de él, menospreciando la esperanza del reino muy cierta, despojándose del amor de sus hijos, sin pizca de reverencia por su madre, Antonia, y por su abuela, Augusta, matronas las más respetables de su tiempo, olvidada de su sangre nobilísima, olvidada de su padre y de su hermano, a quienes, por su gran probidad, el linaje humano veneraba como a dioses; con todo lo cual, bajo el más suspicaz y más cruel de los suegros, se aparejó unos tormentos, a los cuales debían sucumbir, como aconteció en hecho de verdad, la misma Livia y Seyano y la taifa de todos sus amigos, por mil géneros de muertes atrocísimas.

Ningún sentimiento noble se reserva la mujer que echó la honestidad lejos de sí. Y esto entendiéronlo no sólo las santas mujeres cristianas, sino también las profanas y gentiles, entre las cuales hubo algunas que habiendo sido corrompidas se tuvieron por indignas de vivir, como Lucrecia, esposa de Colatino, cuya hazaña con toda razón es famosísima por el admirable amor de la castidad. Y hubo otras que porque su castidad no naufragase, a sí mismas se dieron muerte. Tomada Atenas por Lisandro, rey de los lacedemonios, quien impuso a la ciudad un gobierno de trigintiviros, quienes se comportaron con tanta soberbia e insolencia, que merecieron el nombre de tiranos; como fuese que escarnecieran la honestidad de muchas mujeres, la esposa de Nicerato, por no verse obligada a soportar aquel ultraje, se suprimió a sí misma con muerte voluntaria.

¿Por qué he de nombrar una por una a las que tal hicieron? Las mujeres de los teutones, tras la batalla junto a las Aguas Sextias, en que Mario derrotó y mató a una infinita muchedumbre de ellos, rogaron a Mario que las enviase por sirvientas a las sagradas vírgenes de Vesta, que ellas, no menos que las vestales, vivirían en adelante sin ninguna suerte de trato con varones. No habiendo conseguido esta merced del férreo corazón de Mario, a la noche siguiente todas se ahorcaron.

En la guerra que hubo entre los focenses y los tésalos, habiendo los tésalos con un poderoso ejército entrado en la tierra de los focenses, Daifanto, personaje entre ellos el más principal y su primer magistrado, persuadió al pueblo que, apretados todos en estrecho y poderoso

haz, saliesen al encuentro del enemigo; pero que a los niños, y los ancianos, y las mujeres, y toda la restante población que no estaba en condición de tomar las armas, se les encerrase en algún lugar apartado y desconocido, rodeado con grandes montones de leña y paja para que, si fuesen vencidos, se le prendiese fuego y se quemasen. Pareciéndole bien este acuerdo al pueblo reunido, levantóse un anciano, que sugirió la idea de que fuesen consultadas las mujeres; si ellas consentían, enhorabuena que así se hiciese; pero que si no se avenían a ello, le parecía inicua tal resolución, tomada sin consultar su voluntad. Fueron preguntadas las mujeres reunidas en consejo y asamblea, las cuales respondieron a una voz que aprobaban el acuerdo de Daifanto y que le daban las gracias más efusivas por haber mirado tan bien por la ciudad y por su honra. Así que fueron encerradas con aquel designio en un lugar secreto; mas los focenses, como harto lo merecía aquel amor heroico de las mujeres a su honestidad, vencedores en la colisión, se reintegraron, sin más, a su patria. Damo, hija de Pitágoras, preguntada *cuándo la mujer era pura de contacto con varón*, respondió: *Con el suyo, siempre; con el ajeno, nunca.* ¡Y esto lo hacían unas mujeres paganas, sumidas en tinieblas, en que todo era oscuro e incierto, desconocedoras de cuán gran sacramento es el matrimonio! Harta materia de rubor para las mujeres cristianas, redimidas por la sangre del Redentor, purificadas por el bautismo, adoctrinadas por el Evangelio, ilustradas con lumbre de lo Alto.

CAPITULO IV

CÓMO SE HA DE HABER CON SU MARIDO

Materia varia en grado sumo y muy difícil de particularizar es la obligación de la mujer para con su marido, y que en una sola palabra, como dije un poco más arriba, resume Nuestro Señor. Acuérdese la mujer de lo que hemos dicho con tanta insistencia, a saber: que constituye con su marido una sola individualidad, y por esta razón debe amarle no de otra manera que a sí misma. Ya lo dije antes, pero hay que repetirlo de nuevo, puesto que es la cifra y el compendio de todas las virtudes de la mujer casada. Esta significación tiene, esta obligación impone el matrimonio. La mujer tiene que pensar que su marido lo es todo para ella y que este título sustituye a cualesquiera otros títulos, aun los más apreciados de padre, madre, hermanos, hermanas; que es lo que Adán fué para Eva, lo que fué Héctor para la honestísima Andrómaca, como se lee en Homero: *Tú para mí, tú solo eres mi padre y mi madre revenciada; tú, mi dulce hermano; tú, mi esposo en toda cosa grata.* Si la amistad de dos almas hace una, con cuánta mayor verdad y más activa eficacia conviene que esta unificación resulte del matrimonio, que es, con mucho, la más fina y más firme de todas las amistades. Por eso se dice que se hace, no una sola alma o un cuerpo solo, sino una sola persona, un hombre solo. Aquello mismo que el varón dijo de la mujer: *Por ella dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá con su esposa*, con mayor motivo y con mejor razón conviene que la mujer lo diga y lo sienta, porque, aun cuando de entrambos se haya hecho uno solo,

con todo, la mujer es hija del marido y es más flaca, y por lo mismo ha menester de su defensa; desamparada de su marido, queda sola, desvalida, expuesta a todos los vaivenes y a todas las injurias; pero con la compañía de su marido, dondequiera se halle, tiene patria, tiene casa, tiene hogar, tiene padres, tiene parientes, tiene riquezas. De esto abundan los ejemplos. Hipsicratea, esposa de Mitrídates, rey del Ponto, que vestida de hombre siguió los pasos de su marido derrotado, fugitivo, y buscando por doquiera escondrijos en las soledades, pensó y dijo que en cualquier lugar estuviese su marido, allí encontraría su reino, allí sus riquezas, allí su patria. Y está fuera de contradicción que esta actitud de su mujer fué para Mitrídates más grande alivio de sus dolores y el conhorte de tamaños infortunios. Flacila siguió a Nonio Prisco, y Copracia Maximila a Glición Galo, sus maridos respectivos, con pérdida de grandes riquezas, en su destierro fuera de Roma, y aun de Italia, persuadidas de que en sus maridos tenían, y con muchas creces, todos aquellos bienes que dejaran en su patria. Por eso alcanzaron a los ojos de todo el mundo la más grande gloria. Y no menor la consiguió Turia, que proscrito su marido por los triunviros, le tuvo escondido en un desván, con la complicidad de una criada, salvándole de una muerte inminente, con grave riesgo de su propia vida. Sulpicia, esposa de Léntulo, la cual, siendo muy mucho guardada de su madre porque no se fuese en pos de su marido, que estaba proscrito por los triunviros, vestida como un esclavo, con dos mozas y otros tantos criados, llegó huída clandestinamente a donde estaba su marido, sin dudar en proscribirse a sí misma, para dejar constancia de su fidelidad para con el esposo proscrito.

Muchas otras mujeres ha habido que prefirieron ellas sufrir los peligros más que sus maridos. La mujer de Fernán González, conde de Castilla, como fuese que el rey de León, ciudad de España, en las Asturias, tenía a su marido en prisión, ella, haciendo como que venía a visitarle, se llegó a la cárcel y convenció a su esposo que, trocando con ella su vestido, se saliese y la dejase a ella en aquel lugar de peligro, cosa que hizo él. Maravillado el rey de la ejemplar abnegación de aquella mujer heroica, y deseando para sus hijos esposas tales, la envió a su marido. De la misma nación y del mismo temple fué la esposa de Roberto, rey de Inglaterra, la cual, habiendo su marido en una expedición contra los sirios recibido una amplia herida en un brazo con una espada enherbolada, de regreso en su patria, y no hallando otro remedio para su salud sino chupándole alguno con la boca aquella mezcla de ponzoña y de podre, y entendiendo el rey que quienquiera se prestase a aquel servicio iba a pagarlo con su muerte cierta, y negándose a que nadie se expusiese a aquella prueba, ella, su esposa, por la noche, desatadas las vendas, al principio no sabiéndolo su marido y más tarde con su connivencia, succionando y escupiendo, poco a poco le sacó todo el veneno y ofreció a los médicos la herida mortal curable muy fácilmente. ¡Oh cuánto me duele (si esta historia es de creer) no conocer el nombre de este dechado de mujeres casadas, dignas de ser celebradas con los encomios más entusiastas! Con todo, su heroico gesto no fué silenciado, porque, si no me engaño, quedó registrado en las crónicas de España que escri-

bió don Rodrigo, arzobispo de Toledo, de donde yo lo sacaré algún día y lo pondré en mis libros con la honorífica mención que se merece. Asimismo, como los isleños de Tiro pasasen en gran número a la tierra de los lacedemonios, y sospechando éstos que fraguaban alguna innovación política y un golpe de mano, metiéronlos a todos en la cárcel pública y los condenaron a muerte; sus esposas, habiendo conseguido de los carceleros licencia no más que para entrar a verlos y a consolarlos en aquel trance desesperado, cambiaron los vestidos con sus esposos. Estos, con la cabeza cubierta como era en ellas costumbre, se evadieron de la cárcel, dejaron en aquel lugar a sus mujeres, que luego recuperaron con sus hijos, después de haber puesto pánico en los lacedemonios, tras la ocupación del monte Taigeto y de su ciudadela. De esa gesta singular hacen mención Valerio Máximo y Plutarco. Deseando Acasto dar muerte a sus hermanas porque ellas la habían dado a su padre, siquiera fuese por imprudencia, porque habían querido volverle al vigor y brío de la juventud, una de ellas, Alcestes, estaba con Admeto, su marido. Acasto le capturó, y amenazóle con darle muerte si no entregaba a su esposa; él se negó a ello con toda firmeza, y cuando ya estaba a punto de ser ejecutado, Alcestes se ofreció a la muerte de buena gana por salvar a su marido.

Mujeres hubo que no pudieron sobrevivir a sus difuntos maridos, Laodamia, noticiosa de que Protesilao, su marido, había sido muerto en Troya por mano de Héctor, se causó la muerte. Paulina, la mujer de Séneca, quiso morir con su marido, y juntamente con él se hizo abrir las venas; pero fué indultada por Nerón, que la retuvo en la vida, y atados sus brazos y restañada la sangre, bien contra su voluntad, bien no dándose cuenta de ello, sobrevivióle unos pocos años, conservando en su semblante y en su cuerpo toda la palidez de la muerte para ejemplo y demostración clarísima de su piedad conyugal. La hija de Democión, príncipe de los areopagitas, siendo doncella todavía, conocedora de la muerte de Leostenes, su prometido, se dió muerte a sí misma, protestando que, aunque intacta y virgen, puesto que ya se había casado con él en la voluntad e intención, se tendría por adúltera si tomaba cualquier otro marido. Los escritores más antiguos refieren que no consintiendo Halción en sobrevivir a Ceice, su marido, sin más motivo que éste se echó de cabeza al mar. Añaden a esto las fábulas (que hartas veces nos enseñan a vivir) que entrambos, marido y mujer, se convirtieron en las aves llamadas alciones, caras a Tetis hasta el punto que cuando acontece que hacen sus nidos, reina en el mar y en el cielo una gran tranquilidad, y que ello ocurre anualmente en días señalados, que por esa razón llámanse *días alciónеos,* y que ello es una merced otorgada por el Cielo a la piedad de la esposa para con su marido. Y cuentan estos mismos autores, de tan remota y venerable antigüedad, que Andrómeda, hija de Cefeo, fué colocada y endiosada por Palas entre los luceros porque amó más a Perseo, su marido, que a su patria y a sus padres. Evadne, celebrando las exequias de Capaneo, su marido, se arrojó a la pira porque ni aun la muerte misma la separase de su amantísimo consorte. Cecina Peto tuvo a Arria por esposa. Este Cecina, caído en poder de los soldados, a quien Escriboniano amotinó en la Iliria contra Claudio César,

fué llevado a Roma por mar. Arria suplicó a los soldados que la dejasen ir con su marido como sirvienta, en lugar de los criados que le correspondían, pues era varón consular. No habiendo conseguido esta merced tan insignificante, ella, con una barquilla de pesca que fletó previamente, fué en seguimiento de la nave de alto bordo, y, llegada a Roma, pocos días después de la ejecución de su marido, se dió la muerte, a pesar de que le quedaba una hija casada con Trasea, el más autorizado y sabio varón de aquellos tiempos. Porcia, hija de Catón, esposa de Marco Bruto, vencido y muerto su marido, tomó la determinación de morir; quitáronle toda suerte de hierro, y ella se ahogó metiendo en su boca carbones vivos. Pantia, esposa del príncipe Susio, guardó fidelidad a su marido prisionero, y empeñando en su liberación todos sus bienes cuantiosos, muerto en acción de guerra, le siguió con muerte voluntaria. Julia, hija de César, el dictador, al presentarle desde el campo de batalla ensangrentada la ropa de su esposo, Pompeyo Magno, sospechando que estaría herido, se alteró tanto, que cayó amortecida, y con la gran consternación echó un parto prematuro, y a los pocos días murió. Cornelia, la postrera mujer que tuvo Pompeyo, dijo ser cosa fea, una vez muerto el marido, el no morir del sentimiento. Artemisa, reina de los lidios, como narran añejas letras, fué bebiendo, poco a poco, las cenizas de Mausolo, su marido difunto, diluídas en una poción, por el inmoderado amor que le profesaba, deseosa de ser su sepulcro vivo.

No se debe omitir la proeza egregia de Gama. Yo voy a reproducirla en latín con las mismas palabras con que en griego la narra Plutarco, pues mejor que él no podría yo hacerlo:

«Vivían—dice—en la Galacia Sinato y Sinorix, tetrarcas los más poderosos de aquella nación, unidos por vínculo de sangre. Sinato tenía una mujer, Gama de nombre, de señalada hermosura y gentileza y de ejemplarísima virtud, pues no solamente era comedida y amante de su esposo, sino también prudente y magnánima, y por su cortés afabilidad y bienquerencia, muy apreciada de sus vasallos. A todas estas prendas uníase la más insigne de ser sacerdotisa de Diana, diosa a quien los gálatas tienen en gran veneración y culto, en cuyas fiestas y solemnidades se comportaba Gama con la mayor esplendidez. Cautivóse Sinorix en el amor de ella, y como no pudiese doblegarla a su querer ni con la persuasión ni con la violencia, con fea y muy indigna fechoría dió a Sinato aleve muerte. Y no mucho tiempo después habló de casarse con ella a Gama, mientras andaba en el tiempo consagrada a su devoto ministerio, la cual llevaba la muerte de su marido ni con depresión de ánimo ni con femeniles alaridos, ahogando en su pecho el enojo, al acecho de la ocasión de vengar la alevosía de Sinorix. Este, con rendimiento de súplicas y con tenaz ahinco, suplicábale usando para con ella de no inconveniente proposición, pues que sobre aventajar a Sinato en toda cosa, le había dado muerte no por otro motivo ni inspirado por otra maldad que la del gran amor de Gama, al cual no podía sobreponerse. La mujer empezó por no mostrarse demasiado irritada con él, y luego, poco a poco, pareció reblandecerse y doblarse, pues sus familiares y sus parientes, por ganar el favor de Sinorix, hombre de toda influencia, coadyuvaban

a su intento con reflexiones, con insistencias y hasta con coacciones. Cedió ella, por fin, y citó a Sinorix al templo para formalizar el consentimiento, y la aceptación mutua, y el matrimonio convenido, siendo la diosa testigo y juez. Entrado Sinorix en el templo, recibiólo con muy deferente cortesía, le condujo al altar, donde le ofreció, porque la catase, una copa, de la que ella primero bebió una parte, y brindóle la otra parte porque él la bebiera; la copa contenía una infusión de miel con una determinada dosis de ponzoña. Así que Gama comprobó que Sinorix había apurado el bebedizo, levantó una grita grande y, echada de hinojos ante la diosa, dijo: *Póngote por testigo, divinidad santa y venerable, que en la espera exclusiva de este día y de esta coyuntura soporté el sobrevivir a Sinato, mi marido; hasta este momento me mantuvo solamente la esperada venganza, conseguida la cual, desciendo a reunirme con mi marido; empero a ti, el más malvado e impío de los mortales, aderécente tus servidores el sepulcro en vez del tálamo nupcial.* Así que Sinorix hubo oído esto, y sintiendo ya que el veneno discurría, y cundía por los órganos vitales, y agitaba su cuerpo todo, subió a una carroza por agitarse y conmoverse poderosamente, pero ya sin ningún dominio de sí mismo, trasladado a una litera, donde expiró en anocheciendo. Y Gama, que durante toda la noche prolongó la vida, así que conoció su muerte, alegremente exhaló el alma.» Esto cuenta Plutarco.

Por causa de las mujeres de este temple, el sexo femenino oye bien decir de sí, y es tarea grata la de tomar esposas, y criar hijas, y educarlas para las mejores esperanzas. Y pasa todo lo contrario cuando ponemos los ojos en aquellas otras mujeres que desdeñan u olvidan los deberes de la mujer buena. Propuse estos ejemplos heroicos por excusar el sonrojo de no imitar los medianos. ¡Cuánto más intolerable es la desalmada impiedad de aquellas mujeres que pueden buenamente soportar que sobrevengan a sus maridos ignominia, o daño, o cualquier otro linaje de adversidad por causa del dinero, teniendo en el arca moneda suficiente para eximir a sus maridos de esos apuros; aun cuando no hubiera cosa, no deberían soportarlo. ¡Oh alma más brava que cualquiera fiera! ¡Y puedes tú afligir tu propia sangre, tu propio cuerpo; afligirte a ti misma en tu constante marido! Todo ello ocurre porque las costumbres públicas y las leyes que toleran el desafuero tuvieron más cuenta con el dinero que con la piedad y la fe conyugales. Pero estos abusos, como muchísimos otros que entre nosotros perduran restos y resabios del gentilismo, se aferraron a los cristianos con tesonía mayor de lo que la ley de Cristo permitía. Según ella, ya no digo la mujer por el marido, sino simplemente el cristiano por el cristiano, aunque desconocido, debiera volcar todo cuanto contienen los cofres avarientos de vestidos y de metales acuñados, y todas cuantas opulencias ocultan. Sepa, por tanto, la mujer que por evitar la más pequeña incomodidad al marido no empeña de una vez todo su patrimonio, que ni es cristiana, ni es honrada, ni merece el dictado de esposa. La señal más cierta de honestidad es, como se dice, amar al marido de todo corazón. De tanta opinión y renombre de castidad gozó Agripina, esposa de Germánico, que Tiberio César, incriminándola a ella y a sus hijos por perderlos con al-

gún pretexto, echó en rostro su descarada impudicicia a Nerón, hijo de Agripina; pero contra aquella mujer, contra la cual soltó toda suerte de atrocidades, no osó, ni aun inventándolos, proferir denuesto semejante.

Corresponden los maridos con la misma gratitud y con igual amor a aquellas mujeres por quienes se saben amados ardientemente. Por esto, es fama que Ulises desdeñó a Circe y a Calipso, que eran diosas, por Penélope, simple mortal, y a ella se encaminó y llegó a través de una azarosa navegación de diez años, por penalidades sin fin, por peligros sin cuento. Sabedor Héctor de que Andrómaca tenía puestos en él todos sus cariños, correspondióle con una fineza tan grande, que llegó a decir que la destrucción de Troya le dolía no tanto por sus padres o sus hermanos como por su esposa. No voy ahora a entrar en discusión si éstas son fábulas o no. Es seguro que fueron fantaseadas por el más ingenioso de los vates para adoctrinamiento y espejo de la vida humana; pero ya en pleno período histórico, refieren Cicerón, Valerio Máximo, Plinio y aun otros, que propuesta a Tiberio Graco esta disyuntiva: cuál de las dos vidas quisiera salvar, la suya o la de su mujer, Cornelia, de quien era amado entrañablemente, sabiendo que de todas maneras uno y otro debían sucumbir al hado, prefirió morir él a que Cornelia muriese. ¡Feliz, que tuvo tal marido! ¡Infeliz, que le sobrevivió!

Ni ha de ser amado el marido como amamos al amigo o al hermano gemelo, donde no hay más ingrediente que el amor solo. En el amor conyugal debe haber una fuerte mezcla de culto, de reverencia, de obediencia y de acatamiento. No sólo la práctica y costumbres de nuestros antepasados, mas aún todas las instituciones, y todas las leyes divinas y humanas, y la misma Naturaleza, da voces y manda expresamente que la mujer debe estar subordinada al marido y obedecerle. En todo linaje de animales, las hembras están sujetas a los machos, los siguen, y les halagan, y llevan con paciencia ser castigadas y golpeadas por ellos. La Naturaleza nos enseñó que así debía y parecía bien que se hiciese. La cual Naturaleza, como Aristóteles demuestra en sus libros *De los animales*, dió a las hembras de los animales todos menos nervios y robustez que a los machos, y las carnes más blandas y el pelo más delicado. Allende de esto, la propia Naturaleza negó a la mayoría de las hembras aquellas partes que sirven a la defensa, como son dientes, cuernos, uñas y otros apéndices de ese estilo que atribuye a los machos, como a los ciervos y a los jabalíes, y si alguno de ellos otorgó también a las hembras, las concedió más recias en los animales machos, como las astas, que en los toros son más poderosas que en las vacas. Con todo lo cual, la Naturaleza, maestra sapientísima, nos dió a entender que al macho incumbía la defensa y a la hembra la docilidad en seguirle, y buscar cobijo en su tutela, y mostrársele complaciente y mansa por vivir con más comodidad y seguridad.

Hora es ya de pasar de las propiedades de las bestias, que debieran enrojecernos si no las aventajamos en virtud, a lo que toca a los hombres. ¿Qué mujer llegó a tal desmesura de insolencia y de arrogancia que no quiera obedecer los dictados de su marido, si piensa que en él tiene a su padre, a su madre, a todos sus deudos, y que a él sólo le

debe todo el amor, toda la piedad debida a todos ellos? No piensa esto aquella mujer desatinada que no obedece a su cónyuge, si ya no es que negare asimismo la obediencia a su padre, a su madre y a todos sus consanguíneos. Pero si a ellos obedeciere, es fuerza que obedezca también al marido, en quien, por toda razón, por cualquiera costumbre o estatuto, precepto natural, humano, divino, están todos los títulos de la mujer puestos y colocados. No se honra más entre los hombres la mujer que se encarama sobre los honores de su marido, sino que resulta más necia y más ridícula, y, por añadidura, más aborrecible y merecedora de execración, puesto que intenta trabucar las leyes que la Naturaleza sancionó; no de otra manera que si el simple soldado pretendiera imponerse a su capitán, o la Luna ser más noble que el Sol, o el brazo valer más que la cabeza. En el matrimonio, como en el ser humano, el varón representa al alma; la mujer, al cuerpo; a aquélla le compete mandar; a éste le toca servir, si ha de poder vivir el hombre.

Declaró esta misma subordinación esencial la Naturaleza, que hizo al varón más apto para el gobierno que la mujer. En los grandes empeños, y a la hora del peligro, el miedo, de tal manera quebranta y desmoraliza a la mujer, que la saca de seso y de juicio, puesto que es invencible la pasión aquella y la desposee de todo uso de razón. Y al revés, el varón es animoso y no siente tan recias las sacudidas del miedo, que no barrunte con facilidad lo que se ha de hacer en tales emergencias. Allega a esto que, como en la mujer surgen más a menudo los trastornos fisiológicos, su juicio está afectado casi siempre por alguna impresión, y, por ende, es menos consecuente consigo misma, agitado por borrascas de afectos contradictorios y, por lo mismo, casi siempre inválido e ineficaz. Muy sabiamente, como en todas las otras enseñanzas, dice San Pablo: *La cabeza del varón es Cristo; la cabeza de la mujer es el varón.* Tronco y tronco muerto es el varón cuya cabeza no es Cristo; loca y temeraria es la mujer a quien no manda el marido.

Aquí ya entro en los mandamientos de Dios, que, delante de toda conciencia sana, es justo y santo que prevalgan y puedan más que todas las leyes, más que todos los mandamientos humanos, más que la voz de la misma Naturaleza, porque la Naturaleza hartas veces se tuerce y se descamina, y Dios está siempre en su misma entereza; es el mismo consigo y es siempre su semejante; es el Hacedor de la Naturaleza, por lo cual debe tener nuestras preferencias, y por El nuestra alma debe sentir todas las veneraciones, y en él debemos depositar una fe inconmovible. El Autor, pues, de esta fábrica universal del mundo, cuando el mundo era aún fresco y reciente, al establecer leyes para el género humano, dió a la mujer este mandato: *¡Estarás debajo del poder de tu marido, y él te dominará!*

En estas palabras es muy para notar que no solamente entregan al varón el derecho y el dominio sobre la mujer, sino también su posesión y uso. El apóstol San Pablo, maestro de la cristiana, es a saber: de la divina sabiduría, no permite que la mujer mande al marido, sino que le esté sujeta, y ello no precisamente en un pasaje único. De San Pedro, príncipe de los apóstoles, es este otro mandato: *Estén las mujeres sometidas a sus maridos, como lo*

están las santas mujeres que esperan en el Señor. De esta manera, Sara obedecía a Abrahán, llamándole dueño suyo. San Jerónimo da a Celandia estas instrucciones: *Guárdese, sobre todo, su autoridad al varón y aprenda de ti toda la casa cuanto sea el acatamiento que le debe, y tú demuéstrale, con tu obsequiosidad, que es tu dueño; tú, con tu sumisión, demuéstrale que es grande, y serás tú misma tanto más honrada cuanto más le honrares a él, pues la cabeza de la mujer, como dice el apóstol, es el varón, y de cosa ninguna recibe más prestigio el restante cuerpo que de la dignidad de la cabeza.* Esto dice San Jerónimo.

Las mujeres, en su desvarío, no consideran que, puesto caso que su honra es un reflejo de la honra de sus maridos, se quedan ellas deshonradas si tienen maridos tales que ellas los puedan gobernar; así que cuando corren en pos del honor, el honor se les escapa, pues piérdenlo instantáneamente. El máximo honor de las mujeres es estar unidas a maridos honorables. De ningún provecho le serán el linaje, las riquezas, la fortuna. Carecerás de honra si de ella careciese tu marido. Ni ¿qué honra puede tener el marido que se vea mandado por la mujer? Y, por el contrario, en nada te dañará tu humilde cuna, en nada tu pobreza, en nada la gracia nula de tu rostro. Serás honrada si fuere honorable tu marido. En nada impidieron que Orestila, mujer del malvado Catilina, fuese objeto de menosprecio y odio general, ni su hermosura, ni su alcurnia, ni sus riquezas. Y, al revés, en nada perjudicó la pobreza de Salonia, esposa de Catón, el censor, para que la estimase y la venerase el pueblo romano. Pero porque mejor puedas obedecer al marido y ejecutarlo todo a su placer, tienes antes que conocer sus costumbres y tener estudiada su condición natural o la que en él hubiere modificado la fortuna.

Hay diversidad entre los maridos. Todos se deben amar, acatar, reverenciar; a todos se les ha de obedecer; pero no se les ha de tratar de manera uniforme, como una línea blanca sobre una piedra blanca, según dice el refrán. Por mi parte, yo pienso que, respecto a los maridos, debe ponerse en práctica aquella norma que, tomada de Platón, formula Terencio: *La vida*—dice—*es como juego de dados; si el juego te sale mal, enmiéndalo con tu arte.* Esto mismo cabe hacer con los maridos; si te resultare tal como lo querías, sobrado motivo de gozo tienes: has de honrarle, amarle, seguirle; si te saliere tal como no lo deseabas, a fuerza de habilidad, si puedes, has de enmendarle o volverle menos incómodo. Tu marido será o afortunado o infortunado. Llamo ahora afortunados a aquellos a quienes aconteció tener algunos bienes de fortuna, del alma o del cuerpo; e infortunados, a los que carecen de alguna de estas tres cosas. Los primeros, fácilmente satisfacen a sus mujeres. De los segundos tenemos que hablar un rato largo. Aunque a los comienzos hase de advertir a las mujeres todas que sitúen su amor más que en la fortuna del marido en la misma persona del marido. Si así no lo hicieren, amarán al marido con poca firmeza y con escaso brío, y si la fortuna, floja como es y tornadiza, se apartare de él, consigo se llevaría también el amor. No amen a los hermosos por la belleza, ni a los ricos por el dinero, ni a los personajes encumbrados por la dignidad, pues no siendo así, si enfermaren, o se em-

pobrecieren, o cayeren de la privanza, les odiarían. Si hubieres alcanzado un marido sabio, tienes que sacar de él buenos consejos; si un marido bueno, tienes que proponértelo como dechado a quien imites. Y si fuere infortunado, lo primero que se te debe ocurrir es aquel parlamento de Cneo Pompeyo, varón grande y prudente si los hay, a su mujer, Cornelia, que el poeta Lucano puso en versos elocuentes:

«Vencido Pompeyo por Cayo César, como se encaminase a Lesbos por recobrar a su mujer y llevársela consigo en la huída, ella, en viendo de lejos a su marido derrotado, de alterada se amorteció, doliéndose más de no ser ella la caída y no su esposo. Pompeyo la levantó del suelo, y devuelta a los sentidos, la consoló con estas palabras: «¡Oh mi esposa, Cornelia, más amada por mí que cualquiera otra cosa de este mundo, maravíllame harto de verte a ti, de tal linaje nacida, derrocada al primer golpe de la Fortuna. Ahora tienes abierto el camino de la gloria imperecedera, pues sujeto de alabanza en la mujer no es la elocuencia, ni el responder a consultas jurídicas, ni el conducir guerras, sino uno solo, a saber: la piedad en la desgracia del marido, a quien si le amares, si le venerares, si no ofendida por su desventura le tratares como es bien que lo sea el marido, todos los venideros siglos te celebrarán con loores soberanos. Mayor gloria te será haber amado a Pompeyo vencido que no a Pompeyo vencedor, príncipe del pueblo romano, presidente del Senado, emperador de reyes. Amar estas prosperidades y grandezas fácil cosa es a toda mujer, aun la más necia y la más mala; pero abrazar con amor al mísero y caído sólo lo hace la mujer perfecta. Así que debes amar mi vencimiento como fundamento de tu fama y ejercicio de tu virtud, porque si tú, siendo yo vivo, me lloras y me añoras, muy claramente das a entender que lo que te fué caro fué mi fortuna derrumbada, no mi persona sobreviviente.» Estas y semejantes palabras y razones usaba aquel varón egregio, levantando a la esposa de su moral abatimiento; palabras y razones como de oráculo, que la buena casada meditará muy a menudo por no afligirse en demasía por los infortunios de su marido, por no tenerle en aborrecimiento por esta causa, por no mostrarle desdén. Muy al contrario, si fuere pobre, le consolará con decirle que sola la virtud es la riqueza auténtica; le ayudará en lo que pudiere honestamente, y por los medios que ella sabe ser de su agrado, y de la aprobación de sus conocidos y sus deudos, y que parecen bien en la ejemplaridad de la matrona honesta. Guárdate de no precipitarte en tal desatino y pérdida de juicio, que quieras hacer que tu marido, por amor del dinero, ejercite profesiones indecorosas o que cometa alguna mala acción por vivir tú con mayor delicadeza y regalo, y aderezarte con mayor vanidad y pompa, y habitar en mansión de mayor dispendio y lujo. En resumen, porque tu convivencia con él sea la más apacible y sabrosa, comparte con él, por muy grandes que sean, trabajos, sudores y peligros; mejor y más deseable te será comer pan de centeno y beber agua barrosa y turbia que forzar a tu marido a que tome oficio, no digo ya ilícito o torpe y que le reporte trabajo inmoderado, sino cualquier otro ejercicio por bueno y lícito que sea si él no lo tiene a gana, pero se allana a él no más que por complacerte a ti y por evitar las pelamesas domésticas, y

porque reine en tu casa una precaria paz.

El marido es dueño de sí y señor de la mujer, no la mujer del marido, y no debe pretender conseguir de su marido sino aquello que ella vea que le otorgará buenamente y con agrado. En este punto son muchas las que pecan, rogando, tundiendo a sus maridos con toda suerte de importunidades y empujándolos con su aversión a la práctica de artes ilícitas o a la comisión de maldades y delitos por acarrear ganancias puestas al servicio de su gula, de su vanidad, de su soberbia y no de sus maridos. ¿Y qué diré de algunas otras mujeres que llevan con molestia y desazón las virtudes de sus cónyuges, si ven que éstas resultan dañosas a la economía familiar? Y ello es tanto más feo cuanto que, siendo en el sexo femenino preferente virtud la de la piedad, y por su propia naturaleza más inclinado a la devoción que el sexo masculino, olvídase de sí y pospone la piedad al dinero. Estas tales mujeres son reprendidas por las Sagradas Letras en las esposas de Job y de Tobías, las cuales, en su desvarío, reprochaban las virtudes recias en sus maridos, sumidos en la desgracia. Esta conducta para con ellos no era impía solamente y cosa de locura por no considerar, o que son harto mayores las riquezas que con las virtudes se granjean, o que en la mano del Señor está hacer, en un punto, muy rico y muy feliz a quien quisiere. ¿Qué necesidad hay de otros tiranos para el martirio? Esas mujeres sin religión persiguen a sus maridos por motivo de religión con la misma saña con que Nerón persiguió a los apóstoles o a los cristianos restantes: Domiciano, o Maximino, o Decio, o Diocleciano. Y aún yo me persuado que a Job le fué dejada sola su mujer para ensombrecer más y más la tristeza de su marido y para mayor prueba de su paciencia con el maligno azote de su lengua rabiosa. ¡Oh mujer la más impía, acreedora a la mayor execración! ¿A tu marido echas en rostro, cual si fuera un crimen, la santidad de su vida? Eso ni aun los diablos lo osaran hacer. Aventó el diablo toda la prosperidad de Job, matóle toda la familia, le consumió su hacienda y sus hijos, le cubrió de úlceras y de podre; pero jamás le denostó por perseverar en su primitiva pureza de vida; pero su mujer sí que le denostó por demostrar al diablo que ella era más confianzuda. Insúltele hasta que quiera la mujer; de ello el esposo no ha de holgarse menos que los apóstoles se alegraron de haber merecido padecer ultraje por el nombre del Señor. Mas tú, hija mía, no solamente andarás muy lejos de apartar a tu marido de su probidad, sino que aun a trueque de la pérdida más cierta de todo vuestro patrimonio familiar, a imitación de tantas mujeres santas, has de exhortarle a la inocencia, a la piedad, al recuerdo de la bondad y del poder de Dios, porque te acontezca lo que dice San Pablo: *Santifíquese el marido infiel por la esposa fiel.* Por este camino se allegan amplias posibilidades y se acarrean riquezas cuantiosas. Acuérdate de la palabra del Señor: *Nadie por amor de El despreciará cosa en este siglo que no alcance mucho más en el otro, y aun muchas veces en éste.* En primer lugar, son ciertas y seguras aquellas riquezas que se guardan sin estar expuestas a ningún azar, ni interno como el de la herrumbre en los metales, ni externo como el de los ladrones, o los piratas, o de algún príncipe inicuo o violento, o de algún juez rapaz. En

segundo lugar, declara el Salmista que la experiencia de una vida larga le enseñó jamás haber visto sin amparo al justo ni a sus hijos mendigando el pan. Y a mayor abundamiento, en el Evangelio tenemos mandamiento auténtico de Nuestro Señor Jesucristo, que justifica nuestras mejores esperanzas en su larga bondad. Sabe el Padre celestial qué cosas necesitamos para vivir; que El nos las proporcionará luego que hubiéramos buscado el reino de Dios y su justicia.

Si tu marido fuere feo, ama su ánimo, pues con él estás casada; si tu marido estuviere enfermo, entonces has de portarte con él como verdadera y abnegada esposa: debes consolarle, regalarle, cuidarle, prodigarle caricias y cariño como si estuviere sano y robusto, y atraer hacia ti una gran parte de su enfermedad. De esta manera él se dolerá menos viendo que tomas tu parte en su dolor. No es esposa buena la que, teniendo a su marido acongojado, está ella regocijada, y teniéndole enfermo está ella buena. Debemos estar de continuo a su cabecera, y ora con palabras dulces has de consolarle el dolor, ora se lo has de aliviar con apósitos. Tú misma, tú, con tus propias manos, toca sus heridas y sus llagas; tú arrópale, tú destápale, tú límpiale, tú dale la medicina, tú ofrécele el bacín, si menester fuere; no huyas con horror este servicio ni cosa alguna te asquee más en él que en ti; no eches este cuidado en las sirvientas, que lo desempeñarán con descuido y mala gana, puesto que no le aman, y cuando el enfermo no se siente amado, con la pesadumbre moral agrávase la dolencia física. ¿Cómo voy yo a llamar esposas, matronas, y santas. si a los dioses place, a aquellas mujeres que en las enfermedades de sus maridos viven tan tranquilas con la asistencia que les prestan las criadas, sin interés personal suyo? Cuanto a lo que veo que algunas ni dejan misa, ni convites, ni visitas y tratos con iguales ni demás pensamientos que acostumbran, mientras que a sus maridos la enfermedad los tiene recluídos en su casa, estoy por decir que ésta no es profesión de casadas, sino de concubinas o, por hablar más desgarradamente, de rameras, que venden la mitad de su lecho a sus hombres. ¿Ni por qué me ha de causar empacho con toda razón infligirles aquel nombre, puesto que ellas no se corren de merecerlo? ¿Y qué más, si tú piensas que no hay otra diferencia en que enferme tu marido o tu vecino, sino porque el uno está en casa y el otro fuera? Has perdido del todo la vergüenza si me pides que te dé el nombre de esposa, no cumpliendo tú los deberes de esposa. ¿Quisieras acaso que se te tuviese por tejedora si jamás aprendiste a urdir, ni tramar, ni echar lanzadera, ni batir con el peine? Y aun cuando la virtud no ilustrada por manifestación alguna exterior consigue todo su esplendor en las mismas tinieblas y es ilustre y celebrada, no obstante yo, en cuanto en mí estuviere, no consentiré que ni los presentes ni los que están por venir ignoren lo que yo mismo vi y lo que muchísimos otros saben conmigo.

Clara Cervent, mujer de Bernardo Valldaura, siendo doncella muy delicada y muy hermosa, traída a Brujas a reunirse con su esposo, de más de cuarenta años de edad, la primera noche de bodas vió vendadas sus piernas y conoció haberle tocado marido enfermo y pepitoso. Pero no por ello le volvió el rostro ni mostró señal alguna de alteración o de

desamor, cuando todavía no podía sentirse amada. No mucho después cayó Valldaura en una dolencia gravísima, tal que ya para todos los médicos era un caso desesperado. Y ella, con su madre, asistieron al lecho del paciente con tanto cariño y asiduidad, que por espacio de seis semanas ninguna de ellas se desnudó, sino por mudarse la camisa, y no hubo noche en que descansasen más de una hora, o a lo más dos, y esto vestidas, y muchas noches hubo que las pasaron de claro en claro. Era la raíz de la dolencia el mal índico, que aquí llaman mal francés, cruel y pegadizo. Aconsejábanle los médicos que no le tocase ni se le aproximase tanto; lo mismo le decían sus deudos; a esto se alegaba el que las mujeres de su condición le ponían en conciencia y escrúpulo aquella tan grande abnegación consagrada a un hombre (así decían ellas) fatalmente condenado a morir, y ya muerto más que a medias, que había de mirar por su alma, que no había de pensarse en el cuerpo más que para darle tierra sagrada. Éstas palabras y consejos no sólo no la apartaron del cuidado del cuerpo por atender exclusivamente al de su alma, sino que ella, en persona, intensificó sus servicios, entrando en la cocina por preparar las presas de sustancia que le remediasen; ella, en persona, le mudaba los paños de rato en rato (pues sufría intensísima diarrea y el pus corría de otras partes de su cuerpo); correteaba todo el día de arriba abajo, sosteniendo su endeble cuerpo con su alma recia, incapaz de soportar trabajos tan grandes si la gran fuerza de su amor no le pusiera corazón y bríos. Gracias a estos cuidados, Valldaura superó la crisis. Juraban los médicos que le había arrebatado de las uñas del Orco la violencia de su mujer. Y no faltó quien dijese, con más donaire que cristiandad, que Dios tenía decretada la muerte de Valldaura, pero que su mujer se empeñó en no soltarle de sus manos. Comenzó de allí a poco, a causa de un muy ardiente humor que le manaba de la cabeza, a roérsele aquella carnecilla que está dentro de las narices; los médicos le dieron unos polvos soplándolos con un canutito, y como no se hallase persona que no rehusase aquel trabajo tan hediondo, sólo su mujer se lo prestó. Habiéndosele después hinchado de bulbas el asiento de la barba, y como barbero ninguno pudiera ni quisiera rasurarle, su mujer, con unas tijeritas, se la cortaba cada ocho días con suma destreza. Caído después en una enfermedad muy larga, que le duró casi siete años, ella, con infatigable diligencia, le guisó la comida, y eso que él tenía dos criadas y una hija ya grandecilla; ella misma, de su propia mano, le untaba las llagas, le vendaba las piernas, que manaban de materia muy asquerosa y hedionda; ella las tocaba, las ataba y desataba con tal afición, que hubieras dicho que manipulaba ámbar o almizcle y no cosa de intolerable olor, y aun de su mismo aliento, que no había persona que pudiera resistirle a diez pasos; juraba ella que era muy suave, y una vez me reprendió muy reciamente porque le dije que hedía. Decía ella que aquella hedentina era para ella fragancia de camuesas en sazón.

Y en todo el tiempo que duró aquella dolencia, como se debían hacer grandes gastos para mantener y curar a un hombre deshecho por tantos males, en una casa donde de muchos años atrás no había entrado ganancia alguna, y menos ninguna renta, ella se desprendió con sumo

gusto de sus sortijas, collares de oro, de sus joyas y de sus ropas; ella despojó su aparador de la vajilla de plata porque nada faltase a su marido, contentándose con cualquiera mesa, sólo porque a su marido nada le faltase en sus necesidades ni males. De esta manera fué Valldaura alargando su vida por la abnegación de su mujer en un cuerpo cadavérico, o, por mejor decir, en un sepulcro, por espacio de diez años, desde su enfermedad primera. Durante este tiempo Clara tuvo dos hijas en él, habiendo antes tenido seis, casada a los veinte años, y nunca jamás se le pegó ni a ella ni a sus hijos el mal contagioso de su marido ni ninguna otra suerte de infección, quedando todos ellos muy limpios y muy sanos. En esto se ve claro cuánta sea la virtud, cuánta la santidad de aquellas mujeres que aman sinceramente y con todo corazón a sus maridos, como es su deber, y hasta qué punto Dios, aun en este mundo, se lo agradece y premia. Murió, por fin, anciano y enfermo, o, mejor, no murió, sino que se liberó del tormento continuo, con tan amargo duelo de Clara, que los que la conocen confiesan no haber visto en su vida marido joven, con integridad física, hermoso, rico, haber dejado tanta soledad, tanta pesadumbre y tanto luto. Muchos pensaban que más bien se la había de felicitar que consolar; abominaba de ellos la viuda ejemplar, diciendo que tal cual era, quisiera ella que le fuese devuelto su marido, aun a trueque de la pérdida de sus hijos, de los cuales tiene cinco. Y siendo aún hermosa y fresca y de edad conveniente, no quiere tornarse a casar, porque dice que no va a encontrar a otro Bernardo Valldaura. Dejo de hablar aquí de su honestidad, de la cual es vivo dechado; dejo de hablar de la santidad de sus costumbres. De la piedad conyugal hablamos aquí, que jamás viene sola, sino con el honrado cortejo de las demás virtudes. ¿Quién no ve que Clara Cervent no estuvo casada con el cuerpo de Bernardo Valldaura, sino con su alma? ¿Y quién no tendrá por cierto que el cuerpo de él fué su propio cuerpo? ¿Y qué diré más, sino que aun en el día de hoy guarda las órdenes y mandamientos de su marido con tanta reverencia como si viviese todavía y muchas cosas hace al tenor de sus indicaciones, diciendo que así él lo ordenó y mandó? ¡Si tal mujer tuvieras tú, oh Eurípides, cómo alabaras las mujeres, tanto como las vituperaste! ¡Si tal mujer tuvieras tú, oh Agamenón, cómo tu patria te contemplara triunfador y alegre del vencimiento de Troya!

Estas cosas no eran de callar cuando tan frecuentemente se encomiendan a la memoria de la posteridad otras mucho menores, para renovar y avivar en las casadas el recuerdo de sus deberes. Pero eso es de mujeres plebeyas, dirá la dama linajuda. Primeramente, Clara Valldaura no era del todo de la hez de la plebe; era joven, de hermosura extremada, de delicadeza suma, y acompañada de criadas, en quienes podía descargar gran parte de su cuidado si su responsabilidad se lo consintiera. Pero también las hay de la más empinada alcurnia que hacen esto mismo, y de todas las cuales no puedo hacer mención individual, no contemporáneas solamente, sino que vivieron en los pasados tiempos, pues, en gran parte, los tiempos subsiguientes sólo acostumbran guardar el recuerdo de los vicios de las edades anteriores. ¿Eres tú, por ventura, más noble que la esposa de Temístocles, príncipe de Atenas, o, mejor, de toda la Grecia,

la cual casi sola asistió a su marido en sus enfermedades? ¿Eres quizá más ilustre que Estratónica, esposa del rey Deyótaro, que para su marido, viejo, enfermo y descontentadizo, fué cocinera, médica y cirujana, y tal que ninguna cosa la fatigaba tanto como su genio agrio y difícil, que nunca se acababa de contentar con lo que ella le hacía? ¿Eres tú más gran señora que aquella reina de Inglaterra que chupó la llaga de su marido? Las principales de las matronas romanas no dejaban que otras manos tratasen a sus maridos enfermos que las suyas propias. ¿Es que tú crees, por ventura, aventajar en nobleza a aquellos romanos, a los cuales si alguno puede referir su linaje tiénese por el más noble de todos? ¿Pero qué necesidad hay de circunscribir la nobleza a la sangre y a la opulencia? Nobles son todos aquellos que se ilustran con obras de virtud y con claros hechos. Tú, con toda tu nobleza, quedarás sumida en la oscuridad y el olvido, y a estotras, en cambio, las conocerá y las celebrará toda edad y todo sexo. Anda, pues, y jáctate de tu nobleza, que nadie te conocerá ni viva ni muerta. *Aporté dinero*—dices—, *con el cual alquilaré a quien esto haga.* ¡Así, pues, tu marido se casó con tu dinero, no contigo, y piensas ser casada no más que porque duerme a tu lado un hombre! ¿Piensas que sólo en esto consiste el matrimonio? Quebrantas las leyes de Dios y de la Naturaleza, pues si enfermase tu cuerpo, no tendrías asco de poner tus ojos y tus manos en tus pústulas y en tus úlceras; ¿por qué tienes hastío del marido afectado de estas dolencias, siendo así que sois dos en una carne o, por hablar con mejor latinidad, sois una sola individualidad humana? ¿En dónde está aquella esposa, indisoluble compañera de su consorte, si en los momentos en que era preciso estar con él más unida que nunca te apartas de su lado? ¿No prestarías, pues, tampoco estos servicios a un hermano carnal, ni a tu padre, ni a tu madre, que te engendraron? Y si tienes vergüenza de otorgar que esto es así, ¿por qué no la tienes de ti al no pensarlo de tu marido, el cual en tu estima debe ser antepuesto a todos los otros, aun cuando hay algunas de éstas que desamparan a sus madres enfermas y a nadie aman más que a sí mismas, dignas, a su vez, de que nadie las ame, como nadie las ama en realidad?

¡Cuántas veces hemos visto entre los animales brutos, que no tienen razón alguna, lamer la hembra la sanie y las úlceras de su compañero macho! Esto hacen los toros; esto, los perros, los leones, los osos y, en fin, todas las bestias, así domesticadas como fieras. ¡Y la mujer no quiere tocar ni aun mirar las de su marido! ¿Queréis que hable más a las claras? No pocas mujeres que no tocan las de su marido, tocan las de su amante, pues no faltan quienes en esta tarea fueron sorprendidas, porque sepáis que lo que las retrae no es la naturaleza, sino la pura bellaquería, por manera que no injuriosamente dijo de ellas Juvenal: *La que va en pos del adúltero, tiene buen estómago.* Y ésta misma, para ir en pos de su marido, es delicaducha y no puede soportar las molestias más leves. Sigo en mi propósito de señalar otro linaje de maridos infortunados, si bien todos ni puedo ni quiero. Si el marido fuere de costumbres incómodas, se le ha de sufrir y no se ha de porfiar con él en desabrimiento porque nunca tengan fin los males y las miserias. No quieras con tu maldad neutralizar su maldad, con tu ira cohibir su ira, porque

esto sería hostigar e irritar su dolencia, no sanarla. Ni esperes lavar el cieno con el cieno ni apagar la hoguera con aceite. Pon tu atención en aquellas mujeres que tienen maridos ahitos de vicios de toda suerte y más grandes, a buen seguro, ásperos e insoportables, y en su desgracia toma tú consuelo. No puedes amar los vicios en él; pero ámale y agradécele el que carezca de otros muchos y no menos difíciles, y no pares mientes en las que parecen unidas con suerte más feliz. Esta comparación amargaría toda tu vida, si bien tú ignoras lo que ocurre en la intimidad de su hogar. Compárate mejor con aquellas otras cuya condición de vida es más dura aún que la tuya. Por lo demás, cuando tu marido se mostrare más tratable, has de exhortarle con suma dulzura, que se resuelva a vivir mejor; si te escuchare, ello será del mayor provecho para ti y para él; pero si comenzare a desabrirse y enojarse, no insistas ni porfíes, de un loco haciendo dos: él y tú; tú ya cumpliste con tu obligación; calla y sufre; ello te reportará gran gloria entre los hombres y mérito muy subido ante Dios. Y si, por vicio suyo o en un arrebato de locura, pusiere sus manos en ti, piensa que es Dios quien te castiga, y que esto sucede por tus pecados, de los que por aquella vía haces penitencia. Dichosa eres si, por una poca pena en esta vida, redimes los grandes tormentos de la otra. Aunque son muy pocas las mujeres buenas y prudentes que sean golpeadas por sus maridos, por malos y locos que fueren. Devora tu dolor en tu casa y no lo cacarees fuera ni con otras te quejes de tu marido, que no parezca que pones un juez entre él y tú: encierra los sinsabores domésticos en las paredes de tu casa; ni salgan a la calle ni cundan por la villa. Así, con tu comedimiento, harás más comedido a tu esposo, a quien, por otra parte, con tus quejas y futilidad ofensiva de tu lengua agravias más y más.

Hay también algunos maridos fatuos y mentecatos; a éstos la mujer buena y discreta los tratará mañosamente y no les exasperará ni quitará la honra de su marido, sino que le dará a entender que lo hará todo según su conveniencia, y de este modo, fácilmente, con su discreción, le gobernará como una fiera amansada. Con tales maridos se habrá la mujer de conducir como se conducen para con los hijos de carácter parecido las madres, a quien la desgracia de sus hijos inspira la mayor y más vehemente conmiseración, y de la conmiseración crece el amor, por manera que hartas veces aman más a los débiles, lisiados, necios, deformes, enfermizos, que a los recios, enterizos, cuerdos, hermosos y valientes. No quiero ahora recorrer una por una todas las categorías de infortunados, sino que de una vez se ha de hablar en general a todos: con ése, quienquiera que sea, te casaste; a ése te lo dió Dios; a ése, la Iglesia; a ése, los padres te lo han dado por compañero, por marido, por señor. De tantos miles de hombres como hay, ése es tu suerte y la parte que te correspondió; debes sufrir, pues, lo que no puedes huir. Debes amarle, acatarle y estimularle, si no por él mismo, al menos, por aquellos que te lo señalaron y encomendaron, y por la fe que diste de hacerlo así, como es corriente que muchos favorecen y benefician a quienes no se lo merecen por el solo motivo que personas muy queridas se los recomendaron. Muchos hacen cosas solamente porque lo prometieron, que otramente no

las harían. Y tienes que poner mucho cuidado en que todo lo que de todas maneras tendrías que hacerlo a la fuerza, parezca que lo haces, y en realidad lo haces, de muy buen grado. Haciéndolo así, todo se te volverá ligero y agradable, lo cual, hecho a desgana. te resulta desabrido y molesto. La necesidad te enseñará a soportar con fortaleza y con facilidad la costumbre, la cual, en las calamidades más duras halla su alivio, pues pronto familiariza con los trances graves, como Séneca dice. Tú piensa que a tu marido le debes todo esto, y que de esta manera granjeas grandes merecimientos ante Dios y grande y muy hermosa fama entre los hombres.

Aquí veo que algunas pueden dudar hasta qué punto ha de obedecerse al marido. Puesto que a esa cuestión la mala índole y la contumacia de algunas mujeres la ha vuelto difícil, explicaré con alguna mayor extensión cuál sea la autoridad y el mando que sobre la mujer tiene el marido. En las cosas honestas, evidentemente, y en las que de suyo ni son buenas ni malas, no hay duda que los mandatos del marido deben ser obedecidos como si lo fueran de Dios, pues el marido tiene el lugar de Dios en la Tierra, e inmediatamente después de aquella su Divina Majestad, él solo es el único a quien la mujer debe todos sus amores, todos sus acatamientos, todas sus obediencias.

Por esto, si la mujer quisiere dar algo a Dios, que no sea obligada de Dios a dárselo, ni debe ni puede dárselo contra la permisión de su marido. ¿Qué es más de la mujer que su cuerpo y que su alma? Pues sobre su mismo cuerpo no tiene facultad la mujer casada, como San Pablo testifica, ni puede ofrecer a Dios su continencia, ya no digo contra la voluntad de su marido, sino a espaldas de él. Por tanto, si tu marido necesitare de tus servicios, tú le respondes que quieres, ya no digo ir a un baile, o a algún otro regocijo público, o a un banquete, o a cualquier otro linaje de pasatiempo, pues esas diversiones son propias de damas cortesanas, sino a orar en la iglesia o a recorrer estaciones, sábete que tus oraciones no serán aceptadas a Dios ni le hallarás en el templo si allá fueres. Dios quiere que reces, mas cuando estuvieres libre y desembargada de tus obligaciones conyugales. Dios quiere que visites sus templos, pero siempre que tu marido no te haya menester en casa. Porque éstos son los deberes conyugales que puso Dios en la condición de esposa. Dios manda que te acerques a sus altares, pero luego de haber aplacado a tu amigo: ¿cuánto más luego de haber aplacado al más amigo de todos los mortales, que es tu marido? ¿Por qué andas de misa en misa, por qué ruedas de templo en templo, cuando tu marido expresamente te manda otra cosa o tácitamente te la significa? ¿Tú buscas a Dios en la iglesia, mientras dejas a tu consorte, al que Dios te asoció, enfermo o hambriento en tu casa? Muy cerca de su cama están todas las misas y todas las devociones: allí están los altares, allí está Dios donde están la paz, la concordia y la caridad, principalmente entre aquellos que, enlazados con estos vínculos, deben permanecer inseparables. Con suma facilidad, de Dios te harás un amigo, si te hicieres un amigo de tu esposo. No tiene Dios necesidad de nuestros servicios; reservóse para Sí la piedad y el supremo acatamiento; pide obediencia, no sacrificio; casi todo lo demás mándalo a los hombres por causa de los hombres, porque vivan entre sí en

amigable concordia. Esto nos enseña; por esto nos predica tantas veces la caridad mutua, por esto admite a los hombres en su reino, por esto promete dar su bienaventuranza a quienes tuvieran amor a su prójimo. Y echa de sí y abomina de quienes no fueron para con los hombres benéficos ni benévolos. Poco cuesta reconciliarte con Dios si antes te reconcilias con el hombre, y no hay camino más expedito y breve para la gracia de Dios que la gracia y el buen amor de los hombres. Por esto, la mujer piense que asiste a los Divinos Oficios cuando asiste a su marido, que recorre estaciones cuando anda alrededor de su lecho. Aunque hay algunas, las cuales, aun cuando sus maridos estuvieren malos, por nada del mundo dejarían de andar sus iglesias y sermones, y esto no ya por devoción, sino, como pienso, por rutina o por el gusto que toman en ello. ¿Qué necesidad hay de hablar de ellas aquí? Mas a aquellas otras a quienes guía la devoción, San Pablo las adoctrina de esta manera: *La doncella virgen piensa lo que es del Señor, cómo agradará a Dios; la mujer casada piensa lo que es del marido, cómo agradará al marido.* No quita San Pablo el cuidado de la devoción en la mujer casada, sino que la enseña menos, porque la virgen es toda del Señor y para El solo tiene sus pensamientos; en cambio, la mujer casada, dividida entre Dios y su marido, por manera que la que antes estuvo ocupada en la contemplación de la vida del Cielo, ésta misma ha descendido a la Tierra y a los cuidados de esta vida por causa de su marido. No es ese estado ajeno del Señor, puesto que fué El quien lo instituyó; pero más alto era el otro y más convecino a El. Agradable a Dios es la esposa, pero por mediación del marido, porque su afán es complacer al marido que Dios le dió por cabeza. Agradable le es la virgen y la viuda sin marido y sin medianero. Diferentes son sus pensamientos, como diferentes eran las obras de Marta y de María, no por oposición, sino por grado, como más excelentes son las de la virgen que las de la casada. Por ende, la parte mayor de la piedad en la mujer casada es el cuidado y el servicio del marido.

Y ninguno piense que el Apóstol, cuando dice: *La mujer casada piensa en lo que toca al marido*, sugiere la idea de lo que suele hacer, sino de lo que debe hacer, pues San Pablo no autoriza ninguna costumbre mala ni le abre ninguna puerta por donde entre. ¿Y qué, si ni todas las vírgenes piensan en lo que es del Señor, ni todas las esposas en lo que es de los maridos? Enséñanos, pues, lo que es menester y él quiere que hagan unas y otras, por manera que, aquella que constituída en celibato, era razón que su pensamiento todo estuviese en Dios, esa misma, ahora que está casada, quite de aquella contemplación asidua una parte, la que debe consagrar a sus obligaciones conyugales, pues otramente ni complacerá a San Pablo, su Maestro, ni a Cristo, su Señor, y perderá la devoción buscada en la misma devoción. El mismo Apóstol, escribiendo a Timoteo sobre los deberes de la mujer, estatuyó: *La mujer aprenda en silencio con toda sujeción; yo no permito que la mujer enseñe ni que gobierne al varón, sino que se esté callada.* Y a los de Corinto: *Vuestras mujeres no hablen en la iglesia; si alguna duda tuvieren, cada una pregúntelo en su casa a su marido.* La cual ley del Apóstol me parece que no mira a otra cosa sino a que la mujer aprenda del marido,

y en caso de incertidumbre, siga su parecer y crea lo que él creyere; si por azar errare, la culpa es exclusiva del marido, y la mujer quedará inocente, si ya los errores no fuesen tan manifiestos que no pudieran dejar de ignorarse sin malicia o sean otras las enseñanzas de aquellos a quienes conviene que el marido dé fe. Lo que va contra la ley de Dios y sus mandamientos no se ha de hacer, por más que el marido lo mande y lo exija, si supieres que es tal, pues sólo has de reconocer un superior al marido, más amado que el marido, que es Cristo Jesús. Cabeza de la mujer es el varón; cabeza del varón es Cristo. Muchas mujeres santas de nuestra religión sufrieron muerte de sus maridos porque, contra su voluntad, seguían los mandamientos de Cristo. Con todo, debes guardarte de juzgar temerariamente y por el parecer de cualquiera acerca de la piedad del marido. Demasiada trascendencia tiene este punto porque deba creerse al juicio de cualquiera, pues ello constituiría en todo el linaje humano muy copioso semillero de discordia. En la antigüedad cristiana prohibía el Apóstol a la mujer separarse del marido impío si él no la dejaba. Tan estrecho y sagrado es este vínculo, que, según San Pablo, la piedad no lo desata si la impiedad no se lo permite. ¿Y qué diremos si entrambos cónyuges son cristianos, entrambos piadosos? ¿Cuál debe ser el afecto de la mujer para con el marido bueno?

Yo, en este punto, ni quiero ni debo pasar de largo aquellos gravísimos amonestamientos acerca de los deberes de la mujer casada que se leen en el último volumen de las *Económicas*, obra inscrita bajo el nombre de Aristóteles: «Parece bien —dice— en la mujer buena estar persuadida que las costumbres de su marido son la ley de su vida, impuesta a ella por Dios, por aquella unión del matrimonio y comunidad de vida. Si las sufriere con buen ánimo, muy fácilmente gobernará la casa, y si hiciere lo contrario, con suma dificultad. Por lo cual conviene que no solamente en la prosperidad y apacible fortuna, sino también en la adversidad se muestre espiritualmente identificada con el marido y dispuesta a su servicio. Si hubiere falta en su hacienda, o enfermedad corporal, o enajenamiento mental, súfralo con igualdad de ánimo y obedézcale, si ya no fuere en cosa fea o mal hecha. Si en algo se propasó su marido contra ella, llevado de la pasión, bórrelo de su memoria y atribúyalo a la alteración o a la ignorancia, pues con cuanta mayor diligencia se le someterá, tanto mayor será su agradecimiento cuando su furor estuviese aplacado, y si no obedeció a algún mandato suyo feo, mejor lo reconocerá, una vez devuelto a su cordura. Guárdese, por ende, en este punto la mujer; pero en todo lo otro debe obedecer con más rendimiento, como si por compra hubiera entrado en la casa, pues comprada fué, y por gran precio, a saber: la comunidad de vida y la procreación de los hijos, que es lo más grande y lo más santo que hallarse puede. Además, si viviera con un marido prosperado, su virtud no resplandeciera con tanto lustre, pues poco cuesta vivir bien en la prosperidad; pero sufrir con moderación las adversidades es de mérito muy subido. No incurrir en bajeza alguna en medio de grandes calamidades e injusticias es propio de un espíritu elevado. Con todo, hay que pedir al Cielo que nada de ello acontezca al marido; mas, si le cayere encima alguna adversidad,

debe considerar que de ahí, si se portare como debe, le sobrevendrá la mejor de las alabanzas. Piense consigo misma que ni Alcestes hubiera granjeado tanta gloria, ni Penélope merecido tan grandes loores, si vivieran siempre con maridos venturosos. Al contrario, los infortunios de Admeto y de Ulises les proporcionaron renombre imperecedero, guardando en las adversidades de sus maridos fidelidad y justicia para con ellos, y no sin razón alcanzaron gloria. Cosa fácil es hallar compañeros en la prosperidad, mas ser particioneras de la adversidad es cosa que rehusan las mujeres que no son muy buenas. Por todos estos respectos, está mucho mejor acatar a su marido que no menospreciarle.» Hasta aquí son palabras de Aristóteles.

CAPITULO V

DE LA CONCORDIA DE LOS CÓNYUGES

Particularizar los bienes de la concordia y decir cómo todas las cosas que en el universo son, y aun el mismo mundo, se rigen y conciertan con la concordia y con la paz, fuera cosa de no tener fin y no propia de este lugar. Nos propusimos tratar del matrimonio. Y digo que su mayor tranquilidad y, por ende, parte de su felicidad es la concordia, y que la discordia es su más recia tempestad y parte de su miseria. Los discípulos de Pitágoras, entre los preceptos y doctrina de su maestro, tenían éstos y hacían de ellos largo uso: *Débese huir y totalmente sacudir del cuerpo la pereza; del alma, la ignorancia; del vientre, la lujuria; de la ciudad, la sedición; de la casa, la discordia, y, en general, la destemplanza de todas las cosas.* Ulises, en Homero, desea a Nausicaa, hija de Alcinoo, *marido, casa y concordia, que es el mayor bien de la vida y el más codiciadero, pues cuando marido y mujer viven en concordia son causa de muchas envidias en sus enemigos y de muchos gozos en sus amigos y, antes que todo, en sí mismos.* Esto dice Ulises. ¡Cuán venturoso pensamos que fué el matrimonio de Albricio, que vivió veinticinco años con su mujer, Terencia, sin la más leve desazón! ¡Y cuánto más venturoso el de Publio Rubrio Céler, que, sin querella alguna, vivió con su Ennia cuarenta y cuatro años! De la discordia nacen el desasosiego, la riña, la rencilla, la batalla. La mayoría de las mujeres son gruñonas y difíciles, y por causas livianísimas reprenden a sus maridos, y la cosa pasa a las ofensas mayores. No hay cosa que más ajene al marido de la mujer que la riña continua y la lengua amarga de la mujer, que Salomón compara a la casa llovediza, porque a una, ambas a dos, expulsan al hombre de ella. Y dice el mismo es muy mejor habitar un yermo que con una mujer querellosa e irascible. Esta buena fama extienden a todas algunas mujeres intolerables, por manera que parece que todas lo han de ser por un igual. De ahí la donosa interpretación y equivalencia de Cayo: *Célibes*, es decir, *celites* (celestiales). Y de ahí el refrán: *Quien no riñe no es casado.* Como si se peleasen todos los casados.

Este recelo apartó del matrimonio a la mayor parte de los caracteres apacibles, enemigos de querellas, y dió ocasión a copiosas y mordaces invectivas contra el sexo femenino, sin demasiada razón, a fe mía, y dió pie para que en pasados tiempos afanosamente se buscasen

divorcios y se ejecutasen. Aún hoy son muchos los que en el pueblo cristiano los desean, pues dicen que tendrían a las mujeres más domesticadas si ellas supiesen que no siendo dóciles y tratables se las podía desechar. En lo cual, a mi ver, o se engañan los maridos o las mujeres pecan de muy gran simpleza, no considerando cuánto más obedientes deberían ser a sus maridos para vivir en más sabrosa paz con aquellos de los cuales no pueden separarse por ningún medio, y no convertir en miseria inacabable la necesidad ineluctable de que jamás se pueden despojar. Mucho está en mano de la mujer el que en la casa exista concordia, porque el genio del varón es menos irritable y no ya sólo en el linaje humano, sino en todos los animales, como dice Aristóteles. Los machos, así como son más corajudos y más fieros, así también son más simples y menos engañosos, a fuer de dotados, de ánimo más generoso. Y las hembras, al contrario, son más maliciosas y más propensas a sospechas e insidias, lo cual hace que se dejen arrebatar por conjeturas baladíes y piensen que la más leve fricción lastima la terneza de su piel, y por eso se quejan a menudo y encienden el coraje de sus maridos con sus querellas insufribles. Más fácil es a la reconciliación el marido que la mujer, cosa que sucede también entre varones, entre los cuales cuanto más uno es de pecho mujeril y menos generoso, es tanto más memorioso de la injuria y desea la venganza a toda costa, y no se contenta con una mediana satisfacción. Había en Roma un santuario de una cierta diosa, en el cual si entre marido y mujer había habido alguna pendencia, hablándose lo que querían los esposos desavenidos, se reconciliaban. Llamábase esta diosa *Viriplaca* (aplacadora de maridos), y con este nombre suyo advertía que no debía la mujer ser aplacada por el marido, sino el marido por la mujer. Aun cuando tu marido estuviere en culpa y tú no tuvieras ninguna, eres tú, que estás bajo su mano y potestad, quien debe tomar la iniciativa de la reconciliación. ¡Cuánto más, si en ti hubiera algún asomo de ella, tienes que amansar al marido con sumisión, con halagos, con arrepentimiento! Aun cuando las más de las cosas que dijimos se refieran a la concordia, aduciremos algunas más de propósito.

El principal y más eficaz elemento para la concordia es que la esposa ame a su marido, pues tal es la naturaleza del amor, que provoca el amor. Y no se maravillen algunas si sus maridos no las aman, aun cuando ellas afirmen amarlos; vean si los aman en realidad tanto como ellas manifiestan; ámenlos de verdad y serán amadas, pues todo lo ficticio, todo lo simulado, todo lo forrado y enmascarado, o bien acaba por manifestarse o no toma aquella consistencia que tiene lo sincero y expresivo. Si marido y mujer se aman mutuamente, querrán lo mismo, no querrán lo mismo, que, a fin de cuentas, es, como dijo aquél, la amistad entera y firme. No podrá haber discordia ni disentimiento entre aquellos que tienen un mismo corazón, no deseoso de diversidades, y un mismo parecer, que no piensa diferencias.

Blanca, mi madre, a los quince años de matrimonio, nunca la vi que riñese con mi padre o que contrariase en un punto su querer: una era su mente e idénticas sus aficiones. Tenía dos a manera de refranes, que con frecuencia se le caían de la boca. Cuando quería dar a en-

tender que daba mucho crédito a alguna cosa, decía: *¡Vaya si lo creo! ¡Como si Luis Vives me lo afirmase!* Y cuando pretendía dar a entender que quería una cosa, solía añadir: *Como si la quisiera Luis Vives.* Y yo mismo, a Luis Vives, mi padre, le oí decir en muchas ocasiones, y señaladamente al referir aquella anécdota de Escipión *Africano*, el menor, o de Pomponio Atico, yo creo que de entrambos, que nunca tuvo que reconciliarse con su madre; que tampoco él, cosa harto más difícil, con su esposa. Admirándose todos de estas palabras suyas, siendo así que era proverbial la concordia de Vives y Blanca, respondió: *Como Escipión con su madre no se disgustó nunca, no tuvo que reconciliarse con ella.* De mi madre será otro el lugar más oportuno para hablar más extensamente. Pero como quiera que algunas mujeres aman indiscretamente y su impulso les lleva a quebrantar la concordia conyugal, con algunos pequeños avisos habrá que reavivar su cordura y moderar su vehemencia. El principal de todos consiste en contener su natural, quiero decir, la pasión y la alteración, que se lleva envueltos en torbellino mayor los ánimos flacos de las mujeres, puesto que menor es su robustez para resistirlos. Habrá, pues, en el ánimo mujeril una gran humildad, que se demostrará y patentizará con las obras. Además, se le ha de advertir, y no una sola vez, que no haga cosa por parecer que hace, porque éste es un recurso ineficaz y flaco; sea ella cual quiere parecer y así parecerá más fácilmente, más ciertamente, más verdaderamente. Ni piense que con la simulación pueda imponerse a los ojos de todos. No son los hombres troncos ni piedras que no sepan diferenciar lo afeitado y falso de lo verdadero y genuino. Añade a esto que, aun cuando engañaran a los espectadores, no engañarán a la Naturaleza, que no puso la misma energía y eficacia en las cosas falsas y enmascaradas que en las nativas y sólidas. Experimenten esto en sí mismas y piensen en sus adentros si tienen por modestas a las que remedan la modestia, no teniéndola, y si corresponden con su amor a aquellas que falsamente aseguran amarlas.

Aprovechará también aquí dar a la mujer casada aquel consejo que Horacio, el poeta de la cordura, dió a Lolio acerca del amigo, por acomodarse en todo a las costumbres y a las aficiones del amigo: *Si tu amigo quisiere ir a caza, no vayas tú a componer poemas, sino que, despachando las musas, vayas en pos de los jumentos cargados de redes, y sigas a los perros.* Hermanos eran Anfión y Zeto, hijos de Antíope, y aun mellizos. El primero era muy gentil tañedor de la vihuela, y el otro era en ella rudo completamente. Como este son no agradase a Zeto y le pareciese que por este motivo quedaba rota la fraternal unanimidad, Anfión dejó de tañer. De la misma manera la mujer debe atemperarse a las costumbres y aficiones del marido, y ni las aborrezca ni las desdeñe. Se ha escrito para recordación que Andrómaca, esposa de Héctor, ella misma, por sus manos, daba el heno y la cebada a los caballos de su marido, porque el marido se complacía en ellos, y con suma diligencia los alimentaba y los curaba para la guerra. Cecilio Plinio declara que amó con un amor único a su esposa, en muchas de sus cartas. Entre ellas hay una a Hípsula, tía de su mujer, que la había educado. En esta carta le da las gracias de haber formado a tal don-

cella, y luego expresa el motivo por que ama tanto a su mujer, y escribe ella: *Tiéneme entrañable amor, que es indicio de fidelidad; allégase a esto la afición al estudio de las letras que su afecto por mí le inspiró. Tiene en sus manos mis obrecillas y las lee a menudo, y aun se las aprende de coro. ¡Cuánta no es su ansiedad cuando tengo que hablar en el Senado; cuánta no es su satisfacción cuando ya hablé! Tiene colocados de trecho en trecho correos y noticieros que le digan qué asentimiento, qué ovaciones ha levantado mi discurso, cuál fué el resultado de la sesión. Ella misma, cuando declamo mis versos en un sitio cercano, cubierta discretamente con un velo, está sentada y recoge mis loores con sus oídos avidísimos. Y aún he de decir que canta mis versos y pónelos en la vihuela, no porque se los enseñe un afamado músico, sino el amor, que es el mejor maestro.* Yo mismo, ha poco tiempo, hallándome en París en compañía de Guillermo Budeo, y en su casa, y pasando por el impluvio, por donde paseábamos, su mujer, hermosísima y, cuanto por las señas de su cara y de todo su cuerpo y de su gentileza, verdaderamente como de heroína antigua, podía yo conjeturar honesta como la que más y muy prudente madre de familia; luego de haber saludado con aquella reverencia debida a su marido, y aun a mí con toda honra y cortesía, pedíle si era aquélla su mujer: *Esta*—dijo— *es mi mujer, que hace hasta tal punto mi voluntad, que no trata con mayor mimo a mis hijos que a mis libros, pues me ve estudiando siempre.* Por lo cual, a mí ver, merece más grande alabanza que la mujer de Plinio, porque no sabe letras, que aquélla conocía.

¡Con cuánto mayor acierto y honra para sí y para sus maridos se comportan estas mujeres que no aquellas otras que los apartan del estudio de las buenas letras y los encaminan y los empujan a la torpe ganancia, al juego, a los placeres, para que ellas puedan también participar del lucro, de los pasatiempos, de los deleites, puesto que desesperan de comulgar con ellos en el estudio! Necias que ignoran cuánto más sólido y auténtico es el placer que les viene de la gloria de gozar de maridos sabios, que no de maridos ricos y viciosos, y cuánto más sabrosa y apacible es la convivencia con maridos cuerdos que con maridos necios o con maridos que con la sabiduría no supieron poner freno a sus pasiones, siendo verdad que a estos tales a cada paso las alteraciones y mudanzas les turban el entendimiento y les llevan a mal traer y muy lejos de la justicia y de la rectitud. No solamente la mujer no ha de inquietar los estudios de su marido, pero ni asquearlos un punto, ni con motes, ni con guiños, ni con gestos, ni con demostración alguna de ceño o desabrimiento. Amará todos los estudios que cultive su marido, los admirará; para todos tendrá respetos y asentimientos; dará fe a todo lo que él dijere, aun cuando contare cosas inverosímiles e increíbles; reflejará todas las expresiones de su rostro; si se riere, ella reirá; si se entristeciere, se le manifestará triste, conservando siempre la autoridad de su virtud y gravedad de matrona cristiana, porque el marido entienda que ello proviene más de ánimo amigable que de rastrera adulación. En ninguna cosa se prefiera a su marido; téngale por padre, por dueño, por mayor y mejor que no ella, y así lo crea y así lo diga. ¿Cómo podrá quedar en pie la amistad y el

amor, si porque tú eres rica menosprecias al marido pobre; si hermosa, al marido feo; si noble, al marido de baja suerte? Dijo el Satírico: *No hay cosa más intolerable que una casada rica.* Lo mismo dice San Jerónimo contra Joviniano. Y por su parte dice Teofrasto: *Yo no creo que sea un tormento soportar a la esposa rica, si no se añade mala o loca.* ¿Qué locura no es no considerar cuán liviana cosa es el dinero, lo ínfimo y vil de todo, lo que suele engreír a los hombres? Aunque, según hoy son los espíritus de ligeros y vacíos, se hinchan con un poco de viento. Idiota, ¿no sabes que el matrimonio hace comunes todas las cosas? Y si la pura amistad también las hace comunes, ¿cuánto más comunes no las hará el matrimonio? Y no solamente el dinero, sino los amigos, los parientes y todo lo de este mundo; participación y comunidad que los romanos declararon en sus leyes, en las cuales estaba vedado que entre marido y mujer no se diese ni recibiese cosa, porque no pareciese que entre ellos había algo que estuviese partido. En la república ideal, como Platón enseña, debieran desterrarse los pronombres posesivos *tuyo* y *mío.* ¡Y cuánto más debieran desterrarse en el hogar ideal, que lo será, y de una manera muy cumplida y felicísima, cuando debajo de una sola cabeza no hay más que un cuerpo! Si un ser animado tiene muchas cabezas o cuerpos, es un monstruo. ¿Qué te diré más? ¿Que nada es de la mujer y del marido todo? Así como conforme a la comparación de Plutarco, por más que el vino aguado, aun cuando tuviere más agua que vino, continúa llamándose vino, así también, aun cuando la mujer trajese más hacienda que el marido, todo se convierte en hacienda del marido.

¿Por ventura no posee todo cuanto es de la mujer el que posee a la misma mujer y es señor de ella? Oye cómo te dice Dios, Señor y hacedor de todas las cosas: *Estarás debajo de la potestad del marido y él te dominará.* Por esto, ni aun por su desventaja física, debe el marido ser tenido en menos; tú, mujer, tienes la hermosura física, pero el marido tiene la hermosura tuya y te tiene a ti bajo su posesión. Yo no me pongo a discutir cuán ruin y endeble es este don de la hermosura y hasta qué punto consiste no más que en la opinión. La misma mujer parecerá a los unos el extremo de la belleza y a los otros el colmo de la fealdad. ¡Cuán floja es y cuán deleznable, cuán expuesta a toda suerte de azares, cuán inconsistente y fugitiva! Una calenturilla, una verruga, un solo pelillo, de muy hermosa te pueden hacer muy fea. Y yo no acabo de comprender cómo eso tan leve, tan evanescente, hinche y levante, que es cosa de maravilla, los corazones necios y hueros, como el viento al odre. Por esta causa dijo aquel poeta: *La soberbia va en pos de la belleza.* Nadie en los hombres requiere aquella gracia de la hermosura que parece estar bien en las mujeres. Y con todo eso, lees que fué dicho por el Rey más sabio de los reyes: *Engañoso es el donaire y la hermosura es vana; la mujer temerosa de Dios, ésta será alabada.* Además, si sois una misma carne, o, mejor, una sola persona humana tú y tu marido, no puede ser feo aquel que tiene mujer hermosa. ¿Pero a qué viene ese continuo jactarse de la hermosura, como si no supiéramos que el más lindo cuerpo de mujer no es otra cosa sino un estercolero envuelto en un velo de blanco y de carmín? No sé qué filósofo dijo que

si pudiera verse en su interior aquel bellísimo cuerpo de Alcibíades, cuántas cosas se vieran en él nauseabundas y abominables.

La verdadera nobleza, como dice el Satírico, es única y exclusivamente la virtud. Callo ahora cuán averiada cosa sea esa que llamamos nobleza, ganada y conservada con guerras, crueldades, fraudes, expoliaciones, y cuya opinión es mantenida por el pueblo, ese gran maestro del error. Pero por más noble que fueres, si te casares con marido de baja suerte, te quedarás más baja que él. No es la mujer más noble que el marido ni sucederá nunca en el linaje humano lo que no sucede en toda la especie animal. Los hijos, en cualquiera nación, toman el linaje de su padre como superior y más excelente. Si tú fueres de la nobleza más empinada, una de dos: o tu marido se hace tan noble como tú, o tú, por él, te haces plebeya. En Derecho civil, el marido da la dignidad a la mujer, no sus padres, por manera que no se llaman esclarecidas las que, nacidas de padres muy ilustres, casáronse con plebeyos. Declararon esto aquellas mujeres romanas pertenecientes al patriciado, las cuales expulsaron del santuario de la castidad patricia a Virginia, hija de padres patricios, porque se había casado con marido plebeyo, diciendo ser ella plebeya, no patricia. Y ella no lo negó ni tuvo vergüenza de ser plebeya, ni por el patriciado de ellas menospreció su plebeísmo ni tuvo a menos de que la llamaran Virginia de Lucio Volumnio.

Cornelia, hija de Escipión, habiendo por su matrimonio entrado en una casa rica ciertamente e ilustrada con hechos hazañosos, pero plebeya, con todo, y que no admitía comparación con la suya paterna, ella, de la gente Cornelia, sin duda alguna la más principal de Roma y de la familia primerísima de los Escipiones, hija de aquel glorioso Escipión que ganó el Africa, presidente del Senado del pueblo romano y de los pueblos todos; hija de Tercia Emilia, de la línea de los Emilios, famosísima en Roma y en todo el orbe; con tanto fausto, y tanta gloria, y tantos blasones, siempre quiso más que la llamasen Cornelia de Graco que Cornelia de Escipión. Y aún se enojó con algunos, quienes, pensando honrarla y halagarla más, le daban por sobrenombre el de Escipión. Como refieren los escritores griegos, Marsipa prefirió a Ida, su marido, hombre mortal, a Apolo, dios inmortal, según creían. Tesia, hermana de Dionisio primero, tirano de Siracusa, casada con Filoxeno; como fuese que Filoxeno, que había realizado no sé qué manejos contra Dionisio, hubiese huído de Sicilia, llamada por Dionisio, su hermano, y agriamente reprendida por no haberle descubierto la huída de su marido: *¿Cómo* —le respondió— *me tienes por esposa tan indigna, tan degenerada y ruin, que si conociera la fuga de mi marido no iría en seguimiento suyo, y que dondequiera yo me hallase, no quisiera antes ser llamada mujer de Filoxeno el desterrado que aquí, en mi patria, hermana del rey Dionisio?* Admirados los siracusanos de este ánimo suyo tan generoso y tan fiel, después de haber lanzado a los tiranos, de viva le rindieron culto, y de muerta le tributaron los honores máximos. A la reina doña María, mujer del emperador Maximiliano, habíale tocado en herencia de su padre Carlos esta tierra y condado de Flandes. Como tuviesen los flamencos en menguada opinión la llaneza y apacibilidad de Maximiliano y acu-

dieran a doña María para todos los negocios de aquel dominio, jamás quiso ella determinar cosa alguna de poder absoluto sin consultarlo primero con su marido, cuya voluntad tuvo siempre por ley. Y eso que, sin malquerencia alguna del marido, podía buenamente administrar todo, permitiéndoselo todo Maximiliano, por su natural bondad, a su amadísima y prudentísima esposa. Y así fué que doña María, en muy breve tiempo, puso a su marido en la mayor autoridad, dándole las máximas atribuciones. Así, aquel Estado fué el más obediente a sus príncipes, y a uno y otra prestaba reverencia igual, como si cada uno de los dos consortes sostuviese y sustentase la indivisa majestad de entrambos. No debe la mujer prudente estimar la cuantía de su dote, ni cuánto dinero introduce en la casa de su marido, ni qué hermosura, ni qué prosapia esclarecida, sino el recato, la castidad, la probidad, la obediencia al imperio del marido, el diligente cuidado de los hijos y de la casa; dotada abastanza viene la mujer que con estas virtudes esté dotada.

De otra manera, afrenta trae y no connubio la mujer que tiene hermosura de la cual se insolente y no virtud que la regule. Estas son las palabras que Alcmena, en la comedia de Plauto, dice a Anfitrión: *No pienso ser dote, la que comúnmente se llama dote, sino la castidad, el pudor, el sosegado deseo, el temor de los dioses, el amor de los padres, la concordia de los parientes; ser complaciente y dócil contigo; munificiente para con los buenos, servicial para con los probos.*

Esto mismo pienso yo. Hora es ya de poner frenos a la lengua, muy fáciles de poner por el ánimo enfrenado, pues la mayoría de las mujeres si no dominan la lengua es que no dominan el ánimo. Poséelas la ira por completo y las lleva consigo arrebatadas y no las deja ningún dominio de sí mismas. No tienen moderación en el reñir ni acaban nunca con los denuestos, pues no hay en ellas ni hilo de razón ni pizca de juicio sano; todo lo abrasa el fuego y todo lo devora, puesto que halla cebo fácil en materia combustible y oleosa, y, por ende, propicia a la combustión. De ahí aquella rabia y aquel deslenguamiento que muchas veces me maravillé de verlo en mujeres cuerdas, y no echando de menos en ellas ni bondad, ni honestidad, ni recato, ni muchas otras grandes e ilustres virtudes, sentí en ellas la falta de templanza y moderación de su ira y de su lengua, no sin empacho mío, aun cuando nada me tocaba a mí de aquella brava pendencia entre personas que me eran ajenas en absoluto, si es que entre cristianos puede haber algo que sea ajeno a un cristiano. Por todo lo cual, cuanto más difícil fuere, tanto más será loable y meritoria virtud de la mujer tener la lengua comedida. Ello no será sobrado cargoso de hacer si se mantuviese en posesión de sí misma, si se fortaleciere y se confirmare en el propio dominio y no se dejare llevar por la tempestad de la pasión embravecida. Antes que todo, cuando está con el ánimo reposado, cuando está en todo su seso y toda su cordura, piense a menudo y con gran ahinco que si acaso tuviere con el marido alguna desazón, no ha de zaherirle con algún insulto grave o de su cuna, o de su parte física, o de su parte moral, o de su vida, que sepa que le irrita de mala manera, y eso en ninguna circunstancia ni en lugar alguno; pero nunca, sobre todo en presencia de personas que él ten-

ga el más grande interés que lo ignoren.

Encolerizado con este agravio, más tarde será la reconciliación muy difícil, y aun una vez reconciliado, siempre que se acordare de aquel baldón no podrá mirar a su mujer con buenos ojos. Y en el acatamiento de Dios, ¡qué gran ofensa! Dice el Señor en el Evangelio de San Mateo: *Todo aquel que, enojado con su hermano, le dijere raca por insulto, reo es de concilio; todo aquel que le dijere fatuo, reo es de la gehena del fuego.* Piensa ahora contigo misma: ¿qué no se hará contra [illegible] que echaste una injuria enorme, no ya contra tu hermano, sino contra tu padre, contra el vicario de Dios (por lo que a ti toca), contra todos tus consanguíneos? Pero si fuere el marido quien te lanzare el denuesto, mira que no se te clave en la memoria; súfrelo con paciencia, y cuando él ya estuviere sosegado, esta mansedumbre tuya merecerá de su parte profundo agradecimiento, y trocarás en bien su ánimo indomeñado, y le hallarás luego más aplacado y afable. Terencio, que en sus comedias reflejó las costumbres humanas, dice de una doncella honesta: *Esta, siendo modesta y vergonzosa, como conviene que lo sean las mujeres de su condición liberal, sufre todos los enojos e injurias de su marido y le encubre todas las faltas.* Con esta conducta recobró la esposa el afecto de su marido, que le tenía ajenado. Y éste mismo es en Séneca el sabio consejo de la nodriza que daba a Octavia, mujer de Nerón: *Tú, con tu mansedumbre obsequiosa, dobla la fiera rigidez de tu marido.*

Tenéis vosotras, las mujeres, el cuerpo endeble y delicado; súmanse a ello las casi cotidianas penalidades de vuestro sexo, las molestias periódicas, las dolencias de la matriz, los peligros del parto; sois de tal condición, que merecéis que os compadezcan vuestros maridos. Mirad que con vuestras importunidades no sacudáis del ánimo de vuestros maridos las delicadezas que os son debidas, por manera que siendo míseras perdáis su conmiseración. No des nunca en la cara a tu marido con el beneficio que le hubieres hecho. Esta conducta aun entre extraños es odiosísima, pues quien lo reprocha pierde la debida gratitud, echándola del ánimo del beneficiado.

Añade a esto que, si bien lo piensas, no es posible la existencia del beneficio hecho al marido, para quien eres tan deudora como para tu padre, como para contigo misma. Tampoco la mujer discreta no recordará a cada paso su linaje, o su talento, o sus dotes. Eso resulta molesto y suele producir enojo aun al más amante de los maridos. Juvenal dice querer antes a una mujer oscura, nacida en pobres pañales, que a la propia Cornelia, hija del *Africano*, de cuyas virtudes hablamos largamente, si su sangre ilustre se le subió a la cabeza. Estas son las palabras de Juvenal (1):

Por muy mejor tengo a la Venusina
que no a ti, Cornelia, de los Gracos, [madre;
si porque virtud en ti mucho cuadre
con tales virtudes soberbia confina.

Pues tal sobrecejo a virtud contamina,
llévate, ruego, tu fuerte Aníbal;
su victo Sefax, también al real
con toda Cartago muy presto camina

Amonesta Plutarco, autor gravísimo, que en los primeros tiempos del matrimonio se ha de evitar todo pre-

(1) Traducción métrica de fray Juan Justiniano.

texto y ocasión de discordia. El amor no cuajado suficientemente, con toda su terneza y fragilidad, se quebraría al menor choque, no de otra manera que los vasos de barro antes de cocidos, que se rompen al golpe más ligero. Ni hay que reñir tampoco en el lecho conyugal, pues ¿en dónde van a deponer los enojos y desabrimientos, si con sus riñas hicieron aborrecible y odioso aquel lugar, el más indicado para la reconciliación, corrompiendo y agriando la medicina que debía curar las desazones de sus almas? Hay determinadas insignificancias que robustecen o relajan el amor entre los esposos, que la mujer con toda diligencia deberá estudiar en su marido y adaptarse a su genio y voluntad.

Voy a citar algunas, a manera de ejemplos, que den a entender todas las otras, a saber: qué manjares le agradan, y con qué aderezo, y con qué adobos, y cuáles le desagradan, si lo salado o lo soso, si lo caliente o lo frío; qué clase de carnes, de pescados, de bebida; a qué hora; con qué manteles, con qué servilletas, con qué platos, con qué escudillas, con qué calderos, con qué salero, con qué copas; cómo le gusta que se ponga la mesa; qué convidados huelga de tener; qué temas de conversación; cómo quiere que se le haga la cama, con qué colchas, con qué alfombras, con qué cobertores, con qué sábanas, con qué almohadas; y esto mismo digo de las sillas, de los bancos, de todo el ajuar doméstico que es de la incumbencia y cuidado de la mujer.

Son, sin duda, como decía, pequeñeces todas estas particularidades, pero de la mayor importancia para el hombre, que se deja impresionar no de la grandeza de las cosas, sino de la estimación que hace de ellas. ¿No es todavía más pequeño partir una ciruela con el cuchillo, amolar una sierra, que gruña un puerco y un sinfín de nonadas como éstas? Pues ¡cuántos hay que con estas cosas se ponen frenéticos y se les pone piel de gallina, hasta el punto que quisieran antes sufrir una herida que soportar el horror que aquellas cosas les producen por una secreta peculiaridad del temperamento de cada uno! ¡Cuánto apreció Isaac el potaje de su hijo, que con él se ganó la bendición, que era la herencia máxima de aquellos tiempos! ¿Quién no sabe, al menos de oídas, desconciertos conyugales motivados por la hora del yantar, por el caldo más o menos frío, por la sordidez del mantel, los cuales degeneraron en ruidosas desavenencias y acabaron en divorcio escandaloso? Esta es la cifra de todos los preceptos, a saber: que la mujer, estudiadas con toda diligencia y discreción las costumbres del marido, se comporte con él como querría que una criada suya se comportase con ella, si ella tuviera las mismas costumbres que él. No está por demás añadir que las pequeñas ofensas frecuentes empiezan por debilitar el amor, aunque enraizado y fijo, y más tarde, cuando se bambolea, acaban por derribarlo. Vieja costumbre y medida de gobierno de los reyes antiguos fué desempeñar ellos personalmente aquellas funciones gratas propias para ganarse el afecto de los vasallos, como la munificencia, la largueza, el perdón; mas las ingratas, odiosas y ásperas, por medio de los ministros, como las deportaciones y destierros, las privaciones de bienes, las penas de muerte. Así dicen que, de recuerdo de nuestros padres, hubo en Sicilia una señora muy principal que con suma atención observaba qué hacían los

criados del agrado del señor, y que luego ella lo hacía personalmente y cometía a los otros los mandatos ingratos y molestos. Por todo ello yo debo reprender con alguna aspereza a las mujeres casadas de Flandes, las cuales, a sus maridos, cuando quieren levantar el ánimo decaído y entregarse al buen humor, sirviéndoles con indolencia y mala gana lo que han menester, los alejan de su casa, que es como su destierro, y ellos se acogen a la cervecería o a la taberna, y hallando allí compañeros bien avenidos y abundancia de todo, muy fácilmente atollan en todo linaje de vicios: gula, embriaguez, juego, trato con meretrices, desidia, pereza. Dejando en casa a su mujer y a sus hijos pequeños muertos de hambre, ellos desperdician todas sus rentas, huídos de su hogar como de un antro donde mora una bestia fiera; es decir, su implacable mujer. Y no faltan esposas que sufren todo esto, no con demasiada desgana, mientras ellas no tengan que poner mano en los muebles o en los pucheros. ¡Tanta es albergada en tales pechos la indolencia y la pereza, y a veces la protervia y la contumacia, que prefieren antes morirse que remitir algo de su proceder en gracia de sus maridos! Así que ellas son la causa de la perdición de las costumbres de los maridos con todos sus bienes, y verás a muchos de éstos que cuando eran solteros vivían con frugalidad y orden, y una vez casados llevaron vida rota y estragada. Y es cosa que causa maravilla que estas mujeres, tan tardías y desidiosas para los quehaceres necesarios, son lo más prontas y diligentes para vagabundear, corretear y charlar; y en el afeitarse y ataviarse son de una diligencia y habilidad incomparables.

CAPITULO VI

CÓMO SE DEBE HABER LA ESPOSA CON SU MARIDO EN LA INTIMIDAD

No será aquí fuera de propósito decir cómo la esposa se habrá con su marido en la intimidad de la vida conyugal, cuando estén a solas, sin testigo. Sepa sobre todo que aquellos antiguos que ofrecían sacrificios a la diosa Juno, patrona y defensora de los matrimonios, que nunca en la víctima inmolada dejaban la hiel, sino que se la quitaban, teniendo por costumbre echarla detrás del altar, significando que ni ira ni amargura alguna debía haber entre los casados. Y estos mismos antiguos, a la diosa Venus añadíanle el dios Mercurio, maridaje de la dulzura con el donaire que debe haber en el matrimonio, puesto que la mujer, con la suavidad de sus costumbres y el encanto de su conversación y con la blandura de sus halagos, debe cautivar a su marido y unírsele a sí de día en día más estrechamente, pues no hay cosa que con más fuerte poderío atraiga y conquiste la voluntad de una persona como la dulzura del trato y la conversación. ¿Qué aprovecha a la mujer tener talento y discreción si le faltan blandura y mansedumbre para con su marido? No hay nadie que no prefiera conversar con su perro que con su mujer importuna y feroz: Tendrá la mujer discreta hecho acopio de agudezas y sales de ingenio, de cuentecillos, de historietas, de anécdotas, jocundas desde luego, pero limpias y honestas también, con que distraer y recrear a su marido cansado o malhumorado; tendrá a mano asimismo máximas de sabiduría con que le exhorte a la virtud o le retraiga de los vicios; tendrá también algunas sentencias

graves contra los embates y bruscos asaltos de una y otra fortuna, las cuales inculquen en el ánimo de su marido, soliviantado por la prosperidad, un sano recelo, o cuando la adversidad le tuviere postrado y abatido, un optimismo robusto, y por un lado y por otro le llevará a la segura y equilibrada medianía. Si fuere presa y juguete de recias pasiones, ella con femeninas, castas y discretas blanduras y halagos mitigue y calme aquella braveza procelosa. Así Placidia, hija de Teodosio, con la dulzura de sus razones y de su trato, luego de haberle amansado y como domesticado, hizo que su marido Teodulfo, decidido a raer de la faz de la tierra el nombre romano, desistiese de tan fiera determinación, restituyéndole a la sensatez y a la humanidad. Muchas son las cosas que acerca de este punto, en sus sermones sobre el Evangelio de San Juan, escribió San Juan Crisóstomo. Doy aquí su resumen:

Grande importancia tiene en la mujer aconsejar rectamente a su marido, y si una tempestad arreciare en su alma, sosegarle. No escuchará tanto el marido a su padre o a su maestro como a su mujer si fuere buena. Trae consigo no sé qué placer, y no pequeño ciertamente, la admiración de la esposa, siempre que parezca inspirada en su gran benevolencia; ama la mujer a su marido, y mira por su bien, y no deseará para él más prosperidad que la que a sí misma se desea. Muchos ejemplos, en confirmación de esto, podría yo aducir de maridos bravos a quien amansaron el tacto y la dulzura de sus esposas. Amonestado debe ser el marido con el ejemplo, no con estrépito de palabras hueras. Lo harás así si te viere no viciosa, ni vestida con demasiada curiosidad ni gasto, ni buscando superfluidades, sino contentándote de lo preciso, porque si sólo filosofares de palabra, pero fueres vacía de obras, al punto tu marido no hará caso de tus bagatelas, y tus palabras quedarán desautorizadas por tus obras. Allá va un ejemplo: cuando no busques oro ni piedras preciosas, ni traje costoso, sino que en lugar de estas vanidades te presentas vestida de modestia y de caridad, ganarás mucho en su consideración y oirá de buena gana tus consejos. En tu afán de agradar al marido, tienes que ataviar el alma, no corromper el cuerpo. No es el oro lo que hace a la mujer amable ni deseable, sino la modestia, la piedad, el cariño con que darías tu vida por el marido si fuere menester; el aderezo del cuerpo es al marido cargoso y de mucho coste; lo que le agrada a él es el alma, que no lleva gasto alguno. Hasta aquí San Juan Crisóstomo.

También es cosa que debe observarse la oportunidad de la amonestación, pues no son buenos todos los momentos. Un aviso fuera de tiempo es una vejación. Imprimirás el sello en la cera blanda y el aviso en el ánimo dócil; quiero decir: cuando ninguna agitación pondrá en su pecho desasosiego, y eso apartadamente y a solas; usa de habilidad y de blandura de razones, y en tus avisos no seas exagerada; cesa de hablar antes de hartar; exprésale el motivo por que le das aquel consejo; esta explicación previa, no de otra manera que las primeras saetas que se hincan, hará que tus avisos penetren en su pecho más profundamente; desviarás luego la conversación a otro tema más agradable que mitigue y borre toda desazón anterior si en la amonestación la hubo; dale cuenta de todas tus cuitas y preocupaciones, si no fueren de frivolidades indignas de un oído varonil; ten

en él al compañero único, a tu confidente, a tu consejero, a tu maestro, a tu dueño; deposita en su pecho todos tus pensamientos y, si alguna cosa te acucia, descansa en él. Todo esto contribuye al amor mutuo, contribuye al buen concierto porque amamos naturalmente a aquellos en cuyo pecho descargamos nuestros afectos y cuidados como una parte de nuestras pesadumbres y en los cuales tenemos la máxima confianza; y a su vez nos aman ellos, pues se sienten amados y agradecidos del crédito que en ellos depositamos, tan grande, que se les da entrada en la intimidad de nuestra alma y nada queda en nuestro corazón para ellos secreto ni encubierto. Mas no piensen las mujeres tener con sus maridos la paridad en esa ley; no quieran ellas escudriñar todos los secretos de sus maridos. Enojosa resulta las más de las veces esa curiosidad, y es sospechosa de garrulería, y tiene a veces la propiedad de exasperar su paciencia. También los maridos tienen sus asuntos reservados, que no quieren que conozcan sus esposas, y se los guardan para ellos solos. En *Homero*, Juno dice a Júpiter: *No te enojes conmigo si, no sabiéndolo tú, yo descendiere a las profundas moradas del Océano.* Júpiter dice a Juno: *No quieras averiguar todos mis consejos, ni esperes que vas a conocerlos.* Hay que decir que la mujer discreta, con su aguda vigilancia e instintiva sagacidad, rastreará si el ánimo del marido abriga alguna sombría sospecha contra ella. ¿Semilla de ira y de odio? ¿Dejos o reliquias? ¿Quién sabe? Si algo rastreare, ponga su empeño más activo en que no prendan ni crezcan sus raíces. Hartas veces, por motivos baladíes, se cuelan estos inconvenientes con cautela y se vuelven perniciosos; los desarraigará con mano dulce y dará con ello satisfacción al marido; más presto toman bríos y aun causan la muerte las dolencias incógnitas y paliadas que las que se exteriorizan francamente; no las extorsione, ni las trate con dureza, ni las ahonde más en su conato de arrancarlas; mejor será que las extirpe radicalmente sin dolor y sin quejas, y no piense jamás que ni los hombres ni los dioses le van a ser propicios si no tiene a su marido aplacado. Dice el Señor en su Evangelio: *Si fueres a ofrecer tu sacrificio y cuando estuvieres en el altar allí te acordares que te queda algún escrúpulo de ofensa con tu hermano prójimo, deja al punto la ofrenda y vuelve corriendo a pedir perdón y reconciliarte con tu hermano, y acabado eso, toma y ofrece a Dios lo que te propusiste.* En vano imploras la paz de Dios si no tienes amansado a tu amigo. ¡Cuánto más teniendo enojado a tu consorte! Mire una vez y otra vez que todo cuanto se dijere o se hiciere en el aposento y recámara y en el sacrosanto lecho matrimonial, se guarde bajo el secreto más inviolable, y sepúltese en un silencio mayor que los antiguos misterios de Ceres Eleusina o, por decirlo mejor y con una comparación más adecuada, que los secretos que deposita el penitente en los oídos del confesor. ¡Qué locura no es sacar a ruedo cosas tan íntimas, tan merecedoras de silencio religioso!

El pueblo de Atenas, generoso y de una cabal educación política, estando en guerra con Filipo, rey de Macedonia, habiendo cogido unas cartas suyas a Olimpíada, su mujer, se abstuvo de abrirlas y de leerlas, porque pensaba (y así era en realidad) ser cosa sagrada los secretos conyugales, y que no era lícito divulgarlos ni que los extraños los co-

nocieran; así que hicieron llegar selladas e intactas aquellas letras a Macedonia, a las manos de la reina. ¡Nación verdaderamente merecedora de que las mujeres todas le guardasen fidelidad y secreto! Y si los atenienses hicieron esto con el enemigo armado, ¿con cuánta mayor conveniencia debes tú hacer esto mismo con tu marido? Porcia, mujer de Marco Bruto, causóse una herida voluntariamente por explorar la constancia con que podría guardar secretos importantes, y cuando estuvo convencida de que podría callar y mantenerlos ocultos, entonces osó preguntar a su marido qué proyectos revolvía en su ánimo ansioso. Habiéndole confiado Bruto el plan de dar muerte a César, lo calló con tanta tenacidad y fidelidad como cualquiera de los otros conjurados.

Y no solamente trabajará la esposa por serle amiga siempre, sino por no crearle enemigos en los otros poniéndole en peligro con la admisión de rencillas y porfías, pues no debe servirse de su marido como de rufián para vengar las hipotéticas injurias que cree habérsele inferido, si ya no fuere por algún riesgo de su castidad, que es el tesoro más avaricioso de toda mujer; y aun en ello no habrá riesgo, si ella no quiere y se guarda. Si algún atrevido le dijere palabras, no de galantería precisamente, o le hiciere algo que a ella se le antojare haber lastimado su delgada piel, no ha de irse corriendo a contárselo a su marido y con palabras fogosas (como el despecho las suele administrar) atizarle el coraje y armarle las manos. Desviará en secreto esos tragos la mujer discreta, y se juzgará por todos lados segura y fuerte, mientras quedare salva e intacta su castidad, sin la cual no hay pureza posible.

Habrá en la cámara conyugal y en el lecho marital no solamente castidad, sino pudor, por manera que la mujer nunca olvide ser esposa legítima. En su persona quiere Plutarco que estén unidos y abrazados el sumo amor y el pudor sumo. Cuéntase que las mujeres legítimas de los reyes de Persia comían con ellos y tenían con ellos tratos y jovialidades; pero no las admitían en las cenas algo más libres, sino que hacían venir exclusivamente a bailarinas y a concubinas. Este honor hacían al matrimonio, porque, según aquel príncipe solía decir, el nombre de esposa es título de dignidad, no de placer. De la misma suerte el título de marido es nombre de deudo, de unión, no de carnalidad, como más arriba declaramos. En los maridos parece bien no atollar en placeres descomedidos, ni holgar con otras mujeres que las propias. Pero no es este libro doctrinal de maridos que les enseñe (cosa que en este lugar les afectaría) que no deben ser ellos maestros de liviandad de sus esposas, sino que deben acordarse de aquella breve y enjundiosa máxima de Xisto, el moralista pitagórico: *Adúltero es con su mujer todo amador deshonesto y ardiente en demasía*, y obedecer al Apóstol San Pablo, que prescribe a los maridos que *posean en santificación a sus mujeres como a vasos de generación, no con codicias inmoderadas e ilícitas, como hacen los gentiles, que no conocen a Dios*. El Esposo, en el *Cantar de los Cantares*, a su Esposa daba el nombre de hermana suya, con lo cual da a entender ser el amor matrimonial de los más puros quilates. Pero volvamos a las mujeres.

No profanen ellas el púdico y santo lecho matrimonial con actos sucios y libidinosos: *Honorable sea el matrimonio entre todos vos-*

otros—dice el mismo San Pablo—, *sea vuestro lecho inmaculado.* Aquella casta mujer espartana, siendo preguntada si se había acercado alguna vez a su marido: *Yo, jamás*—respondió—; *él a mí, sí.* Quería con ello decir aquella casada honesta que jamás había irritado el deseo de su marido ni se había ayuntado con él sino para satisfacerle. Escribe Trebelio Polión que Zenobia, reina de los palmirenos, mujer letrada y muy prudente en la gobernación del reino, observó una castidad tal, que no admitía a su propio marido sino después de reconocer si había concebido, pues una vez que se había unido con él, absteníase de toda cópula hasta el tiempo del achaque periódico; si había concebido, se apartaba de su cama hasta pasado el parto; si no, cedía otra vez a su marido la mitad de su lecho. ¿Quién creerá que esta mujer sufrió conjunción con su marido no ya por deseo, sino por mediano placer? Admirable matrona, digna, por su esmerada castidad, de ser condecorada, a quien el sexo no le incitó más al placer que su pie o que su mano. Mujer merecedora de parir, y sin unión, pues nunca la consintió sino por parir, o de parir sin dolor, puesto que no sentía placer. Aún más que esto hizo nuestra cristiana Etelfrida, reina de Inglaterra, la cual, después de su primer parto, ya no se unió con su marido jamás. Y mucho más aún hizo Edeltrudis, reina de la misma nación, la cual, habiendo sido casada con dos maridos, a entrambos les indujo a perpetua castidad. Existieron, además, otros pares de casados que vivieron ayunos de toda unión, como Enrique de Baviera, príncipe de romanos, con Sinegunda; Julián, mártir, y Basilisa. Y en la ciudad de Alejandría, Crisanto y Daría, y Amós con su esposa, y también Malco, el monje, con su mujer, que con él compartió la vida penitente y cuya vida escribió San Jerónimo.

Con ello entendieron aquellos hombres superiores aquello mismo que enseñaron los más grandes sabios que en el mundo han sido, a saber: que el deleite corporal es indigno de esa excelencia nuestra que poseemos por la naturaleza del alma, y que, por ende, es tanto más menospreciada y desechada cuanto con mayor largueza participa de la prestancia del alma, y está más allegada a Dios, y que, por el contrario, más a menudo da cabida al vicio en su alma cuanto más baja la tiene, y puesta en la tierra, teniendo en sí mucha parte de vil naturaleza y poco o ninguna de aquella soberana excelencia. Mujeres, al desnudaros de la camisa, vestíos del pudor y retened siempre éste, que es el más honesto velo de la Naturaleza; entre día, a la noche, con el marido, con los extraños, a la luz, en la oscuridad; nunca Dios, nunca los ángeles, nunca vuestra conciencia os contemplen desnudas de este atavío del pudor. Nada puede imaginarse de más feo, de más torpe que esas desnudeces. Hesíodo, grave poeta, no quiere que la mujer deponga la camisa ni aun de noche, porque las noches son de los dioses inmortales. Rebeca, hija de Batuel, al ser conducida a Isaac, con quien había de casarse, y habiendo topado con él paseándose en el campo, preguntó quién era. Así que conoció ser Isaac, su esposo, cubrióse muy de presto con el palio.

Esta doncella, prudente y bien criada, enseñó a todas las otras que la más exquisita y primera flor del pudor es debida al propio marido. ¿A quién debe mostrarse mayor vergüenza sino a quien tiene derecho a la revelación máxima?

CAPITULO VII

DE LOS CELOS

Cicerón, según el sentir de los estoicos, define que los celos son una pasión y pesadumbre del alma que procede de que otro goza de aquello que alguno deseó para sí. Defínese también ser cierto temor o recelo que otro no posea contigo en común lo que querrías que fuese de ti solo. Cualesquiera sean los términos que expliquen la esencia de la celotipia, siempre resultará ser una perturbación truculentísima, una tiranía arrebatada y cruel que mientras reinare y se encrueleciere en el ánimo del marido, hay que desesperar que la mujer pueda vivir con él en concordia, y mejor sería para entrambos morir que no el que uno de ellos caiga en los celos, el marido en especial. ¿Qué martirios, qué tormentos pueden compararse ya con el espíritu agitado por aquella intemperie ya con aquel por quien se tiene ese escocedor recelo? De aquí las querellas, las reclamaciones, los gritos, el odio recíproco, la perpetua sospecha, las riñas, los altercados, las pugnas, las muertes, en fin, puesto que hemos leído y hemos oído que muchas mujeres fueron muertas por sus maridos, hostigados no más que por esta pasión insana. Esta misma pasión ataca también gravemente a determinadas fieras. Aristóteles escribe que la leona es despedazada por el león si la siente adúltera. Muchos han visto al cisne hembra muerta de su macho porque había seguido a otro cisne. Por tanto, la mujer ha de trabajar con todas las fuerzas porque estas furias no se apoderen de su marido, y si se hubieren apoderado, por sacarle de su poder. Y ese resultado sólo la mujer lo alcanzará con un procedimiento único, a saber: que no diga ni haga cosa que pueda inducir en sospecha a su marido, y ello con mayor cuidado si el marido fuere suspicaz de suyo. Muy bien han dicho San Pablo, San Jerónimo, Aristóteles y otros grandes y sabios varones: *No se ha de obrar el mal ni cosa que tenga visos y apariencia de mal.* Pesada tarea es ésa, me dices; ¿quién puede poner freno a las sospechas? Tú, de muchas maneras. Primeramente, llevando vida casta, y estoy por decir que éste es el único y más desembarazado camino. El tiempo es el padre de la verdad; el tiempo debilita y borra todo lo falso y confirma y corrobora lo verdadero. Si fueres casta y tuvieres marido celoso, espera confiadamente, que, con facilidad y en breve tiempo, dejará aquella perturbación; si fueres deshonesta, ten por cosa de fe que no sólo no se borrará, sino que arreciará de día en día. En conclusión: si, inocente, sufres los celos de tu marido, venturosa eres; si culpable, miserable eres. Amarás a tu marido y harás cuanto esté en tu mano porque él se sienta amado; pero mira no lo hagas simuladamente, pues tanto más y con mayor encono te odiará cuanto más viere ser estudiado tu fingimiento, pues todo lo fingido no solamente no alcanza el fin a que se dirige, sino que marra el tiro y resulta contraproducente.

Muchas más veces amonesto a las mujeres, y tendré que amonestarlas muchísimas veces más que a los hombres, que no se engañen con pensar que no tiene importancia el hacer o parecer que hacen una cosa u otra; ciegas y necias, que esperan con sus untos y con sus colores mudar la esencia de las cosas. Demuestre la mujer que a ningún otro hombre ama, no ya de igual manera que a su marido, sino exclusivamente a

su marido. Si ama a algunos otros hombres, ámelos por consideración al marido o no los ame simplemente, aunque los ame su marido. A la mayoría de los maridos nada les cuesta o, mejor, les complace que teniendo todo lo otro en común con su mujer, no tener comunes los amigos, lo que asimismo acontece con las mujeres tratándose de las criadas y otras mujeres amigas suyas. Pórtese en público con el mayor recato y no se aficione de buen grado a alternar o a platicar con hombres extraños o con mujeres que han dado que decir por descuidar su honestidad más de la cuenta. De la celestina, ni la presencia ha de sufrir. Ni dé billetes ni los reciba a espaldas de su marido; hable con suma parquedad de los otros hombres y no celebre ni su belleza ni ninguna de sus otras cualidades físicas, ni los mire con intención, ni en presencia suya haga nada que pueda el más malicioso tomar por indicio de liviandad; evita el encuentro y el coloquio de aquel hombre, de aquella mujer con quien no quiere que hables tu marido, aun de tu misma madre, si ello complace a tu marido. Si conocieres ser él sombrío y suspicaz, ni ante él ni ante el hermano, o el hijo, o el padre, o el pariente intercederás por hombre alguno, si ya no fuere deudo muy cercano o tan afín que no pueda recaer en ello ninguna siniestra interpretación. Otramente sospechará él que te indujo a tal iniciativa cualquier otro motivo que el afán de beneficiarle o de socorrerle, puesto que las sospechas siempre son crédulas de lo peor. Con menor peligro podrás hacerlo por muchos hombres a la vez, como por una ciudad, o por un pueblo, o por una provincia, donde la interpretación maligna tendrá menos valimiento.

Todo esto hube de decirlo, puesto que me propuse persuadir que no solamente debía evitarse el mal, sino su apariencia o barrunto. Por lo demás, jamás deben dar entrada las mujeres a la torcida idea de pensar que es celotipia el afecto que sus maridos les tienen y la vigilancia y cuidado que deben tener de su honestidad, puesto que tanto importa que sean honradas las mujeres. Y aún las hay que si no se les da una total soltura para todo lo que se les antoja, acusan al marido de celoso, y con ciega temeridad y descaro grande ponen esa nota en el marido, y dan su nombre a la fama parlera, que en las ciudades triunfa de todo, por donde él se oye decir de todo sin motivo, y merece el desdén y la odiosidad de muchos. ¿Esas son mujeres o víboras? ¿Esposas o enemigas? No es ésa disciplina cristiana, sino estolidez intemperante y brutal. Y yo no sé si hacer objeto de risa o de indignación a aquellas mujeres, de que hay ejemplares conocidos, que entran, salen, vuelven, charlan, comen donde, cuando y con quien se les antoja; todo, con la tolerancia de sus maridos, lo hacen como en talante les viene y luego dicen que su marido es un celoso feroz.

Ahora tócame hablar de la celotipia femenina. A la mujer que de ella esté contagiada, yo no voy a aplicarle para su curación muchos remedios, mientras no se mostrare excesiva y violenta, que turbe la quietud doméstica y resulte cargosa y verdaderamente insoportable para su marido, pues si a tal extremo llegare, pienso que será bien acudir a la medicina. Lo primero que debe considerar la mujer es que el marido es superior y que a ella no le está permitido lo que a él; que las leyes humanas no exigen en el marido la honestidad que imponen a la

mujer; que en todos los órdenes de la vida los hombres tienen más anchura y libertad; que los maridos deben atender a muchos negocios; la mujer no más que a uno: a su castidad; las casadas han de cerrar los oídos a todos aquellos que van a contarles de sus maridos no sé qué cosas novelescas o trágicas, y darles el despacho y convencerles de que muy poco es el agradecimiento que se granjean con sus delaciones. Hermione, esposa de Cadmo, rey de Tebas, habiéndose por celos separado de su marido, en Eurípides se lamenta y duele de que la perdió el acceso de ciertas malas mujeres por haber prestado a sus insinuaciones oreja y crédito. La mujer que se hubiere decidido, por motivo de concubinato, a denunciar a su marido o a reñir ruidosamente con él, revuelva en su pensamiento aquel dicho que se le escapó a uno que corría en persecución de un fugitivo, y habiéndose éste echado en una tahona, dicen que dijo: *¿En dónde querría yo verte más que en este lugar, donde yo te echara si te cogiera?* Hágase esta reflexión: ¿En dónde o cómo holgara más de verme la coima de mi marido que echada de casa, expulsada del lecho marital, en grave disensión con él, para luego, con el menor esfuerzo, atraer a sí la preferencia total de mi marido, que yo me aparté y enajené con mis importunidades? Tapien sus oídos a las habladurías, que hacen de ella y de su marido fábula del pueblo, y de las cuales toda mujer seria debe preservar a su marido y a sí misma, cualesquiera que fueren las molestias y ultrajes recibidos. Escriben ciertos autores que algunas mujeres recién casadas, entrando en sospecha de que sus maridos, que, so pretexto de cazar, pernoctaban fuera de su casa, holgaban en brazos de otras mujeres, les siguieron al coto y que allí, en la oscuridad, fueron acribilladas de flechazos por los propios maridos, que las creyeron fieras, y hechas pedazos por las jaurías; castigo demasiado grande de unos celos indiscretos, inquisidores en demasía. Con cuánta mayor moderación y prudencia se condujo Tercia Emilia, mujer del primer *Africano,* la cual, habiéndose percatado que una de sus sirvientas era del gusto de su marido, disimuló el descubrimiento porque no pareciese condenar de incontinencia al domador del orbe y príncipe de su pueblo y a sí misma de impaciencia, no pudiendo tolerar el ultraje de su marido, el hombre más grande de su tiempo. Y porque no se creyera que alimentaba en su pecho ningún resquemor de aquella herida íntima, a la muerte de su marido distinguió a aquella criada casándola honradamente con un liberto suyo, persuadida de que si en los difuntos renace algún sentimiento de nuestras cosas, aquel hecho sería gratísimo a los manes de su marido.

No ignoraba aquella mujer, toda cordura, que ella era la esposa, ella era la dueña, a cualquiera parte se desviare su marido; envidiando a otra mujer las noches de su marido, acusaba la propia liviandad, no su honesto afecto

¿Y qué diré si, importunando a tu marido, le irritarás más, y si le llevas con paciencia le retraerás más pronto, sobre todo si comparare tu sabrosa afabilidad con la desgarrada insolencia de su concubina? Así es que Terencio, gran pintor de las pasiones humanas, escribió en su *Hecira* que Pánfilo, de la mucha voluntad que tenía a Baquis, su amiga, se convirtió todo a su mujer, a quien odiara, luego que Pánfilo se

conoció a sí mismo, conoció a Baquis y a la mujer que tenía en su casa, pensando que bastaba aquel cotejo para la respectiva estimación: *Esta, como convenía a una mujer de ahidalgada condición, era vergonzosa, comedida en el comportar todos los daños y agravios de su marido y disimularle sus afrentas. Entonces su voluntad, parte vencida de la lástima de la mujer y parte derribuda con los agravios de ésta, poco a poco se desapegó de Baquis, y pasó en esta otra su amor, después que halló otra que fuese de su misma condición.* Esto dice Terencio.

Aquí no debo callar el hecho de aquella matrona que, teniendo a su marido enredado en el amor de otra mujer casada y viéndole todas las noches ir a casa de ella, pasando entre su marido y sus hermanos, que estaban al acecho, con gravísimo e inminente peligro de muerte, habló a su marido en esta forma: *Tú, marido mío, no puedes arrancarte a este amor ilícito ni yo lo pretendo de ti; sólo te pido que no la ames con tan grave peligro de tu vida; dice ella que te quiere seguir; condúcela a ese castillo tuyo, yo le cederé esta parte de la mansión, tan aderezada como está, y yo me recogeré en la otra, y te doy fe que le guardaré iguales consideraciones que si fuese hermana mía; si notares que obro de otra manera, expúlsame a mí y consérvala a ella.* Persuadió al marido de tal forma, que una noche introdujo en el castillo a la amiga, que venía temblando de miedo de la mujer de su marido, la cual la recibió muy dulce y afablemente; la colocó en sus apartamientos y no le dió más nombre que el de hermana; visitábala dos veces al día; dió orden a la servidumbre que la sirviesen con más esmero y delicadeza que a ella misma, sin demostrarle ni de palabra ni de hecho la más leve mala voluntad. *Ahora* —dijo—, *marido mío, la amarás sin peligro y la gozarás con mayor seguridad.* El marido, obra de un año, no se acercó a su tierna esposa, noble, casta y, a ojos vistas, más hermosa que la concubina. Sólo Dios sabe qué intenciones traía aquella mujer. Por lo que los hombres podían juzgar, parecía no llevar a mal aquella suplantación, en especial después de haber sustraído a su marido del peligro, pero frecuentaba la iglesia, estaba en oración continua, todos entendían su aflicción; pero nadie oyó su despecho ni sus quejas. Pasado el año, el marido convirtióse totalmente a su esposa, empezó a cobrar odio capital a su manceba y, expulsada ésta, traspasó tanto amor a su mujer, que dice a quien quiere oírle que todo su corazón, toda su alma, toda su vida están puestos en ella, y no podrá soportar el sobrevivirla. Me abstengo de decir nombres porque todas las personas de este drama viven.

Todo lo que queda dicho hasta aquí va para aquellas que tienen un motivo cierto y racional de celos, pues las que lo tienen endeble o fantástico proceden importuna e intolerablemente, y ocasiónanse a sí mismas y a sus maridos una cruz cierta por un hecho incierto. Y eso lo hacen algunas mujeres enamoradas en exceso o complacientes con sus pasiones, o las que se fabrican castillos en el aire y toman flacas conjeturas por hechos averiguados. ¿Se chancea tu marido con alguna mujer? No vayas a creerle inmediatamente enamorado. No te dejes llevar por cualesquiera sospechas, cuando no hay que impresionarse por cosas vistas y tocadas con las manos.

CAPITULO VIII

DE LOS ATAVÍOS

También este punto de los atavíos, como los restantes, ha de referirse a la voluntad y costumbres del marido; si quiere que el vestir sea simple y llano, acomódate a él, porque si le buscas más aderezado y costoso, ya no te compones para los ojos de tu marido, sino para los ajenos, cosa que no es propia de la mujer buena. ¿Qué ha de hacer con el oro y con la plata la mujer que antes que todo es cristiana, y con ellos no da ningún gusto a su marido? Tú, por mandato de tu marido, ¿no te avienes a un atavío cristiano, cuando, si él quisiere, debieras arrearte con uno diabólico? Agriamente habla de los afeites San Ambrosio: *De aquí nace aquello que es vía e incentivo de los vicios, que las mujeres, temiendo desagradar a los hombres, se pintan las caras con colores ajenos, y en el adulterio que hacen de su cara se ensayan en el adulterio de su persona. ¿Qué locura ésta tan grande desechar el rostro natural y buscar el pintado? ¿Y mientras temen ser condenadas de sus maridos por feas, condenarse por tales ellas a sí mismas? Porque la que procura mudar el rostro con que nació, por el mismo caso da sentencia ella contra sí y lo condena por feo, y mientras procura agradar a los otros, ella misma a sí se desagrada la primera.* Todo esto dice San Ambrosio. Esto mismo que siente el santo doctor, aun cuando el marido no dé mandamiento expreso a su mujer en este punto, no se lo mandará el marido prudente, y si lo hiciere o barruntares que así lo desea, disuádeselo tú a su tiempo y sazón y formalmente; si nada consiguieres con ello, darás este placer a su ojos y a su voluntad, y dirás con la santa Ester, arreada y compuesta con toda aquella pompa del diablo: *Vos sabéis, Señor, la necesidad que a esto me mueve y cuánto abomino el estandarte de esta soberbia y gloria mía que llevo sobre mi cabeza en los días en que he de mostrarme, y cómo lo detesto como a paño de mujer menstruada, y que no llevo en los días de mi retraimiento.* Y si la mujer, una vez casada, tuviere libertad de vestirse y ataviarse como quiera, piense que ya no tiene motivo de buscar aquella curiosidad y fastuosidad en el arreo, puesto que ella ya encontró lo que las otras cazan con aquellas redes. Amonesta el mártir San Cipriano a las mujeres casadas que se guarden de complacerse en exceso a sí mismas con el afán de agradar a sus maridos, y al excusarse con ellos no les envuelvan en la complicidad de un pecaminoso consentimiento.

Ya saben las mujeres mi anterior opinión acerca de los atavíos. Ahora les será mejor escuchar a San Pedro y a San Pablo, que quieren que el arreo de la mujer cristiana sea llano y simple, y más resplandeciente de santidad de vida que de oro y piedras preciosas. La mujer honrada ya granjeó otros atavíos más verdaderos, así en su castidad, como dijo Xisto, como en la honesta crianza de sus hijos, como decía Cornelia de sus Gracos, y, por fin, en la gloria de su marido. La mujer de Filón, el filósofo, habiendo en cierta ocasión salido en público sin corona de oro a la cabeza, mientras las otras la traían, preguntada del porqué ella no la traía, respondió que para la mujer casada harta corona eran la virtud y la gloria de su marido. ¿Quién no estimaba más a la mujer de Catón, aunque no era muy rico, que no las de muchos hombres

públicos hinchados de dinero? ¿Por ventura, no valió más a Jantipa ser mujer de Sócrates, pobre, que no serlo de Escopa o de cualquier otro nacido contemporáneo? El atavío de la mujer, dice Demóstenes, es la templanza en el hablar y el vestir. La mejor ataviada es la que tiene el marido mejor.

En hartos lugares San Juan Crisóstomo persigue a hierro y a fuego a esa hidra del afeite femenino, y para esa peste que renace siempre y es tan variada propone y señala muchos remedios. Su parecer, puesto que es difuso, voy a darlo en compendio, como lo hago ordinariamente, sacándolo no de una sola obra suya: *Es un linaje de idolatría este culto del vestido, de las joyas, de todo el ajuar doméstico, tan acicalado, tan ansiosamente buscado, que para ti está en lugar de ídolos, el oro, las pedrerías, el traje, y no los tratas y los reverencias menos de lo que en otro tiempo adoraba a los mentidos simulacros aquella antigua ceguera. ¿Y qué pensarás tú si yo te dijere que ese mismo vicio, a los ojos de su marido, hace a su mujer de poco precio, desdeñable y aborrecible, puesto que damos menor estimación a aquellos que a menudo tienen necesidad de nosotros? Y si muy a menudo la mujer, por cosas de vestirse y ataviarse, importunare a su marido, acabará él por no estimarla y entrará en sospecha de que ella no le ama porque es el marido con quien Dios la unió, sino porque es su complaciente proveedor de recursos y el que le proporciona el cebo de su vanidad y soberbia. El marido entenderá que se le ama verdaderamente cuando, dando de lado a toda consideración utilitaria y obedeciéndole como a mayor y representante de Dios, le pide lo menos posible, y aun esto de muy poco coste. Así él conocerá que no se le ama porque se le necesita, sino por el afecto que Dios impone a la esposa. Y, en efecto, cuando la mayor parte de los ingresos se malgasta en el atavío de la mujer y se pone en aprieto la economía doméstica, ¿qué sabroso aliciente puede tener el matrimonio? Acaso, este aparato de la mujer pudo agradar a los comienzos del matrimonio por causa de la novedad; pero, poco a poco, con la novedad irá perdiendo el agrado inicial, no de otro modo que el espectáculo asiduo del cielo pintado de astros, que es la más linda vista del mundo, acabó con toda nuestra maravilla. Y si tu marido ya no hace caso de ello, ¿para quién te afeitas?*

¿Y qué más si la mujer que viste con modestia y simplicidad halla más loadores y se casa con mejores hombres que la mujer fastuosa y ostentadora de su arreo? Los varones cuerdos y sabios alabarán a la mujer templada, y alabarán a la mujer lujosa los mozos casquivanos e incontinentes, aunque ésos no tanto la alabarán como la desearán, pues por más que les acucie el deseo, reprobarán, con todo, el lujo y la incontinencia de la mujer. Dirá alguna, por ventura: «¿Y qué culpa tengo yo si alguno sospecha mal de mí?» Tú le das ocasión e incentivos para esa sospecha con tu andar, con tu aspecto, con todos los meneos de tu cuerpo, pues si el apóstol, con tanta energía, corta todas las demostraciones de riqueza, como son el oro, las piedras, los vestidos suntuosos, ¿cuánto más no condenará aquellos objetos que se buscan con tal afán y con tales mañas? A saber: manchar el rostro de carmín, pintar con antimonio las ojeras, caminar con indolencia, hacer más blanda la voz, flechar miradas lascivas, propagadoras de incendios; el superfluo y jac-

tancioso alarde del palio y de la túnica, el cinturón labrado primorosamente, tus zuecos crepitantes y todos los otros excitantes de la lubricidad. Todas estas cosas son muy ajenas del pudor y se las conceptúa llenas de fealdad y de torpeza. Y si el apóstol veda todo esto a las que están bajo la potestad de varón, las que viven en el regalo y sobreabundan de riquezas, ¿qué pensamos, diría, de las vírgenes? Bien está; con una mujer gentílica no quiero entrar en discusión acerca del atavío; pero ¿qué me responderá la mujer cristiana que entre con aquella pompa en la iglesia, donde oirá que desde el lugar más elevado los apóstoles predican una doctrina radicalmente contraria? ¿Acaso va a la iglesia para desmentir con sus obras aquella predicación y para proclamar a gritos que, por más que se repitan y se inculquen aquellas enseñanzas, ella no las oye o no les hace ningún caso? Si un pagano asistiera a nuestras asambleas oyendo lo que dicen aquellos apóstoles de Cristo y viendo lo que hace aquella discípula de Cristo, ¿podría contener la risa o, mejor, no saldría de allí enojado por asistir a aquella farsa? Todo esto es de San Juan Crisóstomo.

Por lo demás, así como no aprobamos el fausto, ni la pompa, ni la exquisitez del demasiado atavío, tampoco nos parece bien la sordidez y la inmundicia, ni el que en un vestido llano y simple se acuse una excesiva preocupación del aliño. Hay mujeres en quien, por su belleza singular, luce la jerga más grosera y basta, y las hay que con su buen gusto hacen que luzca. Hay que hacer, dicen, alguna concesión al lugar, al tiempo, a las circunstancias de la vida y a las usanzas admitidas de la localidad. Sí, hay que hacerles de cuando en cuando alguna concesión, cuando no haya otro remedio; pero no hay que exagerarla, y hay que reducirla a lo indispensable, que siempre será menos de lo que pidan. Aristóteles, en sus libros *Económicas*, a tenor de la vieja sabiduría, piensa que la mujer en su traer debe gastar menos de lo que prescriben las leyes suntuarias y las costumbres de la ciudad, puesto que conviene considerar, dice, que ni el aliño y lustre de los vestidos, ni la excelencia de la hermosura, ni la abundancia de oro contribuyen tanto a la alabanza de la mujer como la compostura en el porte y el empeño de vivir con honestidad y gracia. Así que hay que hacer más caudal de la razón y del recato y de la piedad que de los vanos juicios y perversas costumbres introducidas primeramente por hombres viciosos y recibidos y aprobados después por la vanidad y sentir corrompido del vulgo. Deberían algunas honradas matronas concertarse entre ellas y, reciamente aliadas, arremeter contra ese linaje de costumbres, de manera que, vistiéndose ellas medianamente, dieran a las otras el ejemplo conveniente y les enseñasen el camino por donde debían insistir. ¿Cuánto mayor mérito no tendrían haber quitado una mala usanza que haberla seguido? Y no hay que desesperar que unas pocas mujeres consigan abolir lo que otras pocas mujeres introdujeron. Ni está tan irremediablemente pervertido el ingenio humano que pueda verse influído del mal, pero no pueda influirse del bien, principalmente cuando el recto hábito del alma propenda a él. Lo que pudo para el mal la conjuración de las malas, otro tanto podría para el bien el concierto de las buenas, siempre que comenzaran su campaña con recato, con modestia, con pudor, y considerasen ser gran

honra vencer con esas armas y no con el alarde jactancioso de una riqueza que aguija a los espíritus livianos a emulaciones y rivalidades enconadas. Los maridos, todos a una, aprueban la bondad, la paciencia, el amor y la docilidad y las alaban sobre manera. Son contadas las mujeres que envidian a las casadas ejemplares para imitarlas; mas, todas a una, envidian y codician los aderezos, los vestidos, los collares, los zarcillos, los broches, los pendientes, las sortijas, los vasos labrados. ¡Oh soberbios y necios animales nacidos para la vanidad y la ostentación! De ahí surgen las competencias que se encrespan y se encienden tanto, y llegan a tales extremos que, como dice sapientísimamente Catón en Tito Livio, las ricas quieren tener lo que ninguna otra mujer pueda, y las pobres, porque no se las desdeñe por ello, se alargan a más de lo que pueden, y de esto se origina que teniendo vergüenza de lo que no conviene, dejan de tenerla en lo que más importa. Despojan a los maridos e hijos por vestirse a sí; en la intimidad de su hogar tienen hambre y laceria, y fuera de su casa andan en público cargadas de oro y sedas; empujan a sus maridos con sus reproches y riñas a feas ganancias, a hechos punibles, porque su vecina, o su parienta, o su afín se muestre más rica y ataviada que ella. Y todo eso, tan grave y tan descomedido, fuera tolerable si con ello no vendieran su castidad para sacar de ahí lo que el marido no quiere o no puede darle.

Tamaños males debieran atajarse o por concierto y pacto que hiciesen las matronas ricas, quienes con su ejemplo llevarían a las otras a mayor cordura, o por alguna ley suntuaria que frenase esos desafueros, como aquella vieja ley Opia que ponía moderación en los gastos de las mujeres. Y aun estaría bien que los predicadores cristianos imitasen, no ya a los santos varones que formaron la piedad cristiana, sino a Pitágoras, filósofo gentil, y vencerle en esta lid honrosísima, de quien San Justino escribe estas palabras: *Enseñaba Pitágoras a las mujeres castidad y obediencia a sus maridos, y a vueltas de esas virtudes inculcábales templanza, que es la madre de todas ellas, y con la asiduidad de sus persuasiones y consejos había conseguido que las mujeres depusiesen sus vestidos dorados y los otros aderezos propios de su estado, como instrumentos de lujo, diciendo que el verdadero atavío de la matrona era la honestidad, no el vestido.* ¿Por ventura este mismo sentir no se encuentra más claro y copiosamente en autores nuestros? Henchidos están de consejos de esa suerte San Cipriano, San Jerónimo, San Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Fulgencio. Tertuliano exhorta así a las mujeres: *Salid ya y mostraos aderezadas con los afeites y arreos de las enseñanzas apostólicas, tomando el blanco de la inocencia, tomando el carmín del pudor, pintados los ojos con la reverencia y el espíritu con el silencio, metiendo en los oídos la palabra de Dios, poniendo en las cervices la coyunda de Cristo; doblad la cabeza ante vuestros maridos, y harto ataviadas andaréis; ocupad vuestras manos en la lana, clavad en vuestra casa vuestros pies y agradarán así más que calzados de oro; vestíos de la seda de la probidad, del brocado de la santidad, de la púrpura de la pudicicia. Así pintadas, tendréis a Dios por amador.* Esto es lo que dice Tertuliano; a ello yo añadiré algunas reflexiones de mi cosecha que me parecen pertinentes a esa misma exhortación. Todas las cosas corpó-

reas son signos de las incorpóreas; en el espíritu radican la eficacia y la verdad; en el cuerpo, la sombra y la imagen. La cabeza del varón es Dios; la cabeza de la mujer es el marido. ¿Por ventura buscas tú un adorno mayor o que te embellezca más que la excelencia y la honra de tu marido? Si te tocares la cabeza con la sumisa obediencia que le debes a él, lucirás el más gracioso de los tocados.

No parece bien en varón cubrir su cabeza, puesto que es en el mundo la imagen de Dios; en la mujer sí que parece bien, porque al varón está sujeta; descúbrese, pues, cualquiera mujer que sacude de sí la ley de su marido. Si tu cabeza resplandece de oro y de piedras preciosas, usurpas la preeminencia de tu marido; si, vuelta de la autoridad de tu marido, te vistes de holandas y de sedas, ¿de qué te aprovecha un signo que carece de consistencia ni realidad? Andas destocada y menosprecias el mandamiento del Apóstol; el carbúnculo es el ardiente amor conyugal, el diamante es la firmeza del propósito santo, tenaz, indestructible, pues tal dicen que es su naturaleza; la esmeralda es el gozo en el Señor, de quien dice el Apóstol: *Gozaos en el Señor siempre*; las sortijas que adornan la mano son las buenas obras, de quienes dice Salomón: *Obró con la sabia destreza de sus manos*; el yugo del Señor, suave y llevadero, es el collar de oro guarnecido de piedras preciosas; el cinturón es aquel ir con los lomos ceñidos como nos manda el Señor que vayamos constantemente mientras estamos en espera de su venida; la camisa es el recato y vergüenza que cubre todo el cuerpo de la mujer. ¿Existe, por ventura, vestido más resplandeciente que aquella riquísima variedad de virtudes con que se adorna la esposa, hija del rey, en el salmo XLIV, la cual asiste a la derecha de su esposo con franjas de oro vestida de variedades, cuya gloria es toda recogida e interior y en ella pone sus ojos aquel esposo que es el más hermoso de los hijos de los hombres, en cuyos labios la gracia se derramó? ¿Por qué, mezquinas, corréis en persecución de sombras vanas? Los auténticos y sólidos atavíos son aquellos que en vida y en muerte os harán resplandecer, los que os granjearán honra y hermosura grande ante los hombres y una gracia copiosísima e imperecedera ante el acatamiento de Dios.

CAPITULO IX

CÓMO SE HA DE HABER EN PÚBLICO LA MUJER CASADA

Parece bien en las casadas que se las vea en público aún menos que a las doncellas, pues lo que éstas parecen buscar ellas ya lo tienen; así que todo su cuidado debe consistir en conservar a su marido y en agradarle a él solo. Licurgo, que dió leyes a los lacedemonios, mandó que las casadas, cuando salían de casa, fuesen con la cara cubierta, porque ya no era conveniente que ni ellas mirasen a otros ni otros las mirasen a ellas, puesto que tenían en casa al único a quien debían mirar y de quien debían desear ser miradas. Costumbre es ésa que los persas y casi todos los pueblos orientales, y aun muchos de los griegos, observaron en gran manera; pero no con la cabeza tapada, como ahora se estila en ciertas ciudades de Europa, que no hay quien las conozca ni vea la cara, y ellas, en cambio, ven y conocen a los

otros. En lo cual no puede uno menos de maravillarse no tanto de las delicadezas de las mujeres (¿delicadezas, dije?; desvergüenza de la más fina, debiera decir, con su cara tapada, con su velo sutilísimo) como de la ceguera de los maridos, que no consideran cuánta ocasión de maldades disimula aquel recato aparente. *No las cometerán*, dices. ¡*Ojalá*—digo yo—*no las hubieran cometido*! Por otra parte, no hay que abrir la puerta a la ocasión de pecar. Vayan, pues, las mujeres sin velos delante de la cara, veladas y abrigadas por el pudor; porque aquel velo que antiguamente usaban las mujeres no tanto servía por no ser ellas miradas de los hombres como por mirarlos ellas. Fauna, mujer de Fauno, rey de los pueblos aborígenes de Italia, mientras vivió no vió jamás a varón alguno, excepto a Fauno, por lo cual, después de muerta, la tuvieron por diosa y la veneraron bajo el nombre de *Diosa buena*, y en los sacrificios con que la honraban no solamente eran excluídos los varones todos, sino incluso la figura de animal macho. Esto no lo digo porque yo les mande estar siempre emparedadas y tapadas, sino porque se las vea en público raras veces, y menos aún que anden metidas entre hombres, cosa la más grata que puede haber para los maridos, como fácilmente imaginamos que la recatada reserva de su mujer lo fué a Tigranes. Este, habiendo tenido convidado a su mesa a Ciro, rey de Persia, y habiéndose hablado largamente en casa de Tigranes después del banquete de la apostura y prestancia física de Ciro, pues era hermoso sobre todo encarecimiento, Tigranes preguntó a su mujer qué le había parecido el rostro de Ciro. *No puedo darte razón*—respondió ella—, *¡así me amen los dioses!, porque en toda la cena no aparté mis ojos de ti por mirar a otro varón.* La matrona honesta no oirá con agrado a los varones ajenos, ni discutira de ellos, ni de su hermosura. ¿Qué importan la belleza de los otros a aquella para quien conviene que todos los hombres le parezcan igualmente bellos, y feos igualmente, excepto su marido? Este solo sea el más hermoso, el más gracioso que todo lo restante del mundo; como lo es para una madre su hijuelo único. Al Esposo, en el *Cantar de los Cantares*, parécele su Esposa la más hermosa de las mujeres, y para ella, a su vez, el Esposo supera a todos los otros en hermosura y en gracia. Y no fué menos grata a Duelio la simpática simplicidad de su esposa. La referiré con las mismas palabras de San Jerónimo: «Duelio, que fué el primero que triunfó en Roma en combate naval, casóse con Bilia, doncella de tan rara honestidad que aun en aquel tiempo, en que la deshonestidad era tenida no ya por vicio, sino por monstruo, fué mirada por espejo y dechado de virtud. Llegado Duelio a viejo, caduco y temblándole todo el cuerpo, en una recia discusión oyó echársele en cara que le hedía la boca y, desazonado al retraerse a su casa, quejóse con su mujer por qué nunca se lo había advertido para poner remedio a ese vicio. «A fe mía que lo hiciera—ella respondió—si no pensara que a todos los hombres la boca les hedía igual.» Merecedora de alabanza es esa matrona honesta y noble, si ignoró la tacha de su marido, y si la sufrió pacientemente, y si su marido conoció su defecto, no por asco de la mujer, sino por reproche de su enemigo. Esto mismo cuentan que aconteció a Hierón, rey de Siracu-

sa. A la verdad, no pudieran decir esto aquellas que besaron a muchos hombres antes del matrimonio y a muchos durante el matrimonio.

Cuánta sea la modestia que la mujer ha de observar en público, puede fácilmente colegirlo de todo cuanto dijimos acerca de la que debía guardar en su casa, en su cámara, cuando esté sola con su marido y de día y de noche. Aparte de esto, ¡qué necesidad hay de reprender aquí aquella usanza barbárica de algunas naciones, por la cual promiscuamente se bañan el marido y la mujer! No hay que mentarla aquí siquiera, pues es más costumbre de bestias que de hombres. Pocas conversaciones de hombres oirá la mujer, y más pocas palabras dirá, y si presintiere que va a oír o ver alguna liviandad, quítese luego de allí. Un declamador del siglo dice muy discretamente de las mujeres: *Ande la matrona con los ojos derribados al suelo y con el saludador oficioso muéstrese más bien inhumana que ruborosa; anticípese a desmentir su liviandad antes con la expresión de su rostro que con la negativa tajante. Hierón, aquel tirano de Sicilia de quien antes hice mención, impuso una recia multa de dinero al poeta Epicarmo porque en presencia de la reina refirió una anécdota inconveniente. César Augusto vedó con público pregón la asistencia a los juegos de los atletas, porque acostumbraban luchar desnudos. Y no es de maravillar, porque éste es aquel César que dictó leyes sobre los adulterios y la castidad. Por la misma causa, mientras duraban los juegos olímpicos, todas las mujeres salían de Olimpia y Pisa, y también porque con tan gran afluencia de gentío no tuvieran ocasión de andar barajadas con varones.*

Tampoco la mujer hablará sino aquello cuyo silencio pueda ser perjudicial, ni oirá, o al menos no prestará atención, aquellas palabras que nada tienen que ver con la probidad de las costumbres. Peligroso es el apetito de la carne que en todo momento traemos alrededor y que no obedece ni a la razón ni al juicio. Hizo notar San Agustín que el Apóstol San Pablo, hablando de los otros vicios, dijo: *Resistid.* Del deseo carnal dijo: *Huid. Pues a los otros vicios, con la ayuda de Dios, debemos resistir en el ataque; mas a la concupiscencia debemos vencerla huyendo. Contra el ímpetu de la tentación carnal, date a la fuga si quieres obtener la victoria. Y no te cause sonrojo esta huída si deseas obtener la palma de la castidad. Sí, tienes que huir, porque a la castidad tocóle un enemigo pegadizo a quien se resiste cada día y cada día se teme. Verdaderamente digna de compadecer y aun de llorar es la condición en que muy de presto pasa lo que deleita y se queda implacablemente lo que atormenta; efímero es el ímpetu del placer, y permanente y sin fin es el oprobio del alma infeliz.* Esto es de San Agustín. ¿En dónde están aquellas señoras cortesanas para quienes es muerte la soledad, que las aflige tanto, sin aquel cortejo de mozos, con quienes departen noche y día? ¿Qué responderán a Agustín o, mejor, al Apóstol de Cristo? Dicen que lo hacen con toda pureza de intención y sin sospecha alguna de mal. A mí me resulta ello increíble, y no sólo a mí, sino también al Sabio, que se hace esta pregunta: *¿Como es posible que nadie traiga fuego en su seno y no se queme?* Pero admítase que a ellas no se les viene ni por asomo el más leve pensamiento de obscenidad. Siempre será cierta

aquella otra sentencia del Apóstol: *El que ama el peligro, en el peligro perecerá.* Y aun en el caso, harto difícil por cierto, de que a ellas no les ocurra ningún pensamiento malo, ¿podrás garantizar a los varones esta misma inmunidad de que tú gozas? Delinques, pues, o de obra, o de peligro, o de incentivo.

Juvenal reprende con aspereza a aquellas mujeres letreras que saben lo que pasa entre los seres y los tracios y todo cuanto se hace en el universo mundo. Catón, en un razonamiento que desarrolló en el Senano sobre las mujeres, quiere que las mujeres ignoren en absoluto qué leyes se promulgan o se derogan en su ciudad, y de qué se trata en el foro, y de qué en la curia. De aquí aquel refrán de los griegos: *La tarea de la mujer es la tela y no los discursos.* Aristóteles tiene por más perdonable en el varón conocer lo que se hace en la cocina que en la mujer estar enterada de lo que sucede fuera de casa, y por eso le prohibe enérgicamente hablar de política y aun de oírla. Séneca escribe que a una tía suya materna, en dieciséis años que su marido tuvo el gobierno de Egipto, nunca se la vió en público ni admitió en su casa a ningún natural de aquella provincia, que ninguna cosa pidió a su marido ni consintió que se la pidieran a ella. *Y así fué que aquella provincia, charladera e ingeniosa en burlerías y afrentas de los preceptos en la que ni aun los que evitaron la culpa no se escaparon de la infamia, la contempló como único espejo de virtud y, cosa que es la más difícil para aquellos a quienes gustan las chanzas, aun las más escabrosas, contuvo toda licencia de la lengua y ahora está deseando siempre, aunque no lo espere, otra gobernadora semejante a ella. Mucho fué que por espacio de dieciséis años la aplaudiera aquella provincia, pero mucho más que no la conociera.* Hasta aquí son palabras de Séneca. Entendió, sin duda, aquella sabia mujer que el trato y conversación con los varones empecería el candor y la limpieza de su nombre, y que la seda muy fina no gana nada en que la traten muchas manos. Numa, rey de Roma, según Plutarco escribió, acostumbró a las mujeres a que se abstuvieran de hablar y de beber vino y a que, en ausencia del marido, abriesen la boca aun en cosas necesarias. Y a propósito de esto, se cuenta que, habiendo una mujer defendido en el foro su propia causa, el Senado consultó a los dioses acerca de qué calamidad era agüero y amago aquella cosa jamás vista.

Es conveniente que las recién casadas permanezcan en casa recogidas durante algunos meses. Así, Elisabet, esposa de Zacarías, después de la concepción, durante algún tiempo se mantuvo oculta; ésta, porque siendo anciana tuvo ayuntamiento con su marido; aquélla, porque perdieron la virginidad; en unas y otras parece bien un cierto pudor del hecho, aunque no ilegítimo. Mujeres hay que cobran mucha fantasía por dignidades ajenas, como son, verbigracia, del marido, del hermano, del deudo, del afín o, si place al Cielo, del amigo y aun del vecino conocido ligeramente. ¡Qué locura tan grande es obrar de modo que a los otros sus propias virtudes les hagan buenos y merecedores de honra y a ti las virtudes ajenas te hagan mala e indigna de todo honor! Y no faltan quienes abusen de la influencia de sus allegados, que no ya a sí mismas, sino también a aquellos personajes influyentes los tornan odiosos, como la hermana del

emperador Vitelio, la cual de la preeminente situación de su cuñado tomaba más tufos que la emperatriz misma. La desapoderada altivez de las hermanas de Hierón, rey de Siracusa, empujó al pueblo a un movimiento sedicioso que acabó con él y con todo su linaje. Un noble señor de nuestro tiempo tuvo a una mujer orgullosísima, el cual fué derrocado de su gran posición, y justamente a juicio de todo el mundo, porque con aquel poderío de su marido ensoberbecíase la mujer hasta un grado feroz. Tucídides ni siquiera permite que la mujer buena sea alabada en las conversaciones del vulgo; no quiere decir con ello que no condene que se la vitupere, sino que quiere sea desconocida de las personas ajenas a su familia y que la fama pregonera no publique su nombre.

No es precisamente buena señal y demostración de su castidad el que la mujer sea demasiado conocida, y celebrada, y cantada, y señalada por algún sobrenombre que vuele de boca en boca y que se la diga hermosa, o turnia, o bizca, o pelirroja, o coja, u obesa, o pálida, o flaca; pues es menester que estas circunstancias sean ignoradas en la mujer buena, como demostramos en el libro anterior. Con todo, las hay cuya manera de vivir requiere que estén en público y traten con las gentes, como son las que compran y venden. Yo, por mi parte, no querría que las mujeres se aplicasen a tales tráfagos, si bien en ello hay que mirar la comarca y las condiciones de su vida. Así que si de otra manera no puede ser, mézclense en esos tratos mujeres ancianas y de más de media edad, casadas; y si por necesidad indeclinable tienen que ser mujeres mozas, procuren ser comedidas sin melindre y vergonzosas sin desvío, y quieran antes sufrir menoscabo en la mercadería que en la honestidad. Esto digo por algunas que con halagos y lisonjas insinuantes atraen a los compradores. *No es de matronas*—dice Plauto—, *sino de meretrices, halagar a los hombres extraños.* Pronto los compradores descubren y evitan esas artimañas, cual si fueran cantos de sirenas. Mayor ganancia granjeará la mujer reservada, porque de su aspecto y costumbres juzgarán los compradores, que ni les mentirá ni les engañará. No digo yo que el comprador rico no tome placer en donaires y en desenvolturas; pero raro es el que los pague con dinero, y cuando se trata de cerrar el precio, ningún crédito dan a la vendedora pícara y desenvuelta. Y si a veces a los compradores mozos la pasión les engaña, ello no acontece a los compradores viejos, escarmentados y ricos, en quienes el interés vence a todo otro linaje de consideraciones. En conclusión: como quiera que ello sea, debe la mujer acordarse siempre y tener de continuo delante de los ojos que el más cierto y sólido tesoro de la mujer es la honestidad y vergüenza.

Ahora, habiendo ya encerrado en su casa a la mujer del modo sabido en tiempo de paz, harto puede colegirse la participación que toca a la mujer en la conducción de la guerra y en el trato de las armas; cosas, ambas a dos, que yo querría que ni aun nombre tuviesen para ella; y que pluguiera al Cielo que se quitaran aun a los varones cristianos. Pasó ya de moda Judit, aquella gloriosa viuda que fué sombra y promesa de tantas cosas venideras, la cual, con su continencia y castidad, cortó la cabeza de Holofernes; a saber: del diablo. Ya Débora, la que juzgó el pueblo de Is-

rael, cedió su lugar al Evangelio de Cristo, aun cuando ésta no tanto ayudó al pueblo de Dios, beligerante, con consejos y ardides de guerra, como con ayunos, oraciones y vaticinios. San Ambrosio, hablando de estas dos heroicas hembras, en su libro *De las viudas*, apostrofando a las mujeres cristianas, les dice: *La Iglesia vence el poderío hostil, no con las armas del siglo, sino con las armas espirituales, en las cuales Dios deposita su fortaleza para destruir los baluartes y los fosos profundos de la maldad del espíritu. El arma de la Iglesia es la fe; el arma de la Iglesia es la oración, que derrota al enemigo.*

Demás de esto, ni la voz, ni las palabras, ni los meneos, ni la andadura de la mujer en público no entrañarán ninguna significación de altanería, ni de hastío, ni de melindre; todo será en ella simple y llano, templado y sazonado por la modestia y el pudor. En dondequiera estuvieren, sentarán bien en las matronas la gravedad y la seriedad en la palabra, en el semblante y en el gesto todo; para con los varones mozos y ligeros de cabeza, aun la fiereza y el ceño; y, más que con nadie, con aquellas mujeres que no gozan de fama intachable, porque no parezca que por lisonja o por cortesía aprueban sus costumbres; antes bien: con su misma cara den a entender lo que de ellas piensan. Escribe Tito Livio que Híspula, famosa meretriz romana, llamada por Sulpicia, sufrió casi un desmayo porque había de reunirse con una dama de tan gran respeto. Así deben las matronas cautelar su dignidad hasta el punto que las malas mujeres se avergüencen de poner en ellas sus ojos. Y no imagine la mujer que por el simple hecho de estar casada ya le es cosa lícita oír hablar lo que se le antoje. Cuando doncella, podía culpar a su ignorancia si, sin ruborizarse, oía o decía alguna obscenidad; pero ahora, casada y con experiencia de varón, no se queda sin tacha de destemplanza y torpeza si algo semejante le acontece. Y puesto que los espíritus livianos se dejan levantar en alto fácilmente por un poquillo de aire de honra hueca, debe amonestárselas que sean aplomadas y graves, que no las lleve de un punto para otro un tan delgado soplo de viento, y tan discretas, que no ignoren cuán risible y contentible cosilla es esa que nosotros, mal sabidos, llamamos honra. ¿Qué hace más al caso que te llamen Cornelia, pelada, o la señora Cornelia? ¿Señora, dije? ¿No fuera mejor señorita o señora a medias, pues todas estas diferencias de tratamiento se estilan en Francia? ¡Oh ánimo liviano a quien impresiona un tan tenue sonido de voz! ¿No reparas, necia, que no porque te llamen señora ya lo eres en realidad? ¿Piensas, por ventura, que aquellos que a determinadas mujeres llaman reinas y augustas ya las constituyen tales porque les dan tal tratamiento? El arcángel Gabriel da no más que el simple nombre de María a su Reina y Señora. ¿Y tú tomas a mal que te llame con tu nombre propio tu propio marido, que es superior a ti? Nadie puede llamar señora sino a aquella a quien ama con amor pecaminoso, pues ella es, efectivamente, su dueña y su tirana, a quien sirve torpe y miserablemente. Y si no es honorable mujer alguna cuyo nombre no vaya precedido del título de señora, vivieron deshonradas, por tanto, miserables, todas las mujeres, en el pueblo romano y aun en toda Italia, Grecia, Africa, pues ninguna mujer en todos aquellos siglos llamóse *se-*

ñora, como el marido no se llamó señor. Dime también: ¿Qué diferencia piensas tú que hay en que te sientes o vayas la primera o la postrera? En algunas naciones tienen la precedencia los primeros y en otras los últimos, y en otras, por fin, los que se sitúan en el centro. Si quieres satisfacer a la opinión, cuando fueres la primera, imagínate estar en aquellos pueblos que dan la preferencia a los primeros; cuando estuvieres en medio, piensa que estás en los que atribuyen este honor a los que están en medio, y si a la cola, en los que acatan preferentemente a los que están en la cola. Así, dondequiera estuvieres, serás en tu estimación la más distinguida. Y al revés, por no engreírte en demasía cuando estuvieres en el más alto lugar, piensa que estás entre aquellos pueblos para los cuales este sitio es el ínfimo de todos.

Ya te cedí el paso en la calle. ¿Qué otra cosa es ésta sino que el más fuerte hace lugar al más flaco, el entero al lisiado, el firme al inválido, el suelto al embarazado o el ligero al tardo? ¿Piensas ser otra causa por que los hombres traten a las mujeres con tal blandura o les hablen tan halagüeño y se precien hasta tal punto de profesarles estima y veneración, sino porque el sexo más robusto trata con exquisita delicadeza, como a cristal delgado y frágil, al sexo débil, de tan viva sensibilidad que el frote más ligero le afecta extraordinariamente y deja en él una impresión profunda? No es, pues, la propia virtud la que os granjea el honor, sino la ajena cortesía, y no se os rinde acatamiento porque lo merezcáis, sino porque andáis tan pesadas persiguiéndolo, dándoos de balde lo que nada les cuesta. Os dan tratamiento de señora, os regalan sonrisas, os hablan con dulzura. ¿A cuánto cuestan las palabras? Os ceden el camino: liviana es la molestia de cederos un poco de la vía, y respiran mientras tanto; os ponen en cabecera de mesa, y están sentados a su placer cabe vosotras; os dan el aposento mejor y más bien aderezado de toda la casa; los vestidos más muelles, oro, plata, joyas. Lo mismo hacen con los niños porque no lloren, y no os tienen por más sabias que a los niños, y no lo sois mientras os contentáis con tales naderías; y, por fin, os dejan aquello que, si se os quita, os causa tanta quemazón y desabrimiento; para ellos es motivo de honra menospreciarlas, y porque os dediquéis a aquellas cosas para las que los hombres no tienen tiempo. Y puesto que os conocen tales, nadie os considerará más honradas porque los hombres os den honra, sino que más bien tomarán por bien criados y corteses a aquellos que os conceden un honor, porque saben que llevaríais muy desabridamente su carencia.

Hombre soy; mas por cuanto como con amor de padre he tomado cargo de enseñaros, ni ocultaré ni disimularé nada de lo que crea que hace a vuestra formación; y aun haré más, y será descubriros vuestros secretos. No sé cómo los otros hombres me agradecerán esta revelación. Así es que quiero que no ignoréis que nos reímos y burlamos de vosotras con aquella falsa apariencia de honra y trampantojos que os hacemos, y cuanto más codiciosas sois de honores, tanto más os escarnecemos y chiflamos; abrimos las manos con largueza y os distinguimos con aquellas sandeces que vosotras decoráis con el nombre de honores, pero no sin alguna compensación, porque vosotras, en cam-

bio, con la necedad de aquellas pasiones y juicios vuestros, nos procuráis no pequeños divertimientos. Dígoos, en verdad, que no sabéis dónde radica el honor verdadero y macizo. Bien está el merecerlo, pero no el buscarlo. Seguir debe vuestras obras y no por ellas ser captado. Señal cierta será que lo merecéis cuando no os pese de no tenerlo, pues es de tan aviesa índole y condición, que, como del cocodrilo escriben los autores de Historia Natural, persigue a los que huyen y huye de los que le persiguen; arisco y zahareño con los que le halagan, y blando y servil con los que le tratan con dureza. *El camino más expedito para la gloria* —dice Sócrates— *es el de la virtud, que es lo único que no busca la gloria, pero la encuentra.* Salustio escribe que Catón de Utica prefirió ser bueno a parecerlo, y por ello, cuanto menos buscaba la gloria, tanto más la alcanzaba. Así que el camino más cierto y más derecho para los verdaderos honores es la virtud, la cual, así como no puede dejar de ser honrada, así no se enoja de ser despreciada. Mas porque entendáis qué cosa sea el honor, diréos que es la veneración y, en cierta manera, el testimonio de la excelencia de la virtud. La virtud conténtase de sí misma; no anda desalada detrás del honor, y cuanto más excelente es, tanto menos le rendimos pleitesía cuando queremos cumplir nuestro deber recta y debidamente. Es un axioma corriente que a las mujeres se les debe acatamiento; cosa que a las mujeres que no son para consigo jueces injustos no les cuesta ningún trabajo reconocer, y a esa prerrogativa se acogen de grado, pero no con demasiada lógica, como en otras muchas cosas acostumbra proceder el vulgo, pues constando que en todo linaje de virtudes el sexo varonil tiene la preeminencia a éste, y no al revés, el sexo femenino es deudor de acatamiento.

El mismo Dios, hacedor y ordenador de todo, al dar la preferencia al varón sobre la mujer, declara al varón más merecedor de honra, y que, por tanto, a él debiera deferírsela, si, por ventura, no es el caso que ya hayamos llegado a un grado de perversión tan absurdo que los reyes y príncipes deben la honra a sus vasallos, y no al revés, el vasallo al príncipe. Si un rey se descubriera ante un labrador o un criado y le cediera el paso, ese ademán no sería honor, sino inepcia, fatuidad, cosa de broma. Así que tampoco es honor el que el varón demuestra a la mujer, sino burlería y lance de risa. ¡Cuánto más sensata no es la máxima de que las mujeres no deben ser honradas así! Pero es el caso que ellas andan engreídas con ello; hay que doblegarse ante la flaqueza femenil, hay que sufrir y tolerar a las mujeres, como sexo más débil por el más robusto, como el ciego por el que tiene buena vista, como el enfermo por el que goza de cabal salud. La mujer que se persuadió que las lisonjas, los halagos, las alabanzas, los pelillos, son honras, merecería que no se le otorgaran otros honores ni otras loas en su vida. Y con todo, hay algunas tan locas de remate que, sabiéndose aduladas, se creen alabadas. ¿Cómo no sabéis, mezquinas, cuánta diferencia hay de la adulación al elogio? ¿Pensáis, acaso, que son alabanzas aquellas que el hombre os da sin pizca de convicción y vosotras sabéis que son falsas o no salidas del corazón, sino fabricadas por la ficción, cosa de risa y de engaño? A nadie deis más crédito acerca de vuestros bienes que a vosotras mismas.

La mujer que se exploró bien a sí misma, harto claro ve que no hay en ella cosa que merezca ser loada sino el alma, que se juzga indigna de todo loor. Si algún bien tiene, don es de Dios; a El debe referírsele una vez que se haya recibido; a El se le debe la alabanza; a El el hacimiento de gracias. Y si tiene algún mal, es cosa de nuestra maldad; el denuesto y la reprensión nos tocan de derecho a nosotros, y a otro la alabanza. Aunque yo vaya predicando el menosprecio de la honra, no quiero, con todo, que se sienta indiferencia ante el menoscabo del pudor. *La que puede no temer la sospecha del adulterio, puede no temer el mismo adulterio,* dice Porcio Latrón. Siendo tanta la vileza que hay en las honras humanas, en la consideración social, en las alabanzas, harto vil es quien se abaja tanto que envidia a otro ninguna cosa humana. Y si es cosa fea envidiar las honras y las alabanzas, mucho más lo es envidiar el dinero, los vestidos, las posesiones, pues a todas estas cosas, con la envidia, se les atribuye valor. Ni tampoco conviene envidiar la hermosura, ni la salud, ni la fecundidad; mercedes son de Dios, como todos los otros bienes que tocan a los mortales, por usar nuestro lenguaje. Con ello damos a entender que nosotros no ya envidiamos solamente a quien tales dones recibió, sino que culpamos y reprendemos a Dios, distribuidor de sus propios bienes como quiere. Dejo aquí de decir que no más se han de envidiar estas cosas a quien las tuviere, como no se envidia la cargosa impedimenta a los que emprenden una prolija peregrinación. ¿Qué otra cosa son, bien mirado, estos bienes de la fortuna sino cargas fatigosas de la vida? ¿Ni qué cosa peor hay que la que con su peso agrava y atierra al alma, nacida para subir al cielo? Si no hubiere envidia, con suma facilidad evitará aquel vicio que de la envidia suele nacer; a saber: riñas, iras, rencores, baldones y villanías; pesquisas en la casa del vecino; exploraciones de vidas ajenas: *¿Qué hace Fulano, qué dice, cómo y de qué vive?* Eso no lo hará jamás la mujer virtuosa, sino la desvergonzada, digna de desolladora reprensión, si ya no fuere que tus investigaciones tengan por móvil el socorro del indigente. A tu cuidado dejó Dios al pobre; tú serás ayuda del huérfano. Dichosa tú si tu intención fuere aquella de quien dice el Salmista: *Bienaventurado el que mira por el pobre y menesteroso; en el día malo le librará el Señor. El Señor le conserve y le dé vida y no le entregue al deseo de sus enemigos. El Señor le socorra en el lecho de su dolor, y en su enfermedad mulla su cama.*

CAPITULO X

CÓMO HA DE GOBERNARSE EN SU CASA

Si a aquellas dos virtudes cardinales de toda mujer casada, a saber: castidad y amor entrañable a su marido, se añade el arte de regir la casa, resultan sabrosos y prósperos todos los matrimonios. Sin esta virtud tercera no hay hacienda; y no hay matrimonio sin las otras dos primeras. Su ausencia convierte el matrimonio en dura y perdurable cruz. San Pablo delega en la prudencia y castidad el cuidado de la hacienda; e ilustrando este pasaje paulino, dice San Juan Crisóstomo: *Advertid, por favor, la indecible diligencia de San Pablo. Este Apóstol, que nada dejó sin tocar de todo cuanto nos sustrae a las tempesta-*

des de los negocios mundanos, pone muy grande atención en la economía doméstica, por cuanto, toda vez que ella quede estabilizada, quede un ancho campo donde se asiente la gracia del Cielo; si no es así, todo se desmorona de un golpe. La mujer que tiene de su casa un cuidado vigilante, por fuerza, con esmero idéntico, salvaguarda su castidad, puesto que, consagrada a este servicio y administración, no es fácil que se ocupe de regalos, de convites, de pasatiempos vanos e intempestivos. Esto dice San Juan de Constantinopla. Preguntada por el vencedor una mujer de Lacedemonia, prisionera de guerra, que qué sabía hacer, respondió: *Sé regir una casa.* Dice Aristóteles que, en el régimen doméstico, los hombres deben ganar y las mujeres deben ser guardosas de lo ganado. Parece que la Naturaleza hizo a las mujeres meticulosas y recelosas de no malgastar lo adquirido, infundiéndoles el ansioso y sano temor de que pueda faltar algún día. Si fuere manirrota la mujer, jamás el marido podrá allegar tanto como ella desperdiciará en breve tiempo. De esta manera, la hacienda familiar, derrumbada, no podría subsistir. No está bien que la honrada madre de familia sea desperdiciadora, y no cautelan suficientemente su honestidad las que no cautelan su dinero, como Salustio refiere de Sempronia, para quien todas las otras cosas fueron más apreciadas que su decoro o su dinero, por manera que difícilmente discernirías si hacía más barato de su dinero o de su buen nombre. No es que yo tenga por bien que ella retenga a dientes cerrados, a puños, lo allegado, o prohiba al marido invertir el dinero en obras buenas, y que la moneda que una vez entró en el cofre, como si se extraviara en el laberinto de Creta o se encerrara en la torre de metal de Dánae, no dé jamás con la salida; cosa ésta que hacen algunas mujeres ignorantes de la moderación que a la economía debe imponerse. Por esta causa, los eseos no admitían a las mujeres en aquel su sagrado régimen de vida, porque decían no prestarse a la comunidad de bienes, porque lo que una vez se detuvo en sus manos no pueden sufrir que pase a manos ajenas. Así que la mujer acostumbrará a su familia a la templanza y a la frugalidad, porque esto toca antes a las mujeres que a los maridos; pero de tal manera, que sepa distinguir entre economía y avaricia, y que una cosa es la frugalidad y otra la sordidez, y que no es lo mismo vivir con sobriedad que vivir con hambre. Cuidará de que nada falte a su familia ni en la comida ni en el vestido. En este punto es mucho de tenerse en cuenta la sentencia de Aristóteles: *Como sean necesarias tres cosas: el trabajo, la comida y el castigo; y la comida sin el trabajo y el castigo origine petulancia, y el trabajo y el castigo sin comida sean cosa violenta que debilita al esclavo, síguese que la madre de familia señale la tarea a los trabajadores y les dé la comida conveniente que constituye su salario.*

Adminístrelo todo la mujer a voluntad o mandato de su marido, o, si no, de tal manera que sepa anticipadamente que su marido no se lo ha de desaprobar. No sea desabrida con la servidumbre ni dura, sino benévola y afable, de suerte que antes conozcan tener en ella madre que señora, según dice San Jerónimo; más con su dulzura que con su aspereza, gánese el respeto, cuyo atajo más breve es el camino de la virtud; nada añaden a su autori-

dad y respeto, antes bien los merman, las riñas, las villanías, los denuestos, las voces ni los golpes. Con discreción, con seso, con reposo y gravedad de costumbres, de palabras, de avisos, cualquiera cosa se hace más de prisa y muy mejor que no con ímpetu y violencia; más respeto nos merecen los prudentes que no los airados; más obliga el mando quieto que no el arrebatado; la calma impone más que el atropello. Con esto no digo que las matronas sean negligentes ni descuidadas, sino respetables; ni de tal manera reposen, que duerman; ni manden de tal manera, que no se les haga caso; vigilen, estén atentas, sean severas sin crueldad, activas sin acritud, aliñosas sin violencia; no sientan inquina por ninguno de la servidumbre, especialmente si no fuere malo. Si mucho tiempo hubiéramos estado a su servicio, no ocupe en nuestro reconocimiento otro lugar que el de hermano o de hijo. Queremos a los gatos y a los perros que se criaron en nuestra casa. ¡Cuánto más hemos de concebir afecto semejante para con el hombre! En criadas y sirvientas y mujeres de compañía y, en general, en todas aquellas que, obligadas por la necesidad o estimuladas por el salario, prestan servicios domésticos, la ignorancia engendra graves daños. Por ende, deben ser enseñadas y amonestadas porque se acuerden del mandato, no de un mortal cualquiera, sino nada menos que del Apóstol San Pablo, porque con toda diligencia y mansedumbre y bondad, y aun con alegría y con sabor, desempeñan su cometido, no gruñendo, no devolviendo respuestas, no murmurando entre dientes, no mustias, ni desabridas, ni encopetadas, porque no pierdan el agradecimiento de su trabajo ante Dios y ante los hombres; guarden sus manos puras de toda sisa y rapacidad. En este punto, las bestias muestran un ánimo más agradecido que muchos hombres. ¿Qué fiera tan brava hay que de tal manera pague los beneficios de alimentación y crianza que quite una parte de los bienes de aquel de quien ella ha percibido tanto bien? Aunque esto no suelen hacerlo sino los espíritus ruines merecedores de cualquiera esclavitud, para los cuales las criadas a su servicio son golosas, tragonas, urracas, quejándose a todas horas de que no les esté abierto todo; de una garrulería fútil y peligrosa, y que llevan a mal que no se les admita en toda suerte de interioridades; pedigüeñas insufribles, sin posible saciedad; atentas en todo momento no al volumen del montón de donde reciben, sino a las exigencias de su hambrienta codicia; traspasan a familias honradas y pudientes la mala e insolente educación recibida de padres villanos y sórdidos, y luego acusan a sus señoras de ser insufribles; interesadas en sus provechos, profesan odio a sus señoras y les exigen correspondencia de amor; persuádense de ser víctimas de la injusticia si no se les da lo que no merecieron. Amén de todos estos vicios, si todo no cunde a su satisfacción, reaccionan violentamente, diciendo pestes contra aquella casa donde se las trató con toda delicadeza y consideración y no se concedió ninguna licencia a sus travesuras.

Sepan, pues, las que de tal manera se comportan, que son seres humanos, que se bañaron en el agua bautismal y que algún día se presentarán ante el tribunal de Cristo, quien les pedirá cuenta tan estrecha de su humilde ministerio como de su gobierno la pedirá a los

más poderosos príncipes. Cristo, en cada uno de los hombres, atiende al alma y a la intención, no a la grandeza o la posición social o la fortuna, pues no mira la cara de los hombres Dios, que tiene mandado a sus jueces que no admitan en juicio la persona del pobre ni pronuncien sentencia por cuanto es pobre; y así como es agradable a Dios el pobre, manso, justo, semejante a Cristo, es odioso y abominable aquel que añadió a su pobreza los vicios susodichos.

Cohiban, por tanto, sus concupiscencias y traten los intereses ajenos con no menor cuidado y fidelidad que los propios, convencidas de que no son ajenos aquellos intereses de que viven ellas. Amen y acaten a sus señoras y a sus señores como si fueran sus padres y sus madres, puesto que el que alimenta y educa hace las veces de padre. Y esto nos lo enseña el mismo nombre de padres y madres de familia que los amos toman. Según costumbre romana, los esclavos, al cobrar la libertad, adoptan el nombre de sus patronos, como si fueran sus nuevos padres. Piensen que son secretos todo cuanto vieron y todo cuanto oyeron en la casa de sus señores y que sin grave culpa no puede divulgarse no solamente mientras vivieren en la casa, sino después que hubieren salido de ella. ¿De qué servirían paredes y puertas si las criadas lo publicaren todo? ¿No sería preferible criar una víbora en la casa que estas criadas boquimuelles, cuya locuacidad y hartas veces siniestras interpretaciones, nacidas de su estupidez, o de sus mentiras, o de su odio, o de su ira, acarrean grandes calamidades a personas honradas e inocentes? ¿Cómo ellas ni cuándo podrán resarcir de tantas pérdidas o expiar tan gran delito? Un arquitecto aseguraba a M. Livio Druso que le construiría una casa en la cual ninguna otra casa tendría mirada. *Al revés*—dijo él—; *constrúyeme, si puedes, una casa en donde todo el pueblo romano pueda ver lo que yo haga allí dentro.* Grande era la confianza de Druso; y, en verdad, así es. Todos los buenos deben vivir en privado con tal diafanidad como quisieran vivir en público, y de tal manera nos hemos de conducir dentro de las paredes domésticas, que si, sin saberlo nosotros, nos viesen los transeúntes, no tengamos motivo alguno de corrimiento. Con todo, es tal la imbecilidad del género humano, que muchas cosas se ocultan no más que por costumbre; muchas cosas se toleran en casa que, llevadas afuera, son tenidas por necias y ridículas; singularmente cuando cada uno de nosotros pide para sí una tolerancia que él no quiere conceder a los otros; tanta es nuestra falta de equidad, y lo que él hace seriamente todos los días, si lo sorprende en otro una sola vez, hace burla de él y aun le calumnia.

Todo el mundo sabe por reiterada experiencia cuántas rencillas y enemistades nacen en toda la ciudad de esas delaciones, mientras todos nosotros, por una parte, adolecemos de muy aguda curiosidad por conocer lo ajeno, y por otra, tomamos con sumo desabrimiento que nuestras cosas sean sabidas o siniestramente interpretadas; con eso, la quietud de la ciudad queda perturbada; la malevolencia se trueca en rabia, y de ahí riñas y pugnas en facciones poderosas, y en las pequeñas, delaciones y calumnias acerca de la fortuna, del buen nombre, de la vida. Es un refrán viejo: *El culpable teme la pena; el inocente, el azar.* No acaba

de gustarme este aforismo. Más verdadero sería estotro: *El culpable teme la pena; el inocente, la calumnia.* Causa de tamaños males es la garrulería intemperante de la criada, que, por despecho, echa de la boca no todo cuanto vió, sino cuanto le sugiere su espíritu, escandecido por la pasión de la venganza. Las señoras, si les quitan más del salario estipulado, serán el colmo de la injusticia y no tienen perdón delante de Dios. ¡Cuántos gritos desesperados de socorro! ¡Qué clamores! ¡Qué maldiciones! Para las tales es cosa de juego introducir alteración en la quietud y trastornar y afligir a las familias bien acordadas; la culpa de que vivan así es la torpeza y la ignorancia, que jamás a nadie pudo acarrear ningún bien. Nunca, ni por pienso, se les ocurre que todas nuestras acciones y nuestras palabras todas y aun nuestros pensamientos son conocidos por aquel Juez eterno que retribuye a cada cual según sus propias obras. Las amas de casa no confíen lo que conviene mantener en secreto a cualesquiera criadas, sino a las de bien aquilatada lealtad; y las sirvientas, por su parte, con su callada reserva y circunspecta fidelidad, muéstrense tales que puedan ser depositarias de cualquier secreto, tanto o más que las propias hijas. Ninguna cosa hagan, ninguna cosa digan que ni por la señora ni por los hijos pueda ser tomado como ejemplo y ocasión e incentivo de pecar. Con frecuencia se peca más gravemente con el ejemplo que con la obra. Si vivieren de esta manera, no solamente harán más llevadera y cómoda su condición para sí mismas, sino también más respetable, agradable a Dios, grata a los hombres y escalón el más seguro para una fortuna mejor. Si así no lo hicieren, se consumirán en la miseria de aquella servidumbre, odiosas y por todo el mundo desdeñadas. Esto es lo que con preferencia las criadas deben saber y deben observar. Lean en sus ratos de holgura lo que pueda cultivar su entendimiento y pulir sus costumbres. Si no supieren leer, escuchen las lecturas de los otros con suma atención; asistan a los sermones cuando tuvieren descanso, y cuando estuvieren ocupadas, en sus momentos de respiro, la señora o las hijas de la señora cuéntenles historias ejemplares que hubieren oído o leído, que las hagan más cuerdas y mejores. Harto dije de las dueñas de servicio. Volvamos a las señoras.

Es más fiel y más gustoso el obsequio que se consigue del amor que el que se extorsiona del miedo. Yo quiero que el miedo esté lejos; pero que el acatamiento no lo esté. No sea con los sirvientes varones conversable en exceso ni cortés en demasía, ni fácil ni festiva; ni huelgue de alternar con ellas mucho. Que ninguno de ellos ose bromear ni chancearse con ella; profésense cariño, pero no tanto cariño como respeto. ¿No quieres ser temida como señora? Exige acatamiento como madre. El gremio criaderil anda ganoso de licencia; una vez que se les muestre, la toman toda y aún más, y como dice el refrán: *Al villano, dasle el dedo y toma la mano.* Yo no mandaré al señor que se guarde de familiarizarse con la servidumbre con la misma rigidez que a la señora, que no quiero que tenga demasiada comunicación con los mozos de servicio ni trate negocios con ellos, ni los reprenda ella en persona ni en persona los castigue. Deje ese cargo a su marido. Estése ella con sus mozas y criadas cuyas costumbres sean íntegras y su ho-

nestidad harto probada. Ella, a su vez, las edificará con su ejemplo siempre y cuando fuere menester, con sus avisos, mandatos, exhortaciones, con su cuidado vigilante, por manera que no se le oculte detalle alguno de su vida y ponga remedio a sus defectos y antídoto a sus enfermedades.

Si sorprendiere a alguna que guardare su honestidad con poco escrúpulo o lo supiere por informes fidedignos y que ya no aprovechan ni amonestaciones ni castigos, sea expulsada de la casa; la proximidad facilita el contagio, y el vulgo mal pensado cree que las criadas son semejantes a sus señoras. ¡Cuán frecuente es aquel dicho de San Jerónimo, a saber: que las señoras son conocidas y estimadas por las mozas. Y no es ello de extrañar cuando, según el proverbio griego, *Tal es la señora cual es la perrilla*; y aquellos jóvenes de la comedia de Terencio, de la suciedad y descuido en el vestir de la criada coligen el aseo de la dueña. Escribe Homero que el prudente Ulises, vuelto a su casa, dió muerte a aquellas de sus mozas que se habían echado con sus galanes, porque no solamente habían puesto desdoro en su casa, sino ocasionado peligro a la honestidad de Penélope. El rey David, después del vencimiento de su hijo Absalón, a aquellas de sus concubinas con quienes Absalón se había unido en incesto, por consejo de Aquitofel, las apartó de sí, en perpetuo encerramiento, de donde no salieron jamás.

La señora, personalmente, se ocupará en aquellas cosas que dijimos en el primer libro y hará ejercitar a las criadas, cada una en su oficio, como la casta Lucrecia, a la cual el hijo del rey y sus compañeros hallaron en vela con sus mozas, trabajando en la rueca y repartiéndoles el vellón. Desempeñará esta tarea con mayor diligencia y esmero si con ella ha de ser mantenida una parte de la familia. Salomón enumera como uno de los loores de la perfecta casada el haber buscado lana y lino y haberla trabajado con la industria y diligencia de sus manos. Teano de Metaponto, siendo preguntada cuál era la matrona mejor, respondió con un verso de Homero:

La que con buen celo del marido vela,
con sus propias manos haciendo la tela,
del dulce marido curando la cama (1)

Con aquella diligencia e industria de sus manos—continúa diciendo el rey sabio—, *la perfecta casada hízose como nave de mercader que de luengas tierras trae su pan.* Y por mostrar que no se daba demasiado al sueño, añade: *Y se levantó de noche y dió la porción de carne a sus domésticos. Y luego, recogiéndose con las criadas, les señaló a cada una su tarea.* Cargo es de la mujer diligente y aliñosa dar de comer a toda la familia y señalar su trabajo a solas las mujeres. Como veremos, a los mozos se lo señala el marido. Acerca de las vigilias de la mujer, encuéntranse en Virgilio unos versos tan castos como elegantes: *Medianoche era en filo y el primer sueño ya estaba roto. Era la hora en que la dueña próvida, a quien fué impuesto granjear la vida con su rueca o con su telar sutil, aparta la ceniza y despabila el fuego mortecino, y al afán del día añade la tarea de la noche, y a la luz de la candela ejercita a sus criadas, hilando los largos vellones para guardar puro su lecho y alimen-*

(1) Versión de fray Juan Justiniano.

tar a sus hijos, dulces manojuelos de sus entrañas.

Y después que ha satisfecho largamente a toda su familia, los relieves que le quedan repártelos de limosna: *Abrió*—dice—*su mano al menesteroso y al pobre le extendió las palmas.*

No debe la mujer cristiana estar tanto sobre el dinero y amontonar riquezas, que deje de distribuirlas entre los pobres y socorrer a los necesitados, y no escasamente, sino a manos llenas, pensando que en cierta manera las da a logro en este mundo para recibir en el otro mucho más y más excelente de lo que entregó. Y añade: *No temerá para su casa los fríos de nieve.* Y no temerá no solamente si alargare a los pobres una blanca entre los dedos, sino si abriere su mano generosamente y extendiere su palma con largueza; y no temerá porque, con su diligencia y con sus labores y lanificio, están atendidas todas las necesidades de la casa: *Y todos sus domésticos visten dobladas vestiduras.* No hay cosa más conveniente en una casa que bien comer, bien vestir no por regalo, sino por necesidad; no delicadamente, sino provechosamente. De difícil observancia resulta la virtud hostigada de cerca por ejemplos desedificantes. Por esto, la señora de casa, con su ejemplo personal, comience por enseñar la templanza, y así, con suma facilidad, la inculcará a la servidumbre. No siendo así, creerán los criados y criadas que es una iniquidad exigir de ellos lo que tú no haces, y los hallarás en todo momento mal dispuestos y gruñendo por cumplir tus órdenes. Estáte, pues, tú severa siempre, sobria siempre, y no tanto por tu servidumbre como por ti misma. ¡Cuán fea cosa es la beodez y glotonería, enemigas las más encarnizadas y mortales del pudor y de la honestidad, mancha y polilla de todo nombre cristiano! No hay persona que no tenga por mal encuentro, como con ave infausta y mal agorera, topar con una mujer bebedora y tragona. Sabe todo el mundo que en el comer descomedido corre gran riesgo la pureza, puesto que no es excesiva la distancia que va de la boca a la ingle. Y añade Salomón: *No hay rincón en su casa que ella no conozca, que a menudo no lo registre, y todo lo tiene sabido y a mano, a fin de que, cuando la necesidad lo pidiere, no ignore determinado utensilio dónde está o tenga que perder demasiado tiempo en buscarlo. Sabe también con toda puntualidad qué hacienda tiene, cómo y adónde la tiene, cuánto conviene gastar, cuánto economizar, cómo conviene comer, cómo vestir, puesto que dice el sabio: «Consideró las veredas de su casa.»* Esto quiere decir que en cualquier ángulo de su casa, ora hilando, ora cosiendo, ora tejiendo u ocupada en cualquiera otra labor análoga, en la cual el pensamiento pueda con toda libertad desplegar sus alas, paseará su atención por los aposentos, por las arcas, por los armarios, por el ajuar de toda la casa, pensando lo que falta, lo que sobra, lo que hay que comprar, lo que hay que vender, lo que hay que remendar. Ese vivo interés defiende y sustenta los bienes familiares. Estará cerca de las mozas cuando estén consagradas a su quehacer, ora guisen, ora hilen, ora tejan, ora cosan, ora barran y frieguen los suelos, pues más exactamente y mejor se hacen estos servicios cuando la señora está presente. *La frente*—dice Catón—*está delante del occipucio.* Aquel dicho tan cuerdo de los sabios antiguos: *Ninguna cosa engorda tanto el ca-*

ballo o fertiliza la heredad como el ojo de su dueño, es perfectamente transferible a la madre de familia y a la hacienda doméstica, y no hay cosa en el mundo que la conserve más tiempo y con menos merma ni con mayor limpieza y aseo que el ojo de la señora diligente, aliñada y aseada. Haciendo esto y consagrada en todo momento a sus deberes, *no comerá el pan de balde* y obedecerá a Dios, que no quiere que comamos nuestro pan sin el sudor de nuestro rostro. Y seguirá, además, el ejemplo de San Pablo, el cual, en medio de aquellos a quienes anunciaba el misterio del Señor, no comía el pan en ociosidad, sino que en trabajo y en fatiga, días y noches, cuanto le vagaba de su divino ministerio, empleaba sus manos en su faena por no ser gravoso a nadie, diciendo con frecuencia que no merece comer quien rehuye el trabajo.

En ninguna manera la mujer dará entrada a hombre alguno en su casa sin mandato o sabida de su marido, según lo tiene enseñado Aristóteles. Y mucho más debe quedar cerrada su casa cuando el marido marchare a algún viaje largo, pues en este tiempo, como dice Plauto, las buenas mujeres, estando sus maridos ausentes, deben hacer cuenta que los tienen presentes. Y por cuanto el cuidado interior de la casa toda incumbe a la mujer, tendrá sus medicinas y remedios para las dolencias más corrientes y casi cotidianas, y las tendrá aparejadas en alguna alacena para con ellos, cuando la necesidad lo urgiere, acudir a su marido, a sus hijos, a la servidumbre y no le sea necesario recurrir inmediatamente al médico y no tenerlo que comprar todo de la botica. Con todo, yo no querría que la mujer se dedicase a la Medicina y tuviese en sí misma confianza sobrada en ese punto. Yo le aconsejo que conozca los remedios corrientes para los males de cada día, como son: tos, romadizo, cólico, mal de ijada, jaqueca, lombrices, diarrea, cefalalgias u oftalmías, fiebres ligeras, luxaciones, rasguños y otros accidentes análogos que por livianas causas ocurren de cotío. Añado a todo esto que debe tener cuenta de las viandas que se consumen en el yantar cotidiano, detalle éste de gran importancia para la preservación de la salud: cuáles se han de tomar; cuáles, evitar; cuándo y en qué circunstancias. Esta pericia la conseguirá más de la experiencia de otras prudentes amas de casa o de los consejos de algún pariente médico, de algún recetario o libro de cocina fácil que de los grandes volúmenes que traten técnicamente del régimen dietético.

La buena y santa madre de familia, una vez que esté libre de los deberes domésticos, tenga señalado para todos los días, y si no, al menos, los días festivos, algún aposento retirado, lejos del tráfago y del holgorio, donde, dando de lado por algún tiempo a las preocupaciones de la casa y con el pensamiento recogido, considere cuán poco valen estas cosas mundanales, cuán huidizas e inestables son, cuán frágiles y en breve tiempo perecederas y que la brevedad de nuestra vida pasa con tanta presura, que parece no que discurre, sino que corre impetuosa; no que anda, sino que vuela. Con la ayuda de alguna devota lectura levántese al pensamiento y contemplación de las cosas celestiales. Luego, confesando a Dios todos sus pecados, pídale de rodillas perdón y paz, y ya reconciliada con Dios, ruegue primeramente por sí y después por su marido, por sus

hijos y, finalmente, por su restante familia para que Jesús, Señor y Salvador nuestro, les conceda buenas inspiraciones. San Pablo, pregonero de los divinos mandamientos, adoctrinando a la naciente Iglesia de Dios, de Corinto, dice: *Si algún cristiano es casado con mujer infiel y ésta consiente en morar con él, no la deje partir. Y si alguna mujer fiel tiene al marido infiel y éste consiente en habitar con ella, no se aparte de su marido. Porque el marido infiel es santificado por la mujer fiel y la mujer infiel por el marido fiel.* ¿Qué sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido? Lo cual parte se consigue a fuerza de rezos, pues *mucho vale la oración del justo asidua,* como dice Santiago, y parte con el ejemplo de la buena vida, que San Pedro explica diciendo: *Las mujeres estén sumisas a sus maridos, porque si algunas no creen en la palabra revelada, por la santa conversación de la mujer, sin predicación, ganen a su marido, considerando con santo temor el ejemplo de nuestra vida.* De muchas mujeres cristianas leemos que con sus obras trajeron a sus maridos a la santa religión, como Flavio Clemente, deudo propincuo del emperador Domiciano César, y por Clotilde, Clodoveo, rey de Francia, y por Ingulda, Hermógilo, rey de los godos, y muchos otros por muchas otras.

CAPITULO XI

DE LOS HIJOS Y DEL CUIDADO QUE DE ELLOS DEBE TENER

Comenzaré por decirte que si no parieres, no solamente has de llevar tu esterilidad con resignación e igualdad de espíritu, sino, hasta cierto punto, gózate de ello, porque quedas inmune de increíble molestia y pesadumbre. No es éste el lugar de explicar cuántas miserias tiene que apurar la mujer preñada en su gestación; cuántos dolores y cuántos peligros corre en el alumbramiento. Pues ya en criar los hijos y educarlos, ¡cuántos enojos, cuánta ansiedad que no salgan los hijos malos, que no les acaezca algún desastre, qué continua zozobra: adónde van, qué hacen, que no hagan daño, que no lo reciban! Yo no me explico la razón de esa gran codicia de hijos. ¿Quieres ser madre? ¿Para qué? ¿Para poblar el mundo? ¡Como si el mundo fuera a despoblarse si tú, precisamente tú, no parieres un animalico o dos y añadieres una espiga, o a lo sumo dos, a las cosechas de Sicilia y de Egipto, o como si Dios no supiera, si fuere su divina voluntad, hacer de estas piedras hijos de Abrahán! No te mates por saber de dónde se henchirá la casa de Dios. Ya mirará El mismo por su casa y no la dejará deshabitada ni yerma. ¿Es que el oprobio de la esterilidad te horroriza? Caducó ya este oprobio con la ley mosaica al resplandor de la gracia de Cristo. Ahora vives en una ley en la cual tú misma ves cómo merecidamente la virginidad es preferida al matrimonio. ¿Y qué, si el Señor, por boca del profeta Isaías, promete a las santas mujeres estériles un lugar más holgado y glorioso que si hubieran dejado una numerosa descendencia? Así que es digna de todo vituperio aquella mujer de Flandes, la cual, después que, una vez casada, vivió estéril cerca de cincuenta años sin parir, al fallecimiento de su marido se casó con otro sólo con el pensamiento de experimentar si la culpa de no tener hijos estaba en su primer ma-

rido o en sí misma; ridícula curiosidad, propia de mujer menopáusica y loca. Con todo, yo no sé si, siendo otra la causa inconfesable de segundar las bodas, ella manifestaba lo que a los ojos del vulgo necio le parecía la más honesta. No le resultó alegre aquella boda repetida, pues dió a luz a un hijo tal como no lo quisiera tener mujer ninguna. Pero es que quieres ver hijos nacidos de ti. ¿Imaginaste que serán diferentes de los otros? Tienes a los niños de la ciudad, todos ellos bautizados ya, a quien abrazar con entrañas de madre y creerlos nacidos de ti. Esto te persuade la humanidad, esto te manda la religión. Además de que, si tu marido fuere bueno, te está en lugar de muchos hijos, como Helcana dijo a su mujer Ana: *¿Andas deseosa de hijos y no te reposas en el tranquilo amor de tu marido, que él sólo te ama más que no te amarían diez hijos nacidos de tus entrañas*? En verdad, señoras mías, que todas vosotras, no ya preñadas, pero aun sin que lo estéis, siempre sois víctimas de aquellos absurdos e inmoderados apetitos, que tienen nombre de antojos. ¿Qué cruel y carnicero deseo de tener hijos es, mezquinas, ese que os acucia, como dijo el poeta? Si os pintasen en un retablo los cuidados y las fatigas que ocasionan los hijos a sus madres no habría mujer en el mundo tan sedienta de hijos que no los temiera como a la muerte misma, y que la que los tuviera no los aborreciese como bestias fieras o serpientes venenosas. ¿Qué alegría, qué placer halláis en los hijos? Cuando niños, puro enojo; ya mayorcillos, temor continuo hacia qué lado derivarán; si malos, aflicción eterna; si buenos, solicitud inacabable que no mueran, que no les suceda algún percance, que no se vayan, que no se muden. ¿Para qué traeré aquí el recuerdo de Octavia, la hermana de Augusto? Pluguiera al Cielo que no fuesen tan frecuentes los ejemplos de aquellas madres que, de felices que eran, cayeron de golpe en tribulación acerba y se consumieron en llanto perpetuo. Demás de esto, si tienes muchos hijos, ansiedad mayor, porque los vicios de uno solo no solamente atenúan, sino que destruyen del todo el gozo que te den acaso los restantes. Me referí sólo a los varones. Y en guardar las hijas, ¡qué montaña de ansiedades! En colocarlas, ¡qué montaña de angustias! Allégase a esto que muy raras veces los padres ven a sus hijos buenos, porque la verdadera bondad, acompañada de la cordura, no se da sino en edad bien madura y casi ya al fin de la vida. Cuando comenzamos a ser cuerdos entonces morimos, ha dicho alguno. Y Platón dice *que es bienaventurado aquel a quien es permitido, aun en la vejez, saber buenamente lo que le cumple y poner regimiento en su vida*. Pues a esa edad de los hijos ya los padres se resolvieron en polvo. ¿Y qué, si son muy contados los hijos que agradecen a sus padres tantas fatigas como por ellos apuraron? Y aún osaré decir que olvidan a quienes con tanto esmero los criaron y corresponden con aborrecimiento a los que les amaron con un amor más tierno que a sí mismos. Tuvieron los padres para con ellos toda la blandura e indulgencia, y ellos, en trueque, los tratan con toda aspereza y desabrimiento. ¡Oh desagradecida mujer, que no conoces cuánto es y cuán grande el beneficio recibido de Dios porque no pariste o porque perdiste a los hijos antes que te causasen tristeza! Muy sabiamente dijo Eurípides que

el que carece de hijos es afortunado en su infortunio. Todo esto que digo pudiera desarrollarlo con palabras más copiosas; pero en este lugar son de todo punto innecesarias. Guárdate tú, puesto caso que eres horra, de echar la culpa de tu esterilidad en tu marido. ¡Quién sabe si el vicio está en ti y si fué la Naturaleza o fué la voluntad de Dios la que te condenó a la infecundidad! Lo que yo veo es que los más grandes filósofos convienen en afirmar que las mujeres no conciben las más de las veces por achaque suyo, que por el de sus maridos; que harto pocos son los varones a quien la Naturaleza hizo estériles, y las mujeres en número muy grande, y eso con soberano acuerdo de la divina sabiduría, porque en la infecundidad del varón es mayor el daño que en la de la hembra, pues mayor es en el engendrar la participación del varón que la de la hembra. Así que, puesto caso que la esterilidad resida en ti, mujer, te enfureces en balde. Y si otra cosa quieres en contrario, primero concebirás mil maldades en tu ánimo que un hijo en tu vientre. ¿Y qué si, por privados consejos de Dios, justísimos, como no pueden menos de ser, aunque de nosotros ignorados, hartas veces del matrimonio no proviene descendencia? Merced es de Dios así que nazcan buenos hijos, como que nazcan hijos simplemente. De modo que recurrir a otros remedios que a Dios, es tiempo perdido. A Dios debe pedirse la prole, la buena prole, porque si mal hijo parieres más te valía parir una víbora o un lobo.

Así que tú pide un hijo, como Ana, la esposa de Helcana, que con súplicas y lágrimas y santidad de vida impetró no ya un hijo, sino un profeta y juez de Israel. Así como la otra Ana, esposa de Joaquín, la cual, toda confiada en Dios, para la humana salvación alumbró a María, Reina del mundo. Así como Isabel, esposa de Zacarías, la cual, estéril y todo, parió a Juan, glorioso heraldo y pregonero del Señor, que engendró muchos hijos para Cristo, le proclamó el mayor de los mortales nacidos de mujer. El Señor dió a Sara, que sufría resignadamente su esterilidad, en aquel tiempo en que el no parir era tenido a muy gran mengua, dióle en su última edad un hijo: dióle a Isaac, figura de Cristo Nuestro Señor. Este mismo Isaac intercedió en el acatamiento del Señor por su esposa Rebeca, que era estéril, e impetró dos mellizos, patriarcas y fundadores de dos grandes pueblos. El ángel del Señor anunció a la esposa de Manne, modesta y honesta, mujer estéril, que nacería de ella Sansón, juez y libertador de Israel. Las palabras del ángel a la madre de Sansón son éstas: *Horra eres y sin hijos, mas concebirás y parirás un hijo. Mira, pues, que no bebas vino ni sidra ni comas cosa alguna inmunda, porque concebirás y parirás un hijo, a cuya cabeza no tocará navaja, porque será Nazareno de Dios desde su infancia y desde el vientre de su madre, y él comenzará a librar a Israel de mano de los filisteos.* Estas palabras me advierten que yo advierta a mi vez a las mujeres encinta que mientras dure el preñado no se den a la bebida ni se embriaguen. Muchos han sido los hijos cuyas costumbres por todo el espacio de su vida reprodujeron cuanto hicieron sus madres durante la gestación. Y puesto caso que es poderosa y grande la fuerza de la imaginación en el organismo humano, guárdense las madres al tiempo de su gravidez de dar entrada

a ningún pensamiento vehemente de cosa alguna fea, obscena, torpe. Eviten asimismo el riesgo de topar con algún temeroso espectáculo que la sobresalte. Y si de ello fueran frecuentes las ocasiones, piensen por anticipado en lo que puede ofrecerse a sus ojos, no sea que la inopinada novedad de lo que vieren cause daño en el fruto que maduran en su seno.

Ya una vez nacidos los hijos, tratar de los cuidados que deben ponerse en su crianza es un tema que no cabe en los límites de la obra que me propuse, si todos sus puntos debieran estudiarse uno por uno. Mucho hay escrito acerca de esta materia, así por antiguos como modernos autores, en obras dedicadas a ese estudio específico. Yo me limitaré a tocar unas cuantas de las que me parecen ser obligaciones de la matrona prudente.

Antes que todo, fórmese la madre el convencimiento de que todo su tesoro son sus hijos. Habiendo ido a Roma una gran señora de Campania, y hospedándose en la mansión de Cornelia de Graco, desplegó ante los ojos de Cornelia un gran cofre con todos sus arreos femeniles, harto rico en metales preciosos, vestidos, joyas. Habiendo Cornelia encarecido su riqueza, rogóle la señora de Campania que le abriese ella a su vez su joyero, aunque ello le causase algún cansancio. Habían los pequeños Gracos salido para su escuela, y respondióle que, a boca de noche, se lo mostraría de muy buena gana. Vueltos los niños: *Estos*—dijo—*son mis únicos joyeles, y yo no tengo otros.* Una mujer jónica, delante de una mujer de Lacedemonia, ufanábase de los muchos brocados que tenía, suntuosos y prolijos. La mujer de Lacedemonia le contestó: *Yo, en cambio, no tengo más que cuatro hijos, dechado de toda virtud, y ellos son mis brocados, mi riqueza, mi tesoro.*

En la conservación y cuidado de este tesoro no ha de perdonarse desvelo alguno, el amor todo lo hará fácil y llevadero. Amamantará a sus hijos, si pudiera, con el jugo de su propio pecho, y obedecerá a la voz imperativa de la Naturaleza, la cual no dió de balde tetas a las mujeres y una copiosa afluencia de leche a las paridas, y parece que dice y ordena a gritos: *Críe la que parió, como hacen los restantes animales.* La Naturaleza, madre de todas las cosas, providente y benigna, aquella misma sangre que vertía en el útero materno y con la cual formaba aquel primer conato de ser humano, desvíala, después del parto, con una muy sutil destreza hacia los pezones, que son a manera de ojos de una fuente salubre y copiosa, mudada en leche cándida, con la cual alimenta el hijo y no deja el tierno fruto del vientre sin sustentarle con el mismo mantenimiento con que le formó. Y resulta merced no pequeña, por cierto, que la Naturaleza misma otorga al meritorio esfuerzo de la madre, y a manera de agradecimiento y compensación por alimentar al lactante, que goza de mejor salud la que cumple con este deber; al paso que las que rehuyen la molestia de la lactancia corren graves peligros en el intento de cegar el humor lácteo en su propio manantial. Allégase a esto que aprovecha más al niño la leche materna que la leche de la nodriza. Y la razón es porque más convenientemente nos alimentamos con los mismos elementos de que constamos, y que ninguna otra cosa es más nutritiva para el lactante como aquella misma sustancia de que fué heñido, o ya también porque el ama no pocas

veces da el pecho a la criatura de mala gana o con enojo, y, al contrario, la madre siempre lo hace dispuesta y alegre, y si algo hay en su espíritu de encapotado y sombrío, queda desvanecido por la sola vista del hijo, y se goza y ríe más cuanto con mayor avidez ve mamar al manojuelo de sus entrañas. Y si el niño comenzó ya a reír y a balbucir muy graciosamente, en raudales de alegría queda la madre anegada. Es increíble cuánto de salubridad toma la leche de esta disposición. Y no solamente para el género humano, sino también para toda especie de animales es general este beneficio de la Naturaleza. De los perros, por citar un ejemplo que valga para todos, dice Columela: *No consentiremos jamás que sean criados por ajenas ubres aquellos cachorros cuya generosa índole queramos conservar, porque, indefectiblemente, la leche y el materno espíritu aumentan el brío del cuerpo y del ingenio.* Con todo, hay madres a quienes excusan causas justas. Así lo hago constar, porque no quiero que parezca que dicto reglas sin excepción, y de esto ya hablé en el libro primero.

Si la madre sabe letras, enséñelas ella misma a sus hijos pequeñuelos, porque en ella tengan, a la vez, madre, ama, maestra y la amen más y aprendan más rápidamente, ayudándoles el amor que profesan a la que les enseña. A sus hijas, amén de las letras, las impondrá en las tareas propias de su sexo; a saber: labrar lana y lino, hilar, tejer, coser, tener el cuidado y la administración de la casa. Jamás significará molestia para la madre piadosa y amante consagrar unos momentos de holgura a las letras o a la lectura de libros sabios y santos, si ya no por ella, al menos por sus hijos, para enseñarlos, para hacerlos mejores. Eurídice, ya muy entrada en días, se dió a las letras y al estudio de la filosofía moral no más que por comunicarlas a sus hijos, como lo hizo en hecho de verdad. El niño, primero que a nadie, oye a su madre y esfuérzase por conformar su primer balbuceo al habla de ella. Como la edad infantil no hace otra cosa sino remedar, y en este punto es increíblemente hábil, su primer ejercicio y la primera formación de su pensamiento tómalos de lo que en su madre oye o ve. Por manera que las madres tienen mucha más influencia de lo que se puede pensar en la formación inicial de las costumbres de los niños. Ella puede hacer a su hijo el mejor y el peor. Porque le haga el mejor muy en breve señalaré unos pocos preceptos. Ha de mirar mucho, al menos por causa de sus hijos, que no hable rústico o grosero, no sea que esta manera de hablar, introducida y como sembrada en el ánimo tierno de los niños, vaya creciendo a par de su edad, y cuando se hubiere robustecido con el andar de los años, cueste muy mucho desaprenderla. Ninguna habla aprenden los muchachos mejor ni con más tenacidad, ninguna se les adentra y graba más en las entrañas que el habla materna, y reprodúcenla con todos sus vicios o sus virtudes, si las tuviere, con puntual fidelidad.

En mi Valencia, a quien don Jaime, rey de Aragón, sacó de la impureza y servidumbre agarena (por cuya gesta nos será siempre fausta la memoria de aquel gran hombre), una vez los moros expulsados, mandó venir muchos hombres aragoneses y muchas mujeres de Lérida porque la repoblasen; de estas uniones nacieron hijos, quienes tomaron el habla de las madres, que es la

misma que usamos ya ha más de doscientos cincuenta años. Tiberio y Cayo Graco fueron tenidos por los más elocuentes de su tiempo; pero quien formó su lengua fué Cornelia, su madre, de quien los pasados siglos leyeron unas cartas rebosantes de elocuencia. Istrina, reina de los escitas, mujer de Arifite, en persona formó en la literatura griega a su hijo Sile. Platón prohibe a las amas de cría que se pongan a cada paso a contar a los niños consejas de vieja, vanas y sin propósito. Lo mismo se ha de avisar a las madres, porque de ahí viene de esa primera educación que los niños, después de crecidos, todavía muestren ánimos tiernos, inconstantes y pueriles y nada puedan oír ni sufrir que tenga alguna gravedad y prudencia de hombre, sino que andan embebecidos tras aquellos libros de ineptísimas ficciones, que ninguna verdad cuentan, ni siquiera cosa que tenga visos de verosimilitud. Tendrán, pues, los padres siempre a mano algunas historietas apacibles y fábulas honestas y entretenidas, encaminadas a la recomendación de la virtud y al aborrecimiento del vicio. Estas serán las primeras que oirá el niño, y cuando aún no sabrá qué cosa es vicio, ya tendrá barruntos de lo que es virtud, y empezará a amar a ésta y a aborrecer a aquél. Con estos afectos irá creciendo y se esforzará por asemejarse a aquellos de quien su madre les dirá que obraron bien, y a no parecerse a aquellos otros que, según su madre, obraron mal. Encarecerá la madre los loores de las virtudes y la abominación de los vicios y hará hincapié en ello y los inculcará en las almas tiernas. Tenga con frecuencia en su boca algunas sentencias edificantes y fórmulas de vida cristiana, las cuales, por la ahincada repetición, se peguen a la memoria, aun cuando estuvieren distraídos en otra cosa.

Acorren los niños a su madre, de todo la consultan, se lo preguntan todo, creen lo que ella les responde; lo admiran y ténenlo por cosa de fe. ¡Oh madres, cuánta ocasión de hacer a vuestros hijos o los mejores o los peores! Entonces, en esa edad, se les han de infundir las ideas rectas, puras, cristianas: que la riqueza, el poder, la honra, la gloria, la nobleza, la hermosura, son cosas vanas, necias, menospreciables. Y que la justicia, la piedad, la fortaleza, la continencia, la ciencia, la clemencia, la misericordia, el amor del género humano, esto es, a fin de cuentas, lo auténticamente hermoso, esto lo digno de admiración, esto lo que merece que se le vaya a los alcances, esto es el solo bien fiel y duradero. No hay que encarecer aquello en que consisten aquellos bienes aparentes y mentidos, sino aquello en que se asientan estotros. Todo lo que se contare como hecho por otro con cordura, con ingenio, con honradez, acompáñese de alabanzas. Y, al contrario, toda acción mala, aviesa, desvergonzada, vaya acompañada de reproches. Cuando abrazare al niño, cuando le besare, cuando quisiere mostrarle bienquerencia, no eleve al Cielo una súplica como ésta: ¡Ojalá vengan en poder tuyo riquezas más cuantiosas que las de Creso, o las de Craso, o las de Cosme de Médicis; honores más encumbrados que los de Pompeyo o de César! ¡Ojalá seas más afortunado que Augusto o Alejandro! Sino más bien esta otra: ¡Ojalá Cristo te conceda ser justo, ser continente, ser menospreciador de la fortuna, ser piadoso, seguidor suyo, imitador de San Pablo, más íntegro que Catón, más bueno que Sócrates o Séneca, más justo que Arístides, más sabio que Platón o Aris-

tóteles, más elocuente que Demóstenes o que Marco Tulio!

Aquello tendrá por lo mejor, aquello deseará, aquello buscará, aquello codiciará que oyere que piden para él los que más tiernamente le amaren. Jamás por jamás la madre cristiana que yo hubiere formado celebrará en el niño con un golpe de risa o una mirada de aprobación dicho o hecho atrevido, malo, procaz, petulante. De lo contrario, avezaránse a lo que vieren que sus padres aprueban y les divierte, y cuando fueren mozos y aun hombres no dejarán fácilmente la costumbre enraizada. Castíguelo la madre y muéstrele que aquello no se ha de hacer y que le desplace. Y al revés, cólmele de besos y de abrazos cuando diere muestras de índole mejor. Como hicieron observar los filósofos estoicos, existen en nosotros unas como chispas o semillas de virtud que infundió en nosotros la Naturaleza. Con una voz griega llámanles *sindéresis* los nuestros, que es como una supervivencia o centella de aquella justicia original de que Dios, sobe rano autor del género humano, hizo merced al hombre. Esta chispilla inicial, si pudiera crecer, al sentir de los estoicos, nos conduciría a una gran virtud; pero, desgraciadamente, es apagada y enterrada por depravados juicios y opiniones, y cuando comienza a lucir y a levantar llamas, sin cebo que la alimente, combatida por vientos y por lluvias, extínguese miserablemente. Padres, nodrizas, ayos, maestros, parientes, deudos, familiares, el pueblo, gran maestro del error, todos éstos, de consuno, porfían y trabajan por extirpar de raíz aquella simiente y matar aquella medrosa lucecilla con la necedad de sus erradas opiniones.

Todos a una mano se inclinan ante las riquezas, tienen en mucho a la nobleza, buscan el poderío, loan la hermosura, admiran la gloria, siguen el placer, huellan la pobreza, piensan no haber maldición más grave que la indigencia, ríense de la simplicidad del ánimo, tienen la religión por sospechosa, la doctrina por aborrecible, a la bondad llámanla locura o hipocresía; aquello desean cuando elevan al Cielo sus súplicas, y, en cambio, si alguno pronuncia el nombre de virtud, rehúyenla como cosa nefasta y ominosa. De esto se sigue que las virtudes están aterradas y menospreciadas; nadie se da a ellas; y aquellas mundanidades, en cambio, tienen precio, reciben honores, todos a porfía corren a ellas. De ahí resulta tanta falta de buenos y tanta sobra de malos, siendo así que la naturaleza del hombre, de suyo, es más propensa a las virtudes que a los vicios. A estas diabólicas opiniones la madre discreta y buena saldrá luego al camino y las atacará y las atajará con otras más sanas y dignas de su condición de cristiana, y en el hijo que ella formare fomentará, y con buenos avisos y consejos avivará aquella pequeña chispa y regará las semillas que en él depositare porque la chica centella crezca y se haga grande luz y la hierba tierna se convierta en mies abundante y opima. Ni quebrantará el brío inicial del cuerpo, del ingenio, de la virtud del niño con una crianza muelle y blandengue, ni le atiborre de manjares ni consienta que se hunda en demasía de sueño o de regalos, pues ello retarda la viveza intelectual. Hay madres para quienes sus hijos nunca comen, ni beben, ni duermen bastante, ni andan asaz abrigados, ni se les tienen cuidados suficientes. Traduzcan esta diligencia recelosa a su formación mental porque a una cuerpo y alma se hagan sanos y ro-

bustos. Recuerdo haber visto muy pocas veces a varones grandes y señalados en doctrina, en talento o en virtud que hubiesen sido por sus padres educados con indulgencia viciosa.

¿Y qué diré, si ni los cuerpos cobran su justa robustez, si con el regalo se les debilita? Así que mientras las madres creen conservar a sus hijos, los echan a perder, y mientras se esfuerzan porque vivan con salud más entera, estúpidamente debilitan su salud y acortan su vida. Amen a sus hijos enhorabuena como es justo que los amen; ámenlos ternísimamente. ¿Quién osará derogar o reprobar la ley de la Naturaleza? ¿Y qué linaje de inhumanidad no es dejar de amar a quien diste el ser? Pero disimulen este amor porque no tomen licencia de obrar como les dé la gana, ni su amor les impida apartar del vicio a los muchachos mediante castigos, llantos y lágrimas, y que con la austeridad del mantenimiento y crianza el cuerpo y el alma se fortalezcan más y más. Acerca de la vara y del castigo, hállanse en el Sabio estos consejos, cuya puesta en práctica conviene a cada uno de nosotros: *La necedad está ligada al corazón del muchacho, y la vara de la corrección la ahuyentará. No sustraigas del muchacho la disciplina, pues si le golpeares con la vara, no por ello morirá; tú con vara le herirás y librarás su alma del infierno. La vara y la corrección otorgan la sabiduría; mas el niño que es abandonado a su voluntad acarrea confusión a su madre.* Y, en efecto, la carne de pecado, inclinada al mal desde su origen, se ha convertido en esclavo ruin, que no tiene enmienda sino con azotes. Por esto, el Señor dice que ama a quien reprende y castiga. En este punto está bien que los padres cuerdos imiten la indulgente dignación divina, puesto que no ama a su hijo el que se abstiene de su enmienda y castigo. Como dice el mismo Sabio: *El que excusa la vara quiere mal a su hijo, y el que le ama, con muchas veras le corrige.*

Yo no quiero, ¡oh madres!, que ignoréis que la responsabilidad de que haya malos hombres recae en su mayor parte sobre vosotras, y que entendáis a qué gratitud de vuestros hijos os habéis hecho acreedoras. Vosotras, con vuestra necedad, les inculcáis torcidas opiniones; vosotras las favorecéis; vosotras sonreís a sus pecados, a sus maldades, a sus crímenes; vosotras, cuando se encaminan a las virtudes más encumbradas, cuando huyen con horror de las riquezas mundanales y de las pompas diabólicas, con vuestras lágrimas, con vuestros amargos reproches, los devolvéis a sus lazos, porque preferís verlos ricos y colmados de honores, que colmados de virtudes. Agripina, madre de Nerón, habiendo consultado a unos adivinos acerca del destino de su hijo, le contestaron: *Será emperador, pero matará a su madre. Mátela*—respondió—*mientras sea emperador.* Cumpliéronse ambos extremos del pronóstico: fué emperador y mató, pero cuando ni Agripina quería que la matase y cuando ya le pesaba de haber preparado el imperio a su hijo. Vosotras queréis que con la blandura vuestra y no con su esforzado trabajo aprendan ellos la virtud, y con los regalos con que los abrumáis gozáis de verlos hundirse en los vicios. Por eso, las más de vosotras (no hablo de todas, en general) os lamentáis y lloráis y mesáis vuestros cabellos, y aun en esta vida sufrís la expiación merecida, deplorando que vuestros hijos

sean cuales vosotras los hicisteis y no sois correspondidas en vuestro amor por quienes se sienten desamados por todos por culpa del amor vuestro. Conocida es la anécdota de aquel mancebo que, siendo conducido al suplicio, pidió hablar a su madre, y acercando su boca a los oídos de ella, como si fuera a decirle algún secreto, de un bocado le cortó la oreja. Increpándole los presentes porque, sobre ser ladrón, era inhumano con su madre, respondió que ése era el premio de su crianza, *pues si ella*—añadió—*me hubiera castigado cuando, de niño, hurté el cartapacio a un compañero de escuela, pues éste fué mi primer hurto, no me hubiera avilantado a mayores excesos; pero ella fué blanda y con un beso acogió al ladronzuelo madrugador.*

Hubo en Brujas, cuando yo escribía este libro, una mujer que, contrariando la voluntad del padre, con blandura suma y, por tanto, viciosísima, había educado a sus dos hijos. Ella, a escondidas, les proporcionaba dineros con que jugar, con que beber, con que tener tratos con cortesanas. Y a uno de ellos le vió ahorcado y al otro descabezado. Por lo cual el refrán nos avisa muy sabiamente que más vale que se llore de niño que de anciano. ¿Y qué diré de aquel furor de las madres que quieren más a los hijos feos, necios, groseros, mal inclinados, tontos, desaprovechados, ebrios, que a los hermosos, discretos, bien criados, talentudos, reposados, diligentes, cuerdos? ¿Qué significa esta anomalía? ¿Es embaimiento o error del entendimiento humano, o es el castigo merecido de nuestros pecados ese amor de lo que no es amable? Los animales irracionales halagan más a los hijos más hermosos, cachorros o polluelos, y la más cierta señal de la bondad nativa de los hijos es ser muy queridos de la madre. Los cazadores adivinan que va a ser excelente aquel perro de quien la madre tiene más cuidado a quien prodiga mayor solicitud, a quien antes coloca en el cubil. Y, por contraste, entenderás que en la raza humana es más ruin y despreciable aquel a quien la madre ama con mayor ternura.

¿Queréis ser amadas de veras, sobre todo en aquella edad en que ya saben qué cosa es el amor puro y santo? Haced que no os amen cuando ignoran todavía qué es amor, y más que a sus padres prefieren pasteles, miel o azúcar. Madre ninguna amó con mayor ternura a su hijo que la mía me amó a mí. Y ningún hijo más que yo se sintió menos amado de su madre. Casi nunca me sonrió; nunca se me mostró indulgente. Y con todo, en una ausencia mía de la casa por tres o cuatro días, ignorante ella de mi paradero, cayó en un gravísimo accidente, y vuelto a casa no conocí que hubiese sentido mi soledad. Así que de ninguna otra persona huía más, de nadie sentía más aversión que de mi madre cuando yo era niño. Y ahora su memoria es para mí la más sagrada, y todas las veces que me asalta su recuerdo, puesto que no puedo corporalmente, la abrazo y beso en espíritu con la más dulce de las gratitudes. Un compañero tuve en París, hombre muy señalado en letras, que entre las mayores mercedes que recibiera del Cielo benigno, contaba el haber perdido a su madre, bondadosísima, *porque si viviera*—díjome—*yo no viniera a París a estudiar, sino que me estuviera en casa de mi madre, envejeciendo en juegos, mujeres ruines, regalos y deleites, según había yo comenzado.* ¿Quién amaría a su madre viva, si

tenerla muerta lo agradecía como un favor del Cielo? La madre discreta no deseará a su hijo más placeres que virtud, más riquezas que doctrina, que buen nombre, no una vida sin honor antes que una muerte con honra. Las mujeres de Lacedemonia preferían que sus hijos cayeran con gloria por la patria que no que salvaran su vida con una fuga torpe. Por donde se lee que muchísimas de ellas, con sus propias manos, dieron muerte a sus hijos cobardes, con aquel dicho tan celebrado: *Ese no era mío; ni siquiera lacedemonio.* Santa Sofía, teniendo tres hijas muy hermosas, señaladas con los nombres de las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad, con gran alegría de su alma las vió degolladas por la gloria de Cristo, y ella misma les dió sepultura de su mano, no lejos de Roma, reinando el emperador Adriano. No tanto los padres enseñarán a sus hijos las artes gananciosas como las santas y no les propondrán a la imitación a aquellos que en poco tiempo amasaron grandes fortunas, sino aquellos otros que se encaramaron a las virtudes más heroicas. Con toda razón se reprocha a los megarenses por enseñar una sórdida frugalidad y avaricia a sus hijos, que tendrían en lugar de esclavos. Este añejo reproche de los de Megara cómo podría hacerse extensivo hoy día merecidamente a muchos pueblos de Europa: Florencia y Génova, de Italia; Burgos, de España, Londres, de Inglaterra; Ruán, de Francia. De ahí se sigue aquel abuso que vemos dondequiera; a saber: que oyendo los hijos cada hora y cada rato que ganen, que alleguen, que guarden, que tengan, sea por el camino que fuere, se decidan a maldades merecedoras de pena capital, cuya no pequeña parte de culpa tienen los padres, que se las aconsejaron, se las sugirieron, a ellas les empujaron, y en justísimo castigo de todo ello, a falta de cualquier otro procedimiento para enriquecerse, comienzan los hijos por sisar a sus padres, y si ven que está cerrado todo camino para hacer dinero, comienzan a odiar a sus padres, y enconándose este odio, a desearles la muerte, a buscar la manera de eliminarlos, y muchísimos, en efecto, lo fueron por sus propios hijos, que les propinaron hierbas, porque se les hacía larga la espera de la muerte de los padres ancianos. Así que los padres que enseñaron a los hijos que a cualquiera otra cosa debía anteponerse el dinero, experimentan en sí mismos el efecto de aquellas enseñanzas: los hijos aman más al dinero que a sus mismos padres; hartas veces los hijos reprochan sus vicios a los padres, como si la causa de su corrupción fuese su ejemplo o su negligencia. Un mancebo manirroto nacido de un padre manirroto así se expresa en un tema de declamación: *De mi prodigalidad echaré la culpa en mi padre; no me mantuvo bajo una severa disciplina ni bajo la ley de una casa bien regida que pudierá formar el carácter de un joven y arrancarle de los vicios propios de su edad.*

Mas así como hay que frenar la edad primera de los hijos y cohibirla con la severidad de una estrecha disciplina, no sea que por sobrada libertad resbale hacia unos vicios de los cuales luego será harto costoso retirarlos, y no se ha de apartar la vara de las espaldas del muchacho, así también, y más principalmente las niñas, han de ser tratadas sin ninguna indulgencia. La indulgencia excesiva corrompe a los hijos, pero pierde radicalmente a las hijas; con el libertinaje, los varones

nos volvemos peores, pero las hembras se vuelven perdidas, porque dando ensanches y soltura a la pasión del placer, si no se las sofrena, precipítanse en mil maldades. A esto se endereza el sabio aviso de Jesús, hijo de Sirach: *¿Tienes hijas? Guarda su cuerpo y no les muestres alegre la cara.*

Ya dije en el libro anterior cómo deben ser educadas las hijas. En él la madre escogerá las advertencias pertinentes, pues las hay muchas que atañen a la formación de las mujeres casadas, y a la vigilancia de las madres incumbe que sus hijas practiquen lo que allí decimos.

Después que los padres hayan provisto hasta el límite de la posibilidad que ninguna palabra fea, torpe, obscena, perniciosa, malvada, se asiente en el ánimo del niño, procurarán con sus actos y con sus ejemplos que nada vea el niño que no pueda reproducir sin torpeza. Tiene algo de simiesco la edad pueril, que no manifiesta cosa propia, ni siquiera la tiene, pues lo remeda todo. Allégase a esto que acaso con su autoridad y con su amor consigan los padres borrar de los ánimos pueriles lo que los ejemplos ajenos imprimieron y, por ventura, también con sus admoniciones; mas lo que ellos hicieron no podrán desautorizarlo, y en caso que lo desautorizaren, no hará tanta mella en el niño lo que oyere como lo que viere.

Con muy buen acuerdo dice Juvenal que tienen mayor autoridad y peso en los hijos los ejemplos de los padres que las advertencias y amonestaciones de muchos doctores. Con una sola cosa mal hecha causarán más daño que no provecho acarrearon los buenos consejos de muchos. En la sátira décimocuarta da estos sabios consejos:

Aleja del umbral donde crece tu hijo todo aquello que pudiere mancillar sus oídos o sus ojos. Lejos, lejos de aquí la mujerzuela que pone precio a su virtud; lejos de aquí el canto trémulo del parásito nocherniego. Al niño se le debe la máxima reverencia. Si alguna torpeza maquinares, no te atrevas a hollar el verdor inmarchito de sus años; si te avilantares a pecar, deténgate la inocencia de tu hijo infante.

Cecilio Plinio reprende a Numidia Cuadratila porque favorecía más de la cuenta y con mayor largueza de lo que convenía a una dama principal a los pantomimos o truhanes; pero con todo, alaba la prudencia de la señora anciana porque no permitió que Cuadrato, su joven nieto, ni en su casa ni en el teatro, y cuando ella había de oírlos o iba a tomar algún esparcimiento con el juego de los dados, acostumbraba mandar a su nieto que se fuese a estudiar. Y ese mismo autor epistológrafo agradece en una carta con sumo encarecimiento a Híspula, tía materna de su mujer, porque a su esposa, que se educó a su lado, con sus consejos y con sus ejemplos la formó para toda cosa recta y honesta y nada vió en aquella casa que no fuese ejemplar y digno de imitación. Y, en efecto, mayor debe ser la vigilancia que se ejerza sobre las hijas, porque no haya nada que mancille ni su pudor, ni su honestidad, ni su modestia, puesto que estas virtudes más estrictamente se requieren en la mujer que en el varón, y las hembras de todos los animales reproducen, cosa común en uno y otro sexo, con mayor exactitud, prontitud y perfección los vicios, y no hay barrera que las contenga, si la autoridad se conjuga con el ejemplo, si han de imitar a

la madre o a cualquiera otra que vean aprobada por el vulgo.

Así que en la ciudad donde las damas principales son malas, muy raras son las mujeres del pueblo buenas, y las que son educadas por malas, no es frecuente que salgan de distinta condición, y no deja de ser muy cierto el refrán: *Cual la madre, tal la hija.* Mas, con todo, no siempre la hija es trasunto fiel de la madre o de la aya, pues existen muchas y muy celebradas mujeres que, apartadas de sus progenitores, crecieron al lado de sus abuelas, y, mejorando a sus madres, reprodujeron la bondad y las virtudes de las abuelas que las educaron. Catón Censorino echó del Senado a Cayo Manlio porque había besado a su mujer delante de su hija. No sabe la tierna edad por qué se hace cada cosa, y reproduce aquellas acciones como el espejo devuelve las formas que recibió, aunque no por los mismos términos. Entendiéndolo así, el sabio y santo anciano Eleázaro, como por edicto de Antíoco se le obligase a comer carnes porcinas, y, negándose él, le aconsejan sus amigos gentiles que, al menos, simulase comerlas, porque gracias a aquel fingimiento se le soltase. Como si hubiera obedecido a la voluntad del rey, respondió querer antes morir que hacer algo que pudiera quedar en los mancebos como ejemplo de cosa pésima. Dijo estas palabras: *No es cosa conveniente a nuestra edad fingir tal cosa, para que los mozos, pensando que Eleazar a sus noventa años se pasó a la vida y ritos de los alienígenas, los cuales, engañados por mi simulación y por un poco de tiempo de vida flaca y corruptible que me pueda quedar, eche mancilla y execración sobre mi ancianidad, pues por más que al presente yo fuese librado de los suplicios de los hombres, con todo, ni vivo ni muerto me escaparía de la mano de Dios omnipotente. Por todo lo cual, saliendo con esfuerzo de esta vida, pareceré digno de esta mi ancianidad, y por ventura dejaré a los mancebos ejemplo de fortaleza si con ánimo pronto y esforzado sufriere gloriosa muerte por nuestras leyes santísimas y gravísimas.* Dichas estas palabras luego era arrastrado al suplicio. Mas los que le conducían y poco antes se habían mostrado algo más blandos, trocaron su mansedumbre en saña por las palabras que había dicho, que creían inspiradas por la arrogancia. Mas, en hiriéndole mortalmente, gimió y dijo: *Vos, Señor, que sois soberana sabiduría, muy bien sabéis cómo yo podría haberme librado de esta muerte; crudos dolores sufro en mi cuerpo, mas en mi alma, por vuestro santo temor, los padezco con agrado.* De esta manera Eleázaro salió de esta vida, dejando no sólo a los mozos, sino a toda su gente, memoria de su muerte, para ejemplo de virtud y reciedumbre. A ejemplo de los padres deben formarse los hijos, y no debe mostrárseles lo que fácilmente puede pasar a vicio, para que ellos no lo pasen aun con mayor facilidad, bien por impericia de los mejores, bien por natural flaqueza del ser humano, propenso siempre a lo peor. Punió el Señor a Elí, juez y pontífice de Israel, no porque diese él en persona mal ejemplo a sus hijos, Ofni y Finees, sino porque, malos como eran, no los castigó, por lo cual murió cayendo de una silla, y el sacerdocio fué traspasado a otra familia. ¡Cuánto más gravemente castigará a aquellos padres que, o con sus avisos o con su ejemplo, enseñaron a sus hijos a vivir vida bellaca!

Y si el castigo de los pecados de

los hijos adultos se transfirió al padre porque no hizo cuanto pudo para impedirlos, ¿qué será de aquellos que de palabra o de obra empujan a sus tiernos hijos a las pasiones, a los deleites, a las codicias, a las maldades? Por el contrario, de la mujer que acostumbró a sus hijos a la virtud, dice el Doctor de las gentes: *La mujer engañada fué en la prevaricación, pero se salvará por la generación de sus hijos si perseverare en la fe, en la caridad, en la santificación y en la castidad.*

Si los hijos murieren, débese considerar que ese percance no es más que la devolución de un depósito. Acerca del consuelo de la muerte, ¡cuán copiosamente escribieron Platón, Cicerón, Jenócrates, Séneca! ¡Qué celebrada y justa aquella máxima de los que, ponderando que como para una tan corta vida el penar sea tan largo, el mayor de los bienes es no haber nacido, y el bien que le sucede más de cerca es la abolición, tanto mejor cuanto más rápida; sentencia aquilatada por los seguidores de la sabiduría, formulada, según se cree, por cierto Sileno que vivió en tiempos de Creso y de Ciro con los siete sabios de Grecia, pero, en hecho de verdad, proferida por Salomón, mucho más antiguo que todos ellos, y repetida por Job, el Husita que, antes de Moisés, fué reyezuelo en la Arabia. Por donde determinado linaje de gentes, como los tracios o los druidas de la Galia, bien por hastío de esta presente vida, bien por esperanza de otra venidera mejor, acompañaban con júbilo y cantos a los que sucumbían al Destino. Pero el consuelo más cierto y más fiel es aquel que se toma de la realidad, a saber: de la consideración de la vida futura; la muerte en sí no es un mal, sino su manera y sus circunstancias. ¡Dichosos aquellos a quienes sorprende la muerte en la amistad de Cristo! ¡Desgraciados si al revés! Los primeros pasan a una inconcebible bienaventuranza; los últimos, a unos tormentos extremados y a una miseria suma. Por ende, debes esforzarte en educar y formar de tal manera a tus hijos, que cuando el Rey de reyes les ordenare salir de la vida como de un puesto de vigilancia, salgan de ella felicitados por El y condecorados.

Y siendo ello así, ¿con cuánto gozo no debe recibirse la muerte de los párvulos, que sin haber sentido los trabajos y cuitas de esta vida, de la ambición, de la envidia, del orgullo, de la necesidad, antes de que les asalte el inevitable escuadrón de males, íntegro el cuerpo, catando muy levemente el gusto de la muerte, trocaron la mazmorra horrenda por el vuelo libre y la luminosa bienaventuranza? ¿Qué felicidad mayor puede deseárseles que, puestos en una vereda barrancosa, llena de enojos y de peligros, repentinamente, como en un ala rápida, lleguen a la posada cuanto antes, y que mientras a los otros les espera una milicia laboriosa y prolongada, ellos alcancen el mismo galardón con esfuerzo tan liviano? Ni con deseos más vivos debe deseárseles otra suerte, que por los méritos y la misericordia de Aquel que nos limpió de mancha y nos redimió de la servidumbre del diablo, purgados de delitos, puros y alegres salgan de las tinieblas de esta vida antes de que la malicia inficione su corazón y vuelen a aquella patria, sede de eterna bienaventuranza. ¿A qué reino quisieran los padres que se remontase el fruto de sus entrañas que pueda compararse con este reino? Ciertamente que a ningún otro, si no se dejaran llevar más por sus

preferencias que por el bien de sus hijos. No, no está bien que los padres envidien a sus hijos aquella felicidad no fallecedera a cambio de sus vanos goces, o, mejor, sueños de goces, ni dar a entender que lamentan la suerte de ellos, cuando, en realidad, lamentan la suya. Mejor les estaría mostrarse alegres y contentos por haber engendrado ciudadanos para aquella ciudad, cuyo príncipe es Dios, y los ángeles son moradores, y por haber merecido tan soberana distinción, gracias a los hijos a quienes dieron el ser y la crianza. De esta manera y en este sentido creo yo que dice San Pablo que la mujer será salva. Más cuerdo será, y desde luego más piadoso, gozarse con esta esperanza que dejarse consumir de dolor, porque se les pidió lo que no les había sido dado, sino prestado precariamente, ni con nuestras quejas y nuestro duelo condenar el juicio de Dios, que reclama su depósito. Al revés, se le debe agradecer el tiempo, sea el que fuere, que dejó que lo disfrutásemos, y no hacer como aquellos ingratos, quienes, olvidando el provecho que percibieron, toman por injusticia si no poseen para siempre y a total capricho suyo el beneficio que se les da de balde.

CAPITULO XII

DE LAS CASADAS DOS VECES Y DE LAS MADRASTRAS

Las que habiendo enterrado a sus primeros maridos se han casado con otros de nuevo, además de lo que les tenemos escrito, deben ser amonestadas en esto: y es que se guarden de que, con el exagerado recuerdo de los maridos anteriores, ofendan a los maridos actuales, porque con la tornadiza condición humana suele acontecer que cualquiera tiempo pasado se nos figura haber sido mejor que el presente. La causa de esto es porque no hay felicidad tan grande so la capa del cielo que no vaya a vueltas mezclada con alguna molestia y desabrimiento. Cuando lo padecemos, vivamente nos acucia; cuando ya pasó, no deja grande huella. Así es que nos parece estar menos afectados por los males pretéritos que por los presentes. Anda declinando la edad, que, acumulando molestias, empeora de día en día y se hace más flaca para soportarlas. Entonces el recuerdo de la edad más fresca que se nos fué establece una comparación inevitable con la que se va tornando cargosa y trae el hastío de lo actual y la añoranza de lo pasado. Pero Salomón no quiere que ese criterio sombrío y pesimista entre en el alma del varón discreto, persuadiéndose de que los años idos son mejores que los que vivimos. Y esto mismo pensará la mujer discreta. Ni tampoco creerá que el marido que tuvo fué mejor y de convivencia más cómoda que el que ahora tiene, porque hartas veces se engañan, pues si algo les enoja en el marido presente, también en el pasado les enojó. Recuerdan no más que lo agradable, y esto con mayor odiosidad si aquello en que el marido viviente les satisface poco, a su parecer, el marido difunto les satisfacía cumplidamente. Sin tener en cuenta muchas otras cosas, todo lo reducen a la comparación entre uno y otro marido. De ahí, desabrimiento; de ahí, quejas que no tienen fin y gritos que al marido le dan grima, y mientras imploran el muerto y demuestran la querellosa soledad que sienten, se quedan sin uno y sin otro marido.

El nombre de madrastra no suena

bien por lo común, porque casi todas son malignas para sus alnados, de lo cual se cuentan no pocos ejemplos. Toda esa ralea es atacada en un epigrama griego, según el cual un alnado, mientras honraba el sepulcro de su madrastra, fué muerto por una pequeña columna que se desprendió de él. Una y mil veces ha de exhortarse a tales mujeres que se esfuercen por dominar sus pasiones y alteraciones del corazón.

Este es el origen y la fuente de todos los males y de todos los bienes. Si dejas que las pasiones ejerciten su señorío sobre ti traerán consigo una larga cola de calamidades y miserias, que te costará muy mucho alejar luego de ti; mas si tú las señoreares, vivirás santa y venturosamente. Esto alcanzaríamos si con ánimo reposado y tranquilo reflexionáramos maduramente cómo nos tenemos que haber cuando se nos echen encima las causas de estas agitaciones y tempestades. No son injustas ni ásperas más que aquellas madrastras cuyas pasiones las tiranizan; que no tienen el dominio de sus acritudes, de su temperamento, sino que las sirven. La mujer que se deja llevar por la razón y recto juicio, pensará que ella es una cosa con su marido, y, por tanto, que los hijos de él deben serles comunes. Si la amistad todo lo vuelve común, por manera que muchos amigos aman tanto como si fueran propios los hijos de sus amigos y les honran y les ayudan, ¿con cuánta mayor exactitud y plenitud debe conseguir esto el matrimonio, que es la corona no ya de todas las amistades, sino de todos los parentescos y todas las afinidades? Los tíos del marido, los primos, los hermanos, los padres, como tales son tenidos y llamados por la esposa. ¿Cuánto más lo van a ser los hijos?

Se compadecerá la mujer de su edad tierna y endeble, y con el recuerdo de sus propios hijos, si los tiene, amará los ajenos, pensando en la suerte común del linaje humano; pensando que los suyos la hallarán tal cual ella se mostrará con los ajenos, así muriere como viviere. En fin: la buena madrastra será para los alnados lo que tantas veces se oye decir: madre. ¿Qué mujer hay tan ajena de todo sentimiento de humanidad y mansedumbre que no se sienta mitigar y vencer por el vocativo «madre», pronunciado por cualesquiera labios que lo pronunciaren, singularmente si fueren niños, que no conocen la adulación, y en la simplicidad de su alma, limpia de toda malicia, la invocan con el mismo afecto con que invocarían a la verdadera madre de quien nacieron? ¡Cuánta dulzura contiene el nombre de la amistad! ¡Cuántas iras no apacigua! ¡Cuántos odios no disipa! ¿Qué nombre puede hallarse más eficaz que el nombre de madre? ¿No es cierto que está lleno y rodeado de increíble caridad? ¿Por ventura, por más airada que estés, no te amansas, en oyéndote llamar madre? Desalmada eres más que ninguna fiera si aquel nombre de madre no te ablanda. No hay bestia alguna tan carnicera y montés a la cual si se le acerca, lisonjero, otro animalico de su especie no se amanse instantáneamente. Y a ti los hijos de tu marido, halagándote, no te pueden ablandar. Tú, llamada madre, muéstrate enemiga. Tú, sin causa las más de las veces ejecutas contra una edad flaca e inocente unos enconados odios instintivos. Tú, para quien los cristianos todos, por bienquerencia y caridad, debieran serte hermanos, alientas odio entrañable contra unos pobres

seres que viven bajo tu mismo techo y son hermanos de tus hijos. ¿La sombra de su madre no te aterroriza, no te persigue, no te acosa? Sabed, madrastras que de verdad sois madrastras, que estas iras vuestras que no podéis dominar nacieron exclusivamente de los sueños y trampantojos de vuestra desatentada vesania. ¿Por qué los padrastros no aborrecen a los alnados en tanta manera? Raro es el padrastro que no ame a su alnado como a hijo propio. Mentiré si no dijere que no faltaron padrastros que a sus alnados, como si hubieren nacido de sus entrañas, les dejaron a su muerte grandes reinos y señoríos. El emperador Augusto dejó el Imperio romano a Tiberio, Claudio lo dejó a Nerón, teniendo aquél nieto y bisnietos, y éste un hijo; no porque ignorasen que no les engendraron, sino porque su razón y sano juicio les dió a entender que no hay ningún motivo racional de odio entre padrastros y alnados si éstos con su conducta no lo crearon. ¿Qué culpa contrajeron los alnados contra los padrastros con no haber sido engendrados por los mismos padres? Esto no está en poder de los hombres, sino de Dios. Pero no siempre les regalan ni siempre juegan los padrastros con los alnados como las madres querrían. De esa manera, podría decirse que los mismos padres naturales no aman a sus hijos. Pero ¿qué dije que no los aman? Algunas mujeres son tan necias, que difícilmente creen que sus maridos amen a los hijos comunes porque no juegan y burlan con ellos todos los días y todas las noches. No pueden los hombres hacer inepcias y niñerías, como las mujeres. La grandeza y generosidad del ánimo varonil fácilmente contiene y encubre el amor: le domina; no es su esclavo. Y vosotras, madrastras, ¿besáis a todas horas a vuestros alnados? ¿Los peináis? ¿Los limpiáis y ataviáis como si fueran vuestros? ¡Tantas y tan densas tinieblas pone la pasión en vuestras almas! Lo que vosotras amáis juzgáislo dignísimo de que lo amen todos; paréceos que nadie lo ama suficientemente. Lo que vosotras aborrecéis tenéislo por merecedor del general aborrecimiento y receláis que los demás lo amen en demasía. Y no faltan madrastras que, profesando a sus alnados odio capital, juran y publican que los quieren y aman. Cuán locas son, tanto si ellas se lo creen como si confían que los demás van a creerlas, y más locas aún si se imaginan que van a engañar a Dios. ¿Y pides que Cristo te oiga llamándole Padre, tú, que vuelves la cara a tus alnados, que te llaman madre? No cree el Apóstol San Juan que Dios, que es invisible, sea amado por quien odia a su hermano, a quien ve todos los días.

CAPITULO XIII

CÓMO LA MUJER CRISTIANA SE PORTARÁ CON SUS PARIENTES Y CON LOS DE SU MARIDO

Nigidio Figulo dice que la voz hermana *(soror)* viene de *seorsum*, porque va a vivir apartada, al pasar a otra casa y familia. Pues que esto es así, en casándose la mujer, comenzará a poner mayor afición a los parientes de su marido que a los suyos propios. Y así conviene por muchas razones: ya porque está casi trasplantada en aquel terruño nuevo de la familia de su marido, para la cual engendrará hijos y con su fecundidad aumentará y multiplicará; ya porque, asegurada ya de la bienquerencia de sus deudos y

consanguíneos, habrá de ganarse el afecto de sus afines. Además de esto, los hijos, en el caso que los tuviere, son más queridos para los de su misma sangre y deudo, ayudados por su mutuo amor, no ya para con el padre, sino también para con la madre. Y, en fin, muchas son las ventajas que acarrea, así en el matrimonio como en la posible viudez, el ser amada de los afines, y muchos los inconvenientes si les resultares enojosa. Esa mira tuvieron los que de primero trasladaron los matrimonios entre parientes a cónyuges extraños, a saber: la de difundir y como propagar más extensamente el amor y la amistad en la colectividad humana. Es, por tanto, de conveniencia suma granjearse con atentada diligencia el amor de los afines, o ya, teniendo ganada la voluntad, conservarla y fomentarla. Dicen que las suegras alientan para con sus nueras odios de madrastra, y que éstas, a su vez, arden y se consumen en análogas llamaradas, que no son precisamente de amor y piedad. Terencio, intérprete en este punto del sentir general, dice: *Todas las suegras odian a sus nueras.* Graciosa fué una buena mujer al decir que su suegra, aun hecha de azúcar, era amarga. Plutarco de Queronea, y, tomándolo de este autor, San Jerónimo, en su polémica contra Joviniano, cuenta que en Leptis, ciudad de Africa, hubo una costumbre no menos usada que antigua, y era que la recién casada, el otro día después de las bodas, pidiese a su suegra que le prestase una olla para el servicio de su casa, y que la suegra se la negase excusándose con que no la tenía, para que luego, en sus mismas bodas, experimentando en la suegra las costumbres de la madrastra, fuera menor el choque ulterior si entre ellas se producía alguna aspereza. Mas yo, reflexionando acerca de la causa de esa enemistad, paréceme necio y absurdo el celo de la una y de la otra.

El marido está puesto como en un lugar intermedio entre su madre y su esposa, y la una persigue a la otra, y la otra persigue a la una, como si ambas a dos fuesen concubinas. La madre sufre con desabrimiento que el amor de su hijo vaya a parar en su totalidad sobre su nuera, y la esposa no tolera que el marido ame a ninguna otra mujer que no sea ella. De esto origínanse diferencias, enojos y riñas, como suele acontecer entre dos perros cuando el uno ve que halagan al otro delante de él. Antiguamente creyeron los pitagóricos que la amistad no sufría mengua con la multiplicación de los amigos, sino que, al contrario, crecía y se fortalecía. Asimismo, con este criterio, no debe pensar la madre que es menos madre si su hijo se le casa, ni la esposa menos esposa si tiene suegra; antes al contrario, el ideal sería que una y otra trabajaran en reconciliar al varón con una u otra de las mujeres, si surgiere alguna pequeña desavenencia. Suegra estulta, ¿por ventura no quieres que tu hijo ame a su esposa, a su amiga, a su compañera, a la mujer que con él forma una sola individualidad? ¿Hubieras soportado tú que tu marido no te amase? ¿Qué miseria más grande puedes desear a tu hijo que habitar con una mujer a quien no ama, a quien aborrece? Nuera estulta, ¿no quieres que el hijo ame a su madre? ¿Es que tú tampoco la amas? Serás amada tú por el marido como compañera, como dulce esposa; amada será la madre por tu marido como a quien tu marido le es deudor de la vida, del mantenimiento, de la crianza, con lo cual se hizo acreedora a un amor

eterno. La nuera, puesto que no ignora que ella es una misma cosa con el marido, pensará ser suya también la madre del marido, y no la amará menos ni la respetará menos que a su madre propia, sino que la rodeará con toda clase de amabilidades para ganársela más y estrechársela más consigo.

No, no tomará a mal la esposa discreta y buena que su marido ame a su madre; antes si ella advirtiere que no es para con ella asaz deferente y cariñoso, le amonestará y le rogará que se muestre tal como todo buen hijo debe. Agripina, nieta de Augusto, que había casado con Germánico, nieto de Livia e hijo de Druso, era de Livia aborrecida como nuera y como alnada, pues era ella áspera y recia de condición, pero de tanta honestidad y de amor tan grande a su marido, que con estas dos virtudes trocó en bienquerencia aquel su indómito desabrimiento. Las nueras mantengan a sus suegras y las socorran en su necesidad con el mismo afecto que si fuesen hijas suyas propias. Rut, la moabita, por amor de su suegra, renunció a su patria y su parentela por no abandonar a la pobre anciana, mísera y afligida, sumida en un mar de penas: consolábala con sus palabras dulces, manteníala con su trabajo y cumplía en todo con los deberes de buena hija. Y no careció de galardón aquella piedad ejemplarísima: rigiéndose Rut por los consejos de su suegra, Noemi, halló un buen marido en Booz, hombre rico y hacendado, y parió a Obet, y fué abuela del rey David, y de su estirpe nació Cristo Señor Nuestro.

Yo veo otra causa de esa antipatía cordial entre suegra y nuera. Hartas veces hácense las suegras pesadas y aborrecibles a sus nueras por su espíritu de sistemática y destemplada reprensión y censura, erigiéndose en maestras de costumbres, y éstas, a su vez, lo son a las suegras por lo del régimen y gobierno de la casa, y en ambos casos ni unas ni otras proceden con discreta templanza. Ni las advertencias ni las reprensiones deben ser desabridas e inoportunas, pues hay que observar la oportunidad y sazón y abstenerse de palabras agrias y mordaces, ni conviene absolutamente que la madre de familia no haga nada en la casa, ni que se esté mano sobre mano, como una huéspeda, ociosa y tranquila. Muy al contrario. A los jóvenes no solamente les son provechosos los avisos de los viejos, sino necesarios. El que rehuyere este deber no da con esta defección señal de buena índole. Sepas que hartas cosas tiene merecedoras de reprensión el que se rebela contra quien le avisa. En el rey Sabio leemos esta sentencia: *Al hombre que con dura cerviz desprecia al que le corrige, repentina destrucción le sobrevendrá y no le seguirá sanidad.* Nunca deja de aprovechar la reprensión, aun venida del enemigo, aunque inmotivada, que tiende a hacernos más avisados y cautos en no cometer aquella acción sobre la cual merecidamente caería la reprimenda. Para el mejor gobierno doméstico, es conducente en grado sumo que una mujer joven, sin práctica, sin experiencia, y aun cuando la tuviere muy ejercitada, preste oídos a una persona mayor. El perro viejo no ladra en balde. Te volverás más prudente si a tu prudencia sumares la prudencia senil. En bien de la armonía, ceda cada cual una parte de sus derechos en gracia de la otra. Amoneste la suegra a su debido tiempo, aconseje, desaconseje y, si fuere menester, reprenda, pero con verdadero amor, con palabras

bañadas en la dulzura del afecto, y no en la acritud del odio; y la nuera, a su vez, con ánimo atento, pronto, desenvuelto, oiga las amonestaciones que la harán mejor y aprenda las leyes de la probidad dictadas por la prudencia de la vejez. La suegra instruya a la nuera en el gobierno doméstico, pero lo haga con el mismo espíritu que una consejera honrada, que una buena directora lo haría con la futura dueña. Y obedézcale la nuera como a la madre de su marido y señor o, mejor, como a su propia madre, puesto que todos los parentescos se funden en el crisol del matrimonio, y en tanto mayor grado los preferentes de padres y de hermanos.

CAPITULO XIV

CÓMO SE HA DE HABER CON EL HIJO O LA HIJA CASADOS, CON SU YERNO O SU NUERA

Como en todas las otras cosas la mujer debe someterse al criterio y voluntad del marido, así también cuando llegare la ocasión de casar a sus hijos. Esto, además de que lo enseña Aristóteles en el libro segundo, donde trata del buen gobierno de la hacienda, la misma razón prescribe que la suprema autoridad sobre los hijos reside en el padre. Así, en las leyes romanas estaba ordenado que los hijos estuviesen, no bajo el poder de la madre, sino del padre, mientras viviesen, y esto aun después de casados y mayores de edad, si ya no estuviesen emancipados. ¡Cuánta conviene que sea la potestad del padre sobre sus hijos propios, si Dios quiso que San José tuviese alguna sobre Cristo! Cuando el ángel del Señor anuncia en sueños a José que lo que María gestaba en su vientre no era concebido por contacto de varón, sino por obra y virtud del Espíritu Santo: *Parirá María*—le dice—*un Hijo y llamarásle por nombre Jesús.* No le dice: *Te parirá un Hijo,* como suele decirse a los verdaderos padres, pues las mujeres paren los hijos para sus maridos; y con todo, añade: *Le llamarás,* para dar a entender el derecho y la autoridad de quien es tenido por padre, siendo así que a la Virgen le dijo: *Será llamado su nombre Jesús.*

En el casar la hija yo querría que se aguardase, cuando menos, hasta que hubiere cumplido diecisiete años. Así lo persuaden Platón, Aristóteles, Hesíodo; así el instinto mismo, que en la primera pubertad enciende sus fuegos más activos. Hay que dejar que se vayan apagando espontáneamente, a fin de que en lo sucesivo no sea tan agudo e imperativo el estímulo carnal. Añádese a esto que para aquella edad ya son las muchachas suficientemente robustas para la gestación, para alimentar el feto y proporcionarle crecimientos. Si el matrimonio es un sacramento, si es una unión casta y pura, a la cual sabemos que asiste Dios como áuspice y padrino, y vemos que la Iglesia lleva en alto su antorcha como casamentera, ¿a qué bueno tantas ocasiones de pecado y maldades? Banquetes promiscuos de hombres y mujeres; vino, borracheras, bailes, pellizcos, tocamientos, burlerías, todo condimentado para sazonar la lujuria con todo aderezo, con toda pompa, y sin que falte el diligente concertador y alcahuete sagaz de matrimonio tan bellacamente contraído: quiero decir, el diablo.

El día de tan veneranda celebración, cuando nada debiera decirse ni hacerse que no fuese limpio y

santo, las viandas aguijan el deseo, y a ello conspira la belleza alcahuetada y guisada por el arte; el vino enciende, la ocasión invita, el atavío acentúa la procacidad, la edad estimula el rijo; las designaciones y ciertos necios honores provocan insolencia en unos, rabia en otros, y en unos terceros, envidia. Y no basta un día a los festejos nupciales: hay que celebrar boda y tornaboda, comprometiendo una buena parte del patrimonio en convites, gratificaciones, propinas, repartidas a quienes ninguna pro les ha de hacer ni han de agradecérselas, sino que se lo han de reclamar. Por halagar la vanidad de las mujeres se entregan a la gula, a la soberbia, al regalo, a su propia finchada vanidad, gozándose en divertirse con alegrías desaforadas y en hacer alarde de unas riquezas que no siempre son reales.

Una vez concluída la boda de los hijos, la suegra prudente no se encarnizará en su nuera ni pensará que su odio va a granjearse el amor de ella, pero ni siquiera el afecto de su hijo, si amare a su mujer. Al contrario, si le avisare bondadosamente, si la instruyere, si en su presencia no hiciere ni dijere cosa que la misma nuera no pueda tomar sino como dechado de honestidad y de templanza; si entre los cónyuges no sembrare rencillas, sino que, caso que las hubiere entre ellos, nacidas por otro lado, se afanare por disiparlas y con todo ahinco y tacto trabajare por reconciliarlos, y, por fin, si demostrare abrigar para con su nuera un pecho materno, fácilmente conseguirá ganarse más el afecto de su hijo y granjearse gran amor y consideración grande de su nuera. Y su hijo, con cuánto mayor ardor amará a su madre, que le engendró, y gracias a la cual goza de una mujer más honesta y más aliñosa y más conforme en todo con su voluntad; por manera que se sentirá no solamente más obligado con su madre por haberle dado el ser, sino por haber sido el aya de su esposa y autora de una no pequeña parte de su felicidad.

La nuera, por su lado, será con su suegra como sería con su madre propia, puesto que por sus enseñanzas es más instruída, y por sus consejos se hizo mejor y goza de un marido más apacible y enamorado. Muy a pospelo ocurre todo con la suegra desabrida.

Una vez que la madre tuviere casada a su hija, no pretenderá que sea tan suya, como cuando era soltera. Piense que la envió ya a casa ajena, como a tierra por colonizar, para preparar allí la especie; le dará mejores avisos o le recordará, de casada, las cosas que, siendo soltera, le aconsejó; no tratará con ella de negocios que presumiere disgustan a su yerno; no la llevará por las iglesias; no la sacará de su casa, y ni siquiera le hablará si creyere que ello va contra la voluntad de su marido. Y no vengas a decirme con extremos de indignación: *¿Cómo? ¿No podré yo hablar con mi hija?* Cierto que es hija tuya, pero no es mujer tuya; todo el derecho que tenías sobre ella lo transferiste a tu yerno. Más cuerdo será, puesto que amas a la que salió de ti y quieres verla dichosa, esto es, viviendo en concordia con su marido, que le aconsejes siempre que le obedezca en todo y puntualmente y que se resigne a no hablar contigo si a su marido le ha de pesar. Adúltero es quien quiere tener en mujer ajena más autoridad que la permitida por el marido. Ladrón es quien toca cosa de otro contra la voluntad de su

dueño. Amará a su yerno no de otra manera que a un hijo, pero le respetará más, y no presumirá la suegra tener más ascendiente sobre su yerno que sobre su hijo, sino que no menos le deseará toda suerte de bienes, ni de otro modo le aconsejará ni le exhortará, pero más con tono de persuasión y de súplica que con acento de mandato imperativo. Y puesto que ya con indisoluble nudo está unido con su hija, sea el que fuere, no sólo ha de tolerarle, sino aprobarle. Debe alabarle en presencia de su nija, porque no se origine entre ellos ocasión alguna de discordia, semillero de extremada miseria. Más feliz vivirá la mujer si ignora radicalmente las faltas del marido, que si lucha por su enmienda. ¿Y qué, si las suegras que acusan a sus yernos ante sus hijas condénanse a sí mismas, pues tales los escogieron?

CAPITULO XV

DE LA MADRE DE FAMILIA DE AVANZADA EDAD

A la matrona de avanzada edad le acontecerá aquello que cuentan los que se consagraron al estudio de la Naturaleza que acontece a Ibis, ave de Egipto, la cual, sintiéndose ya llegada a la vejez, purga su cuerpo de todo humor vicioso con los aromas de la cercana Arabia y espira de la boca un aliento suavísimo. A su ejemplo, jubilada y libre la mujer cristiana de todo incentivo carnal y de los deberes del parto y de la crianza, olerá más al Cielo que a la Tierra. Todas sus palabras y todas sus acciones serán muy santas y dechado que las jóvenes puedan imitar. *Entonces comenzará*—decía Gorgias—*a ser conocido su nombre, cuando su cara será desconocida.* Entonces comenzará a salir a luz la santidad de su vida pasada. Entonces la buena mujer, obedeciendo a su marido, le mandará y alcanzará ser tenida en gran autoridad del marido, porque vivió siempre bajo la autoridad del marido.

Arquipa, esposa de Temístocles, obedeciéndole con puntualísima diligencia, granjeóse tan grande amor suyo y se le obligó tan estrechamente, que, a su vez, este marido prudentísimo y caudillo insigne complacía casi en todo a su esposa; de donde entre los griegos vino aquella gradación, que muchos tomaron como donaire: *Todo lo que este niño quiere (el niño era Cleofanto, entrañablemente amado por Temístocles) lo quieren los griegos, pues lo que este niño quiere, lo quiere su madre; lo que quiere la madre, Temístocles también lo quiere, y lo que quiere Temístocles, lo quieren los atenienses, y lo que quieren los atenienses, lo quieren los griegos todos.*

El Señor manda a Abrahán que atienda lo que le dice Sara, porque ella era vieja, con la pasión de la carne amortiguada, y, por lo mismo, no le aconsejaría ninguna cosa precipitada o de la cual, por haber sido inspirada por la lujuria, debiera más tarde avergonzarse.

Ni, cualquiera fuere su edad, se crea desligada de las leyes, arrogándose licencia para hacer todo lo que le viniere en gana. Por toda su vida debe estar sujeta a su marido y vivir bajo su patrocinio y tutela y andar arreada con el atavío de su pudor. Y cuando fuere llegada al tiempo de esa edad, colocados los hijos, desocupada de cuidados terrenales, mirando con los ojos corporales a la tierra donde ha de volver y con los del espíritu al Cielo,

adonde ha de volar, alzará sus sentidos, su alma, su mente toda al Señor, y dispuesta toda ella, con las haldas en cinta, como dicen, se apercibirá para la partida y en nada pensará que no sea indicado para el viaje que va a emprender. Guárdese que por ignorancia no resbale de la religión en la superstición, vicio que suele prender en personas de avanzada edad. Esté muy entregada a santas obras; pero, con todo, esté más confiada en la clemencia y bondad de Dios. Y no confíe tanto en sí como si, con sus obras, debiera llegar al fin que se propuso más que por beneficio y merced de Cristo. Y puesto que el alma tenga más vigor que el cuerpo, quítele trabajos al cuerpo y délos al alma; rece más y con más atención; piense más a menudo en Dios y con fervor más encendido; ayune muy raras veces y fatíguese menos visitando altares. Ninguna necesidad hay de defraudar su propia inclinación ni de extenuar el cuerpo envejecido. Aproveche a los otros con buenas amonestaciones; aprovéchelos con el ejemplo de su vida, pues en ella misma ha de redundar una buena parte de su provecho.

LIBRO TERCERO

DE LAS VIUDAS

CAPITULO PRIMERO

DEL LUTO DE LAS VIUDAS

La mujer cristiana, después de muerto su marido, sepa que ha sufrido la mayor pérdida posible. Perdió aquel pecho lleno de caridad y de amor. Pereció para ella no sólo la mitad de su alma (porque así llamaron algunos sabios varones a quienes quisieron muchísimo), sino que su alma toda le ha sido quitada y muerta. Motivo suficiente de lágrimas honestas, de justo dolor, de llanto decoroso. Indicio es de ánimo desvergonzado y cruel no llorar al marido muerto. Dos son los linajes de mujeres que en llorar a sus maridos, por contrarios modos, pecan igualmente, a saber: las que lloran demasiado y las que lloran poco. Yo he visto en Flandes y en Inglaterra a ciertas mujeres a quienes la muerte de sus maridos no les afectó, como si se hubiera muerto alguien ligeramente conocido; señal inequívoca de muy frío afecto conyugal, cosa ésta la peor y más detestable del mundo. Responden las tales, cuando son por ello reprendidas, que así lo causa la condición del terruño, con que suelen excusarse aquellos que atribuyen sus vicios a la fuerza de los astros, o del cielo, o a particularidades del clima. No, no es la naturaleza de la región la que origina los pecados, pues, de otra manera, los delincuentes merecedores de castigo no serían ellos, sino la región. Ni del aire ni del cielo tomamos las bellaquerías, sino de las costumbres. Dondequiera, bajo la capa del cielo, se vive bien y se vive mal, y no hay partida en el universo mundo tan mala que no produzca hombres buenos ni tierra afortunada que no críe algunos malos. Y yo mismo también vi a muchísimas mujeres, por cierto, que

con sumo agrado quisieran recobrar la vida de sus maridos con la pérdida de la suya propia. No se han de imputar los vicios a la condición del lugar. Extremadamente frío y huraño es el cielo de la Tracia superior, y, con todo, de sus moradores escribe Pomponio Mela: *No es poco resuelto el ánimo de sus mujeres; su más entrañable voto consiste en morir sobre los cadáveres de sus maridos y ser con ellos sepultadas, y porque como muchas de ellas están casadas a la vez con un solo marido, porfían con gran calor ante unos jueces sobre a cuál de ellas corresponde este privilegio. Sus costumbres son las que deciden el pleito, y el vencer en esta lid es gran motivo de alegría.*

De esta misma manera y con el mismo ardor acostumbraron porfiar las mujeres de la India, según autores muy graves escribieron. Entre los viejos germanos, de quienes desciende la casi totalidad de los belgas, sólo se casan las doncellas, y nada más que una sola vez son esposas. Tienen un solo marido, como tienen un solo cuerpo y una sola vida, y no tienen pensamiento ulterior ni más largo deseo, de forma que le aman, no como marido, sino como matrimonio. Dígote esto porque entiendas que con las delicadezas y riquezas se trastrocaron las costumbres, y que el encendido amor del dinero apagó el piadoso encendimiento de la caridad conyugal. Toda la ley de Cristo no predica otra cosa sino caridad y llama de amor viva: *Vine a la Tierra a poner fuego*—dice el Señor—, *y ¿qué más quiero sino que arda?* Mas nosotros, cuando juntamos el diablo rico a Cristo pobre, y a la sobria piedad la lujuria y la borrachera, y a la templada abstinencia la desenfrenada glotonería, y al gentilismo el cristianismo, y a Dios el demonio, Cristo, que no quiere tales contubernios, nos retiró sus dones y nos dejó los del diablo. Pero acaso tengan las tales mujeres tanta firmeza de carácter, que muy de presto se consuelan con sus propios recursos, y heridas y derribadas, luego al punto se levantan. Alabaría yo estas cualidades en el hombre que hiciera profesión de filosofía; pero en el sexo débil es sospechoso un tan inoportuno estoicismo. De grandes y sapientísimos varones sabemos que se dolieron y amargamente y con abundancia de lágrimas lloraron la muerte de amigos suyos no muy estrechos. Solón, que dió leyes a los atenienses y fué uno de los siete sabios, manda que sus exequias se celebren con duelos y luto público porque sus amigos exteriorizasen la gran soledad que les embargaba. En Roma, después de la muerte de Lucrecia, cuando Junio Bruto, vengador de su muerte y de su pudor atropellado por el hijo del rey, hubo echado los reyes de Roma, y por esta causa los reyes hubiesen promovido guerra, en el primero de sus choques sucumbió Bruto; llorávonle las matronas un año continuo, como vengador y mártir de la castidad violada. Si ellas concibieron dolor tan grande de la muerte de un hombre ajeno solamente porque había muerto en defensa de la honestidad de una de ellas, ¡con cuánta mayor razón no debieras tú plañir, no ya al vindicador de tu castidad, sino a tu tutor, al defensor de tu cuerpo, al padre de tus hijos, dueño, pilar y amparo de tu familia, de tu casa, de todos tus bienes!

¿Quieres que te lo diga claro? Lloraríasle si de allí no salieras más rica que no entraste; ahora, la alegría del dinero apoca y adormece en ti todo doloroso sentimiento.

Lloraríasle muerto si le amaras vivo; ahora, no te pesa de su pérdida, porque no le tenías ningún cariño. Y aun las hay que se alegran de la muerte de sus maridos, como si con su muerte se sacudieran un triste yugo, y como si se hubiesen libertado de una servidumbre y cautiverio, poco falta porque se regocijen de la libertad que han reconquistado. ¡Oh ceguera, oh cerrazón de los entendimientos! No es libre la nave que carece de piloto: navega a la deriva. Ni es libre el muchacho sin maestro: es vagabundo y desmandado, es como pájaro sin dueño, sin razón y sin ley. Así también la mujer huérfana de marido es una auténtica verificación de su propio nombre: viuda; a saber: desamparada, desolada, indecisa y flotante como navío sin gobernador, y es llevada de acá para allá desorientada y sin consejo, como niño a quien el ayo fué quitado. Dirá alguna: *Tal era mi marido, que más valía vivir sin él que con él.* Jamás mujer honrada dijo tal cosa ni nunca se lo calló ninguna mujer mala. Si amaras a tu marido como mandan las leyes del matrimonio, ordenadas por Dios, por manera que pensases ser otra tú misma, no menos te dolería su muerte que la tuya. A la mala mujer, si el marido no le afloja la rienda para todos sus caprichos, el marido se le antoja insoportable. Para la perfecta casada no hay marido tan enojoso a quien no prefiera vivo que muerto. ¿Para qué es menester aquí disputar de estas cosas? Harto largamente declaramos en el libro primero que no merece el dictado de buena, ni aun de esposa la que con todo su corazón no ama a su marido como a sí misma.

¡Oh próvida Naturaleza, o, por mejor decir, oh Dios, maestro sapientísimo de todos los buenos! ¡No hay virtud en el mundo de la cual este soberano Hacedor no haya hecho a alguno de los animales observador tan puntual, que con razón no puedo reprender a los que no practican aquella misma virtud de que son dechado los brutos que carecen de razón! ¡Cómo hacen avergonzar, cómo aguijan las abejuelas a los hombres no aliñosos! Y las hormiguitas, ¡cómo estimulan a los perezosos! La lealtad de los perros arguye que son peores que ellos los hombres alevosos. Las palomas, las ovejas, ¡cómo condenan las astucias y los engaños! La fidelidad y el amor del matrimonio predícanlos a los casados los palomos y las tórtolas. Estas aves, como observó Aristóteles, viven contentas con una sola compañía y ya no admiten otra. La tórtola, perdido su consorte, ni bebe más agua clara, ni se pone en ramo verde, ni se mezcla en los juegos y regocijos de las otras aves sus congéneres. Estos castos y piadosos amores señala Salomón cuando, invitando a sí la Esposa, le dice: *Voz de tórtola fué oída en nuestra tierra.* Y a la misma Esposa unas veces la compara a la paloma y otras veces a la tórtola. Oigan las esposas remolonas y quejumbrosas lo que refiere Plinio de estas aves: *Su primera y principal virtud es la castidad; desconocen el adulterio, no violan la fidelidad de la unión y guardan el mismo domicilio; si ya no fuere soltera o viuda, no abandona la casa; soportan el gobierno, aun abusivo, de sus machos; cuando tienen sospecha de adulterio, aun cuando no fuere efectivo, su garganta se hincha de ronquidos y son fieros los golpes de sus picos.* Esto dice Plinio. Por eso quiere el Señor que en la ceremonia de la purificación de las mujeres paridas se le

ofrezcan tórtolas y palomas, porque se entienda que el niño que se presenta al Señor es nacido de matrimonio casto y amante, de quien son símbolo aquellas avecillas, y aun ejemplo para aquellos hombres que hasta tal punto degeneraron de la condición humana, que las pequeñas bestias les tienen que enseñar rectitud y santidad. Y no me causará pesadumbre añadir aquello otro de Eliano: *Las cornejas*—dice—*únense entre sí como por cierto amor y fidelidad; ámanse por manera maravillosa así que se agruparon en comunidad de vida, y no se mezclan sin discreción, y cuentan los que saben historia natural que muerta una de las aves del par, ya no se les agrega ninguna nueva, sino que vive en tristeza y soledad. Y aun se sabe que en las bodas de los antiguos, después de cantado el himno a Himeneo, acostumbróse invocar a la corneja, símbolo de la concordia entre los dos casados.* Esto dice Eliano.

Pero pecan no menos aquellas mujeres que no saben poner fin a sus duelos y quebrantos, quienes, fresca la herida, todo lo llenan y confunden con sus alaridos extremados; mesan sus cabellos, golpean sus pechos, rasguñan sus mejillas, dan de cabezadas en las paredes, desplómanse al suelo, hacen mil extremos y por un tiempo larguísimo prolongan el luto, como en Sicilia, Grecia, Asia, Roma, hasta el punto que el Senado, en las leyes de las Doce Tablas y en sus decretos, tuvo que poner en los duelos moderación y tasa. Y fué por eso que el Apóstol, escribiendo a estas gentes, tuvo que consolarlos, diciéndoles: *No quiero, hermanos míos, que dejéis de saber de los que murieron, porque no os entristezcáis como hacen los infieles que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesucristo murió y revivió, así también Dios a los que se durmieron en Jesús les llevará con El.* Llore en buen hora la viuda a su marido muerto con verdadero dolor, pero no vocifere; no se dé golpes con los puños ni se lastime en parte alguna de su cuerpo; duélase de manera que parezca haber olvidado toda templanza y cordura; que no haga tanta demostración de su sentimiento como fácilmente los otros lo colijan. Así que tan pronto como se hubiere calmado algún tanto aquella primera embestida recia de su dolor, comience a pensar en su consuelo. No quiero yo ahora traer aquí los motivos de consolación en luengos volúmenes desarrollados por los filósofos. Instruyo a la mujer cristiana, y creo yo que el remedio debe sacarse de la filosofía cristiana, en cuya comparación toda otra sabiduría es pura necedad. Acordémonos de aquello del Apóstol que acabo de citar, que aquellos que se durmieren en Jesús serán llevados por Dios con el mismo Cristo a la bienaventuranza sin fin. Y no debe abandonar jamás esta buena esperanza.

Pensará, pues, la discreta casada que todos los mortales nacieron con esta ley y viven con esta ley, a saber: que han de pagar la deuda a la Naturaleza, como a un acreedor, cuando la pedirá; los unos, un poco más pronto; los otros, un poco más tarde; pero todos en general viven sujetos a la misma suerte del nacer, del vivir, del morir; que nuestras almas son inmortales; que esa vida mortal es el punto de partida y carrera a la eterna, firme y felicísima para aquellos que piadosa y santamente hubieren pasado esta vida transitoria, cosa que hace sumamente fácil la religión cristiana no por méritos nuestros, sino por la

bondad y justicia de Aquel que con su muerte mató nuestra muerte y desató los lazos de nuestra cautividad luego de haber borrado por su sangre aquel edicto del Padre que envolvía en capital condenación a todo el linaje humano si El no hubiera acorrido a tiempo; que la muerte es la entrada de la navegación azarosa a la seguridad del puerto; que los que mueren nos van delante y que nosotros les seguiremos un poco después y, apartados de la pesadumbre de estos cuerpos, tendremos nuestra morada en el cielo hasta tanto que recobrando estos mismos cuerpos, cada uno el suyo, pero no agobiados ni gravosos, como ahora, más ligeramente vestidos y cubiertos, trocada la mortalidad en inmortalidad, gozaremos de la vida bienaventurada y sempiterna. Con estas palabras nos manda San Pablo que nos consolemos mutuamente; éste es el auténtico y sólido consuelo cristiano: que los amigos sobrevivientes piensen que los amigos que murieron no les fueron arrebatados, sino enviados como precursores a aquella divina región luciente donde luego de pasados unos pocos días habrán de reunirse con el más puro de los gozos siempre que se esforzaren por llegar con la práctica asidua de las virtudes a aquel lugar donde creen y esperan que moran aquellos que fueron sus delanteros. Este lenguaje deberían hablar los sacerdotes cristianos a las recién viudas y con semejantes consolaciones, aliviar el ánimo enfermo y dolorido. Y no lo que hacen algunos clérigos goliardescos, que en el convite del muerto apuestan a beber con la viuda, diciéndole que tenga buen ánimo, que no ha de faltar otro marido que la tome, que ellos ya le tienen uno aparejado. Y si bien se mira, ¿qué otra cosa más que esas irreverencias pueden regoldar, entre platos y copas, los hartos y los contentos?

CAPITULO II

DE LOS FUNERALES DEL MARIDO

Así como otras muchas costumbres y ritos pasaron de la gentilidad en la Iglesia de Dios, así también remaneció la ceremonia de celebrar con gran pompa los entierros. Tenían creído los gentiles supersticiosamente que las ánimas de los cuerpos insepultos sufrían en el infierna graves penas, y que con la pompa de las exequias se les granjeaba gloria. Mas no faltaron entre los mismos gentiles quienes no disimularon que todo ello era puro desvarío. Virgilio, en persona de Anquises, varón (como él le hace) sapientísimo, dice ser pequeña pérdida carecer de sepulcro; y Lucano dice:

La madre agradable que es naturaleza
a todos abraza en su plácido seno;
también cubre a aquellos el cielo sereno
que de sepultura privó la pobreza.

También los viejos seguidores de la filosofía, a saber: Diógenes, Teodoro, Séneca, Cicerón y, sobre todo, Sócrates, sostuvieron con razones poderosas no tener ninguna importancia el sitio donde el cadáver se pudría. Marco Emilio Lépido, que fué seis veces elegido presidente del Senado, poco antes que expirase mandó a sus hijos que le enterrasen en una simple litera, sin lienzos, sin púrpura ni ninguna otra suerte de aparato, y que no gastasen en su entierro más allá de seis monedas de cobre, porque los funerales de los grandes hombres debía magnificarlos la gloria de sus hechos,

no el gasto de sus dineros. Valerio Publícola y Agripa Menenio, de los cuales el uno echó de Roma a los reyes y defendió y tuteló la libertad, mientras que el otro fué intérprete y árbitro de la paz pública, y otros muchos varones sobresalientes, hasta tal punto menospreciaron la pompa de la sepultura, que habiendo vivido en mucha riqueza y grandes cargos y dignidades en la República, no tuvieron para después de su muerte la previsión de dejar con qué los suyos los enterrasen según ellos eran, cosa que sin duda hicieran si creyeran que residiera en el enterramiento tamaño bien como pensaba el vulgo. Voy ahora a los nuestros.

Los mártires de la religión cristiana nunca tuvieron cuidado del lugar donde yacerían sus cuerpos sin alma, si el alma estuviese acogida en la mejor de las moradas, confiando en que Cristo, que tiene harto conocidos todos los rincones y apartamientos de su casa, cuando viniere a devolver las almas a sus cuerpos respectivos fácilmente había de hallar el menor átomo de polvo y ceniza de sus cuerpos. San Agustín, en el primer libro de la *Ciudad de Dios*, dice: *Todas esas tétricas frivolidades, a saber: cuidado del entierro, condición de la sepultura, pompa de las exequias son antes solaces de los vivos que sufragio de los muertos.* Pues si de algún provecho fuese al impío la sepultura suntuosa, la sepultura modesta o nula simplemente perjudicaría al piadoso. Y vemos precisamente que pasa todo lo contrario, porque ni el alarde del enterramiento mitigó los tormentos de Azoto en el infierno, según el Evangelio, ni a Lázaro le menguó la gloria la vileza de su entierro. Azoto paga en el infierno las penas debidas a su mala vida, mientras que Lázaro es consolado en el seno de Abrahán y goza del galardón de su vida inocente y piadosa. Todo esto que digo no se endereza a abolir la costumbre de las sepulturas, como quiera que aquellos santos patriarcas antiguos, Abrahán, Isaac, Jacob, José, al morir dictaron algunas ordenaciones acerca de sus enterramientos, y Tobías es loado del ángel del Señor por haber enterrado muertos. Lo digo porque todo este fúnebre aparato más debe encaminarse al provecho del muerto que a la vanidad de los vivos. El muerto ya no tiene con quien entender sino con solo Dios, el cual, en los difuntos, huelga con los méritos de la vida pasada, como se complace con la conciencia pura y casta de los que viven. No le es grato el fausto, ni el alarde de las opulencias, sino la fe firme y la confianza sólida en El y el amor al género humano. Si dieres limosna, recibirla has, y alcanzarás misericordia si fueres misericordioso; hazte amigos para ti y para tus muertos con el dinero de la iniquidad, porque en la otra vida encontréis quien os acoja en los aposentos eternales. El Señor, en el Evangelio, promete el paraíso a los que obraren obras de caridad, y lo niega a los que no las practicaren. El mismo te enseña de qué manera has de hacer limosna, no distribuyendo tu fortuna entre tus vecinos y los ricos que te la devuelvan si fuere menester, porque esto es prestar a logro, y, como dijo un varón seglar, son anzuelos con cebo; sino dala a los pobres y mendigos imposibilitados de corresponder a tu largueza con otra largueza equivalente, y así, a la postre, recibirás de Dios un galardón muy cuantioso.

¡Cuánto más vale vestir a los desnudos extraños que a los parientes

ricos; apacentar a los hambrientos seglares que ahitar a los sacerdotes hartos! Lo que se gasta en cera y en grandes y suntuosas moles sepulcrales, empléalo en socorrer a las viudas y a los huérfanos y a todo linaje de pobres menesterosos. ¡Cuánto mayor y más seguro rédito sacarás si dieres esta colocación a tu dinero! En el día de tu llanto, acuérdate de los que, sumidos en la necesidad, lloran de continuo; sus lágrimas serán conhorte de las tuyas, y su alegría te regocijará. A todos ellos los encontrará tu querido muerto abogados y patronos sumamente gratos al Juez eterno, que defenderá su causa, que le asistirán en la tremenda crisis con más calor que en un peligro propio. Harto claro se muestra de lo que llevo dicho cuál sea mi sentir acerca de aquellas viudas que por enterrar a sus maridos con mucha suntuosidad engañan a sus acreedores o no satisfacen las mandas pías, cuando éste debiera ser su primer cuidado. No es menester decir aquí cuán estrecha obligación crean las deudas entre los hombres y hasta qué grado debe respetarse la santidad de las últimas y finales voluntades. La honra más sólida y durable del entierro reside en la memoria de las personas, no en la pompa de los entierros ni en los sepulcros de mármol o de bronce o cualquier otro metal precioso. Todos los hombres ruegan a Dios ante la sepultura, siquiera humilde, del varón bueno, al paso que detestan los magníficos mausoleos de los malos, y ello con tanta mayor acritud y saña si saben que fueron costeados con dineros allegados con injusticia. Entonces, las maldiciones no tienen fin, ni acaban los merecidos vituperios. Las deudas del muerto pasan a quien su herencia hizo engordar. El dinero ajeno que el marido percibió, así por ley natural como divina, tanto lo debe la esposa como el marido. El que está obligado a pagar y no paga, ladrón es y hace injuria a la voluntad del marido, al amor y a la alianza conyugal y a las leyes de Dios, y no está fuera del alcance de las leyes humanas.

CAPITULO III

DE LA MEMORIA DEL MARIDO

Acuérdese la viuda, y tráigalo continuamente delante de los ojos, que nuestras almas no mueren juntamente con los cuerpos, sino que se despojan de la envoltura cargosa de la carne y salen de los hierros de esta cárcel corporal; que la muerte es una separación y disociación de cuerpo y alma, y que las almas no emigran de tal manera a otra vida que hagan renunciación absoluta de todas nuestras cosas; que algunas veces se dejaron oír de los vivientes y que se les alcanza mucho de nuestras obras y de nuestros acontecimientos, bien por privilegio de su bienaventuranza o por revelación de los ángeles, que establecen entre ellas y nosotros frecuente comunicación. Así que la buena viuda no debe pensar que su marido es del todo muerto, sino que vive con la vida del alma, que es la verdadera vida, y que mientras le tuviere en su memoria será vivo para ella, pues en nosotros viven los amigos aun estando ausentes y despojados del cuerpo si su imagen viva, dibujada en nuestros pechos, renuévase cada día con el recuerdo asiduo, y en todo momento se conserve en nosotros su vida fresca y vivaz; y en cambio, murieron de veras si se les entregare al olvido. A Valeria

Mesalina, esposa de Sulpicio, habiendo enviudado en edad verde y con entereza de cuerpo y de hermosura muy señalada, preguntábanle sus hermanos si quería tornar a casarse; respondió: *De ninguna manera, pues Sulpicio será siempre vivo para mí.* Esto dijo una mujer gentílica, sin ninguna certidumbre de la inmortalidad del alma; ¿qué no debe decir una esposa cristiana? Así que la mujer venerará la memoria de su marido no como muerto, sino como ausente, con mayor acatamiento y piedad que con lágrimas; su gran juramento será por los manes y por los fueros del cónyuge difunto, y obre de la manera y de la manera viva que ella sepa que va a agradar a su marido, no ya como hombre, sino como un espíritu simple y puro y casi divino; propóngasele ante los ojos de su imaginación como un observador y custodio no ya de sus acciones exteriores, como cuando arrastrada la cadena del cuerpo, sino que ahora que está exonerado de él y es espíritu suelto y libre también custodio y observador de su misma conciencia. De tal manera trate a su familia, de tal manera administre su casa, de tal manera eduque a sus hijos que él allá donde esté huelgue de haber dejado tal mujer detrás de sí y no se comporte de modo que el alma airada de su marido tome venganza de la esposa deshonesta y malvada.

Ciro *el Mayor*, en el momento de morir, mandó a sus hijos, según refiere Jenofonte, que por la inmortalidad de su alma y por reverencia y culto de los dioses inmortales guardasen piadosa e inviolada su memoria. En conclusión: pongamos alguna tasa y fin a lágrimas y a llantos, que no demos a entender que lloramos a nuestros muertos, no como fenecidos del todo sino como ausentes temporalmente.

Si la memoria del marido ha de ser para la viuda cosa tan santa y venerable, ¿de qué castigo no juzgamos serán merecedoras aquellas que persiguen y acosan los manes de sus maridos con denuestos y maldiciones acerbas, que dicen a las claras que mientras vivieron no les quisieron nunca, como tampoco no querrán a aquellos otros con quienes se casen por ventura? Nadie está exento de vicios, ¿y quién no tiene alguna cosa que desplace? Quien las oyere, si ya no fuere necio total, ¿qué puede pensar de ellas sino que serán para con sus segundos maridos lo mismo que han sido para con los primeros? De la primera amistad tómese experiencia de la amistad inmediata. Mujeres locas que no ven que con aquellos baldones y maledicencias hallarán más difícil acomodo para nuevas nupcias, y si otra vez vuelven a casarse, concebirán sus maridos la sospecha de que ellos no les serán menos aborrecibles que los primeros. Con sólo que les hubiesen amado un poquito, jamás pudieran llegar a sentir y hablar con tan desaforado desacato de aquellos para con los cuales la añoranza y soledad en que las dejaron sumidas debieron aumentar su afecto y su piedad.

CAPITULO IV

DE LA CONTINENCIA Y HONESTIDAD DE LA VIUDA

Teniendo que señalar las normas de la vida y conducta viduales, ¿de dónde podré comenzar mejor que de las palabras de San Pablo? Escribiendo a los corintios, dice: *Las mujeres no casadas curan de las cosas del Señor cómo serán de su*

agrado; mas las que tomaron marido, emplean sus cuidados en las cosas del mundo, mirando cómo puedan satisfacer a su marido. Así que a la mujer casada conviene estar colgada de las costumbres y voluntad del marido; mas la que está libre de las obligaciones para con el marido, vuélvese al Esposo de todas las santas mujeres, que es Cristo Jesús. Deje, pues, ya luego al punto todo aquel atavío y compostura del cuerpo que, en vida de su marido, pudo parecer un obsequio ofrecido a sus ojos; empero ahora que el marido murió, todo su arreo, su vida toda, debe comedirse y atemperarse a la voluntad de Aquel que al marido sucedió, a saber: el inmortal, al mortal; al hombre, Dios. Para Este solo ha de afeitar y aliñar su alma, porque con ella sola se desposa Cristo y en ella establece su morada y se regala no más que con ella. Pero dirá alguna: *Es que se aderezan para segundar las bodas.* Lo que dijimos de las doncellas tiene aquí su cabal aplicación. Y mucho más indecente parece el arreo en la viuda, la cual no solamente no debe buscar por sí misma nueva colocación, peró ni tomarla al vuelo si se le ofrece. De mala gana y repugnando y como obligada por inevitable necesidad pasa a nuevas bodas la buena viuda. Añade a esto que en la doncella el acicalamiento es tolerable; mas en la viuda ocasiona asco. ¿Quién no siente repulsión por aquella mujer que, tras del primer marido, siente los aguijones del prurito nuevo y hace paladina profesión de desear a otro segundo, y repudiando a Jesucristo, su Esposo, se casa con el diablo y luego con un hombre, siendo a la vez viuda, casada y adúltera? ¡Con cuánta mayor facilidad y ventaja hallan acomodo aquellas que demuestran su viudez en su compostura corporal y en la compostura de sus costumbres! Aun los hombres malos y deshonestos sienten el hechizo de la honestidad y la virtud es grata a la misma malicia. Así que, de lo mismo que ven, coligen lo que sería el matrimonio con ellas, y si les tocara morir primero, qué tales viudas dejarían. No hay marido que no quiera que su esposa tome pesar de su muerte y que él mismo deje en pos de sí soledad y añoranza.

Pero como sea que acerca de las mujeres casadas tengamos las sentencias de los viejos filósofos moralistas y los preceptos de los Apóstoles, ¿qué debemos sentir de las viudas, de quienes escribe San Pablo, escribiendo a Timoteo: *La viuda verdadera y soledosa espera en Dios e insiste en oraciones de día y de noche; la viuda que vive en deleites, muerta es: mándales estas cosas, porque sean irreprensibles.* Estas tales creen que están vivas no más que aquellos que las ven pasear, comer, y beber, y hablar, y hacer todas las otras funciones de la vida exterior; pero si alguno pudiere calar allá dentro, en sus vísceras más abstrusas o, mejor, en el arcano de su conciencia, viera a su alma pecadora apartada de Dios, echada por el suelo, privada de toda vida. Esto dice San Pablo, esto mismo San Ambrosio, y San Jerónimo. y San Agustín y todos los santos, que pregonaron a una voz que las lágrimas, el luto, la soledad, los ayunos son galas de la viudad santa. Cuáles sean los convites, cuáles los pasatiempos y juegos, cuáles los saraos que la viuda debe frecuentar harto lo explicó el mismo San Pablo, diciendo que de día y de noche debía ser insistente en la oración. Así que conviene que, desaparecido ya el marido mortal, converse con

el inmortal, más de asiento y con mayor libertad y holgura, y platique con él muy más a menudo y con más sabrosa intimidad. Lo diré más claro: es menester que la viuda ore con más atención y frecuencia; que prolongue más sus ayunos; que sea más asidua en oír misa y sermones y que lea con mayor afán; que se levante a la contemplación de aquellas verdades que mejoran la vida y las costumbres Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que desde su virginidad había vivido siete años con su esposo, después de ochenta y cuatro años de viudez, fué hallada por Nuestro Señor Jesucristo en el templo, del cual no se apartaba, diligente y consagrada por entero a ayunos y a rezos todos los días y todas las noches.

Más y mayores virtudes exigimos en la viuda que en la casada, pues ésta, mientras viviere en matrimonio, debe plegarse y ajustarse en todo a la voluntad del marido mortal y anda dividida entre su esposo y Dios; la otra ya recibió un cónyuge inmortal, que es Cristo. De esta su nueva situación resulta que todo tiene que ser más perfecto, como conviene a tan gran marido. Y no anda ya repartida, sino que toda entera puede y debe emplearse en su más exacto servicio; sean sus palabras más honestas y más modestas, puesto que el habla suele ser el espejo del alma y de las costumbres de cada cual. Es un común y muy antiguo decir: *Cual es la vida, tal es la palabra.* Dañan mucho a los pensamientos las sucias conversaciones. Estragan las buenas costumbres los coloquios malos, como dice San Pablo con aforismo tomado de Menandro.

Yo no solamente quiero que el lenguaje de la buena viuda sea expresión incorrupta y castiza de lo que pretende enunciar, sino que instruya con su doctrina y con su ejemplo enmiende a quien la oyere, porque hay una cierta manera de hablar específica del hombre que con una gran prudencia conjugó una grande probidad, la cual, pareciendo que tira sólo a exteriorizar los conceptos del ánimo, ocasionalmente inculca la erudición y pule las costumbres. Y no crea la mujer que por verse viuda y suelta de las leyes del matrimonio humano le está permitida toda licencia. Muchas veces las viudas descubren cuáles fueron de casadas; con la libertad de la viudez demuestran lo que escondieron por miedo del marido, como pájaros que, escapados de la jaula, vuelven luego a su natural. El Apóstol San Pablo manda que se evite ese linaje de viudas que alardean de su condenación por cuanto desautorizan su fidelidad primera; porque muchos vicios disimulados en el matrimonio de la manera que fuese salen con ímpetu a la superficie, removido el óbice del marido que las cohibía, Sólo entonces, y nada más que entonces, demuéstrase la condición o las costumbres de la mujer, cuando pueden hacer lo que les viniere en gana, pues como dice San Jerónimo: *Aquella con toda verdad puede llamarse honesta que pudo pecar, pero no quiso, pues la que sólo estuvo pendiente de la ocasión, a ésa no le falta nada para ser impura.* A la viuda se le impone mayor circunspección, puesto que es responsable así de sus vicios como de sus virtudes. Mientras vivió el marido, la mayor parte de la responsabilidad de ambos el marido la asumía; mas ahora que está sumida en soledad y viudez, Cristo, su Esposo, la asistirá si quisiere vivir santamente, y a El debemos atribuir el mérito del bien que hiciéra-

mos y a nosotros la culpabilidad del mal. Y así como todas las delicias del marido están puestas en la mujer buena, apenas se puede creer cuán cara y cuán agradable es a Cristo la que se muestra viuda verdadera, a saber: viuda quien, solitaria en esta vida, tiene puestas toda su esperanza y confianza, todas sus delicias, sus placeres todos, en Cristo. De estas viudas manda San Pablo que hagan mucho aprecio los obispos, pues son muchas las mercedes que por sus oraciones alcanza la Iglesia de Cristo. Una de estas viudas ejemplares fué la primera que mereció ver en el templo a Cristo y vaticinar de El a los que estaban presentes. Una viuda de éstas fué loada por testimonio explícito de Dios y recomendada expresamente por su orden, pues dice por Isaías: *Haced justicia al huérfano y defended a la viuda.* Y otra vez en el salmo, refiriéndose a Cristo, Señor Nuestro: *Acoged al huérfano y a a viuda*, y en el Exodo: *No haréis daño a la viuda ni al huérfano, y si les ofendiereis, darán voces a mí y yo oiré su clamor, y mi furor se indignará contra vosotros y heriros he con el cuchillo y vuestras mujeres serán viudas y serán huérfanos vuestros hijos.*

CAPITULO V

DE QUÉ MANERA SE HA DE CONDUCIR EN CASA

Aunque muchos santos quisieron que la viuda visitase la iglesia muy a menudo, que fuera constante en la oración, con todo no la eximieron del cuidado de las cosas humanas. Hablando de las viudas, en su carta a Timoteo dice el doctor de las iglesias: *Si alguna viuda tiene hijos o nietos, aprenda primeramente a gobernar su casa con toda piedad y pagar algo de lo mucho que debe a los padres.* Enséñeles la viuda y aprendan hijos y nietos a portarse con docilidad y obedecer a sus padres con toda reverencia. Cada día vemos que los hijos criados de viuda son más desobedientes y desmandados de lo que conviene, estragados por su blandura excesiva. Es refrán común en algunas naciones, y aclimatado perfectamente en la nuestra: *Hijo de viuda.* Esta denominación peyorativa aplícase a los mozos mal educados, a los mancebos corrompidos, insolentes y de vida estragada y rota. Yo aconsejaría a la mujer que encomendase la educación de sus hijos a algún varón grave y probo, pues ella, obcecada por apasionado amor, piensa tratarlos con sobrada severidad, precisamente cuando lo hace con la más punible de las indulgencias. Verdad es que hubo algunas viudas discretísimas y sabias que dieron a sus hijos la más esmerada de las crianzas, como Cornelia, que educó a los Gracos, y Veturia, a Marcio Coriolano, por manera que todo cuanto hacía éste de lustre para la República, así en su patria como fuera de ella, sentía el noble estímulo de complacer con ello a su madre y educadora. Cómo ha de educarse a los hijos ya queda dicho en el libro primero; vaya allá la viuda a buscar lo que le hace el caso. Acerca de lo que toca a la familia, dice el mismo Apóstol: *Si alguno* (y, por consiguiente, la viuda) *no mira por los de su casa, renegó de su fe y es peor que el infiel.*

Por lo demás, no ande la viuda barajada con los mozos y criados de casa, principalmente si es de buena edad o moza, y oiga lo que sobre ello aconseja San Jerónimo a Sabi-

na: *Mirad que la fama de la honestidad en las mujeres es cosa muy delicada, la cual, como una flor hermosísima, con cualquier airecito se marchita y con un soplo ligero se corrompe, especialmente cuando la edad es sospechosa y aparejada para el vicio y falta la autoridad del marido, cuyo amparo y sombra es asilo y protección de la mujer. ¿Qué hace la viuda entre la muchedumbre de su familia y entre las manadas de sus criados? Con todo, yo no quiero que los menosprecie por criados, sino que tenga empacho de ellos como de hombres. Si el tono de su casa requiere esos oficios, en tal caso ponga un viejo honrado y de buenas costumbres que tenga cuidado de ella, y sea tal que su honra redunde en dignidad de la señora. Yo sé de muchas que, aunque cerraron su casa porque no entrase ninguna persona sospechosa, no carecieron de alguna infamia ocasionada de sus criados, y la ocasión que existía de sospechar mal de ellos o verlos muy pulidos, o muy gordos y lucios, o ser de edad apta para torpezas, o porque del amor oculto, que pensaban que no lo sabía nadie, les nacía algún entonamiento con que lo daban a entender a todo el mundo, el cual, aun disimulado, bien hartas veces trasciende al público y desprecia a sus consiervos como si fuesen criados suyos.* Estas son las palabras de San Jerónimo.

A estas instrucciones yo añado que la viuda apoque y disminuya el tráfago y la servidumbre de la casa y tome en su compañía alguna mujer honrada, buena, prudente, bajo cuyo regimiento viva y a quien consulte todos los negocios referentes al gobierno doméstico, y si ella estuviere ya pesada por la mucha edad, agréguese a algún pariente o allegado, anciano también, en quien se confíe, y ríjase siempre por el consejo de ese varón, cuya gran prudencia conoce y el interés que se toma por su casa y hacienda y cuya escrupulosidad y lealtad tiene harto probadas. Los romanos viejos quisieron que las mujeres estuviesen siempre bajo el gobierno de algún varón: padre, marido, hermano, pariente. Habitará de mejor grado con su suegra u otras parientas de su marido, que con su madre o con sus consanguíneas, así por respetar la memoria del marido, para quien es una suerte de tributo póstumo ese amor más entrañable a la gente y sangre suya que a la propia, así porque fué trasplantada a aquella familia para la cual parió hijos o fué con ánimo de parirlos. Demás de esto, añádese la consideración de que la disciplina de la honestidad parece ser más rígida que entre los consanguíneos, entre los afines, donde el afecto se reputa menor, y de ahí la indulgencia es casi nula, y la libertad, sujeta a freno más duro. Con todo, la perfecta viuda no tanto se moverá por estas razones como por estas otras, a saber: el recuerdo y la piedad conyugal debidos a su marido. De esta manera envejeció con Livia, su suegra, Antonia, la hija menor de Octavia y del triunviro Marco Antonio, esposa que fué de Druso. De esta manera Rut postergó por su suegra, Noemi, su patria y su casa. A todo lo dicho pongo una condición, y es: si en casa de la suegra o de los parientes de su marido no viviere gente moza y desenvuelta que puedan acarrear mácula en la honra o peligro en la castidad, o si allí habitare mujer que padezca algún eclipse en su buen nombre, porque si ello fuere así, lo más cuerdo es volverse a la casa de sus parientes propios

CAPITULO VI

DE QUÉ MANERA SE COMPORTARÁ FUERA DE CASA

Alguna que otra vez las viudas tendrán necesidad de salir de casa. Salgan tapadas, mostrando en su traje y hábito lo que son en realidad y su nombre indica. Viuda, así en griego como en latín, entraña el concepto de soledad y desamparo. Mucha diferencia va, pues, entre la mujer sola y la que está acompañada del marido. Y si en la mujer casada exigimos tanta severidad en la conducta y en el atuendo, ¿cuál no será la que exijamos de las viudas? Es menester que sean ellas dechado de esmerada continencia, de sobriedad, de honestidad. Y si deben ser ejemplo, ¿qué desafuero tan grande no será que salgan ellas atusadas y compuestas, armadas con las armas del diablo, de forma que, al mismo tiempo que hacen alarde de la vanidad huera de su alma, en vez de la imitación de Cristo, tiendan el lazo de Satanás? Muy bien dice San Ambrosio: *El hábito lúgubre y la frente severa y triste derriban los ojos petulantes y apagan los incendios de la carne.* Lo más seguro será salir muy pocas veces, y esto acompañada de alguna mujer seria y honrada, y por el camino más breve, derechamente, a donde haya de ir. No vayas en busca de iglesias donde haya muchedumbre de gente y frecuencia de varones, sino donde haya soledad, donde no haya ocasión de pecar, sino oportunidad comodísima de orar. Tampoco ninguna necesidad hay de tener demasiado trato con sacerdotes y frailes. El demonio es astuto y sagaz y su larga experiencia le enseñó muchos procedimientos con que tomar a cada uno. Con facilidad consigue lo que desea, y toda vez que se apodera de la ocasión no pierde punto, pues no tiene otra cosa en qué emplearse. Si quisiere la viuda aconsejarse en alguna cosa de piedad, escoja a algún anciano en quien esté ya muerta toda actividad carnal y no hayan remanecido otros vicios que son su derivativo, no demasiado afanoso de la hacienda, incapaz de lisonja y halago por esperanza de dinero, de erudición sólida y sobria, y que, así por su propio natural como por experiencia, haya granjeado prudencia, porque ni apremie más de lo que es necesario el ánimo mujeril ni afloje las riendas de la licencia, y que ninguna cosa de este mundo aprecie más que la verdad y la piedad. A un eclesiástico así sujete la viuda sus dudas, y no quiera conocer a ningún otro más. San Jerónimo aconseja esto a Eustoquio: *Si ignoras algo, si dudas en alguna cosa de la Sagrada Escritura, pregúntalo a quien su vida le aprueba, a quien su edad le excusa, su fama le alaba, y que pueda decir: «Yo os desposé con un varón virgen casta, digna de presentaros a Cristo.» Y si no hubiere quien te pueda aclarar tus dudas, lo más cuerdo es ignorar algo, estando segura, que aprenderlo poniéndote en peligro.* Nada tiene que hacer la viuda en la plaza, en corros de varones, en medio de la multitud, pues en aquellos lugares corren mucho riesgo las virtudes más encarecidamente recomendadas a la viuda: pudor, honestidad, santidad y buen nombre.

Debe la viuda portarse de tal manera, que no solamente mire por sí, sino también por los otros. En público, a vista de los hombres, con el contacto de las gentes, poco a poco el empacho se pierde, vacilan el pudor y la honestidad y son puestos en peligro, y si no son expugna-

dos, son atacados, y del ataque habla cada cual no según la realidad, sino como se le antoja. Los cuidados de este mundo enfrían aquel bendito ardor de las cosas del Cielo, y como dice el Señor en el Evangelio, cayó la semilla entre las espinas y ahóganla las preocupaciones y cuitas de la presente vida, y no la dejan crecer ni llevar óptimo fruto. Y como el mar sobre el cual cayeron vientos bravos, aun cuando éstos se amansaron y pasó la tempestad, se queda ondeando y persiste la mareta sorda, así también el espíritu humano, aun después de haberse sacudido los negocios del siglo, todavía los revuelve en su pensamiento, y finalizado el trabajo, continúa con el resuello y no torna a su sosiego habitual así como así tan presto como él quisiera. Harto puedes adivinar en un espíritu turbado hasta ese punto qué tales puesen ser las oraciones confusas, turbias, oliendo a cieno, como de la fuente turbia o del río revuelto no es posible tomar agua que no sea sucia y cenagosa. La quietud del alma es la que nos remonta soberanamente al coloquio con Dios, como a la Magdalena, la cual, dejando atrás los cuidados del mundo, estaba sentada a los pies del Señor, sedienta y embebecida toda en sus palabras. Y por ello mereció que Cristo la loase con aquel sumo elogio, diciéndole haber escogido la parte mejor que jamás por jamás le será quitada. Pero alguna dirá: *En ello está empeñado mi patrimonio: se me ha movido pleito*. Sobre esto, oye a San Ambrosio: *No digas: estoy sola; la castidad busca soledad, y la mujer honesta busca retiramiento; la mujer liviana busca tráfagos y bullicio. Si tienes pleito y temes la influencia de tu adversario, sábete que el Señor interviene con el juez en favor tuyo y dice: «Haced justicia al huérfano y defended a la viuda.» Pero es que quieres salvaguardar tu patrimonio. Está bien; pero tu más valioso patrimonio es tu honestidad, que mejor gobierna la viuda que no la casada. Tu siervo pecó; perdónale, porque es muy mejor que sufras la culpa ajena que no que manifiestes la tuya.*

¿Y qué, si por nuestra propia generosidad natural y humana vemos cómo ante los jueces tiene mayor recomendación la causa de aquel que tiene flacas defensas o no tiene ninguna? En estos casos, en el lugar de los abogados pónense los jueces, quienes hartas veces contrarían a los más poderosos patronazgos y las más elocuentes abogacías. Y ello honra nuestra inclinación natural. Así como odiamos las fortunas excesivas, ayudamos a las tasadas y débiles, y así como nos esforzamos por derrocar y abatir a los engreídos, con idéntico afán trabajamos por levantar a los vejados. Y aún diré más: en toda contienda, como dijo un sabio, dejamos como establecido que aquel que es más poderoso, aun cuando reciba injuria, siempre parece que la hace. Haz extensivo a los abogados lo que he dicho de los jueces. También ante los abogados y patronos gozará de mayor recomendación la causa de aquella viuda a quien vieren cohibida por el empacho y cortada hasta tal punto, que no pueda exponer sus razones y probanzas, y será tanto más recomendada cuanto menos se la recomendó, y verosímilmente más justa la causa de quien, por estar toda empleada en obras de santidad, no se creerá ligeramente, ni que va a retener ni siquiera a reclamar ninguna cosa que no sea suya. De manera que la buena viuda no traerá por Audiencias ni curias ar-

gumentos de procuradores, sino la autoridad de su mismo testimonio y la gravedad de su perjuicio. Por el contrario, la viuda parlera, revolvedora e importuna necesariamente tiene que cansar y hacerse enojosa y sustraerse aquellas ayudas que dijimos. Todo eso que dije refiérese a los jueces y abogados buenos o que ella ignora que sean malos. Porque hay algunos tan bellacos y de conciencia tan torcida, que regulan sus sentencias, no por equidad, sino por pasión torpe. Contra éstos, sin duda, la severidad de la justicia pública se ensañaría si no fuese desgraciadamente verdad demasiado averiguada, como dijo un sabio famoso, que las leyes son muy semejantes a las telarañas: que enredan a los pequeños insectos y son rotas por los mayores. Por lo demás, si la buena viuda conociese estos tales (pues luego al punto la fama los descubre), no solamente los esquivará, arrostrando daño muy cierto de sus bienes, sino aun con riesgo inminente de la propia vida. Y piense que yo he dicho también eso mismo de todos los hombres malos y esclavos del vicio carnal. Por lo que hace al ruar calles y andar ociosas de casa en casa, es mandamiento del Apóstol que esas tales deben ser desechadas como deshonestas. Y no solamente son ociosas, gárrulas, curiosas y entremetidas en lo que no les importa, pues, por desgracia, las hay que estando convencidas que no teniendo ya que ocuparse en los negocios domésticos que, a su entender, han resuelto a maravilla, sin pizca de vergüenza se meten en los ajenos, y a fuer de muy enteradas, aconsejan, exhortan, mandan, reprenden, porfían, con mil ojos fuera de casa y totalmente ciegas en la suya.

CAPITULO VII

DE LAS SEGUNDAS BODAS

Desechar en absoluto las segundas bodas o anatematizarlas es una posición herética. Ser mucho mejor contenerse que segunda vez casarse no solamente es consejo de la pureza cristiana, esto es. de la divina sabiduría, sino también de la sabiduría gentílica humana, por tanto. Cornelio Tácito, como ya dije, escribe que de las mujeres de la Germania se casaban sólo las vírgenes. Mujeres hubo que, habiendo enviudado en su primera juventud, no quisieron casarse de nuevo, algunas de ellas muy significadas e ilustres, como Valeria, hermana de los Mesalas, y Porcia, la hija menor de Catón, en cuya presencia, como fuese alabada de muy honesta y morigerada una matrona que tenía segundo marido, Porcia respondió que la matrona honrada no se casaba dos veces. Cornelia, madre de los Gracos, rechazó el tálamo de Ptolomeo, rey de Egipto, a la que. tras la muerte de Graco, invitábale con promesas realmente tentadoras, y prefirió ser simplemente la viuda de Graco que reina del rico Egipto. En tablados y en teatros las segundas nupcias son objeto de satíricas mordacidades. *Mujer que muchas veces se casa*—dice con malicioso donaire el mimógrafo Publio Siro—, *no sé yo lo que busca.* Mujer que con muchos se casa, a muchos no agrada. Valerio Máximo, encareciendo las antiguas instituciones matrimoniales, así se expresa: *A las que se habían contentado con un solo matrimonio se las honraba con la corona de la castidad, porque estaban persuadidos que no había sufrido mella ni mengua en su sincera fidelidad el ánimo de la matrona que,*

luego de haber dejado su virginidad en la cámara nupcial, ya no sabía mostrarse en público. Creían además que la experiencia de muchos maridos era una suerte de intemperancia legal.

Dan algunas razones las viudas con que pretextan cohonestar su voluntad de segundo casamiento. De ellas, San Jerónimo escribe a Furia de esta manera:

«Suelen las viudas mozas, de las cuales algunas han vuelto arredro en pos de Satanás, después que se han holgado con título de servir a Cristo, volverse a casar, diciendo: «Mi pequeño patrimonio de cada día se me pierde; la herencia que los míos me dejaron se me destruye; el esclavo se me desvergüenza; la criada ya no hace caso de lo que le mando. ¿Quién saldrá en público? ¿Quién cobrará las rentas de mis heredades? A mis pequeñuelos hijos, ¿quién les enseñará? ¿Y quién educará a los esclavillos nacidos en mi casa?» ¡Mirad la maldad! Pues esta que alegan como causa bastante para casarse, sola ella había de bastar para no casarse. Introduce la madre en su casa para sus hijos, no un ayo, sino un enemigo; no un padre, sino un tirano, y ella, inflamada de lujuria, olvídase del fruto de sus entrañas, y entre los niños, que ignoran su desgracia, se compone y atusa la nueva novia que poco antes se estaba mesando. ¿Por qué te excusas con tu patrimonio? ¿Por qué con los desafueros de la servidumbre? Confiesa tu torpeza; en fin de cuentas, ninguna toma marido por no acostarse con el marido. Y si no te aguija el deseo carnal, ¿qué locura es ésa, qué nuevo estilo de meretrices ese de prostituir la castidad por acrecentar la hacienda, y por una cosa vil y perecedera ensuciar la honestidad, que es preciosa y eterna? Si tienes hijos, ¿a qué buscar otras bodas? Si no los tienes, ¿cómo no escarmientas en tu esterilidad ya probada, prefiriendo al pudor cierto un resultado incierto? Ahora te escriben la carta de arras y dote, para de ahí a poco obligarte a hacer testamento. Simulará tu marido una enfermedad, y él, que ha de vivir, hará aquello mismo que tú hagas cuando vayas a morir. Y si aconteciere tener hijos de tu segundo marido, origínase una guerra doméstica, una pelea intestina; no serás señora de amar a tus hijos ni de mirar con ojos bañados en igual afecto a los dulces frutos de tus entrañas. Tendrás que darles de comer a hurto; envidiarás al difunto; y si no les mostrares desafecto, parecerás amar a su padre. Y si te introdujere en su casa, teniendo hijos de la primera mujer, por más bondadosa que fueres para con ellos, todos los cómicos, todos los mimógrafos y los lugares comunes de la retórica dirán con énfasis que eras la más desalmada de las madrastras. Si tu alnado enfermare o le doliere un poco la cabeza, te infamarán de bruja y que le has dado hechizo. Si no le dieres de comer, dirán que eres cruel; si le dieres, dirán que le diste ponzoña. Dime ahora, te ruego, por reverencia de Dios: ¿qué bienes hay en las segundas nupcias que puedan compensar males tamaños?» Esto dice San Jerónimo.

Pero ¿qué voy a añadir yo, por mi cuenta, a los loores de la continencia y a la disuasión de las segundas nupcias, después de la elocuencia torrencial de San Jerónimo o la nectárea dulcedumbre de San Ambrosio? Vaya a tomarlo de ellos quien quisiere mayor abundamiento. No he de traer yo aquí los pasajes pertinentes, puesto que no escribo exhortaciones para una deter-

minada manera de vivir, sino que me limito a transcribir sus normas, sean ellas las que fueren. Por lo que a mí toca, yo aconsejaría a la mujer honesta la perseverancia en la santa viudez, y con mayor encarecimiento aún si tuviese hijos, que parecen ser fin y fruto del matrimonio.

Y si en ese estado no confiare la mujer en triunfar de los estímulos de la carne o neutralizar la locuacidad de la fama, siempre suspicaz en mala parte, deberá oír lo que dice el Apóstol San Pablo a los corintios: *Digo a los solteros y a las viudas que bueno les es si se quedaren como yo, y si no tienen don de continencia, cásense, que mejor es casarse que quemarse.* Y deberá asimismo la buena viuda oír lo que dice el mismo San Pablo a Timoteo: *Desecha las viudas mozas, que después que han vivido disolutamente contra Cristo, quieren casarse, condenadas ya por haber quebrado la fe primera. Y evita también las viudas ociosas, enseñadas a andar de casa en casa, y no solamente ociosas, mas aún parleras y curiosas, parlando lo que no conviene.*

Yo quiero, con todo, que las viudas jóvenes se casen, y paran, y rijan sus casas, y no den ocasión alguna al adversario de murmurar y de maldecir, como quiera que hay algunas que, ya convertidas, fueron en pos de Satanás. Algunas hay que no quieren casarse por ansia de libertad. Si esa libertad es la libertad del espíritu, para más completamente darse a Dios, sin la preocupación del marido, ¿quién no aprobará su resolución? Pero si esa libertad fuera para que, suelta de toda importunidad de reprensor o de monitor, pueda hacer todo lo que se le antojare y vivir a gusto de su paladar, esa libertad lo es de la carne, y ocasión, no de liberación, sino de muerte. Y no es indicio de cordura y probidad en la mujer ir pidiendo la no sujeción a potestad y autoridad alguna del sexo frágil y flaco, a quien en todos los tiempos sometieron al poder y al gobierno del varón las leyes divinas y las humanas.

Y aún hay otras que rechazan las segundas nupcias, no por amor de la pureza ni de la castidad, sino de la gloria hueca. A las tales les dirá Cristo lo mismo que dijo a las vírgenes fatuas: *No os conozco*, y lo mismo que a los hipócritas: *Ya recibisteis vuestro galardón.* Estas tales mujeres viudas de maridos humanos, no tanto se casaron con una vana y estéril necedad como se sujetaron a una servidumbre miserable y laboriosa. Con todo, guárdense las que se casan de hacerlo luego, en muriendo el marido o poco tiempo después. Esta precipitación fuera señal de que no amaron a su esposo, de cuya muerte en tan breve tiempo deponen el natural dolor, luto y soledad. Y si hubieren de proveer algo acerca de los hijos o de la casa, cuiden de hacerlo antes del tráfago de las nuevas bodas y de someterse al dominio del dueño nuevo. Ni quiten a sus padres, si los tuvieren, el derecho sobre su determinación, dándoles una intervención muy amplia o total en su nuevo acomodo, pues no por haber perdido al marido perdieron también al padre, y no por haber quedado exentas de la autoridad del marido lo quedaron también de la de los padres, a quienes deben tanto ahora que son viudas como les debieron siendo doncellas.

Nos queda constancia de cómo pensó acerca de este punto San Ambrosio, quien, en el libro primero

Del patriarca Abrahán, escribe esto: *Si alguna mujer, viuda y moza, recela caer en el lazo de su flaqueza, cásese, si quiere, pero sólo en el Señor, y delegue en sus padres la elección del marido, no sea que se la considere víctima de feos apetitos si recabare para sí la opción en sus segundas bodas, pues más aína debe parecer que el marido la deseó, que ella deseó al marido.* Así se expresa el Santo Doctor. Sustituyen a los padres, si faltaren, sus consanguíneos y afines de mayor edad. Es reprensible la desenvoltura de aquellas viudas que ya no sólo sin consultar a quienes se les debe la reverencia de los padres, sino contra su voluntad, y a veces contra sus mismas protestas, se buscaron y se hallaron maridos por sí mismas. Muy a las claras dan a entender que no hacen aquello para obviar sin pecado las imposiciones de la carne, sino simplemente que quieren a aquel hombre para saciar con él sus concupiscencias, y que estarían dispuestas a dar este paso sin matrimonio previo si pudieran hacerlo sin desdoro público.

De manera que pretenden la unión legal no por respeto a Dios, sino por respeto a los hombres, que no haya nadie que se atreva a reprobar un vicio que se cohonestó con un sacramento. Pero Dios, sí, que lo reprobará y lo castigará; Dios, he dicho, para cuyos ojos no hay velo posible, sino que ve el vicio, donde le hubiere, en toda su desnudez y crudeza, pues así están todas sus cosas en su divino acatamiento. Si es la razón de la piedad la que prevalece en su ánimo y quieren realmente evadirse de toda culpa, y éste es el móvil único del proyectado casamiento, nada debe importarles quién sea el marido, a quien el matrimonio salva de toda culpa. Esta deferencia harto lo merecen aquellos a quien el mandato celestial impone obediencia, por manera que el deseo de casarse sea de la mujer, y la elección sea del padre; signifique la mujer su voluntad de casarse y declare al padre con quién. El espíritu ocupado por la pasión no barrunta muy claramente lo que ha de venir, pues es propio de toda pasión conmover, concitar, enturbiarlo todo, ofuscar el brillo de la verdad y de la honestidad, de modo que no puedan discernirse. Existen determinadas viudas con una relativa libertad a quienes está consentida la elección personal del marido.

Estas tales viudas busquen tales maridos que parezcan bien casarse con ellos; no mancebos lozanos, ardientes, bulliciosos, imprudentes, indulgentes, egoístas, que no saben gobernarse a sí mismos, ni su esposa ni su casa, sino un varón que haya pasado la media edad, reposado, grave, cuerdo, que con su tacto y prudencia mantenga en su deber a toda la casa; que con su sabiduría todo lo gobierne con tal templanza y equilibrio, que reine siempre en la casa una apacible alegría y moderado contentamiento, y se le obedezca sin pesadumbre, y el trabajo en la familia ande con concierto grande, sin asomo de desabrimiento, con toda sinceridad y entereza, porque todos sabrán que complacen a Aquel cuya sola aprobación para ellos vale más que la de la ciudad toda.

Y aún diré que si la viuda pasa como arrastrada y desazonada a una segunda situación, hará bien en ocultar la reincidencia en una unión cuyo deseo torpe concibió, y no haga ante el pueblo alarde de aquello en que receló culpa. Por esta consideración, las segundas nupcias se

celebrarán en silencio, en la más recatada intimidad, sin bullicio, sin jolgorio ni bailes. Los cónyuges, contentos con la asistencia de los parientes más próximos que a ello se aviniéren, evitarán a los extraños, a fin de que antes sepan que son ya casados que no que se van a casar. No hay nadie que para una enfermedad secreta pida una cura pública. No hay nadie, si es que no ha perdido el juicio, que pregone haber conseguido aquello que se le ha de criticar haber deseado.

FIN DE LA «FORMACIÓN
DE LA
MUJER CRISTIANA»



ESCOLTA DEL ALMA

(SATELLITIUM ANIMI)

(1524)

DEDICATORIA

A LA PRINCESA

DOÑA MARIA TUDOR

HIJA DE ENRIQUE VIII, REY DE INGLATERRA: SALUD

Es añeja costumbre la de dar a los príncipes una escolta que esté en continua vigilancia para la salvaguardia de su persona y de su vida; costumbre ésa más generalizada que sabia ni buena. Con ello los príncipes no hacen más que descubrir su miedo, el cual, por lo regular, tiene su raíz en la propia conciencia. No hay guardia más segura ni más fiel que la inocencia propia y el amor de los pueblos, que no se gana con las armas ni con el terror; consíguese con el amor, con la lealtad, con el desvelo, con la preocupación constante del bien público. No sin razón fué alabado aquel dicho sapientísimo de Agasicles, rey de Lacedemonia; a saber: que podía cualquiera reinar sin escolta, si mandase a sus vasallos como el padre manda a sus hijos. Pero puesto que una costumbre, corroborada por el uso de tantos años, no puede quitarse en un momento, ya cuidarán tus padres que no te falten esos guardas de tu persona. Por lo que a mí toca, yo, rogado por tu madre, mujer ilustre y ejemplarísima, pondré una escolta a tu alma; ella asegurará tu tranquilidad mejor que cualesquiera alabarderos. Pues esta escolta material, sobornada a veces por el dinero, por el miedo o por el placer, o abandona a su emperador, como a Nerón, o le traiciona, como a Galba, o, también, le asesina, como a Pertinax. Estos soldados que yo te doy, una vez que los llamares de buena fe, por salvarte a ti opondrán sus pechos contra cualesquiera embestidas, asaltos y asechanzas. Mayor peligro tienen para el alma los bríos y la astucia de los vicios, que para el cuerpo los embates y las violencias que le vienen del exterior; habida cuenta que mayor aprecio merece el alma que el cuerpo; y que las celadas de los vicios son más astutas y solapadas y apremia más su tiranía, y la muer-

te del alma es más amarga y más de temer.

Recibirás, pues, doscientos guardas, o, acaso, unos cuantos más, con quienes te familiarizarás de tal manera, que ni de noche ni de día, ni en tu casa ni fuera de ella, dejes que se aparten un momento de tu lado, como carne y uña, no sea que destituída de su auxilio inmediato, seas presa del diablo, el cual, como dice San Pedro, *a guisa de león rugiente da rodeos, buscando a quién devorar*. Le di el nombre de *símbolos* a manera de aquellas insignias o señales con que a usanza vieja solían divisarse los reyes, costumbre que dura aún hoy día. Esa costumbre se generalizó, propagándose hasta el vulgo, de donde, como de un manantial de necedades, deriváronse aquellas estólidas arrogancias de que hacen gala los príncipes de este tiempo, indignas no sólo de los cristianos, sino de los gentiles, a quienes ellos amenazan, a quienes aterrorizan, atribuyéndose a sí más de lo que fué concedido a hombre alguno y ponen más confianza en su poderío que en Dios. Puede entenderse por quiénes hablo y no es necesario decir una palabra más. Señales de esta fiereza son las representaciones de leones, osos, leopardos, lobos, serpientes, dragones, molosos, águilas, buitres, espadas, llamas y otras cosas como ésas, tremebundas; como si pareciese hermoso y magnífico en un príncipe tener el mismo instinto que esas fieras: truculento, rapaz, bravo, sanguinario. ¡Cuánto más valiera ostentar como insignia algo que fuese atrayente y simpático, por su humanidad, por su blandura, por su lenidad, por su dulcedumbre, o que impusiera por la majestad y grandeza de su gravedad y de su prestancia. Es de ley en esos símbolos, motes o empresas, encerrar una gran densidad de sentido en muy contadas palabras, cinco a lo sumo, y cuanto más breves son, más venustez y elegancia tienen; como es aquel mote de Augusto: *Matura:* Date prisa con pausa. El símbolo o empresa encierra algo de oscuridad y alegría, sin desviarse mucho del sentido directo. Ese hermetismo no debe ser tan ciego como el que usó para apartar de la inteligencia de sus dichos a los imperitos Pitágoras, quien, en fórmulas tan abstrusas y tan alejadas del sentido corriente, metió el significado de sus símbolos, que persuadió a los tirrenos que los pusiesen en práctica, prescindiendo de toda alegoría, cuando no alcanzaban a comprenderla. Para obviar este inconveniente, añadí unas exposicioncillas, breves ciertamente, según lo requería el argumento, con el exclusivo fin de que en muchos de ellos su ambigüedad no te mantuviese indecisa ni engañada.

A cambio de esa escolta que te doy yo no quiero otra recompensa sino que la ley de Cristo, de donde yo la tomé y la envolví en velos transparentes, informe toda tu vida y tus acciones, poderoso ejemplo de las privadas, si fueres tú esa princesa, cosa que fácilmente conseguirás por la imitación de tu madre. Para un cristiano, ¿qué galardón puede haber más rico y excelente en esta vida, o más valedero para la futura, que el ver que sus bienintencionados avisos no resultaron baldíos y que, gracias a él, se acrecentó la piedad de algunos? Infunda en ti Nuestro dulcísimo Jesús una porción de su espíritu, porque vivas en la mayor felicidad años sin cuento, y antepongas siempre la virtud a cualquier fortuna.

Brujas, hoy que somos a primero de julio de 1524.

ESCOLTA DEL ALMA

1. *Scopus vitæ, Christus.*
(El blanco de la vida es Cristo.)

Sea este primer símbolo o empresa como un feliz augurio de los que vendrán después. Enséñanos que todo lo hemos de referir a Cristo y todo a El se ha de enderezar, como en el blanco las saetas del flechador certero.

2. *Pax Christi.*
(La paz de Cristo.)

Esta es la que derramará en el hombre todo una muy apacible concordia y sosiego, porque ninguna cosa haya en él que se amotine o que interior o exteriormente esté con otra en pugna, ni siquiera en disentimiento.

3. *Murus æneus sana conscientia.*
(Muro de bronce es la buena conciencia.)

Impenetrable es, en efecto, y la más fuerte defensa del hombre. Tomado de Horacio: *Sé fuerte cual un muro de bronce, si la conciencia no te acusa de nada y si ninguna culpa te hace palidecer.*

4. *Felicitas unica, intus nihil strepere.*
(Felicidad única es que en nuestro interior no haya cosa que promueva ruido.)

En el alma está la fuente y el origen de la felicidad o de la desventura. Si ella está tranquila, nuestra vida discurre suave como una seda. Si sufre conmoción, nuestra vida discurre con alboroto; como si la fuente se enturbia, barrosa es el agua; si está en reposo, es delgada y linda y sabrosa al gusto.

5. *Bonis omnia in bonum.*
(A los buenos todo les redunda en bien.)

El hombre bueno y cuerdo, sucédale lo que le suceda en la vida de bueno o de malo, todo lo trueca en provecho suyo gracias a su cordura. También Dios, todo cuanto envía a sus bien amados conviértelo en instrumento de salud, como dice San Pablo: *A los que aman a Dios, todo se les vuelve bien.*

6. *Suspicionibus, securis.*
(A las sospechas, segur.)

No se ha de prestar oído fácil a las sospechas ni se las ha de ojear débilmente, sino que se las ha de cortar a cercén.

7. *Virtus, instar omnium.*
(La virtud vale por todo.)

Ninguna cosa ha de menester el que tiene la virtud. Así lo sintieron los estoicos. Mejor es que así lo sientan los cristianos.

8. *Virtus, citra fortunam valida.*
(Más poderosa es la virtud que la fortuna.)

Esta sentencia es estoica, pero con mejor razón cristiana.

9. *Tibicen fortunæ, virtus.*
(La virtud es el poste o sostén de la fortuna.)

Flacos son sin la virtud todos los accidentes exteriores que sobrevienen al cuerpo; por eso el sustentáculo de la fortuna es la virtud, pues ésta es el poste en los edificios.

10. *Sanus intus et exterius.*
(Sano por de dentro y por de fuera.)

Sentencia de Juvenal, tomada de Sócrates: *Hase de pedir al cielo un alma sana en un cuerpo sano.*

11. *Antidotum vitæ, patientia.*
(Antídoto de la vida es la paciencia.)

Horacio: A cuyo dolor es remedio la paciencia: éste es el activo contraveneno contra todos los tósigos de esta vida que de todos lados, interior y exteriormente, nos invaden y nos agobian.

12. *Sal vitæ, amicitia.*
(La sal de la vida es la amistad.)

Sinsabor es la vida sin la amistad y desabridos son los aliños más delicados, como declara Cicerón en su *Lelio.*

13. *Oculus vitæ, sapientia.*
(La sabiduría es el ojo de la vida.)

Sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas; quitada ella, nuestra vida anduviera a ciegas, desamparada y sin guía en la más espesa de las cerrazones.

14. *In virtute oculi et manus.*
(En la virtud, los ojos y las manos.)

La virtud tiene que ser vigilante y hacendosa.

15. *Multi nimium, nemo satis.*
(Muchos, demasiado; nadie, bastante.)

Has de sobrentender tienen. El aforismo es de Séneca: La fortuna a muchos les dió demasiado; pero a nadie lo bastante. A muchos, teniendo más de lo que les basta o de lo que les conviene, se les antoja que no tienen lo suficiente, porque viven para la codicia, que es insaciable comedora.

16. *Satis, hoc contento.*
(Asaz tiene quien se contenta con lo que tiene.)

Nada hay tan pequeño que no baste a quien no demanda más.

17. *Satis relicturo.*
(Harto posee quien todo lo ha de dejar.)

¿Por qué afanarnos por acarrear más y más; por qué guardar con tales ansias cuando, queramos o no queramos, hemos de dejarlo todo?

18. *Intus quam exterius formosior.*
(Más lindo por de dentro que por de fuera.)

La auténtica hermosura mora en el alma; por eso los estoicos sólo al sabio llamábanle hermoso. (Cicerón, en el tercer libro, *De finibus;* y Sócrates, según Platón, en su *Alcibíades*, le deseaba que se hermoseara interiormente.)

19. *Intus quam exterius ornatior.*
(Más aderezado interior que exteriormente.)

Los atavíos interiores son las virtudes, la erudición, el talento, que

son harto más excelentes que los vestidos o la prestancia física.

20. *Harmonia interna.*
(Armonía interna.)

Por manera que un sonido no desentone del otro y reine en el alma un concierto dulcísimo. Esa es la música verdadera, decía Sócrates.

21. *Velle, instar omnium.*
(El querer vale por todo.)

Ante Dios, basta con querer. De los gentiles tenemos este celebrado aforismo: *Si las fuerzas no alcanzan, con todo ya es de loar la voluntad.* Y quien dice voluntad, dice facultad.

22. *Natura, ¿quis pauper?*
(¿Quién es pobre por naturaleza?)

A nadie puede faltar lo necesario con que sustentarse. Proveyó la Naturaleza que todos tuviesen a mano el mantenimiento mientras no haya quien piense que no puede vivir sin pan candeal y sin pescadillos traídos del mar Egeo o sin avecillas peregrinas y costosas. Pan y agua bastan para la vida y, aun a veces, una simple hortaliza.

23. *Opinione quis dives?*
(¿Quién es rico para la opinión?)

Nadie es rico para la opinión humana, que multiplicó hasta el infinito la aplicación de las riquezas, por manera que no hay nadie que tenga tanto que no le parezca que alguna cosa le falta. Con ello consigue no ser rico desde el momento que reclama más. Así que si aceptamos este generalizado error, nadie será rico ni en opinión suya ni en opinión ajena.

24. *Nec malum, nec frontem.*
(Ni mal ni descaro.)

No hagas mal alguno, por reverencia a Dios; ni cosa que por mal sea tenida, por respeto a los hombres, así por no ofender a los otros ni ser ejemplo para el mal.

25. *Sapiens solus, longœvus.*
(Sólo el sabio vive mucho.)

La vida de los necios no es vida; vida es la que se vive por medio de la sabiduría. Así que ha de preferirse un día del sabio a la eternidad de los necios. Sentencia tomada de Cicerón, en el libro V de las *Cuestiones tusculanas*.

26. *Nocere promptum, ut pessimum.*
(Es fácil el dañar, como pésimo que es.)

27. *Prodesse abstrussum, ut optimum.*
(Es arduo el aprovechar, como que es lo mejor.)

No hay cosa tan flaca ni ruin que de una u otra manera no pueda dañar; pero aprovechar es cosa dificilísima; ello no está en manos de cualquiera. Dañar es cosa pésima, o, mejor, diabólica; mas aprovechar, como cosa divina que es, es cosa muy excelente. Por tanto, nadie debe desplegar su poder haciendo mal cuando la picadura de una araña puede matar a un hombre, sino haciendo bien. Lo cual es cosa muy rara y hermosísima y próxima a la naturaleza de Dios.

28. *Pauper egens; non carens.*
(Pobre es el necesitado, no el carente.)

No es pobre el que carece, sino el que necesita, el que desea. Sócrates,

entrando en una plaza copiosamente abastada de toda suerte de productos: *¡De cuántas cosas*—dijo—*no tengo necesidad!*

29. *Alienis lacrimis cautior.*
(Más cauto con las lágrimas ajenas.)

30. *Alieno risu laetior.*
(Más alegre con la ajena risa.)

No hay que gozarse de los males de otro, sino que hay que procurar que ellos nos hagan más precavidos por no ir a dar en la causa que los ocasionó; ni hay que envidiar la risa ajena, sino regocijarse con ella, como si fuese tuya.

31. *Cor canum in juvenili corpore.*
(Corazón de viejo en pecho de mozo.)

A fin de que en la mocedad se tenga prudencia senil. En el corazón tienen su morada el talento y el seso; de donde el adjetivo *cuerdo* (*cordatus*).

32. *Pedica, nimia fiducia.*
(Pihuela o lazo es la excesiva confianza.)

Engáñase fácilmente quien deposita en los otros sobrada confianza; pero más se engaña todavía quien confía en sí mismo, y aun en su misma virtud, de donde con gran facilidad nacen la arrogancia y la vanidad, que hartas veces hallan su mentido cebo en las virtudes.

33. *Columbi oculus in serpentino corde.*
(Ojo de paloma en corazón de serpiente.)

Esta máxima es evangélica: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.* Abrigue nuestro pecho un recelo sano, y no haya en nuestro ojo, en el juzgar, ni malignidad ni astucia.

34. *Oculus in sceptro.*
(Ojo en el cetro.)

La virtud que mejor parece en el príncipe es la prudencia. ¿Qué otra cosa es el poder en el necio sino una espada en la mano de un loco furioso? Este aforismo está tomado de los jeroglíficos egipcios.

35. *In virtute delphinus.*
(Delfín en la virtud.)

Dícese que el delfín es el más veloz de los animales. Ello nos avisa que nosotros no debemos diferir el bien obrar, sino que, en emprendiendo esa noble tarea, debemos llevarla adelante con la mayor celeridad.

36. *In ultione Callipedes.*
(Calípedes, en la venganza.)

Refiere Suetonio, en la vida de *Tiberio,* que ese Calípedes de quien no se sabe a punto fijo si es un hombre u otro cualquiera animal, luego de haberse meneado todo el día, no adelantó ni siquiera un paso; es proverbial esa tardanza suya. Esta empresa significa que debemos ser extraordinariamente lentos en la venganza.

37. *Temporis minister.*
(Ministro del tiempo.)

Alusión al viejo aforismo: *Obedece al tiempo.* De él se ocupan Platón, Cicerón y Séneca. Cada uno debe acomodarse al tiempo. No espere obligar al tiempo a que sirva sus intereses. Sea él, con mejor acuer-

do, quien acuda a la presente situación de cosas.

38. *Tempori, parcus dispensator.*
(Gasta el tiempo con economía.)

Es aquello que decían los antiguos: *Ahorra el tiempo.* Ninguna otra cosa deberíamos vender más cara, puesto que el tiempo no es sino la vida que cada uno dice que la ama tanto, siendo así que de ninguna otra cosa es tan pródigo y manirroto como del tiempo. Lo que dice Séneca en su tratado *De la brevedad de la vida* es, en resumen, esto mismo.

39. *Magno vendendum tempus.*
(El tiempo hase de vender caro.)

40. *Gloria Crocodilus.*
(La gloria es como el cocodrilo.)

Existe en el río Nilo un animal cuya particularidad es, según dicen, huir de los que le persiguen y perseguir a los que le huyen. Así también la gloria se esquiva de los que la buscan y corre en pos de los que de ella no hacen caudal. Dice Salustio, con referencia a Catón: *Cuanto menos apetecía la gloria, tanto más la conseguía por ese camino indirecto.*

41. *Hemerobia vanagloria.*
(Vive un día la gloria huera.)

Aristóteles escribe que en el Hipanis, río de la Escitia, nacen unos pequeños insectos que no llegan al día siguiente; por esa razón se llaman *efemérides*, que vale tanto como *diarios*. Así, la vanagloria se apaga pronto y no puede ser duradera.

42. *Disce vivere.*
(Aprende a vivir.)

43. *Disce mori.*
(Aprende a morir.)

Ambas cosas han de decirse indistintamente de la buena vida y de la buena muerte. Nadie muere bien si no vivió bien. Este es el ejercicio de toda nuestra vida: vivir bien y morir con resignación.

44. *Vive ut post vivas.*
(Vive para sobrevivir.)

De tal manera vivamos, que lleguemos a aquella otra vida mejor y, por lo mismo, verdadera vida; porque nuestra vida actual, ¿qué otra cosa es sino un viaje pasajero?

45. *Virtus exercetur, non perit.*
(La virtud se ejercita, pero no perece.)

46. *Generosa virtus flatu accenditur.*
(La virtud generosa enciéndese con un soplo.)

47. *Virtus inimicitiis fortunæ crescit.*
(La virtud se crece con las ofensivas de la fortuna.)

Estos tres adagios vienen a significar lo mismo: la virtud se agiganta con las adversidades. El segundo aforismo puede referirse al soplo de la fortuna airada o al céfiro blando de la lisonja.

48. *Extorquet quies.*
(La calma se impone.)

No hay gobierno más arraigado y eficaz que el gobierno tranquilo, que tiene más autoridad y majestad que el arrebatado y turbulento. Tal es

el que describe Virgilio en el primer libro de la *Eneida*: *Bien como cuando en un gran pueblo ha estallado una sedición y la plebeya chusma se embravece, ya vuelan teas y vuelan piedras y el furor hace de todo armas; entonces, si acaso ven un varón grave, respetable y pío, callan de súbito y páranse y atienden con las orejas levantadas.* Y Claudiano dice en su poema *Del consulado de Malio Teodoro*: *El gobierno desatentado, por lo mismo que lleva mucho ímpetu, tiene menos fuerzas; más pronto se le desdeña; con más facilidad se le quebranta.*

49. *Terret imperium.*
(El mando aterroriza.)

Refiérese al gobierno de mano dura, que ciertamente impone miedo, pero debilita las fuerzas de los vasallos.

50. *Blandum imperium, imperiosum.*
(El gobierno blando es el que manda más.)

Pues tiene mayores fuerzas y obliga más reciamente. Dice Ansonio: *Supone y oculta una gran fuerza el mando suave.*

51. *Domitrix omnium patientia.*
(Domadora universal es la paciencia.)

Dice Virgilio: *Sobrellevándola ha de ser vencida la fortuna.* La fortuna y las contingencias humanas y las arremetidas de los hombres son rechazadas si se les opone el muro de la paciencia. Eso demostráronlo les mártires de nuestra santa religión.

52. *Nobilitatem non dat unus dies.*
(Un día solo no comunica nobleza.)

Nadie es noble sólo por haber nacido de determinados padres. Ni el azar del nacimiento, que ocurre en un día, hace al noble, sino los actos ilustres de virtud. Dice Juvenal: *Por más que en bustos de cera llenen el atrio tus progenitores remotos, la sola nobleza y la única es la virtud.*

53. *Generositas virtus, non sanguis.*
(La virtud da la alcurnia, no la sangre.)

Tiende a lo mismo. Por inducción se va a la misma conclusión: ¿cuál es el caballo generoso? ¿Cuál el perro? ¿Acaso no el mejor? Y esto mismo ocurre en los restantes animales y razas. Luego el hombre noble no es otro sino el que es el mejor.

54. *Fortuna nimis blanda, hamata.*
(La fortuna demasiado risueña trae anzuelo.)

Dice Publio Siro en sus composiciones mímicas: *La fortuna, cuando halaga, lo hace con propósitos capciosos.* La fortuna es la Divina Providencia. Con todo, esta empresa nos advierte que no nos dejemos solivantar ni confiar en el bienestar físico ni en la acumulación de las riquezas. Estas cosas suelen entenderse con el nombre de fortuna. Dios no nos engaña. Nosotros nos engañamos a nosotros mismos con el uso necio de las cosas.

55. *Fortuna fallacior quo blandior.*

(Tanto más falaz es la fortuna cuanto más lisonjera.)

Esta empresa yo la había dado para el gobierno de su espíritu al cardenal Croy; pero más que empresa heráldica fué vaticinio, pues habiéndose la fortuna volcado con inaudita generosidad en su halda y en la de su tío, el señor de Chièvres, inesperada y repentinamente los hundió a los dos, pero al cardenal, muy verde aún, a los veintidós años.

56. *Stabilissima fortuna stultissima.*

(La fortuna más estable es la más necia.)

Dice el mismo Publio Siro: *A aquel a quien la fortuna mima demasiado, le hace necio.* En efecto, le retira el seso, y con tantos éxitos y resultados felices se insolenta el espíritu humano, por manera que ya ni puede soportar a los otros ni a sí mismo. Recuerdo que tu madre, esta santa mujer, me dijo un día que volvíamos en barca de Syon a Richemond, que ella prefería una fortuna mediana, comedida, que otra que fuese o muy áspera o muy blanda; y que si se viera en el caso de elegir una u otra de estas dos, escogería primero la más sañuda que la más risueña, porque a los más desventurados no les falta consuelo, mientras que a los más afortunados les falta seso. Estas manifestaciones de un pecho sabio y recatado yo las divulgué y las hice conocer de muchos en esta ciudad y comarca de Brujas.

57. *Corpus excors fragile.*

(Cuerpo sin tino es frágil.)

Dice Horacio: *La fuerza sin consejo se rinde a su propia pesadumbre.* Y de paso en paso, léese en Cicerón que de nada sirve la fuerza sin consejo.

58. *Cor vel incorporeum, firmum.*

(El corazón, aun en cuerpo ruin, es siempre firme.)

Gran fuerza tiene de suyo el consejo, aun cuando falten las fuerzas físicas. Demuéstralo la Naturaleza en las hormigas y en las abejas. Dice Salustio: *No con la fuerza material ni con la corporal velocidad hácense las cosas grandes, sino con el consejo, con la autoridad.* En este mismo sentir abunda Cicerón en su *Catón el Mayor.*

59. *Fideli, nullæ seræ.*

(Para el fiado no existen puertas.)

Todo se le confía; ninguna cosa está cerrada para él. Dice Teognides: *¡Oh Cirno, el fiel vale más que el oro y la plata!* Y al revés: para el infiel ninguna cosa está cerrada suficientemente.

60. *Auctoritas rerum gerendarum, telum.*

(La autoridad es el arma de los negocios.)

Más consigue la autoridad que no las fuerzas y aun el mismo consejo. La verdad de este aforismo puede demostrarse en los príncipes que llevan de frente empeños grandes, no tanto con sus riquezas y sabiduría como con su autoridad y majestad. Las guerras, decía César, hácelas en su mayor parte la fama o la propaganda. También importa mucho que uno sea honrado o deshonrado, como en Eurípides dice Hécuba.

61. *Veraci creditur, et mentienti.*
(Al hombre veraz se le cree aun cuando mienta.)

Por su autoridad y por su crédito probado.

62. *Mendaci non creditur, etiam jurato.*
(Al mentiroso no se le cree, aun bajo juramento.)

Preguntado Aristóteles qué iban a ganar los mendaces, respondió: Que cuando dicen verdad, nadie les cree.

63. *Magnes amoris, amor.*
(Imán del amor es el amor.)

Ninguna cosa hay que así atraiga el amor como el amor. Dice Marcial: *Eso, Marco, no se alcanza con palabras; si quieres ser amado, ama.* Existe en la relación de unas cosas con otras una cierta concordancia y simpatía, de modo que nadie odia a quien le ama. De eso tratan Platón, Séneca y otros.

64. *Philtra, amor.*
(El amor es un filtro mágico.)

Así que no es menester otro bebedizo para ganarse el amor que el mismo amor.

65. *Magnum satellitium, amor.*
(El amor es una gran escolta.)

Dice Claudiano: *No defienden tanto las escuchas nocturnas ni las armas de que uno se rodea como ampara el amor.* Y Salustio encarece: *No las armas ni las riquezas son los puntales del reino, sino los amigos, pues nadie quiere causar daño a quien ama.* Análogo es el aforismo siguiente.

66. *Firmissimæ opes, amor.*
(El amor es la riqueza más garantizada.)

No tan sólo impía, sino necia tambien, es la afirmación de aquellos que dicen que todo consiste en el dinero; que poca es la valía del amor, siendo así que vemos que las mayores riquezas, por odio, padecieron quiebra; y que las más pequeñas y adelgazadas tuvieron en la amistad su cimiento más firme. De ahí el añejo proverbio: *Donde hay amigos, allí hay riquezas.* Los germanos y los escitas no conocieron otro género de riquezas.

67. *Ubi terror, ibi timor.*
(Donde hay terror, hay miedo.)

Es fuerza que tema aquel que aterroriza. Es una vieja sentencia muy aceptada y celebrada.

68. *Ubi uber, ibi tuber.*
(La tierra fértil cría turmas.)

Dice Apuleyo en las *Floridas: En ningún tiempo dió la Divinidad prosperidad tal a ningún hombre que no llevase consigo alguna dificultad;* bien como así la más completa de las alegrías siempre va mezclada con una pequeña vena de desabrimiento por una cierta dosificación de miel y de hiel: *Ubi uber, ibi tuber.*

69. *Omnia proposuit labori Deus.*
(Dios lo propuso todo al trabajo.)

Dice Horacio: *Ninguna cosa sin gran trabajo dió la vida a los mortales.* Y Virgilio: *Todo lo arrolla el ímprobo trabajo.* Dicen las fábulas

que Júpiter todas las cosas expuso venales a los hombres; que su precio era el trabajo. Es indecible cuánto puede la diligencia, cualquiera sea ella, en toda cosa, como de las hormigas escribe Plinio.

70. *Inmodica, imbecilla.*
(Lo inmoderado es flaco.)

71. *Modica, firma.*
(Lo comedido es firme.)

Como fuese que los éforos de Esparta se hubiesen enfrentado contra el poder real de Teopompo, rey de los lacedemonios, quejándosele su esposa de que iba a dejar a sus hijos un poder más disminuído que el que él había recibido de su padre, respondió: Y por ende, más firme. Lo módico, puesto que es mediocre, es moderado. Ambos aforismos vienen a decir la misma cosa. En todos los órdenes de la vida, la medianía es más deleitosa y estable que el poderío vasto y descomunal. De ahí aquello de Hesíodo: *La mitad es más que el todo; porque la medianía es preferible a la demasía.* Y dice Claudiano: *Con poco se vive mejor.*

72. *Magnus ope minorum.*
(Grande, gracias a los chicos.)

Nadie llega a la grandeza sino con el auxilio de los pequeños. Y por esto, es tanto más grave despreciar a los humildes en cuyos hombros se encaramó al alto asiento desde donde puede hacer lo que le viene en gana.

73. *Vicit vim virtus.*
(La virtud triunfó de la fuerza.)

La virtud, como próxima a Dios, quebranta todas las fuerzas de los hombres.

74. *Stravit fortunam virtus.*
(La virtud derribó al suelo a la fortuna.)

Con muchos ejemplos se ha demostrado que la virtud es más poderosa que las riquezas, que las contingencias fortuitas, por manera que hubo varones grandes y descollados en virtud, que con sublime intrepidez, pusieron bajo sus pies todos los azares humanos y su virtud los superó, como Sócrates superó la cárcel, Rutilio el destierro, la enemistad de los poderosos Catón y tormentos los más atroces nuestros mártires.

75. *Fortitudo in fortunam, non homines.*
(Reciedumbre contra la fortuna, no contra los hombres.)

No es fortaleza herir, derribar, causar mortandad a hierro en los hombres; esto es cosa de fieras, no de hombres. La fortaleza auténtica consiste en cohibir los vicios, desdeñar lo fortuito, no temer la pérdida de ninguna cosa, sino de la virtud.

76. *Optima, cibus invidiæ.*
(Lo mejor, cebo de la envidia.)

La envidia no roe sino lo encumbrado y lo mejor; menosprecia lo humilde, lo abyecto, lo vil. No son comestibles para ella. Molesto es ser envidiado; pero más molesto es no tener nada envidiable.

77. *Invidia sibi et aliis venenum.*
(La envidia es veneno para sí y para los otros.)

Mata a los otros, pero antes se mata a sí misma. La envidia, que para los otros es el colmo de la iniqui-

dad, es para sí la equidad misma, porque a guisa de veneno consume a aquel que la alberga en su pecho y venga a aquel contra quien dirige sus ataques.

78. *Invidia, vipera.*
(La envidia es una víbora.)

Dícese que la víbora nace luego de roer los flancos de su madre. Así, antes de nacer, mata a su madre. Exacta personificación de la envidia que mata, primero que todos, a quien en su seno la engendra, y sale luego la más ponzoñosa de las sabandijas.

79. *Quod Deo, et homini.*
(Lo que a Dios, también al hombre.)

Razón es que nosotros nos demostremos para con Dios complacientes y obedientes y que nos agrade aquello mismo que a Dios agrada, porque ninguno se irrite o critique que las cosas hayan ocurrido de una o de otra manera, porque Dios es quien lo dispone todo y nosotros ignoramos sus intenciones.

80. *Da cæcus.*
(Da con los ojos cerrados.)

81. *Accipe oculatus.*
(Recibe con los ojos abiertos.)

Parece bien que el dador no se acuerde del beneficio ni repare mucho en aquel a quien da, y lo mejor es apartar la vista porque no parezca que reprueba o culpa o busca la alabanza de su acción. Mas el que recibe no tanto ha de mirar el don como al que lo da y acordarse siempre de la gracia recibida. Por eso fingieron los poetas y los pintores que las gracias son tres; dos que nunca miran hacia atrás, y la tercera siempre mira a las primeras.

82. *Bonus, bonis et malis.*

83. *Malus, nec malis nec bonis.*
(El bueno, lo es para los buenos y los malos; el malo, ni para los malos ni para los buenos.)

El bueno es admirado y amado de los buenos y de los malos; pero el malo, ni de los unos ni de los otros.

84. *Præsidium, in innocentia.*
(La defensa, en la inocencia.)

Entre todos los peligros de esta vida, cuando todas las otras cosas están expuestas a la injusticia, la inocencia no puede recibir daño. Y cuando todas las restantes cosas son flojas, hueras y flacas, la sola inocencia consigue que ninguna de ellas pueda afectarnos ni nadie pueda confiar más en ningún otro socorro ni tiene por qué prevenirse con otras garantías de su salvación, pues con las que la inocencia da no sólo puede vivir seguro entre los peligros, sino tranquilo en medio de los terrores más agudos. *La inocencia es el más preciado don de los hombres,* dijo Plinio en la prefación de su obra.

85. *Matura.*
(Date prisa con pausa.)

Esta empresa tiene otra fórmula: *Apresúrate despacio.* Es el mote de Augusto que se lee en Suetonio. Por él debemos entender que en la gestión de los negocios la rapidez ha de andar templada con la calma y que ninguna cosa debe hacerse ni con sobrada priesa ni con excesiva lentitud. Estos dos sentidos piensan que incluye el imperativo

Matura, como se ve en Salustio, pues antes que comiences una cosa toma consejo, y cuando lo hubieres tomado, acucia su realización. Con todo, yo quisiera que en el consejo te tomares algún espacio y en el llevar a la práctica el proyecto, si se estudió maduramente, pusieras un ritmo más acelerado.

86. *Ciconiæ beneficium.*
(De la cigüeña, el beneficio.)

Es costumbre de la cigüeña dejar uno de sus polluelos en la casa en donde fabricó su nido. Ese polluelo rezagado alimenta y lleva en sus espaldas a sus padres, agobiados por la edad, tanto tiempo como él fué criado por sus padres mientras fué pequeño y flaco. Muy discretamente, pues, en la cigüeña personifícase el beneficio y viene a ser el símbolo de la gratitud. Con todo, ese beneficio debes extenderlo a todos cuantos puedas, cosa que vulgarmente se dice en nuestra España, con ese adagio: *Haz bien y no mires a quién.* Pero gratuitamente, y más que por nada, por dar buen ejemplo.

87. *Comœdia, vita humana.*
(Comedia es la vida del hombre.)

Y, efectivamente, la vida del hombre viene a ser una representación escénica, en la cual cada uno desempeña el personaje que se le señaló. Hay que procurar que en esa comedia anden las pasiones moderadas, porque no sea catastrófico ni manchado de sangre el desenlace, como suele ser en las tragedias, sino apacible y risueño, como acostumbra ser en las comedias. Y de ahí el otro aforismo.

88. *Ne vita, tragœdia.*
(No sea trágica la vida.)

A saber: que la vida no degenere en tragedia, donde toda la acción es turbulenta y truculenta.

89. *Confide recte agens.*
(Obra bien y confía.)

A nadie teme quien no hizo mal a nadie, pues nadie puede dañar al alma buena, y si daña al cuerpo, le daña hasta el punto de soltar el alma como de una cárcel y licenciarla para la libertad y la vida verdadera.

90. *Veritas, temporis filia.*
(La verdad es hija del tiempo.)

La verdad, que por mucho tiempo estuvo oculta, con el andar del mismo tiempo sale a luz, porque nadie confíe en la mentira o piense que la verdad queda siempre encubierta. Dice Cicerón: *El tiempo destruye y borra las ficciones de la opinión y confirma los juicios de la Naturaleza.*

91. *Lupus mendacio, tempus.*
(El tiempo es un lobo para la mentira.)

Puesto que la devora y la consume.

92. *Veritas premitur non occiditur.*
(La verdad es vejada, pero no oprimida.)

Tiene sus eclipses la verdad; pero, al fin, sale triunfante.

93. *Mendacio, comites tenebræ.*
(La mentira se forra y arrebuja en las tinieblas.)

La mentira, a la postre, queda os-

curecida; entonces cobra amor a las tinieblas en que se abriga.

94. *Veritatis splendor comes.*
(La claridad, compañera de la verdad.)

95. *Exilium inter malos.*
(Destierro entre los malos.)

No consiste el destierro en estar ausente de la patria, sino de los buenos y vivir entre los malos. Los de Sínope habían desterrado a Diógenes el Cínico. *Quien los desterró fuí yo,* dijo Diógenes, puesto que él vivía en Atenas y los otros en la barbarie del Ponto.

96. *Ne hilarem insaniam insanias.*
(No enloquezcas alegremente.)

Es de Séneca la sentencia, aplicable a quien con el espíritu abyecto se entregó a los deleites y a los regalos.

97. *Inter spinas, calceatus.*
(Calzado, entre espinas.)

Nos previene esta empresa que no debemos conducirnos incautamente entre enemigos. Y puesto que estamos rodeados de enemigos, son necesarias gran circunspección y cautela para pasar por en medio de ellos.

98. *Deum sequere.*
(Sigue a Dios.)

Es un viejo dicho griego, que equivale a *Dios es el guía,* a fin de que te confíes enteramente a su caudillaje y capitanía en la milicia de esta vida y obedezcas su voz de mando e imites su ejemplo.

99. *Fama pluris quam opes.*
(Más vale fama que riqueza.)

Es más deleitosa y más útil; vemos a muchos despojados de grandes riquezas porque la fama les fué adversa; y a otros que se enriquecieron porque les fué propicio y favorable el rumor.

100. *Virtus pluris quam fama.*
(La virtud vale más que el renombre.)

Una realidad sólida, firme y duradera hase de valorar en más que una ficción o un trampantojo. Y el cuerpo, ¿no vale incomparablemente más que una sombra?

101. *Virtutis umbra, gloria.*
(La gloria acompaña la virtud como su sombra.)

Esta sentencia es de Sócrates; la virtud conduce a la gloria por el atajo más breve.

102. *Oculos in pectus.*
(Mete tus ojos en tu pecho.)

En el pecho está el corazón, sede de los pensamientos. Monta tanto como decir: *Conócete a ti mismo.*

103. *Non extorquebis amari.*
(Por las malas no conseguirás que se te ame.)

Así lo dice Claudiano en el *Panegírico del IV Consulado de Honorio.* Las restantes cosas se sacan a la fuerza; pero al amor no se le puede hacer violencia.

104. *Tempus edax rerum.*
(El tiempo, devorador de las cosas.)

Este aforismo es de Ovidio, en el libro XV de las *Metamorfosis* y antes lo fué de Aristóteles. Todas las cosas con el tiempo se pudren y des-

caecen, excepto Dios y el espíritu a quien El comunicó la inmortalidad.

105. *Subjecta Dei manu consistimus.*
(Nos sostenemos porque Dios puso su mano debajo de nosotros.)

Ni los ángeles ni nuestras almas son inmortales de suyo, sino por la voluntad de Dios. Ni habría cosa que durase un minuto si no la sostuviese el cariñoso cuidado de Dios, que nos rige. Por ello, es tanto más intolerable la soberbia en tamaña ruindad, o la ingratitud si no reconoces cúyo don es la vida y todas aquellas cosas por las cuales te engríes.

106. *Gloria vento discutitur.*
(La gloria, el viento la desvanece.)

Sí, porque no es más que un soplo delgado.

107. *Propter invidiam, vela opulentiam.*
(Por amor de la envidia recata la opulencia.)

La envidia, dice Salustio, la opulencia la originó. Por eso las riquezas deben ser ocultadas, porque no nos granjeen envidia, pues enojo grande es sufrirla, aun cuando no haga daño.

108. *Honores, onera.*
(Cargas son los honores.)

Muchos cuidados y ansiedades tienen que soportar y muchos trabajos que afrontar las personas constituídas en dignidad y honor, máxime cuando se empeñan en conservarlos. No será el dicho menos elegante expresado así: *Fasces, fasces.* Eran las *fasces* (haces) las insignias de los magistrados romanos, y *fasces* (haces) son también las sarcias y fardajes.

109. *Virtutis radices altæ.*
(Profundas son las raíces de la virtud.)

Ello pertenece a su estabilidad, cuando todo lo otro apenas está pegado al suelo.

110. *Mortalibus inmortalia præferenda.*
(A lo mortal hase de preferir lo inmortal.)

Así, la virtud y su premio eterno han de preferirse a las riquezas o a los honores o a cualesquiera otros afectos humanos.

111. *Alata œtas.*
(El tiempo tiene alas.)

Puesto que vuela velocísimamente. *Huyen los días*—dice Ovidio—, *y no hay freno que los detenga.* Y esto, con tanta mayor presteza, si la edad es la feliz; porque los males con frecuencia se emperezan y nos producen agobio.

112. *Fidens, non confidens.*
(Fiadamente, no confiadamente.)

Hay que esperar razonablemente, no necia ni temerariamente. Y puesto que todo lo venidero es incierto, ni en la prosperidad se ha de engreír el espíritu ni en la adversidad ha de deprimirse. Con todo, no se ha de esperar ni acometer lo que está por encima de nuestras fuerzas o sobrepasa el límite de la vergüenza.

113. *Cujus pudebit, pigeat.*

(Duélate hacer aquello de que te has de avergonzar.)

114. *Ne feceris quod factum nolis.*

(No hagas lo que no quieras haber hecho.)

En toda cosa debe mirarse el fin. Necedad es hacer lo que luego te ha de costar mucho el deshacer. No hagas aquello para lo cual será baldío el arrepentimiento.

115. *Stulta de alienis superbia.*

(Estúpida es la soberbia de lo ajeno.)

Parece incongruencia envanecerte de lo que no es tuyo. Lo que no es tuyo dícelo la empresa que se sigue.

116. *Alienum, quicquid adimitur.*

(Todo lo que se quita es ajeno.)

Aquello que se nos puede quitar no es nuestro; verbigracia: todo lo fortuito y lo corporal. Sola el alma es nuestra.

117. *Quod commodavit fortuna tollet.*

(Lo que te dió la fortuna, te lo quitará.)

118. *Quod mutuavit Natura, repetet.*

(Lo que te prestó la Naturaleza, te lo reclamará.)

119. *Quod paraverit virtus, retinebis.*

(Lo que la virtud te granjeare, eso lo retendrás.)

Dadas en préstamo por la fortuna son aquellas cosas que a la fortuna se devuelven en su mismo estado. Prestadas por la Naturaleza son aquellas cosas que se le devuelven, semejantes, sí, pero no las mismas. Unas y otras cosas no han de estar en nuestro poder más tiempo del que consintieren el acreedor o el prestamista. Mas las gloriosas hazañas de la virtud, como dice Salustio, son imperecederas, como lo es el alma misma.

120. *Princeps, privatis sublimior, sentiendo.*

(El príncipe está por encima de los particulares, por su elevado criterio.)

No parece bien que el príncipe descuelle sobre las personas privadas por sus solas riquezas o poder, sino por su criterio y por sus sabios conceptos, muy levantados sobre el pensar del vulgo; no han de conmoverle las cosillas y nonadas, como conmueven al bajo pueblo. Así como en él reside la dignidad, relumbre también en él una singular sabiduría. Es indigno que aquel a quien los otros obedecen, no juzgue mejor de las cosas que el vulgo ignorante.

121. *Princeps, multis consulendo.*

(El príncipe debe mirar por el bien de muchos.)

A esto se reduce el ser buen príncipe: a anteponer el bien público a sus provechos particulares y pensar que no hay nadie entre sus vasallos cuyo personal cuidado no le incumba a él. Así que el príncipe cumple con su deber despojándose de sus propias comodidades y de sus afectos propios y asumiendo los comunes. Por eso fueron elegidos príncipes, para que, sueltos y libres suficientemente de sus cuidados privados, vigilasen los públicos. Entendiéndolo así, está bien definir su misión de esta manera: servicio es el mando, y no reinado.

122. *Tu, tibi venerabilis.*
(Hazte tú respetable a tus propios ojos.)

Respétate a ti mismo no haciendo ni pensando cosa torpe.

123. *Malum occultum, perniciosissimum.*
(El mal oculto es el más pernicioso.)

Pues ni el arrepentimiento lo puede borrar, ni puede quitarle la reprensión, ni puede aligerarle la confidencia, ni puede aliviarle el consuelo, ora sea delito, ora sea pasión.

124. *Non quam diu, sed quam bene.*
(No cuánto tiempo, sino cuán bien.)

Es aplicable esta empresa a la vida y a todos sus actos. A muchos les toca breve tiempo, bien para vivir, bien para llevar adelante algún proyecto. A nadie se le ha privado de la facultad de hacer una cosa u otra en que se empeñó, por corto que haya sido el tiempo que tuvo para hacerlo. Por eso no tiene importancia la diuturnidad, sino la gestión. Ni es menester que sea larga la vida para que sea buena. En un minuto se puede vivir la más santa de las vidas.

125. *Nomen præ opibus.*
(Buen nombre, que no riquezas.)

Más se ha de preciar el buen nombre que las muchas riquezas, según la sentencia de Salomón.

126. *Odiosus, modo immerito.*
(Odioso, sí, siempre que fuere inmerecido.)

No te aflijas demasiado porque te aborrezcan, mientras no sea por culpa tuya, ni por haber hecho algo odioso.

127. *Ingratitudo, multis immerentibus noxia.*
(La ingratitud hace daño a muchos que no la merecen.)

Cesan los hombres de hacer bien si dan en ingratos, de manera que dejan de hacer experiencia de agradecidos, lastimados por los ingratos. Por esto en Grecia existía una ley contra los ingratos, porque ese vicio parecería eminentemente dañoso a la comunidad y a la convivencia humana.

128. *Injuria oblivione ulciscenda.*
(La injuria débese vengar con el olvido.)

No hay más verdadera venganza de la injuria que su olvido; así, ni pondrá resquemor en tu espíritu ni te dañará más que si no se te hubiera sido inferida.

129. *Præcipitis consilii assecla pænitentia.*
(El arrepentimiento acompaña muy de cerca a la resolución precipitada.)

Mucho se ha de pensar y ponderar antes de determinar. Es sentencia tomada de Platón.

130. *Quod uni, et omnibus.*
(Lo que a uno, también a todos.)

Todos hemos sido creados y medidos por un rasero igual. Lo que aconteció a uno puede acontecer a todos. Nadie, en viendo el mal ajeno, se crea seguro.

131. *Ne ferrum igni.*
(Al fuego no le des hierro.)

La ira no debe armarse de espada. Es uno de los símbolos de Pitágoras.

132. *Lacrimis ignis extinguendus.*
(El fuego ha de apagarse con lágrimas.)

Apacigua los hervores de tu ira con lágrimas, con arrepentimiento, con pedir perdón no sólo a Dios, sino también a los hombres. No es mengua pedir perdón; pero sí lo es tener a tu prójimo por enemigo.

133. *Fastigio caput summitte.*
(Inclina tu cabeza ante la cumbre.)

Cede ante el poder y no compitas con el que es más rico, ni con el que es mayor, ni con el que es mejor que tú.

134. *Falso nomine non gaudendum.*
(No te goces con la falsa reputación.)

Porque es efímera, es pasajera; y no satisface, porque la conciencia protesta.

135. *Amicus, ut non alius.*
(Amigo, como si no tuvieras otro.)

136. *Inimicus, ut non idem.*
(Enemigo, como si no fuera el mismo.)

El amigo de tal manera ha de ser amado, de tal manera ha de ser considerado, de tal manera hase de alternar con él, que no te venga a las mientes que puede hacérsete enemigo. Y al enemigo de tal manera le has de odiar como si algún día debieras serle amigo. Con este aforismo condena Cicerón la sentencia de Biantes Prieneo, a quien siguió Publio Siro en sus aforismos mímicos.

137. *Quod videri vis, esto.*
(Sé lo que quieres parecer.)

No hay camino más fácil. No tienen el mismo valor las cosas forradas y mentidas que las verdaderas y sólidas. Estas tienen gran fuerza, y hay en aquéllas mucha flaqueza.

138. *Oculum in metam.*
(¡Atención a la meta!)

En todos los negocios hay que mirar el fin y el suceso, no sea que lo presente nos lleve a un engaño peligroso.

139. *Nocens metuit pœnam.*
(El culpado teme la pena.)

140. *Innocens nec casum.*
(El inocente, ni el azar.)

El culpado, con el apremio de su conciencia, teme el castigo señalado por las leyes. El inocente, bien afianzado por su conciencia, no recela los azares humanos porque sabe que todo lo lleva consigo; es decir, en su alma y en su virtud, y va en pos de Aquel y pone toda su confianza en Aquel en cuya mano están los azares todos.

141. *Excusanda servitus sub necessitate.*
(Hase de excusar la servidumbre bajo necesidad.)

No digo yo que sea honrosa, como llega a decir Publio, sino que es excusable. Puede aducir un motivo admisible de su servidumbre, porque la necesidad le obligó; pero mucho importa que cada cual se fabrique su propia necesidad.

142. *Ne a pudendo vincaris hoste.*
(¡Guarte que no te venza el enemigo vergonzoso!)

Vergonzosos son los deleites, la lujuria, la codicia, la ira y los vicios restantes.

143. *Turpibus ne servito.*
(No seas esclavo de ninguna torpeza.)

Lo son los vicios, los hombres malos con cuyo trato te empeoras y pareces ser servidor y cómplice de sus maldades.

144. *Amicum inimicum fugito.*
(Huye del amigo hostil.)

A saber: del amigo lisonjero, del amigo disfrazado y de todo aquel que so capa y nombre de amistad odia, menosprecia o envidia. Los hay que aman a sus amigos infelices y les tienen envidia en su felicidad. Y huye con un cuidado especial de los que fingen amor y acechan tu probidad y tu virtud; y de los que, dándote pruebas de familiaridad, te acarrean infamia y mancilla y de los que te exhortan maldades o a ellas te incitan con el estímulo de su ejemplo.

145. *Ne lingua mente celerior.*
(Tu lengua no se adelante a tu juicio.)

Piensa antes lo que has de hablar; velocísimo es el espíritu que se nos dió porque nada le pueda pasar delante, si él quiere: ése debe ser el timón de la lengua.

146. *Bellum cum vitiis.*
(Guerra a los vicios.)

No es a los hombres que se ha de hacer guerra ni contra ellos se ha de hacer alarde de fuerzas y reciedumbre, sino contra los vicios que son nuestro jurados y mortales enemigos.

147. *Divitiæ, injuriæ pignora.*
(Las riquezas son prendas de la injusticia.)

Esta sentencia es de Euquerio de Lión. Con muchos se comete injusticia sólo por arrebatarles las riquezas; son desvalijados por los ladrones furtivos, son despojados por los salteadores de camino real, son asesinados. Contra ellos se atreven los calumniadores; contra ellos se ensañan los jueces y les condenan especialmente en aquellas causas que traen consigo confiscación de bienes, en las cuales los que están más seguros son los que no tienen dónde caer muertos, y que a ningún peligro están más cercanos que los ricos.

148. *Bona, ad benefaciendum.*
(Los bienes, para hacer bien.)

Los bienes así del alma como del cuerpo o exteriores no fueron dados al hombre para perjudicar ni hacer mal. Como su mismo nombre de bienes da a entender, son para hacer bien a sí y a los otros.

149. *Maximæ opes, prodesse.*
(La mayor riqueza es beneficiar.)

Nada más placentero para el que así lo hace; nada más seguro, pues quien a muchos benefició está defendido por muchos.

150. *Thesaurus gratia boni.*
(Tesoro es la graciosidad del bueno.)

Tesoro rico es la graciosidad que el hombre bueno debe por el beneficio.

151. *Quod vides, non diu.*
(Lo que ves, no lo verás mucho tiempo.)

Todo lo que ves con tus ojos mortales no lo verás mucho tiempo, pues la muerte o te lo quitará o te quitará a ti.

152. *Ut verax, ne suspicax.*
(Por ser veraz no se ha de ser suspicaz.)

Este aforismo es de Euquerio. Y.

en efecto, el que es suspicaz fácilmente afirmará lo que no tiene averiguado; mentirá a impulsos de la pasión.

153. *Non dives, ni contemnas.*
(No eres rico si no las menosprecias.)

La sentencia es de Séneca. Nadie usa de sus riquezas como importa, ni percibe de ellas utilidad alguna si de día y de noche anda bebiendo los vientos por acarrear más. Quien las posee como ajenas, éste las goza como propias. Ningún bien alivia el espíritu sino aquel a cuya pérdida está preparado. De ahí aquel aforismo de Publio Siro: *Mira con desprecio lo que puedes perder.*

154. *Expende.*
(Pondera.)

Hase de estimar el peso y el precio de cada una de las cosas, así las que has de decir como las que has de hacer, su comienzo, su progreso, su suceso final.

155. *Sine querela.*
(Sin querella.)

Has de vivir de tal manera que no haya nadie que se queje de ti, o tú no te quejes de nadie, o de la fortuna, ni tú hagas injusticia a otro ni creas que se te la ha hecho a ti. Esto es de Séneca en su tratado de la *Brevedad de la vida.* Hay que acostumbrarse a su propia condición y quejarse de ella lo menos posible y encariñarse con sus ventajas posibles. Ninguna situación hay tan amarga en la cual el alma bien templada no halle algún solaz. *Esta es mi empresa.*

156. *Frenum in lingua.*
(Freno en la lengua.)

A fin de que, suelta, no diga cosa que dañe; por eso se la llama *sin freno.*

157. *Ne bos in lingua.*
(No lleves buey en la lengua.)

Alusión a un proverbio viejo. Buey era el cuño de una moneda del Atica, y a la moneda misma corrientemente se le llamaba buey. De los que callaban con silencio comprado decíase que no podían hablar porque tenían un buey en la lengua. Esto tiene cierta analogía con el caso ocurrido a Demóstenes, que contra su costumbre se estaba muy callado, pues alguien había comprado su mudez; excusándose él que era por causa de una angina, un tercero respondió donosamente: No es angina, es *argentangina.* Quiere decir: Angina de plata.

158. *Accurate cogita immutabilia.*
(Piensa despacio lo que no tendrá enmienda.)

Mucho tienes que reflexionar antes de hacer lo que una vez hecho ya no puede rectificarse; verbigracia: tomar esposa, tomar órdenes sagradas, admitir cargos públicos, declarar una guerra, dar una batalla. Puede dársele otra interpretación, a saber: que debemos pensar espaciosamente en los novísimos, a fin de llevar vida más santa.

159. *Longius, modo tutius.*
(Más largo mientras sea más seguro.)

Refiérese este adagio a la vida. También es aplicable al tiempo, porque no sigamos penosos atajos en granjear erudición o riquezas, u

otras cosas de ese fuste. Augusto acostumbraba decir: *Harto pronto, si harto bien.*

160. *Populo cede, non pare.*
(Cede al pueblo, pero no le obedezcas)

No hay que porfiar con la multitud, que es un monstruo multicéfalo; pero ni tampoco asentir a sus opiniones.

161. *Et pilo sua umbra.*
(Hasta un pelo hace sombra.)

Ninguno es tan despreciable que en su tiempo y lugar no pueda hacer bien, y, desde luego, que no pueda dañar. Por eso no se ha de despreciar a nadie.

162. *Hospes, ne curiosus.*
(¡Huésped, fuera curiosidades!)

En casa ajena, en peregrina ciudad debe cada uno portarse con comedimiento, sin inmiscuirse imprudentemente en sus negocios. Y mucho más nos conviene todavía no conducirnos en este mundo con curiosa impertinencia, pues en él somos huéspedes o, por decirlo mejor, somos desterrados.

163. *Cœde, modo doce.*
(Pega y enseña luego.)

Estas palabras, inspiradas en su gran afición a aprender, díjolas Diógenes a Antístenes, con motivo de haber éste levantado con gesto amenazante el bastón para pegar a su alumno, que era un preguntador impertinente.

164. *Magnum hospitium magni hospitis.*
(A gran huésped, hospedaje grande.)

No puede ser chico el hospedaje que llena un gran huésped. Ni se ha de despreciar este cuerpo, en el cual mora un alma sublime.

165. *Tota vita, dies unus.*
(La vida toda no es más que un día.)

Es de Quintiliano, en su *Matemático*, este aforismo. Si se examinan con diligencia todas las cosas de la vida, ¿qué otra cosa es la vida toda sino un día único? ¿O qué cosa hay en todo el discurso de la vida que no esté comprendida en cualquiera de sus días? Maravilla es que no se acaben de hartar los hombres de cosas que tantas veces se repiten.

166. *Diarii omnes.*
(Todos tenemos la duración de un día.)

Depende del aforismo anterior y se refiere a la brevedad de la vida humana.

167. *Ex usu, non collatione, fortuna.*
(La utilidad, no la comparación, es la medida de la fortuna.)

Si quieres ser rico, no mires cuánto poseen los otros, sino cuáles son tus necesidades.

168. *Majores superbus, minores maestus.*
(Mire a los mayores el soberbio; mire a los menores el triste.)

Para quebrantar la soberbia, mire cada cual a los que son más que él precisamente en el punto que ocasiona su hinchazón; para aliviar la tristeza, ponga el triste los ojos en los más infelices precisamente en la cosa que le pone mohino a él.

169. *Foris Argus, domi talpa.*
(Argos, fuera de casa; y en casa, topo.)

Este dicho va contra aquellos que para todo lo ajeno tienen muchos ojos y son ciegos sistemáticos para lo suyo. El Argos de la mitología tuvo cien ojos y el topo los tiene atrofiados. En Esopo y en Persio léese la fábula de las alforjas, de las cuales, la una cuelga delante del pecho, donde van los vicios ajenos, y la otra, a la espalda o, donde van los propios. Puede decirse también: Tiresias, en casa: fuera de casa, lince.

170. *Ne nimium scrutare.*
(No indagues demasiado.)

Corrobora el dicho anterior. Puede también expresarse de estotra manera: No seas enojoso averiguador.

171. *Certum in incerto.*
(Lo cierto en lo incierto.)

No hay cosa más incierta que la vida; mientras ella dure, hemos de acarrear la virtud, que es la posesión más segura. Debemos poner los ojos en aquella otra que no tiene fin. Hemos de pensar en la muerte, que es la cosa más cierta, y abandonar las huecas e inciertas esperanzas y ansiedades, no sea que por culpa de ellas, como dice Manilio, mientras buscamos la vida nunca predemos con ella.

172. *Voluptates, specta abeuntes.*
(A los deleites, míralos cuando vuelven grupa.)

Cuando los placeres llegan, deleitan, y por ello se los considera hermosos y placenteros; mas cuando se retiran, demuestran su torpeza y su fealdad. Esta verdad pudiera también expresarse así: *En el placer, la espalda, no la cara.* O así: *El colodrillo, no la frente.* De esta manera verás su deformidad y el remordimiento que dejan. Y así, los ojearás y los detestarás.

173. *Voluptas, malorum esca.*
(El placer es el cebo de los males.)

Sentencia es ésta de Platón: *El malo envíscase en el placer; el bueno, en el consejo.* Para el bueno, Dios es la ley; para el malo, el deleite.

174. *Falle vivens sed non te.*
(Engaña mientras vives, pero no a ti.)

Aforismo viejo. Créese que lo formuló Epicuro, de quien dicen Plutarco y Horacio: *No infelizmente vivió quien nació en la oscuridad y en la oscuridad murió.* Con todo, hase de añadir: Que nadie se ignore a sí mismo, aunque le ignoren los otros.

175. *Non refert qua, sed quo.*
(No importa el por dónde, sino el adónde.)

No tiene importancia alguna el lugar por donde pases en la peregrinación de esta vida, sino el sitio a donde llegas. En todo lugar, en toda fortuna se puede obrar con rectitud y llegar al término que pretendemos.

176. *Scopulus in undis.*
(Escollo en las ondas.)

A fin de que tenga nuestro espíritu tanta firmeza que no la puedan sacudir las olas ni el oleaje proceloso de los vaivenes humanos, de-

be siempre mantenerse inmóvil y por encima de la fortuna.

177. *Miserrimum pendere.*
(La mayor miseria, estar colgado.)

Miseria muy grande es oscilar entre el miedo y la esperanza.

178. *Ne bis puer.*
(Niño, pero no dos veces.)

Es proverbio viejo: Los ancianos son dos veces niños. Sí, son niños dos veces los ancianos que sufren desvarío o demencia. Avísanos que en edad avanzada no vivamos como niños o tengamos entendimiento de niños.

179. *Ne laborem citra præmium.*
(El trabajo no vaya más allá del premio.)

180. *Ne laborem, laboris præmium.*
(El trabajo no sea premio del trabajo.)

Del trabajo en cosas del mundo, o bien es nulo el premio, o bien es vanidad u otro trabajo, más honesto si quieres, pero más molesto, como los que truecan unas dignidades por otras dignidades. Así exclama Hércules en la tragedia famosa: *El fin de un mal es un escalón del otro.* Mientras el primero de estos trabajos es el tormento perdurable, como dice San Pablo: *La paga del pecado es la muerte*

181. *Pertuso dolio nihil infundas.*
(En tinaja horadada no derrames ningún líquido.)

Alusión a la tinaja de las Danaides en las infiernos, como cuenta la mitología. Tiene hartas aplicaciones a la vida práctica, a saber: que no des nada al pródigo y al manirroto; que no confíes secreto alguno a ninguna oreja rajada y parlera; no te hagas siervo de las pasiones; no obedezcas a los deleites; no te acostumbres a ser liberal con los que no están hartos nunca.

182. *Turpe, gigantem in nano.*
(Es cosa fea que haya un gigante en un enano.)

En cuerpo tan chico como es el que la Naturaleza dió a los hombres y tan frágil y tan flaco, es cosa sumamente fea que se albergue un tan fiero y soberbio espíritu, que con su necedad y con su altanería se engríe hasta el cielo.

183. *Difficilis gloriæ custodia.*
(La difícil conservación de la gloria.)

¡Cuántas penalidades ha de soportar el ambicioso de gloria para acarrear y para conservar lo acarreado! Mayor es esta servidumbre que la de los que ejecutan en las minas trabajos forzados, puesto que la gloria, si no está fundada en los cimientos de la virtud, es fugacísima.

184. *Malus potentiæ custos, metus.*
(Mal guardián del poder es el miedo.)

Quebradiza es la opulencia. Muchos la temen y, por ende, la odian. Es sentencia de casi todos los sabios que explana Cicerón en su tratado *De los deberes.*

185. *Nescis quid vesper serus vehat.*
(No sabes lo que te trae el véspero tardío.)

Lo futuro es de lo más incierto. Nadie debe confiar demasiado ni

tampoco desesperar. Es dicho de Varrón, que lo puso por inscripción en alguna de sus sátiras. Viene a decir esto mismo este modismo gráfico: *Entre la boca y el bocado.*

186. *Faciem ne aperias.*
(No descubras tu rostro.)

Velado está el rostro humano de vergüenza; este solo velo le dejó la Naturaleza; no se le ha de despojar, pues, de tan recatada cobertura, porque no hay cosa más detestable que la cara dura.

187. *Manum per frontem ne ducito.*
(No pases la mano por la frente.)

Aludí a aquello: *Fregaos la frente, o la cara, o el semblante.* Dícese de aquellos que expulsan lejos de sí el pudor.

188. *Splendor summus non intuendus.*
(No se ha de mirar de hito en hito la soberana Lumbre.)

El sol, si lo miras de fijo, daña los ojos y aun ciega a veces. Así, si presumes contemplar el fulgor de la divinidad, perderás los ojos del alma: *Quien escudriña la majestad* —dice el Sabio— *será agobiado por la gloria.* No cabe en la estrechez de la mente humana una cosa tan sublime y anchurosa: *No me verá el hombre y vivirá,* dice Dios. Misterio adorable es ése, no investigable.

189. *Linguas ne præcide sed cane.*
(No cortes lenguas, pero guárdate de ellas.)

No se ha de quitar la libertad a los hombres, pues como dice Augusto: *Está bien que en las ciudades libres sean las lenguas libres.* Pero has de vivir de tal manera, que los hombres no han de sentir la tentación de ejercer contra ti su libertad.

190. *Ora virtute obtura non metu.*
(Cierra las bocas con la virtud, no con el miedo.)

Tiene la misma aplicación práctica. No ha de cerrar las bocas el miedo, que es un cerrojo harto endeble y frágil. Obrando bien conseguirás que nadie sienta mal de ti y, por tanto, que no lo diga.

191. *Cogitatus liber.*
(El pensamiento es libre.)

Nadie puede impedir que uno piense lo que quiera.

192. *Cogitatus quis coget? Vis veritatis.*
(¿Quién coaccionará el pensamiento? La fuerza de la verdad.)

Es ella tal que quita todas las sospechas y es tanta que espontáneamente se insinúa en el entendimiento de los hombres y consigue que nadie ya sea libre de pensar de otra manera, ni muchas veces tampoco lo puede. Por esto hay que proceder con rectitud, pues no de otra manera lograremos que todos sientan bien de nosotros.

193. *Homo homini par.*
(El hombre es igual al hombre.)

Que ningún hombre se encarame encima de ningún otro hombre, ni le menosprecie, ni le mire con altanería, ni se prefiera a otro, puesto que todos fuimos enviados a esta vida por Dios, nuestro Padre común, y creados por el mismo dere-

cho. También con palabras de Séneca se puede decir: *El gobierno a Dios, el consorcio al hombre.*

194. *Suavissimus post laborem fructus.*
(Suavísimo es el fruto del trabajo.)

Así, por fin, es deleitoso gozar de ese fruto cuando esa satisfacción fué por el trabajo conseguida, por manera que el gozo presente alivia la molestia pasada. Vulgar es aquel proverbio: *Sabe a mieles lo que con el trabajo se ganó.*

195. *Animo corpus fulciendum.*
(El cuerpo ha de ser sostenido por el alma.)

No hay que rendirse a la pesadumbre de las obras honestas, y cuando las fuerzas físicas desfallecieren, el refuerzo del alma sea tan grande que sostenga el cuerpo en su desmayo y su caída. Es de Séneca, en su libro *De la vida bienaventurada.*

196. *Nocens, se judice, numquam absolvitur.*
(Al malo, su propio juicio no le absuelve nunca.)

Pues siempre le acusa y le condena su conciencia. Dice Juvenal: *Todo mal que se comete desagrada a su propio autor; ésta es la primera venganza, a saber: que ningún malo se absuelve a sí mismo, siendo de sí mismo juez.* De esta materia habla Cicerón *Contra Pisón* y *En favor de Roscio Amerino*, y Séneca, en muchos lugares de sus obras. En Quintiliano figura como proverbio esta expresión: *La conciencia vale por mil testigos.*

197. *Ebrietas nec madida nec sicca.*
(La embriaguez, ni húmeda ni seca.)

Es húmeda la embriaguez ocasionada por el vino o la cerveza; es seca, cuando la produce alguna pasión inmoderada, cuando ésta consiguió adormecer toda la fuerza de la mente y del juicio, como la ira, la alegría, el miedo, la insolencia por los buenos sucesos de la fortuna, la arrogancia, los placeres y todo linaje de deleites, embriaguez que los griegos llaman *aoinon*, avínica. De entrambas hay que guardarse; entrambas sacan al hombre de sí mismo y le quitan el dominio de sí.

198. *Potentiorem, in te ne admittito.*
(No admitas contra ti a quien puede más que tú.)

El que llaman los filósofos hábito vicioso es un tirano violentísimo que ha ocupado el alma. Por eso hay que trabajar con vivo empeño para que ese intruso no tome bríos dentro de nosotros. Ya no seremos nuestros si le admitimos a él. Esto mismo ha de decirse de muchas perturbaciones anímicas, como la ira, como la avaricia; pero de una manera especial, de la pasión del juego, el amor y la sensualidad.

199. *Precibus emptum, carum.*
(Lo comprado con súplicas es caro.)

Es un dicho corriente. Cicerón: *Prefiero comprar que pedir.* Lo mismo dice Apuleyo en sus *Floridas*: *Precio costoso son los ruegos, pues a ellos únese el empacho.* Así, pues, arréglate de modo que necesites de poco para que tengas que pedir poco. Y si el rogado fueras tú, persuá-

dete haber recibido gran precio por el hecho de ser rogado y no te muestres difícil a la petición.

200. *Quiesce, nihil acturus.*
(Descansa por no hacer nada.)

Es aforismo de Atilio, citado por Plinio Nocovomiense: Más vale estar ocioso que no hacer nada. No hacer nada es ocuparse en cosa inútil o sin resultado; más vale dar paz a la mano que trabajar en esa hacienda.

201. *Ingenium inexcercitatum, torpidum.*
(Ingenio sin ejercitar es pura torpeza.)

Decía Catón que el ingenio del hombre era semejante al hierro, que con el uso cobra lustre y en la inacción el orín le ataca y le corroe. Hay que ejercitar el ingenio a la continua (pues el ocio es el más fértil semillero de vicios), pero en alguna obra honesta y bella; verbigracia: el estudio o la virtud, pues no es ejercitarlo, sino corromperlo, ejercitarlo en cosas malas o torpes, Esto viene a decir el símbolo siguiente:

202. *Ingenium situ pereat, non sentibus.*
(Perezca el ingenio por inacción, no por espinosa vegetación.)

Más vale vivir en ocio que ocuparse en depravados ejercicios.

203. *Nullus sine linea dies.*
(Ningún día sin trazar línea.)

De un aforismo viejo y la costumbre del pintor Apeles de Coos, quien desplegó tal inteligencia en su arte que no pasaba día alguno, por más ocupado que estuviese en otras cosas, que no trazase con su pincel alguna línea. Antiguamente, el sumo primor del arte consistía en tirar líneas delgadísimas. Este símbolo nos avisa que no debe pasar día ninguno sin que hagamos algo digno de nuestra condición humana, alguna obra de ingenio tocante o a la erudición, o a la prudencia, o a la probidad, o a la piedad. Tal dicen que fué la costumbre de Catón *el Censor*. Mas aquellos que se ganan la vida con otras artes, también pueden todos los días, en su respectiva ocupación, ejercitarse en alguna labor útil.

204. *Calumniæ morsum remedium nullum.*
(No hay remedio para la mordedura de la calumnia.)

Puede afirmarse que no existe mal tan grande para el cual la Naturaleza no haya deparado algún remedio, cuando menos con la fuga. Empero, la calumnia muerde a hurto, y antes que se sienta ha matado ya.

205. *Benevoli multi, consilarii pauci.*
(Bien queridos, muchos; consejeros, pocos.)

De Salomón: Quieras y haz bien a muchos, pero no confíes tus secretos a quienquiera ni a quienquiera consultes; elige en quien puedas depositarlos con seguridad y valerte de su consejo con fruto.

206. *Justitia, gratuita.*
(La justicia, de balde.)

De Cicerón, en su primer libro *De las leyes*: No hay cosa más injusta que buscar el premio de la

justicia, y quien por la paga es bueno, también será malo por la paga.

207. *Misericordia venalis, crudelis.*

(Cruel es la misericordia que se vende.)

Es crueldad obligar a quien de tal manera sufrió quebranto que necesitó misericordia, a pagar algo para su alivio. Es acerba y sin entrañas el alma a quien no impresiona y vence la calamidad de un hombre, sino su propio interés.

208. *Bonorum rector, malorum victor.*

(Quien gobierna a buenos es vencedor de malos.)

De Séneca, en su carta octogésima quinta: En la prosperidad se ha de gobernar, en la adversidad se ha de luchar. La próspera fortuna debe gobernarse con habilidad, con consejo, con prudencia, con ingenio. La fortuna airada hásela de rechazar con grandes bríos y superarla y hollarla con espíritu invencible.

209. *Quod invenisse pigeat, ne quæras.*

(No busques lo que te pesará de haber encontrado.)

Mejor es ignorarlo; verbigracia: una infamia doméstica, triste revelación del oráculo, la cual, si se propala, no hace más que atormentar el corazón a la continua.

210. *Tantum scis, quantum operaris.*

(Tanto sabes cuanto obras.)

Dicen que esta expresión era frecuente en labios de San Francisco. Y, con efecto, así es. Con mayor verdad sabe el varón bueno e indocto qué cosa es la virtud, que el hombre malo y docto. Y en la vida interior, el espíritu de Cristo se manifiesta copiosísimamente a las almas piadosas. ¿De qué le aprovecha al malo su ciencia? Es que en realidad no tiene ciencia, aunque discurra agudamente, pues en el pecado siempre hay ceguera. ¿Acaso no sabe mejor lo que es pintura el que trata de pintura con impericia, pero pinta con primor, que quien trata de ella con mucha doctrina teórica, pero no sabe tirar una línea ni combinar los colores?

211. *Persona publica, privatam depone.*

(Si eres hombre público, abandona el privado.)

Aquel en quien se delega una magistratura, un mando o un principado, ese tal sepa que ya no ha de buscar sus particulares provechos, sino los del pueblo que preside. De esta manera, su gestión política será ejemplar; y lo hiciere al revés, será un tirano. En las puertas de las curias debiera ponerse en trazos bien legibles esta sentencia que es un aviso a los magistrados y consejeros: Entrando acá, deja a la puerta al hombre privado y asume el hombre público.

212. *Parvo fames constat, magno fastidium.*

(El hambre es barata; lo que resulta caro es el hastío.)

La naturaleza se contenta con poco; el hambre se aplaca y se quita con poca comida; las mesas opíparas ocasionan hastío y enfermedades.

213. *Unum est necessarium.*
(Una sola cosa es necesaria.)

Palabras son éstas de Jesucristo, Salvador nuestro, para avivar el fervor de la piedad y disminuir la solicitud de las cosas perecederas: la procuración de la comida y de la bebida y del gobierno doméstico, en la cual Marta andaba metida, es cosa ciertamente útil al hombre, a su debido tiempo; pero sentarse a los pies de Jesús y beber su palabra con pureza de alma, que era el oficio de Magdalena, es lo necesario, en definitiva, y que no le será quitado jamás por jamás. Cuando hubieres apurado todos los recursos del ingenio, todo lo que lo adorna y lo decora, todo lo que compone y adereza el cuerpo, todas las comodidades exteriores, entenderás que sola esta cosa es necesaria.

214. *Mente Deo defixus.*
(Con tu mente clavada en Dios.)

Este será el último de los símbolos, puesto aquí con agüero tan feliz, como aquel primero que pusimos: *Scopus vitæ Christus.* El es el principio; El es el fin. De El parten todas las cosas; todas las cosas tienden a El. En El es menester que nos ahinquemos si queremos ser felices, no con otro clavo que el de nuestra mente. Muchos otros símbolos y empresas pueden sacarse de Platón, de Cicerón, de Séneca, de Horacio, pero, singularmente, de las Sagradas Letras, manantial tan copioso como puro. En los autores cristianos hállanse tantos proverbios, metáforas, alegorías, apólogos también y anécdotas, que pueden proporcionárnoslos en número muy grande. Y aun a los que yo puse aquí se les puede cambiar y darles otro giro, y de los escolios sacar otros y otros. Por ello no puse los que andan en boca de todos: *Conócete a ti mismo; De nada, demasiado; Promete, La suerte está echada,* que dícense ser los tres oráculos de Apolo, y *La mitad es más que el todo,* que es de Hesíodo, y el *Sosténte y abstente,* que es de Epicteto. Los que puse bastarán, bien para la abundancia de las sentencias, que casi todas están en ellos incluídas, sino como demostración de que pueden formularse una infinidad.

FIN DE LA
«ESCOLTA DEL ALMA»

INTRODUCCION A LA SABIDURIA

(INTRODUCTIO AD SAPIENTIAM)

(1524)

I

La verdadera sabiduría consiste en juzgar de las cosas con criterio no estragado, estimando a cada una de ellas por su valor real; no yendo en pos de lo vil como si fuera precioso, ni desechando lo precioso como si fuera vil, ni vituperando lo que fuere loable, ni loando lo que fuere merecedor de vituperio.

II

No hay error en el entendimiento humano ni vicio en el pecho humano que no nazca de aquí, ni hay cosa en toda la vida que acarree mayor destrucción que aquel torcimiento del juicio que no da a cada uno de los objetos su precio verdadero y justo.

III

Por causa de esto, perniciosas son las opiniones del vulgo que juzga de las cosas con desvarío muy grande.

IV

Verdaderamente el pueblo es el gran maestro del error.

V

En ninguna otra cosa debiéramos poner mayor empeño que en apartar y rescatar al amigo de la sabiduría del sentir de la masa.

VI

Lo primero, comience por serle sospechoso todo aquello que con consentimiento grande aprueba el vulgo multitudinario si no lo redujere al fiel contraste de aquellos que todo lo miden por el rasero de la virtud.

VII

Acostúmbrese cada uno desde niño a formarse de las cosas opiniones verdaderas, las cuales irán creciendo al paso de la edad.

VIII

Aficiónese a todo lo que fuere recto y huya de lo que fuere torcido. Esta costumbre en el bien hacer se le trocará casi en naturaleza, por manera que no podrá hacer mal si ya no fuere forzado y como traído al redopelo.

IX

Hase de tomar la más excelente manera de vivir; la habituación la tornará sabrosa en grado sumo.

X

El discurso de la vida toda depende de la crianza que se recibió en la mocedad.

XI

En esta carrera de la sabiduría el primer paso es aquel dicho tan trillado y tan celebrado de los antiguos: «Conocerse cada uno a sí mismo.»

DIVISIÓN DE LAS COSAS HUMANAS

XII

El hombre está compuesto de cuerpo y alma. El cuerpo tenémoslo de la tierra y de estos elementos que vemos y tocamos, semejante a los cuerpos de las bestias.

XIII

El alma, dádiva del Cielo, semejante a los ángeles y a Dios mismo; por ella se juzga al hombre; ella sola debiera llamarse hombre, como plugo a los más grandes varones de la antigüedad.

XIV

En el cuerpo hay hermosura, salud, fuerza, entereza, robustez, agilidad, deleite, y están también sus contrarios, fealdad, enfermedad, manquedad, morosidad, dolor y otros daños y otros provechos corporales.

XV

En el alma hay doctrina y virtud, y asimismo coexisten en ella sus contrarios: ignorancia y vicio.

XVI

Fuera del hombre están las riquezas, el poder, la nobleza, la honra, la dignidad, el favor, y fuera del hombre están también sus contrarios: la pobreza, la necesidad, el menguado linaje, el bajo estado, la deshonra, la vida oscura, la odiosidad.

NATURALEZA Y PRECIO DE LAS COSAS

XVII

La reina y señora principal de todas las cosas es la virtud, a cuyo servicio tiene que estar todo lo demás, si quisiere cumplir con su obligación.

XVIII

Doy el nombre de virtud a la piedad para con Dios y con los hombres; al acatamiento de Dios, al amor de los hombres, que anda identificado con la voluntad de hacer bien.

XIX

Todas las cosas restantes, si las refiriere el hombre a la virtud, jamás parecerán malas.

XX

Los que primero introdujeron el nombre de bienes, no sintieron de ellos lo que ahora siente el vulgo, el cual, corrompiendo los verdaderos y naturales significados, ha vuelto al revés la estimación de las cosas.

XXI

Conforme a esto debemos entender estos bienes en el sentido que se conceptúan bienes. No son riquezas las piedras preciosas, ni los valiosos metales, ni los magníficos edificios, ni el ajuar costoso. Riqueza será no carecer de lo que es preciso para amparo y defensa de la vida.

XXII

Gloria no es otra cosa sino el renombre de mucha virtud.

XXIII

Honor es el acatamiento prestado a la virtud excepcional.

XXIV

Influencia es el favor conquistado por la amabilidad de la virtud.

XXV

Dignidad es, o bien la buena opinión que tienen los hombres, granjeada en justicia por la virtud, o cierto decoro que asoma al exterior de la virtud, que vive recatada en la más entrañable intimidad.

XXVI

Poder y reinar es tener a muchos, por cuyo bien mires recta y desinteresadamente.

XXVII

Nobleza es ser conocido por hechos honoríficos, y para el hijo de buenos, es mostrarse semejante y digno de sus padres.

XXVIII

Generoso es el que de suyo está ejemplarmente dispuesto para la virtud.

XXIX

Salud es una disposición del cuerpo tal que el alma esté sana.

XXX

Hermosura es tener tales líneas del cuerpo que sean expresión de la belleza del alma.

XXXI

Fuerzas y valentía son estar suficientemente dotado para los ejercicios de virtud por no ser presa fácil de la fatiga.

XXXII

Deleite es el goce puro, firme, duradero, cual es el que se toma de sólo aquellas cosas que tocan y atañen al alma.

XXXIII

Si alguno considerare y examinare todo esto de diferente manera, a saber, como lo entiende la plebe, hallará que es vano y dañoso. Primeramente, todas las cosas exteriores se refieren, ora al cuerpo, ora al alma, como las riquezas para defender la vida y la honra para juzgar de la virtud.

XXXIV

El cuerpo no es otra cosa sino un velo del alma, o, mejor dicho, es un esclavo suyo al cual la naturaleza, la razón y el mismo bien parecer imponen la sujeción con respeto a ella, bien así como lo inanimado se subordina a lo animado y lo mortal se subordina a lo inmortal, y lo terreno se subordina a lo divino.

XXXV

Para eso se acarrea el saber en el alma, para que más fácilmente huyamos del vicio, luego de haberlo conocido, y con mayor facilidad luego de haberla conocido vayamos a los alcances y consigamos y practiquemos la virtud. Si así no fuere, todo saber huelga.

XXXVI

¿Qué otra cosa es la vida sino una cierta peregrinación, por todos lados cercada de desastres y combatida de mil fortunas, a la cual, en cada momento, está aparejado el fin y éste puede sobrevenir a cualquier hora por causas muy livianas?

XXXVII

Y siendo esto así, es la mayor de las locuras que por codicia de vida tan incierta hagamos cosa fea o mala; como si por ti fuera verdad averiguada, que luego de haberla hecho tuvieras que vivir más largamente.

XXXVIII

En esta vida, como en una jornada, cuanto más ahorrado y desembarazado de hato anduviere cada uno, tanto más expeditamente y con mayor placer irá haciendo su vía.

XXXIX

Fuera de esto, la naturaleza y constitución de nuestro cuerpo es tal, que se satisface y contenta de tan pocas cosas, que si alguno más de asiento y más de cerca lo considerare, tendría, sin duda, por locos a los que con tanto afán y agonía allegan tantas cosas, siendo así que son menester tan pocas.

XL

Agudamente, quienquiera que él fuese, definió las riquezas aquel que dijo que eran largo viático para una jornada breve.

XLI

Porque las riquezas, posesiones, vestidos, solamente se han de adquirir para su uso, y no ayudan, precisamente, a su uso, sino que lo estorban todas las demasías como a la chica nave la gran carga.

XLII

Ni el mismo oro, como no se haga uso de él, difiere del cieno, sino en cuanto su custodia ocasiona más angustias, y hace que mientras estás exclusivamente atento a él descuidas aquello otro a que has de proveer principalmente.

XLIII

Es el dinero servidumbre de ídolos, porque a él se le pospone lo que por su naturaleza es lo primero y más grande, a saber: la piedad y la santidad.

XLIV

Dejo aparte cuántos lazos y celadas están al acecho de las riquezas.

por cuántos y cuán diferentes casos se pierden y a cuán diferentes vicios nos empujan.

XLV

Los lucidos atavíos, ¿qué otra cosa son sino instrumentos y aparejos de soberbia?

XLVI

La necesidad, excogitó el vestido útil; el lujo, imaginó el vestido precioso; la vanidad, inventó el vestido galano.

XLVII

Originóse una porfía en el vestir, que nos enseñó muchas cosas sobradas y dañosas, por querer los hombres ganar honra de aquello mismo que arguye su flaqueza.

XLVIII

Y, así, una parte de las riquezas, como son los suntuosos edificios, el ajuar numeroso y curioso, las perlas, el oro, la plata y todo género de galas y arreos se allegan y se exponen más para contentar la vista de los que los miran, que para el uso y comodidad de los que los poseen.

XLIX

Y la nobleza, ¿qué otra cosa es sino un albur del nacimiento y una opinión inspirada en la necedad del pueblo? Vemos hartas veces que esta nobleza se adquiere con robos.

L

La firme y auténtica nobleza nace de la virtud.

LI

Y locura es gloriarte de haber tenido un padre bueno, siendo tú malo y con tus ruines obras poner desdoro y mancilla en la nobleza de tu linaje.

LII

Es indudable que todos estamos compuestos de unos mismos elementos y Dios es el padre de todos.

LIII

Tener en poco aprecio la cuna donde se ha nacido es un callado reproche de Dios, única causa y verdadero autor de nuestro nacimiento.

LIV

El poder, ¿qué otra cosa es sino una galana pesadumbre? Si supieran todos y cada uno cuántas molestias y cuántas congojas trae consigo el poder; qué mar de amargura es tan grande y tan vasto, no hubiera hombre tan ambicioso que no huyese de él como de una pesada desventura, y, según dijo aquel rey de la antigüedad, aunque hallase en el suelo la corona no la alzaría.

LV

¡Cuánta odiosidad acarrea gobernar a gente ruin! ¡Y cuánta mayor si el ruin eres tú!

LVI

El honor, si no nace de la virtud, es depravado y perverso, y no puede contentar, en realidad, a aquel a quien acusa su propia conciencia; y si nace de la virtud, la misma virtud que le granjeó le menosprecia. Otramente, no será virtud si hace

algo por codicia del honor. El honor debe ir en pos de ella, no anticiparse y ganarla por la mano.

LVII

¿Quién podrá a boca llena dar a las llamadas dignidades ese nombre si van a parar en sujetos indignísimos, que las buscaron con astucia, con engaño, con soborno, con cohecho y otros pésimos procedimientos?

LVIII

Y con mayor razón si se las confiere aquella Bestia de mil cabezas que ninguna cosa hace con juicio.

LIX

Y la gloria, ¿qué otra cosa es sino, como dijo un sabio, un vano ruido e hinchazón de las orejas?

LX

De la gloria, como asimismo de la honra y de la dignidad, ninguna parte toca a aquel que las posee: son inciertas, vagas, injustas, que de presto ligeramente vuelan y se pasan, semejantes al padre que las engendró; quiero decir al vulgo multitudinario, el cual, en un mismo día, a un hombre le ensalza hasta las nubes y antes que anochezca le derriba y le hunde en el abismo.

LXI

Y así vemos por experiencia que la honra huye con pies veloces del que la sigue con ardor y se abandona en brazos del que la desprecia. Esta también es la condición del vulgo.

LXII

¿Qué diré sino que estas honras y favores que los hombres tanto procuran y estiman nacen de cosas de burlas, en parte necias, en parte malvadas, como de jugar a la pelota, de malgastar el patrimonio en comeres y en beberes, en truhanes, en farsantes y, principalmente, nacen de la guerra, es decir, de un impune latrocinio, porque conozcas mejor la locura del vulgo?

LXIII

Recoja cada uno su pensamiento dentro de sí y considere a solas todo esto y hallará cuán poco le toca de la fama, de los rumores, del acatamiento, de la honra del pueblo de la cual se precia.

LXIV

A la hora del sueño o estando en la soledad, ¿qué diferencia va entre el más empinado rey y el esclavo más abatido?

LXV

En conclusión, convénzase cada uno que la nobleza, los honores, el poder, nacieron y son una supervivencia de una primitiva y torcida persuasión que Cristo borra de los ánimos de aquellos hombres que son verdaderamente suyos, sembrada entre los cristianos a manera de neguilla por nuestro mortal enemigo el diablo, en los buenos panes de Dios.

LXVI

En nuestro mismo cuerpo, ¿qué es la hermosura sino un buen lustre en un cuero superficial? Si nuestra

vista calase más adentro, ¿cuánta suciedad no se vería aun en el cuerpo más hermoso?

LXVII

No es otra cosa el más lindo cuerpo, sino un sucio muladar cubierto con un velo blanco y rosado.

LXVIII

La buena traza y la hermosa figura del cuerpo, ¿de qué sirven si el ánimo está estragado, y es, como dijo el filósofo griego: *En vistosa posada huésped feo?*

LXIX

Y las fuerzas muchas y crecidas, ¿qué aprovechan en el hombre si las cosas grandes y dignas del hombre no se hacen con las fuerzas físicas, sino con las del entendimiento?

LXX

Ni sus fuerzas por aumentadas que fueren no serán mayores que las del toro o del elefante; es por la razón, por el ingenio, por la virtud por lo que les llevamos ventaja.

LXXI

Dejo de decir que la hermosura, la fuerza, la ligereza y otras gracias y dotes del cuerpo, como flores, muy presto se marchitan y por pequeños desmanes se pasan; una insignificante calenturilla casca al más recio de los hombres y por más apuesto que sea le deshace.

LXXII

Y dado que ninguna de estas cosas sucediere, fuerza es que todas aquellas ventajas se debiliten y destruyan con la edad, que no puede ser duradera.

LXXIII

No hay, pues, nadie que con justo título pueda decir que es suyo nada de lo que está fuera de él, pues tan fácilmente muda de dueño; ni menos podrá llamar suyas las gracias del cuerpo que con tan rápidas alas se alejan de nosotros.

LXXIV

¿Qué diré sino que estas cosas, detrás de las cuales tanta gente anda embebecida, son conocidamente causa de vicios muy grandes, a saber: presunción, soberbia, flojedad, braveza, malquerencia, envidia, enemistades, riñas, guerras, matanzas, estragos y toda suerte de fieros males?

LXXV

El deleite del cuerpo como el mismo cuerpo es vil y bestial, y de él más veces y con mayor intensidad y duración mayor gozan los irracionales que los mismos hombres.

LXXVI

De este mismo deleite sensual, origínanse muchas enfermedades en el cuerpo y sobrevienen a la hacienda graves daños, fuera de que trae hastío al alma y torpedad al entendimiento, que con los regalos de la carne se casca y extenúa. Y, en fin de cuentas, acarrea el desgobierno de sí mismo y la inquina de todas las virtudes.

LXXVII

Ni es lícito gozar de él sino a hurto, porque, como desdice de la

nobleza de nuestra alma, no hay en el mundo hombre tan perdido que no tenga vergüenza de tomarle delante de testigos; trae consigo afrenta y así busca oscuridad y escondrijos.

LXXVIII

¿Y qué más, sino que también es fugacísimo y momentáneo y no hay fuerza que baste a detenerlo y que jamás viene puro ni sin alguna mezcla de desabrimiento?

LXXIX

Desechando, pues, las apreciaciones del vulgo, ten por el mayor de los males no la pobreza o el ruin linaje, ni la cárcel, ni la desnudez, ni la ignominia, ni la deformidad física, ni la enfermedad, ni la flaqueza, sino los vicios y sus anejos, la ignorancia, la tontez y la locura.

LXXX

Persuádete que el mayor de los bienes son sus contrarios, a saber: las virtudes y lo que linda con las virtudes; verbigracia: la ilustración, la agudeza del ingenio, la sanidad del entendimiento.

LXXXI

Todo lo demás que hay en el cuerpo o fuera de él, caso que lo tengas te aprovechará si lo refirieres a la virtud, y te hará gran daño si lo refirieres a los vicios; empero, no teniéndolo por amor de Dios, guárdate de procurarlo, aunque sea con la más pequeña pérdida de la virtud. Ello equivaldría a comprar con mucho oro un pellizco de barro o, por mejor decir, sería trocar salud por enfermedad.

LXXXII

No hay en el mundo mayor ganancia para el alma que la que significa atesorar bondad, ni para el cuerpo mayor lucro que saber acomodarse a cualesquiera circunstancias.

LXXXIII

La buena fama, aun cuando nada hayas de hacer porque aparezca y se demuestre, con todo debe conservarse en toda su entereza; hartas veces este cuidado nos refrena de muchas cosas feas; pero su fruto principal e inmediato es la edificación ajena.

LXXXIV

De ahí aquel aforismo de sabios y santos varones: *No se ha de hacer mal ni cosa que lo parezca.*

LXXXV

Y si no pudiéremos alcanzar esto, contentémonos con nuestra conciencia; y cuando estuviere tan estragado el sentido moral de los hombres que juzguen por muy malo precisamente aquello que es lo mejor, entonces todo nuestro afán debe consistir en que así nuestras obras como nuestros más secretos pensamientos merezcan la aprobación de Dios. Y esto nos basta y nos sobra.

LXXXVI

Aun los mismos males que llaman del cuerpo o de la fortuna podrás trocarlos en bienes si los llevares con paciencia y estuvieres tanto más dispuesto para la virtud y, por ende, más ágil cuanto menores fueren sus resultados.

LXXXVII

Hartas veces de los daños corporales o exteriores recibieron las virtudes pingües acrecentamientos.

DEL CUERPO

LXXXVIII

Y porque en esta nuestra peregrinación traemos el alma encerrada en el cuerpo y tesoros cuantiosos en vasos de barro, no hemos de repudiar y desdeñar el cuerpo sistemáticamente.

LXXXIX

Con todo, el cuidado que de él hemos de tener debe ser tal que no se alce a mayores y se tenga por señor, ni aun hemos de permitir que se considere consocio, sino que se ha de sentir esclavo y que si come y bebe y vive no es para sí, sino para otro.

XC

Cuanto más cuidado se tiene del cuerpo, tanto mayor es el descuido del alma. Cuanto con mayor blandura se trata al cuerpo, con tanta mayor insolencia se rebela contra el alma, como el caballo a quien se trata regaladamente echa de sí al que le cabalga.

XCI

La excesiva pesadumbre del cuerpo agobia el alma. La agudeza del ingenio se embota con la grosura corporal. El comer, el dormir, el ejercicio físico, todo el tratamiento que al cuerpo se diere debe enderezarse a la salud, no al placer ni al regalo, para que sirva al alma con presteza y ni se insolente por culto demasiado ni decaiga por falta de fuerzas.

XCII

No hay cosa que igualmente debilite el vigor del entendimiento y casque la robustez y la reciedumbre del cuerpo como el placer; porque todas las fuerzas así del alma como del cuerpo, con el ejercicio y trabajo se sustentan y languidecen con el ocio y la molicie del placer.

XCIII

La limpieza del cuerpo y del mantenimiento sin regalos ni exquisiteces contribuye mucho a la salud y al ingenio.

XCIV

Luego al punto lavarás manos y cara con agua fresca y las secarás con un paño limpio.

XCV

Limpiarás con frecuencia aquellas partes por las cuales las superfluidades del cuerpo hallan camino y desagüe.

XCVI

Estas son la cabeza, las orejas, los ojos, la nariz, las manos, los sobacos y las partes vergonzosas.

XCVII

Los pies estén limpios y calientes.

XCVIII

Guárdense del frío todas las partes del cuerpo y, principalmente, la cerviz.

XCIX

No comas luego de haberte levantado de la cama ni antes del almuerzo si no fuere muy ligeramente.

C

El almuerzo se da al cuerpo para sosegar y tonificar el estómago, pero no para ahitarlo

CI

Para esto bastan tres o cuatro bocados sin beber nada o muy poco y muy templado, lo cual no es menos provechoso al cuerpo que al ingenio.

CII

En la comida y en la cena acostúmbrate a no comer sino una sola vianda y ella simplicísima y la más saludable que permitan tus posibilidades, y esto aun cuando se presenten muchos manjares a la mesa; si fuere la tuya, no lo consientas.

CIII

La variedad de los manjares es pestilencial al hombre y más pestilencial la de los guisados.

CIV

La limpia y pura medianía conviene a los ánimos templados y castos, conserva la hacienda y ella sola basta a darnos a entender que no tenemos necesidad de muchas cosas y que no nos metemos en pésimos negocios por afán de un lucro para complacer con lujos y exquisiteces a la gula irritada o con manjares delicados y finos.

CV

Demás de esto, la templanza hace no sólo que nos baste lo que tenemos a mano, sino que de ello podamos dar alguna parte a los pobres.

CVI

Esto nos enseña con su ejemplo Nuestro Señor, cuando, después de haber hartado a aquella muchedumbre de gente, no consintió que se perdiesen los relieves de los panes y los peces multiplicados.

CVII

La Naturaleza nos mostró las cosas que nos son necesarias, las cuales son harto pocas y asequibles. Fué la necia presunción quien inventó las superfluas, que son infinitas y de difícil consecución.

CVIII

La naturaleza, si le das lo que ha menester, se huelga y como cosa propia se fortifica. Si, al revés, le das lo sobrado, se enflaquece y aflige como con cosa ajena.

CIX

La necia presunción no se harta con lo necesario; lo superfluo agobia, pero no sacia.

CX

La bebida será o aquella natural y común a todos los animales dada por Dios, a saber: el agua pura y clara, o una flaca cerveza o un vino muy aguado.

CXI

No hay cosa que más daño haga al organismo joven en la comida y

bebida que lo que de suyo es caliente, y les enciende y abrasa las entrañas; de ahí se tornan demasiado bullangueros y descarados, de una ciega temeridad; pierden el seso y caen en mil locuras.

CXII

No bebas después de cenar; si la sed te hostigare, toma alguna cosa húmeda y fría o una bebida ligerísima.

CXIII

Entre esta bebida y el descanso, interpón al menos el espacio de media hora.

CXIV

Cuando te levantes, trae a la memoria cuán exiguo plazo de tiempo se concedió a la vida del hombre, y que de tan chica porción no es cuerdo gastar mucho ni perderlo en juegos, en comilonas y banquetes, en liviandades, en muchacheces y en boberías.

CXV

Breve, a pesar de todo, es el espacio de nuestra vida, aun cuando lo empleáramos todo en vivir bien.

CXVI

No nos crió Dios para juegos ni bagatelas, sino para cosas de importancia, para la moderación, para la molestia, para la templanza, para la religión, para todo género de virtud y de merecimiento.

CXVII

No cures las enfermedades del cuerpo con las dolencias del alma.

CXVIII

Los ejercicios físicos no serán exagerados, sino tasados y medidos por las exigencias de la salud; en ello se han de seguir los consejos de los médicos.

CXIX

Sean también de manera que no resulten torpes, deshonestos, sucios y malos; y aun en los pasatiempos y recreaciones del alma haya alguna memoria de virtud.

CXX

Lejos estén de ti las arrogancias, las porfías, las riñas, la envidia, la codicia; que esto sería atormentar el alma, mientras se la quiere recrear; equivaldría a verter hiel en aquella miel que se quiere sea en extremo dulce.

CXXI

El sueño se ha de dosificar como una medicina, cuanto bastare para aliviar el cuerpo y en proporción suficiente. El sueño demasiado hace a los cuerpos sobrados de humores dañinos y los hace flojos, perezosos, lentos y quita la rapidez del ingenio.

CXXII

No se ha de pensar que lo es de vida aquel tiempo que se gasta en dormir; porque la vida es vigilia.

DEL ALMA

CXXIII

En el alma hay dos partes: la una que entiende, recuerda, sabe, usa de razón, de juicio, de ingenio.

Esta parte llámase superior y por nombre propio, *alma*; por ella somos hombres, por ella somos semejantes a Dios; ella es la ventaja que llevamos sobre los otros animales.

CXXIV

La otra, por su unión con el cuerpo, carece de razón; es brutal, es bestial, es cruel; más semejante a bestia que a hombre, y en ella tienen su asiento aquellos movimientos que se llaman pasiones o perturbaciones, *páthe* en griego, como son arrogancia, envidia, malquerencia, ira, miedo, tristeza, codicia, gozos vanos. Llámase esta parte más abyecta, parte inferior, y por ello casi en nada nos diferenciamos de las bestias y muchísimo nos alejamos de Dios, colocado infinitamente más allá de toda enfermedad y perturbación.

CXXV

Este es el orden de la Naturaleza: que la sabiduría gobierne todas las cosas y que todo cuanto vemos criado obedezca al hombre; y en el hombre, el cuerpo al alma y el alma a Dios. Si alguno se sale de este orden o lo pervierte, peca.

CXXVI

Así que el pecado consiste en que estas pasiones o afectos se rebelen y amotinen, se ensañen y se alcen con el gobierno y mando de todo el hombre, con menosprecio y desdén del alma, forzándola a que, abandonando la ley de Dios, sirva a las pasiones y al cuerpo.

CXXVII

Por eso el alma fué dotada de fuerza intelectual, con la que examine todas las cosas y discierna lo que es bueno y ha de obrar y, al revés, lo que es malo y debe evitar, y también de una fuerza de voluntad soberana y eficacísima, y tal que a su mandato no quede nada en el ánimo que no le esté sometido si estuviere en ello empeñada y no renunciare un punto ninguna de sus atribuciones.

CXXVIII

El ingenio o talento con muchas artes humanas y divinas se pule, se labra, se afina y se provee de grandes y admirables conocimientos, gracias a los cuales conoce con exactitud mayor las calidades y valores de cada cosa y puede dictar a la voluntad qué bien debe seguir y qué mal debe soslayar.

CXXIX

Así que deben ser esquivadas todas aquellas artes incompatibles con la virtud, como lo son todas las adivinatorias; verbigracia: quiromancía, piromancía, nigromancía, hidromancía; también la astrología, que encubren la mayor proporción de la vanidad pestífera inventada por el mayor de los impostores: el demonio.

CXXX

Estas artes tratan y profesan aquellas materias que Dios se reservó para El solo, a saber: el conocimiento de las cosas venideras y abstrusas.

CXXXI

No hemos de inquirir los secretos de Dios, pues estamos muy lejos de entenderlos y de ellos Dios apartó al hombre.

CXXXII

Quien escudriñare la divina Majestad, será deslumbrado y aplastado por su gloria.

CXXXIII

Y San Pablo nos manda que no sepamos más de lo que nos conviene saber, sino saber lo que cumple, pero con moderación.

CXXXIV

Y dice que no está permitido al hombre revelar aquellos arcanos que él vió.

CXXXV

También Salomón, el predicador hebreo, dice: *No busques las cosas que se te van de vuelo ni escudriñes las que son más fuertes que tú;* antes piensa siempre en lo que Dios te mandó, y no seas curioso en muchas de sus obras.

CXXXVI

Hase de evitar toda arte introducida por el demonio, con quien como enemigo de Dios no hemos de querer ninguna suerte de tratos.

CXXXVII

Ni aun es bueno conocer los postulados de los filósofos o de los herejes contrarios a nuestra Religión; porque el demonio, espíritu muy sutil, no meta arteramente en nuestras almas algún escrúpulo que nos ocasione viva molestia y acaso nos empuje a la perdición.

CXXXVIII

Asimismo, ni siquiera se han de tocar los autores sucios, porque no se nos pegue el contagio de ninguna suciedad. Corrompen las buenas costumbres los malos tratos.

CXXXIX

Toda la restante erudición es saludable y fructuosa siempre que se refiera a su fin, que es la virtud, la cual es la práctica del bien.

CXL

Existe una erudición divina enseñada por Dios, en quien están contenidos todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría. Esta es la verdadera luz de las almas; cotejada con ésta, toda otra sabiduría es un amasijo de tinieblas, y como cosa de hombres, es burlería y puro infantilismo.

CXLI

Con todo, podemos leer en ella con el fin de que, como por contraste, nuestra luz aparezca más resplandeciente.

CXLII

Y también por usar del testimonio de los hombres contra aquellos a quienes les resulta costosa la aquiescencia a las verdades divinas, bien así como los ojos cegajosos tienen aversión a los fulgores del sol.

CXLIII

Y también para nuestro aviso y edificación, siendo así que en muchos gentiles hubo tanta excelencia de virtud cuanta fuera bueno que hubiera en el hombre cristiano, dis-

cípulo del Divino Maestro, a quien por la luz de la religión que profesa se le impuso una más imperiosa necesidad de vivir bien.

CXLIV

Demás de esto nos enseñan la elocuencia y el uso del bien hablar y la disciplina de la vida, de todo lo cual algunas veces necesitamos.

CXLV

Con estos tres a manera de instrumentos nos hacemos una cultura con el ingenio, la memoria y la aplicación, que también se llama estudio.

CXLVI

La memoria se intensifica y aumenta con el ejercicio.

CXLVII

El ingenio se afina y sutiliza con la práctica.

CXLVIII

Ingenio y memoria se estragan con el regalo; la buena salud los fortalece, la ociosidad y el prolongado descuido los destruyen y el ejercicio asiduo los ponen a nuestra total y rápida disposición.

CXLIX

Si lees u oyes, hazlo con la mayor atención; no permitas que ella se derrame; oblígala a estar en lo que hace y no en otra cosa.

CL

Si comenzare a descarriarse, llámala con voz queda y difiere para otra hora todo pensamiento ajeno al estudio principal.

CLI

Sábete que pierdes tu tiempo y tu trabajo si no pones atención en lo que lees u oyes.

CLII

No tengas corrimiento de preguntar lo que no sabes; no te sonrojes de aprender, sea quien fuere el que te enseñare, porque los hombres más señalados no tuvieron de ello empacho alguno; avergüénzate en buen hora de ignorar o de no querer ser enseñado.

CLIII

No te precies de saber lo que no sabes; demándalo más bien a aquellos que piensas que lo saben.

CLIV

Si quieres parecer docto, esfuérzate por serlo en realidad; no hay más breve atajo; como por ningún otro camino conseguirás más fácilmente que te tengan por bueno, que siéndolo en hecho de verdad.

CLV

En conclusión, trabaja por ser realmente lo que quieres parecer; si así no lo haces, son vanos todos tus deseos.

CLVI

El tiempo debilita lo falso y corrobora lo verdadero.

CLVII

Ninguna ficción es duradera.

CLVIII

Anda siempre a zaga del maestro; no quieras pasarle delante; créele y, sin rezongar, deja que te lleve.

CLIX

Amale y tenle en lugar de padre y piensa que es la misma verdad y la misma certidumbre todo lo que te dice.

CLX

Mira que después de haber errado y haber sido corregido dos o tres veces, no caigas en el mismo error; esfuérzate porque la enmienda te aproveche.

CLXI

No hay cosa de que más te hayas de acordar que de aquellas en que fuiste engañado, porque no vuelvan a engañarte de nuevo.

CLXII

Del hombre es el errar; pero perseverar en el error es exclusivo del necio.

CLXIII

Sábete que no hay sentido más rápido para aprender, que el sentido del oído.

CLXIV

Como no hay cosa más fácil que oír muchas cosas, así tampoco la hay más útil.

CLXV

Huélgate más de oír cosas serias graves y sabias que cosas livianas y necias.

CLXVI

Unas y otras se aprenden con trabajo igual, pero con aprovechamiento harto desigual.

CLXVII

No te fatigues en responder mucho, sino bien, a tiempo y sazón.

CLXVIII

A tu comida y a tu cena trae a aquellos que te pueden ilustrar y que con su conversación docta y sabrosa a una te recreen y te hagan más sabio.

CLXIX

A chocarreros, truhanes, charlatanes sin pizca de sal, desvergonzados, bobos, mentirosos, bebedores y cualesquiera individuos de este jaez que con hechos o palabras son aptos para mover a risa, no les hagas el honor de sentarles a tu mesa, ni mientras comas te diviertan; antes recréate con alguna apacible y sabrosa conversación aderezada con sales de ingenio.

CLXX

No solamente refrenarás tu boca de decir cosas torpes, sino también de que las oigan tus orejas, que son ventanas del alma, acordándote del viejo refrán citado por San Pablo: *Las malas pláticas corrompen las buenas costumbres.*

CLXXI

En la mesa o en cualquier otro lugar escucha con atención lo que dijere cada uno.

CLXXII

De los sabios aprenderás la manera de hacerte mejor.

CLXXIII

Y de los locos el medio de volverte más avisado.

CLXXIV

Seguirás lo que los sabios aprobaren; y lo que los necios alabaren, lo evitarás.

CLXXV

Si vieres que los varones cuerdos celebran un dicho por agudo, grave o juicioso, o ingenioso, o lindo, o urbano reténlo en la memoria para servirte de él cuando la oportunidad se presentare.

CLXXVI

Tendrás un cuaderno en blanco en el cual notarás lo que leyeres u oyeres que sea agudo, o sabio, o no vulgar, o algún vocablo raro o exquisito, bueno para la conversación corriente, porque cuando la ocasión lo requiriere, esté al alcance de tu mano.

CLXXVII

Trabaja por entender no solamente las palabras, sino, principalmente, el significado que entrañan.

CLXXVIII

Lo que leyeres u oyeres toma la costumbre de referirlo a tus condiscípulos en latín, y a los otros, en tu lengua vernácula, y esfuérzate por contarlo con tanta elegancia, y tan buena gracia como lo oíste o leíste: así ejercitarás a una, el ingenio y el idioma.

CLXXIX

También hay que ejercitar con ahinco y con frecuencia el estilo, que es el mejor maestro del bien hablar.

CLXXX

Escribe, traduce, contesta por escrito muy a menudo y no te canses de tomar notas; envía en días alternos o, al menos, cada tres días una carta a alguno que te responda y muestra la que tú escribieres a tu maestro, que te la enmiende: haz por recordar las faltas que te hubiere corregido por no caer de nuevo en ellas.

CLXXXI

Después del yantar, así de la comida como de la cena, ceja unos momentos en el estudio. Luego de haber comido, siéntate, habla y oye algo de gustosa recreación, o toma tal pasatiempo que no muevas ni bazuques el cuerpo.

CLXXXII

Después de cenado, paséate con algún compañero docto y de apacible trato que te deleite con su charla amena y cuyas palabras y sentencias puedas reproducir con decoro.

CLXXXIII

Entre la cena y el dormir, evita en absoluto la bebida; ninguna cosa hay que a la vez sea más perjudicial al cuerpo, a la memoria y al ingenio. Cuando te apremiare la sed, puesto que bebieres, pon entre el

beber y acostarte un espacio al menos de media hora.

CLXXXIV

No descuidarás la memoria ni consentirás que por no cultivarla se entorpezca.

CLXXXV

Ninguna otra cosa hay en que más se goce con el ejercicio y en breve tiempo tome tan grandes aumentos.

CLXXXVI

Encomiéndale alguna cosa todos los días.

CLXXXVII

Con cuanta mayor frecuencia le encomendares algo, con tanta mayor fidelidad te lo guardará todo.

CLXXXVIII

Y cuanto más raras veces, con tanta mayor infidelidad.

CLXXXIX

Cuando le confiares alguna encomienda, déjala que repose un instante y, momentos después, torna a reclamársela como si te la guardara en depósito.

CXC

Si quieres aprender algo de coro, léelo de noche tres o cuatro veces con grandísima atención y acuéstate luego; a la mañana siguiente, pide a la memoria que te dé razón de lo que a la víspera le confiaste.

CXCI

Guárdate del demasiado beber, de la crudeza del estómago y del frío, señaladamente del de la cerviz.

CXCII

El vino, así como es el veneno de los nervios, es la muerte de la memoria.

CXCIII

Sería muy bueno que cada noche, un poco antes que te fueres a acostar, sentado en una silla, a solas, sin testigo, volvieses a la memoria todo lo que aquel día viste, leíste, oíste, hiciste.

CXCIV

Si hubieres obrado en algo con honradez, con comedimiento, con prudencia, con cordura, con decoro y con alabanza, debieras gozarte, persuadido de que aquello es una merced de Dios y luego debieras seguir el mismo camino, insistiendo en obras semejantes.

CXCV

Si hubieres hecho alguna cosa fea, inmodesta, mala, pueril, inepta, digna de vituperio, sepas que fué hija de tu malicia; duélete de ella y la evitarás en lo sucesivo.

CXCVI

Si leíste u oíste aquel día alguna cosa elegante, docta, grave o santa, guárdala en la memoria; si viste alguna obra buena, imítala; si alguna obra mala, toma aviso y huye de ella.

CXCVII

No se te pase día en que no leas, oigas o escribas algo que aumente tu erudición, tu juicio o tu virtud.

CXCVIII

Cuando te fueres a acostar lee u oye leer alguna cosa que merezca ser encomendada a la memoria y de la cual puedas soñar saludable y sabrosamente durante el descanso y, durmiendo con ella, aprendas aún y te hagas mejor.

CXCIX

En el estudio de la sabiduría no se ha de poner término en la vida; con la vida se ha de acabar. Siempre serán tres los puntos que debe meditar el hombre mientras viva: cómo sabrá bien; cómo hablará bien; cómo obrará bien.

CC

Aparta de tus estudios toda arrogancia, pues todo cuanto supo el más docto de los mortales no es más que una porción infinitesimal de lo que ignora. Exiguo, oscuro e incierto es todo cuanto los hombres alcanzan; y nuestros entendimientos aherrojados en esta cárcel y estos hierros corporales sucumben al agobio de una muy grande ignorancia y de unas tinieblas profundísimas, y tan obtusa es nuestra penetración, que no llega a la más somera superficie de las cosas.

CCI

Allende de esto, mucho daña la presunción al aprovechamiento de los estudios. Muchos pudieron llegar a la sabiduría si no pensaran que habían llegado ya.

CCII

Débese evitar toda porfía, toda competencia, toda detractación, todo deseo de gloria hueca, cuando precisamente nos damos al estudio para librarnos de su cruda tiranía.

CCIII

Ninguna cosa puede imaginarse que cause mayor deleite que el conocimiento de muchas cosas, ni que reporte mayor fruto que la inteligencia de la virtud.

CCIV

Los estudios dan sazón y gusto a la alegría, mitigan la tristeza, refrenan el loco empuje de la mocedad, alivian la molesta pesadumbre de la vejez; en casa, fuera de casa, en público, en privado, en la soledad, en el tráfago, en el ocio, en el negocio nos acompañan, nos están presentes o, por mejor decir, nos son luz y guía, nos son ayuda y socorro.

CCV

El saber es el verdadero pasto del alma, tanto que es enorme sinrazón cebar el cuerpo, hambreando el alma. Es un venero de goces y una mina de deleites y de pasatiempos, sólidos y pertinaces, que naciendo los unos de los otros y renovándose a la continua nunca nos cansan ni abandonan.

DE LA VIRTUD Y DE LAS PASIONES

CCVI

La virtud, que es la cosa más excelente de la universalidad de las cosas, no la dan ni la reciben de gra-

cia los hombres; de arriba viene y es Dios el que la da.

CCVII

Por eso es menester pedírsela a Dios con mucha devoción e insistencia.

CCVIII

La cumbre de todo saber y erudición es aquella filosofía que remedia aun las más recias enfermedades morales.

CCIX

Harta diligencia se pone en la curación del cuerpo y tanto mayor es la que debe ponerse en la del alma, cuanto que sus dolencias son más secretas, más graves, más peligrosas.

CCX

Estas dolencias no sin razón llámanse tempestades, cruces, tormentos, azotes, cauterios, furias; acarrean las mayores calamidades y dolores que no pueden creerse, si se les deja que señoreen, o si se las hostiga y bazuca; y si se las sojuzga y se las amansa, producen una tranquilísima placidez y un sosiego beatífico.

CCXI

A este fin se endereza todo cuanto excogitaron y escribieron acerca de la vida y las costumbres con su talento penetrante los mayores sabios que en el mundo han sido.

CCXII

Este es el gran premio del esfuerzo por la cultura, cuyo más auténtico fruto es que todo aquel grande y variado caudal de conocimientos no nos sirva para la necia admiración y alarde vano, sino que se traduzca a la vida práctica, y quien antes que todos saque el provecho sea su poseedor; y no se quede encerrada en el entendimiento como en bujeta, donde todos van a sacar lo que les cumple, pero es inútil para el vaso o recipiente.

CCXIII

A ningún otro fin tiende más directamente la religión cristiana como a que una mansa y apacible serenidad (aquietada la borrasca de las pasiones) regocije y ensanche el alma humana, y por un inalterable sosiego y una constancia quieta seamos lo más semejantes posible a Dios y a los ángeles.

CCXIV

Los remedios de estas enfermedades sácanse o de las cosas o de nosotros mismos, o de Dios, o de la vida y la ley de Cristo.

CCXV

La naturaleza de todas las cosas, así como es incierta y deleznable, es también momentánea y expuesta a mil trances azarosos. Todas las cosas de este mundo son viles, con excepción del alma, que es cada uno de nosotros o, con toda certidumbre, su parte principal y potísima, y las restantes cosas se pasan de unos a otros, de suerte que fuera de su alma nadie puede decir que una cosa determinada sea suya.

CCXVI

Las cosas que tuviere no piense que se las dieron en propiedad, sino que las tiene de prestado.

CCXVII

Por eso es grandiosa locura, por cosas que son tan viles, cometer cualquier crimen que había de ser expiado con gran pena.

CCXVIII

Y no tome humos nadie porque le haya tocado alguno de los bienes externos o corporales, porque, en fin de cuentas, todo lo de acá abajo tiene que ser efímero y no seguro, y no propio, sino ajeno, el cual, así como fué concedido, será reclamado lo más tarde a la hora de la muerte y, con preferencia, en la misma vida.

CCXIX

Y no te ha de pesar que lo que te fué prestado y entregado en depósito, te lo vuelvan a pedir; al revés, da las gracias, porque pudiste gozar de ello algún tiempo.

CCXX

Será ingratitud insufrible si, habiéndosete concedido un beneficio temporal, piensas que se te hace injuria porque no es perpetuo. No consideres lo que tuviste ni por cuánto tiempo lo tuviste, sino lo que no tienes y cuánto tiempo hace que no lo tienes.

CCXXI

Ni te has de regocijar porque a ti y a tus amigos tocaron unos bienes de fortuna de que se privó a tus enemigos, puesto caso que en todos ellos hay tal celeridad y ambigüedad, que las más de las veces el acerbo lloro ronda las puertas de la alegría vana.

CCXXII

Ni ha de desesperar el ánimo ni ha de desmayar porque la Fortuna cambiase de soplo, que a las veces a las mañanas sombrías suceden los ledos atardeceres.

CCXXIII

Pues de nuestros cuerpos, ¿cuál es su estado y cuál la condición de nuestra vida, siendo hechos de masa tan vil y de tan deleznable principio? Azarosa, rodeada por todos lados de peligros y que no por ser incierta deja de ser poco duradera.

CCXXIV

Y siendo tanta su flaqueza, ¿qué tenemos para que tanto nos embravezcamos?

CCXXV

No siendo otra cosa nuestra vida sino una peregrinación por la cual nos encaminamos a la otra perdurable, son harto pocas las cosas que necesitamos para esa jornada.

CCXXVI

¿Y qué razón hay porque nos acucien o nos muevan estas cosas que vemos que pasan de mano en mano y de un lado para otro lado?

CCXXVII

¿A qué ser esclavos de la codicia siendo incierto lo venidero y lo presente contentándose de tan poco?

CCXXVIII

Libre es aquel que desea no más que lo que tiene a mano; esclavo, quien desea lo que no tiene a su alcance.

CCXXIX

Llenarse de estos dones de la Fortuna, ¿qué otra cosa es sino embarazar y abrumar al soldado de a pie con excesiva impedimenta?

CCXXX

Ninguno hay tan estúpidamente loco, que no se aderece y componga más para la ciudad a la cual se encamina.

CCXXXI

Y donde piensa fijar su domicilio, que no para el viaje.

CCXXXII

Esta vida nuestra, siendo de suyo tan breve y tan fugitiva, en su mayor parte o casi en su totalidad se nos malogra en pasiones; ni aun vivimos efectivamente todo el tiempo que las pasiones nos zarandean y, sobre todo, el miedo de la muerte.

CCXXXIII

La cual, como sea que por infinitas causas sobrevenga y se acerque, no se la ha de temer particularmente por la una o la otra, y puesto que forzosamente tiene que llegar, no se ha de hacer maldad por huir de ella ni hemos de entristecernos porque se nos viene encima.

CCXXXIV

Y, pues esta vida está henchida de innumerables desazones y miserias, ¿por qué asirnos a ella con abrazo tan estrecho? Y, puesto que hacemos camino hacia la otra que es eterna, aparejémonos de tal suerte que, como en vuelo y por la senda más derecha, nos vayamos a la que de todos los bienes está colmada.

CCXXXV

En conclusión; con mayor frecuencia sucumbimos bajo nuestros propios errores que bajo la realidad de las cosas, por tomar por grandes bienes o por males grandes los que realmente no lo son.

CCXXXVI

La naturaleza y la condición y los precios reales de las cosas son las que puse al principio, de donde puede colegirse que fuera de la virtud nada es hermoso, ni grande, ni siquiera nuestro.

CCXXXVII

Mas nosotros, en el consejo y deliberación de lo que debemos hacer, admitimos el amor de nuestro cuerpo y la codicia de los bienes de esta vida, que muchos llaman amor de nosotros mismos. Este amor egoístico enerva los viriles arrestos del alma, de tal modo, que no hay cosa tan baladí que no nos traspase, ni tan flaca y ruin que no nos veje.

CCXXXVIII

De ahí nacen las cataratas y nieblas que ofuscan la vista de nuestro entendimiento, y una vez que las pasiones se han alzado con el reino, ya como a dueñas y señoras las lisonjeamos y nos avenimos a sus dictados y a sus caprichos.

CCXXXIX

Así es que con los dientes tomamos lo ajeno como si fuera nuestro, y, si se nos quita, damos gritos y nos afligimos a nosotros mismos.

CCXL

Y descuidamos lo nuestro como si fuera ajeno.

CCXLI

Y nos apartamos con aversión de lo que nos había de aprovechar, como si nos fuera gravemente dañoso, y nos abrazamos con lo que nos ha de ser nocivo, como si tuviera que sernos útil.

CCXLII

Los males ajenos nos parecen muy livianos; y los nuestros, no mayores que ellos, intolerables de todo punto; siempre gruñones, no sufrimos los ajenos deseos ni siquiera los antojos nuestros.

CCXLIII

Y ni nos contentamos de nosotros mismos ni este mundo, con su ley, nos satisface. Querríamos que fuese inmutable la naturaleza de las cosas; tan poca es la capacidad de sufrir que nos contaminó la vida regalada.

CCXLIV

¿Qué cruces pueden compararse con estas cruces? No las padecen mayores los difuntos.

CCXLV

Ni los mismos demonios son misérrimos por otros tormentos que por la soberbia, envidia, odio, ira.

CCXLVI

Es mancilla de ver los rostros de aquellos que están poseídos de estas pasiones, cuán mudados, cuán congojosos, cuán suspirantes, cuán fieros y horribles. Así, igualmente, están afectadas sus almas.

CCXLVII

La ira, que es la más brava de todas las pasiones, parece peor en el hombre que otra cualquiera.

CCXLVIII

Truécale de hombre en bestia feroz.

CCXLIX

Y siendo así que toda perturbación oscurece la lucidez del entendimiento y embota el juicio, con todo, la ira los envuelve en tan espesa cerrazón, que no pueden atinar ni lo que es verdadero, ni lo que es útil, ni lo que es hermoso.

CCL

Roe el corazón y daña la salud. Obliga a hacer cosas cuya consecuencia es el arrepentimiento.

CCLI

En el semblante, ¡qué fea mudanza, qué furia, qué fuego en los ojos, qué crujido de dientes, qué echar de espumarajos, qué amarillez en el rostro todo!; en la lengua, ¡qué feo tartamudeo, qué manera de rugir!

CCLII

Tanto, que no sin causa dicen que uno que estando enojado se miró a un espejo no se reconoció a sí mismo.

CCLIII

Esa esquivez de rostro, esa atrocidad de dichos, esa crueldad de he-

chos quitan al hombre toda autoridad y le ajenan toda bienquerencia; los amigos huyen; los que le topan se apartan; rodéale la soledad; todos le odian; le maldicen todos.

CCLIV

Por esto, los varones cuerdos en ninguna cosa procuraron serlo más que en huir de la ira y de las obras del airado, hasta un punto que pelearon con su propio temperamento y le hicieron violencia.

CCLV

¿Qué cosa hay más de reír que un animalejo tan flaco y tamañico se embravezca y enloquezca tanto, y que levante tantas y tan espantosas barrumbadas por cosas tan ruines, como las que tocan al cuerpo o son de la incumbencia de la Fortuna o, si a mano viene, por una insignificante palabrilla?

CCLVI

Amansarás muy fácilmente la ira si tuvieres fija y clavada en ti mismo esta idea: No hay injuria donde no hay lesión del alma; y el alma por nadie puede ser dañada, sino por el que la posee, dando en ella entrada al vicio.

CCLVII

Toda esta doctrina es de hombre a hombre; desde este momento, la tomaremos de más arriba: la tomaremos de Dios, aunque también es de Dios esta doctrina; pero ahora, más particularmente y con mayor propiedad.

DE LA RELIGION

CCLVIII

El bien más alto y mejor que pudo darse al humano linaje es la religión, que es conocimiento, amor y reverencia a Dios, Señor y Padre del universo mundo.

CCLIX

A ningún otro hombre hace Dios mayor merced que a aquel a quien enseña cuál sea su verdadero culto.

CCLX

Por esto el Salmista, entre las singulares mercedes que Dios hizo al pueblo de Israel, pone ésta: *El que declara su palabra a Jacob y sus justicias y sus juicios a Israel. No lo hizo así con todas las otras naciones y no les hizo conocer sus juicios.*

CCLXI

Por la religión se conoce a Dios; conocido, no puede ser que no se le ame y se le adore.

CCLXII

Sólo Dios es el principal Hacedor y Señor de todas las cosas, y el que sólo lo puede todo y lo sabe todo.

CCLXIII

Este mundo es como una morada suya o, por mejor decir, su templo; El lo sacó de la nada con este ser y este hermoso parecer que tiene. Por eso entre nosotros fué llamado *mundo* y entre los griegos fué llamado *cosmos,* que monta tanto como decir ataviado. El mismo es quien lo rige

y lo gobierna, con no menor milagro de su conservación que fué el de su creación.

CCLXIV

Esa es la ley de la Naturaleza, a saber: que no existe casualidad, ni fortuna, ni suerte.

CCLXV

Dios es el que lo hace todo con suma equidad y sabiduría, si bien por caminos de nosotros ignorados.

CCLXVI

Todas las cosas que a cada uno acaecen, son para provecho suyo si es bueno, no para este dineruelo o para ese efímero mundo. sino para su eterna bienaventuranza.

CCLXVII

De manera que todos los casos que en esta vida nos acontecieren, sean los que fueren, debemos aceptarlos como venidos de Dios y tenerlos por muy buenos con absoluta conformidad, con la voluntad divina, porque no parezca que por nuestra pasión, haciendo las veces de juicio, condenamos y desechamos la voluntad del soberano y sapientísimo Gobernador de todas las cosas, por el hecho de no alcanzarla.

CCLXVIII

Y es justicia y es razón que le obedezcamos, loemos y aprobemos todo lo que hace.

CCLXIX

Pero nosotros, niños perpetuos y desconocedores de lo que es mejor, lloramos porque no se nos da como muy útil lo que nos es sumamente dañoso, y con horror huimos de lo que nos es muy útil, tomándolo por dañoso en grado sumo.

CCLXX

De manera que hartas veces la peste mayor que nos pudiera tocar es la realización y cumplimiento de nuestros deseos.

CCLXXI

Y puesto que andamos a ciegas, en medio de tantas tinieblas de ignorancias, parecióle bien a Dios, dejándonos la culpa a nosotros solos, que todo lo demás le confiemos a su providencia.

CCLXXII

Queramos o no queramos habemos nosotros de ejecutar todo lo que respecto de nosotros tiene establecido y ordenado el Gobernador de esta grandiosa fábrica del mundo. ¿A qué viene eso de que prefiramos que nos lleven llorando y arrastrando de los cabellos, que dejarnos llevar con alegría y caminando por nuestros propios pies?

CCLXXIII

Ciertamente, quien es amigo de Dios, alegre y contento obedecería las leyes y la voluntad de su Amigo.

CCLXXIV

La principal manera de amar a Dios y serle amigo es la que dice Cristo: *Vosotros seréis mis amigos si hiciereis lo que yo os mando.*

DE CRISTO

CCLXXV

El pacificador del humano linaje con Dios y Autor de nuestra salud es Jesucristo, Hombre, Dios, Hijo unigénito de Dios Todopoderoso, a quien, para este efecto, envió Dios Padre cuando a El le plugo tener misericordia del humano linaje, que con incomparable daño propio habíase hecho enemigo de Dios, su Padre y su Creador.

CCLXXVI

No se puede imaginar mal más pestilente y calamitoso que por el pecado separarnos de Dios, que es fuente manantial de todo bien, sumiéndonos en la más perniciosa de las miserias y trocando la más dulce de las vidas por la más amarga de las muertes.

CCLXXVII

Para esto, entre muchas otras cosas, vino Cristo al mundo para enseñarnos la vía más derechera, en la cual nos mantuviéramos en nuestra jornada hacia Dios, sin desviarnos de ella ni el grueso de un cabello.

CCLXXVIII

Este camino El lo mostró y lo descubrió con su doctrina y con el ejemplo de su vida lo desembarazó y lo hizo seguro.

CCLXXIX

Toda la humana sabiduría, puesta en parangón con la religión cristiana, es cieno y locura total.

CCLXXX

Todo lo que de grave, de prudente, de sabio, de puro, de santo, de religioso; todo lo que con aplauso, con admiración, con pasmo se lee en los sabios gentiles; todo cuanto en ello se recomienda, se aprende, se levanta hasta el cielo, todo ello, pero más puro, más recto, más claro y más expedito se halla en nuestra santa religión.

CCLXXXI

Conocerla es la perfecta sabiduría; vivir según ella es la perfecta virtud; pero nadie la conoce perfectamente si no vive perfectamente.

CCLXXXII

La vida de Cristo atestigua su bondad humana; sus milagros afirman la omnipotencia de su divinidad; su ley demuestra la celestial sabiduría.

CCLXXXIII

Porque de su bondad brote el ejemplo para imitarle; de su autoridad, la fuerza para obedecerle; de su sabiduría la fe para creer en El.

CCLXXXIV

La bondad provoca amor; la majestad promueve culto; la sabiduría engendra fe.

CCLXXXV

Si alguno examinare lo que Cristo nos mandó, hallará que todo se refiere a nuestro provecho, por manera que no hay nadie que firmemente crea, que no sienta que cree para su propio bien.

CCLXXXVI

Como no hay cosa más agradable al hombre como que se confíe en él, así tampoco ninguna es tan agradable a Dios; y nadie hay que piense bien de aquel a quien se confía con timidez y recelo.

CCLXXXVII

El fundamento de nuestra salud es creer que Dios es nuestro Padre y que su Hijo único. Jesucristo, es nuestro legislador; y de uno y de otro es espirado el Espiritu Santo, sin el cual nada hacemos, ni pensamos cosa que se levante del suelo, ni que nos tenga que ser de provecho.

CCLXXXVIII

El verdadero culto de Dios es limpiar el alma de las enfermedades y pasiones malas y transformarnos en su semejanza lo más fielmente que pudiéremos, a fin de que seamos puros y santos como El lo es; no tengamos odio con nadie y afanémonos por ser útiles a todos.

CCLXXXIX

Cuanto más te apartares de las cosas corporales y te remontares a las espirituales, vivirás una vida más divina.

CCXC

De esta manera vendrá a ser que conozca Dios en ti como un parentesco o semejanza de su divina naturaleza y en ella se complazca y en ella habite como en un verdadero y propio templo suyo, mucho más acepto que no lo son estos otros de piedras o de metales.

CCXCI

Es santo, dice San Pablo, el templo de Dios, que sois vosotros.

CCXCII

A huésped tan grande se le ha de retener y no se le ha de echar con el sucio hedor de los pecados.

CCXCIII

Todas las obras corporales van sin gusto delante de Dios si la buena voluntad no las sazona.

CCXCIV

Sábete que aun en los más abstrusos escondrijos y en apartamiento total de los ojos de todos y por lo mismo en la intimidad de tu corazón y en lo más secreto de tu alma, allí está Dios por árbitro, testigo y juez de todo cuanto haces y piensas, porque, reverenciando su presencia, no sólo no cometas nada torpe ni malo, pero ni aun admitas en tu alma su simple sugestión.

CCXCV

La caridad para con Dios ha de ser que le tengamos en más que todas las otras cosas del universo y que ames más su honra y gloria que todos los honores y gajes de este mundo.

CCXCVI

Y así como al amigo, cuando a su memoria se le representa el amigo, se le baña el corazón de una tierna alegría que le sale del afecto que le profesa, así tú debes procurar que todas las cosas de Dios te sean muy amigables y placientes y estar muy de buena gana en todas ellas.

CCXCVII

Todas las veces que oyes el santo nombre de Dios, represéntate en tu alma un Ser mayor y más admirable de lo que puede concebir el humano entendimiento.

CCXCVIII

Todo cuanto se dijere de El y de los santos, óyelo no como cosa humana, sino con la más grande admiración y reverencia.

CCXCIX

De Dios no pienses temerariamente, ni de sus obras hables sino penetrado de reverencia y temor santo.

CCC

Impiedad es hacer donaire y burla de las cosas santas y torcer los dichos de la Sagrada Escritura a retruécanos y juegos de palabras, a cuentos de viejas, a dichos maldicientes u otra suerte de facecias irrespetuosas. Ello equivaldría a salpicar de cieno una medicina preparada para dar salud.

CCCI

Pero aplicarlos a obscenidades es cosa nefaria y abominable.

CCCII

Todo lo que se contiene allí es digno de admiración, y con grandísima docilidad debe recibirse en el alma.

CCCIII

Está atento y con devoción a los oficios divinos, consciente de que todo cuanto allí ves u oyes, son misterios purísimos y sacrosantos que se refieren a aquella inmensa majestad de Dios, a la cual adorar es fácil y comprender es imposible.

CCCIV

Por manera que siempre has de pensar que en aquella sabiduría divina se esconden misterios más altos que no puede alcanzar ninguna fuerza ni penetración de ingenio.

CCCV

Veneramos, aun cuando no los entendamos bien, los dichos de los sabios. ¿Cuánto más razonable no es trasladar esta reverencia a los divinos?

CCCVI

Todas las veces que oyeres el nombre de Jesucristo, véngate a las mientes la inestimable caridad suya para con nosotros, y que este recuerdo esté para ti lleno de dulzura y de veneración.

CCCVII

Cuando oyeres algún título o epíteto aplicado a Jesucristo levanta tu espíritu en su contemplación y pídele que se muestre tal para contigo; como cuando le oyes nombrar clemente, manso, benigno, suplícale que tú le experimentes tal; cuando oyeres llamarle omnipotente, ruégale que demuestre en ti su omnipotencia volviéndote de malo en bueno, de enemigo en hijo, de nada en algo; cuando le oyeres llamar terrible que lo sea para aquellos que te aterrorizan.

CCCVIII

Cuando le llamas Señor, mira que le sirvas; cuando Padre, mira que le ames y muéstrate hijo digno de Padre tan grande.

CCCIX

Ninguna cosa hay en todo lo criado que si atiendes a su origen o a su naturaleza o a sus fuerzas no te ponga en camino de considerar las maravillas de Dios, Hacedor de todo.

CCCX

No pongas mano en comenzar cosa ninguna sin antes invocar su ayuda, porque Dios, en cuya mano están los adelantos y los fines, los concede a la medida de nuestros deseos, si los empezamos en su nombre.

CCCXI

Cualquier empresa que acometieres, considera el fin que con ella te propones, y una vez que la hubieres comenzado con recta intención no te preocupe el resultado.

CCCXII

Ten tu confianza puesta en Aquel en cuyo poder está el éxito de todas las cosas.

CCCXIII

Y, pues toda religión reside y arraiga en lo más íntimo de nuestro pecho, esfuérzate por entender lo que rezas, mira que tu rezar no sea un simple susurro de los labios, sino que, cuando ores, mira de estar en ello todo entero con calma, pensamiento y gesto, para que todo esté en armonía y responda a la obra con la más estricta conformidad.

CCCXIV

Los oráculos divinos abominan de aquel que hace la obra de Dios descuidadamente.

CCCXV

Si en el tañedor es cosa fea que su boca cante una tonada y su vihuela taña otra, cosa es mucho más fea, cuando cantamos salmos a Dios, que la lengua diga una cosa y el alma piense otra.

CCCXVI

Templados sean nuestros votos y dignos de que los pidamos a Dios y Dios los conceda, no sea que, siendo ellos necios o fútiles, le causen enojo y ofensa.

DEL COMER

CCCXVII

Cuando hubieres de comer, acuérdate de la omnipotencia de Dios, que de la nada hizo todas las cosas; acuérdate asimismo de su sabiduría y de su bondad, que las sustenta; de su mansedumbre y de su clemencia, que entretiene y provee a sus mismos enemigos.

CCCXVIII

Considera también cuán maravillosa obra es que para tan gran número de vidas haya cada día mantenimientos suficientes; que todos los seres se conserven y se escapen de la muerte a la cual tienden por su propio impulso.

CCCXIX

Ninguna ciencia, ni de hombre ni de ángel, no solamente no puede hacer otro tanto, pero ni siquiera entenderlo.

CCCXX

Así que, pues sabes que vives de los bienes que Dios te da, mira qué maldita ingratitud y qué temeridad tan alocada sería avilantarse a tomar enemistad con Aquel por cuyo favor y voluntad subsistes; que si El no quisiera, no vivirías una hora más.

CCCXXI

Todo lo que en la mesa se dijere sea casto, puro, cuerdo, santo, cual es Aquel entre cuyos dones estás.

CCCXXII

Toda detractación, virulencia, atrocidad, crueldad anden lejos de la mesa en la cual experimentas la increíble suavidad y clemencia de Dios para contigo.

CCCXXIII

Por lo cual es cosa la más insufrible que con tus desabrimientos y desamores para con tu hermano profanes aquel lugar en donde Dios, con mano abierta y benigna, te dispensa un regalado contentamiento.

CCCXXIV

Lo cual no ignoraron los mismos gentiles, que por ese respeto llamaban a la Mesa sagrada, alegre y festiva, en la cual se tenía por gran maldad hacer o decir cosa triste o causadora de espanto.

CCCXXV

Y pues Dios, que es omnipotente, sapientísimo y liberalísimo, tiene de ti tan particular cuidado, deja ya la demasiada fatiga que te tomas para procurarte el sustento, como desconfiando de su bondad; toma el cuidado sólo de contentarle y de servirle.

CCCXXVI

Es necedad soberana, por causa del comer, perpetrar alguna obra mala y ofender a Aquel de quien sólo vienen los mantenimientos e incurrir en el enojo de Aquel de quien pretendes alcanzar algo.

CCCXXVII

Y ello muy especialmente, porque no es con manjares como se conserva la vida, sino por la voluntad de Dios, conforme declara el divino Oráculo, a saber: que no de sólo pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios.

CCCXXVIII

Hanos firmado una cédula con su nombre Jesús, Señor de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por la cual nos garantiza que no va a faltar cosa alguna necesaria al hombre que buscare el reino de Dios y su justicia.

CCCXXIX

De estos bienes que Dios nos da y quita, según su santa voluntad, pues El contigo es tan benigno, no vayas a ser maligno tú contra tu hermano, que es hijo suyo, considerando que ambos a dos sois hijos de Dios por un igual y que no te debe más a ti que al otro; mas sólo quiso

que fueses el despensero y administrador a quien, después de Dios, quiso que tu hermano los pidiese.

CCCXXX

No hay cosa que más verdaderamente se dé a Cristo que aquello que se da a los necesitados en su nombre.

CCCXXXI

Habiendo comido, pondera cuánta sabiduría supone y cuánto saber sustentar nuestra vida con aquellos manjares y confortarla en su descaecimiento.

CCCXXXII

Da, pues, gracias a Dios, no como las darías a quien con dinero suyo hubiera comprado alimentos para ti, sino como se deben dar a Aquel que te crió a ti y a tu mantenimiento y con él te sustenta, no con la fuerza que tiene de suyo, sino con la que El le da.

DEL DORMIR

CCCXXXIII

Cuando te vas a acostar y cuando te levantas acuérdate de los beneficios que te hace Dios, no a ti sólo, sino a todo el linaje humano y a todo el universo mundo.

CCCXXXIV

Pondera cuántas son las asechanzas del enemigo del género humano durante la licencia que el sueño le da, cuando el hombre, como un cadáver, no tiene dominio de sí, por lo cual, con insistencia mayor se ha de pedir a Cristo que nos defienda en nuestra flaqueza.

CCCXXXV

Y con ningún pecado nuestro hemos de enojar a quien es nuestro amparo y nuestra guarda.

CCCXXXVI

Por de fuera has de fortificar tu frente y tu pecho con la señal de la santa cruz, y por de dentro con preces piadosas y santas meditaciones.

CCCXXXVII

Cuando ya hubieres entrado en la cama piensa que cada día es una imagen de la vida humana, al cual sucede la noche.

CCCXXXVIII

Y piensa asimismo que el sueño es la más eficaz expresión de la muerte.

CCCXXXIX

Así que has de rogar a Cristo que en vida y en muerte, a la continua, nos sea presente y favorable y que a aquella misma noche nos la dé apacible y sosegada.

CCCXL

Y que no nos espanten los ensueños y que aun dormidos El esté presente a nuestro entendimiento y recreados con sus consuelos dulces, lleguemos a la mañana buenos y alegres.

CCCXLI

Con la piadosa memoria de su muerte santísima, precio inestimable con que fué redimido el linaje humano.

CCCXLII

Guardarás tu cama casta y limpia, porque no tenga derecho alguno en ella el demonio, inventor y cabeza de toda suciedad.

CCCXLIII

Con la señal de la cruz, con agua bendita y con la invocación del nombre de Dios, y primeramente con pensamientos sanos y con firme determinación de vivir en piedad, alejarás de tu lecho toda jurisdicción y acercamiento del diablo.

CCCXLIV

Levantándote a la mañana, encomiéndate a Cristo con hacimiento de gracias, porque con su ayuda y socorro no has sido vencido y oprimido aquella noche por los engaños y envidia del enemigo bestial.

CCCXLV

Y como la noche dormiste y despertaste luego, acuérdate que de la misma manera nuestros cuerpos han de dormir en la muerte, de la cual Cristo los devolverá a la vida, cuando se mostrare Juez de los vivos y de los muertos.

CCCXLVI

Al cual rogarás con muy humilde ahinco que quiera y haga que inviertas todo entero el día siguiente en obsequio suyo; que a nadie causes daño y que de nadie lo recibas, sino que, fortalecido de todas partes y rodeado de piedad cristiana, puedas escapar libre y salvo de tantas redes, de tantos lazos como nos pone por todos los caminos y pasos de la vida humana aquel astuto parancero que es el demonio.

CCCXLVII

Honrarás y acatarás a María Santísima, Madre de Dios, y a los otros santos y santas, como amigos muy estrechos de Cristo Dios, que vive por los siglos de los siglos.

CCCXLVIII

Lee muchas veces sus vidas y hechos u óyelos con toda atención, con sumo gusto y con ánimo piadoso y espíritu de veneración, porque su imitación te aproveche.

CCCXLIX

Siente de ellos, habla de ellos, no ya como si fueran hombres ordinarios, sino como que se salen de los límites, de la naturaleza y de la culminación humana, allegados y unidos a la Divinidad.

DE LA CARIDAD

CCCL

Como haya entre los hombres tantísimo parentesco por la semejanza que todos tenemos, así en el alma como en el cuerpo, y habiendo todos entrado en este mundo con igual derecho, hechos para la convivencia y comunicación de vida y porque toda esta conformidad se conservase, fué proclamada por la Naturaleza una ley, a saber: que ninguno haga a otro lo que no quiere que le hagan a él.

CCCLI

El Reparador de la naturaleza caída declaró que era también dogma suyo, pero explicado e ilustrado.

CCCLII

Porque para levantar a la naturaleza humana a la semejanza de Dios hasta el límite posible, y una vez levantada, subirla en el último punto de la perfección, nos prescribió, no sólo que nos amásemos unos a los otros, sino que quisiésemos bien aun a los que nos aborrecían.

CCCLIII

Porque fuésemos semejantes al Padre Celestial, que ama a los que son sus enemigos, como lo declara con las infinitas mercedes que les hace: a nadie tiene aborrecimiento.

CCCLIV

¿Y qué, si la condición de los hombres es tal que quieren que les tengan buena voluntad aun aquellos para quien ellos la tienen mala?

CCCLV

El Maestro sapientísimo que nos enseñó cuál había de ser nuestra vida, como Autor que era de ella, nos dió para ello un precepto solo: que amemos, sabiendo que si amamos nuestra vida será muy feliz y que no son menester otras leyes.

CCCLVI

No hay cosa más bienaventurada que amar; por eso Dios y los ángeles son sumamente bienaventurados, porque aman todas las cosas.

CCCLVII

Ni hay cosa más infeliz que odiar; por esta pasión son los demonios malaventurados.

CCCLVIII

El verdadero amor lo iguala todo. Donde vive y reina él, ninguno busca anteponerse a otro ni quitarle nada al Amado, porque piensa que en poder suyo está todo lo que está en manos de él.

CCCLIX

No busca mover pleito a su caro hermano ni piensa que le pueda inferir injuria jamás; ninguno tiene envidia de su amigo ni toma regocijo de sus males ni pesar de sus bienes; antes, como dice el Apóstol, gózase con los que se gozan y con los que lloran llora, y esto no con fingimiento, sino muy de corazón, porque el amor hace comunes todas las cosas y tiene por suyo lo que es del que ama.

CCCLX

La más firme y auténtica realización de este mandamiento que tenemos puesto delante de los ojos para imitarla son las obras y la vida de Cristo.

CCCLXI

Vino el Hijo de Dios a enseñarnos el derecho camino de bien vivir, no solamente con palabras, sino con el ejemplo de su vida, para que, alumbradas nuestras mentes por el sol de su doctrina, conociésemos a la clara lo que era cada cosa.

CCCLXII

Primeramente, ejercitado en todo género de paciencia, ¡cuánta templanza no mostró en poderío tanto! Acosado por tantos y tan recios denuestos y baldones, nunca volvió

mala palabra; se limitó a enseñar el camino de Dios, detestando el camino opuesto. Consintióse atar el que con una mirada pudiera destruir el mundo.

CCCLXIII

¡Con cuánta paciencia sufrió la calumnia! Finalmente, de tal manera se condujo que ninguno conoció su poder sino en el socorro y ayuda dispensados.

CCCLXIV

Siendo Rey y Señor de todo lo criado, por quien el Padre hizo este mundo, con qué conformidad sufrió ser igualado con lo más soez de los mortales y que le faltase casa a El, y que a sus caros discípulos les falleciesen los alimentos.

CCCLXV

Y siendo el Hacedor y Gobernador de la Naturaleza, no estuvo exento de los males de nuestra naturaleza: tuvo hambre, tuvo sed, sufrió cansancio, paladeó tristeza: ¿para qué todo esto, sino para ejemplo nuestro

CCCLXVI

Fué tan amigo de la paz, de la concordia, de la caridad, que ningún vicio persiguió más que la soberbia y los vicios que nacen de la soberbia, a saber: arrogancia, ambición, porfías, desacuerdos, enemistades.

CCCLXVII

Y enseñónos no haber cosa acá abajo por la cual debamos engreírnos, ni de las exteriores ni de las anejas a nuestro cuerpo, pues todas son advenedizas y ajenas.

CCCLXVIII

Ni aun de las cualidades internas ni de la misma virtud podemos enorgullecernos, puesto que es Dios quien nos las da y es El quien se las retira cuando alguno se altivece con aquellos dones y no reconoce su fuente y su origen, menospreciando a aquellos para cuya utilidad los recibió de Dios.

CCCLXIX

Y para quebrantamiento de la soberbia, porque no se precie nadie de estar sometido a la religión y se lisonjee a sí mismo por observante de la ley evangélica, hemos oído de su boca: *Cuando hubiereis hecho todo lo que yo os mandé, decid: Siervos inútiles somos.*

CCCLXX

¡Cuán grande es el desatino de aquellos que se alaban de ser cristianos consumados y se anteponen a los otros en la observancia de la ley!

CCCLXXI

Puesto caso que ninguno sabe si tiene virtud o no, ni si es digno de la gracia de Dios o de su aborrecimiento; ni si es más rico que él en virtud aquel a quien se prefiere; ni si está llamado ni predestinado al consorcio de los santos mientras que él está condenado a miserias sempiternas...

CCCLXXII

...Por eso Dios privó de todo juicio acerca de otro hombre al hombre, porque es ciego y desconocedor de los secretos y retraimientos del

corazón y se los reservó para Sí, que es infalible escudriñador del pecho humano.

CCCLXXIII

Las señales de afuera, que es lo único que el ojo del hombre ve, son muy flacos e inciertos indicios de lo que se esconde dentro.

CCCLXXIV

No, pues, por una sola conversación, cosa que hacen algunos temerarios; ni aun por ciento, ni aun por una prolongada convivencia des una sentencia rotunda y tajante sobre el ingenio, vicios o virtudes de alguno.

CCCLXXV

Muy profundos y secretos son los rodeos y los escondrijos del corazón humano; ¿qué vista humana penetrará en tamaño laberinto y nebulosidad?

CCCLXXVI

Habiendo Cristo con su muerte ganado para sí todo el linaje humano y redimídole por tan gran precio de la servidumbre del demonio, ninguno ose menospreciar, ninguno alabar su alma, a quien el Señor amó en tan alto grado que no dudó derramar su sangre y poner su vida por ella. Por todos generalmente fué crucificado el Señor y por cada uno singularmente.

CCCLXXVII

No pienses que va a ser a Cristo cosa grata que tú aborrezcas a quien El ama.

CCCLXXVIII

Esta es, por decirlo así, la moneda con que quiere Nuestro Señor que le paguemos, a saber: que así como El nos amó siendo siervos y malos, indignos de ello, amemos nosotros a nuestra vez a los que son siervos como nosotros mismos.

CCCLXXIX

En este mundo comenzó Dios a fundar el amor mutuo entre los hombres y para con Dios; aquí echó muy a nivel y plomo los cimientos de la felicidad humana que tuvo su consumación en el cielo.

CCCLXXX

Esta es la vida y la gracia de Cristo, que en sabiduría excede a todo alcance del ingenio humano y en justicia y razón satisface a los que algo entienden, y con su bondad cautiva a todos.

CCCLXXXI

Ninguno piense que es cristiano; ninguno confíe estar bien con Dios, si odiare a uno solo de los hombres, puesto que Cristo nos los encomendó a todos.

CCCLXXXII

Al hombre que Dios encomendó si lo merece, ámale porque lo merece; y si no lo merece, ámale también, porque harto merece Dios que le obedezcas.

CCCLXXXIII

Ni los ayunos ni las largas limosnas distribuídas entre los pobres hacen al hombre más agradable a

Dios; solamente lo consigue el amor para con los hombres. Esto nos enseñó también su Apóstol.

CCCLXXXIV

No veas a hombre alguno en el mundo a quien no pienses que has de tenerle en lugar de propio hermano, con cuya prosperidad no te goces, de cuya adversidad no te conduelas socorriéndole en todo lo que pudieres.

CCCLXXXV

No entibie en ti este afecto ni el paisanaje, ni el parentesco, ni su profesión, ni su condición. Dios es el Padre de todos, a quien tú, enseñado por Cristo, cada día llamas Padre, quien te reconocerá por hijo si tú reconocieres en sus hijos a tus hermanos. No te sea enojo tener por hermano a quien Dios no desdeña por hijo.

CCCLXXXVI

Dios trajo la paz, la concordia y el amor.

CCCLXXXVII

Los bandos, las facciones, los provechos personales con daños ajenos, los desacuerdos, las riñas, las contiendas, las guerras, todo eso lo introdujo el demonio, que es su más habilidoso urdidor.

CCCLXXXVIII

Dios, que quiere que nos salvemos, siembra bienquerencias; el diablo, que nos quiere perder, siembra enemistades.

CCCLXXXIX

Con la concordia, aun lo más pequeño se aúna; con la discordia, aun lo más grande se dispersa.

CCCXC

Los que trabajan por establecer paz entre los hombres y conservarla bien trabada y firme, éstos serán llamados hijos de Dios, según el testimonio de Cristo. Estos son los verdaderos pacíficos de quien habla. Los que andan introduciendo discordias y despegando el amor de los hombres entre sí, son hijos del diablo.

CCCXCI

El colmo de la enemistad, en la cual el hombre supera la ferocidad de todas las fieras, es la guerra; sábete que no es cosa de hombres, sino de bestias como lo indica su propio nombre: *bellum de bellua.*

CCCXCII

De la guerra abomina la Naturaleza, que crió al hombre sin armas, para la mansedumbre y la sociabilidad, y aborrécela Dios, que quiere absolutamente e impone imperativamente el amor entre los hombres todos.

CCCXCIII

Ni hay hombre que pueda dañar a otro ni hacerle guerra sino con malicia.

CCCXCIV

Si piensas que hay alguno que te tiene mala voluntad, no perdones trabajo ni medio por aplacarle y congraciarle contigo.

CCCXCV

En un caso como éste, no ahorres súplicas ni atenciones ni aun gastos para recobrar su estima, que es el más breve atajo para lograr la estima de Dios.

CCCXCVI

No escarnezcas a nadie sabiendo que lo que acontece a uno puede acontecer a cualquiera; antes da gracias a Dios, que no te cupo a ti tal infortunio, y pídele ya para ti que no acontezca tal, ya para aquel que en su aflicción no le falte remedio o, al menos, resignación; y socórrele tú si pudieres.

CCCXCVII

De cruel ánimo es gozarse con los males ajenos y no tener lástima de la común naturaleza.

CCCXCVIII

Sé misericordioso para con los hombres y alcanzarás misericordia de Dios.

CCCXCIX

La fortuna y acaecimientos humanos son comunes a todos; a cada uno amenazan; colgados están sobre cada cual.

CD

Para cumplir con ese amor debido a los hombres, piensa que no puede hacerse cosa mejor ni más congruente que procurarles el máximo bien, que es la virtud, que dedicarte a hacerlos a todos buenos si pudieres y si no, mejorar a los más.

CDI

No hay cosa más disconforme con este amor ni obra más de enemigo que hacernos malos con la persuasión, con el ejemplo o con otra cualquier arte.

CDII

Lo primero y mejor de todo que puedes hacer es amar, aunque fueres aborrecido; pero lo más excelente y que contenta más es amar y ser amado.

CDIII

No hay riquezas más ciertas que las amistades ciertas.

CDIV

No hay más poderosa escolta que los amigos fieles.

CDV

El sol quita del mundo el que de la vida quita la amistad.

CDVI

Pero la verdadera, maciza y duradera amistad sólo se da entre los buenos, entre los cuales el amor cuaja fácilmente.

CDVII

Los malos ni son amigos entre sí ni con los buenos.

CDVIII

El más trillado y derecho camino para ser amado es que tú ames, pues nada hay que engendre tanto amor como el amor.

CDIX

Granjéase también el amor con la virtud, que de suyo es amable, que convida y casi obliga a que la amen los que más la desconocen.

CDX

Y también con las señales de la virtud, mansedumbre, modestia, reserva, humanidad, cortesía, afabilidad; si nada dijeres o hicieres que delate arrogancia o insolencia o petulancia u obscenidad, todo sea en ti dulce, suave, amable y puro.

CDXI

Ponzoña es de la amistad si amas como si hubieras de aborrecer y consideras a tu amigo tal como si hubiera de ser tu enemigo.

CDXII

Saludable es aquel aviso: Odia como si hubieses de amar.

CDXIII

En la amistad no des entrada a pensamiento alguno de enemistad; no creas que el que tienes por amigo vaya a ser nunca tu enemigo; de otra manera la amistad será flaca y quebradiza.

CDXIV

En la amistad conviene que haya fe, constancia y llaneza, por manera que del amigo no tengas ningún recelo ni prestes oído fácil a los suspicaces y a los delatores.

CDXV

La vida no es vida para los suspicaces o los desconfiados, sino una muerte continua.

CDXVI

No inquieras vidas ajenas ni, como dice el Sabio, busques maldad en la casa del justo, ni escudriñes con morbosa curiosidad lo que hace cada uno; guárdate sobre todo de descubrir la torpeza de nadie ni quieras averiguarla; esto es propio de inhumano pecho y de alma amarga, y nacen de ahí copiosas enemistades.

CDXVII

Los que tal hacen acostumbran ser descuidados de sus cosas y curiosos de las ajenas. Cuán torpe y fea cosa es conocer a los otros tan bien y de sí no saber nada.

COMO SE HA DE VIVIR CON LOS HOMBRES

CDXVIII

No solamente has de amar a los hombres, sino, como es razón, debes reverenciarlos y vivir con ellos con toda honestidad y miramiento, pues en ello consiste el deber de la convivencia.

CDXIX

No pienses que importa poco dónde, con quién, a par de quién vives o hablas.

CDXX

Estando delante de las gentes haya templanza, moderación y compostura en todo tu cuerpo y, particularmente, en los ojos y toda la cara, sin muestra de arrogancia o desdén; no haya visajes ni liviandad; hermoséenla la serenidad y el sosiego, que son señales de alma tranquila y reposada.

CDXXI

El atavío del rostro humano que más embellece y nos concilia bienquerencias es la modestia y la vergüenza, de la cual, si está desnudo, parece el más feo y abominable del mundo.

CDXXII

Desesperarse debe de la salud de aquel que perdió el empacho de obrar mal.

CDXXIII

No muestre el rostro braveza ni severidad demasiada, que son síntomas de ánimo cruel y desapoderado.

CDXXIV

La risa no sea frecuente ni descomedida, ruidosa y convulsa, que sacuda todo el cuerpo, ni pase a carcajada o a sarcasmo.

CDXXV

Piensa que no hay cosa alguna que te pueda alegrar tanto que te fuerce a levantar gran risotada.

CDXXVI

De risa puede haber algún motivo; de carcajada, no.

CDXXVII

Reírse de lo bueno es maldad; de lo malo es crueldad; de lo indiferente es locura; escarnecer a los buenos es impiedad; a los malos, crueldad; a los conocidos, monstruosidad; a los desconocidos, desvarío, y burlarse del hombre es inhumano.

CDXXVIII

Los ojos estén reposados y quedas las manos: ni nerviosas ni gesticuladoras.

CDXXIX

No te acostumbres a juegos de manos; del papirote se llega a los puños, y de ahí, al palo y a la espada.

CDXXX

A solos los buenos haz honra y acatamiento, que nace de la veneración sincera y sentida.

CDXXXI

A los que tuvieren mando o cargo demuéstrales honra exterior; obedéceles aunque te manden cosas recias y enojosas, pues esto quiere Dios por el sosiego público.

CDXXXII

Cede tu lugar a los ricos porque, enojados, no hagan daño ni a ti ni a los otros buenos.

CDXXXIII

Levántate en presencia del anciano, en reverencia de sus canas y de la experiencia y de la prudencia que suelen tener sus años.

CDXXXIV

A la honra que te hicieren otros, no te sea enojo corresponder tú con honra igual. No saludar al que saluda, no desear bien a quien te lo desea, si lo miras bien, o es extremada descortesía o descuidada flojedad.

CDXXXV

¡Qué fáciles son y de cuán poco estorbo el saludo, la afabilidad, la cortesía, la deferencia! Y cuán grandes amistades granjean con mostrarse, y cuántas desbaratan, si se las omite.

CDXXXVI

Cuán grande es la ignorancia de lo que nos conviene: no querer ganar la buena voluntad de muchos con una cosilla que tan poco cuesta.

CDXXXVII

Cuanto más generoso y más cortés es cada uno, tanto más humano y más afable se muestra a todos. El hastío de hablar o el hablar con desabrimiento nace de grosería o de necedad. Y así el formarse en las buenas artes se llamó *humanidad.*

CDXXXVIII

Si no eres saludado tú o no eres correspondido en el saludo, atribúyelo a descuido o distracción más que a desdén premeditado; si te hablaren con poca blandura o no te dan la honra suficiente, culpa a la costumbre o la condición de quien tal hiciere, no a su malicia ni su odio. No seas tan vano que te lleve un soplo de la boca.

CDXXXIX

Con estas y otras interpretaciones similares te crearás una vida santa y apacible, puesto que a todos amarás y no pensarás ser ofendido de nadie.

CDXL

Es un viejo dicho: *Para ser verdadero no seas mal pensado.* Este otro, aunque nuevo en palabras, es viejo en sentido: *Para vivir en quietud no seas sospechoso.*

CDXLI

Mira que ni en el semblante ni en dichos ni en hechos no parezca que menosprecias a nadie.

CDXLII

Si eres menos que otro, ¿quién de los que te están por encima sufrirá que le mofes? Y si eres más que él, le azoras y le apartas de ti con tu desprecio. Intolerable es el menosprecio, porque nadie se considera a sí mismo tan vil que lo merezca.

CDXLIII

Ninguno llegó a ser tanto, que la fortuna algunas veces no le obligue a tener que recurrir a los más pequeños.

CDXLIV

Allende de esto, ninguno hay que sea despreciable de todos aquellos de los que Dios no desdeña de tener por hijos, si en esto también no desprecias el juicio de Dios.

CDXLV

Y hartas veces aquel a quien los hombres tienen por digno de menosprecio, observado más de cerca hallaríanle dignísimo de respeto y veneración.

DEL LENGUAJE Y DE LA CONVERSACION

CDXLVI

Dios dió la lengua a los hombres para que fuese instrumento de comunicación y convivencia a la cual la Naturaleza atrae al hombre y le mantiene en sociedad.

CDXLVII

La lengua es causa de grandes bienes y de grandes males, según usares de ella. Muy sabiamente la comparó el apóstol Santiago al gobernalle de la nao; hay que ponerle frenos y cohibirla porque no se haga daño a sí ni a los otros.

CDXLVIII

No hay instrumento más fácil que la lengua para el pecado ni tampoco más frecuente.

CDXLIX

A ninguno hagas afrenta, de ninguno digas mal; a ninguno dañes, no solamente en la hacienda, pero ni en la fama y consideración personal.

CDL

A ninguno maltrates de palabra soltando tu lengua en baldones y procacidades, aun perjudicado y provocado a ello, pues más te dañarás a ti ante Dios y los hombres sensatos que a aquel mismo a quien cubres de dicterios y maldiciones.

CDLI

Responder a un denuesto con otro denuesto es limpiar lodo con lodo.

CDLII

Amenazar a menudo es cosa de mujeruelas, y no de las buenas.

CDLIII

No seas tan tiernecito que una palabrilla te lastime.

CDLIV

No practiques la elocuencia canina, mordedora, si quieres parecer decidor en afrenta ajena, que en tal caso mejor sería que padecieras afasia o mudez.

CDLV

No tengas cuidado en reprender a otros; tenlo, sí, y muy vivo, en que los otros no hallen con razón cosa que en ti puedan tacnar

CDLVI

Con todo, si tuvieres que reprender a alguno, no uses de palabras recias ni ásperas; en el acíbar de la reprensión mezcla algo de dulzura que temple el desabrimiento y mitigue la herida si hicieres alguna.

CDLVII

Mas esa mitigación no sea tanta que eche a perder el fruto de la corrección, ni tampoco que degenere en lisonja.

CDLVIII

Vicio feo, la lisonja; torpe en quien la dice; dañosa a quien la oye.

CDLIX

Ninguna cosa tengas en tanto aprecio que sea bastante a desviar-

te de lo justo y de lo verdadero; no han de alcanzarlo de ti ni riquezas, ni parentesco, ni amistad, ni ruegos, ni amenazas, ni peligro cierto, ni el miedo mismo de la muerte.

CDLX

De esta manera cobrarás autoridad y crédito, tanto que cuanto dijeres será tenido por oráculo; de otra manera, serás menospreciado y aun juzgarán que no mereces que te oigan.

CDLXI

Tu hablar sea modesto, cortés y bien criado; no áspero, ni rústico, ni de hombre villano; pero tampoco repulido ni relamido en demasía, y cuando tengamos que hablar, porque nos entiendan, no sea menester intérprete.

CDLXII

No tomes un tono de mofa o de reprensión o de amenaza; pero tampoco tu habla sea muelle o melicosa o adulatoria.

CDLXIII

Hay una cierta medianía que ni abdica de la propia dignidad ni despoja de la ajena.

CDLXIV

La lascivia y la suciedad deben extirparse de la conversación como de los manjares la ponzoña.

CDLXV

No vayas tan de prisa en el hablar, que las palabras se anticipen al pensamiento; ni respondas antes de entender bien la materia de que se te pregunta, y qué es lo que dijo y lo que sintió aquel a quien respondes.

CDLXVI

Muy raro debe ser en ti aquello de Cicerón: *Dime todo lo que te viniere a la boca*; cosa que sólo pidió a Tito Atico. Y aún no sé si debe admitirse en ningún caso, puesto que aun entre amigos debemos precavernos de no decir a la ligera cosa alguna que disuelva u ofenda la amistad.

CDLXVII

¡Cuán feo y peligroso es aquello! Lengua, ¿adónde vas?

CDLXVIII

Cristo, nuestro Señor, sabiendo que del multiloquio nacían muchísimos males, y principalmente aquellos que derechamente van contra el principal capítulo de su Ley, como son riñas, discordias, enemistades.

CDLXIX

Porque fuésemos en nuestro hablar muy comedidos, nos amenazó con que de toda palabra ociosa que los hombres hablaren entre sí tendríamos que dar estrecha cuenta en el día del final examen del mundo.

CDLXX

Por esto dice el Salmista: *Pon guarda a mi boca y una puerta de circunspección a mis labios.*

CDLXXI

Guárdate de ser boquirroto ni derramado en el hablar, ni quieras que

te oigan a ti solo. Tiene sus alternativas el diálogo, aun cuando hablares con gente necia o baja. Ni seas tampoco tan pausado ni tardío que entiendan que te escuchas a ti mismo o que te parezca que hablas plata y perlas.

CDLXXII

Entre hombres sabios, mejor es oír que hablar; pero hay lugar en que el callar es tan vicio como el hablar cuando no es menester.

CDLXXIII

Ningún deleite hay tan suave que se pueda comparar con la plática del varón sabio y bien hablado.

CDLXXIV

No seas muy preguntador, que es cosa molesta y enojosa.

CDLXXV

Ten presente aquello de Horacio: *Huye del preguntador, porque siempre es parlero.*

CDLXXVI

En dar tu parecer no seas porfiado ni terco; si oyes la verdad, reverenciala luego con tu silencio y acátala como cosa divina.

CDLXXVII

Si oyeres alguna sinrazón, disimúlalo en honor de la amistad o de tu propia modestia, especialmente cuando ni las buenas costumbres ni la piedad sufren daño alguno.

CDLXXVIII

Superflua es la porfía si no hay esperanza de provecho. Los hombres no toleran ni la arrogancia ni la jactancia ni la superioridad soberbia y fastidiosa, ni aun en los más grandes hombres, merecedores de toda loa.

CDLXXIX

Lo que sabes no lo pregonen tus palabras, sino tus obras.

CDLXXX

No pienses que todos huelgan de oír lo que tú huelgas de decir.

CDLXXXI

Guárdate de hacer cosa que si no se encubre no podrás estar seguro ni sin peligro, y ya que la hubieres hecho, no la descubras a nadie. Lo que quieres que se calle, cállalo tú primero, y si te es forzoso descubrirlo, mira bien a quién.

CDLXXXII

Cuando confías algún secreto muy celoso a un amigo, mira no mezcles con ello alguna gracia, no sea que él, repitiendo la gracia, revele el secreto.

CDLXXXIII

El secreto que te confiaren guárdalo más cuidadosa y fielmente que dinero depositado.

CDLXXXIV

No habrá cosa segura en la vida humana si falta la fe de los secretos.

CDLXXXV

Lo que hubieres prometido, cúmplelo, por duro y difícil que te sea, para que, a lo menos, cumplas la palabra que dieres.

CDLXXXVI

Si te tuvieren prometido algo, no lo demandes; sé siempre más áspero juez para ti que para los otros.

CDLXXXVII

Te conviene pensar que los hombres tienen sentido, razón, entendimiento y juicio para no persuadirles que lo malo que hicieres está bien hecho, o al revés, y que no es posible embaucar con disimulaciones, con tapujos, con afeites, con colores que acaban siempre por descubrirse y se tornan tanto más feos y aborrecibles cuanto más solapados estuvieron.

CDLXXXVIII

Hostilmente recibimos todo aquello con que fuimos engañados.

CDLXXXIX

Por esto, lo más cuerdo es que todas nuestras cosas vayan claras, desnudas, sin dobleces.

CDXC

Pues aun cuando la verdad alguna vez al principio es odiosa, a la postre no hay cosa más amable ni más grata que ella.

CDXCI

Sufre tormenta algunas veces la verdad, pero no naufraga.

CDXCII

Las ventajas de la mentira ni son sólidas ni durables, ni el daño de la verdad empece mucho tiempo.

CDXCIII

Huye de la mentira como de cosa que lo estraga todo. No hay cosa en la condición humana más abyecta que la mentira, que así como la aparta muy lejos de Dios, la hace semejante y esclava del diablo.

CDXCIV

Finalmente, más tarde o más temprano, se descubre la mentira y se vuelve en afrenta del que la profirió.

CDXCV

¿Qué cosa más despreciada o más vil que el mentiroso? Si te conocieren por tal, nunca te creerán aun cuando dijeres la mayor verdad del mundo.

CDXCVI

Y, al contrario, si te tuvieren por veraz, tendrá más crédito un guiño tuyo que el más sagrado juramento de otros.

CDXCVII

Si no quieres hablar cosas que se contradigan, si quieres que en tus palabras haya constancia, huelga la buena memoria y cualquier otra habilidad, basta con que digas siempre lo que crees ser verdadero.

CDXCVIII

Lo verdadero consuena con lo verdadero; lo falso, ni con lo verdadero ni con lo falso consuena.

CDXCIX

Pero si quieres, en cuanto dijeres tener crédito, no creas fácilmente

sino lo averiguado o que traiga consigo una visible verosimilitud.

D

No seas suspicaz. Muy sabio es aquel dicho: *Si quieres ser veraz, no serás suspicaz.*

DI

Desventurado de aquel que se mete en cosas de las cuales no se puede escabullir sino mintiendo.

DEL JURAMENTO

DII

No te acostumbres a jurar, que el sabio dice: *El hombre que mucho jura será lleno de maldad y de su casa no se apartará el azote.*

DIII

Y el Señor, en su Evangelio, nos veda todo juramento. Afirmando no debemos decir sino: *Así es*, y negando: *No es así.*

DIV

Grande es la reverencia debida a Dios, y así, no fácilmente ni a cada paso le hemos de traer por testigo: no hemos de hacerlo sino por fuerza o constreñidos a ello.

DV

El que fácilmente jura en las cosas de veras, jurará en las de burlas, y quien jura en cosas de burlas, no está en dos dedos de jurar en la mentira.

DVI

Los que te han de creer, igualmente te creerán jurado que no jurado; los que no te han de creer, tu juramento les repelerá más.

COMO NOS HABEMOS DE COMPORTAR CON LOS HOMBRES

DVII

Entre los hombres se ha de hacer alguna diferencia; unos son como de nuestra casa; otros, no más que conocidos; otros, por fin, ni conocidos siquiera.

DVIII

De nuestra casa llamo a todos los parientes, deudos y allegados y todos aquellos con quienes vives en el mismo domicilio.

DIX

A todos les has de amar; aun para con los desconocidos te mostrarás tal, que sientan que, en general, eres amigo de todo el género humano y que a todos los hombres deseas bien.

DX

Pero no con todos te has de haber de una misma manera como raya blanca en pared blanca. Con unos tomarás consejo; a otros obedecerás obsequiosamente; a otros acatarás y reverenciarás; a otros harás gracias, si hubieres de ellos recibido algún beneficio, y principalmente a aquellos cuyo auxilio te fué útil, o diligente, o fiel.

DXI

En punto a la gratitud, la voluntad se ha de valorar tanto como la buena obra; que en poco menor grado está el que intentó, el que quiso hacer bien, que el que lo hizo efectivamente.

DXII

Si hubieres recibido algún beneficio, no andes menos solícito en devolverlo y recompensarlo que si fuesen dineros prestados.

DXIII

No pienses que es menos de buena voluntad haber puesto diligencia que haber dado dineros; antes es más, en cuanto es justo que el cuerpo sea más amado que otra cualquiera cosa exterior.

DXIV

No aguardes a que tu amigo te descubra sus necesidades; adivínalas tú mismo y socórrelas espontáneamente; anticípate a los ruegos honestos, y antes que te ruegue, haz lo que te ruega.

DXV

A tus padres no solamente les has de amar, sino que les reverenciarás después de Dios y obedecerás sus mandamientos como mandamientos divinos.

DXVI

Persuádete, como así es en hecho de verdad, que ellos, en la tierra, desempeñan las veces de Dios, y que nadie te quiere más ni tiene mayor cuidado de ti.

DXVII

En el segundo lugar después de éstos, están los maestros, mayordomos, ayos, tutores; finalmente, los que tienen cuidado de tus costumbres, que son la cosa más preciosa y excelente que hay en el hombre.

DXVIII

A éstos, como a otros padres, ámalos y reveréncialos; obedécelos humildemente y aun con presteza y alegría, pensando que todo lo que te mandan no es para su provecho, sino para el tuyo. Y pues esto es así, muy malas gracias les darás tú, si mientras ellos están intensísimamente aplicados a tu bien, tú les devolvieres odio o contumacia por tamaño beneficio.

DXIX

Cree que te quiere bien el que amigablemente te reprende.

DXX

Y que nunca daña la reprensión, aun la del enemigo; pues si se nos da con verdad, muestra lo que debemos enmendar; si con falsedad, lo que debemos evitar; así que siempre nos hace mejores o, por lo menos, nos vuelve más avisados.

DXXI

Con los que hubieres de hacerte amigo, averigua antes cuáles son sus costumbres y cómo se condujeron con sus otros amigos, no sea que luego te pese de aquella amistad.

DXXII

No te hagas familiar de aquel cuya familiaridad veas que rehuyen los buenos.

DXXIII

Evita también aquellos que no te amarán a ti, sino a lo tuyo, como son los truhanes, chocarreros, parásitos, en fin, aquellos con cuyo trato y, por decirlo así, con cuyo frote o te tornarás peor o se te pegará mancilla o peligro.

DXXIV

Evita también a los que tienen envidia del bien de sus amigos.

DXXV

Y también a los picoteros y dicaces que ningún miramiento tienen y burlan y publican los secretos y por innata locuacidad garlan lo que debieran callar con cuidado muy exquisito.

DXXVI

Y, sobre todo, huye de aquellos que por una rencilla baladí toman gravísimas enemistades con sus amigos más estrechos, vengándose de ellos con más saña que de aquellos a quienes odiaron siempre, en la bárbara convicción que se ha de sufrir menos la injuria del amigo que del enemigo; en lo cual demuestran claramente no haber amado nunca, que de otra manera no se creerían ofendidos tan pronto; a estos tales, mejor es tenerles por enemigos o ciertamente por desconocidos que por amigos.

DXXVII

Sé muy tardío en admitir amigos; pero una vez admitidos, sé más constante en retenerlos.

DXXVIII

Escoge familiares que no solamente te darán placer, sino que te acarrearán provecho, no aquellos que todo lo dirán para tu agrado, sino para tu bien; no los que te adularán lisonjera y astutamente, sino los que te avisarán con sinceridad y llaneza.

DXXIX

Si te acostumbras a oír a los que te adulen, nunca oirás la verdad.

DXXX

De las pasiones bestiales, dos son las causadoras de mayor estrago: entre las bravas, la envidia; entre las mansas, la adulación.

DXXXI

Tanto como deben ser amadas la sabiduría y la virtud, tanto debe ser execrada la adulación que nos estorba que lleguemos a donde nos persuade que hemos llegado ya, y otro tanto debe ser agradecida la recta amonestación que hasta allá nos conduce, mientras nos enseña cuánto nos falta para llegar y cómo hemos de cubrir esta etapa definitiva.

DXXXII

Si llevas mal la reprensión, no hagas cosa que la merezca.

DXXXIII

Desventurado de aquel que no tiene quien le amoneste cuando lo necesita.

DXXXIV

Evita el trato con los malos hombres como si fueran atacados de peste, pues en uno y otro caso es de temer la contaminación.

DXXXV

Si ya no fueses tal que confíes en volverlos mejores.

DXXXVI

Pero no te entregues demasiado a a esta confianza, principalmente porque nuestra naturaleza está inclinada al mal; agria es y barrancosa la vereda de la virtud.

DXXXVII

Escudriña tú mismo implacablemente quién eres y de qué lugar y de qué condición, porque no haya cosa alguna que te dé tantos fueros que pienses que más es lo que se te debe a ti que lo que a los otros es permitido.

DXXXVIII

Cuanto mayor fuere lo que por concesión de la costumbre te está permitido, otro tanto retráigate de ponerlo en práctica la moderación.

DXXXIX

Con los inferiores muéstrate comedido; con los superiores, reverente; con los iguales, asequible y fácil, y para con el vicio, sé siempre duro, rígido, vertical, inexorable.

DXL

No hagas gran sentimiento porque los más poderosos que tú te menosprecien; antes atribuye la culpa de ello a la Fortuna, no al hombre.

DXLI

Si de quien es menos que tú partiere algo que te agrade poco, piensa que no es ultraje, sino libertad.

DXLII

Piensa también que eres tan delicado que cosquillas leves te parecen golpes recios.

DXLIII

Ni conviene que pienses que tú solo eres hombre y todos los otros bestias que no han de atreverse ni a chistar. Eres hombre; vive con los otros hombres en pie de igualdad.

DXLIV

Antes, si fueres más sabio, si fueres mejor, tanto más has de cercenar de tu derecho en favor de los otros como a más ignorantes y más flacos; perdónate mucho menos a ti, a quien la sabiduría y la virtud te han dado tanta fuerza.

DXLV

Si no les aventajas en virtud, ¿por qué quieres ser tenido por mejor que los otros? Si les aventajas, ¿por qué no haces más que el vulgo por comedir tus pasiones?

DXLVI

Mejor y más feliz cosa es ser injuriado que injuriar; ser engañado que engañar; verdad es ésta que la sabiduría humana no desconoció, como lo demuestran Sócrates, Platón, Jenofonte, Aristóteles, Séneca.

DXLVII

Acuérdate que es propio de la fragilidad humana engañarse y errar para que los delitos ajenos nō te ofendan gravemente, en especial los que fueren contra ti.

DXLVIII

Perdonar es de ánimo generoso; retener la ojeriza es de hombres duros y crueles, degenerados, abyectos y ruines; verdad que la Naturaleza muestra aun en los animales irracionales.

DXLIX

Y pues Dios ninguna cosa hace más veces y de mejor gana que perdonar, ¿quién será tan loco que llegue a negar que aquélla es la más hermosa y excelente obra, que tan de cerca nos aproxima a la naturaleza de Dios sumo y todopoderoso?

DL

Serás para con los hombres tal como deseas que Cristo sea para contigo. Y es por cierto cosa justa que tú concedas a los hombres aquella misma indulgencia de que tú, en los mismos delitos o en otros no poco más leves, andas en extremo necesitado.

DLI

No hay oración más grata ni más eficaz ante el acatamiento de Dios que aquella que nos enseñó su Hijo, Cristo señor nuestro; la cual, por esto, se llama Oración del Señor o *Dominical*.

DLII

Pero tú no la puedes rezar con ánimo verdadero y puro si de todo corazón no perdonas al hombre todo cuanto pides a Dios que te perdone a ti.

DLIII

Con esta condición se nos perdona una deuda grande por la chica que nosotros perdonamos.

DLIV

Todo lo que el hombre pecó contra otro hombre es una pequeñísima parte de lo que cualquier hombre, a cada momento, peca contra Dios; a saber: tanto cuanto mayor es y más excelente Dios que el hombre.

DLV

Si con alguno estuvieres enojado, haz según te aconseja el Apóstol: *El sol no se ponga antes que tu enojo.*

DLVI

Antes que te vayas a acostar, arroja de tu pecho todas las rencillas, enojos, ofensas, codicias y cuidados para que con ánimo sosegado y tranquilo te entregues a placidísimo reposo.

DLVII

Al que una vez hubieres perdonado haz que conozca que lo hiciste con la mejor buena fe y la más absoluta lealtad y tan radicalmente que tú no te acuerdes del ultraje y él reconozca en ti un buen amigo si en alguna cosa puedes ayudarle o aprovecharle.

DLVIII

Afectado por una injuria, guárdate de tomarte la venganza por tu mano ni la encomiendes a ningún otro mortal; no tienes jurisdicción sobre el siervo ajeno, ni aun sobre tu mismo consiervo; injuria haces a tu dueño si no le dejas que entienda en la causa de quien es siervo suyo como tú.

DLIX

Dios es el Señor de todos y todos somos siervos suyos; bástete haberte quejado una vez; no insistas en el lamento; el ojo del Señor lo mira todo, y según su palabra infalible, El conoce quién hace la injuria y quién la padece.

DLX

Por eso dice Dios a todos: *Dejad a mi cargo el castigo; yo pagaré a cada cual según merece.*

DLXI

Pues residiendo la injuria en la intención, no en el hecho, sólo Dios conoce la intención y el castigo de que es merecedor.

DLXII

Las más veces pensamos ser injuria lo que no lo es porque estamos demasiado influídos de nuestras pasiones y nos dejan examinar lúcidamente lo que hay en cada cosa y nos llevan desatinadamente por descarríos y despeñaderos.

COMO CADA CUAL SE HABRA CONSIGO MISMO

DLXIII

Conviene que no solamente te ames a ti mismo, sino que te tengas reverencia para que te avergüences de ti mismo si vas a hacer alguna cosa o necia o imprudente o desvergonzada, fea, malvada, impía.

DLXIV

Ten en estima mayor el veredicto callado de tu conciencia que toda la grita de la loca y necia muchedumbre, la cual aprueba y condena lo que no conoce con idéntica ligereza temeraria.

DLXV

La conciencia es la que, si está alborotada, acarrea al alma grandísimos tormentos, y si está tranquila, el más placiente bienestar, con el cual no hay riquezas ni reinos que puedan compararsele.

DLXVI

Esto es lo que el Señor promete en el Evangelio a los suyos; a saber: que van a recibir aún en esta vida mucho más de lo que por El abandonaron.

DLXVII

La fama ni ha de aprovechar al malo ni ha de dañar al bueno.

DLXVIII

Muerto, ¿qué más vas a llevar de la fama que una pintura de Apeles, alabada, o el caballo vencedor en la Olimpíada? Ni aun al vivo aprovecha, si la ignora, y si la conoce, no le proporciona otro placer sino que el sabio la menosprecia y el necio más se complace de sí mismo.

DLXIX

La conciencia da de sí un auténtico y sólido y duradero testimonio, que valdrá mucho en el juicio de Dios. Es también una gran maestra de la vida si no se entregó a las pasiones que la corrompieron.

DLXX

Más aún: es, como gráficamente dijo aquel poeta sentencioso, *muro de bronce*, detrás del cual, fortalecidos, vivimos seguros en medio de los peligros de la vida; y no hay terror tan grande que pueda intimidar a quien tras este muro se abriga; porque siempre está puesto y clavado en Dios y en El sólo se confía y reconoce que de sí tiene especial cuidado Aquel a quien sabe que obedece todo el universo.

DLXXI

Cosa fea es que te conozcan los otros y que tú te desconozcas a ti.

DLXXII

¿Por ventura no te basta ser conocido de ti mismo y. lo que es mucho más, de Dios? ¿Para qué buscas, mentecato, un teatro más lleno? ¿O un nombre que durará en el recuerdo de algunos unos pocos instantes más?

DLXXIII

Con todo, los que ningún caudal hacen de su buen nombre para pecar más osada y bellacamente, estos tales son malos dos veces, no respetando a los hombres ni reverenciando a Dios.

DLXXIV

Estos tales hacen injuria a su conciencia, la cual burlan y escarnecen, como si se les diera tan poco de la fama, por pecar más licenciosamente, puesto que no sienten la traba de ningún miedo.

DLXXV

En esto consiste el amarse a sí mismo: en esforzarse, en trabajar, en pedir a Dios con súplicas muy ahincadas que la porción más excelente de nosotros mismos se adorne y atavíe con el más genuino y rico de los aderezos, que es la religión.

DLXXVI

No se ama aquel que ama las riquezas, los honores, los placeres y, en una palabra, todo cuanto esté en nuestro cuerpo o fuera de él, puesto que la porción más excelente es el alma.

DLXXVII

Ni se ama tampoco aquel que, por ignorarse a sí mismo, a sí mismo se engaña o se aviene a ser engañado de otros; gózase a veces cuando se persuade que hay en él unos bienes de que carece en realidad.

DLXXVIII

Este amor en el hombre no es amor de sí mismo, pues que él mismo no es otra cosa que su alma; mas el amor corporal es desatinado, ciego, fiero, pernicioso a sí y a los otros.

DCXXIX

De este amor no sin razón decía Sócrates con profunda queja ser manantial y origen de todos los males, puesto que destruye el amor mutuo, de donde nacen todos los males en el género humano.

DLXXX

Quien de esta manera se ama, no ama a otro ni es amado de otro.

DLXXXI

El soberbio no se aviene con los mansos, pero mucho menos con los soberbios.

DLXXXII

Nuestro Salvador Jesucristo, en un breve documento imbuído de celestial sabiduría, nos declara lo que es amarse a sí mismo y lo que es aborrecerse. El que odia, dice, a su alma, no regalándola en ninguna de estas cosas de fortuna y perecederas, éste le ama verdaderamente y quiere salvarla; mas el que la ama, regalándola, este tal la odia y quiere su perdición.

DLXXXIII

¿Quién hay si no está del todo fuera de entendimiento, que rehuse un poco de trabajo por un premio eterno y celestial, pues aun las cosas perecederas y frágiles no se alcanzan sin trabajo?

DLXXXIV

Esta es la ley de todos, cuyo padre es Adán: que trabajen. Y ésta es la maldición de los hijos de Eva: que se aflijan.

DLXXXV

Y puesto que hemos de trabajar de todas maneras, doquiera que vayamos, ¡cuánto mejor es trabajar y procurar con nuestro trabajo el mayor de los premios que no aquel otro escaso, vil, sin consistencia! Y de ahí tormento sempiterno y tristeza sin fin.

DLXXXVI

¿Y qué decir, si es empeño más fácil y más seguro y más tranquilo y, por ende, más sabroso y apacible obrar el bien; como sea que el pecado está lleno de peligros y por esta causa, de ansiedades y de angustias?

DLXXXVII

El pecado es la muerte del hombre, tanto que parece que a sí mismo se degüella aquel que peca; pues se arranca de Dios, que es nuestra vida, y del sosiego de su conciencia, que es el más intenso y callado de los deleites.

DLXXXVIII

Lavarás las suciedades del pecado con lágrimas, con penitencia e invocación de la clemencia divina, confiando en ella ilimitadamente.

DLXXXIX

Hase de evitar con gran atención y con vigilancia muy particular toda ocasión y causa de pecado. Dice el Sabio: *Quien ama el peligro, perecerá en él.*

DXC

Y el diablo siempre está en acecho de la ocasión, por lo cual no podemos vivir seguros.

DXCI

Siempre hay que pelear con él, como verdaderamente dijo Job: *La vida del hombre sobre la tierra es una guerra continuada.*

DXCII

Y como el demonio sea enemigo tan poderoso, tan robusto, tan insidioso, tan astuto, tan veterano y aguerrido, con tantas fuerzas y tantas estratagemas y tantos engaños, por ningún arte ni manera podemos serle iguales ni salir victoriosos del conflicto. Por esto, desconfiando de nuestros recursos, hemos de acorrer a Dios implorando socorro

DXCIII

Por esta causa el Señor y Maestro manda a los suyos, y no una sola vez, que oren y con grande afecto y rendida voluntad pidan al Padre de todos que no les deje caer en tentación; es decir, entrar en batalla en que tengan que luchar a brazo partido con el diablo.

DXCIV

Y en la oración que El mismo nos enseñó, el remate y corona es éste: *No nos traigas en tentación*, mas líbranos del demonio, acechador malvado.

DXCV

Obremos, pues, siempre como armados en batalla, vigilantes, las haldas en cinta, atentos, no dormidos en nuestras ocasiones. Y siendo tanta la fugacidad de esta vida y tanta su incertidumbre, que nadie puede prometerse el día de mañana, locura grande es y peligro pavoroso dilatar nuestras esperanzas a plazo largo, difiriendo hacer nuestros aprestos para la jornada irrevocable, a la cual se nos llama a cada momento ignorantes de cuándo, queramos no queramos, tendremos que emprenderla.

DXCVI

Por todo lo que hemos dicho, preparémonos un tesoro para la vida venidera, al cual cada día añadamos algo, con el cual, provistos y confiados, jamás por nuestra flojedad y descuido nos tome la muerte desapercibidos, sino aparejados y no tristes para la partida, y saciados ya de esta vida, llevemos siempre delante de nosotros la óptima e insobornable esperanza de una vida pasada en inocencia y santidad, por la fe en el Hijo de Dios y la piedad en que por El fuimos amamantados. Ningún don pudo Dios dar al hombre, ni mayor ni más apetecible, por el cual conocemos a Dios y cuanto puede conseguirlo un mortal no solamente le imitamos y seguimos, sino que también a veces le alcanzamos.

DXCVII

Sin este conocimiento, ¿qué otra cosa es el hombre sino una bestia inmortal?

DXCVIII

De la manera que un día de la vida del hombre se ha de preferir a la longevidad de un cuervo o de un ciervo, un día vivido en religión, esto es, de vida divina, ha de anteponerse a la eternidad toda sin religión.

DXCIX

Esta es la vida eterna, dice Nuestro Señor Jesucristo, *que conozcamos al Padre y a Jesucristo que El envió.*

DC

Este es el curso de la Sabiduría absoluta, cuyo primer grado es: *Conocerse a sí mismo;* y cuyo último peldaño es: *Conocer a Dios.*

Al Rey de los siglos inmortal e invisible; al Dios de toda sabiduría sea honor y gloria por siglos de siglos. Amén.

Brujas, año 1524.

FIN DE LA
«INTRODUCCIÓN A LA SABIDURÍA»

DEBERES DEL MARIDO

(DE OFFICIO MARITI)

(1528)

DEDICATORIA

CARTA

AL ILUSTRÍSIMO DON JUAN DE BORJA, DUQUE DE GANDÍA

Cuando, años atrás, iba escribiendo el tratado acerca de la formación de la mujer cristiana, poco podía yo pensar que en lo sucesivo no habían de faltar quienes me exhortasen a escribir un tratadillo análogo acerca de los deberes del marido, y aun he de confesar que tal idea no me vino jamás a las mientes. Y así fué que por esta no previsión mía mezclé en aquellos libros enseñanzas que indistintamente podían tener aplicación así a la mujer como al marido, pues no esperaba yo que con posterioridad tuviera lugar más a propósito para decir aquellas cosas, aun cuando aquel en que las puse no era del todo ajeno del asunto. Mas, puesto que la obrecilla tuvo un éxito mucho más feliz que no me lo prometían mi esperanza ni mi expectación y se ganó lectores numerosísimos, y (por hablar parcamente) siendo muy pocos aquellos a quienes descontentó, avivó el deseo de muchos, quienes porfiaron porque yo escribiese con relación al marido lo mismo que había escrito en el segundo libro de mi obra anterior sobre la instrucción de la mujer. Engolfado yo en aquella sazón en un verdadero agobio de ocupaciones absorbentes, hubiera dejado de doblarme a sus deseos, si los que me lo rogaban no fuesen tales que yo no les podía negar nada, y en especial, puesto que tan honesta cosa me pedían, casi fuera un pecado desairarles. Entre todos ellos, el más principal y porfiado peticionario fué Álvaro de Castro, hijo de Juan, el de Burgos, cuando, allá en Londres, no solamente morábamos en la misma casa, sino como en contubernio, o, mejor, en un aposento común, el cual, con su afecto y bienquerencia, que eran por mí correspondidos, hacíame las veces de hermano. A ése, pues, que me lo rogaba con muy ahincada insistencia, no sufrí negárselo en redondo. Y así fué que,

conforme me iban ocurriendo, anotaba yo, a manera de minuta o programa del libro a escribir, los pensamientos que me parecían pertinentes a complacer su deseo tan vivo, y ello hacíalo yo en lengua española, pues en lengua latina no lo entendiera. Y como todo esto después mereciera de mi parte una total reprobación, parecióme bien aumentarlo y limarlo y enviártelo a ti en su redacción latina. No porque tú necesites en manera alguna de estos preceptos míos ni de ningunos otros, pues tratándose de una esposa como la tuya, dama ilustrísima y de tanta gravedad, para quien no dudo que es una ley grande y santa la piedad para con Dios, y para contigo, singular y subida en su más alto grado, por manera que no ha menester de ningunas otras admoniciones o normas de vivir. Pero es el caso que yo tenía bien asentado el propósito de escribir algo para ti que fuese entre nosotros prenda de nuestra cariñosa simpatía, y para los otros, manifiesta declaración de nuestra mutua benevolencia, que a mí no solamente me halaga (pues todo amor es de suyo muy sabroso), sino que me produce un sano y limpio orgullo.

Así es que yo me considero muy obligado deudor de los que granjearon esa honrosa y dulce amistad y con gusto confieso esta obligación mía para con Juan Andrés Estrany, ausente en la actualidad, quien te me representó y pintó no cual soy, desgraciadamente, sino cual su afecto me fingía o su buen juicio quería que yo fuese. Y, a su vez, por cartas me hizo una clara y patente apología de tus virtudes. Y con ese retrato tuyo se avenía con admirable congruencia lo que aquí me contó de ti Honorato Juan, nuestro paisano, mancebo nacido para escalar las más elevadas cumbres, y si vive e insiste en el camino comenzado, va a ser algún día lumbrera de nuestra ciudad. Este no hizo más que aumentar con la frecuente evocación y recuerdo la estima que había concebido de ti por las cartas de Estrany. Y, ambos a dos, allende de haber encarecido sobre manera tus talentos y tus virtudes, expresaron el favor entusiasta que prestabas a los doctos y estudiosos todos y hasta qué punto deseabas merecer bien del cultivo de las buenas letras. La prueba mayor de ello es la fundación del Colegio de Gandía, donde se enseñan con toda su pureza y elegancia. Y hasta dónde llega tu buena voluntad para con los doctos todos, podemos demostrarlo gráficamente, pues en una carta que me envió Estrany a mí, tú escribiste de tu mano y pluma: «El duque de Gandía, devotísimo tuyo y de todos los que son semejantes a ti», a saber: de todos aquellos que tú crees que me son parecidos. De ese generoso error tuyo no es éste el lugar de desengañarte. Aunque en éstos y en muchos otros, ¿juega en ellos la suerte, por ventura? ¿O es que los ingenios de los hombres están ciegos lamentablemente? ¿Por qué los hombres hacen gran caudal y aprecio de cosas viles y contentibles y desdeñan cosas muy dignas del aplauso y admiración de todas las edades? Con la más escrupulosa minuciosidad se ha escrito acerca del asno, del buey y del modo de conocer, domar y curar el caballo, materias harto viles y de poquísima monta, y nada o casi nada se ha preceptuado aún tocante a la manera de elegir esposa, de dirigirla, de amarla, como tampoco respecto a la de elegir y tratar al marido. Y cuando se ha hecho, se ha hecho muy a la ligera y de manera harto rápida, como a

volapié y como quien dice de gato que pasa por ascuas. Y aun siendo así, ¿cómo estos preceptos, sean los que fueren, se quedan desairados y no merecen estimación ni aprecio alguno de los hombres? ¿Será que los hombres, por ventura, han de leer de mejor gana aquellas cosas que producen un placer huero que un provecho sólido? Si ya no es que creamos más ventajoso regir a un caballo que a una mujer, que será indivisible compañera nuestra en todo y en todo tiempo. ¿Será, por ventura, otra la causa de que veamos tantos hogares desgraciados, llenos de lágrimas y de gritos, sino que se pecó en la elección y se sigue pecando en la convivencia, cuando cada uno de los cónyuges pide las riendas para sí e ignora en absoluto el arte de la jineta?

¿Pensamos, quizá, que se necesita maestría mayor para gobernar a una mujer que a un caballo coceador y arisco? El caballo, si no quiere sufrir jinete, hace uso de su fuerza; pero es domado y señoreado por otra fuerza y por otra destreza, por manera que el caballo más robusto y batallador queda reducido a tal impotencia como si fuera un pollino recién nacido y envuelto en sus pares. Y es que el hombre usa de la fuerza, del arte, de la astucia y del engaño. No se ha establecido ley alguna a la buena mujer casada, amante de Dios y de su marido. El amor es su ley; mas aquella mujer a quien el amor no ocupó toda y la redujo a su dominio, ofrece muchos pasos o, digamos, minas o caminos abrigados por las cuales se infiltran los torcidos afectos del alma para llegar al punto donde tiene intención de llegar, al cual, si llegaren, no menos el marido que la mujer tienen que servir a su pasión; es decir, a un tirano importunísimo. A esas minas nosotros respondemos con contraminas, visibles unas veces, cubiertas otras veces y heraclíticas, que interesa grandemente al marido, para bien de ambos, conocer y practicar. En otro lugar y en otra ocasión, yo, por lo que toca a la esposa, señalé por escrito algunas de estas contraminas que al marido conveníale grandemente conocer y practicar, y que confiaba yo que no sería el bien público que acarrearían para la debida armonía entre ambos si a ello se aplicaban. Ahora traigo un propósito igual, y plegue al Cielo que con no desigual resultado. Ciertamente, trátase de una obra utilísima y hermosísima, en la cual el conato solo ya es loable, aun privado y destituído de todo buen suceso. Colmaría todos mis deseos que te satisficiera esta obra mía acerca del marido, como la *Formación de la mujer cristiana*, según me dicen, contentó a la dama muy ilustre que es tu esposa.

INTRODUCCION

Pareció al soberano Hacedor de la Naturaleza cuando tan a nivel y plomo echó el cimiento de las edades futuras, puesto que creó a los seres animados esclavos de las enfermedades y de la muerte y en número muy escaso, que mediante la generación, alumbrasen otros seres, con lo cual, aumentado el género de cada uno de ellos, se propagasen

hasta los tiempos más remotos, a fin de que, de principios pequeños en extremo, uno y otro creciesen hasta una muchedumbre casi infinita, y mortales como eran, alcanzasen una suerte de sucesiva inmortalidad. Mas los restantes animales, promiscuamente, sin orden, sin ley alguna, obedecen a la Naturaleza y engendran hijos, y para ellos rige una cierta ley universal, a la cual todos obedecen por instinto, aun cuando entre ellos existen algunos que pasan la vida pareados indisolublemente y observan con tal delicadeza la santidad del maridaje, que son muchos los miles de hombres a quienes podrían enseñar castidad, amor recíproco, fidelidad puntual y finalidad del matrimonio. En este número hay que contar a los cisnes, las tórtolas, las cornejas, las palomas. Empero, el linaje humano, nacido para la sociedad y comunidad de vida, quedó obligado por Dios por unas más estrechas leyes conyugales, y no quiso el soberano Hacedor que con lujuria suelta y desenfrenada, ni el varón mariposease de hembra en hembra, ni que la mujer entregase su cuerpo a muchos machos; con lazos legítimos unió a uno con una e hizo entrega al varón de la mujer no sólo para perpetuar la prole, sino para que consigo asociase su vida. Y esto es lo que Moisés, allá en los orígenes del mundo, declaró haber dicho la Sabiduría, de cuyas manos es obra: *No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él.* ¡Cuántos y cuán necesarios provechos vienen de aquí! El primero de todos, que así como con la ocupación de los campos y delimitación de sus linderos, reconocidos por la ley y el Derecho, elimínanse los pleitos y se apaciguan las controversias, así también, entregadas las mujeres en maridajes legítimos, cesan las porfías de sus pretendientes, las cuales forzosamente tendrían que existir si las hembras fuesen inciertas y anduviesen de lecho en lecho, pues el uno desearía la belleza y el deleite que va anejo a la belleza, puesta como en almoneda y al alcance de cualquier mano, y creería que todo debía pasar al dominio y señorío del más fuerte, como premio de su fortaleza. El otro provecho es que el que antes hubiera catado la mujer disputada, como si aquella libación primera equivaliese a una toma de posesión, se opondría enérgicamente a sus pretensiones de otro cualquiera y lucharía por ella como por cosa de su propia pertenencia. De ahí rivalidades, odios, pendencias, y puesto caso que el hombre tiene su porción de animalidad, si se suelta la brida a sus pasiones, es soberbio, fiero, desenfrenado, ávido de venganza y excogita ardides y trazas, así para saciar su lujuria como para perseguir y vengar aquello que a él se le antoja una injuria; asociaría muchos otros a su encono, ora coaccionados por el miedo, ora atraídos y engolosinados por el aliciente de alguna esperanza o beneficio, y de ahí banderías, facciones inmediatas; mas luego, al punto, guerra y campañas, crueles peleas domésticas y exteriores, cuales fueron aquellas que la antigüedad conoció, y cuyas relaciones traen los viejos libros, ocasionadas por mujeres; verbigracia: Helena de Lacedemonia, hija de Tíndaro y de Leda; las romanas Lucrecia y Virginia. Entre nosotros, la Cava, hija del conde don Julián, fué la perdición de España. Enrique II de Inglaterra fué expulsado de su reino porque, habiendo amado con prolijos y vehementes amores de mozo a una hermana del rey

de Francia, llegada ya a Bretaña para la boda inmediata, su padre, cautivado de su hermosura y no sobreponiéndose a su repentina y desapoderada pasión, violentó a su nuera inminente mientras su hijo andaba por Escocia engolfado en gestiones políticas. La muchacha, en la primera entrevista que tuvo con el enamorado mozo, declaróle lo ocurrido. Este, impresionado por tan fea injuria, se alzó con el reino y desterró de él a su padre. Omito todas las anécdotas parecidas referidas por Plutarco en un donoso y ejemplar librito que consagró a narraciones de lances de amor y de pasión. ¡Ojalá la vida no abundase de tantos y tantos ejemplos como los que cada uno podría referir así de personas públicas como privadas, que a tantos y tamaños males empujó a porfía la carnalidad sin freno.

Esta ocasionó la subversión de muchos reinos; ésta destruyó familias, consumió patrimonios y sembró dondequiera grandes y acerbísimos peligros y negras calamidades. A esta pasión tan sin freno y tan arrolladoramente expansiva, Dios Nuestro Señor, Padre nuestro providentísimo y Autor y Fundador de los casamientos, condolido del humanal linaje, puso medida y tasa mediante la ley del matrimonio, escrita y consignada no tanto en papeles y albaranes como sembrada e impresa en el pecho de cada uno de los hombres. Y en la institución de este linaje de uniones conyugales, extensiva indistintamente a todas las gentes y naciones, no ya sólo en aquellas a quien la Humanidad y la civilización dieron costumbres y prácticas religiosas, sino también en las bárbaras y fieras naciones, vírgenes de toda cultura y de toda humanidad inculcó tanta benevolencia y amor al prójimo y tanto pudor y reverencia tanta, que, a impulsos de ese amor infuso, ni uno ni otro de los cónyuges quiere abandonar ni trocar a su consorte. Y donde el amor faltó, acudió en lugar suyo la vergüenza, por manera que no hay persona alguna tan privada de sensatez y juicio que ignore que es cosa ilícita, vedada por la religión, mientras permaneciere la unión primera, buscar otras uniones, y sabe que esa transgresión merece pública odiosidad y ejemplar castigo.

Allende de esto, para el fin de establecer hogares y fundar casas y tutelar haciendas, cosas todas éstas que son las células primeras de las agrupaciones humanas, que se denominan ciudades, cuántas ventajas trae y acarrea a la casa del marido la mujer, que, en expresión de Dios, es su auxilio y su semejanza, su compañera estable hasta el cabo de la vida, particionera de todos sus gozos y de todos sus pesares y madre futura de la prole de ambos. Ella defiende y guarda el patrimonio familiar con vigilancia y cuidado mayor que si fuera cosa exclusivamente suya. O, mejor aún, ningún otro bien cree ser más suyo que aquél, y lo conserva y acrecienta, si puede, pensando que va a dejarlo a sus hijos, a los cuales ella no tiene en menor aprecio y cariño que a sí misma.

No puede encarecerse de cuánta pesadumbre, de cuánta molestia y enojo queda aliviado el espíritu del marido, atento de suyo a más altos menesteres que a esos cuidados menudos y a esas preocupaciones caseras. Mas yo no sé si admiten esas cosas comparación con la crianza y cuidado de los hijos. Las uniones ciertas hacen a los hijos ciertos y, por ende, más queridos. El amor que se les tiene hace que se los críe,

que se los eduque, que se los forme a todo linaje de humanidad y de virtud, no solamente con desvelos y con trabajos, sino también con congojas y ansiedades. Es de saber que los restantes animales, luego que su madre los amamantó y adquirieron su crecimiento justo y proporcionado, instruídos y enseñados suficientemente por su propio instinto, abandonan a su madre, y despedidos de ella para siempre, bástanse a sí mismos, procuran su mantenimiento y las defensas de su organismo y de su vida, y ni unos ni otros, por preferencias de la Naturaleza, son mejores ni peores: ni el padre reconoce ya más a su hijo, ni el hijo a su padre. Muy al revés pasa con el hombre. El divino Hacedor, por una merced singularísima, atribuyóle razón soberana y una gran fuerza y penetración de entendimiento. Mas él, con su pecado, corrompió en sí la simiente de las virtudes y ofuscó aquella lumbre de su ingenio. Y si pone sus pies en el camino de las pasiones, con arrebato tal es llevado al precipicio, que pasa a señorío ajeno, a saber: del dueño tirano a quien dió entrada en su alma hácese, por su propio querer, esclavo suyo, y, cosa horrible de decir, ¡cómo de hombre queda trocado en muy grande bestia! ¡Qué noche espesa albérgase en su pecho! ¡Cómo degenera de su origen primero esclarecido! Esta oscuridad y ceguera la disipa y la ilustra el saber, y las torcidas tendencias del alma son enmendadas y rectificadas por las costumbres y el hábito del bien obrar. Con todo, tan dañada y tan viciada está esa naturaleza nuestra, que ha menester cuidado, y tiempo, y trabajo, y asiduidad, y hay que esperar las ocasiones en que la dolencia se demuestre, en que entienda mejor el buen aviso y quiera escucharlo con docilidad.

A veces habrá que diferir el remedio y disimular el vicio y reservar la enmienda para coyuntura mejor, cuando sin peligro pueda la pústula ser sajada. Y no ha de avisársele una sola vez, sino varias, y aun muchas, y se le ha de reprender y se le ha de castigar. De cuando en cuando será conveniente la blandura y azucarar la acedía con un poco de miel. ¿Cuándo se podrá dar por terminada la reformación y enmienda de ese animal tan depravado y deforme, tan querencioso y reincidente por su propio y repentino impulso en la torpeza? ¿Quién habría que tomara sobre sí trabajos tan sin fin, que renacen y se renuevan cada día que amanece, por una prole dudosa e incierta? Tómalos aquel que, empujado a ello por el connatural afecto hacia aquellos que son el fruto de un matrimonio fiel, no tiene la menor sombra de recelo de que por él fueron engendrados. Allende de esto, el amor de los padres redunda en los hijos y multiplica la recíproca benevolencia, así como el odio lo entibia y llega a apagarlo totalmente, como refiere la mitología: que Medea, la hija del rey de Colcos, noticiosa de que había sido abandonada por Jasón, el de Tesalia, quien en lugar de con ella contrajo nuevas nupcias con otra mujer, exasperada por aquel ultraje y aguijada como una furia por un odio fogoso y siniestro contra su marido, despedazó los hijos de ambos. Y la historia narra que Domicio Barba de Bronce tomó en aborrecimiento a su hijo Nerón, que fué emperador más tarde, por haberle nacido de Agripina, mujer fiera y de altivez desaforada.

Y, a su vez, el amor de la sóbole corrobora el afecto mutuo de los cónyuges, mientras cada uno de

ellos ama al otro como a su igual y como a padre de aquellos seres a quienes cada cual ama con cariño extremado, no menor que el que cada uno le profesa. Para que el amor sea gemelo debe ser entre ellos recto y mostrarse en los hijos reflejado, puesto que naturalmente amamos a los que aman a los amados nuestros.

Por todo esto es por lo que los padres, penetrados de afecto para con una prole salida de sí y respecto de la cual no sienten el recelo más leve, con buen ánimo la reciben, la mantienen según sus posibilidades, la instruyen, la apartan de los vicios, cohiben y comprimen sus pasiones, aguzan la fuerza de su razón y de su juicio para que se deje guiar por ella, y todas las otras facultades le rindan pleito homenaje como a su reina. Y una vez que instruyeron a sus hijos, no los abandonan, no los echan de sí ni de ellos se apartan, como hacen los otros animales, sino que los defienden, los miman, los engalanan con todas cuantas joyas pueden, les prestan su calor y no les niegan su ayuda. Y no termina con ellos esa benevolencia, sino que pasa a las nueras, a los yernos, a los afines, a los propincuos. Y de ahí retoñan muy sabrosas y sinceras amistades, y hasta llegó a fundar ciudades esta fecunda bienquerencia. Y se propaga aún más, y desciende a los nietos, y a los bisnietos, y se interesa por la posteridad, puesto que es su naturaleza capaz y partícipe de la inmortalidad y avizora la eternidad que habrá de seguírsele. Y este sentimiento funda casas y patrimonios y familias, y el nombre de un linaje no fallecedero viene a ser como el hierro que marca el flanco de los nobles brutos. Este encumbrado abolorio, si no sirve más que a la holgazanería y a la vanidad, hace que la familia de esta condición no sea más que un semillero de crímenes y maldades, hasta el punto que mientras permaneciere nunca faltará en ella algún bellaco, algún malvado, algún altanero y desasosegado, opresor violento de la libertad ajena, que, engreído de su solo nombre, pretenda aventajarse a los otros, aunque dotados de mejores partes. Y, al contrario, ¡qué cosa tan hermosa es esta alcurnia cuando no se endereza a más que a que los descendientes hallen en aquella casa una norma cierta y un arte de vivir honrado, que les granjeará auténtica alabanza, norma y arte que los padres cuidan de traspasar a sus hijos, o, por mejor decir, que ellos mismos, por sus propias manos, depositan en ellos, juntamente con su sangre y con su nombre, que es, a la vez, recuerdo de las más bellas acciones, de las cuales dieron ellos el ejemplo en su propia casa, como estímulo para la imitación. Gracias a todas esas aportaciones, ¿quién será capaz de explicar cuántas ventajas adquirimos por favor del Cielo para vivir la vida y cuánto nos hemos apartado de la condición y manera de conducirse de los brutos? La Humanidad revelóse a sí misma y se mostró en su hermosura soberana, con su orden, con sus leyes, con su disciplina, y nos arrancó de los vicios, y nos situó en el umbral de toda la virtud. Una sola Eva fué dada a un Adán único, bien así como una sola Iglesia fué dada a un solo Cristo, como el Apóstol santo interpreta qué fué aquel grande sacramento, que simboliza la unión de Cristo y de su Iglesia.

Y que uno debe ser de uno exclusivamente, fuera de que lo dice a gritos la misma Naturaleza, la ley divina, que está por encima de la

Naturaleza, puesto que nos la interpreta y nos la explica, y es verdaderísima y es certísima, nos lo enseña y corrobora, primeramente, por la misma disposición y fábrica de los cuerpos y por la razón de la generación, que sólo es posible con el ayuntamiento de dos cuerpos. Y no sin algún oculto misterio, porque es más sabroso y dulce el amor de dos, sin envidia y sin querella, siendo así que el amor de dos o más para con uno solo no carece de celo y de emulación, porque es sumamente difícil que uno ame a dos por un igual y les demuestre la misma atención y cariño. Y es obvio que suceda que el que se juzgare preferido por aquel tercero, objeto del doble amor, se insolente como de una victoria ganada en reñida lid, mientras que el que se sintiere pospuesto quemaráse en su propio doloroso despecho como un vencido, y envidiará a su rival aquel bien que querría poseer él solo o, al menos, disfrutar de su goce preferente. De ahí se ocasionarán odios y contiendas y enojos en la vida familiar, que, o bien la braveza varonil tratará de resolver con algún escándalo y perturbación estrepitosa, o la mujeril debilidad aumentará y agriará con sus chillidos e importunidades, que son las armas que puede blandir y que harán la vida intolerable. Y no se avienen estas pelamesas conyugales con el sosiego y con la sabrosa tranquilidad que deben reinar en la vida de familia, a la cual el marido se acoge como a un puerto, cansado, triturado por los negocios públicos o privados, pero exteriores. Y si la quietud anda por casa tan acosada y desquiciada y el odio lo trae todo revuelto, ¿en dónde hallará descanso y recreación el espíritu del marido ajetreado por tantos negocios, por tantas preocupaciones, que equivalen a otras tantas tempestades? A buen seguro que preferirá andar engolfado en aquellas lides forenses, en medio de aquel oleaje proceloso de discursos, de andanzas, que recogerse en sus penates y encerrarse en las paredes de su casa para saborear una vida tan desabrida y tan de infierno.

Pues es de saber que en la amistad, aun cuando fuere de muchos a la vez, cada uno de los amigos mira a cada uno, y no todos a uno, como miran al dueño los esclavos, sino como en una república bien ordenada por una cierta comunidad de derecho; mas que dos o tres miren a uno, ello no es amistad, sino rivalidad o dominio de alguno sobre muchos. Y en estos casos suelen existir envidias y rivalidades y odios cuando se inclina de preferencia a una parte el favor que muchos desearon. Por eso, en el mismo nacimiento del mundo, el Señor dió a solo Adán una Eva sola, y cuando tuvo resuelto perder el mundo, a todos los varones que mandó que se encerrasen en el arca para la restauración del género humano les asignó sendas mujeres. Los mandamientos divinos declaran con mayor eficacia que ninguna otra cosa cuál sea la fuerza de la Naturaleza. Corrompida en nosotros esta fuerza a causa de la variedad de pasiones que nos llevan arrebatados a partes diversas, restitúyenla a la integridad los celestes oráculos. Adán, como en profecía, dice en el Génesis: *Que dos harán un hombre solo.* A estas palabras añade nuestro Señor Dios: *Verificado ya el matrimonio, en adelante ya no son dos, sino un hombre solo,* porque quede demostrado que no cuaja el matrimonio de tres o cuatro, sino que tiene que ser de dos. Y ese mismo Dios nuestro, todas las veces que habla del

casamiento, no enumera nunca maridos o mujeres, sino esposa y esposo. Y el Apóstol San Pablo, para remedio de la lujuria, aconseja que cada uno tenga la suya, y no dice nunca las suyas. Y lo hace con absoluta claridad cuando el Señor prohibe que la esposa sea repudiada por otra causa que no fuere el adulterio. Y si alguno osare contravenir esta prohibición y tomar otra mujer, llámale a ese tal adúltero, con todas sus letras, y veda la pluralidad de mujeres. ¿Por qué, pues, si el casado, viviendo su primera mujer, tomare otra sería adúltero, en el caso de ser cosa permitida y lícita tener muchas?

Estas son las leyes de la Naturaleza, las cuales bastaran con toda seguridad si nuestra malicia hubiera dejado en su entereza y puridad a nuestra naturaleza semejante a aquella que salió de las manos de su divino Hacedor; pero la maldad la vició y la torció a la malicia. Excogitó remedios para esa dolencia la edad subsiguiente, y a la propagación del vicio opusiéronsele barreras, y frenos a la licencia, que de día en día se tomaba mayores ensanches. Pues es de saber que en la adolescencia del mundo, cuando el linaje humano tuvo sus primeros crecimientos, cuando todavía, en su rudeza original, los hombres primitivos habitaban en parte las cabañas y las cuevas de sus abuelos, y en parte en casas que habían construído y en ciudades que habían levantado; desde un principio el marido y la mujer vivían en su hogar; naciéronles hijos, para con los cuales arde increíblemente el amor paterno, que la Naturaleza estimula con sus fuegos; estos hijos, una vez crecidos, procuráronse esposas para la propagación del linaje, y les crecieron nuevos hijos; a través de los hijos, el amor de los padres pasó a las nueras y a los yernos, y de ellos, a los nietos, y todos ellos, aunados en la amorosa comunión de la propia sangre, quedáronse a vivir en el recinto de las mismas paredes, partícipes del mismo fuego y del mismo lar, abrazándolo todo el amor y haciéndolo todo común, o, mejor dicho, todo uno; esparcióse y retoñó más lejos el parentesco y la afinidad. Y ni aun cuando su número fué en gran manera acrecentado, con todo, no se avinieron a separarse de aquella comunidad familiar, tanto porque desde su edad tierna y ruda se habían avezado a ella, y ninguna cosa hay más sabrosa que una costumbre contraída en la niñez, como porque dentro de allí mismo tenían a quienes amar como a sí mismos, y no podían separarse sin que les pareciera que sufrían en sus propias carnes todo el dolor de un desgarro. A pesar de todo, algunos se separaron y se fueron a poblar otras como colonias. Y ello no embargante, añoraban y volvían pronto a aquella primera matriz y solar de su linaje como a una metrópoli y a una patria antigua, y allí vivían en jocunda familiaridad.

Y entonces fué cuando unos hombres de ingenio agudo y enriquecidos de experiencia vieron cómo entre los errores de la mocedad peligraba el tesoro de la pudicicia, y creyeron que era conveniente reprimir en aquella edad fogosa los estímulos carnales con religiosos preceptos y leyes. Es un hecho que la naturaleza sintió horror de los casamientos con las madres, con las hijas, con los progenitores, con la prole. Ello bastantemente lo declaró aquel que, incorrupta aún la naturaleza, puestos los ojos en su mujer, exclamó: *He aquí que ésta es hueso de mis huesos y carne de mi*

carne; por ella dejará el hombre a su padre y a su madre. No iba a dejarlos, si pudiera casarse con ellos; la necesidad unió en un principio a hermanos con hermanas, cuando el linaje humano era reciente todavía y poco numeroso; pero harto pronto comenzó la Humanidad a rechazar tales bodas, cuando el mundo ya estuvo asaz poblado, y en muchas naciones las leyes humanas las vedaron, y prohibió la religión que se unieran en casamiento los que tan estrechamente enlazados estaban por la sangre. De esta manera parecióles a aquellos hombres ser cosa hacedera que los hermanos, los hermanos de padre, los primos y todos cuantos estuviesen ligados por vínculos de parentesco muy estrecho, deseasen bodas mutuas; tuviéronlas por uniones nefandas e incestuosas, prohibidas por mandato y voluntad soberanas, pues si se reparaba en sólo lo humano, vedábanlas las leyes o, lo que es lo mismo, el consentimiento social y la autoridad de la patria, y si se atendía a lo divino, vedábalas la majestad de la Divinidad. De esta manera indefectiblemente iba a suceder que al abrigo de un mismo techo y en el cerco de unas mismas paredes estaría segura la castidad de los parientes mozos, porque, según era la simplicidad y la inocencia de las edades primitivas, para que de alguna cosa se abstuvieran bastaba con decirles que aquello no se acostumbraba hacer.

Con el progreso del tiempo, no bastaron al pueblo romano tantas leyes, las unas encima de las otras, sancionadas con penas progresivamente más atroces, ni tantas amenazas, ni cárceles, ni verdugos, ni mazmorras, ni segures, ni cruces, ni sacos, ni muertes acerbísimas, miembro por miembro. Y es de saber que a los antepasados de estos romanos era bastante decirles: «Nadie ose, quirites.» Y nosotros, que para tantas cosas somos inválidos y flacos, sólo somos fuertes e invencibles contra la modestia y el pudor y nada hacemos tan animosamente como despreciar la virtud. Y al tiempo que no hay animal a quien, en su género, reporten más ventajas la concordia y la benevolencia que al hombre y sean estas virtudes predisposiciones necesarias para granjear amistades y difundir entre los hombres la bienquerencia hasta el límite de lo posible, con muy buen acuerdo se previno, como elocuentemente lo dijeron en sus escritos Marco Tulio y San Agustín, que los varones se buscasen mujeres fuera de la propia casa, y las hijas se pasasen a la ajena, pues este intercambio iba a ser prenda segura de nuevos conciertos y amistades, siendo muchos los que desearían verse unidos por aquellos lazos dulces, y de estas alianzas verían nacer consanguinidades, parentescos, afinidades y toda suerte de derechos humanos y divinos, nudos sabrosos y enlaces de piedad. Y así aconteció que aquel amor instintivo que la Naturaleza había, mediante su semejanza, esparcido arreo por todo el humano linaje, contraído a unos pocos, por culpa de las malas pasiones, remaneció y remozóse mediante las uniones conyugales, y se extendió y difundió, no ya de una individualidad en otra, sino de casas en casas, de ciudades en ciudades y de naciones en naciones. ¡Cuántas hubo de ellas que, despedazadas por disensiones enconadísimas, muchas veces con un solo matrimonio concertaron una concordia dulcísima! Pero hasta donde sea lícito o no lo sea avanzar en esta materia, delimitada ya por las le-

yes de los romanos y por los decretos de los Pontífices, no es cosa que nos interese de momento. Lo diré en su día, cuando, con el favor de Cristo, trate de la cosa pública.

Mas cuando, tras tantas tinieblas en el alma de los hombres y tantas maldades en su voluntad y tanta corrupción en la Naturaleza, aumentada por la continuidad del mal, parecióle al Divino Consejo ser llegada la hora de restaurar su propia obra, envió a aquel mismo Hijo suyo, por quien había creado el mundo, para que le tuviéremos ante el acatamiento del Padre como reconciliador de tamaño desacuerdo, y para nosotros como esclarecedor de tan densas tinieblas, y como dechado y ejemplar de nuestra vida. El, con su mano tendida, levantó al género humano, derribado a tierra, atollado en el lodo, para que mirase al Cielo, para que se gozase con la luz, para que entreviera algunas lumbres y matices de la Divinidad.

Y como a son de trompeta, todos aquellos que, sin repugnancia de sus almas, oyeron la voz celeste, abandonando cualesquiera otros cuidados y teniéndolos por bobería y nonada, aprestáronse a conquistar para sí y para los restantes aquella tan grande bienaventuranza. Veían cómo todo cuanto hermoso y codiciadero ambicionaba conquistar el mundo con sus armas y todo cuanto hablaban y prometían los preceptos y las escuelas filosóficas, todo aquello se les brindaba, y mucho más puro y enterizo, en increíble compendio y cifra que casi estaba ya al alcance de sus manos. Despertóse en ellos un inenarrable ardimiento de ir a la zaga de sus huellas y de poner los propios pies en las mismas pisadas en donde Cristo, su Caudillo y su Abanderado, los había impreso, y llegar a donde había llegado El cuando todavía hervía su sangre e incendiaba todos los pechos que tocaba. El pasmo inmovilizó a todos aquellos en cuyas manos estaba el gobierno de los pueblos y de las naciones: reyes, emperadores, conductores de grandes ejércitos, hombres experimentados y astutos, a cuyo consejo y parecer se acudía en las cosas mayores y en las más menudas; profesores de sabiduría, quienes, colocados como en la cumbre de la Humanidad y en la vecindad de los dioses, miraban con desdén a todos cuantos creían tener debajo de sus pies; todos esos hombres vieron con grandísimo estupor cómo los seguidores de Cristo habían superado todas estas mentidas grandezas con el ímpetu desalado con que iban en seguimiento de su Caudillo divino.

Nadie había que no se preguntase con maravilla de dónde podía venirles aquella fuerza tan arrolladora gracias a la cual tantos millares de corazones, en grandiosa conspiración, tendían a lo mismo, profesaban lo mismo, proclamaban lo mismo, conseguían lo mismo. Ningún cuidado tenían del dinero, ningún cuidado de la vida; no ambicionaban magistraturas ni ninguna suerte de poderío; habían renunciado a sus casas, a sus familias, a sus padres, a sus deudos, a sus hijos, a sus mismas esposas, porque nada les embarazase en su carrera acelerada, porque nada impidiese el combate y retardase la victoria sobre los vicios, y éste era el premio inaudito de su virtud. No se preocupaban de fardaje ni de impedimenta los que estaban persuadidos con absoluta certidumbre que de su victoria iban a reportar botín tan glorioso. No les holgaba, siendo tanta la celeridad del tiempo, prestar atención a otros

pensamientos, arrebatados por completo y absortos en la contemplación y esperanza de eternidad inmensa y bienaventurada. Con todo, el ardimiento de esa piedad nuestra tenía su origen en Cristo, como en augusto manatinal; ese ardimiento, digo, que es tan solícito de los otros como descuidado de sí y está dotado de meticulosa prudencia, y cuanto más se encandila este ardor tanto más lo saca afuera la prudencia, que, olvidada de sí, se preocupa del bien ajeno, si es que puede haber algo ajeno en tan difusiva y hervorosa caridad. Colócase en lugar seguro y exclama, rebosando confianza: «¿Quién nos separará de la caridad de Dios?» Por los otros trabaja, no por sí; vive él, pero no él, sino que en él vive Cristo. Por eso ejecuta los mandatos de Cristo, que vive en él, y obedece a su voluntad para hacer bien hasta donde le sea posible a aquellos por cuyo bien quiere Cristo que se mire; a saber: su propia familia, por la cual no titubeó un momento en ofrecer su vida.

Por todo lo cual, recordaron los maestros de tan piadosa congregación y cooperadores de la obra de Cristo que el mismo Señor, rogado acerca de las esposas, dijo: *Los hay quienes por el reino de los cielos se castraron a sí mismos; pero no todos pueden hacer esto, sino aquellos a quienes fué concedido como un don por el Padre celestial.* Porque no hubiese alguno que por indiscreta fogosidad de seguirle, mientras anda en busca de la dádiva que por favor divino no le fué concedida a él, cayese imprudentemente en aquellas redes que Satanás tiende, disimuladas y en gran número, en derredor de los pies de aquellos que con gallardo paso caminan a la perfección de obras hermosísimas, San Pablo les avisa y les exhorta que anden y obren con toda cautela, y donde ven que se esconde mayor peligro, allí aplican los más rápidos remedios y fortifican con preferencia aquel reducto que entienden que el enemigo ataca con máquinas más potentes. Y ese mismo Apóstol Pablo, conductor de huestes aguerridas, que con su propio ejemplo las anima más a fin de que, teniendo todas las cosas del mundo por quisquillas y bagatelas puras, sigamos desnudos a Cristo desnudo, y crucificados, al Crucificado, nos advierte con todo que es mejor contraer matrimonio que caer en un incendio. O dicho más claramente: a fin de que nadie, con injuria y riesgo, perturbe la paz y el sosiego ajenos, o porque no se contamine con sucias imaginaciones y actos, más vale que se case que no que se abrase. Y del mismo modo que una hierba, o una raíz, o una legumbre cualquiera para unos es comida y manjar cotidiano y a otros se les aplica a manera de medicina, así también el matrimonio, que originariamente fué instituído por Dios para la procreación de la prole, a los incontinentes y a los que no pueden dominar sus instintos sírveles de medicina de tan recio mal. Definámosle ya diciendo que el matrimonio es *el legítimo ayuntamiento de un varón y de una mujer para convivencia y comunidad de toda la vida.*

DEBERES DEL MARIDO

CAPITULO PRIMERO

DE LA ELECCIÓN DE ESPOSA

Antes de empezar a tratar de la elección de esposa me considero en la obligación de raer de la mente de aquellos a quienes va dirigido ese tratado el frenesí de quienes no eligen esposa, sino que la asaltan; no la conducen al altar, sino que la roban; la captan, la engañan y la llevan arrastrada al redopelo y como por la melena contra su voluntad. Si fuera una mercancía la mujer, o fuera siquiera un vestido, por ventura no parecería tan desatinado procurársela con cualquiera traza y armadijo, pues adquirida como fuese se tendría la misma utilidad. Mas puesto que tiene que ser compañera indisoluble, y caso que no esté enamorada, aunque cargada de riquezas y de linda disposición y cuerpo, más ha de acarrear enojos que otra cosa, ¿qué locura no es pedir al odio lo que debe ser fruto del más grande amor? Amor con amor se gana, y con honradez y con fidelidad; no se extorsiona con la violencia. Acaso gozarás tú por algún tiempo de las riquezas, de la belleza, del linaje de la esposa; pero jamás de la esposa. Las cosas mejores y más rectas son las que más concuerdan con su propia naturaleza. No robó Adán a Eva, sino que la tomó en manos amorosamente, como una dádiva graciosa de Dios Padre; no la impuso Dios a la fuerza a su marido, sino que para conciliar entre sí la bienquerencia sacó a la una del cuerpo del otro; dióles semejante forma y naturaleza a fin de que ya antes de la unión conyugal pudieran parecer una sola cosa, no dos. Enderezador y conductor de la vida humana es el juicio, el cual, si no informa y guía todas nuestras acciones, nos hace caer en grandes riesgos, como los que cada día ocurren a los tristes mortales. Quienes hacen previa experiencia y degustación de lo que han de comer y han de beber, no se toman precaución alguna para con aquellos que han de admitir a su amistad y a la comunidad de vida, que son harto más útiles o dañosas muchas veces que la comida y la bebida, sino que anticipan el amor al juicio. No pueden encarecerse suficientemente los daños que acarrea esta precipitación. Ella hace que muchas amistades quiebren y se conviertan en enconadas diferencias, y rompe y despedaza muchos afectos, hijos de una cálida afición precipitada, tales que no había vínculo que pudiera retenerlos durante largo tiempo. Lo que primeramente se impone es la reflexión madura.

Y si esto se ha de hacer en la elección de las amistades, ¿con cuánta mayor razón y cuidado más vivo debe hacerse en la elección de esposa, que es la más sublime forma de la amistad y el primero entre los títulos más queridos? Dice Epicteto, filósofo adscrito a la escuela estoica: *Todo objeto tiene su asidero; si tuvieres la suerte de cogerlo, podrás utilizarlo con toda comodidad y destreza.* Prudencia verdadera y total es saber para qué sirve cada cosa y cuál sea el uso que la Natu-

raleza le atribuyó. Si en la elección de tu mujer piensas en la prole y en la obligada convivencia, difícilmente te desviarás del camino derecho, cosa que es de importancia capital para la felicidad o la desventura del marido, como sabiamente lo escribió Jenofonte en su *Económico*, pues así como lo que más estrechamente está relacionado con el hombre es lo que más poder tiene para ayudarle si es bueno, o para dañarle si es malo, más duelen los males internos que los externos, y más los morales que los físicos. Y eso mismo pasa en la utilización de aquellos que llamamos bienes. Parecerá a algunos, por ventura, que esa afirmación no pueda hacerse así en general, porque son muchos a quienes desazona más la pérdida de dinero que la pérdida de salud. Y ello no es por el dinero precisamente, sino porque en su conciencia está persuadido el perdidoso que el perder el dinero es una brava e insoportable contrariedad. De arte que no es el dinero que vence a la salud, sino la viciosa afición que se le tiene.

Y porque es así acontece que los hay que juzgan más llevadero el destronamiento que muchos una pequeña merma en su patrimonio; los hay quienes toman de una palabreja o mote con que se les zahiera una venganza atroz, y otros no hacen caudal de un bofetón o de una azotaina. Y esa diferencia proviene del ánimo, que en el hombre tiene más poderío y vigencia que el cuerpo, puesto que le es íntimo y está muy estrechamente pegado al hombre, o que es el hombre mismo, al parecer de Platón.

Si, pues, importa tanto para vivir bien o con desasosiego que tal sea tu amigo quien, a pesar de todo, no ha de habitar bajo tu propio techo ni compartir tu cámara y tu cama, dejo a tu propia reflexión cuánto más importante será tratándose de la esposa que ha de vivir siempre contigo y has de encontrarla en la casa, en la mesa, en el lecho, en la intimidad, en lo más hondo y secreto de tu pecho. Si sales de casa, a ella le confías la casa. A ella la familia, la hacienda, los hijos, que son tus prendas más dulces y queridas. Ella es la última que te da el adiós a tu ida; ella es la primera que te da la bienvenida a tu regreso; sus brazos y sus besos te despiden; y te reciben sus brazos y sus besos; a ella le haces confidente de tus gozos; a ella le das su parte en tus pesares. Estar en el cielo es convivir con aquellos en quienes pusiste tu agrado y tu amor. El más feroz tormento del infierno es el odio recíproco que los precitos se profesan y el sentirse forzados a verse y habitar con aquellos con quienes no querrían en manera alguna, y con todo no les está concedido salir de allí ni separarse de su horrenda compañía. Por eso vemos en algunos matrimonios tan graves ocurrencias, crímenes, mutilaciones, muertes, causadas por seres exasperados hasta el paroxismo, a quienes escuece intolerablemente retener lo que no se pueden sacudir. Crucial y dudoso es, pues, el camino del matrimonio, una de cuyas bifurcaciones conduce a la miseria y la otra a la felicidad. Llegado a esa encrucijada, tienes que deliberar con mayor ansia y solicitud que no lo hizo el famoso Hércules en el cruce de caminos del Placer y de la Virtud, según finge el sofista Pródico en el primer volumen de los *Comentarios*, de Jenofonte. Y puesto que el negocio es de tanta monta, no tome a enojo leerme el lector, pues yo no tomaré a molestia escribirlo de asiento y con alguna extensión.

Puesto que la elección no es otra cosa que echar mano de aquellos elementos que parecen convenir a una finalidad determinada, todo aquel que se halle en el trance de elegir conviene que, en primer lugar, atienda al fin propuesto y que piense luego todo cuanto puede ser conducente a ese fin. Es necesario de toda necesidad que el hombre en ese punto extreme la prudencia, pues nadie podrá mejor que él percatarse de cuál es ese fin, y sólo el hombre prudente adivinará lo que a ese fin mejor se acomodare. Ninguno es prudente sino aquel que, aleccionado por la experiencia, consiguió el conocimiento de las cosas y menos sufre la influencia de los movimientos pasionales que nos quitan agudeza y firmeza de juicio. Y esas dos cosas, la ignorancia y la perturbación espiritual, son la causa por la cual los mozos no juzgan de las cosas con el mismo acierto que los ancianos; desconocen la vida y, nuevos ante todas las ocurrencias, son presa fácil de la sugestión; de ahí que en sus apasionamientos y en la ofuscación de su anochecido entendimiento no vean, como fuera de desear, lo que haya de rectitud en el consejo. Por esto sería conveniente que los mozos encomendasen el cuidado de elegir esposa a sus padres, los cuales, puesto caso que ven más claro que los jóvenes y están libres de sus tempestades morales; además de que, cosa que es de suma importancia en el dar consejo, no aman menos a sus hijos que a sí mismos y querrían para ellos el mejor de los aciertos, puesto que para el padre es más cara su prole que su persona misma, como está demostrado con insignes ejemplos. Hay que preservar al mozo de que mientras él, siguiendo el dictamen de su ánimo perturbado, elige a su esposa, no trueque un deleite efímero con un imperecedero arrepentimiento. Una larga y jamás desmentida experiencia ha enseñado que son muy raros los casamientos afortunados que a hurto se concertaron entre el mozo y la doncella; y al contrario, que son harto pocos los matrimonios desafortunados de quienes los padres fueron los inspiradores y casamenteros.

Así se convinieron aquellas viejas y ejemplares alianzas de los gentiles y de los judíos. Los padres de uno y otro contrayentes concertaban el pacto nupcial. Y no estaba permitido a los hijos apartarse de la transacción y convenio que a los padres respectivos les hubiere parecido bien. Pero también ha de advertirse a los viejos que procuren con sumo cuidado, en el matrimonio de sus hijos, no tener otras miras que su tranquilidad y la dulzura de una sabrosa convivencia hasta donde sea ello posible; pónganse ante los ojos no los vanos y necios honores, no el envidiado y mal seguro poderío, no las banderías inquietas, no aquello que precisamente en aquella edad (que para todas las otras cosas es asaz cauta y clarividente) suele deslumbrarles y señorearle, la codicia de las riquezas. Esto sería imponer a sus hijos una vida miserable y una carga no llevadera, por condescender ellos con sus torcidas aficiones. Y si tú buscas nombradía, riquezas, poder o dignidad para tu hijo con la callada esperanza de que algo de ello se llegue a ti, ¿qué otra cosa es esto sino abusar de tu hijo y ponerle al servicio de tu codicia, de tal forma que mientras tú consigas lo que deseaste, no tengas reparo alguno en hundir a tu hijo en un infierno tal como tú no lo soportarías sin que te vejases a ti mismo con una maldición callada y acaso tam-

bién manifiesta y escandalosa? Si alguno, sea viejo, sea mozo, no acaba de ver por sus propias luces todo cuanto haya en negocio de tanta monta, solicite el consejo de terceras personas que crea prudentes y de cuya benevolencia para con él esté persuadido. Y bien así como en todo el restante discurso de la vida, también en este trance delicado en que todo cuidado y deliberación es poca, puesto que es el quicio sobre que gira la vida toda, jamás se ha de asentir a las opiniones del vulgo. ¿Puede haber cosa más absurda, más desatinada, más desvariada que la masa, bestia de muchas cabezas, como dijo muy bien aquel sabio? Si alguno fuere en pos de ella, no podrá evitar verse envuelto en los mismos males en que ella anda arrebujada; y llevar la misma vida que ella lleva, es, a saber: la más miserable de las vidas.

¿Qué prudencia puede haber en una edad en que están en todo su crepitante hervor las pasiones, dóciles siempre a los dictados de la ignorancia? ¿Y qué es eso de que éste o estotro, infelicísimo en su hogar, por una desafortunada elección de esposa, exija de mí porfiadamente que yo elija de la misma manera con que él eligió? ¿Qué se pretende con ello? ¿Se quiere, por ventura, que yo me vea enredado en miserias semejantes y que él, ante mis quejas, excuse su mala suerte por la solidaridad en el fracaso o experimente algún consuelo en una desventura que él ve compartida con otros? Escoja él el primero y demuestre que lleva una vida feliz y que no se arrepiente de su acertada iniciativa, y luego invíteme con su ejemplo a llevar una vida semejante y a seguir sus propias pisadas. Pues si él está expiando el desacierto de una mala elección, aconseje un nuevo procedimiento selectivo, y puesto caso que él naufragó, señale a los otros los escollos y los peligros que se deben evitar. Y si a fuerza de oraciones y promesas se pide a Dios cualquiera suerte de bien, de provecho material para la vida, con más ahinco aún y con mayor encarecimiento debe serle pedida una buena esposa que hará más jocundas las prosperidades y las adversidades más llevaderas. Y al revés, la mala esposa con los prósperos sucesos se ensoberbecerá y se abatirá con los tristes, y en una y otra fortuna será insoportable. Los franceses, no sin razón, en su lengua natural dicen que no puede llamarse bien nacido quien no está bien casado. Sócrates, según refiere Jenofonte, acostumbraba decir que los que pedían a los dioses o mujer, o riquezas, o puestos de mando hacían igual que los que le pedían si les era consentido jugar a los naipes o trabar batalla, cuyo éxito es dudoso siempre. En cambio, pidiéndole al Cielo mujer buena, el buen suceso es seguro y se otorga por un muy fino y especial favor de Dios, como en el libro de los *Proverbios* testifica Salomón: *En herencia dejan los padres a sus hijos casa y riquezas; mas una esposa prudente es un don privativo de Dios.* Y dice Jesús, hijo de Sirach: *Parte buena es la mujer buena, y será dada al varón por sus obras buenas.* Por lo demás, para que cada uno sepa, antes de hacer su elección, todo cuanto puede esperar de la mujer, he resuelto explicar en pocas palabras cuál sea la natural condición de la mujer, porque no ocurra que mientras anda a caza de cosas que no distan mucho de ser imposibles, al no conseguirlas, lo tome a enojo y se llame a engaño, sintiéndose defraudado de un bien que

él pudo pensar que le era debido.

El hombre consta de cuerpo y alma. En el alma hay como dos partes: una, superior, donde tienen su asiento el juicio, el consejo, la razón, que también se llama mente, y una segunda parte inferior, donde tienen su manida aquellos movimientos y errores que los griegos llaman *pate*, que vale tanto como decir pasiones. Las pasiones nacen de las opiniones, y las opiniones son unas u otras y tienen más o menos pujanza en los individuos, según sea su constitución corporal, su temperamento físico, sus hábitos o sus costumbres. La edad, la salud, el régimen de vida, los tiempos, los lugares tienen en ello influencia muy grande, porque afectan al cuerpo e introducen cambios; de ello resiéntese, en consecuencia, aquella porción del alma que está aneja al cuerpo, a quien hemos llamado inferior. Las pasiones son comunes a todo sexo, a toda edad; pero las unas son más recias o más frecuentes en el macho que en la hembra, y viceversa. La Naturaleza, cuando introdujo el semen humano en el asiento de la maternidad, en el caso que fructifique, si encontró suficiente grado de calor produce un varón, y si no, una hembra. Por esto es que, puesto que le falta una cualidad principalísima, sobre manera activa y vivificante, la hembra es un animal flaco, no ya en la especie humana, sino en cualquiera otra especie animal, y es de salud más quebradiza y precaria, por el aumento de secreciones, para cuyo cocimiento no le basta el calor nativo, y de ahí los períodos menstruales mientras no exista preñez. Es, además, miedosa la hembra, puesto que es el calor el que pone corazón y bríos; es guardosa de suyo, por temor de que no le falte, pues, por un callado aviso de la Naturaleza, se sabe inválida y débil y necesitada de muchas cosas; ocúpala el cuidado de quisicosas menudísimas, y, como un edificio caedizo, hay que fortalecerlo con muchos apoyos; hácela recelosa el apocamiento, es gruñona, es envidiosa, juguete de sus propias imaginaciones, y de ahí su radical incapacidad en todo negocio largo y complicado; sabiéndose débil, sospecha que se la tiene en menos. Por ello, en materia tan delgada y combustible, como en la estopa, la ira prende con suma facilidad y se enardece en el deseo de la venganza; ama los atavíos por eximirse del desdén, y como débil que es y expuesta a las caídas, busca en dondequiera sustentáculos que la apoyen. Verás algunas que se hacen punto de honor y se ponen tufos y copetes de pequeñeces insignificantes, como, verbigracia, de la vecindad de un poderoso, del saludo cortés o del llamamiento de un príncipe, para pasar por alto aquellas circunstancias que a las que parecen más fuertes se les antojan ser de la máxima importancia: abolengo, riquezas, hermosura y relaciones sociales. De ese mismo apocamiento ingénito suyo nace la superstición, pues, así como la sabiduría persuade la religión, el terror vano engendra las supersticiones. Su natural locuacidad proviene en parte de la movilidad de pensamientos y de afectos, que como se suceden en ellas con una vertiginosa rapidez, asáltanles la mente y chorréanles por la boca y, en parte, les viene del recelo, del miedo de que, si se están calladas en una reprensión o riña, no parezca que tienen culpa, y en un coloquio sosegado, que no se vaya a pensar que están mudas, porque nada tienen que decir.

Todos estos achaques que dije son propios de su condición, no de su se-

xo. Por ello es que no son exclusivos de las hembras, sino que también se hallan en muchos varones, que o son de condición mujeril, bien por su propio natural y su primera constitución física, que no puede ser radicalmente enmendada, o les hizo tales la edad, como los ancianos y los niños, o por cualquiera otra contingencia, como los que padecen dolencias crónicas, corporales o psíquicas. Ni todas las mujeres tienen todos los achaques aquéllos, ni las que los tienen los poseen en un mismo grado. Las ha habido, y todavía las hay, y ciertamente no pocas, que tienen pecho más esforzado y varonil que muchos hombres. El gentilismo presenta una copiosa lista: Cleobulina, Hiparquia, Diótima, Lucrecia, Cornelia, la madre de los Gracos, Porcia (la mujer de Bruto), Clelia, Sulpicia. Mas, en nuestra cristiandad, son sinnúmero las mártires, con las cuales no admiten comparación la elocuente Atenas ni Roma la aguerrida. Y no quiso Cristo que en esa nuestra edad faltase el ejemplo, que pasaría a la más luenga posteridad, que nos da Catalina, española, reina de Inglaterra, esposa de Enrique VIII, de la cual se puede decir con mayor verdad que de Lucrecia lo dijo Valerio Máximo, a saber: que por un error de la Naturaleza, a un cuerpo de mujer cúpole en suerte un ánimo varonil. Avergüénzome yo, por mí mismo y por aquellos varones que tantas cosas leyeron, cuando contemplo a aquella heroica hembra que, en medio de tantos sucesos adversos y tristísimos, mantiene tan robusta virilidad de pecho, hasta el punto que en ningún tiempo ninguno de aquellos personajes a quien la antigüedad famosa y memoriosa dejó recomendados al recuerdo de la posteridad por la fortaleza y reciedumbre de su espíritu, hayan soportado la pesadumbre y los acosos de la Fortuna encarnizada con tanta constancia y con una honradez tan inflexible y la hayan gobernado con tan gran dominio cuando se le mostró blanda y halagüeña. Si una virtud tan increíble hubiera coincidido con aquellos siglos, cuando el honor era el gaje y el premio de la ejemplaridad, tiempo haría que esa mujer hubiera oscurecido el esplendor de las antiguas heroínas y se la adorara en los templos como una divinidad descendida del cielo. Si bien, en hecho de verdad, no le faltan templos, pues no se le puede erigir templo mayor y más magnífico que aquel que en cualesquiera naciones le ha constituído cada uno en el sagrario de su pecho por la admiración de sus virtudes. Pero estas cosas, ahora ya conocidas por todos, algún día serán muchos los que las pregonarán con la merecida puntualidad y loanza.

Todo lo que queda dicho hasta aquí díjelo con la finalidad que, así como no puede mudarse el varón ni desnudarse de sus pasiones en absoluto, así tampoco nadie espere que la mujer vaya a cambiar en otra la condición que sacó consigo del vientre de su madre. Podrá volverse mejor y llegar al dominio de sus pasiones con la educación y la costumbre; pero no podrá echarlas de sí radicalmente, como no podrá dejar de ser mujer o, mejor, de ser individuo humano. Todo se reduce a esto: que el hombre será siempre hombre, a saber: animal flaco, inválido, tornadizo, ocasionado a enfermedades, esclavo de sus pasiones, malo por inclinación, al cual, si la disciplina le enmienda, la costumbre y la asiduidad le hacen pésimo. No hay más remedio que tolerar en la mujer estos defectos, como los toleramos en los varones amigos que los

tienen, si ya no es que, rehuyendo toda humana convivencia, nos decidamos a llevar vida salvaje en la esquividad y el apartamiento de las selvas. Y con mayor razón han de ser tolerados estos defectos en la mujer, porque los defectos correlativos en los hombres tienen cierta braveza arisca, y no fácilmente se domeñan ni se dejan gobernar, y so pretexto de una mentida libertad que la soberbia enseñó al género humano, rechazan y echan de sí con indignación cualquiera suerte de frenos. Mas esos achaques femeninos, como son más flacos, no reaccionan tan vigorosamente. Tú, pues, los sujetarás a tu poderío y los señorearás, bien con varonil autoridad, bien con agudeza de ingenio, bien con prudencia y con experiencia. Es mucho más enojoso sufrir un dueño malo que un esclavo malo.

No se ha de dudar que estaba muy puesto en razón que la mujer fuese tal cual convenía que viviese bajo la autoridad y el poder del marido, y que aquella divina Sabiduría, al ordenarlo así, tocó de un confín a otro confín con fortaleza y que todo lo dispuso con suavidad. Admirables y adorables son todas las obras de Dios; nadie sea osado criticarlas y reprenderlas, pues ello es abominable maldad; nadie las lleve a examen hasta el punto de emitir veredicto acerca de ellas, pues no puede consumarse esa avilantez ni sin temeraria inconsideración, ni sin impiedad maliciosa. A nosotros no se nos alcanza aquella inescrutable e inmensa razón del consejo divino. Con todo, desde lejos, y como sumido en tinieblas, en expresión de San Pablo, *a través de un espejo y en enigma, rastreamos cuanto nos es necesario para el paso de esta vida, y de ello podemos sacar esta conjetura: aun cuando pudieran trocarse las afecciones del alma y sustituir las de la mujer por las del hombre, no obstante, debiera el varón rehusar este trueque.*

Y a buena hora. Primeramente, si la mujer fuese robusta de cuerpo y de espíritu, ¿cómo podría resignarse a estar sujeta al varón que no fuera más fuerte que ella? Por ventura, confiada en sus fuerzas y en su audacia, ¿no se insolentaría y reclamaría el gobierno de la casa y de la familia, aun cuando hubiera de disputárselo con la fuerza bruta? ¿Quién mantendría en el recinto de su hogar a esa mujer brava y audaz o la apartaría de la multitud y de su trato? Manirrota, jamás conservaría lo que el marido allegó, cosa la más necesaria en la economía. Descuidada de los pequeños menesteres, ¿cómo podría conservar el ajuar doméstico, que es fuerza que se componga de tantas y de tan menudas insignificancias? ¿Quién cumpliría con los deberes domésticos y quién haría la cocina? ¿Quién criaría y cuidaría los hijos? ¡Qué tormento no fuera para todo un hombre apechugar con todas esas menudencias! Muy pronto lo echaría todo a rodar y renunciaría a su casa, y preferiría morar en las selvas que en tal desconcierto y tal caos. La conversación de la mujer discreta es hartas veces alivio y recreo del espíritu del hombre, fatigado, hecho polvo por tantas preocupaciones públicas y privadas, mientras haya en ella moderación. Al mismo tiempo enseña a hablar a los niños, hablándoles de aquellas cosas que para ellos tienen interés y a las cuales con dificultad se bajaría la altivez del varón. El aliño constituye la limpieza de la casa, cosa en extremo útil, no tanto para la comodidad de la vida y la restauración del espíritu como para la salud, la cual no puede

decirse cuán gran daño recibe de la sordidez y de la inmundicia. Aun el talento no me parece asaz limpio metido en suciedades y en basuras. La envidia y el espíritu de emulación entre las mujeres, cuando no se encona y se transforma en rabia, atiza muchas de sus virtudes y habilidades. Diligencia en el cuidado doméstico, guarda del pudor, porque no hagan ni digan cosas en que pueda prender la más leve sospecha de deshonra o de vituperio. La misma superstición no es en la mujer intolerable, mientras esa ansiedad de su espíritu no apague o no dañe la sinceridad del auténtico sentimiento religioso. Y ni aun apruebo yo del todo a aquella mujer que no se ladea ligeramente a la superstición, mientras ello le nazca de una fuerte preocupación religiosa, si ya no es que ella pertenece a aquel linaje de matronas acabadas y perfectas. Estas son las inclinaciones y tendencias innatas de la mujer, las cuales son susceptibles de rectificación, como también las de los hombres, según quedará declarado en lo que vamos a decir. Y mientras tanto, ninguna mujer debe ser rechazada por tener esta condición, si ya es que no quieres mujer en absoluto y prefieras vivir solo sin ningún contacto con la sociedad.

La finalidad del matrimonio es la prole y la vida en común; en ambos extremos muchos son los que pecan gravemente. Pues a algunos no les importa un bledo la mujer en quien han de tener los hijos, siendo así que está muy puesto en razón que cuanto más aventajados fueren en dádivas de la Fortuna o en dotes de la Naturaleza, tanta mayor diligencia y esmero deben poner en que tan generosa semilla no caiga en campo maligno o que alguna mala calidad no corrompa la mejor de las sementeras. Y es eso precisamente lo que vemos que proveen antes que nada los labradores inteligentes e industriosos, a saber: elegir un campo apropiado a la semilla porque no se pierdan gasto y trabajo, si el campo, aquejado de algún vicio, produce una mies ruin y degenerada, y tanto más se duelen de verse decepcionados y frustrados cuanta mayor ilusión y esperanza del fruto cierto habían puesto en la bondad del grano. Allégase a esto que cuanto más tiernamente ama el padre a su hijo tanto más se desazona si de la crianza de su madre se le pegaron vicios casi incurables, y del desdoro de la prole, por culpa de la madre, redundan en el padre no poca tribulación y deshonra.

Y la vida en común cuánta importancia tiene para la vida. No hay en ella cosa de mayor pesadumbre que tener por compañero de un largo viaje o por camarada a un hombre malo, o necio, o idiota. Preferible es vivir en soledad total que con compañero malo, y más divertido es jugar con una perrilla que trabar conversación con un hombre soso. ¿Qué desatino es ese de pensar que no hace al caso inquirir de qué costumbres es la mujer con la cual has de convivir siempre, de día, de noche, o, mejor dicho, con la cual has de morir, si te saliere molesta y en pugna con tu manera de pensar?

Por lo que hace a la prole, dos circunstancias han de atenderse, a saber: el cuerpo y el alma de la esposa. El cuerpo, porque no sea deforme en demasía. Los éforos, en Lacedemonia, multaron al rey Arquidamo por haberse casado con una mujer chica, cuyos hijos no podrían mantener abastanza el prestigio del cargo y la dignidad real, por lo raquítico y menguado de su cuerpo. Este defecto, si todas las otras cuali-

dades acompañan y abundan, no ha de ser motivo para que la mujer sea rechazada, pues hemos visto mancebos de singular hermosura y gallardía nacidos de madres de muy breve estatura y de físico desdichado. Más cuenta debe tenerse con que no adolezcan de alguna enfermedad de las que los médicos llaman hereditarias, que se comunican de padres a hijos, entre las cuales las hay algunas muy feas y que impiden las obligaciones que impone la vida. De éstas hase de guardar con toda diligencia y no de otras, o bien ligeras, o no tan repugnantes y abominables. Y si fueres tú mismo quien sufrieras alguna de esas dolencias horribles y vitandas, yo te aconsejaría que organizases tu vida de manera que pudieses vivir soltero, pero sin gravamen de tu conciencia.

Y así como es sobre manera dulce haber tenido hijos, es desabrido sobre manera ver a los hijos adolecer de enfermedad grave, siendo así que muchas veces deseamos, si ello fuera hacedero, que se cebe en nosotros un mal que vemos en ellos, con tanto pesar nuestro. Por eso se ha de poner una gran atención al alma porque naturalmente esté sana. no sea que la insalubridad o insania de sus padres se peguen a la prole, bien por contagio corporal, bien por la crianza y el ejemplo. Y esto mismo que digo quiero que valga para el varón, pues propio es del hombre bueno y sabio el que no quiera que su desgracia se comunique a muchos, sino que se termine en él solo. Y si para con nuestros amigos estamos dotados de tan fina deferencia, que con sumo esmero procuramos que nuestros males no se deslicen hasta ellos como por una callada contaminación, ¡cuánto más razonable no es que para con nuestros hijos estemos animados de los mismos sentimientos! Piensen los padres asimismo que este consejo les es dado a ellos, al concertar sus matrimonios, porque no tengan que apurar la amargura de ver tarados a sus nietos y dañada su descendencia, puesto que los jóvenes sin tino y sin seso lo oyen como quien oye llover, y cuanto más desvariados andan, más se creen aventajar a todos en ingenio y experiencia, pues muy pronunciado síntoma de desvarío es creer que se alcanzó el colmo de la cordura. Y añade a todo esto que el alma no sea mala y depravada por la crianza y el ejemplo, lo cual, si para los varones es harto peligroso, para las hembras es pestilencial, puesto que se educan al lado de sus madres y se amoldan a sus consejos y se afanan por reproducir sus hechos y sus dichos, a los cuales se acomodan como el mejor de los modelos. Esto por lo que hace a la prole.

Vengamos ahora a la convivencia. Por lo que a ella se refiere, hanse de ponderar los bienes y los males, las ventajas y los inconvenientes. El amor, de donde la amistad toma su nombre, nace de la creencia en la hermosura y el bien. Y esto mismo constituye el vínculo de la amistad, quitado el cual también la amistad queda disuelta. Por eso es que solamente entre los buenos puede haber amistad auténtica y duradera, porque sólo ellos mantienen constante y perpetuo el mismo temple de vida y de espíritu. Mas los malos, cuya amistad enzarzó alguna pasión torcida, no son amigos más tiempo del que aconseja e impele aquella pasión, la cual, o bien ahita por su satisfacción o desjugada por el tiempo, se torna floja y languidece; dilúyese la fuerza de la amistad quitado el meollo que la aglutinaba. Por todo ello, débense considerar los

bienes y los males de que, bien interiormente, en su alma, o bien exteriormente, en su cuerpo, está dotado, llámense bienes y males, como plugo a los peripatéticos y al lenguaje común, o llámense solamente ventajas y desventajas, como plugo a los estoicos, que en ese punto yo no entro ni salgo. Estos bienes y males en el alma son: agudeza, embotamiento, agilidad, tardanza, astucia, simplicidad, malignidad, candor, cordura, insania, inclinación a los vicios o a las virtudes, que varía según los individuos, y aquellas otras que se adquieren con la práctica o el hábito: destreza, pericia, inercia, ignorancia, prudencia, imprudencia; las virtudes y todos los vicios que les son contrarios. En el cuerpo: edad, sexo, salud, buena o mala; estatura, disposición, fuerza, forma; a esas exterioridades se suman linaje, fama, riquezas, dignidad, crédito, etcétera. Todo esto dije yo a manera de ejemplo, pues no es éste el lugar de puntualizar más estas cosas, limitándome a mencionar lo que parece bastar a mi actual propósito. Todas esas cualidades que tienen en el cuerpo su asiento y constitución son fácilmente visibles a cualquiera. Lo que sí ya es más remoto y oscuro es lo que se esconde en el pecho de cada cual, envuelto y oculto en tantos pliegues y forros, y que no pueden conjeturarse más que por síntomas e indicios externos, débiles y oscuros los unos, y un poco más claros los otros, expresivos y un tanto evidentes los unos, mientras los otros son enigmáticos y confusos. Dejo a un lado todo cuanto acerca de la fisonomía especularon los estudiosos de la Naturaleza. Lo que yo digo aquí es lo que creo más conveniente para la vida y más congruente para la doctrina común. Signos son que imprimen huella muy leve la manera de andar, el modo de sentarse, el descanso, el semblante, y en él, los ojos, los meneos de todo el cuerpo, el sonido de la voz, que, aunque de lejos, dan alguna demostración del alma, señas más ciertas e inequívocas son las costumbres, en las cuales obtiene la primacía la palabra, que no solamente demuestra el ingenio, sino también los afectos, puesto que del uno y de los otros nace: *Tal es el hombre*—dice un añejo proverbio—*cual es el habla.* Y Sócrates, como le hubiese sido presentado por su padre un mancebo porque le instruyese: *Habla, mozo*—le dijo—, *porque te vea.* Con mayor seguridad de penetración aquel varón sabio había de intuir en el ánimo del joven por la palabra que por el gesto y continente de todo su cuerpo. En la palabra apréciase la agudeza de las sentencias que de la medida del ingenio y la formación moral, si es casta, vergonzosa, grave, sobria, comedida, afable, o, al revés, obscena, procaz, liviana, insolente, arrogante, intratable, pues tal es la fuente de donde mana ese arroyo.

En los restantes actos de la vida, los hay que inmediatamente echan el alma afuera y la exponen a la vista de los hombres, aun los más botos y más romos; verbigracia: la frecuente indignación muéstrala irascible; la porfía muéstrala pendenciera y dispuesta siempre a contradecir; muéstrala reacia a cejar en sus opiniones la pertinacia acompañada de una risa maligna o sardónica, como dicen, y de un silencio sombrío y receloso; el no poder dominar sus impulsos ante gente extraña la arguye desapoderada e ingobernable, o que su espíritu es flojo y disoluto, que no quiere comedirse y que no observa ajeno respeto. No menos cierta, si bien un poco más disimulada, es la conjetura que se deriva del

amor y del odio; es a saber: por las cosas que a uno le cautivan, le deleitan, le retienen o, al revés, por aquellas otras que repele, que evita, que odia. Gózase cada uno con todas aquellas cosas que hace con harto contento y que quiere que le sean familiarísimas, y que estén consigo en la más estrecha de las uniones. Odia aquellas otras que querría ver enajenadas y alejadas a la mayor distancia posible. Muy discretamente, muy sabiamente pensaba Platón que los legisladores debían poner la máxima diligencia y el cuidado más meticuloso en que los ciudadanos se avezasen a tomar gusto en los bienes y rechazar y aborrecer los males. Logrado ese objetivo, no tendría la ciudad precisión de muchas leyes, porque cada uno llevaría como en su seno la ley más ajustada y cómoda y el alma bien gobernada y bien constituída.

Otras aficiones delátanlas los sentidos corporales, y otras aún la costumbre y la familiaridad para alguna utilidad práctica de la vida o para un fin que se haya propuesto el ánimo. Hase de observar qué es lo que cada uno quiere oír, ver, tocar, oler, gustar; qué palabras le entusiasman, qué pláticas, qué conversaciones, qué tertulias, qué juegos, qué manjares, qué traje, qué atavíos. La naturaleza de cada uno nada apetece tanto como lo que le es semejante, ni nada evita y abórrece tanto como lo que le es desemejante. Sepamos, pues, y demos por descontado que cualesquiera fueren las cosas en que se complace cada cual, alberga en sí un alma parecida. De ahí nacen el amor y el odio; de ahí, todas las amistades, los hábitos y costumbres, y de ahí, todo lo que les es contrario: las enemistades, las antipatías, los desvíos, nacen, o si ya hubieren nacido, cuajan y se corroboran.

Primeramente digo que a algunos les hace amigos y les une entre sí una especie de callada y oculta semejanza y consentimiento de la naturaleza, o una exclusiva finalidad práctica, o una simple casualidad, como a los niños que acuden a una misma escuela, o los pasajeros que van en una misma nave o cualquiera otra suerte de vehículos; a unos les une una excursión, a otros, una campaña militar, o la identidad de profesión, o la vecindad en un banquete, o, por fin, la urgencia y el uso de alguna cosa. Los primeros de éstos, por lo regular, se quedan amigos para siempre; los segundos, mientras la conveniencia se lo impone; los terceros, o bien se unen más de día en día, si profesan comunidad de aficiones y el uno encuentra en el otro cebo con que alimentar su afecto, o se van desviando poco a poco si, profesando aficiones divergentes o dispares, nada ven en el otro que les atraiga y deleite. Por todas esas rendijas es posible acechar hasta cierto punto los ciegos rodeos y entresijos de nuestro corazón, pues cada cual procura ganarse y retiene avariciosamente a su semejante, o bien él, por una suerte de contagio y por trato asiduo y por la continua fricción, si vale la palabra, se torna semejante a él. De ese tal dicen las sagradas letras: *Con el santo serás santo, y con el inocente serás inocente, y con el electo serás electo, y con el perverso te pervertirás.*

Así es que tienes que reparar qué compañías ama la mujer que vas a tomar por esposa; con quiénes ha tenido largo trato; si fué ella quien, por una atracción e impulso natural se agregó a ellos, por ser ella así o con su conversación se volvió así. Las sirvientas descubren y declaran con frecuencia el carácter de su

ama, según reza el viejo proverbio: *Cuales son las criadas, tal es la dueña*, y aun como dijo Platón, *cuales son las perrillas*. Pues es de creer que aquella en cuya mano está escoger la servidumbre elige la que le tira más por una cierta conformidad del respectivo natural, y la que tiene con ella comercio frecuente, con el contacto diario contrae, bien los vicios y virtudes del servicio, o sus costumbres pasan al servicio, que es lo más fácil y frecuente, puesto que cada cual se acomoda al carácter de aquel a quien tiene interés grande de agradar. Así que, de las criadas, no deben ser objeto de observación aquellas que mudan mucho y dejan la casa antes que se pueda conocer su condición o que puedan comunicar a los que con ellas convivieron algún influjo de la suya, ni tampoco aquellas otras que, apartadas de la señora, prestan los más remotos servicios de la casa, sino aquellas solamente que por largo espacio de tiempo estuvieron al servicio personal y directo de sus amas. Por lo que toca a los hombres cuyo trato y servicios se requieren, los hay, unos, que no tienen vicio alguno que pueda empañar la delicada blancura de la castidad, y otros sí que lo tienen; pero en este punto no se ha de proceder con demasiada ligereza. Bien puede creerse que ella ignora este vicio o que lo sabe; entonces debe averiguarse si puede saberlo. Si lo sabe, ¿para qué servicios los utiliza? ¿Son servicios de que no puede prescindir o puede prescindir sin demasiada molestia? ¿O los hay otros que pueden prestárselos, y ella, con todo, prefiere a aquel que sabe viciado? ¿Trata con él de forma que dé a entender que a ello le obliga la necesidad o si se familiariza con él en exceso? Todas estas comprobaciones pondrán en fácil evidencia qué persigue la dama. qué miras tiene, qué quiere, en qué tiene sus gustos. La mujer que alterna de buen grado con varones de escasa cultura y de porte acicalado, ayunos de toda suerte de aquellos escrúpulos propios de su sexo, y con ellos mezcla pláticas sabrosas y los llama a su mesa y a sus convites, ¿qué podrá decir que busca en ellos y qué es lo que en ellos le divierte, sino la liviandad? Por la vida pasada se juzgará de la venidera, pues muy grande es la fuerza de la costumbre: cómo se condujo con sus compañeros de placeres, con las doncellas sus amigas, con las criadas, con los sirvientes. Cómo soportó ambas fortunas: si llevó la prosperidad con comedimiento, con ecuanimidad o con altanería y con insolencia insoportable. ¿Llevó la adversidad con fortaleza, con templanza o con descaecimiento, con abyección y con desespero?

La piedad es un sentimiento muy recatado, solamente manifiesto y claro a los ojos de Dios, soberano Juez y Arbitro del premio y del castigo. Muy difícil es con sólo el sentido humano formar de ella un cabal juicio. Ni aun permite Cristo que sea objeto de ajena censura, pues en ella entiende exclusivamente aquel Supremo Tribunal. Con todo, de la piedad puede sernos un indicio no leve tener gusto en hablar y oír de Dios y de las cosas sagradas, no para ninguna huera y soberbia ostentación de religiosidad o de talento, sino con reverencia y humildad, por ajustar ella y los otros su vida a aquellos santos preceptos.

Y no solamente arguye sentimientos religiosos el frecuente platicar de sus manifestaciones externas, de aquellas cuya práctica es más pro-

pia del cuerpo que del espíritu, como de otras más íntimas que levantan a Dios la mente. A lo primero pertenece el hablar de los ayunos, del número y de la manera de las oraciones vocales, de los jubileos y peregrinaciones. Los ayunos y las oraciones vocales, aun cuando son buenos, y que yo querría que la buena mujer los hiciese a menudo, no obstante, como también los malos pueden practicar estos mismos ejercicios, no demuestran inequívocamente una piedad auténtica y sincera. Más elocuente y evidente testimonio de ella es platicar del Juez de vivos y muertos, espectador infalible de los actos y de los pensamientos del corazón humano; de la fugacidad de la vida, de la vanidad de las esperanzas de este mundo, del menosprecio de las honras, de las riquezas, de las dignidades; del cuidado amoroso que tiene Dios de nuestra defensa, de nuestro mantenimiento, de nuestra conservación; del amor de Cristo para con nosotros; de nuestro amor mutuo; del socorro de los pobres; del amor y respeto al marido; del gobierno de la casa y de la crianza de los hijos; de la muerte; de los suplicios que aguardan a los malos; de la felicidad eterna de los buenos. Vaya todo dicho así, en enumeración sumaria. Una ficción o una disimulación en este punto es muy fácil de sorprender por un espectador avisado, ni dura tampoco mucho, sino que hartas veces demuéstrase de repente, así que afloja un poco el cuidado de mantener el fraude, y por sí mismo vuelve a su estado natural. Pero tornemos a nuestro propósito y tratemos de cada una de aquellas cosas que pusimos en el alma, en el cuerpo y en las exterioridades, que nos han hecho desviar un momento hacia lo que acabamos de exponer.

La principal virtud de la mujer es la piedad. La mujer verdaderamente piadosa nunca obra mal ni cometerá cosa de la que, con razón, pueda ser reprendida. Esta es la auténtica y genuina justicia, para la cual reza el antiguo elogio, a saber: que abarca toda virtud. La mujer que no estuviere informada de la piedad nada obrará a derechas, y cuando pensara que ello le conviene, lo hará con simulación e hipocresía. Por ello, mis avisos serán para aquella que no esté en absoluto ayuna de piedad, pero que todavía no llegó a la piedad perfecta. Es de saber que ninguno es perfectamente piadoso, pues hasta el mismo San Pablo dice que corre él y se afana por conseguirlo como sea. Lo que ocurre es que la piedad grande y crecida suele tomarse por piedad cabal y absoluta. Intolerables de todo punto son las mujeres que diré: Primeramente la mujer impura. ¿Qué varón cuerdo la tomará, si no se ha vuelto loco? *Quien empuja fuera a la mujer buena*—dice Salomón—, *empuja fuera el bien; quien conserva a la mujer adúltera, necio es el insensato*. ¿Qué amor puede profesar a su marido la mujer adúltera, de quien se dijo solemnemente que con su maldad mancilló el sacramento del matrimonio y quebró el vínculo de aquella unión estrechísima y del amor más acendrado? Con todo, mujeres hay que, habiendo llevado anteriormente una vida torpe y deshonrada, luego volvieron a la buena senda y a mejor fruto. A esas tales mujeres no se las ha de poner en el número de las malas, pues se arrepintieron y avergonzaron de los pasados desvaríos y rectificaron su torcido proceder. En segundo lugar, no anda muy lejos de la mujer impura la que tiene inclinación al mal, y cuyo temperamento la empuja al

desorden, que ella no solamente no cuida de contrarrestar, sino que le ayuda y espolea, y en su trato y costumbres es sobrado complaciente con su temperamento, con lo cual no hace más que engordarlo, tratándolo con mimo y con blandura. De ello resulta que de cada día se amollenta más y más, cuando precisamente lo que convendría fuera reprimirlo con avisos y con la práctica de las virtudes y enderezarlo en sentido mejor. De una mujer así, y no sin razón, dice Ovidio: *La que no ha dado su cuerpo porque le faltó ocasión, ésa ha dado su cuerpo.* Esa mujer ha de ser considerada peor que la misma cantonera. En esa clase de mujeres no faltan quienes tengan una cierta probidad natural y algún amor a la vida honesta. ¿Y quién sabe si las empuja a la vida airada, no ya la necesidad (puesto que no puede existir necesidad alguna para el mal), sino alguna apariencia de necesidad, de la cual, si carecieran, no pocas de ellas ordenarían su vida con mayor recato? Nadie hay que pueda vivir tranquilamente a gusto con una mujer cuyo nombre anda en todas las lenguas, ni puede haber amistad y concordia con una mujer de cabeza menguada. ¿Qué cosa más insufrible para un marido que no sea ni bobo ni necio que aguantar la compañía de un mentecato? Allende de todo esto, puesto que la convivencia no se limita a la sola conversación, sino que se extiende a todas las contingencias de la vida, hay que considerar y ponderar quién es el que ha de tomar mujer: ¿Cuáles son sus costumbres? ¿Qué genio es el suyo? ¿Vivo o apagado? ¿Apacible, enojadizo, vehemente, remiso, impetuoso, flemático, vinoso, abstemio, económico o manos horadadas? ¿Viudo o no casado antes? ¿Con hijos o sin hijos? ¿De qué vive? ¿Del producto de sus campos o de otra suerte de ingresos? ¿Tiene oficio o no lo tiene? ¿Es instruído, ignorante, ejerce función pública o se dedica a negocios privados? ¿Cuál es su edad, cuál su salud, su robustez corporal, su estatura? Todas estas ventajas e inconvenientes debe, a su vez, considerar la esposa.

No hacen buena liga la esposa roma y el marido boto, ni un mentecato con otro mentecato. ¿Quién cuidará de la hacienda? ¿Quién educará a los hijos? ¿Quién los instruirá? O mejor: de una pareja tal, ¿qué va a nacer? Puros asnos. Y si los chicos fueren vivarachos y avispados, la crianza y el desconcierto doméstico harán que se vuelvan torpes. Con todo, más fácilmente cuajará el matrimonio entre un par de mentecatos que entre un marido cuerdo y una mujer torpe y floja. Si te casas con una mujer estúpida sólo por su belleza, cosa que hacen algunos, ¿qué diferencia va entre poseer una linda estatua de Fidias o una tal mujer? ¡Infeliz! ¿De qué utilidad te será para la vida? Cuando estuvieres harto de deleite sucio, ¿quién gobernará la casa? ¿Con quién trabarás conversación sabrosa? ¿Quién te asistirá en tus enfermedades? ¿Quién con el regalo y la firmeza de sus palabras te aliviará en tus cansancios o te confortará en tus depresiones? ¿Qué compañera tendrás en la adversidad; y en las alegrías, de quién recibirás los parabienes? ¿Y qué más, si por esa su grosería de corazón concibe preocupaciones y pensamientos abyectos, degenerados, indignos de todo ser que esté dotado de razón? Y lo peor es que mujeres así atraen a sus propias costumbres al pobre de su marido, el cual a par de ellas se embrutece. En la más remota antigüedad, antes del

Diluvio, como sabemos por la Historia Sagrada: *Viendo los hijos de Dios que eran hermosas las hijas de los hombres, tomaron de ellos esposas, a la medida de su antojo.* Esta avilantez exasperó la venganza del Señor y se decidió a raer por una avenida de aguas el linaje humano de la faz de la Tierra. Y lo que Dios vengaba con ese diluvio era que los hombres cuerdos, y por sus virtudes hijos de Dios; es decir, imitadores suyos, hubiesen escogido esposas no conformes a su virtud, sino a las hijas de los hombres, carnales, quienes a aquellos espíritus celestes, quebrantados, debilitados, los derribarían a pensamientos terrenos y sórdidos, trocando la espiritualidad en carnalidad y el sosiego de la razón en el bullicio de las pasiones, haciendo seres terrenos de seres celestiales. Y por eso dice Dios por ellos: *No permanecerá jamás por jamás mi espíritu en ellos, porque son carne.*

Añade a esto que la esposa a quien se toma por sus riquezas o por su abolengo será tanto más insolente e intolerable cuanto menos cordura tendrá. La astucia es un fuego que quema a quien lo trata con imprudencia y da mucho que hacer al varón prudente. A marido pobre conviénele la mujer que acarree un modesto bienestar o un oficio con que defender la vida. Al marido rico, o de mediano pasar, o, finalmente, que no carezca de medios para su sostenimiento o el de su familia, bástale que su mujer no sea zahareña e indócil, pues él la modelará a su antojo y la acomodará a su propia manera de ser. Entre aquellos vicios que vienen a ser como enfermedades del alma, hase con todo cuidado de evitar la soberbia, monstruo enemigo de la quietud del hogar, que con su desapoderamiento destruye el amor, la benevolencia, la concordia y toda clase de unión, y que diluye en su acíbar aquella suavidad y sabor que es razón que existan en el matrimonio en su punto más dulce.

Los vicios que de la soberbia nacen, a saber: la arrogancia, la ira, el énfasis, el asco, el desdén, todas estas pasiones son tiránicas y pesadísimas de soportar. Con todo, en el complejo de ese vicio fácilmente se engañaría uno si no penetrase más allá de la corteza, puesto que las hay que son ariscas para la gente de fuera y para los suyos son la misma mansedumbre. Tan lejos estoy de querer que se las rechace, que hasta pienso que son las más deseables y más avariciosamente deben ser retenidas. Tales me imagino que fueron aquellas insignes y heroicas hembras Penélope, Lucrecia, Cornelia, Porcia, las cuales, siendo las sirvientas de sus maridos, ante los otros conservaban su dignidad y su majestad con una altivez sana, guardando el prestigio de su pudor en sus generosos pechos leoninos, dispuestas a lavar con toda su sangre la mancilla más ligera.

Empero si una mujer así para con su marido demuestra esa misma fiereza, síguese una profunda perturbación en el sosiego del hogar. Por estos indicios se la conocerá cuando por un amor celoso de su pudor o de su buen nombre se muestra a los otros arisca y zahareña, sin que se acuerde ni de su linaje, ni de su hermosura, ni de sus riquezas, ésta será la esposa ideal que buscamos, la mejor de todas, la guardadora maternal de su decoro. Mas si tomó aquella altivez suya, o de su linaje o de su hermosura, o de su atavío, o de sus riquezas, será pesada e intolerable. Aquella otra que sólo por respeto de su virtud evita el trato

con los hombres y no traba conversación con ellos de buena gana, y así teme las manchas de su pureza, como dicen que lo hacen los armiños en los pasos cenagosos, y evita así los nobles como los plebeyos, los bellos como los feos, los pobres como los ricos, y siente desvío para con todos los varones, excepto su marido, ésa es, como se dice, una raya blanca en una piedra blanca. Si la vanidad de las cosas advenedizas y fortuitas la soliviantare con sus humos vanos, acabará por desdeñar a los que no tienen con que ella se engría; mas a los que lo tuvieren, a ésos reverenciará y para ellos será cortés y afable. La que es cruel y áspera será una madrastra carnicera y atroz; la querellosa, la pendenciera, la porfiada, de ninguna manera debe unirse a marido irascible; ello sería casar la estopa con el fuego. ¿Qué hará en la casa esa pareja, sino arder el marido y echarle la esposa aceite? La mujer generosa, munífica, aun la pródiga, no debe ser repudiada por el príncipe, porque no hay virtud que mejor parezca en el príncipe que la benignidad, ni ninguna otra le gana más adhesión de los ciudadanos, y, por tanto, hace que sean firmes y estables los puestos encumbrados, y más si no anda ella mezclada con la rapacidad ni (cosa que los viejos autores escriben de Sila) se afana por enriquecerse empobreciendo a los otros. Tiene que evitar la rapacidad de la mujer aquel que con hijas llega al matrimonio, singularmente el príncipe y quien tiene el gobierno de la ciudad, pues hasta ellos suelen deslizarse los aventureros audaces para expugnar la entereza de los gobernantes. Y leemos que, en la antigüedad, muchos prefectos de provincias fueron condenados por cohecho en el ejercicio de sus funciones, por hurtos que cometieron, no ellos, sino sus esposas. Por ello decretó el Senado, en el reinado de Tiberio, que aquellos que fuesen enviados a provincias con ejercicio de mando no llevasen allá a sus esposas.

La mujer negligente no sirve a aquel que no puede dedicarse al cuidado de su hacienda; la mujer económica y modesta no solamente está indicada para marido pobre, sino también para aquel con quien la Fortuna acostumbró mostrar sus veleidades desconcertadoras, no porque ella tenga derecho sobre aquellas cosas que de su mismo nombre llámanse fortuitas o aventureras, sino que hablo de aquellas que la Fortuna acostumbró asenderear con mayor variedad de trueques. Los patrimonios de los mercaderes resiéntense más de la inestabilidad de la fortuna que los de los terratenientes y de los príncipes, que tienen rentas anuales fijas con que sustentarse. Así, pues, aquel que está colocado bajo el filo de la Fortuna debe elegir una esposa acostumbrada a la escasez y que haya aprendido a administrarla y que no se deje abatir por ella. Esta cualidad suelen poseer aquellas que, nacidas de buena ama, son sobrias y modestas, educadas por padres o por parientes honrados, que tuvieron gran cuidado de su honestidad, enseñadas a temer la deshonra y a encerrar, porque no se manifiesten afuera, todas las necesidades, dispuestas a comer pan duro y negro y a beber agua clara por disimular su honrada indigencia. La mujer nacida en un medio social sórdido, criada viciosa y torcidamente, pospone y sacrifica a su vientre y a las delicadezas, una vez que las cató, todo decoro, todo buen nombre, toda buena reputación.

La mujer de expresión fácil, du-

cha en hablar, está indicada para marido cejijunto, a quien aliviará de preocupaciones y cuitas, especialmente si tiene gracejo sin acerbidad y sal y donaire, mientras no quiera parecer en exceso aguda, donosa e instruída a los varones ajenos, cosa que para un marido suspicaz y celoso es puro tormento y cruz no llevadera. La mujer parlera y casquivana es perjudicial a quien trata negocios secretos y que no pueden divulgarse sin peligro inmediato, como los secretarios de los príncipes, o como los que, bajo los emperadores griegos, llamábanse *primicerios*. ¿Son los actuales cancilleres? La causa de la muerte de Fabio Máximo fué que éste contó a su mujer que Póstumo Agripa había sido citado ante el juez por su abuelo Augusto. Ocasiona molestia ciertamente en la conversación familiar, y en la mesa, y en la cama andar siempre circunspecto y constituirse en guardián de sí propio, como si viviera en continuas asechanzas; neutralizar el gesto y el semblante, apartar todos los papeles y todas las cédulas y notas porque ninguna de estas cosas llegue al conocimiento o a la conjetura de quien con tanto peligro las revelaría. La belleza, las riquezas, la alcurnia, hacen a las mujeres insolentes y arrogantes. *La soberbia*—dice Ovidio—*anda en pos de la belleza.* Y Juvenal: *¿Hay algo más intolerable que una mujer rica?* Y Marcial, festivamente, como suele: *¿Me preguntáis por qué no quiero tomar una esposa rica? Porque no quiero ser su mujer.* Y Plauto, en la *Asinaria: Recibí el dinero; pero, con la dote, vendí la autoridad.* El marido pobre que tiene una mujer rica no vive tantas veces molesto porque sea pesada la esposa, sino porque es continua su sospecha de que le menosprecia su mujer. Por lo que toca al abolengo, dice Juvenal: *Más quiero a una aldeana de Venusa que a ti, Cornelia, madre de los Gracos, si con tus virtudes traes la soberbia y entono de tu linaje y cuentas en el dote los triunfos.*

Con todo, las hay pobres, feas, oscuras, que son diez veces más entonadas que las mujeres más insignes por sus cualidades contrarias: Marco Catón, el censor, viejo ya, y la primera personalidad de la República, siendo viudo, pidió la mano de una hija de un tal Salonio, cliente suyo. Sospechó Salonio ser aquello una broma, extrañando que tan grande personaje quisiera contraer afinidad con él. ¿Qué más? Casó el anciano con la mozuela, el rico con la pobre, el ilustre con la oscura, el primer magistrado con la ruin y despreciada. Y a pesar de todo, ella (como se lee en San Jerónimo) se portó con el marido con insolente contumacia y de cada día se le mostró menos obediente. De esta manera aquel gran hombre, que, dijese lo que dijese en el Senado, en el Foro, en arengas al pueblo, era tenido por oráculo, el más sabio, sin duda, de toda la ciudad, y cuyo igual no lo tenía aquella ciudad, ni en la patria ni fuera de ella, ni en la guerra ni en la paz, en el ocio, en el negocio, carecía de autoridad en su hogar, ante una muchacha ignorante y procaz, pobre, humilde, honrada, no obstante, y en cierto modo la primera de las matronas, por causa del marido.

Yo oí contar muchas veces en Lovaina a un huésped mío, originario de Frisia, que hubo en su ciudad natal un personaje de los más principales en sangre y riquezas, quien, habiendo pensado que iba a llevar una vida fácil y jocunda si tomara esposa de mucha más baja condición social que él, la tomó pobre, de hu-

milde origen y de hermosura menos que mediana para lo que suele aquella gente, pues existe en aquella tierra un vistoso tipo de belleza femenina. Y a pesar de todo, esa mujer, educada sórdidamente por unos padres sórdidos, tenía en aborrecimiento todas las faenas caseras y hacía melindres por no tocar las camisas de su marido, y aun desdeñaba mirarlas. Muerta ella, hastiado de las costumbres de una crianza sucia y torpe, unióse el flamante viudo con una mujer igual, joven, bien nacida, rica y con una muy gentil lindeza de rostro. Y esta su nueva esposa sirvió al marido no de otro modo que si hubiera entrado en la casa como una esclava comprada, no por fuerza, no con hipocresía, sino muy ganosa, muy lista, con toda su buena voluntad. Ella vestía al marido, ella le desnudaba, le calzaba, le descalzaba, le lavaba, le acicalaba. Y siendo mucha la servidumbre de aquella casa, no consentía que nadie tuviese cuenta de todo lo que se refería a la persona del marido más que ella misma. Ella zurcía sus ropas, las lavaba, las planchaba, las plegaba y hacía pronta y alegremente todos aquellos servicios que causaran enojos a las fregonas más humildes. Todas éstas no son más que manifestaciones exteriores de la educación recibida y de los hábitos que se adquirieron. No hay, por tanto, que casarse sino con una mujer de igual condición y dar oídos al consejo de Pítaco, uno de los siete sabios de Grecia, el cual, rogándole un mancebo cuál de dos mujeres tomaría por esposa: una que le aventajaba mucho en riquezas y abolengo, o una de su misma mano, respondió: *Toma la igual.* Acerca de esto la antigüedad nos legó un célebre epigrama de Calímaco, citado por Laercio. Por lo que toca a la hermosura, acostumbraban los antiguos hacer unos juegos de palabras, a manera de dilema: *Si te casares con hermosa, la tendrás común; si con una fea, la tendrás molesta.* Y resolvía el dilema diciendo: *Si te casas con mujer fea, la tendrás propia; si con mujer hermosa, gozarás.* Y añadían: *Soportar mujer fea es pesadumbre; guardar mujer hermosa es continuo cuidado.* Y terminaban por sentenciar que había que tomarla de una belleza corriente y convenida, a la que, por ese motivo, llamaban belleza matrimonial. No cabe duda que torna insolente la hermosura demasiada cuando no fuere por otra cosa más que porque ve cómo los ojos de todos se vuelven a ella, y eso de ser objeto de la común admiración hace creer que tiene alguna propiedad rara e insólita y sobrehumana, mientras que ella solamente ve cuál sea el bien aquel de la hermosura, con los ojos corporales reflejada en el espejo, y al instante se olvida, y con los ojos del alma no considera cuán liviano y efímero sea aquel bien. Añádase a esto que es harto difícil la guarda de aquello que son muchos a codiciar. Por esto dijo el poeta Ovidio: *A menudo la hermosura tiene pleito con la castidad.* Hartas veces, bajo estas hermosísimas apariencias, como en los bellos hospitales, se alberga un huésped desfigurado. La mujer extraordinariamente fea, por más que se la ame con la mayor de las ternuras, no por ello cree que se la ame por su persona, creyéndose indigna de amor, y se torna celosa contra todas aquellas a quienes ve que su marido llama o mira sin aspereza. Y no faltan en el gremio de las feas ejemplares de aquellos de quienes el Declamador dice: *Las que tienen mala cara, con frecuencia son castas, no porque les falte voluntad, sino porque les fal-*

ta corruptor. Con todo, tiene ello sus ventajas según el temperamento del marido: el melindroso y amigo del deleite tiene con que cebar su hartura; mas el receloso y suspicaz tiene aparejada la segur para sus conjeturas. No es eso lo excepcional, pero es lo más corriente. Todo ello es según sea la propensión del ánimo de cada cual, pero especialísimamente según la formación que tuvo desde la niñez, corroborada por el hábito. Necesarias son las fuerzas si tiene que ser esposa de quien con la industria de sus manos y el trabajo físico ha de procurarse el mantenimiento, para que comparta las fatigas del marido, como, por ejemplo, en la labranza. Enojosa es la mujer de temperamento enfermizo, especialmente si su quebrada salud es tal que impida los preñados y las tareas caseras. Hesíodo, Platón, Aristóteles fijan la edad matrimonial en el varón hacia los veinticuatro años, y en la mujer hacia los dieciocho, porque el varón de más edad no tiene para la procreación las fuerzas que se requieren y los hijos nacen raquíticos, y él mismo, teniendo que consagrarse a los hijos, carece de la ponderación y equilibrio de fuerzas que son menester. Además, su inexperiencia le incapacita para llevar adelante su hacienda, en cuyo gobierno harta poca autoridad le darían sus cortos años, ni los hijos llegados a mozos tienen respeto al padre que es un poco mayor que ellos, y más se les antoja hermano que padre. Y el casado ya en días ni puede él ayudar a sus hijos pequeños, ni puede ser por ellos ayudado, siendo así que uno y otros necesitan de auxilio y axistencia ajena, y sale de la vida antes que pueda proveer para ellos una manera de vivir.

Las mujeres, antes de los dieciocho años, no tienen capacidad para las molestias de la preñez, ni para los peligros del parto, ni conviene tampoco que en tan tierna edad se acostumbren al ayuntamiento carnal: excítanse los sentidos y el organismo detiene su crecimiento; ni para el regimiento de la casa está suficientemente instruída la moza en aquella edad, que no impone respeto en su cabal ignorancia de casi todo. Mas la mujer de edad más adelantada no es demasiado manejable para el marido, por la cronicidad de unas costumbres que ya no se pueden cambiar. Finalmente, las respectivas edades fijadas tienen entre sí acentuada congruencia para el trato y la vida en común y la procreación de la prole, a fin de que esa facultad abandone simultáneamente a entrambos y no sea poco agradable la vida conyugal si uno de los dos tiene todavía potencia para engendrar y al otro ya la vejez le haya debilitado y cascado. Este es el sentir de aquellos sabios citados y, sobre todo, el de Aristóteles en los libros de la *República*. Pero en ese punto más hemos de atender a los motivos que los indujeron a señalar aquellas edades que a su señalamiento. Y cuando se presentaren causas análogas o estas mismas (pues no cabe duda que son muy prudentes) lo aconsejaren, juzguemos que con mejor acuerdo la fijó la Naturaleza, la cual, obrera de recursos inagotables, introduce variedades en los cuerpos humanos, según lugares y tiempos y posibles cualidades ocultas. Pero antes que a nada se ha de tener cuenta con el juicio y con la piedad, que es el más rico bien del alma.

Hemos de tener cuenta, mientras nos mantengamos solteros, de conservar tal norma y rigidez de vida que el ariete de la carne dé en nosotros tan rara y ligeramente como

sea posible. Laudable sobre manera fué aquella usanza de los germanos antiguos que César nos refiere: *Aquellos*—dice—*que por más largo tiempo no han tenido contacto con mujer, llévanse entre los suyos la más excelsa alabanza. Creen que esa abstención fomenta su estatura, sus fuerzas y templa y fortifica sus nervios. Haber a los veinte años catado mujer, creen que es la mayor de las torpezas.* Si nosotros no podemos observar esta continencia, todo hemos de posponerlo a la religión y obedecer el consejo de San Pablo: *Mejor es casarse que abrasarse.* Escasa es, o, mejor, nula la cuenta que hemos de tener con la posada; nuestro cuidado máximo, nuestro cuidado total debe ser para la morada definitiva; esta vida es una peregrinación; la otra es nuestra patria, es nuestra mansión imperecedera. Nuestro Señor, esto es, la voz de la Divina Sabiduría, avisa al género humano que de ningún provecho es para el hombre la ganancia del universo mundo si trae consigo el dispendio del alma.

La mujer que se casa en edad madura, menester es que esté exenta no sólo de los vicios de la Naturaleza, sino también de los defectos de la educación. Pues si no, ¿cuándo se formaría estando ya dura y con hábitos arraigados? Más blanda es la doncella y dócil como la cera, susceptible de tomar cualquiera forma. Hablando en general, acordémonos del viejo proverbio: *De madre buena, nace hija buena.* Entre nosotros, eso mismo se dice en dos muy gráficas sentencias: *De buena vid corta el sarmiento que has de plantar. De buena madre toma la hija con quien has de casar.* Y, además, esta otra sentencia: *En tus paseos por la ciudad, infórmate primero de la madre; luego, de la hija.* Pero mayor influencia han tenido quienes las educaron, pues vemos no raras veces que muchas nacidas de padres malos, pero que han sido formadas por institutrices buenas y con ellas han convivido, salieron más parecidas a ellas que a sus propios padres. Y al revés, muchas que nacieron buenas, por contagio se volvieron pésimas. La tierna edad remeda los males mejor y más expresivamente y los traduce en su propia conducta. También en este punto hay que parar mientes en los afines si son sobrado poderosos y que te agobian con su superioridad. Yo no sé si podrás sujetar a una esposa tan confiada en el gran poder de los suyos.

Tiberio César contrajo matrimonio con Julia, hija de Augusto, cargada de vilipendio e infame por adulterios inequívocos. Tiberio, no osando castigar ni cohibir con marital severidad ni echar de casa a la hija de un padre tan grande remitiéndola a su padre convicta de adulterio, porque no atinaba cómo él tomaría aquel deshonor en su sangre, y pensando que conservarla y vivir con ella dentro de las mismas paredes sería un insufrible bochorno, determinóse, so pretexto de tomarse unas vacaciones, retirarse a Rodas y abrigar allí su vida, expuesta a ignominia y aun a peligro, puesto que se le llamaba desterrado y no faltaban quienes por congratularse con su entenado Cayo César le amenazaban con la muerte. Yo conocí un hombre que habiendo conseguido un muy ilustre casamiento, para el cual era muy desproporcionado, pasados los primeros días y la luna de miel, maldecía aquel día fatal en que se le dió tal esposa; y que de haberse casado con una su igual, sería infinitamente más feliz, pues que tenía un buen pasar y no había de correrse de su linaje; y que ahora, en cam-

bio, por culpa suya, habíase dejado invadir de un alud de enojos y de un bravo escuadrón de males, de los cuales no podría librarse sino con su muerte o con la de su consorte.

Pondérese también cuáles son las costumbres de sus afines y cuál su tenor de vida: si son antipáticos, agrios, intratables, litigiosos, pendencieros, altivos, el trato con ellos fuera un conflicto inacabable. Y también si son revolvedores, partidistas, especialmente en aquellas regiones donde todos, quieran o no quieran, suelen enredarse en banderías; la inquietud es un contagio activo, y vuelve turbulento el carácter, el trato familiar y el roce con los revoltosos y bullangueros. Luego averígüese si son pobres, pedigüeños, sinvergüenzas, descomedidos. Los hay que no pueden con ese infierno, aun a trueque de expatriarse.

Por lo que toca a las riquezas, existe aquel dicho: *Tan pesado es soportar al rico como mantener al pobre.* Mídase cada cual a sí mismo y examine su manera de vivir, si tiene de dónde mantenerse a sí y a su mujer. ¿Qué cosa puede haber más agradable a Dios, o más hermosa a los ojos de los hombres, o más dulce en la intimidad del hogar como tomar una esposa pobre y rectamente formada e instruída? Suerte de limosna es socorrer a la pobreza, y tienes no solamente una esposa, sino una criada. Casado te has con una mujer que no te podrá nunca echar en cara que trajo esto o aquello; que en la prosperidad compartirá contigo el goce de tus bienes y sabrá que tú eres su dueño y a ti te agradecerá el bienestar honesto que recibió de ti; que en la adversidad aguantará con ánimo igual o mejor, con ánimo fuerte, los recios soplos de la Fortuna, acordándose de lo poco que trajo ella a casa, y compadeceráse no de sí, que entró pobre en tu casa, sino de ti, a quien ha despojado la Fortuna.

Mas con todo encarecimiento una y otra vez he de advertir que hablo yo de las mujeres bien criadas, pues las hijas de los pordioseros, educadas sórdida y aviesamente, con las cuales, sin embargo, hase de tener indulgencia a fuer de nacidas en aquella situación, son insoportables en la adversidad y en la prosperidad. Si tus posibilidades no alcanzan a abastecer tu medianía, debes elegir una esposa que traiga alguna ayuda. Tomarla muy rica, como con un golpe de mano, para disfrutar tú tranquilamente de sus riquezas, fuera de que es un atentado contra la ley de Dios, que sujetó el hombre al trabajo, es una polilla de la concordia. ¿Con qué ánimo piensas que ella soportará por mucho tiempo que tú, hecho un zángano, te cebes en sus bienes, sin ocupación ni fruto de ninguna suerte? Con todo, a ese fresco alcánzale su castigo, aun en esta vida, que él se había prometido fácil y feliz: pelamesas caseras, denuestos recíprocos, odio correspondido. Aquel pan que él come fuera de trabajo y no humedecido con sudor, trae consigo un muy desabrido companage. Harto mejor fuera que el pan fuese negro y de baja calidad, acompañado de un manjar pobre y ruin, comido en concordia y quietud, que en aquella mesa desabrida y amarga perdices con pan candeal, practicando el consejo del sabio, que dice: *Mejor es un bocado de pan con gozo que la casa llena de víctimas con rencilla.* Esta apacibilísima vida de trabajo canta Virgilio que llevó aquel labrador anciano de Tarento, quien con unas pocas hazas de tierra *en pensamiento y ánimo igualaba las riquezas de los reyes,*

y al retornar a casa cada noche, ya muy anochecido, abastecía su mesa de manjares no comprados.

Marco Aurelio, el filósofo, habiendo casado con Faustina, hija de Antonino Pío, y pareciendo por ese motivo adoptado con derecho de sucesión al Imperio, no se atrevió, aun convicta de adulterio, a repudiarla para que esta sucesión no viniera en litigio. Yo mucho más pronto aconsejaría a la mujer que se casase con un hombre que le aventaje en todo, que al hombre que se case con una mujer que le sea superior. Es más generoso el espíritu del hombre para descender a la comparación de sí mismo y de su esposa; y, en cambio, la mayoría de las mujeres en las disputas conyugales con esas armas se defienden, pues no hay manera de evitar esta enojosa comparación del abolengo y de la fortuna respectivas.

Después de todo esto, hay que considerar las otras circunstancias, si es viuda, si nunca se casó; en el caso de que sea doncella, si es virgen; si tuvo o no otros amores. En la viuda, debe mirarse la edad. En la soltera, no se ha de resolver muy diferentemente que si conservase su entereza, aun cuando tenga no poca importancia que otro se haya llevado la flor de la mocedad, quitándole las primicias, como dícese en Virgilio; y acerca de lo cual reza nuestro vulgar adagio: *En sopas y en amores, los primeros son los buenos.*

En la mujer de edad avanzada que estuvo mucho tiempo al lado del marido, hay que considerar lo que preceptúan los sabios por lo que toca a los amigos: cómo se portó con el primer marido; hay que averiguar también cómo fué este marido primero. Si hubiere sido bueno y ella le llevaba con displicencia y desabrimiento, colige tú lo que te espera, pues ella pensará que no debe vivir contigo de manera diferente. Si su primer marido hubiese sido malo y difícil y ella le sufrió con mansedumbre, espera tú de ella eso mismo, y si aquel marido malo le comunicó su manera de ser, mira si su comportamiento merece tu aprobación, y compara contigo aquel primer marido suyo; si él te aventaja mucho en virtud, tu mujer estará siempre en tu casa quejosa y triste, comparando lo pasado con lo presente, tanto más cuanto que el ayer es mejor que el hoy, especialmente cuando ya declina la edad. Si ese marido te hubiese sido superior en talento o riquezas, concebirá desdén para contigo, puesto que en otro tiempo gozó de un marido con el cual no puedes compararte. Y por ello o te menospreciará con tanto mayor asco o con odio tanto más activo cuanto fué tratada por el otro con tanta mayor indulgencia o tanta mayor afabilidad. La mujer que viniere a ti cargada de hijos, hará sisas en tus bienes para dárselo a ellos, y no amará con ternura igual a los tuyos, ni aun a los que lo fueren de ambos, pues aumentará su afecto para con ellos la compasión de su orfandad, privados como están de la protección paterna. En la soltera que perdió su doncellez, hay que tener cuenta con su vida anterior. Dos son los géneros de esta clase de mujeres, y ambos a dos tienen sus peligros. A las que entregaron su cuerpo a muchos, muy difícil es que se les persuada la continencia. Por lo que toca a las que tuvieron trato con personajes influyentes y por ellos fueron amadas, muy pesado se le hace a la que tuvo dominado a un poderoso eso de servir a quien es tan inferior a su amante. Enfadosa es e insolente aquella que fué de muchos solicitada. Cualquiera

sea la ofensa que halle en ti, piensa que los otros no serían tales y deplora el haber sido destinada a ti en un momento de irritación del hado.

Yo no querría que te casases con aquella con quien te humillaste demasiado al tiempo del galanteo, a quien halagaste en exceso, a quien adulaste, a quien llamaste *señora, vida, ojos, luz* y otras sandeces análogas que sugiere el amor necio e insulso, aun a veces cuando se envalentona la impiedad contra Dios, soberano y último fin de los deseos y los bienes de todos. Este rebajamiento tuyo ocasiona que te envilezcas a sus ojos y quiera más tarde dominarte y que tenga a enojo servir a aquel de quien se persuadió ser dueña, a aquel a quien cualquiera cosa le mandase, era inmediatamente complacida con peligro efectivo de su vida y de su fortuna, y en quien hallaba cumplimiento más diligente y dócil que en un esclavo etíope comprado por un puñado de sal. De aquí provienen desconsideraciones, enfados, como si fuera supeditación indigna de sufrir eso de que el criado mande a la señora; de aquí, rebeldías y expresiones que corresponden a la rebeldía, rencillas y discusiones enconadas, puesto que el amor, el odio, el respeto, el desprecio, el temor son actos que dejan en aquellos espíritus a quien ocuparon algún tiempo vestigios muy duraderos que los filósofos en griego llaman *exeis* y los latinos traducen literalmente por *hábitos*. Los grandes reyes, en todo tiempo, guardan para sus ayos y educadores, desde aquella su crianza pueril, respeto y temor después que les son subordinados y sobre los cuales no ignoran tener potestad de vida y de muerte. Eso es lo que inspiró aquel viejo y sabio aforismo: *A quienes une el amor, ejercítalos en dolor.* Yo desearía que la llama de amor viva que arde antes del matrimonio y que cuando se llega al enlace conyugal perdió gran parte de su fuerza, en el cambio se encendiese más aún, pertinaz, pura, avivada.

Ya ves cuánta sea la prudencia que se necesita para juzgar de todas estas cosas y hasta qué punto es menester acudir al consejo de una persona cuyas pasiones estén en calma para atinar el acierto. No tienes que ilusionarte con esposa que no tenga defecto ni vicio alguno; los males menores o más raros bien valdrán por los mayores y más frecuentes. El varón cuerdo se inspirará en la realidad, pues siendo casi infinitos los medios, no pueden darse acerca de ello fórmulas indistintas y generales. Para estos casos sirve mucho la prudencia, a quien ayudan los preceptos, pero no la dan. Y para su debido aviso quiero poner éstos a manera de ejemplos: El pensamiento dominante, la obsesión, por decirlo así, en esto de deliberar sobre todo matrimonio, debe consistir en que en la elección de esposa no demos ninguna suerte de audiencia a los sentidos; no a los ojos, que son cazados y cautivados de la gracia y de la hermosura; no a los oídos, que se dejan prender de las buenas palabras; no a los ímpetus vehementes del alma, que nos hacen atender a la nobleza o al dinero. Todos esos atractivos, bien con su inestabilidad o con su propia abundancia y hartura, traen consigo un rápido arrepentimiento. Todas estas cosas han de llevarse al supremo y exacto tribunal y juicio de la mente. Procurarás que, por tu parte, la doncella no vaya al matrimonio engañada ni en tu fortuna ni en tu persona. Nunca hallarás dócil ni dominarás a tu sabor a la mujer que hubieras atraído a ti con engaños. Naturalmente, odiamos

como enemigo a aquel por quien fuimos engañados, y ninguna cosa hay tan aborrecible para la condición humana como que se la frustre de una esperanza, de una expectación, como de una deuda. Más vale que a la mujer que va a ser tu esposa le declares francamente de qué enfermedad o vicio adoleces y que le declares la medianía de tu nacimiento o de tu fortuna, corriendo el riesgo consiguiente de no conseguirla, que si has de conseguirla con engaño cierto y con discordia inevitable. Cuerdamente, a fuer de hombre bueno que era, se cuenta que obró Sergio Galba, padre de aquel Galba que fué emperador. Este, apetecido por Livia Ocelina, mujer muy rica y hermosa, quitándose el vestido mostróle secretamente un defecto corporal (era contrahecho de un brazo). Esta simpática franqueza agradó muy mucho a la mujer, la cual, no ofendida en manera alguna por aquella fealdad física, se enamoró de él más y más y le tuvo siempre el respeto debido. Suelen muchos decir que ellos van a gobernar a sus esposas, sean como fueren las que alcancen, que en manos del marido está torcer a la mujer a su antojo.

Y en hecho de verdad mucho poder reside en el marido, siempre que esté penetrado, como conviene que lo esté, de que el matrimonio es la suprema forma de la amistad, que aventaja en densidad de cariño a cualesquiera otros afectos; que la amistad dista enormemente del despotismo, cuya coacción sienten los que obedecen. Se coacciona el cuerpo, pero el alma en quien la amistad tiene su asiento no es coaccionada. Si te empeñas en arrastrar a algún sitio a alguno contra su voluntad, rezonga y repugna y se vuelve a otro lado, como de la palmera lo dicen los estudiosos de la Naturaleza. No creas que haya connubio ni concordia donde reina un cisma moral. Esta es la fuente, éste el origen, éste el asiento de la amistad. Y aquellos que baladronean o se figuran que van a gobernar a sus mujeres, puestos en el empeño, comprenden que su parecer les engañó profundamente, pues se encuentran con que es duro e intratable lo que ellos pensaron ser dócil y blando. Otros, con la aspereza y la dureza de su trato, consiguen tener criadas, no esposas. Esos hombres necios que piensan que el matrimonio es dominio y que quisieran hacerse temer, luego se duelen y se quejan de no hallar amor ninguno en aquellas de quienes ellos, con sus importunidades y con su odio, sacudieron y expulsaron todo amor. Y así es que mientras a los comienzos se regodean y se ufanan con aquel poder tiránico y jáctanse de ser los señores de sus esposas, fabrícanse para más tarde una vida infeliz y merecedora de lástima por haber expulsado de su hogar todo afecto, toda suavidad, toda sabrosa convivencia, todo alivio de cuidados, cosas todas éstas que en el verdadero matrimonio andan rodeadas de recelo, de sospechas, de odio, de malquerencia, de cuitas, de preocupaciones. A no dudarlo, si como demuestran la Naturaleza y la razón y los oráculos divinos, el marido es el alma de la mujer, y la cabeza y el padre es Cristo, esta asociación será entre ellos como entre el padre y el hijo, no como el criado y el amo.

CAPITULO II

EN VÍSPERAS DE LA BODA

Cuando ya estés determinado a tomar esposa, luego que hubieres cumplido todo cuanto te aconsejare

la prudencia humana, dada la importancia de la resolución, tienes de nuevo que impetrar con oraciones encarecidas el buen suceso de este negocio de Aquel en cuya mano está el acierto. Y, sin duda, El te lo dará con mano larga y sin tasa, según acostumbra, si tú no has tenido más mira que la de hacer su santa voluntad. Si tú, después de haber condescendido en demasía con tu pasión y con tus inclinaciones, acudes a El en súplica de que te sea concedido gozar del objeto de tus deseos a la medida de tu antojo, ¿qué otra cosa pretendes sino que Dios venga a ser una especie de rufián y servidor de tus deleites? Hasta el punto que en tales votos y plegarias ocúltase una suerte de blasfemia, pues ¿qué diferencia hay en que llames rufián a Dios o desees que lo sea? Ni hay que acercarse al matrimonio como a una institución profana, con ánimo suelto y despreocupado, sino con ánimo recogido y purificado, como a una de las más sagradas instituciones. No es el casamiento la sola unión de los cuerpos, ni aquel estrépito descompasado de bailadores y de bebedores, costumbres éstas que con muchas otras llegaron hasta nosotros, supervivencia tenaz del paganismo, porque el vulgo de suyo retiene siempre lo peor; cuando precisamente en esta ocasión de mayor conveniencia fueran oraciones y súplicas a todos los santos, porque un negocio de tal importancia cediera en bien de uno y otro de los cónyuges.

Por lo demás, esta institución está santificada por Dios, que es el padrino de boda, quien hace que sean castos los abrazos y el tálamo sin mancha y limpia la progenie; y según el testimonio de San Pablo, es símbolo de aquel gran misterio por el cual Cristo se une a la Iglesia con nudo indisoluble. Por todas estas consideraciones, cuanto tus fuerzas te lo permitan, te levantarás a un plano superior y pensarás de qué misterio tan soberano y adorable representas la imagen: que tu esposa es para la Iglesia, y que tú para ella eres el propio Cristo, a fin de que tú te portes con ella como Cristo con su Iglesia. Increíble es el amor que a su Iglesia profesa Cristo; el que tú profeses a tu esposa debe ser el mayor posible. En el ser humano, y aun en los animales todos, la sociedad y la comunión de vida son la fórmula más eficaz para conciliar el amor. Y ¿qué sociedad puede haber más estrecha que la que se forma entre consortes? Tienen la casa común, la mesa común, el lecho común; tienen común la fortuna, alegre o triste; comunes tienen los hijos. ¿Qué sociedad o qué trato será suficiente para ganar el afecto de quien no ama a su esposa? ¿Ni quién creerá ser amado por aquel que vea aborrecer a su esposa? Los hay quienes en la amistad no hacen cuenta sino de los provechos, como los epicúreos, hombres ruines y despreciables, indignos de amor, pues no aman a los amigos, sino que se aman a sí mismos. Pero si hay que hacer algún caudal de las ventajas prácticas, de ninguna otra cosa pueden acarrearse tantos provechos como de la esposa; no del caballo, ni del buey, ni del colono, ni del mayordomo.

La esposa es el alivio y la participionera de los enojos y de los cuidados, y es una sirvienta más diligente que cualquier criada o servidor, todos los cuales prestan sus servicios bien por miedo, bien por esperanza del galardón o salario. Sólo la esposa inspírase y es llevada por el amor, y por eso mismo lo hará todo con mayor rectitud que

los otros. Declaró Dios esta verdad cuando dice: «Hagamos a Adán una ayuda semejante a él.» En la ayuda significó la utilidad del ministerio; en la semejanza expresó el amor. El siervo o el jornalero son desemejantes del señor, y para éste casi ni siquiera son hombres; el siervo es para el amo como otro caballo o como otro buey a quien con latigazos advierte de su faena; el jornalero es como acémila alquilada para un trabajo determinado; dale la soldada e inmediatamente, sea el que fuere el lazo de unión, queda disuelto. Los hijos son parte del padre, y por eso la piedad natural les amista a ambos. La esposa está aún más estrechamente unida a su marido. El padre sufre trabajos por sus hijos; los hijos, raramente por sus padres, y envíaseles a nuevas casas a guisa de colonias, por manera que parece quedar rota aquella apretada unión. La esposa agradece al marido su trabajo, y aun al tiempo mismo del trabajo, y no le es lícito cambiar de casa, ni aun de lecho. Si se presta atención a las ventajas y provechos, ¿qué provecho y ventaja mayor puede haber que, sólo con amar a la esposa, vivirás una vida gustosísima, y una vida misérrima, no amándola? Ninguna cosa hay más tétrica ni amarga que odiar, aun cuando fueres amado, ni ninguna más feliz que amar aun a lo aborrecible. ¿De qué me sirve la benevolencia ajena para conmigo si yo en mis adentros me siento roído por mi propio odio? ¿Y qué daño me hace la animosidad ajena contra mí si el placentero, si el dulcísimo afecto, si el amor reina cumplidamente en mi alma? Dentro de mí mismo está la fuente de la felicidad; dentro de mí mismo, la de mi miseria. Nada o bien poco contribuyen los agentes exteriores a la tristeza o la placidez de la vida. Los hay que odian a los ángeles y, con todo, su amor propio les hace felices de todo punto. No faltan quienes aman a los demonios y, con todo, el odio de sí mismos les hace de todo punto infelices. Y ¿cómo puede ser de otra manera, si no es posible que no seas amado si tú amas? Activísima droga es el amor para ser amado. Vivirás vida angélica si reina entre vosotros aquel amor que existe entre los ángeles y aquellas almas santas, despojadas de este cuerpo de tierra y vestidas de la divinidad.

La misma ley y naturaleza del matrimonio declaran cuán grande es menester que sea el amor que lo aglutine. Definiólo Adán, o, mejor, Dios por boca de Adán, cuando siéndole presentada Eva, después de aquel sopor dulcísimo, como futura esposa suya y compañera de toda su vida, dijo: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Por ello, dejará el hombre a su padre y a su madre y se allegará a su mujer, y ellos dos serán un hombre solo.» Lo sumo de la amistad, el extremo de la amistad, es unirse tan estrechamente con el ser amado que te identifiques con él. Cuenta la mitología que Vulcano, aquel herrero de los dioses, habiendo visto a dos que se hacían muchas demostraciones de amor, complacido por aquella bienquerencia recíproca, pues ninguna otra cosa más que el amor es grata al Cielo, preguntóles en qué querían que él, dios, les favoreciese. «¡Oh Vulcano—replicáronle—, queremos que con estas tus divinas herramientas nos fabriques de nuevo y nos refundas y que de nosotros dos hagas uno solo.» Y ésta es justamente la cifra de todos los deseos de los enamorados; esta tabla de bronce quiere limar el amor, que si

lo consiguiere verá colmadas sus más entrañables aspiraciones. Y ello tendrá realidad allá en aquel amor celeste, cuando, despojados de la carne del pecado, todos los que seremos renovados en Cristo seremos uno con Dios y entre nosotros mismos, según el mismo Cristo nos enseñó.

¿Y qué significa esto que el hombre abandone a su padre y a su madre y se allegue a su esposa sino que el amor conyugal debe superar todas las restantes virtudes, aun aquellas con que la Naturaleza unió a los padres con los hijos, que es fuerza que sean las mayores? Héctor, en Homero, es decir, un hombre instruído no más que por el magisterio de esta nuestra naturaleza tan desvalida y tan flaca, dice saber que vendrá un tiempo en que Troya será destruída por el poderío de los griegos, y con todo, no le angustia con ansiedad tan viva la congojosa preocupación de sí, de sus padres ni de sus hermanos como de su sola mujer, pues le hace hablar así:

«Yo no dudo que caerá Ilión la grande, y que se derrumbarán Príamo y el pueblo aguerrido de Príamo; pero a mí no tanto me acongoja el cuidado de mi cara madre, ni del rey Príamo, ni de mis hermanos, aun cuando serán muchos y buenos los que dejarán sus vidas en el suelo, bajo el cuchillo hostil, como me atormenta el cuidado tuyo, ¡oh mi esposa carísima!»

Este amor del marido, siempre fiel a sí mismo, tiene su premio, dado que esa llama viva penetra también en el pecho de la esposa, porque ella también, a su vez, ama encendidamente a su esposo. Y así fué que Héctor fué el más acendrado, el único de todos los amores de su Andrómaca. Según refiere Jenofonte, Tigranes, hijo del rey de Armenia, siendo prisionero de Ciro él y su esposa, declaró que él a costa de su vida la rescataría, porque su esposa no viviera en cautiverio. Ella poco después, oyendo las alabanzas de Ciro y preguntada qué tal le había parecido Ciro, respondió que no había mirado nunca a Ciro. Y replicándole su marido: «¿Qué has mirado, pues, si a él no le miraste?» «¿A cuál otro podía mirar yo—respondió ella—sino a quien afirmó que me rescataría a costa de su vida porque yo no fuese esclava?» Hasta ese punto el ardiente amor del esposo encendió el de la esposa. Pero, con todo, ¿cuál ha de ser la razón del amor en el matrimonio, y con qué mandamientos y con qué autoridad debemos encarecerlo sino con la autoridad y los preceptos de aquel a quien Dios constituyó maestro de las gentes en la fe y en la verdad? Este, en la epístola que escribió a los efesios, dice: «La cabeza de la mujer es el hombre, como Cristo es la cabeza de la Iglesia y Dios es la cabeza de Cristo.» Ninguna cosa baja propone a los hombres, o sugerida por la sabiduría terrena, es decir, tomada de las heces, que es corruptible, que es necedad en el acatamiento de Dios, que con harta frecuencia, desleída aun en esta vida presente, pierde toda su fuerza y su gracia. Ella nos levanta al dechado y al trasunto de aquella sabiduría eterna por la cual creó el mundo el Padre todopoderoso. Añade que aquella cabeza de la Iglesia es la salud de su cuerpo con tal decisión y con tal fidelidad, que no titubeó un momento en entregarse a Sí mismo por ella.

A la imitación de ese amor llama a sus fieles el Apóstol para que así como Cristo derramó toda su sangre por salvar su Iglesia, así también tú no tengas minuto de reparo, no por

tus pasiones o por las de tu mujer, sino por la salvación suya en afrontar la muerte con indomable y generoso pecho. ¿Qué afecto será el que te ponga corazón y bríos si no te los pone el amor, que proporciona fuerzas y osadía aun a los ciervos y a las liebres, y a los más imbeles e inermes de los animales? Bajo el nombre de salud, andan comprendidos la vida, la salud, la castidad, el pudor. Lo restante está incluído no en el nombre de la salud, sino de la bobería, verbigracia, las riquezas, la curiosidad en el vestir, la vanagloria, los placeres. Cristo no murió por dejar rica y abastada a su Iglesia y cubrirla de oro y pedrería; no porque los suyos se anegasen en deleites y regalos, pues todas esas cosas menospreció y enseñó a los suyos que por este mismo menosprecio vendrían a El. Clavado fué en la cruz para santificar a su Iglesia, purificada por el agua del bautismo, mediante la palabra, para hacerla gloriosa ante su divino acatamiento, sin arruga ni mancha o algo así, sino porque sea santa e inculpada. Así, conviene que los maridos amen a sus esposas, como a sus propios cuerpos. Nuestro Señor Jesucristo, por su muerte, todos los días santifica a su Iglesia, a fin de que purificada por la sangre de su Esposo se atavíe con todo el aderezo de las virtudes, despojándose de aquel viejo Adán con todos sus actos y vistiéndose de su Esposo Cristo, que fué hecho por Dios a semejanza de aquel primer Adán, pero celestial, bajo las apariencias de terreno. Con tanta excelencia de virtudes brilla por de fuera que atrae a su admiración a cuantos la miran. La gloria de la Iglesia nace de aquí, nace de que mediante ella levántanse hasta el manantial de tan inmenso bien los que contemplan y admiran estos delgados arroyuelos. Por eso se nos manda que seamos buen olor en todo lugar, pero para el Señor. Y nuestro mismo Divino Maestro quiere que los hombres conozcan nuestras buenas obras, mas para que glorifiquen a nuestro Padre Celestial, de quien recibimos aquellas mercedes. Estuvo en pie la Esposa a la derecha del Esposo, con vestido de oro, circundada de variedad; pero ni aun con todo este atavío precioso toda su gloria no le viene del aderezo, sino de sus adentros; no de aquellas galas que los hombres ven con sus ojos corporales, sino de aquellas otras que en espíritu ve y aprueba el esposo, para quien se afeita, para quien exclusivamente se engalana. ¿Quién puede imaginar nada bajo, nada sórdido, en el matrimonio, a la comparación de cosas tan soberanas y divinas? Por tanto, la vida, la virtud, el buen nombre de la esposa, serán para cada uno más entrañablemente queridas que su existencia misma, así como Cristo, por increíbles tormentos, dió su vida para salvar, santificar, ennoblecer a su Iglesia. Y no se ha de atender a la hermosura, al abolengo, a la renta, a la salud de la esposa ni cómo corresponde a tu amor. Hásela de amar toda, y sea cual fuere la que en suerte te haya cabido, tendrás para con ella el mismo afecto que Cristo tuvo para con su Iglesia, que no rehusó sufrir de sus hijos las más graves ofensas y de sus enemigos el suplicio, para con ellos instituir su Iglesia, es decir, para incorporárselos a sí, como la cabeza sus miembros. El, todos los días enseña al ignorante, sostiene al caedizo, ilustra al que tiene pocas luces, limpia, enmienda, corrige con admirable paciencia y mansedumbre y, en una palabra, en el amor más entrañable y fino envuel-

ve a cualquiera que sea y regala aun a la ingrata que corresponde con frialdad a tan ardiente amor del Esposo para consigo.

La esposa es ya, en virtud de este solo nombre, una sola cosa contigo, por manera que tienes obligación de amarla en el mismo grado con que te amas a ti mismo. Refieren los cronistas de sus hechos que al tebano Epaminondas, varón excepcional en la paz y en la guerra, por manejos de los enemigos se le confirió un cargo humilde y vergonzoso. El dijo aceptarlo con buen ánimo y que lo administraría de tal manera que ulteriormente iba a ser la más honrosa de las magistraturas del pueblo; y con efecto, así lo hizo y lo logró. Y si él pudo conseguir en una ciudad tan grande, y tan diversa, y tan escindida en banderías, en medio de tantos envidiosos que le armaban zancadillas, en medio de tantos enemigos que le dificultaban su honrada y animosa gestión, redimir del menosprecio un cargo vil, hasta el punto de hacerle honorífico y deseable, tú, en tu misma persona, ¿no podrás lograr redimir tu carne de la ignominia y del menosprecio de tu espíritu? ¿Qué digo la carne; redimirte a todo ti mismo? *El que ama a su esposa*—dice San Pablo—, *a sí mismo se ama.* Pues no hubo jamás ninguno que aborreciese su carne, sino que la nutre y la regala, como el Señor a su Iglesia. Aristóteles, abundando en el sentir de los pitagóricos, definió que el amigo era para el amigo otro él. Dios definió que el cónyuge es otro él para el cónyuge. Marco Tulio, para conciliar y conservar las amistades entre iguales, da el siguiente consejo: *Que el menor se levante y que se abaje el mayor, pues así la diferencia puede reducirse a igualdad.* En el matrimonio no es menester ni elevación ni rebajamiento. Condúzcanse de tal manera los esposos entre sí que cada uno entienda y sienta ser una porción del cuerpo y del alma del otro. Por esta identificación absoluta que entre ellos debe reinar, ya ni la fealdad, ni la belleza, ni la penuria, ni la riqueza, ni el abolorio, ni la cuna humilde, ni la salud, ni la enfermedad, ni la cordura, ni la imprudencia, son de uno de ellos dos, sino que es de ambos, pues todas las cosas hizo comunes quien a ambos les hizo uno. Nunca será verdadero ni permanente el amor que no se ubicúe en aquellas cosas que sobreviven al sepulcro. La hermosura, la opulencia, el linaje y otras cosas de ese jaez tienen sus tiempos, señalados y fijados los unos por la Naturaleza, los otros por la fortuna y los azares humanos. El amor se adelgaza con el tiempo, y aquello que anteriormente se deseó con avidez devoradora, con su goce y su fácil abundancia, deja la hartura, y en el lugar del deseo llega a depositar el hastío. Todos estos accidentes disminuyen el amor, y de ellos los hay que lo raen completamente. Si este amor está arraigado en el espíritu y se funda en la virtud, será duradero, o, por mejor decir, será inmortal. La virtud en todo lugar y en todo tiempo es presente y eficaz; nunca está ociosa, ni perezosa, nunca es inútil ni excesiva, siempre está activa, nunca da paz a la mano. Al espíritu humano no le extingue la muerte; por ello es creíble que después de la muerte aman aun a aquellos que les fueron caros en vida, y quienes amaron aquellos espíritus, aun fuera de la pesadumbre de los cuerpos, siguen profesándoles el mismo amor como a amigos que se han ausentado, no que se han muerto.

Y así vemos que muchos obser-

varon, aun después de la muerte del cónyuge respectivo, la fidelidad y el amor conyugal como aquella hija del areopagita Democión, acerca de la cual escribe San Jerónimo contra Joviniano, que, fallecido su esposo, Leostenes, dijo que no se casaría con otro, pues le tendría por adúltero, no por marido, porque el que felleció era para ella todavía su marido vivo. Y aquella romana que unos amigos que la requerían de nuevas bodas respondió que para ella era aún vivo su marido. ¡Cuán agudamente, como todo lo demás, Lucano introduce en su poema a Cornelia, hija de Metelo Escipión, la postrera esposa de Pompeyo, llamándose a sí misma combleza de Julia! Como si todavía entre el vivo y la difunta durase el nudo de un afecto tan estrecho. ¿Y qué diré si naturalmente cada cual desea ser amado y capta el fervor y la gracia ajenos? Por eso es por lo que desea conservar y aumentar aquellas cualidades merced a las cuales entiende ser agraciado y favorecido.

La esposa, si te ve enamorado de su belleza y quiere ser amada por ti, acicalará aún más esa belleza; si te ve prendado de su parlar, no callará nunca; si te ve cautivado de su virtud, se esforzará por superarse en virtud de día en día. Dicen que Biantes, uno de aquellos siete varones a quien la Grecia condecoró con el nombre de sabios, dió esta norma de la amistad, a saber: *que cada cual amase como si hubiese de odiar y que odiase como si algún día debiese amar.* Yo no sé si en este punto ese varón de ingenio se dejó seducir más por la figura de las palabras que por la verdad de la sentencia. ¿Qué finalidad se propuso con ese consejo desatinado, sino que nadie de buena fe fuese amigo o enemigo? Atinadamente dice Cicerón que es el disloque y el descuaje de toda amistad el que uno ame como si tuviera que odiar. ¿Quién se fiará de él o le creerá? ¿Cómo se descubrirá todo al amigo? ¿Cómo le amará con todo su corazón cuando le asaltare el pensamiento que algún día será o podrá ser su enemigo? Lo que hará será retraerse pensando en las contingencias que pueden sobrevenir. De arte, que para la práctica de la vida aquella sentencia debería trocarse con mayor verdad y congruencia con la Naturaleza y la Humanidad: *Ama como si nunca hubieres de odiar; odia como si debieras amar algún día.* Y si el amigo debe ser amado con simplicidad, con mayor razón debe serlo la esposa. Y cuando el amor, como las otras afecciones del alma, pertenece a aquella categoría de afectos que llaman hábitos los filósofos, y los hábitos toman su pujanza de la repetición de los actos conjugada con el tiempo, hay que procurar que en los comienzos se evite toda ofensa de un lado y otro, puesto que, como dice Plutarco, el amor tierno y la unión blanda quiébranse a la más leve fricción. Hase de alimentar y acrecentar aquel ayuntamiento de almas con mutuas amabilidades y suavidad de convivencia, hasta que hubiere cuajado tan reciamente que no puedan romperla cualesquiera graves sacudimientos.

Por esto hanse de alejar todas las sospechas, si en todo tiempo, con cuidado más vigilante y exquisito en los comienzos del matrimonio, no sea que antes principies a odiar que a amar. Mira que tú mismo por causas fútiles no te las fabriques a esas sospechas, que ni aun deben acogerse con oído fácil cuando llegaren a ti por causas más graves y por conductos que parecen autoriza-

dos. No es posible que las costumbres de los hombres sean tan acabadas y perfectas que satisfagan a todos cumplidamente. Y quien pudo evitar la culpa no pudo, con todo, evitar las sospechas, porque los juicios de los hombres son libres, y, por lo mismo, licenciosos, y aquello que ven y aquello que oyen interprétanlo, no según la verdad, sino según la pasión o según la conjetura que cada uno se holgó de forjar, y a esas conjeturas se les da más o menos autoridad. Pausanias, en el *Banquete platónico*, pone dos Venus y dos Amores: el terreno y el celeste. El amor terreno es ciego, abyecto, obsceno, merodeador de lo vil y de lo sucio, porque no contempla nunca las cosas soberanas. El amor celeste está lleno de ojos, apasionado de la virtud y de las cosas verdaderamente hermosas y afines de las celestiales. Los maridos que de su esposa aman la belleza o el dinero, son esclavos del amor terreno, y, como él, obcecados, y en el amor no conocen razón ni tasa. Los que son maridos de veras aman las almas y las virtudes; no carecen de juicio en el amor, e inspirados por la fuerza y el espíritu de aquel amor celestial, aman con suma cordura, y este amor puro y santo no los empuja ni los precipita con su violencia, como hace el amor terreno, sino que, sabiamente persuadidos, los conduce con blandura donde conviene.

Ama a su esposa el marido cuerda y muy poderosamente, pero como el padre ama al hijo, como la cabeza al cuerpo, como el alma a la carne, como Cristo a la Iglesia, pues como todas estas cosas están relacionadas, deben relacionarse el marido y la mujer. Esto nos enseña la misma Naturaleza; esto escribieron varones sumos conocedores de la economía divina y del Hacedor de todo. En primer lugar, fué creado Adán a imagen y semejanza de su Creador. A ese hombre, como pareciese que no convenía que viviese solo, se le dió una ayuda semejante a él, extraída de su mismo costado, porque Adán sea para Eva lo que es padre para el hijo, y fué dicho a Eva: *Estarás bajo el poder del marido y él te señoreará.* Y eso mismo pasa, no en la especie humana sólo, sino en todo género de animales. La hembra está bajo el poder de su macho, y por eso atribuyóse al macho mayor fuerza y vigor de alma y del cuerpo que a la hembra. Por lo que toca a los instrumentos de gobierno y mando, mejores y más eficaces los tiene el macho en cualquier especie: agudeza de ingenio, diligencia, sagacidad, fuerza, audacia, generosidad, elevación de ánimo. Por esta causa fué que los romanos, siguiendo la voz de la Naturaleza, jamás eximieron por completo a las mujeres de la autoridad del varón: *Nuestros mayores*—dice Livio por boca de Catón—*no quisieron que las hembras hiciesen nada sin una autoridad que las tutelase; están en manos de los padres, de los hermanos, de los maridos.* Llámase unión conyugal la que los une, y dícense equiparados; pero no son iguales, si ya la hembra no fuere impar del marido, como dice Marcial con gracejo en un muy picante epigrama: *Inferior sea, Sixto, a su marido la matrona; sólo así se igualan marido y mujer.* Al marido, pues, para con su mujer el amor sólo le basta, pero el amor con ojos; la mujer para con su marido necesita dos cosas, amor y respeto.

No se extorsionan los afectos como las túrdigas, sino que brotan espontáneamente de la dulce persuasión. La violencia no te granjeará el respeto; lo conquistarás más fácil-

mente con aquellas amabilidades que se ganan el afecto, que es el padre del respeto. Estos son los imanes del amor y de la reverencia. El amor es atraído por el amor, y no hay filtro erótico más poderoso que éste. Dice Marcial: *Esto no se consigue con palabras; si quieres, Marco, ser amado, ama.* Los duchos en la ciencia de la Naturaleza dicen que ello sucede no por artimaña alguna ni por azar, sino por un resorte moral secreto. El filósofo Platón dice que el universo mundo fué ayuntado y trabado como con cierto linaje de nexos por Dios, su soberano artífice, por manera que unos elementos están adheridos a otros con tal correspondencia entre sí, por manera que si uno coge uno de ellos, atrae por una oculta simpatía al otro también, como los anillos en un collar de oro; pero que, principalmente, están unidos los semejantes y que tienen entre sí conformidad, de donde los contagios en las enfermedades y la bienquerencia en la analogía del natural y del ingenio, y el que los amantes correspondan al amor con el amor. Por otra parte, es menester que ese amor sea verdadero y genuino, porque de otra manera no tendría pizca de fuerza ni de eficacia. El fuego pintado en la pared no quema. El falso imán no atrae el hierro. Maravíllanse algunos de que no son amados, siendo así que ellos dan tantas demostraciones de amor. Las señas del amor no son el amor. Por eso no surten el efecto del amor mismo. Estas demostraciones de un amor falso y simulado, si se las descubre, producen el efecto contraproducente de hacer odioso al que se forró y abrigó con ellas, pues, no amando, dió señales de amor tan expresivas.

Granjéase también el amor por el convencimiento de la bondad. Ninguna cosa hay, según se halla en Cicerón, más amable que la virtud ni nada que impela tanto la inclinación al amor de sí misma. El amor es tendencia a lo hermoso, y nada es más hermoso que la virtud, la cual, si pudiera ser vista con los ojos corporales, despertara maravillosas bienquerencias de sí misma. La virtud sólo es visible a los ojos del alma y atrae a los que la ven a su benevolencia.

El respeto nace de la opinión de la grande excelencia que se cree existir en la potencia del cuerpo y del alma. Al cuerpo pertenecen la fuerza, la riqueza, los amigos, la clientela, la servidumbre, los criados, los súbditos, el favor, la influencia, la dignidad, el honor. En el alma residen el juicio, la prudencia, la agudeza del ingenio, la sagacidad, la vigilancia, la fortaleza y la audacia, con los cuales se acometen y se ponen, en efecto, los altos empeños. De estas cualidades nace la autoridad que tiene entre los hombres el gobierno de todas las cosas. Con la autoridad, los reyes y los magistrados tutelan a los grandes pueblos y provincias, y por la autoridad muchos miles de hombres obedecen a la voluntad de un hombre solo. Por ella los caudillos y los emperadores llevan a donde quieren poderosos ejércitos armados. De ella necesita el amo para sus esclavos; de ella, el padre para sus hijos; de ella, el marido para su mujer, a fin de que al buen marido le ame y al varón prudente le obedezca. La prudencia sin la probidad, astucia es y cosa de que debe recelarse. La bondad no sazonada por la prudencia es amable ciertamente; pero, como por derecho propio, no consigue homenaje alguno. En la autoridad misma reside una muy gran fuerza de jus-

ticia para remunerar y para castigar con bríos, con equidad, con voluntad.

De estas cosas ya tiene suficientemente el marido si le bastaren para gobernar la casa y mantener en sus deberes a la esposa y a la familia. Mayor fuerza y majestad necesitan otros para gobernar una ciudad tan varia, formada por tantas familias, que para regir una casa. La principal de todas éstas es la lealtad, la cual se consigue fácil e infaliblemente mediante la ciencia, respaldada por cualquiera persuasión. *Marco Catón*—escribe Salustio—*prefería ser bueno a parecerlo, y por eso, cuanto menos andaba a los alcances de la gloria tanto más la conseguía.* Quien tiene un anillo sobredorado menester es que, o con toda diligencia conserve también la chapa, o que cuide de repararla porque todo parezca oro de ley, o retirar el anillo de la vista porque no pueda acercarse más a los ojos, y lo que no conviene en manera alguna es raerlo o desdorarlo hasta el punto que el anillo se muestre en su nativa fealdad. Y eso debe examinarse no superficialmente, sino como el ingenio de cada cual justiprecia en más o en menos los objetos: por la mina de origen, por el precio, por el peso, por la materia o por el primor con que está trabajado. Oro puro es preciso que crea haber conseguido el que lo tiene.

Las opiniones que se forman en los primeros contactos y que se apoderan del espíritu desprevenido acostumbran ser muy firmes en lo sucesivo. Como lo comprobamos en los niños, cuyas impresiones se incrustan en su memoria con tenacidad indesarraigable, como aquellos colores primitivos de las lanas, que jamás se diluyen, y dícese inficionado el paño de lana cuando se da a entender que nunca perderá el color. Toda la razón y el método de vida deben enderezarse a que sea más fácil de llevar y con la cotidianidad se torne dulce, según pienses ser la máxima conveniencia, atendido tu genio y el de tu esposa, vuestros bienes, vuestras posibilidades, no ya las actuales, sino las futuras previsibles, no sin dejar de pensar prudentemente en los azares humanos, porque el cambio no sea enojoso e intolerable casi para el delicado ánimo de tu esposa, que, a pesar de todo, es mujer, por más que sean prácticamente infinitos y no pueda darse de ellos razón ninguna, y la mayor parte de ellos deben descargarse en Aquel que tiene providencia de nosotros, como la tiene del universo mundo, y nos tiene mandado que depongamos toda suerte de preocupación y ansiedad por las cosas inciertas y por venir; que ello es negocio suyo, y ni la humana diligencia puede obviarlos ni puede adivinarlos el ingenio.

Pero, volviendo a mi propósito, debes guardarte, mientras todavía estás cortejando con tu esposa inminente, convencido ya y pactado el casamiento, que no te entregues a aquellas insulsas galanterías que alcahuetean el placer, en las que los hombres créense obligados a decir y a hacer muchas puerilidades y cosas feas. De esta laya de galanteo dice aquel poeta cómico: *Amar y guardar cordura apenas se concede a un dios.* En poder tuyo están el amor y el vino antes que lo bebas; después de haberlo bebido eres tú quien estás bajo su servidumbre y tiranía. En este caso, tu próxima esposa imbuiráse en la impresión, la primera y la más tenaz, por cierto, de que eres hombre vano, soso, fútil, necio, y siendo ello así, con esos galanteos no podrás conservar la au-

toridad debida. *No se compadecen bien*—dice Ovidio—, *ni bajo un mismo techo moran en paz, la autoridad y el amor.*

Harto deja entender el contexto de ese pasaje que el poeta se refiere al amor carnal y ciego, pues aquel otro amor celeste, lleno de vigilancia y cordura, no mengua en un punto la autoridad. Ni puede sufrir la mujer que a aquel a quien le vió a sus pies algún día tenga que ponerle sobre su cabeza, y al que vió esclavo soportarle dueño. Y cuanto más débil y flaco es el ánimo de la mujer, tanto es más ganoso de poderío, y una vez que haya conseguido el dominio cree recibir ultraje si no continúa dominando siempre. No hay mando más insufrible y despótico que el de aquellos a quien así el buen orden como la naturaleza de consuno les impusieron ser subordinados, como el de los siervos, el de los obreros, el de los niños, el de las mujeres. Y así como quiero que el varón, cuando ama, se acuerde de su autoridad, quiero también que cuando gobierna no se olvide del cariño, que de esta manera conviene que anden templados y equilibrados el amor y la autoridad. Cuando considera que él es la cabeza y el alma y ella como el cuerpo y la carne, debe, a la vez, parar mientes que ella es su hija y compañera de sus trabajos y de sus venturas, que la prole les es común, hueso de sus huesos y carne de la carne del marido. De este modo habrá en el matrimonio aquella dulcedumbre y suavidad de convivencia, en cuyo defecto ya no es matrimonio, sino cárcel, y odio y lugar de tortura y potro de dos almas.

Experimente la mujer que es amada con sinceridad y con buena fe y que el motivo sea el subido y delicado concepto que de ella tienes, no por provecho material o por deleite. El que entiende ser amado, pero no por sí mismo, suele pagar con la misma moneda. Amor con amor se paga. Cuando se ama al dinero o al linaje, estas cosas materiales, si tuvieren algún sentido, corresponderían al amor. El espíritu, cuando es amado, puesto caso que es capaz de amor, revierte el amor recibido y responde por el mismo lado. Como la mujer se sentirá amada, conocerá ser cuerdo el amor de su marido. El caballista que amaestra el paso de los caballos bisoños, harto tiene que detenerse en el pollino duro y contumaz, y tiene que apelar a las espuelas cuando es menester avivar su marcha; mas con el caballo dócil afloja mucho en su diligencia y cuidado. La mujer zahareña ha de ser domada con amor y regida con autoridad. La que es mansa y buena de suyo, con cuanta mayor blandura la tratares más mansa la experimentarás. La generosa y de ánimo levantado, tanto más reverenciará al marido cuanto él con más aparente descuido le impondrá la reverencia. Nunca el marido cuerdo se entregará a tales transportes de amor que olvide que es el marido y el jefe de la casa y de la esposa, y que ha sido colocado en aquella especie de atalaya porque vigile, porque ponga atención a lo que pasa en su casa, qué entra, qué sale. El conductor de ganados ha menester industria, arte, diligencia; ¿cuánto más el conductor de hombres, animal tan vario e intratable? Si el marido consiguió ser amado de su mujer sinceramente y con toda su alma, ninguna necesidad tiene de preceptos ni de leyes. El amor será su maestro y le enseñará más y mejor que ningún aviso de los filósofos. Y puesto que la ley se hizo para las pasiones, no para la razón, que es la ley misma, con ma-

yor rectitud mantendrá a las pasiones todas en el límite de sus deberes el amor, poderosísimo tirano de las pasiones todas, que cualesquiera otras leyes, aun cuando fueren establecidas sabia y prudentemente o con coacción y amenazas. Al que ama no se ha puesto ley. ¿Qué puede poner el hombre allí donde la Naturaleza engendró la ley? Nadie estableció una ley al padre para con el hijo, pero sí al hijo para con el padre, por cuanto en el padre arde a la continua el amor del padre hacia el hijo, y, en cambio, éste, a veces, cesa en el amor a su padre. Si la esposa ama al marido, éste es padre, madre, hermanos, bienes y toda otra cosa codiciadera. ¡Dichoso aquel hogar que está unido por el mismo lazo que une al mundo, que une al cielo, que une a los espíritus celestiales, a saber: el amor recíproco! ¿Y qué felicidad hay en todo el discurso de la vida que pueda compararse con un solo día de esta bienaventurada convivencia? Había Caleno tenido en matrimonio durante quince años a Sulpicia, una de las mujeres más doctas del patriciado romano, y tan casta como docta. De este ejemplar connubio escribe Marcial:

¡Oh, qué deliciosos
fueron los quince años
del feliz enlace
que, por un regalo
de los santos dioses,
Caleno, has pasado
con sulpicia bella!
¡Oh momentos gratos
de noches dulcísimas!
¡Oh días notados
con perlas valiosas
del país indiano!
¡Lámpara rociada
con perfumes blandos
del hábil Niceros;
lecho afortunado,
a qué tiernas luchas
fuiste de espectáculo!
Caleno, has vivido
tan sólo quince años,
ésta fué tu vida,
porque no has contado
más que los momentos
en que goces tantos
te dió con Sulpicia
el estar casado.
Si Atropos te hubiera
un día donado,
un día tan sólo
que has pedido tanto,
tú lo prefirieras
a gozar del cuádruple
tiempo que ha vivido
Néstor, el anciano.

Entonces entre los casados reina la misma concordancia y la misma armonía que reina entre el cielo y la tierra, eje de la fábrica del mundo, y por la cual es producida tanta diversidad y hermosura de animales y de plantas. Así que hay que averiguar si ama sincera y verdaderamente y hay que explorar su carácter. Y así como el fuego por el fuego prende y crece, así el amor con el amor.

Correspondido en el amor por su esposa, ámela no solamente con más ardor, sino que, por ese mismo motivo, recomiéndese más a ella. Así también una llama acrecienta la otra llama y, a su vez, es por ella acrecentada. «Lleva consigo esta correspondencia—dice Séneca—no poco goce y galardón. ¿Qué cosa existe más sabrosa que ser tan grato a tu mujer que por ello te hagas amar más?»

Si hay alguna de esas cosas eventuales y fortuitas en que la mujer confíe o se engría, o que ame o admire, por lo cual menosprecie al marido, porque no la tiene, o se equipare al marido, y aun se anteponga porque la tiene ella, hásele de demostrar el desdén que merece y deprimir su valor, puesto que no hay ninguna cosa de éstas que ten-

ga verdad ni solidez ni el precio fijo y determinado por la Naturaleza como por un perito tasador. Púsole precio la necedad de las opiniones humanas. ¡La belleza! ¡Qué don tan frágil, tan inconsistente, más agradable a los otros que al propio poseedor, porque quien goza de su aspecto es el que la ve, mientras que el ser hermoso ni puede gozarse sino en el espejo, muy fugazmente, y al instante olvida lo que vió, y para uno y otro es un incentivo del mal! El que la tiene se insolenta y ensoberbece; el que la mira se enamora de la belleza y se hace esclavo de aquel amor feo y sucio. En el alma, que es lo que da el peso y la dimensión del hombre, está el verdadero perfil de la hermosura, que gana el amor soberano y celeste, que nada tiene de desapacible, nada que dé vergüenza de hacer o de decir.

Por esto no hay nadie que esté en su sano juicio que no prefiera con mucho a una mujer buena, fea, que a una mujer mala, por más hermosa que sea. ¡Las riquezas! Tú le darás a entender que no las tienes en demasiada estima; que te basta lo que tienes; que no te falta profesión con qué ganarlas y que no te sería sobrado enojo vivir en la escasez, puesto que no puedas vivir en la esplendidez; que la finalidad del dinero es dar satisfacción a la Naturaleza, que se contenta con harto poco, mientras que la opinión tiene vastas e infinitas pretensiones. ¡La charla! Dirás que no la apruebas en la mujer, y aún más dirás: que te es sospechosa, porque en la mujer mejor parecen el silencio y la reserva, aun hasta la exageración, y que jamás serán excesivos los progresos de la mujer en el arte de callar. ¡El linaje! Dirásle que, por lo que hace al tuyo, no tienes por qué avergonzarte o arrepentirte de él, y que en cualquiera de los casos siempre es más noble el marido que la mujer; que no acostumbra mirarse cuál fué el padre, sino cuál es el marido; que éste es quien confiere la nobleza o el desdoro a la esposa y a los hijos; que, por lo demás, nadie debe gloriarse de los méritos ajenos, aunque todos constemos de los mismos elementos, que Dios es el padre de todos; que es pura impiedad el que los cristianos que se despojaron del viejo Adán y fueron bautizados por la sangre de Cristo, después que con su muerte fué renovada toda criatura, hagan cuenta del linaje de los cuerpos, puesto que lo que les importa es vivir conforme al espíritu si quieren merecer el nombre de cristianos; que uno es el padre de todos nosotros, cabeza y coautor del humano linaje, Cristo; que ésta es nuestra nobleza, en la cual no debe haber ni griego que se ufane de su literatura y de su ingenio, ni debe haber judío que se envanezca de la repromisión del Canaán terrestre ni de la circuncisión de Abrahán, ni romano que se gloríe de sus triunfos ni de su dominio sobre todo el orbe sojuzgado, sino cristiano a secas; es, a saber: hombre espiritual y todo celeste.

¿Y qué? Si para los mismos varones es cosa fea extraer de su linaje motivo de alabanza personal, ¿cuánto más no lo será para las mujeres? Harto sabido es que la gloria del linaje ya no se granjea con virtud alguna excepcional, sino con el acaparamiento y acumulación de riquezas, que cualquier avaro o injusto reúne en mucha mayor cuantía, sino con guerras, matanzas, rapiñas, crueldades, como hizo en toda la espaciosa y triste España el famoso linaje de los godos. Recursos son

todos éstos de los que todo varón debe abominar y avergonzarse. ¿Y cuánto más siniestros son en la mujer, a quien las armas y las guerras fuéronle negadas por la Naturaleza? De la belleza física, de las riquezas, de la parlería, del linaje, pudieran decirse muchas más cosas de las que yo dije en breve resumen; cosas, por otra parte, harto obvias y al alcance de todo el mundo. Con los afines te portarás de tal manera, que tu mujer comprenda que es tan honrosa vuestra unión para ellos como lo son para ti, y que para ambos este parentesco fué una ventaja mutua. Algunos de esos afines suelen ser enojosos y piensan que con su afín les está permitido todo. Si ellos son tales que te den a entender que tú, sin su ayuda, no podrías sustentar la casa ni la familia, aun cuando de ellos tengas una muy aguda necesidad, devuélveles la ayuda y el beneficio, pues mejor es, según el consejo del Sabio, comer en tu casa pan negro y ensaladas en paz, que manjares opíparos y delicadísimos con riña y con rencillas. En todo caso, si ellos tienen una migaja de cordura, no demostrarán a tu mujer que te tengan en tan poco aprecio. Las parientas antepondrán la concordia contigo a su huera jactancia. Y aún harán más: en cualquiera desavenencia con tu mujer se pondrán de tu parte, como es debido.

De no hacerlo así, demostrarán estar locos o ser necios. De afines así ninguna necesidad tienes. Si acaso te hubieran sido útiles, busca ayudas por algún otro lado. Y para terminar: de cualquiera manera puedas, aguántate con entereza antes que utilizar el emponzoñado beneficio que te pudieren hacer estos afines.

CAPITULO III

FORMACIÓN DE LA MUJER

La mira primera que debieran tener las leyes, a mi entender, fuera formar en la rectitud la moral de los ciudadanos y educarlos el buen sentido incorrupto. Si tuvieren a la ciudad bien formada y bien acostumbrada, muy poco trabajo les quedara en el mandar y en el prohibir, y no fueran menester ni la coacción del castigo ni el aliciente del premio. Nuestra carne, inficionada con el cieno del pecado, puesto que es indisoluble compañera del alma, de antuvión le ofrece las más disparatadas opiniones acerca de todas las cosas, y ahincando luego en ellas hasta donde puede, las inculca y las clava. Esta desgracia es común a uno y a otro sexo. Para extirpar este linaje de torcidos juicios necesitamos de la disciplina, que proporciona, como en cifra y resumen, el conocimiento de las letras.

Veo que se ha planteado el problema: ¿Es conveniente que sea letrada la mujer? Son muchos los que lo dudan, mientras que otros profesan como verdad averiguada ya, que no es conveniente. Acerca de este punto algo dije, brevemente, en el libro primero de la *Mujer cristiana*, según lo requería la oportunidad del lugar. Pero tampoco aquí detendré mucho al lector sobre el asunto. Me concretaré a decir lo que me pareciere suficiente para computar aquella opinión, que yo no apruebo. Yo creo que cayeron en ese erróneo sentir por una lamentable confusión en eso de letras. Puntualizando la clase de letras y precisando bien ese su conocimiento, que yo creo ha de ser provechoso a la mujer, pienso que no van a ser muchos los que sigan una opinión muy

distinta de la mía. Existe una literatura que tiene por fin el pulimento y la riqueza del lenguaje. Existe otra literatura que atiende al deleite sensual, a la astucia, a la hipocresía, y otra que va al conocimiento de la Naturaleza, y otra a la compostura del alma. El deseo de placeres carnales estremece en su mayor parte las obras de los poetas, como son las *Fábulas*, *Milesia*, el *Asno*, de Apuleyo; casi todos los *Diálogos*, de Luciano, y como las hay escritas copiosamente en las lenguas vernáculas: los *Tristanes*, *Lancelotes*, *Ogeres*, *Amadises*, *Arturos*, y otras análogas obras de caballería. Todas estas obras fueron escritas por hombres ociosos que, para su mal y el nuestro, tuvieron excesivo papel, por ignorancia de los mejores. Estos libros dañan no sólo a las mujeres, sino también a los hombres, como todos aquellos otros, indistintamente, que empujan a lo peor esta insana inclinación nuestra, cuales son los que arman la astucia, encienden la sedienta codicia, exasperan la ira o el ilícito apetito de cualquiera cosa torpe.

El moderado conocimiento de la Naturaleza, cuanto es menester para la defensa de la vida, es provechoso a la mujer. El conocimiento más ceñido y profundo de ella, a la vez que la elocuencia y los primores del lenguaje y del estilo, está más indicado para los varones. La instrucción que mejora las almas es de todo punto necesaria a los dos sexos. El hombre, de suyo, no nace ni bueno ni malo; con todo, está más inclinado al vicio por culpa del pecado original. Incítanle a él el mal ejemplo de muchos, la conspiración de los pecadores. No vuelve los ojos a ningún sitio donde no vea hechos que no podría imitar sin maldad y sin culpa. Estimúlanle hacia el mismo las exhortaciones de muchos que parecen quererle bien; los poetas, en primer lugar, y estoy por decir la misma voz pública, pues las obras que aquéllos componen se insinúan en las almas con blandura, se las admite con gusto, se las canturria, y, sin que se sienta, se enseñorean de ellas, y antes que te apercibas ya se te han pegado. Los maestros y formadores de aquella edad primera, que no distan mucho del sentir del pueblo y de sus opiniones, admiran aquellas mismas cosas que el vulgo ignorante admira, a saber: la alcurnia, las riquezas, el poder, los honores, la venganza, y a eso les exhortan y para ello hiñen los corazones infantiles.

Los padres y los parientes piensan ser vano el nombre de la virtud, y forman a su niño para todo aquello que es blando a los sentidos, no a lo honesto, que es duro y rígido, mientras que ellos, o bien no se encaraman más arriba porque son de la turba del vulgo, o viven de tal manera, que reclaman que se los tenga por dechados de las acciones de todos los otros. Y, cosa más de maravillar, no faltan padres, hombres graves e instruídos, que se horrorizan de que se una a sus hijos, a fuer de constante compañera, la virtud severa y varonil. También el amor desmesurado e imprudente tiene para con los deleites una depravada indulgencia persuasiva, por manera que siendo la bondad tan congruente con la naturaleza, con razón admírase Quintiliano que los buenos sean tan contados. Lo que más debía admirar Quintiliano era que, siendo tan mala la formación, hubiera uno solo bueno. Si siendo impelidos al mal por una especie de natural proclividad, aumentada por el ejemplo, por las exhortaciones,

por los consejos de las personas más autorizadas, no se nos retrae con una recia disciplina e instrucción, ¿qué esperanza puede ya quedarnos de bondad? Todos nuestros resortes ruinosamente se despeñarán en el mal, y, por la costumbre de pecar, se llegará a sentir hastío de lo honesto y desprecio de la buena conciencia y aborrecimiento de la virtud. Hay que avivar la fuerza de la razón para que tenga algún poder en el alma. Hase de infiltrar gota a gota el amor de la virtud. Las corruptelas de las opiniones han de contrastarse con los preceptos de la sabiduría; el ejercicio y la práctica asidua han de neutralizar la nativa inclinación y estar en pugna continua con ella por el dominio de la mente y del alma toda.

La mujer es un animal dotado de razón, como el hombre; pero tiene el natural ambiguo, doblegadizo en un sentido u otro por la costumbre y los consejos. Si las hay algunas malas, esto no arguye malicia de su natural, ni más ni menos que en los varones. Salpicáronse copiosamente de ridículo aquellos moralizadores que, por algunas mujeres cuyas costumbres no se pueden aprobar, atacaron con ciego arrebato al sexo todo; pero no se desataron en idéntico furor contra todo el sexo masculino, con sus ladrones y sus hechiceros. ¿Qué desvarío es ese de pensar que con la ignorancia de lo que es el bien se hace uno mejor? Como si en los espíritus humanos no hubiere de suyo grandes y espesísimas tinieblas que ofuscan la visibilidad del bien, y los males no se injirieran de por sí, sin necesidad de maestro alguno, y nunca se detienen en el mismo estado que tenían cuando entraron; deslízanse insensiblemente y derrámanse afuera, de modo que el vicio de cada cual daña a los otros. Si no conviene leer cosas buenas, tampoco será conveniente oírlas ni verlas. No hablamos ahora de los signos de las letras, sino del sentido que entrañan y sellan. De manera que tu esposa o tu hija aprenderá a afeitarse, a peinarse, a enrojecer sus cabellos, a sahumar sus guantes, a bordar sus camisas, y con qué pompa caminará, y con qué palabras será estimulada a la lascivia y a la soberbia; ¿y no oirá, en cambio, cómo ha de despreciar todas esas bagatelas? ¿Cómo ataviará su alma? ¿Cómo complacerá a Cristo? ¿Eres tú, hombre cristiano, de ese parecer, que no compartiría el más necio de los gentiles? ¿Será, por tanto, excluída la mujer de todo conocimiento del bien, y cuanto más ignorante, tanto más buena se la creerá?

No faltan quienes han llegado a tal grado de mentecatez, que creen mejores a los ignorantes, aun cuando sean varones. A esos tales yo les aconsejo que harán mejor en engendrar asnos que hombres o que se dediquen a apagar con todo esmero la centella más leve de inclinación a lo bello y a lo grande y les hagan más parecidos a las bestias que a los hombres, y así los tendrán mejores y tales como los desean. Si la instrucción empece a la bondad, empecerá también la educación en medios doctos; mejor será, pues, y más provechosa, la educación en medios sin cultura. Por esa razón, será preferible educarse en el campo que en la ciudad, y mucho más seguro en alguna selva o en algún desierto que en el campo, alternando con hombres. Ahora que, retrocediendo en contrario sentido, se hallará que cuanto fueren los hombres de más pulido saber y

de mayor práctica y experiencia tanto más conviene que entre ellos sea educada la niñez.

Voy ya a hablar de las mujeres, que fué mi propósito inicial. Yo, por mi experiencia personal, he hallado que todas las mujeres malas eran ignorantes y ayunas de letras en absoluto, y que las instruídas eran honradas y amantes muy celosas de su decoro y de su buen nombre. No recuerdo haber visto ninguna mujer docta que fuese impura. ¿Por ventura, el astuto y artero galán no persuadirá más fácilmente a una mujer boba y sin instrucción que a una mujer amurallada y defendida de erudición y talento? Me atreveré a decir que ésta sola es la causa por la cual las mujeres casi todas son difíciles, morosas, esclavas del aderezo, admiradoras de las bagatelas, insolentes en la prosperidad, y en la adversidad abatidas, insoportables siempre, porque no estando imbuídas en el conocimiento de cosas mejores, no pueden amar otra ni pueden odiar más que aquello que aprendieron de una madre zafia o por los ejemplos de los malos, hacia donde gravita el peso inválido del cuerpo, no fortalecido por ningún aviso de sabiduría. Ni aun los mismos hombres, es decir, el conjunto del humano linaje, se apartarían mucho del ser y de la manera de vivir de las bestias si se les abandonara en manos de esa naturaleza suya, inficionada ya y corrompida por las sordideces del delito. ¿Existiría, por ventura, fiera alguna tan fiera y tan ajena del natural y de la condición de los hombres que el hombre mismo, privado de instrucción? Sócrates, es decir, con palabras de Valerio Máximo, «el oráculo terrestre de la humana sabiduría», habla así en el *Banquete de Jenofonte*: «Así de muy muchas otras cosas—dice—, como por las que veis que hace esta doncella, puede a las claras colegirse que el ingenio de la mujer para ninguna cosa es más inepto que el del hombre; necesita no más que de consejo y fuerzas. Por esto os exhorto a vosotros, todos los que sois maridos, que enseñéis a vuestras mujeres sin temor todo cuanto queráis que ellas sepan o ejecuten.» Esto dice Sócrates. Y Séneca dice a su vez: «A la mujer no le importa cuán rica y cuán cargada de honores esté; es un animal impúdico, y si no se le allegó ciencia o mucha erudición, no tiene señorío sobre sus pasiones.» ¿Y qué dice el mismo Séneca a Helvia, su madre?: «Ojalá mi padre, el mejor de los hombres, esclavo en demasía de los usos de sus mayores, te hubiera consentido una completa saturación de los preceptos de los sabios, y no solamente una iniciación somera, y ahora no debiera proporcionarte yo un remedio contra la fortuna, sino sacarlo tú sola de tu propia alacena. Por culpa de aquellas mujeres que buscan, más que un recurso de sabiduría, un instrumento de corrupción, mi padre no quiso darte más ensanches ni soltura.» Pero ninguna autoridad necesitamos en un punto en donde puede oírse la voz de la Naturaleza recia y clara, que impone eso mismo, contra la cual, aun cuando los filósofos todos la contradijeran a una voz, no conseguirían más que si con candiles quisieran eclipsar el sol. Y encima tenemos, unísono con la voz de la Naturaleza, el testimonio del Cielo.

¿Qué cosa hay en el ámbito de la sabiduría mayor y más sublime que la religión? Pues bien: Nuestro Señor Dios, a la participación de los Sacramentos de su religión, en com-

paración de los cuales toda sabiduría es pura necedad, admitió también a las mujeres, significando que ese sexo es capaz de los misterios más elevados y que fué creado para la misma bienaventuranza eterna que los varones; que se las ha de instruir con preceptos, que se las ha de adiestrar con el uso, como a nosotros; si no son mejores, nuestra es la culpa, que les sustraemos la enseñanza; ése es nuestro deber, ése es el coto en que debemos trabajar: el fomento de su instrucción. Si el marido es la cabeza de la mujer y su alma; si le es padre, si le es Cristo, en virtud de todas estas prerrogativas, deber suyo es enseñarla. Cristo no solamente es el Salvador y el Fundador de su Iglesia, sino también su Maestro. Incumbencia del padre es educar e instruir según rectitud a su hijo. De los oficios del alma y de la cabeza, ¿para qué hablar aquí? En el alma tiene su asiento el ingenio, el consejo, la razón; en la cabeza, todos los sentidos de que en esta vida nos valemos a manera de guías. Por todo esto falta simplemente a sus deberes el que no adoctrina a su esposa. El mismo Sócrates, más arriba citado, decía que los varones debían ser regidos por las leyes públicas de la ciudad; empero que las mujeres debían serlo por la autoridad de los maridos con quienes cohabitaban. Y San Pablo, cuando preceptúa: «No deben las mujeres tener voz en la Iglesia; solamente si alguna duda tuvieren, pregúntenselo a los maridos en su casa», impuso a los maridos el deber inequívoco de enseñarlas. ¿Dónde podría la mujer preguntárselo a un marido que no quiera enseñar o que no pueda? ¡Tantas guerras como se han suscitado por causa de las mujeres! ¡Tantas molestias como nos tomamos porque en casa no les falte cosa alguna en galas, en golosinas, en bagatelas; porque a las hijas no les falte la dote congruente para un casamiento ventajoso, y, en cambio, inexplicablemente, rehusamos una tarea baladí que las haría mejores! Y si mejores fueren, en hecho de verdad, ni sus infidelidades conyugales armarían nuestras manos ni nada les faltaría a las que tuvieran tan modestas pretensiones, y con el hermoso atractivo de las virtudes atraerían a los jóvenes para un enlace decoroso.

Estas son, poco más o menos, las cosas cuyo conocimiento importa a la mujer: en primer lugar, el conocimiento de sí misma; cuáles han sido sus comienzos y cuál es su fin; el orden de las cosas y el uso que debe hacer de ellas, y luego conocer, en compendio, la suma de la religión cristiana, sin la cual nada se hace rectamente, y con la cual todo se hace con rectitud; de la religión, dije, no de la superstición, porque aprenda y mida la distancia que hay de la una a la otra. La religión hácelas muy simples y muy buenas; la superstición las hace taimadas y enfadosas. Así que tendrá que saber en qué cimientos se asienta la religión verdadera, cómo se ha de honrar a Dios, cómo el prójimo ha de ser amado. Después aprenderá el amor y el respeto que debe al marido, que ha de ser para ella un como Dios y su voluntad ha de ser acatada a par de las leyes divinas. Su casa hará para ella las veces de toda la República. Sabrá qué parte de la hacienda es la suya y cuál la de su marido. Se persuadirá que son dos las virtudes de la mujer, casi exclusivas: por su ser, la religión; por su sexo, la castidad, aun cuando, como dije más arriba, la religión abarque todas las

otras virtudes. Por separado y con detenimiento daré las instrucciones pertinentes y diré cómo querría yo que fuese esa castidad, a saber: la castidad de las vírgenes discretas, no la de las vírgenes bobas. A continuación diré cómo deben andar apareados con la pudicicia el pudor y el más exquisito cuidado del buen nombre, porque sea *el buen olor del Señor en dondequiera*, y también para la ajena edificación y la tranquilidad del marido. Y cuánta sea la podredumbre de las opiniones del vulgo, y cuál el cuidado, el método y el modo de educar e instruir a los hijos. Aprenda simultáneamente el menosprecio de la azarosa casualidad, porque su pecho tenga algo de la reciedumbre varonil, por la cual sobrelleve con moderación entrambas fortunas, no sea que, desigual ante la adversidad, véase obligada a cometer algún acto culpable y flagicioso o a pensarlo, al menos.

Otrosí, si la mujer no sabe leer porque es algo durilla y poco nacida para las letras, cosa que también ocurre entre los varones, será enseñada por el marido con todo pormenor y familiaridad, y no una sola vez, porque no solamente las entienda, sino que se le ahinquen en la mollera y tenga ese conocimiento a mano cuando las circunstancias lo requieran. Oirá de cuando en cuando leer a otras mujeres o explicar o hablar de estas cosas. Si, por el contrario, supiere leer, quítensele inmediatamente todos los libros caballerescos y amatorios que dije más arriba, bien porque mal inclinada en demasía es de suyo nuestra naturaleza y no ha menester aguijones, ni estopas, ni que en el fuego se vierta aceite, bien porque muy sabiamente dice Séneca: *Breve es la vida, aun cuando por entero se consagrase toda al bien.* Deben ponérsela en las manos libros piadosos, que enseñen cordura y promuevan deseos encendidos de llevar una vida santa. Y aun en este punto es menester un gran tino, pues no se la concederán obras pueriles, o supersticiosas, o vanas, o insulsas, de las cuales existen muchas escritas en las respectivas lenguas vernáculas, sino también en la lengua góticolatina (¿valenciana, castellana?). Débesela apartar también de las que tengan excesiva curiosidad: verbigracia: que estudien cuestiones de la más recóndita teología. No parece bien en una mujer ser averiguadora o curiosa de materias tan soberanas. Por lo que toca a la filosofía moral, bastan ya aquellos libros devotos, pues no hay formadora mejor de las costumbres que la piedad. Con todo, si el marido se aviene a dárselos también, que toquen ese punto éstos, como dijimos, de los libros de piedad, enseñen el bien y la persuadan y la exciten. Nada de polémicas de escuelas filosóficas. En demasía ese sexo es aficionado a las disputas y a los altercados. Las lecturas que tengan sean de las que pongan compostura en las pasiones y sosiego en la tempestad de los espíritus. De esta parte de la filosofía sí que tiene la mujer muy viva necesidad. Son sus más descollados maestros Platón, Cicerón, Séneca, Plutarco. Pertenecen también a ese género de escritores los que refieren puntualmente los ejemplos de quienes algún hecho hicieron o algún dicho dijeron provechoso para la vida humana y digno de imitación, como Valerio Máximo y Sabélico, que sigue muy de cerca sus pisadas. Súmanse a ellos los *Acta Sanctorum* de nuestra religión, e inmediatamente después los seguidores de la sabiduría humana. De la economía doméstica tratan

Aristóteles y Jenofonte. Muchos más son los que escribieron específicamente de la crianza de los hijos: Plutarco, en la antigüedad, y en nuestros días, Pablo Vergerio y Francisco Filelfo. A esas lecturas añadiránseles algunas pocas instrucciones acerca del tenor de la vida diaria, de medicina casera, práctica y sencilla, conveniente en las ligeras indisposiciones de los niños o de la servidumbre, que no tienen suficiente importancia para que sea preciso recurrir a la intervención del facultativo. Recuerdo que ya en otro lugar he dicho eso; pero no está de más que lo repita ahora, pues el que así se haga es cosa de los maridos. Pienso que con estos conocimientos quedará asaz cultivado el ingenio de la mujer y ella harto capacitada para vivir su vida y cumplir su función arreglada y religiosamente.

Mas si de todos modos le contentan los versos, maneje las obras de los poetas cristianos que cantan cosas de piedad: Prudencio, Arator, Sedulio, Juvenco y otros poetas sanos como éstos, que han escrito en latín o en su respectiva lengua o romance. Deje para los hombres el estudio de la Naturaleza, de la gramática, de la dialéctica, de la historia y sus hazañas, de la ciencia política, de las matemáticas. Tampoco el arte de hablar parece bien en la mujer, aun cuando la antigüedad escuchó maravillada las lenguas elocuentes de Cornelia, madre de los Gracos; de Mucia, Lelia, Hortensia, no tanto porque hablasen mucho y con primor, sino poco pero con gran aticismo y castidad de lenguaje. En una palabra: no tanto habían aprendido el arte de hablar como por tradición de sus grandes familias y casas se les había pegado esa espontánea elocuencia, aprendida sin trabajo, sin la más remota pretensión de aprenderla, recibida de sus padres como una herencia natural.

Ahora, con perdón de los dioses, llaman instruída a la mujer que charla por los codos imprudentemente, porque garlando mucho y no acabando nunca, puede entretener muchas horas a su confabulador, por evitar que, una vez hecho el silencio, tengan que separarse. ¿De qué pensamos que va a hablar una doncella inculta con un mancebo no mucho más culto que ella, sino de tonterías o de obscenidades? Y a eso le llaman disciplina cortesana, a saber: disciplina de aquella escuela, en la que, además, se aprenden otras artes, desemejantes de ella, pero del mismo maestro, que es el diablo. Ved ahí hasta dónde degeneraron las costumbres de los hombres y cómo todo está trocado e invertido: tiénese el callar de la mujer por cosa fea, siendo así que el silencio es su virtud más hermosa. ¡Cuánto empeño y cuán decidido debió de poner el diablo en persuadir a los hombres esta monstruosa subversión!

Tú, entre las virtudes que enseñes a tu mujer, coloca el silencio, que es el más gracioso atavío de su sexo. Y cuando hable, sea sencilla y nada afectada ni afeitada su palabra. El lenguaje artificioso y retorcido arguye una gran vacuidad de alma. Aquellas mujeres que fueron loadas en la antigüedad por su elocuencia, el elogio de que más se preciaron fué el de que conservaron terso y castizo el idioma patrio, como lo atestigua Cicerón en sus libros *Del orador*. Y Juvenal, no sin bilis, pero con razón y no sin gracejo, dice: *No tenga la matrona que se acuesta contigo a tu lado estilo en el hablar, ni te arroje el*

dardo breve del entimema, ni hable rodando el período, ni sepa todas las historias; sepa, sí, algunas cosas de los libros, pero no las entienda de raíz. Yo odio a aquella que repite lo leído y vuelve y revuelve el arte de Palemón, guardando siempre la ley y la razón y frase del habla, y, aficionada a los arcaísmos, retiene versos que yo no conozco y enmienda a la amiga bárbara vocablos de los que no se les da un bledo a los maridos respectivos.

Añadirá gran peso de autoridad a esa pura y santa instrucción el ejemplo del marido, tan eficaz para formar la vida de la esposa y de toda la familia, como el del príncipe para la moralidad pública. Cada uno en su casa es rey, y, por lo mismo, así como honra al príncipe aventajar al pueblo en cordura y autorizar sus mandatos con el ejemplo de su vida, así también aquel que toma esposa debe despojarse de su ánimo moceril y recapacitar aquello que dice Terencio en una comedia: *Esa edad pide otra conducta y reclama otras costumbres.* Debe tomar consejo y cordura senil, que defenderán fácilmente el derecho y la autoridad del marido y del padre de familia, mostrando lo que es mejor, no sólo con sus órdenes y avisos, sino con su vida y con sus actos, pues estas dos cosas singularmente ha menester para gobernar el hombre, prudencia y ejemplo, de modo que él traduzca en obras los mandatos de su palabra. *La vida* —como dice Fabio Quintiliano—*no solamente persuade, sino que también obliga.*

Eso vemos que ocurre en la guerra, porque tenga la mayor eficacia posible sobre la moral de los soldados, la arenga del caudillo: *Haced, soldados, lo que me viereis hacer a mí.* De esta manera el desprecio de la muerte contagia automáticamente a todo el ejército, de forma que no hay soldado tan cobarde que no tenga muy en poco la vida que tan poco vale para el general. Así Cristo, así sus Apóstoles y mártires fácilmente ganaron el mundo a su sentir, porque vivían como hablaban y hablaban como vivían. ¿Cómo te obedecerá tu esposa si le impusieres sobriedad, tú que eres borracho, y regoldando crápula se la aconsejas? ¿Cómo te obedecerá si le predicas continencia, tú que eres adúltero y ejecutas en hembras ajenas tu lujuria vagabunda? *Si mandas algo para el público y crees que tu mandato se ha de mantener, sé tú el primero que practiques lo mandado; hácese el pueblo más observante de lo que es razonable que se observe cuando viere que el legislador se obedece a sí mismo.*

A mano tendrá el marido ejemplos ajenos, pues parece más hacedero lo que ya fué hecho por otros. Y si la mujer fuere de generoso y levantado espíritu es increíble cuánto le mueve la alabanza ajena. Temístocles decía que los trofeos de Milcíades le enardecían a él. Y no solamente le recordará aquellos nombres antiguos que tienen la consagración de los siglos: Sara, Rebeca, Penélope, Andrómaca, Lucrecia, Cleobulina, Hipatia, Porcia, Sulpicia, Cornelia y nuestras Santas Inés, Catalina, Agueda, Margarita, Godolina, Bárbara, Mónica, Apolonia, sino de otras mujeres contemporáneas: Catalina, reina de Inglaterra; Clara Cervent, esposa de Valldaura; Blanca March, aun cuando recelo que a algunos se les antojará pretensión exorbitante poner aquí el nombre de mi madre y que es una concesión excesiva al amor filial. Muy deudor me reconozco de la piedad; pero más deudor, más

obligado aún a la verdad. Y nunca faltarán en ninguna nación o ciudad damas ejemplares a cuya imitación tu mujer deberá ser animada. Pero más eficaz será el estímulo si tiene ejemplos domésticos los cuales pueda remedar con loa, como de la madre, de la abuela, de la tía paterna, de la tía materna, de la hermana, de la prima o de otra parienta o amiga cualquiera. Mucho nos mueven los ejemplos que contemplamos tan de cerca y mucho mejor reproducimos el dechado que copiamos del natural. Aun el torcido proceder de las mujeres malas, desautorizado y execrado, serviràle de ejemplo de lo que debe evitar, cuando sepa que sus liviandades no pueden permanecer ocultas y que es tan cierto como inminente el castigo o, a lo menos, la deshonra y el vilipendio público de toda la ciudad, de arte que más vale morir que vivir de aquella manera.

Valiéndose de la conversación familiar, ha de completar y refinar el marido la instrucción de su mujer y confirmarla en sus buenas costumbres. Sea esta conversación sencilla, como con la persona más amada y más estrechamente unida contigo. No uses con ella fórmulas pringosas de respeto ni consientas que ella las use contigo exageradas, las cuales, aun cuando en determinadas ocasiones parecen aumentar la debida reverencia, a la larga disminuyen aquel amor, que en el matrimonio conviene que sea el mayor y más sincero posible. Y ni aún acrecientan el respeto, sino que forran y disfrazan aquellos sentimientos, que conviene, antes que todo, que sean simples y manifiestos. Nadie hay que de buena fe respete al arrogante y al vano ni a quien exige esa veneración como un derecho que se le debe. Puede hacerse que brote el respeto, pero no puede extorsionarse. Tú llama a tu mujer con el nombre que entrañe una grande significación de amor: llámala hija o hermana; llámete ella a ti señor, si bien quisiere, con nombre de amor y respeto, como Sara a Abrahán, como consta en la carta de San Pedro y en el *Génesis*.

Han de hablar los cónyuges entre sí con frecuencia y mucho de la religión de las costumbres, de cuán errado anda el vulgo, de la experiencia y práctica de la vida, del sobrellevar los azares de la Fortuna, de la conservación y administración de los bienes familiares, del arte de vivir, de la formación cristiana de los hijos, si los tienen; de la manera de hacerlos no ricos precisamente o descollados por algún empleo civil, sino buenos y piadosos. Pero no olvidemos que el sexo femenino es flaco de suyo, y que no sólo físicamente, sino tampoco moralmente puede siempre soportar cargas pesadas. Así que con alguna frecuencia se le han de proporcionar alivios de las preocupaciones y cuitas con juegos y bromas apacibles, con la relación de cosas sucedidas a los vecinos, a los amigos, mientras no haya peligro de curiosidad insana ni afán de conocer los secretos ajenos. Y en ese punto se da la reciprocidad. Si tú inquieres acerca de la vida del vecino o de cualquier otro conciudadano, él u otro cualquiera hará sus averiguaciones en torno de la tuya. No hay en la convivencia civil cosa más perniciosa que ese interés inquisitorial, que arruina la amistad y la recíproca bienquerencia y la quietud y descanso de la vida. Huélgase la mente humana con el conocimiento de cualesquiera cosas, pues el conocimiento es para ella el más sabroso de los pastos. Y las mujeres recoletas en

sus casas gózanse de oír las cosas que afuera ocurren mientras sean tales que no perviertan las buenas costumbres. Así menos las tientan las ganas de salir. Hase de bromear algunas veces, no con bufonerías ni con obscenidades, y hablar, no con frecuencia, de futilidades y ligerezas, porque ello las enerva y desmoraliza, y en adelante no pueden ya con ningún asunto grave y serio, ni en la conversación, ni en los consejos, ni en la vida práctica y buen uso de la veleidosa Fortuna, puesto caso que el continuo ocuparse en bagatelas las hace semejantes a las bagatelas, a saber: flacas y livianas. La esclavitud de Egipto bajo Faraón consistía en amasar paja y lodo, eliminar los machos, conservar las hembras. La significación de esa servidumbre inexplicable paréceme a mí que la da cabal e inequívoca Eusebio con estas palabras en una homilía sobre la Pascua: *Aquella durísima y despótica esclavitud de Egipto, ¿qué otra cosa quería significar sino que el demonio ejerce la soberanía sobre todo el linaje de los pecadores? Decidme: ¿qué eran equellos viles y horrendos trabajos en paja y en lodo impuestos por Faraón sino las feas tareas terrenales del placer diabólico y el detestable contagio de los vicios? Pues no deja de ser pura realidad que las infructuosas y vanas obras de esta vida no son sino pajas, digo, fácil cebo de las llamas. Y aquello otro, a saber: que de los niños hebreos matasen a los varones y respetasen la vida de las hembras, por orden de Faraón, símbolo del diablo, enemigo del espíritu y amigo de la carne, envidioso de la virtud, indulgente con el placer; ahogaba la fortaleza y cebaba la concupiscencia.* Todo esto dice Eusebio Emiseno.

Y no solamente hay que abstenerse de los juegos francamente impuros, sino también de los juegos y tocamientos, por los cuales des a entender que, más que marido, eres amante. *Adúltero es*—dice Xisto—*el que ama a su mujer con ardor demasiado. El nombre de esposa nombre es de dignidad*—como dijo el más grande de los romanos—, *y no nombre de libertinaje.* Tú, pues, que deseas tener una esposa ruborosa y casta (pues no hay marido que no la desee, aun cuando haya perdido el juicio), no seas el primero en soflamar su pasión haciéndola concebir pensamientos criminales. ¿Qué locura no es que eches a perder tú mismo aquello que, si no lo gozas en su pureza e integridad, vas a sufrir enojo muy grave? No provoques un incendio que luego no puedas sofocar. Todos somos de estopa y no nos encendemos por una parte sola, sino que nos quemamos por cualquiera parte adonde el fuego se aplicó. La sensualidad se excita por los ojos, por los oídos, por el tacto, por cada uno de los miembros corporales. Los médicos duchos cauterizan el miembro doliente que el arte no puede ya curar. Lo primero es tener buena salud; lo segundo, y muy cercano a lo primero, es que nada duela. Siempre vi que los médicos sabios pusieron gran cuidado en no abrir ventana alguna a los pensamientos deshonestos. Hubo en tiempos pasados asociaciones religiosas tan celosas de la castidad y la guardaban con observancia tan meticulosa, que con cuidado muy despierto evitaban aun toda palabra que en cualquier sentido pudiera inducir a la carnalidad. Y ello no sólo en nuestra santa religión, como entre aquellos monjes que moraban en una de las islas Cícladas, que tenían en otra isla las bestias

necesarias para sus labores, por no ponerse en ocasión fortuita de ver sus cubriciones. En Roma, en la celebridad de las fiestas de la Buena Diosa, constituía un sacrilegio mirar animal macho, aun cuando fuese pintado. En Lacedemonia y en Delos no estaba permitida la entrada en ningún templo al perro, por la pronta y callejera lascivia de ese animal. Y por esa misma razón el sacerdote de Delos tenía prohibido nombrar al perro. Augusto privó, mediante edicto, que las mujeres viesen las luchas atléticas. En los días de las competiciones olímpicas todas las mujeres salían de Pisa. Y con motivo; si, como dice el sentencioso Menandro, *por los oídos llega la corrupción al alma*, hemos de pensar que no llega menos por los ojos, pues tan puerta abierta es un sentido como el otro. Traslada tú ese mismo cuidado a tu casa porque toda suciedad y obscenidad se hallen con las puertas obstruídas. La pudicicia es guardada por el pudor, del cual tomó el nombre, y la una no puede subsistir sin el otro. Por esta razón, con sumo esmero se ha de fomentar el pudor en la mujer, porque de ninguna manera y por ningún camino se lo sacuda de sí. Por eso querría yo que la nueva esposa, inmediatamente después de la boda, perdida su doncellez, se mantenga oculta un tiempo prudencial, como leemos que lo estuvo Isabel, la esposa de Zacarías: ésta, porque, siendo ya vieja, tuvo comercio con su marido; aquélla, porque, siendo doncella, tuvo trato con él. Aquellos legisladores que ordenaron los esponsales con tal reserva que inmediatamente después de la ceremonia del enlace no tuvieran los esposos ayuntamiento carnal, pienso yo que miraron por la pudicicia con suma delicadeza, porque la mujer, con precipitada familiaridad, no se echase en brazos de aquel con quien acaso anteriormente no había hablado nunca, lo cual no era posible que se hiciese sin harta mengua de la pudicicia y del pudor, en los cuales radica una no pequeña parte de las buenas costumbres en la ciudad y del sosiego público en todas las naciones.

Existen novios impacientes de cualquiera demora que no tienen suficiente miramiento ni para con sus prometidas ni para consigo mismos. Pero Jacob, que por espacio de tantos años convivió con su muy amada Raquel, novia cierta y convenida ya, en el común pastoreo y en la soledad de los campos, se hubo siempre con ella con el mayor de los respetos y la más santa de las amistades. Por esto la bigamia de este patriarca debe, con razón, anteponerse a la castidad de muchos, como San Agustín lo define de su abuelo Abrahán. Y amó con un amor constante y único a su Raquel hasta lo postrero de su vida y gozó de una esposa de bien probada honestidad y de singular afecto para con su consorte. Por ende, si tu mujer, bien por su natural, bien por su educación y costumbres, tiene una pudorosa y púdica reserva, procura acrecentarla tú correspondiendo a ella con exquisito tacto y con sabios avisos. Mas si tuviere algunos dejos y resabios de ligereza y de petulancia, corrígelos con la severidad de tus costumbres y ráelos con tu enseñanza, no olvidando en ningún caso que no es conveniente que carezca el matrimonio de la casta y pura dulcedumbre de la convivencia. San Pablo manda *que en todos sea venerable el matrimonio y sin mancilla el lecho conyugal*. Y añade, escribiendo a los Corintios: *Porque sepa cada uno de*

nosotros poseer su vaso en santificación. Lo cual ora lo entienda cada uno de su propia carne, ora del cuerpo de su mujer, hace referencia al freno que se ha de poner al deleite y a las licenciosas solturas de la pasión. Sacramento es el matrimonio y símbolo augusto de las cosas más grandes y encumbradas, como dice San Pablo, y no debe ensuciarse con sucios regodeos. El demonio, jurado enemigo nuestro, dió muerte a los siete maridos de Sara, porque cautivados del aspecto de su hermosura, inauguraban el matrimonio con la pasión desaforada. Salvóse Tobías, quien, por aviso del ángel, inició el matrimonio con oraciones. Vale la pena de oír las palabras, no de un hombre, sino de aquel ángel: *Oyeme*—dice—*y te mostraré quiénes son aquellos sobre los cuales puede el demonio prevalecer. Aquellos, pues, que toman el casamiento para sacudir de sí y de su pensamiento a Dios y entregarse a su antojo libidinoso, como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento; sobre éstos el demonio tiene potestad. Pero tú, así que hubieres recibido a Sara, tu esposa, entrando en su cámara, por espacio de tres días guarda continencia, absteniéndote de ella, y no harás más que entregarte a la oración con ella; aquella primera noche quema el hígado del pez, que pondrá en fuga al demonio; a la segunda noche serás admitido en la sociedad de los patriarcas santos, y a la tercera noche alcanzarás la bendición porque nazcan de vosotros hijos enteros y sanos. Y pasada esta tercera noche recibirás a la doncella virgen con temor del Señor, llevado más del amor de los hijos que de la lujuria, a fin de que en la descendencia de Abrahán alcances la bendición en tus hijos.* Esto dijo a Tobías el arcángel Rafael.

Si te casaste por el amor de la prole, conságrate a ello y no al placer, imitando a aquellos santos patriarcas, que por ese fin exclusivo parecían unirse a sus esposas. Por eso absteníanse de ellas así que estaban grávidas. En esa abstinencia somos, y con mucho, vencidos por los animales irracionales, quienes en determinados tiempos y estaciones del año se unen para tener hijos; pero, una vez satisfecho ese instinto imperativo, renuncian a la unión por todo el restante tiempo, cuando ya los hijos son nacidos. Mas si usares de la licencia que da el matrimonio a guisa de remedio para sosegar los movimientos y rebeliones de la carne, según el consejo del Apóstol, ni has de irritar la enfermedad por aplicar la medicina, ni la medicina es sabrosa sino cuando la necesidad obliga a usarla. ¿Quién hay que esté en posesión de su buen sentido que tome por regalo la medicina, que con el hábito y el abuso pierde su eficacia curativa?

Tienes que ejercitar y avezar al cuerpo por manera que no le sea sacrificio sobrado carecer de la medicina, sino cuando lo reclama la urgencia. Y si de tanto en tanto faltare, no sucumbamos a la enfermedad cuando ya la costumbre nos dió alguna robustez, de modo que tiene menos fuerza la enfermedad en un organismo tieso. ¿Qué dijo el satírico romano, sino que *el uso espaciado aliña y sazona el placer con un goce mayor?* Una oportuna toma medicinal curará más la enfermedad que mil tomas indiscretas. Más fácil es contenerse en el uso de una sola pócima, que, una vez que se pasó de este número, detenerse entre mil. No existe medio: o una sola o infinitas, y como Plutarco dice en

el libro acerca de la curiosidad: *Porque más de veras te acostumbres a la justicia es conveniente que de cuando en cuando prescindas de lo justo y de lo permitido por las leyes todas.* Asimismo, porque fácilmente te abstengas de las mujeres ajenas, aprende a abstenerte de la tuya. Y no te conviene ignorar lo que nos fué enseñado por San Pablo, a saber: *Que tú, siendo marido, ya no tienes potestad sobre tu cuerpo, sino que la tiene tu esposa; ni la esposa la tiene tampoco sobre el suyo, sino tú.* En ajeno poder está el cuerpo del uno y del otro, de modo que, sin injuria, ni el uno ni el otro puede disponer libremente de él. Si tu esposa entrega su cuerpo a otro, te infiere un ultraje gravísimo; y si fueres tú, le infieres un gravísimo ultraje, y ambos lo inferís a Dios, que fué vuestro padrino de boda y como el fiador de uno y de otro.

Yo no voy ahora a averiguar lo que consienten las leyes humanas o lo que se arrogó el consentimiento y como la confabulación de los hombres en la ciudad. Sea quien fuere el que infligiere al otro aquella injuria será muy severamente castigado por Dios, cuya majestad fué violada por tamaño desafuero, en cuyo acatamiento no hay distinción de personas, ni de sexo, ni de linaje, ni de gente. Deben ser sobrios y raros los placeres de los maridos, a quienes conviene tener siempre presente que son varones, que recibieron de la Naturaleza una gran fuerza de voluntad, a fin de que, despreciando los regalos, ganen con su trabajo alabanza y honra, especialmente cuando ya pasaron de aquella edad en que, por su delicadeza y flaqueza física, pudiera parecer estarles concedidas algunas mitigaciones del rigor que han debido imponerse. Demás de esto, piense que él es la cabeza que gobierna la familia y que le está impuesta la obligación de mandar bien y que está forzado a vivir según los avisos que diere, porque, de otra manera, pecaría gravemente por el mal ejemplo y no conservaría aquella autoridad que le es precisa para el gobierno doméstico. Y, en último término, piense que es cristiano, que renunció al mundo y a sus placeres, y que por todas estas consideraciones debe tomar del matrimonio placeres muy raros, y aun esos con suma moderación, por manera que parezca que con ellos busca un rehacimiento de sus trabajos y de sus agobios, y no una concesión y halago de sus pasiones. Y a estos placeres se asociará la esposa, a fin de que, ya que con él comparte fatigas y preocupaciones, no sea excluída en las recreaciones y alivios. Con la ayuda de todos estos lenitivos nos bastamos para no sucumbir debajo de la carga. ¿Cuál pensamos que es la disposición de espíritu de la esposa, siendo blanda y débil de suyo, cuando ve que para su marido es compañera y particionera de los cuidados y molestias y que le es ajena en los alivios? La duplicidad de esa conducta quebrantaría la reciedumbre varonil; ¡cuánto más hemos de pensar que estruja y entristece a la mujer y llena su alma de pesimismo! Y digo esto, cuando se la aparta de aquellos regalos que la Naturaleza y la razón de consuno han querido que fuesen comunes. ¿Y qué diré cuando los maridos las irritan y las ponen furiosas con los placeres ilícitos que se toman? Acerca de lo cual hay un pasaje autorizadísimo en Isócrates, que me place transcribir conforme lo traduje en otro lugar, sin faltar un punto. Habla Nicocles, rey de Salamina:

Yo siempre condené la criminal bellaquería de quienes, habiendo tomado a sus esposas para compartir con ellas toda la vida, no contentándose con aquellas que de solteros habían escogido, aun con los placeres que se tomaban cada uno por su mano, ocasionábanlas grandes tristezas, y cuando con todas las otras relaciones sociales mostrábanse afables en extremo, sin embargo, eran enojosos en grado sumo para con sus mujeres, con las cuales tanto les conviene ser amables y tratables, porque ellas actúan en lo más íntimo y secreto de nuestra vida y participan en lo más y mejor de nuestras cosas. Y con ese procedimiento, sin darse ellos cuenta, alimentan alborotos en su propio hogar y en pos de sí dejan disensiones. Todo esto es de Isócrates.

Si ellos prudentemente aconsejan a aquellos a quienes encaramó el caprichoso favor de la Fortuna que, apeándose de aquella cumbre, se bajen a la llanura cuanto buenamente puedan para dejar el menor blanco posible a los dardos de la envidia, ¡cuánto más provechoso fuera para los maridos el consejo de que no dieran a sus mujeres la menor ocasión para los celos, que son una parte de la envidia, y una atrocísima y muy cruel causa de males! La mujer picada de ese tábano maligno no tiene ningún reparo en ir a su propia perdición mientras fuere a través de la ruina de aquel a quien la desea. Muchos creen solamente jugar; pero hartas veces ese juego se convierte en furia rabiosa. Cuando no existen los avisos y faltan las prescripciones de la filosofía acerca de lo que nosotros con la mayor exactitud debemos entender y practicar, cómo convendría muy mucho averiguar los que están contenidos en las Sagradas Letras, por las cuales Dios se digna hablar al linaje humano, y aquello que contiene la carta primera de San Pablo a los Corintios, donde aquel maestro de las gentes y doctor de las iglesias preceptúa esto que se sigue: *No queráis defraudaros mutuamente por dedicaros al ayuno o a la oración; volved luego a lo mismo que antes, no sea que Satanás os tiente por vuestra incontinencia.* Debe con frecuencia el cristiano levantarse en espíritu. porque no venga a pensar que ha de pasar toda o la mayor parte de la vida consumido en pensamientos. Porque haciéndolo al revés, ni satisface su propio nombre ni a su profesión, si el hombre espiritual no vive la vida del espíritu, ni alcanzará la prometida bienaventuranza sino por la vida espiritual, puesto que en ella se ha de mirar a Dios, que es espíritu purísimo, y a El no puede llegar por ningún camino ni por atajo ninguno, sino por la pureza del espíritu, que la acendra y acrisola con tanta mayor nitidez y perfección cuanto con cuidado mayor se sustrae al contagio de esa carne. Todo el tiempo que anda encerrada en ese cuerpo mortal por voluntad y mandato del Soberano Señor Celestial, de tal manera le importa actuar, que debe mirar a la vez por el cuerpo y por el espíritu: por éste, porque viva y esté en vigor, y por aquél, porque no desfallezca a la pesadumbre de los trabajos de esta vida y no pueda sino muy poco obedecer y servir al espíritu. El decaimiento físico que vemos en el caballo proviene de dos causas: o porque recibió malos tratos, o porque fué prolija y excesivamente mimado. Rehusan la silla por un igual el caballo consumido de magrez y el caballo a quien la gordura le hace arisco y refractario.

Pero así como de cuando en cuando hay que verter aceite en el candil para que arda, también llegan momentos en que en el uno y en el otro, en el cuerpo y en el espíritu, vertemos aceite. El cuerpo tiene sus horas en que hase de cuidar de él exclusivamente, y las suyas el espíritu, también con exclusión de todo cuidado corporal. Digo esto, no porque exista un trance en que convenga que o el uno o el otro se extinga o muera mientras rodamos por este mundo, sino porque en estas ocasiones a uno de los dos se les da el cuidado porque no se acabe, con esa antagónica particularidad, a saber: que cuando es atendido el cuerpo brilla más opacamente la luz del espíritu; y cuando se atiende al espíritu, languidece la lumbre del cuerpo y se debilita su vigor. El tiempo, pues, en que, mediante el ayuno y la oración, regamos con aceite el espíritu, quiere San Pablo que nos abstengamos de todo punto de aquel acto que trae impedimento al aceite que lubrica el espíritu, diluyéndole como cuando con él se mezcla agua. El ayuno viene a ser una especie de atenuación que le adelgaza y clarifica para que no cree obstáculo ninguno a la lucidez y transparencia espiritual. Así es como el espíritu, vigorizado y ardiente, remóntase en alas de la oración, que es una meditación profundísima de las cosas. Ello no debe ser cosa de una u otra hora, sino de mucho tiempo, para que el entendimiento se acostumbre a aquel ascenso a que se debe levantar, liberado y aligerado de la pesadumbre corporal. Quiere Jesucristo Señor Nuestro que sean pocas nuestras palabras cuando levantamos al Padre nuestros pensamientos. Por esto dice: «Cuando oráis no queráis hablar mucho.» En cambio, quiere que meditemos mucho y largo tiempo. Por eso nos advierte que «hay que orar siempre». De esa atención intensiva y como vuelo de la mente, no sea que el cuerpo nos estorbe con su peso, quiere San Pablo que, mientras estemos en ello, nos abstengamos del ayuntamiento carnal. Es cosa de brutos animales todo coito que derriba la mente de su cima, como con una máquina bélica. De aquí que aquel sabio antiguo, preguntado que cuándo el hombre debía tener ayuntamiento, respondió: «Cuando querrá envilecerse y hacerse igual a una bestia.» Todo el discurso de la vida cristiana debiera ser un ayuno perpetuo y que no pasase ningún día sin oración. Con todo, los casados cristianos deben escoger determinados días del año en los que se consagren a una estrecha continencia y a una más fervorosa oración. En este tiempo no sólo duerman separadamente o, al menos, se priven de maritales abrazos, sino que también se comidan en los placeres que obstruyen la claridad del alma. En esa ocasión meditarán qué son ellos, qué es la vida, qué uso deben hacer de las cosas de este mundo, adónde van, de dónde partieron, cómo fueron esclavos del pecado, cómo fueron redimidos por Cristo, y otros puntos que ningún cristiano debe ignorar. No obstante, aquella separación de lecho enseña el Apóstol que debe ser hecha por consentimiento de ambos. La gracia de Cristo es de amor y de concordia, no de disensión, no de contristación fraterna. Lo principal en este punto es complacer al prójimo sin ofensa de Dios. Por lo demás, Dios hará que todo redunde en bien. No tomaré a enojo transcribir aquí el sentir de San Fulgencio tocante a ese tema: *No obstante, para que*

todos vuestros actos se hagan con honestidad, en el pago de la deuda conyugal, de tal modo el uso de este derecho se acomode a la flaqueza de la carne, que la carne no sea esclava del placer, sino que la fuerza del alma, ayudada de la gracia de Dios, ponga frenos a la carnal concupiscencia. La obligación de engendrar hijos debe de tal manera ser observada por los cónyuges, que, gracias a la verecundia que debe acompañar este acto, mientras el alma fiel se inclina a esa tarea de la fecundidad, guarde al mismo tiempo con el favor de Dios la modestia de la natural honestidad. Y dice el mismo San Fulgencio en otra parte: *Acuérdense, sobre todo, los consortes cristianos que hay que insistir en las oraciones y limosnas. Ni quieran sumirse en la flaqueza de la carne, sino apresúrense a subir a un escalón más alto de la vida espiritual. Y para que el espíritu llegue a la virtud de la continencia, cohíbanse más y más los excesos del deseo carnal, para que cuando, con el auxilio divino, hubieren superado la escala en la que la conyugal fragilidad pide indulgencia, puedan laudablemente subir al que está más arriba, en el cual la virtud de la continencia espera la palma de una vida mejor.* Dicho quede esto por lo que toca al espíritu. Pero también debe interrumpirse el uso del derecho de consorte en los achaques periódicos de la esposa y cuando uno de los dos está enfermo. Una cosa y otra influyen nocivamente en el nuevo ser.

El principal fruto de la formación de la mujer revierte al marido: la casa se gobierna con mayor prudencia, se educan los hijos más religiosamente, poca es la licencia que se da a las pasiones, con lo cual se consigue que sea más descansada la vida y, por ende, más sabrosa. ¿Y qué más, si tendrás, por añadidura, una auxiliar en tus trabajos y una compañera en los azares, una confidenta fidelísima de tus cuidados y de tus proyectos, y en los trances dudosos una discreta consejera? Aquélla es la verdadera sociedad humana, cuando no sólo es fácil derivar hacia el compañero una parte de tus trabajos, sino también el peso de las pasiones y cuidados del alma, que no menos debe llamarse peso y no menos agobia el cuerpo, sino también el espíritu, que el arar y el cavar o transportar alguna carga pesada. Y si su corazón lleno y hervoroso no se abriera por algún lado, estallaría no menos que una vasija puesta al fuego sin ningún respiradero, pues son fuego los cuidados y arden y queman el corazón. Y así, vemos que muchos, abrumados de cuidados y agitados como por un oleaje de los movimientos del alma, buscan a alguno en quien descargar el peso: «¿Hay alguno aquí? No hay nadie. ¿Viéneme alguno detrás? No parece nadie. ¿Puedo yo hacer que reviente este contento? ¡Oh Júpiter! Esta es realmente la hora en que podría tomar con paciencia que me matasen porque no me agüe la vida con alguna pasión este mi gozo. Pero no me toparía yo ahora con algún amigo curioso que me siguiese por doquiera que fuese, me moliese y me matase a poder de preguntarme: ¿Qué regocijo es éste? ¿O qué alegría? ¿Adónde voy o de dónde me escapo? ¿De dónde hubiste este vestido? ¿En qué ando? ¿Si estoy en mi seso o si estoy loco?» Y otras cosas aún que con un gran transporte habla aquel mancebo de Terencio, rebosante de gozo desmedido, que no es parte para contener. Refieren los autores

que son muchos los que murieron como fulminados o alampados por una inopinada alegría repentina, o de miedo súbito, o de aflicción demasiada. ¿Qué riquezas son comparables con aquel amigo a quien puedas comunicar no sólo bagatelas y festivos donaires y otras ocurrencias que se muestran por de fuera, sino también admitirle, entrañarle en el sagrario de tu pecho, en aquella intimidad pavorosa, a la cual tú mismo no osas asomarte sin miedo? *¿Un amigo a quien contar las grandes gestas de la audacia, y los sucesos menudos, y los juegos, y depositar en él los bienes y los males ocurridos, y colocar en lugar más seguro los deseos, y con el cual compartas placeres y gozos, oculta y paladinamente?*

Así dice el viejo Ennio. A un amigo así acudimos en busca de un consejo cuando tenemos de él necesidad, a saber: cuando, por tener el espíritu perturbado, como con polvo echado delante de los ojos, no vemos con suficiente claridad ni la realidad ni la conveniencia de las cosas. No tiene la vida aliño ni sazón comparable con esto, ni saborean tal dulzura los amantes que se pasan en amoríos la brevedad fugaz de esta vida. Y si tamaño bien proporcionan los amigos, quienes no solamente no comparten la cama ni la cámara, sino que viven en casa aparte y a veces separados por ciudades y comarcas, ¿cuánto mayor no será en aquellos que viven en compañía indisoluble y se encuentran en la misma casa, en la misma mesa, en el mismo lecho? La esposa, pues, si estuviere bien enseñada, guardará el secreto, porque es callada y es fiel, y dará el consejo si se le pide, porque es prudente, y su ingenio, gracias a la instrucción, tiene suficientes luces para la inteligencia de la verdad. Y no dejará de mirar menos por tu bien que por de ella misma, y no te amará menos que a sí misma, pues ello es uno de los principales capítulos, no ya de la filosofía cristiana, sino de la filosofía matronal.

En el revelar y confiar secretos, dos son las cosas a las cuales suele atenderse: amor y prudencia. El amor hace que se quiera mantener oculto aquello que fuere peligro hablar, y la prudencia consigue que lo quiera y que lo pueda, pues la reserva y taciturnidad rígense por la prudencia como por un timón. Nada confíes a mujer imprudente y parlera, si ya no es que quieras que se divulgue, y ten la seguridad que serás por ella servido hasta el abuso. La necia inmediatamente se delata por sus palabras, o por sus palabras será muy fácil colegirlo. *La mujer locuaz y liviana es preguntadora*, nos dijo Horacio como por aviso. Las mujeres de esa calaña son siempre indagadoras, curiosas, hasta ansiosas, si piensan que alguna cosa es muy secreta y apartada, con razón, del conocimiento de todos; no tienen reposo hasta que han penetrado en él y lo conocen a fondo; conocidas de muchos, conocen también a muchos, lo que no pueden conseguir si no poseen los secretos de muchos y no lo han contado a muchos; traban conversaciones con muchos, calladitas y habladas al oído, y estando ociosas o, mejor, mal ocupadas, con todo, parecen estar ocupadísimas. Otras hay que adolecen del vicio de la fruslería, porque están vacías de todo lo que no es sustancia. Son como la campanilla, que tañe más nerviosa y agudamente cuando está vacía de cualquiera cosa, menos el badajo; mas si se llena de alguna cosa entonces permanece muda. Otras hay que a sí

mismas se conceptuarían descorteses y poco amigas si en las tertulias no derramasen en el seno de sus amigas los secretos de sus maridos, de sus padres, de su propia casa, que debieran guardarse en la más absoluta reserva y apartarse de la vista ajena, creyendo que con esta confianza, como con una alianza, corroboran y santifican sus amistades. Las hay que gozan que se las diga y se las tenga por propaladoras de rumores sensacionales, o muy recónditos, o muy atroces; y de este género de forjadores de bulos los hay también, y no pocos, entre los varones, que se creen admirables si cuentan mentiras maravillosas. Con esta conducta se creen demostrar la mucha autoridad y crédito de que gozan ante la pública opinión, puesto que han entrado en posesión de arcanos tan abstrusos. De éstas son las más, por ignorancia de cosas mejores.

Tuvo la antigüedad graves varones que prohibieron comunicar secreto alguno a ninguna mujer, fuese madre, fuese hermana, fuese esposa. De este mismo parecer fué Porcio Latrón: *La mujer*—dice—*no más puede callar lo que no sabe.* Por cierto que yo vi grandes ejemplos que confirman estas añejas sentencias. A las mujeres que fueren así, o corrígelas, o evítalas; pero más valdrá que te esfuerces por mejorarlas, pues con una breve molestia vas a cosechar frutos copiosos. La primera providencia que debes tomar es que no des a nadie una soga de la cual pueda hacerte un lazo. ¿Qué cosa puede haber más sañudamente hostil? De ello habla el Sabio en las Sagradas Letras: *No pongas en mano de la mujer la potestad de tu alma, no sea que entre en tu fortaleza y quedes confundido.*

Cuentan que antiguamente hubo un ladrón llamado Policedes para quien no bastaba que las arcas estuvieran cerradas, sino que era menester que se fingiese que las arcas estaban vacías y que todo cuanto había en la casa se le mostraba no guardado. Y cuentan de tiempos más remotos aún que una raposa tuvo una familia espléndida y rica, y que tuvo algunos hijos, quienes advertían a la madre de lo que creían seguidamente debía hacerse en la casa y en la hacienda. Mas ella, que era vieja y le había hecho avisada la experiencia, a su oreja derecha llamábala la prudencia y a su oreja izquierda llamábala la memoria. Cuando veía que sus cachorros se pegaban a su oreja izquierda, después de ponderar lo que le decían, con frecuencia los complacía, dando gusto a sus hijos con algún gasto pequeño. Mas cuando hacían corro en torno de su oreja derecha, casi nunca defería a su petición, aun cuando, no dándose nada de las voces de sus hijos, debiera volver a su casa con una presa menor, siempre que el daño no fuese demasiado considerable. Y como ellos acusasen a su madre que, rechazando su consejo, había sido su caza menos fructuosa: *Pero, hijos míos*—respondía—, *yo traje a casa algo mejor que una buena presa, a saber: la tranquilidad, que, gracias a mi autoridad, conservo.* Si sus hijos habíanla aconsejado torcidamente, ella, suave y apacible, les hacía ver el yerro. Y así acontecía que, repelidos en sus excesivas injerencias y enseñados en sus equivocaciones, crecían en el respeto y veneración de su madre. Mas cuando sus consejos eran realmente vulpinos y como parecían bien en unos hijos para con su madre, de tal modo ésta los hacía suyos, sin mostrar admiración por ellos, como

si fueran cosa nueva e inaudita, sino como si en ellos viese la inveterada condición de raposa que le era tan familiar, y acababa por alabarla, reconociendo la legitimidad de su prole, que aprendía el auténtico arte raposeril y se mostraban aventajados discípulos e hijos ejemplares. Y entonces, porque mejor conociesen que trataban con una raposa veterana, enseñábales lo que, en el consejo, podían haber pensado, o más cuerdo o más eficaz.

CAPITULO IV

DE LA CASA

Tales como dije hasta ahora se conducirán los esposos entre sí en sus relaciones morales e íntimas. Ahora voy a hablar de la parte externa, respecto de la cual el marido, si es que no se ha propuesto llevar una vida infeliz, no seguirá las desvariadas y necias voces del vulgo, que le llama por otros caminos, ni los trampantojos que se oponen a la razón y al bien. No es fácilmente gobernable la ciudad que remeda a la ciudad vecina, ni la casa que se acomoda al ejemplo de la casa contigua, ni cada uno de nosotros, que vive exactamente igual que los otros viven. Es un error fatal en la vida que los hechos ajenos nos lleven detrás de sí como un dechado, hasta el punto que no hacemos cosa alguna porque así deba hacerse, sino porque así acostumbró hacerse. ¡Qué locura no es querer que a ti te vaya mal porque le va al vecino, y mientras que los otros padecen las consecuencias de su error por obrar así, obrar tú de la misma manera, sin considerar el resultado, y que sólo tenga fuerza y crédito en ti la unanimidad de los delincuentes, hasta el punto de no declinar una miseria prevista y cierta por no separarte de aquel dictado! En toda deliberación nuestra acerca de la vida grandes son las tinieblas que ofuscan nuestros ojos, y nos es desconocido el sendero en que debemos poner nuestros pies. Así que hemos de menester luz y guía. La más clara lumbre de toda la vida en cualquiera de sus estados es Dios, que es el Sabio único, que es el Solo que tiene ojos y clarividencia y conoce por qué camino debe andar cada uno, no ya de los hombres, sino de los ángeles y todo cuanto contiene el universo mundo. Jenofonte, en el libro primero de los *Comentarios de Sócrates*, dice: *Si alguno, con olvido de los mandamientos de Dios, va en pos de los humanos, obra de la misma manera como si, en lugar de un guía conocedor del camino, tomase un lazarillo ciego e ignorante.* Y a seguida el mismo autor reprende agriamente a aquellos que, atentos a los juicios humanos, abandonan los divinos. Ninguna cosa hay tan práctica, no solamente para la eternidad, sino para ordenar la vida de cada uno, como la ley divina, cuyo grado más bajo anda muy por encima de la más empinada cumbre de la sabiduría humana. Medita tú con todo ahinco y reverencia esta ley y promúlgala en tu casa como la más recta norma de todas las acciones. A muy larga distancia, y con todo, relativamente próximos están los que, por su talento, por su sabiduría, por su virtud, siguen a Dios hasta donde les es posible y en esta carne mortal reproducen como una sombra de la vida divina. De este número son los Santos y los amadores de la sabiduría, como no faltaron entre los mismos gentiles a quienes la Naturaleza dotó de

un fuerte vigor mental. Dirá alguno, por ventura: *Es cosa dura para un hombre solo oponerse al consentimiento multitudinario como a un bravío torrente despeñado.* Sí; pero la virtud, cuando es recia, huelga de actuar en circunstancias duras y difíciles. Mas tampoco serás solo, porque así como fueron muchos los que siguieron el mal camino, no han de faltar, a fe, los que no desdeñarán el bueno que tú pisas. No se ha de desesperar del género, especialmente cuando no hay virtud alguna que no esté aneja al provecho, así como el vicio siempre mora en los arrabales del daño.

Vamos a entrar en el régimen doméstico, donde el trabajo, la economía, la frugalidad, ¡cuántas ventajas acarrean para la vida y para una gran multitud de virtudes soberanas, como son la templanza, la continencia, la pudicicia, la fidelidad! Los vicios que a esas virtudes se contraponen nacen de la desidia, del lujo, de la prodigalidad. ¿Y qué más, si tenemos los ejemplos de aquellos que, no sintiendo para el vulgo necio más que desprecio y desdén, pusieron todo su empeño y todas sus miras en el juicio, en la razón, en la honestidad, y consiguieron la alabanza y la admiración de aquellos a quienes despreciaban, y que luego fueron en seguimiento suyo? Así galardona la virtud, o, con mayor verdad, Dios, cabeza y padre de toda virtud, a aquellos que hacen más estima de sí que no la hacen los hombres. ¿Por qué un hombre cualquiera, que será estúpido, o necio, o depravado, o corrompido, osará introducir una moda procaz, y el varón sabio no osará introducir una costumbre honesta? ¿Será menester en el linaje humano, por ventura, que tengan más ensanches y libertad los malos e insensatos que los hombres buenos? ¿Y será más segura la libertad que se proporciona al mal que la que se concede al bien y a la utilidad pública? ¡Reírse han de él si tal hace! El mundo es un reírse recíproco. El necio se ríe del cuerdo; el cuerdo se ríe del necio. ¿Quién prefiere que se ría de ti? *Platón*—dijo un antiguo—*vale más para mí que todo el pueblo ateniense.* Y para mí un hombre sabio pesa más y tiene más precio que la infinita turba de bárbaros y de idiotas. ¿De qué parte prefieres estar? ¿De la parte de Dios y de su sabiduría contra la necedad de los hombres, o de la parte de la necedad, contra Dios? A pesar de todo, yo no te aconsejo que debas de tal manera evitar la costumbre general, que vayas a dar en el extremo opuesto. Como, verbigracia, si un hombre dado al lujo se viste de seda y de brocado, tú te vistas de cáñamo; si luce una sortija de oro con una piedra que le costó mil ducados, uses tú un anillo de hierro o de estaño con una guija incrustada; si se alimenta de capones y de perdices, tú mezcles con tu pan de salvado un companage repugnante y nocivo. Todos los actos de la vida tienen ciertos límites, en medio de los cuales consiste la virtud. En el conocer estos límites y en mantenerse en ellos ejerce la prudencia su oficio y su jurisdicción, pues, como Horacio dijo: *Mientras los necios evitan unos vicios, van a parar en los contrarios.* No tienen mis avisos la intención de abolir en las ciudades la urbanidad ni de la sociedad humana la mutua cortesía, sino que estas cualidades, que han empeorado evidentemente, se erijan en normas usuales de convivencia. Así como en la ciudad no habría cosa más desigual que la igualdad absoluta, así tampoco conviene en ma-

nera alguna que en la casa sean iguales. No hay igualdad en aquella república donde el simple ciudadano es igual al que ejerce cargo o magistratura, y el hombre plebeyo al senador, sino una confusión y subversión de todos los oficios. Los reyes de la casa son el marido y la mujer, que recibieron de Dios este precepto: *Tened dominio sobre los peces del mar y los volátiles del cielo y todos los seres que se mueven sobre la tierra; llenadla y sojuzgadla.* De la mujer dijo el mismo Creador de todas las cosas que debe ser *ayuda del marido*. Por tanto, el señor de toda la casa es el marido, sin provocación, sin querella, pero con mayor autoridad y derecho en todo cuanto atañe al régimen doméstico y familiar, análogamente a los que tiene el rey sobre su reino. La esposa es como la gobernadora de todos los demás, pero bajo la autoridad del marido. Existen en la casa determinadas cosas que caen específicamente bajo el derecho y la autoridad del varón, sobre las cuales sería torpeza, y aun delito, que la mujer resolviese nada sin conocimiento del marido, como, por ejemplo, sobre la admisión de un huésped, la colocación de una hija. Pero las hay otras acerca de las cuales el marido delega todo su derecho a su honrada mujer, como sobre la servidumbre femenina, sobre la cocina y casi la totalidad de su ajuar.

Y aún hay otras cosas en cierto modo intermedias, como cuando tienen que venderse determinados efectos sobrantes de los enseres domésticos o se han de comprar otros necesarios, los cuales, conforme es la ingeniosidad de la mujer y su probada fidelidad administrativa, conviene que sean dejadas en su mano. Hay mujer de quien yo tomaría consejo y de buena gana la dejaría disponer a su arbitrio y según su buen juicio las cosas de la mayor importancia, por su probada honradez y su capacidad y sentido práctico. Y la hay a quien no confiaría la cosa más baladí, bien por su falta de probidad o por su bobería.

Demás de esto, las costumbres varían según las regiones y se diferencian enormemente. Pomponio Mela, que describió el mundo, nos cuenta que las mujeres en Egipto acostumbraron ejercer sus profesiones fuera de casa, a saber: van al mercado y a los negocios, y los varones, en cambio, hacen en casa sus faenas y cuidan del régimen doméstico. Dice además que las mujeres ponen las cargas en sus hombros y los varones encima de sus cabezas. En Holanda las mujeres practican el comercio y los varones beben cerveza. Estas costumbres no merecen mi aprobación ni son atinentes a la Naturaleza, que a todos los varones atribuyó espíritu generoso, elevado, diligente, trabajador, para desplegar sus actividades fuera del recinto doméstico y acarrear conveniencias a la mujer y la familia, para gobernar a las mujeres, a los hijos y a los criados. Y a las hembras, al contrario, les dió espíritu medroso, guardoso, apocado, para que estén sometidas a sus maridos y conserven lo por ellos buscado y granjeado. Acuérdense los maridos de que son varones. Por eso, en los varones parece bien el pecho varonil, esto es, recio, alto, no solamente proporcionado a su misión, sino aun superior a ella. Y la Naturaleza no solamente atribuyó a los varones facultad e instrumento adecuado a esa facultad, para trabajos mayores, sino que, para llevar adelante estos empeños, los invitó y los condicionó con los medios conducentes; y porque

pudiesen cumplimentarlos con mayor holgura, libróles de los trabajos y molestias del otro sexo: del achaque menstrual, del embarazo, del parto y de la lactancia; oficios todos éstos trabajosos, que la mujer soporta sentada en casa, ciertamente, pero con tanta depresión física y moral, que no puede menearse. ¡Valiente faena que el varón, con toda su fuerza y su soltura expeditiva, busque fuera de casa lo que necesitan la casa y la mujer! Por ende, aviva el seso y ejercita todos tus recursos físicos y morales porque no falte nada a tu esposa y a tu familia. De este modo te será fácil contener a cada cual en su deber. ¿Qué marido tan fiero hay y tan pecho de diamante que, pudiendo con aquel trabajo subvenir a su esposa, podrá sufrir verla carecer de las cosas necesarias para la vida? Es más: faltaría a su recto y honrado deber si, aun a costa de su sangre, no se desvelase por el bienestar de su esposa.

De ahí puédese colegir cuán miserables y abyectos son aquellos maridos que quitan a sus esposas unos dineros que se juegan a los naipes o se tragan en glotonerías. Este caso es de todo punto imposible verlo en ninguna especie de animales, a saber: que el macho no solamente falte a su hembra, sino que sustraiga de su alimento y comodidades todo cuanto pueda. Los hombres que tal hacen, por su malicia, por su degenerada pequeñez de alma, son inferiores a las bestias. ¿Qué diferencia existe entre las bestias y ellos, que nada tienen de humano, sino el rostro? Hubo antiguamente en la Grecia una estancia en las casas que se llamaba *Andronitis*, donde se reunían hombres solos, con exclusión de toda mujer, y otra, llamada *Gineconitis*, donde estaban las mujeres, con exclusión de todo varón, y otra, llamada *Partenón*, donde estaban las doncellas. Todas las demás estancias eran comunes. Nosotros no tenemos tales departamentos, aun cuando la cocina es lugar más indicado para la mujer que para el marido, en la cual la mujer es reina absoluta, señera y sola. Pero de tal manera, que ella ponga mano en los guisos cuando se aderezan, no contentándose con dar órdenes y salir luego de ella. Revise y reconozca con frecuencia la casa y el ajuar, para remendar lo gastado y lo roto, y si alguna cosa hace falta, signifíquelo al marido oportunamente; alterne con sus hijos y con las criadas; con los criados no tenga mucha comunicación, ni tú tampoco la tendrás con sus criadas. No permitirás que esté ociosa sentada en casa. *La mujer*—dice Publio Siro—, *cuando piensa a solas, piensa mal.* Se ejercitará en alguna ocupación, no tan delicada y primorosa como útil, aun cuando fueres rico, porque no hay cosa más voluble y tornadiza que la fortuna, aun siendo brillante y firmemente asentada. Añádese a esto que aquello que tiene alguna utilidad práctica interesa y ocupa más el pensamiento de quien lo hace y no permite fácilmente desvíos y distracciones y acapara más y más la atención. Mas, al exigir a la mujer algún trabajo, hase de tener cuenta con su salud y disposición física, pues ni has de permitir que dé paz a su mano, ni la apremiarás con tal urgencia que aflijas su salud, especialmente cuando la Naturaleza la tiene ocupada en sus achaques de mujer, que sufre con harta frecuencia: en las molestias de la menstruación, en el preñado, en el parto, cuando es reciente. Ni permitirás que sea retozona. ¿Qué cosa buena puede pensar cuando retoza? La mujer de por sí es un animal inclinado al placer en dema-

sía. La casa sea para ella tan ancha y holgada como la mayor de las ciudades, de modo que salga raras veces y que le parezca que va a emprender una peregrinación a Tierra Santa, Roma o Santiago todas las veces que tuviese que sacar el pie afuera. Irá exclusivamente a aquellos sitios donde no puede excusarse de ir; ni se busque afines, parientes, amigos, quiero decir ocasiones de andar de acá para allá. San Pablo señala para su deshonra a su discípulo Timoteo a *aquellas viudas que vagan ociosamente de casa ajena en casa ajena,* de donde nace la ociosidad y el garlar insulso y muchos otros géneros de vicio. San Pablo nos avisa que *estas viudas deben esquivarse.* En los templos lo que cuenta es la piedad, no la frecuencia ni las funciones concurridas. Ocasión grande de pecado hay donde se ora piadosamente. Ojalá cundiese por doquiera la costumbre que hay en esta Bélgica, a saber: que todas las mujeres saliesen de casa con la cabeza cubierta, pero no envuelta toda en el velo, por manera que no puedan ser reconocidas por los que las miran con el mayor interés, mientras que ellas no dejan de ver a ninguno y pueden contemplarlo a placer; pero sí con tal modestia, que no estén expuestas a las miradas de todos ni ellas puedan mirar a los otros sino de frente y a alguna distancia, sin volver francamente la cabeza. Ni conviene que salga sola ni demasiado acompañada. Esto último es perjudicial, por el gasto que supone y por el fausto que ella desea ostentar con aquel cortejo de honor. Acompáñenla aquellos que honren su dignidad matronal, pero que no pongan mancilla o sospecha alguna en sus costumbres, que son la gala y el decoro del matrimonio.

CAPITULO V

DE PUERTAS AFUERA

No deja de ser cierto que en la sociedad y en la humana convivencia los unos contaminamos a los otros, como ocurre con las frutas o con el ganado, deslizándose primeramente el contagio poco a poco de los unos a los otros y cundiendo luego a sus anchas y calando todos los sentidos lleva la corrupción al alma: por los oídos, con las palabras; por los ojos, con las acciones y con el mal ejemplo de las acciones. Por esto el sacro y real Profeta nos avisa que *andemos con el santo y el inocente y evitemos la nociva camaradería del impío.* De ahí que si es cosa que esté en tu mano, tienes que escoger para vivir una ciudad seria y morigerada en donde estén reducidos al mínimo los corruptores y los corrompidos; y si no pudieres escoger una ciudad así, procura que sea así tu vecindad, y en último término los que se llegan a tu casa. Hartas veces son introducidos como amigos y se conducen como enemigos, y por eso mismo dañan más cruelmente cuanto mayor es la bondad con que se los distingue. Abusan de la pureza de la amistad para la bellaquería. Es menester una previa exploración de la conducta de los amigos y de los conocidos porque no introduzcan la maldad en tu casa; luego el concepto en que son tenídos porque no dejen mancilla ni oprobio en la casa donde entraron; cual fué Sergio Catilina, según testimonio de Marco y de Quinto Cicerón; el cual, con sólo entrar en cualquiera casa, dejaba en ella un rastro de deshonra y de ignominia, aun cuando no hubiera habido culpa.

Para esa amistad que constituye el matrimonio no vale aquel aforis-

mo pitagórico que son comunes todas las cosas de los amigos y aun todos los mismos amigos. Hablamos de la amistad corriente, pues la otra, perfecta y absoluta, raras veces se cultivó entre los hombres; la cual, si existiese, no habría nadie que guardase con mayor respeto la madre de cuyas entrañas nació, como la esposa de su amigo; ni el recíproco amor de los amigos serviría para la contaminación y deshonra, sino para la guarda de la castidad conyugal y de todas las restantes virtudes. ¿Qué amistad es esa que empeora la condición de aquel a quien amas?

Y también hay que parar mientes en quiénes son los parientes y deudos de tu esposa: de qué carácter, de qué costumbres. Los oídos deben conservarse puros. Hierón de Siracusa impuso una fuerte multa de dinero a un poeta porque recitó un poema erótico a oídos de su mujer. Los hay que están creídos que las conversaciones escabrosas son la flor de la urbanidad y que quien no se huelga con ellas es un hombre absurdo de una aldeana severidad. Y, en su disculpa, citan aquel adagio sacado de la hez: *Todo es sano para los sanos*. Pues es de saber que San Pablo, escribiendo a los Corintios, teniendo que aducir un verso de Menandro, como saliendo el encuentro de la perezosa opinión de esos tales, empieza por decir: *No os queráis engañar; apolillan las buenas costumbres las pláticas malas*. Nos contagiamos con sucias y torpes palabras que, por el oído se adentran hasta el alma; nos contagiamos con hechos y pinturas obscenas, por medio de los ojos que impresionaron el alma, de manera que no sin razón señala Aristóteles una sanción pública para aquellos pintores que proponen a los ojos de la multitud escenas que inflaman más aún el deseo carnal, que de suyo arde ya demasiado. ¡Qué eclipse de buen seso padecen los maridos que compran esas tablas y esos lienzos y los cuelgan, encima del lecho matrimonial, en las propias cámaras nupciales!

Reproche igual merecen aquellos maridos que en presencia de sus hijas y de sus esposas no tienen reparo en vomitar expresiones sucísimas. En ello no hacen más que demostrar su liviandad y su mentecatez, y que dentro de su pecho, en lugar de corazón, tienen una úlcera maloliente, de la cual mana tanto pus hediondo. Ni admitas en tu casa tertulias de jóvenes, donde se organizan bailes, juegos, meriendas y otras disipaciones que perjudican la bolsa y no contribuyen al buen nombre, enemigas de la doméstica quietud, polilla de la castidad, y finalmente, y es esto lo principal, aborrecibles a Dios. Esto ni lo sufras en tu casa, ni lo apruebes en la ajena, ni conduzcas allá a tu mujer ni a tus hijas; no lleves la estopa al fuego. Y puesto que, como dijimos, ninguna otra cosa se ha de fomentar ni aumentar en la mujer tanto como el pudor, de donde le viene el nombre a la pudicicia, allí debe guardarse principalmente donde haya quienes le merezcan respeto y de quienes tema que tengan mala fama. Tales son, en primer lugar, aquellas que él tiene por las más honradas del mundo; luego, los amigos, los parientes, los conocidos y aquellas a quienes trató desde la niñez, siempre que sean buenas, puesto que no hay cosa más perniciosa que las malas. Aprenda a tener en mucha estima a la fama, y temer la mala y gozarse con la buena: *No es asaz casta*—dice aquel Declamador—*aquella mujer de quien*

se piden noticias. Y dice otro de la misma escuela: *Aquella mujer que puede no temer la opinión de adulterio, no puede temer el adulterio.*

Gran fuerza tiene en el espíritu generoso la estimación que se tiene de él; así como al ruin, al abyecto, no se le da cosa en su buen nombre y del concepto en que se le tiene, porque no sufre aspirar allá donde desespera de llegar. Así que la alabanza no le enciende ni mueve a hechos egregios, de forma que si por alguna eventualidad la consiguió, contento y orondo con ella, como con un premio de lotería, retrocede inmediatamente. En cambio, el espíritu elevado y magnánimo, a guisa de la llama, toma bríos con aquel viento, y cuanto más se cree ser tenido por mejor tanto más se esfuerza por ser en realidad lo que parece: en un espíritu combativo, por el amor de la gloria; en un espíritu perfecto, por el amor del ejemplo y de la virtud. Por eso hay que soplar en este fuego con el soplo tuyo y con el ajeno, con el silbido, porque arda así como es menester.

Provechoso será al marido conocer la costumbre de Eubulo, el famoso gimnasta: Habiendo entrado en su gimnasio un mancebo llamado Acetes, Eubulo le componía inmediatamente al estilo del atleta Asbilo Crotoniata, que había ganado el campeonato; mas a aquellos que, bien en la carrera, bien en la lucha, o en cualquiera otra manera de combate, o habían caído cobardemente, o criminalmente habían hecho a otro zancadilla, o se habían agarrado con él, o habían hecho uso de cualquiera otra añagaza antirreglamentaria y que lo había visto el mismo Acetes o lo había oído, de forma que era imposible el disimulo, llenábales de denuestos y baldones el maestro del gimnasio, por desviar al mancebo de la tentación de imitarlos y porque supiese que asistía a una escuela donde ni se podía recomendar una cosa mal hecha ni podía quedar oculta siendo tantos los espectadores; y que la descalificación era lo que le esperaba a quienquiera faltase a las reglas del juego pulcro. A los demás que acostumbraban acudir a su escuela, Eubulo los alababa con grandes encarecimientos para aguzar su destreza y acuciar la diligencia de su joven discípulo, porque de aquella manera se aficionase a oír su elogio y se avergonzase de su pereza y cobardía, siendo mirado por los ojos de tantos luchadores fuertes.

Muy bien, y según el sentir de la Naturaleza, dice aquel famoso Héctor en el poema de Nevio: *Alégrome, padre mío, de ser alabado por ti, héroe alabado.* Al ateniense Temístocles no le dejaban dormir los trofeos de Milcíades. Ni Aquiles hiciera tan grande caudal de la gloria militar si no hubiese tenido más testigo y árbitro de su valentía que Tersites. Pero le aguijaban como espuelas Ayax, Diómedes, Ulises, Néstor y los hijos de Atreo y Héctor, su enemigo, quien no había de desaprovechar la ocasión de hacerle daño si él hubiera aflojado un punto en sus fuerzas y en su pugnacidad ardiente. Y no era aquello ciertamente un liviano aguijón: *¡Ay compañeros! ¡Qué grande duelo sentirá la Grecia! ¡Y gozará la casa de Príamo y la juventud de Troya!*

Con los otros has de tratar con suma circunspección de tu esposa. Más que nada, debe el marido recatar en el más secreto de los misterios las intimidades del matrimonio, a las cuales nadie sino tú puede acercarse sin que te ganes nota de

mentecatez y te crees enemistades en tu casa. Ejemplo vivo de ello es Candaules, rey de Lidia. En las Sagradas Letras léese el encomio de la perfecta casada, y en él, demás de otras cosas, se dice: *Y su marido la alabó.* Esto recomendólo con sus elogios el marido. ¿Qué alabanza puede haber más abundante y magnífica para la buena casada? Es la mayor que se le puede tributar y que debe valer para ella tanto como una nutrida ovación en el teatro más abarrotado. Peligrosa es siempre la alabanza de la mujer hecha por su propio marido, pues o ha de cargar con la sospecha de bobería y de ligereza y que los mal pensados digan que saca a la venta a su mujer, puesto que la encomia, o que aquellas dotes, sobre las cuales los celos no tienen jurisdicción y que más debieran reprimir que excitar los malos deseos ajenos, hartas veces animan a los caracteres depravados e intentar su corrupción, bien así como las virtudes de Lucrecia a Sexto Tarquinio. No faltan quienes son de tan torcidas y perversas intenciones que desean con el máximo encendimiento aquello mismo de que debieran abstenerse en grado sumo y de lo cual les alejan todo derecho y equidad, que parece que se enardecen por lo mismo que les es menos lícito. Con grandísima penetración se percataron de ello aquellos sabios que dijeron que lo más seguro era *que no fuese conocida la mujer.* Hanse de remover todas las ocasiones de pecado, todos los asideros del delito. Nuestro Señor Jesucristo exhorta a los suyos, a hombres y a mujeres, indistintamente, que con muchas y encarecidas súplicas pidan al Celestial Padre común *que no sean inducidos a tentación.*

CAPITULO VI

DE LOS ATAVÍOS

Dios cubrió a los primeros mortales, Adán y Eva, para apartar de los ojos todo lo que pudiera ser causa de vergüenza. Más tarde, la necesidad veló lo restante del cuerpo, según el temple del cielo: en unas regiones, para resguardo del frío, en otras, para reparo del calor. De ahí que en todas las ciudades y en todas las agrupaciones humanas añadióse algo para solaz de los ojos de los espectadores, de modo que anduvieran aliados el buen parecer y la necesidad. Mas el natural torcido de los hombres en toda cosa buscó honra y belleza: en lo bueno, en lo malo, en el luto, en la propia ignominia, convirtiendo aquello que inicialmente fué concesión a la vergüenza y a la necesidad en motivo de honra y de gloria. Por eso no reconoce límites el lujo, especialmente en aquellos que se afanan por hacer su atuendo más honrado que su propia persona, como son la más parte de las mujeres y no pocos hombres. Con mucha razón el filósofo, fuere quien fuere, dijo a aquel fulano que andaba engreído con las galas de su indumento: *¿No acabarás nunca de apropiarte el mérito de la oveja?* Aristóteles, en sus obras políticas, introduce a un magistrado, *gineconomon,* cuyo cometido consiste en cerciorarse que el aderezo mujeril no excede la medida del buen gusto o es poco congruente con su edad y su condición social. Tenían los romanos sus leyes suntuarias, con las cuales se acudía al remedio de ese mal. Ahora no existen tales leyes ni tales funcionarios. A cada cual le es lícito todo cuanto está a su alcance; o, mejor dicho, todo cuan-

to está a su alcance le es lícito, no por las leyes o por equidad y bondad, sino según sus posibilidades. Por todo esto, parece bien que cada cual se erija en su casa en ley y en funcionario para ese menester, para la conveniencia privada y para el buen ejemplo público. Lo primero que tiene el marido que reflexionar es que su mujer no tiene otros ojos para los cuales se adorne, sino los de su marido: *La mujer del ciego, ¿para quién se afeita?*, dice el proverbio vulgar. Con razón mandaba el legislador de los lacedemonios: *Que las doncellas saliesen de casa con el rostro descubierto, porque buscaban marido;* empero las casadas con el rostro cubierto, porque ya lo tenían. Enloquecido está aquel marido a quien puede agradarle su mujer sino compuesta y engalanada. Las virtudes son lo que le deben tener prendado, no el corpiño ni el collar, ni aun su cutis nativo. ¡Cuánto menos la sórdida pintura y los cosméticos nauseabundos! Si éstos te complacieren, cuando mirarás su rostro natural, te dará ascos. Esta afirmación está bien para tu amigada, pero no para tu esposa, pues con ello demuestras querer que se te excite la sensualidad y que no es la interioridad lo que te enamora. Y de cualquiera manera vaya vestida tu esposa, te agrada, puesto que tal es el alma, tal es el cuerpo, ¿a qué viene un tocado tan prolijo, tan molesto, tan peligroso, tan perjudicial? Las mujeres bien aderezadas y compuestas huelgan de salir y de ser miradas; ése y no otro es el fruto de aquel gasto y de aquel cuidado tan grande. Y el hombre que la ve siéntese solicitado a desear aquella hermosura realzada, aliñada, alcahueteada por el atavío.

Tú vigila con la más despierta de las diligencias y no consientas que tu mujer sea la inventora e introductora de moda alguna nueva ni en su vivir ni en su vestir, por la cual sea conocida en la ciudad. Menos se advierte lo acostumbrado. Pero ya en su casa, no ponen la mano en lo que les importa; evitan con todo melindre la cocina y aun todo otro lugar donde haya la más pequeña suciedad; y casi nunca se mueven del mismo lugar, especialmente si está terso y lucido, por no mancharse el vestido o porque no se descomponga nada de aquel artificio que montaron con tanta afición y cuidado, de donde nace aquella vanísima ocupación: que no haya el más leve desarreglo. Así que son las esclavas de su tocado, consagradas todo el santo día a conservarlo intacto, olvidadas o ajenas de cualquiera otra ocupación. ¿Y qué diré? ¿Cuánta soberbia se origina de aquí? Cuanto más aderezada sale, tanto más desprecia a las otras, creyéndose superior; y deslizándose y gateando el despecho de las más humildes, enciende la ciudad toda en envidia y en odios mutuos. Lo cual, hartas veces, envolvió a los pueblos en rivalidades enconadas, como en tiempo de nuestros padres aconteció en Barcelona, ciudad de Cataluña, en España, cuando las esposas de los mercaderes, en sazón de estar en su mayor auge y florecimiento el comercio con Alejandría, eclipsaban en lujo y suntuosidad de aderezos a las damas de la más empinada nobleza. Y no hay tasa ni medida en ese desenfreno, pues de día en día se irrita más y más a sí mismo este lujo furioso, bien por su propio natural, bien por emulación insana. A esto se añade que una cosa nace de la otra, como lo cuenta la mitología del dragón de Lerna; el vestido precioso pide haldas decentes y cintas que no desdigan;

el halda y las cintas exigen un collar congruente y una bufanda de pieles peregrinas; y el collar y la bufanda quieren ricas manillas y manguitos finos; los brazos vestidos así no permiten que las manos estén desnudas, ni que se cubran con unos guantes cualesquiera, sino perfumados de ungüentos preciosos con aplicaciones de oro. Alléganse los pendientes y sartales de perlas, y puesto que otras muchas mujeres los tendrán de la misma materia, iráse en busca de un arte primoroso que supere el valor material, y todo ello es ocasión de gasto, pues creen que no de otra manera pueden dar fe de sus muchas riquezas. En eso del lujo ocurre lo mismo que en la redacción de los instrumentos de contratos y de pactos, los cuales, cuando se hacían con sencillez y se atendía preferentemente a la equidad y buena fe, bastaban dos palabras; mas así que tuvo que salirse al paso a mil astucias, abriéronse millares de rendijas, a taponar las cuales ya no hay ingenio ni palabras que valgan. De la misma manera, el atavío simple conténtase consigo mismo; en cambio, el excesivo y curioso, no tiene fin ni medida. Gravemente pecan los ciudadanos opulentos que permiten a sus mujeres toda cuanta extralimitación se les antoja, pues introducen una moda que muchas otras mujeres que tienen muchas menos posibilidades, o simplemente no tienen ninguna, no dudan un punto en adoptar y retener. Hasta tal punto piensan ser cosa torpe que se las venza en el lujo; serlo en la fidelidad, en la diligencia, en la pudicicia, piensan que no lo es. Ni hay ninguna que mire lo que puede ella, sino lo que hacen las otras. Así que en determinadas ciudades, donde todo está permitido a todos, son muchas las que no tienen reparo en satisfacer a costa de la honestidad la pasión de su ornato personal. Pero las más ricas, cuando ven que las de posición más modesta aspiran a su grandeza, para librarse de aquella insoportable igualdad se empinan y se engallan más; y de esa manera, en ese certamen de ostentación de fuerzas, revientan las unas y las otras, y toda aquella fuerza, como se dice en la comedia, se resuelve en viento.

Hállanse en Tito Livio, en la defensa de la ley Apia, unas palabras tocantes a este punto, atribuídas a le persona y a la autoridad de Catón, siendo cónsul, las cuales, por la grave doctrina que encierran, vale la pena que se conozcan. Dice: *Yo, por mi parte, no puedo tocar la causa ni el motivo de algunas concupiscencias, pues aquello de que lo que es lícito a otro no te lo sea a ti, traiga consigo, por ventura, algo de natural vergüenza o indignación. Así, igualado el porte y aderezo de todas, ¿qué recela cada una de vosotras que no sea visto en ella? Pésima es la vergüenza de la economía o de la pobreza; pero la ley os quita la una y la otra, cuando no tenéis aquello que no os es lícito tener. Yo no me avengo a esa igualdad, dice aquella dama rica. ¿Por qué no se me mira a mí, cargada de oro y púrpura? ¿Por qué la pobreza de las otras está escondida bajo esta apariencia de ley, de modo que parezca que lo que no pueden tener lo tendrían si les estuviese permitido? ¿Queréis, quirites, arrojar a vuestras esposas a esa competencia? ¿Que las ricas quieran tener aquello que ninguna otra mujer puede; y que las pobres, porque por eso mismo no se las menosprecie, se extiendan más allá de sus posibilidades? ¿A fin de que, cuando*

comenzare a dar vergüenza lo que no conviene, lo que conviene no la cause? Aquella que de lo suyo podrá, lo granjeará; aquella que no podrá, lo pedirá a su marido. Marido infeliz aquel que será rogado y aquel que no será rogado, cuando verá que lo que él no dió lo ha dado otro. Esto dice Catón en Tito Livio.

Añade, a todo esto que dije, cuánta sea, en medio de tantas exigencias, la agobiante y miserable necesidad de los maridos que no por tener de donde proveer a tanto dispendio no dudan en apelar a muchas y muy variadas artes de hacer dinero, muy molestas, tediosas y trabajosas las unas; las otras, llenas de odiosidad, y las otras, en fin, no sin peligro, francamente torcidas y malas. Esos maridos son los que no usan de sus esposas, sino que como lo tiene prohibido San Pablo, abusan de ellas. Esas mujeres no sienten para con su marido otro afecto que el que el diligente padre de familia, afanoso de allegar caudal, siente para con su procurador o mayordomo diligente y honrado, viendo cómo su fortuna y sus fincas son administradas con una pulcritud ejemplar que les procura mejoras y acrecentamientos. Al marido de la mujer gastadora y lujosa no le ama ésta por él mismo, sino por sus provechos y comodidades, de tal modo, que piensan no tener en sus maridos más que unos recaudadores activos, en cuya diligencia y laboriosidad confiadas, como también en las riquezas adquiridas, ellas vivan en el ocio, y en el regalo, y en el lujo, insolentes en medio de esa provocadora abundancia. Mas si la fortuna cambia de cuadrante, suprimido el provecho, es decir, el nudo de amor, aquel afecto, ora se disuelve, o se enfría y disminuye harto notablemente.

Tú, si fueres cuerdo, procederás muy de otra manera. Recordarás que tú no naciste por causa de la mujer, sino la mujer por causa tuya. Así que la acostumbrarás a servir y a servirte y a ponerse en un plan que sepa que es auxiliar tuyo en tus trabajos y copartícipe tuya, pero no señora tuya ociosa; recabarás para ti el gobierno total, no para ella. Su decoro, su honestidad, su gloria verdadera y sólida serán objeto de tu más vivo cuidado, como los tuyos lo serán de ella, en lo cual, sin excepción alguna, sois unos. En cambio, harás escarnio y mofa y repudio de los deleites, de los regalos, del decoro huero y mentido, y pensarás que no has de hacer más caso de esas cosas que de los antojos ridículos de los niños que comporta consigo aquella edad. De este modo obedecerás el consejo del santo Apóstol, que manda que, en medio de ese correr tan arrebatado y rapaz del tiempo, tengamos esposas como si no las tuviéremos, y de tal manera usemos de ellas, que no abusemos.

Por todo esto, vestirás a tu mujer y a ti de tal modo, que, a la vez, satisfagas las necesidades de la Naturaleza y los ojos de los que os miren, conservando siempre tu dignidad. Y ésa será la diferencia: tú vestirás como parece bien en un varón, con simplicidad y con desafectada elegancia, y tu mujer con algo más de cuidado y aliño. Así como el lujo desdice de uno y otro sexo, así el aseo y la limpieza convienen a las mujeres. Al natural se le ha de hacer fuerza no más hasta el punto que tú esperes cambiarlo. Aficionado a cosméticos, a mejunjes y adobos es el sexo femenino; hay que cercenar su inmoderada propensión al lujo. No pueden descuajarse radicalmente las pasiones naturales ni has de entablar con ella

una lucha deslucida y condenada al fracaso. Harto será que ella esté bien formada, de manera que en su atavío personal no mire tanto al precio o la novedad o siga las minuciosas elegancias, como evite el desaseo. Y condúzcase de tal manera, que ni pueda ser asqueada, ni pueda ser reprochada. Más se recomienda a la vista y al juicio de todos un traje moderado y agradable, decorado de seriedad y aseo, que el vestido suntuoso y llamativo. El que viste con sobrada suntuosidad y elegancia acaso algunos le tomen por rico; pero con mayor seguridad le tendrán por pretencioso y vano. Quien viste sencillamente, aun cuando se viere que pagó su tributo a la necesidad, tendránle por varón cuerdo y bueno. En la mujer, aquel pensar y cuidar exquisitamente de su compostura arguye vanidad espiritual y quita toda autoridad a las virtudes matronales que acaso pueda tener y no aumenta la consideración de su hermosura. Pero de la hermosura para los ojos ajenos no debe ya tener cuidado ninguno la mujer casada. ¡Cuánto es indicio más cierto de la pudicicia y limpieza de corazón el atavío honesto y simple! Y más evidentemente aún lo es si no ignoran los que la ven que ella prefiere engalanarse más con la prudencia que con el oro y con la plata; con la seriedad, con la fidelidad, con la diligencia en la casa, con la educación de los hijos, que con perlas, con holanda y con brocados. Y no hay ninguno que no respete más a una madre de familia así, que estotras damas rutilantes, compuestas y cargadas de perifollos. ¿A quién no imponía más la majestad de Cornelia, la madre de los Gracos, pobre de oro y pedrería, que aquella dama de la Campania, huéspeda suya, que abundaba de una cosa y otra? Nadie me objete: hay que hacer alguna concesión a los ojos de los que nos miran. Repara que así se les concede mucho más.

El ornato simple, de aparejo fácil, modesto, serio, habla muy alto de la disciplina pura e incorrupta que reina en la casa. A los de poca posición recomiéndoles la parsimonia en el vestir y aquel como aviso de su pobreza y moderación de que no se ignoran a sí mismos, lo cual, en todo caso, es muy fea cosa. Todos sienten aversión por el pobre vestido pretenciosamente, pues en la ciudad se conocen todos y todos saben con relativa exactitud lo que tiene cada cual y a qué puede alargarse. Y así es que tienen por orgullosa e insolente a la mujer pobre y tienen por loco e infeliz a su marido, que se presta a servir la necedad de su esposa. En cambio, alábase a los ricos de su moderación y del uso templado que hacen de sus riquezas, que no les han comunicado fueros ni bríos ni hacen arrogante ostentación de sus riquezas o del buen ejemplo que dan. Las virtudes son el más lindo aderezo del vestido. El hombre es honrado por lo que es él, no por los tufos y copetes que se pone.

¿Y qué más diré sino que el prescindir de todo fausto corrobora el crédito a los mercaderes y a todos aquellos cuya fortuna cuelga de la ninguna seriedad de la fortuna tornadiza, y granjea el afecto y la adhesión ciudadana a los nobles y a los primates de la ciudad? No hay obra más cristiana que aliviar las necesidades de los pobres con aquellas superfluidades que habían de despilfarrarse en curiosidades y exquisiteces del vestido, y no mantener cerrado en los arcones aquello que sería suficiente ajuar para doncellas casaderas menesterosas. De

boca del Maestro de la Sabiduría y Autor de nuestra salud hemos oído estas palabras: *El que tuviere dos túnicas, dé una a quien no tiene ninguna.* Y si alguno es de espíritu tan apocado y enteco que todo aquello que diere, por baladí que fuere, no tanto lo sea a los ojos de los espectadores, sino a los suyos propios, es decir, a los de la opinión de la necedad suya, ése, al menos, no malgaste sus dineros en la adquisición de aquellos objetos que se gastan fácilmente, como sedas, holandas o en lanas caras y finísimas, o de aquellos artículos que tan pronto como pasaron a poder del comprador pierden la mayor parte de su precio, como son joyas, oro o plata labrada con sumo primor, por manera que la mano de obra iguale a la materia, por subido que sea su valor, y aun a veces lo supere. Sea ello preferentemente oro o plata labrados discretamente. Y persuádase la mujer que tuviere esa orfebrería que no tanto la posee como que la tiene en custodia, reserva eventual para futuras y posibles necesidades si el caso se presentase. Estas alhajas, a la vez que decoran, no despiertan envidia ninguna; acusan riqueza y aumentan y conservan el crédito fiduciario, si fuere menester. De puertas adentro vista la mujer sencillamente y por andar por casa, como se dice, para estar más expedita para todos los quehaceres domésticos.

CAPITULO VII

EN AUSENCIA DEL MARIDO

Debiera cada cual, así que resolvió tomar estado, organizar su vida de tal modo que tuviera que viajar lo menos posible. Dice un proverbio viejo que *ninguna cosa engorda tanto al caballo y fecunda el campo como el ojo del dueño.* Así también, con la presencia del señor, todo en casa va como una seda. Y según la expresión gráfica de Catón: *La frente esté delante del colodrillo.* Pero puesto que todo lo que tiene que suceder no discurre a tenor de los consejos y de los deseos de los hombres, en ausentándote, procura que parezca que es por el menor tiempo posible. No será del todo inútil que dejes en casa a una persona fiada, a quien des órdenes para la buena marcha de tu casa, la cual, si falta, que no falte, invirtiendo el dicho del Cómico: *Lo que no sabes, sábelo.* Jamás por jamás, y especialmente mientras anduvieres de viaje, dejes en tu casa a quien la manche y la deshonre con algún hecho ignominioso. No toleres en ella a nadie que no esté penetrado del temor de Dios. No hay maldad a la cual no se atreva, o por el aliciente de un galardón inmediato, o por alguna esperanza más o menos lejana, quien no reverencia a Dios como es debido. Cuando te ausentares deja en tu casa hombres, no muchos, de muy acendrada fidelidad, ocupados en alguna profesión honesta; no ociosos, no vagabundos, no alfeñicados, no sospechosamente filarmónicos. En la ausencia del magistrado las leyes tienen menos fuerza. Aquel ocio e inercia engendran los peores pensamientos, y esos desocupados y desidiosos son carcoma cierta de todo nombre honrado. Ni haya doncellas en tu casa, sino de castidad y vergüenza probadas, que mantengan escasísimas relaciones y familiaridad con el vecindario. El mismo vigilante celo debe desplegarse para con todas aquellas personas que frecuenten la casa; sean bien conocidas y exploradas

del cabeza de familia. Encomienda y confía tu casa a un pariente o a un amigo muy íntimo, hombre o mujer, cuya lealtad tengas probada, y que sea de tal autoridad, que merezca el respeto espontáneo de tu mujer y de la casa toda.

CAPITULO VIII

DE LA REPRENSIÓN Y EL CASTIGO

El vicio de la esposa—dice Marco Varrón—*hay que soportarlo o eliminarlo.* Y puesto que no es posible eliminarlo, es fuerza que se le soporte. Pero esto es difícil. Lo preferible es no cejar y esforzarnos con todo tacto y energía por enmendarlo y corregirlo, porque no se realice aquello que dice Publio Siro, el Mimo: *Soportando los vicios del amigo, los haces tuyos.* Sepa el cabeza de familia que está colocado en una atalaya desde donde ve todo cuanto se acerca a la casa, para salirle al encuentro y alejar todo lo que pueda perjudicar al buen gobierno y administración de la casa, al buen nombre de su mujer o al suyo propio. Pero no ha de ser tan suspicaz esta continua alarma, que se forje quimeras acerca de la honradez de su esposa, y por vanas aprensiones promueva tragedias truculentas, como acontece con los perros molosos que muchos mantienen para guardar las casas, los cuales, sufriendo pesadillas de terror, se ponen a ladrar sobresaltados, despiertan a toda la familia y les hacen recorrer tumultuosamente todas las habitaciones, hasta que, por fin, el perro que dió la falsa alarma es bastoneado por la indignada servidumbre. Con tales suspicacias no consigues más que atormentarte interiormente con esos cuidados y ansiedades. No las hay más acerbas que las que tú mismo te procuraste con tu propia mano y que hacen que, fuera de casa, seas fábula del pueblo, y con risas y con mofas expíes tu ligereza y aun, a veces, tu crueldad. Es bueno por parte del marido alejar a la esposa de toda ocasión de pecar. Yo no condeno que te muestres despierto y receloso para con ella si todavía no la tienes perfectamente conocida. Por lo que toca a la pasión de los celos, no veo yo para qué sirven si no es para que te atormentes y te metas por tu propia voluntad en ese infierno, que a ninguna otra cosa es comparable en esta vida. ¿Y qué? ¿No guardas, por ventura, con toda diligencia la copa o el búcaro de cristal y no educas a tu hijo con desvelo y con ansia y le apartas de los vicios sin el más leve asomo de pasión celosa? ¿Por qué no haces esto mismo en la tutela de la castidad y de la honradez de tu mujer? Y no des crédito en negocio de tanta monta a las insinuaciones de quienes interpretan con maligna e inicua suspicacia la conducta más limpia y transparente, ni aun cuando fueren amigos tuyos, pero curiosos y crédulos en demasía.

Hubo antiguamente en Valencia un noble, Carrós de apellido, si no me equivoco, que estaba casado con una mujer fiel de verdad, pero no muy favorecida por la fama. Sus parientes y amigos recriminábanla con mucha frecuencia ante su marido. Este, de buenas a primeras, no echó aquellos avisos en saco roto; pero habiendo averiguado sin lugar a duda ser todo aquello cavilaciones vanas, no cesando ellos en la campaña calumniosa y hostigándole a que, usando de su derecho, la castigase gravemente, él, saliendo en defensa de la honradez de su mujer, les expuso todo cuanto había

descubierto y averiguado; viendo que las orejas de ellos estaban cerradas a toda exculpación y excusa, comprado que hubo un caballo de pura sangre, les rogó que salieran con él fuera de la ciudad para hacer prueba de él en el hipódromo que hay entre el palacio y la iglesia de la Santísima Trinidad. Allí recorrió tres o cuatro veces el espacio señalado para las carreras hípicas. Mirábanle los otros atentamente, y él les preguntó qué tal les parecía aquel caballo. Y mientras los unos le aprobaron sin ponerle tilde y los otros formulaban pequeños y tímidos reparos, requirió la espada que llevaba al lado izquierdo, y dijo con toda energía: *Yo os juro por Cristo y por todos los santos que la hundiré en el pecho de quien hablare mal de mi caballo o de mi mujer.* De esta manera cortó instantáneamente aquella campaña de insidias. Más tarde, puesto en claro todo el equívoco y convencidos todos de la inocencia de su esposa, aquel caballero valenciano fué tenido por hombre cuerdo y decidido.

El castigo y la reprensión han de enderezarse bien a la enmienda de aquel a quien se aplican o al escarmiento de los demás; no siendo así es venganza pura y una suerte de crueldad. Esto es lo que hacen quienes se embravecen y encarnizan y ceban en aquel con quien están airados, y aun le llegan a matar, diciendo que le castigan. ¡Lindo castigo ese de perder a uno! Muy razonablemente dice Séneca que *no hay hombre cuerdo que castigue porque se pecó, sino porque no se peque en adelante; lo pasado es irrevocable; lo que se puede prevenir es lo venidero.*

En el matrimonio hay tres géneros de faltas, y, por consiguiente, tres linajes de castigos congruentes. La primera, la más grande, la que supera toda otra clase de maldad, el adulterio, con el que la mujer se separa del marido y rompe violentamente y de una vez el vínculo de amor y de concordia conyugales, hasta tal punto, que Jesucristo declaró que había derecho para repudiar a la adúltera, mientras quiere que el marido retenga a su mujer aunque manchada por cualquier otro vicio ignominioso. A la adúltera, con permiso de la ley, se le aplica la pena máxima. El cirujano experto no se resuelve a amputar o a cauterizar si a ello no le obliga una apremiante y última necesidad, y eso después de haber ensayado sin resultado positivo todos los otros remedios. Y ni aun así procede a la operación sin antes haber hecho en sí prueba de los instrumentos y haber examinado si el enfermo está en las debidas condiciones, y sin estar tranquilo respecto de eso no da a entender que la enfermedad requiera aquella cura radical. Existen otras faltas harto leves, y hay entre el adulterio y estos pecadillos unas culpas intermedias. De éstas curan la reprensión y el castigo.

Lo primero de todo, una vez que escogiste y aceptaste la esposa, debes reflexionar muy concienzudamente que jamás en ningún mortal se delata en las primeras entrevistas aquello que se irá manifestando poco a poco, tras muchas experiencias y trato. No vayas tú a formarte de ello un gran concepto, de todo punto inmejorable, y como si en ella nada tuvieres ya que desear. Con esto conseguirías considerarte frustrado en tus apreciaciones y deseos, y doleríaste de ello como de una estafa y te afligirías a ti mismo. Piensa, pues, de tu mujer lo mismo que de cualquier hombre:

que, con el proceso del tiempo, vas a hallar menos de lo que el principio prometía, por manera que si *hallas algo mayor y mejor, téngaslo por pura ganancia*, como dijo aquel sabio. Demás de esto, será razón que consideres que el sexo femenino es de suyo débil y flaco, con un semillero de males en su parte física y con alborotos y tempestades frecuentes en su parte moral. ¡Qué molestia la de todos los meses cuando se purga aquella especie de sentina que es el útero! ¡Qué ascos le ocasiona el preñado! ¡Qué peligros los del parto y los del puerperio, de los cuales salen quebrantadas! ¡A cuántos azares y riesgos están expuestas, hasta el punto de parecer milagro puro el que haya alguna que viva y esté sana! Y todo el restante discurso de su vida, ¿qué es sino un continuo servicio del hombre? De doncellas sirven a sus padres; de casadas sirven al marido; de madres sirven a sus hijos. Y puesto que tienen menos reciedumbre y fuerza en su alma, su juicio es más débil y su instrucción más limitada y están menos enseñadas por la práctica y por la experiencia. ¿Quién tendrá el pecho tan de pedernal que no se compadezca de ese su ser y condición? Así que se ha de condescender con ellas en muchas cosas, y el más fuerte, que es el hombre, ha de soportar generosamente una criatura que es de sí tan flaca. *Parece bien*—dice San Pablo—*que vosotros, que sois los más robustos, sufráis con igualdad de alma la flaqueza de los más débiles.* Y si aquel sabio de Grecia, por no enfadarse demasiado con las faltas de sus amigos, acostumbraba pensar en sus adentros y decirse a sí mismo: *Ese amigo mío es hombre también, es decir, animal mudable, ocasionado a errores y a caídas*, ¡con cuánta mayor razón ha de pensarse esto de la mujer! La Naturaleza y la cortesía, de consuno, enseñan que los mozos han de dar la preferencia a los ancianos, los fuertes a los débiles, los derechos a los cojos. Si el sabio no soporta al necio, poco enaltecerá su propio nombre y excelencia y sus luces y su robustez mental. Esto mismo, allende de que lo predica la Naturaleza a voz en cuello, lo prescriben la costumbre, y la urbanidad, y la razón, y los avisos de la divina Sabiduría; aconséjanlo la paz y la quietud domésticas, a las cuales ni las más opulentas riquezas pueden compararse. ¡Cuántos trabajos y molestias arrostras, por tierra y por mar, para granjear algún dinero! Y dime: ¿para qué fin y para qué uso? Pues para pasar en tu casa, sabrosa y placentera, la vida con la bienandanza que allegaste. ¿Y no eres tú mismo quien en tu casa disimulas faltillas leves y te las tragas en silencio para conservar la paz, sin la cual ni tienen objeto las riquezas ni la vida misma tiene sabor? ¿Y qué amistad o unión podrás hallar en la que no tengas que soportar y disimular muchas faltas? En cuanto a las cosas que no te agradaren, mira y piensa si aquellos dichos y aquellos hechos proceden de flaqueza o de malicia. Así te será fácil determinar con toda exactitud qué manera de castigo será aplicable para el caso.

Mas, puesto que la reprensión es un género de medicina confeccionada con sustancias amargas y drásticas, que dan salud y purgan al cuerpo, no sin una cierta aversión y horror, no se ha de propinar sino cuando la necesidad lo aconseja. Ninguna otra cosa da tanta eficacia a la reprensión como la autoridad de quien la inflige. Y esta autoridad

se gana con el concepto de prudencia y de benevolencia de que goza el reprensor y consérvase con estas mismas cualidades. Pero lo que más vale en estos casos es el ejemplo, que hace que uno haga aquello mismo que manda. No existe reproche más claro y enérgico con que pueda reprenderse a los malos que la vida de los buenos, como dije más arriba. Si tú mismo, con la callada doctrina de tu ejemplo enseñas el camino de los vicios, ¿por qué te quejas de tener discípulos dóciles para aquellas enseñanzas que recibieron de ti? Aquel a quien reprendes te responderá aquello mismo que Asoto, el hijo, respondió en una declamación, según se lee en Cestio Pío: *Que él daba la culpa de sus maldades al bellaco de su padre, que de él aprendió aquello mismo de que se le culpaba.* Importa muy mucho saber que la autoridad se gasta y se disminuye con el uso frecuente de la reprensión y que la reiteración de los reproches les quita eficacia, no por sí precisamente, sino porque puso callos aquel a quien reprendes, y hecho al castigo, ya ha perdido sensibilidad. Lo más cuerdo será hacer como que no ves los pecadillos menudos y reservar todo el peso de la reprensión para los más graves, cuando sea necesario. Eso mismo vemos que hacen los mercaderes cautos y los cortesanos astutos: aquéllos, para conservar la integridad de su crédito, y éstos, la privanza y los favores del príncipe, que no se ponen a riesgo sino en las grandes operaciones comerciales y en los trances más dificultosos, y en los demás consérvanse como apartados por no comprometer negocios de tal importancia. Hay vicios de los cuales conviene que se haga caso omiso totalmente, cuando existe esperanza de que la enmienda brote a impulsos de tu misma mujer, acuciada por el honor, o porque ciertos vicios asoman, si creen que están al descubierto. Hay personas que espontáneamente vuelven al bien si no se las cree malas. Durante la guerra con Sertorio, Gneo Pompeyo quemó, sin haberlas leído, las cartas de los ciudadanos que halló en los cajones de Sertorio después de su vencimiento, a presencia de todo el ejército, porque los enemigos encubiertos y disimulados no se delatasen así que vieren que su secreto quedaba revelado. Esto mismo hizo C. César, derrotado Pompeyo en la batalla de Farsalia, y segunda vez, en Tapso de Africa, vencido Metelo Escipión.

Existen pequeños vicios, casi connaturales en uno y otro sexo, los cuales, si en la esposa no son contrarios al bien principal de las esposas, que es la pudicicia, deben tolerarse y disimularse. Y tanto más se ha de proceder con este prudente disimulo si con los avisos y reprensiones no has de conseguir más que irritar a tu esposa. Soportando estos vicios chicos, de tu paciencia cosecharás gran fruto, pues luego la hallarás más asequible y blanda. ¿Y qué más te diré si, como es de razón, con la costumbre, aquellas cosas viciosillas no solamente son tolerables, sino que hasta llegan a hacer gracia? ¿Qué cosa no ablanda y sazona la familiaridad?

En el caso que se tenga que reprender, hay que hacerlo no ex abrupta ni impetuosamente, sino con juicio y calma; no corajudamente, sino con calculada frialdad. Esa reprensión es la más eficaz; hácela más merecedora de atención y respeto aquella apariencia de gravedad y de comedimiento, cuando se transparenta que tú no procediste a ella por enojo contra la persona,

sino por desaprobación del delito, y que en el castigar no condesciendes con tu pasión, sino con el aprecio de quien querrías ver que fuese mejor.

Convendrá observar el lugar y el tiempo, no sea que, acuciado por el ardor de la reprensión, maltrates a tu esposa fieramente y se te escape imprudentemente algo delante de los extraños, y aun de los familiares, que lastime para siempre a tu esposa. De ahí nacen y crecen calladas enemistades y odios irreconciliables. Ni sea duradero tu enojo ni lleve a tu mujer a extremos de desesperación. *Maridos*—dice el santo Apóstol—, *amad a vuestras esposas y no queráis ser con ellas desabridos*. Y si Nuestro Señor Jesucristo prohibe la irritación contra el hermano prójimo, cuánto más con la esposa, que supera la unión y el cariño que pueda haber entre los hermanos, como ya he dicho, y no en un solo lugar. Con todo, hay que decir muchas veces y clavarlo en la memoria que si el marido es la cabeza de la mujer y la cabeza del marido es Cristo, conviene a todas luces que el marido se comporte con su mujer como Cristo con nosotros; es decir, con clemencia y amistad. El mismo Apóstol llama a la esposa cuerpo del marido, como la Iglesia lo es de Cristo. Y bien: ¡cuán frecuentes incomodidades nos proporciona el cuerpo! Y con todo, no lo odiamos ni lo echamos lejos de nosotros, sino que lo llevamos a cuestas, lo alimentamos y curamos.

Importa que la reprensión del marido sea breve, muy semejante a un golpe rápido. La reprensión larga y obstinada no está muy distante de una disidencia hostil, que enfría aquel amor conyugal y exaspera para largo tiempo las pasiones y acibara con riñas y con desabrimientos la dulzura de la convivencia y del trato mutuo. A la reprensión debes añadir el motivo porque no se demuestre que reprendes por vicio, y debe ser tal, que persuada de momento, y para más adelante, cuando sea necesario, su recuerdo evoque su eficacia. Grande es en el entendimiento humano la fuerza de la persuasión. Ni hay cosa que se le pegue menos y penetre menos profundamente que aquello de: *Así lo quiero, así lo mando*. Reprenderás de tal manera a tu esposa, que la admonición sea hija de su amor solícito y deseoso de que sea mejor y que desaparezca de ella todo vicio, para que la llama de amor sea más pura y más ardiente. Y en ella no ande mezclada ninguna queja. Por tanto, una vez que hubieres terminado la reprensión y ella te hubiere prometido que será más fiel cumplidora de tus órdenes, o te lo hubiere dado a entender con silencioso y respetuoso asentimiento, vuelva la pasada serenidad de palabras y de rostro y las acostumbradas demostraciones de cariño.

Alientan en el espíritu de las mujeres superiores no menos que en el de los hombres ciertos excelsos y generosos movimientos, que para los no avisados y botos de entendimiento tienen su raíz y origen en la arrogancia y en la tesonería de su carácter. En ningún caso deben ahogarse y cohibirse estos movimientos, sin los cuales casi ninguna mujer se remontó a aquella eximia y memorable gloria que excitase la alabanza y la admiración de los hombres. Estas nobles pasiones del alma contribuyen poderosamente a mantener su tono y su dignidad y, por ende, a conservar el pudor con muy solícita diligencia. A estas hembras heroicas no tanto se las ha de deprimir, cuando faltaren, con una enfadosa reprensión, como se las ha de

levantar del suelo y del cieno, ora con los aguijones de la emulación o con el recuerdo de su acostumbrada virtud, ora con un ejemplo doméstico, en quien se miren como en un espejo. De ellas las habrá a quienes baste un guiño o un gesto significativo porque conozcan que merecen tu desaprobación, especialmente si fueren vergonzosas o de crianza esmerada, y tanto más cuanto mayor sea el respeto que te tuvieren. Las buenas dueñas no necesitan bastón más recio que una palabra, si no es aceda, de su marido o una simple contracción y perturbación de su rostro. Cuando todos estos recursos no dan resultado apreciable y se ha de recurrir a los puños o al palo, ¡pobre hogar! Yo no tengo aviso alguno que darles a aquellas en quienes *es desechada la cordura*, como dice el poeta arcaico. La cosa ha de tratarse por las malas. Con todo, yo nunca aconsejaré al buen marido que descienda a esos extremos, puesto que si la esposa advertida reiteradamente, reprendida, regañada, baldonada, se demuestra tan dura que no puede doblegarse, siempre que conserve entera su honestidad, sopórtesela. Jamás se ha de romper el arco, manteniéndolo demasiado tenso. Con semejante resignación soportó a Jantipa, su mujer, Sócrates, que debiera ser imitado como quien escudó su pecho con tanta reciedumbre y firmeza filosófica, o bien tratando de persuadirse el marido que su mujer es un simple instrumento en manos del Señor por ejercitar su paciencia, como Job, como Tobías, no sin gran bien suyo y culpa de la esposa, como un día demostrará el Señor con su veredicto inapelable. En estas circunstancias, piense el marido que fué su suerte negra quien le proporcionó tal mujer, no de otra manera que el linaje, que la patria, que el cuerpo, que el alma, que el talento, y que está obligado a conformarse sin queja con esa desgracia, considerando que aquel eterno y omnipotente Distribuidor de dones todos los reparte con suma sabiduría y con estricta justicia. El postrer recurso, en ese caso, es que Aquel cuya divina autoridad concilió entre sí a los cónyuges, reconcilie con su respeto y con su memoria a los disidentes. Entre los hombres, ¿quién sería tan osado que rompiese una paz concertada por el rey? ¿O quién se atrevería a rechazar y a repudiar a una persona recomendada por un amigo queridísimo? Y si en estos casos que digo pesa tanto o el respeto del poder o el estímulo del amor, ¿cuánto más debe pesar en el acatamiento de Dios, que es el ser más poderoso y más amigo nuestro, puesto que nos importa más que nada reverenciarle y amarle? Conviene asimismo traer a la memoria aquello que dice San Pablo: *Que la mujer es carne del marido.* Muy rica es la cuenta de los pobres males que cada uno de nosotros en todo momento padece de su cuerpo. Y, no embargante, nadie odia a su cuerpo, ni deja de amarle, ni de regalarle, ni de ser condescendiente con él hasta donde puede. Y si alguna vez se enoja contra él, con él se reconcilia inmediatamente. Esta misma reconciliación debe obrar el amor para con el consorte. Es doctrina de San Pablo.

CAPITULO IX

CONFORME SE AVANZA EN LA VIDA CONYUGAL

Cuanta mayor experiencia tuvieres de la mujer, con tanta mayor ternura debes amarla. A ello nos in-

duce la Naturaleza, que sazonó las cosas familiares y acostumbradas con una cierta dulzura, aun cuando de suyo tuvieren alguna aspereza y acidez. La asiduidad del trato, la duradera compañía originan amor y bienquerencia firmísima. Por ese sentimiento es por el que amamos a los perros, a los gatos, a los caballos, a los animales irracionales, cuya muerte o cuya separación nos entristece. ¿Qué cosa hay menos propia, no digo ya del hombre cuerdo y bien nacido, sino del hombre simplemente, que el que no ame a su esposa, a cuya compañía se acostumbró por algún tiempo? Estaba sentado en su cámara Meleagro, hijo de Eneo, enfadado consigo y con los suyos.

Y no sin razón. Los curetes, que tenían guerra con los calidones, habían atacado la ciudad y la combatían denodadamente, y ya no les quedaba ninguna esperanza, ni en los varones ni en las mujeres. Acuden a Meleagro, que era el pilar y el áncora postrera de la patria, los ancianos y principales personajes de la ciudad, en imploración de sus fuerzas y sus manos porque embrace sus armas y socorra a su patria tambaleante. Acuden a él los sacerdotes con los atributos de la religión y del culto de los dioses y con sus ceremonias; prométenle un riquísimo galardón por su ayuda. Despídelos a todos Meleagro con menosprecio y desdén. Acude, venerable por su canicie y más venerable por su piedad, el anciano Eneo. Apresúrase, para doblegar la inflexible dureza de su hijo, a abrazarse con sus rodillas, en gesto suplicante. Acércase su madre, que trueca su indignación por ruegos y plegarias. Sus hermanos y sus amigos de infancia, con quienes compartiera la más sabrosa parte de su vida, pídenle en nombre del cielo que no les abandone en el trance desesperado. Nada le mueve. Persiste en su propósito el alma fiera, negando a todos la salvación que ahincadamente le pedían con exhortaciones, con avisos, con halagos, con promesas, con rogativas, con suplicaciones. Mientras, los enemigos, irrumpiendo en la ciudad con violencia avasalladora, comienzan la matanza, el saco, la destrucción, el incendio. Temblante, entra su mujer en el aposento: *¡Socorro, por el Cielo, marido mío! ¡Morimos todos si no nos socorres; todo ya lo tiene el enemigo!* Sólo con estas voces de sobresalto, sólo con la inminencia del peligro que le grita su mujer, conmovido y ablandado aquel hombre de hierro, inexorable, toma las armas y, rechazando a los enemigos, libró a la ciudad y a los ciudadanos de la destrucción inevitable. Esto quiere decir que aquel héroe magnánimo, que jamás había leído ni oído el mandato y la ley de la Naturaleza, teníala impresa en su pecho y ahincada en sus entrañas, y por ella sabía que su esposa era él mismo, y que todos los otros, aun cuando hacíanle gran fuerza por el amor que les tenía, estaban fuera de él, y que su esposa estaba tan profundamente enlazada con su esposo, que unidos ambos e identificados por aquel nexo, no rehuía ni recusaba, por atención a su mujer, muchas cosas que aun a sí mismo no se concedería. *¿Por ventura, entre todos los mortales*—exclama el más principal de todos los héroes homéricos—, *sólo Agamenón y Menelao aman a sus esposas? ¿No hace eso mismo cualquier hombre bueno que tenga una centella de entendimiento o una migaja de corazón, como por mí era amada mi Briseida verdaderamente y con toda mi alma?*

En Salustio, aquel rey en trance de morir, exhorta así a sus hijos a la concordia: *¿Quién más amigo que el hermano para con el hermano? ¿O a qué extraño encontrarás leal, si fueres enemigo de los tuyos?* Yo, cambiando sus términos, diré: *¿Qué persona ajena hallarás leal si fueres enemigo de tu esposa? ¿Quién podrá creer ser amado por ti si viere que no amas a tu esposa, aunque sea honrada y buena?*

Pues el que de cuando en cuando, ofendido y airado por sus defectos, pareces odiarla, ahuyentará de tu lado a tus amigos, cuando todos saben que nadie vive sin defectos; pero confía en que la convivencia y la costumbre los harán más llevadero. Y al ver que tú, con un trato tan largo y tan continuo, no has podido sufrirlos en tu mujer, ¿qué otra cosa puede esperar sino que tú, de cada día, cuando más le conocieres y más estrechamente estuvieres unido con él, le serás menos amigo? ¿Puede algún vicio humano (no hablo de aquellos vicios monstruosos capitales, sino de los vicios corrientes, comunes a casi todo el mundo), puede, pregunto yo, ser aquel vicio tan ajeno del natural y del temperamento de cada uno, como lo son entre sí las costumbres y los instintos de los hombres y de los brutos? Y, a pesar de todo, la costumbre y el contacto vivan sin molestia recíproca; antes bien, con gusto mutuo, bajo el mismo techo, y que jueguen el hombre y el león, y uno y otro están tan lejos de ofenderse con el sentido, con la naturaleza, con las obras del otro, que hasta llegan a tomarse gusto y el ausente añore aquella costumbre y privanza. Hasta ese punto la familiaridad en seres tan diversos une y aglutina; estoy por decir que repugnándolo la Naturaleza. ¿Por qué? Porque falta la malicia, la cual, si se mezclare con la amistad, no puede unir las cosas más semejantes, aun cuando a ello les incline, benignísima, la Naturaleza. Hasta ese grado la malicia es el eficaz y más activo disolvente de la concordia. Ni la hierba llamada mastranzo, según referencias de los botánicos, impide tan eficazmente que la leche cuaje en queso, como la malicia estorba que cuaje la benevolencia del corazón humano. ¿Y qué, si en la discordia de los casados mayor vituperio aguanta el marido que la mujer, porque aquél, como más fuerte y más cuerdo, o no corrigió el defecto de la esposa que ocasionó el desamor y la desavenencia —como dice Varrón—, o lo toleró ciertamente? En toda discordia, la mayor parte de culpa recae sobre el más principal, porque éste o no quiso o no pudo agenciar la cosa porque no llegase a la ruptura, y en uno de esos extremos hay malicia manifiesta, y en el otro, inhabilidad o impotencia, y tanto uno como otro caso convenía que estuvieran muy lejos de aquel que la opinión corriente anteponía al otro como superior, y por eso se le aborrece, porque nos defraudó y porque faltó a su obligación y oficio cuando menos debía.

Por lo que se refiere a aquel otro punto más delicado, a saber: que cuando gozaste tu esposa hasta la hartura, se enfría el amor, que, por lo visto, había encendido la lujuria, es propio de hombres sucios y abyectísimos o, mejor, no de hombres, sino de bestias, que, como no tienen entendimiento ni juicio, incítales y empújales a aquellas acciones el instinto. Una vez harta la lujuria, el afecto cambia también.

Allende de la familiaridad, existen otras causas de amor que deben ser ponderadas por todo marido que no

sea una peña o un tronco. Debe ser materia de meditación el hecho de que la esposa soportó tantas penalidades y está dispuesta a soportar más aún para servir al marido, para parirle hijos, herederos de su nombre y de su fortuna, continuadores de su linaje; que ella renunció a todas las ventajas de sus padres y de sus deudos y siguió la tuya exclusivamente, para tener por suya cualquiera contingencia que a ti te acaeciere y alegrarse por tus prosperidades y entristecerse por tus contrariedades no menos que tú mismo; que ya no reconoce ni padre, ni parientes, ni amigos en absoluto; que tiene puestas y fijas en ti solo todas sus esperanzas y sus pensamientos. ¿Y qué cosa habrá que así unifique como esto? ¿Qué específico asaz activo habrá para el amor, si esta tan total identificación no basta? Cualquiera, pues, que quiera prestar oídos a la Naturaleza, prestar oídos a la humanidad y a la cordura, ése amará a su esposa más y más de día en día y mayor confianza tendrá en ella y mayores muestras de buena voluntad le dará, con que testimoniará para con ella un cariño que nació espontáneamente, pero que creció y aumentó con la experiencia de sus virtudes y se conserva con la esperanza de que ella, en lo sucesivo, será semejante a sí, y que, por lo mismo, alcanzará el más hermoso linaje de victoria, como se lee en Platón. Y no sólo te limitarás a darle tan significativas muestras de bienquerencia, sino que de ella, como de un manantial copioso, redundará, y no delgada ni avaramente, sobre los afines parientes suyos que te procuró tu enlace con ella, porque experimenten ellos también cuánto provecho les viene del deudo que con ella tienen, y tu misma esposa entienda claramente ser ella tan intensamente amada por ti, que esa tu benevolencia desborda sobre los suyos, y no serán cortos ciertamente los provechos que vendrán a tu casa. Y si yo quiero que, por amor de ella, sean amados sus consanguíneos, ¿qué pensamos que ha de hacerse con sus hijos propios, que no podrán menos de serte muy queridos si quieres a su madre? Ella también corresponderá con su amor a los tuyos, si los tuvieres, y a los tuyos, y a los suyos, y a los de ambos, vuestro amor mutuo les unirá como aglutinante tenacísimo.

Muchas contingencias ocurren en el matrimonio: pobreza, deshonra, cárcel, destierro, enfermedades, cosas todas éstas que, ocasionadas por la Fortuna tornadiza y por los azares humanos, son comunes a ambos; con todo, pueden herir a uno de los consortes, quedando el otro incólume, verbigracia: que el suegro, de quien se esperaba una pingüe herencia, pierda sus bienes; ser objeto de deshonra y desdoro porque se ha puesto tacha en la conducta de una hija; pasar por convicto de algún crimen, aunque sea falsamente, o, sin culpa ninguna, ser metido en la cárcel, o ser expulsado de la ciudad, o caer en el lecho del dolor. En todos estos casos solamente diré lo que la Naturaleza prescribe y lo que Dios prescribe, no solamente en el matrimonio, que es una tan estrecha unión de cuerpos y de almas, sino generalmente para todo el linaje humano, a saber: que cada uno tenga para con el otro aquella disposición de alma que él querría que se tuviese para consigo mismo. Así como conviene que tu esposa acepte y soporte tus desgracias, también tú las de ella, singularmente cuando aquel amor sublime, que es la raíz del matrimonio, debe de tal

manera mezclar los albures del uno y del otro y unificarlos, que ya no pueda decirse que éste es de aquél y aquél de éste, sino que sean de ambos, indivisiblemente, las ventajas, las desventajas, los bienes, los males. Y si ambos a dos no hacéis más que uno, no puede enfermar ella sin que enfermes tú, ni ser pobre ella y rico tú. Y eso que no puede ocurrir entre amigos, ¿cómo ocurrirá en tan estrecha unidad de amor y de almas? *El amigo cierto* —dice Ennio—*demuéstrase en el trance incierto*. Las enfermedades y las tribulaciones darán a conocer cuánto la amaste cuando estaba buena y entera. Si, siguiendo el instinto de la Naturaleza y los mandamientos de Dios, conceptúas que tu mujer forma una unidad contigo, te persuadirás que ese cuerpo arruinado de dolencias no es menos tuyo que suyo. Y no le tratarás de diferente manera que, cuando era lindo y en la flor y verdura de su edad, era a los ojos del cuerpo mucho más agradable que en la actualidad. Ni le servirás con menos diligencia y cuidado que te sirves a ti. Y, como para contigo y para con tus hijos, la compasión acrecentaría el cariño, así también el amor te enseñará lo que has de hacer para con tu esposa, si la quieres tan verdaderamente como a ti o a tus hijos, por manera que te sea más cara estando enferma o herida y derribada por un golpe de fortuna, como cuando estaba en pie y florecía.

Tienen las mujeres sus pequeñas riñas y sus menudas envidias y sus chicas rivalidades, frecuentes, efímeras, nacidas de causas insignificantes, por la terneza de su temple y por lo flaco de su juicio. No conviene mezclar en esas triquiñuelas la gravedad varonil. Tienen también sus ambicioncillas por el tratamiento, por el lugar donde se sienten o donde se paseen. No aumentará el marido el volumen de estas pequeñeces, ni se prestará a servirlas, ni se erigirá en vengador del despecho o de la queja femenina porque, a su parecer, no se le haya hecho el honor debido. Reiráse más bien y no hará cuenta ni caudal de ello y levantará a su mujer a preocupaciones más altas, hasta donde pudiere. Los que se inmiscúen y toman su parte en esas naderías son más dignos de saya y de rueca que de barba y de consideración social. ¡Entrega un empleo político y el gobierno de la ciudad a los que en su casa se dedican a tales boberías! ¿Qué cosa hay más indecorosa para todo un hombre que el que esas cosas le afecten como a una mujer?

CAPITULO X

VENTAJAS DEL AMOR MUTUO ENTRE LOS CASADOS

Apenas se puede decir cuántas sean las ventajas que la concordia acarrea entre los cónyuges para los menesteres más importantes de la vida en casa y fuera de ella, y cuántos inconvenientes y daños introducen en el domicilio conyugal la desavenencia y la discordia. La servidumbre, con la disidencia de los dueños, como la ciudad con los príncipes en discordia, no puede gozar de quietud; mas con increíble alegría descansa en su buen acuerdo, esperando que va a experimentarlos para consigo tales como los ve en sus mutuas relaciones. Y, ciertamente, no quedan defraudados en este juicio y en esta esperanza, porque ellos, conllevándose con mutua y apacible comodidad, aprenden a no enojarse con los yerros de la

servidumbre, ni, con ira no refrenada, a no alterarlo todo con alboroto y grita. De esta manera andan lejos de la casa aquellos odiosísimos y muy inoportunos camaradas, a saber: los azotes y los improperios y todo aquello que el ánimo irritado y en ebullición aconseja que se haga. No solamente están contentos los servidores, sino que cumplen más gozosa y diligentemente con su deber y más obsequiosamente sirven a sus amos, respetuosos de su autoridad, que nace de su avenencia y con su avenencia crece. El marido, con su amor y bienquerencia, tutela la autoridad de la esposa, y la esposa la de su marido con su deferencia y con su docilidad. ¿Y qué más diré sino que la concordia trae consigo el concepto de bondad y de cordura?

Forzosamente tienen que ser buenos aquellos que se quieren con un amor tan duradero, pues no hay amistad permanente sino entre buenos y los cuerdos, que sufren con resignada mansedumbre aquellas inevitables molestias por las cuales otros, irritándose, abandonan y rompen la amistad y el afecto cariñoso. Y por ningún otro concepto se origina mayor respeto y autoridad que de la opinión en que se les tiene de bondad y de prudencia, por manera que esa suerte de veneración no sólo queda recluída entre las paredes de la casa y en el pecho de los servidores, que te respetan y adoran como a una divinidad bajada del cielo, sino que trasciende afuera y derrama su lumbre por toda la ciudad, donde todos te tienen por un hombre bueno, nacido y heñido por la Naturaleza para el amor y la simpatía, puesto que amas con tanta constancia, y tiénente por un hombre cuerdo y prudente, puesto que tan ejemplarmente gobiernas todas las cosas de tu casa, aun las arduas y difíciles, y por digno de regir la cosa pública, ya que con tanto tacto y tanto seso gobiernas la tuya privada, y que fácilmente mantendrás en concordia y tranquilidad a tus conciudadanos, puesto que tanta tranquilidad y concordia tienes en tu casa estabilizadas y corroboradas. Y, al revés, ¿quién piensas que iba a creerte indicado para un cargo de gobierno y que ibas a conservar en la ciudad la paz y el sosiego, si ve que tú no puedes recabar vivir con apacibilidad y concordia en tu casa, donde tú eres, no ya funcionario, sino rey y señor de todo? De Gorgias Leontino, que fué el primero que alcanzó entre los pueblos de Grecia la palma del bien decir, exhortando en unas fiestas olímpicas con gran ahinco a la concordia entre los griegos, cuéntase que algunos exclamaron: *Póngala él entre sí y su mujer y su criada y entonces harto provecho nos hará este consejo.* Ni tampoco hay ninguno que no espere serle muy fácil hacerse amigo de un hombre tan bueno y tan accesible.

No hay riqueza imaginable que valga más que ese don de gentes y esa simpatía avasalladora. Crédito en casas ajenas, ¡qué hermosa y magnífica cosa es! Como se cuenta de Cratetes de Tebas, a quien, por su no empañada opinión de probidad y por el ejemplar afecto que profesaba a su esposa Hiparquia, conocido y admirado de todos, abríanle no solamente las puertas todas de la ciudad y las cámaras, sino también los más recatados secretos de familia, como a un genio doméstico. No habrá nadie que sospeche que ponga el ojo y la afición en las mujeres ajenas aquel que está prendado de la propia, estando unidos los dos por un muy sabroso y muy firme afecto. Pero volvamos a la

casa; volvamos al lar y a los penates. Toda la servidumbre está en su sitio espontáneamente, con gozosa diligencia: el marido con la ayuda de la mujer, y la mujer con la ayuda del marido, bajo el signo y el impulso de la concordia, de manera que uno y otro, cuando la disidencia no raja esta fecunda unidad, contienen a la servidumbre toda en su lealtad y en su obligación, cuando ninguno de los cónyuges deserta de las suyas. De ahí que la hacienda familiar sea atendida con más diligencia cuando el ánimo del uno ni del otro no se ajenan de aquel cuidado por disgustos o rencillas mutuas, y todo, en la casa y en la servidumbre, está regido y atemperado por el afecto. Anda muy equivocado aquel que piensa que no existe otro móvil, si no es la coerción o la esperanza del premio, que más estimule y acucie a los hombres al ganoso cumplimiento de su deber, como el amor y la benevolencia.

A nadie causará maravilla que los hijos comunes de ambos les sean mucho más gratos y queridos, los cuales, aun siendo de uno de los dos, haría el amor mutuo que al otro le fuesen agradabilísimos sobre manera. ¿Cuánto más viva ahora es fuerza que arda la llama, a la cual de una y otra parte se le añade cebo? Y lo que acaso parecerá más maravilloso, cosa que los conocedores de los secretos de la Naturaleza dan por verdad averiguada, es que los hijos de los consortes bien avenidos y que se profesan amor bien correspondido nacen mansos, corteses, comedidos, amables y admirablemente dispuestos para todo género de suavidad y de humanidad. Y ello se explica: aquellos afectos y costumbres de los padres, que ocupan la parte animal del hombre, pasan, por lo regular, a los cuerpos y a las almas de los vástagos. ¿Y qué más diré, si en el ejemplo doméstico aprenden la mansedumbre y la apacibilidad y la sacan de ahí, como quien dice, por el roce continuo? ¡Cómo esa convivencia doméstica, que discurre en medio de tanta serenidad, y tanta tranquilidad, y tanta concordia, se parece a la vida del Cielo! Por donde, así como aquel sabio varón dice en Homero que muchos y grandes mozos redundan de un amigo en otro y en aquellos de quienes somos amados, y, al revés, en los malévolos y a los enemigos, muchas molestias y enfados, y, en cambio, éstos retozan y aquéllos lloran cuando nos ven o nos oyen disentir, odiarnos, reñir y porfiar, pues a los malos les apetece el odio, como que es su pasto más sabroso, y evita y huye del bien como su tósigo más nocivo. Todo cuanto expuse hasta aquí, aun siendo grande y deseable como veis, todo ello junto no tiene comparación con esto solo que ahora voy a decir: en nuestra propia casa aprendemos el amor y meditamos el que hemos de concebir para con los otros. Además, sosegados y tranquilos y como ablandados por aquella suerte de unción suavísima que es el amor mutuo, los esposos más fácilmente se refugian en la religión y se elevan a la contemplación, al amor, al culto, a la veneración del Todopoderoso Hacedor de la Naturaleza. Allende de esto, nuestros pechos, penetrados de ese amor conyugal, que es como una centella de aquel fuego santo del Cielo, poco a poco se enardecen con él y levantan grandes llamas. ¿Y qué cosa puede desearse o qué cosa puede Dios conceder a la naturaleza humana más alta y excelente como que seamos verdaderos y fieles amadores de aquella su hermosura divina?

CAPITULO XI

DE LOS CASADOS SIN HIJOS

Los hijos, algunas veces, Dios no los da o, una vez que los dió, los quita por soberano consejo suyo inescrutable, o, por hablar mejor, por una paternal indulgencia para con nosotros, porque así ve que nos conviene. Dije esto porque nadie lo atribuya al azar o a causas naturales, porque no es de hombre prudente, pero ni siquiera cristiano. Con todo, no debe tenerse por exiguo beneficio no catar aquel dulce acíbar, porque los que lo tragaron dicen estar mezclado y templado en tal proporción, que a una gota de miel corresponden seiscientas de acíbar. No sin razón un epigrama griego pone en el número de las felicidades el vivir sin hijos. Augusto, por mor de su hija y de su nieta, vióse muchas veces obligado a exclamar: *Ojalá, no casándome, no hubiera tenido hijos.* Doy de mano las consabidas quejas de Cicerón a Atico. Pero no es éste el lugar de tratar de la carencia de hijos. He dicho esto, incidentalmente, para advertir a los maridos que, siendo problemático el provecho de los hijos y que con frecuencia ocasionan más desabrimientos y sinsabores que provechos y gustos, no busquen hijos por ninguna suerte de crimen; esto es: un mal incierto por uno cierto. Y no se muestren desabridos con su esposa por ser estéril, puesto que ese defecto muy muchas veces no es por culpa de uno de los dos ni por culpa de ambos, como dije. Sepan que las mujeres desean sucesión con más ardor que los maridos, como la pared caediza desea puntales en que apoyarse. Estéril era Ana, mujer de Elcana, de Efrata; ¿cómo la consuela su marido? *¿Por ventura*—dice—*no valgo yo para ti más que diez hijos?* De un marido así convenía que naciese el príncipe de Israel y profeta, Samuel. Si Dios enviare hijos, recíbanlos con ánimo alegre y agradecido, como dones del Cielo, y denles la mejor crianza porque su bondad les aproveche a ellos y redunde en ti, no ya por tu satisfacción tan grande, y por la opinión de los hombres acerca de ti, sino también para los merecimientos de las buenas obras de esta vida, que granjean un premio inmortal en la otra.

CAPITULO XII

DE LA ESPOSA DE EDAD AVANZADA

Cuando tu esposa, morigerada y buena, hubiere llegado a la ancianidad, haz con ella lo que acostumbramos hacer con todo servicio fiel y diligente. Al caballo y al buey los soltamos, como jubilados; los dejamos que vaguen y pasten más a su placer y los llamamos menos al trabajo. Emancipamos al esclavo; al soldado veterano se le regalan tierras porque viva de ellas; al servidor fiel, por los buenos y fieles servicios prestados, casi le igualamos con nosotros y le hacemos como de familia; ¡con cuánta más honra es razón que tratemos a la esposa cuando ya avanzó en años y llegó a los arrabales de la vejez! No es un animal irracional, como el caballo; no es tampoco una criada ni, en el derecho de gentes, de peor condición que tú; no es una jornalera con un salario convenido, sino igual a ti, compañera dada por Dios, unida a ti por el amor y en una comunidad de vida tal, que aventaja a cualquier otro linaje de sociedad humana. Fuera de que también es ra-

zón que ella, que subordinó por tan largo tiempo sus afectos al marido, ya no sea subordinada suya, sino igual, puesto que aquellos movimientos y aquellas perturbaciones propias del ánimo excitado, que en cierto modo debían ser cohibidos por la autoridad marital, que tanto se parece a la real, y por los cuales era menester que el marido ejerciese el dominio sobre su esposa, están ya apaciguados por los años y por la costumbre. Ya no hay motivo para que el marido ejerza mando sobre su esposa y se empeñe celosamente en conservar su autoridad, que ya no puede mermarse, por la desaparición de aquello que le hacía áspera y necesitada de un gobierno comedido y justo. Por esto el Señor manda a Abrahán que obedezca a Sara, ya anciana, que ya no es esposa, quiero decir, que ya no es carne, sino que está como ascendida a la condición del varón y a la condición de espíritu.

Tampoco es razón que en lo sucesivo se la trate como a joven. Enfriada la ebullición de la edad y debilitadas las fuerzas, se le ha de retirar el trabajo, hanla de ayudar los servidores. Y toda vez que está curada de aquellos trastornos morales que perjudicaban su razón y su juicio y no la dejaban ver la realidad y dañaban su voluntad porque desease menos el bien, vuelta más cuerda y mejor con la remoción de obstáculos, admítela de cada día más en tus consejos; comienza a equipararla contigo y consúltala en los negocios pequeños y también en los grandes; invístela de consideración y de autoridad porque tus hijos, si los tienes, y la restante familia sigan tu propio ejemplo. Así percibirá ella el fruto de tu obsequiosidad, siendo señora la que tanto tiempo fué sirvienta. No habrá nunca jamás señora insolente e intolerable que con tan prolijo aprendizaje hubiere aprendido a obedecer al marido. Id haciendo poco a poco que desaparezca la distinción del sexo y empezad ya desde acá abajo a iniciaros en aquella vida del Cielo, en que no hay sexo, según nos enseñó el Hijo de Dios: *No toman esposa, no toman marido, sino que se conducen como los ángeles de Dios*, espíritus puros e incorruptibles, entre los cuales nadie nace, nadie fenece, por manera que sea necesario el connubio para reparación del linaje humano. Este amor no se funda en ninguna cosa caduca y sujeta a la muerte, sino que está fijo y plantado en el alma, e irá aún en pos del que muriere. De esta manera, aunque retirado de los ojos, recatado, sepultado y llorado, sobrevivirá este amor y tendrá vigencia y bríos y será dulcísimo el recuerdo de tal esposa, y toda su memoria será gratísima. Por ello, los hijos comunes serán más amados; por ello mismo, porque son hijos tuyos y porque fueron engendrados por tal mujer, y les compadecerás por haber quedado huérfanos de la dulzura de tal madre, y a los hijos de ella; si los hubiere de otro marido, tú los tendrás por tuyos, porque nacieron de aquella que fué una cosa contigo por el sacramento del matrimonio y por ley del amor.

Te esforzarás también para que el respeto de aquella que aprovechó harto a sus consanguíneos y deudos les aproveche también la memoria de la muerta. Mucho tenías que acordar a tus afines, siendo viva tu consorte, tan bien avenida contigo, y, muerta, no menos has de acordarles, porque, aun cuando ella se extinguiera, no se extinguió el amor que unía contigo a sus parientes, no de otra manera que a los tuyos la

comunidad de sangre y el azar del nacimiento, que es un lazo más débil para la unión que aquel primero de afecto y bienquerencia. Si fueras tú quien en esta jornada de la mortalidad la antecedieres, dejarás bien testimoniado y profundamente impreso, así en la memoria de los otros como en la de ella, no tan sólo el amor que la profesas, sino también tu juicio acerca de ella, dándole las gracias por la abnegación, por la fidelidad, por la piedad con que se portó contigo, porque todos entiendan cuán buena esposa fué para ti y ella sienta que fué por ti aprobada su buena voluntad y agradecidos sus servicios, y ya desde aquel momento, en vida aún, saboree el fruto de su bondad, que tendrá su complemento mayor y más verdadero al término de esta vida, en la bienaventuranza que no tendrá fin. Demuéstrale también tu amor y tu humanidad para con ella, puesto que vas a faltarle tú, el pilar de la casa, y queda una mujer medrosa e inválida destituída de ti, que eras su sostén único, dejándole a manera de consuelo de su viudez algunos bienes con que pueda sustentarse honestamente, porque no parezca que aquel amargo y funesto día que te arrebató de sus brazos introdujo en su casa vacía todos los males. Pero esto ha de determinarlo la naturaleza y las costumbres de cada cual. Habrá mujer a quien todo se le podrá confiar con perfecta tranquilidad; habrá mujer de probada fidelidad, económica y prudente. Las habrá a quienes el dejarlas ricas será poco conducente, y de la futura herencia harán instrumento de sus placeres y vanidad. Las hay avarientas y rapaces, a quienes la codicia las hará ser desnaturalizadas para con sus propios hijos. No conviene que la mujer casada sea más conocida de nadie que de su marido, con el cual convivió en los lugares más recónditos y secretos en horas festivas, en horas serias; ese marido, si no es un tronco, ha de tener bien explorado el carácter de su mujer y debe y puede haber conocido todas sus inclinaciones. El marido, pues, aplicando el juicio que hubiere formado de los actos y de la vida de su mujer, hará lo que sea menester que se haga. Mas ello de tal forma, que el amor diluya y temple la severidad del juicio y el juicio frene la desbordante demasía del amor. Sea la mujer como sea, de ninguna manera conviene dejarla pobre y menesterosa, conforme lo consintieren tus posibilidades. Yo preferiría, en el caso que se hubiere de pecar en un sentido u otro, dejarla en la mayor opulencia que en la indigencia de lo más necesario para la vida. Mayor peligro corre su fragilidad del lado de la pobreza que de la riqueza. Mas, puesto que el moribundo se despide para otros parajes más risueños que los de este bajo mundo, no tome para sí, que ya está muerto, el cuidado de lo que dejare; encomiéndelo a aquellos que lo tendrán bajo su vigilancia. Y no quiera tampoco que su viuda tenga de tal manera clavado en su memoria el recuerdo de su marido, que la mande perseverar en la viudez bajo su nombre con muy grande incomodidad de ella, a veces, y con muy agudo peligro de su virtud; déjela a su propia determinación, a fin de que ella misma elija de su propio consejo y del de sus deudos, según las circunstancias lo requiriesen, lo más conveniente a su honradez y a la tranquilidad de su conciencia.

FIN DE LOS «DEBERES DEL MARIDO»

OBRAS DE CARACTER SOCIAL

DEL SOCORRO DE LOS POBRES

(DE SUBVENTIONE PAUPERUM)

(1525)

DEDICATORIA

JUAN LUIS VIVES

A LOS BURGOMAESTRES Y AL SENADO DE BRUJAS: SALUD

Deber es del peregrino y del extranjero—dice Cicerón—no ser curioso en república extraña. Y en realidad es así, pues dondequiera es odiosa la injerencia en asuntos ajenos. Con todo, el buen celo y la amonestación amistosa no son intromisiones reprobables, porque la ley natural no consiente que sea ajeno del hombre lo que es de los hombres, y la gracia de Cristo los unió a todos entre sí con el aglutinante tenacísimo de la caridad. Mas dado que alguna cosa me sea ajena, he de confesar que yo tengo tanta afición a esta ciudad como a mi nativa Valencia, y no la nombro con otro nombre que el de *Patria* porque catorce años ha que hábito en ella, y si bien no con una no rompida continuidad, no obstante, siempre acostumbré volver a ella como a mis lares propios. Me agradó vuestro sistema administrativo, la educación y civilidad de este pueblo y la increíble quietud y justicia que reinan aquí y son por todas las naciones celebradas.

Y así es que aquí tomé esposa, y no menos deseo su bien que como a la ciudad en que tengo determinado pasar el resto de vida que la benignidad de Cristo me concediere, y me tengo por uno de sus ciudadanos y para con todos ellos abrigo el mismo afecto que para con hermanos míos. La necesidad en que muchos de ellos se debaten me obligó a poner por escrito los medios que yo juzgo conducentes al socorro de su indigencia. Que yo hiciera esto mismo, hace ya mucho tiempo que en Inglaterra me rogó el señor Praet, prefecto vuestro, que con frecuencia y con muy visto celo piensa en el bien público de esta ciudad, como es su deber. A vosotros dedico esta obra; ya porque es muy fuerte vuestra propensión a hacer bien y aliviar a los miserables (cosa de que da testimonio tanta muchedumbre de pobres como de todas partes

afluye aquí, cual a un refugio siempre prevenido para los necesitados), ya también porque el origen de todas las ciudades ha sido el que cada una de ellas fuese un lugar donde, con el intercambio de los beneficios y la reciprocidad de los auxilios, cuajase la caridad y se afirmase la sociedad humana. Particular desvelo de los administradores de la ciudad debe ser cuidar y poner todo su esfuerzo en que los unos sean socorro de los otros; y nadie sufra agobio ni reciba daño injusto, y que al que es más débil, el que es más poderoso le asista a fin de que con la concordia del común y la solidaridad ciudadana se aumente el mutuo amor de día en día y permanezca para siempre. Y así como es cosa fea para un padre de familia consentir que en su casa haya alguno que padezca hambre o sufra desnudez o la vergüenza de andar andrajoso, en medio de la opulencia de su estado, así tampoco parece bien que en una ciudad, no pobre ciertamente, toleren sus magistrados que haya ciudadanos, siquiera sean pocos, que sientan las embestidas del hambre y el oprobio de la miseria. No os toméis pesadumbre de leer esto, y si no os huelga, poned al menos suma atención en un asunto de tamaña importancia, vosotros que ponéis tanto interés en el pleito de una persona particular en que se ventila la pertenencia de mil florines.

Deseo a vosotros y a vuestra ciudad toda suerte de prosperidades y dichas.

Brujas, 6 de enero de 1526.

DEL SOCORRO DE LOS POBRES

O DE LAS NECESIDADES DE LA HUMANIDAD

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

ORIGEN DE LA NECESIDAD Y MISERIA DEL HOMBRE

El Hacedor de todas las cosas, Dios Nuestro Señor, usó de una maravillosa generosidad en la creación y formación del hombre, de suerte que ninguna cosa hubiese ni más excelente que El debajo del cielo ni más grande que El en la redondez de este mundo sublunar que está sometido a su poderío; dióle cuerpo sano y robusto; muy saludables alimentos, que se hallan en todas partes; entendimiento agudísimo, y un alma toda rectitud y probidad, muy a propósito para el comercio y comunicación de la vida. Y, puesto caso que el hombre era creado para reparación de aquella ruina inicial de los ángeles rebeldes que se consumó en el cielo, convenía que ya, en este cuerpo mortal, comenzase a meditar en la compañía de los ángeles buenos; pero instigado por la soberbia y buscando una dignidad que sobrepujaba su nativa condición, no contentándose con la gran excelencia de su humanidad, pretendió la divinidad acu-

ciado por las promesas de aquel que precisamente por análogo camino había perdido sus bienes propios: *Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal.*

Efecto fué de una soberbia insolente el afán de encaramarse a la cumbre de la Divinidad, más arriba de la cual ya no hay cosa alguna. Y tan lejos estuvo de alcanzar el objeto de sus ambiciones, que perdió copiosamente una buena parte de lo que había recibido, como está escrito en los cánticos del rey David: *El hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió; fué comparado a las bestias insensatas y se hizo semejante a ellas.* Es, a saber: apartóse hasta tal punto de la semejanza de Dios, que se despeñó en la semejanza de las bestias, y mientras pone todos sus conatos en ser más que ángel, vino a ser menos que hombre; bien así como aquellos que, subiendo apresuradamente por una escalera sin poner atención en los escalones, en vez de conseguir la altura a que se remontaban, caen rodando a lo más hondo de la sima.

Este percance lamentable invirtió el orden de la constitución humana, puesto que el hombre disolvió el que regulaba sus relaciones con Dios, y ni las pasiones obedecieron a la razón, ni el cuerpo al alma, ni lo exterior a lo interior, y se produjo un estado de guerra civil e intestina, con la eliminación de la reverencia debida al Príncipe y a sus leyes. Desnudo de su inocencia el hombre mismo, todo lo arrebañó consigo para su perdición; se embotó el entendimiento y se ofuscó su razón; la soberbia, la envidia, el odio, la crueldad, la diversidad de los apetitos y las demás perturbaciones, como tempestades levantadas por el austro embravecido con las ondas; quebró la fidelidad; se resfrió el amor; todos los vicios embistieron como en escuadrón; afligióse el cuerpo, y tuvieron espantable realidad aquellas maldiciones tremebundas: *Maldita sea la tierra en tu trabajo,* extensivas a todas las actividades de la diligencia humana. No hay principio interior ni exterior que no parezca haber entrado en conspiración para el daño del cuerpo: en el aire, hálitos pestíferos y nauseabundos; aguas insalubres; navegación azarosa, arrecido el invierno; bochornoso el verano; tantas fieras dañinas, tantas dolencias causadas de los manjares. ¿Quién será capaz de contar los linajes de venenos y los ardides de hacer mal, el daño mutuo que se hacen los hombres, tantos ingenios bélicos contra una fortaleza tan débil, que basta a estrangularla un grano de uva detenido en la garganta o un cabello que se trague? ¡Y los muchos que mueren de repente por causas no averiguadas!

CAPITULO II

NECESIDADES DE LOS HOMBRES

Como, no sin razón, muchos de los antiguos dijeron ser nuestra vida no vida, sino muerte, los griegos llamaron a nuestro cuerpo *soma*, que monta tanto como decir *sema*, que para ellos significa el sepulcro. Había el Señor amenazado a Adán que en cualquier día comiese del fruto vedado había de morir. Comió, y la muerte rondera anduvo a su alrededor. Y, en efecto, ¿qué cosa es esta vida sino una muerte continua que se consuma cuando queda el alma del todo libre de este cuerpo? «En naciendo—dijo un poeta—ya morimos, y el fin comienza en el mismo principio.» Desde el primer instante

que sale el hombre a esa luz, lucha el alma con el cuerpo, y al momento le abandonaría si no fortaleciera oportunamente esta su flaqueza corporal con el mantenimiento como con una medicina. Para eso creó Dios los manjares, para que con ellos, a modo de pilares y de apoyos, sostuviesen esta fábrica caediza, propensa en todo momento a su ruina y a su muerte. De estos alimentos, unos hay que los produce la tierra en sus árboles, arbustos, hierbas y raíces; otros, los apacienta para nuestro uso, como los ganados, y los hay que pescamos en el agua y que cazamos en el aire. Fuera de esto, contra la violencia del frío nos defendemos con pieles, paños y fuego, y con la templanza y el refrigerio de la sombra, nos guarecemos del sol demasiado.

Nadie hay, o de cuerpo tan robusto o de tan penetrante ingenio, que se baste a sí solo si ha de vivir según costumbre y usanza de hombre. Y por eso se agrega la compañía de una esposa, por tener sucesión y por conservar lo adquirido, pues este sexo, medroso como es de suyo, es asimismo aliñoso y conservador tenaz. Después se procura compañeros de sus fatigas, a quienes quiere bien, y, según fueren sus posibilidades, se afana por beneficiarles, insinúase el amor y, poco a poco, se forma un núcleo de sociedad, que se propaga afuera. Y a seguida, estrechándose y obligándose unos con otros a fuerza de servicios y de beneficios, el amor ya no se limita ni cabe en el breve coto de unos lares y de un mismo hogar, pues movido por el beneficio, concibe gratitud y si se le ofrece ocasión, no descuida la correspondencia. La Naturaleza, que inspiró aun en las bestias fieras, como elefantes, leones, dragones, un cierto sentimiento de gratitud y una cierta memoria del beneficio, nada aborrece más que el ánimo ingrato. Y ya, desde luego, se percataron cuán útil y apacible resultaría si, quienes abrigaban los mejores deseos de comunicarse los beneficios entre sí, para su ayuda mutua, edificasen, vecinas unas de otras, cabañas y habitaciones para proveer de ese modo de las cosas a su alcance, a quienes tenían voluntad de socorrer. Ocuparon el campo contiguo y cada cual, de muy buena gana por aprovechar a los otros, tomó para sí el oficio para el que parecía más proporcionado y dispuesto: la pesca, unos; otros, la caza, la agricultura, el pastoreo, el tejer, el hilar u otras ocupaciones análogas, provechosas y favorables a la humana convivencia.

Hasta ese momento se conducían los hombres entre sí con la más hermosa de las concordias; pero el añejo mal se apoderó de no pocos: de los unos, con el deseo de sobrepujar o, mejor, de oprimir a los otros, por disfrutar ellos, ociosos y temidos, de los trabajos ajenos; porque los otros ejecutasen sus mandatos mientras que ellos, alzándose y señalándose con el reino y el poder, rodeáronse del cortejo de aquellos a quienes, por la astucia o por el terror, habían hecho doblegar a su tiranía. Este desafuero nació de aquella ambición original de nuestros primeros padres, con la cual temerariamente esperaron y presumieron para sí la divinidad. Y, en efecto, nuestra pasión de dominio no se señala más límite que la divinidad. Harto lo manifestó aquel joven y loco rey de Macedonia, a quien se le antojó haber hecho poco con la conquista de todo el orbe, aun cuando le faltaba la parte mejor por expugnar. De ahí, la

aceptación de leyes equitativas para todos y su violación por la fuerza de los dominadores; de ahí, los muros añadidos a las ciudades y la guerra, así civil como exterior, peste que supera cualquier otro género de peste.

Ya en este punto hubo que salir al paso de la pereza, de la arrogancia, de la indigencia humana, cuando, por haberse multiplicado el humano linaje, los unos no tenían de qué sustentarse y los otros, holgazaneando, pedían el propio sustento a las [illegible]gas ajenas. En resumen: comenzaron por distribuirse entre sí los ciudadanos, como era razón, los campos contiguos a las ciudades, acotando sus linderos, cuya intangibilidad fué consagrada por las leyes; puesto que el trueque de unos productos por otros que estuvieran en uso en tiempos precedentes pareció cosa poco practicable, por público acuerdo se inventó el dinero como un distintivo que, garantizado por el crédito de la ciudad, sirviese a una para que cada cual recibiese del zapatero el calzado, y del panadero el pan, y del tejedor el lienzo. Esta suerte de emblema se esculpió en una materia sólida y firme, que fácilmente retuviese lo que en él se grabó y no se consumiese entre los dedos de los que la manejaban, y que ni la abundancia la envileciera ni fuese demasiado peregrina de encontrar. Al principio fué cobre; luego, plata, y, por fin, oro, añadiendo también valor a estos metales la nobleza de su calidad en que dicen aventajarse. Acuñáronse estos dineros al principio en gran abundancia, y repartiéronse entre los ciudadanos, porque cada cual negociase con ellos y los entregase a cambio de trabajos y cosas ajenas y los recibiese en trueque de las propias y por este medio conservase con un honesto ejercicio las facultades de la vida, y equilibrándose por la comunicación mutua los oficios de la ciudad, cada cual tuviese lo suyo. Pero intervienen muchas eventualidades. Los unos, por enfermedad de sus cuerpos, cesando en sus trabajos, gastando dineros y no recibiendo otros en compensación, vienen a parar en la pobreza. Esto mismo acaece a los que perdieron sus bienes en la guerra o en otra cualquiera grande calamidad, como es fuerza ocurran muy muchas a los que estamos confinados en este mundo turbulento: como incendios, inundaciones, ruinas, naufragios. Fuera de esto, los hay cuyo oficio deja de ser ganancioso y, además, los que se tragaron torpemente su patrimonio o neciamente lo derrocharon. En conclusión: muchos son los caminos para buscar y allegar hacienda, pero quizá no sean más pocos los caminos para liquidarla. Esto, por lo que toca a los agentes exteriores que, puesto que se gobiernan por una ley incierta, a saber: desconocida por la mente humana, llamaron fortuitos los antiguos.

También se miró y se proveyó por el cuerpo ruin y enfermizo, para que se le ayudase con los remedios buscados a costa de la experiencia y para que el ánimo se aliviase con la conversación y las atenciones obsequiosas de aquellos que les bien querían. Luego, aplicáronse maestros a la edad ruda, que formasen la vida y mostrasen el camino de la virtud y dirigiesen la razón. Primeramente lo fué para cada uno su padre; luego, su madre; luego, sus madrinas; luego, sus padrinos, sus tíos, sus abuelos y los más alejados de su parentesco y los menos obligados por el deudo de la sangre. Después vinieron

las escuelas y los maestros de la sabiduría y el gran número de fundaciones que a este fin dejaron los hombres más beneméritos. Pero estos remedios se han de ir a buscar lejos o son desconocidos o asequibles a gran precio o se ignora el modo de usarlos; y en todos estos casos, necesitamos la cooperación ajena. Y por lo que toca al cultivo del ingenio, los hay que no tienen la suerte de dar con su maestro, y otros, a quienes corrompió el mismo maestro corrompido, verbigracia: el pueblo, grande doctor de errores; y un vecino a otro vecino y el padre al hijo, son maestros de opiniones torcidas, y aun muchos preceptores de juicios estólidos y depravados, a quienes no fiarías una manada de gansos, que rigen las escuelas de los niños nobles. Otros hay que con desdén de todo maestro, en la ceguera total de su consejo, ruedan de despeñadero en despeñadero, no admitiendo ningún guía o escogiendo al más ciego.

De esta manera fué hecho el hombre un miserable absoluto, interior y exteriormente, en justísimo castigo de la empresa que asumió de usurpar la divinidad. Aplastada quedó la soberbia de ese animal engreidísimo, por manera que no hay otro más flaco y que menos valga por sí mismo. Su vida toda, su salud está colgada del auxilio ajeno, ya para cortar en su misma raíz la soberbia, propagada a su posteridad por los autores de nuestro linaje, ya excepcionalmente por ocultos juicios de Dios, faltando a los unos el dinero, a los otros la salud o el talento, de todo lo cual habrían de hacer mal uso. Para otros, esta misma pobreza es instrumento de grandes virtudes, pues todo lo refiere a nuestro bien aquel Príncipe y Gobernador de este mundo, Padre, todo sabiduría e indulgencia. En conclusión: todo el que es menesteroso de ayuda ajena es pobre y ha menester misericordia, que en griego equivale a limosna, la cual no consiste exclusivamente en la sola distribución de dinero, como piensa el vulgo, sino en toda obra con que se alivia la insuficiencia humana.

CAPITULO III

CUÁL SEA LA RAZÓN DE HACER BIEN

Mas, porque todos sepan cuál sea el orden que debe regular los beneficios y cómo el beneficio se ha de recibir o hacer y cuánto deba ser el agradecimiento de cada uno, declararé cuáles son los beneficios principales y de primera línea y también los que a éstos están más vecinos, y luego los que están en tercer lugar. Piensan algunos que nada se da o se recibe o que, en redondo, no hay más beneficio que el dinero. De aquí, aquel dicho vulgar: *¿Qué aprovechó, qué ayudó si no dió nada?* O al revés: *Mucho le valió, porque dió;* o todo lo que concierne a los medios de granjear dinero, como si, verbigracia, le enseñó un oficio lucrativo o le dió un consejo con el que salió ganancioso. Y en este punto pecan muchos, que cuando dan un consejo tienen toda su alma y atención embebecidas en el dinero y se olvidan de la recta razón y de la virtud. Empero nosotros, que constamos de alma y cuerpo, en ambos tenemos las cosas siguientes, ora seamos gustosos de llamarlas bienes, ora las demos el nombre de ventajas; primeramente, en el alma se aposenta la virtud, bien único y verdadero; luego, están el ingenio, la agudeza, la erudición, el consejo y la prudencia; demás de

esto, en el cuerpo reside la salud robusta para servicio del alma, y están las fuerzas que bastan a soportar los trabajos, y, en último término, entre los bienes exteriores, está el dinero, las posesiones, la hacienda, los alimentos. El principal y más encumbrado beneficio es que coadyuve uno a la virtud de otro; así que los más obligados deudores de Dios son no aquellos a quienes les cupo nobleza de sangre, belleza física, abastanza de bienes, talento, gloria, sino aquellos otros a quienes se dignó concederles una participación y lumbre de su espíritu para conocer y practicar lo santo y saludable; es a saber: todo lo que es de su divino agrado. De este don, leemos en el salmo 147: *El que anuncia su palabra a Jacob, sus justicias y juicios a Israel. Con ninguna nación hizo tal cosa y no les manifestó sus juicios.* Este es aquel grande beneficio que Cristo comunica a aquellos que fueron bautizados en su nombre y tienen puesta su confianza en sólo El. Los ministros y como dispensadores de este beneficio fueron sus discípulos, que contrajeron el mayor de los merecimientos para con el género humano, y después de ellos los que sucedieron a los Apóstoles, no tanto en la dignidad como en la función y en las obras. No puede con palabras expresarse cuán grande sea el reconocimiento que debemos por este don increíble; pues éste es aquel bien que cada uno debe desear a cualquier otro mortal, y en la medida de su posibilidad, procurárselo con el consejo, con la diligencia, con la obra.

Después de la virtud se sigue la enseñanza encaminada al conocimiento de la virtud, enseñanza que el hombre enciende en otro hombre, como una luz de su propia luz, sin que la participación la aminore, sino que la acrecienta. ¡Cuán bella y gloriosa tarea es adoctrinar, pulir, instruir, adornar a la más alta de las potencias del alma, que es el entendimiento! Dice Sócrates que ninguna gratitud tendría a quien le diese dinero, y que, en cambio, la tendría muy grande a aquel por quien fuese librado de ignorancia. Y el santo Job, hundido en la miseria y sentado en el estiércol, requiere de sus amigos poderosos no mercedes, sino que sólo les pide enseñanzas: *¿Por ventura os dije: Traedme regalos y dadme de vuestra hacienda? ¿O libradme de la mano del enemigo y sacadme del puño de los poderosos? Enseñadme y yo callaré, y si de alguna cosa tuve ignorancia, instruidme.* ¡Cuán sórdidos bienhechores son los que a cada paso sacan a relucir el dinero que han dado y blasonan de haber mantenido los estudios ajenos! Enseñen ellos personalmente, y entonces podrán gloriarse con razonable motivo. Aristóteles equipara el beneficio de los maestros con el de Dios y con el de los padres, a los cuales, dice, no se puede corresponder con gratitud condigna. Es indecible cuánto aprovecharían a la república unos cuantos grandes y eruditos varones, si no fuera demasiado peso tomar ellos en persona a su cargo la instrucción de la niñez, edad flexible a todo, y en la cual es tarea mucho más fácil inculcar opiniones rectas. O, al menos, no escatimar a los maestros avisos, preceptos y otra suerte de ayudas, mostrándoles el camino a seguir como con el dedo. No es decente que los que gobiernan las ciudades sean perezosos en proveer a sus niños de los maestros mejores, dotados no solamente de talento y erudición, sino también de juicio sencillo y

sano. En la crianza inicial de la niñez escóndese una fuerza de gran virtud para el resto de toda la vida, no de otra manera que en las semillas existe la promesa de las futuras recolecciones. No cabe duda que convendría más poner atención en este punto que no en el ornato o el enriquecimiento de la ciudad, si ya no es que pensamos que más vale dejar una mala posteridad, con la condición de que sea rica.

¡Cuán grande y cuán gloriosa misión no juzgamos ser la de poner en las almas compostura y sosiego, cosa que se hace en parte con los preceptos de la virtud y en parte con la afable comunicación, con consuelos, con deferencias, con visitas, con obsequios; y, además de esto, procurar la defensa de los cuerpos y el bienestar material! Para quienes asumieron este empeño generoso, inventáronse los títulos de *Libertadores*, de *Salvadores* y tantas coronas como excogitó la Antigüedad, símbolos de la virtud y de la gloria; a saber: la corona de grama para aquel que en campaña salvase la vida de un ciudadano, la corona de encina para quien hiciera levantar un cerco. También la medicina fué tenida en gran aprecio y atribuída a invención de los dioses: *El hombre médico*—dice Homero—*vale por muchos hombres*. Y Dios manda prestar al médico honra y acatamiento. ¡Y cuán gran beneficio no es librar de la cárcel y del cautiverio! El senador Terencio Culeo, libertado de la prisión de Cartago por Escipión *el Africano*, por todo el tiempo que le duró la vida, le miró y le reverenció como a su señor, y asistió a su triunfo con la cabeza descubierta. En los tiempos antiguos, era muy honroso rescatar a los cautivos empleando en ello la hacienda propia, aun entre los mismos gentiles, cosa de que Cicerón da testimonio en sus libros *De los oficios*. E inspirándose en estos mismos sentimientos, por aumentar el amor del pueblo para con su príncipe, considerándosele como el más bienhechor, introdújose la práctica de inaugurar el reinado con una amnistía, devolviendo la libertad a quienes estuvieran detenidos en cárceles y prisiones.

Adrede dejé el postrer lugar para el dinero. Prestar ayuda con él es generoso y bien visto, y lleva consigo una como miel secreta, pues según enseñan Aristóteles y Cicerón y los demás filósofos, es cosa más dulce y más sabrosa dar que recibir. Y ese sentir de los filósofos gentiles, ratificólo el Señor con su sentencia, que se halla en la carta de San Pablo a los Corintios: *Según la palabra divina*—dice—, *contiene mayor felicidad dar que recibir*. Una vez que hubiéremos catado la íntima y profunda dulcedumbre de la liberalidad, no podremos abstenernos de ella, mientras tuviéremos cosa que dar. Y si no se tiene legítimamente, se procura aun hurtando, como lo declararon muchos que quitaban a unos para dar a otros, cuales Alejandro, Sila, César. Por esto reza el adagio antiguo: *El dar no tiene suelo*. Aun el dar a quienes conocemos por ingratos, entraña su deleite por el solo hecho de dar. El beneficio establece una cierta semejanza entre la condición y naturaleza de Dios y nosotros; a saber: que unos parezcan necesitar de nuestro socorro y no nosotros del suyo, y que en cierta manera tengan puestos sus ojos en nuestras manos, de quien esperan auxilio. De Dios se dice en el salmo: *Dije al Señor: Tú eres mi Dios porque no tienes necesidad de mis bienes*. Y en otro lugar: *Todos los seres tie-*

nen sus ojos puestos en Ti, Señor, porque les das su mantenimiento en tiempo oportuno; abres tu mano y llenas de bendición a todo ser animado. Y aquí radica el grosero error de quienes despojan a los unos de lo que dan a los otros. ¿Qué suerte de hacer bien es esa de hacerlo por medio de la injusticia? No logran ciertamente el agradecimiento que pretenden, pues a quien agrada el don, olvida; a quien escuece, recuerda, y queriendo parecer poderosos, vense obligados a implorar el auxilio de los más pequeños, de modo que ya se dice vulgarmente: *gran príncipe, gran mendigo.* Pero yo dije todo eso para declarar cuánta dulzura oculta entraña el dar por manera que sólo su deseo y golosina pudiera ser su motivo, prescindiendo de toda otra posible utilidad.

Así como no debe el socorro limitarse al solo mantenimiento, puesto que todo el hombre necesita el auxilio adecuado, así también no en el dinero sólo debe el beneficio concretarse. También hay que hacer bien con lo que es patrimonio del alma: deseos, consejo, prudencia, preceptos para la vida; y con lo que es primitivo del cuerpo, a saber: presencia corporal, palabras, fuerzas, trabajo y asistencia, y, por fin, con las cosas externas, a saber: dignidad, autoridad, influencia, amistades, dinero, y bajo esta denominación comprendo todo lo que se granjea con el dinero. En todo lo que cada uno pueda, ayude y aproveche a los que lo necesitan; a ninguno dañe, cuanto en su mano estuviere, si ya no es que ese camino favorezca a aquel bien principal, que es la virtud. Pero ello no se podrá llamar daño, pues no se ha de dar a cada uno lo que apetece, sino lo que le conviene. En lo cual es menester que esté limpio de toda perturbación del ánimo el que tiene el deber de juzgarlo.

CAPITULO IV

CUÁN NATURAL ES EL HACER BIEN

Apiadóse del hombre el Señor en su clemencia infinita, ya porque éste se avergonzó de su obra, ya porque a ella había sido movido por las persuasiones del enemigo artero y siguió reservándole el mismo lugar que ya le había señalado en sus primeros consejos, pero que desde aquel instante debía conseguir en lucha más recia y en condiciones más duras. Y aun en esta vida quiso que los unos socorriesen a los otros mediante la reciprocidad del afecto. En primer lugar, para que con aquel amor inicial de caridad, empezasen ya a prepararse para la Ciudad celestial, en donde no hay otro sentimiento sino un amor perpetuo y una concordia indisoluble. Y allende de esto, dispuso Dios que el hombre que debía actuar en sociedad y comunicación de vida, torcido en su espíritu y arrogante en la mancilla de su origen, necesitase del auxilio ajeno, porque de otra manera no cuajaría entre ellos sociedad alguna ni duradera ni firme, puesto que cada uno en su original engreimiento y en su inclinación nativa al mal, menospreciaría y abandonaría al compañero si no le contuviera la recelosa previsión de que acaso un día u otro podía necesitar de él. A nadie levantó tan arriba el favor de la Fortuna, que no le humille, aunque no quiera, a implorar el socorro de un inferior. Y aún diré más: diré que sin el auxilio de los menores aquel favor de la Fortuna ni se produce ni se conserva. Demostración visible de ello

son los grandes reyes, cuya fuerza, que se asienta en los vasallos, se derrumbaría en el punto mismo que éstos le sustrajeran su apoyo.

¿Qué niño o qué vejezuela ignora que en el consentimiento de los súbditos se afirman los Imperios más pujantes, los cuales no existirían en absoluto, si todos a una dejasen de obedecer? No es posible la subsistencia prolongada de una República, en la cual cada uno de sus componentes humanos no atiende más que a sus intereses personales y a los de sus amigos y descuida los generales, ora el todo se gobierne por la voluntad de uno solo, forma de gobierno que se llama *Monarquía,* ora sea administrado por un pequeño grupo, que se llama *Oligarquía,* ora resida en el pueblo toda la soberanía, que se llama *Democracia.* Aquella es república justa y gobierno saludable en que todos los desvelos y los consejos de los que mandan se encaminan al bien público. Pero si cada cual arrima a su provecho propio todo cuanto puede con su astucia, habilidad o poder, aun en régimen de democracia, el pueblo constitúyese en tirano de sí mismo y retiene precariamente y por breve tiempo la libertad y el poder, y pasa esclavizado al dominio y arbitrariedad ajena. Harto demostraron este axioma político aquellas dos poderosísimas Repúblicas, romana y ateniense, y lo seguirán demostrando todas aquellas otras que tengan tales ciudadanos, que quieran más ser ellos grandes y poderosos, que no que su patria sea poderosa y grande.

Diríase que es una forma de agradecimiento nuestro a la Naturaleza si, necesitando nosotros que sean muchos los que nos ayuden, nosotros, a la vez, somos ayuda de muchos. Y así es que está maravillosamente infiltrada en los humanos pechos la entrañable pasión con que los ánimos generosos quieren favorecer y ayudar al mayor número posible, creyendo ser la cosa más honrosa y excelente; y ello sin ningún provecho propio; antes con grave daño de la hacienda o de la vida. Todas estas cosas, muchos varones de grande y elevado espíritu tuviéronlas por bajas y viles con tal que aliviaran a los agobiados, socorrieran a los menesterosos, confirmaren a los flacos y procuraren ayuda y consuelo a los afligidos; y por ese medio consiguieron el glorioso galardón de ser considerados merecedores de la inmortalidad. No ignoró a buen seguro aquella dorada Antigüedad que el más divino de los oficios es el hacer bien. Pero ¿para qué hablo sólo de los hombres buenos, cuando los piratas y ladrones, quienes, con el ansia de robar, infestar mares y tierras, quieren aparentar haber favorecido a algunos, pues pudiendo degollarlos les perdonaron la vida? Este es el más grande servicio que puede prestar el ladrón. Los militares, jactanciosos de suyo, no alaban su fuerza sino por cuanto aprovecha al común, a manera de ciudadela o alcázar. Por todo esto que llevamos dicho, ninguna otra consideración debe avivar y excitar más los pensamientos de los hombres que el afán de hacer bien a otros, ora porque así lo mandó Aquel que premia con munificencia larguísima la observancia de sus mandamientos, ora sea porque de otra manera no tienen consistencia posible las sociedades humanas o, por fin, porque debe reputarse ser una posición inhumana y antinatural la de no socorrer a cuantos pudieres, o también porque por este camino los unos ponen el beneficio hecho a los

otros como en depósito común para cuando le faltare al más desvalido la ayuda del más pudiente. En conclusión: conviene que cada uno sea movido a hacer beneficios porque nos lo avisa la suerte que a cada cual está deparada.

CAPITULO V

POR QUÉ CAUSAS ALGUNOS SE APARTAN DE HACER BIEN

Dos son las causas principales que restringen nuestra beneficencia; es a saber: o porque nos persuadimos que no vamos a ser de provecho a los demás, o porque pensamos que hemos de perjudicarnos a nosotros mismos o a aquellos a quienes amamos como a los hijos, a los parientes o a nuestros amigos muy estrechos. Juzgamos ser de provecho nulo el beneficio hecho a un hombre malo y nos ofende muy vivamente la ingratitud. Tan melindroso y tan tiernecito es nuestro egoísmo, que no nos atrevemos a beneficiar por no exponernos a aquel desaire.

Hablaré primero de los pobres y luego de aquellos que manipulan riquezas. Ninguna cosa existe más amable que la virtud, ni nada que granjee mayores simpatías que la hermosura de la bondad. E inversamente, nada hay más feo que el vicio, ni que más instantáneamente ni con mayor abominación repela a quienes lo vieren. Aquí tienen su raíz aquellos antiguos aforismos: *Quien dió un beneficio a un hombre digno, por el hecho de darlo lo recibió.* Y aquel de Ennio: *Los beneficios mal colocados, para mí son maleficios.*

Ninguna cosa nos aparta más de beneficiar que el recelo de situar mal el beneficio. Y esto, por dos razones: la una, porque el beneficio no fué de ningún provecho a aquel a quien lo hicimos y nos duele haber perdido el gasto y el trabajo; la otra, cuando hacemos experiencia de un ingrato. Esta felonía no solamente ofende a aquel contra quien se endereza la ingratitud, ni redunda en perjuicio exclusivo del ingrato, sino que daña a todos en general, pues coarta la benignidad generosa y amortigua el vivo deseo de beneficiar. Cuentan de un cierto Timón, hombre muy rico, de Atenas, que fué de temprano benéfico y largo en extremo; pero habiendo experimentado la ingratitud de muchos para consigo, cayó en un linaje de aborrecimiento del género humano que le valió el mote de *Misántropo*. Vemos cada día a los discípulos de los declamadores que volvieron su oratoria y aquel estilo que sus maestros les pulieron y les aliñaron, en daño de sus preceptores. ¿Quién con estos antecedentes a la vista querrá enseñar? Vemos a unos padres deshonrados, robados, expulsados, heridos, asesinados por sus propios hijos. ¿A quién seducirá el deseo de darles el ser y darles la crianza? Vemos que muchos favoritos, criados, criadas, admitidos en la casa y en la familia, ayudados materialmente, elevados a dignidades, tomados y considerados como hijos propios, que forzaron a las esposas de sus señores, a sus hijas, a sus parientes, corrompieron la índole de sus hijos, robaron la casa, traicionaron a sus amos, de modo que más les valiera haber introducido en su domicilio a una serpiente que hombres que tal peste les acarrearon. ¿Quién no preferirá habitar en las selvas y en los desiertos? A un gobernador de una ciudad que vela día y noche para la utilidad pública con incomodidad y tra-

bajo suyo llámanle ligero, ambicioso, inepto para gobernar. El pueblo desacata al príncipe bueno y obedece al malo. Esta actitud del pueblo empuja a muchos a ser malos, pagando los agradecidos lo que pecaron los ingratos. Por esto es odiosa la ingratitud aun para con los otros, y ha sido tenido por un crimen de tanta gravedad que no obstante ser frecuente en la república, no se le encuentra sanción establecida por las leyes, porque supera toda tasación humana y ser uno de aquellos cuyo castigo, como dice Séneca, se remite a la venganza de Dios.

Hay quienes a algunos hijos de mendigos, para enseñarles e instruirles en el modo de ganar la vida, los adoptaron por hijos y los nombraron herederos en el testamento; los cuales, pocos días después, huyeron de sus amos con lo que les hurtaron, o si permanecieron en sus casas algún tiempo se avilantaron a toda insolencia y descomedimiento, se volvieron murmuradores, replicones, desvergonzados, rateros y, en una palabra, intolerables.

Y puesto que el mismo asunto nos ha llevado a tratar de los mendigos, si alguno considera su vida, y vicios, y los desmanes, y delitos que cometen cada día, se maravillará más aún de que haya quien se digne mirarles: hasta tal punto queda perdido todo cuanto se les da. Primeramente, piden con suma procacidad e importunidad, más por alcanzar a viva fuerza que por ruegos. Algunos no les dan sólo por este motivo, y otros les dan no más que por zafarse de tamaño enojo. Pordioseando sin ningún miramiento del dónde ni del cuándo, en la misma celebración del sacrificio de la Misa, no dejan a los fieles venerar, atenta y piadosamente, el Santísimo Sacramento; se abren paso a través de las más apiñadas multitudes con sus llagas repugnantes, con el hedor nauseabundo que exhala todo su cuerpo. Tan grande es su egoísmo y el desprecio que sienten por la ciudad es tan agudo, que no se les da nada de comunicar a los otros la virulencia de su enfermedad, no habiendo casi ningún género de mal que no tenga su contagio. Y no es esto sólo: de muchos se ha averiguado que con ciertos medicamentos se abren y ensanchan las úlceras para producir más lástima en los que los ven. Y no solamente por la avidez de la ganancia afean ellos mismos sus propios cuerpos, sino los de sus hijos y otros niños que a veces piden prestados o alquilados para llevarlos por todas partes. Yo sé de una gente que los lleva hurtados y raquíticos por conmover más los sentimientos de aquellos a quienes piden limosna. Otros hay con salud entera e integridad física que simulan enfermedades varias, quienes si están solos o les sobreviene de repente una necesidad, muestran hasta qué punto no están enfermos. Los hay que huyendo se ponen a salvo si alguno quiere curar sus llagas y accidentes. Otros, engolosinados con la dulzura del lucro ocioso, hacen oficio de la necesidad. Y no querrán por nada del mundo trocar esta manera de ganar dinero ni pelean con menor viveza por su mendiguez si alguno se propone sacarles de ella, que por sus riquezas, otros. Y siendo ricos continúan pidiendo limosna, y recibiéndola de aquellos a quienes con mayor razón debieran ellos dársela. Averiguada esta circunstancia en algunos, hace sospechosos a todos los restantes. Los hay que siempre tienen en la boca a Dios y a todos

los santos del cielo, y nada tienen en el pecho menos que a ellos, y profieren contra Dios denuestos que no se pueden tolerar. Son de ver sus riñas tan rabiosas, sus maldiciones, sus execraciones, y por un dinero cien perjurios, golpes, muertes; todo con la mayor ferocidad y la crueldad más fea. Desdeñan algunas veces lo que se les da de limosna si la largueza no corresponde a su codicia, y lo rechazan con grande enfado y fastidio del semblante y con palabras injuriosas. Alcanzada la limosna, hacen burla de aquellos de quienes la recibieron: tan lejos están de rogar por ellos a sus solas. Los unos esconden con avaricia increíble todo cuanto recaudan, y ni aun al morir lo manifiestan, para que no se pueda hacer algún uso de ello a su favor. Los otros, con un derroche detestable, dilapidan cuanto allegaron en cenas opíparas, como no las hacen en su casa los ciudadanos opulentos; más animosamente invierten ellos un florín en un capón o en un pescado delicado o en un vino generoso, que un sueldo los ricos; por manera que no sin donaire dicen algunos que para el figonero mendigan ellos no para sí, porque confían que con la misma facilidad con que recogieron aquel dinero aquel día, volverán mañana a recoger otro tanto.

Yo, a punto fijo, no sé por qué es tan rara la parsimonia en los caudales cortos y mucho más rara aún si se adquirieron sin industria ni trabajo. Y ¡con qué estrépito no banquetean! ¡Y con qué tan destemplada vocería! Dirías, oyéndolos, que es un altercado entre rameras y rufianes. Están al acecho de los placeres con más despierta diligencia que los ricos, y en ellos se hunden más profundamente. Este hábito de vida háceles inciviles, descarados, ladrones, sin entrañas; y a las mozuelas, hácelas impuras, libidinosas. Si alguno les aconseja con buena intención y con alguna libertad, reaccionan con ferocidad y al momento le echan en cara: Somos pobres de Jesucristo. Como si reconociese por suyos a unos pobres tan ajenos de sus costumbres y de la santidad de vida que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, que declaró bienaventurados no a los pobres de dinero, sino a los pobres de espíritu.

Y, paradójicamente, es de saber que hartas veces esa ralea de pobres precisamente por ser pobres levantan sus espíritus con soberbia mayor que no los ricos por sus riquezas y opulencias. Odian a todos los que, o no les dan o les reprenden. Del hurto no les aparta nada, sino el miedo de la pena o la falta de ocasión. Pero si se les presenta la oportunidad, ningún respeto tienen ni a las leyes ni a los magistrados, pensando que, so pretexto de la pobreza, todo les está permitido. Quisieran vengar sus enojos no con palabras o con los puños, sino con el hierro y la muerte. Prueba de ello son los muchos homicidios cometidos por ellos a escondidas. Y si alguna vez estalla algún motín, ningunos hacen mayores desastres que ellos, ora denunciando, ora instigando, o ellos mismos, por su propia mano, por manera que no sin muy grave consejo parece que los romanos apartaron a los necesitados de todo cargo político o administrativo de la República, porque los consideraban como enemigos de los ciudadanos. Todo esto que yo dije, no lo digo de todos sin excepción, sino en términos generales, pues en unos hombres o naciones reinan unos vicios y en otras, otros, y en algunas,

ningunos. Y luego lo dije para exhortar a los magistrados públicos y a las personas particulares a que socorran la mendiguez a tiempo y no permitan que se pegue y endurezca en las entrañas de su ciudad tamaña infección y tan feísima apostema.

CAPITULO VI

DE QUÉ MODO DEBEN PORTARSE LOS POBRES

Ahora me toca enseñar y amonestar a los mismos pobres cómo deben conducirse en las adversidades. Primeramente han de considerar que la pobreza se la envía un Dios justísimo por un oculto juicio, que aun a ellos es soberanamente provechoso, quitándoles el cebo de los vicios y dándoles ocasión para practicar más fácilmente la virtud. De modo que no solamente debe ser sobrellevada con resignación, sino abrazada con alegría, como un don de Dios. Vuélvanse al Señor, que les ha tocado con una clara prueba de su amor, pues a quien ama, castiga; porque no pierdan el fruto de la corrección y calamidad, que es el de conocerse a sí mismos y conocer a su Hacedor, que les avisa y llama, que se acerquen a El, desechados del mundo, elegidos de Dios, y, desnudos y desembarazados, acompañen alegremente a Cristo, desembarado y desnudo; obren santamente y confíen en sólo Dios y no en socorro alguno humano. Supuesto que reciben males en esta vida, trabajen y se esfuercen que no los tengan en la otra mayores y peores, no sea que por mínimas y vilísimas ganancias en una vida de amarguras, sufran la pérdida de los gozos celestiales. Nada finjan, que no parezca que usan de la impostura como una traza y medio de vivir, confiando más en su engaño que en la bondad de Cristo, que a todos nos alimenta; porque no es el dinero quien nos mantiene ni es el pan, que de ningún modo ha de faltar a quienes se mostraren como El los quiere: sencillos, puros, vergonzosos, amables. Pidan y traten las gentes con modestia y con bondad, pues nada hay más hermoso que la reserva y el comedimiento, ni nada más eficaz para granjearse el amor.

¿Qué cosa más intolerable que un pobre ensoberbecido? De él dijo el sabio hebreo: *Tres linajes de hombres aborreció mi alma y me apeno mucho del alma de ellos: el pobre soberbio, el rico mendaz, el viejo fatuo e insensato.* A nadie aborrezcan; a ninguno envidien las cosas mortales, quienes haldas en cinta, como se dice, caminan con presura hacia las inmortales, amen, y serán amados en correspondencia; semejantes a Cristo son en la pobreza, y sus imitadores, en la caridad.

Los que puedan trabajar no estén ociosos, que eso lo prohibe San Pablo, discípulo de Cristo; y la ley de Dios sometió el hombre al trabajo, y el Salmista llama bienaventurado a quien come el pan adquirido con el trabajo de sus manos. Así como ahora nada les sabe mejor que el ocio torpe y perezoso, así tampoco, avezados a hacer algo, nada les sería más enojoso y aborrecible que la ociosidad, nada más sabroso que el trabajo. Y si no me creen a mí, pregunten a aquellos que desde la huelga y la holgazanería se han pasado a la ocupación y a los quehaceres, pues para el hombre acostumbrado al trabajo, ya por la fuerza del hábito, ya por la naturaleza de la condición humana, le son una especie de muerte el ocio y la desidia.

Rueguen mucho y con gran ahinco y piedad por el bien de su alma y por la de aquellos que les ayudan en las necesidades de la vida, para que Nuestro Señor Jesucristo se digne galardonarles con aquel cien por uno de los bienes eternos.

No se contenten con un simple hacimiento de gracias verbal por lo que recibieron; conserven un ánimo agradecido; esto es, que se acuerden del beneficio. No malgasten torpe ni pródigamente lo que se les dió, ni lo guarden con sórdida ruindad, puesto que no se lo han de llevar consigo a la otra vida; gástenlo con prudencia para las cosas necesarias, y, satisfecha esta necesidad, no envidien ni quiten a los otros pobres su limosna; antes procúrensela si pudieren y aun ellos mismos la den, de los relieves de su diario mantenimiento, a imitación de aquella judía viejecita, que de su tenue caudal ofreció al Señor dos dineros, esto es, todos sus haberes, y fué loada por aquella sagrada boca de nuestro Salvador. ¡Felicísima ella que, mirando sólo a Dios, se olvidó de su pobreza, y por esto halló tan grande panegirista de su devoción! ¡Limosna dichosa, recortada de la misma necesidad, la cual, por testimonio de Cristo, fué preferida a las grandes dádivas de los ricos!

No parezca a los cristianos impracticable aquello mismo que hicieron unos gentiles, ajenos de nuestra santa religión: ellos, desde su tienda, porque habían ya recaudado cuanto era necesario para el mantenimiento del día, enviaron a un comprador a la del vecino, que nada o poco había vendido. ¡Oh pecho de hierro de aquel cristiano a quien no ablandan ni los ejemplos de los hombres que sirven al mundo y no a Dios, ni tantos documentos, de tan grande pena o premio, que no vocean otra cosa sino que desees y hagas bien al prójimo hasta donde alcancen tus posibilidades.

Pero vuelvo a los pobres. Eduquen y enseñen a sus hijos piadosa y santamente, a fin de que, puesto que no les van a dejar riquezas, les dejen virtud y sabiduría, herencia que debe anteponerse a todos los reinos. Si así lo hicieren; si así vivieren, sé, y me atrevo a salir fiador con peligro de mi cabeza y de mi vida, que cuando, de los hombres, les faltare la comida, nunca les faltará del Dios del cielo. Quien esto no creyere, a buen seguro que tampoco cree en las promesas de Cristo ni entiende que su vida no subsiste principalmente por el corporal mantenimiento, sino por la divina voluntad.

CAPITULO VII

QUÉ VICIOS IMPIDEN HACER BIEN A LOS QUE PUEDEN HACERLO

Por otro lado, hay en nosotros otros vicios que impiden mucho más nuestra beneficencia, nacidos todos de nuestro amor propio descomedido, cuya cierta y legítima hija es la soberbia y el deseo de exceder a los unos oprimiendo a los otros. De ahí, la envidia, muy cordial amiga de la soberbia, por la cual queremos que nuestros bienes sean exclusivamente nuestros, de manera que no nos avenimos a que ninguno se levante a nuestra altura, hostiles no solamente a los que suben, sino a quienes les facilitan el ascenso. Aparte de esto, nace también en nuestro pecho una cierta indolencia y frialdad, cuando favoreciendo a unos tememos que otros no se ofendan. Esta circunstancia retrae a no pocos de defender al compañe-

ro de la injuria, por temor de perjuicios y enemistades. Recelan algunos también que sus beneficios no vayan a dar en manos de un ingrato, escarmentados por los ejemplos ajenos, ya que no por los propios, pues no quieren ellos experimentar a su costa si su voluntad tendrá un resultado más feliz. Nos detiene también cierto género de desidia física nacida de delicadeza y regalos, de tal suerte que, mostrándonos por otra parte muy diligentes y activos para la ganancia y el recreo, rehuímos todo trabajo y solicitud, aun cuando debiera aprovechar al prójimo; peregrinamos por mares y por tierras por un logro ruin; nos metemos en mil peligros por un deleite brevísimo, y por el amor del prójimo, el ademán de abrir la mano es un trabajo de Hércules.

Fuera de esto, arreciaron hasta tal punto los placeres y el lujo, que ya no les puede dar abasto la hacienda más crecida, y así no nos aventuramos a dar a los otros, porque a nosotros no nos falte. ¡Tiempo ha que, juntamente con las cosas buenas, hemos perdido el nombre de las cosas buenas! De tal manera hemos cedido a los vicios, que por una especie de consentimiento tácito les hemos transferido lo que era propio de las virtudes. Nadie cree que hace mal si los demás no juzgan que lo hace; la alabanza de la templanza y de la frugalidad ha degenerado en baldón y deshonor; la prodigalidad y el despilfarro se aprecian absurdamente como virtudes características de la nobleza y de la opulencia, en tanto grado que llegan algunos a gloriarse de que se emborrachan muchas veces como si el borracho fuera hombre y no bestia; malgastar cuantiosas sumas de dinero en juegos de azar y en truhanerías, banquetear suntuosamente se tiene por hermosa y gloriosa hazaña; la sencillez, el candor y la recta prudencia se tienen por pura memez; el vocablo prudencia pasó a significar astucia y fraude, y el de ingenio, maledicencia desolladora; enseñar a los otros, repútase como oficio abyecto propio de hombres ruines, aun tratándose de los propios hijos, si ya no fueren las artes de la vanidad y de la soberbia. Y hasta el orar y rogar a Dios no nos parece asaz honesto y digno por no dar a entender que confesamos ser Dios más grande que nosotros y que necesitamos en algo del socorro suyo. Todo esto nos introdujeron unos siglos de barbarie y estolidez.

Hay más: el dinero, que no fué al principio sino un instrumento para adquirir todo lo perteneciente al mantenimiento y al vestido, pasó a ser exponente de honor, dignidad, soberbia, ira, fausto, venganza, vida, muerte, poderío de todas las cosas, en fin, que medimos por el dinero.

Añadido al dinero un valor alto y tan extenso, nadie hay que no piense que por el camino y los medios que fueren se ha de allegar, abrazar y conservar, con razón o sin ella, justa o injustamente, sin distinción de profano y sagrado, lícito o ilícito. El que lo adquirió es tenido por sabio, señor, rey, hombre de grande y admirable consejo y talento; el pobre, en cambio, es tenido por necio, despreciable, apenas hombre. Esta opinión tan generalizada y admitida de todos obliga a los hombres que por su carácter viven más ajenos al cuidado de la Fortuna, se hagan sus esclavos, porque unos sirven a otros de ejemplo y aliciente para el mal. El padre, la madre, el ama o ayá, los hermanos, todos los que bien les quieren, ninguna cosa les desean y piden para

ellos con más ardor que el dinero. El amigo lo desea al amigo; el pariente, al pariente. A los enemigos no se les echa mayor maldición que la de la pobreza. Aducen algunos para esto graves y honestas causas, a su parecer: dicen recoger el dinero como una previsión de la Providencia y como un viático para la vejez, la cual, de suyo, es flaca y necesitada de hartas cosas; para las posibles enfermedades, para los varios azares que puedan ocurrir; para los hijos, los nietos, los parientes, los allegados. A esto llaman previsión o providencia, siendo así que es una imprudencia abocada a lo infinito, puesto que velamos por la inmortalidad de nuestro linaje y lo proveemos para la eternidad, llegándose a la persuasión de que quien beneficia a los pobres con alguna largueza dícese que defrauda a sus herederos, o por usar de una palabra más odiosa, se lo hurta, se lo roba.

Y no faltan leyes que favorecen la avaricia de los herederos y atan las manos bienhechoras; y así vino a hacerse refrán vulgar aquel disparate en forma de sentencia: *Al peor heredero, nada le debas; débeselo todo al mejor pobre.* Este tan grande cuidado y veneración del dinero llevaron las cosas a tal estado que más ama cada uno su hacienda que su alma y que su vida; y si alguien dió una moneda a un pordiosero, piensa que le dió su sangre, no un poco de metal.

Allégase a todo esto que todos suelen morir conforme han vivido. Quien pasó su vida en la ambición, en la soberbia, en la codicia se hace edificar, según sus posibilidades, una iglesia, una capilla o un sepulcro, enriquecido con plata, oro, mármol o marfil, para que la avaricia viva con el muerto, esparcidos por todas partes sus blasones, ostentando soberbiamente la nobleza de su abolorio, añadiendo las armas, bien para conquistar el cielo, si fuere preciso, o para rechazar un posible ultraje al cuerpo. Empiezan por matar los gusanos que se comen su cuerpo. Inscríbense también en el sepulcro las bélicas hazañas, monumentos de crueldad, recomendación harto triste para el Juez de paz. De los robos, de los despojos que se han hecho a los pobres, de las riquezas granjeadas o retenidas con injusticia, aun después que ya no son nuestras, mandamos que se nos canten no sé cuántos salmos y que se nos digan no sé cuántas misas. Otros levantan alcázares o pirámides o estatuas, algo material, en fin, que no permita que se borre nuestro recuerdo, y mientras andamos preocupados por este pensamiento y nos prometemos de su ejecución una gloria grande y una prolongada supervivencia después de la muerte, negamos un dinero al pobre porque nada nos falte de tantos gastos, o, por mejor decir, quitamos al pobre un maravedí, si lo tiene, y despojamos al desnudo.

La causa principal porque no hacemos bien es la soberbia y el egoísmo, el cual, cuanto con mayores llamas arde, tanto más apaga la caridad para con los otros. Sobre esto dice el Señor en su Evangelio: *Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.* Estas son las verdaderas y más ciertas causas porque nos encogemos en el hacer bien; pero, según usanza común de todos los hombres, echamos a otros nuestras culpas, y lo que nosotros repugnamos voluntariamente, nos excusamos que no lo hacemos por ajeno vicio.

CAPITULO VIII

QUE NINGUNA COSA DEBE SERNOS ESTORBO PARA HACER BIEN

Sin embargo, es cosa hermosa y de las más excelentes el hacer bien, en lo cual conviene a los hombres ser imitadores de Dios, nuestro Padre, cuya benignidad no queda agotada con la ingratitud nuestra. Llueve sobre los justos y sobre los injustos; hace salir su sol sobre los buenos y los malos. Si bien se repara, casi todos los vicios de los pobres deben imputársenos a nosotros, pues les hacemos ingratos socorriéndoles tarde y con desgana, no con espíritu de desinterés, sino esperando algo distinto del beneficio y de la gracia; afrentándoles con el mismo beneficio, con el recuerdo, con el gesto, con el hastío. Hay también muchos que se ofenden tanto de la ingratitud, que a nadie quieren ya favorecer. Nadie ignora que no todos los hombres han de ser ingratos porque uno lo sea, pues no todos son de un mismo genio ni de unas mismas costumbres. Haz la experiencia tú mismo. Oye a Séneca, sabio gentil, enseñando a los cristianos unas verdades que más convenía que él de los cristianos las aprendiera. Voy a transcribir el pasaje entero, para que cada uno de nosotros se avergüence de no ordenar su vida, ni siquiera inspirándola en preceptos un poco más sanos de los gentiles:

«No ha de ser bastante razón para hacernos tardos en los beneficios el cuento sin cuento de los ingratos. Lo primero, porque, como he dicho, nosotros le acrecentamos; lo segundo, porque ni aun a los dioses inmortales los hacen cejar en su pródiga beneficencia los mismos sacrílegos y los negligentes; siguen su condición natural y socorren a todos los seres, aun a aquellos mismos que desestiman sus dones. Sigámosles por dechados cuanto lo consiente la flaqueza humana. Demos los beneficios de balde; no los demos a logro. Merece que se le engañe el que puso la mira en la recompensa, cuando hizo mercedes. Pero supongamos que salió mal. Así es, pero el caso es que también nuestros hijos y nuestras esposas engañaron a las veces nuestras esperanzas, y, con todo eso los educamos a ellos y las tomamos a ellas; y somos de tal manera contumaces contra todas las experiencias que, vencidos y todo, volvemos a la guerra, y luego de haber naufragado tornamos al mar. ¡Cuánto más conducente es la perseverancia en hacer beneficios! Y si alguno no los hiciere porque no se le devolvieron, da a entender que los dió para recobrarlos, y hace buena la causa de los desconocidos, para quienes es vergonzoso no devolver los favores cuando pueden.

»¡Cuántos y cuántos hay en el mundo que son indignos de ver la luz! Y, no obstante, para ellos sale el sol. ¡Cuántos y cuántos hay que se quejan de haber nacido! Y con todo, la Naturaleza engendra nueva prole y tolera la existencia de aquellos que preferirían no existir! Es muy propio de un alma grande y buena no buscar el fruto de los beneficios, sino los beneficios mismos, y después del mal galardón insistir en el bien practicado. ¿Qué magnanimidad tendría haber favorecido a muchos si ninguno saliese falso? Esta es la virtud: dispensar favores que no han de ser devueltos y cuyo fruto percibe inmediatamente de hacerlos el varón egregio. Y en tanto grado la poca correspondencia no ha de ser parte a ahuyentarnos y aflojarnos en el cumplimiento

de la más hermosa de las acciones, que desahuciado y todo de la esperanza de hallar un hombre agradecido, preferiría no recibir la paga de los favores a no hacerlos, porque aquel que no los hace, se anticipa a la culpa del desagradecido. En resolución, diré lo que siento: Quien no devuelve el beneficio, comete mayor pecado; pero el que no lo hace, lo comete antes.» Hasta aquí, Séneca.

Santo y bueno que entre los gentiles existiese ese miedo de la ingratitud, que, sin embargo, con tanto empeño, intenta Séneca quitar, en el pasaje que habéis oído, y esto en el primer capítulo del primer libro *De los beneficios*, como piedra de tropiezo puesta en el umbral, molestia y peligro de los que en él entraren. Pero a nosotros, porque ese recelo no nos retraiga de hacer limosna, el Señor se nos ofrece por fiador del pobre y recibe en sí lo que se da a los menesterosos. ¿Buscamos, acaso, un pagador más rico? ¿O, por ventura, más fiel? ¿Qué se puede pensar más suave o más benigno que nuestro Dios, quien habiéndonos dado todo lo que tenemos, si alguno, dócil a su mandamiento, diere algo al pobre por su divino amor, El mismo se hace deudor y quiere que se considere por dado a su Divina Majestad aquello que de los bienes que son suyos se dió al prójimo? ¿Y qué cosa puede haber más dura, cruel e ingrata que nosotros, que de lo que El dejó en depósito en nuestras manos nos negamos a dar lo que nos manda dar El mismo? ¿Y qué necedad mayor que el que nos pese de dar siendo tan grandes los premios propuestos? ¿Y qué ceguera más cerrada, como la de irnos precipitando en una condenación cierta, mientras nos abrazamos desesperadamente con más riquezas perecederas, sometidas a mil azares?

Demás de esto, si socorriéramos a los pobres oportunamente, seguiríase sin duda el grande bien de que, juntamente con la condición y estado de las cosas, mudaran ellos sus costumbres; mas ahora, dejamos que los mendigos se vayan embruteciendo en su necesidad. ¿Y qué pueden ellos sacar de sus sordideces y miserias sino aquellos vicios que ya hemos referido? Y la lealtad nos obliga a decir que son humanas sus culpas y, hasta cierto punto, inevitables; pero las nuestras son voluntarias y casi diabólicas; porque, ¿qué significa el que en una ciudad cristiana donde todos los días se lee el Evangelio, es decir, el libro de la vida, y en él el único mandamiento de la caridad se viva de manera tan distinta de cómo allí se preceptúa? No tengo reparo en afirmar que no aprobarían nuestra manera de vivir los gentiles dotados de alguna cordura. Y es cosa cierta que de las ciudades gentílicas no hemos cambiado más que el nombre; y plegue al Cielo que no hayamos aumentado sus vicios. Oímos a todas horas: *Haced bien y rogad a Dios por los que os persiguen y os hostilizan.* Mas a nosotros, puestos para hacer bien a los ciudadanos, nos causa pesadumbre dirigirles la palabra. Sócrates, que era gentil, pospuestos sus negocios particulares y a pesar de la contradicción y envidia de muchos, rodeaba toda la ciudad enseñando, exhortando, amonestando a todos y a cada uno, consagrado noche y día al noble y laborioso empeño de hacer mejores a sus conciudadanos. No quiero referir ahora las andanzas y hechos de los Apóstoles y tantos trabajos como pasaron. Avergüéncense los cristianos de la vida

y las obras de un gentil! Se nos dice: *Quien tuviere dos túnicas, dé una al que no la tiene.* Y al presente, ¡qué monstruosa desigualdad! Tú no puedes ir vestido sino de seda, y a otro le falta un pedazo de jerga con que cubrirse; son burdas para ti las pieles de carnero, de oveja o de cordero, y te abrigas con las muy finas de ciervo, de leopardo, de armiño; tu prójimo tirita de frío, encogido hasta el medio cuerpo por su fiero rigor, y tú, cargado de oro y de piedras preciosas, ¿no salvarás siquiera con un real la vida de un pobre? Haces ascos de capones, perdices y otros manjares muy exquisitos y de precio muy raro: tan ahito de ellos estás; y a tu prójimo le falta un pan de salvado con que sustentar su inanición y la de su mujer y su pequeña prole, siendo así que tú lo echas mejor a tus perros. ¡Y, mientras tanto, no te impresiona el recuerdo del rico Epulón, que se vestía de púrpura y lino finísimo y banqueteaba con esplendidez todos los días, y la pobreza de Lázaro, el mendigo!

A ti no te bastan las casas en que cupieran las comitivas de los grandes reyes, y tu hermano no tiene cobijo en donde recogerse por la noche a descansar; y no temes oír algún día: *Hijo, tú recibiste ya tus bienes en esta vida,* y aquella temerosa maldición del Señor: *¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestros consuelos!* Y cuando no tiene límite el amontonar para las enfermedades, para la vejez, para qué oídos tan sordos se cantan aquellas sentencias evangélicas: *No estéis ansiosos del día de mañana: levantad los ojos, mirad las aves del cielo y los lirios del campo, a quienes, sin cuidado alguno suyo, mantiene y aumenta el Padre Celestial.* ¿Acaso todas estas riquezas no están ocasionadas a contingencias múltiples? De nada aprovecha al hombre haberlas allegado y conservado contra la voluntad de Dios, en cuya mano están todas las contingencias. ¡A cuántos de una fortuna opulentísima hizo pobres en un minuto una chispa de fuego no advertida, o un poco de estopa en una nave, o un río salido de madre, o una inundación del mar, o la malicia de un hombre, o una palabrilla calumniosa? ¿Qué es esto? ¿Por ventura no viven los pobres y están sanos sin tantas cosas y con ellas no enferman los ricos y con ellas se mueren? ¡Qué locura tan grande no es pensar que la vida consiste en el dinero y el pan! De ninguna manera debiéramos ignorarlo los que hemos oído tantas veces: *No de sólo pan vive el hombre, sino de la palabra y voluntad de Dios.* Y en otra parte: *No en la abundancia de lo que posee consiste la vida del hombre.*

¡Qué enseñanza puede haber más convincente y aficaz contra el vano y ansioso afán de amontonar que la parábola propuesta por el Divino Maestro, del rico avariento, cuyas rentas, aumentadas fabulosamente, le habían producido una tan grande seguridad de vida, que osó decir a su alma: *Alma mía: come, bebe, goza de tus bienes, pues son muchos los que tienes prevenidos para muchísimos años;* pero que aquella misma noche oyó lo que a cada uno de nosotros se dirá en medio de los proyectos de nuevas fortunas: *Necio: esta noche te reclamarán el alma; lo que atesoraste, ¿cúyo será?* Después que hemos oído esto de aquella boca llena de la sabiduría de Dios, no es lícito espigar ejemplos de las letras profanas que refieren cómo han sido muchos los que murieron en los comienzos mismos de su

fortuna, cuando resolvían echar a un lado sus cuidados y gozar de lo adquirido y llevar en adelante una vida descansada y regalona. Ninguna otra cosa se ve en la ciudad sino el afán de los hombres para morir ricos, no para vivir. Por otra parte, si estas riquezas se juntan y atesoran para la vejez y sus achaques, ¿a qué fin tanto exceso en el vestido y en los manjares? ¿A qué fin esa muchedumbre de criados y de favorecedores ociosos asegurados en la confianza de tus riquezas? ¿Para qué tantos perros, azores, monas, mesas de juego y truhanes? Si alguno pide con recomendación de un rico, nada se le niega. En fatuos y en bufones provocantes a risa, ¡cuánto caudal se consume! Para ésos no tiene límites nuestra liberalidad. En esa locura deliran soberanamente los españoles. Para honra y gloria de Dios, nada hay ya que hacer. El hábito de los vicios nos ha encallecido hasta tal punto, que ya perdimos la sensibilidad para esas cosas que tanto nos dañan.

A semejantes ricos ocurre muchas veces lo que dice el sabio: *El que calumnia al pobre por aumentar riquezas tendrá que darlas a quien es más rico que él y pasará necesidad.*

Pero porque nadie encoja su mano por miedo que no le falte a él, o socorra al pobre con tacaña cortedad, oiga a Salomón: *El que da al pobre no se verá en necesidad; quien le despide con desdén, padecerá penuria.* Y oiga también a San Pablo, confirmando a los corintios en la práctica de la limosna: *Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia para que, teniendo en todo con vosotros todo lo que basta, abundéis para toda buena obra, como está escrito: Derramó, dió a los pobres; su justicia permanece para siempre. El que da la simiente al que siembra, también dará pan para comer y multiplicará vuestra sementera y aumentará los crecimientos de los frutos de nuestra justicia, para que, enriquecidos en todo, abundéis en toda bondad, la cual obra por nosotros hacimiento de gracias a Dios, porque la administración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, mas también abunda en muchos hacimientos de gracias al Señor.* Así, San Pablo se expresa. Es de saber que la oración y acción de gracias que se hace a Dios por la limosna que se ha dado alcanza de El los aumentos de aquellos mismos bienes con que obramos misericordia. ¿Y qué? ¿Por ventura la verdad de esta doctrina consta no más por dichos y amonestaciones, y no por ejemplos? Leemos en el libro III de los Reyes: *Había en Sarepta, población de los sidonios, una viuda que no tenía en su casa más harina que la que podía caber en un puño y unas pocas gotas de aceite. Habiendo salido a traer leña, llevaba a su casa unas serojas con que cocer una torta para sí y su pequeño hijo, la cual, una vez comida, tenían que morir, pues era fierísima el hambre en Israel. Mas Elías pidió todo aquello para sí como limosna, prometiéndole que ni a ella ni a su hijo había en adelante de faltarles qué comer. Creyó la mujer en la palabra del profeta y le dió toda la pobreza que tenía. Y en adelante ni en la vasija de harina faltó harina ni el aceite disminuyó en la aceitera hasta el día en que el Señor tuvo misericordia de Israel.* Anda ahora y presta con timidez lo que has de recibir con tantas creces aún en bienes de esta vida.

Pero uno (se me dirá) piensa en la posteridad, y la posteridad no se acaba nunca. ¿Qué término se ha de poner al afán de acumulación? Dime: ¿No quieres dejar cuidado alguno a tus descendientes? ¿Ni nada que hacer ni oficio en qué ejercitarse? Pésimamente miras por ellos, no rehusando tú vivir miserablemente, y aun vivir mal por causa de unos que no sabes cómo serán. Oye al más sabio de los Reyes, que dice: *Más de una vez abominé la industria con que trabajé afanosísimamente acá abajo, habiendo de tener detrás de mí un heredero de quien ignoro si será sabio o necio y se hará dueño y disfrutará de los trabajos en que yo sudé y anduve ansioso. ¿Hay cosa alguna tan vana? Por ende, cesé en mis afanes y mi corazón renunció para en adelante a toda faena debajo del sol, porque trabajando uno con sabiduría, doctrina y solicitud, deja todo lo que adquirió a un ocioso.* Hasta aquí Salomón.

Somos ciegos y no nos dejamos conmover por los ejemplos que cada día se nos meten por los ojos; al contrario, desviamos de ellos nuestra atención, pensando que nos obliga la común condición de hombres, siendo así que somos hombres. A los unos les son quitados los hijos para quienes habían amontonado grandes riquezas y se verifica lo que leemos en el salmo 48: *Dejarán a los extraños sus riquezas, y sus sepulcros serán sus moradas por toda la eternidad; sus tabernáculos durarán de generación en generación y a sus tierras les dieron sus nombres.* Otros hay cuyas riquezas no llegan al heredero segundo porque corrompióse la índole de los hijos con la esperanza de la herencia paterna o por la condescendiente blandura de los mismos padres; bien, porque jamás ha sabido conservar quien no puso trabajo en el granjear. Los hijos de otros fueran óptimos sin riquezas, y con riquezas son pésimos, de suerte que parece que no les dejó otra cosa sino instrumento de torpezas y maldades aquel padre que por los medios que fuese no tuvo más afán que enriquecer a sus hijos. Y también los mismos hijos, viendo que su padre pospone a las riquezas toda otra cosa, anteponen las riquezas a su padre mismo por justísima ley de Talión, a la cual permite Dios que se llegue para nuestra enseñanza y escarmiento. Asaz abastados dejarás a tus hijos si les dejares instruídos en un arte honrado y con una recta formación. Ni les inculques aquello de: *Hacienda, en todo caso hacienda*, porque, de otro modo, experimentarás en contra tuya la insana fuerza de aquel principio. ¿Quieres oír cuáles son las verdaderas riquezas y los mandatos que debe dejar a sus hijos un padre en los postreros instantes de su vida? Tobías, al morir, habla de esta manera: *Oíd, hijos míos, a vuestro padre. Servid al Señor, en verdad, y procurad saber qué obras le son agradables para ejecutarlas y mandad a vuestros hijos que practiquen la justicia y hagan limosnas; que se acuerden de Dios y en todo tiempo le bendigan, con verdad y con sus fuerzas todas.* Todo entero el capítulo IV de este libro de Tobías está lleno de los preceptos con que conviene que un padre enriquezca a sus hijos; no con oro ni con plata. Reza el adagio viejo: *Al avariento allegador, heredero gastador.* Y también aquello otro: *Ni el buen heredero ha menester dinero, ni tampoco el malo; aquél lo adquirirá fácilmente; éste lo desperdiciará al punto.* Pensarías ciertamente haber

dejado ricos a tus hijos si les hubieses deparado un príncipe por tutor y patrono y que les hiciese las veces de padre. Pues sábete, si tienes fe, que dejas a Dios por padre de tus hijos si fueres bueno y misericordioso. *La generación de los justos*—dice—*será bendecida.* Y en otro lugar: *Quien viviere sin reprensión en justicia dejará hijos bienaventurados.* Sábete que es el mismo Señor el que perdona al pueblo de Israel por sus mayores Abrahán, Isaac y Jacob, y el que visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de aquellos que le odiaron y obra misericordia hasta mil generaciones con los que le aman y guardan sus preceptos. *Mejor es morir sin hijos*—dice el sabio Sirach—*que dejar hijos impíos.*

Yo voy a decir aún otra cosa, quizá de no tanta aceptación entre el vulgo, pero que, a mi parecer, rezuma verdad. Los padres que tienen experimentada la mala índole de sus hijos y que con el dinero se los corrompe como con un veneno, hacen muy mal dejándoles grandes riquezas, cebo el más seguro de sus vicios. Estas riquezas se sustraen a los buenos que conocen su buen uso; mientras que los malos, con aquel instrumento de maldades que han conseguido, se vuelven peores.

Si un padre quiere mirar verdaderamente por el bien de su hijo, deposite aquel dinero en manos de varones de fidelidad probada, y ellos le entreguen el depósito si mudare de vida; mas si perseverare contumazmente en su malicia y en sus maldades, distribúyanlo en limosnas a pobres que sean buenos, o, por mejor decir, páguenselo como una deuda, religiosamente. Oye ahora a un profeta ya anciano: *Fuí joven y envejecí, y jamás vi desamparado al justo ni a su descendencia mendigar el pan; todo el santo día obra misericordia y presta sin usura, y su descendencia será en bendición.*

Con gran diligencia miras por su bien corporal. Convendría que con diligencia mayor mirases por su bien espiritual, a ejemplo del santo y providentísimo Job, quien por cada uno de sus hijos ofrecía a Dios un holocausto, porque si acaso hubieren pecado ni hubiesen bendecido al Señor, los sacrificios del padre los purificasen. Sacrificio auténtico y apacible a Dios en grado sumo es la limosna, de la cual se escribe en las divinas Letras: *Extingue el agua el ardor del fuego y la limosna resiste a los pecados.* Y: *Dios pone sus ojos misericordiosos sobre aquel que practica la limosna.*

En conclusión: ¡Qué riqueza tan grande es aún entre los hombres ser hijo de un buen padre! Ninguna necesidad hay de referir añejos ejemplos que no tienen número en los escritores profanos. Todos los días vemos algunos que, indignos personalmente de riquezas y de honores, se encumbran no más que por la sola memoria de la virtud de sus padres. Y quienes por sola su consideración personal merecerían nuestro desdén, merecen nuestro respeto, porque en ellos vemos a su padre y no a ellos mismos. De ahí nacen el decoro y el prestigio de la nobleza; pero tus panteones, tus altares, tus sagrados ornamentos, tus misas y tus salmos son abominación ante el acatamiento de Dios, a quien tú levantas un templo de piedras muertas, mientras dejas que caigan a pedazos sus templos vivos, que son sus pobres.

No mira Dios las dádivas ni los dones magníficos, sino el alma pura

y la inmaculada conciencia. Verdad es ésta conocida por los mismos gentiles, enseñada por Platón, por Jenofonte, por Cicerón, por Séneca. ¡Cuánto más conocida debiera ser de los cristianos que no han menester templo alguno, puesto que en espíritu adoran al Padre cuyo templo es el universo mundo y más particularmente el alma pura, al decir del Apóstol: *Santo es el templo de Dios, que sois vosotros.*

¿Y para qué he de decir que con esas ostentosas donaciones más se busca cierta fama y vanagloria que el culto de Dios, como lo demuestra el nombre de quien las hizo, inscrito dondequiera y esculpidos arreo sus blasones? Dime, te ruego: ¿qué hace el oro allí? ¿Imaginaste, por ventura, que Dios es un niño que se deja seducir por su brillo, o un avaro, que se deja encantar por su posesión, o un hombre que se deja cautivar por su uso? Mas, para el vivo, la gloria, si se ambiciona, es pesada; si no se ambiciona, es inútil, y para el muerto es superflua; pues serán siempre tan grandes y tan urgentes los gozos o los suplicios en que estará detenido, que ese vocerío nuestro, aun cuando llegare a él, no le causará impresión alguna. ¿Qué le aprovecha a Aquiles la *Ilíada* tan decantada? ¿Qué le aprovecha a Ulises la tan celebrada *Odisea?* Y ambos celebérrimos poemas, ¿qué pro le hacen a Homero, su autor? ¿De qué le aprovechan a Alejandro tantas Alejandrías como sembró por todo el Oriente? ¿De qué a los condes de Flandes tantas doradas estatuas puestas en los palacios municipales? Y dejando de lado lo caducas que son estas obras y en cuán breve tiempo perecederas, son ciertamente muy pocos los que las miran, y más pocos aún los que las admiran, y casi nadie quien pregunta cúyos monumentos son, y si lo pregunta, no los estima en mucho que digamos.

Pero si por la gloria vas, ¿qué gloria mayor que la que granjeas haciendo bien, favoreciendo, ayudando a muchos? Esta era entre los antiguos la única vereda que conducía al alto asiento de la inmortalidad, como ya dejamos expuesto más arriba.

A los bienhechores diéronles el nombre de dioses. Dios es, dice Plinio, el mortal que ayuda al mortal. Entre todas las virtudes, ninguna hay más grata ni más plausible que la liberalidad y munificencia, pues por ella sola, muchos consiguieron grandes reinos. Mas, para todo hombre, la verdadera gloria debe ser, cuando estuviere libre de su cuerpo, el testimonio de su buena conciencia y el testimonio de Dios, y por esta causa, gozar de la eterna bienaventuranza.

CAPITULO IX

QUE LO QUE DA DIOS A CADA UNO NO SE LO DA PARA ÉL SOLO

Decía el filósofo Platón que serían felices las repúblicas si desaparecieran del vocabulario del trato humano las dos palabras *tuyo* y *mío.* ¡Cuántas tragedias no ocasionan entre nosotros! ¡Con qué énfasis no se hacen sonar expresiones como éstas!: Le di *lo mío;* me quitó *lo mío;* no tocarás *lo mío;* no toqué *lo tuyo;* guarda *lo tuyo;* conténtate con *lo tuyo.* Como si hubiera algún hombre que poseyera algo que con razón pueda llamar suyo. Aun la virtud misma recibió la de Dios, que nos lo ha dado todo; a unos, por causa de los otros. Primeramente, la Naturaleza, por la

cual quiero que se entienda a Dios, pues la Naturaleza no es otra cosa que la voluntad y mandamiento divinos; ¡cuántas utilidades y con cuánta largueza no nos produce y todas ellas en común: para comer, hierbas, raíces, frutos, mieses, ganados, peces; para vestir, pieles y lanas, y demás de esto, maderas y metales, y las comodidades que se nos derivan de los animales, como perros, caballos, bueyes. Y, finalmente, todo cuanto derramó de su seno ubérrimo, púsolo a la vista en esa gran casa del mundo, no encerrado por vallas ni por puerta alguna, para que de ello participasen indistintamente todos los seres que engendró. Dime, tú que te has alzado con alguna pertenencia: ¿eres más hijo de la Naturaleza que yo? Si no lo eres, ¿por qué me excluyes como un hijo legítimo de la Naturaleza excluye a un bastardo? Respondes: «Empleé mi trabajo y mi industria; permítaseme la posesión, que yo se la permitiré a los otros.» Con ese pretexto, nosotros, por nuestra malignidad, nos apropiamos lo que la Naturaleza con su liberalidad hizo común; lo que ella puso al alcance de todos, nosotros lo separamos, lo escondemos, lo cerramos, lo defendemos, lo apartamos de los otros con vallas, con puertas, con cerraduras, con hierros, con armas, con leyes, en fin. Y así nuestra avaricia y nuestra malicia introducen carestía y hambre en la abundancia de la Naturaleza y ponen pobreza en las riquezas de Dios.

Ya por la malicia nuestra casi se ha conseguido que no se pueda decir a Dios con verdad: *Abres tu mano y a todo animal tu bendición le da hartura.* No se puede contar el número de los que tres años ha, en Andalucía, murieron de hambre y que vivirían todavía si estuviéramos tan prontos a dar socorro como a pedirlo, o si al menos nos moviera la liberalidad de las bestias y aquel cierto instinto suyo, más acomodado a la Naturaleza que el nuestro; puesto que no hay ninguna que una vez apacentada y saciada no deje allí al común lo que le sobra, sin custodia alguna, como en una suerte de la bien abastada despensa de la Naturaleza.

Sepa por tanto, cualquiera que posee los dones de la Naturaleza, que comunicándolos con el hermano los posee legítimamente y por voluntad e institución de la Naturaleza; pero si no, es ladrón y robador, convicto y condenado por la ley natural, puesto que retiene y detenta aquellos bienes que la Naturaleza creó no sólo para él. Platón escribe a Arquitas, filósofo pitagórico: *No nacimos para nosotros solos, sino que una parte de nuestro nacimiento lo reclama la patria y la otra parte los amigos.* Y aquel anciano de Terencio dice en la comedia: *Hombre soy, y nada que sea humano lo reputo ajeno de mí.*

Nadie ignore, por tanto, que no ha recibido para su uso y exclusiva comodidad ni el cuerpo, ni el alma, ni la vida, ni el dinero, sino que es su despensero y escrupuloso repartidor y que no para otro fin los tiene recibidos de Dios. Esto, por más que entre sombras lo barruntó la vieja gentilidad, la cual estableció acerca de los ciudadanos tales leyes que daban a entender que cada uno de ellos lo debía todo a su ciudad y que ésta tenía derecho y autoridad de disponer contra cualquiera de su cuerpo, de su vida, y de su fortuna. De ahí que los areopagitas entre los atenienses, y los censores entre los romanos, inquirían y averiguaban las vidas, rentas y costumbres de cada uno para juzgar y sentenciar

con las leyes y penas hasta qué punto las administraba cada cual por el bien del procomún.

Pero en materia como es ésta, pongámonos delante no ya el testimonio de los hombres, sino el edicto del mismo Dios, que dice: *De balde recibisteis; dad de balde*, y aquella parábola que propuso de aquel siervo que porque había escondido y no negociado el talento que recibiera del Señor, fué castigado severamente; y al revés, colmó de alabanzas a aquellos otros siervos que, negociando a su vez los talentos que recibieron del Señor, acrecentaron el caudal, a saber: los que habían ayudado y socorrido a muchos con aquellos mismos beneficios del Señor. De manera que ladrón es no el que merma la hacienda que ha de dejar al heredero, dando participación a los pobres, sino quien abusa inútilmente de su talento, o consume sus fuerzas, o deja enmohecer su ciencia, o derrocha el dinero, o lo retiene con estéril tenacidad. Dirá alguno, y esto con ceñuda altanería: «Hago esto de lo que es mío.» ¿Para qué me alegas ahora ante el tribunal de Cristo, vengador de la caridad y beneficencia recíproca, una razón que no te hubiera valido ante el tribunal de los censores romanos? Demostré que ninguna cosa es de uno. Insisto en decir que es ladrón y robador todo aquel que desperdicia el dinero en el juego, quien lo tiene en su casa inmovilizado en avaros arcones, quien lo derrama en fiestas y banquetes, o en vestidos de precio exagerado, o en aparadores llenos de piezas de plata y oro; aquel a quien se le pudren en casa los vestidos, los que consumen su caudal en comprar con frecuencia cosas superfluas o inútiles, o lo dedican a vanas y ambiciosas construcciones. Y, en resumen, ladrón es todo aquel que no hace a los pobres particioneros de lo que le sobra, y si no le alcanza el castigo de las leyes humanas, algunas de las cuales las hay punitivas, con toda certidumbre no evitará el castigo de las leyes de Dios.

CAPITULO X

QUE NO PUEDEN SUBSISTIR NI LA PIEDAD NI EL CRISTIANISMO SIN EL SOCORRO MUTUO

Hasta aquí mezclé lo divino con lo humano en favor de aquellos que, sumergidos en tinieblas profundísimas, no resisten las lumbraradas de la luz divina. Desde ahora no seguiremos sino los mandatos de aquel Príncipe y Señor de quien se dice: *No temáis a los que matan el cuerpo y luego ya no les queda más por hacer; temed a Aquel que luego de haber matado al cuerpo puede condenar el alma al fuego eterno.* Mas nosotros estamos tan encallecidos y encanallados en la maldad, que casi ninguna otra cosa oímos con oídos tan sordos como los mandamientos de Dios. Y ni aun la vanidad de esta vida nos avisa que no debemos fijar acá abajo nuestras esperanzas, puesto que debemos ir a presencia de Aquel que habrá sido espectador y testigo de nuestros mismos pensamientos y que El mismo será nuestro juez, y a cada uno de nosotros, conforme lo tuviere merecido, lo retendrá consigo en la eterna bienaventuranza o le condenará a los suplicios eternos.

Y ese Dios, ¿por quién nos habla sino primeramente por su Hijo y luego por varones santos, en quienes insufló su espíritu? Pero los infalibles e inflexibles oráculos de Dios, contenidos están en los libros

del Viejo y del Nuevo Testamento, los cuales nada recomiendan con tanto encarecimiento, nada inculcan con ahinco más insistente que la misericordia o, si la preferís con su vocablo griego, la limosna. Así habla el Señor en el *Deuteronomio: No faltarán pobres en la tierra de tu habitación; por tanto, yo te mando que abras la mano a tu hermano menesteroso y pobre, que mora contigo en la tierra.* Y no se manda esto de balde, sino que se añaden el premio y la promesa de que hallará prevenida la divina misericordia quien la practicare. En el salmo 40, dice David: *Bienaventurado el que entiende sobre el menesteroso y el pobre: en el día malo le librará el Señor. El Señor le guarde y le dé vida y le haga bienaventurado en la tierra y no le entregue al deseo de sus enemigos. El Señor le dará socorro sobre el lecho de su dolor: toda su cama mulliste en su enfermedad.* Y el versículo del mismo Profeta en el salmo 9: *A Ti se te ha dejado y encomendado al pobre; Tú serás ayuda del huérfano,* manifiesta abiertamente que el poderoso fué adornado de dignidad por el Señor, o fortalecido y provisto de influencia, honor, autoridad, riquezas, no más que porque sea amparador y defensor del pobre, a fuer de hijo más robusto, puesto por el padre de familia por custodio del más débil. No hace Dios demasiado caudal de los sacrificios y de las ceremonias; lo que exige del hombre es misericordia, y a la misericordia sola promete galardón.

En el profeta Isaías se lee, dicho con palabras del Señor: *Pregúntanme sobre los juicios de mi justicia y quieren aproximarse a Dios. ¿Por qué ayunamos y no lo miraste; humillamos nuestras almas y te desentendiste? He aquí que en el día de vuestro ayuno se descubre vuestra voluntad y repetís contra todos vuestros deudores. He aquí que ayunáis para pleitos y contiendas, y herís con el puño sin piedad. No es éste el ayuno que place al Señor. ¿Es éste, por ventura, el ayuno que yo elegí? Rompe las ataduras de la impiedad, desata los hacecillos que deprimen, despacha libres a aquellos que están quebrantados y rompe toda carga. Parte con el hambriento tu pan y a los pobres y a los peregrinos introdúceles en tu casa; cuando vieres al desnudo, cúbrele y no desprecies tu carne. Entonces tu lumbre saldrá como la mañana, y tu sanidad amanecerá más pronto, y tu justicia irá delante de tu cara, y te recogerá la gloria del Señor. Entonces invocarás al Señor y te oirá; clamarás y dirá: Aquí estoy.* Todo esto es de Isaías.

Por todas partes busca y registra el pecador cómo podrá aplacar a Dios ofendido; ofrece víctimas, ofrece a su primogénito, y Dios, menospreciando todos cuantos dones exteriores se le podrían ofrecer, pide el don íntimo y entrañable de la misericordia. Y así leemos en los vaticinios del profeta Miqueas: *¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Doblaré la rodilla al Dios excelso? ¿Por ventura le ofreceré holocaustos y becerros de un año? ¿Acaso puede el Señor aplacarse con millares de carneros o con muchos millares de gruesos machos de cabrío? ¿O le ofreceré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre, por el pecado de mi alma? Te mostraré, ¡oh hombre!, lo que es bueno y lo que el Señor demanda de ti; esto es, que practiques la justicia y que ames la misericordia.* Aquellos que escudriñan la naturaleza de las cosas, afirman que el amor, por su naturaleza e índole, de nada se ocasio-

na más verdaderamente que del amor. Así, por paridad, nada nos granjea tanto la misericordia divina como nuestra propia misericordia: *Quien está inclinado a la misericordia*—dice Salomón—*será bendecido;* y del misericordioso dice el mismo: *Quien cierra sus oídos por no oír al menesteroso y débil, invocará él a su vez al Señor y no habrá quien le oiga.* Pero nosotros, como decimos, buscamos agua en el mar. ¿Qué otra cosa suenan los viejos mandamientos de Dios sino que el camino único para alcanzar la misericordia divina es nuestra propia misericordia, aun para las comodidades y ventajas de nuestra vida temporal? Abrahán y Lot, por su costumbre de acoger huéspedes, acogieron, sin saberlo, a unos ángeles; de tamaño honor fueron considerados dignos. Y los ángeles no se despidieron sin corresponderles: Lot se salvó del incendio y asolamiento de cinco ciudades; Abrahán recibió de ellos el anuncio de que tendría un hijo, origen de su prometida, santa e innumerable posteridad. Aquel rey famoso, anciano doblado de profeta, dice: *Fuí joven y luego envejecí, y en todo el luengo discurso de mi vida no vi al justo desamparado ni a su descendencia mendigando el pan; todo el santo día practica la misericordia, y presta graciosamente y su simiente será en bendición.*

Vengamos a Cristo, legado fidelísimo del Padre, enviado a nosotros con grande y maravillosa autoridad de milagros y virtudes en aquella humildad de nuestro cuerpo, para reconciliar al hombre hostil con el Padre airado, para enseñar al ignorante, reducir al camino al extraviado, para devolver al ciego el uso del sol y de las luces. El mismo Padre, con su propia voz, mandó que le oyéramos; nosotros nos vendemos por seguidores de su doctrina y de su ilustración, nos gloriamos con su nombre, que está sobre todo nombre, y no hay otro nombre sobre la tierra por el cual podamos salvarnos, ni otra cosa en que convenga que nos gloriemos, sino, a ejemplo de San Pablo, en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Y no veo yo ciertamente con qué cara nos atrevemos a llamarnos cristianos, puesto que no hacemos ninguna de las cosas que como principales y exclusivas mandó Cristo que hiciéramos. Tenían los filósofos gentiles un signo exterior que los caracterizaba: la descalcez, como declara el Nacianceno, la vileza del vestido. Tienen los judíos la circuncisión; los soldados en la guerra, sus banderas; las ovejas andan señaladas; las mercancías, también. ¿Y no tiene Cristo ninguna señal con que notar a los suyos y distinguirlos de los otros? *En esto*—dice—*conocerán todos que sois discípulos míos si os amáis de corazón unos a otros;* y después añade: *Este es mi precepto: que os améis recíprocamente.* Este es el dogma capital; éste es el primero de los dogmas. Esta es la naturaleza del amor, que hace comunes todas las cosas, según la antigua expresión que, partiendo de Pitágoras y los pitagóricos, adoptaron todas las restantes escuelas filosóficas. El que verdaderamente ama, no de otra manera cuida y trata las cosas del amigo como si fueran suyas propias, y a veces aún con mayor desvelo y afecto más encendido. Mas, entre nosotros, cada cual hace su negocio y ninguno el de su hermano; y así como San Pablo, reprendiendo a los fieles de Corinto, dice: *El uno hambrea y el otro regüelda y está beodo,* estás tú tan lejos de hacer participante a tu hermano de lo que tienes, que con

todas las artimañas y fraude posibles, tratas de llevar a ti lo que tu hermano posee; ves a un pobre desnudo, tú que vas no ya vestido, sino cargado y abrumado de ropas, y pasas de largo; ¿en dónde está aquella señal que sella las ovejas de Cristo? Pero ni aun a Dios ama el que al hombre no ama. De ello da testimonio San Juan en sus *Epístolas: El que poseyere bienes de este mundo y viere que su hermano sufre necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo el amor de Dios puede estar en él?* Y un poco más abajo: *Si alguno dijere que ama a Dios y aborreciere a su prójimo, mentiroso es; pues quien no ama a su hermano, al cual ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?*

Añádase a esto el que ni en Cristo cree quien no fía de Cristo. ¿Qué otra cosa es creer en alguno sino confiar en sus palabras y tener por cosa irrefragable que sus promesas van a tener cumplimiento cierto? Pues bien: el Señor nos mandó que hiciéramos bien a todos en absoluto, aun a aquellos que se hubieran portado con nosotros pésimamente y que nos harían daño, si pudieran, y lo que es más difícil, aún nos encareció que se lo deseásemos. El mismo se te ofrece fiador por aquel a quien hicieres el beneficio. Si creyeras que El te iba a dar tan eximia satisfacción como te promete, ¿por ventura no le dieras tú, que entregas a un negociante diez mil ducados para que te los devuelva con ganancias, descansando en la palabra de un mortal o en la escritura de un hombre malo? Pues de Cristo tienes firmada la carta de obligación. Lo que ocurre es que el peso de la carne nos abruma en demasía y el sentido de lo espiritual no penetra hasta nuestra alma, obstruccionada por tanta impedimenta carnal, encallecida en el hábito de los vicios. Pero ni aun nuestra vida fiamos de Dios, de quien exclusivamente fué engendrada y se conserva. Si creyéramos a Cristo, que nos manda que el cuidado todo de nuestra defensa y sostenimiento lo depositemos en el Padre, de quien proceden todas las cosas y que apacienta y mantiene los seres que no tienen ese cuidado, ¿estaríamos solícitos y angustiados hasta ese punto? No lo estaríamos si un rey mortal hubiera empeñado su palabra. ¿Qué otra cosa diré sino que nosotros hablamos como si lo creyéramos todo y que vivimos como si no creyéramos nada?

Y ni aun te hace la menor impresión aquello que en la religión es lo principal y lo último: en fin de la vida pasada en la virtud o en los vicios, a la que siguen inflexiblemente premios o castigos. Afirma Cristo que la limosna es la purificación de los pecados: *No os resta otra cosa*—dice—*sino que obréis misericordia; y todas las restantes cosas os serán limpias.* Confirmó en este punto la sentencia de los antiguos, puesto que Tobías dice: *Atesoras en verdad un buen premio para el día de la necesidad, porque la limosna libra de todo pecado y no consentirá que el alma vaya a las tinieblas.* Y el *Eclesiástico: El agua apaga al fuego ardiente y la misericordia resiste a los pecados* Al más soberbio de los reyes aconséjale Daniel que con misericordia y con limosnas a los pobres redima sus pecados y sus blasfemias.

Concuerdan con todos éstos los discípulos de Cristo diciendo, conforme aprendieron en la escuela de su Maestro: *La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.* En los *Hechos de los Apóstoles,* en premio de sus limosnas, un ángel indica al centurión el camino de salud. Y

así como para los que han de pasar a alguna ciudad es un acuerdo provechoso el procurar ganarse por algún servicio el interés de alguno de sus habitantes, así el Señor nos avisa y nos exhorta que del dinero de iniquidad nos hagamos amigos, que, después de la muerte, nos reciban en las moradas eternales. Y a aquel mancebo que le consultó sobre la vida perdurable, le respondió: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme.* Pluguiera al Cielo que cada uno de nosotros temiese tanto como veces le oyó, y que fuese conocida de todos esta sentencia del Juez de vivos y de muertos, que premia con la vida eterna por las obras de misericordia que se hicieron o condena al eterno suplicio por las que se dejaron de hacer.

¿A todo esto qué diremos? ¿Será que a nosotros nos acontece aquello que cuenta San Lucas de los fariseos, quienes, por ser avaros, hacían irrisión de los preceptos de Cristo? Y aun hoy día a nadie parece tan ridícula la doctrina celestial como a los encandilados por la codicia de las riquezas, como igualmente no es apto para el reino de Dios el rico que a sus riquezas se abraza. No. Sin muy poderosa razón, el apóstol San Pablo sola a la avaricia entre todos los otros pecados capitales llamóla idolatría: *Por amar algunos con descomedidas ansias su dinero, apartáronse de la fe, que es la nave más segura.* Ningún pecado vengaron con la muerte los Apóstoles, sino la avaricia de Ananías y de su esposa y, sobre ella, demostró y ejecutó San Pedro su potestad apostólica no por ministerio de sayón o verdugo, sino con la eficacia de su voz, porque sabía cuánta guerra y cuánto odio tenía declarados aquella pasión a las buenas costumbres y a la piedad cristiana y que algún día habría de escandecerse en grandioso incendio con la mayor mengua y ruina de la religión.

Examine cada uno su conciencia y vea si cree o no las verdades que hemos referido, ya que tan escaso efecto le producen. Por lo que a mí toca, te oigo decir que las crees, pero no veo en la práctica que las creas: *Hijuelos míos*—amonesta San Juan—, *no amemos sólo de palabra, sino de veras y de obra.* Y dice Santiago: *Sed ejecutores de la palabra, y no simples oyentes.* Si realmente crees, ¿cómo no te conmueven tan deslumbradoras promesas, tan temerosas amenazas? ¿Por qué no te abrazas con la tarea que tienes asignada, singularmente, siendo tantos los gozos aparejados a quien la llevare a término y tantas las reservas de tormentos a quien la dejare de lado?

El resumen de todo cuanto he dicho es éste: Yo no tengo por cristiano a quien no socorre al hermano indigente en la medida de sus posibilidades. Pablo y Barnabás, venidos a Jerusalén, habiéndose reunido con Santiago, hermano del Señor, obispo muy santo de aquel lugar, y a la vez con Pedro y Juan, dada razón del Evangelio que habían predicado entre los gentiles, por lo que merecieron los parabienes de los Apóstoles, al momento de separarse, así los unos como los otros, no se acordaron de otra cosa sino de la misericordia: *Nos dieron* —dice—*las manos a mí y a Barnabás en prenda de compañerismo, en partiendo nosotros para los gentiles y ellos para la circuncisión, recomendándonos únicamente que nos acordásemos de los pobres.* Preocúpanse los Apóstoles del hombre in-

tegral; al hombre en su totalidad alimentan y confortan; a todo él procuran provecho; al alma, mediante la predicación y la doctrina santa; al cuerpo, primeramente, con la virtud de obrar milagros y de expulsar enfermedades, que acompañaba su predicación y la firmísima constancia de su fe, y con las ayudas materiales de la vida, recogiendo dineros para sustento de los necesitados. Esto es propio del cristiano verdadero, seguidor de su Príncipe y Maestro, que creó al hombre todo y lo curó todo y lo alimentó todo; el alma, con la doctrina; el cuerpo, con el manjar. A su imitación tócanos a nosotros hacer, a una, bien al alma y al cuerpo, según pudiere cada uno.

CAPITULO XI

CUÁNTO BIEN SE HA DE HACER A CADA UNO Y CÓMO SE LE HA DE HACER ESTE BIEN

Cicerón, Aristóteles, Teofrasto, Panecio, Posidonio, Hecatón, Séneca y los demás que escribieron de los deberes de la vida común, establecieron determinadas leyes que señalan a quién, de qué suerte, cuánto, cuándo, cómo se ha de hacer el beneficio o se ha de demostrar el agradecimiento. Mas como se limitan a lo humano, no lo pudieron abarcar todo en sus preceptos, por cuanto la naturaleza humana es infinita en su variedad, que el Señor encierra en su fórmula divina, como Autor suyo que es. Con la promulgación del mandamiento de la caridad para con Dios y para con el hombre, dictó una especie de norma infalible con que se puede gobernar la vida entera de todos los mortales. Si un hombre cualquiera, verdaderamente y con todo su corazón, ama a Dios y a su hermano por el amor de Dios, este amor le sugerirá lo que debe hacer más certera y derechamente que cualesquiera maestros de sabiduría. Conciba cada uno para con el prójimo un afecto amigable y fraterno, y al ayudarle tenga la mira puesta en Dios únicamente y de El espere la remuneración. No digo más: este solo documento supera las prolijas obras de aquellos filósofos de que hice mérito.

A la cuantía del beneficio y a quién se ha de hacer, se refieren aquellas palabras de Cristo: *Da a todo el que pida; no despidas al que te suplica que le prestes; haced bien a los que os persiguen; amad a aquellos que os aborrecen; rogad a Dios por los que os denuestan y maldicen.* Esto es lo que tiene que hacer el que de las cosas de este mundo se remonta a la sola confianza y al amor de Dios. Más humano es aquello de Tobías: *Haz limosna de tu hacienda y que el Señor no aleje de ti su rostro; conforme pudieres, sé misericordioso; si tuvieres abundancia, da abundantemente; si tuvieres poco, da con buen ánimo de esta poquedad.* No disuena de esto lo que se lee en el *Eclesiástico: Antes de tu muerte haz bien a tu amigo, y alargándote según tus fuerzas, da limosna al pobre.* Los que hacen así, miden sus alcances y no están libres de una preocupación que el amor excluye. Pero ¡cuánto mejor lo hacen estos que aquellos otros, que, de una holgada capacidad de socorro y de grandes facultades, no dan más que una exigua porcioncilla! Cuántos son los que hallándose con riquezas cuantiosas sólo dan de limosna alguna que otra vez la menor moneda que hay, llamémosla minuta, como la llamamos hasta aquí con vocablo tomado de vues-

tra lengua. *Quien siembra con mano escasa*—dice el Apóstol—*segará con mano escasa, y quien siembra en bendiciones, es a saber: con largueza y a manos llenas, abundantemente segará.* Análoga es la sentencia que escribe a los gálatas, que luego al punto voy a citar: *Conforme recibes de Dios, devuelve a Dios. Si El te da con abundancia, ¿por qué tú le correspondes tan avara y ruinmente, sobre todo si ninguna cosa te dió para ti sólo?* Esto ya quedó expuesto más arriba.

Ni tampoco conviene que midamos nuestras necesidades de tal manera, que contemos entre las necesidades el lujo y el desperdicio, como vestir sedas y brocados, resplandecer de oro y pedrerías, andar rodeado de una gran muchedumbre de sirvientes, comer opíparamente todos los días, jugar intrépidamente largos caudales. Y porque nadie se lisonjee a sí mismo de que si tiene mucha hacienda, también dé a los pobres mucha limosna, debemos estar avisados de que no es aceptable a Dios la limosna que del sudor y hacienda del pobre arrebató el rico. ¿Qué significa el que tú, por medio de engaño, de impostura, de robo, de violencia hayas despojado a muchos de lo que esparces sobre pocos y que hayas sustraído mil por dar ciento? En este punto, piensan muchos satisfacer cumplidamente si con todas sus grandes presas o fraudes redímense con dar a los pobres una migaja o con ella edifican alguna capilla, poniendo allí su escudo de armas, o adornan algún templo con vistosas vidrieras o, lo que es más ridículo, entregan una cantidad al confesor porque los absuelvan. La confesión de Zaqueo el publicano fué ésta: *Mirad, Señor: la mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo defraudé a alguno, le restituyo cuatro veces más.* Y por esto le absuelve Cristo: *Hoy se ha hecho la salud en esta casa, para que también él sea hijo de Abrahán.* Quiere decir, que no practicaba la justicia de Abrahán de nombre, sino con las obras. Agradable es al Señor la limosna que se hace de lo justo y ganado legítimamente. Haga cada cual lo que hizo Zaqueo, y oirá del Señor las mismas palabras. Y el bien hay que hacerlo a todos, porque Cristo se ofrece por todos. Y porque no sea que nos retraiga la indignidad del pobre, tenemos el ejemplo del Señor, dignísimo, que, sin merecimiento de parte nuestra, fué el primero en beneficiarnos. El mismo de acreedor tuyo se te hace deudor si dieres algo al pobre. Aristóteles, filósofo gentil y no por ello menos bueno y docto, habiendo entregado a un bellaco que se la pidió una moneda, como le advirtiesen sus amigos y le reprendiesen por haber hecho bien a un indigno: *No me compadecí de él*—respondió—, *sino de la naturaleza.* ¡Cuánto mejor nos está a nosotros compadecernos del pobre por amor de Dios, cuya misericordia, si se apartase de nosotros sólo un instante!, ¿qué cosa más miserable que nosotros habría en el mundo? Pues bien: ésta es la escritura y el pagaré de Dios y del Señor de todas las cosas: *Todo cuanto hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis.* Oye también al hombre, si es lícito oír a un hombre después de Dios; pero es sapientísimo y escribe al dictado de Dios; así que parecerá ser Dios mismo el que habla: *Entrega al Señor sus caudales a interés el que se apiada del pobre, y el Señor se los devolverá con muchas creces.*

¿Quién de nosotros podrá sostener aquel tremendo cargo del Señor: *Siervo malvado, ¿por qué no*

diste de lo que era mío y lo que yo mandé? ¿Y qué hicieras si fuera tuyo? ¿Y habrás de poseer aquellos bienes eternos en los cuales no serías fiel tú, que fuiste infiel en los pobres bienes del mundo? No me invento yo estas recriminaciones; palabras son de Cristo en el Evangelio de San Lucas: *El que es fiel en lo menos lo es también en lo más, y el que es injusto en lo poco en lo mucho también lo es. Si, pues, no fuisteis fieles en el dinero de iniquidad, ¿quién os confiará el dinero legítimo? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?*

Con todo, es menester sopesar las necesidades de los hombres. Los unos son más necesitados que los otros. Los hay también a quien más vale dar un talento que a los otros una mina, puesto caso que lo gastan en usos honestos; darlo a los tahures y a los rufianes, ¿qué otra cosa es sino, como dicen, añadir estopa al fuego? Ello no fuera beneficio, sino daño; por esto, San Pablo escribe a los gálatas: *Aquel a quien se le instruye en la fe, comunique con el que le instruye todos sus bienes. No queráis engañaros; Dios no puede ser burlado; lo que el hombre sembrare, eso segará. Quien sembrare en su carne, de su carne cogerá corrupción; quien sembrare en espíritu, del espíritu segará vida eterna; en el hacer bien no desfallezcamos, pues en tiempo y sazón segaremos sin desmayo. Y así, mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos y mayormente a aquellos que nos son familiares en la fe.* Y el mismo Apóstol manda a Timoteo que los presbíteros que gobiernan bien la grey confiada se tengan dignos de doble honor; esto es, de doble premio; es, a saber: galardón y liberalidad, señaladamente aquellos que trabajan en la predicación y enseñanza no por otra causa, sino porque éstos administrarán mejor el caudal que se les encomendó o, mejor dicho, que se les confió, que los ignorantes, o malos, o criminales. De la misma manera, el buen ingenio se ha de fomentar, alentar, estimular, adornar e instruir en la elocuencia, erudición, autoridad; y al revés: al ingenio malo se le ha de refrenar, despojar, desarmar y enmendarle con torcerlo; se le ha de quitar elocuencia y autoridad, instrumentos de hacer mal. No se ha de poner la espada en manos del loco furioso. Pero esta discriminación o crítica no ha de hacerse como ahora la hacemos, de suerte que valgan más para nosotros el parentesco, la conoscencia, el paisanaje, la familiaridad o los servicios que la ciencia, las costumbres, la virtud. De ahí se ha de tomar la distinción, no de allí. Aquellos son auténticos hermanos a quienes reengendró de un modo particular y santo Cristo, *ante el cual no hay diferencia de judío y griego, porque el Señor de todos es el mismo, rico para con aquellos que le invocan.* En esto está toda la suma del asunto; refiéranse todas las cosas a aquel bien principal, a fin de que cada uno perciba la ayuda que pareciere necesitar y demos a cada cual lo que ha de ser de su mayor provecho y por todo el tiempo que lo reclamaren la razón o la necesidad o nuestra posibilidad lo consintiere.

Aquello que no es útil es superfluo, y más estorbo que dádiva, como dar a una mujer o a un anciano armas para cazar o un libro a un analfabeto, como dice Séneca. Y por lo que toca a lo dañino. ¡con cuánta mayor razón pueden llamarse maleficios, como son el dar vino a un borracho y un puñal a un pendenciero! En este punto, mientras pen-

samos aprovechar, no es pequeño el mal que hacemos. ¿Cuánta distancia hay entre tales dones de los amigos y los deseos de los enemigos?

Y por lo que afecta al modo, porque nada ordenemos a nosotros mismos, sino que todo lo refiramos a Dios, se ha de ejecutar alegremente lo que Tobías llamó *de buena gana* y San Pablo: *Cada uno dé conforme lo resolvió en su corazón, no con enfado ni por necesidad; porque Dios ama a quien da con alegría.*

Nazca, pues, el beneficio del ánimo pronto a socorrer y hacer bien; y no porque no tengas arrestos para otra cosa o tengas empacho de negarte a ella. Sábete que quien lo difiere no está muy lejos del que lo niega. La tardanza es señal de que rehusamos y da a entender que más se nos arranca de las manos el beneficio que no que se impetra de nosotros. Hay que dar, pues, con presteza, a saber: tan pronto como se demostraren la ocasión y la coyuntura.

Tardío es el beneficio que se hace una vez pasada la oportunidad, o, por mejor decir, ya no es beneficio. Y cuando digo que el beneficio ha de hacerse pronto, no pretendo decir cuando la necesidad arrecie; digo pronto, antes de que asome la urgencia, antes de que empuje a la maldad o al crimen, antes de que el carmín del rubor encendiere las mejillas del necesitado, porque esto es apremio mayor y más pesado que el dinero; así como es más grato el beneficio que se anticipó a la necesidad del ruego; y la alegría generosa que quiere San Pablo que ande mezclada con la beneficencia es aquel tinte risueño del alma que se asoma al rostro, que baña las palabras que unge y consagra todo el gesto. Ni se ha de adornar el don con palabras ni encarecimientos, que es lo que le manda aquel loco amante a su esclavo en la comedia de Terencio, sino que se ha de hacer demostración de un ánimo jovial, contento porque le tocó hacer bien, y gustoso de dar más aún si las circunstancias lo pidieran o a él le fuera posible; dejando con todo incólume la voluntad y sin confusión en las señas de los deseos, pero de modo que manifiestes lo que te desagrada, lo que querrías ver enmendado o cambiado, pues la amonestación y hasta el reproche son un género de limosna más de apreciar que la entrega de dinero. No obstante, debes precaverte de corregir, de suerte que se pueda entender que lo haces porque llevaste con desabrimiento que se te pidiera un beneficio o que aquel derecho de reprensión que te arrogas te lo tomaste. no de la culpa del otro o por impulso de tu pecho amigo, sino de la autoridad que te confirió el haberle beneficiado, porque, en tal caso, la reprensión es baldía. Por ello es mejor con este linaje de hombres suspicaces diferir la reprensión para otro día, a saber: cuando nada le das.

Y no nos atribuyamos gloria ninguna, pues no damos de bienes nuestros, sino que devolvemos a Dios lo que es de Dios. Y mucho mejor será aún que le demos gracias porque nos fué permitido usar de ellos y nos persuadamos que fué una bondad singular suya, puesto que nos dió ocasión de granjear merced tan soberana. Ni echamos a perder la buena obra hecha, dando con ella en el rostro, ni alardeando de ella con arrogancia jactanciosa, ni recordándola con estúpida inoportunidad, ni poniéndonos por ella tufos ni copetes. En conclusión: ninguna cosa queramos que sea dada para los ojos de los hombres, sino para los de

Dios. Todo cuanto no esperásemos de los hombres, será la añadidura de Dios. Si aguardamos el premio humano, quedaremos frustrados del divino, y puede ser que también del humano. Aquella beneficencia es la más agradable a Dios, que se muestra sola a sus divinos ojos y nada se deja en ella para la vanidad humana. Hermosa acción, sin duda, la de construir templos y aderezarlos porque Dios sea en ellos adorado; pero no sé lo que para sí reclama en estas obras ostentosas la pasión humana aun en las personas de juicio más entero. ¿Para qué vamos a hablar de los que sólo miran a la vanidad? ¡Cuánto es más puro y más santo y a Dios más aplacible aquello que no pasa del que da y del que recibe, cuyo único testigo que puedes citar es Aquel testigo invisible que lo ve todo! En este linaje de obras, todo tu afán es agradar a Dios y ninguna porción de ellas diviertes para tu pequeña gloria y cuyo Remunerador indefectible y munificentísimo es aquel Padre celestial, por quien exclusivamente tú quisiste ser mirado. Pero oíd ya al mismo Señor, que dice por boca de San Mateo: *Guardaos de obrar vuestra justicia a la presencia de los hombres, por ser vistos de ellos; porque si así lo hiciereis no tendréis recompensa ante el acatamiento de vuestro Padre, que está en el cielo. Cuando hicieres limosna, no quieras llevar delante de ti una trompeta pregonera, como lo hacen los hipócritas, en las sinagogas y en las calles, por ser honrados de los hombres. En hecho de verdad os digo que ya recibieron su galardón. Cuando tú hicieres limosna, ignore tu mano siniestra lo que hiciere tu mano diestra, a fin de que tu limosna se haga a escondidas, y tu Padre, que ve en lo escondido, te dará la retribución.*

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

CUÁNTO CONVENGA AL GOBERNADOR DE LA CIUDAD TENER CUIDADO DE LOS POBRES

Hasta aquí dije lo que debe hacer cada uno en particular; en adelante diré lo que debe hacer la ciudad como colectividad y su gobernador, que es en ella lo que el alma es en el cuerpo. El alma no vivifica solamente una u otra parte del cuerpo, sino el cuerpo todo; así también para el magistrado que le rige ninguna cosa en aquella colectividad debe quedar descuidada. Los que se ocupan sólo de los ricos, con menosprecio de los pobres, hacen lo mismo que aquel médico que creyera que no se debe subvenir con remedios las dolencias de las manos y de los pies, porque están lejos del corazón. Y así como este tratamiento singular no sería sin gran daño de la totalidad del hombre, así tampoco en la República las clases humildes no se descuidan sin peligro de los poderosos; pues aquellos estrechados de la necesidad, en parte hurtan (el juez no se digna poner la atención en ello; pero esto es cosa de poco momento); tienen envidia de los ricos; se indignan y se irritan que a aquéllos les sobre para mantener bufones, perros, coimas, mulas,

caballos, elefantes y que ellos no tengan cosa que dar a sus pequeños hijos, que padecen hambre; que aquéllos abusen soberbia e insolentemente de unas riquezas que les sustraen a ellos y a otros semejantes. No es fácil imaginar cuántas guerras civiles han promovido en las naciones todas estas quejas; enardecidas por ellas las multitudes, rebosantes de odio sombrío, antes que nadie descargan y ejecutan su furia en las clases ricas. No era otra la causa que alegaban los Gracos; ni otra la que alegaba Lucio Catilina para la civil discordia que había desatado por no mencionar ninguna situación análoga de nuestros días o de nuestros pueblos. Menos molesto me será citar textualmente un pasaje de aquella oración de Isócrates llamada areopagítica, acerca de las costumbres de los atenienses. Así se expresa:

«Semejante a lo que queda dicho es el modo con que ellos se conducían en sus relaciones sociales; porque no solamente existía este consentimiento y unanimidad en la cosa pública, sino, también, en su vida privada; mostraban tanta prudencia los unos para con los otros, cuanta usan con razón, así los que piensan con acierto como los que tienen una patria común. Estaban los pobres tan lejos de envidiar a los ricos que no tenían menos cuidado de las cosas de éstos que de las suyas propias, persuadidos de que la felicidad de ellos era provecho propio. Los opulentos no despreciaban a los pobres, sino que considerando ser para ellos ocasión de corrimiento la indigencia de conciudadanos suyos, acudían en socorro de sus necesidades, dando a unos en arriendo por poca renta tierras de labor, enviando a otros por procuradores de sus negocios y proporcionando a otros ocasiones de ganancia; y ningún temor tenían de dar en uno de los dos escollos, a saber: de verse despojados de todo su caudal o, a lo menos, de una parte de él. Muy al contrario, no confiaban menos en lo que les habían dado que en lo que tenían guardado en casa.» Todo esto dice Isócrates.

Allégase a los daños insinuados, el peligro común del contagio de las enfermedades. ¿Cuántas veces vemos que un solo individuo introdujo en la ciudad una cruel y grande dolencia que ocasionó la muerte de muchos, como peste, morbo gálico y otras epidemias semejantes? ¿Y qué es esto de que, cuando en un templo se celebra una fiesta solemne y concurridísima, se tenga que entrar, forzosamente, en el sagrado edificio por en medio de dos filas o escuadrones de enfermedades, tumores podridos, llagas y otros males cuyo solo nombre no se puede sufrir, y que éste sea el único camino por donde han de pasar los niños, doncellas, ancianos y mujeres encinta? ¿Pensáis que todos son tan de hierro que no les impresione semejante vista, con el cuerpo en ayunas, y señaladamente cuando estas úlceras no sólo se meten en los ojos, sino que las acercan al olfato, a la boca, a las manos y al cuerpo de los que van pasando? ¡Tan descocado es el pordioseo! Omito decir que los hay que se confunden con la multitud, los cuales hace un momento que se separaron de la cabecera de un apestado que acaba de morir.

No son estas cosas para descuidadas de los administradores de la ciudad, así para remedio de las enfermedades como para atajar su propagación. Fuera de que no es propio de un magistrado sabio y celoso del bien público dejar que una par-

te tan grande de la ciudad sea no sólo inútil, sino perniciosa a sí y a los otros, porque cerradas la bondad y las manos de muchos, no teniendo los necesitados con qué sustentarse, vense forzados los unos a ejercer el latrocinio en poblados y en caminos; los otros hurtan escondidamente; las mujeres que son de buena edad, desechada la vergüenza, no pueden retener la castidad, vendiéndola en todas partes, y no hay quien las saque del cenagal en que atollaron; las viejas se consagran al celestineo y a la hechicería que acompaña al celestineo; los hijos de los necesitados reciben una pésima crianza; ellos, con sus críos echados delante de las iglesias o vagabundeando y pordioseando en todos los sitios, ni asisten a los divinos oficios, ni oyen la palabra de Dios, ni es fácil averiguar en qué ley o religión vivan, ni lo que sientan en lo que toca a la fe y a las costumbres. No demos lugar a que se diga que ha venido tan a menos la disciplina eclesiástica que nada se administra de balde; que abominando todos el vocablo vender, obligan ciertamente a contar y que el obispo diocesano piensa que no pertenecen a su redil y a su pastura unas ovejas tan sin lana.

Y así es que no hay nadie que vea a aquellos mendigos confesarse ni comulgar con los otros en la Mesa eucarística. Y como no oyen nunca a quien les enseñe, fuerza es que sea corrompidísimo el juicio que tienen formado de las cosas y descompuestas en grado sumo sus costumbres, y que si acaso, por uno u otro camino, vienen a ser ricos, resulten intolerables por su indecente y villana educación.

Ahí tienen su origen aquellos vicios que dejo referidos, que no tanto deben imputarse a ellos como a los magistrados que no saben mirar de otra manera por el bien de la ciudad y no dictan disposiciones rectas para el buen gobierno del pueblo, porque se consideran elegidos exclusivamente para entender en pleitos de dinero o en sentenciar delitos; cuando, por el contrario, conviene incomparablemente más que trabajen en cómo harán buenos a los ciudadanos que en cómo castigarán o coartarán a los malos. ¡Cuánto menos necesaria sería la penalidad, si la previsión hubiera sido otra! Los viejos romanos proveían y miraban por sus ciudadanos de tal suerte, que ninguno tenía necesidad de mendigar ni le estaba permitido hacerlo por estar ello vedado por las *Doce Tablas*. Esto mismo precavió el pueblo ateniense. El Señor daba a la nación judía una ley peculiar, dura y esquinada cual convenía a un pueblo de genio semejante y con todo en el *Deuteronomio* manda que cuiden y se afanen en cuanto alcancen sus fuerzas para que no haya entre ellos indigente ni mendigo, señaladamente en aquel año de descanso, aceptable al Señor, en que siempre viven aquellos para quienes Nuestro Señor Jesucristo fué sepultado con la ley, con las ceremonias, con el hombre viejo y resucitó en la novedad de la vida y del espíritu.

Por cierto que es cosa fea y vergonzosa para nosotros los cristianos, para quien no existe más imperioso mandato que el de la caridad, y no sé si decir el único, topar en nuestras ciudades, a cada paso, con menesterosos y mendigos. Adondequiera vuelvas los ojos se te entran por ellos penurias, estrecheces y pordioseros que te obligan a alargar la mano porque llenes la suya. Porque así como se renuevan en la ciudad todas las cosas que por el tiem-

po o por las contingencias se mudan o fenecen: muros, fosas, parapetos, ramblas, instituciones, costumbres, y aun las leyes mismas, fuera igualmente razonable renovar aquella primitiva distribución del dinero que, por varias maneras, con el andar de los días, recibió quebranto. Varones muy graves y otras personas interesadas en el bien de la ciudad excogitaron algunas medidas saludables: reducción de gabelas, entrega de campos comunales a los pobres para que los cultiven; distribución pública de algún dinero sobrante, cosa que hemos visto en nuestros días. Pero para ello se necesitan oportunidades como muy pocas se presentan en nuestro tiempo; por ello es preciso recurrir a remedios más prácticos y más duraderos.

CAPITULO II

DE LA RECOGIDA DE POBRES Y DE QUE SE LES TOME LA FILIACIÓN

Me preguntará alguno: ¿Cómo piensas que se puede socorrer a tanta multitud? Si alguna valía tuviese en nosotros la caridad, ella sería nuestra ley no dictada a ningún amante; ella haría todas las cosas comunes y no miraría las necesidades ajenas con otros ojos que los propios. En la actualidad, no hay nadie que extienda sus cuidados fuera de su casa, y aun a veces fuera de su cuarto, y todavía diré que ni fuera de sí mismo, cuando son muchos los que ni a sus padres ni a sus hijos, ni a sus hermanos, ni a su esposa son bastantemente fieles. Por ende, hay que recurrir de todas partes a los remedios humanos, principalmente respecto de aquellos en quienes tienen poca eficacia los divinos; a mi entender, de este modo: de los pobres, unos viven en aquellos establecimientos que se llaman hospitales, en griego *Ptochotrophios*, pero usaremos del primer vocablo como más conocido; otros practican la pública mendicidad; otros soportan como pueden sus necesidades vergonzosamente, en sus casas. Doy el nombre de hospitales a aquellas instituciones donde los enfermos son mantenidos y curados, donde se sustenta un cierto número de necesitados; donde se educan los niños y las niñas, donde se crían los hijos de nadie, donde se encierran los locos y donde los ciegos pasan la vida. Sepan los regidores de la ciudad que todos estos cuidados son de su incumbencia. Nadie se excuse de sujetarse a los estatutos de los fundadores, que permanecerán inviolables. En ellos no se han de interpretar servilmente las palabras, sino prestar atención preferente a la equidad, como en los contratos de buena fe, y a la voluntad en los testamentos, de los cuales no cabe duda que fué que se distribuyeran en usos los mejores posibles los bienes legados y se consumieran del modo más digno. Y no cuidaron tanto de quienes los habían de invertir o de la manera como deberían invertirse, cuanto de la realidad de su inversión.

A más de esto, nada hay tan libre en la república que no esté sujeto al conocimiento de los que la gobiernan; pues no es libertad racional no sujetarse ni obedecer a los magistrados comunes, sino una incitación a la ferocidad y una ocasión ofrecida a la soltura y desmandamiento para abocarse a cualquier antojo. Ni nadie puede eximir sus bienes del cuidado y jurisdicción de la autoridad ciudadana, sin que, por este mismo hecho, no se salga de ella. Y ni aun su vida puede eximir,

que es para cada uno la cosa más querida y entrañable que sus bienes; singularmente después que cada uno los adquirió, como un galardón, gracias a la ciudad, y los conserva y retiene con su ayuda.

Visite, pues, e inspeccione cada uno de estos establecimientos una comisión de dos regidores, acompañados de un escribano, tomen nota de las rentas y del numerario, registren los nombres de los asilados que sostiene el establecimiento y los motivos por que ingresó cada uno de ellos, y eleven esta relación a los burgomaestres y al pleno consistorial.

Los que padecen en su casa los agobios de la pobreza sean también anotados con sus hijos respectivos por dos diputados en cada parroquia, especificando sus necesidades; su anterior manera de vivir, y por qué contingencias vinieron a ser pobres. Esa averiguación resultará fácil por los informes que suministren los vecinos, qué género de hombres sean y de qué vida y costumbres. No se admita de un pobre el testimonio de pobreza de otro pobre, pues la envidia no huelga; sean enterados de ello los burgomaestres y el gobierno. Si hubiere algunos que hayan caído de repente en alguna desgracia, signifíquenlo al Senado por medio de alguno de sus miembros y provéase en ello según su cualidad y condición.

Los mendigos vagos sin domicilio fijo, que gozan de salud, declaren su nombre delante del pleno del consistorio y la causa por que mendigan, en algún local abierto o en un espacio libre, porque aquella chusma infecta no ponga sus pies en el palacio consistorial; y los mendigos enfermos hagan lo mismo en presencia de dos o de cuatro regidores asesorados por un médico, por ahorrar tal vista a los ojos del consistorio, y exíjase de ellos quien testifique y abone su manera de vivir.

A los que eligiere la corporación consistorial para el examen y ejecución de todos estos extremos, dénseles amplios poderes para obligar, compeler y aun encarcelar, a fin de que la corporación en pleno entienda en los que no obedecieren.

CAPITULO III

DE QUÉ MANERA SE HA DE PROCURAR EL MANTENIMIENTO DE TODOS ÉSTOS

Ante todo se ha de decretar lo que impuso el Señor a todo el género humano, como por multa del delito, a saber: que cada uno coma su pan adquirido por su trabajo. Cuando uso las voces *comer, alimentarse, sustentarse,* quiero que no se entienda sólo la comida, sino, también, el vestido, el hogar, la leña, la lumbre y, en suma, todo lo que comprende el mantenimiento del cuerpo humano.

Porque entre los pobres no haya algún ocioso el cual por su edad o por el estado de su salud pueda trabajar, escribe San Pablo a los tesalonicenses: *Aun cuando estábamos entre vosotros os denunciamos esto: que si alguno no quiere trabajar, no coma. Porque oímos que andan algunos entre vosotros fuera de orden, no entendiendo en nada, sino indagando con curiosidad. Y a los que son tales, denunciámosles y rogámosles en el Señor Jesucristo, que obrando con reposo, coman su pan.* Y el Salmista promete ambas felicidades: la de esta vida temporal y la de la vida eterna a quien comiere del trabajo de sus manos. Por eso no se ha de sufrir que nadie viva ocioso en la ciudad, donde, co-

mo en una casa bien ordenada, cada uno tiene que estar en su puesto, atento a su oficio. Añejo es el refrán: *Los hombres, con no hacer nada, aprenden a hacer mal.*

Se ha de tener consideración con la edad y el posible quebranto de la salud, pero con la precaución de que no nos engañen con ficción o pretexto de algún achaque, lo que acontece no raras veces. Para soslayar esta simulación se recurrirá al dictamen de los médicos; y el que engañare sea castigado. De los mendigos sanos, los forasteros deben reexpedirse a sus pueblos de origen, como lo precave el derecho civil, pero dándoles para el viaje, pues fuera medida inhumana despachar al necesitado sin recurso para el camino. Quien esto hiciera, ¿qué otra cosa le mandaría sino robar? Mas si fueren de aldeas o de villorrios afligidos por la guerra, entonces hase de considerar lo que enseña San Pablo, a saber: que entre los bautizados en la sangre de Cristo ya no hay griego, ni bárbaro, ni francés, ni flamenco, sino una nueva y superior criatura, y han de tener consideración de naturales o indígenas.

A los indígenas se les ha de preguntar si saben algún oficio. Los que no saben ninguno, si tuvieren edad proporcionada, se les ha de instruir en aquel para el cual sintieren mayor propensión, siempre que sea posible, y si no, en algún otro análogo; por manera que el que no supiere coser vestidos cosa polainas, botines y calzas. Pero si fuere ya algo alcanzado de días o de ingenio demasiado tardo, enséñesele algún oficio más fácil y, en último término, el que cualquiera puede aprender en pocos días, como cavar, sacar agua, llevar algo a cuestas, hacer portes con un pequeño carro, acompañar al magistrado, traer mensajes, recados y cartas, gobernar caballos de alquiler.

A los que malversaron su fortuna con modos feos y torpes, como el juego, rameras, lujos, gula, hay que alimentarlos, pues a nadie se le ha de matar de hambre; pero, por lo demás, mándenseles trabajos más molestos y déseles comida más tasada, porque sean escarmiento de los otros y ellos se arrepientan de la vida anterior, porque no fácilmente reincidan en los mismos vicios, estrechados con la pobreza del alimento y la dureza de los trabajos. No se les ha de matar de hambre, no; pero han de sufrir sus aguijones.

A todos éstos no faltarán talleres donde se les admita: los que trabajan en lana en la población de Armenter o, por mejor decir, la mayoría de obreros se quejan de la escasez de oficiales, y los que tejen las sedas de Brujas admitirían a cualesquiera muchachos no más que para hacer girar y rodar ciertos tornillos o ruedecillas, y darían diariamente a cada uno hasta la moneda llamada *estufero*, poco más o menos, además de la comida; y con todo no pueden encontrar a los tales muchachos aprendices, porque sus padres dicen que traen más a casa con el pordioseo.

Por pública autoridad asígnese a cada director de taller cierto número de los obreros que no pueden tener por sí fábrica alguna; si alguno se adelantó mucho en su especialidad, que abra oficina; así a éstos, como a los que el magistrado asignare algunos aprendices, encomiéndenseles las obras públicas de la ciudad, que son muchas, a saber: imágenes, estatuas, vestidos, cloacas, fosos, edificios y todas aquellas obras que fuere necesario hacer en los hospitales, a fin de que los caudales

que inicialmente fueron dados a los pobres se consuman entre los pobres. Esto mismo aconsejara yo a los obispos, colegios y abades; pero en otra ocasión les escribiremos y aún espero que algún día lo harán ellos espontáneamente sin necesidad de excitación mía ni de nadie.

Aquellos que aún no estuvieren destinados a ninguna obra o a ningún empresario, por un breve tiempo aliménteseles de las limosnas en aquella misma localidad, pero mientras tanto no huelguen por completo, no sea que por el ocio aprendan la desidia. En la misma casa se dará comida o cena a los pobres sanos que van de camino y algún socorrillo, el que bastare hasta la población más cercana adonde se encaminan.

En los hospitales, los que tienen buena salud y están allí agarrados como zánganos que se aprovechan de los sudores ajenos, salgan y envíense a algún trabajo si no es que les pertenezca su permanencia en el establecimiento benéfico por algún derecho, verbigracia, de sangre, por haberles dejado esta conveniencia sus mayores o porque ellos, de su propia hacienda, hicieron a la casa algún legado importante.

Y aun en este caso, oblígueseles a trabajar para que el fruto del trabajo sea común. Si hubiere allí algún otro, sano y robusto, y por el amor de la casa y de sus compañeros rogare que se le permita lo mismo, concédasele la facultad de permanecer con las mismas condiciones.

A nadie le sea permitido regalarse con los bienes que se confirieron en otro tiempo para esa suerte de obra pía. Esta advertencia no es vana. Los hay que de asilados se hicieron señores, y hay mujeres que en los orígenes de la obra pía fueron admitidas como sirvientas y en la actualidad, despreciando o tratando mal a los pobres, se han vuelto señoras soberbias, viven regaladamente y visten con ostentación e insolencia; quíteseles todo esto, porque no se pongan lucios con el meollo de los pobres enflaquecidos; desempeñen el destino para que vinieron; atiendan al servicio de los enfermos, a imitación de aquellas viudas de la Iglesia naciente, a quien con tanto encarecimiento alaban los Apóstoles; el tiempo que les quedare, oren, lean, hilen, tejan, ocúpense en alguna labor buena y honesta, cosa que San Jerónimo manda a las más ricas y nobles matronas. Ni aun se ha de consentir que los ciegos estén o anden ociosos; son muchas las faenas en que pueden ejercitarse. Los hay que son aptos para las letras si tienen quién les lea; estudien; en algunos de ellos vemos progresos de erudición no desdeñables. Otros tienen aptitud para la música; canten, tañan instrumentos de cuerda o de metal; hagan otros andar tornos o ruedecillas, ayuden otros en los lagares a mover las prensas; hinchen otros los fuelles en las oficinas de los herreros. Sabemos que los ciegos hacen cajitas, cestillas, canastillos y jaulas; las ciegas hilan y devanan; como no quieran estar mano sobre mano y no rehuyan la faena, hallarán con facilidad en qué ocuparse. La pereza y la holgazanería, y no el defecto físico, es lo que les hace decir que no pueden hacer nada.

A los enfermos y a los viejos señálenseles trabajos livianos, según su edad y el estado de su salud les consientan. Ninguno hay tan inválido a quien le falten las fuerzas en absoluto para hacer algo. Así se conseguirá que, ocupados y dados al trabajo intensamente, se les cohiban

los malos pensamientos y los afectos del alma desordenados, hijos de la ociosidad.

Limpios los hospitales de esta suerte de sanguijuelas, examinadas las rentas anuales y el numerario en caja, considérense las posibilidades de cada uno de estos establecimientos, y tras este examen, despréndanse de aquellas donaciones y adornos superfluos, que son más agradables a los niños y a los avaros, que útiles a los piadosos. Hecho esto, remítanse a cada uno de estos hospitales de los mendigos enfermos los que parecieren bastantes, porque la ración no sea tan disminuída que a duras penas apacigüe la media hambre. Esto, primeramente se ha de providenciar para los enfermos del cuerpo o del alma, pues éstos se agrian aún más con la falta de alimentos; pero con todo, no haya regalos que fácilmente podrían acostumbrarles mal.

Y ya que el asunto nos brindó ocasión para tratar de los privados del uso de la razón, no habiendo en el mundo cosa más excelente que el hombre, ni en el hombre cosa más soberana que el entendimiento, se ha de procurar con el mayor afán que la mente esté sana, y hemos de pensar que el mayor beneficio posible es, o bien volver a la sanidad a las ajenas mentes enfermas o bien mantenerlas en equilibrio y robustez.

Llevado, pues, al hospital un hombre de facultades mentales perturbadas, se ha de averiguar antes que todo si la locura es natural o fué provocada por algún acontecimiento; si da esperanzas de salud o es un caso del todo desesperado. Es de compadecer una mengua tan grande en esta nobilísima facultad humana y se ha de tratar al que la ha padecido con tal tiento y delicadeza, que no se le aumente ni siquiera se le alimente su locura, como acontece con los furiosos, haciendo burla de ellos, provocándolos e irritándolos, y con los fatuos asintiendo y aprobando lo que dijeren o hicieren neciamente o incitándolos para que desbarren con mayor ridiculez, como quien fomenta y ceba la insulsez y la necedad. ¿Qué mayor inhumanidad puede mentarse que la de enloquecer a uno por tener de qué reír y hacer materia de diversión de una tan grande desventura? Propínense a cada uno los remedios adecuados: unos necesitan alimentos y reconstituyentes; otros, trato benigno y afable, porque se amansen poco a poco como las fieras; otros, han menester instrucción. Los habrá que necesitarán castigo y coacción física, pero con tal tino se les debe aplicar este tratamiento enérgico, que con ellos no se exalten y exacerben más aún: y por todos los medios y hasta el punto que fuere posible debe introducirse en sus almas aquella placidez y sosiego con que fácilmente vuelven el juicio y la salud mental.

Si todos los mendigos inválidos no cupieren en los hospitales, deben establecerse una o varias casas, las que fueren suficientes, y reclúyanse en ellas; contrátense un médico y un farmacéutico, criados y criadas. De esta suerte se hará como lo hace la Naturaleza y los que fabrican las naves, quienes recogen en un albañal todas las inmundicias porque no dañen a lo demás del cuerpo. Por ende, todos los que están inficionados de un mal repugnante o contagioso, acuéstense aparte y coman por separado, porque no trasciendan a los otros ni el asco ni la infección y jamás tengan fin las enfermedades.

Cuando alguno hubiere convalecido, trátesele como a los demás que

están sanos, envíesele a trabajar si ya no es que, movido por alguna piedad, prefiera con sus servicios en el establecimiento aprovechar a los otros.

A los necesitados que se están en su casa se les ha de proporcionar trabajo de las obras públicas o de los hospitales; ni les faltará de otros conciudadanos, y si demostraren que sus necesidades son mayores que lo que alcanza la retribución de su trabajo, se les ha de añadir lo que se calculare que les falta.

Examinen los cuestores humana y afablemente las necesidades de los pobres; no hagan ningún caso de interpretaciones siniestras; no se altivezcan ni se pongan severos si no lo consideraren necesario contra los refractarios y reacios al poder público.

Establézcase esta ley: «Si alguno rogare o interpusiese su influencia o autoridad para que a alguno se le dé dinero so pretexto de necesidad, no se salga con la suya e impóngasele una multa de la cuantía que pareciere al magistrado.» Séale permitido únicamente avisar que hay algún necesitado; de todo lo restante, infórmense los administradores de las limosnas, o a quienes el gobierno lo encargare, y hágase la limosna según lo exigiere la necesidad, porque no sea que, andando el tiempo, venga a suceder que personas pudientes, con perdón de su propio dinero, pidan que de lo que pertenece a los pobres se dé a sus criados, familiares, afines, robándoselo a los que lo necesiten harto más que ellos y comience la influencia a excluir las necesidades, cosa que hemos visto suceder en los hospitales.

CAPITULO IV

EL CUIDADO DE LOS NIÑOS

Los niños de la tierra tengan su hospital donde se críen; los que tengan madres ciertas, críenlos ellas mismas hasta los seis años, y sean traladados después a la escuela pública, donde aprendan la primeras letras y buenas costumbres y sean allí mantenidos.

Rijan esta escuela en cuanto sea posible varones honesta y urbanamente educados, que informen esta escuela ruda con la ejemplaridad de sus costumbres, pues para los hijos de los pobres no hay que recelar de ningún otro lado peligro mayor que el de una educación incivil, ruin y sórdida. En la selección de estos maestros, los magistrados no perdonen gasto alguno; con exiguas costas prestarán a su ciudad un servicio muy grade.

Aprendan los niños a vivir con sobriedad, pero con aseo y pureza, y a contentarse con poco; apárteseles de todos los deleites y no se acostumbren a los regalos ni a la voracidad ni sean esclavos de la gula, la cual, cuando les falte lo que les pida su apetito, desechado todo pudor, se darán a la mendiguez, cosa que vemos hacer a muchos tan pronto como les falta, no la comida, sino simplemente la mostaza, o la salsa, o cualquier requisito semejante.

No sólo aprendan a leer y a escribir, sino, en primer lugar, la piedad cristiana y a formar juicio recto de las cosas.

Y tómese todo esto por dicho de la escuela de niñas en que se les enseñen los primeros rudimentos de las letras, y si alguna tuviere vocación para las letras y el estudio, déjesela en este punto pasar un poco más adelante, siempre que todo ello se

enderece a la mejora de las costumbres; penétrense de sanas opiniones y de espíritu de piedad, y luego aprendan a hilar, coser, tejer, bordar, gobernar la cocina y la casa; aprendan modestia, templanza, afabilidad, pudor y lo principal de todo: aprendan a guardar castidad, persuadidas de que éste es el único bien de las mujeres.

A su debido tiempo, por lo que toca a los niños, reténganse en la escuela los mejor dotados, para que sean un día maestros de los otros y más tarde esta misma escuela, seminario y plantel de sacerdotes; los restantes pasen a profesiones manuales, según fuere la inclinación de cada uno.

CAPITULO V

LOS CENSORES Y LA CENSURA

Nómbrese todos los años para censores a dos varones miembros del Senado, de mucha gravedad y de una probidad sin tacha, quienes se informen de las costumbres de los pobres, de los muchachos, de los mozos, de los ancianos; qué hacen los niños, cuánto aprovechan, qué costumbres tienen, de qué índole son, qué esperanzas dan, y si algunos pecaren, de quién es la culpa: enmiéndenlo todo.

Si los jóvenes, si los viejos viven según las leyes que para ellos se dictaron, con un cuidado más especial y con desvelo más vivo, averigüen los manejos de las viejas, artífices principales de la tercería y de la hechicería; con qué templanza y parsimonia vivan todos y todas; sean castigados los que frecuenten los juegos de azar y las bodegas y cervecerías. Si una primera y una segunda amonestación no surtieren efecto, sean castigados con penas aflictivas.

Las penas se han de establecer en cada ciudad según pareciere a los que en ellas tengan más prudencia, porque no convienen unas mismas disposiciones en todos los lugares ni en todos los tiempos, y unos individuos se afligen más con unas penas y otros con otras.

Con toda diligencia se ha de precaver contra el fraude de los ociosos y perezosos, porque no engañen.

Quisiera yo también que esos mismos censores se informasen de la juventud e hijos de los ricos; fuera una gran conveniencia para la ciudad que se les obligase a dar cuenta a los magistrados como a padres de todos, de cómo, en qué artes, en qué ocupaciones consumen su tiempo. Mayor resultaría esta limosna que si se repartieran a los pobres muchos millares de florines. Esta era, entre los romanos viejos, la incumbencia de los que estaban investidos de la dignidad censoria y de la areopagítica entre los viejos atenienses, pero derribadas de su entereza original las costumbres primitivas, la renovó el emperador Justiniano en la colación sobre el cuestor, en que se le manda inquirir acerca de todas las personas, así eclesiásticas como seglares, cualquiera fuere su condición y fortuna, quiénes son, de dónde han venido y por qué causa. Esta misma ley no permite a nadie que pase la vida ocioso.

CAPITULO VI

DEL DINERO QUE BASTA PARA ESTOS GASTOS

Muy bien está lo que dices, replicará alguno; pero ¿de dónde se sacará el dinero para todo esto? Yo

estoy tan lejos de temer que falte como no veo claramente que va a sobrar por manera que pueda subvenir a las necesidades cotidianas como a las extraordinarias, de las que a cada paso se presentan muchas en cada una de las ciudades.

En otros tiempos, cuando aún hervía la sangre de Cristo, todos los fieles arrojaban sus riquezas a los pies de los Apóstoles para que ellos, luego, las distribuyesen según las necesidades de cada cual. Repudiaron más tarde los Apóstoles este cuidado como indigno de su ministerio, porque mejor les estaba el predicar y enseñar el Evangelio que ocuparse en recoger y distribuir dineros, y este encargo se encomendó a los diáconos. Y ni aun éstos lo retuvieron mucho tiempo: tan grande era el deseo de enseñar, de promover y aquilatar la piedad, de caminar apresuradamente a los bienes eternos por medio de una muerte gloriosa. Y así fué como los mismos seglares cristianos, del dinero de las colectas, proporcionaban a los necesitados lo que cada uno había menester. Mas con el crecimiento del pueblo cristiano, en cuyo seno fueron admitidos muchos de no muy acendrada probidad, empezaron algunos a administrar aquel negocio con no buena fe. Los obispos y los sacerdotes, movidos de su amor para con los pobres, volvieron a tomar a su cargo aquellas riquezas que se habían recogido para el socorro de los pobres, pues en aquel tiempo ninguna cosa dejaba de confiarse a los obispos, varones sin tacha y de una fidelidad bien experimentada y universalmente reconocida, como en determinado pasaje de sus obras lo refiere San Juan Crisóstomo.

Con el andar del tiempo resfrióse aún más y más aquel bendito hervor de la sangre de Cristo, y el espíritu del Señor comunicóse a muy más pocos. Empezó la Iglesia a emular al mundo y a contender con él en pompa, fausto y lujo. Y ya San Jerónimo se queja de que los prefectos de las provincias cenan en los monasterios más opíparamente que en palacio. Para esos gastos necesitábase gran golpe de dinero. Y así, por este proceso deplorable, fué como los obispos y los presbíteros convirtieron en hacienda y rentas propias el que fué patrimonio de los pobres. ¡Plegue al Cielo que les tocase el espíritu de Dios y trajesen a la memoria de dónde tienen lo que poseen, quiénes lo dieron y con qué intención, y recordasen que ellos son poderosos con los bienes de los impotentes! Su obligación es enseñar, consolar, corregir (eso por lo que afecta al alma), curar los cuerpos (cosa que harían si fiasen tanto en Cristo como ellos quieren que fíen los otros, para su tranquilidad y ventajas; pero éste es un achaque general. Cada uno de nosotros exige severamente del otro el bien que él no practica), socorrer a los menesterosos, aunque en pequeña proporción de lo poco que tengan suyo, a ejemplo de San Pablo; y, en suma, ser perfectísimo en la caridad, haciéndose todo para todos, no desdeñando a los humildes, antes abajándose a ellos, por hacerles bien, y no cediendo a los altos mediante la palabra de Cristo, por edificarlos.

Estos obispos y los abades y las otras jerarquías eclesiásticas, no más que con querer, aliviarían la mayor parte de los necesitados con la grandeza de sus rentas. Si no lo quieren, Cristo será su vengador. Siempre se han de evitar el alboroto y la discordia civil, que es un mal mayor que retener el dinero de los pobres. No hay dinero alguno, por caudaloso que sea, que justifi-

que que, por amor de él, se tomen las armas. En todo caso, se ha de servir a la tranquilidad pública que Cristo mandó y recalcó San Pablo, siguiendo a su Maestro; ni los pobres deben desear que se promueva en la ciudad desorden alguno porque los remedie, porque por su mismo estado de pobreza les conviene estar muertos al siglo, entregados día y noche a meditar el fin de esa jornada nuestra a aquel puerto y aquella patria, en donde oigan: *Lázaro recibió males en su vida; por eso ahora es recreado y regalado.*

Por ende, hágase todos los años un conjunto de las rentas de los hospitales, y no hay duda que, acumulando el valor de la mano de obra que hagan los que todavía tienen fuerzas para ello, no solamente los réditos alcanzarán para subvenir a todos los asilados del respectivo establecimiento, sino que todavía existirá un sobrante para los de fuera, pues dícenme que las riquezas de los hospitales, en cualquiera población, son tantas que, administradas con pulcritud, existe abundancia para socorrer todas las necesidades de los ciudadanos, ordinarias, imprevistas y extraordinarias.

Los hospitales ricos den de lo que les sobre a los dotados pobremente, y si éstos no lo necesitaren, distribuyan sus sobras entre los pobres vergonzantes. Y no sólo la copiosa caridad de Cristo se derrame de la manera que dije por toda la ciudad, de suerte que haga de ella como una sola casa concorde y bien unida entre sí y de cada uno de los ciudadanos un amigo de todos, sino también que irrumpa fuera y abrace el universo orbe cristiano y se verifique lo que leemos que existió entre los Apóstoles: *La muchedumbre de los creyentes tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno de ellos decía ser suyo lo que poseía, sino que todo les era común y no había entre ellos necesitado alguno.*

Así, los hospitales ricos y las personas acaudaladas, cuando en sus localidades respectivas no hubiese con quién comunicar sus posibilidades, fuera bien que las enviasen a las vecinas, y aun a las alejadas, donde las necesidades fuesen mayores. Esta sí que es una obra específicamente cristiana.

Nombre la Superioridad dos procuradores para cada hospital, que sean personalidades conspicuas y respetadas, y en quienes pueda mucho el temor de Dios. Estos den todos los años cuenta al gobierno de su administración, y si satisface su fidelidad, continúen en el cargo, y si no, váyase a nueva elección.

Existe la costumbre de que cada uno de los que mueren suele, según sus facultades, dejar algo a los pobres. Debería exhortárseles a cercenar algo de la pompa del funeral en beneficio de aquéllos. Este sería el funeral más agradable a Dios y no carecería de gloria ante los hombres, aun cuando a los que van a salir de este mundo no les debe preocupar un punto recibir gloria ni alabanza que no sea más que de sólo Dios. También en algunos entierros se hace un reparto de carne y se distribuye pan, amén de dinero y otros efectos, contra la presentación de un distintivo. Ese reparto en las primeras exequias y en el primer aniversario conviene que sea libre para los que cuidan de cumplir las disposiciones del difunto; pero luego, en lo que se ha dejado para distribuir a los pobres, entiendan los administradores de limosnas acerca del modo como se distribuyen porque no se den a quienes no son en manera alguna necesitados.

Si todos estos recursos no bastaren, pónganse cepillos en las tres o cuatro principales iglesias de la población que sean más frecuentadas, en donde cada uno deposite todo cuanto la devoción le sugiriere. No habrá persona devota que no prefiera colocar allí diez *estúferos* que poner dos *minutas* en la mano de los mendigos sueltos; pero no se pongan estos cepillos todas las semanas, sino cuando la necesidad apremiare.

Cuiden de estos cepillos dos hombres elegidos por la Superioridad, honrados y buenos y no tan ricos, cosa que en esta suerte de colectas es sumamente atendible, como también de un espíritu nada rapaz ni avaricioso.

Y no se recoja todo cuanto se pueda, sino, a lo sumo, todo cuanto bastare para cada semana o un poquillo más, porque los administradores no se acostumbren a manejar mucho dinero y les suceda lo que a algunos a cuyo cargo corre el cuidado de los hospitales. Lo que pasa aquí, en Flandes, no lo sé, ni lo quiero averiguar, consagrado como estoy por entero a mis estudios; pero en España, en conversación, oía decir a los ancianos que eran muchos los que con las rentas de los hospitales habían hecho crecer las suyas fabulosamente, manteniéndose a sí y a los suyos en lugar de los pobres, aumentando la población de sus casas y despoblando los asilos; todos estos abusos originólos la oportunidad de dinero tan copioso y tan fácil.

Para soslayar estos inconvenientes, no se compre para los pobres finca alguna, pues con este pretexto estáncase el dinero en manos de los directores de los hospitales, y mientras para este fin se recoge y guarda el numerario hasta que la compra se verifique, el pobre se pudre de miseria y se muere de hambre.

Y si hubiere una gran suma de dinero en manos de los que cuidan de las limosnas en nombre del Poder público, mérmese en algo, como dije, y envíese a lugares donde la indigencia sea mayor; porque una gran partida de dinero irrita tanto el deseo de aumentarla que, los que la administran, llevan peor que se deduzca algo de ella, que de un caudal empequeñecido. Mas todo lo estrictamente necesario guárdese en poder del Senado, bajo juramento y fieras imprecaciones y amenazas, para que no se invierta en otros usos, y repártase a la primera ocasión, porque no se haga costumbre de tener mucho tiempo dinero congelado, pues nunca van a faltar quienes necesiten socorro, según la predicción del Señor: *Pobres siempre los tendréis entre vosotros.*

Hase de precaver que en ningún tiempo los sacerdotes inviertan en provecho suyo el dinero de los pobres, so pretexto de piedad y celebración de misas; bastante tienen ellos con qué pasar; no necesitan de más.

Si en alguna ocasión no fueren suficientes las limosnas, acúdase a los ricos en súplica de que ayuden a los pobres a quienes Dios recomendó con tal ahinco o que al menos presten lo que fuere necesario, que más adelante, cuando la limosna abundare más, les será devuelto, si así lo quisieren, con religiosa puntualidad.

Además de esto, la corporación rectora de la ciudad cercene cuanto pueda de los gastos públicos, como son convites, regalos, agasajos, propinas, fiestas anuales, pompas, todo lo cual no conduce más que al pasatiempo, a la soberbia o ambición. Yo no dudo que el mismo príncipe,

al visitar la ciudad, llevaría, no ya con resignación, sino con complacencia y apacible rostro, que le recibieran con menos aparato, así que se enterase de la aplicación que se da a las sumas que se ahorraran en tales recibimientos; y si diere muestras de que ello no le pareciera bien, daría a entender que es necio y puerilmente ambicioso e inepto. Y si la ciudad no quisiera hacerlo, adelante un préstamo que recupere luego con un mayor crecimiento de limosnas.

Sea absolutamente libre la limosna, como dice San Pablo: *Cada uno dé como destinó en su pecho, no con tristeza ni por coacción.* Nadie debe ser obligado a hacer bien, porque, de otro modo, no tiene razón de existir la voz *beneficencia.*

Yo no tengo la menor duda que, haciendo todo esto, bastará, y aun sobrará; pero, con todo, en negocio de tanta piedad no nos hemos de medir por lo limitado de las fuerzas humanas, sino confiar exclusivamente en las divinas. La bondad de Dios bendecirá los santos esfuerzos; ella multiplicará a los ricos los bienes que les permiten tales limosnas y aumentará para los pobres las dádivas pedidas pudorosamente, piadosamente recibidas, y distribuídas con prudencia bien templada. Sobre todos inclina sus ojos amorosos el Señor, *cuya es la tierra y toda su plenitud.* El lo creó todo con abundancia para nuestros usos, y en trueque nos pide sólo una voluntad pronta y sincera y un corazón agradecido por tantos beneficios.

Con muchísimos ejemplos se evidencia a los hombres que algunos iniciaron una obra santa con algún recelo y aun a veces con una franca desconfianza de que no iban a bastar ni las fuerzas ni los fondos previstos para ese fin; mas con el progreso de la obra se aumentó de tal modo el caudal, que los mismos que llevaban la dirección y la responsabilidad de la santa empresa no podían menos de maravillarse por cuán secretos e imprevistos conductos les iban llegando aquellos aumentos tan grandes. Recordad una sola experiencia, que vale por innumerables, de vuestra escuela de niños y pobres. La fundasteis diez años ha con tan flacos principios, que no más de dieciocho niños podían mantenerse en ella, y aun recelabais que os había de faltar con que pudieseis sostener esta chica fundación; en el día se mantienen ya poco menos de cien niños, y afluyen a vuestras manos caudales en tal abundancia, que os sobran para mantener a muchos más, y cuando os sobrevienen algunos niños más de la cuenta, no les falta que comer. Por la largueza y la liberalidad de Dios mantiénense y se alimentan y viven y subsisten todas las cosas; no por las riquezas ni con los propios recursos ni los consejos humanos. Por todo ello, al emprender obras de tanta piedad, es cosa mala considerar la propia posibilidad y no la confianza que se tiene en Aquel que lo puede todo.

Los mismos pobres que no trabajan aprendan a no tener provisiones para un tiempo largo que, al par que les dan una mentida seguridad, disminuye su confianza para con Dios.

No confíen en los socorros humanos, sino sólo en el de Cristo, quien nos exhortó que depositáramos el cuidado de nuestra sustentación en El y en su Padre Celestial, que apacienta y viste a los seres que ni siembran, ni siegan, ni tejen, ni hilan. Lleven una vida como de ángeles, atentos y aplicados a la oración, rogando a Dios primeramente

por sí y luego por la salvación de los que les socorren, para que Nuestro Señor Jesucristo se digne premiarles con el ciento por uno de los bienes eternos.

CAPITULO VII

DE AQUELLOS A QUIENES APREMIA ALGUNA NECESIDAD IMPREVISTA U OCULTA

No ha de socorrerse solamente a los pobres que carecen de lo que se necesita para cada día, sino también aquellos otros sobre los cuales se abate alguna desgracia no pensada, como cautiverio en la guerra, prisión por deudas, incendio, naufragio, inundación, muchos géneros de enfermedades y, en suma, los innumerables casos fortuitos que azotan los hogares honrados. A éstos se añaden las doncellas pobres, a quienes la indigencia obliga muchas veces a abusar de su pudor. No se ha de consentir en una ciudad, ya no diré cristiana, pero ni gentílica siquiera, con tal que se viva en ella conforme a costumbre de humanidad, que mientras los unos chorrean riquezas tantas que malgastan millares en un mausoleo o torre o en alguna fábrica de vanidad o en un banquete o en otras vistosas exterioridades, por cincuenta o por cien florines corra peligro muy agudo la honestidad de una doncella, la salud y la vida de un hombre honrado, que un marido se vea obligado a desamparar a su mujer y a sus pequeños hijos. También se ha de rescatar a los cautivos, beneficio que contaron entre los más señalados los filósofos antiguos como Aristóteles, Cicerón y otros; pero han de ser objeto de desvelo y de diligencia preferentes aquellos que entre enemigos soportan recia servidumbre, como son los cristianos en poder del Turco, con cotidiano riesgo de su fe; después, los negociantes y los que, sin armas con que defenderse, vinieron a manos de sus enemigos, y, en último lugar, débese compasión a los armados, que a los otros son causa de tantos males. De los encarcelados, los primeros a socorrer son aquellos que más por desgracia que por culpa suya pararon en la pobreza que les hizo insolventes; después, los que llevan más tiempo de prisión.

A quien ha sido feliz algún día y cayó en la miseria, y no por alguna torpe culpa suya, hemos de compadecerle con compasión muy viva, bien porque nos avisa que la suerte es común y para escarmiento nuestro y de otros, bien porque soporta miseria mucho más dura aquel que conserva algún sentido o recuerdo de la perdida felicidad.

Ni se ha de esperar que los que recibieron una educación fina y distinguida manifiesten sus necesidades sagazmente se han de adivinar y se les ha de socorrer a hurtadas. Escrito está que muchos lo hicieron así, y señaladamente Arcesilao, quien debajo de la almohada de un amigo suyo, pobre y enfermo, que disimulaba ambas cosas por vergüenza, mientras dormía, le puso una gran suma de oro para que, en despertando, hallase con qué socorrerse sin empacho de su honrada pobreza. Ha de precaverse que los que recibieron una crianza liberal y esmerada, cuando se les alivia con el socorro, tengan que correrse de vergüenza, que para ellos resulta más penosa que el beneficio provechoso o agradecido.

Aquellas personas a quienes encargamos el cuidado de las parroquias serán quienes averiguarán es-

tas necesidades ocultas y las comunicarán al gobierno y a los hombres ricos, callando los nombres de quienes las padezcan, hasta que se les hubiere socorrido, porque entonces será mejor hacerlo descubiertamente, ya para que sepan a quién han de estar agradecidos, ya también porque nadie tenga sospecha de que las manos por las cuales pasó la limosna hubieren intervenido alguna porción de ella; si ya no fuere que es tal la dignidad del necesitado que se deba no exponerle a tan grave crisis de vergüenza.

Según eso, dirá alguno: «Si también a éstos se ha de socorrer, el socorro no va a tener fin.» ¿Qué cosa puede pensarse más feliz y bienaventurada que el que no tenga límites el hacer bien? Dijiste una atrocidad. Pensaba yo que ibas a quejarte de que por este camino iban a faltar los pobres con quienes mostrarte misericordioso. Debes a la verdad desear por el bien del prójimo que no haya quien necesite de la asistencia ajena; pero por tu bien debes apetecer que nunca te falte materia para una ganancia tan grande como es trocar por los bienes eternos los bienes perecederos, expuestos siempre a toda suerte de casos desgraciados.

Esto es lo que me parece que debe hacerse en el presente estado de cosas. Quizá no será conveniente observarlo todo como yo he señalado en cada ciudad y en cada circunstancia. Véanlo las personas prudentes de cada población, y miren por el bien de su ciudad con muy grande patriotismo. Creo, sí, que convendrá siempre y en todo lugar que se establezca el mismo proyecto y la misma finalidad, y si no conviniere que se ejecutase todo a un mismo tiempo, porque la vieja usanza se opondrá por ventura a la innovación, será permitido usar de alguna habilidad y al principio ir introduciendo lo más fácil, para más tarde, insensiblemente, pasar lo que pareciere más dificultoso.

CAPITULO VIII

DE LOS QUE DESAPROBARÁN ESTAS NUEVAS CONSTITUCIONES

Aun cuando la virtud es hermosísima de suyo y muy digna de apetecerse, tiene con todo no pocos enemigos que se enojan mucho de su belleza y de su bondad porque es desabrida y contraria a sus costumbres y regalada vida. Así el mundo declaró guerra, y la tendrá declarada siempre, a la ley de Cristo, cuyo resplandor no pueden sufrir las tinieblas y los ojos viciados. Así también, en el negocio que me propuse, aunque todo se dirige al socorro y alivio de las necesidades de los pobres miserables, como lo juzgará y sentenciará cualquiera que no sea un censor apasionado e injusto; no obstante, en obra de tanta humanidad, no faltará quien o la calumnie en algún punto o al menos no la lleve bien. Algunos, no parándose en otra cosa que en que oyen que se quitan los pobres, piensan que se les expulsa; dicen a gritos que es un hecho inhumano echar así a unos miserables; como si fuéramos nosotros quienes les expeliéramos y trabajásemos por aumentar aún más su miseria. No es ésa nuestra intención, sino que se vean exentos de la miseria, del llanto, de aquella su perpetua calamidad, para que sean tenidos como hombres y merezcan compasión cristiana.

Otros hay que quieren parecer teólogos, y por lo mismo aducen algún texto evangélico. El objeto del

texto no les importa; es aquel donde Cristo, Señor y Dios nuestro predijo: *Pobres siempre los tendréis entre vosotros.* ¿Y qué? ¿Acaso no profetizó que habría escándalos? ¿Y no dijo San Pablo que habría herejías? No socorramos, pues, a los pobres ni evitemos los tropiezos ni resistamos a las herejías, porque no parezca que Cristo y San Pablo mintieron. ¡Consérvenos el Cielo la cordura! Cristo no predijo que habría pobres en todo tiempo entre nosotros porque El lo quisiera, ni que estallarían escándalos porque a El le agradaran; muy al contrario, ninguna otra cosa nos encomendó con mayor ahinco que la asistencia de los pobres, y abomina de aquel que al escándalo dió ocasión. Conocía nuestra debilidad, que nos hace rodar a la sima de la pobreza; y nuestra malicia también en no levantar prontamente al que cayó en ella dejándole que esté echado y que se pudra. Por esto nos anuncia que siempre tendremos pobres. Y ésta misma es la causa que le hace profetizar escándalo. Y San Pablo anuncia las herejías que sabía habrían de nacer de la estragada naturaleza del hombre, mancillada de vicios innumerables. Y con todo, quiso que se les saliera al encuentro en su nacimiento mismo, como lo dice escribiendo a Tito: *Sea poderoso el obispo en la doctrina sana para disputar con los que la contradicen.* Con estas predicciones, no nos manda Cristo que obremos así, sino que ve por anticipado que así obraremos. Del mismo modo, estos consejos nuestros no suprimen a los pobres, sino que los alivian; no impiden que alguno sea pobre, sino que no lo sea largo tiempo, tendiéndole la mano caritativa para que se levante.

Mi deseo fuera poder conseguir que no hubiese pobres en esta ciudad; no temería el peligro de que alguien pensare que Cristo iba a ser desmentido; desgraciadamente, habríalos con abundancia en otras partes. Fuera de que no solamente son pobres los que carecen de dinero, sino cualesquiera que estén privados de fuerzas, de salud, de ingenio, de juicio, como expliqué ya al principio de la obra. Añádase además que no con menos razón debe llamarse pobre, aun de dinero, aquel que en el hospital o en su tugurio ruin recibe un flaco sustento, ganado no con su trabajo o industria, sino enteramente por beneficio ajeno.

Decidme: ¿quiénes se conducen con mayor inhumanidad, aquellos que quieren que los pobres se pudran entre inmundicias, asco, vicios, maldades, desvergüenzas, lascivia, ignorancia, locura, calamidad, miseria, o los que excogitan los medios de sacarles de tal estado y trasladarlos a una vida más digna más pura, más sabia, con ganancia tan grande de tantos hombres inútiles y perdidos? En resolución, nosotros hacemos lo que hace la ciencia de la Medicina, que no suprime las enfermedades del linaje humano, sino que las sana hasta el punto que puede. ¡Ojalá la ley de Cristo desplegase toda su valía en nuestras almas y en nuestros corazones; fuera más eficaz que el conocimiento de la medicina; ella conseguiría que no hubiera pobres entre nosotros, como no los hubo en la Iglesia naciente, según narra San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles;* ni habría escándalos ni herejías. Pero como pesarán mucho nuestras maldades y los hombres profesarán el nombre cristiano no tanto de corazón y de obra como de labios afuera, por eso nunca faltarán pobres, ni escándalos, ni herejías.

Habrá acaso algunos, como los suele haber en los consejos públicos, quienes, porque se les tenga por más sabios y por granjearse una gran autoridad de aquella opinión, no aprueban nada sino lo que salió de ellos. Estos tales sienten mal no sólo de los hombres, sino de Dios mismo, pues creen o quieren que los otros tengan esta persuasión que El, agotado y exhausto en sus restantes producciones suyas, derramó en ellos a manos llenas todas las fuerzas del ingenio, de la cordura, de la prudencia. De ellos hace mofa. diciendo: *¿Acaso vosotros solos sois hombres y con vosotros morirá la sabiduría?* No seré yo quien niegue que hay algunos que se aventajan tanto en ingenio, en destreza y en cierto desabrimiento y acidez de juicio, que, pensando y meditando, inventan lo que casi ningún otro inventaría. Por ello, persuadirse que es lo mejor lo que de ellos nació, es propio de hombre arrogante y aun necio e imperito, como lo define Terencio: *Aquel que juzga que nada está bien hecho sino lo que hace él.*

Sobre todo, a dos linajes de hombres creo yo que hemos de tener por hostiles hasta lo sumo, a saber: el de aquellos a quienes ha de llegar todo el fruto de esta obra de humanidad y el de aquellos otros a quienes apartamos de la administración del dinero. Desgraciadamente los hay que, avezados y atollados en la inmundicia y en aquella su miseria soez, llevan con sumo desabrimiento que se les saque de ella, engolosinados de la mentida dulzura de su inerte desidia, porque tienen por tarea más penosa que la muerte obrar, trabajar, ser industriosos y templados. ¡Oh recia condición la de hacer bien a estos tales, cuando la malicia humana trueca este beneficio en injuria! ¿Qué mayor odiosidad que la de recibir con altanería, como si fuera una ofensa, el beneficio y tomarlo como un perjuicio? Este vicio es muy semejante a aquel de los judíos, que persiguieron de muerte al Autor de la vida, porque los beneficiaba, los ayudaba y les traía la salud, la salvación, la luz y le colmaron de ignominia por su profusísima beneficencia para con todos los que quisieran de ella aprovecharse. Pero, así como aquéllos, sumidos en soberbia, en arrogancia, en ambición, en avaricia pensaban que se les infligía una ofensa, librándoles de estos dueños tan crueles, así éstos, abrumados de suciedad, hediondez, descaro, desidia y maldades, piensan que se les arrastra a esclavitud si se les eleva a una mejor condición.

Pero ¿qué importa? Imitaremos al mismo Cristo, a quien no hizo cejar en hacer bien la ingratitud de aquellos mismos que recibían sus provechos y favores. Y no hay que tomar en consideración a lo que quiera recibir cada uno, sino a lo que deba; no a lo que le agrade, sino lo que le convenga; reconocerán el beneficio cuando recobren la cordura. Será entonces cuando dirán: El Senado de Brujas nos dignificó aun contra nuestra voluntad. Y al revés: si les guardáis contemplaciones y condescendéis con sus deseos; si algún día, aunque no sea más que fugazmente, abren sus ojos y tienen un instante de lucidez, dirán sin duda alguna: «El Senado de Brujas nos mató por amarnos.» Esta es la misma queja que tiene de su padre el hijo tratado con demasiado mimo e indulgencia. Entonces aborrecerán a los que coadyuvaron a su perdición. Mas porque no sea así, hagamos lo que los médicos prudentes con los enfermos enfurecidos, lo que los pa-

dres sabios con los hijos malos: promovamos su bien, aun cuando repugnen y rezonguen.

Finalmente, deber es del supremo Rector de la República no hacer caso de lo que piense uno u otro o unos pocos de las leyes y de la administración, siempre que se hubiere consultado y mirado en general por el bien de todo el cuerpo social. Las leyes son útiles aun para los malos, o porque se enmienden, o porque no perseveren obstinadamente en el mal.

Llevarán también con desabrimiento los que manejaban el dinero de los pobres que se les despoje de aquel sabroso cargo. Las palabras grandes, sonorosas y amenazantes que suelen proferirse para hiperbolizar la atrocidad, suelen ser éstas y otras semejantes: «Que no había por qué tocar una administración acrisolada por la aprobación de tantos años; que es siempre peligrosa toda innovación de las costumbres; que no debían mudarse los estatutos de los fundadores; que va a arruinarse todo, muy pronto y radicalmente.»

A esta explosión de truenos, nosotros vamos a oponer: Primeramente, lo que han corfirmado las malas costumbres, ¿por qué no lo han de debilitar y destruir las buenas? No se atreverán a descender a esa disputa. ¿Es mejor lo que nosotros nos esforzamos por introducir o lo que ellos se afanan por mantener? Y puesto caso que la fundación sea intangible y no se haya de efectuar en ella mudanza alguna, ¿por qué la efectuaron ellos paulatinamente en las costumbres primitivas, dejadas por los fundadores, hasta el punto que la pugna de las unas con las otras es harto visible? Regístrense las actas, consúltese la memoria de los ancianos y se hallará cuánto dista ese sistema de administrar del sistema que se siguió cuando era nueva la institución, cuando su fundador vivía o poco tiempo hacía que había muerto. Nosotros propugnamos una solución ecléctica; no queremos que se mude la institución primera; no consentimos que quede írrita e inválida la voluntad del fundador, que en todo testamento es lo principal, o, por mejor decir, lo único que debe atenderse. Lo que fué la institución primera consta por las actas y memoria de muchos, y por lo que toca a la voluntad, ¿quién no ve que aquellos bienhechores dejaron el capital y las rentas anuales, no porque se hartasen los ricos, sino porque se mantuviesen los pobres con la obligación de rogar a Dios por el alma del difunto, a fin de que suelta y purificada de los pecados de la vida fuese recibida por Dios en las celestes moradas? Y si ellos ahincan mucho en lo contrario, darán a entender con demasiada claridad que defienden su negocio y los provechos anejos, pero no los intereses de los pobres. Habiendo tomado nosotros la defensa y el cuidado de los pobres, ¿qué fin persiguen al contradecirnos? Si ante sí mismos quedan convictos de avaricia y declaran abiertamente que administraron aquellos bienes no para los pobres, sino para sí. Semejante avaricia no solamente es cosa fea, sino perniciosa y merecedora de detestación, pues si quitar alguna cosa al rico ya es un crimen, ¿qué grandiosa maldad no será sustraerla a un pobre? En el hurto al rico se le roba el dinero; en el del pobre se le roba la vida. Si, al contrario, mirando del lado de los pobres, el Senado quiere socorrerles más amplia y largamente, ¿qué les interesa por medio de quién se haga, siempre que se haga y, por cierto, con aquella ejemplarísima pulcritud que cabe

esperar de la fidelidad del Senado, ya de largo tiempo experimentada? *Sea predicado Cristo*—dice San Pablo—; *el cómo, no me importa, con tal que sea predicado.*

Pero es el caso que ellos quisieran tener el cuidado de los pobres personalmente. Si ponen la mira en Dios, con sólo quererlo ya cumplen; si ponen la mira en los hombres, revelan su ambición. ¿Es que todavía tendrán la avilantez de quejarse porque vosotros no os ofrecéis por servidores de su ambición o de su codicia? ¿O porque no les dais gusto tan a la callada?

Paso en silencio todo lo demás que en este lugar pudiera decirse si alguno les tomase cuenta de su administración durante tantos años; pero no seré yo quien remueva esta charca ni menee este cieno. No será para ellos poca honra no haber opuesto resistencia, no haber retenido tenazmente el dinero que se les confió y depositó en su poder, haber favorecido la causa de los miserables, haberse sumado al consentimiento de la ciudad y ser tan amigos del honor público que lo consideran como bien privado.

CAPITULO IX

QUE NO DEBE HABER OBSTÁCULO PARA LLEVAR A LA PRÁCTICA TODO CUANTO HEMOS DICHO

Muchas son las cosas ejemplares que en todo género de virtud nos dejaron los gentiles, dichas excelentemente, ejecutadas con gravedad y con dignidad; pero nada con tanta constancia, con tanta fortaleza y tan merecedoras de imitación como (puesto que tenían tan pegada y arraigada en sus entrañas la piedad para con la patria y el amor y caridad para sus conciudadanos) soportar con inalterable igualdad de ánimo las murmuraciones, las interpretaciones maliciosas, las detracciones, los denuestos de los suyos, sin que todo ello fuese parte para que se apartasen un pelo de su recia determinación de servir a su patria, aun cuando reprendían y condenaban su actuación aquellos que en primer término salían beneficiados. De este número son los principales Milcíades, Temístocles, Escipión; pero dos, señaladamente: Epaminondas, de Tebas, y Quinto Fabio Máximo, de Roma. Este, viendo que el brío de Aníbal no podía quebrantarse por la fuerza, sino con el tiempo, le hacía la guerra con la tardanza y la espera, persuadido que era aquél el único camino de la victoria. Esta estrategia suya fué acusada tan violentamente por muchos ociosos y por hombres de mentida acometividad, como si en ello obrara de concierto con Aníbal o, por calculada ambición, para mantenerse más tiempo en el poder y en la magistratura, o por desidia o por miedo, que intentaron desposeer a Fabio del supremo mando. Y con efecto, a este gran dictador fué igualado por imposición del pueblo un tal Minucio, comandante de la caballería, novedad que nunca se había visto ni oído. A pesar de todo, el noble anciano, no vencido por la calumnia ni la necedad de los suyos, perseveró en su tenaz intento y acarreó la salvación de su pueblo, a quien, sin duda, Aníbal cautivara, si no hubieran mediado la sagacidad y estratagema de Quinto Fabio. El éxito declaró de cuánta animosidad fuera aquel varón belígero y de cuánta prudencia y de cuán grande amor a su patria y a sus conciudadanos, como por unánime reconocimiento fueron muy celebrados aquellos ver-

sos, arcaicos y toscos, sin duda, pero que entrañan el más magnífico y envidiable de los elogios: *Este hombre fué el único que con su tardanza restituyónos la República, porque no anteponía las críticas a la salud pública; y por esto, de día en día brilla más esclarecida la gloria del héroe.* Lo propio hicieron también otros de los mismos sentimientos que éste, sin ningún respeto de Dios, porque todavía no había amanecido el sol cristiano, siguiendo no más que los dictados de su educación o el llamamiento de la fama, la honra y gloria de su propia ciudad.

¡Cuánto más grandes y altos empeños debemos acometer, puesta la mira en sólo Cristo, sin reparar en las fuerzas humanas, menospreciándolas y desdeñándolas nosotros, a quienes alumbró aquel sol clarísimo; nosotros, que hemos sido formados en su doctrina; nosotros, a quienes Dios nos impuso el deber de la caridad con recomendación y mandato expreso; amenazándonos con tan gran castigo si le omitiéramos y proponiéndonos un galardón tan grande si le practicásemos; y esta recompensa será ampliada más y más al par de las molestias que por amor de Dios hubiéramos sufrido. Luego no solamente hemos de aprobar este consejo, sino que lo hemos de abrazar y traducirlo a la práctica, pues no es bastante la buena voluntad, si no se ponen manos a la obra, cuando se ofrece la ocasión. No parece bien que se detengan por estorbos humanos aquellos a quienes estimulan y apremian divinos aguijones, señaladamente cuando de ello se siguen pública y privadamente todas estas ventajas humanas y divinas.

CAPITULO X

VENTAJAS QUE SE SIGUEN, HUMANAS Y DIVINAS, DE LA PRÁCTICA DE TODOS ESTOS CONSEJOS

Grande es el honor de la ciudad donde no se ve mendigo alguno. La muchedumbre de mendigos arguye en los particulares malicia e inhumanidad, y en los magistrados, descuido del bien público.

Se reducirá la estadística de robos, maldades, latrocinios, delitos de sangre y crímenes capitales; serán más raras las tercerías y los hechizos. No cabe duda de ello, pues quedará mitigada la necesidad, que es la que principalmente mueve y empuja a los vicios y a la torpeza de costumbres.

Mayor será la quietud. Porque se habrá procurado el bien de todos.

Reinará una concordia inalterable. Porque el más pobre no tendrá envidia del más rico; antes al contrario, le amará como a su bienhechor; ni el más rico tendrá ningún recelo del más pobre, sino que le amará como asiento donde estriba su beneficio y debido favor, puesto que la Naturaleza nos lleva a profesar afecto a quien hacemos bien. Así una gracia es origen de otra.

Será más seguro, saludable y gustoso asistir a los templos y recorrer toda la ciudad. Porque no se meterá en los ojos, ofendiéndoles, aquella fealdad de llagas y enfermedades de quien la Naturaleza siente horror y más señaladamente el ánimo humano y misericordioso. Ni los menos acomodados se verán forzados a dar por sola la importunidad; y el que tuviere voluntad de ello no se retraerá por la multitud de los mendigos ni por el miedo de beneficiar a un indigno.

La ganancia mayor será para la

ciudad. Con tantos ciudadanos que se habrán tornado más comedidos, más bien criados, más útiles a la patria, a quien amarán más entrañablemente porque les mantiene, y no maquinarán revoluciones ni sediciones; con tantas mujeres arrancadas a la vida airada, tantas doncellas robadas al peligro, tantas brujas y celestinas redimidas del lenocinio y hechicerías. A los niños y a las niñas se les enseñarán letras, religión, comedimiento y buenas artes y oficios honestos que ayudan a pasar la vida bien honrada y piadosamente. En conclusión: todos en general recibirán cordura, buen sentido, piedad; la convivencia social será humana y civil, como entre personas bien educadas; conservarán sus manos puras de toda maldad; se acordarán de Dios con verdad y buena fe: serán hombres, hombres de una sola pieza; serán, lo que se dice, cristianos. Decidme: ¿qué otra cosa es sino esto haber devuelto muchos miles de hombres a sí mismos y haberlos ganado para Cristo?

Y por terminar: *la suprema ventaja será haber dado la religión y la libertad a muchas almas.* Persuadidos los hombres que es un deber suyo cumplir con las obligaciones de la misericordia, las cumplirán sin ninguna suerte de coacción ni de mandato. Retraída a los unos la indignidad de los pedigüeños, su multitud exorbitante estorbaba en los otros toda buena voluntad, la cual, como dividida en diversos pareceres, sin saber determinarse a quién primero socorrerían, viendo ser tan crecido el número de los agobiados por la necesidad, desanimados por cierto género de desesperación, a nadie socorrían, entendiendo que harto poco había de aprovechar la limosna que dieren, como no aprovechan a la extinción de un gran incendio una que otra gotica de agua. De esta manera, los que tuvieren posibilidades darán de mejor gana y con mayor largueza, satisfechos de que encaminada la beneficencia tan bien y tan santamente, colocarán el beneficio en muy buen lugar, ayudando a un mismo tiempo a los hombres y cumpliendo el mandamiento de Cristo, con lo cual se granjearán muy preciado galardón en su divino acatamiento. Yo no dudo que otras ciudades que no hayan tomado a su cargo de semejante manera el cuidado de los pobres, y muchas personas pudientes, con mano larga, enviarán sus dineros a esta ciudad donde sabrán que suelen distribuirse tan ejemplar y eficazmente y se socorren las necesidades de los más agudamente menesterosos. Añade a todo esto que el Señor tendrá un cuidado especial de un pueblo tan misericordioso y le hará verdaderamente feliz. Oíd cuál sea el pueblo que con toda razón pueda llamarse bienaventurado, no por boca de ningún hombre, sino por testimonio de un profeta: *Líbrame de la mano de los hijos extraños, cuya boca habló vanidad y su derecha es derecha de iniquidad, cuyos hijos son como plantas nuevas en su juventud; sus hijas, compuestas, adornadas por todos lados como simulacros de templo; sus despensas llenas, rebosantes de una en otra; sus ovejas fecundas, abundantes en sus salidas; sus vacas gruesas; no hay portillo ni paso en su cerca ni gritería en sus plazas. Bienaventurado llamaron al pueblo que tiene estas cosas; bienaventurado es el pueblo que tiene al Señor por su Dios.*

Y no faltarán tampoco los bienes temporales, a ejemplo de la viuda que dió de comer a Elías. El mismo Salmista canta así de la ciudad don-

de Dios habita: *Con bendiciones bendeciré a sus viudas y saciaré de pan a sus pobres.* Y en otro lugar, refiriéndose a la misma ciudad: *Puso la paz en tus confines y te sacia con la sustancia del trigo.*

Pero excede con mucho todas estas ventajas, el aumento del amor recíproco, que se verificará comunicándonos los unos a los otros los respectivos bienes con candor y sencillez, sin asomo de sospecha de indignidad. Y como coronación de todas estas bienandanzas, aquel galardón celestial que demostramos estar aparejado a las limosnas, nacidas de las maternales e indeficientes entrañas de la caridad.

FIN DEL
«SOCORRO DE LOS POBRES»

DE LA COMUNIDAD DE LOS BIENES

(DE COMMUNIONE RERUM)

(1535)

A LOS HABITANTES DE ALEMANIA LA BAJA

ALGUNOS sabios de la antigüedad, luego de haber estudiado aguda y diligentemente las cosas humanas, llegaron a la solución de que los vicios están situados en un deslizadero y que las virtudes están encaramadas en un paraje arduo. Otros, abundando en el mismo sentir, dijeron que las cosas buenas se van remontando contra la corriente; las malas, en cambio, van bajando a su favor con apacibilidad y blandura. Así nosotros, también por nuestra propia inclinación, vamos resbalando vicio abajo; pero necesítase gran esfuerzo de brazo para contrarrestar el empuje caudaloso; no de otra forma que aquel que, como dice Virgilio, *agua arriba con esfuerzo de remos sube un esquife; si por acaso aflojó brazos y brío, el agua caudal se lo lleva arrebatado río abajo. Así, por ley del hado, empeora toda cosa y con desvío se vuelve atrás.*

En otro tiempo, en Alemania las cosas de la piedad andaban reguladas de tal forma que se mantenían firmes y sólidas, asentadas en gratísima quietud, y nadie pensaba que le fuese lícito dudar de ninguna de aquellas cosas, ya generalmente aceptadas. Mas hallóse quien primero tuvo la osadía de poner alguna de ellas en duda, al principio con timidez y recelo y luego ya a las claras, no solamente para discutirlas, sino para negarlas, para abrogarlas, para suprimirlas, y muchas de ellas con una tan impávida certidumbre como si hubiera bajado del cielo y de los arcanos de la divinidad o si se tratara no más que de coser un zapato o un vestido. Una vez abierta esta brecha, fueron rechazadas como falsas, inútiles y dañosas no ya las que podrían ofrecer alguna vislumbre de duda, sino también aquellas otras que durante tantos años habían sido recibidas y

aprobadas por la Santa Madre Iglesia.

De la disensión de opiniones vínose a la disidencia de la vida, y comenzóse a romper la pelea no ya con las lenguas y las plumas, sino con las picas, espadas y bombardas.

Mas luego, a aquellos que por un mentido nombre de igualdad y por una injustísima igualdad de los inferiores con los superiores promovieron la guerra, han sucedido los que no solamente decretan. reclaman y exigen no ya aquella igualdad, sino la comunidad de todas las cosas, y para conseguirla, esos hombres superevangélicos y que a nosotros ni por cristianos nos admiten, toman las armas, se conjuran contra los gobernantes con el fin de que una vez que por el terror y el incendio hayan perturbado y amedrentado, se abalancen y se ceben y encarnicen en los bienes y las fortunas de todos.

¿Qué se puede pensar—dicen—*más concorde con las doctrinas de Jesucristo? No cabe duda que si Nuestro Señor Jesucristo o sus Apóstoles viviesen entre nosotros todavía no mandarían otra cosa.* Lo que es cierto es que nosotros nos precipitamos de cabeza en maldades y crímenes y un ligero empellón es bastante para abocarnos a caídas vergonzosas. *Como cuando se lanzaron de la valla las veloces cuadrigas, devoran el espacio y el auriga en vano tirando las riendas, por los caballos es arrebatado y es sorda a los frenos la carroza.* Es de Virgilio esta bella y muy expresiva imagen.

Si esta actitud se toma no por ninguna apariencia de razón, sino por la violencia y la robustez de los brazos, entonces ya no es una secta doctrinal, sino un inmenso latrocinio. ¿Qué otra cosa quería Espartaco, que atizó la guerra servil? ¿O qué más intentó Catilina, que conspiró contra la patria? ¿O qué más pretenden los piratas que infestan tierras y mares en su afán de robo? ¿Qué necesidad hay de palabras o razonamientos contra estas gentes? La fuerza sola con la fuerza es domesticada; las armas, con las armas; el engaño, con el engaño. Y si se arman ejércitos que roban el ganado de los campos y pisotean los panes, ¿qué se tendrá que hacer con esos que se abaten y hozan en las entrañas de las gentes y no dejan a nadie vivir en paz y atacan a los hombres probos y templados, valiéndose de la astucia o de la fuerza, del hierro y del fuego?

Vosotros, que de esta manera os conducís, obligáis a los príncipes y a los magistrados a que se encruelezcan en vosotros, porque de no hacerlo así no cumplirían con el deber impuesto por Dios de defender a su pueblo. Amenazó uno con que va a prender fuego a una casa cualquiera. Por ventura, vosotros mismos, si fueseis magistrados y tuvieseis el cuidado de la ciudad, ¿no vigilaríais de día y de noche por sacrificar a ese tal en aras de la seguridad pública? Juzgad vosotros mismos de vosotros que conspiráis porque arda la ciudad toda entera. Si una fiera, verbigracia, un león o un dragón, se apostase en algún lugar oculto de la ciudad, de donde, saliendo de improviso, despedazase a los que encontrare al paso, ¡cómo tendría a los ciudadanos preocupados y alarmados hasta que se viesen libres de aquella tan agobiante calamidad y de un miedo tan lleno de ansiedades.

Vosotros, de día y de noche, trazáis planes cruelísimos de cómo robaréis, de cómo destruiréis, de cómo despedazaréis. ¿Quién podrá maravillarse de que los magistrados pongan todo su desvelo acuciado por sa-

caros de vuestras madrigueras y limpiar su ciudad de una peste tan enconada e inmediata?

Y para que se vea cuán ridícula e indignante comedia representáis al maquinar, al agitar, al decretar planes tan sumamente detestables y ajenos, no digo ya de la mansedumbre de la piedad cristiana, sino de toda humanidad, tomáis en vuestras manos el Evangelio de Cristo y las Epístolas de sus Apóstoles. ¡Mira qué fuego encienden de qué fuego! El Señor dice: *Yo vine por traer fuego a la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?* Esos encienden teas no con que inflamen nuestras almas con fuego salvador, sino para incendiar con fuego abominable los templos, las casas, las haciendas de todos. ¿Qué interpretación puede haber más congruente?

Yo no soy tan inhumano ni pienso de vosotros tan mal que me persuada que todos los que desean esta suerte de comunidad quieran regodearse con el feroz regocijo de la carnicería y del incendio. Creo que entre ellos los hay y no pocos asaz templados, pues en ese negocio pienso que andan metidos tres géneros de hombres. Los cabecillas que capitanean y adoctrinan a los otros, son algunos taimados, facinerosos, desvergonzados, ladrones que esperaron poder manejar una gran masa de hombres por codicia, bien de riquezas, bien por satisfacer algún inconfesable antojo suyo. La otra ralea lo es de algunos que, por desidia o por pereza, por puro azar, o por dispendios inmoderados, luego de haber arruinado sus patrimonios, o por huir del trabajo con que fácilmente pudieran ganarse el sustento, desean la comunidad de bienes. Y entre ésos no faltan quienes, teniendo una razonable fortuna, esperan riquezas mayores si la hacienda de los acaudalados entra a formar parte del botín. El tercer grupo es el de aquellos que, según creo, no tanto pecan por torcida voluntad como por ignorancia y torpeza intelectual. A esos tales, con esfuerzo bien leve, les persuadirás todo cuanto quieras, de cualquier pasaje de la Sagrada Escritura que tenga un sentido místico, entendido con una total ignorancia o supina necedad. Por lo que toca a ese mal, no es fácil ponderar los vuelos que tomó en esos tiempos y cuán lejos propagó su daño, mayormente siendo la crueldad inclinada de suyo a situaciones ora nuevas, ora gratas a su pasión o que van contra aquellos a quienes profesan odio entrañable y acendrado. Así que estos tales, cuando oyen decir: *La caridad todo lo hace común; en la primitiva Iglesia eran comunes todos los bienes; que Nuestro Señor Jesucristo manda a quien tiene dos túnicas que dé una a quien no la tiene;* de seguida se les convence de que es preciso que se haga así y que. de no hacerse así, no podemos cumplir con los postulados de la caridad y de la religión cristiana. De estos tres linajes de sectarios, los primeros no son más curables que los ladrones; fácilmente puede cohibirse la torva codicia de los segundos; los terceros no distan mucho de ser inocentes, pues para ellos va aquello de San Pedro: *Yo sé, hermanos, que obrasteis por ignorancia.* Los primeros se dejan para la potestad civil contra la cual delinquen abiertamente; resuelva acerca de ellos, al tenor de las leyes establecidas, *aquel que no sin motivo tiene la espada.* Porque ¿si no blande temerariamente esta espada contra los ladrones, contra los adúlteros, contra los tramposos; por qué sin nota alguna de temeridad no ha de desenvainarla contra esa

sentina de todos los males, hedionda y pestilentísima? La codicia de los segundos, aun cuando no esté exenta de culpa, todo el tiempo que se mantiene sin fraude y daño de los otros, no merece penalidad, porque la ley civil no cala en las intenciones y en las codicias ocultas. Ello sólo es propio de Dios.

En cuanto a los últimos, son dignos de clemencia y de ilustración que les proporcionen los mejores. Para éstos parecióme que fué escrito aquel aviso del Espíritu Santo, a saber: que sientan más rectamente de las cosas, que se aparten de la compañía de los hombres malvados y facinerosos, que no buscan otra cosa sino la complicidad de muchos en sus robos, puesto que esperan que por la fuerza y por la imposición de las masas conseguirán la impunidad de sus maldades hazañosas. Y la esperan de balde, pues ahora no va a suceder lo que nunca antes se vió. Y por omitir lo pasado, cobren experiencia de cuán hueros les resultan sus proyectos, pues Dios está contra esos conatos tan nefastos y tan impíos. Y a la verdad sería mucho de lamentar que a esos inocentes, en una culpa tan dispar, les tocara la misma suerte que a aquellos ferocísimos bandidos.

Así que tratamos de la cuestión doctrinal con aquellos de cuya salud hay alguna esperanza. Decidme: ¿por qué pedís que todas las cosas sean comunes? Invócase a seguida el ejemplo de los Apóstoles, que en los purísimos albores de la Iglesia primitiva, cuando hervía aún en los corazones de los cristianos la Sangre de Cristo, nadie creía que cosa alguna fuese de su propiedad, sino que todas ellas eran comunes y se distribuían conforme a las necesidades individuales. ¿Quién hay que niegue que esto estuvo muy bien hecho y fué muy conveniente a la caridad, si cada cosa se pondera como es debido? Pero ¿quieres tú ahora que por la gracia de Dios el nombre cristiano se ha propagado por toda la redondez de la tierra, que en toda ella se haga lo que entonces se hacía entre unos pocos reunidos en una ciudad sola, que era Jerusalén? ¿Acaso esto se hizo posteriormente entre los gentiles? ¿Qué otro tal se llevó a la práctica o en Asia, o en las restantes partes del orbe, durante las predicaciones de Juan, de Pablo y otros Apóstoles o discípulos suyos? San Pablo, refiriéndose a los ricos, no manda a Timoteo que éstos depositen sus bienes en concepto de comunes, sino que le dice estotro: *A los ricos de este siglo incúlcales que no sientan de sí con arrogancia, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas*, etcétera. ¿Y qué decir si ni siquiera leemos que ese comunismo fuese impuesto o predicado en Jerusalén por los Apóstoles, sino que los recién bautizados sentíanse movidos a ello por el ardor vehemente de su caridad, ni habían recibido este mandato del Señor, en cuyo evangelio Zaqueo, el publicano, hace esta profesión: *He aquí, Señor, cómo yo doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguno defraudé, se lo devuelvo cuadruplicado?* Oye ahora las palabras que oye él de boca del Maestro de la verdad; no le manda que ponga todos sus bienes en común, sino que creyendo que con esta donación parcial ya satisfizo cumplidamente la caridad, dice: *Hoy se obró la salvación de esta casa.* Y dice el mismo Señor en otro lugar: *Quien tuviere dos túnicas, dé una al que no la tuviere; y si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y vuelve y ven en mi seguimiento.*

Ruégote que analicemos este punto. ¿Crees tú, por ventura, que uno de aquellos que no tienen túnica y a quien manda el Señor que se la dé quien tiene dos, es aquel que la tuvo, pero la perdió por su lujo o por su vida rota y luego continúa no teniéndola por holgazanería, siendo así que con su trabajo e industria se la podría agenciar con no más de quererlo? Yo no te creo tan estúpido que pienses que el Señor te aconseje que con mi benignidad fomente yo su pereza y haraganería. Si éste no tiene, es que no quiere. Oye al Apóstol, quien, como intérprete auténtico del Divino Maestro, dice a los fieles de Tesalónica: *Oímos que andan algunos entre vosotros fuera de orden, no entendiendo en trabajo alguno, sino husmeando con curiosidad. Y a los que son tales, denunciámosles y rogámosles en Nuestro Señor Jesucristo que, trabajando tranquilamente, coman su pan. Que si alguno no quisiere trabajar, no coma.* Taxativamente preceptúa el Apóstol que no sean socorridos aquellos que, ociosos y mano sobre mano no quieren ganar su pan con algún trabajo o actividad honrada. Y si a ese que no tiene nada, porque no quiere tener, se le conceptúa como poseedor y no merecedor de que reciba socorro, ¿qué hemos de pensar de aquel otro que ya tiene lo bastante, pero codicia más y lo pordiosea y lo busca?

Pero expliquemos las mismas palabras del Señor: *Quien tuviere dos túnicas, dé una al que no la tiene.* ¿Has oído? Ha dicho dar, no robar; tú no quieres tenerla por las buenas ni pedirla, sino arrebatarla, aun con violencia, con incendios, con muertes. Habla también de dos túnicas y que dé una de las dos. A nadie se obliga a hacer comunes sus bienes, sino a dar lo superfluo y a conservar lo necesario. Pero tú, sin embargo, sin considerar siquiera lo que es necesario y lo que sobra a cada uno, lo exiges, lo arrebatas todo. No reparas si es joven o viejo, sano o enfermo, casado o soltero, cargado de hijos o sin ellos, ignorante o instruído; ni cuál es la profesión que ejerce, si ganancioso o desestimada, si tiene hijos o hijas en sazón casadera o si no los tiene todavía; si lo que ves en su casa, es ajeno o es propio, prestado o depositado. Tú, nada de eso consideras, sino que, como si fueras lobo u oso, con ímpetu ciego, sin escrúpulo ni reparo alguno, te abalanzas sobre él, te alzas con sus bienes y aun con aquella sola túnica que le reserva el Señor, y todo te lo llevas por tu descomedida caridad para con él.

Pero dicen algunos de vosotros: Los que no practican el bien por su voluntad, practíquenla, al menos, por la fuerza, según aquellas palabras del Señor: *Oblígales a entrar;* que Dios permitió que los hebreos despojasen a los egipcios y arrojó de su tierra a Amorreo y a Jebuseo para introducir en ella a los hijos de Israel.

No hay argumento, por endeble que sea, que vosotros, que en otras cosas sois lentísimos, no os apresuréis a invocar, persuadidos de su verdad, con un total asentimiento. ¿Por ventura puedes tú, contra mi voluntad y a pesar de mi repugnancia, forzarme a practicar el bien? ¿Piensas acaso que hay obra buena posible sin la entusiasta anuencia de la voluntad? ¿Quién hay tan loco que refiera el evangélico *Fuérzales a entrar* a la violencia física y no con mejor acuerdo a la asidua exhortación, de la cual abiertamente habla San Pablo a Timoteo: *Predica la palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, repren-*

de con toda paciencia y doctrina? Dime: ¿Entrarán los espíritus allá donde los cuerpos son empujados contra la voluntad? No envió el Señor a los suyos pertrechados con aquellas armas aptas para la violencia de que tú hablas; a saber: lanzas, espadas. ballestas, escorpiones; sino aquellas de que yo hablo, que se reducen a la espada de la verdad y a la eficacia de los milagros. Los preceptos hebraicos que aduces son carnales, y en la ley de la espiritualidad cristiana no tienen aplicación sino con referencia al espíritu. Si así no fuera, ¿por qué no abrazamos aquella ley insípida y muerta, con su cortejo de ceremonias pueriles? Por esto es que el despojo de los egipcios y el lanzamiento de los amorreos piden una interpretación más alta, puesto que se refieren a la mortificación de la carne y de los vicios mientras caminamos hacia el reposo de promisión. Y aun en su propio sentido carnal, los hijos de Israel no robaron el oro y la plata de los egipcios, sino que lo consiguieron a fuerza de ruegos, habiendo hecho el Señor que hallasen gracia ante los egipcios y que los egipcios, vejados con tantos males y plagas, con aquel precio y con mucho agrado se librasen de la venganza del Dios de Jacob, cuyo poder y cuyo rigor experimentaban.

Por lo que toca a los amorreos y a los cananeos, no quiso el Señor que ninguna cosa les fuese común con los hijos de Israel, sino que por sus maldades les borró de aquella tierra en la cual, según su promesa, introdujo la descendencia de Abrahán y de Isaac.

Por lo que toca a aquél: *Ve y vende todo lo que tienes* no se refiere a la comunidad de los bienes, sino al despojarse de todos ellos, a fin de que el cristiano desembarazado siga a Cristo desembarazado, y el cristiano desnudo vaya en pos de Cristo desnudo hasta la cruz y la muerte. El que manda que se venda y se distribuya, no quiere que se entienda que se comparta en común esa posesión de los bienes con los de los demás, sino que no se posea cosa cuya pertenencia y cuidado estorben al cristiano de ir en seguimiento de Cristo. Y dado caso que vosotros prestáis tanta y tan respetuosa atención a la caridad y a la perfección cristiana, debierais no arrebatar lo ajeno, sino distribuir lo propio. ¡Qué original y donosa interpretación de las palabras de Cristo! El dice: *Da a los pobres todo cuanto tienes.* Tú, vuelto hacia el prójimo, dices: ¿Oyes lo que manda? ¡Que yo reciba lo que tienes tú! Pero es el caso que también eso se te manda a ti: dar, no robar, ni siquiera pedir. ¿Qué tiene que ver con los pedigüeños el Maestro de la caridad? El manda que se dé de todo corazón, como es propio de la caridad; no que se pida, cosa que está al alcance de cualquiera descarado, y mucho menos robar o extorsionar, que es propio de ladrones. Por eso dice San Pablo, y por cierto según la palabra del Señor: *Más bienaventurado es dar que recibir.* Y con efecto, el dar conduce a los bienes eternos; el recibir afecta a esos bienes terrenales, que en un momento se desvanecen. Sólo los mejores dan con la mejor voluntad; y cuanto peores son, reciben con tanto mayor gusto.

Pero volvamos al ejemplo de los Apóstoles, que es nuestro más fuerte punto de apoyo, como si en todo fueseis semejantes a ellos, cuando en hecho de verdad, de aquella santidad antigua nada os complace sino los nombres de los cuales abusáis

para vuestra pereza, lujo e insolencia. Si hasta tal punto merecen vuestra aprobación aquellas santas vetusteces, ¿por qué no imitáis su fe, su paciencia, su mansedumbre, su clemencia, su acérrimo fervor? ¿Por qué no demostráis serlo todo para todos, a fin de ganarlos a todos? ¿Por qué no vais al Africa o al Asia a predicar el Evangelio y a sufrir gloriosa muerte por el nombre de Cristo? San Pablo se proclama deudor de todos, y dice que trabaja de sus manos. Vosotros queréis trabajar por manos ajenas y que sean deudores vuestros, mientras vosotros os envilecéis en mesones y en mancebías.

Estas palabras son de San Lucas, en el capítulo IV de los *Hechos de los Apóstoles: La muchedumbre de los creyentes era de un solo corazón y un alma sola, y ninguno de lo que poseía decía que fuese suyo.* No dice que ninguno poseyese cosa alguna en propiedad, sino que no lo decía. Yo añado, en gracia de vosotros, que ni pensaba que lo fuese, pues no raras veces, en las Sagradas Letras, decir equivale a sentir o pensar; verbigracia: *Yo dije: Guardaré vuestros caminos.* Y *Dijo el necio en su corazón: No hay Dios.* Y *Dije: Iré y regoldaré de delicias.* Y *Cuando hubiereis hecho todo esto, decid: Siervos inútiles somos.* Mas por lo que toca al pasaje: *Todas las cosas les eran comunes,* deben entenderse en el sentido de que no creyendo ninguno tener algo propio, ocurría que con la participación de los bienes y consiguiente alivio de las necesidades, todas las cosas se hacían comunes. Y de lo que cuenta la sagrada historia, que los propietarios de tierras pusieron a los pies de los Apóstoles el dinero que se habían granjeado de su venta, no se colige que lo hicieran todos, sino algunos, puesto que hace mención nominal de Josef, por sobrenombre *Barnabá.* Sobraba perfectamente esta referencia personal donde hubieran sido muchos los que como él habían obrado.

Allégase a esto que ello no se hacía por mandamiento alguno, sino por inspiración y dictado de la caridad, pues San Pedro, en el capítulo inmediato, al reprender a Ananías, quien, del producto de la venta de su campo, sustrajo una porción que ocultó, díjole: *¿Por ventura el campo no era tuyo y tuyo el precio del campo y estaba en tu poder?* Así que Ananías no fué castigado por el dinero que retuvo, sino por la mentira con la cual esperaba engañar a Dios.

Continúan diciendo: *La caridad todo lo hace común,* así por la ley natural (porque el amigo para el amigo, según la sentencia de Aristóteles, es otro él mismo, y por ello Pitágoras decía que todas las cosas de los amigos son comunes) como también, y de una manera especial, por la ley de Dios, que es superior a la misma Naturaleza.

No cabe duda que si yo te amo de veras y con toda el alma creeré que no menos conviene que tú uses de mis cosas con la misma franqueza y libertad que si fuesen tuyas, y tú, si me amas, a tu vez harás lo mismo. En ese caso, todo se funde en el amor mutuo que se llama amistad, pero mi bienquerencia, aun cuando haga comunes contigo todas las cosas mías, con todo, no hace comunes contigo tus cosas, pues esa bienquerencia ejerce su poder en mí, no en ti. Donoso fuera que uno usase un lenguaje así: Por mi amor, hermano mío, dame todas tus cosas, porque te amo. Y quién duda sino que replicaría el otro: Al revés, dámelas tú a mí, si me amas, pues

si fuere yo quien te las diere, ello no será señal de que tú me ames, sino si las recibiere.

En conclusión: la caridad hace todas las cosas comunes por el uso cuando es menester, no por la posesión. La madre rica que ama a su hijo único con la mayor de las ternuras, no le cede inmediatamente la propiedad de sus bienes, si bien no permite que le falte nada de lo que necesita. ¡Original especie de verdad! Por abundancia de ella apoderarse de lo ajeno. Y por amarme tú entrañablemente, arrebatar lo mío contra mi voluntad, y siendo así que no tienes tú nada y yo mucho, hagas que resulte al revés: que yo, de repente, no tenga nada y tú lo tengas todo. Poco te costaría aprobar esa caridad especialísima en los piratas, en los rufianes, en los usureros, en los tahures, en los borrachos, en toda la infinita variedad de bribones como andan por el mundo.

Los que tal enseñan, si sienten de veras lo que enseñan, ¿son hombres o son bestias? Y si no lo sienten, pero esperan que van a persuadirlo a los demás, o son ladrones descaradísimos o no tienen por seres humanos a aquellos a quienes se dirigen. Tú, si profesas la verdadera y genuina caridad, manifiesta así en ti mismo, como en los otros, acciones y obras de caridad. En ti residen aquellas que San Pablo enumera en la primera Epístola a los corintios: *La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia; no comete sinrazón, no es hinchada, no es injuriosa, no busca sus propios provechos, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, congratúlase con la justicia, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*

La caridad ejércese con los demás ayudándoles según tus posibilidades y favoreciéndoles en el alma, en el cuerpo, en la hacienda, en el deseo, en la palabra, en la obra, por ti mismo, por cualesquiera otros, hasta donde les puedas asistir. Debes desear que todos se gobiernen por el espíritu del Señor y que el amor de Dios reine vigorosamente en sus pechos. Juzgar de las interioridades de nadie, no es cosa tuya: *¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Para su dueño está en pie o se cae.* ¿Quieres tú escudriñar lo que hace cada uno, lo que da, lo que retiene, lo que posee, y dictaminar según la iniquidad de tu juicio? Eso es señal infalible de que no vas regido por la caridad, sino por la envidia, por la temeridad, por las malas pasiones, puesto que la caridad todo lo sufre, como decía poco ha, todo lo bueno créelo de aquel a quien ama, todo lo soporta, todo lo espera.

Está demostrado que esa comunidad de bienes no ha sido impuesta por ninguna ley; ahora falta evidenciar que no es realizable aun cuando fuera conveniente, y puesto que la ignorancia enlobreguece esta cuestión, examinémosla con una diligencia un poco mayor en cada uno de sus aspectos, pues si esos comunistas reparasen y entendiesen lo que se dijere, no dudo que fueran muchos los que se ladearían a nuestro parecer.

Queréis que todas las cosas sean comunes. Está bien. Prescindamos de aquel estado del hombre antes del pecado que llaman de *inocencia.* Hablemos de esa nuestra naturaleza caída, inclinada al vicio y a los males todos. Existen en la creación seres comunes hasta tal punto que no pueden ser propios, como el cielo, los astros, el aire que respiramos. Otros son comunes, pero la ocupación los hace propios, como el pez

cogido en alta mar, el ave derribada por la flecha, el ciervo que el dardo vulneró. Los hay también que por las leyes y el derecho civil son comunes como los campos incultos, que pasan a ser del ocupante; y en el teatro o en el templo el sitio que cada cual tomó, temporalmente se hace propio. Finalmente, algunos son comunes por el *uso;* otros, por la *posesión* procurada por el uso; porque si separas el uso de la posesión, es una cosa absolutamente huera, es una sombra sin cuerpo. Y tú dices que todo debe ser común. Es muy ambiciosa esta palabra *todo y* de una necia temeridad. Nadie puede determinarlo ni determinar el punto preciso donde está. Por ventura alguno de esos doctrinarios dirá más cuerdamente: *Todas las cosas que son de uso humano.* Examinemos una por una todas estas cosas.

Tiene el hombre alma, cuerpo y bienes exteriores. ¿Pretendes acaso que las virtudes del alma sean patrimonio común? ¿Quieres que lo sean el talento, la ciencia, la experiencia, la prudencia, el consejo, la memoria? ¿Quieres que en el cuerpo lo sean la robustez, la salud, la belleza y la integridad físicas, la agudeza de los sentidos, la edad? Estos bienes son privativos de cada uno y son intransferibles. ¿Cuáles serán, pues, en definitiva, todos estos bienes que tú exiges que se hagan comunes? Yo soy hombre de estudio y gabinete; tú eres militar; ¿parécete bien que mis libros sean comunes contigo y conmigo lo sean tus armas? ¿Estás conforme con que se dé al niño lo que conviene a los viejos en régimen alimenticio, en vestidos, en adornos y que en correspondencia se dé a los ancianos lo que conviene a los niños? ¿Que se dé a los enfermos lo que es propio de los sanos y al revés, a los sanos lo que está indicado para los enfermos? Ninguna cosa fuera más torpe ni más subversiva: gravámenes son éstos y no utilidades. Allégase a esto que unos son señores y otros son criados. ¿Estás conforme con que todos sean señores o todos sean criados? ¿Qué santo hubo jamás que lanzase a los esclavos a la sedición y promoviese una guerra civil? ¿Piensas acaso tú que todos deben ejercer funciones públicas o, al contrario, que todos deben ser ciudadanos particulares? La ley de Cristo establece distinción entre los siervos y los señores, entre los magistrados y las personas privadas; no confunde este orden jerárquico Aquel cuyas obras se mantienen en el orden y prescripción que se les impuso. Forma los espíritus para la mansedumbre, la piedad, la afabilidad y la obediencia, que los Apóstoles testifican en muchos pasajes. Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: *Aquel que fuere el primero entre vosotros, condúzcase como el postrero,* no abrogó la primacía, sino que la estableció verdadera, moderada, humilde, al imponer a aquel en quien recayese que se portase como el último. ¿Por ventura no puso a Pedro al frente del pastoreo de sus ovejas? ¿Por ventura no nos manda Pablo que obedezcamos a la potestad superior? ¿Cuál iba a ser el aspecto de una república en la cual nadie fuese director y presidente de los otros? ¿Cuál sería el cuerpo sin cabeza? ¿Cuál la nave sin timón y sin piloto? ¿Cuál sería el hombre sin entendimiento? ¿Qué cosa más desigual que aquella decantada igualdad?

Pero dirás que las mujeres sean comunes. ¿Qué causa de mayores males puede concebirse? Tal monstruosidad no le concedería el padre

al hijo ni el hijo al padre si ya no fuera entre bestias. En todo cuanto recuerda la memoria de los hombres, no se aduce más ejemplo que el de Seleuco, rey de Síria, el cual cedió su propia esposa a su hijo, a quien amaba con hiperbólica ternura, porque, prendado y cautivo del amor de su madrastra, había llegado a una verdadera crisis mortal. Este caso se cita como el límite a que pudo jamás llegar la indulgencia paterna. San Pablo entregó a Satanás a aquel que tomase por esposa a la viuda de su hermano. Y Salomón declara necio y privado de entendimiento a quien habita con su esposa adúltera. Platón, que en su *República* se atrevió a insinuar lo de la comunidad de las esposas, fué repelido enérgicamente, fué desautorizado, fué silbado, fué escarnecido no ya por los cristianos, sino también por los mismos filósofos gentiles. Pero ¿para qué es menester, entre nosotros, gastar palabras sobre este punto si Cristo condena por adulterio no sólo a aquel que se allegare a mujer ajena deshonestamente, sino que no más que con deseo la mirare? Y, en efecto, su Padre Celestial había dicho: *No desearás la mujer de tu prójimo.* Creo que no vas a hacer cosa común del honor y del decoro, de manera que no sea menor el del facineroso y necio que el del más honrado y más sabio. Si este hecho se diera, iban a protestar de consuno el Cielo y el infierno y hasta las mismas piedras alzarían el grito.

Excluídos todos estos casos, ¿cuáles quedan ya? Las riquezas de que cada uno necesita. ¿Qué es lo que pides? Que se socorra al menesteroso. Justo es no que se te extorsione a ti, sino hacer que cada uno reciba lo que necesite. Y necesita, en verdad, aquel que no tiene ni puede agenciárselo, ya sea por la edad o por su flaqueza física o por su ignorancia; pero no aquel que lo derrochó todo y luego pide desvergonzadamente o, por decir mejor, lo exige, como si se le fuera debido o fuese de su propiedad: zángano ocioso puesto al acecho de la laboriosidad ajena. Entre las riquezas están las casas; pero así de éstas como de los bienes familiares, no puede haber comunidad alguna, siendo tanta la diversidad de temperamentos. Hay quien, de suyo, es solitario y taciturno; hay quien, por algún azar, está triste o llora, o languidece o enferma. Hay los ancianos inválidos y agobiados por la vejez. Los hay absortos y sumidos en preocupaciones de gran importancia, verbigracia, la de casar a su hija, de la dirección de una guerra, por asuntos familiares o por intereses públicos. Hay quien se engolfó en estudios literarios, quien contempla las cosas humanas y divinas, quien ora con intención de piedad; ¿quieres tú irrumpir en su santuario secreto y estorbar a quien busca quietud y silencio? Ni aun cuando fueras familiar suyo o su esposa o su hijo pudieras serle grato en el tiempo de su recogimiento. ¡Cuánto menos si no fueras más que su huésped, o ciudadano desconocido e indiferente! Aun los venteros y los que a sus mesones invitan y reciben en ellos a todo linaje de huéspedes, tienen para sí y su familia aposentos y habitaciones reservadas, en las cuales no tienen acceso los viajeros.

¡Y cuántos y cuántos hay en la ciudad a quienes, ya que no les odiemos, con todo su trato y su comunicación nos son antipáticos! Esta ingénita y natural antipatía no iba ciertamente a alimentar la concordia, sino a sembrar en el pecho de

cada uno odios y enemistades. Los Apóstoles y aun Nuestro Señor Jesucristo, fuente y manantial de todo afecto caritativo, aun cuando careciese de cobijo y de hogar, no raras veces se sustrae a la turba y aun en determinadas ocasiones se aparta de sus mismos discípulos y se va al monte, a un paraje desierto y solitario. Y es harta verdad que se presentan ocasiones y trances para los unos más obligados y frecuentes, para otros más raros y no tan perentorios, según el temperamento y costumbres de cada uno, en que queremos ser absolutamente nuestros y retirarnos en nosotros mismos; y no podría acaecernos cosa más grave ni molesta que la violación de aquel silencio profundo en que queremos abismarnos.

Doy de lado las necesidades fisiológicas del dormir, del descansar, de aliviar la vejiga, de purgar el vientre, de lavar los pies. Así que tú, al tiempo que otro solicitará el sueño, si se te antojare, cantarás o bailarás. Empero, hay muchos de éstos, habituales parroquianos, diurnos y nocturnos de las tabernas, de los lupanares, de las casas de juego o, por mejor decir, hechos a vivir entre algazara y griterío ensordecedor, que ni necesitan ni reclaman silencio ni quietud alguna ni tienen empacho, a presencia de otros, en aligerar su vientre a manera de las bestias.

Vengamos ahora al disfrute de mi ajuar. Toma tú mi vestido o mi vaso, del cual tengo actual necesidad o la voy a tener dentro de una hora. ¿Qué comunidad peregrina es esta que aquel cuya es la cosa no pueda utilizarla cuando quiera y el otro pueda usufructuarla todo el tiempo que le dé la gana? ¿Es esto engendrar concordia y amor recíproco, conservarlos, aumentarlos? Eso, más bien, es el veneno corrosivo del amor que crean la mansedumbre, la bondad y la afabilidad del trato; y no hay uno solo que no abomine y odie tanta importunidad y molestia.

¿Y qué diré del dinero? Si tú ya tienes el que te basta, ¿con qué descaro pides el mío? ¿Por ventura para tener tú más? Pues precisamente es esto lo que tú condenas en mí. ¿Quién podrá ver con buena conformidad que lo que allegó con su ingeniosidad, con su trabajo, con su asiduidad, con su economía sea repartido contra su voluntad, entre los haraganes, y que todos sus sudores y sus fatigas no hayan servido más que para fomento de la pereza ajena?

La analogía de las artes y de los oficios encendió, dicen, la envidia. Pero ¿la envidia se apagará si tú, sin merecerlo, posees lo que yo granjeé con mi trabajo honrado? Si yo te lo diere espontáneamente, no me molestará demasiado; pero si soy forzado a ello, ¿quién duda sino que aquello me resultará insoportable? Quiere cada uno por su libérrima y personal voluntad, no por capricho ajeno, amar y ser benigno y ser bienhechor. ¿Obligarásme tú no sin mi indignación profunda, que una obra que será hermosísima, si yo la hiciere de grado, que la haga a viva fuerza? ¿Quién no conceptuará ser odiosa servidumbre que el obrar con rectitud no está en mi mano, sino en la tuya, que a ello me compeles?

Suprime en el hombre esos movimientos del alma que se llaman pasiones, y acaso lograrás esa comunidad de bienes. Crea hombres nuevos, y quizá esa república de Platón no sólo zaherida de los filósofos, sino enérgicamente rechazada por la Naturaleza misma, podrá tener existencia, pues con esos hombres y con

esas pasiones no introducirás la comunidad, sino odios, discordias, riñas, altercados, pugnas, estado de guerra, pues nuestra naturaleza la desdeña, la repudia, la rechaza. Dios creó todas las cosas para el uso del hombre; la necesidad creó su utilización, pero la gobiernan y rigen el ingenio y la ciencia práctica, como el piloto conduce la nave.

Y si la necesidad no es la misma para todos ni es idéntica la ciencia práctica, ¿qué razón hay para que el uso sea el mismo? Para las bestias todo les es siempre común porque no las necesitan sino para la satisfacción de necesidades inmediatas, ni tienen el discernimiento de su variada utilidad. Teniendo el linaje humano ingenio tan variado, tan diverso, tan multiforme, claramente se colige que por ninguna manera puede ser igual el uso de las cosas. Justicia y sabiduría son menester para regir los pueblos y las colectividades humanas. El que las posee a entrambas es su conductor más hábil. Y quieres tú que la magistratura y el gobierno le sean comunes con el mozo sin seso, con el rufián sin vergüenza, con el pirata audaz, con el gladiador carnicero? ¿Pensarás que no va ninguna diferencia en que se ponga al frente de tu ciudad a un varón probo, prudente, experimentado o a un aventurero perdido, malvado, flagicioso? El consejo es necesario. ¿Creerás que no hace nada al caso que des su dirección política a un hombre cuerdo o a un hombre sin corazón ni conciencia? Hay que ser guardoso del dinero allegado honradamente. ¿Ninguna diferencia habrá en que se lo confíes a un hombre abstinente y de seriedad probada o a un derrochador y manirroto? Y si se trata del cultivo y explotación del campo, ¿será lo mismo entregarlos a un hombre industrioso y diligente o a un perezoso y haragán? ¿Confiarás la administración de la hacienda a un hombre parco y honrado o a un perdido, descuidado y sin conciencia? No puede ser igual la gestión administrativa de las cosas, siendo tan varia la manera de cuidarlas. El Autor del universo, que estableció entre los hombres tan marcada diferencia, no pudo enseñarnos con mayor claridad que no puede menos de existir la correspondiente diferencia entre la posesión y el uso.

* * *

Pero no hablemos de la mentalidad, en la cual no entran estos hombres sin mentalidad. Abre un poco los ojos si te lo permite la borrachera. ¿No ves cómo unos son niños; otros, mozos, viejos, varones, hembras, robustos, endebles, sanos, enfermos, altos, bajos? ¿Y quieres tú que cosas tan dispares sean medidas por el mismo rasero, y dar el mismo pienso al buey que al asno, y la misma cautividad al caballo que al elefante, y que se vista del mismo modo el pez que la mona? Alcanza de Dios una nueva naturaleza y, quizá entonces conseguirás esta comunidad que tu ánimo sueña y ese mesías que estás esperando. De la muy nefanda impiedad de esta esperanza no hablaré en esta ocasión; ya habrá tiempo para ello. Pero empieza ya a ver hasta qué punto la Naturaleza se rebela contra este tu ¿diré deseo, pasión, ilusión? Haz que por la violencia o el poder de algún príncipe o de una gran hueste armada, todo quede reducido a la igualdad y a la comunidad. Esta igualdad no podrá subsistir más de dos días enteros. Los unos, en la bebida, en el juego, en la mancebía, en sus comilonas y en su atuen-

do derrocharán lo que recibieron, e inmediatamente poseerán menos. Los otros, con su trabajo, con su industria se ingeniarán para tener más; lo que se gastare lo disimulará el modesto, y el fiero y temerario lo cacareará. El que hubiere ganado, rehusará el dar; de ahí riñas y contiendas entre todos. Y por lo que atañe a la preeminencia, ¿no habrá porfía ninguna, siendo así que en aquella comunidad hipotética, al paso que cada uno tendrá a menos obedecer al otro, exigirá el agasajo ajeno?

Y si ahora, en la urgencia y en el apremio de la necesidad, que nos muestra tantas facetas de pobreza, todavía se encuentran tantos holgazanes que preferirían morir antes que arrimar la mano a un trabajo, ¿qué pensamos que iba a pasar en aquel estado igualitario y de soñado comunismo? Este solo rehusar el trabajo o bien nos reduciría a todos a una penuria total, no habiendo nadie que quisiera arar, ni cavar, ni edificar, o bien provocaría una guerra feroz, tras de la cual los vencedores obligarían a trabajar a los vencidos; y de ello resultaría una desigualdad más irritante y violenta que la desigualdad anterior.

¿Para qué hablar de la dignidad, del honor, del poder? Suprime hoy los cónsules, el senado, el príncipe. Por una docena de senadores quitados hoy, existirán mañana doce mil; por dos cónsules, dos mil; por un príncipe solo, mil, cada uno de los cuales ejercerá una tiranía más cruel sobre la multitud que cualquiera de aquellos que vosotros tacháis de crueles y enojosísimos, porque con su prudencia y cordura os estorban de envolver el mundo todo en matanzas y en incendios.

Pero sea cual sea ese designio o propósito o, por decirlo con mayor propiedad, ese latrocinio, fácil es deducirlo, sin necesidad de otros argumentos, de la conducta de aquellos que con tanto empuje y de manera tan brutal y malvada se proclaman caudillos, autores, consejeros, promotores y maestros. Dice el Señor: *Los conoceréis por sus frutos*.

Los hombres buenos y moderados, de cualquiera escuela sean y de cualquiera opinión, se conducen sin pasión cuando se trata de la religión y de las costumbres: siempre templados, comedidos, contentos cada cual con lo suyo, por más que fuere poco, sobrios, laboriosos, diligentes. De buen grado y más fácilmente soportarían una total indigencia y una extremada penuria, antes que desear su propio alivio con injuria ajena; prefieren morir de hambre y escasez que inquietar la paz y la tranquilidad de nadie. Huyen de toda sedición como sentina que es y origen de todos los males, en la cual no hay nada seguro, nada se deja sin contaminar; todo queda profanado; queda violado todo.

Y al revés, todos estos insignes cabecillas y abanderados no piden otra cosa más que sedición, matanzas, incendios, confusión y caos universal. Son hombres ignorantes, sin juicio y sin corazón. ¿Cómo pueden con tan mezquinas condiciones justificar la pretensión de discriminar cosas tan importantes e innovar el mundo todo? No ejercen ninguna profesión liberal; la mayor parte de ellos son obreros manuales, pero perezosos, para quienes el trabajo es la muerte; pegados siempre a los bancos de lupanares y tabernas. ¿Qué pueden desear después de haber despilfarrado sus patrimonios y, por ende, quedado menesterosos y empobrecidos? ¿Qué pueden pensar que les convenga sino el desor-

den universal para entretener su pereza y su liviandad? ¿Qué delito capital han de temer esos hombres, una vez perdidas y desesperadas las condiciones normales de la vida? La muerte anda aparejada con la indigencia; pero ellos se avilantarán a mayores audacias, según el viejo proverbio de algunos: *O rico o ahorcado.* ¿Y cuál debe juzgarse que será aquella doctrina que favorece más a los malos que a los buenos y es más ventajosa para los impuros y los turbulentos que para los morigerados y pacíficos?

A esos tales añadióse la soldadesca: aceite en el combustible. ¡Oh qué apóstoles de caridad son estos que ofrecen su vida en venta por tres escudos de oro al mes y presentan el pecho a las balas de la bombarda! Y estos bergantes, con la esperanza de muy cuantioso botín, ¿se opondrán a la confusión y a la subversión generales? Los hombres probos y modestos no quieren nada que no sea granjeado justa y legítimamente. Y aquel que por un exiguo dinerillo en la guerra y fuera de la guerra, en el campo, en la ciudad, por un gesto desdeñoso en la taberna no tiene reparo en traspasar a su prójimo con la espada, ¿ése será maestro de la piedad, contra las leyes patrias, contra la fidelidad debida al príncipe y a la patria, contra las enseñanzas de los padres de la Iglesia, contra todos los derechos humanos y divinos? ¡Desventurados aquellos para quienes los hombres de esa calaña tienen suficiente peso de autoridad para dejarse seducir en un punto de la máxima importancia y, por cierto, so capa de religión y de conformidad con los divinos mandamientos. No es ciertamente cosa nueva que hombres perdidos y depravados promuevan sediciones y guerras para buscar remedio a su pobreza, sea como fuere. Esto lo hizo L. Catilina; eso lo hicieron algunos esclavos, por un más hermoso y simpático pretexto, como era la conquista de la libertad. Pero ninguno tuvo la sacrílega osadía de cohonestar sus crímenes con la religión de los dioses inmortales. Lo absolutamente nuevo e inusitado, y porque sea más clara y procaz su locura insolentísima, es que éstos autorizan y decoran con el santo nombre de la caridad la fiereza y el latrocinio.

¡Nuevos apóstoles! Sí, pero difieren de aquellos Apóstoles prototípicos, como el cielo está distanciado de la tierra. Aquéllos ofrecían sus cabezas por el nombre de Cristo; éstos apuntan a las ajenas por su gula y por su liviandad. Aquéllos, si alguno les quitaba lo que tenían, no lo reclamaban: *Soportáis*—dice el Apóstol—*al que os golpea, al que os despoja*. Esos van a arrebatar lo ajeno; aquéllos obedecían a los magistrados y a los príncipes por Cristo, su Dios. Esos ponen asechanzas a los magistrados y a los príncipes por el vientre, que es su dios. ¿En qué convienen, pues? En que ésos se llaman Apóstoles cual aquéllos, como si el nombre creara inmediatamente la realidad y traen el Evangelio en su seno aun cuando fornican, aun cuando adulteran, cuando regüeldan su embriaguez, cuando asesinan a su hermano por un mísero florín.

Ya tiempo ha que de ninguna cosa me maravillo tanto como de que se haya podido hallar en la especie humana no ya a uno que otro ejemplar, sino a muchos miles que tan livianamente se hayan dejado seducir en cosas de tamaña importancia y que no hayan tenido una monstruosa miaja de juicio para comprender cuán monstruosa necedad

era en el orden racional lo que se les había inculcado; y cuán grande impiedad en el orden religioso, y qué tan infando crimen en el orden social.

Si vosotros fueseis hombres y hubieran osado ellos hablaros con tal impudor, ¿hubierais tolerado más de tres palabras en silencio y paciencia? No; no sois hombres por ningún título, ni creyeron fácilmente que lo fueseis aquellos por quienes fuisteis engañados tan torpemente. Pero sois torpes, y de muy poco caletre os dotó la Naturaleza, y aun a ese tan poco no lo ilustrasteis, ni con el uso ni con la experiencia ni con el trabajo diligente; al contrario, puesto que eran muy pocas vuestras luces, las anublasteis, las apagasteis con vuestra ociosidad, con vuestra desidia, con vuestra gula, con vuestra sensualidad.

* * *

Finalmente, los más de los vuestros no tienen de hombres más que la figura, y, con todo, queréis discutir de cosas muy soberanas y muy abstrusas, y juzgar de ellas y resolverlas o prestar fe inmediata a los que las resuelven. En el formar juicio de las otras cosas de la vida, sois indecisos y tardíos, y en sola ésta, que es la primera de todas, la más grande, la más trascendental, sois veloces y precipitados.

Pero baste ya que hasta ahora se haya pecado por ignorancia, por torpeza, por temeridad. Lo que falta, hermanos míos, es, según el consejo de los Apóstoles, *que os apartéis de esa mala ralea y no pongáis vuestro cuello en la coyunda de los pecadores, no sea que la venganza de Dios os envuelva con ellos*. Y ni aun ellos, si salieren vencedores, cosa que Dios aleje de nosotros, os iban a perdonar más que a los otros. Al revés: cuando les hubieran expoliado, y vejado, y asesinado a todos, volverían y ejecutarían la rabia de su latrocinio en vosotros, en vuestras esposas, en vuestros hijos. Y el que ahora no lo hagan claramente, debe atribuirse a que, como dice el viejo refrán: *La maldad asocia a los hombres*, y además, porque harto tienen que hacer en otros negocios.

Una vez que estuvieren libres de esa preocupación, harto experimentaríais que no son más piadosos ni más desinteresados para con vosotros que para con los demás. Todos vuestros bienes, fortunas, posesiones, esposas, hijos, libertad, todo lo sagrado y lo profano, pasarían al dominio y al capricho no de los mejores, sino de los más violentos. Y el gobierno y la tiranía más cruel y más atroz y el latrocinio público e impune serían decretados como leyes por la fuerza bruta.

Pero vosotros, hermanos míos, abandonando a esos monstruos, ladrones, sanguinarios e incendiarios, volved a los verdaderos guías y maestros, así del piadoso vivir como del recto saber, a Cristo y a sus Apóstoles, que a todos nosotros nos exhortan, nos llaman y nos invitan a la mansedumbre, a la paciencia, a la caridad, a fin de que, sin envidia ni querella ajenas, contentándose cada uno con los bienes propios, aunque sean exiguos, busque cada uno con templanza, con diligencia, con su buen ingenio el sustento necesario no para largo tiempo, sino para caminar esta brevísima jornada de la vida, en toda santidad e inocencia, camino éste el más cierto y seguro para alcanzar los bienes perdurables.

Todo lo demás—discordias, porfías, altercados, guerras—no son co-

sas de Dios, autor de toda paz y concordia, sino del diablo, el cual, con astuta diligencia, por donde puede esparce y fomenta entre los hombres muy divideras semillas de enemistades y discordias. Mas nosotros, si andamos por este camino de Dios, que es de quietud, de templanza, de modestia, de sobriedad, de paz, lo experimentaremos muy dulce, muy apto, muy tranquilo, para pasar esta vida y alcanzar aquella otra, que no tendrá fin, y para la cual fuimos creados.

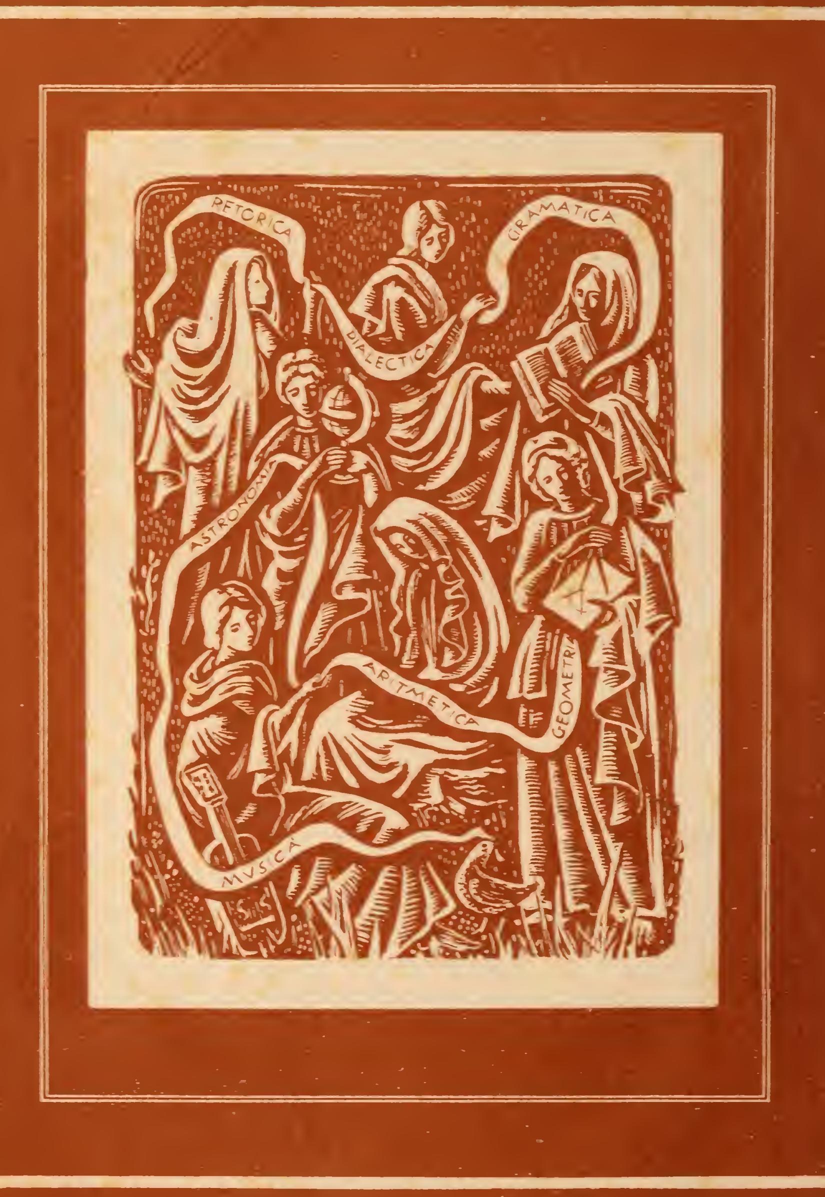
Brujas, año 1535.

FIN DE
«LA COMUNIDAD DE LOS BIENES»
Y DEL TOMO I
DE LAS «OBRAS COMPLETAS
DE JUAN LUIS VIVES»



INDICE

INDICE


RETORICA
DIALECTICA
GRAMATICA
ASTRONOMIA
ARITMETICA
GEOMETRI
MVSICA


RETORICA
GRAMATICA
DIALECTICA
ASTRONOMIA
ARITMETICA
GEOMETRIA
MVSICA

